

EN MEMORIA DE S.S. JUAN PABLO II

FLORENTINO MUÑOZ MUÑOZ

CONTENIDO

I.- ÍNDICE	2 - 5
II.- PRÓLOGO	6 - 7
III.- BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.....	8 - 12
IV.- TABLA DE MATERIAS:	
1- APUNTES BIOGRÁFICOS.....	13 - 43
2- MINISTERIO PASTORAL	44 - 79
NOTAS	80 – 84
3.- MINISTERIO PROFÉTICO	85 - 1090
1.- Testigo y Maestro de la fe	85
2.- Guía a los hombres al Misterio de Dios...	89
3.- Contemplativo y Testigo de Jesucristo...	133
4.- El Misterio de la Iglesia.....	139
5.- Defensor de la dignidad del hombre....	201
6.- Promotor de la dignidad de la mujer...	216
6.- Caminar en Cristo, con Cristo.....	229
7.- Defensor de toda vida humana.....	256
8.- Defensor y promotor de la paz.....	296
9.- Promotor del diálogo fe – cultura.....	367
10.-Impulsor de la Doctrina Social Iglesia	396
11.-El Catecismo de la Iglesia Católica...	435
12.-El Código de Derecho Canónico....	447
13.-La construcción de Europa.....	449
14.-La Familia.....	483
15.- La Catequesis	525
16.- La Misión	540
17.-Los Jóvenes.....	589
18.- Los Obispos, Presbíteros...	664
19.-Pastoral vocacional...	877
20.-Vida Consagrada.....	904
21.-Vida Contemplativa...	930
22.- Institutos Seculares	936
23.- Nuevos Movimientos eclesiales...	941
24.- Los fieles Laicos....	969

25.- Ecumenismo y Diálogo interreligioso.	1005.
26.- Los Periodistas...	1058
27.- Gobernantes, Políticos....	1070
29.- La Ecología	1090

NOTAS	1092

4.- MINISTERIO LITÚRGICO

1290 - 1483

1.- La Liturgia	1291
2.- Adviento	1299
3.- Navidad	1303
4.- Cuaresma	1309
5.- Pascua	1327
6.- Jubileo de la Redención	1331
7.- Jubileo del Año 2000	1339
8.- La Iniciación Cristiana	1354
9.- Los Sacramentos:	1359
El Bautismo	1360
La Confirmación	1365
La Eucaristía	1372
La Penitencia	1409
El Matrimonio	1428
El Orden Sacerdotal	1443
La Unción de los enfermos	1446
10.- La Semana Santa	1450
11.- La Espiritualidad Litúrgica	1457
12.- La celebración del Domingo	1460
13.- Llamada a la santidad	1462
14.- Canonizaciones y beatificaciones	1471
15.- La Escatología	1474

NOTAS	1486 - 1516

5.- EL MINISTERIO DE LA CARIDAD

1517 - 1650

1.- A modo de introducción	1517
2.- Los pobres, marginados, excluidos	1521
3.- Los ancianos	1541
4.- Los enfermos y los discapacitados	1553
5.- Los encarcelados	1592
6.- Los trabajadores, los obreros	1601
7.- Los niños	1615

8.- Los inmigrantes y los refugiados	1626
9.- Los campesinos	1643
10.- Los hombres del mar	1648
11.- Los indígenas	1650

NOTAS 1653 - 1665

6.- MIRANDO AL FUTURO 1666 - 1675

1.- ¡Caminemos con esperanza!	1666
2.- Seguid trabajando en la viña del Señor	1667
3.- La primacía de la gracia de Dios	1668
4.- Los retos actuales	1669
5.- Hacia una programación pastoral	1669
6.- Algunas prioridades pastorales	1670

NOTAS 1674- 1675

7.- ORIGEN DE LA FUERZA INTERIOR DEL PAPA 1676- 1732

1.- Jesucristo, fuente del dinamismo del Papa..	1677
2.- La oración sostuvo a Juan Pablo II	1677
3.- La devoción filial a María	1678

- Orígenes de su devoción mariana...	1680
- Invocación a María	1681
- Súplica a María	1683
- Consagración del mundo a María	1684
- Confianza en María.....	1685
- Escritos sobre María, y “Redemptoris Custos”	1685
- Alocuciones marianas....	1709
- Oración a María	1721
- Testamento espiritual....	1722

NOTAS 1724- 1733

8.- LA IDA DE JUAN PABLO II A LA CASA DEL PADRE 1734 - 1735

2.- ¿Cómo vivió Juan Pablo II sus últimos momentos de vida en este mundo?	1734

2.- Testimonios de los presentes	1735

9.- CELEBRACIÓN CRISTIANA DE LA MUERTE DE JUAN PABLO II

1734 - 1739

1.-Misa en sufragio de S.S. Juan Pablo II (3-IV-2005), presidida por el Card. A.Sodano ...	1736
2.-Misa de exequias del Difunto Juan Pablo II (8-IV-2005) Presidida por el Card. J.Ratzinger...	1737
3.-Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española: “Mensaje tras la muerte del Papa Juan pablo II” (11-IV-2005).....	1740

10. JUAN PABLO II HACIA LOS ALTARES

1741- 1751

1.- Palabras de Juan Pablo II	1741
2.- Testimonios de otros sobre la santidad del Papa	1743
3.- Testimonio de la multitud	1743
4.- Cardenales piden apertura del proceso canonización	1744
5.- Líneas maestras de la santidad de Juan Pablo II	1744
6.- El proceso de canonización	1745
7.- Oración	1747

NOTAS

1748 - 1751

11.- Aniversarios de la muerte de Juan Pablo II

1752-1758

9.1.- Primer aniversario.....	1752
9.2.- Segundo aniversario.....	1756

V.- A MODO DE EPÍLOGO

1759 - 1764

NOTAS	1765

PRÓLOGO

¡Acuérdate de Jesucristo muerto y resucitado!

Hacemos memoria de nuestro Señor Jesucristo que murió en la cruz por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (cf. II Tim. 2,8). Este es el corazón de nuestra fe cristiana. En efecto, “si Cristo no ha resucitado vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe. (...) Estáis todavía en vuestros pecados. (...) ¡Pero, no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron” (ICor. 15,14.17.20). Cristo vive glorioso y está entre nosotros, de manera especial en la Eucaristía. Cristo es la esperanza de la humanidad, la clave, el sentido y la meta de la historia (cf. GS 10); el sufrimiento y la muerte tienen aún poder sobre el ser humano, pero ya no tienen la última palabra ni sobre la persona humana ni sobre la historia entera de la humanidad; ya no son poderes preponderantes. Jesucristo los ha vencido en su muerte y resurrección gloriosa (cf. GS 18 y 22). Sólo Dios tiene la última palabra sobre el hombre y la mujer. Y esta palabra es vida, gracia, perdón, misericordia. Dios es amigo de los hombres y se acuerda siempre de nosotros en cualquier circunstancia en que nos encontremos.

Jesucristo es el Buen Pastor (cf. Jn. 10,11) que sale a nuestro encuentro para guiarnos y acompañarnos siempre, también cuando pasamos por momentos dolorosos: “aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan” (Sal. 22,4). En nuestra peregrinación por estas entrañables tierras hacia la Casa del Padre, no estamos solos, pues Él nos acompaña siempre. “No tengáis miedo, Yo estoy a vuestro lado”, nos ha dicho Jesús. Jesucristo está a nuestro lado también en el momento de la soledad suprema del hombre: la muerte. Nadie estará solo en la muerte pues “en la vida y en la muerte somos del Señor”. Jesucristo estará allí a nuestro lado para tomarnos y llevarnos junto a su corazón y así poder hacer nuestra gran travesía de este mundo a la Casa del Padre. En efecto, quien vive y muere al lado de Cristo, a la sombra de su Cruz redentora, despertará en el regazo del Padre para toda la eternidad.

Hacemos memoria de Juan Pablo II

”El Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, así como de los obispos como de la multitud de los fieles”¹.

¹ LG. 23

Al Papa le corresponde mantener y promover la unidad con Jesucristo tanto de Pastores como de los fieles reunidos en las Diócesis o Iglesias Particulares. Se trata de la fidelidad íntegra e incondicional a la palabra de Jesucristo, a sus sacramentos, al mandamiento nuevo del amor. En el Papa se puede ver a Jesucristo de manera eminente, como Buen Pastor de toda la Iglesia.

Los cristianos hemos de agradecer a Jesucristo el ministerio de Pedro y de sus sucesores, debemos acoger con sentido eclesial y agradecimiento el servicio que ofrece a los pastores y a los fieles y hemos de orar por él en el ejercicio de primado hacia toda la Iglesia del Señor.

Queremos hacer memoria orante y agradecida de nuestro Santo Padre, Juan Pablo II, a quien Dios eligió como Sucesor de Pedro para presidir en la caridad a la Iglesia, para velar por su unidad, para anunciar el Evangelio a todas las naciones del mundo, para ser solícito por todas las Iglesias, para confirmar a sus hermanos en la fe.

Queremos hacer memoria de él profundamente unidos a Jesucristo y en comunión eclesial.

Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado, se ha hecho casi palpable la asistencia providente que el Espíritu Santo presta al pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad.

“Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del Señor de confirmar en la fe a sus hermanos. La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y en su enfermedad”².

“La muerte del Santo Padre Juan Pablo II, escribe J.Estévez Estévez, abría para la Iglesia una etapa de asimilación de su mensaje, profundización de su imponente magisterio e imitación de su vida y actitudes ejemplares” (“Una admirable continuidad”; Ecclesia,1-IV-2006)..

² Mons. Ricardo Blázquez y D. Juan A. Martínez: “Declaración a la muerte de Juan Pablo II”.

II

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- 1.- Acta Apostolicae Sedis. Ciudad del Vaticano
- 2.- L'Osservatore Romano. Ciudad del Vaticano.
- 3.- Revista "Ecclesia". Madrid.
- 4.- Boletín Oficial del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres
- 5.- José María Javierre: "Juan Pablo II y nuestro tiempo", I-II-III; Edicep. Valencia.
- 6.- Juan Pablo II, heraldo de la paz. Viaje pastoral a Irlanda, a la ONU y a Estados Unidos. BAC. Madrid. 1979.
- 7.- Insegnamenti di Giovanni Paolo II, (1970); Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1980.
- 8.- Juan Pablo II: "Mensaje de Juan Pablo II a España". BAC popular. Madrid. 1982.
- 9.- André Frossard: "No tengáis miedo". Entrevista de A. Frossard a Juan Pablo II. Edit. Plaza & Janés (1982).
- 10.- "Las oraciones de Juan Pablo II". Ed. Paulinas. 1982.
- 11.- José M. Delgado (Dir.) "El Papa con las contemplativas en Ávila". (Comentarios a su discurso); Edit. Claret. Madrid. 1983.
- 12.- Carlos Díaz: "La Antropología en la encíclica "Redemptor Hominis" en "AA.VV. "Cristo, Redentor del hombre"; Secretariado trinitario. Salamanca. 1984).
- 13.- Coordinadora nacional de la Renovación Carismática Católica: "¿Qué es la renovación carismática?" Servicio de publicaciones de la R.C.C. (SERECA Salamanca. 1989).
- 14.- Juan Pablo II: "Catequesis sobre el Espíritu Santo. Juan Pablo II." Renovación carismática. Sereca. Madrid. 1991
- 15.- Juan Pablo II: "Catequesis sobre el Presbiterado y los presbíteros", Ed. Palabra. Madrid. 1993.
- 16.- Arzobispado de Granada: Juan Pablo II: "El Sacerdote de la Nueva Evangelización"; (30-XI-1993). "A todos nos vendrá bien gustar estas reflexiones sobre nuestro Sacerdocio" (Mons. J. Méndez, arzobispo de Granada).
- 17.- Juan Pablo II: "Catequesis sobre los Laicos"; Ed. Palabra. Madrid. 1994
- 18.- Juan Pablo II: "Carta a las Familias". Ed. Palabra. Madrid. 1994.
- 19.- Juan Pablo II: "Cruzando el umbral de la esperanza". Plaza y Janés. Barcelona. 1994.

- 20.- Pedro Jesús Lasanta: "Diccionario social y moral de Juan Pablo II. Edibesa. 1995.
- 21.- Juan Pablo II: "Don y Misterio". BAC. Madrid. 1996
- 22.- Documentos Sinodales I. Pablo VI y Juan Pablo II. Tomo I: "Exhortaciones Apostólicas postsinodales. Edibesa. Madrid. 1996.
- 23.- Pedro J. Lasanta: Diccionario de Teología y Espiritualidad de Juan Pablo II. Edibesa. (Madrid) 1996
- 24.- Fernando Miguens: "Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II. Cómo anunciar el Evangelio a todas las gentes". (Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid,1996).
- 25.- Juan Pablo II: Varón y Mujer. "Teología del Cuerpo". Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid, 1996).
- 26.- Juan Pablo II: "La redención del corazón". Catequesis sobre la pureza cristiana". Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid, 1996).
- 27.- M.J. Franquet: "Persona, acción y libertad: las claves de la antropología de Karol Wojtyla" (Eunsa, Pamplona 1996).
- 28.- J.L.Illanes: "Iglesia en la historia. Estudios sobre el pensamiento de Juan Pablo II" (Edicep. Valencia 1997).
- 29.- Juan Pablo II: "Creo en Dios Padre". Catequesis sobre el Credo (I). (Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid); 1997).
- 30.- Juan Pablo II: "Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo (II). (Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid); 1997.
- 31.- Juan Pablo II: "Creo en el Espíritu Santo". Catequesis sobre el Credo (III) (Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid); 1997.
- 32.- Pedro Beleta: "El Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. Una conversación con Juan Pablo II" (Edicep.- Valencia. 1997).
- 33.- L. Accattoli: "Karol Wojtyla, l'uomo di fine millennio". Edit. San Paolo. Milán. 1998.
- 34.- R. Buttiglione: "Il pensiero dell'unomo che divenne Giovanni Paolo II" (Mondadori, Milano, 1998).
- 35.- Card. J. Ratzinger: "Giovanni Paolo II: Vent'anni nella storia" (San Paolo, Cinisello Balsano, 1998,11).
- 36.- Juan Pablo II: "Viaje apostólico a Cuba". Edi. Palabra. Madrid. 1998
- 37.- Juan Pablo II. ORAR. Su pensamiento espiritual". Ed. Planeta. 1998.
- 38.- C. O'Shea Artiñano: "Así piensa el Papa. 150 preguntas a Juan Pablo II", Ed. Temas de hoy. S.A. (T.H.) 1999.
- 39.- Pontificia Comisión para América Latina: "Documentos del Santo Padre Juan Pablo II para América Latina. 1988-1999". Ciudad del Vaticano. 1999
- 40.- Libros "Alfa y Omega": "No tengáis miedo". Selección de textos: M. Gordon, A. Llobet y G. Trías. Imprime: Asociación Pro Huérfanos de la Guardia Civil. Madrid.
- 41.- Pedro Jesús Lasanta: "Juan Pablo II. Mensajero de la paz". BAC, Madrid. 2001.

- 42.- José A. Martínez Puche: "Encíclicas de Juan Pablo II". Edibesa. Madrid., 2003.
- 43.- Card. Saraiva Martins: "El Evangelio de su sufrimiento en el magisterio de Juan Pablo II" (13 de diciembre de 2003; Archivo Informático de la Santa Sede. Roma).
- 44.- G. Borgonovo y A. Cattaneo (a cura di), "Giovanni Paolo Teologo: nel segno delle Encicliche" (Mondadori. Milano 2003).
- 45.- Comisión Episcopal de Apostolado Seglar: "Fieles cristianos laicos para anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la esperanza" (Materiales para la reflexión; Edit. EDICE. Conferencia Episcopal Española. 2003).
- 46.- Juan Pablo II: "¡Levantaos! ¡Vamos!". Plaza y Janés. Barcelona. 2004
- 47.- B. Gazapo Andrade y E. Cambón Crespo: "Europa, identidad y misión. Aportación de Juan Pablo II a la construcción de Europa". Edibesa. Madrid. 2004.
- 48.- Mons. Elías Yanes: Carta pastoral: "María es nuestra Madre". Arzobispado. Zaragoza, 2004.
- 49.- Ugo Colombo y Sacco di Albiano: "Juan Pablo II. 25 años en la escena mundial". BAC. Madrid. 2004.
- 50.- Pedro Jesús Lasanta: "El Papa mariano nos habla de María" (Ed. Horizonte. Madrid. 2004).
- 51.- Yves Semen: "La sexualidad según Juan Pablo II". (Desclée de Brouwer. Bilbao. 2005).
- 52.- Juan Pablo II. Los días del silencio. La herencia de un gran Papa". (Ciudad Nueva. 2005).
- 53.- O.González de Cardedal: "Ratzinger y Juan Pablo II"; Sígueme. Salamanca. 2005.
- 54.- "Belacqua": "Testamento Espiritual. Juan Pablo II". (Ediciones y Publicaciones S.L. Barcelona. 2005).
- 55.- Christophe Henning: "Juan Pablo II". Edit. San Pablo. Madrid. 2005.
- 56.- Instituto Teológico Compostelano: "Fe cristiana y futuro: fundamentos y horizontes de la cultura europea". (Santiago de Compostela. 2005).
- 57.- Eusebio Ferrer: "Juan Pablo II. Pregonero de la Verdad"; Vols. I – II. Edita ABC S.L. Telefónica. Biografías vivas. 2005.
- 58.- Anuario de Historia de la Iglesia XV. Universidad de Navarra. Facultad de Teología. "El Pontificado de Juan Pablo II (1978-2005) (2005; 69-181).
- 59.- Paloma Gómez Borrero: "Adios, Juan Pablo, amigo". Plaza y Janés. 2005.
- 60.- "Juan Pablo II. El Buen pastor da la vida por sus ovejas". (Ed. Palabra. Madrid. 2005).
- 61.- "Karol Wojtyla: "El Taller del Orfebre". BAC. 2005.
- 62.- Pontificia Università Lateranense. Instituto CEU de Humanidades "Angel Ayala"; "Nuntium": "Juan Pablo II: Cristo, el Hombre, la Historia". (Julio-noviembre 2005).

63.- Stanislaw Dziwisz – Aceslaw Drazek – Renato Buzzonetti – Angelo Comastri: “Dejadme ir a la casa del Padre”. La fuerza en la debilidad de Juan Pablo II” (San Pablo. Madrid.. 2006).

64.- Editorial San Pablo. Documentos de Juan Pablo II. Madrid.

65.- BAC.-documentos de Juan Pablo II. Madrid

66.- Promoción Popular Cristiana. Madrid. Colección Documento y Estudios

67.- “Alfa y Omega”. Documentos. Fundación San Agustín. Arzobispado de Madrid.

-n.15: “El espíritu de Asís: Paz, justicia y perdón”

-n.16: “Dichoso el mensajero que anuncia la Paz”

-n.17: “Señor, danos tu paz”

-n.18: “Album de Juan Pablo II”

-n.19: “Los Católicos, la política y el Papa”.

68.- Archivo Informático de la Santa Sede

69.- Archivo Informático de la Conferencia Episcopal Española

70.- Archivo Informático de la Conferencia Episcopal Francesa

71.- Archivo Informático de “el Mundo”.

72.- Boletín Oficial del Obispado de cada Diócesis Española

73.- J.A.Martínez García, Sofía García Pineda y Marisa Puente Ricoy (Edi) “Encuentros Mundiales con las familias. Cuatro Encuentros” (Edice. Madrid. 2006).

- I Encuentro mundial de las familias: Roma,8-9 de octubre de 1994

- II Encuentro mundial de las familias: Río de Janeiro: 2-6 - octubre - 1997

- III Encuentro mundial de las familias: Roma, 11-15 de octubre de 2000

- IV Encuentro mundial de las familias: Manila,22-26 de enero de 2003

74.- “Juan Pablo II: sus oraciones a la Virgen” (Cuadernos Palabra. Ed. Palabra. Madrid. 2006).

75.- Caritas Española Editores: “ El Papa a los mayores. Benedicto XVI. Juan Pablo II. Pablo VI”. Librería Editorial Vaticana (2006)

76.- José Gómez López: “la Eucaristía en el magisterio de Juan Pablo II”; “Auriensia” 9(2006). Seminario de Orense; 85-100).

77.- Juan Pablo García Maestro: “El diálogo interreligioso en el Pontificado de Juan Pablo II” (Centro ecuménico “Misioneras de la unidad”: Centro Ecuménico; Madrid. 2006; 89-109).

78.- Manuel Nin: “Reflexiones con motivo de la muerte de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI” (“Liturgia y Espiritualidad”, abril 2006; 147-153).

79.- Juan Manuel Sierra: “La Liturgia en el magisterio de Juan Pablo II” (Liturgia y Espiritualidad, abril 2006; 154-167).

- 80.- Jaume González Padrós: “Juan Pablo II y su servicio a la liturgia cambios versus profundización” (Liturgia y Espiritualidad; abril, 2006; 168-177).
- 81.- Caritas Española (Edits.): “El Papa a los mayores. Juan Pablo II” (Gráficas Aarias Montano. Móstoles (Madrid), 2006
- 82.- Benedicto XVI: “Homilía en la Concelebración en sufragio del Papa Juan Pablo II” (Roma. 2 de abril de 2007).
- 83.- Olegario González de Cardedal: “A dos años de Juan Pablo II” (Ecclesia digital, 2007).
- 84.- Stanislaw Dziwisz: “Una vida con Karol” (La esfera de los Libros; Madrid, 2007).
- 85.- Antonio Aranda: “La unidad entre Cristología y Antropología en Juan Pablo II. Un análisis del tema en sus catorce encíclicas” (Facultad de teología. Univ. Navarra - Pamplona: Scripta theológica 39(2007) 37-72).

III

APUNTES BIOGRÁFICOS

- Nacimiento: Wadowice (Polonia), 18-V- 1920;
- Juventud, guerra, clandestinidad, trabajo en fábrica
- Ocupación de Polonia por los nazis. Karol Wojtyla tiene que interrumpir sus estudios en la Universidad Jagellonica de Cracovia (1-IX-1939)
- Ingresa en el Seminario clandestino de Mons. Sapieha e inicia los estudios de Teología (1942)
- Ordenación sacerdotal (1-XI-1946)-
- Obtiene el doctorado en teología en el Pontificio Ateneo Agelicum (Roma. 14 de junio de 1948).
- Vicario Parroquial de la Parroquia de San Florián (1-VIII-1949)
- Profesor en Lublín y en Cracovia (1955)
- Episcopado: Obispo de Ombi (Polonia) (28-IX-1958)
- Participa en el Concilio Vaticano II (11-X-1962)
- Nombrado Arzobispo de Cracovia (3-XII-1964)
- Cardenalato (26-VI-1967)
- Elegido Sucesor de Pedro (16-X-1978)
- Muerte: Roma (Italia) (2-IV-2005).

Para redactar este capítulo nos basamos en los escritos siguientes:

* André Frossard: “No tengáis miedo” (1982).Canversaciones de A. Frosard con Juan Pablo II.

* Juan Pablo II: “Cruzando el umbral de la esperanza” (Palaza y Janés. Barcelona, 1994. Conversaciones de Vittorio Messori con Juan Pablo II.

* Juan Pablo II: “Don y misterio”; BAC. Madrid. 1996).

* Juan Pablo II: “¡Levantaos! ¡Vamos!” (Plaza y Janés. Barcelona;2004)

* “Testamento espiritual de Juan Pablo II” (Belacqva de Ediciones y Publicaciones SL. Barcelona, 2005).

* Texto del “Rogito”, Acta en pergamino sobre la vida del Papa Juan Pablo II. Fue introducido en el ataúd del Santo Padre.

* Homilía del Card. J. Ratzinger en la misa de funeral de Juan Pablo II, en la Plaza de San Pedro.

“La biografía espiritual del Papa Juan Pablo II se ha escrito sobre la pauta de la vocación de Pedro a orillas del mar de Galilea”³

En su Testamento espiritual, Juan Pablo II dice:

“A medida que se avecina el límite de mi vida terrenal vuelvo con la memoria al principio, a mis padres, al hermano y la hermana Olga (que no conocí porque murió antes de que yo naciese), a la parroquia de Wadowice donde fui bautizado, a esa ciudad que amo, a mis coetáneos, compañeros y compañeras de la escuela primaria, del bachillerato, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero y después en la parroquia de Niegowic, en la cracoviana de San Floriano, en la pastoral de los universitarios, en aquel ambiente...en todos los ambientes...en Cracovia y en Roma...en las personas que de forma especial el Señor me ha confiado”.

Con un gesto de reconocimiento y gratitud escribe Juan Pablo II: “Que Dios os recompense” (año 2000).

No es mi intención hacer una biografía completa de Karol Jozef Wojtyla, conocido como Juan Pablo II, sino sólo ofrecer algunos rasgos característicos de esta figura impresionante que desborda los cálculos humanos y los títulos simplistas. Fue un don inmenso de Dios para la Iglesia y para el mundo.

Nacimiento.

“Yo, Juan Pablo II, hijo de la Nación polaca..., esclava entre los latinos, y latina entre los eslavos”⁴. Juan Pablo II nació el día 18 de Mayo de 1920, en Wadowice (Polonia), a unos 50 kilómetros de Cracovia y a tan sólo 30 kilómetros de Auschwitz, en el seno de una familia profundamente cristiana. Era el segundo de los hijos de Karol Wojtyla y Emilia Kaczorowska. Ni su lugar de nacimiento, la pequeña aldea polaca de Wadowice, ni su origen humilde, hijo de un soldado profesional del Ejército polaco, hacían presagiar que aquel niño llamado Karol Wojtyla llegaría un día a ser uno de los Papas más influyentes del siglo XX. Ahora bien, el camino no fue fácil ni cómodo, ya que estuvo lleno de cruces y sufrimientos, como veremos más adelante. Ahora bien, la gracia de Dios resultó victoriosa en él, hasta el final.

Bautismo

Fue bautizado en la Iglesia Parroquial de Wadowice: “si miro hacia atrás, el camino de mi vida me trae hacia los hombres de este mismo lugar, a

³ Declaraciones del Cardenal A. Rouco Varela

⁴ Juan Pablo II: “La renovación espiritual y humana de Europa”, Discurso en el acto europeísta celebrado en la catedral de Santiago de Compostela”, n.4; 1982.

esta parroquia, a mi familia, hasta esta pila bautismal, a esta Iglesia de Wadowice, donde el 20 de junio de 1920 me fue concedida la gracia de convertirme en hijo de Dios, junto con la fe en mi Redentor”. De pequeño lo llamaban “Lolus” (Carlitos).

A los 9 años recibió la Primera Comunión, y a los 18 años recibió la Confirmación.

La muerte de su madre, Emilia. Apenas contaba nueve años, cuando Dios llamó a su seno a su querida Madre, el día 13 de abril de 1929, fallecida a la temprana edad de 45 años. Alguien recuerda la reacción de Karol Wojtyła: “es la voluntad de Dios”. Luego lloró mucho sobre su tumba, contó un amigo suyo. Desde este momento surge y brota en su corazón el amor cada día más intenso a la Stma. Virgen María en la que encontró otra Madre. La imagen de esta Virgen estaba en la basílica barroca que domina la colina de Jasna Góra.

La muerte de su hermano Edmond. El día 5 de diciembre de 1932, Karol sufre de nuevo por la muerte de su hermano mayor Edmond, joven médico que pierde la vida curando a los enfermos de una epidemia de escarlatina. Karol se queda solo con su querido padre.

Su padre se llamó Karol Wojtyła (suboficial del ejército). De él aprendió a rezar cada día. Era un hombre culto, justo y religioso. “La imagen de su padre arrodillado, rezando” le acompañará durante toda su vida.. “Debo la vida, la fe, la lengua, a una familia polaca. El hombre vive encarnado en una circunstancia, en un ambiente, en una cultura”⁵.

Siendo ya Papa, recuerda a su familia con palabras entrañables: “Perdí una hermanita, Olga, seis años antes de nacer yo a la que hubiera podido querer. Aún no había llegado a la primera comunión. Perdí a mi madre, que no tuve la dicha de ver el día que con tanta ilusión esperaba. Mi madre quería que un hijo fuese médico y el otro sacerdote; mi hermano sería médico y yo, con el tiempo, fui sacerdote. Mis recuerdos de ella, tal vez por un instinto infantil de que me dejaría pronto, se centran en cosas concretas: cuando rezaba conmigo y un viaje que hizo a Cracovia sin llevarme con ella, probablemente para citas médicas...”. Su madre murió de un grave ataque al corazón.

La vocación sacerdotal. “Después de la muerte de mi padre (...) fui tomando conciencia de mi verdadero camino. Trabajaba en la fábrica (...), cultivaba mi afición a las letras y al arte dramático. Mi vocación sacerdotal

⁵ Juan pablo II: “Alocución en el Santuario de Czestochowa. Junio de 1979.

tomó cuerpo en medio de todo esto, como un hecho interior de una transparencia absoluta. Al año siguiente, en otoño, sabía que había sido llamado”⁶.

Años más tarde, Juan Pablo II cuenta al escritor A. Frossard lo siguiente: “”Con 20 años ya había perdido a todos mis seres queridos, incluso a algunos a los que hubiese podido amar, como aquella hermana mayor que murió seis años antes de nacer yo...Tuve entonces – a la muerte de mi padre- la certeza de que mi vida no se realizaría en el amor humano, del que sentía profundamente su belleza”⁷.

O.González de Cardedal escribe a este respecto: Juan Pablo II tuvo “unos padres profundamente religiosos, donde la oración fiel y la piedad serena pero intensa sostenían dificultades, enfermedades y penurias económicas, desde la muerte de la madre a la muerte del hermano, joven medico, contagiado por sus enfermos” (“Ratzinger y Juan Pablo II”; Sígueme. Salamanca. 2005; 124).

Sus estudios

Fue a la escuela y empezó con pocos años la educación primaria; tuvo como compañero de pupitre un niño judío, que se llamaba Jerzy y era hijo del presidente de la comunidad judía local; se volvería a encontrar con él siendo ya Papa. Insertamos aquí unas palabras entrañables de Juan Pablo II: “Recuerdo, sobre todo, la escuela elemental de Wadowice, en la que, en mi clase, al menos una cuarta parte de los alumnos eran judíos. Quiero mencionar mi amistad en aquellos tiempos escolares con uno de ellos, Jerzy Kugler. Amistad que ha continuado desde los bancos de la escuela hasta hoy. Tengo viva ante mis ojos la imagen de los judíos que cada sábado se dirigían a la sinagoga. Católicos y judíos estaban unidos, supongo, por la conciencia de estar rezando al mismo dios. Luego vino la segunda guerra mundial, con los campos de concentración y el exterminio programado. En primer lugar lo sufrieron precisamente los hijos de la nación hebrea solamente porque eran judíos” (“Cruzando el umbral de la esperanza”; Plaza y Janés. Barcelona, 1994, 110).

Monaguillo en la Parroquia

Ingresó como monaguillo en su parroquia, donde pronto destacó como líder. El Párroco, Eduardo Zacher, cuenta que “era un niño muy listo y muy simpático. Por otra parte, yo le veía con dotes de mando, hasta el punto de que muy pronto le puse de jefe de los monaguillos. Le traté mucho y llegué a darle clases de religión en el Instituto”.

⁶ Juan Pablo II: “Del temor a la esperanza”, I, p.34.

⁷ C. O’Shea: “Así piensa el Papa. 105 preguntas a Juan Pablo II”; Edic. Temas de hoy. SA (TH). 1999).

La muerte de su madre

La muerte de su madre causó un profundo dolor a Karol, que contaba solamente nueve años de edad. Estaba en la escuela cuando se lo comunicaron. Una vecina lo abrazó y le dijo: “Tu madre se ha ido al cielo”. A partir de este momento, Karol se puso bajo la protección de la Virgen María, a la que se consagra con estas palabras: “Totus tuus”..

Estudios de bachillerato

En otoño de 1930, inicia sus estudios de Bachillerato en la Escuela secundaria de “Marcin Wadowita” de su pueblo, Wadowice. Por esta época conoce al Sacerdote Kazimierz Figlewicz que dejará una honda huella en su persona. Dijo de Karol: “es un muchacho muy vivaracho, dotado de gran talento, muy despierto y buenísimo”.

En el año 1936, Karol conoce al profesor Mieczyslaw Koltarszyk, creador del “teatro rapsódico”. Bajo la guía de este profesor, Karol cultiva su afición por el teatro e interpreta papeles con gran acento patriótico, hasta el punto que se plantea seguir su vocación teatral como profesional. Sensible en lo más profundo de su alma polaca el sufrimiento de sus compatriotas, participó en la resistencia contra la invasión nazi y salvó a familias judías, lo que le obligó a ocultarse.

Estudios en la Universidad

Finaliza brillantemente sus estudios en el Liceo, en el año 1938. En este mismo año, se inscribe en la Universidad Jaghellónica de Cracovia para realizar los cursos de Filología polaca, y en una escuela de teatro. Por eso se traslada con su padre desde Wadowice a Cracovia. “Comencé los estudios en la facultad de Filosofía de la universidad de Jaghellonica. Sólo logré acabar el primer año porque el 1 de septiembre de 1939 estalló la segunda guerra mundial”. La Universidad es cerrada por los alemanes que ocupan Polonia y la ciudad. Era el año 1939.

Su hermano Edmund fue médico y ejerció la medicina en el hospital de Bielsko Biala, no lejos de Wadowice. Murió pronto, parece ser contagiado de escarlatina. No pudo contar con antibióticos. Un nuevo sufrimiento para su padre y Karol.

La segunda guerra mundial

El día 1 de septiembre de 1939, Hitler inició la invasión de Polonia. Karol estaba ayudando a Misa que celebraba el padre Figlewicz en la catedral de Wawel (Cracovia). Volvió a casa corriendo; al encontrar a su padre en la puertería de casa, lo abrazó. El padre le dijo: “Hijo, te he estado buscando por

todas partes”. Karol tenía 20 años. Recordemos sus palabras: “Un hijo de una nación (...) a la que sus vecinos han condenado a muerte en diversas ocasiones, pero que ha sobrevivido y ha seguido siendo ella misma (...) pese a las particiones extranjeras”⁸. En su país natal vivió, junto con todo el pueblo, situaciones muy dolorosas y dramáticas causadas por la segunda Guerra mundial y sus consecuencias. El estallido de la guerra cambió profundamente el curso de su vida.

Trabajador en una cantera.

Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (Solvay), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania. Fue “ayudante del barrenero, en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química Solvay”⁹: es la cantera de Batki (1 de noviembre de 1940); y después en una fábrica química (Solvay): “trabajando en una fábrica química, rodeado y amenazado por el terror nazi” (Card.J.Ratzinger). El barrenero llamado Franciszeck Labus me decía: “Karol, tú deberías ser sacerdote. Cantarás bien, porque tienes una voz bonita y estarás bien...”.

Más tarde, diría de este tiempo de obrero:

“Si bien es verdad que debo mucho a un solo año de estudios en la universidad más antigua de Polonia, puedo afirmar que los cuatro años siguientes, vividos entre obreros, fueron para mí un don de la Providencia. La experiencia que adquirí durante aquel período de mi vida no tiene precio. He dicho muchas veces que le concedo, tal vez, más valor que a un doctorado, ¡lo cual no significa que desestime los títulos universitarios!”.

“Conozco muy bien lo que es el agotamiento físico por haber trabajado como obrero. Cada día lo compartía con otra persona que trabajaba de forma muy dura. Conocí bien el ambiente de estas personas, de sus familias, de sus intereses. Su valores humanos, su dignidad” (“Don y Misterio”). “Participé en la gran experiencia de mis contemporáneos, en la humillación a manos del mal”¹⁰.

En este tiempo, Karol sufre las consecuencias de un accidente. Un camión militar lo golpea dejándolo tendido en el suelo. Una mujer llamada Josefa Florek le socorre; para un coche donde iba un oficial alemán que, junto con ella, prestó auxilio a Karol.

La muerte de su padre Karol.

A los veinte años de edad, Dios llama de este mundo a su querido padre. Un día, al volver del trabajo en la cantera se lo encontró muerto en la cama. Había muerto de repente a causa de un infarto. Era el día 18 de febrero de 1941. Karol Wojtyla “pasó toda la noche, acompañado de un amigo,

⁸ Juan Pablo II: Alocución a la Asamblea de la UNESCO, 2-VI-1980.

⁹ Juan Pablo II: “Don y Misterio”, BAC. Madrid. 1996; 22.

¹⁰ Juan Pablo II: “Declaraciones a S. Weigel: “Testigo de la esperanza”; p.129; nota 174.

velando su cadáver y rezando. “Nunca se me he sentido tan solo”, manifestó. (G. Weigel). En medio de su dolor, dice a su amigo Juliusz: “Sólo tengo veintiún años y he perdido a todos mis seres queridos, a toda mi familia”.

Poeta, deportista y artista

“Desde que era joven estudiante, Karol Wojtyla era un entusiasta de la Literatura, del Teatro Rapsódico o Teatro de la Palabra Viva, de la Poesía” (Card. J.Ratzinger); era un gran deportista. “En aquella época estuve en contacto con el teatro de la palabra viva, que Mieczyslaw había fundado y continuaba animando en la clandestinidad”¹¹.

Vocación y formación sacerdotal

“¿Cuál es la historia de mi vocación sacerdotal? La conoce, sobre todo, Dios. En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio. Es un don que supera infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros sacerdotes lo experimenta claramente durante toda la vida. Ante la grandeza de este don sentimos cuán indignos somos de ellos”¹². Y prosigue diciendo: “La vocación es el misterio de la elección divina.”No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros...” (Jn.15,16) (...) Estas palabras inspiradas estremecen profundamente toda alma sacerdotal”.

Modelado su espíritu por las palabras y el testimonio cristiano de su familia y de su Párroco, el padre Stefan Zacher, fue adentrándose en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Conoció a Jan Tyranowsky, un sastre místico, “uno de esos santos anónimos que viven escondidos entre la gente (...), un verdadero maestro espiritual para muchos jóvenes”¹³. Por medio de él fue conociendo los escritos de los grandes místicos españoles: Sta. Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz y descubrió que el Señor lo llamaba a la vida sacerdotal.

“La maduración definitiva de mi vocación sacerdotal tuvo lugar en el período de la segunda guerra mundial, durante la ocupación nazi. La tragedia de la guerra dio un tinte particular al proceso de maduración de mi opción de vida. Me ayudó a percibir desde una nueva perspectiva el valor y la importancia de la vocación. Ante la difusión del mal y las atrocidades de la guerra, era cada vez más claro para mí el sentido del sacerdocio y de su misión en el mundo. (...) Un día lo percibí con mucha claridad: era como una

¹¹ Juan Pablo II: “Don y Misterio”; ibd. p.24.

¹² Juan Pablo II: “Don y Misterio”; ibd. p. 27.

¹³ Juan Pablo II: “Del temor a la esperanza”, I; p.34.

iluminación interior que traía consigo la alegría y la seguridad de una nueva vocación. Y esta conciencia me llenó de gran paz interior”¹⁴.

“En el otoño de 1942 tomé la decisión definitiva de entrar en el Seminario de Cracovia, que funcionaba clandestinamente. Una tarde, dijo a sus compañeros de teatro: “Lo siento, no podéis contar conmigo, porque mañana entro en el Seminario”¹⁵. “En la vida de cada hombre llega un día en el que se decide y se cumple su destino. Y eso es lo que me ha sucedido a mí. Me siento elegido por Dios y no puedo decir que no. No me puedo negar a esta llamada porque es una llamada divina”. Me recibió el Rector, P. Jan Piwowarczyk. El hecho debía quedar en la más absoluta reserva. En su corazón joven resonaron aquellas entrañables palabras de Jesús: “sígueme”. El joven Karol respondió con generosidad al Señor: dejó otros proyectos para su persona y su vida y dirigió sus pasos hacia el sacerdocio. Dejaba todo y se consagraba plenamente al Señor.

A causa de circunstancias dolorosas por las que atravesaba su amada Polonia como consecuencias de la citada guerra, se vio obligado a realizar los estudios filosófico-teológicos, preparatorios al sacerdocio, en el seminario clandestino creado por el Card. Adam Stefan Sapieha (1942-1946). Tras la guerra continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y pudo completar sus estudios de Filología polaca en la Facultad de Teología de la Universidad de Jaghellonica de Cracovia (Card. J. Ratzinger).

Ordenado sacerdote

Fue ordenado sacerdote por el Cardenal Sapheia el día 1 de noviembre de 1946, en la capilla privada del Arzobispado de Cracovia. Al día siguiente, canta su primera Misa en la cripta romana de San Leonardo, en la Catedral de Wawel, el templo en el que tantas veces había ayudado a Misa como monaguillo. Estaba acompañado de su confesor, el padre Figlewicz, Mlainski, un seminarista al que conocía de hacía muchos años, su madrina -hermana de su madre-, María Wiafrowska. Tenía 26 años. Queremos dejar constancia aquí de la primera vez que administró el padre Karol Wojtyla el sacramento del bautismo en la parroquia de Santa Ana, en Cracovia. La niña que bautizó era la hija de Halina y Tadeusz, compañeros y amigos de los tiempos del teatro universitario “Rapsodia”.

¿Cómo interpreta su sacerdocio? En sus cartas de aquel tiempo descubrimos que interpreta su sacerdocio desde tres palabras del Señor:

* “La primera de todas: “no habéis sido vosotros los que me habéis escogido, soy yo quien os he elegido a vosotros con el fin de que vayáis, de que deis fruto y de que vuestro fruto germine” (Jn.15,16).

¹⁴ Juan Pablo II: “Don y Misterio”; p. 22.

¹⁵ Juan Pablo II: “Don y Misterio”, p. 27

* La segunda palabra es: “el verdadero pastor da la vida por sus ovejas” (Jn.10,11).

* Y por último: “Como el Padre me ha amado, así os amo Yo a vosotros” (Jn.15,9).

A partir de estas tres palabras, vemos el amor de nuestro Santo Padre” (Card. J. Ratzinger).

Al día siguiente, sale para Roma a donde fue enviado por el Cardenal Sapienza a continuar y completar su formación, obteniendo la licenciatura en el Pontificio Ateneo Angelicum el día 3 de Julio de 1947, donde se doctora en teología con una tesis cuyo tema es: “Doctrina de fide apud S. Joannem de Cruce” (14 de junio de 1948), bajo la dirección del eminente teólogo, el dominico francés Reginald Garrigou-Lagrange. En este tiempo aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda. Hizo un alto en el camino visitando la Villa de Ars, donde gracias al encuentro con la figura de San Juan María Vianney, adquirió la convicción de que el sacerdote realiza una parte esencial de su misión a través del confesionario, como él mismo dice en su libro “Don y Misterio” (Card. Camilo Ruini).

Primeras tareas pastorales

De vuelta a su tierra polaca (1948), su Obispo le confía la misión de vicario parroquial en la Parroquia de Niegowic, cuyo Párroco se llamaba Mons. Kazimierz Buzala; también fui nombrado profesor de Religión. “Después de un año fui destinado a la Parroquia de San Florián de Cracovia. El párroco Mons. Tadeusz Kurowsky, me encargó la catequesis en los cursos superiores del Instituto y la acción pastoral entre los estudiantes universitarios”¹⁶, hasta 1951.

Profesor en la Universidad

Durante las vacaciones de 1951, El Arzobispo Eugeniusz Baziak de Cracovia lo orientó hacia la labor científica. “Debí prepararme para la habilitación a la enseñanza pública de la ética y de la teología moral”¹⁷.

En 1953 se doctoró en filosofía en la Universidad Católica de Lublín con la tesis titulada: “Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler”. “Este estudio, que obtuvo la aprobación académica el 30 de noviembre de 1953, permitió al joven sacerdote penetrar el pensamiento fenomenológico y llegar a la conclusión de que la fenomenología constituye una herramienta importante y valiosa para investigar las dimensiones de la experiencia humana, pero necesita fundarse

¹⁶ Juan Pablo II: “Don y Misterio”, p.78.

¹⁷ Juan Pablo II: “Don y Misterio”, p.79

en la concepción realista del ser y del conocimiento, concepción que Karol había profundizado en sus anteriores estudios” (Card. Camilo Ruini: “Reflexión final en la sesión de apertura de la investigación diocesana sobre la vida, virtudes y fama de santidad del Siervo de Dios, Juan Pablo II; 28-VI-2005).

Después, fue profesor de Teología Moral y de Ética Social en el Seminario Mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublín (Octubre de 1953). “Esto supuso una reducción del trabajo pastoral, tan querido por mí. Me costó, pero desde entonces me preocupé de que la dedicación al estudio científico de la teología y de la filosofía no me indujera a “olvidarme” de ser sacerdote; más bien debía ayudarme a serlo cada vez más”¹⁸.

O.González de Cardedal escribe sobre esta etapa de su vida (1946-1978): “Si yo tuviese que elegir tres nombres decisivos de su forma mental, enumeraría a:

- San Juan de la Cruz, del que se nutrió como texto de vida y de oración en su casa, sobre el que hace la tesis doctoral luego en Roma, y que le acompañará siempre como testigo vivo del Dios viviente (elemento místico).

- El segundo nombre es Max Scheler, con la fenomenología y el personalismo, que supone el paso de la preocupación lógica por el funcionamiento de los conceptos a la ejercitación metafísica y encuentro con lo real, dejando a la realidad ser, decirse, revelarse y a las formas de existencia ejercitarse (el amor, la fidelidad, el matrimonio, la virginidad, el entusiasmo, la paternidad, el lenguaje del cuerpo, los valores) (elemento metafísico y ético).

- El tercer nombre será doble: Henri de Lubac y Hans Urs von Baltasar. De ellos recibe el sentido de la catolicidad, de la misión, de la verdad humilde pero sobrehumana de una vida de Iglesia arraigada en sus fundamentos cristológicos y pneumatológicos. Y sobre todo el sentido de la Belleza, la que está en el meollo de la realidad, la que hace del teatro de la existencia el esplendor de la libertad, la que refleja la gratuidad absoluta de Dios, que se da entero y personal, que nada exige y todo lo hace posible (elemento estético)” (ib.125s).

Ahí tenemos los tres horizontes espirituales, cimientos a la vez que suelos nutricios de su vida: una fe “desnuda pero ilustradísima”, como quería el Santo de Fontiveros; una reflexión sobre la persona, la verdad y el ser,

¹⁸ Juan Pablo II: “Don y Misterio”, p.79.

cuando era profesor de universidad; una voluntad de catolicidad cristiana cuando fue Papa. Estos tres nombres y culturas (española, germana y francófona) dan las claves de su vida personal y de la forma en que este polaco ha ejercido su misión (ib.134s).

Trasfondo cultural sobre el que Karol Woytyla ha de vivir su fe, sostener la esperanza en Polonia, guiar después la entera comunidad católica.

Karol Woytyla sufrió en carne propia las ideologías que se habían erguido soberanas frente a la fe, suplantando su pretensión y erradicando su presencia. Eso pretendieron los “maestros de la sospecha”:

Feuerbach sustituye la teología por la antropología;
Marx sustituye la redención que deriva de la plenitud divina ofrecida en Cristo por la revolución humana llevada a cabo por los propios hombres;
Nietzsche sustituye la voluntad de verdad por la voluntad de poder.

A los maestros de la sospecha siguieron los maestros de la eliminación política de la fe realizada por el comunismo soviético.

Frente a unos y otros su pasión fue encontrar maestros de la lucidez crítica a la vez que de la confianza humanizadora que nos arraiguen en este mundo, a la vez que abran al Eterno que nos ha creado, se nos ha revelado en su Hijo y nos ha otorgado su Santo Espíritu.

A estas tres tareas consagró sucesivamente su existencia: la verdad de la persona ante sí misma, la libertad del hombre en la historia, la fe en el Dios vivo y verdadero frente a los ídolos. Como un héroe griego, luchó en su empeño hasta el final, y como un seguidor del Crucificado permaneció en la cruz hasta que el Padre, que con la vida nos encargó una misión, nos releva de ésta” (ib. 135).

El Episcopado

De nuevo el Señor se hace presente en la persona y en la vida de este buen Sacerdote, invitándole a asumir una nueva tarea en su Iglesia. El Obispo de Cracovia le manifiesta que ha sido llamado al Episcopado por Pío XII. En efecto, fue ordenado Obispo Auxiliar del Arzobispo Baziak, en Cracovia (28 de Septiembre de 1958) a la edad de 38 años de edad.

Lo recordaba así el Card. J.Ratzinger: “Karol había ido, como de costumbre, con un grupo de jóvenes aficionados al remo al lago de Masuri

para pasar las vacaciones con ellos. Pero llevaba con él una carta que le invitaba a presentarse ante el primado de Polonia, el cardenal Wyszynski. Podía adivinar el objetivo de este encuentro: su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. Dejar la enseñanza académica, dejar esta comunión estimulante con los jóvenes, dejar el gran combate intelectual por conocer e interpretar el misterio de la criatura humana para mostrar en el mundo de hoy la interpretación cristiana de nuestro ser...Karol Wojtyla aceptó, oyendo la voz de Cristo en la llamada de la Iglesia”. El propio Juan Pablo recuerda este acontecimiento en su libro: “¡Levantaos! ¡Vamos!”. Así se expresa: “una vez en el despacho del Cardenal Primado Stefan Wyszynski, me dijo que el Santo Padre me había nombrado obispo auxiliar del arzobispado de Cracovia (...) Al oír las palabras del primado, anunciándome la decisión de la Sede Apostólica, dije: “Eminencia, soy demasiado joven, acabo de cumplir los treinta ocho años...”. Pero el primado replicó: “Esta es una imperfección de la que pronto se librará. Le ruego que no se oponga a la voluntad del Santo Padre”. Entonces añadí sólo una palabra: “Acepto” (pp.21-22).

En esta época, ocurrió un acontecimiento digno de ser recordado. Cuando las autoridades comunistas construyeron Nowa Huta (Nueva Siderurgia) quisieron hacer una “ciudad sin Dios” y proyectaron una ciudad que tenía de todo..., menos iglesias. El Arzobispado no consiguió el permiso que solicitaba...

Un día apareció una gran cruz en el centro de Nowa Huta que fue quitada por orden de las autoridades. Volvió a aparecer otra cruz más grande y un sacerdote celebró la Eucaristía en plena plaza. De nuevo, fue retirada la cruz. El domingo posterior apareció otra nueva cruz y esta vez quien celebró la Eucaristía fue el Obispo Karol Wojtyla con muchos obreros como participantes. La larga lucha concluyó con la construcción de una iglesia, obra personal del Obispo Karol Wojtyla.

El día 13 de Enero de 1964 fallece monseñor Baziak por lo que el Obispo Mons. Wojtyla ocupa la sede de Cracovia como titular. Dos años más tarde, el Papa Pablo VI convierte a Cracovia en Archidiócesis. De esta manera Mons. Wojtyla, es Arzobispo de Cracovia. Tenía 44 años.

Su ministerio pastoral se caracterizó entre otras cosas por lo siguiente:

- se implicó en la vida y problemas de la gente, del pueblo
- integró a los fieles laicos en las tareas pastorales de la Iglesia.
- potenció el apostolado juvenil,
- promovió la construcción de templos a pesar de la oposición del régimen comunista,

- alentó la formación religiosa de los obreros
- favoreció el pensamiento y las publicaciones católicas.

Participación en los trabajos del Concilio Vaticano II

Participó activamente en los trabajos del Concilio Vaticano II (5 de octubre de 1962; 8 de diciembre de 1965). Se siente muy feliz y contento por haber recibido del Señor la gracia de participar en los trabajos del Concilio Vaticano II.

Juan Pablo II destacó de manera peculiar en las deliberaciones y aportaciones sobre los documentos conciliares: “Lumen Gentium”, “Dignitatis humanae” y “Gaudium et Spes”.

* Se sintió siempre muy identificado con este Concilio al que consideró como “un considerable complejo de exposiciones doctrinales y de directivas pastorales ofrecidas a toda la Iglesia. Pastores y fieles encuentran orientaciones para esa “renovación de pensamientos, de actividades, de costumbres y de fuerza moral, de alegría y de esperanza, que ha sido el objetivo mismo del Concilio”¹⁹.

* Dedicó sus desvelos pastorales a darlo a conocer y aplicarlo en su diócesis. Recordemos sus palabras claras favor de la aplicación del Concilio Vaticano II: “Juzgamos que nuestro primer deber es promover, con la mayor diligencia, la ejecución de los decretos y normas directivas del mismo (Concilio). Y esto lo haremos, desde luego, con una acción prudente y estimulante”²⁰.

El Concilio Vaticano II fue para él punto de referencia en su acción pastoral. Insertamos estas palabras de Juan Pablo II que nos muestran su compromiso al servicio del Concilio Vaticano II:

“Para mí -que tuve la gracia especial de participar en él y de colaborar activamente en su desarrollo-, el Vaticano ha sido siempre, y es de una manera particular en estos años de mi pontificado, el punto constante de referencia de toda mi acción pastoral, en un esfuerzo consciente por traducir sus directrices en implicaciones concretas y fieles, en el seno de cada Iglesia y de toda la Iglesia. Es preciso volver sin cesar a esta fuente”²¹. Y afirma años más tarde: “Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la “gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado

¹⁹ Pablo VI: “Discurso de clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II; 8-XII-1965. Juan Pablo II recoge este texto en Constitución Apostólica “Fidei Depositum, n.1”, 11-X-1992.

²⁰ Juan Pablo II: “Alocución: 17-X-1978.

²¹ Juan Pablo II: Constitución apostólica: Fidei Depositum”, n.1; 11-X-1992) Discurso: 25-I- 1985

en el siglo XX”. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”²².

En su testamento espiritual – año 2000- escribe Juan Pablo II: “Al encontrarme en el umbral del tercer milenio “in medio Ecclesiae”, deseo expresar una vez más mi gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II -del que junto a la Iglesia entera y todo el episcopado- me siento deudor. Estoy convencido de que las nuevas generaciones podrán servirse todavía durante mucho tiempo de las riquezas proporcionadas por este Concilio del siglo XX.

Como obispo que ha participado en el evento conciliar desde el primer al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán llamados a ponerlo en práctica en el futuro. Por mi parte, doy las gracias al pastor eterno que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado”.

“In medio Ecclesiae”...desde los primeros años de servicio episcopal -precisamente gracias al Concilio- he podido experimentar la comunión fraterna del episcopado, Como sacerdote de la archidiócesis de Cracovia ya sabía que es la comunión fraternal el presbiterio -el Concilio abrió una nueva dimensión de esta experiencia-.

El Card. Antonio M^a Rouco Varela escribe a este respecto: “No hay argumento de las constituciones o decretos conciliares -sacerdotes, laicos, religiosos, obispos, misiones, Iglesias orientales...- que no haya sido abordado por Juan Pablo II en algún documento del más alto rango. En muchas ocasiones, esos asuntos habían sido designados por él como tema para Asambleas Generales ordinarias del Sínodo de Obispos. Precisamente para “examinar con profundidad (...) la aplicación del Vaticano II” y profundizar en ella, convocaba en 1985 una Asamblea general extraordinaria de dicho Sínodo”.

“A nadie se le oculta que una de las características de su pontificado ha sido, precisamente, la solicitud hacia todos “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo los pobres y cuantos sufren” (GS 1). Por mencionar sólo algunas cuestiones, los derechos humanos -de modo primordial, el de la vida-, la paz en el mundo, la dignidad de la mujer, las relaciones entre la fe y la ciencia, la familia, o el quehacer artístico han sido objeto constante de su atención, magisterio y aliento. Incluso en el desmoronamiento del sistema sociopolítico que

²² Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”; BAC. Madrid. 2001; 57

aherrojaba a buena parte del mundo, es común reconocer el papel de Juan Pablo II, quien jamás “hizo política”, en el sentido habitual de la expresión” (Ed. Palabra; abril 2005; n.extra 495). Mijail Gorbachov reconoció el papel de Juan Pablo en el desmoronamiento del sistema comunista en la antigua URSS y “países satélites”.

Creado Cardenal por Pablo VI

Pablo VI lo nombró Cardenal de la Santa Iglesia el día 26 de junio de 1967. Los dos cardenales de Polonia son Stephan Wyszinsky y Karol Wojtyla. Ninguno de los dos se doblegó ni ante el nazismo ni ante el totalitarismo soviético.

Elegido Sucesor de Pedro con el nombre de Juan Pablo II

Cuando muere Juan Pablo I, de feliz recuerdo, fue convocado al Cónclave para elegir al nuevo Sucesor de San Pedro. Una vez más el Señor se iba a hacer presente en la persona y vida del Card. Karol Wojtyla, invitándole a asumir un nuevo ministerio eclesial.

Era el día 16 de octubre de 1978.

El cardenal Tisserant anunciaba que en la última votación el cardenal Karol Wojtyla habia sido elegido Papa. El Card. Karol Wojtyla fue elegido Papa en la octava votación, el día 16 de octubre de 1978. El Pontífice número 264 de la Iglesia Católica había sido elegido.

El cardenal Jean Villot se acercó al elegido para hacerle la pregunta siguiendo el protocolo establecido: De acuerdo con el derecho canónico, “¿Aceptáis?”

El cardenal Karol Wojtyla respondió con humilde serenidad:

“En obediencia de la fe ante Cristo mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, no obstante las graves dificultades, acepto”. Tenía 58 años de edad.

La elección al pontificado la vivió como una llamada de Cristo a la que le era imposible sustraerse. Lo repitió con frecuencia a los largo de los años, poniendo de relieve e insistiendo en que había contraído un vínculo tan estrecho con Jesucristo, el Pastor y Maestro del Pueblo de Dios, que sólo Él habría decidido el momento de rescindirlo. Permaneció fiel a la misión

recibida hasta el final de su vida, incluso en medio del dolor y del sufrimiento.

Apuntó Juan Pablo II en su cuaderno íntimo: “Día 16 hacia las 17,15, Juan Pablo II”. Era un Papa venido del Este. Era un Papa eslavo. Por eso dijo: “A los Cardenales no les ha faltado valor al elegir un Papa eslavo... ¡Alabado sea Jesucristo!”. El Card. Vicente Enrique y Tarancón dijo: “A los Padres del cónclave Dios nos ha obligado a romper con la historia para elegir al nuevo Papa”. El nuevo Sucesor de Pedro recibió a los Cardenales de pie. Al que lo invitaba a sentarse para recibir así la obediencia de sus hermanos, le respondió: “Gracias, recibiré de pie la obediencia de mis hermanos”.

Se trataba de un Papa no italiano, hecho que no se había producido desde hacía 456 años, cuando en 1522 fue elegido Adriano VI, natural de Utrech (Holanda), quien ocupó la Sede Pontificia sólo durante un año.

Queremos dejar constancia aquí del abrazo que se dan Juan Pablo II y el Cardenal Wyszynski, y de las palabras tan entrañables y de tanta importancia que le dijo al nuevo Papa: “Si el Señor te ha llamado, debes llevar la Iglesia hasta el tercer milenio”. Lo recuerda Juan Pablo II en su testamento espiritual:

“Cuando, el día 16 de Octubre de 1987, el cónclave de los cardenales eligió a Juan Pablo II, el Primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszynski, me dijo: “la tarea del nuevo Papa será introducir a la Iglesia en el tercer Milenio. No sé si repito exactamente la frase, pero al menos éste era el sentido de lo que sentí entonces”.

Años más tarde, Juan Pablo II dirá respecto a estas palabras del viejo luchador Cardenal polaco: “He comprendido que debo llevar la Iglesia de Cristo hasta el tercer milenio con la oración, con diversas iniciativas, pero he visto que no basta: necesitaba llevarla con el sufrimiento, con el atentado de hace trece años y con este nuevo sacrificio. ¿Por qué ahora? ¿Por qué este año? ¿Por qué este Año de la Familia? Precisamente porque se amenaza a la familia, porque se le ataca. El Papa debe ser atacado, el Papa debe sufrir, para que todas las familias y el mundo entero vean que hay un evangelio -podría decir- superior: el evangelio del sufrimiento, con el que hay que preparar el futuro, el tercer milenio de las familias, de todas las familias y de cada familia” (Alocución dominical; 29-V-1994).

El cardenal P.Felici, a las 18,44 del día 16 octubre de 1978 pronunció las palabras tan esperadas: “Anuntio vobis gaudium magnum, habemus Papam... Sanctae Romanae Ecclesiae, Reverendissimum ac Illustrissimum

Dominum Carolum Cardinalem Wojtyla qui sibi nomen imposuit JOANNEM PAULUM SECUNDUM”.

Acto seguido, Juan Pablo II, acompañado del Consejo Cardenalicio apoyando ambos brazos en la balaustrada, saludaba a los presentes e impartía la bendición a la ciudad de Roma y al mundo entero. Y decía:

“¡Alabado sea Jesucristo! Queridos hermanos y hermanas. Todavía estamos condolidos por la muerte de nuestro amadísimo Papa Juan Pablo I, y he aquí que los Eminentísimos Cardenales han llamado a un nuevo obispo de Roma. Lo han llamado de un país lejano...lejano, pero siempre tan cercano por la comunión en la fe y en la tradición cristiana. He tenido miedo al recibir este nombramiento, pero lo he hecho en el espíritu de la obediencia hacia Nuestro Señor Jesucristo y en la confianza total hacia mi madre, la Virgen Santísima.

No sé si puedo expresarme bien en vuestra...nuestra lengua italiana. Si me equivoco, me podéis corregir. Y así me presento ante vosotros, para confesar nuestra fe común, nuestra esperanza, nuestra confianza en la Madre de Cristo y de la Iglesia, y también para empezar de nuevo en este camino de la historia de la Iglesia, con la ayuda de Dios y de los hombres” (16-October de 1978).

–“¡Te corregiremos!” -respondía la multitud allí congregada-. Era el primer diálogo que mantenía el nuevo Papa con los fieles allí reunidos.

El día 22 de Octubre de 1978, Karol Wojtyla fue investido como Sumo Pontífice asumiendo el nombre de Juan Pablo II.

¿Cómo entendió Juan Pablo II este acontecimiento?

* En 1979 dirá de este momento tan importante en su vida:

“Quiero hacer conocer públicamente esta mi respuesta a todos sin excepción, para poner así de manifiesto que con esa verdad primordial y fundamental de la Encarnación está vinculado el ministerio, que con la aceptación de la elección a Obispo de Roma y Sucesor del apóstol Pedro, se ha convertido en mi deber específico en su misma Catedral” (Encíclica “Redemptor hominis”, n.2; 4-III-1979). Y en el año 1980 dirá: “En la inescrutable Providencia de Dios yo he sido elegido para continuar la misión de Pedro y para repetir con similar convicción: “Tú eres el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Nada en mi ministerio ni en mi vida puede anteponerse

a esta misión” (Homilía en el Pontificio Colegio Norteamericano de Roma; 22-II-1980).

* En el año 1980 manifestará Juan Pablo II la conciencia que tiene de haber recibido del Señor una misión de tanta responsabilidad en la Iglesia:

“He sido hecho, por inescrutable disposición divina, Obispo de Roma, Sucesor de Pedro en la Sede Romana, recibiendo así el primado, en virtud del cual tengo precisamente el mandato de Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal”.

“En cuanto Sucesor de Pedro, seré llamado a dar cuenta especial “delante de Dios y de Cristo Jesús (...)” (cf.IITim.4,1), del modo en que respondo al mandato a mi encomendado por Cristo de ser garante de la pureza de la fe de toda la Iglesia y de desempeñar dignamente la función del Romano Pontífice (cf. LG 23).

* En 1982, en el libro de A. Frossard: “¡No tengáis miedo!”. André Frossard dialoga con Juan Pablo II” (Edt. Plaza y Janés, 1982), dice:

“Creo que yo no fui el único sorprendido aquel día por la voluntad del cónclave. Pero Dios nos concede los medios para realizar aquello que nos manda y que parece humanamente imposible. Es el secreto de la vocación. Toda vocación cambia nuestros proyectos al proponernos otro distinto y asombra ver hasta que extremo Dios nos ayuda interiormente y como nos conecta a una nueva “longitud de onda” y como nos prepara para entrar en este nuevo proyecto y hacerlo nuestro, viendo en él, simplemente, la voluntad del Padre y acatándolo, a pesar de nuestra debilidad y de nuestras opiniones personales (...).

“A pesar de ser indigno de tal honor, esas normas me imponían el deber de aceptar, con espíritu de obediencia y de fe en Cristo, mi Señor y Redentor y de abandono total en su Madre. Todo esto contenía mi respuesta al cardenal camarlengo y así lo repetí con motivo de mi primera bendición “Urbi et Orbe”.

El Espíritu Santo había suscitado un hombre que venía de un país lejano, de tierras esclavas, para presidir la Iglesia del Señor en la caridad. Se convirtió por designio divino en el Papa Juan Pablo II.

El Cardenal Confalonieri afirmó: “Quizás Dios ha querido premiar así a Polonia por las durísimas pruebas sufridas y demostrar así cómo valora los dolores soportados por el honor del nombre de Cristo”.

Olegario González de Cardenal escribe a este respecto:

“Este Papa pertenece a tres historias: la de Polonia, la de la Iglesia católica y la de la Humanidad, que ya no se pueden pensar sin él. Por eso, hay que enjuiciarlo desde la situación, gloria y límites que esa nación, esta comunidad católica y la condición humana ofrecen en un determinado momento de su Historia” (“Ratzinger y Juan Pablo II”; Sígueme, 2005; 151).

Las primeras palabras de Juan Pablo II

“¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Él conoce lo que hay en el interior del hombre! Sólo Él es el Redentor del hombre”.

Una invitación a la que él mismo fue el primero en permanecer fiel. Juan Pablo II no ha tenido miedo nunca: ni cuando fue arrollado por un camión, siendo obrero en una cantera, ni cuando se preparaba para el sacerdocio en plena ocupación nazi de Polonia, ni cuando, siendo obispo auxiliar de Cracovia, logró una iglesia para los obreros de una factoría en Nova Huta en los años más duros del comunismo, al que años más tarde contribuyó a vencer. Tampoco tuvo miedo cuando, el 13 de mayo de 1981, fue herido por una bala asesina en la Plaza de San Pedro. Juan Pablo II no tuvo miedo a mostrar al mundo su humanidad herida y dañada por la enfermedad de Parkinson. Juan Pablo II no tuvo miedo a enfrentarse a la muerte. Al borde de su muerte decía: “dejadme ir a la Casa del Padre”.

¡No tengamos miedo porque el miedo es contrario a la fe! Cristo con su muerte y resurrección ha vencido al pecado, a la ley, al mundo y a la muerte, y nos da parte en su victoria. Jesucristo está a nuestro lado aun en los momentos más duros y difíciles, más dolorosos y sufrientes. “Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos”. “Se acuerda siempre de nosotros”. Juan Pablo II nos ha dicho que Dios no sólo existe, vive y actúa, sino que, sobre todo, es amor, que nos quiere y nos ama. Para Dios, cualquier vida, incluso la que para los hombres es más insignificante y pobre, tiene un valor eterno e infinito a sus ojos, por lo que debe ser amada y respetada siempre.

En la homilía de su primera Misa como Sucesor de Pedro pidió a todos que rogasen por él a Dios:

“Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera...Me dirijo una

vez más a todos los hombres, a cada uno de los hombres. ¡Rogad por mí! ¡Ayudadme para que pueda servirlos! Amén”.

Juan Pablo II y su servicio pastoral

“¡Qué inescrutables son los caminos de Dios! ¿Quién se hubiera atrevido a prever, después de la muerte del inolvidable Paulo VI, la prematura desaparición de su amable sucesor, Juan Pablo I? ¿Y como habría podido yo adivinar que su formidable herencia pasaría a mis espaldas? Diré con el salmista: “¿De dónde me vendrá el auxilio?” (Primera alocución de Juan Pablo II dirigida a los cardenales en la Capilla Sixtina; 17 de octubre de 1978).

La situación eclesial no era fácil en los inicios del pontificado de Juan Pablo II. Eran los años del postconcilio en los que surgieron algunas interpretaciones del Concilio no siempre correctas y auténticas. El Papa afrontó este hecho, aunque desde algunos ambientes fue criticado con dureza, y considerado como conservador, intransigente. Algunos olvidan que “su mejor lección podría ser la síntesis entre tradición e innovación, mística y acción. Juan Pablo II era un hombre tradicional, arraigado espiritualmente en la tradición cristiana, los Evangelios, los Santos Padres, la buena escolástica y los ejemplos de los santos. Pero, a la vez, desde esa vivencia de la tradición cristiana, misionera y universalista, se sentía movido a salir al encuentro del mundo, de las personas, de las instituciones sociales y políticas, de las confesiones y religiones; se acercaba a los problemas más vivos y duros del momento para ofrecer la verdad del evangelio de Jesús y la vida nueva de su Espíritu. Supo ser un hombre de su tiempo y de su mundo, sin dejar de ser un hombre de Dios, de Jesús y de la Iglesia” (Mons. F. Sebastián: “Siervo bueno y fiel”. Arzobispado de Pamplona; 2-IV-2005).

Asumió la tarea de aplicar las enseñanzas del Concilio Vaticano II a la vida de la Iglesia: “Constituye para mí un compromiso formal dar al Concilio Vaticano II su debido cumplimiento. ¿Acaso no es el concilio una piedra miliar en la historia bimilenaria de la Iglesia, y, por consiguiente, en la historia religiosa y también cultural del mundo.

En esta dirección se celebraron los Sínodos de Obispos con las respectivas Exhortaciones Apostólicas, que son el mejor comentario y ampliación de la doctrina conciliar. Entre los temas abordados están: el ministerio sacerdotal y episcopal, la vida consagrada, la vocación de los fieles laicos, el sacramento de la penitencia, el sacramento de la Eucaristía. El Papa ofrece también otras enseñanzas en su magisterio: la Redención de Jesucristo, la relación entre la fe y la razón, los fundamentos de la conciencia y de la vida

moral, la dignidad y el valor de la vida humana, la defensa y promoción de la paz, la dignidad del trabajo..

Juan Pablo II tiene claro que para evangelizar al hombre y a la mujer de hoy la Iglesia no tiene que consensuar con los que dominan y manipulan la cultura actual, ni tiene que rebajar las exigencias del mensaje de Jesucristo para ser así aceptada por este mundo. Él sabía que la credibilidad y la eficacia de la Iglesia se fundamentan en la fidelidad, en el amor y en la verdad. Por otra parte, Juan Pablo II invitó a la Iglesia a emprender la nueva evangelización de la que tan necesitado está nuestro mundo actual. Una evangelización que debe ser realizada con nuevo ardor, con nuevos métodos, con nuevas expresiones con la participación de todos.

Inertamos a continuación unas palabras del Card. Antonio María Rouco que pone de relieve el significado del ministerio pastoral del Papa:

“Juan Pablo II ha apacentado el rebaño del Señor de una forma directa e inmediata, visitando a las Iglesia y comunidades cristianas, por pequeñas que fueran, para conocer su realidad concreta. Dándose así, ha hecho que el mundo en general comprenda y valore el verdadero sentido del ministerio de Pedro que, por voluntad de Cristo, ha sido instituido para que la Iglesia aparezca como la casa de la salvación. Por ello, son muchos los que sin pertenecer a la Iglesia de Cristo, se han sentido pastoreados y apacentados por este Vicario del Señor en la tierra cuya ansia evangelizadora ha marcado su pontificado. Es esta entrega a su ministerio lo que ha renovado dentro de la misma Iglesia la gozosa certeza de que Cristo vive en Pedro, y de que Pedro hace visible, cercano y tangible al mismo Cristo” (Homilía en el funeral por S.S.Juan Pablo II; Madrid,11-IV-2005)..

Juan Pablo II y el sufrimiento

Benedicto XVI ha manifestado que a Juan Pablo II le afectó profundamente no sólo la contemplación del sufrimiento, sino el “espectáculo del poder del mal que en el siglo XX hemos experimentado de forma dramática”, un “mal que se erigió en sistema”; además ha recalcado que “el mal no prevalecerá porque a él se impone la misericordia de Dios”.

Por otra parte –y saliendo al paso de ciertas críticas que aplicaban a Juan Pablo II de los últimos meses una especie de masoquismo del sufrimiento-, ha recordado que “el límite del poder del mal lo pone “el sufrimiento de Dios”, un sufrimiento que no se congratula consigo mismo, y que en la persona de Juan Pablo II no fue simplemente erudición teológica, sino “expresión de una fe vivida y madurada en el sufrimiento...Ciertamente

debemos hacer todo lo posible por atenuar el sufrimiento e impedir la injusticia que provoca el sufrimiento de los inocentes, pero al mismo tiempo debemos hacer todo lo posible para que los hombres de hoy puedan descubrir el sentido del sufrimiento, para estar en condiciones de aceptar el sufrimiento propio y unirlo al sufrimiento de Cristo”. (“Ecclesia”; 31-XII-2005;28).

Juan Pablo II comentó el encuentro que tuvo en Oaxaca (México), en la iglesia de los PP.Dominicos con palabras emotivas: “Tuve ocasión de posar mi mano sobre sus cabezas, pude pronunciar una palabra de compasión, de consuelo. Y pude pedirles que rezasen por mí. Cuento mucho con la oración de los enfermos, con la intercesión delante de Dios de los que sufren. Ellos están cercanos a Cristo.(...) Tenemos, pues, el deber de detenernos delante del sufrimiento, en presencia del hombre que sufre por redescubrir este vínculo esencial entre el mío y su “yo” humano” (Alocución al Ángelus; 11-II-1979)..

* Juan Pablo II se ha identificado con el dolor de la humanidad:

Ha rezado y llorado en el campo de exterminio de Auschwitz donde rezó: “perdónanos, Padre, perdónanos”.

Ha hecho suyo la entrega y el sufrimiento del P. Kolbe y de sus compañeros en la celda del hambre de un campo de exterminio...

Ha rezado en el Museo de la “Shoah” en Jerusalén, sobrecogido y orante. ¡Tan cerca estuvo ese “campo de exterminio” de su pueblo! ¡Tanto sufrimiento y dolor que conoció y experimentó!

Ha orado en Japón, en Hiroshima, en el museo que recoge la barbarie del lanzamiento de la primera bomba atómica.

Ha llorado con los más pobres y enfermos del mundo en sus viajes apostólicos, haciendo suyos su sufrimiento y sus ansias de liberación integral...

Ha estado cerca de la Madre Teresa de Calcuta a quien beatificó.

Ha dado a los enfermos un lugar privilegiado en su pensamiento, en su vida y en su ministerio: “Bien sabéis que el Papa -dijo a los enfermos en su visita al santuario de Popmpei, el 21 de octubre de 1979-, en su esfuerzo por imitar a aquel Jesús de quien es Vicario en la tierra, siente predilección por los enfermos y por los que sufren. El Papa considera esta atención particular hacia los enfermos uno de los deberes más altos de su ministerio pastoral” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, II,2 (1979), Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1980,820).

Nos ha pedido encarecidamente que no abandonemos a los enfermos. Recordemos sus palabras en la catedral de Southwark (Gran Bretaña) en la celebración de la Unción de los Enfermos (28 de mayo de 1982): “No olvidéis

a los enfermos y ancianos. No abandonéis a los impedidos y enfermos graves. No los posterguéis hacia los márgenes de la sociedad. (...) La sabiduría y el poder de Cristo resultan visibles en la debilidad de aquellos que participan de sus sufrimientos” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, V,2 (1982). Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1982 1911)

Hemos rezado y llorado con Usted, Santo Padre.

* El sentido cristiano del sufrimiento humano:

“El hombre, al descubrir por la fe el sufrimiento redentor de Cristo, descubre al mismo tiempo en él sus propios sufrimientos, los revive mediante la fe, enriquecidos con un nuevo contenido y con un nuevo significado (...) La cruz de Cristo arroja de modo muy penetrante luz salvífica sobre la vida del hombre y, concretamente, sobre su sufrimiento, porque mediante la fe lo alcanza junto con la resurrección: el misterio de la pasión está incluido en el misterio pascual”²³.

“En el Cuerpo de Cristo, que crece incesantemente desde la cruz del Redentor, precisamente el sufrimiento, penetrado por el espíritu del sacrificio de Cristo, es el mediador insustituible y autor de los bienes indispensables para la salvación del mundo. El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención” (Salvifici doloris,27).

* Juan Pablo II sufrió una violenta agresión

Juan Pablo II conoció en su misma carne los sufrimientos y dolores de la violencia injusta. El turco Mehmet Alí Agca dispara contra él en la plaza de San Pedro, dejándolo gravemente herido y sangrando.

Dejemos que el propio Juan Pablo II nos hable de esa tarde y nos confíe su experiencia:

“El día 13 de mayo 1981, el día del atentado al Papa durante la audiencia general en la Plaza de San Pedro, la Divina Providencia me salvó milagrosamente de la muerte. Aquel que es único Señor de la vida y de la muerte, Él mismo me ha prolongado esta vida, en un cierto modo me la ha vuelto a dar. Desde aquel momento pertenezco aún más a Él. Espero que Él me ayudará a reconocer hasta cuando debo continuar este servicio, al que me

²³ Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Salvifici Doloris; 1984.

llamó el 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando quiera. “Pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor” (Rm.14,8). Espero que hasta que pueda realizar el servicio petrino en la Iglesia, la Misericordia de Dios me preste las fuerzas necesarias para ello”²⁴.

Recordemos las palabras que Juan Pablo II dirigió a los fieles después del atentado: “Os agradezco, conmovido, vuestras oraciones y a todos os bendigo. Me siento cercano, de manera particular, a las dos personas que fueron heridas en la misma circunstancia que yo. Pido por el hermano que me golpeó, a quien perdono con sinceridad. En unión con Cristo, sacerdote y víctima, ofrezco mis sufrimientos por la Iglesia y por el mundo. Y a Ti, Virgen María, te repito: “Totus tuus ego sum” (Te pertenezco por entero) (Alocución al Ángelus, 18 de mayo de 1981). Realmente estas palabras muestran su profunda sensibilidad humana y su sincera espiritualidad cristiana. El Papa nos enseña a perdonar a quien nos haya ofendido, nos invita a vivir el sufrimiento íntimamente unidos a Cristo, y nos exhorta a poner nuestra vida en las manos maternas de la Virgen María.

Juan Pablo II tiene conciencia de que sobrevivió al atentado gracias a la protección e intercesión de la Virgen de Fátima: “¿Podría yo acaso olvidar el episodio que tuvo lugar en la Plaza de San Pedro en el día y hora en que, desde hace más de sesenta años, se recuerda en Fátima, en Portugal, la primera aparición de la Madre de Cristo a los pobres niños hijos de familias labriegas? Es que, en cuanto me ocurrió justamente aquel día, he experimentado aquella protección y cariño materno extraordinario, que demostró ser más fuerte que el proyectil mortífero” (Audiencia General, 7 de octubre de 1981).

En el año 1982, escribe el Santo Padre: “el atentado a mi vida el 13.V.81 confirmó, de alguna forma, la exactitud de las palabras escritas en el período de los ejercicios espirituales de 1980: “Expreso mi más profunda confianza en que, a pesar de toda mi debilidad, el Señor me conceda todas las gracias necesarias para hacer frente a cualquier tarea, prueba o sufrimiento que quiera pedir a su siervo en el curso de la vida”²⁵.

Juan Pablo II tiene que ser operado quirúrgicamente seis veces a lo largo de su vida. Podemos decir que vivió no sólo signado por la cruz desde su bautismo, sino también a la sombra de la cruz y con-crucificado con Cristo.

Al final de su existencia en este mundo, Juan Pablo II llevó siempre con serenidad y paz el dolor y el sufrimiento. No los ocultó ni se ocultó ante los

²⁴ Juan Pablo II: “Testamento”; año 2000

²⁵ Juan Pablo II: “Testamento”; 24-II-1980

ojos del mundo, que con cierta frecuencia esconde el dolor, oculta el sufrimiento como si fuera algo indigno e indecoroso para el hombre y la mujer del s. XXI.

Su vida fue como un descenso constante, como la de Jesús

En 1994, al regreso -otra vez- del Policlínico, Juan Pablo II afirmó: “he comprendido que tengo que introducir a la Iglesia de Cristo en este tercer milenio con la oración, con diferentes iniciativas, pero he visto que no es suficiente: es necesario introducirla con el sufrimiento, con el atentado de hace trece años y con este nuevo sacrificio” (Alocución al Ángelus, 29 de mayo de 1994).

Llegará un día en que el sufrimiento se hará más hondo e intenso en el Papa, hasta el punto de que dejó el báculo pastoral en forma de cruz para apoyarse solamente en un humilde bastón; y otro día, tuvo que dejar el bastón para estar “atado” para siempre a una silla de ruedas. Y sufrió más, hasta el final: “desde la silla, siguió el último Vía crucis del Coliseo Romano. Y cuando llegó a sus oídos que se hacían conjeturas sobre su posible renuncia al ejercicio del Ministerio de Sucesor de Pedro, respondió con palabras inmensas: “¡Jesucristo no se bajó de la Cruz! Yo debo seguir, hasta que el Señor quiera!”. Nos quedamos sin palabras y sobrecogidos.

El sufrimiento se hacía más intenso en Juan Pablo II de tal modo que tuvo que ser hospitalizado nuevamente del 1 al 10 de febrero y del 24 de febrero al 13 de marzo de 2005.

Su vida fue un constante abajamiento, una kenosis, a imitación de Jesucristo “el cual, siendo de condición divina, se despojó de su rango, tomando la condición de esclavo; se hizo uno de tantos; se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz...Por eso, el Padre lo exaltó...” (Fil.2,6-11). Todos tenemos en el corazón y en la retina las imágenes de Juan Pablo II: son imágenes en las que percibimos los signos del heroísmo y de la entrega, el aroma de la caridad, el timbre de la santidad.

No podemos olvidar aquel domingo de Ramos del año del Señor 2005, cuando, en el momento del Ángelus, Juan Pablo II se asomó a la ventana de su despacho, con el rostro sufriente y la garganta perforada por la traqueotomía. Quiso comunicarse con todos. No pudo. Aquellos labios permanecieron mudos. En su rostro vimos un dolor inmenso, indescriptible...El Papa agitó varias veces el ramo de olivo que llevaba en su mano: era su homilía muda, inolvidable. Ya no pudo más.

Traemos también a estas páginas el último Viernes Santo que vivió el Papa entre nosotros. Lo guardaremos para siempre como la presencia simultánea de dos “vía-crucis” el de Jesús y el suyo. Con profundo respeto, amor y gratitud nos atrevemos a escribir aquí: Juan Pablo II estaba en su capilla. Estaba inclinado, inmóvil, con la frente apoyada en el crucifijo que mantenía fuertemente con sus frágiles manos, como una roca a la que se agarraba para plantar en ella su cruz personal”.

Agradecemos a Juan Pablo II que nos haya evangelizado con su sufrimiento, vivido en unión permanente con Jesucristo y ofrecido por la Iglesia y la salvación de la humanidad.

El Card. J. Ratzinger, hoy Benedicto XVI, desentraña el sufrimiento de Juan Pablo II con palabras emocionadas y entrañables:

“En el primer período de su Pontificado, el Santo Padre, todavía joven y lleno de fuerza, bajo la guía de Cristo iba hasta los confines del mundo. Pero después ha entrado cada vez más en la comunión de los sufrimientos de Cristo, y ha comprendido cada vez más la verdad de las palabras de Jesús a Pedro: “Otro te ceñirá...”. Precisamente en esta comunión con el Señor sufriente ha anunciado el Evangelio, el misterio del amor que va hasta el final, incansablemente y con renovada intensidad (Jn.13,1).

Benedicto XVI en su visita al Hospital Gemelli decía: “Durante aquellos días -internamiento hospitalario de Juan Pablo II-, el pensamiento de todos los católicos, pero no sólo de los católicos, del mundo entero, se dirigía al Gemelli. Desde sus habitaciones de hospital, el Papa impartió a todos una enseñanza incomparable sobre el sentido cristiano de la vida y del sufrimiento, dando testimonio personal de la verdad del mensaje cristiano” (“L’Osservatore Romano” (22 de noviembre de 2005).

Juan Pablo II llamado por Dios de este mundo

Nos acercamos al final de su vida en este mundo. La vida del Papa se iba apagando lentamente. En “Acta Apostolicae Sedis” se publican los detalles de la agonía, muerte y funerales de Juan Pablo II. A ellos nos remitimos desde aquí.

Sábado, 2 de abril de 2005.

Durante la mañana la salud de Juan Pablo II empeoró. “Las condiciones generales y cardiorespiratorias del Santo Padre se han agravado. Los parámetros biológicos están notablemente comprometidos. El Papa presenta

un cuadro clínico de insuficiencia respiratoria y renal e hipotensión arterial” y empezaba a presentar un deterioro inicial de la consciencia. A última hora de la mañana, recibía por última vez al cardenal Secretario de Estado y seguidamente se iniciaba una elevación brusca de la temperatura.

Hacia las 15,30, con voz debilísima y palabras entrecortadas dichas en polaco, su lengua materna, el Santo Padre pedía: “dejadme ir a la Casa del Padre”. Se lo dijo a la Religiosa, Sor Tobiana, quién lo repitió emocionada a las personas que estaban allí.

El Card. Camilo Ruini declara que, después, de rezar ante el Santo Padre, se quedó conmovido al ver cómo a Juan Pablo II le veía “abandonado totalmente la voluntad de Dios”.

Poco antes de las 19 horas entraba Juan Pablo II en coma. El monitor documentaba el agotamiento progresivo de sus funciones vitales. “Según una tradición polaca, una pequeña vela encendida iluminaba la penumbra de la habitación en la que el Papa iba apagándose”.

A las 20 horas comenzaba la celebración de la Santa Misa de la Fiesta de la Divina Misericordia a los pies del lecho del Papa agonizante. Presidía la concelebración Mons. Stanislaw Dziwisz.

Finalmente fortalecido con los sacramentos de la Iglesia, bajo la mirada y protección maternales de la Stma. Virgen María a la que se había consagrado totalmente: “totus tuus”, entregado a la misericordia infinita de Dios y acompañado del cariño, del respeto y de la oración de todos, -los presentes, los ausentes- y de modo especial de los jóvenes del mundo, entregó su alma al Señor.

Juan Pablo II murió en el Señor y para el Señor, el sábado, 2 de Abril del año del Señor 2005, a las 21,37 horas. El fallecimiento del Papa, comprobado por el Dr. Renato Buzzonetti, fue confirmado por un electrocardiogramograma que se prolongó durante más de 20 minutos, según lo previsto en las normas del Vaticano. Acto seguido, acudieron a rendir homenaje al difunto Sumo Pontífice el Card. Angelo Sodano, el Card. Joseph Ratzinger, el Card. Eduardo Martínez, así como varios miembros de la Familia pontificia. Poco después las luces de la habitación del Papa se encendían de nuevo, y la noticia del fallecimiento se difundía inmediatamente por el mundo entero.

Recogemos el testimonio del Card. Stanislaw Dziwisz y Czeslaw Drazek sobre estos momentos:

Hacia las 17 horas se rezaron las primeras Vísperas del segundo domingo de Pascua, es decir, el Domingo de la Divina Misericordia. Las lecturas hablaban del sepulcro vacío y de la Resurrección de Cristo. Sonaba a menudo la palabra: ¡aleluya!. Al final recitó el himno Magnificat y la Salve Regina.

Varias veces, el Santo Padre abrazó con la mirada a los presentes de su círculo más próximo y a los médicos que velaban a su lado. Desde la Plaza de San Pedro, donde estaban reunidos miles de fieles, especialmente jóvenes, llegaban gritos de “Juan Pablo II” y “¡Viva el Papa!”. Oía aquellas palabras.

En una pared frente al lecho del Santo Padre estaba en un cuadro la figura de Cristo sufriendo, atado con unas cuerdas: el Ecce Homo en el que tenía fijada de continuo la mirada durante su enfermedad. Los ojos del Papa que se iban apagando se posaban también sobre la imagen de Nuestra Señora de Czestochowa. Sobre una mesilla estaba una fotografía de sus padres.

Hacia las 20 horas, junto al lecho del Papa agonizante, mons. Stanislaw Dziwisz presidió la celebración de la Santa Misa del Domingo de la divina Misericordia. Con él concelebraron el cardenal Marian Jaworski, Mons. Stanislaw Rylko, Mons. Mieczyslaw Mokrzycki y el Padre Tadeus Styczeri. A la Eucaristía el doctor Renato Buzzonatti, sus colaboradores y las hermanas Esclavas del Sdo. Corazón de la Casa Pontificia.(...)

Antes del Ofertorio, el cardenal Marian Jaworski administró una vez más al Santo Padre la Unción de los Enfermos, y durante la Comunión Mons. Dziwisz le dio la Santísima Sangre como Viático, consuelo en su camino hacia la Vida Eterna.

Pasados unos instantes, las fuerzas empezaron a abandonar al Santo Padre. Se le había puesto en la mano una vela encendida, previamente bendecida.

A las 21,37 horas, Juan Pablo II dejó este mundo. Los presentes entonaron el “Te Deum”. Con lágrimas en los ojos daban gracias a Dios por el don de la persona del Santo Padre y por su gran pontificado (Stanislaw Dziwisz, C.Drazek y otros: “Dejadme ir a la casa del Padre”; San Pablo. Madrid. 2006;98-100). Joaquín Navarro Valls, portavoz de la Santa Sede, dijo: “Las religiosas, el secretario y los otros pocos presentes lo hicieron espontáneamente (rezaron el “Te Deum”) para dar gracias a Dios por sus ochenta y cuatro años tan fecundos”.

Mons. Leonardo Sandri anunció a la ciudad de Roma y al mundo la muerte de Juan Pablo II con estas palabras: “Nuestro amadísimo Juan Pablo II ha vuelto a la casa del Señor”.

Tras rezar el salmo “Desde lo hondo a ti grito, Señor”, comenzaron a tañer las campanas de la Basílica del Vaticano...Se hizo un silencio de oración y emoción....Había muerto el Papa Juan Pablo II a quien tanto le gritaron: “Juan Pablo II, te quiere todo el mundo”.

Juan Pablo II había ejercido su ministerio pastoral de Sucesor de Pedro durante 26 largos años.

3 de abril, Domingo de la divina Misericordia

El día 3 de abril, Domingo de la Divina Misericordia, a las 10,20, en la Plaza de San Pedro, se celebró una Misa en sufragio del difunto Pontífice, presidida por el cardenal Ángelo Sodano. A las 12,30 se rezó el Regina Coeli, oración mariana propia del Tiempo de Pascua.

El Testamento de Juan Pablo II

Acerquémonos con profundo respeto y en silencio al Testamento del Santo Padre para descubrir cómo se preparó a su muerte.

* “Cada uno debe tener presente la perspectiva de la propia muerte. Y debe estar preparado para presentarse frente al Señor y al Juez y al mismo tiempo frente al Redentor y al Padre. Así, yo también lo tengo continuamente en consideración, confiando ese momento decisivo a la Madre de Cristo y de la Iglesia, a la Madre de mi esperanza”²⁶.

* También espero que haga que sea útil para esta causa tan importante a la que intento servir: la salvación de la humanidad, la salvaguardia de la familia humana y con ella de todas las naciones y de todos los pueblos (entre ellos también me dirijo de forma particular a mi Patria terrena), útil para las personas que de modo particular me ha confiado, para la cuestión de la Iglesia, para la gloria de Dios”²⁷.

* “Si Cristo no se bajó de la cruz, tampoco lo haré yo”, dijo él un día. Y así hasta el final. Pero siempre con una confianza ilimitada en el Señor y en la Stma. Virgen María: “Cuanto más profundamente siento que me encuentro

²⁶ Juan Pablo II: “Testamento” año 1982

²⁷ Juan Pablo II: “Testamento”, año 1982

totalmente en las Manos de Dios y permanezco continuamente a disposición de mi Señor, confiándome a Él en su Madre Inmaculada” (Totus Tuus)²⁸.

* “Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones que dio el Santo Padre Pablo VI (nota al margen: la sepultura en la tierra, no en un sarcófago, (13.3.92). “Después de la muerte pido Santas Misas y oraciones” (5.III.90)²⁹.

“No dejo tras de mí propiedad alguna de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano que me servían, pido que se distribuyan como se considere oportuno”³⁰.

* Agradecimientos. “¡Cuántas personas debería mencionar!..En los más de veinte años que desempeño el servicio petrino “in medio Ecclesiae”, he experimentado la benevolente y particularmente fecunda colaboración de tantos cardenales, arzobispos y obispos, de tantos sacerdotes, de tantas personas consagradas - hermanos y hermanas- y, por último, de muchísimas personas laicas, en el ambiente de la Curia, en el Vicariato de Roma, así como fuera de estos ambientes.

¡Cómo no abrazar con un agradecido recuerdo a todos los episcopados del mundo, con los que me he encontrado en las visitas "ad limina Apostolorum" ¡Cómo no recordar también a tantos hermanos cristianos, no católicos! ¡Y al rabino de Roma, a tantos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a quienes representan al mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

* El recuerdo a sus seres queridos: “A medida que se acerca el final de mi vida terrena, vuelvo con la memoria a los inicios, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana (a la que no conocí, pues murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a esa ciudad de mi amor, a mis coetáneos, compañeras y compañeros de escuela, del bachillerato, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y después a la parroquia de Niegowic, a la de San Florián en Cracovia, a la pastoral de los universitarios, al ambiente...a todos los ambientes...a Cracovia y a Roma...a las personas que el Señor me ha confiado de manera especial. A todos sólo les quiero decir una cosa: “Que Dios os dé la recompensa”.

²⁸ Juan Pablo II: “Testamento”, 5-III-1982

²⁹ Juan Pablo II: “Testamento”, año 1979

³⁰ Juan Pablo II: “Testamento”, año 1979

* La llegada de la muerte.”No sé cuando llegará, pero al igual que todo, pongo también este momento en las manos de la Madre de mi Maestro: Totus tuus!” (6-III-1979). (...) Deseo una vez más ponerme totalmente en manos de la gracia del Señor. El mismo decidirá cuándo y cómo tengo que terminar mi vida terrena y el ministerio pastoral. En la vida y en la muerte “totus tuus” mediante la Inmaculada. Aceptando ya desde ahora esta muerte, espero que Cristo me dé la gracia para el último paso, es decir, mi Pascua” (24-II - 1-III 1980). “In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum” (17-III-2000).

Eran las 21,37. Juan Pablo II había muerto en las manos del Señor para despertar en el regazo del Padre. Como es tradición en Polonia, se le puso una vela encendida en su mano.

Juan Pablo II ha cruzado ya el umbral de la esperanza y se ha adentrado en el misterio inefable de Dios. Descansa ya en el regazo del Padre para toda la eternidad, como así lo esperamos de la misericordia infinita de Dios. “Él se ha ido, realmente e irremediabilmente, para darnos fruto, un fruto que germina”. Por eso podemos decir que estamos apenados pero profundamente esperanzados: “la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión en el cielo.

Juan Pablo II se dejó construir por el sufrimiento hasta llegar a convertirse en ofrenda agradable ante los ojos del Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Podemos decir de Juan Pablo II que vivió bajo la sombra de la cruz y murió en la cruz; por eso, esperamos que habrá despertado en el regazo amoroso del Padre.

Con la oración, el afecto y el agradecimiento lo hemos acompañado en la liturgia funeral y en su procesión hacia su enterramiento donde con otros hermanos espera la resurrección de los muertos:

“Del adiós a este mundo -para nacer al otro, al mundo futuro, signo elocuente (añadido encima: decisivo) es para nosotros la Resurrección de Cristo”³¹.

Algunos testimonios

No es de extrañar que algunos hayan dicho cosas tan hermosas de Juan Pablo II como las siguientes:

³¹ Juan Pablo II: “Testamento”, año 1982

Card. Antonio María Rouco Varela: “Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, muriendo constantemente con Él para servir mejor a su Iglesia y a los hombres, también habrá resucitado con Él”.

Mons. Antonio Cañizares Llovera: “En el Papa Juan Pablo II hemos podido reconocer al testigo del Dios vivo, enseña de la esperanza para todos los hombres, amigo fuerte de Dios y defensor del hombre, de todo hombre y de su dignidad, peregrino de la paz por todos los caminos de la tierra, paladín de la vida y de la libertad, trabajador incansable en los duros trabajos del Evangelio, evangelizador hasta en los confines del mundo, infatigable luchador por una nueva cultura de la vida y de la solidaridad y por una nueva civilización del amor, buen samaritano que se ha inclinado y se ha acercado con ternura y amor al hombre maltrecho y malherido y, así, amigo cercano y aliento también de los jóvenes, a los que tanto ha querido que tanto se han sentido queridos por él y que son el futuro y la expresión de una nueva primavera para la humanidad”

Card. J. Ratzinger:

“El Santo Padre ha sido además sacerdote hasta el final, porque ha ofrecido su vida a Dios por sus ovejas y por toda la familia humana en una entrega cotidiana de sí mismo al servicio de la Iglesia y, sobre todo, en las pruebas difíciles de estos últimos meses, así, se ha unido a Cristo, el buen Pastor que ama a sus ovejas”.

“Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora asomado a la ventana de la casa del Padre y nos ve y nos bendice. Sí, bendícenos, Santo Padre”.

“Nosotros confiamos tu querida alma a la Madre de Dios, tu madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la Gloria Eterna de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, amén”³².

Mons. Renato Boccardo: “estaba en la cama, como cualquier persona a punto de morir. A su alrededor estaban sus médicos y el personal de la casa. Me arrodillé cerca de la cama. Le besé la mano y...bueno, sin duda fue un momento muy emocionante”. “En esos instantes se me pasaban por la cabeza montones de imágenes, montones de palabras”

Mons. Stanislaw Dziwisz: “Él sabía que no estaba solo. Se iba a reunir con Dios con el respaldo de esa multitud” “Leedme la Biblia”, pidió. Un

³² Card. J. Ratzinger: “Homilía en el Funeral de Juan Pablo II”; 8-IV-2005.

sacerdote leyó nueve capítulos del evangelio de San Juan. El Papa pidió que se iniciara un rezo, y así se hizo durante su última hora de vida. “Él estaba junto a nosotros. No sé si siguió toda la ceremonia porque tenía los ojos cerrados”. “Cuando vimos que su corazón había dejado de latir, no lloramos. Cantamos el “Te Deum laudamus”, dando gracias a Dios por su vida, por sus logros y por haber podido estar a su lado hasta el final”.

IV

MINISTERIO PASTORAL DE JUAN PABLO II

Juan Pablo II ha apacentado el rebaño del Señor de forma directa e inmediata, visitando a las Iglesias Particulares y a las comunidades cristianas, por pequeñas que fueran, para conocer su realidad concreta, para alentarlas en su caminar por este mundo a la Casa del Padre, para fortalecer su unidad. Y lo ha hecho en una época de cambios rápidos y profundos. Su servicio pastoral ha tenido una incidencia universal por sus muchos viajes y relaciones humanas y ha irradiado el Evangelio de la paz y de la esperanza, del amor y de la misericordia para bien de la humanidad entera

“En mi ya larga experiencia, a través de situaciones tan diversas, me ha afianzado en la convicción de que sólo desde el terreno de la santidad sacerdotal puede desarrollarse una pastoral eficaz, una verdadera “cura animarum”. El auténtico secreto de los éxitos pastorales o están en los medios materiales, y menos aún en la “riqueza de medios”. Los frutos duraderos de los esfuerzos pastorales nacen de la santidad del sacerdote. ¡Este es su fundamento!

Naturalmente, son indispensables la formación, el estudio y la actualización; en definitiva, una preparación adecuada que capacite para percibir las urgencias y definir las prioridades pastorales” (1).

Los historiadores suelen distinguir en el ministerio pastoral de Juan Pablo II varias etapas, que quisiéramos consignar aquí; una primera que se extiende desde su elección como Sucesor de Pedro hasta el atentado del que es objeto en la plaza de San Pedro: 16-X-1978 hasta el 13 de mayo de 1981; una segunda que va desde su recuperación del atentado hasta la caída del muro de Berlín, en el año 1989; una tercera etapa que se extiende desde esa última fecha hasta el último día de su vida en este mundo.

Juan Pablo II encarnó la figura del Buen Pastor

Jesucristo estuvo siempre presente en su ministerio. A través de su persona y ministerio pastoral, el Señor Jesús se hace presente entre nosotros, alimentando, custodiando y protegiendo a la Iglesia.

En los comienzos del tercer milenio el Papa nos invitó a centrarnos y a profundizar nuestra acción pastoral con unas palabras que es necesario recordar: No existe “una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro

tiempo. No será una fórmula lo que nos salve sino una Persona...No se trata de inventar un programa nuevo para la Iglesia del tercer milenio. El programa ya existe, es el de siempre recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra en Cristo mismo al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento” (NMI 29).

Juan Pablo II realizó su ministerio con el aliento del Espíritu Santo.

Al igual que el Espíritu Santo alentó y fortaleció a los apóstoles para realizar la misión que Cristo les había encomendado, Juan Pablo II es ungido y guiado por el Espíritu para llevar a cabo la misión que le ha sido confiada.

Quisiera recordar aquellas realidades que, a nuestro juicio, sobresalen en su ministerio pastoral y muestran la semblanza del Buen Pastor:

* Fue un hombre comprometido ante el Cristianismo: “Se propone la regeneración frente a un Cristianismo que comenzaba a perder la confianza en sus posibilidades intrínsecas; que considera como inevitable futuro de Europa al marxismo remodelado; que se resignaba a que la fe quedara como mero factor cultural, ético o estético, y a que la Iglesia se diluyese anónima entre los poderes de la sociedad sin una aportación específica. Ante tal perplejidad y dubitación reinantes en muchos sectores, él se propone devolver al pueblo cristiano, al que convierte en protagonista, sus certezas primordiales, la seguridad en su fe, la confianza en su capacidad de futuro y la inmediatez con Dios” (2).

* Fue un hombre contemplativo y, al mismo tiempo, comprometido con la historia concreta y universal del ser humano. Su oración no lo apartó de los problemas de la humanidad, sino que le permitió captar esos problemas con hondura y profundidad y encontrar la palabra verdadera para afrontarlos y darles la solución más adecuada...

* Fue servidor de los necesitados, luz para el ciego, bastón para el tullido, fortaleza para los débiles, alimento para los hambrientos, padre común al que todos pudieron encontrar por haberse acercado a todos y a cada uno, esperanza para los que la habían perdido.

* Predica y siembra el Evangelio en todos los lugares de la tierra. El Papa tenía prisa y sentía la urgencia de proclamar el Evangelio de Jesucristo a todos los hombres del mundo “con ocasión y sin ella”. Sus viajes pastorales acreditan lo que estoy escribiendo.

* Hombre ungido y urgido por el Espíritu a realizar la gran tarea de la Iglesia: la evangelización. Es la hora de impulsar “una nueva evangelización”, de clarificar la doctrina de la fe católica ante ciertas interpretaciones teológicas incorrectas que aparecen en el ámbito de la Iglesia, de la defensa de valores tan importantes como la vida, la justicia y la paz; es la hora de clarificar una vez más la verdadera naturaleza del matrimonio como comunidad de vida y de amor entre un hombre y una mujer; es el momento de impulsar la dignificación de la familia, célula de la sociedad e iglesia doméstica.

* La especial atención a la Juventud del mundo. Las Jornadas Mundiales de la Juventud muestran la cercanía y sintonía del Papa a los jóvenes de todos los continentes, a quienes ha dedicado tiempo, oración, palabra...En el corazón de cada joven no se cansó de sembrar los verdaderos valores: el respeto sagrado a la vida ante el aborto, la destrucción de los embriones, la eutanasia, la violencia, la guerra, el terrorismo. La tarea de Juan Pablo II fue llevar a todos a Cristo, dándole a conocer sin desmayo a quienes aún no lo conocen, invitando con humildad a creer en Él por la fuerza del Espíritu Santo, acercándose con amor a los alejados de la fe y de la Iglesia y confirmando a los creyentes en su ser e identidad cristiana y eclesial, en la fe viva, en la esperanza que no defrauda y en el amor cristiano para que lleguen a “plenitud, la plenitud total de Dios” (Ef.3,15).

* Su lucha contra el secularismo reinante, sobre todo, en los países más desarrollados, que empuja al hombre a pensar, amar, actuar y vivir como si Dios no existiese. Algunas Encíclicas, Catequesis, el Catecismo...dan prueba de esta preocupación del Papa. El hombre de hoy busca su autosuficiencia y autoglorificación, y de este modo pretende ponerse en el lugar que le corresponde a Dios. Este mismo hombre, endiosado, queda incapacitado para adorar a Dios ya que adorar a Dios es dejar a Dios ser Dios en nosotros, en el mundo, en la historia; adorar a Dios es reconocer a Dios y aceptar su gloria. Por eso, nunca no se cansó Juan Pablo de invitar a los no creyentes a creer en Dios y a los que habían “perdido” la fe a recuperar el gozo y la alegría de ser creyentes.

Juan Pablo II enseñó con fidelidad la verdadera fe, sin tratar de complacer ni halagar la opinión pública. Es necesario hoy como ayer y siempre anunciar a Jesucristo. Recordemos estas palabras que nos ha dejado: “Cristo mismo al que hay que conocer, amar e imitar para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia humana hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (NMI. 29) ocupó siempre el centro de sus desvelos y preocupaciones.

* La atención que ofreció siempre al hombre cristalizó en:

- defender la dignidad de todo ser humano y sus derechos naturales, entre los que destaca el derecho a la vida desde el momento de su concepción hasta su fin natural.

- estar cerca de los que sufren las injusticias y las desigualdades, alentando a todos con su presencia y escribiendo encíclicas proféticas en las que la persona es el centro y valor de toda la actividad humana. Así lo dijo en su primer mensaje: “deseamos tender las manos y abrir el corazón, en este momento, a todas las gentes y a todos los que están oprimidos, por alguna injusticia o discriminación (...) Debemos aspirar a que todas las formas de injusticia que se manifiestan en nuestra época sean sometidas a la consideración común y se les ponga un verdadero remedio para que todos los hombres puedan llevar una vida digna del hombre” (Mensaje.17-X-1978)

- defender la paz ante los mandatarios del mundo y los dirigentes sociales. En este sentido, el Papa se propuso superar la herencia de la segunda guerra mundial, y colaboró en ello.

- promover y defender los derechos humanos. En no pocos lugares de la Tierra se siguen violando y conculcando los derechos humanos. Con estremecimiento y sobrecogimiento recordamos sus palabras dichas en los pueblos y naciones de África en favor de los pobres y de los enfermos, en defensa de los rechazados y de los refugiados, al servicio de los niños y de los ancianos, de los enfermos y desvalidos...

- ser voz de los que no tienen voz en todos los foros del mundo. En los países más pobres del mundo el Papa ha levantado su voz firme a favor de los necesitados, excluidos, marginados, olvidados, empobrecidos de la tierra.

- acercarse a todos sin excepción. Juan Pablo II era el y se presentaba como el pastor humilde y valiente, en torno al cual se reunían las gentes. Al final de su vida, en muerte y en su funeral, no sólo los cristianos sino también los no cristianos sintieron la necesidad de estar con él y a su lado. Él los había buscado y convocado, los había reunido e interpelado. ¡Cómo sintonizaba con la Beata Madre Teresa de Calcuta y con todos los que entregan su vida al servicio de los necesitados!

* El diálogo entre los cristianos y el diálogo interreligioso. Entendió que el diálogo es el camino que puede llevar a la unidad de los cristianos y al acercamiento a los miembros de otras Religiones. Andrea Riccardi escribe: “Juan Pablo II intuyó que los mundos religiosos iban a cobrar una importancia cada vez mayor en la vida de los pueblos y en las relaciones entre sí, a pesar de que la cultura occidental en general preveía una secularización que reinaría por doquier. Mucho antes del 11 de septiembre de 2001, el Papa indicó que la

relación con el Islam era un problema prioritario para la Iglesia. Desde siempre quería visitar el mundo musulmán, pero sólo había podido realizar un acto relevante, en Marruecos, con el rey Hassán, antes de los más recientes viajes a Egipto y Siria.

Confiando siempre en la gracia divina en la que siempre se apoyó

Nada mejor para comenzar a desarrollar este tema que afirmar que la vida y el ministerio de Juan Pablo II estuvieron puestos bajo el signo de la primacía de la gracia, de la obediencia a Jesucristo y del servicio completo a la Iglesia y a la humanidad: “No se guardó su vida para sí mismo”. Bien pudo decir: “Señor, aquí estoy por ellos, para gloria y alabanza de tu Santo Nombre”.

* “Expreso mi más profunda confianza en que, a pesar de mi debilidad, el Señor me conceda todas las gracias necesarias para hacer frente según Su voluntad a cualquier tarea, prueba o sufrimiento que quiera pedir a su siervo en el curso de la vida. También tengo confianza en que no permitirá jamás que, mediante cualquier actitud mía: palabras, obras u omisiones, traicione mis obligaciones en esta santa Sede Petrina” (3).

* “Espero que hasta que pueda realizar el servicio Petrino en la Iglesia, la Misericordia de Dios me preste las fuerzas necesarias para ello” (4).

* “En el curso de más veinte años desde cuando presto el servicio petrino “in medio Ecclesiae” he experimentado la benévola y muy fecunda colaboración de tantos cardenales, arzobispos y obispos, de tantos sacerdotes y personas consagrados -hermanos y hermanas-, en fin, de tantísimas personas laicas, en el ambiente curial, en el Vicariato de la diócesis de Roma, y también fuera de estos ambientes” (5).

Su servicio y legado pastoral:

No podemos ofrecer la totalidad de este legado y servicio pastoral. No obstante, presentamos lo siguiente:

* Desde 1978 hasta hoy, el Santo Padre ha presidido 15 Asambleas del Sínodo de los obispos: 6 ordinarias, 1 general extraordinaria, y 8 especiales.

* Ha celebrado 9 consistorios, durante los cuales ha creado 232 Cardenales (+ 1 in pectore) . De estos, 8 fueron españoles.

También ha presidido 6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio.

* Ha ordenado a 321 obispos y a 2125 presbíteros.

* Ha administrado 1378 bautismos

* 14 Encíclicas que, por su contenido e interés, presentamos aquí:

- “Redemptor hominis” (4-III-1979). Es el programa de su Pontificado.
- “Dives in misericordia” (30-XI-1980), sobre la Misericordia divina
- “Laborem exercens” (14-IX-1981), sobre el trabajo humano.
- “Slavorum Apostoli” (2-VI-1985), sobre los santos Cirilo y Metodio
- “Dominum et vivificantem” (18-V-1986) sobre el Espíritu Santo
- “Redemptoris Mater” (25-III-1986), sobre la Virgen María
- “Sollicitudo Rei Socialis” (30-XII-1987), sobre cuestiones sociales
- “Redemptoris missio” (7-XII-1990), sobre el mandato misionero
- “Centessimus annus” (1-V-1991), sobre el mandato misionero
- “Veritatis splendor” (6-VIII-1993), sobre moral fundamental católica.
- “Evangelium vitae” (25-III-1995), sobre el valor de la vida humana
- “Ut unum sint” (25-V-1995), sobre la unidad de los cristianos
- “Fides et Ratio” (14-IX-1998), sobre la relación fe-razón
- “Ecclesia de Eucharistía” (17-IV-2003), sobre la Eucaristía.

* 11 Constituciones Apostólicas. Algunas:

- “Sapientia christiana” (15-IV-1979)
- “Magnum Matrimonii Sacramentum” (7-X-1982)
- “Sacrae Disciplinae Leges” (25-I-1983)
- “Divinus perfectionis Magister” (25-III-1983)
- “Spirituali Militum Curae” (21-IV-1986)
- “Pastor Bonus” (28-VI-1988)
- “Ex Corde Ecclesiae” (15-VIII-1990). Sobre las Universidades Católicas
- “Fidei Depositum” (11-X-1992). Para la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica después del Vaticano II.
- “Universi Dominici Gregis” (22-II-1996). Sobre la vacante de la Sede Apostólica y la elección del Romano Pontífice.
- “Ecclesia in Urbe” (1-I-1998). Sobre el nuevo ordenamiento del Vicariato de Roma.

* 15 Exhortaciones Apostólicas.

- “Cathequesi tradendae” (16-X-1979), sobre la Catequesis.
- “Familiaris consortio” (22-XI-1981), sobre la Familia.
- “Redemptionis Donum” (25-III-1984): a los Religiosos y Religiosas
- “Reconciliatio et Paenitentia” (2-XII-1984), sobre la Penitencia
- “Christifideles Laici” (30-X-1988), sobre el papel de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo
- “Redemptoris custos” (15-VIII-1989); sobre San José
- “Pastores dabo vobis” (25-III-1992); dedicada a los Sacerdotes
- “Ecclesia in Africa” (14-IX-1995): La Iglesia en África
- “Vita Consecrata” (25-III-1996): Sobre la Vida Consagrada
- “Una esperanza nueva para El Líbano” (10-V-1997).
- “Ecclesia in America” (22-I-1999). La Iglesia en América
- “Ecclesia in Asia” (6-XI-1999). La Iglesia en Asia
- “Ecclesia in Oceanía” (22-XI-2001). La Iglesia en Oceanía
- “Ecclesia in Europa” (28-VI-2003). La Iglesia en Europa
- “Pastores gregis” (16-X-2003). Sobre el ministerio de los Obispos

* 45 Cartas Apostólicas. Ofrecemos las siguientes:

- “Egregiae Virtutis” (31-XII-1980)
- “A Concilio Constantinopolitano I” (25-III-1981).
- “Salvifici Doloris” (11-II-1984)
- “Redemptionis Anno” (20-IV-1984)
- “Dilecti amici” (31-III-1985)
- “Augustinum Hipponensem” (28-VIII-1986)
- “Spiritus Domini” (1-VIII-1987)
- “Duodecimum Saeculum” (4-XII-1987).
- “Mulieris Dignitatem” (15-VIII-1988)
- “Vicesimus Quintus Annus” (4-XII-1988).
- “Carta Apostólica con ocasión del 50 aniversario del comienzo de la IIª Guerra Mundial (27-VIII-1989).
- “Carta Apostólica con ocasión del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo (29-VI-1990).
- “Carta Apostólica con motivo de la reforma de las circunscripciones eclesíásticas de Polonia (25-III-1992).
- “Ordinatio sacerdotalis” (22-V-1994). A los obispos sobre la ordenación sacerdotal reservada sólo a los varones.
- “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994
- “Orientale Lumen” (2-V-1995)
- “Operosam Diem” (1-XII-1996).
- “Laetamur magnopere” (15-VIII-1997). Con motivo de la edición en latín del Catecismo de la Iglesia Católica.
- “Divini amoris scientia” (19-X-1997)

- “Inter munera academiarum” (28-I-1997)
- “Dies Domini” (31-V-1998). La santificación del domingo
- “Novo Millennio Ineunte” (6-I-2001). Al concluir el gran Jubileo del año 2000.
- “Misericordia Dei” (2-V-2002)
- “Rosarium Virginis Mariae” (16-X-2002). Sobre el rezo del Rosario
- “Spiritus et Sponsa” (4-XII-2003)
- “Mane nobiscum, Domine” (7-X-2004)
- “El rápido desarrollo” (24-I-2005).

* 18 Motu Proprio. Algunos:

- “Ad tuendam fidem” (18-V-1988)
- “Apostolos suos” (21-V-1988).
- “Ecclesia Dei” (2-VII-1988)
- “Inde a pontificatus” (15-III-1993)
- “Spes aedificandi” (1-X-1999)
- “Misericordia Dei” (7-IV-2002)

* Catequesis sobre los principales temas del Cristianismo

- El Credo:

- + 5 catequesis sobre la catequesis
- + 13 catequesis sobre “Fe y revelación”
- + 12 catequesis sobre Dios
- + 11 catequesis sobre la Stma. Trinidad
- + 9 catequesis sobre la Creación
- + 9 catequesis sobre la Providencia divina
- + 6 catequesis sobre los Ángeles
- + 12 catequesis sobre la redención y el pecado

- Cristología

- + 11 catequesis sobre Jesucristo, el Mesías prometido
- + 10 catequesis sobre Jesucristo, Hijo de Dios
- + 3 catequesis sobre Jesucristo, ungido por el Espíritu Santo
- + 9 catequesis sobre Jesucristo, verdadero Dios – su autoridad
- + 6 catequesis sobre Jesucristo, verdadero Dios – sus milagros
- + 4 catequesis sobre Jesucristo, verdadero hombre

- Redención

- + 5 catequesis sobre la misión de Cristo
- + 6 catequesis sobre la venida del Reino: fundación de la Iglesia
- + 6 catequesis sobre el valor redentor de la pasión de Cristo
- + 4 catequesis sobre las palabras de Cristo en la Cruz
- + 2 catequesis sobre la muerte de Cristo, su carácter redentor
- + 6 catequesis sobre la resurrección de Cristo
- + 3 catequesis sobre la ascensión de Jesucristo

- El Espíritu Santo

- + 12 catequesis sobre el Espíritu Santo Prometido
- + 14 catequesis sobre Pentecostés y el inicio de la Iglesia
- + 8 catequesis sobre el Espíritu Santo en el Antiguo Testamento
- + 15 catequesis sobre el Espíritu Santo y Jesucristo.
- + 12 catequesis sobre el Espíritu S. y su revelación en el NT.
- + 10 catequesis sobre el Espíritu Santo y la Iglesia

- La Iglesia

- + 11 catequesis sobre el Reino de Dios
- + 9 catequesis sobre las Imágenes de la Iglesia
- + 16 catequesis sobre la Comunión eclesial
- + 10 catequesis sobre la Comunidad Jerárquica.

- El Matrimonio

- + 10 catequesis sobre Génesis 1
- + 12 catequesis sobre Génesis 2
- + 9 catequesis sobre Sermón de la Montaña-1-
- + 12 catequesis sobre Sermón de la Montaña -2-
- + 6 catequesis sobre San Pablo
- + 4 catequesis sobre Resurrección.

- El Presbiterado y el Diaconado

- + 18 catequesis sobre el Presbiterado
- + 2 catequesis sobre el Diaconado

- * 9 Mensajes para Cuaresma (1994 al 2004);
- * 8 Mensajes “Urbi et Orbi” (1997 al 2001)
- * Mensajes con ocasión de la celebración de Jornadas de especial significación:

- “Comunicaciones Sociales” (1988 al 2005)
- “La Paz” (1998 al 2005)

- “El Emigrante” (1999 al 2005)
- “El Enfermo” (1993 al 2004).

- “La Juventud” (1999 al 2005)
- “Las Misiones” (1998 al 2005)

- “Turismo” (2000-2004)
- “Las vocaciones” (1998 al 2005).

- * 146 visitas pastorales en Italia.

- * Ha celebrado más de 1160 audiencias generales que se celebran los miércoles.
- * Ha ofrecido más de 20.00 discursos
- * Ha proclamado 1338 beatos en 147 ceremonias de beatificación
- * Ha canonizado a 482 santos en 51 ceremonias de canonización

- * Ha contactado con unos 1500 Reyes y Reinas, Jefes de Estado y Primeros Ministros, en el Vaticano. Entre ellos a Mijail Gorbachov, ex-presidente de la Unión Soviética; a Fidel Castro, presidente de Cuba; al presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Yasir Arafat...

- * Algunos libros de Juan Pablo II publicados en Español :

- “No tengáis miedo”, entrevista de André Frossard, Plaza y Janés, 1982.
- “Viaje apostólico a Centroamérica”. BAC. Madrid. 1983

- “Con el mundo de los pobres”. Viaje apostólico a la India. BAC. Madrid. 1986
- “La nueva evangelización”. Viaje apostólico a Uruguay, Bolivia, Perú y Paraguay. BAC Madrid, 1988

- “Cruzando el umbral de la esperanza”, entrevista con Vittorio Messori. (Plaza y Janés, Octubre, 1994);
- “Don y misterio: en el 1º aniversario de mi ordenación sacerdotal” (BAC, Noviembre, 1996);

- “Tríptico romano-Meditaciones” (Universidad Católica San Antonio de Murcia; Marzo, 2003);

- “¡Levantaos! ¡Vamos!” (Plaza y Janés; Mayo, 2004)

- “Memoria e identidad” (La esfera de los libros, 2005).

- “El taller del orfebre”. Meditación sobre el sacramento del matrimonio. BAC. Madrid. 2005 (nueva edición).

* Ha realizado 104 viajes pastorales fuera de Italia, recorriendo 1.3000.000 kilómetros: Europa, 50; Asia, 12; África, 14; América, 27; Oceanía, 1. Los países más visitados por Juan Pablo II han sido: Polonia, 9; Francia, 7; España, 5; Estados Unidos, 5; México, 5; Brasil, 4; Portugal, 4; Alemania, 3; Austria, 3; Canadá, 3; Guatemala, 3. El último país que visitó fue Francia, en el año 2004. En el interior de Italia realizó 146 viajes pastorales.

* Ha visitado 133 países de los cinco Continentes.

* Visitó 317 parroquias de las 333 parroquias romanas

* Ha sido el primer Papa que visitó una Sinagoga (Roma. 13 de abril de 1986), y una Mezquita (Damasco 2001); ha dado una rueda de prensa en un avión.

* Ha sido el primer Papa que ha rezado en el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén.

* Ha llamado a los líderes religiosos mundiales a rezar por la paz en Asís (1986).

* Congregó en Manila en torno a 4.000.000 de personas.

* 90

* Los viajes pastorales de Juan Pablo II a España:

- El primer viaje: 31 de octubre al 9 de noviembre de 1982. Visitó 19 ciudades de toda España. Los Obispos españoles prepararon este viaje pastoral con unas catequesis adecuadas dirigidas a todos. La sociedad española estaba en un proceso de cambio. Visitó varios monasterios dedicados a la Stma. Virgen María: El Pilar, Montserrat, Guadalupe, Los Desamparados, Covadonga, el Rocío...

- El segundo viaje pastoral: 10-X-1984. Fue muy breve ya que el Papa sólo estuvo en Zaragoza donde hizo escala para visitar el Santuario de la Virgen del Pilar y continuar a Tierras de Latinoamérica: Santo Domingo,

República Dominicana y Puerto Rico. El Papa invitó a todos a renovar el impulso misionero, poniendo de relieve la “nueva evangelización”.

- El tercer viaje pastoral: 19 al 21 de Agosto de 1989. Tuvo por objeto celebrar el “Día de la juventud” en Santiago de Compostela con una visita a Oviedo y al Santuario mariano de Covadonga. En Santiago de Compostela el Papa pronunció un discurso europeísta importante.

- El cuarto viaje pastoral: 12 al 17 de Junio de 1993. Los objetivos principales de esta visita pastoral fueron el Congreso Eucarístico de Sevilla y los desplazamientos a Huelva, a la Rábida y al santuario de la Virgen del Rocío. Este viaje incluyó también la solemne consagración de la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena en Madrid y la canonización de Enrique de Ossó, fundador de la Compañía de Santa Teresa (16-IV-1993).

- El quinto viaje pastoral: 3 y 4 de mayo de 2003. Sólo estuvo en Madrid debido al estado de invalidez que tenía el Papa. Los jóvenes respondieron magníficamente al Papa. Canonizó a los beatos Pedro Poveda, a José María Rubio, Ángela de la Cruz, Genoveva Torres y a Maravillas de Jesús (7).

¿Cómo hemos de entender estos viajes pastorales a España?

- El Card. Antonio María Rouco Varela escribe acerca de los viajes pastorales de Juan Pablo II a España lo siguiente:

“España, de modo especial, ha sido testigo de este amor del Buen Pastor. No nos ha faltado su cuidado. Con toda verdad hemos podido decir en los años de Juan Pablo II: “El Señor es mi pastor, nada me falta...aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo”. En los cinco viajes pastorales a nuestra patria, siempre luminosos, ha encendido, reavivado y fortalecido nuestra esperanza, ayudándonos, con su magisterio y el testimonio de su vida, a vivir nuestra fe sin miedos ni complejos como respuesta a los problemas de la sociedad. En su última visita, en Mayo de 2003, de imborrable recuerdo por el esfuerzo personal que hubo de hacer dadas sus condiciones de salud, en una despedida con sabor de último testamento, nos urgía a vivir nuestra identidad.

“Merece la pena recordar el párrafo entero de su Homilía en la Plaza de Colón en la que se refería a ello, con el trasfondo de los cinco Santos españoles contemporáneos que acaba de canonizar: “Surgirán nuevos frutos de santidad en España si la familia sabe permanecer unida, como auténtico

santuario del amor y de la vida. “La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español”, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela (Discurso en Santiago, 9-XI-1982). Conocer y profundizar el pasado de un pueblo es afianzar y enriquecer su propia identidad. ¡No rompáis con vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia” (4-V-2003)

“El Papa nos ha invitado a ser testigos de Jesucristo, luchando contra la fascinación de las ideologías materialistas que atacan directamente a la dignidad de la persona. El papa que se forjó en la lucha contra el humanismo ateo contemporáneo, que padeció en su propia los terribles años del Nacionalsocialismo y el Comunismo, en su patria y en toda Europa arrasada por la Guerra, el que conoció en directo la inconcebible tragedia de la “Shoah”, ha sido entre nosotros testigo veraz de Dios, un defensor del hombre y de sus derechos nacidos de su condición de hijo de Dios. Este Papa, místico adorador de Dios y maestro de profunda oración, ha sido al mismo tiempo el abanderado del hombre en su condición histórica, concreta, que es para la Iglesia el camino por el que debe llevar adelante su misión” (Homilía en el Funeral por Juan Pablo II; 11-IV-2005).

- O.González de Cardedal, por su parte, reflexiona también sobre el significado de los viajes pastorales de Juan Pablo II:

Preguntas que se hace: ¿A qué vino Juan Pablo II a España? ¿Qué quiere decir a la Iglesia y qué quiere ofrecer a la sociedad española? ¿Qué primicias del Evangelio va a establecer y qué distancias o rechazos va a instaurar?

Respuestas que da a estos interrogantes:

+ Proferir en voz alta y clara el nombre santo de Dios en público, como bendición, ofrenda y promesa para todos. Cuando olvidamos las palabras fundadoras, las que consabidas son la fuente de todo saber y dignidad, alguien con amor y verdad tiene que volver a proferirlas limpias y resanadas. Dios es la palabra suprema de la historia, la que más se ha enaltecido y la que más hemos envilecido. (...) “No es posible hacer silencio sobre lo esencial. Que a esa divina palabra tenemos que levantarla del barro que la ensucia y, profiriéndola con amor y respeto, devolverle su luminosa potencia sanadora” (M.Buber). Lo más grave que está ocurriendo en Europa es el silencio social sobre Dios, junto con el silencio social sobre cada hombre, como su imagen, sagrada e inviolable por más pobre, degradada y diferente que aparezca”.

+ Proponer el mensaje, persona y destino de Cristo como camino y luz para la vida humana.(...) Juan Pablo II propone el mensaje, la persona y el destino de Cristo como camino y luz para la vida humana. Las bienaventuranzas, que son ante todo el retrato de la bella aventura que corrió Cristo y con él podemos correr sus seguidores, aparecen como propuesta y garantía de humanidad verdadera. Las categorías de persona, libertad, prójimo, misión, esperanza absoluta de vida eterna, que son ya irrenunciables, tienen en el Cristianismo no su única matriz de gestación, pero sí su hogar de maduración, despliegue y plenitud. Por eso cuando se mueven los fundamentos del Cristianismo, se estremece la casa del hombre.

Robustecer la comunión en nuestra Iglesia.

- + Encontrarse con los jóvenes para invitarlos a seguir a Cristo
- + Canonizar a cinco españoles

La palabra del Papa se dirige a los católicos, pero tendrá otros oyentes y destinatarios, porque como representante de una comunidad religiosa de sentido, propone también un ideal moral para toda la humanidad. La Iglesia es una comunidad de fe dentro de la sociedad civil, con un mensaje de contraste y de complementariedad. No es otra sociedad paralela ni una contrasociedad (“Ratzinger y Juan Pablo II”; Sígueme. Salamanca.2005)..

* Otros Viajes Apostólicos de Juan Pablo II:

- Viaje pastoral a Francia”. BAC. Madrid.1980
- Viaje pastoral a África. BAC. Madrid 1980
- Viaje pastoral a Brasil. BAC. Madrid. 1980
- Viaje pastoral a Extremo Oriente. BAC. Madrid. 1981
- Viaje pastoral a Nigeria, Benín, Gabón y Guinea Ecuatorial. BAC. Madrid. 1982
- Viaje pastoral a España. BAC Madrid. 1982

Sentido de estos viajes pastorales de Juan Pablo II

Como hemos podido ver “Juan Pablo II se ha alejado de Roma, viaje tras viaje, queriendo ver el mundo con sus propios ojos, llegar hasta las tribus más externas, devolviendo con sus palabras y presencia la dignidad a todas las minorías. Ha sido ciudadano del mundo y no prisionero del Vaticano; amigo de las nacionalidades y acusador de todos los nacionalismos y terrorismos” (8).

Estamos convencidos de que la mejor manera de conocer el sentido profundo de estos viajes pastorales de Juan Pablo II es, a nuestro juicio, conocer:

- el contenido de los discursos que pronunció,
- las celebraciones litúrgicas que presidió,
- los encuentros que mantuvo con los Obispos Españoles, con los Sacerdotes y seminaristas, con los Teólogos, con los Religiosos y Religiosas, con los Monjes y Monjas, con el pueblo español; con las Autoridades, con los Obreros y con los hombres del mar, con los Universitarios, con los Jóvenes, con las Familias, con los cristianos de otras Iglesias y Comunidades cristianas, con los miembros de las otras Religiones....
- las instituciones que visitó y los actos que realizó en ellas;
- las canonizaciones que hizo,
- los santuarios marianos que visitó...

No se puede dar un juicio simplista sobre estos viajes pastorales. Hay que verlos e interpretarlos en el tiempo y en el espacio, en el contexto humano y espiritual en el que se produjeron.

Estamos convencidos de que fueron un acontecimiento muy importante en la vida de la Iglesia y en la existencia de los cristianos.

Por lo que se refiere a los viajes pastorales a España, decimos que en las situaciones de cambios importantes y de transformaciones profundas que se estaban produciendo en España, todos necesitábamos una palabra autorizada que despejara dudas y respondiera a problemas reales y una luz que proyectara claridad en las posibles o reales sombras que no pocos pudieran tener sobre muchos temas que eran de actualidad en esos años.

Creemos que el Magisterio de Juan Pablo en nuestra España trajo mucha luz y despejó inquietudes, alumbró nuevos caminos...Sinceramente lo agradecemos.

Joaquín Perea escribe a este respecto: “Juan Pablo II ha entendido su ministerio como un servicio de anuncio de la fe, entendido ante todo como aliento, como alegre mensaje, como orientación para la vida, como prestación de sentido para las situaciones humanas, como alegría y esperanza” (9).

¿Qué pensó el Papa de sus viajes apostólicos?

Después de lo escrito, acerquémonos al Santo Padre para conocer lo que él mismo pensó de sus propios viajes apostólicos.

En su discurso a los participantes en los viajes apostólicos (12-VI-2003), al cumplirse su centésimo viaje internacional, el Papa explica los motivos, el sentido de su itinerancia apostólica y misionera. Recordemos sus palabras para evitar ambigüedades, dudas...

- El mandato misionero de Jesús

El centésimo viaje recién realizado me depara la ocasión de reiterar mi emocionado agradecimiento a la Providencia divina, que me ha concedido realizar tan importante proyecto pastoral. De hecho, desde el día de mi elección a Obispo de Roma, el 16 de octubre de 1978, ha resonado en mi interior con especial intensidad y urgencia el mandato de Jesús: “Id por el todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc.16,15).

- Confirmar y consolidar la fe

He sentido el deber de imitar al apóstol Pedro que “andaba recorriendo todos los lugares” (Hech.9,32) para confirmar y consolidar la vitalidad de la Iglesia en la fidelidad a la Palabra y en el servicio a la verdad; para “decir a todos que Dios los ama, que el Papa los ama, que la Iglesia los ama; y para recibir, además, de ellos el aliento y ejemplo de su bondad, de su fe”.

- El sucesor de Pedro, principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad visible de la Iglesia.

También a través de los viajes apostólicos se ha manifestado un servicio específico del ministerio propio del Sucesor de Pedro en su calidad de “principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión” (LG 18) (n.2).

- Contemplar el rostro de Cristo

Durante todos estos viajes me he sentido peregrino que visita ese santuario particular que es su pueblo. En él he podido contemplar el rostro de Cristo, ora desfigurado en la cruz, ora resplandeciente de luz como en la mañana de Pascua

- La solicitud por todas las Iglesias

He podido compartir con mis hermanos en el episcopado sus problemas e inquietudes pastorales. Las diferentes categorías de fieles con las que siempre me he reunido me han permitido conocer más de cerca la vida de las comunidades cristianas en los diversos continentes, sus expectativas, dificultades, sufrimientos y alegrías. Jamás me he olvidado de los jóvenes (...)

- He celebrado la Eucaristía

Las grandes asambleas multicolores del Pueblo de Dios reunidas para la celebración de la Eucaristía han quedado grabadas en mi memoria y en mi corazón como el recuerdo más elevado y conmovedor de mis visitas.

- El encuentro con los miembros de otras confesiones cristianas y de otras Religiones.

También he querido reunirme con los hermanos de las demás Iglesias y Comunidades eclesiales, así como con los fieles del Judaísmo, del Islam y de las demás religiones, para reafirmar con convicción tanto el compromiso concreto de la Iglesia católica por la reconstrucción de la plena unidad entre los cristianos, como su apertura al diálogo y a la colaboración con todos para la edificación de un mundo mejor (n.3)..

Termina el Santo Padre dando las gracias a todos los que han colaborado en la realización de estos viajes apostólicos, y afirmando: “Encomiendo a Dios omnipotente todo lo sembrado durante los 100 viajes apostólicos, empezando por Puebla de los Ángeles, en México, hasta Croacia, y oro para que, con su gracia, dicha siembra pueda producir una mies abundante por el bien de la Iglesia y del mundo” (10).

Algunos horizontes del pontificado de Juan Pablo II

Ofrecemos algunos horizontes hacia los que apuntó el Ministerio Petrino de Juan Pablo II:

+ La clarificación de la propia Iglesia en el orden de la fe

+ Fidelidad al Concilio Vaticano II: “constituye para mí un compromiso formal dar al Concilio Ecuménico Vaticano II su debido cumplimiento. ¿Acaso no es el Concilio una piedra miliar en la historia bimilenaria de la Iglesia y, por consiguiente, en la historia religiosa, y también cultural, del mundo?”.

+ Solidarizarse con los pobres, necesitados, discriminados: “voluntad decidida de entrega y servicio, no por motivaciones políticas, sino religiosas y morales, el deseo de tender las manos y el corazón a los oprimidos y discriminados del mundo, con el propósito de arrancar injusticias en la economía, en la vida social, en la política, en la libertad de conciencia y en la justa libertad religiosa”. “Vosotros, enfermos, aunque estéis débiles, sois muy poderosos, como Jesús en la cruz. Me encomiendo a vuestras oraciones. Hijos míos, utilizad ese gran poder que tenéis para el bien de la iglesia, de vuestras familias, de toda la humanidad. ¡podéis tanto, tanto...! Cristo se encuentra entre vosotros: tanto en el corazón del samaritano como en las llagas del herido”.

- + La apertura hacia mundos lejanos (América, la India, el Pacífico)
- + Devolver a la Iglesia la confianza en la propia fe

+ La entrada en mundos antes cerrados (Cuba, el Islam, el Judaísmo),
 +El diálogo con regímenes o comunidades de fe enfrentadas tradicionalmente con Roma (Rusia)

+ Convertir de nuevo al pueblo, pobre de recursos o falta de saberes, en protagonista de su vida y de la propia Iglesia.

+ La vuelta a los orígenes comunes del monoteísmo en Occidente (viaje al Sinaí).

+ La oración junto con las grandes religiones del mundo (encuentros en Asís)

+ La decisión de clarificar el ejercicio del propio pontificado, consciente de que es la máxima dificultad en el ecumenismo cristiano (11).

* Acontecimientos más importantes del Pontificado de Juan Pablo II

+ Año 1978: “¡No tengáis miedo! Abrid las puertas a Cristo!”

+ Año 1979: Primer viaje pastoral a Santo Domingo y México. Primera Encíclica: “Redemptor hominis”. Primer viaje a Polonia. Primer viaje a Irlanda y a Estados Unidos.

+ Año 1980: El Sínodo de la Familia. Viaje pastoral a Zaire, Congo, Kenia...; Viaje pastoral a Francia; Viaje apostólico a Brasil; Viaje apostólico a la República Federal de Alemania. Segunda Encíclica: “Dives in misericordia”.

+ Año 1981: Visita pastoral a varios países del Extremo Oriente. Atentado el día 13 de mayo. Tercera Encíclica: “*Laborem exercens*”. Exhortación apostólica: “*Familiaris consortio*”.

+ Año 1982: Visita a cuatro países de Africa: Nigeria, Benin, Gabón y Guinea Ecuatorial. Peregrinación a Fátima para agradecer a la Virgen su protección. Primera visita pastoral a España

+ Año 1983: El Jubileo de la Redención. Visita pastoral a América Central: Costa Rica, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Guatemala, Honduras, Belice y Haití, con una escala en Lisboa. Peregrinación de acción de gracias a la Virgen de Jasna Gora, en Polonia. Visita al santuario de la Virgen de Lourdes, en Francia. Viaje apostólico a Austria. Sínodo de los obispos sobre la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia. Encuentro en la cárcel de Roma con Alí Agca, el turco que atentó contra su vida.

+ Año 1984: Carta apostólica “*Salvifici Doloris*” sobre el sentido del sufrimiento. Clausura del Jubileo extraordinario de la Redención (22 de abril). Peregrinación apostólica a Corea, Papúa Nueva Guinea, Islas Salomón y Tailandia. Viaje pastoral a Suiza; Viaje pastoral Canadá; con una etapa en España, visita Santo Domingo. Publica la exhortación apostólica postsinodal “*Reconciliatio et paenitentia*”.

+ Año 1985. El Año de la Juventud. Nueva peregrinación a América del Sur. Carta apostólica “*Dolentium hominum*”. Cuarta Encíclica: “*Slavorum Apostoli*”. Viaje pastoral a Holanda. Visita pastoral a países de África: Togo, Costa de Marfil, Camerún, y otros países. Visita pastoral a Liechtenstein. Sínodo de los obispos para conmemorar el vigésimo aniversario de la conclusión del concilio Vaticano II.

+ Año 1986: Peregrinación apostólica a la India. Visita a la Sinagoga de Roma. Quinta encíclica: “*Dominum et vivificantem*”. Peregrinación pastoral a Colombia. Peregrinación apostólica a Francia. El 27 de octubre, en Asís, tiene lugar la histórica Jornada mundial de oración por la paz con los responsables de Iglesias y comunidades cristianas, y de otras religiones del mundo. Viaje apostólico más largo a tierras del Lejano Oriente y Oceanía: Bangladesh, Singapur, Islas Fiji, Nueva Zelanda, Australia e islas Seychelles.

+ Año 1987: Inicio del Año mariano. Sexta encíclica: “*Redemptoris Mater*”; Nueva peregrinación apostólica a América latina: Uruguay, Chile, y

Argentina. En Buenos Aires celebra la II Jornada Mundial de la juventud. Viaje apostólico a la República Federal Alemana.. Inauguración solemne del Año Mariano (8 de junio).. Viaje pastoral a Polonia. Peregrinación apostólica a Estados Unidos y Canadá. VII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos sobre “la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo”. Séptima Encíclica: “Sollicitudo rei socialis”.

+ Año 1988: Carta apostólica: “Euntes in mundum”. Viaje apostólico a América latina: Uruguay, Bolivia, Perú y Paraguay. Visita a Austria; Constitución apostólica: “Pastor bonus”. Clausura del Año mariano. Carta apostólica: “Mulieris dignitatem”. Nueva peregrinación apostólica a países de África: Zimbabue, Botswana, Lesoto, Suazilandia y Mozambique. Viaje a Francia. Exhortación apostólica postsinodal: “Christifideles laici”.

+ Año 1989: Vuelve por quinta vez África: Madagascar, La Reunión, Zambia y Malawi. Peregrina a Escandinavia: Noruega, Islandia, Finlandia, Dinamarca y Suecia. Exhortación apostólica: “Redemptoris custos”. IV Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela. Visita Corea, Indonesia y Mauricio. Preside en Seúl la conclusión del 44º Congreso eucarístico internacional.

+ Año 1990. Nueva Peregrinación apostólica a Africa: Cabo Verde, Guinea Bisau, Malí, Burkina Faso y Chad. Viaje apostólico a la República Checa y Eslovaca. Segunda peregrinación apostólica a México. Peregrinación pastoral a Malta. Carta apostólica: “Los caminos del evangelio”. Constitución apostólica: “Ex corde Ecclesiae”. Peregrinación apostólica a África: Tanzania, Burundi, Ruanda y Costa de Marfil. VIII Asamblea general del Sínodo de los obispos, dedicada al tema de la formación sacerdotal. Octava Encíclica: “Redemptoris missio”. Carta apostólica “Maestro en la fe”.

+ Año 1991. Novena encíclica: “Centessimus annus”. Visita al Santuario de Fátima en Portugal. Cuarto viaje apostólico a Polonia. Nuevo viaje apostólico a Polonia donde preside la VI Jornada Mundial de la Juventud. Visita a Hungría. Segunda peregrinación apostólica a Brasil. Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos, cuyo tema fue: “Somos testigos de Cristo que nos ha liberado”.

+ Año 1992. Nuevo viaje apostólico a África: Senegal, Gambia y Guinea. Exhortación apostólica postsinodal: “Pastores dabo vobis”. Peregrinación apostólica a África: Angola, Santo Tomé y Príncipe. Aprobación del Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica (25 de junio). Peregrinación a América Latina: inaugura la IV Conferencia general del

Episcopado Lationoamericano, cuyo tema es: “Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo, ayer, hoy y siempre”.

+ Año 1993. En Asís se reúnen los representantes de las Iglesias y comunidades cristianas, del Judaísmo y del Islam para orar por la paz en Europa. Viaje pastoral a España: clausura el 45º Congreso eucarístico internacional en Sevilla. Décima encíclica: “Veritatis Splendor”. VIII Jornada Mundial de la juventud, en la ciudad de Denver, (Estados Unidos)-. Peregrinación apostólica a Lituania, Letonia y Estonia.

+ Año 1994. Carta a las familias: “Gratissimum sane”. Instituye la Academia pontificia para la vida. Asamblea especial para África. Viaje apostólico a Zagreb (Croacia). IV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos. Primer encuentro mundial del Papa con las familias. Carta apostólica “Tertio millennio adveniente”. Carta a los niños, al terminar el Año de la familia.

+ Año 1995. Novena peregrinación apostólica a Asia y Oceanía. Undécima Encíclica: “Evangelium vitae”. Carta apostólica: “Orientale lumen”. Peregrinación apostólica internacional a la República Checa y Polonia.. Undécima encíclica: “Ut unum sint”. Viaje pastoral a Bélgica. Carta a las mujeres, con vistas a la IV Conferencia mundial sobre la mujer que se celebrará en Pekín. Viaje pastoral a Eslovaquia. Peregrinación apostólica a África: Camerún, Sudáfrica y Nairobi. En Yaundé firma y entrega a la Iglesia la exhortación apostólica postsinodal: “Ecclesia in África”. Peregrinación apostólica a Estados Unidos. Asamblea especial para el Líbano del Sínodo de los obispos.

+ Año 1996. Nueva peregrinación a América: Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Venezuela. Constitución apostólica: “Universi Dominici gregis”. Exhortación apostólica postsinodal: “Vita consecrata”. Por primera vez viaja a Túnez Nueva peregrinación apostólica internacional a Eslovenia. Tercer viaje apostólico a Alemania. Segundo viaje a Hungría. Quinta peregrinación apostólica a Francia. 50º aniversario de su ordenación sacerdotal (1-XI). Comienza el triduo de preparación inmediata para el gran Jubileo del año 2000.

+ Año 1997. Viaje apostólico a Sarajevo. Nueva peregrinación apostólica a la República Checa. Nuevo viaje apostólico a Polonia. Visita pastoral al Líbano. Nuevo viaje apostólico a Polonia. En París preside la XII Jornada Mundial de la juventud. En Brasil tiene lugar el II Encuentro mundial

de las familias. Asamblea especial para América del Sínodo de los obispos, en Roma.

+ Año 1998. Peregrinación apostólica a Cuba. Viaje pastoral a Nigeria. Asamblea especial para Asia del Sínodo de los obispos. Carta apostólica “Dies Domini”. Tercera peregrinación apostólica a Austria. Decimotercera encíclica “Fides et Ratio”. Viaje apostólico a Croacia. Asamblea especial para Oceanía del Sínodo de los obispos. Bula de convocación del gran Jubileo del año 2000: “Incarnationis mysterium”.

+ Año 1999. Viaje apostólico a México y a San Luis (USA). Visita a Rumanía. Séptima peregrinación apostólica a Polonia. Segunda peregrinación apostólica a Eslovaquia. Carta a los ancianos. II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. Peregrinación apostólica a la India y Georgia. El 24 de diciembre el Papa inaugura solemnemente el gran Jubileo con la apertura de la Puerta Santa de la basílica de San Pedro.

+ Año 2000. Jubileo de los niños. Peregrinación a Egipto, al monte Sinaí, siguiendo las huellas de Moisés. Jornada del perdón. Peregrinación a Tierra Santa. En el Coliseo de Roma, junto con representantes de otras Iglesias y comunidades eclesiales, celebra el 7 de mayo la conmemoración ecuménica de los testigos de la fe del siglo XX. Viaje a Fátima donde beatifica a Francisco y a Jacinta. XLVII Congreso eucarístico internacional. XV Jornada Mundial de la Juventud (Roma). III Encuentro Mundial del Papa con las familias.

+ Año 2001. El 6 de enero clausura el Papa el gran Jubileo cerrando la Puerta santa de la Basílica de San Pedro; al final de la ceremonia, firma la Carta apostólica “Novo Millennio Ineunte”. Peregrinación apostólica a Grecia, Siria y Malta. Peregrinación apostólica a Ucrania. Peregrinación apostólica a Asia Central y al Cáucaso, para visitar Kazajstán y Armenia. X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos. Exhortación apostólica postsinodal “Ecclesia in Oceanía”.

+ Año 2002. Jornada de oración por la paz. Peregrina a Azerbaiyán y Bulgaria. Peregrinación apostólica a Toronto (Canadá) donde preside la XVII Jornada Mundial de la juventud; visita también Guatemala y México. Octavo viaje apostólico a Polonia. Carta apostólica “Rosarium Virginis Mariae” y proclama el “Año del Rosario”.

+ Año 2003. En conexión televisiva con Manila, participa en la celebración del IV Encuentro mundial de las familias. Decimocuarta encíclica: “Ecclesia de Eucaristía”. Quinto viaje apostólico a España. Peregrinación apostólica número 1000: viaje a Croacia. Nuevo viaje apostólico a Bosnia y Herzegovina. Exhortación apostólica postsinodal: “Ecclesia in Europa”. Peregrina por tercera vez a Eslovaquia. Exhortación apostólica postsinodal: “Pastores gregis”.

+ Año 2004. Visita Suiza con ocasión del encuentro nacional de jóvenes católicos celebrado en Berna. Anuncia la convocación del “Año de la Eucaristía”. Última peregrinación apostólica internacional al Santuario mariano de Lourdes. Carta apostólica: “Mane nobiscum, Domine”. En la basílica de San Pedro, el 17 de octubre, en conexión televisiva con el XVIII Congreso eucarístico internacional que se celebra en Guadalajara (México), inaugura el Año de la Eucaristía.

+ Año 2005. “En manos del Padre”. Con ocasión del 60º aniversario de la liberación de los prisioneros del campo de exterminio de Auschwitz-Bikernau, el 15 de enero, el Papa envía un mensaje para unirse espiritualmente a las celebraciones que se realizarían el día 27 (12).

Programa pastoral que se marcó Juan Pablo II

No es nuestro propósito presentar aquí todos y cada uno de los objetivos pastorales que se propuso el Papa para su pontificado. Ofrecemos algunos que, a nuestro juicio, son significativos e importantes:

** Al principio de su Pontificado:*

- Mensaje pronunciado en la Capilla Sixtina ante los Cardenales el día 17-X-1978, como final del Cónclave que lo eligió como Papa:

+ El Concilio Vaticano II

En fidelidad al Concilio Vaticano II: “Deseamos insistir en la permanente importancia del Concilio Ecuménico Vaticano II: constituye un compromiso formal nuestro dar al mismo la debida ejecución. ¿Acaso no es el Concilio una piedra miliar en la historia bimilenaria de la Iglesia y, por consiguiente, en la historia religiosa y también cultural del mundo? Pretendemos decir que es necesario ponerse en sintonía con el Concilio y actuar prácticamente lo que ha enunciado: hacer explícito, incluso a la luz de las posteriores experiencias y en relación a las instancias emergentes y a las

nuevas circunstancias, lo que está implícito en dicho Concilio. Es necesario, en definitiva, hacer que madure, en el sentido del movimiento y de la vida, la simiente fecunda que los padres en la asamblea ecuménica, alimentados con la palabra de Dios, lanzaron en terreno fecundo, es decir, sus autorizadas enseñanzas y sus opciones pastorales”.

“El Vaticano II ha sido siempre, y es de una manera particular en estos años de mi pontificado, el punto constante de referencia de toda mi acción pastoral, en un esfuerzo constante por traducir sus directrices en implicaciones concretas y fieles en el seno de cada Iglesia y de toda la Iglesia. Es preciso volver sin cesar a esta fuente” (Alocución en el día 25-I-1985; cf. Const. Apost. “Fidei depositum” de 11-X-1992).

+ La Colegialidad Episcopal

“Con Pedro y bajo Pedro” en la colegialidad episcopal”: “De forma muy particular consideramos (...) lo que implica el vínculo colegial: asocia íntimamente a los obispos, con el Sucesor de Pedro y entre sí, en las elevadas funciones de iluminar con la luz del Evangelio, de santificar con los instrumentos de la gracia, y de guiar con el arte pastoral, a todo el Pueblo de Dios. Colegialidad significa también, sin duda alguna, adecuado desarrollo de organismos, en parte nuevos, en parte actualizados, que puedan garantizar la más perfecta unión de los espíritus, de las intenciones, de las iniciativas en la labor de la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia”.

+ Mantener la fidelidad

Conservar intacto “el depósito de la fe”, confirmar a los hermanos y apacentar el Pueblo de Dios: “Llamados a la suprema responsabilidad de la Iglesia, somos principalmente Nos quien, en situación que nos obliga a la ejemplaridad del querer y del obrar, debe expresar con todas nuestras fuerzas esta fidelidad, conservando intacto el depósito de la fe, correspondiendo plenamente a las peculiares consignas de Cristo, que a Simón, constituido en piedra de su Iglesia, confió las llaves del Reino de los cielos (Mt.16,18-19), ordenó que confirmara a los hermanos (Lc.22,32) y que apacentase, en prueba de su amor hacia Él, los corderos y las ovejas de su grey” (Jn.21,15-17). (...)

Adherirse al magisterio de Pedro: “Es obvio que la fidelidad significa también adhesión convencida al magisterio de Pedro, especialmente en el campo doctrinal, cuya importancia objetiva no solamente debe ser tenida siempre presente, sino defendida, principalmente, a causa de las asechanzas que desde diversas partes surgen hoy contra ciertas verdades de la fe católica”.

Respetar las normas litúrgicas: “La fidelidad significa también respeto a las normas litúrgicas, publicadas por la autoridad de la Iglesia, y excluye, en consecuencia, tanto las arbitrariedades de incontrolladas innovaciones, como los obstinados rechazos de lo que ha sido legítimamente previsto e introducido en los sagrados ritos”.

Guardar la disciplina de la Iglesia: “La fidelidad significa, además, culto de la gran disciplina de la Iglesia (...) La disciplina, en efecto, no tiende a mortificar, sino a garantizar el recto ordenamiento que es propio del Cuerpo Místico: asegura la regular y fisiológica articulación entre todos los miembros que lo componen”.

Corresponder a la vocación de especial consagración: “Fidelidad significa generosa correspondencia a las exigencias de la vocación sacerdotal y religiosa, de suerte que todo lo que se ha prometido libremente a Dios sea siempre mantenido y desarrollado en medio de una estable perspectiva sobrenatural”.

Ser fieles a “su ser cristiano”: Para los fieles (...) la fidelidad debe ser un deber connatural a su ser cristiano: gustarán profesarla con espíritu pronto y leal, y demostrarla tanto en la obediencia a los sagrados pastores (...), como colaborando en las iniciativas a que son llamados”.

+ El Ecumenismo

“Demasiado grande y delicada es la causa ecuménica, para que podamos dejarla ahora desprovista de una palabra nuestra...No parece posible que siga vivo todavía (...) el drama de la división entre los cristianos. Pretendemos continuar el camino ya muy emprendido, y favorecer los pasos que sirvan para apartar los obstáculos, deseando que, gracias a un esfuerzo concorde, se llegue finalmente a la plena comunión”.

En la encíclica “Ut unum sint”, Juan Pablo II llegó a formular a los hermanos separados la invitación de “encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva”.

+ El servicio a los hombres y al mundo

Deseamos dirigiros a todos los hombres que, como hijos amados de Dios Omnipotente, son hijos que tenemos que amar y servir: para decirles sin presunción, con humildad sincera, nuestro deseo de prestar una colaboración

eficaz de las causas permanentes y predominantes de la paz, del desarrollo y de la justicia internacional (...).

Deseamos tener las manos y abrir el corazón, en este momento, a todas las gentes y a todos los que están oprimidos por alguna injusticia o discriminación, tanto en lo que se refiere a la economía y a la vida social, como a la política, a la libertad de conciencia y a la justa libertad religiosa. Con todos los medios, debemos aspirar a que todas las formas de injusticia que se manifiestan en nuestra época sean sometidas a la consideración común y se les ponga un verdadero remedio; para que todos los hombres puedan llevar una vida digna del hombre”.

En esta dirección, Juan Pablo II se propuso con toda su energía:

La defensa de la vida humana, la no nacida y la naciente, la pletórica de la juventud y la que se agosta en la vecindad de la muerte

La liberación de los oprimidos por regímenes políticos o fundamentalismos religiosos.

La verdad que funda al hombre y, liberándolo de la mentira, lo abre al Eterno, a su misterio personal y al prójimo (13)

- Homilía en la Eucaristía del comienzo del Pontificado (Plaza de San Pedro). 22-X-1978).

¡Hermanos y hermanas! No tengáis miedo de aceptar a Cristo y de aceptar su potestad. ¡Ayudad al Papa y a todos los que quieran servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera! (...) Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. (...) Cristo conoce lo que hay dentro de cada hombre ¡sólo Él lo conoce! Permitid, pues, -os lo ruego, os lo suplico con humildad y confianza- permitid a Cristo que hable al hombre. Solamente Él tiene palabras de vida eterna; sí, de vida eterna. Me dirijo a todos los hombres, a cada uno de los hombres (...) Rogad por mí. Ayudadme para que pueda servirlos” ya que “la Iglesia no puede abandonar al hombre; al hombre concreto, histórico; a cada hombre ya que cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención” (RH 13). Por todo ello, prosigue afirmando Juan Pablo II: “este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo (RH 14). Y en otro lugar dice: “el cometido fundamental de la Iglesia de todas las épocas, y particularmente en

la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la Humanidad hacia el misterio de Cristo” (RH. 10).

** Al inicio del tercer milenio*

- Carta Apostólica: “Al comienzo del nuevo milenio”; BAC-documentos. Madrid.2001.

“No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!.

+ “No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste.

+ “Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.

+ “Es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad. El Jubileo nos ha ofrecido la oportunidad extraordinaria de dedicarnos, durante algunos años, a un camino de unidad en toda la Iglesia, un camino de catequesis articulada sobre el tema trinitario y acompañada por objetivos pastorales orientados hacia una fecunda experiencia jubilar. (...) Dentro de las coordenadas universales e irrenunciables, es necesario que el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial, como siempre se ha hecho. En las Iglesias locales es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas - objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios- que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura”.

+ Por tanto, exhorto ardientemente a los Pastores de las Iglesias particulares a que, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, señalen las etapas del camino futuro, sintonizando las opciones de cada Comunidad diocesana con las de las Iglesias colindantes y con las de la Iglesia universal. Dicha sintonía será ciertamente más fácil por el

trabajo colegial, que se ha hecho habitual.(...) No se debe perder este rico patrimonio de reflexión, sino hacerlo concretamente operativo.

+ Algunas prioridades pastorales. “Nos espera, pues, una apasionante tarea de renacimiento pastoral. Una obra que implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de referencia y orientación común, algunas prioridades pastorales que la experiencia misma del Gran Jubileo ha puesto especialmente de relieve ante mis ojos.

La santidad: la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la santidad (n.30). (...) Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral.

La oración: para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración. (...) Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser “auténticas escuelas de oración” (n. 33).

La Eucaristía dominical: es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la Eucaristía y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana (nn.35-36).

El sacramento de la reconciliación. Deseo pedir, además, una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la reconciliación.(...) ¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante las crisis contemporáneas! (n.37).

Primacía de la gracia. En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia (n.38)..

Escucha de la Palabra. No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios (n.39).

Anuncio de la Palabra. Alimentarnos de la Palabra para ser “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio.(...) Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera. (...) El cristianismo del

tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta exigencia del inculturación. (...) La propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza. Se ha de dirigir a los adultos, a las familias, a los jóvenes, a los niños, sin esconder nunca las exigencias de cada uno. Por lo que se refiere a la sensibilidad y al lenguaje...

Testigos del amor. Es otro aspecto importante en el que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en la Iglesia universal, como en la Iglesia particular. Nos referimos a la “comunidad”, que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia(...) (n.42). Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros, en el milenio que comienza. (...) Antes que promover iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión (n.43).

Variedad de vocaciones. Esta perspectiva de comunión está estrechamente unida a la capacidad de la comunidad cristiana para acoger todos los dones del Espíritu. (n.46). (...) Se ha de hacer un generoso esfuerzo - sobre todo con la oración insistente al Dueño de la mies (cf. Mt.9,38)- en la promoción de las vocaciones al sacerdocio, a la vida de especial consagración.(...) En este contexto cobran también toda su importancia las demás vocaciones, enraizadas básicamente en la riqueza de la vida nueva recibida en el sacramento del Bautismo. Es particular, es necesario descubrir cada vez mejor la vocación propia de los laicos (...) Promover las diversas realidades de asociación (...) Una atención especial se ha de prestar también a la pastoral familiar (n.47).

El campo ecuménico. “Miro con gran esperanza a las Iglesias de Oriente, deseando que se recupere plenamente ese intercambio de dones que ha enriquecido la Iglesia del primer milenio. (...) Con análogo esmero se ha de cultivar el diálogo ecuménico con los hermanos y hermanas de la Comunión anglicana y de las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma (n.48).

Apostar por la caridad. “...Hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano.(...) Esta página (Mt.25,35-36) no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (n.,49).(…) Es la hora de una nueva “imaginación de la caridad” (n.50).

Diálogo. El gran desafío del diálogo interreligioso, en el cual estaremos todavía comprometidos durante el nuevo siglo, en la línea indicada por el Concilio Vaticano II.

Misión. La Iglesia no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la “missio ad gentes” sigue siendo anunciar a Cristo, “Camino, Verdad y Vida” (Jn.14,6), en el cual los hombres encuentran la salvación.

Juan Pablo II invita a todos a la esperanza: “¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. (...) Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda” (Rm.5,5) (n.58).

El Papa Benedicto XVI en su primera entrevista para la Televisión Pública de Polonia (16-X-2005), a la pregunta de “cuáles son, según usted, Santo Padre, los puntos más significativos del pontificado de Juan Pablo II?”, respondió:

“Yo diría que podemos tener dos puntos de vista: uno “ad extra” -hacia el mundo- y otro “ad intra” -hacia la Iglesia-.

Respecto al mundo, me parece que el Santo Padre, con sus discursos, su persona, su presencia, su capacidad de convencer, creó una nueva sensibilidad hacia los valores morales, hacia la importancia de la religión en el mundo. Esto hizo que se crease una nueva apertura, una nueva sensibilidad para los problemas de la religión, para la necesidad de la dimensión religiosa del hombre, y, sobre todo, ha crecido - de forma inimaginable- la importancia del Obispo de Roma. (...) Es necesario mencionar, naturalmente, como todos sabemos, lo esencial que ha sido también su contribución para los grandes cambios del mundo en el año 1989, por la caída del así llamado socialismo real.

Respecto a la Iglesia: traslademos la atención ahora hacia la situación de la Iglesia. Debo decir, ante todo, que supo entusiasmar a la juventud con Cristo (...) En la Iglesia ha creado un nuevo amor por la Eucaristía; ha dado un nuevo sentido a la grandeza de la Misericordia divina; y también ha profundizado mucho en el amor a la Virgen y nos ha guiado así hacia una interiorización de la fe y, al mismo tiempo, hacia una mayor eficacia.

...Tantos documentos que nos ha dejado (...), y todo esto representa un patrimonio riquísimo que todavía no ha sido suficientemente asimilado en la Iglesia (...) Son un tesoro riquísimo, son la auténtica interpretación del Vaticano II. Sabemos que el Papa era el hombre del Concilio, que había asimilado interiormente el espíritu y la letra del Concilio, y con estos textos nos hace comprender qué es lo que realmente quería y no quería el Concilio. Nos ayuda a ser verdaderamente Iglesia de nuestro tiempo y del venidero.

Dios llamó a Juan Pablo II de este mundo al Cielo

Seguimos el “Comentario oficial sobre la última enfermedad, muerte y honras fúnebres de Juan Pablo II” (Acta Apostolicae Sedis”; 17-IV-2005 (Suppl.), pp. 458-475; traducción de “Ecclesia”; n.3290; 31-XII-2005; 39-42).

El día 1 de febrero de 2005, a las 22,50h., Juan Pablo II se ve obligado a volver al hospital policlínico Gemelli, por una crisis respiratoria: “el cuadro clínico se complicó con una laringotraqueitis aguda y crisis de laringoespasma”. Toda la Iglesia acompaña en la oración y afecto al Papa Juan Pablo II. Su evolución clínica es positiva por lo que el sábado 5 de febrero el Santo Padre siguió por televisión la ceremonia celebrada en la Sala Pablo VI con ocasión de la Virgen de la Confianza, patrona del Seminario Romano Mayor. A mediodía del domingo 6 de febrero, se asoma a la ventana de su habitación del hospital y saluda y bendice silenciosamente a los fieles.

Su permanencia en el hospital se prolongó durante unos días con el fin de permitir la estabilización del cuadro clínico. Diariamente, el Papa concelebraba la santa misa en su habitación. El Miércoles de Ceniza, durante la Eucaristía, impuso al Papa la ceniza, por él mismo bendecida, su secretario.

Una vez completadas las pruebas diagnósticas -con inclusión de un TAC de cuerpo entero, que permiten descartar otras patologías, el 10 de febrero el Santo Padre regresaba en coche al Vaticano hacia las 19,40.

En los sucesivos días se registraba una recaída de la habitual patología respiratoria caracterizada por fases alternas, estrechamente controladas por el personal médico vaticano, que asistía permanentemente al Papa. Su cuadro clínico se complicaba por la reiteración de episodios subintrantes de insuficiencia respiratoria aguda, causados por una estenosis funcional de la laringe, preexistente y ya documentada.

Al anochecer se registraba una nueva crisis que, pese a haber sido adecuadamente afrontada, hacía inaplazable una segunda hospitalización en la Policlínico Gemelli, que tenía lugar a las 11,50 del **jueves 24 de febrero**. Allí

se establecía indicación de traqueotomía electiva, que -con el consentimiento del Santo Padre- se efectuaba a lo largo de la tarde del mismo día.(...) El postoperatorio se desarrolló sin complicaciones, y pronto se inició la rehabilitación de la respiración y de la fonación.

El 6 de marzo, el Santo Padre, revestido de casulla rosa, celebraba la santa misa del IV Domingo de Cuaresma en la pequeña capilla anexa a su habitación y pronunciaba la fórmula de la bendición final con voz muy apagada y dicción relativamente buena.

El domingo 13 de marzo, el Papa regresaba hacia las 18,40 al Vaticano (...) Nada más entrar en su apartamento, acudía a la capilla para el rezo de las “Lamentaciones”, que en polaco conmemoran la pasión del Señor.(...).

En los días sucesivos proseguía la lenta recuperación de las condiciones de salud del Papa, recuperación dificultada por una deglución muy problemática, una fonación muy trabajosa y una astenia de considerable entidad.

Durante la Semana Santa participa en los ritos, presididos en su nombre por diversos cardenales, siguiéndolos por televisión. Es especialmente conmovedora su participación silenciosa en el Vía Crucis del Coliseo, que sigue desde su despacho y durante la última estación toma la cruz entre sus manos.

El domingo 20 de marzo y el miércoles 23, el Santo Padre se asomaba a la ventana de su despacho, sin hablar, limitándose a bendecir con la mano derecha.

El día de Pascua, 27 de marzo, el Papa permanecía unos 13 minutos ante la ventana abierta con vistas a la Plaza de San Pedro. Sujetaba con la mano las hojas del texto, que, en el atrio de la Basílica, leía el Cardenal A.Sodano, Secretario de Estado. El Papa intentaba leer las palabras de la Bendición Apostólica, sin conseguirlo, y, en silencio, con la mano derecha, bendecía a la Ciudad y al mundo.

Miércoles, 30 de marzo de 2005. Se comunicaba haberse emprendido la alimentación enteral mediante una sonda nasogástrica instalada con carácter permanente. Ese mismo día, el Santo Padre se asomaba a la ventana de su despacho y, sin hablar, bendecía a la muchedumbre, que, atónita y dolorida, lo esperaba en la plaza de San Pedro. Fue la última “statio publica” de su penoso “vía crucis”. Fue su última aparición pública; ya no pudo articular palabra alguna.

Jueves, 31 de marzo de 2005. En este día, se desató la crisis de la salud del Papa. Poco después de las 11, el Santo Padre, que había acudido a la capilla para la celebración de la santa misa, le acometía un escalofrío convulso, seguido por una fuerte elevación térmica hasta 39,6°. A ello le sucedía un gravísimo choque séptico con colapso cardiovascular, debido a una infección comprobada de las vías urinarias. Con carácter inmediato se tomaban todas las medidas terapéuticas y de asistencia cardiorrespiratorias adecuadas. Se respetaba la voluntad del Santo Padre de permanecer en su apartamento, donde, por otra parte, tenía asegurada una asistencia tan completa como eficaz”. A última hora de la tarde, se celebraba la Santa Misa a los pies del lecho del Papa, quien concelebraba con los ojos semicerrados pero, en el momento de la consagración, levantaba débilmente el brazo derecho dos veces sobre el pan y sobre el vino. También esbozaba el gesto de golpearse el pecho durante el rezo del “Agnus Dei”. El cardenal de Leópolis de los Latinos, Marian Jaworski, le administraba la Unción de los Enfermos. A las 19,17 el Papa recibía la Santa Comunión. Sucesivamente, el Santo Padre pedía que se celebrara la “hora eucarística” de meditación y oración.

Viernes, 1 de abril de 2005, a las 6 de la mañana, el Papa, consciente y sereno, concelebraba la Santa Misa. Hacia las 7,15 escuchaba la lectura de las 14 estaciones del vía crucis, persignándose en cada una de ellas. También quiso que le leyeran la Hora de tercia del Oficio Divino y de pasajes de las Sagradas Escrituras que escuchaba con profunda fe y esperanza.

La situación revestía notable gravedad y se caracterizaba por el deterioro alarmante de los parámetros biológicos y vitales. Se instauraba un cuadro clínico cada vez más grave de insuficiencia cardiovascular, respiratoria y renal. El paciente, con visible participación, se asociaba a la plegaria continuada de quienes le asistían.

Sábado, 2 de abril. A las 7,30, se celebraba la santa misa en presencia del Santo Padre, que empezaba a presentar un deterioro inicial de la consciencia. A última hora de la mañana, recibía por última vez al Cardenal Secretario de Estado y seguidamente se iniciaba una elevación brusca de la temperatura. Hacia las 15,30, con voz muy apagada y dicción confusa, en polaco, el Santo Padre rogaba: “Dejad que me vaya a la casa del Padre”.

Poco antes de las 19 horas entraba en coma. El monitor documentaba el agotamiento progresivo de sus funciones vitales. Siguiendo una tradición polaca, una vela encendida iluminaba la penumbra de la habitación en la que la vida del Papa iba apagándose.

A las 20 horas se iniciaba la celebración de la santa Misa de la fiesta de la Divina Misericordia, al pie de la cama del Papa moribundo. Presidía el rito, el Excmo. Mons. Stanislaw Dziwisz, con la participación del card, Marian Jaworski, del Excmo. Mons. Satanízalo Rylko y de Mons. Mieczyslaw Mokrzycki. Cantos religiosos polacos acompañaban la celebración y se fundían con los de los jóvenes y los de la multitud de fieles reunidos en oración en la Plaza de San Pedro.

A las 21,37 del día 2 de abril de 2005, Juan Pablo II moría y descansaba en el Señor para siempre, después de 26 años de pontificado, uno de los más largos de la Historia.

Su fallecimiento, comprobado por el Dr. Renato Buzzonetti, lo confirmaba también la ejecución de un electrocardiogramograma, que se prolongó durante más de 20 minutos, con arreglo a la normativa vaticana. (...). La declaración de defunción., formada por el Dr. Renato Buzzonetti, Director de Sanidad e Higiene del Estado de la Ciudad del Vaticano, contenía el siguiente diagnóstico: “Choque séptico, colapso cardiovascular en persona enferma de Parkinson, episodios pasados de insuficiencia respiratoria aguda y consiguiente traqueotomía, hipertrofia prostática benigna complicada por urosepsis, cardiopatía hipertensiva e isquémica”.

Mons. Sandri fue quien anunció a la multitud la muerte del Santo Padre. Poco después sonaron las campanas de la Basílica de San Pedro para anunciar al mundo que Juan Pablo II ya no estaba entre nosotros.

Una vez informado de la muerte del Sumo Pontífice Juan Pablo II, el eminentísimo Cardenal Camilo Ruini, su Vicario en la Urbe, redactó la “notificación especial” prevista por la constitución apostólica “Universi dominici gregis” para comunicar al pueblo romano la muerte de su obispo. Lo hizo con el siguiente comunicado:

“Hoy, sábado 2 de abril de 2005, a las 21,37, Primeras Vísperas de la Fiesta de la Misericordia divina, el Señor ha llamado a sí al alma bendita del Santo Padre Juan Pablo II. Nos recogemos en oración por él, que tanto nos amó, a fin de que el Señor lo acoja en su eterna plenitud de vida. Damos gracias a Dios por habernos dado un pastor según su corazón, testigo de Jesucristo con la vida y con la palabra, que ha recorrido con incansable valor el camino que conduce de Cristo al hombre. Sabemos que este gran Padre no nos ha abandonado y nos encomendamos a su intercesión para mantener íntegra y viva entre nosotros su valiosa herencia de fe y amor. Que la Virgen María, a la que Juan Pablo II consagró toda su vida, lo acoja en sus brazos de Madre y proteja al pueblo de Roma” (14).

* Mensaje “Urbi et Orbi” de Juan Pablo II para la Pascua de Resurrección, 27 de abril de 2005 (leído por el Card. Angelo Sodano)

¡Quédate con nosotros, amigo fiel y apoyo seguro de la humanidad en camino por las sendas del tiempo! (n.2)

¡Quédate con nosotros, Palabra viviente del Padre, y enséñanos palabras y gestos de paz! (n.3).

¡Quédate con nosotros, pan de vida eterna, partido y distribuido a los comensales; danos también a nosotros la fuerza de una solidaridad generosa con las multitudes que, aun hoy sufren y mueren de miseria y de hambre! (n.3).

También nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, tenemos necesidad de Ti, Señor resucitado. Quédate con nosotros ahora y hasta el final de los tiempos. Haz que el progreso material de los pueblos nunca oscurezca los valores espirituales que son el alma de su civilización. Ayúdanos, te rogamos en nuestro camino. Nosotros creemos en Ti, en Ti esperamos, porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna (cf. Jn.6,68)

¡Quédate con nosotros, Señor! ¡Aleluya! (n.4).

Último Mensaje de Juan Pablo II

Al término del primer funeral por Juan Pablo II, el Cardenal Sodano leyó el último saludo a los fieles preparado por el Santo Padre . Nos ha parecido bien insertarlo aquí en su totalidad.

“¡Queridísimos hermanos y hermanas!

Todavía resuena hoy el glorioso Aleluya de la Pascua. La página de hoy del Evangelio de San Juan subraya que el Resucitado, en la tarde de aquel día, reapareció a los Apóstoles y “les mostró las manos y el costado” (Jn.20,20), es decir, las señales de la dolorosa pasión, impresos de modo indeleble sobre su cuerpo, también después de la resurrección. Esas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la Misericordia de Dios, que “tanto ha amado al mundo, que ha entregado a su Hijo unigénito” (Jn.3,16). Este misterio de amor está en el centro de la liturgia de hoy, Domingo in albis, dedicada al culto de la Divina Misericordia.

A la humanidad, que a veces parece perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado ofrece el don de su amor que perdona, reconcilia y abre de nuevo el alma a la esperanza. Es un amor que convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia! Señor, que con tu muerte y resurrección revelas el amor del Padre, creemos en Ti y con confianza te lo repetimos hoy: Jesús, confío en Ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos impulsa a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Ayudados por Ella, podemos comprender el verdadero sentido de la alegría pascual, que se funda sobre esta certeza: aquel a quien la Virgen ha llevado en su seno, que ha padecido y muerto por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!”. (Tomado de “Edic.Palabra, abril 2005, n. extra 495).

Desde aquellas primeras palabras: “no tengáis miedo” (1978), hasta estas últimas: “Jesús, ten misericordia de nosotros y del mundo entero” (2005), han pasado muchos años. Más de 26 años al frente y al servicio de la Iglesia y de la humanidad. Al final, sólo nos queda confesar: “Sólo Dios permanece; sólo Dios basta”. ¡Dios es Amor! Gracias, Señor, por el don de Juan Pablo II para la Iglesia y la Humanidad.

NOTAS DE ESTE CAPÍTULO

1.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”; BAC. Madrid.1996; p.107

* O.González de Cardedal escribe: “Este Papa pertenece a tres historias: la de Polonia, la de la Iglesia católica y la de la humanidad, que ya no se pueden pensar sin él. Por eso, hay que enjuiciarlo desde la situación, gloria y límites, que esa nación, esa comunidad católica y la condición humana ofrecen en un determinado momento de su Historia.

Juan Pablo II fue elegido en el justo momento de giro (1978) tras un posconcilio exultante. (...) Sobre ese fondo de afirmación incondicional del Vaticano II, y a la vez de seria preocupación por ciertas reticencias de un lado y serias deformaciones de otro, es elegido papa el cardenal Wojtyla. Él es ya resultado de un giro previo en la Iglesia y no sólo su posterior inductor” (“Juan Pablo II (1920-1998) en “La palabra y la paz 1975-2000; PPC; 2000).

2.- Olegario González de Cardedal: “Ratzinger y Juan Pablo II”. Sígueme. Salamanca. 2005, 153.

* Mons. Jean-Pierre Ricard, presidente del Episcopado francés dijo: “Juan Pablo II ha sido el Papa de los derechos humanos del hombre, del diálogo ecuménico e interreligioso, de la purificación de la memoria. Gigante de la Iglesia, luchó con todas sus fuerzas contra los totalitarismos, combatió el nazismo y el comunismo”.

* Mons. Ciriaco Benavente afirma: “A través de su cuerpo decrepito y gastado ha brillado hasta última hora la grandeza de su espíritu y la fidelidad a la encomienda recibida”.

* Mons. Antonio Cañizares dijo: “No ha ahorrado esfuerzo alguno, incluso en la debilidad y escasez de sus fuerzas físicas, para trabajar por la paz, por la unidad entre todos los pueblos, pro anunciar el Evangelio de la esperanza”.

* Mons. Javier Martínez: “su vida era por entero de Dios. Y eso le ha hecho posible amar al hombre, y eso es una gracia enorme, en un mundo tan sin referencias. Hemos tenido un Padre excepcional”.

3.-Juan Pablo II: “Testamento”, año 1980

4.- Juan Pablo II: “Testamento”, año 2000

* Juan Pablo II habla de su Patria en estos términos:

“Nuestra historia, historia de la Iglesia y de la nación... historia de la patria y de la Iglesia en ella inserta, la historia de Polonia siempre fiel... la semilla que caída en tierra debe morir para producir fruto abundante... Inescrutables y admirables son las disposiciones del Señor, las cuales señalan los caminos que conducen, desde Silvestre II a Juan Pablo II, hasta este lugar... ¿No quiere acaso Cristo, no dispone el Espíritu Santo que este papa (que lleva en su espíritu profundamente grabada la historia de la propia nación...) manifieste en nuestra época su presencia en la Iglesia y su peculiar contribución a la historia de la cristiandad?... ¿No dispone acaso el Espíritu Santo que este papa polaco, papa eslavo, justamente ahora manifieste la unidad espiritual de la Europa cristiana?...

El Papa Juan Pablo II, eslavo, hijo de la nación polaca, siente cuán profundamente están arraigadas en el suelo de la historia las raíces de las cuales él mismo toma origen... Viene para hablar ante toda la Iglesia y ante Europa y ante el mundo de aquellas naciones y poblaciones frecuentemente olvidadas... Marcharemos juntos por este camino de nuestra historia... Marcharemos pensando en el pasado, pero con el espíritu proyectado hacia el futuro. ¡No volveremos al pasado! ¡Marcharemos hacia el futuro!” (Polonia; 3-Junio-1979) (Tomado de J.I.González Faus: “Comprender a Karol Wojtyla”).

* J.I. González Faus: “Comprender a Karol Wojtyla”; Sal Terrae. Santander, 2005.

5.- Juan Pablo II: “Testamento”, año 2000

* Mons. Adolfo González Montes manifiesta “nuestro gozo espiritual y el mayor agradecimiento a Dios por el rico ejercicio de su ministerio pastoral. Destaco ahora el pulso firme con que ha llevado adelante una verdadera renovación de la Iglesia aplicando las enseñanzas del Vaticano II y la ha orientado con su magisterio claro y con el impulso vigoroso de su propia fe de cristiano y de Pastor universal, lleno siempre de caridad pastoral y de amor por los más necesitados. Una labor eclesial que es inseparable de su defensa de la dignidad de la persona humana y de la condición sagrada e inviolable de la vida contra toda manipulación indeseable, la libertad de los pueblos contra todas las tiranías; igualmente inseparable de su denodado combate por la paz contra la violencia de las guerras y del terrorismo. Europa y el mundo están en deuda con su persona y su ministerio de Vicario de Cristo. El mundo es un poco más libre gracias a él”. (Carta a los diocesanos: “Ante la muerte del Papa

Juan Pablo II”; 3-IV-2005; Boletín Oficial del Obispado de Almería; Año XIII; Abril-Junio 2005; núms. 4-6; 228-230).

6.- Juan Pablo II explica los motivos de fondo de sus viajes pastorales en un discurso dirigido a la Curia Romana el 28 de junio de 1980:

“Todos los viajes-peregrinaciones del Papa son visitas a otras tantas Iglesias locales, y sirven para hacer resaltar el puesto que cada una ocupa en la dimensión universal de la iglesia, y para subrayar la peculiar función que ejerce en construir su universalidad (...) Cada viaje del Papa es una auténtica peregrinación a un santuario viviente del Pueblo de Dios. Desde este punto de vista, el Papa viaja, sostenido como Pedro, por la oración de toda la Iglesia (cf. Hech.12,5), para anunciar el Evangelio, para “confirmar a los hermanos en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrarse con el hombre. Son viajes de fe, de oración, que llevan siempre en el corazón la meditación y la proclamación de la Palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía, la invocación de Santa María. Son otras tantas ocasiones de catequesis itinerantes, de anuncio evangélico en la prolongación a todas las latitudes del Evangelio y del Magisterio apostólico dilatado en dimensiones planetarias. Son viajes de amor, de paz, de fraternidad universal. (...) Ésta y solamente ésta es la meta del papa-peregrino, aunque algunos puedan atribuirle otras motivaciones (...)” (“Enseñanzas al Pueblo de Dios” (1980. Madrid. BAC, 1982) I,b, 880s.

7.- Mons. F. Sebastián glosa este viaje pastoral de Juan Pablo II a España. Recogemos aquí lo más significativo de su “Carta desde la fe”: “La visita del Papa” (17-V-2003). Algunas de las afirmaciones, que hace en este documento, pueden aplicarse a cualquier viaje apostólico de Juan Pablo II.

- El Papa viene a visitar sus Iglesias. Los viajes del Papa nos han ayudado a entender mejor la estructura de la iglesia católica. La Iglesia no se compone de piezas bien diferenciadas, cada una de ellas independiente de las demás. La Iglesia es una sola. La Iglesia de Jesús, la Iglesia de los Apóstoles, única y Católica. Ocurre que esta Iglesia católica, desde el primer núcleo de Jerusalén, brota y crece en muchos lugares. Por eso es mejor hablar de la Iglesia que está en Pamplona que decir la Iglesia de Pamplona. La de aquí, como la de cualquier otro sitio, sigue siendo la única Iglesia de Jesús que crece aquí o allí. Cada realización local de la Iglesia está presidida por un sucesor de los Apóstoles que le da plenitud interior, apostolicidad y catolicidad, es decir, unidad con todas las demás. El Obispo de Roma, que preside en nombre de Jesús la Iglesia católica entera, preside, por eso mismo, desde dentro, y no como un forastero, todas las Iglesias locales que pretendan vivir dentro de la unidad y catolicidad de la Iglesia de Jesús y de los

Apóstoles. El Papa ha venido a las Iglesias que están en España como a su Iglesia, a unas Iglesias que él preside en la caridad, en comunión con todos los Obispos y con los fieles que profesan y viven la fe apostólica.

- El mensaje. Podemos sintetizarlo en estos puntos que reflejan lo que nos ha dicho a todos y a todas:

Los santos tienen que ser vuestros verdaderos maestros de vida. También ahora, también en tiempos de libertad y de abundancia.

La fe cristiana ha configurado las mejores formas de vida de la sociedad española a lo largo de la historia, en el respeto a la persona, en la vida familiar, en las virtudes de convivencia social.

Tened cuidado de avanzar y progresar hacia el futuro sin debilitar vuestra fe en Cristo y en el Dios vivo que han sido las fuentes de vuestro ser personal y colectivo.

De esta forma podréis aportar a Europa y a los demás pueblos de la tierra el gran patrimonio de la fe en Cristo y de la cultura cristiana, actualizada y fecunda.

El Santo Padre también ha dirigido su palabra a los jóvenes, a quienes les ha dicho:

No os dejéis configurar por una cultura sin interioridad que no percibe más que los bienes de este mundo. Una cultura así es una cultura sin alma, que no puede haceros felices. Cuando no hay interioridad la humanidad se empobrece y se deteriora.

No podemos entender ni vivir nuestra propia humanidad sin contar con la cercanía de Dios, con su amor y con su gracia, como lo hizo la Virgen María. Ella puede ayudaros a ver en Jesús el rostro de Dios, el ideal y el modelo cercano de vuestra vida. No hay que tener miedo de poner la propia vida en manos de Jesús y de María. Ellos os enseñarán a ser hombres de paz, constructores de un mundo nuevo, justo y fraternal.

No hay que avergonzarse de presentarse y actuar como discípulos de Jesucristo. Tenemos un tesoro que hemos de anunciar a los demás. No imponer pero sí proponer. Para construir una Europa nueva y cristiana. Los jóvenes cristianos tienen que tener el valor necesario para ser apóstoles de Jesús en los nuevos tiempos.

Tenéis que poner vuestra vida al servicio del Evangelio de Jesús, escuchando la posible vocación del Señor para la vida consagrada, misionera o sacerdotal

8.- Olegario González de Cardedal: “Juan Pablo II (1920-1998)” en “La palabra y la paz”, 1975-2000; PPC Madrid. 2000; 436-438.

* Ángel Cordovilla escribe: “Si tuviera que hacer una semblanza de Juan Pablo II., recurriría a siete palabras que este Papa ha repetido y proclamado incansablemente a lo largo de su pontificado.

- Palabras referidas “ad intra Ecclesiam”:

“No tengáis miedo”; (1978); “Rema mar adentro”; “¡Abrid las puertas a Cristo!”.

- Palabras referidas “ad extra Ecclesiam”:

“Libertad y dignidad humana”; “Paz y justicia” (solidaridad);

9.- Joaquín Perera: “Para un balance del ejercicio del Pontificado en el interior de la Iglesia Católica” en “Iglesia Viva”, 214; 2003; 2-17 – 2-42.

10.- Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en los viajes apostólicos del Papa al cumplirse su centésimo viaje internacional”; 12-junio de 2003; “Ecclesia”, n.3158; 21 de junio de 2003; 36-37

11.- Olegario González de Cardedal: “Ratzinger y Juan Pablo II”; Sígueme. Salamanca. 2005, 154.

* O.González de Cardedal escribe: “Más allá de su figura de pontífice está su personal destino heroico, la certidumbre pública de su fe y la grandeza de su fidelidad, la fortaleza del herido y la firmeza del enfermo, que permanece fiel a su propósito hasta el final, porque como Moisés, ve al invisible y sabe que el Invisible lo ve (Heb.11,27). (“La palabra y la paz” 1975-2000; PPC. Madrid. 2000; 436-438.

12.- “L’Osservatore Romano” (abril- 2005).

13.- Olegario González de Cardedal: “Juan Pablo II (1920-1998)” en “La palabra y la paz” (1975-2000). PPC Madrid. 2000; 436-438.

14.- L’Osservatore Romano”; n.14 – 8 de abril de 2005.

V

EL MINISTERIO PROFÉTICO

“Una de las características más sobresalientes del pontificado de Juan Pablo II ha sido su interés por ayudar y servir a todos con la claridad de su magisterio” (Card. Carlo Amigo). Para quien haya querido escuchar las enseñanzas de este Papa se habrá dado cuenta de que ha penetrado progresivamente en los pliegues del corazón humano y en los surcos de la historia hasta iluminarlos y transformarlos.

1) Testigo y Maestro de la fe

“El Papa nos ha enseñado a confesar con gozo nuestra fe, y ha recuperado para la Iglesia entera la convicción de que la fe es nuestra victoria” (1).

A) Contenidos básicos de su magisterio

a) O. González de Cardedal ha distribuido el magisterio de Juan Pablo II en cuatro campos distintos con tres encíclicas en cada uno:

* El primer campo está formado por las primeras encíclicas que están dedicadas al misterio trinitario: Cristo (“Redemptor hominis”, 4-III-1979); el Padre (“Dives in misericordia”, 30-IX-1980); la acción del Espíritu Santo (“Dominum et vivificantem”, 18-V-1986).

* El segundo campo esta integrado por el mundo obrero, el trabajo y la economía, las cuestiones sociales: “Laborem exercens”, 14-IX-1981; “Sollicitudo rei socialis”, 30-XII-1988; “Centesimus annus”, 1-V-1991.

* El tercer grupo de encíclicas se refieren a una tarea muy importante de la Iglesia: el Ecumenismo y el Diálogo interreligioso. Para que el Papado no sea un obstáculo a la unión ha publicado la encíclica “Ut unum sint”, (1995); para mostrar su aprecio y apertura a las Iglesias orientales, ha publicado la Carta apostólica “Orientale Lumen” (1995); y para iniciar una renovación de la profesión de la fe en el mundo nuevo, ha publicado la Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (2000) (2).

* El cuarto grupo se refiere a los problemas de la fe comunes con los de la humanidad: el sentido moral, la diferencia entre el bien y el mal, las exigencias objetivas del ser humano. Publicó las Encíclicas: “Veritatis Splendor”, 1993; “Evangelium vitae”, 1995 (3).

b) Mons. Elías Yanes, por su parte, presenta los documentos del Magisterio de Juan Pablo II teniendo en cuenta los horizontes en los que se inserta:

* Hay un horizonte trinitario que adquiere especial relevancia en las Encíclicas: “Redemptor hominis”, “Dives in Misericordia”, “Dominum et Vivificantem”.

* Hay un horizonte antropológico, una visión teológica del hombre, inseparable del misterio de Cristo que vive en comunión con el Padre en el Espíritu. Dentro de esta antropología teológica afirma muchas veces que “el hombre es el camino de la Iglesia”. Esta antropología aparece especialmente en los documentos: “Familiaris consortio”, “Laborem exercens”, “Sollicitudo rei socialis”, “Centessimus annus” (4).

* Hay un horizonte pastoral y de evangelización, que aparece en los siguientes documentos: “Catechesi tradendae”, “Reconciliatio et Paenitentia”, “Christifideles laici”, “Redemptoris missio”, “Redemptoris Mater”.

Este triple horizonte es unitario: la acción evangelizadora de la Iglesia es inconcebible sin una visión cristiana del hombre; y ambas cosas no se entienden sino en la comunión eclesial con el Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo (5).

c) Por nuestra parte, ponemos de relieve que el Santo Padre:

- * Defendió con clarividencia y firmeza la capacidad de la razón humana en la Encíclica “Fides et ratio” 14-XII-1998,

- * Ofreció a todos una hermosa y entrañable exposición del misterio de la Virgen María, en la Encíclica “Redemptoris Mater” (25-III-1987).

- * Trató las comunes raíces cristianas de Europa en la Encíclica: “Slavorum Apostoli” (2-VI-1985)

- * Abordó el Ecumenismo en la Encíclica “Ut unum sint” (25-V-1995).

- * Nos regaló su última Encíclica “Ecclesia de Eucharistia” (17-IV-1997) donde presenta las relaciones entre la Iglesia y la Eucaristía.

Las Encíclicas ponen de manifiesto el amplio magisterio de Juan Pablo II. Se trata de un magisterio que ha dejado una profunda huella en el corazón del hombre y de la cultura, y cuya importancia iremos percibiendo con el paso del tiempo. Las enseñanzas de Juan Pablo II serán un referente moral insustituible en muchos campos.

B) Juan Pablo II promovió la fe en el mundo

En una serie de catequesis que pronunció en sus Audiencias Generales, el Santo Padre aborda el tema de la fe, desentrañando su naturaleza, resaltando sus características y poniendo de relieve el compromiso que genera.

*** Catequesis en la Audiencia General: “¿qué quiere decir creer?” (13-III-1985).**

- Los símbolos de la fe. El Santo Padre los presenta así: son “la colección de las principales verdades de fe, es decir, aquello en lo que la Iglesia cree, esto es, sobre los contenidos de la fe cristiana. De aquí también el hecho de que los “símbolos de la fe” son el primero y fundamental punto de referencia para la catequesis (n.1).

- El símbolo apostólico. “Entre los varios “símbolos de fe” antiguos, el más autorizado es el “símbolo apostólico” (...) En él se contienen las principales verdades de la fe transmitidas por los Apóstoles de Jesucristo. Otro símbolo antiguo y famoso es el “nicenoconstantinopolitano: contiene las mismas verdades de la fe apostólica autorizadamente explicadas en los primeros Concilios Ecuménicos de la Iglesia Universal: Nicea (325) y Constantinopla (381).

Los símbolos de la fe son el principal punto de referencia para la presente catequesis, dice el papa. Pero ellos nos remiten al conjunto del “depósito de la Palabra de Dios”, constituido por la Sagrada Escritura y la Tradición apostólica, del que son solamente una síntesis conocida (n.2).

- Creo. Creer significa aceptar y reconocer como verdadero y correspondiente a la realidad el contenido de lo que se dice, esto es, de las palabras de otra persona (o incluso de más personas), en virtud de su credibilidad (o de la de ellas). Esta credibilidad decide, en un caso dado, sobre la autoridad especial de la persona: la autoridad de la verdad. Así, pues, al decir “creo”, expresamos simultáneamente una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad, en consideración de la persona que tiene particulares títulos de credibilidad (n.3).

- Lógica e históricamente la revelación precede a la fe. La fe está condicionada por la revelación. Es la respuesta del hombre a la divina revelación (cf. DV 2 y 5) (n.5).

*** Catequesis en la Audiencia general: “el hombre puede llegar con la razón al conocimiento de Dios” (20-III-1985).**

- Antes de pronunciar su “credo”, el hombre posee ya algún concepto de Dios que obtiene con el esfuerzo de la propia inteligencia (cf. DV 6; Rm.1,19-21; Sab.13,1-9). Se puede conocer a Dios por sus criaturas; para el entendimiento humano el mundo visible constituye la base de la afirmación de la existencia del Creador invisible (n.2).

Durante el Concilio Vaticano I, la Iglesia recordó y confirmó la doctrina sobre la posibilidad de que está dotado el entendimiento del hombre para conocer a Dios a partir de las criaturas. El Vaticano II ha recordado de nuevo esta doctrina en el contexto de la Constitución sobre la Revelación divina. (...) este conocimiento intelectual de Dios se trata de modo sistemático

en una ciencia llamada “teología natural”, que tiene carácter filosófico y que surge en el terreno de la metafísica, o sea, de la filosofía del ser. Se concentra sobre el conocimiento de Dios en cuanto Causa primera y también en cuanto Fin último del universo (n.3).

- Las fuentes del cristianismo hablan de la posibilidad de conocer racionalmente a Dios. Por ello y según la Iglesia todo nuestro pensar acerca de Dios sobre la base de la fe, tiene también carácter “racional” e “intelectivo”. (...) El conocimiento mediante la fe es diferente al conocimiento puramente racional. Sin embargo, Dios no podía haberse revelado al hombre si éste no fuera ya capaz por naturaleza de conocer algo verdadero a su respecto. Por consiguiente, junto y más allá de un “yo sé”, que es propia de la inteligencia del hombre, se sitúa “un yo creo”, propio del cristiano: en efecto, con la fe el creyente tiene acceso, si bien sea en la oscuridad, al misterio de la vida íntima de Dios que se revela (n.4) (5a).

*** “Cruzando el umbral de la Esperanza” (octubre, 1994).**

A preguntas del periodista Vittorio Messori “¿Para qué sirve creer? ¿Acaso no es posible vivir una vida honesta, recta, sin tener que molestarse en tomar el Evangelio en serio?, el Santo Padre da una respuesta adecuada.

“A una pregunta semejante se podría responder muy brevemente: la utilidad de la fe no es comparable con bien alguno, ni siquiera con los bienes de naturaleza moral. La Iglesia no ha negado nunca que también un hombre no creyente pueda realizar acciones honestas y nobles. Cada uno, por otra parte, se convence fácilmente de eso. El valor de la fe no se puede explicar solamente con su utilidad para la moral humana, aunque la misma fe suponga la más profunda motivación de la moral (...).

A pesar de eso, se puede decir que la fundamental utilidad de la fe está en el hecho mismo de haber creído y de haber confiado. María es, en el momento de la Anunciación, inimitable ejemplo y maravilloso modelo de una tal actitud (...) Sin embargo Dios no quiere obligarnos en absoluto a una tal respuesta.(...) El Concilio trata la libertad humana (DH. 1,2,3) con toda seriedad y se refiere al imperativo interior de la conciencia para demostrar que la respuesta dada por el hombre a Dios y a Su palabra mediante la fe está estrechamente unida a su dignidad personal. El hombre no puede ser constreñido a aceptar la verdad. A ella es empujado solamente por su naturaleza, es decir, por su misma libertad, que lo mueve a buscarla sinceramente y, cuando la encuentra, a adherirse a ella, sea con su convicción sea con su comportamiento (...).

A la luz de la enseñanza del Concilio sobre la libertad religiosa podemos decir que la esencial utilidad de la fe consiste en el hecho de que, a

través de ella, el hombre realiza el bien de su naturaleza racional. Y lo realiza dando su respuesta a Dios, como es su deber. Un deber no sólo hacia Dios, sino también hacia sí mismo.(...)

En su pregunta se habla de “una vida honesta, recta, pero sin el Evangelio”. Respondería que si una vida es verdaderamente recta es porque el Evangelio, no conocido o no rechazado a nivel consciente, en realidad desarrolla ya su acción en lo profundo de la persona que busca con honesto esfuerzo la verdad y está dispuesta a aceptarla, apenas la conozca. Una tal disponibilidad es manifestación de la gracia que obra en el alma. El Espíritu sopla donde quiere y como quiere (cf. Jn.3,8). La libertad del Espíritu encuentra la libertad del hombre y la confirma hasta el fondo. Esta precisión era necesaria para evitar cualquier riesgo de interpretación pelagiana. Pelagio sostenía que sin la gracia divina el hombre puede llevar una vida honesta y feliz; la gracia divina no le parecía necesaria. La verdad es, en cambio, que el hombre es realmente llamado a la salvación; que la vida honesta es realmente la condición de la tal salvación; y que la salvación no puede ser alcanzada sin el aporte de la gracia.

En definitiva, solamente Dios puede salvar al hombre, teniendo en cuenta su colaboración. El hecho de que el hombre pueda colaborar con Dios es lo que decide su auténtica grandeza (...) (189-194).

Juan Pablo II

Carta Apostólica dada en forma de 'Motu Proprio' «*AD TUENDAM FIDEM*», con la cual se introducen algunas normas en el *Código de Derecho Canónico* y el *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*

PARA DEFENDER LA FE de la Iglesia Católica contra los errores que surgen entre algunos fieles, sobre todo aquellos que se dedican al estudio de las disciplinas de la sagrada teología, nos ha parecido absolutamente necesario a Nos, cuya tarea principal es la de confirmar a los hermanos en la fe (cf. *Lc* 22,32), que en los textos vigentes del *Código de Derecho Canónico* y del *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*, sean añadidas normas con las que expresamente se imponga el deber de conservar las verdades propuestas de modo definitivo por el Magisterio de la Iglesia, haciendo mención de las sanciones canónicas correspondientes a dicha materia.

1. Desde los primeros siglos y hasta el día de hoy, la Iglesia profesa las verdades sobre la fe en Cristo y sobre el misterio de Su redención, recogidas sucesivamente en los Símbolos de la fe; en nuestros días, en efecto, el *Símbolo de los Apóstoles* o bien el *Símbolo Niceno constantinopolitano* son conocidos y proclamados en común por los fieles en la celebración solemne y festiva de la Misa.

Este mismo *Símbolo Niceno constantinopolitano* está contenido en la *Profesión de fe*, elaborada posteriormente por la Congregación para la Doctrina de la Fe(1), cuya emisión se impone de modo especial a determinados fieles cuando asumen algunos oficios relacionados directa o indirectamente con una más profunda investigación concerniente el ámbito de la verdad sobre la fe y las costumbres, o que están vinculados con una potestad peculiar en el gobierno de la Iglesia.(2)

2. La *Profesión de fe*, debidamente precedida por el *Símbolo Niceno constantinopolitano*, contiene además tres proposiciones o apartados, dirigidos a explicar las verdades de la fe católica que la Iglesia, en los siglos sucesivos, bajo la guía del Espíritu Santo, que le «enseñará toda la verdad» (Jn 16, 13), ha indagado o debe aún indagar más profundamente.(3)

El primer apartado dice: «Creo, también, con fe firme, todo aquello que se contiene en la Palabra de Dios escrita o transmitida por la Tradición, y que la Iglesia propone para ser creído, como divinamente revelado, mediante un juicio solemne o mediante el Magisterio ordinario y universal»(4). Este apartado afirma congruentemente lo que establece la legislación universal de la Iglesia y se prescribe en los cann. 750 del *Código de Derecho Canónico*(5) y 598 del *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*(6).

El tercer apartado, que dice: «Me adhiero, además, con religioso asentimiento de voluntad y entendimiento, a las doctrinas enunciadas por el Romano Pontífice o por el Colegio de los Obispos cuando ejercen el Magisterio auténtico, aunque no tengan la intención de proclamarlas con un acto definitivo»(7), encuentra su lugar en los cann. 752 del *Código de Derecho Canónico* (8) y 599 del *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*(9).

3. Sin embargo, el segundo apartado, en el cual se afirma: «Acepto y retengo firmemente, asimismo, todas y cada una de las cosas sobre la doctrina de la fe y las costumbres, propuestas por la Iglesia de modo definitivo»(10), no tiene un canon correspondiente en los códigos de la Iglesia Católica. Este apartado de la *Profesión de Fe* es de suma importancia, puesto que indica las verdades necesariamente conexas con la divina revelación. En efecto, dichas verdades, que, en la investigación de la doctrina católica, expresan una particular inspiración del Espíritu divino en la más profunda comprensión por parte de la Iglesia de una verdad concerniente la fe o las costumbres, están conectadas con la revelación sea por razones históricas sea por lógica concatenación.

4. Por todo lo cual, movidos por esta necesidad, hemos decidido oportunamente colmar esta laguna de la ley universal del siguiente modo:

A) El can. 750 del *Código de Derecho Canónico* de ahora en adelante tendrá dos párrafos, el primero de los cuales consistirá en el texto del canon vigente y el segundo presentará un texto nuevo, de forma que el can. 750, en su conjunto, diga:

Can. 750

§ 1. Se ha de creer con fe divina y católica todo aquello que se contiene en la palabra de Dios escrita o transmitida por tradición, es decir, en el único depósito de la fe encomendado a la Iglesia, y que además es propuesto como revelado por Dios, ya sea por el magisterio solemne de la Iglesia, ya por su magisterio ordinario y universal, que se manifiesta en la común adhesión de los fieles bajo la guía del sagrado magisterio; por tanto, todos están obligados a

evitar cualquier doctrina contraria.

§ 2. Asimismo se han de aceptar y retener firmemente todas y cada una de las cosas sobre la doctrina de la fe y las costumbres propuestas de modo definitivo por el magisterio de la Iglesia, a saber, aquellas que son necesarias para custodiar santamente y exponer fielmente el mismo depósito de la fe; se opone por tanto a la doctrina de la Iglesia católica quien rechaza dichas proposiciones que deben retenerse en modo definitivo.

En el can. 1371, n.1 del *Código de Derecho Canónico* se añada congruentemente la cita del can. 750, §2, de manera que el mismo can. 1371 de ahora en adelante, en su conjunto, diga:

Can. 1371

Debe ser castigado con una pena justa:

1º quien, fuera del caso que trata el c. 1364, §1, enseña una doctrina condenada por el Romano Pontífice o por un Concilio Ecuménico o rechaza pertinazmente la doctrina descrita en el can. 750, §2 o en el can. 752, y, amonestado por la Sede Apostólica o por el Ordinario, no se retracta;

2º quien, de otro modo, desobedece a la Sede Apostólica, al Ordinario o al Superior cuando mandan o prohíben algo legítimamente, y persiste en su desobediencia después de haber sido amonestado.

B) El can. 598 del *Código de los Cánones de la Iglesias Orientales* de ahora en adelante tendrá dos párrafos, el primero de los cuales consistirá en el texto del canon vigente y el segundo presentará un texto nuevo, de forma que el can. 598, en su conjunto, diga:

Can. 598

§ 1. Se ha de creer con fe divina y católica todo aquello que se contiene en la palabra de Dios escrita o transmitida por tradición, es decir, en el único depósito de la fe encomendado a la Iglesia, y que además es propuesto como divinamente revelado, ya sea por el magisterio solemne de la Iglesia, ya por su magisterio ordinario y universal, que se manifiesta en la común adhesión de los fieles cristianos bajo la guía del sagrado magisterio; por tanto, todos los fieles cristianos están obligados a evitar cualquier doctrina contraria.

§ 2. Asimismo se han de aceptar y retener firmemente todas y cada una de las cosas sobre la doctrina de la fe y las costumbres propuestas de modo definitivo por el magisterio de la Iglesia, a saber, aquellas que son necesarias para custodiar santamente y exponer fielmente el mismo depósito de la fe; se opone por tanto a la doctrina de la Iglesia católica quien rechaza dichas proposiciones que deben retenerse en modo definitivo.

En el can. 1436, § 2 del *Código de Cánones de las Iglesias Orientales* se añadan congruentemente las palabras que se refieren al can. 598, §2, de manera que el can. 1436, en su conjunto, diga:

Can. 1436

§ 1. Quien niega alguna verdad que se debe creer por fe divina y católica, o la pone en duda, o

repudia completamente la fe cristiana, y habiendo sido legítimamente amonestado no se arrepiente, debe ser castigado, como hereje o apóstata, con excomunión mayor; el clérigo, además, puede ser castigado con otras penas, no excluida la deposición.

§ 2. Fuera de esos casos, quien rechaza pertinazmente una doctrina propuesta de modo definitivo por el Romano Pontífice o por el Colegio de los Obispos en el ejercicio del magisterio auténtico, o sostiene una doctrina que ha sido condenada como errónea, y, habiendo sido legítimamente amonestado, no se arrepiente, debe ser castigado con una pena conveniente.

5. Ordenamos que sea válido y ratificado todo lo que Nos, con la presente Carta Apostólica dada en forma de 'Motu Proprio', hemos decretado, y prescribimos que sea introducido en la legislación universal de la Iglesia Católica, en el *Código de Derecho Canónico* y en el *Código de Cánones de las Iglesias Orientales* respectivamente, como ha sido arriba expuesto, sin que obste nada en contrario.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 18 de mayo de 1998, año vigésimo de Nuestro Pontificado.

(1) CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Professio Fidei et Iusiurandum fidelitatis in suscipiendo officio nomine Ecclesiae exercendo*, 9 Ianuarii 1989, in AAS 81 (1989) p.105.

(2) Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 833.

(3) Cf. *Código de Derecho Canónico* can. 747, § 1; *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 595, §1.

(4) Cf. SACROSANCTUM CONCILIUM OECUMENICUM VATICANUM II, Constitutio dogmatica *Lumen gentium*, De Ecclesia, n. 25, 21 Novembris 1964, in AAS 57 (1965) pp. 29-31; Constitutio dogmatica *Dei Verbum*, De divina Revelatione, 18 Novembris 1965, n. 5, in AAS 58 (1966) p. 819; CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, Instructio *Donum Veritatis*, De ecclesiali theologi vocatione, 24 Maii 1990, n.15, in AAS 82 (1990) p. 1556.

(5) *Código de Derecho Canónico*, can. 750: Se ha de creer con fe divina y católica todo aquello que se contiene en la palabra de Dios escrita o transmitida por tradición, es decir, en el único depósito de la fe encomendado a la Iglesia, y que además es propuesto como revelado por Dios, ya sea por el magisterio solemne de la Iglesia, ya por su magisterio ordinario y universal, que se manifiesta en la común adhesión de los fieles bajo la guía del sagrado magisterio; por tanto, todos están obligados a evitar cualquier doctrina contraria.

(6) *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 598: Se ha de creer con fe divina y católica todo aquello que se contiene en la palabra de Dios escrita o transmitida por tradición, es decir, en el único depósito de la fe encomendado a la Iglesia, y que además es propuesto como divinamente revelado, ya sea por el magisterio solemne de la Iglesia, ya por su magisterio ordinario y universal, que se manifiesta en la común adhesión de los fieles cristianos bajo la guía del sagrado magisterio; por tanto, todos los fieles cristianos están obligados a evitar cualquier doctrina contraria.

(7) Cf. CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, Instructio *Donum Veritatis*, De ecclesiali theologi vocatione, 24 Maii 1990, n. 17, in AAS 82 (1990) p. 1557.

(8) *Código de Derecho Canónico*, can. 752: Se ha de prestar un asentimiento religioso del entendimiento y de la voluntad, sin que llegue a ser de fe, a la doctrina que el Sumo Pontífice o el Colegio de los Obispos, en el ejercicio de su magisterio auténtico, enseñan acerca de la fe y de las costumbres, aunque no sea su intención proclamarla con un acto decisorio; por tanto los fieles cuiden de evitar todo lo que no sea congruente con la misma.

(9) *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 599: Se ha de prestar adhesión religiosa del entendimiento y de la voluntad, sin que llegue a ser asentimiento de la fe, a la doctrina acerca de la fe y de las costumbres que el Sumo Pontífice o el Colegio de los Obispos enseñan cuando ejercen magisterio auténtico, aunque no sea su intención proclamarla con un acto definitivo; por tanto, los fieles cuiden de evitar todo lo que no es congruente con la misma.

(10) Cf. CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, Instructio *Donum Veritatis*, De ecclesiali theologi vocatione, 24 Maii 1990, n.16, in AAS 82 (1990) p. 1557.

Copyright © Libreria Editrice Vaticana



2.- Guía a los hombres al Misterio de Dios

“El Santo Padre, con su enseñanza y con su ejemplo, nos ha ayudado a poner con fe, esperanza y amor nuestra mirada y nuestro corazón en Jesucristo, el Redentor del hombre y en el Padre de las misericordias y en el Espíritu Santo vivificador, Dios único y verdadero” (5b).

Los cristianos creemos en el Dios que nos ha revelado Jesús. Creemos en Dios Padre, en Jesucristo, su único Hijo, y en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida. “El Dios revelado de Jesucristo, el único y verdadero, es esencial y absolutamente diverso del Dios de cualquier otra religión” (5c). “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único que está en el seno del Padre, Él lo ha contado” (Jn.1,18).

El Santo Padre nos ha ayudado con su ejemplo y con su enseñanza a poner con fe, esperanza y amor nuestro corazón y nuestra mirada en Jesucristo, el Redentor y Salvador de la entera humanidad, en el Padre de las misericordias y de todo consuelo y en el Espíritu Santo vivificador y santificador, Dios único y verdadero.

a) Jesucristo

Benedicto XVI ha dicho en el primer aniversario de la muerte de Juan Pablo II que “este Papa no cejó en señalar al mundo que si el hombre deja que Cristo lo abrace no mortifica con ello la riqueza de su humanidad; si a Él se adhiere, nada habrá de echar en falta; antes bien, el encuentro con Cristo hace más apasionante nuestra vida” (Discurso en la vigilia mariana: Roma 2-IV-2006; Ecclesia, nn.3305-3306; 15 y 22 de abril de 2006).

El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española manifestó a la muerte de Juan Pablo II: “A lo largo de sus veintiséis años de ministerio, Juan Pablo II desplegó una actividad apostólica inmensa. Su testamento espiritual nos confirma que centró su misión en lo que constituye el corazón de la obra evangelizadora de la Iglesia: el anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para la salvación de todos. El Gran Jubileo de la Encarnación, en el año 2000, constituyó la ocasión providencial que orientó el ministerio del Papa en este sentido” (5d).

“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn.17,3), “el mismo ayer, hoy y siempre” (Heb.13,8). Conocer a Jesucristo y amarlo, seguirlo e imitarlo, celebrarlo y anunciarlo constituyen un hermoso programa de vida cristiana.

Podemos decir que el tema de fondo del pontificado de Juan Pablo II estuvo centrado en Jesucristo, de ahí que podamos hablar de un “cristocentrismo en el Papa Juan Pablo II” (5e). Este cristocentrismo es plenamente trinitario ya que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre, el Verbo eterno consubstancial al Padre y al Espíritu Santo. El Hijo procede del Padre por vía de generación y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por vía de espiración activa.

Juan Pablo II ha llevado en su corazón y en sus labios a Jesucristo y lo ha comunicado a todos los pueblos del mundo a quienes invitó a abrirle las puertas del corazón de par en par. Jesucristo es el único Redentor y Salvador del hombre, de todos los hombres. Por eso, no hay otro nombre en el que el hombre y la mujer puedan ser salvados. ¡No tengáis miedo!

Misión de la Iglesia es anunciar a Jesucristo, hasta el punto de que “no hay verdadera evangelización si no se anuncia el misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre que fue crucificado por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificación”. Ahora bien, para poder anunciar a Jesucristo hemos de conocerlo previamente, tenemos que ser sus testigos. Por eso, tenemos que descubrir quién es Jesús de Nazaret.

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mt.16,15).

El mismo Jesucristo nos hace la misma pregunta que hiciera a sus discípulos hace dos mil años: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”. Para responder a este interrogante, hemos de conocer a Jesús de Nazaret, hemos de saber cuál es el significado profundo de sus gestos y de sus palabras, de sus signos y obras, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su misterio” (5f). Los milagros con signo y clamor del Reino de Dios.

Volvamos a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre (Jn.1,14), el Camino, la Verdad y la Vida (Jn.14,6), el Redentor y el Salvador de la humanidad. “Cristo, Redentor del mundo, es el único Mediador entre Dios y los hombres, porque no hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos ser salvados (cf. Hech. 4,12)” (5g).

El mismo Jesucristo nos dice hoy y aquí a todos: “¿Tanto tiempo llevo con vosotros, y aún no me conocéis?” (Jn.14,9).

¿Cómo conocemos a Jesús? ¿Lo conocemos de oídas? ¿Lo conocemos de lejos? ¿Lo conocemos por el timbre de su voz?

Son preguntas que nos debemos plantear con verdad. Es posible que nuestras palabras sean un simple y un humilde balbucir el misterio de Jesús. No nos desilusionemos. Sigamos hacia delante. Avancemos “de conocimiento en conocimiento” de Jesucristo, ayudados por la gracia del Espíritu que, al conocer las profundidades de Dios, nos puede guiar a conocer el misterio de Jesús y en él el misterio inefable de Dios. De todos modos tengamos presente que “nadie conoce bien al Hijo sino el Padre” (Mt.11,27). Por ello, sólo podemos conocer al Hijo si el Padre nos concede la gracia de ese conocimiento (Mt.16,17).

Discursos, documentos, homilías de Juan Pablo II sobre Jesucristo

Acerquémonos al Magisterio de Juan Pablo II para conocer a Jesús

Juan Pablo II “como Sucesor de Pedro ha sido el testigo cualificado de la fe en Cristo muerto y resucitado, en quien obtenemos el perdón de los pecados. (...) Para anunciar a todos los hombres que Cristo ama a los hombres sin acepción de personas, que es el único Salvador del mundo, y que nos ofrece el sentido último de la vida y de la muerte. Juan Pablo II no se ha predicado a sí mismo, sino a Cristo, y a éste crucificado. Y lo ha hecho con la

palabra de la verdad y con el testimonio de su propia vida, conformada según la imagen del Buen Pastor” (5h).

*** Primeras palabras de Juan Pablo II: “No tengáis miedo” (1978)**

Juan Pablo II inaugura su pontificado en 1978 con unas palabras emblemáticas: “no tengáis miedo”. Son las palabras que Jesucristo resucitado dirigió a las mujeres, las primeras testigos del sepulcro vacío y de su resurrección, y que más tarde dijera a los discípulos.

El Papa nos invitó a poner toda nuestra confianza en Jesucristo, a despertarnos de una fe dormida, cansina, rutinaria...y a ser testigos entusiastas de Jesucristo en este mundo.

*** Palabras dirigidas a los jóvenes: “¡Abrid las puertas a Cristo!”**

Jesucristo es la gracia y la salvación de Dios para la humanidad; es “el Camino, la Verdad y la Vida” para todos; es el Salvador y el Redentor de los hombres. Acerquémonos a Él, abrámosle las puertas de nuestro corazón. No tengamos miedo a Jesucristo ya que Él nos amó y se entregó por nosotros hasta la muerte en cruz”.

Recordemos una vez más las enseñanzas de Juan Pablo II:

“El Cristianismo es gracia; es la sorpresa de un Dios, que, satisfecho no sólo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura y, después de haber hablado muchas veces y de modos diversos por medio de los profetas, últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio de su Hijo” (Heb.1,1-2) (NMI,4).

El Cristianismo es la religión de la gloria, siendo la religión de la encarnación, porque fundamentada en Jesucristo, es una llamada a existir en vida nueva para alabanza de la gloria de Dios (NMI 6).

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de Irlanda (1978).**

El Papa habla a los Obispos irlandeses, diciéndoles: “En las Sagradas Escrituras, y especialmente en los Evangelios, encontramos constantemente a Cristo; y, mediante el poder del Espíritu Santo, sus palabras se hacen luz y fuerza para nosotros y para nuestro pueblo. Sus mismas palabras contienen un poder de conversión, y aprendemos mediante su ejemplo” (6).

*** Discurso a los Jóvenes (27-XII-1978).**

En estos tiempos donde tantos signos de indiferencia religiosa existen, el Santo Padre anuncia a los jóvenes el misterio de Jesús de Nazaret: “Sabemos que Jesús es hombre como nosotros, pero al mismo tiempo es el Verbo Encarnado, es la segunda Persona de la Stma. Trinidad hecha hombre; y, por ello, en Jesús la naturaleza humana y, en consecuencia, toda la humanidad, ha sido redimida, salvada, ennoblecida hasta el punto de llegar a ser partícipe de la vida divina mediante la gracia”.

*** Discurso pronunciado en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Ángeles, 28-I-1979**

Uno de los temas que aborda el Santo Padre en este Discurso es “la verdad sobre Jesucristo”. Ofrecemos a continuación los párrafos más significativos.

- Jesucristo se encuentra en el centro de la evangelización y constituye su contenido esencial.

El Santo Padre habla, entre otros temas, sobre la “verdad de Jesucristo” que “se encuentra en el centro de la evangelización y constituye su contenido esencial” (cf. EN. 22) (n.2363). Del conocimiento vivo de esta verdad dependerá el vigor de la fe de millones de hombres. Dependerá también el valor de su adhesión a la Iglesia y de su presencia activa de cristianos en el mundo. De este conocimiento derivarán opciones, valores, actitudes y comportamientos capaces de orientar y definir nuestra vida cristiana y de crear hombres nuevos y luego una humanidad nueva por la conversión de la conciencia individual y social” (Puebla, n.2364).

- Confesar a Jesucristo ante la historia y ante el mundo

“Hemos de confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida, vivida, como lo confesó Pedro: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt.16, 16). Esta es la Buena Noticia en un cierto sentido única: la Iglesia vive por ella y para ella, así saca de ella todo lo que tiene para ofrecer a los hombres, sin distinción alguna de nación, cultura, raza, tiempo, edad o condición. (ib. n.2367). Este es el único Evangelio y “aunque nosotros o un ángel del cielo os anuncie otro evangelio distinto...sea anatema”, como escribía con palabras bien claras el Apóstol (Gál.1,8) (ib. n.2368).

- Algunas “relecturas” del Evangelio

+ “En algunos casos se silencia la divinidad de Cristo, o se incurre de hecho en formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia. Cristo sería solamente un “profeta”, un anunciador del Reino y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería por tanto el centro y el objeto del mismo mensaje evangélico” (ib. n.2370).

+ En otros casos se pretende mostrar a Jesucristo como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia. (...) (ib. n.1371).

- Respuesta de Juan Pablo II a estas “relecturas”

“Contra tales “relecturas” y contra sus hipótesis, brillantes quizás, pero frágiles e inconsistentes, que de ellas derivan, “la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina” no puede cesar de afirmar la fe de la Iglesia: Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios (ib. n.2372).

“Cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación de la integridad del misterio de Jesucristo que se aparte de la fe de la Iglesia no puede ser contenido válido de la evangelización (ib. n.2375).

- Servimos al hombre desde esta fe en Cristo

Desde esta fe en Cristo, desde el seno de la Iglesia, somos capaces de servir al hombre, a nuestros pueblos, de penetrar con el Evangelio su cultura, transformar los corazones, humanizar sistemas y estructuras (ib. n.2374).

*** Encíclica “Redemptor hominis” (1979).**

Esta encíclica es la más personal de todas. Recoge todos los frutos de su magisterio anterior y es el punto de partida de las demás encíclicas ya que en ella se encuentran anticipados todos los temas sucesivos.

El tema central de la misma es Jesucristo “Es precisamente aquí, carísimos hermanos, hijos e hijas, donde se impone una respuesta fundamental y esencial; es decir, la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros esta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él

queremos mirar nosotros, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna” (n.7). El Papa indicó con firmeza que Jesucristo es el único Salvador de la historia y del mundo. Sólo en Él se encuentra y se da la verdad capaz de extirpar la mentira que oscurece las mentes y los corazones de los seres humanos. Cristo es el camino que nos lleva a la verdad que nos hace libres.

En Jesucristo encuentra el hombre el modelo acabado y la imagen perfecta a la que está llamado desde su origen, porque el misterio del hombre sólo se esclarece en su ultimidad y en su raíz en el misterio de la Palabra encarnada (GS 22).

Íntimamente unido a Cristo está el hombre, de quien trata también la Encíclica. El hombre es entendido y concebido a luz de Jesucristo. Para el Papa antropología y cristología son inseparables ya que Cristo nos ha revelado quién es el hombre y a dónde debe ir para encontrar la vida.

El Card. J.Ratzinger dice a este respecto: “contra la opinión según la cual sólo a través de las formas primitivas del ser humano (partiendo de abajo, por decirlo así) se puede explicar quién es el hombre, el Papa sostiene que solamente partiendo del “hombre perfecto” se puede comprender lo que es el hombre, y que desde este punto de vista se puede vislumbrar el camino del ser humano (...) En definitiva, sólo podemos comprender qué es el hombre mirando a Aquel que realiza plenamente la naturaleza del hombre, que es imagen de Dios, el Hijo de Dios, Dios de Dios y Luz de Luz. (...) La cuestión del hombre no se puede separar de la cuestión de Dios. La tesis de Romano Guardini, según el cual sólo conoce al hombre quien conoce a Dios, encuentra una clara confirmación en esta fusión de la antropología con la cuestión de Dios” (6a).

- Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre: “En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. (...). Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn.1,1.14).

- Jesucristo es el Redentor y el Salvador del hombre, el centro del cosmos y de la historia” (n 1), “la Cabeza de la Iglesia”, “la piedra angular de la Iglesia y de la nueva humanidad”, la esperanza de los pueblos, el Camino, la Verdad y la Vida, el “Alfa” y el “Omega” de la creación.

- Fijos los ojos en Jesucristo Redentor nuestro

El Papa vuelve su mirada creyente y amorosa a Jesucristo, Redentor y Salvador del hombre, e invita a todos a hacer lo mismo ya que en Él encontramos la redención y la salvación. Por eso no se cansaba el Santo Padre de invitar a los hombres a “abrir el corazón a Cristo”, a “no tener miedo” y a confiar siempre en el Señor.

Juan Pablo II pone de relieve las dos dimensiones del misterio de la redención que iluminan la misión de la Iglesia:

Una dimensión teológica (n.9): por el misterio de la Redención Jesucristo ha reconciliado al hombre con el padre mostrándonos el misterio de su amor e invitándonos a acoger la misericordia manifestada en Él. El misterio de la redención muestra el amor de Dios que incluso entrega a su propio Hijo Jesucristo por la salvación de todos los hombres que vive sometido y esclavizado por el pecado.

Una dimensión antropológica (nn.10 y 13): partiendo de la enseñanza del Concilio Vaticano II en la “*Gaudium et Spes*”, la encíclica afirma que en Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, se esclarece el misterio de la creación (n.8) y el misterio del hombre (GS 22). Jesucristo es la Buena Noticia para el hombre (n.10) ya que, “mediante la encarnación”, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre renovando la humanidad desde dentro y reconduciéndola hacia Dios.

- La misión principal de la Iglesia

Los fundamentos teológico y antropológico del misterio de la redención tienen implicaciones eclesiológicas importantes. En efecto, la misión principal de la Iglesia consiste en “orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús” (n. 10), de manera que “todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, y con la potencia del amor que irradia de ella” (n.13).

*** Allocución a los Jóvenes (11-III-1979)**

Juan Pablo II transmite a los jóvenes la fe de la Iglesia en Jesús: “Jesús no sólo es una figura excelsa de la historia humana, un héroe, un hombre representativo: es el Hijo de Dios”. Es lo que ya dijera en la Homilía de la Eucaristía del comienzo del Pontificado: “¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo

que hay dentro del hombre, ¡sólo Él lo conoce! Permitid, pues, - os lo ruego, os lo suplico con humildad y confianza- permitid a Cristo que hable al hombre. Solamente Él tiene palabras de vida; sí, de vida eterna” (7).

*** Allocución a la Comisión Teológica Internacional (Castelgandolfo, 6 de octubre de 1981)**

Dirige su palabra a los miembros de esta Comisión, fundada por Pablo VI en 1969, para decirles que tenía tres deseos que quería comunicarles:

- Jesucristo es imagen de Dios; en Él consisten todas las cosas en el cielo y en la Tierra (cf. ICort.4,4; Col.1,15). En el rostro de Cristo brilla el esplendor de Dios Padre invisible. Por eso Jesucristo es más que un profeta. Vive una particular comunión con el Padre. Sólo por eso estamos redimidos, porque Jesucristo puede comunicar en su persona la plenitud de la vida divina. Por eso creemos en el Hijo de Dios, “Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre por quien todo fue hecho”. En esta confesión de fe se contiene el meollo de la religión cristiana.

- Esta fe cristiana depende del Nuevo Testamento y de la viva tradición de la Iglesia, tal como se manifestó en los concilios ecuménicos de los primeros siglos.(...) La actividad teológica debe, más que antes, ayudar a este patrimonio y herencia de la Iglesia primitiva. Les pido que no descuiden esta fuerza espiritual en las discusiones actuales, especialmente las ecuménicas (..)

- Por último, la reflexión cristológica ofrece alabanza y honor al Dios Trino y a su bondad infinita, pero contiene también un significado antropológico. Hablo del conocido y magnífico pasaje de la Gaudium et Spes; “Cristo, nuevo Adán...revela plenamente el hombre al hombre y le da a conocer su altísima vocación” (n.22).(…) En este campo se esconden grandes tareas para la moderna teología” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II IV/2,360-363).

*** Catequesis en la Audiencia General (15-IX-1982)**

De nuevo el Santo Padre enseña que el amor salvador de Dios se muestra y se manifiesta en Jesús: “Por medio de Cristo se revela el misterio del amor divino. Por medio de Él y en Él queda realizado”.

Y prosigue el Santo Padre desvelando el misterio profundo de Jesucristo: “En la única persona divina de Jesús, la divinidad y la humanidad están unidas del modo más completo. El que es perfectamente Dios es perfectamente hombre. Ha realizado en Sí esta unión de la divinidad y la humanidad para poder hacer partícipe de ella a todos los hombres. Perfectamente hombre, Él, que es Dios, quiere comunicar a sus hermanos una

vida divina que les permita comunicar a sus hermanos humanos una vida divina que les permita ser más perfectamente hombres, reflejando en sí mismos la perfección divina”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 20-IV-1983**

“Cristo ofreció una satisfacción por los pecados y con esto nos mereció la salvación”. (...) La mirada que el Padre le dirige cuando sufre en la cruz, no es una mirada de cólera, ni de justicia punitiva; es una mirada de perfecta complacencia, que acoge su sacrificio heroico”.

*** Homilía en Katowice (Polonia); 20-VI-1983**

“Cristo nos ha redimido mediante su cruz y resurrección., haciéndose obediente hasta la muerte”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 27-I-1988**

“Frente a las tendencias opuestas, la Iglesia profesa y proclama firmemente la verdad sobre Cristo como Dios-hombre: verdadero Dios y verdadero Hombre; una sola persona -la divina del Verbo- subsistente en dos naturalezas, la divina y la humana, como enseña el Catecismo. Es un profundo misterio de nuestra fe; pero encierra en sí muchas luces”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 20-IV-1988**

Juan Pablo II nos invita a profundizar en el conocimiento de Jesús: “Jesucristo -verdadero Dios y verdadero hombre-, consubstancial al Padre (y al Espíritu Santo) en cuanto a la divinidad; consubstancial a nosotros en cuanto a la humanidad: Hijo de Dios y nacido de María Virgen. Éste es el dogma central de la fe cristiana en el que se expresa el misterio de Cristo”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 25-I-1989**

El Papa habla no sólo del misterio de la Cruz, sino también de la resurrección:

“No tiene consistencia la hipótesis de “que la resurrección haya sido un “producto” de la fe (o de la credulidad) de los Apóstoles. Su fe en la resurrección (de Cristo) nació, por el contrario -bajo la acción de la gracia divina-, de la experiencia directa de la realidad de Cristo resucitado”

“La verdad sobre la resurrección no es un producto de la fe de los Apóstoles o de los demás discípulos pre- o postpascuales. De los textos resulta

más bien que la fe prepascual de los seguidores de Cristo fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 1-II-1989**

En esta nueva catequesis, Juan Pablo II prosigue explicando la resurrección de Jesús: “La fe en la resurrección (de Jesucristo) es, desde el comienzo, una convicción basada en un hecho, en un acontecimiento real, y no un mito o una “concepción”, una idea inventada por los Apóstoles o producida por la comunidad postpascual reunida en torno a los Apóstoles en Jerusalén, para superar junto con ellos el sentida de desilusión consiguiente a la muerte de Cristo en la cruz”

*** Catequesis en la Audiencia general de 27 de junio de 1990**

Juan Pablo II, siguiendo las enseñanzas de San Lucas en su Evangelio (cf. 2,40.52), nos habla, en esta catequesis, de Jesús, diciendo que “Jesús crecía física y espiritualmente”, que “existió realmente un desarrollo humano en Jesús, Verbo eterno de Dios que asumió la naturaleza humana al ser concebido y nacer de maría. La infancia, la niñez, la adolescencia y la juventud son los momentos de su crecimiento físico como se realiza en todos los “nacidos de mujer”, entre los que también él se encuentra con pleno título como afirma San Pablo (cf. GAL. 4,4) (n.2) (...)

“La plenitud de gracia de Jesús era relativa a la edad: había siempre plenitud, pero una plenitud creciente con el crecer de la edad” (n.3). Lo mismo se puede decir de la sabiduría que Cristo poseía desde el principio en la plenitud consentida por la edad infantil. Al avanzar los años, esa plenitud crecía en él en la medida correspondiente. Se trataba no sólo de una ciencia y sabiduría humana en relación con las cosas divinas, que en Cristo era infundida por Dios gracias a la comunicación del Verbo subsistente en su humanidad, pero también y sobre todo de la sabiduría como don del Espíritu Santo” (...) (n.4) (7a).

*** Encíclica “Redemptoris missio” (7-XII-1990).**

Una vez más, el Santo Padre discierne la fe de la Iglesia en Jesucristo: “Es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo. San Juan afirma claramente que el Verbo, que estaba en el principio en Dios”, es el mismo que “se hizo carne” (Jn.1,2.14). Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e inseparable: no se puede separar a Jesús de Cristo, ni hablar de un “Jesús fuera de la historia”, que sería distinto del “Cristo de la fe”. La Iglesia conoce y confiesa a Jesús como “el Cristo, el Hijo

de Dios vivo” (Mt.16,16). Cristo no es sino Jesús de Nazaret, y éste es el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. En Cristo “reside toda la plenitud de la divinidad” (Jn.1,16). “El Hijo único, que está en el seno del Padre” (Jn.1,18).

*** Catequesis en la Audiencia General de 14-IV-1993**

Juan Pablo II afirma en torno a la resurrección lo siguiente: “Se trata, desde luego, de una realidad sobrenatural sorprendente, pero al mismo tiempo estamos ante un dato histórico que se puede comprobar en realidad”.

*** Palabras finales del Vía Crucis en el Coliseo: 1-IV-1994**

- He aquí el árbol de la cruz, venid a adorarlo!

Nos encontramos aquí para contemplar el misterio de la cruz, que adoramos en la liturgia del Viernes Santo. Adorémoslo ahora aquí, en el Coliseo. Aquí, donde nuestros antepasados en la fe, mediante su martirio hasta la muerte dieron testimonio del amor con que Cristo nos amó (...) (n.1).

- El Coliseo de Roma y los otros “coliseos” y campos de exterminio del mundo.

Nos ha guiado en esta meditación del Vía Crucis la sabiduría de la tradición oriental a través de las palabras de nuestro amadísimo hermano Bartolomé de Constantinopla, patriarca ecuménico (...) He pensado en otros coliseos muy numerosos (...), muchas colinas de las cruces, muchos coliseos de los tiempos nuevos (...). Estamos unidos por el telón de fondo de los mártires. No podemos menos de estar unidos. No podemos menos de decir la misma verdad sobre la cruz. (n.2).

- No desvirtuemos la Cruz de Cristo

El mundo de hoy trata de desvirtuar la cruz. Esta es la tradición anticristiana que se difunde ya desde hace varios siglos y pretende desvirtuar la cruz, y quiere decirnos que el hombre no tiene sus raíces en la cruz, que no tiene tampoco la perspectiva y la esperanza en la cruz, que el hombre es sólo humano y debe vivir como si Dios no existiese (n.2)..

¡Que no se desvirtúe la cruz de Cristo, porque si se desvirtúa la cruz de Cristo, el hombre pierde sus raíces y sus perspectivas: queda destruido. Este es el grito al final del siglo veinte. Es el grito de Roma, el grito de Moscú y el

grito de Constantinopla. Es el grito de toda la cristiandad: de América, de África, de Asia, de todos. Es el grito de la nueva evangelización (...).

Al final de este Vía Crucis en nuestro antiguo Coliseo de Roma. Penamos en todos los demás coliseos y los saludamos con el amor, con la fe y con la esperanza común” (7b).

*** “Cruzando el umbral de la Esperanza” (octubre, 1994)**

Vittorio Messori hace al Santo Padre una pregunta que no pocos se hicieron y se hacen hoy: “Jesús-Dios: ¿No es una pretensión excesiva?”.

San Pablo está profundamente convencido de que Cristo es absolutamente original, de que es único e irrepetible. Si fuese solamente un sabio, como Sócrates, si fuese un “profeta”, como Mahoma, si fuese un “iluminado”, como Buda, no sería sin duda lo que es. Y es el único mediador entre Dios y los hombres. Es Mediador por el hecho de Dios-hombre. Lleva en sí mismo todo el mundo íntimo de la divinidad, todo el Misterio trinitario y a la vez el misterio de la vida en el tiempo y en la inmortalidad. Es hombre verdadero. En Él lo divino no se confunde con lo humano. Sigue siendo algo esencialmente divino.

¡Pero Cristo, al mismo tiempo, es tan humano...! Gracias a esto todo el mundo de los hombres, toda la historia de la humanidad encuentra en Él su expresión ante Dios. Y no ante un Dios lejano, inalcanzable, sino ante un Dios que está en Él, más aún, que es Él mismo. Esto no existe en ninguna otra religión ni, mucho menos, en ninguna filosofía.

¡Cristo es irrepetible! No habla solamente, como Mahoma, promulgando principios de disciplina religiosa, a los que deben atenerse todos los adoradores de Dios.

Cristo tampoco es simplemente un sabio en el sentido en que lo fue Sócrates, cuya libre aceptación de la muerte en nombre de la verdad tiene, sin embargo, rasgos que se asemejan al sacrificio de la Cruz.

Menos aún es semejante a Buda, con su negación de todo lo creado. Buda tiene razón cuando no ve la posibilidad de la salvación del hombre en la creación, pero se equivoca cuando por ese motivo niega a todo lo creado cualquier valor para el hombre. Cristo no hace esto ni puede hacerlo, porque es testigo eterno del Padre y de ese amor que el Padre tiene por Su criatura desde el comienzo. El Creador, desde el comienzo, ve un múltiple bien en lo creado, lo ve especialmente en el hombre formado a Su imagen y semejanza; ve ese bien, en cierto sentido, a través del Hijo encarnado. Lo ve como una tarea para su Hijo y para todas las criaturas racionales. Esforzándonos hasta el límite de la visión divina, podremos decir que Dios ve este bien de modo especial a través de la Pasión y Muerte del Hijo. Este bien será confirmado por

la resurrección que, realmente, es el principio de una creación nueva, del reencuentro en Dios de todo lo creado, del definitivo destino de todas las criaturas. Y tal destino se expresa en el hecho de que Dios “será todo en todos” (ICort.15,28).

Cristo, desde el comienzo, está en el centro del Magisterio y de la teología (...) Gracias a esta fe, la Iglesia conoció una creciente expansión, a pesar de las persecuciones. (...) Y si más tarde surgió la amenaza del arrianismo, la verdadera fe en Cristo, Dios-hombre, (...) no dejó de ser el centro de la vida, del testimonio, del culto y de la liturgia. Se podría hablar de una concentración cristológica del cristianismo, que se produjo ya desde el inicio (...).

Sí, no hay que cansarse de repetirlo. A pesar de algunos aspectos convergentes, Cristo no se parece ni a Mahoma ni a Sócrates ni a Buda. Es del todo original e irrepetible. La originalidad de Cristo (...) constituye el centro de la fe de la Iglesia expresada en el Símbolo: “Yo creo en Dios, Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo, Su único Hijo, nuestro Señor, el cual fue concebido del Espíritu Santo, nació de María Virgen, padeció....se sentó a la derecha de Dios Padre omnipotente”(...)

En Nicea y en Constantinopla se definió que Jesucristo es “el Hijo unigénito del eterno Padre, engendrado y no creado, de Su misma sustancia, por medio del cual todas las cosas han sido creadas”.

Estas formulaciones no son simplemente fruto del helenismo; provienen directamente del patrimonio apostólico. Si queremos buscar su fuente, la encontramos en primer lugar en Pablo y en Juan. (...) Las palabras de la profesión de fe de Nicea no son sino el reflejo de la doctrina de Pablo. En ellas se recoge además, también la herencia de Juan, en particular la herencia contenida en el Prólogo (cf. Jn.1,1-18) (...). Los Padres, la gran escolástica, la teología de los siguientes siglos no han hecho más que volver, con admiración siempre renovada, al patrimonio recibido, para encauzar y progresivamente desarrollar su investigación” (61-66).

*** Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente” (1995).**

Años más tarde, Juan Pablo II escribe esta Carta Apostólica para preparar la celebración del Jubileo del año 2000. En ella presenta la identidad y misión de Jesucristo. Recogemos unos fragmentos de su enseñanza:

+ El hecho de que el Verbo eterno asumiera en la plenitud de los tiempos la condición de criatura confiere a lo acontecido en Belén hace dos mil años un singular valor cósmico. Gracias al Verbo, el mundo de las criaturas se presenta como cosmos, es decir como universo ordenado. Y es que el Verbo, encarnándose, renueva el orden cósmico de la creación. La carta a los Efesios habla del designio que Dios había prefijado en Cristo, “para

realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que esta en los cielos y lo que está en la tierra” (1,10) (n.3).

Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es Señor del cosmos y también Señor de la historia, de la que es “el alfa y la omega” (Apoc.1,8; 21,6), “el principio y el fin” (Apoc.21,6). En Él, el Padre ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia. (...) (n.5).

Jesucristo es la recapitulación de todo, y a la vez el cumplimiento de cada cosa en Dios: cumplimiento que es gloria de Dios. Toda la creación, en realidad, es manifestación de su gloria; en particular el hombre (*vivens homo*) es epifanía de la gloria de Dios, llamado a vivir de la plenitud de la vida en Dios”. El Santo Padre recoge un texto hermoso del Concilio Vaticano II que dice: “la Iglesia cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro” (GS 10) (n. 58).

+ Cristo, Hijo consustancial al Padre, es pues aquel que revela el plan de Dios sobre toda la creación y, en particular sobre el hombre.

+ Cristo “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22). Le muestra esta vocación revelando el misterio del Padre y de su amor (n.4). En Jesús, el hombre puede por fin conocer la verdad sobre sí mismo.

+ “Cristo, Redentor del mundo, es el único Mediador entre Dios y los hombres porque no hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos ser salvados (cf. Hech. 4,12) (...). “Cristo es el redentor del mundo (...) Habiendo rescatado todo del poder del pecado, Cristo “es Señor del cosmos”, que muestra al universo mundo la verdad de su existencia y finalidad propia (n.5). En el misterio de la Redención, el hombre es confirmado y, en cierto modo, es nuevamente creado. ¡Él es creado de nuevo!

+ Jesucristo es el camino, la verdad y la vida (Jn.14,6). Con estas palabras Jesús se presenta como el único camino que lleva y conduce a la santidad, a la Vida eterna, a Dios. Por ello “es necesario que el hombre de hoy se dirija nuevamente a Cristo para obtener de Él la respuesta sobre lo que es bueno y lo que es malo” (VS, n.7).

+ En Cristo, la religión ya no es un “buscar a Dios a tientas” (Hech.17,27), sino una respuesta de fe a Dios que se revela: respuesta en la que el hombre habla a Dios como a su Creador y Padre; respuesta hecha posible por aquel hombre único que es al mismo tiempo el Verbo

consustancial al Padre, en quien Dios habla a cada hombre y cada hombre es capacitado para responder a Dios. Más todavía, en este hombre responde a Dios la creación entera”.

+ En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre. De esta búsqueda Jesús habla como del hallazgo de la oveja perdida (cf. Lc.15,1-7). Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la encarnación del Verbo. ¿Por qué lo busca? Porque el hombre se ha alejado de Él, escondiéndose como Adán entre los árboles del paraíso terrestre (cf. Gn. 3,8-10) (...). Buscando al hombre a través del Hijo, Dios quiere inducirlo a abandonar los caminos del mal, en los que tiende a adentrarse cada vez más”(n.7) (8).

+ Para conocer la verdadera identidad de Jesucristo, es necesario que los cristianos vuelvan con renovado interés a la Sagrada Escritura, pues éstas hablan de Cristo; a la liturgia, que está tan llena del lenguaje de Dios; a la lectura espiritual que nos permite esponjarnos de Cristo; o a otras instituciones”.

+ Cristo es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y, por ello mismo, es su única y definitiva culminación. Si, por una parte, Dios en Cristo habla de sí a la Humanidad, por otra, en el mismo Cristo, la Humanidad entera y toda la creación hablan de sí a Dios; es más, se donan a Dios” (n.6).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia General del miércoles (26-VIII-1998).**

- La Historia de la salvación

“La historia de la salvación es la autocomunicación progresiva de Dios a la Humanidad, que llega a su cumbre en Cristo- Jesús. Dios Padre, en el Verbo hecho hombre, quiere participar a todos su misma vida: quiere comunicarse, en definitiva, a sí mismo. Esta autocomunicación divina tiene lugar en el Espíritu Santo, vínculo de amor entre la eternidad y el tiempo, entre la Trinidad y la historia”.

Si Dios en su Espíritu se abre al hombre, éste, por otra parte, es creado como sujeto capaz de acoger la autocomunicación divina. El hombre, como dice la tradición del pensamiento cristiano, es “capax Dei”: capaz de conocer a Dios y de acoger el don de sí mismo que Él le hace. En efecto, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn.126), está capacitado para vivir una

relación personal con Él y responder con la obediencia de amor a la relación de alianza que le propone su Creador.

En el contexto de esta enseñanza bíblica, el don del Espíritu que Jesús promete y concede “sin medida” al hombre significa entonces “una llamada a la amistad, en la que las trascendentales “profundidades de Dios” están abiertas, en cierto modo, a la participación del hombre” (DeV,34). A este propósito, el Concilio Vaticano II enseña: “Dios invisible (cf. Col.1,15), movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex.33,11; Jn.15,14-15), trata con ellos (Ba.3,38), para invitarlos y recibirlos en su compañía (DV. 2) (n.1).

- El hombre está llamado a entregarse a Dios

“Por tanto, si Dios se comunica al hombre mediante su Espíritu, el hombre está llamado continuamente a entregarse a Dios con todo su ser. Esta es su vocación más profunda. A esto lo impulsa incesantemente el Espíritu Santo que, iluminando su inteligencia y sosteniendo su voluntad, lo introduce en el misterio de la filiación divina en Jesucristo, y lo invita a vivirlo con coherencia” (n.2).

“Es el Espíritu Santo quien suscita todos los impulsos generosos y sinceros de la inteligencia y de la libertad del hombre para acercarse, a lo largo de los siglos, al misterio inefable y trascendente de Dios” (n.2).

- El Espíritu hace que el hombre se encuentre consigo mismo

“Pero el encuentro perfecto y definitivo entre Dios y el hombre, que los patriarcas y los profetas esperaron y contemplaron en la esperanza, es Jesucristo. Él, verdadero Dios y verdadero hombre, “en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor manifiesta plenamente el hombre al hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (GS 22). Jesucristo realiza esta revelación con toda su vida. En efecto, Él, por impulso del Espíritu Santo, busca siempre el cumplimiento de la voluntad del Padre, y en el madero de la cruz se ofrece a sí mismo “una vez para siempre” al Padre “por el Espíritu eterno” (Heb.9,12.14).

“A través del acontecimiento pascual, Cristo nos enseña que “el hombre, que es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo” (GS. 24). Ahora bien, precisamente el Espíritu Santo, que Jesucristo ha comunicado en plenitud a la Iglesia, hace que el hombre,

reconociéndose en Cristo, “se encuentre cada vez más a sí mismo en la entrega sincera de sí mismo (n.3).

- La necesaria acción del Espíritu Santo hacia la comunión

“Esta verdad eterna sobre el hombre que Jesucristo nos ha revelado adquiere en nuestro tiempo una actualidad particular. Aunque se encuentre en medio de grandes contradicciones, el mundo vive hoy una época de intensa “socialización” (cf. GS. n.6), tanto por lo que respecta a las relaciones interpersonales dentro de las diversas comunidades humanas como por lo que atañe a las relaciones entre los pueblos, las razas, las diferentes sociedades y culturas. En todo este proceso hacia la comunión y la unidad es necesaria la acción del Espíritu Santo, también para superar los obstáculos y los peligros que frenan este camino de la Humanidad (cf. DeV, n.59) (OR en español; 28-V-1998).

*** Homilía en la misa de medianoche, durante la Apertura del Gran Jubileo del Año 2000 (24-XII- 1999).**

“Sí, el Hijo de Dios, de la misma naturaleza del Padre, Dios de Dios y Luz de Luz, engendrado eternamente por el Padre, tomó cuerpo de la Virgen y asumió nuestra naturaleza humana. Nació en el tiempo. Dios entró en la historia humana. El incomparable “hoy” eterno de Dios se ha hecho presencia en las vicisitudes cotidianas del hombre. Nos postramos ante el Hijo de Dios (...) Ante el Verbo encarnado ponemos las alegrías y temores, las lágrimas y esperanzas. Sólo en Cristo, el hombre nuevo, encuentra su verdadera luz el misterio del ser humano (n.2).

“¡Tú, Cristo, eres el Hijo Unigénito del Dios vivo, venido en la gruta de Belén! Después de dos mil años vivimos de nuevo este misterio como un acontecimiento único e irrepetible. Entre tantos hijos de hombres, entre tantos niños venidos al mundo durante estos siglos, sólo Tú eres el hijo de Dios: tu nacimiento ha cambiado, de modo inefable, el curso del acontecimiento humano” (n.3).

¡Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo! En el umbral del tercer milenio, la Iglesia te saluda, Hijo de Dios, que viniste al mundo para vencer a la muerte. Viniste para iluminar a vida humana mediante el Evangelio. La Iglesia te saluda y junto contigo quiere entrar en el tercer milenio. Tú eres nuestra esperanza. Sólo Tú tienes palabras de vida eterna.

Tú, que viniste al mundo en la noche de Belén, ¡quédate con nosotros!
Tú, que eres el Camino, la verdad y la Vida, ¡guíanos!

Tú, que viniste del Padre, llévanos hacia Él en el Espíritu Santo, por el camino que sólo Tú conoces y que nos revelaste para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia.

Tú, Cristo, Hijo del Dios vivo, ¡sé para nosotros la Puerta! ¡Sé para nosotros la verdadera Puerta simbolizada por aquella que en esta Noche hemos abierto solemnemente! Sé para nosotros la Puerta que nos introduce en el misterio del Padre. ¡Haz que nadie quede excluido de su abrazo de misericordia y de paz!

“Hodie natus est nobis Salvador mundi!”. ¡Cristo es nuestro único Salvador! Este es el mensaje de Navidad de 1999: “el “hoy” de esta noche Santa da inicio al Gran Jubileo” (n. 4).

*** Mensaje “Urbi et Orbi” de Navidad (25-I-1999)**

El evangelista Juan, en el Prólogo de su Evangelio, penetra en el “misterio” de este acontecimiento (nacimiento de Jesús en la gruta de Belén). Aquel que nace en la gruta es el Hijo eterno de Dios. Es la Palabra, que existía en el principio, la Palabra que estaba junto a Dios, la Palabra que era Dios. Todo lo que ha sido hecho, por medio de la Palabra se hizo. La Palabra eterna, el Hijo de Dios, tomó la naturaleza humana”. (n.2).

Se ensancha el círculo del misterio: el evangelista Juan afirma: “La palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros” (Jn.1,14) y añade: “a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre (Jn.1,12).

Se ensancha el círculo del misterio: el nacimiento del Hijo de Dios es el don sublime, la gracia más grande a favor del hombre, que la mente humana nunca hubiera podido imaginar” (n.3),

Cristo, el Hijo eterno que nos ha sido dado por el Padre, es, para nosotros y para todos, la Puerta. ¡La Puerta de nuestra salvación; la Puerta de la vida; la Puerta de la Paz! (n.5).

Un Hijo se nos ha dado. Tú, Padre, nos has dado a tu Hijo. Nos lo das también hoy, al alba del nuevo Milenio. Él es la Puerta para nosotros. A través de Él entramos en una nueva dimensión y alcanzamos la plenitud del destino de la salvación pensando por ti para todos”.

Cristo, Hijo de la Madre siempre Virgen, luz y esperanza de quienes te buscan, aun sin conocerte y de quienes, conociéndote, te buscan cada vez más” (n.6).

*** Homilía durante el rezo de las segundas vísperas de Navidad con ocasión de la apertura de la Puerta Santa de San Juan de Letrán (25-XII-1999).**

“Hemos entrado a través de esta Puerta, que representa a Cristo mismo: sólo Él, en efecto, es el Salvador enviado por Dios Padre, que nos hace pasar del pecado a la gracia, introduciéndonos en la plena comunión que lo une al Padre en el Espíritu Santo. Demos gracias a Dios, rico en misericordia, que entregó a su único Hijo como Redentor del hombre” (n.2).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe (29-I-2000).**

El Santo Padre recuerda unas palabras de su encíclica “Redemptoris missio” que son: “En esta Palabra definitiva de su revelación, Dios se ha dado a conocer del modo más completo; ha dicho a la Humanidad quién es. Esta autorrevelación definitiva de Dios es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo” (n.5) (n.2).

Como consecuencia de esta verdad, Juan Pablo II afirma: “ resulta, pues, contraria a la fe de la Iglesia la tesis acerca del carácter limitado de la revelación de Cristo, que se complementaría con las demás religiones. La razón fundamental de esta afirmación pretende basarse en el hecho de que la verdad sobre Dios no podría captarla y manifestarla en su globalidad y plenitud ninguna religión histórica, por tanto tampoco el cristianismo y ni siquiera Jesucristo. Esta opinión entra sin embargo en contradicción con las afirmaciones de la fe según las cuales en Jesucristo se realiza la revelación plena y completa del misterio salvífico de Dios, al tiempo que la comprensión del misterio infinito debe seguirse valorando y profundizando a la luz del Espíritu de verdad que nos guía en el tiempo de la Iglesia “hasta la verdad plena” (Jn.16,13).

Las palabras, las obras y todo el acontecer histórico de Jesús, si bien limitados a fuer de realidades humanas, tienen como fuente a la Persona divina del Verbo humanado, por lo que llevan consigo definitiva y completamente la revelación de sus caminos salvíficos y del mismo misterio

divino. La verdad acerca de Dios no se elimina o reduce por decirse en lenguaje humano, sino que permanece única, plena y completa, pues quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado” (n.3). En conexión con la unicidad de la mediación salvífica de Cristo se sitúa la unicidad de la Iglesia que Él instituyó” (n.4).

*** Homilía de Juan Pablo II durante la Misa celebrada en el estadio de Ammán (Jordania); 21-III-2000.**

Juan Bautista fue el último de una serie de profetas que mantuvo viva y alimentó la esperanza del Pueblo de Dios. Con él llegó la hora del cumplimiento. (n.1).

Semilla de esta esperanza fue la promesa hecha a Abraham cuando se sintió llamado a dejar todo lo que le resultaba familiar y seguir a un Dios que aún desconocía (cf. Gn.12,1-3) (n.2). (...) Aquella promesa quedó sellada cuando Dios habló a Moisés en el Sinaí (n.3).

Cuando se cumple el tiempo, a orillas del Jordán Juan el Bautista señala a Jesús: aquél sobre el que el Espíritu desciende cual paloma (cf. Lc.3,22), aquel que no bautiza con agua, sino con Espíritu Santo y fuego (Lc.3,16). Ábrense los cielos y se oye la voz del Padre: “Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto” (Mt.3,17). En Él, Hijo de Dios, se cumple la promesa hecha a Abraham y la Ley entregada a Moisés.

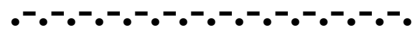
Jesús es la realización de la promesa. Su muerte en la cruz y su resurrección consiguen la victoria definitiva de la vida sobre la muerte. Mediante la resurrección se abren de par en par las puertas del Paraíso y volvemos a pasear por el Jardín del Edén. En Cristo resucitado obtenemos la misericordia prometida “a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia por siempre” (Lc.1,54-55).

Jesús es la plenitud de la Ley. Nadie sino Cristo resucitado revela el significado pleno de todo lo acontecido en el Mar Rojo y en el Sinaí. El nos revela la auténtica esencia de la Tierra prometida, en la que “ya no habrá muerte” (Apoc.21,4). Como “primogénito de entre los muertos” (Col.1,18), el Señor resucitado es la meta de nuestro caminar: “el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin” (Apoc.22,13) (n.4) (8a)

*** Catequesis en la Audiencia general del 20 de diciembre de 2000.**

Nos preparamos a conmemorar el acontecimiento que ocupa el corazón de la historia de la salvación: la encarnación del Hijo de Dios, que vino a morar entre nosotros para redimir a toda criatura humana mediante su muerte en la cruz. En el Misterio de la Navidad ya está presente el misterio pascual; en la noche de Belén vislumbramos ya la vigilia pascual (n.1).

(...) En una mísera cueva contemplamos a un Dios que por amor se hace niño. El da a quien lo acoge la alegría, a los pueblos la reconciliación y la paz. El gran Jubileo que estamos celebrando nos invita a abrir el corazón a aquel que abre para nosotros “las puertas del reino eterno”. Prepararnos a recibirlo implica antes que nada una actitud de oración intensa y confiada. Hacerle sitio en nuestro corazón requiere el serio compromiso de convertirnos a su amor. Él es quien nos libra de las tinieblas del mal y pide nuestra concreta aportación para que se realice su designio de salvación” (n.3) (8b).



Contemplación de María a la luz de Jesucristo.

María Santísima (...) será contemplada durante este primer año (1997) en el misterio de su Maternidad divina. ¡En su seno el Verbo se hizo carne!

La afirmación de la centralidad de Cristo no puede ser, por tanto, separada del reconocimiento del papel desempeñado por su Santísima Madre. Su culto, aunque valioso, de ninguna manera debe menoscabar “la dignidad y la eficacia de Cristo, único Mediador (LG 62)” (TMA 43).

María “dedicada constantemente a su divino Hijo, se propone a todos los cristianos como modelo de fe vivida” (8c). “La Iglesia, meditando sobre ella con amor y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de veneración, penetra más íntimamente en el misterio supremo de la Encarnación y se identifica cada vez más con su Esposo” (LG 65).

b) Dios Padre

Jesucristo, revelando el misterio del hombre al propio hombre, nos revela y manifiesta al mismo tiempo el misterio de Dios como el Padre rico en misericordia. Jesús dijo a Felipe: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14,8).

Dios no es una palabra vacía, ni una ilusión creada por el hombre, ni una proyección de nuestros anhelos y deseos. Dios es el Misterio de Comunión Trinitaria del que todo procede, el que todo lo ilumina y sostiene y la meta y el regazo final hacia el que nos dirigimos. “En Él vivimos, nos movemos y existimos”. Sin Dios ni sé quien soy, ni me entiendo. “Dios da sentido a toda la vida, pero si se le elimina de la historia todo pasa a ser provisional. (...) Sólo Dios da respuesta cabal a las aspiraciones profundas del hombre” (8d).

Nuestra aportación más original al mundo contemporáneo consiste en proclamar que Dios sí existe y que es el origen y la plenitud del hombre. Pero sólo podemos hablar de Dios “con autoridad” si tenemos alguna experiencia de Él (cf. IJn.1,1-4) (8e).

*** Encíclica “Dives in misericordia” (30-XI-1980)**

Esta encíclica pertenece a la famosa trilogía de Juan Pablo II. Se trata de tres documentos de alto rango magisterial e íntimamente relacionados y vinculados entre sí ya que son, en última instancia, un hermoso y maravilloso canto de alabanza a la Stma. Trinidad, a la vez que enuncian, sobre todo ésta el programa de su Pontificado.

- Finalidad de esta encíclica

Esta encíclica tiene como objetivo y finalidad “recordar el amor del Padre, revelado en toda la misión mesiánica de Cristo, comenzando desde la venida al mundo hasta el misterio pascual de su cruz y de su resurrección” (9). No debemos olvidar que Dios no es como nosotros lo imaginamos sino como Él mismo se nos ha revelado y comunicado. Dios se nos ha manifestado como Amor y Misericordia.

- Los orígenes de esta encíclica

El Card. J.Ratzinger decía que “se puede creer que la idea de tratar esta temática -Dios Padre, rico en misericordia- le vino al Papa de la devoción de la religiosa de la congregación de las Hermanas de la Virgen de la Misericordia Sor Faustina Kowalska (Cracovia 1905-1938), a la que posteriormente elevó al honor de los altares (año 2000). Poner en el centro de la fe y de la vida cristiana la misericordia de Dios fue el gran deseo de esta santa mujer”. Recordemos estas palabras de Juan Pablo II:

“Desde el comienzo de mi pontificado, he considerado este mensaje -el de la Misericordia de Dios- como mi cometido esencial. La Providencia me lo ha asignado” (Santuario de Collevaenza; 22-XI-1981)

“¡Cuán extraordinaria fue tu vida! ¡Precisamente tú fuiste elegida por Cristo para recordar a los hombres el gran misterio de la Misericordia divina!” (Homilía en la Misa de su beatificación; L’Osservatore romano; ed. en lengua española, 27-VI-1993)

“Siempre he apreciado y sentido cercano el mensaje de la divina Misericordia que he llevado conmigo a la Sede de Pedro y que, en cierto modo, dibuja la imagen de este pontificado” (Cracovia, 27-VI-1997).

- Dos puntos centrales de esta encíclica

+ Considero muy acertado que el Papa haya centrado su encíclica sobre Dios Padre en tema de la misericordia divina (...). El Papa nos habla de Dios Padre mostrándolo como amor y misericordia y como fuente y manantial de misericordia y ternura para la humanidad entera, para cada ser humano. La misericordia de Dios es “el atributo más estupendo del Creador y del Redentor” (n.13), lo cual está en perfecta consonancia con las palabras del salmista: “El Señor es misericordioso y compasivo. El Señor es paciente y todo amor” (Sal.103,8).

“Es fácil comprender por qué los salmistas cuando desean cantar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad” (n.27).

Los profetas, por su parte, manifiestan que la misericordia de Dios significa “una potencia especial del amor que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido” (n.28).

+ El otro punto central de la encíclica es su profunda interpretación de la parábola del hijo pródigo, en la que la imagen del Padre resplandece con toda su grandeza y belleza...

- Jesús revela el rostro del Padre misericordioso

+ “El Dios rico en misericordia es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre” (n.1). Cristo es y se hace signo visible y tangible de Dios. “Hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia es, en la conciencia de Cristo mismo, la prueba fundamental de su misión de Mesías” (n.2). “Descubrimos en el mismo Cristo el rostro del Padre, que es misericordioso y

Dios de todo consuelo”. Cristo se convierte así en signo legible de Dios que es amor; se hace signo del Padre. En tal signo visible...los hombres de nuestros tiempos pueden ver al Padre (n.3).

Jesucristo revela el rostro de Dios a los hombres. En efecto, San Juan afirma: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, lo ha contado” (Jn.1,18). El propio Jesús dirá un día a Felipe: “¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn.14,8) (n.4).

+ “Dios, que es rico en misericordia, nos dio vida por Jesucristo que nos habla del amor entrañable de Dios a partir de la parábola del Hijo pródigo y nos manifiesta el amor de Dios (...) El Padre del hijo pródigo es fiel a su paternidad, fiel al amor que desde siempre sentía por su hijo. En esta sencilla analogía, pero penetrante, la figura del progenitor nos revela a Dios como Padre” (n.6) (9a)

- La Vida Eterna

+ “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn.17,3). Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura, y en particular por el “hijo pródigo” (cf. Lc.15,11-32). Esta peregrinación afecta a lo íntimo de la persona, prolongándose después a la comunidad creyente para alcanzar la humanidad entera” (n.49) (9b).

- La Iglesia ha de cantar y dar testimonio de la Misericordia del Señor

“Es menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios, en toda su misión siguiendo las huellas de la tradición de la Antigua y Nueva Alianza” (n. 78).

¿Cómo ha de dar testimonio de la misericordia de Dios?

- + profesándola en la oración, en los cánticos
- + proclamándola con su palabra y sus obras
- + pidiéndola con humildad, y confianza
- + practicándola con sinceridad y perseverancia.
- Institución del Domingo de la Misericordia divina

Juan Pablo II, sintiéndose amado, acogido, perdonado por Dios, instituyó el Domingo de la Misericordia divina”, que hemos celebrado precisamente al siguiente día de su muerte.

*** Homilía en la Santa Misa con la Comunidad diocesana de Huelva (1993).**

El Santo Padre aborda en esta homilía el problema de la descristianización y nos ofrece unas enseñanzas tan importantes que tienen vigencia en nuestro tiempo:

- “Es cierto que el hombre puede excluir a Dios del ámbito de su vida. Pero esto no ocurre sin gravísimas consecuencias para el hombre mismo y para su dignidad como persona. Vosotros lo sabéis bien: el alejamiento de Dios lleva consigo la pérdida de aquellos valores morales que son base y fundamento de la convivencia humana. Y su carencia produce un vacío que se pretende llenar con una cultura -o, más bien, pseudocultura- centrada en el consumismo desenfrenado, en el afán de poseer y gozar, y que no ofrece más ideales que la lucha por los propios intereses o el goce narcisista”. (n.5).

- “El olvido de Dios, la ausencia de valores morales de los que sólo Él puede ser fundamento, están también en la raíz de sistemas económicos, que olvidan la dignidad de la persona y de la norma moral, poniendo el lucro como objetivo prioritario y único criterio inspirador de sus programas” (n.5).

- “El alejamiento de Dios, el eclipse de los valores morales, ha favorecido también el deterioro de la vida familiar, hoy profundamente desgarrada por el aumento de separaciones y divorcios, por la sistemática exclusión de la natalidad -incluso a través del abominable crimen del aborto-, por el creciente abandono de los ancianos,” (n.6).

*** Tercio Millennio Adveniente (10-XI-1994)**

El tercer año (1999) de “preparación inmediata” para el Gran Jubileo del año 2000 estuvo dedicada a la contemplación y meditación del Padre:

“El año 1999, tercero y último de la preparación, tendrá la función de ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: la visión del “Padre celestial” (cf. Mt.5,45), por quien fue enviado y a quien retornará (cf. Jn.16,28)” (n. 49).

La vida eterna consiste en conocer y amar al Padre consiste la vida cristiana, la salvación del hombre (cf. Jn.17,3). El Jubileo quiere ser, por tanto, una gran alabanza al Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

Juan Pablo II llama a todos a pedir perdón de los pecados

* Juan Pablo II perdonó a su agresor

Desde su honda experiencia de Dios-misericordia, Juan Pablo II fue a visitar en la Cárcel a Alí Agca que lo había agredido de forma violenta dejándolo herido gravemente, en la plaza de San Pedro, y lo perdonó. Es la coherencia existente entre su fe y sus comportamientos. No había fisura alguna entre ellos.

* Juan Pablo II pidió perdón por los pecados de los hijos de la Iglesia

- **Carta Apostólica:** “Tertio Millennio Adveniente” (1994)

Los cristianos, a lo largo de la historia, han faltado al Señor. Por eso, “la Iglesia pide perdón” (n.16b). “Es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su evangelio, ofreciendo al mundo (...) el espectáculo de modo de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo” (n.33).

“La Iglesia, aun siendo santa por su incorporación a Cristo, no se cansa de hacer penitencia: ella reconoce siempre como suyos, delante de Dios y delante de los hombres, a los hijos pecadores” n.33).

Por todo ello, el Santo Padre manifiesta: “La Iglesia no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy” (n.33).

El Santo Padre concreta los pecados que exigen un mayor compromiso de penitencia y de conversión:

+ “Aquellos que han dañado la unidad querida por Dios para su pueblo”.

+ “Los métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad” (n. 35).

+ “Las responsabilidades que los cristianos tienen también relación a los males de nuestro tiempo” (n.36a), que Juan Pablo concreta de la siguiente forma: “indiferencia religiosa, pérdida de los valores fundamentales del respeto a la vida y a la familia, el secularismo y relativismo ético, la desbordante irreligiosidad actual, la incertidumbre religiosa, la violación de los derechos humanos, la colaboración con los totalitarismos, con graves formas de injusticias y de marginación social” (cf. 36b-d).

- La Bula de convocación del Gran Jubileo. “Incarnationis Mysterium” 829-XI-1998)

El Santo Padre recuerda en esta Bula la necesidad de la “purificación de la memoria”, que pide a todos un acto de valentía y humildad para reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de cristianos. (...) Como Sucesor de Pedro, pido que en este año de misericordia, la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos. (...) Que se repita sin temor: “hemos pecado” (Jer.3,25), pero manteniendo firme la certeza de que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm.5,20)” (n.11).

- Homilía de Juan Pablo II en la celebración del Día del perdón del Año Santo (Primer Domingo de Cuaresma, 12 de Marzo de 2000.

+ Juan Pablo II abrazado a Cristo crucificado.

Recordemos la imagen impresionante de Juan Pablo II abrazado al Crucificado y contemplando su rostro en la extraordinaria celebración del Día del Perdón, en el domingo primero de Cuaresma, en que pidió perdón por los pecados de los cristianos, ya que muchas veces a lo largo de la historia hemos hecho lo que el Evangelio reprueba.

Recordemos con emoción y hagamos nuestras estas palabras de Juan Pablo II:

“El actual primer domingo de Cuaresma que hoy celebramos me ha parecido la ocasión apropiada para que la Iglesia, reunida espiritualmente alrededor del Sucesor de Pedro, implore el perdón divino para las culpas de todos los creyentes. ¡Perdonamos y pedimos perdón! (...) (n.3).

“Mientras alabamos a Dios quien en su amor misericordioso ha suscitado en la Iglesia una espléndida cosecha de santidad, de ardor misionero, de total entrega a Cristo y al prójimo, no podemos dejar de reconocer las infidelidades al evangelio, en las que han incurrido algunos hermanos nuestros, especialmente durante el segundo milenio.

Pedimos perdón por las divisiones que se han creado entre cristianos, por el uso de la violencia al servicio de la verdad que algunos han realizado, y por las actitudes de desconfianza y hostilidad adoptadas en ocasiones en relación con los seguidores de otras Religiones”.

Confesamos, con mayor razón, nuestras responsabilidades como cristianos para con los males de hoy. Ante el ateísmo, la indiferencia religiosa, la secularización, el relativismo ético, las violaciones del derecho a la vida, el desinterés por la pobreza de muchos países, no podemos dejar de preguntarnos cuales son nuestras responsabilidades. Por la parte que cada uno de nosotros ha tomado con su comportamiento en estos males, contribuyendo a afean el rostro de la Iglesia, pedimos humildemente perdón”

Al mismo tiempo, mientras confesamos nuestras culpas, perdonamos las culpas que otros cometieron con nosotros. En el curso de la historia, en innumerables ocasiones han sufrido los cristianos vejaciones, prepotencias, persecuciones con motivo de su fe. Tal y como perdonaron las víctimas de tales atropellos, así también nosotros perdonamos. La Iglesia de hoy y de siempre se siente comprometida a purificar la memoria de tan tristes avatares de todo sentimiento de rencor o de desquite. De esta forma, el Jubileo se transforma para todos en ocasión propicia para una profunda conversión al Evangelio. De la acogida del perdón divino surge el compromiso al perdón de los hermanos y a la reconciliación mutua” (10).

+ Confesión de las culpas y la petición de perdón (12-III-2000).

Acto seguido en el marco de la “oración universal”, Cardenales y Monseñores de la Curia Romana hicieron la confesión de las culpas y la petición de perdón:

- Card. Bernardin Gantin: confesión de los pecados en general,
- Card. Joseph Ratzinger: confesión de las faltas cometidas al servicio de la verdad
- Card. Roger Etchegaray: confesión de los pecados que han comprometido la unidad en el Cuerpo de Cristo,

- Card. Edward Idris Cassidy: confesión de las culpas en relación con el pueblo de Israel,
- Mons. Stephen Fumio Hamao, confesión de las culpas cometidas con los comportamientos contra el amor, la paz, los derechos de los pueblos, el respeto de las culturas y de las religiones;
- Card. Francis Arinze: confesión de los pecados contra la dignidad de la mujer y la unidad del género humano,
- Mons. François Xavier Nguyễn Van Thuân por los pecados en el campo de los derechos fundamentales de la persona (10a).

La petición de perdón es condición requerida y previa para alcanzar la “purificación de la memoria” de la Iglesia y quiere ser una invitación a que otros hombres y mujeres hagan algo semejante que constituya la base firme y saneada para limpiar la imagen manchada por nosotros de Dios y para construir un mundo de paz, libertad y justicia, donde la humanidad entera llegue a ser por gracia y misericordia de Dios sea una sola familia de hijos de Dios en el Hijo, de hermanos en el Hermano Universal y de servidores en el Servidor por excelencia, Jesucristo (10b).

+ “Alocución de Juan Pablo II al rezo del “Ángelus” con ocasión del día del Perdón: 12-III-2000.

Necesitamos profundizar en el significado del “Día del perdón”. Por eso debemos escuchar unas palabras nuevas del Santo Padre:

- La Iglesia es santa, pero en ella “se reflejan las sombras de los pecados de sus hijos” y “empañan su belleza”.

“La Iglesia es santa porque Cristo es su Cabeza y su Esposo, el Espíritu su alma vivificante, la Virgen María y los santos su más ausencia manifestación. Pese a ello, los hijos de la Iglesia conocen la experiencia del pecado, cuyas sombras se reflejan en aquella y empañan su belleza. Por ello la Iglesia no deja de implorar el perdón de Dios por los pecados de sus miembros (n.1).

- No pretendemos dar un juicio sobre la responsabilidad subjetiva de los hermanos que nos han precedido

“No se trata de un juicio acerca de la responsabilidad subjetiva de los hermanos que nos han precedido; ello sólo le compete a Dios, el único que - contrariamente a nosotros, los seres humanos- es capaz de sondear “lo

íntimo del corazón” (cf. Jer.20,12). El acto realizado hoy constituye el reconocimiento sincero de las culpas que los hijos de la Iglesia han cometido en el pasado remoto y en el reciente, así como una imploración humilde del perdón de Dios. Ello no dejará de despertar las conciencias, permitiendo a los cristianos entrar en el tercer milenio más abiertos a Dios y a su designio de amor.

Mientras pedimos perdón, perdonamos. (...) ¡Que el fruto de este día jubilar sea para todos los creyentes el perdón recíprocamente dado y recibido! Del perdón brota la reconciliación (n.2).

Una vez perdonados y dispuestos a perdonar, los cristianos entran en el tercer milenio como testigos más creíbles de la esperanza. (...) ¡Sed testigos de la esperanza! (n.3) (10c).

* Celebración del Gran Jubileo del Año 2000

Juan Pablo II afirma que “toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura, y en particular por el “hijo pródigo” (cf. Lc.15,11-32). Esta peregrinación afecta a lo íntimo de la persona, prolongándose después a la comunidad creyente para alcanzar a la Humanidad entera”.

“El Jubileo, centrado en la figura de Cristo, llega de este modo a ser un gran acto de alabanza al Padre: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo” (Ef.1,3) (n.49) (10d).

“Sobre todo en esta fase, la fase celebrativa, el objetivo será la glorificación de la Trinidad de la que todo procede y a la que todo se dirige en el mundo y en la historia” (n.55).

* El II Domingo de Pascua, Domingo de la Divina Misericordia (5 de mayo de 2000). Decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos sobre cambio de denominación del II Domingo de Pascua.

Reproducimos aquí lo más significativo de este Decreto.

(...) “En nuestros tiempos, muchos son los fieles cristianos de todo el mundo que desean exaltar la misericordia divina en el culto sagrado y de

manera especial en la celebración del Misterio Pascual, en el que resplandece de manera sublime la bondad de Dios para con todos los hombres.

Acogiendo pues tales deseos, el Sumo Pontífice Juan Pablo II se ha dignado disponer que en el Misal Romano, tras el título del Segundo Domingo de Pascua, se añada la denominación “o de la Divina Misericordia”, prescribiendo igualmente que por lo que respecta a la celebración litúrgica de dicho Domingo se empleen siempre los textos que para dicho día disponen el Misal Romano y la Liturgia de las Horas del Rito Romano. La Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos hace pública esta decisión del Sumo Pontífice para que surta efecto (5 de mayo de 2000) (10e).

* Homilía de Juan Pablo II en la inauguración del año académico de las Universidades eclesíásticas (20-X-2000).

Al principio de un nuevo año de estudios, importa que cada uno de vosotros se remonte a sus raíces y, a través de éstas, a Cristo, en el que estas diferencias confluyen haciendo de nosotros una cosa sola. Resulta hermoso reconocer y profesar nuestro ser Iglesia (...), pueblo por Él escogido de entre todas las gentes para que sea en el mundo como un “sacramento” de la unidad del género humano. No perdáis jamás este sentido del misterio de la Iglesia a la que pertenecéis, pues ésta constituye el ambiente vital de la auténtica formación cristiana, y en comunión con ella queréis consagraros a vuestra estudiosa tarea (n.2).

Queridos docentes y amados alumnos de las universidades eclesíásticas. En esto consiste, si bien se mira, también vuestra tarea prioritaria, análoga a la de Jesús: conocer y dar a conocer la imagen auténtica de Dios (cf. Jn.17,3) (n.3)..

Todos estamos al servicio de la verdad, que es el Evangelio de Cristo Señor. Ahora bien, el Evangelio exige, por su misma naturaleza, ser anunciado, pero el anuncio supone a su vez un conocimiento tan sólido como profundo del mensaje, con vistas a que la evangelización constituya un servicio eficaz a Dios, a la verdad y al hombre” (n.4) (10f).

* Mensaje póstumo de Juan Pablo II

Recordemos unas palabras Juan Pablo II en su mensaje póstumo que había preparado para que fuera leído con motivo de la oración mariana del Regina Coeli, en el Domingo de la Misericordia:

“A la Humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la divina Misericordia!”.

Contemplación de María a la luz del Padre

La Santísima Virgen María, hija predilecta del Padre, se presenta ante la mirada de los creyentes como ejemplo perfecto de amor tanto a Dios como al prójimo. Como ella misma afirma en el cántico del Magnificat. Grandes cosas ha hecho en ella el Todopoderoso, cuyo nombre es santo. El Padre ha elegido a María para una misión única en la historia de la salvación: ser Madre del mismo Salvador.

La Virgen respondió a la llamada de Dios con una disponibilidad plena: “He aquí la esclava del Señor” (Lc.1,38). Su maternidad iniciada en Nazaret y vivida en plenitud en Jerusalén junto a la cruz, se sentirá en este año como afectuosa e insistente invitación a todos los hijos de Dios para que vuelvan a la casa del Padre escuchando su voz materna: “Haced lo que Cristo os diga” (n.54) (11).

c) El Espíritu Santo

En un mundo donde parecen reinar el pecado y el mal, Juan Pablo II nos invita, anima y alienta a mirar más arriba, hacia el misterio inefable de Dios para descubrir con los ojos de la fe el misterio de Amor que está en el Padre y que, por obra del Hijo y del Espíritu Santo, se hace presente en medio de nosotros y en lo más profundo de nuestros corazones: “nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo”.

*** Allocución de Juan Pablo II. Domingo, 3-V-1981**

“El Espíritu Santo quien, a través de sus páginas sagradas (Biblia) nos habla de Dios, nos abre el corazón de Dios, nos revela “hasta las profundidades de Dios” (ICort.2,10) (...) El Espíritu Santo es el don de Dios que realiza la Encarnación del Verbo en el seno inmaculado de María Virgen”.

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia (20-XI-1985)**

El Espíritu Santo procede del Padre por medio del Hijo. Y procede “por vía de voluntad”, “a modo de amor” (per modum amoris), lo que es “sentencia cierta”, es decir, doctrina teológica comúnmente aceptada en la enseñanza de la Iglesia y, por lo mismo, segura y vinculante”.

*** Encíclica “Dominum et Vivificantem” (1986)**

Esta Encíclica de Juan Pablo II, dedicada al Espíritu Santo, completa la trilogía trinitaria que ha regalado Juan Pablo II a la Iglesia y a la humanidad entera (11a).

- Finalidad de esta Encíclica

Juan Pablo II deseaba “suscitar en los fieles una devoción cada vez más viva a la tercera Persona de la Stma. Trinidad, a la que Cristo, antes de subir al cielo, encomendó la tarea de guiar a su Iglesia hacia la verdad completa. El Espíritu Santo es el prometido como el que dará testimonio de Cristo y guiará hasta la verdad completa”.

- ¿Quién es el Espíritu Santo?

+ En el ámbito de la fe cristiana: el Espíritu Santo es “una Persona divina que está en el centro de la fe cristiana” (n.2).

+ El Espíritu Santo, en el misterio inefable de Dios, es la Tercera persona de la Stma. Trinidad; “consustancial al Padre y al Hijo en la divinidad, es amor y don (increado) del que deriva como de una fuente toda dádiva a las criaturas (don creado): la donación de la existencia a todas las cosas mediante la creación; la donación de la gracia a los hombres mediante la economía de la salvación (n.10).

+ “En el misterio absoluto de Dios uno y trino es la Persona- Amor, el don increado, la fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto sentido, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia. El misterio de la encarnación constituye el culmen de esta dádiva y de esta autocomunicación divina” (n.50).

+ El Espíritu Santo vendrá cuando Cristo se haya ido por medio de la cruz; vendrá no sólo después, sino como causa de la redención realizada por Cristo, por voluntad y obra del Padre” (n.8b).

+ En el ámbito de la Iglesia: “La era de la Iglesia empezó con la venida, es decir, con la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo de Jerusalén con María, la Madre del Señor. Esta era, la era de la Iglesia perdura. Perdura a través de los siglos y las generaciones (n.25).

Juan Pablo II asume y hace suyas las enseñanzas del Concilio Vaticano II que enseña: “el Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. ICort.3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gál.4,6; Rm.8,15-16.26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn.16,13), la unifica en comunión y misterio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef.4,11-12; ICort.12,4; Gál.5,22); con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo” (n.25).

Además debemos tener presente que el Espíritu Santo es “la fuente y la fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia” (n.2), así como de su misión evangelizadora y misionera. “No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo”.

+ En el ámbito de la espiritualidad:

El Espíritu Santo es “la fuente de agua que salta hasta la vida eterna” (cf. Jn.4, 14; 7,38-39) (n.25).

El Espíritu Santo es Aquél por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rm.8, 10-11) (n.25) (n.25).

El Espíritu Santo “trae descanso y refrigerio en medio de las fatigas del trabajo físico e intelectual; trae descanso y brisa en pleno calor del día, en medio de las inquietudes, luchas y peligros de cada época; trae (...) el consuelo cuando el corazón humano llora y está tentado por la desesperación” (n.67).

El Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y se hace sentir en la oración. Es hermoso y saludable pensar que, en cualquier lugar del mundo donde se ora, allí está el Espíritu Santo, soplo vital de la oración” (n.65).

- La blasfemia contra el Espíritu Santo

La blasfemia contra el Espíritu Santo consiste en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz. (...)

La blasfemia contra el Espíritu Santo consiste precisamente en el rechazo radical de aceptar la remisión de los pecados, de la que el mismo Espíritu es el íntimo dispensador y que presupone la verdadera conversión obrada por Él en la conciencia” (n.46).

“Blasfemar contra el Espíritu Santo” quiere decir ponerse de parte del espíritu de las tinieblas, de forma que el hombre se cierra interiormente a la acción santificadora del Espíritu de Dios. He aquí por qué Jesús declara que ese pecado no puede ser perdonado ni en este mundo ni en el otro (Mt.12, 32). El rechazo interior del Espíritu Santo es el rechazo de la fuente misma de la vida y de la santidad. Entonces el hombre se excluye por sí solo y libremente del ámbito de la acción salvífica de Dios” (Catequesis en la Audiencia general; 31-X-1990).

- La verdad y la conciencia

“En esta Encíclica, escribe el Card. Joseph Ratzinger, se trata el tema de la verdad y de la conciencia. Según el Papa, el auténtico don del Espíritu Santo es “el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención” (n.31). Así pues, en la raíz del pecado está la mentira, el rechazo de la verdad. “La desobediencia”, como dimensión originaria del pecado, significa rechazo de esta fuente por la pretensión del hombre de llegar a ser fuente autónoma y exclusiva en decidir sobre el bien y el mal” (n.36). (...) El Papa hace un diagnóstico de nuestra situación de peligro para preparar el camino a la curación. En la conversión, el afán de la conciencia se transforma en amor que sana, que sabe sufrir: “El dispensador oculto de esa fuerza salvadora es el Espíritu Santo” (n.5) (11b).

*** Discurso a los sacerdotes en Regio Emilia (Italia); 6-VI-1988.**

“El Espíritu Santo está actuando en la vida y en la historia de la humanidad. Está actuando en el mundo que se acerca al tercer milenio cristiano para hacer de él el reino del amor del Padre. Está actuando en la Iglesia, en esta Iglesia del Concilio Vaticano II, que, en la continuidad de la Tradición cristiana, se va renovando día a día”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 19 de julio de 1989: “Pentecostés, efusión de vida divina”.**

En esta catequesis, Juan Pablo II expone algunos contenidos y aspectos del misterio de la venida del Espíritu Santo, en el día santo de Pentecostés. De forma abreviada los presentamos a continuación:

- Pentecostés contiene en sí el cumplimiento del anuncio que hizo Jesús a los apóstoles el día anterior a su pasión durante el “discurso de despedida” en el cenáculo de Jerusalén: “Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito...” (Jn.14, 16-17 (n.2)).

- En virtud del Espíritu Santo, por su venida, se ha cumplido también la oración de Jesús en el cenáculo: “Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti...” (Jn.17,1-2) (n.3).

- Junto con la Pascua, Pentecostés constituye el coronamiento de la economía salvífica de la Trinidad divina en la historia humana. (n.3).

- El acontecimiento de Pentecostés impulsa a los discípulos a superar definitivamente la actitud de desconfianza: la verdad de la resurrección penetra plenamente en sus mentes y conquista su voluntad. Entonces de verdad “de su seno corrieron ríos de agua viva” (cf. Jn.7,38), como había predicho de forma figurativa Jesús hablando del Espíritu Santo. (n.4).

- Por obra del Paráclito, los apóstoles y los demás discípulos se transformaron en “hombres pascuales”: creyentes y testigos de la resurrección de Cristo (n.5).

- La teofanía de Pentecostés abre a todos los hombres la perspectiva de la “novedad de vida”. Aquel acontecimiento es el inicio del nuevo “darse” de Dios a la humanidad, y los apóstoles son el signo y la prenda no sólo del “nuevo Israel”, sino también de la “nueva creación” realizada por obra del misterio pascual (cf. Rm.5,18.20). Y esta victoria de la vida sobre la muerte, de la gracia sobre el pecado, lograda por Cristo, obra en la humanidad mediante el Espíritu Santo. Por medio de Él fructifica en los corazones el misterio de la redención (cf. Rm.5,5; Gál.5,22) (n.6).

- Pentecostés es el inicio del proceso de renovación espiritual, que realiza la economía de la salvación en su dimensión histórica y escatológica, proyectándose sobre todo lo creado (n.6).

- Pentecostés es un nuevo inicio en relación con el primero, inicio originario de la donación salvífica de Dios, que se identifica con el misterio de la creación (cf. Gn.1,1ss) que comporta no sólo la llamada del ser mismo del cosmos a la existencia, es decir, el dar la existencia, sino también la presencia

del Espíritu de Dios en la creación, o sea, el inicio de la comunicación salvífica de Dios a las cosas que crea. Lo cual es válido ante todo para el hombre, que ha sido creado a “imagen y semejanza de Dios” (D et V. 12). En Pentecostés el “nuevo inicio” del donarse salvífico de Dios se funde con el misterio pascual, fuente de nueva vida” (n.7).

*** Catequesis en la Audiencia General; 6-VI-1990**

El Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación del Verbo: “Por obra del Espíritu Santo se realiza la “unión hipostática”: el Hijo, consubstancial al Padre, toma de la Virgen María la naturaleza humana por la cual se hace verdadero hombre sin dejar de ser verdadero Dios. La unión de la divinidad y de la humanidad en la única persona del Verbo-Hijo, es decir, la “unión hipostática” (...) es la obra más grande del Espíritu Santo en la historia de la salvación (...)

*** Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994)**

Juan Pablo II dedica el II año (1998) de preparación al Gran Jubileo del año 2000 al Espíritu Santo y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo. Por eso, el Papa sitúa como objetivo primario del segundo año de preparación del Gran Jubileo “el reconocimiento de la presencia y la acción del Espíritu, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la Confirmación, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que Él ha suscitado para su bien” (n.45).

- “Será importante descubrir al Espíritu como aquel que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos” (11c).

- El Espíritu Santo guía hasta la verdad completa a la Iglesia y la vivifica sin cesar. “El gran Jubileo (...) tiene una dimensión pneumatológica, ya que el misterio de la encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo” (n.44). “Este “guiar hasta la verdad plena” con referencia a lo que dice a los apóstoles “pero ahora no podéis con ello”, está necesariamente relacionado con el anonadamiento de Cristo por medio de la pasión y muerte de cruz, que entonces, cuando pronunciaba estas palabras, era inminente” (11d).

- El Espíritu Santo “actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y lugares la única revelación traída por Cristo a los hombres, haciéndola viva y

eficaz en el ánimo de cada uno” (12). Por eso, el Espíritu Santo se hace imprescindible para que la Iglesia y cada creyente puedan hacer memoria de Jesucristo y llegar al encuentro personal y salvador con su señor Jesucristo.

- El Espíritu Santo es manantial de la unidad de la Iglesia. Por ello hemos de ser solícitos sobre el valor de la unidad dentro de la Iglesia, a la que tienden los distintos dones y carismas suscitados en ella por el Espíritu” (n.47). En efecto, los dones y carismas son dados por el Espíritu “para común utilidad y para la edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

No olvidemos las enseñanzas del Concilio Vaticano II que manifiestan que la unidad del Cuerpo de Cristo se funda en la acción del Espíritu Santo, está garantizada por el ministerio apostólico y sostenida por el amor recíproco” (cf. ICort.13,1-8); LG 33). Con la venida del Espíritu Santo se derrumban las murallas que habíamos levantado los humanos y se deshacen las divisiones originadas por el egoísmo de los seres humanos. Sin caer en la uniformidad, la Iglesia se hace lugar de acogida, de encuentro, de comunión, de diálogo.

- El Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización, hasta el punto de que no hay evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo: “El Espíritu es también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización. Será por tanto importante descubrir al Espíritu como aquel que construye el reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos” (n.45) (12a).

- El Espíritu Santo es fuente y manantial de la santidad de los fieles. Por ello, hemos de cuidar con todo interés nuestra salud espiritual y de que, al mismo tiempo, procuremos fomentarla en las personas más cercanas a nosotros y especialmente en aquellas que nos han sido confiadas por razón de nuestro ministerio o tarea. (...) La vida espiritual está en la base de cualquier acción apostólica o pastoral (12b).

*** 68 Catequesis de Juan Pablo II sobre el Espíritu Santo (1991 y siguientes).**

Ponemos al final estas Catequesis sobre el Espíritu porque Juan Pablo II a través de estas catequesis, proclamadas en sus audiencias de los miércoles, desde el 26 de abril de 1989 hasta el 3 de julio de 1991, nos presenta y ofrece una exposición teológica sobre el Espíritu Santo, sin pretender agotar todas las cuestiones pneumatológicas. Nosotros se lo agradecemos.

Títulos de algunas catequesis:

Ofrecemos a continuación algunos títulos y contenidos de estas Catequesis:

- Confesamos con la Iglesia que el Espíritu Santo pertenece al misterio inefable de Dios: persona divina; procede del Padre y del Hijo; Amor del Padre y del Hijo; con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, habló por medio de los profetas (catequesis 46, 47 y 48).

- El Espíritu Santo está presente en la Encarnación del Verbo (catequesis 26), en el ministerio (catequesis 35), en la muerte y resurrección de Jesucristo (catequesis 36 y 37).

- Reconocemos la presencia y la acción del Espíritu Santo, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la Confirmación, como a través de los diversos carismas, funciones y ministerios que Él ha suscitado para su bien” (TMA 45).

- Reconocemos que el Espíritu Santo “habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. ICort.3, 16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gál.4, 6; Rm. 8,15-16.26) (catequesis 50).

- El Espíritu Santo es la fuente y el manantial de la unidad y santidad de la Iglesia (catequesis 51 y 52).

- El Espíritu Santo guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn.16,13), la unifica en comunión y misterio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef.4,11-12; ICort.12,4; Gál.5, 22) (catequesis 56) (13). “Los carismas sean extraordinarios, sean simples y sencillos, son siempre gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo” (ChFL, 24b).

- El Espíritu Santo, de hecho, actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares la única revelación traída por Cristo a los hombres, haciéndola viva y eficaz en el ánimo de cada uno: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (n.44).

“Las palabras “enseñará” y “recordará” significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre la misma verdad que los apóstoles oyeron a su maestro” (13a).

- El Espíritu Santo, con la fuerza del Evangelio, rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo” (LG 7) (DV 25; cf. TMA 44-45), con sus dones y carismas (DV 42) (catequesis 56), es garante de la revelación divina (catequesis 53).

- El Espíritu Santo trae descanso y refrigerio en medio de las tribulaciones y fatigas; descanso y brisa en medio del calor y del agobio del día; consuelo y paz en medio de las dificultades y sufrimientos de la jornada (catequesis 57 y 58) (14).

- El Espíritu Santo raíz de la vida interior (catequesis 60), principio vital del amor nuevo (catequesis 64), autor de la oración cristiana (catequesis 61), luz del alma (catequesis 62), fuente de paz (catequesis 65) y de la verdadera alegría (catequesis 66), dador de fortaleza (catequesis 67) y fuente de perseverancia (catequesis, 68).

- Vivid y actuad según el Espíritu Santo

“Mirando a María, esclava humilde del Señor, hoy elevada a la gloria del cielo, os digo con San Pablo: “¡vivid según el Espíritu!” (Gál.5,16). Dejad que el Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de conocimiento, piedad y temor del Señor (Is.11,2) penetre en vuestros corazones y en vuestras vidas y, por medio de vosotros, transforme la faz de la tierra. Como os dijo un día el Obispos al conferiros el sacramento de la Confirmación; así hoy os repito a vosotros que habéis venido aquí desde todos los continentes: ¡Recibid el Espíritu Santo! Revestíos de la fuerza que brota de Él; convertíos en constructores de un mundo nuevo, un mundo diferente, fundado en la verdad, la justicia, la solidaridad y el amor” (14a).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes (1998).**

En esta carta el Santo Padre hace una presentación breve pero densa de los dones del Espíritu Santo. Podemos decir que lo que el Papa dice de los sacerdotes, podemos afirmarlo nosotros de todo cristiano. He aquí las enseñanzas del Santo Padre:

“Con el don de la sabiduría”, el Espíritu conduce al sacerdote a valorar cada cosa a la luz del Evangelio, ayudándole a leer en los acontecimientos de su propia vida y de la Iglesia el misterioso y amoroso designio del Padre.

“Con el don de inteligencia”, el Espíritu favorece en él una mayor profundización en la verdad revelada, impulsándole a proclamar con fuerza y convicción el gozoso anuncio de la salvación.

“Con el don de consejo”, el Espíritu ilumina al ministro de Cristo para que sepa orientar su propia conducta según la Providencia, sin dejarse condicionar por los juicios del mundo.

“Con el don de la fortaleza”, el Espíritu los sostiene en las dificultades de su ministerio infundiéndole la necesaria “parresía” en el anuncio del evangelio (cf. Hech.4,29.31).

“Con el don de la ciencia”, el Espíritu lo dispone a aceptar la relación, a veces misteriosa, de las causas segundas con la causa primera en la realidad cósmica.

“Con el don de la piedad”, el Espíritu reaviva en él la relación de unión íntima con Dios y la actitud de abandono en su providencia.

“Con el don del temor de Dios”, el último en la jerarquía de los dones, el Espíritu consolida en el sacerdote la conciencia de la propia fragilidad humana y del papel indispensable de la gracia divina” (14b).

*** Homilía en la celebración eucarística de la Vigilia de Pentecostés (22-V-1999).**

El Santo Padre nos exhorta en esta homilía a comprometernos en la tarea inmensa y permanente de la evangelización... “Este es el reto de los próximos años para Roma y el mundo entero. Os encomiendo esta consigna, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y, de forma especial, también a vosotros, movimientos y nuevas comunidades. (...) Es necesario abrirse con docilidad a la acción del Espíritu, acogiendo con gratitud y obediencia los dones que Él no deja de prodigar en beneficio de toda la Iglesia.

Amadísimos hermanos: ¡El Evangelio que Cristo nos ha encomendado es el Evangelio de la paz! ¿Cómo guardarlo sólo para nosotros, especialmente

en este momento en que la opresión y la guerra van sembrando destrucción y muerte en la cercana región de los Balcanes? El Espíritu nos impulsa a ser anunciadores y operadores de paz en la justicia y en la reconciliación (n.4)..

Termina el Santo Padre con una oración al Espíritu Santo:

“¡Ven, Espíritu Santo! Esta invocación, que resuena en la Liturgia de esta Vigilia de Pentecostés, nos colma de alegría y esperanza.

Espíritu Santo, artífice y alma de las Misiones: suscita en la Iglesia de Roma muchos misioneros entre los jóvenes, los adultos, las familias, e infunde a cada uno de ellos el fuego inextinguible de tu amor.

Espíritu Santo, “luz que penetras las almas”; indica los nuevos caminos de la Misión ciudadana y universal en el tercer milenio que está a punto de empezar.

Espíritu Santo “fuente del mayor consuelo”: sostén a quien ha perdido la ilusión, confirma el entusiasmo de quien ha vivido la alegría de la evangelización, refuerza en los fieles el deseo y la valentía de ser misioneros diarios del Evangelio en su ambiente de vida y de trabajo.

Espíritu Santo, “dulce huésped del alma”: abre el corazón de toda persona, familia, comunidad religiosa y parroquial, para que se acoja con generosidad a los peregrinos pobres que participarán en los actos del Jubileo.

María Santísima, que desde Pentecostés velas con la Iglesia en la invocación al Espíritu Santo. Quédate con nosotros en el centro de este nuestro singular cenáculo (14c).

*** Homilía de Juan Pablo II en las primeras Vísperas de la solemnidad de Pentecostés (29-V-2004).**

El Cuerpo místico de Cristo, esparcido por toda la tierra, invoca al Espíritu que le da vida, al Soplo vital que anima su ser y su obrar: ¡Ven, Espíritu Santo! (...) (n.1).

Gracias al movimiento carismático numerosos cristianos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, han redescubierto Pentecostés como realidad viva y presente en su vida diaria. Deseo que la espiritualidad de Pentecostés se difunda en la Iglesia, como renovado impulso de oración, de santidad, de comunión y de anuncio. A este propósito, apoyo la iniciativa denominada

“Zarza ardiente”, promovida por la renovación en el Espíritu. Se trata de una adoración incesante, día y noche, ante el santísimo Sacramento; una invitación a los fieles a “volver al Cenáculo”, para que, unidos en la contemplación del misterio eucarístico, intercedan por la unidad plena de los cristianos y por la conversión de los pecadores. Deseo de corazón que esta iniciativa lleve a muchos a redescubrir los dones del Espíritu, que tienen su fuente en Pentecostés (n.3).

El Santo Padre recuerda ante los presentes “el memorable encuentro con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la víspera de Pentecostés de hace seis años. Fue una extraordinaria epifanía de la unidad de la Iglesia, en la riqueza y variedad de los carismas, que el Espíritu Santo concede en abundancia. Repito ahora con fuerza lo que afirmé en aquella ocasión: los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son una “respuesta providencial suscitada por el Espíritu Santo”, a la exigencia actual de nueva evangelización, para la cual se necesitan “personalidades cristianas maduras” y “comunidades cristianas vivas”. Por eso os digo también ahora a vosotros: “¡Abríos con docilidad a los dones del Espíritu! ¡Acoged con gratitud y obediencia los carismas que el Espíritu concede sin cesar! No olvidéis que cada carisma es otorgado para el bien común, es decir, en beneficio de toda la Iglesia” (n.4).

En medio de nosotros, con las manos elevadas, está la Virgen orante, Madre de Cristo y de la Iglesia. Juntamente con ella, imploramos y acogemos el don del Espíritu Santo, luz de verdad y fuerza de auténtica paz” (n.5).

Contemplación de María a la luz del Espíritu Santo

En este año de preparación al Jubileo del año 2000, María es contemplada:

* Como la mujer “que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior”.

* Como la mujer “dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza, que supo acoger como Abraham la voluntad de Dios “esperando contra toda esperanza” (Rm.4,18). Ella ha llevado a su plena expresión el anhelo de los pobres de Yahvé, y resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios” (n.48).

* Como la mujer que “por obra del Espíritu Santo concibió al Verbo Eterno del Padre”,

* Como la mujer llena de gracia, la “Panaghia”, la totalmente santa (15) por obra del Espíritu Santo.

d) ¿Quién es Dios? El misterio inefable del Dios trinitario.

La revelación del misterio de la Stma. Trinidad pertenece al Nuevo Testamento: “la gracia del Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (ICort. 13,13).

La fe de la Iglesia nos dice que Dios es Uno y Trino.

Juan Pablo II transmite la fe cristiana con claridad y en actitud de servicio. De él se puede decir lo que escribió Pablo de sí mismo: “

“Yo recibí del Señor lo que os he transmitido” (ICort.11,23).

“Os transmití lo que a mi vez recibí” (ICort.15,3).

Veamos lo que nos dice Juan Pablo II en torno al misterio de la Stma. Trinidad:

* “La Iglesia habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como de tres Personas, que subsisten en la unidad de la idéntica naturaleza divina (...). Las tres Personas divinas, los tres Distintos, siendo puras relaciones recíprocas, son el mismo Ser, la misma Vida, el mismo Dios” (15a)

* Dios (el Padre), conociéndose a Sí mismo, engendra al Verbo-Hijo, que es Dios como el Padre. En esta generación, Dios es al mismo tiempo Padre, como el que engendra, e Hijo, como el que es engendrado, en la suprema identidad de la Divinidad, que excluye una pluralidad de dioses. El Verbo es el Hijo de la misma naturaleza que el Padre” (15b).

* Dios, en su vida íntima, es amor, amor esencial, común a las tres Personas divinas. El Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto sondea las profundidades de Dios como Amor-don increado. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios existe como don. El Espíritu Santo es pues la expresión personal de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor. Es Persona-don. Tenemos aquí una riqueza

insondable de la realidad y una profundización inefable del concepto de persona en Dios, que solamente conocemos por la revelación” (15c)

* “El que es Dios único es al mismo tiempo Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cada una de las personas divinas es increada, inmensa, eterna, todopoderosa, Señor; y, sin embargo, no hay más que un Dios increado, inmenso, todopoderoso, Señor” (15d).

*** Catequesis en la Audiencia General del 19 de Enero de 2000**

En esta catequesis el Santo Padre nos ofrece una meditación sobre el misterio de Dios. Ofrecemos algunos pasajes más significativos de la misma:

El Misterio inefable de Dios “que nos supera infinitamente es también la realidad más cercana a nosotros, porque está en las fuentes de nuestro ser. En efecto, “en Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hech.17,28). (...) En lo más íntimo de nuestro ser, donde ni siquiera nuestra mirada logra llegar, la gracia hace presentes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas. El misterio de la Trinidad lejos de ser una árida verdad entregada al entendimiento, es vida que nos habita y nos sostiene” (n.3)

Esta vida trinitaria, que precede y funda la creación, es el punto de partida de nuestra contemplación en este Año Jubilar. Dios, misterio de los orígenes de donde brota todo ser, se nos presenta como Aquel que es la plenitud del ser y comunica el ser, como luz que “ilumina a todo hombre” (Jn.1,9), como el Viviente y el dador de vida.

Y se nos presenta sobre todo como Amor, según la hermosa definición de la primera carta de San Juan (cf. IJn.4,8).

Es amor en su vida íntima, donde el dinamismo trinitario es precisamente expresión del amor eterno con que el Padre engendra al Hijo y ambos se donan recíprocamente en el Espíritu Santo.

Es amor en la relación con el mundo, ya que la libre decisión de sacarlo de la nada es fruto de este amor infinito que se irradia en la esfera de la creación. Si los ojos de nuestro corazón, iluminados por la revelación, se hacen suficientemente puros y penetrantes, serán capaces de descubrir en la fe este misterio, en el que todo lo que existe tiene su raíz y su fundamento” (n.4).

El misterio de la Trinidad está también ante nosotros como la meta a la que tiende la historia, como la patria que anhelamos (n.5).

C) Contemplativo y testigo de Jesucristo

“Los hombres de hoy esperan de los cristianos, no sólo que les hablemos de Cristo, sino que se lo hagamos ver mediante el testimonio de una vida santa” (15e).

a) Contemplativo de Jesucristo

Jesucristo salió al encuentro de Juan Pablo II desde los comienzos de su existencia y él se dejó mirar y encontrar por Él; Jesús le dirigió su palabra y él la escuchó y la guardó en su corazón para siempre, como María; Jesús lo llevaba en el corazón y lo invitó a seguirlo, y él lo siguió por los caminos del Reino de Dios poniendo sus pies desnudos y sin protección humana en las huellas que Jesús dejó en este mundo a su paso por él: las bienaventuranzas.

En sus largas horas de contemplación y de oración, el Papa se dejó mirar por el Señor, consintió en dejarse construir por el Espíritu Santo, que lo fue renovando y transformando en el Señor, hasta esculpir en él la imagen de Jesús. El Papa se iba configurando cada vez más como testigo de Jesucristo (15f).

Nuestro testimonio sería enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros contempladores de su rostro. Tengamos “fijos los ojos en el Señor”.

b) Testigo y Apóstol de Jesucristo

Juan Pablo II se pregunta: ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio? (16).

“En su largo ministerio como Pastor universal, Juan Pablo II no ha dejado de dar solemne testimonio del señorío de Cristo, que ahuyenta de la conciencia de los cristianos toda sombra de miedo” (17).

Como aquellos primeros peregrinos, los hombres y mujeres de hoy piden a la Iglesia y a nosotros, los creyentes de hoy, no sólo que les hablemos de Jesucristo, sino en cierto modo que se lo hagamos ver, que se lo mostremos, que se lo entreguemos. Para esto es necesario conocer a Jesús experiencialmente. Juan Pablo II nos ha hablado de Jesucristo desde su honda experiencia creyente y amorosa.

*** Homilía durante la misa celebrada en el Yankee Stadium de Nueva York (2 de octubre de 1979).**

“Cuando los cristianos hacemos de Jesucristo el centro de los sentimientos y pensamientos, no nos alejamos de la gente y de sus necesidades. Por el contrario, nos encontramos envueltos en el movimiento eterno del amor de Dios, que vino a nuestro encuentro; nos encontramos envueltos en el movimiento del Hijo, que vino a nosotros y se hizo uno de nosotros; nos encontramos envueltos en el movimiento del Espíritu Santo, que visita a los pobres, sosiega los corazones turbados, cauteriza los corazones heridos, calienta los corazones fríos y nos da la plenitud de sus dones.

“La razón por la cual el hombre es el camino primario y fundamental de la Iglesia es que la Iglesia camina en las mismas huellas de Jesús; Jesús es quien le ha enseñado ese camino. Este camino pasa irremisiblemente por el misterio de la Encarnación y Redención; y va de Cristo al hombre, la Iglesia mira al mundo con los ojos mismos de Cristo; Jesús es el principio de su solicitud por el hombre” (n.3).

*** Homilía en la misa que celebró en el Madison Square Garden para los estudiantes” (3 de octubre de 1979).**

En esto se resume la educación: conocer a Cristo. Conocer a Cristo como amigo: como alguien que se preocupa de vosotros y de las personas que os rodean, de todas las personas que viven aquí o en otros sitios, sin distinción de lengua, raza o color. Por eso el propósito de la educación católica es comunicaros a Cristo, para que vuestra actitud hacia los demás sea la de Cristo. (...)

A la luz de la cruz y resurrección de Cristo, tenemos que estar dispuestos a aprender a enfrentarnos a retos e incluso crisis. Parte de nuestra educación católica consiste en aprender a ver las necesidades de los demás, a tener el coraje de practicar lo que creemos. Con ayuda de la educación católica tratamos de hacer frente a todas las circunstancias de la vida con la actitud de Cristo. Sí, la Iglesia desea comunicaros a Cristo para que lleguéis a

la madurez plena en Aquel que es el ser humano perfecto y, al mismo tiempo, el Hijo de Dios”.

Queridos jóvenes: vosotros, yo, todos nosotros juntos formamos la Iglesia, y estamos convencidos de que sólo en Cristo encontramos un amor auténtico y la plenitud de la vida. Por eso, hoy os invito a mirar a Cristo.

Cuando os preguntéis por el misterio de vosotros mismos, mirad a Cristo que es quien os da el sentido de la vida.

Cuando os preguntéis qué es lo que significa ser una persona madura, mirad a Cristo, plenitud de la humanidad.

Cuando os preguntéis por vuestro papel en el futuro del mundo y de los estados Unidos, mirad a Cristo, Sólo en Cristo podréis realizar vuestra potencialidad de ciudadano americano y de ciudadano de la comunidad mundial”.

La Iglesia os necesita. El mundo os necesita porque necesita a Cristo, y vosotros pertenecéis a Cristo. Por eso yo os pido que aceptéis un puesto de responsabilidad en la Iglesia, la responsabilidad de vuestra educación católica: ayuda (con palabras, pero sobre todo con el ejemplo de vuestras vidas) a difundir el Evangelio. Lleváis esto a cabo con la oración, pero también siendo justos, fieles y puros.

Queridos jóvenes: estáis llamados a dar testimonio de vuestra fe a través de una auténtica vida cristiana y de la práctica de vuestra religión. Y, porque una acción vale más que mil palabras, estáis llamados a proclamar, mediante la conducta de vuestra vida diaria, que creéis realmente que Jesucristo es Señor”.

*** Mensaje de Pascua (6-IV-1980).**

Juan Pablo II, como todos los años, envía un nuevo mensaje a la humanidad poniendo de relieve que Cristo es la piedra angular, por lo que nos dice: “no rechazéis a Cristo los que construís el mundo”.

La Iglesia anuncia siempre y de nuevo la resurrección de Cristo. La Iglesia anuncia que está vivo aquel que se ha hecho nuestra pascua. El que ha muerto sobre la Cruz revela la plenitud de la vida. Que este mundo que, desgraciadamente hoy, bajo diversas formas, parece desear la muerte de Dios, escuche el mensaje de la resurrección: “vosotros todos quienes anunciáis “la muerte de Dios”, que tratáis de excluir a Dios del mundo humano, deteneos y

pensad que “la muerte de Dios” lleva en sí fatalmente también “la muerte del hombre”.

Cristo ha resucitado para que el hombre encuentre el auténtico significado de la existencia, para que el hombre viva en plenitud la propia vida: para que el hombre que viene de Dios viva en Dios.

el mundo de la cultura y de la civilización, el mundo de la economía y de la política, el mundo de la ciencia y de la información...Que no lo rechace ningún hombre, porque cada uno es responsable de su destino: constructor o destructor de la propia existencia.

La Iglesia se acerca a todo hombre con el augurio pascual: el augurio de construir el mundo sobre Cristo, augurio que se extiende a toda la familia humana”.

*** Discurso a los jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid; 3-V-2003).**

Recordemos algunas palabras del Papa en su discurso a los Jóvenes en el Aeródromo de Cuatro Vientos, en Madrid:

* “No se puede excluir a Cristo de la historia del hombre ni de la humanidad. Excluir a Cristo de la historia del hombre es un acto contra el hombre”.

* “Caminad al encuentro con Cristo: sólo Él es la solución de todos vuestros problemas. Si el hombre quiere encontrar el modo de saciar su sed de felicidad que le quema en las entrañas, es hacia Cristo hacia donde debe orientar sus pasos”.

* “Se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo”.

* “Sólo se puede descubrir a fondo la verdad sobre el hombre, la verdad sobre nosotros mismos, gracias a la mirada llena de amor de Cristo”.

* “Como el Apóstol Tomás, la Iglesia está invitada continuamente por Cristo a tocar sus llagas, es decir, a reconocer la plena humanidad asumida en María, entregada a la muerte, transfigurada por la resurrección (cf. Jn.20,27).

Como el Apóstol Tomás, la Iglesia es invitada a postrarse ante Cristo resucitado, en la plenitud de su divino esplendor, y exclama perennemente: ¡Señor mío y Dios mío!” (Jn.20, 28).

Juan Pablo II nos invita a adentrarnos con profundo respeto y amor en la contemplación de Jesús, y nos exhorta a descubrir su rostro que “emerge de los Evangelios con un fundamento histórico seguro, pues los Evangelistas se preocuparon de presentarlo recogiendo testimonios fiables (cf. Lc.1,3) y trabajando sobre documentos sometidos al atento discernimiento eclesial” (18).

Recordamos estas palabras entrañables que Juan Pablo dijo a los jóvenes y que ponen de relieve su honda experiencia y su profundo amor a Jesucristo:

“Puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, consagrarse al servicio del hombre”.

¿Cómo es el rostro de Jesucristo?

Adentrándonos en el misterio de Jesús de la mano de Juan Pablo II descubrimos que el rostro de Jesús es :

* El rostro del Hijo: “en su autoconciencia Jesús no tiene dudas: “El Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn.10,38). (...) En el marco de Getsemaní y del Gólgota, la conciencia humana de Jesús se verá sometida a la prueba más dura. Pero ni siquiera el drama de la pasión y muerte conseguirá afectar su serena seguridad de ser el hijo del Padre celestial” (cf. NMI 24). Jesús es “imagen de Dios invisible” (Col.1,15). Jesús es “el rostro de la misericordia entrañable del Padre” (Ef.2,4) para todos.

* El rostro del Salvador, del Liberador. Así se manifestó Jesús en la Sinagoga de Nazaret. “El Espíritu está sobre mi y me ha ungido; me ha enviado a liberar a los oprimidos, a dar la vista a los ciegos..., a anunciar el año de gracia del Señor” (Lc.4,18ss).

* El rostro doliente del Siervo de Yahvé: “La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración” (cf. NMI 25). Jesús, aceptando el designio del Padre, es siervo en la encarnación; una encarnación para el servicio de la humanidad hasta la muerte: “no ha venido a ser servido sino a servir” (Mc.10,45), como uno de tantos (cf. Fil.2, 6-11). Es la kenosis, el anonadamiento.

* El rostro del Resucitado: “ La Iglesia mira ahora a Cristo resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de Pedro, que lloró por haberle renegado y le retomó su camino confesando, con comprensible temor, su amor a Cristo: “Tú sabes que te quiero” (Jn.21,15-17). Lo hace unida a Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó impactado por él: “para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia” (Fil.1,21) (cf. NMI 28).

Terminamos este apartado tan importante en el conjunto del Ministerio Petrino de Juan Pablo II con estas palabras que dirigió a los Jóvenes: “Sólo Cristo es la piedra angular sobre la que es posible construir sólidamente el edificio de la propia existencia...Los cristianos lo saben: no se puede rechazar o marginar a Dios, sin correr el riesgo de humillar al hombre” (19).

D) El misterio de la Iglesia

Me ha impresionado el amor que Juan Pablo II tuvo y mostró siempre a la Iglesia de Jesucristo que describió como “misterio de comunión en tensión misionera” (PDV 12). Cómo le dolía en lo más profundo de su alma la crítica amarga a la Iglesia y a sus miembros. Sí, el Papa amaba con todas sus fuerzas a la Iglesia, a la que entregó por entero su vida sin importarle las etiquetas que pudieran ponerle.

Cuando abordamos el tema de la Iglesia, surgen en nosotros no pocos interrogantes como: ¿Quién ha fundado la Iglesia? ¿Qué es la Iglesia? ¿Cuál es su misión en este mundo? ¿Por qué caminos y con qué medios la Iglesia realiza su misión? ¿Cómo está estructurada? ¿Dónde está presente y se realiza la Iglesia? ¿Cómo podemos participar en su vida y misión?

Juan Pablo II, en fidelidad a la revelación divina propuesta por el Magisterio de la Iglesia, de manera especial por el Concilio Vaticano II, da respuesta a estas preguntas, como veremos en los textos del Santo Padre, que ofrecemos a continuación. Se lo agradecemos.

a) Los orígenes de la Iglesia. La Iglesia de la Trinidad

La Iglesia es “una inmensa muchedumbre unida en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4). La Iglesia está enraizada en el misterio inefable de Dios.

La Iglesia es la “Iglesia de la Trinidad: Pueblo de Dios; Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo”.

Jesús puso una serie de actos fundacionales de la Iglesia durante su vida prepascual, por lo que Jesús de Nazaret está en los orígenes de la Iglesia. La Iglesia ha sido fundada por Cristo. Por ello, no podemos pretender hacerla nacer de cero y menos aún según nuestros criterios personales.

La Iglesia está también en estrecha dependencia del Espíritu Santo: “la Iglesia permanece fiel al misterio de su nacimiento. Si es un hecho histórico que la Iglesia salió del Cenáculo el día de Pentecostés, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado. Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostés no pertenece sólo al pasado: la Iglesia está siempre en el Cenáculo, que lleva en su corazón”.

b) Naturaleza de la Iglesia

Después de haber expuestos las líneas fundamentales de la Iglesia siguiendo de cerca los textos de Juan Pablo II, nos ha parecido oportuno adentrarnos bajo la luz de su magisterio en la entraña de la Iglesia. Para proceder con claridad, ofrecemos las principales descripciones de la Iglesia que nos ofrece el Papa.

+ La Iglesia es misterio de comunión trinitaria en tensión misionera

*** La Iglesia, misterio**

“La Iglesia es una realidad no meramente humana, sino el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, el “sacramento universal de salvación” (AG 1) (19a).

La Iglesia no tiene otra vida fuera de aquella que le da su Esposo y Señor (RH 18).

- La Iglesia “es misterio porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn.3,5), llamados a revivir la misma comunión de Dios, a manifestarla y comunicarla en la historia (misión): “Aquel día dice Jesús, comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn.14,20). (ChFL 8).

- “Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4), lleva a descubrir también su “santidad” entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquel que por excelencia es el Santo, el “tres veces Santo” (cf. Is.6,3).

- “Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de Esposa de Cristo, por la cual Él se entregó, precisamente para santificarla (cf. Ef.5, 25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado” (NMI 30). Por eso la Iglesia ha de estar arrodillada en adoración y acción de gracias ante Dios.

- La Iglesia es la prolongación sacramental de Jesucristo; es el rostro de Cristo entre nosotros y para nosotros. Por eso la Iglesia tiene que optar por ser una Iglesia servidora de la humanidad desde el Señor; pobre y humilde en el ejercicio de su misión este mundo; volcada al servicio salvador de la humanidad e inclinada con misericordia ante los desvalidos del mundo; contemplativa y orante ante Dios; fraterna y solidaria.

*** La Iglesia, misterio de comunión trinitaria**

- *La Iglesia es comunión*

“La Iglesia es esencialmente un misterio de comunión: comunión interna y siempre renovada con la fuente misma de la vida, que es la Santísima Trinidad; comunión de vida, de amor con Cristo, Redentor del hombre” (Discurso a los Jóvenes del Movimiento “Comunión y Liberación” (31-III-1979).

La comunión es don de Dios

La comunión es ante todo un don de Dios, fruto de la iniciativa divina cumplida en el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo y del envío del Espíritu Santo.

La comunión es al mismo tiempo una realidad invisible y visible.

+ En cuanto realidad invisible es la comunión de cada hombre con el Padre por Cristo en el Espíritu Santo y con los demás hombres que participan también de la naturaleza divina (cf. IIPetr. 1,4), de la pasión de Cristo (cf. ICort.1,7), de la misma fe (cf. Ef.4,13), del mismo Espíritu (cf. Fil.2,1).

+ En cuanto realidad visible ya que implica aceptar la doctrina de los apóstoles, los sacramentos y el orden jerárquico.

Nos incorporamos a la comunión eclesial por la fe y el bautismo (cf. ICort.10,17; LG 7b).

La Iglesia es una comunión. (...). Iglesia quiere decir comunión de los santos. Y comunión de los santos quiere decir una doble participación vital: la incorporación de los cristianos a la vida de Cristo, y la circulación de una idéntica caridad en todos los fieles, en este y en el otro mundo. Unión a Cristo y en Cristo; y unión entre los cristianos dentro de la Iglesia” (ChFL 19). La comunión de los Santos lleva consigo una solidaridad espiritual entre los miembros de la Iglesia, en cuanto miembros de un mismo Cuerpo (cf. Icor.12,25-27) y tiende a su afectiva unión en la caridad, de modo que seamos “un solo corazón y una sola alma” (Act.4,32). Esta comunión tiende además a la unión en la oración (Hech.2,42), inspirada en todos por un mismo Espíritu (cf. Rm.8,15-16) (Mons. Elías Yanes: “Tareas del Pueblo de Dios para el siglo XXI”, en “La Iglesia en España 1950-2000” (O.González de Cardenal (dir); PPC; 1999; 273-326).

La Iglesia-Comunión es el pueblo nuevo, el pueblo mesiánico, el pueblo que “tiene a Cristo por Cabeza (...), como condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios (...), por ley el nuevo precepto de amar como el mismo Cristo nos ha amado (...). Tiene últimamente como fin la dilatación del Reino de Dios (...). Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por Él como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra” (LG 9), (ChFL 19).

La comunión implica no solo una dimensión vertical (comunión con las tres personas de la Santísima Trinidad), sino también horizontal (comunión comunión de unos con otros en el Cuerpo de Cristo” (Homilía en Brisbane (Australia), 25-XI-1986).

La comunión con la Iglesia universal no rebaja, sino que garantiza y promueve la consistencia y la originalidad de las diversas Iglesias particulares (FC 7). “La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas” (ChFL 26).

“La Iglesia es el lugar en que cada uno, cualquiera que sea su condición social, debe poder vivir una experiencia de fraternidad auténtica” (Discurso al Episcopado en Otranto (Italia); 5-X-1980).

La Iglesia es comunión trinitaria

El misterio de la comunión eclesial es trinitaria, ya que la Iglesia es “una muchedumbre unida en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo” (LG 4). La Iglesia de Jesucristo, en la hondura de su ser y de su identidad, es la Iglesia de la Trinidad.

Tengamos presente que hablar de comunión con Jesucristo y con el Padre en el Espíritu Santo es hablar de santidad de vida, de perfección en la fe y en la caridad.

- ¿Cómo se configura la comunión eclesial?

La comunión eclesial se configura, más precisamente, como comunión “orgánica”, análoga a la de un cuerpo vivo u operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. (ChFL n.20). Dentro de la Iglesia se presentan diversos tipos de servicios, funciones, ministerios y formas de animación de la vida cristiana.

Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación. Tengamos presente que “la finalidad de cualquier servicio en la Iglesia, bien sea apostólico, pastoral, sacerdotal o episcopal, es la de mantener el vínculo dinámico del misterio de la Redención con todo hombre” (RH 22).

“Pro la comunión no es uniformidad; supone que cada uno participa en bien del conjunto con sus talentos, su propio carisma, la espiritualidad de su instituto, su misión en la Iglesia. En un cuerpo no todos los miembros tienen la misma función” (Discurso de Juan Pablo II a los sacerdotes de Madagascar (Africa), 30-IV-1989).

- La reconciliación del hombre

En vinculación estrecha con la misión de Jesucristo, nos atrevemos a decir que la misión de la Iglesia puede ser resumida en la tarea inmensa y grandiosa de la reconciliación del hombre con Dios, consigo mismo, con los hermanos y con todo lo creado. La Iglesia realiza esta tarea de modo permanente, porque, por su misma naturaleza, es siempre reconciliadora. Recordemos las enseñanzas del Concilio Vaticano II: “La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1).

- La Iglesia, casa y escuela de comunión:

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” (NMI 43).

El Santo Padre exhorta vivamente a los Obispos de la Conferencia Episcopal del Pacífico a “hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión”:

“En cuanto don inagotable de Dios, la unidad de la Iglesia resplandece sobre la totalidad de sus miembros como una llamada urgente para crecer en la comunión de fe, de esperanza y de caridad. En medio de los cambios culturales, que son con frecuencia factores de división, el gran reto de hoy consiste en hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de la comunión” (NMI,43). Eso requiere del obispo, enviado en nombre de Cristo para cuidar de una porción determinada del pueblo de Dios, ayudar a su pueblo a convertirse en uno en el Espíritu Santo” (n.4) (19b).

- La espiritualidad de la comunión

Es nuestro deber y tarea promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

Veamos en qué consiste esta espiritualidad de comunión

+ Una mirada del corazón, sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

+ Capacidad para sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

+ Capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

+ “Dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Gál.6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos

acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

+ No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento” (19c).

- La promoción de la comunión, quehacer importante de cara al futuro

Juan Pablo II exhorta vivamente que el quehacer pastoral de cara al futuro ha de ser la realización de la comunión: “Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como en el de las Iglesias particulares, es el de la comunión (koinonía), que encarna y manifiesta la esencia misma de la Iglesia” (19d).

Homilía en Abidján (Costa de Marfil), 10-V-1980.

El Santo Padre aborda en esta homilía la unidad de la Iglesia que se manifiesta también por medio de la multiforme variedad de razas y de pueblos llamados a vivir la dimensión del Cuerpo de Cristo a través de la fe. Ofrecemos unos fragmentos de la misma:

La unidad de la Iglesia fruto de la acción divina. “Nuestra unidad no es sólo, ni primariamente, una unidad exterior, como la de un cuerpo social con sus estructuras de organización. Es un misterio (cf. LG 4). Nosotros formamos “un pueblo que extrae su unidad de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. El Espíritu Santo “habita en la Iglesia y en el corazón de cada fiel”, “él introduce a la Iglesia en la verdad total” y le “asegura la unidad de la comunión y del servicio”. “Él la enriquece y dirige gracias a la diversidad de dones jerárquicos y carismáticos”, en virtud del Evangelio. Él rejuvenece la Iglesia y la renueva constantemente, conduciéndola a la unión perfecta con su Esposo, Cristo (LG 4). (...) Cristo resucitado vive junto al Padre que le ha hecho Señor del universo y jefe de la Iglesia que es su cuerpo místico (cf. Fil.2,11; Col.1,18) Por el Espíritu Santo, Él comunica su vida a los que creen en Él renaciendo de agua y de Espíritu (cf. Jn.3,5), que se unen a Él con la oración, con los sacramentos, con una vida conforme a su amor. Él es el jefe invisible de la Iglesia, Él es quien la sostiene (cf. LG 8), Él es el buen pastor que reúne a los hijos de Dios dispersos y hace de ellos un reino de sacerdotes para su Padre (cf. Apoc. 1,6)”.

¿Cómo se manifiesta la unidad de la Iglesia? “La unidad de la Iglesia se manifiesta en torno a aquel que en cada diócesis ha sido constituido pastor,

obispo. Y por lo que concierne al conjunto de la Iglesia, ésta se manifiesta en torno al obispo de Roma, el Papa, que es “el principio perpetuo y visible, y el fundamento de la unidad que une entre sí tanto a los obispos como a la multitud de fieles” (LG 23).

“Cada Iglesia local debe ser siempre solidaria con la Iglesia universal, y esto mediante el signo visible de la comunión con el sucesor de Pedro. Porque no hay más que una Iglesia de Jesucristo, que es como un árbol muy grande, en el que habéis sido injertados como los cristinaos de Roma, como los cristianos de Polonia. La rama no puede estar fuera del árbol, ni los sarmientos fuera de la vid”.

Llamada a los sacerdotes, diáconos, religiosos/as y catequistas...: “Todos los sacerdotes están llamados a formar un mismo presbiterio en torno al obispo, en la humildad y en el apoyo fraterno. Tendría también un lugar el ministerio de los diáconos junto a los sacerdotes. (...) Es una auténtica fortuna el poder beneficiarse del ejemplo y de la ayuda de otras almas consagradas, religiosos y religiosas, indígenas o misioneros, que suscitan gran confianza en el pueblo, porque la castidad, la pobreza y la obediencia hacen de ellos testigos extraordinarios del amor de Cristo y de su Evangelio, plenamente disponibles a todos. Que los catequistas, bien formados, continúen su función educativa de la fe, y que los animadores de las pequeñas comunidades de barrio sepan que son ellos falta un punto de referencia importante”.

Recuerdo para las familias. “Pienso también la responsabilidad de los padres y de las madres de familia. Cada hogar cristiano, ¿no es como un “santuario de la iglesia doméstica”? (AA,11).

Importancia de la Parroquia. “¿Cómo conservar la unidad de la oración, la unidad de la caridad, la unidad pastoral entre todos? Es el papel privilegiado de la parroquia, con su iglesia, con su grupo de pastores en unión con los responsables religiosos y laicos. La parroquia debe ser acogedora para todos. ¡No existen verdaderos “extraños” en una familia de cristianos! Pienso en particular en los trabajadores inmigrantes o en los técnicos de otros países que deben recibir y dar su parte de vida cristiana. Un solo cuerpo, un solo espíritu, como decía san Pablo”.

Los cristianos al servicio de la unidad de la humanidad. “Los discípulos de Cristo, las comunidades cristianas deben ser fermentos de unidad, artífices de acercamiento fraterno para todos los habitantes de este país, africanos o no africanos” (insignamenti di Giovanni Paolo II; III/1 (1980) 1313-1319).

*** La Iglesia, misterio de comunión en tensión misionera.**

La Iglesia es comunidad misionera. “la Iglesia...no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la “missio

ad gentes” sigue siendo anunciar a Cristo “Camino, Verdad y Vida” (Jn.14,6) (NMI 56).

De esta misión “ad gentes”, hemos de ir pasando a una misión “entre las gentes”.

- La Iglesia es misionera

“La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, no ha querido en absoluto encerrarse en sí misma, referirse sólo a ella (lo que podríamos llamar centrismo de la Iglesia, “eclesiocentrismo”), sino que, por el contrario, ha querido abrirse a todos los pueblos y naciones del mundo en fidelidad al mandato misionero que le dio Jesucristo: “Id al mundo entero...”. “Hacemos continuamente nuestro ese mandato misionero; es también un deber nuestro; y para realizarlo profundizamos más en el misterio de la Iglesia, pues ella es la fuente de la apertura y de la misión” (20). “En el centro de la autorrealización de la Iglesia está la conciencia de la misión. Participamos de la “misión trinitaria” (cf. LG 2-4; AG, 2-9); es una participación que debe manifestarse en la característica misionera de la Iglesia misma” (20a).

“La Iglesia está llamada a dar su testimonio de Jesucristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas ante la corrupción del poder político o económico; no buscando la gloria o bienes materiales; usando sus bienes para el servicio de los más pobres e imitando la sencillez de vida de Cristo” (21).

La tarea primordial de la Iglesia consiste en “dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la Humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todo los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la redención, que se realiza en Cristo Jesús” (RH 10).

Alocución en la Audiencia general del miércoles (23-V-1979)

- Naturaleza misionera de la Iglesia. Los deberes que Cristo comunica a los Apóstoles (cf. Mt.28,16-20) definen contemporáneamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Esta verdad ha encontrado su expresión particularmente plena en las enseñanzas del Concilio Vaticano II. “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza puesto que procede de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (AG,2). La Iglesia, nacida de esta misión salvífica, se encuentra siempre “in statu missionis” (en estado de misión), y está siempre en camino. Esta condición refleja las fuerzas interiores de la fe y de la esperanza que animan a los apóstoles, a los discípulos y a los confesores de Cristo Señor durante todos los siglos.(...) La Iglesia debe renovar su conciencia misionera, lo que exige

ciertamente en la práctica apostólica y pastoral de nuestro tiempo muchas aplicaciones nuevas; entre ellas, una renovada actividad misionera de la Iglesia motiva aún más profundamente todavía esta actividad.

- El testimonio. Los que manda el Señor Jesús (...) llevan consigo un testimonio que es el manantial primero y el contenido fundamental de la evangelización (cf. Hech.1,8). Están encargados de enseñar dando testimonio. “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio (EN 41).

- El evangelizador es un mensajero. Quien realiza la obra de la evangelización no es sobre todo un profesor. Es un mensajero., Se comporta como un hombre a quien le ha sido confiado un gran misterio. Y al mismo tiempo como aquel que ha descubierto personalmente el tesoro más grande, como el “escondido en un campo” de la parábola de Mateo (cf. Mt.13,44). El estado de su alma se caracteriza entonces por la prontitud en compartirlo con los demás. Más aún que prontitud siente un imperativo interior, en la línea de aquel magnífico “urget” de San Pablo (cf. ICort.5,14). Todos nosotros descubrimos esta fisonomía interior leyendo y releendo las obras de Pedro, de Pablo, de Juan y de otros, para conocer a través de sus obras, de las palabras pronunciadas, de las cartas escritas quiénes eran verdaderamente los Doce. La Iglesia ha nacido “in statu missionis” en los hombres vivos.

- Las vocaciones misioneras. Este carácter misionero de la Iglesia se ha renovado a continuación en otros hombres concretos, de generación en generación. Es necesario continuar siguiendo las huellas de estos hombres a quienes, en las diversas épocas, les ha sido confiado el Evangelio como obra de salvación del mundo. Hay que verlos cómo eran por dentro. Cómo los ha plasmado el Espíritu Santo. Cómo los ha transformado el amor de Cristo. Sólo entonces podemos ver qué tipo de realidad esconde en sí la vocación misionera.

- Cada fiel es evangelizador. En la Iglesia donde cada fiel es un evangelizador, Cristo sigue eligiendo a los hombres que quiere “para tenerlos consigo y para enviarlos a predicar a las gentes” (AG 23): de este modo la narración del envío de los Apóstoles se convierte en historia de la Iglesia desde la primera hasta la última hora.

- El Espíritu Santo y las vocaciones misioneras. La calidad y el número de estas vocaciones son signo de la presencia del Espíritu Santo, porque es el Espíritu “el que distribuye los carismas como quiere para común utilidad de las almas” (...) Es ciertamente el Espíritu el que inspira y mueve a los hombres escogidos, para que la Iglesia pueda asumir su responsabilidad evangelizadora. En efecto, siendo la Iglesia la misión encarnada, revela esta encarnación ante todo en los hombres de la misión (cf. Jn.20,21). En la Iglesia, la presencia de Cristo que llama y envía como lo hizo durante su vida

mortal, y del Espíritu de Pentecostés que inflama, constituye la certeza de que las vocaciones misioneras nunca faltarán. (...)

- Las Iglesias locales y la misión evangelizadora. La misión evangelizadora que “corresponde (precisamente) a toda la Iglesia” es sentida cada vez más como un compromiso directo de las Iglesias locales que por eso mismo entregan a los campos de misión sus propios sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos (...). Por consiguiente cada Iglesia tendrá que colocarse en la perspectiva de aquella vocación apostólica que Pablo se reconocía entre las gentes y por la que gemía: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (ICort.9,16) (“Insegnamenti di Giovanni Paolo II; II/1 (1979), 1204-1210).

Necesidad de emprender una nueva evangelización.

La hora de la nueva evangelización. Ha llegado, por tanto, la hora de emprender una nueva evangelización, como tantas veces ha proclamado Juan Pablo II. Ha llegado el momento de poner lo mejor que tiene la Iglesia al servicio de la misión en el mundo entero. La Iglesia está llamada a realizar con la fuerza del Espíritu Santo esta tarea tan propia.

Los jóvenes y la nueva evangelización. El Santo Padre invita a los jóvenes a participar en la realización de la nueva evangelización: “La Iglesia se presenta al hombre de nuestro siglo, a todos vosotros, queridos jóvenes que sentís hambre y sed de verdad, como compañera de viaje. Os ofrece el eterno mensaje evangélico y os confía una tarea apostólica exaltante: ser los protagonistas de la nueva evangelización” (22).

La espiritualidad misionera. Ahora bien, no olvidemos que la realización de la misión evangelizadora de la Iglesia lleva consigo e implica una espiritualidad misionera. En efecto, el evangelizador no es un funcionario. La expresión “espiritualidad misionera” y “los contenidos de la misma” se encuentran expuestos en el Concilio Vaticano II (AG 29) (22a).

- La Evangelización fortalece la dignidad del ser humano

“La Iglesia, cuando anuncia al hombre la salvación de Dios, cuando le ofrece y comunica la vida divina mediante los sacramentos, cuando orienta su vida a través de los mandamientos del amor a Dios y al prójimo, contribuye al enriquecimiento de la dignidad del hombre” (CA 55).

Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici” (30-XII-1988).

- “Es en la evangelización donde se concentra y se despliega la entera misión de la Iglesia, cuyo caminar en la historia avanza movido por la gracia y el mandato de Jesucristo: “Id por todo el mundo proclamad la Buena Nueva a

la toda la creación” (Mc.16,15). “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20) (n.33).

- “Por la evangelización la Iglesia es construida y plasmada, como comunidad de fe; más precisamente, como comunidad de una fe confesada en la adhesión a la Palabra de Dios, celebrada en los sacramentos, vivida en la caridad como alma de la existencia moral cristiana. En efecto, la “buena nueva” tiende a suscitar en el corazón y en la vida del hombre la conversión y la adhesión personal a Jesucristo Salvador y Señor; dispone al bautismo y a la eucaristía y se consolida en el propósito y en la realización de la nueva vida según el Espíritu” (n.33).

- La nueva evangelización “está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio” (n.34).

- El corazón de la nueva evangelización es claro: “¡El hombre es amado por Dios! Éste es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,6) (n.34).

- “Es absolutamente necesario que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser un miembro de la Iglesia, a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos”. Pero en esta “acción personal de cada uno” está o ha de estar presente la “comunión eclesial” (nn.28-29).

Encíclica “Redemptoris missio” (1990).

Ofrecemos algunas afirmaciones básicas de esta encíclica en torno a la misión de la Iglesia:

- ¿Cuál es la tarea fundamental de la Iglesia? “Dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo” (n.4).

- “La urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos...Dios ofrece al hombre esta vida nueva. ¿Se puede rechazar a Cristo y todo lo que Él ha traído a la historia del hombre? Ciertamente es posible. El hombre es libre. Pero sigue en pie la

pregunta fundamental: ¿Es lícito hacer esto? ¿Con qué fundamento es lícito?” (n.7).

- “He aquí por qué la misión, además de provenir del mandato formal del Señor, deriva de la exigencia profunda de la vida de Dios en nosotros. Quienes han sido incorporados a la Iglesia han de considerarse privilegiados y, por ello, mayormente comprometidos en testimoniar la fe y la vida cristiana como servicio a los hermanos y respuesta debida a Dios...” (n.11).

- Tres tipos de evangelización. “Mirando al mundo actual, desde el punto de vista de la evangelización, se pueden distinguir tres situaciones:

En primer lugar aquella a la cual se dirige la actividad misionera de la Iglesia: pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. Esta es propiamente la **misión “ad gentes”**. Hemos de decir que dos hombres de cada tres no han oído hablar de Jesucristo.

Hay también comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida; irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y sienten el compromiso de la misión universal. En ellas se desarrolla la actividad o **atención pastoral de la Iglesia**.

Se da, por último, una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una existencia alejada de Cristo y de su evangelio. En este caso es necesaria una **“nueva evangelización”** o “reevangelización” (n.33). La nueva evangelización se refiere al anuncio de Jesucristo y de su Evangelio en los países de tradición cristiana donde la fe ya no es una realidad viva y operante. El Santo Padre invitó a la Comisión Pontificia para América Latina a “estudiar a fondo en qué consiste esta Nueva Evangelización, ver su alcance, su contenido doctrinal y sus implicaciones pastorales” (“A la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina”, n.4; 7-XII-1988; Ecclesia, 2456 (30-XII-1989) 1934).

- “¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos hallará su inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal” (n. 2c). “Sólo haciéndose misionera la comunidad cristiana podrá superar las divisiones y tensiones internas y recobrar su unidad y su vigor de fe” (n. 49b).

+ La Iglesia, sacramento universal de salvación

Un primer planteamiento que se impone para evitar confusiones o perspectivas falsas es considerar a la Iglesia en su naturaleza verdadera: una

sociedad de tipo espiritual y con fines espirituales, encarnada en los hombres de cada tiempo (cf. LG.2). Sin afán alguno de entrar en competencia con los poderes civiles, para ocuparse de los asuntos meramente materiales y políticos, que ella reconoce gustosamente no ser de su incumbencia. Sin renunciar tampoco a su misión, que es mandato recibido de Cristo, de formar en la fe la conciencia de sus fieles, para que ellos, en su doble faceta de ciudadanos y fieles, contribuyan al bien en todas las esferas de la vida, de acuerdo con sus propias convicciones y con el debido respeto a las ajenas.

La Iglesia fundada por Cristo sobre Pedro y los apóstoles, misión continuada hoy en sus sucesores (cf. LG 18), es sacramento universal de salvación, signo e instrumento de la gracia de Cristo en la que renacemos a la vida nueva (cf. LG 1,2).

¿Por qué la Iglesia es sacramento universal de salvación? El Santo Padre responde con precisión y profundidad diciendo:

- Lo es por su figura visible que recuerda a los hombres la presencia y acción divinas.
- Lo es por la predicación de la Palabra de Dios y la administración de los sacramentos, fuentes de salvación.
- Lo es a través de la vida de sus fieles, llamados a contribuir, cada uno según su condición, a extender el mensaje evangélico y hacer presente a Cristo en todos los ambientes de la sociedad” (23).

De estas premisas deriva una actitud bien concreta para el cristiano. La Iglesia ha sido constituida por Cristo, y no podemos pretender hacerla según nuestros criterios personales. Tiene por voluntad de su Fundador una guía formada por el Sucesor de Pedro y los sucesores de los Apóstoles: ello implica, por fidelidad a Cristo, fidelidad al Magisterio de la Iglesia.

+ Las notas de la Iglesia

- La Iglesia es una

Cristo fundó la Iglesia que es una: “Cristo fundó su Iglesia una y única y la quiere plenamente unida, a fin de que sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de la humanidad entera, así como el medio más eficaz de la predicación del Reino de Dios entre los hombres” (Discurso a la delegación del Patriarcado de Constantinopla”, 28-VI-1979).

La unidad de la Iglesia y el reconocimiento del Ministerio Petrino: “La unidad católica supone el reconocimiento del Sucesor de San Pedro y de su

ministerio de fortalecer y preservar intacta la comunión de la Iglesia universal y de salvaguardar a la vez la existencia de tradiciones individuales legítimas dentro de aquella” (Alocución en Filadelfia (USA), 4-X-1979).

La inserción en la iglesia y la comunión con el Obispo: “No puede haber verdadera inserción en la Iglesia fuera del dentro de comunión que es el obispo en su diócesis” (Discurso a los sacerdotes en Paraguay, 17-V-1980).

El pluralismo y la unidad de la Iglesia: “El pluralismo verdadero jamás es factor de divisiones, sino elemento que contribuye a la construcción de la unidad en la comunión universal de la Iglesia (Discurso a la Curia Diocesana, 21-XII-1984).

La unidad de la Iglesia y el pluralismo o pluriformidad: “La unidad de la Iglesia no consiste en la uniformidad sino en la comunión que el Espíritu de Cristo alimenta entre las diversas fuerzas con múltiples dones y carismas” (Alocución a los sacerdotes en Praga (Checoslovaquia), 21-IV-1990).

- La Iglesia es santa

La santidad de la Iglesia es don de Jesucristo: “Creer en la santidad de la Iglesia no quiere decir creer en la perfección natural del hombre, sino creer en el don de Cristo” (Alocución dominical; 9-III-1980).

La santidad de la Iglesia y el pecado de sus miembros: “La Iglesia sabe bien que es una comunidad compuesta de miembros pecadores. Todos están llamados a la santidad, pero cometen pecados. Pecando, se hacen daño unos a otros y hacen daño al Cuerpo entero. Precisamente por esto es importante ser capaces de corregirse a través de la corrección recíproca entre hermanos y a través del sacramento de la penitencia. Cuando los contrastes se acentúan, a pesar de los esfuerzos fraternos, corresponde a la Iglesia expresar un juicio para mantener la unidad. Y si Cristo habla de excluir a alguien de la comunidad, ésta es, evidentemente, la última de las posibilidades. Pero la Iglesia desea siempre la conversión de los pecadores para formar la comunidad de los hombres reconciliados con Dios y entre sí (Homilía en Dakar, 22-II-1992).

- La Iglesia es católica

En torno a la catolicidad de la Iglesia: “La dimensión concreta de la catolicidad, inscrita por Cristo el Señor es la constitución misma de la Iglesia, no es algo estático, fuera del dato histórico y de una uniformidad sin relieve, sino que surge y se desarrolla, en cierto sentido, cotidianamente como una

novedad a partir de la fe unánime de todos los que creen en Dios Uno y Trino, revelado por Jesucristo y predicado por la Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo. Esta dimensión brota espontáneamente del recíproco respeto -propio de la caridad fraterna- hacia cada hombre y cada nación, grande o pequeña, y por el reconocimiento real de los atributos y derechos de los hermanos en la fe” (Encíclica “Slavorum apostoli”, n.18c”; 2-VI-1985).

La catolicidad de la Iglesia y la participación de los fieles en la vida y misión de la Iglesia: “La catolicidad de la Iglesia se manifiesta también en la corresponsabilidad activa y en la colaboración generosa de todos a favor del bien común. La Iglesia realiza en todas partes su propia universalidad acogiendo, uniendo y elevando, en el modo que le es propio y con solicitud paternal, todo valor humano auténtico. Al mismo tiempo, ella se afana, en cualquier área geográfica y en cualquier situación histórica, en ganar para Dios a cada hombre y a todos los hombres, para unirlos entre sí y con Él en su verdad y en su amor” (“Slavorum apostoli”, n.19a).

La dimensión misionera de la catolicidad: “La Iglesia heredera y continuadora de los Apóstoles, enviados a dar testimonio de Cristo y a predicar el Evangelio “hasta los confines de la tierra”· (Hech.1,8) posee la nota de la catolicidad, de la que se deriva su dimensión misionera” (Catequesis en la Audiencia General; 19-IV-1995)..

- La Iglesia es apostólica

El ministerio de los Obispos en la Iglesia: “El poder y la autoridad de los obispos tienen el carácter de diaconía, según el modelo de Cristo mismo, el cual “no ha venido para ser servido, sino para servir...” (Mc.10,45). Es necesario, por tanto, interpretar y ejercer el poder en la Iglesia según las categorías de servir, de suerte que la autoridad tenga la pastoralidad como carácter principal” (Constitución “Pastor bonus”, n.2; 20-XI-1982).

El ministerio jerárquico pertenece a la estructura de la Iglesia: “Retrocediendo a las raíces de la Iglesia, sabemos que el “ministerio ordenado” y jerárquico pertenece a la estructura esencial de la Iglesia, por voluntad de Jesús el Señor: pertenece a su configuración y visibilidad con carácter perpetuo, garantizando la continuidad de la “misión” y la unión entre Cristo y la comunidad. Y no olvidemos que las estructuras ministeriales - destinadas a santificar, enseñar y gobernar- de por sí, son estructuras de comunión” (Discurso en Mampul (Mozambique), 17-IX-1988).

+ Otros aspectos de la Iglesia

“Ella es Madre, en la que renacemos a la vida nueva en Dios; una madre debe ser amada. Ella es santa en su Fundador, medios y doctrina, pero formada por hombres pecadores; hay que contribuir positivamente a mejorarla, a ayudarla hacia una fidelidad siempre renovada, que no se logra con críticas corrosivas.

“La Iglesia ofrece cada día la palabra de salvación y los sacramentos instituidos por Cristo y no depende de criterios de número o de moda; ello obliga al respeto a la voz de la Jerarquía, criterio y guía inmediatos en la fe.

“La Iglesia está formada por todos nosotros, Pueblo de Dios (cf. LG 9); ello impone la colaboración responsable de cada cristiano o grupo, sus fuerzas, su capacidad vivencial, pero en leal escucha de los legítimos Pastores.

“Es preciso reavivar en los católicos el amor a la Iglesia, que ellos forman todos juntos y que no deben mirar como desde fuera. La Iglesia no es una simple asociación, sino una verdadera comunión” (Discurso a los Obispos franceses, en Visita “ad Limina” (11-XII-1992).

”Cada cristiano tiene un papel irremplazable” (Discurso a los sacerdotes en Kinshasa (Zaire); 3-V-1980). “En la Iglesia cada uno tiene su función específica, de la que deberá dar cuenta un día al mismo Cristo” (Discurso a la Curia Romana (Roma), 21-XII-1984). “Todo bautizado tiene una parte en la misión mesiánica de Jesucristo, en la Iglesia y por la Iglesia. Y esta participación en la misión de la Iglesia constituye a la Iglesia. La Iglesia es una participación viva en la misión de Cristo. ¿Comprendéis todos esto?” (Homilía en la X Jornada Mundial de la Juventud en Manila (Filipinas), 15-I-1995). “Dondequiera que estéis -en vuestras familias, en vuestros barrios, en vuestros lugares de trabajo o de recreación- estáis llamados a construir la Iglesia en la fe, la esperanza y el amor. ¡La Iglesia está viva en vosotros!” (Homilía en Newark (USA); 4-X-1995).

“La Iglesia ama al hombre en su integridad, nada de lo humano de verdad le es indiferente; pero luchando por elevar al hombre, no olvida que su misión esencial propia es procurarle la salvación” (24).

“La Iglesia al servicio de la reconciliación del hombre con Dios y con los demás: “Toda la vida de la Iglesia está inmersa en la redención, respira la redención. Para redimirnos vino Cristo al mundo desde el seno del Padre; para redimirnos se ofreció a sí mismo sobre la cruz en acto de amor supremo hacia la humanidad, dejando a su Iglesia su cuerpo y su Sangre “en memoria suya” y haciéndola ministro de la reconciliación con poder para perdonar los pecados” (24a).

c) Alocuciones del Papa sobre la Iglesia

*** Discurso pronunciado en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Ángeles; 28-I-1979.**

El Papa habla también en este Discurso sobre “la verdad de la misión de la Iglesia”. Ofrecemos una síntesis de este tema.

- ¿Cómo instituye Cristo la Iglesia?

- El Señor instituyó la Iglesia “para ser comunión de vida, de caridad y de verdad” (LG 9), y como cuerpo, “pleroma” y sacramento de Cristo en quien habita toda la plenitud de la divinidad (Puebla, n.2378).

- “La Iglesia nace de la fe que nosotros damos a Cristo. En efecto, es por la acogida sincera de la Buena Nueva que nos reunimos los creyentes “en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo” (EN 13). La Iglesia es “congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz” (LG 9) (ib. n.2379).

- Pero, por otra parte, nosotros nacemos de la Iglesia: ella nos comunica la riqueza de vida y de gracia de que es depositaria, nos engendra por el bautismo, nos alimenta con los sacramentos y la palabra de Dios, nos prepara para la misión, nos conduce al designio de Dios, razón de nuestra existencia como cristianos. Somos sus hijos. La llamamos con legítimo orgullo nuestra Madre (ib. n.2380). Hay, pues, que amarla, respetarla, servirla, porque “no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre” (San Cipriano). (ib. n.2381). El amor a la Iglesia tiene que estar hecho de fidelidad y de confianza (ib. n.2382).

- Sin una auténtica eclesiología, no hay acción evangelizadora seria

El Santo Padre proclama que “no hay garantía de una acción evangelizadora seria y rigurosa sin una eclesiología bien cimentada” (ib.n.2384).

¿Por qué?, nos preguntamos. El Santo Padre responde así:

+ Primero, porque evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia, a su vez evangelizada. Enviada por el Señor, ella envía a su vez a los evangelizadores “a predicar no a sí mismos o

sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto” (EN 15).

+ Segundo, porque “evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial...un acto de la Iglesia” (ib. 60), que está sujeta no al poder discrecional de criterios y perspectivas individualistas, “sino en comunión con la Iglesia y sus pastores” (ib.). Por eso una visión correcta de la Iglesia es fase indispensable para una justa visión de la evangelización.

¿Cómo podría haber una auténtica evangelización si faltase un acatamiento pronto y sincero al sagrado Magisterio, con la clara conciencia de que sometién dose a él, el Pueblo de Dios no acepta una palabra de hombres, sino la verdadera palabra de Dios?” (ib. n.2386).

- Algunas interpretaciones eclesiologías son incorrectas

+ Se alude por ejemplo a la separación que algunos establecen entre Iglesia y Reino de Dios. Éste, vaciado de su contenido total, es entendido en sentido más bien secularista: al Reino no se llegaría por la fe y la pertenencia a la Iglesia, sino por el mero cambio estructural y el compromiso socio-político. Donde hay un cierto tipo de compromiso y de praxis por la justicia, allí estaría ya presente el Reino. Se olvida de este modo que la Iglesia...recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino” (LG 5).

+ El Papa Juan Pablo I, hablando de la virtud de la esperanza, advertía: “es un error, en cambio, afirmar que la liberación política, económica y social coincide con la salvación en Jesucristo; que el Regnum Dei se identifica con el Regnum hominis” (Catequesis sobre la virtud teologal de la esperanza”, 20-IX-1978).

+ Se engendra en algunos casos una actitud de desconfianza hacia la Iglesia “institucional” u “oficial”, calificada como alienante, a la que se opondrá otra Iglesia popular “que nace del pueblo” y se concreta en los pobres. Estas posiciones podrían tener grados diferentes, no siempre fáciles de precisar, de conocidos condicionamientos ideológicos. El Concilio ha hecho presente cuál es la naturaleza y misión de la Iglesia” (ib. n.2390).

*** Homilía de Juan Pablo II en Kisangani (Zaire); 6-V-1980**

“La Iglesia es el Cristo viviente hoy en todos los continentes, en todos los que se han convertido o se convierten incesantemente a Él, hasta el punto de que su vida ya no es solamente su vida, sino la de Cristo en ellos”.

*** Allocución de Juan Pablo II al CELAM (2-VII-1980).**

El Santo Padre desentraña la misión de la Iglesia en su discurso a los Obispos de Latinoamérica:

-“La Iglesia se inscribe en la realidad de los pueblos: en su cultura, en su historia, en el ritmo de su desarrollo. Vive, en honda solidaridad, los dolores de sus hijos, compartiendo sus dificultades y asumiendo sus legítimas aspiraciones. En tales situaciones anuncia el mensaje de salvación que no conoce fronteras ni discriminaciones.

- La Iglesia tiene conciencia de ser portadora de la Palabra eficaz de Dios, Palabra que creó el universo y que es capaz de recrear en el corazón del hombre y en la sociedad, en sus diversos niveles, actitudes y condiciones en las que se pueda gestar la civilización del amor.

- En virtud del anuncio del Evangelio, cuando el hombre es conculcado en su eminente dignidad, cuando se mantiene o prolonga su postración, la Iglesia denuncia. Es parte de su servicio profético. Denuncia todo lo que se opone al plan de Dios e impide la realización del hombre. Denuncia para defender al hombre herido en sus derechos, para que se restañen sus heridas y para suscitar actitudes de verdadera conversión.

- Sirviendo la causa de la justicia, la Iglesia no pretende provocar o ahondar divisiones, exasperar conflictos o potenciarlos. Antes bien, con la fuerza del Evangelio la Iglesia ayuda a ver y respetar en todo hombre a un hermano, invita al diálogo a personas, grupos y pueblos, para que se salvede la justicia y se preserve la unidad. En ciertas circunstancias llega incluso a servir de mediadora. Es éste también un servicio profético” (II, n. 8).

- No es aceptable la contraposición que se hace a veces entre una Iglesia “oficial”, “institucional”, con la Iglesia-Comunión. No son, no pueden ser, realidades separadas. El verdadero creyente sabe que la Iglesia es pueblo de Dios en razón de la convocación de Cristo y que toda la vida de la Iglesia está determinada por la pertenencia al Señor. Es un pueblo elegido, escogido por Dios” (III, n. 4).

- No se puede oponer el servicio de Dios y el servicio de los hombres, el derecho de Dios y el derecho de los hombres. Sirviendo al Señor,

entregándole nuestra vida al decir que “creemos en un solo Dios”, que “Jesús es el Señor” (ICort.12,3); Rm.10,9; Jn.20,28), rompemos con todo lo demás que pretende erigirse en absoluto y destruimos los ídolos del dinero, del poder, del sexo, lo que se esconden en las ideologías, “religiones laicas” con ambición totalitaria. El reconocimiento del señorío de Dios conduce al descubrimiento de la realidad del hombre, reconociendo el derecho de Dios, seremos capaces de reconocer el derecho de los hombres” (cf. RH 13) (III, n.6).

*** Alocución a los obreros de de Sao Paulo (Brasil), 3-Julio-1980**

“La Iglesia, como tal, no tiene la pretensión de administrar la ciudad ni de ocupar el puesto de los órganos legítimos de deliberación y de acción. Solamente quiere seguir a todos los que, a cualquier nivel, asuman las responsabilidades del bien común. Su servicio es esencialmente de orden ético y religioso. Pero para garantizar este servicio de acuerdo con su misión, la Iglesia exige, con toda propiedad, un espacio de libertad indispensable y procura mantener su específico carácter religioso” (n.9).

*** Homilía de Juan Pablo II en Barcelona (España); 7-XI-1982).**

El Papa aborda en esta homilía el tema de la fundación de la Iglesia por Jesucristo. Recordemos sus palabras: “La Iglesia ha sido constituida por Cristo, y no podemos pretender hacerla según nuestros criterios personales. Tiene por voluntad de su fundador una guía formada en el Sucesor de Pedro y de los Apóstoles: ello implica, por fidelidad a Cristo, fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Ella es Madre, en la que renacemos a la vida nueva en Dios; una madre debe ser amada. Ella es santa en su Fundador, medios y doctrina, pero formada por hombres pecadores; hay que contribuir positivamente a mejorarla, a ayudarla hacia una fidelidad siempre renovada, que no se logra con críticas corrosivas.

La Iglesia ofrece cada día la palabra de salvación y los sacramentos instituidos por Cristo y no depende de criterios de número o de moda; esto obliga al respeto a la voz de la Jerarquía, criterio y guía inmediata en la fe. Ella está formada por todos nosotros, Pueblo de Dios (cf. LG 9); ello impone la colaboración responsable de cada cristiano o grupo, sus fuerzas, su capacidad vivencial, pero en leal escucha de los legítimos pastores. Ella ama al hombre en su integridad, nada de lo humano de verdad le es indiferente; pero luchando por elevar al hombre, no olvida que su misión esencial propia es procurarle la salvación”.

*** Homilía de Juan Pablo II en el Parque de la Sabana, de San José de Costa Rica (3-III-1983).**

- Jesucristo y la Iglesia: “Jesucristo es, sin duda, el único fundamento (cf. ICort.3,12), el supremo Pastor (cf. Jn.10; IIPetr. 5,4) y la Cabeza de la iglesia (cf. ICort.12,12; Col.1,18). Él la fundó sobre Pedro y sus sucesores. Él la gobierna y la vivifica constantemente” (n.2).

- La Iglesia es obra de Jesucristo. “La Iglesia es obra de Jesucristo, en la cual Él se prolonga, se refleja y está siempre presente en el mundo. Ella es su esposa, a la que se ha entregado en plenitud, la ha elegido para sí, la ha hecho y la mantiene siempre viva. Es más: dio su vida para que ella viva. Por eso, en el costado abierto de Jesús en la cruz se ve el origen de la Iglesia, como Eva nace del costado de Adán” (n-2).

- Jesucristo amó y ama a su Iglesia. Hermanos, seamos bien conscientes de esta verdad. Jesucristo “amó” y ama a su Iglesia. Es, en realidad, el mismo amor del Padre por misteriosamente a entregar a su Hijo único “a la muerte para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn.3,16). Si Jesucristo amó, pues, a la Iglesia hasta morir por ella, esto significa que ella es digna de ser amada también por nosotros (n.2).

- ¿Cómo miramos los cristianos a la Iglesia? “**Algunos** cristianos miran a veces a la Iglesia como si estuvieran fuera, al margen de ella. La critican como si nada tuvieran que ver con ella. Toman distancias de la Iglesia como si la relación de ella con Jesucristo, su fundador, fuera accidental y ella hubiera surgido como mera consecuencia ocasional de su vida y de su muerte: como si Él no estuviera vivo en la Iglesia, en su enseñanza y en su acción sacramental; como si ella no fuera el misterio mismo de Cristo confiado a los hombres. A **otros**, la Iglesia les resulta indiferente, ajena. En cambio, para **los cristianos conscientes**, que saben “de qué espíritu son” (cf. Lc.9,55), la Iglesia es madre” (n.3)..

- La Iglesia es madre nuestra. Continúa el Santo Padre en esta misma línea y afirma que “la Iglesia es vuestra madre; es la madre de todos los cristianos. Ella nos ha engendrado a la vida eterna por el bautismo, sacramento del nuevo nacimiento (Jn.3,3-5). Nos ha llevado a la madurez de los hijos de Dios en el sacramento de la confirmación. Nos alimenta constantemente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, cuando celebra el misterio de la muerte y resurrección del Señor. Ella, por el sacramento de la penitencia, nos reconcilia con el Padre y consigo misma en virtud de la reconciliación operada por Cristo en su muerte (cf. ICort.5,19). De este modo, la Iglesia nos pone en el camino que conduce al Padre mediante Jesucristo;

acompaña nuestros pasos con su magisterio, su predicación y la acción de sus ministros (n.3).

- La Iglesia y las realidades espirituales y humanas. El Santo Padre pone de relieve que “la Iglesia, con su doctrina y ejemplo, el de sus santos y maestros, nos exhorta a ocuparnos no sólo de las cosas del espíritu, sino también de las realidades de este mundo y de la sociedad humana de la que somos parte. Nos exhorta a comprometernos en la eliminación de la injusticia, a trabajar por la paz y superación del odio y la violencia, a promover la dignidad del hombre, a sentirnos responsables de los pobres, de los enfermos, de los marginados y oprimidos, de los refugiados, exiliados y desplazados, así como de tantos otros a los que debe llegar nuestra solidaridad” (n.4).

En este sentido, el Papa anima a los fieles que le escuchan con estas palabras: “Seguid adelante. No os desalentéis ante las dificultades. No olvidéis los valores cristianos que os distinguen y que os han ayudado hasta el presente. Sed fieles a vuestra tradición y aspirad a ser modelo de organización social justa en momentos de profundos cambios y graves desafíos (n.4). El Santo Padre llama a los cristianos a asumir y realizar sus deberes eclesiales.

- ¿Quiénes construyen la Iglesia?

El Santo Padre aborda esta cuestión y con respuestas claras y breves orienta la conciencia eclesial y exhorta a todos los a participar en edificación de la Iglesia.

* “En primer lugar, afirma Juan Pablo II que todos somos responsables de la Iglesia. Porque somos sus miembros y sus hijos. Siendo miembros vivos del Cuerpo de Cristo, todos tenemos que ofrecer nuestro aporte al crecimiento de ese cuerpo. A ello nos invita la enseñanza de San Pablo (cf. I Cor.12,15-16), basada en la sugestiva imagen del cuerpo y de sus miembros. Cada miembro, es verdad, tiene en la Iglesia su propia función, su responsabilidad propia: “¿Acaso todos son apóstoles? ¿O todos profetas? ¿Todos maestros?”, se pregunta San Pablo. No; cada uno tiene y ejerce su propia función, dentro del respeto a los demás, de la unidad y estructura jerárquica de la Iglesia. Pero nadie puede decir: la Iglesia, su santidad, su misión en el mundo, su culto a Dios, no son cosa mía. A todos nos corresponde, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, cada uno en su lugar, edificar la Iglesia o, mejor, servir de instrumentos activos al Señor, que la construye por su Espíritu (cf. Ef.2,20-22) (n.5).

* En segundo lugar, el Santo Padre habla de quienes y de cómo construyen la Iglesia, ofreciendo los criterios de discernimiento para todo tiempo, especialmente para tiempos de crisis.

Construye la Iglesia quien, fiel a su bautismo, vive santamente, renuncia al pecado, lleva su cruz con Cristo, muestra en su conducta a los hermanos la realidad exigente y gozosa del Evangelio.

Construyen la Iglesia quienes, unidos como esposos por el sacramento del matrimonio, hacen de su familia una verdadera Iglesia doméstica, ejemplar para todos, estable en su unión, fiel a los compromisos adquiridos de unidad y fidelidad, de respeto absoluto a la vida desde su concepción, y de rechazo, por tanto, del crimen del aborto; de transmisión de la fe y educación cristiana de sus hijos.

Construyen la Iglesia quienes se preocupan por el prójimo, especialmente el pobre y abandonado, el marginado y el oprimido;

Construyen la Iglesia quienes son fieles al deber de solidaridad, sobre todo en las crisis económicas que sacuden actualmente a las sociedades.

Construyen la Iglesia quienes se empeñan en mejorar o cambiar lo que obstaculiza o ahoga el pleno desarrollo del hombre y de todos los hombres.

Construyen la Iglesia quienes ejercen fielmente los ministerios y servicios que les confían sus obispos. Pienso en los catequistas, los ministros extraordinarios de la Eucaristía, en los delegados de la Palabra, en los que preparan a sus hermanos para la digna recepción de los sacramentos y los que se empeñan en los diversos ministerios de apostolado.

Construyen la Iglesia los jóvenes para quienes Cristo es el ideal, y con generosidad, entusiasmo y limpieza de corazón se integran al servicio de los demás, siendo fermento renovador de una sociedad a menudo envejecida o triste.

Construimos la Iglesia cuando nos esforzamos por ser santos, por cumplir siempre y en todo la voluntad de Dios, para que ella, aun compuesta por hombres pecadores, sea cada vez más fiel a su vocación. De santidad. Esta es la mejor prueba de nuestro amor a la Iglesia” (n.6).

- Un ruego del Papa

“Amemos siempre a la Iglesia. Sintámonos responsables de ella, de su fidelidad a la palabra de Dios, a la misión que Cristo le confió, a su vocación de ser “como sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano” (cf. LG 1). Amémosla como a nuestra Madre, como amamos a María Santísima (...) Amémosla sobre todo como Cristo la amó, hasta dar por ella su misma vida. Y pidámosle a Él en esta Eucaristía que celebremos que el amor a la Iglesia sea la característica de vuestra vida cristiana, hijos fieles de Costa Rica y de América Central. Así sea” (n.7).

*** Homilía de Juan Pablo II en la plaza 19 de Julio de Managua, 4-III-1983 (Nicaragua).**

En esta importante homilía, Juan Pablo II aborda algunos temas eclesiológicos que queremos ofrecer.

- Unidad entre los hombres

“La triste herencia de la división entre los hombres, provocada por el pecado de soberbia (cf. Gén.4,4.9), perdura a lo largo de los siglos. Las consecuencias son las guerras, opresiones, persecuciones de unos por otros, odios, conflictos de toda clase” (n.2).

Jesucristo, en cambio, vino para restablecer la unidad perdida, para que hubiera “un solo rebaño” y “un solo pastor” (Jn.10,16).; un pastor cuya voz conocen las ovejas, mientras no conocen la de los extraños (Jn.10,4-5); Él, que es la única puerta por la cual hay que entrar (Jn.10,1). La unidad es hasta tal punto motivo del ministerio de Jesús que Él vino a morir “para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn.11,52). (...) Jesucristo, con su muerte y resurrección, y con el don de su Espíritu, ha restablecido la unidad entre los hombres, la ha dado a su Iglesia y ha hecho de ésta, según dice el concilio, “como un sacramento o signo de la unión íntima con Dios y la unidad de todos el género humano” (LG 1) (n.2).

- Unidad en la Iglesia

“La Iglesia es la familia de Dios (cf. Puebla, 238-249). Como en una familia debe reinar la unidad en el orden, también en la Iglesia. En ella ninguno tiene mas derecho de ciudadanía que otro: ni los judíos, ni los griegos, ni los esclavos, ni los libres, ni los hombres, ni las mujeres, ni los pobres, ni los ricos, porque todos “somos uno en Cristo Jesús” (cf. Gál.3,28).

Esta unidad se funda en un “solo Señor, una sola fe, un solo Dios y Padre que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef.4,5-6). Hemos de apreciar la profundidad y solidez de los fundamentos de la unidad de que disfrutamos en la Iglesia universal, en la de toda América Central, y a la que debe tender indeclinablemente esta Iglesia local de Nicaragua. Precisamente por eso hemos de valorar también justamente los peligros que la amenazan, y la exigencia de mantener y profundizar esa unidad, don de Dios en Jesucristo.(...) Este “don” es quizá más precioso precisamente porque es “frágil” y está “amenazado” (n.3)..

- Concepciones que suplantán a la verdadera Iglesia

El Santo Padre presenta a continuación una serie de concepciones de la Iglesia que no son verdaderas y auténticas. “La unidad de la Iglesia es puesta en cuestión cuando a los poderosos factores que la constituyen y mantienen, la misma fe, la Palabra revelada, los sacramentos, la obediencia a los obispos y al Papa, el sentido de una vocación y responsabilidad común en la tarea de Cristo en el mundo, se anteponen consideraciones terrenas, compromisos ideológicos inaceptables, opciones temporales, incluso concepciones de la Iglesia que suplantán la verdadera. (...) “ (n.4).

- Tendencias que se oponen a la unidad de la Iglesia.

Prosigue el Santo Padre diciendo: “cuando el cristiano, sea cual fuere su condición, prefiere cualquier otra doctrina o ideología a la enseñanza de los Apóstoles y de la Iglesia, cuando se hace de esas doctrinas el criterio de nuestra vocación; cuando se intenta reinterpretar según sus categorías la catequesis, la enseñanza religiosa, la predicación; cuando se instalan “magisterios paralelos” (Alocución inaugural de la Conferencia de Puebla, 28-I-1979) entonces se debilita la unidad de la Iglesia, se le hace más difícil el ejercicio de su misión de ser “sacramento de unidad” para todos los hombres.

- Exigencias de la unidad de la Iglesia

La unidad de la Iglesia es exigente: “la unidad de la Iglesia significa y exige de nosotros la superación radical de todas estas tendencias de disociación; significa y exige la revisión de nuestra escala de valores. Significa y exige que sometamos nuestras concepciones doctrinales y nuestros proyectos pastorales al magisterio de la Iglesia, representado por el Papa y los Obispos. Esto se aplica también en el campo de la enseñanza social de la Iglesia, elaborada por mis predecesores y por mí mismo Ningún cristiano, y menos aún cualquier persona con título de especial consagración en la Iglesia puede hacerse responsable de romper esa unidad, actuando al margen o contra

la voluntad de los obispos “a quienes el Espíritu Santo ha puesto para guiar la Iglesia de Dios” (Heb.20,28). Ello es válido en toda situación y país, sin que cualquier proceso de desarrollo o elevación social que se emprenda pueda legítimamente comprometer la identidad y libertad religiosa de un pueblo, la dimensión trascendente de la persona humana y el carácter sagrado de la misión de la Iglesia y de sus ministros (n.4).

- La unidad, responsabilidad de todos

La unidad de la Iglesia es obra y don de Jesucristo. Se construye por referencia Él y en torno a Él. Pero Cristo ha confiado a los obispos un importantísimo ministerio de unidad en sus Iglesias locales (cf. LG.6 . A ellos, en comunión con el Papa y nunca sin él (cf. LG 22), toca promover la unidad de la Iglesia, y de tal modo, construir en esa unidad las comunidades, los grupos, las diversas tendencias y las categorías de personas que existen en una Iglesia local y en la gran comunidad de la Iglesia universal. Yo os sostengo en ese esfuerzo unitario, que se reforzará con vuestra próxima visita “ad limina” (n.5).

Una prueba de la unidad de la Iglesia en un determinado lugar es el respeto a las orientaciones pastorales dadas por los obispos a su clero y fieles. Esa acción pastoral orgánica es una poderosa garantía de la unidad eclesial. Un deber que grava especialmente sobre los sacerdotes, religiosos y demás agentes de la pastoral. Pero el deber de construir y mantener la unidad es también, una responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, vinculados por un único bautismo, en la misma profesión de fe, en la obediencia al propio obispo y fieles al sucesor de Pedro” (n.5).

-Llamada de atención a todos

“Tened bien presente que hay casos en los cuales cada unidad sólo se salva cuando cada uno es capaz de renunciar a ideas, planes y compromisos propios, incluso buenos -¡cuánto más cuando carecen de la necesaria referencia eclesial!-, por el bien superior de la comunión con el obispo, con el Papa, con toda la Iglesia.

La Iglesia dividida, en efecto, (...) no podrá cumplir su misión “de sacramento de unidad en el país”. Por ello alertaba en mi carta a vuestros Obispos sobre “lo absurdo y peligroso que es imaginarse cómo al lado -por no decir contra- de la Iglesia construida en torno al obispo, otra Iglesia concebida solo como “carismática” y no institucional, “nueva” y no tradicional, alternativa y, como se preconiza últimamente, una “Iglesia popular”. Quiero hoy reafirmar estas palabras aquí delante de vosotros” (n.5).

La Iglesia debe mantenerse unida para poder contrarrestar las diversas formas, directas o indirectas, del materialismo que su misión encuentra en el mundo. Ha de estar unida para anunciar el verdadero mensaje del Evangelio - según las normas de la Tradición y del Magisterio- y que esté libre de deformaciones debidas a cualquier ideología humana o programa político. El Evangelio así entendido conduce al espíritu de verdad y de libertad de los hijos de Dios, para que no se dejen ofuscar por propagandas antieducadoras o coyunturales, a la vez que educa al hombre para la vida eterna (n.5).

- La Eucaristía, signo y causa de unidad

La Eucaristía que estamos celebrando es en sí misma signo y causa de unidad. Somos todos uno, siendo muchos “los que participamos de un solo pan” (ICort.10,17), que es el cuerpo de Cristo. (...) Para lograr que la participación del cuerpo y de la sangre de Cristo haga de nosotros “un solo cuerpo y un solo espíritu” se requiere un compromiso serio y formal de respetar el carácter fundamental de la Eucaristía como signo de unidad y vínculo de caridad. La Eucaristía, por ello, no se celebra sin el obispo -o el ministro legítimo, es decir, el sacerdote-, que es en su diócesis el preidente nato de una celebración eucarística digna de tal nombre (cf. SC 41). Ni se celebra adecuadamente cuando esta referencia eclesial se pierde o se pervierte porque no se respeta la estructura litúrgica de la celebración, tal como ha sido establecida por mis predecesores y por mí mismo. La Eucaristía que se pone al servicio de las propias ideas y opiniones o a finalidades ajenas a ella misma no es ya una Eucaristía de la Iglesia. En lugar de unir, divide (n.6).

-Exhortación a los sacerdotes

El Papa se dirige a los sacerdotes haciéndoles un ruego: “renovad así la unidad entre vosotros y con vuestros obispos, a fin de conservar la unidad y acrecentarla en vuestras comunidades. Y vosotros, religiosos, estad siempre unidos a la persona y a las directrices de vuestros obispos. Sea el servicio de todos a la unidad un verdadero servicio pastoral a la grey de Jesucristo y en su nombre. Y vosotros, obispos, estad muy cercanos a vuestros sacerdotes” (n.6).

*** Discurso al Consejo Internacional para la Catequesis (16-IV-1983).**

La Iglesia es la guardiana nativa y la intérprete responsable de la divina Revelación, que debe conservar, interpretar y anunciar a todos los hombres el explícito mandato divino (cf. Mt.28,19).

*** Discurso a los jóvenes en Suiza (15-VI-1984)**

A los jóvenes, les dice el Santo Padre: “Dios ha puesto en manos de los hombres su obra salvífica (la Iglesia), sus planes y proyectos. Esto constituye ciertamente un gran riesgo; pero no puede haber otra Iglesia que la fundada por Cristo. Él quiere que nosotros, los hombres, seamos colaboradores suyos en el mundo y en la Iglesia con todos nuestros defectos e insuficiencias, pero también con toda nuestra buena voluntad y nuestras aptitudes”.

*** Encíclica de Juan Pablo II: “Slavorum Apostoli” (2-VI-1985)**

Juan Pablo II dedica esta encíclica a los evangelizadores de los eslavos, San Cirilo y S. Metodio, co-patronos de Europa (31-XII-1980). En este lugar, destacamos de esta encíclica las enseñanzas del Papa relativas a la catolicidad de la Iglesia.

La catolicidad de la Iglesia: El Papa parte de la doctrina del Concilio Vaticano II (cf. LG 13), y dice: “ podemos afirmar con toda tranquilidad que una visión así, tradicional y a la vez muy actual, de la catolicidad de la Iglesia -sentida como una sinfonía de las diversas liturgias en todas las lenguas del mundo, unidas a una única liturgia, o como un coro armonioso que, sostenido por las voces de inmensas multitudes de hombres, se eleva según innumerables modulaciones, timbres y acordes para la alabanza de Dios- (...) corresponde de modo particular a la visión teológica y pastoral que inspiró la obra apostólica y misionera de estos hermanos...(n.17).

La Iglesia es también católica porque sabe presentar en cada contexto humano la verdad revelada, custodiada intacta por ella en su contenido divino, de manera que se haga accesible a los modos de pensar elevados y a las justas aspiraciones de cada hombre y de cada pueblo. (...) (n.18).

“El Evangelio no lleva al empobrecimiento o desaparición de todo lo que cada hombre, pueblo y nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con magnanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la Revelación” (n.18).

“La dimensión concreta de la catolicidad, inscrita por Cristo el Señor en la constitución misma de la Iglesia, no es algo estático, fuera del dato histórico y de una uniformidad sin relieve, sino que surge y se desarrolla, en un cierto sentido, cotidianamente como una novedad a partir de la fe unánime

de todos los que creen en Dios uno y trino, revelado por Jesucristo y predicado por la Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo” (n.18).

La catolicidad de la Iglesia se manifiesta también en la corresponsabilidad activa y en la colaboración generosa de todos a favor del bien común. La Iglesia realiza en todas partes su propia universalidad acogiendo, uniendo y elevando, en el modo en que le es propio y con solicitud materna, todo valor humano auténtico. Al mismo tiempo, ella se afana, en cualquier área geográfica y en cualquier situación histórica, en ganar para Dios a cada hombre y a todos los hombres, para unirlos entre sí y con Él en su verdad y en su amor” (n.19).

*** Homilía en la Parroquia de San Agustín (Roma, 16-II-1986).**

En esta homilía el Santo Padre habla de la relación de la Iglesia con el Pueblo de Israel: “La Iglesia, expresión de la Nueva Alianza, representa la continuidad de Israel, que erraba en busca de la salvación. Es el nuevo Israel que presupone y supera al antiguo, en cuanto que tiene la fuerza necesaria para vivir correspondiendo a las exigencias de la Alianza divina, no por medio de la obediencia a la ley antigua que daba el conocimiento, pero no la salvación de Dios; sino por medio de la fe en Cristo Salvador, nuestra pascua, porque nos libera de la esclavitud del pecado y nos introduce en la alegría de la familiaridad con el Padre”.

*** Encíclica “Dominum et Vivificantem” (18-V-1986).**

En esta encíclica, el Santo Padre nos habla de la Iglesia como sacramento. El Concilio Vaticano Ya utilizó esta categoría teológica “sacramento” para designar a la Iglesia (cf. LG 1). Recordemos las palabras de Juan Pablo II: “Si la Iglesia es el sacramento de la unión íntima con Dios, lo es en Jesucristo, en quien esta misma unión se verifica como realidad salvífica (...). Cuando usamos la palabra “sacramento” referida a la Iglesia, hemos de tener presente que en el texto conciliar la sacramentalidad de la Iglesia aparece distinta de aquella que, en sentido estricto, es propia de los sacramentos.(...) Pero lo que cuenta y emerge del sentido analógico, con el que la palabra es empleada en los dos casos, es la relación que la Iglesia tiene con el poder del Espíritu Santo, que Él solo da la vida; la Iglesia es signo e instrumento de la presencia y de la acción del Espíritu vivificante” (n.64b).

“La Iglesia, fundamentada mediante su propio misterio en la economía trinitaria de la salvación, con razón se ve a sí misma como “sacramento de la unidad de todo el género humano”. Sabe que lo es por el poder del Espíritu

Santo, de cuyo poder es signo e instrumento en la actuación del plan salvífico de Dios” (n.64c).

*** Homilía en Brisbane (Australia); 25-XI-1986)**

“Amar a Cristo es (...) amar a la iglesia. La Iglesia existe para Cristo, para continuar su presencia y su misión en el mundo. Cristo es el Esposo y el Salvador de la Iglesia. Es su Fundador y su Cabeza. Cuánto más lleguemos a conocer y a amar a la Iglesia, más cerca estaremos de Cristo”.

*** Allocución dominical. Roma (22-II-1987)**

El Santo Padre pone de relieve que en el Pueblo de Dios hay diversidad funcional en igualdad fundamental. Recordemos una vez más sus palabras: “Como en todo organismo vivo, también en el “Pueblo de Dios” hay -no podría no ser así- diversidad de funciones. Sin embargo, “se da una verdadera igualdad entre los miembros en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos”.

*** Encíclica “Redemptoris Mater” (25-III-1987)**

El Santo Padre habla de la prefiguración de la Iglesia en la Stma. Virgen María, y del misterio de su maternidad (cf. nn.43a; 43b; 44a). En otro lugar hablaremos de esta Encíclica Mariana.

*** Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici” (30-XII-1988)**

Juan Pablo II se refiere aquí, entre otras cosas, a los carismas de los que dice: “ningún carisma dispensa de la relación y sumisión a los pastores de la Iglesia” (n.24f).

*** Discurso dirigido a los Cardenales (1994)**

Juan Pablo II en el discurso que dirigió a los Cardenales en el año 1994 decía: “Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia valorándolos a la luz de los principios del evangelio”.

El Presidente de la Comisión teológico-histórica del año 2000, Cottier, M. en su obra “Memoire et repentance: pourquoi l’église demande pardon” explica el sentido exacto de esta iniciativa del Papa (Saint Maur, VI de Marne, 1998).

*** Encíclica “Ut unum sint” (1995).**

En esta encíclica, Juan Pablo II hace una serie de propuestas para la renovación del ejercicio del ministerio papal a fin de que pueda ser reconocido por todos los cristianos. Insertamos aquí estos párrafos:

“Que el Espíritu Santo nos dé su luz e ilumine a todos los pastores y teólogos de nuestras Iglesias para que busquemos, por supuesto juntos, las formas con las que este ministerio pueda realizar un servicio de fe y de amor reconocidos por unos y otros” (n.95).

“Tarea ingente que no podemos rechazar y que no puedo llevar a término solo. La comunión real, aunque imperfecta que existe entre todos nosotros, ¿no podría llevar a los responsables eclesiales y a sus teólogos a establecer conmigo y sobre esta cuestión un diálogo fraterno, paciente, en el que podríamos escucharnos más allá de estériles polémicas, teniendo presente sólo la voluntad de Cristo para su Iglesia, dejándonos impactar por su grito “que ellos también sean uno en nosotros” para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn.17,21)?” (n.96)

“La Iglesia católica, tanto en su praxis como en sus documentos oficiales, sostiene que la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia de Roma, y la de sus obispos con el obispo de Roma, es un requisito esencial -en el designio de Dios- para la comunión plena y visible” (n.97) (San Pablo. Madrid. 1995).

*** Discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe (29-I-2000).**

Después de haber afirmado expresamente la unicidad de la mediación salvífica de Cristo, el Santo Padre nos habla de la unicidad de la Iglesia que él fundó en estos términos:

“El Señor Jesús constituyó a su Iglesia como realidad salvífica, como Cuerpo suyo, mediante el cual Él mismo actúa en la historia de la salvación.. Tal y como existe un solo Cristo, existe un solo Cuerpo suyo: “Una sola Iglesia católica y apostólica” (Símbolo de la Fe, DS 48; cf. LG 14).

Resulta erróneo, por consiguiente, considerar a la Iglesia como un camino de salvación paralelo a los de las demás religiones, que serían

complementarios respecto a la Iglesia si bien convergerían con ésta hacia el Reino escatológico de Dios. Debe pues excluirse cierta mentalidad indiferentista “marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que una religión vale la otra” (cf. RMi. 36).

Verdad es que los no cristianos -como recordaba el Concilio Vaticano II- pueden “conseguir” la vida eterna “con la ayuda de la gracia” si “buscan a Dios con sincero corazón” (LG 16). Pero en su búsqueda sincera de la verdad están de hecho “ordenados” a Cristo y a su Cuerpo, la Iglesia (cf. ibd.). Y es que se hallan de todas formas en situación deficitaria, si se compara con la de quienes, en la Iglesia, poseen la plenitud de los medios de salvación. Comprensiblemente pues, siguiendo el mandato del Señor (cf. Mt.28,19-20) y como exigencia del amor a todos los hombres, la Iglesia “anuncia y tiene la obligación de anunciar sin cesar a Cristo, que es camino, verdad y vida (Jn.14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa, en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas” (NAe.21) (n. 4).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia General del 14 de junio de 2000.**

En esta catequesis, el Santo Padre aborda el tema de las notas o propiedades de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica, ofreciéndonos una explicación de las mismas, que intentaremos resumir a continuación.

La Iglesia, en su peregrinación hacia la plena comunión de amor con Dios, se presenta como “un pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4). Tan estupenda definición de San Cipriano, nos introduce en el misterio de la Iglesia, transformada en comunidad de salvación por la presencia del Dios Trinidad. (...)

En este horizonte queremos contemplar la gloria de la Trinidad que hace a la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

- La Iglesia es en primer lugar **una**. En efecto, los bautizados están misteriosamente unidos a Cristo y quedan constituidos como su Cuerpo místico en virtud del Espíritu Santo (cf. UR 2). Aunque a lo largo de la historia esta unidad haya conocido la dolorosa prueba de tantas divisiones, su inagotable fuente trinitaria impulsa a la Iglesia a vivir de manera cada vez más profunda la “koinonía” o comunión que resplandecía en la primera comunidad de Jerusalén (cf. Hech.2,42; 4.32).

Esta visión arroja luz sobre el diálogo ecuménico, pues todos los cristianos son conscientes del fundamento trinitario de la comunión (...) El Concilio recuerda a todos los fieles que “cuanto más estrecha sea su comunión con el Padre, el Verbo y el Espíritu, más íntima y fácilmente podrán aumentar la fraternidad mutua” (UR, 7) (n.2).

- La Iglesia es también **santa**. En el lenguaje bíblico, antes aún que expresión de la santidad moral y existencial del fiel, el concepto de “santo” se refiere a la consagración realizada por Dios mediante la elección y la gracia ofrecida a su pueblo. Por consiguiente, es la presencia divina la que “consagra en la verdad” a la comunidad de los creyentes (cf. Jn.17,17.19).

La Iglesia es santa en su Fundador, medios y doctrina, pero formada por hombres pecadores; hay que contribuir positivamente a mejorarla, a ayudarla hacia una fidelidad siempre renovada, que no se logra con críticas corrosivas y estériles.

Y la señal más insigne de dicha presencia la constituye la liturgia, que es epifanía de la consagración del Pueblo de Dios. En ella se da la presencia eucarística del Cuerpo y de la Sangre del Señor, pero también es “nuestra Eucaristía”, es decir, nuestro agradecimiento, nuestra alabanza por habernos redimido con su muerte y habernos hecho participantes de su vida inmortal mediante su resurrección. Tal culto, tributado así a la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompaña y se enraíza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística. Pero debe asimismo llenar nuestros templos” y la vida de la Iglesia (“Dominicae Coenae”,3).

Y precisamente, al unirnos en el amor mutuo y en la misma alabanza a la Stma. Trinidad, estamos respondiendo a la íntima vocación de la Iglesia y tomando parte en la liturgia de la gloria perfecta degustada anticipadamente” (LG 51) (n.3).

- La Iglesia es **católica**, enviada para anunciar a Cristo al mundo entero con la esperanza de que todos los príncipes de los gentiles se reúnan con el pueblo del Dios de Abraham (cf. Sal.47,10; Mt.28,19). Como afirma el Vaticano II: “la Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre. Este designio dimana del “amor fontal” o caridad de Dios Padre, que, siendo principio sin principio del que es engendrado el Hijo y del que procede el Espíritu Santo, creándonos libremente por su benignidad excelsa y misericordiosa y llamándonos además por pura gracia a participar con Él en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad y no deja

de difundir la bondad divina, de que modo que el que es Creador de todas las cosas se hace por fin todo en todas las cosas” (ICort.15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (AG 2). (n.4).

- Finalmente, la Iglesia es **apostólica**. Conforme al mandato de Cristo, los Apóstoles han de ir y hacer discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que les ha mandado (cf. M.28,19-20). Esta misión se extiende a toda la Iglesia que mediante la Palabra, vivificada, iluminada y hecha eficaz por el Espíritu Santo y los sacramentos “cumple el designio de Dios, al que Cristo amorosa y obedientemente sirvió, para gloria del Padre, que lo envió para que todo el género humano forme un único pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se codifique en un único templo del Espíritu Santo.

La Iglesia una, santa, católica y apostólica es pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo. Estas tres imágenes bíblicas indican luminosamente la dimensión trinitaria de la Iglesia. En esta dimensión se reencuentran todos los discípulos de Cristo, llamados como están a vivirla de manera cada vez más profunda y con una comunión cada vez más viva. También el ecumenismo halla en la referencia trinitaria su sólido fundamento, pues el Espíritu “une a los fieles con Cristo, mediador de todo don de salvación, y les da, a través de él, acceso al Padre, a quien en el mismo Espíritu pueden ellos llamar "abba", Padre” (Comisión conjunta de Católicos Romanos – Evangélicos luteranos; Iglesia y justificación, n.64). (n.5) (24b).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la evangelización de los Pueblos” (24 de mayo de 2003).**

Destacamos la llamada que hace el Santo Padre a los misioneros para que se formen de forma correcta y adecuada.

“Urge una formación integral capaz de preparar evangelizadores competentes y santos que estén a la altura de su propia misión. Ello requiere un proceso largo y paciente, en el que toda profundización bíblica, teológica, filosófica y pastoral encuentre su punto de fuerza en la relación personal con Cristo, “Camino, verdad y Vida” (Jn.14,6) (n.2).

Jesús es el primer “formador”, y será esfuerzo fundamental de todo educador para ayudar a sus educandos a cultivar una relación personal con Él (n.3) (...) Junto con la intimidad personal con Cristo, es menester cultivar un avance constante en el amor y en el servicio a la Iglesia (n.4)

*** Encíclica “Ecclesia de Eucaristía” (17-IV-2003).**

El Santo Padre contempla la Iglesia desde “el interior –su identidad más profunda- y desde lo alto -con los ojos de la fe-” y de esta manera capta su capacidad de crear comunión.

*** Mensaje de Juan Pablo II para el Día del Domund (19 de octubre de 2003).**

Juan Pablo II aborda en este mensaje algunos aspectos esenciales de la Iglesia que ofrecemos en breve síntesis a continuación:

- Iglesia más contemplativa: el Rostro de Cristo contemplado. María es la “memoria” contemplativa de la Iglesia, que vive con el deseo de unirse más profundamente a su Esposo para influir aún más en nuestra sociedad (n.3).

- Iglesia más santa: el Rostro de Cristo imitado y amado. Todos los creyentes están llamados, por el bautismo, a la santidad. (...) La vocación universal a la santidad consiste en la llamada de todos a la perfección de la caridad (n.4).

- Iglesia más misionera: el Rostro de Cristo anunciado. Santidad y misión son aspectos inseparables de la vocación de todo bautizado. (...) La Iglesia no teme proclamar ante el mundo que Cristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn.14,6); no teme anunciar con alegría que la “buena noticia tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la persona de Cristo, el Verbo hecho carne, único Salvador del mundo” (n.5)

Urge preparar evangelizadores competentes y santos; es necesario que no decaiga el fervor en los apóstoles, especialmente para la misión “ad gentes”. El rosario, si se redescubre y valora plenamente, presta una ayuda espiritual y pedagógica ordinaria y fecunda para formar al pueblo de Dios a trabajar en el vasto campo de la acción apostólica” (n. 5).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el clero 810-I-2004).**

Juan Pablo II se refiere de nuevo a la Iglesia en este discurso, del que ofrecemos estos fragmentos:

- El misterio de la Iglesia: “La Constitución dogmática “*Lumen Gentium*” presenta a la Iglesia como un pueblo que tiene por Cabeza a Cristo, por condición la dignidad y la libertad de los hijos, de Dios, por ley el precepto antiguo y siempre nuevo del amor y por fin el reino de Dios (n.9).. De este pueblo forman parte aquellos que, en virtud del bautismo, están “dispuestos, como piedras vivientes, para la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables, por medio de Jesucristo” (IPed.2, 5). De este sacerdocio que aúna a todos los fieles, difiere esencialmente el sacerdocio ministerial o jerárquico. Ambos, sin embargo, están unidos por una estrecha relación y ordenados el uno al otro, puesto que “uno y otro, cada uno a su manera, participan del único sacerdocio de Cristo” (LG 10). Los pastores tienen la misión de formar, regir y santificar al pueblo de Dios, mientras los fieles laicos, junto con ellos, toman parte activa en la misión de la Iglesia, en una constante sinergia de esfuerzos, respetando las vocaciones y los carismas específicos (n.2).

- La colaboración de los fieles laicos: “Esta útil colaboración por parte de los laicos se articula también en los diversos Consejos previstos por el ordenamiento canónico a nivel diocesano y parroquial. Se trata de organismos de participación que dan ocasión de cooperar al bien de la Iglesia, teniendo en cuenta la ciencia y competencia de cada uno”.

- La renovación de las estructuras eclesiales: “Todas estas estructuras, dimanantes de las indicaciones del Concilio, necesitan ser actualizadas en sus modalidades de acción y en los estatutos según las normas del Código de Derecho Canónico, promulgado en 1983.

- Mantener la estructura que Cristo quiso para su Iglesia. “Es necesario salvaguardar una equilibrada relación entre el papel de los laicos y el que propiamente compete al Ordinario diocesano o al párroco. Los legítimos pastores, en el ejercicio de su misión, no deben ser nunca considerados como simples ejecutores de decisiones derivadas de opiniones mayoritarias surgidas en la asamblea eclesial. La estructura de la Iglesia no puede concebirse en modelo políticos simplemente humanos. Su constitución jerárquica se apoya en el deseo de Cristo y, como tal, forma parte del “*depositum fidei*”, que debe conservarse y transmitirse íntegramente en el curso de los siglos (n.3)..

- La pastoral en los Santuarios: “Estos lugares sagrados atraen a numerosos fieles en búsqueda de Dios, disponibles, por consiguiente a un anuncio más incisivo de la Buena Noticia y abiertos a aceptar la invitación a la conversión. Es importante entonces que en los santuarios haya sacerdotes, con destacada sensibilidad pastoral, animados de celo apostólico, dotados de paternal espíritu de acogida y experimentados en el arte de la predicación y

de la catequesis. (...) El confesor, especialmente en los santuarios, está llamado a reflejar en todos sus gestos y palabras, el amor misericordioso de Cristo. Se exige, por lo tanto, una adecuada formación doctrinal y pastoral. En el centro de toda peregrinación hay celebraciones litúrgicas, en primer lugar la santa misa. Se deben preparar siempre con atención y ser animadas con gran devoción, suscitando la activa participación de los fieles (n.4).

El Sínodo Extraordinario de 1985

Juan Pablo II trabajó intensamente en el Concilio Vaticano II del que dijo que “constituye un acontecimiento providencial, gracias al cual la Iglesia ha iniciado la preparación próxima del Jubileo del segundo milenio” (TMA 18). En su Testamento (año 2000) afirma: “al encontrarme en el umbral del tercer milenio “in medio ecclesiae”, deseo expresar una vez más mi gratitud al Espíritu Santo por el don del Concilio Vaticano. (...) Estoy convencido de que las nuevas generaciones podrán servirse todavía durante mucho tiempo de las riquezas proporcionadas por este Concilio del siglo XX”.

Al cumplirse los 20 años de la clausura del Concilio Vaticano II, el Santo Padre convocó un Sínodo Extraordinario para profundizar, recibir vitalmente e impulsar este Concilio.

La finalidad de la convocatoria de este Sínodo era clara: celebrar el Concilio como un acontecimiento de la gracia de Dios, verificar que el Concilio es expresión de la tradición cristiana y promover su conocimiento y su aplicación.

El Sínodo hizo una lectura del Concilio poniendo de relieve:

- El Misterio de la Iglesia
- La Iglesia como comunión: la comunión eclesial no se reduce a relaciones jurídicas ya que hunde sus raíces en el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de esa manera es sacramento de salvación para la humanidad.
- La Misión de la Iglesia.

La Iglesia en las sociedades democráticas y pluralistas

Por su importancia y por la necesidad de tener ideas claras sobre este tema tan importante (24c), nos ha parecido bien insertar aquí unos textos del magisterio de Juan Pablo II:

*** Discurso al embajador de Tanzania (10-II-1979).**

“A la vez que proclama el destino trascendental del hombre, la Iglesia insiste en la urgencia de las necesidades temporales”.

*** Encíclica “Redemptor hominis” (4-III-1979).**

La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio, que constituye la vida de la Iglesia misma, no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza” (n.13b).(...) “La Iglesia encuentra el principio de su solicitud por el hombre en Jesucristo mismo (n.15). “La Iglesia, que está animada por la fe escatológica, considera esta solicitud por el hombre, por su humanidad, y por el futuro de los hombres sobre la tierra y, consiguientemente, también por la orientación de todo el desarrollo y el progreso, como un elemento esencial de su misión, indisolublemente unido con ella” (n.15).

*** Discurso a las autoridades de Polonia (2-VI-1979).**

Insertamos aquí unas pocas palabras de Juan Pablo pero muy esclarecedoras: “La Iglesia no desea privilegios, sino sólo y exclusivamente lo que es indispensable para el cumplimiento de su misión”.

Años más tarde, el Santo Padre afirma: “La Iglesia no pide ningún privilegio. No nutre ninguna ambición de potencia o de poder. No pretende inmiscuirse en campos extraños a su misión religiosa. Pide solamente poder llevar a cabo, como es su derecho, el servicio a favor del hombre, en la verdad y la libertad. (...) La Iglesia y el Estado, en su respectiva autonomía, no pueden sino encontrarse y colaborar, puesto que los dos sirven al mismo hombre, con sus problemas y sus esperanzas” (Mensaje al Episcopado de Burundi; 10-XI-1986).

*** Discurso al Presidente del Congo (5-V-1980)**

En continuidad con lo que dijo a las autoridades polacas, Juan Pablo II afirma ahora: “El Estado puede contar con la leal colaboración de la Iglesia siempre que se trate de servir al hombre y de contribuir a su progreso integral”.

*** Discurso al Cuerpo Diplomático en Ghana (9-V-1980).**

“En virtud de su propia misión y de su propia naturaleza, la Iglesia no está vinculada a ninguna determinada forma de cultura, ni a sistema político alguno, económico o social”.

*** Discurso al Cuerpo Diplomático en Manila (18-II-1981)**

“La Iglesia no tiene ambiciones políticas. Cuando ofrece su contribución específica a las grandes tareas permanentes de la humanidad, ella lo hace por estar convencida de que tal acción está relacionada con su misión (...) La iglesia no es competente en los campos de la tecnología o de la ciencia, no se impone a través de los poderes políticos. Su competencia, como su misión, es de naturaleza religiosa y moral, y debe permanecer dentro del ámbito de su propia competencia para que su acción no sea inútil o irresponsable”.

*** Discurso al Presidente de Austria (11-IX-1983)**

“La tarea que debe realizar la Iglesia de acuerdo con su misión en el mundo es religiosa y espiritual, no política”.

*** Discurso a los Obispos de México, en Visita ad Limina (1-X-1983).**

“La Iglesia, cuando proclama las exigencias de la fe o ilumina con su juicio moral materias incluso de orden temporal, no invade competencias que le son ajenas, sino que ejerce su misión propia y con ello “consolida la paz en la humanidad para gloria de Dios” (GS 76).

*** Discurso al Cuerpo Diplomático, Vaticano; 5-XI-1983)**

“Sí, la Iglesia quisiera hacerse voz de los sin voz, de los pobres y de las víctimas de toda clase y atraer la atención sobre los derechos humanos fundamentales olvidados o conculcados, problemas de minorías y amenazas que se ciernen en ciertos momentos sobre las poblaciones”.

*** Discurso a los obispos de Brasil (24-VI-1985)**

“No es misión propia de la Iglesia imponer reformas sociales o indicar las modalidades contingentes de su puesta en práctica”.

*** Homilía en Salerno (Italia); 26-V-1985**

- “Comunidad política e Iglesia son independientes y autónomos en sus respectivos campos”

- “La Iglesia pide poder tener siempre y en todas partes y con plena libertad el derecho de predicar la fe, ejercer su misión, a dar el propio juicio moral incluso sobre las realidades que se refieren al orden político, siempre que lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas” (GS 76).

*** Homilía en Montevideo (1-IV-1987)**

Fiel a su misión, la Iglesia debe proyectar sobre los problemas que aquejan a la humanidad en cada momento de su historia, la luz limpia y pura que brota del Evangelio, siempre actual por ser Palabra de Dios. Y esto es lo que hace y lo que quiere seguir haciendo en cumplimiento del mandato recibido del mismo Cristo. Por todo ello pide sólo libertad, para que su voz pueda llegar sin obstáculos a todo aquel que quiera escucharla”.

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de Ruanda en Visita ad Limina” (27-V-1987).**

Ofrecemos algunas enseñanzas básicas de este discurso clarificador:

-“La Iglesia no puede desinteresarse de la situación social del país. Es deber suyo continuar aportando una cooperación que es apreciada y necesaria.

-“La responsabilidad directa del bien común de la nación pertenece a la comunidad política. Esta y la Iglesia son independientes la una de la otra y autónomas en el terreno que les es propio. La Iglesia tiende a preservar esta independencia para ejercer su misión espiritual, y para ser el signo y la salvaguarda del carácter trascendental de la persona humana (cf. GS 76).

-“Pero la Iglesia y la comunidad política están, a títulos diversos, al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres. Es normal que ambas busquen una sana cooperación, en la comprensión y en el respeto del papel del otro”.

*** Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis” (30-X-1987)**

El Santo Padre subraya la conciencia del deber que tiene la Iglesia, “experta en humanidad” de “escrutar los signos de los tiempos y de interpretarlos a la luz del Evangelio”; la conciencia, igualmente profunda, de su misión de “servicio”, distinta de la función del Estado, aun cuando se preocupa de la suerte de las personas en concreto” (...) (n.7).

“La Iglesia, en el campo social, tiene una función profética a la que “pertenece también la denuncia de los males y de las injusticias. Pero conviene aclarar que el anuncio es siempre más importante que la denuncia, y que ésta no puede prescindir de aquel que le brinda su verdadera constancia y la fuerza de su motivación más alta” (n. 41).

*** Encíclica “Centessimus annus” (1991)**

La Iglesia y la democracia: “La Iglesia respeta la legítima autonomía del orden democrático; pero no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución institucional o constitucional. La aportación que ella ofrece es precisamente el concepto de la dignidad de la persona, que se manifiesta en toda su plenitud en el misterio del Verbo encarnado” (n.47).

*** Discurso a los Obispos franceses de la región del Este, en Visita ad Limina” (15-I-1992).**

“Se ha de entender la libertad religiosa: no es sólo la libertad de un “jardín secreto”, ni la libertad de culto y de impartir una educación inspirada en valores cristianos; es también la libertad civil y social, que asegura a las instituciones religiosas los medios concretos para que ejerzan su misión. Existe una distinción entre el ámbito civil y el religioso, pero no una separación. Esto vale también para las personas. El respeto que tenemos a las convicciones de los demás supone que se respeten también las nuestras. La pluralidad de concepciones de la vida no ha de significar la marginación o el desprecio hacia una buena parte de los ciudadanos de la nación”.

*** Discurso a los Obispos polacos en Visita ad Limina (15-I-1993).**

“La Iglesia no es un partido político, y tampoco se identifica con ningún partido político, sino que está por encima de los partidos, abierta a todos los hombres de buena voluntad- ningún partido político puede arrogarse el derecho de representarla (cf. GS 76).

*** Mensaje a Albania (25-IV-1993)**

La contribución de la Iglesia en la marcha sociopolítica de la nación. “La Iglesia no dejará de dar su contribución a esta nueva juventud de Albania. (...) Su misión es esencialmente religiosa, y se cuidará muy bien de inmiscuirse en cuestiones de orden estrictamente político. Pero precisamente en virtud del Evangelio (...), tratará de ofrecer su aportación con la presencia activa de sus instituciones y, sobre todo, con su testimonio a favor de un humanismo verdadero que ponga la persona humana, vista a la luz de Dios y

captada en todas sus dimensiones, en el centro de cualquier proyecto económico, social y político”.

*** Discurso a los sacerdotes de Lituania (4-IX-1993).**

El Santo Padre habla a los sacerdotes de Lituania que han vivido un período de ocupación “en el que estaba prohibido predicar el Evangelio y comprometerse socialmente a favor del pobre. Con la vuelta a la democracia es de esperar que las relaciones entre la Iglesia y el Estado se desarrollen según criterios de respeto recíproco, resistiendo a las tentaciones tanto del laicismo como del clericalismo. En efecto, ni el Estado debe invadir el espacio que la Constitución y las convenciones internacionales reconocen a la religión, ni los sacerdotes, en el ejercicio de de sumisión evangelizadora, deben intervenir en la política de los partidos y en la administración directa de la nación.

*** Discurso a los Obispos de EE.UU., en Visita ad Limina (15-X-1993).**

“Respondiendo fielmente a su vocación y a su misión divina, la Iglesia de Cristo da una contribución inestimable al bien común de las sociedades civiles en las que vive y actúa. La Iglesia ilumina las realidades temporales, las purifica, las eleva y las reconcilia con Dios”.

*** Encíclica “Evangelium vitae” (1995)**

“Para el futuro de la sociedad y el desarrollo de una sana democracia, urge descubrir de nuevo la existencia de valores humanos y morales esenciales y originarios, que derivan de la verdad misma del ser humano y expresan y tutelan la dignidad de la persona. Son valores, por tanto, que ningún individuo, ninguna mayoría y ningún Estado pueden crear, modificar o destruir, sino que deben sólo respetar, reconocer y promover” (n.71).

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (12-I-2004).**

Juan Pablo II manifiesta que debe ser reconocida por los Estados la presencia pública de la Iglesia:

“Las comunidades de creyentes están presentes en todas las sociedades como expresión de la dimensión religiosa de la persona. Por ello los creyentes esperan legítimamente poder participar en el debate público. Por desgracia, hemos de observar que no siempre es así. En estos últimos tiempos hemos

presenciado, en algunos países de Europa, una actitud que podría poner en peligro el respeto efectivo de la libertad de religión. Si es verdad que todos concuerdan en respetar el sentimiento religioso de los individuos, no cabe decir lo mismo del “hecho religioso”, es decir de la dimensión social de las religiones, olvidando con ello los compromisos asumidos en el marco de lo que en tiempos se llamó “Conferencia sobre Cooperación y Seguridad en Europa”.

Con frecuencia se invoca el principio de la laicidad, en sí legítimo si se concibe como distinción entre la comunidad política y las religiones (cf. GS 76). Pero distinción no significa ignorancia. La laicidad no es laicismo. Es el mero respeto de todas las creencias por parte del Estado, que asegura el libre ejercicio de las actividades culturales, espirituales, culturales y caritativas a las comunidades de creyentes. En una sociedad pluralista, la laicidad es un vínculo de comunicación entre las diferentes tradiciones espirituales y la nación.

Las relaciones Iglesia-Estado pueden y deben dar lugar, al contrario, a un diálogo respetuoso, portador de experiencia y de valores fecundos para el porvenir de una nación. Un diálogo sano entre el Estado y las Iglesias -que no están entre sí en relación de competencia, sino de colaboración- puede indudablemente fomentar el desarrollo integral de la persona y la armonía de la sociedad.

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas credenciales del nuevo embajador de Italia ante la Santa Sede (9-I-2004).**

- Italia debe influir para que Europa reconozca sus raíces cristianas

Italia tiene un título especial que consiste en “los vínculos milenarios que unen a la Sede de Pedro y a los habitantes de la Península, cuyo rico patrimonio de valores cristianos constituye una gran fuente de inspiración e identidad. (...) “Los principios del catolicismo forman parte del patrimonio histórico del pueblo italiano”.

Por tanto, Italia ha de “hacer que también Europa, en los organismos competentes, reconozca sus raíces cristianas, las cuales pueden asegurar a los ciudadanos del continente una identidad no efímera o meramente basada en intereses político-económicos, sino en valores profundos e imperecederos. Los fundamentos éticos y los ideales en los que se basaron los esfuerzos realizados con vistas a la unidad europea son hoy aún más necesarios si se quiere dar estabilidad al perfil institucional de la Unión Europea (n.2).

- La Iglesia no pide privilegios

Los criterios de distinción y de autonomía legítima en las respectivas funciones, de estima recíproca y de colaboración leal con vistas a la promoción del hombre y del bien común, constituyen los principios inspiradores del Concordato de Letrán y fueron confirmados en el Acuerdo del 18 de febrero de 1984. En estos criterios es preciso inspirarse constantemente para dar solución a los posibles problemas que vayan surgiendo (n.3) (...).

La Iglesia no pide privilegios, ni quiere salirse del ámbito espiritual propio de su misión. Los acuerdos que brotan de este diálogo respetuoso tienen como único fin permitirle cumplir su misión universal con plena libertad y favorecer el bien espiritual del pueblo italiano. En efecto, la presencia de la Iglesia en Italia redundará en bien de toda la sociedad (n.3).

- El Estado debe ayudar a la familia

Es importante que el Estado preste ayuda a la familia, sin ahogar jamás la libertad de elección educativa de los padres y sosteniéndolos en sus inalienables derechos y en sus esfuerzos para consolidar el núcleo familiar” (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas Credenciales del embajador de México ante la Santa Sede, Sr. Javier Moctezuma Barragán (24-II-2004).**

“Es de desear que la Iglesia en México pueda gozar de plena libertad en todos los sectores donde desarrolla su misión pastoral y social. La Iglesia no pide privilegios ni quiere ocupar ámbitos que no le son propios, sino que desea cumplir su misión a favor del bien espiritual y humano del pueblo mexicano sin trabas ni impedimentos.

Para ello es preciso que las instituciones del Estado garanticen el derecho a la libertad religiosa de las personas y de los grupos, evitando toda forma de intolerancia o discriminación. En este sentido, es de desear también que en un futuro no lejano y al amparo de un desarrollo legislativo acorde con los nuevos tiempos, se den pasos adelante en aspectos, entre otros, como la educación religiosa en diversos ambientes, la asistencia espiritual en los centros de salud, de readaptación social y asistenciales del sector público, así como una presencia en los medios de comunicación social.

No se debe ceder a las pretensiones de quienes, amparándose en una errónea concepción del principio de separación Iglesia-Estado y del carácter laico del Estado, intenten reducir la religión a la esfera meramente privada del individuo, no reconociendo a la Iglesia el derecho a enseñar su doctrina y a emitir juicios morales sobre asuntos que afectan al orden social, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o el bien espiritual de los fieles. A este respecto, quiero destacar el valiente compromiso de los pastores de la Iglesia en México en defensa de la vida y de la familia”.

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de la provincia eclesiástica de Besançon y de Estrasburgo con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (27-II-2004)**

De este importante discurso, ofrecemos los siguientes párrafos por su importancia:

a) **Temas importantes** que aborda y clarifica: laicidad y laicismo, participación de los cristianos en la vida pública, presencia y libertad de la Iglesia en la sociedad pluralista y democrática, libertad de culto...

- “Además del derecho y el deber de anunciar el Evangelio a todos los pueblos, la Iglesia se cree autorizada también a “dar su juicio sobre cualesquiera asuntos humanos, en la medida en que lo exijan los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas” (CIC,cn.747). En la vida política, en la economía, en los centros de trabajo y en la familia, corresponde a los fieles hacer presente a Cristo y permitir que resplandezcan los valores evangélicos, que manifiestan con una intensidad especial la dignidad del hombre y su lugar central en el universo, recordando con ello la primacía de lo humano sobre todo interés particular y sobre los mecanismos institucionales (n.3)..

- “La participación de los cristianos en la vida pública y la presencia visible de la Iglesia católica y de las demás confesiones religiosas no ponen en absoluto en tela de juicio el principio de la laicidad ni las prerrogativas del Estado. (...) Una laicidad bien entendida no puede confundirse con el laicismo, ni tampoco cancelar las creencias personales y comunitarias. Tratar de desterrar del ámbito social a tan importante dimensión de la vida de las personas y de los pueblos, así como a los signos que la manifiestan, resultaría contrario a una libertad bien entendida. La libertad de culto no puede concebirse sin la libertad de practicar la propia religión individual y colectivamente, ni sin la libertad de la Iglesia. La libertad

- “La religión no puede quedar exclusivamente arrinconada en la esfera de lo privado, so pena de negar todos los elementos colectivos de su vida y de las acciones sociales y caritativas que lleva adelante en el mismo seno de la sociedad y a favor de todas las personas, sin distinción de creencias filosóficas o religiosas.

- “Todo cristiano y todo adepto a una religión tienen derecho, en la medida en que ello no vaya en detrimento de la seguridad y de la autoridad legítima del Estado, a verse respetado en sus convicciones y a prácticas en nombre de la libertad religiosa, que constituye uno de los aspectos fundamentales de la libertad de conciencia” (cf. DH 2-3) (n.4).

b) **Invitación a los jóvenes.** “Es preciso que los jóvenes estén capacitados para comprender la importancia de la dimensión religiosa en la existencia personal y en la vida social, tengan conocimiento de las tradiciones religiosas con las que se encuentren y puedan leer con actitud benévola los símbolos religiosos y reconocer las raíces cristianas de las culturas y de la historia de Europa. Ello desembocará en un reconocimiento respetuoso del otro y de sus creencias, en un diálogo positivo, en una superación de los particularismos y en una mayor entendimiento social. Vuestro país cuenta con una importante presencia de musulmanes, con los cuales por medio de los responsables o de las comunidades locales, os dedicáis a mantener buenas relaciones y a promover el diálogo interreligioso, que es (...) un diálogo de vida. Este diálogo debe también reavivar en los cristianos la conciencia de su fe y su apego a la Iglesia, pues toda forma de relativismo no puede sino perjudicar gravemente a las relaciones entre religiones” (n.5) (Ecclesia, n.3198; 27-III-2004).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas Credenciales de la nueva Embajadora del Brasil ante la Santa Sede, Sra. Vera Barrouin Machado (11-X-2004).**

- La Iglesia y el Estado.

El objetivo de la Iglesia -con su misión exclusivamente religiosa y espiritual- y el del Estado -con vistas al bien común de cada hombre- son ciertamente distintos. Sin embargo, los dos confluyen y convergen en un punto: el bien de la patria. “El entendimiento respetuoso, la preocupación por la independencia mutua y el principio de servir mejor al hombre, dentro de una concepción cristiana, serán factores de concordia cuyo destinatario será el propio pueblo” (n.2)

- Oración del Papa por Brasil

Oro para que los brasileños sigan fomentando y divulgando los valores de la fe, especialmente cuando se trata de reconocer de manera explícita la santidad de la vida familiar y la salvaguardia del “nasciturus”, desde el momento de su concepción

- La lucha contra la pobreza

La pobreza constituye un problema que incide en la existencia de una parte no indiferente de los ciudadanos. La labor de atender las necesidades de los más desfavorecidos ha de considerarse una prioridad fundamental (n.3).

- La colaboración de la Iglesia

En comunión con las esperanzas de todos los brasileños, deseo aseverar la voluntad decidida de la Iglesia de colaborar, en el marco de su propia misión, con todas las iniciativas encaminadas a servir a la causa de “todo hombre y de todos los hombres”. Así se proseguirá en su labor de fomentar la conciencia de que los valores de la paz, de la libertad, de la solidaridad y de la defensa de los más necesitados han de inspirar la vida privada y la vida pública. La fe y la adhesión a Jesucristo imponen a los fieles católicos, también en el Brasil, convertirse en instrumentos de reconciliación y de fraternidad, en la verdad, en la justicia y en el amor (n.4) (Ecclesia, n.3228; 23-X-2004; 24-25).

*** Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los Obispos españoles en visita “ad limina” (24-I-2005).**

- El recto concepto de libertad religiosa

“En el ámbito social se va difundiendo también una mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública. Esto no forma parte de la tradición española más noble, pues la impronta que la fe católica ha dejado en la vida y en la cultura de los españoles es muy profunda para que se ceda a la tentación de silenciarla. Un recto concepto de libertad religiosa no es compatible con esa ideología, que a veces se presenta como la única voz de la racionalidad. No se puede cercenar la libertad religiosa sin privar al hombre de algo fundamental.

En el contexto social actual están creciendo las nuevas generaciones de españoles, influenciadas por el indiferentismo religioso, la ignorancia de la tradición cristiana con su rico patrimonio espiritual, y expuestas a la tentación de un permisivismo moral. La juventud tiene derecho, desde el inicio de su proceso formativo, a ser educada en la fe. La educación integral de los más jóvenes no puede prescindir de la enseñanza religiosa también en la escuela, cuando lo pidan los padres, con una valoración académica acorde con su importancia” (n.4).

*** Mensaje al Presidente de la Conferencia Episcopal francesa con ocasión del I Centenario de la Ley de separación entre el Estado francés y la Iglesia (11-II-2005).**

- La Ley de separación entre la Iglesia y el Estado (1905)

“En 1905, la ley francesa de separación de la Iglesia y el Estado, que denunciaba el Concordato de 1804, fue un acontecimiento doloroso y traumático para la Iglesia en Francia. Esa ley regulaba el modo de vivir en Francia el principio de laicidad y, en ese marco, sólo mantenía la libertad de culto, relegando al mismo tiempo el hecho religioso a la esfera privada, sin reconocer a la vida religiosa y a la institución eclesial un lugar en el seno de la sociedad. La vida religiosa del hombre sólo se consideraba entonces como un simple sentimiento personal, desconociendo así la naturaleza profunda del hombre, ser a la vez personal y social en todas sus dimensiones, incluida su dimensión espiritual (n.2).

- Una fecha importante: año 1920

“Sin embargo, desde 1920, hay que agradecer al Gobierno francés el haber reconocido, en cierta manera, el lugar del hecho religioso en la vida social, la actividad religiosa personal y social, y la constitución jerárquica de la Iglesia, que es constitutiva de su unidad.

Con ocasión del centenario de dicha ley, el Santo Padre ha enviado a Mons. Jean-Pierre Ricard, arzobispo de Burdeos y presidente de la Conferencia episcopal Francesa, y a todos los obispos del país, un importante mensaje del que ofrecemos una síntesis a continuación (n.2).

- Contenidos más importantes de este Mensaje de Juan Pablo II:

+ El principio de laicidad

Bien comprendido, el principio de laicidad muy arraigado en vuestro país, pertenece también a la doctrina social de la Iglesia. Recuerda la necesidad de una justa separación de poderes que se hace eco de la invitación de Cristo a sus discípulos: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Lc.20,25). Por su parte, la no confesionalidad del Estado, que es una no intromisión del poder civil en la vida de la Iglesia y de las diferentes religiones, así como en la esfera de poder espiritual, permite que todos los componentes de la sociedad trabajen juntos al servicio de todos y de la comunidad nacional.

Por su parte, el Concilio Vaticano II recuerda que “la Iglesia no está llamada a gestionar el ámbito temporal, puesto que, “en razón de su función y de sus competencias, no se confunde de ningún modo con la comunidad política y no está vinculada a ningún sistema político” (GS 76). Pero, al mismo tiempo, es preciso que todos trabajen por el interés general y por el bien común: “La comunidad política y la Iglesia, (...) aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas” (GS 76) (n.3).

- Aplicación de la doctrina social de la Iglesia

La aplicación de los principios de la doctrina social de la Iglesia ha permitido, entre otras cosas, nuevos desarrollos en las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Francia, hasta llegar, durante los últimos años, a la creación de una instancia de diálogo al más alto nivel, abriendo el camino, por una parte, a la regulación de las cuestiones pendientes, o de las dificultades que pueden presentarse en diferentes campos, y, por otra, a la realización de un cierto número de colaboraciones en la vida social, con vistas al bien común. De esta manera pueden desarrollarse relaciones de confianza recíproca que permitan tratar las cuestiones institucionales, en lo que atañe a personas, actividades y bienes, en un espíritu de cooperación y de respeto mutuo

En virtud de su estatus de ciudadanos, al igual que sus compatriotas, los católicos franceses tienen el deber de participar, con arreglo a sus competencias y en el respeto de sus convicciones, en los diferentes sectores de la vida pública. (n.4).

- El Cristianismo y Europa

No se puede olvidar el papel tan importante que han desempeñado los valores cristianos en la construcción de Europa y en la vida de los pueblos del continente. El cristianismo ha moldeado en gran parte el rostro de Europa, y a

los hombres de hoy les corresponde edificar la sociedad europea sobre los valores que presidieron su nacimiento y que forman parte de su riqueza (n.5).

- Francia debe alegrarse de sus hombres y mujeres cristianos

Francia no puede por menos de alegrarse de tener en su seno a hombres y mujeres que sacan del Evangelio, de su vida espiritual y de su vida cristiana, elementos y principios antropológicos que promueven una elevada idea del hombre, principios que les ayudan a cumplir su misión de ciudadanos, en todos los niveles de la vida social, para servir a sus hermanos los hombres, para participar en el bien común, para difundir la concordia, la paz, la justicia, la solidaridad y el buen entendimiento entre todos, en definitiva, para aportar con alegría su piedra a la construcción del cuerpo social (n.5).

- La formación de los fieles en la doctrina social de la Iglesia

Conviene que hoy os preocupéis por intensificar cada vez más la formación de los fieles en la doctrina social de la Iglesia y en una reflexión filosófica seria, sobre todo la de los jóvenes, que se preparan para desempeñar cargos importantes en puestos de decisión en el seno de la sociedad; deberán esforzarse por difundir los valores evangélicos y los fundamentos antropológicos seguros en los diferentes ámbitos de la vida social (n. 5).

- Invitación a los jóvenes

Invito a los fieles de vuestro país (...) a encontrar en su vida espiritual y eclesial la fuerza para participar en la “res publica”, y para dar nuevo impulso a la vida social y una esperanza renovada a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. “Podemos pensar, con razón, que la suerte futura de la humanidad está en manos de aquellos que sean capaces de transmitir a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar” (GS, 31) (n.6).

- Relaciones entre la Iglesia y el Estado

Desde esta perspectiva, las relaciones y la colaboración confiada entre la Iglesia y el Estado no pueden por menos de tener efectos positivos para construir juntos lo que el Papa Pío XII ya definía como “legítima y sana laicidad”, que, como recordé en la exhortación “Ecclesia in Europa”, no ha de ser un “tipo de laicismo ideológico o separación hostil entre las instituciones civiles y las confesiones religiosas” (n.117). Así, las fuerzas sociales, en lugar de ser antagonistas, estarán cada vez más al servicio de toda la población que vive en Francia (n.6).

- El reconocimiento de la dimensión religiosa de la vida

Reconocer la dimensión religiosa de las personas y de los componentes de la sociedad francesa significa querer asociarla a las demás dimensiones de la vida nacional, para que aporte su dinamismo a la edificación social y para que las religiones no tiendan a refugiarse en un sectarismo que podría representar un peligro para el Estado mismo. La sociedad debe poder admitir que las personas, respetando a los demás y las leyes de la República, puedan manifestar su pertenencia religiosa. En caso contrario, se corre siempre el riesgo de un aislamiento de identidad y sectario, y del aumento de la intolerancia, que no pueden menos de entorpecer la convivencia y la concordia en el seno de la nación (n.6).

- La intervención de los cristianos en la vida pública

En razón de vuestra misión, estáis llamados a intervenir regularmente en el debate público sobre las grandes cuestiones de la sociedad. De igual modo, en nombre de su fe, los cristianos, personalmente o en asociaciones, deben poder tomar públicamente la palabra para expresar sus opiniones y manifestar sus convicciones, aportando así su contribución a los debates democráticos, interpelando al Estado y a sus conciudadanos sobre sus responsabilidades de hombres y mujeres, especialmente en el campo de los derechos fundamentales de la persona humana y del respeto de su dignidad, del progreso de la humanidad –que no puede buscarse a cualquier precio-, de la justicia y de la equidad, así como de la conservación del planeta, sectores que comprometen el futuro del hombre y de la humanidad, y la responsabilidad de cada generación. A esta condición, la laicidad, lejos de ser lugar de enfrentamiento, es verdaderamente el espacio para un diálogo constructivo, con el espíritu de los valores de libertad, igualdad y fraternidad (...) (n.6) (24d).

La Parroquia en la Iglesia Diocesana

*** Homilía de Juan Pablo II en la Parroquia de San Gregorio Magno de Roma (18-II-1979).**

El Santo Padre se pregunta: “qué significa “parroquia?” Y él da la respuesta: “parroquia quiere decir: la presencia de Cristo entre los hombres. Parroquia quiere decir un conjunto de personas, quiere decir una comunidad en la que y con la que Jesucristo reconfirma la presencia de Dios. La parroquia es una parte viva del Pueblo de Dios”.

Sería muy largo presentar aquí todo lo que dice el Santo Padre sobre la parroquia. Les ofrezco solamente los titulares que el Papa ha escrito sobre la Parroquia, sin expresar el lugar literario concreto en que se encuentran. De todos modos, en los documentos siguientes podrán descubrir estas descripciones de la Parroquia que nos ofrece Juan Pablo II.:

- “el centro y principio de la parroquia es Cristo”
- “centro propulsor de la vida cristiana (...), de la catequesis”
- “comunidad de los que oran” y “escuela de oración”; “la oración y el culto son el centro de la vida parroquial” (cf. SC 10)
- “comunidad de, esperanza y amor”
- “centro de fe y de comunión; “lugar donde los cristianos se conocen y se sienten hermanos en camino hacia la patria eterna;
- “la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad”; “casa de familia, fraterna y acogedora”
- “está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística”.
- “tiene la gran responsabilidad de formar cristianos convencidos”; “no está replegada sobre sí misma, sino dinámicamente dedicada al anuncio misionero del Evangelio”.
- “no se basta a sí misma; pero es un órgano indispensable de la vida de la Iglesia”
- “Los consejos parroquiales son un lugar ejemplar para la colaboración de los laicos con los sacerdotes, pastores de la grey en nombre de Cristo

*** Exhortación Apostólica Postsinodal: “Catechesis tradendae” (16 de octubre de 1979).**

- La parroquia animadora de la catequesis. “Aunque es verdad que se puede catequizar en todas partes, quiero subrayar -conforme al deseo de muchísimos obispos- que la comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado.(...) El realismo y la cordura piden, pues, continuar dando a la parroquia, si es necesario, estructuras más adecuadas y sobre todo un nuevo impulso gracias a la integración creciente de miembros cualificados, responsables y generosos.

- La parroquia ha de formar auténticos catequistas. “Toda parroquia importante y toda agrupación de parroquias numéricamente más reducidas tienen el grave deber de formar responsables totalmente entregados a la animación catequética -sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares-, de prever el equipamiento necesario para una catequesis bajo todos sus aspectos, de multiplicar y adaptar los lugares de catequesis en la medida que sea posible y útil, de velar por la cualidad de la formación religiosa y por la integración de distintos grupos en el cuerpo eclesial.

- La parroquia, casa de familia. “La parroquia debe encontrar su vocación, el ser una casa de familia, fraternal y acogedora, donde los bautizados y los confirmandos toman conciencia de ser Pueblo de Dios. Allí, el pan de la buena doctrina y el Pan de la Eucaristía son repartidos en abundancia en el marco de un solo acto de culto; desde allí son enviados cada día a su misión apostólica en todas las obras de la vida del mundo” (n.67).

*** Homilía en la Parroquia de Orcasitas (Madrid. 3-XI-1982)**

- La parroquia se solidariza con los problemas de los hombres

Sé que esta parroquia se ha ido formando gradualmente con habitantes venidos de diversos lugares. Conozco asimismo vuestros esfuerzos en cuanto trabajadores. Mi gran deseo es que crezca también vuestra vida de ciudadanos, y que se hagan realidad las ilusiones que os han animado a venir, y las mejoras con que soñáis y a las que tenéis pleno derecho. Al mismo tiempo me hago cargo de los numerosos y graves problemas que se plantean en un barrio nuevo, y casi siempre con penosas consecuencias no sólo de orden laboral, sino también familiar, religioso y moral.

“No me encuentro con vosotros simplemente ante un templo, sino en una parroquia y, en cuanto tal, estáis llamados a formar una sola cosa en Cristo, y obligados a testimoniar vuestra vocación comunitaria.

- ¿Qué es una parroquia?

“Una parroquia es una comunidad de hombres que, por el bautismo, están personal y socialmente conectados al sacerdocio de Cristo: a la dedicación plena que Cristo hizo de sí mismo al culto y alabanza de Dios, Creador y Padre. Vosotros una parroquia ante todo, gracias al hecho de que Cristo está aquí; en medio de vosotros, con vosotros, en vosotros. Vosotros sois parroquia porque estáis unidos a Cristo, de modo especial gracias al memorial de su único sacrificio ofrecido en el propio cuerpo y sangre en la cruz.; que se hace presente y se renueva en la Iglesia como el sacrificio sacramental del pan y del vino. Este sacrificio eucarístico traza el constante ritmo de la vida de la Iglesia, también de vuestra parroquia. ¡Centrad vuestras actividades parroquiales en la sagrada Eucaristía, en el encuentro personal con Cristo, perenne huésped nuestro! Deseo, en especial, recordaros la necesidad de que participéis en la santa misa los domingos y días festivos.

- La unión con Jesús en la Eucaristía os fortalecerá

La unión con Jesús en la Eucaristía influirá en vuestra vida y enriquecerá vuestra parroquia, pues la comunidad cristiana crece y se consolida gracias al testimonio de vida que sus miembros saben ofrecer. A este respecto, es fundamental que los padres den en sus familias un ejemplo de vida coherente y que los miembros de los varios grupos y asociaciones sepan ser buenos discípulos de Cristo, generosos con todos, incluso con aquellos que se muestran refractarios al mensaje cristiano. Particular importancia tiene el compromiso de caridad hacia aquellos que, por una u otra razón, se hallan en necesidad. Los pobres, las personas enfermas, los ancianos, los minusválidos, representan otras tantas “llamadas” con las que Dios pulsa a la puerta de vuestro corazón. (...).

- La unidad eclesial

“Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (cf. Ef.4,5).(...) Papel privilegiado de la parroquia es mantener y hacer visible esta unidad. Ella ha de ser acogedora para todos, colaborando a la unidad de todo el género humano. Nadie ha de sentirse extraño entre vosotros. Reflejad en todas las manifestaciones de la vida parroquial que, como porción de la Iglesia, sois instrumentos de unión con Dios y de unidad entre los hombres. No hay más que una Iglesia de Jesucristo, la cual es como un gran árbol en el que estamos injertados. Se trata de una unidad profunda, vital, que es don de Dios. No es solamente ni sobre todo unidad exterior; es un misterio y un don. Sería empeño inútil e injusto pretender la unidad a nivel de pequeña comunidad mientras en ella se descuidase la unidad profunda en la fe, en los sacramentos de la fe, en la caridad. Es en Cristo, cabeza de la Iglesia, en su doctrina, en sus sacramentos, en sus mandatos, en la unión con Cristo donde se realiza y de donde dimana la unidad.

La gracia de Cristo sigue llegando sin cesar a través de la Iglesia visible. Recordáis bien cómo el Señor indica sus apóstoles: “Quien a vosotros oye, a mí me oye” (Lc.10,16), y entrega a Pedro y a los apóstoles la potestad de atar y desatar (cf. Mt.16,18; 18,18).

La unidad se manifiesta, pues, en torno a aquel que, en cada diócesis, ha sido constituido pastor, el obispo. Y en el conjunto de la Iglesia se manifiesta en torno al Papa, sucesor de Pedro, -principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, así de los obispos como de los fieles” (LG 23)-. Otra forma de proceder, bien sea personalmente, bien en grupo, no sería otra cosa que desgajarse de la vida (cf. Jn.15,1-6). Vivid, pues, con delicada fidelidad lo que prescribe la autoridad eclesiástica, evitando particularismos que separen y pueden romper la comunión con la Iglesia.

*** Mensaje para la XXIII Jornada Mundial de las Vocaciones (enero-1986).**

La parroquia ha de estar abierta a todos y, por ello, ha de acoger a todos, sin excluir ni despreciar a nadie, ya que “ella es el lugar natural de las familias, de las auténticas comunidades de base, de los diversos movimientos, grupos y asociaciones” .

*** Discurso de Juan Pablo II en Melbourne (Australia); 28-XI-1986)**

Un día Juan Pablo II afirmó: “El Papa no podía permanecer prisionero del Vaticano. Debía volver a ser nuevamente el Papa peregrino” (Homilía en Varsovia (Polonia); 2-VI-1979).

Fiel a esta orientación peregrina y misionera de su Ministerio Petrino, Juan Pablo II se encuentra en Australia para anunciar a Jesucristo y revitalizar la Iglesia que camina hacia la Casa del Padre por esas tierras australianas. Les dice: “Toda comunidad cristiana tiene que ser más vivamente consciente de que Cristo está vivo en medio de ella. Por eso la oración y el culto son el centro de la vida parroquial” (cf. SC 10).

*** Discurso a los obispos de Lombardía en la visita “ad limina” (Febrero-1987).**

El Santo Padre les dirige su palabra de pastor universal y les dice: “La Iglesia muestra verdaderamente en la parroquia la maternidad dirigida a todos, sin criterios exclusivos de élite, y comprometiéndose a ser una convencida y confiada educadora de cristianos cada vez más abiertos al Espíritu; acontece así que la parroquia con su misión ejerce un influjo fundamental al suscitar en la Iglesia formas de esa “santidad popular” que constituye uno de los tesoros más apreciables de nuestras poblaciones cristianas. (...) De esta forma, puede decirse que la parroquia, además de ser una porción de la grey, es también “humus primordial”, en el que el Espíritu Santo actúa para que crezca la “ mies”, para construir el “edificio” ininterrumpidamente y para llevar al “cuerpo” la plenitud de la edad adulta”.

Añade además que “la comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado. (...) Toda parroquia importante y toda agrupación de parroquias numéricamente más reducidas tienen el grave deber de formar responsables totalmente entregados a la animación catequética...de prever el equipamiento necesario para una catequesis bajo todos sus aspectos, de multiplicar y adaptar los lugares de catequesis en la medida que sea posible y útil, de velar por la cualidad de la

formación religiosa y por la integración de distintos grupos en el cuerpo eclesial” (L’Osservatore Romano”, marzo 1987).

*** Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici” (30-X-1988).**

El Santo Padre expone en este Documento la semblanza de la parroquia de forma amplia. Nuestra intención es ofrecer lo más importante y significativo de estas enseñanzas.

- ¿Qué es la Parroquia?

“Es necesario que todos volvamos a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia; o sea, el “misterio” mismo de la Iglesia presente y operante en ella...La parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio: ella es “la familia de Dios como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad”, es “una casa de familia fraterna y acogedora”, es la “comunidad de los fieles” (n.26).

“En definitiva, la parroquia está fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística. Esto significa que ella es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía en la que se encuentra la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia. Tal idoneidad radica en el hecho de ser la parroquia una comunidad de fe y una comunidad orgánica, es decir constituida por los ministros ordenados y por los demás cristianos, en la que el párroco - que representa al Obispo diocesano- es el vínculo jerárquico con toda la Iglesia particular” (n.26) (...)

“La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. La Parroquia es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas. Es necesario que todos volvamos a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia: o sea, el “misterio” mismo de la Iglesia presente y operante en ella” (n. 26).

“En cada diócesis, la parroquia sigue siendo el lugar ordinario donde los fieles se reúnen para crecer en la fe, para vivir el misterio de la comunión eclesial y para participar en la misión de la Iglesia” (Exhortación: “Ecclesia in Asia” n.25; 1999).

Por todo ello, podemos afirmar que la parroquia es un lugar privilegiado de transmisión y celebración de la fe y de experiencia de comunión. Ella

constituye el entramado básico de la vida de cada Iglesia, donde los fieles pueden encontrar cauces naturales de participación eclesial.

- La Parroquia y la Iglesia Particular

“La parroquia es una célula viva de la Iglesia particular, en ella viven los cristianos la comunión de fe, de culto y de misión con la Iglesia diocesana y, a través de ésta, con todo el cuerpo de las Iglesias” (cf. SC 42).

“La parroquia es una unidad pastoral de primer orden. En ella aparece eminentemente la dimensión local, concreta y cercana de la eclesialidad. Presidida por un presbítero que asiste al obispo como colaborador, es una realización legítima de la Iglesia. Nos parece que la territorialidad de la parroquia, aunque con la flexibilidad oportuna, conserva su importancia (...).

“La parroquia puede ser la matriz de grupos diversos y de pequeñas comunidades que la vida de la Iglesia reclame y el servicio de los hombres aconseje. La Eucaristía dominical de la parroquia es la suprema realización de esa agrupación local de cristianos.

- Misión indispensable de la Parroquia

“La antigua y venerada estructura de la parroquia tiene una misión indispensable y de gran actualidad; a ella corresponde crear la primera comunidad del pueblo cristiano; iniciar y congregar al pueblo en la normal expresión de la vida litúrgica; conservar y reavivar la fe en la gente de hoy; suministrarle la doctrina salvadora de Cristo; practicar en el sentimiento y en las obras la caridad sencilla de las obras buenas y fraternas” (ChFL n.26). La parroquia ha de permanecer fiel a su originaria vocación y misión que es ser en el mundo el “lugar” de la comunión de los creyentes y, a la vez, “signo e instrumento” de la común vocación de la comunión; en una palabra, ser la casa abierta a todos y al servicio de todos, o, como prefería llamarla el Papa Juan XXIII, ser “la fuente de la aldea”, a la que todos acuden para calmar su sed” (n.27).

La acción evangelizadora: “Los fieles laicos tienen su parte que cumplir en la formación de tales comunidades eclesiales, no sólo con una participación activa y responsable en la vida comunitaria y, por tanto, con su insustituible testimonio, sino también con el empuje y la acción misionera entre quienes todavía no creen o ya no viven la fe recibida en el Bautismo” (n.34).

La atención a los enfermos. “El hombre que sufre es camino de la Iglesia porque, antes que nada, es camino del mismo Cristo, el Buen Samaritano que no pasó de largo, sino que tuvo compasión y acércándose,

vendió sus heridas y cuidó de él” (n.53). La acción pastoral de la parroquia para los enfermos procura “sostener y promover atención, cercanía, presencia, escucha, diálogo, participación y ayuda concreta para con el hombre, en momentos en que la enfermedad y el sufrimiento ponen a dura prueba no sólo su confianza en la vida, sino también su misma fe en Dios y en su amor de Padre” (n.54). Esta acción a favor de los enfermos y sufrimientos debe ser realizada no sólo por el sacerdote sino también por toda la comunidad parroquial. El momento cumbre de esta atención y solicitud por los enfermos esta constituido sin duda alguna por los sacramentos de la Comunión, de la Unción y del Viático. El Santo Padre da un paso más en su Exhortación al afirmar que la Comunidad parroquial ha de “considerar al enfermo, al minusválido, al que sufre, no simplemente como término del amor y del servicio de la Iglesia, sino más bien como sujeto activo y responsable de la obra de la evangelización y de salvación” (n.54). En efecto, “ el sufrir puede tener también un significado positivo para el hombre y para la misma sociedad, llamado como está a convertirse en una forma de participación en el sufrimiento salvador de Cristo y en su alegría de resucitado,y, por tanto, en una fuerza de santificación y edificación de la Iglesia” (n.54).

- La parroquia y el apostolado comunitario

La parroquia ofrece un ejemplo luminoso de apostolado comunitario, fundiendo en la unidad todas las diferencias humanas que allí se dan e insertándolas en la universalidad de la Iglesia. “Los laicos han de habituarse a trabajar en la parroquia en íntima unión con sus sacerdotes, a exponer a la comunidad eclesial sus problemas y los del mundo y las cuestiones que se refieren a la salvación de los hombres, para que sean examinados y resueltos con la colaboración de todos; a dar, según su propias posibilidades, su personal contribución en las iniciativas apostólicas y misioneras de su propia familia eclesial” (ib. 27) (24e). Juan Pablo II habla en esta Exhortación de los Consejos naturales parroquiales, entre los que cabe destacar el Consejo Pastoral Parroquial, la Junta Económica, los Equipos de trabajo, y otros.... que son “organismos de comunión y de corresponsabilidad orgánica”, expresión de comunidades vivas y participativas. Hemos de insistir también en los Ministerios Laicales.

*** Homilía en la Isla de la Reunión (1-V-1989)**

“La parroquia que se presenta como la Iglesia plantada entre las casas de los hombres, ofrece la posibilidad de experimentar y cultivar, cada día, unas relaciones más fraternas entre fieles de orígenes y situaciones diversas. Es el primer lugar para la celebración comunitaria de la presencia del Señor reconocida desde la fe. Es polo de apostolado y despierta el impulso

misionero hacia los no creyentes y los malos creyentes. Está abierta a todos, al servicio de todos, o, por tomar palabras de Juan XXIII, es “la fuente de la aldea” a la que todos vienen a saciar su sed”.

*** Encíclica “Ut unum sint” (25 de mayo de 1995)**

Juan Pablo II, que tiene la solicitud por todas las Iglesias, manifiesta que “la Iglesia está llamada a liberarse de todo apoyo puramente humano, para vivir en profundidad la ley evangélica de las Bienaventuranzas. Consciente de que “la verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas” (DH,1), sólo pide la libertad de anunciar el Evangelio en todos los lugares. En efecto, su autoridad se ejerce en el servicio de la verdad y de la caridad” (n.3).

En este sentido, el Papa manifiesta que “la Iglesia sabe que, en virtud del apoyo que le viene del Espíritu, las debilidades, las mediocridades, los pecados y a veces las traiciones de algunos de sus hijos, no pueden destruir lo que Dios ha infundido en ella en virtud de su designio de gracia” (n.11).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los obispos de Italia con ocasión de la LII Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana (14- XI-2003).**

- La parroquia representa a la Iglesia establecida en el mundo

“La parroquia es como “Iglesia que vive entre las casas de los hombres”. La Parroquia ha de hacer posible y, en cierto sentido, fácil y espontánea para toda persona y familia la participación en la vida de la Iglesia. En efecto, las parroquias “de alguna manera representan a la Iglesia visible establecida por todo el orbe” (SC 42).

- La parroquia como una familia

Importará especialmente que las parroquias mantengan ese particular estilo “familiar” que las caracteriza y que hace de ellas, por así decirlo, grandes “familias de familias”; de esta forma, serán un ambiente de vida cálido y acogedor y podrán aportar una gran contribución a la defensa y promoción de esa realidad valiosa e insustituible pero hoy, por desgracia, continuamente amenazada que es la familia (n.2).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la 53ª Asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana (20-mayo-2004).**

Juan Pablo II dirige su palabra a los Obispos de Italia alentándolos en sus reflexiones sobre la Parroquia.

“En esta vuestra asamblea General habéis continuado la reflexión sobre la parroquia (...) con vistas a conseguir propuestas compartidas para la necesaria renovación, en la perspectiva de la nueva evangelización, de esta fundamental realidad eclesial. Especialmente en Italia, la parroquia asegura la constante y diligente cercanía de la Iglesia a toda la población, de cuyas necesidades espirituales se encarga, sin dejar de interesarse con frecuencia también de muchas otras necesidades, para ofrecer a cada uno la posibilidad de un camino de fe que lo introduzca más profundamente en la vida de la Iglesia y haciéndolo partícipe de su misión apostólica” (n.2) (24f).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos (25-XI- 2004).**

En este año dedicado a la Eucaristía, el Santo Padre se pregunta: ¿cómo no recordar que la Eucaristía es el corazón palpitante de la parroquia, fuente de su misión y presencia que continuamente la renueva? En efecto, es la parroquia “comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio eucarístico” (EdE, 32).

*** Discurso de Juan Pablo II al duodécimo grupo de obispos de los Estados Unidos con ocasión de su visita “ad limina”” (26-XI-2004).**

- Intensificar la pastoral parroquial

Dada la importancia histórica que tiene la parroquia en la Iglesia en Estados Unidos, un objetivo fundamental de vuestro gobierno debería ser estimular y coordinar a actividad pastoral realizada en la gran red de parroquias e instituciones relacionadas con ellas que constituyen la Iglesia local. De hecho, la parroquia es “una comunidad eminente entre todas las demás presentes en la diócesis” y “el obispo es el primer responsable de esta comunidad y, por tanto, debe cuidar sobre todo de ella” (“Pastores Gregis”, 45). (n.3).

- La parroquia, lugar privilegiado de comunión y participación

La parroquia es, y debería ser, el lugar privilegiado donde los fieles se encuentran y son invitados a participar plenamente en la vida y misión de la Iglesia. La diócesis siempre debería entenderse como una realidad que existe en sus parroquias y por ellas.

Por esta razón, la renovación de la vida eclesial al servicio de la nueva evangelización debería empezar precisamente con la revitalización de la comunidad parroquial, centrada como está en la predicación del Evangelio y la celebración de la Eucaristía.

El obispo ha de desempeñar un papel indispensable en esta revitalización, promoviendo autorizadamente la enseñanza de la Iglesia y proponiendo un plan pastoral unificado, capaz de inspirar y dirigir el apostolado tanto del clero como de los laicos.

Es necesario ayudar a los párrocos no sólo a “construir una comunidad”, sino también a definir cada vez más plenamente los objetivos a los que su gobierno debería tender, siempre en comunión con la Iglesia particular y universal.

Asimismo es necesario exhortar a los fieles laicos a comprender y ejercer su propio “munus regale” al servicio del Reino de Dios (cf. LG 31). Es decir, hace falta impulsar a toda la comunidad cristiana a pasar “de la misa a la misión” (“Dies Domini”, 45), en busca de la santidad y al servicio de la nueva evangelización” (n.3) (24g).

E) Defensor de la dignidad del ser humano”

“La proclamación en los areópagos del mundo de la dignidad y de los derechos de la persona humana, del hombre y de la mujer, de los niños recién nacidos y por nacer, de la familia, así como de la fraternidad que ha de unir a todos los hijos de Dios...han resultado una verificación ejemplar de la evangelización. El mensaje de Juan Pablo II, propuesto siempre sin imposición ni injerencia alguna, sino con el valor profético y explícito del Evangelio y de la doctrina moral y social de la Iglesia que de él se deduce, ha llegado a contribuir de modo decisivo a la más justa configuración social de muchos países” (24h).

El Papa amó a la humanidad. En Jesucristo amaba a todo ser humano sin distinción. Juan Pablo II asumió la causa del hombre, defendió siempre la dignidad de todo hombre y cargó sobre sus hombros de Pastor bueno al hombre necesitado, pobre, marginado, herido. Ha pedido a gritos que es necesario globalizar la solidaridad para acabar con el hambre y la miseria, la exclusión y el abandono en nuestro mundo...

“En Varsovia, en la plazas donde el régimen comunista celebraba sus grandes manifestaciones, le escuché decir: “No se puede excluir a Cristo de la historia del. Hacerlo es cometer un acto contra el hombre”. Cuando tomaba al hombre así, en su unidad viviente y sin truncar su dimensión religiosa, no era posible que las muchedumbres se confundieran (...) Se puede decir que ha sido el portavoz de la conciencia humana en estado puro. Al defender al hombre en su verdad y en su plenitud en Cristo, ha revelado al hombre a sí mismo. Y se comprende que los no cristianos se hayan impresionado ante un Papa así, “seguro de sí” -como dijo uno de ellos-, “porque está seguro de Aquél de quien saca toda su fuerza” (Card. Roger Etchegaray).

a) Defensor del ser humano:

El Santo Padre ha sido un declarado defensor del ser humano, de su valor y dignidad, porque Dios mismo es el defensor y el garante de la dignidad de todos y cada uno de los seres humanos, especialmente de los más indefensos, desvalidos, olvidados, excluidos... En sintonía con las enseñanzas del Concilio Vaticano II en su Constitución Pastoral sobre la Iglesia “*Gaudium et Spes*”, Juan Pablo II ha insistido de forma intensa y continuada en la dignidad del hombre y de la mujer frente a todo intento de tratarlo como un elemento anónimo de la sociedad, de reducirlo a un objeto o a una cosa, de manipularlo como si fuera un instrumento de producción, de consumo....

El Card. Carlos Amigo escribe: “Juan Pablo II ha tenido siempre la osadía de defender a la persona en toda su dignidad humana y como hijo de Dios. Esta era su gran batalla. (...) Juan Pablo II nos enseñó a caminar junto al hombre en el esfuerzo permanente por su liberación y salvación, ayudándole a redimirse de los espejismos de engañosas esperanzas que le conducen a esclavizantes consumismos de bienes, ideas, fórmulas, religiones, comportamientos, modas, proyectos... sin que asuma y digiera nada que dé consistencia a su vida personal y social. Está entre las cosas, ávido de ellas, pero no sabe sacar el fruto de la verdad, porque le falta reflexión, detenimiento, asimilación y formación de hábitos de estudio crítico” (Card. Carlos Amigo).

El Card. Paul Poupard, por su parte, ha puesto de relieve la gran preocupación de Juan Pablo por el ser humano, por todo ser humano, a lo largo de todo su pontificado, incluso cuando estaba gravemente enfermo y, en consecuencia, muy limitado:

“En el centro de la cultura se halla el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, pues no hay cultura que no sea del hombre y para el hombre. Para Juan Pablo II la persona humana constituye el eje vertebrador de su pensamiento, primero como teólogo y arzobispo de Cracovia, y como Sumo Pontífice después. (...) El Santo Padre, desarrollando la doctrina conciliar, afirma en su primera encíclica que “el hombre es el camino de la Iglesia” (RH 14), el hombre creado a imagen y semejanza de Dios y redimido en Cristo; el hombre, única criatura que Dios ha amado por sí mismo, centro y señor de la creación, artífice de la cultura, del arte, de la ciencia y la técnica, capaz de verdad, de bien y de belleza. El hombre, pues, íntegro, cuerpo y alma, razón y sentimiento, todo el hombre y todo hombre, se sitúa en el centro de su pensamiento Y esta visión del hombre constituye para la Iglesia el fundamento de la defensa de la vida, de toda vida humana, desde su concepción hasta su muerte natural, comprendido cuanto se desarrolla entre estos dos extremos. (...)”

* En tierras de Méjico

El Santo Padre grita a favor de todo ser humano: “Clamamos nuevamente: ¡respetad al hombre! Él es imagen de Dios! ¡Evangelizad para que esto sea una realidad! Para que el Señor transforme los corazones y humanice los sistemas políticos y económicos, partiendo del empeño responsable del hombre” (24i). En su primer viaje a México, dirigió un discurso a los Obispos latinoamericanos reunidos en el III Conferencia General, en Puebla de los Ángeles (28-I-1979) proponiéndoles como tarea fundamental predicar la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la misión de Iglesia.

* En tierras de Guatemala,

Juan Pablo II manifestó: “la fe nos enseña que el hombre es imagen y semejanza de Dios; eso significa que está dotado de una inmensa dignidad y que cuando se violan sus derechos, cuando se cometen contra él flagrantes injusticias, cuando se le somete a las torturas, cuando se le violenta con el secuestro o se viola el derecho a la vida, se comete un crimen y una gravísima ofensa a Dios. Entonces Cristo vuelve a recorrer el camino de la pasión y sufre los horrores de la crucifixión en el desvalido y oprimido...Recordad que todo hombre es vuestro hermano y convertíos en respetuosos defensores de su dignidad” (25).

* En tierras de Cuba,

El Santo Padre anima y alienta a los Obispos a continuar su servicio de defensa y promoción de la dignidad humana, predicando con perseverante empeño que “realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (GS 22) (25a).

* En tierras de Portugal

Juan Pablo II afirma: “peregrinando en el nombre y por amor a Cristo, Redentor del hombre y centro del cosmos y de la historia, en estos viajes me siento siempre portador de un mensaje sobre el hombre, con toda su verdad”.

En conformidad con este criterio, El Santo Padre afirma:

“Siempre será grato a los hombres buena voluntad cuanto se haga por la nobilísima causa del hombre:

- para facilitar a cada hombre ser más hombre, con el esfuerzo de superar la división que sufre en sí mismo, desde el momento en que se siente, de una parte, ilimitado en sus deseos y aspiraciones a una vida superior, y, de otra, coartado por las múltiples necesidades de su existencia

- para ayudar a los más pobres, los marginados y golpeados por la miseria y frustraciones de diversa especie...

- para asistir a quienes se ven forzados a escoger el “mal necesario” de la emigración. (...) (25b).

Por todo ello, Mons. Ricardo Blázquez afirma: “La dignidad del hombre, de todo hombre y mujer, en cualquier situación de la vida, desde el comienzo hasta el final, ha sido defendida tenazmente por el Papa. La dignidad del hombre arraiga en su condición de creado a imagen y semejanza de Dios; además la naturaleza humana ha sido enaltecida hasta una dignidad sublime, ya que “el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22); de esta manera Jesucristo revela a Dios Padre y revela también al propio hombre. (...) Juan Pablo II “ha reivindicado la libertad auténtica, inseparable de la verdad y la responsabilidad, para todos los hombres y en todos los rincones del mundo”.

*** Discurso pronunciado en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en el Seminario Palafoxiano de Puebla de los Ángeles, 28-I-1979.**

Después de haber hablado sobre la verdad de Cristo y de la Iglesia, el Santo Padre habla también “sobre la verdad del hombre”, cuya dignidad siempre ha defendido y promovido. Veamos lo que nos dice en este discurso.

- Cristo revela la dignidad del ser humano

Con el Concilio Vaticano II, Juan Pablo II proclama que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (GS 22).

La iglesia posee, gracias al Evangelio, la verdad sobre el hombre. Ésta se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y comunicar. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre como imagen de Dios, irreducible a una simple parcela de la naturaleza, o a un elemento anónimo de la ciudad humana (cf. GS 12 y 14). En este sentido, escribía San Ireneo: “la gloria del hombre es Dios, pero el receptáculo de toda acción de Dios, de su sabiduría, de su poder es el hombre” (Tratado contra las herejías”, 1.3; 20.2-3) (Puebla, n.2394).

- La Iglesia proclama la verdad sobre el hombre en nuestro mundo

Frente a tantos humanismos, frecuentemente cerrados en una visión del hombre estrictamente económica, biológica o psíquica, la Iglesia tiene el derecho y el deber de proclamar la Verdad sobre el hombre, que ella recibió de su maestro Jesucristo. Ojala no impida hacerlo ninguna coacción externa. Pero, sobre todo, ojalá no deje ella de hacerlo por temores o dudas, por haberse dejado contaminar por otros humanismos, por falta de confianza en su mensaje original (ib. n.2396).

- La verdad completa sobre el hombre y la Doctrina social de la Iglesia

Esta verdad completa sobre el ser humano constituye el fundamento de la enseñanza social de la Iglesia, así como es la base de la verdadera liberación. A la luz de esta verdad, no es el hombre un ser sometido a los procesos económicos o políticos, sino que esos procesos están ordenados al hombre y sometidos a él (ib. n.2398).

*** Encíclica “Redemptor hominis” (1979)**

El hombre, camino de la Iglesia: “La Iglesia no puede abandonar el hombre, cuya “suerte”, es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están tan estrecha e indisolublemente a Cristo. Y se trata de cada hombre de este planeta (...) Este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención” (...) Este hombre es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia, porque el hombre (...) ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre (...) se ha unido de algún modo (...) Cristo” (n. 14).

El miedo atenaza al hombre. Al hablar del hombre, Juan Pablo II pone de relieve que “el hombre vive cada vez más en el miedo. Teme que sus productos, naturalmente no todos y no la mayor parte, sino algunos, (...) puedan ser dirigidos de manera radical contra él mismo; teme que puedan convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable, frente a lo cual todos los cataclismos y las catástrofes de la historia que conocemos parecen palidecer” (n.15).

La causa del miedo del hombre. No es suficiente manifestar que el miedo atenaza al hombre; hay que abordar también la causa de ese miedo. Y es lo que hace el Papa: “¿Por qué razón este poder, dado al hombre desde el

principio (...) se dirige contra sí mismo, provocando un comprensible estado de inquietud, de miedo consciente o inconsciente, de amenaza...?”. Escuchemos y meditemos las enseñanzas del papa: “El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética. Mientras tanto, éste último parece, por desgracia, haberse quedado atrás. Por esto, este progreso (...) no puede menos de engendrar múltiples inquietudes. La primera inquietud se refiere a la cuestión esencial (...): ¿este progreso, cuyo autor y fautor es el hombre, hace la vida del hombre más humana?, ¿la hace más digna del hombre? (...) El hombre en cuanto hombre, ¿se desarrolla y progresa, o por el contrario retrocede y se degrada en su humanidad?” (n.15). La Iglesia no puede volver la espalda a estos interrogantes que todos o la mayor parte de los hombres se hace nya que la Iglesia considera su solicitud por el hombre como un elemento esencial de su misión.

¿Dónde está la raíz del miedo del hombre? Juan Pablo II manifiesta que la causa del miedo del hombre está en que se acepta por lo general que “el progreso consiste en tener más, en el valer más, en el poder más; y se ha olvidado que el progreso consiste en ser más (cf. n.15). Además el Santo Padre nos muestra que “el sentido esencial de la “realeza” y del “dominio” del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador, consiste en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia” (n.16). Prosigue el Papa afirmando: “ se trata del desarrollo de las personas y no solamente de la multiplicación de las cosas, de las que los hombres puedan servirse. Se trata no tanto de “tener más” cuanto de “ser más” (n.16).

El hombre no puede vivir sin amor. Juan Pablo II conoce al hombre en su hondura esencial, por eso dice estas hermosas palabras hablando del ser humano: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no hace suyo, si no participa de él vivamente” (n.10).

Jesucristo, Redentor del hombre. Si la verdad del hombre en su plenitud y profundidad sólo se manifiesta y revela en Jesucristo (cf. GS 22), hemos de decir con claridad que abordar la antropología reclama la contemplación de Jesucristo. Por eso, afirma el Papa: “hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él nosotros queremos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: “¡Señor! ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn.6,68). Jesucristo nos orienta al Padre. La visión auténtica y completa del hombre es, pues, la que define al hombre como “autonomía teónoma”. Carlos Díaz escribe en este

sentido: “La antropología de la “Redemptor Hominis” es una antropología cuya explicación se encuentra en la cristología” (C. Díaz: “La antropología en la encíclica “Redemptor Hominis” en “AA.VV.: Cristo, Redentor del hombre”; Secretariado Trinitario. Salamanca. 1986; 13-34).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Organización de Estados Americanos; 6-X-1979**

“Cuando se habla de derecho a la vida, a la integridad física y moral, a la alimentación, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la participación responsable en la vida de la nación, se habla de la persona humana. Es esta persona humana la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta. Sin vivienda y sin trabajo dignos, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad y sin voz para hacer sentir sus angustias. Es necesario dar un impulso nuevo a la magna causa del desarrollo integral y deben hacerlo justamente aquellos que, de una forma u otra, están ya gozando de estos bienes; y que deben ponerse al servicio de todos los que -y son tan numerosos en vuestro continente- están privados de estos mismos bienes de forma a veces dramática” (n.5).

*** Homilía en Turín (Italia); 13-IV-1980**

“La razón última para que el hombre viva, respete y proteja la vida del hombre está en Dios. Y el fundamento último del valor y dignidad del hombre, del sentido de su vida, es el hecho de que es imagen y semejanza de Dios”.

*** Discurso a los jóvenes en París (Francia); 1-VI-1980**

“Sí, sin Dios el hombre pierde la clave de sí mismo, pierde la clave de su historia. Porque desde la Creación lleva en sí la semejanza de Dios”.

*** Alocución al Presidente y otras autoridades de la República de Brasil (30-Junio-1980).**

“Quiero, con la ayuda de Dios, ser portador de un mensaje y colaborar, en la parte humilde, pero indispensable que me concierne, a que se afirme en el mundo un auténtico sentido del hombre, no cerrado en un estrecho antropocentrismo, sino abierto a Dios.

Pienso en una concepción del hombre que no tengo miedo a decir: el hombre no puede renunciar a sí mismo ni al papel que le corresponde en el

mundo visible; el hombre no puede convertirse en esclavo de las cosas, de las riquezas materiales, del consumismo, de los sistemas económicos o de lo que él mismo produce; el hombre no puede ser esclavizado por ninguno ni por nada; el hombre no puede prescindir de la trascendencia -en último análisis Dios- sin amputaciones en su ser total; el hombre, finalmente, podría encontrar luz para entender su “misterio”, solamente en el misterio de Cristo” (n.4).

*** Homilía en Castelgandolfo (24-VII-1980)**

El Santo Padre se dirige a todos con estas palabras interpeladoras: “sin la luz de Cristo, todo se hace enigmático, oscuro, contradictorio, hasta absurdo, como confirman, desgraciadamente, tantas corrientes del agnosticismo contemporáneo”.

*** Encíclica “Laborem exercens” (14-IX-1981)**

Juan Pablo II da comienzo a esta encíclica con una cita muy significativa: “Si como he dicho en la Encíclica *Redemptor Hominis*, ubicada al principio de mis servicios en la sede romana de San Pedro, el hombre “es el camino primero y fundamental de la Iglesia” (n.14), y ello precisamente a causa del insondable misterio de la Redención de Cristo, entonces hay que volver sin cesar a este camino y proseguirlo siempre nuevamente en sus varios aspectos en los que se revela toda la riqueza y a su vez toda la fatiga de la existencia humana sobre la tierra”.

*** En la Exhortación Pastoral “Christifideles Laici” (30-XII-1988).**

Juan Pablo II defiende y promueve una vez más el respeto a la dignidad del hombre y de la mujer. Recordemos estos textos de esta Exhortación:

- “Redescubrir y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana constituye una tarea esencial; es más, en cierto modo es la tarea central y unificante del servicio que la Iglesia, y en ella los fieles laicos, están llamados a prestar a la familia humana...La dignidad personal es el bien más precioso que el hombre posee gracias al cual supera en valor a todo el mundo material...; es propiedad indestructible de todo ser humano” (n. 37).

- “A causa de su dignidad personal, el ser humano es siempre un valor en sí mismo y por sí mismo y como tal exige ser considerado y tratado. Y al contrario, jamás puede ser tratado y considerado como un objeto utilizable, un instrumento, una cosa...

- La dignidad personal constituye el fundamento de la igualdad de todos los hombres entre sí. De aquí que sean absolutamente inaceptables las más variadas formas de discriminación que, por desgracia, continúan dividiendo y humillando la familia humana” (n. 37).

- La dignidad personal es también el fundamento de la participación y la solidaridad de los hombres entre sí: el diálogo y la comunión radican, en última instancia, en lo que los hombres “son” antes y mucho más que en lo que ellos “tienen” (n. 37).

- El fundamento último de la dignidad humana: “el hombre ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza”. Además la naturaleza humana ha sido enaltecida hasta una dignidad sublime, ya que “el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22). El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor.

Tengamos presente que el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22). Tenía razón San Ireneo cuando decía: “la gloria del hombre es que el hombre viva; y la vida del hombre es la visión de Dios”.

*** Homilía en Antsiranana (Madagascar); 29-IV-1989**

Juan Pablo II en tierras de África vuelve a hablar del ser humano y de él afirma y enseña lo siguiente:

+ “El hombre conoce a Dios mediante el mundo creado(...). El Creador ha colocado al hombre, desde el inicio, en el centro del mundo visible a fin de que este hombre, creado como hombre y mujer, pueda conocer a Dios a través del testimonio de toda la creación”.

+ “El hombre no puede hacer nada más grande que dar gloria a Dios. (...) Y en el nombre de la creación proclama su gloria.

*** Homilía de Juan Pablo II en Rossetto (Italia): 21-V-1989.**

De nuevo Santo Padre enseña que el hombre puede conocer a Dios desde la creación: “El hombre se dirige a Dios mediante el mundo visible. (...) El mundo entero, tanto visible como invisible, habla de Dios al hombre. En el

mundo creado la inteligencia humana descubre la Sabiduría, que ha dado inicio a todo y lo penetra todo”.

b) Valedor del hombre.

Juan Pablo II manifiesta que “siempre me interesó el hombre desde el punto de vista de su ser personal” (26). En coherencia con su permanente compromiso de servicio al hombre y a la mujer, Juan Pablo II pide que la Iglesia sea buena samaritana y servidora de la humanidad: “El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión; él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención” (26a). Se trata del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza y redimido por Jesucristo; el hombre, única criatura que Dios ama por sí mismo, centro y señor de la creación.

Más aún el Santo Padre manifiesta que el servicio de la Iglesia al hombre incluye también orientarlo a Jesucristo, el Redentor y Salvador de la humanidad: “el cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la Humanidad hacia el misterio de Cristo” (26b).

*** Homilía en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cinta (España. Huelva; Cuarta Visita pastoral; 12 al 17 de Junio.1993).**

El Santo Padre aborda en esta homilía la tragedia que supone para el hombre el vivir como si Dios no existiese. Recordemos estas palabras:

“Es cierto que el hombre puede excluir a Dios del ámbito de su vida. Pero esto no ocurre sin gravísimas consecuencias para el hombre mismo y para su dignidad como persona. Vosotros lo sabéis bien: el alejamiento de Dios lleva consigo la pérdida de aquellos valores morales que son base y fundamento de la convivencia humana. Y su carencia produce un vacío que se pretende llenar con una cultura -o más bien, pseudocultura- centrada en el consumismo desenfrenado, en el afán de poseer y gozar, y que no ofrece más ideales que la lucha por los propios intereses o el goce narcisista. El olvido de Dios, la ausencia de valores morales de los que sólo Él puede ser fundamento, están también en la raíz de sistemas económicos que olvidan la dignidad de la persona y de la norma moral, poniendo el lucro como objetivo prioritario y único criterio inspirador de sus programas. Dicha realidad de fondo no es ajena a los penosos fenómenos económico-sociales que repercuten en tantas familias, como es la tragedia del paro -que muchos de vosotros conocéis por

dolorosa experiencia-, y que lleva a numerosos hombres y mujeres -privados de ese medio de realización personal que es el trabajo- a la desesperación o a engrosar las filas de los marginados sociales” m.5).

Más aún, el Santo Padre pone de relieve que prescindir de Dios en la vida supone también un gran deterioro para la familia. Estas son sus palabras:

“El alejamiento de Dios, el eclipse de los valores morales ha favorecido también el deterioro de la vida familiar, hoy profundamente desgarrada por el aumento de las separaciones y divorcios, por la sistemática exclusión de la natalidad -incluso a través del abominable crimen del aborto-, por el creciente abandono de los ancianos, tantas veces privados del calor familiar y de la necesaria comunión intergeneracional” (n.6)..

El obscurecimiento de los valores morales cristianos repercute de forma gravísima en los jóvenes

“Todo este fenómeno de obscurecimiento de los valores morales cristianos repercute de forma gravísima en los jóvenes, objeto hoy de una sutil manipulación, y no pocos de ellos víctimas de la droga, del alcohol, de la pornografía y de otras formas de consumismo degradante, que pretenden vanamente llenar el vacío de los valores espirituales con un estilo de vida “orientado a tener y no a ser, y que quiere tener más no para ser más, sino para consumir la existencia en un goce que se propone como fin en sí mismo” (Centessimus annus,36). La idolatría del lucro y el desordenado afán consumista de tener y gozar son también raíz de la irresponsable destrucción del medio ambiente, por cuanto inducen al hombre a “disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad, como si ella no tuviese una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar” (ib. 37) (n.6).

c) Defensor de los derechos humanos.

El Santo Padre fue el gran defensor de los derechos humanos –derechos naturales, universales e inviolables- y de la libertad religiosa, y predicó un profundo humanismo reiterando que no es posible el humanismo sin Dios” (26c), ya que Dios es el origen fundante, el sentido y el regazo final de cada ser humano.

Recordemos las enseñanzas del Papa:

* La Iglesia, defensora de los derechos humanos: “la Iglesia considera deber suyo recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciar las situaciones en que se violan dichos derechos, y contribuir a orientar estos cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad” (26d).

* Denuncia la violación de los derechos humanos: “La Iglesia ve con profundo dolor el aumento masivo, a veces, de violaciones de derechos humanos en muchas partes del mundo. ¿Quién puede negar que hoy día hay personas individuales y poderes civiles que violan impunemente derechos fundamentales de la persona humana, tales como el derecho a nacer, el derecho a la vida, el derecho a la procreación responsable, al trabajo, a la paz, a la libertad y a la justicia social; el derecho a participar en las decisiones que conciernen al pueblo y a las naciones? ¿Y qué decir cuando nos encontramos ante formas variadas de violencia colectiva, como la discriminación racial de individuos y grupos, la tortura física y psicológica de prisioneros y disidentes políticos? (26e).

* Si se niega a Dios, se acaba negando la dignidad del hombre: “Cuando se niega a Dios y se vive como si no existiera, o no se toman en cuenta sus mandamientos, se acaba fácilmente por negar o comprometer también la dignidad de la persona humana y el carácter inviolable de su vida” (26f).

* Los derechos humanos están inscritos por Dios en el ser humano: “Es evidente que los derechos humanos están inscritos en el ser humano por el Creador; no es una concesión por parte de las instituciones humanas, de los Estados o de Organismos internacionales. Estas Instituciones no expresan más que lo que el mismo Dios ha inscrito en el orden de la creación” (27).

¿Cuál es el fundamento último de los derechos humanos?

El Santo Padre aborda este tema y da una respuesta lúcida: “conviene recordar que el fundamento sobre el que se basan todos los derechos humanos es la dignidad de la persona. En efecto, “la mayor obra divina, el hombre, es imagen y semejanza de Dios. Jesús (...) promovió y defendió la dignidad de toda persona humana sin excepción alguna; murió por la libertad de todos. El Evangelio nos muestra cómo Jesucristo subrayó la centralidad de la persona humana en el orden natural (cf. Lc.12,22-29), en el orden social y en el orden religioso, incluso respecto a la Ley (cf. Mc.2,27); defendiendo al hombre y también a la mujer (cf. Jn.8,11), y los niños (cf. Mt.-19,13-15), que en su tiempo y en su cultura ocupaban un lugar secundario en la sociedad. De la dignidad del hombre en cuanto hijo de Dios nacen los derechos humanos y las

obligaciones. Por esta razón, todo atropello a la dignidad del hombre es atropello al mismo Dios, de quien es imagen”. Esta dignidad es común a todos los hombres sin excepción ya que todos han sido creados a imagen de Dios (cf. Gn.1,26) (27a).

* La cultura de los derechos humanos: “Sólo cuando una cultura de los derechos humanos, respetuosa con las diversas tradiciones, se convierte en parte integrante del patrimonio moral de la Humanidad, se puede mirar con serena confianza al futuro” (27b).

* El derecho a la vida. Uno de estos derechos humanos es el derecho a la vida: “La inviolabilidad de la persona, reflejo de la absoluta inviolabilidad del mismo Dios, encuentra su primera y fundamental expresión en la inviolabilidad de la vida humana. Se ha hecho habitual hablar, y con razón, sobre los derechos humanos. (...) De todos modos, esa preocupación resulta falsa e ilusoria si no se defiende con la máxima determinación el derecho a la vida como el derecho primero y fontal, condición de todos los otros derechos de la persona” (27c).

* Al pueblo brasileño, Juan Pablo II le desea de todo corazón:

“Una fraternidad siempre creciente, fundada sobre el auténtico sentido del hombre: con libertad, equidad, respeto, generosidad y amor entre todos sus miembros, con apertura lúcida y solidaria a la humanidad y al mundo. Le deseo paz segura y serena, base de trabajo concorde y de compromiso de todos para el progreso y el bienestar comunes. Le deseo también la suficiencia de los bienes indispensables para la propia realización integral.

Proclamar y defender estos derechos, sin anteponerlos a los derechos de Dios ni pasar en silencio los deberes a ellos correspondientes es una constante de la vida de la Iglesia, en virtud del Evangelio a ella misma confiado.

La Iglesia no cesa de invitar a todos los hombres de buena voluntad, y estimular a sus hijos, al respeto y a la promoción de estos derechos: derecho a la vida, a la seguridad, al trabajo, a la vivienda, a la salud, a la educación, a la expresión religiosa privada y pública, a la participación, etc. Entre estos derechos, imposible no subrayar como prioritarios el derecho de los padres a tener los hijos que deseen, recibiendo al mismo tiempo lo necesario para educarlos dignamente, y el derecho del que va a nacer a la vida. Sabemos en qué gran medida estos derechos se encuentran amenazados en nuestros días en todo el mundo” (n.6) (27d).

d) Amó al ser humano

El amor que sintió y profesó al ser humano le llevó a escribir unas palabras que dejó escritas para el II Domingo de Pascua, el Domingo de la Divina Misericordia, y que fueron leídas por Mons. L. Sandri:

“A la Humanidad, que puede parecer perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado ofrece el don de su amor que perdona, reconcilia y reabre el ánimo a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánto necesita hoy el mundo comprender y acoger la Divina Misericordia!” (28).

e) Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (10-I-2005).

El mensaje que quiero confiarles hoy puede orientar a todos para responder a los grandes desafíos de la humanidad actual. Quisiera indicar aquí algunos de entre los más importantes (n.4):

* El desafío de la vida: la vida es el primer don que Dios nos ha hecho y la primera riqueza de la que puede gozar el hombre. La Iglesia anuncia “el Evangelio de la Vida”. Y el Estado tiene precisamente como tarea primordial la tutela y la promoción de la vida humana.

En estos últimos años el desafío de la vida se está haciendo cada vez más amplio y crucial. Se ha ido centrando particularmente en el inicio de la vida humana, cuando el hombre es más débil y debe ser protegido mejor. Concepciones opuestas se enfrentan sobre temas como el aborto, la procreación asistida, el uso de células madres embrionarias con finalidades científicas, la clonación. Apoyada en la razón y la ciencia, es clara la posición de la Iglesia: el embrión humano es un sujeto idéntico al niño que va a nacer y al que ha nacido a partir de ese embrión. Por lo tanto, nada que viole su integridad y dignidad es éticamente admisible. Además, una investigación científica que reduce al embrión a objeto de laboratorio no es digna del hombre. Se ha de alentar y promover la investigación científica en el campo genético, pero, como cualquier otra actividad humana, nunca puede considerarse exenta de los imperativos morales; por otra parte, puede desarrollarse en el campo de las células madres adultas con prometedoras perspectivas de éxito.

Al mismo tiempo, el desafío de la vida tiene lugar en lo que es propiamente el santuario de la vida: la familia. Actualmente, ésta se ve a menudo amenazada por factores sociales y culturales que, ejerciendo presión sobre ella, hacen más difícil su estabilidad (...) Que prevalezca una

concepción justa, alta y pura del amor humano, que encuentra en la familia su expresión verdaderamente fundamental y ejemplar (n.5).

* El desafío del pan: El segundo desafío es el del pan. La tierra, hecha maravillosamente fecunda por su Creador, tiene recursos abundantes y variados para alimentar a todos sus habitantes, presentes y futuros. A pesar de estos, los datos publicados sobre el hambre en el mundo son dramáticos: centenares de millones de seres humanos sufren grave desnutrición y, cada año, millones de niños mueren de hambre o por sus consecuencias.

Quiera recordar un gran principio de la enseñanza social de la Iglesia (...). El principio del destino universal de los bienes de la tierra. Es un principio que no justifica ciertas formas colectivistas de política económica, sino que debe motivar un compromiso radical para la justicia y un esfuerzo de solidaridad más atento y determinado (n.6).

* El desafío de la paz: La paz, bien supremo, que condiciona la consecución de otros muchos bienes esenciales, es el sueño de todas las generaciones. Pero, ¡cuántas guerras y conflictos armados -entre Estados, entre etnias, entre pueblos y grupos que viven en un mismo territorio estatal- que de un extremo al otro del globo causan innumerables víctimas inocentes y son origen de otros muchos males! (...) A estos trágicos males se añade el fenómeno cruel del terrorismo, flagelo que ha alcanzado una dimensión planetaria desconocida por las generaciones anteriores.

¿Cómo afrontar el gran desafío de la paz? Yo seguiré interviniendo para indicar las vías de la paz y para invitar a recorrerlas con valentía y paciencia. A la prepotencia se debe oponer la razón, al enfrentamiento de la fuerza el enfrentamiento del diálogo, a las armas apuntadas la mano tendida: al mal el bien. (...) Nosotros estamos invitados a ser instrumentos activos de la paz que nos ha traído el Señor en Belén, venciendo al mal con el bien (n.7).

* El desafío de la libertad: La libertad es ante todo un derecho del individuo. Ciertamente la libertad de los Estados es también sagrada porque deben ser libres y, precisamente, para poder llevar a cabo de manera adecuada su deber primordial de proteger, además de la vida, la libertad de sus ciudadanos en todas sus justas manifestaciones.

La libertad es un gran bien, porque, sin ella, el hombre no puede realizarse de manera consecuente con su naturaleza. La libertad es luz: permite elegir responsablemente sus propias metas y la vía para alcanzarlas. En el núcleo más íntimo de la libertad humana está el derecho a la libertad

religiosa, porque se refiere a la relación más esencial del hombre: su relación con Dios. (...)

La libertad de religión sigue siendo en numerosos Estados un derecho no reconocido de manera suficiente o de modo adecuado. Pero el anhelo de la libertad de religión no se puede erradicar: será siempre vivo y apremiante mientras el hombre esté vivo. Por esto dirijo hoy también este llamamiento expresado tantas veces por la Iglesia. “Que en todas partes se proteja la libertad religiosa con una eficaz tutela jurídica y se respeten los deberes y derechos supremos del hombre a desarrollar libremente en la sociedad la vida religiosa” (DH 15) (n.8) (n.28a).

F) Promotor y defensor de la dignidad de la mujer

*** Agradecimiento del Papa a la Mujer**

Te doy gracias, mujer-madre, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores del parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento, punto de referencia en el posterior camino de la vida.

Te doy gracias, mujer-hija y mujer-hermana, que aportas al núcleo familiar y también al conjunto de la vida social las riquezas de tu sensibilidad, intuición, generosidad y constancia.

Te doy gracias, mujer-trabajadora, que participas en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, mediante la indispensable aportación que das a la elaboración de una cultura capaz de

conciliar razón y sentimiento, a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del misterio, a la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de humanidad.

Te doy gracias, mujer-consagrada, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la Humanidad a vivir para Dios una respuesta sponsal, que expresa maravillosamente la comunión que Él quiere establecer con su criatura.

Te doy gracias, mujer-esposa, que unes irrevocablemente tu destino al de un hombre, mediante una relación de recíproca entrega, al servicio de la comunión y de la vida.

Te doy gracias, mujer, ¡por el hecho mismo de ser mujer! Con la intuición propia de tu feminidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”.

Es verdad que “dar gracias no basta, lo sé. Por desgracia somos herederos de una historia de enormes condicionamientos que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales”.

El Papa pide respeto para la Mujer

Respetar la dignidad de la mujer: El Papa hace una llamada urgente para respetar la dignidad de la mujer, de toda mujer:

“Mi gratitud a las mujeres se convierte en una llamada apremiante, a fin de que por parte de todos, y en particular por parte de los Estados y de las instituciones internacionales, se haga lo necesario para devolver a las mujeres el pleno respeto de su dignidad y de su papel.

Mujeres que han defendido la dignidad de la mujer: El Santo Padre expresa su admiración hacia las mujeres de buena voluntad que se han dedicado a defender la dignidad de su condición femenina mediante la conquista de fundamentales derechos sociales, económicos y políticos, y han tomado esta valiente iniciativa en tiempos en que este compromiso suyo era considerado un acto de trasgresión, un signo de falta de feminidad, una manifestación de exhibicionismo y tal vez un pecado” (Carta de Juan Pablo II a las mujeres (10-Julio-1955).

La mujer tiene la misma dignidad que el hombre. “Hombre y mujer son iguales en cuanto a naturaleza y dignidad” (Audiencia General (9-IV-1986). “Sólo el abierto reconocimiento de la dignidad personal de la mujer constituye

el primer paso a realizar para promover su plena participación tanto en la vida eclesial como en la social y pública” (CL. 49c). “María, la Madre de Jesús, Madre de la Iglesia, mujer por excelencia, personifica la radical dignidad de la mujer. Ella ocupó un papel primordial cuando se cambió toda la historia; sigue hoy influyendo en nuestras vidas” (Carta a los Obispos de EE.UU., 22-II-1989).

Iguales pero diferentes. Esta igualdad de dignidad entre el hombre y la mujer no destruye las diferencias que existen entre ellos: “La igualdad de la mujer con el hombre debe seguir siendo reconocida, como he señalado en la “Mulieris dignitatem”. Esta igualdad no debe de ninguna manera oscurecer o ignorar la realidad de que el hombre y la mujer son diferentes. No es uno mejor que el otro, pero tampoco son idénticos. Su complementariedad es un bien precioso para la Iglesia y la sociedad” (Carta a los Obispos de EE.UU. (22-II-1989).

Escritos y Alocuciones de Juan Pablo II sobre la Mujer

*** Catequesis en la Audiencia General del 10-I-1979**

En medio de tantas opiniones que existen en torno a la vocación de la mujer, Juan Pablo II enseña que “la maternidad es la vocación de la mujer. Es una vocación eterna y, a la vez, contemporánea”. (...).

Por eso, el Santo Padre afirma: “es necesario hacer lo imposible para que la dignidad de esta vocación espléndida no se destruya en la vida interior de las nuevas generaciones; para que no disminuya la autoridad de la mujer-madre en la vida familiar, social y pública, en toda nuestra civilización: en toda nuestra legislación contemporánea, en la organización del trabajo, en las publicaciones, en la cultura de la vida diaria, en la educación y en el estudio. En todos los campos de la vida”.

Años más tarde, Juan Pablo II afirma de nuevo la vocación de la mujer a la maternidad: “en las condiciones psico-sociales del mundo contemporáneo, la mujer está llamada a retomar conciencia del valor de su vocación a la maternidad, como afirmación de su dignidad personal, como capacidad y aceptación de la expansión de sí misma en nuevas vidas, y, a la luz de la teología, como participación en la actividad creadora de Dios” (Catequesis en la Audiencia General del 20-VII-1994).

*** Discurso a los representantes de las Confesiones Cristianas en Utrech, Holanda (13-V-1985).**

Juan Pablo II en este discurso hace una referencia explícita al problema del sacerdocio femenino y enseña: “la Iglesia Católica, como las Iglesias

ortodoxas, se siente constreñida, a causa de su fidelidad a la Palabra de Dios, como lo entiende en el ejemplo del Señor, el testimonio de la Sagrada Escritura y una Tradición dos veces milenaria, a excluir a las mujeres de la ordenación para el ministerio sacerdotal, y esto podría sugerir también la persistencia de diferencias entre nosotros en la comprensión de la misma ordenación. Pero esta posición no significa que se excluya a la mujer de la vida de la Iglesia, o menos todavía obstaculizar o impedir el estudio y la implementación de su papel propio”.

*** Encíclica “Redemptoris Mater” (25-III-1987)**

En esta Encíclica, dedicada a la Stma. Virgen María, Juan Pablo II invita a la mujer a mirar a María con palabras hermosas:

“La mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo” (n.46).

*** Discurso a la Conferencia Episcopal de EE.UU (16-IX-1987)**

Juan Pablo II defiende y promueve el reconocimiento efectivo de la dignidad de la mujer por parte de la Iglesia y por todos. Recordemos sus enseñanzas:

“...Éste es el objetivo de todos los esfuerzos de la Iglesia a favor de las mujeres: la promoción de su dignidad humana. La Iglesia proclama la dignidad personal de la mujer en cuanto mujer, una dignidad idéntica a la del hombre. Esta dignidad debe afirmarse en su carácter ontológico”.

*** Discurso en Lodz (Polonia) (13-VI-1987)**

En su tierra natal, Juan Pablo II aborda un tema de sumo interés para las madres de familia y para la misma familia y sociedad. Prestemos atención una vez más al Santo Padre:

- “La enseñanza social de la Iglesia pide, en primer lugar, que sea plenamente apreciado como trabajo todo lo que la mujer hace en casa, toda su actividad de madre y de educadora. Este es un trabajo importante...Y a su

vez, el trabajo profesional de las mujeres debe ser tratado, siempre y en todas partes, con referencia explícita a cuanto brota de la vocación de la mujer como esposa y madre de familia”.

- “El bien de la familia es tan grande que requiere con urgencia a la sociedad de hoy, en todas las partes del mundo, una revalorización de las tareas maternas en el campo de la promoción social de la mujer y entre los que sostienen la necesidad de que ella realice un trabajo remunerado fuera de casa”.

*** “Carta Apostólica: “Mulieris dignitatem” (15-VIII-1988).**

- Una convicción profunda de Juan Pablo II: dejamos constancia explícita de ella:

“En este momento en que la Humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la Humanidad no decaiga” (n. 1).

- La dignidad de la mujer: El Papa defiende la dignidad de la mujer oponiéndose a las discriminaciones, violencias e injusticias que han pesado y pesan sobre ella. Por eso, afirma con claridad meridiana: “Hombre y mujer son diversos entre sí, pero iguales en dignidad: ambos están llamados a vivir en común, ya que dependen entre sí recíprocamente” (n.7b).

- **Rechazo de todo desprecio de la mujer:** El Santo Padre rechaza todas aquellas situaciones “en las que la mujer se encuentra en desventaja o discriminada por el hecho de ser mujer” (n.10c). “En todos los casos en que el hombre es responsable de lo que ofende la dignidad personal y la vocación de la mujer, actúa contra su propia dignidad personal y su propia vocación. (...) “La mujer no puede convertirse en “objeto” de “dominio” y de “posesión” masculina” (n. 10).

- **Defensa de los derechos de la mujer:** “En nuestro tiempo la cuestión de los derechos de la mujer ha adquirido un nuevo significado en el vasto contexto de los derechos de la persona humana” (n.10d). “Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la mujer y de la vocación correspondiente a esta dignidad” (n.12). En efecto, “sus palabras y sus obras expresan siempre el respeto y el honor debido a la mujer” (nn.13 y 15).

*** Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici”, (30-XII-1988).**

En esta Exhortación, el Santo Padre afirma que “las mujeres participen en la vida de la Iglesia sin ninguna discriminación, también en las consultas y en la elaboración de las decisiones. (...) Las mujeres deben ser asociadas a la preparación de los documentos pastorales y deben ser reconocidas como cooperadoras de la misión de la Iglesia en la familia, en la profesión y en la comunidad civil como ya hemos” (n.51).

*** Carta a los Obispos de EE.UU. (22-II-1989)**

Juan Pablo II reafirma la doctrina de la Iglesia sobre la dignidad de la mujer, poniendo de relieve también su diferencia: “La igualdad de la mujer con el hombre debe seguir siendo reconocida (...). Esta igualdad no debe de ninguna manera oscurecer o ignorar la realidad de que el hombre y la mujer son diferentes. No es uno mejor que el otro, pero tampoco son idénticos. Su complementariedad es un bien precioso para la Iglesia y la sociedad”.

*** Carta de Juan Pablo II a las familias (2-II-1994)**

Queremos destacar de esta carta lo siguiente:

- “La actividad familiar debe ser reconocida y valorada al máximo. La fatiga de la mujer -que, después de haber dado a luz un hijo, lo alimenta, lo cuida y se ocupa de su educación, especialmente en los primeros años- es tan grande que no hay que temer la confrontación con ningún trabajo profesional.

- “La maternidad, con todos los esfuerzos que comporta, debe obtener también un reconocimiento económico igual al menos que el de los demás trabajos afrontados para mantener la familia en una fase tan delicada de su existencia” (n.17).

*** “Cruzando el umbral de la esperanza” (octubre, 1994).**

“Pienso que quizá un cierto feminismo contemporáneo tenga sus raíces precisamente ahí, en la ausencia de un verdadero respeto por la mujer. La verdad revelada sobre la mujer es otra. El respeto por la mujer, el asombro por el misterio de la feminidad, y en fin el amor esponsal de Dios mismo y de Cristo como se manifiesta en la Redención, son todos elementos de la fe y de la vida de la Iglesia que no han estado nunca completamente ausentes de Ella. Lo testimonia una rica tradición de usos y costumbres que hoy está más bien sometida a una preocupante degradación.

En nuestra civilización la mujer se ha convertido en primer lugar en un objeto de placer. Muy significativo es, en cambio, que en el interior de esta realidad esté renaciendo la auténtica teología de la mujer. Es descubierta su

belleza espiritual, su especial talento; están redefiniéndose las bases para la consolidación de su situación en la vida, no solamente familiar, sino también social y cultural.

Y, a este propósito, debemos volver a la figura de María. La figura de María y la devoción hacia Ella, vividas en toda su plenitud, se convierten así en una creativa y gran inspiración para esta vía” (211-212).

*** Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994).**

En esta Carta, Juan Pablo II aboga y pide que en el futuro se reconozcan “los derechos de la mujer” y “su dignidad personal” (n. 51).

*** Catequesis en la Audiencia General del 13-VII-1994**

Teniendo en cuenta sus enseñanzas de que las mujeres pueden participar en la vida de la Iglesia, Juan Pablo II concreta esa participación. Éstas son sus palabras: “La mujeres tengan la posibilidad de participar en los varios consejos pastorales diocesanos y parroquiales, así como en los sínodos diocesanos y en los concilios particulares”. Y prosigue el Santo Padre diciendo que “en todos estos campos (citados anteriormente) la intervención de mujeres preparadas puede dar una gran contribución de sabiduría y moderación, de valentía y entrega, de espiritualidad y fervor para el bien de la Iglesia y de la sociedad”.

*** “Carta Apostólica: “Ordinatio sacerdotalis” (1994).**

Juan Pablo II publica esta nueva Carta Apostólica, cuya finalidad es “alejar toda duda sobre una cuestión de gran importancia, que atañe a la misma constitución divina de la Iglesia” y, con ello, esclarecer con su autoridad apostólica la cuestión de una eventual ordenación de la mujer....En virtud de su ministerio de confirmar en la fe a los hermanos, declara que “la Iglesia no tienen en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado definitivo por todos los fieles de la Iglesia”.

El ministerio apostólico, por tanto, es gracia, brota de su libre voluntad como un don que se perpetuará en la Iglesia de todos los tiempos. Nadie tiene derecho a ser sacerdote; sólo aquellos que reciben -siempre inmerecidamente- el don de la elección. No se trata de discriminar a la mujer, sino de fidelidad al libre y soberano designio de Jesucristo que, por su Espíritu, reparte sus dones como quiere.

“...la doctrina sobre la ordenación sacerdotal, reservada sólo a los hombres, sea conservada por la tradición constante y universal de la Iglesia y sea enseñada firmemente por el Magisterio...”

La figura excelsa de la Stma. Virgen María es ejemplo eminente de la dignidad de la mujer, aun cuando no recibiera en su vida la misión apostólica (28b).

*** Carta a los Jefes de Estado: “La mujer educadora de la paz” (1-I-1995)**

Esta Carta está dirigida a los Jefes de Estado del mundo. ¿Qué destaca el Santo Padre en esta Carta?

- “La contribución significativa que las mujeres pueden prestar para el establecimiento de una paz que influya en todos los aspectos de la vida humana. (...) Les invito a que sean testigos, maestras de la paz, de las relaciones entre las personas y las generaciones, en la familia, en la vida cultural, social y política de las naciones, de modo particular en las situaciones de conflicto y de guerra”.

- “Es preciso esforzarse con empeño para lograr que a las mujeres se les abra el mayor espacio posible en todos los ámbitos de la cultura, de la economía, de la política y de la vida eclesial, a fin de que la entera convivencia humana se enriquezca cada vez más con los dones de la masculinidad y la feminidad”.

*** Carta de Juan Pablo II a las Mujeres (29-VI-1995).**

Juan Pablo II siempre atento a promover la dignidad del hombre y de la mujer, fundamentada en Dios, escribe esta densa y larga carta a la mujer. Y lo hace con profundo respeto : “a cada una de vosotras dirijo esta carta con objeto de compartir y manifestar gratitud, en la proximidad de la IV Conferencia Mundial sobre la mujer, que tendrá lugar en Pekín el próximo mes de septiembre”.

Les ofrezco un breve resumen de esta carta para ayudarles a leer este documento.

- Juan Pablo II da gracias a la mujer

El Santo Padre manifiesta que “dar gracias al Señor por su designio sobre la vocación y la misión de la mujer en el mundo se convierte en un

agradecimiento concreto y directo a las mujeres, a cada mujer, por lo que representan en la vida de la Humanidad”. Juan Pablo II da gracias a la mujer-madre; a la mujer-esposa, a la mujer-hija y mujer-hermana, a la mujer-trabajadora, a la mujer-consagrada. “Te doy gracias, mujer, ¡por el hecho mismo de ser mujer! (n.2).

- El Papa reconoce que la mujer no ha sido tratada bien en la historia

“Por desgracia somos herederos de una historia de enormes condicionamientos que, en todos los tiempo y en cada lugar han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente en incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la Humanidad entera de auténticas riquezas espirituales. No sería ciertamente fácil señalar responsabilidades precisas, considerando la fuerza de las sedimentaciones culturales que, a lo largo de los siglos, han plasmado mentalidades e instituciones. Pero si en esto no han faltado, especialmente en determinados contextos históricos, responsabilidades objetivas incluso en no pocos hijos de la Iglesia, lo siento sinceramente. Que este sentimiento se convierta para toda la iglesia en un compromiso de renovada fidelidad a la inspiración evangélica, que precisamente sobre el tema de la liberación de la mujer de toda forma de abuso y de dominio tiene un mensaje de perenne actualidad, el cual brota de la actitud misma de Cristo” (nn.3 y 5) (...).

- Promoción y respeto de los derechos de la mujer actual

El Santo Padre no mira sólo al pasado; contempla también la situación de la mujer en las sociedades de hoy y afirma: “¿Y qué decir también de los obstáculos que, en tantas partes del mundo, impiden aún a las mujeres su plena inserción en la vida social, política y económica? Baste pensar en cómo a menudo es penalizado, más que gratificado el don de la maternidad, al que la Humanidad debe también su misma supervivencia. Ciertamente, aún queda mucho por hacer para que el ser mujer y madre no comporte una discriminación. Es urgente alcanzar en todas partes la efectiva igualdad de los derechos de la persona y por tanto igualdad de salario respecto a igualdad de trabajo, tutela de la trabajadora-madre, justas promociones en la carrera, igualdad de los esposos en el derecho de familia, reconocimiento de todo lo que va unido a los derechos y deberes del ciudadano en un régimen democrático. Se trata de un acto de justicia, pero también de una necesidad”(n.4).

“Mi “gratitud” a las mujeres se convierte pues en una llamada apremiante, a fin de que por parte de todos, y en particular por parte de los

Estados y de las instituciones internacionales, se haga lo necesario para devolver a las mujeres el pleno respeto de su dignidad y de su papel.

- Feminidad y masculinidad

En la creación de la mujer está inscrito desde el inicio el principio de la ayuda: ayuda -mírese bien- no unilateral, sino recíproca. La mujer es el complemento del hombre, como el hombre es el complemento de la mujer: mujer y hombre son entre sí complementarios. La feminidad realiza lo “humano” tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria. Cuando el Génesis habla de “ayuda” no se refiere solamente al ámbito del obrar, sino también al del ser. Feminidad y masculinidad son entre sí complementarias no sólo desde el punto de vista físico y psíquico, sino ontológico. Solo gracias a la dualidad de lo “masculino” y de lo “femenino” lo “humano” se realiza plenamente (n.7)..

- La misión que confía Dios al hombre y a la mujer

Después de crear al ser humano varón y mujer, Dios dice a ambos: “Llenad la tierra y sometedla” (Gn.1,28). No les da sólo el poder de procrear para perpetuar en el tiempo el género humano, sino que les entrega también la tierra como tarea, comprometiéndolos a administrar sus recursos con responsabilidad. El ser humano, ser racional y libre, está llamado a transformar la faz de la tierra. En este encargo, que esencialmente es obra de cultura, tanto el hombre como la mujer tienen desde el principio igual responsabilidad (...) (n.8).

- La mujer y el progreso

Normalmente el progreso se valora según categorías científicas y técnicas, y también desde este punto de vista no falta la aportación de la mujer. Sin embargo, no es ésta la única dimensión del progreso, es más, ni siquiera es la principal. Más importante es la dimensión ética y social, que afecta a las relaciones humanas y a los valores del espíritu. En esta dimensión, desarrollada a menudo sin clamor, a partir de las relaciones cotidianas entre las personas, especialmente dentro de la familia, la sociedad es en gran parte deudora precisamente al “genio de la mujer”.

El Santo Padre da gracias a las mujeres comprometidas “en los más diversos sectores de la actividad educativa, fuera de la familia: asilos, escuelas, universidades, instituciones asistenciales, parroquias, asociaciones y movimientos (n.9).

- María, máxima expresión del “genio femenino”

La Iglesia ve en María la máxima expresión del “genio femenino” y encuentra en Ella una fuente continua de inspiración. María se ha autodefinido como “esclava del Señor” (Lc.1,38). Por su obediencia a la Palabra de Dios, Ella ha acogido su vocación privilegiada, nada fácil, de esposa y madre en la familia de Nazaret. Poniéndose al servicio de Dios, ha estado también al servicio de los hombres: un servicio de amor.(...) (n.10).

- En María, servir es reinar y reinar es servir

El servicio de María “le ha permitido realizar en su vida la experiencia de un misterioso, pero auténtico “reinar” (...) ¡Su reinar es servir!; ¡su servir es reinar! (...) En esto consiste el “reinar” materno de María. Siendo, con todo su ser, un don para el Hijo, es un don también para los hijos e hijas de todo el género humano (...) (n.10) (28c).

*** Alocución al Ángelus (16-VII-1995)**

Juan Pablo II pone de relieve en esta Alocución la responsabilidad de la madre en la defensa y protección de la vida: “La madre está puesta como protectora de la vida. A ella le corresponde acogerla con solicitud, favoreciendo ese primer diálogo del ser humano con el mundo, que se realiza precisamente en la simbiosis con el cuerpo materno. Aquí es donde comienza la historia de todo hombre. (...) Estábamos en nuestra madre, pero sin confundirnos con ella: necesitados de su cuerpo y de su amor, pero plenamente autónomos en nuestra identidad personal”.

*** Exhortación Apostólica: “Ecclesia in Africa” (14-IX-1995)**

Juan Pablo II asume la defensa de la dignidad de la mujer africana: “Creados el uno y el otro a imagen de Dios, el hombre y la mujer, aunque diferentes, son esencialmente iguales desde el punto de vista de su humanidad. “Ambos desde el comienzo son personas, a diferencia de los demás seres vivientes del mundo que los circunda. La mujer es otro “yo” en la humanidad común” (MD, n.6; cf.FC. n.22).

Salvaguardar los derechos de la mujer: “El Sínodo ha deplorado las costumbres africanas y las prácticas que privan a las mujeres de sus derechos y del respeto que les es debido y ha pedido que la Iglesia en el Continente se esfuerce en promover la salvaguardia de tales derechos” (n. 82).

“Uno de los signos típicos de nuestra época es la creciente toma de conciencia de la dignidad de la mujer y de su papel específico en la Iglesia y en la sociedad en general (cf. Gn.1,27). Yo mismo he afirmado repetidamente la fundamental igualdad y la enriquecedora complementariedad existentes entre el hombre y la mujer” (n.121).

Participación de la mujer africana en la vida de la Iglesia: “Es oportuno que las mujeres, adecuadamente formadas, participen, al nivel apropiado, en las actividades apostólicas de la Iglesia” (n.121).

El Santo Padre hace dos afirmaciones de alcance y futuro:

-“La Iglesia deplora y condena, en la medidas en que estén presentes en diversas sociedades africanas, todas las costumbres y prácticas que privan a las mujeres de sus derechos y del respeto que les es debido.

-“Es de desear que las Conferencias Episcopales creen comisiones especiales para profundizar en el estudio de los problemas de la mujer en colaboración, donde sea posible, con las instancias gubernamentalmente competentes”.

*** Exhortación Apostólica “Vita Consecrata” (1996)**

Enseñanzas básicas de Juan Pablo II sobre la dignidad de la mujer:

- “Es obligado reconocer igualmente que la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de autocomprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y de organizar la vida social, política, económica, religiosa y eclesial” (n.57).

- “Ciertamente no es posible desconocer lo fundado de muchas reivindicaciones que se refieren a la posición de la mujer en los diversos ámbitos sociales y eclesiales” (n.57). “Urge, por tanto, dar pasos concretos” (n.58).

- Las mujeres - las cuales tienen ya una gran importancia en la transmisión de la fe y en la prestación de servicios de todo tipo en la vida de la Iglesia- deben ser asociadas a la preparación de los documentos pastorales y de las iniciativas misioneras, y deben ser reconocidas como cooperadoras de la misión de la Iglesia en la familia, en la profesión y en la comunidad civil” (ChFL 51).

*** Exhortación Apostólica “Ecclesia in America” (22-I- 1999).**

Juan Pablo II tiene también en esta Exhortación un recuerdo para la mujer americana para la que reivindica el reconocimiento y el respeto de su dignidad como mujer.

La defensa de la dignidad de la mujer en el magisterio de Juan Pablo II

El Santo Padre comienza este texto con unas palabras importantes: “Ya en otras ocasiones he querido expresar mi aprecio por la aportación específica de la mujer al progreso de la humanidad y reconocer sus legítimas aspiraciones a participar plenamente en la vida eclesial, cultural, social y económica. Sin esta aportación se perderían algunas riquezas que sólo el “genio de la mujer” puede aportar a la vida de la Iglesia y de la sociedad misma. No reconocerlo sería una injusticia histórica...” (n. 45).

¿Cuál es la situación de la mujer en América?

“En varias regiones del Continente americano, lamentablemente, la mujer es todavía objeto de discriminaciones. Por eso se puede decir que el rostro de los pobres en América es también el rostro de muchas mujeres. En este sentido, los Padres sinodales han hablado de un “aspecto femenino de la pobreza” (n. 45).

¿Qué podemos hacer a favor del respeto de la dignidad de la mujer?

“La Iglesia se siente obligada a insistir sobre la dignidad humana, común a todas las personas. Ella “denuncia la discriminación, el abuso sexual y la prepotencia masculina como acciones contrarias al plan de Dios. En particular deplora como abominable la esterilización, a veces programada, de las mujeres, sobre todo de las más pobres y marginadas, que es practicada a menudo de manera engañosa, sin saberlo las interesadas, esto es mucho más grave cuando se hace para conseguir ayudas económicas a nivel internacional”.

La Iglesia en el Continente **se** siente comprometida a intensificar su preocupación por las mujeres y a defenderlas “de modo que la sociedad en América ayude más a la vida familiar fundada en el matrimonio, proteja más la maternidad y respete más la dignidad de todas las mujeres”.

Se debe ayudar a las mujeres americanas a tomar parte activa y responsable en la vida y misión de la Iglesia, como también se ha de reconocer la necesidad de la sabiduría y cooperación de las mujeres en las tareas directivas de la sociedad americana” (n. 45).

*** Discurso de Juan Pablo II al octavo grupo de obispos de Brasil en visita “ad limina” (16-XI-2002).**

El Santo Padre trató en esta alocución del matrimonio y de la familia. Recordamos algunas afirmaciones del Papa sobre la dignidad de la mujer.

“Vuelvo a recordar aquí la necesidad de respetar la dignidad inalienable de la mujer, para fortalecer su importante papel, tanto en el ámbito del hogar como en el de la sociedad en general. En efecto, es triste observar que “la mujer es todavía objeto de discriminaciones” (Ecclesia in América”, 45), sobre todo cuando es víctima de abusos sexuales y de la prepotencia masculina. Por eso, es necesario sensibilizar a las instituciones públicas para promover aún más la vida familiar basada en el matrimonio y proteger la maternidad respetando la dignidad de todas las mujeres. Asimismo, nunca está de más insistir en el valor insustituible de la mujer en el hogar; ella, después de haber dado a luz a un hijo, es el punto de referencia constante para el crecimiento humano y espiritual de este nuevo ser. El amor de la madre en el hogar es un don precioso, un tesoro que se conserva para siempre en el corazón” (n.4).

“Los esposos deben ser los primeros en testimoniar la grandeza de la vida conyugal y familiar, fundada en la fidelidad al compromiso asumido ante Dios. Gracias al sacramento del matrimonio, el amor humano adquiere un valor sobrenatural, capacitando a los esposos para participar en el amor redentor de Cristo y para vivir como parte viva de la santidad de la Iglesia. Este amor, de por sí, asume la responsabilidad de contribuir a la generación de nuevos hijos de Dios” (n.5).

G) Caminar en Cristo, con Cristo y según Cristo

No podemos dejar en silencio las enseñanzas básicas de Juan Pablo II sobre la moral cristiana que es, ante todo, la moral de los hijos de Dios, de los hermanos en Jesucristo y de los servidores unos de otros. La moral cristiana nos acerca al misterio de la Stma. Trinidad. Hasta el punto de que es “una respuesta de amor al amor con que Dios nos ama” (VS 10; cf. IJn. 4,9-10.16).

Juan Pablo II se forjó como persona en ambientes difíciles: “El Papa que se forjó en la lucha contra el humanismo ateo contemporáneo, que padeció en su propia carne los terribles años del nacional- socialismo y el comunismo, en su patria y en toda la Europa arrasada por la guerra, que conoció en directo la inconcebible tragedia del exterminio y de la Shoah, ha sido entre nosotros un testigo veraz de Dios, un defensor del hombre y de sus derechos nacidos de su condición de hijo de Dios” (28d).

Los grandes documentos ético-filosóficos de Juan Pablo II

Juan Pablo II ofrece sus enseñanzas morales en tres magníficas encíclicas ético-filosóficas: “Veritatis Splendor” (1993), “Evangelium Vitae” (1995) y “Fides et Ratio” (1998). Con estas ellas, el Papa pretende ayudar al hombre y a la mujer que se encuentran en la época actual ante graves crisis morales y que se ven angustiados por tantos problemas y preguntas para las que no tiene respuestas y a las que no se responde de forma adecuada y justa.

Vamos a desentrañar y explicar los contenidos más importantes del magisterio de Juan Pablo II sobre la moral.

a) La grave crisis moral actual

*** Discurso en el acto europeísta celebrado en la Catedral de Santiago de Compostela (9-XI-1982)**

“Dirijo mi mirada a Europa como el Continente que más ha contribuido al desarrollo del mundo, tanto en el terreno de las ideas como en el del trabajo, en el de las ciencias y de las artes. (...) No puedo silenciar el estado de crisis en el que se encuentra al asomarse al tercer milenio de la era cristiana. (...) La crisis alcanza la vida civil como la religiosa. (...)”

La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadoras, que van, desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un “nihilismo” que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo” (n.3).

*** Discurso a los Obispos franceses de la Región del Centro-Este, en “Visita ad limina”, (28-III-1992)**

El Santo Padre vuelve a poner de relieve la aguda y grave crisis moral que existe. Recordemos una vez más sus palabras:

“Las transformaciones múltiples y rápidas que se viven nuestra época son retos al respeto de la dignidad del hombre y a la transmisión del Evangelio. Esto me brinda la oportunidad de recordar aquí los problemas morales que plantea el Evangelio. Porque la palabra de Dios invita a todos los

cristianos a tener un comportamiento conforme a la llamada de Cristo, maestro de vida. Tal como constatáis, la sociedad moderna sufre la tentación del relativismo, que es la causa del escepticismo de muchas personas. En especial, los cambios culturales y el progreso científico trastornan los criterios de discernimiento en materia moral. Los valores y puntos de referencia morales y objetivos ya casi no se reconocen. El individualismo y el subjetivismo son las características dominantes en la reflexión y la decisión éticas. A menudo se tiene la impresión de que la gente considera algunos comportamientos como normales y moralmente aceptables sólo porque son muchas las personas que obran así. Reina una gran confusión cuando se cree que lo legal es de por sí moral, en particular donde la ley civil contradice las exigencias de la moral”.

Los Obispos españoles, por su parte, hablan del relativismo moral, obstáculo para la evangelización:

“En la actualidad, dice la Conferencia Episcopal Española, uno de los grandes desafíos que encuentra la evangelización está centrado en el campo moral. Es una dificultad que procede de un ámbito cultural que se declara postcristiano y se propone vivir “como si Dios no existiera”. Por encima del ateísmo teórico y del agnosticismo sistemático, se extienden en nuestros días el ateísmo y el agnosticismo pragmáticos según los cuales Dios no sería relevante para la razón, la conducta y la felicidad humanas (cf. Benedicto XVI: “Deus caritas est” (25-XII-2005), 3-5).

En esta situación el hombre pasa a medir su vida y sus acciones en relación a sí mismo, a la vida social y la adecuación con el mundo para la satisfacción de sus necesidades y deseos. La esfera de lo trascendente deja de ser significativa en la vida social y personal diaria, para ser relegada a la conciencia individual como un factor meramente subjetivo. El resultado es un relativismo radical (cf. “Fides et Ratio”, n.5) según el cual cualquier opinión en temas morales sería igualmente válida. Cada cual tiene “sus verdades” y a lo más que podemos aspirar en el orden ético es a unos mínimos consensuados”, cuya validez no podrá ir más allá del presente actual y dentro de determinadas consecuencias” (Teología y secularización en España” (10-IV-2006); n.53).

b) Respuesta del Papa a esta crisis de valores

El Santo Padre no se limita a poner de relieve la grave crisis en la que se encuentran muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo, sino que ofrece respuestas a esos problemas. Veámoslo.

*** Discurso a los jóvenes (Madrid. 3-XI-1982),**

Juan Pablo II exhorta a los jóvenes a que asuman, cultiven y vivan los valores morales que se derivan del Evangelio de Jesucristo y que sean transformadores eficaces y radicales del mundo:

“Cuando sabéis ser dignamente sencillos en un mundo que paga cualquier precio al poder; cuando sois limpios de corazón entre quien juzga sólo en términos de sexo, de apariencia o hipocresía; cuando construís la paz en un mundo de violencia y de guerra; cuando lucháis por la justicia ante la explotación del hombre por el hombre o de una nación por la otra; cuando con la misericordia generosa no buscáis la venganza, sino que llegáis a amar al enemigo; cuando en medio del dolor y de las dificultades no perdéis la esperanza y la constancia en el bien, apoyados en el consuelo y ejemplo de Cristo y en el amor al hombre hermano. Entonces os convertís en transformadores eficaces y radicales del mundo y en constructores de la nueva civilización del amor, de la verdad, de la justicia, que Cristo trae como mensaje” (n.2) (29).

*** Homilía en la Misa celebrada en Barcelona: 7-XI-1982**

- Identidad del cristiano

“Vuestra vida como seres humanos tiene ya en sí una grandeza y dignidad únicas. Ellas imponen una recta valoración, para vivirla en coherente respeto de las exigencias de verdad, de honestidad, de uso correcto del magnífico don divino de la libertad en todas sus dimensiones. Pero esta realidad espléndida no puede encerrarse en esos solos horizontes, por más que no pueda prescindir de ellos. Ha de abrirse a la novedad que Cristo vino a traer al mundo, enseñando a cada hombre que es hijo de Dios (cf. Mt.6,8-15), redimido con la sangre del mismo Cristo (Ef.1,7), coheredero con Él (cf. Rm.8,17), destinado a una meta trascendente (cf. Rm.8,20-23; Ef.2,6s). Sería la mayor mutilación privar al hombre de esa perspectiva, que lo eleva a la dimensión más alta que puede tener. Y que, en consecuencia, le ofrece el cauce más apto para desplegar sus mejores energías y entusiasmo (cf. RH 18). Aquí se halla el fundamento del conocimiento en profundidad del valor de la propia existencia; el fundamento de nuestra identidad como cristianos. De ahí ha de derivar una actitud práctica coherente, hecha de estima hacia todo lo humano que sea bueno e informada eficazmente por la fe”.

- El cristiano y la Iglesia

Para un cristiano es parte muy importante la relación que establece con la Iglesia. Relación que puede ir de un polémico rechazo, a la aceptación parcial; de una crisis sistemática a la fidelidad madura y responsable. (...)

- El cristiano y el servicio a los demás

“El hijo de la Iglesia ha de vivir la convicción de que ha de ser cristiano de la fidelidad a Cristo, para ser cristiano de la coherencia en el amor al hombre, en la defensa de sus derechos, en el compromiso por la justicia, en la solidaridad con cuantos buscan la verdad y elevación del hombre (cf. GS. 43).

- El cristiano y su compromiso en la transformación del mundo.

“Consciente de su deber de “dar un sentido más humano al hombre y a su historia” (GS. 40), el cristiano deberá estar en primera línea como testigo de la verdad, honestidad y justicia. Es la primera consecuencia del valor humanizador de la fe y del dinamismo creador de la misma. Bien radicado en esa fe y desde una clara y valiente convicción evangélica, no dudará en asumir su parte de responsabilidad para “instaurar en Cristo el orden de las realidades temporales” (AA. 7). Nunca podrán olvidar los cristianos que deben ser “fermento y alma de la sociedad” (GS. 40) y que en las tareas temporales “la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno” (GS. 40). Sed también fuertes y generosos a la hora de contribuir a que desaparezcan las injusticias y las discriminaciones sociales y económicas; a la hora de participar en una tarea positiva de incremento y justa distribución de los bienes. Esforzaos por que las leyes y costumbres no vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre ni a los aspectos morales de la vida.

- La transformación interior del hombre

Se abre ante los ojos del cristiano la necesidad de cambiar tantas cosas que son inadecuadas o injustas y que requieren la transformación desde dentro y desde fuera. Pero hay un espejismo al que se puede sucumbir: querer cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando únicamente la satisfacción de las necesidades materiales del hombre. Y, en cambio, hay que empezar por cambiarse a sí mismo; por renovarse moralmente; por transformarse desde dentro, imitando a Cristo; por destruir las raíces del egoísmo y del pecado que anida en cada corazón. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad.

- Retorno del cristiano a su propia conciencia y a Jesucristo

Para vivir en esa actitud cristiana, el hijo de la Iglesia, que siente la propia debilidad y pecado, necesita un constante empeño de conversión y de retorno a las fuentes ideales que inspiran su conducta. Necesita un constante retorno a su conciencia y a Cristo. En su fe ha de hallar la fuerza y dinamismo para corregirse y conformarse cada día en el bien. Sin abandonarse a esa pasividad resignada que serpea en tantos espíritus. Un empeño de conversión que ha de ser personal y también comunitario. Capaz de orientar siempre hacia una mayor fidelidad a la propia condición cristiana y a superar, en metas más altas, los fallos o errores del pasado. Sin dejarse paralizar por ellos, en un inútil inmovilismo o sentimiento de culpabilidad. El fallo y el pecado anidan por desgracia en cada hombre, en cada sector humano u organismo compuesto por hombres, en la Iglesia y fuera de ella. Pero Dios nos ayuda a renovarnos constantemente en su gracia y amor. La palabra revelada, el ejemplo de Cristo, la gracia de los sacramentos son nuestros caminos de superación a través de la conversión.

- Criterio que nos guía

“Estas actitudes cristianas necesitan criterios y guías concretos que las orienten de modo seguro, evitando posibles desviaciones. ¿Cuál es este criterio? Seguid la voz del Magisterio y sed fieles al Concilio de nuestro tiempo: el Vaticano II. Sin reticencias, temores o resistencias, por una parte. Sin interpretaciones arbitrarias o confusiones de la enseñanza objetiva con las propias ideas, por otra. Arranque ahí el camino de la necesaria unidad querida por Cristo. Esa correcta aplicación de las enseñanzas conciliares constituye, como he dicho en repetidas ocasiones, uno de los objetivos principales de mi pontificado.

*** Discurso en el acto europeísta celebrado en la Catedral de Santiago de Compostela (9-XI-1982),**

“Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás Continentes” (n. 4).

*** Discurso a los Obispos franceses de la Región centro-este, en “Visita ad limina” (28-III-1992).**

Juan Pablo II exhorta a este grupo de Obispos franceses a tener presente que “el discernimiento y el recto obrar moral son las respuestas del hombre que, poniendo en acto sus capacidades más elevadas, su juicio y su razón, acepta volverse hacia Dios y entrar en la Alianza sellada definitivamente por Cristo. Esta alianza comporta dos aspectos íntimamente relacionados: el

decálogo, presente en el Antiguo y Nuevo Testamento, y la ley del amor, que es su coronamiento. Estos son los dos pulmones de la vida moral. Todo el obrar humano es exigente, pues no se trata de dejarse llevar por el deseo del momento sino que, por el contrario, el hombre necesita unificar su vida y su ser para orientarse hacia el bien. La ley moral es uno de los elementos imprescindibles para que esa orientación sea fuente de libertad auténtica. (...) Las virtudes teologales y morales son la llave de semejante estilo de vida. Recordad a los hombres que la alegría verdadera viene de la ascesis, de la exigencia y de la lucha para que el pecado no venza al bien”.

*** Homilía en la Parroquia de la Sagrada Familia (Roma. 14-II-1993)**

De nuevo el Santo Padre nos habla del hombre, de su naturaleza y de su dignidad: “El hombre no es ley en sí mismo, sino que está llamado a observar los mandamientos de Dios. Tomar conciencia de esta realidad significa aceptar la verdad íntima de la existencia humana y reconocerse criatura frente al Creador”.

El Santo Padre sale al paso de una dificultad que plantea la cultura actual y la rechaza: “Una cierta cultura ha sostenido o temido que observar la ley del Señor puede ser mortificante o alienante para el hombre. Es totalmente falso. La Ley de Dios es condición de vida, mientras que la muerte está al acecho trágicamente cada vez que el hombre la rechaza”.

*** La encíclica “Veritatis Splendor”, (6-VIII-1993)**

Esta Encíclica no es un documento aislado en el conjunto del Magisterio de Juan Pablo II, sino que es un documento que se relaciona con todo el magisterio del Papa. Por su importancia, nos detendremos en su explicación.

Introducción a la Encíclica

- ¿Qué pretende Juan Pablo II con esta Encíclica?

Esta encíclica no sólo afronta la crisis interna de la teología moral en la Iglesia, sino que pertenece al debate ético de dimensiones mundiales, que hoy se ha transformado en una cuestión de vida o muerte para la humanidad (29a).

La Encíclica es dirigida a los Obispos y, a través de ellos, a la Iglesia entera, y trata “algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia”, “bajo la forma de un necesario discernimiento sobre problemas

controvertidos entre los estudiosos de la ética y de la teología moral” (cf. VS n 5c; 29d; 115a y b).

- Valor teológico de esta Encíclica

El Santo Padre habla en la encíclica “*Veritatis Splendor*” como Pastor de la Iglesia universal, en el ejercicio de su misión y autoridad apostólica. Es el sucesor que presenta su enseñanza y su discernimiento “en obediencia a la palabra del Señor que ha confiado a Pedro el encargo de conformar a sus hermanos, para iluminar y ayudar nuestro común discernimiento” (VS.115). Recordemos también estas palabras de Juan Pablo II: “Nuestro común deber, y antes aún nuestra común gracia, es enseñar a los fieles como Pastores y Obispos de la Iglesia, lo que los conduce por el camino de Dios, de la misma manera como el Señor Jesús hizo un día con el joven del Evangelio...La verdad de esta doctrina tuvo su culmen en la Cruz con la Sangre de Cristo: se ha convertido, por el Espíritu Santo, en la ley nueva de la Iglesia y de todo cristiano” (VS. n.114,b).

J.I.González Faus escribe a este respecto: “En teoría, dentro de la Iglesia no cabe un conflicto entre la conciencia y la verdad, porque el Magisterio de la Iglesia tiene una “asistencia del Espíritu Santo”. Y aunque la doctrina católica obligue a reconocer que esa asistencia no es propiamente la “infalibilidad” (Woytyla no se ha atrevido a hacer ninguna definición dogmática, aunque hay testimonios opuestos sobre si lo intentó o no en la “*Veritatis Splendor*”), sin embargo, para él, un católico no podrá mantener su “buena fe” cuando sabe que puede entrar en conflicto con el Espíritu Santo (“Comprender a K.Woytyla”; Sal Terrae; 2005; 66).

- La situación moral actual: desorientación moral

“Ha venido a crearse una nueva situación dentro de la misma comunidad cristiana, en la que se difunden muchas dudas y objeciones de orden humano y psicológico, social y cultural, religioso e incluso específicamente teológico, sobre las enseñanzas morales de la Iglesia. Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales, sino que, partiendo de determinadas concepciones antropológicas y éticas, se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral” (VS n.7). El Santo Padre destaca dos causas que han generado esta desorientación moral o “verdadera crisis” (n.5): la separación entre libertad y verdad (n.84b) y la separación entre fe y moral (cf. VS 4 y 88).

¿En que se manifiesta esta crisis moral? Presentamos algunos signos de esta crisis:

+ Se rechaza la doctrina tradicional sobre la ley natural y sobre la universalidad y permanente validez de sus preceptos.

+ Se consideran simplemente inaceptables algunas enseñanzas morales de la Iglesia.

+ Se opina que el Magisterio de la Iglesia no debe intervenir en cuestiones morales precisando una doctrina, sino sólo con exhortaciones (cf. VS 4; 34; 75).

+ Hay incertidumbre sobre la objetividad moral (VS 8) y la tendencia al subjetivismo.

+ Se acepta como criterios de verdad moral los siguientes: la eficacia, la opinión de la mayoría, el consenso social y el cientificismo.

+ La tendencia al relativismo y a una mentalidad pragmática y utilitaria, según la cual el fin justifica los medios (VS 84; 106; 112).

Llamada que nos hace el Papa en esta encíclica

Podemos afirmar que la Encíclica “Veritatis Splendor” nos invita a atender de la forma debida a las cuestiones morales ya que se trata de realidades que afectan a la vida y destino de cualquier ser humano. En efecto, nadie puede ocultar ni olvidar preguntas de tanto calado como las siguientes: ¿Qué debo hacer yo en la vida? ¿Cómo puedo discernir el bien y el mal? (cf. VS n.2).

Enseñanzas más importantes de la Encíclica:

- Jesucristo en el centro de la moral cristiana:

Juan Pablo II pone a Jesucristo en el centro de la moral cristiana, ya que ésta es ante todo seguimiento de Jesucristo; fidelidad a sus palabras; imitación de sus actitudes y de su entrega al Padre, con obediencia amorosa, en toda su vida y especialmente en la Cruz; unión íntima con Jesucristo muerto y resucitado, con la gracia del Espíritu Santo:

“Es necesario que nosotros, Hermanos en el Episcopado, no nos limitemos sólo a exhortar a los fieles sobre los errores y peligros de algunas teorías éticas. Ante todo, debemos mostrar el fascinante esplendor de aquella verdad que es Jesucristo mismo. En Él, que es la verdad (cf. Jn.14,6), el hombre puede, mediante los actos buenos, comprender plenamente y vivir perfectamente su vocación a la libertad en la obediencia a la ley divina, que se compendia en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Es cuanto acontece con el don del Espíritu Santo, Espíritu de verdad, de libertad y de amor: en Él nos es dado interiorizar la ley y percibirla y vivirla como el

dinamismo de la verdadera libertad personal: “la ley perfecta de la libertad” (St.1,25) (VS 83b).

- Verdad y misericordia

El Santo Padre asume las palabras de Jesús, que pronunciara antes el profeta Isaías: “no quebrar la caña cascada ni apagar el pabilo vacilante (Mt.12,20; Is.42,.1-4). Es verdad que hay que proclamar la verdad moral con claridad y plena fidelidad a la Tradición viva de la Iglesia; pero, al mismo tiempo, hay que hacerlo con una imprescindible adaptación pedagógica a los diversos ambientes culturales existentes en nuestros días (VS nn. 29 y 53). Ya decía San Pablo: “*varitatem facientes in caritate*” (Ef.4,15)..

Recordemos las palabras de Juan Pablo II: “Al mismo tiempo, la presentación límpida y vigorosa de la verdad moral no puede prescindir nunca de un respeto profundo y sincero -animado por el amor paciente y confiado- del que el hombre necesita siempre en su camino moral, frecuentemente trabajoso debido a dificultades, debilidades y situaciones dolorosas. La Iglesia que jamás podrá renunciar al “principio de la verdad y de la coherencia, según el cual no acepta llamar bien al mal y al mal bien” ha de esta siempre atenta a no quebrar la caña cascada ni apagar el pabilo vacilante” (VS n.95c). El Sacerdote, por tanto, ha de ser testigo de la misericordia divina y ha de comprender la debilidad del ser humano. Ahora bien, esta comprensión ha de reflejar la santidad divina, fundamento de la verdad moral (Mons. Elías Yanes). En este sentido, el Santo Padre afirma: “Esta comprensión jamás significa comprometer y falsificar la medida del bien y del mal para adaptarla a las circunstancias. Mientras es humano que el hombre, habiendo pecado, reconozca su debilidad y pida misericordia por las propias culpas, en cambio es inaceptable la actitud de quien hace de su propia debilidad el criterio de la verdad sobre el bien, de manera que se pueda sentir justificado por sí mismo, incluso sin necesidad de recurrir a Dios y a su misericordia” (VS n.104).

- Plena comunión con el Magisterio de la Iglesia

“Promover en cada comunidad cristiana la plena comunión con la doctrina de fe y moral de la Iglesia (VS nn.29,115, 116). Esta doctrina nos es propuesta por el Magisterio del Papa y de los Obispos, sucesores de los Apóstoles.

- ¿Qué promueve y a que nos invita el Santo Padre?

+ “Educar la conciencia de los cristianos en conformidad con la doctrina moral de la Iglesia” (VS nn. 54-64).

+ “Formar a los cristianos en el discernimiento crítico de la cultura dominante a la luz del mensaje moral de Jesucristo proclamado por la Iglesia” (VS nn.28-31). “El discernimiento crítico de la cultura dominante requiere una actitud de diálogo”. Pero el diálogo supone que el cristiano, como interlocutor, tiene clara su identidad

+ “Impulsar vigorosamente la acción evangelizadora de la Iglesia invitando a los hombres a la conversión y al seguimiento de Jesucristo” (VS nn.106-108).

+ Anunciar a Jesucristo que es la respuesta decisiva a los interrogantes del hombre: “el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios (...) constituye el horizonte auténtico del ser y del hacer del hombre. Jesucristo no se limita a dar una respuesta sabia a los interrogantes religiosos y morales de la humanidad, sino que él en persona se pone como respuesta decisiva, ya que en su misterio de Verbo encarnado se esclarece auténticamente el misterio de la persona humana” (29b).

+ “Proponer el mensaje moral cristiano como renovación de la vida social y política” (VS nn.98-101).

+ Proponer las bienaventuranzas de Jesús como anuncio de felicidad y de alegría para el hombre: “La alegría que las Bienaventuranzas prometen es la alegría misma de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la obediencia al Padre y en la entrega a los hermanos” (Jornada Mundial de la Juventud. Toronto 2002).

- La moral cristiana

Siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo queremos ofrecer una síntesis de la naturaleza, rasgos y perspectivas de la moral cristiana.

+ La moral cristiana y el seguimiento de Jesús

La moral cristiana consiste fundamentalmente en seguir a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, en entregarnos a Él, en dejarnos transformar por su gracia, en ser renovados por la gracia divina.

¿En qué consiste el seguimiento de Jesús? Escuchemos de nuevo las enseñanzas de Juan Pablo II:

Seguir a Jesús “no consiste sólo en escuchar una enseñanza y cumplir un mandamiento, sino en algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre” (VS 19).

Seguir a Jesús “no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda” (VS 21).

“Ser discípulo de Jesús significa hacerse conforme a Él, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la cruz (cf. Fil..2,5-8). Mediante la fe, Cristo habita en el corazón del creyente” (cf. Fil.3,17), el discípulo se asemeja a su Señor, se configura con Él, lo cual es fruto de la gracia, de la persona operante del Espíritu Santo” (VS 21).

El seguimiento de Jesús consiste en poner nuestros pies desnudos y sin protección humana en las huellas que Jesús dejó a su paso por este mundo: las bienaventuranzas; es acoger la gracia de participar en el Reino de Dios y ponernos a su servicio. Pero tengamos en cuenta que seguir a Jesús no es una ni puede reducirse a una imitación exterior de Jesús, ya que nos afecta en nuestra interioridad más profunda. Ser discípulos de Jesús es hacerse siempre con la ayuda de la gracia divina conformes a Jesucristo, que se hizo servidor de todos hasta dar la vida por todos en la Cruz (cf. Fil.2,6-11).

Sin desdecirse de lo dicho anteriormente, Juan Pablo II habla también del amor como “principio unificante de la reflexión cristiana sobre la moralidad” a lo largo y ancho de su Magisterio, como iremos exponiendo.

La Teología moral postconciliar ha reflexionado no sólo sobre el fundamento último de la moral cristiana, sino también por un principio que unifique la reflexión específicamente cristiana sobre la moralidad. En este sentido se ha habla no sólo de del “seguimiento de Jesús” (F.Tillmann), sino también de “la incorporación a Cristo” (E. Mersch), del “Reino de Dios” (J. Stelzenberger) de “la caridad” (Gillmann), de la “ley de Cristo” (B. Háring). (cf. J.T.Andrés: “Sed perfectos”. Notas de Moral Fundamental; Comisión Episcopal del Clero. Edice. Madrid.1992; 69). Benedicto XVI pone de relieve como principio unificador de la reflexión cristiana moral el amor (cf. Encíclica “Deus Caritas est”).

+ La moral cristiana es moral de obediencia y de libertad

Incorporado a Jesucristo por la fe y el bautismo (cf. Rm.6), el cristiano se convierte en miembro de su Cuerpo que es la Iglesia (cf. ICort.12,13.27).

En efecto, por el bautismo es incorporado a la iglesia, Pueblo profético, sacerdotal, real, mesiánico.

La Iglesia vive unida a Cristo, y de modo especial a su muerte y resurrección. La Iglesia se identifica como Iglesia de Cristo por su participación en la obediencia amorosa y humilde Jesús al Padre en la muerte de cruz (cf. Fil.2,8). La muerte de Jesús es ofrenda de amor que permanece para siempre en Cristo resucitado (cf. Heb.10,11-14) (Mons. Elías Yanes).

Teniendo en cuenta estas realidades afirmamos que la moral cristiana es participación en esa entrega amorosa de Jesucristo al Padre. La verdad interior de la vida cristiana es Cristo-Jesús: “Para mí vivir es Cristo” (Fil.1,21). Ahora bien, la moral cristiana no es sólo moral de obediencia, sino también es en la misma obediencia amorosa, en Cristo-Jesús, moral de libertad.

Con profunda veneración meditemos estas palabras de Juan Pablo II:

“Cristo crucificado revela el significado auténtico de la libertad, lo vive plenamente en el don total de sí mismo y llama a los discípulos a tomar parte en su misma libertad” (VS 85). “Jesús manifiesta, además, con su misma vida y no sólo con palabras, que la libertad se realiza en el amor, es decir, en el don de uno mismo. El que dice: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn.15,13), va libre al encuentro de la pasión (cf. Mt.26,46), y en su obediencia al Padre en la cruz da la vida por todos los hombres (cf. Fil.2,6-11). De este modo, la contemplación de Jesús crucificado es la vía maestra por la que la Iglesia debe caminar cada día si quiere comprender el pleno significado de la libertad: el don de uno mismo en el servicio a Dios y a los hermanos” (VS 87)

Eudaldo Forment manifiesta que en esta Encíclica el Santo Padre:

Atiende al hombre moralmente enfermo de nuestra época de un modo mucho más positivo y consolador, le diagnostica al hombre su mal y le anuncia que no es incurable, le ofrece las medicinas para que libremente se cure y le comunica que “conviene descubrir el sentido del pecado”, y para llegar a ello “conviene descubrir el sentido de Dios justo y misericordioso” (29c).

Además el Santo Padre pone de manifiesto que “no puede darse renovación espiritual que no pase por la penitencia-conversión, bien sea como actitud interior y permanente del creyente y como ejercicio de la virtud que corresponde a la incitación del Apóstol a “hacerse reconciliar con Dios”, bien

sea como acceso al perdón de Dios mediante el sacramento de la penitencia” (29d).

Por último, decimos que el mensaje del Papa está lleno de luz y de esperanza para todos, ya que “ningún pecado del hombre puede cancelar la misericordia de Dios, ni impedirle poner en acto su fuerza victoriosa, con tal que la invoquemos” (29e).

+ Los rasgos más significativos de la moral cristiana

Inspirándonos en la doctrina moral de Juan Pablo presentamos los rasgos más significativos de la moral cristiana. No es nuestro interés desarrollar estos rasgos en toda su amplitud, sino solamente enumerarlos para alcanzar una visión lo más completa de la moral cristiana:

+ Fidelidad a la Palabra de Dios: el discípulo de Jesús ha de estar pendiente de su palabra.

+ Eclesialidad: la unión con Cristo y con el Espíritu se nos da en la Iglesia y, particularmente, en los sacramentos.

+ Moral de felicidad por la apelación a las bienaventuranzas y al don de las promesas divinas.

+ Carácter responsorial El hombre es el único ser al que Dios se dirige en su comunicación como un “tú”. Por eso puede acoger y responder a Dios.

+ Dimensión eucarística o de acción de gracias por la elección divina

+ Autonomía y teonomía

+ Carácter escatológico. Al final seremos examinados por el amor.

+ Moral sacramental: cada sacramento implica un compromiso y un estilo de conducta y comportamiento.

- El Magisterio de la Iglesia y la interpretación auténtica de la moral cristiana ¿A quién corresponde la interpretación auténtica de la moral cristiana? Es un interrogante importante que no debemos olvidar. Estas son las palabras de Juan Pablo II:

“La tarea de su interpretación ha sido confiada por Jesús a los Apóstoles y a sus sucesores, con la asistencia especial del Espíritu de la verdad: “Quién a vosotros escucha, a mí me escucha” (Lc.10,16) (VS 25). “Promover y custodiar, en la unidad de la Iglesia, la fe y la vida moral es la misión confiada por Jesús a los Apóstoles (cf. Mt.28,19-20), la cual se continúa en el ministerio de sus sucesores. Es cuanto se encuentra en la Tradición viva, mediante la cual -como afirma el Concilio Vaticano II-, “la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las

edades lo que es y lo que cree”. Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo” (VS 27).

En este sentido, Mons. Elías Yanes afirma: “si creemos de verdad que el Espíritu Santo asiste al Papa y a los Obispos en el ejercicio de su misión como maestros de la fe y de la moral cristiana, debemos acoger con humilde obediencia, con la mente y con el corazón, la enseñanza de quienes hablan con la autoridad recibida de Jesucristo” (cf. DH 14; VS 64).

*** Discurso a Obispos de Estados Unidos de América, en “Visita ad limina” (15-X-1993)**

“Cuando rechaza el relativismo ético y el agnosticismo sobre el bien moral, la Iglesia no es dogmática ni sectaria. La verdad que la Iglesia está defendiendo afirma la dignidad trascendente de la persona y la obligación inviolable de respetar la conciencia de todo hombre”.

*** Homilía en la Parroquia de la Preciosísima Sangre (Roma, 17-X-1993)**

Juan Pablo II aborda ahora otra de las dificultades que algunos plantean a la moral cristiana. Prestemos atención a estas palabras del Papa: “Un comportamiento no es bueno porque así lo considere una persona, un grupo o incluso una mayoría. Es bueno sólo cuando responde a la verdad del hombre, del mundo y de Dios, como nuestro Salvador nos la dio a conocer”. Por eso, creemos nosotros que la Iglesia ha de educar hoy en la verdad del hombre, del mundo y de Dios.

*** Mensaje de Juan Pablo II al Card. Joseph Ratzinger con ocasión del Simposio sobre “la antropología de la teología moral según la encíclica “Veritatis Splendor” (24-IX-2003). Vínculo entre verdad, bien y libertad-**

Juan Pablo II, a los diez años de la publicación de esta Encíclica, hace una serie de afirmaciones tan importantes que nos parece necesario ofrecerlas aquí y agradecerlas:

+ “El valor doctrinal de la Encíclica “Veritatis Splendor” se revela más actual que nunca. Y es que es luminoso el destino de quienes, llamados a la salvación mediante la fe en Jesucristo, “luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn.1,9), acogen y viven la verdad que él comunica o, más exactamente, la verdad que Él es, convirtiéndose ellos también en “sal de la tierra” y “luz del mundo” (cf. Mt.5,13-14). El misterio de la Encarnación del

Hijo de Dios, “centro del cosmos y de la historia” (RH 1) constituye el horizonte auténtico del ser y del hacer del hombre. Jesucristo no se limita a dar una respuesta sabia a los interrogantes religiosos y morales de la Humanidad, sino que Él en persona se pone como respuesta decisiva, ya que en su misterio de Verbo encarnado se esclarece auténticamente el misterio de la persona humana (GS 22) (n.1).

+ Caminar de nuevo desde Cristo, contemplar su rostro, perseverar en su seguimiento: éstas son las enseñanzas que “Veritatis Splendor” sigue proponiéndonos. Más allá de todas las efímeras mudanzas culturales, hay realidades esenciales que no cambian y que tienen su fundamento último en Cristo, que es siempre “el mismo, ayer, hoy y por los siglos” (n.2).

+ “La referencia moral cristiana no es la cultura del hombre, sino el proyecto de Dios en la Creación y en la Redención. En el misterio pascual y en el misterio de nuestra adopción filial surge, en efecto, en todo su esplendor la dignidad originaria de la humanidad (n.2).

+ “Verdad es que, hoy en día, parece cada vez más ardua para los pastores de la Iglesia, para los estudiosos y los maestros de moral cristiana, la tarea de acompañar a los fieles en formular juicios según verdad, en un clima de contestación de la verdad salvífica y de relativismo extendido ante la ley moral. Exhorto, pues, a todos los participantes en el Simposio a ahondar en el vínculo esencial que existe entre la verdad, el bien y la libertad. Esta relación tiene su fundamento ontológico, amén de en la naturaleza del ser humano, en la Encarnación, y se ve renovada y puesta de relieve en el acontecimiento histórico-salvífico de la cruz de nuestro Redentor” (29f).

El secreto constitutivo la Iglesia consiste, por tanto, en mantener la mirada puesta en el Crucificado y en anunciar su Sacrificio Redentor: “La contemplación de Jesús crucificado es la vía maestra por la que la Iglesia debe caminar cada día si quiere comprender el pleno significado de la libertad: el don de uno mismo en el servicio a Dios y a los hermanos. La comunión con el Señor resucitado es la fuente inagotable de la que la Iglesia se alimenta incesantemente para vivir en la libertad, darse y servir” (VS, 87) (n.3).

La verdad de la moral cristiana, rubricada por la cruz de Jesús, se ha convertido, en el Espíritu Santo, en la ley nueva del Pueblo de Dios. Por ello, la respuesta que da a la demanda de felicidad del hombre contemporáneo tiene todo el poder y la sabiduría de Cristo crucificado, verdad que se entrega por amor (n.3).

*** Homilía de Juan Pablo II durante la celebración de la Palabra en el monasterio de Santa Catalina del Sinaí (26-II-2000).**

Juan Pablo II ha querido hacer esta gran peregrinación en este año del gran Jubileo ya que “la fe nos impulsa a hacernos peregrinos tras las huellas de Dios”. (...) Hoy, con gran alegría y profunda emoción, el Obispo de Roma peregrina al Monte Sión, atraído por esta santa montaña que se alza cual señero monumento a la revelación divina. ¡Aquí reveló Dios su nombre! ¡Aquí entregó su Ley, los Diez Mandamientos de la alianza!” (n.1).

¿Qué son los diez Mandamientos de la Ley de Dios?

“El encuentro de Dios y Moisés en este monte deposita en el corazón de nuestra religión el misterio de la obediencia liberadora, que halla su perfección en la obediencia perfecta de Cristo en la encarnación y en la cruz (cf. Fil.2,8; Heb.5,8-9). También nosotros seremos auténticamente libres si aprendemos a obedecer como Jesús (cf. Heb.5,8).

Los Diez Mandamientos no constituyen una imposición arbitraria de un señor despótico. Estaban grabados en piedra, pero antes aún estaban escritos en el corazón humano como ley moral universal, valedera en todo tiempo y lugar. Hoy como ayer las diez palabras de la Ley proporcionan la única base auténtica para la vida de individuos, sociedades y naciones. Hoy como ayer, constituyen el único porvenir de la familia humana, pues salvan al hombre de la fuerza destructiva del egoísmo, del odio y de la mentira. Desenmascaran a todos los falsos dioses que esclavizan al hombre: el amor a sí mismo que llega a excluir a Dios, la avidez de poder y de placer que trastoca el ordenamiento de la justicia y degrada nuestra dignidad humana y la de nuestro prójimo. Si nos apartamos de esos falsos ídolos y seguimos al Dios que liberta a su pueblo y que con él permanece para siempre, saldremos como Moisés tras sus cuarenta días en el monte, “resplandecientes de la gloria”, “incendiados de la luz de Dios”.

“Observar los mandamientos significa ser fieles a Dios, pero también ser fieles a nosotros mismos, a nuestra naturaleza auténtica y a nuestras aspiraciones más profundas. (...) El viento que aún hoy sigue soplando del Sinaí nos recuerda que Dios desea verse honrado en sus criaturas y en el crecimiento de éstas: “Gloria Dei, homo vivens”.

- Llamada al diálogo interreligioso:

En este sentido, el viento que nace del Sinaí “es viento que nos trae una invitación insistente al diálogo entre los seguidores de las grandes religiones

monoteístas, en su servicio a la familia humana. Sugiere que en Dios podemos hallar nuestro punto de encuentro: precisamente en el Dios Todopoderoso y Misericordioso, Creador del universo y Señor de la historia, que al final de nuestra terrenal existencia nos juzgará con perfecta justicia” (n.3).

- Hacia una profundización de los Diez Mandamientos

El Santo Padre ahonda en el significado de los Diez Mandamientos a la luz de Jesucristo de quien el Padre dijo en el Monte de la transfiguración: “Este es mi Hijo amado; escuchadlo” (Mc.9,7). (...) Esto no quiere decir que “la Ley del Sinaí ha prescrito, sino que los Diez Mandamientos se dan a conocer ya en la voz del Hijo amado. La persona reconquistada para la libertad auténtica por obra de Jesucristo es consciente de que no es una multitud de prescripciones externas lo que la obliga, sino un amor interior que ha arraigado en el hondón de su corazón, Los Diez Mandamientos son ley de libertad; libertad no para seguir nuestras ciegas pasiones, sino libertad para amar, para escoger el bien en toda situación, incluso cuando esta opción entraña una carga. No obedecemos pues a una ley impersonal; lo que se nos exige es una amorosa rendición al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo (cf. Rm.6,14; Gál.5,18) (30).

c) La necesaria conversión y renovación moral

*** Homilía en el “Nou Camp” (Barcelona, 1982).**

“Hay que empezar por cambiarse a sí mismo; por renovarse moralmente; por transformarse desde dentro, imitando a Cristo; por destruir las raíces del egoísmo y del pecado que anida en cada corazón. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad.

Para vivir en esa actitud cristiana, el hijo de la Iglesia, que siente la propia debilidad y el pecado, necesita un constante empeño de conversión y de retorno a las fuentes que inspiran su conducta. Necesita un constante retorno a su conciencia y a Cristo. En su fe ha de hallar la fuerza y dinamismo para corregirse y confirmarse cada día en el bien. Sin abandonarse a esa pasividad resignada que serpea en tantos espíritus.

Un empeño de conversión que ha de ser personal y también comunitario. Capaz de orientar siempre hacia una mayor fidelidad a la propia condición cristiana y a superar, en metas más altas, los fallos o errores del pasado. Sin dejarse paralizar por ellos, en un inútil inmovilismo o sentimiento de culpabilidad” (30a).

*** “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994): Conversión y Jubileo del año 2000**

Con motivo de la preparación para el Jubileo del año 2000, el Papa exhorta a los cristianos a la conversión:

“La celebración del Gran Jubileo deberá llevar a todos a emprender en la adhesión la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica conversión, que comprende tanto un aspecto “negativo” de liberación del pecado como un aspecto “positivo” de elección del bien manifestado por los valores éticos contenidos en la ley natural, confirmada y profundizada por el Evangelio. Es éste el contexto adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la penitencia en su significado más profundo. El anuncio de la conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano es particularmente importante en la sociedad actual, donde con frecuencia parecen desvanecerse los fundamentos mismos de una visión ética de la existencia humana”(30b).

*** Bula “Incarnationis Mysterium” (29-XI-1998)**

Esta llamada a la conversión es puesta de relieve de nuevo por Juan Pablo II en la Bula “Incarnationis Mysterium”. Recordemos que la celebración de los “Años Santos” ha sido tradicionalmente en la Iglesia, llamadas intensas a la conversión, a la reforma de criterios y sentimientos, de comportamientos y acciones teniendo siempre como referencia moral el Evangelio de Jesucristo tal y como nos lo ofrece la Iglesia.

Tengamos presente que Dios está en el origen de nuestra conversión ya que sin su gracia preveniente no podemos ponernos en el camino de vuelta al Señor: “la llamada a la conversión es iniciativa del Padre, que la impulsa, por acción del Espíritu Santo en virtud de los méritos de la obra redentora de Jesucristo. El Padre quiere, anhela, la conversión de los hombres, para que mediante el arrepentimiento y confesión de los pecados puedan participar de los bienes de su amor: vida divina de la gracia, que es participación en la naturaleza divina y en la vida intratrinitaria. A este fin sirve la Iglesia con su acción pastoral, en orden a conducir los hombres a Dios” (30c).

*** Exhortación Apostólica postsinodal “Ecclesia in America” (22-I-1999)**

¿En qué consiste la conversión?

“No se trata sólo de un modo distinto de pensar a nivel intelectual, sino de la revisión del propio modo de actuar a la luz de los criterios evangélicos. (...) Por ello, la auténtica conversión debe prepararse y cultivarse con la lectura orante de la Sagrada Escritura y la recepción de los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía.

La conversión conduce a la comunión fraterna, porque ayuda a comprender que Cristo es la cabeza de la Iglesia, su Cuerpo místico; mueve a la solidaridad, porque nos hace conscientes de que lo que hacemos a los demás, especialmente a los más necesitados, se lo hacemos a Cristo.

La conversión favorece, por tanto, una vida nueva, en la que no haya separación entre la fe y las obras en la respuesta cotidiana a la universal llamada a la santidad. Superar la división entre fe y vida es indispensable para que se pueda hablar seriamente de conversión (n.26)..

La conversión no es completa si falta la conciencia de las exigencias de la vida cristiana y no se pone esfuerzo en llevarlas a cabo. (...) La caridad fraterna implica una preocupación por todas las necesidades del prójimo” (n.27).

d) El seguimiento de Jesucristo

De nuevo el Papa vuelve a hablarnos del seguimiento de Jesús, exhortándonos a seguirlo de cerca por los caminos del Reino. El seguimiento de Jesús ni se sufre ni se padece, sino que se recibe y acoge como don y gracia del Señor, ya que no somos nosotros quienes hemos elegido al Señor, sino que ha sido Él quien nos eligió, nos llevaba en el corazón y nos llamó para que lo siguiéramos. Nos elige para que estemos con Él, para enviarnos a predicar el Evangelio y para expulsar los demonios. Nos pide que no volvamos la vista atrás.

*** Homilía en la Misa celebrada en Castelgandolfo para los jóvenes del VII Fórum internacional (12 al 15 de Agosto de 2000) el 17 de agosto de 2000.**

Cristo te pregunta a ti como a Pedro un día: “¿me amas?”

“Hoy Cristo os hace la misma pregunta que hizo a Pedro: ¿me amas? No os pide saber hablar a las muchedumbres, saber dirigir una organización, saber administrar un patrimonio. Os pide que le améis. Todo lo demás vendrá como consecuencia. En efecto, poner los propios pasos sobre las huellas de Jesús no se traduce inmediatamente en cosas que hacer o decir, sino ante todo

en el hecho de amarlo, de quedarse con Él, de acogerlo completamente en la propia vida.

Nuestra respuesta

Responded hoy con sinceridad a la pregunta de Jesús. Algunos podrán decir con Pedro: “Sí, Señor, Tú sabes que te amo” (Jn.21,16). Otro dirán: “Señor, tú sabes cómo quisiera amarte, enséñame a amarte para poderte seguir”. Lo importante es permanecer en el camino, continuar en el camino sin perder de vista la meta, hasta el día en que podáis decir con todo el corazón: “Tú sabes que te amo!” (n.3).

Amad a Cristo y a la Iglesia

“Amad a Cristo y amad a la Iglesia. Amad a Cristo como Él os ama. Amad a la Iglesia como Cristo la ama.

El amor evangélico

Y no olvidéis que el amor verdadero no pone condiciones, no calcula, no recrimina, sino simplemente ama. En efecto, ¿cómo podréis ser responsables de una herencia que no aceptáis sino en parte? ¿Cómo participar en la construcción de algo que no se ama con todo el corazón?” (30d).

*** Discurso de Juan Pablo II en la vigilia previa a la XV Jornada Mundial de la Juventud en Roma: 19-VIII-2000.**

El seguimiento de Jesús implica siempre la fidelidad y, a veces, el martirio.

“También hoy creer en Jesús, seguir a Jesús siguiendo las huellas de Pedro, de Tomás, de los primeros Apóstoles y testigos, conlleva una opción por Él y, no pocas veces, es como un nuevo martirio: el martirio de quien, hoy como ayer, es llamado a ir contra corriente para seguir al divino Maestro, para seguir “al Cordero a dondequiera que vaya” (Apoc.14,4). (...) quizás a vosotros no se os pedirá la sangre, pero sí ciertamente la fidelidad a Cristo. Una fidelidad que se ha de vivir en las situaciones de cada día” (n.4) (30e).

*** Catequesis en la Audiencia General del 6 de septiembre de 2000**

Recordemos lo más importante y significativo de esta Catequesis.

El encuentro con Cristo cambia radicalmente la vida de una persona, la impulsa a la “metanoia” o conversión profunda de la mente y del corazón, y establece una comunión de vida que se transforma en seguimiento.

En los Evangelios el seguimiento se expresa con dos actitudes: la primera consiste en acompañar a Cristo (akolouthēin); la segunda es “caminar detrás” de Él, que guía, siguiendo sus huellas y su dirección (erjēsthai opisō). Así nace la figura del discípulo, que se realiza de modos diferentes. (...) n.1).

Las condiciones para recorrer el mismo camino de Jesucristo son pocas pero fundamentales. Era necesario dejar atrás el pasado, cortar con él de modo determinante y realizar una “metanoia” en el sentido profundo del término: un cambio de mentalidad y de vida. El camino que propone Cristo es estrecho, exige sacrificio y la entrega total de sí: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (Mc.8,34). Es un camino que conoce las espinas de las pruebas y de las persecuciones (cf. Jn.15,20). Es un camino que transforma en misioneros y testigos de la palabra de Cristo, pero exige de los apóstoles que “nada tomen para el camino (...), ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja” (Mc.6,8) (n.2).

Así pues, el seguimiento no es un viaje cómodo por un camino llano. También pueden surgir momentos de desaliento, hasta el punto de que en una circunstancia muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con Él” (Jn.6,66). (...) El seguimiento se expresa de modo especial en el discípulo amado, que entra en la intimidad con Cristo, de quien recibe como don a su Madre y a quien reconoce una vez resucitado (cf. Jn.13,23-26; 18,15-16) (n.4).

La meta última del seguimiento es la gloria. El camino consiste en la “imitación de Cristo, que vivió en el amor y murió por amor en la cruz. El discípulo “debe, por decirlo así, “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo” (RH, 10). Cristo debe entrar en su yo para liberarlo del egoísmo y del orgullo” (n.4).

La cruz, signo de amor y de entrega total, es el emblema del discípulo llamado a configurarse con Cristo glorioso (n.5) (30f).

e) El cristiano habitado y guiado por el Espíritu Santo

El Espíritu Santo nos ha sido dado por el Padre y el Hijo. Es el fruto más grande de la Pascua de Jesucristo. Abramos el alma para que el Espíritu

entre dentro de nosotros, habite en nuestros corazones, nos renueve interiormente y nos guíe por los caminos de la santidad y de la misión.

*** Audiencia General del miércoles 13 de septiembre de 2000**

El Santo Padre pronunció una catequesis en el transcurso de esta Audiencia General cuyo tema básico y fundamental es la presencia y la acción del Espíritu Santo en el cristiano. De esta catequesis ofrecemos este sencillo y breve resumen.

Partiendo de la doctrina de San Juan y de San Pablo que hablan de la efusión, de la presencia y de la acción del Espíritu en los discípulos de Jesús, el Santo Padre manifiesta:

- En el origen mismo de la existencia cristiana, cuando nacemos como criaturas nuevas, es el soplo del Espíritu el que nos transforma en hijos en el Hijo y nos hace caminar por los caminos de justicia y salvación (cf. Gál.5,16). Toda la vida del cristiano deberá desarrollarse, entonces, bajo el influjo del Espíritu.

- Cuando Él nos representa la Palabra de Cristo, resplandece dentro de nosotros la luz de la verdad, como había prometido Jesús (cf. Jn.14,26).

- El Espíritu está a nuestro lado en el momento de la prueba convirtiéndose en nuestro defensor y en nuestro apoyo (cf. Mt.10,19-20).

- El Espíritu está en la raíz de la libertad cristiana, que es la eliminación del yugo del pecado (cf. Rm.8,2).

- La vida moral precisamente porque está irradiada por el Espíritu, produce frutos de “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo” (Gál.5,22).

- El Espíritu anima a toda la comunidad de los creyentes (cf. ICort.12,1-13).

- Debemos, finalmente, al Espíritu el logro de nuestro destino de gloria (Ef.1,13-14).

En síntesis, toda la vida del cristiano, desde el origen hasta su meta última, está bajo la guía y la acción del Espíritu Santo” (n.4) (30g).

*** Homilía en el rito de consagración del santuario de la Misericordia divina. Cracovia-Lagiewniki (Polonia) (17-VIII-2002).**

“Es el Espíritu Santo, Consolador y Espíritu de verdad, quien nos conduce por los caminos de la misericordia divina. Él, convenciendo al mundo “en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio” (Jn.16,8), al mismo tiempo revela la plenitud de la salvación en Cristo. Este convencer en lo referente al pecado tiene lugar en una doble relación con la cruz de Cristo. Por una parte, el Espíritu Santo nos permite reconocer, mediante la cruz de Cristo, el pecado, todo pecado, en toda la dimensión del mal, que encierra y esconde en sí. Por otra, el Espíritu Santo nos permite ver, siempre mediante la cruz de Cristo, el pecado a la luz del “mysterium pietatis”, es decir, del amor misericordioso e indulgente de Dios (cf. Det.32).

Y así, el convencer en lo referente al pecado se transforma, al mismo tiempo, en un convencer de que el pecado puede ser perdonado y el hombre puede corresponder de nuevo a la dignidad de hijo predilecto de Dios. En efecto, la cruz “es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre (...) La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas de la existencia terrena del hombre” (DM, 8).

¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde reinan el odio y la sed de venganza, donde la guerra causa el dolor y la muerte de los inocentes, se necesita la gracia de la misericordia para calmar las mentes y los corazones, y hacer que brote la paz. Donde no se respeta la vida y la dignidad del hombre se necesita el amor misericordioso de Dios, a cuya luz se manifiesta el inexpressable valor de todo ser humano. Se necesita la misericordia para hacer que toda injusticia en el mundo termine en el resplandor de la verdad,

f) Las preguntas fundamentales del hombre y de la mujer

Cualquier ser humano se hace preguntas hondas y profundas que lo ponen ante su origen, ante el sentido de su vida y ante su destino final. Es inútil mostrarse indiferente ante estas cuestiones porque están ahí, ante nosotros. El ser humano con la luz de su arzón natural puede y debe hacer estas preguntas y buscar respuesta adecuada a las mismas. El hombre y la mujer son seres en constante búsqueda de la verdad de Dios, del mundo y de sí mismos.

En este contexto, el Santo Padre escribe: “En un tiempo que ha sido definido por algunos como la era de la información y que ha generado un tipo de sociedades que hemos llamado sociedades del conocimiento, la figura de

Juan Pablo II se ha convertido en una referencia moral no sólo para la comunidad de católicos, sino para todas las comunidades religiosas que componen un planeta que ahora llamamos aldea global” (30h).

¿Qué preguntas son estas? Me atrevo a sugerir las siguientes:

- ¿Quién soy yo?
- ¿De dónde vengo yo?
- ¿Cuál es el sentido de mi vida?
- ¿Qué está bien y qué está mal?
- ¿Por qué existe el mal?
- ¿Soy libre?
- ¿Hacia dónde me encamino yo? ¿Cuál es mi destino final?
- ¿Quién me acompañará en mi muerte?
- ¿Todo acaba con mi muerte?
- ¿Cómo puedo ser feliz?

No vale encogerse de hombros en una duda permanente ante interrogantes de tanta importancia antropológica. No es bueno mirar hacia otro lado al escuchar estas preguntas. No es correcto permanecer indiferentes. Hemos de tener la valentía y la honradez intelectual para responder a esas cuestiones y para buscar la verdad, superando esa especie de “pluralismo indiferenciado”, basado en el convencimiento de “que todas las posiciones son igualmente válidas”. En esta perspectiva, todo se reduce a opinión. Con falsa modestia, no pocos contemporáneos se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas” (30i).

Ni el relativismo ni el nihilismo (30j) pueden dar una respuesta adecuada a las preguntas formuladas ya que dejan al hombre en la soledad y en el vacío total, sin suelo nutricio en que pueda fundamentarse y sustentarse.

En este contexto humano y cultural, necesitamos escuchar las enseñanzas de Juan Pablo II:

*** Encíclica “Fides et ratio”; 14-IX-1998.**

“El hombre, por su naturaleza, busca la verdad. Esta búsqueda no está destinada sólo a la conquista de verdades parciales, factuales o científicas; no busca sólo el verdadero bien para cada una de sus decisiones. Su búsqueda tiende hacia una verdad ulterior que pueda explicar el sentido de la vida; por

eso es una búsqueda que no puede encontrar soluciones si no es en el absoluto. Gracias a la capacidad del pensamiento, el hombre puede encontrar y reconocer esta verdad” (n.33) (30k).

*** Allocución a los jóvenes de Kazajstán (2001)**

- “Mi respuesta (a estos interrogantes), queridos jóvenes, es sencilla, pero de enorme alcance: Mira, tú eres un pensamiento de Dios, tú eres un latido del corazón de Dios. Afirmar esto es como decir que tú tienes un valor, en cierto sentido, infinito, que cuentas para Dios en tu irrepetible individualidad” (31).

*** Homilía durante la misa celebrada en el “Long Circle” (Filadelfia. USA); 3-X-1979**

El Santo Padre ha dado una respuesta adecuada a las preguntas hondas que se hace el ser humano. De esta homilía ofrecemos lo más importante:

- El hombre, redimido por Cristo

“Para nosotros, que conocemos a Cristo, los valores humanos y cristianos no son, en cierto sentido, más que dos aspectos de una misma realidad: la realidad del hombre, redimido por Cristo y llamado a una plenitud de vida eterna” (...) Es en Cristo donde todo hombre, mujer y niño es llamado a encontrar la respuesta a las cuestiones relativas a los valores que deben inspirar sus relaciones personales y sociales” (n.3).

- Un orden justo fundado en la dignidad de la persona humana

¿Cómo puede el cristiano, hombre o mujer, inspirado y guiado por el misterio de la Encarnación y Redención de Cristo, fortalecer sus propios valores y los incorporados a la herencia de esta nación?

Los valores humano-cristianos son fortalecidos cuando poder y autoridad se ejercitan en el total respeto a todos los derechos fundamentales de la persona humana, cuya dignidad es la de quien ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, cuando la libertad es aceptada no como un fin absoluto en sí mismo, sino como un don que hace posible la automación y el servicio; cuando la familia es protegida y robustecida; cuando su unidad es preservada, y cuando se reconoce y se respeta su papel de célula básica de la sociedad.

Los valores humano-cristianos son cultivados cuando todos los esfuerzos van dirigidos a que ningún niño del mundo deba enfrentarse a la

muerte por falta de alimento, o deba sufrir un empobrecimiento intelectual y físico a causa de una nutrición deficiente, o tenga que llevar durante toda su vida los estigmas de la privación.

Los valores humano-cristianos triunfan cuando no se permite la implantación de un sistema que autorice la explotación de cualquier ser humano; cuando se promueve el servicio justo y la honestidad en los funcionarios públicos; cuando la administración de la justicia es favorable e idéntica para todos; cuando se hace un uso responsable de los recursos materiales y energéticos del mundo; cuando el medio ambiente se conserva intacto para las futuras generaciones.

Los valores humano-cristianos triunfan cuando consideraciones de tipo político y económico se subordinan a la dignidad humana, cuando se las orienta a servir a la causa del hombre, de toda persona creada por Dios, de todo hermano y hermana redimidos por Cristo” (n.4).

La auténtica libertad

El Santo Padre afronta el reto de desentrañar la naturaleza de la libertad: ¿en que consiste la libertad del hombre? ¿qué es ser libre? Como podemos ver son preguntas que interesan a todos.

Toda persona humana, dotada de razón, es libre cuando es dueña de sus propias acciones, cuando es capaz de escoger el bien que está en conformidad con la razón y, por consiguiente, con su propia dignidad humana.

La libertad nunca puede permitir una ofensa contra los derechos de los demás, y uno de los derechos fundamentales del hombre es el derecho a dar culto a Dios” (n.5).

Verdad y fidelidad a las exigencias del bien objetivo

Cristo vinculó libertad con conocimiento de la verdad (cf. Jn.8,32). (...) La libertad, por tanto, nunca puede construirse sin relación a la verdad, tal como fue revelada por Cristo y propuesta por su Iglesia, ni puede servir de pretexto para una anarquía moral, porque todo orden moral debe permanecer unido a la verdad (cf. IPed. 2,16). No puede haber libertad cuando va dirigida contra un hombre en aquello que él es, o contra un hombre en su relación con los otros y con Dios.

Esto es especialmente relevante cuando uno considera el ámbito de la sexualidad humana. Aquí, como en cualquier otro campo, no puede haber

auténtica libertad si no se respeta la verdad referente a la naturaleza de la sexualidad humana y del matrimonio. En la sociedad actual observamos cantidad de tendencias perturbadoras y un gran laxismo por lo que respecta a la vivencia de la sexualidad; y todo ello con algo en común: recurrir al concepto de libertad para justificar todo tipo de conducta que ya no está en consonancia con el verdadero orden moral y con la enseñanza de la Iglesia. Las normas morales no pugnan contra la libertad de la persona o de la pareja; por el contrario existen precisamente de cara a esa libertad, toda vez que se dan para asegurar el recto uso de la libertad.

Quienquiera que rehúse aceptar estas normas y actuar en consecuencia con ellas, quienquiera que trate de liberarse de estas normas, no es verdaderamente libre. Libre es la persona que modela su conducta responsablemente conforme a las exigencias del bien objetivo” (n.6).

H) Defender toda vida humana

“Entre los muchos títulos que se podrían dar a Juan Pablo II -que la Historia futura se encargará de recoger-, hay uno que el conviene de modo eminente: “defensor vitae”, “defensor de la vida”. A estas alturas, nadie dudará de que la defensa y la promoción de la vida, de toda vida -desde su concepción hasta su muerte natural- hay sido uno de los temas principales del pontificado de Juan Pablo II” (Card. Paul Poupard).

Juan Pablo II se ha caracterizado por ser defensor infatigable de la vida humana, de toda vida humana, en cualquier circunstancia en que se encuentre. Sus constantes llamadas a proteger, respetar y defender la vida humana así como sus documentos lo ponen de relieve. “Nadie puede legitimar la muerte de un inocente”, ha gritado el Papa por todas partes. Ha defendido el valor del ser concebido en el seno materno y todavía no nacido.

Dos aportaciones fundamentales hizo Juan Pablo a la defensa de la vida humana, de toda vida humana:

- La creación de la Pontificia Academia para la vida (11-II-1995)
- La Encíclica “*Evangelium vitae*” (25-III-1995).

Juan Pablo II no sólo rechazó el aborto, la eutanasia..., sino también promovió una auténtica “cultura de la vida”, valga la expresión. En efecto, “la cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre” (Juan Pablo II: Carta fundacional del Consejo Pontificio de la Cultura).

¿En qué consiste la cultura de la vida?

La cultura de la vida “pone a la persona en el centro, se esfuerza en desarrollar al máximo la potencialidad de vida que hay en el hombre, quitando los obstáculos que se oponen a su desarrollo natural. Entre estos obstáculos se hallan la pobreza, la miseria, el hambre, la opresión y la injusticia, que impiden al hombre ser verdaderamente hombre. Pero también hay factores de orden espiritual, como la ignorancia, la incultura, el machismo; y, en otro orden de cosas, el consumismo exacerbado, la sensibilidad sin frenos, y sobre todo, la mayor de las alienaciones, la negación de Dios. Cosas todas que, por diversos motivos y en diversos grados, encadenan al hombre y retrasan, impiden o anulan el crecimiento de la persona “hasta llegar al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef.4,13). Una cultura de la vida significa creer que “Dios es Dios de vivos y no de muertos” (Mt.22,23) que ha enviado a su Hijo al mundo “para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn.10,10), pues no goza con la muerte de los vivientes (Sab.1,13) (Card. Paul Poupard: “Cultura de la vida”, en Edic. Palabra: abril 2005; n. extra 495).

*** Discurso al Movimiento “Por la vida” (26-II-1979).**

El Santo Padre hace, ante todo, una solemne proclamación a favor de la vida humana, de toda vida humana: “El derecho a vivir sea eficazmente reconocido, en las costumbres y en la ley, como un valor fundamental para toda convivencia que quiera llamarse civil”.

*** Homilía en la Misa para el Pueblo de Dios, Limerick. Irlanda (1-X-1979).**

“Os digo a todos que tengáis un absoluto y sagrado respeto a la sacralidad de la vida humana ya desde el primer momento de su concepción.

El aborto, como declara el concilio Vaticano II, es un “crimen abominable” (GS 51). Atacar una vida que todavía no ha visto la luz en cualquier momento de su concepción es minar la totalidad del orden moral, auténtico guardián del bienestar humano. La defensa de la absoluta inviolabilidad de la vida todavía no nacida forma parte de la defensa de los derechos y de la dignidad humana” (n.6).

*** Homilía en la Misa celebrada en el Nacional Mall de Washington (EE.UU). (Octubre de 1979).**

“Yo no dudo en proclamar, ante vosotros y ante todo el mundo, que toda vida humana -desde el momento de su concepción y a través de todas las subsiguientes etapas- es sagrada, porque la vida humana está creada a imagen y semejanza de Dios (...)

*** Catequesis especiales de Juan Pablo II (1979-1983)**

En estas catequesis, el Santo Padre ha explicado el significado esponsal del cuerpo humano, y ha proyectando una luz hermosa y clara sobre el significado de la sexualidad humana.

*** Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias (23-X-1982)**

Juan Pablo II aborda en problema del trato que ha de darse a los embriones humanos y enseña: “Condeno, de manera explícita y formal, las manipulaciones experimentales del embrión humano, ya que el ser humano, desde la concepción hasta la muerte, no puede ser instrumentalizado con ninguna finalidad. Pues, como enseña el Concilio Vaticano II: “el hombre es la única criatura a quien Dios ama por sí mismo”.

*** Homilía durante la misa para las familias cristianas, celebrada en la plaza de Lima, en Madrid (2-XI-1982).**

Con palabras vibrantes e interpelantes, Juan Pablo II vuelve a hablar y exigir el respeto sagrado a toda vida humana:

“Hablo del respeto absoluto a la vida humana, que ninguna persona o institución, privada o pública, puede ignorar. Por ello, quien negare la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden natural. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad.

¿Qué sentido tendría hablar de la dignidad del hombre, de sus derechos fundamentales, si no se protege a un inocente, o se llega incluso a facilitar los medios o servicios, privados o públicos, para destruir vidas humanas indefensas? (n.2).

*** Discurso a los jóvenes en Vancouver (Canadá); 5-II-1985).**

El Santo Padre defiende el derecho a la vida: “Ante los males (aborto, guerra nuclear...) que amenazan la vida en nuestros días, se debe proclamar en la práctica la sacralidad de la vida humana como un don precioso del amor del Creador, un don que debe ser aceptado, respetado y protegido”.

*** Discurso a los trabajadores en Prato (Italia); 19-III-1986)**

En la misma línea de las anteriores intervenciones, Juan Pablo II enseña que “la coherencia exige que el valor de la vida se profese en absoluto, sin intermitencias, desde la concepción en el seno materno hasta su extinción natural. El primer brote es tan sagrado como el último suspiro. Uno y otro exigen el máximo respeto y tutela”.

*** Discurso a los enfermos en Vicenza (Italia); 8-IX-1991).**

El Papa vuelve una vez más a defender la vida humana: “la vida se ha de acoger, proteger y respetar desde el primer instante hasta su fin natural, siguiendo las orientaciones éticas fundamentales que la verdadera medicina de todos los tiempos, desde la antigüedad precristiana, ha reconocido, aceptado y promovido”.

*** Discurso de Juan Pablo II dirigido a un grupo de trabajo promovido por la Pontificia Academia para las ciencias (20-XI-1993) (Ecclesia 2663; 18-XII-1993; 21-22).**

- Saludo del Santo Padre a este grupo de científicos:

El Santo Padre acoge en audiencia especial a este grupo que estudia “los aspectos legales y éticos relativos al proyecto del genoma humano”, y les dice: “debo elogiar, ante todo, los numerosos esfuerzos de los científicos, investigadores y médicos que se dedican a descifrar el genoma humano y a analizar sus secuencias para disponer de un mejor conocimiento de la biología molecular y de las bases génicas de numerosas enfermedades” (n.2)..

- Llamada de atención del Papa para respetar la vida

“Necesariamente debemos fomentar estos estudios, a condición de que abran perspectivas nuevas de cuidados y de terapias génicas, que respeten la vida y la integridad de las personas, y tendentes a la salvaguardia o a la curación individual de los pacientes, nacidos o por nacer, afectados por patologías mortales en la mayoría de los casos. Sin embargo, no se debe ocultar que estos descubrimientos corren el riesgo de ser utilizados para efectuar selecciones entre los embriones, eliminando aquellos que están afectados por enfermedades genéticas o portadores de caracteres genéticos patológicos (n.2)

- La confianza en la razón humana

“La razón humana, con potencialidades innumerables y con actividades variadas, es, a la vez, razón científica y razón ética, y es capaz de poner a punto los procesos de conocimiento experimental de la creación y, al mismo tiempo, de recordar a la conciencia las exigencias de la ley moral al servicio de la dignidad humana.

- Unas palabras de discernimiento sobre la ciencia

Es verdad que la ciencia “nos permite descubrir lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, y que obtiene resultados impresionantes”. Por eso, “la ciencia es seductora y fascinante” (n.2). Ahora bien, es conveniente recordar que, si la ciencia tiene la capacidad de explicar el funcionamiento biológico y las interacciones entre las moléculas, la ciencia no debería, sin embargo, enunciar por sí sola la verdad última y proponer la felicidad que el hombre desea conseguir, ni dictar los criterios morales para llegar al bien. En efecto, estos últimos no están establecidos sobre la base de las posibilidades técnicas y no se deducen de las comprobaciones de las ciencias experimentales, sino que “deben ser buscados en la dignidad propia de la persona” (VS. n.50).

- Respeto a la integridad del ser humano

El Santo Padre insiste en la necesidad de respetar al ser humano desde sus orígenes. Recordemos sus enseñanzas: “para garantizar el respeto debido a la persona frente a las investigaciones nuevas, está comprometida la responsabilidad de la comunidad humana en su totalidad. De acuerdo con sus competencias, las familias espirituales, los moralistas, los filósofos, los juristas y las autoridades políticas ejercerán su vigilancia para que toda actuación científica respete la integridad del ser humano, “necesidad imprescriptible” (VS. n.13) (n.3).

El Papa fija a continuación un criterio moral elemental que debe ser tenido en cuenta en la investigación científica

“El primer criterio moral, que debe guiar toda investigación es, pues, el respeto del ser humano sobre el que se hace la investigación. Pero algunos descubrimientos, que se presentan como hazañas técnicas y como proezas por parte de los científicos, pueden ser el origen de una cierta tensión para el espíritu científico mismo; esto suscita, por una parte, la admiración ante la ingeniosidad desplegada y, por otra, el temor frecuentemente fundado de que la dignidad del hombre sea gravemente herida y amenazada. Esta tensión honra plenamente a aquel que reflexiona sobre los valores que guían sus opciones en materia de investigación, porque revela el sentido ético naturalmente presente en toda conciencia” (n.4).

- Punto de referencia para la investigación

El Santo Padre reconoce ante todo que “no corresponde a la Iglesia fijar los criterios científicos y técnicos de la investigación médica. Pero le corresponde recordar, en nombre de su misión y de su tradición secular, los límites en cuyo seno toda actuación sigue siendo un bien para el hombre, porque la libertad siempre debe estar ordenada al bien (n.5).

- Cristo, el modelo por excelencia de todo hombre

“La iglesia contempla en Cristo, el Hombre perfecto, el modelo por excelencia de todo hombre y el camino de la vida eterna y desea ofrecer pistas de reflexión para iluminar a sus hermanos en humanidad y proponer los valores morales necesarios para la acción, que son también los puntos de referencia indispensables para los investigadores llamados a tomar decisiones en las cuales está comprometido el sentido del hombre. En efecto, solamente la revelación abre al conocimiento integral del hombre, que la sabiduría filosófica y las disciplinas científicas pueden alcanzar de forma progresiva y maravillosa, pero siempre incierta e incompleta” (n.5).

- Quién es el hombre y el respeto debido a él

El Santo Padre procede a continuación a expresar con claridad quiénes son el hombre: “Todo ser humano debe ser considerado y “respetado como una persona desde el momento de la concepción” (Cong. para la Doctrina de la Fe, “Instr. “Donum Vitae”, n.2,8), constituida por un cuerpo y un alma espiritual, y que tiene un valor intrínseco (cf. Jer.1,5). Este es para la Iglesia el principio que guía el desarrollo de la investigación. La persona humana no se define a

partir de su acción presente o futura, ni del devenir que se puede entrever en el genoma, sino a partir de las cualidades esenciales del ser, de las capacidades vinculadas a su naturaleza misma. Apenas fecundado, el nuevo ser no es reductible a su patrimonio genético, que constituye su base biológica y que es portador de la esperanza de vida del sujeto. Como dice Tertuliano, “es ya hombre, aquel que debe llegar a ser hombre” (Apologética, IX, 8). En materia científica, al igual que en todos los campos, la decisión moral justa necesita tener una visión integral del hombre, es decir, una comprensión que, superando lo visible y lo sensible, reconozca el valor trascendente y tome en consideración lo que lo establece como ser espiritual.

En consecuencia, utilizar el embrión como puro objeto de análisis o de experimentación es atentar contra la dignidad de la persona y del género humano. En efecto, a nadie corresponde fijar los umbrales de humanidad de una existencia singular, lo que significaría atribuirse un poder excesivo sobre sus semejantes” (n.6).

- El respeto debido al embrión

El Santo Padre propone unas consecuencias que se derivan de lo que acaba de manifestar: “en ningún momento de su crecimiento puede ser el embrión sujeto de ensayos que no sean en beneficio para él, ni de experiencias que impliquen inevitablemente tanto su destrucción como amputaciones o lesiones irreversibles, porque la naturaleza misma del hombre sería, al mismo tiempo, escarnecida y herida. El patrimonio genético es el tesoro que pertenece o es susceptible de pertenecer a su ser singular que tiene derecho a la vida y a un desarrollo humano integral” (n.7).

- ¿Qué decir de las manipulaciones sobre embriones?

“Las manipulaciones imprudentes sobre los gametos o sobre los embriones, que consisten en transformar las secuencias específicas del genoma, portador de las características propias de la especie y del individuo, hacen que la Humanidad corra riesgos de mutaciones genéticas que no dejarán de alterar la integridad física y espiritual no solamente de los seres sobre los que se han efectuado esas transformaciones, sino incluso sobre personas de las generaciones futuras.

- Las experimentaciones sobre el hombre

“Si no está ordenada a su bien, la experimentación sobre el hombre que, en un primer tiempo, parece ser una conquista en el orden del conocimiento, amenaza con conducir a la degradación del sentido auténtico y del valor de lo

humano. En efecto, el criterio moral de la investigación sigue siendo siempre el hombre en su ser a la vez corporal y espiritual. El sentido ético supone aceptar no comprometerse en investigaciones que ofenderían su dignidad humana y que dificultarían su crecimiento integral” (n.7).

- Respeto a los investigadores

El Papa tiene palabras de reconocimiento a los investigadores: “Esto, sin embargo, no es condenar a la ignorancia a los investigadores, que son invitados a redoblar el ingenio. Con un sentido agudo del hombre, los investigadores sabrán encontrar caminos nuevos de conocimiento y cumplir así el servicio inestimable que la comunidad humana espera de ellos. La utilización de la medicina predictiva, que nace con el triplete del genoma humano, plantea también otros problemas delicados. Se trata, en particular del consentimiento ilustrado del sujeto adulto sobre el que se lleva a cabo la investigación genética al igual que del respeto del secreto sobre los elementos podrían ser conocidos, y que repercuten en la persona y en su descendencia. Tampoco se olvidará la delicada cuestión de la comunicación a las personas de los datos que ponen en evidencia la existencia, bajo forma latente, de patologías genéticas, y que autorizan pronósticos funestos para la salud del sujeto” (n.7).

- El embrión, sujeto de derecho

“La Iglesia desea recordar a los legisladores la responsabilidad que les incumbe en materia de protección y promoción de las personas, pues los proyectos de análisis del genoma humano abren caminos ricos en promesas, pero implican muchos riesgos. El embrión debe ser reconocido como sujeto de derecho por las leyes de las naciones, pues de no ser así peligra la Humanidad.

Defendiendo el embrión, la sociedad protege a todo hombre que reconoce en este pequeño ser sin defensa lo que él fue al comienzo de su existencia. Más que ninguna otra, esta fragilidad humana exige desde el principio la solicitud de la sociedad que se honra garantizando el respeto de sus miembros más débiles, y responde así a la exigencia fundamental de justicia y solidaridad que une a la familia humana (n.8).

- Recomendación final

Termina el Santo Padre su discurso manifestando: “deseo reiterar a la comunidad científica mi llamamiento para que el sentido del hombre y los valores morales sigan siendo el fundamento de las decisiones en el campo de

la investigación” (L’Osservatore Romano, 21-XI-1993; original francés, traducción de Ecclesia).

*** Allocución dominical de Juan Pablo II (9-XII-1993).**

“En la concepción del ser humano no nos hallamos ante un puro hecho biológico; se trata del momento en que comienza a existir un hombre. En efecto, la ciencia demuestra que en el fruto de la concepción “queda fijado el programa de lo que será este ser viviente: un hombre individual, con sus notas características ya bien determinadas” (Cong. para la Doctrina de la fe”: Declaración sobre el aborto provocado”, n.13).

Desde esa existencia embrionaria, hasta la plena madurez física y espiritual, se produce su desarrollo continuo y orgánico. Esta evidente proyección del embrión hacia su futuro impide que se le trate como pura materia biológica, ya que, en el plan divino sobre el hombre, la precisa “individualidad” biológica, acogida en el seno materno, es acogida también por el amor omnipotente de Dios, que interviene para dotarla de un alma inmortal. Esta última, en efecto, como principio de la persona, es creada inmediatamente por Dios” (Pío XII: HG). De ahí se sigue que al ser humano, incluso al más frágil, protegido a la vez por el calor del seno materno y por el amor creador de Dios, se le debe brindar el respeto debido a toda persona”.

*** Juan Pablo II: “Carta a las familias” (2-II-1994)**

Juan Pablo II publica la “Carta a las Familias” con motivo del año internacional de la familia. En ella afronta directamente el escándalo social y político de las legislaciones pro-abortivas, poniéndolas veladamente en comparación con la legislación nacionalsocialista.

“¿Cómo no recordar a este respecto, las desviaciones que el llamado estado de derecho ha sufrido en numerosos países? Unívoca y categórica es la ley de Dios respecto a la vida humana. Dios manda: “No matarás” (Ex.20,13). Por tanto, ningún legislador humano puede afirmar: Te es lícito matar; tienes derecho a matar, deberías matar. Desgraciadamente, esto ha sucedido en la historia de nuestro siglo, cuando han llegado al poder, de manera incluso democrática, fuerzas políticas que han emanado leyes contrarias al derecho de todo hombre a la vida, en nombre de presuntas como aberrantes razones eugenésicas, étnicas o parecidas. (...) ¿Cómo se podrían aceptar moralmente unas leyes que permiten matar al ser humano aún no nacido, pero que ya vive en el seno materno? El derecho a la vida se convierte, de esta manera, en decisión exclusiva de los adultos, que se aprovechan de los mismos parlamentos para utilizar los propios proyectos y perseguir los propios

intereses. Nos encontramos ante una enorme amenaza contra la vida no sólo la de cada individuo, sino también la de toda la civilización. La afirmación de que esta civilización se ha convertido, bajo algunos aspectos, en “civilización de la muerte” recibe una preocupante confirmación” (n.21).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios (1-III-1994).**

- La vida humana está amenazada

“El don de la vida se halla amenazado y atacado, no sólo con respecto a millones de seres por nacer, sino también en numerosísimos niños condenados por el odio y el cálculo egoísta a no tener futuro. Al mismo tiempo, muchas familias son destruidas y enteras comunidades sociales corren peligro de desaparecer en la despiadada matanza-holocausto de las guerras fratricidas (n.2).

- La Iglesia eleva su voz para pedir el respeto a toda vida humana

La Iglesia comparte de forma profunda y acongojada, todas las formas de sufrimiento humano, sin ceder jamás ante la tentación de acostumbrarse y resignarse pasivamente, sino elevando su grito materno de advertencia e imploración, e invitando a sus hijos a reaccionar con el compromiso de la caridad y la oración. El cristiano, incluso cuando se siente humanamente impotente ante el desbordamiento del mal, tiene la seguridad de que, mediante la oración, puede contar con la omnipotencia de Dios, que no abandona a quien confía en Él (n.2).

- El misterio del sufrimiento humano y la Cruz de Cristo

La Iglesia, que ora y espera, encuentra en la fe la respuesta al interrogante que el misterio del sufrimiento le vuelve a plantear cada día. Sabe que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (GS 22). Y, en particular, sabe que “en la cruz de Cristo no sólo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido” (“Salvifici doloris”, 19) (n.2).

- El cristiano debe encarnar la figura del Buen Samaritano ante la vida humana amenazada.

La Iglesia no se limita a ofrecer a quien sufre la respuesta iluminadora de la fe, sino que, según su antigua costumbre, se hace cargo del sufrimiento humano. Siguiendo el ejemplo de su Divino Maestro, que “recorría todas las

ciudades y aldeas..., sanando toda enfermedad y toda dolencia” (Mt.9,35), no se cansa de multiplicar las iniciativas para aliviar los dolores y las penas de la Humanidad. En esa perspectiva, exhorta a todos y a cada uno de los cristianos a comportarse como el buen samaritano, en la “parábola clave para la plena comprensión del mandamiento del amor al prójimo” (“Veritatis Splendor, 14”) (n.3).

- Llamada peculiar a los Agentes Sanitarios

A vosotros corresponde la tarea de promover y animar este apostolado que tiene su momento principal en el servicio a la vida, cuyo valor y nobleza resplandecen de forma especial en los que sufren (...) (n.3).

- Ver en los enfermos el rostro de Jesucristo

Al encontrarse con la Humanidad que sufre, los creyentes son conscientes de que se encuentran con Cristo mismo, cuyo santo rostro es el rostro de quienes llevan las infinitas cruces impuestas por la injusticia, la violencia y el egoísmo” (n.5) (31a).

*** “Cruzando el umbral de la Esperanza” (octubre – 1994).**

“El derecho a la vida es, para el hombre, el “derecho fundamental”. Y sin embargo, cierta cultura contemporánea ha querido negarlo, transformándolo en un derecho “incómodo” de defender. ¡No hay ningún otro derecho que afecte más de cerca de la existencia misma de la persona!. Derecho a la vida significa derecho a venir a la luz y, luego, a perseverar en la existencia hasta su natural extinción: “mientras vivo tengo derecho a vivir”.

La cuestión del niño concebido y no nacido es un problema especialmente delicado, y sin embargo claro. La legalización de la interrupción del embarazo no es otra cosa que la autorización dada al hombre adulto -con el aval de una ley instituida- para privar de la vida al hombre no nacido y, por eso, incapaz de defenderse. Es difícil pensar en una situación más injusta, y es de verdad difícil poder hablar aquí de obsesión, desde el momento en que entra en juego un fundamental imperativo de toda conciencia recta: la defensa del derecho a la vida de un ser humano inocente e inerte.

Con frecuencia la cuestión se presenta como derecho de la mujer a una libre elección frente a la vida que ya existe en ella, que ella ya lleva en su seno: la mujer tendría que tener el derecho de elegir entre dar la vida y quitar la vida al niño concebido. Cualquiera puede ver que ésta es una alternativa sólo aparente. ¡No se puede hablar de derecho a elegir cuando lo que está en cuestión es un evidente mal moral, cuando se trata simplemente del mandamiento de “no matar”.

¿Este mandamiento prevé acaso alguna excepción? La respuesta de suyo es “no”; ya que hasta la hipótesis de la “legítima defensa”, que no se refiere nunca a un inocente sino siempre y solamente a un agresor injusto, debe respetar el principio que los moralistas llaman “*principium inculpatae tutelae*” (principio de defensa irrepreensible): para ser legítima esa “defensa” debe llevarse a cabo de modo que inflinja el menor daño y, si es posible, que deje a salvo la vida del agresor. El caso de un niño no nacido no entra en semejante situación. Un niño concebido en el seno de la madre no es nunca un agresor injusto, es un ser indefenso que espera ser acogido y ayudado.(...)

No podemos permitirnos formas de permisivismo, que llevarían directamente al conculcamiento de los derechos del hombre, y también a la aniquilación de los valores fundamentales, no solamente de la vida de las personas singulares y de las familias, sino de la misma sociedad. ¿No es acaso una triste verdad eso a lo que se alude con la fuerte expresión de civilización de la muerte?” (201-206).

*** Allocución a la Pontificia Academia de las Ciencias (Ciudad del Vaticano; 28-X-1994).**

A) El tema del “genoma humano”

Ofrecemos las enseñanzas del Santo padre sobre este tema por ser iluminadoras y clarificadoras. Les invito a leer el discurso en su totalidad, del que nosotros ofrecemos casi la totalidad del mismo.

“En el programa de trabajo, conceden ustedes un lugar importante a la cuestión del genoma humano, que es una apuesta esencial en el porvenir de las personas y de la humanidad. Es de destacar el hecho de que, ante tal interrogante, sigan reflexionando sin descanso para proponer a nuestros contemporáneos un análisis en el que, sin caer en contradicciones, se unan la comprobación científica y la verdad integral de lo que es objetivamente el hombre.

El progresivo descubrimiento de un mapa genético y las concreciones cada vez más precisas de la secuencia del genoma, investigaciones que necesitan aún muchos años de estudio, suponen un avance en los conocimientos científicos, avance que suscita inmediatamente un legítimo asombro, en particular en la reconstitución de la cadena del ADN, base química de los genes y de los cromosomas. Parece confirmarse que el ADN es el soporte de los caracteres hereditarios, y de su transmisión, en todos los seres vivos, incluido el hombre. Las numerosas consecuencias para el hombre, consecuencias que no se pueden señalar completamente, encierran promesas(...) La investigación sobre el genoma permitirá al hombre comprenderse a sí mismo en un plazo hasta ahora desconocido. (...)

Habrá alguien que tal vez intente explicar la libertad humana con criterios exclusivamente científicos y lo considere suficiente. Esta explicación negar  lo que se pretende desarrollar; chocará con la prueba íntima e irrefutable de que nuestro yo profundo no se reduce a los condicionamientos a que est  sometido, sino, en definitiva, es el único autor de sus decisiones (...).

En cuanto a las intervenciones en la secuencia del genoma humano conviene recordar algunas normas fundamentales. Toda intervención en el genoma debe llevarse a cabo desde el respeto absoluto al carácter específico de la especie humana, a la vocación trascendental de todo ser y a su incomparable dignidad. El genoma representa la identidad biológica de cada sujeto; representa también una parte de la condición humana del ser que Dios quiso para sí, gracias a la misión confiada a sus padres. La posibilidad de establecer el mapa genético no debe llevar a reducir al sujeto a su patrimonio genético y a las variaciones que pueden estar inscritas en él. El hombre, en su misterio, rebasa el conjunto de sus características biológicas. Es una unidad fundamental, en la que el aspecto biológico no puede separarse de la dimensión espiritual, familiar y social, sin correr el grave riesgo de suprimir la naturaleza de la persona y de convertirla en un simple objeto de análisis. La persona humana, por su naturaleza y singularidad, es la norma de toda investigación científica. Es y debe seguir siendo "principio, sujeto y fin" de toda investigación (GS n.25). En este sentido, nos alegra saber que muchos investigadores se niegan a ver en los descubrimientos llevados a cabo sobre el genoma unas meras patentes que se pueden registrar. Dado que el cuerpo humano no es un objeto del que se puede disponer, los resultados de las investigaciones deben comunicarse a toda la comunidad científica y no pueden ser propiedad de un reducido grupo.

La reflexión  tica debe también tratar la utilización de los datos médicos de los individuos, en particular de los contenidos en el genoma y que podrían ser explotados por la sociedad en perjuicio de las personas, eliminando, por ejemplo, a los embriones portadores de anomalías cromosómicas o marginando a los sujetos afectados por alguna enfermedad genética; tampoco se pueden violar los secretos biológicos de las personas, ni explorarlos sin su consentimiento expreso, ni divulgarlos para usos que no sean estrictamente médicos, o que no tengan finalidad terapéutica para la persona en cuestión. Con independencia de las diferencias biológicas, culturales, sociales o religiosas que distinguen a los hombres, toda persona tiene por su naturaleza el derecho a ser lo que es y a ser la única responsable de su patrimonio genético. Por eso no hay que dejarse fascinar por el mito del progreso, como si la posibilidad de desarrollar una investigación o de aplicar una técnica permitiera calificarlas inmediatamente de moralmente buenas. La bondad moral de cualquier avance se mide por el bien auténtico que proporciona al hombre, considerado en su doble dimensión corporal y espiritual. Así se hace justicia a lo que es el hombre; si no se refiere el bien al

hombre, que debe ser su beneficiario, la humanidad corre el riesgo de perderse. La comunidad científica está constatemente llamada a mantener el orden de los factores y a colocar los aspectos científicos en el ámbito del humanismo integral. También debe tener en cuenta las cuestiones metafísicas, éticas, sociales y jurídicas que se imponen a la conciencia, así como la necesidad de aclarar también los principios de la razón” (...).

Es de desear que la voz autorizada de esta Academia contribuya a elaborar un consenso internacional en un ámbito tan delicado, consenso fundado en la verdad objetiva del hombre, entendida gracias a un uso recto de la razón. Sobre esta base es de esperar que las instituciones implicadas se comprometan en la promoción de una profunda reflexión, para que todo país pueda contar con reglamentos encaminados a defender a la persona y a su patrimonio genético, fomentando la investigación fundamental y la aplicada a la salud de las personas.

B) Las energías renovables en los países en vías de desarrollo.

Es un tema “cuya importancia para el futuro de la humanidad se comprende en este momento en que las cuestiones ligadas a la demografía son objeto de serios debates. Para favorecer el dinamismo económico del mundo es importante enumerar las soluciones realistas para sustituir los recursos actuales, que corren el riesgo de agotarse. La generación actual, más que las anteriores, tiene la responsabilidad y el deber de no desperdiciar inútilmente sus riquezas energéticas. Las decisiones en este terreno deben tener en cuenta a las generaciones futuras. Los recursos energéticos de nuestro planeta son riquezas que deben permitir a todos los pueblos el desarrollo y la disposición de los medios materiales para una vida digna, evitando crear desequilibrios económicos y ecológicos. Estos recursos no deben ser utilizados por un reducido número de países en detrimento de los demás. El reparto de los bienes de nuestro planeta es injusto. La solidaridad y el reparto son indispensables para crear relaciones desiguales entre los países productores y los países consumidores.

Al finalizar el encuentro, el Santo Padre afirma: “lo que está en juego es el significado mismo del hombre. Confío al Altísimo sus investigaciones y sus esfuerzos siempre abiertos a las exigencias de este humanismo” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XVII/2 (1994) 562-569).

*** Encíclica “Evangelium Vitae”, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana (1995).**

Juan Pablo II defensor permanente de toda vida humana desde el momento de su concepción hasta su fin natural, escribió esta Encíclica a petición apremiante del Episcopado mundial. Esta Encíclica es expresión de

su intensa y constante lucha por el respeto absoluto de la dignidad de la vida humana (31b).

Recordemos sus palabras: “Estamos ante un enorme y dramático choque entre el bien y el mal, la muerte y la vida, la “cultura de la muerte” y la “cultura de la vida”. Estamos no sólo “ante”, sino necesariamente “en medio” de este conflicto” (n. 28).

Esta encíclica manifiesta su carácter fuertemente positivo y su gran impulso espiritual. “La intención principal del documento pontificio es proclamar la alegre noticia del valor y dignidad de la vida de todo hombre, de su grandeza y preciosidad, incluso en su fase terminal. En efecto, la causa de la vida es la del evangelio y la del hombre, confiada a la Iglesia” (Nota de la Conferencia Episcopal Española: “Presentación sintética de la Encíclica de Juan Pablo II “*Evangelium vitae*”; Boletín del Arzobispado de Valladolid).

Esta Encíclica quiere ser: “una confirmación precisa y firme del valor de la vida humana y de su carácter inviolable y, al mismo tiempo, una acuciante llamada a todos y a cada uno, en nombre de Dios: ¡respeta, defiende, ama y sirve a la vida, a toda vida humana! ¡Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad, verdadera paz y felicidad! (n.5). Defensa de la vida “en todas sus fases y situaciones”. El Papa va más allá, y pide con urgencia “una movilización general de las conciencias y un común esfuerzo ético, para poner en práctica una gran estrategia a favor de la vida. Todos juntos debemos construir una nueva cultura de la vida” (n.95).

No obstante, el propio Juan Pablo II decía: la oposición cristiana al aborto, al suicidio y a la eutanasia en gran parte “permanece desatendida e incomprensible para los que están impregnados, acaso a veces inconscientemente, de una concepción de la vida inconciliable con el mensaje cristiano, más aún, con la misma dignidad de la persona humana correctamente entendida (...) El problema de fondo es, sobre todo, cómo conseguir ayudar a los hombres de nuestro tiempo a tomar conciencia de la crueldad de ciertos aspectos de la cultura dominante” (31c).

¿Qué valor doctrinal tiene esta Encíclica?

La Encíclica se presenta con una gran autoridad doctrinal: es expresión -como toda encíclica- del magisterio ordinario del Papa, pero también de la “colegialidad episcopal”, que se manifestó primero en el Consistorio extraordinario de Cardenales en abril de 1991 y después en una consulta a todos los Obispos de la Iglesia católica, los cuales de forma unánime y convencida concuerdan sobre la enseñanza impartida aquí (n.5). Juan Pablo

II, en comunión con los Obispos de la Iglesia católica, “confirma” (o incluso, en el caso del aborto, “declara”) una doctrina que se “fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita”, “transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal”.

Contenidos fundamentales de la Encíclica (31d):

Desde su mismo título “*Evangelium vitae*”, esta Encíclica manifiesta su carácter positivo y su gran impulso espiritual ya que la intención básica de este documento es proclamar y anunciar la alegre y buena noticia del valor y de la dignidad de la vida de todo hombre y mujer. “En efecto, la causa de la vida es la del Evangelio y la del hombre, confiada a la iglesia” (ibid; introducción). Por la importancia de este documento pontificio, nos ha parecido bien exponer los contenidos esenciales del mismo:

- Capítulo primero: las amenazas a la vida humana

+ Amenazas contra la vida

¿Cuáles son estas amenazas?

En la encíclica se denuncia, ante todo: “una impresionante multiplicación y agudización de las amenazas a la vida de las personas y de los pueblos, especialmente cuando es débil e indefensa. A las viejas y dolorosas calamidades de la miseria, del hambre, de las enfermedades endémicas, de la violencia y de las guerras, se añaden otras de características inéditas y dimensiones inquietantes, como el aborto, los experimentos inmorales sobre embriones humanos, la eutanasia. ” (n.3). No podemos quedarnos indiferentes ni mudos ante tantas amenazas de violación y destrucción de la vida humana.

¿Cuáles son las causas de las violaciones del derecho a la vida?

Ante las violaciones del derecho a la vida, ante tanta violencia y destrucción de la vida humana (cf. GS 27), el Papa manifiesta: “por desgracia este alarmante panorama, en vez de disminuir, se va más bien agrandando.

Con las nuevas perspectivas abiertas por el progreso científico y tecnológico surgen nuevas formas de agresión contra la dignidad del ser humano, a la vez que se va delineando y consolidando una situación cultural, que confiere a los atentados contra la vida un aspecto inédito y -puede decirse- aún más inicuo ocasionando ulteriores y graves preocupaciones: amplios sectores de la opinión pública justifican algunos atentados contra la

vida en nombre de los derechos de la libertad individual, y sobre este presupuesto pretenden no sólo la impunidad, sino incluso la autorización por parte del Estado, con el fin de practicarlos con absoluta libertad y además con la intervención gratuita de las estructuras sanitarias” (n.4).

Con otras palabras: a nivel de opinión pública se reivindican como derechos de la libertad individual; se tiene a obtener un reconocimiento a nivel legal; se realizan recurriendo a la medicina. Esto conlleva una deformación de la convivencia social y del mismo Estado de derecho: la democracia, alejándose de sus bases morales y sujeta a un relativismo ético sin límites, corre el riesgo de convertirse en un pretexto para la guerra de los más fuertes contra los más débiles; el papel de los sanitarios tiende a ser falseado: en lugar de ofrecer un servicio respetuoso a la vida, estos se prestan a acciones de muerte (ibid; n.1).

El Santo Padre pone de relieve las causas que originan la falta de respeto a la vida humana (nn.18ss). Las causas de esta “cultura de muerte” que amenaza al hombre y a la civilización son presentadas por el Papa como una idea perversa de la libertad, que se concibe separada de toda referencia a la verdad y al bien y se proyecta de modo individualista, sin una vinculación constitutiva con los demás. A esto se añade un materialismo práctico, que privilegia el tener sobre el ser, la satisfacción del propio placer sobre el respeto de los más débiles y que acaba por considerar válida la vida sólo cuando es productiva o agradable, inútil el sufrimiento, injustificado el sufrimiento por los demás. En todo esto subyace un eclipse del sentido de Dios: “perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre” (n.21).

¿Dónde sitúa el Papa las amenazas contra la vida humana?

El Papa presenta estas amenazas contra la vida humana en el horizonte y perspectiva de aquella lucha perenne entre la vida y la muerte, que se desencadena desde los orígenes de la historia humana y que la Sagrada Escritura atestigua en episodios como el de Caín, que por envidia “se lanzó contra su hermano Abel y lo mató” (Gn.4,8) (n.8); el del antiguo Faraón que ordenó que se matara a todo recién nacido varón hijo de mujer hebrea (cf. Ex,7-22); el de Herodes (cf. Mt.2,16), y finalmente, el de la lucha apocalíptica en la cual “el Dragón se puso delante de la mujer...para devorar a su Hijo en cuanto le diera a luz” (Apoc.12,4)..

La sangre de Cristo y el respeto a toda vida humana

Aunque la sangre de Abel y de todo inocente eliminado violentamente clame a Dios”, la sangre preciosa de Cristo, signo de su entrega por amor (cf. Jn.13,1), “habla mejor” (Heb.12,24). Esta sangre revela qué valor debe tener la vida del hombre a los ojos de Dios, que ha dado a su Hijo para que el hombre “no muera, sino que tenga la vida eterna” (Jn.3,16). Es éste el fundamento de la certeza absoluta de que, según el proyecto de Dios, la victoria será de la vida.

+ Signos esperanzadores del respeto a la vida humana

En efecto no faltan signos que anticipan esta victoria, signos de esperanza, a veces escondidos, menos clamorosos, pero significativos: “familias que se ofrecen para acoger a niños abandonados y a ancianos; experiencias de voluntariado en ayuda de la vida; movimientos e iniciativas de sensibilización social a favor de la vida; ejercicio gozoso y respetuoso de la profesión médica y de la investigación científica; sensibilidad por las cuestiones bioéticas y por la ecología; creciente rechazo de la pena de muerte. Sobre todo, los gestos cotidianos de acogida, sacrificio y cuidado desinteresado y gratuito a favor de los más necesitados difunden en el mundo “la civilización de la vida y del amor” (n.26).

+ Llamada e invitación de Dios a la humanidad

En esta lucha dramática, (...) resuena con fuerza e intensidad la llamada e invitación de Dios a los seres humanos: “Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia...; te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deut.30,15-19).

- Capítulo segundo: la vida como don de Dios

Este capítulo es como una reflexión meditativa del mensaje cristiano sobre la vida humana. Ciertamente, “el Evangelio de la vida es una realidad concreta y personal, porque consiste en el anuncio de la persona misma de Jesús” (n.29). En efecto, “nuestro Salvador Jesucristo, quien ha destruido la muerte, ha hecho irradiar vida e inmortalidad por medio del Evangelio” (II Tim.1,10) (...) ¡Qué grande es el valor de la vida humana si el Hijo de Dios la ha asumido y ha hecho de ella el lugar donde se realiza la salvación para toda la humanidad” (n.33).

Surge aquí la pregunta verdaderamente importante y decisiva: “¿Por qué la vida humana es un bien? ¿por qué la vida es siempre un bien?”. Esta

pregunta recorre toda la Biblia y ya desde sus primeras páginas encuentra una respuesta eficaz y admirable.

La respuesta es clara: porque es un don del Creador, el cual ha infundido en el hombre un aliento divino, haciéndolo así imagen de Dios. Si el pecado oscurece la vida, amenazándola con la muerte y poniendo en duda el carácter de don, la redención, realizada por la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Jesús, rescata su valor, exaltándola hasta una dimensión inaudita en la perspectiva de don para la vida eterna (ibid. 2).

Estas son las palabras de Juan Pablo II:

“Con el pecado el hombre se rebela contra el Creador, acabando por idolatrar a las criaturas: “Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador” (Rm.1,25). De este modo, el ser humano no sólo desfigura en sí mismo la imagen de Dios, sino que está tentado de ofenderle también en los demás, sustituyendo las relaciones de comunión por actitudes de desconfianza, indiferencia, enemistad, llegando al odio homicida. Cuando no se reconoce a Dios como Dios, se traiciona el sentido profundo del hombre y se perjudica la comunión entre los hombres. En la vida del hombre la imagen de Dios vuelve a resplandecer y se manifiesta en toda su plenitud con la venida del Hijo de Dios en carne humana...” (n.36).

- Capítulo tercero: La vida como responsabilidad

Como don precioso y frágil, que ha de fructificar en la dinámica del amor, la vida es confiada a la responsabilidad del hombre. Desde su comienzo hasta su final natural, la vida humana es “sagrada e inviolable”: pertenece al Señor, está puesta bajo su particular protección y el hombre no puede disponer de ella de forma arbitraria. El Señor “pedirá cuentas de la vida del hombre al hombre, a cada uno de sus hermanos” (Gn.9,5). Esta verdad originaria, atestiguada por todas las grandes tradiciones religiosas y sapienciales de la humanidad; esta verdad, que se halla en lo más profundo de la conciencia de cada hombre como eco de la voz del Creador, está también en el centro de la Alianza de Dios con el pueblo de Israel.

El mandamiento “no matarás”, que la expresa de forma sintética e imperativa, está en el centro de las “diez palabras” del Sinaí (Ex.34,26). Jesús en el Nuevo Testamento no sólo ha ratificado este mandamiento como el prioritario para entrar en la vida (cf. Mt-.19,16-18), sino que ha demostrado también su valor positivo (Mt.5,21ss), que se refiere al corazón y se extiende a todos, hasta el amor incluso para los enemigos (Mt.5,44; cf. n.48).

El Papa quiere ratificar el valor absoluto y permanente del mandamiento “no matarás”, que está en el centro de la Alianza de Dios con los hombres, mostrando que se trata no de un límite, sino de un don que invita a la libertad a recorrer los caminos del respeto, del servicio y del amor a la vida. La formulación negativa del imperativo moral indica el límite extremo que nunca puede ser transgredido pero que implícitamente lleva a una actitud positiva y constructiva de compromiso a favor del hombre.

Otras afirmaciones de la Encíclica

- Las técnicas de reproducción artificial,

El Santo Padre afirma que “estas técnicas, que parecerían puestas al servicio de la vida y que son practicadas no pocas veces con esta intención, en realidad dan pie a nuevos atentados contra la vida. Más allá del hecho de que moralmente inaceptables, puesto que separan la procreación del contexto integralmente humano del acto conyugal (“Donum vitae”, nn.70-102), estas técnicas registran altos porcentajes de fracaso. Este afecta no tanto a la fecundación, cuando al desarrollo posterior del embrión, expuesto al riesgo de muerte, por lo general en brevísimo tiempo. Además se producen embriones en número superior al necesario para su implantación en el seno de la mujer, y estos así llamados “embriones supernumerarios” son posteriormente suprimidos o utilizados para investigaciones que, bajo el pretexto de progreso científico o médico, reducen en realidad la vida humana a simple “material biológico”, del que se puede disponer libremente” (n.14a).

- Sobre los diagnósticos prenatales, Juan Pablo II afirma:

+ “Los diagnósticos prenatales, que no presentan dificultades reales si se realizan para determinar cuidados necesarios para el niño aún no nacido, con mucha frecuencia son ocasión para proponer o practicar el aborto. Es el aborto eugenésico, cuya legitimación en la opinión pública procede de una mentalidad -equivocadamente considerada acorde con las exigencias de la “terapéutica”-, que acoge la vida sólo en determinadas condiciones, rechazando la limitación, la minusvalía, la enfermedad (n.14b).

+ Una atención especial merece la valoración moral de las técnicas de diagnóstico prenatal, que permite identificar precozmente eventuales anomalías del niño por nacer. En efecto, por la complejidad de esas técnicas, esta valoración debe hacerse muy cuidadosa y articuladamente. Estas técnicas son moralmente lícitas cuando están exentas de riesgos desproporcionados para el niño o la madre; y están orientadas a posibilitar una terapia precoz o

también a favorecer una serena y consciente aceptación del niño por nacer. Pero dado que las posibilidades de curación antes del nacimiento son todavía muy escasas, sucede no pocas veces que esas técnicas se ponen al servicio de una mentalidad eugenésica, que acepta el aborto selectivo para impedir el nacimiento de niños afectados por varios tipos de anomalías. Semejante mentalidad es ignominiosa y totalmente reprochable, porque pretende medir el valor de una vida humana siguiendo sólo parámetros de “normalidad” y de bienestar físico, abriendo así el camino a la legitimación incluso del infanticidio y de la eutanasia” (n.63c).

- “La eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral” (n.57).

Este principio se aplica después al aborto y a la eutanasia. El aborto procurado es “la eliminación deliberada y directa como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va desde la concepción al nacimiento” (n.58).

- La defensa de la vida humana siempre

La Iglesia mantiene la opción por la defensa incondicionada de la vida humana desde el mismo momento de la fecundación. Opción basada en el principio del tuciorismo: “Está en juego algo tan importante que, desde el punto de vista de la obligación moral, bastaría la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano”.

“La Iglesia siempre ha enseñado, y sigue enseñando, que al fruto de la generación humana, desde el primer momento de su existencia, se ha de garantizar el respeto incondicional que moralmente se le debe al ser humano en su totalidad y unidad corporal y espiritual” (n.60).

- La vida humana es sagrada e inviolable en cada momento de su existencia, también en el inicial que precede al nacimiento.

El hombre, desde el seno materno, pertenece a Dios que lo escruta y conoce todo, que lo forma y lo plasma con sus manos, que lo ve mientras es todavía un pequeño embrión informe y que en el entrevé el adulto del mañana, cuyos días están contados y cuya vocación está ya escrita en el libro de la vida” (n.61).

- El aborto procurado

El aborto procurado (definido como “la eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va de la concepción al nacimiento” (cf. n.58), la Encíclica afirma que “el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave” (n.62).

La valoración moral del aborto (nunca justificable moralmente) se debe aplicar también a aquellas formas de intervención sobre los embriones humanos que, incluso dirigidas a objetivos legítimos en sí mismos, conllevan inevitablemente su eliminación. Es el caso de los experimentos con embriones, en creciente expansión en el campo de la investigación biomédica y legalmente admitida por algunos Estados. Si “son lícitas las intervenciones sobre el embrión humano siempre que respeten la vida y la integridad del embrión, que no lo expongan a riesgos desproporcionados, que tengan como fin su curación, la mejora de sus condiciones de salud o su supervivencia individual” (“Donum vitae”, I,3), se debe afirmar, sin embargo, que el uso de embriones o fetos humanos como objeto de experimentación constituye un delito en consideración a su dignidad de seres humanos, que tienen derecho al mismo respeto debido al niño nacido y a toda persona” (Carta de los derechos de la familia; 22-X-1983; art.4,b). La misma condena oral concierne también al procedimiento que utiliza los embriones y fetos humanos todavía vivos -a veces “producidos” expresamente para este fin mediante la fecundación “in vitro”- sea como “material biológico” para ser utilizado, sea como abastecedores de órganos o tejidos para trasplantar en el tratamiento de algunas enfermedades. En verdad, la eliminación de criaturas humanas inocentes, aun cuando beneficie a otras, constituye un acto absolutamente inaceptable” (n.63)

- La eutanasia

La Eutanasia (definida como “una acción u omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor” y distinta ciertamente tanto de la renuncia al ensañamiento terapéutico como de los “cuidados paliativos”, es considerada como “violación grave de la Ley de Dios” (n.65).

Con palabras claras el Santo Padre enseña que “el titular del derecho a la vida es el ser humano, en cada fase de su desarrollo, desde el momento de la concepción hasta la muerte natural; y cualquiera que sea su condición, ya sea de salud o de enfermedad, de integridad física o de minusvalidez, de riqueza o de miseria” (cf. GS 27) (31e).

La vida humana, aunque se encuentre en estado de debilidad o de enfermedad, ha de ser respetada siempre: “La Iglesia cree firmemente que la vida humana, aunque débil y enferma, es siempre un don espléndido del Dios de la bondad” (31f).

En resumen, Juan Pablo II rechaza clara, explícita y terminantemente el aborto, la eutanasia, la destrucción del embrión (31g). La vida del hombre proviene de Dios y, por tanto, Dios es el único señor de la vida, y de este señorío divino se derivan la sacralidad e inviolabilidad de la vida humana (cf. nn.58-62; 63; 64-67; 73).

Recordemos estas palabras solemnes de Juan Pablo II condenando el aborto directo: “Con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus sucesores, en comunión con todos los obispos -que en varias ocasiones han condenado el aborto y que en la consulta citada anteriormente, aunque dispersos por el mundo, han concordado unánimemente sobre esta doctrina-, declaro que el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave, en cuanto eliminación de un ser humano inocente. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la palabra de Dios escrita; es transmitida por la tradición de la Iglesia y enseñada por el magisterio ordinario y universal” (n.62).

- En circunstancias dramáticas algunos toman decisiones contrarias a la vida.

El Santo Padre considera las circunstancias dramáticas y los condicionamientos familiares, ambientales y sociales, que a veces llevan a gravísimas decisiones contra la vida, atenuando la responsabilidad moral de quien las toma. Estas se encubren a menudo bajo justificaciones falaces y una “falsa piedad”, mientras las decisiones a favor de la vida resultan a veces no sólo difíciles, sino incluso heroicas. Por todo ello, debemos afirmar que es necesario y urgente poner en marcha una auténtica evangelización de la vida, de su carácter sagrado e inviable, del deber de respetarla, de su valor, incluso en el sufrimiento y en la muerte.

- La relación entre “leyes civiles y ley moral” (n.71).

La ley civil no puede sustituir la conciencia o dictar normas morales, sino que tiene la función específica de “asegurar el bien común de las personas, mediante el reconocimiento y la defensa de sus derechos fundamentales, la promoción de la paz y de la moralidad pública” (n.71). De este modo, si la ley civil debe renunciar a veces a reprimir todo lo que, de ser prohibido, provocaría un daño más grave, nunca puede aceptar el legitimar,

como derecho de los individuos, la ofensa causada a otras personas mediante el desconocimiento de un derecho tan fundamental como es el derecho a la vida. En este sentido, aun distinguiendo los ámbitos, la ley civil debe garantizar aquella base moral de justicia y respeto de los derechos inviolables de cada uno, sin la cual la arbitrariedad de los más fuertes sustituye la fuerza del derecho del individuo. La democracia no puede definirse simplemente en relación con el principio formal de la mayoría, sino que debe cualificarse por su contenido moral de respetar a todos y especialmente los derechos de los más débiles e indefensos y de quienes no tienen voz ni voto.

- Las normas jurídicas que legitiman el aborto y la eutanasia

Las normas jurídicas que legitiman el aborto y la eutanasia, al estar en contradicción con la justicia, el bien común y los derechos fundamentales del individuo, carecen de auténtica validez jurídica. Ante dichas normas debe reconocerse al menos el derecho a la objeción de conciencia, la cual es una obligación grave para el cristiano, que no puede cooperar formalmente en el mal. Queda pues el deber de todos de promover legislaciones más justas, modificando ordenamientos jurídicos contrarios al derecho a la vida y a su carácter inviolable (ibid. n.3).

- **Capítulo cuarto: La vida como objetivo a promover**

Juan Pablo II ha impulsado con energía la “cultura de la vida” ante todo signo de la “cultura de la muerte”, como es bien sabido y conocido por todos. Este capítulo bien puede titularse: “por una nueva cultura de la vida humana”. La Iglesia, por tanto, tiene el deber de anunciar, celebrar y servir la vida.

Juan Pablo II pide a todos: “¡Respetar, defender, amar y servir a la vida, a toda vida humana! Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad!” (n.5).

La Beata Teresa de Calcuta es modelo y referente para todos en la defensa de la vida. Hablando Juan Pablo II a los peregrinos venidos a Roma para la beatificación de Madre Teresa de Calcuta decía que la existencia de esta mujer había sido un himno a la vida, y su encuentro diario con la muerte, la lepra, el SIDA y toda clase de sufrimientos, un testimonio viviente del Dios de la vida. Y añadió: “su misma sonrisa era un sí a la vida, un sí alegre, nacido del amor y de una profunda fe, un sí purificado en la cruz del sufrimiento”. Madre Teresa es el mejor modelo de una pastoral de la cultura de la vida plenamente realizada” (32).

El Santo Padre pide, por tanto, a los cristianos que se comprometan en la defensa de la vida humana en cualquier circunstancia en que se encuentre.

Para ello, nos invita a estar siempre dispuestos y preparados a:

. Anunciar íntegramente el Evangelio de la vida, contra las dudas, los escepticismos, oscuridades y falsedades que se dan hoy ante la defensa de la vida humana. Todos estamos llamados a llevar el Evangelio de la vida al corazón y la mente de todos e introducirlo en todos los ámbitos de la sociedad (nn.80-82).

. Celebrar el Evangelio de la vida. La Iglesia está llamada también a celebrar el don de la vida con una mirada contemplativa y agradecida, a la luz del amor de Dios, manifestado en su Hijo Jesús. El Dios que da la vida debe celebrarse en la oración cotidiana, individual y comunitaria, en los sacramentos, en la existencia diaria, vivida en el amor y el don de sí mismo a los demás, en cada Jornada por la Vida y en la Jornada Mundial del Enfermo (nn.83-86). Todos estamos llamados a “hacernos cargo de toda la vida y de la vida de todos” (n.87) con una actitud profundamente unitaria, en todas las fases y situaciones, sin unilateralismos y discriminaciones.

. Servir al Evangelio de la vida, atendiendo al otro en cuanto persona y encontrando en él a Cristo, extendiéndose a toda la vida y a la vida de todos. Hemos de hacer realidad la llamada del Papa: “hacerse cargo de toda la vida y de la vida de todos” (nn.87-91).

La familia, santuario de la vida (nn.92-94)

Dentro del “pueblo de la vida y para la vida”, es decisiva la responsabilidad de la familia: es una responsabilidad que brota de su propia naturaleza -la de ser comunidad de vida y de amor, fundada sobre el matrimonio- y de su misión de “custodiar, revelar y comunicar el amor” (FC 17). (...)

La familia es verdaderamente “el santuario de la vida..., el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano” (GS 50). Por esto, el papel de la familia en la edificación de la cultura de la vida es determinante e insustituible. Como Iglesia doméstica, la familia está llamada a anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la vida (n.92).

Necesidad de realizar un cambio cultural (nn.95-100)

En el contexto social actual, marcado por una lucha dramática entre la “cultura de la vida” y la “cultura de la muerte”, debe madurar un fuerte sentido crítico, capaz de discernir los verdaderos valores y las auténticas exigencias. (...) Todos juntos debemos construir una nueva cultura de la vida (n.95). Y se producirá un verdadero cambio cultural: la promoción de una “cultura de la vida”, en la que la libertad humana encuentre su significado auténtico, vinculándose a la verdad, a la vida y al amor (nn.95-100).

- Invocación a la Stma. Virgen María, madre de la vida.

El Santo Padre nos vuelve a invitar a mirar con amor y esperanza a María, la Virgen Madre, que acogió la Vida en nombre de todos y para bien de todos, y que tiene, por tanto una relación personal estrechísima con el Evangelio de la vida, pues es Madre de aquella vida por la que todos viven. (33).

Oh María, aurora del mundo nuevo, madre de los vivientes, a ti confiamos la causa de la vida:

Mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer, de pobres a quienes se hace difícil vivir, de hombres y mujeres víctimas de la violencia inhumana, de ancianos y enfermos muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad.

Haz que quienes creen en tu Hijo sepan anunciar con firmeza y amor a los hombres de nuestro tiempo el Evangelio de la vida. Alcánzales la gracia de acogerlo con gratitud durante toda su existencia, y la valentía de testimoniarlo con solícita constancia, para construir, junto con todos los hombres de buena voluntad, la civilización de la verdad y del amor, para alabanza y gloria de Dios creador y amante de la vida”.

El Papa hace “una acuciante llamada a todos y a cada uno, en nombre de Dios: ¡respeta, ama y sirve la vida, a toda vida humana! Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad” (n.5) (Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe; Roma, 30-III-1995)

*** Llamamiento de Juan Pablo II a los Científicos para que detengan la producción de embriones humanos (24-V-1996).**

Estamos ante un discurso de Juan Pablo II denso en su contenido e interpelante para nuestra sociedad. Exponemos a continuación lo más esencial del mismo.

- Tema de verdadera importancia. Nexo entre ética y derecho.

Este tema constituye una de las cuestiones fundamentales que, en todos los tiempos, han puesto a prueba las mejores energías del pensamiento humano. Por tanto, estudiar los modernos ordenamientos jurídicos lleva a reafirmar con claridad, un nexo adecuado y pertinente entre Ética y Derecho, haciendo referencia constante a los principios fundamentales de la persona humana, puntualizados claramente en la encíclica *Evangelium vitae* (n.2).

- Recordando la encíclica “*Evangelium vitae*”

Esta encíclica ha querido reafirmar la visión de la vida humana que brota con plenitud de la revelación cristiana pero a la que, en su núcleo esencial, también puede llegar la razón humana. Lo ha hecho teniendo en cuenta las aportaciones que la reflexión racional ha ido dando en el curso de los siglos. De hecho reconocer el valor de la vida del hombre, desde su concepción hasta su fin natural, es una conquista de la civilización del derecho que debe tutelarse como un bien primario de la persona y de la sociedad. Sin embargo, en muchas sociedades hoy se asiste a una especie de retroceso de civilización, fruto de una concepción de la libertad humana incompleta y a veces distorsionada, que frecuentemente encuentra legitimación pública en el ordenamiento jurídico del Estado (...)

- Relación existente entre la *Veritatis Splendor* y la *Evangelium vitae*

Por todo ello, es útil poner de relieve, tanto desde el punto de vista filosófico como jurídico, la íntima relación que existe entre las dos encíclicas citadas ahora; en la primera se destaca la influencia que ejercen, en la alteración del orden moral y del derecho, “corrientes de pensamiento que terminan por separar la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad” (n.4). En la *Evangelium Vitae*, hablando de la urgencia de promover una “nueva cultura de la vida” y del “nexo inseparable entre vida y libertad”, se reafirma la necesidad de redescubrir “el vínculo constitutivo entre la libertad y la verdad” porque “separar la libertad de la verdad objetiva hace imposible fundamentar los derechos de la persona sobre una sólida base racional” (n.96).

Afirmar un derecho de la persona a la libertad, prescindiendo de la verdad objetiva sobre la misma persona, hace imposible de hecho la misma construcción de un ordenamiento jurídico intrínsecamente justo, porque es precisamente la persona humana -tal como ha sido creada- el fundamento y el fin de la vida social, a la que el Derecho debe servir (n.3).

- El Derecho debe estar al servicio del hombre

La centralidad de la persona humana en el Derecho se expresa eficazmente en el aforismo clásico: “*hominum causa omne ius constitutum est*”. Esto quiere decir que el derecho es tal si pone como su fundamento al hombre en su verdad, y en la medida en que lo haga. Es sabido que este principio básico de todo ordenamiento jurídico justo está amenazado seriamente por concepciones que limitan la esencia del hombre y su dignidad, como son las de inspiración inmanentista y agnóstica. En el siglo que está a punto de terminar, esas concepciones han legitimado graves violaciones de los derechos del hombre, en particular del derecho a la vida (n.4)..

“Así como en el centro del ordenamiento canónico está el hombre redimido por Cristo y transformado por el bautismo en persona dentro de la Iglesia (...), del mismo modo las sociedades civiles están invitadas, a ejemplo de la Iglesia, a poner a la persona humana en el centro de sus ordenamientos, sin apartarse jamás de los postulados del derecho natural, para no caer en los peligros del arbitrio o de las falsas ideologías (n.4)..

Los elementos constitutivos de la verdad objetiva sobre el hombre y su dignidad están arraigados profundamente en la recta razón, en la ética y en el derecho natural: son valores anteriores a todo ordenamiento jurídico positivo y que la legislación, en el Estado de derecho, debe tutelar siempre, protegiéndolos del arbitrio de cualquier persona y de la arrogancia de los poderosos.

Frente al humanismo ateo que desconoce o incluso niega la dimensión esencial del ser humano vinculada con su origen divino y su destino eterno, es tarea del cristiano, y sobre todo de los pastores y de los teólogos, anunciar el evangelio de la vida, según la enseñanza del Concilio Vaticano II que afirmó: “realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22).

- Llamada a los juristas cristianos

Esta tarea urgente interpela a de modo singular a los juristas cristianos, impulsándoles a mostrar, en los sectores de su competencia el carácter intrínsecamente débil de un derecho cerrado a la dimensión trascendente de la persona. El fundamento más sólido de toda ley que tutela la inviolabilidad, la integridad y la libertad de la persona reside, efectivamente en el hecho de que ha sido creada a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén.1,27) (n.5)..

- Derecho a la vida desde la concepción.

El ser humano “debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su concepción y, por tanto, a partir de ese mismo momento se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente el derecho inviolable de todo ser humano inocente a la vida “(Evangelium vitae, 60; cf. Donum vitae, 1). Esta afirmación está en plena sintonía con los derechos esenciales propios de la persona, reconocidos y tutelados en la Declaración universal de los derechos humanos (art. 3).(…)

El embrión humano tiene derechos fundamentales; o sea, es titular de elementos indispensables para que la actividad connatural a un ser pueda realizarse según un principio vital propio. La existencia del derecho a la vida como elemento intrínsecamente presente en el estatuto biológico del ser humano ya desde la fecundación constituye, por tanto, el punto firme de la naturaleza también para la definición del estatuto ético y jurídico del niño por nacer.

(…) Considero un deber hacerme intérprete, una vez más, de estos derechos inviolables del ser humano ya desde su concepción para todos los embriones a los que, frecuentemente, se aplican técnicas de congelación (crío-conservación) y que, en muchos casos, se convierten en meros objetos de experimentación o, peor aún, se destinan a una destrucción programada con el respaldo legislativo.

Confirmando además, como gravemente ilícito para la dignidad del ser humano y de su ser llamado a la vida, el recurso a los métodos de procreación que la Instrucción “Donum vitae” ha definido inaceptables para la doctrina moral. Ya ha sido afirmado el carácter ilícito de estas intervenciones al comienzo de la vida y en embriones humanos (cf. Donum vitae, I,5; II), pero es necesario que se acepten, también a nivel legal, los principios en que se funda la misma reflexión moral (...) (n.6).

- Promover leyes civiles que respeten la vida

Bastan estas reflexiones para subrayar cuán importante es vuestra contribución -los científicos- para el progreso no sólo de la sociedad civil, sino también y sobre todo para la comunidad eclesial, comprometida en la obra de la nueva evangelización, ya en el umbral del tercer milenio de la era cristiana. Este es el gran desafío que el empobrecimiento ético de las leyes civiles en la tutela de ciertos aspectos de la vida humana plantea a la responsabilidad de los creyentes.

La concepción positivista del derecho, junto con el relativismo ético, no sólo quitan a la convivencia civil un punto seguro de referencia, sino que también ofenden la dignidad de la persona y amenazan las mismas estructuras fundamentales de la democracia” (...) (n.7) (Boletín O.E. del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; julio-agosto 1996).

*** Discurso de Juan Pablo II a los pertenecientes al Movimiento por la vida (22-V-1998).**

- Se destruye la vida

Juan Pablo II afirma en la Encíclica “Evangelium Vitae” que “la Humanidad de hoy nos ofrece un espectáculo verdaderamente alarmante, si consideramos no sólo los diversos ámbitos en los que se producen los atentados contra la vida, sino también su singular proporción numérica, junto con el múltiple y poderoso apoyo que reciben de una vasta opinión pública, de un frecuente reconocimiento legal y de la implicación de una parte del personal sanitario” (n.17) (n.1).

- Motivos de alivio

“Notivos de alivio vienen hoy de vuestra presencia tan numerosa y convencida que alimenta la esperanza del trunfo de la verdad sobre las falsas justificaciones del aborto.. Y la verdad es que todo ser humano tiene el derecho a la vida desde su concepción hasta su muerte natural. Para los creyentes la esperanza de que esta verdad se afirme encuentra su fundamento en Cristo muerto y resucitado, que envía al mundo a su Espíritu, para infundir valor y suscitar infatigables defensores y testigos de la verdad y de la vida” (n.1).

“Motivos de alivio vienen hoy también por parte de cuantos constatan en el plano político el fracaso de las leyes abortistas, las cuales no sólo no han eliminado el aborto clandestino, sino que, por el contrario, han contribuido a la disminución de los nacimientos y no raramente a la degradación de la moralidad pública” (n.2)..

- Compromiso en la defensa de la familia

“Estos datos evidencian la urgente necesidad de comprometerse en la promoción y en la defensa de la institución familiar, primera fuente de la sociedad humana, sobre todo con referencia al don de los hijos y a la afirmación de la dignidad de la mujer (n.2)..

- Compromiso político de reconocer la dignidad y derechos del nascituro.

“A la ayuda concreta y a una capilar acción educativa, que involucre a toda la comunidad eclesial, debe corresponder el compromiso político para el reconocimiento pleno de la dignidad y de los derechos del nascituro y para la revisión de leyes que legitiman su supresión. Ninguna autoridad humana, ni siquiera el Estado, puede justificar moralmente la muerte del inocente. Esa trágica transformación de un delito en derecho (cf. EV.11) es índice de preocupante decadencia de una civilización. En efecto, las leyes abortistas además de herir la ley impresa por el Creador en el corazón de todo hombre, manifiestan una forma no correcta de democracia, proponen un concepto restrictivo de sociabilidad y revelan una carencia de compromiso por parte del Estado con respecto a la promoción de los valores. Por lo tanto, una acción eficaz en este campo debe aspirar a reconstruir un horizonte de valores, que se traduzca en una clara afirmación del “derecho a la vida” en las leyes internacionales y nacionales” (n.3).

- El futuro de la sociedad

“El progreso económico y social no puede tener fundamento seguro y concretas esperanzas si en su base se asienta en el desconocimiento del derecho a la vida. No tiene futuro una sociedad incapaz de valorar debidamente la riqueza representada por un hijo que nace y de apreciar la vocación de la mujer a la maternidad (cf. EV, 18)..

- El respeto a la vida

“Frente a (esas) posiciones ambiguas, deseo corroborar que el respeto a la vida desde su concepción hasta la muerte natural constituye el momento esencial de la moderna cuestión social” (O.R. 22 y 23 – V-1998; original italiano; traducción de Ecclesia. Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; octubre de 1998;840-842).

*** Discurso de Juan Pablo II a la VI Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida con motivo del V aniversario de la “Evangelium vitae” (14-II-2000).**

- Rechazo de las políticas y las legislaciones contrarias a la vida

“Existen hechos que demuestran con creciente claridad como las políticas y las legislaciones contrarias a la vida están llevando a las sociedades a la decadencia, no sólo moral sino también demográfica y económica. Por lo

tanto, el mensaje de la encíclica puede presentarse no sólo como verdadera y auténtica indicación para el renacimiento moral, sino también como punto de referencia para la salvación civil.

Por consiguiente, no tiene razón de ser esa especie de mentalidad renunciataria que lleva a considerar que las leyes contrarias al derecho a la vida -las leyes que legalizan el aborto, la eutanasia, la esterilización y la planificación de los nacimientos con métodos contrarios a la vida y a la dignidad del matrimonio- son de por sí ineluctables y son ya casi una necesidad social. Por el contrario. Estas leyes constituyen un germen de corrupción de la sociedad y de sus fundamentos. La conciencia civil y moral no puede aceptar esta falsa ineluctabilidad, de la misma forma que no acepta la idea de la ineluctabilidad de las guerras o de los exterminios interétnicos” (n.3).

- Una petición concreta del Santo Padre: el cambio de las leyes injustas que legitiman o toleran esas violencias

“Se pide a los pastores, a los fieles y a los hombres de buena voluntad, especialmente si son legisladores, un renovado y concorde compromiso para el cambio de las leyes injustas que legitiman o toleran esas violencias. Se debe hacer todo lo posible para eliminar el delito legalizado o al menos para limitar el daño de esas leyes, manteniendo viva la conciencia del deber radical de respetar el derecho a la vida desde la concepción hasta la muerte natural de todo ser humano, aunque fuese el último y el menos dotado” (n.4).

- Edificar la cultura de la vida

“Se abre a la comunidad de los creyentes otro campo muy amplio de compromiso en defensa de la vida; es el ámbito pastoral y educativo (...). La Encíclica “*Evangelium vitae*” traza indicaciones concretas para la edificación de esta cultura de la vida. (n.5).

- El cambio de mentalidad y de costumbres

El cambio de las leyes debe ir acompañado, en gran escala, del cambio de la mentalidad y de las costumbres, de modo capilar y visible. La Iglesia hará todo lo posible en este ámbito, y no podrá aceptar negligencias o culpables silencios” (n.6) (33a).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Congreso Internacional organizado por el Instituto de Clínica Ginecológica y Obstetricia de la Universidad de Roma: 3-IV-2000.**

El Santo Padre dirige su palabra a los Investigadores que trabajan al servicio de la vida, de manera especial, en sus inicios más humildes. Trabajo muy delicado por la debilidad del feto.

“En los últimos decenios, en los que la percepción de la humanidad del feto se ha visto amenazada o desviada por interpretaciones reductivas de la persona y por las leyes que introducen fases científicamente carentes de fundamento en el desarrollo de la vida concebida, la Iglesia ha afirmado y defendido reiteradamente la dignidad humana del feto. Queremos decir con ello que “el ser humano debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su concepción y, por eso, a partir de ese mismo momento se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente el derecho inviolable de todo ser humano inocente a la vida”. (Instrucción “*Donum vitae*”, I,1) (n.2).

Las terapias embrionarias que ahora surgen en ámbito genético, quirúrgico y médico proporcionan nuevas esperanzas de salvar la vida a quienes sufren patologías incurables o muy difíciles de curar tras el nacimiento. Confirman pues la enseñanza que la Iglesia ha sostenido basándose tanto en la filosofía como en la teología. En efecto, la fe no disminuye el valor y la validez de la razón; muy al contrario, sostiene e ilumina la razón, especialmente cuando la debilidad humana o influencias psicosociales de carácter negativo disminuyen su perspicacia.

En su labor que debería basarse siempre en la verdad científica y ética, están ustedes llamados a reflexionar seriamente acerca de algunas propuestas y prácticas que se derivan de las tecnologías de procreación artificial. En mi “*Evangelium Vitae*” he observado que varias técnicas de reproducción artificial, aparentemente al servicio de la vida, abren en realidad las puertas a nuevos atentados contra ella. A parte de ser inaceptables desde el punto de vista moral, ya que disocian la procreación del contexto íntegramente humano del acto conyugal, tales técnicas registran altos porcentajes de fracaso, y ello no tanto en relación con la fecundación, sino con el desarrollo sucesivo del embrión, expuesto al peligro de muerte en plazos por regla general muy breves” (“*Evangelium vitae*, n.14). (n.3).

Un caso de especial gravedad moral, derivado a menudo de dichos procedimientos ilícitos, es el de la denominación “reducción embrionaria”, o eliminación de algunos fetos cuando se dan en el mismo momento concepciones múltiples. (...) Este procedimiento, ya gravemente ilícito cuando las concepciones múltiples acontecen en el desarrollo normal de las

relaciones conyugales, resulta doblemente reprochable cuando dichas concepciones son el resultado de la procreación artificial” (n.4) (33b).

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede con ocasión de su 80 cumpleaños: 19-V-2000.**

“¡El don de la vida! Sí, la vida es don que nace de un acto de amor. Con amor pues hay que acogerla, respetarla, cultivarla, promoverla de todas las maneras y defenderla cuando se ve amenazada” (...).

Durante mi Pontificado (...) he recurrido con frecuencia a su generosa colaboración para hacer llegar a los Jefes de Estado de todo el mundo mis llamamientos a favor del respeto y de la promoción de la vida en sus distintos momentos y en sus numerosas exigencias” (n.2) (33c).

*** Discurso de Juan Pablo II a la IX Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida (24-II-2003).**

Ante los avances de la ciencia, el Santo Padre insiste en la defensa de la dignidad de todo ser humano y de la vida humana en cualquier circunstancia en que se encuentre. Recordemos algunas enseñanzas:

“Es un hecho de todos reconocido que los adelantos de la medicina en la curación de las enfermedades dependen prioritariamente de los avances de la investigación. (...) Todos, creyentes y no creyentes, hemos de rendir homenaje y expresar sincero apoyo a este esfuerzo de la ciencia biomédica (...) (n.2).

“Renuevo, pues, un llamamiento sincero para que la investigación científica y biomédica, evitando toda tentación de manipulación del hombre, se dedique con tesón a explorar vías y recursos a favor de la vida humana, de la curación de las enfermedades y de la solución de los siempre nuevos problemas en ámbito biomédico (n.4)..

La Iglesia respeta y apoya la investigación científica cuando ésta persigue una orientación auténticamente humanista, rehusando de toda forma de instrumentalización o destrucción del ser humano y manteniéndose libre de la esclavitud de intereses políticos y económicos (...).

La Iglesia recuerda que no sólo los objetivos, sino también los métodos y los medios de la investigación, han de ser siempre respetuosos con la dignidad de todo ser humano en cualquier estadio de su desarrollo y en todas las fases de la experimentación (n. 4).

Es preciso que los científicos sean conscientes de los límites infranqueables que la tutela de la vida, de la integridad y de la dignidad de todo ser humano imponen a su actividad de investigación” (n.4).

El Santo Padre pide una ayuda efectiva “en beneficio de la asistencia sanitaria y en apoyo a los pueblos afligidos por la miseria y por desastrosas epidemias. Pienso de especial manera en el drama del SIDA, especialmente grave en muchos países de África” (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el Encuentro Internacional sobre “Regulación natural de la fertilidad y cultura de la vida” (28-I-2004).**

- Los métodos naturales de regulación de la fertilidad: “El Magisterio de la Iglesia ha acompañado con solicitud el desarrollo de la que podríamos llamar la cultura de la procreación responsable, y ha promovido el conocimiento y la difusión de los métodos considerados “naturales” de regulación de la fertilidad (n.1)..

- La nueva mentalidad: “Asistimos hoy a la consolidación de una mentalidad que, por un lado, se manifiesta casi atemorizada frente a la responsabilidad de la procreación, y por el otro, querría casi dominar y manipular la vida. Por lo tanto es urgente insistir en una acción cultural que ayude a superar, en este ámbito, mistificaciones y lugares comunes, con mucha frecuencia ampliados por cierta propaganda. Al mismo tiempo, se debe desarrollar un trabajo capilar educativo y formativo con los cónyuges, los novios, los jóvenes en general, así como con los agentes sociales y pastorales para ilustrar adecuadamente todos los aspectos de la regulación natural de la fertilidad en sus fundamentos y en sus motivaciones, además de en sus efectos prácticos.

Los centros de estudio y de enseñanza de estos métodos serán de válido apoyo a la maternidad y a la paternidad responsables, esforzándose para que todo persona, empezando por el hijo, sea reconocida y respetada por sí misma, y toda opción resulte animada y guiada por el criterio del don sincero de sí” (n.2)..

- La regulación “natural”: es evidente que, cuando se habla de regulación “natural” no nos referimos al solo respeto del ritmo biológico. Se trata, mucho más cumplidamente, de responder a la verdad de la persona en su íntima unidad de espíritu, psiquis y cuerpo, unidad nunca reducible únicamente a un conjunto de mecanismos biológicos. Sólo en el contexto del

amor recíproco, total y sin reservas, de los cónyuges, puede ser vivido con toda su dignidad el acontecimiento de la generación a la cual está ligado el futuro de la humanidad. (n.2). (Ecclesia, n.3195; 6-III-2004) 24-25.

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Congreso Internacional sobre “Los tratamientos de apoyo vital y el estado vegetativo. Avances científicos y dilemas éticos”, organizado por la Federación Internacional de Asociaciones de Médicos Católicos (20-III-2004).**

La extensión y la importancia de este discurso del Papa nos impiden ofrecer una síntesis del mismo. Por eso, nos ha parecido oportuno insertar aquí solamente las ideas centrales del discurso, invitando a los lectores a leerlo en su totalidad.

- “La Iglesia alienta los esfuerzos de los científicos que dedican su labor de estudio y de investigación a la mejora de las posibilidades diagnósticas, terapéuticas, de pronóstico y rehabilitativas de estos pacientes”. Se refiere el Papa a “la condición clínica denominada estado vegetativo” (n.1).

- “La persona en estado vegetativo no da ninguna señal de conciencia de sí o del ambiente y parece incapaz de interaccionar con los demás o de reaccionar a estímulos adecuados” (n.2).

- “La ciencia médica, hasta hoy, no está aún capacitada para predecir con seguridad quién entre los pacientes en estas condiciones -“estado vegetativo permanente”- podrá recuperarse y quién no” (n.2).

- “Siento el deber de reafirmar enérgicamente que el valor intrínseco y la dignidad personal de todo ser humano no están sujetos a cambios, cualesquiera que sean las circunstancias concretas de su vida. Un hombre, aun gravemente enfermo o impedido en el ejercicio de sus funciones más elevadas, es y seguirá siendo siempre un hombre; jamás se convertirá en “vegetal” o en “animal”. También nuestros hermanos y hermanas que se encuentran en la condición clínica del “estado vegetativo” conservan en toda su integridad su dignidad humana. La mirada amorosa de Dios Padre sigue poniéndose en ellos, reconociéndolos como hijos suyos especialmente necesitados de asistencia (n.3).

- “Para con todas estas personas, médicos y agentes sanitarios, sociedad e Iglesia tienen deberes morales de los que no pueden eximirse sin faltar tanto a las exigencias de la deontología profesional como a las de la solidaridad humana y cristiana. El enfermo en estado vegetativo, a la espera de

recuperación o de su fin natural, tiene derecho, por lo tanto, a una asistencia sanitaria básica (nutrición, hidratación, higiene, calefacción, etc...) y a la prevención de las complicaciones relacionadas con su permanencia en cama. También tiene derecho a una intervención rehabilitativa específica y al control y seguimiento de eventuales señales clínicas de recuperación” (n.4).

- El Santo Padre añade: “a este propósito quisiera recordar lo que escribí en la Encíclica “*Evangelium vitae*” al explicar que “por eutanasia en sentido verdadero y propio se debe entender una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor”; dicha acción constituye siempre “una grave violación de la ley de Dios, en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana” (n.65). Además es conocido el principio moral con arreglo al cual incluso la mera duda de estar en presencia de una persona viva plantea ya la obligación de respetarla plenamente y de abstenerse de toda acción encaminada a adelantar su muerte” (n.4).

- “Sobre esta referencia general no pueden prevalecer consideraciones acerca de la “calidad de vida”, dictadas con frecuencia, en realidad, por presiones de tipo psicológico, social y económico” (n.5).

- “No basta, sin embargo, con reafirmar el principio general según el cual el valor de la vida de un hombre no puede quedar sometido a un juicio de calidad expresado por otros hombres; es necesario promover acciones positivas para contrarrestar las presiones a favor de la suspensión de la hidratación y alimentación como medio para poner fin a la vida de estos pacientes. (n.6)

- “Una asistencia adecuada a estos pacientes y a sus familias debería prever, además, la presencia y el testimonio del médico y del equipo asistencial, a los que se les pide que den a comprender a los familiares que son sus aliados y que luchan al lado de ellos; también la participación del voluntariado constituye un apoyo fundamental para hacer que una familia salga del aislamiento y se sienta parte sumamente valiosa, y no abandonada, del tejido social” (n.6).

- “En estas situaciones reviste especial importancia, además, el asesoramiento espiritual y la ayuda pastoral, como medios de ayuda para recuperar el significado más profundo de una condición aparentemente desesperada” (n.6) (Ecclesia, n.3199; 3-IV-2004; 25-27).

*** Mensaje al obispo de Rímini para el XXV “Meeting” para la amistad de los pueblos (6-VIII-2004).**

El Santo Padre aborda un tema muy actual: “la clonación humana intenta apropiarse de las fuentes de la vida”, y nos confía unas enseñanzas muy importantes que debemos tener en cuenta para éste y otros temas. Y afirma entre otras cosas:

- “Resulta particularmente fuerte la tentación de pensar que la obra del hombre encuentra en sí misma la justificación de sus objetivos. Muchos consideran y defienden los resultados logrados en los diversos campos de la ciencia y de la técnica como aceptables “a priori”. Así, se llega a pretender que lo que técnicamente posible es de por sí también éticamente bueno. Según esta opinión, precisamente porque el progreso de los conocimientos científicos y de los medios técnicos a disposición del hombre impulsa de hecho cada vez más lejos al confín entre lo que es posible “hacer” y lo que aún no lo es, ese progreso terminaría por desplazar indefinidamente hacia delante también el confín entre lo justo y lo injusto.

Desde esta perspectiva, el progreso se convertiría entonces en un valor absoluto, más aún, la fuente misma de todo valor. La verdad y la justicia ya no serían instancias superiores, criterios de juicio a los que el hombre se debe atener al orientar las acciones que impulsan el progreso mismo, sino que se convertirían en un producto de su actividad de investigación y de manipulación de la realidad.

No es posible ignorar las consecuencias dramáticas y desoladoras de este pragmatismo, que concibe la verdad y la justicia como algo que puede forjar el hombre mismo. Baste como ejemplo, entre otros, el intento del hombre de apropiarse de las fuentes de la vida a través de los experimentos de clonación humana. Aquí se constata la presunción de la que habla precisamente el título del “Meeting”: la violencia con la que el hombre intenta apropiarse de lo verdadero y de lo justo, reduciéndolos a valores de los que puede disponer libremente, es decir, sin reconocer ningún tipo de límites, salvo los fijados y continuamente superados por la intervención técnica (n.2).

“El camino enseñado por Cristo es otro: el respeto por el ser humano, al que cualquier medio de investigación, ante todo, debe tender a conocer en su verdad para, después, servirlo, sin manipularlo según un proyecto considerado a veces con arrogancia como mejor que el del mismo Creador.

Para el cristiano, el misterio del ser es tan profundo, que resulta inagotable para la investigación humana. En cambio, el hombre que, con la presunción de Prometeo, se constituye en árbitro del bien y del mal, hace del progreso su ideal absoluto y luego queda aplastado por él” (n.3).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los ponentes del Encuentro Preliminar “los signos de la muerte”, organizado por la Academia Pontificia de Ciencias (1-II-2005).**

- El trasplante de órganos: “La Iglesia ha alentado la donación gratuita de órganos, y por otro lado ha subrayado las condiciones éticas de dicha donación, haciendo hincapié en la obligación de defender la vida y la dignidad del donante y del receptor; también ha indicado cuáles son los deberes de los especialistas que intervienen en el trasplante de órganos. Se trata de favorecer un servicio global a la vida armonizando el avance técnico con el rigor ético, humanizando las relaciones interpersonales e informando correctamente a la opinión pública (n.2).

- El respeto a la ética: “todos los profesionales que intervienen en el trasplante de órganos han de seguir investigando en campo técnico-científico con vistas a asegurar el mayor éxito posible de la operación y la mejor expectativa de vida para el paciente. Al mismo tiempo, se impone un diálogo con expertos en las disciplinas antropológicas y éticas con el fin de garantizar el respeto a la vida y a la persona y de proporcionar al legislador los datos necesarios para decretar normas rigurosas en la materia.

Bajo esta perspectiva, ustedes han decidido explorar una vez más, mediante un riguroso estudio interdisciplinario, la particular cuestión de los “signos de la muerte” sobre cuya base puede determinarse con certeza moral la muerte clínica de una persona, con el fin de proceder a la extracción de órganos destinados a trasplante (n.3).

- Los signos de la muerte:

“En el ámbito de la antropología cristiana, es bien sabido que el momento de la muerte de una persona consiste en la pérdida definitiva de su unidad constitutiva de cuerpo y espíritu. Cada ser humano, en efecto, está vivo precisamente en la medida en que es “corpore et anima unus” (GS, n.14), y así permanece mientras subsista dicha “unidad en la totalidad” sustancial. A la luz de esta verdad antropológica, resulta evidente (...) que “la muerte de la persona, entendida en este sentido básico, es un hecho que no puede ser directamente identificado por ninguna técnica científica o método empírico”

- Bajo el punto de vista científico, sin embargo, la única forma correcta -y también la única posible- de encarar el problema de la comprobación de la muerte de un ser humano consiste en dedicar atención y estudio a la identificación de “signos de la muerte” adecuados, conocidos a través de su

manifestación física en el sujeto individual. Se trata indudablemente de una tema de enorme importancia, respecto al cual es preciso escuchar en primer lugar la posición ponderada y rigurosa de la ciencia, tal y como Pío XII enseñó al declarar que “es propio del médico (...) dar una definición clara y precisa de la “muerte” y del “momento de la muerte” de un paciente que fallece en estado de inconsciencia”. (n.4).

Partiendo de los datos proporcionados por la ciencia, las consideraciones de orden antropológico y la reflexión ética tienen el deber de proponer un análisis igualmente riguroso, escuchando atentamente el magisterio de la Iglesia” (n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Presidente de la Academia Pontificia para la Vida con ocasión del Congreso sobre el tema: “Calidad de vida y ética de la salud” (19-II-2005).**

- Calidad de vida y promoción de la salud. Los términos “calidad de vida” y “promoción de la salud” identifican uno de los principales objetivos de las sociedades contemporáneas, planteando interrogantes no carentes de ambigüedad y, a veces, de trágicas contradicciones, para lo que se requiere un atento discernimiento y una profunda clarificación. (...). En la encíclica “*Evangelium vitae*” decía que “la llamada calidad de vida se interpreta principal o exclusivamente como eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas -relacionales, espirituales y religiosas- de la existencia” (n.32). Sobre estas dimensiones más profundas se centra la atención a la búsqueda de una adecuada clarificación (n.2).

- Lo propio de la criatura racional. “Ante todo se debe reconocer la cualidad esencial que distingue a cada criatura humana por el hecho de ser creada a imagen y semejanza del Creador mismo. El hombre, constituido de cuerpo y espíritu en la unidad de persona-, está llamado a un diálogo personal con el Creador. Por eso, posee una dignidad superior por esencia a las demás criaturas visibles, vivientes y no vivientes. Como tal, es llamado a colaborar con Dios en la misión de someter la tierra (cf. Gn1.28) y está destinado, en el plan redentor, a revestir la dignidad de hijo de Dios.

- El respeto de la dignidad humana: Este nivel de dignidad y de calidad pertenece al orden ontológico y es constitutivo del ser humano, permanece en todo momento de la vida, desde el primer instante de la concepción hasta la muerte natural, y se realiza en plenitud en la dimensión de la vida eterna. Por lo tanto, el hombre se debe reconocer y respetar en cualquier condición de salud, enfermedad o discapacidad (n.3).

- Desarrollo armonioso de toda persona: “Coherentemente, en este primer y esencial nivel, se debe reconocer y promover de manera complementaria un segundo nivel de calidad de la vida: a partir del reconocimiento del derecho a la vida y de la dignidad peculiar de toda persona, la sociedad debe promover, en colaboración con la familia y los demás organismos intermedios, las condiciones concretas para desarrollar armoniosamente la personalidad de cada uno, según sus capacidades naturales. Todas las dimensiones de la persona -la dimensión corpórea, la psicológica, la espiritual y la moral- deben promoverse con armonía. Esto supone la presencia de condiciones sociales y ambientales aptas para favorecer este desarrollo armonioso (...). (n.4).

- La “calidad de vida” hoy es entendida por no pocos en sentido restrictivo: “en nuestros días el significado que la expresión “calidad de vida” está asumiendo progresivamente se aleja con frecuencia de esta básica interpretación, fundada en una recta antropología filosófica y teológica. (...) En efecto, ella consistiría en la capacidad de gozar y experimentar placer, o también en la capacidad de autoconciencia y participación en la vida social. En consecuencia, se niega toda capacidad de vida a los seres humanos “todavía no” o “ya no” capaces de entender y de querer, o bien a los que ya no están en condiciones de gozar la vida como sensación y relación (n.5).

- “El concepto de salud”: “una desviación análoga ha sufrido también el “concepto de salud”. No es ciertamente fácil definir en términos lógicos y precisos un concepto complejo y antropológicamente rico como el de salud. Pero es verdad que con este término aquí se nos quiere exponer todas las dimensiones de la persona, en su armónica y recíproca unidad: la dimensión corpórea, la psicológica y la espiritual y la moral. Esta última dimensión, la moral, no puede descuidarse. Toda persona tiene una responsabilidad sobre la propia salud y sobre la de quien no ha alcanzado la madurez o no tiene ya la capacidad de conducirse por sí mismo. Más aún, la persona está llamada también a tratar con responsabilidad el medio ambiente, de tal manera que el mismo sea saludable.

- La salud no es un bien absoluto: “Ciertamente, la salud no es un bien absoluto. No lo es sobre todo cuando se entiende como simple bienestar físico, mitificado hasta limitar o descuidar bienes superiores, alegando razones de salud incluso en el rechazo de la vida naciente: es cuanto ocurre con la llamada “salud reproductiva” ¿Cómo no reconocer en esto una concepción reductiva y desviada de la salud?

Rectamente entendida, la salud sigue siendo sin embargo uno de los bienes más importantes con los que tenemos una precisa responsabilidad, hasta tal punto que sólo puede sacrificarse para el logro de bienes superiores, como a veces pide el servicio a Dios, a la familia, al prójimo y a la sociedad entera. La salud se debe, pues, cuidar y atender como equilibrio físico-psíquico y espiritual del ser humano. (...) (n.7)..

I) Defensor y Promotor de la paz

La palabra, el compromiso y la oración de Juan Pablo II han estado también al servicio de la defensa de la paz y de la concordia, del entendimiento y del respeto entre las personas, las familias, las comunidades, los pueblos, los continentes.

Durante sus viajes pastorales, el Papa no ha cesado de clamar a favor de la paz y la justicia; ni se ha cansado de pedir una y mil veces que todo ser humano sin excepción sea respetado, que todos puedan participar en la construcción de una sociedad abierta y participativa, democrática y justa, solidaria y libre.

Numerosos han sido los conflictos y las guerras que ha vivido la humanidad y ha asolado partes del mundo durante el siglo XX: dos guerras mundiales, guerras entre naciones, campos de exterminio, genocidios, violencia doméstica... Además, en los años del Pontificado de Juan Pablo II la violencia ha aparecido en muchos lugares.

El Santo Padre no ha permanecido callado ni indiferente ante tantas tragedias tremendas y dolorosísimas. Ha intervenido ante los que dirigen los destinos de los pueblos y naciones buscando siempre la concordia y el

entendimiento entre las naciones, el abandono definitivo de la guerra y del terrorismo, la solución de las injusticias que originan situaciones que están en el origen de conflictos, de violencias....

Juan Pablo II ha manifestado sobre sus encuentros con los Responsables y Dirigentes de los pueblos lo siguiente: “los contactos a alto nivel, que tienen lugar en esas ocasiones, constituyen otros tantos jalones que la Iglesia pone en su camino entre los hombres, aprovechando la posibilidad que le es ofrecida para tratar con los responsables del porvenir de los pueblos (...) Como lo he subrayado con frecuencia, incluso durante los encuentros con las autoridades, a quienes ejercen el poder les debe interesar que la sociedad sea justa, con el fin de que apartándose del totalitarismo y realizando una auténtica democracia, se haga cada vez más justicia por el camino de las razonables reformas sociales. Y haciéndose así, se podrán evitar revueltas, violencias, derramamientos de sangre, que acarrear tantos sufrimientos” (33d).

El Papa ha gritado:

“No se puede matar en nombre de Dios”

“No hay paz sin justicia, ni hay justicia sin perdón”.

“No basta la justicia, es preciso introducir la misericordia en las relaciones humanas internacionales, para que construyamos la paz”.

“Los dos pilares de la paz son la justicia y el perdón”

a) Juan Pablo II al servicio de la Paz

* La paz, don de Dios y fruto de nuestras manos.

Juan Pablo II no se cansa de invitarnos a reflexionar sobre las exigencias de la paz y a ser artífices de la paz en todos los ámbitos de la vida. Recordemos sus enseñanzas básicas, aunque de modo abreviado:

“La paz es siempre un don de Dios, pero ella depende también de nosotros. Las claves para la paz están en nuestras manos. Depende de nosotros el saber usarlas y poder abrir con ellas todas las puertas (Jornada mundial de la Paz, año 1987). Juan XXIII indicó las condiciones esenciales para la paz: la verdad, la justicia, el amor y la libertad (34).

“La paz no es simple ausencia de guerra (...), sino obra de la justicia (cf. GS, 78). La paz es fruto de una justicia que tiene dos raíces. La voluntad de Dios Creador, que ha impreso en la sociedad humana el don de su orden; y el compromiso de los hombres, que aspiran a una justicia cada vez más

perfecta. La paz, por tanto, brota de un don que es divino, y se hace realidad gracias a la buena voluntad de quienes quieren ser verdaderos constructores de paz, según el espíritu de la bienaventuranza evangélica” (34a). Y añade el Santo Padre: “el restablecimiento de la paz sería breve e ilusoria si no fuera acompañada de una verdadera transformación del corazón” (34b).

En efecto, dice Juan Pablo II: “en el corazón de las personas es donde nacen tanto las guerras como las reconciliaciones. Un futuro de paz se construye a partir de un corazón nuevo, un corazón capaz de reconocer en toda persona un hermano o una hermana, con igual dignidad que se ha de respetar, con derechos fundamentales que se han de promover, y con legítimas expectativas que se han de atender. El corazón nuevo mira al otro, sea persona o pueblo, como una realidad viva que es preciso acoger, sostener y amar” (34c). Por todo ello, “es preciso vigilar sobre aquello que se esconde en el corazón del hombre, corrompido por la concupiscencia que lo lleva al pecado” (34d).

* ¿Qué nos exige la paz?

- “La ampliación de zonas de pobreza es a largo plazo, la más seria amenaza para la paz” (Discurso al Cuerpo Diplomático; (14-I-1984).

- “No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón: esto es lo que quiero recordar a cuantos tienen en sus manos el destino de las comunidades humanas, para que se dejen guiar siempre en sus graves y difíciles decisiones por la luz del verdadero bien del hombre, en la perspectiva del bien común” (35). “La paz requiere la justicia, una actitud que reconozca la dignidad y la igualdad de todos los hombres y mujeres, y un compromiso firme de procurar, asegurar y proteger los derechos humanos fundamentales de todos. Donde no hay justicia no puede haber paz. La paz sólo es posible donde hay un orden justo que garantice los derechos de todos y de cada uno. (Homilía en Singapur; 20-XI-1986).

- “Permítanme subrayar dos áreas de acción que son particularmente efectivas como aportación para la paz: la defensa de los derechos humanos y el esfuerzo para el desarrollo de los pueblos. (...) Mientras falten estos elementos a cualquier nivel, la paz será imperfecta y la paz mundial estará siempre en peligro” (Discurso a los políticos en Canberra (Australia) (24-XI-1986).

- “Sin fidelidad a Dios y al orden moral escrito en nuestros corazones y en toda la creación, no puede haber paz estable” (Discurso a representantes de la OTAN; 2-IV-1989).

- “No puede haber siquiera verdadera paz, si no se defiende y promueve la vida” (EV 101). “No puede existir verdadera paz, si no existe un compromiso serio y decidido en la aplicación de la justicia social....Es necesario, pues, reavivar los valores morales, como son la solidaridad, la laboriosidad, la honestidad en el desempeño de las funciones públicas, el espíritu de participación” (Discurso a los Obispos de Honduras, Visita Ad limina; 4-II-1994).

- “La paz es fruto del amor; esa paz interior que el hombre cansado busca en la intimidad de su ser; esa paz que piden la humanidad, la familia humana, los pueblos, las naciones, los Continentes, con la ansiosa esperanza de obtenerla (DV 67).

- Promover la verdad como fuerza de la paz es emprender un esfuerzo constante para no utilizar nosotros mismos, aunque fuese para el bien, las armas de la mentira” (36).

- Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre. ¡Que los ricos y los pobres puedan reconocerse como hermanos y hermanas, compartiendo entre sí todo lo que poseen, como hijos de un único Dios que ama a todos, que quiere el bien de todos, que ofrece a todos el don de la paz! (37).

- La noble lucha por la justicia: “El Cristianismo comprende y reconoce la noble lucha por la justicia a todos los niveles pero prohíbe buscar soluciones por caminos de odio y de muerte” (38).

* Juan Pablo II rechazó lo que atentaba contra la paz:

“El Cristianismo no nos impide ver las injustas situaciones sociales o internacionales. Lo que el Cristianismo nos prohíbe es buscar soluciones a estas situaciones por los caminos del odio, del asesinato de las personas indefensas, con métodos terroristas” (Homilía en Drogheda (Irlanda); septiembre de 1979).

- Rechazó de la violencia: recordemos estas palabras de Juan Pablo II con las que rechaza claramente la violencia:

“La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano. La violencia no es cristiana. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad. (...) No creáis en la violencia; no sostengáis la violencia. No es éste el camino cristiano. No es el camino de la

Iglesia católica. (...) “Creed en la paz, en el perdón y en el amor, porque son de Cristo” (39).

Recordemos cómo Juan Pablo II describe la violencia. Valgan estos textos: “La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad” (Homilía en Drogheda (Irlanda) (29-IX-1979). “La violencia en general no puede ser definida de otra manera sino como violación del orden de justicia” (Discurso a la Unión de Juristas Italianos (6-XII-1980). “La violencia es siempre una ofensa, un insulto al hombre, sea en quien la ejecuta o en quien la padece” (Discurso a los deportistas” (28-I-1980). “La violencia es siempre una falta de respeto a la imagen y semejanza de Dios (cf. Gn.1, 26-27) en nuestro prójimo, en toda persona humana, sin excepción alguna. La violencia, en cualquiera de sus formas, es una negación de la dignidad humana” (Homilía en Denver (EE.UU.) (14-VIII-1993)

“Todos comprendan que la violencia no es camino de solución de los problemas humanos, además de ser siempre anticristiana” (40).

“La violencia no es un medio de construcción. Ofende a Dios, a quien la sufre y a quien la practica. Una vez más repito que el Cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia a todos los niveles, pero prohíbe buscar soluciones por caminos de odio y de muerte” (41).

“El cristianismo no nos manda que cerremos los ojos a los difíciles problemas humanos, No nos permite o impide ver las injustas situaciones sociales o internacionales. Lo que el cristianismo nos prohíbe es buscar soluciones a estas situaciones por caminos del odio, del asesinato de personas indefensas, con métodos terroristas. Y diría más: el Cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia, pero se opone decididamente a fomentar el odio y a promover la violencia o la lucha por sí misma. El mandamiento “no matarás” debe guiar la conciencia de la humanidad, si no se quiere repetir la terrible tragedia y destino de Caín” (41a).

El Santo Padre nos invita a todos a rechazar la violencia: “rehusad la violencia como medio de resolver los problemas de la sociedad, pues la violencia va contra la vida, es destructora del hombre” (Discurso social en Salvador de Bahía (Brasil); (6-VII- 1980).

- Rechazó de la guerra: Juan Pablo II ha rechazado siempre la guerra:

“¡No a la guerra!”. Ésta nunca es una simple fatalidad. Es siempre una derrota de la Humanidad” (42). “¡Basta ya de guerra! Es necesario que

triunfen la razón y la fraternidad, si queremos evitar que el fragor de las armas ahogue todas las demás voces!” (Alocución; 5-II-1994).

“Nunca más la guerra. No, nunca más la guerra!” (42a)

El Santo Padre contempla el continente africano donde tantas guerras existen. Recordemos estas palabras: “Quienes alimentan las guerras en África mediante el tráfico de armas son cómplices de crímenes odiosos contra la humanidad” (42b).

También queremos traer a este lugar unas palabras muy importantes del Papa sobre la legítima defensa de un pueblo y sobre la guerra: “Cada pueblo, cada Gobierno tiene el derecho y el deber de proteger, con medios proporcionados, su existencia y su libertad contra un injusto agresor. Pero la guerra aparece cada vez más como el medio más bárbaro y más ineficaz para resolver los conflictos entre dos países o de conquistar el poder en el propio país”.

El Santo Padre muestra los caminos e instrumentos a través de los cuales hemos de resolver los conflictos: “Hay que hacer todo lo posible por adoptar instrumentos de diálogo, de negociación sirviéndose, en caso de necesidad, del arbitraje imparcial de terceros, o de una Autoridad internacional dotada de poderes suficientes” (Discurso al Cuerpo Diplomático (15-I-1987).

- Rechazó del terrorismo:

“El terrorismo se basa en el desprecio de la vida del hombre. Precisamente por eso, no sólo comete crímenes intolerables, sino que en sí mismo, en cuanto recurso al terror como estrategia política y económica, es un auténtico crimen contra la Humanidad” (43).

Juan Pablo II condenó la violencia de ETA: “ante la ola de terrorismo que azota en estos días España, y que ayer se cobraba una nueva víctima, deseo expresar mi profundo dolor, así como mi solidaridad y cercanía a las familias de las víctimas”. El Santo Padre ha renovado una vez más “la condena más enérgica a estos actos contra el derecho a la libertad y a la vida”, y ha reafirmado que “ninguna idea o concepción social o política puede imponerse por la violencia” (43a).

“Existe, afirma Juan Pablo II, un derecho a defenderse del terrorismo. Es un derecho que, como cualquier otro, debe atenerse a reglas morales y jurídicas, tanto en la elección de los objetivos como de los medios” (44).

- Rechazó el racismo y la xenofobia:

“La Iglesia considera que restringir la participación en una comunidad local sobre la base de características étnicas u otras similares, serían un empobrecimiento para todos los implicados, y contradiría el derecho básico de todo bautizado de participar en el culto y en la vida de la comunidad. (...) El abandono de estos “pequeños” por razones de discriminación, aunque sea latente, debería ser causa de grave preocupación para los pastores y también para los fieles” (n.2).

“Por tanto, exhorto a los padres y a los maestros a combatir el racismo y la xenofobia, inculcando actitudes positivas basadas en la doctrina social católica” (n.3).

“Así pues, exhorto a los católicos a sobresalir en este espíritu de solidaridad con los recién llegados a ellos. Invito también a los inmigrantes a reconocer el deber de honrar a los países que los acogen, y respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los habitantes que los han acogido. Sólo de este modo reinará la armonía social” (n. 4) (44a).

“Con ocasión de este doloroso aniversario, me dirijo una vez más a todos los hombres, invitándoles a superar sus prejuicios y a combatir todas las formas de racismo, aceptando reconocer en cada persona humana la dignidad fundamental y el bien que hay en la misma, a tomar cada vez mayor conciencia de pertenecer a una única familia humana querida y congregada por Dios. Deseo repetir aquí con fuerza que la hostilidad o el odio hacia el judaísmo están en total contradicción con la visión cristiana de la dignidad de persona humana” (Carta Apostólica en el L Aniversario del comienzo de la II Guerra Mundial (27-VIII-1989).

¿Cuál es el camino para superar el racismo? El Santo Padre enseña que “se debe superar la discriminación no por medio de violencia, sino a través de la reconciliación” (Discurso al Cuerpo Diplomático (3-V-1989).

* Colaboró a derribar muros que dividen y separan a los hombres

“Este Papa ha hecho caer muchos muros de intolerancias políticas y culturales; ha favorecido la paz entre las naciones y la defensa de los derechos humanos, especialmente los de los más desfavorecidos; ha abatido con energía las barreras de la discriminación de la mujer y ha sido un paladín de la verdad del hombre y de la libertad religiosa” (45).

* Reclamó la educación para la paz

“Educar para la paz significa abrir las mentes y los corazones para acoger los valores básicos para una sociedad pacífica. La verdad, la justicia, el amor, la libertad. Se trata de un proyecto educativo que abarca toda la vida y dura toda la vida. Hace de la persona un ser responsable de sí mismo y de los demás, capaz de promover, con valentía e inteligencia, el bien de todo hombre y de todos los hombres” (45a).

b) Discursos, mensajes... de Juan Pablo II al servicio de la paz.

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XII Jornada Mundial por la paz (1-I-1979)**

Destacamos estas afirmaciones del Papa Juan Pablo II por su importancia y permanente actualidad:

“Para poner de manifiesto el desafío que se impone a toda la humanidad, frente a la dura tarea de la paz, hace falta algo más que palabras, sinceras o demagógicas. Sobre todo es necesario que penetre el verdadero espíritu de la paz a nivel de hombres políticos, de medios o de centros de los que dependen más o menos secretamente, los pasos decisivos hacia la paz o, al contrario, la prolongación de las guerras o de las situaciones de violencia. Es necesario, como mínimo, apoyarse sobre principios elementales pero seguros, como son los siguientes: las cosas de los hombres deben ser tratadas con humanidad, y no por la violencia.

Las tensiones, las contiendas y los conflictos deben ser arreglados por negociaciones razonables y no por la fuerza. Las oposiciones ideológicas deben confrontarse en un clima de diálogo y de libre discusión. Los intereses legítimos de grupos determinados deben tener también en cuenta los intereses legítimos de los otros grupos afectados y las exigencias del bien común superior. El recurso a las armas no debería ser considerado como el instrumento adecuado para solucionar los conflictos. Los derechos humanos imprescriptibles deben ser salvaguardados en toda circunstancia. No está permitido matar para imponer una solución”.

Estos principios humanitarios los puede encontrar todo hombre de buena voluntad en su propia conciencia. Corresponde a la voluntad de Dios sobre los hombres. Para que se conviertan en convicciones, tanto para los poderosos como para los débiles, e impregnen toda su actividad, hay que

devolverles toda su fuerza. Es necesaria una educación paciente y prolongada a todos los niveles”.

*** Discurso de Juan Pablo II (Irlanda. Septiembre, 1979)**

- ¿Qué dice Juan Pablo II sobre la violencia?

“El mandamiento “no matarás” debe guiar la conciencia de la humanidad, si no se quiere repetir la terrible tragedia y destino de Caín.

La paz no puede ser establecida por la violencia, la paz no puede florecer nunca en un clima de terror, de intimidación o de muerte. El mismo Jesús dijo: “Quien toma la espada, a espada morirá” (Mt.26,52). Esta es la palabra de Dios, la que ordena a los hombres de esta generación violenta desistir del odio y de la violencia y arrepentirse.

“La violencia es un mal; la violencia es inaceptable como solución de los problemas; la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad. No creáis en la violencia; no sostengáis la violencia. No es éste el camino de la Iglesia católica. Creed en la paz, en el perdón y en el amor porque son de Cristo.

A los jóvenes dice el Papa:

“No escuchéis las voces que hablan el lenguaje del odio, de la revancha, de la venganza. No sigáis a ningún líder que os lleve por caminos que infligen muerte. Amad la vida; respetad la vida; en vosotros mismos y en los demás. Entregaos al servicio de la vida, no a la obra de la muerte. (...) Aunque hayáis sido atrapados en los caminos de la violencia, incluso hayáis llevado a cabo actos de violencia, volved a Cristo, cuyo don de despedida al mundo fue la paz. Solamente si volvéis a Cristo, hallaréis paz para vuestras conciencias perturbadas y reposo para vuestras almas angustiadas”.

A los hombres y mujeres comprometidos en la violencia, Juan Pablo II les dice:

“Os hablo con lenguaje de abogado apasionado. Os suplico de rodillas que abandonéis los senderos de la violencia y volváis a los caminos de la paz. Podéis decir que buscáis la justicia. También yo creo en la justicia y busco

la justicia, pero la violencia retrasa el día de la justicia. La violencia destruye la obra de la justicia. (...) En nombre de Dios os suplico: volved a Cristo que murió para que los hombres pudiesen vivir en perdón y en paz. Él os está esperando, anhelando que cada uno de vosotros venga a Él para poder deciros: tus pecados están perdonados, vete en paz”.

*** Homilía en la Jornada Mundial de la Paz (1-I-1980). Un programa de paz para los años 80.**

El Santo Padre Juan Pablo II ofrece en esta homilía un programa de paz para la década de los 80. Destacamos los siguientes contenidos.

- La verdad, fundamento y fuerza de la paz en el mundo (n.1)
- El hombre, su vida y su dignidad (n.2)
- El Jubileo de San Benito, Patrón y artífice de Europa (n.3)
- Las consecuencias terribles de una guerra nuclear (n.4).
- El misterio de la maternidad divina y la paz (n.6). (Boletín O.E. el obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; (.1.4)

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XIV Jornada Mundial de la Paz. (1-I-1981).**

Con palabras claras y concisas, el Santo Padre afirma: “la paz debe realizarse en la verdad, debe construirse sobre la justicia; debe estar animada por el amor; debe hacerse en la libertad (cf. *Pacem in terris*). Sin un respeto profundo y generalizado de la libertad, la paz escapa al hombre” (n.2).

*** Alocución a los Jefes de Estado y de Gobierno, en “Peace memorial”; Hiroshima (Japón); 25-II-1981**

“Con profunda emoción he venido aquí como peregrino de paz. Deseaba hacer esta visita al Monumento a la Paz de Hiroshima” (n.1). “Recordar el pasado es comprometerse para el futuro (...) Recordar Hiroshima es aborrecer la guerra nuclear, es comprometerse para la paz. Recordar lo que las gentes de esta ciudad han sufrido es renovar nuestra fe en el hombre, en su capacidad de hacer el bien, en su capacidad de escoger lo justo, en su determinación de convertir un desastre en un nuevo comienzo” (n.4).

*** Encuentro de Juan Pablo II con las víctimas de la bomba atómica. Hospital de Hill of Mercy; Nagasaki (Japón); 26-II-1981**

Juan Pablo II quiere también acercarse al dolor aún vivo de las víctimas de la bomba atómica:

“Con gran emoción he saludado hoy a quienes todavía llevan en su cuerpo las señales de la destrucción abatida sobre ellos el día de aquella inolvidable explosión. Lo que sufrís ha infligido también una herida en el corazón de todo ser humano sobre la tierra” (n.1).

“Vuestra vida aquí, en esta colina de misericordia y gracia, hoy es la más convincente llamada que podría dirigirse a todos los hombres de buena voluntad, la más convincente apelación contra la guerra y a favor de la paz. (...) Todos nosotros estamos en deuda con vosotros, pues sois la llamada viviente y constante para la paz” (n.1).

*** Mensaje de Juan n Pablo II para la celebración de la XV Jornada Mundial de la Paz: “La paz, don de Dios, confiado a los hombres” (1-I-1982)**

- Esfuerzos a favor de la paz en un mundo conflictivo

Graves amenazas continúan pesando sobre la paz en el mundo. (...) Los diversos choques de los que somos testigos se distinguen de los que narra la historia por ciertas características nuevas.

Se nota su globalidad: aun localizado, un conflicto es frecuentemente la expresión de tensiones que tienen su origen en otras partes del mundo (...)

Se puede hablar también de totalidad: las tensiones actuales movilizan todas las fuerzas de las naciones y, por otra parte, el acaparamiento en beneficio propio y la misma hostilidad se expresan hoy tanto en la dirección de la vida económica o en las aplicaciones tecnológicas de la ciencia como en uso de los medios de comunicación social o el dominio militar.

Hay que señalar también el carácter radical: está en juego la supervivencia misma de la humanidad entera, en virtud de la capacidad destructiva de los arsenales militares actuales (n.2).

- Un problema esencial

Ante el dilema paz o guerra, el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo, a su naturaleza, a su proyecto de vida personal y comunitaria y al uso de su libertad.(...) Mientras se interroga sobre la paz, el hombre es llevado a

preguntarse sobre el sentido y las condiciones de su propia existencia, personal y comunitaria (n.3).

- La paz, don de Dios

La paz no es sólo un equilibrio superficial entre intereses materiales divergentes -como si se tratara de cantidad, de técnica-, sino, más bien, en su realidad profunda, un bien de tipo esencialmente humano (...) y por consiguiente, de naturaleza racional y moral, fruto de la verdad y de la virtud.

Ella resulta del dinamismo de las voluntades libres, guiadas por la razón hacia el bien común a alcanzar en la verdad, la justicia y el amor. Este orden racional y moral se apoya precisamente en la decisión de la conciencia de los seres humanos de buscar la armonía en sus relaciones mutuas, respetando la justicia de todos y, por consiguiente, los derechos humanos fundamentales inherentes a toda persona.

No se ve cómo este orden moral podría prescindir de Dios, fuente primera del ser, verdad esencial y bien supremo. Ya, en este sentido, la paz procede de Dios, como fundamento; ella es un don de Dios(...). Sí, Dios es la fuente de la paz; él llama a la paz, la garantiza y la da como fruto de la “justicia”. Más aún, Dios ayuda interiormente a los hombres a realizarla y a volver a encontrarla.(n.4).

- Don de Dios confiado a los hombres

Si la paz es un don de Dios, el hombre jamás está dispensado de su responsabilidad de buscarla y de esforzarse por establecerla a través de esfuerzos personales y comunitarios a lo largo de la historia. El don divino de la paz es, pues, siempre a la vez una conquista y realización humana, porque es propuesto al hombre para ser recibido libremente y puesto en práctica progresivamente con su voluntad creadora.

Por otra parte, la Providencia, en su amor por el hombre, no lo abandona nunca, sino que lo empuja o conduce misteriosamente, aun en las horas más oscuras de la historia, por el camino de la paz. Las dificultades, decepciones y tragedias del pasado y del presente deben ser consideradas como lecciones providenciales, de las cuales pertenece a los hombres sacar la cordura necesaria para abrir nuevas vías, más racionales y valientes, con el fin de construir la paz. La referencia a la verdad de Dios da al hombre el ideal y las energías necesarias para sobrellevar las situaciones de injusticia, para liberarse de ideologías de poder y dominio, para emprender un camino de verdadera fraternidad universal” (n.5)..

Los cristianos, fieles a Cristo (...) tienen unas razones aún más decisivas para mirar la paz como un don de Dios y contribuir valientemente a su implantación en este mundo, en la medida misma en la que desean su cumplimiento tal en el Reino de Dios (n.5)..

El Santo Padre habla también de la justicia y de la paz dentro de las naciones (n.9) y entre las naciones (n.10), y aborda también el tema de la “dinámica cristiana de la paz (n.11), y de “la paz, un desafío permanente para el cristiano” (n.12), para terminar invitando a todos a “orar pro la paz” (n.13).(Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Diciembre de 1981; 509-522).

*** Llamada de Juan Pablo II a Argentina y Gran Bretaña, naciones en litigio ante las Malvinas (Mensaje pascual, 11-IV-1982).**

“Formulo el ferviente deseo y una llamada particularmente apremiante a las partes en litigio a fin de que se dispongan a buscar, con empeño responsable y con buena voluntad, las vías de una pacífica y honrosa composición de la contienda, mientras aún queda tiempo para prevenir un encuentro sangriento. ¡Paz, paz en la justicia, paz en el respeto de los principios fundamentales universalmente reconocidos y afirmados por el derecho internacional en la mutua comprensión!”.

*** El Papa llama a la paz a Argentina y a la Gran Bretaña (2-V-1982)**

El Santo Padre les dirige un mensaje angustioso:

“Lo que se temía, lo que se esperaba que no sucediese, aquello por lo que también yo repetidamente he insistido, orado e invitado a orar también para que no llegase, se ha convertido, en cambio, en una realidad. Dos grandes y nobles y queridas naciones, Argentina y Gran Bretaña, han iniciado en el Atlántico Sur una confrontación militar que se está cada vez más agravando”. (...) Le exhorto a que “devuelvan al mundo la esperanza que el buen deseo, la inteligencia, la magnanimidad, la clarividencia política pueden, en todo momento, incluso el más difícil, conseguir superar la tentación de cortar con la espada los nudos que ponen en peligro la pacífica convivencia internacional”.

*** Juan Pablo II ora por la paz en Gran Bretaña**

- **Alocución** de Juan Pablo II a su llegada al aeropuerto de Gatwick (Gran Bretaña); 28-V-1982.

El Santo Padre preocupado vivamente por el conflicto del Atlántico Sur, afirma: “mi visita se efectúa en un tiempo de tensión y ansiedad, un tiempo en el cual la atención del mundo está centrada en la delicada situación del conflicto del Atlántico Sur. (...) La situación ha desembocado en un conflicto armado. Ello ha costado numerosas vidas y ha amenazado incluso con alcanzar proporciones todavía más terribles” (n.2).

“En este momento histórico insistimos en la urgente necesidad de reconciliación. Reconciliación entre naciones y entre los pueblos de diferentes razas y culturas; reconciliación del hombre consigo mismo y con la naturaleza” (n.3).

- **Homilía** de Juan Pablo II en la catedral de Westminster (28- mayo-1982).

“Mis queridos hermanos y hermanas, cuando nos disponemos a celebrar los misterios de nuestra fe no podemos olvidar que se está librando un conflicto armado - el conflicto de las Malvinas-. Hermanos en Cristo está luchando en una guerra que pone en peligro la paz en el mundo. (...) Os pido os unáis a mí en todos los pasos de mi visita pastoral, orando por una solución pacífica del conflicto, rogando que el Dios de la paz quiera mover los corazones de los hombres para que depongan las armas de la muerte y busquen el camino del diálogo fraternal. Con todo nuestro corazón, nos volvemos a Jesús, Príncipe de la Paz” (n.8).

*** Juan Pablo II ora por la paz en Argentina**

- Alocución de Juan Pablo II en el aeropuerto de Ezeiza (Buenos Aires. Argentina) 11-VI-1982.

Juan Pablo II se hace presente en Argentina “por exigencias bien conocidas; será ante todo una súplica con vosotros a Aquel de quien desciende toda paternidad en el cielo y en la tierra, para que llene los ánimos de todos de sentimientos de fraternidad y reconciliación. En ese espíritu, permitidme que desde este momento invoque la paz de Cristo sobre todas las víctimas de ambos lados del conflicto bélico entre Argentina y Gran Bretaña (...); que solicite de los gobiernos y de la comunidad internacional medidas aptas para evitar daños mayores, sanar las heridas de la guerra y facilitar el restablecimiento de los espacios de una paz justa y durable y la progresiva serenidad en los espíritus.(n.3).

- Allocución de Juan Pablo II a los sacerdotes, religiosos y religiosas, en la Catedral de Buenos Aires (Argentina); 11-junio- 1982).

“Hoy vengo a orar con vosotros en medio de estos importantes y difíciles acontecimientos que se están desarrollando desde ya algunas semanas. Vengo a orar por todos aquellos que han perdido la vida; por las víctimas de ambas partes; por las familias que sufren como lo hice en Gran Bretaña. Vengo a orar por la paz, por una digna y justa solución del conflicto armado” (n.6).

- Homilía de Juan Pablo II en la Misa cerca del santuario de Luján (Argentina), 11-VI-1982.

El Santo Padre eleva sus plegarias a la Madre de Dios diciendo. “Que por tu intercesión, oh Reina de la paz, se encuentren las vías para la solución del actual conflicto, en la paz, en la justicia y en el respeto de la dignidad propia de cada nación” (n.7).

- Homilía de Juan Pablo II en la Misa de la avenida del Libertador; Buenos Aires (Argentina), 12-VI-1982.

“No dejen que el odio marchite las energías generosas y la capacidad de entendimiento que todos llevan dentro. Hagan con sus manos unidas (...) una cadena de unión más fuerte que las cadenas de la guerra. Así serán jóvenes y preparadores de un futuro mejor; así serán cristianos” (n.7).

- Palabras en la despedida de Juan Pablo II en el aeropuerto de Buenos Aires (Argentina) (12-Junio de 1982)

“Este viaje y el realizado antes a Gran Bretaña me han permitido cumplir con mi deber de Pastor de la Iglesia universal, y a la vez interpelar las conciencias para que en momentos de enfrentamientos bélicos se restablezcan en las dos partes en conflicto sentimientos de pacificación, que van más allá de las armas. (...) No se dude en buscar soluciones, que salven la honorabilidad de ambas partes y restablezcan la paz”.

“Por estas intenciones continuaré rogando con insistencia, unido a vosotros, para que cese pronto la prueba actual”.

- Juan Pablo II recibe en audiencia a las delegaciones de los Gobiernos argentino y chileno para la obra de mediación en la controversia sobre la zona austral (Roma; 24-IV-1982).

*** Juan Pablo II: Homilía en el Santuario de Loyola (España); 6-XI-1982.**

Juan Pablo II está en Euskadi; en concreto en el Santuario de Loyola. Dirigiéndose a los Religiosos y religiosas, el Papa hace una referencia expresa a la violencia. Recordemos sus palabras: “No puedo menos de pensar especialmente en vuestros jóvenes. Tantos han vivido ideales grandes y han realizado obras admirables en el pasado y en el presente. Son la gran mayoría. Quiero alabarlos y rendirles este homenaje ante posibles generalizaciones o acusaciones injustas. Pero hay también, desgraciadamente, quienes se dejan tentar por ideologías materialistas y de violencia. Querría decirles con afecto y firmeza -y mi voz es la de quien ha sufrido personalmente la violencia- que reflexionen en su camino.

Que no dejen instrumentalizar su eventual generosidad y altruismo. La violencia no es un medio de construcción. Ofende a Dios, a quien la sufre y a quien la practica. Una vez más repito que el cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia a todos los niveles, pero prohíbe buscar soluciones por caminos de odio y de muerte (cf. Homilía en Drogheda, 29-IX-1979).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los peruanos (1985).**

En su visita pastoral a Perú, Juan Pablo II dirigió a todos los peruanos y peruanas una emotiva exhortación:

“¡Construyan un Perú más fraterno y reconciliado. Un Perú mucho más justo y sin violencia. Un Perú donde reine la honestidad, la verdad, la paz!”.

*** Carta de Juan Pablo II en el L Aniversario del comienzo de la II Guerra Mundial (26-VIII-1989).**

* El Papa recuerda con dolor los acontecimientos trágicos pasados que asolaron Europa

“Recordamos hoy unos hechos que provocaron “la muerte de cincuenta millones de personas, dejando divididos a los vencedores y una Europa para reconstruir” (n.1).

“Cincuenta años después, tenemos el deber de acordarnos ante Dios de aquellos hechos dramáticos, para honrar a los muertos y compadecer a todos

aquellos que este despliegue de crueldad hirió en el corazón y en el cuerpo, perdonando del todo las ofensas” (n.2).

* Necesidad de sacar una lección para el presente y el futuro

Tenemos el “deber de sacar una lección de este pasado”, para que jamás pueda repetirse el conjunto de causas capaz de desencadenar un conflicto semejante” (n.2).

* Medidas y actuaciones que favorecen la paz:

- respetar el derecho de los pueblos: “no hay paz si los derechos de todos los pueblos -y particularmente de los más vulnerables- no son respetados” (n.8).

- que se pueda llegar sin tardar a la elaboración de procesos de cooperación, de control y de desarme que hagan impensable la guerra. (...) la guerra es, en sí, irracional y (...) el principio ético de la solución pacífica de los conflictos es la única vía digna del hombre” (n.9).

- educar a las jóvenes generaciones: los europeos de hoy tienen ya el deber de transmitir a las jóvenes generaciones un estilo de vida y una cultura inspiradas por “la solidaridad y la estima del prójimo. A este respecto, el cristianismo, que ha forjado tan profundamente los valores espirituales de este Continente, debería ser una fuente de inspiración constante. Su doctrina sobre la persona, creada a imagen de Dios, ha de contribuir al nacimiento de un humanismo renovado” (n. 10).

- moralizar la vida pública: “La vida pública no puede prescindir de los criterios éticos. La paz se consigue ante todo en el terreno de los valores humanos, vividos y transmitidos por los ciudadanos y los pueblos. Cuando se disgrega el tejido moral de una nación hay que temer cualquier cosa. (...) El frágil equilibrio de la paz podría verse comprometido si en las conciencias se despertaran males como el odio racial, el menosprecio de los extranjeros, la segregación de los enfermos o de los ancianos, la exclusión de los pobres, el recurso a la violencia privada o colectiva (n.11).

* Palabras del Santo Padre a los Gobernantes de Europa

A vosotros, hombres de Estado y responsables de las naciones, os repito una vez más mi profunda convicción de que “el respeto de Dios y el respeto del hombre son inseparables”. Constituyen el principio absoluto que permitirá a los Estados y a los bloques políticos superar sus antagonismos

Ayer este Continente exportó la guerra; hoy, le toca ser “artesano de paz”. Confío en que el mensaje de humanismo y de liberación, herencia de su historia cristiana, pueda fecundar todavía a sus pueblos y siga resplandeciendo en el mundo.

¡ Sí, Europa, todos te miran, conscientes de que siempre tienes algo que decir, después del naufragio de aquellos años de fuego: “La verdadera civilización no está en la fuerza”, sino que es “fruto de la victoria sobre nosotros mismos, sobre las potencias de la injusticia, del egoísmo y del odio, que pueden llegar a desfigurar al hombre! (n.12).

* Palabras a los Pastores y a los fieles de la Iglesia Católica

La constatación de las guerras más sangrientas debe estimularnos a “un examen de conciencia” para ver cómo es la evangelización de Europa. El hundimiento de los valores cristianos, que favoreció los errores de ayer, tiene que hacernos estar atentos sobre la manera en que hoy se anuncia y se vive el Evangelio.

Observamos, por desgracia, que en muchos campos de su existencia el hombre moderno piensa, vive y trabaja como si Dios no existiera. Ahí está el mismo peligro que ayer: el hombre dejado con poder del hombre. (...) Dios llama a su Iglesia a dar su propia contribución para la llegada de un mundo más fraterno.

* Invitación a las otras Iglesias cristianas

Junto con las otras Iglesias cristianas, a pesar de nuestra unidad imperfecta, queremos repetir a la humanidad de hoy que el hombre no es auténtico si no se acepta ante Dios como criatura: que el hombre no es consciente de su dignidad si no reconoce en sí mismo y en los demás la señal de Dios que lo ha creado a su imagen; que no es grande sino en la medida en que su vida es una respuesta al amor de Dios y se pone al servicio de sus hermanos (n.13)..

Dios no desconfía del hombre. Cristianos, tampoco nosotros podemos desconfiar del hombre, porque sabemos que es siempre más grande que sus errores o sus faltas” (n.13).

A María, Reina de la paz, confío a esta humanidad.

*** Mensaje de Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz: “Paz con Dios Creador. Paz con toda la Creación” (1-I-1990).**

En nuestros días aumenta cada vez más la convicción de que la paz mundial está amenazada, además de la carrera armamentística, por los conflictos regionales y las injusticias aún existentes en los pueblos y entre las naciones, así como por la falta del debido respeto a la naturaleza, la explotación desordenada de sus recursos y el deterioro progresivo de la calidad de vida. Esta situación provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que favorece formas de egoísmo colectivo, acaparamiento y prevaricación (n.1).

Los capítulos de este mensaje son los siguientes:

La creación del mundo y de la humanidad

- La creación es buena. El hombre con su pecado destruyó la armonía

“Y vio Dios que era bueno”. Dios creó el universo y al hombre y a la mujer. Y vio Dios que todo era muy bueno. Además Dios confió al hombre y a la mujer todo el resto de la creación. Creados a imagen y semejanza de Dios, Adán y Eva debían ejercer su dominio sobre la tierra con sabiduría y amor. Ellos, en cambio, con su pecado destruyeron la armonía existente, poniéndose deliberadamente contra el designio del Creador. Esto llevó no sólo a la alienación del hombre mismo, a la muerte y al fratricidio, sino también a una especie de rebelión de la tierra contra él (cf. Gén.3,17-19; 4,12). Toda la creación se vio sometida a la caducidad, y desde entonces espera, de modo misterioso, ser liberada para entrar en la libertad gloriosa con todos los hijos de Dios (cf. Rm.8,20-21) (n.3).

- La muerte y resurrección de Cristo y la reconciliación universal

Los cristianos profesan que en la muerte y resurrección de Cristo se ha realizado la obra de reconciliación de la humanidad con el Padre, a quien plugo “reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col.1,20). (n.4).

- El hombre y el orden de la creación.

Estas reflexiones bíblicas iluminan mejor la relación entre la actuación humana y la integridad de la creación. El hombre, cuando se aleja del designio de Dios Creador, provoca un desorden que repercute inevitablemente en el

resto de la creación.. Si el hombre no está en paz con Dios la tierra misma tampoco está en paz (cf. Os.4,3) (n.5).

La crisis ecológica: un problema moral

- Algunos elementos de la presente crisis ecológica

La aplicación indiscriminada de los adelantos científicos y tecnológicos que revelan de modo evidente su carácter moral; la disminución gradual de la capa de ozono y el consecuente “efecto invernadero” han alcanzado ya dimensiones críticas debido a la creciente difusión de las industrias de las grandes concentraciones urbanas y del consumo energético; los residuos industriales, los gases producidos por la combustión de carburantes fósiles....Todo esto deteriora la atmósfera y el medio ambiente (n.6)...

- La falta de respeto a la vida

Pero el signo más profundo y grave de las implicaciones morales, inherentes a la cuestión ecológica, es la falta de respeto a la vida, como se ve en muchos comportamientos contaminantes. Las razones de la producción prevalecen a menudo sobre la dignidad del trabajador, y los intereses económicos se anteponen al bien de cada persona, o incluso al de poblaciones enteras (...) Por eso el Santo Padre afirma con claridad: “Es el respeto a la vida y, en primer lugar, a la dignidad de la persona humana la norma fundamental inspiradora de un sano progreso económico, industrial y científico (...) Construir una sociedad pacífica, la cual no puede ignorar el respeto a la vida, ni el sentido de la integridad de la creación (n.7).

En busca de una solución

La teología, la filosofía y la ciencia concuerdan en la visión de un universo armónico, o sea, un verdadero “cosmos”, dotado de una integridad propia y de un equilibrio interno y dinámico. Este orden debe ser respetado: la humanidad está llamada a explorarlo y a descubrirlo con prudente cautela, así como a hacer uso de él salvaguardando su integridad. Por otra parte, la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben ser para beneficio de todos (cf. GS 69). (...) Es injusto que pocos privilegiados sigan acumulando bienes superfluos, despilfarrando los recursos disponibles, cuando una gran multitud de personas vive en condiciones de miseria, en el más bajo nivel de supervivencia. Y es la misma dimensión dramática del desequilibrio ecológico la que nos enseña ahora cómo la avaricia y el egoísmo, individual y colectivo, son contrarios al orden de la creación, que implica también la mutua interdependencia (n.8).

- El deber de los Estados

Los conceptos de orden del universo y de herencia común ponen de relieve la necesidad de un sistema de gestión de los recursos de la tierra, mejor coordinado a nivel internacional.(...) La mencionada necesidad de una acción concertada a nivel internacional no comporta ciertamente una disminución de la responsabilidad de cada Estado. Estos, en efecto, no sólo deben aplicar las normas aprobadas junto con las autoridades de otros Estados, sino favorecer también internamente un adecuado orden socio-económico, atendiendo particularmente a los sectores más vulnerables de la sociedad.

- El derecho a un ambiente seguro

Hoy se habla cada vez con mayor insistencia del derecho a un ambiente seguro, como un derecho que debería incluirse en la Carta de los derechos del hombre puesta al día (n.9).

Urgencia de una nueva solidaridad

- Responsabilidad de todos los Países

La crisis ecológica pone en evidencia la urgente necesidad moral de una nueva solidaridad, especialmente en las relaciones entre los Países en vías de desarrollo y los Países altamente industrializados. Los estados deben mostrarse cada vez más solidarios y complementarios entre sí en promover el desarrollo de un ambiente natural y social pacífico y saludable. (...) Los Países en vías de industrialización no pueden moralmente repetir los errores cometidos por otros Países en el pasado, continuando el deterioro del ambiente (n.10)...

- Las pobrezaas extremas

No se logrará el justo equilibrio ecológico si no se afrontan directamente las formas estructurales de pobreza existentes en el mundo (n.11).

- Rechazo de la guerra

Hoy cualquier forma de guerra a escala mundial causaría daños ecológicos incalculables. Pero incluso las guerras locales o regionales, por limitadas que sean, no sólo destruyen vidas humanas y las estructuras de la

sociedad, sino que dañan la tierra, destruyendo las cosechas y la vegetación, envenenando los terrenos y las aguas (...)

- Necesidad de educar en la responsabilidad ecológica

Se trata de una responsabilidad con nosotros mismos y con los demás, responsabilidad con el ambiente. Su fin no debe ser ideológico ni político, y su planteamiento no puede fundamentarse en el rechazo del mundo moderno o en el deseo vago de un retorno al “paraíso perdido”. La verdadera educación de la responsabilidad conlleva una conversión auténtica en la manera de pensar y en el comportamiento. (...) La primera educadora, de todos modos, es la familia (...) (n.13)

La cuestión ecológica: una responsabilidad de todos

Hoy la cuestión ecológica ha tomado tales dimensiones que implica la responsabilidad de todos. (...) Es necesario “establecer los respectivos deberes y los compromisos de cada uno: de los pueblos, de los Estados y de la Comunidad internacional. (...) La crisis ecológica -repito una vez más- es un problema moral (n.15) (Boletín O. de la Diócesis de Coria-Cáceres; diciembre 1989; 813-825).

*** Llamamiento del Papa Juan Pablo II a favor de la paz en el Golfo Pérsico (26 de agosto de 1990).**

El Santo Padre se siente profundamente afligido y preocupado por la situación en los países del Golfo Pérsico y pide a los Responsables de las naciones un esfuerzo para evitar la guerra.

Sin ánimo de ofrecer todos los datos históricos de la guerra del Golfo, consignamos lo siguiente. El día 1 de agosto de 1990, se produce un hecho alarmante y preocupante: la ruptura de las negociaciones entre Irak y Kuwait para resolver sus asuntos fronterizos. Los representantes de Irak se retiran de la mesa de negociaciones. Al día siguiente, Irak invade Kuwait y se apodera de ella. Desde ese día, 2 de agosto de 1990, la Comunidad internacional pide a Sadam que abandone Kuwait.

También en ese mismo momento, la Santa Sede se moviliza para detener la guerra. El Santo Padre en el mensaje de Navidad manifiesta: “la solución debe encontrarse con la razón, con la paciencia, con el diálogo y el respeto de los derechos inalienables de los pueblos y de las gentes”. El día 12 de enero, en vísperas ya de la guerra, el Santo Padre envía un mensaje de apoyo a Pérez de Cuellar, secretario general de la ONU; y ese mismo día, el

Papa grita que la paz es aún posible, a la vez que deplora la “violación brutal” de la ley internacional en la invasión de Kuwait. Al día siguiente, Juan Pablo II, durante el rezo del Ángelus, pidió la convocatoria urgente de la Conferencia de Paz sobre Oriente Medio y dijo que “una guerra no resolvería sino que agravaría los problemas”. El día 16, antes de que estallase la guerra y cuando ya había vencido el ultimátum que la ONU dio a Sadam, el Papa envía sendos mensajes a los presidentes de USA y de Irak para evitar la guerra: “Nunca más la guerra, aventura sin retorno”.

La guerra estalló y ese mismo día, el Santo Padre mostró su dolor y dijo que era una grave derrota del Derecho Internacional, así como que había realizado lo que humanamente estaba a su alcance para evitar el conflicto armado. Con todo, el Papa siguió insistiendo ante los Jefes de Gobierno para que pusieran fin a la contienda mediante una solución pactada, que resolviera los problemas existentes en la zona.

Recordemos estas palabras impresionantes de Juan Pablo II:

“En esta hora de profunda trepidación, os invito por tanto a elevar vuestra ferviente oración a Dios clemente y misericordioso, pidiéndole que ilumine a aquellos en cuyas manos están la suerte de los pueblos, a fin de que sepan hallar soluciones equitativas para los problemas existentes y de este modo haga brillar luminosa la estrella de la paz sobre las atribuladas poblaciones del Golfo Pérsico y sobre todos los Pueblos del Oriente medio, especialmente sobre los pueblos tan probados del Líbano y de Palestina. Y puesto que la paz es un don de Dios confiado a los hombres, siento el deber de dirigir un apremiante llamamiento a todos los hombres de buena voluntad a fin de que busquen una solución justa para las dificultades actuales a través de un diálogo constructivo. Que María, reina de la paz, interceda por nosotros” (45b).

*** Allocución de Juan Pablo II durante la ceremonia de bienvenida en el Aeropuerto Internacional (Bujumbura. Burundi, 5-IX-1990.**

El Santo Padre se dirige a todos los presentes: Obispos, representantes de las Autoridades y miembros del Cuerpo Diplomático para exhortarles vivamente a promover la reconciliación y la concordia en Burundi.

El Papa, como mensajero de paz

“Al reunirme con vosotros en vuestra tierra, querría ser para vosotros un mensajero de confianza y de paz, como Cristo que ha dado su paz a sus amigos, como don supremo. Pienso en las pruebas que han marcado a vuestro

pueblo, implicado en dificultades que han lacerado vuestras comunidades y herido a vuestras familias, Ahora, el camino de la reconciliación y de la concordia se ha abierto ante vosotros. Estáis comprometidos en él. Acelerad el paso y nadie dude en alcanzar el sendero de la fraternidad para que estas colinas jamás vean la división y la violencia. (...)

Exhortación al compromiso a favor de la reconciliación y del perdón

Consolidad vuestra unidad, no con resignación en las dificultades, sino enraizándola firmemente por medio de la reconciliación y del perdón. Para algunos, esto puede parecer insuperable porque las heridas todavía duelen. ¿Cómo olvidarlo? Vuestra reconciliación completa no consiste en olvidar el pasado.. En verdad debéis contemplarlo, debéis reencontraros y superar juntos lo que os ha dividido, para construir una nueva unidad. Al ponerse de acuerdo entre vosotros, basaos en la justicia y en el principio de la igual dignidad de todo hombre, un principio que jamás puede ser cuestionado.

El respeto debido a todo ser humano

Todo ser humano es un hijo de Dios al que debemos respetar por lo que es. Y dado que todos somos criaturas amadas por Dios, todos somos hermanos. Entonces, podemos vivir en la misma tierra, compartir la misma comida y la misma cultura. Ya no tendremos dificultades para reconocer a cada uno sus capacidades y sus méritos, o para responder a sus necesidades y curar sus sufrimientos (n.3).

Preparad para la juventud una patria digna

Preparad para vuestra numerosa juventud, que tiene necesidad de confianza y de paz, una patria donde se viva tranquilamente. Trabajad con perseverancia en el desarrollo de vuestro país” (n.4) (45c).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la paz (1-I-1991).**

El Santo Padre inicia este mensaje recordando el contenido esencial de los anteriores: “En el de 1988 invité a reflexionar sobre la libertad religiosa, pues la garantía del derecho a expresar públicamente y en todos los ámbitos de la vida civil las propias convicciones religiosas constituye un elemento indispensable de la convivencia pacífica entre los hombres. Al año siguiente, continué dicha reflexión proponiendo algunos pensamientos sobre la necesidad de respetar los derechos de las minorías civiles y religiosas. Este año deseo considerar específicamente la importancia del respeto de la

conciencia de cada persona, como fundamento necesario para la paz en el mundo”.

Por ser extenso este mensaje sólo presentaré el título de cada apartado, invitando a leer el mensaje en su totalidad por su importancia y su valor para todos.

- Libertad de conciencia y paz
- La verdad absoluta se encuentra sólo en Dios
- Formación de la conciencia
- La intolerancia, una seria amenaza para la paz.
- La libertad religiosa, una fuerza para la paz
- Necesidad de un orden legal justo
- Una sociedad y un mundo pluralista
- La conciencia y el cristiano

Como puede verse, se trata de un mensaje de contenido doctrinal verdaderamente importante.

Juan Pablo II afirma al final: “Invito a todos a reflexionar sobre la necesidad de respetar la conciencia de cada uno en el propio ambiente y a la luz de sus responsabilidades específicas. En cada campo de la vida, social, cultural y política, el respeto de la libertad de conciencia, ordenada a la verdad, encuentra variadas, importantes e inmediatas aplicaciones. Buscando juntos la verdad, en el respeto de la conciencia de los demás, podremos avanzar por los caminos de la libertad, que llevan a la paz, según el designio de Dios”.

*** Mensaje para la XXV Jornada Mundial de la paz (1-I-1992).**

En este mensaje el Santo Padre aborda con nueva intensidad el problema de la paz.

- Naturaleza moral y religiosa de la paz

La aspiración a la paz es inherente a la naturaleza humana y se encuentra en las diversas religiones. Se manifiesta en el deseo de orden y tranquilidad, en la actitud de disponibilidad hacia los demás, en la colaboración y coparticipación basadas en el respeto recíproco. Estos valores derivados de la ley natural y explicitados por las religiones, exigen para su desarrollo la aportación solidaria de todos: políticos, dirigentes de Organismos internacionales, empresarios y trabajadores, grupos asociados y ciudadanos privados. (...) Se puede decir que una vida religiosa, si se vive auténticamente, debe producir frutos de paz y fraternidad pues es propio de la

religión fortalecer cada vez más la unión con la divinidad y favorecer una relación cada vez más solidaria entre los hombres (n.2).

- La oración por la paz

Antes de recurrir a los medios humanos, quiero subrayar la necesidad de una oración intensa y humilde, confiada y perseverante, si se quiere que el mundo se convierta finalmente en una morada de paz, pues la oración es la fuerza por excelencia para implorarla y obtenerla. (...) La oración, mientras impulsa al encuentro con el Altísimo, dispone también al encuentro con nuestro prójimo, ayudando a establecer con todos, sin discriminación alguna, relaciones de respeto, de comprensión, de estima y de amor (n.4).

- Diálogo ecuménico y relaciones inter-religiosas

Sin ignorar ni disminuir las diferencias (cf. NAe.2), la Iglesia está convencida de que, para la promoción de la paz, existen algunos elementos o aspectos que puede ser útil desarrollar y poner en práctica en unión con los seguidores de otros credos y confesiones. A esto tienden los contactos inter-religiosos y, de manera especial, el diálogo ecuménico (...) (n.5).

- Camino a recorrer

Para alcanzar esta meta de cooperación activa en la causa de la paz queda aún por recorrer un largo camino: es el camino del mutuo conocimiento, favorecido actualmente por el desarrollo de los medios de comunicación social y facilitado por un diálogo leal y amplio; es el camino del perdón generoso, de la reconciliación fraterna, de la colaboración incluso en sectores restringidos o secundarios, pero que llevan siempre a la misma causa; es el camino de la convivencia cotidiana en compartir esfuerzos y sacrificios para alcanzar el mismo objetivo. En este camino toca quizás a cada creyente, es decir, a las personas que profesan una religión, antes aún que a sus líderes, afrontar el esfuerzo y al mismo tiempo tener la satisfacción de construir juntos la paz. Los contactos inter-religiosos, junto con el diálogo ecuménico, parecen ahora la vía obligada para que las heridas tan dolorosas, producidas a lo largo de los siglos, ya no se repitan o se sanen pronto las que todavía quedan. (n.6).

- Construir juntos la paz en la justicia

La oración y la acción concorde de los creyentes por la paz deben tener en cuenta los problemas y las legítimas aspiraciones de las personas y de los pueblos. La paz es un bien fundamental que conlleva el respeto y la

promoción de los valores esenciales del hombre: el derecho a la vida en todas las fases de su desarrollo; el derecho a ser debidamente considerados, independientemente de la raza, sexo o convicciones religiosas; el derecho a los bienes materiales necesarios para la vida; el derecho al trabajo y a la justa distribución de sus frutos para una convivencia ordenada y solidaria. Como hombres, como creyentes y más aún como cristianos, debemos sentirnos comprometidos a vivir estos valores de justicia, que encuentran su coronamiento en el precepto supremo de la caridad: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt.22,39). Una vez más quiero recordar que el riguroso respeto a la libertad religiosa y de su derecho correspondiente es principio y fundamento de la convivencia política.

- Las religiones o grupos de sus seguidores no caigan en fundamentalismos y fanatismos

Sería aberrante que las religiones o grupos de sus seguidores, en la interpretación y práctica de sus respectivas creencias, se dejaran arrastrar hacia formas de fundamentalismo y fanatismo, justificando con motivaciones religiosas las luchas y los conflictos con los demás (n.7).

- El apoyo de los responsables de las naciones

Exhorto (...) a los responsables de las Naciones y de la Comunidad Internacional a demostrar siempre el más grande respeto por la conciencia religiosa de cada hombre y por la cualificada aportación de la religión al progreso de la civilización y al desarrollo de los pueblos. (...). Les exhorto a que aseguren a las religiones respeto y garantías jurídicas (...) Les exhorto a que se esfuercen en prevenir guerras y conflictos, en hacer triunfar el derecho y la justicia (...) (n.8).

- Exhortación a los cristianos

La misma fe en Jesucristo nos compromete a dar un testimonio concorde del “Evangelio de la paz” (Ef.6,15). (...) Construir la paz junto con los demás creyentes es ya vivir el espíritu de la bienaventuranza evangélica: “Dichosos lo que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt.5, 9). (n.9) (Boletín O. del Obispado de Coria-Cáceres; Diciembre-1991,831-841).

*** Mensajes de Juan Pablo II a la Conferencia de paz de Madrid**

- A George. Bush, presidente de Estados Unidos

(...) Estoy convencido de que el acuerdo es posible si es buscado con perseverancia y es perseguido por todo los interesados con constante sensibilidad por los derechos fundamentales de los demás y con la firme convicción de que la verdadera paz, la paz permanente, solamente puede ser alcanzada si son satisfechas las exigencias de la justicia. (...) Acompaño estas esperanzas con la mía y con el ruego al Dios misericordioso de que tenga a bien iluminar a los que toman parte en la Conferencia” (29-X-1991).

- A Mijail Gorbachov, presidente de la Unión Soviética

(...) Los problemas a analizar son profundos y graves, por lo que el camino no será fácil ni breve, y esta primera etapa no será fecunda en sentido histórico, sino en la medida en que se manifieste una verdadera voluntad de diálogo y un deseo auténtico de llegar a la paz en la justicia. (...) Formulo estos deseos y estas esperanzas en la oración a fin de que la Providencia divina recompense los esfuerzos emprendidos y permita que las negociaciones que van a tener lugar produzcan los frutos esperados. (29-X-1991) (Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Diciembre de 1991;842-843)

*** Mensaje de Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la paz: “Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre” (1-I-1993).**

- La situación dramática de Bosnia Erzegovina

Está a la vista de todos la dramática situación en que se encuentra Bosnia Erzegovina, donde cada día las acciones bélicas siguen ocasionando víctimas, especialmente entre la población civil indefensa, y causando ingentes daños materiales a las propiedades y al medio ambiente. Parece que nada pueda hacer frente a la violencia incontrolada de las armas (...) La lógica aberrante de la guerra prevalece, por desgracia, sobre los repetidos llamamientos a la paz hechos por personas cualificadas (n.1).

- La extrema pobreza, sería amenaza para la paz

Se constata y se hace cada vez más grave en el mundo otra seria amenaza para la paz: muchas personas, es más, poblaciones enteras viven hoy en condiciones de extrema pobreza. La desigualdad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente, incluso en las naciones más desarrolladas económicamente. Se trata de un problema que se plantea a la conciencia de la humanidad (...).

Los obispos de Latinoamérica, proponiendo con gran urgencia a los cristianos la tarea de la nueva evangelización, han invitado de manera apremiante a los fieles y a cuantos aman la justicia y el bien a servir la causa del hombre sin soslayar ninguna de sus exigencias más profundas. Los Obispos han recordado la gran misión que debe coordinar los esfuerzos de todos: defender la dignidad de la persona, comprometerse en una distribución equitativa de los bienes, promover de manera armónica y solidaria una sociedad donde cada uno se sienta acogido y amado. Estos son, como puede verse, los presupuestos imprescindibles para construir la verdadera paz. En efecto, decir “paz” es decir mucho más que la simple ausencia de guerras; es pedir una situación de auténtico respeto a la dignidad y a los derechos de cada ser humano que le permita realizarse en plenitud (n.1).

- La pobreza como fuente de conflictos

El número de personas que hoy viven en condiciones de extrema pobreza es vastísimo (...) Semejante situación no constituye solamente una ofensa a la dignidad humana, sino que representa también una indudable amenaza para la paz (cf. GS 69; CA 31 y 37) (...).

Algunos problemas particularmente inquietantes, que afectan a los pobres y, como consecuencia amenazan la paz:

+ La deuda externa que pesa sobre algunos países. Y en ellos para los sectores sociales menos pudientes, sigue siendo un peso insoportable, a pesar de los esfuerzos realizado por la comunidad internacional, los gobiernos y las instituciones económicas para reducirlo.(...) Ha llegado quizás el momento de examinar nuevamente el problema de la deuda externa, dándole la debida prioridad (...).

+ La droga. Su relación con la violencia y el crimen es conocida triste y trágicamente por todos. (...) Lo primero que hay que hacer, para ayudar a los cultivadores a superar esa situación es ofrecerles medios adecuados para salir de su pobreza.

+ Las corrientes migratorias masivas hacia Países más afortunados en los que, como contrapeso, se producen después tensiones que perturban la convivencia social.(...) Es mejor atacar más bien las causas, promoviendo, mediante nuevas formas de solidaridad entre las Naciones, el progreso y el desarrollo de los Países de origen de esas corrientes migratorias (n.3).

- Espíritu de pobreza como fuente de paz

La moderación y la sencillez deben llegar a ser los criterios de nuestra vida cotidiana. (cf. Mt.6,19-20). La pobreza evangélica es buscada libremente por la persona que trata de corresponder así a la exhortación de Cristo: “cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío” (Lc.14,33). Esta pobreza evangélica se presenta como fuente de paz, porque gracias a ella la persona puede establecer una justa relación con Dios, con los demás y con la creación (...) (n.5) (Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Diciembre de 1992; 679-691).

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles 12 de enero de 1994.**

En esta catequesis el Santo Padre invita a todos a rezar por la paz en los Balcanes ya que la oración es un arma para lograr la paz en esta región europea: “He convocado para el domingo 23 de enero una jornada especial de oración precedida de un día de ayuno, el viernes 21 de enero, por la paz en los Balcanes” (n.1).

“En la guerra de los Balcanes la mayoría de las víctimas son personas inocentes. Y entre los mismos militares no son muchos los que tienen la plena responsabilidad de las operaciones bélicas” (n.2).

“Con todo, aunque reconocemos la necesidad de hacer justicia con respecto a los culpables, no podemos olvidar el grito de Cristo en la cruz: Perdónales...No pueden olvidarlo la Iglesia y la Sede Apostólica, ni los ambientes ecuménicos que llevan de verdad en su corazón la causa de la unidad de los cristianos. No pueden olvidarlo los defensores de los derechos del hombre que hablan en nombre de las organizaciones internacionales europeas y mundiales. Desde luego, no se trata de una indulgencia superficial frente al mal, sino de un esfuerzo sincero de imparcialidad y de la necesaria comprensión con respecto a quienes han actuado impulsados por una conciencia errónea. (...) “Problemas tan graves no se pueden resolver sin hacer referencia a Cristo” (n.4).

La Sede Apostólica no se cansa de recordar el principio de la intervención humanitaria. No se trata, en primer lugar, de una intervención de índole militar, sino de todo tipo de medidas que se encaminen a lograr el desarme del agresor. Ese principio encuentra una aplicación precisa en los preocupantes acontecimientos de los Balcanes. En la enseñanza moral de la Iglesia toda agresión militar se considera moralmente mala; por el contrario, la legítima defensa es admisible y, a veces, debida (n.4).

La intervención humanitaria más poderosa sigue siendo siempre la oración, pues constituye un enorme poder espiritual, sobre todo cuando va acompañada por el sacrificio y el sufrimiento (n.5) (45d).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Honduras: 4-II-1994.**

Juan Pablo II pone de relieve una serie de desafíos a los que debe responder la Iglesia en Honduras. Son los siguientes:

- Las vocaciones sacerdotales.

Estoy persuadido de que cuanto hagáis a favor de la familia y de la promoción de sus valores redundará en un incremento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, tan necesarias para un futuro más prometedor de la Iglesia en Honduras. (...) Sabéis bien que la vocación sacerdotal o religiosa nace y se consolida ordinariamente en el seno de una familia. (...) Aquellos hogares cuyos cónyuges están comprometidos en tareas apostólicas, son terreno abonado para que el Señor llame a su seguimiento a alguno de sus miembros a la vida sacerdotal o religiosa. Atended, pues, a todas las familias..

- Los medios de comunicación social

Uno de los factores que inciden de modo relevante en la concepción de los valores que encarna la institución familiar son, como bien sabéis, los medios de comunicación social. Mediante ellos pueden crearse estereotipos engañosos sobre la familia, presentando como atractiva la infidelidad conyugal, justificando el crimen del aborto y difundiendo la mentalidad divorcista y la cultura hedonista de la sociedad e consumo. No ahorréis esfuerzos en la promoción y apoyo de los "mass media", en especial de la radio, que en las condiciones concretas de vuestro país es, sin duda, un instrumento muy idóneo para la evangelización de familia, para la defensa de la vida, y desde donde se pueden irradiar los valores que encarna la Sagrada Familia de Nazaret.

Al mismo tiempo, la proclamación de los contenidos esenciales de la doctrina católica, desde los medios de difusión, será una válida ayuda para contrarrestar la acción proselitista de las sectas y de los nuevos grupos religiosos que, también en Honduras, crean confusión entre los fieles y amenazan su identidad católica sembrando división e incertidumbre.

- La paz y la justicia

No puede existir verdadera paz si no existe un compromiso serio y decidido en la aplicación de la justicia social. (...) Es necesario, pues, reavivar los valores morales, como son la solidaridad, la laboriosidad, la honestidad en el desempeño de las funciones públicas, el espíritu de participación; todo ello será la mejor garantía para conseguir una mayor cohesión social entre los hondureños y un más decidido empeño en la búsqueda activa del bien común (n.4).

- Difundir y aplicar la doctrina social de la Iglesia

A vuestra misión de pastores no es ajeno el vasto campo que representa la difusión y puesta en práctica de la doctrina social de la Iglesia, pues ella es “parte esencial del mensaje cristiano, ya que expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador” (CA, 5). En esta tarea se hace particularmente necesaria la contribución de todos los agentes de pastoral, pero de modo especial de los laicos los cuales (...) han de “impregnar y perfeccionar con el espíritu evangélico el orden de las realidades temporales” (AA 5) (45e).

*** Palabras de Juan Pablo II a los participantes en la marcha de solidaridad a favor de Sarajevo: 19-II-1994.**

Esta marcha silenciosa, que habéis realizado por las calles de Roma, quiere manifestar solidaridad con las poblaciones de la martirizada ciudad de Sarajevo y de toda la región de Bosnia-Herzegovina (n.1) (...) No podemos dejarlos solos. Son víctimas de aberrantes acciones de guerra, llevadas a cabo por hombres que se han vuelto insensibles a los valores y derechos más elementales del ser humano. No podemos callar, porque la audacia de la fraternidad nos impulsa a hacer todo lo posible para que vuelva a reinar la paz en los Balcanes. Una vez más, de rodillas y sólo con la fuerza de nuestra súplica, pedimos a las partes interesadas, a los responsables políticos y militares, que pongan fin a esta cruel matanza. Que nada quede por intentar a fin de lograr que quienes son víctimas del odio que llevan en su interior vuelvan a la razón y al amor (n.2).

En este momento, quisiera dirigirme a los responsables de los territorios de la ex Yugoslavia, pidiéndoles que permitan pasar los convoyes de ayuda humanitaria que desde Split se dirigirán a Sarajevo, y al este y oeste de Mostar, para socorrer a los niños de esas localidades. Asimismo, suplico la colaboración de todos para los demás convoyes (...) con el fin de llevar ayuda a otros niños, sin distinción étnica ni religiosa. Es un gesto de amor

concreto con respecto a la infancia, esperanza y aurora de la Humanidad (n.3) (45f).

*** Discurso de Juan Pablo II en conmemoración del holocausto de millones de judíos (7-IV-1994).**

Nos hemos reunido en esta tarde para conmemorar el holocausto de millones de judíos. Las velas, encendidas por algunos supervivientes, quieren demostrar simbólicamente que esta sala no tiene límites estrechos y que incluye a todas las víctimas: padres, madres, hijos, hermanos, amigos. En el recuerdo, todos están presentes, están con vosotros, están con nosotros.

Tenemos un compromiso, el único capaz, sin duda, de dar un sentido a toda lágrima derramada por el hombre por causa del hombre, y de justificarla. Nosotros hemos visto con nuestros ojos, hemos sido y somos testigos de la violencia y del odio que, con excesiva frecuencia, se encienden en el mundo y lo envuelven en llamas. Hemos visto y vemos la paz burlada, la fraternidad escarnecida, la concordia despreciada, la misericordia pisoteada.

Ahora bien, el hombre aspira a la justicia. Él es el único ser de la creación capaz de concebirla.. Salvar al hombre no significa solamente no matarlo, no mutilarlo, no torturarlo. Significa también dar al hambre y sed de justicia que hay en él la posibilidad de saciarlos. Este es nuestro compromiso. (...)

Es necesario redoblar los esfuerzos para liberar al hombre de los espectros del racismo, de la exclusión, de la marginación, de la esclavitud, de la xenofobia; para extirpar también las raíces de estos males que se ciernen sobre la sociedad y minan los fundamentos de la convivencia. El mal se presenta siempre bajo nuevas formas; sus rostros son muchos y muchas son también sus lisonjas. Corresponde a nosotros desenmascarar su peligroso poder y, con la ayuda de Dios, neutralizarlo” (45g).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la Paz (1-I-1995)**

- Llamada angustiada por la paz

“Al comienzo de 1995 dirijo una vez más a todos vosotros (...) mi llamada angustiada por la paz en el mundo. La violencia (...), las guerras (...) la injusticia que pesan sobre la vida de continentes enteros no puede ser toleradas por más tiempo. Es hora de pasar de las palabras a los hechos. ¡Que

todos se sientan llamados a colaborar con renovado empeño en la promoción de la paz!

- Construir la paz es tarea difícil

Sabemos bien cuán difícil es esta tarea. Para ser eficaz y duradera, no puede limitarse a los aspectos exteriores de la convivencia, sino que debe incidir en los ánimos e insistir en una renovada conciencia de la dignidad humana. Hay que reafirmarlo con fuerza: la verdadera paz no es posible si no se promueve, en todos los planos, el reconocimiento de la dignidad de la persona y si no se ofrece a cada persona la posibilidad de vivir conforme a esta dignidad. “En toda convivencia humana bien ordenada y provechosa hay que establecer como fundamento el principio de que todo ser humano es persona, esto es, naturaleza dotada de inteligencia y de libre albedrío y que, por tanto, el hombre tiene por sí mismo derechos y deberes, que dimanen inmediatamente y al mismo tiempo de su propia naturaleza. Estos derechos y deberes son, por ello, universales e inviolables y no pueden renunciarse por ningún concepto” (Beato Juan XXIII: “Pacem in terris”, 11-IV-1963, 259).

- La verdad sobre el hombre y la paz

Esta verdad sobre el hombre es la clave para la solución de todos los problemas que se refieren a la promoción de la paz. Educar en esta verdad es uno de los caminos más fecundos y duraderos para consolidar el valor de la paz.

- Educar para la paz

“Educar para la paz significa abrir las mentes y los corazones para acoger los valores indicados por el Papa Juan XXIII en la encíclica “Pacem in Terris” como básicos para una sociedad pacífica: la verdad, la justicia, el amor, la libertad. Se trata de un proyecto educativo que abarca toda la vida y dura toda la vida. Hace de la persona un ser responsable de sí mismo y de los demás, capaz de promover, con valentía e inteligencia, el bien de todo hombre y de todos los hombres” (n.2).

- Las mujeres y la educación para la paz

“Deseo dirigir mi Mensaje para esta Jornada de la Paz especialmente a las mujeres, pidiéndoles que sean educadoras para la paz con todo su ser y en todas sus actuaciones: que sean testigos, mensajeras, maestras de paz en las relaciones entre las personas y las generaciones, en la familia, en la vida

cultural, social y política de las naciones, de modo particular en las situaciones de conflicto y de guerra. (n.2).

- Hombre y Mujer en comunión de amor

“Esta llamada dirigida particularmente a la mujer para que sea educadora de paz se basa en la consideración de que Dios lo confía de modo especial hombre, es decir, el ser humano”. Esto, sin embargo, no ha de entenderse en sentido exclusivo, sino más bien según la lógica de funciones complementarias en la común vocación al amor, que llama a los hombres y a las mujeres a aspirar concordemente a la paz y a construirla juntos.(...) reciprocidad y complementariedad son las dos características fundamentales de la pareja humana (n.3).

- Superar el pecado que destruye la comunión

Una larga historia de pecado ha perturbado y continúa perturbando el designio original de Dios sobre la pareja, sobre el “ser-hombre” y el “ser-mujer”, impidiéndoles su plena realización. Es preciso volver a este designio anunciándolo con fuerza, para que sobre todo las mujeres, que han sufrido más por esta realización frustrada, puedan finalmente mostrar en plenitud su femineidad y su dignidad (n.4).

- Mujeres de paz

“Para educar a la paz, la mujer debe cultivarla ante todo en sí misma. La paz interior viene del saberse amados por Dios y de la voluntad de corresponder a su amor (n.5).

- La familia y la paz

Frente al desafío de la educación, la familia se presenta como “la primera y fundamental escuela de socialidad” (FC 37), la primera y fundamental escuela de paz (n.7) (Boletín del Obispado de Coria-Cáceres; Marzo de 1995; 241-248).

- Las mujeres educadoras de paz social

“Cuando las mujeres tienen la posibilidad de transmitir plenamente sus dones a toda la comunidad, cambia positivamente el modo mismo de comprenderse y organizarse la sociedad, llegando a reflejar mejor la unidad sustancial de la familia humana. Esta es la premisa más valiosa para la consolidación de una paz auténtica. Supone, por tanto, un progreso

beneficioso la creciente presencia de las mujeres en la vida social, económica y política a nivel local, nacional e internacional. Las mujeres tienen pleno derecho a insertarse activamente en todos los ámbitos públicos y su derecho debe ser afirmado y protegido incluso por medio de instrumentos legales donde se considere necesario (n.9).

- Alejar de la sociedad la guerra y la violación de los derechos humanos

“A todos se nos pide que hagamos lo posible por alejar de la sociedad no sólo la tragedia de la guerra, sino también toda violación de los derechos humanos, a partir del derecho indiscutible a la vida, del que la persona es depositaria desde su concepción. (...) Pido por tanto a las mujeres que se unan todas y siempre a favor de la vida; y al mismo tiempo pido a todos que ayuden a las mujeres que sufren y, en particular, a los niños, especialmente a los marcados por el trauma doloroso de experiencias belicas desgarradoras (n.10).

- Respetar la dignidad de la mujer

“Las mujeres tienen del derecho de exigir que se respete su dignidad. Al mismo tiempo tienen el deber de trabajar por la promoción de la dignidad de todas las personas, tanto de los hombres como de las mujeres” (n.11)..

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la Paz (1-I-1996).**

- Una gran preocupación del Papa: los niños

Al inicio del nuevo año, mi pensamiento se dirige una vez más a los niños y a sus legítimas aspiraciones de amor y serenidad. De entre ellos siento el deber de recordar particularmente a los marcados por el sufrimiento, quienes a menudo llegan a adultos sin haber experimentado nunca lo que es la paz (...) ¡ya han visto y padecido demasiado en los pocos años de su vida!

Esta es la llamada que dirijo confiado a los hombres y mujeres de buena voluntad, invitando a cada uno a ayudar a los niños a crecer en un clima de auténtica paz. Es un derecho suyo y es un deber nuestro (n.1)..

Los sufrimientos de los niños

El Santo Padre quiere poner claramente de relieve las condiciones con frecuencia dramáticas en que viven muchos niños de hoy. “Lo considero un deber: ellos serán los adultos del Tercer Milenio. Sin embargo, no pretendo ceder al pesimismo, ni ignorar los elementos que invitan a la esperanza.

- Niños víctimas de la guerra

Tengo presente la gran cantidad de niños que he podido encontrar a lo largo de mi pontificado, especialmente en los viajes apostólicos a cada continente. (...) Deseo a todos los niños del mundo que comiencen con gozo el 1996 y que pueda transcurrir una niñez serena, ayudados en ello por el apoyo de adultos responsables. (...)

Los niños han llegado incluso a ser blanco de los francotiradores, sus escuelas destruidas premeditadamente y bombardeados hospitales donde son curados. Ante semejantes y monstruosas aberraciones, ¿cómo no levantar la voz para una condena unánime? La muerte deliberada de un niño constituye una de las manifestaciones más desconcertantes del eclipse de todo respeto por la vida humana

Además de los niños asesinados, quiero también recordar a los mutilados durante los conflictos bélicos y a consecuencia de los mismos. Finalmente, mi pensamiento se dirige a los niños sistemáticamente perseguidos, violentados y eliminados durante las llamadas “limpiezas étnicas” (n.2).

- Los niños protagonistas en las guerras

No hay sólo niños que sufren la violencia de las guerras; no pocos de ellos son obligados a ser sus protagonistas. En algunos países del mundo se ha llegado a obligar a chicos y a chicas, incluso muy jóvenes, a prestar servicio en las formaciones militares de las partes en lucha. Seducidos por la promesa de comida, e instrucción escolar, son conducidos a campamentos aislados, donde padecen hambre y malos tratos, y donde son instigados a matar incluso a personas de sus propias poblaciones. A menudo son enviados como avanzada para limpiar los campos minados. ¡Evidentemente su vida vale bien poco para quien se sirve así de ellos! (...) (n.3).

Reconocimiento de las Organizaciones que alivian estos sufrimientos

Merecen un vivo reconocimiento aquellas organizaciones humanitarias y religiosas que se esfuerzan por aliviar sufrimientos tan inhumanos. También se debe agradecimiento a las personas de buena voluntad y a las familias que ofrecen acogida amorosa a los pequeños que han quedado huérfanos, prodigándose por sanar sus traumas y favorecer su reinserción en sus comunidades de origen (n.3).

Promover la paz

El recuerdo de millones de niños asesinados, los ojos tristes de tantos de sus coetáneos que sufren cruelmente nos invitan a emplear todas las vías posibles para salvaguardar o restablecer a paz, haciendo cesar los conflictos y las guerras.(...)

Invito una vez más a las Instituciones y Organizaciones católicas que se dedican a los menores: “ayudad a las niñas que han sufrido a causa de la guerra o de la violencia; enseñad a los chicos a reconocer y respetar la dignidad de la mujer; ayudad a la infancia a redescubrir la ternura del amor de Dios, que se hizo hombre y que, muriendo, dejó al mundo el don de su paz (cf. Jn.14,27).

No me cansaré de repetir que, desde las más altas organizaciones internacionales a las asociaciones locales, desde los Jefes de Estado hasta el ciudadano corriente, todos estamos llamados, tanto diariamente como en las grandes ocasiones de la vida, a ofrecer nuestra contribución a la paz y a rechazar cualquier forma de apoyo a la guerra (n.4).

- Otros sufrimientos de los niños

Millones de niños sufren a causa de otras formas de violencia, presentes tanto en las sociedades afectadas por la miseria como en las desarrolladas.

+ En algunos países hay niños obligados a trabajar a corta edad, maltratados, castigados violentamente, remunerados con una paga irrisoria: al no tener manera de hacerse respetar, son los más fáciles de chantajear y explotar.

+ Otras veces son objeto de compraventa, para ser utilizados en la mendicidad o, peor aún, para ser introducidos en la prostitución, en el ámbito del llamado “turismo sexual”, fenómeno absolutamente despreciable que degrada a quien lo practica y también a todos los que de algún modo lo favorecen.

+ Existen además personas que no tienen escrúpulos en reclutar niños para actividades criminales, especialmente para el tráfico de drogas, con el riesgo, entre otras cosas, de quedar enganchados en el uso de tales sustancias.

+ No son pocos los niños que acaban por tener como único lugar de vida la calle: escapados de casa, o abandonados por la familia, o simplemente privados para siempre de un ambiente familiar, viven precariamente, en

estado de total abandono, considerados por muchos como desechos de los que hay que desprenderse (n.5).

+ Son muchos los niños que deben soportar los traumas derivados de las tensiones entre los padres o de la misma ruptura de la familia. (...) Detrás de una apariencia de normalidad y serenidad, más convincente aún por la abundancia de bienes materiales, los niños se ven obligados a crecer en una triste soledad, sin una justa y amorosa guía y sin una adecuada formación moral. Abandonados a sí mismos, encuentran habitualmente su principal punto de referencia en la televisión (...) (n.6).

Signos de esperanza

¿Cómo no hablar, por ejemplo, de tantas familias en todo el mundo donde los niños crecen en un ambiente sereno?; ¿cómo no recordar los esfuerzos que tantas personas y organismos hacen para asegurar a los niños en dificultad un desarrollo armónico y gozoso?

Son iniciativas de entes públicos y privados, de familias y de comunidades encomiables, cuyo único objetivo es devolver a una vida normal los niños que se han visto envueltos en cualquier vicisitud traumática.

Son, en particular, propuestas concretas de procesos educativos encaminados a valorizar completamente cada potencialidad personal, para hacer de los muchachos y de los jóvenes auténticos artífices de paz.

Tampoco debe olvidarse la mayor conciencia de la Comunidad Internacional que en estos últimos años, a pesar de dificultades y titubeos, se esfuerza por afrontar con decisión y discernimiento los problemas de la infancia.

Los resultados alcanzados animan a proseguir este empeño tan loable. Ayudados y amados convenientemente, los niños mismos saben hacerse protagonistas de paz, constructores de un mundo fraterno y solidario. Con su entusiasmo y con la naturalidad de su entrega, pueden llegar a ser “testigos” y “maestros” de esperanza y de paz en beneficio de los mismos adultos. Para no desperdiciar esta potencialidad, es preciso ofrecer a los niños, con el debido respeto de su personalidad, toda oportunidad favorable para una maduración equilibrada y abierta. Una infancia serena permitirá a los niños mirar con confianza la vida y el mañana. ¡Ay de los que apagan en ellos el ímpetu gozoso de la esperanza! (n.7).

- Llamada a la familia

El Santo Padre nos recuerda que “si la familia es el primer lugar donde los niños se abren al mundo, la familia debe ser para ellos la primera escuela de paz”. Los padres tienen una posibilidad extraordinaria de dar a conocer a sus hijos este valor: el testimonio de su amor recíproco. Al amarse permiten al hijo, desde el comienzo de su existencia, crecer en un ambiente de paz, impregnado de aquellos elementos positivos que constituyen de por sí el verdadero patrimonio familiar: estima y acogida recíprocas, escucha, participación, gratuidad, perdón. Gracias a la reciprocidad que promueven, estos valores representan una auténtica educación para la paz y hacen al niño, desde su más tierna edad, constructor activo de ella (n.8).

- La escuela y la educación de los niños para la paz

Los niños tienen derecho a una específica formación para la paz en la escuela y en las demás estructuras educativas, las cuales tienen la misión de hacerles comprender gradualmente la naturaleza y las exigencias de la paz dentro de su mundo y de su cultura. Es necesario que los niños aprendan la historia de la paz y no sólo la de las guerras ganadas o perdidas. ¡Que se les ofrezca, por tanto, ejemplos de paz y no de violencia! (...) Todo debe estar dispuesto para que los pequeños lleguen a ser heraldos de paz (n.9).

- Defensa de los niños

Los niños no son una carga para la sociedad, ni son instrumentos de ganancia, ni simplemente personas sin derechos; son miembros preciosos de la familia humana, de la que encarnan sus esperanzas, expectativas y potencialidades (n.9).

- Jesús, camino para la paz

Termina el Santo Padre este profundo y profético mensaje con una llamada a poner los ojos y el corazón de Jesucristo, camino para la paz. La paz es don de Dios; pero depende de los hombres acogerlo para construir un mundo de paz. Ellos podrán hacerlo sólo si tienen la sencillez de corazón de los niños. Este es uno de los aspectos más profundos y paradójicos del anuncio cristiano: hacerse pequeño, antes que ser una exigencia moral, es una dimensión del misterio de la Encarnación. (...) (n.10)

- Última recomendación:

¡Demos a los niños un futuro de paz! (n.11). (Diócesis de Coria-Cáceres; Boletín Oficial; enero 1996; 1-9).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la paz (I-I-1977).**

Como todos los mensajes a favor de la paz, también éste es denso de contenido, interpelante en su enseñanza, amplio en su exposición. Por eso les invito a leerlo y meditarlo. Les ofrezco un resumen del mismo.

- Luces y sombras en la historia.

“Si se considera el milenio transcurrido, y especialmente el último siglo, se debe reconocer que se han encendido muchas luces en el camino de los hombres desde el punto de vista socio-cultural, económico, científico y tecnológico. Lamentablemente estas luces contrastan con graves sombras, particularmente en lo que se refiere a la moralidad y la solidaridad. Además, la violencia es un verdadero escándalo que, bajo formas antiguas o nuevas, afecta todavía a muchas vidas humanas e hiere a familias y comunidades.

- Un objetivo claro: la paz.

Es hora de decidirse a emprender juntos y con ánimo resuelto una verdadera peregrinación de paz, cada uno desde su propia situación. Las dificultades son a veces muy grandes; el origen étnico, la lengua, la cultura y el credo religioso son con frecuencia obstáculos. Caminar juntos, cuando se arrastran experiencias traumáticas o incluso divisiones seculares, no es fácil. Surge entonces la pregunta: ¿qué camino seguir?, ¿cómo orientarse?” (n.1).

- Necesidad del perdón en el proceso de paz

Son muchos los factores que pueden favorecer el restablecimiento de la paz, salvaguardando las exigencias de la justicia y de la dignidad humana. Pero no podrá emprenderse nunca un proceso de paz si no madura en los hombres una actitud de perdón sincero. Sin este perdón las heridas continuarán sangrando, alimentando en las generaciones futuras un hastío sin fin, que es fuente de venganza y causa de nuevas ruinas. El perdón ofrecido y aceptado es premisa indispensable para caminar hacia una paz auténtica y estable (n.1).

- Búsqueda de la paz por los caminos del perdón

“Quiero dirigir con profunda convicción una llamada a todos, para que se busque la paz por los caminos del perdón. Soy plenamente consciente de que el perdón puede parecer contrario a la lógica humana, que obedece con

frecuencia a la dinámica de la contestación y de la revancha. Sin embargo, el perdón se inspira en la lógica del amor; de aquel amor que Dios tiene a cada hombre y mujer, a cada pueblo y nación, así como a toda la familia humana. Pero si la Iglesia se atreve a proclamar lo que, humanamente hablando, puede parecer una locura, es debido precisamente a su firme confianza en el amor infinito de Dios. Como testimonia la Escritura, Dios es rico en misericordia y perdona siempre a cuantos vuelve a Él (cf. Ez.18,23; Sal. 32,5; 103 ; 3,8-14; Ef.2,4-5; II Cor.1,3). El perdón de Dios se convierte en nuestros corazones en fuente inagotable de perdón en las relaciones entre nosotros, ayudándonos a vivirlas bajo el signo de una verdadera fraternidad” (n.1).

- Ante el dolor de los demás, no permanezcamos indiferentes

“¡El sufrimiento de tantos hermanos y hermanas no nos puede dejar indiferentes! Su pena clama a nuestra conciencia, santuario interior en el que nos encontramos cara a cara con nosotros mismos y con Dios. Y, ¿cómo no reconocer que, de diversas maneras, todos estamos implicados en esta revisión de vida a la que Dios nos llama? Todos tenemos necesidad del perdón de Dios y del prójimo. Por tanto, todos debemos estar dispuestos a perdonar y a pedir perdón” (n.2).

- El peso de la historia

“La dificultad del perdón no depende sólo de las vicisitudes del presente. La historia lleva consigo una pesada carga de violencias y de conflictos, de los cuales no es fácil desentenderse,. Abusos, opresiones y guerras han hecho sufrir a innumerables seres humanos y, aunque las causas de aquellos fenómenos dolorosos se remontan a tiempos remotos, sus efectos permanecen vivos e hirientes, alimentando miedos, sospechas y rupturas entre familias y grupos étnicos y poblaciones enteras. Son datos de hecho que ponen en duda la buena voluntad de quien quisiera escapar de su condicionamiento. Sin embargo es verdad que no se puede permanecer prisioneros del pasado; es necesaria, para cada uno y para los pueblos, una especie de “purificación de la memoria” a fin de que los males del pasado no vuelvan a producirse más. No se trata de olvidar todo lo que ha sucedido, sino de releerlo con sentimientos nuevos, aprendiendo, precisamente de las experiencias sufridas, que sólo el amor construye, mientras el odio produce destrucción y ruina. La novedad liberadora del perdón debe sustituir a la insistencia inquietante de la venganza (...) (n.3).

- Modos concretos de reconciliación

“Las guerras, incluso cuando “resuelven” los problemas que las han originado, lo hacen siempre dejando a su paso víctimas y destrucción, que

pesan sobre las sucesivas negociaciones de paz. Esta idea debe mover a los pueblos, las naciones y los Estados a superar decididamente la “cultura de la guerra...” (n.4)

“ Pero aún antes, es preciso que el deseo sincero de paz se traduzca en la firme decisión de superar cualquier obstáculo que se interponga en su consecución. En este esfuerzo las diversas Religiones pueden ofrecer una aportación importante, en la línea de cuanto han hecho con frecuencia, levantando su propia voz contra la guerra y afrontando con valor los riesgos consiguientes (n.4)..

“Es esencial en esta materia la tarea de los gobiernos y de la comunidad internacional, a los que corresponde contribuir en la construcción de la paz mediante la creación de estructuras sólidas capaces de resistir los vaivenes de la política, de modo que puedan garantizar la libertad y la seguridad de todos en cada circunstancia (n.4).

Sin embargo, la paz duradera no es sólo una cuestión de estructuras y procedimientos. Se apoya ante todo en la adopción de un estilo de convivencia humana inspirada en la acogida recíproca y capaz de un perdón cordial. Todos tenemos necesidad de ser perdonados por nuestros hermanos y, por tanto, todos debemos estar dispuestos a perdonar. Pedir y ofrecer perdón es una vía profundamente digna del hombre y, a veces, la única para salir de situaciones marcadas por odios antiguos y violentos” (n.4).

- Verdad y justicia, presupuesto del perdón

“El perdón, en su forma más alta y verdadera, es un acto de amor gratuito. Pero, precisamente como acto de amor, tiene también sus propias exigencias: la primera es el respeto a la verdad. Sólo Dios es la verdad absoluta. Él, sin embargo, ha abierto el corazón humano al deseo de la verdad, que después ha revelado plenamente en su Hijo encarnado. Todos, pues, están llamados a vivir la verdad. Donde se siembra la mentira y la falsedad, florecen la sospecha y las divisiones. También la corrupción y la manipulación política o ideológica son esencialmente contrarias a la verdad, atacan los fundamentos mismos de la convivencia social y socavan las posibilidades de relaciones sociales pacíficas. El perdón lejos de excluir la búsqueda de la verdad, la exige. El mal hecho debe ser reconocido y, en lo posible, reparado. Precisamente esta exigencia ha llevado a establecer en varias partes del mundo, ante los abusos entre grupos étnicos o naciones, procedimientos oportunos de búsqueda de la verdad, como primer paso hacia la reconciliación (...) (n.5).

“Otro presupuesto esencial del perdón y de la reconciliación es la justicia, que tiene su fundamento último en la ley de Dios y en su designio de amor y de misericordia sobre la humanidad. Entendida así, la justicia no se limita a establecer lo que es recto entre las partes en conflicto, sino que tiende sobre todo a restablecer las relaciones auténticas con Dios, consigo mismo y con los demás. Por tanto, no hay contradicción alguna entre perdón y justicia. En efecto, el perdón no elimina ni disminuye la exigencia de reparación, que es propia de la justicia, sino que trata de reintegrar tanto a las personas y los grupos en la sociedad, como a los Estados en la comunidad de las Naciones. Ningún castigo debe ofender la dignidad inalienable de quien ha obrado el mal. La puerta hacia el arrepentimiento y la rehabilitación debe quedar siempre abierta” (n.5).

- Invitación a todos para dedicarse a la reconciliación

“¡Cuántas situaciones necesitan hoy de reconciliación! Ante este desafío, del cual depende en buena parte la paz, dirijo mi llamada a todos los creyentes y, de modo particular, a los miembros de la Iglesia Católica, para que se dediquen activa y concretamente a la obra de la reconciliación. (n.6).

- La reconciliación proviene de Dios

“El creyente sabe que la reconciliación proviene de Dios, el cual está dispuesto siempre a perdonar a cuantos acuden a Él, y a cargar sobre las espaldas todos sus pecados (cf. Is.38,17). La inmensidad del amor de Dios va mucho más allá de la comprensión humana (cf. Is. 49,15). El amor divino es el fundamento de la reconciliación, a la que estamos llamados (cf. Sal.103,3-4).

- Jesucristo, nuestra reconciliación

Dios, en su amorosa disposición al perdón, ha llegado a darse a sí mismo al mundo en la Persona de su Hijo, el cual vino a traer la redención a cada individuo y a la humanidad entera. Ante las ofensas de los hombres, que culminan en su condena a la muerte de cruz, Jesús ruega al Padre: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc.23,34). El perdón de Dios es expresión de su ternura como Padre. En la parábola evangélica del “hijo pródigo” (cf. Lc.15,11-32) el Padre sale corriendo al encuentro de su hijo apenas lo ve que vuelve a casa. No le deja siquiera presentar sus disculpas: todo está perdonado (cf. Lc.15,20-22). La inmensa alegría del perdón, ofrecido y acogido, sana heridas incurables, restablece nuevamente las relaciones y tiene sus raíces en el inagotable amor de Dios” (n.6)

“Jesús proclamó durante su vida el perdón de Dios, pero, al mismo tiempo, añadió la exigencia del perdón recíproco como condición para obtenerlo. En el “Padrenuestro” nos invita a orar así: “perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores” (Mt.6,12). Con este “como”, pone en nuestras manos la medida con que seremos juzgados por Dios. La parábola del siervo sin entrañas, castigado por su dureza de corazón para con su semejante (cf. Mt.18,23-35), nos enseña que quienes no están dispuestos a perdonar, por eso mismo se excluyen del perdón divino: “Esto mismo hará con vosotros mi Padre Celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano” (Mt.18,35). Ni siquiera nuestra oración podrá ser agradable a Dios si no ha sido precedida, y en cierto sentido “garantizada” en su autenticidad, por la iniciativa sincera de la reconciliación con el hermano que tiene “algo contra nosotros”: solamente entonces nos será posible presentar una ofrenda agradable a Dios (cf. Mt.5,23-24) (n.6).

- La Iglesia, al servicio de la reconciliación

“Jesús no sólo enseñó a sus discípulos el deber del perdón, sino que quiso que su Iglesia fuera signo e instrumento de su designio de reconciliación, haciéndola sacramento “de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). En virtud de esta misión, Pablo consideraba el ministerio apostólico como “ministerio de la reconciliación” (cf. ICort.5,18-20). Pero en cierto sentido, todo bautizado debe sentirse “ministro de la reconciliación”, ya que, reconciliado con Dios y con los hermanos, está llamado a construir la paz con la fuerza de la verdad y de la justicia (n.7).

- Trabajemos por la unidad de los cristianos

“Entre éstas tienen particular importancia las divisiones que hieren la unidad de los cristianos (...) Poniendo la mirada en Jesucristo, nuestra reconciliación, este primer año de preparación al Jubileo, hagamos todo lo posible, mediante la oración, el testimonio y la acción, para progresar en el camino hacia una mayor unidad” (...) (n.7).

- Llamamiento a cada persona de buena voluntad

“Hago un llamamiento a cada uno para que se haga instrumento de paz y reconciliación” (n.8). El Santo Padre se dirige ahora a:

- Los Obispos y sacerdotes: “sed espejo del amor misericordioso de Dios, no solamente en la comunidad eclesial, sino también en el ámbito de la

sociedad civil, especialmente allí donde arrecian luchas nacionalistas o étnicas (...).

- Padres y madres, primeros educadores de la fe de vuestros hijos: ayudadles a considerar a todos como hermanos y hermanas, saliendo al encuentro del prójimo sin prejuicios, con sentimientos de confianza y de acogida.

- Educadores, llamados a enseñar a los jóvenes los auténticos valores de la vida acercándolos a la complejidad de la historia y de la cultura humana, ayudadles a vivir a todo los niveles la virtud de la tolerancia, de la comprensión y del respeto, presentándoles como modelo a quienes han sido artífices de paz y de reconciliación.

- Jóvenes, que alimentáis en el corazón grandes aspiraciones, aprended a vivir juntos unos con otros en paz, sin interponer barreras que os impidan compartir las riquezas de otras culturas y de otras tradiciones. Responded a la violencia con acciones de paz, para construir un mundo reconciliado y rico en humanidad.

- Políticos, llamados a servir el bien común, no excluyáis a nadie de vuestras preocupaciones, cuidando particularmente los sectores más débiles de la sociedad. No pongáis en primer lugar el interés personal, cediendo a la seducción de la corrupción y, sobre todo, afrontad también las situaciones más difíciles con las armas de la paz y de la reconciliación.

- A vosotros, que trabajáis en el campo de los medios de comunicación social, os pido que consideréis las grandes responsabilidades que vuestra profesión comporta, y no ofrezcáis jamás mensajes inspirados en el odio, la violencia y la mentira. Tened siempre como objetivo la verdad y el bien de la persona, a cuyo servicio han de ponerse los poderosos medios de comunicación.

- A vosotros, creyentes en Cristo, os invito a caminar fielmente por la senda del perdón y de la reconciliación, uniéndoos a Él en la oración al Padre para que todos sean una sola cosa (cf. Jn.17,21). Os exhorto también a acompañar esta incesante invocación de paz con gestos de fraternidad y de acogida recíproca.

A cada persona de buena voluntad, deseosa de trabajar incansablemente para la edificación de la nueva civilización del amor, repito: ¡ofrece el perdón, recibe la paz!” (n.8).(Diócesis de Coria-Cáceres: Boletín Oficial;: enero 1997).

*** Mensaje del Santo Padre los Obispos de Timor Oriental (9 de septiembre de 1999).**

La distancia no es óbice para Juan Pablo II levante su voz denunciando la violencia y la persecución en Timor Oriental, y, a la vez, ore por todas las víctimas de esta injusta tragedia.

“Con gran tristeza recibo, hora tras hora, noticias cada vez más trágicas de la querida tierra de Temor Oriental y me siento profundamente entristecido porque los signos de esperanza surgidos de la reciente consulta popular se han transformado en el actual terror, que nada ni nadie puede justificar.

En estas horas de sufrimiento, deseo expresarles a ustedes, al clero, a los seminaristas, a los religiosos y a los fieles de sus dos diócesis mi cercanía espiritual, así como la seguridad de que recuerdo en mi oración a los fallecidos, los heridos, los prófugos, los deportados y todos los que sufren. Exhorto a todos a seguir confiando en la victoria de la cruz, aunque estén viviendo una vez más la dolorosa experiencia de la pasión.

A la vez condeno enérgicamente la violencia, que se ha desencadenado con gran furia también contra el personal y las propiedades de la Iglesia católica, imploro a los responsables de tantos actos de maldad que renuncien a sus intenciones asesinas y destructoras. Asimismo, deseo vivamente que Indonesia y la comunidad internacional pongan fin, lo más pronto posible, a las matanzas y encuentren caminos eficaces para responder a las legítimas aspiraciones de la población timorese”.

*** Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes israelíes y palestinos (23-IX-1999).**

El Papa lleva muy grabada en su corazón la situación dolorosa que existe entre judíos y palestinos. Con profundo respeto habla los jóvenes:

“Queridos jóvenes israelíes y palestinos judíos, musulmanes y cristianos: a todos os reitero hoy la invitación que dirigí a todos los jóvenes con ocasión de la Jornada Mundial de la Paz de 1985, en la que ponía de relieve el papel que la juventud está llamada a desempeñar en los esfuerzos por fomentar la paz. Ya en los umbrales del nuevo milenio, habéis de tomar aún mayor conciencia de que el futuro de la paz -y por ende el de toda la Humanidad- depende las opciones básicas que haga vuestra generación. Dentro de pocos años vuestra generación tendrá la responsabilidad de forjar el destino de vuestros pueblos, de vuestras naciones y del mundo. Tenéis la

obligación moral de ayudar a construir una nueva sociedad, a edificar una civilización nueva, basada de forma cada vez más firme en el respeto recíproco, en la hermandad y en espíritu de cooperación. Ninguno de nosotros está solo en el mundo, sino que cada uno somos una pieza fundamental del gran mosaico de toda la Humanidad”.

No temáis el reto que os espera: vuestra esperanza y vuestra juventud os apoyarán en tan exigente labor; labor que sólo podréis cumplir si sembráis en vuestros corazones esa misma paz que queréis ofrecer a vuestros pueblos y al mundo entero; no ya una paz únicamente basada en acuerdos y tratados -por nobles y necesarios que éstos sean-, sino una paz nacida del interior de cada persona. Ello resulta esencial con vistas a una paz auténticamente estable y duradera”.

*** Discurso de Juan Pablo II a su llegada al aeropuerto de Ammán (Jordania); 20-III-2000.**

“Majestad: sé cuán honda es vuestra preocupación por la paz en vuestra tierra y en toda la región, y cómo os importa que todos los jordanos, tantos musulmanes como cristianos, se consideren un solo pueblo y una sola familia. En esta región del mundo existen graves y urgentes problemas de justicia, de derechos de los pueblos y naciones, que han de resolverse por el bien de todos los afectados y como condición para una paz duradera. Por difícil, por largo que sea, lo cierto es que el proceso de paz debe continuar. Sin paz, no habrá desarrollo auténtico en esta región, ni mayor calidad de vida para sus habitantes, ni un porvenir más luminoso para sus hijos.

“La construcción de un futuro de paz exige una comprensión aún más madura y una cooperación más concreta aún entre los pueblos que reconocen al único, verdadero, indivisible Dios, Creador de todo lo que existe. Las tres históricas religiones monoteístas incluyen la paz, la bondad y el respeto a la persona entre sus más elevados valores. Espero sinceramente, por tanto, que mi visita contribuya a afianzar ese ya fructífero diálogo cristiano-musulmán que se está llevando a cabo en Jordania, especialmente a través del Real Instituto Interreligioso” (n.2).

La Iglesia Católica, sin olvidar el carácter espiritual de su primordial misión, está siempre dispuesta a colaborar con naciones concretas y con personas de buena voluntad con vistas a la promoción y al progreso de la dignidad de la persona. (...) Vuestra noble tradición de respeto a todas las religiones garantiza esa libertad religiosa que hace posible dicha labor; trátase de hecho de un derecho humano fundamental” (n.3) (45h).

*** Discurso de Juan Pablo II en la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Ben Gurión de Tel Aviv (Israel); 21-III-2000.**

“Señor Presidente: (...) Todos sabemos cuánto apremia no sólo a Israel, sino a toda esta región, la necesidad de paz y justicia (...) (n.3). Mi viaje es una peregrinación, con espíritu de humilde gratitud y de esperanza, a los orígenes de nuestra historia religiosa. Se trata de un homenaje a las tres tradiciones religiosas que conviven en esta tierra. (...) Oro para que mi visita contribuya a fomentar un diálogo interreligioso que impulse a judíos, cristianos y musulmanes a buscar, en sus creencias respectivas y en la hermandad universal que aúna todos los miembros de la familia humana, la motivación y perseverancia necesarias para trabajar a favor de esa paz y justicia de la que aún carecen los pueblos de Tierra Santa y a la que tanto anhelan” (n.4) (45i).

*** Discurso de Juan Pablo II en la ceremonia de bienvenida en el helipuerto oficial de Belén (Territorios autónomos de la ANP; 22-III-2000.**

“Señor Arafat: (...) ¿Cómo puedo dejar de orar para que el don divino de la paz se convierta cada vez más en una realidad para todos los que viven en esta tierra, marcada de manera única por las intervenciones de Dios? ¡Paz para el pueblo palestino! ¡Paz para todos los pueblos de la región! Nadie puede ignorar lo que el pueblo palestino ha tenido que sufrir en las últimas décadas. Vuestro tormento está ante los ojos del mundo. Y ha durado demasiado.

La Santa Sede ha reconocido siempre que el pueblo palestino tiene el derecho natural a tener una patria y el derecho a poder vivir en paz y tranquilidad con los demás pueblos de esta región (...)

Todos debemos continuar trabajando y rogando por el éxito de todo esfuerzo auténtico para traer la paz a esta tierra. Sólo con una paz justa y duradera -no impuesta sino garantizada mediante negociación- serán satisfechas las legítimas aspiraciones palestinas. Sólo entonces la Tierra Santa tendrá la posibilidad de un nuevo futuro luminoso, nunca más disipado en rivalidades y conflictos, sino sólidamente basado en la comprensión y en la cooperación para el bien de todos (n.2). (...)

Espero que mi visita hoy al Campo de Refugiados Dheisheh sirva para recordar a la comunidad internacional la necesidad de una acción decisiva para mejorar la situación del pueblo palestino” (45j).

*** Discurso de Juan Pablo II en el “Yad Vashem” (Museo del Holocausto) de Jerusalén (23-III-2000).**

Este discurso del Santo Padre es emotivo, impresionante. Merece ser transcrito aquí, pero no hay espacio suficiente. Recogeremos sólo las expresiones más importantes a nuestro juicio. Las ofrecemos como interpelación y objeto de meditación y de oración

“He venido a Yad Vashem para rendir homenaje a los millones de hebreos que, despojados de todo -especialmente de su dignidad humana- fueron asesinados durante el Holocausto. (...) Aquí, como en Auschwitz y en muchos otros lugares de Europa, nos sobrecoge el eco del lamento desgarrador de tantas personas. Hombres, mujeres y niños nos gritan desde el abismo del horror que vivieron. ¿Cómo no prestar atención a ese grito? Nadie puede olvidar o ignorar lo sucedido. Y nadie puede reducir su alcance” (n.1).

“Nosotros queremos recordar (...) con un objetivo: para asegurar que el mal jamás vuelva a triunfar como triunfó sobre millones de víctimas inocentes del nazismo. ¿Cómo cabe en el hombre tamaño desprecio para con el hombre? Porque había llegado a despreciar a Dios. Sólo una ideología sin Dios podía planificar y llevar a cabo el exterminio de todo un pueblo.

El honor que el Estado de Israel tributa aquí en Yad Vashem a aquellos “gentiles justos” que actuaron heroicamente para salvar a los hebreos -a veces hasta dar la vida- demuestra que ni siquiera en el momento más oscuro toda luz queda extinguida. (...) (n.2).

Nuestras doctrinas religiosas y experiencias espirituales exigen que vencamos al mal con el bien. Recordamos, sí, pero sin deseo alguno de venganza; sin que ellos sirva de estímulo al odio. Para nosotros recordar es orar por la paz y la justicia y dedicarnos a su causa. Sólo un mundo en paz, con justicia para todos, podrá conjurar que se repitan los errores y los tremendos crímenes del pasado. (...) La Iglesia rechaza cualquier forma de racismo como negación de esa imagen del Creador que está grabada en todo ser humano (cf. Gn.1,26) (n.3).

En este lugar de solemne conmemoración, oro fervorosamente para que nuestro dolor por la tragedia que el pueblo hebreo ha sufrido en el siglo XX desemboque en una relación nueva entre cristianos y judíos. Construyamos un nuevo futuro en el que ya no haya sentimiento antijudío entre los cristianos ni sentimiento anticristiano entre los judíos, sino más bien un respeto mutuo compartido, como conviene a quienes adoran al único Creador y Señor y consideran a Abraham padre común de la fe. (...)

Aquí en Yad Vashem el recuerdo sigue vivo y nos abraza el alma...”
(n.4) (45k).

*** Mensaje de Juan Pablo II a Mons. Laurent M. Pasinya, arzobispo de Kisangani y presidente del Simposio de Conferencias Episcopales de África y Madagascar, con ocasión de su XII Asamblea Plenaria (4-X-2000).**

Numerosas naciones de África viven en guerras

“Numerosas naciones siguen siendo campo de combates cuyas víctimas inocentes son los pueblos. Al recorrer la trágica geografía de los conflictos armados, se comprueba que el que aflige a la región de los Grandes Lagos es, en cierto sentido, el más emblemático. Sin embargo, hemos de tener presentes en nuestro corazón de pastores también otros conflictos, a veces olvidados, que afectan a muchos países africanos, a menudo desde hace años. Estas luchas, debidas a un tiempo a causas externas e internas, constituyen un acto de desprecio a la persona, a sus derechos y dignidad. Dicha actitud está en gran medida en el origen de muchos otros males que afectan al Continente, como el subdesarrollo económico, la pobreza, las emigraciones forzosas, la difusión del sida y de pandemias que ya se creían definitivamente erradicadas, el saqueo de las riquezas naturales y la degradación del medio ambiente” (n.2).

La historia de dolor de África es también la historia de la Iglesia

La historia cargada de dolor de los pueblos de África es también la historia de la Iglesia en ese Continente. Durante los últimos decenios, obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos, religiosas y laicos han sido brutalmente asesinados. En varias ocasiones, y sin discriminación alguna, se han saqueado y destruido estructuras que estaban al servicio del bien de la población en su conjunto. Comunidades enteras han sido dispersadas.

Satisfacción por la solución de conflictos

Quisiera con todo expresar mi satisfacción por la feliz solución de los dolorosos acontecimientos que han sacudido recientemente a la Iglesia en África. (...) Quisiera también rendir homenaje a todos aquellos que con valentía y abnegación, en situaciones difíciles, atestiguan a Cristo, a veces hasta entregar su vida. (...). (n.3).

El compromiso de la Iglesia

(...) La Iglesia se halla comprometida en muchos ámbitos de la vida local al lado de los hombres y mujeres del Continente, especialmente para contribuir a la reconciliación entre las personas y entre los pueblos, como también al establecimiento de la justicia, la solidaridad, la democracia y la paz. (...)

Ruego a las Comunidades Católicas

Exhorto a las comunidades católicas a transformarse en lugares de auténtica reconciliación y a testimoniar con vigor la justicia y la paz en sus mismas estructuras y en las relaciones entre sus miembros, recordando que “la Iglesia debe ser testigo de justicia y, por ello, reconoce que quien se atreve a hablar a los hombres de justicia, debe esforzarse por ser justo en sus obras” (Exhortación Apostólica: *Ecclesia in Africa*”, n.106).

Compromiso de los Laicos en la vida pública

Es menester que laicos bien formados tanto humana como espiritualmente ocupen el lugar que les corresponde en la vida pública para ser, en el seno de ésta, sal de la tierra. Todos deben igualmente recordar que están llamados a la santidad de la vida para ser signos auténticos y creíbles del amor de Dios en el mundo (n.4).

Vivid y trabajad en la esperanza

En las difíciles situaciones que vivís, no faltan rayos de luz, pues el Señor no os ha abandonado. Para edificar ese mundo reconciliado al que todos aspiran, corresponde en primer lugar a los africanos mismo tomar en sus manos el porvenir de sus naciones. Invito nuevamente a la Comunidad Internacional a no abandonar a África (n.5) (...) (451).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los Obispos católicos en Tierra Santa por la situación en Oriente Medio (6-XI-2000).**

Las pruebas que conocen en estos días las poblaciones de Tierra Santa son para mí una ocasión de gran sufrimiento y quisiera expresar a todos, sin ninguna excepción, mi total y viva solidaridad. El paso brutal de la negociación a la confrontación representa sin ninguna duda un fracaso para la paz, pero nadie debe ceder al fatalismo: los pueblos israelí y palestino están llamados por la geografía y por la historia a vivir juntos. Sólo podrán hacerlo de manera pacífica y duradera si los derechos fundamentales están asegurados

por todos: tanto el pueblo israelí como el pueblo palestino tienen el derecho de vivir en su tierra, con dignidad y seguridad.

Sólo la vuelta a la mesa de negociaciones en un mismo pie de igualdad, respetando el derecho internacional, puede abrir un futuro de fraternidad y de paz a quienes viven en esta tierra bendita. (...)

Os aliento a vosotros, obispos católicos de Tierra Santa, así como a todos los responsables de las comunidades cristianas, a que renovéis vuestros esfuerzos para que, con humildad y confianza, el respeto mutuo inspire las relaciones entre todos”.

Hago también un llamamiento a quienes tienen la misión de guiar a los fieles del Judaísmo y del Islam, para que saquen de su fe todas las energías necesarias a fin de que la paz interior y exterior a la que aspiran los pueblos sea una realidad” (45ll).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la celebración de la Jornada mundial de la Paz: 1 de Enero de 2001.**

El Santo Padre dedica su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz del año 2001 en una reflexión sobre “el diálogo entre las diferentes culturas y tradiciones de los pueblos, indicando así el camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado, capaz de mirar con serenidad al propio futuro”. Se trata de un tema decisivo para las perspectivas de la paz”. (...) Me limito aquí a ofrecer algunos principios orientadores en la escucha de lo que el Espíritu de Dios dice a las Iglesias (cf. Apoc.2,7) y a toda la humanidad en este decisivo período de su historia (n.3).

Dada la extensión de este importante mensaje, nos limitamos a consignar los principios que ofrece Juan Pablo II con la pretensión de ayudar y colaborar en el establecimiento permanente de la paz en todos los pueblos de la tierra.

* El hombre y sus diferentes culturas. La cultura es expresión cualificada de hombre y de sus vicisitudes históricas, tanto a nivel individual como colectivo. (...) Las culturas se caracterizan siempre por algunos elementos estables y duraderos y por otros dinámicos y contingentes. (...) ser hombre significa necesariamente existir en una determinada cultura (nn.4-5)..

* Formación humana y pertenencia cultural. La acogida de la propia cultura como elemento configurador de la personalidad, especialmente en la

primera fase del crecimiento, es un dato de experiencia universal, cuya importancia no se debe infravalorar (nn.6-7).

* Diversidad de culturas y respeto recíproco. La autenticidad de cada cultura humana, el valor del ethos que lleva consigo, o sea, la solidez de su orientación moral, se pueden medir de alguna manera por su razón de ser en favor del hombre y en la promoción de su dignidad a cualquier nivel y en cualquier contexto. (...) Una cultura que rechaza referirse a Dios pierde la propia alma y se desorienta transformándose en una cultura de muerte como atestiguan los trágicos acontecimientos del s. XX y como demuestran los efectos nihilistas actualmente presentes en importante ámbitos del mundo occidental (nn.8-9).

* Diálogo entre culturas. Este diálogo surge como una exigencia intrínseca de la naturaleza misma del hombre y de la cultura. (...) El diálogo lleva a reconocer la riqueza de la diversidad y dispone los ánimos a la recíproca aceptación, en la perspectiva de una auténtica colaboración, que responde a la originaria vocación a la unidad de toda la familia humana. Como tal, el diálogo es un instrumento eminente para realizar la civilización del amor y de la paz (nn.10-11).

* Potencialidades y riesgos de la comunicación global. El diálogo entre las culturas se ve hoy particularmente necesario si se considera el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación en la vida de las personas y de los pueblos. (...) El hecho de que un número reducido de países detente el monopolio de las “industrias” culturales, distribuyendo sus productos en cualquier lugar de la tierra a un público cada vez mayor, puede ser un potente factor de erosión de las características culturales. Son productos que contienen y transmiten sistemas implícitos de valor y por tanto pueden provocar en los receptores unos efectos de expropiación y pérdida de identidad (nn.11-12).

* Desafío de las migraciones (nn.12-13).

* Respeto de las culturas y “fisonomía cultural” del territorio (nn.14-15).

* Conciencia de los valores comunes (nn.16-17)

* El valor de la solidaridad (n.17)

* El valor de la paz (n.18)

* El valor de la vida (n.19).

* El valor de la educación (n.20)

* El perdón y la reconciliación (n.21)

* La llamada a los jóvenes (n.22) (45m).

*** Mensaje de Juan Pablo II en la Navidad (25-XII-2002).**

“Desde la gruta de Belén se eleva hoy una llamada apremiante para que el mundo no caiga en la indiferencia, la sospecha y la desconfianza, aunque el trágico fenómeno del terrorismo acrecienta incertidumbres y temores. Los creyentes de todas las Religiones junto con los hombres de buena voluntad, abandonando cualquier forma de intolerancia y discriminación, están llamados a construir la paz: ante todo en Tierra Santa para detener finalmente la espiral de ciega violencia, y en Oriente Medio, para apagar los siniestros destellos de un conflicto que puede ser evitado con el esfuerzo de todos” (n.4).

*** Carta del Papa a los Jefes de Estado para presentar el “Decálogo de Asís” (24 de febrero de 2002).**

Hace exactamente un mes tenía lugar en Asís la Jornada de oración por la paz en el mundo. Hoy mi pensamiento se dirige espontáneamente hacia los responsables de la vida social y política de los países que estaban representados por los jefes religiosos de numerosas naciones.

Las intervenciones inspiradas de esos hombres y mujeres, representantes de las diferentes confesiones religiosas, así como su deseo sincero de trabajar a favor de la concordia, de la búsqueda común del auténtico progreso y de la paz en el seno de toda la familia humana, encontraron su expresión elevada y concreta en un “decálogo” proclamado al concluir esa jornada excepcional.

Tengo el honor de enviar el texto de este compromiso común a Su Excelencia, convencido de que estas diez proposiciones podrán inspirar la acción política y social de su gobierno. (...)

Deseo que el espíritu y el compromiso de Asís lleven a todos los hombres de buena voluntad a la búsqueda de la verdad, de la justicia, de la libertad, del amor, para que toda persona humana pueda gozar de sus derechos inalienables, y cada pueblo de la paz. Por su parte, la Iglesia católica, que pone su confianza y esperanza en “el Dios del amor y de la paz” (ICort.13,11), seguirá comprometiéndose para que el diálogo leal, el perdón recíproco y la concordia mutua tracen la ruta de los hombres en el tercer milenio.

*** Juan Pablo II: Discurso en Azerbaiyán (2002)**

En este país afirma y grita con fuerza: “¡Basta de guerras en nombre de Dios! ¡Basta de profanaciones de su santo Nombre! (...) Mientras yo tenga voz, clamaré: ¡Paz, en nombre de Dios!”.

En el aeropuerto de Bakú (Azerbaiyán), el 22 de mayo de 2002, afirma: “Las religiones (...) no constituyen ni deben ser un trágico pretexto para contraposiciones que encuentran su origen en otras problemáticas... Pido a los responsables de las religiones que rechacen cualquier violencia como una ofensa al nombre de Dios, y que se tornen incansables promotores de paz y de armonía, en el respeto de los derechos de todos y cada uno”.(Textos citados por João Batista Libanio,SJ, en “Juan Pablo II: una mirada retrospectiva”; Sal Terrae, t. 93/6 (n.1090); mayo-2005).

c) Servicio de Juan Pablo II a la paz durante el año 2003

No pretendemos reflejar aquí todos los mensajes, encuentros, actividades, oraciones... que el Santo Padre realizó a lo largo y ancho de este año en favor de la paz y para que se detuviesen los planes de guerra y la misma guerra.

Reflejaremos sólo sus gestiones más importantes:

*** Homilía de Juan Pablo II en la Jornada Mundial de la Paz (1-I-2003): “Pacem in Terris” una tarea permanente”.**

- Recuerdo entrañable del Papa a Juan XXIII

Han transcurrido casi cuarenta años desde aquel 11 de abril de 1963, en que el Papa Juan XXIII publicó la histórica Carta Encíclica “Pacem in terris”. Aquel día era Jueves Santo. Dirigiéndose “a todos los hombres de buena voluntad” (...) compendia su mensaje de paz al mundo en la primera afirmación de la Encíclica: “La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios”.

- Los cuatros pilares de la paz según Juan XXIII.

Juan Pablo II recoge las enseñanzas de Juan XXIII al hablar de los fundamentos sólidos de la paz: la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

La verdad será fundamento de la paz cuando cada individuo tome conciencia rectamente, más que de los propios derechos, también de los propios deberes con los otros...

La justicia edificará la paz cuando cada uno respete concretamente los derechos ajenos y se esfuerce por cumplir plenamente los mismos deberes con los demás.

El amor será fermento de paz, cuando la gente sienta las necesidades de los otros como propias y comparta con ellos lo que posee, empezando por los valores del espíritu...

La libertad alimentará la paz y la hará fructificar cuando, en la elección de los medios para alcanzarla, los individuos se guíen por la razón y asuman con valentía la responsabilidad de las propias acciones (n.3).

- Algo nuevo está germinando

Juan XXIII sabía que las cosas no son siempre como aparecen exteriormente. A pesar de las guerras y las amenazas de guerras, había algo nuevo que se percibía en las vicisitudes humanas, algo que el Papa consideró como el inicio prometedor de una revolución espiritual (n.3).

- Una nueva consciencia de la dignidad del hombre y de sus derechos inalienables

La humanidad ha emprendido una nueva etapa de su camino (...) una fase caracterizada por la “convicción de que todos los hombres son, por dignidad natural, iguales entre sí”. Ciertamente, esta dignidad era vilipendiada aún en muchas partes del mundo. (...) Sin embargo estaba convencido de que el mundo era cada día más consciente de algunos valores espirituales y cada vez estaba más abierto a la riqueza de contenido de aquellos “pilares de la paz” que eran la verdad, la justicia, el amor y la libertad

- Los movimientos por los derechos humanos

Basados en la convicción de que cada ser humano es igual en dignidad y que, por consiguiente, la sociedad tiene que adecuar sus estructuras a esta premisa, surgieron muy pronto los movimientos por los derechos humanos, que dieron expresión política concreta a una de las grandes dinámicas de la historia contemporánea. (...) Estos movimientos contribuyeron al derrocamiento de formas de gobierno dictatoriales y ayudaron a cambiarlas con otras formas más democráticas y participativas. En la práctica demostraron que la paz y el progreso pueden alcanzarse sólo a través del respeto de la ley moral universal, inscrita en el corazón del hombre (n.4).

- El bien común universal

Ante un mundo que se hacía cada vez más interdependiente y global, el Papa Juan XXIII sugirió que el concepto de bien común debía formularse con una perspectiva mundial. Para ser correcto, debía referirse al concepto de “bien común universal”. Una de las consecuencias de esta evaluación era la exigencia evidente de que hubiera una autoridad pública a nivel internacional, que pudiera disponer de capacidad efectiva para promover este bien común universal. Esta autoridad no debería instituirse mediante la coacción, sino sólo a través del consenso de las naciones. Debería tratarse de un organismo que tuviese como “objetivo fundamental el reconocimiento, el respeto, la tutela y la promoción de los derechos de la persona. Por esto no sorprende que Juan XXIII mirara con gran esperanza hacia la Organización de las Naciones Unidas (...) En ella veía un instrumento válido para mantener y reforzar la paz en el mundo. Por esto expresó un particular aprecio por la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948” (n.5).

- Un nuevo orden moral internacional

En los cuarenta años transcurridos ha habido un notable progreso hacia la realización de la noble visión del Juan XXIII. (...) No obstante “que haya un gran desorden en la situación del mundo contemporáneo es una constatación compartida fácilmente por todos. Por tanto la pregunta que se impone es la siguiente: ¿qué tipo de orden puede reemplazar este desorden, para dar a los hombres y mujeres la posibilidad de vivir en libertad, justicia y seguridad? (...) ¿Bajo qué principios se están desarrollando estas nuevas formas de orden mundial?

Estas preguntas (...) indican que el problema del orden en los asuntos mundiales, que es también el problema de la paz rectamente entendida, no puede prescindir de cuestiones relacionadas con los principios morales.(...) ¿No es éste quizás el tiempo en el que todos deben colaborar en la constitución de una nueva organización de toda la familia humana, para asegurar la paz y la armonía entre los pueblos, y promover juntos su progreso integral? (n.6)

Juan Pablo II aborda a continuación la “relación entre paz y verdad” (n.7) así como el tema de “las premisas de una paz duradera (n.8).

Respecto a las premisas para una paz duradera, dice el Papa: “hay una relación inseparable entre el compromiso por la paz y el respeto de la verdad. La honestidad en dar informaciones, la imparcialidad de los sistemas jurídicos y la transparencia en los procedimientos democráticos dan a los ciudadanos el

sentido de seguridad, la disponibilidad para resolver las controversias con medios pacíficos y la voluntad de acuerdo leal y constructivo que constituyen las verdaderas premisas de una paz duradera (n.8).

- Hacia una cultura de paz

A continuación el Papa propone un tema nuevo: “una cultura de paz” (n.9). “la paz no es tanto cuestión de estructuras como de personas. Estructuras y procedimientos de paz -jurídicos, políticos y económicos- son ciertamente necesarios...Sin embargo, no son sino el fruto de la sensatez y de la experiencia acumulada a lo largo de la historia a través de innumerables gestos de paz, llevados cabo por hombres y mujeres que han sabido esperar sin desanimarse nunca. (...) La religión tiene un papel vital para suscitar gestos de paz y consolidar condiciones de paz. Este papel lo puede desempeñar tanto más eficazmente cuanto más decididamente se concentra en lo que la caracteriza: la apertura a Dios, la enseñanza de una fraternidad universal y la promoción de una cultura de solidaridad (n.9) (45n).

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (13-I-2003). El conflicto de Iraq.**

“Me impresiona personalmente el sentimiento de miedo que atenaza frecuentemente el corazón de nuestros contemporáneos. El terrorismo pertinaz que puede atacar en cualquier momento o lugar; el problema no resuelto del Medio Oriente, Tierra Santa e Iraq ...(n.2). Pero todo puede cambiar. Depende de cada uno de nosotros. Todos pueden desarrollar en sí mismos su potencial de fe, de rectitud, de respeto al prójimo, de dedicación al servicio de los otros” (n.3).

No se sorprenderán si (...) enuncio a este respecto algunos imperativos que me parecen necesarios seguir si se quiere evitar que pueblos enteros, y quizás también la humanidad misma, no se hundan en el abismo” (n.3).

- Un Sí a la vida”: respetar la vida y las vidas. Todo empieza aquí.
- Respeto del derecho
- El deber de solidaridad
- ¡No a la muerte!
- ¡No al egoísmo!
- ¡No a la guerra! (n.4)

El derecho internacional, el diálogo leal, la solidaridad entre los Estados, el ejercicio tan noble de la diplomacia, son los medios dignos del hombre y las naciones para solucionar sus contiendas. Digo eso penando en

los tan numerosos conflictos que todavía aprisionan a nuestros hermanos, los hombres. En Navidad, Belén nos ha recordado la crisis no resuelta del medio oriente, donde los pueblos, el israelí y el palestino, están llamados a vivir uno junto al otro, igualmente libres y soberanos y recíprocamente respetuosos. Sin repetir lo que os dije el año pasado en circunstancias parecidas, me conformaré con añadir hoy, ante el empeoramiento constante de la crisis medio-oriental, que su solución nunca podrá ser impuesta recurriendo al terrorismo o a los conflictos armados, pensando que la solución consiste en victorias militares (n.4).

Y, ¿qué decir de la amenaza de una guerra que podría recaer sobre las poblaciones de Iraq, tierra de los profetas, poblaciones ya extenuadas por más de doce años de embargo? La guerra nunca es un medio como cualquier otro, al que se puede recurrir para solventar disputas entre naciones (...) (n.4).

Por tanto, es posible cambiar el curso de los acontecimientos si prevalece la buena voluntad, la confianza en el otro, la puesta en práctica de los compromisos adquiridos y la cooperación entre miembros responsables (n.5).

El diálogo ecuménico entre cristianos y los contactos respetuosos con las otras religiones, en particular con el Islam, son el mejor antídoto contra las desviaciones sectarias, el fanatismo y el terrorismo religioso” (n.7).

El conflicto de Iraq

El Card. R. Etchegaray visita a Sadam Husein (15-II-2003) para entregarle un mensaje de Juan Pablo II a favor de la paz en Iraq.

Juan Pablo II recibe a distintas personalidades con la finalidad de evitar la guerra en Iraq:

Tarek Aziz, Viceprimer Ministro iraquí (14-II-2003).

Kofi Annan, Secretario General de la ONU (18-II-2003).

Tony Blair, primer Ministro Británico (22-II-2003).

José M^a Aznar, Presidente del Gobierno de España (27-II-2003)

El Arzobispo Jean Louis Touran recibe el 24 de II de 2003 a embajadores y encargados de negocios de 174 países para exponer la posición de la Santa en la actual crisis iraquí: “No a la guerra”.

El Cardenal Pìo Laghi se entrevista con el Presidente de los Estados Unidos, George Bush (5-III-2003), a quien entrega un mensaje de Juan Pablo

II en el que se exponen “la posición y las iniciativas emprendidas por la Santa Sede para contribuir al desarme y a la paz en Oriente medio”. La Santa Sede es contraria a la guerra en Iraq.

*** Audiencia General del 5 de marzo de 2003: miércoles de Ceniza**

Juan Pablo II hace un llamamiento a la responsabilidad de todos ante la grave crisis de Iraq: “Se precisa por parte de todos una asunción consciente de responsabilidad y un esfuerzo común para evitarle a la Humanidad otro conflicto dramático” (n.3).

El Santo Padre invita a una oración intensa para que no se llegue a la guerra en Iraq. “Ojala esta jornada de oración y de ayuno por la paz, con la que abrimos la Cuaresma, se traduzca en gestos concretos de reconciliación. (...) Encomendamos estos deseos nuestros a la intercesión de la Virgen María, Reina de Rosario y Madre de la Paz” (n.5).

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de la Conferencia Episcopal de Indonesia, con ocasión de su visita “ad limina” (29-III-2003).**

- La Iglesia y la construcción de una nueva sociedad

“Vuestro liderazgo ayuda a garantizar la presencia de la Iglesia en la vanguardia del fomento de la paz y la armonía en un país compuesto por tantos grupos diferentes. Por ello, vuestra Conferencia persigue reflejar el lema “Unidad en la diversidad”, que figura en el escudo de vuestra nación. Vuestras diferentes procedencias étnicas y culturales, aunadas en un clima de fe, diálogo y confianza mutua, pueden proporcionar un modelo de esperanza para toda Indonesia. Al principio de la una nueva era, Indonesia se enfrenta al desafío de construir una sociedad basada en los principios democráticos de la libertad, y la igualdad de sus ciudadanos, independientemente de su lengua, raza, procedencia étnica o religión. No dudo en que la Iglesia seguirá implicándose activamente en este esfuerzo alentando a todas las gentes a seguir uniéndose en el ejercicio de sus responsabilidades cívicas mediante el diálogo y la apertura, evitando todo tipo de prejuicio o intolerancia. El desarrollo de una sociedad que encarne estos ideales democráticos ayudará a frenar la inquietante violencia que ha atormentado tristemente vuestra tierra durante los últimos años.

- La libertad religiosa

La libertad religiosa, que ha sido una de las características tradicionales de la sociedad Indonesia, está garantizada por la Constitución de la nación. La Iglesia ha de permanecer siempre vigilante para asegurar el respeto de este principio en los ámbitos federal y local.

- La atención a los pobres

Debe prestarse especial atención a los pobres. La Iglesia está convencida de que “la promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la Humanidad entera”. Al ser el mensaje de Cristo un mensaje de esperanza, sus seguidores siempre han de asegurarse que los menos afortunados entre ellos, cualesquiera que sean su religión o procedencia étnica, se vean tratados con la dignidad y el respeto que exige el Evangelio. La promoción de los derechos fundamentales de los débiles constituye el camino seguro hacia una sociedad estable y productiva. La Iglesia está llamada a “estar junto a estas multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad” (SRS,39) (n.2).

- La educación

Una de las formas más eficaces que tiene la comunidad cristiana para ayudar a los pobres pasa a través de la educación. (...) La educación católica, a fuer de parte importante de la misión catequética y evangelizadora de la Iglesia, ha de basarse en una filosofía en la que fe y cultura quedan asociadas en unidad armónica (n.3).

- Al servicio de Indonesia

Deseo aquí aseguraros mi honda preocupación por el amado pueblo indonesio en este momento en que se ha incrementado la tensión en el mundo entero. Jamás debemos permitir que la guerra divida a las religiones del mundo. Os aliento a aprovechar este momento perturbador como ocasión para colaborar, como hermanos comprometidos con la paz, con vuestra propia gente, con los creyentes de otras religiones y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para asegurar entendimiento, cooperación y solidaridad. No permitamos que una tragedia humana se transforme también en catástrofe religiosa (n.5).

*** “Angelus” del domingo 23 de marzo de 2003**

El Papa cercano a las víctimas de la guerra de Iraq: “Dirijámonos ahora a María Santísima (...). A Ella encomendamos especialmente las víctimas de

estas horas de guerra y sus familiares dolientes, a quienes me siento espiritualmente cercano con el afecto y la oración”

*** Declaración de la Secretaría de Estado de la Santa Sede sobre la Guerra de Iraq (10-IV-2003)**

“Esta Secretaría de Estado, una vez conocidos los últimos acontecimientos registrados en Bagdad, que constituyen un hito importante en el conflicto iraquí y una oportunidad significativa para el futuro de la población, hace votos por una muy rápida terminación de las operaciones militares que tienen lugar en el resto del país, con vistas a evitar más víctimas, tanto civiles como militares, y más sufrimientos para aquellos pueblos.

Al perfilarse ahora la reconstrucción material, política y social de Iraq, la Iglesia católica está dispuesta, a través de sus instituciones sociales y caritativas, a prestar la ayuda necesaria. También las diócesis de Iraq están dispuestas a ofrecer sus estructuras para contribuir a una distribución equitativa de la ayuda humanitaria.

Esta Secretaria de Estado hace votos una vez más porque, al acallarse el fragor de las armas, los iraquíes y la comunidad internacional sepan aprovechar el actual y exigente reto de hacer que nazca definitivamente una era de paz en el Oriente Próximo” .

*** Presencia de Jun Pablo II en Bosnia-Herzegovina**

- Discurso de Juan Pablo II en el Aeropuerto internacional de Banja Luka en Bosnia-Herzegovina; 22 de junio de 2003.

En una tierra que ha conocido tantos sufrimientos y sacrificio, no podía falta la palabra de Juan Pablo II invitando a la reconciliación y a la paz.

“Para que la sociedad asuma un rostro auténticamente humano y todos puedan afrontar el futuro con confianza es necesario rehacer el hombre desde el interior, curando las heridas y realizando una auténtica purificación de la memoria mediante el perdón recíproco. En el hondón del corazón estriba la raíz de todo bien, y, por desgracia, también, la de todo mal (cf. Mc.7,21-23). Ahí tiene que realizarse el cambio, gracias al cual será posible renovar el entramado social e instaurar relaciones humanas abiertas a la colaboración entre las fuerzas vivas del país” (n.3).

- Homilía en la beatificación del siervo de Dios Iván Merz (Banja Luka, Bosnia-Herzegovina; 22-Junio de 2003).

En la beatificación de un hijo de estas tierras, el Santo Padre pide perdón por las culpas de todos e invita de nuevo a todos a la reconciliación, como camino hacia la paz definitiva:

“Amados hijos de esta Iglesia peregrina en Bosnia-Herzegovina, abro de par en par en mis brazos para acogerlos y deciros que ocupáis un importante lugar en el corazón del Papa, que presenta constantemente ante el Señor el sufrimiento que aún grava sobre vuestro camino y que comparte con vosotros, en la esperanza, en la expectación de días mejores.

Desde esta ciudad, marcada a lo largo de la historia por tanto sufrimiento y tanta sangre, imploro al Señor Todopoderoso que se apiade de las culpas cometidas contra el hombre, contra su dignidad y contra su libertad también por parte de hijos de la Iglesia católica, y que infunda en todos el deseo del perdón recíproco. Sólo en un clima de reconciliación auténtica no resultarán vanos el recuerdo de tantas víctimas inocentes y su sacrificio, que, al contrario, nos alentarán a construir nuevas relaciones de fraternidad y comprensión” (n.2).

- Discurso de despedida en el aeropuerto de Banja Luka (22-VI-2003)

“Sobre todo invoco abundantes las bendiciones del Altísimo, al que pido que suscite en el corazón de cada uno sentimientos de perdón, de reconciliación, de fraternidad. Estos son los firmes cimientos de una sociedad digna del hombre y agradable a Dios”.

*** Mensaje de Juan Pablo II a los cardenales Lubomyr Husar y Marian Jaworsky, con ocasión del LXX aniversario del “Holodomor”, en Ucrania.**

“Vuelven a la memoria las enérgicas palabras de mi antecesor el Papa Pío XI (...) quien al referirse a las políticas de los gobernantes soviéticos de la época, distinguía con claridad entre gobernantes y súbditos, y, al tiempo que exculpaba a éstos, denunciaba abiertamente las responsabilidades de un sistema “desconocedor del origen auténtico de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la persona, de su dignidad y libertad”. (n.2).

“¿Cómo no pensar, a este respecto, en la destrucción de tantas familias, en el dolor de innumerables huérfanos, en el quebranto de toda la trabazón social? Mientras me siento cercano a quienes sufrieron las consecuencias del triste drama de 1933, deseo reafirmar la necesidad de recordar aquellos hechos

para que una vez más podamos repetir juntos: ¡Nunca más! La conciencia de las aberraciones pasadas se traduce en constante estímulo con vistas a construir un porvenir más a la medida del hombre y a oponerse a toda ideología que profane la vida, la dignidad, las justas aspiraciones de la persona (n.2). La experiencia de aquella tragedia ha de dirigir hoy el sentido y la actuación del pueblo ucraniano hacia perspectivas de concordia y cooperación (n.3).

Al sentimiento de cristiano sufragio por quienes murieron debido a una insensato designio homicida, ha de acompañarse la voluntad de edificar una sociedad en la que el bien común, la ley natural, la justicia para todos y el derecho de gentes sean las directrices constantes con vistas a una renovación eficaz de los corazones y de las mentes de todos los que se honran de la pertenencia al pueblo ucraniano. De esta manera, el recuerdo de los acontecimientos pasados se convertirá en fuente de inspiración para la generación presente y para las venideras” (n.3). Ecclesia, n.3188; 17-I-2004;32-33).

d) Servicio a la paz durante el año 2004

- Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial para la paz (1-I-2004): “Para lograr la paz, educar para la paz”.

Los distintos aspectos de la paz ya han sido ilustrados abundantemente. Ahora no nos queda más que actuar para que el ideal de la convivencia pacífica, con sus precisas exigencias, entre en la conciencia de los individuos y de los pueblos. Los cristianos sentimos, como característica propia de nuestra religión, el deber de formarnos a nosotros mismos y a los demás para la paz. En efecto, para el cristiano la paz es anunciar a Cristo que es “nuestra paz” (Ef.2,14) y anunciar su evangelio que es “el Evangelio de la paz” (Ef.6,15), exhortando a todos a la bienaventuranza de ser “constructores de la paz” (Mt.5,9) . (n.3).

La Iglesia ha enseñado siempre y sigue enseñando una evidencia muy sencilla: la paz es posible. Más aún, la Iglesia no se cansa de repetir: la paz es necesaria. Esta se ha de construir sobre las cuatro bases indicadas por el beato Juan XXIII: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Se impone, pues, un deber a todos los amantes de la paz: educar a las nuevas generaciones en estos ideales, para preparar una era mejor para toda la humanidad (n.4)..

En este cometido de educar para la paz, se ve la urgente necesidad de enseñar a los individuos y los pueblos a respetar el orden internacional y observar los compromisos asumidos por las Autoridades, que los representan

legítimamente. La paz y el derecho internacional están íntimamente unidos entre sí: el derecho favorece la paz (n.5).

Para instaurar la verdadera paz en el mundo, la justicia ha de completarse con la caridad. El derecho es, ciertamente, el primer camino que se debe tomar para llegar a la paz. Y los pueblos deben ser formados en el respeto de este derecho. Pero no se llegará al final del camino si la justicia no se integra en el amor. A veces, justicia y amor aparecen ser fuerzas antagónicas. Verdaderamente, no son más que las dos caras de una misma realidad, dos dimensiones de la existencia humana que deben completarse mutuamente. Lo confirma la experiencia histórica. Esta enseña cómo, a menudo, la justicia no consigue liberarse del rencor, del odio e incluso de la crueldad. Por sí sola, la justicia no basta. Más aún, puede llegar a negarse a sí misma, si no se abre a la fuerza más profunda que es el amor. Por eso he recordado varias veces a los cristianos y a todas las personas de buena voluntad la necesidad del perdón para solucionar los problemas, tanto de los individuos como de los pueblos. ¡No hay paz sin perdón! (...)

El cristiano sabe que el amor es el motivo por el cual Dios entra en relación con el hombre. Es también el amor lo que Él espera como respuesta del hombre. Por eso el amor es la forma más alta y más noble de relación de los seres humanos entre sí. El amor debe animar, pues, todos los ámbitos de la vida humana, extendiéndose igualmente al orden internacional. Sólo una humanidad en la que reine la “civilización del amor” podrá gozar de una paz auténtica y duradera” (45ñ).

- Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de Colombia con motivo de su visita “ad limina” (17-VI-2004).

Juan Pablo II invita a los obispos a hacer realidad la tarea principal de la Iglesia: la evangelización:

“La Iglesia, fiel al mandato de Jesús sigue haciendo de la evangelización su acción principal. (...) En el caso particular de vuestro país, donde desde hace años se vive un conflicto interno que causa tantas víctimas inocentes, tanto dolor a las familias y a la sociedad, que genera pobreza, inseguridad y merma las capacidades de desarrollo integral, vosotros sois conscientes de que en las opciones pastorales hay que dar prioridad a la paz y la reconciliación, contribuyendo así a edificar la sociedad sobre los sólidos principios cristianos de la verdad, la justicia, el amor y la libertad, fomentando también el perdón que nace del sincero deseo de reconciliación con Dios y con los hermanos” (...) (n. 4).

“No dudéis nunca en poner todo el celo y empeño pastorales en promover la reconciliación, que se deriva de la evangelización, con la íntima convicción de que iluminará la acción de los laicos cristianos y podrá ser remedio eficaz y permanente para los duros y graves males que actualmente padecen muchos ciudadanos de vuestra nación, a causa del conflicto civil interno, que ha causado tantos muertos incluso entre los servidores del Evangelio” (n.4) (45o).

- Mensaje de Juan Pablo II al Card. Walter Kasper, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos, con ocasión del XVIII Encuentro “Hombres y religiones” (Milán, 5-VII-2004).

En 1993, los líderes religiosos reunidos por vez primera en Milán en el VII Encuentro “Hombres y religiones”, lanzaban al mundo un llamamiento: “Que ningún odio, ningún conflicto, ninguna guerra hallen en las religiones un incentivo. La guerra no puede estar motivada por las religiones. ¡Que las palabras de las religiones sean siempre palabras de paz! ¡Que la vida de la fe abra al diálogo y a la comprensión! ¡Que las religiones guíen los corazones a pacificar a tierra!”.

Durante los últimos años, muchos son los que han acogido este llamamiento y se han puesto al servicio de la paz y del diálogo en los más diversos países del mundo. Con frecuencia el espíritu del diálogo y de la comprensión ha trazado itinerarios de reconciliación.

Por desgracia, han surgido nuevos conflictos; es más: ha ido extendiéndose una mentalidad según la cual el conflicto entre mundos religiosos y civilizaciones se considera prácticamente un legado inevitable de la historia.

¡Ello no es verdad! ¡Siempre es posible la paz! Siempre se debe cooperar para erradicar de la cultura y de la vida los gérmenes de amargura e incompreensión presentes en ella, así como la voluntad de prevalecer sobre el otro, la arrogancia del propio interés y el desprecio por la identidad ajena. Y es que precisamente en estos sentimientos descansan los presupuestos de un futuro de violencia y de guerra. ¡El conflicto nunca es inevitable! Y las religiones tienen la especial tarea de recordar a todos los hombres y mujeres esta toma de conciencia que es, al mismo tiempo, don de Dios y fruto de la experiencia histórica de tantos siglos.

Esto es lo que llamé “espíritu de Asís”. Nuestro mundo necesita este espíritu. Necesita que de él dimanen convicciones y comportamientos que

afiancen la paz, reforzando las instituciones internacionales y fomentando la reconciliación.

El “espíritu de Asís” incita a las religiones a brindar su aportación a ese nuevo humanismo del que el mundo contemporáneo tan necesitado anda” (n.2).

El mundo necesita paz. Cada día llegan noticias de violencias, de atentados terroristas, de operaciones militares. ¿Acaso está abandonando el mundo la esperanza de alcanzar la paz? Se tiene la impresión de una adaptación progresiva al empleo de la violencia y al derramamiento de sangre inocente. Ante tan preocupantes datos, me inclino pensativo sobre las Escrituras y en ellas encuentro las consoladoras palabras de Jesús: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn.14, 27). Son palabras que prenden la esperanza en los cristianos que creemos en Él, “nuestra paz”. (...) Quiero “pedir a todos que, lejos de ceder ante la lógica de la violencia, de la revancha y del odio, se persevere en cambio en el diálogo” (n.3).

El encuentro de Milán ilustra la necesidad de emprender con determinación el camino auténtico de la paz, que no pasa jamás por la violencia y siempre, en cambio, por el diálogo. Es sobradamente conocido -lo saben especialmente quienes proceden de tierras ensangrentadas por conflictos- que la violencia siempre genera violencia. La guerra abre de par en par las puertas al abismo del mal. Con la guerra todo se vuelve posible, incluso lo que carece de cualquier lógica. Por ello la guerra siempre ha de considerarse una derrota: una derrota de la razón y de la Humanidad. Que llegue pronto pues, una conmoción espiritual y cultural que induzca a los hombres a desterrar la guerra. Sí: ¡nunca jamás la guerra!” (n.4) (45p).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Sr. Wolfgang Petritsch, presidente de la I Conferencia de Examen de la Convención de Ottawa sobre la Prohibición de Minas Antipersona (Nairobi; 29-XI / 3-XII- 2004).**

“La Santa Sede ha emprendido una campaña de sensibilización de las Iglesias locales al problema de las minas antipersona difundiendo un gran volumen de información sobre tan grave cuestión, solicitando un compromiso activo al respecto y pidiendo además oraciones por las víctimas de las minas antipersona y por el éxito de la Conferencia.

Importa seguir esforzándose, especialmente en el ámbito de la destrucción de las existencias de municiones, de la retirada de minas y de la reinserción socioeconómica de las víctimas de las mismas. Las minas antipersona matan y mutilan a numerosas víctimas inocentes. Y también

obstaculizan gravemente la economía de los países en vías de desarrollo, privándolos de muchos terrenos agrícolas que permanecen minados y cuyo cultivo se revela esencial para supervivencia de esas naciones. ¡Esta situación tiene que acabar! (n.2).

“Resulta oportuno fomentar una cooperación bilateral y multilateral cada vez más productiva entre los países afectados por esta lacra y los que no lo están, entre los países pobres y los países ricos, adoptando las decisiones políticas pertinentes y las disposiciones económicas consiguientes, manifestaciones todas del compromiso sincero y real de los Estados firmantes con el proceso en curso (n.3)..

Resulta de capital importancia dedicar una atención especial a las víctimas de las minas antipersona, incluso una vez llevadas a cabo la destrucción de las existencias y la retirada de las minas (n.4).

e) Servicio a la paz durante el año 2005

***Mensaje para la XXXVIII Jornada Mundial de la Paz, año 2005**

Insertamos las afirmaciones más importantes de este mensaje:

- La paz es un bien que se promueve con el bien: es un bien para las personas, las familias, las Naciones de la tierra y para toda la humanidad; pero es un bien que se ha de custodiar y fomentar mediante iniciativas y obras buenas (cf. Rm.12,17.21) (n.1).

- La humanidad ha tenido desde sus orígenes la trágica experiencia del mal y ha tratado de descubrir sus raíces y explicar sus causas. El mal no es una fuerza anónima que actúa en el mundo por mecanismos deterministas e impersonales. El mal pasa por la libertad humana. (...) El mal tiene siempre un rostro y un nombre: el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que libremente lo eligen (...) (n.2).

- Al contemplar la situación actual del mundo no se puede ignorar la impresionante proliferación de múltiples manifestaciones sociales y políticas del mal: desde el desorden social a la violencia y a la supresión del otro.. Para orientar el propio camino frente a la opuesta atracción del bien y del mal, la familia humana necesita urgentemente tener en cuenta el patrimonio común de valores morales recibidos como don de Dios. (...) San Pablo nos invita a fomentar actitudes nobles y desinteresadas de generosidad y de paz (cf. Rm.12,17-21) (n.3).

- Para conseguir el bien de la paz es preciso afirmar con lúcida convicción que la violencia es un mal inaceptable y que nunca soluciona los problemas. “La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano” (Homilía en Drogheda, Irlanda,, 29-IX1979; 9) (n.4).

- Para promover la paz, venciendo el mal con el bien, hay que tener en cuenta el bien común y sus consecuencias sociales y políticas. En efecto, cuando se promueve el bien común en todas sus dimensiones, se promueve la paz (...). El bien común exige, por tanto, respeto y promoción de la persona y de sus derechos fundamentales, así como el respeto y promoción de los derechos de las Naciones en una perspectiva universal (n.5).

- Basta que un niño sea concebido para que sea titular de derechos, merezca atención y cuidados, y que alguien deba proveer a ello. La condena del racismo, la tutela de las minorías, la asistencia a los prófugos y refugiados, la movilización de la solidaridad internacional para todos los necesitados, no son sino aplicaciones coherentes del principio de la ciudadanía mundial (n.6).

- El bien de la paz se ha de considerar hoy en estrecha relación con los nuevos bienes provenientes del conocimiento científico y del progreso tecnológico”, que “deben ser puestos al servicio de las necesidades primarias del hombre” (n.7).

- El principio del destino universal de los bienes permite (...) afrontar adecuadamente el desafío de la pobreza, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones de miseria en que viven aún más de mil millones de seres humanos (...). El drama de la pobreza está en estrecha conexión con el problema de la deuda externa de los Países pobres. A pesar de los logros significativos conseguidos hasta ahora la cuestión no ha encontrado todavía una solución adecuada (n.8).

- Es necesaria una movilización moral y económica, que respete los acuerdos tomados en favor de los Países pobres, por un lado, y por otro dispuesta también a revisar dichos acuerdos cuando la experiencia demuestre que son demasiado gravosos para ciertos países” (n.9) (46).

- Ningún hombre, ninguna mujer de buena voluntad puede eximirse del esfuerzo en la lucha para vencer al mal con el bien. Es una lucha que se combate eficazmente sólo con las armas del amor. Cuando el bien vence al mal, reina el amor y donde reina el amor reina la paz (n.12).

*** Alocución en el 60º Aniversario de la liberación de Auschwitz-Birkenau (Polonia), 15-I-2005**

“Se cumplen 60 años de la liberación de los prisioneros del campo de exterminio de Auschwitz-Bikernau. En esta circunstancia, no se puede por menos de volver con la memoria al drama que tuvo lugar allí, fruto trágico de un odio programado. Durante estos días es preciso recordar a los varios millones de personas que sin ninguna culpa soportaron sufrimientos inhumanos y fueron aniquiladas en las cámaras de gas y en los crematorios. Me inclino ante todos los que experimentaron aquella manifestación del “mysterium iniquitatis”.

Ante la tragedia de la Shoah a nadie le es lícito pasar de largo. Aquel intento de destruir de modo programado a todo un pueblo se extiende como una sombra sobre Europa y sobre el mundo entero; es un crimen que mancha para siempre la historia de la humanidad. Que esto sirva, al menos hoy y en el futuro, como una advertencia: no se debe ceder ante las ideologías que justifican la posibilidad de pisotear la dignidad humana a causa de la diversidad de raza, de color en la piel, de lengua o de religión. Dirijo este llamamiento a todos y, particularmente, a los que en nombre de la religión recurren al atropello y al terrorismo.

Yo mismo pasando en meditación orante de una lápida a otra y encomendando a la Misericordia divina a todas las víctimas pertenecientes a las naciones afectadas por las atrocidades de la guerra. Oré también para obtener, a través de su intercesión, el don de la paz para el mundo. Sigo orando...

Hablando de las víctimas de Auschwitz, no puedo menos de recordar que, en medio de ese indescriptible cúmulo de mal, hubo también expresiones heroicas de adhesión al bien. Ciertamente, numerosas personas aceptaron con libertad de espíritu someterse al sufrimiento y demostraron amor no sólo a sus compañeros prisioneros, sino también a sus verdugos. Muchos lo hicieron por amor a Dios y al hombre; otros, en nombre de los valores espirituales más elevados. (...) Incluso en el abismo del sufrimiento puede triunfar el amor. El testimonio de este amor, dado en Auschwitz, no puede caer en el olvido. Debe despertar incesantemente las conciencias, extinguir los conflictos y exhortar a la paz. (...)

¡Que jamás se repita, en ningún rincón de la tierra, lo que sufrieron hombres y mujeres a quienes lloramos desde hace sesenta años!” (46a).

J) El diálogo “fe–razón”, “fe–vida”, “fe– cultura”.

Juan Pablo II alentó siempre el diálogo entre la fe y la razón, como cristiano e intelectual que era. Un signo de la preocupación del Santo Padre es la creación del “Pontificio Consejo para la cultura”.

A modo de introducción

- La fe:

Juan Pablo II, teniendo en cuenta que la fe es una realidad compleja y rica de contenido, nos explica su naturaleza con varias expresiones.

Ofrecemos algunas de ellas:

+ “La apertura del corazón humano ante la comunicación de Dios por el Espíritu Santo” (DeV 51);

+ “No es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida” (VS 88).

+ “Una decisión que afecta a toda la existencia; es encuentro, diálogo, comunión de amor y de vida del creyente con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Implica un acto de confianza y abandono en Cristo, y nos ayuda a vivir como Él vivió (cf. Gál.2,20), o sea, en el mayor amor a Dios y a los hermanos (VS 88).

+ “Por su propia naturaleza, la fe interpela la inteligencia, porque descubre al hombre la verdad sobre su destino y el camino para alcanzarlo” (VS 109).

- La cultura:

Para el Santo Padre la verdadera cultura es “la humanización”, mientras que la no-cultura y las falsas culturas son deshumanizadoras. En efecto, “en la elección de la cultura el hombre compromete su destino” (46b). “La cultura es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea, y mediante ella, el hombre se crea a sí mismo” (46c).

“La persona humana no podrá desarrollarse plenamente, tanto a nivel individual como social, si no es mediante la cultura (...) El hombre no sólo es el artífice de la cultura, sino también su principal destinatario” (Homilía a los jóvenes; Lisboa, 14-V-1982).

“La cultura se orienta a la realización de la persona, en todas sus dimensiones, en todas sus capacidades. El objetivo primario de la cultura es el desarrollo del hombre en cuanto hombre” (Homilía a los jóvenes. Lisboa; 14-V-1982).

- Relación entre la fe y la razón humana:

+ “La fe no teme a la razón, sino que la busca y confía en ella. (...) La fe supone y perfecciona la razón.(...) La razón, iluminada por la fe, es liberada de la fragilidad y de los límites que derivan de la desobediencia del pecado y encuentra la fuerza necesaria para elevarse al conocimiento del misterio de Dios Uno y Trino”. (FetR 43).

+ “La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. (...) A la parresía de la fe debe corresponder la audacia de la razón” (FetR 48).

+ “La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (FetR. Preámbulo)

- Evangelización de las culturas:

“La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe” (46d). “Creemos que el Evangelio debe penetrar, elevar y purificar todas las culturas” (46e). “El vínculo entre el Evangelio y el hombre es creador de cultura” (46f).

- Llamada a los sacerdotes:

“Pensad que la Iglesia os ha confiado, a vosotros de manera especial, la inmensa tarea de la evangelización de la cultura en el mundo, que si por una parte parece cada vez más secularizado, por otra manifiesta que sin Dios la vida del hombre no tiene sentido. Sólo una cultura impregnada de esperanza cristiana, que sepa dar respuesta a estas inquietudes trascendentales del corazón humano, merecerá el nombre de “nuevo humanismo, en el que el hombre quede definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia” (GS.55) (46g).

- Inculturación:

“La inculturación es la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de éstas en la vida de la iglesia” (46h).

Documentos, alocuciones... de Juan Pablo II

Presentamos a continuación unas enseñanzas del Santo Padre sobre este tema tan importante en todos los tiempos (46i).

*** Alocución dirigida a los Obispos (Kenia; Mayo-1980)**

El Santo Padre había dicho a los africanos: “ desead ser plenamente cristianos y plenamente africanos”. Ahora, en el corazón de África, exhorta vivamente a realizar la obra importante de la evangelización de la cultura: “Será realmente un reflejo de la Encarnación del Verbo, cuando una cultura transformada y regenerada por el Evangelio, produzca de su propia viva tradición expresiones originales de vida, de celebración, de pensamiento cristiano. Para conseguirlo hay una fórmula: llevad a Cristo al corazón de la vida africana y elevad toda la vida africana a Cristo. De modo que no sólo el cristianismo esté presente en África, sino que Cristo, en los miembros de su cuerpo, sea Él mismo africano”.

*** Alocución ante el Presidente de Ghana (Acra; mayo 1980)**

El Santo Padre reconoce los valores que tiene la cultura africana y que debe compartir con el mundo: “ África tiene algo especial que ofrecer al mundo; una concepción del universo en la que lo sagrado ocupa un lugar central; un profundo conocimiento del lazo existente entre el Creador y la naturaleza; un gran respeto por toda forma de vida; un sentido de la familia y de la comunidad, que florece en la acogida y en la hospitalidad abierta y gozosa”.

*** Allocución en Costa de Marfil (mayo-1980)**

El Santo Padre invita a los africanos a conservar sus auténticas riquezas culturales ante la invasión de modas importadas de otros lugares. Con ello, afirma que la evangelización no destruye nada de lo verdadero y bueno que tienen las culturas humanas. Estas son sus palabras: “Existe el gran peligro de querer importar y copiar simplemente lo que se hace fuera por la sola razón de que proviene de países que se llaman avanzados. ¿Avance hacia qué? (...) Debéis oponeros a la invasión de visiones del hombre y de la sociedad que son parciales y materialistas, y que amenazan el camino de África hacia un desarrollo verdaderamente humano y africano”.

*** Discurso en la UNESCO (2 de Junio de 1980)**

De este profundo discurso del Santo Padre, ponemos de relieve algunos aspectos que juzgamos de verdadero interés y que ofrecemos para su meditación.

- “Toda amenaza contra los derechos del hombre, ya sea en el marco de sus bienes espirituales o en el de sus bienes materiales, causa violencia a esta dimensión fundamental que es el hombre, el hombre en su integridad, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y de los valores espirituales. El respeto a los derechos inalienables de la persona humana constituye la base de todo (n.4).

- “La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” del hombre. El hombre vive siempre según una cultura, que le es propia y que a su vez crea entre los hombres un vínculo propio también, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. En la unidad de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la pluralidad de culturas, en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad, sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser” (n.6).

- El hombre que se expresa y se objetiva en y por la cultura es único, completo e indivisible. Esa la vez sujeto y artífice de la cultura. A partir de ahí no se le puede considerar únicamente como la resultante de todas las condiciones concretas de su existencia, como la resultante - por no citar más que un ejemplo- de las relaciones de producción que predomina en una época determinada. (...). Ciertamente, este criterio de las relaciones de producción, sin duda alguna, constituye una clave, y una clave preciosa incluso, pero no es la fundamental, la constitutiva. Las culturas humanas reflejan, esto no tiene la menor duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o cual sistema el que constituye el origen de la cultura, sino es más bien el hombre, el hombre que vive del sistema, que lo acepta o trata de cambiarlo. No se puede concebir una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; pero en el campo cultural, el hombre siempre es el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura” (n.8).

- Pienso ahora en la unión fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma. Esta unión es, en efecto, creadora de cultura en su fundamento mismo. Para crear cultura, es necesario considerar, hasta en sus últimas consecuencias y totalmente, al hombre como un valor particular y autónomo, como el sujeto portador de la trascendencia de la persona. Es necesario afirmar al hombre por él mismo, y no por cualquier otro motivo o razón: ¡únicamente por él mismo! Más aún, es necesario amar al hombre por ser hombre, es necesario reivindicar el amor para el hombre en razón de la dignidad particular que posee. La totalidad de las afirmaciones relativas al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo, y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos han podido declarar sobre la materia, y todo lo que han podido hacer las diversas corrientes opuestas a la religión en general, y al cristianismo en particular.

Allí donde se han suprimido las instituciones religiosas, allí donde las ideas y las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de la inspiración cristiana, han sido privadas de su derecho de ciudadanía, los hombres vuelven a encontrar de nuevo estos mismos datos fuera de los caminos institucionales, por la confrontación operada, en la verdad y en el esfuerzo interior, entre lo que constituye su humanidad y lo contenido en el mensaje cristiano (n. 10).

- La primera y esencial tarea de la cultura en general, y también de toda cultura, es la educación. La educación consiste en ser el hombre cada vez más hombre; en que él pueda “ser” más y no solamente que pueda “tener” más; y, en consecuencia, a través de todo lo que “tiene”, todo lo que “posee”, sepa él cada vez más plenamente “ser” hombre. Para esto es necesario que el hombre

sepa “ser más” no solamente “con los otros”, sino también “para los otros”. La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones inter-humanas y sociales (n. 11).

- Séame permitido reivindicar en este lugar, para las familias católicas, el derecho perteneciente a todas las familias de educar a sus hijos en escuelas que corresponden a su propia visión del mundo, y en particular el derecho estricto de los padres creyentes a no ver a sus hijos sometidos, en las escuelas, a programas inspirados por el ateísmo. Se trata, en efecto, de uno de los derechos fundamentales del hombre y de la familia (n.18).

- Llamada la ciencia a ponerse al servicio de la vida del hombre, se constata con frecuencia estar sometida a finalidades que son destructoras de la verdadera dignidad del hombre y de la vida humana. Esto es lo que ocurre cuando la investigación científica está orientada hacia esos fines o cuando sus resultados se aplican a fines contrarios al bien de la humanidad. Esto se verifica tanto en el terreno de las manipulaciones genéticas y de las experimentaciones biológicas como en el de las armas químicas, bacteriológicas o nucleares. (n.21)

- El mundo no podrá seguir mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha adquirido conciencia de la situación y de lo que está en juego, al hombre que tiene presente, aunque sea sólo de forma elemental, las responsabilidades que incumben a cada uno, se le impone una convicción, que es al mismo tiempo un imperativo moral: ¡Hay que movilizar las conciencias! Hay que aumentar los esfuerzos de las conciencias humanas en la medida de la tensión entre el bien y el mal a la que están sometidos los hombres al final del siglo XX. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia (cf. RH, n.16). La causa del hombre será servida si la ciencia se une a la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva “el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre” (n.22) (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, III/1 (1980), 1636-1655) (47).

*** Encuentro de Juan Pablo II con los hombres y mujeres de ciencia (Catedral de Colonia (Alemania), Noviembre 1980).**

Juan Pablo II ha mantenido un encuentro con los hombres y mujeres de ciencia y de universidad porque desea mantener y reavivar el diálogo sincero y honesto entre la fe y la ciencia. De su excelente discurso, destacamos unas afirmaciones:

“La Iglesia no teme, más aún, excluye, que una ciencia fundada sobre motivos racionales y que proceda con seriedad metodológica, pueda llegar a conocimientos en conflictos con las verdades de la fe”.

“La dignidad personal del hombre representa la instancia sobre la cual hay que juzgar todo empeño cultural. Es indispensable que la ciencia no haga esclavo al hombre”.

“Urge el diálogo realista, respetuoso y perseverante entre ciencia e Iglesia. Nos necesitamos recíprocamente. La Iglesia está disponible”.

*** Discurso de Juan Pablo II al primer Congreso “Compromiso Cultural”, 16-I-1982.**

En este Discurso el Santo Padre hace una afirmación emblemática: “La síntesis entre cultura y fe no sólo es una exigencia de la cultura, sino también de la fe”.

Años más tarde afirma el Papa: “Estoy firmemente convencido de que el diálogo entre la Iglesia y la cultura es sumamente importante para el futuro de la humanidad. (...) Creemos que el Evangelio debe penetrar, elevar y purificar todas las culturas” (Discurso a los intelectuales en Corea, 5-V-1984).

Poco después, dice: “la fe y la cultura están llamadas encontrarse y a inter-actuar precisamente en el terreno de las comunicaciones” (Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones sociales, celebrada el día 24 de mayo de 1984).

En el año 1989 afirma Juan Pablo II: “tenéis que construir puentes entre el mundo de la cultura y el mundo de la fe. Por medio de vuestro testimonio de fe, ayudáis a la Iglesia a cumplir con su función profética dentro de la sociedad, que consiste en purificar y elevar toda actividad humana por medio de la luz y del poder del Evangelio” (Discurso en la Universidad de Yakarta (Indonesia), 12-X-1989).

*** Discurso al Pontificio Consejo para la Cultura (1982)**

El Santo Padre manifiesta que “la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe...Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida. (...) La Iglesia y los católicos desean participar activamente en el diálogo común con sabios e investigadores” (48). Estas palabras son muy

importantes. No las olvidemos y esforcémonos en hacer realidad el diálogo entre la fe y la cultura. Todos ganamos. Nadie pierde.

*** Allocución a los Obispos de Nigeria (Febrero- 1982)**

Juan Pablo II preocupado por la evangelización de la cultura y las culturas del hombre, dice: “La Iglesia respeta verdaderamente la cultura de cada pueblo. La Iglesia viene a traer a Cristo, ¡no la cultura de otra raza!”.

*** Discurso a los universitarios y hombres de la cultura, de la investigación y el pensamiento (Universidad Complutense. Madrid 3-XI-1982.**

El Santo Padre repite las palabras que dirigió al Pontificio Consejo para la cultura y afirma de nuevo:

“La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe...Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”. (...) “Es cierto que ciencia y fe representan dos órdenes de conocimiento distintos, autónomos en sus procedimientos, pero convergentes finalmente en el descubrimiento de la realidad integral que tiene su origen en Dios”.

Partiendo de este principio capital, el Papa ofrece una serie de propuestas para hacer realidad esa síntesis de manera adecuada.

- La apertura a lo universal
- Servir al hombre integral
- En la investigación es necesario tener libertad para buscar y anunciar los resultados
- El sector científico sirva ante todo a la cultura del hombre y que jamás se pervierta y utilice para su destrucción.
- La cooperación entre los investigadores más necesaria que nunca
- Visión integral del hombre
- Construir un mundo nuevo, una nueva civilización del amor.

Llamada a los universitarios, investigadores...

“Hay que despertar las conciencias. Vuestra responsabilidad y posibilidades de influjo en la opinión pública son inmensas. ¡Hacedlas servir para la causa de la paz y del verdadero progreso del hombre! (...) Para ello, nuestra época tiene necesidad de una ciencia del hombre, de una reflexión e investigación originales. Al lado de las ciencias físicas o biológicas es

necesario que los especialistas en las ciencias humanas den su contribución. Está en juego el servicio del hombre, que hay que defender en su identidad, su dignidad y grandeza moral, porque es una “res sacra”, como bien dijo Séneca.

La Universidad y la educación

La Universidad debe desempeñar su función indispensable de educación. Ello supone que los educadores sepan transmitir a los estudiantes, además de la ciencia, el conocimiento del hombre mismo; es decir, de su propia dignidad, de su historia, de sus responsabilidades morales y civiles, de su destino espiritual, de sus lazos con toda la humanidad.

El crecimiento moral y espiritual

El progreso de la cultura está unido al crecimiento moral y espiritual del hombre. Porque es por medio de su espíritu que el hombre se realiza en cuanto tal. Para ello hay que tener una visión integral del hombre. Por eso la Iglesia siente la responsabilidad de defender al hombre contra ideologías teóricas o prácticas que lo reducen a objeto de producción o de consumo; contra las corrientes fatalistas que paralizan los ánimos; contra el permisivismo moral, que abandona al hombre al vacío del hedonismo; contra las ideologías agnósticas, que tienden a desalojar a Dios de la cultura.

Una antropología capaz de orientar hacia la reconstrucción de la sociedad digna de la grandeza del hombre

“Séame permitido hacer una llamada a los hombres y a las mujeres que desean el progreso real de la cultura para que mediten las páginas luminosas del Concilio Vaticano II, que ofrecen a nuestro tiempo una antropología capaz de orientar hacia la reconstrucción de una sociedad digna de la grandeza del hombre. Nuestro Creador y Maestro nos dijo: “Conozco lo que hay dentro del hombre”. La Iglesia, después de Él, enseña que el hombre, criatura sublime de Dios, es capaz de la santidad y también de cualquier maldad. La Iglesia “experta en humanidad” sabe también lo que hay en el hombre. A pesar de todos sus fracasos, él está llamado a la grandeza moral y a la salvación que se realiza en Jesucristo, Hijo de Dios, que amó al hombre hasta asumir su misma condición humana y ofrecerle su ayuda. Esta es la razón de nuestra confianza en la capacidad del hombre de superarse, de amar a sus hermanos, de construir un mundo nuevo, una “civilización del amor”. A los teólogos e intelectuales católicos les exhorto a profundizar en estos datos fundamentales de la antropología cristiana y a ilustrar su significación práctica para la sociedad moderna. (...)”

El Santo Padre termina dirigiéndose a las Señoras y Señores presentes con estas palabras: “Vuestra contribución personal es importante, es vital. Continudad siempre. La Iglesia alienta vuestro esfuerzo. Y ojalá que en vuestro deber bien cumplido, en vuestro servicio a la humanidad, encontréis esa Verdad total que da sentido pleno al hombre y a la creación. Esa Verdad que es el horizonte último de vuestra búsqueda”.

*** Discurso en Cotonu (Benín, 1983)**

En este país africano, Juan Pablo II hace una llamada a la inculturación de la fe: “hay que hacer un esfuerzo de inculturación. Cada país africano, después de haber recibido la fe de insignes pioneros venidos de fuera, debe vivir el Evangelio con su sensibilidad y sus cualidades propias; debe traducirlo no sólo a su lengua, sino a sus costumbres, teniendo en cuenta los valores humanos del propio patrimonio” (48a).

*** Discurso a los intelectuales en Medellín (Colombia), 5-VII-1986.**

En este discurso dirigido a los intelectuales Juan Pablo II manifiesta dos cosas importantes respecto al diálogo fe – cultura que creemos es bueno recordar:

- La cultura necesita de la fe: “La fe ofrece la visión profunda del hombre que la cultura necesita, más aún, solamente ella puede proporcionar a la cultura su último y radical fundamento. En la fe cristiana la cultura puede encontrar alimento e inspiración definitiva.

- La fe necesita de la cultura: “Una fe que se situase al margen de lo humano y, por tanto, de la cultura, sería una fe infiel a la plenitud de cuanto la Palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, más aún, una fe en proceso de autodisolución. La fe, aun cuando trascienda la cultura y por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea y genera cultura”.

*** Discurso en Ackland (Nueva Zelanda), 22-XI-1986**

En línea con lo anterior, el Santo Padre afirma que “la fe cristiana no destruye la cultura, sino que la eleva y la purifica. No rechaza ningún valor genuino de la sociedad o nación, sino que fortalece todo lo bueno para bien de todos”.

*** Discurso en Lima (Perú) (15-V-1988)**

El Santo Padre afirma que “la fe, lejos de ser un obstáculo, es fuerza fecunda para la creación de la cultura”

*** Discurso en la Universidad de Yakarta (Indonesia) (12-X-1989)**

Juan Pablo II invita a los universitarios a que se esfuercen en tender puentes entre la fe y la cultura: “Tenéis que construir puentes entre el mundo de la cultura y el mundo de la fe. Por medio de vuestro testimonio de fe, ayudáis a la Iglesia a cumplir con su función profética dentro de la sociedad, que consiste en purificar y elevar toda actividad humana por medio de la luz y del poder del Evangelio. De ninguna manera rechaza la Iglesia lo que es auténticamente humano y verdadero en las culturas, pues sabe que el contacto con el Evangelio las llevará a una realización más completa y fructífera”.

*** Discurso de Juan Pablo II a los intelectuales católicos, a los funcionarios y universitarios (Bujumbura. Burundi; 5-IX-1990).**

Juan Pablo II está en el corazón de África. Se encuentra con los intelectuales. A ellos les dirige un mensaje importante del que ofrecemos las siguientes enseñanzas:

Promoved el camino del perdón y de la reconciliación entre todos.

“Se trata de construir la unidad, de conseguir que prevalezca el amor fraternal sobre los antiguos factores de oposición y de rivalidades. La segunda exigencia, para los cristianos, consiste en salvaguardar el justo respeto de la dignidad igual de toda persona humana. (...) Entre vosotros, los juristas saben perfectamente que este es, para un Estado de derecho, un principio fundamental sobre el que no se puede ceder. (...) Todo ser humano ha sido creado por Dios que, en la fidelidad a su amor, ha dado a su Hijo para la salvación de muchos”. (n.2).

Vuestra primera preocupación debe ser el hombre

“El bien común no se divide. Ningún hermano, ninguna hermana, debe ser excluido de él. Esto equivale a decir que, en la base de vuestra acción, el principio de la dignidad de toda persona debe ser reconocido claramente. Equivale a decir que cada uno de vuestros administrados, de vuestros estudiantes, o de vuestros clientes, debe no solamente beneficiarse de la protección otorgada por el derecho positivo, sino también debe gozar, en todas las circunstancias, de los derechos de la persona. (...) En toda vuestra acción, la preocupación primera es el hombre. El bien de la comunidad humana lo

sitúa por encima de todo otros interés.(...) Es necesario tenerlo constantemente en cuenta en vuestros programas.

Se reconocerá que la preocupación de la justicia y de los valores morales no se queda a nivel de discurso, sino que compromete realmente a los que actúan. Está claro que los cuadros cristianos deben de situarse en primera línea y así otorgarán su verdadero alcance humano a los problemas sociales que conoce su país...(n.3).

Los educadores han de esforzarse en transmitir los mejores valores

La escuela tiene como misión, en unión con la familia, la de preparar a los jóvenes para que ocupen su puesto en la sociedad con las máximas oportunidades. Los maestros tienen conciencia de que transmitir el saber no puede ser humanamente neutro. ¿No es necesario asociar a la adquisición de un saber la capacidad de ponerlo en práctica, el acceso a un “saber-hacer”, que permita el joven encaminarse con confianza hacia la vida activa? Y cuando se habla de saber, es también el estudio de la vida, la rectitud del juicio moral lo que es necesario desarrollar como valores indispensables en todas las situaciones de la vida. La educación no puede separar el desarrollo de la inteligencia de la aptitud para orientar su propia vida de forma responsable y digna de la condición humana. Más todavía, el joven debe descubrir que no triunfará realmente en su vida, sino integrando en ella la dimensión del servicio al prójimo, y la solidaridad generosa con él (n.4).

Es necesario formar profesionales de la sanidad

Nada se omita para luchar contra la enfermedad bajo todas sus formas y para desarrollar su prevención. El personal sanitario no es el único cuestionado. Es la comunidad entera la que se considera afectada. Se trata de formar agentes de sanidad y de darles los medios de curar. En este caso, la ayuda internacional os es necesaria (...) (n.5).

La atención a los enfermos

Formulo también un segundo llamamiento: que todo enfermo, independiente de la afección que le azota, sea rodeado de cuidados con amor y sin discriminación alguna. La calidad moral de una sociedad se mide por el respeto que debe mostrar indefectiblemente a toda vida, a todo sufrimiento (n.5) (48b).

*** Discurso a la Conferencia Episcopal de Nueva Zelanda, VAL (21-X-1993)**

El Santo Padre contempla la cultura humana y la inculturación con los ojos de la fe: “una sólida teología de la inculturación no puede descuidar la convicción inequívoca que tiene la Iglesia de que la cultura, como obra humana, está marcada inevitablemente por el pecado y, por eso, tiene necesidad de que el Evangelio la sane, la ennoblezca y la perfeccione (cf. LG 17). El contacto de las culturas con la Palabra de Dios producirá naturalmente una profunda transformación, pues esas culturas descubren su significado más profundo y la realización de sus aspiraciones en el conocimiento y el amor a la persona del Verbo Encarando. El Evangelio penetra en la misma vida de las culturas, y se encarna en ellas, precisamente “superando sus elementos culturales incompatibles con la fe y con la vida cristiana y elevando sus valores al misterio de la salvación que proviene de Cristo” (PDV.55).

*** Discurso de Juan Pablo II a los hombres de ciencia y de cultura de Eslovenia (19-V-1996).**

El Santo Padre centra su palabra en las relaciones entre la fe y la cultura, entre la fe y la ciencia. Recordemos su palabra iluminadora a los intelectuales en Eslovenia:

“Esta es la hora de la verdad para Europa. Los muros se han derribado, las cortinas de hierro no existen más, pero el reto sobre el sentido de la vida y el valor de la libertad permanecen más fuertes que nunca...Y ¿cómo no ver que la interrogación sobre Dios está en el corazón de este problema? Me dirijo a vosotros, que lleváis grandes responsabilidades en la vida pública: no apaguéis la llama de la fe en las jóvenes generaciones; alimentad en ellas la adhesión a aquellos valores que podrán protegerlas del escepticismo, del egoísmo, de la violencia, de la droga”

*** Discurso a los intelectuales (La Habana. Cuba. 23 Enero-1998).**

Destacamos algunos pasajes de este discurso del Santo Padre:

- La cultura es aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando un conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que lo definen (n.2).

- “Toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana” (Discurso en la ONU, 5-X-1995, 9).

- Toda cultura tiene un núcleo íntimo de convicciones religiosas y de valores morales, que constituye como su “alma”; es ahí donde Cristo quiere llegar con la fuerza sanadora de su gracia (n.2).

- La evangelización de la cultura es como una elevación de su “alma religiosa”, infundiéndole un dinamismo nuevo y potente, el dinamismo del Espíritu Santo que la lleva a la máxima actualización de sus potencialidades humanas. En Cristo, toda cultura se siente profundamente respetada, valorada y amada; porque toda cultura está siempre abierta, en lo más auténtico de sí misma, a los tesoros de la Redención (n.2).

*** Carta Encíclica “Fides et ratio” (14-IX-1998).**

Prolegómenos: Se trata de un texto de 157 páginas en su versión española, cuya gestación remonta al año 1982, en el que el Papa mostró su preocupación por la separación que se estaba dando entre la fe y la razón hasta su enfrentamiento que es perjudicial para ambas. En los inicios de este documento el Santo Padre afirma: “He sentido no sólo la exigencia, sino incluso el deber de intervenir en este tema, para que la humanidad, en el umbral del tercer milenio de la era cristiana, tome conciencia cada vez más clara de los grandes recursos que le han sido dados y se comprometa con renovado ardor en llevar a cabo el plan de salvación en el cual está inmersa su historia” (n.6)..

Es un documento preciso, profundo, reflexivo y bien construido que ha de leerse con mucha atención. Podemos decir que es una pondera y consistente reflexión acerca del hombre como buscador de la verdad (n.28) y como aquel que vive de creencias (n.31).

- Destinatarios: “A vosotros, queridos hermanos en el episcopado, con los cuales comparto la misión de anunciar “abiertamente la verdad” (ICort.4,2), como también a los teólogos y filósofos, a los que corresponde el deber de investigar sobre los diversos aspectos de la verdad, y asimismo a las personas que la buscan” (n. 6a). También es dedicada a “la gente de la calle” pues en esta época de prisas, de relativismos, de escepticismos, el Papa responde a la gran pregunta filosófica sobre la vida y su sentido último” (n.107) que todo ser humano se plantea. Invitamos a los lectores a conocer esta Encíclica, de la que ofrecemos una visión de conjunto de la misma. “El tema de la verdad, que marca toda la obra magistral del Santo Padre, se desarrolla aquí en todo su dramatismo. Afirmar la cognoscibilidad de la verdad, o sea, anunciar el mensaje cristiano como verdad reconocida, se ve hoy en gran medida como un ataque a la tolerancia y al pluralismo. La verdad se convierte en una palabra prohibida. Pero precisamente aquí entra en juego, una vez más, la dignidad del hombre. Si el hombre no es capaz de llegar a la

verdad, entonces todo lo que piensa y hace es puro convencionalismo, mera tradición. (...) No le queda sino el cálculo de las consecuencias. Pero, ¿quién puede abarcar realmente con una mirada las consecuencias de las acciones humanas? Si es así, todas las religiones son sólo tradiciones, y naturalmente también el anuncio de la fe cristiana es una pretensión colonialista o imperialista” (48c).

- La Encíclica puede sintetizarse de forma muy breve así:

Comienza explicando los temas: “la revelación de la sabiduría de Dios” (cap.1), el “credo ut intelligam” (cap.2) y el “intellego ut credam” (cap.3),

Aborda después el problema de “la relación entre la fe y la razón” (cap. 4), para proseguir con “las intervenciones del Magisterio en cuestiones filosóficas” (cap. 5) y los dos temas: “interacción entre Teología y Filosofía” (cap.6) y “exigencias y cometidos actuales” (cap. 7).

Termina el Papa con una conclusión en la que hace un llamamiento a los teólogos (n.105), a los filósofos y a los profesores de filosofía (n.106), a los científicos (n.106) (48d).

- Tema. “La verdad y su fundamento en relación con la fe” (6c). Prolonga la argumentación de “Veritatis splendor”. La fe y la razón son las dos alas por las cuales el ser humano se eleva hacia la contemplación de la verdad (Prólogo). Fe y razón son distintas e inseparables (n.45). El Santo Padre hace un canto dedicado a la razón humana. Este canto inyecta optimismo en las posibilidades de conocer la verdad. Al mismo tiempo sale confiadamente al paso de las debilidades de un pensamiento relativista, reducido a pura opinión y desconfianza. No todo son opiniones; hay verdades absolutas que el ser humano puede y debe captar.

- Finalidad: “alentar, desde la fe, una nueva confianza en la razón filosófica, que permita una armonía renovada y de fondo entre la fe y la razón” (n.6; cf. 48b).

- Motivos.

+ “La razón, sometida a una carga excesiva, se ha doblegado a sí misma haciéndose incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser”. “...la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual (...) Mientras por una parte la reflexión filosófica ha logrado situarse en el camino que la hace cada vez más cercana a la existencia humana y a su modo de expresarse, por otra tiende a hacer consideraciones existenciales, hermenéuticas o lingüísticas que prescinden de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios” (n.5c).

+ “Tanto la razón como la fe se encuentran debilitadas y marginadas ante esta situación. “En este último periodo de la historia de la filosofía se constata...una progresiva separación entre la fe y la razón filosófica... (que

exige) un atento esfuerzo de discernimiento, ya que tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y la radicalidad del ser” (n.48a).

Estructura de la Encíclica:

De forma sintética y breve ofrecemos a continuación los contenidos más importantes y significativos de esta Encíclica.

Introducción: “conócete a ti mismo”.

Las dos grandes afirmaciones del papa:

+ El ser humano siempre se pregunta por la verdad y por el sentido de la vida: la filosofía” (nn.1-4). El Papa afirma que el sentido de esta Encíclica es prestar un servicio desde la verdad y a la verdad (n.2), tantas veces oscurecida en nuestra sociedad y en nuestro tiempo. Por eso, quiere anunciar la verdad (n.6), ya que “el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre” (n.3).

+ En nuestro tiempo “la búsqueda de la verdad última parece a menudo oscurecida”: la Iglesia desea ayudar a superar la crisis de la filosofía (nn.5-6). La filosofía moderna, “en lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha referido destacar sus límites y condicionamientos” y se ha dado apso al pragmatismo, al escepticismo y al “pluralismo indiferenciado” (...) “todo se reduce a opinión” (n.5). La Iglesia, dando testimonio de la Verdad recibida, puede y debe devolver al hombre de nuestro tiempo la auténtica confianza en sus capacidades cognoscitivas y ofrecer a la filosofía un estímulo y un aliento para que realice su cometido más elemental. Y puede y debe atraer a la reflexión sobre la verdad, a favor de la vida y salvación de los hombres” (n.6). La Iglesia misma necesita la filosofía como “ayuda indispensable” (n.5).

Capítulos de la Encíclica

Capítulo primero: La revelación de la sabiduría de Dios (nn.7-15).

He aquí las afirmaciones esenciales del Papa:

La revelación divina está centrada en la manifestación histórica de Jesucristo y, a través de Él, del misterio Trinitario (n.7). La revelación cristiana es histórica y revelada en la historia (n.11). La verdad filosófica y la verdad revelada ni se confunden ni se excluyen (n.8). El Concilio Vaticano I enseña que “hay un doble orden de conocimiento”: el de la razón que “se apoya sobre la percepción de los sentidos y la experiencia y se mueve a la luz de la sola inteligencia” y el de la fe “que se funda en el testimonio de Dios y cuenta con la ayuda sobrenatural de la gracia” (n.9). La razón humana por sí misma no puede desvelar por sí los misterios de la fe (n. 14).

El hombre, ayudado por la gracia actual de Dios, responde a la revelación de Dios mediante la obediencia de la fe y de forma libre (nn.7-13). La verdad de la revelación divina no es fruto maduro ni punto culminante de ninguna filosofía humana (n.15).

Capítulo segundo: Credo ut Intellegam: la fe dilata la razón y la libera (nn.16-23)

La fe hace más lúcida la mirada interior del ser humano abriendo su mente para que descubra, en el suceder de los acontecimientos, la presencia de Dios (n.16). No existe entre la fe y la razón motivo de competitividad ni de oposición: una está dentro de la otra (n.17). La razón humana puede descubrir las maravillas de Dios (nn.18-22). San Pablo afirma “la capacidad metafísica del hombre”, es decir, de “alcanzar la causa que da lugar a toda la realidad sensible” (cf. Rm.1,20), capacidad que habría sido fácilmente ejercitable “según el proyecto originario de la creación”, pero que “quedó ofuscada debido a la desobediencia con la cual el hombre eligió situarse en plena y absoluta autonomía” respecto al Creador (n.22). El Santo Padre llega a hacer una excelente afirmación: “La sabiduría de la cruz, Jesucristo crucificado, supera todo límite cultural que se le quiera imponer y obliga a abrirse a la universalidad de la verdad, de la que es portadora” (n.23).

Capítulo tercero: Intelligo ut credam: el buscar de la razón tiene término en la fe (nn.24-35)

Al primer novimiento de “creer para entender”, corresponde otro segundo: “intelligo ut credam”. El deseo de saber y de buscar la verdad es innato al ser humano (nn.24-25). Esta búsqueda de la verdad se presenta en forma de interrogantes: ¿Tiene sentido la vida? ¿Hacia dónde se dirige?” (nn.26-27). Estas preguntas se las hace todo hombre, no sólo el filósofo ya que el hombre es, por naturaleza, “aquel que busca la verdad total y profunda de la realidad” (nn.28 y 33). A veces la mente y el corazón oscurecen estas preguntas (n.28). La búsqueda de la verdad y la respuesta a estos interrogantes no son inútiles, ni vanas ni vacías (n.29). El hombre no busca en solitario, sino

que, como ser social, se encuentra en tradiciones y culturas que le transmiten verdades: “es, pues, también aquél que vive de creencias” (n.31). En esta búsqueda de la verdad y búsqueda de una persona de quien pueda fiarse, el hombre encuentra el Cristianismo y, dentro de él, la persona de Jesucristo. Y, por Jesucristo, el misterio de la Inefable y Santísima Trinidad revelada (n.33). La fe descubre en Cristo la certeza de la unidad de la verdad, basada en la unidad del Dios Trino, creador y salvador (n.34).

Capítulo cuarto: Relación entre la fe y la razón en el curso de la historia (nn.36-48).

- La Iglesia primitiva (San Pablo y los Padres de la Iglesia): para hacerse entender por los paganos, no sólo recurrían a Moisés y a los profetas, sino que se apoyaban en el conocimiento natural de Dios y en la voz de la conciencia moral de cada hombre (Rm.1,19-21; 2,14-15; Hec.14,16-17) (n.36).

El Santo Padre habla aquí del encuentro del Cristianismo con la filosofía: “comienza un diálogo fecundo con los filósofos antiguos, abriendo el camino al anuncio y a la comprensión del Dios de Jesucristo” (n.36); además pone de relieve la tarea impresionante de San Justino (n.38), de Orígenes (n.39), de los Padres de Capadocia y de San Agustín (n.40). De ellos dice el Papa: “Ellos acogieron plenamente la razón abierta a lo absoluto y en ella incorporaron la riqueza de la revelación (...) Ante las filosofías, los Padres reconocieron tanto los elementos comunes como las diferencias que presentaban con la revelación” (n.41). Los cristianos agradecieron a los filósofos paganos el trabajo de purificación que hicieron de ciertas imágenes de Dios (n.36), y criticaron la “gnosis”, que pretendía subordinar, según ellos, la Revelación divina al saber esotérico, superior, reservado a los perfectos (n.37).

- La Escolástica. El Papa hace referencia explícita a los grandes teólogos de la Edad Media: San Anselmo que habla del “intellectus fidei” (n.42) y de Santo Tomás de Aquino que no teme a la razón sino que la busca y confía en ella; además, manifiesta que “la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto, no pueden contradecirse entre sí” (Suma contra Gentiles”, I,VII) (n.43).

- El pensamiento moderno. Hace mención el Papa del divorcio que se produce entre la fe y la razón en los tiempos modernos (n.45). “Lo que el pensamiento patristico y medieval había concebido y realizado como unidad profunda, generadora de un conocimiento capaz de llegar a las formas más altas de la especulación, fue destruido de hecho por los sistemas que

asumieron la posición de un conocimiento racional separado de la fe o alternativo a ella” (n.45). La autonomía de los saberes conduce a la separación de la fe y de la razón ya sea a causa del “excesivo espíritu racionalista”, ya sea a causa de “reservar una mayor espacio a la fe”, ya sea para “desacreditar cualquier referencia racional posible a la misma” (n.45).

- En la actualidad. Tanto la fe como la razón se han empobrecido mutuamente: la fe, ante la razón débil, cae en el mito o la superstición; y una razón, que no tenga ante sí una fe adulta, no descubrirá la novedad y la radicalidad del ser (n.48).

El Santo Padre pide que “la fe y la filosofía recuperen la unidad profunda que les hace capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía” (n.48).

Capítulo quinto: intervenciones del Magisterio de la Iglesia en cuestiones filosóficas (nn.49-63).

- El discernimiento del Magisterio como servicio a la verdad (nn.49-51)
- Intervenciones de discernimiento magisterial en materia filosófica (nn.52-56)
- Orientaciones positivas del Magisterio para la renovación del pensamiento filosófico (nn.57-64)

Capítulo sexto: Interacción entre teología y filosofía con autonomía de ambas (nn.64-79).

- La filosofía es necesaria para la teología (nn.64-69).
- Implicaciones filosófico-teológicas de la relación de la fe con las culturas (nn.70-74).
- Estados de la filosofía respecto a la fe cristiana (nn.74-79)

Capítulo VII: Exigencias y cometidos actuales del pensamiento filosófico-teológico (nn.80-99)

- Exigencias de una filosofía en consonancia con la Palabra de Dios (nn.80-85)
- Errores y riesgos de algunas corrientes actuales del pensamiento filosófico (también teológico) (nn.86-91)
- Exigencias de una teología adecuada a su misión (nn.92-99)

Conclusión (nn.100-108)

La Iglesia está convencida de que la fe y la razón “se ayudan mutuamente” (Vaticano I), “ejerciendo recíprocamente una función tanto de examen crítico y purificador, como de estímulo para progresar en la búsqueda y en la profundización” (n.100).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los Científicos: 25 de Mayo de 2000.**

En este encuentro con los científicos, el Santo Padre aborda el tema de la relación entre la fe y la ciencia. Un tema de candente actualidad, al que Juan Pablo II presta también la debida atención en este discurso del que destacamos los siguientes fragmentos por su importancia y actualidad:

En los últimos decenios, la ciencia se opone a la fe

“Durante los últimos siglos, la ciencia -cuyos descubrimientos resultan fascinantes- ha venido ocupando un lugar preeminente y se ha considerado a veces como el único criterio de verdad o como el camino a la felicidad. Una reflexión basada exclusivamente en elementos científicos había intentado acostumbrarnos a una cultura de la sospecha y de la duda. Negábase a tomar en cuenta la existencia de Dios y a considerar al hombre en el misterio de su origen y de su fin, como si semejante perspectiva pudiera poner en tela de juicio a la misma ciencia. Consideraba a veces que Dios era una mera construcción del espíritu incapaz de resistir al conocimiento científico. Semejantes actitudes han provocado el alejamiento de la ciencia respecto al hombre y al servicio que está llamada a prestar a éste” (n.1).

El reto de nuestro tiempo actual

En la actualidad, “un gran reto que tenemos (...) es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en la sola experiencia; (...) es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya” (“Fides et ratio”, n 83) (n.2). (...).

Los científicos abiertos a Dios

Los científicos (...) maravillados y humildes ante el orden creado, se sienten impulsados a amar al Autor de las todas las cosas. La fe, por su parte, está en condiciones de integrar y asimilar cualquier investigación, ya que todas ellas, al permitir un conocimiento más profundo de la realidad creada en toda su especificidad, dan al hombre la posibilidad de descubrir al Creador, fuente y fin de todas las cosas (...) (n.3).

La fe no teme a la razón

Si en el pasado la separación entre la fe y la razón ha sido un drama para el hombre, que ha conocido el riesgo de perder su unidad interior bajo la amenaza de un saber cada vez más fragmentado, vuestra misión consiste hoy en proseguir la investigación convencidos de que “para el hombre inteligente (...) todas las cosas se armonizan y concuerdan” (Gregorio Palamas, Theophanes)

Petición a los científicos

Queridos científicos (...) Se os pide que actuéis al servicio del bien de los individuos y de la Humanidad entera, siempre atentos a la dignidad de todo ser humano y al respeto por la creación. Todo enfoque científico necesita un soporte ético y una sabia apertura a una cultura respetuosa con las exigencias de la persona. (...) Sed pues por encima de todo investigadores apasionados del Dios invisible, único que puede satisfacer el profundo anhelo de vuestra vida, colmándoos de su gracia” (n.5) (48e).

*** Discurso de Juan Pablo II a los docentes universitarios, con ocasión de su Jubileo: 3 de septiembre de 2000.**

Juan Pablo II estuvo cerca del mundo universitario. Docentes y alumnos, pensadores y filósofos...eran para él familiares. Él fue profesor universitario en tiempos difíciles y duros. Se encontraba en su mundo. A ellos dedicó discursos, mensajes, homilías de gran valor para entonces y para siempre. Por ello nos ha parecido oportuno y necesario ofrecer aquí una breve síntesis de su Discurso. Vale la pena.

¿Qué ha significado el Jubileo ara vosotros?

Este encuentro jubilar ha significado para cada uno de vosotros una ocasión propicia para comprobar hasta qué punto el gran acontecimiento que celebramos, la Encarnación del Verbo de Dios, ha sido acogido como principio vital que informa y transforma la vida terrena. Sí, porque Cristo no es la cifra de una imprecisa dimensión religiosa, sino el lugar concreto en que Dios hace plenamente suya, en la persona del Hijo, nuestra humanidad. Con Él “lo Eterno entra en el tiempo, el Todo se esconde en la parte y Dios asume el rostro del hombre” (Fides et Ratio”, n.12). Esta kenosis de Dios hasta el escándalo de la cruz (Fil.2,7) puede parecer necedad a una razón pagada de sí misma, pero es en realidad “fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (cf.

ICort.1,23-24), para quienes se abren a la sorpresa de su amor. Y vosotros estáis hoy aquí para dar testimonio de ello (n.1)

El tema central de vuestras reflexiones: “busco al hombre”

El tema fundamental sobre el que habéis reflexionado - la Universidad para un nuevo humanismo- se enmarca con acierto en el redescubrimiento jubilar de la centralidad de Cristo. Y es que el acontecimiento de la Encarnación alcanza las profundidades del hombre, ilumina sus raíces y su destino, lo abre a una esperanza que no defrauda. A fuer de hombres de ciencia, os interrogáis continuamente sobre el valor de la persona. Cada uno de vosotros podría exclamar con el filósofo antiguo: “busco al hombre”.

La respuesta de Jesucristo

Entre las muchas respuestas dadas a tan fundamental búsqueda, vosotros habéis acogido la respuesta de Cristo: la que dimana de sus palabras, pero que antes aún brilla en su rostro. “Ecce homo!. Este es el hombre (Jn.19,5). (...) Pilato, sin saberlo, mostraba al mundo a aquel en quien todo hombre puede reconocer su raíz y del que todo hombre puede esperar la salvación (n.2).

Una cultura universitaria humanista

Inspirándoos en Cristo, que manifiesta el hombre al propio hombre (cf. GS 22) (...), habéis querido reafirmar la exigencia de una cultura universitaria auténticamente “humanista”. Y ello en primer lugar en el sentido de que la cultura debe estar cortada a la medida de la persona, superando la tentación de un saber sometido al pragmatismo o disperso en los infinitos regueros de la erudición e incapaz por tanto de dar sentido a la vida.

De esta manera, habéis reiterado que no se da contradicción, sino más bien un nexo lógico, entre libertad de investigación y reconocimiento de la verdad -objetivo éste de la investigación misma-, aun entre los límites y el cansancio propios del pensamiento humano. Se trata de un aspecto que debe subrayarse para no ceder ante el clima relativista que acecha a gran parte de la cultura actual. En realidad, sin una orientación hacia la verdad, que ha de buscarse con actitud humilde pero, al mismo tiempo, confiada, la cultura está abocada a caer en lo efímero, abandonándose a la volubilidad de las opiniones y tal vez entregándose en manos de la prepotencia -a menudo engañosa- de los más fuertes.

Una cultura sin verdad no es una garantía, sino más bien un peligro para la libertad: “las exigencias de la verdad y de la moralidad no humillan y no anulan nuestra libertad, sino que, por el contrario, le permiten crecer y la liberan de las amenazas que lleva dentro de sí” (Discurso de Juan Pablo II en Palermo, con motivo del III Congreso de la Iglesia en Italia (1995), n. 3). En este sentido sigue sonando perentoria la advertencia de Cristo: “La verdad os hará libres” (Jn.8,32).

Apertura del humanismo cristiano a la trascendencia

Arraigado en la perspectiva de la verdad, el humanismo cristiano implica en primer lugar la apertura a la trascendencia. Aquí reside la verdad y la grandeza del hombre (...) Es preciso un humanismo en el que el horizonte de la ciencia y de la fe no sigan conflictivamente enfrentados (n.4) (...).

Apertura del humanismo cristiano hacia la creación

Esta dimensión “vertical” del saber no implica ninguna cerrazón intimista; al contrario, se abre por su propia naturaleza a las dimensiones de la creación.

La Universidad, taller cultural

Haced que las Universidades se transformen en “talleres culturales” en los que teología, filosofía, ciencias humanas y ciencias naturales dialoguen de forma constructiva, considerando la norma moral como una exigencia intrínseca de la investigación y como condición del pleno valor de ésta en su aproximación a la verdad” (n.5).

Lejos de abandonar los ámbitos de la vivencia diaria, el saber iluminado por la fe los habita con toda la fuerza de la esperanza y de la profecía. El humanismo por el que hacemos votos propugna una visión de la sociedad centrada en la persona y en sus inalienables derechos, en los valores de la justicia y de la paz, en una relación correcta entre individuo, sociedad y Estado, en la lógica de la solidaridad y de la subsidiariedad. Se trata de un humanismo capaz de infundir un alma al mismo progreso económico, para que éste promueva el “desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres” (Populorum progressio, 14; Sollicitudo rei socialis, n.30).

Salvaguardar el valor de la democracia

En especial, urge que nos empleemos con vistas a salvaguardar el sentido auténtico de la democracia, auténtica conquista de la cultura. (...) En

realidad “el valor de la democracia se mantiene o cae con los valores que encarna o promueve. (...) En la base de estos valores no pueden estar provisionales y volubles “mayorías” de opinión, sino sólo el reconocimiento de una ley moral objetiva que, en cuanto “ley natural” inscrita en el corazón del hombre, es punto de referencia normativa de la misma ley civil” (“Evangelium vitae”, n.70) (n.6).

Aportación de la fe cristiana a la vida de la Universidad

Con su valor humanístico, la fe cristiana puede aportar una contribución original a la vida de la Universidad y a su tarea educativa, en la medida en que se atestigüe con energía de pensamiento y coherencia de vida, en diálogo crítico y constructivo con todos aquellos que propugnan diferentes inspiraciones (n.7) (48f)

*** Mensaje de Juan Pablo II al profesor Sergio Zaninelli, Rector Magnífico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, con ocasión de la LXXVI Jornada Nacional de dicha Institución: 6-V-2000.**

Es un mensaje denso y doctrinal, del cual ofrecemos algunos fragmentos que, a nuestro juicio, son dignos de mención,

La fe, “samaritana de la razón” hoy.

“La fe y la razón son como dos alas con las que el espíritu humano se eleva hasta la contemplación de la verdad” (“Fides et ratio”). Ante la crisis de la razón -característica de tanta cultura actual- la fe debe asumir la responsabilidad de un esfuerzo supletorio, haciéndose “samaritana de la razón” para que ésta se recupere plenamente a sí misma, en su propia y nativa capacidad metafísica y sapiencial (n.2). (...)

La ardiente búsqueda de la verdad

“Es propia de la vida universitaria “la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes, enseñando a estos a “razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad” (Const. Apost. “Ex corde Ecclesiae”, (n.2)” (n.2).

La solidaridad de la cultura

A los profesores y alumnos de la Universidad Católica corresponde en primer lugar recordar que una cultura de la solidaridad para ser auténtica y profunda necesita aquello que podría definirse como “solidaridad de la

cultura”, es decir, una perspectiva del saber que, aun consciente de sus límites, no se conforme con fragmentos, sino que intente recomponer éstos en la dirección de una síntesis veritativa y sapiencial. Nada es más devastador en la cultura contemporánea que la convicción extendida de que la posibilidad de alcanzar la verdad sea una vana ilusión de la metafísica tradicional. Resulta, pues, más necesario que nunca una acción en beneficio de la cultura, que podría definirse “obra de caridad intelectual”, según la feliz expresión de Rosmini (n.5).

El progreso científico y los valores del espíritu

La Universidad Católica está llamada a “contribuir a la superación de la mortificante divergencia entre progreso científico y valores del espíritu que impulsa hacia una praxis materialista cuya meta es una sociedad individualista y competitiva, con frecuencia fuente de injusticias y de violencias, de marginaciones y discriminaciones, de conflictos y de guerras.

La mundialización económica y sus riesgos

El proceso de mundialización económica, aunque no carece de elementos positivos, está produciendo nuevas fisuras en el campo de la solidaridad, tanto en Europa como en el resto del mundo. El valor de la solidaridad está en crisis, tal vez sobre todo porque lo que está en crisis es la experiencia -única que podría garantizarla como valor objetivo y universal- de esa comunión entre personas y pueblos que para la conciencia creyente se remonta al hecho de ser todos hijos del único Padre, el Dios que es amor (IJn.4,8). (n.6) (n.6).

La necesidad de una “refundación” cultural

Surge con ello la exigencia de una “refundación” cultural que no puede dejar de interrogar a la Universidad Católica en su búsqueda tan rigurosa racionalmente como bien arraigada en la fe y abierta al diálogo con todo los hombres de buena voluntad.

Hay que luchar por una cultura que asegure la centralidad de la persona, sus inalienables derechos, la sacralidad de la vida. Es menester fomentar una cultura de la acogida, del respeto, de la compartición, recordando que el hombre “no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo” (GS 24), en la implicación de su misma libertad a favor del bien común, más allá de los intereses individuales o de grupo y lejos de la búsqueda del beneficio a cualquier precio. Esta es pues la solidaridad, expresión peculiar de ese hacerse próximos y prójimos que, con lenguaje

evangélico, llamamos caridad o agapé, y que ha de caracterizar la vida de los discípulos de Cristo.

La solidaridad así entendida se transforma en el nuevo nombre dado a la paz, el criterio de toda organización civil inspirada en la justicia, el cimiento de toda democracia política que no quiere reducirse a mera retórica (48g).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la peregrinación jubilar de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, provenientes de las sedes de Milán, Roma. Brescia y Plasencia (13-IV-2000).**

Recordemos unos fragmentos de este importante discurso del Papa y hagamos de él luz para nuestro caminar intelectual.

Sentido y alcance de la pastoral universitaria

“La pastoral universitaria no es algo que se hace junto a otras cosas, sino una dimensión que atraviesa todo lo que se hace, coordinándolo al proyecto educativo propio de una Universidad Católica. De este modo la Universidad se convierte en una gran comunidad educativa en la que los estudiantes, profesores y personal técnico-administrativo colaboran para alcanzar el mismo objetivo, el de asegurar a los jóvenes estudiantes una formación integral digna de este nombre” (n.3).

La “formación”

“Cuando hablamos de “formación” mi pensamiento va espontáneamente al ejemplo que Jesús Maestro nos dio y que nos ha sido conservado en los Evangelios. Jesús es el maestro bueno (cf. Mc.10,17), el maestro manso y humilde de corazón (Mt.11,29), el maestro por excelencia. Todos debemos inspirarnos en su pedagogía si queremos estar a la altura de la misión que nos ha sido confiada. Una pedagogía, la de Jesús, que está impregnada de sabiduría, de prudencia y de paciencia; una pedagogía atenta a los demás, capaz de interpretar sus exigencias y sus esperanzas, siempre dispuesta a dejarse interpelar por las diferentes situaciones humanas” (n.4).

La investigación científica y la fe en Jesucristo

“El cristiano estudioso, profesor o discípulo se distingue por su capacidad de conjugar el rigor de la investigación científica con la certeza de la fe que Jesucristo, como Verbo eterno de Dios, es la Verdad en el sentido más pleno. De aquí su vocación para investigar, analizar y explicar cada una

de las verdades a la luz de Cristo, Verdad absoluta, acompañando el estudio con la oración y la coherencia de vida (n.5) (...).

La fidelidad a la identidad cristiana y el diálogo con la cultura

Esta específica atención a vuestra identidad y a la pastoral de la Iglesia no se debe interpretar como cerrazón cultural ni como intolerancia y renuncia al diálogo. Por otra parte, ya en la experiencia comunitaria cristiana propia de la Universidad Católica es necesario ejercitarse en el espíritu de escucha recíproca, recordando que es riqueza de la comunidad cristiana la diversidad de los dones que el mismo Espíritu distribuye como quiere” n.5) (48h).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Sesión Plenaria de las Ciencias: 13-XII-2000**

El Santo Padre dirige su palabra alentadora e iluminadora a los científicos. Insertamos aquí unos párrafos importantes y llenos de doctrina de su Catequesis.

La dimensión humanística de la ciencia

“Cuando se habla de la dimensión humanística de la ciencia, generalmente se piensa en la responsabilidad ética de la investigación científica, por sus repercusiones sobre el hombre. El problema es real y ha suscitado una preocupación constante en el Magisterio de la Iglesia, especialmente durante la segunda mitad del siglo veinte. Pero es evidente que la reflexión sobre la dimensión humanística de la ciencia no se puede reducir a recordar esta preocupación. Eso podría incluso llevar a alguno a temer que se pretenda una especie de “control humanístico sobre la ciencia”, como si, basándose en una tensión dialéctica entre estos dos ámbitos del saber, fuese tarea de las disciplinas humanísticas dirigir y orientar de manera extrínseca las aspiraciones y los resultados de las ciencias naturales, que tienden a proyectar investigaciones siempre nuevas y a ampliar el horizonte de sus aplicaciones.

Desde otro punto de vista, el discurso sobre la dimensión antropológica de la ciencia evoca sobre todo una precisa problemática epistemológica. Es decir, se quiere subrayar el hecho de que el observador está siempre implicado en el estudio del objeto observado. Esto no sólo vale para las investigaciones sobre lo extremadamente pequeño (...) sino también para las más recientes investigaciones sobre lo extremadamente grande (...) (n.2).

Por último se habla de “humanismo en la ciencia” o “humanismo científico”, para subrayar la importancia de una cultura integrada y completa, capaz de superar la fractura entre las disciplinas humanísticas y las disciplinas científico-experimentales (...) (n.2).

Aspecto “interior y existencial” que implica al investigador

Sin embargo, más allá de estas problemáticas, hablar de la dimensión humanística de la ciencia nos lleva a analizar un aspecto, por decirlo así, “interior” y “existencial” que implica profundamente al investigador y merece particular atención. (...). Todo científico, mediante el estudio y la investigación personales, se perfecciona a sí mismo y perfecciona a la humanidad. (...) La investigación científica constituye para vosotros, como para muchos otros, el camino para el encuentro personal con la verdad y quizás el lugar privilegiado para el encuentro con Dios, Creador del cielo y de la tierra. Vista desde esta perspectiva, la ciencia resplandece con todo su valor, como un bien capaz de motivar una existencia, como una gran experiencia de libertad para la verdad, como una obra fundamental de servicio. A través de ella, todo investigador siente que puede crecer personalmente y ayudar a los demás a crecer en humanidad.

Verdad, libertad y responsabilidad en la investigación

Verdad, libertad y responsabilidad están unidas en la investigación del científico. En efecto, al emprender su camino de investigación, comprende que debe recorrerlo no sólo con la imparcialidad exigida por la objetividad de su método, sino también con la honradez intelectual, la responsabilidad y, yo diría, con una especie de “reverencia”, como corresponde al espíritu humano en su búsqueda de la verdad. Para el científico, comprender cada vez mejor la realidad singular del hombre con respecto a los procesos físico-biológicos de la naturaleza, descubrir aspectos siempre nuevos del cosmos, y saber más sobre la ubicación y la distribución de los recursos, sobre las dinámicas sociales y ambientales, así como sobre las lógicas del progreso y del desarrollo, se traduce en el deber de servir más a toda la humanidad a la que pertenece.

Las responsabilidades éticas y morales relacionadas con la investigación

Por tanto, las responsabilidades éticas y morales relacionadas con la investigación científica pueden entenderse como una exigencia interna de la ciencia en cuanto actividad plenamente humana, no como un control, o peor aún, como una imposición externa. El hombre de ciencia sabe perfectamente,

desde el punto de vista de sus conocimientos, que la verdad no puede negociarse, ocultarse o abandonarse, a las libres convenciones o acuerdos entre grupos de poder, sociedades o Estados (n.3). (...) (48i).

La Iglesia y la ciencia en diálogo

Una ciencia concebida de este modo puede encontrarse sin dificultades con la Iglesia y entablar con ella un diálogo fecundo porque precisamente el hombre es “el camino primero y fundamental de la Iglesia” (RH 14) (n.4) (...)

*** Discurso de Juan Pablo II al sexto grupo de obispos de Estados Unidos con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (28-Mayo-2004).**

“La Iglesia en Estados Unidos, con su impresionante red de instituciones educativas y caritativas, debe afrontar el desafío de una evangelización de la cultura capaz de sacar de la sabiduría del Evangelio “lo nuevo y lo viejo” (Mt.13,52). Está llamada a responder a las profundas necesidades y aspiraciones religiosas de una sociedad que corre cada vez más el peligro de olvidar sus raíces espirituales y caer en una visión del mundo puramente materialista y sin alma” (n.3).

K) La Doctrina Social de la Iglesia

Nos adherimos con agrado a la designación de Juan Pablo II como “maestro de doctrina social, testigo evangélico de justicia y de paz”. Sergio Bernal Restrepo escribe: “Juan Pablo II relanzó la doctrina social en el discurso pronunciado en la apertura de los trabajos de la Conferencia general del Episcopado Latino Americano de Puebla en enero de 1979” (15-IX-2005) (Archivo informático de la Conferencia Episcopal Española. Comisión E. de Pastoral Social). El Santo Padre pone al hombre en el centro de la misión de la Iglesia.

- Ante los problemas de la sociedad

El Santo Padre nos invita a afrontar los problemas que surgen en la vida social y a darles la solución adecuada y justa.

*** Discurso de Juan Pablo II en Irlanda; septiembre de 1979.**

“El Cristianismo no nos manda que cerremos los ojos a los difíciles problemas humanos. No nos permite o impide ver las injustas situaciones sociales o internacionales. Lo que el cristianismo nos prohíbe es buscar soluciones a estas situaciones por caminos del odio, del asesinato de personas indefensas, con métodos terroristas. Y diría más: el Cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia, pero se opone decididamente a fomentar el odio y a promover la violencia o la lucha por sí misma”

Julio L.Martínez escribe a este respecto: “la significación de importancia colosal de Juan Pablo II se ha dado, a mi juicio de Profesor de Moral Social, con dos señas de identidad complementarias: la defensa incansable de la paz y el infatigable empeño de convertir la interdependencia en solidaridad, cuyo fruto es la paz”.

Juan Pablo II nos ha dejado unas enseñanzas muy importantes que han enriquecido el conjunto de la Doctrina Social. En sus encíclicas de carácter social pone de relieve la centralidad de la persona humana en el ámbito laboral y la voluntad del hombre como instrumento fundamental para regular el sistema económico el valor del trabajo del hombre. Por otra parte, afirma con claridad y sin ambigüedad alguna que la “violencia carece de la fuerza necesaria para destruir la injusticia, ya que la justicia sólo se logrará en la medida en que vaya acompañada del amor. La justicia por sí sola no es capaz de restaurar las relaciones humanas si no va enriquecida por el amor: “el amor debe inspirar la justicia y la lucha por la justicia” (48j).

- Documentos donde el Papa aborda estos problemas sociales

*** Encíclica “Redemptor Hominis” (4-III-1979).**

Desde el inicio de su ministerio, Juan Pablo II ha estado muy cerca del hombre y de la mujer, de sus problemas reales, y ha pretendido siempre ofrecer su iluminación y su ayuda. En su Encíclica “Redemptor hominis” alude de forma explícita a los problemas sociales de nuestro tiempo y los denuncia.

Recordemos este texto tan lúcido y tan interpelante:

“La amplitud del fenómeno pone en tela de juicio las estructuras y los mecanismos financieros, monetarios, productivos y comerciales que, apoyados en diversas presiones políticas, rigen la economía mundial: ellos se revelan casi incapaces de absorber las injustas situaciones sociales, heredadas del pasado, y de enfrentarse a los urgentes desafíos y a las exigencias éticas. Sometiendo al hombre a las tensiones creadas por él mismo, dilapidando a ritmo acelerado los recursos materiales y energéticos, comprometiendo el ambiente geofísico, estas estructuras hacen extenderse continuamente las zonas de miseria y, con ella, la angustia, frustración y amargura” (n.16).

No olvidemos que “el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su propia naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social” (GS 25). El hombre y la

mujer, tomados en su realidad histórica, con todas sus circunstancias, son el camino que la Iglesia tiene que recorrer en el cumplimiento de su misión.

*** Encíclica “Dives in misericordia” (30-XI-1980).**

En esta nueva encíclica el Santo Padre vuelve otra vez sobre los problemas sociales que tiene planteados la humanidad y a los que es urgente y necesario darles una respuesta justa y adecuada por el bien de la humanidad.

Insertamos aquí sus palabras:

“El estado de desigualdad entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en la abundancia, existen otros que viven en la indigencia, sufren la miseria y con frecuencia mueren incluso de hambre; su número alcanza decenas y centenares de millones. Por esto, la inquietud moral está destinada a hacerse más profunda. Evidentemente, un defecto fundamental o bien un conjunto de defectos -más aún, un mecanismo defectuoso- está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse de situaciones radicalmente injustas” (n.11).

Ante esta situación real y dolorosa, el Santo Padre manifiesta un hecho positivo y esperanzador que aparece en la conciencia del hombre y de la humanidad: el sentido de la justicia.

Recordemos las palabras de Juan Pablo II:

“No es difícil constatar que el sentido de la justicia se ha despertado a gran escala en el mundo contemporáneo; sin duda, ello pone mayormente de relieve lo que está en contraste con la justicia, tanto en las relaciones entre los hombres, los grupos sociales o las “clases”, como cada uno de los pueblos y Estados” (n.12).

*** Discurso al Presidente de Filipinas y a la nación (17-II-1981).**

Destacamos de este discurso unas palabras del Papa sobre “los derechos humanos y la seguridad nacional:

“Incluso en situaciones excepcionales, las cuales, a veces, pueden producirse, jamás es lícito justificar cualquier violación de la dignidad fundamental de la persona humana o de los derechos básicos que salvaguardan tal dignidad. (...) Todo aparente conflicto entre las exigencias

de seguridad y las de los derechos fundamentales de los ciudadanos debe ser resuelto según el principio fundamental -siempre sostenido por la Iglesia- de que la organización social existe solamente para el servicio del hombre y para proteger su dignidad y de que no se puede pretender servir al bien común cuando no se salvaguardan los derechos humanos” (n. 5).

Las tres grandes encíclicas sociales

El Santo Padre da un paso más en la promoción de la justicia social. Ya no se contenta con hacer alusiones, referencias a esta problemática en sus escritos pastorales. A partir de ahora va abordar los problemas sociales en documentos concretos y peculiares, que todos valoramos y agradecemos. Nos referimos a las tres Encíclicas sociales de Juan Pablo II.

En estas encíclicas, manifiesta el Card. Joseph Ratzinger, el Santo Padre aplica su visión antropológica a la problemática social de nuestro tiempo y pone de relieve estas enseñanzas: la primacía del hombre sobre los medios de producción, la primacía del trabajo sobre el capital y la primacía de la ética sobre la técnica. Por otra parte afirma que el centro está en la dignidad del hombre, que es siempre un fin y jamás un medio. A partir de aquí se esclarecen las grandes cuestiones actuales de la problemática social en contraposición crítica tanto con el marxismo como con el liberalismo” (48k).

Digamos unas palabras sobre estas Encíclicas:

* “**Laborem exercens**” (14 de septiembre de 1981).

El Papa publica esta Encíclica para celebrar el 90 aniversario de la encíclica “Rerum Novarum” de León XIII. Esta Encíclica constituye la respuesta de la Iglesia a los interrogantes y al desafío de las ideologías sociales, a la vez que aborda con profundidad y extensión el tema del trabajo.

- Contexto histórico de esta Encíclica:

El contexto histórico de esta encíclica es el “pesimismo ante la economía, la crisis del petróleo, la crisis del trabajo”. El Santo Padre invita a los cristianos a comprometerse en la transformación de los sistemas socio-económicos vigentes, dando orientaciones precisas, acordes con la preocupación fundamental por el bien integral del hombre.

- Algunos temas más significativos:

+ El trabajo humano.

Juan Pablo II hace del trabajo el tema de fondo de esta Encíclica, ofreciendo una impresionante reflexión antropológica, ética y espiritual sobre él, y coronando de manera excelente todo el esfuerzo de reflexión operativa sobre el trabajo humano realizado anteriormente. El trabajo humano es considerado como eje de la vida económico-social y de la Doctrina Social de la Iglesia,

Enseñanzas de Juan Pablo II sobre el trabajo:

El trabajo constituye “una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra” (n.4a), es una actividad fundamental del hombre tanto en su ser personal como social. Es algo constitutivo del hombre.

Hace una iluminación cristiana sobre el trabajo, destaca la dimensión antropológica del mismo, reflexiona sobre el conflicto entre el trabajo y el capital y ofrece los contenidos básicos de la espiritualidad del trabajo.

Pone de relieve las tres dimensiones fundamentales del trabajo humano: bíblico-antropológica, ético-jurídica y espiritual.

Presenta las vertientes del trabajo: personal (n.9c), familiar (10a,b), social (n.8 y 10c) y cósmica.

Destaca el sentido objetivo (n.6) y subjetivo (n.7c) del trabajo, con la preferencia de este último: “la dimensión objetiva del trabajo no prevalezca sobre la dimensión subjetiva, quitando al hombre o disminuyendo su dignidad y sus derechos inalienables” (n.10d). “El trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo. (...) El primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto” (n.6). La preeminencia del trabajo subjetivo sobre el objetivo, constituye, en cierto sentido, el meollo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo humano” (n.6d).

Da la prioridad al trabajo sobre el capital es “un principio enseñado siempre por la Iglesia”, una verdad que pertenece al patrimonio estable de la doctrina social de la Iglesia, una verdad evidente, que se deduce de toda la experiencia histórica del hombre” (n.12). El capital “es sólo y exclusivamente instrumento subordinado al trabajo del hombre” (n.12).

Hacia una espiritualidad del trabajo. Juan Pablo II ofrece una serie de elementos para una espiritualidad del trabajo. Ponemos de relieve los siguientes:

. El trabajo en relación con el Padre: “el hombre debe imitar a Dios creador tanto trabajando como descansando” (prólogo de la Encíclica “*Laborem exercens*”; n.25c). Es colaborador en la obra creadora de Dios (n.25b). El trabajo después del pecado original conserva siempre su alta dignidad aunque sea penoso.

. El trabajo en relación con el Hijo: “Aquel que siendo Dios, se hizo semejante a nosotros en todo, dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente “Evangelio del trabajo” (n.6e). “El trabajo nos asocia estrechamente a la Redención, que Cristo realizó mediante la cruz, cuando os lleva a aceptar todo cuanto tiene de penoso, de fatigoso, de mortificante, de crucificante en la monotonía cotidiana...” (n.27).

. El trabajo en relación con el Espíritu Santo: el trabajo penetrado por la fuerza del Espíritu llega a ser una forma de caridad para los demás, haciendo posible “la civilización del amor” (Juan Pablo II). “En el trabajo (...) encontramos como un anuncio de los cielos nuevos y de la tierra nueva” (n.27).

+ Subordina el derecho de la propiedad al destino universal de los bienes (n.14).

+Aporta el novedoso concepto del empresario indirecto

+ Pone de relieve la revalorización social de las funciones maternas

+Afirma la primacía del hombre sobre las cosas (n.12), del ser sobre el tener (n.20).

+ Las ideologías sociales:

El liberalismo capitalista y el socialismo marxista son ideologías sociales. Esta Encíclica es la respuesta profunda de la Iglesia a los interrogantes y al desafío de estas ideologías sociales. El Santo Padre intenta ante todo afirmar y defender la plena verdad del hombre, en su existencia personal y, a la vez, comunitaria y social.

+ Los sindicatos.

El Santo Padre afirma: “La doctrina social católica no considera que los sindicatos constituyan únicamente el reflejo de la estructura de “clase” de la sociedad y que sean el exponente de la lucha de clase que gobierna inevitablemente la vida social. Sí, son un exponente de la lucha por la justicia social, por los justos derechos de los hombres del trabajo según las distintas

profesiones. Sin embargo, esta “lucha” debe ser vista como una dedicación normal “a favor” del justo bien: en este caso, por el bien que corresponde a las necesidades y a los méritos de los hombres del trabajo asociados por profesiones; pero no es una lucha “contra” los demás. Si en las cuestiones controvertidas asume también un carácter de oposición a los demás, esto sucede en consideración del bien de la justicia social; y no por “la lucha” o por eliminar al adversario” (n. 20).

+ La huelga:

“Actuando en favor de los justos derechos de los trabajadores, los sindicatos se sirven también del método de la huelga, es decir, del bloqueo del trabajo, como una especie de ultimátum dirigido a los órganos competentes y, sobre todo, a los empresarios. Este es un método reconocido por la doctrina social católica como legítimo en las debidas condiciones y en los justos límites. En relación con esto los trabajadores deberían tener asegurado el derecho a la huelga, sin sufrir sanciones penales personales por participar en ella. Admitiendo que es un medio legítimo, se debe subrayar al mismo tiempo que la huelga sigue siendo, en cierto sentido, un medio extremo. No se puede abusar de él; no se puede abusar de él especialmente en función de los “juegos políticos; por lo demás, no se puede jamás olvidar que cuando se trata de servicios esenciales para la convivencia civil, éstos han de asegurarse en todo caso mediante medidas legales apropiadas, si es necesario” (n. 20).

+ El trabajo de la mujer:

“La experiencia confirma que hay que esforzarse por la revalorización social de las funciones maternas, de la fatiga unida a ellas y de la necesidad que tienen los hijos de cuidado, de amor y de afecto para poderse desarrollar como personas responsables, moral y religiosamente maduras y psicológicamente equilibradas. Será un honor para la sociedad hacer posible a la madre -sin obstaculizar su libertad, sin discriminación psicológica y práctica, sin dejarle en inferioridad ante sus compañeras- dedicarse al cuidado de los hijos, según las necesidades diferenciadas de la edad (...)

En este contexto se debe subrayar que, del modo más general, hay que organizar y adaptar todo el proceso laboral de manera que sean respetadas las exigencias de las personas y sus formas de vida, sobre todo de su vida doméstica, teniendo en cuenta la edad y el sexo de cada uno. Es un hecho que en muchas sociedades las mujeres trabajan en casi todos los sectores de la vida. Pero es conveniente que ellas puedan desarrollar plenamente sus funciones según la propia índole, sin discriminaciones y sin exclusión de los empleos para los que están capacitadas. Pero sin al mismo tiempo perjudicar

sus aspiraciones familiares y el papel específico que les compete para contribuir al bien de la sociedad junto con el hombre. La verdadera promoción de la mujer exige que el trabajo se estructure de manera que no deba pagar su promoción con el abandono del carácter específico propio y en perjuicio de la familia en la que como madre tiene un papel insustituible” (n.19).

*** “Sollicitudo rei socialis” (30-XII-1987).**

Es verdad que Pío XII fue el primero que utilizó el término “solidaridad” en el Magisterio de la Iglesia (“Summi Pontificatus”, n.35), sin embargo hemos de decir que la “Sollicitudo rei socialis” de Juan Pablo II es la “encíclica de la solidaridad”, es decir, el documento de la Doctrina Social de la Iglesia donde con más claridad y nitidez aparece acogido, expuesto y desarrollado el término “solidaridad”.

El Papa valora en alto grado la solidaridad como podemos ver a continuación: la coloca entre las virtudes cristianas, la vincula a la justicia social y la pone en relación con la caridad. Más aún, la refiere al misterio de la unidad del Dios cristiano, misterio de comunión trinitaria de personas.

Julio L. Martínez escribe a este respecto: “No exageramos si decimos que con esta encíclica la solidaridad adquiere carta de ciudadanía en el horizonte de la ética social católica. (...) Una vez que la solidaridad se ha convertido en categoría moral básica de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), no podemos prescindir de ella para entender la dignidad humana. En efecto, las ideas de dignidad personal y solidaridad con correlativas para la DSI: la persona crece cuando construye solidaridad y decrece cuando la destruye. Cuando la DSI se distancia críticamente del individualismo que sobreestima a la persona individual y su preferencia subjetiva, sin atender a los vínculos solidarios que la constituyen, o del colectivismo que destruye la singularidad de la persona para convertirla en una pieza de una maquinaria o en un número dentro de un colectivo, está revelando una convicción fuerte y consistentemente arraigada en la ética social cristiana: el ser humano es siempre, cuan cuando los sistemas o las ideologías no le dejen expresarse así, persona solidaria” (48l).

Contenidos básicos de la encíclica: Pasemos a desentrañar, aunque sea de forma breve, estos contenidos básicos:

- Contexto histórico: El Papa publica esta Encíclica para celebrar los veinte años de la Encíclica “Populorum Progressio” de Pablo VI. Esta encíclica pone de relieve el crecimiento del abismo que existe entre los países del Norte desarrollado y los países del Sur en vías de desarrollo.

- Temas fundamentales que aborda el Papa en esta Encíclica:

- + el auténtico desarrollo humano según la “*Populorum progressio*”,
- + lectura teológica de los problemas sociales,
- + análisis de los problemas desde la religión,
- + caminos para superar el mal,
- + la opción por los pobres,
- + la espiritualidad de la Encíclica.

- Algunos aspectos más significativos de la Encíclica

- + Empeoramiento de la situación del mundo

En un amplio “ver”, Juan Pablo II afirma sin paliativos que “no se puede negar que la actual situación del mundo, bajo el aspecto del desarrollo, ofrezca una impresión más bien negativa”. Y la primera constatación de este empeoramiento es “el alargamiento del abismo entre las áreas del llamado Norte desarrollado y las del Sur en vías de desarrollo” (n.14).

- + La dignidad de la persona humana:

El “juzgar” según Juan Pablo II se expone en dos momentos: a) ¿en qué consiste el verdadero desarrollo cuyo protagonista es el hombre en tanto que creado a imagen de Dios e inserto en su plan de salvación, centrado en Jesucristo; el hombre en cuanto sujeto de derechos y deberes; el hombre en cuanto consciente de su “habitat” -ecología-; b) ¿qué lectura teológica puede y debe hacerse de los problemas actuales?

“La preocupación social de la Iglesia está orientada al desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad, que respete y promueva en toda su dimensión la persona humana”.

“Lo que está en juego es la dignidad de la persona humana, cuya defensa y promoción nos ha sido confiadas por el Creador, y de las que son rigurosa y responsablemente deudores los hombres y mujeres de cada coyuntura de la historia. (...) En este empeño deben ser ejemplo y guía los hijos de la Iglesia, llamados, según el programa enunciado por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret, a anunciar a los pobres la Buena Nueva (...), a proclamar la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc.4,18-19). Y en esto conviene subrayar el papel preponderante que cabe a los laicos, hombres y mujeres. A ellos compete animar, con su compromiso cristiano,

las realidades y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia” (n. 47).

Todos conocemos que una de las grandes preocupaciones de Juan Pablo II fue la defensa de la dignidad de todos y de cada uno de los seres humanos, hombre y mujer, mediante el anuncio, la defensa y promoción de los Derechos Humanos, así como de la denuncia de su violación. En su encíclica “Redemptor hominis”, el Papa pidió que “los derechos del hombre lleguen a ser en todo el mundo el principio fundamental del esfuerzo por el bien del hombre” (n.17)

“Así pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus sacerdotes y cada uno de sus miembros, están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo superfluo, sino con lo necesario. Ante los casos de necesidad, no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino, al contrario, podrá ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ella” (n. 31).

+ La Doctrina social de la Iglesia (48ll):

El “actuar” propuesto por Juan Pablo II, tras unas consideraciones teóricas sobre la Doctrina Social de la Iglesia -cuya enseñanza y difusión forman parte de la misión evangelizadora de la misma- concreta cómo la Doctrina Social

- a) ha de abrirse a la perspectiva internacional mediante la opción preferencial por los pobres;
- b) reclama reformas dado el desequilibrio internacional y
- c) convoca a la colaboración de todos, en el marco de la solidaridad universal.

“La doctrina social de la Iglesia no es una “tercera vía” entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista, ni siquiera una posible alternativa para otras soluciones menos radicalmente contrapuestas; constituye una categoría por sí misma. No es tampoco una ideología, sino la cuidadosa formulación de los resultados de una atenta reflexión sobre la compleja realidad de la existencia del hombre, en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial.

Su objetivo principal es el de interpretar la realidad examinando la conformidad o disconformidad con las enseñanzas del Evangelio sobre el hombre y su vocación terrenal a la vez que trascendente, para orientar, por

tanto, el comportamiento cristiano. Pertenece, por eso, no al campo de la ideología, sino de la teología y especialmente de la teología moral” (n.41).

El Papa muestra que “la enseñanza y difusión de esta Doctrina social forman parte de la misión evangelizadora de la Iglesia” (n. 41,8) ya que anuncia el Evangelio en uno de los ámbitos más conflictivos, difíciles y complejos de la vida: el campo social con todos sus problemas económicos, políticos, relacionales... Creemos que es oportuno y necesario insertar aquí un texto de Juan Pablo II:

“La Iglesia tiene una palabra que decir, tanto hoy como hace veinte años, así como en el futuro, sobre la naturaleza, condiciones, exigencias y finalidades del verdadero desarrollo y sobre los obstáculos que se oponen a él. Al hacerlo así cumple su misión evangelizadora, ya que da su contribución a la solución del problema urgente del desarrollo cuando proclama la verdad sobre Cristo, sobre sí misma y sobre el hombre. A este fin la Iglesia utiliza como instrumento su doctrina social” (48m).

+ Las estructuras de pecado:

Juan Pablo II habla en esta encíclica de “estructuras del pecado”, para explicar la miseria del mundo, y fundamenta esta expresión, diciendo: “la suma de factores negativos, que actúan contrariamente a una verdadera conciencia del Bien común universal, parece crear, en las personas e instituciones, un obstáculo difícil de superar” (n.36).

El Papa condena las “estructuras de pecado”, y, en particular, dos de las que considera más características, el “afán de ganancia exclusiva” y “la sed de poder a cualquier precio” (n.36) que van indisolublemente unidos y que ocultan verdaderas formas de idolatría y culto al dinero, a la ideología, a la clase social, son el fondo último de las estructuras de pecado” (n.36)..

“Los mecanismos perversos y las estructuras de pecado de que hemos hablado podrán ser vencidos mediante el ejercicio de la solidaridad humana y cristiana, a la que la Iglesia invita y que promueve incansablemente. Sólo así tantas energías positivas podrán ser dedicadas plenamente a favor del desarrollo y de la paz” (n. 40).

+ El Tercer y Cuarto Mundo:

En esta encíclica, el Papa Juan Pablo II habla también no sólo de los grandiosos problemas sociales del Tercer Mundo sino también de la existencia del “Cuarto Mundo”, es decir, de las zonas de grande o extrema

pobreza en el interior de los países de medio o alto nivel económico, señalando que este “Cuarto Mundo”, además de los problemas propios del Tercer Mundo como son los de “distribución de alimentos, higiene, salud y vivienda, disponibilidad de agua potable, condiciones de trabajo, en especial femenino”, etc., se dan los problemas de “analfabetismo, la dificultad o imposibilidad de acceder a los niveles superiores de instrucción, la incapacidad de participar en la construcción de la propia nación, las diversas formas de explotación y de opresión económica, social, política y también religiosa de la persona humana y de sus derechos, las discriminaciones de todo tipo, de modo especial la más odiosa basada en la diferencia racial” (nn. 14 y 15).

“Este es el cuadro: están aquellos -los pocos que pueden mucho- que no llegan verdaderamente a ser, por una inversión de la jerarquía de los valores, se encuentran impedidos por el culto del tener; y están los otros, - los muchos que poseen poco o nada- los cuales no consiguen realizar su vocación humana fundamental al carecer de los bienes imprescindibles” (n. 28).

+ La ecología

Este tema no había sido tocado anteriormente por ningún otro Papa a nivel de un documento solemne como una encíclica (n.34).

+ La eucaristía y el compromiso al servicio del pobre:

“Quienes participamos de la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este sacramento, el sentido profundo de nuestra acción en el mundo a favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él la energía para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo que en este Sacramento da la vida por sus amigos (cf. Jn.15,13). Como la de Cristo y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil sino ciertamente fecunda” (n. 48).

+ Desarrollo y Reino de Dios

“La Iglesia sabe bien que ninguna realización temporal se identifica con el Reino de Dios, pero que todas ellas no hacen más que reflejar y en cierto modo anticipar la gloria de ese Reino, que esperamos al final de la historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podrá ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación concreta y en su vida social, nacional o internacional, en la medida en que ésta -sobre todo ahora- condiciona a aquella. Aunque imperfecto y provisional, nada de lo que se puede y debe realizar mediante el esfuerzo solidario de todos y la gracia

divina en un momento dado de la historia, para hacer “más humana” la vida de los hombres, se habrá perdido ni habrá sido en vano” (n. 48).

+ La opción o amor preferencial por los pobres

Juan Pablo II asume la opción preferencial por los pobres: “El ejemplo de Cristo de amor al menesteroso se ha concretizado para la Iglesia en latinoamérica, sobre todo a partir de Medellín y Puebla, en la llamada opción preferencial por los pobres” (Homilía en Santo Domingo; 11-X-1984; Ecclesia, n.2194; 27-X-1984; 13).

Al mismo tiempo, el Papa enseña que “el imprescindible clamor por la justicia y la necesaria solidaridad preferente con el pobre no necesitarán hipotecarse a ideologías extrañas a la fe, como si fueran éstas las que guardan el secreto de la verdadera eficacia” (Discurso a los Obispos de Perú; 4-X-1984; Ecclesia, n.2194; 27-X-1984; 13).

Por otra parte, el Santo Padre presenta el significado de esta “opción preferencial por los pobres diciendo que “es una opción preferencial pero no excluyente; atiende a los pobres como un grupo humano necesitado, pero no como clase social en lucha ni como Iglesia paralela; la liberación fundamental reside en la liberación del pecado: “del mal moral que anida en el corazón, y que es causa del “pecado social” y de las estructuras opresoras”; evita la tentación de caer en sistemas que priven a la persona de la libertad y la induzcan a la negación de Dios” (“Homilía en Santo Domingo”, ibd., 13).

Estas enseñanzas de Juan Pablo II son recogidas posteriormente en la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la fe: “Libertad y Liberación” (1986), n.68: el amor preferencial a los pobres. También aparece en la Encíclica “Sollicitudo rei socialis”, n.42: “opción o amor de preferencia por los pobres” y en la Encíclica “Centessimus annus”, n.11: “opción preferencial por los pobres”

+ La solidaridad

La Iglesia está llamada a promover una solidaridad que tiene como modelo y como fuente a la Stma. Trinidad. “A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que

le ama el Señor, y por él se debe estar dispuesto al sacrificio, incluso extremo: “dar la vida por los hermanos” (cf. IJn.3,16) (n.40).

La solidaridad “no es un sentimiento de vaga compasión, o de superficial ternura hacia los males de tantas personas cercanas y lejanas; al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos” (n.36).

Ahondemos más en la naturaleza de la solidaridad. La solidaridad incluye la compasión con los más necesitados y débiles y la creación de vínculos comunitarios, pero no se reduce a ellas. La solidaridad es personal y comunitaria, y también política. “La solidaridad como encuentro personal y como comunidad no prescinde de las estructuras mediadoras, porque no olvida que esa misma interpelación y pertenencia necesita la interpretación ético política y empírica de las instituciones sociales para guiar la praxis en el sentido de la liberación” (48n).

La solidaridad “nos ayuda a ver al “otro” -persona, pueblo o nación- no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un “semejante” nuestro, una ayuda (cf. Gn.2,18-20), para hacerlo partícipe como nosotros del Banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados” (n. 39). “Los que cuentan más, al disponer de una porción mayor de bienes y servicios comunes, han de sentirse responsables de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen” (n.39).

* **“Centessimus annus”** (1 de mayo de 1991)

Juan Pablo II publica esta Encíclica al cumplirse el centenario de la Encíclica “Rerum Novarum” de León XIII. Esta encíclica es la carta magna de la dignidad de la persona humana que debe ser defendida ante los sistemas y las ideologías.

- Contexto histórico de esta Encíclica: el Papa publica esta encíclica en el centenario de la publicación de la Encíclica de León XIII: “Rerum novarum”. Ahora bien, este documento social proyecta una mirada hacia la “Rerum Novarum”, descubre y analiza las “cosas nuevas” de nuestro tiempo actual y mira hacia el tercer milenio de la era cristiana. Podemos decir que estas tres miradas se entrecruzan a lo largo de la encíclica.

- Contenido (48 ñ):

+ En el primer capítulo subraya las posiciones de la “*Rerum Novarum*” de León XIII: afrontó el conflicto capital-trabajo de su tiempo; defendió los derechos fundamentales de los trabajadores (propiedad, asociación, condiciones humanas de trabajo, salario justo, libre cumplimiento de los deberes religiosos); expuso las relaciones entre el Estado y los ciudadanos.

+ En el segundo capítulo, Juan Pablo II lee “las cosas nuevas” de hoy con la óptica de la “*Rerum Novarum*”. El momento en que vivimos se caracteriza por la conclusión de un ciclo en la historia de Europa y del mundo: el fracaso del marxismo.

Juan Pablo II hace una crítica profunda del “Socialismo real”, reconociendo también la justicia de sus aspiraciones y denuncias, y afirma que “ha cometido un “error fundamental”, de carácter antropológico”: el olvido de la trascendencia de la persona humana (n.13). Su crítica, por tanto, la hace siempre desde la perspectiva de la dignidad trascendente de la persona humana. El Papa también critica el sistema capitalista, sin dejar de reconocer sus logros y avances.

+ En el tercer capítulo analiza los sucesos de la historia reciente en Europa central y oriental en 1988, que culminan con la caída del muro de Berlín (1989). El Papa rinde homenaje a la “ayuda importante e incluso decisiva” de toda la Iglesia gracias a su compromiso claro y firme en la defensa y promoción de los derechos del hombre (n.22). Pone de relieve también que las muchedumbres de los trabajadores desautorizaron las ideologías que pretendían representarlos (n.23). Señala “el resurgimiento de “formas espontáneas de la conciencia obrera”, la legitimación de “una auténtica teología de la liberación humana integral” (n.26), la ayuda mutua internacional (nn. 27 y 28).

+ En el capítulo cuarto, Juan Pablo II analiza cuestiones que se refieren a la propiedad privada y al destino universal de los bienes, espirituales y materiales. Lo verdaderamente decisivo es el hombre mismo, es decir, su capacidad de conocimiento, que se manifiesta mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás (n.32). En esta misma dirección, el Papa aborda temas como la deuda exterior (n.35), el problema de la droga (n.36), de la ecología natural (n. 37) y humana (n.38), de la familia (n.39).

Juan Pablo II dedica el número 42 de esta Encíclica a responder a la pregunta: “¿Se puede decir quizá que, después del fracaso del comunismo, el sistema vencedor es el capitalismo?” El Santo Padre responde afirmando que la libertad económica es un aspecto inseparable de la libertad humana, pero

que ha de contribuir siempre a la plena realización de las personas y a la constitución de una auténtica comunidad humana de trabajadores.

+ Capítulos quinto y sexto

Afirma el Santo Padre que “la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna” (n.37).

Presenta “una sana teoría del Estado” frente a toda forma de totalitarismo que “tiende a absorber en sí mismo la nación, la sociedad, la familia, las comunidades religiosas y las mismas personas” (n.45).

Explica que “el hombre es el camino de la Iglesia” señalando que la doctrina social de la Iglesia “tiene de por sí el valor de un instrumento de evangelización: en cuanto tal, anuncia a Dios y su misterio de salvación en Cristo a todo hombre y, por la misma razón, revela al hombre a sí mismo. Solamente bajo esta perspectiva se ocupa de los demás: de los derechos humanos de cada uno y, en particular, del “proletariado”, la familia y la educación, los deberes del Estado, el ordenamiento de la sociedad nacional e internacional, la vida económica, la cultura, la guerra y la paz, así como del respeto a la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte” (n.54).

- Algunos temas más importantes de la misma:

+ Hoy día, lo importante no es la distribución de la tierra ni de los medios de producción, sino la difusión de la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber, pues en esto se funda la riqueza de las naciones, mucho más que en los recursos naturales. “Es mediante el trabajo como el hombre, usando su inteligencia y su libertad, logra dominar la tierra, hacer de ella su digna morada” (n.31b).

+ La contribución auténtica de la Iglesia en el campo social “se realiza en el corazón del hombre”. A este nivel promueve los comportamientos humanos que favorecen la cultura de la paz, del desarrollo y de la solidaridad. Es verdad que para construir una sociedad más justa y digna del hombre es necesario un compromiso de servicio a nivel político, social y cultural. Pero esto no basta. El compromiso decisivo debe provenir del mismo corazón del hombre, de la intimidad de su conciencia, donde el ser humano decide por sí mismo. Sólo así el hombre podrá cambiarse a sí mismo y contribuirá al cambio y al mejoramiento de toda la sociedad.

+ La importancia del individuo ante las dependencias sociales: “Las decisiones gracias a las cuales se constituye un ambiente humano, pueden crear estructuras concretas de pecado, impidiendo la plena realización de quienes son oprimidos de diversas maneras por ellas. Demoler tales estructuras y sustituirlas por formas más auténticas de convivencia es una tarea que exige valentía y paciencia” (n.38).

+ El respeto sagrado a los derechos del hombre de tal modo que “nadie tiene derecho a violar estos derechos; nadie está legitimado para despojar al hombre de su dignidad radical” (n.15d).

+ Mediante su trabajo, el hombre se compromete no sólo a favor suyo, sino también a favor de los demás y con los demás: cada uno colabora en el trabajo y en el bien de los otros” (n.43c).

+ La democracia: Juan Pablo II ha optado de forma clara a favor de la democracia, señalando los criterios éticos que han de caracterizarla (nn. 44ss).

+ Los conflictos entre las Naciones: “es necesario que se den pasos concretos para crear y consolidar estructuras internacionales capaces de intervenir, para el conveniente arbitraje, en los conflictos que surjan entre las naciones, de manera que cada una de ellas pueda hacer valer los propios derechos, alcanzando el justo acuerdo y la pacífica reconciliación con los derechos de los demás” (n.27b).

+ Nuestro compromiso ante la solidaridad: “Nuestra tarea es hacer de la solidaridad una realidad. Debemos crear un movimiento mundial que entienda la solidaridad como un deber natural de todas y cada una de las personas, las comunidades y las naciones. La solidaridad debe ser un pilar natural y esencial de todos los grupos políticos, no una posesión privada de la derecha o la izquierda, ni del Norte o el Sur, sino un imperativo ético que busque reinsertar la vocación de ser una familia global. Dios, en realidad, nos ha dado la tierra para el conjunto de la raza humana, sin exclusiones ni favoritismos” (n.31).

Julio L. Martínez comenta este texto diciendo: “en la reflexión del Papa Wojtyla surgen dos notas primordiales que cualifican cualquier expresión cristiana de la solidaridad, a saber: su carácter de deber moral, de imperativo ético, y su despliegue en una triple expresión ética co-implicada y co-referida, a saber, ético-personal, ético-comunitaria y ético-política. Esta tridimensionalidad de la solidaridad (...) se podría tematizar como:

- La solidaridad personal que supera la dinámica del sentimiento y la lógica del altruismo supererogatorio, propio de la comprensión individualista liberal. Sus sujetos son las personas de carne y hueso, con sus historias concretas, muchas veces con vidas traspasadas por el sufrimiento y las injusticias. Se realiza a través de la com-pasión.

- La solidaridad que exige hacerse cultura - “cultura de la solidaridad”-, ha dicho el Papa-. El sujeto es la comunidad y se realiza en la generación de valores y prácticas sociales que proponen una forma alternativa de vivir.

- La solidaridad política, unida a la justicia social (entendida ésta como las condiciones mínimas para la participación de todos en la vida de la sociedad), la cual necesita de instituciones locales y globales de titularidad pública y privada, tanto del Estado como de la sociedad civil. Los sujetos son las instituciones. Se realiza al poner las condiciones sociales para la participación.

Estas tres dimensiones se co-implican, se necesitan entre sí; se alimentan y purifican mutuamente; se interpelan y se autentifican abriéndose unas a otras. Sin solidaridad personal y comunitaria me parece imposible trabajar por la solidaridad política. Pero a la vez, sin la vertiente política las otras pueden quedarse, al fin y a la postre, en gestos bienintencionados y en expresiones emocionales.

Por todo ello, la solidaridad no es una virtud supererogatoria u opcional de los individuos, sino una virtud obligante que, unida a la justicia, trabaja por el bien común y se expresa en la dimensión personal, política y cultural (48o).

+ “No se trata solamente de dar lo superfluo, sino de ayudar a pueblos enteros -que están excluidos o marginados- a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad” (n.58). La solidaridad es “uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política” (n.10).

+ La crítica de un equivocado estilo de vida que se presume como mejor cuando está orientado a tener y no a ser (fenómeno del consumismo).

Otros Documentos de Juan Pablo II

*** Homilía en la Eucaristía celebrada en la explanada de “la Morgal” (Asturias); 20 de agosto de 1989.**

En esta homilía el Santo Padre aborda el tema del trabajo humano. Inserto aquí tres puntos importantes de la homilía de Juan Pablo II:

- “El trabajo no debe limitarse a la producción eficiente de las cosas en el ámbito de la máquina social, sino que debe ser, sobre todo, humanización de la naturaleza y crecimiento del hombre en su humanidad, elemento decisivo de la prueba de la verdad sobre el hombre” (n.3)

- El progreso es “ambivalente” ya que “el dominio cada vez mayor sobre las cosas va acompañado por la desorientación sobre el sentido de la vida del hombre, donde el gran desarrollo técnico del trabajo no consigue realizar los principios esenciales de dignidad y solidaridad, provocando consecuentemente una mayor masificación, desinterés y explotación: donde el hombre pasa de dominador de la Naturaleza a ser su destructor” (n. 5).

- La tarea de los cristianos hoy, para el bien de todos los hombres es testimoniar con las obras de su trabajo una auténtica humanización de la Naturaleza, dejando en ella una huella de justicia y belleza, manifestando el verdadero sentido humano del trabajo y rindiendo de este modo obediencia y gloria al Creador. Ante todo, se trata de reconstruir en el mundo del trabajo y de la economía un sujeto nuevo, portador de una nueva cultura del trabajo (n.6).

*** Mensaje a la XLII Semana Social de los Católicos Italianos (21-IX-1993).**

El tema escogido “Identidad nacional, democracia y bien común” se revela de particular importancia en la búsqueda de la respuesta justa a interrogantes fundamentales sobre el verdadero bien de la sociedad.(...) A tal fin es indispensable la llamada a la preeminencia de los valores espirituales y morales, en plena sintonía con la principal preocupación de la Iglesia, la cual “cuando anuncia al hombre la salvación de Dios, cuando le ofrece y comunica la vida divina mediante los sacramentos, cuando orienta su vida con los mandamientos del amor al prójimo...contribuye al enriquecimiento de la dignidad del hombre” (CA, n.55) (...).

La enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia en este aspecto puede iluminar el futuro de la nación italiana. El bien común reclama un cambio radical de orientación: una ética no individualista, sino solícita de la participación y del compartir. Para orientar en tal sentido las reformas sociales es necesario tener en particular consideración los principios de subsidiariedad y de solidaridad.

El primero exige que una sociedad de orden superior no interfiera en la vida interna de una sociedad de orden inferior privándola de sus competencias, sino que la sostenga en caso de necesidad y la ayude a coordinar su acción con la de las demás componentes sociales cara al bien común (cf. CA 18; CIC 1883-1885, 1894). El principio de subsidiariedad comporta, por tanto, una concreta reflexión sobre la relación entre el centralismo nacional y autonomías locales.

La solidaridad, después, es una actitud que permite a los individuos y a la sociedad elaborar una verdadera cultura de los derechos y de los deberes, sobre todo de los concernientes a la participación en la vida civil y de los ligados a las funciones de dirección y de gobierno de la cosa pública.

Es posible construir una nueva cultura sobre el fundamento de la dignidad transcendente de todo hombre, en el que se ofrezca de manera más viva a cada ciudadano el sentido de vivir junto a los demás mediante una densa trama de interacciones positivas entre los diversos niveles de la convivencia civil; desde los personales, de categoría y de grupo, hasta aquellos más amplios que afectan a la dimensión nacional y a los intereses generales.

La solidaridad da concreción a la “determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común, o sea el bien de todos” (SRS. 38). Esto comporta un compromiso personal en la justa distribución de pesos derivados de la conducción de la comunidad; en una política de la ocupación y un modelo de desarrollo y de bienestar social capaces de superar la lógica del puro mercado (...).

Se constata en nuestros días una cierta dificultad para acoger la noción de bien común y las consecuencias que derivan lógicamente del mismo. Es útil y necesario que los católicos sepan individuar las formas más eficaces para reafirmar este “principio” fundamental para la convivencia social de cada nación y del mundo entero (cf. GS 6) (...) (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XVI/2 (1993), 818-822).

*** Discurso de Juan Pablo II en la sesión inaugural de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales (25-XI-1994).**

- Misión de la Iglesia: proyectar la luz del Evangelio sobre los nuevos desafíos.

“La Iglesia se ha ocupado de denunciar las injusticias irritantes a las que conducían las teorías tanto liberales como socialistas; porque la llegada de la era industrial coincide con la aparición de las ideologías del liberalismo y del socialismo, que reaparecen, desgraciadamente, bajo diferentes formas en el mundo moderno (cf. CA, 13). En el mismo tiempo, el magisterio y numerosos Episcopados han percibido la necesidad de promover la reflexión y la

formación humanas y espirituales, indispensables para que todo ser humano pueda encontrar su justa plaza en el seno de la sociedad” (n.2).

“En este final del segundo milenio, el desarrollo de la sociedad técnica y materialista hace que todavía se ciernan sobre nuestros contemporáneos numerosas amenazas; la extensión del desempleo que pone en situaciones de precariedad y debilita a las personas, particularmente a los jóvenes y a las familias, la multiplicación de las exclusiones que marginan cada vez a un número mayor de personas, el incremento de los radicalismos que hacen crecer las tensiones, el desequilibrio permanente entre el Norte y el Sur que conduce a pueblos enteros a una pobreza cada vez más acusada.

A partir de la encíclica “Rerum Novarum”, la Carta Magna que debe ser el fundamento de toda la actividad cristiana en materia social (Pío XI), *Quadragesimo anno*), la Iglesia ha articulado en una doctrina coherente el conjunto de principios morales contenidos en la revelación y desarrollados por el magisterio en el curso de la historia; esta doctrina social imparte los criterios morales para la decisión y la acción en la vida personal, familiar y social y presenta la visión integral del hombre, su dignidad intrínseca, su naturaleza espiritual y su destino último (cf. CA, n.47) (n.3).

- El hombre es siempre anterior a los sistemas socioeconómicos

“El Magisterio de la Iglesia no ha cesado de recordar, a tiempo y a destiempo, el principio esencial de su doctrina social: el hombre es siempre anterior a los sistemas socioeconómicos en los que participa. Las realidades humanas son para el hombre, que “está situado en el centro de la sociedad” (CA, 54) y que no puede ser considerado como una simple rueda de la misma (CA 13); el hombre tiene una dignidad natural inalienable” (GS, 84,2) (...) (n.4).

- La familia debe ocupar un puesto central en todo programa de desarrollo.

“Una mirada sobre las situaciones sociales en el mundo, tanto en los países industrializados como en los países en vías de desarrollo, demuestra cuán importante es reforzar la contribución de las ciencias sociales para encontrar soluciones a los problemas concretos de las personas, soluciones fundadas en la justicia social. Es notorio, por ejemplo, que los efectos negativos de la coyuntura económica actual de numerosos países ponen en peligro, con demasiada frecuencia, los programas sociales, que deberían tener como razón de ser la defensa de los más débiles. La Iglesia se muestra profundamente sensible ante este factor. A nivel internacional, aparece que numerosos proyectos de reformas macro-económicas no tienen en cuenta la

dimensión humana, de manera que son siempre los más débiles los que experimentan los efectos nefastos de la disminución de los recursos públicos. Por ello, conviene recordar que ningún modelo de crecimiento económico, que desatendiera la justicia social o que marginara a grupos de personas, podría ser sostenible a largo plazo, incluso bajo el punto de vista puramente económico (...) (n.5)..

“...La Iglesia no tiene competencia para llevar a cabo análisis científicos; tampoco tiene soluciones técnicas que ofrecer, ni quiere garantizar modelo teórico alguno de explicación de los fenómenos sociales, ni sistema concreto alguno de sociedad (cf. SRS, n.41), pero defiende el lugar primordial del hombre, según el plan de Dios, y recuerda los deberes que se derivan de su dignidad de persona que vive en sociedad”.

“La economía, los sistemas de producción y de intercambio, el Estado y el derecho están siempre al servicio del hombre concreto y no al revés. En virtud de su dignidad propia, el hombre tiene derechos inalienables, y tiene también el deber de trabajar por el bien común, de producir fruto (OT, 16), de transformar el orden social (PP, 42), y de permitir a todos, mediante un reparto justo y equitativo, tener su puesto en la sociedad y gozar de los frutos de la tierra; en esta perspectiva se enmarcan algunos principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, como el derecho a la propiedad privada, subordinado, sin embargo, al destino universal de los bienes” (LE. n.14).

“Por otra parte, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, el ser humano goza de una legítima autonomía de decisión y de acción y de la facultad de ejercer plenamente sus derechos; debe ser protegido contra el eventual y arbitrario poder de las instituciones y de las estructuras sociales y políticas. En efecto, el hombre conserva su parte de responsabilidad en las diferentes comunidades a las que pertenece naturalmente: la familia, el medio cultural, los movimientos asociativos, la nación y la comunidad de las naciones (ChFL, 42; CA, 48; CATIC, nn.1883-1885; 1894-2209). Sin embargo, este principio no puede ser separado del principio de solidaridad, que requiere de toda persona, como miembro de la comunidad humana, ser parte activa del destino de la sociedad y sentirse responsable de la salvación de todos” (n.6).

- El Magisterio de la Iglesia considera que las ciencias están al servicio del hombre.

“El magisterio de la Iglesia considera que las ciencias, con independencia de su objeto y de sus métodos de investigación, están al servicio del hombre. Sin embargo, ninguna ciencia puede pretender explicar la

totalidad de lo real. En el caso contrario, saliéndose de su estatuto de ciencia, se convierte entonces en una ideología que pretende explicar el conjunto de universo y de la historia (MM, cap.IV). Sin embargo, la toma de conciencia de los límites de la actuación científica no debe convertirse en un rechazo de la apertura a la dimensión transcendente” (n.7).

“Más todavía que para las ciencias de la naturaleza, la epistemología juega un papel primordial para las ciencias sociales. Los mismos instrumentos de análisis pueden ser utilizados de forma distinta, según la visión del hombre al que tienden a servir.

Por otra parte, si la Iglesia espera mucho de los análisis ofrecidos por las ciencias sociales, está igualmente convencida de que su doctrina social puede facilitar principios metodológicos adecuados para orientar las investigaciones y para proporcionar elementos útiles para la edificación de una sociedad más justa y más fraternal, de una sociedad verdaderamente digna del hombre. Por el hecho de trabajar en la perspectiva de la doctrina social de la Iglesia, que afirma que el orden en la vida colectiva no es arbitrario, demostraréis que las ciencias sociales despliegan toda su efectividad cuando trabajan en la perspectiva del orden de la creación.

La doctrina social de la Iglesia pretende conciliar la afirmación de la libertad del hombre, de su naturaleza espiritual hecha para la vida de relación, de su capacidad de progresar en el conocimiento, con el carácter objetivo del orden creado. Tampoco teme apoyarse sobre una antropología a la vez metafísica y racional, que permite analizar el misterio del hombre y de su destino, irreductible a todos los condicionamientos culturales particulares y a todos los determinismos. Los principios de la dignidad de la persona, de su naturaleza social, del destino universal de los bienes, de la solidaridad, de la subsidiariedad, que la doctrina social de la Iglesia deduce de la antropología de la creación, siguen siendo válidos en todas las formas de sociedad como llamamientos a la superación de las coacciones que los sistemas prácticos terminan siempre haciendo que incidan sobre los hombres (n.8).

- Puesto particular de la caridad en la doctrina social de la Iglesia

“Entre los valores fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, conviene reservar un puesto particular a la caridad, porque ésta constituye la categoría primera de la vida en sociedad, y permite analizar la acción libre y voluntaria que consiste en amar al prójimo por sí mismo. La caridad es la virtud que permanecerá hasta el final de la historia (cf. Mt.25; ICort.13). La caridad es “como la reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos, (...ella) confiere todos y a todas el rango, el orden, el tiempo y el valor” (S. Francisco de Sales). El amor se manifiesta por la

benevolencia respecto al otro, la preocupación por la reciprocidad en las relaciones y el sentido de la comunicación verdadera (St.Tomás de Aquino). Por tanto, esta sociedad que vosotros estudiáis no se compone de extranjeros (cf. Ef.2,19), sino de hermanos en humanidad, redimidos por Cristo”(n.9).

- Diálogo de la Iglesia con los estudiosos en ciencias sociales (CA 59).

“La Iglesia desea percibir todavía mejor la complejidad de las causas que implican situaciones a veces inhumanas y que pueden ser causa de que se cierren amenazas sobre las personas o sobre las instituciones y que entrañan el riesgo de comprometer gravemente la dignidad de los seres y del futuro del mundo. Esta comprensión de las realidades sociales permitirá discernir los envites éticos y presentarlos de forma más clara a nuestros contemporáneos. Corresponde a la Iglesia proseguir la elaboración de su doctrina social y perfeccionarla, gracias a una colaboración estrecha con los movimientos sociales católicos y con los expertos en las disciplinas sociales, cuyos ilustres representantes en el seno de esta nueva Academia sois vosotros” (n.10) (O.T. 26-XI-1994; original francés; traducción de Ecclesia. Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; febrero de 1995; 122-129).

*** Discurso a la Pontificia Academia de Ciencias Sociales (Vaticano, 25-IV-1997).**

El Santo Padre ofrece un discurso sobre el trabajo, y lo titula así: “el trabajo: participación en la obra de la Creación”. Ofrecemos a continuación los fragmentos más significativos de esta alocución.

- El trabajo humano “es una clave, probablemente la clave esencial de la toda la cuestión social” (LE, n.3). (...) Se trata de un tema sobre el que el Magisterio se ha pronunciado en diversas ocasiones. El año pasado les recordaba, personalmente, el principio moral que afirma que las exigencias del mercado, fuertemente marcadas por la competitividad, no deben “ir contra el derecho fundamental de cualquier hombre a tener un trabajo que le permita vivir con su familia” (Discurso, 22-I-1996).

- “La Iglesia no pretende condenar la liberación del mercado en sí, sino que pide su exposición y aplicación en el respeto a la primacía de la persona, a la que deben someterse los sistemas económicos (...) La experiencia demuestra que una economía de mercado, abandonada a una libertad sin condiciones, está lejos de proporcionar más ventajas posibles a las personas y a las sociedades”.

- La globalización y sus efectos negativos. “En el marco de la “globalización”, también llamada “mundialización” de la economía

(CA,n.58), la facilidad en el traslado de los recursos y de los sistemas de producción, realizado únicamente en virtud del criterio del máximo beneficio y sobre la base de una competitividad desenfrenada, su bien por un lado aumenta las posibilidades de trabajo y el bienestar de algunas regiones, por otro lado excluye a otras regiones menos favorecidas y puede agravar el desempleo en países de antigua tradición industrial. La organización “globalizada” del trabajo, al aprovecharse de la extrema indigencia de los pueblos en vías de desarrollo, conduce muchas veces a graves situaciones de explotación, que ofenden las exigencias fundamentales de la dignidad humana”.

- ¿Qué debe hacerse para evitar lo negativo? “Es esencial que la acción política asegure un equilibrio de mercado en su forma clásica, mediante la aplicación de los principios de subsidiariedad y de solidaridad, según el modelo del estado social. Si este último funciona de manera moderada evitará también un sistema de asistencia excesiva, que crea más problemas que resuelve. Si así lo hace, será una manifestación de auténtica civilización, un instrumento indispensable para la defensa de las clases sociales mas desfavorecidas, con frecuencia abrumadas por el excesivo poder del “mercado global”.

- Mercado justo y mercado salvaje. “De por sí, un mercado mundial organizado con equilibrio y una buena regulación puede llevar, junto al bienestar, al desarrollo de la cultura, de la democracia, de la solidaridad y de la paz. Sin embargo, se deben esperar efectos muy distintos de un mercado salvaje que, bajo el pretexto de la competitividad, prospera explotando a ultranza al hombre y al ambiente. Este tipo de mercado, éticamente inaceptable, no puede tener más que consecuencias desastrosas, por lo menos a largo plazo” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XX/1 (1997), 800-806).

*** Homilía en la Santa Misa. La Habana (Cuba) (25-I-1998).**

En su homilía el Santo Padre afirma:

- “Los sistemas ideológicos y económicos que se han ido sucediendo en los dos últimos siglos, con frecuencia han potenciado el enfrentamiento como método porque contenían en sus programas los gérmenes de la oposición y de la desunión”.

“Algunos de esos sistemas han pretendido también reducir la religión a la esfera meramente individual, despojándola de todo influjo o relevancia social”. Ante esta situación, el Papa manifiesta que “en este sentido, cabe recordar que un Estado moderno no puede hacer del ateísmo o de la religión uno de sus fundamentos políticos. El Estado, lejos de todo fanatismo o

secularismo extremo, debe promover un sereno clima social y una legislación adecuada que permita a cada persona y a cada confesión religiosa vivir libremente su fe, expresarla en los ámbitos de la vida pública y contar con los medios y espacios suficientes para aportar a la vida nacional sus riquezas espirituales, morales y cívicas” (n.4).

Pero el Santo Padre no termina aquí. También habla del resurgimiento en varios lugares de “una forma de neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insoportables (...), de forma que los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres” (n.4).

Juan Pablo II toma posición ante a estos sistemas diciendo que “la Iglesia, maestra en humanidad, presenta la cultura del amor y de la vida, devolviendo a la humanidad la esperanza en el poder transformador del amor vivido en la unidad querida por Cristo. Para ello hay que recorrer un camino de reconciliación, de diálogo y de acogida fraterna del prójimo, de todo prójimo. Esto se puede llamar el Evangelio social de la Iglesia” (n.5).

*** Discurso en Nigeria (1998).**

Juan Pablo II visita por segunda vez este país africano. Invita a todos a asumir un compromiso común y a hacerlo realidad en beneficio del pueblo: “¡trabajemos juntos por una nueva era de solidaridad y de servicio conjunto ante el enorme desafío de construir un mundo mejor, más justo y más humano!” (48p).

*** Exhortación Apostólica: “Ecclesia in América” (22-I-1999)**

En este hermoso documento postsinodal, el Santo Padre ofrece, entre otras cosas, algunos problemas de tipo social sobre los que proyecta una luz evangélica y humana:

- La Globalización insolidaria

Juan Pablo II no se ha quedado al margen de este fenómeno, sino que ha aportado su luz y su sabiduría para que podamos afrontarlo de forma adecuada.

“Una característica del mundo actual es la tendencia a la globalización, fenómeno que, aun no siendo exclusivamente americano, es más perceptible y tiene mayores repercusiones en América. Se trata de un proceso que se

impone debido a la mayor comunicación entre las diversas partes del mundo, llevando prácticamente a la superación de las distancias, con efectos evidentes en campos muy diversos.

¿Qué valoración ética merece la globalización?

Desde el punto de vista ético, puede tener valoración positiva o negativa.

+ “Hay una globalización económica que trae consigo ciertas consecuencias positivas, como el fomento de la eficiencia y el incremento de la producción, y que, con el desarrollo de las relaciones entre los diversos países en lo económico, puede fortalecer el proceso de unidad de los pueblos y realizar mejor el servicio a la familia humana.

+ “Sin embargo, si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. Tales son, por ejemplo, la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de las diferencias entre ricos y pobres, y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada. La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella” (n. 20).

¿Qué puede aportar la Iglesia a la solución de este problema?

“Con su doctrina social, la Iglesia ofrece una valiosa contribución a la problemática que presenta la actual economía globalizada. Su visión moral en esta materia se apoya en las tres piedras angulares fundamentales de la dignidad humana, la solidaridad y la subsidiariedad. La economía globalizada debe ser analizada a la luz de los principios de la justicia social, respetando la opción preferencial por los pobres, que han de ser capacitados para protegerse en una economía globalizada, y ante las exigencias del bien común internacional” (n.55).

El Santo Padre invita a la Iglesia que vive y camina en América Latina hacia la Casa del Padre no sólo a que “promueva una mayor integración entre las naciones, contribuyendo de este modo a crear una verdadera cultura globalizada de la solidaridad, sino también a que colabore con los medios legítimos en la reducción de los efectos negativos de la globalización, como son el dominio de los más fuertes sobre los más débiles, especialmente en el

campo económico, y la pérdida de los valores de las culturas locales a favor de una mal entendida homogeneización” (n.55) (49).

Bruno Forte expone los desafíos de la “globalización: “Se configuran los tres grandes desafíos con los que la humanidad entera, cada uno de los individuos y las comunidades, están llamados a confrontarse en estos años de creciente e invasora “globalización”: la ecología, la justicia, la ética” (49a).

- Pecados sociales que claman al cielo:

“ La doctrina social de la Iglesia muestra la gravedad de “los pecados sociales que claman al cielo, porque generan violencia, rompen la paz y la armonía entre las comunidades de una misma nación, entre las naciones y entre las diversas partes del Continente.

Entre estos pecados se deben recordar “el comercio de drogas, el lavado de ganancias ilícitas, la corrupción en cualquier ambiente, el terror de la violencia, el armamentismo, la discriminación racial, las desigualdades entre los grupos sociales, la irrazonable destrucción de la naturaleza”.

¿Qué manifiestan estos pecados?

Estos pecados manifiestan una profunda crisis debido a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales que deben regir la vida de todo hombre. Sin una referencia moral se cae en un afán ilimitado de riqueza y de poder que ofusca toda visión evangélica de la realidad social” (n.56).

¿Cómo responder a estos pecados?

“La mejor respuesta, desde el evangelio, a esta dramática situación es la promoción de la solidaridad y de la paz, que hagan efectivamente realidad la justicia” (n.56).

- La corrupción

Juan Pablo II manifiesta con claridad que el fenómeno de la corrupción está ampliamente extendido en América. No podemos quedarnos insensibles ante este problema social.

“La Iglesia puede contribuir eficazmente a erradicar este mal de la sociedad civil con “una mayor presencia de cristianos laicos cualificados que, por su origen familiar, escolar y parroquial, promuevan la práctica de valores

como la verdad, la honradez, la laboriosidad y el servicio del bien común” (n. 60).

¿Cómo contribuir a erradicar este mal?

El Papa propone que se dé a conocer el Catecismo de la Iglesia Católica, en la parte que corresponde a este tema, así como los documentos publicados al respecto por las Conferencia Episcopales de las otras naciones

- Las drogas

El papa denuncia también el grave problema del comercio de drogas en América. (...) “La urgencia y gravedad del problema hacen apremiante un llamado a los diversos ambientes y grupos de la sociedad civil para luchar unidos contra el comercio de la droga. Por lo que respecta específicamente a los Obispos, es necesario -según una sugerencia de los Padres sinodales- que ellos mismos como pastores del pueblo de Dios, denuncien con valentía y con fuerza el hedonismo, el materialismo y los estilos de vida que llevan fácilmente a la droga” (n. 61).

“Hay que tener también presente que se debe ayudar a los agricultores pobres para que no caigan en la tentación del dinero fácil obtenible con el cultivo de las plantas de las que se extraen las drogas” (n.61).

- La carrera de armamentos

El Santo Padre, consciente de este grave problema, pide que “desde las Iglesias particulares de América debe alzarse una voz profética que denuncie tanto el armamentismo como el escandaloso comercio de armas de guerra, el cual emplea sumas ingentes de dinero que deberían, en cambio, destinarse a combatir la miseria y a promover el desarrollo. Por otra parte, la acumulación de armamentos es un factor de inestabilidad y una amenaza para la paz” (n. 62).

- La cultura de la muerte

Denuncia de la cultura de la muerte: El Santo Padre denuncia también la cultura de la muerte: “hoy en América, como en otras partes del mundo, parece perfilarse un modelo de sociedad en la que dominan los poderosos, marginando e incluso eliminando a los débiles. Pienso ahora en los niños no nacidos, víctimas indefensas del aborto; en los ancianos y enfermos incurables, objeto a veces de la eutanasia; y en tantos seres humanos marginados por el consumismo y el materialismo” (n.63).

¿Qué hacer ante esta situación?

Ante esta desoladora realidad, la Comunidad eclesial trata de comprometerse cada vez más en defender la cultura de la vida”. (...) Para ello, “es esencial promover el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia, y comprometerse para que los valores de la vida y de la familia sean reconocidos y defendidos en el ámbito social y en la legislación del Estado”. (...) También “de ha de intensificar (...) una activa promoción de las adopciones y una constante asistencia a las mujeres con problemas por su embarazo, tanto antes como después del nacimiento del hijo” (n. 63).

*** Allocución de Juan Pablo II (1-V-2000)**

“En tiempos de globalización, hay que globalizar la solidaridad. Hay que restaurar la dignidad del hombre y de la mujer. Hay que abrir los ojos sobre la pobreza y la discriminación. Hay que reducir o condonar la deuda de los países más pobres. Hay que afrontar los desequilibrios económicos. No es justo que los pobres se alimenten con la comida que cae de la mesa de los ricos”.

*** Discurso a empresarios y sindicatos de trabajadores: 2-V-2000.**

El Santo Padre se dirige a todos y les habla de la gran y difícil responsabilidad que tienen: “os compete realizar una tarea sumamente ardua, y de gran trascendencia (n.2) (...)”.

Ante el fenómeno de la globalización, afirma: “la así llamada “globalización” contribuye hoy a hacer aún más complejo el mundo del trabajo. Se trata de un fenómeno nuevo, que es preciso conocer y valorar con un análisis atento y puntual, pues se presenta con una marcada nota de “ambivalencia”. Puede ser un bien para el hombre y para la sociedad, pero podría constituir también un daño de notables consecuencias. Todo depende de algunas opciones de fondo, es decir, si la globalización se pone al servicio del hombre, y de todo hombre, o si exclusivamente contribuye a un desarrollo desvinculado de los principios de solidaridad y participación, y fuera de una subsidiariedad responsable. Al respecto, es importante tener presente que cuanto más global sea el mercado, tanto más debe ser equilibrado por una cultura global de la solidaridad, atenta a las necesidades de los más débiles. Además, es preciso salvaguardar la democracia, incluso económica, y a la vez una recta concepción de la persona y de la sociedad (n.3).

“La Iglesia aprecia vuestra labor y os acompaña en vuestro esfuerzo por crear, en un mundo marcado por complejas relaciones de interdependencia, relaciones de colaboración solidaria y efectiva” (n. 3) (49b).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión de la visita de la Reina Isabel II de Inglaterra (17-X-2000).**

El situar el bien común como fin y centro del pensamiento y de la acción humana resulta cada vez más importante en una época en la que se acrecientan las diferencias en la compartición de los recursos mundiales. Hoy mismo, mientras las fuerzas del servicio de la globalización ofrecen la promesa de mayor prosperidad y cohesión, lo cierto es que va aumentando día tras día el abismo entre ricos y pobres, abismo que corre el peligro de volverse aún más definitivo e insalvable porque sólo algunos sacan provecho de los avances de la tecnología, mientras que otros quedan completamente al margen de los mismos.

Tan preocupante fenómeno tiene muchas causas, pero lo cierto es que el problema no se verá resuelto mientras los pueblos y sus dirigentes no acepten la solidaridad y la cooperación mundial como imperativos éticos que obliguen y movilicen las conciencias de los individuos y naciones. (...).

El nuevo milenio nos llama a trabajar de forma eficaz para conseguir un mundo incontaminado por la avaricia, el interés propio y la sed de poder, y abierto en cambio y respetuoso con la dignidad humana, los derechos inalienables y la igualdad fundamental de todos los miembros de la familia humana” (49c).

*** Allocución a la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales (Ciudad del Vaticano; 27-IV-2001)**

- La economía de mercado. La Academia Pontificia afronta en esta sesión el tema de la globalización y dedica una mayor atención a sus implicaciones éticas. “A partir de la caída del sistema colectivista en Europa central y oriental, con sus importantes consecuencias para el tercer mundo, la humanidad ha entrado en una nueva fase, en la que “la economía de mercado parece haber conquistado prácticamente todo el mundo. Ello ha supuesto, además de una creciente interdependencia de las economías y de los sistemas sociales, la difusión de nuevas ideas filosóficas y éticas basadas en las actuales condiciones de trabajo y de vida introducidas en casi todo el mundo”.

- En torno a la globalización. La globalización del comercio es un fenómeno complejo y en rápida evolución. Se caracteriza principalmente por

la creciente eliminación de las barreras que obstaculizan el movimiento de personas, bienes y capitales. Es la consagración de una especie de triunfo del mercado y de su lógica, que, a su vez, provoca rápidos cambios en las culturas y en los sistemas sociales. Muchas personas, en especial las menos favorecidas, la viven más como una imposición que como un proceso del que pueden participar activamente (cf. CA nn.31 y 58).

- La globalización, a priori, ni es buena ni es mala. Será lo que hagan de ella las personas. Ningún sistema es un fin en sí mismo y hay que insistir en que la globalización, como cualquier otro sistema, tiene que estar al servicio de la persona, de la solidaridad y del bien común..

- Preocupaciones ante la globalización. “Una de las preocupaciones de la Iglesia respecto a la globalización es que se ha convertido rápidamente en un fenómeno cultural. El mercado como mecanismo de intercambio se ha convertido en instrumento de una nueva cultura. Muchos observadores han comprendido el carácter entrometido, que llega a ser incluso invasor, de la lógica de mercado, que reduce cada vez más el área de que dispone la comunidad humana para la acción pública y voluntaria en todos los planos. El mercado impone su forma de pensar y de actuar e imprime su escala de valores en el comportamiento. Las personas que están sujetas a la globalización la consideran, por lo general, una inundación destructora que amenaza las normas sociales que las han defendido y los puntos de referencia culturales que les han orientado en la vida. Lo que ocurre es que los cambios en la tecnología y en las relaciones laborales son tan rápidos que la cultura no tiene tiempo para reaccionar. Las tutelas culturales, legales y sociales, que son el resultado de los esfuerzos encaminados a la defensa del bien común, tienen una importancia vital para que los individuos y los grupos intermedios sigan siendo lo central (...).

La afirmación de la prioridad de la ética responde a una exigencia esencial de la persona y de la comunidad humana. No obstante, no todas las formas de ética son dignas de tal nombre. Asistimos a la aparición de modelos de pensamiento único que son subproductos de la globalización misma y que llevan la marca del utilitarismo. Sin embargo, los valores éticos no pueden ser dictados por las innovaciones tecnológicas, por la técnica y por la eficiencia. Están enraizados en la naturaleza de la persona. La ética no puede ser la justificación o la legitimación de un sistema, debe ser la tutela de todo lo que hay de humano en cada persona. La ética exige que los sistemas se adapten a las necesidades del hombre, y no que se sacrifique el hombre para salvar el sistema. Una consecuencia evidente es que los comités éticos, presentes en casi todos los sectores, tienen que ser completamente independientes de los intereses financieros, de las ideologías y de las concepciones políticas de las partes.

La Iglesia, por su parte, sigue afirmando que el discernimiento ético en el contexto de la globalización debe basarse en dos principios inseparables:

Primero: el valor inalienable de la persona, fuente de todos los derechos humanos y de todos los órdenes sociales. El ser humano debe ser siempre un fin y nunca un medio, un sujeto y no un objeto ni un producto de mercado.

Segundo: el valor de las culturas humanas, que ningún poder externo tiene el derecho de reducir y, mucho menos, de destruir. La globalización no debe ser un nuevo tipo de colonialismo. Debe respetar la diversidad cultural que, en el ámbito de la armonía universal de los pueblos, son las claves de interpretación de la vida. En particular no debe privar a los padres de lo que les es más valioso, incluidas las creencias y las prácticas religiosas, pues las convicciones religiosas auténticas son la manifestación más clara de la libertad humana.

La humanidad, al emprender el proceso de globalización, no puede prescindir de un código ético. Con ello no se pretende un único sistema socioeconómico dominante o una única cultura que impondrían sus valores y criterios a la ética. Las normas de vida social hay que buscarlas en el hombre en sí, en la humanidad universal surgida de la mano de Dios. Esta búsqueda es indispensable para que la globalización no sea sólo otro nombre de la relativización absoluta de los valores y de la homogeneización de los estilos de vida y de las culturas. En todas las diversas formas culturales existen valores humanos universales que deben expresarse y subrayarse como fuerza que oriente el desarrollo del progreso.

La Iglesia seguirá trabajando con todas las personas de buena voluntad para garantizar que en este proceso venza toda la humanidad y no sólo una élite próspera que controla la ciencia, la tecnología, la comunicación y los recursos del planeta en perjuicio de la inmensa mayoría de sus habitantes. La Iglesia espera confiada que todos los elementos creativos de la sociedad cooperen en la promoción de una globalización al servicio de toda la persona y de todas las personas” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XXIV/2 82001), 799-802).

*** Viaje apostólico a Polonia (16-VIII- 2002).**

En la ceremonia de bienvenida en el Aeropuerto de Kraków-Balice (16-VIII-2000), Juan Pablo II dijo, entre otras cosas:

“La Iglesia ha recordado siempre que no se puede construir un futuro feliz de la sociedad en la pobreza, la injusticia y el sufrimiento de un hermano. Los hombres que actúan según el espíritu de la ética social católica no pueden permanecer indiferentes ante la condición de los que se quedan sin trabajo y viven en un estado de pobreza creciente, sin ninguna perspectiva de mejorar su situación y el futuro de sus hijos”.

*** Carta del Papa a Mons. Jean-Louis Tauran con motivo de la Conferencia Internacional sobre el tema: “La esclavitud en el siglo XXI: la dimensión de los derechos humanos en la trata de seres humanos” (15-V-2002).**

- La trata de personas humanas es un ultraje vergonzoso a la dignidad humana y una violación de los derechos humanos fundamentales. El Concilio Vaticano II ya había indicado que “la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes, así como las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables” son “oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador” (GS, 27). Estas situaciones son una afrenta a los valores fundamentales que comparten todas las culturas y todos los pueblos, valores arraigados en la misma naturaleza de la persona humana.

El alarmante aumento de la trata de seres humanos es uno de los problemas políticos, sociales y económicos urgentes vinculados al proceso de globalización; representa una seria amenaza a la seguridad de cada nación y es una cuestión de justicia internacional.

- Las tareas de esta Conferencia

Esta Conferencia refleja el creciente consenso internacional sobre el hecho de que la cuestión de la trata de seres humanos ha de afrontarse mediante la promoción de instrumentos jurídicos eficaces para detener ese comercio inicuo, castigar a los que se benefician de él y contribuir a la rehabilitación de sus víctimas. Al mismo tiempo, la Conferencia ofrece una significativa oportunidad para una reflexión seria sobre las complejas cuestiones relativas a los derechos humanos planteados por esa trata. Quién puede negar que las víctimas de ese crimen son a menudo los miembros más pobres e indefensos de la familia humana, los “últimos” de nuestros hermanos y hermanas?

En especial la explotación sexual de mujeres y niños es un aspecto particularmente repugnante de este comercio y debe considerarse como una violación intrínseca de la dignidad y de los derechos humanos. La irritante tendencia a ver la prostitución como un negocio o una industria no sólo contribuye a la trata de seres humanos, sino que, de por sí, es la prueba de una tendencia cada vez mayor a separar la libertad de la ley moral y a reducir el rico misterio de la sexualidad humana a mero producto de consumo.

- Exhortación del Santo Padre

Confío en que la Conferencia, al abordar las importantes cuestiones políticas y jurídicas que entraña la respuesta a esta plaga moderna, analice también los profundos interrogantes éticos planteados por la trata de seres humanos. Es necesario prestar atención a las causas profundas de la creciente "demanda" que alimenta el mercado de la esclavitud humana y tolera el costo humano que deriva de él. Un enfoque serio de las cuestiones que implica llevará también a un examen de los estilos de vida y de los modelos de comportamiento, particularmente con respecto a la imagen de la mujer, que generan lo que se ha convertido en una verdadera industria de la explotación sexual en los países desarrollados.

*** Discurso en la presentación de Cartas Credenciales del nuevo embajador de Bolivia ante la Santa Sede, Sr. Valentín Abecia Valdivieso (8-IX-2003).**

Bolivia tiene una fuerte impronta religiosa (...) En este sentido, la Iglesia católica, fiel a su cometido de llevar el mensaje de salvación a todas las gentes, pone también todo su empeño en favorecer el desarrollo integral del ser humano y la defensa de su dignidad, colaborando en la consolidación de los valores y bases fundamentales para que la sociedad pueda gozar de estabilidad y armonía. (...)

El Episcopado boliviano en los momentos difíciles que ha vivido el país, a causa de su delicada y conflictiva situación social, ha ofrecido su colaboración para fomentar iniciativas pacificadoras que favorecieran el entendimiento y la conciliación. Este modo de obrar, como ya indiqué a los obispos durante su última visita "ad límina", "es sólo una forma temporal de ejercer una labor más amplia, que integra la acción evangelizadora y lleva a la promoción de la justicia y de la solidaridad fraterna entre todos los ciudadanos" (Discurso, 13-IV-2002; n.8). Pues la misión de orden religioso, propia de la Iglesia, no impide que ésta se preste a fomentar un diálogo nacional entre los responsables de la vida social, a fin de que todos puedan cooperar activamente para la superación de las crisis que se presenten. (...) Dicho diálogo debe excluir toda forma de violencia en sus diversas expresiones y ayudar a construir un futuro más humano con la colaboración de todos, evitando el empobrecimiento en la sociedad".

La propuesta constante de los valores morales fundamentales, como son la honestidad, la austeridad, la responsabilidad por el bien común, la solidaridad, el espíritu de sacrificio y la cultura del trabajo, puede asegurar un

mejor desarrollo para todos los miembros de la comunidad nacional, pues la violencia, el egoísmo personal y colectivo y la corrupción a cualquier nivel nunca han sido fuentes de progreso ni de bienestar (n.2).

Para construir una sociedad más justa y fraterna, las enseñanzas morales de la Iglesia ofrecen unos valores y orientaciones que, tomados en consideración por quienes trabajan al servicio de la nación, son útiles para afrontar adecuadamente las necesidades y aspiraciones de los bolivianos (n.3) (49d).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en la Conferencia sobre el tema: “El empresario: responsabilidad social y globalización” (3 de marzo de 2004).**

Juan Pablo II no ha olvidado a los empresarios. Por ello, nos ha parecido oportuno incorporar aquí lo más esencial de este mensaje.

“Los cristianos con responsabilidades en el mundo de los negocios tienen que enfrentarse al reto de combinar la legítima búsqueda del beneficio con una más profunda preocupación por promover la solidaridad y la eliminación del azote de la pobreza que sigue afligiendo a tantos miembros de la familia humana.

“La Conferencia actual tiene lugar en momentos en los que el sector financiero y comercial está tomando cada vez más conciencia de la necesidad de profundos comportamientos éticos que aseguren que la actividad empresarial siga siendo sensible a sus dimensiones fundamentalmente humanas y sociales.

Dado que la búsqueda del beneficio no es el único objetivo de esta actividad, el Evangelio reta a las mujeres y los hombres de negocios a respetar tanto la dignidad y la creatividad de sus empleados y clientes como las exigencias del bien común. A nivel personal están llamados a desarrollar importantes virtudes tales como “la diligencia, la laboriosidad, la prudencia en asumir los riesgos razonables, la fiabilidad y la lealtad en las relaciones interpersonales, la resolución de ánimo en la ejecución de decisiones difíciles y dolorosas” (CA 32). En un mundo tentado por perspectivas consumistas y materialistas, los ejecutivos cristianos están llamados a afirmar la prioridad del “ser” sobre el “tener”.

Entre las importantes cuestiones éticas que afronta en este momento el mundo de los negocios, se encuentran las ligadas al impacto del marketing global y de la publicidad en las culturas y valores de los diferentes pueblos y

naciones. Una sana globalización, llevada a cabo respetando los valores de las diversas naciones y grupos étnicos, puede contribuir significativamente a la unidad de la familia humana y puede permitir formas de cooperación no sólo económicas sino también sociales y culturales.

La globalización tiene que convertirse en algo más que en un sinónimo de absoluta relativización de los valores y de la homogeneización de los estilos de vida y culturas.

Para que esto suceda, los líderes cristianos, incluidos los de la esfera comercial, tienen el reto de testimoniar el poder liberador y transformador de la verdad cristiana, que nos inspira a poner todos nuestros talentos, nuestras capacidades intelectuales, nuestras posibilidades persuasivas, nuestra experiencia y nuestras habilidades al servicio de Dios, de nuestro prójimo y del bien común de la familia humana”.

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en la 44ª Semana Social de los Católicos Italianos (4-X-2004).**

El Papa aborda en este discurso varios temas de interés. Veámoslo.

- Respeto del principio de subsidiariedad

La acogida de los principios éticos que están en la base de la convivencia civil y, en particular, el sincero respeto del principio de subsidiariedad constituyen las condiciones para una nueva maduración del espíritu público y de la convivencia civil en todos los ciudadanos”. (...) Es sabido, a este propósito, que el Concilio Vaticano II deseó que todos los ciudadanos tengan “la posibilidad efectiva de participar libre y activamente en el establecimiento de los fundamentos jurídicos de la comunidad política, en el gobierno del Estado, en la determinación de los campos y límites de las diferentes instituciones y en la elección de los gobernantes” (GS, 75).

- La Iglesia aprecia el sistema de la democracia

La Iglesia aprecia el sistema de la democracia, en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera específica” (CA, n.46).

- La democracia vinculada al estado de Derecho

A la luz de la doctrina social de la Iglesia, la democracia está estrechamente vinculada al estado de derecho y con una concepción global de la persona. Una auténtica democracia “requiere que se den tres condiciones necesarias para la promoción de las personas concretas mediante la educación y la formación en los verdaderos ideales, así como de la “subjektividad” de la sociedad mediante la creación de estructuras de participación y de corresponsabilidad” (ib.).

- Se tiene miedo de la verdad porque no se la conoce

A nadie se le escapan sin embargo los riesgos y las amenazas que, para una auténtica disposición democrática, pueden derivar de ciertas corrientes filosóficas, visiones antropológicas y concepciones políticas no exentas de prejuicios ideológicos. Permanece, por ejemplo, la tendencia a considerar que el relativismo es la actitud de pensamiento que responde mejor a las formas políticas democráticas, como si la conciencia de la verdad y de la adhesión a ella constituyesen un impedimento. En realidad, frecuentemente se tiene miedo de la verdad porque no se la conoce. La verdad como Cristo la ha revelado es garantía para la persona humana de auténtica y plena libertad.

- La acción política y la superior instancia ética

Si la acción política no se confronta con una superior instancia ética, iluminada a su vez por una visión integral del hombre y de la sociedad, acaba por ser sometida a fines inadecuados, si no ilícitos. La verdad, en cambio, es el mejor antídoto contra los fanatismos ideológicos, en el ámbito científico, político, o incluso religioso. En efecto, el mensaje evangélico ofrece la centralidad de la persona como anclaje super-ideológico, al que todos pueden hacer referencia. Sin ese arraigo en la verdad, la sociedad y el hombre permanecen expuestos a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes u ocultos (CA, n.46).

- Diálogo entre ideales y realidades concretas

Como expertos de las disciplinas sociales y como cristianos, vosotros estáis llamados, por lo tanto, a desarrollar un papel de mediación y de diálogo entre ideales y realidades concretas. Un papel que a veces es también de “pioneros”, porque se os pide indicar nuevas pistas y nuevas soluciones para afrontar de manera más equitativa los problemas candentes del mundo contemporáneo.

Hoy la reflexión sobre el sistema democrático no puede limitarse a considerar solamente los ordenamientos políticos y las instituciones, sino que

debe ampliar el propio horizonte a los problemas planteados por el desarrollo de la ciencia y de la tecnología, a aquellos estimulados en el sector de la economía y de las finanzas por la extensión de la globalización, a las nuevas normas para el gobierno de las organizaciones internacionales, a los interrogantes procedentes del desarrollo creciente y rápido del mundo de la comunicación para elaborar un modelo auténtico y completo de democracia (n.5).

- El compromiso de los católicos

Los católicos están por eso invitados no solamente a comprometerse para hacer viva y dinámica la sociedad civil -con la promoción de la familia, del asociacionismo, de voluntariado, etc.- oponiéndose a límites indebidos y a condicionamientos interpuestos por el poder político o económico; deben también reconsiderar la importancia del compromiso en las funciones públicas e institucionales, en esos ambientes en los que se forman decisiones colectivas significativas y en el de la política, entendida en el sentido alto del término, como hoy es deseado por muchos. En efecto, no se puede olvidar que es propio de la vocación del fiel laico el conocimiento y la puesta en práctica de la doctrina social de la Iglesia y, por consiguiente, también la participación en la vida política del país, según los métodos e instrumentos del sistema democrático. Además, algunos son llamados a un servicio especial en la comunidad civil, asumiendo directamente funciones institucionales en el campo político” (n.6)..

L) El Catecismo de la Iglesia Católica

El Catecismo de 1992, tal y como se afirma en su Prólogo (n.12) está “destinado principalmente a los responsables de la catequesis: en primer lugar a los obispos, en cuanto doctores de la fe y pastores de la Iglesia” y, a través de éstos, se dirigía a los redactores de los catecismos locales, a los sacerdotes y a los catequistas.

El Catecismo es un medio indispensable para aquellos que quieran profundizar puntos concretos del actual Compendio, que ha sido elaborado y redactado de forma más sintética y abreviada sin que esto signifique que no tenga densidad doctrinal ya que “refleja con fidelidad el Catecismo de la Iglesia Católica”.

*** Publicación del Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica**

El día 26 de junio de 1992, el Vaticano hacía público el Catecismo de la Iglesia Católica. En la presentación, el Card. J. Ratzinger manifestó: “los fieles tienen derecho a recibir, íntegro y completo, el anuncio de la fe cristiana”; y añadió: “no se trata de un texto legislativo, pues no cambia la disciplina de la Iglesia, sino que presenta la doctrina católica, como es, como fue y como será”.

*** Estructura teológica del Nuevo Catecismo**

El nuevo Catecismo está dividido en cuatro partes:

- La profesión de la fe
- La celebración del Misterio Cristiano

- La vida en Cristo
- La oración cristiana

Manuel del Campo Guilarte escribe a este respecto: “Esta división no es casual ni es puramente académica. No es un ordenamiento interno hecho al azar. Es la estructura más acorde con la naturaleza misma de la transmisión de la fe por parte de la Iglesia, en concreto a través de la catequesis. Es la estructura que recoge con fidelidad la forma o pauta eclesial de la transmisión de la fe. Es decir, lo que la Iglesia siempre hizo.

Ya en la Iglesia primitiva está presente esta forma y modo de transmitir la fe. Está presente en la Iglesia apostólica y de ello dan testimonio los libros neotestamentarios. Recordemos, entre otros, el libro de los hechos de los Apóstoles: “Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hech.2,42). Igualmente esta forma de transmisión de la fe está presente en la catequesis de los Padres y, en general, en el desarrollo del Catecumenado Primitivo” (49e).

*** El Catecismo, instrumento al servicio de la evangelización**

El Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica está concebido como una “exposición orgánica de toda la fe de la Iglesia”. En efecto, está centrado en proclamar la fe, exponerla y proponerla al hombre y a la mujer de nuestro tiempo.

*** Constitución Apostólica de Juan Pablo II: “Fidei depositum” (11 octubre, 1992).**

- Distribución de la materia. Juan Pablo II, en esta Constitución Apostólica, dice “un Catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada escritura, de la Tradición viva de la Iglesia y del magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia para que se conozcan mejor los misterios cristianos y se reavive la fe del Pueblo de Dios. Debe recoger aquellas explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo haya sugerido a la Iglesia a lo largo de los siglos. Es preciso también que ayude a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en el pasado aún no se habían planteado” (n.3).

El Catecismo contiene estos grandes apartados: “El Credo, la Sagrada Liturgia, con los sacramentos en primer plano, el obrar cristiano, expuesto a partir de los mandamientos, y, finalmente, la oración cristiana. Pero, al

mismo tiempo, es expresado con frecuencia de una forma “nueva”, con el fin de responder a los interrogantes de nuestra época.

Las cuatro partes se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte), es celebrado y comunicado mediante acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); es el fundamento de nuestra oración, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).

La liturgia es por sí misma, oración; la confesión de fe tiene su justo lugar en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, igual que la participación en la liturgia de la Iglesia requiere la fe. Si la fe no se concreta en obras permanece muerta (cf. St.2,14-26). Y no puede dar frutos de vida eterna (n. 3).

- Valor doctrinal del texto. El Catecismo de la Iglesia “que aprobé el 25 de Junio de 1992, y cuya publicación ordeno hoy en virtud de la autoridad apostólica, es la exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas e iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia. Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial”.

“Pido, por tanto, a los pastores de la Iglesia y a los fieles, que reciban este catecismo con espíritu de comunión y lo utilicen constantemente cuando realicen su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica” (n.4).

El catecismo y la doctrina católica. “Este Catecismo les es dado para que les sirva de texto de referencia seguro y auténtico en la enseñanza de la doctrina católica, y muy particularmente, para la composición de los catecismos locales. No ha de considerarse sólo como una etapa que precede a la redacción de los catecismos locales; está destinado a todos aquellos fieles que tengan la capacidad de leerlo, comprenderlo y asimilarlo en su vida cristiana (n.4).

El Catecismo y el Ecumenismo: Este Catecismo “quiere proporcionar un punto de apoyo a todos los esfuerzos ecuménicos animados por el santo deseo de unidad de todos los cristianos, mostrando con diligencia el contenido y la coherencia suma y admirable de la fe católica”.

El Catecismo y la razón de la esperanza: “El Catecismo de la Iglesia Católica es finalmente ofrecido a todo hombre que nos pide razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. IPedr.3,15) y que quiera conocer lo que

cree la Iglesia Católica” (n.4) (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XV/2 (1992) 370-382). (49f).

*** Discurso a los Obispos alemanes de la región de Baviera (4-XII-1992).**

“La publicación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica es un acontecimiento de alcance histórico. Está al servicio de la renovación de la fe y de la nueva evangelización, y se ha de insertar en el marco del Concilio Vaticano II”.

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación oficial del Catecismo (7-XII-1992)**

“El Catecismo de la Iglesia Católica es un instrumento cualificado y autorizado que los pastores de la Iglesia han querido les sirviera como ayuda; válido en el cumplimiento de su misión, recibida de Cristo, de anunciar y testimoniar la “Buena Nueva” a todos los hombres”. (...) No cambia nada de la doctrina católica de siempre. Lo que era fundamental y esencial permanece. (...) El Catecismo debe constituir el “punto de referencia”, la “carta magna” del anuncio profético, y sobre todo catequístico, especialmente a través de catecismos locales, nacionales o diocesanos, cuya mediación se ha de considerar indispensable”.

*** Discurso a los obispos del Principado de Gales, en visita “ad limina” 17-XII-1992.**

“Junto con la reforma litúrgica y el nuevo Código de Derecho Canónico, el nuevo Catecismo constituye el sólido fundamento de la renovación eclesial iniciada por el Concilio. (...) El Catecismo ofrece a toda la Iglesia una afirmación y una explicación de la fe de acuerdo con la verdad bíblica y la auténtica Tradición católica, en un lenguaje que responde mejor a las exigencias del mundo actual”.

*** Discurso a los Obispos de Holanda, en visita “ad limina” (11-I-1993).**

“La publicación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica no dejará de asegurar y fortificar a los fieles desorientados en medio de la fermentación teológica de estos últimos años, devolviendo a las fuentes auténticas de la fe a cuantos se habían desviado siguiendo a falsos profetas”.

*** Discurso a los Obispos de Ghana, en visita “ad limina”; 22-II-1993).**

“Vuestros esfuerzos por suministrar formación se verán apoyados por la reciente publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, que establece los fundamentos de la catequesis inspirada en la enseñanza del Concilio Vaticano II y renovada en las fuentes vivas de la fe”.

*** Discurso a los Obispos de Estados Unidos, en visita “ad limina”; 20-III-1993.**

“Considero la publicación del nuevo Catecismo uno de los frutos principales del Concilio Vaticano II y uno de los acontecimientos más significativos de mi pontificado. Se trata de un instrumento valiosísimo de la auténtica renovación eclesial que el Concilio quiso llevar a cabo”.

*** Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo; 8-IV-1993**

“En este sintético compendio del depósito de la fe, podemos encontrar una norma auténtica y segura para la enseñanza de la doctrina católica, para el desarrollo de la actividad catequética entre el pueblo cristiano, para la nueva evangelización de la que el mundo de hoy tiene inmensa necesidad”.

*** Discurso a los Obispos españoles. Madrid. 15-VI-1993.**

El Santo Padre se dirige a los Obispos españoles y les dice con profundo gozo: “en este momento de la vida de la Iglesia tenemos en el Catecismo de la Iglesia Católica un valioso instrumento de evangelización, un tesoro inestimable para la fe y al servicio de la unidad”.

*** Carta Apostólica “Laetetur magnopere”; 15-VIII-1997.**

Juan Pablo II, en esta Carta Apostólica, por la que aprueba la edición típica del Catecismo de la Iglesia Católica, dice:

“En esta presentación auténtica y sistemática de la fe y de la doctrina católica, la catequesis encontrará un camino plenamente seguro para presentar con renovado impulso a los hombres de nuestro tiempo el mensaje cristiano en todas y cada una de sus partes”.

Por eso añade el Santo Padre: “exhorto encarecidamente a mis venerables hermanos en el Episcopado, a quienes de manera especial queda

encomendado el Catecismo de la Iglesia Católica, para que, aprovechando esta notable ocasión de la promulgación de la edición típica, intensifiquen su compromiso a favor de una mayor difusión del texto, y, sobre todo, de su cordial acogida, como don privilegiado para las comunidades a ellos encomendadas, las cuales podrán descubrir aún más las inagotables riquezas de la fe”.

El Compendio del Catecismo (28-VI-2005).

Desde que quedara casi en el olvido el Catecismo llamado de San Pío X, con el que se formaron muchos cristianos, se sentí la necesidad de una nueva síntesis de la fe cristiana que ofreciera claridad de la doctrina y sencillez de sus enunciados. El Compendio del Catecismo responde a esta necesidad. Por otra parte, el Compendio presenta la fe de la Iglesia en Jesucristo y como tal es “un anuncio renovado del Evangelio en la actualidad”.

Mons. D. Javier Salinas escribe unas palabras clarificadoras:

“El Compendio del Catecismo, como su mismo nombre indica, es un texto que compendia, que resume, que, de alguna manera, sintetiza, con un lenguaje fiel al Catecismo de la Iglesia Católica, a través de un método de preguntas y respuestas. En sentido estricto, no es un catecismo abreviado. El Compendio del Catecismo no es un Catecismo “minor”. Está dentro de esa línea, pero no se ha querido utilizar esta denominación porque se quiere mantener la doble dinámica: hay un Catecismo, que es el Catecismo Universal que es el Catecismo de la Iglesia Católica (1992), y luego hay Catecismos locales, que sí son propiamente Catecismos “minor”. Son catecismos que se inculcan, que se concretan en las distintas situaciones, ámbitos o sectores locales o parciales. Por clarificar mejor las cosas: el Compendio es un texto que nos ayuda a introducirnos mejor en el Catecismo de la Iglesia Católica y, por lo tanto, en la fe común de toda la Iglesia.

Lo que el Compendio pretende es aproximar, es hacer próximo y hacer posible que el Catecismo de la Iglesia Católica sea mejor acogido y conocido, pueda llegar más y se refiera y dirija más y mejor al Catecismo de la Iglesia Católica, que es la “pretensión”, el referente y el objetivo del Compendio (49g).

- Petición de los participantes en el Congreso Catequístico Internacional (Octubre-2002).

“Desde 1992 se sentía la necesidad de un catecismo en síntesis, breve, que contuviera todos y únicamente los elementos esenciales y fundamentales de la fe y de la moral católica, formulados de una manera sencilla, accesible a todos, clara y sintética. (...) Se sentía la necesidad de un texto autorizado, seguro y completo sobre los aspectos esenciales de la fe de la Iglesia, en plena armonía con el citado Catecismo, aprobado por el Papa y destinado a toda la Iglesia”.

De esta exigencia generalizada se hicieron intérpretes en particular, en octubre de 2002, los participantes en el Congreso Catequístico internacional, que presentaron una petición explícita en este sentido al siervo de Dios Juan Pablo II” (Benedicto XVI).

- Carta de Juan Pablo II al Card. J.Ratzinger para la preparación de un Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (2-II-2003)

El catecismo es un don ofrecido a todo hombre y a toda mujer que pidan a los católicos razón de su esperanza, por estar interesados en conocer lo que la Iglesia cree. La amplia difusión del texto en las diversas regiones del mundo constituye una prueba evidente de su utilidad y su actualidad.

Se han elaborado no pocas síntesis del catecismo en diversas lenguas y en numerosos países. Esto atestigua cuán amplia y profunda es la exigencia de un compendio breve, que contenga todos los elementos fundamentales de la fe y de la moral católica, formulados de manera sencilla y clara. Sin embargo, la experiencia demuestra que no es fácil, en estas síntesis, salvaguardar siempre y plenamente la totalidad y la integridad del contenido de la fe católica.

En el Congreso catequístico internacional (Octubre, 2002) se manifestó la urgencia de disponer de un catecismo breve para todos los fieles y muchos han solicitado la redacción de esta síntesis autorizada, segura y completa. En efecto, es indispensable que este texto refleje fielmente el Catecismo de la Iglesia católica en los aspectos esenciales de la fe y de la moral cristiana.

También yo considero oportuna la propuesta presentada y, por eso, le pido a usted, señor cardenal, que constituya, de acuerdo con la Secretaría de Estado, una comisión especial con la finalidad de preparar un Compendio del Catecismo de la Iglesia católica.

El Compendio del Catecismo de la Iglesia católica deberá exponer, de modo conciso, los contenidos esenciales y fundamentales de la fe de la Iglesia, respetando su totalidad e integridad doctrinal, de modo que constituya un vademécum, que permita a las personas, creyentes y no creyentes, abarcar,

con una mirada de conjunto, todo el panorama de la fe católica. Tendrá como fuente, modelo y punto de referencia constante el actual Catecismo de la Iglesia católica, que, manteniendo intacta su autoridad e importancia, podrá encontrar, en esa síntesis, un estímulo para una mayor profundización y, más en general, un ulterior instrumento de educación en la fe. Antes de ser aprobado, el compendio será sometido a la valoración de todos los cardenales y presidentes de las Conferencias episcopales.

- Introducción del Card. Joseph Ratzinger al Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (20 de marzo de 2005).

El 11 de octubre de 1992, el Papa Juan Pablo II entregaba a los fieles de todo el mundo el Catecismo de la Iglesia Católica, presentándolo como “texto de referencia” (Const. Apost. “Fidei depositum”, 11-X-1992,1) para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe. A treinta años de la apertura del Concilio Vaticano II (1962-1965), se cumplía así el deseo expresado en 1985 por la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos de que se compusiera un catecismo de toda la doctrina católica, tanto en la fe como en la moral.

Cinco años después, el 15 de agosto de 1997, al promulgar la “editio typica” del “Catechismus Ecclesiae Catholicae”, el Sumo Pontífice conformaba la finalidad fundamental de la obra: “presentarse como una exposición completa e íntegra de la doctrina católica, que permite que todos conozcan lo que la Iglesia misma profesa, celebra, vive y obra en su vida diaria” (Carta Apost. *Laetamur magnopere*”, 15-VIII-1997) (n.1).

En orden a un mayor aprovechamiento de los valores del Catecismo y para responder a la petición del Congreso Catequético Internacional de 2002, Juan Pablo II instituía en febrero de 2003 una Comisión especial, presidida por mí, como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, a la que dio el encargo de elaborar un Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, que recogiera una formulación más sintética de los mismos contenidos de la fe:

Tras dos años de trabajo se preparó un proyecto de compendio, que fue enviado a consulta a los Cardenales y a los Presidentes de las Conferencias Episcopales. El proyecto, en su conjunto, obtuvo una valoración positiva por parte de la mayoría absoluta de cuantos respondieron. La Comisión, por tanto, procedió a la revisión del mencionado proyecto y, teniendo en cuenta las propuestas de mejora recibidas, redactó el texto final de la obra (n.2).

Tres son las características principales del Compendio:

La estrecha dependencia del Catecismo de la Iglesia Católica ya que refleja fielmente en su estructura, contenidos y lenguaje al Catecismo de la Iglesia Católica, que hallará en esta síntesis ayuda y estímulo para su mejor conocimiento y profundización (G.Marchesi), el estilo dialogal y el uso de imágenes en la catequesis (n. 3).

Como el Catecismo, también el Compendio se articula en cuatro partes, correspondientes a las leyes fundamentales de la vida en Cristo:

+ La primera parte: “La profesión de la fe” que contiene una oportuna síntesis de la “lex credendi”, es decir, de la fe profesada por la Iglesia Católica (nn.2-32) (...). Esta primera parte se cierra con el “Amén” que significa el “sí” a Dios pronunciado por el creyente en nombre de Jesucristo, que es el “Amén” (Apoc.3,14) definitivo del Padre.

+ La segunda parte: “La celebración del misterio cristiano”. La primera sección explica qué es la liturgia y el lugar que ocupa en la vida de la Iglesia, expone también el misterio pascual como fuente de todos los sacramentos cristianos. La segunda sección está centrada en la exposición de los siete sacramentos. Expone también los “sacramentales” y las “exequias cristianas”.

+ La tercera parte titulada “La vida en Cristo”, trata de la “lex vivendi”, es decir, el compromiso que tienen los bautizados de manifestar en sus comportamientos y en sus decisiones éticas la fidelidad a la fe profesada y celebrada. Su primera sección se centra en la “vocación del hombre: la vida en el Espíritu”: se explica ante todo cómo la vida moral del cristiano está ligada a la profesión de la fe y a la participación en los sacramentos

+ La cuarta parte titulada “La oración cristiana” trata de la “lex orandi”. Está dedicada en su integridad a la oración cristiana en la vida del creyente, con referencias al Antiguo y al Nuevo Testamento (49h). Jesucristo es presentado como Orante y como Maestro de oración. Explica también la oración del Señor”, es decir, el Padrenuestro (nn.578-598).

- “Motu Proprio” de Benedicto XVI dirigido a toda la Iglesia para la aprobación y publicación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (28-VI-2005).

El 28 de Junio de 2005 fue presentado el “Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica”, y aprobado por un “Motu proprio”: “Ahora, con alegría, vengo en aprobar y promulgar el Compendio de dicho Catecismo”, (28-6-

2005). “En esta víspera de la solemnidad de San Pedro y San Pablo, a cuarenta años de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II, siento una gran alegría al entregar este Compendio, aprobado por mí, no sólo a todos los miembros de la Iglesia, significativamente representados aquí, en sus diversos componentes, por todos los que participáis en este solemne encuentro. A través de vosotros, venerables hermanos cardenales, obispos, sacerdotes, catequistas y fieles laicos, deseo entregar idealmente este Compendio también a todas las personas de buena voluntad que deseen conocer las insondables riquezas del misterio salvífico de Jesucristo”.

En este “Motu Proprio”, Benedicto XVI afirma: “entrego con confianza este Compendio ante todo a la Iglesia entera y a cada cristiano en especial, para que gracias a él puedan encontrar, en este tercer milenio, nuevo impulso en el compromiso renovado de evangelización y de educación en la fe que ha de caracterizar a toda comunidad eclesial y a todo creyente en Cristo, cualesquiera que sean su edad y nación.

Pero este Compendio, por su brevedad, claridad e integridad, se dirige asimismo a toda persona que, viviendo en un mundo dispersivo y lleno de los más variados mensajes, quiera conocer el Camino de la Vida y la Verdad, entregado por Dios a la Iglesia de su Hijo” (49i).

Leyendo este valioso instrumento que es el Compendio, gracias especialmente a la intercesión de María Santísima, Madre de Cristo y de la Iglesia, puedan todos reconocer y acoger cada vez mejor la inagotable belleza, unicidad y actualidad del Don por excelencia que Dios ha hecho a la humanidad: Su Hijo único, Jesucristo, que es “el Camino, la Verdad y la vida” (Jn.14, 6)”.

*** Discurso de su Santidad Benedicto XVI en la presentación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica (28-VI-2005).**

Con el fin de conocer mejor el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica nos ha parecido bien ofrecer ahora las enseñanzas más importantes de este Discurso del Papa Benedicto XVI.

- Agradecimiento a Dios por el Catecismo y su Compendio

Nunca agradeceremos suficientemente a Dios, nuestro Padre, este inmenso tesoro de esperanza y de gloria que nos ha regalado en su Hijo Jesús, Debemos dejarnos iluminar continuamente por él, para conocer cada vez más profundamente este misterioso don suyo (n.1).

- ¿En qué consiste este Compendio?

Este Compendio (...) puede y debe constituir un instrumento privilegiado para que crezcamos en el conocimiento y en la acogida gozosa de ese don divino. (n.1). No se trata de un nuevo Catecismo, sino del Compendio que refleja fielmente el Catecismo de la Iglesia católica, el cual, por tanto, sigue siendo la fuente a la que hay que acudir para comprender mejor el Compendio mismo, y el modelo que hay que contemplar incesantemente para encontrar la exposición armónica y auténtica de la fe y de la moral católica, así como el punto de referencia que debe estimular el anuncio de la fe y la elaboración de los catecismos locales (n.4).

El Compendio presenta la fe de la Iglesia en Cristo Jesús. En efecto, siguiendo la estructura del Catecismo de la Iglesia católica, dividido en cuatro partes, presenta a Cristo profesado como Hijo unigénito del Padre, como perfecto revelador de la verdad de Dios y como Salvador definitivo del mundo: a Cristo celebrado en los sacramentos como fuente y apoyo de la vida de la Iglesia; a Cristo escuchado y seguido en obediencia a sus mandamientos, como manantial de existencia nueva en la caridad y en la concordia; y a Cristo imitado en la oración, como modelo y maestro de nuestra actitud orante ante el Padre (n.5).

Esta fe se expone, en el Compendio, en forma de diálogo. “Se quiere volver a proponer un diálogo ideal entre el maestro y el discípulo, mediante una estimulante secuencia de preguntas que implican al lector, invitándolo a seguir descubriendo aspectos siempre nuevos de la verdad de su fe” (...) (n.6).

En el texto también se han insertado imágenes al inicio de la parte o sección respectiva. Se ha hecho así para ilustrar el contenido doctrinal del Compendio: en efecto, las imágenes “proclaman el mismo mensaje que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra, y ayudan a despertar y alimentar la fe de los creyentes” (Compendio, n.240). “Imagen y palabra se iluminan mutuamente. El arte “habla” siempre, por lo menos implícitamente, de lo divino, de la belleza infinita de Dios, reflejada en el icono por antonomasia: Cristo Señor, Imagen del Dios invisible. Las imágenes sagradas, con su belleza, constituyen igualmente un anuncio evangélico, y expresan el esplendor de la verdad católica mostrando la suprema armonía entre lo bueno y lo bello, entre la “vía veritatis” y la “vía pulchritudinis”.

- El Apéndice del Compendio

El texto incluye también un Apéndice, que contiene algunas oraciones comunes para la Iglesia universal y algunas fórmulas catequísticas de la fe

católica (n.8). Se trata de “hallar de nuevo en la Iglesia una forma de orar común no sólo a nivel personal, sino también en al ámbito comunitario.

*** Homilía de Benedicto XVI en la solemnidad de San Pedro y San Pablo (29-VI-2005)**

Me alegra haber entregado ayer a la Iglesia (...) una nueva guía para la transmisión de la fe, que nos ayuda a conocer mejor y también a vivir mejor la fe que nos une: El Compendio del Catecismo de la Iglesia católica. Lo que en el gran Catecismo, mediante los testimonios de los santos de todos los siglos y con las reflexiones maduradas en la teología, se presenta de manera detallada, aquí, en este libro, se encuentra recapitulado en sus contenidos esenciales, que luego se han de traducir al lenguaje diario y se han de concretar siempre de nuevo. El libro está estructurado en forma de diálogo, con preguntas y respuestas; catorce imágenes asociadas a los diversos campos de la fe invitan a la contemplación y a la meditación. Resume, por decir así, de modo visible lo que la palabra desarrolla detalladamente.(...) No se puede leer este libro como se lee una novela. Hace falta meditarlo con calma en cada una de sus partes, dejando que su contenido, mediante las imágenes, penetre en el alma. Espero que así sea acogido, a fin de que se convierta en una buena guía para la transmisión de la fe”.

LL) El Código de Derecho Canónico

Juan Pablo II también promulgó el Nuevo Código de Derecho Canónico que “puede considerarse como un gran esfuerzo por traducir a lenguaje canónico (...) la eclesiología del Concilio” (50).

El Código de Derecho Canónico ya estaba en avanzado estado de elaboración cuando Juan Pablo II fue elegido Sucesor de Pedro. De hecho fue Juan XXIII quien ordenó que la Comisión Pontificia encargada de su redacción iniciara sus trabajos en 1963. No obstante fue Juan Pablo II quien llevó a feliz término el Nuevo Código de Derecho Canónico, siendo revisado personalmente por él, antes de su publicación el día 25 de Enero de 1983.

*** Constitución Apostólica “Sacrae Disciplinae leges” (25 – I - 1983).**

Juan Pablo II manifiesta que “al promulgar hoy el Código, soy plenamente consciente de que este acto es expresión de la autoridad pontificia; por esto reviste un carácter “primacial”. Pero soy igualmente consciente de que este Código, en su contenido objetivo, refleja la solicitud colegial por la Iglesia de todos mis hermanos en el Episcopado. Más aun, por cierta analogía con el Concilio, debe ser considerado como el fruto de una colaboración colegial en virtud de la confluencia de energías por parte de personas e instituciones especializadas esparcidas en toda la Iglesia”.

¿Cuál es la finalidad del Código de Derecho Canónico?

La finalidad del Código “no es en modo alguno sustituir en la vida de la iglesia y de los fieles, la gracia, los carismas y sobre todo la caridad. Por el contrario, el Código mira más bien a crear en la sociedad eclesial un orden tal que, asignando la parte principal al amor, a la gracia y a los carismas. Haga a la vez más fácil el crecimiento ordenado de los mismos en la vida tanto de la sociedad eclesial como también de cada una de las personas que pertenecen a ella”.

¿Cómo debemos considerar al Código?

El Código debe ser considerado como "instrumento muy necesario para mantener el debido orden tanto en la vida individual y social como en la actividad misma de la Iglesia".

"Es bien de desear que la nueva legislación canónica llegue a ser el instrumento eficaz con el que la iglesia pueda perfeccionarse a sí misma según el espíritu del Concilio Vaticano II y se muestre cada día mejor dispuesta a realizar su función salvífica en este mundo".

"Exhorto, pues, a todos los queridos hijos a que observen las normas propuestas con espíritu sincero y buena voluntad".

M) La construcción de Europa

“En nuestro Viejo Continente, desde la interpelación lanzada en 1982 en Santiago de Compostela: “Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma”, pasando por la vigorosa ayuda prestada a la superación de la división simbolizada por el muro de Berlín, hasta los reiterados llamamientos recientes, con ocasión de la redacción de una primera Constitución Europea, el Papa ha impulsado la verdadera unión entre los pueblos de Europa, alimentada por las raíces cristianas que están en el origen y que continúan sosteniendo su cultura” (50a).

Juan Pablo II nos llamó a construir una nueva Europa Unida que respirara con dos pulmones: el de Oriente y el Occidente; una Europa unida desde los Urales hasta el Atlántico; una Europa que fuera fiel a sí misma y respetara sus viejas raíces cristianas. Por eso nos invita a todos: “Derribad los muros que separan a los hombres”. “No temáis. Abrid las puertas a Cristo, derribad los muros” (50b).

*** Discurso al Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (19-XII-1978).**

Juan Pablo II habla de Europa, a la que califica como “el lecho de un gran río por el que se ha difundido el Cristianismo, fertilizando la tierra por medio de la vida espiritual de los pueblos y naciones de este continente”. Al mismo tiempo, pide a los Obispos de Europa que sean como “el plantel en el que se expresa, se desarrolla y madura, no sólo la conciencia de lo que el Cristianismo fue ayer sino la responsabilidad de lo que debe ser mañana”.

*** Allocución en la Abadía de Montecassino (18-V-1979).**

“Dotado de una profunda sensibilidad humana, san Benito de Nursia (480-547), en su proyecto de reforma de la sociedad, miró sobre todo al hombre, siguiendo tres líneas directivas: el valor del hombre individual, como persona; la dignidad del trabajo, entendido como servicio a Dios y a los

hermanos; la necesidad de la contemplación, o sea, de la oración: habiendo comprendido que Dios es el Absoluto y que vivimos en el Absoluto, el alma de todo debe ser la oración”.

*** Alocución en Santiago de Compostela (9-XI-1982).**

Juan Pablo II pronunció una alocución memorable en Santiago de Compostela (9-XI-1982), en la que se dirige a Europa con palabras hermosas. Destacamos estos párrafos:

- Europa y el Cristianismo

“La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización; hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con las de la penetración del Evangelio. Después de veinte siglos de historia, no obstante los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa, y a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente (...) se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el Cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes; en una palabra todo lo que constituye su gloria. (...) Su cultura no se coloca solamente en las construcciones materiales, sino sobre todo en los valores cristianos y humanos, como son la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan” (n.2).

“Y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan.

- San Benito de Nursia “supo aunar la romanidad con el Evangelio, el sentido de la universalidad y del derecho con el valor de Dios y de la persona humana. Con su conocida frase “ora et labora”, nos ha dejado una regla válida aún hoy para el equilibrio de la persona y de la sociedad, amenazadas por el prevalecer del tener sobre el ser” (n.6).

- “Los Santos Cirilo y Metodio supieron anticipar algunas conquistas, que han sido asumidas plenamente por la Iglesia en el Concilio Vaticano II,

sobre la inculturación del mensaje evangélico en las respectivas civilizaciones, tomando la lengua, las costumbres y el espíritu de la stirpe con toda la plenitud de su valor. Y esto lo realizaron en el siglo noveno, con la aprobación y el apoyo de la Sede Apostólica, dando lugar así a aquella presencia del Cristianismo entre los pueblos eslavos, que permanece todavía hoy insuprimible, a pesar de las actuales vicisitudes contingentes” (n.6).

- Estado de crisis en que se encuentra Europa

“No puedo silenciar el estado de crisis en el que Europa se encuentra, al asomarse al tercer milenio de la era cristiana. (...) La crisis alcanza la vida civil como la religiosa.

+ En el plano civil, Europa se encuentra dividida. Unas fracturas innaturales privan a sus pueblos del derecho de encontrarse todos recíprocamente en un clima de amistad; y de aunar libremente sus esfuerzos y creatividad al servicio de una convivencia pacífica, o de una contribución solidaria a la solución de problemas que afectan a otros continentes(...). La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolija, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un “nihilismo” que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo” (n.3).

+ Europa está, además, dividida en el aspecto religioso: no tanto ni principalmente por razón de las divisiones sucedidas a través de los siglos cuanto por la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades.

- Llamada e invitación de Juan Pablo II a Europa

Ante esta situación de Europa, el Santo Padre, lleno de emoción, le dirige un mensaje interpelante y esperanzado:

“Por eso, yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca, que se ha considerado siempre europea, por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; eslava entre los latinos y latina entre los eslavos. Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en

Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del Cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tu misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás Continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades... No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales o culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: “Lo puedo” (n.4).

- El futuro de Europa

El Santo Padre recuerda a Europa los caminos que ha de abrir o reabrir, y recorrer si quiere tener un futuro pacífico y fraterno, humano y abierto a la trascendencia de Dios:

“Si Europa es una, y puede serlo con el debido respeto a todas sus diferencias, incluidas las de los diversos sistemas políticos;

“Si Europa vuelve a pensar, en la vida social, con el vigor que tienen algunas afirmaciones de principio como las contenidas en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, en la Declaración Europea de los Derechos del Hombre, en el Acta Final de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa;

“Si Europa vuelve a actuar, en la vida específicamente religiosa, con el debido conocimiento y respeto a Dios, en el que se basa todo el derecho y toda la justicia;

“Si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo (cf. Discurso de Juan Pablo II, 22-X-1978),

“Su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor; antes bien se abrirá a un nuevo período de vida, tanto interior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra y por un posible ciclón de holocausto atómico.

- Servicio de la Iglesia a Europa

“La Iglesia es, además consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado, y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuren un autentico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones. Por ello también nivel diplomático está presente por medio de sus observadores en los diversos organismos comunitarios no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensas posibles con los Estados (...).

Pero es la vida eclesial la que es llamada principalmente en causa, con el fin de continuar dando un testimonio de servicio y de amor para contribuir a la superación de las actuales crisis del Continente (...)

- Jesucristo, Señor de la historia

Jesucristo, el Señor de la historia, tiene abierto el futuro a las decisiones generosas y libres de todos aquellos que, acogiendo la gracia de las buenas inspiraciones, se comprometen a una acción decidida por la justicia y la caridad en el marco del pleno respeto a la verdad y a la libertad”.

*** Discurso al Pontificio Consejo para la Familia (27-V-1983)**

El Santo Padre pone de relieve una vez más la importancia de la familia en la Sociedad y en la Iglesia: “La familia es la primera y fundamental escuela de humanidad y de fe para el hombre y, bajo este aspecto, es la célula tanto del cuerpo social como de la Iglesia”.

Más tarde dirá en Nairobi (Kenia) lo siguiente: “la familia es la primera escuela de oración, de fe y de los valores más fundamentales de la vida humana” (16-VIII-1985).

Años más tarde, volverá Juan Pablo II a insistir en la misión educadora de la familia: “la familia ha de ser la primera escuela del amor y de la solidaridad. La primera escuela de todas las virtudes humanas y cristianas. ¡Grande es, por lo tanto, la responsabilidad de los padres!” (Homilía en Civitavecchia, Italia; 19-III-1987).

*** Discurso a las Comunidades Económicas Europeas (Bruselas. 20-V-1985).**

- Europa, lugar de encuentros de pueblos y de culturas

“Este continente ha sido siempre lugar de encuentros, una vasta encrucijada donde los pueblos se han desplazado, suplantado o aliado. Desde el momento en que el Imperio romano configura por primera vez a Europa extendiéndose desde la cuenca del mediterráneo, la unidad que ella conoce es fruto de la fusión de corrientes griegas y latinas, asociadas pronto con los antiguos pueblos, de occidente a oriente. Después, y al precio de muchas rivalidades y conflictos, las entidades políticas ven cambiar continuamente sus zonas de influencias, especialmente con la llegada de pueblos diferentes, en el curso de lo que bien puede todavía llamarse “invasiones” (n.2).

Como podemos descubrir, Juan Pablo II destaca dos realidades en el continente europeo: la pluralidad racial y cultural, y el equilibrio entre pluralidad y unidad.

- Influencia del cristianismo en los diversos pueblos de Europa

“El Cristianismo necesitará siglos para acercarse a los diversos pueblos y culturas y contribuir en profundidad a que elementos tan dispares compartan la cohesión de una inspiración común, en la complementariedad de Roma y de Bizancio. Fue así como apareció una cierta unidad de civilización, a favor de intensas corrientes de intercambio” (A las Comunidades Econ. Europeas; ib. n.2).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (11-X-1985). “Europa debe recordar siempre raíces cristianas”.**

- Renovada evangelización y raíces comunes: “Desde el comienzo apostólico, que sembró el Evangelio en tierra europea, regándolo con la sangre de los mártires, se ha desarrollado aquel proceso plurisecular, continuo y fecundo, que ha penetrado Europa con savia cristiana. De este proceso son testigos particulares los santos patronos de Europa: San Benito y los santos Cirilo y Metodio. El carisma particular de su obra evangelizadora consiste en el hecho de que han depositado las semillas y dado vida a formas y estilos de encarnación del Evangelio en el tejido cultural y social y en el espíritu de los pueblos europeos, que entonces se estaban formando para revelarse como inicios y fundamentos de una síntesis nueva y estable de vida cristiana (n.2).

- Los santos Patronos de Europa y la nueva situación de Europa: “Estos santos patronos constituyen ciertamente una etapa militar y un punto de referencia esencial en el proceso histórico de evangelización de Europa, pero

siguen siendo también un modelo inspirador actual para nosotros, dado que la obra de evangelización, en la situación especial en la que se encuentra hoy Europa, está llamada a proponer una nueva síntesis creativa entre el Evangelio y la vida” (n.2).

- Insertar la nueva evangelización a estas raíces comunes de Europa: “Cuando se llega a una obra de renovación y de desarrollo de gran alcance y que se quiere estable, es prudente mantener el contacto vital con las fuentes que alimentan la inspiración” (n.3). En este sentido, el Santo Padre manifiesta que “es bueno tener presente las fechas del bautismo de algunas naciones que en este siglo han celebrado el milenario del nacimiento cristiano, como Polonia (año 966), y Hungría (año 972), y las que próximamente celebrarán el milenario del bautismo de la Rusx de Kiev (988). Estas fechas nos trasladan a raíces cristianas particularmente ricas e inspiradoras porque se apoyan sobre la misma fe, se refieren a la misma Iglesia y han dado savia a una cultura y a un humanismo cristiano de excepcional valor. Dichas raíces están hoy guardadas por la memoria maternal de la Iglesia, la cual nos las recuerda como particularmente significativas e importantes en la situación actual, en la que en algunos ambientes y por algunas corrientes de pensamiento se tiende a borrarlas de la memoria y de la vida. La amnesia del acto del propio nacimiento y del propio desarrollo orgánico es siempre un riesgo y puede conducir incluso a la alienación (n.3).

- Estas raíces son dicotómicas: “Estas raíces se han configurado como dos corrientes de tradiciones cristianas teológicas, litúrgicas, ascéticas y dos modelos de cultura, diversos, no opuestos, mejor dicho complementarios y mutuamente enriquecedores. Benito penetró la tradición cristiana y cultural de Occidente con el espíritu de la latinidad, más lógica y racional; Cirilo y Metodio constituyen los exponentes de la antigua cultura griega, más intuitiva y mística, y son venerados como padres de la tradición de los pueblos eslavos. Corresponde a nosotros recoger la herencia de este pensamiento rico y completar y encontrar medio y métodos apropiados para su actualización y para una más intensa comunicación espiritual entre oriente y Occidente (n.4).

- Primera mirada del Papa sobre Europa: “La primera mirada proyectada sobre Europa pone de relieve su falta de unidad, la ruptura que separa los pueblos del Este y del Oeste. Son bien conocidas las causas y las vicisitudes históricas, políticas e ideológicas que han producido una situación tan gravísima, inaceptable para la conciencia alimentada por los ideales humanos y cristianos que han presidido la formación del continente” (n.6)..

El Santo Padre hace referencia ahora a un acontecimiento importante: “El acta final de Helsinki, firmada hace diez años, ha ofrecido a los pueblos

Europeos la esperanza de poner en marcha un proceso que favorezca el espíritu de recíproca solidaridad, la comunicación libre y fecunda y la cooperación. Esta esperanza, a pesar de las dudas, las dificultades y también las desilusiones a las que ha dado lugar el pos-Helsinki, debe ser mantenida viva, porque este es el único camino digno de los pueblos de Europa y capaz de abrir para Europa perspectivas de paz.

Tarea de la Iglesia en este contexto histórico: “la Iglesia, por su misma naturaleza y su misión esencial, está llamada a fomentar la cooperación, la fraternidad y la paz entre los pueblos de Europa. El Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa -desde este punto de vista- representa una realidad altamente significativa y profética y marca la dirección a seguir con gran convencimiento y coraje. Al mismo tiempo, deberemos proseguir y desarrollar, con habilidad y perseverancia, los acuerdos ecuménicos, convencidos como estamos de que la unidad de los cristianos no sólo es, por sí misma, un bien esencial, sino que representa también una dimensión necesaria para la evangelización y un factor de paz en Europa” (n.6).

- Segunda mirada del Papa sobre Europa: “Nuestra mirada se concentra después sobre el “modelo” de la actual sociedad europea. La Europa del Oeste, después de la reconstrucción belica, ha conocido un rápido desarrollo industrial y tecnológico, alcanzando un bienestar sin precedentes (...) Al mismo ritmo (...) se ha ido realizando, bajo la influencia de los “mass media” una veloz evolución de las mentalidades y de las costumbres. La Europa del Este ha conocido una evolución más lenta, frenada por la rigidez del sistema y por las estructuras sociales y económicas (n.7).

Europa forma parte del mundo desarrollado: “Observada bajo la perspectiva mundial, Europa forma parte de aquello que se suele definir Norte, desarrollado, con respecto al Sur, que comprende los países emergentes. Considerando el abismo existente entre estos dos polos, los problemas de la justicia y de la paz se plantean en términos nuevos y requieren ser abordados con un espíritu nuevo y con renovadas iniciativas” (n.8)..

- Europa debe ayudar a los países pobres: “Europa, tanto la del Este, como la del Oeste, deberá buscar con generosa apertura las reformas y las soluciones, también estructurales, que le permitan dar una solución a este dramático problema moderno” (n.8).

La Iglesia debe sumarse a esta ingente tarea: “la Iglesia deberá testimoniar y promover aquellos valores evangélicos de justicia, de caridad y de paz que están implicados en esta situación” (n.8).

- La atención a la familia. Como no podía ser de otro modo, Juan Pablo II aborda también en su discurso el tema de la familia. Recordemos sus palabras. La atención a la familia “está plenamente justificada porque la familia es la célula natural y fundamental de la sociedad. De hecho, las crisis y las transformaciones culturales, sociales, religiosas y éticas de la sociedad europea se evidencian y se reflejan de forma impresionante en el modelo familiar. (...) Creo que la pastoral familiar debe, en la perspectiva de una renovada agilización, ser colocada sin más entre las preferencias. Aquí está en juego, el bien y el futuro de la Iglesia en Europa, en no menos grado que el bien y el futuro de la sociedad europea. Somos conscientes de los conflictos y de las tensiones que existen entre el modelo de familia y de moral familiar propuesto por el Evangelio y aquel otro predominante en la sociedad actual. Pero es importante percatarse también de las contradicciones internas y de la involución sin precedentes del modelo “secularizado” de matrimonio y familia. Privilegiando un subjetivismo y un individualismo, orientado solamente a la búsqueda de la “autorrealización” propia y egoísta, el matrimonio ha quedado provado de su íntimo y natural significado y valor” (n.9).

- Con la ley del aborto, Europa ha sido derrotada. El Santo Padre dedica espacio en su reflexión sobre Europa al tema del aborto.”La introducción de la legislación permisiva del aborto ha sido considerada como la afirmación de un principio de libertad. Preguntémonos, en cambio, si no ha sido el triunfo del principio del bienestar material y del egoísmo sobre el valor más sagrado, el valor de la vida humana. Se ha dicho que la Iglesia habría sido derrotada porque no ha conseguido hacer que se reciba su norma moral. Pero yo pienso que en este fenómeno tristísimo e involutivo quien ha sido verdaderamente derrotado es el hombre; es la mujer. Ha sido derrotado el médico, que ha renegado del juramento y del título más noble de la medicina: el defender y salvar la vida humana; ha sido verdaderamente derrotado el Estado “secularizado”, que ha renunciado a la protección fundamental y al sacrosanto derecho a la vida para convertirse en instrumento de un presunto interés de la colectividad, y a veces se demuestra incapaz de defender la observancia de sus leyes permisivas. Europa deberá meditar sobre esta derrota” (n.10)..

- El grito del Papa: ¡Europa, encuentra tu alma! “El descenso de la natalidad y el envejecimiento demográfico no se pueden actualmente ignorar por más tiempo, o defender como una solución al desempleo.(...) Si esta involución constituye una fuente de preocupación, para nosotros lo es, porque, observando en profundidad, aparece como el grave síntoma de una pérdida de voluntad y de vida y de perspectivas abiertas sobre el futuro y más aún de una profunda alienación espiritual. Por esto, no debemos cansarnos de decir y de

repetir a Europa: ¡Encuétrate a ti misma! ¡Encuentra nuevamente tu alma! (n.10).

- ¿Quién es el hombre europeo? El Papa se acerca ahora al ser humano: “¿Qué y cómo se presenta la imagen del hombre europeo “secularizado”? Podemos decir que es un hombre hasta tal punto comprometido en las tareas de edificar la “ciudad terrena”, que ha perdido de vista o bien ha excluido intencionadamente la “ciudad de Dios”. Dios permanece fuera de su horizonte de vida. Pero el ateísmo teórico o práctico se refleja necesariamente sobre la concepción antropológica. Si el hombre no es imagen de Dios y con nada se relaciona fuera de sí mismo, ¿qué valor tiene? ¿Para qué trabaja y vive?” (n.11).

El Santo Padre prosigue su reflexión sobre el hombre europeo: “De hecho, la Europa que en el Oeste y en la filosofía y en la práctica ha declarado a veces la “muerte de Dios” y en el Este ha llegado a imponerla ideológica y políticamente, es también la Europa donde ha sido proclamada la “muerte del hombre” como persona y valor trascendente. En el Oeste, la persona ha sido inmolada al bienestar; en el Este ha sido sacrificada a la estructura. Pero estas posturas se demuestran carentes de perspectivas convincentes de civilización. Por otra parte, los sistemas culturales, instituciones e ideologías que habían caracterizado a la Europa de este siglo y dado origen a utopías ingenuas, han entrado en crisis, bajo los golpes de la misma racionalidad instrumental y del imperativo de la ciencia y de la técnica.

- La Universidad. “La universidad -esta gloriosa institución europea a cuyo nacimiento ha contribuido la Iglesia- se demuestra incapaz de elaborar un proyecto cultural aceptable. Esto quiere decir que se ha minimizado la misma función de guía de la cultura en la sociedad actual. Hoy se vive y se lucha sobre todo por el poder y el bienestar, no por el ideal” (n.11).

- La sociedad actual. “En Occidente resulta de ello una sociedad compleja, pluralística y polivalente en la que el individuo quiere recibir sólo de la propia razón autónoma los fines, los valores y los significados de su vida y de su actividad, pero se encuentra con frecuencia que anda a tientas en la oscuridad de las certezas metafísicas, de los fines últimos y de los puntos seguros de referencia ética. Este hombre, que desea ser tan adulto, maduro, libre, es también un hombre que huye de la libertad para sumergirse en el conformismo, un hombre que sufre de soledad, que está amenazado por diversas molestias del alma, que trata de eliminar la muerte y se encuentra en una terrible pérdida de esperanza” (n.11).

- Llamados a evangelizar esta Europa y este hombre: “El Santo Padre hace una llamada iurgente a los Obispos: “Esta es la Europa y este es el hombre que estamos llamados a evangelizar hoy. Tareas nuevas y gigantescas nos esperan y nos reclaman, pero al mismo tiempo se descubren grandes posibilidades y expectativas prometedoras. La investigación sociológica y cultural ha desvelado que una insospechada, a veces comprendida y paciente demanda de valores religiosos y de sentido de la vida, surge del corazón de muchos contemporáneos nuestros ávidos de encontrar respuestas más válidas y más satisfactorias que aquellas ofrecidas por los agotados modelos de pensamiento y de vida hasta ahora imperantes” (n.12).

- ¿Qué debe hacer la Iglesia para evangelizar Europa?

+ “La Iglesia debe convertirse en el buen samaritano del hombre de hoy; debe saber identificar los “gérmes de la Palabra” para cultivarlos y llevarlos a la madurez” (n.12).

+ “La Iglesia, con profunda humildad, pero también con la serena certeza que le viene de Cristo, debe ser consciente de que tiene que ofrecer a Europa aquello de lo que este continente tiene hoy una necesidad mayor, que por sí solo no es capaz de procurarse” (n.12).

+ “La Iglesia está llamada a dar un alma a la sociedad moderna, tanto se trate de aquella compleja y pluralista del Occidente como de la monolítica del Oriente. Y esta alma la iglesia debe infundirla no desde arriba o desde fuera, sino pasando al interior, haciéndose próxima del hombre de hoy. Se impone, por tanto, la presencia activa y la participación intensa en la vida del hombre” (n.12).

- ¿Qué se requiere para realizar una nueva evangelización de Europa?

+ Evangelizadores preparados y santos: “Se requiere hoy evangelizadores particularmente preparados. Son necesarios heraldos del Evangelio expertos en humanidad que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus alegrías y esperanzas, angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos enamorados de Dios. Para esto son necesarios nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos pedir al Señor que aumente el espíritu de santidad de la Iglesia y nos envíe nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy” (n.13).

+ En fidelidad al Concilio Vaticano II: “El punto de referencia seguro para esta obra de evangelización, en continuidad con la tradición viviente de la Iglesia, debe seguir siendo el acontecimiento de gracia del Concilio

Vaticano II. El Espíritu ha hablado a las Iglesias de hoy y su voz ha resonado en el Concilio Ecuménico, el cual se puede decir con toda propiedad que representa el fundamento y la puesta en marcha de una gigantesca labor de evangelización en el mundo moderno, llegado a una encrucijada nueva de la historia de la humanidad, en la que tareas de una granvedad y amplitud inmensa esperan a la Iglesia (...) Bajo el impulso del Concilio Ecuménico, y en fidelidad a su objetivo ha surgido un creciente deseo de profundizar el tema de la evangelización, tanto a nivel de la Iglesia universal como de las Iglesias locales (n.14).

+ Obispos y presbíteros al servicio de la Palabra: “No estamos solos en la obra de evangelización: tenemos colaboradores. Desearía, en primer término, poner de relieve la misión de los presbíteros y de los religiosos y religiosas. Su obra evangelizadora es esencial y primaria. A estos nuestros colaboradores privilegiados debemos dedicar nuestra más solícita y diligente atención, para orientarlos con sabiduría, amor y clarividencia, para sostenerlos en las pruebas y alentarlos en las dificultades, para asegurarles una adecuada renovación cultural y espiritual (...)”

+ El testimonio unido con la señal: “Una categoría fundamental del anuncio evangélico que merece atención es el testimonio, unido con la señal. Si el testimonio y sin la confirmación de la señal, el anuncio corre el riesgo siempre de quedarse en letra muerta. La “*Evangelii nuntiandi*” ha insistido mucho sobre la importancia central del testimonio, en consonancia, por otra parte, con los datos del Nuevo Testamento y de la Tradición. Anuncio y testimonio deben brillar con nítida pureza doctrinal y moral, recordando que el Evangelio presenta también un carácter paradójico para la inteligencia y la vida del hombre, pero no por eso debe sufrir reducciones o compromisos (...) En la delicada y difícil tarea de llevar a cabo hoy una renovada síntesis entre Evangelio y vida, entre el mensaje evangélico y cultura actual, nuestra misión de pastores impone a este respecto un ejercicio de discernimiento particularmente delicado, exigente y vigilante” (n.16).

+ El modelo apostólico: “Para realizar una eficaz labor de evangelización debemos volver a inspirarnos en el primerísimo modelo apostólico. Dicho modelo, fundamental y paradigmático, lo contemplamos en el Cenáculo: los Apóstoles están unidos y perseverantes con María en espera de recibir el don del Espíritu. Sólo con la efusión del Espíritu comienza la obra de evangelización. El don del Espíritu es el primer motor, la primera fuente, el primer soplo de la auténtica evangelización. Es necesario, pues, comenzar la evangelización invocando el Espíritu y buscando donde sopla el Espíritu /cf. Jn.3,8)” (n.18).

- La falta de vocaciones y las decepciones: “Un estudio de la situación hoy en Europa demuestra, juntamente con consoladoras señales de vitalidad y de recuperación, también una persistente crisis de vocaciones y el doloroso fenómeno de las decepciones (...) (n.15). Ante esta situación preocupante, el Santo Padre insiste en la necesidad de intensificar la oración por las vocaciones de especial consagración: “Sigue siendo dramáticamente actual que “la mies es mucha, pero los operarios son pocos”, y que, en consecuencia, es necesario pedir “al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies” (Mt.9,37-38).

- No disminuir la formación y exigencias cualitativas: “Deberemos tener presente que con la disminución de las exigencias formativas y cualitativas el apóstol jamás se pondrá en marcha una más eficaz e incisiva acción evangelizadora, sino todo lo contrario (...) Se debe reafirmar con lucidez y coraje evangelico que la la virginidad y el celibato consagrado por el Reino de los Cielos liberan una fuerza particularmente eficaz para el anuncio del Evangelio y para el ejercicio de las obras de Caridad (n.15).

- Relanzar el ímpetu misionero de las comunidades: “Una Iglesia que evangeliza es una Iglesia que pide tener evangelizadores (...) Debemos ser conscientes de que no será posible relanzar una eficaz obra de evangelización sin relanzar el ímpetu misionero de nuestras comunidades cristianas (n.15).

- El papel de los laicos en la evangelización: “En el seno de la relación entre evangelización y “secularización” entra además la consideración de la misión y del papel de los laicos (...) Sin la labor y el testimonio del laicado, el Evangelio no podría penetrar toda la vida humana y ser llevado a toda la vida de la sociedad. Algunas iniciativas, como las Escuelas de Teología para laicos y el creciente número de laicos comprometidos para la catequesis, permiten esperar que -al igual que en la evangelización primerísima- también la nueva edad de evangelización podrá contar con laicos auténticamente misioneros” (n.15).

- Un gran obstáculo para la evangelización: “...debremos poner de relieve que el fenómeno del desacuerdo representa un gran obstáculo para la evangelización. El desacuerdo doctrinal y moral aparece como un síntoma característico más bien del Occidente “rico”, y por tanto también de Europa. (n.17) (OR. 12-X-1985; original italiano. Traducción de Ecclesia)..

*** Carta Apostólica: “Slavorum Apostoli” (1985)**

Juan Pablo II aborda en la Carta Apostólica “Slavorum Apostoli” (1985) el tema de la acción cultural y evangelizadora ejercida por los santos hermanos Cirilo y Metodio en tierras eslavas:

“Uno de los más grandes acontecimientos de la historia de la evangelización fue sin duda alguna la misión de los dos hermanos provenientes de Tesalónica, los santos Cirilo y Metodio. Fueron los apóstoles de los eslavos; llevaron el Evangelio y al mismo tiempo pusieron los fundamentos de las culturas eslavas. En cierta medida estos pueblos les son deudores de una lengua litúrgica y literaria. Ambos trabajaron en el siglo IX entre Constantinopla y Roma. Y lo hicieron en nombre de la unidad de la Iglesia de Oriente y de Occidente, a pesar de que esa unidad comenzaba entonces a deshacerse”.

Juan Pablo II nombra patronos de Europa a los hermanos Cirilo y Metodio y manifiesta: “Su obra constituye una contribución eminente para la formación de las comunes raíces cristianas de Europa; raíces que, por su solidez y vitalidad, constituyen uno de los más firmes puntos de referencia del que no pude prescindir todo intento serio por recomponer de modo nuevo y actual la unidad del continente” (25: AAS 77 (1985) 806).

Como sabemos el Santo Padre ha querido unir a estos santos patronos los nombres de las santas Brígida de Suecia, Catalina de Siena y Teresa Benedicta de la Cruz, más conocida por el nombre de Edith Stein.

*** Discurso a las familias en Foggia (Italia); 24-V-1987.**

Juan Pablo II insiste de nuevo en la identidad de la familia de la que dice: “la familia tiene la misión de llegar a ser cada vez más lo que es en el proyecto de Dios, es decir, comunidad de vida y de amor; tiene, por tanto, la misión de custodiar, testimoniar y comunicar, en la unidad e indisolubilidad, la vida y el amor como reflejos de la participación del amor de Dios a la humanidad, y el amor de Cristo a la Iglesia, su Esposa. Sin el amor mutuo auténtico la familia no puede vivir, no puede crecer, no puede perfeccionarse como comunidad de personas: es ese amor el que lleva al don de la vida a los hijos, y empuja a la solidaridad y a la comunión con las demás familias”.

*** Discurso al Parlamento europeo (Estrasburgo, 11-X-1988).**

El Papa pone de relieve que la modernidad está intentando reducir la fe al ámbito privado: “Durante casi dos mil años Europa ha ofrecido un significativo ejemplo de fertilidad cultural del Cristianismo que, por su naturaleza, no puede ser relegado a la esfera privada. De hecho, el Cristianismo

tiene una vocación de profesión pública y de activa presencia en todos los terrenos de la vida”

El Santo Padre pone de relieve un aspecto muy importante: “es mi deber subrayar vigorosamente que si algún día el sustrato religioso y cristiano de este continente fuese marginado en su papel de inspiración de la ética y en su eficacia social, no sólo se negaría toda la herencia del pasado europeo, sino también un futuro digno del hombre europeo -y me refiero a todo hombre europeo. Creyente o no creyente- que estaría seriamente comprometido” (El texto puede encontrarse en E. García Díaz: “Diccionario de Juan Pablo II”. Madrid. 1997).

*** Homilía de Juan Pablo II ante la Basílica de Covadonga (Asturias); 21 de agosto de 1989.**

Covadonga es “raíz cristiana de Europa”. Es una de las primeras piedras de la Europa cuyas raíces cristianas ahondan en su historia y en su cultura. El reino cristiano nacido en estas montañas puso en movimiento una manera de vivir y de expresar la existencia bajo la inspiración del Evangelio. Por ello, en el contexto de mi peregrinación jacobea a las raíces de la Europa cristiana, pongo confiadamente a los pies de la Santina de Covadonga el proyecto de una Europa sin fronteras, que no renuncie a las raíces cristianas que la hicieron surgir, ¡que no renuncie al auténtico humanismo del Evangelio de Cristo!”.

*** Encíclica “Centessimus annus” (1991)**

Juan Pablo II habla de Europa en esta encíclica poniendo de relieve el verdadero contenido y sentido del desarrollo, en estos términos: “el desarrollo no debe ser entendido de manera exclusivamente económica, sino bajo una dimensión humana integral. No se trata solamente de elevar a todos los pueblos al nivel del que gozan hoy los países más ricos, sino de fundar sobre el trabajo solidario una vida más digna, hacer crecer efectivamente la dignidad y la creatividad de toda persona, su capacidad de responder a la propia vocación y, por tanto, a la llamada de Dios. El punto culminante del desarrollo conlleva el ejercicio del derecho-deber de buscar a Dios, conocerlo y vivir según tal conocimiento” (n.29).

Por otra parte, Juan Pablo II enseña que es necesario aprender a “reconocer íntegramente los derechos de la conciencia humana, vinculada solamente a la verdad natural y revelada. En el reconocimiento de estos derechos consiste el fundamento primario de todo ordenamiento político y auténticamente libre” (n.29). Hermoso texto, válido para entonces y para

nuestros días en los que no pocos promueven el relativismo, como si no existieran más que opiniones y no la verdad.

*** Mensaje cuaresmal; 3-IX-1993**

Juan Pablo II recuerda en este mensaje cuaresmal a todos que “la familia es el lugar privilegiado para la educación y el ejercicio de la vida fraterna, de la caridad y la solidaridad, cuyas expresiones son múltiples. En las relaciones familiares se debe tomar con interés, acoger y respetar a los demás, los cuales han de poder encontrar el lugar que les corresponde en nuestro corazón. La vida en común es, además, una invitación a compartir, que permite salir del egoísmo. Aprendiendo a compartir y a darse se descubre la alegría inmensa que proporciona la comunión de bienes. Los padres, con delicadeza, tendrán buen cuidado de despertar en los hijos, mediante el ejemplo y las enseñanzas, el sentido de la solidaridad (...) Lo que se aprende en la vida de familia permanece luego durante toda la existencia”.

*** Encíclica “Evangelium vitae”, 25-III-1995**

En esta encíclica, verdadero canto a la vida, el Papa enseña que “la familia está llamada a esto (promover la vida humana) a lo largo de la vida de sus miembros, desde el nacimiento hasta la muerte. La familia es verdaderamente “el santuario de la vida”, el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a que está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano (CA. 39). Por esto, el papel de la familia en la edificación de la cultura de la vida es determinante e insustituible” (n.92).

*** Discurso al Consejo Pontificio para la cultura (14-I-1999).**

Europa y el cristianismo son indisolubles en su historia

“La historia de Europa está unida al Cristianismo desde hace dos milenios. Se puede decir incluso que la renovación secular ha brotado de la contemplación del misterio cristiano, que permite considerar con mayor profundidad la naturaleza y el destino del hombre así como el conjunto de la creación. Aunque no todos los europeos se reconocen cristianos, los pueblos del Continente están profundamente marcados por la impronta evangélica, sin la cual sería difícil hablar de Europa. En esta cultura cristiana, que constituye nuestras raíces comunes, encontramos los valores capaces de guiar nuestro pensamiento, nuestros proyectos y nuestra actividad”.

*** Homilía de Juan Pablo II en la apertura de la II Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos (1-X- 1999)**

El Santo Padre hace una llamada a Europa para que esté atenta y vigilante a fin de no sucumbir al desaliento ni a la resignación ante ideologías y formas de actuar que no tienen futuro.

- Jesucristo vive en su Iglesia y camina con el hombre y la mujer

En su homilía, manifiesta que “Jesucristo vive en su Iglesia y, de generación en generación, sigue “acercándose” al hombre y “caminando” con él. Especialmente en los momentos de la prueba, cuando se corre el riesgo de que las desilusiones hagan vacilar la confianza y la esperanza, el Resucitado se cruza en los caminos del extravío humano y, aun desconocido, se convierte en nuestro compañero de camino. De este modo, en Cristo y en su Iglesia, Dios no deja de escuchar las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de la humanidad (cf. GS 1), a la que quiere transmitir el anuncio de su amorosa solicitud.. Esto es lo que sucedió en el concilio Vaticano II y este es también el sentido de las diversas Asambleas continentales del Sínodo de los obispos: Cristo resucitado, vivo en su Iglesia, camina con el hombre que vive en África, en América, en Asia, en Oceanía y en Europa, para suscitar o despertar en su alma la fe, la esperanza y la caridad” (n.2).

- Llamada a la esperanza

Juan Pablo II invita a todos los ciudadanos de Europa a la esperanza. El Dios de la alianza conoce el corazón de sus hijos y las muchas pruebas dolorosas que las naciones europeas han tenido que sufrir a lo largo de este atormentado y difícil siglo que ya se acerca a su fin.

Él, el Emmanuel, el Dios con nosotros, ha sido crucificado en los campos de concentración y en los gulag; ha conocido el sufrimiento en los bombardeos y en las trincheras; ha padecido donde el hombre, cada ser humano, ha sido humillado, oprimido y violado en su irrenunciable dignidad. Cristo ha sufrido la pasión en las innumerables víctimas inocentes de las guerras y de los conflictos que han ensangrentado las regiones de Europa. Conoce las graves tentaciones de las generaciones que se preparan a cruzar el umbral del tercer milenio: desgraciadamente, los entusiasmos suscitados por la caída de las barreras ideológicas y por las revoluciones pacíficas de 1989 parecen haberse extinguido de forma rápida al chocar con los egoísmos políticos y económicos, y en los labios de muchas personas en Europa afloran las palabras desconsoladas de los discípulos que iban por el camino de Emaús: “Nosotros esperábamos...(Lc.24,21).

En este marco social y cultural particular, la Iglesia siente el deber de renovar con vigor el mensaje de esperanza que Dios le ha confiado. Con esta Asamblea repite a Europa: “El Señor, tu Dios, está en medio de ti como poderoso salvador” (So.3,17). Su invitación a la esperanza no se funda en una ideología utópica, como las que en los dos últimos siglos han terminado por pisotear los derechos humanos, especialmente de los más débiles. Por el contrario, es el imperecedero mensaje de salvación proclamado por Cristo: El Reino de Dios está en medio de vosotros, convertíos y creed en el evangelio (cf. Mc.1,15) (n. 3).

- La Iglesia vuelve a proponer a Cristo a Europa

“Europa del tercer milenio, a ti y a todos tus hijos la Iglesia os vuelve a proponer a Cristo, único mediador de la salvación ayer, hoy y siempre (cf. Hb.13,8). Te propone a Cristo, verdadera esperanza del hombre y de la historia. Te lo propone no sólo con las palabras, sino especialmente con el testimonio elocuente de la santidad. De hecho, los santos y las santas, con su existencia marcada por las bienaventuranzas evangélicas, constituyen la vanguardia más eficaz y creíble de la misión de la Iglesia” (n.3).

- Tres nuevas copatronas de Europa

“En el umbral del año 2000, mientras la Iglesia entera que está en Europa se encuentra aquí reunida representada del modo más digno, tengo hoy la alegría de proclamar tres nuevas copatronas del continente europeo. Son: santa Edith Stein, santa Brígida de Suecia y santa Catalina de Siena. Europa está ya bajo la protección celestial de tres grandes santos: Benito de Nursia, padre del monaquismo occidental, y los hermanos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos. He querido colocar al lado de estos insignes testigos de Cristo otras tantas figuras femeninas, entre otras cosas para subrayar el gran papel que las mujeres han desempeñado y desempeñan en la historia eclesial y civil del continente hasta nuestros días” (n.4)..

Termina el Papa su homilía deseando que “Cristo pueda ser un renovado manantial de esperanza para los habitantes del “viejo” continente, en el cual el Evangelio ha suscitado a lo largo de los siglos una incomparable cosecha de fe, de amor fecundo y de cultura” (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II al arzobispo de Praga, Card. Miloslav Vlk, con ocasión de la asamblea plenaria del consejo de las Conferencias episcopales de Europa (16 de octubre de 2000).**

Las raíces cristianas de Europa

“A lo largo de su historia, Europa ha recibido el tesoro de la fe cristiana, basando su vida social en los principios del Evangelio. El cristianismo se descubre así de manera permanente en las artes, la literatura y la cultura de las naciones europeas. Esta herencia no pertenece al pasado. Y es importante transmitirla a las generaciones futuras, pues es la matriz de la vida de las personas y de los pueblos que forjaron el continente europeo. (...)”

Hacia una Iglesia evangelizadora en Europa

Para que las Iglesias católicas en Europa asuman su misión, que es siempre la misma y siempre nueva porque “la Iglesia existe para evangelizar” (EN 14), es importante que todos sus miembros estén disponibles a las llamadas del Espíritu, para actuar intensamente a favor de la nueva evangelización. En esta perspectiva os aliento a prestar cada vez mayor atención a la educación de la fe de los jóvenes y de los adultos. (...) En todas vuestras Iglesias está abierto el gran taller de la formación doctrinal, espiritual y pastoral, para ayudar a los fieles laicos a ejercer su misión bautismal en la Iglesia, en comunión con los pastores, y anunciar sin confusión la salvación venida traída por Cristo.

Los cristianos han de dar razón de la esperanza

En un mundo marcado por el desarrollo de la ciencia y de las técnicas, una verdadera inteligencia de la fe proporcionará a los cristianos los medios para “dar razón de la esperanza que está en ellos” (cf. IPed.3,15), para proponer a sus contemporáneos el Evangelio como camino de vida y como base de la acción moral personal y colectiva (...).

La necesaria formación de los sacerdotes y de los diáconos

Quiero subrayar igualmente la formación de los sacerdotes y de los diáconos, llamados a ser ministros de Jesucristo y vuestros colaboradores. De esta manera, formarán una “preciosa corona espiritual” alrededor vuestro (San Ignacio de Antioquia, Carta a los Magnesianos,1,13) y serán, por sus palabras y sus actos, los testigos del Señor, Esposo y cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo. ¿Cómo podrían significar este don de Cristo, que se entregó por la Iglesia (cf. Ef.5,25), sin darse totalmente a su misión y sin seguir el camino de la santidad?

Promover la pastoral vocacional

En el conjunto del Continente, se observan disparidades en lo que respecta a las vocaciones sacerdotales (...) Debemos rezar incesantemente y “pedir al dueño de la mies que envíe operarios a su mies” (Mt.9,37). Al mismo tiempo, conviene desarrollar en cada diócesis, y conjuntamente, una pastoral vigorosa de las vocaciones, que proponga a los jóvenes un camino de fe, un camino espiritual y una experiencia eclesial, así como una enseñanza filosófica y teológica de calidad. Sé que algunos países y algunas regiones han organizado la forma de realizar una mejor repartición del clero. Os invito con interés a proseguir la reflexión en este sentido.

Contribución de la Iglesia a la constitución de Europa como “unión”

Europa se está construyendo como “unión”. La Iglesia tiene una contribución específica que aportar. Los cristianos no solamente pueden unirse a todos los hombres de buena voluntad para trabajar en la construcción de este gran proyecto, sino, más aún, están invitados de alguna manera a ser su alma, mostrando el verdadero sentido de la organización de la ciudad terrena. No se puede, pues, considerar a Europa solamente como un mercado de intercambios económicos o un espacio de libre circulación de ideas, sino muy en primer lugar como una comunidad verdadera de naciones que quieren unir sus destinos, para vivir como hermanos, respetando las culturas y los caminos espirituales, que, sin embargo, no pueden situarse fuera del proyecto común o en oposición a él. Al mismo tiempo, el reforzamiento de la unión en el seno del Continente recuerda a las Iglesias y Comunidades Eclesiales que ellas mismas deben dar un paso suplementario hacia el camino de la unidad.

Las estructuras e instituciones de Europa al servicio de la dignidad del hombre.

Las estructuras e instituciones europeas estén siempre al servicio del hombre, que nunca puede ser considerado como un objeto que se puede comprar o vender, explotar o manipular. Es una persona creada a imagen de Dios, en quien se refleja el amor acogedor del Creador y Padre de todos. Todo hombre, cualquiera que sean sus orígenes o sus condiciones de vida, merece un respeto absoluto. La Iglesia no deja de recordar estos principios básicos de la vida social.

Ante los avances científicos, hay que salvar siempre la dignidad del hombre

Hoy, frente a las investigaciones de la ciencia, especialmente de la genética y de la biología, frente a la evolución prodigiosa de los medios de comunicación y de los intercambios a escala planetaria. Europa puede y debe

trabajar para defender en todas partes la dignidad del hombre, desde su concepción, para mejorar aún más sus condiciones de vida actuando a favor de un justo compartir de las riquezas, dando a todos los hombres una educación que les ayude a convertirse en actores de la vida social, y un trabajo, que les permita vivir y satisfacer las necesidades de sus familias.

El valor del matrimonio y de la familia

A este propósito, es importante también recordar a tiempo y destiempo el lugar y el valor inestimable del vínculo conyugal y de la familia, que no pueden ponerse a pique de igualdad con otros tipos de relación, so pena de desestructurar fuertemente el tejido social y de hacer cada vez más frágiles a los niños y a los jóvenes.

Todos al servicio de la dignidad del ser humano

En este camino de servicio al hombre, todos los europeos deben comprometerse incansablemente en la causa de la paz. Si se considera el siglo que se acaba. El viejo continente llevó por dos veces al mundo entero a la tragedia y la desolación de la guerra. Hoy comienza a aprender las exigencias de la reconciliación y del entendimiento entre los pueblos. Los nuevos puentes, tendidos entre las naciones europeas, son todavía inestables y poco seguros. (...) (50c).

*** Mensaje a los participantes en la asamblea plenaria del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa que se celebrará el día 16 de octubre de 2000.**

Europa se encuentra en una situación muy importante: se está construyendo como “unión”. El Santo Padre siente el deber de ayudar a construir esta Europa. He aquí sus palabras: “No se puede considerar a Europa exclusivamente como un mercado de intercambios económicos o un espacio de libre circulación de ideas; es, también y sobre todo, una verdadera comunidad de naciones que quieren unir sus destinos para vivir como hermanos, respetando las culturas y los itinerarios espirituales que, sin embargo, no pueden ser excluidos del proyecto común o estar en contradicción con él” (n.4).

Por otra parte y ante los avances de la ciencia, el Papa hace un serio llamamiento al respeto de la dignidad de todo ser humano como persona, creada a imagen de Dios y en cualquier situación en que se encuentre (cf. nn.5 y 6).

Finalmente, el Papa invita a promover la nueva evangelización de Europa, de la que tanta necesidad tiene.

*** Homilía de Juan Pablo II en la solemne clausura de la II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos (23-X-1999).**

- El anuncio del kerigma (Hech.4,10).

En los albores de la Iglesia resonó en Jerusalén esta firme palabra de Pedro: era el kerigma, el anuncio cristiano de la salvación, destinado por deseo del mismo Cristo a cada hombre y a todos los pueblos de la tierra. Después de veinte siglos, la Iglesia se presenta en el umbral del tercer milenio con este mismo anuncio, que constituye su único tesoro: Jesucristo es el Señor; en Él y en ningún otro está la salvación (cf. Hech.4,12); Él es el mismo ayer, hoy y siempre (cf. Heb.13,8).

Es el grito que resonó en el pecho de los discípulos de Emaús, que regresan a Jerusalén tras su encuentro con el Resucitado. Han escuchado su palabra ardiente y lo han reconocido cuando partía el pan. Esta asamblea sinodal, la segunda para Europa, situada de forma oportuna bajo la imagen bíblica de los discípulos de Emaús, se cierra con el signo del testimonio alegre que emana de la experiencia de Cristo, viviente en la Iglesia. La fuente de esperanza, para Europa y para el mundo entero, es Cristo, el Verbo encarnado, el único Mediador entre Dios y el hombre. Y la Iglesia es el canal a través del cual pasa y se difunde la onda de gracia que fluye del Corazón traspasado del Redentor” (n.2).

- Acoged a Cristo

“Con firme convicción, la iglesia repite a los hombres y a las mujeres del 2000, y, en especial, a los que viven inmersos en el relativismo y en el materialismo: ¡acoged a Cristo en vuestra existencia! Quien lo encuentra conoce la verdad, descubre la vida, halla el camino que a ella conduce (cf. Jn.14,6; Sal.16,11). Cristo es el futuro del hombre (cf. Hech.4,12).

- Los santos han construido Europa como edificio espiritual y moral

“Los santos, como “piedras vivas” unidas a Cristo “piedra angular”, han construido Europa como edificio espiritual y moral, dejando a sus descendientes la herencia más valiosa. Los santos son la prueba viviente del cumplimiento de la promesa del Señor: “el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores, porque yo voy al Padre” (Jn.14,12) (n.4).

- Pedimos perdón por nuestros fallos

“El cristianismo ha sido en nuestro continente un factor primario de unidad entre los pueblos y las culturas, y de promoción integral del hombre y sus derechos. Si ha habido comportamientos y elecciones que, desgraciadamente fueron en sentido contrario, en este momento en el que nos preparamos a atravesar la Puerta Santa del Gran Jubileo (cf. *Incarnationis Mysterium*,,,, 11), sentimos la necesidad de reconocer humildemente nuestras responsabilidades (n.5).

- Colaboración de la Iglesia en la construcción de Europa

“Se pide a todos los cristianos esta necesaria concienciación para que, más unidos y reconciliados, y con la ayuda de Dios, puedan acelerar la venida de Su Reino. Se trata de una cooperación fraterna, más urgente aún en el período que estamos atravesando, caracterizado por una fase en el proceso de integración europea y por una fuerte evolución a nivel multiétnico y multicultural. A este respecto, hago mías las palabras del mensaje final del Sínodo deseando con vosotros, venerables hermanos, que Europa sepa garantizar, con fidelidad creadora a su tradición humanística y cristiana, la primacía de los valores éticos y espirituales. Es éste un deseo que “nace de la firme convicción de que no hay unidad verdadera y fecunda para Europa si no está construida sobre sus fundamentos espirituales (n.5).(Boletín Oficial. Diócesis de Coria-Cáceres. Diciembre-1999; 1163-1166).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Conferencia Ministerial del Consejo de Europa con ocasión del 50 aniversario de la Convención Europea de los Derechos Humanos (3-XI-2000).**

¿Qué significó El Consejo de Europa tras la segunda guerra mundial?

Tras la segunda guerra mundial, el Consejo de Europa significó la adopción de una visión política y encarnó un nuevo orden jurídico, consagrando el principio de que el respeto a los derechos humanos trasciende la soberanía nacional y no puede quedar subordinado a objetivos políticos o puesto en entredicho por intereses nacionales. Con ello, el Consejo contribuyó a echar los cimientos del rescate moral necesario tras las destrucciones bélicas, y la Convención Europea de los Derechos Humanos demostró ser un elemento vital de ese proceso.

Actualidad de la Convención Europea de Derechos Humanos

La Convención (...) sigue siendo un instrumento legal de primera importancia a la hora de proclamar y tutelar los derechos fundamentales de todo ciudadano de los países firmantes (n.2).

Aportación de la Santa Sede a Europa

A lo largo de los años, la Santa Sede se ha implicado en el Consejo de Europa en busca de su propia y específica forma de acompañar y auxiliar la labor cada vez más amplia del Consejo en el ámbito de los derechos humanos.(...) La Santa Sede ha estado particularmente interesada en la jurisprudencia de ese Tribunal.

Reconocimiento de lo ya alcanzado y nuevo impulso de cara al futuro

El quincuagésimo aniversario de la Convención constituye momento oportuno para dar gracias por lo alcanzado y renovar nuestro compromiso con vistas a que los derechos humanos se vean cada vez más y con mayor amplitud respetados en Europa. Es pues tiempo de enfocar con claridad los problemas que, llegado el caso, deberán afrontarse. De entre los más importantes destaca la tendencia a separar los derechos humanos de su fundamento antropológico, es decir precisamente de esa visión de la persona que es propia de la cultura europea. También se comprueba una tendencia a interpretar los derechos en una perspectiva exclusivamente individual, infravalorando el papel de la familia como “unidad básica de la sociedad” (Declaración Universal de los Derechos Humanos, art. 16). Se da la paradoja de que, mientras por un lado se afirma enérgicamente la exigencia del respeto de los derechos humanos, por el otro se deniega el más básico de estos: el derecho a la vida. El Consejo de Europa ha logrado eliminar la pena capital de la legislación de la mayor parte de sus Estados miembros. (n.3).

¿Qué hemos de hacer ante los problemas?

Respecto a todos los problemas que se perfilan en el horizonte y a los retos que entrañan, hemos de confiar en que genio auténtico de Europa aflore nuevamente para redescubrir la sabiduría humana y espiritual intrínseca al legado europeo de respeto a la dignidad humana y a los derechos que de él se derivan. (...) El Consejo de Europa está llamado a consolidar el significado de un bien común europeo. (n.4) (50d).

*** La Exhortación Apostólica Postsinodal: “La Iglesia en Europa” (2003).**

Esta exhortación es una clara y urgente llamada a la esperanza (50e). J.R. Flecha Andrés escribe a este respecto: “Es éste un documento impregnado “por un pathos de amor y de esperanza por el futuro del viejo continente, por la consolidación no sólo geográfica, política y económica de la Unión Europea, sino por la llegada de una “comunidad de naciones” (n.109), de una “familia de naciones” (n.121), reconciliadas entre sí (cf. n.12)”.

Recordamos los capítulos de esta Exhortación:

- Jesucristo es nuestra esperanza;
- El Evangelio de la esperanza confiado a la Iglesia del Nuevo Milenio;
- Anunciar el Evangelio de la esperanza;
- Celebrar el Evangelio de la esperanza;
- Servir al Evangelio de la esperanza.
- El Evangelio de la esperanza para una nueva Europa”.

- La clave de este documento: la esperanza

Si hay una palabra que esté presente e impregne todo el documento es “la palabra “esperanza”, de la que tan necesitados están nuestro mundo y el hombre de nuestros días. ¿Cuál es el manantial de esta esperanza? Sin duda alguna, la fuente de esta esperanza es Jesucristo vivo en su Iglesia.

- El hilo conductor de este documento

El hilo conductor de este hermoso y esperanzador documento es el libro del Apocalipsis como icono bíblico que ilustra e ilumina nuestra realidad, y nos dice que construir la sociedad prescindiendo de Dios o contra Él no tiene futuro digno del hombre.

- Sombras de esperanza en Europa:

“En el Continente europeo no faltan ciertamente símbolos prestigiosos de la presencia cristiana, pero éstos, con el lento y progresivo avance del laicismo, corren el riesgo de convertirse en mero vestigio del pasado”.

Entre estos numerosos signos preocupantes que, al principio del tercer milenio, perturban el horizonte del Continente europeo”, consignamos los siguientes:

+ la pérdida de la memoria y de la herencia cristiana (cf. n.8). Da la impresión de que los europeos están a punto de despilfarrar el rico patrimonio

recibido durante siglos: “Muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el Cristianismo, pero realmente no lo conocen (...) Se observa una especie de interpretación secularista de la fe cristiana que la socava, relacionada también con una profunda crisis de la conciencia y la práctica moral cristiana. Los grandes valores morales que tanto han inspirado la cultura europea han sido separados del Evangelio, perdiendo así su alma más profunda y dando lugar a no pocas desviaciones” (n.47).

+ el miedo a afrontar el futuro, que se manifiesta en el vacío interior, en la escasa natalidad, o en el miedo a asumir decisiones definitivas.

+ una difusa fragmentación de la existencia que tiene expresiones en el deterioro de la familia, o los rebrotes de conflictos étnicos y actitudes racistas...

+ el individualismo insolidario (cf. n.8).

+ algunas ofertas de esperanzas intramundanas

Transcribimos a continuación un texto impresionante de esta Exhortación del Papa que debe hacernos reflexionar a todos:

“En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como “el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre”. Por lo que “no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria”. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” (n.9).

- Luces de esperanza en Europa

+ la conciencia creciente de la unificación de Europa y de la comunidad de los pueblos.

+ en el interior de la Iglesia se advierten muchas semillas y realidades esperanzadoras: la libertad de la Iglesia recuperada en Europa del Este; el mayor empeño de la Iglesia por concentrarse en su misión espiritual; la conciencia de la responsabilidad de los bautizados; la mayor participación de la mujer; el testimonio de los santos y de los mártires; la vitalidad de las parroquias...

No olvidemos que “de la concepción bíblica del hombre, Europa ha tomado lo mejor de su cultura humanista, ha encontrado inspiración para sus creaciones intelectuales y artísticas, ha elaborado normas de derecho y, sobre todo, ha promovido la dignidad de la persona, fuente de derechos inalienables. De este modo, la Iglesia, en cuanto depositaria del Evangelio, ha contribuido a difundir y a consolidar los valores que han hecho universal la cultura europea” (n.25).

- La Iglesia tiene un tesoro que ofrecer a Europa: Jesucristo

Partiendo de estas realidades, El Santo Padre, recogiendo el sentir de los Padres Sinodales sobre Europa, está convencido de que la Iglesia tiene un tesoro que ofrecer a Europa, en realidad su único tesoro y esperanza: Jesucristo. Se trata de la aportación específica y mejor de la Iglesia a Europa

“La Iglesia ha de ofrecer a Europa el bien más precioso y que nadie más puede darle: la fe en Jesucristo, fuente de esperanza que no defrauda, don que está en el origen de la unidad espiritual y cultural de los pueblos europeos, y que todavía hoy y en el futuro puede ser una aportación esencial a su desarrollo e integración. Sí, después de veinte siglos, la Iglesia se presenta al principio del tercer milenio con el mismo anuncio de siempre, que es su único tesoro: Jesucristo es el Señor; en Él, y en ningún otro, podemos salvarnos (cf. Hech.4,12)” (n.18).

El Santo Padre afirma que: “el Evangelio de Jesucristo “no defrauda”, es “fuerza”, “profecía”, “invitación a todos, creyentes o no, a trazar caminos siempre nuevos que desemboquen en la “Europa del Espíritu”, para convertirla en una verdadera “casa común”, donde se viva con alegría” (n. 121).

Juan Pablo II afirma que “en el contexto del pluralismo ético y religioso actual que caracteriza cada vez más a Europa, es necesario confesar y proponer la verdad de Cristo como único Mediador entre Dios y los hombres y único Redentor del mundo (...) Por el tenor de vida y el testimonio de la palabra de los cristianos, los habitantes de Europa podrán descubrir que Cristo es el futuro del hombre” (n.20).

- Las raíces cristianas de Europa

“Europa ha sido impregnada amplia y profundamente por el Cristianismo (...) La fe cristiana ha plasmado la cultura del Continente y se ha entrelazado indisolublemente con su historia” (n. 24). Juan Pablo II recuerda

con mucha frecuencia que las raíces de Europa son cristianas. Esto es evidente; el cristianismo está en el nacimiento de la cultura europea y fue un actor primario de unidad entre los pueblos y ha dado forma a Europa acuñando algunos valores fundamentales (n.108).

Por eso, el Papa pide que en la futura Constitución Europea figure la referencia al patrimonio religioso y particularmente cristiano y que se reconozcan tres elementos complementarios: el derecho de las Iglesias y comunidades religiosas a organizarse libremente; el respeto a la identidad específica de las Confesiones religiosas; el respeto del estatuto jurídico del que ya gozan las Iglesias y las Instituciones religiosas en virtud de las legislaciones de los Estados miembros de la Unión” (n.114).

- Aportación de la Iglesia a la construcción de Europa

La Iglesia está convenida de que puede hacer una gran contribución a la construcción de la Europa de los valores y de los pueblos no ofreciendo soluciones técnicas, sino fundamentos de valores y derechos en la dignidad del hombre como hijo de Dios; sentido para la vida de las personas y para los proyectos institucionales, ofreciendo el horizonte de la trascendencia y el destino de la vida eterna; modelos y experiencia de convivencia porque, siendo una, respeta la pluralidad y la riqueza de la diversidad. Cristo, presente en su Iglesia, se ofrece así como la esperanza para Europa.

- Vivir y anunciar el Evangelio de la esperanza

¿Cómo será posible hacer este servicio y ofrecer esta esperanza? Sólo si la Iglesia vive, anuncia, celebra y sirve el evangelio de la esperanza. Estos cuatro enunciados constituyen el núcleo y la columna vertebral de la Exhortación.

- Peticiones más importantes que nos hace el Santo Padre

+ No perder la identidad cristiana, recuperar la vida interior, mantener la comunión, superar temores, lentitudes, omisiones e infidelidades y continuar el camino del diálogo ecuménico, al que el papa califica como “imperativo irrenunciable” (n.54) y el diálogo con las otras religiones que tienen una presencia más significativa en Europa: el hebraísmo (n.56) y el islamismo (n.57).

+ Es necesario hacer el primer anuncio de la fe ya que existen muchos no bautizados y hay que formar para una fe madura mediante una catequesis

apropiada a los diversos itinerarios espirituales, que sea orgánica y sistemática ya que existen muchos bautizados alejados de la fe.

- + Necesidad de evangelizar la vida social. Hay que evangelizar la cultura e inculturar el Evangelio.

- + Propone el Evangelio como libro para la Europa de hoy y de siempre: un libro a recibir, a gustar y a asimilar

- + La Iglesia ha de dar nueva esperanza a los pobres, por el amor preferencial a ellos.

- Tres grandes temas de especial importancia en Europa

- + El matrimonio y la familia, que es preciso defender como institución, frente a propuestas y proyectos legales que desvirtúan su identidad.

- + Defender el evangelio de la vida frente a la escasa natalidad y las amenazas del aborto o de la eutanasia

- + Ante el fenómeno de las inmigraciones, es necesario promover y fomentar una cultura de la acogida. Ello supone trabajar por un orden internacional más justo.

- Relación de la Iglesia con Europa

La relación de la iglesia con Europa no es la de la vuelta a un estado confesional, pero tampoco la de un laicismo o separación hostil, sino de sana cooperación. La contribución que la Iglesia puede hacer a la construcción de Europa es la dimensión religiosa; ofrece también su modelo de unidad en la diversidad y aporta todo el trabajo de sus comunidades en un compromiso efectivo por humanizar la sociedad, además de sus organismos continentales de comunión eclesial, que también contribuyen a la unidad de Europa.

- Europa y su herencia espiritual.

Europa necesita un salto cualitativo en la toma de conciencia de su herencia espiritual (n.120). Juan Pablo II repite lo que dijo en Santiago de Compostela: “Europa, vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces” (n.120). Y termina diciéndole: “El evangelio no está contra ti, sino a tu favor”; “en el Evangelio de Jesús encontrarás la esperanza firme y duradera a que aspiras”; “el Evangelio de la esperanza no defrauda”.

Culmina el documento con una oración dirigida a la Virgen María “madre de la esperanza”, para poner en sus manos el presente y el futuro de la Iglesia en Europa.

*** Discurso durante la ceremonia de entrega del premio internacional Carlomagno (24-III-2004).**

Al recibir el premio Carlomagno, el Santo Padre pronunció un discurso europeísta que bien merece que lo recordemos aquí y recordemos los pasajes más significativos del mismo. La ciudad alemana donde lo proclamó es también importante ya que es uno de los lugares emblemáticos de Europa.

El Santo Padre en el centro de su discurso se pregunta: ¿cuál es la Europa con la que hoy habríamos de soñar? Y el Santo Padre que conoce bien Europa y que sueña con la Europa que respire con dos pulmones, el de oriente y el de Occidente,

- “Pienso en una Europa sin nacionalismos egoístas, en las que se considere a las naciones como centros vivos de una riqueza cultural que merece ser protegida y promovida en beneficio de todos.

- “Pienso en una Europa en la que las conquistas de la ciencia, de la economía y del bienestar nos e orienten a un consumismo sin sentido, sino que estén al servicio de todo hombre que pase necesidad y de la ayuda solidaria a los países que tratan de alcanzar la meta de la seguridad social.(...)”

- “Pienso en una Europa cuya unidad se basa en la verdadera libertad. La libertad de religión y las libertades sociales han madurado como frutos valiosos en el “humus” del cristianismo. Sin libertad no existe responsabilidad: ni ante Dios ni ante los hombres (...)

- “Pienso en una Europa unida gracias al compromiso de los jóvenes. Los jóvenes se comprenden entre sí con facilidad, más allá de los confines geográficos. Pero, ¿cómo puede nacer una generación de jóvenes que esté abierta a la verdad, a la belleza, a la nobleza y a lo que es digno de sacrificio, si en Europa la familia ya no se presenta como una institución abierta a la vida y al amor desinteresado?

- “La Europa que tengo en la mente es una unidad política, más aún, espiritual, en la que los políticos cristianos de todos los países actúan conscientes de las riquezas humanas que lleva consigo la fe: hombres y mujeres comprometidos a hacer que esos valores sean fecundos, poniéndose al

servicio de todos para una Europa del hombre, sobre el que resplandezca el rostro de Dios”.

“Este es el sueño que llevo en mi corazón y que en esta ocasión quisiera confiarle a usted y a las generaciones futuras” (Ecclesia, n.3200; 10-IV-2004).

*** Palabras de Juan Pablo II durante el rezo del “Regina Coeli”; (2-V-2004).**

La unidad de los pueblos europeos, si quiere ser duradera, no puede ser sólo económica y política. (...) La historia de la formación de las naciones europeas camina al mismo paso con la evangelización. Por lo tanto, a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del Continente hasta nuestros días, su identidad sería incomprensible sin el cristianismo (n.1).

La savia vital del Evangelio puede asegurar a Europa un desarrollo coherente con su identidad, en la libertad y la solidaridad, en la justicia y la paz. Sólo una paz Europa que no renueva, sino que redescubre sus propias raíces cristianas podrá estar a la altura de los grandes retos del tercer milenio: la paz, el diálogo entre las culturas y las religiones, la salvaguarda de la creación” (n.2).

A esta importante empresa están llamados a ofrecer su propia contribución todos los creyentes en Cristo de Occidente y del Oriente europeo, gracias a una abierta y sincera cooperación ecuménica (n.2).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el Encuentro Ecuménico “Juntos por Europa” (6-V-2004).**

“La luz del Evangelio ha iluminado la historia de Europa, dado vida con ello a una comunidad de destinos de pueblos diferentes. Volverse hacia la palabra viva del evangelio significaba frecuentemente, para pueblos enteros, adherirse a una comunión de cultura y de destino, precisamente como la que ha tomado el nombre de Europa (...) Cuando se habla del cristianismo en Europa también se hace referencia a su pasado más reciente, a su presente y a su futuro. El proceso de unificación europea surgió de la amarga derrota de la Humanidad constituida por la segunda guerra mundial. Por ello, los “padres” de la unidad europea, caracterizados en gran parte por la fe cristiana, pusieron en marcha el proceso de unificación cuyos frutos recogemos hoy. (...).

Desde el principio, la Santa Sede ha apoyado la integración europea, insistiendo al mismo tiempo, como he recordado recientemente, sobre el

hecho de que para una “afirmación válida y duradera de dicho unión es preciso hacer referencia al Cristianismo como factor creador de identidad y de unidad”.

Pero la fe cristiana constituye también el presente y el futuro de Europa. Con el entusiasmo de su fe cristiana y con su conciencia de ser europeos, en Stuttgart muchos miembros de movimientos religiosos dan fe de su confianza en un futuro de Europa iluminado por el Evangelio. (...).

Con vistas a realizar una sociedad más humana, abierta a los demás y solidaria en el amor, no debemos cejar en abrir el corazón al Evangelio. Los cristianos pertenecientes a muchos movimientos religiosos, reunidos en Stuttgart, atestiguan que el Evangelio les ha permitido superar el nacionalismo egoísta y ver en Europa una familia de pueblos, rica en multiplicidad cultural y en vivencias históricas, pero, al mismo tiempo, unida por una suerte de comunión de destinos. (...) El diálogo ecuménico contribuye de forma decisiva al desarrollo de una conciencia europea basada en la fe cristiana.

Con todo, la Europa unida no puede pensar sólo en sí misma y encerrarse en sus propios confines y en su bienestar. Europa está llamada a servir al mundo, especialmente a sus partes más pobres y olvidadas como África, particularmente aquejada de problemas tan graves como numerosos.

Europa necesita el compromiso y el entusiasmo de los cristianos, especialmente de los más jóvenes, para recibir la Buena Nueva del Evangelio de Jesucristo.

*** Mensaje de Juan Pablo II al Card. Roger Etchegaray, enviado especial a la celebración del centenario de las Semanas Sociales de Francia (Lille, 23/26-IX.2004.**

- Horizontes de fraternidad y paz para la Nueva Europa

“El Evangelio y la doctrina social de la Iglesia proponen hoy en día al Continente una nueva orientación, y aun cuando no muestran el modo de llevarlo a cabo de manera concreta -pues ello es competencia de la libertad y de la responsabilidad de los pueblos y de las autoridades que los gobiernan-, indican, con todo, cuáles son los cimientos indispensables para la construcción social, con el fin de que siempre se respete a las personas y a los pueblos y de que se promueva la libertad y dignidad de todos los seres. Releer el pasado de nuestro Continente es una invitación a buscar incesantemente nuevas vías de colaboración, de fraternidad y de paz (n.2)..

- Acogida de los pueblos de la Europa Oriental

La Europa que se extiende desde el Atlántico hasta los Urales abre nuevos caminos a los pueblos sometidos largo tiempo al yugo del comunismo. Los dos conflictos mundiales crearon fracturas y antagonismos que la construcción europea ayudará paulatinamente a superar con el fin de edificar una Europa de los pueblos, una Europa de la solidaridad; en otras palabras, una Europa creada para el bienestar y la felicidad de todos sus ciudadanos.(...) “Una convivencia pacífica y un intercambio de la propia riqueza interior harán posible la edificación de una Europa que sepa ser casa común, en la que cada uno sea acogido, nadie se vea discriminado y todos sean tratados, y vivan responsablemente, como miembros de una sola gran familia”.

- Acogida y ayuda a los pueblos del Sur

Semejante apertura entre Este y Oeste constituye también una invitación a todos los europeos para que intensifiquen sus relaciones Norte y Sur con el fin de contener plagas como la miseria, las pandemias, los conflictos de cualquier tipo. Ante estas urgencias, todos estamos llamados a participar en un desarrollo sostenible auténtico, que implica acciones de cooperación internacional basadas en la colaboración y en la solidaridad, con la preocupación de conservar las riquezas de la tierra y de hacer partícipes a todos los pueblos de los recursos del planeta, en una compartición justa y equitativa (n.3).

- La presencia de los cristianos en la vida social

“Con su forma de comprender y analizar los diferentes fenómenos sociales y de proponer soluciones, ponen ellos en primer lugar el sentido humano y la esperanza que Cristo les da y recuerdan la misión de los valores cristianos, morales y espirituales, en los que se basan su existencia y su acción. Importa particularmente prestar especial atención a los jóvenes, a quienes es preciso no sólo asegurar un saber, sino también transmitir unos valores y una esperanza para hacer frente a ciertos comportamientos que actualmente se detectan en su seno y que no dejan de aumentar, como es el caso del suicidio y del uso de drogas (n.4)..

- Los cristianos en la política

Resulta importante el compromiso de los cristianos con la política. Los invito a no sustraerse a su misión en este ámbito, buscando siempre la coherencia entre el Evangelio, la tradición divina y apostólica, el magisterio

de la Iglesia y las opciones y decisiones que están llamados a adoptar. Es propio de la vocación de los fieles cristianos servir a sus hermanos de manera desinteresada por “una civilización cada vez más digna del hombre”, especialmente con vistas a una cooperación internacional cada vez más estrecha, en la que la colaboración y la solidaridad prevalezcan sobre la búsqueda de beneficios y plusvalías (n.5). (Ecclesia, n.3226;9-X-2004;22-23).

*** Allocución de Juan Pablo II al Presidente de la Comisión Europea Romano Prodi (28-X-2004).**

Por su importancia insertamos esta pequeña allocución de Juan Pablo refiriéndose a la Unión Europea:

“La Santa Sede ha favorecido la formación de la Unión Europea, aun antes de que se estructurara jurídicamente, y después ha seguido con gran interés sus diversas etapas. También ha sentido siempre el deber de expresar abiertamente las justas expectativas de gran número de ciudadanos cristianos de Europa, que sólo contaban su intervención (n.2).

Por eso, la Santa Sede ha recordado a todos que el Cristianismo, en sus diferentes expresiones, ha contribuido a la formación de una conciencia común de los pueblos europeos y ha dado una gran aportación para forjar su civilización. Reconocido o no en los documentos oficiales, este es un dato innegable que ningún historiador podrá olvidar” (n.2).

“Expreso mi deseo de que las dificultades surgidas en estos días con respecto a la nueva Comisión encuentren una solución de respeto recíproco, con espíritu de concordia entre todas las instancias afectadas. (...) Quiera Dios que la unión Europea exprese siempre lo mejor de las grandes tradiciones de sus Estados miembros, trabaje activamente en el campo internacional por la paz entre los pueblos y ofrezca una ayuda generosa para el crecimiento de los pueblos más necesitados de los demás continentes” (n.3).

N) La familia

“¡El futuro de la Humanidad se fragua en la familia!” (51).

Iniciamos la exposición de este tema con estas palabras esperanzadoras de Juan Pablo II que afirma:

- “¡Familia, sé lo que eres!”. En esta misma dirección invita continuamente a las familias a que de verdad sean lo que son: verdaderas comunidades de vida y de amor, escuelas de fe, de humanismo y de solidaridad cristiana, partícipes en la vida y misión de la Iglesia, “Iglesia doméstica”, abiertas al compromiso transformador de la sociedad.

- “Entre los numerosos caminos de la Iglesia, la familia es el primero y más importante”. “El camino de la Iglesia para salvar al hombre es la familia, porque el hombre será lo que sea la familia. La familia es el marco natural para la formación de la personalidad humana y cristiana”. El Papa hace una defensa formidable de la familia tradicional que no es equiparable a ningún otro tipo de relación personal.

*** Exhortación apostólica: “Catechesi tradendae” (16-X-1979).**

Juan Pablo II presta atención a la familia. Veamos algunos textos en los que se pone de relieve la catequesis familiar así como sus objetivos.

- “La catequesis familiar “precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis” (n.68).

- Los objetivos de esta catequesis familiar son “el despertar religioso, la iniciación en la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia

moral, la iniciación en el sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo, dentro de la perspectiva cristiana” (n. 73).

*** Homilía de Juan Pablo II en Velletri (Italia); 7-IX-1980**

El Santo Padre nos recuerda lo que es la familia con estas palabras tan sencillas y de tanto contenido:

“La familia es el lugar del amor y de la vida, más aún, el lugar donde el amor engendra la vida, porque ninguna de estas dos realidades sería auténtica si no estuviera acompañada también por la otra”.

Por ello, el Papa nos recuerda y nos urge a poner en marcha una auténtica pastoral familiar:

“Es necesaria una pastoral familiar, porque la futura evangelización depende en gran medida de la “iglesia doméstica”. Esta pastoral, como dije en Puebla, es tanto más importante cuanto la familia es objeto de muchas amenazas. Pensad en las campañas favorables al divorcio, al uso de prácticas anticonceptivas, al aborto, que destruyen la sociedad”

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa para las familias (12-X-1980)**

Juan Pablo II prestó una atención peculiar e intensa a las familias. En esta homilía dice: “Cumplir el mandamiento del amor significa realizar todos los deberes de la familia cristiana: la fidelidad y la honestidad conyugal, la paternidad responsable y la educación”.

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa en Colonia (RFA) 15-XI-1980.**

“Matrimonio y familia (...) derivan, ante todo, de una decisión de la libre voluntad, de un amor personal por el cual los esposos se hacen no sólo una carne, sino también un corazón y un alma. La comunidad física y sexual es algo grande y bello. Pero solamente es digna del hombre si se integra en una unión personal reconocida por la comunidad civil y eclesiástica. La plena comunidad sexual entre el hombre y la mujer tiene, por ello, el lugar legítimo solamente en el ámbito del exclusivo y definitivo vínculo personal de fidelidad en el matrimonio.

*** La Exhortación Apostólica: “Familiaris Consortio” (22-XI-1981)**

Fruto de esta preocupación del Papa por las familias es la elección de “la familia” como tema de estudio y reflexión para el primer Sínodo de Obispos que él convocó y que dio origen a su Exhortación Apostólica: “Familiaris Consortio”.

Ofrecemos de forma muy resumida las partes de esta exhortación:

- Introducción

- Primera parte: Crisis de la familia en nuestro tiempo: luces y sombras de la familia en la actualidad (nn.4-10). El Santo Padre sabe que la familia está atravesando por momentos difíciles y dolorosos ya que muchas fuerzas tratan de destruirla o deformarla. Por eso, la Iglesia, consciente de que el bien de la sociedad y de sí misma está profundamente vinculado al bien de la familia, siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, así como su promoción humana y cristiana, contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo pueblo de Dios” (n.2).

- Segunda Parte: El designio de Dios sobre el matrimonio y la familia (nn. 11-16). Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza, llamándolo a la existencia por amor; lo ha llamado al mismo tiempo al amor.

+ El matrimonio es “el pacto de amor conyugal o elección consciente y libre, con la que el hombre y la mujer aceptan la comunidad íntima de vida y amor, querida por Dios mismo (cf. GS 48), que sólo bajo esta luz manifiesta su verdadero significado (n.11). (...) La Iglesia, acogiendo y meditando fielmente la Palabra de Dios, ha enseñado solemnemente y enseña que el matrimonio de los bautizados es uno de los siete sacramentos de la Nueva Alianza. (...) En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia” (n.13).

+ “Los hijos son don preciosísimo del matrimonio. Según el designio de Dios, el matrimonio es el fundamento de la comunidad más amplia de la familia, ya que la institución misma del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y educación de la prole, en la que encuentran su coronación” (GS 50) (n.14).

+ “La familia está fundada sobre el matrimonio y esa unión íntima de vida entre un hombre y una mujer, pública y libremente. “La familia humana, disgregada por el pecado, queda reconstituida en su unidad por la fuerza

redentora de la muerte y resurrección de Cristo (GS 78). (...) El mandato de crecer y multiplicarse, dado al principio al hombre y a la mujer, alcanza de este modo su verdad y realización plenas (n.15).

+ La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas. Sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas” (n.16).

- Tercera Parte: Misión de la familia cristiana

Formación de una comunidad de personas

- “Hay que decir que la esencia y el contenido de la familia son definidos en última instancia por el amor. Por esto, la familia recibe la misión de custodiar revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia, su esposa” (n.17b).

- El amor conyugal. El Papa pone el amor, como principio fuerza de la comunión (n.18). Se trata del genuino “amor conyugal”. La poligamia es contraria a la dignidad del hombre y de la mujer (cf. GS 47). La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas” (n.18).

- La unión conyugal: “Esta unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad (GS 48). Por ello, cualquier ataque a la indisolubilidad conyugal a la par que es contrario al proyecto original de Dios, va también contra la dignidad y la verdad conyugal” (n. 20).

- La experiencia de la comunión en el interior de la familia: “la familia cristiana está llamada a hacer la experiencia de una nueva y original comunión, que confirma y perfecciona la natural y humana. (...) Todos los miembros de la familia, cada uno según su propio don, tienen la gracia y la responsabilidad de construir, día a día, la comunión de las personas, haciendo de la familia una escuela de humanidad más completa y más rica: es lo que sucede con el cuidado y el amor hacia los pequeños, los enfermos y los ancianos; con el servicio recíproco de todos los días, compartiendo los bienes, las alegrías y sufrimientos” (n. 21).

- La comunión indisoluble: ante la plaga del divorcio, el Santo Padre pone de relieve y reafirma la indisolubilidad del matrimonio “enraizada en la donación personal y total de los cónyuges y exigida por el bien de los hijos” (n.20). Ante la “perennidad del amor conyugal que tiene en Cristo su fundamento y fuerza”, hemos de recordar los efectos desastrosos del divorcio.

- La dignidad de la mujer. Juan Pablo II ha reivindicado los derechos de la mujer siempre. Recordemos estas palabras: “Dios manifiesta también de la forma más elevada posible la dignidad de la mujer asumiendo Él mismo la carne humana de María Virgen” (n.22).

El servicio a la vida

- La transmisión de la vida. Juan Pablo II recoge la enseñanza de Pablo VI sobre el amor conyugal y la transmisión de la vida: “La fecundidad es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega plena y recíproca de los esposos” (n.28).

Pablo VI había afirmado ya que “existe una relación inquebrantable entre el amor conyugal y la transmisión de la vida, en virtud de la cual “todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de la vida” (HV 11). Pues bien, Juan Pablo II manifiesta que “al lenguaje natural que expresa la recíproca donación total de los esposos, el anticonceptismo impone un lenguaje objetivamente contradictorio, es decir, el no darse al otro totalmente: se produce no sólo el rechazo positivo de la apertura a la vida, sino también una falsificación de la verdad interior del amor conyugal, llamado a entregarse en plenitud personal” (n. 32). Se entiende, pues, la “inseparable conexión entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador” (HV. 12).

- La educación de los hijos. Con respecto a la educación de los hijos, Juan Pablo II afirma: “Se trata de un deber-derecho primario en comparación con la incumbencia educativa de otros; insustituible e inalienable, esto es, que no puede delegarse totalmente en otros, no otros pueden usurparlo” (52).

“La familia, en cuanto comunidad educativa, debe ayudar al hombre a discernir la propia vocación y a poner todo el empeño necesario en orden a una mayor justicia...(n 8). “Los hijos deben crecer en una justa libertad ante los bienes materiales, adoptando un estilo de vida sencillo y austero, convencidos de que “el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene” (n.37).

Igual dignidad entre el hombre y la mujer

“La igual dignidad y responsabilidad del hombre y de la mujer justifican plenamente el acceso de ésta a las funciones públicas”; además “la verdadera promoción de la mujer exige también que sea claramente reconocido el valor de su función materna y familiar” (n. 37).

Participación en el desarrollo de la sociedad

Ya el Concilio Vaticano II había afirmado que “el Creador del mundo estableció la sociedad conyugal como origen y fundamento de la sociedad humana”; la familia es, por ello, la “célula primera y vital de la sociedad” (AA 11).

¿Cuáles son las aportaciones de la familia a la sociedad?

+ La propia experiencia de comunión y participación representa su primera y fundamental aportación a la sociedad (...). La familia es la primera e insustituible escuela de socialidad, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias en un clima de respeto, justicia, diálogo y amor (n.43).

+ la función social de la familia no puede ciertamente reducirse a la acción procreadora y educativa, aunque encuentra en ella su primera e insustituible forma de expresión (n.44).

+ la dedicación “a muchas obras de servicio social, especialmente a favor de los pobres y de todas aquellas personas y situaciones a las que no logra llegar la organización de previsión y asistencia de las autoridades públicas (n.44).

+ las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes e instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia (n.44).

La sociedad, por su parte, no debe dejar de cumplir su deber fundamental de respetar y promover la familia misma (n.45).

Participación en la vida y misión de la Iglesia

“La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto comunidad íntima de vida y de amor” (n.50).

El Santo Padre desarrolla los siguientes puntos:

+ La familia cristiana, comunidad creyente y evangelizadora; nn.51-54

La familia es evangelizada, acoge la Palabra de Dios como una Buena Noticia, como un Evangelio. Pero la familia no es sólo destinataria de la atención pastoral de la Iglesia. Es también sujeto de la acción pastoral. La familia que acoge el Evangelio y madura la fe, se hace comunidad evangelizadora. Adquiere nueva fuerza para transmitir la fe, para santificar y transformar la sociedad actual según el plan de Dios (n.52). “La futura evangelización depende en gran parte de la Iglesia doméstica. Esta misión apostólica de la familia está enraizada en el Bautismo y recibe con la gracia sacramental del Matrimonio una nueva fuerza para transmitir la fe, para santificar y transformar la sociedad actual según el plan de Dios” (n.52). La familia cristiana ha de cumplir dentro de sí misma tres misiones importantes: personalizar, socializar y evangelizar. Su oficio es considerado por la Iglesia como un verdadero ministerio (n.39). En esta misma dirección, dice el Papa: “Los padres deben afrontar con valentía y gran serenidad de espíritu las dificultades que encuentra a veces en los mismos hijos su ministerio de evangelización” (n.53).

“Conviene más bien procurar que, mediante una educación evangélica cada vez más completa, las familias cristianas ofrezcan un ejemplo convincente de la posibilidad de un matrimonio vivido de manera plenamente conforme al proyecto de Dios y a las verdaderas exigencias de la persona humana; tanto la de los cónyuges como, sobre todo, la de los más frágiles, que son los hijos” (53). La plegaria familiar es una forma excelente de ser los primeros evangelizadores de los hijos.

La familia es un Evangelio que hay que predicar a toda criatura. Hay entonces una perspectiva misionera. Para que el Evangelio de la familia renueve con vigor intraeclesial y con capacidad para persuadir con el ejemplo, con las variadas formas de anuncio, desde el testimonio, es necesario poner en el centro la Eucaristía, “fuente misma del matrimonio cristiano” (n.57).

- + La familia cristiana, comunidad en diálogo con Dios (nn.55-62).
- + la familia cristiana, comunidad al servicio del hombre (nn.63-64).

Cuarta parte: pastoral familiar

En esta última parte de su Exhortación, el Santo Padre aborda los temas relativos a la pastoral familiar.

- + La familia agente de evangelización: El Santo Padre destaca que la familia cristiana en sí misma es una gran portadora de la buena nueva de

Jesucristo para este milenio. Es verdaderamente un agente de evangelización (n. 52). No sólo es objeto de evangelización sino que es uno de los agentes de evangelización más eficaces de la Iglesia” (“Ecclesia in Africa”, 46).

+ Atención pastoral a la familia. “Cada Iglesia local y, en concreto, cada comunidad parroquial debe tomar una conciencia más viva de la gracia y de la responsabilidad que recibe del Señor, en orden a la promoción de la pastoral familiar. Los planes de pastoral orgánica, a cualquier nivel, no deben prescindir nunca de tomar en consideración la pastoral de la familia” (n.70). El Santo Padre invita a las Diócesis a poner en marcha instituciones al servicio de la Familia; un ejemplo; el Centro de orientación familiar (cf. 70 y 75).

+ Casos difíciles y problemáticos. Destaca también Juan Pablo II los casos difíciles a los que debe hacer frente el Pastor:

Circunstancias particulares (n.77)

Matrimonios mixtos (n 78)

Acción pastoral ante algunas situaciones irregulares: matrimonios a prueba (n.80); uniones libres de hecho (n.81, católicos unidos con mero matrimonio civil (n.82); separados y divorciados no casados de nuevo (n.83); divorciados casados de nuevo (n.84

Los privados de familia (n.85).

Conclusión

- Ante las dificultades que podrán encontrar las familias cristianas para vivir su realidad auténtica, el Santo Padre Juan Pablo II les dice: “¡No tengáis miedo de los riesgos! ¡La fuerza divina es mucho más fuerte que vuestras dificultades!” (n. 86).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa por las Familias en Onithsa; Nigeria; 13-II-1982.**

El Santo Padre presenta una visión integral de la familia cristiana en esta homilía. Nosotros ponemos de relieve las enseñanzas más importantes del Santo Padre:

- la familia viene de Dios (n.2). Quien ha predispuesto el pacto de amor de un hombre y una mujer es el Creador. El ha bendecido su amor y lo ha hecho fuente de ayuda mutua. Lo ha hecho fecundo y ha establecido su permanencia hasta la muerte. En el plan del Creador, la familia es una comunidad de personas

- donación total e indisolubilidad (n.4).
- haceos santos (n.5).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa para las familias cristianas. Madrid. 2-XI-1982**

Aconsejamos a las familias cristianas que lean y mediten esta homilía por su interés e importancia. Recordemos estas palabras del Papa en torno al sacramento del matrimonio.

- El matrimonio es una comunión de amor indisoluble. “Esta íntima unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad” (GS 48). Por ello cualquier ataque a la indisolubilidad conyugal, a la par que es contrario al proyecto original de Dios, va también contra la dignidad y la verdad del amor conyugal.

- Los esposos han de vivir su unión fiel. Estáis llamados a vivir ante los demás la plenitud interior de vuestra unión fiel y perseverante, aun en presencia de normas legales que puedan ir en otra dirección. Así contribuiréis al bien de la institución familiar, y daréis prueba -contra lo que alguno pueda pensar- de que el hombre y la mujer tienen la capacidad de donarse para siempre, sin que el verdadero concepto de libertad impida una donación voluntaria y perenne.

- El amor conyugal, fuente de la vida. Según el plan de Dios, el matrimonio es una comunidad de amor indisoluble ordenado a la vida como continuación y complemento de los mismos cónyuges. Existe una relación inquebrantable entre el amor conyugal y la transmisión de la vida, en virtud de la cual, “todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de la vida” (HV 11). (...).

- El respeto a toda vida humana. Hablo del respeto absoluto a la vida humana, que ninguna persona o institución, privada o pública, puede ignorar. Por ello, quien negara la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida, aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad. ¿Qué sentido tendría hablar de la dignidad del hombre, de sus derechos fundamentales, si no se protege a un inocente o se llega incluso a facilitar los medios o servicios, privados o públicos, para destruir vidas humanas indefensas?

- Los padres son los educadores de sus hijos. Vuestro servicio a la vida no se limita a su transmisión física. Vosotros sois los primeros educadores de vuestros hijos. “Los padres, puesto que han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos los son los primeros y obligados educadores. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse” (GE 3). Tratándose de un deber fundado sobre la vocación primordial de los cónyuges a cooperar con la obra creadora de Dios, le compete el correspondiente derecho de educar a los propios hijos. Dado su origen, es un deber-derecho primario en comparación con la incumbencia educativa de otros, insustituible e inalienable, esto es, que no puede delegarse totalmente en otros ni otros pueden usurparlo.

- La autoridad y la educación. No hay lugar a dudas de que, en el ámbito de la educación, a la Autoridad pública la corresponden derechos y deberes, en cuanto debe servir al bien común. Ella, sin embargo, no puede sustituirse a los padres, ya que su cometido es el de ayudarles para que puedan cumplir su deber-derecho de educar a los propios hijos de acuerdo con sus convicciones morales y religiosas. La autoridad pública tiene en este campo un papel subsidiario y no abdica sus derechos cuando se considera al servicio de los padres; al contrario ésta es precisamente su grandeza: defender y promover el libre ejercicio de los derechos educativos (...).

- El derecho de los padres a la educación religiosa de sus hijos. Este derecho debe ser particularmente garantizado. En efecto, por una parte, la educación religiosa es el cumplimiento y el fundamento de toda educación que tiene por objeto (...) el pleno desarrollo de la personalidad humana”. Por otra parte, el derecho a la libertad religiosa quedaría desvirtuado en gran medida si los padres no tuviesen la garantía de que sus hijos, sea cual fuere la escuela que frecuentan, incluso la escuela pública, reciben la enseñanza y la educación religiosa.(...)

- La necesaria conversión del corazón. Es necesario (además) una constante conversión del corazón, una constante apertura del espíritu humano, para que toda la vida se identifique con el bien custodiado por la autoridad de la ley.(...) La vida de los cónyuges la vocación de los padres exige una perseverante y permanente cooperación con la gracia del Espíritu que os ha sido donada mediante el sacramento del matrimonio; para que esta gracia pueda fructificar en el corazón y en las obras; para que pueda dar frutos sin cesar y no marchitarse a causa de nuestra pusilanimidad, infidelidad o indiferencia.

- Los movimientos de espiritualidad familiar. Su cometido es precisamente el de ayudar a sus miembros a ser fieles a la gracia del sacramento del matrimonio, para realizar su comunidad conyugal y familiar según el proyecto de Dios, custodiado por su ley, escrita por el Espíritu en el corazón de los esposos. Esta propia finalidad ha de conjugarse en todo momento con la tarea más amplia de colaborar a hacer real y operante la comunión eclesial (...).

- “La familia es la única comunidad en la que todo hombre es “amado por sí mismo”, por lo que es y no por lo que tiene. La norma fundamental de la comunidad conyugal no es la de la propia utilidad y del propio poder. El otro no es querido por la utilidad o placer que puede procurar; es querido en sí mismo y por sí mismo, por lo que es y no por lo que tiene. La norma fundamental es, pues, la norma personalística; toda persona (...) es afirmada en su dignidad en cuanto tal, es querida por sí misma. El respeto de esta norma fundamental explica, como enseña Pablo, que no se haga nada por espíritu de rivalidad o por vanagloria, sino con humildad, por amor. Y este amor, que se abre a los demás, hace que los miembros de la familia sean auténticos servidores de la Iglesia “doméstica”, donde todos desean el bien y la felicidad a cada uno; donde todos y cada uno dan vida a este amor con la presurosa búsqueda de tal bien y tal felicidad”.

*** Homilía a las familias en Madrid (2-XI-1982)**

El Santo Padre hace una afirmación liberadora, interpelante y esperanzadora para la familia y sus miembros: “La familia es la única comunidad en la que todo hombre es amado por sí mismo, por lo que es y no por lo que tiene”.

*** Homilía en San José de Costa Rica (3-III-1983)**

De una forma casi programática, el Santo Padre afirma: “construyen la Iglesia quienes unidos como esposos por el sacramento del Matrimonio, hacen de su familia una verdadera Iglesia doméstica, ejemplar para todos, estable en su unión, fiel a los compromisos adquiridos de unidad y fidelidad, de respeto absoluto a la vida desde su concepción y de rechazo, por tanto, del crimen del aborto, de la transmisión de la fe y de la educación cristiana de sus hijos”.

*** Discurso al Pontificio Consejo para la Familia, (27-V-1983)**

Juan Pablo II pone de relieve el papel fundamental de la familia en la Sociedad y en la Iglesia: La familia es la primera y fundamental escuela de

humanidad y de fe para el hombre y, bajo este aspecto, es la célula tanto del cuerpo social como de la Iglesia”.

*** Discurso al VII Congreso Internacional sobre la Familia (7-XI-1983).**

“Si, en un sentido, la sociedad está al servicio de la familia, debe respetarla y promoverla como a una sociedad que tiene un derecho propio y primordial, sin sustituirse a ella, sin invadir sus responsabilidades ni las iniciativas de las asociaciones familiares”

“La familia que cumple bien su misión con relación a sus miembros es ya, por sí misma, una escuela de humanidad, de fraternidad, de amor, de comunión, que prepara a ciudadanos capaces de ejercer lo que yo llamo el amor social”.

*** Mensaje a la Conferencia Internacional sobre Población en Méjico (7-VI-1984)**

El Santo Padre pone de manifiesto con pocas palabras el papel de la familia como comunidad transmisora de la fe, educadora y abierta a la sociedad: “La familia tiene un papel único e irremplazable para la transmisión de la fe y asegurar el mejor ámbito para la educación de los hijos y su inserción en la sociedad”.

*** Discurso a los sacerdotes. Venecia (Italia) (10-VI-1985)**

De nuevo el Santo Padre pone de relieve la necesidad del amor en la familia: “En esta primera comunidad social (familia) se rompe desde el principio la idolatría del tener, del poder y del conseguir, mediante el donar, el amor y el servir”.

*** Allocución en Nairobi (Kenia) (16-VIII-1985)**

“La familia es la primera escuela de oración, de fe y de los valores más fundamentales de la vida humana...Cuando no existe una vida familiar sana no puede haber una vida social estable en ninguna nación, ni una vida vigorosa en la Iglesia”.

*** Discurso de Juan Pablo II en Nagasaki (1986).**

En esta ocasión, el Santo Padre describe la familia cristiana como verdadera iglesia doméstica. Estas son sus palabras que tienen validez para todas las familias cristianas del mundo: “Quiero exhortar a cada familia cristiana (...) a ser verdaderamente una iglesia doméstica: un lugar donde se dé gracias y alabanza a Dios, se escuche la palabra y se obedezca su ley, se eduque en la fe (...). Un lugar de caridad fraterna, de apertura a los demás, especialmente a los más pobres y necesitados”. Como vemos es todo un programa realista y un desafío para las familias.

*** Discurso a las familias en Foggia (Italia), 24-I-1987).**

En este discurso el Santo nos invita a conocer con mayor profundidad la familia: “La familia tiene la misión de llegar a ser cada vez más lo que es en el proyecto de Dios, es decir, comunidad de vida y de amor, tiene, por tanto, la misión de custodiar, testimoniar y comunicar, en la unidad e indisolubilidad, la vida y el amor como reflejos de la participación del amor de Dios a la humanidad, y el amor de Cristo a la Iglesia, su Esposa. Sin el amor mutuo auténtico la familia no puede vivir, no puede crecer, no puede perfeccionarse como comunidad de personas: es ese amor el que lleva el don de la vida a los hijos, y empuja a la solidaridad y a la comunión con las demás familias”.

*** Homilía en Civitavecchia (Italia); 19-III-1987.**

El Santo Padre insiste en esta homilía en que la familia ha de ser “una comunidad de fe y de oración”: la familia es una comunidad de oración: no sólo es importante rezar, sino rezar juntos. En la familia cristiana no han de faltar los encuentros de oración, para alimentarse juntos no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Y prosigue el Papa diciendo: “La familia ha de ser escuela de amor y de la solidaridad. La primera escuela de todas las virtudes humanas y cristianas. ¡Grande es, por lo tanto, la responsabilidad de los padres!”.

*** Discurso a Obispos de Holanda (Val, (11-I-1988)**

El Santo Padre aborda ahora un tema de importancia para las familias: “las familias son las células con las que se construye la sociedad, las primeras escuelas de humanidad. No parece injustificado o exagerado decir que una sociedad que no protege o apoya la familia o, por el contrario, incluso la posterga, es una sociedad que prepara su propia ruina”.

*** Alocución a sacerdotes, religiosos/as y agentes de pastoral de la diócesis (Tiadari (Italia), 12-VI-1988)**

El Santo Padre pide a los Pastores y a los agentes de pastoral que dediquen sus mejores esfuerzos para ayudar a la familia a ser una comunidad evangelizada y evangelizadora: “que se dediquen a la familia como sector verdaderamente prioritario de la vida eclesial, con la certeza de que la evangelización, en el futuro, dependerá en gran medida de la vitalidad cristiana de la Iglesia doméstica”.

*** Homilía en Guinea Bisau (27-I-1990)**

El Santo Padre sale en defensa de la familia en este país africano poniendo de relieve su dignidad. Verdaderamente son palabras proféticas y esperanzadas, liberadoras y dignificadoras: “¡Haceos defensores valerosos de este anuncio liberador de la familia, de todas las familias! ¡Aprestaos a sobrepasar, con energía, toda forma de desigualdad abusiva, de malos tratos, de desprecio y de descuido de la dignidad de la esposa, de los niños, de los menores! ¡Testimoniad, de modo claro y evidente, la estima que tenéis por la vida, empeñándoos en protegerla desde su mismo inicio, y rechazando toda especie de desinterés o descuido en relación a los más pequeños!”.

*** Alocución a la Confederación Italiana de Asesores Familiares de inspiración cristiana (2-III-1990).**

Ofrecemos una síntesis de esta profunda alocución de Juan Pablo II que desentraña el “misterio” del matrimonio y de la familia.

- Situación actual de la familia: luces y sombras

La familia vive hoy una etapa afortunada por la creciente afirmación de sus valores personalistas y sociales en el seno de la comunidad civil y de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, sus valores fundamentales, los del amor y de la vida, están hoy gravemente amenazados bajo muchas formas y a diversos niveles” (n.1).

- El tema de vuestro Congreso: nacer persona, crecer persona”.

El tema de los trabajos de vuestro Congreso ha sido formulado de forma sugestiva con estas palabras: “Nacer persona, crecer persona”. (...) La persona como tal, debe definirse como relación viviente, como “yo” abierto al “tú” del otro, en particular, en aquella relación fundamental que se realiza en la experiencia primordial de la vida de matrimonio y de familia.

- Dos momentos esenciales: nacimiento y crecimiento

De esta relación habéis querido profundizar dos momentos esenciales: el del nacimiento y el del crecimiento. (...) Vuestros asesores familiares pueden encontrar en la inspiración cristiana que los anima un estímulo para una acción más incisiva a favor de la globalidad y unidad de los valores y de las exigencias de la persona y, al mismo tiempo, el punto de partida para una contribución totalmente nueva y original a la persona misma. La inspiración cristiana se enraíza en aquella fe que descubre con maravilla y gran asombro la verdad completa del hombre como ser creado en Jesucristo a imagen y semejanza de Dios: de Dios-Persona, de Dios-Amor que se entrega” (n.5).

- Iluminación cristiana del nacer y del crecer

Bajo esta luz, el “nacer” de la persona se plantea como fenómeno profundamente personalista, no sólo en el sentido que implica a las personas de los padres y del hijo, sino también en el sentido de que los unos y el otro son cuestionados en su dignidad de personas que se entregan.

El “nacer” humano es fruto y señal de una entrega de amor. Entrega del esposo respecto a la esposa y de ésta respecto al esposo. Pero, más aún, entrega de los dos juntos al hijo, ya que ellos se convierten en “una carne sola” en la “nueva carne” de él. En la perspectiva en cierto modo intuitiva por la misma razón humana y luminosamente esclarecida por la fe, la donación conyugal y parental expresa, en el tiempo, y hace visible la entrega eterna de Dios Creador y Padre” (...) El hijo debe ser, desde el comienzo y siempre, considerado y amado en su incommensurable dignidad de persona, como valor en sí y por sí, como bien, como don. (...) (n.3).

La perspectiva del don, que sitúa a los padres y al hijo en idéntico plano de la dignidad personal, se torna decisiva y calificativa para todos los problemas que se relacionan con el crecimiento y con la madurez humana de las personas, en particular, en su relación mutua.

El “crecer personas” significa entonces ofrecer a cada uno los medios y las condiciones para que “se reencuentre plenamente”, es decir, se realice plenamente como persona en su dignidad de “don” y en su fiabilidad de “entrega” a los demás (n.4).

Esta visión de la persona como don-que-se-hace-don no legitima, en efecto, una interpretación privada y cerrada de las problemáticas conyugales y familiares; al contrario, si es bien comprendida, una perspectiva semejante motiva y estimula un compromiso específicamente social” (n.5) (53a)

*** Discurso a los participantes en un Congreso de pastoral familiar organizado por la Conferencia Episcopal Italiana. Roma, 1990.**

- La familia al servicio de toda vida humana

Corresponde a la familia ponerse al servicio de toda vida y de toda la vida, incluso cuando ésta presenta momentos difíciles y aspectos problemáticos. Más aún, es lícito esperar que, sobre todo en estas circunstancias, la familia sepa expresar aquella tonalidad de diferencia y de ternura que es característica del tejido espiritual específico de su existencia como comunidad de amor.

En particular si la familia está sanamente planteada, sabrá abrirse a la acogida generosa de los hijos, como gesto concreto de amor a la vida y como testimonio claro de confianza en la divina Providencia, que jamás abandona a quien confía en ella con serenidad activa (n.2).

- La familia, comunidad educativa

Las responsabilidades de la procreación se extienden también al compromiso de hacer que los hijos crezcan en una vida humana y cristiana, mediante una santa y continua labor educativa. La familia es la primera y fundamental escuela de los hijos; los padres son los principales y naturales educadores de los propios hijos. Ayudar a los hijos a comprender, mediante la palabra y el ejemplo, las auténticas razones de vivir y la belleza de la existencia, que es don de Dios en todo el arco de la su desarrollo. Es la tarea educativa de todos los padres y la misión y la alegría de toda familia. El cumplimiento de este cometido se ha convertido hoy en fuente de dificultades y de preocupaciones para muchas familias. Es necesario que éstas puedan encontrar diligente apoyo en los Pastores de almas, ayudados por las iniciativas de grupos familiares, suscitados con prudente celo en el seno de la comunidad cristiana (n.3).

- Hacer de toda la vida un don

Las familias se pondrán al servicio de la vida no solamente con su acogida y con una continua acción educativa, sino también con el obligado compromiso, acaso a veces olvidado, de ayudar sobre todo a los adolescentes y a los jóvenes a comprender la dimensión vocacional de toda existencia, en el seno del plan de Dios. (...) La vida humana adquiere plenitud cuando se convierte en don de sí. Un don que puede expresarse en el matrimonio, en la virginidad consagrada, en la entrega al prójimo por un ideal, en la opción del sacerdocio ministerial.

- La vocación a la Vida Consagrada y al Ministerio Presbiteral

Los padres servirán verdaderamente la vida de sus hijos si les ayudan a hacer de la propia existencia un don, respetando sus opciones maduras y promoviendo con alegría toda vocación, incluso la religiosa y sacerdotal. Más aún se sentirán particularmente bendecidos si el Señor quiere hacer que madure en su casa el germen de la vocación a una vida de consagración y al ministerio presbiteral (n.4) (53b).

*** Discurso a las familias en Brasil (17-X-1991)**

Juan Pablo II habla de un tema que a todos debe impactar: la familia como lugar donde surgen las vocaciones de especial consagración. Las palabras del Papa no deben dejarnos indiferentes:

- “La vida humana alcanza su plenitud cuando llega a ser don de sí: don que puede manifestarse en matrimonio, en la virginidad consagrada, en la entrega al prójimo por un ideal y en la elección del sacerdocio ministerial.

- “Los padres prestarán un verdadero servicio a la vida de sus hijos, su les ayudan a hacer de su propia existencia un don, respetando sus opciones maduras y promoviendo con alegría toda vocación, incluso la religiosa o sacerdotal. De esta forma, la familia desempeñará un papel primordial en el florecimiento, el crecimiento y la maduración final de la vocación sacerdotal.

- Por consiguiente, la pastoral de las vocaciones es también la pastoral de la familia. Las comunidades parroquiales deberán participar activamente acompañando la formación de los candidatos al sacerdocio”.

*** Homilía en la Misa de Canonización del beato Enrique de Osso (Madrid. 1993).**

El Santo Padre, preocupado por el presente y el futuro de las familias, dirige un especial mensaje de aliento y esperanza a las familias españolas:

- “A las familias, que son los santuarios del amor y de la vida” (CA, 39), las exhorto a ser verdaderas “iglesias domésticas”, lugar del encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana. “El futuro de la humanidad se fragua en la familia; por consiguiente, es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia” (FC. 86) (n.5).

- “Son bien conocidos los problemas que en nuestros días asedian al matrimonio y a la institución familiar; por eso, es necesario presentar con autenticidad el ideal de la familia cristiana, basado en la unidad y fidelidad del matrimonio, abierto a la fecundidad, guiado por el amor” (n. 5)..

- “Es preciso que los padres y madres cristianos sigan afirmando y sosteniendo el derecho a una escuela católica, auténticamente libre, en la que se imparta una verdadera educación religiosa y en la que los derechos de la familia sean convenientemente defendidos y tutelados” (n.6).

*** Mensaje para la Cuaresma (3-IX-1993)**

Juan Pablo II pone de manifiesto en este párrafo varias realidades propias de la familia, que les invito a descubrir y meditar. Y lo hace de modo propositivo a todos.

“La familia es el lugar privilegiado para la educación y el ejercicio de la vida fraterna, de la caridad y la solidaridad, cuyas expresiones son múltiples. En las relaciones familiares se debe tomar con interés, acoger y respetar a los demás, los cuales han de poder encontrar el lugar que les corresponde en nuestro corazón. La vida en común es, además, una invitación a compartir, que permite salir del egoísmo. Aprendiendo a compartir y a darse se descubre la alegría inmensa que proporciona la comunión de bienes. Los padres, con delicadeza, tendrán buen cuidado de desertar en los hijos, mediante el ejemplo y las enseñanzas, el sentido de la solidaridad....Lo que se aprende en la vida de familia permanece luego durante toda la existencia”.

*** Carta a las Familias (1994).**

Con motivo de la celebración del Año Internacional de la Familia, promovido por la Organización de las Naciones Unidas (1994), el Santo Padre, siempre atento a “los signos de los tiempos”, publicó una Carta a las Familias en la que afirma:

“Con la presente carta me dirijo no a la familia “en abstracto”, sino a cada familia de cualquier región de la tierra, dondequiera que se halle geográficamente, sea cual sea la diversidad y complejidad de su cultura y de su historia” (n.4).

En efecto, el Papa es consciente de que “entre los numerosos caminos de la Iglesia, la familia es el primero y el más importante” (n.2). Por eso le prestó una atención peculiar.

Esta “Carta a las Familias, dice el Papa, quiere ser ante todo una súplica a Cristo para que permanezca en cada familia humana; una invitación, a través de la pequeña familia de padres e hijos, para que Él esté presente en la gran familia de las naciones, a fin de que todos, junto con Él, podamos decir de verdad: “¡Padre nuestro!” (n.4).

La Carta tiene dos grandes capítulos titulados:

- Primero: “La Civilización del amor” cuyo contenido es el siguiente:

- + Varón y mujer los creó
- + La alianza conyugal
- + Unidad de los dos
- + Genealogía de la persona
- + El bien común del matrimonio y de la familia
- + La entrega sincera de sí mismo
- + Paternidad y maternidad responsable
- + Dos civilizaciones
- + El amor exigente
- + Cuarto mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre”
- + La educación
- + La familia y la sociedad

- Segundo: “El Esposo está con vosotros”. Su contenido es el siguiente:

- + En Caná de Galilea
- + El gran misterio
- + La Madre del amor hermoso
- + El nacimiento y el peligro
- + “...me habéis recibido”
- + Fortalecidos en el hombre interior

Les invito a recordar su contenidos, porque estoy convencido de que su lectura y meditación hará mucho bien a las familias. Los esposos y los hijos encontrarán en ella respuestas a los interrogantes actuales sobre la familia humana (53c)

*** Carta de Juan Pablo II a los Jefes de Estado de todo el mundo y al Secretario general de la Organización de las Naciones Unidas (19-III-1994).**

La comunidad de las naciones ha entrado hace poco en la celebración del Año Internacional de la Familia, oportunamente promovido por la

Organización de las Naciones Unidas. (...) La Santa Sede, fiel a su misión y con los instrumentos que le son propios, gustosamente se asocia a todos estos esfuerzos, puestos al servicio de la gran familia humana. También para la Iglesia católica, el 26 de diciembre pasado, ha dado comienzo un Año de la Familia, que invita a todos los fieles a una reflexión espiritual y moral sobre esta realidad humana, fundamento de la vida de las personas y de las sociedades. Yo mismo he querido dirigirme personalmente a todas las familias mediante una Carta. (...)

Sin invadir la autonomía de una realidad que ellas no pueden producir, ni sustituir, las autoridades civiles tiene el deber de buscar favorecer el desarrollo armónico de la familia, no solamente desde el punto de vista de su vitalidad, sino también desde aquel otro de la salud moral y espiritual. Esta es la razón por la que el proyecto de documento final de la próxima Conferencia de El Cairo ha llamado mi atención. Ha constituido para mí una dolorosa sorpresa. (...)

Al dirigirme a vuestra excelencia, no solamente he querido hacerle partícipe de mi inquietud ante un proyecto de documento. He querido, sobre todo, llamar su atención sobre los graves desafíos que los participantes en la Conferencia de El Cairo (Egipto) tienen el deber de recoger. Cuestiones tan importantes como la transmisión de la vida, el desarrollo material y moral de las sociedades tienen necesidad, sin duda alguna, de una profundización mayor. Esta es la razón por la que recurro a usted, señor presidente (...) Es importante no debilitar al hombre (...) (53d).

*** Allocución de Juan Pablo II al “Angelus” (13-VII-1994)**

- Hay que amar al hijo “por sí mismo”

“Al recuperar el tema de la paternidad y maternidad responsables, querría poner de relieve hoy una exigencia específica en el amor con la que los cónyuges están llamados a engendrar. Los cónyuges deben querer al hijo con un amor gratuito y oblativo, evitando instrumentalizarlo para sus intereses o para la propia gratificación personal. Ciertamente el hijo que nace es también un regalo para sus padres (...) Pero este regalo debe ser pedido y acogido con profundo respeto, con pleno conocimiento de la dignidad trascendente de la nueva criatura.(...) Los padres deben imitar el amor gratuito de Dios, queriendo al hijo “por sí mismo”, respetando plenamente su autonomía y originalidad” (n.1).

- Síntomas preocupantes en el trato del hijo

Desgraciadamente, también en el ámbito dedicado a la generación de la vida no faltan síntomas preocupantes de una cultura inspirada en algo muy distinto del verdadero amor. Esto se descubre con evidencia cuando se excluye o hasta se suprime la vida naciente; pero, paradójicamente ello tiene una aplicación propia en el caso en que esa vida se “pretenda” a toda costa, utilizando para tal fin medios moralmente desordenados. Se difunden, en efecto, a ritmo creciente tecnologías de la generación humana -como la fecundación artificial o el arrendamiento de madres gestantes y semejantes- que plantean serios problemas de orden ético. Entre otras graves implicaciones, basta recordar que en semejantes procedimientos el ser humano es privado del derecho a nacer de un acto de amor verdadero y de acuerdo con los normales procesos biológicos, quedando de esta forma marcado desde el principio por problemas de orden psicológico, jurídico y social que lo acompañarán durante toda la vida” (n.2).

En realidad el legítimo deseo de un hijo no puede ser interpretado como una especie de derecho al hijo que debe ser satisfecho a toda costa. ¡Ello significaría tratarlo con la misma manera que una cosa! En lo que respecta a la ciencia, ésta tiene el deber de mantener los naturales procesos generativos, no la misión de sustituirlos artificialmente. Tanto más que el deseo de los hijos puede ser satisfecho también a través de la institución jurídica de la adopción, que merece ser cada vez mejor organizada y promovida, y otras formas de servicio y de entrega social, como expresiones de acogida hacia tantos niños, bajo diversas formas privados del calor de una familia” (n.2).

*** Allocución de Juan Pablo II al “Angelus” (24-VII-1994).**

“Uno de los problemas centrales de la próxima Conferencia organizada por la ONU en el Cairo sobre “Población y desarrollo” es la así denominada “explosión demográfica”. Se trata de un fenómeno complejo, que es objeto de valoraciones no siempre convergentes. Si nos atenemos a algunas declaraciones y previsiones estadísticas, la Humanidad en su conjunto va creciendo a un ritmo que, en el futuro, podría originar dificultades a la misma convivencia entre los hombres. En no pocas naciones, en cambio, se registra una preocupante crisis de natalidad (n.1)..

La Iglesia conoce el problema y no minimiza su importancia. Justamente por esto, también recientemente, ha promovido y alentado estudios en profundidad, teniendo en cuenta los datos estadísticos y valorando los comportamientos éticos y pastorales. La Iglesia reconoce la responsabilidad de los Estados en tan delicado ámbito. En el Catecismo se dice explícitamente que la autoridad pública puede adoptar “iniciativas a fin de orientar la demografía de las poblaciones (CATIC, 2372). Dichas iniciativas presuponen, obviamente, el sentido de responsabilidad de las familias. Como ya he tenido

ocasión de recordar, los cónyuges deben adoptar su decisión de procrear según un razonable proyecto, apoyado en una valoración generosa y, al mismo tiempo, realista de sus posibilidades, del bien del nasciturus y del bien de la misma sociedad, a la luz de criterios morales objetivos” (...) (n.1).

Se encuentran, por tanto, en esta materia, la ética de la familia y la ética de la política. La dimensión ética fija precisos límites también las intervenciones de los Estados y de la Comunidad internacional. Por ejemplo, jamás es lícito intervenir “con imposiciones autoritativas y coactivas” (CATIC. 2372) orientadas a eximir a los cónyuges de su responsabilidad primaria e inalienable. Es también inaceptable que se fomente el uso de medios inmorales, especialmente abortivos, para la regulación de los nacimientos. Se encuentra aquí uno de los puntos de contraste radical entre la Iglesia y algunas normas emergentes. Es verdad, ¿cómo no sentir consternación ante el hecho de que existe la disposición a gastar ingentes sumas de dinero para difundir medios contraceptivos éticamente inadmisibles, mientras que se nos niega desarrollar el enorme potencial de la “planificación familiar natural?”. Esta, además de ser menos costosa, representa ciertamente “una ayuda a los matrimonios para mantener su dignidad humana en el ejercicio del amor responsable”.

Es evidente que, para una recta solución de la política demográfica, es necesario intensificar el compromiso tanto para un aumento de los recursos naturales y económicos, como para una más justa distribución de los mismos, al igual que para una recta cooperación internacional en el desarrollo de los países menos favorecidos” (n.2).

***Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 3-VIII-1994: “Matrimonio y familia en el apostolado” (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1994).**

De nuevo el Santo Padre se dirige a los esposos y a la familia y les ofrece esta catequesis, cuyos puntos más importantes son:

- “La santidad de los cristianos casados” (nn.1-2).
- “Los grandes males de la sociedad contemporánea” (n.3).
- “El amor, participación activa en la Redención” (n.4)
- “El apostolado, esencial en el ámbito familiar” (n.5).

Termina diciendo: “una vez más podemos concluir que la vida conyugal es camino de santidad y de apostolado. Así, esta catequesis sirve también para profundizar nuestra visión de la familia, tan importante en este año, que es para la Iglesia y para el mundo el Año de la Familia”.

*** Discurso a los Obispos brasileños de la región Sur-2, VAL, (17-II-1995)**

El Santo Padre advierte a estos Obispos que los males de la familia se reflejan en la sociedad. Recordemos sus palabras: “Los males de la sociedad son un reflejo de los males familiares. Cuando la familia, célula básica y vital de la sociedad, está enferma, toda la sociedad también lo está. Porque los ciudadanos que asimilan las virtudes o los vicios en una familia, son los ciudadanos que se santifican o se corrompen en una familia: “Cual es la familia, tal es la nación, porque tal es el hombre”.

*** Homilía en la Misa para las Familias en Rijeka (Croazia; 8 de junio de 2003).**

Saludo de modo especial a las numerosas familias reunidas aquí en este día dedicado a ellas: sois muy valiosas para la sociedad y para la Iglesia, ya que “el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad” (FC,1).

La familia requiere hoy, también en Croacia, una atención privilegiada y medidas concretas que favorezcan y tutelen su constitución, desarrollo y estabilidad. Pienso en los graves problemas de la vivienda y del empleo, entre otros. No hay que olvidar que, ayudando a la familia, se contribuye a la solución de otros graves problemas, como por ejemplo la asistencia a los enfermos y a los ancianos, el freno a la difusión de la criminalidad, y un remedio contra la droga.

Vosotras, queridas familias cristianas, no dudéis en proponer, ante todo, el testimonio de vuestra vida, el auténtico proyecto de Dios sobre la familia como comunidad de vida fundada en el matrimonio, es decir, en la unión estable y fiel de un hombre y una mujer, unidos entre sí por un vínculo manifestado y reconocido públicamente.

A vosotros, los padres, os corresponde ocuparos con responsabilidad de la educación humana y cristiana de vuestros hijos, confiando también en la ayuda experta de educadores y catequistas serios y bien formados (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II a los párrocos y al clero de Roma: atención pastoral a las familias (26-II-2004).**

Una de las grandes preocupaciones del Papa Juan Pablo II durante su ministerio ha sido la atención pastoral a las familias. En este discurso pide que

se elabore un programa pastoral centrado en la familia. De este discurso ofrecemos lo siguiente:

Poner la familia en el centro, o, mejor aún, reconocer la centralidad de la familia en el designio de Dios sobre el hombre -y por ende en la vida de la Iglesia y de la sociedad- es tarea irrenunciable (...)

¿En qué consiste nuestro servicio a la familia?

Para que nuestro servicio a la familia sea auténtico y fructífero, tiene que reconducirse constantemente a su fuente, es decir al Dios que es amor y que vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor.

Al crear por amor a la Humanidad a imagen suya, Dios imprimió en el hombre y en la mujer la vocación -y por consiguiente la capacidad y la responsabilidad- del amor y de la comunión. Esta vocación puede realizarse de dos maneras específicas: el matrimonio y la virginidad. Ambos son por lo tanto, en su forma propia, una concreción de la verdad más profunda del hombre, de su ser imagen de Dios.

El matrimonio y la familia no pueden considerarse, por lo tanto, mero producto de las circunstancias históricas o superestructuras impuestas desde fuera al amor humano. Al contrario, constituyen una exigencia interior de este amor, para que éste pueda realizarse en su verdad y en su plenitud de entrega recíproca. También las características de la unión conyugal que hoy se ven frecuentemente ignoradas y rechazadas, como su unidad, indisolubilidad y apertura a la vida, resultan en cambio necesarias para que el pacto de amor sea auténtico. Precisamente en virtud de éste, el vínculo que une al hombre y a la mujer se convierte en símbolo de la alianza entre Dios y su pueblo, alianza que tiene en Jesucristo su cumplimiento definitivo. Por ello entre los bautizados el matrimonio es sacramento, signo eficaz de gracia y salvación (n.3).

No nos cansemos jamás de proponer, anunciar y testimoniar esta gran verdad del amor y del matrimonio cristiano (n.4). (...) Hemos de considerar nuestro apostolado con las familias como una fuente de gracia, como un don que el Señor nos hace, antes aún que como un preciso deber pastoral. No temáis, por tanto, entregaros a las familias, dedicarles vuestro tiempo y vuestras energías, los talentos espirituales que el Señor os ha otorgado. Sed amigos suyos atentos y fiables, además de pastores y maestros. Acompañadlas y sostenedlas con la oración, proponedles con verdad y amor, sin reservas o interpretaciones arbitrarias, el Evangelio del matrimonio y de la familia. Estad espiritualmente cercanos a ellas en las tribulaciones que la vida a menudo

reserva, ayudándolas a comprender que la Iglesia siempre es madre para ellas, además de maestra. Y educad también a los jóvenes para que comprendan y aprecien el verdadero significado del amor y para que así se preparen a formar familias cristianas auténticas (n. 6) (Ecclesia, n.3196; 13-III-2004; 31-32).

*** Discurso a la Plenaria del Pontificio Consejo para la Familia (20-XI-2004)**

- El Santo Padre recuerda la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la familia: “la familia, basada en el matrimonio, es una institución natural insustituible y un elemento fundamental del bien común de toda sociedad” (n.1).

- “Quienes destruyen este entramado básico de la convivencia humana, sin respetar su identidad y trastocando sus tareas, causan una herida profunda a la sociedad y provocan daños a menudo irreparables”.

- El Papa invita a realizar una acción pastoral hacia las familias jóvenes recordando un texto de la “Familiaris consortio”: “en la acción pastoral hacia las familias jóvenes, la Iglesia deberá reservar una atención específica con el fin de educarlas a vivir responsablemente el amor conyugal en relación con sus exigencias de comunión y de servicio a la vida, así como a conciliar la intimidad de la vida de casa con la acción común y generosa para edificación de la Iglesia y de la sociedad humana” (n.69).

Llamada a las familias jóvenes para estar atentas ante la nueva situación actual: las familias jóvenes, “encontrándose en un contexto de nuevos valores y de nuevas responsabilidades, están más expuestas, especialmente en los primeros años de matrimonio, a eventuales dificultades, como las creadas por la adaptación a la vida en común y por el nacimiento de hijos” (ib.).

ENCUENTROS MUNDIALES DEL PAPA CON LAS FAMILIAS

1.- I Encuentro Mundial de las Familias (Roma 8-9; octubre 1994)

“La familia, corazón de la civilización del amor”

1.1.- Discurso de Juan Pablo II (Roma, 8 de octubre de 1994).

* “ Familia, ¿qué dices de ti misma? Familia, familia cristiana: ¿qué eres?

Encontraremos una respuesta ya en los primeros tiempos cristianos. En el período pos-apostólico: yo soy la Iglesia doméstica. En otras palabras: yo, la “Iglesia pequeña”; soy la iglesia doméstica. Y de nuevo vemos el mismo paralelismo: Familia-Iglesia; dimensión apostólica y universal de la Iglesia, por una parte, dimensión doméstica de la familia; Iglesia doméstica, por otra parte.

La una y la otra beben de la misma fuente. Tienen la misma genealogía. Genealogía en Dios. En Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Genealogía en Dios, y con esta genealogía divina se constituyen a través del gran misterio del amor divino, este misterio que se llama “Dios hombre”, Encarnación. Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo Unigénito para que nadie que los siga se pierda. Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, un Dios, un solo Dios, tres personas. Un misterio insondable y, por tanto, en este misterio encuentra su fuente la Iglesia, y encuentra su fuente la familia, Iglesia doméstica.

* Promoción de la familia

Para la familia en la *Gaudium et Spes* hay un capítulo aparte que habla de la promoción de la familia. Promoción de la dignidad de la familia. Esta es la dimensión propia: promoción de la dignidad de la familia. El mismo título basta para reflexionar profundamente sobre lo que quiere decir ser familia, qué quiere decir ser esposo y esposa, marido y su mujer, qué quiere decir ser padre y madre, y también hijo e hija, y también nietos. Todo aquello: todo aquello se encuentra finalmente en la dimensión común de una dignidad, dignidad de la familia, promoción de la dignidad de la familia. Justamente esta promoción de la dignidad de la familia es el faro con el que el Concilio Vaticano II ha abierto, podemos decir, este Año de la Familia, que fue inaugurado en Nazaret. Pero ha sido inaugurado también en tiempos más cercanos, durante el Concilio Vaticano II, en este estupendo documento *Gaudium et Spes*, en el que se habla de la promoción de la dignidad de la familia.

* La familia como institución está amenazada

¡Sí, la familia está seriamente amenazada! Y ¿cómo podría la Iglesia, experta en humanidad y deseosa del verdadero bien de la sociedad no preocuparse de ella’.

El Cristianismo ha reservado desde el comienzo una atención particular a la familia para reconducirla al designio original de Dios. El Nuevo Testamento no sólo propone nuevamente el carácter único e indisoluble del matrimonio, sino que confiere al mismo, cuando es celebrado entre cristianos,

un significado más profundo, gracias a su elevación a la dignidad de sacramento. De este modo, la familia se convierte no solamente en célula de la sociedad, sino de la misma Iglesia, como certifican los padres calificándola con el sugestivo título de “Iglesia doméstica”.

* Recuerdo de Pablo VI y de sus encíclicas

Es mérito imperecedero de Pablo VI el haber regalado a la Iglesia la encíclica “*Humanae Vitae*” (1968), encíclica, que, en su tiempo, no fue comprendida en todo su alcance, pero que con el paso de los años ha venido revelando su carga profética; en la *Humanae Vitae*, Pablo VI señalaba los criterios para salvaguardar el amor del matrimonio del peligro del egoísmo hedonista que, en no pocas partes del mundo tiende a extinguir la vitalidad de las familias y casi esteriliza a los matrimonios. En la otra histórica encíclica suya, la “*Populorum Progressio*”, Pablo VI se convertía en voz de los pueblos en vías de desarrollo, invitando a los países ricos a una política de verdadera solidaridad, muy lejana de la engañosa forma de neocolonismo que impone proyectos programados de reducción de la natalidad.

* Defender la familia.

Hemos hecho frente a obstáculos e incomprensiones con tal de ofrecer este testimonio de amor, que ha puesto de relieve el sólido vínculo de solidaridad que existe entre Iglesia y familia. Pero, ciertamente, todavía es grande la misión que nos espera. Y vosotras, queridas familias, estáis aquí también para asumir este ulterior compromiso, en este tema decisivo que exige la vigilante y responsable participación no solamente de los cristianos sino de toda la sociedad. En efecto, estamos convencidos de que la sociedad no puede minimizar la institución familiar por la sencilla razón de que ella misma nace en las familias y obtiene su solidez de las familias.

Frente a la degradación cultural y social que se está produciendo, en presencia de la difusión de plagas como la violencia, la droga, la criminalidad organizada, ¿qué mejor garantía de prevención y de rescate que una familia unida, moralmente sana y civilmente comprometida? Es en estas familias donde se nos forma en las virtudes y en los valores sociales de solidaridad, acogida, lealtad, respeto del otro y de su dignidad.

¡Cada familia lleva una luz y cada familia es una luz! Una luz, un faro, que debe iluminar el camino de la Iglesia y del mundo en el futuro.

* ¡No temáis, queridas familias!

El Señor os llama a convertirlos en protagonistas de una nueva etapa de esperanza en la comunidad cristiana y en el mundo. “La familia es el centro y el corazón de la civilización del amor” (Carta a las Familias, n.13).

¡Queridos esposos, queridos padres! La comunión del hombre y de la mujer en el matrimonio responde a las exigencias propias de la naturaleza humana y es, al mismo tiempo, un reflejo de la bondad divina. La gracia sacramental -del Bautismo y de la Confirmación primero, del Matrimonio después- ha depositado una oleada fresca y potente de amor sobrenatural en vuestros corazones. Ese amor que brota del seno de la Trinidad, de la que la familia humana es imagen elocuente y viva.

Es una realidad sobrenatural que os ayuda a santificar las alegrías, a enfrentaros con las dificultades y con los sufrimientos, y a superar las crisis y los momentos de cansancio; en una palabra, es para vosotros fuente de santificación y fuerza de entrega y crece con la oración constante y, sobre todo, con la participación en los sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía. Firmes por este apoyo sobrenatural, estad dispuestas, queridas familias, a dar testimonio de la esperanza que hay en vosotras (cf. IPedr.3,15).

* Testimonio que han de dar las familias

Que vuestro testimonio sea siempre un testimonio de acogida, de entrega y de generosidad. Conservad, ayudad, proteged la vida de toda persona, especialmente de quien es débil, enfermo o minusválido; dad testimonio y sembrad a manos llenas el amor a la vida. Sed artífices de la cultura de la vida y de la civilización del amor. Sedlo, sobre todo, en la relación educativa con vuestros hijos, mediante un diálogo abierto, leal, comprensivo, que les ayude a asumir sus responsabilidades en el seno de la familia y de la sociedad.

Y vosotros, muchachos y muchachas, sed conscientes de vuestra “misión” de hijos: amad a los padres, comunicadles la lozanía de vuestra vitalidad, de vuestra alegría y de vuestro entusiasmo.

En la Iglesia y en la sociedad ésta es la hora de la familia, que está llamada a un papel de primer orden en la obra de la nueva evangelización.

* Las vocaciones

Del seno de las familias, entregadas a la oración, al apostolado y a la vida eclesial madurarán auténticas vocaciones no solamente para la formación

de otras familias, sino también para la vida de consagración especial, cuya belleza y misión la Asamblea sinodal está justamente ilustrando estos días.

*** Llamada a la santidad**

El Concilio ha puesto de relieve el principio de la vocación universal a la santidad. ¡La santidad es para todos! Hoy más que nunca la Iglesia tiene necesidad de laicos santos y de familias santas.

1.2.- Homilía en la celebración eucarística: “Anunciad el Evangelio a las familias” (Roma, 9-X-1994).

*** Creemos en Dios Padre, Creador.**

Como varón o mujer, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios mismo (cf. Gn.1,27). En ellos tiene comienzo la comunión de las personas humanas. El hombre-varón abandona a su padre y a su madre y se une a su mujer, se hacen una sola carne” (cf. Gn.2,24). En esta unión transmiten la vida a nuevos seres humanos. Llegan a ser padres. Participan de la potencia creadora del mismo Dios. Hoy todos los que mediante su maternidad o paternidad se asocian al misterio de la creación profesan a “Dios, Padre Todopoderoso Creador”. Profesan a Dios como padre, porque a Él deben su maternidad o paternidad humana. Y, profesando su fe, se confían a este Dios, “de quien toma nombre toda la familia en el cielo y en la tierra” (Ef.3,15), por la gran tarea que les corresponde personalmente como padres: la labor de educar a los hijos. “Ser padre, ser madre” significa comprometerse en educar. Y educar quiere decir también “generar”: generar en el sentido espiritual.

*** Creemos en Jesucristo**

Creemos en Jesucristo, que, viviendo durante treinta años en la casa de Nazaret, santificó la vida familiar. Santificó también el trabajo humano, ayudando a José en el esfuerzo de mantener la Sagrada Familia. Creemos en Jesucristo, el cual ha confirmado y renovado el sacramento primordial del matrimonio y de la familia. Creemos en Jesucristo que ha resucitado de entre los muertos. De este modo, Cristo ha entrado en la historia de todas las familias porque su vocación es servir a la vida. La historia de la vida y de la muerte de cada ser humano está injertada en la vocación de cada familia humana, que da la vida, pero que también participa de un modo muy particular en la experiencia del sufrimiento y de la muerte. En esta experiencia está presente Cristo que afirma: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn.11,25-26). Creemos en Jesucristo, que, en

cuanto Redentor, es el Esposo de la Iglesia.(...) Sobre este amor esponsal se fundamenta el sacramento del matrimonio y de la familia en la nueva alianza (cf. Ef.5,25-28; Jn.4,12).

*** Creemos en el Espíritu Santo**

Creemos en el Espíritu Paráclito, en Aquel que da la vida, y es “Señor y dador de vida”. ¿No es acaso Él quien ha injertado en vuestros corazones ese amor que os permite estar juntos como marido y mujer, como padre y madre, para el bien de esta comunidad fundamental que es la familia? En el día en que los esposos se prometieron recíprocamente “fidelidad, amor respeto para toda la vida”, la Iglesia invocó al Espíritu Santo con esta conmovedora oración: “Infunde sobre ellos la gracia del Espíritu Santo para que, en virtud de tu amor derramado en sus corazones, perseveren fieles en la alianza conyugal” (Rituale Romanum, ordo celebrandi matrimonium, n.74).

¡Palabras verdaderamente conmovedoras! Aquí están los corazones humanos, que, invadidos de recíproco amor esponsal, gritan para que su amor pueda alcanzar siempre la “fuerza de lo alto” (cf. Hech.1,8). Sólo gracias a esa fuerza que brota de la unidad de la Stma. Trinidad, pueden formar una unión, unión hasta la muerte. Sólo gracias al Espíritu Santo su amor logrará afrontar los deberes, tanto de marido y mujer, como de padres. Precisamente el Espíritu Santo “infunde” este amor en los corazones humanos. Es un amor noble y puro. Es un amor fecundo. Es un amor que da la vida. Un amor bello. Todo lo que san Pablo ha incluido en su “Himno al amor” (cf. ICort.13,1-13) constituye el fundamento más profundo de la vida familiar.

Por este motivo hoy, en presencia de tantas familias de todo el mundo, renovamos nuestra fe en el Espíritu Santo, pidiendo que todos sus dones permanezcan siempre en las familias: el don de la sabiduría y de inteligencia, el don de consejo y de ciencia, el don de fortaleza y de piedad. Y también el don de temor de Dios, que es “principio de la sabiduría” (Sal. 111,10).

*** Creemos en la Iglesia.**

Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Vosotros sois “iglesia doméstica”. La Iglesia construida sobre el fundamento de los Apóstoles tiene en vosotros su inicio: “Ecclesiola, iglesia doméstica”. Así, pues, la Iglesia es la familia de las familias. La fe en la Iglesia vivifica nuestra fe en la familia. El misterio de la Iglesia, este misterio fascinante presentado de modo profundo por la doctrina del Concilio Vaticano II, halla precisamente su reflejo en las familias.

* La “vida nueva” y el sacramento del bautismo

Profesamos la fe en la Iglesia y esta fe permanece estrechamente unida al principio de la “vida nueva” a la que Dios nos ha llamado en Cristo. Y profesándola, recordamos tantos baptisterios del mundo en los que fuimos engendrados a esta vida. Y además a estos baptisterios habéis llevado a vuestros hijos y vuestras familias. Profesamos que el bautismo es un sacramento de regeneración “por el agua y el Espíritu” (Jn.3,5). En este sacramento se nos perdona el pecado original así como cualquier otro pecado, y llegamos a ser hijos adoptivos de Dios a semejanza de Cristo, que es el único Hijo unigénito y eterno del Padre.

Creemos en la santa Iglesia. Creemos en la comunión de los santos. Creemos en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro.

Del misterio de la creación del hombre como “communio personarum” hemos pasado así al misterio de la “communio sanctorum”. La vida humana que tiene su principio en Dios mismo encuentra allí su meta y su cumplimiento. La Iglesia vive en continua comunión con todos los santos, y beatos, los cuales viven en Dios. En Dios se da también la eterna “comunión” de todos los que, aquí en la tierra, fueron padres y madres, hijos e hijas.

2.- II Encuentro Mundial de las familias (Río de Janeiro. 2-6 octubre de 1997).

“La familia: don y compromiso, esperanza de la humanidad”.

2.1.- Discurso a los participantes en el Congreso Teológico-Pastoral en el Centro de Congresos “Ríocentro”- Río de Janeiro, 3-X-1997

* El hombre y la familia, camino de la Iglesia

El hombre es el camino de la Iglesia. Y la familia es la expresión primordial de este camino. “El misterio divino de la Encarnación del Verbo está (...) en estrecha relación con la familia humana”. No sólo con una, la de Nazaret, sino, de alguna manera, con cada familia, análogamente a cuanto afirma el Concilio Vaticano II del Hijo de Dios, que en la Encarnación, se ha unido en cierto modo, con todo hombre” (GS 22). Siguiendo a Cristo, que vino al mundo para servir, la Iglesia considera el servicio a la familia humana una de sus tareas esenciales. En este sentido, tanto el hombre como la familia constituyen el “camino de la Iglesia” (Gratissimum sane, 2).

El Evangelio ilumina la dignidad del hombre y redime todo lo que puede empobrecer la visión del hombre y de su verdad. Es en Cristo donde el hombre percibe la grandeza de su llamada a ser imagen e hijo de Dios; es en Él donde se manifiesta en todo su esplendor el proyecto original de Dios Padre para el hombre; y es en Cristo donde ese proyecto original alcanzará su plena realización. Y es siempre en Cristo donde esta primera y privilegiada expresión de la sociedad humana, que es la familia, encuentra la luz y la plena capacidad de realización, de acuerdo con los planes del amor del Padre.

Cristo ilumina los caminos de los hombres; e ilumina, sobre todo, la íntima comunión de vida y de amor de los cónyuges, que en la vida de los hombres y de los pueblos es la encrucijada necesaria donde Dios siempre les sale a su encuentro. Este es el sentido sagrado del matrimonio, presente de alguna manera en todas las culturas, a pesar de las sombras debidas al pecado original, y que adquiere una grandeza y un valor eminentes con la revelación (cf. GS 48).

*** La familia.**

La familia no es para el hombre una estructura accesoria y extrínseca, que impida su desarrollo y su dinámica interior. “El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”. La familia, lejos de ser un obstáculo para el desarrollo y el crecimiento de la persona, es el ámbito privilegiado para hacer crecer las potencialidades personales y sociales que el hombre lleva inscritas en su ser. La familia, fundada en el amor y vivificada por él, es el lugar donde cada persona está llamada a experimentar, hacer propio y participar en el amor sin el cual el hombre no podría existir y toda su vida carecería de sentido” (Rmi. 10; FC,18).

*** Las tinieblas oscurecen hoy la familia**

Entre las verdades ofuscadas en el corazón del hombre, a causa de la creciente secularización y del hedonismo dominante, se ven especialmente afectadas todas las que se relacionan con la familia. En torno a la familia y a la vida se libra hoy la batalla fundamental de la dignidad del hombre. En primer lugar, la comunión conyugal no es reconocida ni respetada en sus elementos de igualdad en la dignidad de los esposos, y de necesaria diversidad y complementariedad sexual. La misma fidelidad conyugal y el respeto a la vida, en todas las fases de su existencia, se ven subvertidos por una cultura que no admite la trascendencia del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Cuando las fuerzas disgregadoras del mal logran separar el matrimonio

de su misión con respecto a la vida humana, atentan contra la humanidad, privándola de una de las garantías esenciales de su futuro.

*** Urgencia y prioridad de la Pastoral familiar**

Es necesario emprender una acción pastoral en la que las verdades centrales de la fe irradien su fuerza evangelizadora en los diversos campos de la existencia, especialmente en los relativos a la familia. Se trata de una tarea prioritaria, fundada en “la certeza de que la evangelización, en el futuro, depende en gran parte de la Iglesia doméstica” (FC, 65). Es preciso despertar y presentar un frente común, inspirado y apoyado en las verdades centrales de la revelación, que tenga como interlocutor y como agente a la familia. Por eso, los pastores deben tomar cada vez mayor conciencia del hecho de que la pastoral familiar exige agentes con esmerada preparación y, además, estructuras ágiles y adecuadas en las Conferencias Episcopales y en las Diócesis, que sirvan como centros dinámicos de evangelización, de diálogo y de acciones organizadas conjuntamente, con proyectos bien elaborados y planes pastorales. (...) Promover estructuras organizativas adecuadas, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, que asuman la responsabilidad de establecer un diálogo constructivo con los organismos políticos, de los que depende en buena medida el destino de la familia y de su misión al servicio de la vida..

*** Vínculo firme entre los miembros de la familia**

Hay que dar prioridad a programas de pastoral que promuevan la formación de hogares plenamente cristianos, y hagan crecer en los esposos la generosidad para encarnar en sus propias vidas las verdades que la Iglesia propone para la familia humana.

La concepción cristiana del matrimonio y de la familia no modifica la realidad creatural, sino que eleva aquellos componentes esenciales de la sociedad conyugal: la comunión de los esposos que generan nuevas vidas, las educan e integran en la sociedad, y la comunión de las personas como vínculo firme entre los miembros de la familia.

2.2.- Homilía durante la celebración en la Catedral de Río de Janeiro (4-X-1997).

*** Unidad e indisolubilidad del matrimonio cristiano**

En la base de todo orden social se encuentra este principio de unidad y de indisolubilidad del matrimonio, principio en el que se sustenta la

institución de la familia y de toda la vida familiar. Este principio halla confirmación y nuevo vigor en la elevación del matrimonio a la dignidad de sacramento.

El matrimonio, el ser padres, la maternidad, la paternidad, la familia: pertenece al orden de la naturaleza, desde cuando Dios creó al hombre y a la mujer; pues bien, todo esto, mediante la acción de Cristo, resulta elevado al orden sobrenatural. El sacramento del matrimonio se transforma en medio de participación en la vida de Dios. El hombre y la mujer que creen en Cristo, que se unen entre sí como cónyuges, pueden a su vez confesar: “nuestros cuerpos están redimidos”, queda redimida la unión conyugal. Se redime el ser padres, la maternidad, la paternidad y todo lo que lleva consigo la impronta de la santidad.

* Una clara manifestación de la santidad de los padres

Una clara manifestación de la santidad de los cónyuges es la alegría con que acogen y piden al Señor vocaciones entre sus hijos. Por ello, permítanme añadir aquí que “la familia que está abierta a los valores trascendentes, que sirva a los hermanos en la alegría, que cumple con generosa fidelidad sus obligaciones y es consciente de su cotidiana participación en el misterio de la cruz gloriosa de Cristo, se convierte en el primero y mejor seminario de vocaciones a la vida consagrada al Reino de Dios” (FC 53).

2.3.- Homilía en la misa para las Familias en la explanada de Flamengo (Río de Janeiro; 5-X-1997).

* Importancia de la familia para cada ser humano

La Familia es esta particular y, al mismo tiempo, fundamental comunidad de amor y de vida, sobre la que se apoyan todas las demás comunidades y sociales (...). A través de la familia, toda la existencia humana está orientada al futuro. En ella el hombre viene al mundo, crece y madura. En ella se convierte en ciudadano cada vez más responsable de su país y en miembro cada vez más consciente de la Iglesia. La familia es también el ambiente primero y fundamental donde cada hombre descubre y realiza su vocación humana y cristiana. Por último, la familia es una comunidad insustituible por ninguna otra (n.1).

* La procreación

El hombre y la mujer, llamados a vivir en el proceso de la creación del universo, se presentan en el umbral de su vocación llevando consigo la

capacidad de procrear en colaboración con Dios, que directamente crea el alma de cada nuevo ser humano. Mediante el conocimiento recíproco y el amor, así como mediante la unión corporal, llamarán a la existencia a seres semejantes a ellos y, como ellos, hechos “a imagen y semejanza de Dios”. Darán la vida a sus hijos, al igual que ellos la recibieron de sus padres.(...) En el plan de Dios, el matrimonio -el matrimonio indisoluble- es el fundamento de una familia sana y responsable” (n.3).

*** La llamada a la santidad**

Padres y familias del mundo entero: Dios os llama a la santidad. Él mismo os ha elegido “antes de la creación del mundo” para ser santos e inmaculados en su presencia (...) por medio de Jesucristo (Ef.1,4). Él os ama muchísimo y desea vuestra felicidad, pero quiere que sepáis conjugar siempre la fidelidad con la felicidad, pues una no puede existir la una sin la otra. No dejéis que la mentalidad hedonista, la ambición y el egoísmo entren en vuestros hogares. Sed generosos con Dios. No puedo por menos de recordar, una vez más, que la familia está “al servicio de la Iglesia y de la sociedad en su ser y en su obrar, en cuando comunidad íntima de vida y de amor” (FC 50). La entrega mutua, bendecida por Dios e impregnada de fe, esperanza y caridad, permitirá alcanzar la perfección y santificación de cada uno de los esposos. En otras palabras, servirá como núcleo santificador de la misma familia, y será instrumento de difusión de la obra de evangelización de todo hogar cristiano (n.5).

*** Misión de los esposos**

Sed portadores de paz y alegría en el seno del hogar; la gracia eleva el amor y con él os concede las virtudes familiares indispensables de la humildad, el espíritu de servicio y de sacrificio, el afecto paterno, materno y filial, el respeto y la comprensión mutua. Y dado que el bien es difusivo por sí mismo, espero también que vuestra adhesión a la pastoral familiar sea, en la medida de vuestras posibilidades, un incentivo para irradiar generosamente el don que hay en vosotros, ante todo entre vuestros hijos y luego entre los casados que están lejos de Dios o pasaban momentos de incompreensión y desconfianza (n.5).

3.- III Encuentro mundial de las familias (Roma, 11-15 de octubre de 2000).

“Los hijos, primavera de la familia y de la sociedad”

3.1.- Discurso de Juan Pablo II en el Encuentro de testimonio y fiesta con ocasión del Jubileo de las Familias (14-X-2000).

El tema de vuestro Jubileo - “Los hijos: primavera de la familia y de la sociedad”- puede ofreceros a este respecto motivos significativos de reflexión. ¿No son precisamente los niños quienes suelen someter a un “examen” permanente a los padres? (...) Papá, mamá, ¿me queréis? ¿Soy verdaderamente un regalo para vosotros? ¿Me acogéis por lo que soy? ¿Os esforzáis por hacer siempre mi bien auténtico?

Se trata de preguntas planteadas tal vez más con los ojos que con las palabras, pero preguntas al fin y al cabo que encadenan a los padres a su gran responsabilidad y que de alguna manera son para ellos el eco de la voz de Dios (n.2).

Los hijos son primavera. (...) Ellos son la esperanza que sigue floreciendo, proyecto que continuamente vuelve a ponerse en marcha, futuro que se abre sin pausa. Representan la floración del amor conyugal, que en ellos se reencuentra y consolida. Al ver la luz, traen un mensaje de vida que, en última instancia, reenvía al Autor mismo de la vida. Necesitados como están de todo, especialmente en las primeras fases de la existencia, constituyen naturalmente un llamamiento a la solidaridad (n.3).

En muchas regiones -y paradójicamente en los países donde rige un mayor bienestar- traer al mundo niños se ha vuelto una opción escogida con gran perplejidad, bastante más allá de la debida prudencia que se requiere con vistas a una procreación responsable. Diríase que a veces los niños se sienten más como amenaza que como don.

¿Qué decir, además, del otro triste panorama de la infancia afrentada y explotada...? (...) (n.4).

Ante tantas familias deshechas, la Iglesia se siente llamada no ya a expresar un juicio severo y displicente, sino más bien a introducir en los pliegues de tantos dramas humanos la luz de la Palabra de Dios, acompañada por el testimonio de su misericordia. Este es el espíritu con el que la pastoral familiar trata de hacerse cargo también de la situación de los creyentes que se han divorciado y vuelto a casar. Estos no quedan excluidos de la comunidad: es más, están invitados a participar en su vida, recorriendo un camino de crecimiento en el espíritu de las exigencias evangélicas. La Iglesia, sin silenciarles la verdad del desorden moral objetivo en el que se hallan y de las consecuencias que de éste se derivan respecto a la práctica sacramental, pretende mostrarles toda su materna cercanía (...).

El Sacramento del matrimonio os asegura la gracia necesaria para perseverar en el amor recíproco, amor que vuestros hijos necesitan como el mismo pan. Sobre esta comunión profunda entre vosotros estáis hoy llamados a interrogaros mientras pedís la abundancia de la misericordia jubilar. (n.6).

Al mismo tiempo no podéis sustraeros al interrogante esencial acerca de vuestra misión de educadores. Al haber dado la vida a vuestros hijos, también estáis comprometidos a seguirlos, de forma adecuada para su edad, en sus orientaciones y opciones de vida, haciéndoos cargo de todos sus derechos. Bien es verdad que en nuestros tiempos el reconocimiento de los derechos del niño ha registrado indudables avances, pero sigue siendo motivo de aflicción la negación práctica de tales derechos, como manifiestan los numerosos y terribles ataques contra su dignidad. Hay que velar para que el bien del niño quede siempre situado en primer lugar, y ello desde el momento en que se desea tener un hijo. La tendencia a recurrir a prácticas moralmente inaceptables en la generación delata la absurda mentalidad de un derecho “al” hijo que ha reemplazado al justo reconocimiento de un derecho “del” hijo a nacer y a crecer seguidamente de forma plenamente humana (n.7). (...)

Comprometámonos, pues, hermanos amadísimos, con todas nuestras fuerzas, a defender el valor de la familia y el respeto a la vida humana desde el momento de la concepción. Se trata de valores que pertenecen a la “gramática” básica del diálogo y de la convivencia humana entre los pueblos (n.8) (...)

A vosotras, queridas madres, que lleváis en vuestro interior un instinto irreprimible de la defensa de la vida, os dirijo un angustiado llamamiento: ¡sed siempre fuentes de vida, jamás de muerte! (n.9) (53e).

3.2.- Homilía en el Jubileo de las Familias (Roma, 15-X-2000)

El día 15 de octubre el Santo Padre presidió la Eucaristía y predicó la homilía, de la cual ofrecemos estos fragmentos:

“Que nos bendiga el Señor, fuente de la vida”.

Desde la aurora de la creación se posó sobre la familia la mirada benedicta de Dios. Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen, y les encomendó una tarea específica para el desarrollo de la familia humana: “Y los bendijo Dios y les dijo: Creced y multiplicaos, llenad la tierra” (Gn.1,28).

Vuestro jubileo (...) es canto de alabanza por esta bendición primordial, bendición que se ha posado sobre vosotros, cónyuges cristianos, cuando, al celebrar vuestro matrimonio, os jurasteis amor eterno ante Dios. (...) ¡Sí, que os bendiga el Señor, fuente de la vida! Abríos siempre a la corriente siempre nueva de esta bendición, pues ésta lleva en sí una energía creadora, regeneradora, capaz de eliminar todo cansancio y de asegurar permanente lozanía a vuestra entrega.

“No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude” (Gn.2,18).

El autor sagrado traza la exigencia básica en la que se sustenta la unión esponsal de un hombre y de una mujer, y con ella la vida de la familia que de dicha unión surge. Se trata de una exigencia de comunión. El ser humano no está hecho para la soledad, sino que es portador de una vocación relacional que arraiga en su misma naturaleza espiritual. En virtud de esa vocación, crece en la medida en que entra en relación con los demás, reencontrándose plenamente “en la entrega sincera de sí mismo” (GS,24).

No le bastan al ser humano unas relaciones puramente funcionales, pues necesita relaciones interpersonales ricas de interioridad, gratuidad, oblatividad. Entre ellas resulta fundamental la que se realiza en la familia, tanto en las relaciones entre los esposos como en aquellas entre éstos y los hijos. Toda la gran red de las relaciones humanas surge y se regenera continuamente partiendo de la relación con la que un hombre y una mujer se reconocen hechos el uno para el otro y deciden fundir sus existencias en un único proyecto de vida: “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” (Gn.2,24).

“¡Una sola carne!” (Gn.2,24).

¿Cómo no captar la fuerza de esta expresión? El término bíblico “carne” no evoca tan solo la fisicidad del hombre, sino su identidad global de espíritu y cuerpo. Lo que los cónyuges realizan no es solo un encuentro corporal, sino una auténtica unidad de sus personas; una unidad tan honda que hace de ellos en cierto modo un reflejo en la historia del “Nosotros” de las tres Personas divinas (cf. “Carta a las familias”, n.8).

Se comprende entonces la importancia de lo que está en juego en el debate de Jesús con los fariseos en el Evangelio de Marcos. Para los interlocutores de Jesús se trataba de una interpretación de la ley mosaica, ley que al permitir el divorcio provocaba debates sobre las razones que podían legitimarlo. Jesús supera totalmente esta visión legalista, yendo al corazón del

designio de Dios. En la norma mosaica, Jesús ve una concesión a la “esclerocardía”, a la “dureza de corazón”. Pero precisamente a esta dureza es a la que Jesús no se resigna. Y es que, ¿cómo podría hacerlo Él que vino precisamente a deshacerla y a ofrecer al hombre, mediante la redención, la fuerza para vencer las resistencias debidas al pecado? No teme Él volver a señalar el designio primordial: ¡Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer” (Mc.10,6).

“Al principio” (Gn.1,1)

Sólo Él, Jesús, conoce al Padre “desde el principio” y conoce igualmente al hombre “desde el principio”. Él es al mismo tiempo revelador del Padre y revelador del hombre al hombre (cf. GS 22). Por ello, siguiendo sus huellas, la Iglesia tiene la tarea de testimoniar en la historia este designio primordial, manifestando su verdad y viabilidad.

Con ello no oculta la Iglesia dificultades y dramas, que la concreta experiencia histórica registra en la vida de las familias. Pero sabe ella también que la voluntad de Dios, acogida y realizada con todo el corazón, no es una cadena que esclaviza, sino la condición de una libertad que halla en el amor su plenitud. La Iglesia sabe también -y la experiencia diaria se lo confirma- que cuando este designio primordial se nubla en las conciencias la sociedad recibe un daño incalculable.

Es verdad que existen dificultades, pero Jesús ha procedido a proporcionar a los esposos los medios de gracia adecuados para superarlas. Por su voluntad el matrimonio ha adquirido, en los bautizados, valor y fuerza de signo sacramental; en efecto, los cónyuges se comprometen a expresarse recíprocamente y a testimoniar ante el mundo el amor fuerte e indisoluble con que Cristo ama a la Iglesia. Se trata del “gran misterio”, como lo llama Pablo (cf. Ef. 5,32) (n.4).

“Que os bendiga Dios, fuente de la vida”. Los hijos.

La bendición de Dios está en el origen no sólo de la comunión conyugal, sino también de la apertura responsable y generosa a la vida. Los hijos son en verdad la “primavera de la familia y de la sociedad” (...) En los hijos el matrimonio alcanza su floración: en ellos se realiza la coronación de esa compartición total de vida (cf. CIC cn.1055) que hace de los esposos “una sola carne”, y ello tanto en los nacidos de la natural relación entre los cónyuges como en los adoptados. Los hijos no constituyen un “accesorio” en el proyecto de una vida conyugal. No son un “elemento opcional”, sino el

“don más excelente” (GS,50), inscrito en la naturaleza misma de la unión conyugal.

Respeto a la estructura fundamental del matrimonio y de la familia

Como es sabido, la Iglesia enseña la ética del respeto a esta estructura fundamental en su significado contemporáneamente unitivo y creativo. Con ello expresa el debido obsequio al designio de Dios, trazando un marco de relaciones entre los cónyuges inspiradas en una aceptación recíproca sin reservas. Ello, además, viene en ayuda del derecho de los hijos a nacer y crecer en un contexto de amor plenamente humano. De esta manera, conformándose a la Palabra de Dios, la familia se transforma en taller de humanización y de solidaridad auténtica (n.5)..

A esta tarea están llamados tanto los padres como los hijos, pero el “nosotros” de los padres, marido y mujer, se desarrolla por medio de la generación y de la educación, en el “nosotros” de la familia, que deriva de las generaciones precedentes y se abre a una gradual expansión.

La familia y la acogida de los familiares

Cuando se respetan las funciones, de forma que la relación entre los cónyuges y la relación entre padres e hijos se desarrollan de manera plena y serena, resulta natural que para la familia adquieran significado e importancia también los demás parientes, como abuelos, tíos, primos. A menudo, en estas relaciones inspiradas en sincero afecto y ayuda recíproca, la familia desempeña un papel realmente insustituible, con vistas a que personas en dificultad, solteros, viudas y viudos, huérfanos, puedan hallar un lugar cálido y acogedor. La familia no puede encerrarse en sí misma. La relación afectuosa con los parientes constituye un primer ámbito de tan necesaria apertura, que proyecta a la familia hacia toda la sociedad” (n.6.) (53f).

4.- IV. Encuentro mundial de las Familias (Manila, 22-26 de enero de 2003).

“La familia cristiana: una buena nueva para el tercer milenio”.

Discurso de Juan Pablo II en el IV Encuentro mundial de las Familias (Manila, 25 de enero de 2003).

El Santo Padre no pudo estar presente con las familias en Manila. Por eso dice: “ Estoy con vosotros con el pensamiento y la oración, queridas

familia de Filipinas y de tantas regiones de la tierra. Os saludo con afecto en el nombre del Señor!” (n.1).

He elegido el tema sobre el que habéis profundizado en la sesión teológico-pastoral: “La familia cristiana, buena noticia para el tercer milenio”. Juan Pablo II hace esta elección “con el fin de subrayar la sublime misión de la familia que, acogiendo el Evangelio y dejándose iluminar por su mensaje, asume el necesario compromiso de dar testimonio del mismo” (n.2).

Queridas familias cristianas: ¡anunciad con alegría al mundo entero el maravilloso tesoro que, como iglesias domésticas, lleváis con vosotras! Esposos cristianos, en vuestra comunión de vida y amor, en vuestra entrega recíproca y en la acogida generosa de los hijos, ¡sed en Cristo luz del mundo!. El Señor os pide que seáis cada día como la lámpara que no se oculta sino que es puesta “sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa” (Mt.,5,15).

Sed sobre todo “buena noticia para el tercer milenio, viviendo con empeño vuestra vocación. El matrimonio (...) es vuestro modo específico de ser discípulos de Jesús, de contribuir a la edificación del reino de Dios, de caminar hacia la santidad a la que todo cristiano está llamado. Los esposos cristianos, como afirma el Concilio Vaticano II, cumpliendo su deber conyugal y familiar, “se acercan cada vez más a su propia perfección y a su santificación mutua” (GS 48) (n.3).

Acoged plenamente, sin reservas, el amor que primero os da Dios en el sacramento del matrimonio y con el que os hace capaces de amar (cf. IJn.4,19). Permaneced siempre aferrados a esta certeza, la única que puede dar sentido, fuerza y alegría a vuestra vida, el amor de Cristo no se apartará nunca de vosotros, su alianza de paz con vosotros no disminuirá. Los dones y la llamada de Dios son irreversibles (n.3). Él ha grabado vuestro nombre en las palmas de sus manos (cf. Is.49,16).

La gracia que habéis recibido en el matrimonio y que permanece en el tiempo proviene del corazón traspasado del Redentor, que se ha inmolado en el altar de la cruz por la Iglesia, su esposa, venciendo la muerte para la salvación de todos. Por tanto, esta gracia lleva consigo la peculiaridad de su origen: es la gracia del amor que se ofrece; del amor que se consagra y perdona; del amor altruista que olvida el propio dolor; del amor fiel hasta la muerte; del amor fecundo de vida. Es la gracia del amor benévolo, que todo cree, todo espera, todo tolera, que no tiene fin y sin el cual todo lo demás es nada.

Ciertamente, esto no siempre es fácil, y en la vida cotidiana no faltan las insidias, las tensiones, el sufrimiento y también el cansancio. Pero no estáis solos en vuestro camino. Con vosotros actúa y está presente Jesús, como lo estuvo en Caná de Galilea, en un momento de dificultad para aquellos nuevos esposos. En efecto, el Concilio recuerda también que el Salvador sale al encuentro de los esposos cristianos y permanece con ellos para que, del mismo que Él amó a la Iglesia y se entregó por ella, también ellos puedan amarse fielmente el uno al otro, para siempre, con mutua entrega (GS 48) (n.4).

¡Esposos cristianos!, sed “buena noticia para el tercer milenio” testimoniando con convicción y coherencia la verdad sobre la familia. La familia fundada en el matrimonio es patrimonio de la humanidad, es un bien grande y sumamente apreciable, necesario para la vida, el desarrollo y el futuro de los pueblos. Según el plan de la creación establecido desde el principio (cf. Mt.19,4.8), es el ámbito en el que la persona humana, hecha a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn.1,26), es concebida, nace, crece y se desarrolla. La familia, como educadora por excelencia de personas (cf. FC, 19-27), es indispensable para una verdadera “ecología humana” (CA 39) (n.5).

Queridas familias cristianas, os encomiendo dar testimonio en la vida cotidiana de que, incluso entre tantas dificultades y obstáculos, es posible vivir en plenitud el matrimonio como experiencia llena de sentido y como “buena noticia” para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Sed protagonistas en la Iglesia y en el mundo: es una necesidad que surge del mismo matrimonio que habéis celebrado, de vuestro ser iglesia doméstica, de la misión conyugal que os caracteriza como células originarias de la sociedad (cf. AA, 11).

En fin, para ser “buena noticia para el tercer milenio”, no olvidéis, queridos esposos cristianos, que la oración en familia es garantía de unidad en un estilo de vida coherente con la voluntad de Dios. Proclamando recientemente el Año del Rosario, he recomendado el Rosario como oración de la familia y para la familia: rezando el Rosario, en efecto, “Jesús está en el centro, se comparten con Él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de Él la esperanza y la fuerza para el camino” (*Rosarium Virginis Mariae*, n.41) (n.6).

Ñ) La Catequesis

Juan Pablo II promovió intensamente la catequesis

*** Ha de darse prioridad a la catequesis en la misión de la Iglesia:**

La Catequesis, “siempre ha sido considerada por la Iglesia como una de sus tareas primordiales” y como “el instrumento básico de la nueva evangelización” (54).

“Cuanto más sea capaz la Iglesia, a escala local o universal, de dar prioridad a la catequesis, tanto más encontrará en ella, una consolidación de su vida interior, como comunidad de creyentes, y de su actividad externa como misionera” (54a).

“Desde la infancia hasta el umbral de la madurez, la catequesis se convierte, pues, en una escuela permanente de la fe y sigue de este modo las grandes etapas de la vida, como faro que ilumina la ruta del niño, del adolescente y del joven” (54b).

Por todo ello, el Santo Padre invita a la Iglesia “a consagrar a la catequesis sus mejores recursos en hombres y energías, sin ahorrar esfuerzos,

fatigas y medios materiales, para organizarla mejor y formar personal capacitado” (54c).

Juan Pablo II promovió siempre la tarea de la catequesis.

* Obligación que tiene el cristiano de transmitir la fe

Juan Pablo II exhorta a que todos los cristianos tomen conciencia del deber que tienen de transmitir la fe a las nuevas generaciones. En efecto, “la misión de educar en la fe a las nuevas generaciones es un deber eclesial de importancia decisiva, y a ella está llamado todo cristiano; esta tarea es hoy urgente en la coyuntura de rápidas transformaciones sociales y culturales de la sociedad española” (55). Estas palabras de Juan Pablo II tienen una gran fuerza y significación en nuestra época en la que “la familia está dejando de ser lugar de transmisión del kerigma”.

b) Documentos y alocuciones más importantes de Juan Pablo II sobre la catequesis:

*** La Exhortación Apostólica “Catechesi Tradendae” (16-X-1979).**

Esta Exhortación, documento postsinodal, debe ser considerada como un documento de tres Papas. Así lo afirma el propio Juan Pablo II (n.4):

Pablo VI preparó este documento; Juan Pablo I lo recogió y se disponía a publicarlo “en el momento en el que inesperadamente fue llamado por Dios”. Yo asumo pues la herencia de estos dos Pontífices, para responder a la petición de los Obispos, formulada expresamente al final de la IV Asamblea General del Sínodo y acogida por el Papa Pablo VI en su discurso de clausura. Lo hago también para cumplir uno de los deberes principales de mi oficio apostólico. La catequesis ha sido siempre una preocupación central en mi ministerio de sacerdote y de obispo” (n 4).

Enseñanzas más importantes de esta Exhortación:

- ¿En qué consiste la catequesis?

“La catequesis es la etapa o período intensivo del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el evangelio del Reino al que han dado su primera adhesión”.

“La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo,

revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una “traditio viva y activa, de generación en generación”. La catequesis es “una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la catequesis” (55a).

La catequesis no puede ceñirse a la sola enseñanza de unos “contenidos nocionales” o a su repetición rutinaria (55b); esta doctrina “no es un cúmulo de verdades abstractas; es la comunicación del misterio vivo de Dios” (55c), que concierne de manera decisiva y última al hombre, a su sentido más profundo y al logro más auténtico de sí (55d).

La catequesis es una educación de la fe que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático con miras a iniciar en la plenitud de la vida cristiana” (CT. n.18).

La catequesis está siempre en relación con los sacramentos: la vida sacramental se empobrece y se convierte muy pronto en ritualismo vacío si no se funda en un conocimiento serio del significado de los sacramentos. Y la catequesis se intelectualiza si no cobra vida en la práctica sacramental” (ib. N.23).

- El cristocentrismo en la catequesis

En este documento, Juan Pablo II pone de relieve la inspiración cristológica de la catequesis y, por tanto, desea que esa inspiración sea puesta de relieve en las catequesis concretas. Y esto en un doble sentido:

“En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros (...). Catequizar es descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por él mismo. (...) Jesús es el camino, la verdad y la vida; la vida cristiana consiste en seguir a Cristo (n. 5).

“Para la Iglesia actual tiene gran importancia presentar la persona de la Palabra encarnada como centro de toda catequesis” (Discurso a los Obispos de la IX Región de Estados Unidos, en visita “ad limina”; 8-VII-1988).

Nadie puede transmitir su propia doctrina o la de otro maestro, sino sólo “la enseñanza de Jesucristo, la verdad que Él comunica o, más exactamente, la

verdad que es Él” (n.6). Por tanto, “el cristocentrismo es aceptar a Cristo como único Maestro: “Vuestro maestro es uno solo, Cristo” (Mt.23,10).

Por todo ello, la catequesis no puede limitarse a que una persona entre en contacto con Jesucristo y se interese por Él, sino que ha de fomentar y propiciar la comunión y la intimidad del ser humano con Jesucristo.

Recordemos las palabras de Juan Pablo II:

“El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto con Jesucristo, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo” (55e).

“Esta es la meta final de toda catequesis: el encuentro vital, consciente, personal, con el Cristo de la fe, con el Cristo de la historia, el único Redentor y esperanza del hombre” (Discurso a los obispos de Venezuela, en visita “ad limina”; 15-XI-1979).

- Fuente de la Catequesis

¿De dónde saca la catequesis sus contenidos?

Juan Pablo II responde con claridad y precisión a este interrogante: “La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura, dado que la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia” (55f).

- La finalidad de la catequesis

“La finalidad de la catequesis, en el conjunto de la evangelización, es la de ser un período de enseñanza y maduración, es decir, el tiempo en el que el cristiano, habiendo aceptado por la fe la persona de Jesucristo como el solo Señor y habiéndole prestado una adhesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su “misterio”, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirlo” (n. 20).

“Deseo que esta exhortación apostólica, dirigida a toda la Iglesia, refuerce la solidez de la fe y de la vida cristiana, dé un nuevo vigor a las iniciativas emprendidas, estimule la creatividad -con la vigilancia debida- y contribuya a difundir en la comunidad cristiana la alegría de llevar al mundo el misterio de Cristo”.

Teniendo en cuenta lo que acabamos de afirmar y la situación actual en la que se encuentra el hombre ante la fe, nos parece que hemos de poner especial énfasis y particular relieve en “la catequesis de adultos” “porque está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada” (55g). Esta opción no anula las demás formas de catequesis, siempre necesarias.

De igual modo hemos de favorecer, promover y potenciar la catequesis familiar, a través de la cual los padres atienden el despertar religioso de sus hijos y les inician en la fe y en la vida cristiana. La catequesis familiar “precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis” (55h).

- Necesidad y derecho de la comunidad

Meditemos sin prisas las palabras de Juan Pablo II que citamos a continuación:

“La catequesis está íntimamente unida a toda la vida de la Iglesia” (Catechesi tradendae, n.13) y “ha sido siempre para la Iglesia un deber sagrado y un derecho imprescriptible” (ib. n.14). “Una Iglesia que no catequiza no tiene futuro (...) Dad vida, por ello, a un movimiento catequético que alcance a todos: niños, jóvenes y adultos. Dirigíos en primer lugar a las familias, que han sido llamadas a convertirse en “escuelas de vida” y sujetos activos fundamentales en la Iglesia y en la sociedad” (Discurso a los obispos italianos de la región de Calabria, en visita “ad limina”; 1-II-1992).

“La catequesis es la tarea fundamental e insustituible del apostolado y de la pastoral, a cuyo desarrollo todos deben contribuir y de la que todos en la Iglesia deben sentirse responsables” (Catequesis; Audiencia general, 22-VIII-1979). “En la comunidad de la fe y del amor somos, al mismo tiempo, catequistas y catequizandos (...) La catequesis debe abarcar a todos, porque en la Iglesia de Cristo todos somos llamados a la autoevangelización, naturalmente, en unión con el servicio docente del pastor” (Homilía en Lodz (Polonia), 12-VI-1987).

“El crecimiento interior de la Iglesia, su correspondencia con el designio de Dios, dependen esencialmente de la catequesis” (CT. n.13). “La acción catequética es una tarea absolutamente primordial de la misión de la Iglesia. La Iglesia debe consagrar a la catequesis sus mejores energías” (Mensaje a la Iglesia de Hungría; 6-IV-1980).

- Invitación a los evangelizadores

Invitamos desde aquí a todos los evangelizadores y catequistas a que lean, mediten y estudien La Exhortación Apostólica “Catechesi tradendae” y el “Catecismo de la Iglesia Católica”, del que dice el Papa: “se trata de un valioso instrumento para la nueva evangelización, donde se compendia toda la doctrina que la Iglesia ha de enseñar”.

El Santo Padre hace una llamada a todos los evangelizadores que presten también “una atención especial a la catequesis” (56). “El catequista precisa una cierta “encarnación” de la Palabra de Dios en la vida, a fin de que el catecúmeno perciba existencialmente la llamada a la conversión y la invitación al compromiso cristiano” (56a)

Juan Pablo II hace invita a que se pongan en marcha las catequesis familiares: “La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece todas las otras formas de catequesis” (Mensaje a la Iglesia de Hungría; 6-IV-1980).

*** Allocución a los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela (14-XII-1981), en su visita “ad limina”.**

- Importancia de la catequesis parroquial: “Permitidme que de entre todos estos temas os subraye particularmente la “importancia de la catequesis en las parroquias”, tradicionalmente atendida con verdadero celo en vuestras diócesis. Porque si bien es verdad que se puede y debe catequizar en todas partes, también en familia, en las escuelas y colegios, “la comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado”. Para ello, toda parroquia, grande o pequeña, “tiene el grave deber de formar responsables totalmente entregados a la animación catequética -sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares-, de proveer el equipamiento necesario para una catequesis en todos sus aspectos, de multiplicar y adaptar los lugares de catequesis en la medida en que sea posible y útil, de velar por la cualidad de la formación religiosa y por la integración de distintos grupos en el cuerpo eclesial” (CT 67) (n.4).

- Necesidad de la catequesis: “La catequesis es una obra que conserva en nuestros días toda su importancia y urgencia, para edificar cada vez más solidamente la fe del pueblo y orientarlo progresivamente hacia la plenitud de la vida en Cristo. De ahí surgirán los seglares que, fieles a su vocación propia, compartan la realidad del mundo, inyectando en ella una orientación de fe, hecha testimonio en la vida privada y pública; esos seglares que sean protagonistas inmediatos de la renovación de los hombres y de las cosas y

que, con su presencia activa en cuanto creyentes, trabajen en la progresiva consagración del mundo a Dios” (n.4).

*** Homilía en la Misa; Granada, 5-XI-1982: “Educadores en la fe”.**

Juan Pablo II se dirige a los educadores en la fe y les dedica una hermosa homilía, de la cual destacamos lo siguiente:

+ ¿Quiénes son los educadores en la fe?

Vosotros, “educadores en la fe”, cumplís un servicio especial a la revelación divina, sacando inspiración de esa eterna complacencia que reside en Dios mismo. Sois a un tiempo discípulos y apóstoles de Cristo. A Él, a Él precisamente “ha sido entregado todo” por el Padre (Mt.11,17). (...) Queridos hermanos y hermanas: el Hijo desea revelaros toda la verdad del amor de Dios, para que vosotros la anunciéis a los demás hombres, puestos que sois educadores en la fe. (...).

+ Participar en la misión evangelizadora de la Iglesia

“El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con el hecho profundo de la redención cumplida en Cristo Jesús” (RH 10). Tal misión no es privativa de los ministros sagrados o del mundo religioso, sino que debe abarcar los ámbitos de los seglares, de la familia, de la escuela. Todo cristiano ha de participar en la tarea de la formación cristiana. Ha de sentir la urgencia de evangelizar (...) Hoy, sobre todo, es necesaria y urgente dicha tarea, que ayude a cada cristiano a mantener y desarrollar su fe en la coyuntura de rápidas transformaciones sociales y culturales que la sociedad española está experimentando.

+ Promover la educación en la fe

Hay que potenciar la educación en la fe, impartiendo una formación religiosa a fondo, estableciendo la orgánica concatenación entre la catequesis infantil, juvenil y de adultos y acompañando y promoviendo el crecimiento en la fe del cristiano durante toda la vida. Porque “una minoría de edad” cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada. Por estas razones, la catequesis de jóvenes y adultos debe ayudar a convertir en convicciones profundas y personales los sentimientos y vivencias quizá no suficientemente arraigadas en la niñez. Así halla la tarea

educadora toda su panorámica y amplitud para llevar a todos a la novedad de la vida en Cristo.

La fe cristiana, en efecto, comporta para el creyente una búsqueda y aceptación personal de la verdad, superando la tentación de vivir en la duda sistemática y sabiendo que su fe, “lejos de partir de la nada, de meras ilusiones, de opiniones falibles y de incertidumbre, se funda en la palabra de Dios, que no engaña ni se engaña” (CT, 60). Por ello, la catequesis debe dar también “aquellas certezas, sencillas pero sólidas, que ayudan a buscar cada vez más y mejor el conocimiento del Señor” (CT 60).

Desde ahí ha de abrirse al cristiano la perspectiva nueva que abarque y oriente toda su existencia, ofreciéndole con el programa cristiano “razones para vivir y razones para esperar” (GS,31). En esa línea puede encontrar su puesto de honor, en el momento presente, el educador católico, orientando su esfuerzo hacia una formación integral que dé las respuestas válidas que ofrece la revelación sobre el sentido del hombre, de la historia y del mundo”.

+ La educación en la fe dura toda la vida y tiene momentos peculiares

Aunque la educación en la fe es una tarea que abarca toda la vida, hay momentos del proceso cristiano que necesitan una particular atención, como los de la iniciación cristiana, la adolescencia, elección de estado y otras circunstancias de mayor relieve en la vida personal (...) Son momentos que deberán seguirse con mayor cuidado para hacer oír oportunamente a cada uno la llamada de Dios (cf. Mt.11,28).

+ La formación de los catequistas

Para poder ofrecer esa ayuda eficaz en la educación en la fe es necesario e imprescindible que se forme sólidamente a los catequistas y educadores, dándoles una adecuada preparación bíblica, teológica, antropológica, y que se les enseñe a vivir ante todo ellos mismos esa fe para catequizar a los demás con la palabra y, sobre todo, con la profesión íntegra de la fe, asumida como estilo de vida. (...) Sí, el Evangelio no sólo se transmite, sino que se participa en él. Quién más participa, transmite de manera más madura, y quien más generosamente transmite, más profundamente participa (56b).

*** Catequesis en la Audiencia General: el anuncio del Evangelio (5-XII-1984).**

- Con el acontecimiento de Pentecostés comenzó el tiempo de la Iglesia. Este tiempo de la Iglesia marca también el comienzo de la evangelización

apostólica. (...) El anuncio del Evangelio, según el mandato del Redentor que retornaba al padre (cf. Jn.14,28), está unido a la llamada al Bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad.(...) “Ellos recibieron la gracia y se bautizaron, siendo incorporados a la Iglesia aquel día unas tres mil almas” (Hech.2,41). De este modo nació la Iglesia como sociedad de los bautizados que “perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles y en la unión fraterna y en la fracción del pan y en las oraciones” (Hech.2,42).

El nacimiento de la Iglesia coincide con el comienzo de la evangelización. Puede decirse que éste es simultáneamente el comienzo de la catequesis. De ahora en adelante, cada uno de los discursos de Pedro es no sólo anuncio de la Buena Noticia sobre Jesucristo, y por lo tanto un acto de evangelización, sino también cumplimiento de una función instructiva, que prepara a recibir el Bautismo, es la catequesis bautismal. A su vez, ese “perseverar en oír la enseñanza de los Apóstoles” por parte de la primera comunidad de los bautizados constituye la expresión de la catequesis sistemática de la Iglesia en sus mismos comienzos” (n.2).

- Si la Iglesia también debe en nuestra época “perseverar en oír la enseñanza de los Apóstoles”, es indispensable para ello el incansable anuncio del Evangelio a toda criatura y, a la vez., la catequesis sistemática según las indicaciones del documento “Catechesi tradendae” (n.4).

*** Catequesis en la Audiencia General: la escucha de la palabra de Dios (12-XII-1984)**

- El día de Pentecostés Pedro, al proclamar la verdad sobre Jesús, crucificado y resucitado en virtud del Espíritu Santo, suscitó la fe y preparó para el bautismo a tres mil personas. Este “kerigma” de Pedro puede considerarse también como una primera catequesis -es decir, instrucción-, en particular como la catequesis de preparación para el bautismo. (...) pero simultáneamente se demostró que es condición imprescindible para la fe el anuncio y la escucha de la Palabra de Dios: “...¿cómo van a creer si no oyen hablar de Él”, advierte Pablo (n.1).

La catequesis originariamente significaba “llamar desde arriba” (ex alto) o también “producir eco” (katá= arriba, ekheo=sonar, expresar). De ahí se deriva luego el significado de instruir (cuando la voz del que enseña encuentra eco en la voz del alumno, de manera que la respuesta del alumno es como el eco consciente del maestro). Esta última explicación es importante porque indica que una instrucción, como es la catequesis, no tiene lugar de modo solamente unilateral, como lección, sino también como coloquio, mediante preguntas y respuestas.

Junto con la palabra “catequesis” aparece también la palabra “catecúmeno”, que literalmente quiere decir “el que es instruido” (katekhoúmenos). En este contexto se trata obviamente del hombre “que es instruido en las verdades de la fe y en las leyes de una conducta conforme con ella. San Agustín describe al catecúmeno como aquel que “debe recibir el bautismo”, como aquel que “debe ser iniciado” en la fe y en la conducta cristiana con miras al bautismo” (n.2).

- Al Bautismo (de los adultos) precedía una preparación adecuada, que se prolongaba por un período de tiempo bastante largo: normalmente de dos o tres años. (...) esta preparación consistía, desde el principio, no sólo en la exposición de las verdades de la fe y de los principios de la conducta cristiana, sino también en una introducción gradual de los catecúmenos a la vida de la comunidad eclesial. La catequesis se convertía en la “iniciación”, es decir, en la introducción al “mysterium” del bautismo, y luego al conjunto de la vida sacramental, de la que es cumbre y centro la Eucaristía” (n.3).

- Todo esto testimonia la intensidad y profundidad de la catequesis, que desde los primeros siglos de la Iglesia iba unida, por medio de la institución del catecumenado, a la administración del Bautismo y a la admisión a la Eucaristía y a toda la vida sacramental” (n.4).

*** Catequesis en la Audiencia general: La preparación catequística a la vida sacramental (19-XII-1984).**

- Los compromisos que asumen los padres y padrinos durante el bautismo de un recién nacido, se refieren en primer lugar al tiempo de la infancia y de la adolescencia. De hecho, cuando la catequesis no ha precedido al bautismo, en cuanto introducción al misterio de Cristo, deberá estar mucho más presente en la preparación a los otros sacramentos de la iniciación cristiana (Eucaristía y confirmación), y también en la preparación al sacramento de la penitencia. Pero tampoco los demás sacramentos de la vida cristiana deben excluirse de la labor catequética (catequesis permanente). Sobre todo, en el momento de la elección del estado de vida, no puede faltar una catequesis sobre el sacramento del matrimonio.(...) (n.4).

- La apertura a la catequesis, instaurada por el bautismo, no sólo se proyecta a la catequesis ocasional, sino sobre todo a la catequesis sistemática: a la que los Padres de la Iglesia llamaban “instrucción cristiana”. En ésta no se trata de adquirir la ciencia “de la religión” (en este caso cristiana), sino más bien de profundizar globalmente en los contenidos de la fe, de cuanto está comprendido en la palabra de Dios que revela y es enseñado sistemáticamente

por la Iglesia (magisterio y vida). La catequesis nace de la fe y está al servicio de la fe. Por ello precisamente debe acompañar toda la vida del cristiano, adecuándose a las varias etapas del camino de la vida, a las distintas tareas y obligaciones, a la multiplicidad de situaciones en que va discurriendo dicho camino. (...) Se ha de conseguir que la Palabra de Dios llegue constantemente al hombre y no vuelva vacía (cf. Is.55,11), “sino que resulte siempre fecunda en los varios aspectos de la vida humana” (n.3).

*** Catequesis en la Audiencia general: transmitir a los niños y a los adultos el don integral de la fe (9-I-1985).**

- El Santo Padre comienza esta catequesis recordando que “la catequesis es obra de la Iglesia, que difunde la Buena Noticia en el mundo y trata de reforzar su vida sacramental por medio de un mejor conocimiento del misterio de Cristo”.

- Con la catequesis y todo el conjunto de la obra de la evangelización, la Iglesia sabe que está respondiendo a los problemas esenciales del hombre, que cada uno se plantea o se irá planteando antes o después, a lo largo de su existencia. ¿De dónde viene el hombre? ¿Por qué existe? ¿Qué relaciones tiene con Dios y con el mundo visible? ¿Por qué está sometido al sufrimiento y a la muerte, y cuál es su esperanza?

A estos problemas la catequesis da la respuesta de Dios. Y se propone hacer comprender una doctrina que no es meramente el fruto de investigaciones personales, sino la verdad comunicada a la humanidad mediante la Revelación divina. Por ello, al transmitir la verdad de la salvación, la catequesis se ocupa de hacer manifiestos los interrogantes fundamentales nacidos en el corazón humano y demostrar que Dios ha respondido a través de su revelación con un don de verdad y vida que supera las expectativas más profundas del hombre (cf. ICort.2,6-9). Su tarea consiste en dar certezas basadas en la autoridad de la Revelación (n.1).

- La catequesis lejos de levantar dudas o confusión al considerar los problemas, quiere iluminar la inteligencia y vigorizarla con convicciones sólidas. (...) No se puede entender todo, pero lo que se comprende es suficiente para indicar las verdades fundamentales y el significado de la vida.

- Sin dejar de atender al lado humano de los problemas, la catequesis no se limita a reflexiones de carácter humano ni a las investigaciones de orden filosófico, psicológico o sociológico, ni tampoco al esfuerzo de enunciar meramente los preámbulos de la revelación. La catequesis ha de exponer y lograr que se capte la verdad revelada, que no puede de ninguna manera

reducir o atenuar: procura adaptar su enseñanzas a la capacidad de quienes la reciben, pero no se arroga el derecho de paliar o suprimir una parte de la verdad que el mismo Dios ha querido comunicar a los hombres (n.2, cf. CT. 30).

- El problema de la catequesis es un problema de fe. ¿Quién hubiera pensado en los orígenes de la Iglesia que un reducido número de discípulos de Jesús iba a poder emprender la obra de evangelizar y catequizar a la humanidad entera? Y, sin embargo, así fue. (...) La catequesis cuenta con la potencia de la gracia para transmitir a los niños y adultos el don integral de la fe. Todo catequista tiene el encargo de comunicar el mensaje cristiano entero, y del mismo Cristo recibe la capacidad de cumplir plenamente esta misión” (n.4).

*** Catequesis en la Audiencia general: características de la enseñanza catequística (16-I-1985).**

- Cristo nos ha hecho ver la necesidad de adaptar la catequesis de muchas maneras a los que va dirigida. Nos ha indicado igualmente la índole y límites de dicha adaptación: presentó a sus oyentes toda doctrina para cuya enseñanza había sido enviado y, ante las resistencias de quienes escuchaban, expuso su mensaje con todas las exigencias de fe que comportaba (cf. Jn.6,60-69; 14,26; 16,13) (n.1).

- Siguiendo el ejemplo del único Maestro, que es Jesús, en su catequesis, la Iglesia ha procurado adaptarse a las personas a quienes quería comunicar la luz del Evangelio. (...) Los problemas de la adaptación son muchos y difíciles...y hoy están relacionados con los del desarrollo de los nuevos medios de comunicación social. Al lado de formas sencillas y tradicionales de catequesis, hay lugar para una enseñanza catequística que emplee los medios más modernos de la difusión. (n.2). Por consiguiente, la catequesis no pretende fosilizarse en lo que se hizo anteriormente. (cf. CT 17). Puede decirse que la catequesis, como la Iglesia misma, está siempre en tensión hacia un porvenir mejor que el pasado, porvenir que exige colaboración activa de todos los interesados y apertura atenta a los progresos de la sociedad humana (n.3).

- El Sínodo destacó en especial la necesidad de una enseñanza orgánica y sistemática, no improvisada. Si es verdad que “la repetición rutinaria lleva al estancamiento, al letargo y, en definitiva, a la parálisis”, es preciso reconocer también que la improvisación irreflexiva engendra desconcierto en los catequizados y en sus padres, cuando se trata de los niños, causa

desviaciones de todo tipo, rupturas y finalmente la ruina total de la unidad” (CT 17)

Además del carácter sistemático con programa y objetivo preciso, otras tres características de la enseñanza catequística fueron recordadas al final de los debates del Sínodo.

Debe ser una enseñanza que insista en lo esencial, que “no pretenda abordar todas las cuestiones disputadas ni transformarse en investigación teológica o en exégesis científica; una enseñanza, no obstante, bastante completa, que no se detenga en primer anuncio del misterio cristiano, cual lo tenemos en el Kerigma; una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana” (CT.21).

La voluntad de dar una enseñanza brota espontáneamente de una actitud de fe y amor que se adhiere a toda la revelación y desea comunicarla. El espíritu de fe es esencial a toda catequesis cristiana.

Siendo la catequesis uno de los modos de transmitir la revelación en la Iglesia, no puede menos de estar regulada en sus contenidos y métodos por la estructura propia de dicha transmisión, la cual comporta conexión indisoluble entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio (cf. VD.10) (n.4).

*** Catequesis en la Audiencia General: la enseñanza de la doctrina cristiana (6-III-1985).**

- La Iglesia atribuye una gran importancia a la formación de quienes tienen la tarea de enseñar la verdad revelada. Entre estos se cuentan los Pastores, los sacerdotes... “Figuran también todos los que comparten la misión de enseñar de la Iglesia, en particular los catequistas con dedicación plena y también los “voluntarios”. La formación de los catequistas es un elemento esencial del interés de todos por el crecimiento y vitalidad de la Iglesia. (...) En algunos lugares puede decirse que la Iglesia vive gracias a la obra de los catequistas” (n.1).

- Es de desear que la formación de los catequistas se realice cada vez más en institutos especializados donde reciben la instrucción doctrinal indispensable y la preparación en los métodos pedagógicos. La formación doctrinal es una necesidad fundamental, puesto que la catequesis no puede limitarse a enseñar un mínimo de verdades aprendidas y repetidas nemotécnicamente. (...) no ha de ser mero testigo de la fe; debe comunicar su contenido. (...) Para garantizar una sólida catequesis en el porvenir, es preciso confiar esta obra a catequistas que han adquirido competencia

doctrinal por medio del estudio. (...) El catequista “debe estar capacitado para reaccionar ante lo que ve y oye, y discernir lo que puede ser asumido de lo que debe rechazarse” (n.2)..

- La formación doctrinal debe ser al mismo tiempo una profundización en la fe. La finalidad esencial de la catequesis es la comunicación de la fe, y es ésta la que debe guiar el estudio de la doctrina. Un estudio que ponga en discusión la fe o que introduzca dudas sobre la verdad revelada no puede servir a la catequesis (n.3)..

- La enseñanza de la doctrina cristiana tiene por objetivo la difusión de la fe y no un mero conocimiento de la verdad; tiende a suscitar una adhesión de la inteligencia y del corazón a Cristo y aumentar la comunidad cristiana. Por consiguiente, debe asumirse como una misión de la Iglesia y una misión para la Iglesia. Los catequistas contribuyen a la edificación del Cuerpo místico de Cristo, a su crecimiento en la fe y en la caridad (n.4).

*** Discurso al Congreso de Catequistas Italianos; 25-IV-1988**

Al abordar el tema de la catequesis, el Santo Padre presta atención importante a la figura entrañable y querida del catequista, sin el cual no habría catequesis. Desde estas líneas agradecemos al Papa las palabras que dirige a los catequistas italianos, y en ellos a todos los catequistas del mundo. Ofrecemos a continuación unos fragmentos de este discurso en los que describe la semblanza del catequista de nuestro tiempo:

- El catequista debe adecuar su enseñanza al contexto social en el que viven los catequizandos. No debe reducir su servicio a la Palabra de Dios a formas puramente interiores de adhesión y de culto, sino que ha de abrirse a las grandes cuestiones morales y sociales de nuestro tiempo.

- El catequista debe ser también maestro de humanidad, o sea, ha de estar profundamente atento a la sensibilidad y a los problemas de las personas a las que dirige la catequesis; no ha de contentarse, pues, con dar una bella lección, si ésta no responde a los interrogantes y esperanzas de aquellos a los que va dirigida”.

- Ser catequista de calidad: a esto debe aspirar quien hoy se compromete en esta importante tarea; serlo según las características que la Iglesia auténticamente propone. El catequista debe, ante todo, ser un defensor convencido de las certezas evangélicas“.

- El catequista debe, además, ser un servidor fiel del Evangelio tal como Jesús lo ha confiado a la Iglesia y ésta lo ha asimilado y transmitido a lo largo de una tradición bimilenaria

- Debéis velar por la adecuada preparación doctrinal y humana de los responsables de impartir la catequesis, de modo que enseñen sistemáticamente y en profundidad la totalidad de los misterios de la fe con recto criterio, piedad y competencia. No basta con dar la doctrina, hace falta conseguir que quienes reciban la instrucción religiosa se sientan impulsados a vivir lo que aprenden.

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los Catequistas y Docentes de Religión: 10-XII-2000.**

Juan Bautista, figura del catequista

En el Bautista reconocéis los rasgos fundamentales de vuestro servicio eclesial. Confrontándoos con él, halláis aliento para poner a prueba la misión que la Iglesia os encomienda. (...) Como él, también el catequista está llamado a indicar en Jesús al Mesías esperado, a Cristo. Es su tarea invitar a poner la mirada en Jesús y a seguirlo, pues sólo él es Maestro, Señor, Salvador. Como el precursor, el catequista no debe ponerse en evidencia a sí mismo, sino a Cristo. Todo debe orientarlo hacia éste: hacia su venida, su presencia, su misterio. El Catequista ha de ser voz que lleva la Palabra, amigo que conduce hasta el Esposo. Y sin embargo, como Juan, también él resulta en cierta medida indispensable, porque la experiencia de la fe necesita siempre a un mediador que al mismo tiempo sea testigo (n.2).

Vuestra labor es sumamente necesaria y requiere de vosotros una fidelidad constante a Cristo y a la Iglesia. Y es que todos los fieles tienen el derecho de recibir de quienes, en razón de su cargo o mandato, son responsables de la catequesis y de la predicación, respuestas no ya subjetivas, sino que se correspondan con el magisterio de la Iglesia, con esa fe que desde siempre enseñan con autoridad quienes están constituidos como maestros y que han vivido de forma ejemplar los santos (...) Os corresponde colaborar con los obispos para que el necesario esfuerzo por dar a entender el mensaje a los hombres y mujeres de nuestro tiempo jamás traicione la fe y la continuidad de la doctrina de la fe.

Pero no basta el conocimiento intelectual de Cristo y de su Evangelio. En efecto, creer en Él significa seguirlo. Por ello hemos de seguir las enseñanzas de los Apóstoles, de los confesores de la fe, de los santos y santas...(n.3).

(...) Aun viviendo en una sociedad multiétnica y multirreligiosa, el cristiano no puede dejar de sentir la urgencia del mandato misionero que impulsaba a San Pablo a exclamar: ¡Ay de mí si no evangelizara!” (ICort.9,16). En toda circunstancia (...) hay que proponer con valentía el Evangelio de Cristo, anuncio de felicidad para toda persona de cualquier edad, categoría, cultura y nación (n.4) (56c).

*** Discurso de Juan Pablo II al octavo grupo de obispos de Francia con ocasión de su visita “ad limina” (20-Febrero de 2004).**

“Por lo que concierne a la catequesis para niños y jóvenes, es importante ofrecerles una educación religiosa y moral de calidad, presentando los elementos claros y sólidos de la fe, que lleva a una intensa vida espiritual (...), a una práctica sacramental y a una vida humana digna y hermosa. Para constituir el núcleo sólido de la existencia, la formación catequística debe ir acompañada por una práctica religiosa regular (n.3).

Conviene estar atentos a la formación de los padres y de los catequistas para que puedan llegar al núcleo de la fe que tienen que comunicar. El camino cristiano no puede apoyarse sobre una simple actitud sociológica, ni sobre el conocimiento de algunos rudimentos del mensaje cristiano, que no llevarían a una participación en la vida de la Iglesia. Esto sería signo de que la fe permanece totalmente exterior a las personas “(n.3).

O.- LA MISIÓN

“Sí; en la Iglesia, esencialmente misionera, el Papa se siente el primer misionero y responsable de la acción misionera, como manifesté en mi mensaje desde Manaus, en Brasil. Por eso, porque siento esa singular responsabilidad personal y eclesial. He querido venir a Javier, cuna y santuario del “Apóstol de las nuevas Gentes” y “celestial Patrono de todos los Misioneros y Misioneras y de todas las Misiones y Patrono también de la Obra de la Propagación de la fe.” (57).

Sus numerosos viajes pastorales a todo el mundo, sus visitas pastorales dentro y fuera de Italia, a lo largo de sus 26 años de pontificado, son prueba clara de su preocupación misionera. En su viaje a Bulgaria (año 2002), ya muy enfermo, dijo: “predicaré mientras tenga voz”.

La Evangelización

*** Homilía en Santo Domingo (25-I-1979)**

Juan Pablo II habla del nexo existente entre el anuncio del Evangelio y la promoción humana: “No pueden disociarse el anuncio del Evangelio y la promoción humana; para la Iglesia, aquel no puede confundirse ni agotarse en esta última. Sería cerrar al hombre espacios infinitos que Dios ha abierto. Y sería falsear el significado profundo y completo de la evangelización, que es, ante todo, anuncio de la Buena Nueva de Cristo Salvador”.

*** Homilía en Salvador de Bahía (Brasil); 7-VII-1980).**

“No se diga que la evangelización deberá necesariamente seguir el proceso de humanización. El verdadero apóstol del Evangelio es el que va humanizando y evangelizando al mismo tiempo en la certeza de que quien evangeliza también civiliza”.

*** Discurso a los Obispos de Nigeria, en Visita “Ad limina” (15-XII-1981)**

“La evangelización es la vocación propia de la Iglesia; ella expresa su identidad más profunda, pues resume toda la misión del mismo Jesús”.

*** Encíclica “Slavorum Apostoli” (2-VI-1985)**

Juan Pablo II hace una llamada a la evangelización, presentando un modelo de “inculturación” en el proceso evangelizador actual de Europa y del Occidente. Este modelo nos es ofrecido por los hermanos San Cirilo y San Metodio, que evangelizaron el mundo eslavo (nn.4ss). La característica del método evangelizador de los santos hermanos fue precisamente la de anunciar la única Palabra de Dios expresada en múltiples idiomas; llegaban al corazón del pueblo por medio de la lengua y de la cultura de los evangelizados (J.Esquerda Bifet). Al compartir la suerte de los pueblos eslavos, Cirilo y Metodio supieron “interpretar fielmente las aspiraciones y valores humanos que en ellos subsistían” (n.10).

Los contenidos de esta encíclica son los siguientes:

- Introducción (nn.1-3)
- Referencia biográfica (nn.4-7)
- Heraldos del Evangelio (nn.8-11)
- Implantaron la Iglesia de Dios (nn.12-15)
- Sentido católico de la Iglesia (nn.16-20)
- Evangelio y cultura (nn.21-22)
- Significado e irradiación del milenio cristiano en el mundo eslavo (nn.23-27)

- Conclusión (nn.28-32)

Como podemos ver los grandes temas abordados por el Santo Padre son:

+ La implantación de la Iglesia en tierras eslavas: “Cirilo y Metodio edificaron la Iglesia de modo pacífico, guiados por su visión de la Iglesia una, santa y universal” (n.12). Fijémonos en la catolicidad de la Iglesia.

+ Evangelio y cultura: ”En la obra de evangelización que ellos llevaron a cabo (...) está contenido al mismo tiempo un modelo de lo que hoy lleva el nombre de “inculturación” -encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas- y, a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia. Al encarnarse el Evangelio en la peculiar cultura de los pueblos que evangelizaban, estos santos tuvieron un mérito particular en la formación y desarrollo de aquella misma cultura, o mejor, de muchas culturas.

En efecto, todas las culturas las naciones eslavas deben el propio “comienzo” o desarrollo a la obra de los hermanos de Salónica. Ellos, con la creación, original y genial, de un alfabeto para la lengua eslava, dieron una contribución fundamental a la cultura y a la literatura de todas las naciones eslavas. Además, la traducción de los libros sagrados realizada por Cirilo y Metodio, junto con sus discípulos, confirió capacidad y dignidad cultural a la lengua litúrgica paleoeslava (n.21).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de Brasil (24-VI-1985)**

Juan Pablo II nos recuerda que la evangelización requiere estar en comunión con Jesucristo y con la Iglesia: “Una evangelización auténtica y eficaz (...) no podría realizarse sin estrecha fidelidad a Cristo y a su Iglesia; nunca al margen y menos aún en oposición a Cristo y a la Iglesia, como Cristo la deseó”.

*** Discurso a agentes de Pastoral en Cerdeña (Italia), 19-X-1985)**

El Santo Padre recuerda algo muy importante que no debemos olvidar en la tarea de la evangelización: “La evangelización (...) está ordenada a la santificación de aquellos que son evangelizados. No basta evangelizar. Hace falta santificar. Es necesario ser instrumento y canales de la gracia para la salvación del mundo”.

*** Homilía del Papa en Lodzt (Polonia); 13-VI-1987)**

Juan Pablo II pide a los que evangelizan que pongan de relieve la necesidad de su propia evangelización, ya que la evangelización ha de hacerse por medio de testigos: “Evangelizan al mundo en modo creíble y eficaz solamente aquellos que antes se evangelizan a sí mismos mediante una profundización constante en las verdades de la fe y de la vida, en el amor de Dios y del prójimo”.

*** Encíclica “Redemptoris Missio”, (7-XII-1990).**

* Objetivo de esta Encíclica: relanzar la misión.

Juan Pablo II quiere que esta Encíclica sea un grito fuerte e intenso a favor de la misión que ha de realizar con la fuerza del Espíritu Santo la Iglesia. Por tanto, el objetivo de esta Encíclica no es otro que el relanzamiento de la misión, un compromiso eclesial más unitario y constante por parte de la Iglesia y, especialmente, de las Iglesias jóvenes. El Papa quiere sacar a la Iglesia de una especie de cansancio misionero y comprometerla más en la actividad misionera.

* ¿De dónde brota y surge este grito a favor de la misión?

El Santo Padre descubre los manantiales de donde brota este grito. Por nuestra parte, nos limitamos a mostrarlos de forma breve y sintética.

- Es un grito que nace de la fe: “La misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo, tal como se expresa en la profesión de fe trinitaria” (RM 4). “La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros” (n.11). “La urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos” (n.7). Hermosos textos que contienen una no sólo una enseñanza sino también una llamada interpelante para todos nosotros. No podemos quedarnos dormidos e indiferentes ante la misión.

- Es un grito que nace de la situación actual: “la misión específica “ad gentes” parece que se va parando (...) Dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo. En efecto, en la historia de la Iglesia, este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad., así como su disminución es signo de una crisis de fe” (n.2; cf. nn 35-36). Por eso, el Papa quiere disipar dudas y ambigüedades sobre la misión “ad gentes” (n.2).

- Un grito que nace de las urgencias misioneras del mundo actual. La Encíclica, nacida de la fe cristiana e insertada en el hoy de la Iglesia, se siente provocada por las necesidades misioneras del mundo. El mandato misionero resulta urgente por la situación de la humanidad (n.3). Las dificultades mismas no deben desalentarnos, sino que deben aumentar la creatividad y generosidad de los misioneros, de las comunidades cristianas y de la Iglesia. La misión “ad gentes” es el gran desafío para toda la Iglesia (n.35, 40, 30). El Santo Padre, mirando las necesidades y las realizaciones llevadas a cabo, frente al mundo que es la viña del Señor, exclama: “La actividad misionera está aún en los comienzos” (n.30).

- Un grito dirigido a toda la Iglesia y al mundo. La Encíclica no quiere ser un grito en el desierto o una lamentación desesperada. El Papa quiere que el grito sea acogido y se haga compromiso en todos. Este grito está dirigido ante todo a la Iglesia en su conjunto (nn.3; 11;49), a todas las Iglesias locales y en particular a las Iglesias jóvenes (nn.2; 39;49; 83; 91). Este grito está dirigido ante todo a los Obispos (nn.63; 76); a todos los grupos eclesiales (27;53).

“No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios (n.86). Como Pedro y Juan ante el Sinedrio, el Papa grita: “No podemos menos de hablar” (n.11). A este grito está unido el otro lanzado por el Papa: “¡Abrid las puertas a Cristo!” (n.3,39;47). La respuesta toca ahora a toda la Iglesia, a todos nosotros, a ti también.. La actividad misionera es responsabilidad de todos y de cada uno. Depende de cada uno. Nadie debe quedarse ocioso o indiferente ante la llamada que nos hace Jesucristo a ser misioneros, evangelizadores, catequistas... No nos hagamos sordos ante la llamada e invitación misionera del Señor.

* Temas que aborda la Encíclica

Esta Encíclica, Juan Pablo II aborda y estudia temas de vital importancia y actualidad que los presenta en diversos capítulos:

- Jesucristo, como único Salvador (cap.I);
- El Reino de Dios (cap.II);
- La acción del Espíritu Santo (cap. III).
- Las nuevas situaciones de la misión (cap. IV)
- Los caminos nuevos de la misión (cap. V),
- Los agentes responsables (cap.VI),
- La cooperación concreta (cap. VII) y
- La espiritualidad misionera (cap. VIII).

Juan Pablo II aclara además conceptos teológicos que necesitaban ser discernidos: la salvación, la naturaleza misionera de la Iglesia, la inculturación, los valores evangélicos, el diálogo, el desarrollo... siempre en relación a la misión encargada por Cristo a su Iglesia.

* Espiritualidad misionera.

El Santo Padre llama en esta Encíclica a los misioneros y a toda la comunidad eclesial a una vida espiritual y santa para poder presentar ante el mundo el testimonio de las bienaventuranzas y la propia experiencia de Dios (n.1, 3, 11, 42, 87-91). “Toda la Iglesia es invitada a vivir más profundamente el misterio de Cristo, reuniéndose en el Cenáculo, “con María y como María”, para recibir nuevas gracias del Espíritu Santo y poder responder a los grandes desafíos de la evangelización actual (n.92).

* Enseñanzas básicas de la encíclica

Ponemos de relieve algunas afirmaciones importantes de esta Encíclica:

- El mandato misionero de Jesucristo. El Papa recuerda y pone de relieve el mandato misionero que Jesucristo confió a la Iglesia (nn.1, 11, 22), y que sigue siendo válido hoy y siempre. “El mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza el corazón mismo de Iglesia” (n.61). La misión de la iglesia apunta al hombre concreto redimido por Cristo. Las “semillas del Verbo” y la “preparación evangélica” (que se encuentran en varios pueblos y culturas) tienen que llegar necesariamente al encuentro explícito con Cristo.

- “La misión de Cristo Redentor confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en sus comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio. Es el Espíritu Santo quien impulsa a anunciar las grandes obras de Dios (cf. ICort.9,16)” (n.1). Por eso, el Papa afirma al final del documento: “la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios” (n.86). “Una de las finalidades más importantes de la misión es reunir al pueblo en la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y en la eucaristía” (n.26c). “La misión aun antes de ser acción, es testimonio e irradiación” (n.26f).

- Todos estamos llamados a participar en la misión. Todos los miembros de la Iglesia han de participar en la misión de la Iglesia. En este sentido el Papa constata que “se está afianzando una conciencia nueva: la misión atañe a todos los cristianos” (RM 2). Nadie debe permanecer ocioso ni pasivo ante la misión evangelizadora. “Todos los creyentes en Cristo deben sentir, como parte integrante de su fe, la solicitud apostólica de transmitir a otros su alegría y su luz” ya que “por el bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera” (RM 77).

Ahora bien, teniendo en cuenta que Jesucristo y el Espíritu Santo son los verdaderos protagonistas de la misión, los cristianos somos solamente humildes cooperadores, colaboradores y servidores de ellos (cf. RM 36).

- Jesucristo y la misión. Si en la “Catechesi Tradendae”, Juan Pablo II habla del cristocentrismo en la Catequesis, en la “Redemptoris Missio” afirma: “La mediación única y universal” de Cristo. Recordemos sus palabras: “Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres...Por tanto, los hombres no pueden entrar en comunión con Dios más que por medio de Cristo, bajo la acción del Espíritu. Esta mediación suya única y universal, lejos de ser un obstáculo para el camino hacia Dios, es el camino establecido por Dios mismo; y Cristo tiene plena conciencia de ello” (n.5).

Jesucristo está en el inicio de la misión de modo que no puede comprenderse la misión si no es con referencia Cristo, en cuanto enviado a predicar (RM 88).

Jesucristo está en el fin último de la misión: “Fin último de la misión es hacer partícipes de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo: los discípulos deben vivir la unidad entre sí, permaneciendo en el Padre y en el Hijo, para que el mundo conozca y crea (cf. Jn.27, 21-23). Es éste un significativo texto misionero que nos hace entender que se es misionero ante todo por lo que se es, en cuanto Iglesia que vive profundamente la unidad en el amor; antes de serlo por lo que se dice o se hace” (n. 23).

Jesucristo en el don que aporta la misión. Juan Pablo II insiste en la necesidad de la proclamación explícita de Jesús (RM 11). Por lo cual es muy importante tener pura y clara la fe en Jesucristo, como la profesa la Iglesia: “Jesús es el Verbo encarnado, una sola personas..., no se puede separar Jesús de Cristo, ni hablar de un Jesús de la historia que sería distinto del Cristo de la fe. La Iglesia conoce y confiesa a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre para la salvación de todos....Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que confiere un significado absoluto y universal....Si es lícito y vital considerar los diversos aspectos del misterio de Cristo, no se debe perder

nunca de vista su unidad” (RM 6). Cristo no sólo ha anunciado el reino, sino que además, “en Él, el Reino mismo se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento” (RM 18). “Los dos anuncios (el del reino y el de Jesús) se completan e iluminan mutuamente” (RM 16).

- La misión “ad gentes”. El Santo Padre nos recuerda que “hay que precaverse contra el riesgo de igualar situaciones muy distintas y de reducir, si no hacer desaparecer, la misión y los misioneros “ad gentes”. Angelo Amato escribe en este sentido: “La encíclica se opone sobre todo a las posiciones “pluralistas” y “relativistas”, que intentan atribuir el mismo potencial y valor salvífico a todas las mediaciones religiosas, sin reconocer la plusvalía, soteriológicamente fontal, del acontecimiento Cristo” (58).

Afirmar que toda la Iglesia es misionera no excluye que haya una específica misión “ad gentes” (n.32). La misión “ad gentes” se dirige “a pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos o donde faltan comunidades cristianas suficientemente maduras como para poder encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos” (n.33). En este sentido podemos distinguir entre misión “ad gentes”, la acción pastoral ordinaria y la nueva evangelización de las comunidades ya cristianas (n.33).

Las tres tareas de la misión “ad gentes”. Juan Pablo II presenta estas tres tareas así: “anuncio de Jesucristo y de su Evangelio, construcción de la Iglesia Local y promoción de los valores del Reino” (n.34). Estas tres tareas se condicionan mutuamente.

Recordemos algunos textos en los que habló el Papa sobre cada una:

+ El anuncio de Jesucristo: en continuidad con las enseñanzas de Pablo VI en la “*Evangelii Nuntiandi*”: “No hay verdadera evangelización si no se anuncia la persona, el misterio...de Jesucristo”, Juan Pablo II afirma que “la Iglesia no puede sustraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la Buena Nueva de que son amados y salvados por Dios” (n. 44). La Iglesia ha sido enviada “para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos” (b.31).

+ La plantación de la Iglesia. Juan Pablo II habla de la plantación de la Iglesia en su Encíclica “*Slavorum Apostoli*” diciendo: “Implantaron la Iglesia de modo pacífico, guiados por su visión de Iglesia una, santa y universal” (n.12). La “*Redemptoris Missio*” desarrolla la gran tarea de la construcción de la Iglesia Local, consiguiente al anuncio (n.34)

+ La promoción de los valores (o de los bienes) del Reino. Recordemos las enseñanzas del Papa: “La Iglesia además sirve al Reino difundiendo en el mundo los valores evangélicos que son expresión de ese Reino y ayudan a los hombres a escoger el designio de Dios...la Iglesia contribuye a este itinerario de conversión al proyecto de Dios con su testimonio y actividad, como son el diálogo, la promoción humana, el compromiso por la justicia y la paz, la educación, el compromiso por la justicia y la paz, la educación, el cuidado de los enfermos, la asistencia a los pobres y a los pequeños salvaguardando siempre la prioridad de las realidades trascendentes y espirituales que son premisas de la salvación escatológica” (n 20).

La Iglesia misionera está comprometida en la ayuda de los pobres, en la liberación de los oprimidos, en la promoción del desarrollo, en la defensa de los derechos humanos, etc., “pero su cometido primario es otro: los pobres tienen hambre de Dios y no sólo de pan y libertad; la actividad misionera, ante todo, ha de testimoniar y anunciar la salvación en Cristo, fundando las Iglesias locales que son luego instrumento de liberación en todos los sentidos” (n.83).

En este sentido debemos tener en cuenta que Juan Pablo II valora mucho la acción sanitaria como actividad misionera (nn.20, 58 y 60), al igual que la obra escolar (n.58) como elemento importante en el itinerario de conversión al proyecto de Dios (n.20), como servicio a los pobres (n.60) y como ámbito donde los fieles laicos pueden colaborar en la obra misionera (n.71).

+ Los derechos humanos, la paz, la solidaridad

Juan Pablo II defendió siempre y en todas partes la dignidad de todo ser humano y se alegró al ver y comprobar que la paz y la justicia, la fraternidad y la atención a los necesitados, el respeto a la dignidad humana, la superación de racismos entre los hombres, los pueblos y las naciones, así como el respeto de la mujer crecían en y se afianzaban entre los pueblos y naciones. (nn.3 y 86). “La verdadera comunidad cristiana se compromete también a distribuir los bienes para que no haya indigentes y todos puedan tener acceso a los bienes según su necesidad” (26e).

+ La inculturación. Juan Pablo II abordó también este tema de tanta importancia en la misión “ad gentes”, ya que era necesario alcanzar “una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos” (n.2), por estar la Iglesia comprometida en el proceso de la inculturación (n.52). La inculturación presupone “la íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el Cristianismo y la radicación del Cristianismo en las diversas culturas” (n.,52).

Los fundamentos de la inculturación son los siguientes:

El misterio de la encarnación del Hijo, considerado en su globalidad: Dios se hace uno de nosotros en todo igual menos en el pecado, y asume toda la realidad humana para purificarla, transformarla y liberarla. He ahí el marco de fondo de la inculturación. “La encarnación humana del Hijo de Dios, es también una encarnación cultural” (Juan Pablo II: discurso en la Universidad de Coimbra, 1988).

El misterio de la cruz nos indica, a su vez, el camino que hay que seguir en el proceso de la inculturación. Un camino de anonadamiento, de despojo, porque sin pasión y sin cruz no hay salvación. Sólo desde la cruz se puede discernir entre lo que es un valor y los que es un antivalor.

El misterio pascual nos señala la función transformadora del Evangelio en una determinada cultura. Las culturas, al encontrarse con Cristo, no pueden continuar como antes, sino que se deben transformar y renacer.

El misterio de Pentecostés indica el resultado y el fruto de todo el proceso, es decir, la comunión universal dentro del respeto a las diversidades, la unidad en la diversidad.

*** Discurso a los Obispos de Polonia, en Visita ad Limina” (15-I-1993)**

Juan Pablo II estuvo cerca, conoció y se solidarizó con el mundo de los empobrecidos. No es de extrañar que afirme: “la solicitud pastoral para con los pobres y los necesitados ocupa un lugar importante en el proceso de evangelización. “Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia” (SRS 42). El Salvador mismo nos dio ejemplo de ello, dedicando especial atención precisamente a los pobres: “los pobres del Señor”.

*** Catequesis en la Audiencia General (5-V-1993).**

Juan Pablo II recuerda que la predicación no debe desinteresarse de los sacramentos: “Todo intento de reducir el ministerio sacerdotal a la mera predicación, a la enseñanza, pasaría por alto un aspecto fundamental de este ministerio”. A este respecto el Santo Padre cita el Sínodo de los Obispos de 1971 que afirma: “los sacramentos se celebran juntamente con la proclamación de la palabra de Dios y de esta manera desarrollan la fe, corroborándola con la gracia. Por lo tanto no se pueden menospreciar los

sacramentos, ya que por medio de ellos la palabra consigue su efecto más pleno, es decir, la comunión del misterio de Cristo”(...) “Una separación entre la evangelización y la celebración de los sacramentos dividiría el corazón mismo de la Iglesia hasta poner en peligro la fe”.

*** Homilía de Juan Pablo II en la parroquia romana de San Bernardino de Siena (17-IV-1994).**

- Evocación de la Iglesia de África

“En estos días participo durante muchas horas en el Sínodo africano. Los obispos de toda África están presentes en Roma para estudiar, debatir, profundizar los problemas de la Iglesia en su continente. Esta Iglesia es una de las más antiguas, una de aquellas Iglesias apostólicas, si se considera, sobre todo, Etiopía. Pero es también muy joven, tiene menos de cien años en gran parte del continente. Es una Iglesia joven y robusta, llena de esperanza, de dinamismo. Una vez, ciertamente, fue fundada por misioneros europeos, por italianos, franceses, alemanes, polacos y muchos más. También hoy existen diversos misioneros. Pero ahora esta Iglesia se prepara para ser ella misma misionera, acaso respecto a nosotros. Si a nosotros nos faltaran las fuerzas, sería la Iglesia de África la que vendría en nuestra ayuda”.

- Invitación a los feligreses de esta parroquia

“Os deseo, querídisimos, que crezcáis en esta fe. De esta fe ha surgido la Iglesia, la parroquia de San Bernardino de Siena. De esta fe ha surgido también la parroquia vecina que he visitado esta mañana, dedicada a Santa María Madre de la Hospitalidad. Gracias a Dios han surgido estas parroquias aquí en la periferia de Roma. (...)”

“En medio de vosotros está la Eucaristía, en medio de vosotros está el Obispo de Roma, en medio de vosotros está el sacerdote, que es vuestro vecino, vuestro hermano. Está aquí también para confesaros. Me decía que confiesa mucho, va siempre un día a la semana a la otra parroquia y confiesa desde las nueve de la mañana a las diez de la noche”.

*** Homilía de Juan Pablo II en Nairobi (Kenia); 19-IX-1995)**

El Santo Padre invita a los padres cristianos, de manera especial a las madres cristianas, a transmitir a sus hijos la fe y la moral cristianas, evitando así que se interrumpa la transmisión del kerigma en la familia: “Caná de Galilea nos enseña que la familia es el primer lugar de evangelización. Nos enseña que, aunque ambos padres son responsables de todo lo que concierne a

la familia, la madre es generalmente la primera evangelizadora. Fue María quien declaró: “Haced lo que Él os diga” (Jn.2,5). La experiencia muestra que a menudo las madres cristianas son las primeras en unir las manos de sus hijos en oración y orar con ellos. Las madres enseñan a sus hijos a distinguir el bien del mal; les enseñan los mandamientos de Dios (...) El papel educativo de la familia nunca es fácil, pero es siempre una actividad humana sublime y noble”.

*** Discurso a los Obispos en países de misión”, 12-10-1995).**

Uno de los problemas importantes que tiene la Iglesia es la inculturación del Evangelio. Por eso el Santo Padre manifiesta: “No puedo menos de mencionar la importancia de la difícil y delicada tarea de la inculturación, tarea necesaria para que el Evangelio pueda arraigar en los diversos lugares donde ejercéis vuestro ministerio. Esta prioridad urgente plantea un gran desafío para la evangelización: la transformación de las culturas, purificándolas a la luz que irradia el misterio pascual (...) Para ser auténtica, la inculturación debe respetar siempre la plenitud del depósito recibido de la fe y realizarse en comunión con todas las Iglesias, especialmente con la Sede de Pedro, que “preside la comunión universal de la caridad”.

*** Discurso a los Obispos de la India, en Visita ad Limina en Roma (25-XI-1995).**

“La buena nueva de la redención debe encarnarse en las diversas culturas de vuestro vasto subcontinente, para que todos los pueblos alaben a Dios en su propia lengua. La inculturación genuina sólo se realiza plenamente donde el centro de una cultura se ilumina y se fortalece mediante las verdades y los valores de la revelación, y donde la gente responde a la llamada a la santidad, conformándose con Cristo, sabiduría eterna que transforma todos los ámbitos de la vida, incluyendo nuestra herencia cultural y social”.

La Nueva Evangelización.

Pablo VI en “Evangelii Nuntiandi” manifiesta que los países de la vieja cristiandad están tan descristianizados que es necesario proponer de nuevo el primer anuncio a muchos bautizados, que viven al margen de la fe y de la Iglesia (n.52).

Desde esta constatación y reflexión, Juan Pablo II ha llamado a realizar “una nueva evangelización” que es el programa pastoral de su pontificado.

Veamos, a grandes rasgos, cuál fue la génesis y desarrollo de la “nueva evangelización”.

El Santo Padre utiliza el término de “Nueva Evangelización” en la homilía que pronunció el día 9 de junio de 1979, en el Santuario de la Santa Cruz de Mogila (Polonia): “Donde se levanta la cruz, está la señal de que se ha iniciado la evangelización. La nueva cruz de madera ha surgido no lejos de aquí, exactamente durante la ceebarción del milenario. Con ella hemos recibido una señal: que el umbral del nuevo milenio -en esta nueva época, en las nuevas condiciones de vida- vuelve a ser anunciado el evangelio. Se ha dado comienzo a una nueva evangelización, como si se tratase de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo. La cruz está elevada sobre el mundo que avanza. Agradecemos hoy, ante la cruz de Mogila, este nuevo comienzo de evangelización, que aquí se ha efectuado” (Osservatore Romano (24-VI-1979; 6). Y afirma también el Santo Padre: “ la evangelización del nuevo milenio debe fundarse en la doctrina del Concilio Vaticano II. Debe ser, como enseña el mismo Concilio, tarea común de los obispos, de los sacerdotes, de los religiosos y seculares, obra de los pobres y de los jóvenes” (OR.24 -1979, 8).

El Papa hace la convocatoria más significativa a realizar la Nueva Evangelización en Puerto Príncipe (Haití). El día 9 de marzo de 1983, dirigiéndose a los Obispos que asitían a la XIX Asamblea del CELAM. Es una llamada del Papa a comprometerse a llevar a cabo no una reevangelización, sino una evangelización nueva: “La conmemoración del medio milenio de la evangelización (en 1992) tendrá una significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión” (Osservatore Romano, 20-III-1983, 24).

Un año después, en 1984, en Santo Domingo, el Papa pronunció un discurso de carácter programático sobre la “nueva evangelización”, que parece aplicable a toda la Iglesia y con una perspectiva global. En su discurso de saludo en el aeropuerto dice: “éste es el objetivo sobre el que la Iglesia quiere reflexionar con nueva intensidad en la novena de años que vengo a iniciar. Para poder ofrecer al hombre latinoamericano actual una nueva luz de Cristo, que ayude a transformar desde dentro a los hombres, las estructuras, la sociedad de hoy. Que ayude a implantar una civilización nueva fundada no en el odio o las luchas, sino en el amor (...) El próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización nos convoca, pues, a una nueva evangelización de América latina, que despliegue con más vigor un potencial de santidad, una gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y de comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno

de América Latina, un gran futuro de esperanza. Éste tiene un nombre: la civilización del amor. Este nombre, que ya indicara Pablo VI, nombre al que yo mismo he aludido repetidamente y que recogiera el mensaje de los Obispos latinoamericanos en Puebla, es una enorme tarea y responsabilidad.” (OR 21-X-1984, 14).

Juan Pablo II insistió en la “nueva evangelización” en otras visitas pastorales en América Latina: en Perú (1985), en Viedma (Argentina, 1987), en Sucre (Bolivia, 1988), en Salto (Uruguay, 1988). En esta última ciudad, el Papa afirma, entre otras cosas, lo siguiente: “la santidad y la coherencia con de la vida cristiana son como la clave del “nuevo ardor evangelizador”; la participación de todos los miembros de la Iglesia es como condición para “los nuevos métodos de la evangelización”; la evangelización será “nueva en su expresión” si los evangelizadores están atentos a la Palabra del Señor que les habla a través de los acontecimientos. Además Juan Pablo II recuerda que “la preocupación por el pan para el hombre acompaña siempre a la evangelización...La nueva evangelización, impulsada por el mandamiento del amor, hará brotar la deseada promoción de la justicia y el desarrollo en un sentido más pleno, así como la justa distribución de las riquezas y el respeto a la dignidad de la persona, como imperativo ineludible” (OR, 15-5-1988, 8-9).

Juan Pablo II promovió también “la Nueva Evangelización” en Europa. Veamos algunos hechos.

En el IV Simposio de los Obispos de Europa afirmó: “Para Europa existe el problema que en la *Evangelii Nuntiandi* se ha definido como “autoevangelización”...La Europa católica y cristiana tiene necesidad de esa evangelización. Debe evangelizarse a sí misma. Quizá en ningún otro lugar como en nuestro Continente se delinean con tanta limpidez las corrientes de la negación de la religión, las corrientes de la “muerte de Dios”, de la secularización programada, del ateísmo militante organizado...Es posible examinar todo esto según criterios histórico-sociales. Pero el Concilio nos ha indicado otro criterio: el criterio de los “signos de los tiempos”, y esto es un desafío especial de la Providencia” (OR, 24-VI-1979; 8).

Discurso de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal Belga: “Líneas pastorales para una nueva evangelización” (mayo, 1985). Afirma que ha llegado la hora de poner en marcha la segunda evangelización para Europa, y señala los retos más importantes y urgentes que presenta la sociedad europea: la secularización, el laicismo, el desprecio de las instituciones religiosas, el indiferentismo religioso, el ateísmo...Afirma también que es necesario “rehacer el tejido cristiano de la sociedad”.

Se pretendía poner en movimiento todas las energías de la Iglesia para hacer realidad un proceso de evangelización de la humanidad que se

consideraba muy necesario. La nueva evangelización ha sido referida después a Europa e incluso a otros Continentes, ya que todos están necesitados de ella. En la “Redemptoris missio”, el Papa hace referencia a ella en doce ocasiones.

Invitación del Papa a estudiar lo que es la Nueva Evangelización

“Hay que estudiar a fondo en qué consiste esta nueva evangelización, ver su alcance, su contenido doctrinal e implicaciones pastorales; determinar los métodos más apropiados para los tiempos en que vivimos; buscar una expresión que la acerque más a la vida y a las necesidades de los hombres de hoy, sin que por ello pierda nada de su autenticidad y fidelidad a la doctrina de Jesús y a la tradición de la Iglesia” (59).

Hay diferencia entre misión “ad gentes” y nueva evangelización: “no parece justo equiparar la situación de un pueblo que no ha conocido nunca a Jesucristo con la de otro que lo ha conocido, lo ha aceptado y después lo ha rechazado, aunque haya seguido viviendo en una cultura que ha asimilado en gran parte los principios y valores evangélicos. Con respecto a la fe son dos situaciones sustancialmente distintas” (RM 37^a).

Necesidad y motivos de la Nueva Evangelización:

El Santo Padre, ante el debilitamiento del impulso evangelizador y en una situación histórica y cultural en crisis, convoca a la Iglesia a una nueva evangelización. Meditemos las palabras del Santo Padre que ofrecemos a continuación:

“A las profundas transformaciones culturales, políticas y ético-espirituales, que han terminado por dar una configuración nueva al entramado de la sociedad europea, debe corresponder una nueva calidad de evangelización que ha de proponer de modo convincente al hombre de hoy el mensaje perenne de la salvación” (60).

“El continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo inspiran y sostienen una vida vivida como si Dios no existiese..., Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda” (60a).

“Las nuevas situaciones están reclamando una renovada acción evangelizadora que estimule actitudes cristianas de mayor autenticidad personal y social; en la que participen todos los miembros de las comunidades eclesiales: sacerdotes, religiosos y religiosas, seglares; que cuente con la

presencia de los laicos en las realidades temporales de la sociedad democrática” (61).

La exigencia de poner en marcha una nueva evangelización adquiere una urgencia especial en los países de Europa y de América ya que en ellos se está produciendo un proceso intenso de secularización y de indiferencia religiosa. No vale cerrar los ojos para no ver la realidad. Hay que estar vigilantes para responder a esta realidad con generosidad e inteligencia, siempre apoyados en la gracia divina sin la que nada podemos hacer.

Para clarificar las cosas, es bueno y conveniente afirmar que la misión evangelizadora de la Iglesia, que da unidad a toda la acción eclesial, se diversifica en actividades distintas según los destinatarios, las circunstancias, las situaciones o el modo de presencia de la Iglesia:

+ La acción pastoral se dirige a los ya cristianos. Es la que se realiza en las comunidades cristianas y que debemos intensificar cada día más.

+ La nueva evangelización se orienta a los que ya “no son cristianos”. A ella, el Santo Padre nos convoca a todos pidiéndonos que pongamos en marcha todo lo mejor que tengamos en medios, personas.

+ La misión “ad gentes” se dirige a los que todavía no son cristianos y “tiene ante sí una tarea inmensa que de ningún modo está en vías de extinción. Al contrario, bien sea bajo el punto de vista numérico por el aumento demográfico o bien bajo el punto de vista socio-cultural por el surgir de nuevas relaciones, comunicaciones y cambios de situaciones, parece destinada hacia horizontes todavía más amplios” (61a).

Aproximación a la naturaleza de la nueva evangelización

- Lo que no es la Nueva Evangelización

“La nueva evangelización no tiene nada que ver con lo que diversas publicaciones han insinuado, hablando de restauración, o lanzando la palabra proselitismo en tono de acusación, o echando mano de conceptos como pluralismo y tolerancia, entendidos unilateral y tendenciosamente. Una lectura profunda de la Declaración conciliar “Dignitatis humanae” sobre la libertad religiosa ayudaría a esclarecer tales problemas, y también a disipar los temores que se intenta despertar, quizá con el fin de arrancar a la Iglesia el coraje y el empuje para acometer su misión evangelizadora. Y esa misión pertenece a la esencia de la Iglesia”.

“La nueva evangelización no consiste en un “nuevo evangelio” que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura o de nuestro análisis sobre las necesidades del hombre. Por eso, no sería “evangelio” sino pura invención humana y la salvación no se encontraría en él. No consiste en retirar del evangelio aquello que parece difícilmente asimilable. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo es la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la nueva evangelización no nace del deseo de agradar a los hombres o de procurar su favor (cf. Gál.1,10) (62).

- Lo que sí es la Nueva Evangelización

“Se trata, dice el Papa, de una “nueva” evangelización para proclamar el Evangelio de siempre, pero de una forma nueva. Es “nueva” porque el ambiente y social y cultural en que viven los hombres a quienes hay que evangelizar exige muchas veces una “nueva síntesis” entre fe y vida, fe y cultura. En efecto, muchos cristianos viven hoy en medio del indiferentismo, del secularismo y de difundidas actitudes de ateísmo práctico. A esto se une una concepción materialista de la vida y una permisividad moral” (Discurso a los obispos de las provincias eclesiásticas de Burgos, Zaragoza y Pamplona; en Visita ad Limina” (7-X-1991).

Núcleos esenciales

Los núcleos esenciales la nueva evangelización son: el anuncio del misterio de Jesucristo y la comunión vital con él, la búsqueda de síntesis entre fe y vida, la creación de comunidades cristianas vivas y responsables, la defensa de la justicia y la opción por los más pobres.

+ El anuncio explícito de Jesucristo

La novedad no afecta al contenido del mensaje evangélico, que es inmutable, pues Cristo es “el mismo ayer, hoy y siempre”. Jesucristo ha de ser predicado en plena fidelidad y pureza, tal como ha sido custodiado y transmitido por la Tradición de la Iglesia: “no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (63). Por eso, las cristologías reductivas, de las que en diversas ocasiones he señalado sus desviaciones (64), no pueden aceptarse como instrumentos de la nueva evangelización. “Evangelizar quiere decir proclamar la Buena Nueva de la salvación, anunciar a Jesucristo, que es el Evangelio de Dios” (65).

+ “¡Dios ama al hombre; Dios te ama!”

Este es el corazón y la entraña esencial de la nueva evangelización: “¡El hombre es amado por Dios! Éste es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: “¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,6) (66).

+ La denuncia de las injusticias

La evangelización no puede silenciar aquello que envilece al ser humano. Recordemos una vez más las enseñanzas de Juan Pablo II: “Al ejercicio de este ministerio de evangelización en el campo social, que es un aspecto de la función profética de la Iglesia, corresponde también la denuncia de los males y de las injusticias. Pero conviene aclarar que el anuncio es siempre más importante que la denuncia, y que ésta no puede prescindir de aquél, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta” (67).

La evangelización comporta también el anuncio y la propuesta moral como enseña Juan Pablo II (67a).

+ Evangelización y promoción humana

Siempre ha sido un tema importante en la reflexión teológica la relación existente entre la evangelización y la promoción humana. Y todos conocemos que se han dado respuestas distintas y, a veces, opuestas, a este tema, según las sensibilidades, los criterios...de cada uno.

Por eso agradecemos las palabras de Juan Pablo II que dice a este respecto:

* “Puesto que la Iglesia es consciente de que el hombre -...concreto e histórico - “es el primer camino que ella debe recorrer en el cumplimiento de su misión” (RH 14), la promoción humana ha de ser consecuencia lógica de la evangelización, la cual tiende a la liberación integral de la persona” (cf. EN 29-29).

* “La preocupación por lo social “forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia” (SRS 41) y es también “parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador” (CA 5; cf. GS 43 y 45).

* “La genuina promoción humana ha de respetar siempre la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, los derechos de Dios y los derechos del hombre” (67b)

¿Quiénes han de hacer realidad la Nueva Evangelización?

Nadie debe permanecer indiferente ante la misión de la Iglesia. Cada cristiano ha de ponerse a evangelizar con el don o carisma que haya recibido del Espíritu Santo y siempre en comunión eclesial. El cristiano no debe avergonzarse ni de decir que es cristiano ni de actuar conforme al evangelio ni de comportarse como verdadero discípulo de Jesucristo.

Una llamada especial a los padres cristianos para que cumplan su deber y derecho de educar a sus hijos en los valores humanos y religiosos, en la fe y en la moral cristiana. Ayudad a vuestros hijos en el camino de la fe y de la vida cristiana. Iniciadlos en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Que en las familias cristianas nunca se interrumpa la transmisión del kerigma cristiano de padres a hijos. “Al hacerse padres, los esposos reciben de Dios el don de una nueva responsabilidad. Su amor paterno está llamado a ser para los hijos el signo visible del mismo amor de Dios, “del que proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra” (67c).

Juan Pablo II insiste en la necesidad de que los fieles laicos participen activamente en la nueva evangelización: “La nueva evangelización necesita también de un laicado adulto y responsable. En la misión evangelizadora, los laicos “tienen un puesto original e irremplazable: por medio de ellos la Iglesia de Cristo está presente en los más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y de amor” (ChFL 17). (...) Animo a todos los fieles laicos de España a superar toda tentación inhibicionista y a asumir con decisión y valentía su propia responsabilidad de hacer presente y operante la luz del evangelio en el mundo profesional, social, económico, cultural y político, aportando a la convivencia social unos valores que, precisamente por ser genuinamente cristianos, son verdadera y radicalmente humanos” (68).

¿Cómo ha de realizarse la Nueva Evangelización?

La Nueva Evangelización ha de ser realizada “con nuevo ardor, con nuevas expresiones, con nuevos métodos”, con el fervor de los santos, de “tú a tú”, en comunión eclesial, con palabras no sólo audibles sino también visibles, con el ardor del Espíritu Santo, por medio de testigos ya que “el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y los hechos que en las teorías” (69).

“Una evangelización nueva en su ardor supone una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recia fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística, un incontenible entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. En lenguaje neotestamentario es la “parresía” que inflama el corazón del apóstol.

Los nuevos tiempos exigen que el mensaje cristiano llegue al hombre de hoy mediante “nuevos métodos” de apostolado, y que se exprese en “lenguaje y formas accesibles al hombre” latinoamericano (europeo, africano...), necesitado de Cristo y sediento del Evangelio” (70).

La Misión “ad gentes”

+ Los Sínodos y las Exhortaciones Apostólicas continentales

* África

- El Sínodo se celebró en 1994, y abordó los temas: la transmisión de los valores del Evangelio desde el diálogo y el respeto a otras culturas, la inculturación de la fe, la promoción de la mujer, el diálogo con las otras religiones y el diálogo ecuménico.

- La Exhortación Apostólica: “La Iglesia en África” (14-IX-1995). Es una Exhortación “sobre la Iglesia en África y su misión evangelizadora hacia el año 2000”. “La exhortación apostólica postsinodal es un ejemplo muy claro de esperanza contra toda esperanza porque Dios está con su pueblo. La exhortación no es ciertamente ciega ante la realidad concreta del gran sufrimiento del continente africano. Las causas del sufrimiento son descritas de un modo realista, pero siempre con una actitud positiva que ofrece razones de esperanza” (70a).

* América

- El Sínodo se celebró a finales de 1977. Juan Pablo II, consciente de las realidades distintas del sur con el centro y el norte, propuso que la Iglesia, “sin perder la originalidad de cada región” caminara de la mano, hacia un destino común. Éste no sería otro que la erradicación de la pobreza y las desigualdades. La situación de los pobres centró las reuniones del Sínodo. “El clamor de los pobres se ha dejado sentir de una fuerza especialmente fuerte”. “Sólo desde esta sensibilidad evangélica se pueden atender los eternos problemas que sacuden al continente”. Estos problemas son, entre otros: la corrupción, el narcotráfico, el comercio de armas y la deuda externa. También

el secularismo, fruto de la globalización y el consumismo imperante fueron abordados en la asamblea (70b).

- La Exhortación Apostólica: “La Iglesia en América (22-I-1999) sobre “el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América”. “El tema así formulado expresa claramente la centralidad de la persona de Jesucristo resucitado, presente en la vida de la iglesia, que invita a la conversión, a la comunión y a la solidaridad. Juan Pablo II proclamó en el Santuario de la Virgen de Guadalupe patrona de América el texto final del sínodo: su exhortación postsinodal “Ecclesia in América” que es el fruto palpable del sínodo.

* Asia

- El Sínodo asiático se abrió a finales de abril de 1998 en el Vaticano bajo la residencia de Juan Pablo II. El tema básico era cómo evangelizar en una población de 3.500 millones de seres humanos donde los católicos sólo representan el 2,9 por ciento de la población. El Papa afirmó ya desde el inicio que “la Iglesia está llamada al triple diálogo: con las culturas, con las religiones y con las poblaciones”; “queremos ponernos a la escucha de lo que el Espíritu dice a las iglesias, para ellas sepan anunciar a Cristo en el contexto de todas las corrientes de pensamiento y vida que estaban ya enraizadas en Asia antes de que la predicación del Evangelio llegara”.

- La Exhortación Apostólica: “La Iglesia en Asia (6-XI-1999) “sobre Jesucristo el Salvador y su misión de amor y servicio en Asia”. El Continente asiático está esperando la plenitud y nosotros los cristianos ofrecemos la verdad y la plenitud en Cristo. El Papa invita a profundizar en el diálogo ecuménico e interreligioso. Juan Pablo II habla también de los problemas sociales y económicos de Asia, a los que tendrán que responder los cristianos (70c).

* Oceanía

- El Sínodo de Oceanía, celebrado en noviembre de 1998, en Roma, supuso una interpelación seria para la Iglesia que camina por esas tierras hacia la Casa del Padre. El gran desafío que se le presenta a la Iglesia en Oceanía es la inculturación de la Fe en esas culturas y lenguas diferentes. También la Iglesia católica en Oceanía toma conciencia del aporte que podía ofrecer a la Iglesia universal.

- La Exhortación Apostólica: “La Iglesia en Oceanía” (22-XI-2001). Juan Pablo II pone de relieve que la evangelización debe hacerse desde el

respeto a otras culturas”. Invita el Santo Padre a los obispos y a los fieles a que presenten a Jesucristo “a quienes experimentan una debilidad de la fe debida a las presiones del secularismo y el consumismo” (70d).

* Europa

- La IIª Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos celebrada del 1 al 23 de Octubre de 1999 ha sido una “preciosa oportunidad de encuentro, escucha y confrontación” entre Obispos de diversas partes de Europa y con el Sucesor de Pedro. Estaba dedicada a meditar en “Jesucristo vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa”. Juan Pablo II manifestó que “Europa no puede perder su identidad cristiana” y puso de relieve “la necesidad de recobrar la memoria y la herencia cristiana”, ya que “los europeos están a punto de despilfarrar el rico patrimonio recibido durante siglos”. Alentó a los obispos a que transmitiesen los valores de la fe ante el “miedo” de afrontar el futuro que se respira en el continente debido “al vacío interior”. Este miedo ha creado un ambiente “de generalizada fragmentación de la existencia, que se expresa en el deterioro de la familia u en rebrotes de conflictos étnicos y actitudes racistas”.

Juan Pablo indica que “algunas ofertas de esperanza, como el consumismo o las búsquedas exotéricas de espiritualidad, no pueden saciar la imborrable nostalgia de esperanza que anida en el corazón humano”. “La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” (70e).

- La Exhortación Apostólica: “la Iglesia en Europa” (28-VI-2003). El Santo Padre se dirige a la Iglesia en Europa con unas palabras emotivas, tomadas del Apocalipsis: “Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir” (Apoc.3,2). “Nuestras comunidades eclesiales (...) necesitan, también ellas, ser de nuevo la voz de los apóstoles que les invita a la gran obra de la “nueva evangelización”. Esta Exhortación está atravesada por una palabra clave: “El Evangelio de la esperanza”. Además, hay una clave de interpretación: ese Evangelio de la esperanza es Jesucristo, como la Buena Noticia que la Iglesia puede aportar a los hombres y mujeres de Europa para que sean felices y a la nueva Europa, que se pretende construir, para que tenga un fundamento sólido y firme.

Juan Pablo II invita a la Iglesia a estar al servicio de la esperanza en Europa de la siguiente forma:

- + Vivir y anunciar el Evangelio de la esperanza
- + Celebrar y servir al Evangelio de la esperanza

Prosigue el Papa hablando de “el Evangelio de la Esperanza para una nueva Europa”, y finaliza esta hermosa Exhortación con la consagración a María (70f).

+ Las Jornadas Mundiales de las Misiones

Juan Pablo II publicó 27 mensajes misioneros con motivo de la celebración de la Jornada Mundial de las Misiones. Desde el día 22 de octubre de 1978 que coincidió con la celebración de la Jornada mundial de las Misiones, nunca dejó de entregar a la Iglesia su mensaje misionero. También para el año 2005, antes de su muerte en la paz del Señor.

Recordemos algunos “mensajes” fundamentales del Papa.

* “La Jornada mundial de las Misiones tiene sentido si impulsa en las parroquias y en las familias cristianas, la oración por las vocaciones misioneras y suscita un ambiente adecuado para su maduración” (año 1996).

* Al ministerio petrino está asociado el ministerio de los obispos, a “quienes corresponde ser solidariamente responsables, en unión con el papa, del deber misionero de la Iglesia ya que han sido consagrados no sólo para una diócesis determinada, sino para la salvación de todo el mundo”. “Todo sacerdote es misionero por naturaleza y por vocación”.

* Los misioneros son obreros indispensables para la viña del Señor. (...) En nombre de la iglesia les doy las gracias y los estímulo a perseverar en su generosidad”. Una de las causas de que la misión esté aún en sus comienzos es “el escaso número de aquellos que trabajan en la evangelización”.

* El envío de misioneros revela la conciencia misionera de una comunidad cristiana que es “capaz de salir de sí misma para anunciar el Evangelio en otras partes”. “No hay opción más radical y valiente que la Misión”.

*** Discurso a los misioneros y misioneras en Javier (Navarra); 6-XI-1982.**

Después de afirmar que él se considera como “primer misionero” y de ofrecer una sencilla y emotiva semblanza de la persona de San Francisco Javier, el Santo Padre nos invita a todos a recuperar nuestra condición de misioneros:

+ La familia cristiana, que actúa ya como misionera al presentar sus hijos a la iglesia para el bautismo, debe continuar el ministerio de la evangelización y de catequesis, dedicándolos desde su más tierna edad en la conciencia misionera y el espíritu de cooperación eclesial. El cultivo de la vocación misionera en los hijos e hijas será por parte de los padres la mejor colaboración a la llamada divina (n. 5).

Familias cristianas: confrontaos con el modelo de la Sagrada Familia, que favoreció con delicado esmero la gradual manifestación de la misión redentora, misionera podemos decir, de Jesús.

+ Reavivar el espíritu misionero en la Iglesia. “El Papa debe hacerse portavoz permanente del mandato misionero de Cristo. Pero siento el deber de recordarlo especialmente hoy, al constatar, junto al consolador desarrollo de la Iglesia en tantos pueblos de reciente tradición católica -y a su vez misioneros- el horizonte de tres cuartas partes de la humanidad -en su mayoría jóvenes- que no conocen a Jesús ni su programa de vida y salvación para el hombre, y el espectáculo inquietante de muchos que han renunciado al mensaje cristiano o se han hecho insensibles a él. Este panorama y el ritmo de aumento de los no-cristianos, casi al final del segundo milenario de vida de la Iglesia, interpelan a ésta con clamor creciente. (...) El Concilio Vaticano II reavivó en la Iglesia la conciencia de su deber misionero; un deber que afecta a todos sus miembros y comunidades, respecto de todos los hombres y pueblos” (n.6).

+ Llamada a los jóvenes, esperanza de la Iglesia: Cristo necesita de vosotros y os llama.

¿Amáis la coherencia encarnada y actualizada de vuestra fe? Cuando un católico toma conciencia de su fe, se hace misionero. Insertados como estáis en el Cuerpo místico de Cristo, no os podéis sentir indiferentes ante la salvación de los hombres. Creer en Cristo es creer en su programa de vida para nosotros. Amar a Cristo es amar a los que Él ama y como Él los ama. Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna. Y no hay otro nombre en el que los hombres y los pueblos se puedan salvar.

¿Buscáis la motivación para la obra de mayor solidaridad humana hacia vuestros hermanos? No hay servicio al hombre que pueda equipararse al servicio misionero. Ser misionero es ayudar al hombre a ser artífice libre de su propia promoción y salvación.

¿Queréis un programa de vida que dé a ésta sentido pleno y llene vuestras más nobles aspiraciones? Aquí, joven como tantos de vosotros, Javier se abrió a los valores y encantos de la vida temporal, hasta que descubrió el

misterio del supremo valor de la vida cristiana y se hizo mensajero del amor y de la vida de Cristo entre sus hermanos de los grandes pueblos de Asia (...).

Jóvenes estudiantes y trabajadores, hijos e hijas de la entera familia católica: Los vastos horizontes del mundo no-cristiano son un reto a la fe y al humanismo de vuestra generación. El Espíritu de Dios llama hoy a todos a un esfuerzo misionero generoso y coordinado, de signo eclesial, para hacer de todos los pueblos una familia, la Iglesia. (...)

¡Jóvenes! Cristo necesita de vosotros y os llama para ayudar a millones de hermanos vuestros a ser plenamente hombres y a salvarse. Vivid con esos nobles ideales en vuestra alma y no cedáis a la tentación de ideologías de hedonismo, de odio y de violencia que degradan al hombre. Abrid vuestro corazón a Cristo, a su ley de amor, sin condicionar vuestra disponibilidad, sin miedo a respuestas definitivas, porque el amor y la amistad no tienen ocaso. Al dar vuestra respuesta a la llamada del Espíritu a través de la Iglesia, no olvidéis lo que en el orden de valores y medios ocupa el primer puesto: la oración y la ofrenda de vuestros sacrificios. La fe y la salvación son un don de Dios y hay que pedirlo. Unido a la oración, al esfuerzo y sacrificio para vivir diariamente las maravillas del amor cristiano” (n.9).

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones; 21-X-1990: “La Iglesia existe para evangelizar”.**

¿A quienes compete evangelizar?

La misión de anunciar el Evangelio, en comunión con el Sucesor de Pedro y bajo su autoridad, corresponde en primer lugar al Colegio de los Obispos, con la colaboración eminente de los sacerdotes (cf. LG 28). El don espiritual de la sagrada Ordenación “les dispone para una misión... amplísima y universal de salvación “hasta los últimos confines de la tierra”, pues todo ministerio sacerdotal participa de la misma dimensión universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles (PO 10). (...)

La evangelización de los no cristianos en una diócesis o parroquia

La evangelización de los no cristianos que viven en el área de una diócesis o parroquia es un deber primario del respectivo pastor. Por eso, los sacerdotes se han de esforzar personalmente, asociando también a los fieles, en predicar el Evangelio a aquellos que no forman parte todavía de la Comunidad eclesial

La formación misionera de los futuros sacerdotes

La educación de los futuros sacerdotes en el espíritu misionero debe ser tal que el sacerdote se sienta y actúe, allí donde se encuentre, como un párroco

del mundo, al servicio de toda la Iglesia misionera. El es el animador nato y el primer responsable del despertar de la conciencia misionera de los fieles” (70g).

*** Mensaje de Juan Pablo II para el Domund (19-V-1991)**

Partiendo de la encíclica “Redemptoris Missio”, Juan Pablo II invita a todos a un nuevo impulso en la realización de la evangelización y de la catequesis.

- Consagrados y enviados para la Misión.

Todos nosotros, miembros de la iglesia e impulsados por el mismo Espíritu, somos consagrados, aunque de diverso modo, para ser enviados: por el Bautismo se nos confía la misma misión de la iglesia. A todos se nos llama y todos estamos obligados a evangelizar, y esta misión fontal, común a todos los cristianos, ha de constituir un verdadero acicate cotidiano y una solicitud constante de nuestra vida.

La misión

La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola! (RMi., n.2). Sí, la misión nos ofrece la extraordinaria oportunidad de rejuvenecer y embellecer a la Esposa de Cristo y, al mismo tiempo, nos hace experimentar una fe que renueva y fortalece la vida cristiana, precisamente porque se dona.

Si la fe es sólida, tenderá a desarrollarse y abrirse a la misión.

El primer ámbito de desarrollo del binomio fe-misión es la comunidad familiar. (...) es necesario esforzarse para que ella sea, o vuelva a ser, la primera comunidad de fe no sólo obtenida, sino también desarrollada y donada, es decir misionera. Es hora de que los padres de familia y los cónyuges asuman como cometido esencial de su estado y vocación: evangelizar a sus hijos y evangelizarse recíprocamente, de modo que todos los miembros de la familia y en toda circunstancia (...) puedan recibir la Buena Nueva.

Otro ámbito es la comunidad parroquial, o la comunidad eclesial de base, la cual, mediante el servicio de sus pastores y animadores debe llevar a cabo la misión alimentando la fe de los fieles, y buscando a los alejados y extraños. Ninguna comunidad cristiana es fiel a su cometido si no es misionera: o es comunidad misionera o no es tampoco comunidad cristiana, pues se trata de dos dimensiones de la misma realidad, tal como es definida por el Bautismo y los otros Sacramentos.

- Cómo cooperar en la actividad misionera de la Iglesia

Si todos los miembros de la Iglesia son consagrados para la misión, todos son corresponsables de llevar a Cristo al mundo con la propia aportación personal. La participación en este derecho-deber se llama “cooperación misionera” y se enraíza, necesariamente, en la santidad de vida; sólo injertados en Cristo, como los sarmientos en la vida (cf. Jn.15,5), daremos mucho fruto. El cristiano que vive su fe y observa el mandamiento del amor dilata los horizontes de su actuación hasta abrazar a todos los hombres mediante la cooperación espiritual, de oración, sacrificio y testimonio. (...)

La oración debe acompañar el camino y la obra de los Misioneros para que la Gracia divina haga fecundo el anuncio de la palabra. El sacrificio, aceptado y sufrido con Cristo, tiene valor salvífico. El sacrificio de los misioneros ha de ser compartido y sostenido por el de los fieles, pues todos los que sufren espiritual y corporalmente pueden hacerse misioneros si ofrecen con Jesús al Padre los propios sufrimientos. El testimonio de vida cristiana es una predicación silenciosa, pero eficaz, de la Palabra de Dios. Los hombres de hoy, aparentemente indiferentes a la búsqueda del Absoluto, experimentan en realidad su necesidad y se sienten atraídos e impresionados por los santos que lo revelan con su vida.

La cooperación espiritual en la obra misionera debe tender sobre todo a promover las vocaciones misioneras. Por eso, invito una vez más a los jóvenes y a las jóvenes de nuestro tiempo a decir “sí”, si el Señor les llama a seguirlo con la vocación misionera. No hay opción más radical y valiente que ésta: dejar todo para dedicarse a la salvación de los hermanos que no han recibido el don inestimable de la fe en Cristo.

- La animación de las Obras Misionales Pontificias

Las cuatro obras -Propagación de la fe, San Pedro Apóstol, Infancia Misionera y Unión Misional- tienen como objetivo común promover el espíritu misionero en el Pueblo de Dios. Son la expresión de la universalidad en las Iglesias locales. (...) Han de ser protagonistas de este importante mandato en la animación, formación misionera y organización de la caridad en ayuda a las misiones.

- Palabras de agradecimiento a los Misioneros y a las Misioneras

No sólo sois la esperanza viva de toda la Iglesia, como testigos y artífices de su misión universal en la acción misma de su realización; sois

también el signo creíble y visible del amor de Dios, que a todos nos ha llamado, consagrado y enviado, pero que a vosotros os ha dado un mandato especial: el don singular de la vocación “ad gentes”. Vosotros lleváis a Cristo al mundo; y, en su nombre, como Vicario suyo, os bendigo y os llevo en el corazón” (Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; Septiembre de 1991;667-674)..

*** Mensaje de Juan Pablo para el Domund - 1995**

- Apasionados por la evangelización

“Don del Padre a la humanidad y prolongación de la misión del Hijo, la Iglesia tiene conciencia de que existe para llevar la gozosa nueva del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra, mientras dure este mundo (cf. Mt.28,29-20). El mandato misionero es, pues, válido y actual, y compromete a los cristianos a dar gozoso testimonio de la Buena Nueva a los que están cerca y a los que están lejos, y a poner a disposición de este proyecto energías, medios y hasta la misma vida. La misión pasa a través de la cruz y del don de sí mismo: como el resucitado, el invitado a esta misión está llamado a mostrar a los hermanos los signos del amor para vencer su incredulidad sus temores. (cf. Hech.1,8).

“El DOMUND es ocasión para pedir al Señor una pasión cada vez mayor por la causa de la evangelización. Evangelizadores, efectivamente, el primero y el mayor servicio que los cristianos pueden prestar a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo, marcado por odios, violencias, injusticias y, sobre todo, por la pérdida del verdadero sentido de la vida. En efecto, nada ayuda más a afrontar el conflicto entre la muerte y la vida en el que estamos sumidos, que la fe en el hijo de Dios que se ha hecho hombre y que ha venido entre los hombres para que “todos ellos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn.10,10). Lo que da esperanza y devuelve a la humanidad su auténtico rostro es la fe en el Resucitado, que ha vencido la muerte; es la fe en la Sangre de Cristo, cuya voz es más elocuente que la de Abel” (n.1).

- La Iglesia necesita entregas radicales

“¡Que el Domund encuentre a toda la Iglesia decidida a anunciar la Verdad y el Amor de Dios, especialmente a los hombres y mujeres a quienes no ha llegado aún la Buena Nueva de Jesucristo! (...) decid a todos que “abrirse al amor de Cristo es la verdadera liberación. ¡En Él, únicamente en Él, somos liberados de toda alienación y todo extravío, de la esclavitud al poder del pecado y de la muerte” (RMi.11).

Anunciad a Cristo con la palabra y anunciadlo con expresiones concretas de solidaridad. Haced visible su amor al hombre, colocándoos - siempre con la Iglesia y en la Iglesia- “en primera línea de estas fronteras de la caridad”, donde “tantos de sus hijos e hijas, especialmente religiosas y religiosos, con formas antiguas y siempre nuevas, han consagrado y continúan consagrando su vida a Dios, entregándola por amor al prójimo más débil y necesitado” (EV. 27).

Vuestra vocación especial “ad gentes” y “ad vitan” conserva toda su vitalidad : representa el paradigma del compromiso misionero de toda la Iglesia; compromiso que necesita siempre de entregas radicales y totales, de impulsos nuevos y audaces. Habéis consagrado la vida a Dios para dar entre las gentes testimonio del Resucitado. No os dejéis atemorizar por dudas, dificultades, rechazos, persecuciones. Revivid la gracia de vuestro carisma específico y continuad sin vacilaciones el camino que con tanta fe y generosidad habéis emprendido” (RMi. 66) (n.2)..

- Cada comunidad cristiana sea artífice de la nueva evangelización

“Dirijo esta misma exhortación a las Iglesias de antigua y de reciente fundación; a sus Pastores, “consagrados no sólo para una diócesis, sino para la salvación de todo el mundo” (AG. 38), probados con frecuencia por la falta de vocaciones y de medios. Me dirijo particularmente a las comunidades cristianas en situación de minoría. (...) Irradiad la alegría de la fe en el único Redentor, dad razón de la esperanza que os anima y testimoniad el amor que, en Jesucristo, os ha renovado íntimamente (n.3).

“Para ser artífice de la nueva evangelización, toda comunidad cristiana ha de hacer suyo el impulso de la entrega y de la gratuidad. La misión “ad gentes” será así no sólo la ocasión para respaldar a quienes se encuentran en necesidad espiritual y material, sino, sobre todo, una oportunidad extraordinaria para crecer hacia una fe madura” (n.3).

- Los jóvenes ante el Tercer Mundo

“El intrépido anuncio del Evangelio os está encomendado de modo especial a vosotros, los jóvenes. . “El Señor os exigirá muchas cosas; os pedirá el máximo compromiso de todo vuestro ser al servicio del anuncio del Evangelio y al servicio de todo su Pueblo. Pero ¡no temáis!. Sus exigencias son también la medida de su amor para cada uno de vosotros” (Manila. OR, 14-I-1995). No os dejéis empequeñecer y empobrecer replegándoos sobre vosotros mismos; abrid la mente y el corazón a los horizontes infinitos de la misión. ¡No temáis! Si el Señor os llama a salir de vuestra tierra para ir hacia

otros pueblos, otras culturas, otras comunidades eclesiales, responded generosamente a su invitación. Y os repito una evz más: “Venid conmigo al tercer Mundo para salvar al mundo”. Anunciad siempre con intrepidez al Señor Je’sus: os lo digo a todos vosoytros, familias, sacerdotes, eligiosas, eligiosos, a todos los que creéis en cristo. Todo creyente está llamadpo a cooperar en la difusión del Evangelio y a vivir el espíritu y los gestos d ela misión: donación gratuita de sí a los ehrmanos” (n.4).

- El DOMUND. El Domund ha de ser para todos los cristianos una gran ocasión de revisar la autenticidad de su amor a Cristo y al prójimo. Ha de ser además una buena oportunidad para tomar conciencia de que nadie puede sustraerse a ayudar a las misiones, avanzadas de la civilización del amor, con su oración, su sacrificio y su generosidad material. El Espíritu Santo anima y lleva a su realización todo proyecto misionero” (n.5) (Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; Julio-Agosto 1995;746-750)..

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de Misiones; 28-V-1996.**

- La misión, problema de fe

La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros (RMi 11). Fe y misión caminan al mismo paso: cuanto más robusta y profunda es la primera, tanto más se advertirá la necesidad de comunicarla, compartirla, testimoniarla. Si, por el contrario, se debilita, el impulso misionero se atenúa y pierde fuerza la capacidad de testimonio. (...) La pérdida de vitalidad en el impulso misionero fue siempre síntoma de una crisis de fe (...) Podemos decir que la misión es el “antídoto” más seguro contra la crisis de la fe. A través del empeño misionero, cada miembro del Pueblo de Dios refuerza la propia identidad, comprendiendo a fondo que no podemos ser cristianos auténticos sin ser testigos. (n.2).

- Todo cristiano, llamado a ser misionero

Incorporado a la Iglesia con el Bautismo, todo cristiano está llamado a ser misionero y testigo. Este es el mandato explícito del Señor. Y el Espíritu Santo envía a todo bautizado a proclamar y dar testimonio de Cristo a todas las gentes: deber, pues, y privilegio, por ser una invitación a cooperar con Dios a la salvación y a cada uno de la humanidad entera. Nos ha sido concedida esta gracia: “la de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo” (Ef.3,8). Y como el Espíritu transformó el núcleo de los primeros discípulos en apóstoles intrépidos del Señor y anunciadores iluminados de su

Palabra, así también Él continúa preparando a los testigos del Evangelio de nuestro tiempo (n.3)..

- De un Pueblo comprometido con Jesucristo surgirán vocaciones

De un Pueblo comprometido con el Señor nacerán numerosas vocaciones misioneras: jóvenes capaces de dar la propia vida por Cristo (cf. Mc.8,35) en la fascinadora aventura de la misión “ad gentes”. (...) La jornada misionera cobra sentido si estimula en las parroquias y en las familias cristianas la oración por las vocaciones misioneras y suscita un ambiente apropiado para su maduración (n.4).

- La cruz en espíritu de Cristo fecunda la Misión

La identidad del cristiano-testigo tiene la connotación de la presencia ineludible de la Cruz. Sin ella no puede subsistir auténtico testimonio. La Cruz es, en efecto, condición irrenunciable para todos los que deciden firmemente seguir al Señor (cf. Lc.9,23). Todos los testigos de Dios y de Cristo (...) conocen la persecución por causa de Él (Jn.15,20). Es éste un patrimonio que Jesús dejó a los suyos y que cada uno debe aceptar y encarnar en la propia vida. El Gólgota es el paso obligado para la resurrección.

“Cruz” es, en efecto, la imitación de Cristo en el testimonio fiel y en paciente y perseverante trabajo cotidiano.

“Cruz” es ir contracorriente, orientando las propias opciones según los mandamientos de Dios, a pesar de las incomprensiones, impopularidad, marginación;

“Cruz” es también denuncia profética de la injusticia, de las libertades conculcadas, de los derechos violados;

“Cruz” es tener que vivir allí donde la Iglesia es más combatida, obstaculizada, perseguida.

- Recordemos a los hermanos y hermanas y a las comunidades perseguidos

Cada año se anota el testimonio y heroico de nuevos “mártires”, que derraman su sangre por mantenerse fieles al Señor. La Iglesia se inclina ante su sacrificio y se une estrechamente con la oración y el amor fraterno a los creyentes que sufren violencia, invitándolos a no desanimarse, a no temer. ¡Cristo está con vosotros, hermanos queridísimos y amadísimos!

Por otra parte, el Santo Padre recuerda que las Obras Misionales Pontificias son animadoras de testimonio y santidad misioneros: “el verdadero

misionero es el santo...Cada misionero, lo es auténticamente si se esfuerza en el camino de la santidad...Es necesario suscitar un nuevo “ anhelo de santidad” entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, especialmente entre los más íntimos colaboradores de los misioneros” (n.6).

Finaliza Juan Pablo II manifestando que “cuanto más eficaz sea esta obra de sensibilización, tanto más la familia de los creyentes asumirá de cara al mundo el aspecto y el papel de auténtica comunidad de testigos para la misión “ad gentes”, y cada fiel podrá tomar renovada conciencia de la obligación que le incumbe de abrir el corazón a cuantos en las misiones viven con frecuencia en situaciones de dramática indigencia material y espiritual (...) (n.7) (Boletín O.E. del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; julio-agosto, 1996; 535- 539). .

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Misiones (18-X-1998).**

- El Espíritu Santo, protagonista de la misión eclesial

“El Espíritu Santo es el protagonista de toda la misión eclesial, y su obra “resplandece de modo eminente en la misión “ad gentes”, como se ve en la Iglesia primitiva” (RMi 21).

Ciertamente no puede comprenderse la acción del Espíritu en la Iglesia y en el mundo mediante análisis estadísticos u otras herramientas de las ciencias humanas, puesto que se sitúa en otro plano, el de la gracia, percibido por la fe. Se trata de una acción a menudo escondida, misteriosa, pero ciertamente eficaz. El Espíritu Santo no ha perdido la fuerza propulsora que tenía en la época de la Iglesia naciente, y actúa como lo hacía en tiempos de Jesús o de los Apóstoles (...) Por ello, la Jornada mundial de las Misiones nos llama oportunamente la atención sobre las maravillosas iniciativas del Espíritu Santo, para que la fe se refuerce en nosotros y se dé, precisamente gracias a la acción del Espíritu Santo, un gran renacimiento misionero en la Iglesia (n.1).

- Signos de la acción del Espíritu : la crisis del mundo moderno

“ La toma de conciencia de que el Espíritu actúa en el corazón de los creyentes e interviene en los acontecimientos de la historia invita al optimismo de la esperanza.

El primer gran signo de esta acción que quisiera proponer a la común atención es paradójicamente la misma crisis por la que atreviese el mundo moderno: un fenómeno complejo que, en su negatividad, suscita a menudo,

como reacción, angustiadas invocaciones al Espíritu vivificante, desvelando el conmovedor deseo de la Buena Noticia de Cristo Salvador presente en el corazón humano (cf. GS nn.4-10 que habla de “vacío de ideales y de valores, desaparición del sentido de la Verdad, crecimiento del relativismo moral, una ética individualista y utilitaria, sin puntos firmes de referencia; el hombre, cuando rechaza a Dios, se halla menos hombre, lleno de miedos y tensiones, cerrado en sí mismo, insatisfecho...(n.2).

Un segundo gran signo de la presencia del Espíritu es el renacimiento del sentido religioso entre los pueblos. Se trata de un movimiento no exento de ambigüedad, que sin embargo demuestra de manera inquívoca la insuficiencia teórica y práctica de filosofías e ideologías ateas, de los materialismos que limitan el horizonte del hombre a las cosas de la tierra. El hombre no se basta a sí mismo. Es ya una concepción ampliamente aceptada el hecho de que el dominio de la naturaleza y del cosmos, así como las ciencias y técnicas más avanzadas, ya no le bastan al hombre, porque no pueden revelar el significado último de la realidad: son meras herramientas, no fines, para la vida del hombre y para el camino de la Humanidad (n.3)..

- El Espíritu amplía las perspectivas

“El Espíritu está presente en la Iglesia y la guía en la misión entre las gentes. Resulta consolador saber que no somos nosotros, sino él, el protagonista de la misión. Esto da serenidad, alegría, esperanza, valor. No son los resultados lo que debe preocuparle al misionero, pues están en manos de Dios; lo que sí tiene que hacer es comprometerse con todos sus recursos, dejando que el Señor actúe en lo hondo. El Espíritu además, amplía la perspectiva de la misión eclesial hasta los mismos confines del mundo” (n.4)..

- Las jóvenes comunidades

“En las Iglesias jóvenes, además, la presencia del Espíritu se revela con otro signo muy marcado: las jóvenes comunidades cristianas son entusiastas de la fe y sus miembros -especialmente los jóvenes- se vuelven unos propagadores convencidos” (n.5)..

- La diversidad de carismas. La inculturación

“En esta floración de iniciativas apostólicas en todos los rincones de la tierra no resulta difícil notar que el Espíritu se manifiesta en la diversidad de los carismas, los cuales enriquecen a la Iglesia universal y permiten que ésta crezca. (...) No cabe duda de que el tercer milenio se perfila como un llamamiento renovado a la misión universal y, al mismo tiempo, a la

inculturación del Evangelio por parte de las distintas Iglesias locales” (n.6). (OR , 7-VI-1998; original italiano; traducción de Ecclesia; Boletín Oficial. Diócesis de Coria-Cáceres: septiembre 1998;739-744).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de Misiones, 1999.**

- El mandato misionero de Jesús: “id, pues, y haced discípulos...”

La Iglesia es consciente de ser llamada a anunciar a los hombres de todos tiempo y lugar el amor del único Padre que, en Jesucristo quiere reunir a sus hijos dispersos (cf. Jn.11,52). Hemos de alzar la mirada y el corazón hacia el Padre, para conocerlo “tal como es y tal como el Hijo nos lo ha revelado” (Catecismo. 2779). Leyendo bajo esta óptica el “Padre nuestro”(…) podemos comprender más fácilmente cuál es la fuente del empeño apostólico de la Iglesia y cuáles las motivaciones fundamentales que la hacen misionera hasta los extremos confines de la tierra. Padre nuestro que estás en el cielo (n.1).

- La Iglesia es misionera

La Iglesia es misionera porque anuncia incansablemente que Dios es Padre, lleno de amor a todos los hombres. Todo ser humano y todo pueblo busca, a veces incluso inconscientemente, el rostro misterioso de Dios que, sin embargo, sólo el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, nos ha revelado plenamente (cf. Jn.1,18). Dios es Padre de nuestro Señor Jesucristo y quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (ITim.2,4).- Todos los que acogen su gracia descubren con estupor que son hijos del único Padre y se sienten deudores hacia todos del anuncio de la salvación. En el mundo contemporáneo, sin embargo, muchos no reconocen aún al Dios de Jesucristo como Creador y Padre. Algunos, a veces también por culpa de los creyentes, han optado por la indiferencia y el ateísmo; otros, cultivan una vaga religiosidad, se han construido un Dios a su propia imagen y semejanza; otros lo consideran un ser totalmente inalcanzable.

Cometido de los creyentes es proclamar y testimoniar que, aunque habita en una luz inaccesible (ITim.6,16), el Padre celeste en su Hijo, encarnado en el seno de María Virgen, muerto y resucitado, se ha acercado a cada hombre y le hace capaz “ de responderle, de conocerlo y de amarlo”. Santificado sea tu Nombre (n.2).

- El encuentro con Dios promueve la dignidad del hombre.

El cristiano pide a Dios que sea santificado en sus hijos de adopción, así como también en todos los que no han sido alcanzados por su revelación, consciente de que es mediante la santidad que Él salva a la Creación entera. Para que el nombre de Dios sea santificado en las Naciones, la Iglesia trabaja para insertar a la humanidad y a la creación en “el designio que el Creador en su benevolencia se propuso de antemano” “para ser santos en su presencia por la caridad”. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad (n.3)

- La venida del reino de Dios y el servicio a los hombres

Los creyentes invocan con tales palabras el adviento del Reino divino y el retorno glorioso de Cristo. Este deseo, sin embargo, no los aparta de la misión cotidiana en el mundo; más aún, los empeña mayormente. La venida del Reino ahora es obra del Espíritu Santo, que el Señor envió a “perfeccionar su obra en el mundo y cumplir toda santificación”. En la cultura moderna es difuso un sentido de espera de una era nueva de paz, bienestar, solidaridad, respeto de los derechos, amor universal. Iluminada por el Espíritu, la Iglesia anuncia que este Reino de paz y de amor, ya proclamado en el Evangelio, se realiza misteriosamente en el curso de los siglos gracias a personas, familias y comunidades que optan por vivir de modo radical las enseñanzas de Cristo, según el espíritu de las Bienaventuranzas. Mediante su empeño, la misma sociedad temporal es estimulada a dirigirse hacia metas de mayor justicia y solidaridad. La Iglesia proclama también que la voluntad del Padre es “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (ITm.2,4), mediante la adhesión a Cristo, cuyo mandamiento es que nos amemos los unos a los otros como Él nos ha amado”. Jesús nos invita a orar por esto y nos enseña que se entra en el reino de los cielos no diciendo “Señor, Señor”, sino haciendo “la voluntad de su Padre que está en el cielo” (Mt.7,21). Danos hoy nuestro pan de cada día (n.4).

- La fe en Dios y los problemas de la humanidad

En nuestro tiempo es muy fuerte la conciencia de que todos tienen derecho al “pan cotidiano”, es decir, a lo necesario para vivir. Se siente igualmente la exigencia de una debida equidad y de una solidaridad compartida que una entre sí a los seres humanos. No obstante, muchísimos de ellos viven de modo no conforme su dignidad de personas. Baste pensar en los ambientes de miseria y de analfabetismo existentes en algunos continentes, en la carencia de alojamientos y en la falta de asistencia sanitaria y de trabajo, en las opresiones políticas y en las guerras que destruyen pueblos de enteras regiones de la tierra.

¿Cuál es el cometido de los cristianos frente a tales escenarios dramáticos? ¿Qué relación tiene la fe en el Dios vivo y verdadero con la solución de los problemas que atormentan a la humanidad? (...).

Anunciando que los hombres son hijos del mismo Padre, y por consiguiente hermanos, la Iglesia ofrece su contribución a la construcción de un mundo caracterizado por la fraternidad auténtica. La comunidad cristiana está llamada a cooperar en el desarrollo y la paz con obras de promoción humana, con instituciones de educación y de formación al servicio de los jóvenes, con la constante denuncia de las opresiones e injusticias de todo tipo. La aportación específica de la Iglesia es, sin embargo, el anuncio del Evangelio, la formación cristiana de cada persona, de las familias, de las comunidades, siendo ella muy consciente de que su misión “no es actuar directamente en el plano económico, técnico, político o contribuir materialmente al desarrollo, sino que consiste esencialmente en ofrecer a los pueblos no un “tener más”, sin “un ser más”, despertando las conciencias con el Evangelio. El desarrollo humano auténtico debe echar sus raíces en una evangelización cada vez más profunda” (RMi. 58). Perdona nuestras ofensas (n.5).

- El pecado y el anuncio del Reino de Dios

El pecado está presente en la historia de la humanidad, desde los inicios. Resquebraja la vinculación originaria de la criatura con Dios, con graves consecuencias para su vida y para la de los demás. Y hoy, además, ¿cómo no subrayar que las múltiples expresiones del mal y del pecado encuentran con frecuencia un aliado en los medios de comunicación social? ¿Y cómo no observar que “para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales” (RMi. 37c) está constituido precisamente por los diversos “mass media” ?. La actividad misionera no puede no llevar a individuos y pueblos el gozoso anuncio de la bondad misericordiosa del Señor. El Padre que está en el cielo (...) es bueno y perdona al pecador arrepentido, olvida la culpa y restituye serenidad y paz. He aquí el auténtico rostro de Dios, Padre lleno de amor, que da fuerza para vencer el mal con el bien y hace capaz a quien recambia su amor de contribuir a la redención del mundo. Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. (n.6).

- La Iglesia y la paternidad divina

La Iglesia es llamada, con su misión, a hacer presente la confortante realidad de la paternidad divina no sólo con palabras, sino sobre todo con la santidad de los misioneros y del pueblo de Dios (cf. RMi.90). De frente a las terribles y múltiples consecuencias del pecado, los creyentes tienen el cometido de ofrecer signos de perdón y de amor. Sólo si en su vida han experimentado ya el amor de Dios pueden ser capaces de amar a los demás de manera generosa y transparente. El perdón es alta expresión de la caridad divina, dada en don a quien la pide con insistencia. No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal” (n.8)..

- Petición final

Con estas últimas peticiones, en el “Padre nuestro” pedimos a Dios que no permita que emprendamos el camino del pecado y que nos libre de un mal inspirado con frecuencia por un ser personal, Satanás, que quiere obstaculizar el designio de Dios y la obra de salvación por Él realizada en Cristo.

- Conclusiones

La Jornada Misionera ofrece a cada uno la oportunidad de evidenciar mejor esta común vocación misionera, que impulsa a los discípulos de Cristo a hacerse apóstoles de su Evangelio de reconciliación y de paz. La misión de salvación es universal; para cada hombre y para todo el hombre. Es cometido de todo el pueblo de Dios, de todos los fieles. La misionariedad debe, por tanto, constituir la pasión de cada cristiano; pasión por la salvación del mundo y ardiente empeño por instaurar el Reino del Padre.

Para que esto se verifique es necesaria una oración incesante que alimente el deseo de llevar a Cristo a todos los hombres. Es necesario el ofrecimiento del propio sufrimiento, en unión con el del Salvador. Se necesita asimismo empeño personal en sostener los organismos de cooperación misionera (...) (n.9) (70h).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Misiones; 11 de junio de 2000.**

- Llamada apremiante a todos los bautizados

Dirijo una especial y apremiante llamada a todos los bautizados para que, con humilde coraje, respondan a la llamada del Señor y a las nuevas necesidades de los hombres y mujeres de nuestra época, se hagan heraldos del evangelio (n.1) (...).

- Participación en la nueva evangelización

Todos son llamados a colaborar partiendo de la propia situación de vida. En este tiempo, tiempo de gracia y de misericordia, advierto de modo especial que es necesario empeñar todas las fuerzas eclesiales para la nueva evangelización y para la misión “ad gentes”. Ningún creyente, ninguna institución de la Iglesia puede sustraerse al supremo deber de anunciar a Cristo a todos los pueblos (RMi. 3). Nadie puede sentirse dispensado de ofrecer su colaboración al desarrollo de la misión de Cristo que continúa la Iglesia. Más aún, la invitación de Cristo es más actual que nunca: “id también vosotros a la viña” (Mt.20,7) (n.2).

- Necesidad de apóstoles dispuestos a perseverar en la tarea.

La entera misión de la Iglesia y, de modo especial, la misión “ad gentes”, necesita apóstoles dispuestos a perseverar hasta el fin, fieles a la misión recibida, siguiendo el mismo camino recorrido por Cristo, “el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y del sacrificio de sí hasta la muerte...” (n.3).

- El Señor nos acompaña

En este esfuerzo, el cristiano no está solo. Es verdad que no hay proporción entre las fuerzas y la grandeza de la misión.. La experiencia más común y más auténtica es la de no sentirse dignos de tal cometido. (...) El Señor no abandona a aquel a quien llama a su servicio. (...) La presencia continua del Señor en su Iglesia, especialmente en la Palabra y en los Sacramentos, es garantía para la eficacia de su misión (n.4).

- Quien ha conocido al Señor, ha de manifestarlo a los demás.

“Quien ha conocido la alegría del encuentro con Cristo no puede tenerla encerrada dentro de sí, debe irradiarla” (n.5) (70i).

*** Mensaje de Juan Pablo II para el Día del Domund; 19-X-2003**

El Santo Padre propone para este Día del Domund una reflexión que es titulada así: “María y la misión de la Iglesia en el año del Rosario”-.

- Una Iglesia más contemplativa: el Rostro de Jesús contemplado

Contemplar el rostro de Cristo con María. Cuando hablamos del rostro de Cristo nos referimos a sus rasgos humanos en los que resplandece la gloria eterna del Hijo unigénito del Padre: la gloria de la divinidad resplandece en el rostro de Cristo (Jn.1, 12). Contemplar el rostro de Cristo lleva a un conocimiento profundo y comprometedor de su misterio. Contemplar a Jesús con los ojos de la fe impulsa a penetrar en el misterio de Dios-Trinidad: “El que me ha visto a Mí ha visto al Padre” (Jn.14,9).

¡Contemplemos siempre a María, modelo insuperable! En su espíritu todas las palabras del evangelio encuentran un eco extraordinario. María es la "memoria" contemplativa de la Iglesia, que vive con el deseo de unirse más profundamente a su Esposo para influir aún más en nuestra sociedad. (...) (n.3).

- Una Iglesia más santa: el Rostro de Cristo imitado y amado

Todos los bautizados están llamados, por el bautismo, a la santidad. (...) La vocación universal a la santidad consiste en la llamada de todos a la perfección de la caridad.. Santidad y misión son aspectos inseparables de la vocación de todo bautizado. El esfuerzo por llegar a ser más santos está estrechamente vinculado al de difundir el mensaje de la salvación. "Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión" (RM 90).

Contemplando los misterios de Rosario, el creyente se siente impulsado a seguir a Cristo y a compartir su vida hasta poder decir con San Pablo: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál.2,20).

María mantiene sus ojos fijos en Cristo, conserva como un tesoro cada una de sus palabras y nos indica a todos cómo ser auténticos discípulos de su Hijo (n.4)..

- Una Iglesia más misionera: el Rostro de Cristo anunciado

La Iglesia está llamada a reflejar el Rostro de su Esposo con una santidad más resplandeciente. En este esfuerzo, nada fácil, sabe que la sostiene María. De ella "aprende" a ser "virgen", totalmente dedicada a su Esposo, Jesucristo, y "madre" de muchos hijos que engendra para la vida inmortal. Bajo la mirada vigilante de la Madre, la comunidad eclesial crece como una familia renovada por la fuerte efusión del Espíritu y, dispuesta a aceptar los desafíos de la nueva evangelización, contempla el rostro misericordioso de Jesús en los hermanos, especialmente en los pobres y necesitados, en los alejados de la fe y del Evangelio.

Urge preparar evangelizadores competentes y santos; es necesario que no decaiga el fervor en los apóstoles, especialmente para la misión "ad gentes" (n.5) (70j)

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe (6-II-2004)**

- La transmisión del Evangelio:

“La transmisión del Evangelio constituye el primer y fundamental compromiso de la Iglesia. Toda actividad suya debe resultar inseparable de la labor de ayudar a todos a encontrarse con Cristo en la fe. Por este motivo me importa de especial manera que la acción evangelizadora de toda la Iglesia no desfallezca jamás, tanto frente a un mundo que aún no conoce a Cristo, como ante muchos que, aun habiéndolo conocido, viven después alejados de Él.

Desde luego, el testimonio de la vida es la primera palabra con la que se anuncia el Evangelio; con todo, dicha palabra no es suficiente “mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios” (EN, 22). Este anuncio patente es necesario para mover el corazón a adherirse a la buena noticia de la salvación. Al hacerlo, se rinde un enorme servicio a los hombres que buscan la luz de la verdad (n.2).

- La respuesta del hombre al anuncio del Evangelio:

“El Evangelio exige la libre adhesión del hombre. Para que dicha adhesión pueda expresarse hay que proponer el Evangelio ya que “las multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo, dentro del cual creemos que toda la Humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad” (RMi.n.8). La plena adhesión a la verdad católica, lejos de disminuir la libertad humana, la exalta y la apremia a su cumplimiento, en un amor gratuito y lleno de desvelo por el bien de todos los hombres (n.3).

- La recepción y acogida de los documentos del Magisterio de la Iglesia

La recepción de un documento, más que un hecho mediático, ha de considerarse sobre todo un acontecimiento eclesial de acogida del Magisterio en la más cordial comunión y compartición de la doctrina de la Iglesia. Se trata, en efecto, de una palabra autorizada que arroja luz sobre una verdad de fe o sobre algunos aspectos de la doctrina católica contrastados o tergiversados por corrientes específicas de pensamiento y acción. Y precisamente en este su valor doctrinal radica el carácter profundamente pastoral del documento en cuestión, cuya acogida se transforma en ocasión propicia de formación, de catequesis y de evangelización. Para que la recepción se convierta en auténtico acontecimiento eclesial, conviene prever

medios oportunos de transmisión y difusión del propio documento que permitan su total conocimiento ante todo por parte de los pastores de la iglesia (...) (n.4).

- La ley moral natural:

Esta ley pertenece al gran acervo de la sabiduría humana, patrimonio que la Revelación, con su luz, ha contribuido a purificar y a desarrollar. Ley natural, accesible en sí a toda criatura racional, indica las normas primordiales y esenciales que rigen la vida moral. Sobre la base de esa ley puede construirse una plataforma de valores compartidos, para desplegar alrededor de ellos un diálogo constructivo con todos los hombres de buena voluntad y, de manera más general, con la sociedad secular.

Hoy, como consecuencia de la crisis de la metafísica, en muchos ambientes no se reconoce ya una verdad inscrita en el corazón de todo ser humano. Por un lado asistimos, pues, a la difusión entre los creyentes de una moral de carácter fideísta y, por otro, se echa de menos una referencia objetiva para las legislaciones, que a menudo se basan únicamente en el consenso social, lo que dificulta cada vez alcanzar un fundamento ético común para toda la humanidad.(...)

Os invito, por lo tanto, a promover iniciativas oportunas con vistas a contribuir a una renovación constructiva de la doctrina sobre la ley moral natural, buscando también puntos de convergencia con representantes de las diferentes confesiones, religiones y culturas (n.5) (Ecclesia, n.3193; 21-II-2004).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de Misiones, 24-X-2004.**

Aunque mencionamos este Mensaje al presentar el tema de la Eucaristía, queremos aquí ofrecer algunas enseñanzas no referidas en el tema eucarístico.

“Cuando se participa en el Sacrificio Eucarístico se percibe más a fondo la universalidad de la redención, y consecuentemente, la urgencia de la misión de la Iglesia, cuyo programa “se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (EdE 60). (...) “Al término de cada santa Misa, cuando el celebrante despide la asamblea con las palabras “ite, missa est”, todos deben sentirse enviados

como “misioneros de la Eucaristía” a difundir en todos los ambientes el gran don recibido. De hecho quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor” (n.2).

El Santo Padre nos indica también que “para vivir de la Eucaristía es preciso, además, demorarse largo tiempo en oración ante el Santísimo Sacramento, experiencia que yo mismo hago cada día encontrando en ello fuerza, consuelo y apoyo” (cf. EdE, 25) (...) “Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles expertos en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía” (n.3).

Alimentado del banquete eucarístico, “los creyentes comprenden que la tarea misionera consiste en el ser “una oblación agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Rm.15,16), para formar cada vez más “un solo corazón y una sola alma” (Hech.4,32) y ser así testigos de su amor hasta los extremos confines de la tierra” (n.4).

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones (2005): “Misión: Pan partido para el mundo”.**

- La Jornada Misionera Mundial en el Año Eucarístico:

Comienza el Santo Padre su mensaje con estas palabras: “En este año dedicado a la Eucaristía, la Jornada Misionera Mundial, nos ayuda a comprender mejor el sentido “eucarístico” de nuestra existencia, reviviendo el clima del cenáculo, cuando Jesús, en la víspera de su pasión, se ofreció a sí mismo al mundo (cf. ICort.11,23-24)” (n.1).

- La humanidad tiene necesidad de Cristo “pan partido”.

Ante tantos problemas que tiene hoy la humanidad, el Santo Padre ha querido recordarnos que “la Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad” (Mane nobiscum, Domine”, 27); es “pan del cielo” que, dando la vida eterna (cfr. Jn.6,33), abre el corazón de los hombres a una gran esperanza. (...) En nombre de Cristo, los agentes pastorales y los misioneros recorren caminos no explorados para llevar a todos el “pan” de la salvación. Les anima la conciencia de que unidos a Cristo (...) es posible satisfacer los anhelos más íntimos del corazón humano. Jesús solo puede apagar el hambre de amor y la sed de justicia de los hombres; sólo Él hace posible a cada persona la

participación en la vida eterna: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre” (Jn.6,51).

- La Iglesia, junto con Cristo se hace “pan partido”

“La Comunidad eclesial, cuando celebra la Eucaristía de manera especial el domingo, día del Señor, experimenta a la luz de la fe, el valor del encuentro con Cristo resucitado, y adquiere cada vez más conciencia de que el sacrificio eucarístico es “para todos” (Mt.26,28). Si uno se alimenta del Cuerpo y de la Sangre del Señor crucificado y resucitado, no puede tener sólo para sí este “don”. Al contrario, es necesario difundirlo. El amor apasionado por Cristo conduce al anuncio valiente de Cristo; anuncio que, con el martirio, se convierte en ofrenda suprema de amor a Dios y a los hermanos. La Eucaristía apremia a una generosa acción evangelizadora y a un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna. De todo corazón deseo que el Año de la Eucaristía motive a todas las comunidades cristianas a caminar “con generosidad fraterna” al encuentro de “alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo” (“Mane nobiscum, Domine”, 28) (n.3).

- Los misioneros, “pan partido” para la vida del mundo.

En nombre de Cristo, los misioneros acuden a tantas partes del mundo para anunciar y ser testigos del Evangelio. Los misioneros hacen resonar, con su acción, las palabras del Redentor: “Yo soy el pan de la vida. El que venga a Mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed” (Jn.6,35); ellos mismos se hacen “pan partido” para los hermanos, llegando a veces hasta el sacrificio de la vida.

- Invocación a la Santísima Virgen María

Termina el Santo Padre invocando la memoria de la Virgen María: “Que la Virgen, Madre de Dios, nos ayude a revisar la experiencia del Cenáculo, para que nuestras Comunidades eclesiales sean auténticamente “católicas”; es decir, Comunidades donde la “espiritualidad misionera”, que es comunión íntima con Cristo” (Redemptoris missio”, 88), se sitúa en íntima relación con la “espiritualidad eucarística”, que tiene como modelo a María, “Mujer eucarística” (Ecclesia de Eucaristía”,53); Comunidades que permanecen abiertas a la voz del Espíritu y a las necesidades de la humanidad; Comunidades donde los creyentes, y especialmente los misioneros, no dudan en hacerse “pan partido para la vida del mundo” (n.4) (70k).

f) Los viajes pastorales de Juan Pablo II

Exponer aquí todos y cada uno de los viajes pastorales del Santo Padre supera nuestras posibilidades por falta de espacio. Con todo, nos parece que es un aspecto muy importante en el ejercicio del ministerio de Juan Pablo II por lo que nos parece necesario dedicarle nuestra atención.

Según los datos de que dispongo han sido 104 viajes los realizados por Juan Pablo II fuera de Italia. Los países mas visitados han sido: Polonia (9); Francia (6); España (5), EE.UU. (5); Mexico (5); Brasil (4); Portugal (4); Alemania (3); Austria (3); Canadá (3); Guatemala (3); Kenia (3); República Dominicana (8); Suiza (3).

Algunas Visitas Pastorales

- Visitas pastorales a España:

* Primera Visita Apostólica: 31-X al 9-XI-1982.

- Lema: “Testigo de Esperanza”.

- Libro: “Mensaje de Juan Pablo II a España. BAC. Madrid 1982.

AA.VV.: “Juan Pablo II en España, 1982”. BAC. Madrid. 1982.

* Segunda Visita Apostólica: 10-11 de octubre de 1984.

- Lema: “Testigo del Evangelio”.

* Tercera Visita Apostólica: 19-21 de agosto de 1989.

- III Jornada mundial de la Juventud en Santiago de Compostela: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

- En Asturias: “Testigo de la fe”

* Cuarta visita Apostólica; 12-17 de junio de 1993:

- XLX Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla: “Cristo, Luz de los Pueblos”.

- En Huelva: “El Papa en los lugares colombinos, en el V Centenario de la evangelización de América, y por una nueva evangelización”.

- En Madrid: “El Papa viene a verte”.

Recordemos estas palabras del Santo Padre, dirigidas a los Obispos españoles durante su estancia en 1993, y que constituyen una nueva llamada del Papa a impulsar y emprender la nueva evangelización, cuyo fundamento es la fe en Jesucristo. En la “Redemptoris missio” escribe el Papa: “la misión universal de la Iglesia nace de la fe en Jesucristo... Sólo en la fe se comprende y se fundamenta la misión” (n.4).

“La hora presente debe ser la hora del anuncio gozoso del Evangelio, la hora del renacimiento moral y espiritual...Ha llegado el momento de desplegar la acción pastoral de la Iglesia en toda su plenitud...La nueva evangelización necesita nuevos testigos, personas que hayan experimentado la transformación real de su vida en contacto con Jesucristo y que sean capaces de transmitir esa experiencia a otros. Esta es la hora de Dios. Esta es la hora de renovar la vida interior de vuestras comunidades eclesiales y de emprender una fuerte acción pastoral y evangelizadora en el conjunto de la sociedad española”.

“En este momento de la vida de la Iglesia tenemos en el Catecismo de la Iglesia Católica un valioso instrumento de evangelización, un tesoro inestimable para la fe y al servicio de la unidad” (70l).

- Libro: “La hora de Dios”. BAC. Madrid, 1993
- * Quinta Visita Apostólica: 3-4 de mayo de 2003.
- Lema: “Seréis mis testigos”.

- Visita a Croacia (5-6 de junio de 2003)

*** Discurso a su llegada al aeropuerto internacional de Rijeka/Krk**

En el pasado, el Cristianismo aportó una gran contribución al desarrollo de Croacia, y podrá seguir contribuyendo eficazmente a su presente y a su futuro. En efecto, existen valores como la dignidad de la persona, la honradez moral e intelectual, la libertad religiosa, la defensa de la familia, la acogida y el respeto a la vida, la solidaridad, la subsidiariedad y la participación, el respeto a las minorías, que están grabados en la naturaleza de todo ser humano, pero que el Cristianismo ha tenido el mérito de individuar y proclamar con claridad. En esos valores se basa la estabilidad y la grandeza auténtica de una nación (n.3).

En este país, al igual que en algunos países vecinos, aún están presentes las dolorosas señales de un pasado reciente. Que no se cansen las autoridades tanto civiles como religiosas de curar las heridas causadas por una guerra cruel y las consecuencias de un sistema totalitario que durante demasiado tiempo intentó imponer una ideología contraria al hombre y a su dignidad (n.4).

Mirando hacia el futuro con confianza y esperanza, hay que consolidar ahora, con la aportación responsable y generosa de todos, una estabilidad social que promueva aún más el compromiso por el empleo, la asistencia pública, una educación abierta a toda la juventud, la liberación de toda forma

de pobreza y desigualdad, en un clima de relación cordial con los países vecinos”(n.4) (70ll).

*** Homilía en la beatificación de Sor María de Jesús Crucificado Petkovic, celebrada en Dubronik (6 de junio de 2003).**

- Saludo a todas las mujeres de Croacia

La figura de la Beata María de Jesús Crucificado me induce a pensar en todas las mujeres de Croacia: en las que son esposas y madres felices y también en las que se han visto marcadas para siempre por la pérdida de un familiar durante la cruel guerra de los años noventa o por otras punzantes desilusiones sufridas (n.4).

- Llamada especial a la mujer croata

Pienso en ti, mujer, porque con tu sensibilidad, generosidad y fortaleza “enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”.(...) A ti ha encomendado Dios de especial manera las criaturas, por lo que estás llamada a convertirte en importante apoyo para la existencia de toda persona, especialmente en el ámbito de la familia (...) (n.4)..

- Presencia de la mujer en la familia, en la sociedad, en la Iglesia

¡Mujeres croatas!: conscientes de vuestra altísima vocación de “esposas” y “madres”, seguid mirando a toda persona con los ojos del corazón, saliendo a su encuentro y estando a su lado con la sensibilidad propia del instinto materno. En la familia, en la sociedad, en la comunidad eclesial, vuestra presencia resulta indispensable (n.4)

- A las mujeres consagradas a Dios

Pienso de manera especial en vosotras, mujeres consagradas como María Petkovic, que habéis acogido la invitación a seguir con corazón indiviso a Cristo casto, pobre y obediente. No os canséis de responder fielmente al único Amor de vuestra existencia. De hecho, la vida consagrada no es tan sólo un compromiso generoso de un ser humano, sino que es en primer lugar respuesta a un don que procede de lo alto y pide ser acogido con total disposición. Que la experiencia diaria del amor gratuito de Dios para con vosotras os impulse a entregar sin reservas vuestra vida en el servicio a la Iglesia y a los hermanos, encomendándolo todo -presente y futuro- a sus manos (n.5).

- Invitación a la reconciliación

“Que en el perdón recíproco, en la caridad y en la paz crezca y se fortalezca vuestra comunidad cristiana (n.6) (70m).

*** Homilía de Juan Pablo II en el aeropuerto deportivo de Osijek/Cepón (7 de junio de 2003)**

- Llamada universal a la santidad

El Obispo de Roma viene hoy entre vosotros para recordaros, en nombre del Señor, que estáis llamados a la santidad en toda estación de la vida (...) (n.1). Me complace recordar esta verdad fundamental mientras celebro con vosotros la solemne conclusión del II Sínodo de vuestra Iglesia local (...) Ojalá este acontecimiento produzca frutos abundantes de renovado compromiso cristiano en esta tierra fuertemente vinculada a la Sede de Pedro (...) (n.2).

- Interrogarse sobre la vida cristiana

Existen interrogantes esenciales a los que es preciso responder: ¿qué he hecho de mi Bautismo y de mi Confirmación? ¿Cristo ocupa realmente el centro de mi vida? ¿La oración encuentra sitio en mis jornadas? ¿Vivo mi vida como una vocación y una misión? (n.3).

- Renovar el impulso misionero

Dios llama a los creyentes -y de manera especial a los laicos- a un renovado impulso misionero. No es la misión un “añadido” a la vocación cristiana. Bien al contrario, (...) la vocación cristiana es por su misma naturaleza vocación al apostolado (cf. AA, 2).

- Compromiso al servicio de la sociedad

Tras los duros tiempos de la guerra, que ha dejado en los habitantes de esta región profundas heridas, aún no completamente cicatrizadas, el compromiso por la reconciliación, la solidaridad y la justicia social exige el valor de individuos animados por la fe, abiertos al amor fraterno, sensibles a la defensa de la dignidad de la persona, hecha a imagen de Dios (n.4).

- Participad en la vida y misión de la Iglesia

Los laicos estáis llamados a asumir generosamente vuestra cuota de responsabilidad en la vida de las comunidades eclesiales a las que pertenecéis. La imagen de las parroquias, lugares de acogida y de misión, también depende de vosotros. Participáis del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo (cf. LG 34-36) y enriquecidos por los dones del Espíritu, podéis brindar vuestra aportación en el ámbito de la liturgia y de la catequesis, en la promoción de iniciativas misioneras y caritativas de diferentes tipos. ¡Ningún bautizado debe quedar ocioso! No os desaniméis por la complejidad de algunas situaciones. Buscad en la oración la fuente de toda energía apostólica, y hallad en el Evangelio la luz que habrá de dirigir vuestros pasos” (n.4) (70n).

*** Homilía de Juan Pablo II en la misa para las familias celebrada en Rijeka, con ocasión de la solemnidad de Pentecostés (8 de junio de 2003)**

- Fe en la Iglesia

La Iglesia de Cristo se mantiene perennemente joven y viva, una, santa, católica y apostólica, porque el Espíritu continuamente desciende sobre ella para recordarle todo aquello que su Señor le dijo y guiarla hasta la verdad plena (cf. Jn.14,25; 16.13) (n.1).

- La familia cristiana

La familia exige hoy -también Croacia- una atención privilegiada y medidas concretas que favorezcan y tutelen su constitución, desarrollo y estabilidad. Pienso, entre otras cosas, en el grave problema de la vivienda y en el del empleo. No hay que olvidar que ayudando a la familia también se contribuye a la solución de otros graves problemas, como por ejemplo el de la asistencia a los enfermos y a los ancianos; con ello, además, se pone freno a la criminalidad creciente y remedio al recurso a la droga (n.3).

- Proponer el auténtico proyecto de Dios acerca de la familia

Proponed, queridas familias cristianas, en primer lugar mediante el testimonio de vuestra vida, el auténtico proyecto de Dios acerca de la familia como comunidad de vida basada en el matrimonio, es decir en la unión estable de un hombre y una mujer, ligados entre sí por un vínculo manifestado y reconocido públicamente.

- La atención y educación de los hijos

Os corresponde haceros cargo responsablemente de la educación humana y cristiana de vuestros hijos, encomendándoos a la experta ayuda de educadores y catequistas serios y bien formados. (...) Ayudad a vuestros hijos a salir al encuentro de Jesús para conocerlo mejor y seguirlo, entre las tentaciones a las que se ven continuamente expuestos, por el camino que lleva a la dicha auténtica (n.4) (70ñ).

*** Homilía de Juan Pablo II en la celebración de la Palabra en la Plaza del Fórum de Zadar (9-VI-2003)**

- Invocación a María

Al igual que el día de Pentecostés, la Virgen ha permanecido espiritualmente en medio de los fieles durante los siglos para invocar la constante efusión del Espíritu sobre la Iglesia enfrentada a los retos que surgen en las diferentes épocas históricas. De esta manera, María realiza en plenitud su misión materna; no es madre tan sólo por haber dado a luz y alimentado al Hijo de Dios; es madre también por ser “la Virgen hecha Iglesia”, como gustaba de saludarla Francisco de Asís que según la tradición pasó por Zadar camino de Oriente y Tierra Santa (...) (n.2).

- Llamada a participar en al nueva evangelización

Las palabras y el ejemplo de María constituyen una sublime escuela de vida en la que se forman los apóstoles, así los de ayer como los de hoy. María los prepara continuamente para la misión con la asistencia de su oración al Padre, con su adhesión al Hijo, con su disposición a las inspiraciones del Espíritu (...) Aprended de María a ser testigos creíbles y apóstoles generosos, brindando vuestra aportación a la gran obra de la nueva evangelización.... Y recordad siempre que el apostolado auténtico exige como condición previa el encuentro personal con Jesús, el que vive, el Señor (cf. Apoc.1,17-18) (n.4) (70o).

P) Los jóvenes: “esperanza de la Iglesia y de la Sociedad”

a) Palabras dirigidas por el Papa a los jóvenes:

En el día de la inauguración del pontificado, Juan Pablo II les dijo: “Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y del mundo. Vosotros sois mi esperanza” (22-X-1978).

Pocos días después, les dice: “sea vuestro empeño y programa, jóvenes, amar al prójimo, descubriendo en él el rostro de Cristo” (Alocución a los jóvenes, 8-XI-1978).

Los Jóvenes siguieron a Juan Pablo II porque les llegaba su palabra a lo más profundo de sus corazones y de sus vidas, sin rebajamientos de las exigencias cristianas porque los miraba con amor y misericordia.

Los Jóvenes recordarán siempre a Juan Pablo II con cariño y gratitud. En efecto, el Papa supo acogerlos y hablarles como un Padre y un Amigo, supo transmitirles una esperanza que necesitaban y que no les venía de ninguna otra parte; esta esperanza era y es Jesucristo, “esperanza de todos los pueblos”. “La Iglesia cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro” (GS 10; cf. n.45).

b) Encuentros del Papa con los jóvenes

* **Con los jóvenes de Irlanda (30-IX-1979)**

El Santo Padre les dijo: “En Cristo descubriréis la verdadera grandeza de vuestra propia humanidad; Él os hará entender vuestra propia dignidad como seres humanos “creados a imagen y semejanza de Dios” (Gén.1,26). Jesús tiene las respuestas a vuestras preguntas y la clave de la historia; tiene el poder de elevar los corazones. El sigue llamándoos, Él sigue invitándoos, Él, que es “el camino, la verdad y la vida” (Jn.14,6). Sí, Cristo os llama, pero Él os llama de verdad. Su llamada es exigente, porque os invita a dejaros “capturar” completamente por Él, de modo que veréis toda vuestra vida bajo una luz nueva. El es el Hijo de Dios, que os revela el rostro amoroso del Padre. Él es el Maestro, el único maestro cuya doctrina no pasará, el único que enseña con autoridad. (...) Su llamada es exigente porque nos enseña lo que significa ser verdaderamente humanos. Sin atender a la llamada de Jesús, no os será posible comprender la plenitud de vuestra propia humanidad” (n. 4).

“Puede ocurrir que os acose la tentación de alejaros de Cristo. Esto puede acaecer sobre todo cuando veáis la contradicción que existe en la vida de muchos de vuestros compañeros entre la fe que profesan y su modo de vivir. Pero quiero insistir y exhortaros a que siempre estéis atentos a la llamada de Cristo, porque sólo Él puede enseñaros el verdadero significado de la vida y de todas las realidades temporales” (n.4).

* **Con los Jóvenes de María (Junio, 1980)**

- Vosotros me preguntáis por qué yo, en todas partes adonde voy, quiero encontrarme con los jóvenes.

Yo respondo: porque “el joven” significa el hombre que, de manera especial, de manera decisiva, está en trance de “formación”. Eso no quiere decir que el hombre no se esté formado durante toda su vida; se dice que “la educación comienza ya antes del nacimiento” y dura hasta el último día. Sin embargo, la juventud, desde el punto de vista de la formación, es un período especialmente importante, rico y decisivo. Y si reflexionáis sobre el dialogo de Cristo con el joven rico, encontraréis la confirmación de lo que acabo de decir. Las preguntas de este joven son esenciales. Las respuestas lo son también.

- Y ahora vosotros planteáis esta cuestión: ¿Se puede ser feliz en el mundo de hoy?

¡En verdad, os planteáis la misma pregunta del joven! Cristo le responde -a él y también a vosotros, a cada uno de vosotros-: Sí, se puede. Esto es, en efecto, lo que responde, aunque sus palabras sean aquellas: “si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mt.19,17). Y responderá también más adelante: “Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme! (Mt.19,21).

Estas palabras significan que el hombre no puede ser feliz más que en la medida en que es capaz de aceptar las exigencias que le plantea su propia humanidad, su dignidad de hombre. Las exigencias que le plantea Dios”.

*** Discurso a los jóvenes en París; 1-VI-1980.**

El Santo Padre respondió a las preguntas que los jóvenes le hicieron llegar. Estas preguntas eran reflejo y muestra de sus preocupaciones: la fe, el amor, la Iglesia, el hombre...

He aquí una pregunta de los jóvenes: “¿Por qué la Iglesia en asuntos de índole sexual mantiene una actitud intransigente? ¿No puede temerse que con ello los jóvenes se aparten más de la Iglesia?

El Papa la asume y responde a ella son pretender alagar los instintos:

“Si reflexionáis yendo al fondo del problema, os aseguro que os daréis cuenta de una cosa: que en este campo la Iglesia estipula solamente las exigencias relativas al amor conyugal verdadero, es decir, responsable. La Iglesia exige aquello que requieren la dignidad de la persona y el orden social fundamental.. No niego y comprendo que son exigentes; pero ahí está precisamente la clave del problema, imponerse exigencias a sí mismo. De lo contrario el joven “se va triste”, como acabamos de leer en el Evangelio. El bienestar, creedme, no hace felices a los hombres. La sociedad de consumo no hace felices a los hombres. Nunca lo hizo.

“La clave es la forma de entender la libertad humana. Si la “libertad” es la facultad de “hacer todo lo que quiero y me gusta” es evidente que, así entendida, no sólo la moral humana y los principios del Evangelio, son opresivos, pero si la libertad se manifiesta por la responsabilidad, es decir, por la percepción de la verdad sobre la dignidad humana -la de los demás y la mía- entonces la moral cristiana parecerá “liberadora” en la experiencia interior del que la aplica en conciencia y la vive realmente. Esta verdad que libera ayuda comprender a la persona. Ser libre es querer poder elegir aquello que uno debe elegir y elegirlo de verdad (...)

“Jesús no vino a condenar el amor, sino a liberar el amor de sus equívocos y falsificaciones (...). Porque Cristo comparte a la vez la naturaleza divina y nuestra naturaleza humana, la ofrenda de su vida, en su muerte y en su resurrección, nos alcanza a nosotros, los hombres de hoy, nos salva, nos purifica, nos libera, nos eleva”.

*** Con los Jóvenes en Budokan (Tokio. 24-II-1981).**

Juan Pablo II se encuentra con los jóvenes de Japón porque quiere anunciarles a ellos también a Jesucristo y su Evangelio.

“Vosotros sabéis que yo vengo aquí en el nombre de Cristo. Es decir, deseo decir que justamente Cristo es el maestro y el educador de la esperanza. Escuchando sus palabras, viviendo la vida que Él quiere compartir con todo hombre, se encuentra el sentido más completo de la vida. Sí; Cristo nos descubre hasta el fondo el sentido de la vida humana. Él nos muestra también su futuro definitivo en Dios. Este futuro sobrepasa el límite de la vida humana sobre la tierra. La esperanza que Cristo nos infunde es más fuerte que la muerte”.

*** Con los jóvenes españoles (Madrid. 3-XI-1982):**

+ Juan Pablo II confía en los jóvenes

“No me habéis desilusionado, sigo creyendo en los jóvenes, en vosotros. Y creo, no para halagaros, sino porque cuento con vosotros para difundir un sistema nuevo de vida. Ese que nace de Jesús, Hijo de Dios y de María, cuyo mensaje os traigo” (n.1).

+ El mensaje de las bienaventuranzas

Hace unos momentos se nos invitaba a reflexionar sobre el texto de las bienaventuranzas. En la base de ellas se halla una pregunta que vosotros os ponéis con inquietud: ¿por qué existe el mal en el mundo?

Las palabras de Cristo hablan de persecución, de llanto, de falta de paz y de injusticia, de mentira y de insultos. E indirectamente hablan del sufrimiento del hombre en su vida temporal. Pero no se detienen ahí. Indican también un programa para superar el mal con el bien. Efectivamente los que lloran serán consolados; los que sienten la ausencia de la justicia y tienen hambre y sed de ella serán saciados; los operadores de paz serán llamados hijos de Dios; los misericordiosos alcanzarán misericordia; los perseguidos por causa de la justicia poseerán el Reino de los cielos.

¿Es ésta solamente una promesa de futuro? Las certezas admirables que Jesús da a sus discípulos, ¿se refieren sólo a la vida eterna, a un reino de los cielos situado más allá de la muerte?

Sabemos bien, queridos jóvenes, que ese “reino de los cielos” es el “reino de Dios” y que “está cerca” (Mt.3,2). Porque ha sido inaugurado con la muerte y resurrección de Cristo. Sí, está cerca, porque en buena parte depende de nosotros, cristianos, bautizados y “discípulos” de Jesús. Somos nosotros, bautizados y confirmados en Cristo, los llamados a acercar ese reino, a hacerlo visible y actual en este mundo, como preparación a su establecimiento definitivo. Y esto se logra con nuestro esfuerzo y conducta concorde con los preceptos del Señor, con nuestra fidelidad a su persona, con nuestra imitación de su ejemplo, con nuestra dignidad moral. Así el cristiano vence el mal; y vosotros, jóvenes españoles, vencéis el mal, con el bien cada vez que, por amor y a ejemplo de Cristo, os libráis de la esclavitud de quienes miran a tener más y no a ser más.

+ Transformadores eficaces del mundo

Cuando sabéis ser dignamente sencillos en un mundo que paga cualquier precio al poder; cuando sois limpios de corazón entre quien juzga sólo en términos de sexo, de apariencia o hipocresía; cuando construís la paz, en un mundo de violencia y de guerra; cuando lucháis por la justicia ante la explotación del hombre por el hombre o de una nación por la otra; cuando por la misericordia generosa no buscáis la venganza, sino que llegáis a amar al enemigo; cuando en medio del dolor y las dificultades no perdéis la esperanza y la constancia en el bien, apoyados en el consuelo y ejemplo de Cristo y en el amor al hombre hermano. Entonces os convertís en transformadores eficaces y radicales del mundo y en constructores de la nueva civilización del amor, de la verdad, de la justicia que Cristo trae como mensaje.

+ ¿Qué hacer para vencer el mal con el bien?

De esta forma, el hombre -y sobre todo el joven- que se acerca a la lectura de la palabra de Cristo con la pregunta de “por qué existe el mal en el mundo”, cuando acepta la verdad de las bienaventuranzas, termina poniéndose otra pregunta: ¿qué hacer para vencer el mal con el bien? Más aún: acaba ya con una respuesta a esa pregunta. Que es fundamental en la existencia humana. Y bien podemos decir que quien halla esta respuesta y sabe orientar coherentemente su conducta ha logrado hacer penetrar el Evangelio en su vida. Entonces es verdaderamente cristiano.

+ Comportamiento del cristiano en el mundo

Con los criterios sólidos que saca de la convicción cristiana, el joven sabe reaccionar debidamente ante un mundo de apariencias, de injusticia y materialismo que le rodea.

Ante la manipulación de la que puede sentirse objeto mediante la droga, el sexo exasperado, la violencia, el joven cristiano no buscará métodos de acción que le lleven a la espiral del terrorismo; éste le hundiría en el mismo o mayor mal que critica y desprecia. No caerá en la inseguridad y la desmoralización, ni se refugiará en vacíos paraísos de evasión o de indiferentismo. Ni la droga, ni el alcohol, ni el sexo, ni un resignado pasivismo acrítico -eso que vosotros llamáis “pasotismo”- son una respuesta frente al mal. La respuesta vuestra ha de venir desde una postura sanamente crítica; desde la lucha contra una masificación en el pensar y en el vivir que a veces se os trata de imponer; que se ofrece en tantas lecturas y medios de comunicación social.

+ Invitación a no dejarse manipular ni moldear por nadie:

“Habéis de ser vosotros mismos, sin dejaros manipular; teniendo criterios sólidos de conducta. En una palabra: con modelos de vida en los que se pueda confiar, en los que podáis reflejar toda vuestra generosa capacidad creativa, toda vuestra sed de sinceridad y mejora social, sed de valores permanentes dignos de elecciones sabias. Es el programa de lucha para superar con el bien el mal. El programa de las bienaventuranzas que Cristo os propone” (n.3).

+ La victoria sobre el maligno (I Jn.2,13s).

¿Qué sentido tienen estas palabras de Juan? San Juan habla dos veces de “victoria sobre el maligno”; es decir, de la victoria sobre el instigador del mal en el mundo. Es idéntico tema al encontrado en las bienaventuranzas. Ahora bien, sabemos que es Jesús quien nos da esa “victoria que vence el mundo” y el mal que hay en él (I Jn.5,4s), que lo caracteriza, porque “el mundo todo está bajo el maligno” (ibid. v.19). Peor notemos bien las dos condiciones o dimensiones esenciales que el Evangelio pone para esa victoria; la primera es el amor; la segunda, el conocimiento de Dios como Padre (...).

+ Descubramos el amor como deseo de bien

Hace falta que, frente a la pregunta existencial del “por qué el mal en el mundo”, descubramos en nosotros el amor como deseo de bien; más aún: como exigencia de bien; como exigencia “antigua” y “nueva”, actual (...).

Este es el camino para la construcción del reino de Cristo; donde tienen cabida preferente los pobres, los enfermos, los perseguidos, porque el hombre es visto en su capacidad y tendencia hacia la plenitud de Dios. Un reino donde impere la verdad, la dignidad del hombre, la responsabilidad, la certeza de ser imagen de Dios. Un reino en el que se realice el proyecto divino sobre el hombre, basado en el amor, la libertad auténtica, el servicio mutuo, la reconciliación de los hombres con Dios y entre sí. Un reino al que todos sois llamados para construirlo, no sólo aisladamente, sino también asociados en grupos o movimientos que hagan presente el evangelio y sean luz y fermento para los demás.

+ Invitación a mantener una sincera amistad con Jesús

“Mis queridos jóvenes: la lucha contra el mal se plantea en el propio corazón y en la vida social. Cristo, Jesús de Nazaret, nos enseña cómo superarlo en el bien. Nos lo enseña y nos invita a hacerlo con acento de amigo; de amigo que no defrauda, que ofrece una experiencia de amistad de la que tanto necesita la juventud de hoy, tan ansiosa de amistades sinceras y fieles. Haced la experiencia de esta amistad con Jesús. Vividla en la oración con Él, en su doctrina, en la enseñanza de la Iglesia que os la propone. María Santísima os introduzca en este camino” (n.6).

Jóvenes españoles: el mal es una realidad. Superarlo en el bien es una gran empresa. Brotará de nuevo con la debilidad del hombre, pero no hay que asustarse. La gracia de Cristo y sus sacramentos están a nuestra disposición. Mientras marchamos por el sendero transformador de las bienaventuranzas, estamos venciendo el mal, estamos convirtiendo las tinieblas en luz” (70p).

*** Discurso a los jóvenes de Cerdeña (Italia); 19-X-1985).**

“Ama a tu prójimo como a ti mismo. Quien no respeta a los demás no se respeta de hecho ni siquiera a sí mismo como hombre. No ama a su verdadero bien quien no ama a los otros como a sí mismo. En esto se halla todo el Evangelio y toda la moral escrita en el corazón del hombre”.

*** Discurso a los jóvenes en Auckland (Nueva Zelanda); 22-XI-1986**

Juan Pablo II propone a los jóvenes el camino de Jesucristo, sin rebajas: “No tengáis miedo a la luz de Cristo. La cruz es el árbol de la vida. Es la

fuente de toda alegría y de toda paz. Fue el único modo por el que Jesús alcanzó la resurrección y el triunfo. Es el único modo por el que nosotros participamos en su vida, ahora y para siempre”.

*** Discurso a los jóvenes en Sydney (Australia); 25-XI-1986**

Juan Pablo II invita a los jóvenes a descubrir y encontrarse con Jesucristo en los necesitados: “Acercaos a Cristo y descubridlo en el pobre y en el que tiene soledad, en el enfermo y en el afligido, en el incapacitado, en el anciano, en el marginado, en todos aquellos que esperan vuestra sonrisa, vuestra compasión y vuestro amor. Y cuando hayáis conocido y abrazado a Jesús en todos estos, entonces -y sólo entonces- participaréis profundamente de la paz de su Sagrado Corazón”.

*** Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes en Gelsenkirchen (Alemania), 2-V-1987.**

El Papa invita a los jóvenes a fortalecer su relación con Jesucristo. En efecto, “la íntima relación que Cristo quiere establecer con nosotros es esa singular amistad que nunca puede defraudar. Jesús es fiel; Él mantiene lo que promete. Por eso, Cristo es vuestro verdadero amigo. No encontraréis un compañero de camino más fiel. No permitáis, por ello que vuestra respuesta a Él sea mezquina. ¡No le alarguéis sólo vuestro dedo pequeño! ¡Abridle ampliamente las puertas de vuestra amistad! Las cosas grandes no se pagan con moneda pequeña. ¡Entregadle vuestro corazón, vuestro entendimiento, vuestras manos! Y si os llama personalmente a su más inmediato seguimiento, no le neguéis vuestra compañía. ¡Con Cristo no hay pérdidas! Él os da tan abundantemente que podéis enriquecer a otras aún y con Él transformar el mundo”.

*** Alocución a los Capitulares de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco. Roma 1-V-1990.**

En el centro de vuestros trabajos, han de estar los jóvenes

“En el centro de vuestras atenciones deben estar siempre los jóvenes, esperanza de la Iglesia y del mundo, hacia los cuales todos miran con confianza y emoción. (...) Estad siempre a su servicio, especialmente permaneced atentos a quienes son más débiles o están marginados. Llevad a todos la esperanza del Evangelio, para que les ayude a enfrentarse valientemente con la vida, resistiendo las tentaciones del egoísmo y del desaliento. Sed para ellos padres y hermanos” (...)

Potenciar la “pedagogía realista de la santidad”

Preocupados de que todo el proceso educativo esté ordenado al fin religioso de la salvación, Esta “pedagogía realista de la santidad”, típica de vuestro fundador, “maestro de espiritualidad juvenil”, implica el compromiso constante de ayudar a los muchachos a vosotros confiados para que abran el corazón a los valores absolutos interpretando la propia existencia y los acontecimientos de la historia “según las profundidades y las riquezas del misterio” (Juvenum Patristicum, 15) (n.2).

La educación de los jóvenes es una de las grandes instancias de la nueva evangelización y es justo que busquéis, hoy, caminos adecuados y lenguajes apropiados a vuestro carisma...

Algunos valores fundamentales en la educación de los jóvenes

Querría aprovechar este grato encuentro para poner de relieve algunos valores fundamentales que considero de particular actualidad para quienes, como vosotros, interpretan la misión educadora de la Iglesia respecto a los jóvenes

Me es grato subrayar, como elemento fundamental, la fuerza de síntesis unitiva que brota de la caridad pastoral. Esta es fruto del poder del Espíritu Santo, que asegura la inseparabilidad vital entre unión con Dios y acción apostólica, entre corazón orante y manos operantes (n.3) (...)

Otro aspecto importante es la original opción pedagógica de vuestro fundador, que consiste en la “educación” evangelizadora de los jóvenes.

Otro precioso valor es suscitar entre los jóvenes una auténtica “espiritualidad”. Espiritualidad significa participación viva en la fuerza del Espíritu Santo recibida en el sacramento del Bautismo y llevada su plenitud en el sacramento de la confirmación” (n.5) (70q).

*** Discurso de Juan Pablo II a un grupo de obispos brasileños de la región Oeste 1 y 2 con motivo de la visita “ad limina”; 24-VI-1990: “Opción preferencial por los jóvenes”**

El Santo Padre exhorta a los obispos a que reaviven la atención pastoral a los jóvenes con carácter preferencial: Ante los jóvenes “no se trata solamente de saber acoger, manifestar disponibilidad, saber escuchar. “El joven busca una respuesta. Si encuentra sólo respuestas vagas que no se corresponden con sus profundos anhelos de vida y de bien; si en quien

deberían encontrar apoyo sólido y decidido no ven otra cosa que incertidumbres y dudas, no nos pueden sorprender que sigan por la senda del desorden en la propia vida, cuando no de la desesperación.

Pues bien, la respuesta cristiana -que es la única que puede satisfacer plenamente el corazón del hombre. No es un raciocinio. Un conjunto de normas una ideología política. Es ciertamente el testimonio de Cristo, aquí y ahora, con la misma realidad y novedad de hace casi dos mil años. Un Cristo que quiere establecer con él una relación personal de Alianza, de Verdad y de Vida, con la que le propone seguir y hacer experiencia de su compañía, que da sentido y unidad a su vida, descubriéndole su vocación y, lo que es más importante, enseñando el camino que conduce al Dios único y verdadero.

Por todo ello, “no es posible reducir el anuncio de Cristo a los jóvenes. Tiene que ser clara y valiente la transmisión del contenido de la verdad, al mismo tiempo que avalar por el testimonio de la vivencia personal, realmente aplicable en los ambientes concretos y a todas las necesidades de los jóvenes.

En segundo lugar, debe tenerse en cuenta que el encuentro del joven con Cristo puede conseguirse en la medida en que le fuera permitido un encuentro personal con el Señor, tanto en la percepción orgánica del contenido de aquella Verdad, como en la comprensión de la “lógica” de las bienaventuranzas que no son otra cosa que un camino de conversión, un camino de santidad de vida y, por qué no, una exigente participación en la comunión y misión de toda la Iglesia.

Para ello es preciso que tengáis en cuenta la importancia de la vida sacramental, con la práctica frecuente de la confesión sacramental y de la comunión eucarística. Y junto a ella el cultivo de la oración litúrgica y personal (...) Todo estos medios, sin embargo, podrían no alcanzar su objetivo, si no existiera una viva preocupación por la formación moral de las conciencias (...) Es necesario “proponer adecuadamente la relación entre esta formación cristiana de la vida de los jóvenes y las exigencias de su solidaridad y compromisos sociales” (70r).

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 31-VIII-1994: “La Iglesia de los Jóvenes” (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1994).**

El Santo Padre se dirige a los jóvenes a quienes amó y dedicó una peculiar atención siempre. Y en esta catequesis les expone los siguientes temas:

- El Espíritu Santo renueva en todos la juventud de la gracia

- Jesús eligió a un grupo de jóvenes
- Orientar la capacidad creativa de los jóvenes
- Compromiso de los jóvenes en el apostolado

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 21-IX-1994: “Promoción del laicado cristiano hacia los tiempos nuevos” (Ed. Palabra. Madrid. 1994).**

Juan Pablo II habla a los jóvenes de nuevos horizontes y de nuevos compromisos:

- Cristo entra en la sociedad a través vuestros (n.2).
- Se renuevan las maravillas de Pentecostés (n.3).
- Vuestra vida sacramental (n.4).
- Necesitáis formación doctrinal (n.6)
- Contamos con la acción del Espíritu Santo (n.8).

*** Encuentro con los jóvenes españoles en el Aeródromo de Cuatro Vientos (Madrid, España); 3- Mayo-2003.**

Juan Pablo II cuando se dirigía a los jóvenes no los halagó ni los regañó. Hizo lo que debía: anunciarles a Jesucristo, el Hijo de Dios, muerto y resucitado, el Redentor y el Salvador de todos. Siempre les recordó la grandeza de la vocación cristiana con su belleza y sus exigencias.

Por su parte, los Jóvenes encontraron en Juan Pablo II un padre, un amigo, un guía espiritual y un admirable ejemplo moral.

Algunas enseñanzas del Papa a los jóvenes:

* Id al encuentro de Jesucristo. “Queridos jóvenes, id con confianza al encuentro de Jesús y, como los nuevos santos, no tengáis miedo de hablar de Él, pues Cristo es la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino. Es preciso que vosotros jóvenes os convirtáis en apóstoles de vuestros coetáneos. Sé muy bien que esto no es fácil. Muchas veces tendréis la tentación de decir como el profeta Jeremías: “¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho” (Jer.1,6). No os desaniméis, porque no estais solos: el Señor nunca os dejará de acompañaros. Con su gracia y el don de su Espíritu” (71).

* “Os invito a formar parte de la “Escuela de la Virgen María”. Ella es modelo insuperable de contemplación y ejemplo admirable de interioridad fecunda, gozosa y enriquecedora. Ella os enseñará a no separar nunca la

acción de la contemplación, así contribuiréis mejor a hacer realidad un gran sueño: el nacimiento de la nueva Europa del espíritu. Una Europa fiel a sus raíces cristianas, no encerrada en sí misma sino abierta al diálogo y a la colaboración con los demás pueblos de la tierra; una Europa consciente de estar llamada a ser faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo, decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos” (n.2) (72).

* Testigos y hacedores del perdón y de la reconciliación: “Venced la enemistad con la fuerza del perdón. Manteneos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestras vidas que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo...” (73).

* Participad en la realización de la nueva evangelización: “Esta presencia del Señor os hace capaces de asumir el compromiso de la nueva evangelización, a la que todos los hijos de la Iglesia está llamados. Es tarea de todos...; sin embargo, la evangelización requiere hoy con urgencia sacerdotes y personas consagradas. Ésta es la razón por la que deseo decir a cada uno de vosotros, jóvenes: si sientes la llamada de Dios que te dice: “Sígueme”..., no la acalles. Sé generoso, responde como María ofreciendo a Dios el sí gozoso de tu persona y de tu vida” (74).

* Colaborad en el nacimiento de la Europa del espíritu: “Una Europa fiel a sus raíces cristianas..., decidida a aunar sus esfuerzos y su creatividad al servicio de la paz y de la solidaridad entre los pueblos” (75).

* Sed constructores de la paz: “Hoy quiero comprometeros a ser operadores y artífices de paz. Responded a la violencia ciega y al odio inhumano con el poder fascinante del amor. Venced la enemistad con la fuerza del perdón. Manteneos lejos de toda forma de nacionalismo exasperado, de racismo y de intolerancia. Testimoniad con vuestra vida que las ideas no se imponen, sino que se proponen. ¡Nunca os dejéis desalentar por el mal!” (76).

*** Homilía de Juan Pablo II con motivo del encuentro nacional de los Jóvenes Católicos de Suiza (6-VI-2004).**

- El misterio de Dios: la comunión trinitaria

Las tres personas. Iguales y distintas, son un solo Dios. Su distinción real no menoscaba la unidad de la naturaleza divina. Cristo nos propuso a sus

discípulos como modelo esta comunión profundísima: “Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn.17,21).

- La celebración de la Stma. Trinidad y la comunión eclesial

La celebración del misterio de la santísima Trinidad constituye cada año para los cristianos una fuerte llamada al compromiso a favor de la unidad. Es una llamada dirigida a todos, pastores y fieles, e impulsa a todos a tomar cada vez mayor conciencia de la propia responsabilidad dentro de la Iglesia, Esposa de Cristo. Ante esas palabras de Cristo no podemos por menos de sentir la urgencia del compromiso ecuménico. Reafirmo, también en esta circunstancia, la voluntad de avanzar por el camino difícil, pero lleno de alegría, de la plena comunión de todos los creyentes. Sin embargo, no cabe duda de que el esfuerzo que realizan los católicos por vivir la unidad en su interior es una notable contribución a la causa ecuménica. Ya destaqué en “Novo Millennio Ineunte” la necesidad de “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión” (n.43), dirigiendo la mirada del corazón “hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos” (n.43). Así se alimenta la “espiritualidad de comunión”, que, partiendo de los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, impregna las parroquias, las asociaciones y los movimientos. Una Iglesia local en donde florezca la espiritualidad de comunión sabrá purificarse constantemente de las “toxinas” del egoísmo, que engendran celos, desconfianza, afán de prepotencia y enfrentamiento perjudiciales (n.3).

- La verdad es Jesucristo

La formulación correcta de la pregunta no debe ser “¿Qué es la verdad?” sino “¿Quién es la verdad?”. Esta es la pregunta que se plantea también el hombre del tercer milenio. Queridos hermanos y hermanas, no podemos callar la respuesta, porque nosotros la conocemos. La verdad es Jesucristo, que vino al mundo para revelarnos y donarnos el amor del Padre. Estamos llamados a testimoniar esta verdad con la palabra y sobre todo con la vida (n.4).

- La Iglesia es misión

La Iglesia necesita también hoy “profetas” capaces de despertar en las comunidades la fe en el Verbo revelador del Dios rico en misericordia. Ha llegado el tiempo de preparar a generaciones jóvenes de apóstoles que no tengan miedo de anunciar el Evangelio. Para todo bautizado es esencial pasar

de una fe rutinaria a una fe madura, que se manifieste en opciones personales claras, convencidas y valientes. Sólo una fe así, celebrada y compartida en la liturgia y en la caridad fraterna, puede alimentar y fortificar a la comunidad de los discípulos del Señor y edificarla como Iglesia misionera, liberada de falsos miedos porque está segura del amor del Padre.

- El hombre, imagen de Dios

La verdadera fuente de la grandeza del hombre es que el hombre es imagen de Dios. Ésta es la raíz de su dignidad indestructible. En todo ser humano se refleja la imagen de Dios. Aquí radica la más profunda “verdad” del hombre, que en ningún caso puede ignorarse o violarse. Cualquier ultraje hecho al hombre es, en definitiva, un ultraje a su Creador, que lo ama con amor de Padre”.

*** “Discurso de Juan Pablo II a los jóvenes de la diócesis de Roma participantes en la Misión “Jesús, en el centro”, como preparación para el Año de la Eucaristía” (9-X-2004).**

“No existe auténtica celebración y adoración de la Eucaristía que no lleve a la misión. Al mismo tiempo, la misión presupone otro rasgo eucarístico esencial: la unión de los corazones” (n.3).

¡Queridos jóvenes! Jamás os canséis de celebrar la Eucaristía y adorarla, junto con toda la comunidad cristiana, especialmente los domingos. Sabed poner la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria, para que la comunión con Cristo os ayude a realizar opciones valientes (n.4).

“La pasión misionera. No tengáis miedo de dar razón de la esperanza que os habita, esperanza que tiene un nombre bien concreto: ¡Jesucristo! Esta esperanza habéis de transmitirla a vuestros coetáneos yendo en su busca, ofreciéndoles amistad y acogida auténticas, llevándolos a descubrir el gran don de la Eucaristía” (n.4).

“Una espiritualidad eucarística. No os canséis jamás de formaros en la escuela de la escucha de la Palabra de Dios, de la oración, de la celebración de los sacramentos. Recordad siempre que el primer lugar de la evangelización lo ocupa la persona humana, hacia la cual nos impulsa la Eucaristía pidiéndonos capacidad de escucha y de amor” (n.5).

c) Las Jornadas Mundiales de la Juventud

La génesis de la Jornada Mundial de la Juventud:

Estas jornadas muestran con claridad que el Santo Padre fue un buscador incansable de la juventud y que los jóvenes lo buscaron a él hasta el final de su vida. Recordemos algunas Jornadas inolvidables: Roma, Buenos Aires, Dénver, París, Toronto, Santiago de Compostela, Manila.

La Jornada Mundial de la Juventud se celebra normalmente de dos maneras: cada año en las Iglesias locales y con el Papa en Roma, el Domingo de Ramos; cada dos años con encuentros internacionales, en un lugar distinto cada vez. Cada año el Papa envía a los jóvenes de todo el mundo un Mensaje para la siguiente Jornada Mundial de la Juventud.

- Jubileo Internacional de los jóvenes, con motivo del Jubileo Extraordinario de la Redención, el Año Santo de 1983-1984; 11-15 de abril de 1984. Roma.

- Encuentro con los jóvenes (en el marco del Año internacional de la juventud convocado por la ONU); 30-31 de 1985. Roma.

- Carta apostólica “Dilecti amici” del Santo Padre del 31 de marzo de 1985 “a los jóvenes y a las jóvenes del mundo” para el Año Internacional de la juventud, convocado por la ONU (publicado el 26 de marzo de 1985).

- Carta de acompañamiento del Santo Padre, a la Carta Apostólica “Dilecti amici”, a los Obispos de todo el mundo, del 31 de marzo de 1998.

- El anuncio de la institución de la Jornada Mundial de la Juventud se produjo durante la alocución de Juan Pablo II al Colegio de Cardenales y a la Curia Romana del 20 de diciembre de 1985 (76a).

Al origen de las Jornadas Mundiales de la Juventud:

*** Carta a los Jóvenes (Roma, 31-III-1985; párrafos 1-5 y 14).**

Juan Pablo II escribe una “Carta a los Jóvenes”, en 31-III-1985, con la que se inició una gran animación apostólica y pastoral de los jóvenes en todo el mundo. Destacamos estos párrafos por su interés.

- Los jóvenes, camino de la Iglesia

“Si el hombre es el camino fundamental y cotidiano de la Iglesia, entonces se comprende bien por qué la Iglesia atribuye una especial importancia al período de la juventud como una etapa clave de la vida de cada hombre. (...) En vosotros, queridos jóvenes, está la esperanza, porque pertenecéis al futuro, y el futuro os pertenece. En efecto, la esperanza está siempre unida al futuro, es la espera de los “bienes futuros”. Como virtud

cristiana ella está unida a la espera de aquellos bienes eternos que Dios ha prometido al hombre en Jesucristo.

- ¿Por qué se alejó de Jesús el joven rico?

Hablando el Papa del joven rico que se alejó de Cristo, dice: “En la decisión de alejarse de Cristo han influido sólo las riquezas exteriores, lo que el joven poseía. No lo que él era. Lo que él era, precisamente en cuanto joven -es decir, la riqueza interior que se esconde en la juventud-, le había conducido a Jesús. Y le había llevado a hacer aquellas preguntas, en las que se trata de manera más clara del proyecto de toda la vida. ¿Qué he de hacer? ¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? ¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido? La juventud de cada uno de vosotros, queridos amigos, es una riqueza que se manifiesta precisamente en estas preguntas.

¿A quien hemos de preguntar esto? Parece que Cristo es en estos casos el único interlocutor competente, aquel que nadie puede sustituir plenamente.(...).

- Debéis contar siempre con Dios

Cuando Cristo al responderos os manda referir todo esto a Dios, os indica a la vez cuál es la fuente de ello y el fundamento que está en vosotros. En efecto, cada uno de vosotros es imagen y semejanza de Dios por el hecho mismo de la creación. Tal imagen y semejanza hace precisamente que os pongáis estas preguntas que os debéis plantear. Ellas demuestran hasta qué punto el hombre sin Dios no puede comprenderse a sí mismo ni puede tampoco realizarse sin Dios. Jesucristo ha venido al mundo ante todo para hacer a cada uno de nosotros conscientes de ello.

- ¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?

Cristo no sólo es el “maestro bueno” que indica los caminos de la vida sobre la tierra. Él es el testigo de aquellos destinos definitivos que el hombre tiene en Dios mismo. Él es el testigo de la inmortalidad del hombre. El Evangelio que Él anunciaba con su voz está sellado definitivamente con la cruz y la resurrección en el misterio pascual. (...) Frente a los programas y modos de ver el mundo y a las ideologías, Cristo repite constantemente: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá”.

*** Encuentro con los jóvenes en Roma. 30-III-1985.**

Nos encontramos otra vez como hace un año. Entonces se celebraba el Jubileo extraordinario de la Redención: y nos separamos con el compromiso de volvernos a ver otra vez. Ahora el encuentro se renueva con motivo de la celebración del Año Internacional de la Juventud proclamado por la ONU para 1985 con la conciencia del peso decisivo que tienen los jóvenes en todo proyecto que mire al futuro. La idea guía, que la ONU ha dado a este Año, se articula en tres palabras densas de contenido: participación, desarrollo, paz. Tres valores de fondo, tres metas hacia las que todos los jóvenes del mundo están invitados a hacer converger sus esfuerzos. Esta tarde vamos a fijar la atención sobre todo en el primero de los valores citados: la participación.

¿Qué quiere decir exactamente participación? Quiere decir: estar juntos con los otros, y a la vez: ser nosotros mismos mediante ese “estar juntos”. Lo que une a los hombres entre sí, lo que los hace participar a los unos en la vida de los otros es la coparticipación de los bienes, es la común aceptación de los valores. (...)

Juan Pablo II invita a los jóvenes a participar en la familia: “cada uno de los miembros de la familia participa en la “humanidad” de los otros: marido y mujer, padres e hijos, hijos y padres. Es grande la importancia de la familia como escuela de participación. Y, por esto, hay una gran pérdida cuando falta esta escuela de participación, cuando se destruye la familia. Queridísimos jóvenes: comprometeos a construir en vuestro futuro familias sanas. (...) Una familia sana es la garantía más segura de serenidad para los cónyuges y el don más grande que ellos pueden legar a sus hijos.

El Santo Padre exhorta a los jóvenes a que participen también en la vida y misión de la Iglesia: “La Iglesia es una escuela particular de participación; nos lo hace entender el acontecimiento más importante de la vida eclesial: la participación en la Santa Misa.(...) La Iglesia nos educa para la participación, haciéndonos entrar en comunión con el misterio de Cristo y particularmente con el misterio pascual, es decir, con su pasión, muerte y resurrección. Este es el misterio de la redención, esto es, de la Alianza que Dios ha establecido con el hombre, con toda la humanidad, estipulándola “en la sangre”, es decir, en el sacrificio de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

También nosotros estamos llamados a esta Alianza; y tal participación tiene carácter continuo, habitual. El hombre participa en ella ante todo mediante el bautismo, sacramento con el que Dios, en la confirmación de su voluntad de amistad, no sujeta a cambios, imprime en el alma del nuevo cristiano su sello indeleble. Dios es fiel; su Alianza no tiene un carácter provisional, sino estable. Los diversos sacramentos sucesivos al bautismo no

son, en el plan de Dios, sino confirmaciones y profundizaciones de la inicial y jamás desmentida alianza, que Él ha establecido con cada uno de nosotros.

Somos llamados a participar en la vida misma de Dios, de la Santísima Trinidad. Este es el don de la gracia. Y la gracia es real “participación en la naturaleza divina” (...) Nuestra meta es una “asimilación” a Dios, en quien la capacidad de participación, que es propia de nuestra naturaleza, se trasciende y sublima hasta abrirse a los latidos mismos de la vida que es propia de Dios.

La Iglesia, que nos dirige hacia esa meta suprema, es el sacramento de tal participación. Todos los aspectos de su vida (...) no tienen otra finalidad sino esta: ayudar a los cristianos a encarnar en la propia vida la realidad de esta participación en el amor de Dios y de las exigencias que de ella se derivan. Entre estas exigencias están:

La primera y la más fundamental es el amor. La vida divina es comunión de amor. Si ella es el ápice y la plenitud de la “participación” a la que estamos llamados, es lógico que el mandamiento más grande sea el del amor a Dios y al prójimo.

Debemos “participar” en la Divinidad y madurar en esta participación a medida de la eternidad, participando en la humanidad de nuestros hermanos: cercanos y lejanos. Este es también el “meollo ético” de nuestra vocación: cristiana y humana. El mandamiento del amor se inserta orgánicamente en la vocación a la participación.

Así pues, vosotros, jóvenes, en la escuela de vuestras familias, de vuestras comunidades, de vuestras naciones, en la escuela de la Iglesia debéis educaros para toda la riqueza de la “participación” en la dimensión interhumana (social) y, simultáneamente, religiosa y sobrenatural.

Estáis llamados a participar en el verdadero y auténtico desarrollo, que, mediante el justo equilibrio entre “ser” y “tener”, debe hacerse cada vez más progreso en la justicia, dentro de los varios ámbitos y bajo diversos perfiles; debe hacerse progreso en la civilización del amor.

Vosotros, jóvenes, estáis llamados también a participar en el grande e indispensable esfuerzo de toda la humanidad, que tiene como objetivo alejar el espectro de la guerra y construir la paz. Debéis ser “artífices de la paz” según el multiforme alcance de este término, que abarca significados más ricos que la simple ausencia de guerra”.

Aquí se encuentran la raíz y el fundamento de las Jornadas Mundiales de la Juventud, celebradas en las Parroquias, en las Diócesis y a nivel de toda la Iglesia. A continuación presentamos cada una de estas Jornadas Mundiales de la Juventud.

Presentación de las Jornadas Mundiales de la Juventud

*** I Jornada Mundial.** 23 de marzo de 1986; **Roma** (Italia). Domingo de Ramos: “Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (I Pedr.3,15). Celebración diocesana.

“Iniciamos en los años 1984 y 1985 nuestra peregrinación para llegar en 1986 a Roma, centro y corazón de la catolicidad, para dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. IPedr. 3,15), llevando su cruz por caminos del mundo. Le hemos pedido –con insistencia- que permaneciera con nosotros en la andadura cotidiana” (76b).

Juan Pablo II pronunció una hermosa homilía dirigida a los jóvenes, en la Plaza de San Pedro. De ella ofrecemos estos textos:

Queridos jóvenes amigos: Hoy estáis de nuevo aquí para comenzar en Roma, en la plaza de San Pedro, la tradición de la Jornada de la Juventud, a cuya celebración ha sido invitada toda la Iglesia.

- Contemplemos a Jesucristo

Hoy contemplamos a Jesús de Nazaret, que viene a Jerusalén; su llegada está acompañada con el entusiasmo de los peregrinos. “¡hosanna al Hijo de David!” (Mt.21,9). Sabemos, sin embargo, que el entusiasmo será sofocado dentro de poco. Ya entonces “algunos fariseos de entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos” (Lc.19,39). Que expresiva es la respuesta de Jesús: “Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras” (Lc.19,40). Contemplemos, por tanto, “al que viene en nombre del Señor” (Mt.21,9), en la perspectiva de la Semana Santa (cf. Lc.18,31-33).

- ¿Qué es el misterio pascual de Jesucristo?

El misterio pascual está constituido por los acontecimientos de estos días, particularmente de los últimos días de la Semana Santa. Estos acontecimientos tienen una dimensión humana, como dan testimonio de ello las narraciones de la pasión del Señor en los Evangelios. Mediante estos acontecimientos el misterio pascual se sitúa en la historia del hombre, en la historia de la humanidad. Sin embargo, tales acontecimientos tienen, a la vez,

su dimensión divina, y precisamente en ella se manifiesta el misterio (cf. Fil.2,6-7).

Esta dimensión divina se llama Encarnación. El Hijo de la misma sustancia del Padre se hace hombre y, como tal, se hace siervo de Dios: siervo de Yahvé (Isaías). Mediante este servicio del Hijo del hombre, la economía divina de la salvación llega a su ápice, a su plenitud. (...) esta dimensión del misterio divino se llama redención. La obediencia del Hijo del Hombre, la obediencia hasta la muerte de cruz, compensa con creces la desobediencia hacia el Creador y Padre contenida en el pecado del hombre desde el principio.

Así pues, el misterio pascual es la única realidad divina de la Encarnación y de la Redención, introducida en la historia de la humanidad, Introducida en el corazón y en la conciencia de cada uno de nosotros (...).

El misterio pascual de Jesucristo no se agota en el despojo de Cristo. No lo cierra la gran piedra puesta a la entrada del sepulcro tras la muerte en el Gólgota. Al tercer día esta piedra será removida por la potencia divina y comenzará a “gritar”: comenzará a hablar acerca de lo que San Pablo expresa: “Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre...” (Fil.2,10-11).

Redención significa también exaltación. La exaltación, es decir, la resurrección de Cristo abre una perspectiva absolutamente nueva en la historia del hombre, en la existencia humana, sometida a la muerte a causa de la herencia del pecado. Por encima de la muerte está la perspectiva de la vida. La muerte forma parte de la dimensión del mundo visible; la vida está en Dios.

El Dios de la vida nos habla con la cruz y con la resurrección de su Hijo. Esta es la última palabra de su Revelación. La última palabra del Evangelio. Mediante la cruz y la resurrección, mediante el misterio pascual, Cristo dirige a cada uno de nosotros la llamada: “Sígueme”. Yo soy el camino, la verdad y la vida.

*** II Jornada Mundial.** 12 de abril de 1987, **Buenos Aires** (Argentina). “Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene” (IJn.4,16). Celebración internacional.

- Vigilia, Buenos Aires: 11-IV-1987:

A los jóvenes argentinos:

Llamada a la reconciliación

“Sé que estáis dispuestos a superar las dolorosas experiencia recientes de vuestra patria, oponiéndooos a cuanto atente contra una convivencia fraterna de todos los argentinos, basada en los valores de la paz, de la justicia y de la solidaridad. Que el hermano no se enfrente más al hermano; que no vuelva a haber más ni secuestros ni desaparecidos; que no haya lugar para el odio, la violencia; que la dignidad de la persona humana sea siempre respetada. Para hacer realidad estos afanes de reconciliación nacional, el Papa os llama a comprometeros personalmente, desde vuestra fe en Cristo, en la construcción de una nación de hermanos, hijos de un mismo Padre que está en los cielos.

Conservad el patrimonio de fe que habéis recibido

“Agradeced al Señor el patrimonio de fe injertado en el dinamismo nacional popular de Argentina. A vosotros toca asumir la responsabilidad de que este patrimonio de fe vivifique vuestra generación y muestre así su permanente vitalidad y actualidad en Cristo. Para ello es necesario que todos vosotros -cada uno y cada una- responda con generosidad a la voz de Jesús, que hoy sigue diciéndoos, como al principio de su predicación en Israel: “Convertíos y creed en el Evangelio (Mc.1,15). (...)

La fidelidad a Cristo requiere conocerlo y tratarlo -como Maestro y Amigo- con hondura y perseverancia. La lectura frecuente de la Sagrada Escritura; el estudio serio de la doctrina de Cristo, enseñada con autoridad por su Iglesia; la frecuencia de los sacramentos; y la conversación diaria con Jesús en la intimidad de vuestra oración, serán cauce privilegiados para que progreséis en un conocimiento vivo de Cristo y de su mensaje de salvación

Poned siempre la confianza en el Señor

Si al considerar este panorama de conversión en la fe y en el amor sentís el peso de vuestros pecados y limitaciones, volved a poner vuestra confianza en Cristo que jamás os abandona. Contáis con la gracia de los sacramentos que ha dejado a su Iglesia, y en particular con la abundancia del perdón divino, que se nos confiere en la penitencia sacramental.

- Palabras a los jóvenes de Latinoamérica

“Yo también quiero repetir con vosotros: “¡América Latina: sé tú misma! Desde tu fidelidad a Cristo. Resiste a quienes quieren ahogar tu vocación de esperanza”. América latina es el Continente de la esperanza por la

fidelidad a Cristo, que este continente expresa en la gran mayoría de sus habitantes, por su fidelidad a la única esperanza, que es la cruz de Cristo. (...) Una esperanza que es única y universal. (...) América Latina es un continente que ve en la cruz del Señor la potencia redentora capaz de renovarlo todo, purificando y ordenado al reino de Cristo todo el cosmos creado. (...)

Al final del Año Santo os confío el signo mismo de este Año Jubilar. ¡La cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como señal del amor de nuestro Señor Jesucristo a la humanidad, y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado está la salvación y la redención.

Quiero recordaros que sois -a la sombra de la cruz de cristo- protagonistas de una doble esperanza: por vuestra juventud, esperanza de la Iglesia; y por ser de Latinoamérica, continente de la esperanza. Y todo ello os confiere una particular responsabilidad ante la Iglesia y ante la humanidad. ¡Espero mucho de vosotros!

Renovad vuestra fidelidad a Jesucristo

Espero, sobre todo, que renovéis vuestra fidelidad a Jesucristo y a su cruz redentora. Pensad, en primer lugar, que ese mismo sacrificio redentor de Cristo se actualiza sacramentalmente en cada Misa que se celebra, quizá muy cerca de vuestros lugares de estudio y trabajo. No es Jesús, por tanto, alguien que ha dejado de actuar en nuestra historia. ¡No! ¡Él vive! Y continúa buscándonos a cada uno para que nos unamos a Él cada día en la Eucaristía, también, si es posible, acercándonos -con el alma en gracia, limpia de todo pecado mortal- a la comunión.

Tomad la cruz cada día (cf. Lc.9,23).

Quiero haceros notar que esa cruz de cada día es especialmente vuestra lucha cotidiana por ser buenos cristianos, que os hace colaboradores en la obra de la redención de Cristo; de esta manera, contribuís a llevar a cabo la reconciliación de todos los hombres y de toda la creación con Dios. (...) Considerad entonces cómo ha de ser vuestra vida; porque si Cristo nos ha redimido muriendo en un madero, no sería coherente que vosotros le respondierais con una vida mediocre. Se requiere esfuerzo, sacrificio, tenacidad; sentir el cansancio de esa cruz que pesa sobre nuestras espaldas diariamente.

Os pido, pues, en nombre del Señor, que renovéis hoy esa fidelidad a Cristo que hace de vuestra tierra el “continente de la esperanza”. He querido

señalaros los ejes de ese compromiso con Cristo: la Eucaristía, el sacrificio en vuestra conducta cotidiana, la abnegación de la propia persona.

- A todos los jóvenes del mundo

Me habéis preguntado cuál es el problema de la humanidad que más me preocupa. Precisamente éste: pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios. Ver una humanidad que se aleja del Señor, que quiere crear al margen de Dios o incluso negando su existencia. Una humanidad sin Padre y, por consiguiente, sin amor, huérfana y desorientada, capaz de seguir matando a los hombres que ya no considera como hermanos, y así preparar su propia autodestrucción y aniquilamiento. Por eso, mis queridos jóvenes, quiero de nuevo comprometeros hoy a ser apóstoles de una nueva evangelización para construir la civilización del amor. (...)

Creer en el amor de Dios no es tarea fácil: requiere donación personal, no tranquilizar egoístamente la conciencia o dejar indiferente el corazón, sino hacerlo más generoso, más libre, más fraterno. Libre de tantas esclavitudes, como son los desórdenes sexuales, la droga, la violencia y el afán de poder y de tener, que terminan por dejaros vacíos y angustiados, e impiden el verdadero amor y la auténtica felicidad. Abrid generosamente vuestro corazón al amor de Dios, el único capaz de dar sentido pleno a toda nuestra vida. (...).

Y, con el amor a Cristo, llenaos de amor por todos los hombres, pues “si alguien dice amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un embustero” (Jn.4,20). Queridos jóvenes, acoged con gratitud el amor de Dios y expresadlo en una verdadera comunidad fraterna; estad dispuestos a entregar cotidianamente la vida para transformar la historia. El mundo necesita, hoy más que nunca, vuestra alegría y vuestro servicio, vuestra vida limpia y vuestro trabajo, vuestra fortaleza y vuestra entrega, para construir una nueva sociedad, más justa, más fraterna, más humana y más cristiana: la nueva civilización del amor, que se despliega en servicio a todos los hombres. Construid así la civilización de la vida y de la verdad, de la libertad y de la justicia, del amor, la reconciliación y la paz.

Os consta cuánto me preocupa la paz del mundo y cómo he realizado con vosotros mismos, en distintas ocasiones, un itinerario evangélico de la paz. Sabéis que la paz es un don de Dios -“Jesucristo es nuestra paz” (Ef.2,14)-, que hemos de pedir con insistencia. Pero, además, debemos construirla entre todos, y esto exige también, de cada uno de nosotros, una profunda conversión interior. Por eso, queridos jóvenes, hoy quiero

comprometeros de nuevo a ser “operadores de paz”, por los caminos de la justicia, la libertad y el amor” (76c).

*** III Jornada Mundial.** Roma. 27 de marzo de 1988. “Haced lo que Él os diga” (Jn.2,5). Celebración diocesana.

Mensaje de Juan Pablo II a los y a las jóvenes del mundo con motivo de la III Jornada Mundial de la Juventud.

María, en el centro de esta Jornada Mundial de la Juventud

La Jornada Mundial de la Juventud de 1988 tendrá, como su centro, a María, Virgen y Madre de Dios, y será una jornada de escucha. ¿Qué nos dirá María, nuestra Madre y Maestra? “Haced lo que Él os diga” que quiere decir: escuchad a Jesús, mi Hijo, seguid su palabra y tened confianza en Él. Aprended a decir “sí” al Señor en todas las circunstancias de la vida.

Las palabras de María: “Haced lo que mi Hijo Jesús os diga”

“Haced lo que Él os diga...” En estas palabras María ha expresado, sobre todo, el secreto más profundo de su misma vida. Detrás de estas palabras está toda Ella. Su vida ha sido, en efecto, un inmenso “sí” al Señor. Un “sí” rebotante de alegría y de confianza. María llena de gracia, Virgen Inmaculada, ha vivido toda su vida en una total apertura de Dios, en perfecta sintonía con su voluntad, y ello incluso en los momentos más difíciles, que alcanzaron el apogeo en la cumbre del monte Calvario, a los pies de la cruz. Jamás retiró su “sí” porque depositó toda su vida en las manos de Dios: “He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38). (...) “Haced lo que Él os diga.” En esta breve frase se contiene todo el programa de vida que María- Maestra realizó como primera discípula del Señor, y que hoy enseña también a nosotros.. Es un proyecto de vida basada sobre el sólido y seguro fundamento que se llama Jesucristo” (n.2).

La crisis de sentido que afecta al mundo

El mundo en que vivimos está sacudido por varias crisis, entre las cuales una de las más peligrosas es la pérdida del sentido de la vida. Muchos de nuestros contemporáneos han perdido el verdadero sentido de la vida y buscan sus sucedáneos en el consumismo desenfrenado de la droga, en el alcohol y en el erotismo. Buscan la felicidad, pero el resultado es una profunda tristeza, un vacío en el corazón y no raras veces la desesperación.

Las preguntas fundamentales que se hacen hoy no pocos jóvenes

En semejante situación muchos jóvenes se formulan interrogantes fundamentales: ¿cómo debo vivir mi vida para no perderla? ¿sobre qué fundamento debo construir mi vida para que sea una vida enteramente feliz? ¿qué debo hacer para dar un sentido a mi vida? ¿cómo debo comportarme en situaciones frecuentemente complejas y difíciles: en la familia, en la escuela, en la universidad, en el trabajo, en el círculo de amigos? Son interrogantes, a veces, muy dramáticos, que hoy ciertamente muchos de vosotros se formulan.

Cristo es el fundamento sobre el que podéis construir vuestra vida

Estoy seguro de que todos vosotros queréis construir vuestra vida sobre un fundamento sólido, que os haga capaces de resistir a las pruebas que nunca faltarán, un fundamento de roca. Y he aquí ante vosotros a María (...) la cual al mostrar a su Hijo, dice: “Haced lo que Él os diga”, es decir, escuchad a Jesús, obedeced a Jesús, a sus mandamientos, tened confianza en Él. (...)

¡Queridos jóvenes! Venid a escuchar a la Madre de Jesús, vuestra Madre y Maestra (76d).

***IV Jornada Mundial.** 19-20 de marzo de 1989. **Santiago de Compostela** (España): “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,6). Celebración internacional.

En esta Jornada el Santo Padre celebró varios actos:

- Encuentro con los enfermos y minusválidos (19 de agosto de 1989).

“Desde vuestra enfermedad, no sólo sois los privilegiados ante la mirada de Dios, sino que sois los que mejor podéis pedir y hacer que la juventud del mundo encuentre a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. En un tiempo en que se oculta la cruz, al aceptarla vosotros, sois testigos de que Jesucristo quiso abrazarla para nuestra salvación” (n.1).

Yo conozco también -porque lo he probado en mi persona- el sufrimiento que produce la incapacidad física, la debilidad propia de la enfermedad, la carencia de energías para el trabajo, el no sentirse en forma para desarrollar una vida normal. Pero sé también -y quisiera hacérselo ver a vosotros- que ese sufrimiento tiene otra vertiente sublime: da una gran capacidad espiritual, porque el sufrimiento es purificación para uno mismo y para los demás, y si es vivido en la dimensión cristiana, puede convertirse en don ofrecido para completar en la propia carne “lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col.1, 24).

Por esto el sufrimiento capacita para la santidad, dado que encierra grandes posibilidades apostólicas y tiene un valor salvífico excepcional cuando va unido a los sufrimientos de Cristo” (n.3).

Es inconmensurable también la fuerza evangelizadora que posee el dolor. Por eso, cuando yo llamo a todos los fieles cristianos a la gran empresa misionera de realizar una nueva evangelización, tengo presente que en primera línea estarán, como evangelizadores de excepción, los enfermos, los jóvenes enfermos. “También los enfermos son enviados como obreros a su viña” (n.3).

Vosotros, ofreciendo al Señor vuestras limitadas fuerzas, sois la riqueza de la Iglesia, la reserva de energías para su tarea evangelizadora. Sois la expresión de una sabiduría inefable, que sólo se aprende en el sufrimiento. (...) Con el dolor la vida se hace más honda, más comprensiva, más humilde, más sincera, más solidaria, más generosa. En la enfermedad entendemos mejor que nuestra existencia es gratuita y que la salud es un inmenso don de Dios.

Vosotros, mis queridos amigos en el dolor, a través del sufrimiento descubriréis más fácilmente, y nos enseñaréis a los demás, a descubrir a Jesucristo “Camino, Verdad y Vida”. Mirad al Señor, varón de dolores. Centrad vuestra atención en Jesús que, joven también como vosotros, con su muerte en la cruz, hizo ver al hombre el valor inestimable de la vida, que conlleva necesariamente la aceptación de la voluntad de Dios Padre” (n.4).

El Santo Padre dirige unas palabras a los que cuidan de los enfermos:

“Os expreso mi aprecio por la generosidad y, a veces abnegación, con que os esforzáis por crear en torno a estos, imágenes vivas del Cristo doliente, un ambiente familiar, acogedor y sereno. Vosotros sentís el deber de realizar vuestro trabajo como un verdadero servicio, de hermano a hermano. (...) La fe os permite entrever en el enfermo el rostro amigo de Cristo. ¿No dijo Él: “estaba enfermo y me visitasteis?” (Mt.25,36). En esta dimensión cristiana vuestro servicio, a veces prolongado y fatigoso, tiene un valor inestimable ante la sociedad y, sobre todo ante el Señor” (n.5).

- Mensaje a los Jóvenes en el Monte del Gozo (19 de agosto de 1989).

El Santo Padre se reúne con los jóvenes en el Monte del Gozo. Les dedica un mensaje de hondo contenido teológico. Del contenido del mismo ofrecemos lo más significativo, a nuestro juicio:

+ El Camino

Camino de conversión: un deseo de volver a Dios; un camino de purificación y de penitencia, de renovación y de reconciliación. (...) Es muy importante terminarlo con un encuentro con el Señor, a través de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Camino de búsqueda. ¿Qué buscáis, peregrinos?, ha preguntado la Encrucijada de los caminos. Esta encrucijada representa la pregunta que el hombre se hace sobre el sentido de la vida, sobre la meta que quiere alcanzar, sobre la razón de su comportamiento. (...) Muchos se ponen como meta de su vida y de su acción: el dinero, el éxito, el egoísmo, el bienestar... Pero los jóvenes peregrinos del escenario han visto que a la larga esto no satisface al hombre. Estas cosas no pueden llenar el corazón humano.

Es Dios quien nos busca. Dios sale a nuestro encuentro (...) Tenemos que salir al encuentro de Dios que nos busca con un amor tan grande que difícilmente logramos entender.

Jesucristo: Lugar de encuentro con Dios. Este encuentro con Dios se realiza en Jesucristo. Es en Él, que ha dado la vida por nosotros, en su humanidad, donde experimentamos el amor que Dios nos tiene. (...) Nosotros no tenemos ni la fuerza, ni la constancia, ni la pureza de corazón suficiente para seguir a Dios con toda nuestra vida y con todo nuestro corazón. Pidámosle a María, Ella que ha sido la primera en seguir el camino de su Hijo, que interceda por nosotros.

Jesús desea acompañarnos como acompañó a los discípulos en el camino de Emaús. Él nos indica la dirección del camino a seguir. Él nos da la fuerza.

+ La Verdad

¿Dónde está la verdad? ¿Qué es la verdad?

El mundo da estas respuestas: poner toda nuestra alma en la satisfacción inmediata de nuestros sentidos; centrar todo el interés en el poder y en el dominio sobre los otros; buscar la liberación y la expansión de la persona en la evasión de lo real.

La verdad y la mentira.

Del pecado nace la mentira. Hay que reconocer que muchas veces la mentira se nos presenta con los rasgos de la verdad. Es necesario también practicar el discernimiento para reconocer la verdad, la Palabra que viene de Dios, y rechazar las tentaciones que vienen del "Padre de la mentira".

La mentira: rechazo radical de Cristo-Verdad. "En la raíz del pecado humano está la mentira como radical rechazo de la verdad contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y, a la vez, el amor de Dios Padre, "creador del cielo y de la tierra" (D et V. 33).

La verdad: exigencia más profunda del espíritu humano. Debéis tener sed de la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre la vida y sobre el mundo. Ahora bien, la verdad es Jesucristo. ¡Amad la Verdad! ¡Vivid en la Verdad! ¡Llevad la Verdad al mundo! ¡Sed testigos de la Verdad! Jesús es la Verdad que salva; es la Verdad total hacia la que nos guiará el Espíritu de la Verdad (cf. Jn.16,13). ¡Cristo, enséñanos la verdad! ¡Sé para nosotros la única Verdad!

+ La Vida

El sentido de la vida está en el amor. ¡Cristo es la Vida!

Es justo que tengáis sed de vida, de vida plena. Por ello precisamente sois jóvenes. Pero, ¿en qué consiste la vida? ¿Cuál es el sentido de la vida y cuál es el mejor modo de realizarlo?

La fe cristiana establece una profunda ligazón entre amor y vida. (...) El amor de Dios nos conduce a la vida, y este amor y esta vida se hacen realidad en Jesucristo. Él es el amor encarnado del Padre: en Él se ha manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres (Tit.3,4).

Cristo es, por tanto, queridos jóvenes, el único interlocutor competente al que podéis plantear los interrogantes esenciales sobre el valor y el sentido de la vida: no sólo de la vida sana y feliz, sino también de la vida marcada por el sufrimiento, cuando va acompañada de cualquier anomalía física o de situaciones de malestar familiar y social.

Sí, Cristo es el único interlocutor competente incluso para los interrogantes dramáticos que pueden formularse más con gemidos que con palabras. ¡Interrogadle a Él, escuchadle a Él!

Él os dirá que el sentido de la vida está en el amor. Sólo quien sabe amar hasta olvidarse de sí para entregarse al hermano, realiza en plenitud su propia vida y expresa al máximo el valor de su propio acontecer terreno. Es la paradoja evangélica de la vida que se gana perdiéndola (cf. Jn.12, 25), una paradoja que halla su propia luz en el misterio de Cristo muerto y resucitado por nosotros”.

+ Sed testigos de Cristo en el mundo

Cristo os llama no solamente a caminar con Él en esta peregrinación de la vida. Os envía en su lugar para que seáis mensajeros de la verdad, para ser testigos suyos en el mundo, concretamente ante los demás jóvenes como vosotros, porque muchos de ellos hoy, en todo el mundo, están buscando el camino, la verdad y la vida, pero no saben dónde ir.

Llegó la hora de emprender una nueva evangelización, y no podéis faltar a esta urgente llamada. (...) “Seréis mis testigos...hasta los confines de la tierra” ¿Qué significa dar testimonio de Cristo? Significa, simplemente, vivir de acuerdo con el Evangelio: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente...Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt.22,37.39).

El cristiano está llamado a servir a los hermanos y a la sociedad, a promover y apoyar la dignidad de cada ser humano, a respetar, defender y promover los derechos de la persona, a ser constructor de una paz duradera y auténtica, basada en la fraternidad, en la libertad, en la justicia y en la verdad. Pongámonos en camino con María”.

+ La Eucaristía presidida por el Papa en el Monte del Gozo (20 de agosto de 1989):

El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor

Han peregrinado los jóvenes para aprender junto a la tumba del Apóstol aquella verdad evangélica: “el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor”. En estas palabras se encuentra el criterio esencial de la grandeza del hombre.(...) El criterio con el que se guía el mundo es el criterio del éxito. Tener el poder...Tener el poder económico para hacer ver la dependencia de los demás. Tener el poder cultural para manipular las conciencias. ¡Usar...y abusar! Tal es el “espíritu de este mundo”. ¿Quiere esto decir acaso que el poder en sí mismo es malo? ¿Quiere esto decir que la economía -la iniciativa económica- es en sí misma mala? ¡No! De ninguna

manera. Una y otra cosa pueden ser también un modo de servir. Este es el espíritu de Cristo, la verdad del Evangelio. (...)

¿No venís aquí tal vez para convencerlos definitivamente de que “ser grandes” quiere decir “servir”? Pero...estáis dispuestos a beber aquel cáliz? ¿Estáis dispuestos a dejaros penetrar por el cuerpo y la sangre de Cristo, para morir al hombre viejo que hay en nosotros y resucitar con Él? ¿Sentís la fuerza del Señor para haceros cargo de vuestros sacrificios, sufrimientos y “cruces” que pesan sobre los jóvenes desorientados acerca del sentido de la vida, manipulados por el poder, desocupados, hambrientos, sumergidos en la droga y la violencia, esclavos del erotismo que se propaga por doquier..? Sabed que el yugo de Cristo es suave...Y que sólo en Él tendremos el ciento por uno, aquí y ahora, y después la vida eterna?

¿No venís para convencerlos definitivamente de que “ser grandes” quiere decir “servir”? Este “servicio” no es ciertamente un mero sentimiento humanitario. Ni la comunidad de los discípulos de Cristo es una agencia de voluntariado y de ayuda social. Un servicio de esta índole quedaría reducido al horizonte de “espíritu de este mundo”. ¡No! Se trata de mucho más. La radicalidad, la calidad y el destino del “servicio”, al que todos somos llamados, se encuentra en el misterio de la Redención del hombre. Porque hemos sido creados, hemos sido llamados, hemos sido destinados, ante todo y sobre todo, a servir a Dios, a imagen y semejanza de Cristo que, como Señor de todo lo creado, centro del cosmos y de la historia, manifestó su realeza mediante la obediencia hasta la muerte, habiendo sido glorificado en la resurrección (cf. LG,56). El reino de Dios se realiza a través de este “servicio”, que es plenitud y medida de todo servicio humano. No actúa con el criterio de los hombres mediante el poder, la fuerza y el dinero. Nos pide a cada uno de nosotros la total disponibilidad de seguir a Cristo, el cual “no vino a ser servido sino a servir”.

Invitación del Papa

“Os invito, queridos amigos, a descubrir vuestra vocación real para colaborar en la difusión del Reino de Dios, que es un reino de la verdad y de la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz. Si de veras deseáis servir a vuestros hermanos, dejad que Cristo reine en vuestros corazones, que os ayude a discernir y crecer en el dominio de vosotros mismos, que os fortalezca en las virtudes, que os llene sobre todo de su caridad, que os lleve por el camino que conduce a la “condición del hombre perfecto”. ¡No tengáis miedo a ser santos! Esta es la libertad con la que Cristo nos ha liberado” (cf. Gál.5,1). No como la prometen con ilusión y engaño los poderes de este mundo: una autonomía total, una ruptura de toda pertenencia

en cuanto criaturas e hijos, una afirmación de autosuficiencia, que nos deja indefensos, ante nuestros límites y debilidades, solos en la cárcel de nuestro egoísmo, esclavos del “espíritu de este mundo”, condenados a la “servidumbre de la corrupción” (Rm.8,21).

Los dones de Dios nos son dados para el servicio de la comunidad

Servir: ser hombre para los demás.(...) Es menester conocer bien el don recibido para saber darlo a los demás. Para contribuir al bien común. Sí. Es necesario conocer bien el don recibido en la propia experiencia de la vida familiar y parroquial, en la participación asociativa, en el florecimiento carismático de los movimientos, para saber darlo a los demás. Para enriquecer así la comunión y el impulso misionero de la Iglesia. Para ser testigos de Cristo en el barrio y en la escuela, en la universidad y en la fábrica, en los lugares de trabajo y de diversión...Para contribuir al bien común, como servidores de experiencias de crecimiento en humanidad: experiencias de dignidad y solidaridad, en las que los jóvenes sean auténticos protagonistas de formas de vida más humanas.

Exhortación del Papa

¡Queridos jóvenes! Dejaos prender por Él. Sólo Cristo es el camino, la verdad y la vida.(...)

Que vuestros coetáneos, al contemplar vuestra peregrinación, puedan exclamar: “ ¡Queremos ir con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros” (Za. 8,23). Esto os desea el Papa.

*** V Jornada Mundial. Roma. 8 de abril de 1990:** “Yo soy la vida, vosotros los sarmientos” (Jn.15,5). Celebración diocesana.

Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes del mundo con motivo de la V Jornada Mundial de la juventud, el Domingo de Ramos de 1990.

Entre Cristo y la Iglesia existe un vínculo orgánico muy estrecho y profundo. Cristo vive en la iglesia, la iglesia es el misterio de Cristo viviente y operante en medio de nosotros (cf. Col.1,27; ICort.12,27). (...) Deseo invitar a todos vosotros a un nuevo descubrimiento de la Iglesia y de vuestra misión en ella, en cuanto jóvenes.

La Iglesia de Cristo es una realidad fascinante y maravillosa. “La Iglesia tiene muchas cosas que decir a los jóvenes y los jóvenes tienen muchas cosas que decir a la Iglesia. Este diálogo mutuo, si se realiza con gran

cordialidad, claridad y coraje...será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia” (ChFL 46).

Querría que la V Jornada contribuyese al desarrollo de este diálogo tanto a todos los niveles de la vida eclesial como en la existencia de cada uno de vosotros. (...) (n.1).

Dirijo a todos vosotros un llamamiento: ¡Jóvenes, sed sarmientos vivos de la Iglesia, sed sarmientos cargados de frutos”

Ser sarmientos vivos en la Iglesia-viña significa, ante todo, estar en comunión vital con Cristo-vid. Los sarmientos no son autosuficientes sino que dependen totalmente de la vid. En ésta se encuentra la fuente de la vida. Por ello, en el bautismo, cada uno de nosotros ha sido injertado en Cristo y ha recibido gratuitamente el don de la vida nueva.

Para ser sarmientos vivos, debéis vivir esta realidad de vuestro bautismo, profundizando toda vuestra comunión con el Señor mediante la escucha y la obediencia a la Palabra, la participación en la Eucaristía y en el sacramento de la reconciliación, y el coloquio personal con Él en la oración (cf. Jn.15,5).

Ser sarmientos vivos en la Iglesia-viña significa también asumir un compromiso en la comunidad eclesial y en la sociedad. (cf. AA,2). Todos, de acuerdo con nuestras posibilidades particulares, somos partícipes de la misión de Cristo y de la Iglesia. La comunión eclesial es una comunión misionera. La Iglesia tiene necesidad de muchos operarios.

La Iglesia es una comunión orgánica, en la que cada uno tiene un puesto y un cometido propios. Lo tenéis también vosotros, jóvenes. Es un puesto muy importante el vuestro.(...) La Iglesia, que se siente llamada por el Señor a intensificar cada vez más su esfuerzo evangelizador, tiene necesidad particular de vosotros, de vuestro dinamismo, de vuestra autenticidad, de vuestro apasionado deseo de crecer, de la lozanía de vuestra fe. Poned, pues, al servicio de la Iglesia vuestros jóvenes talentos sin reservas. Con la generosidad propia de vuestra edad. Ocupad vuestro puesto en la Iglesia, que no es sólo el de destinatarios del cuidado pastoral, sino sobre todo de protagonistas activos de su misión (cf. ChFL, 46). ¡Vosotros mismos sois la Iglesia! (n.2).

Por su parte la Iglesia tiene mucho que ofrecer a vosotros, jóvenes. (...) Lugar privilegiado de redescubrimiento de la Iglesia y del compromiso eclesial son las asociaciones, los movimientos y las diversas comunidades

eclesiales juveniles. En efecto, hablamos hoy de una “nueva estación asociativa” en la Iglesia (cf. ChFL 29) (...).

La Iglesia-viña tiene necesidad también de operarios particulares, que la sirvan de forma específica, con radicalismo evangélico, consagrándole toda su vida. Se trata de las vocaciones sacerdotales y religiosas, como también de las vocaciones de los laicos consagrados en el mundo.(...) No tengáis miedo, porque servir a Cristo y a su Iglesia de forma total es una vocación estupenda y un regalo magnífico. Cristo os ayudará.

Es justamente la Iglesia diocesana la que debéis descubrir. La Iglesia no es una realidad abstracta y desencarnada; al contrario, es una realidad muy concreta: cabalmente, una Iglesia diocesana reunida en torno al obispo, sucesor de los Apóstoles. Y es también la Iglesia parroquial la que debéis descubrir, su vida, sus necesidades y las numerosas comunidades que existen y operan en ella. A esta Iglesia llevaréis la alegría y el ímpetu demostrados en los encuentros (de la Juventud).

De esta Iglesia concreta vosotros, jóvenes, debéis ser sarmientos vivos y fecundos, es decir, conscientes y responsablemente partícipes de su misión. Aceptad esta Iglesia con toda su riqueza espiritual; aceptadla en la persona de vuestros obispos, de los sacerdotes, de los religiosos y también de los hermanos en la fe; aceptadla con fe y amor de hijos” (76e).

*** VI Jornada Mundial.** 14-15 de agosto de 1991; **Czestochowa** (Polonia): “Habéis recibido un espíritu de hijos” (Rm.8,15). Celebración internacional.

*** Mensaje: “habéis recibido un espíritu de hijos”**

Sentido del lema de esta Jornada Mundial

Las palabras de San Pablo que constituyen el lema de esta Jornada “nos introducen en el misterio más profundo de la vocación cristiana: en efecto, según el designio divino hemos sido llamados a ser hijos de Dios en Cristo, por medio del Espíritu Santo. ¿Cómo no quedar asombrados ante esta perspectiva vertiginosa? El hombre -un ser creado y limitado, más aún, pecador- es destinado a ser hijo de Dios! Dejad que este santo asombro os invada e inspire, en cada uno de vosotros, una adhesión cada vez más filial a Dios, nuestro Padre” (n.1).

¿Qué implica, en la vida del cristiano, ser hijo de Dios? (...) Ser hijos de Dios significa acoger al Espíritu Santo, dejarse guiar por Él, estar abiertos a

su acción en nuestra historia personal y en la historia del mundo” (...) Los hijos de Dios, es decir, los hombres renacidos en el bautismo y fortalecidos en la confirmación, son los primeros constructores de una nueva civilización, la civilización de la verdad y del amor: son la luz del mundo y la sal de la tierra (n.2).

La llamada a la santidad

La santidad es la esencial herencia de los hijos de Dios. (...) La santidad consiste en cumplir la voluntad del Padre en cada circunstancia de la vida. Es el camino maestro que Jesús mismo nos ha indicado (...) ¡Jóvenes, no tengáis miedo de ser santos! ¡Volad a gran altura, consideraos entre aquellos que vuelven la mirada hacia metas dignas de los hijos de Dios! ¡Glorificad a Dios con vuestra vida! (n.3).

El gran compromiso: el amor fraterno

La herencia de los hijos de Dios exige también el amor fraterno a ejemplo de Jesús, primogénito entre muchos hermanos: “que os améis los unos a los otros, como yo os he amado” (Jn.15,12). Invocando a Dios como “Padre” es imposible no reconocer en el prójimo -quienquiera que él fuere- un hermano que tiene derecho a nuestro amor. Aquí está el gran compromiso de los hijos de Dios: trabajar en la edificación de una convivencia fraterna entre todos los pueblos (n.4).

La libertad interior y exterior

Prerrogativa de los hijos de Dios es, luego, la libertad; también ésta es parte de su herencia. Aquí se toca un tema al cual vosotros, jóvenes, sois particularmente sensibles, ya que se trata de un don inmenso que el Creador ha puesto en nuestras manos. Pero es un don que se debe usar bien. ¡Cuántas formas falsas de libertad conducen a la esclavitud! (...)

Las palabras de Jesucristo: “conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn.8,32) encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: la exigencia de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy, después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como aquel que trae al hombre la libertad basada en la verdad” (n.5).

La liberación traída por Cristo es una liberación del pecado, raíz de todas las esclavitudes humanas (cf. Rm.6,17). La libertad es, pues, un don y, al mismo tiempo, un deber fundamental de todo cristiano: pues vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos” (Rm.8,15), exhorta el Apóstol.

Es importante y necesaria la libertad exterior, garantizada por leyes civiles justas, y por esto con razón nos alegramos de que hoy aumente el número de los países donde se respeten los derechos fundamentales de la persona humana, aunque a veces el precio de esta libertad haya sido muy alto, a costa de grandes sacrificios e incluso de sangre. Pero la libertad exterior - aún siendo tan preciosa- por sí sola no basta. En sus raíces debe estar la libertad interior, propia de los hijos de Dios que viven según el Espíritu (cf. Gál.5,16), guiados por una recta conciencia moral, capaces de escoger el bien verdadero (cf. ICort.3,17). Es éste, queridos jóvenes, el único camino para construir una humanidad madura y digna de este nombre” (76f).

*** Homilía de Juan Pablo II en Czestochowa**

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios” (Rm.8,14).

- María guiada por el Espíritu Santo

Deseamos dirigirnos de modo particular a María, que fue guiada sobre todo por el Espíritu de Dios. La saludamos como hija amada de Dios-Padre, elegida como madre humana del Hijo de Dios. Saludamos a María, que aceptó esta elección eterna, dando a luz a Jesucristo por obra del Espíritu Santo: la Virgen de Nazaret creyó que lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (cf. Lc.1,37) (n.1).

- María contempló las maravillas de Dios

Hoy la Iglesia celebra con especial solemnidad su Asunción al cielo. Este cumplimiento definitivo de la vida y de la vocación de la Madre de Dios nos permite, a la luz de la liturgia, contemplar toda la anterior existencia terrena de María y su peregrinación materna mediante la fe. (cf. Lc.1,45). (...)

En todas las etapas de su peregrinación terrena, María conoció cada vez más profundamente todas “las maravillas” que el Poderoso hizo en su favor” (cf. Lc.1,49). Y todas esas maravillas alcanzan su coronamiento casi definitivo en la Asunción; María entra como esposa del Espíritu Santo en la casa del destino supremo del hombre. En la morada de la Santísima Trinidad se

encuentra su morada eterna. Y aquí, en la tierra, “todas las generaciones la llamarán bienaventurada” (cf. Lc.1,48) (n.2).. Y también nosotros -esta comunidad particular de jóvenes- proclamamos a María bienaventurada entre todas las mujeres rindiendo así el honor supremo al Hijo unigénito del Padre, el fruto bendito de su seno (n.2)..

- Un día llegaremos al cielo

La liturgia de la Asunción nos hace mirar hacia el Santuario de Dios que se abrió en el cielo, en el que todos los hijos adoptivos de Dios, junto con la Madre de Dios, toman parte como “coherederos de Cristo” en la vida inefable del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que es la plenitud definitiva de toda verdad y amor (n.3).

- La historia humana, una lucha entre el bien y el mal

“Habiendo venido por un hombre la muerte...”(ICort.15,21-22). Esta muerte tiene una dimensión más profunda que la muerte meramente biológica. Es una muerte que afecta al espíritu, privándolo de la vida, que proviene de Dios mismo. El pecado es la causa de esta muerte, pues es rebelión contra Dios por parte de la criatura racional y libre (cf. Gén.3,5.15) (...)

La historia humana se presenta como una larga serie de combates y de luchas entre el bien y el mal, entre el Padre eterno, que ama el mundo hasta entregar a su Hijo unigénito, y el padre de la mentira que es “homicida desde el principio” (Jn.8,44).

El padre de la mentira lucha para privar al hombre de la filiación divina adoptiva, para quitarle la herencia que el Padre le otorgó en Cristo (...) (n.5).

- ¡Jóvenes! luchad contra la tentación

De diversos modos habéis experimentado y experimentáis la lucha que a través de toda la historia del hombre se lleva a cabo en el hombre y por el hombre.(...)

El hombre experimenta “la tentación de rechazar a Dios. La tentación de rechazarlo. La tentación de vivir su propia vida aquí, en la tierra, como si Dios no existiera”. Como si Dios no existiera en toda su realidad trascendente. Como si no existiera su amor al hombre, amor que movió al Padre a entregar a su Hijo unigénito para que el hombre, por medio de Él, tuviera la vida eterna en Dios (...) (n.6)..

- ¡Jóvenes! Sed felices

Sed felices” junto con María, que creyó en el cumplimiento de las palabras que le dijo el Señor.

¡Sed felices! (...) El Señor ha hecho verdaderamente maravillas en vosotros! (n.6).

- Los jóvenes de Europa Oriental

Es la primera vez que se registra una participación tan numerosa de jóvenes de Europa oriental. ¿Cómo no descubrir en esto un gran don del Espíritu Santo? (...) La Iglesia universal tiene necesidad del tesoro precioso de vuestro testimonio cristiano: testimonio por el que ha sido pagado un precio a veces muy alto de sufrimiento en la marginación, en la persecución e incluso en la prisión. ¡Hoy, finalmente, ha llegado vuestra hora! En los duros años de prueba, la Iglesia y el Sucesor de Pedro jamás os han olvidado. Aquí, en el santuario de Jasna Gora, ahora podéis ofrecer al mundo el testimonio público de vuestra pertenencia a Cristo y de vuestra comunión con la Iglesia. (n. 8).

El Viejo Continente cuenta con vosotros, jóvenes del Este y del Oeste europeo, para construir la “casa común” de la que se espera un futuro de solidaridad y paz; cuenta con vosotros la Iglesia (...) Para el bien de las generaciones que vendrán es necesario que la nueva Europa se apoye sobre los fundamentos de los valores espirituales que constituyen el núcleo más íntimo de su tradición cultural (n.9).

Sed testigos de Jesucristo

Sois la juventud de la Iglesia que se apresta a afrontar el nuevo milenio. ¡Sed la Iglesia del futuro, la Iglesia de la esperanza! (...) A todos los que están desilusionados (...) los tenéis que invitar a ser, junto con vosotros, artífices de la “civilización del amor”, cuyo programa está trazado en la doctrina social de la Iglesia. (...) Trabajar generosamente para construir una sociedad que se distinga por la búsqueda constante de la justicia, la concordia, la solidaridad y la paz es un ideal que revela a cada cual la riqueza de entrega y de servicio que lleva dentro de sí.

Cada uno, colaborando en la obra de fraternidad entre los hombres y los pueblos, y empeñándose generosamente en ayudar a los más pobres, descubrirá la belleza de la vida. Tenéis la responsabilidad de llevar este mensaje evangélico que conduce a la vida eterna y, al mismo tiempo, señala el

camino para vivir de forma más humana en la tierra. Gran parte de lo que será el futuro depende del empeño de la generación cristiana de hoy. (...) Os corresponde, pues, a vosotros, la misión de asegurar en el mundo futuro la presencia de valores como la plena libertad religiosa, el respeto a la dimensión personalista del desarrollo, la tutela del derecho a la vida, la promoción de la familia, la valoración de la diversidad de culturas con miras a un enriquecimiento recíproco y la salvaguardia del equilibrio ecológico amenazado por peligros cada vez más graves.

Son tareas inmensas que requieren corazones intrépidos, capaces de “esperar contra toda esperanza” (Rm.4,18). Queridos jóvenes, ¡no estáis solos en esta empresa! A vuestro lado está Cristo nuestro Señor. (Boletín Oficial del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; 675-679.

*** Palabras de despedida**

El Santo Padre se despide de los jóvenes: “ha llegado el momento de la despedida. Nos despedimos bajo la mirada de la “Virgen Negra”, la Virgen de Jasna Gora, que hoy contemplamos en la gloria de la Asunción al cielo. En ella la naturaleza humana alcanzó su expresión más alta, inferior sólo a la perfección del Hijo, el Verbo encarnado. María está delante de nosotros como el modelo de una vida que supo crecer hasta la madurez plena. (...).

Queridos jóvenes, éste es el compromiso que la Virgen os deja: creced como personas, desarrollando los talentos del cuerpo y del espíritu; creced como cristianos, tratando de ser santos; creced como testigos de Cristo, luz del mundo. María santísima os indica también el camino de este itinerario de crecimiento; el camino es Cristo Jesús. Es un camino empinado, estrecho y fatigoso. Pero quien sabe recorrerlo, haciendo del Evangelio la norma de la propia vida, es un camino que introduce en la alegría verdadera.

Jóvenes, “recibisteis un espíritu de hijos” (Rm.8,15). ¡No desperdiciéis esta estupenda herencia!. Sed exigentes con el mundo que os rodea; sedlo en primer lugar con vosotros mismos. Sed hijos de Dios: ¡Sentíos orgullosos de ello! No os resignéis a la mediocridad; no os rindáis a los condicionamientos de las modas corrientes, que imponen un estilo de vida no conforme con los ideales cristianos; no cedáis a los halagos del consumismo. Cristo os llama a grandes empresas. No lo defraudéis, pues os defraudaríais a vosotros mismos”. Con la fuerza de Cristo llevad a todos el anuncio de que Dios quiere hacer de cada ser humano un hijo suyo”.

*** VII Jornada Mundial. Roma, 12 de abril de 1992:** “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva” (Mc.16,15). Celebración diocesana.

Mensaje a los jóvenes para la VII Jornada Mundial de la Juventud (Roma, 30-XI-1991)

Las palabras de Cristo, dirigidas a los Apóstoles, llegan, mediante la Iglesia, a todo bautizado. (...) El mismo Espíritu que nos ha hecho hijos de Dios, nos impulsa a la evangelización. De hecho la vocación cristiana implica una misión. (...) Ser discípulos de Cristo no es algo privado. Al contrario, el don de la fe hay que compartirlo con los demás. (...) La fe se fortalece y crece cuando se comunica a los demás (n.2).

Las tierras de misión, en las que tenéis que trabajar, no están situadas necesariamente en los países lejanos, sino que se encuentran en todo el mundo, también en vuestros ambientes cotidianos. En los países de más antigua tradición cristiana hay hoy una urgente necesidad de hacer resplandecer el anuncio de Jesús a través de una nueva evangelización, pues todavía hay muchas personas que no conocen a Cristo, o lo conocen poco; y otras, influidas por los mecanismos del secularismo y de la indiferencia religiosa, se están alejando de él.

El mismo mundo de los jóvenes, queridos míos, constituye para la Iglesia contemporánea una tierra de misión. Son por todos conocidos los problemas que atormentan los ambientes juveniles: la caída de los valores, la duda, el consumismo, la droga, la delincuencia, el erotismo, etc. Pero, al mismo tiempo, todo joven tiene una gran sed de Dios, aunque a veces ésta se esconde detrás de una actitud de indiferencia o incluso de hostilidad.

¡La mies es mucha! Pero, aunque hay muchos jóvenes que buscan a Cristo, hay todavía pocos apóstoles capaces de anunciarlo de modo creíble. Se necesitan muchos sacerdotes, maestros y educadores en la fe, y también jóvenes animados por el espíritu misionero, ya que son los jóvenes quienes “deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo el apostolado entre sí” (AA 12) (n. 3).

Anunciar a Cristo significa, ante todo, ser sus testigos con la vida. (...), manifestar la presencia visible de Cristo en la propia existencia a través del compromiso cotidiano y la coherencia con el Evangelio en cada elección concreta. (...), llevar la palabra de salvación a todos. (...).

No tengáis miedo de hablar de Cristo a quien todavía no lo conoce. Cristo es la verdadera respuesta, la más completa, a todas las preguntas que se refieren al hombre y a su destino. Sin Él, el hombre es un enigma sin solución. Tened, por lo tanto, la valentía de proponer a Cristo. Ciertamente hay que

hacerlo con el debido respeto a la libertad y conciencia de cada uno, pero hay que hacerlo. Ayudar a un hermano o a una hermana a descubrir a Cristo, camino, verdad y vida es un verdadero acto de amor hacia el prójimo.

Hablar de Dios hoy no es fácil. Muchas veces se encuentra un muro de indiferencia, y también una cierta hostilidad. (...) No os desalentéis, porque no estáis solos. El Señor no dejará de acompañaros” (n.4).

VIII Jornada Mundial. 11-15 de agosto de 1993. **Dénver** (Estados Unidos). Celebración Internacional.

El lema: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn.10,10).

*** Homilía**

El Santo Padre explica el contenido del texto bíblico citado que ha escogido como lema para esta Jornada Mundial de la Juventud.

“Jesús ha venido para dar la respuesta definitiva al deseo de vida y de infinito que el Padre celeste, creándonos, ha inscrito en nuestro ser. (...) Jesús ha salido al encuentro de los hombres, ha curado a enfermos y a los que sufren, ha liberado a endemoniados y resucitado a muertos. Se ha entregado a sí mismo en la cruz y ha resucitado...(n.2).

La experiencia cotidiana nos enseña que la vida está marcada por el pecado y amenazada por la muerte, a pesar de la sed de bondad que late en nuestro corazón y del deseo de vida que recorre nuestros miembros. Por poco que estemos atentos a nosotros mismos y a las situaciones que la existencia nos presenta, descubrimos que todo dentro de nosotros nos empuja más allá de nosotros mismos, todo nos invita a superar la tentación de la superficialidad o de la desesperación. Es entonces cuando el ser humano está llamado a hacerse discípulo de aquel Otro que lo trasciende infinitamente, para entrar finalmente en la vida eterna (n.3)

¿Quién podrá medir colmar los deseos del ser humano? ¿Quién, sino Aquel que, siendo el autor de la vida, puede saciar el deseo que él mismo ha puesto dentro de su corazón? Él se acerca a cada uno para proponerle el anuncio de una esperanza que no engaña; Él, que es al mismo tiempo el camino y la vida: el camino para entrar en la vida.

La vida nueva, don del Señor resucitado, se irradia después a todos los ámbitos de la experiencia humana: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las actividades de todos los días y en el tiempo libre.

¿Cómo y donde podemos encontrar esta vida; como y dónde podremos vivirla? Queridos jóvenes, la respuesta la podéis encontrar vosotros mismos, si tratáis de permanecer fielmente en el amor de Cristo (n.6)”.

*** Meditación sobre el Vía Crucis. Dénver (USA); 13-VIII-1993**

Jesús, acusado ante un juez que condena más por temor y cinismo que por convicción, es víctima del orgullo humano y de la justicia corrompida. Torturado y burlado, es la imagen de lo que los seres humanos son capaces de hacer a los demás, cuando su corazón está endurecido y la luz de su conciencia ofuscado.

Pero, a los ojos del Padre, Jesús es el Hijo amado, el Cordero Inocente que va al sacrificio por nuestros pecados (cf. Is.53,5). De este sacrificio de sí mismo surgen el perdón y la reconciliación para todos. Incluso en la cruz Jesús tuvo palabras de amor: “Padre, perdónalos...” (Lc.23,34). Este amor se extiende a todos sin excepción. (...) De su costado traspasado por la lanza de un soldado salió sangre y agua (cf. Jn.19,34), el signo de la gracia que da vida nueva, la vida nueva que recibimos mediante los sacramentos..

Jóvenes (...) habéis contemplado el rostro de Cristo que sufre y habéis adorado al Señor elevado entre la tierra y el cielo. Frente a esta terrible injusticia y a estos terribles sufrimientos sólo las palabras que Dios dijo por medio del profeta Isaías pueden transformar nuestra tristeza angustiosa en esperanza: “He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido (...), justificará a muchos, y las culpas de ellos él soportará (...) cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes” (Is.52,13; 53,11-12).

Jóvenes, constituís una parte especial de la herencia de Cristo, personas conquistadas por el amor del Redentor. Sed valientes ante las dificultades e injusticias de la vida. Esforzaos en la lucha por la justicia, la solidaridad y la paz en el mundo. Ofreced vuestras energías y talentos jóvenes para construir una civilización de amor cristiano. Sed testigos del amor de Dios a los inocentes y a los débiles, a los pobres y a los oprimidos.

El “Vía-crucis” os ha conducido al corazón del misterio del amor redentor de Dios, el misterio que está en el centro de la vida de la Iglesia, el misterio que es el núcleo de todo testimonio y enseñanza cristianos. Muchas

son las cosas sobre las que hay que reflexionar y por las cuales es preciso orar (...).

Os exhorto a crear un clima de silencio y reflexión a fin de que pueda crecer en cada joven que ha venido hasta aquí una conciencia cada vez mayor del misterio. Oremos para que las distracciones efímeras no bloqueen ni obstaculicen el amor que Dios derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo (cf. Rm.5,5). Ojalá que en este silencio podáis alcanzar la paz interior, paz que puede profundizarse y poseerse más plenamente a través del sacramento de la reconciliación (cf. II Cort.5,19-20).

Vigilia, Dénver (USA); 14-VIII-1993

Esta tarde nosotros profesamos la misma fe de Pedro. Creemos que Jesucristo tiene palabras de vida, y que Él dirige estas palabras a la Iglesia, a todos los que le abren su mente y su corazón con fe y confianza. “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas” (Jn.10,11). Nuestra primera reflexión se inspira en estas palabras de Jesús, que nos refiere el evangelio de San Juan. El buen pastor da su vida. La muerte ataca a la vida.

A la luz de nuestra experiencia humana, la muerte es el enemigo de la vida. Es un intruso que frustra nuestro deseo natural de vivir. Eso resulta evidente de manera especial en el caso de una muerte imprevista o violenta, y sobre todo en el caso del asesinato de un inocente. No debe asombrarnos, por tanto, que entre los diez mandamientos el Señor de la vida, el Dios de la alianza, haya dicho en el monte Sinaí: “No matarás” (Ex.20,13) Las palabras “No matarás” fueron esculpidas en las tablas de la alianza, (...) pero, ya antes, esa ley había sido esculpida en el corazón humano, en el santuario de la conciencia individual. (...) Caín mató a Abel. Aunque trató de escapar de la verdad, diciendo: “¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?” (Gn.4,9), la voz interior seguía repitiéndole: “Eres un asesino”. La voz era su conciencia, y no podía acallarse.

Con el tiempo, las amenazas contra la vida no disminuyen. Al contrario, adquieren dimensiones enormes. No se trata sólo de amenazas procedentes del exterior, de las fuerzas de la naturaleza o de los Caínes que asesinan a los Abeles; no, se trata de amenazas programadas de manera científica y sistemática. El siglo XX será considerado una época de ataques masivos contra la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas humanas inocentes. Los falsos profetas y los falsos maestros han logrado el mayor éxito posible.

Del mismo modo, falsos modelos de progreso han llevado a poner en peligro el equilibrio ecológico de la tierra. El hombre, hecho a imagen y semejanza del Creador, estaba llamado a ser el buen pastor del medio ambiente, marco de su existencia y de su vida. Es la tarea que recibió desde hace mucho tiempo y que la familia humana asumió, no sin éxito, a lo largo de toda su historia, hasta una época reciente, en la que el hombre mismo se convirtió en destructor de su ambiente natural. (...)

Peor hay más. Asistimos también a la difusión de una mentalidad de lucha contra la vida, una actitud de hostilidad hacia la vida en el seno materno y hacia la vida en sus últimas fases. Precisamente en este tiempo, en que la ciencia y la medicina han logrado una mayor capacidad de velar por la salud y la vida, las amenazas contra la vida se hacen más insidiosas. El aborto y la eutanasia -asesinato real de un ser humano verdadero. Son reivindicados como derechos y soluciones a problemas: problemas individuales o problemas de la sociedad. La matanza de los inocentes no deja de ser acto pecaminoso o destructivo por el mero hecho de realizarse de modo legal y científico. En las metrópolis modernas, la vida -primer don de Dios y derecho fundamental de todo individuo, base de todos los demás derechos- es tratada a menudo nada más como una mercancía que se puede organizar, comercializar y manipular a gusto personal.

Todo esto sucede mientras Cristo, el buen pastor, quiere que tengamos la vida. Conoce lo que amenaza la vida (...) Se da cuenta de cuántos jóvenes dilapidan su existencia evadiéndose hacia la irresponsabilidad y la falsedad. Droga, abuso de sustancias alcohólicas, pornografía y desorden sexual, violencia: son algunos problemas graves que requieren una seria respuesta de la sociedad entera, en todo país y a nivel internacional. Pero también constituyen tragedias personales que es preciso afrontar con actos interpersonales concretos de amor y solidaridad, gracias a una gran renovación de la propia responsabilidad personal ante Dios, ante los demás y ante nuestra misma conciencia. Somos guardas de nuestros hermanos (cf. Gn.4,9).

Homilía en Dénver (USA); 15-III-1995).

La defensa de la vida humana

Este mundo maravilloso (...) es el teatro de una batalla interminable que está liberándose por nuestra dignidad e identidad como seres libres y espirituales. (...) La muerte lucha contra la vida: una “cultura de la muerte” intenta imponerse a nuestro deseo de vivir, y vivir plenamente. Hay quienes rechazan la luz de la vida, prefiriendo “las obras infructuosas de las tinieblas”

(Ef.5,11). Cosechan injusticia, discriminación, explotación, engaño y violencia. En todas las épocas, su éxito aparente se puede medir por matanza de los inocentes. En nuestro siglo, más que en cualquier otra época de la historia, la cultura de la muerte ha adquirido una forma social e institucionalizada de legalidad para justificar los más horribles crímenes contra la humanidad: el genocidio, las soluciones finales, las limpiezas étnicas y el masivo “quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento, o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte” (D et V,57).(...)

Queridos amigos, este encuentro en Dénver sobre el tema de la vida debería conducirnos a una conciencia más profunda de la contradicción interna que existe en una parte de la cultura de la metrópoli moderna. Cuando los padres fundadores de esta gran nación recogieron ciertos derechos inalienables en la Constitución (...) lo hicieron porque reconocían la existencia de una ley -una serie de derechos y deberes- esculpida por el Creador en el corazón y la conciencia de cada persona. En gran parte del pensamiento contemporáneo no se hace ninguna referencia a esa ley garantizada por el Creador. Sólo queda a cada persona la posibilidad de elegir este o aquel objetivo como conveniente o útil en un determinado conjunto de circunstancias. Ya no existe nada que se considere intrínsecamente bueno y universalmente vinculante. Se afirman los derechos, pero, al no tener ninguna referencia a una verdad objetiva, carecen de cualquier base sólida. Existe una gran confusión en amplios sectores de la sociedad acerca de lo que está bien y lo que está mal, y están a merced de quienes tienen el poder de crear opinión e imponerla a los demás. Existe una gran confusión en amplios sectores de la sociedad acerca de lo que está bien y lo que está mal, y están a merced de quienes tienen el poder de crear opinión e imponerla a los demás.

La familia se halla espiritualmente atacada, Y se niega el carácter sagrado de la vida humana. Naturalmente, los miembros más débiles de la sociedad son los que corren mayor riesgo: los no nacidos, los niños, los enfermos, los minusválidos, los ancianos, los pobres y los desocupados, los inmigrantes, los refugiados y el Sur del mundo.

Jóvenes peregrinos, Cristo os necesita a vosotros para iluminar el mundo y mostrarle el “sendero” de la vida (Sal.16,11). El desafío consiste en hacer que el “sí” de la Iglesia a la vida sea concreto y efectivo. La batalla será larga, y necesita de cada uno de vosotros. Poned vuestra inteligencia, vuestros talentos, vuestro entusiasmo, vuestra compasión y vuestra fortaleza al servicio de la vida.

No tengáis miedo. El resultado de la batalla por la vida ya está decidido, aunque prosigue la lucha en circunstancias adversas y con muchos

sufrimientos.(...) En esta etapa de la historia, el mensaje liberador del evangelio de la vida ha sido puesto en vuestras manos. Y la misión de proclamarlo hasta los confines de la tierra pasa ahora a vuestra generación.(...) No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos (...) No es tiempo de avergonzarse del Evangelio. Es tiempo de predicarlo desde los terrados.

*** IX Jornada Mundial. Roma, 27 de Marzo de 1994:** “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn.20,21). Celebración diocesana.

Mensaje a los jóvenes para la IX y X Jornada Mundial de la Juventud. Roma, 21-XI-1993.

- Un poco de historia: las anteriores Jornadas Mundiales de la Juventud

En los anteriores encuentros que han marcado nuestro itinerario de reflexión y de oración, hemos tenido, como los discipulos, la posibilidad de “ver” -que significa también creer y conocer, casi “tocar” (cf. IJn.1,1)- al Señor resucitado.

“Lo hemos “visto” y acogido como maestro y amigo en Roma, en los años 1984 y 1985, cuando iniciamos la peregrinación desde el centro y el corazón de la catolicidad para dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. Ipedr.3,15) llevando su Cruz por los caminos del mundo. Le hemos pedido -con insistencia- que permaneciera con nosotros en la andadura cotidiana (n.1).

“Lo hemos “visto” en Buenos Aires en el año 1987 cuando, juntamente con los jóvenes de todos los continentes, particularmente de América Latina, “hemos reconocido y creído en el amor que Dios nos tiene” (IJn.4,6) y hemos proclamado que su revelación, como un sol que ilumina y calienta, alimenta la esperanza y renueva la alegría del compromiso misionero por la construcción de la civilización del amor” (n.1).

“Lo hemos “visto” en Santiago de Compostela en el año 1989, donde hemos descubierto su rostro y lo hemos reconocido como camino, verdad y vida (cf. Jn.14,6), meditando con el Apóstol Santiago sobre las antiguas raíces cristianas de Europa (n.1).

“Lo hemos “visto” en el año 1991 en Czestochowa, cuando -abatidas las barreras- todos juntos, jóvenes del Este y del Oeste, bajo la mirada afectuosa de la Madre celestial, hemos proclamado la paternidad de Dios por

medio del Espíritu y nos hemos reconocido -en Él- como hermanos: “Habéis recibido un espíritu de hermanos” (Rm.8,15) (n.1).

“Lo hemos “visto” también recientemente en Denver, en el corazón de los Estados Unidos de América, donde lo hemos buscado en el rostro del hombre moderno en un contexto sustancialmente diferente de las etapas anteriores, pero no menos exaltante por la profundidad de los contenidos, experimentando y degustando el don de la vida en abundancia: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn.10,10) (n.1).

Mientras que conservamos en los ojos y en el corazón el espectáculo maravilloso e inolvidable de aquel gran encuentro entre las Montañas Rocosas, nuestra peregrinación se reanuda y se detiene esta vez en Manila, en el vasto continente asiático, encrucijada de la X Jornada Mundial de la Juventud.

- El deseo de “ver al Señor”

El anhelo de “ver al Señor” anida siempre en el corazón del hombre y lo impulsa sin cesar a buscar su rostro. También nosotros, al ponernos en camino, manifestamos esa nostalgia y, con el peregrino de Sión, repetimos: “Tu rostro busco, Señor” (Sal.27,8).

El Hijo de Dios sale a nuestro encuentro, nos acoge, se nos manifiesta y nos repite lo mismo que dijo a sus discípulos la tarde de Pascua: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn.20,21). Una vez más, quien convoca a los jóvenes de todo el mundo es Jesucristo, centro de nuestra vida, raíz de nuestra fe, razón de nuestra esperanza y manantial de nuestra caridad.

Llamados por Él, los jóvenes de todos los rincones del mundo se interrogan acerca de su propio compromiso a favor de la nueva evangelización, para continuar la misión confiada a los Apóstoles y en la que todo cristiano, en virtud de su bautismo y de su pertenencia a la comunidad eclesial, está llamado a participar (n.1) (...)

El encuentro con Jesús es un acontecimiento que da sentido a la existencia del hombre y la trastorna, abriendo el alma a horizontes de auténtica libertad. (...).El Resucitado vuelve entre nosotros con la plenitud de la alegría y la superabundante riqueza de vida. La esperanza se convierte en certeza, porque, si Él ha vencido la muerte, también nosotros podemos esperar que triunfaremos un día en la plenitud de los tiempos, en la etapa de la definitiva contemplación de Dios (n.2).

“ Pero el encuentro con el Señor resucitado no refleja solamente un momento de alegría individual. Es más bien la ocasión en la que se manifiesta en toda su amplitud la llamada que espera todo ser humano. Firmes por la fe en Cristo resucitado, somos todos invitados a abrir de par en par las puertas de la vida, sin temores ni incertidumbres, para acoger la palabra que es Camino, Verdad y Vida (cf. Jn.14,16) y anunciarla valientemente al mundo entero. La salvación, que nos ha sido ofrecida, es un don que no se debe tener celosamente oculto. Es como la luz del sol, que por su naturaleza barre las tinieblas; es como el agua de limpia fuente, que brota constantemente del corazón de la roca (cf. Jn.3,16). Jesús, enviado por el Padre a la Humanidad, comunica a todo creyente la plenitud de la vida (cf. Jn.10,10) (...)”

El Evangelio de Cristo debe hacerse comunicación y misión. La vocación misionera compromete a todo cristiano, se convierte en la esencia misma de todo testimonio de fe concreto y vital. Se trata de una misión que brota del proyecto del Padre, designio de amor y de salvación que se realiza con la fuerza del Espíritu, sin el cual cualquier iniciativa apostólica nuestra está destinada al fracaso. Precisamente para que sus discípulos puedan realizar esa misión, Jesús les dice: “recibid el Espíritu Santo” (Jn.20,22). Así transmite a la Iglesia su misma misión salvífica, para que el misterio pascual siga llegando a todo hombre, en todo tiempo, en cualquier latitud del planeta. Sobre todo, los jóvenes, estáis llamados a convertirlos en misioneros de esta nueva evangelización, dando a diario testimonio de la Palabra que salva (n.3).

“Vosotros vivís en primera persona las inquietudes de la actual etapa histórica, densa de esperanzas y de incertidumbres, en la cual a veces puede ser fácil equivocarse el camino que conduce al encuentro con Cristo (...) Al hombre de nuestro siglo, a todos vosotros, queridos jóvenes que estáis hambrientos y sedientos de verdad, la Iglesia se presenta como compañera de viaje, ofrece el eterno mensaje evangélico y encomienda una tarea apostólica exaltante: ser los protagonistas de la nueva evangelización.

Fiel custodia e intérprete del patrimonio de fe que le ha sido transmitido por Cristo, la Iglesia pretende dialogar con las nuevas generaciones: quiere acercarse a sus necesidades y expectativas para buscar, en diálogo fraterno y abierto, los sentimientos más oportunos para llegar a las fuentes de la salvación divina.

La Iglesia confía a los jóvenes la tarea de proclamar al mundo la alegría que brota de haberse encontrado con Cristo. Queridos amigos, dejaos seducir por Cristo; aceptad su invitación y seguidlo. Id y anunciad la buena nueva que redime (cf. Mt.-28,19); hacedlo con la felicidad en el corazón y convertíos en comunicadores de esperanza en un mundo que a menudo sufre

la tentación de la desesperación; comunicadores de fe en una sociedad que a veces parece resignarse a la incredulidad; y comunicadores de amor en medio de los acontecimientos diarios, con frecuencia marcados por la lógica del egoísmo más desenfrenado (n.4).

Cada uno de vosotros es enviado al mundo, especialmente a vuestros propios coetáneos, a comunicarles, con el testimonio de vuestra vida y vuestras obras, el mensaje evangélico de la reconciliación y de la paz (n.5) (76g).

Si os convertís en ardientes comunicadores de la Palabra que salva y testigos de la alegría de la Pascua, seréis también constructores de paz en un mundo que busca esa paz como una utopía, olvidando a menudo sus raíces profundas. Las raíces de la paz, como bien sabéis, están dentro del corazón de cada uno, si sabe acoger el deseo del Redentor resucitado: “La paz con vosotros” (Jn.20,19).

- **Homilía de Juan Pablo II** en la Misa del Domingo de Ramos. Plaza de San Pedro. Roma, 27-III-1994. **IX Jornada Mundial de la Juventud.**

El Santo Padre, en su homilía del Domingo de Ramos, se dirige a los jóvenes del mundo que se han acercado a Roma: “Nuestro encuentro del año 1984, en esta misma Plaza de San Pedro, hizo que surgiera la idea de la Jornada Mundial de la juventud. Hoy aquella idea de torna realidad. Este año habéis llegado hasta aquí también vosotros, amigos americanos, desde Dénver, para traer la Cruz peregrinante y trasladarla a vuestros coetáneos de las Filipinas, donde, si Dios quiere, en enero del año próximo tendrá lugar el nuevo encuentro mundial de los jóvenes: Manila 1955.

No os maravilléis si después de las experiencias de Buenos Aires, Santiago de Compostela, Jasna Gora y Dénver, hoy quiero hablaros con el mensaje que Cristo dejó a los Apóstoles en su Misterio Pascual. He aquí que comenzamos la Semana Santa. Iremos a Jerusalén, al Cenáculo del Jueves Santo; subiremos al Gólgota; nos detendremos junto al Sepulcro en el silencio de la Vigilia Pascual; y después nuevamente volveremos al Cenáculo, para encontrar al Resucitado, que nos repetirá todo lo que dijo a los Apóstoles gozosos por su presencia: “Como me envió mi Padre, así os envío yo” (Jn.20,21).

“El hombre debe tener la conciencia de ser enviado (...) Sin esta conciencia la vida humana se torna chata y polvorienta. Ser enviado quiere decir tener una misión que cumplir, una misión comprometedora. Ser enviado

quiere decir abrir los caminos a un bien grande, esperado por todos. Ser enviado quiere decir servir a una causa suprema.

Vosotros, jóvenes, esperáis justamente esto. Cristo desea encontraros e implicaros en la gran misión que le confió el Padre. Es una misión que perdura en el mundo siempre viva y actual, pero aún incompleta, siempre por realizar hasta el último día (...).

Hoy, mientras que este siglo XX se encamina a su término, debemos pensar en el futuro, en el siglo XXI. Este futuro pertenece a vosotros. Pertenece a vosotros el mañana. Vosotros sois los hombres y las mujeres de mañana. Y Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre” (Heb.13,8). Decid a todos vuestros coetáneos que Él os espera y que Él solo tiene palabras de vida eterna (cf. Jn.6,68). Decídselo a todos vuestros coetáneos”.

*** X Jornada mundial.** 10-15 de enero de 1995. **Manila** (Filipinas). Mensaje: “Como el Padre me envió, también yo os envió” (Jn.20,21). Celebración internacional.

Meditación sobre el Vía Crucis. Manila. 13-I-1995

El misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo afecta a toda la historia humana y toca a todo hombre, con el poder de traer la novedad de la vida que todos deseamos cuando aspiramos a la realización y a la felicidad. En el misterio inescrutable del plan de Dios, “el Verbo tomó carne y puso su morada entre nosotros” (Jn.1,14). Tomó un cuerpo como el nuestro, nació de la Virgen María..., y por su muerte en la cruz, nos hace volver al Padre a nosotros, hombres rebeldes y pecadores, para que podamos vivir en la esperanza cierta de la resurrección. (...)

Los ejecutores son todos los que obran el mal ante la mirada de Dios. A veces parece incluso que el mal prevalece, y que la gente no puede detenerlo. Los jóvenes preguntan qué se puede hacer ante tanto sufrimiento, ante tanta angustia, ante tanta violencia y muerte. Comenzamos a descubrir la respuesta cuando miramos a los demás protagonistas de este drama. (...) Los fieles no abandonaron al Hijo de Dios escondido en el Hijo del hombre que sufría. También para nosotros, Jesús en la cruz se convierte en la última prueba de nuestra fe y en el juicio de Dios sobre nuestra conducta.

La X Jornada Mundial de la Juventud constituye un día de solidaridad con el pueblo de Ruanda, que sufre. Oprimidos por el terrible mal que se ha abatido sobre ellos, nuestros hermanos y hermanas de Ruanda tienen necesidad de vuestra ayuda material, pero también necesitan apoyo para

recuperar el sentido de su dignidad como hijos e hijas del Dios vivo. Que se sientan consolados al saber que estáis haciendo sacrificios por ellos, sacrificios que manifiestan vuestra preocupación real por esos hermanos y hermanas que están lejos, pero a quienes no habéis olvidado.

Vigilia. Manila. 14-I-1995

Escuchemos y meditemos con mucha atención las palabras de Juan Pablo II. Necesitamos recordarlas una y otra vez; debemos anunciarlas a los demás.

“Como el Padre me envió, también yo os envío”. Estas palabras están dirigidas a vosotros. La Iglesia las dirige a todos los jóvenes del mundo, pero hoy de modo especial a los jóvenes de Filipinas, y a los jóvenes de China, de Japón, de Corea y Vietnam; a los jóvenes de Laos y de Camboya; a los jóvenes de Malasia, Papúa Nueva Guinea e Indonesia; a los jóvenes de la India y de las islas del océano Índico; a los jóvenes de Australia y Nueva Zelanda, y de las islas del vasto Pacífico.

Hijos e hijas de esta parte del mundo, donde habita la mayor parte de la familia humana, estáis llamados a la misma misión y al mismo desafío a que Cristo y la Iglesia llaman a los jóvenes de todos los Continentes (...). A cada uno de vosotros Cristo dice: “Yo os envío”.

El Santo Padre pasa ahora a plantearse unos interrogantes y a darles una respuesta adecuada. El Papa es consciente de que muchas personas se hacen estas preguntas.

- ¿Por qué os envía Jesucristo?

Porque los hombres y mujeres de todo el mundo (...) anhelan la auténtica liberación y realización. Los pobres claman justicia y solidaridad; los oprimidos exigen libertad y dignidad; los ciegos suplican luz y verdad (cf. Lc.4,18). Vosotros no habéis sido enviados a proclamar alguna verdad abstracta. El Evangelio no es una teoría ni una ideología. El Evangelio es vida. Vuestra tarea consiste en dar testimonio de esta vida: la vida de los hijos e hijas adoptivos de Dios. El hombre moderno, sea o no sea consciente de ello, tiene una urgente necesidad de esta vida, como hace dos mil años la humanidad tenía necesidad de la venida de Cristo; como la gente seguirá teniendo siempre necesidad de Jesucristo hasta el final de los tiempos.

- ¿Por qué tenemos necesidad de Jesucristo?

Porque Cristo revela la verdad sobre el hombre y sobre la vida y el destino del hombre. Él nos muestra nuestro lugar ante Dios, como criaturas y pecadores, como redimidos por su muerte y su resurrección, como peregrinos hacia la casa del Padre. Nos enseña el mandamiento fundamental del amor a Dios y del amor al prójimo. Insiste en el hecho de que no puede existir justicia, hermandad, paz y solidaridad sin los diez mandamientos de la alianza, revelados a Moisés en el monte Sinaí y confirmados por el Señor en el monte de las bienaventuranzas (cf. Mt.5,3-12) y en su diálogo con el joven (cf. Mt.19,16-22).

La verdad sobre el hombre (...) es que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios mismo (cf. Gn.1,27) y precisamente en este hecho, dejando aparte cualquier otra consideración, estriba la dignidad inalienable de todo ser humano, sin excepción, desde el momento de su concepción hasta su muerte natural. Pero lo que resulta aún más difícil de comprender para la cultura contemporánea es que esa dignidad, ya forjada en el acto creativo de Dios, ha sido elevada hasta una altura inconcebible en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios.

Este es el mensaje que debéis proclamar al mundo moderno: sobre todo a los más desvalidos, a los que carecen de casa, a los marginados, a los enfermos, a los abandonados, a los que sufren por culpa de los demás. A cada uno debéis decirle: mira a Jesucristo para ver lo que realmente eres a los ojos de Dios.

Se está prestando cada vez más atención a la causa de la dignidad humana y los derechos humanos, y poco a poco éstos se van codificando e incluyendo en las legislaciones a nivel nacional e internacional. Esto es algo digno de elogio. Pero la efectiva y segura observancia del respeto a la dignidad humana y a los derechos humanos será imposible si las personas y las comunidades no superan los intereses egoístas, el miedo, el ansia y la sed de poder. Por este motivo, el hombre necesita ser liberado del dominio del pecado, por la vida de gracia: la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Jesús os dice: “Os envío a vuestras familias, a vuestras parroquias, a vuestros movimientos y asociaciones, a vuestros países, a las antiguas culturas y a la civilización moderna, para que proclaméis la dignidad de todo ser humano, como la he revelado yo, el Hijo del hombre. Si defendéis la inalienable dignidad de todo ser humano, revelaréis al mundo el auténtico rostro de Jesucristo, que se identifica con todo hombre, con toda mujer, y con todo niño, aunque sean pobres, débiles o minusválidos.

- ¿Cómo os envía Jesús?

No os promete ni espada ni dinero ni poder ni nada de los que los medios de comunicación social hacen atractivo para la gente de hoy. Por el contrario, os da la gracia y la verdad. Os envía con el poderoso mensaje de su misterio pascual, con la verdad de su cruz y su resurrección. Esto es todo lo que os da, y todo lo que necesitáis. Esta gracia y esta verdad, a su vez, os infundirán valentía. Seguir a Cristo siempre ha exigido valentía. Los Apóstoles, los mártires, enteras generaciones de misioneros...han tenido la fuerza para permanecer firmes frente a la incompreensión y a la adversidad. Eso es verdad también aquí en Asia. Entre todos los pueblos de este continente, los cristianos han pagado el precio de su fidelidad, y ésta es la fuente segura de la confianza de la Iglesia.

- ¿Qué esperan la Iglesia y el Papa de los jóvenes de la X Jornada Mundial de la Juventud?

Que deis testimonio de Jesucristo. Y que aprendáis a proclamar todo lo que el mensaje de Cristo contiene para la auténtica liberación y el verdadero progreso de la humanidad. Esto es lo que Cristo espera de vosotros. Esto es lo que la Iglesia pide a los jóvenes de Filipinas, de Asia, del mundo (...).

Dado que Cristo os dice: “Yo os envío”, os convertís en signo de esperanza y objeto de nuestra confianza en el futuro. De modo especial, vosotros, jóvenes de la X Jornada mundial de la Juventud, sois signo, epifanía de Jesucristo, manifestación del reino de Dios”.

- Amad y respetad a vuestros padres

“Recordad siempre que debéis a vuestros padres la vida y la educación. Recordad la deuda que tenéis respecto a vuestros padres. El cuarto mandamiento expresa de modo conciso los deberes de justicia hacia ellos (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n.2215). En la mayor parte de los casos se han encargado de vuestra formación a costa de sacrificio personal. Gracias a ellos habéis sido introducidos en la herencia cultural y social de vuestra comunidad y de vuestro país, vuestra patria. Hablando en general, vuestros padres han sido vuestros primeros maestros en la fe. Los padres, por tanto, tienen derecho a esperar de sus hijos e hijas los frutos maduros de sus esfuerzos, de la misma manera que los hijos y los jóvenes tienen derecho a esperar de sus padres el amor y la solicitud que les lleven a un sano desarrollo.

*** Carta del Santo Padre Juan Pablo II con motivo del Seminario de Estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud (Vaticano, 8 de mayo de 1996).**

Por su importancia, nos ha parecido bien insertar aquí algunos párrafos de esta Carta del Santo Padre.

“Me ha alegrado la noticia de que el Pontificio Consejo para los Laicos ha organizado un Seminario de Estudio sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud en el Santuario de Jasna Góra, en Czestochowa (Polonia)” (n.1).

“Las Jornadas, acogiendo una iniciativa propuesta por los mismos jóvenes, han nacido del deseo de ofrecerles significativos “momentos de pausa” en la constante peregrinación de la fe, que se alimenta también mediante el encuentro con los coetáneos de otros Países y el intercambio de las propias experiencias.

“La finalidad principal de las Jornadas es la de colocar a Jesucristo en el centro de la fe y de la vida de cada joven para que sea el punto de referencia constante y la luz verdadera de cada iniciativa y de toda tarea educativa de las nuevas generaciones. (...) Todas juntas (las Jornadas), a lo largo de este decenio, aparecen como una continua y apremiante invitación a fundamentar la vida y la fe sobre la roca que es Cristo (n.1).

Por este motivo, los jóvenes son invitados periódicamente a hacerse peregrinos por los caminos del mundo. En ellos la Iglesia se ve a sí misma y su misión entre los hijos de los hombres; con ellos acoge los desafíos del futuro, consciente de que toda la humanidad necesita una renovada juventud del espíritu. Esta peregrinación del pueblo joven construye puentes de fraternidad y de esperanza entre los continentes, los pueblos y las culturas. Es un camino siempre en movimiento. Como la vida, como la juventud.

Con el paso de los años se ha demostrado que las Jornadas de la Juventud no son ritos convencionales, sino acontecimientos providenciales, ocasiones para que los jóvenes profesen y proclamen cada vez con más alegría su fe en Cristo. Estando juntos pueden interrogarse sobre las aspiraciones más profundas, experimentar la comunión con la Iglesia, comprometerse con la urgente tarea de la nueva evangelización (n.2).

La Jornada Mundial de la Juventud constituye la jornada de la Iglesia para los jóvenes y con los jóvenes. Su propuesta no es una alternativa de la pastoral juvenil ordinaria (...) Más bien quiere fortalecerla ofreciéndole

nuevos estímulos de compromiso, metas cada vez más significativas y participativas (n.3).

Los jóvenes se dirigen a nosotros para que los llevemos a Cristo, el único que tiene palabras de vida eterna. Escuchar a los jóvenes y enseñarles exige atención, tiempo y sabiduría (n.4).

Con su entusiasmo y su exuberante energía, los jóvenes piden que se les anime a ser “protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social” (ChFL 46). De esta forma los jóvenes no sólo son evangelizados, sino que ellos mismos se transforman en evangelizadores llevando el Evangelio a sus coetáneos, incluso a los que están alejados de la Iglesia y a los que todavía no han oído hablar de la Buena Noticia (n.4).

*** XI Jornada Mundial. Roma, 31 de marzo de 1996.** “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn.6,68). Celebración diocesana.

“Señor, ¿a quién iremos? La meta y el término de nuestra vida es Él, Cristo, que nos espera a cada uno y a todos juntos para guiarnos más allá de los confines del tiempo en el abrazo eterno del Dios que nos ama. Pero si la eternidad es nuestro horizonte de hombres hambrientos de verdad y sedientos de felicidad, la historia es el escenario de nuestro compromiso diario. La fe nos enseña que el destino del hombre está inscrito en el corazón y en la mente de Dios, que gobierna los hilos de la historia. Y nos enseña asimismo que el Padre pone en nuestras manos la tarea de comenzar ya desde aquí la construcción del reino de los cielos que el Hijo vino a anunciar y que llegará a su plenitud al final de los tiempos (n. 4).

Nos opondremos así a lo que parece hoy la derrota de la civilización, para reafirmar con energía la civilización del amor, la única que puede abrir de par en par a los hombres de nuestro tiempo horizontes de auténtica paz y de justicia duradera en la legalidad y en la solidaridad.

A vosotros jóvenes, que de forma natural e instintiva hacéis del deseo de vivir el horizonte de vuestros sueños y el arco iris de vuestras esperanzas, os pido que os transforméis en profetas de la vida. Sedlo con las palabras y las obras, rebelándoos contra la civilización del egoísmo que a menudo considera a la persona humana un instrumento en vez de un fin, sacrificando su dignidad y sus sentimientos en nombre del mero lucro (...) (n.6).

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. Orad y escuchad su palabra, dejaos guiar por verdaderos pastores; no cedáis jamás a

los halagos y a los fáciles espejismos del mundo que luego, con demasiada frecuencia, se transforma en trágicos desengaños. En los momentos difíciles, en los momentos de prueba se mide la calidad de las opciones. (...) No existen atajos hacia la felicidad y la paz (n.7).

*** XII Jornada Mundial.** 21-24 de agosto de 1997. **París** (Francia): “Maestro, ¿dónde vives? Venid y lo veréis” (Jn.1,38-39). Celebración internacional.

Juan Pablo II escribe un mensaje hermoso para preparar esta Jornada. Este mensaje desentraña el significado del lema de esta Jornada. De él reproducimos los siguientes fragmentos:

- El Santo Padre recuerda a los jóvenes el gozo de la comunión fraterna más allá de las diferencias de raza, lengua, cultura...

“Siguiendo la cruz del Año Santo el pueblo de las nuevas generaciones que creen en Cristo, será una vez más icono vivo de la Iglesia peregrina por los caminos del mundo. En los encuentros de oración y reflexión, en el diálogo que une superando las diferencias de lengua y de raza, en el intercambio de ideales, problemas y esperanzas, experimentará vitalmente la promesa de Jesús: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt.18,20) (n.1).

- El Papa muestra a los jóvenes dónde se encuentra Cristo

“Seguid a Jesús! No tengáis miedo de acercaros a Él, de cruzar el umbral de su casa, de hablar con Él cara a cara, como se está con un amigo. No tengáis miedo de la “vida nueva” que Él os ofrece. Él mismo, con la ayuda de su gracia y el don de su Espíritu, os da la posibilidad de acogerla y ponerla en práctica”

Es verdad: Jesús es un amigo exigente que indica metas más altas, pide salir de uno mismo para ir a su encuentro, entregándole toda la vida (...) Esta propuesta puede parecer difícil y en algunos casos incluso poder dar miedo. Pero -os pregunto- ¿es mejor resignarse a una vida sin ideales, a un mundo construido a la propia imagen y semejanza, o más bien buscar con generosidad la verdad, el bien, la justicia, trabajar por un mundo que refleje la belleza de Dios, incluso a costa de tener que afrontar las pruebas que esto conlleva? Abatid las barreras de la superficialidad y del miedo” (n.3)

- El Papa les dice donde pueden encontrar a Jesús

“Encontraréis a Jesús allí donde los hombres sufren y esperan: en los pequeños pueblos diseminados en los continentes, aparentemente al margen de la historia (...) En las grandes metrópolis donde millones de seres humanos”.

“Jesús vive junto a nosotros, en los hermanos con los que compartís la existencia cotidiana. Su rostro es el de los más pobres, de los marginados, víctimas casi siempre de un modelo injusto de desarrollo, que pone el beneficio en el primer puesto y hace del hombre un medio en lugar de un fin (n.4).

Jesús vive entre los que lo invocan sin haberlo conocido, entre los que, habiendo empezado a conocerlo, sin su culpa, lo han perdido; entre los que lo buscan con sincero corazón, aun perteneciendo a situaciones culturales y religiosas diferentes (cf. LG 16).

Jesús vive entre los hombres y mujeres que se honran con el nombre de cristianos” (cf. LG 15).

Jesús vive concretamente en vuestras parroquias, en las comunidades en las que vivís, en las asociaciones y en los movimientos eclesiales a los que pertenecéis...(n.5).

Jesús vive entre vosotros en la Eucaristía en la cual se realiza de modo total su presencia real y su contemporaneidad con la historia de la humanidad” (76h).

- El Santo Padre pide a los jóvenes que participen en realización de la misión evangelizadora de la Iglesia:

“Queridos jóvenes, vuestro camino no se detiene aquí. El tiempo no se para hoy. ¡Id por los caminos del mundo, sobre las vías de la humanidad permaneciendo unidos en la Iglesia de Cristo! Continúa contemplando la gloria de Dios, el amor de Dios, y seréis iluminados para construir la civilización del amor, para ayudar al hombre a ver el mundo transfigurado por la sabiduría y el amor eterno. Perdonados y reconciliados, ¡sed fieles a vuestro bautismo! ¡Testimoniad el Evangelio! Como miembros de la Iglesia, activos y responsables, ¡sed discípulos y testigos de Cristo que revela al Padre, permaneced en la unidad del Espíritu que da la vida!” (76i)

*** XIII Jornada Mundial. Roma, 5 de abril de 1998:** “El Espíritu Santo os lo enseñará todo” (Jn.14,26). Celebración diocesana.

“El misterio de Pentecostés, como don del Espíritu a cada uno, se actualiza de modo privilegiado con la confirmación, que es el sacramento del crecimiento cristiano y de la madurez espiritual. En ella, cada fiel recibe una profundización de la gracia bautismal y es insertado plenamente en la comunidad mesiánica y apostólica, mientras es “confirmado” en la familiaridad con el Padre y con Cristo, que lo quiere testigo y protagonista de la obra de la salvación.

El Espíritu Santo da al cristiano (...) la docilidad, la libertad y la fidelidad. (...) El Espíritu Santo infunde audacia; impulsa a contemplar la gloria de Dios en la existencia y en el trabajo de cada día. Estimula a hacer la experiencia del misterio de Cristo en la liturgia, a hacer que la palabra resuene en toda la vida, con la seguridad de que siempre tendrá algo nuevo que decir; ayuda a comprometerse de por vida, a pesar del miedo al fracaso, a afrontar los peligros y a superar las barreras que separan las culturas para anunciar el Evangelio, a trabajar incansablemente por la continua renovación de la Iglesia, sin constituirse en jueces de los hermanos (n.5). (...)

El Espíritu lleva a los hombres a comprenderse y acogerse recíprocamente, a reconocerse hijos de Dios y hermanos en camino hacia la misma meta, la vida eterna, a hablar la misma lengua, por encima de las diferencias culturales y raciales.

Participando activamente y con generosidad en la vida de las parroquias, de los movimientos y de las asociaciones, experimentaréis cómo los carismas del Espíritu os ayudan a encontraros con Cristo, a ahondar la familiaridad con Él, a realizar y gustar la comunión eclesial.

El Espíritu Santo es quien estimula la misión evangelizadora de la Iglesia. (...) Bajo el impulso del Espíritu, los discípulos de Jesús siguen estando presentes en los caminos del mundo para anunciar a todos los hombres la palabra que salva (n.6).

Llegar a ser santos parece una meta ardua, reservada a personas totalmente excepcionales, o destinada a quien quiere permanecer ajeno a la vida y a la cultura de su tiempo. Sin embargo, llegar a ser santos es don y tarea arraigados en el bautismo y en la confirmación, encomendados a todos en la Iglesia, en todo tiempo. Es don y tarea de los laicos, de los religiosos y de los ministros sagrados, en el ámbito privado y en el público, en la vida de cada uno y en la de las familias y comunidades. Pero dentro de esta vocación común, que a todos llama no a acomodarse al mundo sino a la voluntad de Dios (cf. Rm.12,2) son diversos los estados de vida y múltiples las vocaciones y las misiones (n.7).

*** XIV Jornada Mundial. Roma, 28 de marzo de 1999:** “El Padre os ama” (Jn.16,27). Celebración diocesana.

El mensaje que el Santo Padre dirige a los jóvenes para preparar de forma adecuada esta Jornada Mundial.

Juan Pablo II invita a todos los jóvenes, y en ellos a nosotros, “a dirigiros hacia Dios Padre y a escuchar con gratitud y admiración la sorprendente revelación de Jesús: “El Padre os ama”. Queridos jóvenes, Dios os ha amado primero (cf. IJn.4,19), acoged su amor. Permaneced firmes en esta certeza, la única capaz de dar sentido, fuerza y alegría a la vida: su amor nunca se apartará de vosotros y su alianza de paz nunca fallará (n.1).

¿Cómo anunciar esta buena nueva? Jesús indica el camino que se ha de seguir: ponernos a la escucha del Padre para que nos enseñe (Jn.6,45), y guardar sus mandamientos (cf. Jn.14,23). Además este conocimiento del Padre debe ir creciendo (cf. Jn.17,26).

En nuestra época, la Iglesia y el mundo necesitan más que nunca “misioneros” que sepan proclamar con la palabra y el ejemplo esta certeza fundamental y consoladora. Vosotros, jóvenes de hoy y adultos del nuevo milenio, conscientes de ello, dejaos “formar” en la escuela de Jesús. Sed testigos creíbles del amor del Padre, tanto en la Iglesia como en los diversos ambientes donde se desarrolla vuestra existencia diaria. Manifestadlo en vuestras opciones y actitudes, en vuestro modo de acoger a las personas y de poneros a su servicio, y en vuestro respeto fiel a la voluntad de Dios y a sus mandamientos” (n.3).

La conciencia de esta predilección que Dios os tiene no puede menos de impulsar a los creyentes “a emprender, en la adhesión a Cristo, Redentor del hombre, un camino de auténtica conversión. (...) Es éste el contexto adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la penitencia en su significado más profundo” (n.4).

Acudid con confianza al sacramento de la reconciliación: con la confesión de vuestras culpas mostraréis que queréis reconocer vuestra infidelidad y ponerle fin; testimoniaréis vuestra necesidad de conversión y reconciliación, para recuperar la condición pacificadora y fecunda de hijos de Dios en Cristo Jesús; y expresaréis vuestra solidaridad con vuestros hermanos, que también están probados por el pecado” (n.5).

Para saber si amamos verdaderamente a Dios, debemos comprobar si amamos en serio a nuestro prójimo. Y si queremos conocer la calidad de nuestro amor al prójimo, debemos preguntarnos si amamos verdaderamente a Dios, porque “quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (I Jn.4,20), y “en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos” (I Jn.5,2) (n.6)..

El Santo Padre subraya de nuevo “la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados. Se trata de una opción preferencial, no exclusiva. Jesús nos invita a amar a los pobres, porque hay que dedicarles una atención particular, precisamente a causa de su vulnerabilidad. Es sabido que son cada vez más numerosos, incluso en los países denominados ricos, a pesar de que los bienes de esta tierra están destinados a todos. Cualquier situación de pobreza interpela la caridad cristiana de cada uno. Pero también debe llegar a ser un compromiso social y político, porque el problema de la pobreza en el mundo depende de condiciones concretas que deben ser transformadas por los hombres y las mujeres de buena voluntad, constructores de la civilización del amor. Se trata de “estructuras de pecado”, que sólo se vencen con la colaboración de todos, si están dispuestos a “perderse” por el otro en lugar de explotarlo, y a “servirlo” en lugar de oprimirlo (cf. Sollicitudo rei socialis”, 38) (n. 6).

Queridos jóvenes, os invito de modo particular a vosotros a emprender iniciativas concretas de solidaridad y comunión junto a y con los más pobres. Participad con generosidad en alguno de los proyectos que en los diversos países han puesto en marcha otros jóvenes con gestos de fraternidad y solidaridad: será un modo de “restituir” al Señor, en la persona de los pobres, por lo menos algo de todo lo que os ha dado a vosotros, más afortunados. Y podrá ser también la expresión inmediatamente visible de una opción profunda: la de orientar decididamente vuestra vida hacia Dios y hacia vuestros hermanos” (n.6).

*** XV Jornada Mundial.** 16 de abril de 2000; **Roma-Tor Vergata** (Italia). Jubileo de la Juventud. “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Jn.1,14). Celebración internacional.

Mensaje para la preparación de esta Jornada mundial.

El Santo Padre afirma, entre otras cosas:

+ La singularidad de la fe cristiana

“Lo que caracteriza la fe cristiana, a diferencia de todas las otras religiones, es la certeza de que el hombre Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne, la segunda Persona de la Trinidad que ha venido al mundo. (...) Dios, el invisible, está vivo y presente en Jesús, el hijo de María, la Theotokos, la Madre de Dios. Jesús de Nazaret es Dios-con-nosotros, el Emmanuel. Quien le conoce, conoce a Dios; quien le ve, ve a Dios; quien le sigue, sigue a Dios; quien se une a Él está unido a Dios (cf. Jn.12,44-50). En Jesús, nacido en Belén, Dios se apropia la condición humana y se hace accesible estableciendo una alianza con el hombre” (n.2).

+ La llamada a la contemplación y a la santidad

“Contemplad y reflexionad! Dios nos ha creado para compartir su misma vida; nos llama a ser sus hijos, miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo, templos luminosos del Espíritu de Amor.

Nos llama a ser “suyos”: quiere que todos seamos santos. Queridos jóvenes: ¡tened la santa ambición de ser santos, como Él es santo! (...) No tengáis miedo a ser los santos del nuevo milenio! Sed contemplativos y amantes de la oración, coherentes con vuestra fe y generosos al servicio a los hermanos, miembros activos de la Iglesia y constructores de la paz. Para realizar este comprometido proyecto de vida, permaneced a la escucha de la Palabra, sacad fuerza de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía y de la Penitencia” (n.3).

Homilía en la Eucaristía

En la Homilía de la Misa de clausura de la Jornada Mundial de la Juventud, el Santo Padre dijo entre otras cosas:

+ La Palabra, que se hizo carne hace dos mil años, está presente hoy en la Eucaristía. Por eso, el año del Gran Jubileo, en el que estamos celebrando el misterio de la encarnación, no podía dejar de ser también un año “intensamente eucarístico. La Eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo que se nos da porque nos ama. Él nos ama a cada uno de nosotros de un modo personal y único en la vida concreta de cada día...” (n.4).

Celebrar la Eucaristía “comiendo su carne y bebiendo su sangre” significa aceptar la lógica de la cruz y del servicio. Es decir, significa ofrecer la propia disponibilidad para sacrificarse por los otros, como hizo Él. De este testimonio tiene necesidad urgente nuestra sociedad, de él necesitan más que nunca los jóvenes, tentados a menudo por los espejismos de una vida fácil y

cómoda, por la droga y el hedonismo, que llevan después a la espiral de la desesperación, del sinsentido, de la violencia.

Es urgente cambiar el rumbo y dirigirse a Cristo, que es también el camino de la justicia, de la solidaridad, del compromiso por una sociedad y un futuro dignos del hombre” (n.5).

Poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria: amadla, adoradla y celebradla, sobre todo el domingo, día del Señor. Vivid la Eucaristía dando testimonio del amor de Dios a los hombres”. (...) Pido al Señor que broten entre vosotros numerosas y santas vocaciones al sacerdocio. La Iglesia tiene necesidad de alguien que celebre también hoy, con corazón puro, el sacrificio eucarístico. (...) (n.5).

Que la Eucaristía modele vuestra vida, la vida de las familias que formaréis; que oriente todas vuestras opciones de vida. Que la Eucaristía, presencia viva y real del amor trinitario de Dios, os inspire ideales de solidaridad y os haga vivir en comunión con vuestros hermanos dispersos por todos los rincones del planeta” (n.6) (76j)

*** XVI Jornada Mundial. Roma, 8 de abril de 2001** “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc.9,23). Celebración diocesana.

Mensaje para esta Jornada

En el mensaje que Juan Pablo II envía a todos los jóvenes del mundo para preparar la Jornada Mundial de la Juventud, explica el lema propuesto para esta jornada. Ofrecemos algunos párrafos de este mensaje:

+ “Jesús no es el Mesías del triunfo y del poder. (...) Como auténtico Siervo del Señor, cumplió su misión de Mesías mediante la solidaridad, el servicio y la humillación de la muerte. Es un Mesías que se sale de cualquier esquema y de cualquier clamor; no se le puede “comprender” con la lógica del éxito y del poder (n.2).

+ “Si alguno quiere venir en pos de mí”. Jesús camina delante de los suyos y a cada uno pide que haga lo que Él mismo ha hecho. Les dice: yo no he venido para ser servido, sino para servir; así, quien quiera ser como yo, sea servidor de todos. (...) Jesús pide que elijan valientemente su mismo camino; elegirlo, ante todo, “en el corazón” (n.3).

+ “Niéguese a sí mismo”. Jesús no pide renunciar a vivir; lo que pide es acoger una novedad y una plenitud de vida que sólo Él puede dar. (...) quien sigue a Cristo rechaza el repliegue sobre sí mismo y no valora las cosas según su interés personal. Considera la vida como un don, como algo gratuito, no como una conquista o una posesión. (...) Si vivir siguiendo al Señor se convierte en el valor supremo, entonces todos los demás valores reciben de éste su correcta valoración e importancia. Quien busca únicamente los bienes terrenos, será un perdedor, a pesar de las apariencias de éxito (...) Por tanto hay que escoger entre ser y tener, entre una vida plena y una existencia vacía, entre la verdad y la mentira” (n.4).

+ “Tome su cruz y sígame”. De la misma manera que la cruz puede reducirse a mero objeto ornamental, así también “tomar la cruz” puede llegar a ser un modo de decir. Pero en la enseñanza de Jesús esta expresión no pone en primer plano la mortificación y la renuncia. No se refiere ante todo al deber de soportar con paciencia las pequeñas o grandes tribulaciones diarias; ni mucho menos quiere ser una exaltación del dolor como medio de agradar a Dios. El cristiano no busca el sufrimiento por sí mismo, sino el amor. Y la cruz acogida se transforma en el signo del amor y del don total. Llevarla en pos de Cristo quiere decir unirse a Él en el ofrecimiento de la prueba máxima del amor” (n.5).

+ Una difundida cultura de lo efímero, que asigna valor a lo que agrada y parece hermoso, quisiera hacer creer que para ser felices es necesario apartar la cruz. Presenta como ideal un éxito fácil, una carrera fácil, una sexualidad sin sentido de responsabilidad y, finalmente, una existencia centrada en la afirmación de sí mismos, a menudo sin respeto por los demás. Sin embargo, queridos jóvenes: éste no es el camino que lleva a la vida, sino el sendero que desemboca en la muerte (cf. Lc.9, 24-25). No tengáis miedo en avanzar por el camino que el Señor recorrió primero...(n.6)

* **XVII Jornada Mundial.** 23-28 de julio de 2002; **Toronto** (Canadá): “Vosotros sois la sal de la tierra...vosotros sois la luz del mundo” (Mt.5,13-14). Celebración internacional.

Mensaje de Juan Pablo II para esta Jornada Mundial

De este mensaje ofrecemos estos pasajes importantes:

“¡Descubrid vuestras raíces cristianas, aprended la historia de la Iglesia, profundizad el conocimiento de la herencia espiritual que os ha sido transmitido, seguid a los testigos y a los maestros que os han precedido! Sólo permaneciendo fieles a los mandamientos de Dios, a la alianza que Cristo ha

sellado con su sangre derramada en la cruz, podréis ser los apóstoles y los testigos del nuevo milenio”.

Queridos jóvenes. ¡No os contentéis con nada que esté por debajo de los ideales más altos! No os dejéis desanimar por los que, decepcionados de la vida, se han hecho sordos a los deseos más profundos y más auténticos de su corazón. (...) Si mantenéis grandes deseos para el Señor, sabréis evitar la mediocridad y el conformismo, tan difusos en nuestra sociedad” (n.2)

El encuentro personal con Cristo ilumina la vida con una nueva luz, nos conduce por el buen camino y nos compromete a ser sus testigos. Con el nuevo modo que Él nos proporciona de ver el mundo y las personas, nos hace penetrar más profundamente en el misterio de la fe, que no es sólo acoger y ratificar con la inteligencia un conjunto de enunciados teóricos, sino asimilar una experiencia, vivir una verdad; es la sal y la luz de toda la realidad.

En el contexto actual de secularización, en el que muchos de nuestros contemporáneos piensan y viven como si Dios no existiera, o son atraídos por formas religiosas irracionales, es necesario que precisamente vosotros, queridos jóvenes, reafirméis que la fe es una decisión personal que compromete toda la existencia. ¡Que el Evangelio sea el gran criterio que guíe las decisiones y el rumbo de vuestra vida!”

+ Las intervenciones más significativas del Papa fueron.

. Allocución en “Exhibition place” (25 de julio-2002).

“Son numerosas y atractivas las propuestas (de felicidad) que se os presentan desde todas partes: muchos os hablan de una alegría que se puede obtener con el dinero, con el éxito, con el poder. Sobre todo os hablan de una alegría que coincide con el placer superficial y efímero de los sentidos.

A vuestro anhelo de ser felices, el anciano -aunque siempre joven- Papa responde con una palabra que no es suya. Es una palabra que resonó hace dos mil años. La acabamos de escuchar esta tarde: Bienaventurados... La palabra clave de la enseñanza de Jesús es un anuncio de alegría: Bienaventurados.

El hombre está hecho para la felicidad. Por tanto, vuestra sed de felicidad es legítima. Cristo tiene la respuesta a vuestra expectativa. Con todo, os pide que os fiéis de Él. La verdadera alegría es una conquista, que no se logra sin una lucha larga y difícil. Cristo posee el secreto de la victoria. (...)

El Sermón de la montaña traza el mapa de este camino hacia la felicidad verdadera. Las ocho bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir. Es un camino en subida, pero Jesús lo ha recorrido primero. Y Él está dispuesto a recorrerlo de nuevo con vosotros. (cf. Jn.8, 12; 15,11). Caminando con Cristo es como se puede conquistar la alegría, la verdadera alegría. Precisamente por esta razón Él os ha dirigido también un anuncio de alegría: Bienaventurados...

Reunidos en torno a la cruz del Señor, contemplemosle a Él: Jesús no se limitó a proclamar las Bienaventuranzas; también las vivió. Al repasar su vida, releendo el evangelio, quedamos admirados: el más pobre de los pobres, el ser manso entre los humildes, la persona de corazón más puro y misericordioso es precisamente Él, Jesús. Las bienaventuranzas no son más que la descripción de un rostro, su Rostro.

Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas describen al cristiano: son el retrato del discípulo de Jesús, la fotografía del hombre que ha acogido el Reino de Dios y quiere sintonizar su vida con las exigencias del Evangelio. A este hombre Jesús se dirige llamándolo bienaventurado. La alegría que las Bienaventuranzas prometen es la alegría misma de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la obediencia al Padre y en la entrega a los hermanos.

¡Jóvenes de Canadá, de América y de todas las partes del mundo!, mirando a Jesús podéis aprender lo que significa ser pobres de espíritu, mansos y misericordiosos; lo que significa buscar la justicia, ser limpios de corazón, artífices de paz. Con la mirada fija en Él, podéis descubrir la senda del perdón y de la reconciliación en un mundo a menudo presa de la violencia y del terror.

La voz de Jesús resuena en medio de nuestra asamblea. Su voz es voz de vida, de esperanza y de perdón; es voz de justicia y de paz. ¡Escuchémosla! Escuchemos la voz de Jesús”.

La Iglesia hoy os mira a vosotros con confianza, y espera que os convirtáis en el pueblo de las bienaventuranzas. Bienaventurados vosotros, si sois, como Jesús, pobres de espíritu, buenos y misericordiosos; si sois limpios de corazón, artífices de paz; si amáis y servís a los pobres. ¡Bienaventurados vosotros!

Responded al Señor con corazón fuerte y generoso. Él cuenta con vosotros. No lo olvidéis; Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación. Cristo necesita vuestra juventud y vuestro generoso entusiasmo para hacer que resuene su anuncio gozoso en el nuevo milenio. Responded a

su llamada poniendo vuestra vida al servicio de Él en los hermanos. Fiaos de Cristo, porque Él se fía de vosotros”.

Alocución en el Parque “Downsview” (27 de julio de 2002).

- “¿Sobre qué bases es preciso construir la nueva época histórica que surge de las grandes transformaciones del siglo XX?

¿Será suficiente apostar por la revolución tecnológica actual, que parece regulada únicamente por criterios de productividad y eficiencia, sin ninguna referencia a la dimensión religiosa del hombre, y sin un discernimiento ético universalmente compartido? ¿Está bien contentarse con respuestas provisionales a los problemas de fondo y dejar que la vida quede a merced de impulsos instintivos, de sensaciones efímeras, de entusiasmos pasajeros?

- “Sobre qué bases, sobre qué certeza es preciso construir la propia existencia y la de la comunidad a la que se pertenece?

Sólo Cristo es la piedra angular sobre la que es posible construir sólidamente el edificio de la propia existencia. Sólo Cristo, conocido, contemplado y amado, es el amigo fiel que no defrauda, que se hace compañero de camino y cuyas palabras hacen arder el corazón (cf. Lc.24, 13-35). El siglo XX a menudo pretendió prescindir de esa piedra angular, intentando construir la ciudad del hombre sin hacer referencia a Él, y acabó por edificarla de hecho contra el hombre. Pero los cristianos lo saben: no se puede rechazar o marginar a Dios, sin correr el riesgo de humillar al hombre.

La expectativa, que la Humanidad va cultivando entre tantas injusticias y sufrimientos, es la de una nueva civilización marcada por la libertad y la paz. Pero para esa empresa se requiere una nueva generación de constructores que, movidos no por el miedo o la violencia, sino por la urgencia de un amor auténtico, sepan poner piedra sobre piedra para edificar, en la ciudad del hombre, la ciudad de Dios.

¡Queridos jóvenes! Permitidme que os manifieste mi esperanza: esos constructores debéis ser vosotros. Vosotros sois los hombres y mujeres del mañana; en vuestro corazón y en vuestras manos se encuentra el futuro. A vosotros, Dios os encomienda la tarea, difícil pero entusiasmante, de colaborar con Él en la edificación de la civilización del amor (...).

¡Queridos jóvenes!” dejaos conquistar por la luz de Cristo y difundidla en el ambiente en que vivís. (...) Cristo es la luz de los pueblos; Él ha muerto y ha resucitado para devolver a los hombres, que caminan en la historia, la

esperanza de la eternidad. Su Evangelio no menoscaba lo humano: todo valor auténtico, en cualquier cultura donde se manifieste, es acogido y asumido pro Cristo. El cristiano, consciente de ello, no puede por menos de sentir vibrar en su interior el arrojo y la responsabilidad de convertirse en testigo de la luz del Evangelio. Precisamente por eso, os digo esta noche: haced que resplandezca la luz de Cristo en vuestra vida. No esperéis a tener más años para aventuraros por la senda de la santidad. La santidad es siempre joven, como es eterna la juventud de Dios. Comunicad a todos la belleza del encuentro con Dios, que da sentido a vuestra vida. Que nadie os gana en la búsqueda de la justicia, en la promoción de la paz, en el compromiso de fraternidad y solidaridad. (...). Pido a Dios que “seáis la sal y la luz de la tierra ahora y en la vida adulta. Dios os bendiga”.

*** XVIII Jornada Mundial, Roma, 13 de abril de 2003.** “Ahí tienes a tu Madre” (Jn.19,27). Celebración diocesana.

Esta Jornada se celebra en las diócesis. Juan Pablo II ha enviado a todos un hermoso Mensaje para preparar esta Jornada: “Ahí tienes a tu Madre”.

Ofrecemos a continuación algunos párrafos de este mensaje del Papa:

- “Vosotros, queridos jóvenes, tenéis más o menos la misma edad de Juan y el mismo deseo de estar junto a Jesús. Hoy Cristo os pide expresamente a vosotros que recibáis a María “en vuestra casa”, que la acojáis “entre vuestros bienes” para aprender de ella -que “guardaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón” (Lc.2,19)- la disposición interior a la escucha y la actitud de humildad y generosidad que la caracterizaron como primera colaboradora de Dios en la obra de salvación. Ella es la que, desempeñando su ministerio materno, os educa y modela hasta que Cristo sea formado plenamente en vosotros” (n.3).

- “María es Madre de la divina gracia, pues es la Madre del Autor de la gracia. ¡Encomendaos a ella con confianza plena! Resplandeceréis con la belleza de Cristo. Abiertos al soplo del Espíritu, os convertiréis en apóstoles intrépidos, capaces de difundir alrededor de vosotros el fuego de la caridad y la luz de la verdad. En la escuela de María, descubriréis el compromiso concreto que Cristo espera de vosotros, aprenderéis a darle el primer lugar de vuestra vida, a orientar hacia Él vuestros pensamientos y vuestras acciones. (n.4).

- “¡Queridos jóvenes! Bien sabéis que el cristianismo no es una opinión y no consiste en palabras vacías. ¡El cristianismo es Cristo! ¡Es una persona, el Viviente!” Encontrarse con Jesús, amarlo y hacer que lo amen: ésta es la

vocación cristiana. María se os entrega para ayudaros a entrar en una relación más auténtica y personal con Jesús. Con su ejemplo, os enseña a poner una mirada de amor en Él, que nos amó el primero. Con su intercesión, Ella forja en vosotros un corazón de discípulo capaz de ponerse a la escucha de su Hijo, que revela el rostro auténtico del Padre y la verdadera dignidad de hombre” (n.4).

- “Rezar el Rosario significa aprender a mirar a Jesús a través de los ojos de su madre, amar a Jesús con el corazón de su madre. También a vosotros os entrego hoy idealmente, queridos jóvenes, el rosario. Mediante la oración y la meditación de sus misterios, María os guía con seguridad a su Hijo” (n.5).

* **Palabras de Juan Pablo II** en el encuentro con los jóvenes de la diócesis de Roma y de la región del Lacio en **preparación** para la XIX Jornada Mundial de la Juventud (1-IV-2004).

- Tomad la Cruz del Señor: “¡Queridísimos jóvenes! Hace veinte años, al concluir el Año Santo de la Redención, confié a los jóvenes la cruz, el madero sobre el que Cristo fue elevado de la tierra y en el que vivió la “hora” por la que había venido al mundo! Desde entonces, esta cruz al peregrinar de una Jornada de la Juventud a otra, está caminando por el mundo llevada por los jóvenes y anuncia el amor misericordioso de Dios que sale al encuentro de cada una de sus criaturas para restituirle la dignidad perdida a causa del pecado. Gracias a vosotros, queridos amigos, millones de jóvenes, al ver esa cruz, han cambiado su vida, comprometiéndose a vivir como auténticos cristianos (n.2).

- Permaneced unidos a la Cruz de Cristo: “¡Queridísimos jóvenes! ¡Permaneced unidos a la cruz! Poned la mente en la gloria que también os espera a vosotros. ¡Cuántas heridas experimentan vuestros corazones, causadas con frecuencia por el mundo de los adultos! ¡Al volver a confiaros espiritualmente la cruz, os invito a creer que muchos tenemos confianza en vosotros, que Cristo tiene confianza en vosotros y que sólo en Él se encuentra la salvación que buscáis! (n.3)

- Anunciad el Evangelio a los jóvenes: Cuánta necesidad hay hoy de replantearse la manera de acercarse a los jóvenes para anunciarles el Evangelio. Debemos replantearnos la manera de evangelizar al mundo juvenil, pero con la certeza de que también hoy Cristo desea hacerse ver, que también hoy quiere mostrar su rostro a todos (n.3).

- La entrega siempre nueva a Jesucristo: “¡Queridos jóvenes! No tengáis miedo de emprender nuevos caminos de entrega total al Señor y de misión; ¡sugerid vosotros mismos cómo hay que llevar hoy la cruz al mundo! (...) ¡Alimentados por la Eucaristía, unidos a la Iglesia, aceptando las propias cruces, haced estallar en el mundo vuestra carga de fe y anunciad a todos la misericordia divina! (n.4).

- Estad dispuestos a tomar nuevas opciones: “En este camino no tengáis miedo de entregaros a Cristo. Ciertamente amáis al mundo, y hacéis bien, porque el mundo está hecho para el hombre. Sin embargo, al llegar a un cierto momento de la vida, es necesario tomar una opción radical. Sin renunciar a nada de lo que es expresión de la belleza de Dios y de los talentos de él recibidos, hay que saber ponerse de parte de Cristo para testimoniar ante todo el amor de Dios. (...) ¡Seguir a Cristo no significa reprimir los dones que Él nos ofrece, sino escoger un camino de entrega radical a Él! Si Él nos llama, ¡el “sí” se hace necesario! Por tanto, no tengáis miedo de entregaros a Él. Jesús sabe cómo tenéis que llevar hoy su cruz al mundo para salir al encuentro de las expectativas de otros muchos corazones juveniles (n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el VIII Forum Internacional de Jóvenes (Rocca di Papa; 31-III a 4-IV-2004).**

El Santo Padre con hondas raíces en la Universidad por formación y como profesor, se dirige a los universitarios hablándoles desde dentro, como alguien que conoce perfectamente esa “casa ancha y universal del pensamiento”. Ofrecemos estos párrafos de su discurso, invitándoles a leer el texto completo.

- Vinculación de la Iglesia con la Universidad: “ La Iglesia no sólo desempeñó un papel decisivo en la institución de las primeras universidades, sino que ha sido a lo largo de siglos fábrica de cultura, y todavía hoy sigue trabajando en esa dirección mediante las universidades católicas y las diferentes formas de presencia en el amplio mundo universitario. La Iglesia aprecia la universidad como uno de esos “bancos de trabajo en los que la vocación del hombre al conocimiento, de la misma manera que el lazo constitutivo de la Humanidad con la verdad como objetivo del conocimiento, se convierte en una verdad cotidiana” para tantos profesores, jóvenes investigadores y multitud de estudiantes” (Discurso a la UNESCO, (2-VI-80) n.19).

- Queridos universitarios: en la universidad vosotros no sois meros destinatarios de servicios, sino los protagonistas auténticos de las actividades que en ella se desarrollan. No resulta casual que el período de los estudios

universitarios constituya una fase fundamental de vuestra existencia, durante la cual os prepararéis a asumir la responsabilidad de opciones sucesivas que orientarán todo vuestro futuro. Por ello es preciso que afrontéis el itinerario universitario con actitud de búsqueda de las respuestas adecuadas a las preguntas esenciales sobre el significado de la vida, acerca de la felicidad y de la realización plena del hombre, sobre la belleza como esplendor de la verdad.

Afortunadamente, hoy en día se ha debilitado mucho la influencia de las ideologías y de las utopías fomentadas por el ateísmo mesiánico que tanto incidió en el pasado en muchos ambientes universitarios. No faltan, sin embargo, corrientes de pensamiento que reducen la razón al horizonte exclusivo de la ciencia experimental y, por consiguiente, al de los saberes técnicos e instrumentales, con vistas a confinarla a veces en una visión escéptica y nihilista. Amén de inútiles, semejantes intentos de sustraerse a la cuestión acerca del sentido profundo de la existencia también pueden llegar a ser peligrosos (n.2).

Mediante el don de la fe nos hemos encontrado con Jesús que dijo: “Yo soy la verdad” (Jn.14,6). ¡Jesús es la verdad del cosmos y de la historia, el sentido y el destino de la existencia humana, el fundamento de toda realidad! A vosotros, que habéis acogido esta Verdad como vocación y certeza de vuestra vida, os corresponde demostrar su carácter racional también en el ambiente y en la labor universitaria. Se impone entonces la pregunta: ¿qué incidencia tiene la verdad de Cristo en vuestro estudio, en la investigación, en el conocimiento de la realidad, en la formación integral de la persona? (...)

El Santo Padre da respuesta a dos interpretaciones no correctas que se hacen de la fe cristiana en nuestros días:

- El Cristianismo no es una meta preferencia religiosa subjetiva, irracional en última instancia, relegada al ámbito de lo privado. Como cristianos tenemos el deber de testimoniar lo que afirma el Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes*: “La fe ilumina todo con una luz nueva y manifiesta el plan divino sobre la vocación integral del hombre, y por el lo dirige la mente hacia soluciones plenamente humanas” (n.11).

- Hemos de demostrar que la fe y razón no son inconciliables: antes bien, “la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad” (“*Fides et ratio*”; introducción) (n.3).

El Santo Padre pide a los cristianos universitarios que sean los discípulos y los testigos de Cristo en la Universidad. Que el tiempo universitario sea para vosotros tiempo de gran desarrollo espiritual e intelectual que nos lleve a profundizar vuestra relación personal con Cristo. Pero si vuestra fe está puramente ligada a fragmentos de tradición, de buenos sentimientos o de genérica ideología religiosa, no podréis sostener desde luego el impacto ambiental. Rezad por tanto de permanecer firmemente asentados en vuestra identidad cristiana y arraigados en la comunión eclesial. Alimentaos para ello de la oración asidua. Escoged siempre que sea posible buenos maestros universitarios. (...). Acercaos a las parroquias universitarias y dejaos ayudar por las capellanías. Hay que ser constructores de la Iglesia en la universidad, es decir constructores de una comunidad visible que cree, que ora, que da razón de la esperanza y que acoge en la caridad todo rasgo de bien, de verdad y de belleza de la vida universitaria... Y todo no sólo dentro del campus universitario, sino doquiera vivan y se reúnan los estudiantes (n.4). (Ecclesia, n.3200; 10-IV-2004).

*** XIX Jornada Mundial. Roma, 4 de abril de 2004:** “Queremos ver a Jesús” (Jn.12,21).Celebración diocesana.

Mensaje para esta Jornada

El Santo Padre convoca a los jóvenes del mundo a una nueva Jornada Mundial y les comunica un mensaje luminoso y esperanzador. De él ofrecemos los siguientes párrafos:

- Os invito a buscar a Jesús. Que vuestra búsqueda no esté motivada puramente por curiosidad intelectual -que en sí es ya un valor-, sino que sea vea estimulada por la íntima exigencia de hallar respuesta a la pregunta sobre el sentido de vuestra propia vida. (...) Quien se acerca a Jesús con corazón libre de prejuicios puede alcanzar con bastante facilidad la fe, pues Jesús mismos lo ha visto y amado antes. El aspecto más sublime de la dignidad del hombre estriba precisamente en su vocación a comunicar con Dios en este hondo intercambio de miradas que transforma la vida. ¡Para ver a Jesús, es preciso ante todo dejarnos mirar por Él! (n.2)

El deseo de ver a Dios habita en el coparazón de todo hombre y de toda mujer. Queridos jóvenes: dejad que Jesús os mire a los ojos para que crezca en vosotros el deseo de ver la Luz, de paladear el resplandor de la Verdad. Seamos o no conscientes de ello, Dios nos ha creado porque nos ama y para que a la vez nosotros lo amemos. (n.2).

- ¿Queréis contemplar la belleza del rostro de Cristo? Guardad silencio en vuestro interior. Dejad que surja del hondón de vuestro corazón ese deseo de ver a Dios, un deseo ahogado a veces por los ruidos del mundo y por la seducción de los placeres. Dejad que surja ese deseo, y viviréis la maravillosa experiencia del encuentro con Jesús. El Cristianismo no es mera doctrina, sino encuentro en la fe con Dios, que se ha hecho presente en nuestra historia mediante la Encarnación de Jesús. Poned todos los medios para hacer posible ese encuentro mirando a Jesús, que os busca apasionadamente. Buscadlo con los ojos de la carne a través de los acontecimientos de la vida y en el rostro de los demás, pero también con los ojos del alma mediante la oración y la meditación de la Palabra de Dios, ya que “la contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de Él dice la Sagrada Escritura” (NMI, 17). (n. 3).

- “Ver a Jesús y contemplar su rostro constituye un deseo irrefrenable, pero un deseo que el hombre, por desgracia, llega incluso a deformar. Es lo que acontece con el pecado, cuya esencia consiste precisamente en apartar la mirada del Creador para ponerla en la criatura.(...) Sólo el encuentro con Jesús podrá dar plenitud de sentido a vuestra vida (...) Nos os dejéis distraer durante esta búsqueda y perseverad en ella, pues están en juego vuestra realización y vuestra alegría” (n.4).

- “Si aprendéis a descubrir a Jesús en la Eucaristía, también sabréis descubrirlo en vuestros hermanos y hermanas, especialmente en los más pobres. La Eucaristía recibida con amor y adorada con fervor se transforma en escuela de libertad y de caridad para realizar el mandamiento del amor. Jesús nos habla el maravilloso lenguaje de la entrega de sí y del amor hasta el sacrificio de la propia vida.(...) Esta escuela eucarística de libertad y de caridad enseña a superar las emociones superficiales para arraigar firmemente en lo que es bueno y verdadero; libera del repliegue en sí mismo y dispone para abrirse a los demás; enseña a pasar de un amor afectivo a un amor efectivo.(...) ¡El mundo necesita urgentemente el gran signo profético de la caridad fraterna! Y es que no basta con “hablar” de Jesús; de alguna manera, también es preciso hacerlo “ver” con el testimonio elocuente de la propia vida (cf. NMI, n.16).

No os olvidéis de buscar a Cristo y de reconocer su presencia en la Iglesia. Esta es como la prolongación de su acción salvífica en el tiempo y en el espacio. En ella y a través de ella Jesús sigue hoy haciéndose visible y permitiendo que los hombres se encuentren con Él (n.5).

- “Y si en vuestro camino os encontráis la cruz, que ello no os sorprenda. (...) Si Jesús aceptó morir en la cruz, haciendo de ella la fuente de

la vida y el signo del amor, no lo hizo por debilidad ni porque la gustara sufrir. Lo hizo para alcanzarnos la salvación y hacernos desde ahora partícipes de su vida divina. (...) ¡Queridos jóvenes! Os encomiendo la cruz de Cristo. Llevadla por el mundo como señal del amor de Dios a la Humanidad y anunciad a todos que no hay salvación ni redención sino en Cristo muerto y resucitado (n.6) (Ecclesia; n.3196; 13-III-2004; 27-28).

*** XX Jornada Mundial.** 16-21 de agosto- 2005; **Colonia** (Alemania): “Hemos venido a adorarlo” (Mt.2,2). Celebración internacional.

Mensaje para esta Jornada

Juan Pablo II dejó escrito el mensaje para la Jornada mundial de la Juventud, que se celebrará, Dios mediante, en Colonia (Alemania) en Agosto del presente año. De este mensaje destacamos lo siguiente:

- Discernir los signos de los tiempos: “Es importante aprender a escrutar los signos con los que Dios nos llama y nos guía. Cuando se es consciente de ser guiado por Él, el corazón experimenta una auténtica y profunda alegría acompañada de un vivo deseo de encontrarlo y de un esfuerzo perseverante de seguirlo dócilmente (...) Permaneced extasiados ante el misterio de un Dios que se humilla para asumir nuestra condición humana hasta inmolarse por nosotros en la cruz (cf. Fil.2,6-8). En su pobreza, vino para ofrecer la salvación a los pecadores” (n. 2).

- Responded con generosidad al Señor: “Recorriendo con fe el itinerario del Redentor desde la pobreza del pesebre hasta el abandono de la cruz, comprendemos mejor el misterio de su amor que redime a la humanidad. (...) No dudéis, queridos jóvenes, en responderle cuando os invita “al banquete de bodas” del Cordero (cf. Apoc.19,9). Escuchadlo, preparaos adecuadamente y acercaos al sacramento del Altar, especialmente en este Año de la Eucaristía” (n.3).

- Así como los Magos ofrecieron a Jesús sus dones, el Santo Padre les hace este ruego a los jóvenes: “ofreced también vosotros al Señor el oro de vuestra existencia, o sea la libertad de seguirlo por amor respondiendo fielmente a su llamada; elevad hacia Él el incienso de vuestra oración ardiente, para alabanza de su gloria; ofrecedle la mirra, es decir, el afecto lleno de gratitud hacia Él, verdadero Hombre, que nos ha amado hasta morir como un malhechor en el Gólgota” (n.4).

- Ante la tentación de la idolatría que nos puede asaltar también a nosotros, Juan Pablo II les dice: “¡sed adoradores del único y verdadero Dios,

reconociéndole el primer puesto en vuestra existencia! La idolatría es una tentación constante del hombre. Desgraciadamente hay gente que busca la solución de los problemas en prácticas religiosas incompatibles con la fe cristiana. Es fuerte el impulso de creer en los falsos mitos del éxito y del poder; es peligroso abrazar conceptos evanescentes de lo sagrado que presentan a Dios bajo la forma de energía cósmica, o de otras maneras no concordes con la doctrina católica. ¡Jóvenes no creáis en falaces ilusiones y moda efímeras que no pocas a veces dejan un trágico vacío espiritual! Rechazad las seducciones del dinero, del consumismo y de la violencia solapada que a veces ejercen los medios de comunicación” (n.5).

- Invitación y exhortación a adorar a Dios:

“La adoración del Dios verdadero constituye un auténtico acto de resistencia contra toda forma de idolatría. Adorad a Cristo: Él es la roca sobre la que construir vuestro futuro y un mundo más justo y solidario., Jesús es el Príncipe de la paz, la fuente del perdón y de la reconciliación, que puede hacer hermanos a todos los miembros de la familia humana” (n.5).

“Rechazad los ídolos de este mundo. “¡Jóvenes! No creáis en falaces ilusiones, en modas efímeras que no pocas veces dejan un trágico vacío espiritual. Rechazad la seducción del dinero, del consumismo, de la violencia solapada que, a veces, ejercen los medios de comunicación. La adoración del Dios verdadero constituye un auténtico acto de resistencia contra toda forma de idolatría. Adorad a Cristo: Él es la roca sobre la que construís vuestro futuro en un mundo justo y solidario....Queridos jóvenes: la Iglesia necesita auténticos testigos para una nueva evangelización” (77).

- Vivir como buenos discípulos de Cristo: “Escuchar a Cristo y adorarlo lleva a hacer elecciones valerosas, a tomar decisiones a veces heroicas. Jesús es exigente porque quiere nuestra auténtica felicidad. Llama a algunos a dejar todo para que le sigan en la vida sacerdotal o consagrada. Quien advierte esta invitación no tenga miedo de responderle “sí” y le siga generosamente. Pero más allá de las vocaciones de especial consagración, está la vocación propia de todo bautizado: también es esta una vocación a aquel “alto grado” de la vida cristiana ordinaria que se expresa en la santidad (cfr. NMI 31). Cuando se encuentra a Jesús y se acoge su Evangelio, la vida cambia y uno es empujado a comunicar a los demás la propia experiencia” (n.6).

- Sed testigos de Jesucristo en el mundo: “Son tantos nuestros compañeros que todavía no conocen el amor de Dios, o buscan llenarse el corazón con sucedáneos insignificantes. Por lo tanto es urgente ser testigos del amor contemplado en Cristo” (n.6). “La Iglesia necesita auténticos testigos

para la nueva evangelización: hombres y mujeres cuya vida haya sido transformada por el encuentro con Jesús; hombres y mujeres capaces de comunicar esta experiencia a los demás” (n.7).

- Sed santos. “La Iglesia necesita santos. Todos estamos llamados a la santidad, y sólo los santos pueden renovar la humanidad” (n.7).

d) Diálogo con los jóvenes de París (1980).

Juan Pablo II ha escuchado las preguntas que le han hecho llegar los jóvenes y le ha dado respuesta adecuada. Recordamos a aquel joven de París que le hace una serie de preguntas al Papa en el Estadio de esta ciudad. Empezó diciendo que él era ateo, pero que no quería perder aquella ocasión de hablar sobre Dios con alguien que le ofrece cierta garantía de honradez. Entre las preguntas que le hace, recordemos las siguientes: Santo Padre, ¿En quién creéis Vos? ¿Qué vale el don de la Vida? ¿Quién es ese Dios al que adoráis? ¿Existe Dios?”. A. Frossard refiere estas preguntas. El Papa llevó siempre estas preguntas en su corazón, y quiso dar respuesta directa al Joven. Pero no pudo hacerlo. El joven se mezcló con el resto de que llenaba el estadio.

No obstante el Papa le dio las repuestas a A.Frossard para que las incluyera en su libro: “¡No tengáis miedo!” (78).

¿Cuáles fueron aquellas preguntas y cuáles fueron las respuestas?

No es posible insertarlas todas aquí. Les refiero dos:

* ¿Por qué yo, en todas partes adonde voy, quiero encontrarme con los jóvenes?

- Porque el joven significa hombre que, de manera especial, de manera decisiva, está en trance de “formación” (...) la juventud, desde el punto de vista de la formación, es un período especialmente importante, rico y decisivo” (79).

* ¿Se puede ser feliz en el mundo de hoy?

- Cristo responde al joven y también a vosotros, a cada uno de vosotros: Sí, se puede: “si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mt.19,17). “Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme” (Mt.19,21)

e) Palabras entrañables del Papa a los jóvenes

¡ Queridos jóvenes!

“Esto es para ti que hoy estás desilusionado
 Esto es para ti que ya no tienes esperanzas,
 Esto es para ti que estás acostumbrado a una vida gris
 Esto es para ti que no crees conseguir nada nuevo
 Esto es para ti que has olvidado la capacidad de maravillarte
 Esto es para ti que has perdido la confianza de llamar a Dios ¡Papá!
 Esto es para ti que sufres
 Esto es para aquel a quien la vida parece haberle negado mucho

Hoy quiero decirte:

“¡Levántate! porque Cristo te ama
 ¡Levántate! porque Cristo quiere que seas solidario

¡Levántate! y tu voz puede dar gracias para siempre.

“ Haced la experiencia de la amistad con Jesús. Vividla en la oración con Él, en su doctrina, en la enseñanza de la Iglesia que os la propone”.

Que sólo en el silencio, el hombre logra escuchar en lo íntimo de la conciencia la voz de Dios que verdaderamente le hace libre.

Que un joven sin alegría y sin esperanza no es un joven auténtico, sino un hombre envejecido antes de tiempo.

Que sólo quien en nombre del amor sabe ser exigente consigo mismo, puede exigir amar a los demás. Pues es amando a los demás que descubrirás el sentido de la vida.

Que sólo el amor construye, sólo el amor acerca, sólo el amor logra el amor de los hombres en su diversidad.

El hombre suele penetrar con frecuencia en el sendero oscuro de la vida, pero de repente las tinieblas se deshacen ante el esplendor de la Palabra de Dios. En verdad os digo: todas las cosas, todos los acontecimientos, para quien sabe leerlos con profundidad, encierran un mensaje que, en definitiva, remite a Dios...

Nunca olvides que:

- * No hay paz sin justicia,
- * No hay justicia sin perdón

La paz exige cuatro condiciones esenciales: verdad, justicia, amor, libertad.

Sin la esperanza se apaga el entusiasmo, decae la creatividad y mengua la aspiración hacia los más altos valores.

Sean dichosos todos aquellos que, día a día, con generosidad inagotable acogen tu invitación, oh Madre, a realizar lo que dice Jesús...y que la felicidad la alcanzan aunque sea desde el sacrificio”.

Os invitamos, queridos jóvenes, a recordar y meditar estas palabras que os ha dedicado Juan Pablo. Son palabras entrañables y amorosas, directas e interpelantes. No ha pretendido nunca halagaros. Os ha ofrecido el mensaje del Evangelio, “fuerza de salvación para el que cree” (Rm.1,16).

Q) Los Obispos, los Presbíteros y los Seminaristas. Los teólogos.

a) A los Obispos:

*** Carta de Juan Pablo II a todos los Obispos de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo, 8-IV-1979.**

Juan Pablo II dirige a los Obispos del mundo una fraterna y entrañable carta, en la que les dice, entre otras cosas, lo siguiente:

“Renuévase entre nosotros la colegialidad tanto como principio de nuestra colaboración (collegialitas efectiva), cuando como carácter de cordial vínculo fraterno (collegialitas afectiva), para edificar el Cuerpo Místico de Cristo y para profundizar la unidad de todo el pueblo de Dios”.

“Renuévase también vuestro amor hacia los sacerdotes que el Espíritu Santo os ha dado y confiado como los más estrechos colaboradores en vuestra tarea pastoral. Cuidadlos como hijos predilectos, hermanos y amigo. Acordaos de todas sus necesidades. Preocupaos especialmente por su perfeccionamiento espiritual, por su perseverancia en la gracia del sacramento del Sacerdocio. Dado que en vuestras manos depositan y renuevan cada año sus promesas sacerdotales, en especial su compromiso de celibato, haced todo lo posible para que permanezcan fieles a estas promesas, tal como lo exige la santa tradición de la Iglesia, tradición nacida del mismo espíritu del Evangelio”.

Que esta solicitud por nuestros hermanos en el ministerio sacerdotal se extienda también a los seminarios eclesiásticos, los cuales constituyen en toda la Iglesia y en cada una de sus partes una prueba elocuente de su vitalidad y fecundidad espiritual, que se expresan precisamente en la disponibilidad a entregarse de manera exclusiva al servicio de Dios y de las almas”.

*** A los Obispos católicos de varios países que se hallaban en Dublín con ocasión de la visita del Papa (29-IX-1979).**

El Santo Padre les dirige la palabra para fortalecer la colegialidad episcopal: “Cuando la gente de este amadísimo país (Irlanda) os vea reunidos, junto con los obispos irlandeses, alrededor del Obispo de Roma, serán testigos de esta especial unión que constituye el alma de la colegialidad episcopal, una unión de mentes y corazones, una unión de misión y dedicación en la construcción del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Es esta profunda unión, esta sincera “comunidad”, la que confiere profundidad y sentido.

*** A los Obispos irlandeses (30-IX-1979).**

El Santo Padre se dirige ahora a los obispos irlandeses y les habla sobre “el Gobierno pastoral de la Iglesia”. Es bueno recordar aquí sus principales enseñanzas, aunque sea de forma breve.

- Colegialidad episcopal: “somos profundamente conscientes de la especial carga que hemos recibido como obispos. Porque, “en virtud de la consagración sacramental y mediante la comunión jerárquica” (LG 22), hemos sido constituidos miembros del colegio encargado de la misión pastoral de Nuestro Señor Jesucristo” (n.1) (80).

- En torno al Papa: “la colegialidad episcopal que compartimos se manifiesta de diferentes modos. Hoy se expresa de una manera muy importante: el Sucesor de Pedro se halla presente entre vosotros para

confirmaros personalmente en vuestra fe y en vuestro ministerio apostólico, y para ejercer junto con vosotros, el cuidado pastoral de los fieles de Irlanda” (n.2).

- El Pueblo de Dios: En esta reunión de hoy nos hallamos viviendo la experiencia del Pueblo de Dios en Irlanda, primero en una dimensión “vertical”, ascendiendo, por así decirlo, a través de todas las generaciones, hasta los mismísimos inicios de la cristiandad en esta tierra. Al mismo tiempo estamos atentos a la dimensión “horizontal”, dándonos cuenta de cómo el Pueblo de Dios en Irlanda se halla unido, en la unidad y universalidad de la iglesia, a todos los pueblos de la tierra. De cómo forman parte del misterio de la Iglesia universal y de su gran misión salvífica. Los obispos de Irlanda tienen su propia porción en esta dimensión de la vida de toda la Iglesia porque comparten las tareas del Colegio Episcopal: cum Petro et sub Petro” (n.3).

- El Papa invita a los obispos que cuiden y atiendan con especial atención y afecto paterno a los sacerdotes. Recordemos estos textos fiel reflejo de la doctrina del Concilio Vaticano II (cf. ChD.nn.28, 30; PO 7):

+ “Estamos llamados, en la caridad de Cristo, a escuchar y entender a los sacerdotes, a cambiar impresiones relativas a la evangelización y a la misión pastoral que comparten con nosotros como cooperadores con el orden de los obispos.

+ Estamos llamados a mostrar con generosidad a nuestros sacerdotes esa solicitud humana, interés personal y sincera estima en los que podrán percibir fácilmente nuestro amor. (...) Nuestros sacerdotes deben reconocer en nosotros el reflejo del Pastor y Obispo de sus almas (cf. IPedr.2,25) (n.5).

- Juan Pablo II exhorta vivamente a los obispos a que se preocupen también por los laicos. Ofrecemos estas enseñanzas:

+ Al igual que Cristo, el obispo aparece entre el laicado como quien sirve. (...) La mayor expresión del servicio del obispo a los laicos es su personal proclamación de la Palabra de Dios, que alcanza su cumbre en la eucaristía (cf. PO 5).

+ Forma también parte de su papel hacer todo lo posible para promover su contribución a la evangelización, urgiéndoles a asumir todas aquellas responsabilidades que les son propias en el terreno de las realidades temporales (cf. EN 70).

+ Los obispos deben responder constantemente al gran grito que lanza la humanidad: “queremos ver a Jesús” (cf. Jn.12, 21). Y en esto, los obispos desempeñan un papel de gran importancia: mostrar a Jesús al mundo; presentarlo de forma auténtica y convincente: Jesucristo, verdadero dios y verdadero hombre; Jesucristo, camino, verdad y vida; Jesucristo, el hombre de oración” (n.6).

+ El Papa encomienda a los Obispos una tarea especial: han de cuidar a los marginados, a los prisioneros, a los delincuentes.

“Tendrán un especial cuidado de quienes viven marginados de la sociedad. Entre aquellos que más necesitan el cuidado pastoral de los obispos se hallan los prisioneros. (...) Preocupaos especialmente de los delincuentes juveniles” (n.7).

*** A los Obispos de Estados Unidos (Chicago 5 de octubre de 1979).**

En su visita pastoral a los Estados Unidos de América, no podía faltar el encuentro de Juan Pablo II con la Conferencia episcopal. Después de rezar juntos, el Papa les dirigió un discurso de profundo contenido teológico y pastoral. Recordamos lo más significativo e importante:

- Una llamada a la colegialidad episcopal: nuestro tiempo es “una hora de comunión eclesial y de amor fraterno”. (...) Debemos presentarnos como humildes servidores del Evangelio. Nuestras directrices serán más eficaces solamente en la medida en que nuestro discipulado sea genuino, en la medida en que las bienaventuranzas sean la inspiración de nuestras vidas, en la medida en que nuestro pueblo encuentre realmente en nosotros la benevolencia, la sencillez de vida y caridad universal que ellos esperan” (n.2).

- La santidad de la conversión personal es efectivamente la condición para nuestro fructuoso ministerio como obispos de la Iglesia. Nuestra unión con Jesucristo es la que determina la credibilidad de nuestro testimonio del Evangelio y la eficacia sobrenatural de nuestra actividad. Podemos proclamar con convicción “la insondable riqueza de Cristo” (Ef.3, 8) solamente si perseveramos con fe en el amor y en la amistad de Jesús, solamente si continuamos viviendo en la fe del Hijo de Dios. (...) El pueblo tiene necesidad de obispos a quienes mirar como ejemplos en busca de la santidad. Obispos que tratan de anticipar proféticamente en sus propias vidas la realización de la meta a la que conducen a los fieles” (n.3).

- Custodiar y enseñar de manera eficaz el sagrado depósito de la doctrina cristiana. “La palabra santa de Dios, que es verdad, es comunicada

por Jesús a sus discípulos. Esta palabra es confiada, como depósito sagrado, a su Iglesia, pero sólo después de darle, mediante la fuerza del Espíritu Santo, un carisma especial para conservar y transmitir intacta la Palabra de Dios (n.4).

- Llevar el mensaje del Evangelio a los hombres: “Un compromiso para nuestra época -para toda época de la Iglesia- es el de llevar el mensaje del Evangelio al centro de la vida de nuestro pueblo, a fin de que pueda vivir la plena verdad de su redención y de su adopción en Cristo Jesús, y a fin de que se enriquezca con la “justicia y santidad de verdad” (n.5).

El Santo Padre les exhorta vivamente a

+ proclamar la verdad en toda su pureza e integridad con plena fidelidad al Magisterio de la Iglesia, sabiendo que esta proclamación nos causará críticas (n.7).

+ trabajar seria y constantemente por la unidad con nuestros hermanos cristianos, siendo conscientes de que la unidad buscada por nosotros es la de la fe perfecta. Unidad en la verdad y en el amor (n.8).

+ ser servidores de la unidad, en la comunión con la Iglesia (n.9) (80a).

*** Discurso al Clero Romano (21-II-1980).**

Juan Pablo II, como Obispo de Roma, se dirige al clero romano. Y recuerda la misión del Obispo y de los presbíteros:

“La misión del Obispo es la de presidir la Iglesia, de ser su pastor, con la ayuda de los sacerdotes como colaboradores directos de su ministerio.

“Los sacerdotes son el cumplimiento y el complemento del sacerdocio que él posee en la plenitud pastoral -solamente Jesucristo lo posee en la plenitud ontológica- respecto de su Iglesia.

*** Alocución de Juan Pablo II a los Obispos en Kinshasa; Zaire (3-V-1980).**

Llamada a la evangelización inculturada

“Uno de los aspectos de esta evangelización es la inculturación del evangelio, la africanización de la Iglesia. Muchos me han confiado que se trata de algo que lleváis en el corazón y con todo derecho. Ello forma parte de

los esfuerzos indispensables para encarnar el mensaje de Cristo. El evangelio, ciertamente, no se identifica con las culturas, y las supera a todas. Pero el reino que el evangelio anuncia es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura; la construcción del reino no puede dispensarse de tomar elementos de las culturas humanas. Y más aún, la evangelización debe ayudarlos a hacer que surjan de su propia tradición viviente expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristianos. Vosotros deseáis ser a la vez plenamente cristianos y plenamente africanos.” (n. 4).

*** Discurso del Papa a los Obispos de Francia (París. 1-VI-1980).**

El Santo Padre dirige su palabra los Obispos de Francia. Es un discurso denso y profundo. Destacamos las siguientes afirmaciones:

Invitación peculiar a los obispos

Juan Pablo II invita a los obispos a leer los signos de los tiempos (n.2) y a superar las interpretaciones falsas que se hacen del Concilio Vaticano II (n.2).

Servid al hombre desde el Señor

De una manera especial les exhorta a “concentrar su atención y su trabajo pastoral sobre el hombre” y a rechazar la tentación que hoy se cierne sobre el hombre. Se trata de una tentación que “llega más allá de todo lo que, a lo largo de la historia, ha constituido el tema de la tentación del hombre, y manifiesta al mismo tiempo, se podría decir, el fondo mismo de toda tentación. El hombre contemporáneo está sometido a la tentación del rechazo de Dios en nombre de su propia humanidad. Es una tentación particularmente profunda y particularmente amenazadora desde el punto de vista antropológico, si se considera que el hombre, por su parte, no tiene sentido sino como imagen y semejanza de Dios” (n.3).

Amar y comprender al hombre

Hemos de ser conscientes de esta tentación, bajo sus múltiples aspectos, no “para juzgar” al hombre, sino para “amar todavía más al hombre”: amar quiere decir siempre, en primer lugar, comprender”.

Además hemos de tener presente que “el hombre histórico está muy profundamente inscrito en el misterio de Cristo” y de hemos de “estar dispuestos al diálogo” con este hombre (n.4).

El discernimiento

“Quiero subrayar la amplitud de la tarea de los pastores en materia de discernimiento, entre lo que constituye una verdadera “renovación” y lo que, en secreto, abriga las tendencias de la “secularización” contemporánea y de la “laicización” o incluso la tendencia al “compromiso” con un sistema del cual no se conocen acaso todas las premisas.

*** A los Obispos durante su primer viaje a España: “Servir a la verdad sin ambigüedades” (31-X-1982).**

De esta alocución ofrecemos lo siguiente:

- Los Obispos, dispensadores de la gracia

Tomando como punto de partida las enseñanzas del Concilio Vaticano II: “Los obispos, orando y trabajando por su pueblo, difunden de muchas maneras y con abundancia la plenitud de la santidad de Cristo” (LG 26), les dice:

“Esta función de santificador es inherente a la misión de los obispos. Ellos son por vocación “perfectotes” (cf. LG 26). Es decir, el Obispo es alguien que, madurado en la vida evangélica y en la imitación de Jesucristo, arrastra a otros y les ayuda a caminar hacia la misma madurez. O, más precisamente, alguien que, con el ejemplo y el testimonio, la palabra, la oración y los sacramentos, comuniza a otros la plenitud de la vida en Cristo que trata de tener en sí mismo” (n.3).

- La diaconía episcopal

“Este encargo que el Señor confió a los pastores de su pueblo es un verdadero servicio, que en la Sagrada Escritura se llama con toda propiedad “diaconía”, o sea, ministerio” (LG 24).

El Concilio vuelve a insistir en nuestros días sobre la misma llamada al espíritu de servicio. Lo hace con un tono particular al hablar de los obispos (n.4).

- Maestros y predicadores

“Entre los principales oficios de los obispos se destaca la predicación del Evangelio” (LG 25).

Es una característica de la eclesiología del Vaticano II esta prioridad dada a la tarea episcopal de la predicación. (...) El Pueblo de Dios tiene necesidad de obispos bien conscientes de esa misión y asiduos en ella. Los creyentes, para progresar en su fe; los que dudan o se desorientan, para encontrar firmeza y seguridad; los que quizá se alejaron, para volver a vivir su adhesión al Señor. El obispo ha de prestar tal servicio a la verdad y a la fe cristiana sin ambigüedades (n.5).

- Al servicio de la unidad

“Cada obispo es en su Iglesia Particular principio y fundamento visible de unidad” (LG 23).

Este es, entre los rasgos esenciales de la fisonomía del obispo, el primero que el Concilio quiso acentuar. Y al hacerlo están en perfecta coherencia con su propia doctrina eclesiológica. Pues si es cierto que la Iglesia es sacramento de comunión, es natural que el obispo sea ante todo siervo, asertor y defensor de la unidad en la Iglesia (n.6).

- Pastores dedicados y vigilantes

“El Obispo, enviado por el Padre de familias a gobernar su familia, tenga siempre ante los ojos el ejemplo del Buen Pastor...(LG 27).

Es muy significativo que el Concilio llame al obispo, uniendo dos términos afines, Padre y Pastor. Porque, en efecto, él ha de ir delante de sus fieles con afecto de padre y solicitud de pastor. Para indicar los senderos, prevenir los peligros o defender de las asechanzas”(n.7) (80b).

*** Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal de Ruanda (9-IX-1990).**

El Santo Padre se dirige con verdadero gozo a los Obispos de Ruanda y les dice que “estáis también decididos a seguir adelante, siguiendo las huellas de vuestros predecesores, en la evangelización en profundidad de vuestra patria”.

¿En qué consiste la evangelización?

Acto seguido, Juan Pablo II desentraña el concepto de evangelización de la siguiente forma: “Evangelizar significa llevar la Buena Nueva a todos los ambientes para transformarlos desde dentro: la Iglesia llama a los hombres

a la conversión del corazón y pide que cada uno actúe en la sociedad guiado por una conciencia que renueva y fortalece el encuentro con el Señor” (n.2).

La inculturación

En este proceso, será oportuno hacer una reflexión profunda sobre la inculturación que constituye un elemento indispensable y urgente de la evangelización. El papel de esta inculturación en la misión de la iglesia ha sido claramente definido por documentos del Concilio Vaticano II y por aquellas exhortaciones apostólicas promulgadas durante los últimos veinte años. El Decreto “Ad Gentes”, en el n. 22, ha subrayado su importancia. (n.3).

Favorecer el ecumenismo

Con miras a una acción ecuménica todavía más útil en lo que concierne a Ruanda, os animo a profundizar el patrimonio que tenemos en común con las demás comunidades cristianas en intercambios en los que la especificidad católica esté claramente presente (n.5).

El diálogo inter-religioso

Frente a los hermanos y a las hermanas que profesan otras religiones, queremos, respetando sus creencias, llevar adelante el diálogo y la proclamación del evangelio (n.5).

La autoridad peculiar del Obispo

La autoridad que ejercéis en calidad de obispos es la de padre. Que pretende amar, comprender y, por esto, se acerca a sus colaboradores y a su pueblo; un padre que se preocupa de estar disponible, en particular para sus sacerdotes, conociendo sus deseos y necesidades, de la misma manera que el Buen pastor conoce a cada una de sus ovejas. Corresponde al Obispo aconsejar, estimular, ayudar con bondad y sencillez de corazón a aquellos que tienen responsabilidades a fin de que las asuman por el bien de la Iglesia.

Vuestra solicitud debe proyectarse, de forma particular, sobre los religiosos y religiosas, que han ofrecido la vida al Señor para el servicio de la Iglesia mediante los votos de castidad, pobreza y obediencia. A fin de que las personas consagradas den lo mejor de sí mismas en el servicio eclesial, tomad muy en serio prestarles ayuda y estímulo para que vivan en perfecta armonía según su propio carisma (n.6).

Invitad a los cristianos a participar en la vida y misión de la Parroquia.

La formación de los fieles laicos debe estar incluida entre las prioridades de vuestro ministerio y debe encontrar su puesto en los programas de acción pastoral... Una sólida formación, impartida con confianza en la gracia divina y con fidelidad a Cristo y a su Evangelio, garantizará en ellos la salvaguardia de la fe, fortalecerá y convertirá a los fieles laicos en misioneros convencidos y comprometidos (n.7) (81).

*** Carta de Juan Pablo II a los Obispos del Continente Europeo sobre las relaciones entre católicos y ortodoxos en la nueva situación de la Europa Central y Oriental (31-V-1991).**

En una carta amplia y lúcida, Juan Pablo II ofrece a los Obispos de Europa una serie de reflexiones en torno a las relaciones entre Católicos y Ortodoxos en la nueva situación que se ha producido en Europa Central y Oriental. Quiero “compartir con vosotros mi gozo por la nueva situación que se va creando (...) y mi esperanza por las nuevas posibilidades que se abren para la vida de la Iglesia en estas regiones”.

- Cambios en la Europa central-oriental

El Santo Padre pone de manifiesto los logros alcanzados –gracias a Dios sin derramamiento de sangre-: el derecho al respeto de las libertades civiles, incluida la religiosa (...) Las recientes leyes sobre libertad religiosa van encaminadas a garantizar a todos la posibilidad de una expresión legítima de la propia fe, con estructuras y lugares de culto propios (n.1).

- Tensiones entre católicos y ortodoxos en estas regiones

Pero durante este proceso de reorganización de la Iglesia católica (...) se han manifestado por desgracia, problemas y tensiones entre católicos y ortodoxos; de manera particular, en lo referente a la propiedad y utilización de los lugares de culto que pertenecen a las Iglesias católicas de rito bizantino, los cuales fueron confiscados por los respectivos gobiernos y asignados, en parte, a las Iglesias ortodoxas. Todos han de estar convencidos de que (...) el diálogo sigue siendo el instrumento más adecuado para afrontar un intercambio fraterno que pueda resolver el contencioso con espíritu de justicia, de caridad y de perdón. (n.2).

- Las Iglesias Orientales católicas en las otras partes del mundo

La cuestión de las relaciones entre católicos de rito oriental y ortodoxos no se reduce, sin embargo, a los países de Europa del este, sino que se presenta también de formas diversas en aquellos lugares donde están presentes las Iglesias orientales católicas. En particular, en Medio Oriente, junto a las Iglesias de tradición bizantina, conviven también las antiguas Iglesias de tradición alejandrina, antioquena, Armenia y Caldea. Los acontecimientos recientes han puesto aquí en evidencia una amenaza especial para las comunidades católicas, generalmente poco numerosas (...).

El espíritu de recíproca comprensión y comunión, guiado por la palabra de san Pablo que invita a “ayudarse mutuamente a llevar las cargas” (cf. Gál.6,2), contribuirá a resolver las dificultades que se presentan ya sea en los países de origen como en los de la diáspora (...) (n.3).

- Solicitud por la unidad de los cristianos

El Concilio Vaticano II ha enseñado que “es parte integrante de la vida de estas Iglesias y de la Iglesia católica entera, su solicitud por promover la unidad de los cristianos, particularmente sentida por aquellas en virtud de su mismo origen (...) La unidad que se persigue -y que ha de perseguirse- con ellas es la plena comunión en una sola fe, en los sacramentos y en el gobierno eclesial (cf. LG 14), en el pleno respeto de las legítimas diferencias litúrgicas, disciplinarias y teológicas, como he tenido ocasión de explicar en la carta apostólica “Euntes in mundum universum”, con ocasión del milenario del bautismo de la Rus’ de Kiev (25-I-1988, 10: AAS 80(1988) 949-950). (n.4).

- Consecuencias pastorales

De ello se derivan consecuencias prácticas e inmediatas:

+ A los jefes de las iglesias, a su jerarquía, (...) incumbe el oficio de llevar a las Iglesias por el camino que conduce al hallazgo de la plena comunión. Lo deben hacer reconociéndose y respetándose como pastores de la porción del rebaño de Cristo que se les ha confiado (...)

+ El rechazo de cualquier forma indebida de proselitismo, evitando de modo absoluto en la acción pastoral cualquier intento de violencia y cualquier forma de presión. Sin embargo, la actividad pastoral deberá respetar la libertad de conciencia y el derecho de cada uno a adherirse, si quiere, a la Iglesia católica (...)

+ La tercera consecuencia es que, obviamente, no es suficiente evitar los errores, sino que conviene promover positivamente la vida común en el respeto concreto y concorde.(...) (n.5).

- Al servicio del ecumenismo

Espero que, donde vivan juntos católicos orientales y ortodoxos, se instauren relaciones fraternas, de recíproco respeto y de búsqueda sincera de un testimonio común del único Señor. Esto ayudará no sólo a la convivencia en las circunstancias concretas, sino que facilitará también el diálogo teológico orientado a superar lo que divide todavía a católicos y ortodoxos. Ser fieles testigos de Jesucristo, que nos ha liberado, debería ser la mayor preocupación en nuestro tiempo de cambios culturales, sociales y políticos, de manera que se pueda predicar juntos y con credibilidad el único Evangelio de salvación y ser artífices de paz y de reconciliación en un mundo amenazado siempre por conflictos y guerras (n.6) (81a).

*** Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal Española (1993)**

- El anuncio gozoso del Evangelio: El Santo Padre recuerda a los Obispos que “la hora presente debe ser la hora del anuncio gozoso del Evangelio, la hora del renacimiento moral y espiritual. Los valores cristianos, que han configurado la historia de esta noble Nación, han de inspirar un renovado impulso en todos los hijos de la Iglesia Católica para dar un testimonio diáfano de su fe. Ha llegado el momento de desplegar la acción pastoral de la Iglesia en toda su plenitud, con unidad interna, solidez espiritual y audacia apostólica. La nueva evangelización necesita nuevos testigos, personas que hayan experimentado la transformación real de su vida en contacto con Jesucristo y sean capaces de transmitir esa experiencia a otros. Esta es la hora de Dios, la hora de la esperanza que no defrauda. Esta es la hora de renovar la vida interior de vuestras comunidades eclesiales y de emprender una fuerte acción pastoral y evangelizadora en el conjunto de la sociedad española” (n.2)..

- Es la hora de la nueva evangelización: “La nueva evangelización a la que os invito exige un esfuerzo singular de purificación y santidad. (...) El anuncio de la Palabra tiene que ir respaldado por una vida santa, fraguada en la oración y desgranada día a día en la caridad, es decir, en el humilde servicio de amor y misericordia a todos los necesitados” (n.3).

- La solicitud misionera por los que no conocen a Jesucristo: “Os invito a que extendáis vuestra cooperación misionera a los nuevos e inmensos

espacios que se abren para el anuncio del Evangelio en los diversos continentes, sin olvidar la misma Europa. (...) España (...) podrá contribuir también de modo relevante a la revitalización de las raíces cristianas del viejo continente” (n. 5).

*** Discurso de Juan Pablo II a los miembros de la Conferencia Episcopal de Malawi, en visita “ad limina” (24-X-1993).**

- Las Iglesias que presidís

“La juventud de las Iglesias que gobernáis os hace tomar profunda conciencia de que la evangelización es la responsabilidad fundamental de un obispo. El evangelio arraigó eficazmente por vez primera en Malawi hace poco más de cien años. Habiendo participado en las celebraciones de vuestro centenario, sé que el sacrificio de aquellas primeras generaciones de misioneros os estimula constantemente a imitar y proseguir su servicio generoso de sembrar la semilla de la palabra de Dios. También hoy muchos de vuestros colaboradores van a vuestro país desde el extranjero para dedicarse a la “missio ad gentes”. La Iglesia se lo agradece y pide al Señor que los fortalezca para perseverar en su obra entre vosotros, rogándole que mande cada vez más obreros fieles a su viña, ya lista para cosecha” (n.2).

- Encarnar el evangelio en la cultura de la Malawi

“La tarea de encarnar el Evangelio en la cultura de Malawi, que comenzó hace sólo algunas generaciones, continuará hasta el final de los tiempos. Junto con vosotros, doy gracias a Dios por los frutos positivos que ya han madurado y le ruego que os conceda a vosotros, pastores de la Iglesia en Malawi, el don del discernimiento y del juicio recto para que podáis desarrollar cada vez más eficazmente vuestro papel indispensable de responsables en este proceso. Asimismo, comparto con vosotros y con todos los obispos de África la esperanza de que, mediante la próxima Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, la genuina inculturación del Evangelio reciba un nuevo impulso en todo el continente” (n.3)..

- El valor de la familia

“La familia está en el centro de la vida de la tarea de la sociedad y de sus miembros y por eso constituye uno de los objetivos más importantes del ministerio y de la solicitud de la Iglesia. Esto es verdad, de modo especial en la sociedad africana, en la que la familia y los vínculos que unen a sus miembros tienen un gran significado. La finalidad de vuestro ministerio en este campo sólo puede ser promover esta forma de vida familiar que, al mismo

tiempo, está profundamente enraizada en Malawi y centrada completamente en Cristo” (n.3).

- Paternidad responsable

“Un aspecto que despierta especial atención en el proceso de transformación de la vida familiar a través de la gracia y la luz del Evangelio, puesto que siempre tiene necesidad de ser purificado y elevado, es el de la procreación, que tiene tanto valor para los pueblos de África. En el ámbito de la nueva creación alcanzada por medio de la gracia, la paternidad cobra el significado de una participación en la obra de Dios como autor de toda vida. De Él toma su nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra (cf. Ef.3,15).

“Precisamente por eso el marco apropiado para engendrar una nueva vida humana es la unión permanente y exclusiva que los cónyuges establecen gracias al don de sí, completo, definitivo y recíproco. La insistencia de la Iglesia acerca del matrimonio monógamo no es la imposición de una realidad extraña que altera las tradiciones locales. Más bien la Iglesia, fiel a su Señor, proclama -como afirma la exhortación apostólica “Familiaris consortio”- que “Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer... Así como el Señor Jesús es el testigo fiel, es el sí de las promesas de Dios y consiguientemente la realización suprema de la fidelidad incondicional con la que Dios ama a su pueblo, así también los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente en la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia, su esposa, amada por Él hasta el fin” (n.20). La comprensión del matrimonio y de la paternidad que Cristo nos dio es la clave para descubrir el significado pleno de estas realidades en todo tiempo y lugar (cf. FC 20) (n.4).

- Ofrecer una auténtica formación cristiana para vivir esta realidad

“Vivir esta realidad renovada es la vocación a la que Dios llama a la mayoría de los católicos en Malawi. Para responder bien a esta invitación, los fieles deben recibir la formación necesaria no sólo acerca del matrimonio y de la vida familiar, en particular, sino también acerca de todo el misterio cristiano que constituye su fundamento (n.5).

- La educación religiosa en las escuelas

“Comparto con vosotros, queridos hermanos, la preocupación por el hecho de que un programa sólo genérico de educación religiosa en las escuelas es insuficiente. Confío en el hecho de que cuando estos programas se confronten con el “Catecismo de la Iglesia Católica...” norma segura para la

enseñanza de la fe” (“Fidei depositum”,n.4)” (...) se detecten y corrijan fácilmente todos sus defectos.

- Agradecimiento a los catequistas

“Expreso el aprecio de la Iglesia a los generosos catequistas que trabajan incansablemente para ayudar a los catecúmenos y a los bautizados a madurar en la vida de la fe. Pido a Dios que los ayude y sostenga en su labor vital (n.5).

- Los Religiosos

“El testimonio que los religiosos ofrecen en Malawi es indispensable para la evangelización. Mediante su vida de castidad, pobreza y obediencia en este mundo, los religiosos son signos de la vida del mundo futuro. Renunciando a la casa, al matrimonio y al privilegio de engendrar físicamente una vida nueva, muestran claramente que su entrega, ofrecida bajo el impulso de la gracia, a pesar de las apariencias, es la verdadera fuente de vida (cf. “Mulieris dignitatem”, 21). Su vida abnegada nos recuerda con gran claridad que precisamente de la cruz, el árbol más estéril en apariencia, Dios hizo que brotaran los frutos más abundantes. Puesto que la vida religiosa testimonia la presencia del Reino de Dios y el poder del Evangelio de transformar las realidades de la existencia diaria en canales de vida sobrenatural, son de fundamental importancia vuestros esfuerzos por promover el incremento del número de las vocaciones a la vida consagrada y de vuestro apoyo a iniciativas encaminadas a reforzar la formación” (n.6).

- Los Sacerdotes

“La entrega y el celo sacerdotal son tan necesarios para el crecimiento de la Iglesia que los obispos deben ocuparse en primer lugar de los miembros de su presbiterio. Es preciso exhortar a los sacerdotes a apoyarse mutuamente y a estimularse unos a otros para llegar a una identificación mayor con Cristo, el buen Pastor. A este respecto es muy importante la influencia positiva que los sacerdotes mayores, de probada virtud, pueden ejercer en situaciones difíciles sobre quienes acaban de comenzar su ministerio. Cuando surgen dificultades, el obispo debe buscar con intensidad luz en la oración y ser, como el Señor, “manso y humilde corazón” (cf.Mt..11,29), siempre dispuesto a salvar al hermano que estaba perdido y ha sido hallado (cf. Lc.15,32).

La vida célibe de los sacerdotes expresa correctamente la nueva identidad recibida en el momento de la ordenación. La configuración sacramental con Cristo exhorta a entregarse con reservas a la atención pastoral

del pueblo de Dios. El estilo de vida sacerdotal debería mostrar que el celo por la salvación de los demás se ha convertido en el objetivo fundamental de sus actividades. A través de la paternidad espiritual del sacerdote, el Espíritu Santo hace nacer nuevos hijos de Dios y estos hermanos y hermanas de Cristo son conducidos a la madurez de la plenitud de Cristo (cf. Ef. 4,13).

- Los Seminarios. La formación auténtica de los futuros sacerdotes

“Vuestra convicción acerca de la importancia de tener sacerdotes realmente llenos de celo por la casa del Señor (cf. Jn.2,17), es el motivo de vuestra solicitud especial por los seminarios en vuestra nación. Es indispensable que los directores de la formación sacerdotal sean sacerdotes ejemplares. Esta es la mejor garantía de que quienes van a ordenarse recibirán la formación espiritual, intelectual, humana y pastoral, que necesitan para ser dignos ministros del Evangelio. De modo especial tenéis que apoyar a todos los sacerdotes de vuestro clero, a los que ha sido confiada esta significativa tarea. Incluso cuando existe urgente necesidad de un mayor número de sacerdotes es necesario resistir a la tentación de aceptar niveles más bajos de preparación o subestimar las carencias de los candidatos.(...) Exigir menos no es una solución real al problema de la escasez de sacerdotes. Dios está con la Iglesia, y los ministros del altar ejemplares son sus instrumentos más eficaces para edificar la Iglesia y proveer a las necesidades de los fieles” (n.7).

-La Doctrina social

“Cuando más profundamente el Evangelio arraigue en Malawi, tanto mayor será la transformación de la sociedad, puesto que la evangelización ofrece la base para un auténtico desarrollo humano (cf. Rm, 58). (...) En un marco político en continua evolución, dicha ayuda (=vuestro magisterio episcopal) es particularmente importante para guiar a los miembros de vuestra grey en el ejercicio de sus derechos y en el cumplimiento de sus deberes en la vida de la nación. (...) La Iglesia busca la libertad, a la que tiene derecho, para enseñar el mensaje que le confió el Príncipe de la Paz (cf. NAe.13). Llevando a cabo fielmente su misión divina, ayuda a los pueblos del mundo a realizar sus justas aspiraciones. Cumpliendo a conciencia la obligación de enseñar la Doctrina Social de la Iglesia, servís a la nación con lealtad y ofrecéis una contribución necesaria al bien común. (...) Que Malawi avance con determinación por el camino de la justicia y de la solidaridad hacia un desarrollo auténtico que promueva el bien de la persona humana” (n.8).

- Obras de caridad

“Quienes plantaron por primera vez el Evangelio en Malawi y quienes lo predicán hoy se han entregado generosamente a obras de caridad y de servicio, que constituye parte esencial de la difusión de la buena nueva (cf. Rmi.60). En las escuelas, los hospitales y los dispensarios, y de hecho en todos vuestros esfuerzos orientados a la promoción del pleno de desarrollo humano, se percibe el mensaje del amor de Dios en Cristo y se promueve y sostiene la dignidad y el destino trascendente de toda persona humana. Espero ardientemente que todas las obras buenas prosigan en un clima de paz y armonía social, basada en el respeto recíproco y en la comprensión de todos los sectores de la sociedad” (n.9) (Diócesis de Coria-Cáceres. Boletín Oficial; diciembre 1993;1015-1021).

*** Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de las Antillas en su visita “ad limina”(29-I-1994).**

El Santo Padre se dirige a este Episcopado poniendo de relieve los retos pastorales más importantes que tienen planteados y animándoles a darles una respuesta adecuada: “el ambiente social en el que servís al pueblo de Dios, lleno de desafíos y de grandes dificultades, no ha de hacer que perdáis la confianza en el poder del Evangelio para sanar y para impulsar la justicia y la santidad auténticas” (n.2)..

Juan Pablo II enumera esos desafíos y les da unas precisas orientaciones (nn.3-7):

- El papel de la familia
- La escuela católica
- Ayudar a los sacerdotes
- La formación en los seminarios
- Los religiosos y misioneros (81b).

*** Discurso de Juan Pablo II a cardenales y obispos de 30 países africanos participantes en un congreso: 31-I-1994**

- En Cristo todos somos uno

La Humanidad de hoy tiene necesidad de un testimonio que llegue al corazón. Solamente así nacerá el hombre nuevo. Solamente así, no hay ya judío o griego, no hay esclavo o libre, no hay ya varón o hembra, no hay ya blanco o negro (cf. Col. 3.10; Gál.3,28).

- El continente africano

El continente africano está viviendo, a este respecto, un momento de importancia histórica. Y esta representa para vosotros un “tiempo favorable”, durante mucho tiempo esperado y preparado, en el que las comunidades eclesiales están llamadas a manifestar plenamente su “caminar juntos”.

- Necesidades más importantes de África en la actualidad

También para África hay necesidad de un itinerario neocatecumenal que supere la religiosidad natural y conduzca a la verdadera fe. (...) Transcurridos cien años de la primera evangelización, fecundada por la sangre de los mártires y por el testimonio de innumerables mártires, África espera nuevos santos que lleven el Evangelio incardinado en ellos, nuevos evangelizadores con los cuales actúe Cristo resucitado confirmando su palabra (cf. Mc.16,20). (n.2)

- Las pequeñas Comunidades cristianas

Por el hecho de ser obispos, sois ante todo “apóstoles”, enviados para anunciar la Buena Nueva. Vosotros sois los primeros responsables del anuncio de Cristo en la Iglesia. Dicha responsabilidad comporta dos atenciones fundamentales: La primera que Cristo sea anunciado; la segunda, que el anuncio, por así decirlo, adquiera “cuerpo” en la vida cotidiana de la gente

La evangelización se renueva allí donde Cristo es anunciado con la fuerza del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, con sincero amor por el hombre y por su historia. Ahora bien, entre los instrumentos providenciales de esta inculturación existe también el Camino Neocatecumenal. Veo con alegría que en muchas de vuestras diócesis, en culturas diversas, como en Zambia, en el Zaire, en Costa de Marfil y en otras naciones, dicho camino produce frutos. Se han formado pequeñas comunidades, en las cuales la familia es sostenida y ayudada en su misión fundamental de proclamar a Cristo llevando la cruz de la salvación con Él” (n.2).

- El necesario discernimiento

El Pastor, enviado a discernir y evaluar los dones dispensados para el crecimiento de la comunidad, cuidará, en particular, que se planteen de forma oportuna la relación entre el kerigma y la cultura local y la relación entre las comunidades del camino y las comunidades parroquiales.

Es, ante todo, deber del Obispo orientar las opciones de fondo del Camino Neocatecumenal, el cual por haber nacido y haberse desarrollado en ambientes europeos y latinoamericanos, necesita la guía de iluminados

pastores africanos y de expertos misioneros para ser adaptado a las exigencias particulares y misioneras de las diversas naciones.(...).

Es necesario “caminar juntos”, armonizando las comunidades y los grupos eclesiales con miras al crecimiento de toda la comunidad parroquial bajo la guía del párroco y de sus colaboradores. El camino neocatecumenal, perfectamente inserto en el plan pastoral de la comunidad, en armonía con otros carismas que operan en la misma, contribuirá eficazmente a imprimir a las parroquias el estilo típico de la nueva evangelización. Estilo hecho de esencialidad y de radicalidad, de inmersión en el misterio de Cristo muerto y resucitado y de apertura valiente a las necesidades del hombre moderno” (n.3) (81c).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, con motivo de la visita “ad limina” (18-II-1994).**

Juan Pablo II recibe y acoge con afecto de Padre a los Obispos de Nicaragua para “confirmarlos en la fe” en virtud del ministerio que ha recibido.

El Santo Padre les ofrece una serie de orientaciones teniendo en cuenta su situación y problemas que bien conoce. Estos son los temas que les propone y las orientaciones que les ofrece.

- La formación de los laicos, abriéndoles caminos para que colaboren más intensamente en la vida y misión de la Iglesia. A ellos les corresponde “impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico” (AA, 5), ejerciendo su apostolado en el mundo a manera de fermento” (ibid.2).

- Fomentar el diálogo. Mirando la realidad de Nicaragua, son motivos de preocupación los antagonismos que persisten en el panorama social y que ponen en entredicho la convivencia pacífica y solidaria entre todos los nicaragüenses. (...) Deseo dirigir un apremiante llamado para que todos (...) se unan en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y responsable; una sociedad en la que sean superadas las descalificaciones y enfrentamientos; una sociedad en la que se consolide el proceso democrático y se instauren las verdaderas condiciones de justicia y de paz a las que aspira y tiene derecho el pueblo de Nicaragua. A este respecto es de particular importancia fomentar y poner en práctica la doctrina social de la Iglesia...(n.4).

- Testimonio de la fe. Sabéis bien que para dar un testimonio claro y convincente de la propia fe en medio de la sociedad, es presupuesto

indispensable que Jesucristo sea el centro y la fuente de donde el cristiano reciba gracia e inspiración para hacer vida la ley del amor. (...) La nueva evangelización necesita, ante todo, testigos, es decir, personas que hayan experimentado la transformación real de su existencia por la fe en Jesucristo y sean capaces de transmitir esa experiencia a otros. La nueva evangelización ha de tener como primer objetivo el hacer vida el ideal de santidad (...) (n.5).

- Los valores cristianos de la familia. Invito a intensificar vuestros desvelos apostólicos a favor de la familia en Nicaragua. (...) Se hace apremiante la necesidad de intensificar en los cristianos la formación religiosa”, que ha de ser “un objetivo prioritario en la acción evangelizadora en Nicaragua” (...) (n.6).

- Las vocaciones sacerdotales y religiosas. Sin las suficientes vocaciones toda la acción evangelizadora se vería seriamente comprometida, especialmente en nuestros días en que sectas fundamentalistas y nuevos grupos religiosos llevan a cabo una agresiva campaña proselitista, sembrando la confusión entre los fieles y diluyendo la coherencia y la unidad del mensaje evangélico” (n.7).

- El seminario ha de ser el corazón de la diócesis. Dedicad sacerdotes debidamente preparados para la importante obra de formación de los futuros presbíteros (...) El formador que vive de la fe educa más por lo que es, que por lo que dice” (...) (n.8) (81d).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Costa Rica, con motivo de la visita “ad limina” (19-II-1994).**

El Santo Padre ofrece a los Obispos de Costa Rica en visita “ad limina” un discurso del que destacamos lo siguiente:

- Conservar la unidad de la fe. La obra evangelizadora exige por parte de todos un esfuerzo renovado y constante, especialmente ante los retos del mundo actual (...) A vosotros os corresponde impulsar la nueva evangelización (...) Para que no se produzcan desviaciones o confusión entre los fieles, es necesario preservar la unidad de la fe y la fidelidad al Magisterio (n.3).

- El sacerdote, hombre de la caridad. Estad cerca de los sacerdotes, dispuestos a escucharlos y a tratarlos con confianza, a través de una mayor relación personal y con auténtica amistad sacerdotal, como Jesús, el buen pastor (...)

- El seminario debe ser el corazón de la diócesis, centro de formación de los futuros sacerdotes. Estad cerca de los alumnos de vuestro seminario (n.5).

- Florecimiento de vocaciones a la vida religiosa (n.6).
- Pastoral familiar (n.7).
- La doctrina social de la Iglesia (n.8)
- Afrontar la expansión de las sectas (n.9) (81e).

*** Carta Apostólica “Apostolos suos” (1998)**

Juan Pablo II dirigió una Carta Apostólica, en forma de “Motu Proprio”, a todos los Obispos, en la que abordó, de forma concisa sintética, la naturaleza teológica y jurídica de las Conferencias de los Obispos, titulada.

La Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos celebrada en 1985 reconoció la necesidad de las Conferencias de los Obispos en las circunstancias actuales y, al mismo tiempo, observó que “en el modo de proceder de las Conferencias Episcopales, ténganse presentes el bien de la Iglesia, o sea, el servicio a la unidad, y la responsabilidad inalienable de cada Obispo hacia la Iglesia universal y hacia su Iglesia particular”.

Juan Pablo II en línea con estas orientaciones y siguiendo de cerca los documentos del Concilio Vaticano II, afirma que el presente documento “se propone explicitar los principios teológicos y jurídicos básicos sobre las Conferencias Episcopales, así como ofrecer la necesaria integración normativa con el fin de ayudar a establecer una praxis de las mismas Conferencias Episcopales teológicamente fundada y jurídicamente segura” (n.7).

*** Discurso de Juan Pablo II al sexto grupo de Obispos de Estados Unidos en su visita “ad limina” (30-V-1998).**

- La escuela Católica en USA: buen servicio a la sociedad

“Durante más de doscientos años, las escuelas católicas primarias, las escuelas secundarias, los colegios y las universidades han contribuido a la educación de las sucesivas generaciones de católicos y a la enseñanza de las verdades de la fe, promoviendo el respeto a la persona humana y desarrollando el carácter moral de sus estudiantes. Su gran nivel académico y su éxito en la preparación de los jóvenes para la vida han brindado un servicio a toda la sociedad norteamericana. (...) La misión de la Escuela Católica es la formación integral de los estudiantes, para que puedan ser fieles a su

condición de discípulos de Cristo y, como tales, puedan trabajar efectivamente por la evangelización de la cultura y por el bien común de la sociedad ” (n.1).

- Enseñar una visión de la vida

“La educación católica no sólo procura comunicar hechos, sino también transmitir una visión de la vida coherente y completa, con la convicción de que las verdades contenidas en esta visión hacen libres a los estudiantes, en el sentido más profundo de la libertad humana. (...) ”

“Educar en la verdad, en la libertad auténtica y en el amor evangélico constituye la esencia de la misión de la Iglesia. En un clima cultural en el que a menudo se considera que las normas morales son cuestiones de preferencia personal, las escuelas católicas desempeñan un papel vital en la guía de las generaciones más jóvenes, para que comprendan que la libertad consiste sobre todo en ser capaces de responder a las exigencias de la verdad” (VS. 84) (n.3).

- Educar para el servicio a los demás

“”Más que cualquier otro programa de educación promovido por la Iglesia, la escuela católica tiene la oportunidad y la obligación de estar (...) orientada al servicio cristiano, porque ayuda a los estudiantes a adquirir cualidades, virtudes y hábitos del corazón y de la mente, que se necesitan para un servicio efectivo a los demás”. Basándose en lo que ven y oyen, los estudiantes deberían tomar mayor conciencia de la dignidad de toda persona humana y asimilar gradualmente los elementos clave de la doctrina social de la Iglesia y su solicitud por los pobres. Las instituciones católicas deberían continuar su tradición de compromiso a favor de la educación de los pobres, a pesar de la carga financiera”.

- Compartir una experiencia de fe en Dios

“La Escuela Católica es un lugar donde los estudiantes comparten una experiencia de fe en Dios y aprenden las riquezas de la cultura católica. Las escuelas católicas (...) deben ayudar a los estudiantes a profundizar su relación personal con Dios y a descubrir que el significado más profundo de todas las cosas humanas está en la persona y en la enseñanza de Jesucristo. La oración y la liturgia, especialmente los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia, deberían marcar el ritmo de vida de la escuela católica. Transmitir conocimientos sobre la fe, aunque es esencial, no basta. Para que los estudiantes de las escuelas católicas adquieran una genuina experiencia de la Iglesia, es fundamental el ejemplo de los profesores y de los demás

responsables de su formación: el testimonio de los adultos en la comunidad escolar es parte vital de la identidad de la escuela (n.4)..

- Renovar la catequesis

“La catequesis, tanto en las escuelas como en los programas organizados en las parroquias, desempeña un papel fundamental en la transmisión de la fe. El obispo debería alentar a los catequistas a considerar su trabajo como una vocación: como una participación privilegiada en la misión de transmitir la fe y dar razón de nuestra esperanza (cf. IPedr.3,15). El mensaje evangélico es la respuesta definitiva a las aspiraciones más profundas del corazón humano. Los jóvenes católicos tienen derecho a escuchar el contenido íntegro de este mensaje, para llegar a conocer a Cristo, que venció a la muerte y abrió el camino de la salvación. Los esfuerzos para renovar la catequesis deben basarse en la premisa de que la enseñanza de Cristo, como la transmite la Iglesia y la interpreta auténticamente el Magisterio, tiene que presentarse en toda su riqueza; y que las metodologías que se usan han de responder a la naturaleza de la fe como verdad recibida (cf. ICo.15,1) (n.5).

- La Universidad católica

“Para que las universidades católicas lleguen a ser líderes en la renovación de la educación superior, deben tener ante todo un fuerte sentido de su propia identidad católica. Esta identidad no se establece de una vez para siempre cuando nace la institución; brota del hecho de vivir dentro de la Iglesia hoy y siempre, hablando desde el corazón de la Iglesia al mundo contemporáneo. La identidad católica de la universidad debería ser evidente en su currículo, en sus facultades, en las actividades de sus estudiantes y en la calidad de su vida comunitaria.. De esta manera no se viola naturaleza de la universidad como centro de aprendizaje, en el que se respeta plenamente la verdad del orden creado, sino que también es iluminada con la luz de la nueva creación en Cristo.

“La identidad católica de una universidad incluye necesariamente su relación con la Iglesia particular y con su obispo. (...) Las universidades católicas comprenden que no existe contradicción entre la investigación libre y vigorosa de la verdad y el “reconocimiento y adhesión a la autoridad magisterial de la Iglesia en materia de fe y de moral” (n.6).

- Conservar y defender la identidad católica

“Al salvaguardar la identidad católica de las instituciones católicas de educación superior, los obispos tienen una responsabilidad especial con

respecto a la labor de los teólogos. Si, como testimonia toda la tradición católica, la teología se ha elaborado en la Iglesia y para la Iglesia, entonces la cuestión en la relación de la teología con la autoridad magisterial de la Iglesia no es extrínseca, algo impuesto desde fuera, sino más bien intrínseca a la teología en cuanto ciencia eclesial. La teología misma es responsable ante aquellos a quienes Cristo encomendó la misión de velar por la comunidad eclesial y por su estabilidad en la verdad (n.7).

- Las Capellanías universitarias

“Además los obispos deberían interesarse personalmente en la actividad de las capellanías universitarias, no sólo en las instituciones católicas, sino también en otros colegios y universidades donde haya estudiantes católicos. El ministerio en la ciudad universitaria ofrece una notable vida (...) Los adultos jóvenes necesitan el servicio de capellanes comprometidos, que puedan ayudarles, intelectual y espiritualmente, a alcanzar su plena madurez en Cristo” (n.7) (OR en español; 19-VI-1998; Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; octubre de 1998; 831-836).

*** Discurso a los Obispos de Austria, en visita “ad limina” (20-XI-1998)**

El Santo Padre les dirige su palabra para poner de relieve algunos temas que eran de verdadera importancia y necesidad.

- La comunión, “presupuesto y fruto del diálogo”. (...) El diálogo de salvación debe desarrollarse en la comunión de la Iglesia. Sin esta fundamental convicción, corre el peligro de perderse en una experiencia superficial de convivencia ajena a todo compromiso” (n.3).

- La Iglesia como misterio. “Quien se toma en serio a la Iglesia como realidad salvífica cae en la cuenta de que la Iglesia no es tal por virtud propia. Una Iglesia concebida exclusivamente como comunidad humana no estaría en condiciones de hallar respuestas adecuadas al anhelo humano de una comunión capaz de sostener la vida y darle sentido. Sus palabras y acciones no podrían resistir ante la gravedad de las cuestiones que oprimen el corazón humano. De hecho, el ser humano anhela algo que lo trascienda, que supere todas las visiones humanas y desenmascare la insatisfactoria finitud de éstas. La Iglesia como misterio nos consuela y anima, a un tiempo. Como nos trasciende, puede transformarse en embajadora de Dios. En la Iglesia, la autocomunicación de Dios se ofrece al deseo del hombre de hallar la realización plena de sí” (n.5).

- La cuestión de Dios, en el orden del día del debate eclesial. “Se plantea ahora la cuestión de Dios, tal vez el problema más serio con el que tenéis que mediros como pastores de Austria. Aunque la cuestión de Dios no se propone tan claramente en público, no por ello deja de mover el corazón humano. Por desgracia, a menudo se responde hoy con un ateísmo disfrazado o con una indiferencia ostentosa. Se trata de actitudes tras las cuales se esconde el deseo de edificar la serenidad y la comunión humana incluso sin Dios. Pero tales intentos no arrojan -ni pueden hacerlo- resultados satisfactorios. ¡Ay de nosotros si la Iglesia estuviera tan comprometida en las cuestiones temporales que no tuviera tiempo para ocuparse de los temas que conciernen a la eternidad!

“Resulta urgente hoy en día promover la renovación de la dimensión espiritual de la Iglesia. Las cuestiones que afectan a la estructura de la Iglesia pasan automáticamente a un segundo plano cuando la cuestión decisiva de Dios se incluye en el orden del día del debate eclesial. Dicha cuestión necesita tratarse con paciencia en un sincero diálogo de salvación con hombres y mujeres dentro de la Iglesia y fuera de ella. En la Iglesia-misterio también se halla la clave de vuestra misión de obispos al servicio del Pueblo de Dios. La primera pregunta que como pastores se nos podría plantear no es: “¿Qué habéis planificado?”, sino: “A quién habéis llevado a la comunión con el Dios Uno y Trino?” (n.6).

- “Dos preocupaciones graves: la participación en la celebración eucarística y la falta de vocaciones” (n.8). “Una cultura de comunión auténtica entre sacerdotes y obispos, así como la cooperación gozosa de los mismos por el bien de la Iglesia, constituyen el mejor de los terrenos para la floración de vocaciones. (cf. ChD 16) (n.9)..

- Malentendidos e interpretaciones erróneas sobre la naturaleza de la Iglesia. “Se han insinuado algunas concepciones de la Iglesia que no se corresponden ni con los datos bíblicos ni con la Tradición de la Iglesia apostólica. La expresión bíblica “pueblo de Dios” (laos thou theou) ha sido entendida en el sentido de un pueblo estructurado políticamente (demos) conforme a las normas válidas para cualquier sociedad diferente de ella. Y como la forma de régimen más afín a la sensibilidad actual es la democrática, se ha extendido entre algunos fieles la demanda de una democratización de la Iglesia. Voces en este sentido también se han multiplicado tanto en vuestro país como más allá de sus fronteras. Contemporáneamente, la interpretación auténtica de la palabra divina y el anuncio de la doctrina de la Iglesia han cedido lugar en ocasiones a un pluralismo malentendido, en virtud del cual se ha pensado que se podía identificar la verdad revelada mediante la demoscopia y de manera democrática. (...) “Ninguna “base” puede decididr

acerca de la verdad revelada. La verdad no es producto de una “Iglesia de abajo”, sino un don que procede “de lo alto”, de Dios. No es la verdad una creación humana, sino un don del cielo” (n.11).

- Defendí la vida, el matrimonio... “Me es grato compartir vuestra satisfacción por cuando habéis venido realizando en la Iglesia y en la sociedad a favor de la cultura de la vida (...) que se mueve entre los polos de la verdad y la caridad” (n.13). “Por lo que respecta al matrimonio, aunque la experiencia humana se halle a menudo impotente ante el derrumbre de tantas uniones conyugales, el matrimonio sacramental es y sigue siendo indisoluble por voluntad divina. Asimismo, aunque la mayor parte de la sociedad decidiera lo contrario, la dignidad de todo ser humano permanece inviolable desde su concepción en el clastro materno hasta su término natural fijado por Dios. . (...) Y por último, a pesar de las renacidas protestas, como si solo se tratara de una cuestión disciplinaria, la Iglesia no ha recibido del Señor la autoridad de conceder la ordenación sacerdotal a mujeres” (n.13).

*** Homilía durante la misa celebrada en el estadio de Ammán (Jordania); 21-III-2000.**

El Santo Padre dirige en Ammán a los obispos y sacerdotes unas palabras que se refieren al ejercicio de su ministerio pastoral:

“A obispos y sacerdotes les digo: ¡Sed buenos pastores según el corazón de Cristo! ¡Guiad el rebaño que se os ha encomendado por el camino que lleva a los verdes pastos de su Reino! Reforzad la vida pastoral de vuestras comunidades mediante una nueva y más dinámica colaboración con los religiosos y los laicos. Ante las dificultades de vuestro ministerio, poned vuestra confianza en Dios. Acercaos más a Él con la oración, y Él será vuestra luz y alegría. Toda la Iglesia os agradece vuestra dedicación y la misión de fe que desempeñáis en vuestras diócesis y parroquias “ (n.5) (81f).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Jubileo de los Obispos; 7-X-2000.**

Contemplemos a Jesucristo

“Dilexit Ecclesiam!” (Ef.5,25). Estas palabras de San Pablo “nos recuerdan que nuestro Jubileo es en primer lugar una invitación a confrontarnos con el amor que palpita en el corazón de Cristo. Contemplemos al Hijo eterno de Dios, que en la plenitud de los tiempos se hizo hombre en el seno de María. Contemplemos al Salvador nuestro y de todo el género

humano. Contemplemos a aquel que con la Encarnación se hizo en cierto sentido “consanguíneo” de todo hombre. El radio de su amor es tan amplio como el mundo. De su mirada de amor nadie queda excluido.

El amor de Cristo es universal y de predilección

Abierto al mundo, el amor de Cristo es al mismo tiempo un amor de predilección. Amor universal y amor de predilección no se contradicen, sino que son como dos círculos concéntricos. Y en virtud del amor de predilección Cristo engendra a la Iglesia como su Cuerpo y su Esposa haciendo de ella sacramento de amor para todos.

Amemos a Jesucristo y a la Iglesia

En ese “dilexit Ecclesiam” cada uno de nosotros halla el modelo y la fuerza de su ministerio, el cimiento y la raíz viva del misterio que lo habita. A fuer de personas configuradas sacramentalmente con Cristo, Pastor y Esposo de la Iglesia, estamos llamados, amadísimos hermanos en el episcopado, a “revivir” en nuestros pensamientos, sentimientos, opciones, el amor y la entrega total de Jesucristo a su Iglesia. El amor a Cristo y el amor a la Iglesia son en última instancia un amor único e indivisible. En este “diligere Ecclesiam”, imitando y compartiendo el “dilexit Ecclesiam” de Cristo, descansan la gracia y el compromiso de esta nuestra celebración jubilar (n.3).

El objetivo de nuestro ministerio es la santificación de los fieles

Toda nuestra actividad pastoral tiene como objetivo último la santificación de los fieles, empezando por la de los sacerdotes, nuestros colaboradores directos. Debe pues tender a suscitar en ellos el compromiso de responder con prontitud y generosidad a la llamada del Señor. ¿Y no es tal vez nuestro testimonio de santidad personal el llamamiento más creíble y persuasivo que laicos y clero tienen el derecho de esperar en su camino hacia la santidad? (...)

La santidad del obispo vinculada al ministerio pastoral

No es casual que el Concilio se dirija en primer lugar a los obispos, recordándoles que han de realizar “su ministerio con santidad, alegría, humildad y valentía. Si lo realizan así, será para ellos un excelente medio de santificación” (LG 41). Como puede verse, es la imagen de una santidad que no crece al lado del ministerio, sino a través del mismo ministerio. Una santidad que se desarrolla como caridad pastoral, halla su modelo en Cristo

Buen Pastor e impulsa a cada pastor a hacerse “modelo del rebaño” (cf. IPedr.5,3) (n.4)..

La caridad pastoral y las tareas del ministerio

Esta caridad pastoral debe vivificar los “tria munera” en los que nuestro ministerio se articula.

- En primer lugar el “munus docendi”, es decir, el servicio de la enseñanza (...) Hemos de recuperar el entusiasmo pentecostal del anuncio. En un mundo que, por la acción de los medios de comunicación, conoce una especie de inflación de las palabras, la palabra del apóstol puede distinguirse y abrirse camino tan sólo si se presenta, con toda la luminosidad evangélica, como palabra cargada de vida (...) El anuncio del Evangelio constituye el acto más elevado de amor al hombre, a su libertad y a su sed de felicidad.

- Esta misma caridad, a través de la liturgia, fuente y cumbre de la vida eclesial (cf. SC 10), se transforma en signo, celebración, acción orante. Aquí, el “dilexit Ecclesiam” de Cristo se hace memoria viva y presencia eficaz. En esta labor más que en cualquier otra, el papel del obispo se perfila como “munus santificando”, ministerio de santificación, gracias a la presencia activa de aquél que es santo por excelencia.

- La caridad del obispo debe por fin brillar en el amplio ámbito de la guía pastoral, es decir en el “munus regendi”. Mucho es lo que se nos exige. En todo ello hemos de actuar como “buenos pastores”, que conocen a sus ovejas y a quienes éstas los conocen también; verdaderos padres, que se distinguen por el espíritu de amor y de solicitud por todos” (ChD. 16). Se trata de un servicio de caridad que no debe desatender a nadie, pero que ha de prestar especial atención a los “últimos” con esa “opción preferencial por los pobres” que, si se vive siguiendo el ejemplo de Jesús, expresa a un tiempo justicia y caridad (n.5). (...).

Perseverad en medio de dificultades, confiando siempre en el Señor

Las graves responsabilidades que nos están encomendadas y las no pocas dificultades que nuestro ministerio episcopal encuentra hoy en día hacen más aguda y angustiosa la conciencia de nuestra parvedad espiritual, y por tanto más fuerte e insistente la invocación al amor indulgente del Padre. Pero la misericordia que nos llega del sacrificio de Cristo, hecho presente cada día en la Eucaristía, nos infunde firmísima esperanza, esperanza que hemos de anunciar y testimoniar a un mundo que la ha perdido y deformado,

esperanza basada en la certeza de que Cristo siempre está presente y operante en su Iglesia y en la historia de la Humanidad. (...)

María nos ayuda e intercede por nosotros

En nuestra fatiga nos sostiene la cercanía de María, la Madre que Cristo nos dio desde la cruz (n.6) (81g).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los Obispos: 8-X-2000.**

Ponemos de relieve las llamadas más importantes que el Santo Padre dirige a los Obispos, sus hermanos en el episcopado.

Pregoneros cualificados de la Palabra de Dios

Nosotros los pastores, estamos llamados a ser pregoneros cualificados de esta Palabra (...) Tarea exaltante, pero también gran responsabilidad. Se nos ha encomendado una Palabra viva: hemos pues de anunciarla con la vida antes que con la boca. Es Palabra que coincide con la persona misma de Cristo, la Palabra hecha carne (cf. Jn.1,14); es pues el rostro de Cristo el que hemos de mostrar a los hombres; su cruz la que hemos de anunciar con el mismo vigor de Pablo: “Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado” (ICort.2,2) (n.2)..

Agradecimiento por la llamada del Señor

¿Cómo no expresar en este momento, venerados hermanos, nuestro agradecimiento al Señor por el don de la vocación, primero al sacerdocio y luego a la plenitud de éste en el episcopado? Mirando hacia atrás a los avatares de nuestra vida, la emoción nos embarga el corazón al comprobar de cuántas maneras nos ha demostrado el Señor su amor y su misericordia. En verdad “misericordias Domini in aeternum cantabo” (Sal. 89/88,2) (n.3).

El obispo es alguien para quien Cristo lo es todo

El obispo, sucesor de los Apóstoles, es alguien para quien Cristo lo es todo (...) Y ha de atestiguarlo con toda su conducta (cf. ChD.11).

Recuerdo agradecido para los Obispos y presbíteros mártires

Hablando de los obispos como testigos, no puedo dejar de conmemorar, en esta solemne celebración jubilar, a los muchos obispos, que, durante dos

milenarios, han dado a Cristo el testimonio supremo del martirio, conformándose al modelo apostólico y fecundando a la Iglesia con la efusión de su sangre. (...)

Al mismo tiempo, resulta hermoso a la par que obligado dar gracias a Dios por todos los pastores sabios y generosos que a lo largo de los siglos han ilustrado a la Iglesia con sus enseñanzas y ejemplos.(...) (n.4).

La nueva evangelización

Hoy, en los umbrales del tercer milenio, el reto de la nueva evangelización da aún mayor relieve al ministerio episcopal: es el pastor el primer responsable y animador de la comunidad eclesial tanto en la exigencia de comunión como en la proyección misional.

Ante el relativismo y el subjetivismo

Ante el relativismo y el subjetivismo que contaminan tanta cultura contemporánea, los obispos están llamados a defender y promover la unidad doctrinal de sus fieles. Desvelándose por toda situación en la que la fe se encuentre perdida u olvidada, se entregan con todas sus fuerzas a la evangelización, preparando con este fin a sacerdotes, religiosos y laicos y poniendo a disposición los recursos necesarios (cf. ChD.6).

Recuerdo fraterno de los obispos y presbíteros que sufren persecución por el Evangelio.

Queremos hoy expresar desde esta plaza nuestra solidaridad fraterna a los obispos que son objeto de persecución, que se encuentran en la cárcel o que ven impedido el ejercicio de su ministerio. Y en nombre del vínculo sacramental, extendemos con afecto nuestro recuerdo y oración a los hermanos sacerdotes que sufren las mismas pruebas. La Iglesia les agradece el bien inestimable que su oración y sacrificio producen al Cuerpo místico”· (n.5) (81h).

*** Discurso del Papa a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Indonesia, con ocasión de su visita “ad limina” (29-III-2003).**

Destacamos de este importante discurso lo siguiente:

- Palabras de saludo: “Como sucesores de los Apóstoles, cuyo testimonio de Cristo crucificado y resucitado constituye el firme cimiento del anuncio del Evangelio por parte de la Iglesia en todo tiempo y lugar, habéis

venido a confirmar vuestra comunión en la fe y en la caridad (...) Que los frutos de vuestros encuentros enriquezcan a la Iglesia en Indonesia e intensifiquen vuestro ministerio pastoral” (n.1)..

- Sed servidores de Indonesia desde el Evangelio: “Indonesia se enfrenta al desafío de construir una sociedad basada en los principios democráticos de la libertad y la igualdad de sus ciudadanos independientemente de su lengua, raza, procedencia étnica, tradición cultural o religión. No dudo que la Iglesia seguirá implicándose activamente en este esfuerzo, alentando a todas las gentes a seguir uniéndose en el ejercicio de sus responsabilidades cívicas mediante el diálogo y la apertura, evitando todo tipo de prejuicio o intolerancia. El desarrollo de una sociedad que encarne estos ideales democráticos ayudará a frenar la inquietante violencia que ha atormentado tristemente a vuestra tierra durante los últimos años” (n.2).

- Libertad religiosa: “La libertad religiosa, que ha sido una de las características tradicionales de la sociedad indonesia, está garantizada por la Constitución de la nación. La Iglesia ha de permanecer siempre vigilante para asegurar el respeto de este principio en los ámbitos federal y local” (n.2).

- La atención a los pobres: “La Iglesia está convencida de que la promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la Humanidad entera. Al ser el mensaje de Cristo un mensaje de esperanza, sus seguidores siempre han de asegurarse que los menos afortunados entre ellos, cualesquiera que sean su religión o procedencia étnica, se vean tratados con la dignidad y el respeto que exige el Evangelio. La promoción de los derechos fundamentales de los débiles constituye el camino seguro hacia una sociedad estable y productiva. La Iglesia está llamada a “estar junto a estas multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad” (SRS. n.39) (n.2).

- La educación: “Una de las formas más eficaces que tiene la comunidad cristiana para ayudar a los pobres pasa a través de la educación. En este ámbito, al igual que en su imponente sistema de organismos caritativos, la Iglesia indonesia es digna de alabanza. Los católicos, si bien constituyen tan sólo una mínima parte de la población total, han desarrollado un sistema educativo amplio y respetado.(...) La educación católica, a fuer de parte importante de la misión catequética y evangelizadora de la Iglesia, ha de basarse en una filosofía en la que fe y cultura queden asociadas en unidad armónica” (...) (n.3).

- La catequesis: “Es la catequesis tarea de toda la comunidad de fe y extensión del ministerio de la Palabra encomendado al Oispo y a su presbiterio. Se trata de una responsabilidad eclesial que requiere una formación doctrinal y pedagógica adecuada. Os animo a dar todo el apoyo posible a quienes han emprendido gustosos la difícil y exigente tarea de proporcionar tan esencial servicio, por el que toda la Iglesia está agradecida” (n.3).

- La inculturación: “La verdad del Evangelio debería proclamarse siempre de manera persuasiva y pertinente. Ello resulta particularmente importante en una sociedad compleja como la vuestra, en la que, en ciertas zonas y entre determinados grupos, el catolicismo se considera a veces con suspicacia. Os incumbe, pues, la delicada tarea de tratar que el Evangelio conserve su significado fundamental, válido para todas las personas y las culturas, al tiempo que lo comunicáis de manera respetuosa para con los valores tradicionales y la familia (n.4).

- La familia: “El éxito de la inculturación depende de las parejas y familias que encarnan la visión cristiana de la propia vocación y responsabilidad. Para ello os animo a seguir fomentando los valores tradicionales de la familia, tan estrechamente relacionados con la cultura asiática, infundiendo en ellos la nueva vida que dimana del Evangelio. No hay que descuidar las serias preocupaciones acerca de las amenazas crecientes para la vida familiar de las que os habéis hecho eco en numerosas ocasiones (n.4).

- “La conjura contra la vida”: “Va apareciendo bajo distintas formas - aborto, permisividad sexual, pornografía, abuso de drogas y presiones para la adopción de métodos de control de la población moralmente inaceptables- una auténtica “conjura contra la vida y la familia”. Pese a las dificultades que implica contrarrestar semejantes tendencias en una sociedad no cristiana, vuestra calidad de obispos hace de vosotros los primeros a quienes se pide ser anunciadores incansables del Evangelio de la vida”. En toda ocasión la voz profética de la Iglesia debe proclamar bien alta la necesidad de respetar y promover la ley divina escrita en cada corazón (cf. Rm.2,15). Mediante la escucha, el diálogo y el discernimiento, los obispos han de ayudar a su rebaño a vivir el Evangelio de forma completamente compatible con el depósito de la fe y con los vínculos de la comunión eclesial” (n.4).

- Vivir y sufrir con el pueblo: “La Iglesia en Indonesia es Iglesia que vive y sufre con el pueblo, enfrentándose a los retos que dimanar del contacto diario con una sociedad no cristiana. Es una comunidad que busca un camino de desarrollo humano integral en el contexto de la armonía y de la tolerancia

religiosa, ofreciendo y recibiendo mucho en el seno de un medio cultural complejo”.

- Contruir la paz. “Jamás debemos permitir que la guerra divida a las religiones del mundo. Os aliento a aprovechar este momento perturbador como ocasión para colaborar, como hermanos comprometidos con la paz, con vuestra propia gente, con los creyentes de otras religiones y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. para asegurar entendimiento, cooperación y solidaridad. No permitamos que una tragedia humana se transforme también en catástrofe religiosa.(...) La religión auténtica, lejos de propugnar el terrorismo o la violencia, trata de promover de todas las manera posibles la unidad y la paz de toda la familia humana” (n.5).

- “Fermentos en la masa”: “Los cristianos (...) están especialmente llamados a ser “fermento en la masa”. Pese a penalidades y a sacrificios, vuestros sacerdotes y religiosos siguen dando testimonio a diario de la Buena Nueva de Jesucristo, llevando a muchos al Evangelio. (...) Tenéis el reto de hallar vías concretas para responder a la necesidad que sienten esos pueblos de Asia de un intenso anhelo de Dios”.(n.6).

- La Espiritualidad y la Liturgia: “Vuestros sacerdotes necesitan que se les brinden oportunidades tanto para alimentarse con esa liturgia como para capacitarse para trasladar su riqueza a los demás, para que su profundidad, belleza y misterio siga resplandeciendo siempre (...) Los miembros de los institutos Religiosos han desempeñado un papel fundamental a la hora de llevar la Buena Nueva a los hombres y mujeres de Indonesia, y especialmente a los pobres y marginados. En tan importante tarea, deben siempre verse ayudados a reforzar su consagración al Señor mediante su vivencia diaria de los consejos evangélicos” (n.6) (Archivo informático de la Santa Sede).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de rito siro-malabar de la India, con ocasión de su visita “ad limina” (13-V-2003).**

- Llamada del Papa a proteger y conservar el rito siro-malabar

La liturgia de la Iglesia siro-malabar, que ha formado durante siglos parte de la rica y variada cultura de la India, constituye la expresión más viva de la identidad de vuestro pueblo. La celebración del misterio eucarístico según el rito siro-malabar ha desempeñado un papel de vital importancia en la forja de la experiencia de la fe en la India. Y ello porque “la Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia” (EE 9). Os exhorto a conservar y renovar este tesoro con gran

desvelo, sin permitir jamás que se utilice como fuente de división. Vuestra reunión alrededor del altar en la “plenitud del que lo acaba todo en todos” (Ef.1,23) no sólo os define como pueblo eucarístico, sino que es también fuente de reconciliación que ayuda a superar los obstáculos que pueden entorpecer el camino hacia la unidad de intenciones y objetivos. (...) (n2).

- Exhortación a vivir en comunión

La conservación de esta unidad necesaria requiere espíritu de sacrificio y humildad. Sólo gracias a un esfuerzo mutuo concertado podréis “apoyar trabajos en común con el fin de fomentar con mayor rapidez el bien de la religión, tutelar de manera más eficaz la disciplina eclesiástica y también promover de manera más armónica la unidad de todos los cristianos” (Código de Cánones de las Iglesias Orientales, cn.84) (n.3).

- Atención pastoral a los católicos orientales

Quisiera aquí poner de relieve la “urgente necesidad de superar los temores y las incomprensiones que parecen surgir de vez en cuando entre las Iglesias orientales católicas y la Iglesia latina (...) especialmente por lo que atañe a la atención pastoral de los fieles, incluso fuera de sus territorios propios” (...) Resulta alentador ver los avances que ya habéis realizado con el fin de solucionar ese problema. Estoy seguro de que seguiréis colaborando estrechamente con vuestros hermanos los obispos de rito latino y con la Santa Sede para asegurar que los fieles siro-malabares reciban, tanto en la India como en el extranjero, el apoyo espiritual al que tienen derecho respetando estrictamente las disposiciones canónicas, que son, como es sabido, medios adecuados para la conservación de la comunión eclesial (...) (n.4).

- Proclamar el Evangelio hasta los confines de la tierra

La evangelización ocupa el corazón mismo de la fe cristiana. La India, bendecida con tantas y diversas culturas, es tierra cuyas gentes anhelan a Dios; ello hace de vuestra liturgia, auténticamente india, un medio excelente de evangelización.

La evangelización auténtica es considerada con la cultura y las costumbres locales, y respeta siempre el “derecho inalienable” de toda persona a la libertad religiosa. Aquí sigue vigente el siguiente principio: “la Iglesia propone, no impone nada” (RMi.39).

- Discernid y aceptad lo bueno en los demás

En vuestras relaciones con vuestros hermanos y hermanas pertenecientes a otras religiones, os animo a esforzaros “por discernir y aceptar todo lo que es bueno en los demás, para que juntos podamos reconocer, preservar y promover las verdades espirituales y morales, que son las únicas que garantizan el futuro del mundo”. Semejante apertura, con todo, jamás deberá mermar la obligación de anunciar a Jesucristo como “Camino, Verdad y Vida”. Y es que la encarnación de nuestro Señor enriquece todo valor humano y le permite producir frutos nuevos y mejores” (n.5).

- Vuestra atención a los sacerdotes y a los religiosos

La obligación de vuestra misión pastoral no podría llevarse a cabo sin los sacerdotes, vuestros colaboradores, en el ministerio sagrado. Vuestra necesaria dependencia de ellos os obliga a estrechar un fuerte vínculo con esos vuestros hijos y amigos. Como padres y confidentes de ellos, debéis estar siempre “dispuestos” a escucharlos y a tratarlos con confianza”, dedicándoos a “impulsar la pastoral conjunta de toda la diócesis” (ChD. 16).

Análogamente, los religiosos que os están encomendados son miembros de vuestra familia. El testimonio dado por tantos hombres y mujeres consagrados a una vida de castidad, pobreza y obediencia se yergue como signo auténtico de contradicción en una nación que va secularizándose de manera creciente. “En un mundo donde el sentimiento de la presencia de Dios se halla con frecuencia ofuscado, las personas consagradas deben dar un testimonio convincente y profético del primado de Dios y de la vida eterna” (“Ecclesia in Asia”, 44) (n.6) (81i).

*** Discurso de Juan Pablo II a los prelados participantes en el curso de actualización para los Obispos de los territorios de misión de lengua inglesa organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (19-VIII-2003).**

- Juan Pablo II les impulsa a evangelizar

En el ejercicio de su ministerio los obispos son responsables de la evangelización del mundo, ya sea como miembros del Colegio Episcopal, ya sea como pastores de sus Iglesias particulares (RMi.63). El anuncio del Evangelio en todas las regiones del mundo compete a los pastores, que no han sido consagrados con vistas a una sola diócesis, sino para la salvación del mundo entero (RMi. 63) (n.2).

“Forma parte de vuestros deberes transmitir la fe y animar a vuestras comunidades para que sean evangelizadoras. En la viña del Señor hay lugar

para todos; nadie es tan pobre como para no tener nada que dar, ni nadie es tan rico como para no tener nada que recibir. (...) Quienes confían en el Divino Maestro experimentan la maravilla de la pesca milagrosa. Es la promesa de Jesús, que no defrauda a quienes en Él confían” (n.3).

- El Santo Padre les exhorta a que sean santos:

“¡Sed santos! En varias ocasiones ha subrayado que la santidad es la necesidad pastoral urgente de nuestros días. Se trata de una exigencia apremiante en primer lugar para quienes han sido llamados por dios a servirlo más de cerca. (...) Sólo así se convertirán, para los sacerdotes y los fieles, en ejemplos de fidelidad y testigos de un celo apostólico iluminado por el Espíritu Santo. El apoyo y el desarrollo de toda empresa apostólica descansan en la comunión con Dios. Por ello (...) habéis de ser los primeros en reforzar vuestra vida interior abrevándoos en el manantial de la gracia divina (n.4).

- Acompañad el anuncio del Evangelio con el testimonio de vuestra vida santa

Ninguna actividad, ninguna cuestión, por importantes que fueran deberían distraeros de esta prioridad espiritual que da la pauta para el mandato apostólico recibido mediante la ordenación episcopal (...) Acompañad el incesante anuncio de la fe con un testimonio coherente y gozoso del Evangelio (cf. EN 41) (81j).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de la Iglesia Copta de la Asamblea de la Jerarquía Católica Egipcia, con ocasión de su visita “ad limina” (30-VIII-2003).**

- Palabras de aliento para los Obispos

Al comienzo de nuestro encuentro, quiero animaros en vuestra misión específica de pastores. Por la ordenación sacramental, sois obispos, sucesores de los Apóstoles y primeros responsables, juntamente con el Sucesor de Pedro, del anuncio de la buena nueva al mundo entero. (...) (n.1).

- El testimonio mejor es la vida diaria

En el seno de la sociedad egipcia, tan rica en historia y cultura, y fuertemente marcada por la presencia del Islam, sabéis que el testimonio más importante es el de la vida diaria, centrada en el doble mandamiento del amor a Dios y el amor al prójimo. (...)

- Una Iglesia servidora de todos

Al inicio del tercer milenio, el campo de la misión está ampliamente abierto para la Iglesia que quiere ser la voz de los pequeños y los pobres, que quiere oír la llamada de todos los que aspiran a la paz, que quiere acoger a los refugiados que no tienen país ni hogar, y ponerse así al servicio de la verdadera dignidad de todo hombre (...), (n.2).

- Solicitud por los sacerdotes

Los sacerdotes son vuestros primeros colaboradores en el ministerio, y sé que apreciáis su trabajo pastoral y su disponibilidad al servicio de sus hermanos.(...) Aseguradles la viva gratitud del Papa por el hermoso testimonio de su caridad pastoral. Impulsadlos a seguir formándose mediante el estudio de la palabra de Dios y la contemplación de los misterios de la fe, sabiendo utilizar los medios que el magisterio de la Iglesia universal ha puesto a disposición de todos, en especial el Catecismo de la Iglesia Católica.(...) Junto con vosotros, deseo que todos los sacerdotes tengan condiciones de vida dignas y sobrias, y gocen, en la medida de lo posible, de la misma protección y asistencia en el campo social...(n.3).

- Cultivar el don valioso de las vocaciones

Los que, gracias a Dios, no sufren la crisis de vocaciones, deben cultivar con esmero este bien precioso del Señor para su Iglesia y quizá también, prepararse para compartirlo, participando en la misión en otras Iglesias de otras tierras. (n.4).

- Los Jóvenes son el porvenir de la Iglesia

Los jóvenes son el futuro de la iglesia (...) Por lo tanto se les debe ayudar a prepararse para sus responsabilidades futuras mediante una educación adecuada. La escuela católica, con su gran experiencia, se dedica a ello de una manera muy particular, proporcionando a las jóvenes generaciones una formación humana equilibrada y sana, capaz de darles puntos de referencia duraderos, sobre todo en el campo moral. Debe asegurarles también una formación cristiana sólida, fiel al espíritu y a las normas de la enseñanza catequística preparada por los obispos, que son los primeros responsables de ella... (n.5).

- Importante aporte de los Religiosos

Necesitan también todo vuestro apoyo para continuar creciendo espiritualmente en el amor al Señor, mediante la oración, la escucha de la palabra de Dios y el servicio humilde y atento a sus hermanos (n.6).

- Labor conjunta de las Religiones

La Iglesia católica que está en Egipto no reivindica para sí misma ninguna ventaja particular, sino sólo el derecho de poder vivir, en el seno de la nación, de la gracia que el Señor le ha hecho al llamarla a su servicio. (...) Os exhorto a mantener buenas relaciones con los hermanos cristianos de otras confesiones, en especial con la Iglesia Copta ortodoxa, y a promover, por lo que os concierne, el espíritu de un auténtico diálogo ecuménico. No os desaniméis ante las dificultades presentes o futuras; al contrario, mantened firme el deseo de ser fieles al mandato del Señor (cf. Jn.13, 34), conscientes de que los vínculos de la caridad fraterna no impiden actuar en conformidad con la verdad y la justicia, sino que, al contrario lo exigen.

El diálogo con el Islam es especialmente importante en vuestro país, donde es la religión de la mayoría de los habitantes, pero reviste también un carácter ejemplar para el diálogo entre las grandes religiones del mundo, particularmente necesario después de los trágicos hechos vinculados al terrorismo, que han marcado el comienzo del tercer milenio y que la opinión pública puede sentir la tentación de achacar a causas de origen religioso” (n.7) (81k).

*** Mensaje de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal Eslovaca desde el Seminario Diocesano de Banska Bystrica (12-IX-2003).**

- Saludo a la Iglesia Eslovaca

La Iglesia de Dios que está en Eslovaquia, una vez salida de los sombríos tiempos de la persecución y del silencio, en los que ofreció una prueba luminosa de fidelidad al Evangelio, ha podido durante estos últimos años reanudar sus actividades, dándose también las estructuras necesarias para el libre ejercicio de su misión. (n.2).

- Reavivar la vida cristiana

Junto a estas realizaciones, estáis trabajando en un ámbito más general por la reanudación de la vida cristiana en diferentes niveles. Los resultados que se van registrando resultan consoladores. Muchas personas han recuperado la valentía evangélica de declarar abiertamente su fe católica.

- Exhortación a proseguir la tarea emprendida

Os exhorto a proseguir con valentía en el camino emprendido: la formación humana y espiritual, junto con una preparación cultural adecuada, debe ser objeto de especial aplicación en los Seminarios y en los Institutos Religiosos, con vistas a dar a la Iglesia y al mundo sacerdotes y personas consagradas que sepan ser apóstoles humildes y ardientes del Evangelio.

- Oración por las vocaciones

Mediante la oración al “Dueño de la mies”, con la sensibilización de las conciencias, con una sabia acción pastoral, urge promover una nueva floración de vocaciones sacerdotales y religiosas, ya que de ellos depende el futuro de la Iglesia en Eslovaquia (n.3).

- La colaboración de los laicos

Contad además con confianza y sabiduría con la colaboración de laicos comprometidos en la animación cristiana de los ámbitos temporales. Seguid con atención la familia, templo del amor y de la vida, proclamando y defendiendo la unidad y la indisolubilidad del matrimonio. Mirad con amor a los jóvenes, que son el presente y el futuro de la Iglesia y de la sociedad.

- Cuidad el dialogo con la cultura

Cultivad el diálogo abierto con el mundo de la cultura, apoyados en la convicción de que “fe y razón se ayudan mutuamente, ejerciendo recíprocamente una función tanto de examen crítico y purificador como de estímulo para progresar en la búsqueda y en la profundización” (n.3).

- Cuidad de los débiles y de los pobres

Cuidad de los débiles y de los pobres, en los que Cristo pide verse reconocido. Con pastoral desvelo, acercaos a los desempleados haciéndoos cargo de su difícil situación y animando a todas las fuerzas sociales a hacer lo posible por crear nuevos puestos de trabajo en los que especialmente los jóvenes puedan hallar salidas a sus capacidades, a menudo cultivadas durante años, de preparación teórica y práctica.

Bien sabéis hasta qué punto la promoción humana favorece también a la evangelización, que sigue siendo el compromiso primario de la Iglesia. (n4).

- La presencia de la cruz en el ejercicio del ministerio pastoral

El ministerio pastoral lleva aparejadas espinas y cruces que con frecuencia permanecen encerradas en lo más íntimo del corazón. Sabe el Papa que en el plan misterioso de la Providencia tales sufrimientos constituyen la garantía de la fecundidad de un apostolado que habrá de producir, con la ayuda de Dios, abundantes frutos.

- Unas palabras de aliento y de ánimo

No os desaniméis y no os dejéis vencer por las dificultades y el cansancio. Contad siempre con el apoyo de la gracia del Señor que hace maravillas incluso a través de nuestra debilidad” (cf. ICort.12,9) (n.5) (81l).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el curso de formación para nuevos obispos promovido por la Congregación para los Obispos (18-IX-2003).**

El Santo Padre recuerda a los nuevos Obispos los contenidos básicos de la identidad y la misión del obispo.

- El ministerio del obispo es de primaria importancia para la vida de la Iglesia. Y es que la Iglesia, en expresión de San Pablo, ha sido edificada sobre el cimiento de los Apóstoles (cf. Ef.2,20). Y los obispos son por voluntad divina los sucesores de los Apóstoles en su calidad de pastores de la Iglesia, de forma que “el que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió” (LG 20).

La misión pastoral que se os ha encomendado es exaltante, pero también resulta hoy en día particularmente ardua y gravosa. Y es que nuestro tiempo, con los problemas que le son propios, se caracteriza por los extravíos y las incertidumbres, incluso entre los cristianos, muchos parecen desorientados y sin esperanza.

En este contexto, los pastores estamos llamados a anunciar el Evangelio y a ser testigos de la esperanza con la mirada puesta en la cruz, en el misterio del triunfo y de la fecundidad de Cristo crucificado. Él, el Viviente, nos acompaña por los caminos de la historia con la fuerza de su Espíritu (n.2).

- La ordenación episcopal: mediante el gesto sacramental de la imposición de las manos y la invocación del Espíritu Santo, se os otorgó la plenitud del sacerdocio ministerial. Es la vida del obispo una entrega de sí a Cristo y a la Iglesia. Nuestro ministerio nos llama a llevar una vida santa. Sed la imagen viva y visible del Buen Pastor. Velad sobre vuestro rebaño “como

aquellos que sirven”. ¡Amad a la Iglesia más que a vosotros mismos!. Vivid en ella y para ella, consumiéndolos en el servicio pastoral”.

- Nuestro apostolado debe ser siempre un desbordamiento de nuestra vida interior. Desde luego también habrá de ser intensa y laboriosa actividad, pero una actividad capaz de expresar la caridad pastoral. Y la fuente de la caridad pastoral es la contemplación del rostro de Cristo Buen Pastor. ¡Sed hombres de oración! Con vuestro ejemplo mostraréis la primacía de la vida espiritual, es decir, la primacía de la gracia, que es alma de todo apostolado. Cada obispo ha de poder decir con San Pablo: “para mí la vida es Cristo” (Fil.1,21) (n.3).

- El cuidado de los presbíteros. Los obispos han de tratar con especial amor a los sacerdotes, y ocuparse solícitamente de sus condiciones espirituales, intelectuales y materiales (cf. ChD.28).

- Las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada constituye un don de Dios que es menester pedir con insistencia en la oración (cf. Mt.9,38). Pero son también fruto de familias fuertes y sanas y de comunidades eclesiales en las que la figura del cura se encuentra bien considerada y valorada.

- Póngase máxima atención en la elección de los educadores en los Seminarios (n.4) (81ll).

*** Discurso de Juan Pablo II al segundo grupo de obispos de rito latino de la India (3-VI-2003).**

- Fomentar el diálogo interritual

De la misma forma que el gran diálogo de amor entre Dios y el hombre fue preparado por el Espíritu Santo y se realizó en la tierra de Asia en el misterio de Cristo, así el diálogo entre el Salvador y los pueblos del continente continúa hoy con fuerza del mismo Espíritu, que sigue actuando en la Iglesia” (Ecclesia in Asia”, n. 18).

- Diálogo con los obispos de rito siro-malabar

Es importante perseverar en el fortalecimiento de los vínculos con vuestros hermanos en el episcopado de los ritos orientales, a través de un eficaz diálogo interritual, para superar cualquier malentendido que pudiera surgir ocasionalmente. Esto acontece especialmente en los ámbitos concernientes a la evangelización y a la atención pastoral a los católicos orientales en la India (cf. Ecclesia in Asia”, n.27).

Dado que Cristo os ha puesto como pastores de su grey, estáis llamados de modo especial a fomentar el diálogo mutuo y la comprensión entre los católicos y las demás comunidades cristianas. (...) Como obispos, no sólo tenéis la obligación de vivir como hijos de esta luz (cf. Ef.5,8-9), sino también de ayudar a iluminar el camino de todos los seguidores de Cristo, guiándolos hacia una solidaridad espiritual cada vez más completa (n.2).

- Signos positivos en las Iglesias locales

En vuestras Iglesias locales hay signos positivos: “elevado numero de comunidades cristianas de base y de movimientos y asociaciones laicales que desempeñan un papel tan vital para la vida eclesial de vuestras regiones” (n.3)..

- Grandes desafíos que se plantean a las Iglesias

“La influencia negativa de los medios de comunicación social, el secularismo, el materialismo y el consumismo, juntamente con las falsas promesas de algunos grupos fundamentalistas, han inducido a algunos católicos a renunciar a su fe. La rentablemente, también algunos miembros del clero han sido atraídos, a veces, pro falsas promesas de dinero, comodidad y poder” (n.3).

- Respuesta a estos desafíos

Es consolador ver que muchas de vuestras diócesis respondes con Sínodos y planes pastorales, afrontando con seriedad los problemas y, de este modo, evitando posibles crisis futuras. Como dije en mi carta apostólica “Novo Millennio Ineunte”, las iniciativas pastorales deben incluir siempre los cuatro pilares cristianos: la santidad, la oración, los sacramentos y la palabra de Dios (nn.30-41), teniendo presente que “no se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva” (n.29) (n.2).

- Propuestas que le encomienda Juan Pablo II:

+ La defensa del derecho inviolable a la vida.

Una planificación pastoral eficaz debe adaptarse al contexto actual de modo que afronte los problemas particulares creados por la sociedad moderna.

Como muchos otros países, también la India se encuentra implicada en el movimiento hacia una cultura de la muerte, como se ha visto, por ejemplo, en las peligrosas amenazas que se ciernen sobre los niños por nacer, especialmente sobre las niñas (...)

+ Atención a la globalización y a sus consecuencias.

La globalización también pone en tela de juicio las costumbres y la ética tradicionales. Esto se ve claramente en los intentos de imponer a la sociedad asiática modelos de planificación familiar y medidas sanitarias reproductivas moralmente inaceptables (n.4). Una comprensión incorrecta de la ley moral ha llevado a muchas personas a justificar una actividad sexual inmoral con el pretexto de la libertad, que ha desembocado a su vez en la aceptación común de la mentalidad anticonceptiva (...) La respuesta de la Iglesia en la India debe consistir en seguir promoviendo la santidad de la vida matrimonial y el “lenguaje natural que expresa la recíproca donación de los esposos” (Catecismo de la Iglesia católica, n.2370). La Iglesia está llamada a proclamar que el amor verdadero es el amor cristiano, y que el amor cristiano es un amor casto” (n.4)..

+ El respeto a la dignidad y derechos de la mujer

Hay que esforzarse por fomentar el respeto de la dignidad y los derechos de la mujer, para garantizar que se promueva un “nuevo feminismo” en todos los niveles de la sociedad india. Eso evitará “caer en la tentación de seguir modelos “machistas”, para reconocer y expresar el verdadero espíritu femenino en todas las manifestaciones de la convivencia ciudadana, trabajando por la superación de toda forma de discriminación, de violencia y de explotación” (Evangelium vitae, 99).

+ Proclamar con valentía el Evangelio de Jesucristo.

La Iglesia en la India no debe renunciar, a pesar de las dificultades, a su tarea fundamental de evangelización. Espero que sigáis comprometiendo a los líderes locales de las otras creencias religiosas en un diálogo interreligioso que asegure una mayor comprensión y cooperación mutua. Del mismo modo debéis mantener un diálogo efectivo con las autoridades locales y nacionales, para garantizar que la India siga promoviendo y protegiendo los derechos humanos básicos de todos sus ciudadanos (n.5).(...)

+ Participad más plenamente en la misión de la Iglesia

Espero que cuando, llenos de “fuerza espiritual”, volváis a vuestras Iglesias locales, después de esta visita a las tumbas de los santos Apóstoles, hayáis renovado vuestro deseo de participar más plenamente en la misión de la Iglesia, que es “continuación de la de Cristo” (n.6) (81m).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de Burkina Faso y Níger (17-VI-2003).**

- Ante el hambre

El Santo Padre levanta su voz profética para gritar: “preocupándome del desarrollo duradero e integral de las poblaciones de vuestros países, tan queridas para mí, no olvido la lucha diaria que tienen que librar para sobrevivir. Las difíciles condiciones climáticas de la región del Sahel y la desertización creciente de la región mantienen a las poblaciones en una pobreza endémica, que engendra precariedad y desesperación, acentuando en ellas el sentimiento de estar marginadas de la escena internacional. Quiero hacer solemnemente un nuevo llamamiento a la comunidad internacional para que preste ayuda concreta y duradera a las poblaciones pobladas del Sahel, deseando que la solidaridad, en la justicia y en la caridad, no conozca fronteras ni límites, y que la generosidad permita mirar al futuro con mayor serenidad” (n.1).

- Evangelizar, misión esencial para la Iglesia

El Santo Padre recuerda a los Obispos que “evangelizar es una misión esencial para la Iglesia. El anuncio del Evangelio no puede realizarse plenamente sin la contribución de todos los creyentes, en todos los niveles de la Iglesia particular.(...) Desarrollar esta conciencia misionera en el corazón de cada creyente sigue siendo un verdadero desafío, de cuya importancia sois muy conscientes.

- Inculturación del Evangelio

Para que la Iglesia encarne el Evangelio en las diversas culturas, tomando lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro, en exhortación apostólica “Ecclesia in Africa” recordé que “la inculturación es una prioridad y una urgencia en la vida de las Iglesias particulares”, un camino hacia una plena evangelización, para que todo hombre “acoja a Jesucristo en la integridad de su propio ser personal, cultural, económico y político, para la plena adhesión a Dios Padre y para llevar una vida santa mediante la acción del Espíritu Santo” (n.62). La pastoral de la inculturación que habéis desarrollado en vuestras diócesis da fruto particularmente en la

vida y en el testimonio de las comunidades cristianas de base, fermentos de vida cristiana y signos concretos de la comunión misionera, que la Iglesia-familia está llamada a ser.

- No escatiméis esfuerzos para promover la vida cristiana

Sois conscientes del largo camino que queda por recorrer para que el Evangelio transforme desde dentro el espíritu y el corazón de los creyentes, a fin de que se reconozcan como hermanos y hermanas en Cristo (...) No escatiméis esfuerzos para que los discípulos de Cristo asimilen plenamente el mensaje evangélico y conformen su vida a él, sin renunciar por ello a los valores africanos auténticos.

- Formad la fe de los fieles

Es esencial que la fe de los cristianos se funde y se eduque cada vez más sólidamente. Tenéis una viva conciencia de esta responsabilidad que os compete y la compartís en el seno de la Conferencia episcopal mediante un intercambio de experiencias y una profundización teológica y pastoral. Se trata de permitir que los pastores y los fieles se dejen conquistar por Cristo, acepten depender radicalmente de él, quieran vivir de su vida y aprendan a cumplir su voluntad, para seguirlo en la santidad verdadera.

- Que los fieles participen en la vida y misión de la Iglesia

Os aliento a ayudar sin cesar a los fieles laicos de vuestras diócesis a tomar cada vez mayor conciencia de su papel en la Iglesia y a cumplir así su misión de bautizados y confirmados (...) pero sin apartarlos del ejercicio de su vocación bautismal en la vida social, económica y política de la nación (n.3)..

- Apoyar a las familias

Ante las amenazas que se ciernen hoy sobre la familia africana y sobre sus cimientos, os exhorto a promover la dignidad del matrimonio cristiano, reflejo del amor de Cristo a su Iglesia, recordando sobre todo que el amor mutuo de los esposos es único e indisoluble; que el matrimonio, gracias su estabilidad, contribuye a la plena realización de su vocación humana y cristiana; y que una familia así es el lugar donde se desarrollan plenamente los hijos y se transmiten los valores. Las comunidades cristianas, unidas a sus pastores, han de esforzarse también por acompañar a las familias en la educación de los jóvenes. Del mismo modo deben ayudar a los novios en su camino hacia el sacramento del matrimonio y, después, en su vida conyugal y

familiar, para que también ellos se pongan al servicio de la Iglesia y de la sociedad (n.4).

- Sostener a los sacerdotes

Conozco las difíciles condiciones en las que, con frecuencia, están llamados a ejercer su ministerio. (...) Les agradezco su generosidad al servir a Cristo y a su Iglesia” (n.5). Ayudadles siempre.

- Formación de los seminaristas

La formación de los candidatos al sacerdocio es una grave responsabilidad para el obispo. (...) Es esencial prestar una atención particular a la organización de esta formación y procurar elegir con cuidado los formadores idóneos. Es necesario también sensibilizar a las comunidades diocesanas para que tomen mayor conciencia de su responsabilidad en la formación de los futuros sacerdotes (cf. PDV 44) (n.6).

- Diálogo con el Islam

En vuestros países, las comunidades cristianas viven en medio de sociedades marcadas por el predominio del Islam y de sus valores. Me alegra que, como habéis dicho, las relaciones de los católicos con los creyentes del Islam se basen generalmente en el respeto, la estima y la convivencia. En efecto, cristianos y musulmanes “están llamados a comprometerse en la promoción de un dialogo inmune de los riesgos derivados de un irenismo de mala ley o de un fundamentalismo militante, y levantar su voz contra políticas y prácticas desleales, así como contra toda falta de reciprocidad en relación con la libertad religiosa. Os animo a cultivar este diálogo (...) (“Ecclesia in Africa”, n.66) (n.7) (81n).

*** Exhortación Apostólica Postsinodal “Pastores Gregis” (16-X-2003)**

- Discurso de Juan Pablo II con ocasión de la firma y promulgación de esta Exhortación “Pastores gregis”, en el XXV aniversario de su elección (16-X-2003). Presentamos los contenidos más importantes de este discurso:

- El icono del Buen Pastor

La figura del Buen Pastor ha sido el icono al que los trabajos del Sínodo han hecho constante referencia. La Asamblea sinodal ha indicado de manera concreta con qué espíritu está llamado el obispo a desempeñar en la Iglesia su

servicio: conocimiento de su grey, amor a todos y atención para cada persona, misericordia y búsqueda de la oveja descarriada. (...)

- El Obispo, padre, maestro, amigo, hermano

El obispo está llamado a ser padre, maestro, amigo y hermano de todos los hombres tomando como ejemplo a Cristo.

- La santificación del Obispo y el ejercicio de su ministerio

Recorriendo fielmente este camino, el obispo podrá alcanzar la santidad, una santidad que habrá de crecer no ya paralelamente al ministerio, sino a través del ministerio mismo (n.2)..

- Las grandes tareas del Obispo

El servicio a la palabra de Dios: “en su calidad de heraldo de la divina Palabra, maestro y doctor de la fe, el obispo tiene la incumbencia de enseñar con franqueza apostólica la fe cristiana, proponiéndola una y otra vez de forma auténtica.

A fuer de “administrador de la gracia del sumo sacerdote” (LG,26), vela porque las celebraciones litúrgicas sean epifanía del misterio, es decir, expresión de la naturaleza auténtica de la Iglesia, que activamente rinde culto a Dios por medio de Cristo en el Espíritu Santo.

Como Guía del Pueblo cristiano, dotado de potestad pastoral y ministerial, el obispo habrá de preocuparse por fomentar la participación de todos los fieles en la edificación de la Iglesia. Desempeñará su tarea específica con la responsabilidad personal que se deriva de su misión al servicio de toda la comunidad.

Atento a las necesidades de la Iglesia y del mundo, afrontará los retos del tiempo presente. Será profeta de justicia y de paz, defensor de los derechos de pequeños y excluidos. Proclamará a todos el Evangelio de la vida, de la verdad y del amor. Tendrá una mirada de predilección para con la muchedumbre de pobres que puebla la tierra.

Recordando el anhelo de Cristo “ut omnes unum sint” (Jn.17,21), apoyará ante todo el camino ecuménico, para que la Iglesia resplandezca entre los pueblos como estandarte de unidad y de concordia. En la sociedad multiétnica de este principio del tercer milenio, también se hará promotor del diálogo interreligioso (n.3).

- La tarea es difícil

Esta tarea es difícil y grave. ¿Dónde encontraremos la fuerza para realizarla según la voluntad de Cristo? Sin duda alguna, sólo en Él. Ser pastores de su grey resulta hoy particularmente gravoso y exigente, pero tenemos que confiar “contra spem in spem” (Rm.4,18). Cristo camina con nosotros y nos sostiene con su gracia. Que nos confirme en la esperanza María santísima...(n.4) (81ñ).

Unas notas sobre esta Exhortación

La X Asamblea del Sínodo de los Obispos (Octubre de 2001), estudio “la misión del obispo como servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo”. Dos años más tarde, Juan Pablo II publicó la Exhortación pastoral “Pastores gregis” (16-X-2003).

En este Documento, el Papa recoge las reflexiones de los Obispos sobre la misión del Obispo ante los retos actuales, y se pregunta: “Nosotros los obispos, ¿de dónde sacaremos el pan necesario para responder a tantas cuestiones dentro y fuera de las Iglesias y de la Iglesia?”.

El Santo Padre responde a este interrogante de la siguiente forma:

- La caridad de Dios infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (cf. Rm.5,5). El amor que Dios nos tiene es tan inmenso que puede ayudarnos a encontrar el modo apropiado para llegar con nuestra acción pastoral al corazón de cada hombre y mujer de nuestro tiempo.

- El Señor, con al fuerza de su Espíritu, nos da la capacidad de amar y de inventar formas más justas y hermosas de amar a los demás.

- Llamados a ser servidores del Evangelio para la esperanza del mundo, sabemos que esta esperanza no proviene de nosotros sino del Espíritu Santo, que es el custodio de la esperanza en el hombre: la esperanza de todas las criaturas humanas y, especialmente, de aquellas que “poseen las primicias del Espíritu” y “esperan la redención de su cuerpo”.

- La Iglesia. Formamos parte de ella por el Bautismo, con ella confesamos al único Padre celestial y a su Hijo Jesucristo y nos alimentamos del único Espíritu Santo. La situación presente nos invita, si queremos responder a las esperanzas del mundo, a comprometernos a hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de la comunión” (n.73).

- la Colegialidad episcopal: “También nuestra comunión en el cuerpo eclesial, del que formamos parte por nuestra consagración, es una formidable riqueza, puesto que es una ayuda inapreciable para leer con atención los signos de los tiempos y discernir con claridad lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (n.73). En lo más íntimo del Colegio Episcopal “está el apoyo y la solidaridad del Sucesor del Apóstol Pedro, cuya potestad suprema y universal no anula, sino que afirma y protege la potestad de los Obispos, sucesores de los Apóstoles”. “Un Obispo nunca está solo: no lo está en la Iglesia universal y tampoco en su Iglesia particular”.

- Los instrumentos de comunión. Puede suceder que “una Iglesia particular por sí sola, o incluso varias Iglesias colindantes, se vean incapaces o prácticamente imposibilitadas para intervenir adecuadamente sobre problemas de mayor importancia”. En dichas circunstancias puede ser una auténtica ayuda recurrir a los instrumentos de la comunión episcopal (n.73).

- “La espiritualidad de comunión”. Un recurso valiosísimo para que el Obispo pueda ejercer dignamente su ministerio es la “espiritualidad de comunión” entre los miembros de la comunidad diocesana. Es preciso que esta espiritualidad se fortalezca y se consolide como “principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales” (NMI, 43). En la medida en que en una Diócesis, los sacerdotes, los religiosos y los seglares vivan esta espiritualidad de comunión, el Obispo podrá ejercer el ministerio, según lo que la Diócesis necesita (Mons. E. Yanes). Esta espiritualidad ha de ser promovida y fomentada por los presbíteros, los catequistas y todos los agentes de pastoral. Sin la espiritualidad de comunión la Iglesia no puede realizar hoy adecuadamente su misión evangelizadora.

Vivamos con humildad y gratitud nuestra comunión eclesial. Comunión espiritual y visible con la Iglesia universal, presidida por el Papa y los Obispos; y comunión real con la Iglesia local, presidida por el Obispo, con los presbíteros, en estrecha y clara unidad doctrinal y pastoral. Todos sabemos que las divisiones, los aislamientos, los personalismos enfrían el fervor de la vida cristiana, matan la alegría de la fidelidad y de la fraternidad y embotan la capacidad apostólica (Mons. F. Sebastián).

El Papa ofrece la semblanza teológica, espiritual y pastoral del Obispo en los distintos capítulos de esta Exhortación:

- Misterio y ministerio del Obispo
- La vida espiritual del Obispo

- Maestro de la fe y heraldo de la Palabra
- Ministro de la gracia del supremo sacerdocio
- Gobierno del Obispo
- En la comunión de las Iglesias
- El Obispo ante los retos actuales.

*** Discurso con ocasión de la visita “ad limina Apostolorum” de los obispos de la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales (23-X-2003).**

El Santo Padre les dice en primer lugar que “vuestra primera visita “ad limina” de este nuevo milenio es con ocasión de afirmar vuestro compromiso para hacer el rostro de Cristo cada vez más visible dentro de la Iglesia y la sociedad mediante un testimonio firme del Evangelio, que es Jesucristo mismo” (n.1).

Juan Pablo II les advierte que “Inglaterra y Gales, a pesar de estar impregnadas de una rica herencia cristiana, hoy se enfrentan a un penetrante avance del secularismo. En la raíz de esta situación está el intento de promover una visión de humanidad alejada de Dios y apartada de Cristo. Es una mentalidad que exagera el individualismo, rompe el vínculo esencial entre libertad y verdad y, consecuentemente, destruye los lazos mutuos que definen la convivencia social. Esta pérdida de sentido de Dios es con frecuencia experimentada como un “abandono del hombre”. La desintegración social amenaza la vida familiar, y los horrorosos fantasmas de la intolerancia racial y de la guerra, dejan a muchos hombres y mujeres, y en especial a los jóvenes, con un sentimiento de desorientación y a veces incluso sin esperanza.

El Santo Padre invita a los Obispos a “permanecer vigilantes en nuestro deber de proclamar con claridad y apasionada certeza que Jesucristo es la fuente de la esperanza, una esperanza que no decepciona (Rm.5,5). (...) la diaria proclamación del Evangelio y una vida de santidad es la vocación de la iglesia en todo tiempo y lugar” (n.2).

El Papa les propone una serie de medios para hacer realidad el anuncio de Jesucristo: “Si la Iglesia quiere saciar la sed de los hombres y mujeres de verdad y de auténticos valores con los que construir sus vidas, no se debe ahorrar ningún esfuerzo por encontrar iniciativas pastorales efectivas para dar a conocer a Jesucristo. (...) El gran reto al que nos enfrentamos es hacer de la Iglesia el hogar y la escuela de comunión, reconociendo que ella es “un pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4) (n.3)

Juan Pablo II les dice también que la Iglesia necesita sacerdotes humildes y santos,”cuyo itinerario diario de conversión inspire a todo el pueblo de Dios a la santidad a que es llamado. Firmemente arraigado en una relación personal de profunda comunión y amistad con Jesús el Buen Pastor, el sacerdote no sólo encontrará santificación para él, sino que se convertirá en un modelo de santidad para el pueblo al que está llamado a servir (n.4).

El Santo Padre invita a los Obispos a evangelizar la cultura ya que “es el aspecto central de la nueva evangelización”. En efecto, “el punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios (CA 24). (...) Un primer factor en la configuración de la cultura hoy son los medios de comunicación social. El fundamental requerimiento moral de toda comunicación es que debe respetar y servir a la verdad (n.5).

Finalmente, el Papa “reconoce la delicada contribución de vuestras “escuelas católicas” tanto para enriquecer la fe de la comunidad católica como la de promover la dignidad en la vida cívica en general”. Por ello les invita a hacer un esfuerzo para revitalizar estas escuelas” (n.6).

*** Discurso a la Conferencia Episcopal Belga con ocasión de su visita ad limina Apostolorum (22-XI-2003)**

El Santo Padre acoge a los obispos de Bélgica con verdadero espíritu de padre y hermano en el Señor, y les ofrece una exhortación pastoral de la que ofrecemos lo siguiente:

“Nuestra responsabilidad como Obispos estriba en procurar que resuene con fuerza y claridad el anuncio de la salvación divina que se ofrece a todo hombre en el misterio del amor redentor de Cristo, salvación realizada de una vez por todas en el madero de la cruz, y en invitar a los fieles a llevar una vida coherente con la fe que profesan.

“En una sociedad que va perdiendo sus puntos de referencia y que fomenta abiertamente un relativismo generalizado en nombre del pluralismo, nuestro primer deber consiste en dar a conocer a Cristo, su Evangelio de paz y la luz nueva que el arroja sobre el destino del hombre.

“Al actuar así, “no impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido” GS. n.3).

El Santo Padre invita a los obispos “a proseguir activamente el diálogo con la sociedad civil y con todo el pueblo belga, cuidando de dar a conocer de manera explícita los valores propios de la fe cristiana y su valiosa experiencia del hombre a través de la historia y las culturas, y ello no ya para imponer un modelo propio, sino por respeto a la verdad, de la que sois ministros en nombre de Cristo, y por respeto al diálogo mismo, que exige que se considere la identidad propia y legítima de cada interlocutor. Si cumple con estas condiciones, la Iglesia encontrará su lugar en la sociedad belga, anunciando el Evangelio con franqueza y trabajando por su penetración progresiva en la cultura actual”, (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II al cuarto grupo de obispos de Francia con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (24-I-2004).**

- El problema urgente:

El Santo Padre acoge los interrogantes e inquietudes con respecto al futuro del clero, recordando la situación particularmente alarmante que atraviesa Francia (n.1).

- Ser realistas pero sin caer en el desánimo

Aunque es preciso ser realistas frente a las dificultades, no hay que ceder al desaliento, ni limitarse a constatar las cifras y la disminución del número de sacerdotes, de lo cual, por lo demás, no podemos sentirnos totalmente responsables (n.2).

- ¿Qué debemos hacer?

Con la ayuda de Cristo y conscientes de nuestra herencia, debemos proponer sin cesar la vida sacerdotal a los jóvenes como un compromiso generoso y una fuente de felicidad, procurando renovar y reforzar la pastoral vocacional. Lo que puede alejar a los jóvenes (...) es ante todo la imagen del sacerdote, cuya identidad, en la sociedad moderna, está poco definida y es cada vez menos clara, y cuya tarea es cada vez más pesada. Es fundamental reafirmar esa identidad, mostrando de manera más nítida el perfil de la figura del sacerdote diocesano. (...) El sacerdote, hombre en medio de sus hermanos, escogido para servirles mejor, encuentra su alegría y el equilibrio de su vida en su relación con Cristo y en su ministerio. Es el pastor de la grey, que guía al pueblo de Dios, que celebra los sacramentos, que enseña y anuncia el Evangelio, asegurando así una paternidad espiritual mediante el acompañamiento de sus fieles. En todo es a la vez el testigo y el apóstol que, a

través de las diferentes actividades de su ministerio, manifiesta su amor a Cristo, a la Iglesia y a los hombres (n.2).

- Palabras de aliento a los sacerdotes

Quiero expresar mi aprecio por la valentía, el celo y la tenacidad de los sacerdotes que desempeñan su ministerio en condiciones a menudo muy difíciles, en el seno de una sociedad en la que no son suficientemente estimados. En vez de desanimarse, deben encontrar en Cristo la audacia para cumplir la misión que se les ha confiado. Con ellos, doy gracias por su fidelidad, signo de su amor profundo a Cristo y a la Iglesia. No deben olvidar jamás que, mediante las actividades de su ministerio, hacen presente la ternura de Dios y comunican a los hombres la gracia que necesitan (n.2).

- Los sacerdotes deben cumplir sus compromisos y obligaciones

Debe compaginar las exigencias de la existencia diaria, del ministerio, de la formación permanente y de su tiempo de descanso, para recuperar sus fuerzas, a fin de no poner en peligro el equilibrio de su vida humana y afectiva. Lo que cuenta, ante todo, para el sacerdote es la edificación y el crecimiento de su vida espiritual, fundada en una relación diaria con Cristo caracterizada por la celebración eucarística, la Liturgia de las Horas, la lectio divina y la oración. Esta relación constituye la unidad del ser sacerdotal y del ministerio (n.3).

- Experiencia sacerdotal fraterna

Algunos sacerdotes, sobre todo los más jóvenes, sienten la necesidad de una experiencia sacerdotal fraterna, o sea, de un camino comunitario, para sostenerse y atenuar las dificultades que algunos pueden experimentar ante la inevitable soledad vinculada al ministerio, aunque, a veces de manera paradójica, viven su ministerio de modo demasiado individual. Les exhorto a desarrollar su deseo de vida fraterna y colaboración mutua, que no puede por menos de fortalecer la comunión en el seno del presbiterio diocesano, en torno al obispo (...).

Del mismo modo, aliento a los sacerdotes de todas las generaciones a estar cada vez más cercanos uno de otros y a desarrollar su fraternidad sacerdotal y la colaboración pastoral, sin miedo a las diferencias ni a las sensibilidades específicas, que pueden ser beneficiosas para el dinamismo de la Iglesia local (n.4).

- El celibato y la castidad

Ante todo quiero expresar mi aprecio por la fidelidad de los sacerdotes, que se dedican a vivir plenamente esta dimensión fundamental de su vida sacerdotal, mostrando así al mundo que Cristo y la misión pueden colmar una existencia y que la consagración al Señor, en la entrega total de sus potencialidades de vida, constituye un testimonio del absoluto de Dios y una participación particularmente fecunda en la construcción de la Iglesia. Invito a los sacerdotes a permanecer vigilantes ante las seducciones del mundo y a hacer regularmente un examen de conciencia para vivir cada vez más a fondo la fidelidad a su compromiso, que los conforma a Cristo, casto y totalmente entregado al Padre, y que es una contribución importante al anuncio del Evangelio. (n.5).

- El desafío de la descristianización

En la actualidad, la creciente descristianización es el mayor desafío; os exhorto a afrontarlo, movilizándolo a tal efecto a todos los sacerdotes de vuestras diócesis. Lo más urgente es la misión, en la que deben participar todos los discípulos del Señor, y la evangelización del mundo, que, no sólo ya no conoce los aspectos fundamentales del dogma cristiano y una participación fructuosa en la vida sacramental, sino que, en gran parte, ha perdido también al memoria de los elementos culturales del cristianismo (n.6) (Ecclesia, n.3221; 4-IX-2004) 28-30.

*** Discurso de Juan Pablo II al séptimo grupo de obispos franceses con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (13-II-2004).**

- La situación actual de los jóvenes: El Santo Padre centra sus palabras en un problema que tienen planteado los obispos: “en vuestras relaciones quinquenales evocáis el ambiente complejo y difícil en el que viven los jóvenes. Su universo cultural está marcado por las nuevas tecnologías de la comunicación que cambian su relación con el mundo, con el tiempo y con los demás, y modelan sus comportamientos. Esto crea una cultura de lo inmediato y lo efímero, que no siempre es favorable a la profundización, ni a la maduración interior o al discernimiento moral. Pero la utilización de los nuevos medios de comunicación social tiene un interés innegable. (...) No puedo menos de impulsar el desarrollo de estos instrumentos para servir al Evangelio y para alimentar el diálogo y la comunicación.

- Panorama de la sociedad actual: La sociedad se caracteriza por numerosas fracturas, que hacen a los jóvenes particularmente frágiles: separaciones familiares, familias reconstruidas con hermanos diferentes, y ruptura de vínculos sociales. No podemos por menos de pensar en los niños y

en los jóvenes que sufren terriblemente por la desintegración de su familia, o en los que viven en situaciones de precariedad, que los llevan a menudo a considerarse excluidos de la sociedad. Del mismo modo, la evolución de las mentalidades no deja de preocupar: subjetividad exacerbada; liberación excesiva de las costumbres, que impulsa a los jóvenes a creer que cualquier comportamiento, si es realizable, podría ser bueno; disminución grave del sentido moral, que lleva a pensar que ya no existe ni el bien ni el mal objetivos (...) (n.2).

- Pastoral de la juventud. Como pastores estáis atentos a esas realidades, conociendo la generosidad de los jóvenes, dispuestos a movilizarse por causas justas y deseosos de encontrar la felicidad. Son fuerzas pastorales que la Iglesia debe tener en cuenta en su pastoral de juventud, y la Iglesia debe contribuir a su pleno desarrollo.(...) Os invito, a pesar de la escasez de los medios, a no escatimar esfuerzos en el campo educativo (n.3).

- Invito a las comunidades diocesanas a prestar una atención cada vez mayor a los lugares educativos, ante todo, a la familia, a la que conviene sostener y ayudar en las relaciones entre padres e hijos, en particular en el momento de la adolescencia (n.4).

- La pastoral de la juventud requiere, por parte de los acompañantes, perseverancia, atención e inventiva. Por eso, no dudéis en dedicar sacerdotes cualificados, con buena formación y una vida espiritual y moral a toda prueba, para acompañar a los jóvenes, transmitirles la enseñanza cristiana, compartir con ellos tiempos fraternos y de esparcimiento, a fin de que se conviertan en misioneros.(...) (n.5).

- “La Iglesia desea proponer el camino de una progresión en las relaciones amorosas, que pasa por el tiempo del noviazgo y presenta el ideal de la castidad; recuerda que el matrimonio entre un hombre y una mujer, y la familia, se construyen ante todo sobre un vínculo fuerte entre las personas y un compromiso definitivo, y no sobre el aspecto puramente afectivo, que no puede constituir la única base de la vida conyugal (n.6) (Ecclesia, nn.3201-02; 17 y 24 abril-2004;42-44)..

*** Discurso al octavo grupo de obispos de Francia con ocasión de su visita “ad limina” (20-II-2004).**

- La situación de la sociedad francesa: El Papa parte de la situación en la que se encuentra la sociedad francesa tal y como aparece en las relaciones quinquenales. Como puede verse, hay realidades positivas y realidades preocupantes. Fijémonos en éstas por su importancia:

“La secularización de la sociedad francesa, entendida a menudo como un rechazo en la vida social, de los valores antropológicos, religiosos y morales que la han marcado profundamente.

“También se siente la necesidad de un anuncio renovado del Evangelio, incluso para las personas ya bautizadas, hasta el punto de constatar que, con mucha frecuencia, un primer anuncio del Evangelio es necesario casi por doquier. También os preocupa la disminución del número de niños catequizados (n.2).

- Respuestas a esta situación.

El Papa ofrece a los obispos unas sugerencias con la pretensión de ayudarles a resolver los problemas actuales.

“Por lo que concierne a la catequesis para niños y jóvenes. Es importante ofrecerles una educación religiosa y moral de calidad, presentando los elementos claros y sólidos de la fe, que llevan a una intensa vida espiritual (...), a una práctica sacramental y a una vida humana digna y hermosa.

“Es importante también que las autoridades competentes, respetando la legislación en vigor, den espacio a la catequesis y a la actividad religiosa personal y comunitaria de los fieles, recordando que esta dimensión de la existencia tienen una influencia positiva en los vínculos sociales y en la vida de las personas.

“Conviene estar atentos a la formación de los padres y de los catequistas, para que puedan llegar al núcleo de la fe que tienen que comunicar. El camino cristiano no puede apoyarse sobre una simple actitud sociológica, ni sobre el conocimiento de algunos rudimentos del mensaje cristiano, que no llevarían a una participación en la vida de la Iglesia

“Os invito a seguir cuidando la formación de los jóvenes, buscando formas de enseñanza que, teniendo en cuenta su deseo de hacer una intensa experiencia humana, les propongan conocer a Cristo y encontrarse con Él en un itinerario fuerte y edificante (n.3).

“También deseo atraer vuestra atención hacia la función catequística y evangelizadora de la liturgia, que se debe entender como un camino de santidad, la fuerza interior del dinamismo apostólico y del carácter misionero de la Iglesia” (n.5).

*** Discurso a Obispos de los Estados Unidos con ocasión de su visita “ad limina” (2-IV-2004).**

“No puede haber una reforma eficaz sin renovación interior. Esto no sólo es verdad para las personas, sino también para cada grupo e institución en la Iglesia. En la vida de todo obispo el desafío de la renovación interior debe implicar una comprensión integral de su servicio como “pastor gregis”, al que Cristo ha encomendado un ministerio específico de gobierno pastoral en la Iglesia y la responsabilidad y la autoridad apostólica que acompañan a ese ministerio. Sin embargo, para ser un “pastor gregis” eficaz, el obispo también debe esforzarse constantemente por ser “forma gregis” (cf. IPed.5,3); su autoridad apostólica debe verse ante todo como testimonio religioso del Señor resucitado, de la verdad del Evangelio y del misterio de la salvación presente y operante en la Iglesia (...) (n.2).

Así pues, la renovación de la Iglesia está íntimamente relacionada con la renovación del ministerio episcopal. Puesto que el Obispo está llamado de un modo único a ser alter Christus, vicario de Cristo en su Iglesia local y para ella, debe ser el primero en conformar su vida con Cristo en santidad y en conversión constante. Sólo teniendo los mismos sentimientos de Cristo (cf. Fil.2,5) y “renovando el espíritu y la mente” (Ef.4,23), podrá desempeñar eficazmente su oficio de sucesor de los Apóstoles, guía de la comunidad de fe y coordinador de los carismas y misiones que el Espíritu Santo derrama constantemente sobre la Iglesia” (n.2).

- Visión creyente de la naturaleza y finalidad de la Iglesia

El reciente Sínodo de los obispos y la exhortación postsinodal “Pastores gregis” hablaron insistentemente de la necesidad de una eclesiología de comunión y misión, que “es necesario tener siempre presente” (n.2), para comprender y desempeñar el ministerio episcopal. Al hacerlo, adoptaron la visión esencial del concilio Vaticano II, que pidió un aprecio renovado por el misterio de la Iglesia, arraigado en la vida trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (AG 2; LG 2-4). Esta llamada del Concilio es válida hoy más que nunca. El regreso al centro de la Iglesia, la recuperación de la visión de fe de la naturaleza y de la finalidad de la Iglesia en el plan de Dios, y la comprensión más clara de su relación con el mundo, deben formar parte esencial de esa conversión constante a la palabra revelada de Dios que se exige a cada miembro del Cuerpo de Cristo, regenerado en el bautismo y llamado a trabajar por la difusión del reino de Dios en la tierra (LG 36).

El apremiante llamamiento del Concilio a orar, trabajar y esperar para que la imagen de Cristo brille cada vez con mayor claridad en el rostro de la

Iglesia (cf. LG 15), exige una reafirmación constante del asentimiento de fe a la palabra de Dios revelada y una vuelta a la única fuente de toda auténtica renovación eclesial: la Escritura y la Tradición apostólica, tal como las interpreta autorizadamente el Magisterio de la Iglesia. (n.3).

- Testimonio de esperanza

“Precisamente porque la sociedad norteamericana afronta una pérdida preocupante del sentido de trascendencia y la consolidación de una cultura de lo material y lo efímero, necesita con urgencia ese testimonio de esperanza: que implica dos cosas: “dar razón de nuestra esperanza cristiana (cf. IPedr.3.15) y hacer presente esa esperanza a través de su ministerio pastoral, centrado en los tres munera: santificar, enseñar y gobernar” (n.4) (Ecclesia, n.3223; 18-IX-2004; 35-36).

*** Discurso al sexto grupo de obispos de EE.UU con ocasión de su visita “ad limina” (28-V-2004).**

Juan Pablo II les propone el tema de su reflexión: “Continuando mis reflexiones con vosotros y con vuestros hermanos en el episcopado sobre el ejercicio del oficio episcopal, deseo pasar ahora de la misión de santificación encomendada a los sucesores de los Apóstoles a la misión profética que cumplen como “predicadores del Evangelio y maestros de la fe” (LG, 25), en comunión de todo el pueblo de Dios. (...) (n.1).

El Santo Padre procede ahora a desentrañar este ministerio profético:

- Esta “responsabilidad de la verdad” exige de la Iglesia un testimonio directo y creíble del depósito de la fe. Requiere una correcta comprensión del acto mismo de fe como asentimiento lleno de gracia a la palabra de Dios que ilumina la mente y capacita al espíritu para elevarse a la contemplación de la verdad increada, “para que, conociendo y amando a Dios, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (Fides et ratio, Introducción).

Un anuncio eficaz del Evangelio en la sociedad occidental contemporánea debe afrontar directamente el espíritu generalizado de agnosticismo y de relativismo que ha puesto en duda la capacidad de la razón de conocer la verdad, que es la única que satisface la incansable búsqueda de sentido del corazón humano. Al mismo tiempo debe defender firmemente a la Iglesia, que es, en Cristo, el auténtico ministro del Evangelio y “columna y fundamento” de su verdad salvadora (cf. ITim.3,15; LG,8).

Por ello, el Santo Padre afirma:

- Presentación correcta de la fe

“La nueva evangelización requiere una presentación clara de la fe como virtud sobrenatural por la cual nos unimos a Dios y participamos en su conocimiento, en respuesta a su palabra revelada. La presentación de una comprensión auténticamente bíblica del acto de fe, que destaque tanto la dimensión de conocimiento como la de la confianza, ayudará a superar enfoques puramente subjetivos y facilitará un aprecio más profundo del papel de la Iglesia, proponiendo autorizadamente “la fe que hay que creer y que hay que llevar a la práctica” (cf. LG, 25).

- Relación entre la fe y la razón

En elemento esencial del diálogo de la Iglesia con la sociedad contemporánea debe ser también una correcta presentación, en la catequesis y en la predicación, de la relación entre la fe y la razón. Esto llevará a una comprensión más fecunda de las dinámicas espirituales de la conversión, como la obediencia a la palabra de Dios, la disponibilidad a “tener los mismos sentimientos que Cristo” (Fil. 2,5) y la sensibilidad al “sensus fidei” sobrenatural, por el que “el pueblo de Dios, bajo la dirección del magisterio al que obedece con fidelidad, se adhiere indefectiblemente “a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre” (LG 12); (n.2).

- La palabra de Dios no debe estar encadenada

El Santo Padre dice a estos Obispos que “la palabra de Dios debe resonar en el mundo en toda su verdad liberadora como palabra de gracia y de salvación. (...) Todos los esfuerzos de la Iglesia deben centrarse y dirigirse a este único objetivo: dar a conocer a Cristo por doquier y hacerlo amar como “el camino, la verdad y la vida” (Jn.14,5). Esto requerirá una profunda renovación del sentido misionero y profético de todo el pueblo de Dios, y la movilización consciente de los recursos de la Iglesia con vistas a una evangelización que permita a los cristianos dar razón de su esperanza (IPedr.3,15) y a toda la Iglesia hablar valientemente y con una única voz al afrontar las grandes cuestiones morales y espirituales que interpelan a los hombres y mujeres de nuestro tiempo” (n.3).

- Llamada a los laicos

El Santo Padre hace una llamada a los laicos cristianos para que participen en el anuncio del Evangelio: “Esta es, sobre todo, la hora de los fieles laicos, quienes, con su específica vocación a configurar el mundo

secular de acuerdo con el Evangelio, están llamados a cumplir la misión profética de la Iglesia, evangelizando los diversos ámbitos de la vida familiar, social, profesional y cultural” (cf. *Ecclesia in America*”, n. 44).

*** Discurso de Juan Pablo II al noveno grupo de obispos de los Estados Unidos con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (2-IX-2004).**

Por don de Dios hemos llegado a ser “ministros del Evangelio” y hemos recibido la gracia de “anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo”.

- El “munus episcopale propheticum “

Un desafío fundamental en esta área consiste seguramente en realizar un fructuoso encuentro entre el Evangelio y la nueva cultura global, que está tomando forma rápidamente como resultado del crecimiento sin precedentes en las comunicaciones y la expansión de una economía mundial. Estoy convencido de que la Iglesia en los Estados Unidos puede desempeñar un papel importante al afrontar este desafío, puesto que esta realidad emergente es, en muchos casos, fruto de experiencias, actitudes e ideas occidentales contemporáneas y, en particular, norteamericanas.

- La evangelización de la nueva cultura emergente

La nueva evangelización exige un claro discernimiento de las profundas exigencias y aspiraciones espirituales de una cultura que, a pesar de todos sus aspectos de materialismo y relativismo, se siente profundamente atraída hacia la dimensión primordialmente religiosa de la experiencia humana y lucha por redescubrir sus raíces espirituales. Por tanto, para la Iglesia en USA, la evangelización de la cultura puede dar una contribución única a la misión “ad gentes” de la Iglesia en nuestros días. Con la predicación, la catequesis y el testimonio público, la Iglesia en vuestro país debe desarrollar un nuevo estilo kerigmático, que responda a las necesidades espirituales de los hombres y mujeres contemporáneos, y les brinde una respuesta clara y convincente, basada en la verdad del Evangelio (n.2).

- Diálogo ecuménico e interreligioso

La iglesia en EE.UU está haciendo un esfuerzo por hacer que se escuche su voz en el debate público, en defensa de los derechos humanos fundamentales, la dignidad de la persona y las exigencias éticas de una sociedad justa y bien ordenada. En una nación pluralista como la vuestra, esto ha implicado necesariamente una cooperación práctica con hombres y mujeres

de diversas creencias religiosas, y con todas las personas de buena voluntad, al servicio del bien común. (...) Es en la conversión de los corazones y en la renovación espiritual de la humanidad donde reside la esperanza de un futuro mejor, y aquí el testimonio, el ejemplo y la cooperación de los creyentes religiosos desempeña un papel fundamental (n.3).

- Envío de misioneros

Os animo a realizar todos los esfuerzos posibles para reavivar esta fuerte manifestación de solidaridad con la Iglesia universal (=formación y envío de generaciones de misioneros “ad gentes”, y las contribuciones de innumerables católicos a las misiones extranjeras). (...) Ojalá que la Iglesia en vuestro país descubra las fuentes para una profunda renovación interior a través de una revitalización del celo misionero, sobre todo promoviendo vocaciones para los institutos de misioneros y proponiendo, especialmente a los jóvenes, el noble ideal de una vida completamente consagrada al Evangelio (n.4).

- Palabras de aliento del Santo Padre

Os pido que apoyéis firmemente a vuestros hermanos sacerdotes, muchos de los cuales han sufrido profundamente a causa de las debilidades, a las que se ha dado mucha publicidad, de algunos ministros de la Iglesia (abuso sexual que ha ensombrecido su vida y su ministerio) (...) Es verdad, la renovación de la Iglesia está relacionada con la renovación del sacerdocio (cf. OT.1). Por esta razón, os pido que hagáis todo lo posible por estar presentes como padres y hermanos entre vuestros sacerdotes, por mostrar sincera gratitud por su ministerio, por uniros frecuentemente a ellos en la oración y por estimularlos en la fidelidad a su noble vocación de hombres consagrados totalmente al servicio del Señor y de su Iglesia. En una palabra, ¡decidles a vuestros sacerdotes que yo los llevo en mi corazón! (n.5).

- Dios está preparando una gran primavera para el Evangelio (RMi.86).

Termina el santo Padre su discurso con un grito de esperanza. Dios está preparando una primavera para el Evangelio. ¡No tengáis miedo!. ¡Confiad siempre en Dios! Dios nos llama a todos a “abrir las puertas a Cristo” en todos los aspectos de nuestra vida y de nuestra actividad. (cf. NMI 54). (Ecclesia, n.3228; 23-X-2004; 33-34).

*** Discurso de Juan Pablo II al décimo grupo de obispos de los estados Unidos, con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (11-IX-2004).**

- El ejercicio de la potestad sagrada del Obispo

Nuestras reflexiones se centran hoy en el ejercicio de la potestad sagrada del obispo, que debe estar siempre arraigada en la autoridad moral marcada por su participación en la consagración y misión de Cristo. Esto nos exige un estilo pastoral inspirado en el ejemplo de Cristo, el buen pastor, con el fin de fomentar la santidad, la comunión y la misión en la comunidad eclesial.

- ¿Quién es el obispo?

El obispo es sobre todo un testigo, un maestro y un modelo de santidad, así como un administrador prudente de los bienes de la Iglesia. La potestad sagrada que ejerce legítimamente debería estar arraigada en la autoridad moral de una vida completamente marcada por su participación sacramental en la consagración y la misión de Cristo. En efecto, “todo lo que dice y hace el obispo ha de revelar la autoridad de la palabra y de los gestos de Cristo (Pastores gregis, 43) En consecuencia, “el valor de la autoridad del obispo no se manifiesta en las apariencias, sino profundizando en el sentido teológico, espiritual y moral de su ministerio, fundado en el carisma de la apostolicidad” (ib). Es necesario estimar a los obispos, como sucesores de los Apóstoles, no sólo por su autoridad y su potestad sagrada, sino sobre todo por su vida y su testimonio apostólico (n.2) (...).

- Estilo pastoral del obispo

Todo obispo ha de cultivar “un estilo pastoral cada vez más abierto a la colaboración de todos” (Pastores gregis”,44), fundado en una clara comprensión de la relación entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los bautizados (cf. LG,10). Aunque el obispo mismo sigue siendo el responsable de las decisiones autorizadas que está llamado a tomar en el ejercicio de su gobierno pastoral, la comunión eclesial “supone también la participación de todas las categorías de fieles, en cuanto corresponsables del bien de la Iglesia particular, de la cual ellos mismos forman parte” (Pastores gregis, 44). Dentro de una correcta eclesiología de comunión, el esfuerzo por crear mejores estructuras de participación, consulta y responsabilidad común no debe ser mal entendido como una concesión a un modelo secular y “democrático” de gobierno, sino como un requisito intrínseco del ejercicio de la autoridad episcopal y un instrumento necesario para fortalecer esta autoridad” (n.3).

- Finalidad del “munus regendi” del obispo

El ejercicio del munus regendi tiene como finalidad tanto congregar la grey en la unidad visible de una única profesión de fe vivida en la comunión sacramental de la Iglesia, como guiar esa grey, en la diversidad de sus dones y vocaciones, hacia un objetivo común: el anuncio del Evangelio hasta los confines de la tierra. En consecuencias, todo acto de gobierno eclesial debe estar encaminado a fomentar la comunión y la misión. Así, por su fin y su objetivo comunes, los tres “munera de enseñar, santificar y gobernar son claramente inseparables e interdependientes (cf. Pastores gregis,9; LG 20 y 27) (Ecclesia, n.3228; 23-X-2004; 31-32).

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de la Conferencia Episcopal Neozelandesa, con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (13-IX-2004).**

- Acogida y saludo del Papa:

“Acudiendo para ver a Pedro (cf. Gal.1,18) de una nación insular tan distante, testimoniáis la fuerza de esa comunión que “tutela las legítimas diversidades y, al mismo tiempo, vigila para que la particularidad no sólo no dañe a la unidad, sino que la sirva” (n.1).

- Los efectos de un secularismo ilimitado

Al igual que muchos otros países, Nueva Zelanda padece hoy en día los efectos de un secularismo ilimitado. Esta “ruptura entre Evangelio y cultura” (EN 20) se manifiesta en una “crisis del sentido” (FeR.n.81): la distorsión de la razón por parte de grupos específicos de interés y el individualismo exacerbado son ejemplos de esta perspectiva de vida que desatiende la búsqueda del fin último y del significado de la existencia humana.

- Necesidad de anunciar el Evangelio

Vuestros mismos informes revelan de manera inequívoca la necesidad urgente del mensaje liberador de Cristo en una sociedad que experimenta las trágicas consecuencias del eclipse del sentido de Dios: el distanciamiento de la Iglesia, una vida familiar socavada, la facilitación del aborto y de la prostitución, una visión errónea de la vida que busca el placer y el “éxito” en vez de la bondad y la sabiduría (n.2).

- ¿Qué esperan los neozelandeses de los obispos?

Ante tan inquietante deriva, los neozelandeses esperan de vosotros que seáis hombres de esperanza, que predican y enseñan con pasión el esplendor

de la verdad de Cristo, que destierra las tinieblas e ilumina el camino auténtico de la vida.¡Sabed que el Señor mismo está a vuestro lado! Escuchad su voz: “Ánimo, soy yo, no tengáis miedo” (Mc.6,50) (n.2).

- Llamada del Papa a todos los cristianos a ser testigos de la esperanza

Todos los fieles de Neozelanda, en virtud de su vocación bautismal, están llamados a compartir vuestro testimonio de la esperanza propia de la Iglesia (cf. IPed.3,15). Y la forma mejor de hacerlo consiste en participar gozosamente en el culto. La misa dominical, amén del cumplimiento de una obligación solemne, es una gloriosa epifanía de la Iglesia en la que el santo Pueblo de Dios, compartiendo de manera activa y plena la misma celebración litúrgica, testimonia el “día supremo de la fe”, “un día indispensable”, “el día de la esperanza cristiana”. (...) Cuando el domingo se subordina a un concepto popular de “fin de semana” y queda indebidamente dominado por el ocio y el deporte en vez de santificarse y revitalizarse auténticamente, las personas permanecen atrapadas en una búsqueda inexorable -y a menudo sin sentido- de novedades, por lo que no experimentan el frescor del “agua viva” de Cristo (Jn.4,11). (...) “Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos (...) No desertéis de las asambleas (...) sino animaos” (Heb.10,23-25) (n.3).

- La Liturgia y la misión evangelizadora

“En su sagrada liturgia encuentra la Iglesia fuerza e inspiración para su misión evangelizadora: “el objetivo por el que se está con Jesús es caminar desde Jesús, contando siempre con su poder y su gracia” (Ecclesia in Oceanía, n.3). Este dinamismo (...) conduce a todo cristiano a la tarea de evangelizar la cultura. Se trata de un deber que ningún creyente puede ignorar. Enviados por el propio Señor a la viña -es decir a la casa, a la escuela, al lugar de trabajo, a las organizaciones cívicas-, los discípulos de Cristo no tienen tiempo para permanecer “en la plaza sin trabajo” (Mt.20,3), ni pueden estar absorbidos por los aspectos internos de la vida parroquial como para desatender el mandato de evangelizar a los demás activamente. (...) Impulsados por la Palabra y robustecidos por el Sacramento, los seguidores de Jesús han de regresar a su “viña” ardiendo en deseo de “hablar” de Cristo y de “mostrarlo” al mundo (cf. NMI 16) (n.4).

- Las escuelas católicas y las catequesis

Las escuelas católicas han de ser hoy en día agentes activos de evangelización en el centro de la vida parroquial. (...) El de la catequesis y de

la educación religiosa es en la actualidad in apostolado gravoso.(n.5). (Ecclesia, n.3226; 9-X-2004; 27-29).

*** Discurso a los Obispos participantes en el Seminario organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (16-IX-2004)**

“Vuestra primera preocupación es ser guardianes celosos de la integridad de la fe y de la unidad de la Iglesia. Llamados a seguir a Cristo, cuidad de hacer crecer incesantemente la comunión con el Pontífice romano y con los demás obispos, especialmente en el seno de la misma Conferencia Episcopal y de la misma provincia eclesiástica (n.2).

“Sed modelos para el pueblo cristiano, sacando en un camino espiritual, en una vida sacramental intensa, en la formación permanente, la fuerza para ser servidores del Evangelio. El ministerio de santificación de los obispos está ordenado a la santidad del pueblo de Dios. En su ministerio, el obispo debe promover incansablemente una auténtica pastoral y pedagogía de la santidad. Para guiar hacia la santidad verdadera al pueblo de los creyentes y manifestar la esperanza cristiana, que cada uno de vosotros haga suya la perspectiva de San Pablo: “Porque si predico el Evangelio, no tengo de qué sentir orgullo; es mi obligación hacerlo. Pues, ¡ay de mí si no evangelizare!” (ICort.9,16) (n.3).

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de la Conferencia Episcopal del Pacífico, con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (18-IX-2004).**

- Sentido de vuestra visita “ad limina”

“Vuestra visita “ad limina Apostolorum” expresa la comunión profunda de amor y de verdad que une a las dispersas diócesis del Pacífico con el Sucesor de Pedro y con sus colaboradores al servicio de la Iglesia universal. Recorriendo grandes distancias para “ver a Pedro” (cf. Gál.1,18), confirmáis vuestra “unidad en la misma fe, esperanza y caridad, y dar a conocer y apreciar cada vez más el inmenso patrimonio de valores espirituales y morales que toda la Iglesia, en comunión con el Obispo de Roma, ha difundido en todo el mundo” (“Pastor bonus”, apéndice I,3) (n. 1).

- El ministerio de la palabra

“Familias y comunidades, prosiguiendo en la búsqueda del sentido de sus vidas, tratan de ver “la fe en acción”. Esto exige que vosotros, maestros de fe y heraldos de la Palabra, prediquéis con claridad y precisión cómo “la fe

lleva en sí la fuerza necesaria para forjar la misma cultura penetrando en sus motivaciones hasta su núcleo esencial” (“Ecclesia in Oceanía”, 20). Radicado en la tradición cristiana y atento a los signos de los cambios culturales contemporáneos, vuestro ministerio episcopal será así un signo de esperanza y de orientación para todos (n.2).

- El secularismo

“La invasión del secularismo, en especial bajo la forma de consumismo, y la fuerte influencia de los aspectos más insidiosos de los medios de comunicación social, que transmiten una visión deformada de la vida, de la familia, de la religión y de la moralidad, minan las bases de los valores culturales.

- Ayuda a los pueblos a renovar la fe

Frente a tales retos, los pueblos de Oceanía aumentan su comprensión de la necesidad de renovar su fe y de encontrar una vida más rica en Cristo. En esta búsqueda os miran a vosotros, con gran esperanza, para que seáis ministros firmes de la verdad y testigos audaces de Cristo. Quieren que seáis vigilantes en la búsqueda de nuevos modos de enseñar la fe de tal manera que sean fortalecidos por el poder del Evangelio que debe impregnar su forma de pensar, sus criterios de juicio y sus normas de comportamiento (...) En este contexto, es vuestro testimonio predicado y vivido el “sí” extraordinario de Dios a la humanidad (cf. ICort.1,20) el que inspirará a vuestros pueblos a rechazar los aspectos negativos de nuevas formas de colonización y a aprovechar todo lo que genera nueva vida en el Espíritu” (n.3).

- La unidad de la Iglesia

“En cuanto don inagotable de Dios, la unidad de la Iglesia resplandece sobre la totalidad de sus miembros como una llamada urgente para crecer en la comunión de fe, de esperanza y de caridad. En medio de los cambios culturales, que son con frecuencia factores de división, el gran reto de hoy consiste en hacer de la Iglesia “la casa y la escuela de la comunión” (NMI, 43). Eso requiere del obispo, enviado en nombre de Cristo para cuidar de una porción determinada del pueblo de Dios, ayudar a su pueblo a convertirse en uno en el Espíritu Santo. Por consiguiente os aliento a imitar al Buen Pastor que conoce a sus ovejas y que llama a cada una por su nombre. Los encuentros y la escucha atenta de vuestros próximos colaboradores - sacerdotes, religiosos, religiosas y catequistas-, al igual que los contactos directos con los pobres, los enfermos y los ancianos, unificarán vuestro pueblo y enriquecerán vuestra enseñanza gracias al ejemplo concreto que dais de una

fe humilde y de servicio. La importancia particular de la “communio” entre un obispo y sus sacerdotes significa que os preocupáis siempre de manifestarles vuestro interés paternal por su crecimiento y su felicidad (n. 4).

- La formación de los seminaristas y de los sacerdotes

“Vosotros sois los primeros formadores de vuestros sacerdotes. Vuestra solicitud por la formación humana, espiritual, intelectual y pastoral de vuestros seminaristas y de vuestros sacerdotes es una expresión evidente de vuestro amor por ellos, y eso llevará muchos frutos a vuestras diócesis. Este afecto especial debe manifestarse mediante una atención continua por su santificación personal en el ministerio y por la actualización constante de su compromiso pastoral (cf. PDV.2).

- La vida consagrada

El Santo Padre tiene también un mensaje que transmitir a innumerables mujeres y hombres consagrados que se han abandonado a la llamada del Señor de anunciar el Evangelio con generosa entrega. Religiosos, sacerdotes, hermanos y hermanas continúan estando en primera línea en la evangelización en vuestras diócesis. Persiguiendo la perfección de la caridad al servicio del Reino, los religiosos responden en particular a la sed creciente de vuestro pueblo de una espiritualidad sostenida para avivar su fe. Este testimonio requiere que los religiosos mismos se alimenten diariamente en la fuente de una sana espiritualidad. La vida espiritual, radicada en el carisma de una Orden, debe ocupar, por tanto, “el primer lugar en el programa de las familias de vida consagrada, de tal modo que cada instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica” (“Vita consecrata”, 93) En efecto, la fecundidad apostólica, el amor generoso por los pobres y la habilidad de inspirar las vocaciones entre los jóvenes dependen de esta prioridad y del crecimiento creativo del compromiso individual y colectivo. Las religiosas, en particular, han contribuido grandemente al desarrollo social de mujeres y de niños en vuestra región. Actuando así, han testimoniado los valores femeninos que expresan el esencial carácter relacional de la humanidad: la capacidad de vivir “para el otro” y “gracias al otro” (...) Autenticidad, honestidad, sensibilidad y servicio enriquecen todas las relaciones humanas” (n.5). (Ecclesia, n.3228; 23-X-2004); 28-30.

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de la Conferencia Episcopal de Colombia, con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (30-IX-2004).**

- Aumento del deterioro moral

Al analizar la situación de la Iglesia y de la sociedad colombiana habéis constatado el incremento de un fenómeno realmente preocupante, como es el deterioro moral. Se presenta de muy diversas formas y afecta a los más variados ámbitos de la vida personal, familiar y social, socavando la importancia intrínseca de una conducta moralmente recta y poniendo en serio peligro la autenticidad misma de la fe, que “suscita y exige un compromiso coherente de vida; comporta y perfecciona la acogida y la observancia de los mandamientos divinos” (VS.89). (...) Es un reto de gran importancia que implica distintas líneas de acción pastoral teniendo como modelo a Jesús, el Buen Pastor, que vino precisamente a llamar a pecadores (cf. Mt.9,13), acercándose a muchos de ellos e instándoles a cambiar su modo de vivir (cf. Lc.19,8) (n.3).

- Predicación y ejemplo

La misericordia de Jesús y su compasión ante la fragilidad humana no le impedían indicar con claridad cuál era la conducta a seguir o las actitudes más acordes con la voluntad divina, desarticulando a menudo las argumentaciones insidiosas de sus adversarios; eso le granjeó la admiración de las gentes, “porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas” (Mt.7,29). Tampoco se inhibía el Señor cuando debía denunciar hipocresías o desmanes (...).

Como sucesores suyos, corresponde a los obispos enseñar “que las cosas mismas de este mundo y las instituciones humanas, según el designio de Dios Creador, se ordenan a la salvación de los hombres” (ChD. 12). Proclamar la justicia, la verdad, la fidelidad o el amor al prójimo, en todas sus implicaciones concretas, es inherente al anuncio evangélico en su integridad. Este anuncio contribuye a la formación de una conciencia recta e ilumina a todos los hombres de buena voluntad: así “pueden que oigan y se torne cada cual de su mal camino” (Jer.26,3).

Esta enseñanza, íntegra y en plena sintonía con la doctrina moral de la Iglesia, será mucho más fructuosa si va unida al ejemplo personal, el acompañamiento constante y el aliento incansable. En efecto, “el obispo es el primer predicador del Evangelio con la palabra y con el testimonio de vida” (Pastores gregis, 26).

- Una iniciación cristiana organizada

Se trata de cultivar la fe naciente, como brotes que acrecientan y dan nueva vida a la Iglesia de Dios. Iniciar en la fe es también para los pastores y

las comunidades, una magnífica oportunidad de revivir el misterio salvador de dios desde sus comienzos: el don inmerecido de la gracia santificante que nos unen más profundamente a Cristo, la efusión del Espíritu Santo que transforma y vivifica, haciendo de la vida humana un continuo crecimiento como nueva criatura; la incorporación a la Iglesia para ser con ella germen e inicio del Reino de Dios en la tierra (cf. LG,5) (n.5).

En las diversas fases de la iniciación cristiana, quien enseña los misterios de la salvación se ve, además, en la necesidad de profundizar cada día en ellos, sin dar nada por consabido o descontado, descubriendo continuamente su grandeza y manteniendo vivo el estupor ante lo sublime. (...) El futuro de los catecúmenos y neófitos como discípulos de Jesús estará condicionado, en buena medida, por el ejemplo de las personas que les han formado, así como por la capacidad de inculcar en sus corazones una fe viva, sólida y completa.

La necesidad de una iniciación cristiana organizada, adaptada a las condiciones culturales de nuestro tiempo y de cada lugar, dirigida por pastores y catequistas ejemplares bien capacitados, se convierte en una prioridad, sobre todo allí donde el ambiente social es desfavorable al crecimiento en la fe o fallan los cauces para su transmisión y desarrollo como son la familia, la escuela o la misma comunidad cristiana (n.5).

- Alentar la esperanza en tiempos difíciles

Ante los atentados a la vida, a la libertad y a la dignidad de las personas, como si el ser humano fuera una mercancía de insignificante valor, deseo alentar vuestra esperanza tan necesaria en estos momentos por los que atraviesa Colombia (n.6) (...) (Ecclesia, n.3228; 23-X-2004); 26-28.

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de la Conferencia Episcopal de Angola y Santo Tomé y Príncipe, con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (22-X-2004).**

- Angola necesita paz y justicia.

Angola necesita paz con justicia; precisa reconciliación, rechazando toda tentación de violencia. Recuerdo a todos que ésta no puede resolver los problemas de la Humanidad, ni ayuda a superar los contrastes. Es menester tener la valentía del diálogo (...) Ha llegado la hora de una profunda reconciliación nacional; hay que trabajar sin pausa para legar a las generaciones futuras un país en el que todos los miembros de la sociedad convivan y colaboren fraternalmente. (...) Os exhorto a trabajar

incansablemente por la reconciliación y a dar testimonio auténtico de unidad mediante gestos de solidaridad y de apoyo a las víctimas de decenios de violencia (n.3).

- La renovación cristiana: la iniciación cristiana

No perdáis de vista el largo camino aún por recorrer para que el Evangelio transforme el espíritu y el corazón de los fieles cristianos desde dentro y éstos se reconozcan mutuamente como hermanos y hermanas en Cristo. Para ello es precisa una adecuada iniciación cristiana que lleve a los bautizados, por un lado, a superar concepciones ancestrales como la brujería o el amancebamiento y, por otro, a rebelarse contra la mentalidad secularizadora o incluso agnóstica reinante (n.4).

- El testimonio heroico de la fidelidad al sacramento del matrimonio

El matrimonio se ve amenazado por “el amancebamiento, la poligamia, el divorcio, la prostitución; varias de estas actividades inmorales producen la propagación del SIDA...Al hacer todo lo que esté a vuestro alcance, queridos obispos, para defender la santidad de la familia y el lugar prioritario que ésta ocupa en el seno de la sociedad, no dejéis de proclamar con voz alta y clara el mensaje liberador del amor cristiano auténtico. (n.5).

- El Papa habla de la pobreza, agravada por la falta de familia y por las secuelas de la guerra, que existe en Angola y pide a los obispos que los ayuden a rechazar la tentación de usar vías fáciles hacia falsos espejismos de éxito o riqueza” (n.6).

Por otra parte, el Santo Padre los invita a que “mediante una vida de oración y una vida sacramental fuerte, permanezcan unidos a Cristo para transmitir los valores del Evangelio en sus ambientes de vida y asumir generosamente el papel que les corresponde en la transformación de la sociedad (n.6).

Además, Juan Pablo II manifiesta que “toda la comunidad eclesial debe trabajar para que las jóvenes generaciones sean convenientemente formadas y preparadas con vistas a las responsabilidades que las aguardan y que, de alguna manera, ya les corresponden. Un medio especialmente eficaz de asegurar dicha formación son las escuelas católicas, cuya identidad específica debe reflejarse tanto en el programa global de estudios como en cada uno de los ambientes donde se desarrolla la vida escolar...(n.6).

Termina el Santo Padre este discurso con dos temas importantes:

- Atender de manera especial y adecuada la formación de los catequistas (n.7).

- Nada más eficaz que la Eucaristía para hacer que los cristianos sean y se sientan uno (n.8). (Ecclesia, n.3240; 15-I-2004), 35-38.

*** Discurso al duodécimo grupo de obispos de los Estados Unidos con ocasión de su visita “ad limina” (26-XI-2004).**

El fortalecimiento diario de esta comunión espiritual y jerárquica dentro del presbiterio diocesano es tarea primaria y esencial de todo obispo. De hecho, el Concilio exhortó a los obispos a cuidar en especial del bienestar de sus sacerdotes, tratándolos como a hijos y amigos, y cultivando constantemente la caridad sobrenatural que lleva a una unión de voluntades al servicio del pueblo de Dios (cf. ChD. 16 y 28)

Estoy convencido de que el medio más eficaz para promover esta unión es un compromiso común a favor de la vida y la misión de la Iglesia particular, renovado constantemente. Asimismo, con un amor total y abnegado a la comunidad cristiana local, los obispos y los sacerdotes descubrirán “una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral como su vida espiritual” (cf. PDV, 31).

El obispo, demostrando claramente que ama con un corazón indiviso a la Iglesia confiada a su cuidado, será el primero en promover entre sus hermanos sacerdotes el crecimiento de la “comunión de vida, de trabajo y de amor” (cf. LG 28), fundada en el “único amor”, que es el corazón y el alma del apostolado” (n.2).

El Obispo, además de fomentar la confianza mutua, el diálogo, un espíritu de unidad y un espíritu misionero común en la relación con sus sacerdotes, también debe cultivar en el presbiterio un sentido de corresponsabilidad en el gobierno de la Iglesia local (n. 3)..

La preocupación por el futuro exige también prestar atención particular a la formación en el seminario (...), a no escatimar esfuerzos para asegurar al clero una sólida formación permanente (...) y a enviar sacerdotes jóvenes a realizar estudios superiores en ciencias eclesiológicas, especialmente en teología y en derecho canónico” (n.4) (82).

*** Discurso al primer grupo de obispos españoles con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2005).**

- La libertad religiosa y el laicismo

En el ámbito social se va difundiendo también una mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública. Esto no forma parte de la tradición española más noble, pues la impronta que la fe católica ha dejado en la vida y la cultura de los españoles es muy profunda para que se ceda a la tentación de silenciarla. Un recto concepto de libertad religiosa no es compatible con esa ideología, que a veces se presenta como la única voz de la racionalidad. No se puede cercenar la libertad religiosa sin privar al hombre de algo fundamental (n.4).

- La enseñanza de la religión en la escuela

En el contexto social actual están creciendo las nuevas generaciones de españoles, influenciadas por el indiferentismo religioso, la ignorancia de la tradición cristiana con su rico patrimonio espiritual, y expuesta a la tentación de un permisivismo moral. La juventud tiene derecho, desde el inicio de su proceso formativo, a ser educada en la fe. La educación integral de los más jóvenes no puede prescindir de la enseñanza religiosa también en la escuela, cuando lo pidan los padres, con una valoración académica acorde con su importancia. Los poderes públicos, por su parte, tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y asegurar las condiciones reales de su efectivo ejercicio, como está recogido en los Acuerdos Parciales entre España y la Santa Sede de 1979, actualmente en vigor (n.4).

- Tarea primordial de los Obispos

“Es primordial conservar y acrecentar el don de la unidad que Jesús pidió para sus discípulos al Padre (cf. Jn.17,11). En vuestras diócesis, estáis llamados a vivir y dar testimonio de la unidad querida por Cristo para su Iglesia” (n.5).

“Los Sacramentos son necesarios para el crecimiento de la vida cristiana. Por eso, los pastores han de celebrarlos con dignidad y decoro. Especial importancia se ha de dar a la Eucaristía, “Sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad” (San Agustín). (...) (n.6).

“He invitado a los fieles españoles a buscar en el Santísimo Sacramento la fuerza para vencer los obstáculos y afrontar las dificultades del momento presente. (...) Apoyados por sus obispos se sentirán vigorizados en la propia

fe para dar un testimonio público y creíble al defender “el respeto efectivo a la vida, en todas sus etapas, la educación religiosa de los hijos, la protección del matrimonio y de la familia, la defensa del nombre de Dios y del valor humano y social de la religión cristiana” (...) Se debe incrementar, pues, una acción pastoral que promueva una participación más asidua de los fieles en la Eucaristía dominical, la cual ha de ser vivida no sólo como un precepto sino más bien como una exigencia inscrita profundamente en la vida de cada cristiano” (n.6)

- Unas palabras a los laicos cristianos

“Los fieles católicos, a los cuales incumbe buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según la voluntad divina, están llamados a ser testigos valientes de su fe en los diferentes ámbitos de la vida pública. Su participación en la vida eclesial es fundamental y, en ocasiones, sin su colaboración vuestro apostolado de pastores no llegaría a “todos los hombres de todos los tiempos y lugares” (LG 33). Los jóvenes, futuro de la Iglesia y de la sociedad, han de ser objeto especial de vuestros desvelos pastorales. En este sentido, no deben escatimarse los esfuerzos necesarios, aunque a veces no den fruto inmediato (...) (n.9).

- La atención que los Obispos han de ofrecer a los Presbíteros

“Los sacerdotes están en la primera línea de la evangelización y soportan “el peso del día y el calor” (Mt.20,12). Ellos necesitan de manera especial vuestro cuidado y cercanía pastoral, pues son vuestros “hijos” (LG 28), “amigos” (ChD 16) y “hermanos”.

La relación con los sacerdotes no ha de ser solamente de tipo institucional y administrativo, sino que, animada ante todo por la caridad (IPED 4,8), ha de revelar la paternidad episcopal que será modelo de aquella que después los presbíteros han de tener con los fieles que tienen confiados. De un modo especial, esa paternidad se debe manifestar en la situación actual con los sacerdotes enfermos, con los de edad avanzada, y también con los que están al frente de mayores responsabilidades pastorales”.

- Una exhortación a los sacerdotes

Los sacerdotes deben recordar que, antes de nada, son hombres de Dios y, por eso, no puede descuidar su vida espiritual y su formación permanente. (...) Entre las múltiples actividades que llenan la jornada de cada sacerdote, la primacía corresponde a la celebración de la Eucaristía, que lo conforma al Sumo y Eterno sacerdote. En la presencia de Dios encuentra la fuerza para

vivir las exigencias del ministerio y la docilidad para cumplir la voluntad de Quien lo llamó y consagró, enviándolo para encomendarle una misión particular y necesaria (...) También la celebración devota de la Liturgia de las Horas, la oración personal, la meditación asidua de la Palabra de Dios, la devoción a la Madre del Señor y de la Iglesia y la veneración de los Santos, son instrumentos preciosos de los que no se puede prescindir para afirmar el esplendor de la propia identidad y asegurar el fructuoso ejercicio del ministerio sacerdotal (n.7).

- Las vocaciones al sacerdocio

Es importante orar sin cesar al Dueño de la mies para que siga bendiciendo a España con numerosas y santas vocaciones. Para ello se debe fomentar una pastoral específica vocacional, amplia y capilar (...) No hay que tener miedo a proponerla a los jóvenes y después acompañarlos asiduamente, a nivel humano y espiritual, para que vayan discerniendo su opción vocacional (n.8).

*** Mensaje a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Tanzania en su visita “ad limina” (11 de marzo de 2005).**

- Desde el Hospital Gemelli de Roma

“Os saludo a todos desde el hospital policlínico Gemelli, donde ofrezco mis oraciones y sufrimientos por vosotros, a los que durante estos días me siento especialmente cercano. (...)”

- Mensaje del Papa a estos Obispos

Teniendo en cuenta vuestras relaciones quinquenales, deseo tratar con vosotros sobre tres partes integrantes de vuestro ministerio pastoral: la solicitud por la familia, la solicitud por el clero y la solicitud por el bien común de la sociedad en vuestra región.

+ La atención a la familia y al Matrimonio

El mundo puede aprender mucho del elevado valor que encierra la familia como elemento fundamental de la sociedad africana. Hoy la iglesia está llamada a dar una prioridad especial a la solicitud pastoral por la familia, a causa de los grandes cambios culturales que se están produciendo en el mundo moderno. (...) Es preciso oponerse a la práctica injusta de asociar programas de asistencia económica a la promoción de la esterilización y la anticoncepción. Esos programas son “afrentas a la dignidad de la persona y de

la familia” y amenazan con minar la auténtica concepción cristiana de la naturaleza y la finalidad de la familia. (...) Según el designio del Creador, el vínculo agrado del matrimonio simboliza la alianza nueva y eterna sellada con la sangre de Cristo (cf. FC. 13). Uno e indisoluble por su misma naturaleza, tiene que permanecer abierto a la generación de nueva vida, mediante la cual los esposos cooperan en la obra creadora de Dios.

+ La atención a los sacerdotes

Los principales colaboradores del obispo en el cumplimiento de su misión son los sacerdotes de la diócesis, para quienes el obispo está llamado a ser padre, hermano y amigo. Ayudándoles a crecer en santidad y en el compromiso sincero de seguir a Cristo, tratad de suscitar en ellos un genuino anhelo del reino de Dios. Seguid alentándolos en sus cualidades, sosteniéndolos en sus dificultades y formándolos para afrontar las exigencias actuales de la vida sacerdotal. (...) Sin descuidar los aspectos intelectuales y pastorales de la formación os pido que veléis siempre en especial por la formación espiritual. Sólo un compromiso con la oración, arraigado en una comprensión madura de la configuración personal con Cristo le permitirá poner en práctica la generosa entrega de sí en la caridad pastoral a la que está llamado (cf. PDV,23).

- Solicitud por el bien común de vuestro pueblo

Confío en que sigáis insistiendo para obtener medidas concretas destinadas a aliviar la pobreza y a incrementar el nivel de la educación, a fin de que los pobres estén en condiciones de ayudarse a sí mismos y unos a otros. (...) Os exhorto a seguir extendiendo, a ejemplo de Cristo, esta acogida a vuestros hermanos y hermanas que sufren. De este modo, demostraréis ser verdaderos prójimos de ellos (los refugiados). Uno de los desafíos para el futuro será mantener y fortalecer relaciones respetuosas con la comunidad musulmana, especialmente en el archipiélago de Zanzíbar” (82a).

b) A los Presbíteros

En diversos documentos, Juan Pablo II expone la identidad del sacerdote. Por nuestra parte, hemos seleccionado algunos textos de su Magisterio que ofrecemos a continuación.

Según San Pablo, significa ante todo ser administrador de los misterios de Dios: “servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles” (ICort.4,1-2).

Comentando las palabras de San Pablo dice el Papa: “El administrador no es el propietario, sino aquel a quien el propietario confía sus bienes para que los gestione con justicia y responsabilidad...El sacerdote recibe de Cristo los bienes para distribuirlos”.

El Sacerdote, por tanto, es el hombre de la palabra de Dios, el hombre del sacramento, el hombre del “misterio de la fe”. Por medio de la fe accede a los bienes invisibles que constituyen la herencia de la Redención del mundo llevada a cabo por el Hijo de Dios. Nadie puede considerarse “propietario” de estos bienes. Todos somos destinatarios. El sacerdote, sin embargo, tiene la tarea de administrarlos en virtud de los que Cristo ha establecido” (83). Celebrar la Eucaristía es la misión más sublime y más sagrada de todo presbítero” (84).

El sacerdote, como administrador de los “misterios de Dios, está al servicio del sacerdocio común de los fieles. Es él quien, anunciando la Palabra y celebrando los sacramentos, especialmente la Eucaristía, hace cada vez más consciente a todo el Pueblo de Dios de su participación en el sacerdocio de Cristo y, al mismo tiempo, lo mueve a realizarlo plenamente“. ¿Hay en el mundo una realización más grande de nuestra humanidad que poder representar cada día “in persona Christi” el Sacrificio redentor, el mismo que Cristo llevó a cabo en la cruz? (85).

*** Carta “Novo incipiente” de Juan Pablo II a todos los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo, 8-IV-1979**

“Al comienzo del nuevo ministerio en la Iglesia, siento profundamente la necesidad de dirigirme a vosotros (...), sacerdotes diocesanos y religiosos, que sois mis hermanos en virtud del sacramento del Orden (n.1).

El Santo Padre manifiesta que no es su intención “exponer en esta Carta todo lo que constituye la riqueza de la vida y del ministerio sacerdotal (...) Deseo (...) señalar algunos puntos, que me parecen de capital importancia en este momento de la historia de la Iglesia y del mundo” (n.2).

Inserto aquí solamente el título de cada párrafo, dada la extensión de esta Carta.

- “Tomado de entre los hombres...Instituido a favor de los hombres (n.3).
- “El Sacerdote, don de Cristo para la Comunidad” (n.4).
- “Al servicio del Buen Pastor” (n.5).
- “Arte de las artes es la guía de las almas” (n.6).

- “Dispensador y testigo” (n.7)
- “Significado del celibato” (n.8)
- “Prueba y responsabilidad” (n.9)
- “Es necesario convertirse todos los días” (n.10).
- María, “Madre de los Sacerdotes” (n.11).

*** Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas (Maynooth, Irlanda), 1 de Octubre de 1979**

El Santo Padre recuerda a los sacerdotes, religiosos y religiosas sus deberes más importantes:

- Vuestro primer deber es estar con Cristo. (...) Un peligro constante para los sacerdotes, aun celosos, es sumergirse de tal manera en el trabajo del Señor, que olviden al Señor del trabajo. Debemos encenrar tiempo, debemos crear tiempo para estar con el Señor en la oración. Sólo si dedicamos tiempo al Señor, nuestro ser enviados a los hombres será también llevarle a los demás. (n.2).

- Estar con el Señor es siempre también ser enviados por Él a realizar su obra. El sacerdote es llamado pro Cristo; el sacerdote está con Cristo. El sacerdote es enviado por Cristo. El sacerdote es enviado con la fuerza de aquel Espíritu que guió incansablemente a Jesús a lo largo de los caminos de la historia. (...) (n.3).

- Si tratáis de ser el tipo de sacerdotes que vuestro pueblo espera y desea que seáis, entonces seréis sacerdotes santos (n.3). Lo que el pueblo espera de vosotros más que de ningún otro es la fidelidad al sacerdocio. Este es un modo de hacer conocer a la gente la fidelidad de Dios.

- Debéis trabajar por el Señor con un sentimiento de urgencia. (...) Trabajar con confianza, trabajar con alegría. Somos testigos de la resurrección de Cristo (n.3).

*** Homilía durante la misa celebrada en el “Civic Center” con los presbíteros (Filadelfia. 4 de octubre de 1979).**

El Santo Padre se acerca una vez más a los sacerdotes y les recuerda su papel central en la tarea y misión de la Iglesia. He aquí sus afirmaciones más importantes que tienen plena actualidad:

- La llamada del Señor

Nuestra vocación sacerdotal es don del mismo Señor Jesús. Es llamada personal e individual: hemos sido llamados por el nombre como lo fue Jeremías. Es llamamiento a servir: somos enviados a predicar la Buena Nueva, a “prestar al rebaño cuidados de Pastor”. Es un llamamiento a comunión de fines y acciones: formar un solo sacerdocio con Jesús y entre nosotros, exactamente como Jesús y el Padre son una unidad.

Los tres aspectos significativos de la llamada que hace Jesús: llama a sus primeros sacerdotes individualmente y por su nombre; los llama al servicio de su palabra, a predicar el evangelio; y los hace compañeros suyos, introduciéndolos en la unidad de vida y acción que Él tiene con el Padre en la vida misma de la Trinidad (n.1).

El llamamiento al servicio sacerdotal incluye la invitación a una intimidad especial con Cristo. La experiencia vivida de sacerdotes de todas las generaciones les ha llevado a descubrir en la propia vida y ministerio la centralidad absoluta de su unión personal con Jesús, el hecho de ser compañeros suyos. Nadie puede proclamar con eficacia la Buena Nueva de Jesús ante los otros si no ha sido primeramente él compañero constante suyo en la oración personal, si no ha aprendido del mismo Jesús el misterio que ha de anunciar (n.4).

- La entrega al Señor que nos llama

La entrega al llamamiento de Dios puede hacerse con inmensa confianza y sin reservas. Nuestra entrega a la voluntad de Dios debe ser total; nuestro “sí” está dado una vez por todas, y tiene su modelo en el “sí” dicho por Jesús mismo (n.2).

Este llamamiento es gracia: es un don, un tesoro “que llevamos en vasos de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra” (ICort.4,7). Pero este don no está destinado al sacerdote primordialmente; es más bien don de Dios para toda la Iglesia y para su misión en el mundo. El sacerdocio es un signo sacramental permanente que expresa como el amor del Buen Pastor a su rebaño no faltará jamás. (...) Nuestro sacerdocio constituye un “ministerium” particular, es decir, es “servicio” respecto a la comunidad de los creyentes. Sin embargo, no tiene su origen en esta comunidad, como si fuera ella la que “llama” o “delega”. Es, en efecto, nuestro sacerdocio un don para la comunidad y procede de Cristo mismo, de la plenitud de su sacerdocio”. En este don otorgado al pueblo es el Donante divino quien toma la iniciativa; es Él quien llama a quienes “Él mismo ha decidido llamar” (n.2).

- El sacerdocio no es simplemente una tarea

El sacerdocio no es simplemente una tarea que se nos ha asignado; es una vocación, un llamamiento que se debe escuchar una y otra vez. Escuchar esta llamada y responder generosamente a lo que trae consigo es tarea de cada sacerdote, pero también es responsabilidad de los consejos presbiterales. Esta responsabilidad quiere decir profundizar en la comprensión del sacerdocio tal y como lo instituyó Cristo, como Él quiso que fuera y siguiera siendo siempre, y tal como la Iglesia fielmente lo entiende y lo transmite (n.1).

- Los Consejos presbiterales

Los consejos presbiterales son en la Iglesia una nueva estructura postulada por el Concilio Vaticano II y la reciente legislación eclesial. Esta nueva estructura es expresión concreta de la unión del obispo y los sacerdotes en la función de pastorear la grey de Cristo y, a la vez, ayuda al obispo en su papel peculiar de gobernar la diócesis al proporcionarle el asesoramiento de los consejeros representantes del presbiterio (n.1). Vuestros consejos presbiterales. Estructuras nuevas en la iglesia, brindan la oportunidad maravillosa de dar testimonio visible del único sacerdocio que compartís con vuestros obispos y entre sí, y de demostrar lo que debe estar en el corazón de la renovación de cada estructura de la Iglesia: la unión por la que oró Jesús” (n.4).

La unión entre los sacerdotes no es unión y fraternidad centradas en sí mismas. Son para el Evangelio, para que al vivirlas los sacerdotes quede simbolizada la dirección esencial hacia la que el Evangelio llama al pueblo, es decir, la unión de amor con Él y entre nosotros. Y sólo esta unión puede garantizar paz y justicia y dignidad a cada ser humano (n. 4).

- Ministerio pastoral de evangelización

El sacerdocio es misión y servicio, es “ser enviados” por Jesús para “prestar a su rebaño cuidados de pastor”. Lo cual significa: “atraer la mente de la humanidad hacia el misterio de Dios, hacia la profundidad de la redención, que se realiza en Cristo Jesús. El ministerio sacerdotal es misionero en su misma entraña: significa ser enviado para los otros al igual que Cristo, enviado del Padre por la causa del Evangelio, y ser enviado a evangelizar. (...) En la base y centro de su dinamismo, la evangelización contiene la proclamación clara de que la salvación está en Jesucristo, Hijo de Dios. Son su nombre, sus enseñanzas, su vida, sus promesas, su reino y su misterio lo que proclamamos ante el mundo. Y la eficacia de nuestra proclamación y, por tanto, el verdadero éxito de nuestro sacerdocio dependen de nuestra fidelidad

al Magisterio, a través del cual la Iglesia guarda “el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo que mora en nosotros” (II Tim. 1, 14) (n. 3).

*** A los sacerdotes de la Iglesia de Kinshasa – Zaire (2-V-1980).**

El Santo Padre dirige unas hermosas palabras a los sacerdotes, seminaristas y laicos:

“Sacerdotes, sentíos felices de ser ministros de Cristo, anunciadores de su Palabra y dispensadores de sus misterios: “vivid lo que hacéis”. Sed educadores de la fe, hombres de plegaria, con el celo y la humildad del servidor, vivid vuestra consagración total al reino de Dios, cuya señal es vuestro celibato. (...). Sentíos felices de estar aquí donde vuestra ayuda es preciosa y necesaria y donde sois testigos de la Iglesia universal. Continúad este servicio amistoso y desinteresado bajo la guía de los pastores del Zaire” (n.4).

*** Discurso a los sacerdotes de Francia en Notre Dame (París. 30-Mayo-1980).**

De este importante discurso del Papa, entresacamos lo siguiente:

“¡Tened fe en vuestro sacerdocio! (...) Sentíos felices y orgullosos de ser sacerdotes. (...) Hemos sido tomados de entre los hombres, y seguimos siendo los mismos, como pobres servidores, pero nuestra misión de sacerdotes del Nuevo testamento es sublime e indispensable: es la misión de Cristo, el único Mediador y Santificador, hasta tal punto que exige una consagración total de nuestra vida y de nuestro ser. Jamás la Iglesia podrá decidirse a carecer de sacerdotes, de santos sacerdotes (n. 3)..

Apóstoles de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, conservad la preocupación apostólica, misionera, la cual mantiene tan viva entre la mayoría de los sacerdotes franceses (n. 4).

Vosotros sois ministros de la palabra de Dios, para evangelizar y para formar evangelizadores, para despertar, enseñar y alimentar la fe -la fe de la Iglesia-, para invitar a los hombres a la conversión y a la santidad. Estáis asociados a la obra de santificación de Cristo para enseñar a los cristianos a hacer la ofrenda de su vida en todo momento, y especialmente en la Eucaristía, “la fuente y cumbre de la evangelización”(…) Debemos cuidar siempre, con una atención extraordinaria, de una celebración de la Eucaristía la cual sea verdaderamente digna de este ministerio sagrado (n.5).

“Vuestro sacerdocio se articula sobre el sacerdocio de vuestro obispo. (...) Él es el padre del presbiterio. Vosotros no podéis construir la Iglesia de Dios fuera de él. (...) Existe ahí una comunión fecunda, que no es solamente del campo de la coordinación práctica, sino que forma parte del misterio de la Iglesia y adquiere un relieve particular en el consejo presbiteral (n.6).

“La unidad con vuestros Obispos es inseparable de la que debéis vivir entre vosotros, sacerdotes. Todos los discípulos de Cristo han recibido el mandato del amor mutuo; para vosotros, el Concilio llega hasta a hablar de fraternidad sacramental: participáis del mismo sacerdocio de Cristo. La unidad debe estar en la verdad (...). La unidad debe estar en el trabajo apostólico (...) La unidad es no menos necesaria en el plano del amor fraterno (...) (n. 7).

“Nuestro celibato manifiesta por su parte que estamos totalmente consagrados a la obra a la que el Señor nos ha llamado: el sacerdote, dominado por Cristo, se convierte en “el hombre” para los demás, realmente disponible para el reino, sin corazón compartido, capaz de recibir la paternidad en Cristo (n.8).

*** Allocución del Papa a los sacerdotes en la catedral de Brasilia (Brasil. 30-Junio-1980).**

“Sois los pastores de un pueblo bueno y sencillo, el cual manifiesta una gran hambre de Dios. Vivid, pues, con entusiasmo, la misión de saciar esta hambre, conduciendo al pueblo al encuentro con Dios. De esta forma, contribuiréis también a hacerlo más humano. Con espíritu de Madre y siempre fiel al señor, dentro del respeto de las legítimas instituciones que deben servir la causa del hombre, la Iglesia debe ofrecer la colaboración especial de su misión, con miras al bien común, en la construcción de la civilización del amor (n.2).

“Sed también portadores de una palabra de consuelo para quienes forman vuestras comunidades, de modo especial para los más pequeños y que están más necesitados de ella porque sufren en el cuerpo y en el espíritu” (n.3).

*** Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal. Valencia (España), (8-XI-1982).**

- Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote

Jesucristo, nuestro Señor, sumo y eterno sacerdote, es el punto central de referencia. Hay un solo supremo sacerdote, Cristo Jesús (LG 28; Heb.7,24; 8,1), ungido y enviado al mundo por el Padre (PO,2; Jn.10,36).

- Participación del Sacerdocio de Jesucristo

De este único sacerdocio participan los obispos y los presbíteros, cada cual en su orden y grado, para continuar en el mundo la consagración y la misión de Cristo. Partícipes de la unción sacerdotal de Cristo y de su misión, los presbíteros actúan “in persona Christi” (LG 28). Para ello reciben la unción del Espíritu Santo. (...) Consagrados por medio del ministerio de la Iglesia, participaréis de su misión salvadora como “cooperadores del orden episcopal”, y deberéis estar unidos a los obispos, según la hermosa expresión de S. Ignacio de Antioquia, “como las cuerdas a la lira” (Ad Ephesios”, 4). Enviados a una comunidad particular, congregaréis la familia de Dios, instruyéndola con la palabra para hacerla “crecer en la unidad” (PO 2) y llevarla por Cristo en el Espíritu al Padre” (ibid.4).

- Identidad del sacerdote

“El sacramento del orden está profundamente radicado en el misterio de la llamada que Dios hace al hombre. En el elegido se realiza el misterio de la vocación divina. (...) Es necesario meditar con el corazón este diálogo entre Dios y el hombre para encontrar constantemente el entramado de vuestra vocación. Este diálogo ya se ha realizado en vosotros, que vais a recibir la ordenación sacerdotal. Y tendrá que continuar ininterrumpido durante toda vuestra existencia a través de la oración, sello distintivo de vuestra piedad sacerdotal. En la conciencia de vuestra llamada por parte de Dios radica a la vez el secreto de vuestra identidad sacerdotal. Las palabras del profeta Jeremías (cf. Jer.1,7-9) sugieren esa identidad del sacerdote como llamado por una elección, consagrado con una unción, enviado para una misión. Llamado por Dios en Jesucristo, consagrado por Él con la unción del Espíritu, enviado para realizar su misión en la Iglesia.

- Llamados, consagrados y enviados

“Esta triple dimensión explica y determina vuestra conducta y vuestro estilo de vida. Estáis “puestos aparte”, “segregados”, pero “no separados” (PO, 3). Así os podéis dedicar plenamente a la obra que se os va a confiar: el servicio de vuestros hermanos. Comprended, pues, que la consagración que recibís os absorbe totalmente, os dedica radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su misión para gloria del Padre.

- La respuesta del hombre

A ello responde vuestro don total al Señor. El don total que es compromiso de santidad. Es la tarea interior de “imitar lo que tratáis” (...) Es la gracia y el compromiso de la imitación de Cristo, para reproducir en vuestro ministerio y conducta esa imagen grabada por el fuego del Espíritu. Imagen de Cristo sacerdote y víctima, de redentor crucificado.

En este contexto de entrega total, de unión a Cristo y de comunión con su dedicación exclusiva y definitiva a la obra del Padre, se comprende la obligación del celibato. No es una limitación. Ni una frustración. Es la expresión de una donación plena, de una consagración peculiar, de una disponibilidad absoluta. Al don que Dios otorga en el sacerdocio, responde la entrega del elegido con todo su ser, con su corazón y con su cuerpo, con el significado esponsal que tiene, referido al amor de Cristo y a la entrega total a la comunidad de la Iglesia, el celibato sacerdotal.

- La caridad pastoral

El alma de esta entrega es el amor. Por el celibato no se renuncia al amor, a la facultad de vivir y significar el amor en la vida; el corazón y las facultades del sacerdote quedan impregnados con el amor de Cristo, para ser en medio de los hermanos el testigo de una caridad pastoral sin fronteras. El secreto de esta caridad pastoral se encuentra en el diálogo que Cristo mantiene con cada uno de sus elegidos, como lo mantuvo con Pedro (...) Es la pregunta acerca del amor especial y exclusivo hacia Cristo (c. Jn.21,17), hecha a quien ha recibido una misión particular y ha podido experimentar el desencanto en su propia debilidad humana.

- La celebración de la Eucaristía

“Configurados con Cristo, debéis celebrar la Eucaristía, que no es un acto más de vuestro ministerio; es la raíz y la razón de ser de vuestro sacerdocio. Seréis sacerdotes, ante todo, para celebrar y actualizar el sacrificio de Cristo, “siempre vivo para interceder por nosotros” (Heb.7,25). Ese sacrificio, único e irrepetible, se renueva y hace presente en la Iglesia de manera sacramental, por el ministerio de los sacerdotes. La Eucaristía se convierte así en el misterio que debe plasmar interiormente vuestra existencia. Por una parte, ofreceréis sacramentalmente el cuerpo y la sangre del Señor. Por otra, unidos a Él -“In persona Christi”- ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas para que, asumidas y como transformadas por la celebración

del sacrificio eucarístico, sean exteriormente también transfiguradas con Él, participando de las energías renovadoras de su resurrección” (n.6).

Será la Eucaristía culmen de vuestro ministerio de evangelización (cf. PO,4), ápice de vuestra vocación orante, de glorificación de Dios y de intercesión por el mundo. Y por la comunión eucarística se irá consumando día tras día vuestro sacerdocio.

- Las tareas ministeriales

La consagración que vais a recibir os habilita al servicio, al ministerio de salvación, para ser como Cristo los “consagrados del Padre” y los “enviados al mundo” (Jn.10,30). Os debéis a los fieles del Pueblo de Dios, para que también ellos sean “consagrados en la verdad” (Jn.17,17). El servicio a los hombres no es una dimensión distinta de vuestro sacerdocio; es la consecuencia de vuestra consagración. Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración, convencidos de que todas ellas se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucristo en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación. Para eso evangelizaréis y os dedicaréis a la catequesis de niños y adultos; para eso estaréis disponibles en la celebración del sacramento de la reconciliación; para eso visitaréis a los enfermos y ayudaréis a los pobres, haciéndoos todo a todos para ganarlos a todos (cf. ICort.9,22).

- La disponibilidad

El Santo Padre exhorta a los presbíteros a estar disponibles ante los fieles: “Haced de vuestra disponibilidad a Dios una disponibilidad para vuestros fieles. Dadles el verdadero pan de la palabra, en la fidelidad a la verdad de Dios y las enseñanzas de la Iglesia. Facilitadles todo lo posible el acceso a los sacramentos y en primer lugar al sacramento de la penitencia, signo e instrumento de la misericordia de Dios y de la reconciliación obrada por Cristo (cf. RH,20), siendo vosotros mismos asiduos en su recepción. Amad a los enfermos, a los pobres, a los marginados; comprometeos en todas las causas justas de los trabajadores, consolad a los afligidos; dad esperanza a los jóvenes. Mostraos en todo como “ministros de Cristo” (IICort.6,8) (n.7) (85a).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes para el Jueves Santo (27-III-1983.**

Deseo dirigirme a vosotros, al comienzo del Año Santo de la Redención del Jubileo extraordinario, que ha quedado abierto tanto en Roma como en la Iglesia el día 25 de este mes (abril). La elección de este día, solemnidad de la Anunciación del Señor y, a la vez, de la Encarnación, es singularmente elocuente. En efecto, el misterio de la Redención tuvo su comienzo cuando el Verbo se hizo carne en el seno de la Virgen de Nazaret por obra del Espíritu Santo, y alcanzó su punto culminante en el evento pascual con la muerte y resurrección del Salvador (n.1)..

- Celebramos la institución de la eucaristía y del sacerdocio ministerial y jerárquico.

Al comienzo de este nuevo Año de la Redención y del Jubileo extraordinario, a los pocos días de la apertura, llega el Jueves Santo de 1983. Esta fecha nos recuerda el día, en que junto con la Eucaristía fue instituido por Cristo el sacerdocio ministerial. Este a su vez fue instituido para la Eucaristía y, por consiguiente, para la Iglesia, que, como comunidad del Pueblo de Dios, se forma en la Eucaristía. Este sacerdocio -ministerial y jerárquico- es participado por nosotros. Nosotros lo recibimos el día de la ordenación a través del ministerio del obispo, que nos ha transmitido a cada uno de nosotros el sacramento iniciado con los Apóstoles -durante la Última Cena, en el Cenáculo, el Jueves Santo-. En este santo día cada uno de nosotros, como sacerdotes de la Nueva Alianza, ha nacido en el sacerdocio de los Apóstoles. Cada uno de nosotros ha nacido en la revelación del único y eterno sacerdocio del mismo Jesucristo (n.1)..

- El anuncio de la Redención

Deseo una vez más anunciar el Año conmemorativo de la Redención y el Jubileo extraordinario. (...) Si para todos los creyentes, hijos e hijas de la Iglesia, significa una invitación a releer nuevamente su propia vida y vocación a la luz del misterio de la Redención, entonces esta misma invitación se dirige a nosotros con una intensidad, yo diría mayor. Por tanto, el Año Santo de la Redención y el Jubileo extraordinario quieren decir que debemos ver nuevamente nuestro sacerdocio ministerial a aquella luz bajo la cual ha sido inscrito por Cristo mismo en el misterio de la Redención.

- “Ya no os llamo siervo...os digo amigos”

Ser sacerdote quiere decir estar singularmente en amistad con el misterio de Cristo, con el misterio de la Redención, en el que Él da su “carne por la vida del mundo”. Nosotros que celebramos cada día la Eucaristía, el sacramento salvífico del Cuerpo y Sangre, debemos estar en intimidad

especial con el misterio, del que este sacramento se origina. El sacerdocio ministerial se despliega sólo y exclusivamente bajo el perfil de este misterio divino -y únicamente se realiza bajo este aspecto- (n.2).

- Testigos del Amor divino que se manifiesta en la Redención

Nosotros somos “amigos”: somos testigos particularmente cercanos a este Amor, que se manifiesta siempre en la Redención. “Porque tanto amo Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn.3, 16). Esta es la definición del amor en su significado redentor. Este es el misterio de la Redención definido por el amor. El Hijo Unigénito es el que recoge este amor del Padre y lo da al Padre, llevándolo al mundo. El Hijo Unigénito es el que, por este amor, se da a sí mismo por la salvación del mundo: por la vida eterna de cada hombre, su hermano y hermana.

Y nosotros, sacerdotes, ministros de la Eucaristía, somos “amigos”: nos encontramos particularmente cercanos a este Amor redentor, que el Hijo Unigénito trajo al mundo -y que trae continuamente-. (...) Debemos reconocer que junto con la Eucaristía el misterio de aquel Amor redentor se encuentra, en cierto modo, en nuestras manos. Que vuelve cada día a nuestros labios. Que está inscrito permanentemente en nuestra vocación y en nuestro ministerio (n.2).

- El Año Jubilar, llamada a renovarnos

El Año Jubilar es entendido por la Iglesia como un tiempo de renovación espiritual para todos. Si debemos ser ministros de esta renovación para los demás, para nuestros hermanos y hermanas en la vocación cristiana, entonces debemos ser también sus testigos y sus portavoces ante nosotros mismos: el Año Santo de la Redención como Año de la renovación en la vocación sacerdotal (n.2).

El Año Jubilar quiere ser “una llamada al arrepentimiento y a la conversión”, en orden a “una renovación espiritual en cada uno de los fieles, en las familias, en las parroquias, en las diócesis, en las comunidades religiosas y en los otros centros de vida cristiana y de apostolado” (n.4).

- El misterio de la Redención

Operando tal renovación interior en nuestra santa vocación, podremos mayormente y con más eficacia predicar “un año de gracia del Señor”. En efecto, el misterio de la Redención no es una abstracción teológica, sino que

es una incesante realidad mediante la cual Dios abraza al hombre con su eterno amor -y el hombre reconoce este amor, se deja guiar e impregnar por él, permite ser transformado interiormente por él, y por medio de él se convierte en “una criatura nueva “. De este modo el hombre creado de nuevo por el amor que le ha sido revelado en Cristo, levanta la mirada de su alma hacia Dios y profesa con el salmista: “En Él hay redención abundante” (n.2).

El Año de la Redención debe dejar una huella particular en toda la vida de la Iglesia, para que los cristianos sepan descubrir de nuevo en su experiencia existencial todas las riquezas inherentes a la salvación que les ha sido comunicada desde el bautismo (n.4).

- La Redención y el perdón de los pecados

La redención permanece unida al perdón, de la manera más estricta. Dios nos ha redimido en Cristo-Jesús, porque nos ha perdonado en Cristo-Jesús. Dios ha hecho que nos convirtamos en una “nueva criatura”, porque en Él nos ha agraciado con el perdón. Dios reconcilió consigo el mundo en Cristo. Y precisamente porque lo ha reconciliado en Jesucristo, en cuanto primogénito de toda criatura, la unión del hombre con Dios se ha consolidado irreversiblemente. (...)

En el Año Jubilar, debemos hacernos particularmente conscientes de que estamos al servicio de esta reconciliación con Dios que se ha cumplido en Cristo de una vez y para siempre. Somos siervos y administradores de este sacramento, en el que la redención se manifiesta y realiza como perdón, como remisión de los pecados. (...) Antes les había dado la facultad de celebrar la Eucaristía (...) ahora les da la facultad de perdonar los pecados (n.3).

- Exhortación

En el curso del Año Jubilar, queridos sacerdotes, sabed ser de manera especial los maestros de la verdad de Dios sobre el perdón y la remisión, tal como ha sido proclamada incesantemente por la Iglesia. Presentad esta verdad en toda su riqueza espiritual. Buscad caminos para ella en los ánimos y en las conciencias de los hombres de nuestros tiempos. Y a la vez que maestros, sabed ser en este Año Santo, de manera singularmente servicial y generosa, los ministros del Sacramento de la Penitencia, por el que los hijos e hijas de la Iglesia obtienen la remisión de los pecados. (...) La fatiga de este ministerio sagrado os ayude a comprender aún más cómo el sacerdocio ministerial de cada uno de nosotros está inscrito en el misterio de la redención de Cristo mediante la cruz y la resurrección (n.3).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo (7-III-1984).**

En la proximidad del Jueves Santo, día en el que cada uno de nosotros es invitado a reflexionar con sentida gratitud sobre el inestimable don que nos ha hecho Cristo, siento la necesidad de dirigirme a vosotros para demostraros el sincero afecto y la viva solicitud con que sigo, con el recuerdo y la oración, vuestro trabajo diario al servicio de la grey del Señor.

El 23 de febrero pasado he tenido el gozo de celebrar el Jubileo de la Redención con muy numerosos sacerdotes, venidos a Roma de todas las partes del mundo. Ha sido una experiencia muy hermosa, que ha suscitado en mi ánimo profunda emoción, cuyo eco perdura en mí con indudable intensidad.

Con el deseo de hacer partícipes de alguna manera de aquel acontecimiento de comunión a todos los “administradores de los misterios de Dios” (ICort.4, 1), he pensado enviaros el texto de la homilía que pronuncié en aquella circunstancia. Que lo dicho entonces pueda daros a cada uno de vosotros aliento espiritual, reavivando en vuestros corazones el propósito de perseverar generosamente en la vocación de ministros del amor misericordioso de Dios.

Homilía de Juan Pablo II en la concelebración al final del Jubileo del Clero (23-II-1984).

Insertamos a continuación un resumen de esta Homilía.

“El sacerdote es el hombre de la economía salvífica. El sacerdote es el hombre plasmado por la gracia. El sacerdote es el administrador de la gracia” (n.2).

- La vocación del sacerdote

“El Espíritu del Señor, Yahvé, está sobre mí, pues Yahvé me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación de los encarcelados...para consolar a todos los tristes” (Is.61,12).

En lo íntimo de esta misión mesiánica de Cristo Sacerdote está arraigada también nuestra vocación y misión: vocación y misión de sacerdotes de la Nueva y Eterna Alianza. Es la vocación y la misión de los mensajeros de la Buena Nueva; de los que tienen que curar las heridas de los corazones humanos; de los que tienen que proclamar la liberación en medio de múltiples

aflicciones, en medio del mal que de tantas maneras “tiene” esclavizado al hombre; de los que tienen que consolar.

Esta es nuestra vocación y misión de servidores. Nuestra vocación encierra en sí un gran y fundamental servicio respecto de cada hombre. Ninguno puede prestar este servicio en lugar nuestro. Ninguno puede sustituirnos.

Debemos alcanzar con el Sacramento de la Nueva y Eterna Alianza las raíces mismas de la existencia humana sobre la tierra.

Debemos, día tras día, introducir en ella la dimensión de la Redención y de la Eucaristía.

Debemos reforzar la conciencia de la filiación divina mediante la gracia. ¿Qué perspectiva más alta y qué destino más excelso podría tener el hombre?

Debemos finalmente administrar la realidad sacramental de la reconciliación con Dios y de la sagrada Comunión, en la que se sale al encuentro de la más profunda aspiración del “insaciable” corazón humano. Verdaderamente nuestra unción sacerdotal esta enraizada profundamente en la misma unción mesiánica de Cristo.

Nuestro sacerdocio es ministerial. Sí, debemos servir, Y “servir” significa llevar al hombre a los fundamentos mismos de su humanidad, al meollo más profundo de su dignidad (n.3).

- Redescubrir el contenido y la esencia de nuestro sacerdocio

Abramos cada vez más ampliamente los ojos -la mirada del alma- para comprender mejor lo que quiere decir celebrar la Eucaristía, el Sacrificio de Cristo mismo, confiado a nuestros labios y a nuestras manos de sacerdotes en la comunidad de la Iglesia.

Abramos cada vez más ampliamente los ojos (...) para comprender mejor lo que significa perdonar los pecados y reconciliar las conciencias humanas con Dios infinitamente Santo, con el Dios de la Verdad y del Amor.

Abramos cada vez más ampliamente los ojos (...) para comprender mejor lo que quiere decir actuar “in persona Christi”, en nombre de Cristo: actuar con su poder, con el poder que, en definitiva, se arraiga en la realidad salvífica de la Redención.

Abramos cada vez más ampliamente los ojos (...) para comprender mejor lo que es el misterio de la Iglesia. ¡Somos hombres de Iglesia!

Prosigue el Santo Padre diciendo: hemos de esforzarnos “en mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz” (Ef.4,3). Sí. Precisamente esto depende, de manera particular, de vosotros: “mantener la unidad del Espíritu”.

En una época de grandes tensiones, que sacuden el cuerpo terreno de la humanidad, el servicio más importante de la Iglesia nace de la “unidad del Espíritu”, a fin de que no sólo no sufra ella misma una división desde fuera, sino que además reconcilie y una a los hombres en medio de las contrariedades que se acumulan en torno a ellos mismos en el mundo actual”. (n.4)

- Somos necesarios

En esta asamblea litúrgica pidamos a Cristo una sola cosa: que cada uno de nosotros sepa servir mejor, más límpida y eficazmente, su presencia de pastor en medio de los hombres en el mundo actual. Esto es también muy importante para nosotros, a fin de que no nos entre la tentación de la “inutilidad”, es decir, la de sentirnos no necesarios. Porque no es verdad. Somos más necesarios que nunca, porque Cristo es más necesario que nunca. El Buen Pastor es necesario más que nunca. Nosotros tenemos en la mano - precisamente en nuestras manos vacías- la fuerza de los medios de acción que nos ha dado el Señor (n.5).

*** Carta de Juan Pablo II a los todos los Sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo: el trabajo pastoral de los sacerdotes con los jóvenes (31-III-1985)**

- El nacimiento de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial

El Jueves Santo es cada año el día del nacimiento de la Eucaristía, y a la vez del nacimiento de nuestro sacerdocio, que es ante todo ministerial y al mismo tiempo jerárquico. Es ministerial, porque en virtud del Orden sagrado ejercemos en la Iglesia aquel servicio que sólo los sacerdotes pueden realizar: ante todo el servicio de la Eucaristía. Y es también jerárquico porque este servicio nos permite, mientras servimos, guiar pastoralmente cada comunidad del Pueblo de Dios, en comunión con los Obispos, quienes han heredado de los Apóstoles el poder y el carisma pastoral en la Iglesia. (n.1).

- Jesucristo, modelo de este apostolado

Su coloquio con el joven (...) constituye una fuente inagotable de reflexión sobre este tema. (...) Él debe ser para nosotros la primera y fundamental fuente de inspiración (n.4).

- Sacerdotes santos

Una importancia especial tiene, naturalmente, la experiencia de los Santos; y sabemos que no faltan entre las generaciones de los sacerdotes (...) (n.4). Hace falta que el sacerdote que está en contacto con los jóvenes, sepa escuchar y sepa responder. Hace falta que ambas cosas sean fruto de una madurez interior; hace falta que ello se plasme en una clara coherencia entre vida y enseñanza; es más, es necesario que esto sea fruto de la oración; de la unión con Cristo el Señor y de docilidad a la acción del Espíritu Santo. Naturalmente en ello es importante una instrucción adecuada, pero ante todo importa el sentido de responsabilidad frente a la verdad, frente al interlocutor (...) (n.5).

- Abrir espacios a Dios en la pastoral con los jóvenes

Todo contacto con los jóvenes, todo tipo de pastoral -incluso la externamente “laica”- ha de servir con toda humildad para abrir y ampliar el espacio a Dios, a Jesucristo, ya que “mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro yo también” (Jn.5,17) (n.5).

- El amor a los jóvenes

Es necesario identificar bien este amor en nuestro ánimo sacerdotal. Es sencillamente el amor al prójimo: el amor del hombre en Cristo, que abraza a cada uno y cada una, a todos. Este amor no es -cuando hablamos de la juventud- algo exclusivo, como si no debiera extenderse a los otros, como por ejemplo los adultos, los ancianos o los enfermos. Sí, el amor por la juventud tiene un carácter evangélico sólo cuando nace del amor por cada uno y por todos. Al mismo tiempo, éste posee, en cuanto amor, una característica específica y, podría decirse, carismática.(...) El amor por los jóvenes es un amor desinteresado. Suscita confianza en los jóvenes. (...) Pienso que cada uno de nosotros debe pedir insistentemente al Señor Jesús que su contacto con los jóvenes sea esencialmente una participación de aquella mirada con que Él “miró” a su joven interlocutor del Evangelio, y una participación en aquel amor con que Él lo “amó”. También se debe rezar insistentemente para que este amor sacerdotal, desinteresado, corresponda de manera concreta a las esperanzas de toda la juventud (...) Debemos aprender de Cristo el amor a cada uno y a cada una con el que Él mismo “amó” (n.6)..

- Invitar a los jóvenes a seguir a Cristo

El amor hace capaces de proponer el bien. Jesús miró con amor a su joven interlocutor del Evangelio y le dijo: “sígueme” (Mt.19,21). Este bien que podemos proponer a los jóvenes, se expresa siempre en esta exhortación: ¡Sigue a Cristo! No tenemos otro bien que proponer: nadie puede proponer un bien mayor. Seguir a Cristo quiere decir: trata de encontrarte a ti mismo de la manera más profunda y auténtica posible. Trata de encontrarte a ti mismo como hombre. En efecto, Cristo es precisamente aquel que “manifiesta el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22).

Por tanto, sigue a Cristo. Lo cual significa: trata de encontrar aquella vocación que Cristo muestra al hombre; la vocación en la que se realizan el hombre y su propia dignidad. Sólo a la luz de Cristo y de su Evangelio podemos comprender plenamente qué quiere decir que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios mismo (...)

- Estar con ellos en el dolor y en el compromiso por un mundo mejor

Sabremos estar con ellos en medio de las pruebas y de los sufrimientos, de los que la juventud no está ciertamente exenta. Sí, a veces las ha de soportar pesadamente. (...) Hay que ayudarles en estas inquietudes a descubrir su vocación. Es necesario a la vez sostenerlos y afianzarlos en el deseo de transformar el mundo y de hacerlo más humano y fraterno (...) (n.7).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes de la Iglesia. Jueves Santo 1986.**

- La figura del Santo Cura de Ars

Juan Pablo II ofrece a todos los sacerdotes de la Iglesia el modelo del Santo Cura de Ars, destacando de su persona y de su vida lo siguiente: su voluntad tenaz de prepararse al sacerdocio (n 3), la profundidad de su amor a Cristo y a las almas (n.4), así como “los frutos sorprendentes y abundantes de su ministerio” (n.5).

Por otra parte, el Santo Padre pone de relieve los actos más importantes en el ministerio del cura de Ars: actividades apostólicas diversas orientadas hacia lo esencial (n.6); el sacramento de la reconciliación (n.7), la Eucaristía: ofrecimiento de la Misa, comunión y adoración (n.8); predicación y catequesis (n.9).

- La identidad del sacerdote

Juan Pablo II habla también de la identidad del sacerdote, a la luz de este Santo Sacerdote, poniendo de relieve lo siguiente:

- Ministerio específico del sacerdote (n.-10)

“El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y Redentor (n.10).

Debido a esta vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote el inmenso campo del servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia. (...) El sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados el cual consiste en hacer de su vida una ofrenda espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos. Mas, el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. Él ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios -la Palabra, el perdón y el Pan de Vida-, para reunirlos en su Cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios. En una palabra nuestra identidad de sacerdotes se manifiesta irradiando, en modo creativo, el amor a las almas que Cristo Jesús nos ha comunicado.

Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos, peor como Sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del Reino de Dios. Es testigo y dispensador de una vida distinta de la terrena. Es algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical (n.10).

- Su configuración íntima con Cristo y su solidaridad con los pecadores: su oración; su pobreza, castidad y obediencia; la renuncia a sí mismo, la mortificación.

Amados hermanos sacerdotes. No tengamos miedo a este compromiso personal -marcado por la ascesis e inspirado por el amor- que Dios nos pide para ejercer dignamente nuestro sacerdocio.: “Nos parece que en las dificultades actuales, Dios quiere enseñarnos, de manera más profunda, el

valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo” (Documento final de los Padres sinodales; 1986).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (13-IV-1987).**

Juan Pablo II no falta a la cita fraterna con los Sacerdotes de todo el mundo, el día del Jueves Santo. Y lo hace como siempre, enviándoles una hermosa Carta que desarrolla un tema de verdadera importancia: “la oración como centro de la existencia sacerdotal”. Dada su amplitud, ofrecemos lo más significativo de la misma, invitando a los hermanos sacerdotes a volver a meditarla. No nos defraudará una lectura serena, sosegada.

- Recordamos la institución del sacerdocio ministerial

Todos nosotros que, por medio del sacramento del orden, gozamos de una participación especial, ministerial, en el sacerdocio de Cristo, el Jueves Santo nos recogemos interiormente en recuerdo de la institución de la Eucaristía, porque este acontecimiento señala el día del nacimiento de nuestro sacerdocio, y, por eso, es también nuestra fiesta anual.

Es un día importante y sagrado no sólo para nosotros, sino para toda la Iglesia, para todos los que Dios constituyó para sí en Cristo “un reino de sacerdotes” (Apoc.1,6). Para nosotros esto es especialmente importante y decisivo, ya que el sacerdocio común del Pueblo de Dios está vinculado al servicio de los dispensadores de la Eucaristía que es nuestra labor más santa. Por eso, hoy cuando os reunáis en torno a vuestros Obispos, renovad junto a ellos, queridos hermanos, en vuestros corazones la gracia que se os ha concedido “por la imposición de manos” (cf. II Tim.1,6) en el sacramento del presbiterado (n.1).

En este día, deseo estar con vosotros, así como con vuestros Obispos, puesto que todos sentimos una profunda necesidad de renovar en nosotros la conciencia de la gracia de este sacramento que nos une íntimamente a Cristo, sacerdote y víctima (n.1)..

- Tema central de la Carta: la oración del sacerdote

El Santo Padre dice a los sacerdotes: “por medio de esta Carta deseo expresar algunos pensamientos sobre la importancia de la oración en nuestra vida, sobre todo en relación con nuestra vocación y misión” (n.1).

- La oración de Jesús en Getsemaní

La oración de Getsemaní, más que cualquier otra oración de Jesús revela la verdad sobre la identidad, vocación y misión del Hijo, que ha venido al mundo para cumplir la voluntad paterna de Dios hasta el final, cuando diga “todo se ha cumplido” (Jn.19, 30). Esto es importante para todos los que entran a formar parte de la “escuela de oración” de Cristo: es especialmente importante para nosotros los sacerdotes (n.4).(...)

En la oración con que comienza la pasión, Jesucristo, “Hijo del hombre”, expresa el típico esfuerzo de la responsabilidad, unida a la aceptación de las tareas en las que el hombre se ha de “superar a sí mismo”.(...) (n.6).

Jesús, lleno de angustia, oraba con más insistencia (Lc.22,44). Es la máxima expresión de un sufrimiento que se traduce en oración, y de una oración que, a su vez, conoce el dolor, al acompañar el sacrificio anticipado sacramentalmente en el Cenáculo, vivido profundamente en el espíritu de Getsemaní y que está a punto de consumarse en el Calvario. Precisamente sobre estos momentos de la oración sacerdotal y sacrificial es sobre los que deseo llamar vuestra atención, queridos hermanos, en relación con nuestra oración y nuestra vida (n.6)..

- La oración como centro de la existencia sacerdotal

+ Nuestro sacerdocio debe estar profundamente vinculado a la oración: enraizado en la oración. En efecto, la afirmación no requiere demostración, sino que más bien necesita ser cultivada constantemente con la mente y el corazón, para que la verdad que hay en ella pueda llevarse a cabo en la vida de un modo cada vez más profundo. Se trata, pues, de nuestra vida, de la misma existencia sacerdotal, en toda su riqueza, y que se encierra, antes que nada en la llamada al sacerdocio, y que se manifiesta también en ese servicio de la salvación que surge de ella (n.7) (...)

+ En nuestra vida sacerdotal la oración tiene una variedad de formas y de significados, tanto la personal como la comunitaria, o la litúrgica (pública y oficial). No obstante en la base de esta oración multiforme siempre hay que encontrar ese fundamento profundísimo que pertenece a nuestra existencia sacerdotal en Cristo, como realización específica de la misma existencia cristiana, y más aún –de modo más amplio- de la humana. La oración, pues, es la expresión connatural de la conciencia de haber sido creados por Dios, y más aún -como revela la Biblia- de que el Creador se ha manifestado al hombre como Dios de la Alianza.

+ La oración, que pertenece a nuestra existencia sacerdotal, comprende naturalmente dentro de sí todo lo que deriva de nuestro ser cristianos, o también simplemente del ser hombres hechos “a imagen y semejanza” de Dios. Incluye además, la conciencia de nuestro ser hombres y cristianos como sacerdotes. Y esto es precisamente lo que quiere descubrir el Jueves Santo, llevándonos con Cristo, después de la última Cena, a Getsemaní. En efecto, allí somos testigos de la oración del mismo Jesús, que precede inmediatamente al cumplimiento supremo de su sacerdocio por medio del sacrificio de sí mismo en la Cruz (cf. Heb.9,11-12). (n.8).

+ La oración en Getsemaní es como una piedra angular puesta por Cristo al servicio de la causa “que el Padre le ha confiado: obra de redención del mundo mediante el sacrificio ofrecido en la Cruz. Partícipes del sacerdocio de Cristo, que está unido indisolublemente a su sacrificio, también nosotros debemos poner la piedra angular de la oración como base de nuestra existencia sacerdotal. Nos permitirá sintonizar nuestra existencia con el servicio sacerdotal, conservando intacta la identidad y la autenticidad de esta vocación, que se ha convertido en nuestra herencia especial en la Iglesia, como comunidad del Pueblo de Dios.

+ La oración sacerdotal -especialmente la Liturgia de las Horas y la adoración eucarística- nos ayudará a conservar antes que nada la conciencia profunda de que, como “siervos de Cristo” somos de modo especial y excepcional “administradores de los misterios de Dios” (ICort.4,1). Cualquiera que sea nuestra tarea concreta, cualquiera que sea el tipo de compromiso en que desarrollamos el servicio pastoral, la oración nos asegurará la conciencia de esos misterios de Dios de los que somos “administradores”, y la llevara a manifestarse en nuestras obras.(...)

+ Tenemos necesidad de oración, de oración profunda y, en cierto sentido, “orgánica”, para poder ser signo visible de Cristo y de su evangelio. (...) La oración reaviva en nosotros la conciencia de ser “administradores de los misterios de Dios” y nos empuja a “ponernos a disposición de los demás y, así, dar testimonio de ese amor supremo que está en Cristo, de ese amor que es Dios mismo”.

+ Además, “la oración debe ampliarse y extenderse constantemente a todos aquellos que “el Padre nos ha dado” (cf. Jn.17,6). A ejemplo de Jesús, el sacerdote, “administrador de los misterios de Dios”, es él mismo cuando es “para los demás”. La oración le da una especial sensibilidad hacia los demás, haciéndolo sensible a sus necesidades, a su vida y a su destino. La oración permite también al sacerdote reconocer a los “que el Padre le ha dado”...Estos son, ante todo, los que, por así decirlo, son puestos por el Buen Pastor en el

camino de su servicio sacerdotal, de su labor pastoral. Son los niños, los adultos, los ancianos. Son la juventud, las parejas de novios, las familias, pero también las personas solas. Son los enfermos, los que sufren, los moribundos. Son los que están espiritualmente cercanos, dispuestos a la colaboración apostólica, pero también los lejanos, los ausentes, los indiferentes... Son los que están mal dispuestos por varias razones, los que se encuentran en medio de dificultades de naturaleza diversa, los que luchan contra los vicios y pecados, los que luchan por la fe y la esperanza. Los que buscan la ayuda del sacerdote y los que lo rechazan.

+ ¿Cómo ser sacerdote “para” todos ellos (...) según el modelo de Cristo? (...) Nuestra prueba será siempre una prueba de amor, una prueba que hemos de aceptar, antes que nada, en el terreno de la oración (n.11).

+ La oración es indispensable para conservar la sensibilidad pastoral hacia todo lo que viene del “Espíritu”, para “discernir” justamente y emplear bien esos carismas, que llevan a la unión y están unidos al servicio sacerdotal de la iglesia. Pues es tarea de los presbíteros “reunir al Pueblo de Dios”, y no dividirlo. Y estos lo cumplen sobre todo como dispensadores de la santísima Eucaristía (n.12). Por lo tanto, la oración nos permitirá, a pesar de muchas contrariedades, dar una prueba de amor que ha de ofrecer la vida de cada hombre, y de modo especial la del sacerdote. Y cuando parezca que esa prueba supera nuestras fuerzas, recordemos lo que el evangelista dice de Jesús en Getsemaní: “lleno de angustia, oraba con más insistencia” (Lc.22, 44).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (25-III-1988).**

Hoy volvemos al Cenáculo. (...) Como nuestro Señor -y al mismo tiempo in persona Christi- pronunciamos las palabras “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo... Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre”. En efecto, el mismo Señor nos encomendó esto, cuando dijo a los apóstoles: “Haced esto en conmemoración mía” (Lc.22,19).

- El Año Mariano

Es conveniente que a lo largo de este año, vivido por toda la Iglesia como Año Mariano, se recuerde -a propósito de la institución de la Eucaristía y, a la vez, del sacramento del Sacerdocio- la realidad misma de la Encarnación, la cual se llevó a cabo por obra del Espíritu Santo, descendiendo sobre la Virgen de Nazaret, cuando ella pronunció su “fiat” como respuesta al mensaje del Ángel (cf. Lc.1, 38).

- María presente en el Calvario

En la última Cena, no consta que la Madre de Cristo estuviera en el Cenáculo. Sin embargo estaba presente en el Calvario, al pie de la Cruz “en donde no sin designio divino, se mantuvo de pie, se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada” (LG 58). Esta es la consecuencia de aquel “fiat”, pronunciado por María en la Anunciación.

- Recordemos a María

Cuando nosotros, al actuar “in persona Christi”, celebramos el sacramento del mismo y único sacrificio en el que Cristo es y sigue siendo el único sacerdote y la única víctima, no debemos olvidar este sufrimiento de la Madre (...) Cuando su Hijo en la Cruz se manifestó plenamente como “signo de contradicción”, esta inmolación, la agonía mortal del Hijo afectó también al corazón de María (...) Se alcanza aquí el ápice de la presencia de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia en la tierra. Este ápice se encuentra en el camino de la “peregrinación de la fe”, a la que nos referimos especialmente en el Año Mariano ((RM 30). (...).

Conviene, pues, que se profundice constantemente nuestro vínculo espiritual con la Madre de Dios, que en la peregrinación de la fe “precede” a todo el Pueblo de Dios. Y de modo particular, cuando celebrando la Eucaristía nos encontramos cada día en el Gólgota, conviene que esté a nuestro lado Aquella que, mediante una fe heroica, realizó al máximo su unión con el Hijo, precisamente allí en el Gólgota (n.2).

Si Juan al pie de la cruz representa en cierto sentido a todos los hombres, a cada uno y a cada una, sobre los cuales se extiende espiritualmente la maternidad de la Madre de Dios, ¡cuánto más no será válido esto para cada uno de nosotros, llamados sacramentalmente al servicio sacerdotal de la Eucaristía en la Iglesia! Es estremecedora la realidad del Gólgota, el sacrificio de Cristo por la redención del mundo. Es estremecedor el misterio de Dios, del cual somos ministros en el orden sacramental (cf. ICort.4,1). Sin embargo, ¿no estamos amenazados por el peligro de ser ministros no suficientemente dignos; por el peligro de no presentarnos con suficiente fidelidad al pie de la Cruz de Cristo, al celebrar la Eucaristía? Procuremos estar cerca de esta Madre, en cuyo corazón está grabado de modo único e incomparable el misterio de la redención del mundo (n.3) (...).

- La paternidad sacerdotal “en el espíritu”

Con ocasión del Jueves Santo, es necesario profundizar de nuevo en esta verdad misteriosa de nuestra vocación: esta “paternidad en el espíritu”, que a nivel humano es semejante a la maternidad (...) Se trata, por tanto, de una característica de nuestra personalidad sacerdotal, que expresa precisamente su madurez apostólica y su fecundidad espiritual. Si toda la Iglesia “aprende de María la propia maternidad” (RM 43), ¿no es conveniente que lo hagamos también nosotros? Es preciso, pues, que cada uno de nosotros “la reciba en su casa”, así como la recibió Juan, es decir, que cada uno de nosotros permita a María que ocupe un lugar “en la casa” del propio sacerdocio sacramental. Como madre y mediadora de aquel “gran misterio” (cf. Ef.5, 32) que todos deseamos servir con nuestra vida (n.4).(...)

- El celibato sacerdotal

La analogía entre la Iglesia y María Virgen es especialmente elocuente para nosotros, que unimos nuestra vocación sacerdotal al celibato (...) Renunciamos libremente al matrimonio, a fundar una familia, para poder servir mejor a Dios en los hermanos. Se puede decir que nosotros renunciamos a la paternidad “según la carne”, para que madure y se desarrolle en nosotros la paternidad “según el espíritu” que tiene al mismo tiempo características maternas (...).

Ante este modelo -es decir, el prototipo que la Iglesia encuentra en María- es necesario que nuestra elección sacerdotal del celibato para toda la vida esté depositada también en su corazón. Es necesario recurrir a esta Madre-Virgen cuando encontremos dificultades en el camino elegido (n.5) (...).

- Acojamos a María en la “casa” de nuestro sacerdocio

Como Juan, “introduzcamos también nosotros a María como Madre en la “casa” interior de nuestro sacerdocio. En efecto, también nosotros pertenecemos a los “fieles, a cuya generación y educación” la Madre de Dios “coopera con amor materno” (LG 63).

- Cristo nos ama y nos llama amigos

Sí, nosotros tenemos, en cierto modo, un “derecho” especial a este amor en virtud del misterio del Cenáculo. “No os llamo siervos, sino amigos” (Jn.15,15). Sin esta “amistad” sería difícil pensar que Él nos haya confiado, después de los apóstoles, el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, el sacramento de su muerte redentora y de su resurrección, para que celebrásemos este inefable sacramento en su nombre, más aún, “in persona Christi”. Sin esta

amistad especial sería difícil pensar también en la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se presentó en medio de los apóstoles diciéndoles. “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados...” (Jn.20,22-23).

Esta amistad compromete. Esta amistad debería infundir un santo temor, un mayor sentido de responsabilidad, una mayor disponibilidad en el dar de sí todo lo que seamos capaces, con la ayuda de Dios. (...) (n.6).

Nos sentimos siempre indignos de la amistad de Cristo. Pero es bueno que tengamos el santo temor de no permanecer fieles a la misma. La Madre de Cristo sabe todo esto. Ella misma comprendió más plenamente lo que significaban las palabras pronunciadas por su Hijo en el momento de la agonía en la Cruz: “Mujer, ahí tienes a tu hijo...Ahí tienes a tu madre”. Se referían a ella y al discípulo (...) La Madre de Dios (...) hará todo lo posible para que estos no defrauden esta santa amistad y para que estén a la altura de la misma” (n.6).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (12-III-1989)**

Es preciso que todos conozcamos la reciente publicación de la Exhortación Apostólica postsinodal “Christifideles Laici”, y que, a su luz, meditemos sobre nuestra propia vocación. Esta reflexión resulta particularmente actual en el día en que conmemoramos la institución de la Eucaristía, así como el ministerio sacramental de los sacerdotes, relacionado con ella.

- El sacerdocio común de los bautizados y el sacerdocio ministerial

El Concilio Vaticano II ha recordado la diferencia que hay entre el sacerdocio común de todos los bautizados y el sacerdocio que se recibe en el sacramento del Orden. El Concilio llama a éste último “sacerdocio ministerial”, lo cual designa a la vez “oficio” y “servicio”; y es también jerárquico”, en el sentido de servicio sagrado. En efecto, “jerarquía” significa gobierno sagrado, que en la Iglesia es servicio (cf. LG.10; ChFL,22) (n.2).

- Cristo, sumo y eterno Sacerdote

Como hombre, Cristo es sacerdote, es el “Sumo sacerdote de los bienes futuros”; mas este hombre –sacerdote es a la vez el Hijo consubstancial al Padre. Por ello su sacerdocio –el sacerdocio de su sacrificio redentor- es único e irrepetible. Es el cumplimiento trascendente de todo el contenido del sacerdocio (n.3).

- Participación en el único sacerdocio de Cristo

Ahora bien, precisamente este único sacerdocio de Cristo es participado por todos en la iglesia mediante el sacramento del bautismo. (...) Los fieles laicos son aquellos de entre los cuales cada uno de nosotros ha sido elegido; aquellos de entre los cuales ha surgido nuestro sacerdocio. (...).

- Jesús lava los pies a sus discípulos

El día antes de su pasión y muerte en la cruz, Jesús, en el Cenáculo, lavó los pies a los Apóstoles y lo hizo para subrayar que “no había venido a ser servido, sino a servir” (Mc.10, 45). Todo lo que Cristo hacía y enseñaba estaba en función de la obra de la redención; la expresión última y más completa de su misión mesiánica es la Cruz en el Calvario.(...) La Eucaristía -sacramento del sacrificio redentor de Cristo- lleva consigno este “signo”. Cristo que ha venido para servir, está presente sacramentalmente en la Eucaristía precisamente para servir. Este servicio es, al mismo tiempo, la plenitud de la mediación salvífica. (cf. Heb.9, 24).

- El sacerdote ha de tener presente este “signo” de la misión redentora de Cristo.

Cada uno de nosotros, que mediante la ordenación sacramental participa del sacerdocio de Cristo, debe tener siempre presente este “signo” de la misión redentora de Cristo. Pues nosotros (...) también hemos sido constituidos “a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios” (cf. LG, 37). Este ministerio constituye el centro mismo de nuestra misión (...). En esta dimensión debe realizarse la plena autenticidad de nuestra vocación, de nuestro lugar en la Iglesia (n.4).

Por tanto, es necesario que hoy (...) meditemos una vez más, y profundamente, sobre el carácter particular de nuestra vocación y de nuestro servicio sacerdotal (cf. PO,3).

- Los laicos en la vida y ministerio del sacerdote

En la vocación sacerdotal de un pastor debe haber un lugar especial para los laicos y para su “laicidad”, que es también un gran bien de la Iglesia. Esta actitud acogedora es signo de la vocación del sacerdote como pastor (cf. PO, 3; LG, 18). (...)

Reconociendo la dignidad de los laicos y su “papel específico en el ámbito de la misión de la Iglesia”, “los presbíteros son hermanos entre sus hermanos, como miembros de un solo y mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación ha sido encomendada a todos” (PO, 9).

- Los sacerdotes reúnen la comunidad cristiana y la presiden

Los sacerdotes, “ejerciendo...el oficio de Cristo...reúnen la familia de Dios como una fraternidad, animada con espíritu de unidad y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo” (LG 28). Este “reunir” es servicio. Cada uno de nosotros debe ser consciente de reunir a la comunidad no alrededor de sí mismo, sino de Cristo, y no para sí mismo, sino para Cristo, para que Él mismo pueda actuar en esta comunidad y a la vez en cada uno, con el poder de su Espíritu Paráclito, y según el “don” recibido por cada uno de este Espíritu “para el provecho común”. Por consiguiente, este “reunir” es servicio, y lo es tanto más cuanto el sacerdote “preside” la comunidad (cf. PO, 9). Este “reunir” se entiende no como algo circunstancial sino como una constante y coherente edificación de la comunidad.

- Respetar los dones y carismas de los laicos

Los presbíteros deben “descubrir con sentido de fe, reconocer con gozo y fomentar con diligencia los multiformes carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos” (PO 9).

Los presbíteros “encomienden igualmente con confianza a los laicos funciones en servicio de la Iglesia, dejándoles libertad y campo de acción” (PO, 9).

Los presbíteros “están puestos en medio de los laicos para llevarlos a todos a la unidad de la caridad, amándose unos a otros con caridad fraterna y unos a otros previniéndose en las muestras de deferencia (Rm.12,10)” (PO 9).

Los presbíteros, promoviendo la dignidad y responsabilidad de los laicos, “recurran gustosamente a su prudente consejo” (LG 37).

De esta manera “se robustece en los laicos el sentido de la propia responsabilidad, se fomenta su entusiasmo y se asocian más fácilmente las fuerzas de los laicos al trabajo de los Pastores” (LG, 37).

*** Allocución en el “Angelus” (17-XII- 1989)**

“Si esta virtud -la fe- es necesaria para todos, lo es de forma especial para el sacerdote, que tiene la misión de comunicar la fe a los demás con el anuncio de la Palabra. Éste no puede predicar el Evangelio con eficacia si no ha asimilado profundamente su mensaje... Todo sacerdote ha de ser animador de la fe”.

*** Alocución de Juan Pablo II (24-XII-1989)**

“El presbítero es hombre de la esperanza... Formar un sacerdote significa formar un hombre que tendrá la misión de testimoniar la esperanza cristiana y robustecerla en los demás. El mundo está sediento de esperanza... El sacerdote, hombre de esperanza,... tenderá sobre todo a desarrollar en torno a sí la esperanza que no falla (cf. Rm.5,5)”.

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (12-IV-1990).**

- Vayamos al Cenáculo

Nos dirigimos al Cenáculo con Cristo y los Apóstoles para celebrar la Eucaristía “in cena Domini” y para encontrar las comunes raíces que unen en sí la Eucaristía de la Pascua de Cristo y nuestro sacerdocio sacramental, heredado de los Apóstoles (cf. Jn.13,1).

En este Jueves Santo, al volver a los orígenes del sacerdocio de la nueva y eterna Alianza, cada uno de nosotros recuerda, al mismo tiempo, aquel día que está grabado en la historia de nuestra propia vida, como servicio en la Iglesia de Cristo. (...) Fue aquel día en que cada uno de nosotros, en virtud del sacramento, vio este sacerdocio como realizado en uno mismo, como impreso en la propia alma bajo la forma de un sello indeleble: “Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec” (Heb.5,6). (n.1)..

- Fortalecer la gracia sacramental del Orden

Hoy en la Liturgia matutina de la Misa crismal, nos reunimos, en nuestras respectivas Comunidades sacerdotales, en torno a nuestros Obispos para fortalecer la gracia sacramental del Orden. Nos reunimos para renovar, ante el pueblo sacerdotal de la Nueva Alianza, aquellas promesas que desde el día de la ordenación constituyen el carácter específico de nuestro ministerio en la Iglesia (n.2)..

- Acojamos al Espíritu Santo

Y, al renovar estas promesas, invocamos al Espíritu de la verdad -el Paráclito- para que conceda la fuerza salvífica y santificadora a las palabras que la Iglesia pronuncia en su himno de invocación: “Visita las almas de tus fieles y llena de la divina gracia los corazones, que Tú mismo creaste”.(...) El Espíritu del Padre y del Hijo nos permite descubrir cada vez con mayor profundidad el misterio de aquella amistad a la que Cristo nos ha llamado en el Cenáculo (cf. Jn.15,15).

Hoy pedimos al Espíritu Santo que esté siempre presente en nuestros pensamientos y en nuestros corazones. Su presencia es condición necesaria para mantener la amistad con Cristo y nos garantiza también un conocimiento cada vez más íntimo y conmovedor del misterio de nuestro Maestro y Señor. Nosotros participamos de este misterio de un modo singular: somos sus heraldos y, sobre todo, sus dispensadores.

- El sacerdocio ministerial y el sacerdocio de los fieles

El Santo Padre recuerda que “el sacerdocio de los Obispos y de los Presbíteros, igual que el ministerio de los Diáconos es “para” los Laicos y, precisamente por esto, posee su carácter “ministerial”, es decir, “de servicio” (n.3).

*** Allocución en el “Angelus” del domingo; 12-VIII-1990**

Entre las misiones del ministerio sacerdotal está la visita a los enfermos, que lleva a los mismos el consuelo moral, espiritual, para ayudarles a soportar la prueba de la enfermedad y a superarla. (...) El sacerdote está llamado a seguir el ejemplo de Cristo y a llevar a los enfermos toda la simpatía del Salvador. A diferencia de Cristo, el sacerdote no tiene el poder de curar a los enfermos y a los que sufren, pero puede procurarles un consuelo moral y espiritual, que los sostendrá en la prueba y podrá incluso facilitar o acelerar la curación. También con la oración, el sacerdote implorará y obtendrá la mejoría del estado de salud de los enfermos, que le están confiados.

Su ministerio pastoral le conduce a practicar el amor hacia los más miserables...Siempre que el sacerdote visita a un enfermo está invitado a descubrir en él la misteriosa presencia de Cristo (cf. Mt.25,36). En los sufrimientos del enfermo reconocerá con respeto y amor el misterio de Cristo crucificado, que se prolonga en las vidas humanas.

Bajo esta perspectiva de la obra de salvación el sacerdote está llamado a visitar a los enfermos. (...) El sacerdote tendrá siempre bajo su mirada el

objetivo de su misión, la salvación integral del hombre que es, en primer lugar, de orden espiritual. Será consciente de que la enfermedad es un tiempo de prueba pero también de gracia, y animará a los enfermos a aprovechar esta gracia para acercarse a Cristo, descubrir su misteriosa presencia, aceptar la voluntad del Padre, y ofrecerle más generosamente sus dolores. Pidamos a la Virgen María (...) que guíe maternalmente a los sacerdotes en sus visitas y los anime constantemente en este ministerio tan importante” (85b).

*** Alocución de Juan Pablo II al “Angelus” del domingo: “El Sacerdote es el hombre de Sacrificio”: 16-IX-1990.**

“El Sacerdote es el hombre del sacrificio. En virtud del sacramento del Orden, tiene la misión de ofrecer el sacrificio de Cristo, haciéndolo místicamente presente en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Consecuentemente, está unido al sacrificio redentor de Cristo por su misma existencia sacerdotal.. La ordenación sacerdotal lo compromete en el camino de dicho sacrificio (n.2).

El sacerdote sabe que ha sido llamado, de forma especial, al sacrificio. Sin embargo, encontrará la fuerza para soportar generosamente sus pruebas, a veces difíciles, si sabe verlas a la luz de la pasión de Cristo (cf. Col.1,24). (...) Los que se preparan para el sacerdocio deben educarse para una actitud generosa, que los capacite para aceptar, por amor a Cristo, las renunciaciones necesarias, reconociendo su fecundidad apostólica” (85c).

*** Homilía a los participantes en el retiro Mundial para sacerdotes: 19-IX-1990.**

Juan Pablo II aborda en esta homilía “los lazos que existen entre la santificación del sacerdote y la evangelización”. Vamos a exponerlos de forma abreviada.

- Consagración para la misión

“Una consagración para la misión. Para nosotros, sacerdotes, se encuentra en todo esto la invitación a volver a las raíces sacramentales de nuestro sacerdocio. El sacramento del Orden nos ha “ungido” con el carácter sacramental y nos ha “santificado” con el don del Espíritu. Nos ha concedido una participación en la unción y santificación misma de Jesús. El don de la “santidad” hace posible y exige una continua “santificación”. De la santidad ontológica conferida en el Sacramento del Orden, brota el compromiso de la santidad moral. Justamente esta santidad-santificación debe constituir la base de nuestra misión evangelizadora.

- Lazos existentes entre la santificación del presbítero y su ministerio

Bajo estas condiciones estamos invitados a discernir más atentamente los profundos lazos que existen entre nuestro compromiso diario de santificación sacerdotal y nuestra labor de evangelización. (n.5).

+ El primer lazo puede ser formulado como sigue: La santificación, una “condición” que Dios mismo ha puesto para la mayor eficacia de la evangelización. Ciertamente, el Evangelio de Dios tiene una propia eficacia objetiva que proviene de ser no una palabra humana sino palabra de Dios. Pero Dios mismo, al elegir a hombres libres y responsables como colaboradores en la obra de salvación, ha querido hacer que dependa también de ellos la eficacia más o menos efectiva de esta misma obra de salvación.

+ Un segundo lazo está relacionado con el primero; la fuerza sobrenatural de la obra evangelizadora consiste en el don del Espíritu, consiste en la santidad-santificación. Muchas veces experimentamos nuestra pobreza, inadaptación, impotencia ante la extraordinaria misión que el Señor nos confía. La experiencia del joven Jeremías es nuestra experiencia: “Respondí: ¡Ah Señor Dios! He aquí que no sé hablar, pues soy joven” (Jer.1,6). Pero el don del Espíritu que nos santifica hace que también nosotros escuchemos las consoladoras palabras del Señor dirigidas a su profeta: “No digas: soy un joven, pues irás adonde te envíe yo y dirás lo que yo te mande. No tengas temor ante ellos, porque yo estaré contigo para protegerte” (Jer.1,7-8). Aquí tiene su fundamento nuestra confianza, aquí está basado nuestro optimismo. Ninguna cosa podrá minimizarlo, porque nada hay más fuerte que Dios. Si en la fe nos agarramos a Él, Él hará que nuestro corazón oiga también lo que dijo al Apóstol Pablo: “Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo del poder” (ICort.12,9).

+ Un tercer lazo aparece en este punto, y es el más profundo: esta misma santificación se convierte en evangelización. Justamente la santidad-santificación se convierte en anuncio de Cristo, mejor dicho, en don de Cristo. Sí, porque el Evangelio no es primariamente la serie de “verdades” que Jesús ha proclamado, sino Él mismo en persona. El, Camino, Verdad y Vida. Sólo quien posee a Cristo porque lo desea, lo ama, está en íntima y permanente y progresiva comunión de vida con Él, se convierte en “testigo” y, por tanto, en “evangelizador” creíble (n.6) (85d).

*** Homilía de Juan Pablo II en la solemne apertura de la VIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos: 30-IX-1990**

Juan Pablo II en esta homilía pone de manifiesto que “durante este sínodo de los obispos, queremos concentrarnos en el argumento de la “formación sacerdotal”. ¿Qué es esta formación? Se puede decir que es “una respuesta a la llamada del Señor de la viña”. La primera respuesta, directa, es la disponibilidad de proseguir en el camino de la vocación, mientras la respuesta indirecta, gradual, global es la que se da durante toda la vida, y con toda la vida. Queremos penetrar en los sentidos arcanos de tal respuesta. (n.2).

San Pablo escribe: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo” (Fil.2,5). Se puede decir que en estas palabras se encuentra una definición de la formación sacerdotal. El sacerdote es el hombre que debe tener en sí estos sentimientos de manera particular. Tales sentimientos son la razón de ser de su sacerdocio. Cada uno de nosotros se realiza a sí mismo, su humanidad, su personalidad, participando en los sentimientos que fueron y continúan siendo de Cristo Jesús. De hecho, estos sentimientos no tienen sólo una dimensión histórica; sino son siempre vivos y vivificantes: se actualizan en la potencia del Espíritu Santo, mediante su acción en el hombre y en la comunidad (n.3).

- Llamados a salir del pecado y a elevarnos a Dios

Todos estamos llamados a pasar de la esclavitud del pecado a la liberación en Dios. ¡Ve y trabaja! Jesucristo es el Señor de esta viña...(n.4). Esta llamada está dirigida a cada hombre. En la Iglesia ella toma la forma sacramental. El primer momento de la llamada es el bautismo. El sacerdocio de los fieles ya está contenido en él. El sacerdocio ministerial como sacramento tiene su fuente en él y está ligado, en modo particular, a la Eucaristía, en la cual el misterio de la cruz y de la exaltación de Cristo (el misterio pascual) se renueva y se hace presente para el bien de la Iglesia y del mundo (n.5).

- Dimensión pastoral del sacerdocio

La vocación sacerdotal tiene una dimensión pastoral. El sacerdote, sirviendo, se hace semejante a Cristo, ya preanunciado como el que “señala el camino correcto a los pecadores; guía a los humildes, según la justicia, enseña a los pobres sus caminos” (Sal.25/24, 8-9). (...) La formación sacerdotal prepara a los nuevos discípulos del Redentor o imitadores del Buen Pastor” (85e).

*** Discurso del Papa al final del Sínodo de los Obispos: 27-X-1990**

El Santo Padre dirige este discurso al final de los trabajos del Sínodo de los Obispos que había tratado el tema tan importante del Sacerdocio Ministerial. Vamos a destacar algunos puntos significativos de esta Alocución de Juan Pablo II:

- Sacerdotes bien formados. “Cuanto más se desarrolla el apostolado de los laicos, con más fuerza se percibe la necesidad de contar con sacerdotes bien formados” (...) Cuanto más se profundiza el sentido de la vocación propia de los laicos, más se evidencia lo que es propio del sacerdote” (n.3).

- La identidad sacerdotal. Las intervenciones de los Padres sinodales “han manifestado la conciencia de la relación ontológica específica que une al sacerdote a Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor. Esta identidad justifica la naturaleza de la formación que debe ser impartida con miras al sacerdocio y, por tanto, a lo largo de toda la vida sacerdotal. Era éste el objetivo del Sínodo” (n.4).

- Formación integral del sacerdote. Se ha puesto de relieve la necesidad de una formación integral, que no descuide aspecto alguno. Formación humana, doctrinal, espiritual, pastoral, que tenga en cuenta las circunstancias, frecuentemente difíciles, en las que debe ejercerse el ministerio. (...) (n.8).

- El profesor de teología. Tiene la misión de enseñar la doctrina de la fe, que es la fe de la Iglesia. Debe ser, él mismo, un hombre de fe, que predique con el ejemplo. Debe comunicar a los jóvenes, que le son confiados, el amor por la Iglesia, ésta misma misterio de fe, y la dócil aceptación de la palabra del Magisterio (n.8).

- El presbiterio. “Se ha formulado una invitación a los obispos y a los sacerdotes para que vivan esta realidad que es fuente de una rica espiritualidad y de una fecunda acción pastoral” (n.9) (85f).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (1991).**

- Miremos a Cristo

En este día miramos a Cristo, que es la plenitud, la fuente y el modelo de todas las vocaciones, en particular al servicio sacerdotal, en cuanto participación peculiar en su sacerdocio mediante el carácter del sacramento del Orden. Solamente en Él se da la plenitud de la unción, la plenitud del don que es para todos y para cada uno. Es inagotable. (...)

De la plenitud del don del Padre que hay en Él y que por mediación suya es otorgado al hombre, Cristo instituirá durante esta misma Cena el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, bajo las especies de pan y de vino, y lo pondrá confiadamente -el sacramento de la Eucaristía- en manos de los apóstoles y, por mediación de ellos, en manos de la Iglesia, para todos los tiempos, hasta su venida definitiva en la gloria (n.1).

- La acción fecunda del Espíritu Santo

En virtud del Espíritu Santo, operante en la Iglesia desde el día de Pentecostés, este sacramento, a través de la larga serie de las generaciones sacerdotales, se nos ha confiado también a nosotros en el momento presente de la historia del hombre y del mundo que, en Cristo, se ha convertido ya para siempre en historia de salvación (n.1).

- Invitación a repasar el propio camino hacia el sacerdocio y el camino del sacerdocio

Cada uno de nosotros ha de repasar hoy con su mente y con el corazón en la mano la propia vía hacia el sacerdocio y, después, la vía seguida en el sacerdocio, que es la vía de la vida y del servicio, que nos ha venido del Cenáculo. (...) (n.1).

- La imposición de las manos y el don del Espíritu Santo

Desde los tiempos apostólicos, la imposición de manos es el signo de la transmisión del Espíritu Santo, el cual es, en sí mismo, supremo artífice de la santa potestad sacerdotal: autoridad sacramental y ministerial (n.1).

- La pastoral vocacional

Es indispensable la oración para que “el Padre de la mies envíe operarios a su mies” (Mt.9,38). Esta es la oración por las vocaciones y es también la oración por todo sacerdote para que consiga una madurez cada día mayor en su vocación: en su vida y en su ministerio. Esta madurez contribuye de modo especial al aumento de las vocaciones. Simplemente hay que amar el propio sacerdocio, hay que comprometerse uno a sí mismo, para que de esta manera la verdad sobre el sacerdocio ministerial se haga atrayente para los demás. En la vida de cada uno de nosotros debe ser visible el misterio de Cristo, de donde arranca el “sacerdos” como “alter Christus” (n.2).

- El sacerdocio al servicio de la vida divina

El sacerdocio está totalmente al servicio de la vida divina que en el misterio pascual de Cristo se ha revelado más poderosa que la muerte; vida que ha comenzado, con la resurrección de Cristo, en la historia del hombre. El sacerdocio da testimonio de ella mediante el servicio a la Palabra; la crea, la regenera y multiplica, mediante el servicio de los sacramentos. El propio sacerdote vive antes que nada de esta vida, la cual es la fuente más profunda de su madurez sacerdotal y también la garantía de fecundidad espiritual para todo su servicio. El sacramento del Orden imprime en el alma del sacerdote un carácter particular, el cual, una vez recibido, permanece en él como fuente de la gracia sacramental, de todos los dones y carismas que corresponden a la vocación al servicio sacerdotal en la Iglesia (n.3)..

- Renovar y reavivar la gracia sacramental del sacerdocio

La liturgia del Jueves Santo es un momento especial del año, en el que podemos y debemos renovar y reavivar dentro de nosotros la gracia sacramental del sacerdocio. Lo hacemos en unión con el Obispo y con todo el presbiterio, teniendo ante los ojos la realidad misteriosa del Cenáculo: la del Jueves Santo y la de Pentecostés. Entrando en las profundidades divinas del sacrificio de Cristo, nos abrimos al mismo tiempo al Espíritu Santo Paráclito, cuyo don es nuestra participación característica en el único sacerdocio de Cristo, el eterno Sacerdote. Es por obra del Espíritu Santo como podemos obrar “in persona Christi”, cuando celebramos la Eucaristía y cuando ejercemos todos los servicios sacramentales para la salvación de los demás.

- En nuestras tribulaciones, el Espíritu Santo nos sostiene y ayuda

Cuanto más sintamos que nos rebasa nuestra misión, tanto más debemos abrirnos a la acción del Espíritu Santo. Especialmente cuando la resistencia de las mentes y de los corazones, la resistencia de una civilización generada bajo el influjo del “espíritu del mundo” (cf. ICort.2,12), se hace particularmente perceptible y fuerte. (...) No obstante la resistencia de las mentes, de los corazones y de la civilización impregnada del “espíritu del mundo”, sin embargo perdura en toda la creación “la espera” (cf. Rm.8,22). ¡Que esta visión paulina no abandone nunca nuestra conciencia sacerdotal y que nos sirva de apoyo para nuestra vida y nuestro servicio! Entonces comprenderemos por qué el sacerdote es necesario para el mundo y para los hombres (n.3).

*** Exhortación Apostólica: “Pastores dabo vobis” (1992).**

Juan Pablo II amó de manera especial a los sacerdotes a quienes dedicaba cada Jueves Santo una Carta entrañable de Pastor Bueno y les regaló

esta preciosa Exhortación Apostólica, en la que el Papa presenta la naturaleza del sacerdocio ministerial, su espiritualidad específica y propia...

- “Es en el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, donde se manifiesta toda identidad cristiana, y por tanto también la identidad específica del sacerdote y de su ministerio (...) (n.12).

- Enraizados en Jesucristo, y abiertos al futuro.

Con la mirada puesta en las raíces del sacerdocio y en el futuro, el Santo Padre afirma que “hay una fisonomía del sacerdote que no cambia...Pero, ciertamente la vida y el ministerio del sacerdote debe también ajustarse a cada época y a cada ambiente de vida...Por ello, debemos abrirnos a la iluminación del Espíritu Santo, para descubrir las orientaciones de la sociedad moderna, reconocer las necesidades espirituales más profundas, determinar las tareas concretas más importantes, los métodos pastorales que habrá que adoptar y, así, responder adecuadamente a las esperanzas humanas” (n. 5).

“En realidad, Dios sigue llamando y enviando, revelando su designio salvífico en el desarrollo histórico de la vida del sacerdote y de las vicisitudes de la Iglesia y de la sociedad” (n. 70). “El sacerdote de mañana, no menos que el de hoy, deberá asemejarse a Cristo” (n. 5).

- Llamada a la santidad

Juan Pablo II invita con mucha frecuencia a los sacerdotes a que sean santos: “La vocación sacerdotal es esencialmente una llamada a la santidad, que nace del sacramento del Orden. La santidad es intimidad con Dios, es imitación de Cristo, pobre, casto, humilde; es amor sin reservas a las almas y donación a su verdadero bien; es amor a la Iglesia que es santa y nos quiere santos, porque ésta es la misión que Cristo le ha encomendado. Cada uno de vosotros debe ser santo, también para ayudar a los hermanos a seguir su vocación a la santidad” (n.33)

- La caridad pastoral.

“El principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero, en cuanto configurado con Cristo cabeza y pastor, es la caridad pastoral” que es “aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio” y “el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote”, encontrando “su expresión plena y su alimento sagrado en la Eucaristía” (n. 23).

- La espiritualidad del Presbítero.

+ El protagonista de la espiritualidad del sacerdote

“Ciertamente el Espíritu Santo es el gran protagonista de nuestra vida espiritual. El crea el “corazón nuevo”, lo anima y lo guía con la “ley nueva” de la caridad pastoral. Para el desarrollo de la vida espiritual es decisiva la certeza de que no faltará nunca al sacerdote la gracia del Espíritu Santo, como don gratuito y como mandato de responsabilidad... ¿Cómo no reflexionar...sobre la función esencial que el Espíritu Santo ejerce en la específica llamada a la santidad, propia del ministerio sacerdotal?” (...)

“La íntima comunión con el Espíritu de Cristo, a la vez que garantiza la eficacia de la acción sacramental que realizáis “in persona Christi”, debe expresarse también en el fervor de la oración, en la coherencia de vida, en la caridad pastoral de un ministerio dirigido incansablemente a la salvación de los hermanos. Requiere, en una palabra, vuestra santificación personal” (Homilía a 5000 sacerdotes provenientes de todo el mundo (9-X-1984) (n.33).

+ La pertenencia y dedicación a la Iglesia Particular

Uno de los elementos que configuran la espiritualidad del presbítero secular diocesano es su pertenencia a la Iglesia Particular o Diócesis. Veamos las enseñanzas de Juan Pablo II.

Toda vida cristiana posee una dimensión eclesial

“Toda vida espiritual auténticamente cristiana posee una esencial e irrenunciable dimensión eclesial: es participación en la santidad de la misma Iglesia, que en el Credo profesamos como “Comunión de los Santos” (n.31)..

Esta dimensión eclesial tiene sus peculiaridades en el Sacerdote

La vida espiritual del sacerdote posee también una dimensión eclesial, la cual “reviste modalidades, finalidades y significados particulares en razón de su relación especial con la Iglesia, basándose siempre en su configuración con Cristo Cabeza y Pastor, en su ministerio ordenado, en su caridad pastoral” (...) El Presbítero encuentra en su pertenencia y dedicación a la Iglesia Particular una fuente de significados, de criterios de discernimiento y de acción, que configuran tanto su misión pastoral, como su vida espiritual” (n.31)..

+ La acogida

Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoja, que los escuche con gusto y les muestre una sincera amistad, sino también y sobre todo un hombre que les ayude a mirar a Dios, a subir hacia Él. Es preciso, pues, que el sacerdote esté formado en una profunda intimidad con Dios” (n.47).

+ La oración

“La vida de oración debe ser renovada constantemente en el Sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu” (n.72).

+ El celibato

Motivación teológica del celibato

La ley eclesiástica sobre el celibato, en cuanto ley, expresa la voluntad de la Iglesia antes aún que la voluntad que el sujeto manifiesta con su disponibilidad, pero esta voluntad de la Iglesia encuentra su motivación última en la relación que el celibato tiene con la ordenación sagrada, que configura al sacerdote con Jesucristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia. La Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo, como Jesucristo Cabeza y Esposo la ha amado. Por eso el celibato sacerdotal es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia, y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor” (n.29).

Cómo vivir el celibato

“Para una adecuada vida espiritual del sacerdote es preciso que el celibato sea considerado y vivido no como un elemento aislado o puramente negativo, sino como un aspecto de una orientación positiva, específica y característica del sacerdote: él, dejando padre y madre, sigue a Jesús buen pastor, en una comunión apostólica, al servicio del Pueblo de Dios. Por tanto, el celibato ha de ser acogido con libre y amorosa decisión que debe ser continuamente renovada, como don inestimable de Dios, como “estímulo de la caridad pastoral” (PO 16), como participación singular en la paternidad de

Dios y en la fecundidad de la Iglesia, como testimonio ante el mundo del Reino escatológico (n.29).

La necesaria ayuda divina para vivir el celibato

Consciente de las dificultades que entraña la vivencia del celibato, Juan Pablo II enseña que “para vivir todas las exigencias morales, pastorales y espirituales del celibato sacerdotal es absolutamente necesaria la oración humilde y confiada (cf. (PO 16) (n.29).

+ La pobreza

Connotaciones pastorales de la pobreza del sacerdote

“La pobreza del sacerdote, en virtud de su configuración sacramental con Cristo Cabeza y Pastor, tiene connotaciones “pastorales” (...) Los sacerdotes deben considerar a los pobres y a los más débiles como confiados a ellos de un modo especial y deben ser capaces de testimoniar la pobreza con una vida simple y austera (...) “Sólo la pobreza asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente, aunque comporte sacrificio personal”. Además, “el sacerdote debe ofrecer también el testimonio de una total “transparencia” en la administración de los bienes de la misma comunidad” (n.30).

La libertad interior y la pobreza:

“La libertad interior, que la pobreza evangélica custodia y alimenta, prepara al sacerdote para estar al lado de los más débiles; para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa; para ser más sensible y más capaz de comprensión y de discernimiento de los fenómenos relativos a los aspectos económicos y sociales de la vida, para promover la opción preferencial por los pobres; ésta, sin excluir a nadie del anuncio y del don de la salvación, sabe inclinarse ante los pequeños, ante los pecadores, ante los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús en su ministerio profético y sacerdotal” (cf. Lc.4,18) (n. 30).

Carácter profético de la pobreza

“El sacerdote verdaderamente pobre es ciertamente un signo concreto de la separación, de la renuncia y de la no sumisión a la tiranía del mundo contemporáneo, que pone toda su confianza en el dinero y en la seguridad material” (n.30).

+ La obediencia

Obediencia apostólica

La obediencia del presbítero es apostólica en cuanto que “ reconoce, ama y sirve a la Iglesia en su estructura jerárquica. Es verdad nos e da ministerio sacerdotal sino en la comunión con el Sumo Pontífice y el Colegio episcopal, particularmente con el propio Obispo diocesano, hacia los que debe observarse la “obediencia y respeto” filial (...) (n.28).

Obediencia comunitaria

“No se trata de la obediencia de alguien que se relaciona individualmente con la autoridad, sino que el presbítero está profundamente inserto en la unidad del presbiterio, que, como tal, está llamado a vivir en estrecha colaboración con el Obispo y, a través de él, con el Sucesor de Pedro.(...) La obediencia del presbítero es una obediencia solidaria, que nace de su pertenencia al único presbiterio y que siempre dentro de él y con él aporta orientaciones y toma decisiones corresponsables (n.28)..

Obediencia pastoral

“La obediencia sacerdotal tiene un especial “carácter de pastoralidad”. Es decir, se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi “devorar”, por las necesidades y exigencias de la grey (n.28).

+ El anhelo misionero

“La pertenencia y dedicación a una Iglesia particular no circunscriben la actividad y la vida del presbítero, pues, dada la misma naturaleza de la Iglesia Particular y del ministerio sacerdotal, aquellas no pueden reducirse a estrechos límites.

“Se sigue de esto que la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente marcada por el anhelo y el dinamismo misionero” (n.32). “Todos los sacerdotes deben de tener corazón y mentalidad de misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más lejanos y, sobre todo, a los grupos de cristianos del propio ambiente” (RMi. 315-316).

El nuevo estilo evangelizador

El nuevo estilo evangelizador ha de estar centrado en la Espiritualidad de la Comunión, en la que tiene que haber espacio y reconocimiento de las diversidades de ministerios, de dones, de carismas. “La tarea pastoral prioritaria de la nueva evangelización, que atañe a todo el Pueblo de Dios y pide un nuevo ardor, nuevos métodos y una nueva expresión para el anuncio y el testimonio del Evangelio, exige sacerdotes radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral, marcado por la profunda comunión con el Papa, con los Obispos y entre sí, y por una colaboración fecunda con los fieles laicos, en el respeto y la promoción de los diversos cometidos, carismas y ministerios dentro de la comunidad eclesial” (n. 18).

- “La necesidad de “mantener el paso” con la marcha de la historia....,

Sintonizar con la historia (cf. GS 1) es necesario en todo tiempo, pero hoy lo es particularmente urgente, no sólo por los rápidos cambios de las condiciones sociales y culturales de los hombres y los pueblos, en los que se desarrolla el ministerio presbiteral, sino también por aquella “nueva evangelización”, que es la tarea esencial e improrrogable de la Iglesia en este comienzo del nuevo milenio” (n. 70).

- La formación permanente integral de los sacerdotes

La Comisión Episcopal del Clero de la CEE publicó un nuevo folleto cuyo título es: “Sacerdotes día a día” y que tenía como tema básico “la formación permanente integral de los Sacerdotes”, siguiendo de cerca las enseñanzas de Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica “Pastores dabo vobis” que recogió los resultados del Sínodo de los Obispos de 1990, dedicado a la formación sacerdotal en las circunstancias actuales.

Nos agradecería hacer un resumen de este escrito de los Obispos de la Comisión; pero llenaría mucho espacio. Por ellos, les ofrezco solamente el título de cada capítulo, invitando de manera muy especial a los Sacerdotes a hacer una lectura tranquila y reflexiva de los mismos.

- La nueva propuesta de “Pastores dabo vobis” (pp.11-27)
- Para profundizar lo que somos (pp.29-40)
- Para vivir y trabajar en comunión” (pp.41-54)
- Para madurar en la misión (pp.55-82)
- Áreas de formación permanente y sugerencias operativas (pp.83-109)

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con motivo del Jueves Santo (1992).**

- Ofrecimiento del texto de “Pastores dabo vobis” a Cristo

Hoy deseo depositar a los pies de Cristo, sacerdote y pastor de nuestras almas (cf. IPedr.2, 25), este texto, fruto de la plegaria y de la reflexión de los padres sinodales. Junto con vosotros deseo recogerlo del altar de aquel único y eterno sacerdocio del Redentor, del cual hemos participado sacramentalmente durante la Última Cena (n.2)..

- En Cristo, está la fuente de la formación del cristiano y del sacerdote

Cristo es la vid verdadera. Si el Padre eterno cultiva en este mundo su viña, lo hace con la fuerza de la verdad y de la vida que están en el Hijo. Aquí se hallan el inicio permanente y la fuente inagotable de la formación de todo cristiano y especialmente de todo sacerdote. En el día de Jueves Santo tratemos de renovar de modo particular esta convicción y, a la vez, la disposición indispensable para poder permanecer, en Cristo, bajo el aliento del Espíritu de verdad y dar fruto abundante en la viña del Padre (n.2).

*** Homilía en la Misa con ordenaciones sacerdotales (Sevilla, 1993).**

Queremos destacar unas enseñanzas del Santo Padre sobre el sacerdocio. Estamos convencidos de que fortalecerán la fe y la confianza de los sacerdotes.

- Eucaristía y sacerdocio, dos realidades íntimamente ligadas entre sí.

Eucaristía y sacerdocio son dos realidades íntimamente ligadas, como vemos en las palabras de Jesús: “Haced esto en memoria mía” (Lc.22, 19). En efecto, este encargo habría sido vano si no se hubiera dado “a los Apóstoles y sucesores suyos en el sacerdocio” el “poder de consagrar, ofrecer y administrar el cuerpo y la sangre del Señor” (Concilio de Trento, Ses.23ª,c.1). Fue entonces, en la última cena, durante la institución de la Eucaristía cuando Jesús constituyó a los Apóstoles “sacerdotes del Nuevo Testamento” (ib.ses.22a, c.1). Por todo ello nos sentimos hoy como en el cenáculo, pues en una misma acción litúrgica se unen la celebración de la Eucaristía y la ordenación sacerdotal.

- Pastores del rebaño del Señor

“Con las mismas palabras del apóstol Pedro, quiero exhortaros a vosotros (...) al ordenaros de presbíteros: “sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana

como Dios quiere” (IPedr.5,2). Sed pastores según el corazón de Dios; según el corazón de Aquel que dijo de sí mismo: “Yo soy el buen pastor” (Jn.10,11). En un mundo como el nuestro, tan expuesto a tentaciones que apartan al hombre del misterio de Dios, el sacerdote, como buen pastor, tiene que ser transparencia del rostro misericordioso de Jesús, el único que salva; tiene que enseñar a los hombres que Dios los ama infinitamente y siempre los espera; tiene que reflejar los sentimientos del mismo Cristo dando siempre testimonio de una inmensa caridad pastoral” (n.3).

- Ministros de la Eucaristía

Al recibir la ordenación sacerdotal (...) vais a ser ministros de la Eucaristía (cf. PO, 14). Por eso, con palabras del Ritual de la ordenación, os exhortaré haciendo referencia a la Eucaristía: “Daos cuenta de lo que hacéis e imitad lo que conmemoráis, de tal manera que, al celebrar el misterio de la muerte y resurrección del Señor, os esforcéis por hacer morir en vosotros el mal y procuréis caminar en una vida nueva”.

La Eucaristía de la que vais a ser ministros no es un rito desvinculado de la vida. El sacerdote, en el altar, une a los fieles al sacrificio de Cristo, presentando no sólo sus oraciones, sino también todas sus obras buenas, sus alegrías y sufrimientos, sus peticiones y alabanzas, haciendo que la vida de los fieles sea una ofrenda para Dios.

- El ministerio del perdón

En vuestras manos sacerdotales (...) Cristo va a depositar el inmenso tesoro de la redención, de la remisión de los pecados. Quiero exhortaros a que en el ministerio que hoy vais a comenzar no descuidéis el sacramento de la reconciliación, en el cual los cristianos reciben el perdón de sus pecados. Impulsad una acción pastoral que arrastre a los fieles hacia la conversión personal, para lo cual habréis de dedicar al ministerio del perdón todo el tiempo que sea necesario, con generosidad, con paciencia de auténticos pescadores de hombres (n.4).

- Heraldos de la Palabra

El Señor, que comenzó su ministerio público predicando la conversión, encomendó a sus discípulos de una forma especial el ministerio de la predicación. Durante su vida pública los envió a predicar. También vosotros, como sacerdotes, estaréis llamados a proclamar la palabra de vida, a anunciar la buena nueva que salva. Esto es lo que esperan los fieles y lo que la Iglesia os pide: que seáis auténticos ministros de la Palabra para que, como nos dice

San Pablo: “os tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (cf. Icor.4,1). Vuestra fidelidad a la misión recibida se enmarca en el misterio de la Iglesia, en la cual Jesús está presente y operante para la salvación del mundo.

Os exhorto, pues, a que vuestra predicación se inspire siempre en la palabra de Dios, transmitida por la Tradición y propuesta autorizadamente por el Magisterio de la Iglesia. Hablad con valentía, predicad con fe profunda, alentando siempre a la esperanza, como testigos del Señor resucitado. No os consideréis maestros al margen de Cristo (cf. Mt.23,8) sino testigos y servidores, según la exhortación del Pontifical Romano: “Procurad creer lo que leéis, enseñar lo que creéis y practicar lo que enseñáis” (n.5).

- La oración del sacerdote

Los evangelios nos muestran repetidamente a Jesús en oración. El Señor, como enviado del Padre, ora siempre. Su oración entra dentro de su ministerio sacerdotal; y así, vemos que donde aparece con más fuerza orando por todos es en la gran plegaria sacerdotal durante la última cena (cf. Jn.17,1-26), cuando instituye la Eucaristía y el sacerdocio.

¿Cómo no ha de sentirse, pues, todo sacerdote llamado a la intimidad con el Señor en la oración? En efecto, la oración es un elemento esencial en la vida y en la actividad pastoral del presbítero” (n.6).

- El celibato de los sacerdotes

“Desde la plena configuración a Cristo es como se entiende la legislación de la Iglesia Latina -y también la de algunos ritos orientales, que exige a todos los sacerdotes el celibato. “Esta voluntad de la Iglesia encuentra su motivación última en la relación que el celibato tiene con la ordenación sagrada, que configura al sacerdote con Jesucristo Cabeza y Esposo de la Iglesia” (PDV, 29).” (n.7).

- Sed luz y sal de la tierra

Sed siempre con vuestra vida santa y entregada, luz y sal que ilumine y dé sabor de virtudes cristianas a cuantos os rodean. Vuestro testimonio como sacerdotes ha de ser siempre evangelizador, para que los necesitados de la luz de la fe acojan con gozo la palabra de salvación; para que los pobres y los más olvidados sientan la cercanía de la solidaridad fraterna; para que los marginados y abandonados experimenten el amor de Cristo; para que los sin

voz se sientan escuchados; para que los tratados injustamente hallen defensa y ayuda (n.7).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo; 8-IV-1993.**

- El don del Sacerdocio

Hemos recibido después de los Apóstoles este inefable don, de modo que podamos ser los ministros de este ir de Cristo mediante la cruz y, al mismo tiempo, de su venir mediante la Eucaristía. ¡Qué grande es para nosotros este Santo triduo! ¡Qué grande es este día, el día de la última Cena! Somos ministros del misterio de la redención del mundo, ministros del Cuerpo que ha sido ofrecido y de la Sangre que ha sido derramada para el perdón de nuestros pecados. Ministros de aquel Sacrificio por medio del cual Él, el único, entró de una vez para siempre en el santuario: “ofreciéndose a sí mismo sin tacha a Dios, purifica de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo” (cf. Heb.9,14). Si todos los días de nuestra vida están marcados por este gran misterio de la fe, el de hoy lo está de modo particular. Este es nuestro día con Él (n.1)..

- En las Comunidades presbiterales

En este día -Jueves Santo- nos encontramos juntos, en nuestras comunidades presbiterales, para que cada uno pueda contemplar más profundamente el misterio de aquel Sacramento por medio del cual hemos sido constituidos en la Iglesia ministros del sacrificio sacerdotal de Cristo. Al mismo tiempo hemos sido constituidos servidores del sacerdocio real de todo el Pueblo de Dios, de todos los bautizados, para anunciar las “magnalia Dei”, las “maravillas de Dios” (Hech.2,11).

- Acción de gracias por el Catecismo de la Iglesia Católica

Este año es oportuno incluir en nuestra acción de gracias un particular aspecto de reconocimiento por el don del “Catecismo de la Iglesia Católica”. El Santo Padre nos muestra el Catecismo, afirmando que es:

- + “Compendio de la única y perenne fe católica”,
- + “Un instrumento cualificado y autorizado para testimoniar y garantizar la unidad en la fe por la que Cristo mismo, al acercarse su “hora”, dirigió al Padre una ferviente plegaria (cf. Jn. 17,21-23)”.
- + “Un medio privilegiado para profundizar en el conocimiento del inagotable misterio cristiano, para dar un nuevo impulso a una plegaria

íntimamente unida a la de Cristo, para corroborar el compromiso de un coherente testimonio de vida”.

+ “Punto de referencia seguro para el cumplimiento de la misión, que se nos ha confiado en el Sacramento del orden, en nombre de Cristo y de la Iglesia.

+ “Una norma auténtica y segura para la enseñanza de la doctrina católica, para el desarrollo de la actividad catequética entre el Pueblo cristiano, para la nueva evangelización, de la que el mundo de hoy tienen inmensa necesidad (n.2).

El contenido y su objetivo están vinculados particularmente con nuestra vida sacerdotal y el ministerio pastoral en la Iglesia (n.3).

El Catecismo presenta “la novedad del Concilio” situándola, al mismo tiempo, en la Tradición entera; es un catecismo, tan lleno de los tesoros que encontramos en la Sagrada Escritura y después en los Padres y Doctores de la Iglesia a lo largo de milenios, que permite que cada uno de nosotros se parezca a aquel que hombre de la parábola evangélica “que extrae de su arca cosas nuevas y cosas antiguas” (Mt.13,52), las antiguas y siempre nuevas riquezas del depósito de la revelación (n.3).

- Damos gracias por el Sacerdocio

El día del Jueves Santo, reunidos en todas las Comunidades presbiterales de la Iglesia, (...) damos gracias por el don del sacerdocio de Cristo, del que participamos a través del Sacramento del Orden” (n.3). (Boletín O.E. de la Diócesis de Coria-Cáceres; Abril 1993, 349-354).

Catequesis de Juan Pablo II sobre el Presbiterado (1993)

+ El Presbítero, participación ministerial en el sacerdocio de Cristo (Audiencia general, 31-II-1993).

- Cristo, único sumo y eterno Sacerdote

Es preciso advertir que el sacerdocio, en todos sus grados, y por consiguiente tanto en los obispos como en los presbíteros, es una participación del sacerdocio de Cristo que, según la Carta a los Hebreos, es el único sumo sacerdote de la nueva y eterna alianza, que se ofreció a sí mismo de una vez para siempre con un sacrificio de valor infinito, que permanece inmutable y perenne en el centro de la economía de la salvación (cf. Heb.7,24-28). No existe ni la necesidad ni la posibilidad de otros sacerdotes además de -o junto

a- Cristo, el único mediador (cf. Heb.9,15; Rm.5,15-19), punto de unión y reconciliación entre los hombres y Dios (cf. 2 Cort.5,14-20), el Verbo hecho carne, lleno de gracia (cf. Jn.1,1-18), verdadero y definitivo hiereus, sacerdote (cf. Heb.5,6;10,21), que en la tierra llevó a cabo “la destrucción del pecado mediante su sacrificio” (Heb.9,26), y en el cielo sigue intercediendo por sus fieles (/cf. heb.7,25), hasta que lleguen a la herencia eterna conquistada y prometida por él. Nadie más, en la nueva alianza, es hiereus en el mismo sentido” (n.1).

- La participación en el único sacerdocio de Cristo.

La participación en el único sacerdocio de Cristo, que se ejerce en diversos grados, fue voluntad del mismo Cristo, quien quiso que existieran en su Iglesia funciones diferentes, como se requiere en un cuerpo social bien organizado, y para la función directiva estableció ministros de su sacerdocio (cf. Catecismo de la Iglesia católica, n. 1554). A éstos les confirió el sacramento del orden para constituirlos oficialmente sacerdotes que obran en su nombre y con su poder, ofreciendo el sacrificio y perdonando los pecados (cf. PO 2; Catecismo...,n. 1562) (n.2). (...).

- Los presbíteros no poseen la cumbre del pontificado

Siguiendo la tradición cristiana y de acuerdo con la voluntad de Cristo atestiguada en el Nuevo Testamento, el Concilio Vaticano II habla de los presbíteros como de ministros que no poseen la cumbre del pontificado y, en el ejercicio de su potestad, dependen de los obispos, pero por otra parte están unidos a ellos “en el honor del sacerdocio” (LG 28; Catecismo.., 1564). Esta unión se funda en el sacramento del orden (PO 2). También los presbíteros llevan en sí mismos “la imagen de Cristo, sumo y eterno sacerdote” (LG 28). Por tanto, participan de la autoridad pastoral de Cristo: y ésta es la característica específica de su ministerio, fundada en el sacramento del orden, que se les ha conferido. (PO, 2) (n.6).

- El carácter sacramental del sacerdote

“El sacerdocio de los presbíteros supone, desde luego, los sacramentos de la iniciación cristiana; sin embargo, se confiere por aquel especial sacramento con el que los presbíteros, por la unción de Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo Cabeza” (PO 2).

El carácter, conferido con la unción sacramental del Espíritu Santo, en los que lo reciben es signo de una consagración especial, con respecto al

bautismo y a la confirmación; de una configuración más profunda a Cristo sacerdote, que los hace sus ministros activos en el culto oficial a Dios y en la santificación de sus hermanos; y de los poderes ministeriales que han de ejercer en nombre de Cristo, cabeza y pastor de la Iglesia” (Catecismo...nn. 1581-1584) (...).

El carácter es también signo y vehículo, en el alma del presbítero, de las gracias especiales que necesita para el ejercicio del ministerio, vinculadas a la gracia santificante que el orden comporta como sacramento, tanto en el momento de ser conferido como a lo largo de todo su ejercicio y desarrollo en el ministerio” (n.7).

- La ontología de la consagración del orden

“La ontología profunda de la consagración del Orden y el dinamismo de santificación que comporta en el ministerio excluyen, ciertamente, toda interpretación secularizante del ministerio presbiteral, como si el presbiterio se hubiera de dedicar simplemente a la instauración de la justicia o a la difusión del amor en el mundo.

El presbítero es ontológicamente partícipe del sacerdocio de Cristo, verdaderamente consagrado, hombre de lo sagrado, entregado como Cristo al culto que se eleva hacia el Padre y a la misión evangelizadora con que difunde y distribuye las cosas sagradas -la verdad, la gracia de Dios- a sus hermanos. Esta es su verdadera identidad sacerdotal; y ésta es la exigencia esencial del ministerio sacerdotal también en el mundo de hoy” (85g).

+ La Misión evangelizadora de los Presbíteros (Audiencia general, 21-IV-1993)

- La misión de predicar

El anuncio de la palabra de Dios es la primera función que han de desempeñar (cf. LG 28), porque la base de la vida cristiana, personal y comunitaria, es la fe, que es suscitada por la palabra de Dios y se alimenta de ella (cf. PO 4). (...).

La misión de predicar ha sido confiada por la Iglesia a los presbíteros como participación en la mediación de Cristo, y se ha de ejercer en virtud y según las exigencias de su mandato: los presbíteros “partícipes, en su grado de ministerio, del oficio de Cristo, el único mediador (cf. ITim.2,5), anuncian a todos la palabra divina”. Esta expresión no puede por menos de hacernos meditar: se trata de una palabra divina que, por consiguiente, no es nuestra, no

puede ser manipulada, transformada o adaptada según el gusto personal, sino que debe ser anunciada íntegramente. Y dado que la “palabra divina” ha sido confiada a los Apóstoles y a la Iglesia, “todos los presbíteros participan de una responsabilidad especial en la predicación de toda la palabra de Dios y en su interpretación según la fe de la Iglesia” (n.3).

- ¿En qué consiste este ministerio?

La predicación de los presbíteros no es un simple ejercicio de la palabra, para responder a una necesidad personal de expresarse y comunicar su pensamiento, no puede consistir sólo en la manifestación de una experiencia personal. (...) La misión de predicar ha sido confiada por la Iglesia a los presbíteros como participación en la mediación de Cristo, y se ha de ejercer en virtud y según las exigencias de su mandato: los presbíteros, “partícipes, en su grado de ministerio, del oficio de Cristo, el único mediador, anuncian a todos la palabra divina. Esta expresión no puede menos de hacernos meditar.

Se trata de una palabra divina que, por consiguiente, no es nuestra, no puede ser manipulada, transformada o adaptada según el gusto personal, sino que debe ser anunciada íntegramente. Y, dado que la “palabra divina” ha sido confiada a los Apóstoles y a la Iglesia, “todos los presbíteros participan de una responsabilidad especial en la predicación de toda la palabra de Dios y en su interpretación según la fe de la Iglesia” (Sínodo de 1971) (n.3).

- El anuncio de la Palabra y los sacramentos

El anuncio de la Palabra se realiza en íntima conexión con los sacramentos, por medio de los cuales Cristo comunica y desarrolla la vida de la gracia. A este respecto, conviene observar también que buena parte de la predicación, especialmente en nuestro tiempo, se lleva a cabo durante la celebración de los sacramentos, sobre todo en la santa misa.

Es preciso advertir que el anuncio se realiza ya a través de la administración de los sacramentos tanto por la riqueza teológica y catequética de las fórmulas y lecturas litúrgicas, (...) como por el proceso pedagógico del rito.

A pesar de ello, no cabe duda de que la predicación debe preceder, acompañar y coronar la administración de los sacramentos, a fin de que se logre la preparación necesaria para recibirlos y den fruto en la fe y en la vida (n.4).

- El anuncio de la palabra y la fe (cf. PO, 4).

Conviene tener siempre en cuenta este principio: la misión de difundir, fortalecer y hacer crecer la fe debe seguir siendo fundamental en todo predicador del Evangelio y, por tanto, en el presbítero que, de modo muy especial y con mucha frecuencia, está llamado a ejercer el ministerio de la Palabra.

- Los caminos de anunciar la Palabra

Estos caminos son: “el testimonio de la vida, que ayuda a descubrir la fuerza del amor de Dios y hace persuasiva la palabra del predicador; la predicación explícita del misterio de Cristo a los no creyentes; la catequesis y la exposición ordenada y orgánica de la doctrina de la Iglesia; y la aplicación de la verdad revelada al juicio y a la solución de los casos concretos (n.6).

- Aplicación de la Palabra de Dios

A la exigencia de autenticidad e integridad del anuncio no se opone el principio de la adaptación de la predicación que puso de relieve el Concilio (PO 4) (n.7) (85h).

+ Misión santificadora de los Presbíteros (Audiencia general, 5-V-1993)

- No silenciar la misión santificadora del presbítero

Todo intento de reducir el ministerio sacerdotal a la mera predicación o a la enseñanza pasaría por alto un aspecto fundamental de este ministerio. “Los sacramentos se celebran juntamente con la proclamación de la palabra de Dios y de esta manera desarrollan la fe, corroborándola con la gracia. Por lo tanto, no se pueden menospreciar los sacramentos ya que por medio de ellos la palabra consigue su efecto más pleno, es decir, la comunión del misterio de Cristo” (Sínodo, '71) (n.1).

El Sínodo de 1971 afirmó que una separación entre la evangelización y la celebración de los sacramentos “dividiría el corazón mismo de la Iglesia hasta poner en peligro la fe”. Con todo, el Sínodo reconoce que en la aplicación concreta del principio de unidad caben modalidades diversas para cada sacerdote, “pues el ejercicio del ministerio sacerdotal debe ramificarse en la práctica con el fin de responder mejor a las situaciones peculiares o nuevas en las que ha de ser anunciado el Evangelio. Una sabia aplicación del

principio de unidad debe tener en cuenta también los carismas que ha recibido cada uno de los presbíteros.” (n.2).(...)

En todo caso queda fuera de toda discusión la importante misión de santificación confiada a los presbíteros, que pueden ejercerla sobre todo en el ministerio del culto y los sacramentos (n.3).

- Cristo santifica por medio de los presbíteros

La obra de la santificación es “una obra realizada ante todo por Cristo: “la salvación que se realiza por los sacramentos no proviene de nosotros, sino de lo alto, de Dios. Lo cual demuestra la primacía de la acción de Cristo, único sacerdocio y mediador en su cuerpo, que es la Iglesia” (Sínodo- 1971) (...).

Ahora bien, Juan Pablo II afirma con claridad que “en la actual economía salvífica, Cristo se sirve del ministerio de los presbíteros para llevar a cabo la santificación de los creyentes (cf. PO, 5). Actuando en nombre de Cristo, el presbítero alcanza la eficacia de la acción sacramental por medio del Espíritu Santo, Espíritu de Cristo, principio y fuente de la santidad de la vida nueva. La vida nueva que el presbítero suscita, alimenta, protege y desarrolla por medio de los sacramentos, es una vida de fe, esperanza y amor” (85i).

- El ministerio sacramental de los presbíteros está dotado de fecundidad divina.

El ministerio sacramental de los presbíteros está, por tanto, dotado de una fecundidad divina. Así, con el bautismo, los presbíteros “introducen a los hombres en el pueblo de Dios” (PO, 5) y, por tanto, son responsables no sólo de una digna celebración del rito, sino también de una buena preparación para el mismo, con la formación de los adultos en la fe y, en el caso de los niños, con la educación de la familia para colaborar en el acontecimiento (n.4) (...).

+ El culto eucarístico, principal misión de los presbíteros (Audiencia general, 12-V-1993)

- ¿Qué es la Eucaristía?

“La Eucaristía es, ante todo, la renovación, sobre el altar, del sacrificio de la cruz, momento central en la obra de la redención. Cristo sacerdote y hostia es, como tal, el artífice de la salvación universal, en obediencia al Padre. Él es el único sumo sacerdote de la alianza nueva y eterna que, realizando nuestra salvación, da al Padre el culto perfecto, del que las antiguas

celebraciones veterotestamentarias no eran más que una prefiguración. Con el sacrificio de su sangre en la cruz, Cristo “penetró en el santuario de una vez para siempre..., consiguiendo una redención eterna” (Heb.9, 12). Así abolió todos los sacrificios antiguos para establecer uno nuevo con la oblación de sí mismo a la voluntad del Padre (cf. Heb.10,10-14).

Al renovar sacramentalmente el sacrificio de la cruz, el presbítero abre nuevamente esa fuente de salvación en la Iglesia y en el mundo entero (Catecismo....nn.1362-1372) (n.1).

- El ministerio sacerdotal alcanza su culmen en la Eucaristía

El Sínodo de los Obispos de 1971 puso de relieve que “el ministerio sacerdotal alcanza su punto culminante en la celebración de la sagrada Eucaristía, que es la fuente y el centro de la unidad de la Iglesia”.

El Concilio Vaticano II, por su parte, reafirma que los presbíteros ejercen “su oficio sagrado, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del Nuevo Testamento, a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre una vez por todas, como hostia inmaculada” (LG, 28; Catecismo..., n.1566).

El presbítero alcanza en la Eucaristía el punto culminante de su ministerio cuando pronuncia las palabras de Jesús: “Esto es mi Cuerpo...Este es el cáliz de mi sangre”. En estas palabras se hace realidad el máximo ejercicio del poder que capacita al sacerdote para hacer presente la oblación de Cristo. Entonces se obtiene de verdad -por vía sacramental y, por tanto, con eficacia divina- la edificación y el desarrollo de la comunidad. En efecto, la Eucaristía es el sacramento de la comunión y de la unidad” (n.3). (...)

- La piedad y el fervor de los sacerdotes santos ante la Eucaristía

Se explica, por consiguiente, la piedad y el fervor con que los sacerdotes santos (...) han celebrado siempre la misa, realizando una preparación adecuada y añadiendo al final de la misma los oportunos actos de acción de gracias (n. 3) (85j).

- Todo el ministerio y todos los sacramentos están orientados hacia la Eucaristía.

Todo el ministerio y los demás sacramentos están orientados a la Eucaristía. En efecto, en la Eucaristía “se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con él mismo” (PO, 5).

En la celebración de la Eucaristía se realiza, por tanto, la máxima participación en el culto que el sumo sacerdote Cristo brinda al Padre, en representación y expresión de toda la creación. El presbítero, que ve y reconoce su vida tan profundamente vinculada a la Eucaristía, (...) siente ensancharse los horizontes de su espíritu (...) y (...) aumenta la necesidad y la responsabilidad de hacer partícipe de este tesoro -todo el bien espiritual de la Iglesia- (...) a la comunidad” (n.4).

- Promover la participación en la celebración eucarística

El presbítero, en sus propósitos y programas de ministerio pastoral, teniendo presente que la vida sacramental de los fieles está ordenada a la Eucaristía, procurará que la formación cristiana promueva la participación activa y consciente de los fieles en la celebración eucarística. (...) Además, el presbítero ha de promover el culto de la presencia eucarística, también fuera de la celebración de la misa (n.6). Hoy es necesario volver a descubrir el carácter central de esa celebración en la vida cristiana y, por tanto, en el apostolado (n.5).

+ El presbítero, pastor de la comunidad (Audiencia general, 19-V-1993)

- Conexión con las enseñanzas precedentes

Hemos hablado antes de la función de los presbíteros como cooperadores de los obispos en el campo del magisterio (enseñar) y del ministerio sacramental (santificar). Hoy hablaremos de su cooperación en el gobierno pastoral de la comunidad. Para los presbíteros, al igual que para los obispos, se trata de una participación en el tercer aspecto del triple munus de Cristo (profético, sacerdotal y real): un reflejo del sumo sacerdocio de Cristo, único maestro y único pastor. En una perspectiva eclesial, la función pastoral consiste principalmente en el servicio a la unidad, es decir, es asegurar la unión de todos en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (cf. PO, 6; PDV, 16) (n.1).

- Ejercicio del pastoreo

El objetivo esencial de su acción de pastores y de la autoridad que se les confiere para que la ejerzan en su nivel de responsabilidad es el siguiente: conducir a la comunidad que se les ha confiado a su pleno desarrollo de vida espiritual y eclesial.

El presbítero-pastor debe ejercer esta autoridad según el modelo de Cristo, buen pastor, que no quiso imponerla mediante la coacción exterior, sino formando la comunidad mediante la acción interior de su Espíritu. Cristo trató de transmitir su amor ardiente al grupo de los discípulos y a todos los que acogían su mensaje, para dar origen a una comunidad de amor que, a su debido tiempo, constituyó visiblemente como Iglesia. En calidad de cooperadores de los obispos, sucesores de los Apóstoles, también los presbíteros cumplen su misión en la comunidad visible animándola con la caridad, para que viva del Espíritu de Cristo. (...) (n.2).

+ El presbítero tiene la responsabilidad del funcionamiento orgánico de la comunidad, y para cumplir esa tarea recibe del obispo la oportuna participación en su autoridad. Al presbítero corresponde:

Asegurar el desarrollo armonioso de los diversos servicios indispensables para el bien de todos;

Encontrar las personas que colaboren en la liturgia, la catequesis y la ayuda espiritual a los cónyuges;

Favorecer el desarrollo de diversas asociaciones o movimientos espirituales y apostólicos con armonía y colaboración;

Organizar la asistencia caritativa a los necesitados, a los enfermos y a los inmigrantes.

Al mismo tiempo, debe asegurar y promover la unión de la comunidad con el obispo y con el Papa (n.3).

+ Ahora bien, la dimensión comunitaria de la tarea pastoral no puede pasar por alto las necesidades de cada uno de los fieles. En este sentido, el presbítero ha de ayudar a cada fiel a cultivar su propia vocación de conformidad con el Evangelio, a una caridad sincera y activa y a la libertad con que Cristo nos libertó, a descubrir su vocación específica, a usar bien su don, a ejercitar rectamente la libertad que brota de la salvación de Cristo (n.4)..

El presbítero está llamado a comprometerse también personalmente en las obras de caridad, a veces incluso mediante formas extraordinarias (n.5) (85k).

No olvidemos que “en virtud del sacramento del Orden, los presbíteros participan de la universalidad de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles. El don espiritual que recibieron en la ordenación los prepara, no para una misión limitada y restringida, sino para una misión amplísima y universal de salvación hasta los extremos del mundo” (PO 10), “dispuestos a predicar el Evangelio por todas partes” (OT 20).

+ El presbítero, hombre consagrado a Dios” (Audiencia, 26-V-1993)

- La consagración del presbítero

El Santo Padre, siguiendo las enseñanzas del Vaticano II, afirma: “Según la fe de la Iglesia, con la ordenación sacerdotal no sólo se confiere una nueva misión en la Iglesia, un ministerio, sino también una nueva consagración de la persona, vinculada al carácter que imprime el sacramento del Orden, como signo espiritual e indeleble de una pertenencia especial a Cristo en el ser y, consiguientemente, en el actuar (n.1).

- ¿De donde surge la exigencia de perfección en el presbítero?

En el presbítero la exigencia de la perfección deriva, pues, de su participación en el sacerdocio de Cristo como autor de la Redención: el ministro no puede menos de reproducir en sí mismo los sentimientos, las tendencias e intenciones íntimas, así como el espíritu de oblación al Padre y de servicio a los hermanos que caracterizan al Agente principal, Jesucristo (n.1) (n.1). (...)

- ¿Qué pide al presbítero su consagración?

El presbítero tiene que realizar una especial imitación de Cristo sacerdote, que es fruto de la gracia especial del Orden: gracia de unión a Cristo sacerdote y hostia y, en virtud de esta misma unión, gracia de buen servicio pastoral a sus hermanos.(...) El presbítero debe esforzarse por vivir plenamente su consagración permaneciendo unido a Cristo y dejándose imbuir por su Espíritu, a pesar de la experiencia de sus limitaciones humanas. Estas limitaciones no le impedirán cumplir su ministerio, porque goza de una “gracia que le basta”. En esa gracia, por tanto, el presbítero debe poner su confianza, y a ella debe recurrir, consciente de que así puede tender a la perfección con la esperanza de progresar cada vez más en la santidad” (n.2).

- La presencia de la “cruz” en la vida del sacerdote

La participación en el sacerdocio de Cristo no puede menos de suscitar también en el presbítero un espíritu sacrificado, una especie de “pondus crucis”, de peso de la cruz, que se manifiesta especialmente en la mortificación. (cf. PO 12). Es el aspecto ascético de la refección, que el presbítero no puede recorrer sin renunciaciones y sin luchas contra toda suerte de deseos y anhelos que le impulsarían a buscar los bienes de este mundo, poniendo en peligro su progreso interior. Se trata del “combate espiritual”, del que hablan los maestros de ascesis, y que debe librar todo seguidor de Cristo, pero de manera especial todo ministro de la obra de la cruz, llamado a reflejar en sí mismo la imagen de Aquel que es “sacerdos et hostia” (n.3).

- Los presbíteros se santifican en el ejercicio del ministerio

Es preciso recordar también estas enseñanzas del Concilio: “los presbíteros conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo” (PO, 13). Así el anuncio de la Palabra los impulsa a realizar en sí mismos lo que enseñan a los demás. La celebración de los sacramentos los fortifica en la fe y en la unión con Cristo. Todo el conjunto del ministerio pastoral desarrolla en ellos la caridad (PO 13).

Además su esfuerzo personal de santificación contribuye a la eficacia de su ministerio”, será fuente de valentía y de gozo para el presbítero (PO 12). Cuando el presbítero reconocer que ha sido llamado a servir de instrumento de Cristo, siente la necesidad de vivir en íntima unión con él, para ser instrumento válido del Agente principal. Por eso trata de reproducir en sí mismo la vida consagrada (sentimientos y virtudes) del único y eterno sacerdote, que le hace partícipe no sólo de su poder, sino también de su estado de oblación para realizar el plan divino. Sacerdos et hostia (n.5).

- Llamada a la santidad

Que todos los sacerdotes, empleando los medios recomendados por la Iglesia, se esfuercen por alcanzar una santidad cada vez mayor, para convertirse, día a día, en más aptos instrumentos en servicio de todo el pueblo de Dios (PO 12). Esta es la contribución mayor que podemos dar a la edificación de la Iglesia como inicio del reino de Dios en el mundo (n.6) (85l).

+ Heraldos autorizados del Evangelio (Audiencia general, 28-V-1993)

- El mandato misionero del Señor

Con estas palabras, el Señor envió a los Apóstoles a anunciar el Evangelio a los hombres de todas las épocas, lugares y culturas. De acuerdo con este mandato, los obispos y los sacerdotes, sus colaboradores, están llamados a ser heraldos autorizados del Evangelio para la humanidad entera, sin ningún límite. Su adhesión a esta misión universal será tanto más creíble cuanto más manifiesten en su vida el mensaje del Señor y sepan transmitirlo con amor e integridad (n.1).

- Identidad, vida y formación del sacerdote

La identidad del sacerdote se injerta en la voluntad salvífica de Dios, que quiere abrazar en Cristo a todos los hombres en su ambiente socio-religioso. Todo, pues, debe arrancar de este horizonte y tender a encarnar el providencial designio divino. Esto explica por qué el sacerdote, en su constitución ontológica, en el carácter recibido mediante la imposición de las manos y la plegaria de consagración, se convierte también en pastor. Este apelativo no puede atribuirse correctamente sino a aquel que, conformándose y asimilándose al sacerdocio de Cristo, es ordenado ministro y dispensador de los misterios sagrados (...)

La identidad, el perfil sacerdotal y el carácter pastoral están enraizados en la cristología. Sólo Cristo es el modelo perfecto que hay que imitar y actualizar, tanto hoy como en el futuro. ¡En verdad, “sacerdos, alter Christus!”

El presbítero es signo de Cristo, sacerdote y buen pastor: participa en la consagración y misión del Señor, “de suerte que pueda obrar como en persona de Cristo Cabeza (PO, 2), y prolongar su palabra, su sacrificio y su acción salvífica y pastoral (PO 4-6). La persona de Jesús constituye, por tanto, el punto de referencia esencial para comprender y dar sentido a la vida y al ministerio sacerdotal. “La referencia a Cristo, es, pues, la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales” (PDV, 12).

También hay que enmarcar en esta dimensión cristológica “la firma voluntad de la Iglesia de mantener la ley que exige el celibato libremente escogido y perpetuo para los candidatos a la ordenación sacerdotal en el rito latino” (PDV 29). (...) No se trata de una mera norma jurídica, sino de una traducción en el plano católico de una realidad que es teológica, ya que su motivación se inscribe en el “dinamismo del don” (ib. 50), relacionado profundamente con la ordenación sagrada y la configuración sacramental con Cristo cabeza, que deriva de ella.

En consecuencia, no hay que buscar las razones últimas de la disciplina del celibato en el ámbito psicológico, sociológico, histórico o jurídico, sino en el ámbito propiamente teológico y pastoral, o sea, dentro del mismo carisma ministerial (n.2).

En la “Pastores dabo vobis” quise aclarar que “el presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una participación específica y una continuación del mismo Cristo...; es una imagen viva y transparente de Cristo sacerdote” (n.12). Por otra parte, “la eclesiología de comunión resulta decisiva para descubrir la identidad del presbítero, su dignidad original, su vocación y su misión en el pueblo de Dios y en el mundo” (ib.) (n.3).

- El sacerdocio universal común y el sacerdocio jerárquico

Entre el don universal del sacerdocio común y el don particular del sacerdocio jerárquico, existe una distinción esencial que no es sólo de grado (LG 10; PO 2). Se trata, desde luego, de dones de naturaleza teológicamente distintos, conferidos por medio de acciones sacramentales diferentes, que producen efectos también diferentes en los sujetos que los reciben.

La comprensión teológica y la estima del sacerdocio real de los fieles tienen que ir acompañadas siempre por la comprensión y la estima del ministerio sacerdotal, cuya dignidad es verdaderamente muy singular. (...) (n.3).

- La formación del sacerdote y el seguimiento de Cristo

La configuración sacramental con Cristo exige que la formación eclesial impulse al sacerdote hacia el constante seguimiento del Señor uniéndose a Él en el “conocimiento de la voluntad del Padre, y en el don de sí mismo por el rebaño que le ha sido confiado” (PO, 14). En la adhesión dócil a la voluntad divina y en la caridad pastoral se unen íntimamente la vida espiritual del sacerdote y su incansable actividad ministerial (PO 14; PDV, 72). (...) En la cooperación dócil con el Espíritu Santo es necesario pensar y perseguir una formación que favorezca en el ministro sagrado el crecimiento de la santidad según el don recibido. Así aspirará con todas sus fuerzas a ser “imagen viva y transparente” de la caridad de Jesucristo, sacerdote, cabeza y pastor, esposo, santificador y maestro de su Iglesia (n.4).

- La espiritualidad del sacerdote

Para responder a los desafíos que plantea la nueva evangelización, el sacerdote deberá vivir hoy una espiritualidad que se alimente continuamente del servicio desinteresado y apasionado a los hombres, en conformidad con la misión apostólica recibida (n.5).

De ahí que el papel principal en la vida espiritual y en la formación, tenga que corresponder a la celebración del santo sacrificio de la misa, “centro y raíz” (PO 12) de toda la existencia sacerdotal, engastada en una piedad afectuosa hacia el Señor presente en el tabernáculo. En él se encuentran las razones más elevadas del celibato y de la caridad pastoral, que asimilan al presbítero a Cristo en la ofrenda total de sí mismo al Padre celestial.

Tiene que ser un hombre imbuido de espíritu de oración. Cuanto más apremiado se sienta por la urgencia de los compromisos ministeriales, tanto más debe cultivar la contemplación y la paz interior, a sabiendas de que el alma de todo apostolado estriba en la unión vital con Dios. El amor vigoroso, tenaz y fiel a Jesucristo, la observancia transparente y alegre de la disciplina, el cuidado del culto, la disposición al servicio y la comunión con la jerarquía, se transforman en él, también, en espíritu misionero, fermento de crecimiento para la Iglesia misma, tensión verdaderamente católica y garantía de auténtica evangelización.

Arraigada en esta espiritualidad cristocéntrica y eclesial, favorece de modo muy especial la devoción a la Bienaventurada Virgen, Madre del Redentor y Madre del sacerdote, “alter Christus” (n.5).

+ El Presbítero, hombre de oración (Audiencia general: 2-VI-1993)

- Punto de partida

El Santo Padre toma como punto de partida de esta catequesis la realidad del presbítero como hombre consagrado a Dios. “Podemos decir que, por estar consagrado a imagen de Cristo, el presbítero debe ser, como el mismo Cristo, hombre de oración”. En esta definición sintética se encierra toda la vida espiritual, que da al presbítero una verdadera identidad cristiana, lo caracteriza como sacerdote y es el primer animador de su apostolado” (n.1).

- La oración del sacerdote

Jesús nos enseña que no es posible un ejercicio fecundo del sacerdocio sin la oración, que protege al presbítero del peligro de descuidar la vida interior dando la primacía a la acción, y de la tentación de lanzarse a la

actividad hasta perderse en ella (n.2). “Sean asiduos en la oración personal, en la recitación de la liturgia de las Horas, en la recepción frecuente del sacramento de la penitencia y, sobre todo, en la devoción al misterio eucarístico” (Sínodo, 1971).

El Concilio Vaticano II recuerda al presbítero la necesidad de que se encuentre habitualmente unido a Cristo, y para este fin le recomienda la oración frecuente (PO. 18). El Concilio subraya la oración mental, que es un modo de oración libre de fórmulas rígidas, no requiere pronunciar palabras y responde a la guía del Espíritu Santo en la contemplación del misterio divino (n.3).

- La contemplación de la palabra de Dios.

El citado Sínodo insiste, de forma especial, en “la contemplación de la palabra de Dios” (...) Eso favorece en el sacerdote la formación de una mentalidad, de un modo de contemplar el mundo con sabiduría, en la perspectiva del fin supremo: Dios y su plan de salvación. (...) Si el sacerdote es asiduo en esa meditación, permanece más fácilmente en un estado de gozo consciente, que brota de la percepción de la íntima realización personal de la palabra de Dios, que él debe enseñar a los demás (n.4).

- La oración de intercesión del Sacerdote

En virtud de la misión de representación e intercesión que se le ha confiado, el presbítero está obligado a realizar esta forma de oración oficial, hecha por delegación de la Iglesia no sólo en nombre de los creyentes, sino también de todos los hombres, e incluso de todas las realidades del universo. (...) Por ser partícipe del sacerdocio de Cristo, intercede por las necesidades de la Iglesia, del mundo y de todo ser humano, consciente de ser intérprete y vehículo de la voz universal que canta la gloria de Dios y pide la salvación del hombre (n.5).

- Tiempos de oración

Para asegurar mejor la vida de oración, así como para afianzarla y renovarla acudiendo a sus fuentes, el Concilio invita a los sacerdotes a dedicar -además del tiempo necesario para la práctica diaria de la oración- períodos más largos a la intimidad con Cristo (PO 18) (n.6).

- La oración del presbítero alcanza su cima en la Eucaristía,

La oración de los presbíteros alcanza su cima en la celebración eucarística, “su principal ministerio” (PO, 13) (n.7) (85ll).

+ La Eucaristía en la vida espiritual del Presbítero (Audiencia general, 9-VI-1993)

- El sacerdote, instrumento de Cristo

El sacerdote es plenamente consciente de que no le bastan sus propias fuerzas para alcanzar los objetivos del ministerio, sino que está llamado a servir de instrumento para la acción victoriosa de Cristo, cuyo sacrificio, hecho presente en el altar, proporciona a la humanidad la abundancia de los dones divinos. Pero sabe también que, para pronunciar dignamente, en el nombre de Cristo, las palabras de la consagración: “Esto es mi Cuerpo”, “Este es el cáliz de mi Sangre”, debe vivir profundamente unido a Cristo, y tratar de reproducir en sí mismo su rostro. Cuanto más intensamente viva de la vida de Cristo, tanto más auténticamente podrá celebrar la Eucaristía. El Concilio Vaticano II recordó que “señaladamente en el sacrificio de la misa, los presbíteros representan a Cristo” (PO, 13) y que, por esto mismo, sin sacerdote no puede haber sacrificio eucarístico; pero también recordó que cuantos celebran este sacrificio deben desempeñar su papel en íntima unión espiritual con Cristo, con gran humildad, como ministros suyos al servicio de la comunidad: deben “imitar lo mismo que tratan, en el sentido de que, celebrando el misterio de la muerte del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias.

Al ofrecer el sacrificio eucarístico, los presbíteros deben ofrecerse personalmente con Cristo, aceptando todas las renunciaciones y todos los sacrificios que exige la vida sacerdotal. También ahora y siempre, con Cristo y como Cristo, “sacerdos et hostia” (n.2).

- La celebración diaria de la Eucaristía

Juan Pablo II recuerda a los presbíteros “la encarecida recomendación del Concilio a favor de una “celebración cotidiana” (de la eucaristía), la cual, aunque no pueda haber en ella presencia de fieles, es ciertamente acto de Cristo y de la Iglesia”.

- La celebración de la Eucaristía sin fieles

Hace algunos años, “existía cierta tendencia a celebrar la Eucaristía sólo cuando había una asamblea de fieles. Según el Concilio, aunque es

preciso hacer todo lo posible para reunir a los fieles para la celebración, es verdad también que, aun estando solo el sacerdote, la ofrenda eucarística realizada por él en nombre de Cristo tiene la eficacia que proviene de Cristo y proporciona siempre nuevas gracias a la Iglesia. Por consiguiente, también yo recomiendo a los presbíteros y a todo el pueblo cristiano que pidan al Señor una fe más intensa en este valor de la Eucaristía” (n.3)

- La Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia

La Eucaristía es la que hace a la Iglesia, al igual que la Iglesia hace a la Eucaristía. El presbítero, encargado de edificar la Iglesia, realiza esta tarea esencialmente con la Eucaristía. Incluso cuando no cuenta con la participación de los fieles, coopera a reunir a los hombres en torno a Cristo en la Iglesia mediante la ofrenda eucarística (n.4).

- La Eucaristía es el corazón de la vida del sacerdote

La Eucaristía es el corazón de la existencia sacerdotal. Eso quiere decir que el presbítero, deseoso de ser y permanecer personal y profundamente adherido a Cristo, lo encuentra ante todo en la Eucaristía, sacramento que realiza esta unión íntima, abierta a un crecimiento que puede llegar hasta el nivel de una identificación mística (n.4) (85m).

- El cotidiano coloquio con Cristo

El Concilio, además de la celebración cotidiana de la misa, recomienda también al sacerdote “el cotidiano coloquio con Cristo Señor en la visita y culto personal de la santísima Eucaristía” (PO 18). La fe y el amor a la Eucaristía no pueden permitir que Cristo se quede solo en el tabernáculo. (...) Se puede decir que también en el tabernáculo de la Eucaristía Cristo está presente con vistas a un coloquio con su nuevo pueblo y con cada uno de los fieles. El presbítero es el primer invitado a entrar en esa tienda del encuentro para un coloquio cotidiano (n.6).

+ La devoción a María Santísima en la vida del presbítero (Audiencia general, 30-VI-1993).

Juan Pablo II, hijo fiel de María –“totus tuus”-, dedica esta catquesis a hablar sobre la presencia de María en el Sacerdote.

- Relación de María con Jesucristo sacerdote

La relación de María con el sacerdote deriva, ante todo, del hecho de su maternidad. Al convertirse -con su aceptación del mensaje del ángel- en madre de Cristo, María se convirtió en madre del sumo sacerdote. Es una realidad objetiva: asumiendo con la Encarnación la naturaleza humana, el Hijo eterno de Dios cumplió la condición necesaria para llegar a ser, mediante su muerte y su resurrección, el sacerdote único de la humanidad (cf. Heb.5,1). En el momento de la Encarnación, podemos admirar una armonía perfecta entre María y su Hijo. (...) Esta armonía perfecta nos muestra que entre la maternidad de María y el sacerdocio de Cristo se estableció una relación íntima. De aquí deriva la existencia de un vínculo especial del sacerdocio ministerial con María santísima (n.2).

- ¿Cómo se concretó la relación de María con Cristo Sacerdote?

En virtud de su maternidad, le correspondió educar al niño Jesús de modo adecuado a su misión sacerdotal, cuyo significado había comprendido en el anuncio de la encarnación (...) Cada aspecto de la formación del presbítero puede referirse a María (PDV 82) (n.2).

La Virgen vivió plenamente el misterio de Cristo, que fue descubriendo cada vez más profundamente gracias a su reflexión personal sobre los acontecimientos del nacimiento y de la niñez de su Hijo (cf. Lc.2,19; 2,51).(...). ¿Quién mejor que ella podría iluminar hoy a los ministros de su hijo, llevándolos a penetrar las riquezas inefables de su misterio para actuar en conformidad con su misión sacerdotal? (n.4).

María fue asociada de modo único al sacrificio sacerdotal de Cristo, compartiendo su voluntad de salvar el mundo mediante la cruz. Ella fue la primera persona y la que con más perfección participó espiritualmente en su oblación de “sacerdos et hostia”. Como tal, a los que participan -en el plano ministerial- del sacerdocio de su Hijo puede obtenerles y darles la gracia del impulso para responder a la vez mejor a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio implica: sobre todo, la gracia de la fe, de la esperanza y de la perseverancia en las pruebas, reconocidas como estímulos para una participación más generosa en la ofrenda redentora” (n.4).

En el Calvario Jesús confió a María una maternidad nueva cuando le dijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn.19,26). No podemos desconocer que en aquel momento Cristo proclamaba esa maternidad con respecto a un sacerdote, el discípulo amado.(...) La intención de Jesús en aquel momento era, ciertamente, la de establecer la maternidad universal de María en la vida de los discípulos de entonces y de todos los siglos. Pero no podemos ignorar que esa maternidad adquiriría una fuerza concreta e inmediata en relación a un

Apóstol sacerdote. (...) Jesús también dijo a Juan: “Ahí tienes a tu madre” (Jn.19,27). Recomendaba, así, al Apóstol predilecto que tratara a María como a su propia madre; que la amara, venerara y protegiera durante los años que le quedaban por vivir en la tierra, pero a la luz de lo que estaba escrito de ella en el cielo, al que sería elevada y glorificada. Estas palabras son el origen del culto mariano. Es significativo que estén dirigidas a un sacerdote. (...) Para todo sacerdote, acoger a María en su casa significa hacerle un lugar en su vida, y estar unido a ella diariamente con el pensamiento, los afectos y el celo por el reino de Dios y por su mismo culto” (n.5).

- ¿Qué hemos de pedir a María como Madre del Sacerdote?

El sacerdote debe pedir a María, de modo especial, la gracia de saber recibir el don de Dios con amor agradecido, apreciándolo plenamente como ella hizo en el Magnificat; la gracia de la generosidad en la entrega personal, para imitar su ejemplo de Madre generosa; la gracia de la pureza y la fidelidad en el compromiso del celibato, siguiendo su ejemplo de Virgen fiel; la gracia de un amor ardiente y misericordioso, a la luz de su testimonio de Madre de misericordia”.

El presbítero ha de tener presente siempre que en las dificultades que encuentre puede contar con la ayuda de María. Se encomienda a ella y le confía su persona y su ministerio pastoral, pidiéndole que lo haga fructificar abundantemente. Por último dirige su mirada a ella como modelo perfecto de su vida y de su ministerio, porque ella “guiada por el Espíritu Santo se consagró toda al ministerio de la redención de los hombres; los presbíteros reverenciarán y amarán, con filial devoción y culto, a esta Madre del sumo y eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles y auxilio de su ministerio” (PO 18) (n. 6) (85n).

+ La comunión sacerdotal (4-VIII-1993)

- Fundamentos de la comunión sacerdotal

La comunidad de vocación implica, sin duda, una apertura de unos a otros y de cada uno a todos, para vivir y actuar en la comunión. Eso no sucede sin renuncia al individualismo siempre vivo y resurgente y sin una práctica de esas “negación de sí mismo” (Mt.16,24) mediante la victoria de la caridad sobre el egoísmo. Sin embargo el pensamiento de la comunidad de vocación, traducida en comunión, debe alentar a todos y a cada uno al trabajo concorde y al reconocimiento de la gracia concedida individual y colectivamente a obispos y presbíteros: gracia otorgada a cada uno no por sus méritos y

cualidades personales, y no sólo para su santificación personal, sino con vistas a la edificación del Cuerpo (Ef.4,12.16).

La comunión sacerdotal está enraizada profundamente también en el sacramento del Orden, en el que la negación de sí mismo se hace una participación espiritual aún más íntima en el sacrificio de la cruz. (...) La gracia del orden establece un vínculo especial entre los obispos y los sacerdotes, porque del obispo se recibe la ordenación sacerdotal, de él se propaga el sacerdocio, es él el que hace entrar a los nuevos ordenados en la comunidad sacerdotal, de la que él mismo es miembro (n.2).

- ¿Qué supone la comunión sacerdotal?

La comunión sacerdotal supone y comporta la adhesión de todos, obispos y presbíteros, a la persona de Cristo. (...) Jesucristo, al llamar a los nuevos presbíteros al sacerdocio, les pide también que entreguen su vida a su persona, porque de esa forma quiere unirlos entre sí, gracias a un vínculo especial de comunión con Él (n.3).

- ¿Dónde se alimenta la comunión sacerdotal?

Esa comunión se alimenta de la colaboración en una misma obra: la edificación espiritual de la comunidad de salvación.(...) La obra es esencialmente comunitaria, de suerte que cada uno debe actuar en cooperación con los demás obreros del mismo Reino.

Los Apóstoles por sí mismos no habrían sido capaces de amarse unos a otros como el Maestro los había amado; pero con la comunión eucarística reciben la capacidad de vivir la comunión eclesial y, en ella, su comunión sacerdotal específica. (...) La comunión del poder de celebrar la única Eucaristía no podía menos de ser para los Apóstoles - y para sus sucesores y colaboradores- signo y fuente de unidad (n.4) (...).

Jesús pide la unidad de sus Apóstoles y sus seguidores en el momento en el que ofrece su vida al Padre. Al precio de su sacrificio instituye la comunión sacerdotal en su Iglesia (n.5) (85ñ).

+ El Presbítero, el hombre de la caridad (7-VII-1993)

- El Presbítero ha de amar al prójimo

En cuanto hombre de Dios, el presbítero no puede por menos de ser el hombre de la caridad. No habría en él verdadero amor a Dios -y ni siquiera

verdadera piedad, o verdadero celo apostólico-, sin el amor al prójimo. (cf. Mt.22, 36-40) (n.1).

- El amor de un buen pastor

Hablando de sí mismo. Jesús describe ese amor como el amor de un buen pastor, que no busca su interés ni su provecho, como el mercenario.(...) Es un amor que llega al hasta el heroísmo. (...) Sabemos con cuánto realismo se realizó todo esto en la vida y en la muerte de Jesús. Quienes, por su ordenación sacerdotal, reciben de Cristo la misión de pastores están llamados a mostrar en su vida y a testimoniar con sus obras el amor heroico del buen Pastor. (n.2).

- Rasgos del amor o caridad pastoral

En la vida de Jesús son muy visibles las características esenciales de la caridad pastoral, que tiene para con sus hermanos los hombres, y que pide imitar a sus hermanos los pastores.

Su amor es, ante todo, un amor humilde (cf. Mt.11,9; Mc.10,45; PDV, 21-22). (...) De aquí se deduce que la misión del pastor no puede ejercerse con una actitud de superioridad o autoritarismo (cf. IPed.5,3), que irritaría a los fieles y, quizá, los alejaría del rebaño. Siguiendo las huellas de Cristo, buen pastor, tenemos que formarnos en un espíritu de servicio humilde (Catecismo de la Iglesia católica, n.876).

Jesús, además, nos da el ejemplo de un amor lleno de compasión, o sea, de participación sincera y real en los sufrimientos y dificultades de los hermanos (cf. Mt.9,36; Mc.6,34;Mt.14,14; Mt.15,32; Mt.20,34; Lc.7,13; Lc.15,1-2; Lc.15,20) (n.3). La Carta a los hebreos pone de relieve que la solidaridad y la compasión son rasgos esenciales del sacerdote auténtico (5,1-2; 2,17). Se hizo en todo semejante a nosotros menos en el pecado (4.15).

El presbítero halla en Cristo el modelo de un verdadero amor a los que sufren, a los pobres, a los afligidos y, sobre todo, a los pecadores, pues Jesús está cercano a los hombres con una vida semejante a la nuestra; sufrió pruebas y tribulaciones como las nuestras; por eso, siente gran compasión hacia nosotros y “puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados” (Heb.5,2; cf. Heb.2,18) (n.4).

- Dos exigencias para los presbíteros

Juan Pablo II recoge las enseñanzas del Concilio Vaticano II: “No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida más que de la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y a sus condiciones” (PO 3) (n.5).

- Ha de conocer, escuchar, atender (...) a sus ovejas

Según el Concilio, el presbítero que quiera conformarse al buen Pastor y reproducir en sí mismo su caridad hacia sus hermanos, deberá esmerarse en algunos puntos que hoy tienen igual o mayor importancia que en otros tiempos: conocer a sus ovejas (cf. PO 3), especialmente con los contactos, visitas, relaciones de amistad... siempre con finalidad y espíritu de buen pastor; acoger como Jesús a la gente que se dirige a Él, estando dispuesto a escuchar, deseoso de comprender, abierto y sencillo en la benevolencia, esforzándose en las obras y en las iniciativas de ayuda a los pobres y a los desafortunados; cultivar y practicar las “virtudes que con razón se aprecian en el trato social, como son la bondad de corazón, la sinceridad, la fortaleza de alma y la constancia, la asidua preocupación de la justicia, la urbanidad y otras cualidades (PO 3) y también la paciencia, la disposición a perdonar con prontitud y generosidad, la afabilidad, la sociabilidad, la capacidad de ser disponibles y serviciales, sin considerarse a sí mismo como un bienhechor.” (PDV 23) (n.6).

- Obediente a la voluntad del Padre

Sostenido por la castidad, el presbítero puede seguir, en el desarrollo de su ministerio, el ejemplo de Cristo, cuyo alimento consistía en hacer la voluntad del Padre. En la adhesión amorosa a esa voluntad, el presbítero hallará el principio y la fuente de unidad de su vida (cf. PO 14). La fuente de esa caridad es siempre la Eucaristía “centro y raíz de toda la vida del presbítero” (ib.), cuya alma por eso mismo deberá intentar “reproducir lo que se efectúa en el altar” (ib) (n.7) La gracia y la caridad del altar se extienden, de este modo, hacia el ambón, el confesionario, el archivo parroquial, la escuela, el oratorio, las casas y las calles, los hospitales. (...) (85o).

+ La lógica de la consagración en el celibato sacerdotal (17-VII-1993).

Juan Pablo II aborda también el tema del celibato sacerdotal en estas catequesis que dedica a desentrañar la naturaleza del Presbiterado.

- El celibato y el sacerdocio como orden

El Celibato no pertenece a la esencia del sacerdocio como orden y, por tanto, no se impone en absoluto en todas las Iglesias. Sin embargo, no hay ninguna duda sobre su conveniencia y, más aún, su congruencia con las exigencias del orden sagrado. Forma parte, como se ha dicho, de la lógica de la consagración (n.2).

- El modelo de esa vida consagrada es Cristo

El ideal concreto de esa condición de vida consagrada es Jesús, modelo para todos, pero especialmente para los sacerdotes. Vivió célibe y, por ello, pudo dedicar todas sus fuerzas a la predicación del reino de Dios y al servicio de los hombres, con un corazón abierto a la humanidad entera, como fundador de una nueva generación espiritual. Su opción fue verdaderamente “por el reino de los cielos” (cf. Mt.19,12) (n.3).

- Jesús no promulgó una ley, sino que propuso un ideal del celibato para el nuevo sacerdocio que instituía.

Ese ideal se ha afirmado cada vez más en la Iglesia (...) Basándose en la experiencia y en la reflexión, la disciplina del celibato ha ido afirmándose paulatinamente, hasta generalizarse en la Iglesia occidental, en virtud de la legislación canónica. No era sólo la consecuencia de un hecho jurídico y disciplinar: era la maduración de una conciencia eclesial sobre la oportunidad del celibato sacerdotal por razones no sólo históricas y prácticas, sino también derivadas de la congruencia, captada cada vez mejor, entre el celibato y las exigencias del sacerdocio (n.4) (...) El Concilio Vaticano II enuncia los motivos de esa conveniencia íntima del celibato respecto al sacerdocio: “por la virginidad o celibato guardado por amor del reino de los cielos, se consagran más libremente, en él y por él, al servicio de Dios y de los hombres, sirven más expeditamente a su reino y a la obra de regeneración sobrenatural y se hacen más aptos para recibir más dilatada paternidad en Cristo” (cf. PO 16; PDV, 29; Catecismo...n.1579).

El Santo Padre resume estas razones en los siguientes elementos: una adhesión más plena a Cristo, amado y servido con un corazón indiviso (cf. ICort.7, 32-33); una disponibilidad más amplia al servicio del reino de Cristo y a la realización de las propias tareas en la Iglesia; la opción más exclusiva de una fecundidad espiritual (cf. ICort.4,15); y la práctica de una vida más semejante a la vida definitiva del más allá y, por consiguiente, más ejemplar para la vida de aquí. (...) El Sínodo de los obispos de 1971 confirmó: “La ley del celibato sacerdotal, vigente en la Iglesia latina, debe ser mantenida íntegramente” (n.5) (85p).

+ El Presbítero y los bienes terrenos (21-VII-1993)

- La renuncia a los bienes terrenos

Juan Pablo II habla en este fragmento de la pobreza que los discípulos de Jesucristo han de asumir. Recordemos sus palabras que clarifican y disciernen:

Entre las exigencias de renuncia que Jesús propuso a sus discípulos, figura la de los bienes terrenos, y en particular la riqueza (cf. Mt.19, 21; Mc.10, 21; Lc.12, 33; 18,22). Es una exigencia dirigida a todos los cristianos en lo que se refiere al “espíritu de pobreza”, es decir, el desapego interior de los bienes terrenos, desasimiento que nos hace ser generosos para compartirlos con los demás. La pobreza es un compromiso de vida inspirado por la fe en Cristo y el amor a Él. Es un espíritu que exige una práctica, según una medida de renuncia a los bienes que corresponde a la condición de cada uno, ya sea en la vida civil, ya sea en el estado en que se halla en la Iglesia en virtud de la vocación cristiana, ora como individuo, ora como miembro de un grupo determinado de personas. El espíritu de pobreza vale para todos; cada uno necesita ponerlo en práctica de acuerdo con el Evangelio (n.1).

- La pobreza apostólica

La pobreza que Jesús reclama a los Apóstoles es un filón de espiritualidad que no podía agotarse con ellos, ni reducirse a grupos particulares: el espíritu de pobreza es necesario para todos, en cualquier lugar y tiempo; si faltara, se traicionaría el Evangelio. Sin embargo, la fidelidad al “espíritu” no implica, ni para los cristianos en general ni para los sacerdotes, la práctica de una pobreza radical con la renuncia a toda propiedad o, incluso, con la abolición de este derecho del hombre. El Magisterio de la Iglesia condenó varias veces a quienes sostenían esa necesidad (cf. DS 760; 930 s; 1097), procurando conducir por un camino de moderación su pensamiento y su práctica.

Pero conforta constatar que, en la evolución de los tiempos y bajo el influjo de muchos santos antiguos y modernos, ha madurado cada vez más en el clero la conciencia de una llamada a la pobreza evangélica, sea como espíritu o como práctica, en sintonía con las exigencias de la consagración sacerdotal. (...) (n.2).

- La pobreza evangélica

La pobreza evangélica no significa despreciar los bienes terrenos, que Dios puso a disposición del hombre para su vida y su colaboración en el plano de la creación. Según el Concilio Vaticano II, el presbítero -como todo cristiano-, teniendo una misión de alabanza y de acción de gracias, debe reconocer y magnificar la generosidad del Padre celestial, que se revela en los bienes creados (cf. PO,17). Sin embargo, agrega el Concilio, los presbíteros, aunque viven en el mundo, deben tener presente siempre que, como dijo el Señor, no pertenecen al mundo (cf. Jn.17, 14-16), y por tanto deben liberarse del apego desordenado, a fin de adquirir “la discreción espiritual, por la que se halla la recta actitud ante el mundo y los bienes terrenos” (ib); cf. PDV, 30). Hay que reconocer que se trata de un problema delicado. Por eso, el Santo Padre invita a los presbíteros a meditar las enseñanzas del Concilio Vaticano II (cf. PO 17) y a ponerlas en práctica (n.3).

- Participación de los presbíteros en las actividades profanas

Juan Pablo II asume la declaración del Sínodo de 1971: “se debe dar al ministerio sacerdotal, como norma ordinaria, tiempo pleno. Por tanto, la participación en las actividades seculares de los hombres no puede fijarse de ninguna modo como fin principal, ni puede bastar para reflejar toda la responsabilidad específica de los presbíteros”. (...)

Es verdad que hay circunstancias en las que el único modo eficaz de volver a vincular a la Iglesia un ambiente de trabajo que ignora a Cristo puede ser la presencia de sacerdotes que ejerzan un oficio en dicho ambiente, haciéndose, por ejemplo, obreros con los obreros. La generosidad de esos sacerdotes es digna de elogio. Sin embargo, hay que observar que el sacerdote, al desarrollar tareas u cargos profanos o laicales, corre el riesgo de reducir su ministerio sagrado a un papel secundario o, incluso, anularlo. En razón de ese riesgo (...) ya el Concilio había subrayado la necesidad de la aprobación de la autoridad competente para ejercer un oficio manual, compartiendo las condiciones de los obreros (cf. PO, 8) (n.4).

- Contemplemos e imitemos a Cristo

Cristo es el modelo del desprendimiento de los bienes terrenos para el presbítero que quiere conformarse con las exigencias de la pobreza evangélica. En efecto, Jesús nació y vivió en pobreza (2 Cort.8,9; Lc.9,58). (...) Con todo, no hay que deducir de estos textos que Jesús viviese en la miseria. (...) no cabe la menor duda de la vida y el espíritu de pobreza que caracterizaban a Jesús.

- El presbítero debe ser pobre

Ese mismo espíritu de pobreza deberá animar el comportamiento del sacerdote, caracterizando su actitud, su vida y su misma figura de pastor y hombre de Dios. Se traducirá en desinterés y desprendimiento del dinero, en la renuncia a toda avaricia de posesión de bienes terrenos, en un estilo de vida sencilla, en la elección de una morada modesta, a la que tengan todos acceso, en el rechazo de todo lo que es o, incluso, a lo que sólo parece lujoso, y en una tendencia creciente a la gratuidad de la entrega al servicio de Dios y de los fieles” (85q).

+ Las relaciones de los presbíteros con los obispos (25-VIII-1993)

- Naturaleza de esta comunión

La comunión, que Jesús quiere que reine entre cuantos participan del sacramento del Orden, debe manifestarse de modo muy especial en las relaciones de los presbíteros con sus obispos. El Concilio Vaticano II habla a este propósito de una “comunión jerárquica”, que deriva de la unidad de consagración y de misión (cf. PO 7). Como se puede apreciar también en este texto conciliar se vuelve a presentar el misterio de la Eucaristía como signo y fuente de unidad. A la Eucaristía está unido el sacramento del orden, que determina la comunión jerárquica entre todos los que participan del sacerdocio de Cristo (cf. LG 28) (n.1).

Este vínculo entre los sacerdotes de cualquier condición y grado y los obispos es esencial en el ejercicio del ministerio presbiteral. Los sacerdotes reciben del obispo la potestad sacramental y la autorización jerárquica para dicho ministerio. (...) Por su parte, los obispos tienen en los presbíteros a “colaboradores y consejeros necesarios en el ministerio y oficio de enseñar, santificar y apacentar al pueblo de Dios” (PO 7) (n.2).

Por este vínculo entre sacerdotes y obispos en la comunión sacramental, los presbíteros son “ayuda e instrumento” del orden episcopal, como escribe la constitución *Lumen Gentium* (n.28), y prolongan en cada comunidad la acción del obispo, cuya figura de pastor manifiestan, en cierto modo, en los diversos lugares.

Por su misma identidad pastoral y su origen sacramental, el ministerio de los presbíteros se ejerce ciertamente “bajo la autoridad del obispo”. De acuerdo con la *Lumen Gentium*, bajo su autoridad “cooperan en el trabajo pastoral de toda la diócesis” (ib), santificando y gobernando la porción de la grey del Señor que les ha sido confiada. Es verdad que los presbíteros representan a Cristo y actúan en su nombre, participando, de acuerdo con el

grado de su ministerio, en su oficio de mediador. Pero pueden actuar sólo como colaboradores del obispo, extendiendo así el ministerio del pastor diocesano en las comunidades locales (n.3).

En este principio teológico de participación, en el ámbito de la comunión jerárquica, se fundan las relaciones, llenas de espiritualidad, que se establecen entre obispos y presbíteros (cf. LG.28) (n.4).

- Los obispos y presbíteros seguirán el ejemplo de Cristo en su trato

El ejemplo de Cristo es también aquí la regla de comportamiento, tanto para los obispos como para los presbíteros. Si él, que tenía autoridad divina, no quiso tratar a sus discípulos como siervos, sino como amigos, el obispo no puede considerar a sus sacerdotes como personas que están a su servicio. Junto con él, están al servicio del pueblo de Dios. Por su parte, los presbíteros deben responder al obispo como exige la ley de la reciprocidad del amor en la comunión eclesial y sacerdotal, es decir, como amigos e hijos espirituales. Por lo tanto, la autoridad del obispo y la obediencia de sus colaboradores, los presbíteros, deben ejercerse en el marco de una amistad verdadera y sincera.

Este principio no sólo se basa en la fraternidad que, por el bautismo, existe entre todos los cristianos y en la que deriva del sacramento del orden, sino también la palabra y el ejemplo de Jesús, que, incluso en el triunfo de su resurrección, descendió desde esa altura inconmensurable hasta sus discípulos, llamándolos “mis hermanos” y diciéndoles que su Padre era también Padre “de ellos” (Jn.20,17; Mt.28,10).

Así, siguiendo el ejemplo y la enseñanza de Jesús, el obispo ha de tratar como hermanos y amigos a los sacerdotes, colaboradores suyos, sin que por ello disminuya su autoridad de pastor y superior eclesiástico. Un clima de fraternidad y amistad favorece la confianza de los presbíteros y su deseo de cooperar y corresponder a la amistad y a la caridad fraterna y filial de sus obispos (n.4).

El Concilio detalla también algunos deberes de los obispos para con los presbíteros (PO 7), así como los deberes de los presbíteros para con los obispos (cf. PO 7) (n.5) (85r).

+ El Presbítero y la Sociedad civil (Audiencia general, 28-VII-1993)

En esta Catequesis el Santo Padre aborda un tema que tiene su importancia siempre: el presbítero y la política. Recordemos sus enseñanzas más significativas.

- Jesús y la política

Jesús nunca quiso empeñarse en un movimiento político, rehusando todo intento de implicarlo en cuestiones o asuntos terrenos (cf. Jn.6, 15). El reino que vino a fundar no es de este mundo (cf. Jn.18, 36). (...) nunca prometió a la nación judía, a la que pertenecía y amaba, la liberación política, que muchos esperaban del Mesías. Jesús afirmaba que había venido como Hijo de Dios para ofrecer a la humanidad, sometida a la esclavitud del pecado, la liberación espiritual y la vocación al reino de Dios (cf. Jn.8,34-36); que había venido para servir, no para ser servido (cf. Mt.20,28); y que también sus seguidores, especialmente los Apóstoles, no debían pensar en el poder terreno y el dominio de los pueblos, como los príncipes de la tierra, sino ser siervos humildes de todos (cf. Mt.20,220-28), como su “Señor y Maestro” (Jn.13,13-14) (n.2).

- Consecuencias de la liberación espiritual

Esa liberación espiritual que trajo Jesús debía tener ciertamente consecuencias decisivas en todos los sectores de la vida individual y social, abriendo una era de valoración nueva del hombre-persona y de las relaciones entre los hombres según justicia. Pero el empeño directo del Hijo de Dios no iba en ese sentido (n.2).

Es fácil comprender que este estado de pobreza y libertad conviene sumamente al sacerdote, portavoz de Cristo cuando proclama la redención humana y ministro suyo cuando aplica sus frutos en todos los campos y niveles de la vida (n.3).

- El sacerdote y la política

El sacerdote conserva ciertamente el derecho a tener una opinión política personal y a ejercer en conciencia su derecho al voto (...) Tendrá presente que un partido político no puede identificarse nunca con la verdad del Evangelio. Ni puede, por tanto, ser objeto de una adhesión absoluta, a diferencia de lo que sucede con el Evangelio.

Así pues, el presbítero tendrá en cuenta ese aspecto relativo, aun cuando los ciudadanos de fe cristiana constituyan de forma plausible partidos inspirados expresamente en el Evangelio, y no dejará de empeñarse en hacer que la luz de Cristo ilumine también a los demás partidos y grupos sociales.

El derecho del presbítero a manifestar su opción personal está limitado por las exigencias de su ministerio sacerdotal. Esa limitación puede ser también una dimensión de la pobreza que está llamado a vivir a ejemplo de Cristo. En efecto, puede estar obligado a veces a abstenerse del ejercicio de su derecho para poder ser signo válido de unidad y, por tanto, anunciar el Evangelio en su plenitud. (...)

Con mayor razón, deberá evitar presentar su opción como la única legítima; y, en el ámbito de la comunidad cristiana, deberá tener respeto por la madurez de los laicos y más aún deberá empeñarse en ayudarlos a alcanzarla mediante la formación de su conciencia.

Hará lo posible para evitar tener enemigos a causa de su toma de posición en campo político, que hace que se pierda la confianza en él y se alejen los fieles confiados a su misión pastoral (n.4).

El Sínodo de los obispos de 1971 subrayaba especialmente la necesidad que tiene el presbítero de abstenerse de todo empeño en la militancia política: “El asumir una función directiva o “militar” activamente en un partido político, es algo que debe excluir cualquier presbítero a no ser que, en circunstancias concretas y excepcionales, lo exija realmente el bien de la comunidad, obteniendo el consentimiento del obispo, consultado el Consejo Presbiteral y -si el caso lo requiere- también la Conferencia episcopal”. Existe, pues, la posibilidad de derogación de la norma común; pero de hecho puede justificarse sólo en circunstancias excepcionales y con la debida autorización (n.5) (85rr).

*** Las relaciones de los presbíteros con sus hermanos en el Sacerdocio (1-IX-1993).**

- Las relaciones entre los presbíteros

La comunidad sacerdotal, o presbiterio, exige a quienes forman parte de ella una red de relaciones recíprocas que se sitúan en el ámbito de la comunión eclesial originada por el bautismo. El fundamento más específico de esas relaciones es la común participación sacramental y espiritual en el sacerdocio de Cristo, del que brota un sentido espontáneo de pertenencia al presbiterio (cf. PO 8).

- Sentido de pertenencia del presbítero al presbiterio

En relación con este presbiterio diocesano, y gracias a su mutuo conocimiento, su cercanía y su costumbre de vida y de trabajo, se desarrolla

mucho más ese sentido de pertenencia, que crea y alimenta la comunión fraterna y le abre a la colaboración pastoral mejor (n.1).

- Los vínculos de la caridad pastoral se expresan en el ministerio y en la liturgia (PO 8).

En esos casos se da una representación tanto de la comunión sacramental como de la espiritual, que halla en la liturgia la “una Vds.” para proclamar a Dios y dar a los hermanos testimonio de la unidad del espíritu (n.1).

- La fraternidad sacerdotal se expresa, además, en la unidad del ministerio pastoral, en el amplio abanico de funciones, oficios y actividades que se encomiendan a los presbíteros, que, “aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal a favor de los hombres. (...) Todos conspiran ciertamente a un mismo fin, la edificación del cuerpo de Cristo, que, en nuestros días señaladamente, requiere múltiples organismos y nuevas acomodaciones. (...). Repitémoslo con el Concilio: “Es de gran importancia que todos los sacerdotes, diocesanos o religiosos, se ayuden mutuamente, a fin de ser siempre cooperadores de la verdad” (ib.). La ayuda recíproca puede darse de muchas maneras: Por ejemplo, estar dispuestos a socorrer a un hermano necesitado, aceptar programar el trabajo según un espíritu de cooperación pastoral, que resulta cada vez más necesario entre los varios organismos y grupos, y en el mismo ordenamiento global del apostolado. A este respecto, ha de tenerse presente que la misma parroquia -y a veces también la diócesis-, aun teniendo autonomía propia, no puede ser una isla, especialmente en nuestro tiempo, en el que abundan los medios de comunicación, la movilidad de la gente, la confluencia de muchas personas en algunos lugares, y la nueva asimilación general de tendencias, costumbres, modas y horarios. (...) Normalmente, esto no debe transformarse en motivo de desorden o de irregularidades con respecto a las leyes canónicas, que también están al servicio de la pastoral. (n.3).

- Relaciones fraternas entre todos los sacerdotes

“Es de desear y se debe favorecer un especial esfuerzo de comprensión mutua y de ayuda recíproca, sobre todo en las relaciones entre los presbíteros de más edad y los más jóvenes; unos y otros son igualmente necesarios para la comunidad cristiana y apreciados por los obispos y el Papa. (...) Todo pastor, cuando repasa el camino de su vida, ve que está sembrado de experiencias de necesidad de comprensión, ayuda y cooperación de muchos hermanos, así como de otros fieles, que padecen las diversas formas de necesidad que acabamos de enumerar, y muchas otras(ib) (n.4).

- Reuniones fraternas periódicas para la recreación y el descanso

El Concilio se refiere a estas reuniones “para la recreación y el descanso, a fin de responder a la exigencia humana de recuperar las fuerzas físicas, psíquicas y espirituales (cf. Mc.6,31; PO 8).

- Las asociaciones sacerdotales:

El Concilio Vaticano II manifiesta también que “han de estimarse grandemente y ser diligentemente promovidas aquellas asociaciones que, con estatutos reconocidos por la competente autoridad eclesiástica, fomenten la santidad de los sacerdotes en el ejercicio del ministerio por medio de una adecuada ordenación de la vida, convenientemente aprobada, y por la fraternal ayuda, y de este modo intentan prestar un servicio a todo el orden de los presbíteros” (PO 8) (85s).

+ Las relaciones de los presbíteros con los demás fieles (Audiencia general, 22-IX-1993).

- Los sacerdotes no están aislados en la Iglesia.

La comunidad sacerdotal (...) no se encuentra aislada de la comunidad eclesial; al contrario, pertenece a su ser más íntimo, es su corazón, en una constante intercomunicación con todos los demás miembros del cuerpo de Cristo. Los presbíteros, en calidad de pastores, están al servicio de esta comunión vital, en virtud del orden sacramental y del mandato que la Iglesia les da. El Concilio Vaticano trató de avivar en los presbíteros esa conciencia de pertenencia y participación, para que cada uno tenga presente que, aun siendo pastor, no deja de ser un cristiano que debe cumplir todas las exigencias de su bautismo y vivir como hermano de todos los demás bautizados. Al servicio “de un solo y mismo cuerpo de Cristo, cuya edificación ha sido encomendada a todos” (PO 9). Es significativo que, sobre la base de la eclesiología del cuerpo de Cristo, el Concilio subraye el carácter fraterno de las relaciones del sacerdote con los demás fieles, como ya había afirmado el carácter fraterno de las relaciones del obispo con los presbíteros. En la comunidad cristiana las relaciones son esencialmente fraternas” (n.1).

- Presidir la Comunidad imitando a Jesús

De acuerdo con la enseñanza de Jesús, presidir la comunidad no significa dominarla, sino estar a su servicio. Él mismo nos dio ejemplo de pastor que apacienta y está al servicio de su grey, y proclamó que no vino a

ser servido sino a servir (cf. Mc.10, 45; Mt.20, 28). A la luz de Jesús, buen pastor y único Señor y Maestro (Cf.Mt.23, 8). El presbítero comprende que no puede buscar su propio honor o su propio interés, sino sólo lo que quiso Jesucristo, poniéndose al servicio de su reino en el mundo. (...) Debe actuar como servidor de todos, entregándose con sinceridad y generosidad, aceptando todos los sacrificios que exija ese servicio y recordando siempre que Jesucristo, único Señor y Maestro, que vino a servir, lo hizo hasta el punto de dar “su vida como rescate por muchos” (Mt.20,28) (n.2).

- Relación de los presbíteros con los laicos

El Concilio recomienda a los presbíteros que reconozcan y promuevan sinceramente la dignidad de los laicos: dignidad de personas humanas, elevadas por el bautismo a la condición de hijos de Dios y enriquecidas con sus dones de gracia. Para cada una de ellas el don divino comporta un papel específico en la misión eclesial de salvación, también en ámbitos -familia, sociedad civil, profesión, cultura, etc.- en los que los presbíteros de ordinario no pueden desempeñar los papeles específicos de los laicos (PO 9) (n.3).

Los presbíteros deben respetar la debida libertad de los laicos, en cuanto hijos de Dios animados por el Espíritu Santo. En este clima de respeto de la dignidad y de la libertad, se comprende la exhortación del Concilio a los Presbíteros: “oigan de buen grado a los laicos”, teniendo en cuenta sus aspiraciones y sirviéndose de su experiencia y competencia en las actividades humanas, para reconocer “los signos de los tiempos” (n.4).

Los presbíteros deben tratar de discernir, con la ayuda del Señor, los carismas de los laicos “tanto los humildes como los más altos”, “reconociéndolos con gozo y fomentándolos con diligencia” (PO 9) (n.4).

- Los presbíteros han de fomentar la cooperación del laicado

El Concilio recomienda a los presbíteros que reconozcan, promuevan y fomenten la cooperación de los laicos en el apostolado y en el mismo ministerio pastoral, y no duda en pedir que “encomienden igualmente con confianza a los laicos organismos en servicio de la Iglesia, dejándoles libertad y campo de acción y hasta invitándolos oportunamente a que emprendan también obras por su cuenta” (PO 9) (n.5).

- Los laicos han de ayudar a los presbíteros

Los fieles son el otro término de la relación de caridad que debe vincular a los presbíteros con toda la comunidad. La Iglesia, que recomienda a

sus sacerdotes el cuidado pastoral de los fieles, pide a éstos solidaridad hacia sus pastores: “En cuanto a los fieles mismos, dense cuenta de que están obligados a sus presbíteros, y ámenlos con filial cariño, como a sus pastores y padres; igualmente, participando de sus solicitudes, ayuden en lo posible, por la oración y de obra, a sus presbíteros” (PO 9). Juan Pablo II pide a los fieles: “ayudad a vuestros pastores por la oración y de obra, amadlos y sostenedlos en el ejercicio diario de su ministerio” (85t)

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero (22-X-1993).**

- Conciencia de la propia vocación

“¡Para una vida sacerdotal auténtica es absolutamente necesario tener clara conciencia de la propia vocación! El sacerdocio es don que viene de Dios a imagen de la vocación de Cristo, Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza (cf. Heb.5,4). No se trata, en efecto, de una “función”, sino de una “vocación” libre y exclusiva de Dios que, de la misma manera que llama al hombre a la existencia, así también lo llamada al sacerdocio, no sin la mediación de la Iglesia. Con la imposición de las manos del obispo y la oración consagratória, lo convierte posteriormente en ministro y continuador de la obra de salvación, por él cumplida por medio de Cristo en el Espíritu Santo (cf. PO 2).

“Actuando “in persona Christi Capitis” (PO 2; SC 33; LG 10, 28,37), el sacerdote anuncia la divina Palabra, celebra la Eucaristía y dispensa el amor misericordioso de Dios que perdona, convirtiéndose así en instrumento de vida, de renovación, de progreso auténtico de la Humanidad.

“Ministro de las acciones salvíficas, el sacerdote pone a disposición de todos los hombres no bienes que perecen y tampoco proyectos sociopolíticos, sino la vida sobrenatural y eterna, enseñando a leer e interpretar con perspectiva evangélica los acontecimientos de la historia.

“Es esta la misión preferente del sacerdote también en el ámbito de la nueva evangelización, la cual demanda presbíteros que, en su condición de primeros responsables, en unión con los obispos de dicha renovada siembra evangélica, estén “radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo” (PDV, 4) (n.2).

- La identidad del presbítero

“El sacerdocio de los sagrados ministros participa del único sacerdocio de Cristo, constituido Sacerdote e Intercesor mediante el ofrecimiento de su sacrificio, consumado una vez para siempre sobre la cruz” (cf. Heb.7,27).

“Para poder tener una adecuada comprensión del sacerdocio ordenado y abordar correctamente toda cuestión relativa a la identidad, a la vida, al servicio y a la formación permanente de los presbíteros, es necesario tener siempre presente el carácter sacrificial de la Eucaristía, de la que ellos son ministros... Es en la Eucaristía donde brilla de forma muy peculiar la identidad sacerdotal. Ella constituye el fundamento de la asimilación a Cristo, el fundamento de una ordenada vida de oración y de una auténtica caridad pastoral (n.3).

“Configurado con el Redentor, Cabeza y Pastor de la Iglesia, el sacerdote debe tener la conciencia clara de ser, de forma nueva, ministro de Cristo para su pueblo (cf. PDV 21). Se trata de una “conciencia de pastoralidad ministerial” propia solamente de quien es “enviado”, a imitación del Buen Pastor, para ser guía y pastor de la grey, en la gozosa e íntegra donación a todos los hermanos, especialmente a los más necesitados de amor y de misericordia (n.4).

- Donación de la propia voluntad

“A imitación del Divino Maestro, el Sacerdote está llamado a hacer donación de la propia voluntad y a convertirse como en una prolongación del “Christus obediens” para la salvación del mundo. El ejemplo de Cristo es luz y fuerza para los obispos y para los presbíteros. El obispo, por su parte, con la propia obediencia a la sede Apostólica y la comunión con todo el cuerpo episcopal, crea las condiciones, más favorables para instaurar las mismas relaciones con el presbítero y con cada uno de sus miembros (n.5).

“Siguiendo el modelo de la relación de Jesús con los discípulos, el obispo debe tratar como hijos, hermanos y amigos a sus sacerdotes, interesándose sobre todo por su santificación, pero también por su salud física, por su serenidad, por su justo descanso, por su asistencia en todas las fases y condiciones de la vida. Todo esto no solamente no disminuye, sino que ilustra mejor la autoridad de pastor que, con espíritu de auténtico servicio, sabe asumir las responsabilidades intransferibles y personales -a veces también arduas y complejas- de su función de guía. Dicha ejemplaridad alimenta la confianza de los presbíteros, estimula su vocación de ordenada cooperación y de sincera fraternidad” (n.5).

- La formación permanente

“En dicho clima de dinámica comunión sacerdotal encontrará las mejores condiciones para desarrollarse y producir frutos abundantes también la formación permanente de los presbíteros, para la cual es necesario reservar personal fiel y cualificado. En la labor de formación se entrelazan positivamente la autorizada al mismo tiempo fraternal diligencia del obispo por sus sacerdotes y, parte de estos, la conciencia de deber de profundizar continuamente el inmenso regalo de la vocación y la responsabilidad del compromiso ministerial (n.6)..

- El Santo es el mejor evangelizador

“En realidad, todo proyecto de formación sacerdotal debe tener como principal objetivo, la santificación del clero. Sí, en efecto, es verdad que la Palabra y los sacramentos actúan en virtud del Espíritu que transmiten; es verdad también que, cuando transforman la vida del ministro, él mismo se convierte como en un Evangelio viviente. El mejor evangelizador es siempre el santo. La oración, de forma especial, es necesaria para el sacerdote para santificarse a sí mismo y a las almas a él confiadas.

- La caridad pastoral

“El principio interior, la virtud que plasma y guía su vida espiritual es la caridad pastoral que brota del corazón misericordioso de Jesús Salvador. El contenido esencial de dicha caridad pastoral es la entrega radical de sí a la Iglesia, la cual, por tanto, constituye el interés principal del presbítero bien formado y maduro. La existencia sacerdotal es, en efecto, un aspecto del misterio estupendo del Cuerpo Místico, por lo cual, ésta no se puede interpretar correctamente con criterios puramente humanos” (n.7) (...).

- El celibato sacerdotal

“El celibato eclesiástico constituye, para la Iglesia, un tesoro a custodiar con todo cuidado y a proponer, sobre todo hoy, como signo de contradicción para una sociedad necesitada de ser reconducida a los valores superiores y definitivos de la existencia. Las dificultades presentes no pueden hacer que se renuncie a tan precioso don que la Iglesia ha hecho suyo, ininterumpidamente, desde los tiempos apostólicos, superando otros momentos difíciles que obstaculizaron su mantenimiento (...).

- Jesucristo entregó a Juan como hijo de su Stma. Madre

“El Sumo y Eterno Sacerdote, sobre la Cruz, entregó a Juan como hijo de su Santísima Madre, y a Juan confió como inestimable hacia su Madre. Desde aquel día se ha instaurado entre María Santísima y todos sacerdotes un singular vínculo espiritual, gracias al cual Ella puede obtener y dar a sus hijos predilectos el impulso a responder cada vez con mayor generosidad a las exigencias de la oblación espiritual que el ministerio sacerdotal comporta” (n.8).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (13-III-1994).**

- El misterio del sacerdocio ministerial

“El sacerdocio constituye el don supremo, una llamada particular a participar en el misterio de Cristo, que nos confiere la sublime posibilidad de hablar y actuar en su nombre. Cada vez que celebramos la eucaristía, esta posibilidad se hace realidad. Obramos “in persona Christi” cuando, en el momento de la consagración, pronunciamos las palabras: “Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros...Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna...Haced esto en conmemoración mía”. Hacemos precisamente esto: con gran humildad y profunda gratitud. Este acto sublime, y al mismo tiempo sencillo de nuestra misión cotidiana de sacerdotes hace llegar, podría decirse, nuestra humanidad hasta los últimos confines” (n.1).

Participamos en el misterio de la Encarnación del Verbo, “Primogénito de toda la creación” (Col.1,15), que en la Eucaristía devuelve al Padre todo lo creado, el mundo del pasado y del futuro y, ante todo, el mundo contemporáneo, en el cual vive con nosotros, está presente por medio nuestro y precisamente por medio nuestro ofrece al Padre el sacrificio redentor.

Participamos en el misterio de Cristo, “el Primogénito de entre los muertos” (Col.18), que en su Pascua transforma incesantemente el mundo haciéndolo caminar hacia “la revelación de los hijos de Dios” (Rm.8,19). (...)

Este misterio forja una nueva vida en nosotros y en torno a nosotros. La Eucaristía evangeliza los ambientes humanos y nos consolida en la esperanza de que las palabras de Cristo no pasan (cf. Lc.21,33). No pasan sus palabras por estar enraizadas en el sacrificio de la Cruz (n.1).

- Nuestro servicio a las familias

Deseo entregaros idealmente la Carta que he dirigido a las Familias en el Año dedicado a ellas. (...) La solicitud por la familia, y en particular por los

cónyuges, los niños, los jóvenes y los adultos, exige ante todo de nosotros, sacerdotes y confesores, el descubrimiento y la constante promoción del apostolado de los laicos en ese ámbito. La pastoral familiar –lo sé por mi experiencia personal– constituye la quintaesencia de la actividad de los sacerdotes a cualquier nivel (n.2) (...)

Deseo que esta Carta sea útil a las familias en la Iglesia y fuera de la Iglesia; que os ayude a vosotros, queridos sacerdotes, en vuestro ministerio pastoral dedicado a las familias.(...) La Carta a las Familias no es tanto un tratado doctrinal, sino más bien una preparación y exhortación a la oración con las familias y por las familias. Este es el primer cometido mediante el cual vosotros, queridos hermanos, podéis iniciar o desarrollar la pastoral y el apostolado de las familias en vuestras Comunidades parroquiales (n.2).

Queridos hermanos en el sacerdocio, cada uno de vosotros encontrará seguramente en la oración la luz necesaria para saber cómo poner en práctica todo esto (n.3) (85u).

“La llamada a la oración con las familias y por las familias, queridos Hermanos, implica acada uno de vosotros de manera muy personal. Debemos la vida a nuestros padres y con ellos tenemos una deuda conmnstante de gratitud. Con ellos, todavía vivos o si ya pasaron a la eternidad, estamos unidos por un estrecho vínculo que el tiempo no puede destruir. Si debemos a Dios nuestra vocación, un papel significativo en ésta lo han tenido también ellos. (...) Cada sacerdote puede decir de sí mismo; soy deudor de Dios y d ellos hombres (n.4).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo: “Importancia de la mujer en la vida del sacerdote” (25-III-1995).**

- El misterio del Jueves Santo

Para nosotros, como sacerdotes, la Última Cena es un momento particularmente santo. Cristo, que dice a los apóstoles: “Haced esto en recuerdo mío” (ICort.11,24), instituye el sacramento del Orden. En nuestra vida de presbíteros este momento es esencialmente cristológico: en efecto, recibimos el sacerdocio de Cristo-Sacerdote, único Sacerdote de la Nueva Alianza (n.3).

- Presencia de María

Pensando en el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre que, “in persona Christi” es ofrecido por nosotros, nos es difícil no entrever en este sacrificio

la presencia de la Madre. María dio la vida al Hijo de Dios, así como han hecho con nosotros nuestras madres, para que Él se ofreciera y nosotros también nos ofreciésemos en sacrificio junto con Él mediante el ministerio sacerdotal.

- Presencia de la madre del sacerdote

Detrás de esta misión está la vocación recibida de Dios, pero se esconde también el gran amor de nuestras madres, de la misma manera que tras el sacrificio de Cristo en el cenáculo se ocultaba el inefable amor de su Madre (...) (n.4).

- La comunión mixta y la maduración de la persona

Gracias a la Redención, el sacerdote participa de un modo particular de la relación de fraternidad ofrecida por Cristo a todos los redimidos. Muchos de nosotros, sacerdotes, tienen hermanas en la familia. En todo caso, cada sacerdote desde niño ha tenido ocasión de encontrarse con muchachas, si no en la propia familia, al menos en el vecindario, en los juegos de infancia y en la escuela. Un tipo de comunión mixta tiene una gran importancia para la formación de la personalidad de los muchachos y muchachas (n.4)..

- Las dimensiones de la relación entre la mujer y el sacerdote

Las dos dimensiones fundamentales de la relación entre la mujer y el sacerdote son las de madre y hermana. Si esta relación se desarrolla de modo sereno y maduro, la mujer no encontrará particulares dificultades en su trato con el sacerdote. (...) Cada sacerdote tiene la gran responsabilidad de desarrollar en sí mismo una auténtica actitud de hermano hacia la mujer, actitud que no admite ambigüedad. En esta perspectiva, el apóstol recomienda al discípulo Timoteo tratar “a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza” (1 Tim.5,2) (...) La mujer no puede ser para el sacerdote más que una hermana, y esta dignidad de hermana debe ser considerada conscientemente por él (n.5).

- La observancia del celibato

Si el Sacerdote no fomenta en sí mismo auténticas disposiciones de fe, de esperanza y de amor a Dios, puede ceder fácilmente a los reclamos que le llegan del mundo: hedonismo, egocentrismo y sensualidad. (...) El Santo Padre exhorta a los sacerdotes a permanecer fieles al don del celibato, que nos ofrece Cristo. En él se encierra un bien espiritual para cada uno y para toda la Iglesia (n.5). Por otra parte, Juan Pablo II recuerda de forma especial a

los hermanos en el sacerdocio que encuentran dificultades en este campo y a quienes precisamente por causa de una mujer han abandonado el ministerio sacerdotal.

- El papel de la mujer en la edificación de la Iglesia

La Iglesia es sobre todo Pueblo de Dios, ya que quienes la forman, hombres y mujeres, participan -cada uno a su manera- de la misión profética, sacerdotal y real de Cristo. (...) Las mujeres, junto con los hombres, participan en la misión profética de Cristo; y lo mismo puede decirse sobre su participación en la misión sacerdotal y real. El sacerdocio universal de los fieles y la dignidad real se conceden a los hombres y a las mujeres (cf. II Ped. 2,9-10; LG 10-12; 34-36).

- ¿Puede ser ordenada sacerdote la mujer?

Hoy, en algunos ambientes, el hecho de que la mujer no pueda ser ordenada sacerdote se interpreta como una forma de discriminación. Pero, ¿es realmente así? (n.7).

Ciertamente la cuestión podría plantearse en estos términos, si el sacerdocio jerárquico conllevara una situación social de privilegio, caracterizada por el ejercicio del “poder”. Pero no es así: el sacerdocio ministerial, en el plan de Cristo, no es expresión de dominio sino de servicio. Quien lo interpretase como “dominio” se alejaría realmente de la intención de Cristo, que en el Cenáculo inició la Última Cena lavando los pies a los apóstoles. De este modo puso fuertemente de relieve el carácter “ministerial” del sacerdocio instituido aquella misma tarde (cf. Mc.10,45).

Sí, el sacerdocio que hoy recordamos con tanta veneración como nuestra herencia espiritual, queridos hermanos, ¡es un sacerdocio ministerial! ¡Servimos al Pueblo de Dios! ¡Servimos su misión! Nuestro sacerdocio debe garantizar la participación de todos -hombres y mujeres- en la triple función profética, sacerdotal y real de Cristo. Y no sólo el sacramento del orden es ministerial: ministerial es, ante todo, la Eucaristía. Al afirmar: “Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros (...) Esta es la copa de la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros” (Lc.22,19-20), Cristo manifiesta su servicio más sublime: el servicio de la Redención, en la cual el Unigénito y Eterno Hijo de Dios se convierte en Siervo del Hombre en su sentido más pleno y profundo” (n.8) (85v).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo de 1996.**

El Santo Padre inicia esta Carta, profunda y larga, afirmando: “el sacerdocio es una vocación, una vocación particular: “Nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios” (Heb.5,4) La Carta a los Hebreos se refiere al sacerdocio del Antiguo Testamento, para llevar a la comprensión del misterio de Cristo sacerdote: “Tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdote, sino que la tuvo de quien redijo...Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec” (5,5-6)-.

- La singular vocación de Cristo sacerdote

Cristo, Hijo de la misma naturaleza del Padre, es constituido sacerdote de la Nueva Alianza según el orden de Melquisedec: Él también es, pues, llamado al sacerdocio. Es el Padre quien “llama” a su Hijo, engendrado por Él en un acto de amor eterno, para que “entre en el mundo” (cf. Heb.10,5) y se haga hombre. Él quiere que su Hijo unigénito, encarnándose, sea “sacerdote para siempre”. El único sacerdote de la Nueva y eterna Alianza. En la vocación del Hijo al sacerdocio se expresa la profundidad del misterio trinitario. (...) (n.1).

El autor de la Carta a los Hebreos subraya que el sacerdocio de Cristo están vinculado al sacrificio de la cruz (cf. Heb.9,11-12), y está fundamentado en la obra de la redención. Cristo es el sacerdote de su propio sacrificio: por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios” (Heb.9,14). El sacerdocio de la Nueva Alianza, al cual estamos llamados en la Iglesia, es, pues, la participación en este singular sacerdocio de Cristo.

- Sacerdocio común y sacerdocio ministerial

El sacerdocio es una de las vocaciones cristianas, “una de las formas posibles de realizar el seguimiento de Cristo, el cual en el Evangelio dirige varias veces la invitación: sígueme.

El Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* enseña que todos los bautizados participan del sacerdocio de Cristo; pero al mismo tiempo, distingue claramente entre el sacerdocio del Pueblo de Dios, común a todos los fieles, y el sacerdocio jerárquico, es decir, ministerial (cf. LG 10).

- La llamada personal al Sacerdocio

Está claro, pues, que en el ámbito más amplio de la vocación cristiana, la sacerdotal es una llamada específica. (...) Nuestra vocación al sacerdocio ha surgido en el contexto de la vida cristiana. Toda vocación al sacerdocio

tiene, sin embargo, una historia personal, relacionada con momentos muy concretos de la vida de cada uno (cf. Mt.4,19; 9,9; Mc.1,17; Lc.5,27; Jn.1,43; 21,19) (...). La invitación de Cristo a seguirlo viene normalmente preparada a lo largo de años (...). Queridos hermanos en el sacerdocio: debemos estar a menudo en oración, meditando el misterio de nuestra vocación, con el corazón lleno de admiración y gratitud hacia Dios por este don tan inefable (n.3).

- La vocación sacerdotal de los Apóstoles

Durante el acontecimiento pascual Cristo mostró a los Apóstoles que su vocación era la de ser sacerdotes como Él y en Él. Esto sucedió cuando en el Cenáculo, la víspera de su muerte en cruz, él tomó el pan y el vino, pronunciando sobre ellos las palabras de la consagración. El pan y el vino se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, ofrecidos en sacrificio para toda la humanidad. Jesús terminó este gesto ordenando a los Apóstoles: “Haced esto en conmemoración mía” (cf. ICort.11,24). Con estas palabras les confió su propio sacrificio y lo transmitió, por medio de sus manos, a la Iglesia de todos los tiempos. Confiando a los Apóstoles el memorial de su sacrificio, Cristo les hizo también partícipes de su sacerdocio. En efecto, hay un estrecho e indisoluble vínculo entre la ofrenda y el sacerdote: quien ofrece el sacrificio de Cristo debe tener parte en el sacerdocio de Cristo. La vocación al sacerdote es, pues, vocación a ofrecer “in persona Christi” su sacrificio, gracias a la participación de su sacerdocio. Por esto, hermanos, hemos heredado de los Apóstoles el ministerio sacerdotal (n.4).

- El Sacerdote se realiza a sí mismo mediante una respuesta siempre renovada y vigilante.

Con la ordenación sacerdotal el hombre inicia un camino que dura hasta la muerte y que es todo un itinerario “vocacional”. (...) Además de las tareas que son la expresión del ministerio sacerdotal, queda siempre, en el fondo de todo, la realidad misma del “ser sacerdote”. Las situaciones y circunstancias de la vida invitan incesantemente al sacerdote a ratificar su opción originaria, a responder siempre y de nuevo a la llamada de Dios. Nuestra vida sacerdotal, como toda vida cristiana auténtica, es una sucesión de respuestas a Dios que nos llama (cf. Lc.12,35-40; 12, 37-38) (n.5).

- El celibato sacerdotal

Los presbíteros de la Iglesia latina asumen el compromiso de vivir en el celibato. (...) Sin embargo, el celibato es una de las dimensiones de la vocación, la cual se realiza a lo largo de la vida en el contexto de un

compromiso global ante los múltiples cometidos que derivan del sacerdocio. (...) (n.5).

- El sacerdocio como “officium laudis”

La vocación sacerdotal es una llamada especial al “officium laudis”. Cuando el sacerdote celebra la Eucaristía, cuando en el sacramento de la Penitencia concede el perdón de Dios o cuando administra los otros sacramentos, siempre da gloria a Dios. Conviene, pues, que el sacerdote ame la gloria del Dios vivo y que, junto con la comunidad de los creyentes, proclame la gloria divina, que resplandece en la creación y en la redención. El sacerdote está llamado a unirse de manera particular a Cristo, Verbo eterno y verdadero Hombre, Redentor del mundo. En efecto en la redención se manifiesta la plenitud de la gloria que la humanidad y la creación entera dan al Padre en Jesucristo (n.6).

- El Sacerdocio como “officium laudis”

La vocación sacerdotal es una llamada especial al “officium laudis”. Cuando el sacerdote celebra la Eucaristía, cuando en el sacramento de la Penitencia concede el perdón de Dios o cuando administra los otros sacramentos, siempre da gloria a Dios. Conviene, pues, que el sacerdote ame la gloria del Dios vivo y que, junto con la comunidad de los creyentes, proclame la gloria divina, que resplandece en la creación y en la redención. El sacerdote está llamado a unirse de manera particular a Cristo, Verbo eterno y verdadero Hombre, Redentor del mundo. En efecto en la redención se manifiesta la plenitud de la gloria que la humanidad y la creación entera dan al Padre en Jesucristo (n.6).

El “officium laudis” no son solamente las palabras del salterio, los himnos litúrgicos y los cantos del Pueblo de Dios que resuenan en tantas lenguas diversas ante la mirada del Creador; “officium laudis” es sobre todo el incesante descubrimiento de la verdad, del bien y de la belleza, que el mundo recibe como don del Creador y, a la vez, es el descubrimiento del sentido de la vida humana. El misterio de la redención ha realizado y revelado plenamente este sentido, acercando la vida del hombre a la vida de Dios. La redención llevada a cabo de modo definitivo en el misterio pascual mediante la pasión, muerte y resurrección de Cristo, no sólo pone en evidencia la santidad trascendente de Dios, sino que también, como enseña el Concilio Vaticano II, manifiesta “el hombre al propio hombre” (GS 22).(n.6)..

La gloria de Dios está inscrita en el orden de la creación y de la redención; el sacerdote está llamado a vivir totalmente el misterio para

participar en el *officium laudis*, que se lleva a cabo incesantemente en el universo. Sólo viviendo en profundidad la verdad de la redención del mundo y del hombre, éste puede acercarse a los sufrimientos y los problemas de las personas y de las familias, y afrontar sin temor la realidad, incluso del mal y del pecado, con las energías espirituales necesarias para superarla (n.6).

Termina el Santo Padre invitando a los sacerdotes a acompañar a los fieles hacia la plenitud de la vida en Dios (n.7), a dar gracias con él a Dios en el 50 aniversario de su ordenación sacerdotal (n.8), y a dar gracias una vez más al Señor por el don del sacerdocio (n.9). (85w).

*** Obra: “Don y Misterio” (BAC. Madrid. 1996).**

Juan Pablo II exhorta vivamente a la santidad a los sacerdotes:

- Hoy el sacerdote está llamado a indicar a los hombres dónde apagar su sed, y cómo responder a sus aspiraciones más profundas. Es el ministro de la misericordia y de la reconciliación. Es el hombre en especial contacto con la santidad de Dios y, por ello, con una especial llamada a la santidad. Lo propio del sacerdote es la “cura animarum” con dedicación y entrega total. Es el evangelizador incansable, el hombre de la Palabra”.

- “En contacto continuo con la santidad de Dios, el sacerdote debe llegar a ser él mismo santo. Su mismo ministerio le compromete a una opción de vida inspirada en el radicalismo evangélico. Esto explica que de un modo especial deba vivir el espíritu de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. En esta perspectiva, se comprende también la especial conveniencia del celibato.

Si el Concilio Vaticano II habla de la vocación universal a la santidad, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos! ¡El mundo actual reclama sacerdotes santos! Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía de los hombres y maestro de santidad” (85y).

*** Discurso de Juan Pablo II a los sacerdotes de la Diócesis de Roma (13-II-1997).**

Juan Pablo II aborda en este discurso un tema muy importante para los sacerdotes: la formación sacerdotal en la perspectiva de la preparación para el gran jubileo, (...) recordando también que este año está dedicado a Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre (cf. heb.13,8), y pensando en

el don que he recibido de vivir el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal”

- La Eucaristía en la vida y ministerio del sacerdote

Debemos dar gracias a Dios por el don de nuestra vocación, y expresar esta gratitud con nuestro servicio ministerial que, concretamente es entrega diaria de nuestra vida. En la base y en el centro de todo está nuestra eucaristía, la misa diaria, que es el momento más importante de cada jornada nuestra y el centro de nuestra vida, porque, celebrándola, nos adentramos en el corazón del misterio de la salvación donde se enraíza nuestro sacerdocio y se alimenta nuestro servicio ministerial. La misa nos pone en contacto con la santidad de Dios y nos recuerda del modo más eficaz que estamos llamados a la santidad, que Cristo necesita sacerdotes santos. En efecto, sabemos por experiencia que sólo en el terreno de la santidad sacerdotal puede crecer una pastoral eficaz, la verdadera “cura animarum” (n.2)...

- La formación permanente y la santificación del sacerdote

La formación permanente del sacerdote en un modo de mantener vivo en nuestros días el don y el misterio de nuestra vocación. Don que nos supera infinitamente y misterio de elección divina (cf. Jn.15,16), El fin primario y fundamental de la formación permanente es, precisamente, la ayuda recíproca en el camino de la santificación sacerdotal. En efecto, el presbiterio diocesano, como verdadera fraternidad sacramental, desempeña un papel importante en la vida personal de cada sacerdote, y este papel se cumple de modo especial en los momentos de la formación permanente. (...) Es importante que todos los sacerdotes, aunque sea en tiempos diversos, tengan la posibilidad y la alegría de estar juntos y fortalecerse recíprocamente en la fidelidad a su vocación.

- Administradores de los misterios de Dios

La formación nos sostiene en el camino hacia la santidad llamándonos cada día a la conversión. Somos ministros de la reconciliación y por tanto cumplimos una parte esencial de nuestra misión a través del ministerio de la confesión; pero sólo podemos hacerlo con sinceridad y eficacia si nosotros somos los primeros en recurrir constantemente a la misericordia de Dios, confesando asiduamente nuestras culpas e implorando la gracia de la conversión.

- La perspectiva en la que debe situarse el ministerio: servicio y fidelidad

Cada aspecto de nuestro servicio ministerial, el cansancio diario, las alegrías y las preocupaciones (...) debe encontrar espacio en la formación permanente. Lo importante es la perspectiva en la que se sitúa toda nuestra actividad ministerial: “que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles” (cf. ICort.4,1-2).

La palabra “administrador” no se puede sustituir por ninguna otra. Está profundamente enraizada en el Evangelio: pensemos en la parábola del administrador fiel y del infiel (cf. Lc.12,41-48). El administrador no es el propietario; es la persona a la que el propietario encomienda sus bienes, para que los administre con esmero y responsabilidad. Precisamente así el sacerdote recibe de Cristo los bienes de la salvación, a favor de cada fiel y de todo el pueblo de Dios”.

- No somos propietarios

Por tanto, jamás debemos considerarnos propietarios de estos bienes: ni de la palabra de Dios, que debemos testimoniar y proponer con fidelidad, sin confundirla o sustituirla nunca con nuestras palabras y nuestras opiniones; ni de los sacramentos, que hay que administrar con solicitud y también con el sacrificio personal, según la intención de Cristo expresada por la Iglesia; pero ni siquiera de los locales, de los espacios, de los bienes materiales de nuestras parroquias y comunidades: cuidémoslos, como si fueran nuestros o más todavía; pero no para nuestro proyecto, sino únicamente para el bien de la porción del pueblo de Dios que se nos ha encomendado (n.4).

- Los fieles laicos

Los laicos son un don para nosotros, y cada sacerdote lleva en su corazón a los laicos que, actualmente o en el pasado, han sido confiados a su atención pastoral. En cierto modo, nos indican el camino y nos ayudan a entender mejor nuestro ministerio y a vivirlo en plenitud. Sí, podemos aprender mucho de nuestra relación y de nuestro trato con ellos (...).

- “Alter Christus”

Para prestar verdaderamente una ayuda a los jóvenes, así como a todos los laicos que se comprometen en la misión, y para vivir en plenitud nuestro mismo sacerdocio, es esencial poner siempre a Jesucristo en el centro de nuestro compromiso...(.) Podemos decir, siguiendo toda nuestra gran tradición, “Sacerdos, alter Christus”. También éste es el significado más

profundo de la vocación al sacerdocio y de la alegría por cada nuevo sacerdote que se ordena.

Por eso es muy oportuno que la formación permanente de los sacerdotes tenga como tema y referencia central a Jesucristo, su persona y su misión. Cuanto más crezcamos en nuestra relación con Él, más aún, en nuestra identificación con Él, tanto más nos convertiremos en auténticos sacerdotes y misioneros eficaces, abiertos a la comunión y capaces de comunión, porque tomamos mayor conciencia de ser miembros del único cuerpo, cuya cabeza es Cristo (n.5) (85z).

*** Carta a los Sacerdotes, con motivo del Jueves santo (1997).**

Os escribo esta Carta durante el primer año de preparación inmediata al inicio del tercer milenio. (...) El primer año tiene como centro a Cristo. En efecto, él es el Hijo eterno de Dios, hecho hombre y nacido de María Virgen, que nos lleva al Padre. (...) (n.2).

- ¡Jesús, sacerdote para siempre, ten misericordia de nosotros!

El sacerdocio de Cristo se expresó en el ofrecimiento de su propio cuerpo, “hecho de una vez para siempre” (Heb.10, 10). Habiéndose ofrecido en sacrificio cruento en la cruz, Él mismo instituyó su “memoria” incruenta para todos los tiempos, bajo las especies de pan y vino. Y bajo estas especies Él encomendó este Sacrificio a la Iglesia. Así pues, la Iglesia -y en ella cada sacerdote- celebra el único Sacrificio de Cristo (n.3).

- Contemplemos el misterio

Contemplemos juntos, una vez más, este sublime misterio. Jesús tomó el pan y se lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo...”. Tomó después en sus manos el cáliz con el vino...diciendo: “Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre...”. Y añadió: “Haced esto en conmemoración mía”. ¿Cómo pueden dejar de ser estas maravillosas palabras el corazón que impulsa toda la vida sacerdotal? ¡Repitémoslas cada vez como si fuera la primera! Que jamás sean pronunciadas por rutina. Estas palabras expresan la más plena actualización de nuestro sacerdocio (n.3).

- Jesucristo, pontífice que penetró los cielos

Cristo mediante su sangre entra en el eterno santuario. Como Sacerdote consagrado para siempre por el Padre "Spiritu Sancto et veritate", ahora se ha

sentado “a la diestra de la Majestad en las alturas” (Heb.1,3). Y desde allí intercede por nosotros como Mediador -semper vivens al interpelandum pro nobis-, para trazarnos el camino de una vida nueva y eterna: pontifex qui nobis viam novam initiasti. El nos ama y derramó su sangre para limpiar nuestros pecados: Pontifex qui dilexisti nos et lavasti nos a peccatis in sanguine tuo. Se entregó a sí mismo por nosotros: tradidisti temetipsum Deo oblationem et hostiam.

En efecto, Cristo introduce el sacrificio de sí mismo, que es el precio de nuestra redención, en el santuario eterno. La ofrenda, esto es, la víctima, es inseparable del sacerdote (n.4).

- Cristo nos llama “amigos”

Cristo nos llama amigos a nosotros que, gracias al sacramento del Orden, somos partícipes de su Sacerdocio. Escuchemos estas palabras con gran emoción y humildad. Ellas contienen la verdad. Ante todo la verdad sobre la amistad, pero también una verdad sobre nosotros mismos que participamos del Sacerdocio de Cristo, como ministros de la Eucaristía. ¿Podía Jesús expresarnos su amistad de manera más elocuente que permitiéndonos, como sacerdotes de la Nueva Alianza, obrar en su nombre, in persona Christi Capitis? Pues esto es precisamente lo que acontece en todo nuestro servicio sacerdotal, cuando administramos los sacramentos y, especialmente, cuando celebramos la Eucaristía. Repetimos las palabras que Él pronunció sobre el pan y el vino y, por medio de nuestro ministerio, se realiza la misma consagración que Él hizo. ¿Puede haber una manifestación de amistad más plena que ésta? Esta amistad constituye el centro mismo de nuestro ministerio sacerdotal. Cristo dice: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto...” (Jn.15,16) (n.5) (86).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (1998).**

Nuestro sacerdocio está íntimamente unido al Espíritu Santo y a su misión. En el día de la ordenación presbiteral, en virtud de una singular efusión del Paráclito, el Resucitado ha renovado en cada uno de nosotros lo que realizó con sus discípulos la tarde de la pascua, y nos ha constituido en continuadores de su misión en el mundo (cf. Jn.20,21-23). Este don del Espíritu, con su misteriosa fuerza santificadora, es fuente y raíz de la especial tarea de evangelización y santificación que se nos ha confiado.

Juan Pablo II nos ofrece una hermosa y profunda meditación sobre el Espíritu Santo poniendo de relieve los siguientes puntos:

- El Espíritu Santo creador y santificador (n.1).
- Eucaristía y Orden, frutos del Espíritu (n.2)

“Al igual que en la Santa Misa el Espíritu Santo es el autor de la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, así en el sacramento del Orden es el artífice de la consagración sacerdotal o episcopal” (Don y Misterio, p.59).

- Los dones del Espíritu Santo (n.3).
- Influjo de los dones del Espíritu Santo sobre el hombre (n.4).
- Los dones del Espíritu en la vida del sacerdote (n.5).
- El Espíritu Santo introduce en la vida trinitaria (n.6).

“El Paráclito “escalera de nuestra elevación a Dios” (S.Ireneo) atrae al sacerdote hacia el padre, poniéndole en el corazón el deseo ardiente de ver su rostro. Le hace conocer todo lo que se refiere al Hijo, atrayéndolo a Él con creciente nostalgia. Lo ilumina sobre el misterio de su misma Persona, llevándole a percibir su presencia en el propio corazón y en la historia”. De este modo, entre las alegrías y los afanes, los sufrimientos y las esperanzas del ministerio, el sacerdote aprende a confiar en la victoria final del amor, gracias a la acción indefectible del Paráclito que, a pesar de los límites de los hombres y de las instituciones, llega a la Iglesia a vivir el misterio de la unidad y de la verdad.

En consecuencia, el sacerdote sabe que puede confiar en la fuerza de la Palabra de Dios, que supera cualquier palabra humana, y en el poder de la gracia, que vence sobre el pecado y las limitaciones propias de los hombres. Todo esto lo hace fuerte, no obstante la fragilidad humana, en el momento de la prueba, y dispuesto para volver con el corazón al Cenáculo, donde, perseverante en la oración junto con María y los hermanos, puede encontrar de nuevo el entusiasmo necesario para reanudar la fatiga del servicio apostólico” (n.6).

- Postrados en presencia del Espíritu (n.7).

La solemne invocación del Espíritu Santo y el gesto sugestivo de humildad realizado durante la ordenación sacerdotal, han hecho resonar también en nuestra vida el “fiat” de la Anunciación. En el silencio de Nazaret, María se hace disponible para siempre a la voluntad del Señor y, por obra del

Espíritu Santo, concibe a Cristo, salvador del mundo. Esta obediencia inicial recorre toda su existencia y culmina al pie de la cruz.

El sacerdote está llamado a confrontar constantemente su “fiat” con el de María, dejándose, como Ella, conducir por el Espíritu. La Virgen lo sostendrá en sus opciones de pobreza evangélica y lo hará disponible a la escucha humilde y sincera de los hermanos (...) (n.7) (86a).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero (15-X-1998).**

- El Sacerdocio de Cristo: “El sacerdocio de Cristo es una consecuencia de la Encarnación. Al nacer de María, siempre Virgen, el Hijo Unigénito de Dios entró en el orden de la historia. Se convirtió en sacerdote, el único sacerdote, y, por eso, quienes en la Iglesia están revestidos de la dignidad del sacerdocio ordenado, participan de un modo específico de su único sacerdocio” (n.2).

- El sacerdocio ordenado es un “componente insustituible del edificio de la redención; es un canal por el que fluyen normalmente las aguas frescas necesarias para la vida. Este sacerdocio, al que se es llamado por pura gracia (cf. Heb.5,4) es punto central de toda la vida y misión de la Iglesia. Mediante el sacramento del Orden, el sacerdote es transformado en el “mismo Cristo”, para realizar las obras de Cristo. Se opera en él, gracia a un carácter específico, la asimilación a Cristo cabeza y pastor.. El carácter indeleble es una nota inseparable de la consagración sacerdotal (cf. PO 2; LG 21): don de Dios, dado para siempre. Por tanto, el sacerdote, ungido en el Espíritu Santo, debe proponerse la fidelidad absoluta e incondicional al Señor y a su Iglesia, porque el compromiso del sacerdocio posee en sí el signo de la eternidad

El Sacerdote como Cristo y en Cristo, es enviado. La “misión” salvífica que se le confía para el bien de los hombres es exigida por su misma “consagración sacerdotal” (cf. LG 28) y está ya implícita en la “llamada” con la que Dios interpela al hombre. Así pues, “vocación, consagración y misión” constituyen el tríptico de una misma realidad, elementos constitutivos de la esencia del sacerdocio” (cf. PDV,16) (n.2).

- Diversidad de funciones del presbítero. “El presbítero es, ante todo, guía del pueblo que le ha sido confiado. La estructura de la Iglesia trasciende tanto el modelo “democrático” como el “autocrático”, porque se funda en el “envío” del Hijo por parte del Padre y en la asignación de la “misión” mediante el don del Espíritu Santo a los Doce y a sus sucesores (cf. Jn.20,21).

- El presbítero es además en unión con su obispo maestro de la Palabra. Es maestro, aunque es ante todo su servidor (cf. PO 4). Todos los fieles, en virtud de los sacramentos de la Iniciación cristiana, están llamados a evangelizar, según su propio estado de vida, pero el ministro ordenado cumple esta misión con una autoridad y una gracia que no le vienen de la ciencia y competencia, siempre necesarias, sino de la ordenación (cf. PDV, 35).

- El presbítero es, por último, ministro de los sacramentos. En efecto, no puede haber una auténtica evangelización que no tienda a desembocar en la celebración de los sacramentos. Por tanto, no puede haber una evangelización que no se oriente hacia esta celebración (PO 5) (n. 4)..

- En la perspectiva de la nueva evangelización. “Todo esto debe vivirse en la perspectiva de la nueva evangelización, que encuentra uno de sus momentos fuertes en el compromiso del gran Jubileo (n.5).

- Ayudar a los sacerdotes a redescubrir las características fundamentales del sagrado ministerio será para ellos la mejor preparación para cruzar el umbral de la Puerta Santa convertidos a la verdad de sí mismos: la de personas configuradas con Cristo, cabeza y pastor, en virtud de un carácter específico. Sólo de aquí nace la misión, que exige que cada cristiano sea exactamente lo que debe ser y actúe en consecuencia. De este modo se comprende la índole insustituible de los diversos estados de vida en la Iglesia. Así, pues, hay que lograr que la identidad y la especificidad de cada uno sean cada vez más claras. Sólo respetando las identidades diversas y complementarias, la Iglesia será plenamente creyente y, por consiguiente, creíble, y podrá entrar, llena de esperanza, en el nuevo milenio (cf. PDV, 12). (n.5).

*** Exhortación Apostólica: Ecclesia in America” (22-I-1999).**

El Presbítero ejerce su ministerio con caridad pastoral, principalmente en la comunidad que le ha sido confiada, y la conduce al encuentro con Jesucristo, Buen Pastor. Su vocación exige que sea signo de unidad. Por ello, debe evitar cualquier participación en política partidista que dividiría a la comunidad. Es deseo de los Padres sinodales que se “desarrolle una acción pastoral a favor del clero diocesano que haga más sólida su espiritualidad, su misión y su identidad, la cual tiene su centro en el seguimiento de Cristo que, sumo y eterno Sacerdote, buscó siempre cumplir la voluntad del Padre. (...) El sacerdote sea consciente de que, por la recepción del sacramento del Orden, es portador de gracia que distribuye a sus hermanos en los sacramentos. Él mismo se santifica en el ejercicio del ministerio”.

Los presbíteros, en cuanto pastores del pueblo de Dios en América, deben además estar atentos a los desafíos del mundo actual y ser sensibles a las angustias y esperanzas de sus gentes, compartiendo sus vicisitudes y, sobre todo, asumiendo una actitud de solidaridad con los pobres. Procurarán discernir los carismas y las cualidades de los fieles que puedan contribuir a la animación de la comunidad, escuchándolos y dialogando con ellos, para impulsar así su participación y corresponsabilidad” (n. 39) (86b).

*** Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los sacerdotes para el Jueves Santo (14-III-1999).**

“En la Eucaristía el sacerdote se acerca personalmente al misterio inagotable de Cristo y de su oración al Padre. El sacerdote puede sumergirse diariamente en este misterio de redención y de gracia celebrando la santa Misa, que conserva sentido y valor incluso cuando, por una justa causa, se celebra sin la participación del pueblo, pero siempre y en todo caso por el pueblo y por el mundo entero.

- El sacerdote, maestro de oración en la comunidad

Precisamente por su vínculo indisoluble con el sacerdocio de Cristo, el presbítero es el maestro de la oración y los fieles pueden dirigir legítimamente a él la misma petición hecha un día por los discípulos a Jesús: “Enséñanos a orar”.

Por ello, el Santo Padre exhorta “a cada sacerdote a cumplir con firmeza y valentía su cometido de guía de la comunidad en la oración cristiana auténtica. Es un cometido del cual no le es lícito abdicar, aunque las dificultades derivadas de la mentalidad secularizada a veces lo pueden hacer laborioso” (n.6).

- Convertirse para convertir

El fuerte impulso misionero que la Providencia, sobre todo mediante el Concilio Vaticano II, ha dado a la Iglesia de nuestro tiempo, interpela de manera particular a los ministros ordenados, llamándolos ante todo a la conversión: convertirse para convertir o, dicho de otro modo, vivir intensamente la experiencia de hijos de Dios para que cada bautizado descubra la dignidad y la alegría de pertenecer al Padre celestial” (n.6) (86c).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo del Clero de Roma (9-III-2000).**

Juan Pablo II dedica una especial atención a los Sacerdotes. En este momento, acoge al Clero de Roma en el Jubileo. A ellos les dedica un discurso del que entresacamos lo siguiente:

“En el sacramento de la Penitencia se renueva “la vida del Espíritu” y la radicalidad evangélica que han de caracterizar a la vida y al ministerio del sacerdote. Dicho sacramento también se revela muy eficaz para superar la condescendencia con esas formas de autojustificación -propias de la mentalidad y de la cultura de nuestra época- que hacen que se pierda el sentido del pecado e impiden experimentar la alegría consoladora de Dios” (n.1).

“Para la vida espiritual y la acción apostólica del sacerdote también resulta muy importante la relación de comunión y hermandad con el obispo y con los demás presbíteros. Para que esta relación crezca, es menester que cada uno de vosotros se comprometa con generosidad; es preciso que el apremio de la actividad pastoral no os impida cultivar esa honda unidad con vuestros hermanos en el sacerdocio que se alimenta de la oración común, del encuentro y del diálogo, de la búsqueda de una amistad sincera” (n.2).

La participación en las iniciativas de formación permanente, el apoyo espiritual y pastoral a hermanos especialmente necesitados, la asistencia a presbíteros enfermos o ancianos, la disposición al dialogo y al encuentro también con quienes han abandonado el sacerdocio, manifiestan la voluntad de recorrer con provecho y entrega las sendas de la comunión y de la reconciliación. Un presbiterio unido y concorde, capaz de trabajar en común, constituye un testimonio elocuente para los fieles y multiplica la eficacia del ministerio (n.2).

“La reconciliación con el Señor y la comunión recíproca abren nuevas posibilidades de encuentro con quienes esperan de nosotros, pastores de la Iglesia, señales de atención y de especial desvelo pastoral.

Nosotros los sacerdotes, como primeros misioneros del Evangelio y siguiendo el ejemplo de Jesús el Buen Pastor que va en busca de la oveja descarriada, hemos de dedicarnos en especial caridad pastoral a las familias en dificultad, a las que viven alejadas de la Iglesia y encuentran grandes problemas de fe o de moral, a aquellas en las que se hallan enfermos y ancianos sumidos en el dolor, a las que viven dramas particularmente dolorosos por situaciones de división entre los cónyuges o con los hijos (n.3).

También deberéis ocuparos de que el anuncio de la misericordia de Dios y la experiencia viva de su perdón alcancen, gracias al compromiso

concreto de los cristianos laicos, todo ambiente de vida y trabajo, para reafirmar la fuerza del amor de Cristo que derrota divisiones e incomprensiones y crea nuevas relaciones más fraternas y solidarias. Ningún ambiente o situación de vida son ajenos al Evangelio y al compromiso por una activa presencia evangelizadora del sacerdote y de todo bautizado.

Otro sujeto que requiere especial atención pastoral son los jóvenes, en quienes Cristo no deja de poner su amorosa mirada incluso cuando se alejan de la comunidad cristiana que los ha educado en la fe y en los sacramentos (n.4).

Celebrar el Jubileo significa abrir el corazón a los hermanos y hermanas más pobres, reconociendo en ellos la presencia de Cristo doliente que pide ser acogido con amor activo (n.5) (86d).

*** Carta de Juan Pablo II desde el cenáculo de Jerusalén a los sacerdotes, con ocasión del Jueves Santo, 23-III-2000.**

El contenido de esta Carta es tan importante que no nos atrevemos a abreviarlo, reducirlo o simplificarlo. Nos parece que lo mejor es invitar a todos los sacerdotes a leerlo y meditarlo una vez más despacio, sin prisas, con sosiego para poder pasarlo por el corazón, por la mente, por la vida y por el ministerio pastoral.

- Desde el cenáculo de Jerusalén

El Santo Padre escribe esta carta desde el Cenáculo recordando lo que ocurrió aquella noche cargada de misterio (n.2). (...) Hemos de seguir meditando, de un modo siempre nuevo, en el misterio de aquella noche. Tenemos que volver frecuentemente con el espíritu a este Cenáculo, donde especialmente nosotros, sacerdotes, podemos sentirnos, en cierto sentido, “de casa”. (...) En todos quiero venerar la imagen de Cristo que habéis recibido con la consagración, el “carácter” que marca indeleblemente a cada uno de vosotros. Este signo del amor de predilección, dirigido a todo sacerdote y con el cual puede siempre contar, para continuar adelante con alegría o volver a empezar con renovado entusiasmo, con la perspectiva de una fidelidad cada vez mayor” (n.3) (...).

- Redescubrir el “don” y el “misterio” del sacerdocio

Desde este lugar en que Cristo pronunció las palabras sagradas de la institución eucarística os invito, queridos sacerdotes, a redescubrir el “don” y el “misterio” que hemos recibido. Para entenderlo desde su raíz, hemos de

reflexionar sobre el sacerdocio de Cristo. Ciertamente todo el pueblo de Dios participa de él en virtud del bautismo. Pero el Concilio Vaticano II recuerda que, además de esta participación común de todos los bautizados, hay otra específica, ministerial, que es diversa por esencia de la primera, aunque está íntimamente ordenada a ella (cf. LG 10) (n.7) (...).

- La Eucaristía, corazón de la Iglesia

El misterio eucarístico, en el que se anuncia y celebra la muerte y resurrección de Cristo en espera de su venida, es el corazón de la vida eclesial. Para nosotros tiene, además, un significado verdaderamente especial: es el centro de nuestro ministerio. Este, ciertamente, no se limita a la celebración eucarística, sino que también implica un servicio que va desde el anuncio de la Palabra a la santificación de los hombres a través de los sacramentos y a la guía del pueblo de Dios en la comunión y en el servicio. Sin embargo, la Eucaristía es la fuente desde la que todo mana y la meta a la que todo conduce. Junto con ésta, ha nacido nuestro sacerdocio en el Cenáculo” (n.10).

- “Haced esto en memoria mía” (Lc.22,19).

Las palabras de Cristo, aunque dirigidas a toda la Iglesia, son confiadas, como tarea específica, a los que continuarán el ministerio de los primeros apóstoles. A ellos Jesús entrega la acción, que acaba de realizar, de transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la acción con la que Él se manifiesta como Sacerdote y Víctima. Cristo quiere que, desde ese momento en adelante, su acción sea sacramentalmente también acción de la Iglesia por las manos de los sacerdotes. Diciendo “haced esto” no sólo señala el acto, sino también el sujeto llamado a actuar, es decir, instituye el sacerdocio ministerial, que pasa a ser, de este modo, uno de los elementos constitutivos de la Iglesia misma” (n.10).

Esta acción tendrá que ser realizada “en su memoria”. La indicación es importante. La acción eucarística celebrada por los sacerdotes hará presente en toda generación cristiana, en cada rincón de la tierra, la obra realizada por Cristo. En todo lugar en el que sea celebrada la Eucaristía, allí, de modo incruento, se hará presente el sacrificio cruento del Calvario, allí estará presente Cristo mismo, Redentor del mundo (n.11).

- Memorial que actualiza

Su presencia tendrá muchas expresiones; pero, ciertamente, la más sublime será precisamente la de la Eucaristía; no un simple recuerdo, sino “memorial” que se actualiza; no vuelta simbólica al pasado, sino presencia

viva del Señor en medio de los suyos. De ello será siempre garante el Espíritu Santo, cuya efusión en la celebración eucarística hace que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo” (n.12) (86e).

*** Homilía de Juan Pablo II con motivo del Jubileo de los sacerdotes y de su 80 cumpleaños: 19-V-2000.**

El gran sacerdote, es más, el Sumo sacerdote es Jesucristo (...) Cristo Sacerdote y Víctima: Él es el mismo ayer y hoy y siempre” (Heb.13,8) (n.1).

¡El sacerdocio ministerial!

A él nos reenvía especialmente la Eucaristía, en la que Cristo instituyó el nuevo rito de la Pascua cristiana, introduciendo al mismo tiempo en la Iglesia el ministerio sacerdotal. (...).

Cristo ha puesto en vuestras manos, bajo las especies del pan y del vino, el memorial vivo del sacrificio que ofreció al Padre en la cruz, memorial que encomendó a su Iglesia para que lo celebrara hasta el fin del mundo. Como sabemos, en la Iglesia Él mismo es quien, como Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, actúa a través de nosotros, por medio de los ministros ordenados, a lo largo de los siglos (n.2)..

Todos nosotros somos partícipes de él, y hoy queremos elevar a Dios una acción de gracias coral por tan extraordinario don. Don para todos los tiempos y para los hombres de toda raza y cultura. Don que se renueva en la Iglesia gracias a la inmutable misericordia divina y a la respuesta generosa y fiel de tantos frágiles hombres. Don que no cesa de maravillar a quien lo reciba (n.3).

Mi abrazo (...) especialmente a vosotros queridos sacerdotes enfermos, solos o probados por distintas dificultades. Pienso también en aquellos sacerdotes que, por diferentes circunstancias, no ejercen ya el sagrado ministerio, si bien siguen llevando en sí esa especial configuración con Cristo inherente al carácter indeleble del Orden sagrado.

Nuestra tarea es apacentar el rebaño de Dios que tenemos a nuestro cargo, no a la fuerza sino de buena gana, no como déspotas, sino convirtiéndonos en modelo del rebaño (...) Éste es para nosotros el camino de la santidad, que nos lleva al encuentro definitivo con el “supremo pastor” en cuyas manos se halla la “corona de gloria” (IPedr.5,4) (86f).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Card. J. Stafford sobre “los Presbíteros y los Movimientos Eclesiales (21 de junio de 2001).**

Nos ha parecido oportuno y necesario presentar aquí este mensaje del Papa dado que aborda el tema importante de “los presbíteros y los Movimientos eclesiales”.

- Los presbíteros en los movimientos eclesiales

“En tantos movimientos eclesiales participan junto con los fieles laicos, numerosos sacerdotes atraídos por el ímpetu carismático, pedagógico, comunitario y misionero que acompaña a las nuevas formaciones eclesiales. Se trata de una experiencia que puede resultar harto útil, ya que puede “enriquecer la vida sacerdotal de cada uno y animar el presbiterio con ricos dones espirituales” (n.31).

Es bien claro en la doctrina católica que los sacerdotes están en primer lugar llamados a vivir la plenitud de gracia del sacramento, porque lo que quedan configurados con Cristo, Cabeza y Pastor, al servicio de toda la comunidad cristiana, en cordial y filial referencia al obispo y fraternalmente unidos en el presbiterio diocesano. Pertenecen a la Iglesia particular y colaboran con su misión.

Pero es también verdad que “los carismas del Espíritu siempre crean afinidades destinadas a ser para cada uno sustento para su tarea objetiva en el seno de la Iglesia”.

- Eficacia de los Movimientos eclesiales para los sacerdotales

“Cuando los sacerdotes hallan en los movimientos “la luz y el calor” que les ayudan a madurar en una fervorosa vida cristiana y, en especial, en un auténtico “*sensus ecclesiae*” que los impulsa a una fidelidad más firme a los pastores legítimos, haciéndolos atentos a la disciplina eclesiástica para cumplir con impulso misionero las tareas propias de su ministerio.

Los movimientos eclesiales resultan además “fuentes de ayuda y apoyo en el camino formativo hacia el sacerdocio, (...) sin mengua, eso sí, del respeto debido a la disciplina establecida en la Iglesia para los seminarios. Por ello resulta importante evitar que la participación del sacerdote, del diácono y del seminarista en movimientos o asociaciones eclesiales se resuelva en una cerrazón tan presuntuosa como estrecha. Al contrario ha de abrir su espíritu a la acogida, al respeto y a la valorización de otras modalidades de participación de los fieles en el conjunto de la Iglesia,

impulsándolos a ser cada vez más hombres de comunión, “pastores del conjunto” (cf. PDV 62).

Con estas premisas, la inserción en los movimientos eclesiales se traducirá para los sacerdotes en posibilidad de enriquecimiento espiritual y pastoral. Y es que participando en ellos los presbíteros pueden aprender mejor a vivir la Iglesia en la coesencialidad de los dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos que les son propios, según la pluralidad de los ministerios, estados de vida y tareas que la construyen.

- Aspectos que han de ser evitados

Sería sin embargo una grave pérdida un proceso de “clericalización” de los movimientos. Análogamente, resultaría perjudicial que el testimonio y el ministerio de los sacerdotes quedaran de alguna manera empañados y asimilados progresivamente a un estado laical. El sacerdote debe situarse en el seno de un movimiento, más allá de las funciones y tareas que está llamado a asumir en el mismo, como presencia singular de Cristo, Cabeza y Pastor, ministro de la Palabra de Dios y de los sacramentos, educador de la fe, medio de conexión con el ministerio jerárquico. Es más, precisamente de su aportación puede depender en gran medida el crecimiento de los movimientos eclesiales, fomentando un intenso diálogo con ellos y acompañándolos con pastoral sabiduría, sin regatearles, llegado el caso, los oportunos discernimientos, aclaraciones y orientaciones” (n.3).(86g).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes. Jueves Santo, 2001**

- El camino de santidad: Juan Pablo II aborda en esta Carta un tema muy importante para los sacerdotes: el camino de santidad. De esto es de lo que surge después también el impulso apostólico.

- El sacerdocio, signo de la misericordia de Dios

Es importante que sintamos, en este día del amor por excelencia, la gracia del sacerdocio como una superabundancia de misericordia. Misericordia es la absoluta gratuidad con la que Dios nos ha elegido (cf. Jn.15,16). Misericordia es la condescendencia con la que nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores. Misericordia es el perdón que Él nunca rechaza, como no rehusó a Pedro después de haber renegado de Él. (...) (n.6).

Redescubramos, por tanto, nuestra vocación como “misterio de misericordia”. En el Evangelio comprobamos que precisamente ésta es la

actitud espiritual con la cual Pedro recibe su especial ministerio. En el Evangelio comprobamos que precisamente ésta es la actitud espiritual con la que Pedro recibe su especial ministerio. Su vida es emblemática para todos los que han recibido la misión apostólica en los diversos grados del sacramento del Orden (...).

- Cristo ha elegido a sus ministros de entre los pecadores

Cristo no ha tenido miedo de elegir a sus ministros de entre los pecadores. ¿No es ésta nuestra experiencia? (...) (n.8)

- Acerquémonos al sacramento del Perdón

Los testimonios de Pedro y de Pablo contienen indicaciones preciosas para nosotros. Nos invitan a vivir con sentido de infinita gratitud el don del ministerio: ¡nosotros no hemos merecido nada, todo es gracia! Al mismo tiempo, la experiencia de los Apóstoles nos lleva a abandonarnos a la misericordia de Dios, para entregarle con sincero arrepentimiento nuestras debilidades, y volver con su gracia a nuestro camino de santidad. En la Novo Millennio Ineunte he señalado el compromiso de santidad como el primer punto de una sabia “programación” pastoral. Si éste es un compromiso fundamental para todos los creyentes, ¡cuánto más ha de serlo para nosotros! (cf. nn.30-31). Para ello es importante que redescubramos el sacramento de la reconciliación, como instrumento fundamental de nuestra santificación. Acercarnos a un hermano sacerdote, para pedirle esa absolución que tantas veces nosotros mismos damos a nuestros fieles, nos hace vivir la grande y consoladora verdad de ser, antes aun que ministros, miembros de un único pueblo, un pueblo de “salvados”. (n.10).

- Redescubrir la belleza del sacramento del Perdón

Pidamos, pues, a Cristo, en este día santo, que nos ayude a redescubrir plenamente, para nosotros mismos, la belleza de este sacramento. ¿Acaso Jesús mismo no ayudó a Pedro en este descubrimiento? “Si no te lavo los pies, no tienes parte conmigo” (Jn.13,8). Es cierto que Jesús no se refería aquí directamente al sacramento de la reconciliación, pero lo evocaba de alguna manera, aludiendo al proceso de purificación que comenzaría con su muerte redentora y sería aplicado por la economía sacramental a cada uno en el curso de los siglos.

Recurramos a este sacramento para que el Señor purifique constantemente nuestro corazón, haciéndonos menos indignos de los misterios que celebramos. Llamados a representar el rostro del Buen Pastor, y a tener

por tanto el corazón mismo de Cristo, hemos de hacer nuestra, más que los demás, la intensa invocación del salmista: “crea en mi, Dios mismo, un corazón puro...” (Sal.50,12). El sacramento de la reconciliación, irrenunciable para toda existencia cristiana, es también ayuda, orientación y medicina de la vida sacerdotal (n.11).

- Ante la crisis del sacramento de la reconciliación

Si la crisis del sacramento de la reconciliación (...) depende de múltiples factores -desde la atenuación del sentido del pecado hasta la escasa percepción de la economía sacramental con la que Dios nos salva-, quizás debamos reconocer que a veces puede haber influido negativamente sobre el Sacramento una cierta disminución de nuestro entusiasmo o de nuestra disponibilidad en el ejercicio de este exigente y delicado ministerio.

- Convicción fundamental

Hay que decir con firmeza y convicción que el sacramento de la Penitencia es la vía ordinaria para alcanzar el perdón y la remisión de los pecados graves cometidos después del Bautismo. Hay que celebrar el Sacramento del mejor modo posible, en las formas litúrgicamente previstas, para que conserve su plena fisonomía de celebración de la divina Misericordia (...) (n.12).

- Cualidades del confesor

Es importante que (...) el ministro de la reconciliación cumpla bien su obligación. Su capacidad de acogida, de escucha, de diálogo y su constante disponibilidad, son elementos esenciales para que el ministerio de la reconciliación manifieste todo su valor. El anuncio fiel, nunca reticente, de las exigencias radicales de la palabra de Dios, ha de estar siempre acompañado de una gran comprensión y delicadeza, a imitación del estilo de Jesús con los pecadores.

- Configuración litúrgica de este sacramento

El Sacramento entra en la liturgia de comunión que caracteriza a la Iglesia. El pecado mismo no se comprende del todo si es considerado sólo de una manera exclusivamente privada, olvidando que afecta inevitablemente a toda la comunidad y hace disminuir su nivel de santidad. Con mayor razón, la oferta del perdón expresa un misterio de solidaridad sobrenatural, cuya lógica sacramental se basa en la unión profunda que existe entre Cristo cabeza y sus miembros. Es muy importante hacer redescubrir este aspecto “comunional”

del Sacramento, incluso mediante liturgias penitenciales comunitarias que se concluyan con la confesión y la absolución individual, porque permite a los fieles percibir mejor la doble dimensión de la reconciliación y los compromete más a vivir el propio camino penitencial en toda su riqueza regeneradora.

- Catequesis sobre el sentido moral y sobre el pecado

Es necesaria hacer esta catequesis que haga tomar conciencia más clara de las exigencias evangélicas en su radicalidad. Desafortunadamente hay una tendencia minimalista, que impide al Sacramento producir todos los frutos deseables. Para muchos fieles la percepción del pecado no se mide con el Evangelio, sino con los “lugares comunes”, con la normalidad sociológica, llevándoles a pensar que no son particularmente responsables de cosas que “hacen todos”, especialmente si son legales civilmente.

- Proponer un Cristianismo auténtico

La evangelización del tercer milenio ha de afrontar la urgencia de una presentación viva, completa y exigente del mensaje evangélico. Se ha de proponer un Cristianismo que no puede reducirse a un mediocre compromiso de honestidad según criterios sociológicos, sino que debe ser un verdadero camino hacia la santidad. Hemos de releer con nuevo entusiasmo el capítulo V de la *Lumen Gentium* que trata de la vocación universal a la santidad. Ser cristiano significa recibir un “don” de gracia santificante, que ha de traducirse en un “compromiso” de coherencia personal en la vida de cada día (n.15) (86h).

*** Carta de Juan Pablo II a los Sacerdotes. Jueves Santo de 2002.**

- El tema de esta carta: el sacramento de la reconciliación

El Santo Padre dirige un año más una Carta a todos los Sacerdotes de mundo. El tema de esta carta es “la misión que el Señor nos ha dado de representarle, no sólo en el Sacrificio eucarístico, sino también en el sacramento de la reconciliación” (...) (n.2). Siento el deseo de invitaros ardientemente (...) a redescubrir personalmente y a hacer redescubrir la belleza del sacramento de la reconciliación” (...)

- La forma ordinaria de celebrar este sacramento. La forma comunitaria

Deseo reiterar que la celebración personal es la forma ordinaria de administrar este Sacramento y que sólo en “casos de grave necesidad” es legítimo recurrir a la forma comunitaria con confesión y absolución colectiva.

Las condiciones requeridas para esta forma de absolución son bien conocidas, recordando en todo caso que nunca se dispensa de la confesión individual sucesiva de los pecados graves, que los fieles han de comprometerse a hacer para que sea válida la absolución” (n.3).

- Adentrémonos en el sacramento de la reconciliación

El Santo Padre nos invita a contemplar unos pasajes bíblicos: el encuentro del hijo pródigo con el Padre misericordioso; la oveja perdida y hallada; el encuentro de Jesús con Zaqueo. (...) Con todo, el Santo Padre dice: “quisiera proponer hoy como “icono bíblico” el encuentro de Jesús con Zaqueo (cf. Lc.19,1-10)” (n.4).

- Sugerencias teológicas y pastorales

Queremos recordar las aplicaciones pastorales que ofrece Juan Pablo II al hilo del relato evangélico de Lucas sobre Zaqueo:

Cada encuentro con un fiel que nos pide confesarse, aunque sea de modo un tanto superficial por no estar motivado y preparado adecuadamente, puede ser siempre, por la gracia sorprendente de Dios, aquel “lugar” cerca del sicómoro en el cual Cristo levantó los ojos hacia Zaqueo. Para nosotros es imposible valorar cuánto haya penetrado la mirada de Cristo en el alma del publicano de Jericó. Sabemos, sin embargo, que aquellos ojos son los mismos que se fijan en cada uno de nuestros penitentes. En el sacramento de la reconciliación, nosotros somos instrumentos de un encuentro sobrenatural con sus propias leyes, que solamente debemos seguir y respetar (n.5).

No pensemos que es el pecador, con su camino autónomo de conversión, quien se gana la misericordia. Al contrario, es la misericordia lo que le impulsa hacia el camino de la conversión. El hombre no puede nada por sí mismo. Y nada merece. La confesión, antes que un camino del hombre hacia Dios, es una visita de Dios a la casa del hombre. (...) Hemos de estar convencidos de una cosa: antes de nuestra invitación, e incluso antes de nuestras palabras sacramentales, los hermanos que solicitan nuestro ministerio están ya arropados por una misericordia que actúa en ellos desde dentro. Ojalá que (...) lleguemos a ser colaboradores de la misericordia que acoge y del amor que salva” (n.6).

El encuentro se produce en la perspectiva de la Palabra de Dios, que tiene su perfecta expresión en la Palabra y en el Rostro de Cristo. Éste es también el principio necesario de todo auténtico encuentro para la celebración de la Penitencia. (...) Los confesores experimentan continuamente lo difícil

que es ilustrar las exigencias de esta Palabra a quien sólo la conoce superficialmente. Es cierto que el momento en que se celebra el Sacramento no es el más apto para cubrir esta laguna. Es preciso que esto se haga, con sabiduría pastoral, en la fase de preparación anterior, ofreciendo las indicaciones fundamentales que permitan a cada uno confrontarse con la verdad del Evangelio.(...) En este sentido, pueden ser de gran ayuda las celebraciones penitenciales preparadas de manera comunitaria y que concluyen con la confesión individual.

En el sacramento, antes de encontrarse con “los mandamientos de Dios”, se encuentra, en Jesús, con “el Dios de los mandamientos”. Jesús mismo es quien se presenta a Zaqueo: “me he de quedar en tu casa”. Él es el don para Zaqueo y, al mismo tiempo, la “ley de Dios” para Zaqueo.

Toda celebración de la Penitencia debería suscitar en el ánimo del penitente el mismo sobresalto de alegría que las palabras de Cristo provocaron en Zaqueo, el cual “se apresuró a bajar y le recibió con alegría” (Lc.19,6) (n.7).

- La precedencia de la misericordia y la respuesta del hombre

La precedencia y superabundancia de la misericordia no debe hacer olvidar, sin embargo, que ésta es sólo el presupuesto de la salvación, que se consume en la medida en que encuentra respuesta por parte del ser humano. En efecto, el perdón concedido en el sacramento de la reconciliación no es un acto exterior, una especie de “indulto” jurídico, sino un encuentro auténtico y real del penitente con Dios, que restablece la relación de amistad quebrantada por el pecado. La “verdad” de esta relación exige que el hombre acoja el abrazo misericordioso de Dios, superando toda resistencia causada por el pecado.

- El episodio de Zaqueo ayuda a los Sacerdotes en su ministerio de la confesión.

Este camino de salvación expresado de un modo tan claro en el episodio de Zaqueo, ha de ofrecernos, queridos Sacerdotes, la orientación para desempeñar con sabio equilibrio pastoral nuestra difícil tarea en el ministerio de la confesión. Este sufre continuamente la fuerza contrastante de dos excesos: el rigorismo y el laxismo. El primero no tiene en cuenta la primera parte del episodio de Zaqueo: la misericordia previa, que impulsa a la conversión y valora también hasta los más pequeños progresos en el amor, porque el Padre quiere hacer lo imposible para salvar al hijo perdido (...). El segundo exceso, el laxismo, no tiene en cuenta el hecho de que la salvación plena, la que no solamente se ofrece sino que se recibe, la que verdaderamente

sana y reaviva, implica una verdadera conversión a las exigencias del amor de Dios. Si Zaqueo hubiera acogido al Señor en su casa sin llegar a una actitud de apertura al amor, a la reparación del mal cometido, a un propósito firme de vida nueva, no habría recibido en lo más profundo de su ser el perdón que el Señor le había ofrecido con tanta premura.

Hay que estar siempre atentos a mantener el justo equilibrio para no incurrir en ninguno de estos dos extremos. El rigorismo oprime y aleja; el laxismo desorienta y crea falsas ilusiones. El ministerio del perdón, que encarna para el penitente el rostro del Buen Pastor, debe expresar de igual manera la misericordia previa y el perdón sanador y pacificador (n.8) (86i).

*** Discurso de Juan Pablo II los Obispos de Burkina Faso y Níger (17 de junio de 2003)**

En este discurso el Santo Padre habla a los sacerdotes a quienes dice: “En comunión profunda con sus obispos, han de vivir una vida cada vez más digna y santa, conforme a su vocación y al testimonio que tienen que dar como hombres de Dios elegidos para el servicio del Evangelio. Dispuestos a conformarse a Cristo servidor, podrán llegar a ser modelos para el pueblo que se les ha encomendado, en particular para los más jóvenes, a quienes deben invitar a seguir de modo gozoso y radical a Cristo como sacerdotes o como consagrados” (n.5) (86j).

*** Discurso de Juan Pablo II al cuarto grupo de obispos de Francia con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2004).**

Sobre el sacerdocio diocesano, fundamental para las Iglesias locales, deseo hablaros hoy.

“Lo que puede alejar a los jóvenes, a menudo marcados por la vida fácil y superficial, es ante todo la imagen del sacerdote, cuya identidad, en la sociedad moderna, está poco definida y es cada vez menos clara, y cuya tarea es cada vez más pesada. Es fundamental reafirmar esa identidad (...)

El sacerdote, hombre en medio de sus hermanos, escogido para servirles mejor, encuentra su alegría y el equilibrio de su vida en su relación con Cristo y en su ministerio. Es el pastor de la grey, que guía al pueblo de Dios, que celebra los sacramentos, que enseña y anuncia el evangelio, asegurando así una paternidad espiritual mediante el acompañamiento de sus fieles. En todo esto, es a la vez el testigo y el apóstol que, a través de las diferentes actividades de su ministerio, manifiesta su amor a Cristo, a la Iglesia y a los hombres (n.2).

La importancia, la diversidad y el peso de la misión que los sacerdotes de la generación actual tienen que cumplir dan la impresión de un ministerio fragmentado, y ciertamente no siempre invitan a los jóvenes a seguir a los que les preceden. (...) En vez de desanimarse, deben encontrar en Cristo la audacia para cumplir la misión que les ha confiado. (...) No deben olvidar jamás que, mediante el ejercicio de las actividades de su ministerio, hacen presente la ternura de Dios y comunican a los hombres la gracia que necesitan (n. 2).

Lo que cuenta, ante todo, para el sacerdote es la edificación y el crecimiento de su vida espiritual, fundada en una relación diaria con Cristo, caracterizada por la celebración eucarística, la Liturgia de las Horas, la lectio divina y la oración. Esta relación constituye la unidad del ser sacerdotal y del ministerio. Cuanto más pesada es la carga, tanto más importante es estar cerca del Señor, a fin de encontrar en Él las gracias necesarias para el servicio y la acogida de los fieles. En efecto, la experiencia espiritual personal permite vivir en la fidelidad y reavivar sin cesar el don recibido por la imposición de las manos (n.3).

Les exhorto a desarrollar su deseo de vida fraterna y colaboración mutua, que no puede por menos de fortalecer la comunión en el seno del presbiterio diocesano, en torno al obispo. (...) Aliento a los sacerdotes de todas las generaciones a estar cada vez más cercanos unos de otros y a desarrollar su fraternidad sacerdotal y la colaboración pastoral, sin miedo a las diferencias ni a las sensibilidades específicas que pueden ser beneficiosas para el dinamismo de la Iglesia local. Con este espíritu, la participación en una asociación sacerdotal constituye una ayuda valiosa.

“Cuanto más fuertes sean los vínculos de comunión y de unidad entre el obispo y sus sacerdotes, y de los sacerdotes entre sí, tanto mayor será la cohesión diocesana, tanto más fuerte será el sentido de la misión común y tanto más los jóvenes se sentirán atraídos a unirse al presbiterio (n.4).

La castidad en el celibato tiene un valor inestimable. Constituye una clave importante para la vida espiritual de los sacerdotes, para su compromiso en la misión y para su correcta relación pastoral con los fieles, que no debe basarse ante todo en aspectos afectivos, sino en la responsabilidad que les incumbe en el ministerio. Así identificados con Cristo, se hacen cada vez más disponibles al Padre y a las inspiraciones del Espíritu Santo (n.5) (86k).

*** Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo (28-III-2004).**

Hemos nacido de la Eucaristía. Lo que decimos de toda la Iglesia, es decir, que “de Eucaristía vivit”, podemos afirmarlo también del Sacerdocio ministerial: éste tiene su origen, vive, actúa y da frutos “de Eucaristía”. “No hay Eucaristía sin sacerdocio, como no existe sacerdocio sin Eucaristía” (n.2).

El ministerio ordenado, que nunca puede reducirse al aspecto funcional, pues afecta al ámbito del “ser”, faculta al presbítero para actuar “in persona Christi” y culmina en el momento en que consagra el pan y el vino, repitiendo los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena (n.2).

El misterio de santificación y amor, obra del Espíritu Santo, por el cual el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, actúa también la persona del ministro en el momento de la ordenación sacerdotal. Hay, pues, una reciprocidad específica entre la Eucaristía y el sacerdocio, que se remonta hasta el Cenáculo: se trata de dos sacramentos nacidos juntos y que están indisolublemente unidos hasta el fin del mundo. Estamos ante lo que he llamado la “apostolicidad de la Eucaristía” (EdE,26-33). El sacramento eucarístico -como el de la Reconciliación- ha sido confiado por Cristo a los Apóstoles y transmitido por ellos y sus sucesores de generación en generación (...). Al decir Jesucristo: “Haced esto en conmemoración mía” puso el cuño eucarístico en su misión y, uniéndolos consigo en la comunión sacramental, los encargó de perpetuar aquel gesto santo. Mientras pronunciaba aquellas palabras: “Haced esto...”, pensaba también los sucesores de los Apóstoles que habrían de prolongar su misión, distribuyendo el alimento de vida hasta los extremos confines de la tierra. Así, queridos hermanos sacerdotes, en el Cenáculo hemos sido en cierto modo llamados personalmente, uno a uno, “con amor de hermano”, para recibir de las manos santas y venerables del Señor el Pan eucarístico, que se ha de partir como alimento del Pueblo de Dios, peregrino en el tiempo hacia la Patria” (n.3).

La Eucaristía, como el Sacerdocio, es un regalo de Dios, “que supera radicalmente el poder de la asamblea” y que ésta “recibe por la sucesión episcopal que se remonta a los Apóstoles. (...) La Asamblea de los fieles no puede por sí sola ni “realizar” la Eucaristía ni “darse” el ministerio ordenado. Por tanto, el pueblo cristiano tiene buenos motivos para, por un lado, dar gracias a Dios por el don de la Eucaristía y el sacerdocio y, por otro, rogar incesantemente para que no falten sacerdotes en la Iglesia” (n.4).

Sí, las vocaciones son un don de Dios que se ha de suplicar continuamente (...) La oración, reforzada con el ofrecimiento silencioso del sufrimiento, es el primero y más eficaz medio de la pastoral vocacional. Orar es mantener fija la mirada en Cristo, con la confianza de que de Él mismo,

único Sumo Sacerdote, y de su entrega divina, manan abundantemente la acción del Espíritu Santo, los gérmenes de vocación necesarios en cada momento para la vida y la misión de la Iglesia.(...)

No obstante, más que cualquier otra iniciativa vocacional, es indispensable nuestra fidelidad personal. En efecto, importa mucho nuestra adhesión a Cristo, el amor que sentimos por la Eucaristía, el fervor con que la celebramos, la devoción con que la adoramos, el celo con que la dispensamos a los hermanos, especialmente a los enfermos. Jesús, Sumo Sacerdote, sigue invitando personalmente a obreros para su viña, pero ha querido necesitar de nuestra cooperación desde el principio. Los sacerdotes enamorados de la Eucaristía son capaces de comunicar a chicos y jóvenes el “asombro eucarístico” (n.5) (86l).

Prosigue el Santo Padre invitando a los sacerdotes con estas palabras fraternas: “no olvidéis que los primeros “apóstoles” de Jesús, Sumo Sacerdote, sois vosotros mismos: vuestro testimonio cuenta más que cualquier otro medio o subsidio (n.6). “Vuestra peculiar misión en la Iglesia exige que seáis “amigos” de Cristo, contemplando asiduamente su rostro y acudiendo dócilmente a la escuela de María Santísima. Orad constantemente (...) e invítad a los fieles a rezar por las vocaciones, por la perseverancia de los llamados a la vida sacerdotal y por la santificación de todos los sacerdotes. Procurad que vuestras comunidades amen cada vez más el “don y misterio” tan singular que es el sacerdocio ministerial” (n.7).

*** Discurso para el Encuentro Internacional de los Sacerdotes organizado por la Congregación para el Clero (Malta. 21-X-2004).**

“Todo sacerdote, llamado por la Providencia divina a ayudar a los hombres y a las mujeres, a los jóvenes y a los adultos, a seguir las huellas del divino Maestro...(n.2).

“La Iglesia necesita presbíteros santos, que sean a su vez “forjadores de santos para el nuevo milenio”. El Señor os invita, amadísimos, a ser sus apóstoles, ante todo, con la santidad de vuestra vida. Os corresponde a vosotros hacer resonar en todo lugar el poder de la palabra de verdad del Evangelio, que es la única que puede cambiar en profundidad el corazón del ser humano y darle la paz” (n.2).

“Amados sacerdotes, si os dejáis conquistar por Cristo como el apóstol Pablo, también vosotros estaríais en condiciones de proclamar por las calles del mundo la infinita misericordia del Padre celestial, “el cual quiere que todos los hombres salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (ITim.2,4).

Os convertiríais así en maestros creíbles de vida evangélica y en profetas de esperanza (...).

“En este momento es indispensable presentar con valor la verdadera y plena esperanza del hombre, que es Cristo” (n.3).

Acudid a la Virgen que “os ayudará a presentar a todos (...) el Fruto bendito de su seno, el Redentor crucificado y resucitado” (n.5) (86ll).

*** Discurso al primer grupo de obispos españoles con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2005).**

“Los sacerdotes, por su parte, deben recordar que, antes que nada, son hombres de Dios y, por eso, no pueden descuidar su vida espiritual y su formación permanente. Toda su labor ministerial “debe comenzar efectivamente con la oración” (85x). Entre las múltiples actividades que llenan la jornada de cada sacerdote, la primacía corresponde a la celebración de la Eucaristía, que lo conforma al Sumo y Eterno Sacerdote.

En la presencia de Dios encuentra la fuerza para vivir las exigencias del ministerio y la docilidad para cumplir la voluntad de Quien lo llamó y consagró, enviándolo para encomendarle una misión particular y necesaria.

También la celebración devota de la Liturgia de las Horas, la oración personal, la meditación asidua de la Palabra de Dios, la devoción a la Madre del Señor y de la Iglesia, son instrumentos preciosos de los que no se puede prescindir para afirmar el esplendor de la propia identidad y asegurar el fructuoso ejercicio del ministerio” (n.7) (86m).

*** Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo: “Tomad y comed” (2005)**

Esta es la última Carta que Juan Pablo II dirigió a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo del año 2005.

- En el Año de la Eucaristía

Comienza el Santo Padre con una alusión explícita al Año Eucarístico: “En el Año de la Eucaristía, me es particularmente grato el anual encuentro espiritual con vosotros con ocasión del Jueves Santo, día del amor de Cristo llevado “hasta el extremo” (Jn.13,1), día de la Eucaristía, día de nuestro sacerdocio”. Y lo hace “desde el hospital donde estoy algún tiempo con

tratamiento médico y ejercicios de rehabilitación, enfermo entre enfermos, uniendo en la Eucaristía mi sufrimiento al de Cristo” (n.1).

Queremos ofrecer en este lugar las enseñanzas más importantes “sobre algunos aspectos de nuestra espiritualidad sacerdotal” (n.1) que aborda el Papa.

- Una existencia profundamente “agradecida”:

“Tibi gratias agens benedixit...”. “En la Eucaristía Jesús da gracias al Padre con nosotros y por nosotros. Esta acción de gracias de Jesús ¿cómo no ha de plasmar la vida del sacerdote? (...) Tenemos ciertamente nuestras cruces -y ¡no somos los únicos que las tienen!-, pero los dones recibidos son tan grandes que no podemos dejar de cantar desde lo más profundo del corazón nuestro “Magnificat” (n.2).

- Una existencia “entregada”:

“Accipite et manducate...”. La autodonación de Cristo, que tiene sus orígenes en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden repetir las palabras de la consagración sin sentirse implicados en este movimiento espiritual. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, “tomad y comed”. En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados. Precisamente esto es lo que Jesús esperaba de sus apóstoles, como subraya el evangelista Juan al narrar el lavatorio de los pies. Es también lo que el Pueblo de Dios espera del sacerdote. Pensándolo bien, la obediencia a la que se ha comprometido el día de la ordenación y la promesa que se le invita a renovar en la Misa Crismal, se ilumina por esta relación con la Eucaristía. Al obedecer por amor, renunciando tal vez a un legítimo margen de libertad, cuando se trata de su adhesión a las disposiciones de los Obispos, el sacerdote pone en práctica en su propia carne aquel “tomad y comed”, con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia” (n.3).

- Una existencia “salvada” para salvar:

“Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur”. El cuerpo y la sangre de Cristo se han entregado para la salvación del hombre y de todos los hombres. Es una salvación integral y al mismo tiempo universal, porque nadie, a menos que lo rechace libremente, es excluido del poder lavador de la sangre de Cristo. (...) Cuando repetimos (...) las palabras venerables de

Cristo, nosotros, sacerdotes, nos convertimos en anunciadores privilegiados de este misterio de salvación. Pero ¿cómo serlo eficazmente sin sentirnos salvados nosotros mismos?” (...) Sólo viviendo como salvados podemos ser anunciadores creíbles de la salvación. Por otro lado, tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer a todos la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el ardor misionero, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse “todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos” (ICort.9,22) (n.4).

- Una existencia que “recuerda”:

“Hoc facite in meam commemorationem”. La Eucaristía no recuerda un simple hecho; ¡recuerda a Él! Para el sacerdote, repetir cada día, “in persona Christi”, las palabras del “memorial” es una invitación a desarrollar una “espiritualidad de la memoria” (n.5). (...) El sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del recuerdo fiel de Cristo y todo su misterio: su prefiguración en el Antiguo Testamento, su realización en el Nuevo y su progresiva profundización bajo la guía del Espíritu Santo, en virtud de aquella promesa explícita: “Él será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho” (Jn.14,26) (n.5).

- Una existencia “consagrada”:

“Mysterium fidei”. Con esta exclamación el sacerdote manifiesta, después de la consagración del pan y el vino, el estupor siempre nuevo por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar entre sus manos. Un prodigio que sólo los ojos de la fe pueden percibir. (...) Nosotros, sacerdotes, somos los celebrantes, pero también los custodios de este sacrosanto Misterio. De nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en un sentido más exigente, la condición “sagrada” de nuestra vida. Una condición que se ha de reflejar en todo nuestro modo de ser, pero ante todo en el modo mismo de celebrar (...) Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras “soledades” para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida” (n.6).

- Una existencia orientada a Cristo:

“Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias”. Cada vez que celebramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Nosotros vivimos en espera de su venida. En la espiritualidad sacerdotal, esta tensión se ha de vivir en la forma propia de la caridad pastoral que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios

para orientar su camino y alimentar su esperanza. Esta es una tarea que exige del sacerdote una actitud interior similar a la que el apóstol Pablo vivió en sí mismo: “Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta” (Fil. 3,13-14). El sacerdote es alguien que, no obstante el paso de los años, continua irradiando juventud y como “contagiándola” a las personas que encuentra en su camino. Su secreto reside en la “pasión” que tiene por Cristo”. “Un sacerdote “conquistado” por Cristo (cf. Fil.3,12) “conquista” más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura” (n.7). Buena sugerencia e indicación para llevar adelante la pastoral vocacional.

- Una existencia “eucarística” aprendida de María.

“¿Quién puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie como ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos de estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas. (...) En esta pascua del Año de la Eucaristía me complace hacerme eco para todos vosotros de aquellas palabras dulces y confortantes de Jesús: “Ahí tienes a tu madre” (Jn.19,27) (n.8) (86n).

c) A los Diáconos Permanentes

El Santo Padre dirige también su palabra a los Diáconos permanentes que desempeñan una excelente tarea en la vida y misión de la Iglesia.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero (30-XI-1995).**

El Santo Padre dirige sus palabras a los miembros de la Congregación para el Clero. De este discurso ofrecemos lo más significativo e importante, a nuestro juicio.

- Un gran don de Dios

“Desde que se restableció en la iglesia latina el diaconado “como un grado particular y permanente dentro de la jerarquía, (LG 29), se han multiplicado al respecto las indicaciones y las orientaciones del Magisterio (...) Reflexionando acerca del ministerio y la vida de los diáconos permanentes, y a la luz de la experiencia adquirida hasta ahora, es necesario proceder con una atenta investigación teológica y con un prudente sentido pastoral, teniendo como objetivo la nueva evangelización en el umbral del tercer milenio. La vocación del diácono permanente es un gran don de Dios a la Iglesia y constituye, por esto, “un enriquecimiento importante para su misión” (CATIC. n.1571).

Lo que se refiere a la vida y al ministerio de los diáconos podría resumirse en una sola palabra: fidelidad. Fidelidad a la tradición católica, testimoniada especialmente por la *lex orandi*, fidelidad al Magisterio y fidelidad al compromiso de reevangelización que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia. Este compromiso de fidelidad invita, ante todo, a promover con solicitud, en todo ámbito eclesial, un respeto sincero a la identidad teológica, litúrgica y canónica propia del sacramento conferido a los diáconos, así como a las exigencias que implican las funciones ministeriales que en virtud de la recepción del Orden, se les asigna en las Iglesias particulares”.

- Aspectos teológicos del diaconado

“El sacramento del Orden tiene naturaleza y efectos propios, independientemente del grado en que se recibe (episcopado, presbiterado y diaconado). “La doctrina católica, expresada en la liturgia, el Magisterio y la práctica constante de la Iglesia reconocen que existen dos grados de participación ministerial en el sacerdocio de Cristo: el episcopado y el presbiterado. El diaconado está destinado a ayudarles y servirles (...). Sin embargo, la doctrina católica enseña que los grados de participación sacerdotal (episcopado y presbiterado) y el grado de servicio (diaconado) son los tres conferidos por un acto sacramental llamado “ordenación”, es decir, por el sacramento del Orden” (CATIC. N.1554).

Mediante la imposición de las manos del obispo y la específica oración de consagración, el diácono recibe una peculiar configuración con Cristo, cabeza y pastor de la Iglesia que, por amor al Padre, se hizo el último y el siervo de todos (cf. Mc.10,43-45; Mt.20,28; IPedr. 5,3). La gracia sacramental da a los diáconos la fuerza necesaria para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la palabra y de la caridad en comunión con el obispo y su presbiterio (cf. CATIC. n.1588).

En virtud del sacramento recibido se imprime un carácter espiritual indeleble, que marca al diácono de modo permanente y propio como ministro de Cristo. En consecuencia, ya no es un laico ni puede volver a convertirse en laico en sentido estricto (cf. CATIC. n.1583).

Estas características esenciales de su vocación eclesial deben informar su disposición a entregarse a la Iglesia y reflejarse en sus actitudes externas. La Iglesia espera del diácono permanente un testimonio fiel de la condición ministerial. En particular, debe mostrar un fuerte sentido de unidad con el

Sucesor de Pedro, con el obispo y con el presbiterio de la Iglesia para el servicio de la cual ha sido ordenado e incardinado.

Para la formación de los fieles es de gran importancia que el diácono, en el ejercicio de las funciones que le han sido asignadas, promueva una auténtica y efectiva comunión eclesial. Las relaciones con el Obispo, con los presbíteros, con los demás diáconos y con todos los fieles, deben caracterizarse por un respeto diligente a los diversos carismas y a las diversas funciones. Sólo cuando se cumplen los propios deberes la comunión se hace efectiva y cada uno puede realizar plenamente su propia misión.

- El ministerio de los diáconos

Los diáconos son ordenados para el ejercicio de un ministerio propio, que no es el sacerdotal, puesto que a ellos “se les imponen las manos para realizar un servicio y no para ejercer el sacerdocio” (LG 29). Por tanto, a ellos les corresponden determinadas funciones, cuyos contenidos ha delineado bien el Magisterio: “Asistir al obispo y a los presbíteros en la celebración de los divinos misterios, sobre todo de la Eucaristía y en la distribución de la misma, asistir a la celebración del Matrimonio y bendecirlo -si han sido delegados por el Ordinario o el párroco (CIC, cn.1108, 1), proclamar el Evangelio y predicar, presidir las exequias y entregarse a los diversos servicios de la caridad (LG 29; SC 35; AG 16; CATIC. n.1570).

El ejercicio del ministerio diaconal -como el de otros ministerios en la Iglesia-, por sí mismo, requiere de todos los diáconos célibes o casados, una disposición espiritual de entrega total. Aunque en ciertos casos es necesario hacer compatible el servicio diaconal con otras obligaciones, no tendría ningún sentido una autoconciencia y una actitud práctica de “diácono a tiempo parcial” (cf. Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, 44). El diácono no es un empleado o un funcionario eclesiástico a tiempo parcial, sino un ministro de la iglesia. No tiene una profesión, sino una misión.... Son, tal vez, las circunstancias de la vida -evaluadas prudentemente por el mismo candidato y por el obispo, antes de la ordenación- las que han de ser adaptadas al ejercicio del ministerio, facilitándolo de todo los modos posibles. (...).

El diácono está llamado a ser un hombre abierto a todos, dispuesto a servir a los demás, generoso para impulsar las justas causas sociales, evitando actitudes o posiciones que puedan dar la impresión de que toma partido. En efecto, un ministro de Jesucristo, también en su condición de ciudadano, debe favorecer siempre la unidad y evitar, en la medida de lo posible, ser ocasión de desunión o de conflicto. Ojalá que el estudio atento que habéis realizado también durante estos días brinde indicaciones útiles en este sector.

- Un camino de perfección

“Con el establecimiento del diaconado permanente se ha reconocido la posibilidad de conferir este orden a hombres de edad madura, ya unidos en matrimonio, pero que, una vez ordenado, no pueden tener acceso a un segundo matrimonio en caso de viudez (cf. *Sacrum diaconatus ordinem*, 16).

Hay que notar, sin embargo, que el Concilio ha conservado el ideal de un diaconado accesible a los jóvenes que quieren entregarse totalmente al Señor, incluso mediante el compromiso del celibato. Se trata de un camino de “perfección evangélica”, que pueden comprender, elegir y amar hombres generosos y deseosos de servir al Reino de Dios en el mundo, sin llegar al sacerdocio, al que no se sienten llamados, pero a través de una consagración que garantice e institucionalice su peculiar servicio a la Iglesia mediante el otorgamiento de la gracia sacramental. Hoy hay muchos de estos jóvenes” (Catequesis; 6-X-1993; n.7).

- Profunda vida interior

La espiritualidad diaconal “tiene su fuente en la que el Concilio Vaticano II llama “gracia sacramental del diaconado” (AG, 16) (Catequesis; 16-X-1993;n.1). Esa espiritualidad tiene como característica, en virtud de la ordenación, el espíritu de servicio. “Se trata de un servicio que hay que prestar ante todo en forma de ayuda al obispo y al presbiterio, tanto en el culto litúrgico como en el apostolado (...) Pero el servicio del diácono se dirige, también, a la propia comunidad cristiana y a toda la Iglesia, hacia la que no puede menos de alimentar una profunda adhesión, por su misión u su institución divina”.

Así pues, para realizar plenamente su misión, el diácono tiene necesidad de una profunda vida interior, sostenida por la práctica de los ejercicios de piedad aconsejados por la Iglesia (cf. *Sacrum diaconatus ordinem*, nn.26-27). El desempeño de las actividades ministeriales y apostólicas, de las eventuales responsabilidades familiares y sociales y, en fin, de la personal e intensa vida de oración, requiere del diácono, sea célibe o casado, la unidad de vida que como enseña el Concilio Vaticano II, sólo se puede alcanzar mediante una profunda unión con Cristo” (cf. PO, 14).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Diáconos en la celebración de su Jubileo (2000).**

De este discurso entresacamos estas ideas fundamentales que ponen de relieve la identidad, misión, espiritualidad del diácono:

- Invitación al arrepentimiento

“Queridos diáconos: entremos en el nuevo milenio junto con toda la Iglesia, que anima a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. (...) Y los primeros en dar ejemplo sólo podrían serlo los ministros ordenados: obispos, presbíteros, diáconos. Esa purificación, ese arrepentimiento deben concebirse sobre todo en referencia personal a cada uno de nosotros. Las que van a ser interrogadas son en primer lugar nuestras conciencias de ministros sagrados” (n.3).

- Es necesario “salir” de nuestra tierra para “entrar” en la del Señor

Ante la Puerta Santa, sentimos la necesidad de “salir” de nuestra tierra de egoísmo, de nuestras dudas, de nuestras infidelidades, y sentimos la apremiante invitación a “entrar” en la tierra santa de Jesús, que es la tierra de la fidelidad plena a la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Resuenan en vuestro ánimo las palabras del divino Maestro: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mt.11,28).

- Ante las fatigas y dificultades, renovad la esperanza y la confianza en el Señor.

Queridos diáconos: algunos estáis tal vez cansados por compromisos gravosos, por la frustración que originan iniciativas apostólicas fallidas, por la incomprensión de muchos. ¡No os desalentéis! Abandonaos en brazos de Cristo. Él os aliviará. Que éste sea vuestro jubileo: una peregrinación de conversión a Jesús (n.3).

- La fidelidad al Señor y a la Iglesia

En todo fieles a Cristo, sedlo también a los distintos ministerios que la Iglesia os encomiende. ¡Cuán valioso vuestro servicio a la Palabra y a la Catequesis! Y ¿qué decir de la diaconía de la Eucaristía?

- El ministerio de los diáconos

Os comprometéis a vivir de forma inseparable el servicio litúrgico y el de la caridad en sus expresiones concretas. Ello pone en evidencia que el amor evangélico no puede reducirse a categorías de mera solidaridad, sino que ha de ser consecuencia coherente del misterio eucarístico”.

- Vivid en comunión eclesial

En virtud del vínculo sacramental que os une a obispos y presbíteros, vivís plenamente la comunión eclesial. La fraternidad diaconal en vuestra diócesis, aun sin constituir una realidad estructural análoga a la de los presbíteros, os impulsa a compartir el desvelo de los pastores.

*** Catequesis dirigida a los diáconos (19-II-2000)**

- La espiritualidad de los diáconos:

De la identidad diaconal dimanan con claridad todos los rasgos de vuestra espiritualidad específica, que se presenta esencialmente como espiritualidad de servicio” (n.4) (86ñ).

Juan Pablo II dedica una alocución a presentar “las líneas fundamentales de la espiritualidad diaconal”. A continuación ofrecemos una síntesis de esta Catequesis.

Con el diaconado se tiende a realizar lo que Jesús declaró con respecto a su misión: “El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mc.10, 45). Sin duda, Jesús dirigía esas palabras a los Doce, a quienes destinaba al sacerdocio, para darles a entender que, aunque estuvieran revestidos de la autoridad que les confería, debían comportarse, a imitación suya, como servidores.

La recomendación vale, pues, para todos los ministros de Cristo; pero se aplica de manera especial a los diáconos, para quienes, en su ordenación, se pone énfasis expresamente en este servicio. Los diáconos, que no gozan de la autoridad pastoral de los sacerdotes, están destinados específicamente a manifestar, durante el cumplimiento de todas sus funciones, la intención de servir. Si su ministerio es coherente con este servicio, ponen más claramente de manifiesto ese rasgo distintivo del rostro de Cristo: el servicio. No sólo servidores de Dios, sino también de sus hermanos.

En el documento “Didascalía de los Apóstoles” (s. III) se exhortaba a los diáconos a inspirarse en el episodio evangélico del lavatorio de los pies: “si el Señor hizo eso, vosotros, los diáconos, no dudéis en hacerlo con los enfermos y los débiles, porque sois obreros de la verdad, revestidos del ejemplo de Cristo” (XVI, 36). El diaconado compromete al seguimiento de Jesús, en esta actitud de humilde servicio que no se manifiesta sólo en las obras de caridad, sino que afecta y modela toda la manera de pensar y de actuar (...).

El sacramento del diaconado (...) hace que el sujeto participe más íntimamente del espíritu de servicio de Cristo, penetra su voluntad con una gracia especial, logrando que, en todo su comportamiento, esté animado por una propensión nueva al servicio de sus hermanos.

Se trata de un servicio que hay que prestar ante todo en forma de ayuda al obispo y al presbítero, tanto en el culto litúrgico como en el apostolado. Casi no es necesario observar aquí que quien estuviera dominado por una mentalidad de contestación o de oposición a la autoridad, no podría cumplir adecuadamente las funciones diaconales. El diaconado sólo puede conferirse a quienes creen en el valor de la misión pastoral del obispo y del presbítero, y en la asistencia del Espíritu Santo que los guía en su actividad y en sus decisiones. En particular es preciso repetir que el diácono debe “profesar al obispo reverencia y obediencia”

Pero el servicio del diácono se dirige también a la propia comunidad cristiana y a toda la Iglesia, hacia la que no puede menos de alimentar una profunda adhesión, por su misión y su institución divina.

No puedo concluir sin recordar que también los diáconos, comprometidos al igual que los presbíteros y los obispos en el camino del servicio a ejemplo de Cristo, están asociados más especialmente al Sacrificio redentor, según la máxima formulada por Jesús al hablar a los Doce del Hijo del hombre que vino “a servir y a dar su vida como recate por muchos” (Mc.10,45).

Los diáconos están, pues, llamados a participar en el misterio de la cruz, a compartir el sufrimiento de la Iglesia, y a sufrir por la hostilidad que existe contra ella, en unión con Cristo redentor. Este aspecto doloroso del servicio diaconal es lo que lo hace más fecundo”.

d) A los Seminaristas

*** Alocución a los seminaristas en la capilla de Maynooth (1 de octubre de 1979).**

“Estáis llamados a oír la palabra de Dios, guardarla y ponerla en práctica. (...) Habéis de basar toda vuestra vida y ministerio en la Palabra de Dios tal como es transmitida por el Magisterio, tal como ha sido entendida a lo largo de la historia de la Iglesia por los creyentes guiados por el Espíritu Santo. (...)

La Palabra de Dios es digna de todos vuestros esfuerzos. Abrazarla en toda su pureza e integridad, y difundirla con el ejemplo y la predicación, es una gran misión. Esta es vuestra misión hoy, mañana y el resto de vuestras vidas”.

“Hoy Jesucristo os hace esta llamada a través de mí: la llamada a la fidelidad. En la oración descubriréis más y más cada día lo que quiero decir y cuáles son las implicaciones de esta llamada. Por la gracia de Dios entenderéis más y más cada día cómo Dios pide y acepta vuestra fidelidad como condición para la efectividad sobrenatural de toda vuestra actividad.

La suprema expresión de fidelidad vendrá con vuestra autodonación irrevocable y total al Padre junto con Jesucristo” (86o).

*** Discurso a los seminaristas de la archidiócesis de Filadelfia. USA.
3 de Octubre de 1979.**

El Santo Padre dice a estos seminaristas unas palabras de amistad sincera y de apoyo incondicional: “vosotros ocupáis un lugar especial en mis pensamientos y en mis plegarias. En vuestras vidas está la gran promesa para el futuro de la evangelización”.

¿Cómo tienen que ser los seminarios?

“Para que los seminarios cumplan su misión en la Iglesia, son de crucial importancia dos actividades en todo programa del seminario: la enseñanza de la Palabra de Dios y la disciplina.

La formación intelectual del sacerdote, que es tan vital en los tiempos en que vivimos, abarca algunas ciencias humanas, así como las diferentes ciencias sagradas. (...) Pero la faceta prioritaria en los seminarios de hoy ha de ser la enseñanza de la Palabra de Dios en toda su pureza y su integridad, con todo lo que ella exige y en todo su poder.

En segundo lugar, el seminario debe proporcionar una sana disciplina, para prepararse a una vida de servicio consagrado, según la imagen de Cristo” (n.1).

Quiero recordaros la importancia de la fidelidad. Antes de que seáis ordenados, sois llamados por Cristo para hacer una opción libre e irrevocable a favor de la fidelidad a Él y a su Iglesia. La dignidad humana requiere que mantengáis esta opción, que guardéis vuestra promesa a Cristo, no importa

con qué dificultades podáis encontraros ni a qué tentaciones os podáis ver expuestos. (...)

Para entender lo que significa ser fieles, debemos mirar a Cristo, el “Testigo veraz” (Apoc. 1,5), el Hijo que “aprendió por sus padecimientos la obediencia” (Heb.5,8), a Jesús que dijo: “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn.5,30). Miramos a Jesús, no sólo para ver y contemplar su fidelidad al Padre a pesar de todas las dificultades (cf. Heb.12,3), sino también para aprender de Él los medios que empleó para ser fiel: especialmente la oración y el abandono a la voluntad de Dios (cf. Lc.22,39ss) (n. 2).

Tened siempre presentes las prioridades del presbiterado al cual aspiráis: en concreto, la oración y el ministerio de la Palabra. Tengo la esperanza de que, a lo largo de vuestros años de seminario, estaréis cada vez más hambrientos de la palabra de Dios. Meditad esa palabra diariamente y estudiadla continuamente, de modo que vuestra vida entera se convierta en una proclamación de Cristo, la Palabra hecha carne (n.3)

En el conocimiento de Cristo encontraréis la clave del Evangelio. En el conocimiento de Cristo podréis comprender las necesidades del mundo. (...) En el conocimiento de Cristo no sólo descubriréis y entenderéis las limitaciones de la sabiduría y de las soluciones humanas a las necesidades de la humanidad, sino que experimentaréis también el poder de Jesús y el valor de la razón y el esfuerzo humanos cuando se comprenden desde la fuerza de Jesús, cuando se hallan redimidos en Cristo” (n.4) (86p).

*** Mensaje escrito de Juan Pablo II a los seminaristas de España (8-XI-1982).**

Entresacamos las enseñanzas más importantes y significativas de esta Homilía:

- Mensaje central:

Ya desde ahora sois invitados a preparar y a asumir una opción libre e irrevocable de fidelidad total a Cristo, a su Iglesia y a vuestra propia vocación y misión.

La fidelidad tiene un carácter dialogal, interpersonal, esponsalicio y comprometido. Significa una mutua donación, una amistad profunda, una confianza plena, un compromiso permanente. Para entender lo que significa ser fieles, hemos de mirar a Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nuestro

hermano, que afirma: “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que envió” (Jn.5,30). Hemos de dirigir nuestra mirada a Jesús, “a quien el Padre consagró y envió al mundo” (Jn.10,35) como “Buen Pastor que da la vida por sus ovejas” (Jn.10,11), como Redentor que “aprendió de sus padecimientos la obediencia” (Heb.5,8). La fidelidad no es, pues, una actitud estática, sino un seguimiento amoroso, que se concreta en donación personal a Cristo, para prolongarlo en su Iglesia y en el mundo.

Vuestra entrega debe ir marcada por este compromiso total. El “sí” del sacerdote se da de una vez por todas, aunque se renueve todos los días; y tiene su modelo en el “sí” pronunciado por Cristo mismo (cf. ICort.1,18-19; heb.10,7). El seminario debe ser escuela de esta fidelidad (n.2)..

- La fidelidad y sus dimensiones

Os pido que meditéis conmigo estos tres aspectos: fidelidad a Cristo, a la Iglesia y a la propia vocación y misión.

+ Fidelidad a Cristo

Su llamada es una declaración de amor. Vuestra respuesta es entrega, amistad, amor manifestado en la donación de la propia vida, como seguimiento definitivo y como participación permanente en su misión y consagración...

Ser fiel a Cristo es proclamarlo como Señor resucitado presente en la Iglesia y en el mundo, centro de la creación y de la historia, razón de ser de nuestra propia existencia.

Ser fiel a Cristo es amarlo con toda el alma y con todo el corazón, de forma que ese amor sea la norma y el motor de todas nuestras acciones. Esta fidelidad a Cristo reclama, por tanto, que seamos hombres de una caridad pastoral aprendida en la oración o diálogo con el Señor. Entonces aceptaremos vivencialmente su persona, su doctrina, su acción santificadora y su misión.

Por eso, en el Seminario se ha de cultivar, ante todo, la amistad con Cristo, centrada en la Eucaristía y alimentada en la contemplación y en el estudio de la Palabra de Dios. No se puede ejercer bien el ministerio, si no se vive en unión con Cristo. Sin Él no podemos nada (cf. Jn.15,5). Al trabajar por Él, es preciso hacerlo con Él; más aún, en Él. La unión y amistad con Cristo será la clave del equilibrio necesario entre la vida interior y la acción apostólica (cf. PO 13).

“La Iglesia espera hallar en los sacerdotes personas espirituales, es decir, que con su vida y conducta testimonien, de modo creíble y convincente, la presencia de Dios y de los valores del espíritu en nuestra sociedad...Se necesitan testigos de la experiencia de Dios”.

La Eucaristía

El Santo Padre dice a continuación: “permitidme que os repita a vosotros lo que, hace unos meses, decía a un grupo de seminaristas croatas: “vivid desde ahora plenamente la Eucaristía, sed personas para quienes el centro y el culmen de toda la vida es la santa misa, la comunión y la adoración eucarística. Sin una profunda fe y amor por la Eucaristía no se puede ser verdadero sacerdote...”

La oración:

La oración es el fundamento de la vida espiritual...Orad con alegría y plena convicción, no sólo por deber y costumbre. Que vuestra oración sea la expresión concreta de vuestro amor a Cristo. Esforzaos en llegar a ser buenos maestros de oración, para que (mañana) podáis guiar dignamente a las comunidades cristianas en el servicio divino” (n. 82), (86o).

La renuncia y las mortificaciones

La fidelidad de Cristo a los designios salvíficos del Padre en bien de toda la humanidad alcanza en la cruz su máxima y culminante expresión. De ahí que, para llegar a ser testigo personal del Buen Pastor, sea imprescindible la renuncia y la mortificación; sin una saludable ascética y disponibilidad de servicio, profundamente enraizada en vuestros corazones, ya desde los años de preparación, no llegaréis a ser transparencia de Cristo ni buenos sacerdotes. El hábito del olvido de sí es condición indispensable para amar de veras y preocuparse sólo por los intereses de Cristo. Este esfuerzo por renunciar al hombre viejo (...) se convertirá en “el máximo testimonio del amor” (PO 11). En vuestra futura vida sacerdotal encontraréis momentos difíciles, contradicciones y soledad: “No es el discípulo más que el Maestro”, nos advirtió el Señor (Mt.10,24). Son ocasiones privilegiadas para crecer en el amor, en la donación a los demás y para transformar la soledad sensible en una soledad llena de Dios (n.3).

+ Fidelidad a la Iglesia

Toda vuestra formación debe estar impregnada del misterio de la Iglesia (OT,9). En la Iglesia habéis nacido coma cristianos; ella os ha seguido

después al despuntar vuestra vocación sacerdotal, y os prepara amorosamente al sacramento del Orden.

Todo esto os invita a ser fieles a la Iglesia, penetrando y amando su “misterio”. La Iglesia no es una realidad meramente humana, sino el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, el “sacramento universal de salvación” (AG 1). La fidelidad a Cristo se prolonga así en fidelidad a la Iglesia, en la que Cristo vive, se hace presente, se acerca a todos los hermanos y se comunica al mundo.

¿A qué equivale la fidelidad a la Iglesia?

La fidelidad a la Iglesia equivale a aceptarla en toda su integridad carismática a institucional, como “misterio” o expresión del amor de Dios, que cautiva el corazón de los amigos de Cristo. La Iglesia peregrina está constituida por signos pobres que pueden producir escándalo en los hombres de poca fe; pero para todo buen cristiano, y más para vosotros, lo importante es descubrir en ella a Cristo resucitado, que está presente y actúa a través de estos signos eclesiales.

Facetas de la fidelidad a la Iglesia

Muchas son las facetas de la fidelidad a la Iglesia: amor filial, responsabilidad misionera, obediencia, sentido de Iglesia, espíritu de comunidad, servicio a la Iglesia particular como miembro del presbiterio, unidad con el propio obispo y con la totalidad del orden episcopal. Veamos algunas facetas de esta fidelidad a la Iglesia:

El servicio a la Palabra de Dios.

La Iglesia escucha la Palabra en toda su integridad y es fiel al entregarla a los hombres en cada circunstancia concreta. También el sacerdote debe dar con fidelidad la Palabra divina que él ha recibido y asimilado previamente. No se trata de una ideología o de una opinión personal, sino de la Palabra revelada de Dios, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, asimilada en la contemplación, vivida por los santos, profundizada por los doctores. El futuro sacerdote necesita, pues, una sólida formación doctrinal en las diferentes ramas del saber teológico y filosófico (...). A la luz del misterio de Cristo descubriréis la importancia de todo el saber filosófico y científico, y apreciaréis el servicio del magisterio de la Iglesia, descubriendo su significado y adhiriéndoos a él con fidelidad (cf. OT, 13-18). Como ministros de la palabra, en vuestra futura vida sacerdotal, deberéis saber transmitir el Evangelio de forma que penetre a fondo en la inteligencia y en el corazón de

vuestros creyentes, y que se encarne en toda cultura y situación humana personal y social.

Apertura a toda la verdad.

La fidelidad a la Iglesia entrena para una apertura a toda la verdad. Para ello hay que poner la palabra de Dios, que la Iglesia “escucha religiosamente” (cf. DV,1), en la base misma del estudio. De este modo os abris armoniosamente a las nuevas luces y gracias que Dios concede a su Iglesia en cada época histórica, para responder a situaciones humanas nuevas.

Dedicación a la formación sacerdotal

El arriesgarlo todo para seguir a Cristo incluye también esta dedicación plena a la formación sacerdotal, especialmente en los años inmediatamente anteriores a la ordenación. Hay que prepararse para poder iluminar cristianamente las situaciones humanas de hoy, sobre todo en el campo de los derechos humanos fundamentales, de la familia, de la juventud, de los sectores sociológicos y culturales, etc., hasta llegar a impregnar con el Evangelio los centros neurálgicos de nuestra sociedad.

Cierta práctica de vida pastoral

Es indispensable procurar que vuestra vida intelectual, vuestra vida litúrgica y espiritual, vayan unidas también con cierta práctica de vida pastoral (cf. OT 4 y 19-21). (...)

Estas facetas de la fidelidad a la Iglesia os llevarán a haceros disponibles para una evangelización que no tiene fronteras. Vuestra fidelidad misionera se demostrará en el servicio incondicional y generoso, ya desde ahora, en la vida comunitaria del Seminario y más tarde, en cualquier cargo que la Iglesia os confíe dentro de la diócesis o al servicio de la misión universal.

+ Fidelidad al carisma de la vocación y misión

Habéis recibido una gracia o carisma (el de la vocación) que os conduce hacia la participación, por el sacramento del Orden, en el ser, en el obrar y estilo de vida de Cristo Sacerdote Buen Pastor, para prolongarlo en la Iglesia y en el mundo. Es una participación de su unción y misión sacerdotal y pastoral.(...)

El Seminario ha de formar verdaderos pastores

La educación del Seminario “debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas” (cf. OT,4). Es, pues, una formación que tienen dimensión litúrgica, espiritual, intelectual, comunitaria, disciplinar y de servicios pastorales en la comunidad eclesial.

La vida espiritual del futuro pastor

La fidelidad a la propia vocación es fidelidad a la misión, que debe desempeñarse como participación de la misión de Cristo, recibida por medio de la Iglesia. Por ello, esta fidelidad se funda en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, llevando al candidato al sacerdocio a emprender su itinerario espiritual con un espíritu de gozosa entrega de sí, hecha de optimismo y amor.

Servicio a los hombres desde el Señor

Vuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, según el propio carisma y la propia misión, se convierte en la mayor fidelidad al hombre y a la sociedad de nuestros tiempos. Es fidelidad de amistad profunda con Cristo, que se manifiesta por una total disponibilidad pastoral.

El celibato

Signo permanente y estímulo de esta entrega incondicional a Cristo y a la misión pastoral es el celibato asumido libremente antes de la ordenación. La “seuela Christi” para “la vida apostólica” supone dejarlo todo para seguirle a Él y participar, de este modo, en su misión que no tiene fronteras ni en el corazón ni en la acción apostólica. El Buen Pastor fue obediente, casto y pobre (cf. PO 15-17).

Medios para perseverar en la entrega

Con el Concilio, os recuerdo que habéis de aprender a poner los medios sobrenaturales y naturales para vivir esta entrega, cuidando especialmente las normas espirituales y ascéticas, que están aprobadas por la experiencia de la Iglesia y que no son menos necesarias en el mundo actual (cf. OT 8-11).

La dirección espiritual.

Esta fidelidad, que es coherencia personal, se entiende también como sinceridad y autenticidad. En la propia vida no faltan las oscuridades e incluso debilidades. Es el momento de la dirección espiritual personal. “Un

peligro constante para los sacerdotes, aun celosos, es sumergirse de tal manera en el trabajo del Señor, que olviden al Señor del trabajo”.

La fraternidad sacerdotal.

Una sana amistad y vida comunitaria, ya desde el seminario, os preparará para la “íntima fraternidad” o “fraternidad sacramental” que debe reinar en todo presbiterio diocesano (cf. LG 28; PO 8) como garantía de perseverancia en la entrega y fecundidad apostólica”.

Que la Virgen fiel os ayude a confirmar vuestros compromisos y a cumplirlos hasta el final (87).

*** Homilía a 5000 seminaristas de todo el mundo (9-X-1984).**

El Santo Padre se dirige en esta ocasión a los seminaristas del mundo entero para hablarles entre otras cosas de dos temas muy importantes en la vida del seminarista y del sacerdote.

- La santidad

La llamada sacerdotal es esencialmente una llamada a la santidad que nace del sacramento del Orden. La santidad es intimidad con Dios; es imitación de Cristo pobre, casto, humilde; es amor sin reservas a las almas y donación a su verdadero bien; es amor a la Iglesia que es santa y nos quiere santos, porque ésta es la misión que Cristo le ha encomendado. Cada uno de vosotros debe ser santo, también para ayudar a los hermanos a seguir su vocación a la santidad.

- El Espíritu Santo y la santidad

¿Cómo no reflexionar (...) sobre la función esencial que el Espíritu Santo ejerce en la específica llamada a la santidad, propia del ministerio sacerdotal? Recordemos las palabras del rito de la ordenación sacerdotal, que se consideran centrales en la fórmula sacramental: “Te pedimos, Padre todopoderoso, que confieras a estos siervos tuyos la dignidad del presbiterado; renueva en sus corazones el Espíritu de santidad; reciban de Ti el sacerdocio de segundo grado y sean con su conducta ejemplo de vida”.

Mediante la Ordenación, amadísimos hermanos, habéis recibido el mismo Espíritu de Cristo, que os hace semejantes a Él, para que podáis actuar en su nombre y vivir en vosotros sus mismos sentimientos. Esta íntima comunión con el Espíritu de Cristo, a la vez que garantiza la eficacia de la

acción sacramental que realizáis “in persona Christi”, debe expresarse también en el fervor de la oración, en la coherencia de vida, en la caridad pastoral de un ministerio dirigido incansablemente a la salvación de los hermanos. Requiere, en una palabra, vuestra santificación personal” (PDV 33) (87a).

*** Exhortación Apostólica postsinodal “Pastores dabo vobis” (25-III-1992).**

Juan Pablo II habla de la vocación al sacerdocio

- ¿Qué es la vocación al Sacerdocio?

“La vocación al sacerdocio es un testimonio específico de la primacía del ser sobre el tener; es un reconocimiento del significado de la vida como don libre y responsable de sí mismo a los demás, como disponibilidad para ponerse enteramente al servicio del Evangelio y del Reino de Dios bajo la particular forma del sacerdocio” (n.8).

- La historia de la vocación sacerdotal

“La historia de toda vocación sacerdotal, como también de toda vocación cristiana, es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. (...). La intervención libre y gratuita de Dios que llama es absolutamente prioritaria, anterior y decisiva. Es suya la iniciativa de llamar. (...) La vocación es un don de la gracia divina y no un derecho del hombre, de forma que “nunca se puede considerar la vida sacerdotal como una promoción simplemente humana, ni la misión del ministro como un simple proyecto personal” (Juan Pablo II: “Alocución” al Angelus, 3-XII-1989”).

De este modo queda excluida radicalmente toda vanagloria y presunción por parte de los llamados, los cuales han de sentir profundamente una gratitud admirada y conmovida, una confianza y una esperanza firmes, porque saben que están apoyados no en sus propias fuerzas, sino en la fidelidad incondicional de Dios que llama” (...).

- El amor de Dios y la libertad del hombre en la vocación sacerdotal

“En la vocación brillan a la vez el amor gratuito de Dios y la exaltación de la libertad del hombre; la adhesión a la llamada de Dios y su entrega a Él”. En realidad, gracia y libertad no se oponen entre sí. Al contrario, la gracia anima y sostiene la libertad humana, liberándola de la esclavitud del pecado (cf. Jn.8,34-36), sanándola y elevándola en sus capacidades de apertura y

acogida del don de Dios. (...) La libertad es esencial para la vocación, una libertad que en la respuesta positiva se cualifica como adhesión personal profunda, como donación de amor -o mejor como re-donación al Donador: Dios que llama- esto es, como oblación” (n.36) (87b).

*** Allocución a los candidatos al Sacerdocio (Madrid. 1993).**

El Santo Padre dirige unas palabras a los seminaristas, en Madrid. Vale la pena que recojamos aquí sus principales enseñanzas:

- La mirada del Señor a cada uno:

“El Señor os ha mirado a cada uno con una ternura y un amor infinitos, para recorrer con vosotros una historia de salvación y asociaros de un modo especial a su persona mediante el sacramento del Orden” (n.2).

- La configuración con Jesucristo:

“El secreto de toda vuestra formación -humana, espiritual, intelectual y pastoral- reside en la configuración con Cristo. Y sólo en la identificación con Él hallará su identidad, su gozo y su fecundidad apostólica. Por ello, la formación que recibís en el Seminario debe orientarse a prepararos “de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, Buen Pastor” PDV 57).

La alianza de Cristo, su entrega total hasta dar la vida, expresa la caridad del Buen Pastor. Que da vida abundante a sus ovejas. Esta misma caridad debe configurar, por tanto, la vida de los pastores de la Iglesia” (n.3).

- La Eucaristía, centro de la vida espiritual del seminarista.

“El centro de la vida espiritual del candidato al sacerdocio ha de ser la Eucaristía de cada día. Es necesario que los seminaristas participen diariamente en la celebración eucarística de forma que luego tomen como regla de vida sacerdotal la celebración diaria” (PDV 48). Del misterio redentor de Cristo, renovado en la Eucaristía, se nutre también el sentido de la misión, el amor ardiente por los hombres. Desde la eucaristía se comprende igualmente que toda participación en el sacerdocio de Cristo tiene una dimensión universal” (n.4) (87c).

*** Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, 2000 (“Ecclesia”, 2000)**

Juan Pablo II pone de relieve que el Señor “al elegir a hombres como los Dice, no se hacía ilusiones: en esta debilidad humana fue donde puso el sello sacramental de su presencia. La razón nos la enseña Pablo: “Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros” (ICort. 4,7) (87d).

*** Discurso a la Conferencia Episcopal Belga con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (22-XI-2003).**

“Se impone un esfuerzo especial para reforzar cada vez más la formación humana, moral, teológica y espiritual de los futuros sacerdotes, que tendrán la responsabilidad de guiar a las comunidades cristianas del mañana y de velar por la calidad de su testimonio en la sociedad en la que habrán de vivir, así como de manifestar la unidad del presbiterio alrededor de su obispo”.

“Llegar a ser pastor conforme al corazón de Cristo requiere una auténtica conversión del ser, lo que se alcanza a través de todas las dimensiones de la formación sacerdotal, así en el crisol de la vida en común como en la profundización de la vida espiritual. (...) La esperada renovación de la vida cristiana y de las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada no puede proceder exclusivamente de reformas o reestructuraciones externas, por muy útiles que éstas sean, sino ante todo y sobre todo de una renovación interior de la vida de fe de pastores y fieles” (n.6) (87e).

*** Discurso de Juan Pablo II al segundo grupo de obispos de Francia con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (6-XII-2003)**

- “Cada Diócesis tenga un seminario” (CIC c.237).

El Código de Derecho Canónico prevé que en cada diócesis haya un seminario para la formación de los futuros sacerdotes (n.3).

La situación pastoral actual no os permite pensar que eso sea posible en todas partes, y ni siquiera deseable; en efecto, como muestra la experiencia, a menudo el agrupamiento de las fuerzas es necesario y puede dar también un dinamismo real (n.3)..

Ahora bien, “el legislador, en su sabiduría, ha querido mostrar el vínculo profundo e intrínseco que existe entre la Iglesia diocesana y la formación de los sacerdotes. Al ordenar, para el servicio de las comunidades cristianas, a hombres que entregan toda su vida y que tendrán la misión de

actuar en el nombre de Cristo, el obispo diocesano asegura la vida de la Iglesia en la verdad y la continuidad de su misterio, porque es el Cuerpo de Cristo, “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1).

Es importante que el seminario sea una institución estable, reconocible y reconocida en la diócesis, mostrándose siempre como el seminario de la diócesis, aunque ese seminario, que acoge a candidatos procedentes de muchas diócesis, esté ubicado en otra diócesis.

El obispo, incluso dejando la tarea de discernimiento a los que tienen esa responsabilidad, debe procurar estar presente en la vida del seminario, visitándolo él mismo o por medio de un delegado, y encontrándose regularmente con los formadores y los seminaristas. Debe invitar a estos últimos a arraigarse progresivamente en las realidades de su diócesis, mediante los necesarios períodos de práctica, sobre todo, cuando, por razones legítimas relacionadas con los estudios, los lugares de formación estén alejados de la diócesis.

Conviene no olvidar que la misión de los sacerdotes se expresa sacramental y humanamente mediante la solidaridad de un mismo presbiterio, unido en torno al obispo, y que la formación común de los sacerdotes de una misma diócesis, o de una misma provincia, en el mismo seminario es ciertamente propicia para suscitar el espíritu de unidad, tan necesario para ayudar al obispo a poner por obra sus decisiones pastorales e igualmente para permitir a los sacerdotes vivir, con apoyo mutuo y fraterno, un ministerio a menudo difícil (n.3).

- Las dimensiones de la formación de los seminaristas

Quiero recordar la complementariedad esencial de las cuatro dimensiones de la formación: humana, espiritual, intelectual y pastoral, que el seminario, “comunidad educativa en camino” (PDV 60), dispensa de modo progresivo a lo largo de los años de formación (n.4).

- Mantener en su justo valor el ministerio de los sacerdotes

La Iglesia debe buscar una cierta estabilidad en sus instituciones y descubrir cada vez más la riqueza que la constituye en la complementariedad de las diversas vocaciones de sus miembros. Sobre todo, debe estimar en su justo valor el ministerio de los sacerdotes, comprendiendo que es indispensable para su vida, porque le asegura la permanencia de la presencia de Cristo, en la fidelidad al anuncio y a la enseñanza su Palabra, en el don

precioso de los sacramentos que la hacen vivir, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, y en el servicio de la autoridad en el nombre del Señor y a su manera (n.5).

- ¿Cómo podrán surgir nuevas vocaciones?

“En una nueva profundización de la vida cristiana, mediante la renovación interior de la vida de fe de todos, tanto pastores como fieles, y mediante la irradiación misionera de las comunidades cristianas, es como podrán surgir entre los jóvenes nuevas vocaciones para la Iglesia” (n.5)

- Dificultades que los jóvenes pueden experimentar para responder a la llamada del Señor:

El Santo Padre es consciente de las dificultades que han de superar los jóvenes para responder a Jesucristo que los llama al sacerdocio. Sólo las enunciamos:

- + El temor a un compromiso a largo plazo.
- + La propuesta del ministerio sacerdotal
- + La relación de los jóvenes con el Señor (n.7). (Ecclesia, n. 3196; 13-III-2004; 3537).

e) A los Teólogos.

Juan Pablo II dijo también unas palabras a los teólogos. Desempeñan una tarea muy importante en la Iglesia y ofrecen un gran servicio al Magisterio de la Iglesia: “La teología tuvo siempre y sigue teniendo una gran importancia, para que la Iglesia, Pueblo de Dios, pueda de manera creativa y fecunda participar en la misión profética de Cristo” (88).

- ¿En qué consiste la teología?:

*** Discurso a los teólogos españoles (Univ. P.de Salamanca;1-XI-1982)**

En este discurso el Santo Padre describe lo que es la teología:

“La teología se mantiene siempre dentro del proceso mental, que va del “creer” al “comprender”; es reflexión científica en cuanto conducida críticamente, es decir, consciente de sus presupuestos y de sus exigencias para ser universalmente válidas; metódicamente, a saber: conforme a las normas impuestas por su objeto y por su fin; sistemáticamente, es decir, orientada hacia una comprensión coherente de las verdades reveladas en su relación al centro de la fe, Cristo, y en su significado salvífico para el hombre” (89).

- ¿Cuál es la tarea del teólogo?

Recordemos las palabras de Juan Pablo II al hablar de la tarea del teólogo en la Iglesia:

*** Discurso a los Obispos de Bélgica (10-XI-1982)**

“El teólogo no puede limitarse a guardar el tesoro doctrinal heredado del pasado, sino que debe buscar una comprensión y expresión de la fe que hagan posible su acogida en el modo de pensar y de hablar de nuestro tiempo. El criterio que debe guiar la reflexión teológica es la búsqueda de una comprensión renovada del mensaje cristiano en la dialéctica de renovación en la continuidad, y viceversa” (90).

*** Discurso a la Universidad Gregoriana de Roma (15-XII-1979)**

“La fe cristiana es eclesial, es decir, surge y permanece vinculada a la comunidad de los que creen en Cristo, que llamamos Iglesia. Como reflexión nacida de esta fe, “la teología es ciencia eclesial, porque crece en la Iglesia y actúa en la Iglesia; por eso, nunca es cometido de una especialista aislado en una especie de torre de marfil. Está al servicio de la Iglesia y, por tanto, debe sentirse dinámicamente integrado en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética. La tarea del teólogo lleva, pues, el carácter de misión eclesial, como participación en la misión evangelizadora de la Iglesia y como servicio preclaro a la comunidad eclesial” (91).

- Los temas más decisivos de la teología

*** Discurso a los teólogos españoles (ib.1-XI-1982)**

- “El misterio de Dios, del Dios trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-Amor;

- “El misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana;

- “El misterio del hombre, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida. Es la teología misma la que impone la cuestión del hombre para poder comprenderlo como destinatario de la gracia y de la revelación de Cristo” (92).

*** Discurso a los teólogos alemanes en Altötting (18-XI-1980)**

“Porque las huellas de Dios en este mundo secularizado están muy encubiertas, la tarea apremiante de la teología actual es la concentración en el Dios trinitario como origen y fundamento permanente de nuestra vida y del mundo entero. Toda la pasión del conocimiento teológico tiene que conducir a Dios mismo...La concentración en Dios y en su salvación para los hombres significa una ordenación interna de las verdades teológicas...La profundidad de la concentración se muestra también en la amplitud de su irradiación en la totalidad de la teología” (92a).

- Relación de la teología y el Magisterio de la Iglesia

*** Discurso a los teólogos españoles (ib.1-XI-1982)**

“La conexión esencial de la teología con la fe, fundada y centrada en Cristo, ilumina con toda claridad la vinculación de la teología con la Iglesia y con su Magisterio. No se puede creer en Cristo sin creer en la Iglesia, “Cuerpo de Cristo”; no se puede creer con fe católica en la Iglesia sin creer en su irrenunciable Magisterio. La fidelidad a Cristo implica, pues, fidelidad a la Iglesia, y la fidelidad a la Iglesia conlleva a su vez la fidelidad al Magisterio...

“El Magisterio eclesial no es una instancia ajena a la teología, sino intrínseca y esencial a ella. Si el teólogo es ante todo y radicalmente un creyente, y si su fe cristiana es fe en la Iglesia de Cristo y en el Magisterio, su labor teológica no podrá menos de permanecer fielmente vinculada a su fe eclesial, cuyo intérprete auténtico y vinculante es el Magisterio” (93). El Magisterio y la teología deberán permanecer en un diálogo, que resultará fecundo para los dos y para el servicio de la comunidad eclesial (93a).

*** Discurso a la Comisión Teológica Internacional (26-IX-1979)**

“El Magisterio de la Iglesia y la Teología no son dos tareas opuestas, sino complementarias. El Magisterio y los teólogos, en cuanto deben servir a la verdad revelada, están ligados por los mismos vínculos, es decir, están vinculados a la Palabra de Dios, al “sentido de la fe” (*sensus fidei*)..., a los documentos de la Tradición, en los que se propone la fe comunitaria del Pueblo de Dios; finalmente a la tarea pastoral y misional, a la que ambos deben atender” (94).

*** Discurso a los teólogos de Alemania. Altötting; 18-XI-1980**

“El amor a la Iglesia concreta, que incluye la fidelidad al testimonio de la fe y al Magisterio eclesiástico, no aparta al teólogo de su quehacer propio y nada quita a esta autonomía irrenunciable. El Magisterio y la teología tienen un cometido diverso; por ello no puede reducirse el uno a la otra. Sin embargo están al servicio de la misma causa, y justamente por esta estructura deben permanecer en constante diálogo entre sí” (95).

- La teología necesita de la filosofía

*** Discurso a los teólogos españoles (ib.)**

“Si la teología ha necesitado siempre del auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana” (ib.).

- La teología es ciencia eclesial

“La teología es ciencia eclesial porque crece en la Iglesia y actúa en la Iglesia; por eso nunca es cometido de un especialista, aislado en una especie de torre de marfil. Está al servicio de la Iglesia y, por lo tanto, debe sentirse dinámicamente integrada en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética (...) La tarea del teólogo lleva, pues, el carácter de misión eclesial como participación en la misión evangelizadora de la Iglesia y como servicio preclaro a la comunidad eclesial” (95a).

- Palabras de aliento a los teólogos

*** Discurso a los teólogos españoles (ib.)**

“Sabed ser creativos cada día, para lo cual tenéis que estar en vanguardia de las cuestiones actuales mediante una lectura asidua de las publicaciones de más alta calidad y el duro esfuerzo de la reflexión personal. Haced teología con el rigor del pensamiento y con la actitud de un corazón apasionado por Cristo, por su Iglesia y por el bien de la humanidad. (...) Vuestra misión en la Iglesia es tan ardua como importante. Vale la pena dedicarle la vida entera, vale la pena por Cristo, por la Iglesia, por la formación sólida de los sacerdotes, y también de los religiosos y seglares” (96).

- El llamado “disenso teológico”

Hemos recordado algunos discursos que Juan Pablo II dirigió a los teólogos durante su pontificado. Ahora queremos hacer mención a lo que ha sido llamado “disenso teológico” producido durante este pontificado. Nos referimos a los teólogos: H.Küng, L.Boff, Ch.Curran. El Card. J.Ratzinger era entonces el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe (96a).

La Carta Apostólica “Ad Tuendam fidem” (18-V-1998)

Con el propósito de defender y salvaguardar la fe, Juan Pablo II ha publicado una Carta apostólica en forma de “motu proprio” titulada “Ad tuendam fidem”.

En esta Carta el Papa ordena que la “profesión de fe” contenga tres apartados:

+ Primer apartado: “Creo además con fe firme todo aquello que se contiene en la Palabra de Dios escrita o transmitida por tradición y que es propuesto como revelado por Dios, ya sea por el magisterio solemne de la Iglesia, ya por su magisterio ordinario y universal” (cf.LG 25; DV 5); Congregación para la Doctrina de la fe, Instruí. “Donum veritatis”, 24-V-1990, n.5 en AAS 82 (1990) 1556.

+ Segundo apartado: “Firmemente acojo y abrazo todas y cada una de las verdades acerca de la doctrina concerniente a la fe o a las costumbres propuestas por la Iglesia de manera definitiva” (Cong. para la Doctrina de la Fe: “Instruc. “Donum veritatis” (24-V-1990) en AAS 82 (1990), 1557.

+ Tercer apartado: “Presto además un asentimiento religioso del entendimiento y de la voluntad a las doctrinas que el Sumo Pontífice o el Colegio de los Obispos enseñan en el ejercicio de su magisterio auténtico aunque no sea su intención proclamarlas con un acto decisorio” (“Congregación para la Doctrina de la fe: Instrucción “Donum veritatis”, 24-V-1990, n.5, en AAS 82 (1990) 1557 (97).

A modo de conclusión

Insertamos aquí unas palabras de un teólogo español de nuestros días:

“El legado del magisterio de Juan Pablo II a los teólogos es la llamada a realizar una teología que tenga el coraje para la osadía y la paciencia en la maduración, poniendo en el centro de su reflexión tres núcleos esenciales,

como son la Trinidad, la persona humana y la sociedad; en este sentido, una teología trinitaria, personal y social” (97a).

R) Pastoral vocacional:

*** Discurso de Juan Pablo II al Colegio Cardenalicio (30-VI-1979)**

Como Pastor de la Iglesia, Juan Pablo II manifiesta que en la realización de la pastoral vocacional, “si presentamos ideales desvalorizados, son los propios jóvenes los primeros en rechazarlos, por no descubrir en ellos un marco en el que volcar toda su generosidad y ansia de entrega”.

*** Mensaje de Juan Pablo II ante la XVII Jornada Mundial de oración por las vocaciones (25-I-1980).**

- Obispos, Sacerdotes, Diáconos, Religiosos, Religiosas, Personas consagradas: evangelizad.

Evangelizad cada vez más y mejor al Pueblo de Dios, especialmente a las familias y a los jóvenes, sobre estas santas verdades que se refieren al Sacerdocio, a las Misiones, a la Vida Consagrada. El Pueblo de Dios, cuando reza por las vocaciones, debe saber bien por qué reza y por quién reza (...) Los fieles, las familias, los jóvenes deben conocer cada vez con mayor claridad que la Iglesia, sus Sacerdotes, los Misioneros, las demás Personas consagradas no tiene su origen en causas, motivos o intereses humanos, sino en el designio misericordioso de Dios, que quiere la salvación de todos por la fuerza de Cristo muerto y resucitado y por la fuerza del espíritu Santo (...) (n.3).

- Jóvenes: reflexionad

¡Queridísimos jóvenes! Comprenderéis que os hablo de cosas muy importantes. Se trata de consagrar la vida entera al servicio de Dios y de la Iglesia. Se trata de consagrarla con fe segura, con convicción madura, con decisión libre, con generosidad a toda prueba y sin arrepentimiento. Las palabras de Jesús: “Yo estaré todo los días con vosotros hasta el fin del mundo aseguran la continuidad de aquel “vosotros”. Las llamadas del Señor siempre existirán, y siempre encontrarán respuesta por parte de personas disponibles. Vosotros, también, debéis poneros en actitud de escucha. Debéis penetrar con vuestro pensamiento, iluminado por la fe, en la dimensión ultraterrena del designio divino de salvación universal. (...) Abrid vuestro corazón al encuentro gozoso con Cristo resucitado. Dejad que la fuerza del Espíritu Santo actúe en vosotros y os inspire las opciones justas en vuestra vida. Pedid consejo La Iglesia de Jesús debe continuar su misión en el mundo, ella os necesita, pues es mucha la labor a realizar. Al hablaros de la vocación y al invitaros a seguir este camino, soy yo el humilde y apasionado servidor de aquel amor, que movía a Cristo cuando llamaba a los discípulos a su seguimiento (n.4).

- A todos, hijos e hijas del mundo: orad

Una invitación a cada uno de vosotros y a vuestras comunidades: orad. Es el punto fundamental en el que Jesús ha insistido: “Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a la mies” (Mt.9,38). Oremos todos juntos en compañía de la Stma. Virgen, confiando en su intercesión (...) (n.5) (Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres;Abril de 1980;131-135).

*** Homilía en el Congreso Internacional sobre las Vocaciones (10-V-1981).**

Juan Pablo II es consciente de la escasez de vocaciones, por lo que afirma: “el problema de las vocaciones es, lo diré abiertamente, el problema fundamental de la Iglesia. Es una comprobación de su vitalidad espiritual y es la condición misma de esta vitalidad. Es la condición de su misión y de su desarrollo”. En coherencia con esta afirmación dirá el Papa más tarde: “el grande y grave problema de las vocaciones está en el centro de las atenciones y preocupaciones de la Iglesia” (Discurso a los padres Rogacionistas”, 23-IV-1983).

*** A los Obispos de la Provincia eclesiástica de Zaragoza (2-II-1982)**

En el discurso que dirige Juan Pablo II a estos obispos, aborda el tema de la promoción de las vocaciones. Veamos qué dice el Santo Padre sobre este tema tan preocupante en nuestros días en todas las Diócesis y Comunidades cristianas.

- “Habréis de poner igualmente las tareas de promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, que en la familia sana y cristiana hallan el clima mejor para su crecimiento” en vuestros planea pastorales (n.5).

- En este urgente y trascendental problema, sé que estáis realizando un trabajo serio, a escala regional, para favorecer la respuesta de los jóvenes a la llamada del Señor” (n. 5).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (2-II-1983).**

- Gozo de celebrar esta Jornada Mundial de oración por las vocaciones

Siempre me resultó motivo de gozo celebrar la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Deseo participar de un modo especial en la celebración de este año, que es la vigésima. En efecto, veinte años han transcurrido desde que el querido y venerado Pontífice Pablo VI tuvo la inspiración de convocar a toda la Iglesia, con una “Jornada” especial, para meditar y rezar por las vocaciones especialmente consagradas a la causa del Evangelio.

- Algunos puntos capitales para esta Jornada

Juan Pablo II, siguiendo la estela de Pablo VI, insiste en los siguientes puntos para esta Jornada.

+ Palabra de Dios y vocaciones: las vocaciones sacerdotales y consagradas existen en la Iglesia y para la Iglesia según el designio de Dios, que Él, en su amor, se ha dignado revelarnos. Apuntan, por tanto, a una misión específica que no se confunde con ningún otro ideal humano, por muy noble que sea. El Señor Jesús otorgue la gracia de conocer, de creer y de acoger, por la fuerza de su Palabra, estas llamadas, que pertenecen al misterio de su amor misericordioso.

+ Oración y vocaciones. La Iglesia es un don de Dios para la salvación de la humanidad. También las vocaciones al servicio total de la Iglesia representan, por tanto, un don especial de Dios. Por ello, sólo a Él lo pedimos, porque Él solo puede darlo. Lo impetramos con el corazón abierto al mundo entero, atentos al bien de todos los hombres. (cf. Mt.9,36-38).

+ Testimonio y vocaciones. (cf. OT. 2). Donde hay fe, oración, caridad, apostolado, vida cristiana, allí se multiplican los dones de Dios. Reflexionemos, hermanos e hijos, sobre nuestra grave responsabilidad.

+ Llamada personal y vocación. Dios llama a quien quiere, por libre iniciativa de su amor. Pero quiere también llamar mediante nuestras personas.(cf. Jn.1,33ss). No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven, o menos joven, las llamadas del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia (n.3)..

Termina el Santo Padre su mensaje, invitándonos a unirnos a su oración suplicante por las vocaciones (nn.4 y 5) (Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Marzo de 1983; 137-141).

*** Discurso del Papa en Fermo (Italia), 24-III-1984.**

El Santo Padre es consciente de que la familia está llamada a ser el lugar donde los padres ayuden a sus hijos a ponerse a la escucha del Señor que puede llamarlos: “En las familias cristianas está el responder al Señor que llama, considerando una vocación comienza a florecer en su seno, no ya como un pérdida o una desgracia, sino lo que realmente es: un don de Dios”.

Al año siguiente, Juan Pablo II afirma que “las vocaciones aparecen especialmente donde la vida familiar se basa en las enseñanzas de la Iglesia, donde los miembros de la familia son educados en la virtud cristiana, y donde oran juntos con la conciencia de su pertenencia a la más amplia comunidad eclesial. A este respecto los padres han de ser los principales promotores de vocaciones” (Discurso a los Obispos de Tailandia, en Visita ad Limina (14-

XI-1985) en Pedro J. Lasanta: “Diccionario de Teología y Espiritualidad de Juan Pablo II”; Edibesa. Madrid.

El Santo Padre vuelve a hablar de la importancia de la familia cristiana en la pastoral vocacional y dice: “La familia cristiana es el primer lugar donde se desarrollan las vocaciones. Es un seminario o noviciado en germen” (Homilía en Duna (India); 10-II-1986).

*** Mensaje de Juan Pablo II en la Jornada Mundial de oración por las Vocaciones (6-I-1986).**

- Necesidad de vocaciones

La Iglesia tiene una inmensa necesidad de sacerdotes. Es esta una de las urgencias más graves que interpelan a las comunidades cristianas. Jesús no quiso una Iglesia sin sacerdotes. Si faltan los sacerdotes, falta Jesús en el mundo, falta la Eucaristía, falta su perdón. Para su propia misión la Iglesia tiene también una inmensa necesidad de la abundancia de las otras vocaciones consagradas. El pueblo cristiano no puede aceptar con pasividad e indiferencia la disminución de las vocaciones. Las vocaciones son el futuro de la Iglesia. Una comunidad pobre en vocaciones empobrece a toda la Iglesia; por el contrario, una comunidad rica en vocaciones es una riqueza para toda la Iglesia. (n.2).

- La preocupación por las vocaciones no es algo marginal en la pastoral de la Iglesia.

El Santo Padre, en coherencia con lo que acaba de afirmar en torno a la escasez y necesidad de las vocaciones en la Iglesia, afirma en su mensaje para la Jornada Mundial de las Vocaciones (6-I-1986) lo siguiente: “la preocupación por las vocaciones no puede ser considerada como una actividad marginal, sino que debe integrarse plenamente en la vida y en las actividades de la comunidad. (cf. PO 11) (...) No es suficiente un anuncio genérico de la vocación para que surjan vocaciones consagradas. Dada su originalidad, esta vocación exige una llamada explícita y personal”.

Años más tarde, el Santo Padre dirá que “la pastoral específica de las vocaciones debe ser insertada en la pastoral juvenil y en la pastoral de conjunto” (Discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica”, 23-X-1989).

- Irradiad, queridos hermanos en el presbiterado, vuestro sacerdocio

Irradiad, por tanto, vuestro sacerdocio para que no falten continuadores del ministerio que os ha sido confiado. Sed maestros de oración y no descuidéis el precioso servicio de dirección espiritual para ayudar a los llamados a discernir la voluntad de Dios sobre ellos.

- Llamada a las comunidades parroquiales para una pastoral vocacional

Sed una comunidad viva. Una comunidad promueve las vocaciones sobre todo por medio de una vida perfectamente cristiana (OT 2). Las vocaciones son el signo evidente de la vitalidad de una comunidad eclesial (...). Una comunidad sin vocaciones es como una familia sin hijos.

Sed una comunidad orante. Es necesario convencerse de que las vocaciones son el don inestimable de Dios a una comunidad de oración. (...) Por este fin debemos orar todos, debemos orar siempre y debemos unir a la oración la colaboración activa.

Sed una comunidad que llama. A menudo los jóvenes se hacen preguntas sobre la vocación, sobre el sacerdocio y sobre la vida consagrada. Es un indicio del gran interés por el problema, pero indica también la necesidad de evangelización y de catequesis específica. Que nadie por culpa nuestra ignore lo que debe saber para realizar el plan de Dios. (...) Toda comunidad tiene esta certeza: ¡El Señor no cesa de llamar! Pero tiene también otra certeza: Él quiere tener necesidad de nosotros para hacer llegar sus llamadas.

Sed una comunidad misionera. En una Iglesia toda misionera, cada comunidad compromete sus fuerzas para anunciar a Cristo, sobre todo en el ámbito de la propia realidad local, aunque sin cerrarse sólo en sí misma y dentro de sus propios límites”(n.4) (97b).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XXIV Jornada Mundial de oración por las vocaciones (11-II-1987).**

- Jornada de oración por las vocaciones

Es ésta una ocasión que se ofrece, una vez más, a toda la Comunidad Cristiana y a cada uno de los bautizados para orar y trabajar por el incremento de las vocaciones al sacerdocio, a la vida misionera, a la profesión de los consejos evangélicos.

- Llamada a los cristianos laicos

El Santo Padre se dirige en esta ocasión de manera especial a los cristianos laicos para encarecerles el compromiso y la responsabilidad a que les llama el próximo Sínodo de los Obispos que abordará el tema: “vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II”. Estas son las llamadas que les hace el Papa:

+ Considerad vuestra llamada (ICort.1,26). Todos en la Iglesia hemos recibido una vocación. El cuidado de ella no debe limitarse a la esfera personal, sino contribuir también al desarrollo de otras vocaciones, que son entre sí complementarias y todas convergen en la única misión.

+ Según la medida del don de Cristo (Ef.4,7). Por esto me dirijo en especial a los padres cristianos, que tienen una misión de primer orden en la Iglesia y en la sociedad. En la familia, en efecto, las más de las veces, germinan y brotan vocaciones sacerdotales y religiosas. No en vano el Concilio llama a la familia “primer seminario”(…).

+ Rogad al dueño de la mies (Mt.9,38). Ante el fenómeno de los pocos que se consagran al sacerdocio y a la vida religiosa, no podemos permanecer inactivos, sin hacer nada de cuanto esté en nuestras manos. Podemos, especialmente, hacer mucho con la oración. El mismo Señor nos la recomienda: “Rogad al dueño de la mies, envíe obreros a su mies” (Mt.9,38).

Termina el Papa con una oración dirigida al Divino Redentor suplicándole que suscite vocaciones al Sacerdocio, a la Vida Religiosa, a la Vida Misionera” (Boletín O.E. del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; Marzo 1987 142-146).

*** Mensaje a los Jóvenes en el Monte del Gozo (Santiago de Compostela); 19-VIII-1989.**

“Queridos jóvenes, en la dimensión del don se presenta la perspectiva madura de una vocación humana y cristiana. Esto es importante sobre todo para la vocación religiosa, en la que un hombre o una mujer, mediante la profesión de los consejos evangélicos, hace suyo el programa que Cristo mismo realizó sobre la tierra para el Reino de Dios. Ellos se comprometen a dar un testimonio particular del amor de Dios por encima de todo, y recuerdan a cada uno la llamada común a la unión con Dios en la eternidad. El mundo actual necesita como nunca estos testimonios, porque muy a menudo está tan ocupado en las cosas de la tierra que olvida las del cielo.

*** Discurso de Juan Pablo II en Yakarta (Indonesia); 10-X-1989.**

En tierras lejanas del Oriente, el Papa aborda el tema de las vocaciones y nos recuerda que “ puesto que la construcción de la Iglesia es obra de Dios, jamás debemos dejar de rezar por las vocaciones y pedir a los demás que hagan lo mismo”.

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la XXX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (26-XII-1993).**

La Jornada Mundial coincide con la inauguración del Primer Congreso Continental Latinoamericano sobre la atención pastoral a favor de las Vocaciones de Especial Consagración en el Continente de la esperanza (...), y se enmarca, además, en el Año Internacional de la Familia (n.1).

Misión educadora de los padres cristianos ante sus hijos

El Santo Padre se dirige a los padres para recordarles su gran responsabilidad ante la educación integral de sus hijos: “los padres cristianos, desde la primera edad de sus hijos, manifiestan hacia ellos diligencia amorosa, les comunican con el ejemplo y con las palabras una sincera y vivida relación con Dios, hecha de amor, de fidelidad, de oración y de obediencia (cf. LG 11).

Los padres cristianos cuidan las semillas de vocación en sus hijos.

Los padres, pues, favorecen la santidad de los hijos y hacen que sus corazones sean dóciles a la voz del Buen Pastor, que llama a todos los hombres a seguirlo y a buscar, en primer término, el Reino de Dios. A la luz de este horizonte de gracia divina y de responsabilidad humana, la familia puede ser considerada como un “jardín” o como “primer seminario” en los que las semillas de vocación, que Dios derrama a manos llenas, están en condiciones de florecer y de crecer hasta la plena madurez (cf. OT. 2) (n.2).

La misión de los padres cristianos es extraordinariamente importante y delicada, porque están llamados a preparar, cultivar y defender las vocaciones que Dios suscita en su familia (n.2).

La pastoral vocacional y la familia

La pastoral vocacional encuentra su primero y natural ámbito en la familia. Los padres, en efecto, deben saber acoger como gracia el don que Dios les hace llamando a uno de los hijos al sacerdocio o a la vida religiosa. Dicha gracia debe pedirse en la oración y debe aceptarse activamente mediante una educación que permita descubrir a los hijos toda la riqueza y la alegría de consagrarse a Dios (n.3) (97c).

*** Catequesis: “Las vocaciones al sacerdocio” (29-IX-1993)**

- Las vocaciones de especial consagración

Estamos hablando de la vocación sacerdotal, pero, al mismo tiempo, pensamos también en las vocaciones a la vida consagrada, tanto masculina como femenina.

- Las vocaciones, cuestión básica para la Iglesia

Las vocaciones son una cuestión fundamental para la Iglesia, para la fe, para el porvenir de la fe en este mundo.

- La vocación es un don de Dios

Toda vocación es un don de Dios, según las palabras de Jesús: “Yo os he elegido”. Se trata de una elección de Jesús, que afecta siempre a una persona; y esta persona vive en un ambiente determinado: familia, sociedad, civilización, Iglesia.

- La vocación es respuesta a ese don

Esa respuesta de cada uno de nosotros, de los que hemos sido llamados por Dios, predestinados, depende de muchas circunstancias; depende de la madurez interior de la persona; depende de su colaboración con la gracia de Dios. Saber colaborar, saber escuchar, saber seguir. Conocemos muy bien lo que dijo Jesús en el evangelio a un joven: “sígueme”. Saber seguir, Cuando se sigue, la vocación es madura, la vocación se realiza, se actualiza. Y eso contribuye al bien de la persona y de la comunidad.

- La comunidad, la familia... y las vocaciones

La comunidad, por su parte, también debe saber responder a estas vocaciones que nacen en sus diversos ambientes. Nacen en la familia, que debe saber colaborar con la vocación. Nacen en la parroquia, que también debe saber colaborar con la vocación. Son los ambientes de la vida humana, de la existencia: ambientes existenciales. La vocación, la respuesta a la vocación depende en un grado muy elevado del testimonio de toda la comunidad, de la familia, de la parroquia. Las personas colaboran al crecimiento de las vocaciones. Sobre todo los sacerdotes atraen con su ejemplo a los jóvenes y facilitan la respuesta a esa invitación de Jesús:

“Sígueme”. Los que han recibido la vocación deben saber dar ejemplo de cómo se debe seguir.

- La oración por las vocaciones

“Si nos sentimos involucrados en la obra redentora de Cristo y de la Iglesia, debemos orar por las vocaciones. La mies es mucha”.

*** Mensaje de Juan Pablo II al I Congreso Latinoamericano de vocaciones (2-II-1994).**

- Una Iglesia servidora y cercana al pueblo

“ Gracias al testimonio de una Iglesia servidora y cercana al pueblo, el Señor ha hecho surgir hombres y mujeres deseosos de entregar toda su vida a la causa de Cristo; y desde comunidades transparentes de los valores evangélicos, él ha multiplicado en tantos jóvenes el ardiente deseo de seguirlo más de cerca. ¡Cómo no dar gracias a Dios por esta consoladora realidad!

- Faltan vocaciones

Al mismo tiempo, sin embargo, las necesidades pastorales del continente han aumentado y el número de sacerdotes, religiosas, religiosos y otras personas consagradas que trabajan en América Latina, resulta del todo insuficiente para satisfacer la urgente demanda de atención pastoral. (...) Faltan operarios del Evangelio en la periferia de las grandes metrópolis, en las zonas rurales, entre los habitantes de las alturas en los Andes y en las inmensidades de las selvas. (...) (n.1).

- Poner en marcha una adecuada pastoral vocacional

Es necesaria una pastoral vocacional renovada y concebida principalmente como dimensión obligatoria de todo el plan global pastoral y, al mismo tiempo, como campo específico de acción que acompañe el despertar, el discernimiento y el desarrollo de la respuesta vocacional de aquellos a quienes el Señor llama a seguirlo. En la acción pastoral no se puede olvidar nunca que educar en la fe significa también desarrollar el dinamismo vocacional propio de la vida cristiana. Ser cristiano es, de suyo, una vocación, una llamada: la vocación más alta, fuente y base de todo el seguimiento específico de la comunidad eclesial.

- La infancia y, sobre todo, la juventud

Así pues, a partir de la infancia es preciso desarrollar la dimensión vocacional de la vida bautismal (...). Sin embargo, no cabe duda de que el período más importante y propicio para escuchar, discernir y seguir la voz del Señor es la juventud, edad en que la persona humana se abre con mayor generosidad al horizonte de la entrega plena. (...)

- ¿Cómo proponer la vocación de especial consagración?

No os canséis, por tanto, de impulsar una Pastoral juvenil incisiva, rica de vida evangélica y portadora de claras propuestas vocacionales: presentad a los jóvenes una atrayente experiencia de amistad con el Señor, una sólida formación catequística y un compromiso apostólico responsable. Los jóvenes de hoy son capaces de ser generosos y sabrán responder, con un sí generoso, al Señor que los llama (n.2).

- Con métodos adecuados

Os aliento a traducir vuestra solicitud de pastores en programas orgánicos y en audaces proyectos pastorales que den ulterior impulso y coordinación a lo que, en este campo, se está haciendo ya en cada diócesis y en cada país.

Un testimonio de fe auténtica, de gozosa esperanza y de caridad operante. Comunidades eclesiales que se esfuercen de verdad por vivir la comunión fraterna, fruto de la participación eucarística, perseverantes en la oración, asiduas en la escucha de la palabra y en el ejercicio de la caridad.

No debería faltar la oración frecuente y explícita por las vocaciones. Promoved comunidades cristianas asiduas en la plegaria, conscientes de que ellas mismas con sus solas fuerzas, no podrán nunca darse las vocaciones que necesitan y, por consiguiente, siempre dispuestas a acogerlas, acompañarlas, sostenerlas, como un verdadero don que viene de lo alto.

La pastoral vocacional presupone y necesita también un cuidadoso y concreto seguimiento de las vocaciones. Esto requiere personas preparadas espiritual, teológica y pedagógicamente....; espacios diversificados y eficientes de acogida y apoyo; itinerarios adecuados y orgánicos de formación cristiana, de discernimiento y acompañamiento vocacional; colaboración sincera y leal entre los diversos responsables de la Pastoral vocacional en los varios ambientes y niveles eclesiales...(n.3) (97d).

*** Mensaje de Juan Pablo II en la XXXI Jornada Mundial de oración por las Vocaciones” (24-IV-1994)**

La celebración de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones coincide, este año, con la inauguración del “Primer Congreso Continental Latinoamericano sobre el cuidado pastoral a favor de las vocaciones de especial consagración en el Continente de la Esperanza”. Dicha Asamblea se propone desarrollar un profundo trabajo de examen, de animación y de promoción vocacional.

La Jornada Mundial se inserta, además, en el Año Internacional de la Familia. Esta circunstancia me ofrece la oportunidad de llamar la atención sobre la estrecha relación que existe entre familia, educación y vocación y, muy en particular, entre familia y vocación sacerdotal y religiosa. Al dirigirme a las familias cristianas deseo, por tanto, conformarlas en su misión de educar a las jóvenes generaciones, esperanza de la sociedad y de la Iglesia.

- “Este misterio es grande” (Ef.5,32)

“A pesar de los profundos cambios históricos, la familia sigue siendo la más completa y la más rica escuela de humanidad, en la que se vive la experiencia más significativa del amor gratuito, de la fidelidad, del respeto mutuo y de la defensa de la vida. Su tarea específica es la custodiar y transmitir, mediante la educación de los hijos, virtudes y valores, a fin de edificar y promover el bien de cada uno y el de la comunidad.

“Esta misma responsabilidad compromete, con mayor razón, a la familia cristiana por el hecho de que sus miembros, ya consagrados y santificados en virtud del bautismo, están llamados a una particular vocación apostólica por el Sacramento del Matrimonio (cf. FC, 52 y 54).

“La familia, en la medida en que adquiere conciencia de esta genuina vocación suya y responde a ella, llega a ser una comunidad de santificación, en la que se aprende a vivir la mansedumbre, la justicia, la misericordia, la castidad, la paz, la pureza del corazón (cf. Ef.4,1-4; FC. 21); llega a ser lo que, con otras palabras, S. Juan Crisóstomo llama “iglesia doméstica”, esto es, el lugar en el que Jesucristo vive y obra la salvación de los hombres y el crecimiento del Reino de Dios. Sus miembros, llamados a la fe y a la vida eterna, son “partícipes de la naturaleza divina” (IPedr.1,4), se alimentan en la mesa de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, y se manifiestan con aquel modo evangélico de pensar y de obrar que les abre a la vida de la santidad sobre la tierra y de la felicidad eterna en el cielo (cf. Ef.1,4-5) (n.1).

“Los padres, desde la más tierna edad de sus hijos, manifestándoles cuidado amoroso, les comunican, con el ejemplo y con las palabras, una

sincera y auténtica relación con Dios, hecha amor, fidelidad, oración y obediencia (cf. LG, 35; AA 11). Los padres, pues, fomentan la santidad de los hijos, y hacen sus corazones dóciles a la voz del Buen Pastor, que llama a cada hombre a seguirlo y a buscar en primer lugar el Reino de Dios (n.1)

A la luz de esta perspectiva de gracia divina y de responsabilidad humana, la familia puede ser considerada como un “jardín” o como el “primer semillero” donde las semillas de vocación, que Dios esparce a manos llenas, encuentran las condiciones para germinar y crecer hasta su plena madurez (OT, 2) (n.1)..

- “No os conforméis a los criterios de este mundo” (Rm.12,2)

“La tarea de los padres cristianos es muy importante y delicada, porque están llamados a preparar, cultivar y defender las vocaciones que Dios suscita en su familia. Deben, por tanto, enriquecerse ellos mismos y su familia con valores espirituales y morales, tales como una religiosidad convencida y profunda, una conciencia apostólica y eclesial, y un exacto conocimiento de la vocación. Para toda familia, en realidad, el paso decisivo que debe dar es el de acoger al Señor Jesús como centro y modelo de vida y, en Él y por Él, tomar conciencia de ser lugar privilegiado para un auténtico crecimiento vocacional. La familia llevará a cabo tal tarea, si es constante en el empeño y si cuenta siempre con la gracia de Dios (cf. Fil. 2,13), (...) (n.2)..

Pero, ¿qué sucede cuando la familia se deja arrastrar por el consumismo, el hedonismo y el secularismo que turban e impiden la realización del plan de Dios? Esta es una de las preocupaciones más vivas de la Comunidad cristiana. Y son, sobre todo, las familias mismas las primeras en pagar las consecuencias del generalizado desorden de las ideas y de la moral; así como, también la iglesia las sufre, y la sociedad se resiente por ellas (...) (n.2).

La fuerza y la estabilidad del entramado familiar cristiano representan la condición primera para el crecimiento y maduración de las vocaciones sagradas, y constituyen la respuesta más adecuada a la crisis vocacional (cf. FC. 70).

- “Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros a su mies” (Mt.8,38).

“La pastoral vocacional encuentra su ámbito primero y natural en la familia. Los padres, en efecto, deben saber acoger como una gracia, el don que Dios les hace al llamar a uno de sus hijos al sacerdocio o a la vida

consagrada. Tal gracia se pide en la oración, y se acoge positivamente cuando se educa a los hijos para que emprendan toda la riqueza y el gozo de consagrarse a Dios.

Los padres que aceptan con sentimientos de gratitud y gozo la llamada de uno de sus hijos o de sus hijas a la especial consagración por el reino de los cielos reciben, con esa llamada, una prueba particular de la fecundidad espiritual de su unión, viéndola enriquecida con la experiencia del amor vivido en el celibato y en la virginidad (...). La familia es el vivero natural de las vocaciones. La pastoral familiar, pues, debe prestar atención especialísima al aspecto específicamente vocacional del propio compromiso (n.3).

- “Quien tiene responsabilidad en la comunidad demuestre solicitud y diligencia” (Rm.12,8).

“Caminar en pos de Cristo hacia el Padre es el programa vocacional más apropiado. Si los sacerdotes, las religiosas y los religiosos, los consagrados, los misioneros y los laicos comprometidos se ocuparan de la familia e intensificasen las formas de diálogo y de búsqueda evangélica común, la familia se enriquecería de aquellos valores que la ayudarían a ser el primer “seminario” de vocaciones de especial consagración” (...) (n.4). (Diócesis de Coria-Cáceres. Boletín Oficial. Mayo 1994; 385-390).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XXXII Jornada Mundial de oración por las Vocaciones (7-V-1995).**

“Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt.9,38). Con estas palabras del Señor me dirijo a toda la iglesia, que el próximo día 7 de mayo, IV domingo de Pascua, celebrará la anual Jornada mundial de oración por las vocaciones sobre el tema: “Pastoral juvenil y pastoral vocacional son complementarias”.

- El diálogo de Jesús con el joven

“El diálogo que surge de la pregunta del joven, ofrece a Jesús la ocasión para revelar la especial intensidad con la que Dios ama a aquél o a aquélla que es capaz de plantearse la pregunta sobre el propio futuro en clave vocacional: fijando en él la mirada, lo amó. Quien vive seriamente la inquietud vocacional encuentra en el corazón de Cristo una atención llena de ternura. Poco después, Jesús revela también cuál es la respuesta que Dios da a quien vive la propia juventud como tiempo propicio de orientación espiritual. La respuesta es: ¡Sígueme! (n.1).

- La respuesta a la llamada de Jesús: sígueme

Siguiendo a Jesús es como la juventud revela toda la riqueza de sus posibilidades y adquiere plenitud de significado

Siguiendo a Jesús es como los jóvenes descubren el sentido de una vida vivida como don de sí y experimentan la belleza y la verdad de un crecimiento en el amor.

Siguiendo a Jesús es como se sienten llamados a la comunión con Él como miembros vivos de un mismo cuerpo, que es la Iglesia.

Siguiendo a Jesús es como les será posible comprender la vocación personal al amor: en el matrimonio: en la vida consagrada, en el ministerio ordenado o en la misión “ad gentes” (n.1).

- ¿Qué buscan los jóvenes?

Los jóvenes buscan, en su camino, alguien que sepa hablar con ellos de los problemas que les agobian y proponer soluciones, valores, perspectivas por las que valga la pena jugarse el propio futuro (n.2).

Lo que hoy se requiere es una Iglesia que sepa responder a las expectativas de los jóvenes. Jesús desea dialogar con ellos y proponerles, a través de su cuerpo que es la Iglesia, la perspectiva de una elección que compromete toda su vida. Como Jesús con los discípulos de Emaús, así la Iglesia debe hacerse hoy compañera de viaje de los jóvenes, con frecuencia marcados por incertidumbres, resistencias y contradicciones, para anunciarles la noticia siempre maravillosa de Cristo resucitado

He aquí, pues, lo que se necesita

Una Iglesia para los jóvenes, que sepa hablar a su corazón, caldearlo, consolarlo, entusiasmarlo con el gozo del Evangelio y la fuerza de la Eucaristía; una Iglesia que sepa acoger y hacerse desear por quien busca un ideal que comprometa toda la existencia; una Iglesia que no tema pedir mucho, después de haber dado mucho; una Iglesia que no tenga miedo de pedir a los jóvenes el esfuerzo de una noble y auténtica aventura, cual es la del seguimiento evangélico” (n.2).

El compromiso de la Iglesia por los jóvenes, con las debidas atenciones de orden pedagógico y metodológico, no puede prescindir en modo alguno de considerar como deber primario la propuesta y el acompañamiento de las diferentes vocaciones. Ni tampoco puede prescindir de una atención constante y específica a las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida de especial

consagración, que necesitan por su misma naturaleza un cuidado particular (n.3).

- El compromiso de la Iglesia

“El compromiso de la Iglesia por los jóvenes (...) no puede prescindir en modo alguno de considerar como deber primario la propuesta y el acompañamiento de las diferentes vocaciones. Ni tampoco puede prescindir de una atención constante y específica a las vocaciones al ministerio ordenado y a la vida de especial consagración, que necesitan por su misma naturaleza un cuidado particular (n.3).

- La pastoral juvenil y la pastoral vocacional

“Todo proyecto de pastoral juvenil debe proponerse como fin último la maduración de un diálogo personal, profundo, decisivo del joven o de la joven con el Señor. La dimensión vocacional, por tanto, es parte integrante de la pastoral juvenil, hasta el punto de que, en síntesis podemos afirmar: la pastoral específica de las vocaciones encuentra en la pastoral juvenil su espacio vital; y la pastoral juvenil es completa y eficaz cuando se abre a la dimensión vocacional” (n.3).

- La comunidad cristiana y la pastoral vocacional

“La comunidad cristiana está llamada a hacer posible el encuentro del joven con Jesús, convirtiéndose en mediadora de la llamada y educadora de la respuesta que Él espera. Tiene la misión de hacer descubrir a los jóvenes su llamada personal a ser Iglesia y a hacer Iglesia. La comunidad cristiana se presenta, por tanto, como el contexto natural en el que los jóvenes pueden completar su itinerario educativo, descubriendo la gran riqueza de su maravillosa edad y correspondiendo a la vocación que el Dios de la vida ha previsto para cada uno desde la creación del mundo” (n.3).

- La animación vocacional

“Sostenido por la certeza de que el Padre celestial continúa llamando a muchos jóvenes a seguir de cerca las huellas de Cristo, su Hijo, en el sagrado ministerio, en la profesión de los consejos evangélicos o en la vida misionera, confío a todos los responsables y agentes de la pastoral juvenil y vocacional el fascinante y, al mismo tiempo, exigente deber de la animación vocacional. Es necesario obrar de modo que “se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la gracia y la responsabilidad de cuidar las vocaciones” (PDV 41) (n.4) (97e).

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la XXXIII Jornada Mundial de oración por las vocaciones (28-IV-1996).**

Como en otras Jornadas, el Santo Padre envía a toda la iglesia un nuevo mensaje invitando a todos a orar para que el Señor multiplique las vocaciones de especial consagración en la Iglesia y al servicio de la misión de la Iglesia.

- Las vocaciones en la Comunidad cristiana

Lo mismo que la semilla da fruto abundante en buen terreno, de igual modo las vocaciones nacen y maduran generosamente en las comunidades cristianas. En ellas, en efecto, se manifiesta el misterio del Padre que llama, del Hijo que envía y del Espíritu que consagra. “La vocación, llamada de Dios, nace en una experiencia de comunidad y genera un compromiso con la Iglesia universal y con una determinada comunidad” (“Documento declarativo del Primer Congreso Continental Latinoamericano sobre las Vocaciones, 24”).

Es, por tanto, preciso que en cada nivel se manifieste, desarrolle y crezca un profundo sentido eclesial, una generosa apertura a las necesidades pastorales del pueblo de Dios, una colaboración muua y sincera entre el clero secular y regular para sostener el proyecto de fe de aquellos hombres y de aquellas mujeres que pretenden seguir a Jesús, consagrándose a Él de modo radical” (n.1).

- También vosotros sois empleados como piedras vivas para la construcción de un edificio espiritual (IPed.2,5).

“Se necesita partir desde las comunidades para preparar el terreno fértil, en el que la acción de Dios pueda extenderse con fuerza, y su llamada ser acogida y comprendida (cf. ChFL.34). En realidad el vasto campo de la acción pastoral a favor de las voacciones no está todavía, en algunos aspectos, valorado plenamente, si bien va aumentando un actitud de mayor conocimiento de esta dimensión de la vida cristiana, y se multipliquen las iniciativas para realizarla. El descubrimiento de la propia vocación, cualquiera que sea ésta, no debe desconocer las demás opciones evangélicas necesarias para la identidad de la Iglesia, instrumento e imagen del Reino de Dios en el mundo”.

Sólo las comunidades cristianas vivas saben acoger con prontitud las vocaciones y después acompañarlas en su desarrollo, como madres solícitas por el crecimiento y por la felicidad del fruto de sus entrañas (cf. PDV, 41).

- Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios (IPed.2,10).

La vocación cristiana, don de Dios, es patrimonio de todos. Tanto los casados como los consagrados, todos son elegidos por Dios para anunciar el Evangelio y comunicar la salvación; no por sí solos, sino en la Iglesia y con la Iglesia (cf. EN 60). A la llamada universal de Dios a vivir y testimoniar el anuncio de la salvación, responden vocaciones especiales con misiones específicas dentro de la Iglesia; son fruto de una gracia especial y exigen un suplemento de esfuerzo moral y espiritual. Son las vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa, a la acción misionera y a la vida contemplativa (n.3).

En muchos jóvenes (...) la búsqueda de un auténtico estilo de vida puede madurar, si es apoyada por el testimonio coherente y gozoso de la comunidad cristiana, en la disponibilidad para escuchar el grito del mundo ávido de verdad y de justicia. Es fácil entonces, que el corazón se abra para acoger con generosidad el don de la vocación de consagración (n.3).

- Hermanos, considerad cómo fuisteis llamados (ICor.1,26).

A través de las vocaciones especiales el Señor asegura a la Iglesia continuidad y vigor y, al mismo tiempo, la abre a nuevas y antiguas necesidades del mundo para ser signo del Dios vivo y para contribuir a la construcción de la ciudad de los hombres en perspectiva de la “cultura del amor”.

Toda vocación nace, se alimenta y se desarrolla en la Iglesia y a ella está ligada por origen, desarrollo, destino y misión. Por esta razón las comunidades diocesanas y parroquiales están llamadas a reforzar el compromiso por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Sobre todo con el anuncio de la Palabra, con la celebración de los sacramentos y con el testimonio de la caridad. Deben, además, tener en cuenta algunas condiciones indispensables para una auténtica pastoral vocacional. Es preciso, ante todo, que la comunidad sepa ponerse en actitud de escucha de la Palabra de Dios (...), que sepa orar intensamente para poder realizar la voluntad de Dios (...), que sea sensible a la “dimensión misionera” (...), que esté abierta al servicio de los pobres (...) (n.4)..

- Como el Padre me envió, así os envío yo (Jn.290,21)

La pastoral vocacional cuestiona a todos los componentes de la Iglesia: Obispos, Presbíteros, Catequistas (...) (n.5).

El Santo Padre hace una llamada peculiar a los jóvenes: “Sed generosos en dar vuestra vida al Señor. ¡No tengáis miedo!. Nada debéis temer, porque Dios es el Señor de la historia y del universo. Dejad que crezca en vosotros el deseo de proyectos grandes y nobles. Cultivad los sentimientos de solidaridad: ellos son la señal de la acción divina en vuestro corazón. Poned a disposición de vuestras comunidades los talentos que la Providencia os ha dado generosamente. Cuanto más generosos seáis en entregaros a Dios y a los hermanos, tanto más descubriréis el auténtico sentido de la vida. ¡Dios espera mucho de vosotros!” (Boletín O.E. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; abril-1996; 186-193).

*** Mensaje con ocasión de la XXXIV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (20-IV-1997).**

El Santo Padre se dirige a los jóvenes y les dice: “¡Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación! ¡Cristo necesita de vuestra juventud y de vuestro generoso entusiasmo para anunciar el Evangelio! Responded a esta llamada entregándole vuestra vida a Él y a los hermanos. Confiad en Cristo. Él no defrauda ni vuestras esperanzas ni vuestros proyectos, antes bien, los llenará de sentido y de gozo. Él dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,16).

*** Mensaje de Juan Pablo II a la XXVI Asamblea del CELAM. Río de Janeiro (Brasil); 14-IX-1997.**

En un breve discurso el Santo Padre hace una clara referencia a la Pastoral Vocacional, recordando las palabras que dijera a los fieles reunidos en la Catedral de París (21 de agosto de 1997):

“Invito a rezar por los jóvenes que en todo el mundo escuchan la llamada del Señor y por los que podrían tener miedo de responder a la misma. Que encuentren en torno a ellos educadores que los guíen. Que perciban la grandeza de su vocación: amar a Cristo por encima de todo como una llamada a la libertad y a la felicidad. Rezad para que la Iglesia os ayude en vuestro camino y realice un discernimiento acertado. Rezad para que las comunidades cristianas sepan siempre retransmitir la llamada del Señor a las jóvenes generaciones (...) Dadles gracias por las familias, por las parroquias y por los movimientos, cuna de vocaciones” (n.7).

*** Exhortación Apostólica: “Ecclesia in América” (22-I-1999).**

“El papel indispensable del sacerdote en la comunidad ha de hacer conscientes a todos los hijos de la Iglesia en América de la importancia de la

pastoral vocacional. (...) Se han de cultivar los ambientes en que nacen las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada e invitar a las familias cristianas para que ayuden a sus hijos cuando se sientan llamados a seguir este camino. En efecto, las vocaciones son “un don de Dios” y surgen en las comunidades de fe, ante todo, en la familia, en la parroquia, en las escuelas católicas y en otras organizaciones de la Iglesia. (...) La responsabilidad para reunir vocaciones al sacerdocio pertenece a todo el pueblo de Dios y encuentra su mayor cumplimiento en la oración continua y humilde por las vocaciones” (n.40).

*** Mensaje para la XXXVII Jornada mundial de Oración por las Vocaciones (30-IX-1999).**

Insertamos aquí unas palabras de Juan Pablo II por su belleza e importancia.

“En el encuentro con la Eucaristía algunos se descubren llamados a ser ministros del altar; otros, a contemplar la belleza y profundidad de este misterio; otros aún, a derramar su ímpetu de amor sobre los pobres y débiles; y otros por fin a captar su poder transformante en la realidad y en los gestos de la vida diaria. Cada creyente halla en la Eucaristía no sólo la clave de interpretación de su existencia, sino la valentía necesaria para realizar ésta, con vistas a construir, en la diversidad de carismas y vocaciones el único Cuerpo de Cristo en la historia” (n. 2).

“Toda vocación es don del Padre, y como todos los dones que de Dios proceden nos llega a través de muchas mediaciones humanas. La de los padres o los educadores, la de los pastores de la Iglesia, la de quien está directamente comprometido en un ministerio de animación vocacional o la de un mero creyente. (...) ”

Soy consciente de que la pastoral vocacional constituye un ministerio no fácil ciertamente, pero ¿cómo no recordaros que nada es más exaltante que un testimonio apasionado de la propia vocación? Quien vive con alegría este don y lo alimenta a diario con la Eucaristía, podrá sembrar en el corazón de tantos jóvenes la buena semilla de la adhesión fiel a la llamada divina. (...)

¡No os dejéis desanimar por las dificultades; confiad! La semilla de la llamada divina, si está plantada con generosidad, producirá frutos abundantes.(...) Que cada creyente se transforme en educador de vocaciones, sin miedo a proponer opciones radicales; que cada comunidad comprenda la centralidad de la eucaristía y la necesidad de ministros del sacrificio eucarístico; que todo el Pueblo de Dios eleve con intensidad y pasión cada vez

mayores la oración al dueño de la mies para que mande obreros a su mies, y encomiende esta oración a la intercesión de la Madre del sacerdote eterno” (n.4).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XXXIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (21-IV-2002): “La vocación a la santidad”.**

- Tarea de la Iglesia: promover la santidad

Tarea primaria de la Iglesia es acompañar a los cristianos por el camino de la santidad, con el fin de que iluminados por la inteligencia de la fe, aprendan a conocer y a contemplar el rostro de Cristo y a redescubrir en Él la auténtica identidad y la misión que el Señor confía a cada uno. (cf. Ef.2,20-21).

La Iglesia reúne en sí todas las vocaciones que Dios suscita entre sus hijos y se configura a sí misma como reflejo luminoso del misterio de la Stma. Trinidad. Como “pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, lleva en sí el misterio del Padre que llama a todos a santificar su nombre y a cumplir su voluntad ; custodia el misterio del Hijo que, mandado por el Padre a anunciar el Reino de Dios, invita a todos a seguirlo; es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión que el Padre ha elegido mediante su Hijo Jesucristo (...) (n.1)..

- La Iglesia es casa de la santidad y la caridad de Cristo

Si cada vocación en la Iglesia está al servicio de la santidad, algunas, sobre todo, como la vocación al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada lo son de modo especialísimo. Es a estas vocaciones a las que invito a mirar hoy con particular atención, intensificando su oración por ellas.

La vocación al ministerio sacerdotal es “esencialmente una llamada a la santidad, en la forma que brota del sacramento del Orden” (PDV 33) (...) (n.2).

La vida consagrada revela la íntima naturaleza de cada vocación cristiana a la santidad y la tensión de toda la Iglesia-Esposa hacia Cristo, “su único Esposo”. “La profesión de los consejos evangélicos está íntimamente conectada con el misterio de Cristo” (...) n.3).

- Las vocaciones de especial consagración en el centro de la pastoral

Es necesario poner en evidencia todos los medios para que las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, esenciales para la vida y la santidad del Pueblo de Dios, estén continuamente en el centro de la

espiritualidad de la acción pastoral y de la oración de los fieles (...) (n.3) (Boletín O.E. del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; mayo, 2003; 589-593).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XL Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (11 de mayo de 2003). “La Vocación al servicio”.**

- “He aquí a mi siervo, a quien elegí”

“Mientras, en la cultura actual, el que sirve es considerado inferior, en la historia sagrada es el que es llamado por Dios para cumplir una acción particular de salvación y redención, como quien sabe haber recibido todo lo que tiene y por lo tanto se siente también llamado a poner al servicio de los demás todo cuanto ha recibido.

“El servicio en la Biblia, está siempre unido a una llamada específica que viene de Dios y por tanto representa el máximo cumplimiento de la dignidad de la criatura, o sea, que evoca toda la dimensión misteriosa y trascendente. Así ha sido también en la vida de Jesús, el siervo fiel llamado a cumplir la obra universal de la redención (n.1)..

- “Como cordero llevado al matadero”

“En la Sagrada Escritura se da una fuerte y evidente ligazón entre servicio y redención, como de hecho se da entre servicio y sufrimiento. Entre Siervo y Cordero de Dios. El Mesías es el Siervo sufriente que padece, que se carga sobre la espalda el peso del pecado humano, es el Cordero “conducido al matadero” (Is.53,7) para pagar el precio de la culpa cometida por la humanidad y devolverle así el servicio del que más tiene necesidad. El Siervo y el Cordero que “maltratado, se dejó humillar y no abrió la boca” (Is. 53,7), mostrando de esta manera una fuerza extraordinaria: la de no devolver el mal con el mal, sino respondiendo al mal con el bien. Es la humilde energía del siervo, que encuentra en Dios su fuerza y que, por esto, Él le transforma en “luz de las naciones”, y operador de salvación (cf. Is.49,5-6). La vocación al servicio es siempre, misteriosamente, vocación a tomar parte de forma muy personal, aunque costosa y dolorosa, en el misterio de la salvación (n.2).

- “Como el Hijo del hombre que no ha venido a ser servido...”

“Jesús es en verdad el modelo perfecto del “siervo” del que habla la Escritura. Él es quien se ha despojado radicalmente de sí, para asumir la “condición de siervo” (Fil.2,.7) y dedicarse totalmente a las cosas del Padre

(cf. Lc.2,49), como Hijo predilecto en quien el Padre se complace (cf. Mt.17,5). Jesús no ha venido para ser servido, “sino para servir y dar su vida en rescate de muchos” (Mt. 20,28); ha lavado los pies de sus discípulos y ha obedecido al proyecto del Padre hasta la muerte de cruz (cf. Fil.2,8). Por esto, el Padre mismo lo ha exaltado, dándole un nombre nuevo...(cf.Fil.2,9-11) (n.3).

¿Cómo no leer en el tema del “siervo Jesús” la historia de cada vocación, la historia pensada por el Creador para cada ser humano, historia que inevitablemente pasa a través de la llamada a servir y culmina en el descubrimiento del nombre nuevo, pensado por Dios para cada uno? En tal “nombre” cada uno puede proponer su propia identidad, orientándose hacia una realización de sí mismo que lo hará libre y feliz.

¿Cómo no leer, en particular en la parábola del Hijo, Siervo y Señor, la historia vocacional de quien es llamado por Él, para seguirlo de cerca y llegar así, a ser siervo en el ministerio sacerdotal o en la consagración religiosa? En efecto, la vocación sacerdotal o religiosa es siempre por su naturaleza, vocación al servicio generoso a Dios y al prójimo. El servicio entonces se transforma en camino y mediación preciosa para llegar a comprender mejor la propia vocación. La diafonía es en verdad un instrumento pastoral vocacional (n.3).

- Donde estoy yo, allí estará mi siervo

Jesús, el Siervo y el Señor, es también aquel que llama. Llama a ser como Él, porque sólo en el servicio el ser humano descubre la dignidad propia y la ajena. Él llama a servir como Él ha servido: cuando las relaciones interpersonales son inspiradas en el servicio recíproco, se crea un mundo nuevo y en ello se desarrolla una auténtica cultura vocacional” (n.4)..

“Con este mensaje, quisiera casi prestar la voz a Jesús, para que proponga a tantos jóvenes el ideal del servicio y ayudarles a superar las tentaciones del individualismo y la ilusión de procurarse así la felicidad. No obstante cierto impulso contrario también presente en la mentalidad actual, se da en el corazón de muchos jóvenes una natural disposición a abrirse a otro, de forma especial al más necesitado. Todo ello los hace generosos, capaces de empatía, dispuestos a olvidarse de sí mismos para anteponer al otro a sus propios intereses.

“Servir, queridos jóvenes, es vocación del todo natural, porque el ser humano es naturalmente siervo, no siendo dueño de la propia vida y estando en cambio necesitado de tantos servicios al otro. Servir es manifestación de

libertad por irrumpir del propio yo y de responsabilidad hacia el otro; y servir es posible a todos, con gestos aparentemente pequeños, pero grandes en realidad si son animados del amor sincero. El verdadero siervo es humilde, sabe ser “inútil” (cf. lc.17,10). No busca provechos egoístas, pero se empeña por los otros experimentando en el don de sí mismo el gozo de la gratuidad (n.4).

“Os auguro, queridos jóvenes, sepáis escuchar la voz de Dios que os llama al servicio. Es éste el camino que abre tantas formas de ministerios favorables a la comunidad; desde el ministerio ordenado a los varios ministerios instituidos y reconocidos: la catequesis, la animación litúrgica, la educación de los jóvenes, las más variadas expresiones de la caridad (cf. NMI, 46) (n.4).

- Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos...

¿Quién es el más grande? Es la tentación de siempre, que no perdona siquiera a quien es llamado a presidir la Eucaristía, el sacramento del amor supremo del “Siervo sufriente”. Quien cumple este servicio, en realidad, es todavía más radicalmente llamado a ser siervo. Es llamado, de hecho, a lograr “in persona Christi” y por lo tanto a revivir la misma condición de Jesús en la Última Cena, asumiendo por ello la misma disponibilidad para amar no sólo hasta el fin sino a dar la vida. Presidir la Cena del Señor es, por lo tanto, una invitación urgente para ofrecerse como don, para que permanezca y crezca en la Iglesia la actitud del Siervo sufriente y Señor.

“Queridos jóvenes, cultivad la atracción por los valores y por la elección radical que hacen de la existencia un servicio a los demás tras las huellas de Jesús, el Cordero de Dios. No os dejéis seducir por los reclamos del poder y de la ambición personal. El ideal sacerdotal debe ser constantemente purificado por éstos y otras peligrosas ambigüedades.

“Resuena también hoy el llamamiento del Señor Jesús: “si uno me sirve, que me siga” (Jn.12,26). No tengáis miedo de acogerlo. Encontraréis seguramente dificultades y sacrificios, pero seréis felices de servir, seréis testimonios de aquel gozo que el mundo no puede dar. Seréis llamas vivas de un amor infinito y eterno. Conoceréis la riqueza espiritual del sacerdocio, don y misterio divino” (n.5) (Diócesis de Coria- Cáceres. Boletín Oficial. Abril-mayo 2003; 436-440).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XLI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (2 de mayo de 2004).**

Una vez más el Santo Padre nos envía un mensaje con motivo de esta Jornada de oración por las Vocaciones. De él extraemos estas afirmaciones:

Nuestro primer deber es pedir al “Dueño de la mies” por los que ya siguen más de cerca a Cristo en la vida sacerdotal y religiosa, y por los que Él, en su misericordia, no cesa de llamar para esas importantes tareas eclesiales. (...) En esta “necesidad de oración” se inserta nuestra petición común al Señor para que “envíe obreros a su mies” (n.1).

La vocación al servicio exclusivo de Cristo en su Iglesia es don inestimable de la bondad divina, don que es preciso implorar con insistencia, confianza y humildad. El cristiano debe abrirse cada vez más a este don, vigilando para no desaprovechar “el tiempo de la gracia” y el “tiempo de la visita” (cf. Lc.19,44). Reviste particular valor la oración unida al sacrificio y al sufrimiento. El sufrimiento, vivido como cumplimiento en la propia carne de lo que falta “a las tribulaciones de Cristo a favor de su Cuerpo que es la Iglesia” (Col.1,24), se convierte en una forma de intercesión muy eficaz. Muchos enfermos, en todas las partes del mundo, unen sus penas a la cruz de Jesús, para implorar vocaciones santas (n.2).

Quiera Dios que todas las comunidades cristianas se conviertan en “auténticas escuelas de oración”, donde se ore para que no falten obreros en el vasto campo de trabajo apostólico. También es necesario que la Iglesia acompañe con constante solitud espiritual a aquellos que Dios ha llamado y que “siguen al Cordero a dondequiera que vaya” (Ap 14,4). Me refiero a los sacerdotes, a las religiosas y a los religiosos, a los eremitas, a las vírgenes consagradas, a los miembros de los institutos seculares, en una palabra a todos los que han recibido el don de la vocación y llevan “este tesoro en recipientes de barro” (ICort.4,7). En el Cuerpo místico de Cristo existe una gran variedad de ministerios y carismas (cf. ICort.12,12), todos destinados a la santificación del pueblo cristiano.(n.3).

El Santo Padre pide a los sacerdotes que oren al Señor por las vocaciones: “una exigencia imprescindible de la caridad pastoral hacia la propia Iglesia local es la solicitud del sacerdote por dejar a alguien que tome su puesto en el servicio sacerdotal (...) Cada ministro de Cristo tiene el deber de orar con perseverancia por las vocaciones. Nadie es capaz de comprender mejor que él la urgencia de un relevo generacional que asegure personas generosas y santas para el anuncio del Evangelio y la administración de los sacramentos (...) De la santidad de los llamados depende la fuerza de su testimonio, capaz de implicar a otras personas, impulsándolas a consagrar su vida a Cristo (...) Además, la oración de los llamados, sacerdotes y personas

consagradas, reviste un valor especial, porque se inserta en la oración sacerdotal de Cristo. En ellos Él ruega al Padre para que santifique y mantenga en su amor a los que, aun estando en este mundo, no pertenecen a él (cf. Jn.17,14-16) ” (n.4).(Ecclesia; n.3196; 13-III-2004), 29-30.

*** Discurso al primer grupo de obispos españoles con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2005).**

“Una esperanza viva es el incremento de las vocaciones sacerdotales que se da en algunas partes. Es verdad que la situación social y religiosa no favorece la escucha de la llamada del Señor a seguirle en la vida sacerdotal o consagrada.

Por eso es importante orar sin cesar al Dueño de la mies (cf. Mt.9,38) para que siga bendiciendo a España con numerosas y santas vocaciones. Para ello se debe fomentar una pastoral específica vocacional, amplia y capilar que mueva a los responsables de la juventud a ser mediadores audaces de la llamada del Señor. No hay que tener miedo a proponerla a los jóvenes y después acompañarlos asiduamente, a nivel humano y espiritual, para que vayan discerniendo su opción vocacional” (n.8).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XLII Jornada Mundial de oración por las Vocaciones: “Llamados a remar mar adentro” (17-IV-2005).**

Juan Pablo II estuvo pendiente siempre de esta Jornada Mundial de oraciones por las vocaciones, cuyo lema es: “llamados a remar mar adentro”. Con este motivo, escribió siempre un mensaje a todos. Presentamos aquí las ideas más importantes de su último mensaje.

- Actualidad de la llamada de Cristo

La llamada de Cristo resulta especialmente actual en nuestro tiempo, en el que una difusa manera de pensar propicia la falta de esfuerzo personal ante las dificultades. La primera condición para “remar mar adentro” requiere cultivar un profundo espíritu de oración, alimentado por la escucha diaria de la Palabra de Dios (n.2).

- La apertura del corazón a Jesucristo:

“Quien abra el corazón a Cristo no sólo comprende el misterio de la propia existencia, sino también el de la propia vocación, y recoge espléndidos frutos de gracia. El primero es el crecimiento en santidad por un camino

espiritual que, comenzando con el don del bautismo, prosigue hasta alcanzar la caridad perfecta. Viviendo el Evangelio “sin glosa”, el cristiano se hace cada vez más capaz de amar como Cristo, de acuerdo con su exhortación: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt.5,48). Se esfuerza por perseverar en la unidad con los hermanos dentro de la comunión de la Iglesia, y se pone al servicio de la nueva evangelización para proclamar y testimoniar la estupenda verdad del amor salvífico de Dios. (...) (n.3).

- Llama a los adolescentes y a los jóvenes.

“Os repito la invitación de Cristo a “remar mar adentro”. Os encontráis en un momento en que tenéis que tomar una decisión importante para vuestro futuro. (...) Los jóvenes necesitan de Cristo, pero saben también que Cristo quiere contar con ellos. Queridos muchachos y muchachas, confiad en Él, escuchad sus enseñanzas, mirad su rostro, perseverad en la escucha de su Palabra. Dejad que sea Él quien oriente vuestras búsquedas y aspiraciones, vuestros ideales y los anhelos de vuestro corazón (...) Confiad en Cristo, escuchad sus enseñanzas, mirad su rostro, perseverad en la escucha de su Palabra. Dejad que sea él quien oriente vuestras búsquedas y aspiraciones, vuestros ideales y los anhelos de vuestro corazón” (n.4).

- Unas palabras a los padres y educadores cristianos, a los sacerdotes, consagrados y catequistas:

“Dios os ha confiado el quehacer peculiar de guiar a la juventud por el camino de la santidad. Sed para ellos ejemplo de generosa fidelidad a Cristo. Animadles a no dudar en “remar mar adentro”, respondiendo sin tardanza a la invitación del Señor. Él llama a unos a la vida familiar, a otros a la vida consagrada o al ministerio sacerdotal. Ayudadles a que sepan discernir cuál es su camino, y lleguen a ser verdaderos amigos de Cristo y sus auténticos discípulos. Cuando los adultos creyentes hacen visible el rostro de Cristo con la palabra y con el ejemplo, los jóvenes están dispuestos más fácilmente a acoger su exigente mensaje marcado por el misterio de la cruz. No olvidéis, además, que hoy también se necesitan sacerdotes santos, personas totalmente consagradas al servicio de Dios!” (n.5) (97f).

- Una pastoral vocacional amplia y capilar

“Es necesario y urgente enfocar una vasta y capilar pastoral de las vocaciones que llegue a las parroquias, los centros educativos, a las familias, suscitando una reflexión más atenta a los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar

a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la entrega total de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino” (NMI, 46)

S) La Vida Consagrada

“Si los laicos expresan el “ya” de su gracia sembrado en el mundo, los religiosos habrán de expresar el “todavía no” de la gracia, anticipando su consumación gloriosa. (...) En los laicos Cristo se hace presente “entre los hombres” transfigurando la humanidad y el mundo como fermento. En los religiosos, Cristo se hace presente “allende ellos”, “más allá de ellos” trascendiendo la humanidad y el mundo, como primicias y arras de la consumación” (98).

“La búsqueda de Dios, una vida de comunión y el servicio a los demás son las tres características principales de la vida consagrada” (99).

*** Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas en Maynooth (Irlanda), 1979**

Juan Pablo II hace un llamamiento a los Religiosos y Religiosas a que colaboren con la gracia del Señor para que se santifiquen y sean santos.

“El primer campo de vuestro apostolado es vuestra vida personal. Aquí es donde ante todo el mensaje del Evangelio debe ser predicado y vivido.

Vuestro primer deber apostólico es vuestra santificación. Ningún cambio en la vida religiosa tiene importancia alguna si no es también una conversión de vosotras mismas a Cristo....No es lo que hacéis lo que más importa, sino lo que sois como mujeres consagradas al Señor. Cristo se ha consagrado a sí mismo por vosotras para que también vosotras “podáis ser consagradas en la verdad” (cf. Jn.17, 19) (n.8).

“Sed testigos de Cristo en el mundo moderno. No dudéis en haceros reconocer e identificar por las calles como hombres y mujeres que han consagrado su vida a Dios y han dejado todo lo de este mundo para seguir a Cristo (...) La gente necesita signos y señales de Dios en esta moderna ciudad secular en la que quedan bien pocos signos que llevan al Señor (n.9).

*** Allocución a los Religiosos y Religiosas (Chicago, USA, 4-X-1979).**

El Santo Padre dirige un mensaje peculiar a los Religiosos y Religiosas invitándoles a recuperar, renovar y vivir las realidades más importantes de la Vida religiosa. Veámoslo:

La consagración religiosa

Vuestra consagración tuvo origen en el conocimiento de Cristo, y vuestra vida se sustenta en su amor. Porque os ha llamado a seguirlo más de cerca con una vida consagrada mediante el don de los consejos evangélicos. Vosotros le seguís con sacrificio y generosidad espontánea.

Vuestra consagración religiosa es esencialmente un acto de amor. Es una imitación de Cristo, que se ofreció a su Padre para salvar al mundo. En Cristo se unen su amor por el Padre y su amor por los hombres. Y así sucede en vosotros.

Vuestra consagración religiosa no sólo ha reforzado el don bautismal de unión con la Trinidad, sino que os ha llamado también para un servicio mayor al Pueblo de Dios. Vosotros estáis más cercanos a la persona de Cristo, y participáis más en su misión de salvar al mundo (n.1) .

La auténtica libertad

La auténtica libertad: debéis ser libres interiormente, espiritualmente. (...) Es la libertad fundamental del hombre. Y nos la ganó Cristo en la cruz. (...) Vuestras promesas de poner en práctica los consejos evangélicos no han sofocado vuestra libertad, no sois menos libres por ser obedientes; el celibato no os vuelve menos capaces de amar. Al contrario, la práctica fiel de los

consejos evangélicos acentúa vuestra dignidad humana, libera el corazón y hace arder el espíritu en amor total a Cristo y a sus hermanos en el mundo. Esta libertad de corazón indiviso se mantiene con la vigilancia continua y la oración ferviente (n.2).

La Eucaristía, centro de nuestra vida

Debéis poner la Eucaristía en el centro de vuestra vida. (...) Es en la Eucaristía donde esta participación (en la pasión, muerte y resurrección de Cristo) se celebra y se hace eficaz de modo particular. En la Eucaristía se renueva vuestro espíritu, se vigorizan vuestra mente y vuestro corazón, y encontraréis la fuerza de vivir, día a día, para Él, que es el Redentor del mundo (n.3).

Fidelidad al Evangelio

Si escucháis sinceramente la Palabra de Dios y tratáis de ponerla en práctica humildemente, pero con constancia, su Palabra dará frutos en vuestra vida como la semilla caída en tierra fértil (n.4).

La vida comunitaria

El cuarto y último elemento que hace eficaz vuestra participación en la misión de Cristo es la vida con los hermanos. La vida en comunidad religiosa es la primera expresión concreta de amar a los demás. Las exigencias de renuncia de sí mismo y de servicio generoso se ponen en práctica para construir la comunidad fraterna; el amor que os une como hermanos en la comunidad se convierte a su vez en la fuerza que os sostiene en vuestra misión de cara a la Iglesia (n. 5).

Fidelidad al carisma fundacional

La clave para la realización de cada uno de los institutos ha sido la fidelidad al carisma inicial que Dios puso en el fundador o en la fundadora para enriquecer a la Iglesia. (...) Esta fidelidad constituye el criterio cierto para juzgar qué actividades eclesiales deberá emprender el instituto y cada uno de sus miembros para contribuir a la misión de Cristo” (n.6).

El testimonio

No olvidéis jamás la meta precisa y final del servicio apostólico: llevar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo a la comunión con la Stma. Trinidad. En esta época surge la tentación creciente de buscar la seguridad en

la propiedad, en la ciencia, en el poder. Al dar testimonio con una vida consagrada a Cristo en la pobreza, castidad y obediencia, vosotros ponéis en duda esta falsa seguridad. Recordáis a los hombres que sólo Cristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn.14,6).

*** Allocución a las Religiosas (Washington, USA, 7-X-1979).**

El Santo Padre se dirige a las Religiosas para recordarles realidades esenciales su vida de consagradas

- Vocación a la santidad: “ya bautizados, “un día manifestamos la determinación de vivir siempre unidos a Cristo y ser miembros vivo y generosos del Pueblo de Dios según los dones recibidos del Espíritu Santo”.(n.1)

- La práctica de los consejos evangélicos: “Con el deseo de perfeccionar e intensificar lo que Dios comenzó por el bautismo en vuestra vida, y convencidas de que Dios os estaba ofreciendo el don de los consejos evangélicos, quisisteis seguir a Cristo más de cerca, conformar más completamente vuestra vida con la de Jesucristo, en una comunidad religiosa determinada y a través de ella. Esta es la esencia de la consagración religiosa: profesar dentro de la Iglesia y para bien de ésta, pobreza, castidad y obediencia en respuesta a la invitación especial de Dios, a fin de alabar y servir a Dios con mayor libertad de corazón y para llevar una vida más conforme a la de Cristo, según el tipo de vida elegido por Él y su Madre bendita” (cf. PC 1; LG 46).

- En profunda relación con la Iglesia y en total fidelidad a sus orientaciones: “La consagración religiosa no sólo hace más honda vuestra entrega personal a Cristo, sino que también refuerza vuestra relación con su Esposa, la Iglesia. La consagración religiosa es un modo peculiar de vivir en la Iglesia, un modo particular de actuar la vida de fe y servicios iniciados en el bautismo. Por su parte, la Iglesia os ayuda a discernir la voluntad de Dios” (n.3).

- En íntima unión con Cristo, fomentada por la continua oración: “Jesús debe ser siempre el primero en vuestra vida. Su persona debe ser el centro de vuestras actividades, de las actividades de cada día. Ninguna otra persona ni actividad puede tener precedencia ante Él. (...) Por ello debéis unirnos a Él continuamente en oración. Sin oración, la vida religiosa no tiene sentido. (...) Sin oración no puede haber gozo, ni esperanza ni paz” (n.4).

- Con una vida centrada en la Eucaristía y proyectada hacia el servicio a los hermanos. “En la Eucaristía celebráis su muerte y resurrección, y recibís de Él el pan de vida eterna. Y es sobre todo en la Eucaristía donde os unís al que es objeto de todo vuestro amor. En la Eucaristía y con Él encontráis todavía mayores motivos para amar y servir a sus hermanos y hermanas. En la Eucaristía y con Cristo adquirís mayor comprensión y misericordia para con el Pueblo de Dios. Y en la Eucaristía recibís fuerzas para perseverar en la dedicación a un servicio abnegado” (n.5).

*** Allocución al clero, religiosos y religiosas, en Fátima (13-V- 1982).**

El Santo Padre dirige su palabra a los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas de Portugal. Toma como punto de partida una realidad por todos conocida: “no sois vosotros los que habéis elegido a Dios, es Dios quien por puro amor os ha elegido y llamado por vuestro nombre para seguir a Jesús (n.1)..

Respecto a la pobreza dice: “ En una sociedad que estima tanto el tener, en la que parece dominar la aspiración, siempre renovada, del bienestar y confort, que con tanta frecuencia se deja fascinar por el lujo, en contraste directo con miserias irritantes, la pobreza, y sobre todo el espíritu de pobreza, es un desafío. Desafío para todos, para los ricos y para los pobres de bienes materiales, desafío, en particular, para aquellos que han hecho “profesión de la pobreza evangélica. La pobreza evangélica es algo más que simple renuncia a los bienes materiales; es abandono, “perderse” en Dios (n.4).

No basta abandonarlo todo. Es necesario seguir a Cristo con un continuo esfuerzo de identificación con Él y con su causa. Estamos en el mundo, sin ser del mundo, representando entre los hombres los signos de la verdad y de la presencia de Cristo en el mundo. Le damos todo nuestro ser con su manifestación para que Él continúe pasando haciendo el bien (n.5).

De la misma manera que es difícil vivir y testimoniar la pobreza evangélica en una “sociedad de consumo” y de abundancia, es difícil también, en una época de secularización, ser marcados como religiosos, del Absoluto de Dios. La tendencia a la nivelación, cuando no a la inversión de los valores, parece favorecer el anonimato de las personas, ser como los demás, pasar inadvertido. Y en cambio, la característica de ser “sal” y “luz” en el mundo sigue siendo el llamamiento de Cristo, especialmente para quienes se consagran a Él” (n.5).

*** Encuentros de Juan Pablo II con los Religiosos y Religiosas durante su estancia en España (1982)**

Juan Pablo II habló también a los Religiosos y Religiosas de España y les recordó las verdaderas esencias de la Vida Religiosa. Les ofrezco algunas enseñanzas del Santo Padre:

- “Encuentro con los Religiosos y miembros de Institutos seculares (Madrid. 2-XI-1982).

- Habéis sido elegidas y llamadas por el Señor:

“Vuestra vocación es iniciativa divina; un don hecho a vosotros y un regalo para la Iglesia” (n.2).

Vuestra respuesta al Señor que por gracia y amor os llamó para que lo siguierais por los caminos del Reino de Dios ha de ser renovada todos los días para evitar la rutina, la inercia, el cansancio, la apatía:

“Confiados en la fidelidad del que os llamó y en la fuerza del Espíritu, os habéis puesto a disposición de Dios con los votos de pobreza, castidad consagrada y obediencia; y esto no por un tiempo, sino para toda la vida, con un “compromiso irrevocable”. Habéis pronunciado un sí para todo y para siempre. Así, en una sociedad en la que con frecuencia falta la valentía para aceptar compromisos y en la que muchos prefieren vanamente una vida sin vínculos, dais el testimonio de vivir con compromisos definitivos, en una decisión por Dios que abarca toda la existencia” (n.2).

- Dad gracias a Dios por la llamada

“Dad siempre gracias a Dios por la misteriosa llamada que un día resonó en lo íntimo de vuestro corazón: “Sígueme” (cf. Mt.9,9); Jn.1,45). “Vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme” (Mt.19,21). Esta llamada y vuestra respuesta –que Dios mismo con su gracia puso en vuestra voluntad y en vuestros labios- se encuentran en la base de vuestro itinerario espiritual: es la razón de todos vuestros quehaceres”.

- Fortaleced vuestro compromiso

“Vuestro compromiso - entrega total y fidelidad permanente a Jesucristo- ha de fortalecerse siempre en el Señor. Os pido una renovada fidelidad, que haga más encendido el amor a Cristo, más sacrificada y alegre vuestra entrega, más humilde vuestro servicio, sabedores -os lo diré con Santa Teresa de Jesús- de que “quien de verdad comienza a servir al Señor, lo

menos que le puede ofrecer es la propia vida” (Camino de perfección, 11,2) (n.3).

- Debéis ser testigos de Cristo en el mundo actual.

“También vosotros sois sal y luz desde el carisma que el Espíritu Santo os ha regalado. De nuevo os ofrezco unas nuevas palabras del Santo Padre:

“Esta dimensión de la entrega total y de la fidelidad permanente al Amor constituye la base de vuestro testimonio ante el mundo. De hecho el mundo busca en vosotros un estilo de vida sincero y una forma de trabajo que responda a lo que verdaderamente sois. El testigo no es un simple maestro que enseña lo aprendido, sino que es alguien que vive y actúa conforme a una profunda experiencia de lo que cree” (n.4).

- La consagración y los consejos evangélicos

“Como personas consagradas sois, ante todo, consagradas precisamente por la profesión y práctica de los consejos evangélicos; y así vuestra vida tiene que ofrecer un testimonio esencialmente evangélico. Continuamente tenéis que volveros a Cristo, Evangelio viviente, y reproducirlo en vuestra vida, en vuestra forma de pensar y trabajar.

“Hay que recuperar la confianza en el valor y actualidad de los consejos evangélicos, que tiene su origen en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo (cf. PC, 1). Pobres como Cristo pobre; obedientes, aceptando esa actitud del corazón de Cristo, que vino para redimir al mundo no haciendo su voluntad, sino la del Padre que lo envió; y viviendo con todas sus consecuencias la continencia perfecta por el reino de los cielos, como señal y estímulo de la caridad y como manantial de fecundidad apostólica en el mundo”.

- La vida comunitaria

La vida comunitaria es un elemento esencial, no de la vida consagrada en sí misma, pero sí de la forma religiosa de esa consagración. Dios ha llamado a los religiosos a santificarse y a trabajar en comunidad. La vida comunitaria tiene su fundamento no en una amistad humana sino en la vocación de Dios, que libremente os ha escogido para formar una nueva familia, cuya finalidad es la plenitud de la caridad y cuya expresión es la observancia de los consejos evangélicos (n.6).

“Elementos de una verdadera vida comunitaria son el superior, que goza de una autoridad (OT 14), que ha de ejercitar en actitud de servicio; las reglas y tradiciones que configuran cada familia religiosa; y finalmente la Eucaristía, que es el principio de toda comunidad cristiana” (n. 6).

- Al servicio del reino de Dios

“El consagrado es una persona que, renunciando al mundo y a sí mismo, se ha entregado por completo a Dios y, lleno de Dios, vuelve al mundo para trabajar por el Reino de Dios y por la Iglesia. La persona del consagrado está marcada profundamente por esta pertenencia exclusiva a Dios, a la vez que tiene por objeto de su servicio los hombres y el mundo” (n.7).

La llamada a anunciar el Evangelios en países donde no se conoce a Jesucristo: tenéis que restaurar y potenciar “la generosidad misionera con la que miles de consagrados españoles entregaron su vida a la tarea apostólica de establecer la Iglesia en tierras aún por evangelizar” (n. 8).

- Homilía durante la Misa celebrada en Loyola para los Religiosos y Religiosas (6-XI-1982).

Recordamos aquí lo siguiente:

- Inserción de la Vida Religiosa en la Iglesia: “Una eficaz muestra de esa apertura y disponibilidad podréis darla con vuestra inserción en las comunidades de las Iglesias locales. Cuidando bien que vuestra exención religiosa no sea nunca una excusa para desentenderos de los planes pastorales diocesanos y nacionales. No olvidéis que vuestra aportación en este campo puede ser decisiva para la revitalización de las diócesis y comunidades cristianas” (n. 4).

- La tarea fundamental de la Vida Religiosa: “Los consagrados saben que su actividad no se centra en la realidad temporal. Ni en lo que es campo de los seglares y que deben dejar a estos. Han de sentirse, ante todo, al servicio de Dios y de su causa (cf. Sal.33,2). Los caminos del mundo religioso no siguen los cálculos de los hombres. No usan como parámetro el culto al poder, a la riqueza, al placer. Saben, por el contrario, que su fuerza es la gracia de la aceptación divina de la propia entrega. Signos indicadores en los caminos del mundo, los religiosos marcan la dirección hacia Dios. En un mundo en el que pelagra la aspiración a la trascendencia, hacen falta quienes se detienen a orar, quienes dan un complemento de espíritu al mundo, quienes se ponen cada día a la hora de Dios” (n.5).

- Por encima de todo, el mundo religioso ha de mantener la aspiración perseverante a la perfección. Con una renovada conversión de cada día, para confirmarse en su propósito.

*** Discurso a las Religiosas y Miembros de Institutos Seculares femeninos (8-XI-1982).**

- Palabras de aprecio y agradecimiento de Juan Pablo II:

“Quiero ante todo manifestaros mi aprecio y afecto por lo que los sois y por lo que significáis en vuestro país y en la Iglesia entera. Conservad en vuestro corazón un amor inquebrantable a vuestra hermosa vocación, la voluntad de responder sin vacilar cada día a esa vocación y de conformaros cada vez más perfectamente con vuestro modelo y Señor, Jesucristo. Tened siempre presente vuestra responsabilidad frente a la vida cristiana de vuestros conciudadanos: vuestro fervor acrecienta la vitalidad de vuestra Iglesia, mientras que, por el contrario, vuestra tibieza provocaría bien pronto en el pueblo cristiano un proceso de decadencia”.

- A las Religiosas contemplativas

“Las contemplativas son en verdad para las demás religiosas la estrella que marca sin cesar la ruta: su vida de oración, su holocausto cotidiano, son apoyo potente para la labor apostólica de las demás religiosas, como lo son para la iglesia visible, que sabe poder contar con su inserción poderosa ante el Señor.

- A las Religiosas dedicadas al apostolado

“Estad seguras de que vuestras actividades (cuidado incansable de los enfermos y necesitados en hospitales, clínicas y residencias; las obras asistenciales que completan la obra pastoral de los sacerdotes; la catequesis y tantos otros medios, a través de los cuales dais realmente testimonio de la caridad de Cristo) no sólo conservan su actualidad, sino que, debidamente adaptadas, demuestran ser, cada vez más, medios privilegiados de evangelización, de testimonio y de promoción humana auténtica. No os desaniméis, pues, ante las dificultades. Procurad en vuestro empeño responder cada vez mejor a las exigencias de los tiempos; que vuestra aportación brote armónicamente de la misma finalidad de vuestros Institutos y que vaya marcada con el sello distintivo de la obediencia, de la pobreza y de la castidad religiosas. No permitáis que disminuya vuestra generosidad cuando se trate de

responder a las llamadas apremiantes de los países que esperan misioneras: estad seguras de que el Señor os recompensará con nuevas vocaciones.

Al entregaros generosamente a vuestras labores, no olvidéis nunca que vuestra primera obligación es permanecer con Cristo. Es preciso que sepáis siempre encontrar tiempo para acercaros a Él en la oración: sólo así podréis luego llevarle a aquellos con quienes os encontréis. La vida interior sigue siendo el alma de todo apostolado. Es el espíritu de oración el que guía hacia la donación de sí mismo; de ahí que sería un grave error oponer oración y apostolado (...).

Intensificasr vuestra vida espiritual

“Es necesario que sepáis siempre reservar a la oración personal y comunitaria espacios diarios y semanales suficientemente amplios. Que vuestras comunidades tengan como centro la eucaristía y que vuestra participación diaria en el sacrificio de la misa así como orar en presencia de Jesús Sacramentado, sean expresión evidente de que habéis comprendido qué es lo único necesario (cf. Lc.10,42).

La vida fraterna

“Cultivad en vuestras casas una vida verdaderamente fraterna, edificada sobre la caridad mutua, la humildad y la solicitud por las demás hermanas. Amad vuestra vida de familia y los diversos encuentros que constituyen la trama de vuestra vida diaria. Podéis estar seguras de que esa vida de comunidad, vivida en caridad y abnegación, es la mejor ayuda que podéis prestaros mutuamente y el mejor antídoto contra las tentaciones que insidian vuestra vocación.

Los consejos evangélicos

“Vuestra pobreza debe ser vivencia y expresión de lo que dice la Escritura Santa de los primeros cristianos (cf. Hech. 4,32). Vuestra pobreza religiosa “constituye la base de vuestra vida fraterna en comunidad”.

“Vuestra opción por la castidad perfecta y vuestra obediencia religiosa han venido a completar vuestra donación de amor y a convertir vuestra vida comunitaria en una realidad teocéntrica y cultural: así toda vuestra vida queda consagrada y resulta un testimonio vivo del Evangelio. La Iglesia y el mundo necesitan poder ver el Evangelio vivo en vosotras.

La vida religiosa en la Iglesia

“Recordad que la comunidad religiosa está insertada en la Iglesia y que no tiene sentido sino en la Iglesia, participando de su misión salvadora en fidelidad filial a su magisterio. Vuestro carisma habéis de entenderlo a la luz del Evangelio, de vuestra propia historia y del magisterio de la Iglesia. Y cuando se trate de comunicar a los otros vuestro mensaje, procurad transmitir siempre las certidumbres de la fe y no ideologías humanas que pasan.

La educación de la juventud

“Hermosa y exigente tarea, delicada y apasionante a la vez, que implica una grave responsabilidad. Continúa poniendo todos los medios para realizarla con gran espíritu de entrega. Hacéis algo muy grato a los ojos de Dios, y por lo que merecéis también el aplauso de los hombres, aunque vosotras no busquéis ese reconocimiento humano.

*** Exhortación Apostólica titulada: “Redemptionis donum” (1984),**

Exhortación Apostólica de Juan Pablo II a los Religiosos y Religiosas sobre su consagración a la luz del misterio de la Redención.

Juan Pablo II determinó que el año 1984 fuese el Año Jubilar de la Redención: “El don de la Redención, que este Año jubilar extraordinario pone particularmente de relieve, lleva consigo una llamada especial a la conversión y a la reconciliación con Dios en Jesucristo. (...) Hemos de meditar más a fondo sobre nuestra vida, sobre nuestra vocación cristiana a la luz del misterio de la redención, para enraizarlas cada vez más en el mismo (n.1).

El Santo Padre hace una llamada peculiar a los Religiosos y Religiosas en este Año Jubilar en el que se celebra el 1950 aniversario de la muerte y resurrección de Cristo: “Si esta llamada se refiere a toda la Iglesia, de modo especial toca a vosotros, religiosos y religiosas, que, en la consagración a Dios, mediante el voto de los consejos evangélicos, tendéis a una particular plenitud de vida cristiana. Vuestra vocación específica y el conjunto de vuestra vida en la Iglesia y en el mundo reciben su carácter y su fuerza espiritual de la profundidad misma del misterio de la redención. Siguiendo a Cristo por el camino estrecho y angosto, vosotros experimentáis de manera extraordinaria que “en Él está abundante la redención” (n. 1).

El Santo Padre ofrece a todos los Religiosos y Religiosas las realidades más profundas que configuran su “Vida Religiosa”:

- La Vocación.

- La Consagración
- Los consejos Evangélicos
- El amor a la Iglesia
- Conclusión

*** A los Religiosos y Religiosas de América Latina (29-VI-1990).**

Con motivo del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo, Juan Pablo II ha dirigido una Carta Apostólica a los Religiosos y religiosas de América latina, de la que reproducimos los títulos de unos capítulos verdaderamente importantes para los Religiosos y Religiosas, invitándolos a leerlos, meditarlos y hacerlos vida:

- Jesucristo es el Redentor y el salvador de la humanidad:

“Sólo desde el Evangelio de Cristo, crucificado y resucitado, se podrá alcanzar la ansiado renovación de los corazones y de las estructuras sociales. Por eso América latina, como los demás continentes, necesita una nueva evangelización que se proyecte sobre sus pueblos y culturas, una evangelización “nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión” (n.1).

“Jesucristo, sólo Jesucristo, “centro del cosmos y de la historia”, ha de ser el centro de América latina. “La única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta. Hacia Cristo, redentor del hombre, hacia Cristo, redentor del mundo. A Él queremos mirar nosotros, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación. Contemplando a Jesucristo evangelizador, aprendemos a ser auténticos evangelizadores. Como Él, debemos vivir de modo permanente y total la “misión de evangelizar” (100).

- Necesidad de la presencia de Religiosos y Religiosas en América Latina:

Tan importante y necesaria es la vida Religiosa en América Latina que Juan Pablo afirma: “también en nuestros días los religiosos y las religiosas representan una fuerza evangelizadora y apostólica primordial en el Continente latinoamericano. La presencia de la vida consagrada es un enorme potencial de personas y comunidades, de carismas e instituciones sin el cual no se puede comprender la acción capilar de la Iglesia en todas las latitudes, la inserción del Evangelio en todas las situaciones humanas, el auge de la obras de misericordia, el esfuerzo por impregnar las culturas, la defensa de los derechos humanos y la promoción integral de las personas, así como la

animación y guía de las comunidades cristianas, incluso en los lugares más remotos” (n.3).

- Una Mirada al pasado: Los religiosos en la llamada evangelización fundante del Nuevo Mundo.

El Santo Padre mira al Pasado y descubre que los religiosos y religiosas hicieron posible la “evangelización fundante” en el Nuevo Mundo: “quiero reiterar la valoración globalmente positiva sobre la actuación de los primeros evangelizadores que eran en gran parte miembros de Órdenes religiosas, sin omitir ciertas limitaciones en sus acciones pastorales (n.4).

No obstante queremos poner de relieve logros muy importantes de los primeros evangelizadores del nuevo Mundo:

- Defensores de los derechos de los nativos (n. 5).
- Amor heroico a Cristo, que los llevó al servicio sin límites de sus hermanos indígenas (n.6).
- La Iglesia entre los indígenas (n. 7).
- Los frutos de la predicación del Evangelio que brillan también hoy: profundo sentido comunitario, anhelo de justicia social, fidelidad a la fe de la Iglesia, profunda piedad mariana y amor al Sucesor de Pedro (n.8).
- La santidad de muchos hijos e hijas de la Iglesia latinoamericana (n.10).
- Implantación de la Jerarquía (n.11).

- Los objetivos del presente: vida consagrada y comunión eclesial

- + fidelidad al Concilio Vaticano II (n. 13)
- + sentido eclesial del Pueblo de Dios (n.14)
- + dimensión eclesial de la vida consagrada (n.15)
- + seguimiento de Cristo y consagración religiosa (n.16)
- + misterio pascual y consejos evangélicos (n.17).
- + verdadera libertad u auténtica liberación (n.18)
- + opción preferencial por los pobres (n.19).
- + virtudes teologales y vida consagrada (n.20)
- + promoción de la solidaridad social (n. 21)
- + fortalecer los vínculos de la comunión eclesial (n.22)
- + cohesión afectiva y efectiva entre Obispos y religiosos

- Los desafíos del futuro: los Religiosos en la Nueva Evangelización

- + al servicio del Reino (n. 24)

- + desde una profunda experiencia de Dios (n.25).
- + con el espíritu de los Fundadores
- + en estrecha colaboración con los sacerdotes y los laicos (n.27)
- + evangelización de la cultura (n. 28).
- + evangelización sin fronteras (n. 29)

- Conclusiones (n.30).

*** Exhortación Apostólica: “Vita consecrata” (1996).**

Este último documento es postsinodal ya que recoge los mejores frutos y resultados del Sínodo, así como muchos mensajes en sus viajes apostólicos en el mundo (101).

Los contenidos fundamentales de esta Exhortación son los siguientes:

- Introducción.
- Capítulos:

Confessio Trinitatis: en las fuentes cristológico-trinitarias de la Vida Consagrada.

Signum Fraternitatis: la Vida Consagrada signo de comunión en la Iglesia.

Servitium Caritatis: La Vida Consagrada, epifanía del amor de Dios en el mundo.

- Conclusión

Aspectos más importantes de la Exhortación

Ofrecemos a continuación algunos aspectos más significativos de las enseñanzas del Santo Padre.

- Luces y sombras en el período postconciliar. La esperanza

En esta Exhortación, Juan Pablo II hace una alusión al tiempo posconciliar en el que la Vida Consagrada ha pasado por momentos difíciles. Para evitar una visión pesimista o ingenuamente optimista, el Santo Padre afirma:

“En estos años de renovación la vida consagrada ha atravesado, como también otras formas de vida en la Iglesia, un período delicado y duro. Ha sido un tiempo rico de esperanzas, proyectos y propuestas innovadoras encaminadas a reforzar la profesión de los consejos evangélicos. Pero ha sido también un período no exento de tensiones y pruebas, en el que experiencias, incluso siendo generosas, no siempre se han visto coronadas por resultados positivos. Las dificultades no deben, sin embargo, inducir al desánimo. Es preciso más bien comprometerse con un nuevo ímpetu, porque la Iglesia necesita la aportación espiritual y apostólica de una vida consagrada renovada y fortalecida” (n.13).

- Invitación apremiante de Juan Pablo II.

Ante esta situación, Juan Pablo II invita a recuperar la esperanza y a emprender una auténtica renovación de la Vida Consagrada siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

“Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de la santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial” (n.37).

- Juan Pablo II llama a los miembros de la Vida Consagrada a mirar el pasado con fidelidad y a afrontar el futuro con dinamismo y esperanza. Recordemos sus palabras:

“¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsará para seguir haciendo con vosotros grandes cosas, para que este nuestro mundo confiado a la mano del hombre... sea cada vez más humano y justo, signo y anticipación del mundo futuro” (n.110) (101a).

Juan Pablo II aborda en un discurso que dirige al X grupo de Obispos de Brasil en su visita “ad limina” un tema importante: “la refundación”. Recordemos sus palabras en este tema:

“Se oye hablar, a veces, de refundación de congregaciones, olvidando, sin embargo, que -además de la inseguridad y del trastorno causado en muchas personas de buena fe- se trata de recomenzar íntegramente de Cristo y de examinar con humildad y generosidad el “sentire cum Ecclesia”. Asimismo, es urgente que, con la reorganización, no se busque sólo la competencia humana, sino también la explícita formación cristiana y católica. Una vida religiosa que no exprese la alegría de pertenecer a la Iglesia, y con ella a Jesucristo, ha perdido ya la primera y fundamental oportunidad de una pastoral vocacional” (101b).

- Naturaleza de la Vida Consagrada

Recordemos de manera especial cómo el Santo Padre describe la naturaleza y semblanza de la Vida Consagrada empleando palabras hermosas y llenas de contenido teológico:

“La Vida Consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu. Con la profesión de los consejos evangélicos los rasgos característicos de Jesús -virgen, pobre y obediente- tienen una típica y permanente “visibilidad” en medio del mundo, y la mirada de los fieles es atraída hacia el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero espera su plena realización en el cielo” (n.1).

Verdaderamente la vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo Encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Es tradición viviente de la vida y del mensaje del Señor” (n. 22).

- Los consejos evangélicos

Viviendo “en obediencia, sin nada propio y en castidad”, las personas consagradas confiesan que Jesús es el Modelo en el que cada virtud alcanza la perfección (n. 18). Habla el Papa de los consejos evangélicos no sólo desde la perspectiva cristológica y eclesiológica, sino también -y esto es lo nuevo- desde la perspectiva trinitaria: “Los consejos evangélicos son ante todo un don de la Stma. Trinidad” (n.20); “son expresión del amor del Hijo al Padre en la unidad del Espíritu Santo. Al practicarlos, la persona consagrada vive con particular intensidad el carácter trinitario y cristológico que caracteriza toda la vida cristiana” (n.21).

La castidad es el reflejo del amor infinito que une a las tres Personas divinas en la profundidad misteriosa de la vida trinitaria; amor testimoniado por el Verbo encarnado hasta la entrega de su vida; amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo” (Rm.5,5).

La pobreza es “expresión de la entrega total de sí que las tres Personas divinas se hacen recíprocamente. Es don que brota en la creación y se manifiesta plenamente en la Encarnación del Verbo y en su muerte redentora” (n.21).

La obediencia manifiesta “la belleza liberadora de su dependencia filial y no servil, rica de sentido de responsabilidad y animada por la confianza recíproca, que es reflejo en la historia de la amorosa correspondencia propia de las tres Personas divinas” (n.21).

Por tanto, “la vida consagrada está llamada a profundizar continuamente el don de los consejos evangélicos con un amor cada vez más sincero e intenso en dimensión trinitaria: un amor a Cristo, que llama a su intimidad; al Espíritu Santo, que dispone el ánimo a acoger sus inspiraciones; al Padre, origen primero y fin supremo de la vida consagrada. De este modo se convierte en manifestación y signo de la Trinidad, cuyo misterio viene presentado a la Iglesia como modelo y fuente de cada forma de vida cristiana” (n.21).

- La espiritualidad de comunión

Juan Pablo II, en coherencia con sus enseñanzas de que la Iglesia es “misterio de comunión” y con “la espiritualidad de comunión”, encomienda a las comunidades de vida consagrada “la particular tarea de fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas” (n.51).

- Religiosos de vida activa y religiosos contemplativos

“En el horizonte común a toda la vida consagrada, se articulan vías distintas entre sí, pero complementarias. Los religiosos y las religiosas dedicados íntegramente a la contemplación son, en modo especial, imagen de Cristo en oración en el monte. Las personas consagradas de vida activa lo manifiestan anunciando a las gentes el reino de Dios, curando a los enfermos y lisiados, convirtiendo a los pecadores en fruto bueno, bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos” (n.32).

- María es ejemplo de mujer consagrada

Juan Pablo II, desde la contemplación de María, escribe: “María es ejemplo sublime de perfecta consagración, por su pertenencia plena y entrega a Dios. (...) Por eso la relación filial con María es el camino privilegiado para

la fidelidad a la vocación recibida, y una ayuda efficacísima para avanzar en ella y vivirla en plenitud” (n.28).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada de la Vida Consagrada 2-II-1999).**

- La vida consagrada está en el corazón de la Iglesia

Recuerda el Papa lo que ya había dicho en la exhortación “Vita consecrata”: “En realidad, la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que “indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana” y la aspiración de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo” (n.,3).

- Mirar el futuro con esperanza.

A las personas consagradas, pues, quisiera repetir la invitación a mirar el futuro con esperanza, contando con la fidelidad de Dios y el poder de su gracia, capaz de obrar siempre nuevas maravillas: “poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas” (VC 110) (n.1)..

- Los motivos de la Jornada de la Vida Consagrada

La íntima necesidad de alabar más solemnemente al Señor y darle gracias por el gran don de la vida consagrada que enriquece y alegra la comunidad cristiana con la multiplicidad de sus carismas y con los edificantes frutos de tantas vidas consagradas totalmente a la causa del Reino (n.2)..

Promover en todo el Pueblo de Dios el conocimiento y la estima de la vida consagrada. La vida consagrada “imita más de cerca y hace presente continuamente en la Iglesia la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su Reino, abrazó y propuso a los discípulos que le seguían” (VC 22) (n.3)..

En un mundo con frecuencia agitado y distraído, las personas consagradas, comprometidas a veces en trabajos sofocantes, serán también ayudadas por la celebración de esta Jornada a volver a las fuentes de su vocación, a hacer un balance de su vida, a renovar el compromiso de su consagración. Podrán así testimoniar con alegría a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, en las diversas situaciones, que el Señor es el Amor capaz de colmar el corazón de la persona humana. (n.4) (101c).

*** Homilía de Juan Pablo II en la celebración del Jubileo de la Vida Consagrada (2-II-2000)**

El Santo Padre se dirige a los miembros de la vida consagrada para hablarles como un padre a sus hijos. Recordemos algunos mensajes:

“Peregrino en a tantas regiones del mundo, he podido darme cuenta del valor que vuestra presencia profética encierra para todo el pueblo cristiano. (...) Doy fe con agrado del ejemplo de generosa dedicación evangélica que ofrecen innumerables hermanas y hermanos vuestros. (...) no pocos de ellos han pagado -también en los últimos años- con el testimonio supremo de la sangre su opción de ser fieles a Cristo y al hombre sin ceder ni transigir (n.2).

“El testimonio escatológico pertenece a la esencia de vuestra vocación. Los votos de pobreza, obediencia y castidad por el Reino de Dios constituyen un mensaje que gritáis al mundo acerca del destino definitivo del hombre. (n.3).

Con la fuerza renovadora de su amor, Él quiere hacer de vosotros unos testigos eficaces de conversión, penitencia y vida nueva.

Tener corazón, afectos, intereses y sentimientos centrados en Jesús constituyen el aspecto más importante del don del Espíritu que en vosotros actúa, pues os conforma a Él, casto, pobre y obediente. Y los consejos evangélicos, lejos de ser renuncia que empobrece, constituyen una elección que libera a la persona para que ésta realice con mayor plenitud sus potencialidades.

Haced que resuene en la Iglesia vuestra alabanza con humildad y constancia, y el canto de vuestra vida hallará profundos ecos en el corazón del mundo (n.4).

Invitados a dejarlo todo para seguir a Cristo, vosotros, los consagrados y consagradas, renunciáis a definir vuestra existencia a partir de la familia, de la profesión y de los intereses terrenales, y elegís al Señor como criterio único de identificación. De esta manera adquirís una identidad familiar nueva. (...) Como bien sabéis, la invitación a la renuncia no es para dejaros “sin familia”, sino para hacer de vosotros miembros cualificados y de primera fila de la “nueva familia”, testimonio y profecía para todos aquellos a quienes Dios desea introducir en su morada” (n.5).

*** Homilía de Juan Pablo II en la fiesta de la Presentación del Señor. VII Jornada de a Vida Consagrada (1-II-2003).**

En esta hermosa e interpelante homilía dirigida por el Papa a la Vida Consagrada dice, entre otras cosas:

“Pobreza, castidad y obediencia son caracteres distintivos del hombre redimido, liberado interiormente de la esclavitud del egoísmo. Libres para amar, libres para servir: tales son los hombres y las mujeres que renuncian a sí mismos por el Reino de los cielos. Siguiendo las huellas de Cristo, crucificado y resucitado, viven esta libertad como solidaridad, llevando la carga espiritual y material de sus hermanos. Se trata del multiforme “servitium caritatis”, que se ejerce en claustros y hospitales, en parroquias y en colegios, entre pobres y e inmigrantes, en los nuevos areópagos de la misión. De mil maneras es la vida consagrada epifanía del amor de Dios en el mundo (n.5).

*** Discurso de Juan Pablo II al tercer grupo de obispos de Francia, con ocasión de su visita “ad limina apostolorum” (18-XII-2003).**

Ante la grave crisis que atraviesa la vida consagrada en Francia, el Santo Padre manifiesta:

“Os animo a no escatimar esfuerzos por “promover la vocación y misión específicas de la vida consagrada, que pertenece estable y firmemente a la vida y a la santidad de la Iglesia” (“Pastores gregis”, 50). Con su elocuente testimonio de consagración en el seguimiento de Cristo casto, pobre y servidor, en el centro de las realidades humanas en las que están insertados, los miembros de los Institutos de vida consagrada siguen siendo signos proféticos para el mundo y para la Iglesia; con su vida manifiestan el amor de Dios a todos los hombres, manteniendo viva en la Iglesia la exigencia de reconocer el rostro de Cristo en el rostro de los pobres. Además invitan a las comunidades diocesanas a tomar una conciencia cada vez mayor del carácter universal de la misión de la Iglesia, y les recuerdan la urgencia de buscar ante todo el Reino de Dios y su justicia, así como una fraternidad cada vez mayor entre los hombres” (n.4).

*** Homilía de Juan Pablo II en la fiesta de la Presentación del Señor. VIII Jornada de la Vida Consagrada (2-II-2004).**

“Cristo os llama a haceros cada vez más conforme a Él, que por amor se hizo obediente, pobre y casto. Seguid dedicándoos con pasión al anuncio y a la promoción de su Reino. ¡Ésta es vuestra misión, tan necesaria hoy en como en el pasado! (n.3)

“En la intimidad del monasterio de clausura o junto a los pobres y marginados; entre los jóvenes o en el seno de las estructuras eclesiales; en las diversas actividades apostólicas o en tierras de misión, Dios os quiere fieles a su amor y enteramente dedicados al bien de los hermanos. Esta es la valiosa contribución que podéis ofrecer a la Iglesia, para que el Evangelio de la esperanza llegue a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo” (n.4).

“La Virgen es el primero y elevado modelo de toda persona consagrada. Dejaos guiar por Ella. Recurrid a su ayuda con humilde confianza...”(n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada (26-XI-2004).**

El Santo Padre dirige este mensaje del que ofrecemos los siguientes fragmentos por su importancia para la renovación de la vida consagrada en nuestro tiempo y para redescubrir su misión en el mundo actual.

- Datos de situación:

Los hombres de nuestro tiempo están a veces tan depauperados en lo interior que ni siquiera están ya en condiciones de darse cuenta de su propia pobreza. Nuestra época nos enfrenta a formas de injusticia y de explotación, a prevaricaciones egoístas de individuos y grupos que resultan inauditas. De ello se deriva en muchos ese “oscurecimiento de la esperanza” del que hablé en la Exhortación apostólica “Ecclesia in Europa”, n.7.

- ¿Qué debemos hacer?

Ante esta situación, consagrados y consagradas están llamados a ofrecer a la Humanidad desorientada, extenuada y falta de memoria testimonios creíbles de la esperanza cristiana, “haciendo visible el amor de Dios, que no abandona a nadie” y proporcionando “al hombre desorientado razones verdaderas para seguir esperando” (ibid. n.84). (n.2).

Ante una situación en la que el amor a menudo no encuentra sitio para expresarse en toda su gratuidad, consagrados y consagradas están llamados a testimoniar la lógica de la entrega desinteresada: en efecto, su opción se traduce “en el radicalismo del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en Él, a cada miembro de la familia humana” (ib. n.3).

La vida consagrada tiene que custodiar un patrimonio de vida y belleza capaz de saciar toda sed, vendar toda llaga, ser bálsamo para toda herida, colmando todo deseo de alegría y de amor y de paz. (n.3)

“Pasión por Cristo, pasión por la Humanidad”. Esta pasión, este ardor por Cristo y por las almas, esta sed inextinguible del amor divino y este deseo de llevar a él a todos los hombres han de alimentar constantemente vuestro compromiso de conversión personal, de santidad y de evangelización (n.4).

- El seguimiento de Jesús

Todos vosotros, consagrados y consagradas, estáis llamados a seguir más de cerca a Cristo, a tener en el corazón sus mismos sentimientos (cf. Gil.2,5), a aprender de Él, manso y humilde de corazón (cf. Mt.11,29), a realizar con Él la voluntad del Padre (cf. Jn.6,28), a seguirlo por el camino de la cruz. Este es el único camino del discípulo. No hay otro.

Es preciso emprender cada día, con ánimo alegre y agradecido, la senda estrecha siguiendo al Maestro, para obtener, en la fuente de la que mana el agua de la vida que no muere, la energía necesaria.

Es menester abrir el corazón al soplo vital del Espíritu, competir mutuamente en el amor fraterno y en el servicio, abrir las puertas a quien es débil, está solo y marginado. De esta manera, el testimonio de vuestra vida casta, pobre y obediente se convertirá, en esta autora del tercer milenio cristiano, en transparencia del rostro amoroso de Cristo (n.5).

Vosotros, vírgenes por el Reino de los Cielos, estáis llamados más que nadie a revestiros de Cristo, de sus sentimientos de humildad, mansedumbre y paciencia.

- Los Consejos evangélicos

Que vuestro voto de castidad recuerde la fecundidad de una relación nupcial entre la criatura y su Creador y sea señal de que existe un espacio en el corazón del hombre que sólo Dios puede colmar.

Llamados a participar con alegría de la pobreza de Cristo (...), testimoniáis con vuestro desprendimiento la proyección de todo vuestro ser hacia aquellos cielos “donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben” (Mt.6,20).

Sed siempre obedientes en Cristo. Que sean las vuestras comunidades responsables en las que los cargos de algunos no sean motivo de desinterés para los demás; unas comunidades en las que todos ejerzan el discernimiento, la caridad que edifica, la corrección fraterna. Mostrad al mundo que la

renuncia a la propia voluntad, a los propios proyectos -en la libertad, en el amor y en la fidelidad al Evangelio-, es fuente de felicidad y abre el camino hacia la plena realización de sí” (n.6).

- El amor a los más necesitados

A lo largo de los siglos, el amor a los hermanos, especialmente a los más indefensos, a los jóvenes y a los niños, a quienes han perdido el sentido de la vida y se sienten rechazados por todos, ha impulsado a los consagrados y a las consagradas a la entrega incondicional de sí mismos. Seguid entregándoos al mundo, siempre conscientes de que la única medida del amor consiste en amar sin medida. Contagiad de este amor de predilección por los más pequeños a todos aquellos con los que os encontráis, especialmente a los laicos que piden compartir vuestro carisma y vuestra misión (n.7).

- En la Iglesia Particular

Estas siempre dispuestos a escuchar las nuevas llamadas del Espíritu, tratando de individuar, junto con los pastores de las Iglesias particulares en las que estáis llamados a vivir, las urgencias espirituales y misioneras del momento presente” (n.7).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada (3-XII-2004).**

De este discurso ofrecemos estos párrafos:

- La situación actual de nuestro mundo.

“Los hombres de nuestro tiempo a veces se han empobrecido tanto interiormente que ni siquiera son capaces de darse cuenta de su pobreza. Nuestra época nos pone ante formas de injusticia y explotación, ante prevaricaciones egoístas de personas y de grupos, que resultan inauditas. De aquí se deriva que en muchos se produzca el “oscurecimiento de la esperanza”.

- Tarea de los consagrados en esta sociedad

“En esta situación, los consagrados y las consagradas están llamadas a dar a la humanidad desorientada, cansada y sin memoria, testimonios creíbles de la esperanza cristiana, “haciendo visible el amor de Dios, que no abandona a nadie”, y ofreciendo “al hombre desorientado razones verdaderas para seguir esperando” (EdE.84) (n.2).

“Ante una sociedad en la que el amor a menudo no encuentra espacio para expresarse en gratuidad, los consagrados y las consagradas están llamados a testimoniar la lógica del don desinteresado: en efecto, su elección se traduce “en el radicalismo del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en él, a cada miembro de la familia humana” (VC,3).

La vida consagrada debe convertirse en custodia de un patrimonio de vida y belleza capaz de saciar toda sed, vendar toda llaga y ser bálsamo para toda herida, colmando todo deseo de alegría y de amor, de libertad y de paz (n.3).

- El lema del Congreso mundial de Vida Consagrada: “Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”

“Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”. Este es el lema que ha guiado vuestra reflexión durante el Congreso. En él se expresa bien vuestro compromiso de recomenzar continuamente desde Cristo para aprender a amar al prójimo como lo amó Él. (...) Esta pasión, este celo por Cristo y por las almas, esta sed inextinguible del amor divino y este deseo de llevarle a él a todos los hombres, deben alimentar constantemente vuestro compromiso de conversión personal, de santidad y de evangelización (n.4).

- El seguimiento de Jesús

Todos vosotros, consagrados y consagradas, estáis llamados a seguir más de cerca de Cristo, a tener en el corazón sus mismos sentimientos (cf. Fil.2,5), a aprender de él, manso y humilde corazón (cf. Mt.11,29), a cumplir como Él la voluntad del Padre (cf. Jn.6,38), a seguirlo por el camino de la cruz. Este es el único camino del discípulo. No existen otras sendas. Cada día es preciso emprender, con corazón alegre y agradecido, el camino estrecho siguiendo al Maestro, para sacar la energía necesaria del manantial de donde brota el agua de la vida que no muere (n.5).

- Abrid vuestro corazón al Espíritu

Es necesario abrir el corazón al soplo vital del Espíritu, competir recíprocamente en el amor fraterno y en el servicio, abrir las puertas a los débiles, a los que se encuentran solos o se ven marginados. Así, el testimonio de vuestra vida casta, pobre y obediente llegará a ser, en el alba de este tercer milenio cristiano, transparencia del rostro amoroso de Cristo (n.5)..

- Tened los mismos sentimientos de Cristo

Vosotros, vírgenes por el reino de los cielos, más que cualquier otra persona, estáis llamados a revestiros de Cristo, de sus sentimientos de humildad, de mansedumbre y de paciencia (n.6).

- Los consejos evangélicos

+ La castidad: que vuestro voto de castidad recuerde la fecundidad de una relación esponsal entre la criatura y su Creador, y sea signo de que existe un espacio en el corazón del hombre que sólo Dios puede colmar.

+ La pobreza: llamados a participar con alegría en la pobreza de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros... testimoniad con vuestro desprendimiento la proyección de todo vuestro ser hacia el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben” (Mt.6,20).

+ La obediencia: sed siempre obedientes en Cristo. Que vuestras comunidades sean comunidades responsables, en las que los cargos de algunos no sean motivo para que los demás se desinteresen; comunidades en las que todos practiquen el discernimiento, la caridad que edifica y la corrección fraterna. Mostrad al mundo cómo la renuncia a la propia voluntad, a los propios proyectos, en la libertad, el amor y la fidelidad al evangelio, es fuente de felicidad y abre el camino a la plena realización de sí mismo” (n.6).

- Vuestra entrega preferente a los más necesitados

El amor a los hermanos, en especial a los más indefensos, a los jóvenes y a los niños, a los que han perdido el sentido de la vida y se sienten rechazados por todos, ha impulsado a los consagrados y a las consagradas a la entrega sin reservas. Seguid entregándoos por el mundo, siempre conscientes de que la única medida del amor es amar sin medida.

- Contagiad a los demás este amor a los más pobres

Con este amor de predilección a los más pequeños contagiad a todos aquellos con los que os encontréis, en particular a los laicos que piden compartir vuestro carisma y vuestra misión.

- Atended a las nuevas llamadas que os hace el Espíritu y responded con generosidad: “Estad siempre dispuestos a escuchar las nuevas llamadas del Espíritu, tratando de descubrir, junto con los pastores de las Iglesias particulares donde estáis llamados a vivir, las urgencias espirituales y misioneras del momento actual (n.7).

- Fijos los ojos en el Señor: “Os exhorto a mantener siempre fija la mirada en Jesús, el que inicia y consume la fe” (cf. Heb.12,2) (101d).

*** “Los consagrados, discípulos santos de Cristo eucarístico” (Mensaje con ocasión de la IX Jornada de la Vida Consagrada (2-II-2005)).**

El mensaje que Juan Pablo dirige a la Vida consagrada sabe en esta ocasión a testamento, ya que ha sido el último que le ha dedicado. Quiero destacar las enseñanzas más significativas de este mensaje, cuyo título es por sí mismo provocador e interpelante.

- ¿Quiénes son los consagrados? Los consagrados son aquellos que “llamados por Cristo a la práctica de los consejos evangélicos, hacen profesión “con toda fidelidad” de éstos y “se entregan de una manera especial al Señor. Lo hacen siguiendo a Cristo, que, virgen y pobre (cf. Mt.8,20; Lc.9,58), redimió y santificó a los hombres con su obediencia hasta la muerte de cruz (Fil.2,8).” (n.1).

- La Eucaristía fuente del ardor espiritual del consagrado: “El secreto de este ardor espiritual es la Eucaristía. (...) Quisiera exhortar a todos los religiosos y religiosas a instaurar con Cristo “una comunión cada vez más íntima mediante la participación diaria en el Sacramento que lo hace presente, en el sacrificio que actualiza su entrega de amor en el Gólgota, en el banquete que alimenta y sostiene al Pueblo de Dios peregrino. Por su naturaleza la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. (...) Tomar parte en el banquete sacrificial de Cristo no implica tan sólo repetir el gesto que Él realizara, sino beber de su mismo cáliz y participar en su propia inmolación. Tal y como Cristo se hace “pan partido” y “sangre derramada”, así todo cristiano -y aún más todo consagrado y consagrada- está llamado a dar la vida por los hermanos, en unión con la del Redentor” (n.2).

“La Eucaristía es el manantial inagotable de la fidelidad al Evangelio porque en este sacramento, corazón de la vida eclesial, se realizan en plenitud la íntima identificación y la total configuración con Cristo, a la que los consagrados y las consagradas están llamados.

“Aquí se concentran todas las formas de oración, es proclamada y acogida la Palabra de Dios, somos interpelados sobre la relación con Dios, con los hermanos, con todos los hombres: es el sacramento de la filiación, de la fraternidad y de la misión. Sacramento de unidad con Cristo, la Eucaristía es al mismo tiempo sacramento de la unidad eclesial y de la unidad de la

comunidad de consagrados. En definitiva es fuente de la espiritualidad de cada uno y del Instituto” (Instr. “Caminar desde Cristo”, n.26).

En la Eucaristía las personas consagradas adquieren “una mayor libertad en el ejercicio del apostolado, una irradiación más consciente, una solidaridad que se expresa con el saber estar de parte de la gente, asumiendo los problemas para responder con una fuerte a los signos de los tiempos y a sus exigencias” (n.3).

¡Entremos en el misterio de la Eucaristía guiados por la santísima Virgen y siguiendo su ejemplo!. Que María, mujer eucarística, ayude a cuantos están llamados a una intimidad especial con Cristo a participar asiduamente en la santa Misa y les obtenga el don de una obediencia pronta, de una pobreza fiel y de una virginidad fecunda, que los convierta en discípulos santos de Cristo eucarístico” (n.3).

T) LA VIDA CONSAGRADA ÍNTEGRAMENTE CONTEMPLATIVA

Juan Pablo II, fiel en perfecta sintonía y coherencia con las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre la Vida Contemplativa, afirma con claridad:

“Contra toda tendencia secularizadora y contra toda tentación que antepone la acción en detrimento de la vida interior, la Iglesia declara que vuestra soledad vivida en la contemplación no puede considerarse ociosa, sino más bien “una fuente de gracias celestiales” (PC 7).

“Los religiosos y religiosas de vida íntegramente contemplativa son, de manera especial, imagen de Cristo en oración en el monte” (VC 32).

“Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial” (VC 6).

a) Palabras de admiración y reconocimiento de Juan Pablo II a las Contemplativas.

En los inicios de su Pontificado: Tan pronto fue elevado al solio pontificio, Juan Pablo II tuvo palabras de admiración y reconocimiento para las monjas de vida íntegramente contemplativa:

“Deseo dirigir una palabra especialmente a las queridas monjas de clausura...Os saludo con particular intensidad de sentimientos y visito en espíritu vuestros conventos, cerrados en la apariencia, pero en realidad tan profundamente abiertos en la presencia de Dios vivo en nuestro mundo humano, y por esto tan necesarios al mundo. ¡A vosotras, a vuestras oraciones encomiendo la Iglesia y Roma! ¡Estad conmigo, junto a mí, vosotras que estáis en el corazón de la Iglesia” (102).

*¿En qué consiste la Vida Contemplativa?

“Dedicada a la plegaria y al silencio, a la adoración y a la penitencia, desde el claustro, “vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3,3). Esta vida consagrada es el desarrollo y tiene su fundamento en el don recibido

en el bautismo. En efecto, por este sacramento, Dios, que nos eligió “antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en caridad” (Ef.1,4), nos libró del pecado y nos incorporó a Cristo y a su Iglesia para que “vivamos una vida nueva” (Rm.6,41) (103).

“En el silencio, en el marco de la vida humilde y obediente, la vigilante espera del Esposo se convierte en amistad pura y verdadera: “Puedo tratar como con un amigo, aunque es el Señor” (Sta. Teresa de Jesús: “Libro de la Vida”, 37,5). Y este trato asiduo, de día y de noche, es la oración, quehacer primordial de la religiosa y camino indispensable para su identificación con el Señor: “comienzan a ser siervos del amor...los que siguen por este camino de oración al que tanto nos amó” (104).

* La virginidad, la obediencia y la pobreza

Estos consejos evangélicos, como seguimiento radical de Cristo, son fundamento de la vida contemplativa, cuyo centro es el mismo Jesucristo.

“Esa vida nueva ha fructificado en vosotras en el seguimiento radical de Jesucristo a través de la virginidad, la obediencia y la pobreza, que es el fundamento de la vida contemplativa” (Ibd). Jesucristo es el centro de vuestra vida, la razón de vuestra existencia. (...) La experiencia del claustro hace todavía más absoluto este seguimiento hasta identificar la vida religiosa con Cristo: “Nuestra vida es cristo” (Moradas quintas 2,4), decía Santa Teresa haciendo suyas las exhortaciones de San Pablo (cf. Col.3,3) (105).

* Lugar insustituible de la Vida Contemplativa en la Iglesia

“La vida contemplativa ha ocupado y seguirá ocupando un puesto de honor en la Iglesia”, afirma el Papa como signo de realismo, de verdad y de gratitud. Por eso ha de ser valorada, acompañada y alentada por la Iglesia local.

¿Por qué tienen un lugar peculiar en la Iglesia?

Porque son muy necesarias en la Iglesia. Son profetas y maestras vivientes para todos; son la avanzadilla de la iglesia hacia el reino. Su actitud ante las realidades de este mundo, que ellas contemplan con la sabiduría del Espíritu, nos ilumina acerca de los bienes definitivos y nos hace palpar la gratitud del amor salvador de Dios (106).

Teniendo en cuenta las enseñanzas del Concilio Vaticano que os recuerda que “a través de vuestra vida escondida sois evangelizadoras con misteriosa fecundidad apostólica” (107).

b) Diversas alocuciones del Papa a las Contemplativas

*** Alocución a las Contemplativas de Guadalajara (Jalisco. Méjico.29-I-1979).**

El Papa les dirige un saludo lleno de afecto y de consideración: “Si a tantas personas quería yo ver, vosotras ocupáis un puesto especial por vuestra particular consagración al Señor y a la Iglesia”

El Santo Padre les dice: “Sí; vuestra vida tiene más importancia que nunca, vuestra consagración total es de plena actualidad. En un mundo que va perdiendo el sentido de lo divino ante la supervaloración de lo material, vosotras, queridas religiosas, comprometidas desde vuestros claustros en ser testigos de unos valores por los que vivís, sed testigos del Señor para el mundo de hoy. Infundid con vuestra oración un nuevo soplo de vida en la Iglesia y en el hombre actual. El ser contemplativa no supone cortar radicalmente con el mundo, con el apostolado”.

*** Alocución a los contemplativos (Maynooth. Irlanda. 1 de octubre de 1979).**

“Yo afirmo que el Papa y la Iglesia tienen necesidad de vosotros. (...) La vocación contemplativa nunca ha sido más preciosa e importante que en nuestro inquieto mundo moderno. (...) Que en la vida de cada uno se realice lo que fue el programa de Santa Teresa del Niño Jesús: “in corde ecclesiae amor ero”: en el corazón de la Iglesia seré el amor” (n.10).

*** Alocución del Santo Padre a las Religiosas de clausura en Ávila (España), 1-XI-1982.**

- La vida contemplativa en el corazón de la Iglesia. “La vida contemplativa ha ocupado y seguirá ocupando un puesto de honor en la Iglesia” (n.2). “Vuestra virginal fecundidad se tiene que hacer vida en el seno de la Iglesia universal y de vuestras Iglesias particulares” (n.4). “Quiero hacer una llamada a las comunidades cristianas y a sus pastores, recordándoles el lugar insustituible que ocupa la vida contemplativa en la Iglesia (...). Son muy necesarias en la Iglesia. Son profetas y maestras vivientes para todos; son la avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino. Su actitud ante las realidades de este mundo, que ellas contemplan según la sabiduría del Espíritu, nos ilumina

acerca de los bienes definitivos y nos hace palpar la gratuidad del amor salvador de Dios” (n.5).

- Vuestros monasterios son “comunidades de oración en medio de las comunidades cristianas, a las que prestan apoyo, aliento y esperanza. Son lugares sagrados y podrán ser también centros de acogida cristiana para aquellas personas, sobre todo jóvenes, que van buscando con frecuencia una vida sencilla y transparente, en contarste con la que els ofrece la sociedad de consumo” (n.4). Por eso, el Santo Padre afirma: “todos hemos de valorar y estimar profundamente la entrega de las almas contemplativas a la oración, a la alabanza y al sacrificio” (n.5).

- Misión de la vida contemplativa en la Iglesia. “Dedicada a la plegaria y al silencio, a la adoración y a la penitencia desde el claustro, “vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3,3). Esa vida consagrada es el desarrollo y tiene su fundamento en el don recibido en al bautismo. (...) Esa vida nueva ha fructificado en vosotras en el seguimiento radical de Jesucristo a través de la virginidad, la obediencia y la pobreza, que es el fundamento de la vida contemplativa. Jesucristo es el centro de vuestra vida, la razón de vuestra existencia (...) En el silencio, en el marco de la vida humilde y obediente, la vigilante espera del Esposo se convierte en amistad pura y verdadera. (...) Y este trato asiduo, de día y de noche, es la oración, quehacer primordial de la religiosa y camino indispensable para su identificación con el Señor”. (n.2). “Vuestra vida de clausura, vivida en plena fidelidad, no os elaj de la Iglesia ni os impide un apostolado eficaz” (n.3).

- Fecundidad apostólica. “La Iglesia sabe bien que vuestra vida silenciosa y apartada en la soledad interior del claustro es fermento de renovación y de presencia del Espíritu de Cristo en el mundo. Por eso decía el Concilio que las religiosas contemplativas “mantienen un puesto eminente en el Cuerpo místico de Cristo...Ofrecen, en efecto, a Dios un eximio sacrificio de alabanzas, ilustran al pueblo de Dios con ubérrimos frutos de santidad, lo mueven con su ejemplo y lo dilatan con misteriosa fecundidad apostolica. Asi son el honor de la Iglesia y hontanar de gracias celestes (PC. 7)” (n.3) (108).

- ¿De dónde procede su fecundidad apostólica? Juan Pablo II responde a esta pregunta diciendo: “Esta fecundidad apostólica de vuestra procede de la gracia de cristo, que asume e integra vuestra oblación total en el claustro. El Señor que os eligió, al identificaros con su misterio apscual, os une a sí mismo en la obra santificadora del mundo. Comno sarmientos injertados en crisot, podéis dar muchio fruto (cf. Jn.15,5) desde la admirable y misteriosa realidad de la comunión d elos santos”.

- ¿Os necesita el mundo? “El mundo necesita, más de lo que a veces se cree, vuestra presencia y vuestro testimonio. Es necesario por ello mostrar con eficacia los valores auténticos y absolutos del Evangelio a un mundo que exalta frecuentemente los valores relativos a la vida. Y que corre el riesgo de perder el sentido de lo divino, ahogado por la excesiva valoración de lo material, de lo transeúnte, de lo que ignora el gozo del espíritu...Se trata de abrirle al mensaje evangelizador que resume vuestra vida” (109).

- Invitación y llamada del Papa

“El Papa os llama hoy a seguir cultivando vuestra vida consagrada mediante una renovación litúrgica, bíblica y espiritual, siguiendo las directrices del Concilio. Todo esto exige una formación permanente que enriquezca vuestra vida espiritual, dándole un sólido fundamento espiritual, teológico y cultural. De esta forma podréis dar la respuesta evangelizadora que esperan tantas jóvenes de vuestro tiempo, que también hoy se acercan a vuestros monasterios atraídas por una vida de generosa entrega al Señor.

“Mantened vuestra fidelidad”: El Santo Padre invita a todas las Hermanas Contemplativas a la fidelidad y a la perseverancia con estas palabras: “Mantened vuestra fidelidad!. Fidelidad a Cristo, a vuestra vocación de contemplativas, a vuestro carisma fundacional” (110).

“Que también a través de vosotras se pueda ver a vuestros fundadores y fundadoras” (n.6).

- Promoved las vocaciones a la vida íntegramente contemplativa: “Exhorto a todos a tratar de suscitar vocaciones entre las jóvenes para la vida monástica; en la seguridad de que estas vocaciones enriquecerán toda la vida de la Iglesia” (n.5).

*** Mensaje a las Religiosas contemplativas de América Latina con motivo del V Centenario de la Evangelización (12-XII-1989).**

Insertamos aquí las palabras más importantes que el Papa dirige a las Religiosas Contemplativas de América latina:

+ Miramos a vuestros monasterios como lugares privilegiados del amor divino y como centros de oración y de dones celestiales para toda América Latina.

+ Estáis llamadas en nuestros días a colaborar en la misión de la Iglesia. Por eso, en esta circunstancia, deseo exhortaros a hacer de vuestras vidas un mensaje de paz.

+ Una multitud de personas llama a vuestro corazón, y se une espiritualmente a vosotras en los cantos y en las plegarias, que ya no serán sólo vuestras sino de toda la humanidad. Es el clamor de tantos hermanos y hermanas sumergidos en el sufrimiento, en la pobreza y en la marginación.

+ Vosotras -inmersas en el misterio de Dios que os da la capacidad moral y la fuerza espiritual que os distingue- con vuestra oración, penitencia y vida escondida podéis haber brotar del corazón divino el amor que nos une como hermanos, sosiega las pasiones y crea la comunión de los espíritus, produciendo frutos de solidaridad y de caridad evangélica.

+ Vuestras fervientes plegarias, bien en comunidad o en íntimo coloquio con el Señor, tendrán una fuerza propiciatoria y reparadora capaz de atraer las bendiciones de Dios sobre esta humanidad sufriente.

+ La Liturgia de las Horas con la que la Iglesia expresa y lleva a cabo el culto divino, a cuyo cumplimiento perfecto estáis llamadas, va marcando vuestra vida y os permite colaborar de una manera específica y activa en la edificación de la Iglesia.

+ Todo sufrimiento, por pequeño que sea, ofrecido a Dios será capaz de multiplicarse infinitamente, gracias a su misericordia, y se transformará en fecunda lluvia de gracias para el crecimiento de toda la comunidad eclesial.

+ En este Cuerpo Místico que es la Iglesia - cada uno en el lugar que le corresponde- vosotras también habéis elegido ser “el corazón”, como Sta. Teresa del Niño Jesús. Vosotras sois el amor que pone en movimiento todos los miembros de este Cuerpo Místico.

+ Contra toda tendencia secularizadora y contra toda tentación que antepone la acción en detrimento de la vida interior, la Iglesia declara que vuestra soledad vivida en la contemplación no puede considerarse ociosa, sino más bien “una fuente de gracias celestiales”.

+ Con la oración, con los sacrificios escondidos, con la penitencia y con vuestro afecto, seguid ayudando al pueblo de Dios peregrino. Seguid cultivando el espíritu misionero, conscientes de que entre una contemplativa que reza y sufre y un misionero que predica hay una profunda afinidad en el orden de la gracia”.

T) LOS INSTITUTOS SECULARES

*** Discurso de Juan Pablo II a los miembros de los Institutos Seculares femeninos (Madrid. 8-XI-1982).**

“Vosotras habéis asumido los compromisos de la vida de consagración reconocidos por la Iglesia, en forma peculiar, diversa de la que caracteriza a las religiosas. Los Institutos Seculares constituyen ya en España una realidad muy significativa. La Iglesia los necesita para poder realizar un apostolado de hondo testimonio cristiano en los ambientes más diversos, “para contribuir a cambiar el mundo desde dentro, convirtiéndose en fermento vivificante”. (Discurso del 28-VIII-1980).

Pido al Señor que sean muchas las que escuchen su voz y le sigan por este camino. Y os exhorto a permanecer fieles a vuestra vocación específica, “caracterizada y unificada por la consagración, el apostolado y la vida secular” (ibd.).

*** Allocución de Juan Pablo II a los miembros de la Asamblea Plenaria de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares (12-V-1983).**

- Los Institutos seculares, don de Dios a la Iglesia y al mundo

Debemos expresar un profundo agradecimiento al Padre de infinita misericordia, que ha tomado con tanto interés las necesidades de la humanidad y, con la fuerza vivificante del Espíritu, ha emprendido, en este siglo, iniciativas nuevas para su redención. Honor y gloria al Dios Trino por esta irrupción de gracia, que son los institutos seculares, con los cuales manifiesta la inagotable benevolencia con que la Iglesia misma ama al mundo en nombre de su Dios y Señor” (n.2)..

- Los elementos constitutivos de los Institutos Seculares

La novedad del don, que el Espíritu Santo ha hecho a la fecundidad perenne de la Iglesia, en respuesta a las exigencias de nuestro tiempo, sólo se

capta si se comprenden bien sus elementos constitutivos en su inseparabilidad: la consagración y la secularidad; el consiguiente apostolado de testimonio, de compromiso cristiano en la vida social y de evangelización; la fraternidad que, sin estar determinada por una comunidad de vida, es verdaderamente comunión; la misma forma exterior de vida, que no los distingue del ambiente en el que están presentes” (n.2).

- Conocer y hacer conocer esta vocación a los demás

Es justo conocer y dar a conocer esta vocación, tan actual y, quisiera decir, tan urgente, de personas que se consagran a Dios practicando los consejos evangélicos, y en esta consagración especial se esfuerzan por sumergir toda su vida y todas sus actividades, creando en sí mismas una disponibilidad total a la voluntad del Padre y trabajando por cambiar el mundo desde dentro” (Alocución; 28-VIII-1980; L’Osservatore Romano; 21-.IX-1980).

- Relación de los Institutos Seculares con las Iglesias Locales

Si hay desarrollo y robustecimiento de los Institutos seculares también las Iglesias Locales sacarán ventaja de ello. (...) Los Institutos seculares deben comprender y asumir las urgencias pastorales de las Iglesias Particulares, y confirmar a sus miembros para que vivan con atenta participación las esperanzas y fatigas, los proyectos y las inquietudes, las riquezas espirituales y las limitaciones, en una palabra: la comunión de su Iglesia concreta. Este debe ser un punto de mayor reflexión para los institutos seculares, así como debe ser una solicitud de los Pastores reconocer y pedir su aportación según la naturaleza propia de los institutos.(...) Hay que dar a estos institutos toda la riqueza de la doctrina católica sobre la creación, la encarnación y la redención, a fin de que puedan hacer propios los designios sabios y misteriosos de Dios sobre el hombre, sobre la historia y el mundo (n.4) (“Identidad y Misión de los Institutos Seculares hoy”; Asamblea Plenaria de la SCRIS; 3-6- V-1983; 7-10).

*** Exhortación apostólica: “Vita Consecrata” (25 de marzo de 1996)**

No han faltado unas palabras de Juan Pablo II sobre los Institutos Seculares:

El Espíritu, origen de los Institutos Seculares

“El Espíritu Santo, admirable artífice de la variedad de los carismas, ha suscitado en nuestro tiempo nuevas formas de vida sagrada, como queriendo

corresponder, según un providencial designio, a las nuevas necesidades que la Iglesia encuentra hoy al realizar su misión en el mundo” (n. 10).

Semblanza del Instituto secular

“Pienso en primer lugar en los Institutos Seculares, cuyos miembros quieren vivir la consagración a Dios en el mundo mediante la profesión de los consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales, para ser así levadura de sabiduría y testigos de gracia dentro de la vida cultural, económica y política. Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las bienaventuranzas” (n. 10).

Misión del Instituto Secular

“De este modo, mientras la total pertenencia a Dios los hace plenamente consagrados a su servicio, su actividad en las normales condiciones laicales contribuye, bajo la acción del Espíritu, a la animación evangélica de las realidades seculares. De esta manera, los institutos seculares contribuyen a asegurar a la Iglesia, según la índole específica de cada uno, una presencia incisiva en la sociedad” (n.10) (111).

*** Discurso de Juan Pablo II al Simposio Internacional sobre la “Provida Mater Ecclesiae”, promovido por la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares (1-II-1997).**

- Vigencia profética de la “Provida Mater Ecclesiae”

A medio siglo de distancia, la Provida Mater Ecclesiae nos parece aún gozar de gran actualidad (...) El documento se caracteriza por su inspiración profética, que merece destacarse. De hecho, la forma de vida de los Institutos Seculares -hoy más que nunca- aparece como una providencial y eficaz modalidad de testimonio evangélico en las circunstancias determinadas por la actual condición cultural y social en la que la Iglesia está llamada a vivir y a ejercer su misión. (...) La vida religiosa -entendida en su propia forma canónica- no agotaba en sí misma toda posibilidad de seguimiento integral del Señor. (...) Mediante la presencia y el testimonio de la consagración secular se produciría una renovación cristiana de la vida familiar, profesional y social, gracias a la cual surgirían nuevas y eficaces formas de apostolado, dirigidas a personas y ambientes normalmente alejadas del Evangelio y casi impenetrables a su anuncio” (n.2)..

- Los Institutos Seculares se encuentran “por decirlo así, en el centro del conflicto que agota y divide el alma moderna”.

Con esta expresión quería recuperar algunas expresiones de Pablo VI, que había hablado de los Institutos Seculares como de la respuesta a una ansiedad profunda: la de encontrar el camino de síntesis entre la plena consagración de la vida conforme a los consejos evangélicos y la plena responsabilidad de una presencia y de una acción transformadora interna al mundo, para plasmarlo, perfeccionarlo y santificarlo” (n.3) (...).

En efecto, por una parte, asistimos a la rápida difusión de formas de religiosidad que proponen experiencias fascinantes y en algunos casos también comprometedoras y exigentes. Pero el énfasis se pone en el nivel emotivo y sensible de la experiencia, más que en el ascético y espiritual. Se puede reconocer que tales formas de religiosidad tratan de responder a un anhelo cada vez más renovado de comunión con Dios y de búsqueda de la verdad última sobre él y sobre el destino de la humanidad. Y se presentan con el atractivo de la novedad y del fácil universalismo. Pero estas experiencias suponen una concepción ambigua de Dios, que no corresponde a la que ofrece la revelación. Además, están desarraigadas de la realidad y de la historia concreta de la humanidad.

A esta religiosidad se contrapone una falsa concepción de la secularidad, según la cual Dios es ajeno a la construcción del futuro de la humanidad. La relación con Él se considera una elección privada y una cuestión subjetiva, que al máximo se puede tolerar, siempre que no pretenda influir de alguna manera en la cultura o en la sociedad.

- Un gran desafío

¿Cómo afrontar, por tanto, este conflicto que afecta al espíritu y al corazón de la humanidad contemporánea? Se transforma en un desafío para el cristiano: el desafío de transformarse en agente de una nueva síntesis entre la máxima adhesión posible a Dios y a su voluntad y la máxima participación posible en las alegrías y en las esperanzas, en las angustias y en los dolores del mundo, para encauzarlas hacia el proyecto de salvación integral que Dios Padre nos ha manifestado en Cristo y que continuamente pone a nuestra disposición mediante el don del Espíritu Santo.

Los miembros de los Institutos Seculares se comprometen precisamente a esto, expresando su plena fidelidad a la profesión de los consejos evangélicos en una forma de vida secular, cargada de riesgos y de exigencias a

menudo imprevisibles, pero rica de una potencialidad específica y original (n.4).

- Testigos de Cristo

“Portadores humildes y convencidos de la fuerza transformadora del Reino de Dios y testigos valientes y coherentes del deber y de la misión de evangelización de las culturas, los miembros de la Institutos Seculares son, en la historia, signo de una Iglesia amiga de los hombres, capaz de ofrecer consuelo en todo género de aflicción, preparada para sustentar todo auténtico progreso de la convivencia humana, pero al mismo tiempo intransigente contra toda opción de muerte, de violencia, de mentira y de injusticia. Ellos son también signo y evocación, para los cristianos, del deber de preocuparse - en nombre de Dios- de una creación que sigue siendo objeto del amor y de la complacencia de su Creador, aun estando marcada por la contradicción de la rebelión y del pecado, y por la necesidad de ser liberada de la corrupción y de la muerte” (...) (n.5).

La Iglesia espera hoy hombres y mujeres que sean capaces de dar un testimonio renovado del Evangelio y de sus exigencias radicales, estando dentro de la condición existencial de las personas. Y también el mundo, con frecuencia sin darse cuenta, desea el encuentro con la verdad del Evangelio para un progreso verdadero e integral de la humanidad, según el plan de Dios.

En esta situación, es necesario que los miembros de los Institutos seculares tengan una gran determinación y una límpida adhesión al carisma típico de su congregación: el de realizar la síntesis de fe y vida, de Evangelio e historia humana, de entrega integral a la gloria de Dios y disponibilidad incondicional a servir a la plenitud de la vida de sus hermanos y hermanas en este mundo.

- En la encrucijada entre Dios y los hombres

Los miembros de estos Institutos se sitúan, por vocación y por misión, en una encrucijada donde coinciden la iniciativa de Dios y la expectativa de la creación: la iniciativa de Dios, que llevan al mundo mediante el amor a Cristo y la unión íntima con Él; la espera de la creación, que comparten en la condición diaria y secular de sus semejantes, cargando con las contradicciones y las esperanzas de todo ser humano, especialmente de los más débiles y de los que sufren (...) (n.5)..

- Levadura y sal del mundo

El mundo contemporáneo es particularmente sensible ante el testimonio de quien sabe aceptar con valentía el riesgo y la responsabilidad del discernimiento de su tiempo y del proyecto de edificación de una humanidad nueva y más justa. Nos ha tocado vivir en un tiempo de grandes transformaciones culturales y sociales.

Por este motivo, es cada vez más evidente que la misión del cristiano en el mundo no puede reducirse a un puro y simple ejemplo de honradez, competencia y fidelidad al deber. Todo esto se supone. Se trata de revestirse de los mismos sentimientos de Cristo Jesús para ser signos de amor en el mundo. Este es el sentido y la finalidad de la auténtica secularidad cristiana y, por tanto, el fin y el valor de consagración cristiana que se vive en los Institutos seculares.

En esta línea es muy importante que los miembros de estos institutos vivan intensamente la comunión fraterna tanto en el interior de su instituto como con los miembros de otros institutos. Precisamente porque están dispersos como levadura y sal en medio del mundo, deberían considerarse testigos privilegiados del valor de la fraternidad y de la amistad cristiana, hoy tan necesarias, sobre todo en las grandes áreas urbanizadas, donde halla gran parte de la población mundial.

Albergo la esperanza de que cada Instituto Secular se convierta en un gimnasio de amor fraterno, en una hoguera encendida, que proporcione luz y calor a muchos hombres y mujeres para la vida del mundo (n.6).

- María, vuestro modelo

Pido a María que dé a todos los miembros de los Institutos Seculares la lucidez con que ella mira la situación del mundo, la profundidad de su fe en la palabra de Dios y la prontitud de su disponibilidad a realizar sus misteriosos designios, para una colaboración cada vez más eficaz en la obra de la salvación (n.7). (111a).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el VII Congreso Internacional de los Institutos Seculares: 28-VIII-2000.**

- Invitación de la Iglesia

“La Iglesia invita a todos los seglares, pero de manera especial a los miembros de los Institutos Seculares a comprometerse en la animación evangélica y en el testimonio cristiano dentro de las realidades seculares” Como ya os dije en nuestro encuentro con ocasión del 50º aniversario de la

Próvida Mater Ecclesia, os halláis por vocación y misión, en la encrucijada entre la iniciativa de Dios y la espera de la creación: la iniciativa de Dios que lleváis al mundo mediante el amor y la unión íntima con Cristo; la espera de la creación, que compartís en la condición diaria y secular de vuestros semejantes (...). Por eso, como seglares consagrados, debéis vivir con conciencia activa las realidades de vuestro tiempo, porque el seguimiento de Cristo, que da sentido a vuestra vida, os compromete seriamente frente al mundo que estáis llamados a transformar según el proyecto de Dios.

- La formación de los laicos y de los consagrados

“La formación atañe de modo global a toda la vida del consagrado. (...) No puede descuidar, como su centro vital y como criterio de valoración cristiana de los fenómenos históricos, la dimensión espiritual, teológica y sapiencial de la vida de fe, que proporciona las claves últimas y decisivas para la lectura de la actual condición humana y para la elección de las prioridades y de los estilos de un testimonio auténtico.

- La mirada que dirigimos al mundo

“La mirada que dirigimos a las realidades del mundo contemporáneo y que ojalá esté siempre llena de la compasión y de la misericordia que nos ha enseñado nuestro Señor Jesucristo, no se limita a percibir errores y peligros. Ciertamente no puede ignorar tampoco los aspectos negativos y problemáticos, pero inmediatamente trata de descubrir caminos de esperanza e indicar perspectivas de intenso compromiso con vistas a la promoción integral de la persona, a la liberación y a la plenitud de su felicidad (n.2).

- Sed portadores de luz y de esperanza

En el corazón de un mundo que cambia, en el que persisten y se agravan injusticias y sufrimientos inauditos, estáis llamados a realizar una lectura cristiana de los hechos y de los fenómenos históricos y culturales. En particular, debéis ser portadores de luz y esperanza en la sociedad actual. No os dejéis engañar por optimismos ingenuos; por el contrario, seguid siendo testigos fieles de un Dios que ciertamente ama a esta humanidad y le ofrece la gracia necesaria para que pueda trabajar eficazmente en la construcción de un mundo mejor, más justo y más respetuoso de la dignidad de todo ser humano. El desafío que la cultura contemporánea plantea a la fe es precisamente éste: abandonar la fácil inclinación a pintar escenarios oscuros y negativos, para trazar posibles vías, no ilusorias, de redención, liberación y esperanza (n.3).

- La fe de los cristianos, alma del mundo

“La misión de los Institutos seculares consiste en “introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las bienaventuranzas” (Vita consecrata”,10). De esta manera la fe de los discípulos se convierte en alma del mundo (...) y produce una renovación cultural y social para beneficio de la humanidad. Cuanto más alejada esté y más ajena sea la humanidad al mensaje evangélico, con tanta mayor fuerza y persuasión deberá resonar el anuncio de la verdad de Cristo y del hombre redimido por él” (n.4).

- Acudid al tesoro inagotable de la revelación.

Con estas certezas se ha de alimentar vuestra formación inicial y permanente que producirá abundantes frutos en la medida en que sigáis acudiendo al tesoro inagotable de la Revelación, leído y proclamado con sabiduría y amor por la Iglesia. A María, Estrella de la evangelización, icono inigualable de la Iglesia, le encomiendo vuestro itinerario por los caminos del mundo (n. 5) (111b).

U) LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ECLESIALES Y LAS NUEVAS COMUNIDADES

“En el interior de la Iglesia encontramos diversos tipos de servicios, funciones, ministerios y formas de animación de la vida cristiana. Recuerdo como novedad, que en no pocas Iglesias han surgido en los últimos tiempos los “movimientos eclesiales”, dotados de dinamismo misionero. Cuando ellos se insertan con humildad en la vida de las Iglesias Locales y son acogidos cordialmente por los obispos y sacerdotes en las estructuras diocesanas y parroquiales, los movimientos representan un verdadero don de Dios para la nueva evangelización y para la actividad misionera propiamente dicha. Yo recomiendo por tanto difundirlos y que se recurra a ellos para dar nuevo vigor, sobre todo entre los jóvenes, a la vida cristiana y a la evangelización, con una visión pluralista de las formas de asociación y de expresión” (Enc. *Redemptoris Missio*” (1990), 72.

a) Juan Pablo II ante los Nuevos Movimientos eclesiales

*** En el 30 Aniversario de Comunión y Liberación (1984)**

“Es significativo ver cómo el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia contemporánea numerosos movimientos para continuar el diálogo con el hombre comenzado por Dios en Cristo y mantenido en el transcurso de toda la historia cristiana. Estos movimientos son signo de la libertad de formas en que se realiza la única Iglesia y representan una novedad segura, necesitada de ser comprendida como conviene en toda su eficacia positiva para construir el Reino de Dios en el hoy de la historia”.

Mons. P.J. Cordes escribe en esta misma línea “Aceptad los movimientos espirituales, que tanto contribuyen a modelar el rostro de la Iglesia. Dadles ocasión de manifestar su vitalidad y el espacio que necesitan para cumplir su misión” (111c)

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades (27-V-1998).**

La originalidad del carisma de todo movimiento “no pretende, ni podría hacerlo, añadir algo a la riqueza del “depositum fidei”, conservado por la Iglesia con celosa fidelidad” (n.4). Sin embargo, esta originalidad “constituye un fuerte apoyo, una llamada sugestiva y convincente a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana. Este es el requisito para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos y urgencias de los tiempos y de las circunstancias siempre diversas” (n.4)

*** Mensaje de Juan Pablo II al VIII Encuentro Internacional de la Fraternidad Católica de las Comunidades y Asociaciones de la Alianza (1-VI-1998)**

“Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he considerado a los movimientos un gran recurso espiritual para la Iglesia y la humanidad, un don del Espíritu Santo para nuestro tiempo y un signo de esperanza para todos. De la plaza de San Pedro, el 30 de mayo de 1998, salió un importante mensaje, una palabra poderosa que el Espíritu Santo no sólo quiso dirigir a los movimientos, sino también a toda la Iglesia. Los movimientos quisieron testimoniar su comunión con la Iglesia y la entrega completa a su misión, bajo la guía de sus pastores” (n.2).

*** Vigilia de oración, víspera de Pentecostés (30-VI-1998).**

Simbólica fue la vigilia de oración presidida por Juan Pablo II durante el encuentro de los Movimientos eclesiales y de las nuevas Comunidades, en la víspera de Pentecostés. Estuvieron presentes varios fundadores de esos movimientos y de unos quinientos mil adeptos reunidos en la plaza de San pedro, en Roma...

El Santo Padre les dijo:

“En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas

comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio” (n.7).

“Hoy, la Iglesia se alegra al constatar el renovado cumplimiento de las palabras del profeta Joel, que hace poco escuchábamos: “Derramaré Mi Espíritu sobre toda criatura...” (Hech.2, 17). Vosotros, aquí presentes, sois la prueba palpable de esta “efusión” del Espíritu.

*** Mensaje de Juan Pablo II al Card. J.Stafford (21-VI-2001)**

Juan Pablo II envía un mensaje al cardenal J. Stafford con motivo del Congreso sobre “Los movimientos eclesiales para la nueva evangelización” (21-VI-2001). De este mensaje reproducimos lo siguiente:

- La Iglesia, misterio, comunión y misión

“La Iglesia debe caminar desde Cristo con la mirada puesta en Él y, sumergiéndose en su misterio, comprometerse a ser para todos escuela de comunión y de caridad activa. Sostenida por el poder del Espíritu Santo, a pesar de las humanas fragilidades, la Iglesia podrá así dar testimonio del amor de Dios en todos los ambientes donde están en juego la vida del hombre y la construcción de la sociedad.

Esta misión incumbe a toda la comunidad cristiana, y los movimientos eclesiales constituyen un “don providencial” para este camino, como yo mismo quise recordar en el memorable encuentro en la Plaza de San Pedro. (30-V-1998). Precisamente por ello subrayé en la Carta apostólica “Novo Millennio Ineunte” “el deber de promover las diversas realidades de asociación, que tanto en sus modalidades más tradicionales como en las más nuevas de los movimientos eclesiales siguen dando a la Iglesia una viveza que es don de Dios, constituyendo una auténtica primavera del Espíritu”(n.46).

- Los sacerdotes en los nuevos movimientos

“En tantos movimientos eclesiales participan también, junto con los fieles laicos, numerosos sacerdotes, atraídos por el ímpetu carismático, pedagógico, comunitario y misionero que acompaña a las nuevas formaciones eclesiales. Se trata de una experiencia que puede resultar harto útil, ya que puede “enriquecer la vida sacerdotal de cada uno y animar el presbiterio con ricos dones espirituales”.

Resulta bien claro en la doctrina católica que los sacerdotes están en primer lugar llamados a vivir la plenitud de gracia en el sacramento, por el que quedan configurados con Cristo, Cabeza y Pastor, al servicio de toda la comunidad cristiana, en cordial y filial referencia al obispo y fraternalmente unidos en el presbiterio diocesano. Pertenecen a la Iglesia particular y colaboran con su misión. Pero es también verdad que “los carismas del Espíritu siempre crean afinidades destinadas a ser para cada uno sustento para su tarea objetiva en el seno de la Iglesia” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, VIII/2, 1985, pág.660).

Su eficacia positiva se manifiesta cuando los sacerdotes hallan en los movimientos “la luz y el calor” que les ayudan a madurar en una fervorosa vida cristiana y, en especial, en un auténtico “sensu Ecclesiae” que los impulsa a una fidelidad más firme a los pastores legítimos, haciéndolos atentos a la disciplina eclesiástica para cumplir con impulso misionero las tareas propias de su ministerio (n.2).

Resulta importante evitar que la participación del sacerdote, del diácono y del seminarista en movimientos o asociaciones eclesiales se resuelva en una cerrazón tan presuntuosa como estrecha. Al contrario ha de abrir su espíritu a la acogida, al respeto y a la valorización de otras modalidades de participación de los fieles en el conjunto de la Iglesia, impulsándolos a ser cada vez más hombres de comunión, “pastores del conjunto” (PDV 62) (n.2)..

La inserción en los movimientos eclesiales se traducirá para los sacerdotes en posibilidades de enriquecimiento espiritual y pastoral. Y es que participando en ellos los presbíteros pueden aprender mejor a vivir la Iglesia en la coesencialidad de los dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos que le son propios, según la pluralidad de ministerios, estados de vida y tareas que la construyen (n.3).

El sacerdote debe situarse en el seno de un movimiento, más allá de las funciones y tareas que está llamado a asumir en el mismo, como presencia singular de Cristo, Cabeza y Pastor, ministro de la Palabra de Dios y de los sacramentos, educador en la fe, medio de conexión con el ministerio jerárquico. Es más, precisamente de su aportación puede depender en gran medida el crecimiento de los movimientos en esa “madurez eclesial” que recordé en el citado encuentro de Pentecostés de 1998.

- Evitar la clericalización de los movimientos

Sería una grave pérdida un proceso de “clericalización” de los movimientos. Análogamente, resultaría perjudicial que el testimonio y el ministerio de los sacerdotes quedaran de alguna manera empañados y asimilados progresivamente a un estado laical.

- Los que se forman en orden al Sacerdocio

Los movimientos eclesiales resultan además “fuente de ayuda y apoyo en el camino formativo hacia el sacerdocio”, especialmente para quienes proceden de determinadas asociaciones o movimientos, sin mengua, eso sí, del respeto debido a la disciplina establecida en la Iglesia para los seminarios (n.2).

- Exhortación al Consejo Pontificio de Laicos

“Animo pues a este dicasterio a seguir con atención el camino de los movimientos eclesiales, fomentando un intenso diálogo con ellos y acompañándolos con pastoral sabiduría, sin regatearles, llegado el caso, los oportunos discernimientos, aclaraciones y orientaciones” (n.3)

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a Mons. L.Giussani (11-II-2002)**

Durante estos veinte años la Iglesia ha visto surgir y desarrollarse en su seno muchos otros movimientos, comunidades y asociaciones. La fuerza del Espíritu de Cristo no deja nunca de superar, casi romper, los esquemas y las formas sedimentadas de la vida precedente, para urgir a inéditas modalidades expresivas. Esta urgencia es el signo de la intensa misión de la Iglesia, en la que el rostro de Cristo se delinea a través de los rasgos de los rostros de los hombres de todos los tiempos y lugares de la historia. ¡Cómo no asombrarse ante estos prodigios del Espíritu Santo! Realiza maravillas y, en el alba de un nuevo milenio, impulsa a los creyentes a remar mar adentro hacia fronteras cada vez más avanzadas en la construcción del Reino” (n.4).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los Focolares (4-XII-2003)**

“Los nuevos movimientos, fieles a la acción vivificante del Espíritu Santo, constituyen un don valioso para la Iglesia, que los alienta y los invita a realizar su acción profética bajo la guía de los pastores, para la edificación de todo el pueblo de Dios” (n.2).

b) Criterios de eclesialidad de los Movimientos

Juan Pablo II en su Exhortación apostólica “Christifideles Laici” (n.30), expone los criterios eclesiales de discernimiento para las asociaciones laicales y los movimientos de apostolado seglar.

“La necesidad de unos criterios claros y precisos de discernimiento y reconocimiento de las asociaciones laicales, también llamados “criterios de eclesialidad”, es algo que se comprende siempre en la perspectiva de la comunión y misión de la Iglesia, y no, por tanto, en contraste con la libertad de asociación.

Como criterios fundamentales para el discernimiento de todas y cada una de las asociaciones de fieles laicos en la Iglesia se pueden considerar, unitariamente, los siguientes:

* El primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad, y que se manifiesta “en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles” (cf. LG 39) como crecimiento hacia la plenitud de la vida cristiana y a la perfección en la caridad (cf. LG 40). En este sentido, todas las asociaciones de fieles laicos, y cada una de ellas, están llamadas a ser instrumento de santidad en la Iglesia, favoreciendo y alentando “una unidad más íntima entre al vida práctica y la fe de sus miembros” (cf. AA 19).

* La responsabilidad de confesar la fe católica, acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en la obediencia al Magisterio de la Iglesia, que la interpreta auténticamente. Por esta razón, cada asociación de fieles laicos debe ser un lugar en el que se anuncia y se propone la fe, y en el que se educa para practicarla en todo su contenido.

* El testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el Papa, como centro perpetuo y visible de unidad en la Iglesia universal (LG 23), y con el obispo “principio y fundamento visible de unidad” (cf. LG 23) en la Iglesia particular, y en la “mutua estima entre todas las formas de apostolado en la Iglesia” (cf. AA,23).

La comunión con el Papa y con el obispo está llamada a expresarse en la leal disponibilidad para acoger sus enseñanzas doctrinales y sus orientaciones pastorales. La comunión eclesial exige, además, el reconocimiento de la legítima pluralidad de las diversas formas asociadas de los fieles laicos en la Iglesia, y, al mismo tiempo, la disponibilidad a la recíproca colaboración.

* La conformidad y la participación en el “fin apostólico” de la Iglesia”, que es “la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de su conciencia, de modo que consigan impregnar con el espíritu evangélico las diversas comunidades y ambientes” (cf. AA 20).

Desde este punto de vista, a todas las formas asociadas de fieles laicos, y a cada una de ellas, se les pide un decidido ímpetu misionero que les lleve a ser, cada vez más, sujetos de una nueva evangelización.

* El comprometerse en una presencia en la sociedad humana, que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre. En este sentido, las asociaciones de los fieles laicos deben ser corrientes vivas de participación y de solidaridad, para crear unas condiciones más justas y fraternas en la sociedad.

c) ¿Cómo se comprueban estos criterios fundamentales?

Juan Pablo II responde a este interrogante afirmando: “los criterios fundamentales que han sido enumerados, se comprueban en los frutos concretos que acompañan la vida y las obras de las diversas formas asociadas; como son:

* el renovado gusto por la oración, la contemplación, la vida litúrgica y sacramental;

* el estímulo para que florezcan vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada;

* la disponibilidad a participar en los programas y actividades de la Iglesia sea a nivel local, sea a nivel nacional o internacional;

* el empeño catequético y la capacidad pedagógica para formar a los cristianos;

* el impulsar a una presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social, y el crear y animar obras caritativas, culturales y espirituales;

* el espíritu de desprendimiento y de pobreza evangélica que lleva a desarrollar una generosa caridad para con todos;

* la conversión a la vida cristiana y el retorno a la comunión de los bautizados “alejados” (n.30).

d) Algunos Movimientos eclesiales nuevos

LOS “FOCOLARI”

Este movimiento fue fundado por Clara Lubich en Trento (Italia), recién terminada la última guerra mundial. Ofrecemos a continuación unas palabras que Juan Pablo II les dirige:

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II con ocasión del 60º Aniversario de la fundación del Movimientos de los Focolares (4-XII-2003).**

“La “Obra de María” nació con la especial consagración a Dios que usted, Chiara Lubich, hizo en Trento precisamente a finales de 1943, y desde entonces ha ido creciendo, orientada totalmente al amor de Dios y al servicio de la unidad en la iglesia y en el mundo (n.1).

En sintonía con el magisterio de la Iglesia (...) las focolarinas y los focolarinos se han hecho apóstoles del diálogo, como camino privilegiado para promover la unidad: diálogo en el interior de la Iglesia, diálogo ecuménico, diálogo interreligioso y diálogo con los no creyentes. (...)

Al inicio de un nuevo milenio, los creyentes tienen el deber urgente de un renovado compromiso para responder a los desafíos de la nueva evangelización. Desde esta perspectiva, desempeñan un papel importante los movimientos eclesiales, entre los cuales ocupa un lugar de relieve los Focolares. (n.2).

“Exhorto a todos a seguir fielmente a Cristo y a abrazar con Él el misterio de la cruz, para cooperar, con el don de su existencia, a la salvación del mundo” (n.3).

COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

Este movimiento nace en Milán entre la juventud estudiante por obra de D. Luigi Giussani, sacerdote, durante los años 1954-1964.

*** Mensaje de Juan Pablo II para la inauguración de un centro de Comunión y Liberación (17-X-2000).**

“Ya desde el comienzo de mi pontificado he prestado una atención especial a las nuevas asociaciones laicales, en particular a los movimientos, para que, bajo la guía iluminada y prudente de los pastores, constituyan un recurso providencial de energía misionera en la Iglesia y en las diversas situaciones culturales, sociales y ambientales en las que el hombre vive y se expresa hoy. Entre estas nuevas asociaciones, el Señor ha suscitado

“Comunión y Liberación”, que, cumpliendo un deseo largamente acariciado por monseñor Luigi Giussani, hoy inaugura su propio Centro internacional, encomendado a la responsable dirección del profesor Jesús Carrascosa y de su esposa, Juana Echarri”.

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a Mons. Luigi Giussani, fundador de Comunión y Liberación (11-II-2002).**

El primer aspecto que llama la atención, al repasar con la memoria la vida y las obras de la Fraternidad y del movimiento, es el compromiso de ponerse a la escucha de las necesidades del hombre de hoy. El hombre jamás deja de buscar: sigue buscando tanto cuando está marcado por el drama de la violencia, de la soledad y de la insignificancia, como cuando vive con serenidad y alegría. La única respuesta que puede satisfacerle, calmando su búsqueda, le viene del encuentro con Cristo, fuente de su ser y de su obrar. Por tanto, el movimiento ha querido y quiere indicar no un camino, sino el camino para llegar a la solución de este drama existencial. El camino - ¡cuántas veces lo ha afirmado usted- es Cristo. Él es el camino, la verdad y la vida, que llega a la persona en la cotidianidad de su existencia. El descubrimiento de este camino tiene lugar normalmente gracias a la mediación de otras personas. Los creyentes, marcados con el don de la fe por el encuentro con el Redentor, están llamados a ser eco del acontecimiento de Cristo, a ser ellos mismos “acontecimiento”. Así pues, el cristianismo, antes que ser un conjunto de doctrinas o una regla para la salvación, es el “acontecimiento” de un encuentro.

Vuestra historia es también historia de obras de cultura, de caridad, de formación y, respetando la distinción entre las finalidades de la sociedad civil y de la Iglesia, es también historia de compromiso en el campo político, un ámbito por su misma naturaleza rico en contraposiciones, en el que a veces resulta arduo servir fielmente a la causa del bien común” (n.3).

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II con motivo del 50 aniversario de la fundación de “Comunión y Liberación” (22-II-2004).**

Me complace expresarle a usted, así como a todos los miembros del Movimiento, el deseo de que esta importante celebración jubilar impulse a cada uno a remontarse a la experiencia fontal de la que nació el Movimiento, renovando el entusiasmo de los orígenes. En efecto, es importante mantenerse fieles al carisma de los inicios para responder eficazmente a las expectativas y a los desafíos de los tiempos. (...) “Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os llevará más

poderosamente a haceros servidores de esa potestad única que es Cristo Señor” (n.2).

Que en el seguimiento humano y fiel de Jesús, al que todos los bautizados están llamados, cada uno de vosotros se inspire en el ejemplo de la Virgen María. ¡Que sea ella el modelo de vuestro ser cristianos hoy! (n.2).

Aquí reside la original intuición pedagógica de vuestro movimiento, es decir, volver a proponer de modo atractivo y en sintonía con la cultura contemporánea el acontecimiento cristiano, percibido como fuente de nuevos valores, capaces de orientar toda la existencia. Es necesario y urgente ayudar a encontrar a Cristo, para que él se convierta en la razón última de la vida y de la actividad también para el hombre de hoy. Esta experiencia de fe suscita una mirada nueva sobre la realidad, una responsabilidad y una creatividad que abarcan todos los ámbitos de la existencia: desde la actividad laboral hasta las relaciones familiares, desde el compromiso social hasta la animación del ambiente cultural y político” (n.2).

EL CAMINO NEOCATECUMENAL

El Camino Neocatecumenal fue iniciado en 1964, en el barrio de chabolas de Palomeras Altas (Madrid) por Kilo Argüello y la señorita Carmen Hernández, que, a petición de los mismos pobres con los que vivían, comenzaron a anunciarles el Evangelio de Jesucristo. Con el paso del tiempo, este “kerigma” se concretó en una síntesis catequética, fundada en la tríada “palabra de Dios – liturgia – comunidad”, que trata de llevar a las personas a una comunión fraterna y a una fe andadura.

*** Discurso de Juan Pablo II a las Comunidades Neocatecumenales de varias parroquias madrileñas (23-III-1984)**

“Os agradezco esta visita, que quiere ser, junto a la tumba del primer Apóstol, un acto de adhesión al Sucesor de Pedro, como garantía de fidelidad eclesial, y que se inserta en el itinerario de fe que estáis recorriendo. (...) Os aliento a radicar sólidamente vuestra vida en la fe recibida de los Apóstoles y enseñada por los Padres de la Iglesia, y que debe ser la luz que ilumine cada paso de vuestro recorrido hacia el Padre”. (...). “Me alegra que en vuestro programa de peregrinación a Roma hayáis previsto también la visita a un santuario mariano como el de Loreto, para poner vuestra existencia bajo el amparo maternal de la Virgen María, la Madre de Cristo y de la Iglesia”. (...) Os aliento en vuestro camino, para que, unidos a vuestros Obispos y sacerdotes, y en fraterna comunión con los otros movimientos de

espiritualidad y de apostolado debidamente reconocidos, ofrezcáis vuestra generosa aportación a la Iglesia en nuestro momento presente”.

*** Carta de Juan Pablo II a Mons. Paul Joseph Cordes (30-VIII-1990).**

“Entre las realidades suscitadas por el Espíritu en nuestros días figuran las Comunidades Neocatecumenales, iniciadas por el señor K. Argüello y por la señora C. Hernández (Madrid, España), cuya eficacia para la renovación de la vida cristiana era acogida por mi predecesor Pablo VI como fruto del Concilio (111d).

También yo, en tantos encuentros tenidos como obispo en Roma, en las parroquias romanas, con las comunidades Neocatecumenales y con sus pastores, y en mis viajes apostólicos, en muchas ocasiones he podido constatar copiosos frutos de conversión personal y fecundo impulso misionero.

Tales Comunidades hacen visible en las parroquias, el signo de la Iglesia misionera y se esfuerzan por abrir el camino a la evangelización de aquellos que casi han abandonado la vida cristiana, ofreciéndoles un itinerario de tipo catecumenal, que recorre aquellas fases que en la Iglesia primitiva los catecúmenos recorrían antes de recibir el sacramento del Bautismo; les acerca de nuevo a la Iglesia y a Cristo” (cf. “Catecumenato postbautismal” en “Notitiae” 96-96, 1974,229). Es el anuncio del Evangelio, el testimonio en pequeñas comunidades y la celebración eucarística en grupos (cf. “Notificazione sulle celebrazioni nei gruppi del “Camino Neocatecumenale” en “L’Osservatore Romano”, 24-XII-1988) lo que permite a los miembros ponerse al servicio de la renovación de la Iglesia. (...)

Después de más de veinte años de vida de las Comunidades difundidas en los cinco continentes, teniendo en cuenta la nueva vitalidad que anima a las parroquias, el impulso misionero y los frutos de conversión que brotan del testimonio de los itinerantes y, últimamente, de la obra de las familias que evangelizan en zonas descristianizadas de Europa y del mundo entero; considerando las vocaciones surgidas de este camino a la vida religiosa y al presbiterado para la nueva evangelización, como el “Redemptoris Mater” de Roma; habiendo visto la documentación por usted presentada; acogiendo la petición que se me ha dirigido, reconozco el camino neocatecumenal como un itinerario de formación católica válida para la sociedad y para los tiempos de hoy.

Deseo, por lo tanto, que los hermanos en el Episcopado valoricen y ayuden -junto con sus presbíteros- esta obra para la nueva evangelización, para que se realice según las líneas propuestas por los iniciadores, en el espíritu de servicio al ordinario del lugar, en comunión con él, en el contexto de la unidad de la Iglesia universal” (111e).

*** Carta de Juan Pablo II al Cardenal P. Joseph Cordes (5-IV-2001)**

El día 5 de abril de 2001, mediante carta autógrafa dirigida a su Eminencia el cardenal James Francis Stafford, presidente de Pontificio Consejo para los Laicos, el Sumo Pontífice, Juan Pablo II, al tiempo que reiteraba la citada exigencia, volvía a confirmar la competencia de este dicasterio para la aprobación de los Estatutos del Camino Neocatecumenal - “itinerario de formación católica, válida para la sociedad y para los tiempos actuales” (111f), y encomendaba a su atención el acompañamiento futuro del mismo” (111g).

*** Consejo Pontificio para los Laicos: decreto de aprobación de los estatutos del Camino Neocatecumenal (29-VI-2002)**

Teniendo en cuenta los numerosos frutos espirituales aportados a la nueva evangelización por la praxis del Camino Neocatecumenal -acogido y valorado en sus más de treinta años de vida en muchas Iglesias locales-, señalados al Consejo pontificio para los laicos por numerosas cartas de recomendación de cardenales, patriarcas y obispos;

Después de un atento examen del texto de los Estatutos, fruto de un laborioso proceso de colaboración entre los iniciadores del Camino neocatecumenal y el Consejo pontificio para los laicos, que ha contado con la contribución dada en el ámbito de sus competencias respectivas por diversos dicasterios de la Curia romana;

Vista la instancia presentada a este dicasterio con fecha 5 de abril de 2002 por el señor Francisco (Kiko) Argüello, por la señorita Carmen Hernández y por don Mario Pezzi, miembros del equipo responsable internacional del Camino Neocatecumenal, para solicitar la aprobación de los Estatutos del Camino Neocatecumenal;

A tenor de los artículos 131 y 133, 1 y 2 de la Constitución apostólica “Pastor bonus” sobre la Curia romana, el Consejo pontificio para los Laicos

DECRETA la aprobación “ad experimentum”, durante un período de cinco años, de los estatutos del Camino Neocatecumenal, debidamente autenticados por el Dicasterio y depositados en copia en sus archivos. Ello en la confianza de que dichas normas estatutarias constituyan unas líneas maestras firmes y seguras para la vida del Camino y un apoyo importante para los pastores en su acompañamiento paterno y vigilante de las comunidades neocatecumenales” (112).

*** Discurso de Juan Pablo II a un grupo de catequistas y presbíteros del Camino Neocatecumenal (21-IX-2002).**

“Os saludo y acojo con afecto a cada uno (...). ¡Cómo no dar gracias al Señor por los frutos producidos por el Camino neocatecumenal en sus más de treinta años de existencia! En una sociedad secularizada como la nuestra, donde reina la indiferencia religiosa y muchas personas viven como si Dios no existiera, son numerosos los que necesitan redescubrir los sacramentos de la iniciación cristiana, especialmente el bautismo. El Camino es, sin duda alguna, una de las respuestas providenciales a esta necesidad urgente (n.2).

Nuestro encuentro actual expresa la alegría por la reciente aprobación de los Estatutos del Camino neocatecumenal por parte de la Santa Sede. Me alegra que este itinerario, que comenzó hace más de cinco años, se haya realizado mediante un intenso trabajo de consulta, reflexión y diálogo (n.3).

Deseo expresar la importancia de los Estatutos recién aprobados para la vida actual y futura del Camino neocatecumenal. En efecto, esta norma ante todo reafirma una vez más la naturaleza eclesial del Camino neocatecumenal que, como ya dije hace algunos años, constituye “un itinerario de formación católica, válida para la sociedad y para los tiempos actuales”.

Además, los Estatutos del Camino neocatecumenal describen los aspectos esenciales de este itinerario dirigido a los fieles que en sus comunidades parroquiales desean reavivar su fe, así como a las personas ya adultas que se preparan para recibir el sacramento del bautismo. Por los Estatutos establecen, sobre todo, las tareas fundamentales de las diversas personas que tienen responsabilidades específicas en la realización del itinerario formativo dentro de las comunidades neocatecumenales....” (n.4).

La Iglesia espera ahora de vosotros un compromiso aún más fuerte y generoso en la nueva evangelización y en el servicio a las Iglesias locales y a las parroquias.

Deseo dirigiros una palabra en particular a vosotros, sacerdotes comprometidos al servicio de las comunidades neocatecumenales. No olvidéis nunca que, como ministros de Cristo, tenéis un papel insustituible de santificación, de enseñanza y de guía pastoral con respecto a los que recorren el itinerario del Camino. Servid con amor y generosidad a las comunidades que os han sido confiadas” (n.5).

*** Discurso de Juan Pablo II a la comunidad del Seminario Diocesano “Redemptoris Mater” de Roma (18-III-2004).**

El Santo Padre, después de agradecer la existencia de estos Seminario y de reconocer los frutos que están dando, les ofrece algunas indicaciones doctrinales. Reseñamos las siguientes:

- “Para obtener tan positivos resultados de fundamental importancia tener siempre claras, en vuestro itinerario formativo, la naturaleza y las características del sacerdocio ministerial tal y como las ilustran el Concilio Vaticano II y, posteriormente, la Exhortación apostólica postsinodal “Pastores dabo vobis”.

En efecto, el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial están ordenados el uno al otro e íntimamente relacionados, pues ambos participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia, sin embargo, es esencial, y no sólo de grado (cf. LG 10). En virtud del sacramento del Orden, los presbíteros quedan, de hecho, configurados de forma especial con Jesucristo, como Cabeza y Pastor de su pueblo, y al servicio de este pueblo deben -a semejanza de Cristo- emplear y entregar sus vidas. Precisamente porque representan sacramentalmente a Jesucristo Cabeza y Pastor, están llamados a presidir, en estrecha comunión con el obispo, las comunidades que les están encomendadas, según cada una de las tres dimensiones -profética, sacerdotal y real- en las que se articula la única misión de Cristo y de la Iglesia (cf. PDV ,nn.12-16) (n.3)..

-“Amadísimos seminaristas: ateniéndoos a tan sólida doctrina en vuestra formación y posteriormente en el ejercicio diario del ministerio presbiteral, podréis vivir dichosamente la gracia del sacerdocio y asegurar un servicio auténtico y fecundo a la diócesis de Roma y las Iglesias hermanas a las que seáis enviados. La oración, el estudio, la vida comunitaria, correctamente armonizados en el proyecto formativo y llevados a la práctica con fidelidad y generosidad en la existencia concreta de vuestro seminario, son los caminos de los que se sirve el Señor para esculpir en vosotros, día tras día, la imagen de Cristo Buen Pastor (n.3).

- “Sobre estas bases podéis también prepararos a vivir, cuando seáis sacerdotes, de manera serena y provechosa, vuestra pertenencia constitutiva y sin reservas al presbiterio diocesano -que tiene en el obispo su punto de referencia esencial-, y contemporáneamente el profundo lazo que os vincula a la experiencia del Camino Neocatecumenal. Y es que, tal y como está escrito en el artículo 18 del Estatuto del Camino, en los seminarios diocesanos y misioneros “Redemptoris Mater” los candidatos al sacerdocio encuentran en la participación en el Camino Neocatecumenal un elemento específico y básico del “iter” formativo y, al mismo tiempo, son preparados a la genuina opción presbiteral de servicio al entero Pueblo de Dios, en la comunión fraterna del presbiterio” (n.4).

- “Análogamente, es preciso evitar una falsa alternativa entre el servicio pastoral en la diócesis a la que pertenecéis y la misión universal, hasta los extremos confines de la tierra, que arraiga en la misma participación sacramental en el sacerdocio de Cristo (PDV, nn.17-18) y para la que estáis especialmente preparados gracias a la experiencia del Camino Neocatecumenal. Efectivamente, vuestro destino concreto es competencia del obispo, al que le importan en grado sumo tanto las necesidades de la propia diócesis como las exigencias de la misión universal.

Encomendándoos con actitud de confianza y cordial obediencia a sus decisiones, encontraréis la paz y serenidad interior y podréis en toda circunstancia expresar vuestro carisma misionero, dado que también aquí, en Roma, la pastoral está caracterizada -y lo estará siempre- por la prioridad de la evangelización” (n.4).

LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Más que un movimiento es una corriente de renovación religiosa. Aparece en la Iglesia católica en Pittsburg, USA, en 1966

*** Discurso a miembros del Movimiento Nacional Italiano de “Renovación en el Espíritu” (23-XI-1980).**

“Animados por la caridad, no sólo os pondréis en espontánea y dócil escucha de aquellos “a quienes el Espíritu ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios” (Hech.20,28), sino que sentiréis también la necesidad de abriros a una comprensión cada vez más atenta a los otros hermanos con el deseo de llegar a tener con ellos verdaderamente “un solo corazón y una sola alma” (Act.4,32). De aquí brotará la auténtica renovación de la Iglesia, que el Concilio Vaticano II ha deseado y que vosotros tratáis de facilitar con la oración, con el testimonio, con el servicio. La “renovación en

el Espíritu”, efectivamente he recordado en la Exhortación Apostólica “Catechesi tradendae”, “tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia, no tanto en la medida en que suscite carismas extraordinarios, cuanto si conduce al mayor número posible de fieles, en su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de Él” (n.72).

*** Discurso al cuarto Congreso Internacional de Dirigentes de la Renovación Carismática (4-10-V-1981).**

Juan Pablo II recuerda los **tres principios de discernimiento** que Pablo VI había proclamado:

- “la fidelidad a la doctrina auténtica de la fe”; todo lo que contradice a esta doctrina no procede del Espíritu.
- “apreciar los dones más grandes, los dones que son otorgados para el servicio del bien común”.
- “ir en pos de la caridad, la única que puede llevar al cristiano hasta la perfección”.

“No es menos importante para mí en este momento resaltar estos principios fundamentales para vosotros, a quienes Dios ha llamado a servir como dirigentes en la Renovación”.

Acto seguido dirigió unas exhortaciones a los Dirigentes:

- “La tarea del dirigentes es, en primer lugar, dar ejemplo de oración en su propia vida. Con una esperanza confiada, con una solicitud abnegada, le corresponde al dirigente procurar que el rico y variado patrimonio de la vida de oración propio de la Iglesia sea reconocido y experimentado por quienes buscan la renovación espiritual: meditación de la palabra de Dios, dado que “la ignorancia de la Escritura es ignorancia de Cristo” (San Jerónimo); apertura a los dones extraordinarios; imitando el ejemplo del mismo Jesús que reservaba tiempo para orar a solas con Dios; profundizando más en el ciclo de los tiempos litúrgicos de la Iglesia, sobre todo mediante la Liturgia de las Horas; la debida celebración de los sacramentos -con una atención muy especial al sacramento de la penitencia- que operan la nueva dispensación de la gracia, de acuerdo con la propia voluntad de Cristo; y sobre todo un amor y un conocimiento creciente de la Eucaristía como centro de toda la oración cristiana (cf. PO 5).

- La tarea del dirigente es en segundo lugar “proporcionar alimento sólido para el sustento espiritual mediante la distribución del pan de la

verdadera doctrina. El amor a la palabra revelada de Dios, escrita bajo la guía del Espíritu Santo, es una señal de que deseáis “permanecer firmes en el Evangelio” predicado por los Apóstoles (cf. DV 5).(...) Dios quiere que estéis cada vez más sólidamente formados en la enseñanza de la Iglesia, cuya tarea ha sido meditar durante dos mil años en la Palabra de Dios, a fin de ir descubriendo sus riquezas y de darlas a conocer al mundo.

- En tercer lugar, como dirigentes de la renovación, debéis tener la iniciativa en la creación de lazos de confianza y cooperación con los obispos, quienes en la providencia de Dios, tienen la responsabilidad pastoral de guiar todo el Cuerpo de Cristo, incluida la Renovación carismática.

Quisiera también en este momento hablar sobre **el papel del sacerdote en la Renovación Carismática**.

Los sacerdotes en la Iglesia han recibido el don de la ordenación como colaboradores en el ministerio pastoral de los obispos, con quienes participan del único y mismo sacerdocio y ministerio de Jesucristo, que requiere su absoluta comunión jerárquica con el orden de los obispos (PO, 7). Como consecuencia, el sacerdote tiene una única e indispensable tarea que cumplir en y para la Renovación carismática, lo mismo que para toda la comunidad cristiana. Su misión no está en oposición ni es paralela a la legítima tarea del laicado. El sacerdote, por el vínculo sacramental con el obispo, a quien la ordenación confiere una responsabilidad pastoral para toda la Iglesia, contribuye a garantizar a los Movimientos de renovación espiritual y al apostolado seglar su integración en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, sobre todo mediante la participación en la Eucaristía, en ella pedimos a Dios nos conceda que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de su Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo para predicar el Evangelio, para lo cual su formación teológica le debe capacitar de un modo especial.

Como consecuencia, tiene la única e indispensable tarea de garantizar una integración en la vida de la Iglesia que evite la tendencia a crear estructuras alternativas o marginales y que lleve a una participación plena, sobre todo dentro de la parroquia, en la vida apostólica y sacramental de la misma Iglesia. El sacerdote, por su parte, no puede cumplir su servicio a favor de la Renovación en tanto no adopte una actitud de acogida ante la misma, basada en el deseo de crecer en los dones del Espíritu Santo, deseo que comparte con todo cristiano por el hecho de su bautismo”.

Vosotros, pues, sacerdotes y seglares, dirigentes de la Renovación, tenéis que dar testimonio de vuestra unión en Cristo y poner como modelo de

esta colaboración efectiva la exhortación del Apóstol: “Sed solícitos en conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz....” (Ef.4,3-4).

Finalmente en vuestra experiencia de tantos dones del Espíritu Santo que son compartidos también con vuestros hermanos y hermanas separados, el que os pertenece a vosotros es la extraordinaria alegría de crecer en el deseo de la unidad, a la que nos lleva el Espíritu y en un compromiso por la grave tarea del ecumenismo” (Coordinadora nacional de la r.c.c.).

*** Discurso a los participantes en la Renovación Carismática de Italia (15-XI-1986).**

El Santo Padre los acoge y les dirige unas palabras de las que citamos las siguientes:

- Conversión y crecimiento espiritual: Ante todo se trata de una conversión y de un crecimiento siempre nuevo en “la vida según el espíritu”, contra las tentaciones del materialismo teórico y práctico que hoy lleva hasta las últimas consecuencias la resistencia a las “razones del espíritu”, sin excluir la oposición a Dios, o al menos el desinterés y la indiferencia en relación con Él. (...) Nos encontramos en un contexto cultural y social, en el que el florecimiento de la oración y de la virtud (...) no encuentra ninguna ayuda en las llamadas “costumbres vigentes”. La misma mentalidad está contaminada de materialismo, de tal forma que a la conciencia le es cada vez más difícil juzgar rectamente los valores distinguiéndolos de los pseudovalores. (...)

La primera dimensión de la renovación consiste, pues, en este “vivir según el espíritu”, en este crecer continuamente en el espíritu, resistiendo a los halagos de la “carne” y abriéndose al fuerte y dulce atractivo de Dios. Esta renovación interior, esta sanación de las mismas raíces de la vida y esta formación de una mentalidad dominada por las “razones del espíritu” es vuestra vocación como cristianos, como personas que quieren dar testimonio y que quieren que florezca en el mundo de hoy ese modelo no sólo de espiritualidad, sino también de civilización que vemos vislumbrado en las normas de vida de San Pablo.

- La perfección de la vida cristiana: La segunda dimensión de la “renovación” se desprende de la urgente necesidad (...) de reafirmar el valor de los principios y de los criterios del Evangelio, como leyes de la vida espiritual y fermento de la vida social. En un tiempo, dichos principios se manifestaban incluso en las “normas eternas” enseñadas por los Santos y tradicionalmente transmitidas de generación en generación en el mundo cristiana. Hoy dichas normas son ignoradas y a veces rechazadas y

vilipendiadas incluso por no pocos cristianos que se han olvidado de las “renuncias” de las “promesas” del bautismo. A ellas es necesario volver porque en las mismas se expresan esos valores evangélicos que pueden resumirse en la ley del amor a Dios y del prójimo (cf. Jn.13,34).

- La Nueva Ley: Por este camino de la santidad y de las bienaventuranzas nos empuja y guía el Espíritu Santo que ha sido enviado a la Iglesia y al mundo para realizar la plenitud de la victoria conseguida por Cristo sobre el pecado, con la purificación de las conciencias, la liberación de los hombres de las “obras” y de los “deseos de la carne”, la infusión en los corazones de los “deseos según el espíritu”, el fortalecimiento del hombre interior, la renovación y el crecimiento continuo de la vida personal y social hasta alcanzar “el estado de varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo” (Ef.4,13) en la tierra y en el cielo.

- La Iglesia: La Iglesia se nos muestra en toda la validez de su constitución divina, pero también en su esencial funcionalidad en orden a la gracia, como esposa y colaboradora del Espíritu Santo para invocar y preparar la siempre nueva venida del Señor Jesús (cf. Apoc.22,20). (...) Adherirse a la Iglesia, permanecer unidos a ella, compartir su fe, obedecer sus leyes, colaborar en su misión -incluso en el ámbito de las diócesis y de las parroquias en las que se distribuye la familia de los creyentes en Cristo- es el camino seguro para llegar al corazón de la economía de la gracia y beber en la fuente del Espíritu Santo las energías capaces de realizar la renovación de las personas y de las comunidades

- Comunión: Estad al servicio del reino de Cristo de acuerdo con las indicaciones del Espíritu en comunión de fe, de pensamiento y de disciplina con los Pastores de la Iglesia” (Coordinadora nacional de la r.c.c.).

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II al VIII Encuentro Internacional de la Fraternidad Católica de las Comunidades y Asociaciones de la Alianza (1-VI-1998).**

- Reavivar vuestro carisma

El comienzo de vuestro encuentro coincide con otro momento significativo para toda la Iglesia, pero, de modo particular, para la Renovación Carismática: la fiesta de Pentecostés de este año, que, en nuestra preparación para el gran jubileo del año 2000, está dedicado al Espíritu Santo (cf. TMA, n.45). (...) Vuestro carisma os impulsa a orientar vuestra vida hacia una intimidad “especial” con el Espíritu Santo. Y un análisis de los treinta años de historia de la Renovación carismática católica muestra que habéis ayudado a

muchas personas a redescubrir la presencia y la fuerza del Espíritu Santo en su vida, en la vida de la Iglesia y en la del mundo. Se trata del redescubrimiento que ha llevado a muchas de ellas a una fe en Cristo Jesús rebosante de alegría y de entusiasmo, a un gran amor a la Iglesia y a una entrega generosa a su misión. Por eso, en este año especial, me uno a vosotros en una oración de alabanza y acción de gracias por estos valiosos frutos que Dios quiso hacer madurar en vuestras comunidades y, por ellas, en la Iglesia (n.1)..

- Promover una sólida formación

Pertenecéis a un movimiento eclesial. Aquí la palabra “eclesial” no es meramente decorativa. Significa una tarea precisa de formación cristiana, y requiere una profunda convergencia de fe y vida. La fe entusiasta que anima a vuestras comunidades es una gran riqueza, pero no basta. Debe ir acompañada por una formación cristiana sólida, completa y fiel al magisterio de la Iglesia; una formación que se base en la vida de oración, en la escucha de la palabra de Dios y en la digna recepción de los sacramentos, especialmente de la reconciliación y la Eucaristía. Para madurar en la fe, tenemos que crecer en el conocimiento de sus verdades. Si esto no sucede, se corre el peligro de caer en la superficialidad, en el subjetivismo extremo y en el engaño. El nuevo Catecismo de la Iglesia Católica debería convertirse para todo cristiano y, por tanto, para todas las comunidades de la Renovación, en un punto de referencia constante (n.3).

- La comunión eclesial

Continuamente debéis examinaros a la luz de los “criterios de eclesialidad”, que expuse en la exhortación apostólica *Christifideles laici*” (n.30). Como movimiento eclesial, una de vuestras características distintivas debería ser “sentire cum ecclesia”, es decir, vivir con obediencia filial al magisterio de la Iglesia, a los pastores y al Sucesor de Pedro, y construir con ellos la comunión de todo el Cuerpo” (n.3).

*** Allocución del Papa Juan Pablo II a la Renovación Carismática Católica (30-X-1998).**

- La ayuda que ofrece la Renovación carismática católica:

“La Renovación carismática católica ha ayudado a muchos cristianos a redescubrir la presencia y la fuerza del Espíritu Santo en su vida, en la vida de la Iglesia y en el mundo; este redescubrimiento ha despertado en ellos una fe en Cristo rebosante de alegría, un gran amor a la Iglesia y una entrega generosa a su misión evangelizadora. Durante este año dedicado al Espíritu

Santo, me uno a vosotros para alabar a Dios por los grandes frutos que ha querido hacer madurar en vuestras comunidades y, mediante ellas, en las Iglesias particulares (n.1).

- Tarea de los líderes de la Renovación Carismática

“Una de vuestras primeras tareas consiste en salvaguardar la identidad católica de las comunidades carismáticas esparcidas por todo el mundo, e impulsarlas a mantener siempre un estrecho vínculo jerárquico con los obispos y con el Papa. Pertenecéis a un movimiento eclesial; y la palabra “eclesial” implica una precisa tarea de formación cristiana, que conlleva una profunda armonía entre la fe y la vida. La fe gozosa que anima a vuestras comunidades debe ir acompañada por una formación cristiana integral y fiel a la enseñanza de la Iglesia. De una sólida formación brotará una espiritualidad profundamente arraigada en las fuentes de la vida cristiana y capaz de responder a las cuestiones cruciales planteadas por la cultura actual. (...) Recientemente he puesto en guardia contra un fideísmo que no reconoce la importancia de la función de la razón, no sólo para la comprensión de la fe, sino también para el acto mismo de fe (n.2)..

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a los participantes en el Encuentro de la Renovación carismática (24-IV-2000)**

- Objetivo del encuentro: confesar nuestra fe cristiana

Este encuentro internacional de Rímmini constituye para vosotros una etapa de la peregrinación jubilar. Celebrando el bimilenario de la Encarnación, todos estamos llamados a dirigir nuestra mirada a Cristo, “luz de las gentes”. Al contemplarlo, se renueva nuestra admiración y nuestra gratitud: El Hijo de Dios se hizo hombre, murió por nuestra salvación, resucitó y vive. ¡Cristo vive! ¡Él es el Señor! Esta es la certeza de nuestra fe. Al mismo tiempo que la proclamamos con humildad y firmeza, somos conscientes del hecho de que esta certeza no viene de nosotros. Si hemos podido conocer a Cristo, es porque él mismo se nos ha dado a conocer, donándonos su Espíritu: “Nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!”, si no es bajo la acción del Espíritu Santo” (ICort.12,3) (n.2).

- Todos somos miembros del Pueblo Santo de Dios

Cristo, la darse a conocer, no nos ha dejado solos. En el Espíritu Santo nace el nuevo pueblo de Dios, porque Dios “quiso santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que el confesara en verdad y le sirviera santamente”

(LG 9). Cada comunidad eclesial auténtica es una porción de este pueblo, que desde hace dos mil años recorre los caminos del mundo. Por tanto, aun perteneciendo a una comunidad determinada, todo bautizado está abierto a acoger la riqueza de la Iglesia universal, que es la Iglesia de todos los siglos (n.2).

- ¡No interrumpáis el camino emprendido!

Tened confianza: Cristo completará la obra que él mismo ha comenzado. ¡Aspirad a los carismas superiores! (ICort.12,31). Buscad siempre a Cristo: buscadlo en los sacramentos, buscadlo en la oración y buscadlo en el testimonio de vuestros hermanos. Sed agradecidos con los sacerdotes que acompañan como pastores a vuestras comunidades: a través de su ministerio, la Iglesia os guía y asiste como madre y maestra. (...) Servid a Cristo en las personas que están junto a vosotros, servidle en los pobres, servidle en las exigencias y en las necesidades de la Iglesia. Dejaos guiar verdaderamente por el Espíritu. Amad a la Iglesia: una, santa, católica y apostólica” (n.4).

- Apertura a otras Iglesias y comunidades eclesiales

Me alegra particularmente saber que en vuestro encuentro participan también representantes de otras Iglesias y comunidades eclesiales, y deseo saludarles cordialmente. Uniéndoos en la alabanza común, habéis aceptado la invitación que hice en la bula de convocación del gran jubileo: “Acudamos todos, desde las diversas Iglesias y comunidades eclesiales diseminadas por el mundo, a la fiesta que se prepara; llevemos con nosotros los que ya nos une; y que la mirada puesta sólo en Cristo nos permita crecer en la unidad, que es fruto del Espíritu” (IM.4) (n.4).

LAS COMUNIDADES DE BASE

El Santo Padre dirige también su palabra las Comunidades de base. Ofrecemos a continuación algunos mensajes del Papa que pretenden ayudarles a vivir con mayor autenticidad su eclesialidad, su identidad, su misión...

*** Discurso a los representantes de organizaciones católicas (México, 29-I-1979).**

- Palabras de apoyo y de esperanza:

“Las comunidades de base pueden ser un instrumento válido de formación y vivencia de la vida religiosa dentro de un nuevo ambiente de

impulso cristiano, y pueden servir entre otras cosas para una penetración capilar del Evangelio en la sociedad”.

* Las comunidades de base permanezcan unidas, no separadas, y menos contrapuestas a la Iglesia, a los pastores y a los otros grupos o asociaciones eclesiales

*** Discurso a los sacerdotes en Utrecht (Holanda), 12-V-1985)**

- Llamada de atención ante posibles peligros

El peligro que amenaza a estas nuevas formas comunitarias (comunidades base) es que, a veces, se consideran como la sola y única forma de ser Iglesia. Sus miembros corren el riesgo de encerrarse en grupos estrechos y tomar distancia de lo que ellos llaman la “Iglesia institucional”.

*** Discurso en los barrios pobres de Santiago de Chile; 2-IV-1987**

- Criterios de la eclesialidad de estas comunidades

“Estas comunidades son auténticamente eclesiales, cuando la Palabra de Dios es la que congrega a los fieles y los impulsa a reflexionar sobre ella para proyectarla; cuando la maduración de la fe se hace a partir de una catequesis seria y vivencial; cuando al Eucaristía es el centro de la vida y la comunión de sus miembros; cuando las relaciones interpersonales se dan en la fe, la esperanza y el amor; cuando la comunión con los pastores es inquebrantable; cuando el compromiso por la justicia está presente en la realidad de sus ambientes; cuando sus miembros son sensibles a la acción del Espíritu que suscita permanentemente carismas y servicios en el interior de la comunidad y para la Iglesia universal” (cf. EN, 58; Puebla,640-642).

- Criterios de identidad de estas comunidades

“Tales comunidades, para que correspondan a su verdadera identidad deben ser un lugar de encuentro y fraternidad, y deben nacer del deseo de vivir intensamente la vida misma de la iglesia en un contexto de relación más humana, más de familia. En su seno debe acogerse la Palabra de Dios tal como la transmite la Iglesia y también en su seno corresponde celebrar, en una perspectiva de fe, los acontecimientos que jalonan la peregrinación hacia la casa del Padre”.

*** Discurso a los Obispos de la Región Nordeste-3 de Brasil, en visita “ad limina” (29-IX-1990).**

Juan Pablo II se dirige a estos Obispos de Brasil y les dice que “las Comunidades de base, con un compromiso apostólico intenso y ferviente, serán motivo de gran esperanza para la iglesia -como ciertamente ya muchas lo están siendo-, en la medida en que vivan verdaderamente en unión con la Iglesia local y con la Iglesia universal. Esta unión se concreta también en el respeto de las directrices emanadas por los pastores, en la observancia de las normas litúrgicas (...) Además, las comunidades “serán fieles a su misión en la medida en que procuren educar a sus miembros en la integridad de la fe cristiana, mediante al escucha de la Palabra de Dios, la fidelidad a las enseñanzas del Magisterio, al orden jurídico de la Iglesia y a la vida sacramental”

*** Carta Encíclica “Redemptoris missio” (7-XII-1990)**

Juan Pablo II habla de nuevo de las “Comunidades eclesiales de base” a las que califica de “centros de formación cristiana y de irradiación misionera”.

- ¿Qué son estas Comunidades?

Se trata de grupos de cristianos a nivel familiar o de ámbito restringido, los cuales se reúnen para la oración, la lectura de la Escritura, la catequesis, para compartir problemas humanos y eclesiales de cara a un compromiso común.

Son un signo de vitalidad de la Iglesia, instrumento de formación y de evangelización, un punto de partida válido para una nueva sociedad fundada sobre la “civilización del Amor” (n.51).

- ¿Qué pretenden estas Comunidades?

Estas comunidades descentralizan y articulan la comunidad parroquial a la que permanecen siempre unidas; se enraízan en ambientes populares y rurales, convirtiéndose en fermento de vida cristiana, de atención a los últimos, de compromiso en pos de la transformación de la sociedad. En ellas cada cristiano hace una experiencia comunitaria, gracias a la cual también él se siente un elemento activo, estimulado a ofrecer su colaboración en las tareas de todos. De este modo las mismas comunidades son instrumento de

evangelización y de primer anuncio, así como fuente de nuevos ministerios, a la vez que, animadas por la caridad de Cristo, ofrecen también una orientación sobre el modo de superar divisiones, tribalismos y racismos” (ib.)

- ¿Qué se requiere para que una comunidad sea cristiana?

Toda comunidad, para ser cristiana, debe formarse y vivir en Cristo, en la escucha de la palabra de Dios, en la oración centrada en la Eucaristía, en la comunión expresada en la unión de corazones y espíritus, así como en el compartir según las necesidades de los miembros (cf. Hech.2,42-47). Cada comunidad -recordaba Pablo VI- debe vivir unida a la Iglesia particular y universal, en sincera comunión con los pastores y el Magisterio, comprometida en la irradiación misionera y evitando toda forma de cerrazón y de instrumentalización ideológica (cf. EN 58). Y el Sínodo de los Obispos había afirmado: “Porque la Iglesia es comunión, las así llamadas nuevas comunidades de base, si verdaderamente viven en la unidad con la Iglesia, son verdadera expresión de comunión e instrumento para edificar una comunión más profunda. Por ello, dan una gran esperanza para la vida de la Iglesia” (Asamblea extraordinaria del 1985, Relación final, II,C,6) (ib.).

*** Discurso a la IV Asamblea del CELAM (12-X-1992)**

Las comunidades eclesiales de base deben caracterizarse siempre por una decidida proyección universalista y misionera que les infunda un renovado dinamismo apostólico. Ellas -que han de estar marcadas por una clara identidad eclesial- deben tener en la Eucaristía, que preside el sacerdote, el centro de la vida y comunión de sus miembros, en estrecha relación con sus pastores y en plena sintonía con el Magisterio de la Iglesia”.

V) LOS FIELES LAICOS

“Es la hora de los cristianos auténticos, fuertes en la fe, audaces en la esperanza, generosos en la caridad, valientes, por ello, al dar testimonio de Cristo” (112b).

a) A modo de introducción: Los carismas en la Iglesia

* “Los Presbíteros re-presentan a Jesucristo, el Hermano primogénito, Cabeza de la Iglesia y del mundo, ante los hermanos y expresan la absoluta prioridad y gratuidad de la gracia,

* Los Religiosos re-presentan a Jesucristo, el Hermano allende (más allá) los hermanos y expresan el “todavía no” de la gracia, anticipando su consumación gloriosa,

* Los Laicos re-presentan a Jesucristo, el Hermano entre los hermanos y expresan el “ya” de su gracia sembrada en el mundo” (113).

b) Homilías, escritos... de Juan Pablo II sobre el Laicado

Al abordar este tema, tengamos en cuenta que para Juan Pablo II los laicos han ocupado siempre un lugar muy importante en su vida de pastor y han sido y son para él y su ministerio un regalo del Señor, por lo que da gracias a Dios.

“Estos días pienso también en los laicos que el Señor me ha hecho encontrar en mi misión de sacerdote y de obispo. Han sido para mí un don singular, pro el cual no ceso de dar gracias a la Providencia (...) En cierto modo me han indicado el camino, ayudándome a comprender mejor mi

ministerio y a vivirlo en plenitud (...). Gracias a ellos, mi acción pastoral se ha multiplicado, superando barreras y penetrando en ambientes que de otro modo hubieran sido muy difíciles de alcanzar”. (...) “En verdad, me ha acompañado siempre la profunda conciencia de la necesidad urgente del apostolado de los laicos en la Iglesia” (“Don y misterio”; BAC. Madrid. 1996) (114).

Veamos algunos escritos, homilías en los que aparece el tema del Laicado.

*** Homilía en la Misa para el Pueblo de Dios (Limerick. Irlanda. 1-X-1979.**

*** El laicado cristiano:**

El Santo Padre aborda en esta homilía el tema del laicado cristiano al que dirige unas palabras de aliento, de esperanza y de proyección misionera.

“Todos los cristianos, incorporados a Cristo y a su Iglesia mediante el bautismo, están consagrados a Dios. Son llamados a profesar la fe que han recibido. A través del sacramento de la confirmación, son además revestidos por el Espíritu Santo de una fuerza especial para ser testigos de Cristo y participar de su misión salvífica.

Cada laico cristiano es, por consiguiente, una obra extraordinaria de la gracia de Dios y está llamado a las más altas cimas de la santidad. (...) Como pueblo santo de Dios, estáis llamados a desempeñar vuestro papel en la evangelización del mundo”.

Su específica vocación y misión consiste en manifestar el Evangelio en sus vidas y, por tanto, en introducir el Evangelio, como una levadura, en la realidad del mundo en que viven y trabajan” (n.2).

Los laicos son llamados hoy a realizar un encargo decididamente cristiano: pernear la sociedad con la levadura del Evangelio” (n.3).

*** El matrimonio y la familia:**

“Respetad y proteged vuestra familia y vuestra vida familiar porque la familia constituye el principal terreno de la acción cristiana para los seglares (...), el lugar donde se ejercita principalmente vuestro “sacerdocio real”. (...) Deseo deciros: no os desaniméis, no sigáis la tendencia a considerar pasada de

moda a una familia perfectamente unida; hoy más que nunca, la familia cristiana es enormemente importante para la Iglesia y para la sociedad” (n.5)..

“Es verdad que la estabilidad y la santidad del matrimonio han sido amenazadas por nuevas ideas y por las aspiraciones de algunos. (...) tened en alta estima la maravillosa dignidad y gracia del sacramento del matrimonio. Preparaos seriamente a él. Creed en el poder espiritual que aporta este sacramento de Jesucristo en orden a fortalecer la unión matrimonial y a vencer todas las crisis y problemas de vida en común. Las personas casadas deben creer en el poder de este sacramento para santificarlos; deben creer en su vocación de testigos, mediante su matrimonio, del poder del amor de Cristo” (n.5).

*** Allocución a los laicos cristianos en la catedral de Lisboa (Portugal); 12-V-1982.**

“El laico está integrado en el Pueblo de Dios, que camina en este mundo rumbo a la patria celestial. Habéis sido conquistados y santificados por Cristo, quien os rescató a un precio muy alto: no con oro ni plata, sino con su sangre preciosa (cf. IPed.1,18)- Y habéis sido llamados a la santidad, teniendo por modelo al mismo Cristo, en su donación total al Padre y a los hermanos (n.3)..

¿Cuál es vuestra vocación?

La Iglesia ha de estar presente en todos los sectores de la actividad humana, y nada de cuanto es humano le puede resultar ajeno. Y sois vosotros, principalmente, queridos laicos, quienes la debéis hacer presente. Acusar a la Iglesia de estar ausente de algún sector o despreocuparse de algún problema humano equivaldría a lamentar la ausencia de laicos competentes o la inacción de los cristianos en ese determinado sector de la vida humana. Por eso os hago un ruego apremiante: no permitáis que la Iglesia esté ausente de ningún sector de la vida de vuestra querida nación. Todo debe ser fermentado por la levadura del Evangelio de Cristo e iluminado por su luz. Hacerlo es vuestra tarea” (n.4)

*** Homilía durante la Misa celebrada en el polígono industrial de Toledo (4-XI-1982),**

Juan Pablo II abordó un tema muy importante para los laicos cristianos: “los caminos del Apostolado seglar”, y puso de relieve los siguientes aspectos:

* Principios teológicos del laicado católico:

+ La vocación cristiana es por naturaleza vocación al apostolado (AA 2). Ningún cristiano está exento de su responsabilidad evangelizadora. Ninguno puede ser sustituido en las exigencias de su apostolado personal. El Concilio Vaticano II ha recomendado vivamente las formas asociadas del apostolado seglar (115).

+ Todo cristiano está llamado a renovar su profesión de fe con la palabra y con la vida, como una adhesión plena a Cristo crucificado y resucitado. El cristiano es responsable de un don que tiene que transmitir con fidelidad, no se trata de amoldar el Evangelio a la sabiduría del mundo.

+ La tarea primordial de los seglares católicos es la de impregnar y transformar todo el tejido de la convivencia humana con los valores del Evangelio (cf. LG 36), con el anuncio de una antropología que de estos valores deriva.

* Los caminos del apostolado seglar

Pablo VI marcó en la “*Evangelii Nuntiandi*”: “el camino propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, pero también de la cultura, de las ciencias, de las artes. De la vida internacional, de los medios de comunicación social, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento”(n.70).

Juan Pablo II los asume y dice: “No hay actividad humana alguna que sea ajena a la solidaria tarea evangelizadora de los laicos”. Y ofrece “de entre los cometidos más apremiantes del apostolado de los seglares quiero resaltar algunos de mayor importancia: la familia cristiana, el mundo del trabajo, el campo de la política, el mundo de la cultura”.

* Los campos del apostolado laical:

+ La familia: “Pienso concretamente en el testimonio de vida y en el esfuerzo evangelizador que requiere la familia cristiana: que los cónyuges cristianos vivan el sacramento del matrimonio como una participación de la unión fecunda e indisoluble entre Cristo y la Iglesia; que sean los fundadores y animadores de la Iglesia doméstica, la familia, con el compromiso de una educación integral ética y religiosa de sus hijos; que abran a los jóvenes los horizontes de las diversas vocaciones cristianas, como un desafío de plenitud a las alternativas del consumismo hedonista o del materialismo ateo.

+ El mundo del trabajo: “sacudido por fuertes crisis y movido noblemente por aspiraciones de dignidad, de solidaridad, de fraternidad, que están llamadas, desde sus innegables y tal vez inconscientes raíces cristianas, a dar frutos de justicia y de desarrollo auténticamente humanos”.

+ La Política: en este campo “con frecuencia se toman las decisiones más delicadas que afectan a los problemas de la vida, de la educación, de la economía y, por lo tanto, de la dignidad y de los derechos del hombre, de la justicia y de la convivencia pacífica de la sociedad. El cristiano sabe que desde las enseñanzas luminosas de la Iglesia, y sin necesidad de seguir una fórmula política unívoca o partidista, debe contribuir a la formación de una sociedad más digna y respetuosa de los derechos humanos, asentada en los principios de justicia y de paz.

+ La cultura: Los laicos católicos, en sus tareas de intelectuales y de científicos, de educadores y de artistas están llamados a crear de nuevo, desde la inmensa riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura de la verdad y del bien, de la belleza y del progreso, que pueda contribuir al diálogo fecundo entre ciencia y fe, cultura cristiana y civilización universal.

* Llamada al apostolado asociado

“El apostolado asociado resulta fundamental para coagular y desplegar todas las energías ínsitas en la vocación cristiana, para despertar y fortalecer la presencia y el testimonio de la vida cristiana en los diversos espacios y ambientes de la sociedad. A este apostolado asociado le incumbe la sensibilización y educación de todas esas energías vitales, ricas de fe y religiosidad, que están en el alma y en la cultura de vuestro pueblo.

* Los Laicos y la Iglesia

+ ¡Sois Iglesia!” Vuestra eclesialidad. De esta nota fundamental brotan las características de una vida, de un amor, de un servicio y de una presencia que tienen que ser auténticamente eclesiales. De ahí la necesidad de una comunión sin fisuras con la de la Iglesia, de una vida nutrida en las fuentes de los sacramentos, de una obediencia impregnada de amor y responsabilidad hacia los pastores de la Iglesia.

+ ¡Sois Iglesia! Debéis demostrarlo también en una abierta comunión y colaboración entre vuestros diversos carismas, apostolados y servicios, promoviendo vuestra integración en las Iglesias particulares y en las comunidades parroquiales, donde se reúne y congrega visiblemente la familia de Dios”.

*** El servicio de los Sacerdotes a los laicos**

Los Sacerdotes a quienes se encomienda la tarea de animación espiritual de los grupos y movimientos deben ser en medio de vosotros esa garantía de eclesialidad y de comunión.(...) Sentíos plenamente identificados con la asociación o grupo que se nos ha encomendado; participad en sus afanes y preocupaciones; sed signo de unidad y de comunión eclesial, educadores de la fe, animadores del auténtico espíritu apostólico y misionero de la Iglesia.

*** Los laicos, llamados a la santidad.**

El Santo Padre no quiere terminar su discurso sin hacer una llamada a la santidad: “No existe, no puede existir apostolado algunos (tanto para los sacerdotes como para los seglares) sin la vida interior, sin la oración, sin una perseverante aspiración a la santidad. (...) ¡Estáis llamados todos a la santidad!...¡Necesitáis la abundancia del Espíritu Santo para realizar con su sabiduría la tarea nueva y original del apostolado laical! Por eso, debéis estar unidos a Cristo, para participar de su función sacerdotal, profética y real, en las difíciles y maravillosas circunstancias de la Iglesia y del mundo de hoy. Sí. ¡Debemos estar en sus manos para poder realizar la propia vocación cristiana! ¡En sus manos para llevar a todos a Dios! (...) ¡Vosotros sois la sal de la tierra! ¡Vosotros sois la luz del mundo!”.

*** Exhortación Apostólica: “Christifideles laici” (30-XII-1988).**

De nuevo Juan Pablo II aborda el tema del laicado cristiano en esta Exhortación Apostólica. Invitamos a todos los laicos cristianos a volver a este documento, a desentrañar su contenido y a asumir los compromisos que enuncia el Santo Padre

Enseñanzas fundamentales de la misma.

- ¿Quién es el laico cristiano?

“Sólo dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la “identidad” de los fieles laicos, su original dignidad. Y sólo dentro de esta dignidad se pueden definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo” (n.8).

“Al dar una respuesta al interrogante “quiénes son los fieles laicos”, el Concilio, superando interpretaciones precedentes y prevalentemente negativas, se abrió a una visión decididamente positiva, y ha manifestado su

intención fundamental de afirmar la plena pertenencia de los fieles laicos a la Iglesia y a su misterio, y el carácter peculiar de su vocación, que tiene en modo especial la finalidad de “buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios” (n.9b).

Juan Pablo II asume la descripción que el Concilio Vaticano II ofrece del laico cristiano: “Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso sancionado por la Iglesia; es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la vida y el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde” (LG 31) (n 9).

- El Bautismo y la novedad cristiana

El Santo Padre desentraña la identidad del laico cristiano en los siguientes términos: “no es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios.

Para describir la “figura” del fiel laico consideraremos ahora de modo directo y explícito -entre otros- estos tres aspectos fundamentales. El Bautismo nos regenera a la vida de los hijos de Dios; nos une a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia; nos unge en el Espíritu Santo, constituyéndonos en templos espirituales” (n.10).

+ “Hijos en el Hijo”: por el Santo bautismo somos hechos hijos de Dios en su Unigénito Hijo, Cristo Jesús (...) Se cumple así en la historia de cada uno el eterno designio del Padre (cf. Rm.8, 29) (n.11). El Espíritu Santo es quien constituye a los bautizados en hijos de Dios y, al mismo tiempo, en miembros del Cuerpo de Cristo (cf. ICort.12, 13).

+ “Un solo cuerpo en Cristo”. “Regenerados como “hijos en el Hijo”, los bautizados son inseparablemente “miembros de Cristo y miembros del Cuerpo de la Iglesia. Mediante el Bautismo, Jesús une al bautizado con su muerte para unirlo a su resurrección (cf. Rm.6,3-5); lo despoja del “hombre viejo” y lo reviste del “hombre nuevo”, es decir, de Sí mismo (cf. Gál.3,27) (n.12). El cristiano participa del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo (n.14). “Cada oficio lleva en sí la marca de los otros dos” (M.Schmaus). Esto evita selecciones arbitrarias y separaciones indebidas (115a).

+ “Templos vivos y santos del Espíritu”. El Espíritu Santo “unge” al bautizado, le imprime su sello indeleble (cf. ICort.1,21-22) y lo constituye en templo espiritual; es decir, le llena de la santa presencia de Dios gracias a la unión y conformación con Cristo” Con esta “unción” espiritual, el cristiano puede, a su modo, repetir las palabras de Jesús: “El Espíritu del Señor está sobre mí...” (Lc.4,18-19) (n.13).

- Los Laicos participan en el triple oficio –sacerdotal, profético y real- de Jesucristo

“Los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio -sacerdotal, profético y real- de Jesucristo. “Éste es un aspecto que nunca ha sido olvidado por la tradición viva de la Iglesia” (...) “La participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey tiene su raíz primera en la unción del bautismo, su desarrollo en la confirmación y su cumplimiento y dinámica sustentación en la Eucaristía” (n.14).

Participan en el oficio sacerdotal, por el que Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la cruz y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad para gloria del Padre. Incorporados a Jesucristo, los bautizados están unidos a Él y a su sacrificio en el ofrecimiento de sí mismo y de todas sus actividades (cf. Rm. 12,1-2) (...).

La participación en el oficio profético de Cristo, “que proclamó el reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra”, habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Unidos a Cristo, el “gran Profeta” (Lc.7,16), y constituidos en el Espíritu “testigos” de Cristo Resucitado, los fieles laicos son hechos partícipes tanto del sobrenatural sentido de la fe de la Iglesia, que “no puede equivocarse cuando cree”, cuanto de la gracia de la palabra (cf. Hech.2,17-18; Ap. 19,10). Son igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social, como a expresar, con paciencia y valentía, en medio de las contradicciones de la época presente, su esperanza en la gloria “también a través de las estructuras de la vida secular”.

Por su pertenencia a Cristo, Señor y Rey del universo, los fieles laicos participan en su oficio real y son llamados por Él para servir al reino de Dios y difundirlo en la historia. Viven la realeza cristiana, antes que nada, mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado (cf. Rm.6,12), y después en la propia entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños (cf. Mt.25,40)”.

- Los fieles laicos y la índole secular

“La novedad cristiana es el fundamento y el título de la igualdad de todos los bautizados en Cristo, de todos los miembros del Pueblo de Dios: “común es la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de hijos, común la vocación a la perfección, una sola salvación, una sola esperanza e indivisa caridad”. En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y religiosas, de la misión de la Iglesia.

Pero la común dignidad bautismal supone en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del presbítero, del religioso y de la religiosa: “el carácter secular es propio y peculiar del los laicos” (...) El mundo se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo.

“Los fieles laicos son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad”. De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de “buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios” (n.15).

- El laico cristiano en la vida y misión de la Iglesia

“La misión salvífica de la Iglesia en el mundo es llevada a cabo no sólo por los ministros en virtud del sacramento del Orden, sino también por todos los fieles laicos. En efecto, éstos, en virtud de su condición bautismal y de su específica vocación, participan en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo, cada uno en su propia medida” (n.23). Los laicos participan en la vida y misión de la Iglesia “en razón de la común dignidad bautismal; el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y religiosas, de la misión de la Iglesia”.

Los Ministerios, oficios y funciones

Los Pastores han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el Bautismo y en la Confirmación, y para muchos de ellos, además, en el Matrimonio (n.23) (115b). Los diversos ministerios, oficios y funciones que los fieles laicos pueden desempeñar legítimamente en la liturgia, en la

transmisión de la fe y en las estructuras pastorales de la Iglesia, deberían ser ejercitados en conformidad con su específica vocación laical, distinta de aquélla de los sagrados ministros” (n.23).

Los Carismas

“El Espíritu Santo no sólo confía diversos ministerios a la Iglesia-Comunión, sino que también la enriquece con otros dones e impulsos particulares, llamados carismas. Estos pueden asumir las más diversas formas, sea en cuanto expresiones de la absoluta libertad del Espíritu que los dona, sea como respuesta a las múltiples exigencias de la historia de la Iglesia. (...) Los carismas se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas” (...) Los dones del Espíritu Santo exigen (...) que cuantos los han recibido, los ejerzan para el crecimiento de toda la Iglesia, como lo recuerda el Concilio. Los carismas han de ser acogidos con gratitud tanto por parte de quien los recibe, como por parte de todos en la Iglesia. Son, en efecto, una singular riqueza de gracia para la vitalidad apostólica y para la santidad del entero Cuerpo de Cristo, con tal de que sean dones verdaderamente provenientes del Espíritu, y sean ejercidos en plena conformidad con los auténticos impulsos del Espíritu. En este sentido siempre es necesario el discernimiento de los carismas” (n.24)..

No olvidemos que los ministerios y los carismas deben ser vividos y ejercidos en la Iglesia – Comunión que se configura “como comunión orgánica, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación” (n.20).

Por todo ello, hemos de hacer realidad la participación de los fieles laicos en la parroquia: “Los laicos han de habituarse a trabajar en la parroquia en íntima unión con sus sacerdotes, a exponer a la comunidad eclesial sus problemas y los del mundo, y las cuestiones que se refieren a la salvación de los homnbres, para que sean examinados y resueltos con la colaboración de todos; a dar, según sus propias posibilidades, su personal contribución en las iniciativas apostólicas y misioneras, su personal contribución en las iniciativas apostólicas y misioneras de su propia familia eclesíastica” (n.27). El propio Juan Pablo II exhorta a los laicos a cristianos a que participen en los Consejos Pastorales como principales órganos de comunión y de corresponsabilidad, de colaboración, diálogo y discernimiento, así como en la

misión de la Iglesia (116), colaborando en la realización de la nueva evangelización (cf.n. 64) de la que tan necesitada están los países de la vieja cristiandad, como nuestra Europa, urgiendo a hacerla realidad con “nuevo ardor, nuevas expresiones, nuevos métodos” y siempre con la fuerza del Espíritu Santo. A los laicos cristianos les corresponde testimoniar cómo la fe cristiana constituye la única respuesta válida a los problemas y expectativas del hombre y de la sociedad; tienen la vocación y misión de anunciar el Evangelio (n. 33).

“Las mujeres – las cuales tienen ya una gran importancia en la transmisión de la fe y en la prestación de servicios de todo tipo en la vida de la Iglesia- deben ser asociadas a la preparación de los documentos pastorales y de las iniciativas misioneras, y deben ser reconocidas como cooperadoras de la misión de la Iglesia en la familia, en la profesión y en la comunidad civil” (n.51).

Cuidemos y fomentemos también la participación de los fieles laicos en la Liturgia de la Iglesia, de forma particular en la oración y en los sacramentos de la iglesia, entre los cuales hemos de destacar los sacramentos de la Iniciación Cristiana. Bautismo, Cofirmación y Eucaristía, así como la reconciliación sacramental..

- Los fieles laicos participan en la misión de la Iglesia

La nueva evangelización. “Los fieles laicos –debido a su participación en el oficio profético de Cristo- estén plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia: la evangelización. Les corresponde testificar cómo la fe cristiana (...) constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo sabe! (...). ¡El hombre es amado por Dios! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti, para ti Cristo es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,6). Esta nueva evangelización (...) está destinada a la formación de eocmunidades eclesiales maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio. Los fieles laicos tienen su parte que cumplir en la formación de tales comunidades eclesiales, no sólo con una participación activa y responsable en la vida comunitaria y, por tanto, con su insustituible testimonio, sino también

con el empuje y la acción misionera entre quienes todavía no creen o ya no viven la fe recibida con el bautismo” (n.34).

La mision “ad gentes”. “La acción de los fieles laicos -que por otra parte nunca ha faltado en este ámbito- se revela hoy cada vez más necesaria y valiosa. En realidad, el mandato del Señor “Id por todo el mundo” sigue encontrando muchos laicos generosos, dispuestos a abandonar su ambiente de vida, su trabajo, su región o patria, para trasladarse, al menos por un determinado tiempo, en zona misionera” (n.35).

- El servicio de los cristianos laicos a la sociedad

El servicio a la sociedad por parte de los fieles laicos es amplio y variado. Ponemos de relieve lo siguiente:

La organización del trabajo (n.43).

Redescubrir y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana (n.37).

La participación en la “política”: es decir, la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común (n.42).

Los cristianos laicos comprometidos en el servicio a la humanidad, “deben aceptar valientemente los “desafíos” planteados por los nuevos problemas de la bioética” (n.38).

- Llamados a la santidad

“La dignidad de los fieles laicos se nos revela en plenitud cuando consideramos esa primera y fundamental vocación, que el Padre dirige a todos ellos en Jesucristo por medio del Espíritu: la vocación a la santidad, o sea a la perfección de la caridad. (...) Es urgente, hoy más que nunca, que todos los cristianos vuelvan a emprender el camino de la renovación evangélica, acogiendo generosamente la invitación del apóstol a ser “santos en toda la conducta” (IPed.1,13) (n.16).

Esta llamada es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (NMI,30). “La vocación a la santidad hunde sus raíces en el bautismo y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía (...) (n.16)..

- Llamados a santificarse en el mundo:

“La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas (...) Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una

obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso de infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, constituye una componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad. Al mismo tiempo, la vocación a la santidad está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo.” (n.17).

- La formación de los laicos

“En el descubrir y vivir la propia vocación y misión, los fieles laicos han de sere formados para vivir aquella unidad con la que está marcado su mismo ser de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la sociedad humana. En su existencia no ouede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida “espiritual”, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida “secular”, es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura. El sarmiento arraigado en la vid que es Cristo, da fruto en cada sector de su actividad y de su existencia (...) Toda actividad, todo esfuerzo concreto -como por ejemplo, la competencia profesional y la solidaridad en el trabajo, el amor y la entrega a la familia y a la educación de los hijos, el servicio social y político, la propuesta de la verdad en el ámbito de la cultura- son ocasiones providenciales para un “continuo ejercicio de la fe, de la esperanza y de la caridad” (n.59).

“Dentro de esta síntesis de vida se sitúan los múltiples y coordinados aspectos de la formación integral de los fieles laicos” (n.60). Destaca el Santo padre las diguienets dimensiones de la formación de los laicos:

- + la formación espiritual ha de ocupar un lugar privilegiado
- + la formación doctrinal
- + la doctrina social de la Iglesia
- +el crecimiento personal en los valores humanos” (n.60).

El Santo Padre expone también otros temas referentes al laicado cristiano:

- + Formas personales y agregativas de participación (nn.28 y 29).
- + Criterios de eclesialidad para als asociaicoens laicales (n.30).

*** Homilía en el Santuario de Ntra. Sra. de la Cinta (España. Huelva); Cuarta Visita Pastoral a España. 12 al 17 de Junio de 1993).**

“La nueva evangelización necesita también de un laicado adulto y responsable. En la misión evangelizadora, los laicos “tienen un puesto original e irremplazable: por medio de ellos la Iglesia de Cristo está presente en los

más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y de amor” (ChFL, 17). La evangelización no debe limitarse al anuncio de un mensaje, sino que pretende “alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con su designio de salvación” (EN 19). Según esto, no debemos seguir manteniendo una situación en la que la fe y la moral cristianas se arrinconen en el ámbito de la más estricta privacidad, quedando así mutiladas de toda influencia en la vida social y pública. Por eso, desde aquí animo a todos los fieles laicos de España a superar toda tentación inhibicionista y a asumir con decisión y valentía su propia responsabilidad de hacer presente y operante la luz del Evangelio en el mundo profesional, social, económico, cultural y político, aportando a la convivencia social unos valores que, precisamente por ser genuinamente cristianos, son verdadera y radicalmente humanos” (n.8).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia General del 2 de marzo de 1994: “el apostolado y los ministerios de los laicos”.**

- Un poco de historia

“La participación de los laicos en el desarrollo del Reino de Cristo es una realidad histórica de siempre; desde las reuniones de los tiempos apostólicos, pasando por las comunidades cristianas de los primeros siglos, los grupos, movimientos, uniones, fraternidades y compañías de la Edad Media y de la Época Moderna, hasta las actividades de personas y asociaciones que, en el siglo pasado y en el nuestro han colaborado con los pastores de la Iglesia en la defensa de la fe y de la moralidad en las familias, en la sociedad, en los ambientes, y estratos sociales, a veces incluso pagando su testimonio con la sangre (n.1).

“Pío XI habló de “cooperación de los laicos en el apostolado jerárquico”, refiriéndose a la Acción Católica. Fue un momento decisivo en la vida de la Iglesia. De allí brotó un notable desarrollo en dos direcciones: la de organización, que se concretó de modo especial en la Acción Católica, y la de profundización conceptual y doctrinal, que culminó en la enseñanza del Concilio Vaticano II, que presenta el apostolado de los laicos como “participación en la misma misión salvífica de la Iglesia” (LG, 33) (n.1).

- Una participación en el misterio de la Iglesia

“Se puede afirmar que el Concilio formuló de forma más clara la doctrina sobre la experiencia eclesial que había comenzado desde Pentecostés,

cuando todos los que recibieron el Espíritu Santo se sintieron comprometidos en la misión de anunciar el Evangelio, así como en la fundación y el desarrollo de la Iglesia. En los siglos sucesivos, la teología sacramental precisó que los que se convierten en miembros de la Iglesia por medio del bautismo quedan comprometidos, con la ayuda del Espíritu Santo, en el testimonio de la fe y en la dilatación del reino de Cristo. Este compromiso es reforzado por el sacramento de la confirmación, con el que los fieles “quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo” (LG 11). En tiempos más recientes, el desarrollo de la eclesiología ha llevado a la elaboración del concepto de compromiso seglar, no sólo con respecto a los dos sacramentos de la iniciación cristiana, sino también como expresión de una participación más consciente en el misterio de la Iglesia según el espíritu de Pentecostés. Este es otro punto fundamental de la teología del laicado” (n.2).

- El apostolado de los laicos nunca puede faltar en la Iglesia (cf. AA,1).

El principio teológico según el cual el apostolado de los laicos, “que brota de la esencia misma de su vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia”, aclara de modo cada vez más pleno y transparente la necesidad del compromiso seglar en nuestra época. Esa necesidad ha sido subrayada, posteriormente, por algunas circunstancias que caracterizan nuestro tiempo como, por ejemplo el aumento de la población en los centros urbanos, donde el número de sacerdotes es cada vez más insuficiente; la movilidad, por razones de trabajo, de escuela, de descanso, etc.; la autonomía de muchos sectores de la sociedad que hace más difíciles las condiciones de orden ético y religioso, y por tanto más necesaria la acción desde dentro; la extrañeza sociológica de los presbíteros en muchos ambientes de cultura y trabajo... Estas y otras razones hacen necesaria una nueva acción evangelizadora por parte de los laicos. Por otro lado, el desarrollo de las instituciones y de la misma mentalidad democrática ha hecho y hace que los laicos sean más sensibles a las exigencias de compromiso eclesial (n.3).

- La Iglesia precisa de la contribución de todos

“La diversidad de los ministerios en la Iglesia es una exigencia vital del Cuerpo místico, que tiene necesidad de todos sus miembros para desarrollarse, y precisa de la contribución de todos según las diversas aptitudes de cada uno (cf. Ef.4,16). Es una “autoedificación”, que depende de la cabeza del cuerpo, Cristo (cf. Ef. 4,16), pero exige la cooperación de todos los miembros. Hay, por tanto, en la Iglesia diversidad de ministerios en la unidad de la misión (cf. AA, 2). La diversidad no perjudica a la unidad, sino que la enriquece (n.4).

- Diferencia entre ordenados y no ordenados

“ Existe una diferencia esencial entre ministerios ordenados y ministerios no ordenados (...) El Concilio enseña que el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico difieren esencialmente y no sólo en grado (LG 10). La Exhortación apostólica “Christifideles Laici” recuerda que los ministerios ordenados son ejercidos en virtud del sacramento del orden, mientras que los ministerios no ordenados, los oficios y las funciones de los fieles laicos “tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación, y para muchos de ellos, además en el matrimonio” (n.23). Esta última afirmación es muy valiosa, especialmente para los esposos y padres que están llamados a desempeñar un apostolado cristiano también y de manera especial en el interior de su familia (CATIC. n.902). La misma exhortación apostólica advierte que “los pastores han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos” (n.23). Un pastor de almas no puede pretender hacerlo todo en la comunidad que se le ha confiado. Debe valorizar al máximo la acción de los laicos, con sincera estima hacia su competencia y su disponibilidad. Si es verdad que un laico no puede sustituir al pastor en los ministerios que requieren los poderes conferidos por el sacramento del orden, también es verdad que el pastor no puede sustituir a los laicos en los campos donde estos son más competentes que ellos. Por tanto, debe promover su papel y estimular su participación en la misión de la Iglesia (n.5).

- Los laicos tienen su campo en la vida eclesial

“El Código de Derecho Canónico establece que donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia” los laicos pueden suplir en ciertas actividades a los sacerdotes (cn.230,3), pero “el ejercicio de estas tareas no hace del fiel laico un pastor”; tiene su legitimación -formal e inmediatamente- en el encargo oficial hecho por los pastores, y depende, en su concreto ejercicio, de la dirección de la autoridad eclesiástica” (n.23).

Pero se debe añadir inmediatamente que la acción de los laicos no se limita a suplir a los sacerdotes “en situaciones de emergencia y de necesidades crónicas”. Hay campos de la vida eclesial en los que, junto a las tareas propias de la jerarquía, se hace necesaria también la participación activa de los laicos. El primero es el de la asamblea litúrgica. Sin duda la celebración eucarística requiere la obra de quien ha recibido del sacramento del orden el poder de ofrecer el sacrificio en nombre de Cristo: el sacerdote. Pero, según la exhortación apostólica Christifideles laici, “es una acción sacra no sólo del clero, sino de toda la asamblea”, es decir, es una acción comunitaria. “Por

tanto, es natural que las tareas no propias de los ministros ordenados sean desempeñadas por los fieles laicos” (ib.)

También más allá del ámbito de la liturgia, los laicos tienen una tarea propia en el anuncio de la palabra de Dios, por estar comprometidos en el oficio profético de Cristo y, por consiguiente, una responsabilidad en la evangelización. Con este fin pueden recibir encargos particulares y también mandatos permanentes, por ejemplo en la catequesis, en la escuela, en la dirección y redacción de los periódicos religiosos, en las editoriales católicas, en los medios de comunicación social y en las diversas iniciativas y obras que la Iglesia promueve para la propagación de la fe” (cf. CATIC n.906).

En cualquier caso, se trata de una participación en la misión de la Iglesia en el siempre nuevo Pentecostés que tiende a llevar al mundo entero la gracia del Espíritu” (n.7). (Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; mayo 1994; 379-384)

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Encuentro de la Renovación Carismática (24-IV-2000).**

El Santo Padre aborda un tema de especial significación: las nuevas comunidades laicales. De ellas dice lo siguiente:

- Las Nuevas Comunidades, fruto de la acción del Espíritu Santo

“La Iglesia contempla con gratitud el florecimiento de comunidades vivas, en las que se transmite y vive la fe. En este florecimiento, reconoce la obra del Espíritu Santo, que concede siempre a la Iglesia las gracias necesarias para afrontar situaciones nuevas y a veces difíciles (...) Aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio” (n.3).

- Una nueva etapa en los Nuevos Movimientos eclesiales

“Se abre una etapa nueva ante los movimientos, “la de la madurez eclesial”. (...) La Iglesia espera de vosotros frutos “maduros” de comunión y de compromiso” (n.3) (116a)

- Criterios de eclesialidad de la Asociaciones de laicos.

Dada la importancia que tienen, recordamos estos “Criterios de eclesialidad para las asociaciones laicales”, que el Papa propone en esta Exhortación, n.30 Estos criterios expresan lo que constituye el ser y la tarea

del laico: creyente y santo, testigo del evangelio, en comunión con los fines apostólicos de la Iglesia y con una presencia cristiana en la sociedad:

- + el primado de la vocación de cada cristiano a la santidad
- + la responsabilidad de confesar la fe católica
- + el testimonio de una comunión con el Papa y con el Obispo
- + la conformidad y la participación en el “fin apostólico” de la Iglesia
- + el compromiso en una presencia en la sociedad humana que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre. (116b)

Cuatro años más tarde, los Obispos españoles reasumían esos mismos criterios como “criterios para el discernimiento, reconocimiento y promoción de las asociaciones, grupos y movimientos de apostolado seglar”. Estas son sus palabras:

“Proponemos, en concreto, siete criterios. Los cuatro primeros subrayan la identidad cristiana: santidad de vida, confesión de la fe, comunión eclesial, fin apostólico de la Iglesia. Los tres últimos son derivados de los anteriores y exigidos por la misión de la Iglesia: solidaridad con los pobres, presencia pública y protagonismo seglar” (116c).

*** Exhortación Apostólica Postsinodal: “Iglesia en Europa” (28-VI-2003).**

- Misión de los laicos en la evangelización: “La aportación de los fieles laicos a la vida eclesial es irrenunciable: es, efectivamente, insustituible el papel que tienen en el anuncio y el servicio al Evangelio de la esperanza, ya que “por medio de ellos la Iglesia de Cristo se hace presente en los más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y de amor” Participando plenamente de la misión de la Iglesia en el mundo, están llamados a dar testimonio de que la fe cristiana es la única respuesta completa a los interrogantes que la vida plantea a todo hombre y a cada sociedad, y pueden insertar en el mundo los valores del Reino de Dios, promesa y garantía de una esperanza que no defrauda” (n.41).

“La Iglesia es consciente de la aportación específica de la mujer al servicio del Evangelio de la esperanza. Las vicisitudes de la comunidad cristiana muestran que las mujeres han tenido siempre un lugar revelante en el testimonio del Evangelio. (...) A la luz de los magníficos testimonios del pasado, la Iglesia manifiesta su confianza en lo que las mujeres pueden hacer hoy a favor del crecimiento de la esperanza en todas sus dimensiones” (n.42).

Por otra parte, “es necesario que, ante todo, en la Iglesia se promueva la dignidad de la mujer, puesto que la dignidad del hombre y de la mujer es idéntica, creados ambos a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn.1,27), y cada

uno colmado de dones propios y particulares (...) Es deseable que, para favorecer la plena participación de la mujer en la vida y misión de la Iglesia, se tenga en mayor estima sus propias cualidades, también mediante la asunción de funciones eclesiales reservada por el derecho a los laicos.

- Participación de los fieles laicos en la “missio ad gentes”. “Un anuncio de Jesucristo y de su Evangelio que se limitara sólo al contexto europeo mostraría síntomas de una preocupante falta de esperanza. La obra de evangelización está animada por verdadera esperanza cristiana cuando se abre a horizontes universales, que llevan a ofrecer gratis a todos lo que se ha recibido también como don. La “misión al gentes” se convierte así en expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza, que se renueva y rejuvenece continuamente. Esta ha sido la convicción de la Iglesia en Europa a lo largo de los siglos: innumerables grupos de misioneros y misioneras han anunciado el Evangelio de Jesucristo a las gentes de todo el mundo, yendo al encuentro de otros pueblos y civilizaciones. El mismo ardor misionero debe animar a la Iglesia en la Europa de hoy. (...) Los cristianos en Europa no pueden renunciar a su historia” (n.64).

La Acción Católica

Nos ha parecido oportuno situar en este lugar “la Acción Católica”. Ciertamente, Juan Pablo II promueve y apoya la Acción Católica como lo vamos a ver en los siguientes documentos.

*** Alocución de Juan Pablo II a los participantes en la IV Asamblea Nacional de la Acción Católica italiana (25-IX-1980).**

La Iglesia necesita la Acción Católica

El Santo Padre habló de forma explícita de la Acción Católica en estos términos: “La Iglesia necesita una Acción Católica viva, fuerte y hermosa, porque necesita laicos dispuestos a dedicar su existencia al apostolado y a establecer, especialmente con la comunidad diocesana, un vínculo que dé una importancia profunda a su vida y a su camino espiritual”

Las “notas” de la Acción Católica según el Concilio Vaticano II:

- La eclesialidad: “el fin inmediato de estas organizaciones es el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias de tal manera que puedan imbuir del espíritu del Evangelio las diversas comunidades y los diversos ambientes” (AA 20)

- El protagonismo de los laicos o la secularidad: “los laicos, cooperando, según el modo que les es propio, con la jerarquía, aportan su experiencia y asumen su responsabilidad en la dirección de estas organizaciones, en el examen diligente de las condiciones en que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia y en la elaboración y desarrollo del método de acción” (AA 20).

- Unidos a manera de un cuerpo orgánico: “Los laicos trabajan unidos a la manera de un cuerpo orgánico de forma que se manifieste mejor la comunidad de la Iglesia y resulte más eficaz el apostolado” (AA20).

- Bajo la superior dirección o en comunión orgánica con el ministerio pastoral: “Los laicos, o bien ofreciéndose, o bien invitados a la acción y directa cooperación con el apostolado jerárquico, actúan bajo la dirección de la misma jerarquía, que puede sancionar esta cooperación incluso por un mandato explícito” (AA, 20).

“¡Acción Católica, Tú perteneces a la Iglesia, y te lleva en el corazón del Señor, que guiará tus pasos hacia la novedad siempre sorprendente y jamás superada del Evangelio!” (117).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Acción Católica Italiana (22-IV-1989)**

- La llamada a la santidad

“El primero de los criterios, que en cierto sentido es la raíz de todos los demás, es el primado que debe reconocerse a la vocación universal a la santidad. La caridad sobrenatural, fruto del amor de Dios infundido con el don del Espíritu Santo en nuestros corazones, representa, en efecto, la verdadera fuerza de la Iglesia y de todo organismo que vive en la Iglesia y al servicio de la Iglesia. Esta debe constituir el objetivo primario del trabajo formativo que se desarrolla en vuestra asociación (...) y al mismo tiempo tiene que sostener y alimentar tanto la unidad interna de la Asociación católica y su entrega total a la comunión eclesial, como el compromiso por la evangelización, estimulando a cada uno de los asociados a la Acción Católica Italiana a la más íntima unidad entre fe y vida”.

- Fidelidad a Cristo, a la Iglesia y al hombre

“Os pido, muy queridos delegados, y a toda la Acción Católica Italiana, el más sincero compromiso de esta decisiva vertiente de fidelidad a Cristo, a

la Iglesia y a la verdad del hombre. La verdad cristiana no admite descuentos, no puede ser redimensionada o adaptada, aunque sea con la intención de facilitar la integración con los modos de sentir y las corrientes de pensamiento que hoy parecen prevalecer, pero que en más de un aspecto contradicen la sustancia del Evangelio”.

- La comunión con el Papa y con el Obispo

Otro criterio de eclesialidad es “el testimonio de una comunión firme y convencida, en filial relación con el Papa, como centro perpetuo y visible de unidad en la Iglesia universal, y con el obispo, “principio y fundamento visible de unidad” en la Iglesia particular, y en “la mutua estima entre todas las formas de apostolado en la Iglesia”.

- Al servicio del fin apostólico de la Iglesia

El cuarto de entre los criterios de eclesialidad (...), esto es, la conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia, pertenece a su vez a las características constitutivas de la Acción Católica y se concreta en aquellos compromisos de evangelización y santificación, y por tanto, de formación cristiana de las conciencias cuya centralidad y urgencia he subrayado”.

*** Discurso de Juan Pablo II a la VIII Asamblea de Acción Católica de Italia; 24-IV-1992).**

Al dirigirse una vez más a los miembros de la Acción Católica Italiana, el Santo Padre les recuerda cuál es su identidad con estas palabras:

“Vuestra identidad consiste en una forma singular de apostolado secolar al servicio de toda la comunidad cristiana y para el bien de la misma sociedad civil. Se trata de una vocación especial que el Señor le confió, de un carisma particular de colaboración directa con los pastores, bajo el impulso del Espíritu Santo, en comunión con el Obispo y con los sacerdotes” (ChFL,31).

*** Audiencia General (23-III-1994)**

“La Iglesia, el Concilio y el Papa desean y piden a Dios para que las formas asociadas del apostolado de los laicos, y especialmente en la Acción Católica, sea siempre manifiesta la irradiación de la comunidad eclesial en su unidad, en su caridad y en su misión de difundir la fe y la santidad en el mundo”.

*** Discurso de Juan Pablo II a los Consiliarios centrales, regionales y diocesanos de la Acción Católica Italiana (20-X-1995).**

“Reitero, al respecto, la invitación a acoger y a apoyar en las comunidades parroquiales la experiencia asociativa de la Acción Católica, particularmente recomendada por el Concilio Vaticano II (cf. AA,20); ChD. 17). Catalogada entre “los diversos ministerios” que “suscitados en el ámbito mismo de los fieles por una llamada divina”, son “necesarios” para “la implantación de la Iglesia y el desarrollo de la comunidad cristiana” (AG.15). La Acción Católica garantiza al párroco una “directa colaboración” (AA,20) y pretende ayudar “al incremento de toda la comunidad cristiana y a la animación evangélica de todos los ambientes de vida, con fidelidad y dinamismo” (117a).

*** Discurso a los consiliarios centrales, regionales y diocesanos de Italia. Congreso unitario (26-X-1995)**

Reitero la invitación a acoger y a apoyar en las comunidades parroquiales la experiencia asociada de la Acción Católica, particularmente recomendada por el Concilio Vaticano II (cf. AA 20; CD 17) (Ecclesia, n.2764; 25-XI-1995, 36).

*** Homilía de Juan Pablo II en el “Jubileo del Apostolado de los Laicos (26-XI-2000).**

Juan Pablo II se dirige a los miembros de la Acción Católica y les dice:

“Vosotros, que pertenecéis a la AC, tenéis una vocación especial a colaborar directamente con los pastores de la Iglesia. En efecto, la Acción Católica está llamada a realizar una singular forma de ministerialidad laical, dirigida a la “plantatio Ecclesiae” y al desarrollo de la comunidad cristiana en estrecha unión con los ministerios ordenados. Esta es la razón por la cual los laicos de Acción Católica están bajo la superior dirección de la jerarquía, la cual ratifica tal colaboración por medio de un mandato explícito” (117b).

*** Alocución de Juan Pablo II a la Acción Católica italiana (26-IV-2002)**

“¡Acción Católica: duc in altum! Ten la valentía del futuro...¡Acción Católica, no tengas miedo! Sé en el mundo presencia profética”. (...) En este itinerario sabed, quienes formáis parte de tal gloriosa asociación, que el Papa os apoya y acompaña con la oración y, mientras os invita cálidamente a

perseverar en los compromisos asumidos, a todos os bendice de todo corazón” (118).

“La Acción Católica sigue construyendo en el seno del Pueblo de Dios vínculos de comunión y diálogo: en los Consejos pastorales, en las relaciones con los sacerdotes y con los demás grupos y movimientos. Tanto más apreciado resultará vuestro servicio cuanto en mayor medida reveléis de forma apacible y serena el rostro maduro de un laicado abierto y propositivo”.

“La Iglesia no puede prescindir de la Acción Católica. La Iglesia necesita un grupo de laicos que, fieles a su vocación y congregados en torno a los legítimos pastores, estén dispuestos a compartir, junto con ellos, la labor diaria de la evangelización de los ambientes (...), necesita laicos dispuestos a dedicar su existencia al apostolado y a entablar, sobre todo con la comunidad diocesana, un vínculo que deje una huella profunda en su vida y en su camino espiritual. Necesita laicos cuya experiencia manifieste, de manera concreta y diaria, la grandeza y la alegría de la vida cristiana; laicos que sepan ver en el bautismo la raíz de su dignidad, en la comunidad cristiana a su familia, con la cual han de compartir la fe, y en el pastor al padre que guía y sostiene el camino de los hermas. (...) La Iglesia tiene necesidad de una Acción Católica viva, fuerte y bella” (118a).

*** Mensaje de Juan Pablo II a la Asamblea Extraordinaria de la Acción Católica Italiana (8-IX-2003).**

“Vuestra larga historia ha tenido origen en un carisma, esto es en un particular don del Espíritu del resucitado, el cual no hace faltar a su Iglesia los talentos y los recursos de la gracia de los que los fieles necesitan para servir a la causa del Evangelio. Queridos hermanos, reflexionad, con santo orgullo e íntima alegría, sobre el carisma de la Acción Católica”.

“La Iglesia no puede prescindir de la Acción Católica”. La Iglesia os necesita, necesita a unos laicos que en la Acción Católica han encontrado una escuela de santidad en la que han aprendido a vivir la radicalidad del Evangelio en la normalidad diaria. (...) Sigáis haciendo de vuestra asociación un lugar en el que uno crece como discípulo del Señor, en la escuela de la Palabra, en la mesa de la Eucaristía; un palenque en el que entrenarse a ejercer el amor y el perdón, para aprender a vencer el mal con el bien, para tejer con paciencia y tesón una red de fraternidad que abraza a todos, especialmente a los más pobres. (...) Vuestra asociación se renovará si cada uno de sus miembros redescubre las promesas del Bautismo, escogiendo con pleno conocimiento y disposición la santidad cristiana como alto grado de la vida cristiana ordinaria, en las condiciones diarias de la vida. Para ello es

preciso dejarse forjar por la liturgia de la Iglesia, cultivar el arte de la meditación y de la vida interior, realizar todos los años los ejercicios espirituales. (...) (n.4).

La Iglesia os necesita porque habéis escogido el servicio a la Iglesia particular y a su misión como orientación de vuestro compromiso apostólico; porque habéis hecho de la parroquia el lugar en el que expresar, día tras día, una dedicación tan fiel como apasionada. (...) Os exhorto a poner todas vuestras energías al servicio de la comunión, en estrecha unión con el obispo, colaborando con él y con el presbiterio en “el ministerio de la síntesis”, para tejer redes cada vez más tupidas de esa comunión cordial que resulta intensamente humana precisamente por ser auténticamente cristiana. Ayudad a vuestra parroquia a redescubrir la pasión por el anuncio del Evangelio (n.5).

La Iglesia os necesita porque la Acción Católica es ambiente abierto y acogedor en el que cualquiera puede expresar la propia disposición al servicio y hallar útiles ocasiones de diálogo formativo en un clima idóneo para fomentar opciones generosas. En vuestra asociación existen testigos y maestros dispuestos a acompañar el camino de los hermanos hacia una fe convencida, madura y capaz de dar testimonio en el mundo. Os sugiero que valoricéis una formación sólida, adecuada a la urgencia de la nueva evangelización (...) (n.6).

La Iglesia os necesita porque no dejáis de mirar al mundo con la mirada de Dios, de forma que lográis escudriñar este tiempo nuestro para captar en él los signos de la presencia de Dios.(...) Seguid poniendo a disposición de ciudades y pueblos, de los lugares de trabajo y de estudio (...) presencias competentes y creíbles, capaces de contribuir a hacer del mundo de hoy la gran fragua en la que se forja la civilización del amor.. La Acción Católica ha de ayudar a la comunión eclesial a alejarse de la insidia de la enajenación ante los problemas de la vida y de la familia, de la paz y de la justicia, y tiene que testimoniar su confianza en la fuerza renovadora y transformadora del cristianismo” (n.7) (119).

*** Mensaje a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Acción Católica Italiana (31-VIII al 5-IX; 2004)**

En otro de sus Mensajes a los miembros de la Acción Católica Italiana, Juan Pablo II afirma:

“Duc in altum, Acción Católica. Ten el valor del futuro!” (n.1).

“En la Acción Católica generaciones de fieles han madurado su vocación a lo largo de un itinerario de formación cristiana que los ha llevado a la plena conciencia de la propia coresponsabilidad en la construcción de la Iglesia, estimulando su impulso apostólico en todos los ambientes de la vida..

“¡La Iglesia tiene necesidad de la Acción Católica! La memoria no debe reducirse a un nostálgico repliegue sobre el pasado, sino que debe convertirse en toma de conciencia de un precioso don que el Espíritu Santo ha hecho a la Iglesia, una herencia que está llamada, en esta aurora del tercer milenio, a suscitar nuevos frutos de santidad y de apostolado, extendiendo la “plantatio” de la Asociación en otras muchas Iglesia locales de diversos países” (119a), (n.2).

“Todo cristiano está comprometido en testimoniar cuanto su vida haya cambiado por la gracia y movido por la caridad. “Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de una vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud” (ChFL, 34).

La Acción Católica ha sido siempre, y aún hoy debe seguir siendo, forja de formación de fieles que, iluminados por la Doctrina Social de la Iglesia, están comprometidos en primera línea en la defensa del don sagrado de la vida, en la salvaguarda de la dignidad de la persona humana, en la realización de la libertad educativa, en la promoción del verdadero significado del matrimonio y de la familia, en el ejercicio de la caridad hacia los más necesitados, en la búsqueda de la paz y de la justicia, así como en la aplicación de los principios de la subsidiariedad y de solidaridad en las diferentes realidades sociales interactivas entre sí” (n.3) (Original italiano procedente del archivo informático de la Santa Sede, traducción de Ecclesia; Diócesis de Coria-Cáceres; Boletín Oficial. Julio-octubre 2004;778-781)

.....-

ALGUNOS TEMAS SOBRE EL LAICADO

El laico cristiano en el mundo

Constatamos que se ha hecho un esfuerzo importante para que los fieles laicos tomen conciencia y participen en la vida y misión de las Diócesis, de las Parroquias, de las Comunidades Cristianas... Su presencia en los Consejos Pastorales diocesanos, parroquiales, arciprestales; su participación en los

grupos de Liturgia, en “Caritas diocesana, parroquial, arciprestal; su participación en las Catequesis, en la visita a los enfermos; su participación en los Consejos económicos de la Iglesia...dan prueba suficiente de ello.

Sin embargo, nos parece que tenemos que seguir promoviendo la presencia responsable de los cristianos laicos en la sociedad. Da la impresión de que hay una ausencia de ellos en los distintos sectores y ámbitos que constituyen la Vida Pública. Por eso, creemos que es necesario recordar algunas enseñanzas de Juan Pablo II sobre este tema tan importante.

El Concilio Vaticano II enseña que “a los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios, tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales. Viven en el mundo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida” (119b)

Juan Pablo II, en el rezo del Ángelus”, (15-III-1987) (cf. Insegnamenti, X,1 (1987); 561), escribe: “Los laicos siendo miembros a pleno título del Pueblo de Dios y del Cuerpo Místico, partícipes, mediante el Bautismo, del triple oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, expresan y ponen en juego las riquezas de esa dignidad suya viviendo en el mundo. Lo que para quienes pertenecen al ministerio ordenado puede constituir una tarea sobreañadida y excepcional, para los laicos es “misión típica”. Su vocación propia consiste en “buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios” (LG 31).

La Conferencia Episcopal Española, por su parte, afirma en el documento “Los Cristianos Laicos, Iglesia en el mundo” lo siguiente:

“Los laicos por su novedad cristiana e índole secular, propia pero no exclusiva, concretan la inserción de la Iglesia toda en el mundo y para el mundo” (n.26).

“La participación de los laicos en la vida de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil no son responsabilidades paralelas y acciones separables ni contrapuestas. La formación de los laicos debe contribuir a una espiritualidad laical: a la unidad de vida, a una vida según el Espíritu en el mundo. Las asociaciones de laicos son a un tiempo realizaciones de la Iglesia, comunidades evangelizadas y evangelizadoras (n.28).

“Los cristianos laicos, por ser cristianos, miembros de la comunidad eclesial, han de participar en la triple tarea evangelizadora: profética, litúrgica y caritativo-social. Como Iglesia en el mundo de la secularidad -familia,

escuela, trabajo, descanso, medios de comunicación, política, marginación social...- han de confesar la fe y denunciar las injusticias; ofrecerse a sí mismos y su actividad; servir al Reino de Dios promoviendo la dignidad de la persona, la justicia, la verdad, la paz, la solidaridad con los pobres...” (n.31).

Mons. A. Ceballos escribe a este respecto: “hemos de tener siempre presente que los laicos, además de su tarea eclesial en la comunidad cristiana en que participan, tienen como misión especial transfigurar el mundo en la mesa común del Reino, de tal forma que dilatando el Reino del Señor, por la transfiguración de las realidades terrestres el mundo entero se impregne de Cristo y alcance su fin con una mayor eficacia en la justicia, en la verdad y en el amor” (119c).

Claves desde las que hay que entender, vivir y enmarcar el compromiso del cristiano laico en el mundo:

Lourdes Azorín muestra las tres claves que dio Juan Pablo II desde las que es necesario entender y vivir, situar y enmarcar el compromiso del laico cristiano para hacer del Evangelio historia de hoy:

- “Contemplación”: esforzarnos por caminar por el sendero de la santidad, manteniendo fija la mirada en Jesucristo, único Maestro y Salvador de todos.

- “Comunión”: promoviendo la espiritualidad de la unidad con los pastores, con los hermanos de fe y ser fermento de diálogo con todos los hombres.

- “Misión”: llevar como laicos el fermento del Evangelio a las casas y a las escuelas, a los lugares de trabajo y de tiempo libre. El Evangelio es palabra de esperanza y de Salvación para la Humanidad (120).

En su Exhortación apostólica: “Christifideles Laici” (30-XII-1988); Juan Pablo II afirma:

“El “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo. El Concilio puede indicar entonces cuál es el sentido propio y peculiar de la vocación divina dirigida a los fieles laicos. No han sido llamados a abandonar el lugar que ocupan en el mundo (...) Los fieles laicos “son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás,

principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad” (LG 31). De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana y les comunica la particular vocación de “buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios” (LG 31) (...).

Las imágenes de sal, de la luz y de la levadura, aunque se refieren indistintamente a todos los discípulos de Jesús, tienen también una aplicación específica a los fieles laicos. Se trata de imágenes espléndidamente significativas, porque no sólo expresan la plena participación y la profunda inserción de los fieles en la tierra, en el mundo, en la comunidad humana; sino que también, y sobre todo, expresan la novedad y originalidad de esta inserción de esta participación, destinadas como están a la difusión del Evangelio que salva” (n.15).

*** Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Novo Millennio Ineunte” (6-I-2001)**

La común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que le distingue, sin separarlo, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El Concilio Vaticano II ha señalado esta modalidad en la índole secular: “el carácter secular es propio y peculiar de los laicos” (121).

El cristiano laico, por su propia configuración secular, tiene una especial sensibilidad para apreciar la teología de la creación, y percibe con especial dramatismo la necesidad que el mundo y la sociedad tienen de ser redimidos de las fuerza del mal, de ser liberados de todo mal.

- Los campos propios del apostolado de los laicos

En la línea del Vaticano II y de la “Evangelii Nuntiandi”, Juan Pablo recuerda a los laicos los campos propios de su apostolado (cf. nn. 37-44):

- promover la dignidad de la persona,
- venerar el inviolable derecho a la vida,
- libres para invocar el nombre del Señor,
- la familia, primer campo en el compromiso social,
- la caridad, alma y apoyo de la solidaridad.
- todos destinatarios y protagonistas de la política,
- evangelizar la cultura y las culturas del hombres”.

Los fieles laicos “son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad” (LG 31), (n. 15).

Los Padres Sinodales afirmaron que “la índole secular del fiel laico no debe ser definida solamente en sentido sociológico, sino sobre todo en sentido teológico. El carácter secular debe ser entendido a la luz del acto creador y redentor de Dios, que ha confiado el mundo a los hombres y a las mujeres, para que participen en la obra de la creación, la liberen del influjo del pecado y se santifiquen en el matrimonio o en el celibato, en la familia, en la profesión y en las diversas actividades sociales” (Propos. 4) (n.15).

Ante el mundo y sus problemas, el cristiano no debe encogerse de hombros ni darle la espalda. Ni el pasotismo, ni la indiferencia, ni la ausencia son caminos buenos (cf.n. 3); hay que hacerse presente y encarnarse en el mundo político y social, cultural y económico (nn.42-43); y colaborar en su transformación, sin perder la propia condición cristiana. El Concilio Vaticano II ha enseñado que “el carácter secular es propio y peculiar de los laicos” (122).

*** Juan Pablo II: “Homilía durante la Misa de Beatificación de Pere Tarrés i Claret, Alberto Marvelli y Pina Suriano (5-IX-2004).**

“A vosotros, laicos, os corresponde testimoniar la fe a través de las virtudes que os son más específicas: la fidelidad y ternura en familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad en el servicio al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad para emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humana. A vosotros os corresponde también mostrar -en estrecha comunión con los pastores- que el Evangelio es actual, y que la fe no saca al creyente de la historia, sino que lo sumerge más profundamente en ella. ¡Ánimo, Acción Católica! ¡Que el Señor guíe tu camino de renovación! (n.8). (122a).

La espiritualidad de los laicos

*** Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici”**

El Santo Padre muestra el contenido esencial de la espiritualidad del laico cristiano afirmando que es espiritualidad de encarnación en las actividades terrenas. De este modo, pone de relieve la responsabilidad del

laico de evangelizar la secularidad que compete a la Iglesia y que ésta realiza principalmente a través de los laicos (123).

El Concilio Vaticano enseña con claridad que “la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (124).

Los laicos son llamados a la santidad

*** Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Christifideles laici”.**

Los laicos están llamados también a la santidad: “es urgente, hoy más que nunca, que todos los cristianos vuelvan a emprender el camino de la renovación evangélica, acogiendo generosamente la invitación del apóstol a ser “santos en la toda la conducta” (125).

Los laicos cristianos han de comprender esta llamada a la santidad “antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que los ha regenerado a su vida de santidad” (126).

“La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas” (n.17)

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Otros escritos, discursos, mensajes ... de Juan Pablo II sobre el Laicado cristiano.

*** Homilía en la Misa celebrada en Castelgandolfo para los jóvenes del VII Fórum Internacional, celebrado en Roma del 12 al 15 de agosto de 2000 (17-VIII-2000).**

Juan Pablo II se dirige a los jóvenes poniendo de relieve que “muchos de vosotros redescubristis ya una responsabilidad en la propia Iglesia local, y muchos seréis llamados a asumirla. Por lo tanto, es importante que llevéis con vosotros la riqueza de la experiencia humana, espiritual y eclesial de este Fórum. Estáis invitados a anunciar a los demás las palabras de vida que habéis recibido; ellas actuarán y echarán raíces en vosotros cuanto más las compartáis con los demás. (...) (n.1).

La misión parece inmensa, porque asume las dimensiones de la sociedad y del mundo. Pero no olvidéis que, cuando llama, el Señor da también la fuerza y la gracia necesaria para responder a la llamada.

No tengáis miedo de asumir vuestras responsabilidades: la Iglesia os necesita, necesita vuestro compromiso y vuestra generosidad; el Papa os necesita y, al inicio de este nuevo milenio, os pide llevar el evangelio por los caminos del mundo” (n.1) (126a).

*** Mensaje de Juan Pablo II al cardenal James Stafford, presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, con ocasión del Congreso del Laicado Católico (21-XI-2000)**

- A las fuentes del Concilio Vaticano II

Partiendo de un balance del cumplimiento de las enseñanzas del Concilio en la vida y en el apostolado de los laicos, vuestro encuentro contribuirá con toda seguridad a dar nuevo impulso a su compromiso misionero. Es dimensión esencial de la vocación y misión del cristiano el dar testimonio de la presencia salvífica de Dios en la historia de los hombres, como felizmente reza el lema del Congreso: “Testigos de Cristo en el nuevo milenio” (n.2)..

El Santo Padre invita a todos a hacer un serio examen de conciencia, y nos propone estas preguntas: “¿Qué he hecho con mi Bautismo y mi Confirmación? ¿De verdad es Cristo el centro de mi vida? ¿La oración tiene espacio en mis jornadas? ¿Vivo mi vida como vocación y misión? Cristo sigue recordándonos: “Vosotros sois la sal de la tierra”. (n.3).

- La vocación y misión de los laicos en el misterio de la Iglesia

La vocación y la misión de los fieles laicos sólo pueden comprenderse a la luz de una nueva toma de conciencia de la Iglesia “como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1) y del deber personal de adherirse con mayor vigor a la misma.

Es la Iglesia un misterio de comunión que tiene su origen en la vida de la Santísima Trinidad. Es el Cuerpo Místico de Cristo. Es el Pueblo de Dios que unido por la misma fe, esperanza y caridad camina en la historia hacia la definitiva patria celestial. Y nosotros, a fuer de bautizados, somos miembros vivos de tan maravillosos y fascinante organismo, alimentado por los dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos que le son coesenciales.

Por ello, hoy más que nunca, es preciso que los cristianos, iluminados y guiados por la fe, conozcan a la Iglesia tal cual es, en toda su belleza y santidad, para sentirla y amarla como madre propia. Con vistas a ello, resulta importante despertar en todo el Pueblo de Dios el auténtico “sensus Ecclesiae”, unido a la conciencia íntima de ser Iglesia, es decir, misterio de comunión” (n.4).

- Dios llama a los fieles laicos a un nuevo impulso misionero

Dios llama a los creyentes, y especialmente a los laicos, a un nuevo impulso misionero. La misión no es un añadido a la vocación cristiana. Al contrario, nos recuerda el Concilio Vaticano II, la vocación cristiana es por naturaleza propia vocación al apostolado (AA,2). (...) Una persona o una comunidad maduras desde el punto de vista evangélico se ven animadas por una intensa pasión misionera que las impulsa a atestiguar a Cristo en toda circunstancia y situación, en cualquier contexto social, cultural y político (cf. LG 31).

- La Iglesia os necesita para la defensa de la dignidad del ser humano

La Iglesia os necesita y cuenta con vosotros. La promoción y defensa de la dignidad y los derechos de la persona, tarea hoy más urgente que nunca, requiere la valentía de individuos, animados por la fe, capaces de un amor gratuito y lleno de compasión, respetuosos con la verdad del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios y destinado a crecer a la medida de Cristo en su plenitud (cf. Ef.4,13). No os desalentéis ante la complejidad de las situaciones. Buscad en la oración la fuente de toda fuerza apostólica; hallad en el Evangelio la luz que dirige vuestros pasos. La complejidad de situaciones, lejos de desalentaros, debe en cambio impulsaros a buscar con sabiduría y valor respuestas adecuadas a la demanda de pan y de trabajo y a las exigencias de libertad, paz y justicia, de compartición y de solidaridad (n.5).

- Responsables en la vida de la Iglesia

¡Queridos fieles laicos, hombres y mujeres! Estáis llamados a asumir con generosa disposición vuestra cota de responsabilidad también en la vida de las comunidades eclesiales a las que pertenecéis. El rostro de las parroquias, llamadas a ser acogedoras y misioneras, de vosotros depende. Ningún bautizado puede permanecer ocioso. Partícipes de la función sacerdotal, profética y real de Cristo y enriquecidos por numerosos carismas, los seglares cristianos pueden dar su aportación en el ámbito de la liturgia, de la catequesis, de iniciativas misioneras y caritativas de diferentes tipos.

Algunos, además, pueden verse llamados a asumir cargos, funciones y ministerios, no ordenados tanto en el ámbito parroquial como a escala diocesana (cf. ChFL. 14).

Se trata de un servicio muy valioso y cada vez más indispensable en varias regiones del mundo. Sin embargo, hay que evitar el peligro de desnaturalizar la figura del laico con excesivo repliegue de éste a las exigencias intraeclesiales. Hay pues que respetar por un lado la identidad propia del fiel laico, y, por el otro, la del ministro ordenado, al tiempo que la colaboración entre seglares y sacerdotes y -en los casos y conforme a las modalidades que la disciplina eclesial establece- la suplencia de los sacerdotes por parte de los laicos deben llevarse a cabo con espíritu de comunión eclesial, comunión en la que funciones y estados de vida se perciben como complementarios y se enriquecen mutuamente” (n.6).

- Las Asociaciones laicales

Finalmente, Juan Pablo hace referencia a las Asociaciones Laicales: “éstas constituyen un medio significativo para una formación cristiana más profunda y con vistas a una actividad apostólica más incisiva” (cf. AA, 19). (...) Podemos hoy hablar de una “nueva etapa asociativa de los fieles laicos” (cf. ChFL 29).

Termina el Papa afirmando: “Junto a las asociaciones de larga y benemérita tradición, observamos una floración tan lozana como diversificada de movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Este don del Espíritu Santo constituye una señal más de cómo Dios encuentra siempre respuestas adecuadas y tempestivas a los desafíos lanzados a la fe y a la Iglesia en cada época histórica” (n.7) (126b).

*** Homilía de Juan Pablo II durante la misa con ocasión del Congreso Mundial del Laicado Católico (26-XI-2000).**

Recuperad la doctrina del Concilio Vaticano II sobre el Laicado

Vosotros los laicos debéis volver a coger los documentos en los que el Concilio abrió extraordinarias perspectivas de implicación y compromiso en la misión de la Iglesia. ¿No os recordó acaso el Concilio vuestra participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo? Los Padres conciliares os confiaron a vosotros, de manera especial, la misión de “tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (LG 31)(n.3)

¿Qué significa ser cristianos hoy, aquí, ahora?

Ser cristianos no ha sido nunca fácil y no lo es tampoco hoy. Seguir a Cristo exige el valor de opciones radicales, con frecuencia a contracorriente. (...) Los mártires y los testigos de la fe de ayer y de hoy, entre los cuales se encuentran muchos fieles laicos, demuestran que, si es necesario, no se debe dudar por Jesucristo ni siquiera para dar la vida. (...) El Jubileo os invita a todos a un serio examen de conciencia y a una continua renovación espiritual para realizar una acción misionera cada vez más incisiva.

Llamados a llevar la luz del Evangelio al mundo

Como testigos de Cristo estáis llamados, especialmente vosotros, a llevar la luz del Evangelio a los núcleos vitales de la sociedad. Estáis llamados a ser profetas de la esperanza cristiana y apóstoles “del que es, del que era y del que está a punto de llegar” (Apoc.1,4) (n.4).

Llamados a ser santos

La santidad continúa siendo para los creyentes el mayor reto. ¡No tengáis miedo a aceptar este reto: ¡Ser mujeres y hombres santos! No olvidéis que los frutos del apostolado dependen de la profundidad de la vida espiritual, de la intensidad de la oración, de una formación constante y de una adhesión sincera a las directrices de la Iglesia. (...) Si sois lo que debéis ser -es decir, si vivís el cristianismo sin componendas- podéis incendiar el mundo” (n.5) (126c).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia general: 13-XII-2000**

Con la gracia de Cristo Redentor, debemos pues, volver a hacer nuestro ese designio de paz y desarrollo, de justicia y solidaridad, de transformación y valorización de las realidades terrestres y temporales que se vislumbra en las primeras páginas de la Biblia. Hemos de proseguir la gran aventura de la Humanidad en el campo de la ciencia y de la técnica, ahondando en los secretos de la naturaleza. (...)

La obra de la creación queda en cierta medida delegada por Dios en el hombre para su continuación tanto en las extraordinarias hazañas de la ciencia y de la técnica como en el compromiso diario de los trabajadores, de los estudiosos, de las personas que con sus mentes y manos aspiran a “guardar y cultivar” la tierra y a hacer más solidarios a hombres y mujeres entre sí. Dios no está ausente de su creación, al contrario, ha coronado al hombre “de gloria

y dignidad” (Sal.8,6-7), haciendo de él, con su autonomía y libertad, casi un representante suyo en el mundo y en la historia (n.3).

(...) Los cristianos están llamados a colaborar con el Creador para realizar en la tierra una “casa del hombre” más conforme a su dignidad y al designio divino, una casa en la que “la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan” (Sal.85,11) (n.4).

(...) La complejidad de la sociedad moderna hace cada vez más arduo el compromiso de animar las estructuras políticas, culturales, económicas y tecnológicas, que a menudo carecen de alma. En este horizonte a la vez difícil y prometedor, la Iglesia está llamada a reconocer la autonomía de las realidades terrenas (GS 36), pero también a proclamar con eficacia “la prioridad de la ética sobre la técnica, la primacía de la persona sobre las cosas, la superioridad del espíritu sobre la materia” (n.5) (126d).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el I Congreso de Laicos Católicos de la Europa del este, celebrado en Kiev del 8 al 12 de octubre de 2003 (4-X-2003).**

- El Bautismo y el fiel laico

El sacramento del Bautismo nos convierte en hijos de Dios llamados a la santidad, en miembros de la Iglesia -que es Cuerpo Místico de Cristo-, en corresponsables de la edificación de las comunidades cristianas, en partícipes de la misión de la Iglesia de anunciar a los hombres la Buena Nueva de la salvación.

- Retornar al Concilio Vaticano II

El redescubrimiento de la dignidad bautismal de los fieles laicos y de su responsabilidad en la misión de la Iglesia es uno de los frutos del Concilio Vaticano II. Por eso os digo: “es necesario retornar al Concilio. Hay que volver a coger los documentos del Vaticano II para redescubrir su gran riqueza de estímulos doctrinales y pastorales”. (...) Con el Concilio sonó la hora del laicado en la Iglesia! Vuestra vocación y misión producirán frutos siempre y cuando, en vuestra acción, sepáis regresar siempre a Cristo, caminar desde Cristo, mantener la mirada puesta en el rostro de Cristo (...) (n.3)

- La Iglesia necesita a los laicos

Para los laicos éste es el tiempo de la esperanza y de la valentía. La Iglesia os necesita y sabe que puede encomendaros grandes responsabilidades.

(...). Os exhorto a proseguir esta labor con vistas a una catequesis orgánica pensada para las diferentes franjas de edad y las diversas situaciones y condiciones de vida, e invirtiendo energías y medios de especial manera en la formación humana y cristiana de las jóvenes generaciones, esperanza de la Iglesia y porvenir de los pueblos. Una ayuda muy valiosa a este respecto pueden brindarla las asociaciones, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, de cuya experiencia han surgido itinerarios pedagógicos fecundos y un impulso apostólico renovado

- Mantened el ánimo ante los desafíos de la hora actual

No os desaniméis ante los retos de vuestro tiempo. Buscad el apoyo en el ejemplo y en la intercesión de los mártires, cuyo testimonio es “encarnación suprema del Evangelio de la esperanza” (Ecclesia in Europa, 13). Haced de vuestras familias auténticas Iglesias domésticas, y de vuestras parroquias escuelas genuinas de oración y de vida cristiana (n.4).

- Espiritualidad de comunión

Téngase en la debida consideración en vuestras Iglesias la necesidad de promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano” (NMI 43). Y ello en las diócesis, en las parroquias, en las familias y en las sociedades. Esta espiritualidad nos apremia de especial manera a un compromiso ecuménico renovado.

- Los laicos y el ecumenismo:

Debidamente formados y constantemente respetuosos con la libertad, en el amor fraterno, en el diálogo y en la colaboración, los fieles laicos pueden abrir caminos a la unidad de los cristianos, que es un “caminar juntos hacia Cristo” (n.5) (126e).

*** Discurso de Juan Pablo II al primer grupo de obispos españoles con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2005)**

“Los fieles laicos, a los cuales les incumbe buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según la voluntad divina, están llamados a ser testigos valientes de su fe en los diferentes ámbitos de la vida pública. Su participación en la vida eclesial es fundamental y, en ocasiones, sin su colaboración vuestro apostolado de pastores no llegaría a “todos los hombres de todos los tiempos y lugares” (LG 33).

“Los jóvenes, futuro de la Iglesia y de la sociedad, han de ser objeto especial de vuestros desvelos pastorales. En este sentido, no deben escatimarse los esfuerzos necesarios, aunque a veces no den fruto inmediato” (n. 9).

W) El Ecumenismo y el Diálogo Interreligioso

a) El Ecumenismo

Antes de exponer los contenidos de algunos documentos del Papa en torno a la Unidad de los cristianos nos ha parecido necesario hacer una breve introducción a este tema tan importante.

El Decreto del Concilio Vaticano II “Unitatis redintegratio” (21-XI-1964) y la Encíclica de Juan Pablo II “Ut unum sint” (25-V-1995) son las dos alas de la Iglesia Católica en el largo viaje hacia la unidad de los cristianos.

Juan Pablo II, consciente de que la división de los cristianos contradice la voluntad de Jesucristo, asumió el compromiso de tender puentes de encuentro y de diálogo con los hermanos cristianos favoreciendo así el Ecumenismo. En sus viajes pastorales no dejó de entrevistarse con los líderes de la reforma protestante y de la Iglesia ortodoxa. En efecto, dice el Papa que “el compromiso ecuménico serio corresponde a la tarea que Cristo nos ha confiado y, por lo tanto, tiene un fundamento teológico serio”, por eso afirma: “Nuestro deseo de unidad cristiana brota de la necesidad de ser fieles a la voluntad de Dios como se reveló en Cristo, porque, además, resulta que nuestra unidad en Cristo condiciona la eficacia de la evangelización, y es determinante para la credibilidad de nuestro testimonio ante el mundo” (127).

No es posible referir aquí todos los diálogos, encuentros...celebrados por Juan Pablo II, así como los acuerdos ecuménicos alcanzados. Se pueden encontrar en obras de carácter ecuménico, que citamos en las notas.

El Card. Roberto Tucci, encargado de organizar los viajes de Juan Pablo II fuera de Italia a partir de 1982 hasta junio de 2001: “Recuerdo a este propósito que cuando el Papa deseaba hacer un viaje al Líbano (que por entonces -1994- no se pudo realizar) había visitado yo a los tres patriarcas no católicos (...) para decirles que el Santo Padre tendría sumo gusto en saludarles y les invitaba a venir a la Nunciatura. Me acogieron muy cordialmente y manifestaron la alegría que les produciría el encuentro con el Papa (...) De vuelta a Roma, el Papa me llamó (...) y me dijo que era

conveniente visitar de nuevo a los tres Patriarcas no católicos para decirles que él los visitaría en vez de invitarles a que viniesen a la Nunciatura. “He hecho larga oración -me dijo-, y he reflexionado despacio: el Papa debe ejercer el primado por fidelidad al Evangelio, pero debe ejercitarlo del modo más humilde posible, No se trata de una cuestión de prestigio personal; es solo fidelidad al Evangelio; pero el modo de manifestarlo a los ortodoxos debe ser un modo humilde. Debo ser yo el que los visite a ellos, y no pretender que vengan a visitarme” (127a).

Hechos significativos en el camino de la unidad de los cristianos:

- El viaje de Juan Pablo II a Constantinopla para reunirse con el Patriarca Ecuménico Dimitrios (1979) y manifestarle su alineación con la causa ecuménica, característica de la Iglesia Oriental, según el Santo Padre,
- Primera visita a Alemania (Noviembre de 1980). Durante un encuentro histórico con autoridades de la Iglesia evangélica en Mainz, se abordó la creación de una Comisión conjunta, que debería investigar las condenas doctrinales del siglo XVI.
- En el año 1985, durante un encuentro las comisiones ecuménicas de sesenta y tres Conferencias episcopales, Juan Pablo II dijo que el compromiso ecuménico de la Iglesia católica es “irreversible”.
- En el año 1989, el Santo Padre visitó Inglaterra, donde se encontró con los Anglicanos, y a los países Escandinavos.
- La Encíclica “Ut unum sint” (1995), que es “resumen y ápice del programa ecuménico de su pontificado. Es la primera encíclica escrita por un Papa sobre el ecumenismo.
- Declaración cristológica conjunta con la Iglesia apostólica Armenia. El Católicos Garegin II visita al Santo Padre (9-XI-2001).
- “La Declaración Conjunta sobre la doctrina de la justificación” (1999). Este documento fue alentado por Juan Pablo II y fue aceptado por la Comisión como documento básico.
- El Papa se encuentra con el Patriarca Teoctist, en Bucarest el día 9 de mayo de 1999.
- El acto simbólico de la apertura de la Puerta Santa de San Pablo Extramuros (18-I-2000) donde estuvo acompañado de varios dignatarios cristianos no católicos
- En el día 24 de febrero de 2002, Juan Pablo II se encuentra con el Patriarca Bartolomeus I, en Roma.
- El 4 de Septiembre de 2003, el Santo Padre acoge al Arzobispo de Canterbury, Rowan Williams, al poco tiempo de ser elegido.

Discursos, encuentros, mensajes... de Juan Pablo II

*** Discurso a los representantes de las diversas Iglesias cristianas (Dublín, (Irlanda), 29 de Septiembre de 1979)**

Juan Pablo II está comprometido en la causa de la unidad de los cristianos. Por ello acoge a los hermanos cristianos y ora con ellos por la unidad. En Dublín les dice: “Nuestro deseo de unidad cristiana brota de la necesidad de ser fieles a la voluntad de Dios como se reveló en Cristo. Porque, además, resulta que nuestra unidad en Cristo condiciona la eficacia de la evangelización, y es determinante para la credibilidad de nuestro testimonio ante el mundo. (...) Que nadie dude del empeño de la Iglesia católica y de la Sede Apostólica de Roma por alcanzar la unidad de los cristianos. (...) La obra de reconciliación, el camino hacia la unidad, puede ser largo y difícil. Pero, como en el camino de Emaús, el mismo Señor está con nosotros en el camino. (Convento de las Dominicas. Dublín. Irlanda; 29 de septiembre 1979).

*** Encuentro de Juan Pablo II y el Patriarca Dimitrios I (Estambul (Turquia); 30 de noviembre de 1979).**

Una fecha significativa en el Pontificado de Juan Pablo II fue el 30 de Noviembre de 1979; en ella se produjo el primer encuentro entre el Papa y el Jefe de la Iglesia Ortodoxa de Constantinopla, el patriarca Dimitrios I, al final de la visita de Juan Pablo II a Turquía. Ambos son protagonistas de la Nueva Etapa del Diálogo Teológico.

- Unas palabras que Juan Pablo II dirigió a Dimitrios I, patriarca de Constantinopla:

“La visita que hago hoy, quisiera tener el significado de un reencuentro en la fe apostólica común, para caminar juntos hacia esa unidad plena que tristes circunstancias históricas han vulnerado, sobre todo a lo largo del segundo milenio. ¿Cómo no expresar nuestra firme esperanza en Dios de que alborée pronto una nueva era?”

- Unas palabras que Dimitrios I dirigió a Juan Pablo II:

“Teniendo como meta la Eucaristía, inauguramos hoy una etapa verdaderamente decisiva, el diálogo oficial teológico entre la Iglesia Católica romana y la Iglesia ortodoxa. Me siento feliz al anunciar que las dos Iglesias hemos designado oficialmente dos comisiones teológicas a las que entregamos un temario preparado de común acuerdo”.

El comunicado firmado en Estambul arranca con esta fórmula solemne:

“Nosotros, el Papa Juan Pablo II y el Patriarca ecuménico Dimitrios I confesamos la firme voluntad de hacer todo lo posible por adelantar el día en que la plena comunión entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa será establecida y podremos al fin concelebrar la divina eucaristía”.

Unos gestos nuevos:

- Juan Pablo II ha presenciado la Misa ortodoxa. Dimitrios I ha presenciado la Misa Católica.

- Juan Pablo II afirma: “Me atrevo a esperar también que su Santidad el Patriarca Dimitrios I y yo podamos orar juntos, pero esta vez sobre la tumba del apóstol Pedro. Estas visitas expresan, ante Dios y ante el Pueblo de Dios, nuestra impaciencia por la unidad”.

- En la Sede del Patriarcado, Juan Pablo II y Demetrio I formaron una “Declaración conjunta” en la que anunciaron el comienzo del diálogo teológico entre las dos Iglesias y la constitución de la Comisión mixta católico-ortodoxa que se encargará del mismo (Renovación Ecuménica 70 (1980) 3-5).

*** Encuentro de Juan Pablo II con la Iglesia Evangélica Alemana (Maguncia, RFA), 17-XI- 1980**

He aquí unas palabras significativas de Juan Pablo II:

“Recuerdo en este momento que en 1510-1511 Martín Lutero fue a Roma como peregrino a la tumba del príncipe de los Apóstoles, pero también además como uno que buscaba la respuesta a algunos de sus interrogantes. Hoy vengo yo aquí, a vosotros, herederos espirituales de Martín Lutero, como peregrino para hacer de este encuentro nuestro en un mundo cambiado un signo de unión en el misterio central de nuestra fe (...) Lo hago con el testimonio de la Carta a los Romanos; carta que para Martín Lucero fue del todo decisiva: “Esta carta es la recta expresión capital del Nuevo Testamento y el Evangelio más puro de todos”, escribía en 1552).

En la escuela del Apóstol de las gentes podemos conocer que necesitamos la conversión. No hay vida cristiana sin penitencia. “no hay ecumenismo recto sin conversión interior” (UR 7).

El Santo Padre invita a todos a adentrarnos por los caminos que conducen a la unidad: “estamos llamados a tender juntos, en el diálogo de la

verdad y el amor, a la plena unidad en la fe. Sólo la plena unidad nos da la posibilidad de reunirnos con los mismos sentimientos y la misma fe en la única mesa del Señor” (...) Debemos permanecer en diálogo y en contacto. Las cuestiones que hay que afrontar juntos exigen, por su naturaleza, un tratamiento cada vez más amplio que el posible hoy. Espero que encontremos unidos la vía para proseguir nuestro diálogo.

“No podemos dejar nada sin intentar. Debemos hacerlo todo para unirnos. No seamos deudores a Dios y al mundo”.

El Portavoz del Consejo de las Iglesias protestantes de Alemania, en rueda de prensa ha dicho:

“Con naturalidad por nadie esperada, el Papa ha citado cinco veces a Lutero. Este Papa tiene una actitud de apertura ecuménica connatural, innata. Hoy ha nacido una nueva dimensión que ninguno ciertamente esperábamos”.

En este encuentro se abordó la creación de una comisión conjunta, que debería investigar las condenas doctrinales del siglo XVI.

*** Mensaje de Juan Pablo II a los pueblos de Asia (21-II-1981).**

Juan Pablo II hace un llamamiento a todos los cristianos a la unidad: “las divisiones todavía existentes entre quienes profesan el nombre de Jesucristo deben constituir un estímulo para la oración ferviente y para la conversión del corazón, a fin de poder dar un testimonio más perfecto del Evangelio. Además, los cristianos desearán estrechar la mano de todos los hombres y mujeres de buena voluntad que comparten la fe en la inestimable dignidad de cada persona humana. Trabajarán juntos para construir una sociedad más justa y pacífica, en cual el pobre ocupará el primer puesto para ser servido” (n.5).

*** Discurso de Juan Pablo II en la Celebración Ecuménica en la Catedral de Canterbury (Gran Bretaña); 29-V-1982**

“En la festividad de Pentecostés de 1981, católicos y anglicanos se unieron a los ortodoxos y protestantes tanto en Roma como en Constantinopla, a fin de conmemorar el V Concilio de Constantinopla profesando su fe común en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida (n.2).

Una vez más, en esta víspera de la gran festividad de Pentecostés nos hemos reunido en oración para implorar de nuestro Padre celestial envíe de nuevo el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, sobre su Iglesia (n.2).

Deseamos celebrar el rito de las promesas bautismales, el mismo para los anglicanos y para los católicos, como testimonio del sacramento del bautismo, durante el cual nos hemos unido con Cristo. Al mismo tiempo nos damos cuenta humildemente de que la fe de la iglesia a la cual pertenecemos lleva las señales de nuestra separación. Juntos renovaremos nuestra renuncia al pecado para confirmar que creemos que Cristo ha vencido el dominio de Satanás sobre el “mundo”. Reiteraremos de nuevo nuestra intención de alejarnos de todo lo que es mal y de dirigirnos hacia Dios. Mientras repetimos nuestra profesión de fe en Dios, Uno y Trino -Padre, Hijo y Espíritu Santo- depositamos una gran esperanza en la promesa de Jesús: “El Padre os enviará en mi nombre un consejero, el Espíritu Santo” (...) La promesa de Cristo nos infunde confianza en el poder de este mismo Espíritu Santo que curará la división introducida en la Iglesia a lo largo de los siglos a partir del primer Pentecostés” (n.2)-

*** Declaración conjunta de Juan Pablo II y del arzobispo de Canterbury (29-Mayo-1982).**

Insertamos aquí unos párrafos de esta Declaración:

Estamos de acuerdo en que es la hora de formar una nueva comisión internacional. Su objetivo será el de continuar el trabajo ya comenzado; examinar, especialmente a la luz de nuestras respectivas opiniones sobre el informe final, las principales diferencias doctrinales que todavía nos separan para su eventual resolución; estudiar todo lo que obstaculiza el recíproco conocimiento de los ministerios de nuestras comunidades, y aconsejar los pasos que se han de continuar cuando, a base de nuestra unidad de fe, lleguemos a marchar hacia el retorno a una comunión completa” (n.2).

“Nuestra finalidad no está limitada sólo a la unificación de nuestras dos comuniones, excluyendo los demás cristianos, sino ante todo se extiende al cumplimiento de la voluntad de Dios, que consiste en la unidad visible de todo su pueblo. En el presente diálogo y en los desarrollados con otros cristianos, entre ellos y con nosotros reconocemos, en los acuerdos que podamos alcanzar y en las dificultades que encontraremos, un nuevo desafío a abandonarnos completamente a la verdad del Evangelio” (n. 4).

*** Encuentro ecuménico (Madrid. 3-XI-1982).**

Desde el comienzo de mi pontificado la causa del ecumenismo ha sido y siempre es, uno de mis objetos primordiales (...) Tenemos estrechos vínculos comunes fundamentales en la Biblia, Palabra de Dios, en la fe

apostólica que profesamos en los grandes símbolos y que se hace vida en el bautismo. La profundización en la sacramentalidad bautismal descubre ante nosotros perspectivas extraordinariamente positivas en el camino de la plena unidad. Y la oración por la unidad, hecha en cada una de nuestras comunidades, o también, cuando fuera posible, en fraterna unión de corazones, ¿no es el mejor medio para atraer sobre el compromiso ecuménico el espíritu de concordia, que transforma nuestras voluntades y las hace dóciles a su inspiración?.

*** Homilía de Juan Pablo II en Managua (Nicaragua, 4-III-1983)**

El Santo Padre manifiesta que en el contexto de la unidad de la Iglesia debe insertarse el verdadero ecumenismo, o sea, “el empeño por la unidad entre todos los cristianos y todas las comunidades cristianas. Una vez más os digo que esa unidad se puede fundar solamente en Jesucristo, en el único bautismo (cf. Ef.4,5) y en la común profesión de la fe. La tarea de reconstruir la plena comunión entre todos los cristianos no puede tener otra referencia y otros criterios y ha de usar siempre métodos de leal colaboración y búsqueda. No puede servir más que para dar testimonio de Jesucristo “para que el mundo crea” (cf. Jn.17,21).

Otra finalidad u otro uso del empeño ecuménico no puede llevar más que a crear unidades ilusorias y, en última instancia, a causar nuevas divisiones. (...) San Pablo nos exhorta por ello a “conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef.4,3). Yo os repito esta exhortación y os señalo una vez más las bases y la meta de esa unidad. “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todo, por todos y en todos” (Ef.4,4-6) (n.7).

*** “Cruzando el umbral de la esperanza” (Plaza y Janés, Barcelona,1994)**

A preguntas del periodista Vittorio Messori, el Santo Padre responde:

- La necesidad de la Iglesia para la salvación:

“El Concilio está lejos de proclamar ningún tipo de eclesiocentrismo. El magisterio conciliar es cristocéntrico en todos sus aspectos y, por eso, está profundamente enraizado en el Misterio trinitario. En el centro de la Iglesia se encuentra siempre a Cristo y Su Sacrificio, celebrado, en cierto sentido, sobre el altar de toda la creación, sobre el altar del mundo. Cristo “es engendrado antes que toda criatura” (Col.1,15), mediante Su Resurrección es también “el

primogénito de los que resucitan de entre los muertos” (Col.1,18). En torno a Su Sacrificio redentor se reúne toda la creación, que está madurando sus eternos destinos de Dios (...) Cristo es el verdadero autor de la salvación de la humanidad. La Iglesia lo es en tanto en cuanto actúa por Cristo y en Cristo (cf. LG 14).(...) ¿De qué modo la Iglesia es necesaria para la salvación? El Concilio Vaticano II lo explica plenamente en “Lumen Gentium, n.14. El Concilio habla de pertenecer a la iglesia para los cristianos, y de ordenación a la Iglesia para los no cristianos que creen en Dios, para los hombres de buena voluntad (cf. LG 15 y 16). Para la salvación, estas dos dimensiones son importantes, y cada una de ellas posee varios grados. Los hombres se salvan mediante la Iglesia, se salvan en la Iglesia, pero siempre se salvan gracias a Cristo. Ámbito de salvación pueden ser también, además de la formal pertenencia, otras formas de ordenación. Pablo VI expone la misma doctrina en su primera Encíclica “Ecclesiam suam”, cuando habla de los varios círculos del diálogo de la salvación (cf. nn.101-117), que son los mismos que señala el Concilio como ámbitos de pertenencia y de ordenación: “Fuera de la Iglesia no hay salvación”. Es difícil no admitir que toda esta doctrina es extremadamente abierta. No puede ser tachada de exclusivismo eclesiológico. Los que se revelan contra las presuntas pretensiones de la Iglesia católica probablemente no conocen, como deberían, esta enseñanza” (145-149).

- Esperanzas en el camino hacia la unidad de los cristianos

“Lo que nos une es más grande de cuanto nos divide: todos creemos en el mismo Cristo; y esa fe es esencialmente el patrimonio heredado de la enseñanza de los siete primeros concilios ecuménicos anteriores al año mil. Existen por tanto las bases para un diálogo, para la ampliación del espacio de la unidad, que debe caminar parejo con la superación de las divisiones, en gran medida consecuencia de la convicción de poseer en exclusiva la verdad (...).

Es mucho lo que ya se ha avanzado en este camino. El diálogo ecuménico, en varios niveles, se encuentra en pleno desarrollo, y está consiguiendo muchos frutos concretos. Numerosas comisiones teológicas están trabajando conjuntamente. Quien siga de cerca estos problemas no puede dejar de advertir un evidente soplo del Espíritu Santo. Nadie, sin embargo, se engaña pensando que el camino hacia la unidad va a ser breve o que en él no vaya a haber obstáculos. Hace falta sobre todo rezar mucho, empeñarse en la tarea de una profunda conversión, que hay que llevar a cabo mediante la oración en común y el trabajo conjunto a favor de la justicia, de la paz y de una actitud más cristiana en el orden temporal, a favor de todo lo que es coherentemente exigido por la misión de los confesores de Jesucristo en el mundo (...)

Naturalmente, la cuestión de la efectiva unidad no es y no puede ser fruto de esfuerzos solamente humanos. El verdadero protagonista sigue siendo el Espíritu Santo, al cual corresponderá decidir en qué momento el proceso de unidad estará suficientemente maduro, también desde el lado humano (...) Si sabemos valorar todo esto, podemos mirar al futuro con cierto optimismo. Podemos tener confianza en que “El que ha iniciado en vosotros la obra buena, la llevará a su cumplimiento” (Fil.1,6) (pp.151-157).

*** La Encíclica de Juan Pablo II: “Ut unum sint” (25 de mayo de 1995).**

Esta encíclica es resumen y ápice del programa ecuménico del Pontificado de Juan Pablo II. El Papa confiesa que el camino ecuménico es más largo de lo que había esperado y, por otra parte, afirma que el diálogo ecuménico pertenece a la nueva evangelización y a la vida de la Iglesia. Por todo ello, no se debe abandonar el “camino ecuménico”. Por nuestra parte nos parece correcto exponer los contenidos más importantes de esta Encíclica a través de grandes enunciados.

- Responsabilidad del Papa en el camino hacia la unidad

Juan Pablo II se siente muy preocupado por la “unión de los cristianos”, por lo que afirma en esta encíclica: “Como Obispo de Roma soy consciente de que la comunión plena y visible de todas las Comunidades, en las que gracias a la fidelidad de Dios habita su Espíritu, es el deseo ardiente de Cristo. Estoy convencido de tener al respecto una responsabilidad particular, sobre todo al constatar la aspiración ecuménica de la mayor parte de las Comunidades Cristianas y al escuchar la petición que se me dirige de encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva” (n.90).

- ¿En qué consiste el Ecumenismo?

“El ecumenismo trata precisamente de hacer crecer la comunión parcial existente entre los cristianos hacia la comunión plena en la verdad y en la caridad” (n.14). “No hay verdadero ecumenismo sin conversión interior” (n.15).

“El ecumenismo, el movimiento a favor de la unidad de los cristianos, no es sólo un mero “apéndice”, que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia. Al contrario, pertenece orgánicamente a su vida y a su acción y debe, en consecuencia, inspirarlas y ser como el fruto de un árbol que, sano y lozano, crece hasta alcanzar su pleno desarrollo” (n.20).

“El amor es la corriente profundísima que da vida e infunde vigor al proceso hacia la unidad. Este amor halla su expresión más plena en la oración común” (n.21).

- ¿En qué consiste la actividad ecuménica?

“La verdadera actividad ecuménica significa apertura, acercamiento, disponibilidad al diálogo, búsqueda común de la verdad en el pleno sentido evangélico y cristiano; pero de ningún modo significa ni puede significar renunciar o causar perjuicio, de alguna manera, a los tesoros de la verdad divina, constantemente confesada y enseñada por la Iglesia” (128).

- Realidades cristianas que hemos de mantener:

+ Hay que conservar íntegro el depósito de la fe

“No se trata de modificar el depósito de la fe, de cambiar el significado de los dogmas, de suprimir en ellos palabras esenciales, de adaptar la verdad a los gustos de una época, de quitar ciertos artículos del Credo con el falso pretexto de que ya no son comprensibles hoy. La unidad querida por Dios sólo se puede realizar en la adhesión común al contenido íntegro de la fe revelada” (n.18).

+ Hay que mantener la comunión con el Sucesor de Pedro.

“Entre todas las Iglesias y Comunidades eclesiales, la Iglesia católica es consciente de haber conservado el ministerio del Sucesor del apóstol Pedro, el Obispo de Roma, que Dios ha constituido como “principio y fundamento perpetuo y visible de unidad” y que el Espíritu sostiene para que haga partícipes de este bien esencial a todas las demás. (n.88) (129).

- Juan Pablo II enumera en la UUS cinco temas que invita a profundizar para conseguir “un verdadero consenso de fe”:

+ las relaciones entre la Sagrada Escritura, suprema autoridad en materia de fe, y la Sagrada Tradición, interpretación indispensable de la Palabra de Dios.

+ la Eucaristía, sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, ofrenda de alabanza al Padre, memorial sacrificial y presencia real de Cristo, efusión santificadora del Espíritu Santo.

+ el Orden, como sacramento, bajo el triple ministerio del episcopado, presbiterado y diaconado.

+ el Magisterio de la Iglesia, confiado al Papa y a los Obispos en comunión con él, entendido como responsabilidad y autoridad en nombre de Cristo para la enseñanza y salvaguardia de la fe.

+ la Virgen María, Madre de Dios e icono de la Iglesia, Madre espiritual que intercede por los discípulos de Cristo y por toda la humanidad (UUS, n.79).

- En el camino hacia la unidad se ha de evitar “el falso irenismo y el desinterés por las normas de la Iglesia”. Inversamente, la misma claridad y la misma prudencia nos recomiendan evitar la tibieza en la búsqueda de la unidad y más aún la oposición preconcebida, o el derrotismo que tiende a ver todo como negativo” (n.79).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la promoción de la Unidad de los Cristianos” (17-XI-1995)**

El Santo Padre comienza su discurso mencionando de forma explícita y agradeciendo de forma generosa los trabajos que ha realizado este Pontificio Consejo presidido por el Card. Edgard Idris Cassidy al servicio de la Unidad de los cristianos.

“Esta semana de reflexión os ha permitido abordar con lucidez la cuestión particular del estado de nuestras relaciones con las demás Iglesias y Comunidades eclesiales” (n.6).

“Las relaciones ecuménicas no se limitan a los diálogos teológicos, sino que comportan también contactos y colaboraciones que, no solamente procuran el conocimiento recíproco, sino que permiten descubrir el valor de las convicciones de nuestros hermanos cristianos. Es una ocasión de enriquecimiento y de progreso hacia esta verdadera unidad, que debe respetar las diferencias legítimas y no exigir nada más allá de lo necesario” (UR, n.18)

*** Declaración cristológica conjunta con la Iglesia apostólica (Armenia), 1996).**

Un nuevo hito en el Camino hacia la unidad está constituido por la declaración cristológica conjunta, firmada por la Iglesia Católica y la Iglesia apostólica de Armenia. Años más tarde, el Catholicos Garegin II visita al Papa, Juan Pablo II.

*** Exhortación apostólica “Vita consecrata” (25-III-1996).**

Juan Pablo II llama a los Consagrados a implicarse en el movimiento ecuménico: la unidad de todos los cristianos:

“¿Cómo no han de sentirse implicados los llamados a la vida consagrada? (...) En efecto, si el alma del ecumenismo es la oración y la conversión, no cabe duda que los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica tienen un deber particular de cultivar este compromiso. Es urgente, pues, que en la vida de las personas consagradas se dé un mayor espacio a la oración ecuménica y al testimonio auténticamente evangélico, para que, con la fuerza del Espíritu Santo, sea posible derribar los muros de las divisiones y de los prejuicios entre los cristianos” (n.100).

*** Encuentro del Papa con otras Confesiones Cristianas (La Habana. 25-I-1998).**

“Somos conscientes de que el retorno a una comunión plena exige amor, valentía y esperanza, las cuales surgen de la oración perseverante, que es la fuente de todo compromiso verdaderamente inspirado por el Señor. Por medio de la oración se favorece la purificación de los corazones y la conversión interior, necesarias para reconocer la acción del Espíritu Santo como guía de las personas, de la Iglesia y de la historia, a la vez que fomenta la concordia que transforma nuestras voluntades y las hace dóciles a sus inspiraciones. De este modo se cultiva también una fe cada vez más viva. Es el Espíritu quien ha guiado el movimiento ecuménico y al mismo Espíritu han de atribuirse los notables progresos alcanzados...” (n.2).

*** La Bula “ Incarnationis Mysterium” (1998)**

Juan Pablo II hace un llamamiento a través de esta Bula a la unidad de todos los cristianos. “Establezco, pues, que el Gran Jubileo del Año 2000 se inicie en la noche de Navidad de 1999, con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, que precederá en pocas horas a la celebración inaugural prevista en Jerusalén y en Belén, y a la apertura de la puerta Santa en las otras Basílicas Patriarcales de Roma. La apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pablo se traslada al martes 18 de enero siguiente, inicio de la Semana de oración por la unidad de los cristianos, para subrayar también de este modo el peculiar carácter ecuménico del Jubileo” (n. 6).

*** Encuentro de Juan Pablo II con el Patriarca Teoctist de Bucarest (9-V-1999).**

Fue un encuentro entrañable el que mantuvieron Juan Pablo II y el Patriarca ortodoxo de Bucarest, que le dispensó al Papa una acogida cordial y fraterna.

*** “La Declaración conjunta acerca de la justificación” (1999)**

Un acontecimiento significativo en el camino del diálogo ecuménico ha sido el acuerdo de la Iglesia Católica con la Federación Luterana sobre la justificación. Juan Pablo II lo ha calificado como “una gracia especial para el tercer milenio” (130).

*** Discurso de Juan Pablo II a una delegación de la federación Luterana Mundial presidida por el obispo luterano Dr. Christian Krause (9-XII-1999)**

El Santo Padre acoge y dirige su palabra a estos cristianos luteranos: “Un fruto especial del diálogo teológico se nos ha dado hace unas semanas en Augsburgo, ciudad donde se ha firmado “la Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación por la fe”, tema que durante siglos ha sido una especie de símbolo de la división existente entre católicos y protestantes. Demos gracias a Dios, que nos ha concedido poner un hito en el no fácil camino de la reconstrucción de la unidad plena entre los cristianos.

“El citado documento constituye sin duda alguna un punto de partida seguro para sucesivos pasos ecuménicos. Exhorta a llevar adelante la investigación teológica en ámbito ecuménico y a eliminar los obstáculos que aún se oponen a la comunión -tan hondamente deseada- a la mesa del Señor” (n.2).

“La fiesta común del gran Jubileo es una ocasión para ahondar en nuestro común testimonio de fe. Precisamente el mundo actual desea que los cristianos se acerquen unos a otros” (n.4).

*** El Año Jubilar de 2000**

El Año Jubilar de 2000 mostró con claridad el impulso y crecimiento del ecumenismo durante el Pontificado de Juan Pablo II que siempre lo alentó. La apertura de la Puerta Santa en San Pablo Extramuros y la conmemoración de los Testigos del Siglo XX en el Coliseo de Roma reunieron en sobrecogedoras celebraciones a representantes de casi todas las Iglesias y Comunidades

Eclesiales. Podemos afirmar que el Gran Jubileo del año 2000 trajo consigo la apertura de una inmensa puerta al diálogo y al futuro del ecumenismo, superando desesperanzas y desilusiones anteriores.

Recordamos sólo el texto siguiente:

“La confrontación teológica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colaboración en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro” (n.48).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión de la apertura de la Puerta Santa en la basílica de San Pablo Extramuros: 18-I-2000.**

Impresionante este acontecimiento ecuménico; emotivas las palabras de Juan Pablo II. De su homilía ofrecemos lo siguiente:

“Oportunamente el Concilio Vaticano II recordó que la división contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura (UR, 1) (n.2).

La unidad que Cristo quiso para sus discípulos es participación en la unidad que Él mantiene con el Padre y que el Padre mantiene con Él (cf. Jn.17,21). (...) Padre e Hijo y Espíritu Santo constituyen una cosa sola en la distinción de las personas.(n.3).

Respecto a este misterio de unidad, que es don que procede de lo alto, las divisiones presentan un carácter histórico que atestigua las debilidades humanas de los cristianos. El Concilio Vaticano II ha reconocido que dichas divisiones han surgido a veces “no sin culpa de los hombres por ambas partes” (UR 3). En este año de gracia debe crecer en cada uno de nosotros la conciencia de nuestra responsabilidad propia y personal en las rupturas que marcan la historia del Cuerpo místico de Cristo. Esta toma de conciencia resulta indispensable para progresar hacia esa meta que el Concilio calificó como “unitatis redintegratio”, recomposición de nuestra unidad.

Empero no es posible el restablecimiento de la unidad sin la conversión interior, porque el deseo de la unidad nace y madura gracias a la renovación de la mente, al amor a la verdad, a la abnegación de sí mismos y a la libre efusión de la caridad. He aquí pues que la conversión del corazón y la santidad de la vida, así como la oración personal y comunitaria por la unidad, son el núcleo en el que el movimiento ecuménico halla su fuerza y sustancia.

La aspiración a la unidad camina paralelamente a una honda capacidad de “sacrificio” de lo personal, para disponer el ánimo a una fidelidad al Evangelio cada vez mayor. Disponernos al sacrificio de la unidad significa cambiar nuestra mirada, dilatar nuestro horizonte, saber reconocer la obra del Espíritu Santo que actúa en nuestros hermanos, descubrir nuevas formas de santidad, abrirnos a aspectos inéditos del compromiso cristiano.

Si, sostenidos por la oración, sabemos renovar nuestra mente y nuestro corazón, el diálogo actual entre nosotros acabará por superar los límites de un intercambio de ideas para transformarse en intercambio de dones; se convertirá en diálogo de caridad y de verdad, de forma que nos retaremos y estimularemos a ir hacia delante hasta poder ofrecer a Dios “la obligación más bella”: la de nuestra paz y fraterna concordia” (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Doctrina de la fe (29-I-2000).**

En este discurso Juan Pablo aborda también el tema del ecumenismo. “En la Carta Encíclica “Ut unum sint” he confirmado solemnemente el compromiso de la Iglesia católica con el “restablecimiento de la unidad”, en línea con la gran causa del ecumenismo que el Concilio Vaticano II tanto alentó. Vosotros habéis contribuido, junto con el Consejo Pontificio para la promoción de la Unidad de los Cristianos, a la consecución del Acuerdo sobre verdades fundamentales de la doctrina de la justificación, firmado el 31 de octubre del pasado año en Augsburgo. Confiando en el auxilio de la gracia divina sigamos por este camino pese a las dificultades.

Nuestro ardiente deseo de alcanzar un día la comunión plena con las demás Iglesias y Comunidades Eclesiales no debe sin embargo oscurecer la verdad de que la Iglesia de Cristo no es una utopía que habría que recomponer partiendo de los fragmentos actualmente existentes, con nuestras fuerzas humanas. El decreto “Unitatis redintegratio” habla explícitamente de esa unidad “que creemos que subsiste indefectible en la Iglesia católica y esperamos que cerzca cada día hasta la consumación de los tiempos” (n.4) (n.5).

*** Discurso de Juan Pablo II en el encuentro ecuménico celebrado en la Catedral de Nuestra Señora de Egipto, de El Cairo (25-II-2000).**

- El Santo Padre considera la búsqueda de la unidad de los cristianos una preocupación constante en su ministerio, como ya manifestó en la Encíclica “Ut unum sint”:

” Lo que afecta a la unidad de todas las comunidades cristianas forma parte explícita de las preocupaciones del primado del Obispo de Roma. Por ello deseo renovar mi invitación a todos “los responsables eclesiales y a sus teólogos a establecer conmigo y sobre esta cuestión un diálogo fraterno, paciente, en el que podríamos escucharnos más allá de estériles polémicas, teniendo presente sólo la voluntad de Cristo para la Iglesia (n.4) (130a).

- Juan Pablo II pide al Espíritu que lo ilumine para que realice su ministerio como un servicio de amor:

“ Por lo que respecta al ministerio del Obispo de Roma, pido al Espíritu Santo que derrame su luz sobre nosotros, iluminando a todos los pastores y teólogos de nuestras Iglesias, para que juntos busquemos las formas en que este ministerio pueda realizar un servicio de amor reconocido por todas las partes interesadas. Queridos hermanos: ¡No hay tiempo que perder en ello! (n.4).

- Guardemos nuestra comunión y perseveremos en ella:

“Nuestra comunión en el único Señor Jesucristo, en el único Espíritu y en el único Bautismo constituye una realidad profunda y fundamental. Esta comunión nos permite dar un testimonio común de nuestra fe en todo un abanico de formas, al tiempo que requiere nuestra cooperación para llevar la luz de Cristo a un mundo necesitado de salvación”.

Como condición fundamental para este testimonio común, hemos de evitar todo aquello que nos pudiera llevar, una vez más, a la desconfianza y a la discordia. Hemos acordado rechazar toda forma de proselitismo, métodos o actitudes en antítesis con las exigencias del amor cristiano o con lo que debería caracterizar las relaciones entre las Iglesias” (n. 5).

- Mirando al futuro:

“No nos conocemos lo suficiente unos a otros; hallemos pues caminos para el encuentro. Busquemos posibles formas de comunión espiritual, como la oración y el ayuno en común, los intercambios y la hospitalidad entre monasterios. Tratemos también de encontrar formas de cooperación práctica, especialmente para responder a la sed espiritual de tantas personas de nuestro tiempo, para aliviar la aflicción, educando a los jóvenes, asegurando unas condiciones humanas de vida, fomentando el respeto recíproco, la justicia y la paz, así como promoviendo la libertad religiosa como derecho humano fundamental” (n.5).

Encomiendo esta esperanza a la poderosa intercesión de la Theotokos, arquetipo de la Iglesia. (n.7).

*** Discurso de Juan Pablo II en el encuentro ecuménico en el Patriarcado Greco-Ortodoxo de Jerusalén (25-III-2000).**

El camino hacia la unidad es arduo y difícil

“En estos últimos tiempos hemos aprendido que el camino que lleva a la unidad es arduo, pero ello no debe desanimarnos. Hemos de ser pacientes y perseverantes y seguir caminando hacia delante sin vacilaciones (n.1)

La aspiración a la unidad tiene un significado especial en Tierra Santa.

“Nuestra aspiración a una comunión más plena entre los cristianos adquiere un significado especial en la tierra natal del Salvador y en la santa ciudad de Jerusalén. Aquí, a la presencia de diferentes Iglesias y Comunidades, deseo reafirmar que el rasgo eclesial de la universalidad respeta plenamente la diversidad legítima. La variedad y la belleza de vuestros ritos litúrgicos y de vuestras tradiciones e instituciones espirituales, teológicas y canónicas atestiguan la riqueza del legado -revelado por obra divina e indiviso- de la Iglesia universal, tal y como se ha desarrollado a lo largo de los siglos tanto en Oriente como en Occidente” (n.2).

Superar los conflictos entre los miembros de las diversas religiones.

“En Tierra Santa, donde los cristianos conviven con los seguidores del judaísmo y del Islam, donde prácticamente cada día surgen tensiones y conflictos, resulta esencial superar la escandalosa impresión que nuestros desacuerdos y controversias producen. En esta ciudad deberían más que en cualquier otro lugar convivir en hermandad y libertad cristianos, judíos y musulmanes, en dignidad, justicia y paz” (n.4).

Súplica al Espíritu Santo

“Es hora de pedir al Espíritu de la verdad que ayude a nuestras Iglesias y Comunidades a comprometerse en un diálogo teológico cada vez más fecundo, un diálogo que nos permita crecer en el conocimiento de la verdad y alcanzar la plenitud de la comunión en el Cuerpo de Cristo. De intercambio de ideas, nuestro diálogo se transformará pues en intercambio de dones, en una compartición más auténtica de ese amor que el Espíritu Santo incansablemente derrama en nuestros corazones” (n.5) (130b).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión de la visita de la reina Isabel II de Inglaterra (17-X-2000).**

En los últimos años se ha creado entre nosotros un ambiente cordial más acorde con la armonía de los primeros tiempos y más genuinamente evocador de nuestras comunes raíces espirituales. No cabe marcha atrás en el objetivo ecuménico que nos hemos fijado obedeciendo al mandato del Señor. Pero no es tan solo el pasado lo que nos impulsa a proseguir por el camino de un entendimiento cada vez mayor y, en la perspectiva religiosa, de una comunión cada vez más perfecta. También el futuro nos exige sentir el propósito compartido.

Pienso en primer lugar en Europa, que se encuentra en un momento decisivo de su historia mientras persigue una unidad capaz de eliminar para siempre ese tipo de conflictos que con tanta frecuencia han formado parte de su pasado. Vuestra Majestad y yo hemos vivido en nuestra carne una de las más espantosas guerras que han asolado Europa, y nos hacemos cargo con toda claridad de la necesidad de construir una unión europea profunda y duradera, firmemente arraigada en el genuino genio humano y espiritual de los pueblos de Europa. Sin embargo, la unión a la que los europeos aspiramos no puede consistir en una estructura sin contenido. Sólo conservando y reforzando los más elevados ideales y realizaciones de su legado -en la política, la ley, las artes, la cultura, la moralidad y la espiritualidad- podrá la Europa de un futuro próximo ser una hazaña viable y benemérita.

(...) Nuestra mirada debe asomarse más allá de los confines de Europa, ya que el mundo entero se ha vuelto cada vez más interactivo e interdependiente (130c).

*** Celebración ecuménica en la Basílica Vaticana (10-XI-2000)**

- Homilía de Su Santidad Juan Pablo II

“En la catedral de Ereván, como en toda catedral, habrá un altar para al Eucaristía y una sede para el patriarca. La sede y el altar nos hablan de la comunión que ya existe entre nosotros (cf. UR 15).

A lo largo de la historia se han establecido muchos contactos entre la Iglesia católica y la Iglesia apostólica armenia, análogamente, se han realizado muchos intentos con vistas a restablecer la plena comunión. Ahora debemos orar y obrar con fervor para que llegue pronto el día en que nuestras sedes y obispos estén en plena comunión una vez más, para que podamos

celebrar juntos, en el mismo altar, la Eucaristía, signo supremo y fuente de unidad en Cristo. Hasta que amanezca tan venturoso día, cada una de nuestras celebraciones eucarísticas se resentirá de la ausencia del hermano que aún no estará ahí (n.3) (130d).

- Homilía de su Santidad Karekin, patriarca supremo y “católico” de los armenios.

“Santidad: nuestros corazones rebosan de alegría (...) Al proseguir el camino de relación entre nuestras dos Iglesias, sentimos realmente vuestro espíritu de amor fraterno a la Iglesia y al pueblo armenios. (...)”

Suplicamos al Señor que tanto Vuestra Santidad como todos los líderes espirituales de las Iglesias cristianas rueguen por intercesión del Santo Iluminador para que nuestra santa fe se vea renovada en la Armenia actual como lo fue en la Armenia de hace 1700 años” (130e).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Card. Mirosław Vlk, arzobispo de Praga, con ocasión del Encuentro Ecuménico Europeo de Estrasburgo; 19 a 22 – IV – 2001; (13 de abril de 2001).**

El próximo Encuentro Ecuménico Europeo (...) despierta en mí un hondo sentimiento de alegría y gran esperanza. Dicho encuentro, promovido conjuntamente por el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) y la Conferencia de Iglesias de Europa (KEK), es el fruto feliz de una intensa colaboración entre diferentes organismos eclesiales del continente europeo, y se sitúa oportunamente en la estela del gran Jubileo del año 2000, durante el cual las Comunidades eclesiales han celebrado el misterio de la encarnación de Jesucristo, Verbo de Dios humanado, fundamento de nuestra fe y fuente de nuestra salvación. (...). La unidad por la que el Señor oró en el cenáculo es condición del crédito que merece el testimonio cristiano. (...)

Urge, particularmente en Europa, un anuncio abierto del Evangelio. Este continente, formado por diferentes culturas, tradiciones y valores vinculados a los países que lo componen, no puede concebirse ni edificarse sin tener en cuenta las raíces que constituyen su identidad original; no puede construirse rechazando esa espiritualidad cristiana de la que está impregnado.

Para afrontar tan importante reto, es menester intensificar la colaboración en todos los niveles de la vida social y eclesial y ahondar en los diálogos bilaterales y multilaterales. Como la experiencia demuestra, los resultados alcanzados mediante estos diálogos refuerzan la comunión ya existente y reavivan el deseo de llegar a la perfecta comunión. De la misma

confesión de fe habrá de nacer la plena comunión entre los discípulos en Cristo, Cabeza del Cuerpo, que es la Iglesia”.

*** Homilía de Juan Pablo II en las Vísperas conclusivas de la Semana de Oración por la Unidad de los cristianos (25-I-2003).**

El Santo Padre en su homilía recuerda con sencillez todos los pasos que se han ido dando en el camino hacia la unidad.

“Me complace recordar la Jornada de oración por la paz en el mundo, que, hace un año, el 24 de enero, tuvo lugar en Asís. Aquel acontecimiento de carácter interreligioso lanzó al mundo un mensaje fuerte: toda persona auténticamente religiosa debe implorar de Dios el don de la paz, renovando la voluntad de promoverla y de construirla juntamente con los demás creyentes. El tema de la paz es hoy más urgente que nunca, interpela en especial a los discípulos de Cristo, Príncipe de la paz, y constituye un desafío y un compromiso para el movimiento ecuménico (n.2).

¡Cómo no recordar, además del mencionado encuentro de Asís con la participación de destacados representantes de casi todas las Iglesias y comunidades eclesiales de Oriente y de Occidente, la visita a Roma, en el mes de marzo, de una delegación del santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa de Grecia! Después, en junio, firmé con el patriarca Bartolomé I la Declaración común sobre la salvaguardia de la creación; en mayo tuve la alegría de visitar al patriarca Maxim de Bulgaria; en octubre, en cambio, recibí la visita del patriarca Teoctist de Rumania, con el que firmé también una Declaración común. Y no puedo olvidar la visita del arzobispo de Canterbury, doctor Carey, al concluir su mandato, y los encuentros con delegaciones ecuménicas de comunidades eclesiales de Occidente, así como los progresos realizados por las varias comisiones mixtas de diálogo.

Al mismo tiempo, no podemos menos de reconocer con realismo las dificultades, los problemas y las desilusiones que encontramos también ahora. Así, a veces existe un cierto cansancio, una falta de fervor, mientras se mantiene vivo el dolor de no poder compartir aún la mesa eucarística. Pero el Espíritu Santo no deja de sorprendernos y sigue realizando prodigios extraordinarios (n.3).

“Dada la actual situación del ecumenismo, importa considerar que sólo el Espíritu de Dios puede otorgarnos la plena unidad visible; sólo el Espíritu de Dios puede infundir nuevo fervor y aliento. Por ello es preciso subrayar la importancia del ecumenismo espiritual, que constituye el alma de todo el movimiento ecuménico (cf. UR 6-8).

Ello no implica de manera alguna menoscabar ni menos aún interrumpir el diálogo teológico, que ha producido abundantes frutos durante los últimos decenios, y que sigue siendo, como siempre, irrenunciable. De hecho la unidad entre los discípulos de Cristo no puede dejar de ser unidad en la verdad. (...) Hacia esa meta nos guía el Espíritu también a través de los diálogos teológicos, que constituyen una ocasión cierta de enriquecimiento recíproco”.

Sin embargo, sólo en el Espíritu Santo es posible acoger la verdad del Evangelio, vinculante para todos en su profundidad. El ecumenismo espiritual abre los ojos y los corazones a la comprensión de la verdad revelada, capacitándonos para reconocerla y acogerla gracias también a las argumentaciones de los demás cristianos” (n.4).

El ecumenismo espiritual se realiza en primer lugar mediante la oración elevada a Dios, siempre que sea posible, en común. (...) Añádase a la oración la escucha de la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura (...) Además, no se da acercamiento ecuménico sin conversión del corazón, sin santificación personal y renovación de la vida eclesial” (n.5).

Un papel muy singular desempeñan, asimismo, las comunidades de vida consagrada y los movimientos espirituales, nacidos recientemente, al favorecer el encuentro con las antiguas y venerables Iglesias de Oriente, caracterizadas por el espíritu monástico. También hay signos de prometedora renovación de la vida espiritual en el ámbito de las comunidades eclesiales de Occidente, y me alegran los provechosos intercambios que tienen lugar entre todas estas diversas realidades cristianas. No hay que olvidar los casos en los que eclesiásticos de otras Iglesias frecuentan las universidades católicas: como huéspedes de nuestros seminarios, participan en la vida de los estudiantes en conformidad con la vigente disciplina eclesial. La experiencia muestra que esto lleva a un enriquecimiento recíproco” (n.5).

El deseo que hoy expresamos juntos es que la espiritualidad de comunión aumente cada vez más. (...) Se consolide en cada uno de nosotros la capacidad de sentir al hermano de fe, en la unidad del Cuerpo místico, “como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sufrimientos” (n.43).

*** Visita al Santo Padre de los Primados de la Iglesia Anglicana (Octubre de 2003).**

Ponemos de relieve también la visita de despedida del Primado de la Iglesia Anglicana, George Carey, y la primera visita de su sucesor, Rowan Williams (4-X-2003). Fruto de ello, es un nuevo clima de amistad en las relaciones con una base humana y espiritual.

En el discurso que pronunció Juan Pablo II a su Gracia Rowan Douglas Williams, arzobispo de Canterbury y primado de la Comunión Anglicana (4-X-2003), afirmó entre otras cosas:

“Al tiempo que damos gracias por los avances ya registrados, hemos también de reconocer que han surgido nuevas y graves dificultades en el camino hacia la unidad, dificultades que no son toda de carácter puramente disciplinario, ya que algunas afectan a cuestiones esenciales de fe y moral. Ante este fenómeno, debemos reafirmar nuestra obligación de escuchar atenta y honradamente la voz de Cristo tal y como nos lo transmite el Evangelio y la tradición apostólica de la Iglesia. La iglesia, al afrontar el secularismo creciente del mundo actual, debe asegurarse de que el depósito de la fe se anuncie íntegramente y quede preservado de interpretaciones erróneas y descarriadas.

Debemos seguir edificando sobre la obra ya realizada por la Comisión Internacional Anglicano-Católico Romana y sobre las iniciativas de la Comisión Conjunta para la Unidad y la Misión, recientemente constituida” (130f).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Patriarca Alejo II con ocasión del regreso a Rusia del icono de la Madre de Dios de Kazán (25 de agosto de 2004).**

Juan Pablo II comienza su mensaje con estas palabras esperanzadas: “Tras un largo período de pruebas y sufrimientos soportados por la Iglesia ortodoxa rusa y por el pueblo ruso en el siglo pasado, el Señor de la historia, que dispone todas las cosas de acuerdo con su voluntad, nos concede hoy un gozo y una esperanza comunes con el regreso del icono de la Madre de Dios a su patria. (...) A pesar de la división que tristemente persiste aún entre cristianos, este sagrado icono aparece como un símbolo de la unidad de los seguidores del Unigénito Hijo de Dios, el Único al que ella misma nos conduce”.

La oración del Santo Padre: “El Obispo de Roma ha orado ante este sagrado icono pidiendo que llegue el día en que todos nosotros estemos unidos y seamos capaces de proclamar al mundo, con una sola voz y en visible comunión, la salvación de nuestro Señor Jesucristo y su triunfo sobre el mal y

las fuerzas impías que buscan dañar nuestra fe y nuestro testimonio de unidad. Hoy me uno a usted en oración, querido hermano, junto a los obispos de la Iglesia ortodoxa rusa, a los sacerdotes, monjes y monjas y al pueblo de Dios en la tierra de Rusia. Unidos en esta oración están todos los hijos e hijas de la Iglesia católica en su devoción y veneración profunda a la Santa Madre de Dios.”.

El Santo Padre termina este mensaje orando así: “Que esta venerada imagen nos conduzca en el camino del evangelio tras las huellas de Cristo, y que proteja al pueblo al que ahora ella regresa y a toda la humanidad. Que la Santa Madre de Dios vuelva su mirada maternal hacia los hombres y mujeres de nuestro tiempo; que ella ayude a los creyentes a no apartarse del camino que Dios ha puesto ante ellos: la proclamación de Jesucristo, “el Camino, la Verdad y la Vida”.

Mensaje del Patriarca Alejo II a Juan Pablo II con ocasión del regreso del icono de la Madre de Dios de Kazán (31 de agosto de 2004).

“Le doy gracias de todo corazón por haber entregado el icono de nuestra Santísima Señora, la Theotokos y siempre Virgen María, a la Iglesia ortodoxa rusa (...) La Iglesia ortodoxa rusa, siempre, incluso en los momentos más difíciles de sus relaciones con la Iglesia católica romana, ha afirmado invariablemente su deseo de desarrollar estas relaciones con espíritu de sincera cooperación. Vemos en el traslado del icono de Kazán un paso en la buena dirección con la esperanza de que en el futuro se haga todo lo posible para solucionar ciertos problemas que permanecen entre nuestras Iglesias”.

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del 40 aniversario de la promulgación del Decreto Conciliar “Unitatis Redintegratio” (13-XI-2004)**

La unidad ecuménica no es un atributo secundario de la comunidad de los discípulos, y la actividad ecuménica no es sólo un apéndice que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia, sino que se corresponde a la voluntad de nuestro Señor Jesucristo, que quiso una sola Iglesia y oró al Padre (...) para que todos sean uno (n. 2).

Los numerosos encuentros ecuménicos en todos los niveles de la vida eclesial, los diálogos teológicos y el redescubrimiento de los testigos comunes de la fe han confirmado, profundizado y enriquecido la comunión con los demás cristianos, comunión ya existente en cierta medida, aunque no de modo pleno. Ya no consideramos a los demás cristianos como lejanos o extraños, sino que vemos en ellos a hermanos y hermanas (UUS 42) (n.4).

Sin embargo, todavía no hemos llegado a la meta de nuestro camino ecuménico: la comunión plena y visible en la misma fe, en los mismos sacramentos y en el mismo ministerio apostólico. Gracias a Dios, se han superado muchas diferencias e incomprensiones, pero son aún numerosos los obstáculos diseminados a lo largo del camino (n.4).

¿Cómo imaginar el futuro ecuménico?

Ante todo, debemos reforzar los fundamentos de la actividad ecuménica, es decir, la fe común en todo lo que se expresa en la profesión bautismal, en el Credo apostólico y en el Credo niceno-constantinopolitano. Este fundamento doctrinal manifiesta la fe profesada por la Iglesia desde el tiempo de los Apóstoles. A partir de esta fe debemos desarrollar luego el concepto y la espiritualidad de comunión. “Comunión de los santos” y plena comunión no significan uniformidad abstracta, sino riqueza de legítima diversidad de dones compartidos y reconocidos por todos, según el conocido adagio: “In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas” (n.6).

Para concluir, quisiera referirme en particular al ecumenismo espiritual que, según las palabras del decreto “Unitatis redintegratio”, es el alma y el corazón de todo el movimiento ecuménico. (...) No existe verdadero ecumenismo sin conversión interior y purificación de la memoria, sin santidad de vida en conformidad con el Evangelio y, sobre todo, sin una intensa y asidua oración que se haga eco de la oración de Jesús” (n. 8) (130g).

*** Encuentro de Juan Pablo II y el Patriarca Bartolomé I (29-VI-2004).**

El Papa y Batolomé I se encontraron en la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo para celebrar el cuadragésimo aniversario del significativo abrazo entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I. Juan Pablo II y Bartolomé I hicieron votos para que se reactive el diálogo teológico y se fortalezcan las mutuas relaciones entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa (131).

*** Carta de Juan Pablo II al Patriarca Ecuménico de Constantinopla Bartolomé I, con motivo de la entrega de las reliquias de los santos Gregorio Nacianzeno y Juan Crisóstomo (27-XI-2004).**

“Está aún viva en mi corazón la alegría de nuestro encuentro en el atrio de esta Basílica Vaticana, el 29 de junio de este año, con ocasión de la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Y ahora el Señor, en su benevolencia,

nos vuelve a dar la posibilidad de realizar aquí, ante la tumba del apóstol san Pedro, otro encuentro fraterno en el amor, en la oración y en la voluntad de caminar juntos hacia la unidad plena y visible que Cristo quiere para sus discípulos.

Ahora algunas de sus reliquias, restos de los cuerpos que vivieron el seguimiento de Cristo, sufrieron la persecución por su nombre y fueron templo del Espíritu Santo, vuelven a Constantinopla. En el traslado de tan santas reliquias vemos una ocasión bendita para purificar vuestras memorias heridas, afianzar nuestro camino de reconciliación y confirmar que la fe de estos santos doctores nuestros es la fe de las Iglesias de Oriente y Occidente.

Amado hermano, jamás me cansaré de buscar firme y decididamente esta comunión entre los discípulos de Cristo, porque mi deseo, en respuesta a la voluntad del Señor, es ser siervo de la comunión “en la verdad y en el amor para que la barca (...) no sea sacudida por las tempestades y pueda llegar un día a puerto” (Ut unum sint, 97).

Discurso de Bartolomé I Patriarca Ecuménico de Constantinopla con ocasión de la entrega de las reliquias de los santos Gregorio Nacianzeno y Juan Crisóstomo

“Celébrase hoy un acto sagrado que repara una anomalía e injusticia eclesiástica. Este gesto fraterno de la Iglesia de la antigua Roma confirma que no existen en la Iglesia de Cristo problemas insuperables cuando el amor, la justicia y la paz se encuentran en la sagrada diaconía de la reconciliación y de la unidad.

“Santidad, estamos convencidos de que también usted desea fuertemente la mejora de las relaciones intereclesiales. Por este motivo realiza tantas fatigosas peregrinaciones por todo el orbe. Cada acto que cicatriza antiguas heridas y previene nuevas contribuye a la creación de los presupuestos necesarios para proseguir el diálogo de la verdad en el amor entre nuestras Iglesia, de forma que, obedeciendo a la voluntad divina de nuestro santo Dios en la adorada Trinidad, podamos encontrarnos de nuevo cuanto antes en la fe común de la Iglesia de un tiempo, única base para el restablecimiento de la comunión plena entre nuestras Iglesias”.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas (21-XII-1004).**

- Nuestro gran compromiso

Tomemos cada día mayor conciencia de que la unión con Dios y la unidad de todo el género humano, comenzando por los creyentes, es nuestro compromiso prioritario. “Ut unum sint”. ¿No es ésta la apremiante oración que Cristo dirigió al Padre en la víspera de su pasión redentora? Urge reconstruir la plena unidad de los cristianos. La celebración del Año de la Eucaristía pretende, entre otras cosas, avivar aún más esta sed de unidad, señalando su manantial único e inagotable: Cristo mismo. Debemos seguir recorriendo sin titubeos el camino de la unidad, al que providencialmente dio un fuerte impulso el concilio Vaticano II (n.4).

- Esfuerzo ecuménico

Demos gracias a Dios porque el empeño ecuménico se va intensificando, en diversos niveles, gracias a constantes contactos, encuentros e iniciativas con nuestros hermanos de las diferentes Iglesias y comunidades eclesiales ortodoxas y protestantes. A este respecto, asumen singular relieve las visitas que este año he recibido de algunos ilustres representantes de esas Iglesias (n.5).

Unidad de la Iglesia y unidad del género humano. Suelo percibir este anhelo de unidad en los rostros de peregrinos de todas las edades. (...) Es grande la responsabilidad de los creyentes, especialmente con respecto a las nuevas generaciones, a las que se debe transmitir el patrimonio cristiano sin alteraciones” (n.6).

*** Audiencia general del Miércoles: “el restablecimiento de la unidad” (19-I- 2005)**

Con motivo del Octavario de Oraciones por la unidad de los cristianos, el Santo Padre dijo: “se trata de unos días de reflexión y de oración muy oportunos para recordar a los cristianos que el restablecimiento de la unidad plena entre ellos, conforme a la voluntad de Jesús, implica a todo bautizado, a todos los pastores y a los fieles (UR 5) (n.1)..

El tema de este año nos enfrenta a una verdad básica para todo compromiso ecuménico: Cristo es fundamento de la Iglesia. El Concilio recomendó vivamente la oración por la unidad como alma de todo el movimiento ecuménico (UR 8). Ya que la reconciliación de los cristianos “excede las fuerzas y la capacidad humanas” (ibid. 24), la oración da expresión a la esperanza que no defrauda, a la confianza en el Señor que todo lo hace nuevo” cf. Rm.5,5). Pero dicha oración ha de acompañarse con la purificación de la mente, de los sentimientos, de la memoria. De esta forma se vuelve expresión de esa “conversión interior” sin la cual no se da ecumenismo

auténtico. En última instancia, la unidad es don de Dios, don que hay que implorar incansablemente con humildad y verdad (n.2).

El dolor de la separación se deja sentir con intensidad cada vez más acusada, ante los retos de un mundo que aguarda un testimonio evangélico claro y unánime por parte de todos los creyentes en Cristo (n.3).

* Mirando al futuro, el Papa afirma:

“¿Y qué decir de la urgencia de promover la comunión en el delicado ámbito del campo ecuménico? (...) La realidad de la división se produce en el ámbito de la historia, en las relaciones entre los hijos de la iglesia, como consecuencia de la fragilidad humana para acoger el don que fluye continuamente del Cristo-Cabeza en el Cuerpo místico. (...)”

La oración de Cristo nos recuerda que este don ha de ser acogido y desarrollado de manera cada vez más profunda. La invocación “ut unum sint” -que todos sean uno- es, a la vez, imperativo que nos obliga, fuerza que nos sostiene y saludable reproche por nuestra desidia y estrechez de corazón.

- Respecto a las Iglesias de Oriente, el Santo Padre desea que “se recuerde plenamente ese intercambio de dones que ha enriquecido la Iglesia del primer milenio. El recuerdo del tiempo en que la Iglesia respiraba con “dos pulmones” ha de impulsar a los cristianos de oriente y de occidente a caminar juntos, en la unidad de la fe u en el respeto de las legítimas diferencias, acogándose y apoyándose mutuamente como miembros del único Cuerpo de Cristo”.

- Respecto a la Comunión anglicana y a las Comunidades eclesiales nacidas de la Reforma, dice el Papa que estos hermanos y hermanas han de ser tratados con análogo esmero, cultivando el diálogo ecuménico con ellos y ellas.

“La confrontación teológica sobre puntos esenciales de la fe y de la moral cristiana, la colaboración en la caridad y, sobre todo, el gran ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, producirán sus frutos en el futuro. Entre tanto, continuemos con confianza en el camino, anhelando el momento en que, con todos los discípulos de Cristo sin excepción, podamos cantar juntos con voz clara: “ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos” (Sal.133,1) (132).

El ecumenismo, desafío eclesial

Juan Pablo II habla de este desafío eclesial en los siguientes términos:

“Este desafío ecuménico nos apremia de modo especial. Cristo, que dice: “Padre, que sean uno”, pide a su vez que sean uno “para que el mundo crea” (cf. Jn.17,21). Si queremos que nuestro servicio al evangelio sea eficaz al final del segundo milenio y al inicio del tercero, es preciso que seamos uno. Hay que orar por esa unidad de los cristianos y allanarle los caminos por doquier, aquí en Letonia, en toda Europa y en el mundo entero. Y ¿por qué precisamente este desafío? ¿Por qué esta obligación interior? ¿Por qué la evangelización, nueva, eterna y futura? Porque no existe otro nombre bajo el cielo, por el que los hombres podamos salvarnos. Sólo este nombre: Jesucristo” (132a).

b) El Diálogo Interreligioso

- ¿Qué pretendió Juan Pablo II con el diálogo interreligioso?

No podemos silenciar el diálogo interreligioso llevado a cabo por Juan Pablo II. Con este diálogo ha pretendido entre otras cosas estrechar lazos de mutuo conocimiento, promover la paz en la humanidad, favorecer el perdón y la estima mutuos, defender la libertad religiosa y el respeto de los sentimientos religiosos de las poblaciones que aún no conocen a Jesucristo y anunciar a Jesucristo a todos, sin imposiciones de ningún tipo.

Por otra parte, el Papa no ha dudado un instante en denunciar la violencia, la persecución de cristianos y no-cristianos y la violación de los derechos humanos, así como pedir respeto para la Iglesia y su misión en los países donde no es respetada.

Mauro Velati escribe: “El dialogo interreligioso ha avanzado en el encuentro recíproco y compartiendo preocupaciones comunes, también bajo el impulso de Juan Pablo II. La intuición del encuentro de Asís de 1986 aunó el rechazo de toda forma de sincretismo -que muchos temían ante su anuncio- y el compromiso común por la paz, no en la forma del congreso ecuménico, sino en la más propiamente religiosa de la oración. Esta inserción del tema del diálogo en una perspectiva histórica, abierta a los dramas del mundo y de los pueblos, se ha revelado después sumamente clarividente, a la luz de las transformaciones políticas de las últimas décadas con el fin de la guerra fría y la perspectiva de un choque de civilizaciones que se ha agravado después del 11 de septiembre de 2001. En el magisterio de Juan Pablo II, el diálogo entre las religiones no estuvo nunca separado de la atención a los pueblos y al papel de la religión en los conflictos abiertos en diversas partes del mundo. Recordemos estas palabras del Santo Padre:

“En un mundo que desea la unidad y la paz y que sin embargo conoce mil tensiones y conflictos, ¿no deberían los creyentes favorecer la amistad y la unión entre los hombres y los pueblos que forman sobre la tierra una sola comunidad?” (132b).

* La vía del diálogo

“En los años de preparación al Gran Jubileo la Iglesia, mediante encuentros de notable interés simbólico, ha tratado de establecer una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones. El diálogo debe continuar. En la situación de un marcado pluralismo cultural y religioso, tal como se va presentando en la sociedad del nuevo milenio, este diálogo es también importante para proponer una firme base de paz y alejar el espectro funesto de las guerras de religión que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad. El nombre del único Dios tiene que ser cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz” (133).

“Pero el diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (IPedr.3,15). La Iglesia, por tanto, no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la “missio ad gentes” sigue siendo anunciar a Cristo, “Camino, verdad y Vida” (Jn.14,6) (134).

* Novedad del Cristianismo respecto a las otras Religiones

Respecto a las demás religiones, el Cristianismo presenta una novedad radical que podemos descubrir en estas palabras de Juan Pablo II:

“Cristo no se limita a hablar “en nombre de Dios” como los profetas, sino que es Dios mismo quien habla en su Verbo eterno hecho carne. Encontramos aquí el punto esencial por el que el Cristianismo se diferencia de las otras religiones en las que desde el principio se ha expresado la búsqueda de Dios por parte del hombre. El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el que es posible alcanzarlo” (134a).

Las Religiones no cristianas:

Juan Pablo II asume la doctrina del Concilio Vaticano II sobre las Religiones no cristianas. “El Concilio recuerda que la Iglesia católica no

rechaza nada de cuanto hay de verdadero y santo en estas religiones. Considera con sincero respeto esos modos de obrar y de vivir, esos preceptos y esas doctrinas que si bien en muchos puntos difieren de lo que ella cree y propone, no pocas veces reflejan un destello de aquella verdad que ilumina a todos los hombres. Pero ella anuncia y tiene la obligación de anunciar a Cristo, que es “camino, verdad y vida” (Jn.14,6), en quien los hombres deben encontrar la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios ha reconciliado consigo mismo todas las cosas” (135).

*** Encíclica “Redemptor hominis” (1979)**

Juan Pablo II en uno de los primeros párrafos de su encíclica cita a las religiones no cristianas. Recordemos sus palabras en las que hay dos afirmaciones básicas: la afiliación religiosa de los no cristianos se atribuye a la acción del Espíritu; y se asigna a la conducta de los no cristianos un rasgo de ejemplaridad para los cristianos.

“Aunque de modo distinto y con las debidas diferencias, hay que aplicar lo que se ha dicho a la actividad que tiende al acercamiento con los representantes de las religiones no cristianas, y que se expresa a través del diálogo, los contactos, la oración comunitaria, la búsqueda de los tesoros de la espiritualidad humana que -como bien sabemos- no les faltan tampoco a los miembros de estas religiones. ¿No sucede quizá a veces que la creencia firme de los seguidores de las religiones no cristianas -creencia que es efecto también del Espíritu de verdad, que actúa más allá de los confines visibles del Cuerpo místico- haga quedar confundidos a los cristianos, muchas veces tan dispuestos a dudar en las verdades reveladas por Dios y proclamadas por la Iglesia, tan propensos al relajamiento de los principios de la moral y a abrir el camino al permisvismo ético” (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los pueblos de Asia: 21-II-1981.**

El Santo Padre se dirige ahora a todos los pueblos del inmenso Continente Asiático, poniendo sus ojos y su corazón de manera esencial en la populosa nación de China. Y les dice:

“La Iglesia de Cristo, en este tiempo, experimenta una profunda necesidad de entrar en contacto y en diálogo con todas estas religiones (de Asia) (n.4). Por eso, añade: “Todos los cristianos deben estar comprometidos en el diálogo con los creyentes de todas las religiones, a fin de hacer que se aumente la comprensión y la colaboración para reforzar los valores morales, ara que Dios sea alabado en toda la creación. Es necesario desarrollar nuevos modos a fin de que este diálogo se convierta en todas sus partes en una realidad, pero especialmente en Asia” (n.5).

*** Allocución en Manila (Filipinas) 1981)**

El Santo Padre se dirige a los habitantes de Manila y les dice: “Diferentes religiones de Asia han tratado de responder al misterioso secreto de Dios: el Hinduismo, mediante la filosofía y la ascética; el Budismo, mediante la confianza; el Islamismo, adorando a un Dios único. Los católicos aceptamos la verdad y bondad en las que se fundan estas religiones y vemos en ellas reflejos de la Verdad de Cristo, el Camino y la Vida”.

*** Allocución a los representantes de las religiones no cristianas. Nunciatura Apostólica de Tokio (24-II-1981).**

El Santo Padre quiere entrar en diálogo con las Religiones de Asia. Por eso acoge a los representantes de las Religiones no cristianas de Asia. Seleccionamos estas frases del Papa:

“Sois los herederos y custodios de una venerable sabiduría. Esta sabiduría ha inculcado en Japón y en Oriente altos niveles de vida moral. (...)”

Sí; verdaderamente, estáis ya con nosotros en muchas cosas. Pero nosotros, cristianos, debemos decir que nuestra fe es Jesucristo; es Jesucristo a quien proclamamos (cf. ICort.2,2). Jesucristo que murió en la cruz y ha resucitado también para la salvación y la felicidad de toda la humanidad (cf. ICort.15,20).

En nuestro compromiso por el hombre, nosotros, cristianos, estamos dispuestos y prontos a colaborar con vosotros en defensa de la dignidad humana, sus derechos innatos, la sacralidad de su vida incluso en el seno materno, su libertad y su autodeterminación en el nivel de la sociedad y en el individual, su educación moral y la primacía de su dimensión espiritual” (n.5).

*** Encuentros interreligiosos de Asís (1986 y 2002).**

El Santo Padre trató con respeto estas Religiones, y rezó con los líderes de las Religiones de Oriente por la paz, como en el recordado encuentro de Asís, en 1986 y en 2002, así como la oración por la paz en Bosnia, en 1993.

Insertamos aquí algunos pasajes de la declaración final del encuentro interreligioso de Asís – 2002:

+ La construcción de la paz requiere amar al prójimo en obediencia a la “ley de oro”: “No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan”.-

+ La violencia y el terrorismo son incompatibles con el auténtico espíritu de la religión.

+ El respeto y la estima mutuos favorecen una convivencia fraterna y pacífica entre personas de diferentes grupos étnicos, culturas y religiones.

+ Nos comprometemos a promover la cultura del diálogo para que crezca la comprensión y la confianza recíproca entre individuos y pueblos.

+ Defendemos el derecho de toda persona humana a vivir una existencia digna según su identidad cultural.

+ Nos comprometemos a estar de parte de los que sufren a causa de la miseria y el abandono, a hacer nuestro el grito del que no se resigna a la violencia y al mal y a alentar toda iniciativa que promueva la amistad entre los pueblos.

+ Como personas de diferentes tradiciones religiosas, proclamaremos sin descanso que la paz y la justicia son inseparables y que la paz y la justicia son el único camino por el que la humanidad puede avanzar hacia un futuro de esperanza.

Juan Pablo II terminó la declaración haciendo hincapié en que “en un mundo en el que sus fronteras cada vez están más abiertas, y las distancias son más breves a causa de una amplia red de comunicaciones, estamos convencidos de que la seguridad y la paz nunca serán garantizadas por la fuerza, sino por el entendimiento mutuo. Que Dios bendiga estas resoluciones y dé justicia y paz al mundo. ¡Nunca más la violencia!” (136).

*** Allocución al Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (Ciudad del Vaticano, 26-IV-1990).**

- El reto de los hombres religiosos. “En nuestra época, los pueblos se mueven mucho más que en el pasado (...) El reto que deben afrontar no solamente los cristianos, sino también las personas de todas las religiones consiste en aprender a conocer los demás credos y las otras prácticas religiosas, en resolver pacíficamente los conflictos y en colaborar desde la estima y el respeto con aquellos cuyos valores y puntos de vista son diversos. Los cristianos junto a todos los demás están llamados a contribuir en la búsqueda de soluciones pacíficas y justas. Por eso, la necesidad de información lo más exhaustiva posible y de estudios más profundos sobre las

demás religiones constituye parte de la tarea de los cristianos del mundo de hoy.

- Deben realizarse todavía reflexiones teológicas profundas a propósito de la relación entre la Iglesia y las demás religiones. El problema del modo en el que Dios realiza la salvación de todos los que lo invocan a través de la mediación única de Cristo requiere la atención continua de la Iglesia, así como la labor del Espíritu Santo sobre los miembros de las demás religiones. Existen también problemas teológicos y pastorales que se refieren a la oración y al culto de los seguidores de las diversas religiones. Os animo a seguir en vuestra reflexión sobre estos temas y en vuestros esfuerzos para promover estudios ulteriores en los institutos de formación religiosa.

- El diálogo. “El diálogo no es tanto una idea que hay que estudiar cuanto un modo de vivir positivamente en relación con los demás. Por esta razón es importante para vosotros conocer y comprender, a través de un contacto y de un conocimiento personales, las convicciones religiosas de los otros. Estos encuentros recíprocos pueden enriquecer a todos los que participan en ellos (cf. NAe. 2). Os animo a seguir realizando estos encuentros con otros creyentes en los que discutís y exploráis juntos los problemas que requieren la atención de todos: la transmisión de los valores humanos y espirituales de las nuevas generaciones, los derechos y responsabilidades del hombre; el modo de trabajar a favor de los pobres, de los hambrientos, de los sedientos y de los sin vivienda para conseguir una vida digna; la conservación de la creación de Dios, donación original a la humanidad; la búsqueda de la paz; los llamamientos a favor de la justicia... Estas son solamente algunas de las cuestiones que hay que resolver a través del encuentro y de la colaboración con los demás”.

- La dimensión ecuménica. “No debéis olvidar la dimensión ecuménica de vuestro Consejo. Es verdad que las relaciones con las personas de otras religiones pueden ayudar a reunir a los cristianos” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XIII/1 (1990) 1027-1031).

*** Discurso a los representantes de otras confesiones y religiones en el centro “Msimbazi” (Tanzania): 2-IX-1990**

El Santo Padre opta por el camino del diálogo en las relaciones con otras Religiones. “En general, diálogo significa intercomunicación, amistad y respeto mutuo, y un esfuerzo unitario para alcanzar las metas comunes, poniéndonos todos al servicio de una búsqueda comunitaria de la verdad”.

En el contexto del pluralismo religioso, “el diálogo es un complejo de actividades humanas, fundadas todas ellas en el respeto y la estima de las personas de religiones diferentes. Incluye el convivir diariamente en paz y

mutua ayuda, con el testimonio que da cada uno de los valores aprendidos por medio de la experiencia de la fe. Significa una disponibilidad a cooperar con los otros para el mejoramiento de la humanidad, y un compromiso para buscar juntos la auténtica paz. Implica el encuentro de teólogos y otros especialistas religiosos para explorar, con sus colegas contrarios de otras religiones, áreas de convergencia y divergencia. Donde las circunstancias lo permitan, significa también poner en común experiencias o intuiciones espirituales” (“Discurso a la Asamblea plenaria del Secretariado para los no cristianos”, 28-IV-1987, L’Osservatore Romano, edición en lengua española, 2-VIII-1987, p.11).

A todos mis hermanos y hermanas cristianos que se hallan aquí presentes les quiero decir que no podemos renunciar a la tarea de alcanzar la plenitud de la unidad que Jesucristo desea para sus discípulos (n.3).

Dirijo también mis cordiales saludos y mis mejores deseos a los miembros de las otras religiones, hinduistas, budistas y, especialmente, a los seguidores del Islam. Rezo a fin de que este encuentro sirva para reforzar las buenas relaciones existentes en Tanzania entre los grupos religiosos aquí representados (n.4) (136a).

*** Carta Encíclica: “Redemptoris missio” (7-XII-1990)**

En esta Encíclica Juan Pablo II aborda también el tema de las Religiones no cristianas. Vamos a poner de relieve las principales enseñanzas del Santo Padre.

+ Juan Pablo II, fundamentándose en los textos bíblicos manifiesta que Jesucristo es el único Salvador de todos los hombres (nn.4-11). La unicidad y universalidad de Cristo redentor se fundamentan sobre la constitución ontológica y soteriológicas de la persona y de la obra de Cristo. Sólo a partir de esta afirmación fundamental es posible comprender la naturaleza específica del cristianismo.

+ El Reino de Dios se manifiesta en la persona de Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, que ha venido a entregatr su vida en rescate por todos los hombres (n.16). La Iglesia, por su parte, ha recibido la misión de anunciar e instaurar el reino de Cristo y de Dios a todas las gentes, y constituye el germen y el inicio de este Reino en la tierra (cf. LG 5). Pero la Iglesia es al mismo tiempo el inicio de este Reino y el instrumento para la realizaicón del Reino (n.18). Esto quiere decir que la Iglesia no se identifica plenamente con el Reino de Dios. Por todo ello, podemos decir que todo intento de hablar del Reino de Dios sin Jesucristo y sin la Iglesia no está fundamentado en la revelación cristiana y la enseñanza de Jesucristo sobre el Reino de Dios no sería respetada sino adulterada (nn.17 y 18).

+ ¿Qué dice el Papa sobre la salvación de aquellos que inculpablemente ignoran la Iglesia como camino de salvación? Recordemos sus palabras:

“La salvación de Cristo les es accesible en virtud de la gracia, que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella pero les ilumina de manera adecuada y les permite llegar a la salvación mediante su libre colaboración” (n.10).

+ ¿Qué dice el Santo Padre sobre el valor que tienen las Religiones no cristianas?

Juan Pablo II reflexiona sobre este tema siguiendo la senda del Concilio Vaticano II (cf. AG 3) y la enseñanza de Pablo VI en la “*Evangelii nuntiandi*” (n.53). Mons. José Capmany Casamitjana escribe que “siendo Jesucristo el único mediador, sólo por esta mediación “cobran significado y valor” “las mediaciones parciales de cualquier tipo y orden”, que en modo alguno “han de ser entendidas como paralelas y complementarias” (RM 5). Admite reiteradamente de modo explícito la realidad de “semillas del Verbo” en las religiones no cristianas (RM 6, 28, 39 y 56). En sintonía con esta valoración, invita a los religiosos de vida contemplativa a establecerse “donde es tenida en gran estima la vida contemplativa por medio de la ascesis y la búsqueda del Absoluto” (RM 69) (136b).

+ ¿Qué dice Juan Pablo II sobre la acción del Espíritu en las Religiones no cristianas?

Juan Pablo II enseña que el Espíritu Santo actúa también fuera de la Iglesia y, al mismo tiempo, rechaza que esto pueda ser pretexto para abandonar la misión universal de la Iglesia (n.4).

El Espíritu actúa en el corazón del hombre, “incluso en las iniciativas religiosas, en los esfuerzos de la actividad humana encaminada a la verdad, al bien y a Dios”. “El Espíritu se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros; sin embargo, su presencia y acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo. (...) El Espíritu está en el origen mismo de la pregunta existencial y religiosa del hombre, la cual surge no sólo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser. La presencia y actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad y a las religiones” (RM 28). Y afirma también: “Es siempre el Espíritu quien actúa, ya sea cuando vivifica la Iglesia y la impulsa a anunciar a Cristo, ya sea cuando siembra y desarrolla sus dones en todos los hombres y pueblos, guiando a la Iglesia a descubrirlos, promoverlos y

recibirlos mediante el diálogo” (RM 29). Sobre estas bases teológicas se justifica el diálogo y se clarifican sus líneas y sus objetivos misioneros” (136c).

+ El diálogo con las religiones no cristianas

Juan Pablo II no omite este tema tan importante y que es una expresión de la misión “ad gentes” (RM 55). Por eso pide a las Iglesias Particulares que “se muestren abiertas al encuentro, al diálogo y a la colaboración con los miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones” (RM 2)

¿Cómo debe ser este diálogo?

Este es el verdadero problema: ¿cómo debe dialogar la Iglesia Católica con las Religiones no cristianas?

Recordemos las enseñanzas del Papa:

“El interlocutor ha de ser coherente con las propias tradiciones y abierto para comprender al otro, sin disimular ni cerrarse, sino con actitud de verdad, humildad y lealtad, sabiendo que el diálogo puede enriquecer a cada uno. No debe darse ningún tipo de abdicación ni de irenismo” (RM,50).

“El diálogo no nace de una táctica o de un interés..., sino que es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu que sopla donde quiere” (RM 56).

“La Iglesia descubre en el diálogo “las semillas del Verbo” (RM 56).

*** Alocución de Juan Pablo II al “Angelus”; 13-III-1994**

- La necesidad del diálogo interreligioso en África.

La Iglesia, en contacto con el Islam, con las religiones tradicionales y con los creyentes de otras confesiones cristianas, siente fuertemente en ese continente la urgencia del ecumenismo y del diálogo interreligioso. No se trata de una mera exigencia práctica o de una oportunidad dictada por las circunstancias. En realidad, hoy sería inconcebible una vida eclesial en la que no se diera el diálogo y el ecumenismo. Pablo VI que diseñó una teología del diálogo en su Encíclica “Ecclesiam suam” (n.1).

El catolicismo africano se halla en las condiciones más estimulantes para desarrollar ese programa apostólico y pastoral. Ciertamente no se trata de

un empeño fácil. Sobre todo, no puede ser auténtico y fructuoso si no se arraiga en una fuerte conciencia de la identidad cristiana” (n 2) (136d).

*** Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994)**

Juan Pablo II recuerda que Jesucristo es el cumplimiento de las otras religiones, y manifiesta que el Cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo: “Jesús (...) no se limita a hablar “en nombre de Dios”, como los profetas, sino que es Dios mismo quien habla en su Verbo eterno hecho carne. Encontramos aquí el punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de las otras religiones, en las que desde el principio se ha expresado la búsqueda de Dios por parte del hombre. El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en persona a hablar de sí mismo y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo. (...) El Verbo encarnado es, pues, el cumplimiento del anhelo presente en todas las religiones de la humanidad: este cumplimiento es obra de Dios y va más allá de toda expectativa humana. Es misterio de gracia. En Cristo la Religión ya no es “buscar a Dios a tientas” (cf. hech.17,27), sino una respuesta de fe a Dios que se revela (...) Cristo es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y, por ello mismo, es su única y definitiva culminación” (n.6).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso (24-XI-1995).**

Vale la pena que meditemos el contenido de este discurso de Juan Pablo II. Estoy convencido que nos hará mucho bien y abrirá ante los ojos del corazón y de la mente unos horizontes amplios y universales en el ámbito del diálogo interreligioso.

- Cristo es la clave, el centro y el fin de la historia

“Vuestro compromiso en el diálogo interreligioso no puede menos de proseguir con la guía y el incentivo dados por la enseñanza y las indicaciones de la Declaración del Concilio Vaticano II: “Nostra Aetate”. En efecto, el tema de vuestra asamblea, “el diálogo de espiritualidad y la espiritualidad de diálogo”, os ofrece una excelente oportunidad de reflexionar en lo que se puede llamar “la lectura del alma humana” punto de partida de la citada declaración conciliar, que afirma: “Los hombres esperan de las diferentes religiones una respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana (...) ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y el fin de nuestra vida? ¿Qué es el bien y qué el pecado? ¿Cuál es el origen y el fin del dolor? ¿Cuál es el camino para conseguir la verdadera felicidad? ¿Qué es la muerte, el juicio y la retribución después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, ese misterio último e

inefable que abarca nuestra existencia, del que procedemos y hacia el que nos dirigimos?” (n.1).

Hoy en muchas partes del mundo, una cultura materialista aprisiona a menudo a las personas, por así decir, en el espacio y en el tiempo, de modo que terminan desorientadas e incapaces de dar sentido a su vida. El Concilio Vaticano ya notó diversos grupos humanos y sus posturas ante estos interrogantes:

- “Algunos, por vivir en una atmósfera de materialismo práctica, no perciben este drama humano (cf. GS 10);

- “Otros “esperan la liberación plena y verdadera del género humano sólo del esfuerzo humano, y están persuadidos de que el futuro destino del hombre sobre la tierra llenará todos los deseos de su corazón” (cf. GS 10).

- “Una tercera clase de personas, los que creen en Dios o buscan el Absoluto, encuentran una respuesta a estos interrogantes del alma humana a través de la espiritualidad, es decir de una concepción de la vida y de la historia humana que no se circunscribe a los estrechos límites de nuestra existencia terrena, sino que se abre a la trascendencia y a la eternidad.

La Iglesia, por su parte, “cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu para que pueda responder a su máxima vocación”. Asimismo, cree que “la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro” (cf. GS 10) (n.2)..

- Elementos comunes

La espiritualidad supone el concepto de búsqueda de una relación personal con Dios por parte del hombre, relación que puede vivificar y fortalecer sus relaciones con los demás hombres que siguen una tradición religiosa diferente. La espiritualidad es más que el conocimiento y la discusión, Es inseparable de la búsqueda de la santidad, que en sentido abstracto pertenece sólo a Dios pero que, por su infinita misericordia, concede también al hombre como un don y una responsabilidad (cf. LG 42).

En perspectiva más amplia, la búsqueda de la perfección, de la purificación y de la conformidad con la voluntad divina no se circunscribe sólo a los cristianos, sino que abarca a todos los seres humanos. Por tanto, no nos debería sorprender el hecho de encontrar en las tradiciones religiosas de la Humanidad una clara conciencia de la llamada a los más altos valores. Como enseñó mi predecesor el Papa Pablo VI, “llevan en sí mismas el eco de milenios a la búsqueda de Dios; búsqueda incompleta pero hecha

frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables “semillas del Verbo” (EN.53) (n.3)

- El diálogo de espiritualidad

“El tema de la espiritualidad constituye un punto de encuentro natural para los seguidores de las diferentes religiones y un tema propicio para el diálogo interreligioso. Como vuestra asamblea plenaria ha mostrado, el diálogo de espiritualidad es una forma esencial y excelente de diálogo entre hombres y mujeres de diferentes experiencias religiosas, pues permite que “las personas enraizadas en sus propias tradiciones religiosas” compartan “sus riquezas espirituales, por ejemplo en lo que se refiere a la oración y la contemplación, la fe y las vías de la búsqueda de Dios y del Absoluto” (“Diálogo y anuncio”, 42). Este intercambio, para el que los cristianos han de prepararse adecuadamente, puede ser una fuente de mutuo enriquecimiento y un incentivo para una colaboración fructuosa en la promoción y la defensa de los más altos valores e ideales espirituales de la Humanidad. En este diálogo, los cristianos tendrán una gran oportunidad de compartir el verdadero núcleo del mensaje evangélico y de comunicar la “razón de su esperanza” (IPed.3,15). Aunque el diálogo puede tener otras formas -el diálogo de vida, el diálogo de cooperación y el diálogo formal o intercambio entre expertos-, todas ellas importantes, el diálogo de espiritualidad puede aportar una profundidad y una calidad, que les preservarán del peligro de un mero activismo” (n.4).

- La espiritualidad del diálogo

Este diálogo de espiritualidad requiere una espiritualidad de diálogo, esto es, una visión capaz de apoyar los esfuerzos por promover buenas y armoniosas relaciones entre los seguidores de las diferentes religiones. El diálogo interreligioso nunca es fácil. Requiere convicciones sólidas y una gran comprensión y sensibilidad por lo que respecta a las diferencias. Espero que vuestro encuentro trace las líneas fundamentales de una espiritualidad de diálogo que sea provechosa para los pastores y los fieles de todas partes, porque “todos los fieles y las comunidades cristianas están llamados a practicar el diálogo aunque no al mismo nivel y de la misma forma” (RMi. 57), (n.5).

*** Exhortación apostólica postsinodal “Vita consecrata” (25 de marzo de 1996).**

Teniendo en cuenta que “el diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia” (RMi. 55), el Santo Padre manifiesta:

- “Los Institutos de vida consagrada no pueden dejar de comprometerse en este campo, cada uno según su propio carisma y siguiendo las indicaciones de la autoridad eclesial. La primera forma de evangelizar a los hermanos y hermanas de otra religión consistirá en el testimonio mismo de una vida pobre, humilde y casta, impregnada de amor fraterno hacia todos. Al mismo tiempo, la libertad de espíritu propia de la vida consagrada favorecerá el “diálogo de vida” con el que se lleva a cabo un modelo fundamental de misión y de anuncio del Evangelio de Cristo.

- Para favorecer el conocimiento mutuo y el recíproco respeto y caridad, los Institutos religiosos podrán cultivar además “oportunas formas de diálogo”, en un clima de amistosa cordialidad y de sinceridad recíproca, con los ambientes monásticos de otras religiones.

- Otro ámbito de colaboración de hombres y mujeres de diversa tradición religiosa consiste en la solicitud por la “vida humana”, que se manifiesta tanto en la compasión por el sufrimiento físico y espiritual, como en el empeño por la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación. En estos sectores serán sobre todo los Institutos de vida activa los que han de buscar un entendimiento con los miembros de otras religiones, en “diálogo de las obras” que prepara el camino para una participación más profunda.

- Estos y otros compromisos de personas consagradas en su servicio al diálogo interreligioso requieren una adecuada preparación en la formación inicial y permanente, así como en el estudio y en la investigación” (n.102).

*** Exhortación postsinodal: “Ecclesia in Asia” (1999).**

Juan Pablo II habla una vez más del diálogo interreligioso en el capítulo V de esta Exhortación titulado: “Comunión y diálogo para la misión”. Recordemos sus enseñanzas que debemos asumir y meditar en toda su profundidad teológica y misionera:

“El deseo de diálogo no es simplemente una estrategia para una coexistencia pacífica entre los pueblos; más bien, es parte esencial de la misión de la Iglesia, ya que hunde sus raíces en el diálogo amoroso de salvación que el Padre mantiene con la humanidad, en el Hijo, con la fuerza del Espíritu Santo. La Iglesia sólo puede cumplir su misión de un modo que corresponda a la manera en que Dios actuó en Jesucristo, que se hizo hombre, compartió la vida humana y habló un lenguaje humano para comunicar su mensaje salvífico. Este diálogo que la Iglesia propone se funda en la lógica de

la encarnación. Por tanto, solamente una auténtica y desinteresada solidaridad impulsa a la Iglesia al diálogo con los hombres y mujeres de Asia que buscan la verdad en el amor” (n.29).

El propio Juan Pablo II continúa en este mismo número profundizando en la naturaleza de este diálogo interreligioso. Recordemos sus palabras:

“La Iglesia, sacramento de la unidad del género humano, no puede por menos de entrar en diálogo con todos los pueblos, en todos los tiempos y lugares. Por la misión que ha recibido, sale al encuentro de los pueblos del mundo, convencida de que es un “pequeño rebaño” dentro de la inmensa multitud de la humanidad, pero también de que es levadura en la masa del mundo. Los esfuerzos por comprometerse en el diálogo se dirigen ante todo hacia quienes comparten la fe en Jesucristo, Señor y Salvador, y luego se extienden, más allá del mundo cristiano, hasta los seguidores de las demás tradiciones religiosas, sobre la base del anhelo religioso presente en todo corazón humano. Así pues, el diálogo ecuménico y el interreligioso constituyen para la Iglesia una auténtica vocación” (n.29).

*** Discurso de Juan Pablo II en el encuentro interreligioso -judíos, cristianos y musulmanes-, en el Instituto “Notre Dame” de Jerusalén (23-III-2000).**

El sentido de la religión

Todos estamos convencidos de que la religión debe centrarse auténticamente en Dios, y que nuestro primer deber religioso estriba en la adoración, la alabanza y la acción de gracias. (...) En nuestros tiempos, cuando muchos sienten la tentación de gestionar la propia vida sin referencia alguna a Dios, el llamamiento a reconocer al Creador del universo y al Señor de la historia resulta esencial para asegurar el bienestar de los individuos y un desarrollo correcto de la sociedad” (n.2)..

La religión implica la ayuda a los demás

La auténtica devoción a Dios implica necesariamente la atención a los demás seres humanos. Como miembros de la única familia humana y a fuer de hijos amados de Dios, todos tenemos deberes recíprocos que como creyentes no podemos ignorar. (...) El amor a nuestros hermanos y hermanas implica una actitud de respeto y compasión, gestos solidarios, cooperación en el servicio al bien común. Por lo tanto, la preocupación por la justicia y la paz no es ajena al ámbito de la religión, sino que, bien al contrario, constituye uno de sus elementos esenciales (n.3).

La Religión nada tiene que ver con la violencia

La religión es enemiga de la exclusión y de la discriminación, del odio y de la rivalidad. De la violencia y del conflicto. La religión no es, ni debe ser, pretexto para la violencia, especialmente cuando la identidad religiosa coincide con la identidad cultural y étnica. ¡La religión y la paz caminan juntas! La fe y la práctica religiosa no pueden separarse de la defensa de la imagen de Dios en todo ser humano” (n.4).

Ante los conflictos del pasado

Todos conocemos los conflictos y malentendidos del pasado, que aún condicionan gravemente las relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes. Tenemos que hacer todo lo que está en nuestro poder para que la conciencia de las ofensas y de los pecados del pasado se transforme en firme resolución de construir un futuro nuevo en que tan sólo exista una cooperación tan respetuosa como productiva entre nosotros.

La Iglesia católica y el diálogo interreligioso

La Iglesia católica desea fomentar un diálogo interreligioso sincero y fructuoso con los miembros de la fe judía y con los seguidores del Islam. Semejante diálogo no constituye un intento de imponer nuestros criterios a los demás. Al contrario, a todos nos exige que, permaneciendo fieles a nuestras creencias, nos escuchemos con respeto unos a otros, tratemos de discernir todo lo bueno y santo que existe en la doctrina de los demás, y cooperemos en el apoyo a todo aquello que favorezca el entendimiento mutuo y la paz” (n.5) (136e).

* Carta Apostólica: “Novo Millennio ineunte” (2001)

Juan Pablo II vuelve a hablar del diálogo en esta Carta Apostólica con lo que clarifica cada vez más la naturaleza del mismo.

“Pero el diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa, y nosotros como cristianos tenemos el deber de desarrollarlo ofreciendo el pleno testimonio de la esperanza que está en nosotros (cf. IPed.3,15). No debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es anuncio gozoso de un don para todos, y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor, que “tanto amó al mundo que le dio su Hijo unigénito” (Jn.3,16). Todo esto, como también ha sido subrayado recientemente por la Declaración “Dminus Iesus”, no puede ser objeto de una especie de negociación dialogística, como si para nosotros fuese una simple opinión. Al contrario,

para nosotros es una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar” (n.56).

Hemos llegado al final de este recorrido por los documentos del Papa. Con todo, queremos dejar aquí consignadas unas preguntas que el mismo Juan Pablo manifestó de cara al futuro:

“Quedan muchas cuestiones que tenemos que desarrollar y articular más claramente.

¿Como actúa de Dios en la vida de las personas de las diferentes religiones?

¿Cómo se extiende la acción redentora de Jesucristo a aquellos que no han profesado la fe en Él?

En los próximos años estos problemas y otros relativos a estos alcanzarán siempre más importancia para la Iglesia en un mundo pluralista, y los pastores, con la colaboración de los teólogos expertos, deberían fijar la atención de sus estudios hacia esas cuestiones” (“Ad eos que plenario coetui” (28-IV-1987).

*** El Judaísmo:**

“En continuidad con el origen de la intuición conciliar, Juan Pablo II puso de relieve y profundizó el sentido del vínculo entre la Iglesia y el pueblo judío. Desde el “Soy, José, vuestro hermano!” de Juan XXIII, hasta el llamamiento a los “hermanos mayores” durante la visita a la Sinagoga de Roma (1985) hay una continuidad “in crescendo” que culminó, no sólo desde el punto de vista simbólico, en la visita del año 2000 a Jerusalén. Hoy existen lugares de diálogo y de confrontación donde las diversas sensibilidades religiosas intentan ponerse de acuerdo para una actuación común” (136f).

“La Iglesia de Cristo reconoce que, efectivamente, los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya, según el misterio divino de salvación, en los Patriarcas, Moisés y los Profetas (137).

¿Cómo se relacionó Juan Pablo II con el Judaísmo?

- Saludo a la Comunidad Judía de España (Madrid. 3-XI-1982).

Juan Pablo II saluda a la Comunidad Judía y les dice unas palabras hermosas:

“Tenemos un patrimonio espiritual común, y el Pueblo del Nuevo testamento, es decir, la iglesia, se siente y está vinculada espiritualmente a la estirpe de Abraham -nuestro padre en la fe-. Pido a Dios que la tradición judía y cristiana, fundada en la palabra divina, y que tiene una profunda conciencia

de la dignidad de la persona humana que es imagen de Dios (cf. Gn.1, 26), nos lleve al culto y amor ferviente al único y verdadero Dios. Y que ello se traduzca en una acción eficaz a favor del hombre, de cada hombre y de todo hombre”.

- Un acontecimiento significativo: Juan Pablo II visita La Sinagoga de Roma. 13 de Abril de 1986.

En el Pontificado de Juan Pablo II hay una fecha muy importante: el día 13 de Abril de 1986. Por primera vez un Papa visitó una Sinagoga.

El Santo Padre visitó la Sinagoga de Roma. El Santo Padre se dirigió a los judíos con estas palabras: “sois nuestros hermanos predilectos y, en cierto modo, se podría decir que incluso nuestros hermanos mayores en la fe”.

- Rechazo del genocidio. “Quiero expresar la abominación del genocidio decretado durante la última guerra contra el pueblo judío y que llevó al holocausto a millones de víctimas inocentes.(...) También la comunidad judía de Roma pagó un alto precio de sangre. Fue sin duda un gesto significativo el que, en los años oscuros de la persecución racial, las puertas de nuestros conventos, de nuestros iglesias, del Seminario romano, de edificios de la Santa Sede y de la propia Ciudad del Vaticano se hayan abierto de par en par para ofrecer refugio y salvación a muchos judíos de Roma, acechados por sus perseguidores”.

- Ofrecimiento del Papa. “Esta visita quiere aportar una firme contribución a la consolidación de las buenas relaciones entre nuestras dos comunidades, siguiendo el ejemplo de tantos hombres y mujeres que se comprometieron y se comprometen todavía, por una y otra parte, para superar los viejos prejuicios y para hacer sitio al reconocimiento cada vez más pleno de ese “vínculo” y de ese “común patrimonio espiritual que existen entre los judíos y los cristianos (cf. NAe. 4). Nuestras actuales relaciones descansan en las convicciones expresadas por el Concilio Vaticano en esta declaración. “Con ocasión de esta visita a vuestra Sinagoga, deseo reafirmarlas y proclamarlas con su valor perenne. Este es el significado que debe atribuir a mi visita a los judíos de Roma”.

- Diferencias y diálogo. El Santo Padre manifiesta que hay diferencias entre los judíos y los cristianos. “la divergencia fundamental desde el comienzo es la adhesión de nosotros, los cristianos, a la persona y enseñanza de Jesús de Nazaret, hijo del pueblo judío, pueblo del que nacieron también la Virgen María, los apóstoles, “fundamento y columnas de la Iglesia”, y la mayoría de los miembros de la primera comunidad cristiana. Pero esta adhesión se sitúa en el orden de la fe, es decir, en el libre asentimiento de la inteligencia y del corazón guiados por el Espíritu, y no pudo nunca ser objeto

de una presión exterior, en un sentido o en el otro; este es el motivo por el que estamos dispuestos a profundizar el dialogo con lealtad y amistad, con el respeto de las convicciones intimas de unos y otros, tomando como base fundamental los elementos de la revelación que tenemos en común, como “gran patrimonio espiritual” (cf. NAe 4).

- Colaboración mutua. “Hay que decir a continuación que las vías abiertas para nuestra colaboración, a la luz de la herencia común procedente de la ley y de los profetas, son diversas e importantes. Queremos recordar, en primer lugar, una colaboración a favor del hombre, de su vida desde la concepción hasta su muerte natural, de su dignidad, de su libertad, de sus derechos, de su desarrollo en una sociedad no hostil, sino amiga y favorable, donde reine la justicia y donde, en esta nación, en los continentes y en el mundo, reine la paz, el “shalom” deseado por los legisladores, por los profetas y por los sabios de Israel. Está, más en general, el problema moral, el gran campo de la ética individual y social. Somos todos conscientes de la gravedad de la crisis en este punto en el tiempo que vivimos. En una sociedad con frecuencia perdida en el agnosticismo y en el individualismo y que sufre las amargas consecuencias del egoísmo y de la violencia, judíos y cristianos son depositarios y testigos de una ética marcada por los diez mandamientos, en cuya observancia encuentra el hombre su verdad y libertad. Una de las grandes obligaciones de este momento es la promoción de una reflexión y colaboración común” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, IX/1 /1986) 1024-1031).

- Una experiencia inolvidable: “Fue una experiencia del todo excepcional para mí, sin duda la visita a la sinagoga romana. La historia de los judíos en Roma es un capítulo aparte de la historia de este pueblo, capítulo estrechamente ligado, por otro lado, a los Hechos de los Apóstoles. Durante aquella visita, definí a los judíos como hermanos mayores en la fe” (Juan pablo II: “Cruzando el umbral de la esperanza”; Plaza y Janés; Barcelona, 1994, 112).

- Un pueblo extraordinario: “Este extraordinario pueblo continúa llevando dentro de sí mismo las señales de la elección divina. Lo dije una vez hablando con un político israelí, el cual estuvo plenamente de acuerdo conmigo. Sólo añadió: “¡Si esto fuera menos costoso...!” (“Cruzando el umbral de la esperanza”, ib. 112).

- **“Cruzando el umbral de la Esperanza” (Plaza y Janés. Barcelona, 1994).**

“ Auschwitz, quizá el símbolo más elocuente del holocausto del pueblo judío, muestra hasta dónde puede llevar a una nación un sistema construido sobre premisas de odio racial o de afán de dominio. Auschwitz no cesa de amonestarnos aún en nuestros días, recordando que el antisemitismo es un

gran pecado contra la humanidad; que todo odio racial acaba inevitablemente por llevar a la conculcación de la dignidad humana” (p.110)..

- Un acontecimiento peculiar: su viaje a Tierra Santa (2000)

Las relaciones antiguas con los judíos en la escuela de Wadowice, la solidaridad con las víctimas del Holocausto, las palabras que dijo a los judíos tratándolos como “nuestros hermanos mayores” y su visita a la sinagoga de Roma hicieron que su viaje a Tierra Santa tuviera una acogida admirable por parte de los judíos.

Este viaje fue una peregrinación de alabanza a Dios, de memoria agradecida de Jesucristo, de renovación cristiana en fidelidad y de inmensa esperanza. Destacamos estos momentos:

Desde el Monte Nebo contempló la Tierra prometida, como la miró desde lejos Moisés.

“Belén está en el centro de mi peregrinación jubilar”. En el Cenáculo de Jerusalén celebró la Eucaristía.

En el Muro de las Lamentaciones dejó un pergamino en el que escribió este texto:

“Dios de nuestros padres, Tú elegiste a Abraham y su descendencia para que tu Nombre fuera llevado a las gentes; estamos profundamente apenados por el comportamiento de cuantos en el curso de la historia han hecho sufrir a estos tus hijos, y pidiéndote perdón queremos empeñarnos en una autentica fraternidad con el pueblo de la Alianza”.

Insertamos a continuación unas palabras de Juan Pablo II dirigidas a los Judíos, en Cuba:

“Con Ustedes compartimos un patrimonio espiritual común, que hunde sus raíces en las Sagradas Escrituras. Que Dios, Creador y Salvador, sostenga los esfuerzos que se emprenden para caminar juntos. Que alentados por la Palabra divina progreseemos en el culto y en el amor ferviente a Él, y que ello se prolongue en una acción eficaz a favor de cada hombre” (138).

Juan Pablo II en el Hechal Shlomo Jerusalén, (23-III-2000).

Recordemos también aquellas palabras que Juan Pablo II dirigió a los Rabinos Jefes en el Hechal Shlomo, Jerusalén (23-III-2000).

“Siempre he deseado estar incluido entre quienes trabajan, por ambas partes, para superar antiguos prejuicios y asegurar un reconocimiento aún más amplio y completo del patrimonio espiritual que judíos y cristianos comparten. Deseo repetir lo que ya dije con ocasión de mi visita a la comunidad judía de Roma, es decir que los cristianos reconocemos que el legado religioso judío es intrínseco a nuestra propia fe: ”Sois nuestros hermanos mayores” (Discurso en la sinagoga de Roma, 13-IV-1986), Esperamos que el pueblo hebreo reconozca que la Iglesia condena tajantemente el antisemitismo y cualquier forma de racismo como totalmente opuestos a los principios cristianos. Hemos de trabajar juntos para construir un futuro en que ya no exista antijudaísmo entre los cristianos o sentimiento anticristiano entre los judíos.

Mucho es lo que compartimos. Mucho lo que podemos hacer juntos a favor de la paz, de la justicia, de un mundo más humano y fraterno” (138a).

- **Un acontecimiento singular:** la presencia de Juan Pablo II en el Museo del Holocausto Judío que “hace presente” el exterminio de los Judíos y, por tanto, lo recuerda.

- **Discurso de Juan Pablo II en la recepción de Cartas Credenciales del nuevo Embajador del Estado de Israel ante la Santa Sede (18-IX-2000).**

Insertamos en este lugar aquellos pasajes más significativos, a nuestro parecer.

“El año 2000, con su conmemoración del nacimiento de Jesús, no podía dejar de dirigir la amorosa atención de millones de cristianos de todas las regiones de la tierra hacia los lugares en los que Jesús vivió, murió y resucitó. (...).

La Iglesia es plenamente consciente de que “se nutre de la raíz del buen olivo en el que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles” (NAe 4). El patrimonio espiritual común a cristianos y judíos es tan grande y vital para la salud religiosa y moral de la familia humana, que no deben escatimarse esfuerzos con vistas a mejorar y ampliar nuestro diálogo, especialmente en materia bíblica, teológica y ética. También debe ponerse por obra un sano esfuerzo recíproco y sincero en todos los ámbitos para ayudar a cristianos y judíos a conocer, respetar y estimar más y mejor las creencias y tradiciones del otro. Se trata de la forma más segura de superar los prejuicios del pasado y poner freno a aquellas formas de antisemitismo, racismo y xenofobia que actualmente vuelven a aflorar en algunos lugares”.

Todos nos alegramos cuando se anuncia un nuevo paso adelante en el contexto de las complejas negociaciones que se han transformado en elemento esencial de las relaciones entre Israel y sus vecinos, especialmente con la Autoridad Palestina. La continuación del diálogo y de la negociación constituye en sí misma un avance.

Respecto a la cuestión de Jerusalén, importa que el camino a seguir sea la senda del diálogo y del acuerdo, y no la de la fuerza y la imposición. Y la preocupación principal de la Santa Sede a este propósito es que un estatuto especial garantizado internacionalmente tutele el carácter religioso único de la Ciudad Santa (138b).

- Mensaje de Juan Pablo II al Card. W. Kasper con motivo del Congreso Judío Europeo (25-I-2002)

- Alegría del Papa por este Congreso

Me alegra esta iniciativa, llamada a contribuir al diálogo y que se basa en la actitud de la Iglesia católica querida por el Concilio. ¡Shalom, paz! Con esta expresión bíblica, quisiera dirigir mi saludo cordial a todos los participantes en el encuentro.

- Todas las Religiones al servicio de la paz

Todas las religiones se han comprometido a trabajar por la paz, ofreciendo así un signo de esperanza para el mundo y recordando que la índole espiritual y trascendente del hombre invita a promover la paz y el respeto de la dignidad de todo ser humano.

- Judíos y cristianos

Judíos y cristianos mantienen relaciones particulares. El mensaje que nos viene del Dios de la alianza con Moisés, con los patriarcas y los profetas pertenece a nuestro patrimonio común y nos invita a colaborar juntos en la vida del mundo, puesto que el Altísimo nos llama a la vez a ser santos como Él mismo es santo y a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Me alegra que después de la declaración “Nostra aetate” del concilio Vaticano II, se hayan dado numerosos pasos a favor de una mejor comprensión mutua y de una reconciliación entre nuestras dos comunidades. (...) Tras los dolorosos sucesos que han marcado la historia de Europa, sobre todo durante el siglo XX, es conveniente dar un nuevo impulso a nuestras relaciones, para que la tradición religiosa que ha inspirado la cultura y la vida

del continente siga formando parte de su alma, permitiéndole así ponerse al servicio del crecimiento de todo el hombre y de todo hombre.

En virtud de su identidad respectiva, los judíos y los cristianos están unidos entre sí y tiene que proseguir la cultura del diálogo. (...) A nosotros corresponde transmitir a las nuevas generaciones nuestras riquezas y nuestros valores comunes, para que nunca más el hombre menosprecie a su hermano en la humanidad y nunca más se desencadenen guerras o conflictos en nombre de una ideología que desprecia a una cultura o una religión; al contrario, las diferentes tradiciones religiosas están llamadas a poner su patrimonio al servicio de todos, para edificar juntos la casa común europea, unida en la justicia, la paz, la equidad y la solidaridad. (...)

La juventud necesita nuestro testimonio y nuestro compromiso comunes para creer, para santificar el nombre de Dios con toda su vida y para esperar en un futuro del mundo rico en promesas. Así, se dedicará a fortalecer los vínculos de fraternidad, para constituir una humanidad renovada.

- Discurso de Juan Pablo II a Ricardo Di Segni, Rabino Jefe de Roma (13-II-2003).

Durante estos días resuenan en el mundo peligrosos tambores de guerra. Nosotros, judíos y católicos, sentimos la urgente misión de implorar del Dios creador y eterno la paz, y de ser nosotros mismos operadores de paz.

Que Dios haga de nosotros unos artífices de paz, conscientes de que cuando el hombre obra por la paz se capacita para mejorar al mundo” (n.3).

- Mensaje de Juan Pablo II a Ricardo di Segni, rabino jefe de Roma, con ocasión del centenario de la Sinagoga de Roma (22 de mayo de 2004).

“ La Comunidad cristiana de Roma, por mediación del Sucesor de Pedro, participa con vosotros en la acción de gracias al Señor por tan fausta efemérides (...) Os saludamos como “nuestros hermanos predilectos” en la fe de Abraham, nuestro patriarca, de Isaac de Jacob, de Sara y de Rebeca, de Raquel y Lía. Ya San Pablo, escribiendo a los romanos (cf. Rm. 11,16-18), hablaba de la raíz santa de Israel, en la que los paganos se ven injertados en Cristo: “los dones y la llamada de Dios son irrevocables” (Rm. 11,29), y vosotros seguís siendo el pueblo primogénito de la Alianza (Liturgia del viernes Santo, Oración universal, Por los Judíos (n.2).

Sois ciudadanos de esta ciudad de Roma desde hace más de dos mil años, desde antes aún que Pedro el pescador y Pablo encadenado llegaran a ella, sostenidos interiormente por el aliento del Espíritu (n.2).

Mucho es el camino que hemos recorrido juntos desde aquel 13 de abril de 1986, cuando -por vez primera después del apóstol Pedro- el Obispo de Roma os visitó: fue el abrazo de unos hermanos que se habían reencontrado tras un largo período en el que no habían faltado incomprensiones, rechazo y sufrimiento. (...) En el Concilio Vaticano II, la Iglesia reiteró de manera clara y definitiva su rechazo del antisemitismo en todas sus expresiones. (...) Hay que desarrollar también la amistad, a estima y las relaciones fraternas para con el pueblo judío. (...) Al recorrer, con la ayuda del cielo, este camino de fraternidad, la Iglesia ni dudó a la hora de “deplorar las faltas de sus hijos y de sus hijas de todas las épocas” y con un acto de arrepentimiento, pidió perdón por sus responsabilidades relacionadas, de una u otra manera, con las plagas del antijudaísmo” (n.4).

No solo en Jerusalén y en la tierra de Israel, sino también aquí, en Roma, mucho es lo que podemos hacer juntos: por quienes sufren cerca de nosotros debido a la marginación: por los inmigrantes y los extranjeros, por los débiles y los indigentes. Compartiendo los valores de la defensa de la vida y de la dignidad de toda persona, podremos acrecentar nuestra cooperación fraterna de manera concreta” (n.5).

- Encuentro de Juan Pablo II con 160 jefes, rabinos y cantores judíos de varios países (18 de enero de 2005)

Coincidiendo con el 40º aniversario de la declaración “Nostra Aetate” del Concilio Vaticano II, el Santo Padre acogió en visita especial a 160 jefes, rabinos y cantores judíos de Israel, Estados Unidos y Europa.

Los rabinos agradecieron al Papa Juan Pablo II “todos los esfuerzos realizados en sus 26 años de pontificado para reconciliar las dos religiones y abatir los muros del odio”. El rabino Jack Meporad manifestó que “ningún Papa antes de Juan Pablo II ha hecho tanto por crear una relación fraterna entre católicos y judíos” y se mostró convencido de que Juan Pablo II será considerado como “el gran sanador de las relaciones entre judíos y católicos” (139).

*** El Islam:**

¿Cuál fue la relación de Juan Pablo II con el Islam?

“La Iglesia mira también con afecto a los musulmanes que adoran al único Dios, vivo y subsistente, misericordioso y todopoderoso, creador del cielo y de la tierra” (140). Gracias a su monoteísmo, los creyentes en Alá nos son particularmente cercanos.

El diálogo con los Musulmanes: “El Concilio ha llamado a la Iglesia al diálogo también con los seguidores del “Profeta” y exhorta a todos a “olvidar el pasado y a ejercitar sinceramente la mutua comprensión, además de a defender y promover juntos, para todos los hombres, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad” (141).

Al llegar a Belén, situado en los territorios autónomos palestinos, en el discurso a Arafat y otros les recordó cómo el pueblo palestino tiene derecho natural a una patria y el derecho a vivir en paz y tranquilidad con los demás pueblos de la región. ¡Que Dios ilumine, sostenga y guíe al pueblo palestino en el camino de la paz!

Juan Pablo II potenció los lazos de diálogo y de cercanía, visitando una Mezquita y besando el Corán. Con todo, el Santo Padre manifiesta que existen diferencias importantes entre el Cristianismo y el Islam (142).

Representantes de las Confesiones cristianas no católicas, de los Ortodoxos, del Judaísmo, del Islam y de otras Religiones no cristianas...estuvieron presentes en el funeral de Juan Pablo II como gesto de cercanía, de respeto, de oración, de agradecimiento....

- **La Bula “Incarnationis Mysterium”(1998).** Bula de convocación del Gran Jubileo del 2000.

En esta Bula, Juan Pablo II manifiesta: “con ocasión de esta gran fiesta, están cordialmente invitados a compartir también nuestro gozo los seguidores de otras religiones, así como los que están lejos de la fe en Dios. Como hermanos de la única familia humana, cruzamos juntos el umbral de un nuevo milenio, que exigirá el empeño y la responsabilidad de todos” (n.6).

c) Mirando al futuro

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático (Madrid. 1993).**

Terminamos con unas palabras que Juan Pablo II dirigió al Cuerpo Diplomático acreditado en Madrid (1993) y que pueden ser consideradas como un mensaje lleno de respeto y de esperanza:

- La firma esperanza del Papa:

“Es mi viva esperanza que, en todos los lugares donde conviven creyentes de las tres religiones -Cristianismo, Judaísmo y el Islam- que enriquecieron el acervo espiritual y humano de la Península Ibérica y, de modo especial, donde dicha convivencia se caracteriza por una relación de mayoría a minoría, reine el diálogo y la colaboración y sean cuidadosamente evitadas las injusticias y discriminaciones. Por otra parte, es deber de los Estados preocuparse de estos problemas y evitar hacer de la religión “un pretexto para la injusticia y para la violencia, lo cual es un terrible abuso que debe ser condenado por cuantos creen en el verdadero Dios...”

- Las Religiones y la auténtica paz:

El Santo Padre incluye en este discurso un texto propio perteneciente a su “Alocución a la delegación musulmana”, que dice:

“Mientras los creyentes no se unan para rechazar las políticas del odio y la discriminación, y para firmar el derecho a la libertad de culto y de religión en todas las sociedades humanas, la auténtica paz no será posible” (143).

- Las minorías

Juan Pablo II alza su voz para defender los derechos de las minorías:

“También la comunidad internacional está llamada a preocuparse y a defender las minorías, los inmigrantes y los derechos de los individuos a profesar libremente la propia fe, mediante un correcto uso de los principios de la cooperación y la reciprocidad” (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II en Dakar (Senegal, 1992)**

“Debemos ser personas de diálogo con la acogida recíproca, con el respeto recíproco de la libertad de conciencia y de culto, la búsqueda común de soluciones a los problemas de la sociedad moderna” (144).

*** Discurso de Juan Pablo II en Cotonú (Berín, 1993)**

El Santo Padre recuerda un principio teológico fundamental en el diálogo religioso: “La Iglesia considera la libertad religiosa como un derecho inalienable que va acompañado con el deber de buscar la verdad. En un clima de respeto por la libertad de cada uno es donde el diálogo interreligioso puede desarrollarse y dar fruto. Y este diálogo mira también al futuro” (145).

*** Discurso de Juan Pablo II en Jartum (Sudán. Febrero 1993)**

“El riguroso respeto de la libertad religiosa constituye un manantial primario y un fundamento para la pacífica convivencia”(146).

*** “Cruzando el umbral de la esperanza” (Plaza y Janés. Barcelona 1994).**

- Diferencias entre el Cristianismo y el Islam: “Cualquiera que, conociendo el Antiguo y le Nuevo Testamento, lee el Corán, ve con claridad el proceso de reducción de la Divina Revelación que en él se lleva a cabo. Es imposible no advertir el alejamiento de lo que Dios ha dicho de Sí mismo, primero en el Antiguo Testamento por medio de los profetas y luego de modo definitivo en el Nuevo Testamento por medio de su Hijo. Toda esa riqueza de la autorrevelación de Dios, que constituye el patrimonio del Antiguo y del Nuevo Testamento, en el Islamismo ha sido de hecho abandonada. Al Dios del corán se le dan unos nombres que están entre los más bellos que conoce el lenguaje humano, pero en definitiva es un Dios que está fuera del mundo, un Dios que es sólo Majestad, nunca el Emmanuel, Dios-con-nosotros. El islamismo no es una religión de redención. No hay sitio en él para la Cruz y la Resurrección. Jesús es mencionado, pero sólo como profeta preparador del último profeta, Mahoma. También María es recordada, Su Madre virginal; pero está completamente ausente el drama de la Redención. Por eso, no solamente la teología, sino también la antropología del Islam, están muy lejos de la cristiana”.

- Respeto de la religiosidad de los musulmanes. “No se puede dejar de admirar, por ejemplo, su fidelidad a la oración. La imagen del creyente en Alá que, sin preocuparse ni del tiempo ni del sitio, se postra de rodillas y se sume en la oración, es un modelo para los confesores del verdadero Dios, en particular para aquellos cristianos que, desertando de sus maravillosas catedrales, rezan poco o no rezan nada en absoluto.

- Diálogo: “El Concilio ha llamado a la Iglesia al diálogo también con los seguidores del “Profeta”, y la Iglesia procede a lo largo de este camino: “Si en el transcurso de los siglos no pocas desavenencias y enemistades surgieron entre cristianos y musulmanes, el Sacrosanto Concilio exhorta a todos a olvidar el pasado y a ejercitar sinceramente la mutua comprensión, además de a defender y promover juntos, para todos los hombres, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad” (n.3). Desde este punto de vista han tenido ciertamente, como ya lo he señalado, un gran papel los encuentros de oración en Asís (especialmente la oración por la paz en Bosnia, en 1993), además de los encuentros con los seguidores del Islamismo durante mis numerosos viajes apostólicos por África y Asia (...) La visita a Mareucos por invitación del rey Hasán II puede ser sin duda definida como un acontecimiento histórico. No se trató solamente de una visita de cortesía, sino de un hecho de orden verdaderamente pastoral. Inolvidable fue el encuentro con la juventud en el estadio de Casablanca (1985).

- Dificultades concretas. “En los países donde las corrientes fundamentalistas llegan al poder, los derechos del hombre y el principio de la libertad religiosa son interpretados, por desgracia, muy unilateralmente; la libertad religiosa es entendida como libertad de imponer a todos los ciudadanos “la verdadera religión”. La situación de los cristianos en estos países es a veces de todo punto dramática. Los comportamientos fundamentalistas de este tipo hacen muy difícil los contactos recíprocos. No obstante, por parte de la Iglesia permanece inmutable la apertura al diálogo y a la colaboración” (105-107).

*** Discurso de Juan Pablo II en Túnez (1996)**

Dios es dignamente honrado cuando los que lo adoran respetan al hombre, su criatura”.

*** Discurso de Juan Pablo II en Nigeria (1998).**

Juan Pablo II invita a todos a trabajar juntos por una humanidad nueva, por un mundo nuevo: “¡Trabajemos juntos por una nueva era de solidaridad y

de servicio conjunto ante el enorme desafío de construir un mundo mejor, un mundo más justo y más humano!”.

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Concierto de la reconciliación entre judíos, cristianos y musulmanes (17-I-2004).**

“La historia de las relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes está caracterizada por luces y sombras, y ha conocido, por desgracia, momentos dolorosos. Hoy se siente la apremiante necesidad de una reconciliación sincera entre quienes creen en el único Dios. Esta tarde estamos aquí reunidos para dar expresión concreta a este compromiso de reconciliación... (n.2).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (15-V-2004).**

“Los años venideros verán a la Iglesia aún más comprometida a responder al gran reto del diálogo interreligioso. (...) El diálogo resulta importante, y ha de proseguir, toda vez que “forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia”, está en “vinculación íntima” con el anuncio de Cristo y es, al mismo tiempo, distinto de este, sin confusiones ni instrumentalizaciones”. Al promover dicho diálogo con los seguidores de otras religiones, hay que evitar, sin embargo, todo relativismo e indiferentismo religioso, y esforzarse por ofrecer a todos con respeto el testimonio gozoso de nuestra esperanza” (n.3).

“El diálogo interreligioso resulta también importante con vistas a “proponer una firme base de paz” y a hacer que “el nombre del único Dios” sea “cada vez más, como ya es de por sí, un nombre de paz y un imperativo de paz” (NMI 55).

En virtud del “ministerio de la reconciliación” que Dios les ha encargado (cf. II Cort.5,18), los cristianos saben que pueden contribuir a la edificación de la paz en el mundo dejándose animar por el amor a todos los hombres y a cada hombre, buscando con valentía la verdad, cultivando una sed profética y de libertad. A este esfuerzo ha de aunarse siempre una oración a Dios perseverante, humilde y confiada. Y es que la paz es ante todo un don divino que hay que implorar constantemente” (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes (18- Mayo- 2004).**

“La presencia -cada vez más numerosa- de inmigrantes cristianos que no están en comunión plena con la Iglesia católica proporciona también a las

Iglesias Particulares nuevas posibilidades para la fraternidad y el diálogo ecuménico, e impulsa a realizar. Lejos de fáciles irenismos y del proselitismo, una mayor comprensión recíproca entre Iglesias y Comunidades eclesiales” (...) (n.6).

“El propio movimiento ecuménico puede concebirse como un gran éxodo, como una peregrinación que se mezcla y confunde con los éxodos actuales de poblaciones en busca de una condición de vida menos precaria. En este sentido, el compromiso ecuménico constituye un incentivo adicional para la acogida fraterna de personas con formas de vida y de pensamiento distintas de las que nos resultan habituales. Fenómeno migratorio y movimiento ecuménico se convierten así, en sus respectivos ámbitos, en estímulo para un mejor entendimiento humano” (n.6).

*** Discurso de Juan Pablo II a los líderes religiosos de Azerbaiyán (18-XI-2004)**

“Al volver a casa, llevad a todos el abrazo del papa y de la Iglesia católica. Que Dios os ayude a construir una coexistencia cada vez más provechosa entre vosotros y la comunidad católica de Azerbaiyán. (...) Que esta visita vuestra al Papa de Roma sea como un símbolo para el mundo, mostrando que la tolerancia es posible y constituye un valor de civilización que sienta las bases para un desarrollo humano, civil y social más amplio y solidario”.

El Papa declara con claridad: “nadie tiene el derecho de presentar o utilizar las religiones como instrumento de intolerancia, como medio de agresión, de violencia y de muerte. Al contrario, la amistad y estima entre las mismas, si se ve también apoyada por el compromiso de tolerancia de los gobernantes, constituye un valioso recurso de progreso auténtico y de paz.

Juntos, Musulmanes, judíos y cristianos queremos lanzar, en nombre de Dios y de la civilización, un llamamiento a la Humanidad para que cese la violencia homicida y se recorra el camino del amor y de la justicia. Éste es el camino de las religiones. ¡Que Dios nos ayude a recorrerlo con perseverancia y paciencia!

X) Los Periodistas

Juan Pablo II estuvo cerca de los periodistas, de los creadores de opinión, de los comunicadores... por la influencia que ejercen o pueden ejercer en la educación de las personas, en la formación de opinión, en el juicio sobre los sucesos y acontecimientos de cada día. De ello dan fe los mensajes que el Santo Padre publicaba con ocasión de la Jornada Mundial de los Medios de Comunicación Social y a los que desde aquí nos remitimos invitando a los lectores a que los conozcan.

*** Discurso a los representantes de Medios de Comunicación Social (2-XI-1982).**

Con vuestro trabajo servís y debéis servir la causa del hombre en su integridad: en su cuerpo, en su espíritu, en su necesidad de honesto esparcimiento, de alimento corporal y religioso, de correcto criterio moral para su vida individual y social. Se trata de una noble misión que enaltece a quien la ejerce dignamente porque presta una valiosísima contribución al bien de la sociedad, a su equilibrio y enriquecimiento. (...) No duda la Iglesia en invitar a los cristianos a adquirir la necesaria competencia técnica y trabajar con buena conciencia en ese sensible campo, donde están en juego tan altos valores.(...) Vuestro esfuerzo por hacer un mundo más unido, pacífico y humano, donde brille la verdad y la moralidad. Un sector que tan de cerca toca la información y la formación del hombre y de la opinión pública, es lógico que tenga exigencias muy apremiantes de carácter ético. Entre ellas están la de quienes se dedican a la comunicación: “conozcan y lleven a la práctica fielmente en este campo las normas de orden moral” (Inter mirífica”, 4) y que “la información sea siempre verdadera”, respetando “escrupulosamente las leyes morales y los legítimos derechos y dignidad del hombre” (ibid. 5) (146a).

*** Mensaje para la XVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (Ciudad del Vaticano; 25-III-1983).**

La promoción de la paz es el lema de esta Jornada Mundial. Tema de extrema importancia y de palpitante actualidad. En nuestro mundo tan intercomunicado, “la comunicación y la información representan hoy un poder que puede “servir con eficacia a la grande y noble causa de la paz, pero también puede agravar las tensiones y favorecer nuevas formas de injusticia y de violación de los derechos humanos”. “¿Cómo puede la comunicación social promover la paz?”, se pregunta el Papa.

En primer lugar: “con la realización, en el plano institucional, de un orden de la comunicación que garantice un uso correcto y constructivo de la información, eliminando los atropellos, los abusos y las discriminaciones basadas en el poder político, económico e ideológico. No se trata de pensar en nuevas aplicaciones tecnológicas, sino en volver a plantear los principios fundamentales y la finalidad que deben regir la comunicación social, en un mundo que es como una sola familia y en el que el legítimo pluralismo debe quedar asegurado sobre una base común de consenso en torno a los valores esenciales de la convivencia humana. Con este fin se necesita una sabia maduración de la conciencia, tanto en los agentes de la comunicación como en los receptores, y se hacen necesarias decisiones prudentes, justas y valerosas por parte de los poderes públicos, de la sociedad y de las instituciones internacionales. Un recto orden de la comunicación social y una igual participación en sus beneficios crean un ambiente y condiciones favorables para un diálogo mutuamente enriquecedor entre los ciudadanos, los pueblos y las diversas culturas, mientras que las injusticias y los desórdenes en este sector favorecen las situaciones conflictivas.

En segundo lugar: la comunicación promueve la paz cuando educa, con sus contenidos y de manera constructiva, en el espíritu de la paz. La información, si pensamos en ello, no es nunca neutra, pero responde siempre, al menos implícitamente y en las intenciones, a decisiones de fondo. Comunicación y educación están íntimamente unidas a los valores. Hábil es subrayados o manipulaciones, así como silencios dosificados, tienen en la comunicación un profundo significado. La comunicación social, si quiere ser instrumento de paz, tendrá que superar las consideraciones unilaterales y parciales, eliminar los prejuicios y crear, en cambio, un espíritu de comprensión y de recíproca solidaridad. La aceptación leal de la lógica de la pacífica convivencia en la diversidad exige la constante aplicación del método del diálogo, que, a la vez que reconoce el derecho a la existencia y a la expresión de todas las partes, afirma el deber que tienen estas últimas de integrarse con todas las demás, para conseguir ese bien superior que es la paz, a la que hoy se opone, como dramática alternativa, la amenaza de la

destrucción atómica de la civilización humana. En consecuencia, hoy día es mucho más necesario y urgente proponer los valores de un humanismo pleno, fundado en el reconocimiento de la verdadera dignidad y de los derechos del hombre, abierto a la solidaridad cultural, social y económica entre personas, grupos y naciones, desde el conocimiento de que una misma vocación une a toda la humanidad.

En tercer lugar: la comunicación social promueve la paz si los profesionales de la información son agentes de paz. La peculiar responsabilidad y las tareas insustituibles que tienen los informadores en orden a la paz derivan de la consideración sobre la capacidad y el poder que detentan de influir, en ocasiones de manera decisiva, en la opinión pública y en los propios gobernantes (...).

Los agentes de la comunicación deben tener presente que más y por encima de las responsabilidades contractuales con los ñorganops de información y d elas responsabilidades legales, tienen tambiénn obligaciones precisas con la verdad, con el público y con el bien común de la sociedad. Si en el ejercicio de su tarea, que es una auténtica misión, los comunicadores sociales promueven la información serena e imparcial, favorecen los acuerdos y el diálogo, aumentan la comprensión y la solidaridad, harán contribuido enormemente a la causa de la paz” (“Insegnamenti di Giovanni Paolo II, VI71; 1983), 804-807).

*** Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (11 de mayo de 1986).**

El lema: “la formación de la opinión pública en sentido cristiano”

- ¿Qué es la opinión pública?

La opinión pública consiste en el modo común y colectivo de pensar y de sentir de un grupo social más o menos vasto en determinadas circunstancias de tiempo y de lugar. Indica lo que la gente piensa comúnmente sobre un tema, un acontecimiento, un problema de un cierto relieve.

- ¿Cómo se forma la opinión pública?

La opinión pública se forma por el hecho de que n gran número de personas hace propio, considerándolo verdadero y justo, lo que algunas personas y algunos grupos, que gozan de especial autoridad cultural, científica o moral, piensan y dicen. Lo cual muestra la grave responsabilidad de aquellos que por su cultura y su prestigio forman la opinión pública o influyen en alguna medida sobre su formación.

- Influencia de la opinión pública

Hay que poner de relieve que la opinión pública tiene una gran influencia en la manera de pensar, de sentir y de actuar de aquellos que -o por su joven edad o por falta de cultura- no son capaces de formular un juicio crítico. De este modo son muchos los que piensan y actúan según la opinión común sin que estén en condiciones de sustraerse a su presión. Hay que poner también de relieve que la opinión pública influye fuertemente en la formación de las leyes (...) (n.2)..

- Importancia de formar una opinión pública moralmente sana.

De lo dicho anteriormente se desprende la importancia de formar una opinión pública moralmente sana sobre los problemas que afectan de cerca al bien de la humanidad en nuestro tiempo. Entre estos bienes situamos los valores de la vida, de la familia, de la paz, de la justicia y de la solidaridad entre los pueblos (n.3).

Particularmente urgente resulta la formación de una sana opinión pública en el campo moral y religioso. A fin de poner un dique a la difusión de una mentalidad favorable al permisivismo moral y a la indiferencia religiosa, se hace necesario formar una opinión pública que respete y aprecie los valores morales y religiosos, en cuanto estos hacen al hombre plenamente “humano” y dan plenitud de sentido a la vida. El peligro del nihilismo, es decir, de la pérdida de los valores más propiamente humanos, morales y religiosos, incumbe como grave amenaza a la humanidad de hoy.

Además ha de formarse una correcta opinión pública sobre la naturaleza, misión y obra de la Iglesia, vista hoy por muchos como una estructura simplemente humana, y no como en realidad es: una realidad misteriosa que encarna en la historia el amor de Dios y lleva a los hombres la palabra y la gracia de Cristo (n.4).

- Los medios de comunicación social al servicio del hombre

Los MCS han de ponerse al servicio del hombre y, por tanto, de la verdad y del bien, que son los valores humanos más importantes y necesarios. Por esto, los que trabajan profesionalmente en el campo de la comunicación social han de sentirse comprometidos en la formación y difusión de opiniones públicas conformes a la verdad y al bien. En un esfuerzo tal han de distinguirse los cristianos (...) (n.5) (146b).

*** Comunicación de Juan Pablo II al Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales; 4-III-1994.**

La presencia católica en los medios de comunicación es una forma de cumplir la misión de la Iglesia de proclamar el reino de Dios e invitar a todos a entrar en él. Es una expresión de amor evangélico y de la solicitud pastoral (...).

Los medios de comunicación pueden hacernos comprender que todos somos miembros de una única familia humana. Y pueden ser promotores poderosos de comprensión y unidad entre los pueblos; pueden suscitar expresiones de solidaridad con quienes sufren a causa de desastres naturales o conflictos violentos; pueden ayudar a que hagamos nuestras las alegrías y los dolores de nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo” (n.4) (146c).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los Periodistas: 4-VI-2000.**

El Santo Padre se dirige a ellos con palabras entrañables y llenas de aprecio llamándolos “amadísimos hermanos y hermanas”. Se siente entre amigos.

La gran tarea del periodista

“Estáis llamados a comprometer vuestra profesionalidad en el servicio al bien moral y espiritual de los individuos y de la comunidad humana” (n.3). Les propone como objetivo permanente de su trabajo el servicio a la dignidad de todo ser humano.

La ética en la actuación del periodista

“Aquí reside el punto central de la cuestión ética, inseparable de vuestra labor. Con su amplísima y directa influencia en la opinión pública, el periodismo no puede estar regido tan sólo por las fuerzas económicas, por los beneficios e intereses partidarios. Debe sentirse, en cambio, como una tarea en alguna medida “sagrada”, desempeñada con la conciencia de que los poderosos medios de comunicación os están encomendados por el bien de todos, y especialmente por el de las franjas más débiles de la sociedad: niños y pobres, enfermos y personas marginadas y discriminadas...

No se puede escribir o transmitir sólo en función del índice de audiencia, en detrimento de servicios auténticamente formativos. Tampoco debe hacerse un llamamiento indiscriminado al derecho a la información, sin

tener en cuenta otros derechos de la persona. Ninguna libertad -ni siquiera la de expresión- es absoluta, pues se ve limitada por el deber de respetar la dignidad y libertad legítima de los demás. Ninguna cosa, por muy cautivadora que sea, puede escribirse, realizarse y transmitirse en perjuicio de la verdad; y pienso a este propósito no sólo en la verdad de los hechos que referís, sino también en “la verdad del hombre”, en la dignidad de la persona en todas sus dimensiones”.

El Santo Padre recuerda el Documento “Ética en las comunicaciones sociales” (Consejo Pontificio de las Comunicaciones Sociales) en el que se invita a los periodistas “para que se comprometan a servir a la persona mediante la edificación de una sociedad basada en la solidaridad, la justicia y el amor, a través de la comunicación de la verdad acerca de la vida humana y de su cumplimiento final en Dios” (cf. n.33) (n.4) (147).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XXXVIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (23-V-2004)**

El lema escogido por el Papa para esta Jornada es “medios de comunicación en la familia: un riesgo y una riqueza (23 de mayo de 2004). Este lema “es muy oportuno, puesto que invita a una sobria reflexión sobre el uso que hacen las familias de los medios de comunicación, y también sobre el modo en que los medios de comunicación tratan a la familia y las cuestiones que afectan a la familia”. Este tema sirve también “para recordar a todos, tanto a los agentes de la comunicación como a las personas a las que se dirigen, que toda comunicación tiene una dimensión moral (...) La estatura moral de las personas crece o disminuye según las palabras que pronuncian y los mensajes que eligen oír. En consecuencia, los agentes de la comunicación, los padres y los educadores tienen especial necesidad de sabiduría y discernimiento en el uso de los medios de comunicación social, pues sus decisiones influyen en gran medida en los niños y en los jóvenes de los que son responsables y que, en definitiva, son el futuro de la sociedad” (n.1)..

Estos medios de comunicación social, dice el Papa, ofrecen hoy beneficios a las familias, pero advierte también que “estos mismos medios de comunicación tienen la capacidad de producir gran daño a las familias, presentándoles una visión inadecuada o incluso de formada de la vida, de la familia, de la religión y de la moralidad (cf. Concilio Vaticano II: “Inter Mirifica”, 4). La comunicación, en todas sus formas, debe inspirarse siempre en el criterio ético del respeto a la verdad y a la dignidad de la persona humana” (n.2).

Pone de relieve el Santo Padre que “estas consideraciones de aplican especialmente al modo como los medios de comunicación tratan a la familia”. En efecto, los MCS ponen de manifiesto valores importantes del matrimonio y de la familia, pero también “presentan a la familia y a la vida familiar de modo inadecuado. La infidelidad, la actividad sexual fuera del matrimonio y la ausencia de una visión moral y espiritual del pacto matrimonial se presentan de modo acrítico y, a veces, al mismo tiempo, apoyan el divorcio, la anticoncepción, el aborto y la homosexualidad” (n.3).

Juan Pablo II hace una llamada también a las autoridades públicas ya que “tienen el grave deber de apoyar el matrimonio y la familia en beneficio de la sociedad misma. (...) (n.4).

El Papa exhorta a los padres y les dice que: “como primeros y principales educadores de sus hijos son también los primeros en explicarles cómo usar los medios de comunicación. Están llamados a formar a sus hijos “en el uso moderado, crítico, vigilante y prudente de tales medios” en el hogar (FC, 76). (...) Y “también deben reglamentar el uso de los medios de comunicación en el hogar. Esto implica planificar y programar el uso de dichos medios, limitando estrictamente el tiempo que los niños les dedican. (...) Sobre todo, los padres deben dar buen ejemplo a los niños, haciendo un uso ponderado y selectivo de dichos medios” (n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la XXXIX Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (24-I-2005)**

- El lema de la Jornada

Como todos los años, el Santo Padre dirige un Mensaje peculiar a todos con motivo de esta jornada. En esta ocasión, Juan Pablo II insiste en que los medios de comunicación han de estar al servicio del entendimiento y de la concordia entre todos los pueblos y naciones de la tierra. El lema elegido es éste: “los medios de comunicación al servicio del entendimiento entre los hombres”.

- Las modernas tecnologías al servicio de la evangelización y de la paz

“Las modernas tecnologías nos ofrecen posibilidades nunca antes vistas para hacer el bien, para difundir la verdad de nuestra salvación en Jesucristo y para promover la armonía y la reconciliación (n.1).

- Los medios de comunicación al servicio de la educación y de la paz

Los medios pueden enseñar a millones de personas cómo son otras partes del mundo y otras culturas. Por ello se han llamado acertadamente “el primer areópago del tiempo moderno; (...) para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales (RMi. 37). Un conocimiento adecuado promueve la comprensión, disipa los prejuicios y despierta el deseo de aprender más. Las imágenes, en particular, tienen la capacidad de transmitir impresiones duraderas y modelar actitudes. Enseñan a la gente a mirar a los miembros de otros grupos y naciones, ejercitando una influencia sutil sobre si deben ser considerados como amigos o enemigos, aliados o potenciales adversarios.

Cuando los demás son presentados en términos hostiles, se siembran semillas de conflicto que pueden fácilmente convertirse en violencia, guerra e incluso genocidio. En vez de construir la unidad y el entendimiento, los medios pueden ser usados para denigrar a los otros grupos sociales, étnicos y religiosos, fomentando el temor y el odio. Los responsables del estilo y del contenido de lo que se comunica tienen el grave deber de asegurar que esto no suceda. Realmente los medios tienen un potencial enorme para promover la paz y construir puentes entre los pueblos, rompiendo el círculo fatal de la violencia, la venganza y las agresiones sin fin, tan extendidas en nuestro tiempo (n.2).

- Los medios y la respuesta a los desastres naturales

Los medios influyen de forma positiva “para impulsar las movilizaciones de ayuda en respuesta a desastres naturales u otros (n.3).

- Responsabilidad de los profesionales de los medios

“Para el recto uso de estos medios es absolutamente necesario que todos los que los utilizan conozcan las normas del orden moral en este campo y las lleven fielmente a la práctica” (Concilio Vaticano II: “Inter mirífica”, 4).

El fundamento ético es éste: “la persona humana y la comunidad humana son el fin y la medida el uso de los medios de comunicación social; la comunicación debería realizarse de personas a personas, con vistas al desarrollo integral de las mismas” (Ética de las comunicaciones sociales”, n.21). Así pues, son en primer lugar los comunicadores quienes deben poner en práctica en sus vidas los valores y actitudes que están llamados a inculcar en los demás. Antes que nada, esto debe incluir un auténtico compromiso con el bien común, un bien que no se reduzca a los estrechos intereses de un grupo particular o nación, sino que acoja las necesidades e intereses de todos, el bien

de la familia humana entera (cf. *Pacem in terris*, 132). Los comunicadores tienen la oportunidad de promover una auténtica cultura de la vida, distanciándose de la conjura actual contra la vida (cf. “*Evangelium vitae*”, 17) y transmitiendo la verdad sobre el valor y la dignidad de toda persona humana (n.4).

- El modelo es el Verbo de Dios

El modelo y pauta de toda comunicación se encuentra en el Verbo mismo de Dios. (...) El Verbo encarnado ha establecido una nueva alianza entre Dios y su pueblo, una alianza que también nos une entre nosotros, convirtiéndonos en comunidad. (...) (147a.)

*** Carta Apostólica de Juan Pablo II a los responsables de las Comunicaciones sociales: “El rápido desarrollo”; 24-I-2005.**

Juan Pablo II redacta esta Carta apostólica y la dedica a los responsables de los medios de comunicación social. El título es claro: el rápido desarrollo de las tecnologías del progreso de la sociedad actual. “Al contemplar estas novedades en continua evolución, se hace todavía más actual cuanto se lee en el decreto del Concilio Ecuménico Vaticano II “*Inter Mirifica*” en el que se afirma: “entre las maravillosas invenciones técnicas que, sobre todo en nuestros tiempos, el ingenio humano ha extraído de las cosas creadas, con la ayuda de Dios, la Madre Iglesia acoge y fomenta con peculiar solicitud aquellas que más directamente atañen al espíritu del hombre y que han abierto nuevos caminos para comunicar con más facilidad, noticias, ideas y doctrinas de todo tipo” (n.1).

Dada la extensión de este documento, insertamos aquí solamente los títulos de los apartados de esta Carta Apostólica:

- Un camino fecundo por la senda del Decreto “*Inter mirifica*”:

La Iglesia advierte que el uso de las técnicas y de las tecnologías de la comunicación contemporánea es parte integrante de su propia misión en el tercer milenio (...) Movida por esta conciencia, la comunicación cristiana ha dado pasos significativos en el uso de los medios de comunicación para la información religiosa, para la evangelización y la catequesis, para la formación de los agentes de pastoral en este sector y para la educación de una madura responsabilidad de los usuarios y destinatarios de los mismos instrumentos de la comunicación (n.2).

En una visión organizada y correcta del desarrollo del ser humano, los medios de comunicación pueden y deben promover la justicia y la solidaridad, refiriendo los acontecimientos de modo cuidadoso y verdadero, analizando completamente las situaciones y los problemas, y dando voz a las diversas opiniones. Los criterios supremos de la verdad y de la justicia en el ejercicio maduro de la libertad y de la responsabilidad constituyen el horizonte dentro del cual se sitúa una auténtica deontología en el aprovechamiento de los modernos y potentes medios de comunicación social (n.3).

- Discernimiento evangélico y compromiso misionero

“También el mundo de los medios de comunicación necesita la redención de Cristo. Para analizar con los ojos de la fe, los procesos y el valor de las comunicaciones sociales resulta de indudable utilidad la profundización de la Sagrada Escritura, la cual se presenta como un “gran código” de comunicación de un mensaje no efímero y ocasional, sino fundamental en razón de su valor salvífico(...). En el Verbo hecho carne el evento comunicativo asume su máxima dimensión salvífica: de este modo se entrega al hombre, en el Espíritu Santo, la capacidad de recibir la salvación y de anunciarla y testimoniarla a los hermanos (n.4).

El Verbo encarnado nos ha dejado el ejemplo de cómo comunicarnos con el Padre y con los hombres, sea viviendo momentos de silencio y de recogimiento, sea predicando en todo lugar y con todos los lenguajes posibles (...). Hay después un momento culminante en el cual la comunicación se hace comunión plena: es el encuentro eucarístico (n.5).

Gracias a la Redención, la capacidad comunicativa de los creyentes se ha sanado y renovado. El encuentro con Cristo los transforma en criaturas nuevas, les permite entrar a formar parte de aquel pueblo que Él ha conquistado con su sangre muriendo sobre la cruz, y los introduce en la vida íntima de la Trinidad (...)

La comunicación penetra las dimensiones esenciales de la Iglesia, llamada a anunciar a todos el gozoso mensaje de la salvación. (...) Los medios de comunicación permiten manifestar el carácter universal del Pueblo de Dios, favoreciendo un intercambio más intenso e inmediato entre las Iglesias locales y alimentando el recíproco conocimiento y colaboración (n.6).

- Cambio de mentalidad y renovación pastoral

“La Iglesia emplea con gusto los medios de comunicación para la propia información y para dilatar los confines de la evangelización, de la

catequesis y de la formación, en la conciencia de que su utilización da respuesta al mandato del Señor: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la Creación” (Mc.16,15). Misión ciertamente no fácil en nuestra época, en la cual se ha difundido en muchos la convicción de que el tiempo de las certezas ha pasado irremediabilmente: el hombre debería aprender a vivir en un horizonte de total ausencia de sentido, en busca de lo provisorio y de lo fugaz. En este contexto, los instrumentos de comunicación pueden ser usados “para proclamar el Evangelio o para reducirlo al silencio en los corazones de los hombres”. Esto representa un serio reto para los creyentes, sobre todo para los padres, familias y para cuantos son responsables de la formación de la infancia y de la juventud (...).

“El fenómeno actual de las comunicaciones sociales impulsa a la Iglesia a una suerte de “conversión” pastoral y cultural para estar en grado de afrontar de manera adecuada el cambio de época que estamos viviendo. De esta exigencia se deben hacer intérpretes, sobre todo, los Pastores: es importante trabajar para que el anuncio del Evangelio se haga de modo incisivo, que estimule la escucha y favorezca la acogida.(...) Es importante garantizar la formación y la atención pastoral de los profesionales de la comunicación. Con frecuencia estas personas se encuentran ante presiones particulares y dilemas éticos que emergen del trabajo cotidiano; muchos de ellos “están sinceramente deseosos de saber y de practicar lo que es justo en el campo ético y moral y esperan de la Iglesia orientación y apoyo (n.9).

- Los medios de comunicación, encrucijada de las grandes cuestiones sociales.

“La Iglesia, que en razón del mensaje de salvación confiado por su Señor es maestra de humanidad, siente el deber de ofrecer su propia contribución para una mejor comprensión de las perspectivas y de las responsabilidades ligadas al actual desarrollo de las comunicaciones sociales. Precisamente porque influyen sobre la conciencia de los individuos, conforman la mentalidad y determinan la visión de las cosas, es necesario insistir de manera clara y fuerte que los instrumentos de la comunicación social constituyen un patrimonio que se debe tutelar y promover. Es necesario que las comunicaciones sociales entren en un cuadro de derechos y deberes orgánicamente estructurados, sea desde el punto de vista de la formación y responsabilidad ética, cuanto de la referencia a las leyes y a las competencias institucionales (...) (n.10).

Se imponen algunas decisiones que se pueden sintetizar en tres opciones fundamentales: formación, participación, diálogo (n.11).

- Comunicar con la fuerza del Espíritu Santo.

El gran reto para los creyentes y para las personas de buena voluntad en nuestro tiempo es el de mantener una comunicación verdadera y libre, que contribuya a consolidar el progreso integral del mundo. A todos se les pide saber cultivar un atento discernimiento y una constante vigilancia, madurando una sana capacidad crítica ante la fuerza persuasiva de los medios de comunicación. También en este campo los creyentes en Cristo saben que pueden contar con la ayuda del Espíritu Santo (n.13).

Palabras de aliento y de esperanza

Termina el Santo Padre con una invitación y unas palabras de aliento a los profesionales y, en especial, a los creyentes que trabajan en el ámbito importante de las Comunicaciones sociales:

“¡No tengáis miedo a las nuevas tecnologías!, ya que están “entre las cosas maravillosas -“inter mirifica”- que Dios ha puesto a nuestra disposición para descubrir, usar, dar a conocer la verdad, incluso la verdad sobre nuestra dignidad y nuestro destino de hijos suyos, herederos del Reino eterno!. ¡No tengáis miedo a la oposición del mundo! Jesús nos ha asegurado “Yo he vencido al mundo” (Jn.16,33).

¡No tengáis miedo a vuestra debilidad y a vuestra incapacidad! El divino Maestro ha dicho: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20). Comunicad el mensaje de esperanza, de gracia y de amor de Cristo, manteniendo siempre viva, en este mundo que pasa, la perspectiva eterna del cielo, perspectiva que ningún medio de comunicación podrá nunca alcanzar directamente (cf. ICort.2,9) (147b).

Que la Virgen Santa nos ayude a comunicar por todos los medios, la belleza y la alegría de la vida en Cristo, nuestro Salvador.

Y) GOBERNANTES, PARLAMENTARIOS, POLÍTICOS MILITARES Y FUERZAS DE SEGURIDAD.

Juan Pablo II dirigió también su palabra a las personas que dedican sus vidas a la función pública de gobernar los pueblos, elaborar y aprobar las leyes y cuidar la “cosa pública”.

*** Homilía en Salvador de Bahía (Brasil) (7-VII-1980)**

Iniciamos la exposición de la doctrina del Santo Padre con unas palabras importantes que agradecemos: “A la Iglesia le corresponde solamente de modo subsidiario la solución de los problemas del orden temporal”.

*** Discurso a los parlamentarios franceses (3-III-1981)**

Juan Pablo II nos ofrece su enseñanza clara en torno a un tema importante: “La fe no debe determinar, de forma apodíctica, la actitud concreta que conviene adoptar en función de cada una de las situaciones o de los proyectos políticos, pues entran en juego muchos elementos que pertenecen a un orden diverso del de la fe y requieren prudencia, hasta el punto de que se puede hablar de una legítima autonomía de lo político”.

“Para sopesar sus opiniones políticas, cada cristiano debe tomar en consideración, no sólo los imperativos inviolables de la moral fundamental, que todo hombre o toda autoridad pública debe tener en cuenta, sino también un cierto número de objetivos que son parte integrante del Evangelio o que están en coherencia con él”.

*** Discurso a los Obispos de Zimbawe, en Visita ad Limina; (18-VI-1982).**

Claras palabras del Santo Padre que es necesario conservar y actuar a su luz: “La Iglesia mantiene su identidad propia, identidad basada en las

enseñanzas de Cristo y no puede confundirse con ningún partido político. No hay partido político que pueda arrogarse el derecho de representarla. Ningún programa político puede proclamar que contiene todas las riquezas del mensaje de la Iglesia”.

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático (Madrid. 2-XI-1982).**

“Si es verdad que la diplomacia es el arte de hacer la paz, es consecuentemente el arte de trabajar por la justicia entre los pueblos y por su bien común. Todo esfuerzo encaminado a la victoria de la justicia fortalece de por sí la paz, la cual es condición indispensable para el verdadero progreso, es decir, para un uso ordenado de los bienes de la tierra. Vosotros, pues, participáis, por profesión en la gran obra de la paz, de la justicia y del bien común (...).

Vuestra misión os pone día a día en contacto con la realidad siempre interpeladora de la situación internacional: os incumbe el deber de defender los intereses legítimos de vuestros respectivos países, pero sois conscientes de que tales intereses están relacionados con los de los otros pueblos; que existe una estrecha interdependencia, que bien podemos llamar interplanetaria (...)

Esta interdependencia, a su vez, exige necesariamente la solidaridad entre los pueblos, es decir, la cooperación mutua. Como dije en Ginebra el 15 de junio pasado, dirigiéndome a la Conferencia Internacional del Trabajo: “Para crear un mundo de justicia y de paz, la solidaridad debe destruir los fundamentos del odio, del egoísmo, de la injusticia, erigidos con demasiada frecuencia en principios ideológicos o en ley esencial de la vida en sociedad” (n.9). (...) La solidaridad es un valor ético, una obligación moral, según la cual cada pueblo, al procurar el bien propio, debe preocuparse por el bien de todos los demás. Es una exigencia del principio de la interdependencia (...).

Detrás de cada Estado y Gobierno hay siempre unos pueblos, unos grupos humanos y más concretamente unas personas revestidas de dignidad espiritual, sujetos siempre de derechos y deberes inalienables. La persona humana, con sus exigencias trascendentes y eternas, es criterio y medida de los esfuerzos de toda política, incluso internacional. (...) El poder de los Estados y las relaciones internacionales deben ser ejercidos según normas éticas exigidas por la dignidad de los pueblos y de las personas. Reconocer, por otra parte, que las personas son sujetos de derechos y de deberes y de un destino superior, es reconocer que son actores de la propia historia y de su progresiva humanización; que son responsables de las actividades dirigidas a

realizar la vocación de la persona humana y dar un sentido a la existencia en cuanto existencia humana” (147c).

*** Homilía en Toledo (España) (4-XI-1982)**

El cristiano sabe que desde las enseñanzas luminosas de la Iglesia, y sin necesidad de seguir una fórmula política únivoca o partidista, debe contribuir a la formación de una sociedad más digna y respetuosa de los derechos humanos, asentada en los principios de justicia y de paz”.

*** Saludo a los periodistas austríacos (3-V-1983)**

“La tarea específica del político cristiano es presentar la visión cristiana del hombre, nuestra esperanza de creyentes en la visión del futuro, el Magisterio social de la Iglesia acuñado por el Evangelio; y presentar estas cosas con convicción en la controversia intelectual de hoy día”.

***Alocución a los Presidentes de los Parlamentos de Estados europeos (Vaticano, 26-XI-1983).**

- La Iglesia está atenta a Europa. “La Iglesia no es ciertamente indiferente al desarrollo equilibrado de las instituciones políticas; además, la Santa Sede está representada en cada uno de vuestros países y en las comunidades europeas por un Nuncio Apostólico.

- La democracia. “Una democracia bien entendida, con una autoridad pública suficientemente fuerte, es un gran acontecimiento si se la parangona con los regímenes fundados sobre la violencia, sobre la dictadura o sobre los privilegios de una oligarquía en la fuerzaLa verdadera democracia debe ser defendida con tenacidad”.

- El problema con el que os enfrentáis. “El problema es el de coordinar por una parte el trabajo legislativo y la autoridad de vuestros Parlamentos nacionales, y por otra parte con la actividad del Parlamento europeo. Me atrevo a afirmar que os encontráis todavía en una fase de ensayo. ¡Un ensayo difícil en muchos aspectos!(...) Se trata de una coordinación delicada la que estáis buscando realizar o preparar; será un gran mérito ante la historia triunfar de forma absolutamente equilibrada en esta difícil obra”.

- El objeto de vuestra actividad. “Debo referirme al objeto de vuestra actividad. Las medidas comunes que se adopten a nivel de la Comunidad afectan claramente a la economía, a los intercambios comerciales, a las producciones agrícolas, mineras e industriales, a las realidades regionales y a las realizaciones culturales. Ellas se refieren también a la vida social de los trabajadores (sean nativos del país o inmigrantes), a la vida familiar, a la

educación y, en consecuencia, a las condiciones de la vida moral. (...) Se trata de reínterirse, y me atrevería a decir de someterse, a esos valores que fundan la vida de la sociedad y su progreso auténtico, de buscar en conciencia el verdadero bien, según convicciones éticas bien arraigadas y un vivo sentido de las responsabilidades. En definitiva, se trata de saber qué tipo de sociedad se quiere promover”.

- Europa y el Cristianismo. “La Europa que representais corresponde a países con una larga tradición cristianas; casi podríamos decir que, en su mayoría, su historia nacional se ha confundido hasta hoy con la historia cristiana. ¿Cómo no augurar que Europa pueda dar aquí un testimonio original, a todos los niveles, inclusive el de la democracia? La democracia no tiende a un igualitarismo nivelador sino al respeto de la personas, de sus derechos fundamentales, de su libertad, con especial atención al papel primordial de las familias y de los cuerpos intermedios, salvaguardando igualmente el esfuerzo para superar los intereses particulares, cuando está en juego el bien común. Bajo este punto de vista hablamos de ética parlamentaria”.

- ¿Qué espera la Comunidad internacional de Europa? “La comunidad internacional espera de la comunidad europea un testimonio de justicia y de fraternidad, una contribución original y eficaz para cesar las guerras en curso, para buscar soluciones negociadas de forma equilibrada, para rechazar la violencia, el terrorismo, la tortura, las ejecuciones sumarias perpetradas por algunos gobiernos legítimos, para el desarme progresivo y controlado, para el mejoramiento de los términos de intercambio entre países ricos y pobres, para ayudar realmente a eliminar el hambre y para acceder a un desarrollo de los pueblos a partir de sus recursos.

- Europa puede ayudar a otros países. “A pesar de los propios problemas y debilidades, Europa está en condiciones de efectuar esta contribución. Ella debe efectuarla. (...) Las naciones del mundo tienen el derecho de esperar una ayuda particular” (Insegnamento di Giovanni Paolo II; VI/2 (1983); 1186-1189).

*** Discurso a las autoridades en Liechtenstein (8-IX-1985)**

“El hombre político cristiano (...) no puede dejar a un lado su conciencia, formada en la fe cristiana y siempre en vías de formación, cuando hay que consultar y decidir”.

*** Discurso a Obispos de Uruguay (16-X-1989)**

“Si bien la Iglesia reconoce la legítima autonomía de la acción política, sin embargo, “los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la

participación en la política: es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (ChFL, 42).

*** Discurso de Juan Pablo II en el Jubileo de los Gobernantes, Parlamentarios y Políticos (4-XI-2000).**

- ¿En que consiste la política?

La política es el uso del poder legítimo para la consecución del bien común de la sociedad- Bien que “abarca el conjunto de aquellas condiciones de la vida social con las que los hombres, familias y asociaciones pueden lograr más plena y fácilmente su perfección propia” (GS, 74). La actividad política, por tanto, debe realizarse con espíritu de servicio (cf. OA, 46).

- ¿Cómo debe comportarse el cristiano que actúa en política?

Por tanto, el cristiano que actúa en política -y quiere hacerlo como cristiano- ha de trabajar desinteresadamente, no buscando la propia utilidad, ni la de su propio grupo o partido, sino el bien de todos y de cada uno y, por lo tanto, y en primer lugar, el de los más desfavorecidos de la sociedad. (...)

- La justicia, la preocupación más importante del político cristiano

El Santo Padre les dice que ésta tiene que ser precisamente la preocupación esencial del hombre político, la justicia. Una justicia que no se contenta con dar a cada uno lo suyo sino que tiende a crear entre los ciudadanos condiciones de igualdad en las oportunidades y, por tanto, a favorecer a aquellos que, por su condición social, cultural o salud corren el riesgo de quedar relegados o de ocupar siempre los últimos puestos en la sociedad, sin posibilidad de una recuperación personal (n.2).

- Dolor por las guerras y guerrillas existentes en el mundo

Pienso con gran preocupación en aquellas regiones del mundo afligidas por guerras y guerrillas sin fin, por el hambre endémica y por terribles enfermedades. Muchos de ustedes están tan preocupados como yo por este estado de cosas que, desde un punto de vista cristiano y humano, representa el más grave pecado de injusticia del mundo moderno y, por tanto, ha de conmover profundamente la conciencia de los cristianos de hoy...(…)

- El necesario espíritu de solidaridad

En realidad para vencer el egoísmo de las personas y las naciones, lo que debe crecer en el mundo es el espíritu de solidaridad. Sólo así se podrá poner freno a la búsqueda del poder político y riqueza económica por encima de cualquier referencia a otros valores.

- La globalización y el mercado deben regirse por criterios morales

En un mercado globalizado, en el que el mercado, que de por sí tiene un papel positivo para la libre creatividad humana en el sector de la economía (cf. CA,42), tiende sin embargo a desentenderse de toda consideración moral, asumiendo como única norma la ley del máximo beneficio, aquellos cristianos que se sienten llamados por Dios a la vida pública tienen la tarea -ciertamente bastante difícil, pero necesaria- de doblegar las leyes de mercado “salvaje” a las de la justicia y la solidaridad. Ese es el único camino para asegurar a nuestro mundo un futuro pacífico, arrancando de raíz las causas de conflictos y guerras: la paz es fruto de la justicia” (n.3).

- Llamada a los Legisladores

Quisiera ahora, en particular, dirigir una palabra a aquellos de ustedes que tienen la delicada misión de formular y aprobar las leyes: una tarea que aproxima el hombre a Dios, supremo Legislador, de cuya ley eterna toda ley recibe en última instancia su validez y su fuerza obligatoria. A esto se refiere precisamente la afirmación de que la ley positiva no puede contradecir la ley natural, al ser ésta una indicación de las normas primeras y esenciales que regulan la vida moral y, por tanto, expresión de las características, de las exigencias profundas y de los más elevados valores de la persona humana. “En la base de estos valores no pueden estar provisionales y volubles “mayorías” de opinión, sino sólo el reconocimiento de una ley moral objetiva que, en cuanto “ley natural” inscrita en el corazón del hombre, es punto de referencia normativa de la misma ley civil” (EV.70).

Esto significa que las leyes, sean cuales fueren los campos en que interviene o se ve obligado a intervenir el legislador, tienen que respetar y promover siempre a las personas humanas en sus diversas exigencias espirituales y materiales, individuales, familiares y sociales. Por tato, una ley que no respete el derecho a la vida del ser humano -desde la concepción a la muerte natural, sea cual fuere la condición en que se, sano o enfermo, todavía en estado embrionario, anciano o en estado terminal- no es una ley conforme al designio divino. Así pues, un legislador cristiano no puede contribuir a formularla ni aprobarla en sede parlamentaria, aun cuando, durante las discusiones parlamentarias allí donde existe, le es lícito proponer enmiendas que atenúen su carácter nocivo. Lo mismo puede decirse de toda ley que

perjudique a la familia y atente contra su unidad e indisolubilidad, o bien otorgue validez legal a uniones entre personas, incluso del mismo sexo, que pretendan suplantarlo, con los mismos derechos, a la familia basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer.

- El legislador cristiano en una sociedad pluralista

En la actual sociedad pluralista, el legislador cristiano se encuentra ciertamente ante concepciones de vida, leyes y peticiones de legalización, que contrastan con la propia conciencia. En tales casos, será la prudencia cristiana, que es la virtud propia del político cristiano, la que le indique cómo comportarse para que, de un lado, no desoiga la voz de su conciencia rectamente formada y, por otra, no deje de cumplir su tarea de legislador. Para el cristiano de hoy, no se trata de huir del mundo en el que le ha puesto la llamada de Dios, sino más bien de dar testimonio de su propia fe y de ser coherente con los propios principios, en las circunstancias difíciles y siempre nuevas que caracterizan el ámbito político (n.4).

- Los tiempos actuales son difíciles y complejos

“Los tiempos que Dios nos ha concedido vivir son en buena parte oscuros y difíciles, puesto que son momentos en que se pone en juego el futuro mismo de la humanidad en el milenio que se abre ante nosotros. (...) Somos conscientes de estar sólo al comienzo de un camino que no se sabe dónde desembocará y si será provechoso o dañino para los hombres del siglo XXI.

- Los cristianos vivimos esperanzados hoy y siempre

Nosotros, los cristianos de este tiempo formidable y maravilloso al mismo tiempo, aun participando en los miedos, las incertidumbres y los vinterrogantes de los hombres de hoy, no somos pesimistas sobre el futuro, puesto que tenemos la certeza de que Jesucristo es el Dios de la historia, y porque tenemos en el Evangelio la luz que ilumina nuestro camino, incluso en los momentos difíciles y oscuros (n.5) (148).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa del Jubileo de los Gobernantes y Políticos (5-XI-2000).**

El sentido y el valor de la Ley divina.

El Santo Padre explica el sentido y el valor de la Ley divina: “El Pueblo de Israel sabe que el Decálogo es un compromiso obligatorio, pero sabe

también que es la condición para la vida: “Mira, dice el Señor, yo pongo ante ti la vida y la muerte, es decir, el bien y el mal; te prescribo cumplir mis mandamientos, para que tengas vida”(cf. Deut. 30,15). Con su Ley, Dios no quiere coartar la voluntad del hombre, sino liberarlo de todo aquello que puede comprometer su auténtica dignidad y plena realización.

Me he detenido (...) a reflexionar sobre el sentido y sobre el valor de la Ley divina, porque éste es un argumento que os toca de cerca. ¿No es quizás, vuestra tarea cotidiana, la de elaborar leyes justas y hacerlas aprobar y aplicarlas? Al hacer esto estáis convencidos de rendir un importante servicio al hombre, a la sociedad, a la libertad humana. Y justamente. La ley humana en efecto, si es justa, no está nunca contra, sino al servicio de la libertad. (...) La libertad a la que hace referencia la palabra de Dios se enraíza en el corazón del hombre, un corazón que Dios puede liberar del egoísmo, haciéndolo capaz de abrirse al amor desinteresado. (...) Sólo Dios tiene la facultad de purificar el corazón humano del egoísmo y “liberarlo” para dotarlo con plena capacidad de amar. Un hombre con el corazón así “enriquecido” puede abrirse al hermano y hacerse cargo de él con la misma solicitud con que la que se preocupa de sí mismo (...) Quien ama a Dios con todo el corazón y lo reconoce como “único Dios”, y por tanto como Padre de todos, no puede ver a cuantos encuentran el camino más que como otros hermanos (n.3).

Amar al prójimo como a sí mismo

Estas palabras encuentran seguramente eco en vuestras almas, queridos Gobernantes, Parlamentarios, Políticos y Administradores. Os plantean hoy a cada uno, con ocasión de vuestro Jubileo, una cuestión central: ¿de qué manera, en vuestro delicado y comprometido servicio al Estado y a los ciudadanos, podéis dar cumplimiento a este mandamiento? La respuesta es clara: viviendo el compromiso político como un servicio. ¡Perspectiva tan obvia como exigente! Esa no puede, en efecto, reducirse a una reafirmación genérica de principios o a la declaración de buenas intenciones. El servicio político pasa a través de un diligente y cotidiano compromiso, que exige una gran competencia en el desarrollo del propio deber y una moralidad a toda prueba en la gestión desinteresada y transparente del poder.

Por otra parte, la coherencia personal del político ha de expresarse también en una correcta concepción de la vida social y política a la que él está llamado a servir. Bajo este punto de vista, un político cristiano no puede dejar de hacer constante referencia a aquellos principios que la doctrina social de la Iglesia ha desarrollado a lo largo del tiempo. Esos, como es sabido, no constituyen una “ideología” y menos un “programa político”, sino que ofrecen las líneas fundamentales para una comprensión del hombre y de la sociedad a

la luz de la ley ética universal presente en el corazón de todo hombre e iluminada por la revelación evangélica (cf. “Sollicitudo Rei sociales”, 41). A vosotros corresponde, queridos Hermanos y Hermanas comprometidos en política, haceros intérpretes convencidos y activos.

Ciertamente, en la aplicación de estos principios a la compleja realidad política, será frecuentemente inevitable encontrarse con ámbitos, problemas y circunstancias que pueden dar legítimamente lugar a diversas valoraciones concretas. Al mismo tiempo, sin embargo, no se puede justificar un pragmatismo que, también respecto a los valores esenciales y básicos de la vida social, reduzca la política a pura mediación de los intereses o, aún peor, a una cuestión de demagogia o de cálculos electorales. Si el derecho no puede y no debe cubrir todo el ámbito de la ley moral, se debe también recordar que no puede ir “contra” la ley moral.

Esto adquiere particular relieve en esta fase de transformaciones intensas, que ve surgir una nueva dimensión de la política. El declive de las ideologías se acompaña de una crisis de formaciones partidistas, que reta a comprender de modo nuevo la representación política y el papel de las instituciones. Es necesario redescubrir el sentido de la participación, implicando en mayor medida a los ciudadanos en la búsqueda de vías oportunas para avanzar hacia una realización siempre más satisfactoria del bien común.

En tal tarea el cristiano evitará ceder a la tentación de la oposición violenta, fuente, a menudo, de grandes sufrimientos para la comunidad. El diálogo se presenta siempre como instrumento insustituible de toda confrontación constructiva, sea en las relaciones internas de los Estados como en las internacionales. ¿Y quién podrá asumir esta “tarea” del diálogo mejor que el político cristiano, que cada día debe confrontarse con aquello que Cristo ha denominado el “primero de los mandamientos”, el mandamiento del amor? (n.5) (149).

- Una llamada a los gobernantes, parlamentarios, políticos...

“He querido ofreceros la protección de una Patrono especial: el santo mártir Tomás Moro. Su figura es verdaderamente ejemplar para quien quiera que esté llamado a servir al hombre y a la sociedad en el ámbito civil y político. (...) Como estadista él se puso siempre al servicio de la persona, especialmente del débil y del pobre; los honores y las riquezas no hicieron mella en él, guiado como estaba por un distinguido sentido de la equidad. Sobre todo él no aceptó nunca ir contra la propia conciencia, llegando hasta el sacrificio supremo, con tal de no desoír su voz. ¡Invocadlo, seguidlo, imitadlo!

Su intercesión no os faltará para obtener, también en las situaciones más arduas, fortaleza, buen humor, paciencia y perseverancia” (n.6)..

*** Discurso de Juan Pablo II en el Jubileo de las Militares y de las Fuerzas de Seguridad (19-XI-2000)**

¿Quién mejor que vosotros (...) puede dar testimonio acerca de la violencia y de las fuerzas disgregadoras presentes en el mundo? Vosotros lucháis cada día contra ellas, pues estáis llamados a defender a los débiles, a tutelar al honrado, a fomentar la convivencia pacífica entre los pueblos (n.2).

Vuestra experiencia diaria os lleva a afrontar situaciones difíciles y a veces dramáticas que ponen en peligro las seguridades humanas. El Evangelio, empero, nos consuela al presentarnos la figura victoriosa de Cristo, juez de la historia, quien ilumina con su presencia la tiniebla e incluso la desesperación del hombre, y ofrece a cuantos en Él confían la consoladora certeza de su constante asistencia. (...)

Por muy complejas y problemáticas que resulten las situaciones, no perdáis la confianza. En el corazón del hombre jamás debe morir el germen de la esperanza. Al contrario, prestad siempre atención para avizorar y alentar todo signo positivo de renovación personal y social. Estad dispuestos a favorecer con todos los medios la valiente construcción de la justicia y de la paz (n.3).

Es la paz un derecho básico de todo hombre que hay que promover continuamente, teniendo en cuenta que “en la medida en que los hombres son pecadores, les amenaza, y les amenazará hasta la venida de Cristo, el peligro de la guerra” (GS 78).

A veces esta tarea (...) implica iniciativas concretas con el fin de desarmar al agresor. Me refiero con ellos a la denominada “injerencia humanitaria”, que constituye, tras el fracaso de los esfuerzos de la política y de los instrumentos de defensa no violentos, el intento extremo al que recurrir para arrestar el brazo del injusto agresor. (...)

Sed hombres y mujeres de paz. Y para poder serlo en plenitud, acoged en vuestro corazón a Cristo, autor y garante de la paz auténtica” (n.4) (150).

El Santo Padre se acuerda de los que han muerto: “Quisiera rendir homenaje a tantos amigos vuestros que pagaron con la vida la fidelidad a su misión. Olvidándose de sí mismos, despreciando el peligro, han proporcionando a la comunidad un servicio de incalculable valor. Y hoy,

durante esta celebración eucarística, los encomendamos al Señor con gratitud y admiración” (n.5).

*** Allocución al Parlamento italiano (14 de noviembre de 2002)**

“Siguiendo con afectuosa atención el recorrido de esta gran nación, he llegado a la convicción de que Italia tiene necesidad de incrementar su solidaridad y cohesión interna para expresar mejor sus propias características.

- Política y democracia. “El Concilio Vaticano II enseña que “la comunidad política existe (...) en función de aquel bien común en el que encuentra significado y plena justificación y del que recava su ordenamiento jurídico originario y propio” (GS 74). Los desafíos que emergen ante un Estado democrático exigen de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, con independencia de su opción política, una cooperación solidaria y generosa para la edificación del bien común de la nación. Tal cooperación, sin embargo, no puede prescindir de los valores fundamentales éticos inscritos en la naturaleza misma del ser humano.

- Democracia y relativismo. “En este sentido, en la Encíclica “*Veritatis Splendor*” puse en guardia del “riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético, que despoja a la convivencia civil de cualquier referencia moral segura y le priva, de modo más radical, del reconocimiento de la verdad” (n.10). De hecho, si no existe ninguna verdad última que guíe y oriente la política, apuntaba en otra Encíclica, la *Centessimus Annus*”, “las ideas y las convicciones pueden ser manipuladas por el poder. Una democracia sin valores se convierte fácilmente en un totalitarismo abierto e incluso engañoso como demuestra la Historia” (n.46).

- La crisis de la natalidad, el declive demográfico y el envejecimiento de la población. “La cruda realidad que ponen de manifiesto las cifras, obliga a tomar en serio los problemas humanos, sociales y económicos que esta crisis provocará inexorablemente en Italia en los próximos decenios. Pero, sobre todo, estimula -es más, me atrevo a decir, obliga- a los ciudadanos a empeñarse con responsabilidad en favorecer una neta transformación de esta tendencia. La acción pastoral a favor de la familia y de la acogida de la vida, más aún, a favor de una existencia abierta a la lógica del don de sí misma, es la aportación que la Iglesia ofrece a la construcción de una mentalidad y una cultura capaces de esta transformación. No obstante, son amplios los espacios para una iniciativa política que, manteniendo firme el reconocimiento de los derechos de la familia, como sociedad natural fundada en el matrimonio, según el dictado de la Constitución de la República Italiana (cf. art. 29), consiga social y económicamente que la procreación y la educación de los hijos sea menos onerosa”.

- La sólida formación de la persona. “Aumenta la necesidad de fomentar una sólida formación de la persona(...) La formación intelectual y la

educación moral de los jóvenes constituyen las dos vías fundamentales a través de las cuales, en los años sucesivos al crecimiento, cada uno pueda ponerse a prueba a sí mismo, ampliando los horizontes de la inteligencia, y preparándose para afrontar la realidad de la vida (...) Una nación solícita por su propio futuro favorece el desarrollo de la enseñanza en un sano clima de libertad y no escatima los esfuerzos por mejorar su calidad en estrecha conexión con la familia y con todos los componentes sociales, como sucede en la mayor parte de los países europeos. No menos importante para la formación de la persona es el clima moral que predomina en las relaciones sociales y que actualmente encuentra un eco grande y determinante en los medios de comunicación. Es éste un desafío para cada individuo y para la familia, pero interpela de forma especial a quien tiene una mayor responsabilidad política e institucional. La Iglesia, por su parte, no se cansará de desarrollar, también en este ámbito, su misión en la educación que pertenece a su propia naturaleza.”.

- La atención a los más débiles. “El carácter realmente humanista de un cuerpo social se manifiesta particularmente en la atención que llega a prestar a los más débiles. (...) No se puede dejar de admirar los grandes progresos logrados en una sociedad en la que se han asegurado aceptables condiciones de vida a todos. Pero es inevitable reconocer todavía hoy la grave crisis de desempleo, sobre todo, de los jóvenes, y la enorme pobreza que aflige a numerosas personas y familias italianas o inmigrantes del país. Por tanto, se palpa la necesidad de una solidaridad espontánea y capilar y la Iglesia está empeñada en darle de corazón su propia contribución. Tal solidaridad, sin embargo, no puede dejar de contar con la constante solicitud de las instituciones públicas.(...) Merece que se preste atención a las cárceles donde los detenidos son obligados a menudo a vivir hacinados. Una señal de clemencia como la reducción de la pena constituirá una clara manifestación de sensibilidad, que no dejaría de estimular el empeño personal por recuperarse de cara a una positiva reinserción social” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XXV/2 (2002), 712-719).

*** Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (12-I-2004).**

El Santo Padre recibe y acoge a todos los miembros del Cuerpo Diplomático acreditados ante la Santa Sede y les dice: “El presente encuentro también constituye para mí un momento privilegiado que me depara la ocasión de dirigir una mirada a la situación del mundo, tal y como los hombres y las mujeres contemporáneos van forjándolo”.

Juan Pablo II pone de relieve tres temas de verdadera importancia.

- La paz, siempre amenazada:

Juan Pablo II habla de la situación de Iraq: “Lo que hoy importa es que la comunidad internacional ayude a los ciudadanos iraquíes, libres ya de un régimen opresor, para que se vean en condiciones de retomar las riendas de su país, consolidar su soberanía y determinar democráticamente un sistema político y económico conforme a sus aspiraciones, con el fin de que Iraq vuelva a ser un interlocutor fiable en el seno de la comunidad internacional.

El Papa presta también su atención al problema israelo-palestino: “la falta de solución del problema israelo-palestino sigue siendo un factor de desestabilización permanente para toda la región, por no hablar de los sufrimientos indecibles impuestos a los pueblos israelí y palestino. Jamás me cansaré de repetir a los responsables de ambos pueblos que la opción armada, el recurso por un lado al terrorismo y por otro a las represalias, la humillación del adversario, la propaganda inspirada por el odio, no llevan a ninguna parte. Sólo el respeto a las aspiraciones legítimas de unos y otros, la vuelta a la mesa de negociación y la implicación concreta de la comunidad internacional pueden favorecer un principio de solución. Una paz auténtica y duradera no puede reducirse a mero equilibrio entre fuerzas opuestas, sino que es, ante todo, fruto de una acción moral y jurídica.

También podrían mencionarse otras tensiones y otros conflictos - especialmente presentes en Africa- cuyo impacto sobre los pueblos se revela dramático. A los efectos de la violencia se les añaden la depauperación y el deterioro de la urdimbre institucional, que sumen a pueblos enteros en la desesperación (n.1).

- La fe: una fuerza para construir la paz.

El Santo Padre aborda un segundo tema: la fe que hace posible la paz: “Cuando uno cree que toda persona ha recibido del Creador una dignidad única; que cada uno de nosotros es sujeto de derechos y libertades inalienables; que servir al otro es crecer en humanidad; más aún, cuando uno se declara discípulo de aquel que dijo: “la señal por la que conocerán que sois mis discípulos, será que os amáis unos a otros” (Jn.13,35), resulta fácil comprender qué enorme capital representan las comunidades de creyentes en la edificación de un mundo pacificado y pacífico” (n,2).

- La religión en la sociedad: presencia y diálogo.

El Santo Padre habla ahora del laicismo: “La laicidad no es laicismo. Es el mero respeto de todas las creencias por parte del Estado, que asegura el

libre ejercicio de las actividades culturales, espirituales, culturales y caritativas de las comunidades, de creyentes. En una sociedad pluralista, la laicidad es un vínculo de comunicación entre las diferentes tradiciones espirituales y la nación. Las relaciones Iglesia-Estado pueden y deben dar lugar, al contrario, a un diálogo respetuoso, portador de experiencia y de valores fecundos para el porvenir de la nación. Un diálogo sano entre el Estado y las Iglesias -que no están entre sí en relación de competencia, sino de colaboración- puede indudablemente fomentar el desarrollo integral de la persona y la armonía de la sociedad” (n.3).

- Todos juntos, los cristianos somos responsables de la paz y de la unidad de la familia humana.

El Santo Padre manifiesta: “el compromiso ecuménico constituye una de las consideraciones cruciales de mi pontificado. Y es que estoy convencido de que si los cristianos fueran capaces de superar sus divisiones, el mundo resultaría más solidario. (...) Como cristianos, tenemos la responsabilidad del “Evangelio de la paz” (Ef.6, 15). Todos juntos, podemos contribuir eficazmente al respeto a la vida, a la salvaguardia de la dignidad de la persona y de sus derechos inalienables, a la justicia social y a la conservación del medio ambiente (...) Nunca se estimará lo suficiente la influencia pacificadora que unos cristianos unidos podrían tener tanto en el seno de la propia comunidad como en el ámbito de la sociedad civil” (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas Credenciales de la nueva embajadora de la República Árabe de Egipto ante la Santa Sede, señora Nevine Simaika Halim (18-IV-2004).**

- Al servicio de la paz: “la Santa Sede no deja de recordar en estos tiempos difíciles, que sólo podrá haber una paz duradera en las relaciones internacionales si la voluntad de diálogo prevalece sobre la lógica del enfrentamiento.(...) La violencia nada bueno produce, sino únicamente odio, destrucción y muerte. Invoco una vez más el sentido de responsabilidad de la comunidad internacional con vistas a favorecer el regreso a la razón y a la negociación, única salida viable para los conflictos entre los hombres, pues todos los pueblos tienen derecho a vivir en serenidad y paz (n.2).

Garantizar la paz el bienestar y la seguridad de los ciudadanos constituye una de las responsabilidades prioritarias del Estado. Ello implica que éste asegure la igualdad de todos ante la Ley y que favorezca el respeto recíproco y el buen entendimiento entre los diversos componentes de la nación.(...) Me permito llamar la atención de todos los responsables de la sociedad civil con el fin de que estos derechos personales se vean

efectivamente respetados doquiera vivan comunidades de cristianos, de manera que no teman éstos ninguna forma de discriminación o de violencia. Los católicos de Egipto, por su parte, participan gustosos de manera activa en el desarrollo de su país, trabajando constantemente por estrechar relaciones pacíficas con sus compatriotas (n.3).

- Papel de las Religiones en la construcción de la paz: “para alcanzar la paz, las religiones tienen un importante papel que desempeñar. Todas ellas tienen una palabra acerca del hombre, sobre sus deberes para con el Creador; difunden una enseñanza que honra la vida como don sagrado de Dios que el hombre ha de respetar y cuidar. Como he afirmado frecuentemente, las religiones están llamadas a comprometerse con determinación, en virtud de ese mismo hecho, a denunciar y a rechazar todo recurso a la violencia como contrario a su finalidad propia, que estriba precisamente en reconciliar a los hombres unos con otros y con Dios. Las religiones, que ostentan a menudo tareas específicamente educativas para con niños y jóvenes, tienen a este respecto una importante responsabilidad que asumir en los contenidos de sus enseñanzas, para que se impugne y rechace todo enfoque sectario y, al contrario, se desarrolle y se favorezca todo aquello que permita un descubrimiento más profundo del otro y un mayor respeto a él” (n.4).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas Credenciales del nuevo embajador del Perú ante la Santa Sede, Sr. Pablo Morán Val (7-XII-2004).**

El Santo Padre dice: “la fe católica (...) suscita, por su propio dinamismo una conducta individual y social de largas miras, favoreciendo, cuando no hay separación entre fe y vida, una existencia sin incoherencias ni fracturas, dejando de lado la tentación del recurso a la violencia, el egoísmo o la corrupción, pues la Iglesia, fiel a su misión, ofrece sus orientaciones para afrontar los desafíos éticos contemporáneos” (n.2).

Hace pocos meses los obispos del Perú reiteraban su urgente llamado “a la paz, a la concordia y al entendimiento...; un llamado a la esperanza, a construir el Perú, buscar el orden social, a defender el estado de derecho y la constitucionalidad”. Si bien es importante defender los valores cívicos, no se debe olvidar que estos serán más respetados cuando se basan en los valores éticos y morales de la honestidad, la solidaridad efectiva, de modo que se puedan corregir las injustas desigualdades sociales y los individualismos personales y sociales que dificultan la realización plena del bien común” (n.3).

Reconoce el Santo Padre los esfuerzos que llevan a cabo las autoridades para mejorar las condiciones de vida de los sectores menos favorecidos de la sociedad...(n.4). Y añade el Papa: “la satisfacción de las necesidades básicas de los más desheredados y excluidos debe considerarse una prioridad fundamental, ya que las aceleradas transformaciones de la economía internacional han colocado a muchos de ellos en una situación casi desesperada. Ante ello, la Iglesia, madre y maestra, fiel a su misión acompaña de cerca de tantas familias y personas que viven hoy las consecuencias deshumanizantes de esta circunstancia. Este es uno de los campos donde la colaboración entre las diversas instancias públicas y la comunidad eclesial encuentra un terreno fértil para atender y ayudar a los pobres” (n.4).

Juan Pablo II hace una llamada a la defensa de la vida humana y de la familia: “Es de desear que no queden fuera de las medidas del Gobierno la defensa de la vida humana y de la institución familiar, hoy tan amenazada en tantas partes por un concepto equivocado de modernidad o de libertad, pues la familia, configurada según el orden natural establecido por el Creador, es la base insustituible del desarrollo armónico de una nación” (n.5).

El Papa tiene también un recuerdo para los peruanos que han tenido que ir a buscar trabajo a otros países y naciones para “encontrar mejores condiciones de vida” (n.6).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas Credenciales del nuevo embajador de Cuba ante la Santa Sede, Sr. Raúl Roa Kouri (8-I-2005).**

El Santo expresa en este discurso los grandes deseos para Cuba:

- “La Santa Sede desea vivamente que se puedan superar cuanto antes los obstáculos que impiden la libre comunicación e intercambio entre la nación cubana y parte de la comunidad internacional, afianzando así, mediante un diálogo respetuoso y abierto con todos, las condiciones necesarias para un auténtico desarrollo (n.2).

- “La Iglesia en Cuba, con su presencia evangelizadora y con espíritu de servicio sincero y efectivo al pueblo cubano, se esfuerza por poner de relieve ese magisterio social no sólo de palabra, sino también con sus empeños y realizaciones concretas (...) (n.3).

Para que la acción de la Iglesia en el seno del pueblo cubano llegue a ser más eficaz en orden a la promoción del bien común, es conveniente que, en un ambiente de genuina libertad religiosa (DH 13), pueda mantener e

incrementar los vínculos ya existentes de solidaridad con otras Iglesias hermanas, que no dudan en apoyar generosamente de maneras muy diversas y, en particular, poniendo a disposición sacerdotes, religiosos y religiosas, que favorezcan la obra de la Iglesia católica en Cuba, cuyos miembros son parte del pueblo cubano, viviendo unidos y en comunión y sintonía con la Sede Apostólica (n.3).

- En toda sociedad pluralista la Iglesia presenta sus orientaciones y propuestas, que pueden llevar a puntos de vista diferentes entre quienes comparten la fe y quienes no la profesan. Las divergencias en este sentido no deben producir ninguna forma de conflictividad social sino más bien favorecer un diálogo constructivo y amplio.

- A este respecto hay temas en los cuales la Iglesia en Cuba desea iluminar la realidad social, como por ejemplo la amplia problemática suscitada por la promoción de la dignidad humana; la consideración de la realidad familiar y la educación de las nuevas generaciones en una cultura de la paz, de la vida y de la esperanza; la compleja relación entre la economía y los valores del espíritu; la atención global de la persona humana, aspectos estos en los cuales es conveniente un diálogo con todos los grupos que integran el pueblo cubano” (n.4).

*** Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (10-I-2005)**

- La Iglesia no se siente extranjera en ningún pueblo

La Iglesia católica, universal por naturaleza, está siempre implicada directamente y participa en las grandes causas por las que el hombre actual sufre y espera. No se siente extranjera en ningún pueblo, porque donde se encuentre un cristiano, miembro suyo, está presente todo el cuerpo de la iglesia. Más aún, donde quiera que se encuentre un hombre, allí se establece para nosotros un vínculo de fraternidad (n.3).

- Los grandes desafíos actuales de la humanidad

- + El desafío de la vida: La vida es el primer don que Dios nos ha hecho y la primera riqueza de la que puede gozar el hombre. La Iglesia anuncia “el evangelio de la vida”. Y el Estado tiene precisamente como tarea primordial la protección y la promoción de la vida humana. En estos últimos años el desafío de la vida se está haciendo cada vez más amplio y crucial. Se ha ido centrando particularmente en el inicio de la vida humana, cuando el hombre es más débil y debe ser protegido mejor. Se enfrentan concepciones opuestas sobre temas

como el aborto, la procreación asistida, el uso de células madre embrionarias humanas con finalidades científicas y la clonación.

La posición de la Iglesia, apoyada en la razón y la ciencia, es clara: el embrión humano es un sujeto idéntico al niño que va a nacer y al que ha nacido a partir de ese embrión. Por tanto, nada que viole su integridad y o dignidad es éticamente admisible. Además una investigación científica que reduzca el embrión a objeto de laboratorio no es digna del hombre. Ciertamente se ha de alentar y promover la investigación científica en el campo genético, pero, como cualquier otra actividad humana, nunca puede considerarse exenta de los imperativos morales; por otra parte, puede desarrollarse en el campo de las células madre adultas son prometedoras perspectivas de éxito.

Al mismo tiempo, el desafío de la vida tiene lugar en lo que es propiamente el santuario de la vida: la familia. La familia se ve amenazada hoy por factores sociales y culturales que, ejerciendo presión sobre ella, hacen más difícil su estabilidad; pero en algunos países, la familia está también amenazada por una legislación que atenta -a veces incluso directamente- contra su estructura natural, la cual es y sólo puede ser la de la unión de un hombre y una mujer, fundada en el matrimonio. La familia es fuente fecunda de la vida, el presupuesto primordial e irremplazable de la felicidad individual de los esposos, de la formación de los hijos y del bienestar social, así como de la misma prosperidad material de la nación. (...) (n.5).

+ El desafío del pan. Se ha dado ya la alarma sobre el hambre en el mundo. Los datos son dramáticos. (...) Para responder a esta necesidad, que aumenta en magnitud y urgencia, se requiere una vasta movilización moral de la opinión pública y, más aún, de los responsables de la política, sobre todo en aquellos países que han alcanzado un nivel de vida satisfactorio y próspero.

Quiero recordar un gran principio de la doctrina social de la Iglesia: el destino universal de los bienes de la tierra. Es un principio que ciertamente no justifica formas colectivistas de política económica, sino que debe motivar un compromiso radical para la justicia y un esfuerzo de solidaridad más atento y determinado.

+ El desafío de la paz. La paz, bien supremo, que condiciona la consecución de otros muchos bienes esenciales, es el sueño de todas las generaciones. ¡Cuántas guerras! A estas se añade el fenómeno cruel e inhumano del terrorismo. Contra estos males hemos de trabajar. “Para construir una paz verdadera y duradera en nuestro planeta ensangrentado, es necesaria una fuerza de paz que no retroceda ante ninguna dificultad. Es una

fuerza que el hombre por sí solo no consigue alcanzar ni conservar: es un don de Dios. (...) Nosotros estamos invitados a ser instrumentos activos de la misma, venciendo el mal con el bien. (n.6).

+ El desafío de la libertad. La libertad es un gran bien, porque sin ella el hombre no puede realizarse de manera consecuente con su naturaleza. La libertad es luz: permite elegir responsablemente sus propias metas y el camino para alcanzarlas. En el núcleo más íntimo de la libertad humana está el derecho a la libertad religiosa, porque se refiere a la relación más esencial del hombre: su relación con Dios. La libertad religiosa está, asimismo, garantizada expresamente por la Declaración de Derechos Humanos de la ONU (art.18). El Concilio Vaticano II la reconoció de forma solemne (DH). (...) No hay que temer que la justa libertad religiosa sea un límite para las otras libertades o perjudique la convivencia civil. Al contrario, con la libertad religiosa se desarrolla y florece también cualquier otra libertad, porque la libertad es un bien indivisible, prerrogativa de la misma persona humana y de su dignidad. No hay que temer que la libertad religiosa, una vez reconocida para la Iglesia católica, interfiera en el campo de la libertad política y de las competencias propias del Estado.

La Iglesia sabe distinguir bien, como es su deber, lo que es del César y lo que es de Dios; coopera activamente con vistas al bien común de la sociedad porque rechaza la mentira y educa para la verdad, condena el odio y el desprecio, e invita a la fraternidad; promueve siempre por doquier las obras de caridad, las ciencias y las artes.

La Iglesia quiere solamente libertad para poder prestar un servicio válido de colaboración con todas las instancias públicas y privadas que se interesen por el bien del hombre. La verdadera libertad es siempre para vencer al mal con el bien (n.8) (151).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas credenciales de la nueva embajadora de los Países Bajos ante la Santa Sede, señora Monique Patricia Antoinette Frank (22-I-2005).**

El Santo Padre trata en su discurso de estos puntos:

- El diálogo interreligioso y el servicio a la paz: “tomé la iniciativa, hace ahora unos tres años, de reunir en Asís a representantes de las grandes Religiones mundiales con el fin de manifestar juntos nuestra voluntad de paz; los invité a fomentar un diálogo en profundidad entre todas las religiones, y les pedí sobre todo una renuncia absoluta a toda legitimación del recurso a la violencia por motivos religiosos; más aún, una condena explícita del mismo.

Desde entonces, la Santa Sede se ha dedicado a promover, a todos los niveles, un diálogo interreligioso auténtico, invitando a los cristianos, en todas las sociedades en las que han de vivir, a actuar con idéntico espíritu, como artífices de paz y de dialogo, especialmente con los fieles de las demás religiones con los que conviven” (n.3).

- La lucha contra la enfermedad del SIDA de manera responsable: Para hacer realidad este objetivo, “la Santa Sede considera necesario ante todo aumentar la prevención, `particularmente a través de la educación en el respeto al valor sagrado de la vida y con la formación por un ejercicio correcto de la sexualidad, que supone castidad y fidelidad. A petición mía, también la Iglesia se ha movilizadado a favor de las víctimas, especialmente para que se vea asegurado el acceso a los cuidados y los medicamentos necesarios a través de numerosos centros de tratamiento (n.4).

- El respeto sagrado a toda vida humana: “Invito una vez más a las autoridades y al personal sanitario, así como a todas las personas que ejercen una labor educativa, a ponderar la gravedad de estas cuestiones - el principio y el fin de la vida humana-, y, por ende, la importancia de su elección con vistas a edificar una sociedad cada vez más atenta a las personas y a su dignidad” (n.5).

- Una educación integral que “abra a los jóvenes de muy especial manera al encuentro con los demás en el marco de una sociedad cada vez más cosmopolita y multicultural. Por su parte, la Iglesia católica, que mira siempre con atención a la juventud, seguirá desvelándose por la educación integral de los jóvenes, siempre dispuesta a brindar su aportación a los esfuerzos que la nación entera de los Países Bajos no dejará de desplegar en esta dirección” (n.5).

Z) LA ECOLOGÍA

Juan Pablo II tuvo también palabras para promover la defensa de la naturaleza y del unieverso que Dios creó y lo confió al hombre para que lo cuidara en su Nombre, como dice el libro sagrado del Génesis (cf. Gn.1,27-31).

*** Simposio “Hombre, ambiente y desarrollo: hacia un enfoque global” en nova Spes, (Ciudad del Vaticano, 14-XII-1989).**

- Relación entre el hombre y el medioambiente. Juan Pablo II manifiesta que “ existe una estrecha relación entre el hombre y el medio ambiente, desde el interior de la cual la persona adquiere mayor conocimiento de sí y del lugar que ocupa en el proceso de la creación y de este modo comienza a apreciar el valor, la potencialidad y los límites de su vida y de su trabajo”.

- La ecología desde la ética. “Desde esta perspectiva ética y global, he analizado la cuestión de la ecología en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1990, titulado “Paz con Dios Creador, paz con todo lo creado”. Este Mensaje subraya las características fundamentalmente morales de la crisis ecológica y la estrecha relación que existe entre el desarrollo y una paz mundial auténtica y duradera. Al reclamar la atención sobre los principios éticos esenciales para una solución adecuada y definitiva de esta crisis, he subrayado el valor del respeto por la vida y por la integridad del orden de lo creado. Y puesto que la crisis ecológica es fundamentalmente un tema moral, es necesario que todas las personas respondamos de modo solidario a esta amenaza común. El disfrute descontrolado del espacio natural amenaza no tanto la supervivencia del género humano, cuanto el orden natural en el cual la humanidad ha sido insertada para recibir y vivir con dignidad y libertad la vida que Dios nos ha dado. Los hombres y las mujeres son cada vez más conscientes de la necesidad de prestar “atención a lo que la tierra y la atmosfera nos han revelado: en el universo existe un orden que debe ser respetado; la persona humana, dotada de la posibilidad de la libertad de elección, tiene una grave responsabilidad de este orden, también, incluso, de cara al bienestar de las generaciones futuras” (Juan Pablo II: “Nuntius ob diem ad pacem fovendam dicatum pro a. D. 1990; 7-XII-1989).

La atención por el medioambiente, orientada por unos principios éticos objetivos y caracterizada por una verdadera solidaridad humana, está en última instancia arraigada en la naturaleza misma del hombre como ser racional y libre, que se relaciona constantemente con el ambiente que lo rodea. Como la crisis ecológica pone de manifiesto claramente, el desarrollo individual y social del hombre no puede ser considerado al margen del ambiente natural. Desde el interior de esta perspectiva más amplia, el hombre tiene una grande responsabilidad en la adecuada gestión de los recursos naturales. Obviamente, su responsabilidad aumenta en la medida en que se vuelve capaz de introducir modificaciones sustanciales en el medio natural”.

- El desarrollo auténtico. “Un desarrollo auténtico no puede ignorar la solidaridad que une al hombre y a su ambiente, ni excluir una preocupación universal por los problemas de todos los pueblos de la tierra. Las decisiones adoptadas en materia de medioambiente deben también tener en consideración nuestra responsabilidad moral para con las generaciones futuras. Por tal razón, he hablado de la necesidad de una nueva educación en la responsabilidad ecológica que comporta una auténtica conversión en nuestro modo de pensar y de comportamiento”.

- Deber de los cristianos. “Los cristianos, por otra parte, encontramos la inspiración para esta tarea en la fe en Dios, creador del mundo, y en Jesucristo, que ha reconciliado en sí todas “las cosas que están en el cielo y en la tierra” (Col.1,20).

- La solidaridad unioversal nos urge. “La solidaridad universal nos insta hoy a considerar como un serio deber nuestro salvaguardar esta herencia para todos nuestros hermanos y hermanas y garantizar que los miembros de la familia humana en su totalidad disfruten de sus beneficios” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XII/2 (1989), 1530-1534) (152).

NOTAS DE ESTE CAPÍTULO

1.- Card. A.M^a. Rouco Varela: “Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II (Madrid. 11 de Abril-2005).

* Joaquín Perea escribe: “Cuando uno se pregunta lo que este Papa tiene más en el corazón, puede decirse que ha entendido su ministerio como un servicio de anuncio de la fe, entendido ante todo como aliento, como alegre mensaje, como orientación para la vida, como prestación de sentido para las situaciones humanas, como alegría y esperanza. No es casualidad que muchos, aun no estando de acuerdo con él en bastante cuestiones, reconozcan que es un portador de esperanza, de valentía y de confianza; un hombre que transmite un sentido, que da orientaciones que no provienen de fuera, sino de la propia persona humana y por eso pueden ser asumidas por ella” (“Iglesia viva” 214/ abril-junio 2003; 19-20).

2.- AA.VV. “Yo soy el Alfa y la Omega”. Comentarios y texto de la Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveiente” de Juan pablo II. (Edicep. Valencia. 1997).

3.- Olegario G. de Cardenal: “Ratzinger y Juan Pablo II”, Sígueme. Salamanca. 2005; pp. 123-128

* Juan Pablo II: “Primer discurso en Cuba (21-I-1998)

“Con este Viaje apostólico vengo, en nombre del Señor, para confirmarlos en la fe, animarlos en la esperanza, alentarlos en la caridad, para compartir su profundo espíritu religioso, sus afanes, alegrías y sufrimientos, celebrando, como miembros de una gran familia, el misterio del Amor divino y hacerlo presente más profundamente en la vida y en la historia de este noble pueblo, sediento de Dios y de valores espirituales que la Iglesia, en estos cinco siglos de presencia en la Isla, no ha dejado de dispensar. Vengo como peregrino del amor, de la verdad y de la esperanza, con el deseo de dar un nuevo impulso a la labor evangelizadora que, aun en medio de dificultades, esta Iglesia local mantiene con vitalidad y dinamismo apostólico caminando hacia el tercer Milenio cristiano”.

* Juan Pablo II: Encíclica “Redemptoris Mater”,(25-III-1987).

“En el Magnificat, la Iglesia encuentra vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la “poca fe” en Dios. Contra la “sospecha” que el “padre de la mentira” ha hecho surgir en el corazón de Eva, la primera mujer, María, a la que la tradición suele llamar “nueva Eva” y verdadera “madre de los vivientes”, proclama con fuerza la verdad no ofuscada sobre Dios: el Dios santo y todopoderoso, que desde el comienzo es la fuente de todo don, aquel que “ha hecho obras grandes” (n. 37).

4.- Card. J. Ratzinger: “Las 14 encíclicas de Juan Pablo II” en “AA.VV. “Nuntium”. Pontificia Università Lateranense – Instituto de Humanidades “Ángel Ayala”. Julio-Noviembre 2005; año VI. 428-438.

5.- Mons. Elías Yanes: “La Veritatis Splendor” y la Comunión misionera de la Iglesia”; Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza; nn.8-9; Agosto-Septiembre 1994; 337-347.

Joaquín Perea escribe acerca de la enseñanza de Juan Pablo II:

Durante el largo pontificado de Juan Pablo II han aparecido numerosos documentos doctrinales, encíclicas y otros escritos, sobre casi todos los problemas planteados en la Iglesia Católica y que abarcan sus temas preferidos: el trabajo y la cuestión social, la ética y la moral, Cristo y la redención, la Virgen María, la sexualidad y la contracepción, la familia, el sacerdocio, la cultura, la fe, la liturgia, el magisterio doctrinal de la jerarquía, la colegialidad, el ministerio ordenado, el papel de la mujer en la Iglesia, el ecumenismo, la relación con las religiones no cristianas, etc...Se trata de un “corpus teológico” por derecho propio. No eran temas nuevos para él; ha pensado acerca de ellos durante toda su vida. Varias encíclicas en este corpus sobresalen particularmente como expresivas de los temas teológicos centrales de este papado. Entre ellas están: “Redemptor hominis (4-III-1979); Sollicitudo rei socialis” (30-XII-1987); “Veritatis Splendor” (5-X-1993); “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994), “Fides et Ratio” (14-IX-1998), “Ut unum sint” (25-V-1995). (“Para un balance del ejercicio del pontificado en el interior de la Iglesia Católica”; “Iglesia viva”, 214; 2003; 2-21).

5a.- Juan Pablo II: Catequesis en las Audiencias Generales:

* “Dios que se revela es la fuente de la fe del cristiano” (27-III-1985). “Edic. Palabra. Fuenlabrada (Madrid), 1997; 47-50.

* “Jesucristo es el cumplimiento definitivo del Misterio de Dios que se revela” (3-IV-1985); ibd. 50-52.

* “Con la fe el hombre, Ayudado por la gracia sobrenatural, responde a la “auto-revelación” de Dios” (10-IV-1985); obd. 53-56.

* “Con la fe el hombre acepta de modo convencido y libre las verdades contenidas en la revelación de Dios” (17-IV-1985); ibd. 56-59.

* “La transmisión de la Revelación divina” (24-IV-1985); ibd. 61-64

* “La Inspiración divina de la Sagrada Escritura y su interpretación” (1-V-1985); ibd. 64-68

* “El Antiguo Testamento” (8-V-1985); ibd. 68-71

* “El Nuevo Testamento” (27-V-1985); ibd. 71-74

* “La unidad en la fe y las Religiones no cristianas” (5-VI-1985; ibd., 75-80

* “El problema de la no creencia y del Ateísmo” (12-VI-1985); ibd. 80-84.

* “Creer de modo cristiano: la fe enraizada en la Palabra de Dios” (19-VI-1985); ibd. 84-88.

* “La fe estimula a trabajar con empeño por la unión de los cristianos” (26-VI-1985; 88-91

5b.-Comisión Permanente de la Conf. Episc.Esp: “Mensaje de los obispos con motivo del XXV Aniversario de la elección del Papa Juan Pablo II”(24-IX-2003)“http://www.comferenciaepiscopal.es/Conferencia/Papa_25aniversario.htm

5c.- Comité para el Jubileo del Año 2000: “El Espíritu del Señor”, BAC Madrid. 1997, 21.

* O.G. de Cardenal escribe:

- “La acción más sagrada de Juan Pablo II en España será proferir en voz alta y clara el nombre santo de Dios en público, como bendición, ofrenda y promesa para todos. Cuando olvidamos las palabras fundadoras, las que consabidas son la fuente de todo saber y dignidad, alguien con amor y verdad tiene que volver a proferirlas limpias y resanadas” (“ Ratzinger y Juan Pablo II”; Sígueme. Salamanca. 2005; 142).

- “Juan Pablo II propone el mensaje, persona y destino de Cristo como camino y luz para la vida humana. Las bienaventuranzas, que son ante todo el retrato de la bella aventura que corrió Cristo y con él podemos correr sus seguidores, aparecen como propuestas y garantía de humanidad verdadera” (ibd. 143).

- Algunos libros y estudios sobre Dios:

* Eherhard Jüngel: “Dios como misterio del mundo”; Sígueme. Salamanca. 1984.

* W. Kasper: “El Dios de Jesucristo”. Sígueme. Salamanca. 1985

* J.M^a Rovira Bellosó: “Tratado de Dios Uno y Trino”; Secretariado Trinitario. Salamanca. 1993.

* Piero Coda: “Dios Uno y Trino. Revelación, experiencia y teología del Dios de los cristianos”. Edic. Secretariado Trinitario. Salamanca. 1993.

* Avelino de Luis Ferreras: “La cuestión de la incomprensibilidad de Dios en Karl Rahner”, Universidad Pontificia. Salamanca. 1995.

* Conferencia Episcopal Francesa: “Proponer la fe en la sociedad actual”. Carta a los católicos de su país” (9-XI-1996); Boletín oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; junio-1997. Consulte pp. 528-537.

* Angel Galindo García: “La recuperación del sentido desde el problema del mal y desde la vulnerabilidad de Dios” en “Coram Deo”. Memorial Juan Luis Ruiz de la Peña. Publicaciones Univ. Pontificia de Salamanca, 1977; 111-126.

* Jorge Juan Fernández Sangrador: “Los trece atributos de Dios. Un comentario a Ex. 34,6-7”, en “Coram Deo”. Memorial Juan L. Ruiz de la Peña. Publicaciones Univ. Pontificia de Salamanca. 1997; 67-83

* Gisbert Greshake: “El Dios Uno y Trino”. Herder. Barcelona. 2001

* O. González de Cardenal: “Dios”. Sígueme. Salamanca. 2004.

* Mons. Fernando Sebastián y Olegario G. de Cardenal (Eds.): “la fe en Dios, factor de paz o de violencia”; San Pablo Madrid, 2003.

* Paolo Martinielli: “Dios en el corazón del cristiano: el misterio de una presencia que crece”; en “Communio”. Revista Católica Internacional. Año 25. Enero-marzo 2003; Edic. Encuentro; 20-34.

* Felicísimo Martínez Díez: “Hacer teología desde los últimos”; en “Staurós”. Teología de la Cruz. nn.42 y 43; 2004-2005. 129-160

* Julio Lois Fernández: “El silencio de Dios y el sufrimiento del hombre. (A vueltas con Job y con Auschwitz: posibilidad o imposibilidad de la Teodicea)” en “Staurós”. Teología de la Cruz. nn.42-43; 2004-2005; 161-184

* Santiago Arzubialde: “La experiencia trascendental de Dios en la obra de K. Rahner”, en “Estudios Eclesiásticos”; abril-junio 2005; vol. 80; núm. 313; 291- 314.

* Gonzalo Zaragoza: “La comunión trinitaria. La contribución de Karl Rahner” en “Estudios Eclesiásticos”; abril-junio 2005, vol.. 80, nn.313; 263-290.

* AA.VV. “¿Hay lugar para Dios hoy?” (PPC. Madrid 2005.

* AA.VV.: “¿Dónde se encuentra Dios?” en “Iglesia viva”; 223 (2005).

* Jutta Burggraf: “¿Dios es nuestra Madre? y el concepto de la Teología Feminista”, Obispado de Asidonia-Jerez; 2005.

5d.- Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española: “Mensaje tras la muerte del Papa Juan Pablo II” (11-IV-2005); “www.conferenciaepiscopal.es

*Card. A.María Rouco dijo de Juan Pablo II: “en su largo ministerio como pastor universal, no ha dejado de dar solemne testimonio del señorío de Cristo, que ahuyenta de la conciencia de los cristianos toda sombra de miedo. El Papa nos ha enseñado a confesar con gozo nuestra fe, y ha recuperado para la Iglesia entera la convicción de que la fe es nuestra victoria. Como sucesor de Pedro ha sido el testigo cualificado de la fe en Cristo muerto y resucitado en quien obtenemos el perdón de los pecados. (...) Juan Pablo II no se ha predicado a sí mismo, sino a Cristo, y a éste crucificado. Y lo ha hecho con la palabra de la verdad y con el testimonio de su propia vida, conformada según la imagen del Buen Pastor. Ha cumplido este ministerio de modo tan ejemplar que, ya desde el inicio de su pontificado, víctima de un terrible atentado terrorista, fue marcado martirialmente con la cruz de Cristo, la cruz que ha sido su apoyo, su fuerza y su consuelo. Hasta el último momento de su vida Juan Pablo II ha querido dar solemne testimonio de la fe en Cristo muerto y resucitado invitando a la Iglesia a vivir con la mirada puesta en la patria definitiva del cielo, de donde aguardamos un Salvador” (Homilía en el Funeral por Juan Pablo II; Madrid.11-IV-2005).

5e.- Demetrio Fernández González: “Cristocentrismo de Juan Pablo II”. El “misterio del Verbo encarnado (GS 22) en las Encíclicas “Redemptor hominis” (1979), “Dives in misericordia” (1980) y “Dominum et vivificantem” (1986). Instituto Teológico San Ildefonso. Toledo, 2003.

5f.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, 16-X-1979;5

* Juan Pablo II: “Mensaje de Juan Pablo II con ocasión del centenario de la Consagración del género humano al Corazón de Jesús” (Varsovia,11-VI-1999).

* Mensaje de Juan Pablo II a los peregrinos que visitan Paray-le-Monial em el centenario de la Consagración del género humano al Corazón de Jesús (4-VI-1999).

- Algunos libros y estudios sobre Jesucristo:

* J. Ratzinger: “Foi Chretienne hier et aujourd’hui”, Mame. París. 1969

* K.Rahner: “Curso fundamental sobre la

fe". Herder. Barcelona. 1979

- * J. I. González Faus: "La Humanidad Nueva". Sal Terrae. Santander. 1984.
- * B. Sesboüé: "Jesús-Christ, l'Unique Mediateur. Desclée. Paris. 1988
- * W. Kasper: "Jesús, el Cristo" Sígueme. Salamanca. 1992.
- * Congregación para la Doctrina de la fe: "El Misterio del Hijo de Dios". Declaración y Comentarios. Edic. Palabra. Madrid. 1992
- * José M^a Imizcoz: "Configurados con Cristo". EDICE. Madrid. 1994.
- * J. Moingt: "El Hombre que venía de Dios", I-II. DDB. Bilbao. 1995
- * P. Hünemann: "Cristología". Herder. Barcelona 1997
- * Ricardo Blázquez: "El Cristianismo es Jesucristo". En "Coram Deo". Memorial Juan Lis Ruiz de la Peña. Publicaciones Univ. Pontificia de Salamanca, 1997; 193-205.
- * O. González de Cardenal: "Cristología". BAC. Madrid. 2000
- * Bernard Sesboüé: "Creer". Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI". San Pablo Madrid. 2000, 249-442.
- * Gerald O. Collins: "La Encarnación". Sal Terrae. Santander; 2002.
- * Mons. Rosendo Álvarez Gastón: "Llamados a vivir la vida de Cristo". Retiros para Sacerdotes. EDICE. Madrid. 2003.
- * Antón Strukelj: "La Encarnación: plenitud de la creación" en "Communio"; Revista Católica Internacional; año 25 enero-marzo, 2003; 9-19.
- * Alois M. Haas: "la mística de la encarnación" en "Communio". Revista Católica Internacional, año 25; enero-marzo 2003;
- * Jacques Servais: "la función de María en la encarnación" en "Communio". Revista Católica Internacional. Año 25; enero-marzo 2003; 47-64.
- * A. Torres Queiruga: "El problema de Dios tras la crisis moderna" en Frontera. Pastoral Misionera. n.26; abril-junio 2003. 137/9 - 174/46
- * O. González de Cardenal: "Fundamentos de Cristología I-II". BAC. Madrid, 2005.
- * Aurelio Alberto Domínguez: "Por qué muere Jesús en la cristología de Jon Sobrino" en "Staurós". Teología de la Cruz. nn.42 y 43; 2004-2005. 5-35.
- * Juan Pablo García Maestro: "La gratuidad de Dios y el sufrimiento del inocente" en "Staurós". Teología de la cruz. nn.42 y 43; 2004-2005; 97-128.
- * Joseph Ratzinger: "Camino de Jesucristo". Ediciones Cristiandad. Madrid. 2005; 2ª edición.

La Declaración "Dominus Iesus" (Cong. para la Doctrina de la fe).

Por su importante contenido, nos ha parecido bien ofrecer algunos comentarios sobre este documento de la Congregación para la Doctrina de la fe, “aprobado por mí de forma especial” (Juan Pablo II).

* Declaración “Dominus Iesus”. Documentos, comentarios y estudios. Introducción del Card. J. Ratzinger. Edic. Palabra. Madrid. 2002.

* Juan Pablo II: “Función clarificadora de la “Dominus Iesus”; 1 de octubre de 2000; “Ecclesia”, n.3018; 14 de octubre de 2000; 32..

Ofrecemos unas palabras del Santo Padre por su importancia:

Jesucristo, Señor nuestro

“He querido invitar, con la Declaración Dominus Iesus, a todos los cristianos a renovar su adhesión a Él en la alegría de la fe, testimoniando unánimemente que Él es, también hoy y mañana, “el camino, la verdad y la vida” (Jn.15,6). Nuestra confesión de Cristo como único Hijo, mediante el cual nosotros mismos vemos el rostro del Padre (cf. Jn.14,8), no es arrogancia que desprecia a las demás religiones, sino gozoso agradecimiento porque Cristo se nos ha revelado sin ningún mérito por parte nuestra. Y Él, al mismo tiempo, nos ha comprometido a que continuemos dando lo que hemos recibido y también a comunicar a los demás lo que nos ha sido dado, porque la Verdad dada y el Amor que es Dios pertenecen a todos los hombres.

Con el Apóstol Pedro confesamos “que no hay salvación en ningún otro nombre” (Hech.4,12). La declaración “Dominus Iesus” siguiendo las huellas del Vaticano II, muestra que con esto no se niega la salvación a los no cristianos, sino que indica su origen último en Cristo, en el cual está unidos Dios y hombre. Dios da la luz a todos de modo adecuado a su situación interior y ambiental, concediéndoles la gracia salvífica a través de caminos por Él conocidos.

El Documento aclara los elementos cristianos esenciales, que no obstaculizan el diálogo, sino que muestran sus bases, porque un diálogo sin fundamentos estaría destinado a degenerar en palabrería vana” (n.1).

La Iglesia. El ecumenismo

Lo mismo vale para la cuestión ecuménica. Si el Documento, con el Vaticano II, declara que “la única Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia católica”, no quiere con ello expresar poca consideración para las demás Iglesias y comunidades eclesiales.

Esta convicción va unida a la conciencia de que ello no es mérito humano, sino un signo de la fidelidad de Dios que es más fuerte que la debilidad humana y que los pecados, confesados por nosotros de modo solemne ante Dios y los hombres al inicio de la cuaresma

La Iglesia católica sufre -como dice el Documento- por el hecho de que verdaderas Iglesias Particulares y comunidades eclesiales con elementos valiosos de salvación estén separadas de ella.

El Documento expresa así una vez más la misma pasión ecuménica que está en la base de mi encíclica “Ut unum sint”.

* F.Rodríguez Garrapucho: “Una reflexión aclaratoria y explicativa de la “Dominus Iesus” en “Ecclesia”, n.3017; 7 de octubre de 2000; 6-10

* Un grupo de teólogos (73 en total, 43 de ellos españoles) suscribían un manifiesto en contra de esta Declaración argumentando que “ha sacado a la luz viejos contenciosos que creíamos ya superados” y abrirá “una brecha entre las Iglesias cristianas que durará tiempo en cerrarse”. Según estos teólogos, la Declaración contiene tres aspectos especialmente preocupantes: su concepción del diálogo, la expresión “subsistit in” y el concepto de “salvación” (“Ecclesia”; n.3019; 21 de octubre de 2000).

El Card. J. Ratzinger dio respuesta a estas críticas en unas declaraciones hechas en una entrevista que concedió al diario alemán “Frankfurter Allgemeine”, de la que se ha hecho eco L’Osservatore Romano”.

5g.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”; 10,XI-1994, 4.

* Card. J. Ratzinger: “La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia”. Conferencia pronunciada en el Monasterio de los Jerónimos, Murcia. 28-29 y 30 de Noviembre de 20002. Publicada en “Benedicto XVI. Todo lo que el Cardenal Ratzinger dijo en España”. Conferencia Episcopal Española. EDICE. Madrid. 2005.

* Card. J. Ratzinger: “Jesucristo, hoy”. Curso de Cristología: Jesucristo hoy. Univ. Complutense de Madrid. El Escorial/Madrid, julio de 1989, en “Benedicto XVI. Todo lo que el Cardenal Ratzinger dijo en España”. Conferen. Episc. Española. EDICE. Madrid. 2005.

* Félix García: “Jesucristo y el Antiguo Testamento. Reflexiones para una lectura cristiana del Antiguo testamento”, en “Dios y el Hombre en cristo”. Homenaje a Olegario González de cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.299-318.

* Ramón Trevijano: “El Jesús de la historia y el Jesús terreno de los Evangelios”, en “Dios y el Hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.319- 346.

* J.M. Rovira: “Dios estaba en Cristo: “Señor mío y Dios mío” (Jn.20,28), en “Dios y el Hombre en cristo”. Homenaje a Olegario González de cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.365-376.

5h.- Card. A. Rouco Varela: “Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II (Madrid. 11-Abril-2005; Semanario católico “Alfa y Omega”; 14-IV-2005).

* Mons. A. Cañizares ha escrito: “Juan Pablo II no nos ha ofrecido una interpretación más de Jesucristo, no ha sido sólo un ideólogo ni un maestro de moral, ni un líder social, político o religioso. Ha sido, ante todo, un testigo. Se ha encontrado con Jesucristo, Hijo de Dios vivo, el Mesías que tenía que venir y al que los hombres esperan, Dios con el hombre y para el hombre; le ha seguido como únicamente se le puede seguir -cargando con la cruz, desde su infancia hasta el final, varón de dolores-; y ha mostrado con su vida, gestos y palabras, con su persona y sus mensajes qué es lo que sucede cuando uno se abre y acepta a Jesucristo, que está a la puerta de cada uno y llama” (“Ante todo, testigo de Jesucristo”; Semanario Católico “Alfa y Omega”; 14-IV-2005).

* Juan Pablo II: “Discurso en el rito de acogida a los jóvenes de los cinco Continentes en la plaza de San Pedro de Roma (15-VIII-2000); “Ecclesia”, n.3012; 2 de septiembre de 2000.

El Santo Padre pregunta a los jóvenes:

“¿Qué habéis venido a buscar? O mejor, ¿a quién habéis venido a buscar? La respuesta no puede ser más que una: ¡habéis venido a buscar a Jesucristo! A Jesucristo que, sin embargo, primero os busca a vosotros. (...) Las palabras del prólogo de San Juan (...) son, en cierto modo su “tarjeta de presentación”. Nos invitan a fijar la mirada en su misterio” (n.1).

6.- Juan Pablo II: “Discurso a los Obispos irlandeses”, n.4; 30-IX-1978.

* Podemos conocer con mayor profundidad a Jesucristo en la “Tertio Millennio Adveniente” leyendo la obra: “Jesucristo, Salvador del mundo”, del Comité para el Jubileo del año 2000 (BAC. Madrid. 1996); el trabajo de A. Vanhoye: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre” en “Comentario teológico-pastoral de la TMA, (Sígueme. Salamanca; 61-72); y el trabajo de A. Amato: “Jesucristo, centro de la historia de la salvación”, en “Comentario teológico-pastoral de la TMA”, Sígueme. Salamanca; 125-146).

6a.- Card. Joseph Ratzinger: “las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II” (Conferencia pronunciada en la Universidad Pontificia Lateranense de Roma (9-V-2003); www.vatican.va/roman_curia).

* Joaquín Perea escribe acerca de la encíclica *Redemptor hominis*”: “Desde muchos puntos de vista “*Redemptor hominis*” es la encíclica programática del pontificado, puesto que ilumina la centralidad de la redención de Cristo. Los efectos de esa redención sobre la humanidad contemporánea y la responsabilidad de la Iglesia en mantener la verdad. De forma significativa el primer párrafo de la encíclica se refiere ya al milenio, que Juan Pablo II ve como un nuevo adviento, una época de expectación. Mientras que la Redención de Cristo da a la humanidad su esencial dignidad, el Papa arguye que la tecnología contemporánea nos aliena de nosotros mismos y de nuestro mundo natural. El influjo dominante de la tecnología demanda un desarrollo proporcionado de la moral, cosa que no se da. La Iglesia tiene una responsabilidad esencial en devolver a la humanidad a las verdades esenciales; y al magisterio papal se le ha encomendado la tarea de cumplir esa misión”. Como se ve, se trata de temas centrales de este papado” (“Para un balance del ejercicio del pontificado en el interior de la Iglesia” Católica”, en “Iglesia viva”, 214; 2003; 2-22).

7.- Juan Pablo II: “Homilía en la Eucaristía del Comienzo del Pontificado”; 22-X-1978.

* Juan Pablo II afirma: “Sólo Cristo es la piedra angular sobre la que es posible construir sólidamente el edificio de la propia existencia. (...) El siglo XX a menudo pretendió prescindir de esa piedra angular, intentando construir la ciudad del hombre contra el hombre. Pero los cristianos lo saben: no se puede rechazar o marginar a Dios, sin correr el riesgo de humillar al hombre” (Jornada mundial de la Juventud. Toronto. 2002).

* Juan Pablo II enseña en fidelidad al Concilio Vaticano II que “Cristo revela plenamente el hombre al hombre. Tal es -si se puede expresar así. La dimensión humana del misterio de la redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su

humanidad. En el misterio de Redención el hombre es confirmado y, en cierto modo, nuevamente creado” (RH 10).

* Joseph Ratzinger escribe: “¿Qué hace de un hombre un cristiano? El catecumenado de la Iglesia primitiva ha recogido los elementos fundamentales a partir de la Escritura: son la fe, los sacramentos, los mandamientos y el padrenuestro. (...) Todo esto parece tal vez un poco superficial, sin embargo conduce a la profundidad de lo esencial: **para ser cristianos,**

- se debe creer,
- se debe aprender el modo de vivir cristiano, por así decir, el estilo de vida cristiano,
- se debe ser capaz de rezar como cristianos y
- se debe en fin, acceder a los misterios y a la liturgia de la Iglesia.

Estos cuatro elementos pertenecen íntimamente el uno al otro (“Introducción al nuevo Catecismo de la Iglesia Católica”, en “AA.VV. “El catecismo Posconciliar”, San Pablo. Madrid. 1993; 59).

* José Manuel Martos Ortega: “la Encíclica “Redemptor Hominis” y la Exhortación postsinodal “Catechesi tradendae”, en “Actualidad Catequética”; n.203-204; Julio-Diciembre 2004; Secretariado Nacional de Catequesis. Madrid.55-60.

7a.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General”: 27 de junio de 1990; Ecclesia, n.2485; 21-VII-1990; 23-24,

* Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia general”; 4-VII-1990: “Relaciones del joven Jesús con su Madre”; Ecclesia, n.2486; 28-VII-1990; 24.

“María recogía todo lo que se refería a la persona y al destino de su Hijo, y reflexionaba silenciosamente sobre ello en su corazón.. (...) Tal vez sólo le era posible captar en algún momento el significado de ciertas palabras, de ciertas miradas de su Hijo. Pero el Espíritu Santo no cesaba de “recordarle” en lo más íntimo de su alma lo que había visto y escuchado. La memoria de María estaba iluminada por la luz que venía de lo alto” (...) (n.5).

Por eso, María se nos presenta como modelo para cuantos, dejándose guiar por el Espíritu Santo, acogen y conservan en su corazón (...) las palabras de la revelación, esforzándose por comprenderlas lo más posible para penetrar en las profundidades del misterio de Cristo” (n.6) .

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del 11-VII-1990: “El Espíritu Santo en el Bautismo de Jesús”; Ecclesia, n.2487; 4-VIII-1990; 20-21.

7b.- Juan Pablo II: Palabras al final del “Vía Crucis” en el Coliseo (1-IV-1994); “Ecclesia”, n.2681; 23-IV-1994; 27.

8.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”, n.7 Sígueme. Salamanca. 1995.

8a.- Juan Pablo II: “Homilía durante la Misa celebrada en el estadio de Ammán (Jordania), 21-III-2000; “Ecclesia, n.2991; 1-IV-2000; 22-24.

8b.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general: 20-XII-2000; Ecclesia, n. 3029; 30-XII-2000; 30

* Otras Catequesis de Juan Pablo II sobre Jesucristo:

- Jesucristo: el Mesías prometido
- Jesucristo: Hijo de Dios
- Jesucristo: Ungido por el Espíritu Santo
- Jesucristo: verdadero Dios - su Autoridad
- Jesucristo: verdadero Dios - su milagros
- Jesucristo: verdadero Hombre.
- La Misión de Cristo
- La venida del Reino: fundación de la Iglesia
- La salvación como liberación del pecado
- La muerte de Cristo, su carácter redentor
- La resurrección de Jesucristo
- La ascensión de Jesucristo

* La Conferencia Episcopal Española: Instrucción pastoral. “Teología y secularización A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II” (10-Abril.2006); nn.26-35.

8c.- Juan Pablo II: “Tertio Millennio Adveniente”, 43.

8d.- Conferencia Episcopal Española: “La Verdad os hará libres”, nn.28 y 35).

* Juan Pablo II hace estas manifestaciones contemplando Europa: “En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como “centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar

así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino Dios quien hace al hombre (...). La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera” (Exhortación apostólica: “Ecclesia in Europa”, n.9 citado por Mons. A.González Montes: “Homilía en la Misa Funeral por S.S.Juan Pablo II”. Boletín Oficial del Obispado de Almería; año XIII. Abril-Junio 2005; núms.. 4-6; 239-243).

* Juan Pablo II: “Dejarse alcanzar por Dios”. Catequesis en la Audiencia del 5 de julio de 2000; “Ecclesia”, n.3006; 22 de julio de 2000; 28.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del 18 de junio de 2003: “El Dios cercano y enamorado”; “Ecclesia”, n.3159; 28 de junio de 2003; 34.

* G. Amengual: “¿Cómo pensar y creer en Dios después de Nietzsche?” en “Dios y el Hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal; Edic. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.71-93.

* M. Berciano: “La filosofía de Heidegger y el pensamiento sobre Dios” en “Dios y el Hombre en Cristo”; Homenaje a Olegario González de Cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca; 2006; pp.-95-123.

* Marcelo González: “Misterio trinitario y existencia cristológica. Tres dinámicas articuladoras en la teología contemporánea”, en “Dios y el Hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal. Edi. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.273-295

8e.- Pablo VI: “Evangelii Nuntiandi”, 31; Juan Pablo II: “Sollicitudo rei socialis” 42-45.

¿En qué consiste la evangelización?

* Conferencia Episcopal Española. Editorial Edice. Madrid 1999: “El Apostolado de los laicos. Materiales de reflexión”. Cuaderno 2: ¿Qué mundo”, 1999.

+ Evangelizar no es aliviar los sufrimientos de los demás, ni es poner en marcha grandes movimientos de solidaridad con el tercer Mundo, ni es tampoco por sí misma la repetida “opción por los pobres”. Nada de esto es la fe en su radical teologalidad.

+ Evangelizar es ayudar a creer gozosamente en Dios, ayudar a descubrirle como una luz reconfortante en la noche del mundo, en la propia noche interior. Ayudar a poner la vida eterna y la salvación personal en el centro del deseo y de la esperanza como ideal y norma operante de los deseos y del conjunto de la propia vida. Ayudar a vivir con el corazón puesto en Dios y en el amor sobrenatural como norma suprema de la vida.

+ Comenzamos a estar evangelizados cuando adoramos a Dios como Creador y Salvador, cuando esperamos con gratitud la salvación eterna, cuando comenzamos a vivir según el orden de la caridad sobrenatural en las relaciones y actitudes propias de nuestra vida de cada día.

+ A partir de ahí, el que ha sido evangelizado alcanza la paz, una paz comunicada por Dios, no por nosotros; a partir de ahí, la opción por los pobres y el servicio a los que sufren puede ser real, efectivo, con tiempos y lugares concretos, con caras conocidas y nombres propios, sin declamaciones, sin retóricas, sin snobismos.

+ Para ayudar a creer, sólo lo puede hacer el que puede transmitir de verdad, la experiencia. El gozo y la paz de vivir con Cristo en las cercanías de Dios, de su palabra, de su mirada, de su amor misericordioso, salvador, pacificador, santificador, plenificador.

+ Evangelizar es actualizar la parábola del buen samaritano frente a la urgencia de curación de las heridas vividas por las personas en la coyuntura histórica actual. (...) Ser cristiano en el mundo es salir de sí mismo para servir a los demás, para amar a los demás, porque hemos recibido el amor de Dios” (10-11).

* Mons. Fernando Sebastián escribe:

Evangelización es “aquella actividad pastoral que se dirige directa y expresamente a suscitar la fe en los que no creen o a reavivarla y fortalecerla en los que creen débilmente exhortándoles y ayudándoles a convertirse de corazón a la llamada de Dios a la vida eterna”.

La actitud evangelizadora tiene unas exigencias objetivas previas que son indispensables:

- experiencia personal de fe y de fidelidad
- vivida en comunión eclesial viva
- sentir la necesidad de la salvación
- fortaleza, paciencia, perseverancia

El evangelio consiste en anunciar con fuerza y claridad: el amor salvador de un Dios cercano, que se manifiesta en Jesucristo muerto y resucitado y opera eficazmente por la comunicación del Espíritu Santo en la Iglesia y por la Iglesia al servicio del reino de Dios para gloria suya y salvación de los hombres.

El Evangelizador se hace en la oración viva y sostenida; tiene que hablar de la gracia de Dios y de Cristo desde su propia experiencia vivida de primera mano, penitente, con humildad y misericordia, de manera directa, pacífica y entusiasta, mostrando con la palabra y con la vida, de la manera más sencilla posible, la presencia cercana del amor y de la gracia de Dios que acoge, perdona, salva y recrea el corazón de quien le invoca. Recibida en la comunión con Cristo, vivida en la Iglesia de Dios, apostólica y católica, por la acción vigorosa del Espíritu Santo, preparando los caminos del Reino de Dios, la consumación de la salvación final, para gloria de Dios y felicidad de todos los hombres de buena voluntad” (“El Congreso en el contexto de nuestra andadura”; en “Jesucristo, la Buena Noticia”; Comité para el Jubileo del año 2000, EDICE. Madrid. 2000).

* Mons. Fernando Sebastián, por su parte, escribe: “El anuncio del Evangelio no busca directamente ninguna eficacia de carácter temporal, sino que busca directamente el renacimiento de la persona a la vida de hijo de Dios, la iluminación de la mente y conversión del corazón, el cambio de vida, el arrepentimiento de los pecados y el nacimiento a una nueva vida, arraigada en el seguimiento de Cristo y alimentada por el Espíritu Santo.

Esta nueva vida comienza por el reconocimiento de Dios, la gratitud y la alabanza, el amor de Dios sobre todas las cosas. Y se expresa en el cumplimiento del mandato del amor como norma suprema y universal de vida. Todo tiene que rehacerse desde el amor de Dios arraigado en nuestros corazones. Las demás cosas vendrán por añadidura. Los planes, los proyectos las convocatorias, no valen de nada, si no arde en nuestros corazones el fuego del amor de Dios, si no vivimos del todo poseídos por el amor y el Espíritu de Jesús” (“Los fieles laicos, Iglesia presente y actuante en el mundo”; 12-XI-2004, 3).

* El Episcopado Francés presentaba la “salvación cristiana” de la siguiente forma:

a) La salvación que Jesucristo nos aporta no es:

- ni una salvación política (que engloba los ámbitos sociales y económicos),
- ni una salvación cósmica (liberación progresiva de todos los determinismos naturales que destruyen al hombre)
- ni una salvación psicológica
- ni una salvación moral

b) La salvación que Jesucristo nos aporta se presenta como la realización y la restauración del proyecto eterno de Dios sobre el hombre. “Dios nos ha elegido en su Hijo antes de la creación del mundo, para que seamos santos e inmaculados en su presencia” (Ef.1,4). Este proyecto divino ha fracasado por el pecado, pero “cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo...a fin de conferirnos la adopción filial” (Gál.4,4-5).

Esta salvación que nos ha otorgado Cristo es, según San Pablo, “una nueva creación”, y reviste un cierto número de caracteres antitéticos:

- Salvación actual y escatológica: ya estamos salvados pero en esperanza. Esperamos la plenitud y la consumación; ya somos hijos de Dios, pero aún no se ha revelado la gloria de los hijos de Dios (I Jn.3,2; cf. Rm.8,24). Por ello, la vida cristiana es una tensión entre el “ya sí” y “todavía no”; no tenemos ciudad permanente aquí, sino que buscamos otra” (Heb.13,14).

- Salvación universal y personal

La salvación cristiana tiene carácter comunitario ya que es un Pueblo al que Cristo ha salvado (cf. LG 9).

- Salvación esperada y desconocida: “anunciamos lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (ICort. 2,9).

Es verdad que la salvación cristiana no es una salvación puramente humana; es verdad que no se puede identificar el Cristianismo a una ideología o a un orden temporal. Ahora bien, esto no quiere decir que no haya ninguna relación entre ellas; antes bien, la hay. (“Jesus-Christ, Sauveur, esperance des hommes aujourd’hui”; Editions du Centurion, París, 1969, 66-79).

* Consejo Permanente del Episcopado Francés: “Libérations des hommes et salve en Jésus Christ”. Reflexions proposées par le Conseil Permanent de l’Episcopat suite a la sesión pastoral de 1974”. Editions du Centurion. París. 1975.

Esta cuestión “Libérations des hommes et salut en Jésus Christ” ha nacido de una tensión entre dos formas de preocupación en los cristianos y en los pastores:

- Por una parte, la preocupación de ver la fe inscribirse en toda la vida y de forma más particular en la vida colectiva, en las luchas, en las formas más diversas, para la liberación de los hombres. Esta preocupación y sus compromisos son vistos por muchos de los cristianos como uno de “los signos de los tiempos” para la Iglesia de hoy.

- Por otra parte, un sentimiento agudo de la originalidad de la fe, de la salvación y de la Iglesia en este mundo, y una preocupación de no reducir la fe y la salvación al compromiso en las liberaciones humana, ni la iglesia a un partido político entre otros.

Para obviar el primer riesgo, presentamos algunas tareas más actuales de la liberación deseando un mejor actuar colectivo de los cristianos y más coherente entre el decir y el hacer...

Para paliar el segundo riesgo, intentamos mostrar cómo el Evangelio nos llama y nos interpela en todas estas tareas liberadoras, y cómo la Iglesia - en todos sus miembros- debe estar siempre vigilante para ser signo viviente de verdadera libertad en la fidelidad a su misión”.

* Juan Luis Ruiz de la Peña: “Creación, Gracia, Salvación” (Edit. Sal Terrae”. Santander. 1993; pp.105-137.

Exponemos a continuación tres afirmaciones fundamentales del autor sobre la salvación cristiana:

- En Jesús está la salvación: “la vida, la muerte y la resurrección del profeta de Nazaret son el acontecimiento salvífico que Israel aguardaba desde antiguo. (...) La salvación consistirá en esa vida entregada por Jesús, recuperada por la resurrección y acogida por nosotros en la libre respuesta de la fe y el amor. La secuencia “vida-muerte-resurrección” genera salvación; una salvación que tiene lugar, no por la vía extrínseca del decreto administrativo, de la amnistía o del indulto, sino por la asunción solidaria de la condición humana (pp.115-122).

- Jesús es la salvación. Es un paso más. Ya no basta con decir: en el hecho-Jesús se realiza la salvación. Es preciso afirmar: Jesús es la salvación. Dicho en términos neotestamentarios: Jesús es Dios en persona, es el Hijo de

Dios, puesto que se identifica con la salvación, y ésta no es otra cosa que el ser de Dios dándonos. Peor además, su esto es así, se comprende que la salvación del hombre sea su divinización. La solidaridad de Jesús con nosotros es retentiva, transmuta, invierte y sobrepuja las situaciones-límite, porque hace posible nuestra solidaridad con Él, y esa solidaridad con el Hijo nos hace hijos, nos diviniza” (pp.122-125).

- La salvación de Jesucristo. Una vez que hemos recordado sumariamente lo que el Nuevo testamento entiende por salvación, convendrá seguramente subrayar algunos rasgos característicos de esta concepción (pp.125-137).

* Conferencia Episcopal Española: “Proclamar el año de Gracia del Señor”. Plan de acción pastoral 1997-2000. Edice. Madrid. 1996.

* Pedro J. Lasante escribe a este respecto: “Como bien afirma Casiano Floristán, a partir del Concilio, la lucha por la justicia y la liberación está más presente en la acción evangelizadora de la Iglesia”. Sin embargo, entiendo que incurre en un exceso cuando parece llega a hacer depender, o cifrar, la misma evangelización en la opción por los pobres: la evangelización no puede realizarse desde la óptica de “opción de clase”, o en virtud de ciertos criterios sociológicos, pues -en cuanto anuncio salvífico de Jesucristo- debe brindarse y calar en los corazones de todos los hombres (no sólo de los pobres, también de los poderosos y de los ricos, que al igual que ellos también necesitan de la salvación, pues en su riqueza pueden ser más pobres que los pobres).

Casiano Floristán dice a este respecto, incurriendo en un exceso: “evangelizar es promover en la sociedad el reino de Dios, por medio de la Iglesia como pueblo del Señor en estado de comunidad, a partir de la opción de los pobres” (“Para comprender la evangelización”, Estella, 1993, 7). Y con parecidos términos dice: “Evangelizar es descubrir la presencia de Dios en la conciencia personal y colectiva con objeto de suscitar la fe, fomentar la comunidad cristiana y hacer presente, desde la óptica de los pobres, el reino de Dios” (ibid. 129).

* La Conferencia de Puebla enseña: “la nueva evangelización debe tener en cuenta (...) el clamor por la justicia de los pobres y la iniquidad de las estructuras injustas. Los pobres – en cuanto primeras víctimas de la sociedad- y los marginados -heridos en su propia dignidad personal- señalan las lacras de la humanidad y el pecado existente en el mundo”. Esta opción por los pobres debe ser “preferencial” y “no excluyente”.

* Mons. F. Sebastián: “La Iglesia trabaja al servicio de los pobres y lucha contra la pobreza principalmente fomentando la conversión del corazón, el cambio de mente y de criterios de quienes formamos la sociedad y creamos poco a poco las condiciones de vida que nos envuelven y condicionan a todos. Sólo los hombres justos de corazón pueden luchar de verdad contra la injusticia, causa principal de la pobreza” (“El Congreso en el contexto de nuestra andadura” en AA. VV. “Jesucristo, la Buena Nueva”; Congreso de Pastoral Evangelizadora”, 1997, p.65).

* Juan Pablo II enseña que “la nueva evangelización no sería auténtica si no siguiera las huellas de Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres” (Homilía en Viedma. Argentina; 7 de Abril de 1987).

* Los Obispos españoles, por su parte, afirman: “Los pobres son (...) los destinatarios privilegiados del anuncio de la Buena Nueva y es de la responsabilidad de todos los cristianos optar por los más pobres. La solidaridad con los sufrimientos y con las reivindicaciones y esperanzas de los más pobres y necesitados, ha sido siempre y es también hoy signo de una evangelización auténtica” (“Impulsar una nueva evangelización”. Plan de acción pastoral para el trienio 1990-1993; 6-7-1990. Madrid, 1991, p.15).

9.- Juan Pablo II: “Alocución al “Angelus”. 30-XI-1980.

* Conferencia Episcopal Española: “Dios es amor”. Instrucción pastoral. Edice. Madrid. 1998.

* A. Molina Prieto: “La Encíclica “Dives in misericordia” de Juan Pablo II (30-IX-1980). A los 25 años de su promulgación”. Claune; Enero-2006

9a.- Card. Joseph Ratzinger: “Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan PabloII” (Conferencia en la Univers. Pontifi. Lateranense. Roma; 9-V-2003); www.vatican.va/roman_curia).

9b.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Advenente”, n.49.

Catequesis de Juan Pablo II sobre Dios en Audiencias Generales

- “La Justa actitud ante Dios” (3-VII-1985); Edic. Palabra. Fuenlabrada (Madrid); 95-98
- “Las pruebas de la existencia de Dios” (10-VII-1985), ibd. 98-102
- “Los hombres de ciencia y Dios” (17-VII-1985), ibd. 102-106.
- “El Dios de nuestra fe” (24-VII-1985); ibd. 107-110

- “El que es” (31-VII-1985); ibd. 110-113
- “Dios de infinita majestad” (7-VIII-1985); ibd. 114-117
- “El Dios “escondido” (28-VIII-1985); ibd. 117-121
- “Dios: eternidad que comprende todo” (4-IX-1985), ibd. 121-125
- “Dios: espíritu infinitamente perfecto” (11-IX-1985), ibd. 125-129
- “Dios: Padre omnipotente” (18-IX-1985); ibd. 129-133
- “El Dios de la Alianza” (25-IX-1985); ibd. 133-137
- “Dios es Amor” (2-X-1985); ibd. 137-141.
- “El Dios único es la inefable y santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo” (9-X-1985), ibd. 143-147
 - “El Padre” (16-X-1985); ibd. 148-150
 - “El misterio de la Paternidad divina” (23-X-1985); ibd. 151-153
 - “El Hijo” (30-X-1985), ibd. 153-156
 - “El Hijo, Dios-Verbo” (6-XI-1985); ibd. 156-160
 - “El Espíritu Santo” (13-XI-1985); ibd. 160-163
 - “El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo” (20-XI-1985), ibd. 163-165.
- “Unidad y distinción de la eterna Comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (27-XI-1985); ibd. 165-168
 - “Tres Personas distintas y un solo Dios verdadero” (4-XII-1985); ibd. 168-171.
 - “Dios tres veces Santo” (11-XII-1985); ibd. 171-174.
 - “La Santidad de Dios” (18-XII-1985), ibd. 174-177.
 - “El misterio de la creación” (8-I-1986); ibd. 181-184
 - “Creo en Dios...Creador del cielo y de la tierra” (15-I-1986); ibd. 185-188.
- “La creación es la llamada del mundo y del hombre de la nada a la existencia” (29-I-1986), ibd. 188-193
 - “La creación es obra de la Trinidad” (5-III-1986); ibd. 193-196.
 - “La creación es revelación de la gloria de Dios” (12-III-1986); ibd. 197-200.
 - “La creación y la legítima autonomía de las cosas creadas” (2-IV-1986); ibd. 200-204.
 - “Creador de las cosas visibles e invisibles” (9-VII-1986; ibd. 265-268
 - “Creador de los Ángeles, seres libres” (23-VII-1986); ibd. 268-271.
 - “Creador de las cosas “invisibles”: los Ángeles” (30-VII-1986), ibd. 271-274
 - “La participación de los Ángeles en la Historia de la Salvación” (6-VIII-1986), ibd. 274-279
 - “La caída de los Ángeles rebeldes” (13-VIII-1986); ibd. 280-285
 - “La victoria de Cristo sobre el Espíritu del Mal” (20-VIII-1986); ibd. 285-289
 - “La divina Providencia” (30-IV-1986); ibd. 219-224

- “La divina Providencia: afirmación bíblica ligada a la obra de la creación” (7-V-1986); ibd. 224-228
- “La divina Providencia: sabiduría trascendente que ama” (14-V-1986); ibd. 228-234
- “La divina Providencia y la libertad del hombre” (21-V-1986); ibd. 234-239
- “La providencia divina y el destino del hombre: el misterio de la predestinación en Cristo” (28-V-1986); ibd. 240-245
- “La divina Providencia y la presencia del mal y del sufrimiento en el mundo” (4-VI-1986); ibd. 245-250
- “La divina Providencia supera el mal en Jesús Redentor” (11-VI-1986); ibd. 250-255.
- “La divina Providencia y la condición histórica del hombre de hoy a la luz del Concilio Vaticano II” (18-VI-1986); ibd. 255-260
- “La divina Providencia y el crecimiento del Reino de Dios” (25-VI-1986); ibd. 260-264

* J. Jeremías: “¡Abba! El mensaje central del NT.” Sígueme. Salamanca. 1981.

* Juan José Bartolomé: “La alegría del Padre”- Estudio exegético de Lc.15. Editorial Verbo Divino. Estella (Navarra). 2000.

* AA.VV. “Dios es Padre”: Ed. Secretariado Trinitario. Salamanca. 1991.

* F.X. Durrwell: “Nuestro Padre”. Sígueme. Salamanca. 1992

* H.Nuwen: “El regreso del hijo pródigo”. PPC Madrid. 1994.

* José M^a Imizcoz: “¡Padre! Retiros para Sacerdotes. EDICE. Madrid. 1998.

* AA.VV. “Pensar a Dios”. Secretariado Trinitario. Salamanca. 1997

* Juan Martín Velasco: “La experiencia cristiana de Dios”. Edt. Trotta. Madrid. 1995

* O.González de Cardenal: “¿Dios funcional o Dios real? Verdad y plausibilidad como problema fundamental del cristianismo contemporáneo” en “Salmanticensis 49 (2002) 5-58.

* Fernando Sebastián: “El descubrimiento de Dios y la vocación humana del intelectual” en “Dios y el Hombre en Cristo”. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.607-630.

* Olegario González de Cardenal: “Dios en la historia y el destino de la humanidad”, en “Dios y el hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.631-667

10.- Juan Pablo II: “Homilía del primer Domingo de Cuaresma” 12-III-2000. *Ecclesia*, n.2989; 18-III-2000; 22-23.

* Bernard-Henry Levy escribe sobre el abrazo de Juan Pablo II a Cristo crucificado lo siguiente: “ es impresionante ver al Papa que, al pie de un Cristo crucificado, en un gesto de humildad sin parangón...se hace, de pronto, el contemporáneo de toda la historia de su institución”. Texto citado por J.A. Martínez Camino en su artículo: “El perdón y la enmienda de la Iglesia”. *“Ecclesia”*, n.2991; 1-IV-2000; 6-7;

* J.A. Martínez Camino escribe por su parte: “La Iglesia aparece así, en el gesto y la palabra del Papa, como un cuerpo vivo que abraza los siglos; como lo que, en realidad, es: el Cuerpo Místico de Cristo. Un cuerpo, ciertamente santo y glorioso en virtud del Espíritu que le da la Vida eterna, pero también cargado del peso de las transgresiones de sus hijos, que le hacen revivir el misterio de la muerte del mismo Cristo, sobre el que recaen todos los pecados de la Humanidad. El gesto del Papa es un gran acto de fe en la Iglesia, esa incomparable institución humano-divina que, como siempre en sus momentos más verdaderos, gana fuerza con la humildad sincera. (...) La Iglesia no olvidará la liturgia eucarística y penitencial presidida por Juan Pablo II el primer domingo de Cuaresma de este año Jubilar: su vida se verá marcada en el futuro por este acontecimiento más de lo que hoy pensamos. Los católicos tendrán en él una constante fuente de inspiración para el ejercicio, siempre necesario, del arrepentimiento y de la conversión sincera al Evangelio. “La Iglesia es un sujeto absolutamente único en el acontecer humano” (“ El perdón y la enmienda de la Iglesia”, *“Ecclesia”*, n.2991; 1-IV-2000; 6-7).

10a.- *“Ecclesia”*; n.2991; 1-IV-2000; 37-38.

10b.- Comisión Teológica Internacional: “Memoria y reconciliación”. La Iglesia y las culpas del pasado. 2000.

* Juan Pablo II dedica unas palabras de agradecimiento a los miembros de la Comisión Teológica Internacional que han hecho este precioso documento “Memoria y reconciliación”:

“ Doy las gracias a quienes han contribuido a la elaboración de este texto que se revela muy útil para una comprensión y realización correcta de la petición de perdón auténtica, basada en la responsabilidad objetiva que aúna a los cristianos, como miembros del Cuerpo místico, y que impulsa a los fieles de hoy a reconocer, junto con las propias, las culpas de los cristianos de

ayer, a la luz de un atento discernimiento histórico y teológico” (“Homilía en el Día del Perdón del Año Santo (12-III-2000); Ecclesia, n.2989; 18-III-2000; 22.

10c.- Juan Pablo II: “Angelus” con ocasión del Día del perdón (12-III-2000).

10d.- Podemos conocer con mayor profundidad al Padre en la Tertio Millennio Adveniente”, leyendo la obra del Comité para el Jubileo del año 2000: “Dios, Padre Misericordioso”, (BAC. Madrid, 1998) y el trabajo de P.O’Callaghan: “Que todo sea para alabanza de su gloria”, en “Comentario teológico-pastoral de la TMA”, Sígueme. Salamanca, 217-229)

10e.- Congregación para el Culto Divino y disciplina de los Sacramentos: “Decreto sobre cambio de denominación del II Domingo de Pascua”; “Ecclesia, n.2999; 3 de junio de 2000; 31.

10f.- Juan Pablo II: “Homilía en la inauguración del año académico de las Universidades Eclesiásticas: 20-X-2000; “Ecclesia, n.3024; 25-XI-2000; 29-30.

11.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”, n.54; Sígueme. Salamanca. 1995.

* Podemos conocer mejor la figura de María en la Tertio Millennio Adveniente”, leyendo la obra del Comité para el Jubileo del año 2000: “Comentario teológico-pastoral de la Tertio Millennio Adveniente”, 173-178).

11a.- Hans Urs von Baltasar presentó los contenidos de la Encíclica “Dominum et vivificantem” diciendo que la primera parte era “eclesial y teológica; la segunda parte “cósmica” e “histórica de alcance universal” y la tercera parte era “antropológica” (“Lasciatevi muovere dallo Spiritu”. Quiriniana, 1990, 105).

Algunos libros sobre el Espíritu Santo:

* M.A. Chevalier: “El aliento de Dios”. Secretariado Trinitario. Salamanca, 1982.

* Y. M.J.Congar: “El Espíritu Santo”, Herder. Barcelona 1983;

* F.J. Durrwell: “El Espíritu del Padre y del Hijo”; Paulinas. Madrid, 1990

* V. Codina: “Creo en el Espíritu Santo. Pneumatología narrativa. Sal Terrae. Bilbao, 1994.

* José M^a Imizcoz: “Bautizados en el Espíritu Santo”. Retiros para Sacerdotes. EDICE. Madrid. 1997.

* G. Pons: “El Espíritu Santo en los Padres de la Iglesia”. Ciudad Nueva. Madrid. 1998

11b.- Card. Joseph Ratzinger: “las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II (Conferencia en la Univers. Pont. Lateranense. Roma, (9-V-2003). www.vatican.va/roman_curia)

11b.- Juan Pablo II: Encíclica “Dominum et Vivificantem”, 45.

Catequesis de Juan Pablo II sobre el Espíritu Santo en las Audiencias Generales de los miércoles:

* 21-VII-1990: “El Espíritu Santo en la experiencia del desierto”; Ecclesia; n.2488-2489; 11 y 18-VIII-1990; 41-42.

* 25-VII-1990: “El Espíritu Santo en la oración y predicación de Jesús”; Ecclesia, n.2488-2489; 11 y 18-VIII-1990; 43-44.

* 1-VIII-1990: “El Espíritu Santo en el Sacrificio de Cristo”; Ecclesia, n. 2490-2491; 25 agosto y 1 de septiembre 1990; 35-36.

* 8 de agosto de 1990: “El Espíritu Santo en la resurrección de Cristo”; Ecclesia, n.2490-2491; 25 de agosto y 1 de septiembre de 1990; 36-37

* 19 de septiembre de 1990: “La acción del Espíritu Santo según los Sinópticos”; “Ecclesia”, n.2497; 13-X-1990; 35 y 37.

* 26 de septiembre de 1990: “La acción del Espíritu según San Juan”; “Ecclesia”, n.2498; 20-X-1990; 29 y 31.

* 3 de octubre de 1990: “La acción del Espíritu según San Pablo”; “Ecclesia”, n.2503; 24-XI-1990; 34-35.

* 10 de octubre de 1990: “El Espíritu Santo escruta el corazón”; “Ecclesia”, n.2503; 24-XI-1990; 37-38.

* 17 de octubre de 1990: “Viento, paloma y fuego, símbolos del Espíritu”; “Ecclesia”, n.2504; 1-XII-1990; 38-39.

* 24 de octubre de 1990: “La unción y el agua”; “Ecclesia”, n.2504; 1-XII-1990; 41-42.

* 31 de octubre de 1990: “El Espíritu Santo como Persona Divina”; Ecclesia, n.2506; 15-XII-1990; 27 y 29

* 7 de noviembre de 1990: “Procede del Padre y del Hijo”; Ecclesia, n.2506; 15-XII-1990; 30-31.

* 14 de noviembre de 1990: “Amor del Padre y del Hijo”; Ecclesia, n.2506; 15-XII-1990; 33-34.

* 21 de noviembre de 1990: “El Espíritu Santo, don del Padre”; Ecclesia, n.2507; 22-XII-1990; 33-34.

11c.- Juan Pablo II: Encíclica “Dominum et Vivificantem”, 6.

12.- Juan Pablo II: Carta apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”, n.44; 10-XI-1994.

12a.- Podemos conocer con mayor profundidad al Espíritu Santo en la “Tertio Millennio Adveniente”, leyendo la obra: “El Espíritu del Señor”, del Comité para el Jubileo del año 2000 (BAC, Madrid, 1997) y el trabajo de Y. Spiteris: “El Espíritu Santo, agente principal de la nueva evangelización” en “Comentario teológico-pastoral de la TMA; Sígueme. Salamanca, 195-215.

* Felix Porsch: “El Espíritu Santo, defensor de los creyentes”; Secretariado Trinitario. Salamanca. 1978.

12b.- Juan Pablo II enseña que “nuestra fe nos revela la presencia operante del Espíritu en nuestro ser, en nuestro actuar y en nuestro vivir, tal como lo ha configurado, capacitado y plasmado el sacramento del Orden. Ciertamente, el Espíritu del Señor es el gran protagonista de nuestra vida espiritual. Él crea el “corazón nuevo”, lo anima y lo guía con la “ley nueva” de la caridad, de la caridad pastoral. Para el desarrollo de la vida espiritual es decisiva la certeza de que no faltará nunca al sacerdote la gracia del Espíritu Santo, como don totalmente gratuito y como mandato de responsabilidad” (“Pastores dabó vobis”, 33).

13.- Juan Pablo II: Encíclica “Dives in misericordia”, n.25

* Juan Pablo II: “68 Catequesis sobre el Espíritu Santo”; en “Sereca Fomento”. Renovación Carismática. Madrid. 1991.

13a.- Juan Pablo II. Encíclica “Dominum et vivificantem”, n.4.

14.- Renovación carismática”. Edita: Sereca Fomento. Madrid.

14a.- Juan Pablo II: “Discurso en Czestochowa, IV Jornada Mundial de la Juventud; 15 de agosto de 1991.

14b.- Juan Pablo II: “Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo, 1998.

* Juan Pablo II: “Es el Espíritu quien, mediante sus dones, ilumina nuestra mirada y abre nuestra inteligencia a la verdad de Jesucristo” (Encíclica “Dominum et Vivificantem”, 30-32).

* Juan Pablo II escribiendo a los Sacerdotes, les dice: “nuestra fe nos revela la presencia operante del Espíritu Santo en nuestro ser, en nuestro actuar y en nuestro vivir, tal como lo ha configurado, capacitado y plasmado el sacramento del Orden. Ciertamente el Espíritu del Señor es el gran protagonista de nuestra vida espiritual. Él crea el “corazón nuevo”, lo anima y lo guía con la “ley nueva” de la caridad, de la caridad pastoral. Para el desarrollo de la vida espiritual es decisiva la certeza de que no faltará nunca al sacerdote la gracia del Espíritu Santo, como don totalmente gratuito y como mandato de responsabilidad” (“Exhortación Apostólica: “Pastores dabo vobis”, 33; 25 de Marzo de 1992).

* Juan Pablo II dice a los sacerdotes que el Espíritu Santo se manifiesta en vuestra vida “como fuente de santidad y llamada a la santificación” (PDV 19).

14c.- Juan Pablo II: Homilía en la celebración eucarística de la Vigilia de Pentecostés (22-V-1999) (Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres (Julio-Agosto 1999; 640-643).

15.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”, n.48

15a.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general: 4-XII-1985

* Juan Pablo II: “El fundamento trinitario de la Comunión”; Catequesis en la Audiencia del 14 de junio de 2000; “Ecclesia”, n.3004; 8 de julio de 2000; 25-26.

* Juan Pablo II: “La gloria de la Trinidad en el hombre vivo”; Catequesis en la Audiencia del 7 de junio de 2000; “Ecclesia”, n.3004; 8 de julio de 2000.

* Juan Pablo II: “La gloria de la Trinidad en la Jerusalén celestial”, catequesis en la Audiencia del 28 de junio de 2000; “Ecclesia”; n.3005; 15 de junio de 2000; 24-25.

15b.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general: 6-XI-1985

15c.- Juan Pablo II: Encíclica “Dominum et Vivificantem”, 10

15d.- Juan Pablo II: “Homilía en las Ordenaciones sacerdotales en Suiza”: 17-VI-1984

* Juan Pablo II: “La Unidad Trinitaria se pone de relieve en el Misterio de la Encarnación” (Audiencia General del 29-VIII-1990): “Ecclesia”, n.2494: 22 de septiembre de 1990; 27-28.

* Juan Pablo II: Catequesis: “Presencia trinitaria en el acontecimiento pascual” en la Audiencia General del 10 de mayo de 2000. “Ecclesia”, n.2998; 27 de mayo de 2000; 37-38

15e.- Mons. Atilano Rodríguez escribe: “En tiempos de indiferencia religiosa, como los que vivimos, su testimonio creyente y su actitud contemplativa permanecerán vivos para siempre, a pesar de su paso a la casa del Padre. Este testimonio debe ayudarnos a revisar nuestra fe y a meditar en nuestra respuesta a las invitaciones de Jesucristo. En el futuro, como en el pasado, solamente los creyentes que dediquen tiempo a la contemplación del rostro sufriente y glorioso de Cristo, que escuchen y mediten su Palabra, podrán conocer sus actitudes y sentimientos y encontrarán fuerza y vigor para ser auténticos militantes cristianos” (Revista “Signo”. Acción Católica; n.2; Año 2005; Marzo-Abril. pág.12).

15f.- Mons. A. Cañizares escribe: “Cuando me piden que resuma en dos palabras al Papa Juan Pablo II, doy la misma respuesta: ha sido, es incluso tras su muerte, un singular Testigo de Jesucristo, y, por ello mismo, testigo de esperanza.

16.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n.16; BAC-documentos. Madrid. 2001.

* Card. A. María Rouco Varela dice:

“ Su historia ha sido la de un amor apasionado a Cristo, a quien ha seguido sin reservas, con una disponibilidad y obediencia heroicas en la entrega diaria y crucificada de su vida hasta la últimos momentos de su

crudelísima enfermedad. El Papa se ha dejado ceñir por Cristo que le ha llevado a la cumbre del abandono total de sí mismo, a la cruz, de donde no se ha querido bajar para revelarnos así el amor de Cristo por su pueblo “hasta el fin, hasta la consumación” (Homilía en el Funeral por Juan Pablo II. Madrid.11-Abril-2005 (Semanario Católico “Alfa y Omega”. 14-IV-2005).

* Mons. Antonio Cañizares afirma:

- “Jesucristo ha sido su gran pasión, su gran amor. (...) Ha sido un enamorado de Jesucristo, para quien Cristo mismo ha sido su vida”.

- “Juan Pablo II no nos ha ofrecido una interpretación más de Jesucristo, no ha sido un ideólogo ni un maestro de moral, ni un líder social, político o religioso. Ha sido, ante todo, un testigo. Se ha encontrado con Jesucristo, Hijo de Dios vivo, el Mesías que tenía que venir y al que los hombres esperan, Dios con el hombre y para el hombre. (...) Cuando me piden que resuma en dos palabras al Papa Juan Pablo II, doy la misma respuesta: ha sido, es incluso tras su muerte, un singular testigo de Jesucristo, y, por ello mismo, testigo de esperanza” (Semanario Católico “Alfa y Omega”; 14-IV-2005)..

17.- Card. Antonio Rouco Varela: Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II (Madrid. 11-Abril-2005; Semanario Católico “Alfa y Omega” 14-IV-2005).

18.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n. 17

18a.- Juan Pablo II: “La unidad de la Iglesia de Rito Oriental en torno a la Sede de Pedro”. Discurso en la catedral ucraniana de la Inmaculada Concepción, Filadelfia; 4-X-1979.

19.- Juan Pablo II: “Jornada Mundial de la Juventud. Toronto (Canadá); año 2002.

19a.- Juan Pablo II: “Mensaje a los seminaristas”. Valencia. 8-XI-1982

* Bruno Forte: “la Iglesia de la Trinidad”. Edic. Secretariado Trinitario. Salamanca. 1996.

* Mons. Elías Yanes: “Tareas del Pueblo de Dios para el siglo XXI”, en AA.VV. “La Iglesia en España” 1950-2000, bajo la dirección de O.González de Cardedal; PPC. Madrid. 1999; 273-326.

* Mons. Juan María Uriarte: “La salud del hombre vivo en el quehacer de la Iglesia” en AA.VV. “La Iglesia en España, 1950-2000; ib. 329-339.

* O.González de Cardedal: “Cristianismo, Iglesia y Sociedad en España. 1950-2000”, en “AA.VV. “La Iglesia en España, 1950-2000”, ib. 342-422.

Ib. “la Iglesia es una comunidad de fe dentro de la sociedad civil, con un mensaje de contraste y de complementariedad. No es otra sociedad paralela ni una contrasociedad. Los creyentes somos miembros de la sociedad y de la Iglesia al mismo tiempo” (“Ratzinger y Juan Pablo II”; Sígueme. Salamanca. 2005; p.146).

* Conferencia Episcopal Española: Instrucción pastoral: “Teología y Secularización en España” (10-Abril-2006). (nn.36-41).

* Ricardo Blázquez: “la Iglesia, “icono” de la comunión trinitaria” en “Dios y el hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardedal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006. pp.427-446.

La Iglesia es Madre de los cristianos

La Iglesia es Madre, en la que renacemos a la vida nueva en Dios; una madre debe ser amada. Ella es santa en su Fundador, medios y doctrina, pero formada por hombres pecadores; hay que contribuir positivamente a mejorarla, a ayudarla hacia una fidelidad siempre renovada, que nos e logra con críticas corrosivas (19a).Juan Pablo II, en la homilía durante la Santa Misa de la Coronación de la Virgen de la caridad del Cobre de Santiago de Cuba (24-I-1998) dijo:

* “El ejemplo de disponibilidad de María nos señala el camino a recorrer. Con Ella la Iglesia lleva a cabo su vocación y su misión, anunciando a Jesucristo y exhortando a hacer lo que Él nos dice; construyendo también la fraternidad universal en la que cada hombre pueda llamar Padre a Dios” (n.3)..

* “Como la Virgen María, la Iglesia es Madre y Maestra en el seguimiento de Cristo, luz para los pueblos, y dispensadora de la misericordia divina. Como comunidad de todos los bautizados, es asimismo recinto de perdón, de paz y reconciliación, que abre sus brazos a todos los hombres para anunciarle al Dios verdadero. Con el servicio a la fe de los hombres y mujeres de este amado pueblo, la Iglesia les ayuda a progresar por el camino del bien. Las obras de evangelización que van teniendo lugar en diversos ambientes,

como por ejemplo las misiones en barrios y pueblos sin iglesias, deben ser cuidadas y fomentadas para que puedan desarrollarse y servir no sólo a los católicos, sino a todo el pueblo cubano para que conozca a Jesucristo y lo ame. La historia enseña que sin fe desaparece la virtud, los valores morales se oscurecen, no resplandece la verdad, la vida pierde su sentido trascendente y aun el servicio a la nación puede dejar de ser alentado por las motivaciones más profundas (n.4).

* “La Iglesia, inmersa en la sociedad, no busca ninguna forma de poder político para desarrollar su misión, sino que quiere ser germen fecundo de bien común al hacerse presente en las estructuras sociales” (n.4).

* Gerard Philips: “La Iglesia y su Misterio” I-II. Herder. Barcelona. 1968

* H. de Lubac: “Meditación sobre la Iglesia”. Encuentro Ediciones. 1988

* Joseph Ratzinger: “la Iglesia. Una comunidad siempre en camino”. Edic. Paulinas. 1992.

* AA.VV. “Eclesiología. 30 años después de “Lumen Gentium”. Rialp. Madrid. 1994

* Bruno Forte: “La Iglesia de la Trinidad. Secretariado Trinitario. Salamanca. 1995.

* Eloy Bueno de la Fuente: “Eclesiología”. BAC. Madrid. 1998.

* H. de Lubac: “Paradoja y Misterio de la Iglesia”. Sígueme. Salamanca. 2002

* María José Arana, RSCJ: “El diálogo en el interior de la Iglesia” (“Sal Terrae”; febrero-2006; 143-154).

19b.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal del Pacífico con ocasión de su visita “ad limina” (18-IX-2004).

* Congregación para la Doctrina de la Fe: “Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión” (28-V-1992).

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Vocación eclesial del teólogo” (1990).

* Comisión Teológica Internacional: “La unidad de la fe y el pluralismo teológico” (1972); “Magisterio y teología” (1975); “La fe y la inculturación” (1987); “La interpretación de los dogmas” (1988); “El Cristianismo y las religiones” (1996) en “Documentos de la Comisión Teológica Internacional” (BAC. Madrid. 1998).

* Olegario González de Cardenal: “Cristianismo, Iglesia y Sociedad en España: 1950-2000”, en “La Iglesia en España 1950-2000”. Consulte la nota 1 de las pp.386-387.

* H.de Lubac: “Les Eglises particulières dans l’Eglise universelle”, París. Aubier. 1972.

19c.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n.43.

* Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades (Conf. Episc. Española): “Espiritualidad de Comunión”, EDICE 2003.

Consignamos algunos capítulos de este libro por su importancia:

- Mons. Ricardo Blázquez: “Eclesiología y Espiritualidad de Comunión” (pp.15-32).

- Lorenzo Trujillo: “El Ministerio Ordenado en la vida de la Iglesia” (pp. 33-108).

- Luis Argüello García: “La fraternidad sacramental, comunión específica de los presbíteros” (pp.109-140)

- Alfonso Carrasco Rouco. “El ministerio: comunión de carismas y ministerios” (pp.141-157).

19d.- Juan Pablo II: Carta apostólica “Novo Millennio Ineunte”, 42.

* Mons. R. Blázquez: “la Iglesia del Concilio Vaticano II”. Sigueme. Salamanca 1988.

* J. Rigal: “L’eclesiologie de comunión. Son evolution historique et ses fondements”. París, 1997.

* J. Hamer escribe: “La unanimidad de la Iglesia vivida en la comunión no reposa ante todo en la prudencia de los jefes, la sagacidad de los teólogos, el valor de los organizadores, la fuerza con la cual es transmitido el mensaje, la estricta aplicación de una disciplina universalmente aceptada. Ella reposa sobre el Espíritu” (“L’ Église est une comunión”. París. 1962. p.205.

* J.M.R. Tillard: “La Iglesia Local. Eclesiología de comunión y catolicidad”. Salamanca 1999.

20.- Juan Pablo II: “Clausura del Sínodo Extraordinario de los XXV años del Concilio Vaticano II; 1985.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General (27-IX-1989). En esta catequesis, el Papa afirma: “El carácter misionero de la Iglesia está vinculado estrechamente a su universalidad. Al mismo tiempo, la universalidad de la Iglesia, por una parte, implica la más sólida unidad y, por otra, una pluralidad y una multiformidad, es decir, una diversificación, que no resulta un obstáculo para la unidad, sino por el contrario, le confiere el carácter de “comunidad”.

* Mons. Juan María Uriarte: “María en la Misión Universal de la Iglesia”. En esta conferencia escribe: “La Iglesia es sujeto de la misión, pero es un sujeto sacramental. En otras palabras, es signo e instrumento de la misión salvífica de Cristo y de su Espíritu. La misión no es suya. “Enviada y evangelizada” ofrece un mensaje del que ella “no es dueña ni propietaria”. (...) Una manera de ejercer la misión obscurece, entre otras, esta convicción básica: la desmedida conciencia de protagonismo. Los responsables y colaboradores eclesiales tocados de esta tentación se conciben prácticamente a sí mismos como plenipotenciarios de la salvación.. Más que una acción de Dios a través de su mediación, la actividad misionera sería simplemente algo que realizarían en nombre de Dios y con su autoridad” (“María, evangelio vivido”. Edice. Madrid. 1999; 148).

20a.- Juan Pablo II: “Discurso a la Curia Romana; 28-VI-1980).

* Juan Pablo II: “Discurso al Consejo de la Conferencia Episcopal Italiana; 23-I-1979).

* Juan Pablo II: Alocución dominical; 19-X-1980.

21.- Juan Pablo II: Encíclica “Redemptoris Missio”, n. 43.

* Juan Pablo II: “Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada del Domund 2000: Dimensión misionera de la Iglesia y urgencia de la misión “ad gentes”; 11 de junio de 2000; “Ecclesia”, n 2013, 9 de septiembre de 2000; 27-29.

* Conferencia Episcopal Española: “Testigos del Dios vivo” (Edice. Madrid. 1985)

* Juan Pablo II: Algunas Catequesis sobre la Iglesia

- El Reino de Dios
- Imágenes de la Iglesia
- La Iglesia, como comunión
- La Iglesia, comunión jerárquica.

* Juan Pablo II: “Homilía en Salerno (Italia); 26-V-1985).Dice en ella: “La misión propia que Jesús ha confiado a la Iglesia, no es de orden político, económico o social, sino exclusivamente religioso. Sin embargo, de esta misión religiosa brota el compromiso por contribuir a edificar y consolidar la comunidad de los hombres según la ley divina”.

* K. Rahner: “Sobre el diálogo en la sociedad pluralista” en *Escritos de Teología*. Madrid. Taurus, 1969, t.VI).

* Raúl Berzosa Martínez: “La relación Iglesia-comunidad política a la luz de “Gaudium et Spes”, n.76”. Vitoria Eset, 1998).

* Luigi Giussani: “ Por qué la Iglesia?” (Edic. Encuentro.Madrid. 2004).

22.- Juan Pablo II: “Jornada Mundial de la Juventud Manila (Filipinas) 1995.

* Mons. F. Sebastián: “Hablar de Dios en la Iglesia del futuro”, en “La Iglesia en España, 1950-2000; O.G.de Cardenal, dir. PPC pp.253-271.

22a.- Juan Esquerda Bifet escribe sobre la espiritualidad misionera: “la espiritualidad misionera” significa vivir la misión con fidelidad generosa al Espíritu Santo”. Además nos ofrece una síntesis doctrinal básica de la misma: “fidelidad al Espíritu Santo, en la misión de Cristo confiada a los Apóstoles y según los planes salvíficos del Padre (dimensión trinitaria, cristológica, pneumatológica); vocación misionera general, y específica; comunidad apostólica donde se vive la vocación; virtudes concretas que derivan de la caridad pastoral; la oración como experiencia cristiana de Dios (dimensión contemplativa); el sentido y amor de Iglesia misterio, comunión y misión (dimensión eclesiológica); la figura de María como Tipo de la Iglesia misionera (dimensión mariológica); necesidad de la espiritualidad misionera para una mayor inserción en la realidad (dimensión sociológica y cultural).

La “espiritualidad misionera” consiste en una vida según el “Espíritu” en relación con la misión, que procede del Padre y se nos transmite por medio de Jesucristo y bajo la acción del Espíritu Santo. Es la espiritualidad que ayuda a descubrir y vivir la prioridad y la iniciativa de Dios en el don de la misión. “La actividad misionera exige, ante todo, espiritualidad específica”, que se delinea como “plena docilidad al Espíritu” (RMi. 87) y “comunión íntima con Cristo” (RMi.88) (“Significado y contenidos de la Espiritualidad Misionera” en “Misiones Extranjeras”. Espiritualidad misionera; n.195; Julio-Agosto 2003).

* José María Vigil: “Rasgos de la espiritualidad misionera desde América Latina” en “Misiones extranjeras”. Espiritualidad misionera. 195; Julio-Agosto 2003; 304-316.

* Jorge Gispert: “Espiritualidad misionera desde Asia” en “Misiones Extranjeras”. Espiritualidad misionera. 195. Julio-Agosto 2003; 317-322.

* Xosé Xulio Rodríguez Fernández: “Rasgos de una espiritualidad apostólica y misionera”. La experiencia del Prado; en “Misiones extranjeras”. Espiritualidad misionera. 195; Julio-Agosto 2003; 363-373.

22b.- L.Boff: “La nueva evangelización. Perspectiva de los oprimidos”, (Sal Terrae, Santander, 1991). IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: “Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana., conclusiones de la Conferencia de Santo Domingo”, n.24 (Paulinas. Madrid 1993), 33). J.Martín Velasco: “La nueva evangelización: ambigüedades de un proyecto necesario” (Misión Abierta, 5(1990) 87-97.

23.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa celebrada en el Estadio del Nou Camp (Barcelona). 7-XI-1982.

24.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa celebrada en el Estadio del Nou Camp (Barcelona). 7-XI-1982

* Juan Pablo II enseña que “La Iglesia, cuando anuncia al hombre la salvación de Dios, cuando le ofrece y comunica la vida divina mediante los sacramentos, cuando orienta su vida a través de los mandamientos del amor a Dios y al prójimo, contribuye al enriquecimiento de la dignidad del hombre” (“Centessimus annus”, 55).

24a.- Juan Pablo II: Bula de convocatoria del Año Santo de la Redención: “Abrid las puertas al Redentor”, 3

24b.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del 14 de junio de 2000, “Ecclesia”, n.3004; 8 de julio de 2000; 25-26.

24c.- Luis Gonzalez-Carvajal: “Cristianismo y secularización. Cómo vivir a fe en una sociedad secularizada” (“Sal Terrae”, Santander, 2003).

* Juan Pablo II: Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede: “Presencia y acción de la iglesia en el mundo contemporáneo” (14-I-1980). Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Abril de 1980; .16.21

* Mons. Fernando Sebastián. “Vida pública”, en “Mons. F. Sebastián. Testigo del Evangelio” (BAC Madrid. 2004), 75-104).

24d.- Juan Pablo II: “Mensaje al Presidente de la Conferencia Episcopal de Francia”. L’Osservatore Romano; n.7; 18-II-2005; pp.3-4

* Conferencia Episcopal de Cuba: Instrucción teológico-pastoral : “La presencia social de la Iglesia” (8-IX-2003; “Ecclesia”, n.3172; 27-IX-2003; 32-38.

24e.- Juan Pablo II: Exhortación apostólica: “Christifideles laici”, 26-27; PPC. Madrid; cuarta edición; 1989

* Miguel Payá Andrés: “La Parroquia, comunidad evangelizadora”; PPC. Madrid. 1995.

24f.- “Ecclesia”, n. 3214; 17 de junio de 2004; 30-31.

24g.- “Ecclesia”; n.3241; 22-Enero-2005; 33-34

24h.- Comisión Permanente de la Conf. Episc. Española: “Mensaje de los obispos con motivo del XXV aniversario de la elección del Papa Juan Pablo II (24-IX-2003)

“www.conferenciaepiscopal.es/documentos/Conferencia/Papa_25aniv.

* Juan Pablo II: “He sentido el deber de recordar a la humanidad que ni hay paz si el hombre y el derecho son despreciados y si los derechos de todos los pueblos -y particularmente de aquellos más vulnerables- no son respetados” (Carta Apostólica para conmemorar el 50 aniversario de la Segunda Guerra Mundial).

* Joan Bestard Comas escribe: “La firma defensa de la dignidad de la persona humana fue el hilo conductor, el leitmotiv de toda su enseñanza social. Ante una globalización económica que crea bienestar y riqueza, pero que también, por desgracia, deja muchas víctimas en la cuneta de la vida, defendió, una y otra vez, la globalización de la solidaridad. (...) Juan Pablo II fue un gigante de la fe y de los derechos humanos. Su vida ha sido la de un creyente radicalmente creíble, la de un seguidor de Jesús hasta sus últimas consecuencias” (“Vida Nueva”; 9-IV-2005; n.2466; 67).

* Mons. Adolfo González Montes escribe:

“El enorme sentimiento de simpatía y de solidaridad con su persona que el Santo Padre ha despertado en el mundo, no sólo entre los católicos y los demás cristianos, sino entre los que profesan otras religiones y los hombres de buena voluntad, se debe no sólo al valor con que el Papa ha defendido la dignidad del ser humano, sino a su proclamación constante de que esa dignidad descansa en Dios, que ha creado al hombre a su imagen y semejanza y lo ha destinado a la vida eternamente feliz” (“Ante la muerte del Papa Juan Pablo II”; Boletín del Obispado; Jerez, 2005).

“Su pasión filosófica brotaba de su pasión por el misterio del hombre y la luz sobre el mismo que irradia Cristo, troquel y forma del hombre según Dios. Cuando la cultura débil de nuestro tiempo renuncia al rigor de la argumentación de la razón y al ejercicio de sus capacidades, cediendo al peor mal que el hombre puede padecer por su insidiosa tentación al letargo, el Papa ha defendido con vigorosa energía la condición racional del ser humano y el saber que le es posible alcanzar sobre el hombre y el mundo, sobre la moral y las virtudes que distinguen la espiritualidad del ser humano. El Papa ha llevado a cabo esta defensa de la razón consecuente con su convicción fundamental sobre la esencia libre y responsable del hombre, capaz de amor supremo y perversión sofisticada, sujeto del bien y del mal; en definitiva, sujeto moral” (“Ante la muerte del Papa Juan Pablo II”; ib.).

* Conferencia Episcopal Española: “Instrucción pastoral: “Teología y secularización en España...” (10-IV-2006). Insertamos aquí estas palabras:

“La dignidad de la persona humana radica en haber sido creada a imagen y semejanza de Dios. “Dotada de alma espiritual e inmortal, de inteligencia y de voluntad libre, la persona humana está ordenada a Dios y llamada, con su alma y con su cuerpo, a la bienaventuranza eterna” (CATIC compendio, 358). En todo hombre existe un deseo innato de felicidad, que Dios quiere colmar de un modo desbordante, ya que llama al hombre a participar, por Cristo, de la misma bienaventuranza divina, “que ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó lo que Dios preparó para los que le aman” (ICort.2,9). El hombre alcanza su fin último en virtud de la gracia de Cristo, “don de Dios que nos hace partícipes de su vida trinitaria y capaces de obrar por amor a Él” (CATIC, compendio, 423).

“Afrontar la vida “como si Dios no existiese”, pretender ignorar a Dios o, incluso, negarle explícitamente, es el principio de la infelicidad humana. Por esta razón, la Iglesia ofrece a todos su enseñanza moral, consciente de que es Cristo quien ha revelado al hombre su más sagrada dignidad y su vocación última” (n.56).

“La realización de la dignidad del hombre exige que se respete el orden esencial de la naturaleza humana creada por Dios, que trasciende las vicisitudes históricas y culturales. Este orden de la naturaleza humana se expresa en la ley natural, que el hombre puede conocer, aunque previa a su conocimiento (VS, nn.47-50) (n.57).

“El conocimiento de la ley natural supone que está inscrita en lo más profundo del ser humano y puede percibirse, al menos, en cierta medida por la sola razón, fuera de la Revelación de Cristo (GS 16). El juicio de la conciencia no establece la ley sino que afirma su autoridad, al ser percibida como norma objetiva e inmutable e impulsa al hombre a hacer el bien y evitar el mal” (CATIC compendio, 372; GS 16). En este sentido, el Magisterio ha advertido sobre las lagunas y deficiencias de algunas propuestas morales como la “opción fundamental” (VS.65-70), el “proporcionalismo y consecuencialismo” (VS, n.75), o la llamara “moral de actitudes (nota 171)”. También es necesario recordar que para que la persona actúe conforme a su dignidad la conciencia debe ser recta y abierta a la verdad (nota 172), es decir, debe estar “de acuerdo con lo que es justo y bueno según la razón y la ley de Dios” (nota 173).

Catequesis de Juan Pablo II sobre el hombre y la mujer en Audiencias Generales

- “El hombre creado a imagen de Dios” (9-IV-1986); Ediciones Palabra. Fuenlabrada (Madrid); 205-209.
- “El hombre, imagen de Dios, es un ser espiritual y corporal” (16-IV-1986); ibd. 209-214
- “El hombre, imagen de Dios, es sujeto de conocimiento y libertad” (23-IV-1986); ibd. 214-218
- “El mal en el hombre y en el mundo y el plan de divino de salvación” (27-VII-1986); ibd. 291-295
- “El pecado del hombre y el estado de justicia original” (3-IX-1986); ibd. 295-300.
- “El primer pecado en la historia del hombre: “Peccatum Originale” (10-IX-1986); ibd. 300-306.
- “La universalidad del pecado en la historia del hombre. Carácter hereditario del pecado” (17-IX-1986); ibd. 306-312
- “Las enseñanzas de la Iglesia sobre el pecado original” (24-IX-1986); ibd. 312-316
- “Las enseñanzas de la Iglesia sobre el pecado original: las consecuencias que el pecado ha tenido para la humanidad” (1-X-1986); ibd. 316-320.
- “Estado del hombre caído” (8-X-1986); ibd. 320-325.
- “Pecado: ruptura de la alianza con Dios” (29-X-1986); ibd. 327-333

- “El pecado del hombre y el “pecado del mundo” (5-XI-1986); ibd. 333-339.
- “El pecado como alienación del hombre” (12-XI-1986); ibd. 339-346.
- “Estableceré enemistad...”: el hombre implicado en la lucha contra las fuerzas de las tinieblas” (10-XII-1986); ibd. 346-351
- “El protoevangelio de la Salvación (17-XII-1986); ibd. 351-357.

Algunas obras sobre antropología

* Carlos Díaz: “Contra Prometeo” (Una contraposición entre ética autócentrica y ética de la gratuidad). Encuentro Ediciones. Madrid. 1980.

* Juan Luis Ruiz de la Peña: “Las nuevas antropologías. Un reto a la teología”. Sal Terrae. Santander, 1983.

- La dialéctica sujeto – objeto
- La dialéctica hombre – animal
- La dialéctica mente – cerebro
- Imagen de Dios

* Edward Schillebeeckx: “Cristo y los cristianos. Gracia y Liberación”. Ediciones Cristiandad. Madrid. 1983.

* Luis F. Ladaria: “Antropología Teológica”. UPCM Madrid. 1987. Università Gregoriana Editrice. Roma 1987

* Juan de Sahagún Lucas: “Antropologías actuales y su repercusión en la Teología”. (Separata del Boletín Oficial del Arzobispado de Burgos. Noviembre de 1989; pp.19-23):

- Antropología marxista y neomarxista
- Antropología freudiana y neofreudiana (Psicoanalítica)
- Antropología estructuralista
- Antropología personalista

Conclusiones: Persona y sociedad.

* Juan Sahagún Lucas (dir.): “Nuevas Antropologías del siglo XX”; Sígueme. Salamanca, 1994.

* J. L. Ruiz de la Peña: “ El Don de Dios”. Antropología teológica especial”. Sal Terrae. Santander. 1991.

Algunas obras sobre Escatología

- J.Ratzinger: "Escatología". Herder. Barcelona. 1980
- C. Pozo: "· Teología del más allá". BAC Madrid. 1982
- F.J.Nocke: "Escatología". Ed. Hrrder. Barcelona. 1984
- AA.VV.Mysterium Salutis V: "La consumación escatológica". Cristiandad. Madrid. 1984; pp.525-845
- J. L.Ruiz de la Peña: "La otra dimensión". Sal Terrae. Santander. 1986
- A. Tornos: "Escatología". Ed. Comillas. Madrid. 1889
- A. Gounelle y F. Vouga: "Après la mort, qu'y a-t-il?. Les discours chretiens sur l'au-delà". Du Cerf. París. 1990
- Comisión Teológica Internacional: "Algunas cuestiones actuales de Escatología". Documento 1990; Cete Toledo. 1992
- .C. Pozo: "La venida del Señor en la Gloria". Escatología". Edicep. Valencia. 1993.
- Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de la Conf. Episcopal Española: "Esperamos la Resurrección y la Vida eterna" (26-XI-1995). Edice. Madrid.
- Cong. Para la Doctrina de la Fe: "Temas actuales de Escatología". Ed. Palabra. Madrid. 2001. Comentarios y estudios sobre esta Carta con la introducción del Card. J. Ratzinger y el prólogo de Mons. T. Bertone.
- Medard Kehl: "Escatología". Sígueme Salamanca. 1992.
- J.L.Ruiz de la Peña: "La pascua de la creación. Escatología. Tercera edición (revisada). BAC. Madrid. 2000
- Andrés Tornos: "El Más allá. Mitos y creencias". PPC. Madrid. 2002.

24i.- Juan Pablo II: "Discurso de apertura de la III Conferencia Latinoamérica" (Puebla de los Ángeles. Méjico. 28-I-1979).

25.- Juan Pablo II: "Homilía en el Misa en el Campo de Marte". Guatemala. 7-III-1983.

25a.- Juan Pablo II: "Encuentro con los Obispos Cubanos" (La Habana; 25-I-1998.

25b.- Juan Pablo II: "Discurso a las autoridades de la República Portuguesa" (12-V-1982).

26.- Card. Karol Wojtyla: "Amor y responsabilidad" . Introducción

26a.- Juan Pablo II: “Encíclica Redemptor hominis” (1979), nn. 13 y 14.

* Juan Pablo II: “El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social -en el ámbito de la propia familia, de la sociedad, de la propia nación, o pueblo, en el ámbito de toda la Humanidad-, este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión” (RH 13 y 14).

* Joseph Ratzinger: “Dios y el mundo”. Una conversación con Meter Seewald”. (Círculo de Lectores; agosto-2000)..

* Olegario González de Cardenal: “Dios en la historia y el destino de la humanidad”, en “Dios y el hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal” (Edic. Sígueme, Salamanca. 2006; 631-667).

26b.- Juan Pablo II: “Redemptor hominis”, n.10.

26c.- O. González de Cardenal escribe: “El cristiano se alegra de que Dios exista, de que encarnado sea Dios de los hombres, convirtiéndose así en nuestra salvación. María anticipó la expresión más profunda de la fe al decir: “Mi alma reconoce la grandeza de Dios y se alegra de Él, que es mi Salvador” (Lc.1,46). La esencia de la fe cristiana es alegría de Dios y alegría del hombre, alegría porque existan los dos, de que sean amigos y de que ya no haya Dios sin hombre ni hombre sin Dios” (“La Entraña del cristianismo”; 2ª ed. Secretariado Trinitario. Salamanca. 1998; p.340).

* José Ramón Flecha: “El hombre nuevo en Cristo” en “Dios y el hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; 539-584.

* Ciro García Fernández: “Salvación: una existencia agraciada”, en “Coram Deo”. Memorial. Juan Ruiz de la Peña. Public. Univ. Pontificia de Salamanca. 1997; 293-308.

26d.- Juan Pablo II: Encíclica “Laborem exercens”, 1.

26e.- Juan Pablo II: “Discurso de apertura a la III Conferencia Latinoamericana”. Puebla.1979.

* Juan Pablo II: Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio: la Iglesia defiende la dignidad del hombre (22-XII-1979). De este importante discurso ofrecemos estas enseñanzas:

- “En mi reunión con los representantes de todas las naciones del mundo, en Nueva York, he recordado ante aquel gran foro la necesidad de proclamar y defender los “derechos inalienables” de las personas y de las comunidades de los pueblos. Existen problemas que nos interpelan en toda su gravedad, y la Iglesia tiene el derecho y el deber de intervenir, si quiere permanecer fiel a su misión, orientada en el Cristo nacido por nosotros a la salvación de todo el hombre y de todo hombre. La Iglesia no pide otra cosa que poder cooperar con todos los regímenes y los pueblos, de cualquier tendencia e ideología, a favor de la constante elevación de la humanidad” (n.5).

- “La Iglesia siente el deber de elevar su voz para la defensa de los derechos humanos. No es ciertamente una interferencia en los asuntos internos de los Estados, ni una apropiación indebida de cometidos que no le corresponden, y mucho menos una pura evocación retórica de palabras pero no de hechos” (n.6).

26f.- Juan Pablo II: Encíclica “*Evangelium vitae*” (1995), 96.

27.- C.O’Shea: “Así piensa el Papa”; Temas de hoy; pp.77-79.

* Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en el IX Coloquio internacional Romano Canónico, organizado por la Pontificia universidad Lateranense (11-XII-1993). “*Ecclesia*”, núms.. 2665-2666; 1-8-I-1994; 43-44.

De este importante discurso, insertamos aquí estos párrafos:

“La relación del hombre con su Creador le permite realizarse plenamente en su naturaleza espiritual y racional, es decir, ser parte de aquel orden natural cuya autonomía ha reconocido la revelación cristiana” (n.3).

“La libertad de religión no puede, en efecto, reducirse a la sola libertad de culto, sino que implica también el derecho a la no discriminación en el ejercicio de los otros derechos y de la libertad propia de toda persona humana, considerada tanto en su dimensión individual como comunitaria” (n.3).

“Una ponderada concepción del estado y de su ordenamiento jurídico, inspirada en todo lo que la conciencia común de la Humanidad ha expresado en las reglas de la comunidad internacional, requiere el esfuerzo de asegurar igualdad de trato a toda persona, con independencia de su origen étnico, lingüístico, cultural y religioso” (n.4).

27a.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Ecclesia in America”, n. 57

* Mons. Elías Yanes: Conferencia pronunciada en el Club s. XXI: “Fundamentos teológicos de los derechos Humanos”; Extracto en “Ecclesia”, n.2676; 19-III-1994; 12-13.

* Angel Cordovilla escribe: “En el contexto de la defensa de la libertad, tenemos que entender la insobornable defensa de la dignidad de la persona y el valor inviolable de la vida humana, independientemente del lugar en que se viva, de la situación económica que se disfrute, del credo religioso que se profese o la raza de la que se provenga (la vida de todos los hombres, en suma). Pero también de todo el hombre, en toda su integridad, alma y cuerpo, y cualquiera de los estadios en que se encuentre: ya sea al inicio de la vida humana en el momento de la concepción, o al final de ella encaminándose hacia la muerte, asumiendo la vejez, el dolor y la enfermedad como una realidad que pertenece también a la condición humana y desde la que uno puede configurarse nuevamente con el Cristo que constituye nuestra vocación y medida (“Sentido salvífico del sufrimiento humano”, 1984).

En este sentido es significativo cómo la teología se está moviendo en la elaboración más profunda del concepto de persona, iluminado desde el propio misterio trinitario, que nos haga comprender que el otro no es aquel que me aliena en mi identidad y realización personal, sino aquel que, en cuanto otro y distinto de mí, me constituye, me libera y me plenifica (...) La solución consiste en volver a conectar al hombre con sus realidades constituyentes y constitutivas: con el cosmos, con el prójimo y con Dios. En el centro de todo ello se sitúa una ontología de la persona que tiene como categorías y realidades esencialmente vinculadas las de relación, alteridad y libertad (Sal Terrae” (ib.).

27b.- Juan Pablo II: “Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la Paz”, 1999.

27c.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici”, 1988; 38.

27d.- Juan Pablo II: “Alocución al Presidente y otras Autoridades de Brasil (30-VI-1980).

28.- Juan Pablo II: “Mensaje para el IIº Domingo de Pascua - Domingo de la Divina Misericordia - 2005

* Card. A. Mª Rouco Varela escribe: “Juan Pablo II se propuso, desde el primer día de su ministerio pastoral, que los hombres del mundo

contemporáneo, por tantas razones atormentados, amedrentados y dolidos, no tuviesen miedo: ¡que le abriesen las puertas a Cristo!, ¡ de par en par!: las de su corazón, las de sus familias, las de su pueblo, las de toda la Humanidad. Así se explica ese Papa amigo del hombre, de los hombres concretos de nuestro tiempo, de los más pobres y afligidos en el alma y en el cuerpo; ese Papa amigo de la verdadera paz que la opinión pública mundial destaca y reconoce en esta hora decisiva de su encuentro con el Señor resucitado, Jesús misericordioso, juez de vivos y muertos” (Carta pastoral, ante el fallecimiento del Papa. Madrid. Abril. 2005).

28a.- “Ecclesia”, n.3241; 22-I-2005; 26-29.

* Angel Cordovilla escribe: “El magisterio de Juan Pablo II no ha ido dirigido a recortar o eliminar la libertad del ser humano, sino a mostrar cómo el anuncio del evangelio está profundamente arraigado en ella; cómo ambas realidades, lejos de excluirse, se implican mutuamente: libertad del hombre y Evangelio de la gracia; o quizá también, como ha expresado magistralmente el teólogo luterano E. Jüngel, “indicativo de la gracia e imperativo de la libertad” (Indikative der Gnade - Imperative der Freiheit. Theologische Erörterungen IV”. Tübingen 2000).

Y sigue A. Cordovilla: “algunos piensan que la experiencia concreta de liberación que el Papa experimentó y alentó con su propia vida frente al nazismo y al comunismo marxista, le impidió después comprender la lucha de la liberación, así como los posteriores gritos y movimientos de liberación nacidos fundamentalmente en las sociedades desarrolladas, tales como el movimiento de la liberación de la mujer, de grupos homosexuales y otros grupos marginales. Teniendo en cuenta que se trata de contextos diversos y momentos históricos diferentes, creo que el Papa ha mantenido una continuidad de fondo, siendo fiel en su defensa de la libertad y de la liberación humana, sea cual fuere la causa de su esclavitud. El problema ha surgido cuando el Papa ha tenido que ensanchar y profundizar el sentido de la libertad humana desde la fidelidad a la verdad del Evangelio. Ensanchar hacia una comprensión integral, y no sólo económica y mundana, de la liberación (“Libertatis conscientia”, 1986), y profundizar en las raíces de una libertad que se encuentra alimentada y sostenida por la verdad, realizada en el trabajo humanizador y consumada en el amor (Veritatis Splendor, 1993); Laborem exercens”, 1981; Familiaris consortio”, 1981).

28b.- Juan Pablo II: Carta apostólica “Ordinatio Sacerdotalis” sobre la ordenación sacerdotal reservada sólo a los hombres” (22-V-1994); “Ecclesia”, n.2688; 11-VI-1994; 20.

* Juan Pablo II: “Discurso a los representantes de las Confesiones Cristianas en Utrech (Holanda); 13-V-1985). Recordamos estas palabras:

“La Iglesia católica, como las Iglesias ortodoxas, se siente constreñida, a causa de su fidelidad a la Palabra de Dios, como lo entiende en el ejemplo del Señor, el testimonio de la Sagrada Escritura y una Tradición dos veces milenaria, a excluir a las mujeres de la ordenación para el ministerio sacerdotal, y esto podría sugerir también la persistencia de diferencias entre nosotros en la comprensión de la misma ordenación. Pero esta posición no significa que se excluya a la mujer de la vida de la Iglesia, o menos todavía obstaculizar o impedir el estudio y la implementación de su papel propio”.

* Presentación de la Carta Apostólica “*Ordinatio sacerdotalis*”; Nota de presentación, publicada conjuntamente con la Carta apostólica. “*Ecclesia*”, n.2688; 11-VI-1994; 7.

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Carta sobre la colaboración del hombre y de la mujer en la Iglesia y en el mundo”.

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Decreto acerca del intento de ordenación sacerdotal de algunas mujeres católicas” (21-XII-2002).

* Andrés García de la Cuerda: “Llamó a los que quiso”. A propósito de la Carta apostólica “*Ordinatio Sacerdotalis*” de Juan Pablo II”. (Semanario católico “*Alfa y Omega*”; 7-IV-2005; 60-61).

28c.- Juan Pablo II: “Carta a las mujeres” (29-VI-1995); www.conferenciaepiscopal.es/documentos/cartas.htm.

* Jutta Burggraf: “Cotinuidad y progreso con respecto a la “*Mulieris dignitatem*”. (Alfa y Omega”; n.23.

28d.- Card. A. Rouco Varela: “Homilía en el Funeral por Juan Pablo II. Madrid. 11de Abril de 2005. (Semanario católico: “*Alfa y Omega*”, 14-IV-2005.

* Nuria Martínez-Gayol: “La existencia cristiana en la fe, esperanza y amor” en “Dios y el Hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.559-584.

29.- Juan Pablo II: “Encuentro con los jóvenes en el Estadio “Santiago Bernabéu” (Madrid); 3-XI-1982; 112-118.

* Juan Pablo II, habla de la necesaria referencia explícita de la educación católica a la fe en Jesucristo, y dice que si carece de esa referencia “le falta la fuente misma de inspiración, le falta su “eje central”; le falta aquel elemento específico que la define y la distingue entre los demás sistemas educativos” (Discurso a la FIDAE, 29-XII-1979).

Este texto se encuentra en Card. Pío Laghi: “la nueva evangelización y el ámbito de los valores” en “La educación en valores”; PPC. Madrid. 1997 p.54.

* Card. Pío Laghi afirma en el lugar citado: “Por una parte, el proceso de secularización tiende a marginar la problemática religiosa y a hacerla insignificante; por otra parte, el fenómeno de la así llamada “religiosidad dispersa”, es decir, la religiosidad de las nuevas formas religiosas, esotéricas y a veces salvajes, vacía la Redención de Jesucristo y la hace irrelevante. En este clima cultural, la gran tentación de nuestras escuelas es la de quedarse en proponer, sí, valores, pero valores humanos horizontales, sin hacer emerger su vinculación expresa con su fuente vertical, con la fe en Jesucristo. Ciertamente: la solidaridad, la justicia, la fraternidad, la paz entre los pueblos son valores grandes, pero no son suficientes; la educación católica debe caracterizarse por una referencia explícita a la fe en Jesucristo. Si ésta falta ésta, pierde su identidad y su misma razón de ser” (p.54).

* Obispos de Pamplona y Tudela y de Euskadi: “Seguimiento de Jesús y conciencia moral” (Carta Pastoral. Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1985). Recordamos los capítulos de esta carta:

- crisis moral y vacío ético
- causas de esta situación
- pasos previos a una solución cristiana
- vida moral cristiana
- educación moral cristiana
- conversión y práctica cuaresmal.

Por su interés, a nuestro juicio, exponemos los contenidos de dos apartados:

+ La vida moral cristiana:

El seguimiento de Jesús, actitud básica del comportamiento moral
 Carácter vinculante o imperativo del seguimiento de Jesús
 Personalidad moral del discípulo de Jesús
 Actualidad normativa de Jesús

Sentido eclesial en la comprensión de la moral cristiana.

+ La educación moral cristiana

La educación moral parte integrante de la educación en la fe
Al servicio de la vida, contra la muerte
Personas libres y responsables
La obediencia a los valores objetivos
Ámbito de la educación moral.

* Conferencia Episcopal Española: “La Verdad os hará libres” (Jn.8,32). Instrucción pastoral sobre la conciencia cristiana ante la actual situación moral de nuestra sociedad” (Edice. Madrid. 1990).

En primer lugar, los Obispos hablan de “los síntomas generales de una crisis” (nn.6-13) y de “algunos comportamientos concretos” (nn.14-20), así como del “análisis de algunas causas de esta situación” (nn.21-29) y de “factores intraeclesiales de la actual crisis moral” (nn.30-33).

En segundo lugar, los obispos abordan el tema: “algunos aspectos fundamentales del comportamiento moral cristiano” (nn.34-49). Les invito a que releen estos números. Estoy convencido de que les hará mucho bien.

Por mi parte, voy a poner de relieve algunas afirmaciones de nuestros Obispos:

- Dios, creador y salvador: “La moral cristiana no comienza planteando al creyente el imperativo categórico de la ley sino apelando a Dios creador y salvador y a su amor por los hombres. Para una visión cristiana, sólo Dios da respuesta cabal a las aspiraciones profundas del hombre” (n.35).

- El hombre, imagen de Dios: “El hombre ha sido creado a “imagen de Dios” (cf. Gén.1,26-27). Es ésta la clave más profunda de la moral cristiana. Todo hombre es querido y afirmado por Dios de una manera única y personal (cf. GS 23). De su condición de “imagen de Dios” brota la raíz de su dignidad como hombre y del respeto que se le debe (n.36).

- La verdad: “La realización del hombre debe apoyarse en convicciones verdaderas, pues, por su condición de “imagen de Dios”, el hombre está llamado a realizarse en la verdad. Fuera de la verdad, la existencia humana acaba oscureciéndose y casi insensiblemente. Se entenebrece en el error y puede llegar a falsearse a sí mismo y su vida prefiriendo el mal al bien (n.37).

- La libertad y la responsabilidad: “El hombre es un ser inexorablemente moral por el carácter libre de su persona. Pero estar en la verdad es el requisito imprescindible para que la actuación humana sea verdaderamente libre. (...) En el ejercicio de su libertad, el hombre no puede desligarse de referencias objetivas, compromisos y responsabilidades, de tal manera que su actuación no se puede disociar de los imperativos y exigencias que, para bien suyo, han sido inscritos por Dios en su mismo ser personal, en la naturaleza de sus actos y en las demás realidades de la creación. La libertad humana es, pues, falible y limitada” (n.38).

- La conciencia moral: “El carácter inexorablemente moral del hombre exige establecer su auténtica relación con la verdad y la libertad y aun la misma relación entre ambas. Esta relación tiene lugar en el campo de la conciencia moral, es decir, en la facultad, arraigada en el ser del hombre, que le dicta a éste lo que es bueno y malo, le incita a hacer el bien y a evitar el mal y juzga la rectitud o malicia de sus acciones u omisiones después que las ha llevado a cabo. (...) La fidelidad a la conciencia, rectamente formada, es el punto de partida y el lugar de encuentro donde los católicos y sus conciudadanos pueden ahondar en la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que afectan hoy día a los individuos y a la colectividad” (n.39).

- Las normas morales: “La ley de Dios se nos muestra en la Biblia como una realidad viva, metida por Dios en el pecho de los hombres e inscrita en sus corazones (cf. Rm.2,15; GS 16) (...) Consecuentemente, la realidad creada constituye para el hombre una fuente e instancia de moralidad: en ella puede el hombre leer el mensaje cifrado de su ser y de su actuar. (...) La experiencia acumulada en la historia de la humanidad pone de manifiesto los esfuerzos de muchos hombres que, atentos a la voz de Dios, latente en los dictados de su conciencia y al mensaje moral de la creación, han llegado a descubrir y establecer normas y leyes para proteger y desarrollar la vida, defender la dignidad humana y crear lazos de justicia y de paz entre los hombres. Estas normas y leyes, en las que Dios sembró, desde siempre, semillas de verdad y de bien, han alcanzado su cumplimiento en la revelación histórica de Dios y, de un modo particular, en Jesucristo (n.40).

- La moral de la Alianza: “En la revelación histórica de Dios, el decálogo del Israel es la manifestación ejemplar y universalmente válida de las fuentes de moralidad latentes en el ser del hombre creado a “imagen de Dios”. Las orientaciones, instrucción y mandatos del Decálogo no se proponen como normas legales meramente imperativas sino como la respuesta agradecida de Israel a la admirable intervención de Dios que ha librado a su pueblo de la servidumbre (cf. Ex.20.,2) (n.41).

- La novedad del mensaje moral del Evangelio: “El mensaje moral del Evangelio supone para la conducta del hombre una novedad radical que le proviene de la novedad decisiva y única del acontecimiento de Cristo. En éste, el orden moral encuentra nuevas motivaciones y una irrepetible y definitiva finalidad. La moral cristiana afecta al hombre en la integridad de sus dimensiones y, en consecuencia, se mantiene vigente en toda ella una continuidad real que va, desde las normas morales inscritas en el corazón del hombre hasta los imperativos del comportamiento humano alumbrados por Cristo que culmina en el amor a Dios y al prójimo (n.42).

- La nueva ley de Cristo: “La ley nueva de Cristo se traduce, en última instancia, en el seguimiento de una persona, la de Jesucristo; consiste en aceptar que Él mismo es el Evangelio, la buena noticia de salvación comunicada y otorgada por Dios a los hombres y exige tratar de identificar la propia conducta con la suya: “vivir como Él vivió” (I Jn.2,6). Esta vivencia del evangelio es imposible sin la fuerza del Espíritu santo que es verdaderamente la ley interior de la nueva Alianza, aquella ley que Dios mete en el pecho de sus hijos y escribe en sus corazones para renovarlos y colmarlos de vida.

Sólo quien se ha abierto al Evangelio y ha descubierto que Él es la perla...puede “venderlo todo”, seguir a Jesús y tratar de ser como Él (cf. Mt.13,44-46). Aquí, “el deber” aparece como fruto del gozoso y agradecido reconocimiento de los dones recibidos de Dios. Los mandamientos, sin diluirse sus exigencias, se desbordan ahora hacia las propuestas de las bienaventuranzas de cuya dicha disfrutaban ya en esta tierra quienes han acogido incondicionalmente el Reino de Dios presente en la persona de Jesús (cf. Mt.5,2-22) (n.43).

- La vida nueva en el Espíritu: “La vida cristiana es nueva creación; no sólo producto de la propia voluntad o esfuerzo sino resultado, sobre todo, de la acción de Dios en Cristo por la fuerza recreadora de su Espíritu. (...) La moral cristiana muestra, del todo, su autenticidad cuando el Espíritu es derramado sobre el creyente y dispone su interior para acoger la realidad ofrecida, le hace amarla y descubrir en ella su propia plenitud. El Espíritu no violenta, persuade e ilumina interiormente; no humilla, eleva; no hipoteca, capacita. La vocación cristiana se descubre entonces como vocación a la libertad (cf. Gál.5,13). El hombre que, por el Espíritu, se encuentra con Dios, el Padre de N.S.Jesucristo, es libre para estar en el mundo sin dejarse amedrentar por su facticidad y sin temor ante su propia finitud (n.44).

- El pecado: “a la luz de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, la moral cristiana descubre la dolorosa realidad del pecado y de la cruz. El

cristianismo parte de la situación humana tal cual es; por eso toma absolutamente en serio el pecado como ejercicio de una libertad que se revuelve contra su origen y se absolutiza frente a Dios, rechazando la oferta de amistad y alianza con Él. (n.46).

- Carácter escatológico de la moral cristiana: “No podemos olvidarnos de que, al final, todos y cada uno seremos juzgados por Cristo conforme a nuestras obras (cf. ICort.5,10). (...) Las acciones buenas o malas, de cada uno, confrontadas con Jesucristo mismo, norma y criterio del vivir humano, se manifestarán en su verdadero sentido y valor” (n.47) (“Moral Política”. Magisterio de la Conferencia Episcopal Española; 1972-2002”. Edice. Madrid. 2006).

* Mons. Fernando Sebastián: Conferencia sobre el Documento de la Conferencia Episcopal Española: “La Verdad os hará libres” (Granada. Boletín Oficial del Arzobispado. Granada. 25-XII-1990).

* Conferencia Episcopal Española: Instrucción pastoral: “Moral y Sociedad Democrática” 14-II-1996.

Un denso y profundo estudio sobre un tema que preocupa: la moral en nuestra sociedad democrática. “En nuestro escrito de hace cinco años, “La verdad os hará libres” (Jn-.8,32), los Obispos mostrábamos una seria preocupación por la “profunda crisis de conciencia y vida moral de la sociedad española”. El diagnóstico que entonces hacíamos sigue siendo válido hoy. Es más, hay signos para pensar que la situación se ha agravado en estos años” (n.1).

Recordemos el título de cada capítulo de este documento. Vale la pena recordarlo y meditarlo.

- “Libertad y verdad del ser humano” (nn.7-21)
- “Orden moral y Ley civil” (nn.22-33)
- “Democracia, pluralismo y moral (nn.34-52)
- “Conclusión: hay motivos para la esperanza” (nn.53-59).

* Mons. Elías Yanes: “Discurso inaugural en la apertura de la LXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (23-XI-1998). “Es necesario poner de relieve la relación entre el mensaje moral cristiano y la libertad del hombre”. (Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Enero de 1999; 48-67).

Es un discurso denso y de profundo contenido. Es bueno leerlo y repasarlo ya que necesitamos luz para vivir como auténticos cristianos en una sociedad democrática y pluralista.

* Obispos de Pamplona-Tudela: “Carta pastoral de Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1999: “La oración cristiana hoy”; Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres, Julio-Agosto de 1999; 722-767.

* Juan Pablo II: “Por un Cristianismo sin rebajas”. Alocución en el “Angelus” del 30 de julio de 2000 (Castelgandolfo); “Ecclesia, nn. 3010-11; 19 y 26 de agosto de 2000; 33.

* Mons. Agustín García Gasco: Cartas (Boletín oficial del Arzobispado de Valencia)

- + “Verdad y Libertad” (1-IV-2001)
- + “Democracia y Derechos Humanos I” (8-IV-2001)
- + “Democracia y Derechos Humanos II” (15-IV-2001)
- + “Democracia y bien común” 822-IV-2001)
- + “Economía y Estado” (29-IV-2001)

* Angel Galindo: “Ética mundial y globalización. Puntos de encuentro entre ética civil y moral cristiana”, en “Salmanticensis 50 (2003) 53-73.

Es un profundo estudio que debemos tener en cuenta. En efecto el tema sobre el que reflexiona es “la ética mundial”: “ante la penuria de vida e impulso ético de la sociedad actual, dentro del mundo civil más que en el religioso, que se manifiesta en la falta de sensibilidad moral frente a las realidades públicas y en las lacras morales frecuentes en todas las esferas de la vida pública a nivel global, es necesario encontrar un consenso ético que yo me atrevo a llamar ética mundial en vez de ética civil” (n.1).

El propósito de este autor es el siguiente: “ver en qué consiste y si es posible este consenso mundial es una tarea de todos los interesados en la delimitación de la ética mundial, tanto desde los valores religiosos como de los económicos y políticos, atendiendo a la definición del hombre como ser religioso, económico y social” (n.1).

Algunos interrogantes que se plantea el autor en su estudio:

¿Cómo construir una ética mundial? (p.63)

¿Hay oposición entre ética civil y ética religiosa como respuesta a la problemática social?

¿La ética civil y la ética religiosa se incluyen? (p64)
 ¿Puede existir una ética sin Dios? (p.64).

Puntos de encuentro y desencuentro dentro de la ética mundial entre la que se quiere llamar “civil” y “religiosa” (pp.68-70).

Mirando al futuro: “Esta perspectiva de un futuro dialógico se traducirá en un proyecto de humanización de la sociedad, una praxis solidaria con el pobre y con un compromiso kenótico y profético (pp.70-72).

* Juan Luis Lorda: “Moral. El arte de vivir”; Ed. Palabra. Madrid. 1993, (9ª Edición).

29a.- Juan Pablo II: Encíclica: “**Veritatis Splendor**”, 1993.

En esta Encíclica. El Papa intenta responder a los intentos de “erradicar la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad” y que han dado lugar a una “verdadera crisis” para la vida moral y la comunión en la Iglesia (nn.4-5).

Recordamos los contenidos básicos de esta Encíclica:

- Introducción (1-5)
- Capítulo 1: Cristo y la pregunta moral (6-27)
- Capítulo 2: La Iglesia y el discernimiento de algunas tendencias actuales de la teología moral (27-83)
- Capítulo 3: El bien moral para la vida de la Iglesia y del mundo (87-117).

Conclusión: María, Madre de misericordia (118-120)

* Card. Joseph Ratzinger: “Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II” (Conferencia en la Univers. Pontif. Lateranense. Roma; 9-V-2003; www.vatican.va/roman_curia)

De su Conferencia, ofrecemos las palabras introductorias a este Encíclica:

“Contra una teología moral que en el siglo XIX se había reducido de modo cada vez más preocupante a casuística, ya en los decenios anteriores al Concilio se había puesto en marcha un decidido movimiento de oposición. La doctrina moral cristiana se debía formular nuevamente desde su gran perspectiva positiva a partir del núcleo de la fe, sin considerarla como una

lista de prohibiciones. La idea de la imitación de Cristo y el principio del amor se desarrollaron como las directrices fundamentales, a partir de las cuales podrían organizarse los diversos elementos de la doctrina.

La voluntad de dejarse inspirar por la fe como luz nueva que hace transparente la doctrina moral había llevado a alejarse de la versión iusnaturalista a favor de una construcción de perfil bíblico e histórico-salvífico”

El Concilio Vaticano II había confirmado y reafirmado estos enfoques, pero el intento de construir una moral puramente bíblica resultó imposible ante las demandas concretas de la época. El puro biblicismo, precisamente en la teología moral, no es un camino posible. Así, de modo sorprendentemente rápido, después de una breve fase en la que se trató de dar a la teología moral una inspiración bíblica se intentó una explicación puramente racional del *ethos*, pero la vuelta al pensamiento iusnaturalista resultó imposible: la corriente antimetafísica, que tal vez ya había contribuido al intento biblicista, hacía que el derecho natural pareciera un modelo anticuado y ya inadecuado. Se quedó a merced de una racionalidad positivista que ya no reconocía el bien como tal. “El bien es siempre -así decía entonces un teólogo moral- sólo mejor que...”.

Quedaba como criterio el cálculo de las consecuencias. Moral es lo que parece más positivo, teniendo en cuenta las consecuencias previsibles. No siempre el consecuencialismo se aplicó de modo tan radical. Pero al final se llegó a una construcción tal, que se disuelve lo que es moral, pues el bien como tal no existe. Para este tipo de racionalidad ni siquiera la Biblia tiene algo que decir.

La sagrada Escritura puede proporcionar motivaciones, pero no contenidos. Pues si las cosas fueran así, el cristianismo como “camino” -así debería y quisiera ser- resultaría un fracaso. Y si antes desde la ortodoxia se había llegado a la ortopraxis, ahora la ortopraxis se convierte en una trágica ironía: porque en el fondo no existe.

El Papa, por el contrario, con gran decisión volvió a dar legitimidad a la perspectiva metafísica, que es sólo una consecuencia de la fe en la creación. Una vez más, partiendo de la fe en la creación, logra vincular y fundir antropocentrismo y teocentrismo: “la razón encuentra su verdad y su autoridad en la ley eterna, que no es otra cosa que la misma sabiduría divina.(...) En efecto, la ley natural (...) no es otra cosa que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios” (“*Veritatis Splendor*”, 40).

Precisamente porque el Papa es partidario de la metafísica en virtud de la fe en la creación, puede comprender también la Biblia como Palabra presente, unir la construcción metafísica y bíblica del ethos. Una perla de la encíclica, significativa tanto filosófica como teológicamente, es el gran pasaje del martirio. Si no hay nada por lo que valga la pena morir, entonces también la vida resulta vacía. Sólo si existe el bien absoluto, por el que vale la pena morir, y el mal eterno que nunca se transforma en bien, el hombre es confirmado en su dignidad y nosotros nos vemos protegidos de la dictadura de las ideologías”.

* Conferencia Episcopal Francesa: “Proponer la fe en la sociedad actual”. Carta a los católicos de su país” (9-XI-1996). Consulte las páginas 541-547 en las que abordan el tema: “Vivir y obrar según el Espíritu” y, con ello, el tema de “la vida moral”.

29b.- Juan Pablo II: “Mensaje al cardenal J.Ratzinger, con ocasión del Simposio sobre “la antropología de la teología moral según la encíclica “Veritatis Splendor” (24-IX-2003 (Ecclesia, n.3174; 11-X-2003; n.1; 38).

* Juan Pablo II: Discurso a los participantes en la VIII Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida (7-II-2002).

En este discurso Juan Pablo II aborda el tema de los conceptos “naturaleza” y “ley natural”, teniendo en cuenta sus encíclicas “Ratio et Fides” y “Veritatis Splendor”. Dice:

+ “Es necesario un renovado esfuerzo cognoscitivo para volver a entender en las raíces y en toda su amplitud el significado antropológico y ético de la ley natural y del conexo concepto de derecho natural (...) (n.2)

+ “Aclarar una serie de malentendidos e interpretaciones falaces (nn.4-6). (Boletín O.E. del Obispado.Diócesis de Coria-Cáceres; mayo-2002; 594-597).

* J.-Y. Calvez: “Moral social et moral sexuelle”; Etudes (mayo 1993; 641-650).

29c.- Juan Pablo II: Bula de convocatoria del Año de la Redención: “Abrid las puertas al Redentor”, 8.

* Mons. Ricardo Blázquez: “Respuesta a las primeras reacciones críticas a la encíclica “Veritatis Splendor”; “Ecclesia, ns.2665-2666; 1-8 - I - 1994; 6-11.

* Mons. Ciriaco Benavente escribe unas palabras que debemos tener siempre presentes en nuestra cultura en la que está presente el relativismo:

“Sabemos que hoy vuelve a imperar el positivismo jurídico, según el cual los derechos los crearían las leyes o los votos. Pero la verdad es que los derechos fundamentales son anteriores a las leyes, brotan de la verdad misma del hombre, de su naturaleza. Las leyes los reconocen, los amparan y los defienden. Tomar otros derroteros, tergiversando la verdad de las cosas (...), puede ser un camino peligroso y de consecuencias incalculables” (“Sobre ‘Matrimonio’ y ‘Matrimonios’”; Boletín Oficial del Obispado de Coria Cáceres, Marzo-Abril 2005; 320-321).

* Mons. José Delicado Baeza: “Claves de la Encíclica ‘Veritatis Splendor’ en ‘Para un examen de conciencia en la Iglesia’ (BAC. Madrid; 1996; 111-118). Ofrecemos a continuación esas claves:

- La primera es “la verdad”. Esta verdad aparece desterrada de nuestro tiempo hacia ningún lugar, es decir, utópica, premio de consolación sólo para los ingenuos. (...) Se trata de la verdad para la vida moral del hombre, fundamental en toda cultura y aun para la supervivencia de la humanidad. (...) Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto. Pero también peligra la dignidad de la persona humana y la misma vida familiar y social, en su conjunto. Por eso hay que fundamentar la vida humana sobre esa verdad objetiva que se deriva de la su propia dignidad personal, que se descubre todavía con mayor claridad desde la fe. La encíclica, ya desde el inicio, manifiesta su humilde convicción: “Jesucristo, la luz verdadera que ilumina a todo hombre”.

- La segunda es la libertad. La libertad del hombre es uno de los problemas más debatidos actualmente en la reflexión moral. Para algunos, en el afán de exaltar la libertad hasta considerarla como un valor absoluto y sin límite alguno, la separan de la verdad, y esta ruptura, que lleva a la arbitrariedad de las libertades individualistas, termina deshumanizando al hombre y a la misma sociedad. Hay otros que ponen en duda la existencia de la libertad. (...) La libertad no es sólo la capacidad de elegir objetos. Hay que buscarla en su fuente como capacidad radical que posee la persona para disponer de sí misma en un proyecto de vida. Antes que los objetos del escaparate, se encuentra la dignidad de la persona. Por esto, primariamente, es la capacidad de elegir el propio modelo de existencia, a cuya consecución se subordina la elección sucesiva de las cosas, el tejer incesante de las decisiones humanas. En este sentido, la verdadera libertad implica necesariamente la responsabilidad, el tener que responder del propio comportamiento, de uno

mismo. Se es libre “de” ciertas servidumbres “para” hacerse disponible, porque a la vez que se es libre, se es responsable.

- La tercera clave es el bien. El no-creyente honesto debe buscar el sentido bueno de sus actos, para que sean rectos éticamente. El creyente cuenta con la luz de la Palabra de Dios. (...) El bien moral está en la fidelidad a la voluntad de Dios, en la observancia de sus mandamientos, que nos señalan el camino del amor; vivir así es una fuente de bien y de alegría. (...)

- La cuarta clave es el hombre. La encíclica dice que “la cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad, Bien-Libertad y, por tanto, volver a conducir al hombre a redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia, por la salvación del mundo” (...).

- La quinta clave es la del cristocentrismo. En Jesús se encuentra ese marco de referencia a la moral fundamental que propone la encíclica -la verdad, la libertad, el bien, el hombre-; Jesucristo para el cristiano es todo eso, no en su formulación abstracta, sino en su verdadera humanidad y, además, para todos los hombres y siempre. Es, paradójicamente, el Universal concreto, la Verdad misma hecha carne, la Libertad liberadora, el Bien absoluto, el Hombre nuevo. La moral que propone la Iglesia es cristocéntrica. No sólo porque Cristo es el Maestro por excelencia, o incluso el modelo de este obrar, sino porque para vivir cristianamente hay que seguirle y entrar en comunión misteriosa de vida con Él, participando por la gracia de su obediencia amorosa al Padre y de su entrega incondicional a su servicio a favor de los hombres”.

* AA.VV., Comentario sobre la Encíclica “Veritatis Splendor” titulado “Libertad de verdad”, bajo la guía de D.Juan Antonio Martínez Camino. Ed. San Pablo. Madrid. 1995.

* Comisión Episcopal para la doctrina de la fe – Comisión Episcopal del Clero. Conferencia Episcopal Española: “Carta Encíclica “Veritatis Splendor”. Edición de trabajo con claves de comprensión, referencias internas e índices. Gerardo Del Pozo Abejón. Madrid. EDICE. 1993.

* Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe. Conferencia Episc. Española: “Nota sobre la enseñanza de la Moral”. EDICE. Madrid. 1997; n.5. El contenido de esta Nota consiste en lo siguiente:

- + A los cuatro años de la “Veritatis Splendor”
- + Algunos aspectos básicos de la doctrina moral católica:

- Inserción de la moral en la antropología cristiana
- Carácter integrador de la teología moral católica

+ El servicio eclesial de la teología moral:

- Libertad y responsabilidad del teólogo
- Colaboración entre el Magisterio y la teología en la misión evangelizadora de la Iglesia.

* Conferencia Episcopal Española manifiesta que “Cristo es la norma de la moral”:

+ “Cristo, el Señor, es la suprema e inmutable norma de vida para los cristianos. Jesucristo, al revelar el misterio del Padre y de su amor, da a conocer “la condición del hombre y su vocación integral” (VS n.8). Quien cree en Cristo tiene la vida nueva en el Espíritu Santo y es hecho hijo de Dios. En virtud de esta adopción filial, la persona humana es transformada al recibir una capacidad nueva. Así puede seguir la vida de Cristo, obrar rectamente y hacer el bien.

+ Cristo es “el punto de referencia indispensable y definitivo para adquirir un conocimiento íntegro de la persona humana. Es además fundamento de un obrar moral íntegro en el que no hay dicotomía entre la razón y la fe. Si Cristo es la norma del obrar moral (cf. GS 22), la fundamentación de la moral debe proceder de la revelación y del Magisterio de la Iglesia, cuyo ámbito se extiende al comportamiento humano sin entrar en conflicto con la recta razón (“Donum veritatis”,16). (“Teología y secularización en España...” (10-IV-2006), n.54-55).

* Conferencia Episcopal Española: Instrucción pastoral: “Teología y secularización en España” (10-IV-2006)

Los Obispos recuerdan la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el pecado y la gracia de Dios: “La presente condición histórica de la persona humana está marcada por el pecado. Debido al pecado original, todos los hombres nacen privados de la santidad y de la justicia originales. Aunque su naturaleza no ha quedado totalmente corrompida, se halla, sin embargo, “herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al poder de la muerte, e inclinada al pecado” (CATIC. Compendio, 77). Por esta razón, no todas las tendencias que el hombre experimenta son buenas (nota, 175), de manera que requiere la ayuda de Dios incluso para conocer y realizar muchos bienes que están dentro de las

posibilidades de la naturaleza. También por esto resulta muy necesaria la acción del Espíritu Santo y una formación moral apoyada en la Palabra de Dios y en las enseñanzas de la Iglesia para adquirir una conciencia recta. Cuando se presenta de manera ambigua la doctrina de la Iglesia sobre el pecado original, o se silencia u niega la gravedad del pecado, las consecuencias para la formación de la conciencia son muy negativas, al tiempo que se oscurece el camino de la consecución de la auténtica felicidad (n.59)..

Sin embargo, el pecado no es la palabra definitiva sobre la condición humana., La Iglesia no deja de proclamar que en Cristo el hombre ha recuperado la santidad primera que de Dios ha recibido y que, con la ayuda de su gracia, puede correr por el camino de los mandatos del Señor (cf. Sal.118,32). La gracia, al tiempo que restaura el daño provocado por el pecado, hace plenamente libre a la libertad humana, orientando al hombre hacia la Bienaventuranza. Cristo no sólo es el Redentor de todos los hombres, sino de todo el hombre (GS 23). Su predicación y sus sacramentos, custodiados en la Iglesia “hasta que Él vuelva”, permiten al hombre desarrollar una vida moral auténtica” (n.60)

29d.- Juan Pablo II: Bula de convocatoria del Año de la Redención: “Abrid las puertas al Redentor”, 4.

29e.- Eudaldo Forment: escribe: “La desorientación de no pocos en las cuestiones morales, que afectan a la supervivencia de la Humanidad, requiere la aclaración precisa de “algunos aspectos doctrinales decisivos. La encíclica para ello se remonta a los fundamentos de la ética y principalmente a la exposición que hizo Santo Tomás de Aquino. Desde ellos, con audacia y claridad, se establecen los criterios para responder a las objeciones que algunos moralistas de nuestro tiempo han hecho a la moral católica basándose en teorías teleológicas, consecuencialistas y proporcionalistas, negadoras de determinados preceptos morales prohibidos, ignorando que está al servicio del amor al prójimo y a Dios.

Algunos principios fundamentales:

* El primero: la moral no es más que la respuesta a la pregunta básica de qué es el hombre. El gran olvido del hombre de hoy es el de sí mismo. Ya no sabe quién es. La moral es la respuesta a la “pregunta acerca del pleno significado de la vida”.

* El segundo: la conciencia moral, guía y testigo del bien o mal de las acciones individuales de cada persona, es creativa, pero su fuerza y obligatoriedad deriva de la ley moral.

* El tercero: la ley moral, por coincidir con las inclinaciones profundas del hombre, no es opuesta a la libertad individual. El deber moral coincide con el deseo humano. La ley no es límite de la libertad, sino su fundamento, porque lo mandado no solamente es lo deseado, sino también lo bueno del hombre, el bien humano que le hace feliz.

* El cuarto: la persona humana es un todo, en el que se encuentran unificadas todas sus partes, el cuerpo y el alma. De ahí que el cuerpo del hombre no sea igual al de los animales. El cuerpo humano es personal y, por tanto, tiene un significado moral (“Para sanar al hombre” en Semanario Católico “Alfa y Omega”; n.445; 7-IV-2005)

29f.- Juan Pablo II: “Mensaje al card. J.Ratzinger, con ocasión del Simposio sobre “La antropología de la teología moral según la encíclica “Veritatis Splendor”. (Ecclesia. n.3174; 11-X-2003; n3; 38).

30.- Homilía de Juan Pablo II durante la celebración de la Palabra en el Monasterio de Santa Catalina del Sinaí (26-II-2000), “Ecclesia, n.2987; 4-III-2000; 30-31.

* Juan Pablo II: “Carta apostólica a los jóvenes” (Roma.31-III-1985).

“¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?”.

Juan Pablo II plantea este interrogante en el conjunto de esta Carta. Y a este interrogante Jesús responde: “Ya sabes los mandamientos”, y a continuación enumera dichos mandamientos que forman parte del Decálogo. (...) El joven que habla con Cristo conoce naturalmente de memoria los mandamientos del decálogo; es más, puede decir con alegría: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud”.

Hemos de suponer que en este diálogo que Cristo sostiene con cada uno de vosotros, jóvenes, se repita la misma pregunta: ¿Sabes los mandamientos? Ésta se repetirá infaliblemente, porque los mandamientos forman parte de la Alianza entre Dios y la humanidad. Los mandamientos determinan las bases esenciales del comportamiento, deciden el valor moral de los actos humanos, permanecen en relación orgánica con la vocación del hombre a la vida eterna, con la instauración del reino de Dios en los hombres y entre los hombres. En la palabra de la revelación divina está escrito con claridad el código de

moralidad del cual permanecen como punto clave las tablas del decálogo del monte Sinaí y cuyo ápice se encuentra en el Evangelio: en el sermón de la Montaña y en el mandamiento del amor.

Este código de moralidad encuentra al mismo tiempo otra redacción. Dicho código está inscrito en la conciencia moral de la humanidad de tal manera que quienes no conocen los mandamientos, esto es, la ley revelada por Dios, “son para sí mismos ley”. Así lo escribe San Pablo en la Carta a los Romanos; y añade a continuación: “con esto muestran que los preceptos de la ley están inscritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia” (Rm.2,15). Tocamos aquí problemas de suma importancia para vuestra juventud y para el proyecto de vida que de ella emerge. (...)

Cristo os interroga sobre el estado de vuestra sensibilidad moral y pregunta al mismo tiempo sobre el estado de vuestras conciencias. Es ésta una pregunta clave para el hombre; es el interrogante fundamental de vuestra juventud, válida para todo el proyecto de vida que, precisamente, ha de construirse durante la juventud. Su valor es el que está más estrechamente unido a la relación que cada uno de vosotros tiene respecto al bien y al mal moral. El valor de este proyecto depende en modo esencial de la autenticidad y de la rectitud de vuestra conciencia. Depende también de su sensibilidad. (...).

30a.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa celebrada en el estadio Nou Camp (Barcelona). 7-XI-1982.

* Juan Pablo II afirma:

+ “La vida moral es “la respuesta debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica” (VS 10c); por eso, “el cumplimiento sólo puede lograrse como un don”: comporta el reconocer al Señor” (VS 11).

+ “Los mandamientos han de ser vistos como “una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección” (VS 15). En las bienaventuranzas, “autorretrato” de Jesús, se pone de relieve la apertura de esa senda” (VS 16).

* Juan Pablo II enseña que “ todo fiel debe sentirse llamado en primer lugar a un compromiso singular de penitencia y renovación, porque tal es el estado permanente de la Iglesia misma, la cual, “siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación”, siguiendo la invitación hecha por Cristo a las muchedumbres, al comienzo de su ministerio: “convertíos y creed en el

Evangelio (Mc.1,15)” (Bula de convocatoria del Año Santo de la Redención: “Abrid las puertas al Redentor”, 4).

Podemos preguntarnos ahora: ¿por qué debemos convertirnos? Juan Pablo II nos responde con claridad y brevedad: “dado que todos son pecadores, todos tienen necesidad de ese cambio radical de espíritu, de mente y de vida, que en la Biblia se llama “metanoia”, conversión. Esa actitud es suscitada y alimentada por la Palabra de Dios que es revelación de la misericordia del Señor, se actúa sobre todo por vía sacramental y se manifiesta en múltiples formas de caridad y de servicio a los hermanos” (Bula de convocatoria del Año Santo de la redención: “Abrid las puertas al redentor”, 5).

* Juan Pablo II: “Encuentro con Cristo y conversión”; Catequesis en la Audiencia General del 30 de agosto de 2000; “Ecclesia”, n.3014; 16 de septiembre de 2000.

30b.- Juan Pablo II: Carta apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”, Sígueme. Salamanca. 1994; 50).

30c.- Juan Pablo II: Homilía en la Misa celebrada en Castelgandolfo Roma. Italia) para los jóvenes del VII Fórum Internacional, celebrado en Roma del 12 al 15 de agosto de 2000 (17-VIII-2000); “Ecclesia”, n.30012; 2 de septiembre de 2000;28-29.

30d.- Pedro. J.Lasante: “Jubileo Año 2000. Desafíos a la Iglesia”. Edibesa. Madrid. 1999; 83-84.

* Juan Pablo II: “La Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno (cf. ICort.13,4) a medida del Creador y Padre: el amor, al que “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (ICort.1,3) es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del “reencuentro” de este Padre, “rico en misericordia” (Encíclica: “Dives in misericordia”, 13).

* Juan Pablo II: “Es el Espíritu Santo quien “convence” interiormente al hombre de la realidad de su pecado, y quien suscita el retorno a Dios” (Encíclica “Dominum et vivificantem”, 31b).

* Juan Pablo II con palabras dramáticas grita: “los hombres han pretendido edificar una ciudad, reunirse en un conjunto social, ser fuertes y

poderosos sin Dios, o incluso contra Dios. (...) Nos encontramos ante una exclusión de Dios, por la oposición frontal a un mandamiento suyo, por un gesto de rivalidad hacia Él, por la engañosa pretensión de ser como Él” (Exhortación Apostólica: “Reconciliatio et paenitentia”, 1984, 14).

* Juan Pablo II describe el pecado como “exclusión de Dios, ruptura con Dios, desobediencia a Dios; a lo largo de toda la historia humana esto ha sido, y es, bajo formas diversas, el pecado, que puede llegar hasta la negación de Dios y de su existencia; es el fenómeno del llamado ateísmo” (Exhort. Apost. “Reconciliatio et Paenitentia”, 14). “La pérdida del sentido del pecado es una forma o fruto de la negación de Dios. (...) Pecar no es solamente negar a Dios; pecar es también vivir como si Él no existiera, es borrado de la propia existencia diaria” (ibid. 18).

* Juan Pablo II nos ofrece un discernimiento que con alguna frecuencia necesitamos: “No es legítimo ni aceptable un significado de pecado social que, al oponer, no sin ambigüedad, pecado social y pecado personal, lleva más o menos inconscientemente a difuminar y casi a borrar lo personal, para admitir únicamente culpas y responsabilidades sociales” (Exhort. Apost. “Reconciliatio et Paenitentia”, 16).

* Juan Pablo II: “Alocución a la Confederación italiana de exalumnos de la escuela católica: 26-II-1994. “Debéis ser testigos de los valores cristianos”. “Ecclesia”, n.2679; 9-16 de abril de 1995; 34.

* Juan Pablo enumera algunos pecados sociales a los que hay que prestar la debida y justa atención: “el comercio de drogas, el lavado de las ganancias ilícitas, la corrupción en cualquier ambiente, el terror de la violencia, el armamentismo, la discriminación racial, las desigualdades entre los grupos sociales, la irrazonable destrucción de la naturaleza”. Estos pecados manifiestan una profunda crisis debido a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales que deben regir la vida de todo hombre” (Exhortación Apostólica: “Ecclesia in America”, 1995, 56).

* Juan Pablo II: “El encuentro decisivo con Cristo, la Palabra encarnada”, Catequesis en la Audiencia General del 9 de agosto de 2000; “Ecclesia”, n.3012; 2 de septiembre de 2000; 37-38.

“Cuando Cristo se cruza en la vida de una persona, sacude su conciencia y lee en su corazón, como sucede con la samaritana a la que dice “todo cuando ha hecho” (Jn.4,29). Sobre todo suscita el arrepentimiento y el amor, como en el caso de Zaqueo, que da la mitad de sus bienes a los pobres y devuelve el cuádruple de lo que había defraudado (cf. Lc.19,8). (...) El

encuentro con Jesús es como una regeneración: da origen a una nueva criatura, capaz de un verdadero culto, que consiste en adorar al Padre “en espíritu y en verdad” (Jn-4,23-24)”.

30e.- Juan Pablo II: “Discurso en la Vigilia previa a la clausura de la XV Jornada Mundial de la Juventud en Roma; 19-VIII-2000; “Ecclesia”, n.3012; 2 de septiembre de 2000; 32-34.

30f.- Juan Pablo II: “El cristiano, discípulo de Cristo”. Catequesis en la Audiencia General del 6 de septiembre de 2000. “Ecclesia”, n.3015; 23 de septiembre de 2000; 27).

* Agustín Domingo Moratalla: “Juan Pablo II, referente moral”, en “Semanario católico “Alfa y Omega”; 7-IV-2005; p.52).

¿Por qué se ha convertido Juan Pablo II en referente moral para la humanidad?

Agustín Domingo Moratalla responde así: “Juan Pablo II se ha convertido en referente moral porque ha conseguido que volvamos a hablar de todos los seres humanos como de una gran familia en la que no sobra nadie; porque ha conseguido que la paz y los derechos humanos se mantengan como ideales políticos; porque ha conseguido hacer de la responsabilidad el gran valor de la acción humana; porque ha propuesto que el valor de una sociedad abierta no se identifique con una sociedad atomizada, fragmentada y mercantilizada. Y, sobre todo, porque ha invitado a todos los cristianos y personas de buena voluntad a que no tengan miedo. Una y otra vez siempre nos ha recordado lo mismo: ¡No tengáis miedo!” (“Juan Pablo II, referente moral”; Semanario católico “Alfa y Omega”; 7-IV-2005; p.52).

30g.- Juan Pablo II: “El cristiano animado por el Espíritu”. Catequesis en la Audiencia general del 13 de septiembre de 2000. “Ecclesia”, n.3016; 30 de septiembre de 2000; 33-34.

30h.- Juan Pablo II afirma: “una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad como en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y adónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio y Lao-Tze y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de

Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tiene su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia”. (Encíclica “Fides et Ratio”, 1).

* Concilio Vaticano II: “Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual”, n.10.

* El Santo Padre afirma que la pregunta de Pilato: “¿Qué es la verdad?” emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que a menudo ya no sabe quién es, de dónde viene ni adónde va” (VS 84).

* Mons. Angelo Scola en su Ponencia “Jesucristo, fuente y modelo de vida cristiana” habida en el “Congreso de Pastoral evangelizadora (Madrid. 1997; pp.155-181), nos ofrece la semblanza de la Moral cristiana. Insertamos aquí sus afirmaciones más importantes por medio de las cuales explica las enseñanzas de Juan Pablo II en su Encíclica “Veritatis Splendor”:

a) La Vida Moral: existir en Jesucristo.

- La contemporaneidad de Jesucristo: incorporación sacramental y respuesta moral (pp.167-169): “El amor y la vida según el Evangelio no pueden ser concebidos ante todo bajo la forma del precepto, porque lo que piden supera las fuerzas del hombre: ello sólo es posible como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia: “Porque la ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn.1,17) (n. 23).

- La dinámica del seguimiento de Cristo: una ética integral (pp.170-173): “No se trata simplemente de escuchar una enseñanza y de acoger con obediencia un mandamiento. Se trata, más radicalmente, de adherirse a la persona misma de Jesús, de compartir su vida y su destino, de participar en su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre” (n.19). Esta adhesión a la persona de Jesucristo, posible gracias al don del bautismo, es expresada con fuerza por san Pablo a través de la fórmula: “vivir en Cristo”; existir en Cristo

b) La crisis moral en el contexto contemporáneo

- Nihilismo, “pensamiento débil” y relativismo moral (pp.173-175)

- La dicotomía entre la ética pública y la ética privada (pp. 176-178).

c) La Moral cristiana: Una propuesta para todos (Moral cristiana y ética civil) (pp.178-181).

* José Román Flecha escribe un artículo titulado “la teología moral en el nuevo Catecismo” en “AA.VV. “El Catecismo Posconciliar”; San Pablo Madrid. 1983; 152-181. Recordamos estas enseñanzas:

- En la primera parte del catecismo: Siguiendo el esquema de la fe trinitaria, se presenta el comportamiento moral como fidelidad al proyecto creador de Dios, como el seguimiento de Jesucristo, intérprete último de la ley antigua y nueva ley de vida para el creyente, y como nueva vida en el Espíritu santificador que congrega a los creyentes en una Iglesia santa y siempre necesitada de renovación y conversión” (p.154).

- En la segunda parte del catecismo: “La vida en Cristo tiene su origen, se desarrolla y se completa a través de la liturgia y especialmente con las acciones litúrgicas a través de las cuales Cristo se nos acerca en su misterio pascual”. Precisamente por eso, en la parte segunda del catecismo se presenta el comportamiento moral como consecuencia lógica y gozosa de la celebración sacramental de la fe y de la gracia, con especial referencia al compromiso bautismal, a la celebración penitencial” (p. 157).

- En la cuarta parte del catecismo, se considera el comportamiento moral como vinculado a la contemplación y alabanza de Dios por parte de quien repite, como Jesús, el “hágase tu voluntad” (p.160).

En torno a la Moral Cristiana

¿En qué consiste la Moral cristiana? ¿Se puede seguir hablando de Moral cristiana?

La Moral para el cristiano no es enigmática y, sin embargo, es siempre dramática, como puede entenderse. No hay que complicar las cosas para que no se entiendan ni hay que vanalizarlas para terminar por olvidarlas.

La Moral cristiana afirma contra todo relativismo que existe un camino, una verdad y una vida para el ser humano, que es Jesucristo. La moral cristiana es moral del seguimiento de Jesús. Por eso, el cristiano ha de traducir en su persona y en su existencia los sentimientos de Jesucristo (cf. Fil.2,5), pensando como pensó Jesús, viviendo como vivió Jesús, comportándose como se comportó Jesús, existiendo como existió Jesús-

La Moral cristiana exige del cristiano que actúe en coherencia con lo que es. Por eso distingue San Pablo:

Indicativo	Imperativo
. Nuestro hombre viejo está crucificado (Rm.6,6)	Despojaos del hombre viejo (Col.3,9)
. Os habéis revestido de Cristo (Rm.13,14)	. Vivid según Cristo (Col.2,6)

Los rasgos o características de la moral cristiana:

- “cristocéntrica” (O.G.de Cardedal) ya que se centra en el seguimiento e imitación de Jesucristo. San Pablo nos recuerda siempre: “nosotros tenemos el sentir de Cristo” (ICort. 2, 16); “vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20); “vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3,3).

- “responsorial” (J.R. Flecha) ya que es respuesta del hombre al comportamiento amoroso y agraciante de Dios que quiere la salvación de todos.

- “eucarística” (J.R.Flecha) ya que el comportamiento moral del cristiana es acción de gracias por haber sido elegido y llamado por Dios para seguir a Jesucristo (31k).

“El hombre está suscitado y sostenido, alumbrado y llamado al Misterio trinitario. En su realidad estamos fundados y a la relación activa con él estamos destinados.(...) El Misterio es anterior a la moral. La moral refleja y remite al Misterio. Éste es gracia y gloria para el hombre, que responde agradecido y glorioso.

“La moral cristiana nace de la revelación histórica consumada en la muerte y resurrección de Cristo por un lado y en la donación del Espíritu Santo por otro.(...) “La moral bíblica es así una ética del encuentro, de la promesa, de la responsabilidad y del agradecimiento. Los presupuestos teológicos son: la revelación y autodonación de Dios en la historia por el Hijo y el Espíritu. Los presupuestos antropológicos son: la conversión y la fe” (...)

“La moral cristiana tiene como una de sus primordiales tareas establecer la coherencia, la continuidad y complementariedad existentes entre naturaleza metafísica e historia positiva, entre el conocimiento de Dios, del hombre y del orden moral que poseen quienes no aceptan la revelación positiva y el

conocimiento que de ellos poseen quienes parten de ella, es decir entre los cristianos y los no cristianos” (p.31a).

Recordemos unas palabras de Juan Pablo II que nos hablan del radicalismo evangélico

“Para todos los cristianos, sin excepciones, el radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo, en virtud de la íntima comunión de vida con Él, realizada por el Espíritu (cf. Mt.8,18ss; 120,37ss; Mc.8,34-38; 10,17-21; Lc.9,57ss).

* José-Román Flecha Andrés escribe un artículo titulado “Redescubrir las ideas básicas” en el que explica dos conceptos importantes y significativos, que presentamos a continuación:

- Lo Moral. Del análisis de los documentos papales se deducen unas líneas maestras que aquí apenas pueden ser evocadas.

+ Al comienzo de su pontificado, dedicó sus catequesis de los miércoles a las virtudes cardinales, siguiendo el diseño de Juan Pablo II. Las catequesis sobre el Génesis recordaban el proyecto de Dios sobre el hombre y su comportamiento. De ahí se deducía la valoración de la persona y su sexualidad, el valor del trabajo de la solidaridad y del respeto al medio ambiente.

+ Es notable en énfasis puesto sobre la dimensión trinitaria de la vida cristiana. Su encíclica “Redemptor hominis” exhortaba a redescubrir a Cristo como modelo para la realización del proyecto humano. La encíclica “Dives in misericordia”, dedicada al Padre celestial, indicaba al comportamiento humano una referencia al perdón de Dios. En la encíclica “Dominum et Vivificantem” recordaba la presencia del Espíritu en el itinerario humano hacia la edificación de la sociedad.

+ En este contexto se puso de también de relieve la necesaria referencia sacramental del comportamiento cristiano. En la moral de los antiguos manuales, los sacramentos eran un objeto más del comportamiento moral. El espíritu conciliar los ha resituado en el lugar fontanal del comportamiento moral.

+ Ese comportamiento ha encontrado nueva luz en los acontecimientos, como los encuentros con diversos sectores de la cristiandad, que han puesto de relieve la centralidad de Jesucristo en la práctica de la vida cristiana, así como su dimensión eclesial, y las jornadas de oración de Asís, que han subrayado la relación entre la fe en la divinidad y la orientación de la vida, así como la dimensión ecuménica de los grandes valores éticos.

- La Moral. Por otra parte, la enseñanza moral transmitida en la encíclica “*Veritatis Splendor*” (VS) ha venido a revisar algunas cuestiones discutidas.

+ Se ha estudiado el estatuto epistemológico de la Teología Moral, subrayando la importancia de la referencia bíblica, el diálogo con las ciencias humanas y el valor de la razón en el descubrimiento de los valores éticos. Esto se afianza en la encíclica “*Fides et Ratio*”.

+ Ha puesto énfasis especial en la objetividad moral. En un tiempo que, a caballo entre el existencialismo y la postmodernidad, ha privilegiado el subjetivismo, era preciso recordar que algunas acciones y actitudes están marcadas por la bondad o la maldad, con anterioridad a las decisiones de la persona. La bondad o maldad no dependen de calificaciones exteriores. La ética encuentra su fundamento en la antropología. Para Juan Pablo II, es preciso afirmar la bondad ontológica, que se basa en la verdad última del ser humano.

+ El Papa subraya el valor de la conciencia. Contra algunas opiniones que propugnaban el carácter “creativo” de la conciencia, resalta su carácter antropológico y teológico. La conciencia “da testimonio de la rectitud o maldad del hombre al hombre mismo” y es testimonio de Dios (VS, 58). No es una fuente autónoma, sino el canal por el que llega al ser humano la verdad sobre la dignidad humana (VS, 60).

+ El Papa ha analizado el pecado desde una clave antropológica, teológica y social. No es una mera transgresión de una norma exterior, sino la misma frustración del ser humano, que rechaza su última verdad y su bien (VS,80). Es un rechazo del proyecto de Dios sobre el hombre y sobre el mundo. Y trasciende la decisión personal para cristalizar en estructuras que hacen difícil la percepción y realización de ese proyecto.

+ El Papa habla de la apertura a la salvación. La reflexión no se cierra en la observación del pecado: se abre a la salvación. Es posible vivir “la vocación a la libertad en la obediencia a la ley divina, que se compendia en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Es cuanto acontece con el don del Espíritu Santo, Espíritu de verdad, de libertad y amor” (VS,83) (“*Vida Nueva*”; 9-IV-2005; n.2466; 70)..

* José Román Flecha: “El hombre nuevo en Cristo”, en “Dios y el hombre en Cristo”; Edic. Sígueme; Salamanca. 2006; pp.539-558. Homenaje a Olegario González de Cardedal.

El autor centra su estudio en torno a estos ejes: a) La muerte del hombre; b) La revelación del hombre; c) La tarea del hombre. Conclusión: “aguardando la feliz esperanza”.

30i.- Agustín Domingo Moratalla escribe: “Un nihilismo que expresa técnicamente la idea de una vida indecisa e insatisfecha, sin rumbo, en naufragio permanente, instalada en una cultura incapaz de llamar a las cosas por su nombre. Una cultura seducida por el “bien-estar” de unos pocos, que no se atreve a proponerse como ideal la libertad y el “bien-ser” o estar bien de todos” (“Juan Pablo II, referente moral”; Semanario católico “Alfa y Omega”, 7-IV-2005; 52).

* André Knockaert: “El Catecismo visto desde el ángulo de la cultura contemporánea” en “AA.VV. “El catecismo posconciliar”, San Pablo. Madrid. 1993; 84-93).

* AA.VV.- “La educación en valores”; PPC.1997.

* Joan Bestard: “Diez valores éticos”; PPC. Madrid. 2004.

“Nuestra sociedad vive hoy una conocida falta de valores que afectan a muchos ámbitos. Se echa en falta un mínimo de principios éticos que le confiera un aspecto más humano, un consenso ético a partir del cual generar y fortalecer todo el entramado social. Sólo a partir de la creación de una nueva y fuerte ética civil como proyecto moral de la sociedad secular podrán creyentes y no creyentes asegurar la dignidad de todas las personas y conseguir un clima de respeto y solidaridad que dé consistencia a la democracia. El autor propone un decálogo de valores como punto de partida en el camino que podría llevarnos a la construcción de esa ética civil sólida” (final de la página primera del libro).

30j.- Joaquín Navarro-Valls escribe: “La encíclica “Fides et Ratio” crea el sistema de referencias adecuado para enfocar uno de los temas no resueltos por la modernidad. El pesimismo engendrado por la supuesta incapacidad de la razón humana para conocer verdades fuera del campo de lo experimental. En este paisaje cultural, Juan Pablo II argumenta la capacidad de la razón humana para alcanzar -de acuerdo con la naturaleza limitada de lo humano- las verdades fundamentales de la existencia: la espiritualidad e inmortalidad del alma; la posibilidad de formular juicios no sólo auténticos, sino sobre todo verdaderos; la capacidad de captar el bien y de seguir la norma moral. Es decir, de responder racionalmente a aquellas últimas cuestiones antes las que el conocimiento científico-experimental permanece mudo. No es, por lo tanto, extraño el interés también académico y alejado de la geografía católica, con que fue recibido aquel documento” (“Alfa y Omega”, Semanario católico de información; n.460; 21-VII-2005; 13).

30k.- Juan Pablo II: “Fides et Ratio”; Edit. San Pablo. Madrid. 1998.

31.- Juan Pablo II: “Discurso en Lima, Perú; 16- Mayo-1988.

* Juan Pablo II: “¡Jóvenes, no tengáis miedo de ser santos! ¡Volad a gran altura, consideraos entre aquellos que vuelven la mirada hacia metas dignas de los hijos de Dios! ¡Glorificad a Dios con vuestra vida! (Jornada Mundial de la Juventud. Czestochowa (Polonia) 1991.

* Juan Pablo II: Encíclica “Evangelium Vitae”, el Santo Padre escribe: “Cada vez que la libertad, queriendo emanciparse de cualquier tradición o autoridad, se cierra a las evidencias primarias de una verdad objetiva y común, fundamento de la vida personal y social, la persona acaba por asumir como única a indiscutible referencia para sus propias decisiones no ya la verdad sobre el bien o el mal, sino sólo su opinión subjetiva y mudable o, incluso, su interés egoísta y su capricho” (Encíclica “Evangelium vitae”, Marzo. 1995).

* Juan Pablo II: “ Cada uno de vosotros es precioso para Cristo, Él os conoce personalmente y os ama tiernamente, incluso cuando uno no se da cuenta de ello” (...) “No esperéis a tener más años para aventuraros por la senda de la santidad. La santidad es siempre joven, como es eterna la juventud de Dios” (“Jornada Mundial de la Juventud. Toronto (Canadá) 2002.

* Juan Pablo II: “Memoria e identidad” (2005). En este libro, Juan Pablo II aborda en el capítulo octavo el tema de la libertad con este título: “la libertad es para el amor”. Recordemos dos textos:

+ “El Creador ha dado al hombre la libertad como don y tarea a la vez. Porque el hombre, mediante la libertad, está llamado a acoger y realizar el verdadero bien. Ejerce su libertad en la verdad eligiendo y cumpliendo el bien verdadero en la vida personal y familiar, en la realidad económica y política, en el ámbito nacional e internacional” (p.58)

+ “La libertad es auténtica en la medida que realiza el bien. Sólo entonces ella misma es un bien” (p.59).

* Congregación de la Doctrina de la Fe: “Instrucciones sobre la “Teología de la Liberación”:

- “Libertatis nuntius”, 6 de Agosto de 1984
- “Libertatis conscientia”, 22 de Marzo de 1986

“Estas dos instrucciones presentan el verdadero concepto y significado de la “libertad cristiana”, manifestando y rechazando algunos errores actuales sobre la misma. No hay que olvidar que a la luz de Cristo es como el hombre es capaz de entender y realizar en plenitud las exigencias más profundas y ennoblecedoras de su libertad, condición de su dignidad” (Pedro J. Lasante: “Jubileo año 2000. Desafíos a la Iglesia”; EDIBESA. Madrid. 1999,205).

* Mons. Elías Yanes nos ayuda a adentrarnos en las enseñanzas de Juan Pablo II sobre la libertad humana:

- “En nuestro tiempo, se considera a veces, erróneamente, que la libertad es fin de sí misma, que todo hombre es libre cuando la usa como quiere, que a esto hay que tener en la vida de los individuos y de las sociedades. La libertad, en cambio, es un don grande sólo cuando sabemos usarla responsablemente para todo lo que es el verdadero bien. Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el servicio” (Juan Pablo II. Encíclica “Redemptor Hominis; 1979).

- “Es verdad que la libertad no es todo el hombre, con todo es el bien máspreciado ya que todo lo demás tiene sentido para el ser humano en la medida en que se relaciona con la libertad. La auténtica libertad se realiza en la fidelidad a la verdad, en la búsqueda del verdadero bien. No basta que un acto se realice libremente, sin coacción exterior e interior, para que quede justificado moralmente. La libertad que rechaza la verdad ética, es libertad irresponsable y destructiva. “La auténtica libertad es libertad que quiere ser fiel a la verdad, es decir, al verdadero bien del hombre y de su dignidad, que es siempre donación de sí mismo en el servicio a los demás” (“Homilía en la Misa de Requiem por Juan Pablo II”, 11-Abril- 2005; Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza”; Abril 2005; n.4; 134-137).

- Tan preocupado estaba el Santo Padre con el uso que se hace de la libertad que volvió a hablar de ella, diciendo: “la libertad de la que el hombre fue dotado por el Creador es la capacidad que recibe permanentemente de buscar la verdad con la inteligencia y de seguir con el corazón el bien al que naturalmente aspira, sin ser sometido a ningún tipo de presiones, constricciones y violencias” (Juan Pablo II: “Mensaje para la Jornada Mundial de la paz”, 1988). Ahondando más en la verdadera naturaleza de la libertad, Juan Pablo II manifiesta que “la obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre es la primera condición de la libertad” (Juan Pablo II: Encíclica “Centessimus Annus”, Mayo de 1991).

* Mons.Ciriaco Benavente afirma a este respecto: “En un contexto cultural en que la verdad se diluye y sólo quedan opiniones, todas igualmente válidas, en que el pluralismo legítimo y necesario se confunde con el relativismo, el ministerio de Pedro, encarnado hasta hace unos días en Juan Pablo II, ha contribuido eficazmente y con mano firme a mantener la fidelidad a la tradición apostólica, así como a la promoción de la fe y al anuncio del Evangelio” (Mons. Ciriaco Benavente Mateos: “Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II; Cáceres. Abril. 2005; Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Marzo-Abril 2005; 333-334)

* José Román Flecha Andrés: “Pautas para un mundo nuevo”, en AA.VV.: “Para ser libres nos libertó Cristo”; Comentarios al documento de los Obispos españoles: “La verdad os hará libres”; EDICEP. Valencia1990; 89-116).

Recordemos el texto siguiente de este autor:

“El bien y el mal, las fuerzas para realizar aquél o evitar éste no nacen de un puro voluntarismo pelagiano, de un esfuerzo titánico, sino de la llamada de Dios y de la gracia de Dios. El comportamiento moral justo es una “acción de gracias” por la gracia de la elección. El cristiano sabe que no se comporta bien para ser amado por Dios, sino porque ha sido amado por Dios. La misericordia de Dios que llama a una vida justa, orienta y apoya el esfuerzo por mantenerla” (pp.97-98).

* La Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe afirma: “Seguir a Jesucristo, como “el camino, la verdad y la vida” del hombre (Jn.14,6), no es una exigencia que le venga meramente impuesta desde fuera a la libertad humana. La moral cristiana no es, en este sentido, “heterónoma”. Al contrario, la pregunta que el hombre lleva dentro de sí por el sentido y la plenitud de la vida, cuya respuesta cabal encontrará en la figura y en los labios del Maestro (cf. Mt.19,16-21), ha obtenido una primera y fundamental respuesta de Dios ya desde la creación misma (cf. VS 12). Es decir, que todo ser humano, en cuanto criatura de Dios en Cristo, puede, en principio, conocer la ley que ha de seguir para encontrar la vida verdadera y la Vida eterna.” (“Nota sobre la enseñanza de la moral”, n. 8).

* Olegario González de Cardenal: “Reflexión sobre realidades y problemas latentes”, en “ AA.VV. “Para ser libres nos libertó Cristo”, EDICEP. Valencia. 1990; 213-216; cf. 216-219, 221-222; 252-255).

* Card. J. Ratzinger escribe: “Creo que la tentación de reducir el cristianismo a moralismo es grandísima incluso en nuestro tiempo (...).

Porque vivimos todos en una atmósfera de deísmo. Nuestra idea de las leyes naturales no nos permite ya pensar en una acción de Dios en nuestro mundo. Parece que no hay espacio para que pueda actuar Dios mismo en la historia humana y en mi vida. Y de este modo tenemos la idea de que Dios no puede entrar en el cosmos, hecho y cerrado contra Él. ¿Qué queda? Nuestra acción. Y hemos de transformar nosotros el mundo, hemos de crear nosotros la redención, hemos de crear nosotros el mundo mejor, un mundo nuevo. Y si se piensa así, el cristianismo ha muerto, el lenguaje religioso se convierte en lenguaje puramente simbólico y vacío. 30 Días tiene el gran mérito de haber demostrado que en oraciones modernas, incluso en las traducciones de las oraciones litúrgicas, existe esta tentación de dejar a un lado la esperanza de una intervención de Dios -parece demasiado ingenuo esperar esto- que transforma todo en llamamientos a nuestra actuación” (“30 Días en la Iglesia y en el mundo”. Año XXIII, n.5. 2005; 43-44)

* Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Pastores dabo vobis”. Librería Editrice Vaticana. Ciudad del Vaticano (1992), 27

31a.- Juan Pablo II: “Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la pastoral de los Agentes Sanitarios (1-III-1994); “Ecclesia”, núm. 2677; 26-III-1994; 16-17.

* Documento de la Santa Sede presentado ante la Organización de Naciones Unidas (27-IX-2004): “La Clonación humana”; Ecclesia; n.3231; 13-XI-2004; 34-36).

31b.- Juan Pablo II: “Evangelium vitae” (25-III-1995). San Pablo. Madrid. 1995

* Card. Joseph Ratzinger, hablando de la Encíclica “Evangelium vitae”, manifestó lo siguiente: “La vida humana, donde se la trata como mera realidad biológica, se convierte en objeto del cálculo de las consecuencias. Pero el Papa, con la fe de la Iglesia, ve la imagen de Dios en el hombre, en todo hombre, sea pequeño o grande, sea débil o fuerte, sea útil o parezca inútil. Cristo, el Hijo mismo de Dios hecho hombre, murió por todo hombre. Esto confiere a cada hombre un valor infinito, una dignidad absolutamente intocable. Precisamente porque en el hombre hay algo más que mera “bios”, también su vida biológica resulta infinitamente valiosa. No queda a disposición de cualquiera, pues está revestida de la dignidad de Dios. No hay consecuencias, por muy nobles que sean que puedan justificar experimentos sobre el hombre.

Después de todas las experiencias crueles de abuso del hombre, aunque las motivaciones pudieran parecer muy elevadas moralmente, esas palabras eran y son necesarias. Resulta evidente que la fe es la defensa de la humanidad. En la situación de ignorancia metafísica en la que nos encontramos, y que resulta a la vez atrofia moral, la fe se muestra como lo humano que salva. El Papa, como portavoz de la fe, defiende al hombre contra una moral aparente que amenaza con aplastarlo” (“Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II”; Conferencia pronunciada en al Univers. Pontificia Lateranense. Roma; 9-V-2003; www.vatican.va/roman_curia)

* José-Román Flecha: “Bioética. La Fuente de la vida” (Sígueme. Salamanca. 2005). Escribe: “de las múltiples intervenciones de Juan Pablo II, destacamos sus continuas alusiones al tema del aborto en las encíclicas: “Redemptor hominis” (nn.13 y 14), “Dives in misericordia” (n.12), “Dominum et Vivificantem” (n.43), así como en la Exhortación apostólica “Familiaris Consortio” (nn.26 y 30). En todas ellas se defiende la vida humana desde el primer momento y se alza una voz contra el aborto. Esta preocupación no está ausente no siquiera en las encíclicas específicamente “sociales”, como la “Sollicitudo rei socialis” (nn.25-26) o la “Centessimus annus” (n.39). Especial dramatismo alcanza el tema en la Carta Apostólica “Mulieris dignitatem” (15-VIII-1988): “Normalmente la conciencia de la mujer no consigue olvidar el haber quitado la vida a su propio hijo, porque ella no logra cancelar su disponibilidad a acoger la vida, inscrita en su “ethos” desde el “principio” (n. 14).

* Scripta Theologica. Universidad de Navarra. Facultad de teología (Vol.XXXVII – Fasc.3; Septiembre-Diciembre 2005.

Destacamos en este número el siguiente tema: “Sociedad contemporánea y cultura de la vida. En el décimo aniversario de “Evangelium Vitae”. Tres artículos abordan este tema tan importante:

- José L. Illanes: “Aspectos filosóficos y teológicos en la recepción de “Evangelium vitae” (pp.837-848). Dice entre otras cosas: “Lo que caracteriza a la cultura de la muerte no es el hecho de que se atente a la vida humana, ni tampoco el que en ocasiones alguien llevado por el egoísmo o la desesperación recurra al aborto o al suicidio, sino que uno y otro acto dejan de ser vital y socialmente considerados como males y como dramas, para ser presentado -“por primera vez en la historia de la humanidad” (C. Caffarra)- como derechos, como manifestaciones plenamente legítimas de la libertad. Se trata -Evangelium vitae lo afirma con claridad- de una radical inversión de valores. Y, en consecuencia, una mentalidad, un modo de pensar, cuya superación reclama una conversión igualmente radical. La recepción de la

Encíclica “*Evangelium vitae*” se juega, en suma, en referencia al concepto de vida y a sus implicaciones. Todos los demás problemas giran, a fin de cuentas, en torno a esa cuestión a la vez emblemática y decisiva”.

- Augusto Sarmiento: “El amor de Dios a la vida. Para una fundamentación cristiana del amor a la vida” (pp.849-874).

- Mons. Manuel Ureña: “La familia y la educación en la cultura de la vida” (pp.875-891).

“Se trata de examinar y de contemplar la familia, cuna del amor, santuario de la vida, célula básica de la sociedad e Iglesia doméstica, como sujeto agente de la educación para el desarrollo integral de la persona y, en concreto, para el desarrollo de la conciencia del verdadero ser de la vida y del valor sagrado e intangible de ésta” (p.875).

El autor de este artículo aborda tres temas:

- Esencia y necesidad de la educación (pp.875-879)
- La familia como sujeto educativo (979-888)
- La educación familiar en la verdad y en las virtudes y valores objetivos de la cultura de la vida (888-891).

“El hombre del año 2000 afirma no tener ya necesidad de guía ni de horizonte ético alguno, y practica diaria y asépticamente una masacre gigantesca de seres humanos inocentes, masacre de la que es exculpado por los psicólogos, por los moralistas profesionales de los comités de ética y por los parlamentos, ya se trate de la eliminación de disminuidos psicofísicos, de los ancianos y de la utilización de embriones y de fetos para la obtención de tejidos y órganos, ya de la supresión de la vida concebida y todavía no nacida por la comodidad personal de la madre. (...) Es la verdadera inocencia la que, paradójicamente, se ve obligada a tener que justificarse ante la falsa inocencia para dar razón de sí misma y no sucumbir a la barbarie con aparente rostro humano. De este modo, el embrión se ve urgido a demostrar su derecho a existir; el educador y el sacerdote tienen que asumir la defensa de su propia reputación manchada por una denuncia tantas discutible; el disminuido psicofísico tiene que mostrar que sirve para algo; el anciano se ve en el trance de tener que hacer comprender que tiene derecho a vivir y a ser curado; y el moribundo tiene que sudar por hacer valer su derecho a afrontar responsable y dignamente la propia muerte”.

A tal naufragio de la conciencia, el Papa nos urge en *Evangelium vitae* a salir al paso de la “cultura de la muerte” con las armas de la “cultura de la

vida”, una cultura que arranca el antifaz a la falsa inocencia, devuelve a la inocencia su verdadero rostro y toma en serio el quinto mandamiento: “No matarás”.

Y en la construcción de la cultura de la vida deben intervenir todos, creyentes y no creyentes, médicos y biólogos, profesores y educadores, políticos, intelectuales y hombres y mujeres del mundo de la comunicación. Se trata en suma de una movilización general de las conciencias y de un esfuerzo ético de todos, para poner en práctica una gran estrategia a favor de la vida (cf. EV n.95).

Dentro de este “pueblo de la vida y para la vida”, es decisiva la responsabilidad de la familia, una responsabilidad que brota de su propia naturaleza, la de ser comunidad de vida y de amor fundada sobre el matrimonio (FC. n.48), y de su misión de custodiar, revelar y comunicar el amor (cf. FC.n.17; EV.n.92).

* Conferencia Episcopal Española: Instrucción pastoral: “Teología y secularización en España” (10-IV-2006).

Los Obispos españoles defienden la vida humana y la dignidad de la procreación:

La dignidad de la vida humana exige que su transmisión se dé en el ámbito del amor conyugal, de manera que aquellos métodos que pretenden sustituir y no simplemente ayudar a la intervención de los cónyuges en la procreación, no son admisibles (“Donum Vitae”, 6-7) (n.62).

“Si se separa la finalidad unitiva de la procreadora, se falsea la imagen del ser humano, dotado de alma y cuerpo, y se degradan los actos de amor verdadero, capaces de expresar la caridad conyugal que une a los esposos. La consecuencia es que una regulación moralmente correcta de la natalidad no puede recurrir a métodos contraceptivos” (HV, 12-16; FC. 32) (n.62).

“No podemos olvidar tampoco que la vida humana se inicia en la concepción y tiene su fin en la muerte natural. El aborto y la eutanasia son acciones gravemente desordenadas, lesivas de la dignidad humana y opuestas a las enseñanzas de Cristo (nota 188) (...) Tampoco podemos poner en duda que, desde el momento de la fecundación, existe verdadera y genuina vida humana, distinta de la de los progenitores (nota 189), de modo que quebrar su desarrollo natural es un gravísimo atentado contra la misma (nota 190). “El amor de Dios no hace diferencia entre el recién concebido, aún en el seno de su madre, y el niño o el joven o el hombre maduro o el anciano. No hace

diferencia, porque en cada uno de ellos ve la huella de su imagen y semejanza (cf. Gn.1,26) (Benedicto XVI).(n.64).

“Es contrario a la enseñanza de la Iglesia sostener que hasta la anidación del óvulo fecundado no se puede hablar de “vida humana”, estableciendo, así, una ruptura en el orden de la dignidad humana entre el embrión y el mal llamado “pre-embrión” (nota 192). De manera análoga, nadie tiene potestad para eliminar una vida inocente, ni siquiera cuando se encuentra en estado terminal (nota 193).

31c.- Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en el LIV Curso de “aggiornamento” cultural organizado por la Universidad Católica del Sagrado Corazón (6-IX-1984), nn.3 y 4; “Ecclesia”, 2.190 (22-IX-1984) 1.164.

31d.- Estructura de la Encíclica “Evangelium Vitae”

- Introducción
- Capítulo 1: La sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo. Actuales amenazas a la vida humana.
- Capítulo 2: He venido para que tengan vida: mensaje cristiano sobre la vida.
- Capítulo 3: No matarás. La ley santa de Dios
- Capítulo 4: A Mí me lo hicisteis. Por una nueva cultura de la vida humana.
- Conclusión

* Card. J. Ratzinger escribe una nota sobre la Encíclica “Evangelium vitae”, que titula: “La manipulación de la vida”. De ella insertamos estos párrafos:

- “Podemos ser auténticamente “creativos” sólo en unión con el Creador; podemos ser realmente responsables sólo si nos damos cuenta de que formamos parte de un sabio designio que nos precede y nos implica. Nuestros proyectos son verdaderamente sensatos cuando participan del designio de Dios. El segundo capítulo del libro de la Sabiduría muestra como la pérdida de toda referencia con el designio creativo de Dios es la raíz profunda del extravío del hombre contemporáneo y de su miedo para afrontar la libertad.

- Este designio de Dios sobre la vida tienen un nombre: Jesucristo. El, que es la “vida” de los hombres (Jn.1,14), que ha venido “para que tengan vida y la tengan en abundancia. Este “Evangelio de la vida” revela el valor profundo de la vida humana, su grandeza y su destino dentro del designio del Padre.

- En el concepto de vida, en sí mismo, simple e inmediato, se pueden distinguir tres niveles fundamentales de significado: el nivel biológico, que el hombre comparte fundamentalmente con los demás seres vivos; el de la vida espiritual que deriva del principio espiritual del alma y que le confiere la cualidad de ser persona única e irrepetible. Por último, el nuevo plan de la participación en la vida divina, mediante la gracia de la vida sobrenatural. En el “Evangelio de la vida”, que resplandece en Cristo Jesús, nos damos cuenta de estar llamados a esta vida, que consiste en la comunión con Dios, que será eterna, en la que se realizará perfectamente también la comunión entre los hombres.

- “Así la vida humana, creada a imagen y semejanza de Dios, llamada en Cristo a participar en la vida divina, está bajo la particular protección de Dios. Cada hombre, pobre o poderoso, aparentemente inútil o importante, nacido o nacido, enfermo incurable o desbordante de salud y energía es imagen de Dios, lleva en sí su aliento. Esto hace que la vida humana sea inviolable y constituye el cimiento de toda civilización. Cuando el hombre no es considerado bajo la protección divina, como quien lleva en sí el aliento de Dios, entonces comienza la barbarie que pisotea la humanidad. El designio de Dios no anula, sino que exige el proyecto del hombre. De este modo, la gloria de Dios resplandece de una manera nueva y particular en el hombre creado a su imagen” (“La Información de Madrid”, 31-III-1995).

* Mons. Mario Tagliaferri: “Cada hombre es fruto del amor creativo de Dios”. Recordamos sus principales enseñanzas:

- La vida es sagrada y ha de ser siempre respetada; la vida no es del hombre, sino don de Dios. Para un católico el fundamento último y supremo de la dignidad de la persona humana radica en la creación inmediata del alma humana por parte de Dios en la generación de cada hombre (...) (n.3)). Cada hombre es fruto de un acto de amor creativo de Dios. Esto obliga a la Iglesia a defender la sacralidad de toda vida desde el momento en que comienza hasta el punto conclusivo puesto por Dios.

La novedad preocupante de la situación actual radica en que se tiende a consagrar estos pretendidos derechos en las legislaciones de los Estados. De este modo, se expresa una concepción de la democracia en la que absolutiza una libertad desvinculada de la verdad, es decir, desvinculada de una escala de valores absolutos e intangibles. Pero esa libertad, cuando atropella derechos de otros (precisamente de los más indefensos y, en el caso del aborto, de los más inocentes), se convierte en opresora, aunque decirlo resulte escandaloso para ciertos oídos.

- Con la autoridad del Magisterio: en algunos momentos, de modo especialmente grave y solemne, el Papa apela a su potestad de magisterio dotado de la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus Sucesores, y apela también a que hace su pronunciamiento en comunión con todos los obispos de la Iglesia, para terminar señalando que la doctrina que enseña tiene su fundamento en la ley natural, en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, y es enseñada por el Magisterio ordinario y universal (EV nn.57, 62 y 65). La comunión con los obispos de todo el mundo en el acto de magisterio de esta Encíclica es clara a la luz de la misma historia de su génesis: fue pedida por el Consistorio extraordinario de los cardenales en 1991, y fue hecha tras una consulta al Episcopal universal (n.5).

- Nos encontramos ante un documento de importancia histórica excepcional. No sólo lanzó un foco potente de luz orientadora, sino que fue el punto de partida para el edificio de la Doctrina Social de la Iglesia que, desde León XIII hasta el mismo Juan Pablo II, se ha ido completando y perfeccionando, iluminando desde la revelación los nuevos retos de la historia (En “Alfa y Omega”, 2-IV-1995)..

* José A. Sayés: “la Encíclica “*Evangelium Vitae*”

Entre otras cosas, afirma: “El mundo moderno no tiene otro horizonte que la utilidad inmediata, de modo que absolutiza el bienestar material cayendo así en un relativismo moral. En el fondo, es el eclipse de Dios el que conduce a la pérdida de los valores. Se nos propone así un concepto falso de libertad sin referencia alguna con la verdad y los valores morales. Y, al final, es el mismo hombre el que queda destruido en manos del hombre.

Cuando se entiende la democracia sin referencia alguna a la ley natural, previa a toda ley consensuada, se está poniendo en el lugar de Dios, pretendiendo que lo que autoriza con sus leyes es moral ante la conciencia, aunque constituya un atropello a la dignidad del hombre. Este es el totalitarismo de nuestras democracias cada vez que se atreve a suprimir la vida de un inocente.

La Iglesia se hace por ello defensora de la inviolabilidad de la persona humana desde el nacimiento hasta la muerte. El hombre, creado a la imagen y semejanza de Dios, no puede ser utilizado nunca como medio de nuestros intereses o de nuestro bienestar. (“La Información de Madrid”; 3-IV-1995).

* Secretaría General de la CEE: “El valor de la vida humana y el proyecto de ley sobre el aborto. Estudio interdisciplinario”; Edice. Madrid. 1992.

* Conferencia Episcopal Española. Comité para la defensa de la vida: “La Eutanasia. 100 Cuestiones y respuestas sobre la defensa de la vida humana y la actitud de los católicos”, Edice. Madrid. 1993.

* Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española: “Declaración: El aborto con píldora también es un crimen” (17-VI-1998). En ella se afirma que “La píldora RU-486 no se utiliza para curar ninguna enfermedad. Su finalidad es eliminar vidas humanas inocentes en las primeras semanas de su existencia. Es un fármaco abortivo. (...) En todo caso, queremos recordar que el recurso a un fármaco abortivo, como la píldora RU-486, es tan inmoral como el recurso al aborto por medios quirúrgicos. Cambia el modo el que se ejecuta la acción, pero el objeto moral de la misma es, en ambos casos, idéntico: la eliminación de una vida humana inocente. El crimen no se perpetra con arma blanca, pero sí por medio de una química letal” (Ecclesia 2899 (27-VI-1998) 958-959).

Al comenzar a estar disponible en los hospitales la píldora RU-486, la misma Comisión Permanente publicó posteriormente otra declaración sobre el tema (2-X-1998), titulada “Con la píldora también se mata” (Ecclesia 2917 (31-X-1998) 1621.

* J. Gafo: “El aborto ante la conciencia y la ley”. Madrid 1982, 89.

* J. Gafo: “10 palabras clave en bioética” (Estella 1993, 45-89).

* Mons. Elías Yanes: Conferencia: “Raíces culturales de un drama humano. El derecho a la vida ¿es un derecho absoluto?” (23-II-1998). Boletín Oficial del Arzobispado de Zaragoza;

* Mons. Antonio Cañizares Llovera: Conferencia: “la Eutanasia” (27-IV-1998); (Boletín Oficial del Arzobispado de Granada”).

* Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española: “La Eutanasia es inmoral y antisocial”; Edice. Madrid. 18-II-1998.

* Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española: “El aborto con píldora también es un crimen”; Edice. Madrid. 1998.

* Conferencia Episcopal Española: “Valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias”. Instrucción pastoral. LXXIX Asamblea Plenaria. Edice. Madrid. 2002.

31e.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici”, 38

31f.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica” “Christifideles laici”, 38.

31g.- Concilio Vaticano II: “Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, Gaudium et Spes, 27”..

* Juan Pablo II: Discurso en su visita a Cracovia (18-VIII-2002): “El hombre vive como si Dios no existiese, incluso se atreve a ocupar su puesto. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana. Quiere decidir mediante manipulaciones genéticas la vida del hombre y determinar el límite de la muerte”.

* José-Román Flecha: “Bioética. La fuente de la vida” (Sígueme. Salamanca. 2005.

* Xavier Thévenot: “La Bioéthique”; Le Centurion, 1989. Paría.

32.- Revista “Palabra”; 295; Madrid. Abril-2005; p.259

33.- Semanario católico: “Alfa y Omega”, 7-IV-2005

* Congregación Para la Doctrina de la fe: “El Don de la Vida”. AA.VV.: “Instrucción y comentarios”. Edic. Palabra. Madrid. 1992.

33a.- Juan Pablo II: “Discurso a la VI asamblea general de la Academia Pontificia para la Vida con motivo del V aniversario de la “Evangelium vitae” (14-II-2000); “Ecclesia”, n.2990; 25-III-2000; 26-27.

33b.- Juan Pablo II: “Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Congreso Internacional organizado por el Instituto de Clínica Ginecológico y Obstetricia de la Universidad de Roma (2-IV-2000): “Ecclesia”, n.2996; 13-VI-2000; 34.

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Instrucción “Donum Vitae” (22-II-1987). AAS 80 (1988).

* Pontificia Academia pro vita: “Identità e statuto dell’embrione umano”. Città del Vaticano 1998.

* Javier Gafo: “10 Palabras clave en bioética”. Estella, 1993; 184.

* José-Román Flecha: “Bioética. La fuente de la vida”. Sígueme. Salamanca.2005.

33c.- Juan Pablo II: “Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede con ocasión de su 80 cumpleaños”: 19 de mayo de 2000. “Ecclesia, n. 2999; 3 de junio de 2000; 27.

* Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Academia Pontificia para la vida” (21-II-004) (Ecclesia, n.3195; 6-III-2004) 25.

* Mensaje de los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida de la Conferencia Episcopal Española, con ocasión del X aniversario de la “*Evangelium vitae*” (4-IV-2005); “Ecclesia, n. 3250; 26-III-2005; 9-11.

33d.- Juan Pablo II: “Enseñanzas al Pueblo de Dios (1980); BAC. Madrid, (1982) II-b,901.

34.- Juan Pablo II: Mensaje “Jornada Mundial de la paz”; año 2003

* Juan Pablo II enseña que: “El objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor” (“*Sollicitudo rei socialis*”, 38).

* Comisión Permanente del Episcopado: “Constructores de la paz”. Instrucción pastoral. Edice. Madrid.1986.

* Angel Cordovilla escribe: “La postura firme y permanente de Juan Pablo II ante la guerra y el terrorismo ha sido el mensaje de la paz y la justicia. Una paz que tiene un claro fundamento teológico (don de Dios), pero que tiene que ser actualizada y reinterpretada en la actual problemática histórica (tarea de los hombres). (...) *Opus solidaritatis pax* (la paz es fruto de la solidaridad), que se traduce en la exigencia de la renuncia a toda forma de imperialismo económico, militar y político y en la lucha contra todo mecanismo perverso y toda estructura de pecado que provocan y van gravando cada vez más el abismo existente entre el Norte enriquecido y el Sur empobrecido. En este sentido, me parece profética la interpretación social y

global que en numerosas ocasiones ha hecho Juan Pablo II de la parábola del “rico epulón” y el pobre Lázaro:

“El amor preferencial por los pobres, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor: no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al “rico epulón”, que fingía no conocer al mendigo Lázaro postrado a su puerta (cf. Lc.16,19-31)” (“Sollicitudo rei socialis”, 42; últimamente en el Ángelus del 26-IX-2004).

Esta paz y esta justicia, a las que sólo se puede llegar desde el camino de la solidaridad, alcanzan su última comprensión desde la gratuidad total, el perdón y la reconciliación. ¿Cuál ha sido, si no, el sentido del acto de purificación de la memoria pidiendo perdón ante Dios y ante los hombres por los pecados de la Iglesia? La paz no se puede construir sobre la amnesia ni el olvido, sino sobre el perdón y la reconciliación. En realidad, Juan Pablo II nos invita a comprender la paz, la justicia y la solidaridad desde la gracia y el misterio trinitario, desde el ejemplo que, a lo largo de la historia de la Iglesia, nos han dado santos como Pedro Claver y Maximiliano Kolbe, entre otros” (ibid. pp.498-500).

34a.- Juan Pablo II: “Discurso a un grupo de ex-combatientes”, 5-Mayo-1995.

34b.- Juan Pablo II: “Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz”; 8-XII-1983.

34c.- Juan Pablo II: “Mensaje en el concierto conmemorativo del L aniversario del bombardeo atómico de Hiroshima, 4 de Agosto de 1995.

34d.- Juan Pablo II. Homilía en Mozambique”, 18 de Septiembre de 1988.

35.- Juan Pablo II: Mensaje “Jornada Mundial de la paz”; año 2002

36.- Juan Pablo II: Mensaje “Jornada Mundial de la paz”; año 1980

37.- Juan Pablo II: Mensaje “Jornada Mundial de la paz”, año 1993

38.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa celebrada en Drogheda (Irlanda); 29-IX-1979.

* Juan Pablo II: “Si la conquista del poder se convierte en la norma, si el etnocentrismo continúa impregnando cualquier acto, si nos e atiende a la

representación democrática, su la corrupción y el comercio de armas lo inundan todo, entonces África no conocerá nunca ni paz ni desarrollo y las futuras generaciones harán un juicio severo de estas páginas de la historia” (Discurso al Cuerpo diplomático; Nigeria. 1998).

* Juan Pablo II: “la paz se construye cuando los presupuestos nacionales no se desvían a crear armas cada vez más poderosas y mortíferas, sino que se destinan a obtener alimentos y materias primas para satisfacer las necesidades humanas fundamentales” (Kenia. Nairobi, 1985).

39.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa celebrada en Drogheda (Irlanda); 29-IX-1979.

40.- Juan Pablo II: “Homilía en Toledo, n. 11” (España); 4-XI-1982. BAC popular. Madrid. 1982

41.- Juan Pablo II: “Homilía en Loyola, n.6” (España); 6-XI-1982: BAC popular. Madrid.

* Juan Pablo II: Homilía en Drogheda, 29 de septiembre de 1979.

41a.- Juan Pablo II: “Homilía durante la celebración de la Liturgia de la Palabra, Killiner (Drogheda), 29 de septiembre de 1979.

* La paz es el resultado de muchas actitudes y realidades convergente; es el resultado de preocupaciones morales, de principios éticos, basados en el mensaje del evangelio y corroborados por él. (...) la violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano. La violencia es un crimen contra la humanidad, porque destruye la verdadera construcción de la sociedad (ibid. n.8).

* “Quisiera dirigirme ahora a los hombres y mujeres comprometidos en la violencia (...) Os suplico de rodillas que abandonéis los senderos de la violencia y volváis a los caminos de la paz. Podéis decir que buscáis la justicia, También yo creo en la justicia. La violencia destruye la obra de la justicia (...) En nombre de Dios os suplico: volved a Cristo que murió para que los hombres pudiesen vivir en perdón y en paz. Él os está esperando, anhelando que cada uno de vosotros venga a Él para poder deciros: tus pecados están perdonados, vete en paz” (ibid.n.11)

42.- Juan Pablo II: “Discurso al Cuerpo Diplomático” Madrid; 13-I-2003

*Card. A.M^a Rouco, ante la posibilidad de una guerra en Iraq, afirma, secundando la invitación de Juan Pablo II a orar por la paz: “es posible cambiar el curso de los acontecimientos, es posible avivar eficazmente el diálogo leal, la solidaridad entre los Estados, el ejercicio tan noble de la diplomacia, la actuación de Naciones Unidas, la comprensión mutua entre pueblos, sociedades y comunidades religiosas”. “Es posible recrear un nuevo clima para la paz”. “Estamos a tiempo porque contamos con la fuerza superior de la oración, puesto que la oración por la paz no es un elemento que viene después del compromiso por la paz. Al contrario está en el corazón mismo del esfuerzo por la edificación de una paz en el orden, en la justicia y en la libertad” (Homilía en una vigilia por la paz en la Catedral de la Almudena; Madrid. 26 de enero de 2003; “Ecclesia”; n. 3138; 1-II-2003; 136).

* Manifiesto promovido por “Justicia y paz” de España y otras 24 Organizaciones españolas: “Digamos no a la guerra”. “La guerra que se anuncia y prepara es inmoral e ilegítima, y tendría previsibles consecuencias dramáticas”. (...). Pero aún estamos a tiempo” (Enero de 2003; “Ecclesia”, n.3138; 1-II-2003; 11).

* Caritas Internacional hace esta declaración: “No a la guerra”. “Cree firmemente que un ataque a Iraq no respondería a los criterios morales que pueden en última instancia justificar el empleo de la fuerza militar” (...) Invita a los líderes y responsables mundiales a tomar las medidas posibles con vistas a fomentar activamente una solución política. Reiteramos nuestro apoyo a todas las personas y a todos los grupos comprometidos en la construcción de la paz y en la promoción de la justicia, la reconciliación y el desarrollo. Mediante la oración, la intercesión, la realización de campañas y nuestras acciones humanitarias también nos comprometemos de manera inequívoca a perseguir el mismo objetivo” (21 de Enero de 2003; “Ecclesia”, n.3138; 1-II-2003; 41).

42a.- Juan Pablo II: “Centessimus Annus”, 1991; 51; segunda edición; PPC. Madrid.

42b.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica “Ecclesia in Africa”, 1995; San Pablo Madrid; 118:

43.- Juan Pablo II: Mensaje “Jornada Mundial de la paz; año 2000

43a.- Juan Pablo II: “Alocución en el “Angelus” del 30 de julio de 2000, en Castelgandolfo; “Ecclesia, n.3008-09; 2 y 12 de agosto de 2000; 33.

* Juan Pablo II, el miércoles 9 de agosto de 2000, al término de la audiencia general, rechazaba los actos terroristas registrados en Moscú: “no puedo menos de expresar mi profunda deploración por este grave atentado, al mismo tiempo que aseguro mi solidaridad, que acompaño con la oración”. Y añadió: “Análogos sentimientos quisiera expresar por las víctimas de los atentados que, por desgracia, prosiguen en España”. Y concluyó: “deseo de corazón que cese toda forma de violencia, sembradora de luto y dolor, y que las personas se orienten hacia pensamientos de entendimiento y convivencia pacífica” (“Ecclesia”; ns.3010-11; 19 y 26 de agosto de 2000; 8-9).

44.- Juan Pablo II: mensaje “Jornada Mundial de la paz”; año 2000

* Juan Pablo II: “Mensaje para la 89ª Jornada mundial de los emigrantes y refugiados” (24 de octubre de 2002).

45.- Card. Carlos Amigo: “declaraciones” en el Semanario Católico “Alfa y Omega”, Madrid. 7-IV-2005; p.15.

45a.- Juan Pablo II: “Mensaje del 1-I-1995;

* Juan Pablo II: “21 Mensajes a las Mujeres”, 1995.

45b.- Juan Pablo II: “Llamamiento a favor de la Paz en el Golfo Pérsico”; 26 de agosto de 1990; “Ecclesia”, n.2493; 15 de septiembre; 22.

45c.- Juan Pablo II: “Alocución durante la ceremonia de bienvenida en el Aeropuerto Internacional (Bujumbura. Burundi. 5-IX-1990); “Ecclesia”, n.2495; 29-IX-1990; 25.

45d.- Juan Pablo II: Catequesis en la audiencia General del miércoles 12-I-1994: “Oremos por la paz en los Balcanes”; “Ecclesia”, n.2669; 29-I-1994; 24-25.

* Juan Pablo II: “Homilía durante la Misa con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la paz en los Balcanes (23-I-1994). “Ecclesia, n.2671; 12-II-1994; 18-20.

“El conflicto en el territorio de la ex Yugoslavia, y especialmente en Bosnia-Herzegovina, no es ciertamente una guerra de religión como no lo son los acontecimientos en Irlanda del Norte. Esto debe ponerse de relieve con franqueza, añadiendo, sin embargo, que las poblaciones implicadas pertenecen a iglesias y religiones diferentes. El choque esencialmente político entre grupos y naciones puede entonces ser fácilmente interpretado como una

batalla entre creencias diversas. En presencia de una orientación nacionalista, la filiación religiosa o confesional corre el riesgo de constituir una ulterior motivación de hostilidad y de odio. Todo esto es contrario a Cristo, que, mediante la Cruz ha reconciliado y redimido a todos” (n.4).

45e.- Juan Pablo II. Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal de Honduras, 4-II-1994. “Ecclesia”, n.2690; 25-V-1994; 27 y 29).

45f.- Juan Pablo II: Palabras a los participantes en la marcha de solidaridad a favor de Sarajevo (19-II-1994). “Ecclesia”, n. 1676; 19-III-1994; 30.

45g.- Juan Pablo II: Discurso en conmemoración del holocausto de millones judíos (7-IV-1994); “Ecclesia”, n.2686; 28-V-1994; 23.

45h.- Discurso de Juan Pablo II en el aeropuerto de Ammán (Jordania): 20-III-2000.

45i.- Juan Pablo II: Discurso en la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto de Ben Gurión de Tel-Aviv (Israel); 21-III-2000; “Ecclesia”, n.2991; 1-IV-2000; 25.

45j.- Juan Pablo II: Discurso en la ceremonia de bienvenida en el helipuerto oficial de Belén (Territorios autónomos de la ANP); 22-II-2000; “Ecclesia”, n.2991; 1-IV-2000; 27.

45k.- Juan Pablo II: Discurso en el “Yad Vashem” (Museo del Holocausto) de Jerusalén (23-III-2000); 34. “Ecclesia”; n.2991; 1-IV-2000; 34.

45l.- Juan Pablo II: “Mensaje al Arzobispo de Kisangani y presidente del Simposio de Conferencias Episcopales de África y Madagascar, con ocasión de su XII Asamblea Plenaria”; 4-X-2000; “Ecclesia”, n.3021; 4-XI-2000; 37-38.

45ll.- Juan Pablo II: “Mensaje a los obispos católicos en Tierra Santa por la situación en Oriente medio (6-XI-2000). “Ecclesia”, n.3024; 25-XI-2000; 36.

45m.- Juan Pablo II: “Mensaje de Juan Pablo II para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz: 1-I-2001; “Ecclesia”, n.3028; 23-XII-2000; 24-29.

45n.- Juan Pablo II: “Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz”; 1-I-2003; www.conferenciaepiscopal.es/documentos/magisteriojppII

45ñ.- Juan Pablo II: “Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial por la Paz, 1-I-2004; “Ecclesia”, n.3185; 27-XII-2003; 24-27.

* Juan Pablo II: “Discurso en la presentación de Cartas Credenciales del embajador de Argentina ante la Santa Sede, Sr. Calor Luis Custer (28-II-2004); (Ecclesia, n.3197; 20-III-2004), 27-28).

45o.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de Colombia, con motivo de su visita “ad limina” (17-VI-2004); “Ecclesia”, n. 3215; 24 de julio de 2004; 28 30.

45p.- Juan Pablo II: “Mensaje al Card. W.Kasper, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos, con ocasión del XVIII Encuentro “Hombres y Religiones“, Milán, 5-VII-2004; “Ecclesia”, n. 3224; 25 de septiembre de 2004; 36-38).

* Juan Pablo II: “Discurso a la Conferencia Episcopal de El Salvador” (10-I-1994); “Ecclesia”, n.2669; 29-I-1994; 29-30.

El Santo Padre pide a estos obispos que potencien la nueva evangelización, potencien el servicio y el compromiso a favor de la paz, promuevan la fraternidad sacerdotal e intensifiquen la atención pastoral a la familia”.

* F.Sebastián y O.González de Cardedal (eds.) “La fe en Dios, factor de paz o de violencia”; San Pablo. Madrid. 2003.

En época reciente, en que había guerras en la humanidad, varios autores abordaron el tema de esta obra. Para aquellos días, para hoy y para siempre, es necesario acercarnos a estas reflexiones, conocerlas y meditarlas para no perder el rumbo en nuestra historia y para nunca invocar a Dios como quien quiere o justifica la violencia y la guerra.

46.- Juan Pablo II: “Mensaje para la XXXVIII Jornada mundial de la paz 2005: “No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence el mal con el bien”. Boletín Oficial del Obispado de Ávila. Año XCV. Octubre-Diciembre 2004; nums. 10-12; 846-852.

* Mons. F. Sebastián y Olegario González de Cardedal (eds): “La fe en Dios, factor de paz o de violencia”; San Pablo. Madrid. 2003.

46a.- Juan Pablo II: Mensaje en el 60º aniversario de la liberación de los prisioneros del campo de exterminio de Auschwitz (Polonia); www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/pont_messages/2005/docu

46b.- Juan Pablo II: Discurso cultural en Río de Janeiro (Brasil), 1-VII-1980).

* Concilio Vaticano II: “con la palabra cultura se indica en sentido general todo aquello con lo que hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres y de las instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano” (GS 53).

* Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del Jubileo de las Universidades” (10-IX-2000). “Ecclesia”, n.3015; 23 de septiembre de 2000; 22-23.

* B. Gazapo y E.Cambón escriben: “El Papa ha desarrollado la definición de “cultura” dada por la Gaudium et Spes, a lo largo de todo su pontificado. Citamos dos discursos, quizás los primeros en el tiempo: a la UNESCO (París, 2-VI-1980) y a los profesores universitarios y hombres de cultura (Oporto, 15-V-1982). Cinco afirmaciones cuyas merecen nuestra atención:

+ El hombre es un ser cultural: “La cultura es del hombre (...) Ésta caracteriza al hombre y lo distingue de otros seres no menos claramente que la razón, la libertad y el lenguaje.(...) En su realidad más profunda, no es sino el modo que tiene un pueblo de cultivar sus propias relaciones con la naturaleza, entre sus miembros y con Dios, de forma que alcance un nivel de vida verdaderamente humano” (Discurso en Oporto a los profesores...(15-V-1982; n.3).

+ La cultura es una creación del hombre: “La cultura proviene del hombre. Él recibe gratuitamente de la naturaleza un conjunto de capacidades, de talentos como los llama el Evangelio, y, con su inteligencia, su voluntad y su trabajo, le compete desarrollarlos y hacerlos fructificar” (ib.). No es la cultura la que crea al hombre, sino el hombre es quien crea la cultura.

+ La cultura es para el hombre: “La cultura es aquello a través de lo cual el hombre en cuanto hombre se hace más hombre y en la que se juega el mismo destino del hombre” (Al Card. Secretario de Estado, con motivo de la creación del Pontificio Consejo para la Cultura). “La cultura es para el

hombre. El hombre no es sólo el artífice de la cultura sino su principal destinatario (...) La cultura se orienta a la realización de la persona en todas sus dimensiones, con todas sus capacidades” (Discurso en Oporto, ib.).

En España, afirmó el Santo Padre: “la síntesis entre la cultura y la fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe (...) Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida” (A los hombres de la cultura. Madrid. 3-XI-1982).

+ La verdadera cultura atiende más al “ser” que la “tener” del hombre: “La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su “tener”, no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el tener del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su tener puede al mismo tiempo ser más plenamente como hombre, llega a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza a su humanidad” (Discurso en la UNESCO, 2-VI-1980; 7).

+ Toda cultura es imperfecta: “Durante casi dos mil años, Europa ha ofrecido un significativo ejemplo de la fertilidad cultural del cristianismo que, por su naturaleza, no puede ser relegado a la esfera privada (...). Por tanto, es mi deber subrayar vigorosamente que si algún día el substrato religioso y cristiano de este continente fuese marginado en su papel de inspiración de la ética y en su eficacia social, no sólo se negaría toda la herencia del pasado europeo sino también un futuro digno del hombre europeo -y me refiero a todo hombre europeo, creyente o increyente-, que estaría seriamente comprometido” (Al Pleno del Parlamento Europeo; 11-X-1988; 11).

Estos autores afirman a este respecto: “hablando con propiedad no existe una “cultura cristiana” única y perfectamente determinada (en cuyo caso el cristianismo sería una cultura más, como la griega o la incaica (cf. EN 20), sino “culturas cristianizadas” en mayor o menor grado, en la medida en que el Cristianismo haya penetrado en ellas haciéndolas más humanas, es decir, respetando todo lo que es humano y liberándolas de lo que no lo es, según el Evangelio de Jesucristo (o.c. p.151).

46c.- Juan Pablo II: discurso a los jóvenes en Gniezno (Polonia), 3-VI-1979.

46d.- Juan Pablo II: Discurso al I Congreso “Compromiso cultural”, 16-I-1982

46e.- Juan Pablo II: Discurso a los intelectuales en Corea; 5-V-1984

46f.- Juan Pablo II: Discurso al Comité de la UNESCO (París); 24-V-1982

46g.- Juan Pablo II: Discurso a los Sacerdotes. Montevideo (Uruguay); 31-III-1987.

* Juan Pablo II: “La evangelización de la cultura es un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo actual e iluminarlas desde el evangelio. Es la voluntad de llegar a todos los niveles de la vida humana para hacerla más digna” (Discurso al mundo de la cultura, Lima (Perú); 15-V-1988, 5. Pero “este esfuerzo de comprensión e iluminación debe estar siempre acompañado del anuncio de la Buena Nueva (Encíclica: “Redemptoris missio”; 7-XII-1990; 46), de tal manera que la penetración del Evangelio en las culturas no sea una simple adaptación externa, sino un “proceso profundo y global que abarque tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia” (ibid.52), respetando siempre las características y la integridad de la fe” (Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (12-X-1992) n.2.

* Juan Pablo II: Homilía con ocasión del Jubileo de las Universidades (10-IX-2000): “La Universidad, lugar de apertura a la escucha y al testimonio”; “Ecclesia”, n.3015; 23 de septiembre de 2000; 22-23.

“Cuando el hombre no está espiritualmente “sordo y mudo”, todo itinerario del pensamiento, de la ciencia y de la experiencia le trae también un reflejo del Creador y suscita en él un deseo de Dios, a menudo escondido y tal vez incluso reprimido, pero indestructible” (n.3).

“Vuestra vocación de estudiosos y docentes que habéis abierto el corazón a Cristo consiste en vivir y atestiguar de manera eficaz esta relación entre cada saber y ese “saber” supremo que concierne a Dios y que en cierto sentido coincide con Él, con su Verbo humanado y con el Espíritu de verdad que Él nos donó. De esta manera, la Universidad se transforma, mediante vuestra aportación, en lugar de “effetà” (“ábrete”), en el que Cristo, sirviéndose de vosotros, sigue realizando el milagro de abrir oídos y labios, suscitando una nueva escucha y una comunicación auténtica” (n.3). (...)

“Amadísimos docentes y estudiantes, ésta es vuestra vocación: hacer de la Universidad el ambiente en que se cultive el saber, el lugar en el que la persona encuentre vocación de proyecto, sabiduría, impulso al servicio cualificado de la sociedad” (n.5).

46h.-Juan Pablo II: Encíclica “Slavorum Apostoli”, 21 (2-VI-1985).

46i.- Card. Paul Poupard: “Iglesia y Culturas. Orientación para una pastoral de inteligencia”; EDICEP. Valencia. 1988

* Mons. Adolfo González Montes: “Juan Pablo II amaba la filosofía y la literatura y fue un Papa intelectual y poeta. Su pasión filosófica brotaba de su pasión por el misterio del hombre y la luz sobre el mismo que irradia Cristo, troquel y horma del hombre según Dios. Cuando la cultura débil de nuestro tiempo renuncia al rigor de la argumentación de la razón y al ejercicio de sus capacidades, cediendo al peor mal que el hombre puede padecer por su insidiosa tentación al letargo, el Papa ha defendido con vigorosa energía la condición racional del ser humano y el saber que le es posible alcanzar sobre el mundo y el hombre, sobre la moral y las virtudes que distinguen la espiritualidad del ser humano. El Papa ha llevado a cabo esta defensa de la razón consecuente con su convicción fundamental sobre la esencia libre y responsable del hombre, capaz de amor supremo y perversión sofisticada, sujeto del bien y del mal; en definitiva, sujeto moral. Su amor a la literatura surgía de una pasión por la cultura de la gran nación polaca y de una tradición cultural genuina que no se plegó al dictado de las ideologías totalitarias ni retrocedió ante la represión del pensamiento” (Carta a los diocesanos: “Ante la muerte del Papa Juan Pablo II”; Boletín Oficial del Obispado de Almería; año XIII; Abril-Junio 2005; núms..4-6; 228-230).

* Paul Poupard escribe acerca de la postmodernidad:

- ¿Qué es la postmodernidad?

Lyotard escribe: “Es la negación de los absolutos que fundamentan la modernidad (razón, ciencia, técnica, revolución, estado, moral, religión, partido, clase social o raza), y la renuncia, ante todo, a la verdad, sustituida por el pensamiento débil (Vattimo), un conocimiento parcial, errático, fragmentario, que reniega de las metanarraciones o grandes cosmovisiones que conferían sentido”..

La postmodernidad se ve a sí misma como experiencia de fin de la historia, o más bien, fin de la historicidad, disolución de la categoría de lo nuevo, antes que como un nuevo estadio, más o menos avanzado de la historia misma” (G. Vattimo: “La fine della modernità”. Milano. 1998, 13).

Frente al hombre moderno, el hombre de la historia, que se siente inmerso en el curso de unos acontecimientos ordenados, (...) el hombre postmoderno de la época de la televisión digital y satelital, la era de Internet, pierde la noción de discurrir en virtud de la simultaneidad, y con ella, la memoria de los acontecimientos”.

- Siete grandes desafíos para el anuncio del Evangelio en nuestro tiempo

- + El desafío de la verdad frente al pensamiento débil
- + Anunciar a Jesucristo en la era del New Age
- + Persona humana y familia
- + Ser cristiano en el mundo de la economía globalizada
- + Las nuevas sociedades multiculturales
- + La revolución informática
- + La tutela del medio ambiente

- La respuesta de la Iglesia

La respuesta es ésta: la santidad. Bien entendido significa que el principal desafío para la iglesia no está fuera, sino dentro de ella misma. Su tarea principal, antes que cualquier otra, es acoger el Evangelio con más fidelidad, con más radicalidad aún, dejarse purificar por la Palabra de Dios, que penetra hasta la frontera entre el alma y el espíritu (Heb.4,12), y regenerar por el baño del agua y de la palabra. La Iglesia del siglo XXI ha de ser sobre todo cristiana, es decir, más de Cristo. Naturalmente, al hablar de santidad, se trata de la respuesta personal de los hijos de la Iglesia a la palabra de Dios. Sólo hombres y mujeres reconstruidos interiormente podrán dar nueva vida a la Iglesia, como entendió Francisco de Asís cuando escuchó la invitación de Cristo a reconstruir su casa que amenazaba ruina” (“La Iglesia frente a los desafíos de la modernidad”; Madrid. 28-V-2001; Ecclesia. 4 y 11 de agosto-2001).

47.- Juan Pablo II: Discurso en la UNESCO (París. 2 de Junio de 1980).

* Juan Pablo II: “La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda, el drama de nuestra época, como también lo fue de otras. Es necesario, por tanto, hacer todos los esfuerzos en pro de una generosa evangelización de la cultura, más exactamente de las culturas” (Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici” (1988), 44).

* Juan Pablo II ha dedicado especial atención al diálogo fe y cultura en sus viajes apostólicos por el mundo entero. Insertamos aquí unos textos del Papa:

- “La cultura es aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando el conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que

lo definen. Así entendida, la cultura tiene una importancia fundamental para la vida de las naciones y para el cultivo de los valores humanos más auténticos” (Discurso del Papa a los intelectuales”. Universidad de la Habana (Cuba). 23-I-1998). “Toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana” (Discurso en la ONU; 5-X-1995,9).

- “La Iglesia católica no se identifica con ninguna cultura particular; sino que se acerca a todas ellas con espíritu abierto. Ella, al proponer con respeto su propia visión del hombre y de los valores, contribuye a la creciente humanización de la sociedad. En la evangelización de la cultura es Cristo mismo el que actúa a través de su Iglesia ya que con su Encarnación “entra en la cultura” y “trae para cada cultura histórica el don de la purificación y de la plenitud” (Conclusiones de Santo Domingo: “Nueva Evangelización, Promoción humana, cultura cristiana”, n. 228; Edic. Paulinas; Madrid. 1993) (Discurso...Universidad de la Habana (Cuba); 23 de enero de 1998).

- “La evangelización de la cultura es como una elevación de su “alma religiosa”, infundiéndole un dinamismo nuevo y potente, el dinamismo del Espíritu Santo, que la lleva a la máxima actualización de sus potencialidades humanas. En Cristo, toda cultura se siente profundamente respetada, valorada y amada; porque toda cultura está siempre abierta, en lo más auténtico de sí misma, a los tesoros de la redención” (Discurso a los intelectuales. Universidad de la Habana (Cuba); 23-I-1998)..

- “Mirando el misterio de la Encarnación y de la Redención es como se debe hacer el discernimiento de los valores y antivalores de las culturas” (Exhortación Apostólica: “Ecclesia in Africa”, 1995, 61).

* Hervé Carrier: “Evangelio y culturas”. De León XIII a Juan Pablo II. Edit. EDICE. Madrid 1988.

* M. Andrés Martín: “Pensamiento teológico y cultura”. Historia de la Teología”. Atenas. Col. Síntesis. Madrid., 1989.

* Bruno Forte: “¿Dónde va el Cristianismo?”; Palabra. Madrid. 2001. Podemos leer el capítulo III que tiene como título: “Hablar de Dios en el Mundo Postmoderno”, 79-94.

48.- Juan Pablo II: Discurso al Pontificio Consejo para la cultura”, L’Osservatore Romano, Edic. en lengua española; 6-Junio-1982).

Y prosigue el Santo Padre diciendo: “Finalmente, el progreso de la cultura está unido en definitiva al crecimiento moral y espiritual del hombre. Porque es por medio de su espíritu que el hombre se realiza en cuanto tal. Para ello hay que tener una visión del hombre integral. Por eso, la Iglesia siente la responsabilidad de defender al hombre contra ideologías teóricas o prácticas que lo reducen a objeto de producción o de consumo; contra las corrientes fatalistas que paralizan los ánimos; contra el permisivismo moral que abandona al hombre al vacío del hedonismo; contra las ideologías agnósticas que tienden a desalojar a Dios de la cultura” (m.11).

48a.- Juan Pablo II: Discurso en Cotonu (Benín. 1983) “Mundo Negro”, Mayo 2005.

48b.- Juan Pablo II: “Discurso a los intelectuales católicos, a los funcionarios y a los universitarios” (Bujumbura, Burundi); 5-IX-1990; “Ecclesia”, n.2495; 27-IX-1990; 26-27.

48c.- Card. Joseph Ratzinger: “Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II”; Conferencia en la Univers. Pontificia Lateranense. Roma; 9-V-2003; www.vatican.va/roman_curia.

* Card. Joseph Ratzinger afirma: “El cristianismo no está en contradicción con la dignidad del hombre únicamente si la fe es verdad, pues no daña a nadie; más aún, es el bien lo que nos debemos recíprocamente. Como resultado de los grandes éxitos en el ámbito de las ciencias naturales y de la técnica, la razón ha perdido la valentía ante los grandes interrogantes del hombre: sobre Dios, sobre la muerte, sobre la eternidad, sobre la vida moral. El positivismo se extiende sobre el ojo interior del hombre como una catarata. Pero si estos interrogantes, decisivos al final para nuestra vida, quedan relegados al ámbito de la pura subjetividad y, por tanto, en definitiva, de la arbitrariedad, nos hemos quedado ciegos por lo que atañe a nuestra realidad de hombres.

Partiendo de la fe, el Papa pide a la razón que tenga la valentía de reconocer las realidades fundamentales. Si la fe no tiene la luz de la razón, se reduce a pura tradición, y con ello declara su profunda arbitrariedad. La fe no necesita la valentía de la razón por sí misma. No está contra ella, sino que la impulsa a pretender de sí las grandes cosas para las cuales ha sido creada. “Sapere aude”: con este imperativo Kant describió la naturaleza del iluminismo.

Se podría decir que el Papa, de un modo nuevo, apela a una razón que se ha hecho, metafísicamente pusilánime: *sapere aude!* Pretende de ti misma

poder hacer grandes cosas. A esto estás destinada. La fe -así no dice el Papa- no quiere hacer que calle la razón, sino que la quiere liberar del velo de la catarata que, frente a los grandes interrogantes de la humanidad, está ampliamente extendido sobre ella.

Una vez más, se ve que la fe defiende al hombre en su realidad de ser humano. (...) El Papa considera, con razón, que la fe está llamada a impulsar a la razón a tener nuevamente la valentía de la verdad. Sin la razón, la fe fracasa; sin la fe, la razón corre el riesgo de atrofiarse. Está en juego el hombre. Pero para que el hombre sea redimido, hace falta el Redentor. Necesitamos a Cristo, hombre, que es hombre y Dios, “sin confusión ni división” en una única persona, “Redemptor hominis” (Zenit); “www.vatican.va/roman_curia).

* Mons. Adolfo González Montes: “El Papa que se vio obligado a defender las capacidades de la razón para plantear la pregunta por el sentido de la vida y la orientación que emana de la conciencia moral para elegir el bien y desechar el mal, hablaba al mismo tiempo al corazón angustiado de las multitudes, caídas, según la expresión del mismo Jesús, “como ovejas que no tienen pastor” (Mc.6,34), en la confusión y en la desorientación de las ideologías” (“Homilía en la Misa Funeral por S.S.Juan Pablo II”, 5-IV-2005; Boletín Oficial del Obispado de Almería; año XIII; Abril-Junio 2005; núms..4-6; 239-243).

48d.- AA.VV. “De las criaturas a su Autor”. Comentario y texto de la Encíclica “Fides et ratio” de Juan Pablo II”; EDICEP.1999

* Juan Pablo II: “Discurso al Consejo Pontificio de la Cultura”, 18 de Enero de 1983.

* Juan Pablo II: “Discurso al Consejo Pontificio de la Cultura”, 14 marzo 1997. En este discurso afirmó el Papa: “Instituí el Consejo Pontificio de la Cultura con la finalidad de ayudar a la Iglesia a vivir el intercambio salvífico en el que la inculturación del Evangelio va acompañada por la evangelización de las culturas”.

* Pontificio Consejo para la Cultura: “Para una Pastoral de la Cultura. Nuevas situaciones culturales, nuevos campos de evangelización”; 23 de mayo de 1999; Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; Julio-Agosto de 1999; 671-712

* Card. J.Ratzinger: “Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la Encíclica “Fides et Ratio”. Conferencia pronunciada en el Palacio de

Congresos. Madrid. 16-II-2000; en “Benedicto XVI: Todo lo que el Cardenal Ratzinger dijo en España”. EDICE. Madrid. 2005.

* Card. Darío Castrillón Hoyos: “Pablo, la evangelización y los desafíos de las culturas”, en “Forjadores de Santos”. Encuentro internacional de Sacerdotes. Malta. 8-23 de Octubre de 2004. EDICE. Madrid. 2005.

48e.- Juan Pablo II: Discurso con ocasión del Jubileo de los Científicos: 25-V-2000; “Ecclesia”, n.2999; 3 de junio de 2000; 22-23.

48f.- Juan Pablo II: “Discurso a los docentes universitarios con ocasión de su Jubileo: 9-IX-2000; “Ecclesia”, n.3016; 30 de septiembre de 2000; 31-32.

48g.- Juan Pablo II: Mensaje de Juan Pablo II al profesor Sergio Zaninelli, Rector Magnífico de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, con ocasión de la LXXVI Jornada Nacional de dicha Institución: 5-V-2000; “Ecclesia”; n.2997; 20 de mayo de 2000; 35-36.

* Juan Pablo II: “Constitución apostólica: “Ex corde Ecclesiae”, 1990.

* Juan Pablo II: “ Discurso a los participantes en la peregrinación jubilar de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, provenientes de las sedes de Milán, Roma, Brescia y Plasencia”; 13.IV-2000: “Ecclesia”, n.2997; 20 de mayo de 2000; 37-38.

48h.- Juan Pablo II: “ Discurso a los participantes en la peregrinación jubilar de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, provenientes de las sedes de Milán, Roma, Brescia y Plasencia: 13-IV-2000; “Ecclesia”, n.2997; 20 de mayo de 2000; 37-38.

* Mons. Manuel Ureña: “Retos del pensamiento filosófico contemporáneo a la fe cristiana” (05-10 de septiembre de 2005 (Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza: Agosto-Septiembre 2005; núm.8-9; 370-386).

48i.- Juan Pablo II: Discurso a los participantes en la Sesión Plenaria de la Academia de las Ciencias” (13-XII-2000); Ecclesia, n.3029; 30-XII-2000;39-40.

* Comunicado de Prensa de la Comisión de Episcopados de la Comunidad Europea (COMECE) (9-VII-2003); “Ecclesia”; nn.3167-3168; 20 y 30 de agosto de 2003; 45.

* Comunicado final de la IX Asamblea General de la Academia Pontificia para la Vida sobre “La ética de la investigación biomédica”. Para una visión cristiana” (24/26-II-2003); “Ecclesia”, nn.3167-3168; 23 y 30 de agosto de 2003; 46-49.

* Juan Pablo II: Discurso a una delegación de la Universidad polaca de Opole (17-II-2004); Ecclesia, n.3197; 20-III-2004; 32).

48j.- Juan Pablo II: “Homilía a los obreros en Francia”, 31 de Mayo de 1980.

* Juan Pablo II: Discurso en la sesión inaugural de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales (25-XI-1994). Juan Pablo II ofrece en este discurso unos contenidos doctrinales que deben ser tenidos en cuenta por todos:

+ La misión de la Iglesia: proyectar la luz del Evangelio sobre los nuevos desafíos (nn.2-3).

+ El hombre es siempre anterior a los sistemas socioeconómicos (nn.4)..

+ La familia debe ocupar un puesto central en todo programa de desarrollo (nn.5-6).

+ El magisterio de la Iglesia considera que las ciencias están al servicio del hombre (nn.7-9).

+ La Iglesia desea intensificar el diálogo con los estudiosos en ciencias sociales (n.10)

* La revista “Acción Empresarial” en el número 184, Marzo-Junio de 2005, dedicado a “Juan Pablo II 1978-2005, publica un Estudio titulado “Diccionario económico de Juan Pablo II” en el que recoge la doctrina del Papa sobre algunos elementos económico. A continuación los ofrecemos:

. Beneficio: “Centesimus Annus”, 35 y 35

. Capitalismo: “Centesimus Annus”, 40 y 42

. Comunismo: “Centesimus Annus” 13 y 24

. Desarrollo: “Sollicitudo rei Socialis”, 32, 33 y Centesimus Annus, 52

. Desempleo: “Laborem exercens”, 18 y “Sollicitudo Rei Socialis” 18

. Economía: “Sollicitudo rei Socialis”, 41; “Centesimus Annus, 15, 32,33,34.

. Empresa: “Centesimus Annus” 43

. Inversión: “Centesimus Annus”, 36

. Medio ambiente: “Centesimus Annus”, 37, 26; “Sollicitudo Rei Socialis”

34; Redemptor Hominis, 47.

. Propiedad: “Laborem exercens”, 14; Centesimus Annus, 30 y 43

. Salario: “Laborem exercens”, 19

- . Sindicatos: “Laborem exercens”, 20
- . Trabajo: “Laborem exercens”, 1,5, 6, 8, 9, 26; Redemptoris Custos”, 22; “Christifideles Laici”, 43; Centesimus Annus, 39.

* Fundación Universitaria San Pablo – CEU. Actas del IV Congreso. “Católicos y vida Pública”, I – II; Fundación de Santa María. Madrid., 2003.

* Pontificio Consejo “Justicia y Paz”: “Compendio de la doctrina social de la Iglesia”; BAC; Editorial Planeta. Madrid 2005.

Nos parece que la mejor presentación de este Compendio es resumir los contenidos más importantes de la Introducción de esta obra (pp.3-10).

- Al alba del tercer milenio

“En este alba del tercer milenio, la Iglesia no se cansa de anunciar el Evangelio que dona salvación y libertad auténtica también en las cosas temporales, recordando la solemne recomendación dirigida por Pablo a su discípulo Timoteo (cf. I, 4,2-5) (n.2)..

“A los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sus compañeros de viaje, la Iglesia ofrece también su doctrina social. En efecto, cuando la Iglesia cumple su misión de anunciar el Evangelio, enseña al hombre, en nombre de Cristo, su dignidad propia y su vocación a la comunión de las personas, y le descubre las exigencias de la justicia y de la paz, conforme a la sabiduría divina” (Catecismo de la Iglesia Católica”, 2419).

“Esta doctrina tiene una profunda unidad, que brota de la Fe en una salvación integral, de la Esperanza en una justicia plena, de la Caridad que hace verdaderamente hermanos a todos los hombres en Cristo (n.4).

“El amor tiene por delante un vasto trabajo al que la Iglesia quiere contribuir también con su doctrina social, que concierne a todo el hombre y se dirige a todos los hombres. “¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo donde cobijarse? (...) ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños?” (NMI, 50-51) (n.5)..

“El amor cristiano impulsa a la denuncia, a la propuesta y al compromiso con proyección cultural y social, a una laboriosidad eficaz, que apremia a cuantos sienten en su corazón una sincera preocupación por la suerte del hombre a ofrecer su propia contribución.

- El significado del documento

“El cristiano sabe que puede encontrar en la doctrina social de la Iglesia los principios de reflexión, los criterios de juicio y las directrices de acción como base para promover un humanismo integral y solidario. Difundir esta doctrina constituye, por tanto una verdadera prioridad pastoral, ara que la las personas, iluminadas por ella, san capaces de interpretar la realidad de hoy y de buscar caminos apropiados para la acción: “La enseñanza y difusión de esta doctrina social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia” (SRS, 41) (n.7).

“Este documento pretende presentar, de manera completa y sistemática, aunque sintética, la enseñanza social, que es fruto de la sabia reflexión magisterial y expresión del constante compromiso de la Iglesia, fiel a la Gracia de la salvación de Cristo y a la amorosa solicitud por la suerte de la humanidad. Los aspectos teológicos, filosóficos, morales, culturales y pastorales más relevantes de esta enseñanza se presentan aquí orgánicamente en relación a las cuestiones sociales” (n.8).

El documento presenta un cuadro de conjunto de las líneas fundamentales del “corpus” doctrinal de la enseñanza social católica. (n.9).

El documento se propone como un instrumento para el discernimiento moral y pastoral de los complejos acontecimientos que caracterizan nuestro tiempo; como una guía para inspirar, en el ámbito individual y colectivo, los comportamientos y opciones que permitan mirar al futuro con confianza y esperanza; como un subsidio para los fieles sobre la enseñanza de la moral social” (n.10)..

- Al servicio de la verdad plena del hombre

“Este documento es un acto de servicio de la Iglesia a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a quienes ofrece el patrimonio de su doctrina social (n.13).

“Con el presente documento, la Iglesia quiere ofrecer una contribución de verdad a la cuestión del lugar que ocupa el hombre en la naturaleza y en la sociedad, escrutada por las civilizaciones y culturas en las que se expresa la

sabiduría de a humanidad. (...) ¿Quién soy yo? ¿Por qué la presencia del dolor, del mal, de la muerte, a pesar de tanto progreso? ¿De qué valen tantas conquistas si su precio es, no raras veces, insoportable? ¿Qué hay después de esta vida? Estas preguntas de fondo caracterizan el recorrido de la existencia humana (n.14).

“Los interrogantes radicales que acompañan desde el inicio el camino de los hombres, adquieren, en nuestro tiempo, importancia aún mayor por la amplitud de los desafíos, la novedad de los escenarios y las opciones decisivas que las generaciones actuales están llamadas a realizar.

El primero de estos grandes desafíos, que la humanidad enfrenta hoy, es el de la verdad misma del ser-hombre. (...) Un segundo desafío es el que presenta la comprensión y la gestión del pluralismo y de las diferencias en todos los ámbitos: de pensamiento, de opción moral, de cultura, de adhesión religiosa, de filosofía del desarrollo humano y social. El tercer desafío es la globalización, que tiene un significado más amplio y más profundo que el simplemente económico, porque en la historia se ha abierto una nueva época, que atañe al destino de la humanidad (n.16)..

Los discípulos de Jesucristo se saben interrogados por estas cuestiones, las llevan también dentro de su corazón y quieren comprometerse, junto con todos los hombres, en la búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia personal y social. Contribuyen a esta búsqueda con su testimonio generoso del don que la humanidad ha recibido de Dios: Jesucristo (n.17).

- Bajo el signo de la solidaridad, del respeto y del amor

La iglesia camina junto a toda la humanidad por los senderos de la historia. Vive en el mundo y, sin ser del mundo (cf. Jn.17,14-16), está llamada a servirlo siguiendo su propia e íntima vocación.(...) El Concilio Vaticano II ha querido dar una elocuente demostración de la solidaridad, del respeto y del amor por la familia humana, instaurando con ella un diálogo “acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador. Es la persona del hombre la que hay que salvar; es la sociedad humana la que hay que renovar” (GS, 3) (n.18).

“La Iglesia, signo en la historia del amor de Dios por los hombres y de la vocación de todo el género humano a la unidad en la filiación del único Padre, con este documento sobre su doctrina social busca también proponer a todos los hombres un humanismo a la altura del designio de amor de Dios sobre la historia, un humanismo integral y solidario que pueda animar un

nuevo orden social, económico y político, fundado sobre la dignidad y la libertad de toda persona humana, que actúa en la paz, la justicia y la solidaridad” (n.19).

48k.- Card. Joseph Ratzinger: “las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II” (Conferencia en la Univ. Pontif. Lateranense. Roma 9-V-2003; www.ecclesia.com.)

48l.- Julio L. Martínez: “El personalismo solidario de Juan Pablo II. Convertir la interdependencia en solidaridad” en “Sal Terrae”; tomo 93/6 (n.1090). Número extraordinario. “No tengáis miedo”. Juan Pablo II (1978-2005);437-456).

P. Sergio Bernal Restrepo: “Actualización de la Constitución Gaudium et Spes (Concilio Vaticano II) para la Iglesia y para la sociedad, hoy” (15 de septiembre de 2005).

Insertamos aquí la explicación de unos conceptos importantes:

- “Las estructuras de pecado”,

Este es un concepto novedoso introducido por el Santo Padre, y fruto de la reflexión teológica sobre la realidad social, solamente se vencen -con la ayuda de la gracia divina- mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a “perderse”, en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a “servirlo” en lugar de oprimirlo para el propio provecho.

- “La solidaridad”

Juan Pablo II habla de la solidaridad, uno de los conceptos fundamentales de todo su magisterio, en respuesta a un mundo dividido en dos grandes bloques ideológicos ambos dominados por una concepción equivocada de la persona y de la sociedad. Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, “hijos en el Hijo”, de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo. El fundamento de la solidaridad para Juan Pablo II es el misterio de la Encarnación mediante el cual el Verbo se hace solidario con la humanidad y hace de todos los hombres, sin distinción, hermanos que comparten un destino común y un mundo creado para todos”.

La solidaridad es una virtud cristiana que responde hoy día al hecho de la interdependencia del mundo globalizado. No se trata de un vago sentimiento de compasión por las desgracias ajenas, sino la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos. La solidaridad, por tanto, aparece en íntima relación con la naturaleza social del hombre y la mujer y exige un comportamiento práctico que debe traducirse en acciones concretas. La solidaridad nos ayuda a ver al “otro” - persona, pueblo o Nación-, no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un “semejante” nuestro, una “ayuda” (cf. Gn.2,18.20), para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. De aquí la importancia de despertar la conciencia religiosa de los hombres y de los pueblos.

- “La propiedad privada”

Juan Pablo II ha puesto de relieve la destinación universal de los bienes, como lógica consecuencia del valor dado a la Palabra revelada. Además, demostró una gran honestidad que evitó que su actitud crítica ante el socialismo real lo llevara a embarcarse en la corriente anticomunista que, entre otras cosas, permitió el desarrollo del materialismo occidental que hoy domina la escena mundial.

Ya en “Puebla” el Papa habló de la hipoteca social de la propiedad privada, expresando en términos modernos la dimensión social de la misma.

En “Laborem exercens” llegó inclusive a proponer tímidamente la socialización de algunos medios de producción, con tal que se asegurase la subjetividad de la sociedad mediante cuerpos intermedios que impidiesen caer en formas totalitarias políticas y económicas.

Pero es especialmente en “Centessimus annus” donde encontramos la superación de las ambigüedades de la época anterior”.

En la encíclica sobre el trabajo -“Laborem exercens”- el Papa ofrece una nueva reflexión. Partiendo del Génesis, el Papa ve en la creación la primera donación hecha a toda la humanidad y la considera como un gran banco sobre el cual trabaja el hombre. Con esta visión resulta imposible aceptar un concepto absoluto de propiedad. Quien trabaja lo hace sobre el fruto de la obra creadora y del trabajo de generaciones y debe trabajar para las generaciones futuras en actitud solidaria.

- “El capital” – “los medios de producción”

El capital mismo es, en fin de cuentas, trabajo acumulado, pues es el fruto del trabajo de muchas personas. El capital, por tanto, junto con los otros medios de producción, debe servir al trabajo. Los medios de producción no pueden ser poseídos contra el trabajo, no pueden ser ni siquiera poseídos para poseer, porque el único título legítimo para su posesión -y esto sea en la forma de la propiedad privada, ya sea en la de la propiedad pública o colectiva- es que sirvan al trabajo.

Esta misma idea es expresada en forma muy radical al conmemorar los cien años en la “*Rerum Novarum*”: La propiedad de los medios de producción, tanto en el campo industrial como agrícola, es justa y legítima cuando se emplea para un trabajo útil; pero resulta ilegítima cuando no es valorada o sirve para impedir el trabajo de los demás u obtener unas ganancias que no son fruto de la expansión global del trabajo y de la riqueza social, sino más bien de su compresión, de la explotación ilícita, de la especulación y de la ruptura de la solidaridad en el mundo laboral. Este tipo de propiedad no tiene ninguna justificación y constituye un abuso ante Dios y los hombres.

- “Los sistemas”

Un último punto que también ha contribuido a la claridad de la posición de la Iglesia ante la realidad socio-política y económica del mundo tiene que ver con los sistemas. La doctrina social se movió, tradicionalmente, entre un no rotundo al socialismo y un no atenuado al capitalismo, dejando siempre el interrogante si lo que se proponía era una tercera vía. Además, quedaba siempre la sombra de duda sobre una cierta preferencia por el capitalismo, visto como el antídoto al comunismo.. Juan Pablo II habiendo sentido en su propia carne los rigores del socialismo real, manifestó una gran libertad de espíritu. En la *Laborem exercens* alaba como un ejemplo de solidaridad, la lucha de los trabajadores que en el s. XX respondieron al grito lanzado por Marx y Engels a la unión. En su reflexión sobre el trabajo se acerca mucho a la visión marxista, sin confundirse con ésta. En las tres encíclicas dedicadas a temas sociales tiene ambos sistemas sobre el mismo plano de economicismo materialista, radicalmente opuesto a la concepción cristiana del hombre y de la sociedad. Se atreve a aceptar en “*Laborem exercens*” una posible socialización de algunos medios de producción y en “*Sollicitudo Rei Socialis*” se ponía la pregunta sobre una posible “conversión” de ambos sistemas a formas más humanas.

Juan Pablo II descubre el capitalismo libreal y su expresión más moderna en la economía de mercado, como una ideología, como un sistema

ético y cultural que, por negar la necesaria relación de la libertad a la ética, resulta inaceptable (...) El número 42 de la “Centesimus annus” es la conclusión de las críticas que el Papa hace al mercado, a la ganancia, a la empresa, después de haber aceptado elementos positivos en ellos. Pero, además, la recta interpretación de esta encíclica, que más que un documento sobre la economía es un documento de carácter antropológico, supone el conocimiento de todo el pensamiento del Papa, comenzando con su primera encíclica. El mismo Papa, en más de una ocasión advirtió que la encíclica no significaba la aceptación del capitalismo que ha generado nuevas formas de alienación y que en ella mantenía la posición crítica que la doctrina social siempre ha tenido ante el sistema” (Universidad Gregoriana de Roma; Archivo informático de la Conferencia Episcopal Española).

48ll.- En torno a la naturaleza y funciones de la “**Doctrina Social de la Iglesia**”, ofrecemos los títulos de varias reflexiones:

* Roger Etchegaray: “¿Existe una doctrina social de la Iglesia?” (Ecclesia, 13 y 20 de Julio 1991; 6-9.

* Jesús Espeja: “Claves de interpretación” (Ecclesia. 13 y 20 de Julio 1991; 10-12.

* Mons. Rafael Palmero: “La doctrina social de la Iglesia mira al hombre” (Ecclesia. 13 y 20 de Julio 1991; 13-15.

* Card. Angel Suquía: “Discurso en la inauguración de la XLVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española”. El tema básico de este Discurso estuvo dedicado a presentar la Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis”.

* Rafael Belda: “las estructuras de pecado”, causa del subdesarrollo”; Ecclesia, 13 y 20 de Julio de 1991; núm.2536-2537; 44- y 45.

* Julio L.Martínez, SJ, escribe: “La encíclica “Sollicitudo rei socialis” es la encíclica de la solidaridad, es decir, el documento de la Doctrina Social de la Iglesia donde más nítidamente se puede apreciar esta recepción y, aunque tardía, cálida acogida católica del concepto. En esta encíclica, Juan Pablo II introduce la solidaridad en la lista de las virtudes cristianas, la vincula a la justicia social (...) y la relaciona con la caridad. La solidaridad queda asimismo referida al misterio de la unidad del mismo Dios cristiano, comunidad trinitaria de personas.

Una vez que la solidaridad se ha convertido en categoría moral básica de la DSI, no podemos prescindir de ella para entender la dignidad humana. En efecto, las ideas de dignidad personal y solidaridad son correlativas para la DSI: la persona crece cuando construye solidaridad y decrece cuando la destruye.

Ante los retos colosales de la interdependencia mundial, el mensaje de Juan Pablo II ha urgido a los cristianos a “oponer a la globalización de los beneficios y de la pobreza, una globalización de la solidaridad”.

Al final de su artículo, este autor hace un balance de lo que ha escrito. De él insertamos aquí lo siguiente:

+ Para comprender el significado especial de la doctrina social de Juan Pablo II interesa conocer tanto su denuncia de la antropología del colectivismo, negadora de la trascendencia y de la libertad y subjetividad del individuo y de la sociedad, como su crítica contundente del liberalismo individualista, ya que la persona no es individuo aislado, y la sociedad no es una creación surgida del autointerés.

+ La dignidad humana para la ética social cristiana no es un espíritu desencarnado y separado de las fuerzas biológicas y sociales, ni una experiencia espiritual interna independiente de la interacción humana, ni mucho menos una realidad atemporal más allá de la historia política, económica y cultural, sino que se realiza en la asociación e interacción social y estructurada por los procesos de las instituciones nacionales e internacionales.

+ En consecuencia con lo anterior, la solidaridad no es una virtud supererogatoria u opcional de los individuos, sino una virtud obligante que, unida a la justicia, trabaja por el bien común y se expresa en la dimensión personal, política y cultural.

+ Los derechos humanos se fundan en la dignidad fundamental de la persona como imagen y semejanza de Dios, y en la afirmación de la socialidad radical del ser humano, cuya fuente última es la comunidad trinitaria. Sólo nos desarrollamos como personas en el tejido de relaciones, libertades y necesidades que conforman nuestra vida. Y hoy ese tejido está hecho (...) de interdependencia mundial. Sobre estas premisas, la ética cristiana busca la edificación de una familia humana orientada al bien común. La globalización, como cualquier otro sistema, debe estar al servicio de la persona humana, de la solidaridad y del bien común.

+ Desde la cruz de Jesucristo, Juan Pablo II siempre ha invitado a abrir los ojos al sufrimiento de tantas mujeres y hombres en el mundo actual, a activar una mayor solidaridad real con los que sufren y a trabajar por aliviar este sufrimiento y por superar sus causas. Recibiendo fuerza, personal y comunitariamente, de un Dios que ama la vida y que por amor muere en la Cruz, podemos apostar por la justicia y la solidaridad, y creer y hacer creíble la esperanza cristiana fundada en la resurrección y en la victoria final de la alegría. Esta es la elección que hace la ética cristiana, no por los méritos humanos, sino por la fuerza del Espíritu del Señor” (“El personalismo solidario de Juan Pablo II. Convertir la interdependencia en solidaridad”, en “Sal Terrae”; Juan Pablo II (1978-2005). Número extraordinario; tomo 93/6 (n.1090); 437-456).

* José Bullón: “Fundamentos teológicos de la Doctrina Social de la Iglesia” en “Moralia”, 28 (2005) 65-90; Instituto Superior de Ciencias Morales. Madrid.; núms. 105-108; enero-marzo.

El autor escribe en el inicio de estudio un resumen: “Aunque los fundamentos eclesiológicos, antropológicos y cristológicos de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) han sido estudiados desde diversas perspectivas, su fundamentación teológica apenas si ha sido investigada. Este artículo ahonda en las bases teológicas de la DSI, presentándola como teología que se construye principalmente sobre tres pilares: la voluntad amorosa, salvífica y liberadora de Dios; el amor comunitario de la Trinidad; y la escatología como tensión que impulsa el compromiso por la transformación del mundo con abundantes referencias a textos del Magisterio eclesial”.

48m.- Juan Pablo II: “Sollicitudo Rei Socialis”; n.41.

* Sínodo de los Obispos: “La justicia en el mundo”, Introducción, 6: “La acción a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva” (Documentos, Sígueme, Salamanca; 1972, 55).

48n.- Julio L. Martínez: “El personalismo solidario de Juan Pablo II” en “Sal Terrae”; número extraordinario; Tomo 93/6 (n.1090); p.443.

48ñ.- Conferencia Episcopal Española. Oficina de Información: “Presentación de la Encíclica “Centessimus Annus”.

* Fernando Guerrero Martínez: “El Magisterio Pontificio Contemporáneo”, Vol. II. BAC. Madrid. 1992.

48o.- Julio L. Martínez: “ El personalismo solidario de Juan Pablo II”; ibd.; 444-445. 455.

48p.- Juan Pablo II: Discurso en Nigeria. 1998. “Mundo Negro”, Mayo 2005

* Juan Pablo II habló de la política como “servicio al hombre”: “la política procede del hombre, se ejerce mediante el hombre y es para el hombre” (“Discurso en la O.N.U; 2 de Octubre de 1979).

* Juan Pablo II considera la política como uno de los areópagos modernos en el que la Iglesia tiene que hacer oír su voz, y los cristianos han de comprometerse activamente en servicio a los hombres y a la sociedad (cf. TMA 57b).

* Juan Pablo II llama la atención sobre la naturaleza de la política en estos términos: “Toda política que esté en contradicción con la dignidad fundamental y con los derechos humanos de la persona o de un grupo de personas ha de ser rechazada. Por el contrario, han de ser potenciadas las políticas y los programas que instauran relaciones abiertas y honestas entre los pueblos, que forjan alianzas justas, que unen a las naciones con honorables lazos de cooperación” (“Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz: 8 de Diciembre de 1986.

La cuestión de los derechos humanos

No podemos pasar por alto ni menos olvidar este tema tan importante. Los derechos humanos. Desde aquí remitimos a la obra de Luis González-Carvajal Santabárbara: “En defensa de los humillados y ofendidos. Los derechos humanos ante la fe cristiana” (Sal Terrae. Presencia teológica. 2005)

En el primer capítulo titulado “los derechos humanos” habla de la naturaleza, el fundamento y las generaciones de ellos, y aborda el tema de “la Iglesia ante los derechos humanos” poniendo de relieve la doctrina de Juan XXIII en la “Pacem in Terris” y la de los últimos Papas.

*** Enseñanzas de Juan Pablo II**

Siguiendo de cerca esta obra, presentamos las enseñanzas de Juan Pablo II:

- Discurso a un grupo de juristas (9-V-1992)

“El reconocimiento de que la persona humana es por naturaleza sujeto de ciertos derechos que ningún hombre, grupo o Estado pueden violar constituye un logro jurídico significativo y debe ser considerado como un principio esencial de la ley” (n.2).

- Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial de la Paz (1-I-1982)

“La paz es “el respeto incondicional y efectivo de los derechos imprescriptibles e inalienables de cada uno” (n.9).

- Discurso a la XXXIV Asamblea General de la ONU (2-X-1979)

La Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, podemos calificarla, sin miedo a exagerar de “piedra miliar puesta en el largo y difícil camino del género humano” (n.7).

- Discurso dirigido al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (9-I-1989).

La Declaración Universal de Derechos Humanos “ha puesto de relieve un conjunto de nociones -impregnadas de tradición cristiana- que se ha impuesto como sistema universal de valores” (n.4).

- Discurso a la XXXIV Asamblea General de la ONU (2-X-1979).

En este discurso, el Santo Padre pone de relieve los principales derechos humanos:

- “El derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona;
- El derecho a los alimentos, al vestido, a la vivienda, a la salud, al descanso y al ocio;
- El derecho a la libertad de expresión, a la educación y a la cultura;
- El derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, y el derecho a manifestar la propia religión, individualmente o en común, tanto en privado como en público;
- El derecho a elegir estado de vida, a fundar una familia y a gozar de todas las condiciones necesarias para la vida familiar;
- El derecho a la propiedad y al trabajo, a condiciones equitativas de trabajo y a un salario justo;
- El derecho de reunión y de asociación;

El derecho a la libertad de movimiento y a la emigración interna y externa;

El derecho a la nacionalidad y a la residencia;

El derecho a la participación política y

El derecho a participar en la libre elección del sistema político del pueblo a que se pertenece” (n.13).

- Discurso dirigido al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (9-I-1989)

En este discurso Juan Pablo II pone de relieve lo siguiente:

+ Tales derechos y libertades “no constituyen el objeto de una “concesión” del Estado, el cual se limita a “reconocer” estas realidades anteriores a su propio sistema jurídico y tiene el deber de garantizar su disfrute” (n. 4).

+ “Se ha puesto de relieve, con toda propiedad, que la Declaración de 1948 no presenta los fundamentos antropológicos y éticos de los derechos humanos. Aparece hoy con toda claridad que semejante empresa, en dicha época, era prematura. Es, pues, a las diversas familias de pensamiento -en particular a las comunidades de creyentes- a las que corresponde la tarea de facilitar las bases morales del edificio jurídico de los derechos humanos” (n.7)

+ “Cuando nuestros contemporáneos buscan sobre qué base apoyar los derechos humanos, deberían encontrar en la fe de los creyentes y en su sentido moral los fundamentos trascendentales indispensables para que estos derechos permanezcan al abrigo de todos los intentos de manipulación por parte de los poderes humanos” (n.7).

- Mensaje a la Conferencia Internacional de la población” (7-VI-1984)

“La Iglesia cree que la dignidad humana está basada en el hecho de que Dios ha creado a cada una de las personas, que hemos sido redimidas por Cristo, y que, según el plan divino, gozaremos con Dios eternamente” (n.2).

- Homilía en el Campo de Marte (Guatemala, 7-III-1983)

“Cuando se atropella al hombre, cuando se violan sus derechos, (...) Cristo vuelve a recorrer el camino de la pasión y sufre los horrores de la crucifixión en el desvalido y oprimido” (n.5).

* Sínodo de los Obispos de 1971: “La justicia en el mundo. III-1”.

La conclusión de este Sínodo es interpelante: “si la Iglesia debe dar un testimonio de justicia, ella reconoce que cualquiera que pretenda hablar de justicia a los hombres debe ser él mismo justo a los ojos de los demás” (Documentos, Sígueme. Salamanca 1972; pp.68-71)..

* Sínodo de los Obispos de 1974

Ofrecemos a continuación un fragmento del Mensaje del Papa Pablo VI y los Padres Sinodales acerca de los derechos humanos y la reconciliación” (Sínodo 1974, ACE. Madrid. 1975, p.69), tres años después:

“Por su propia experiencia, la Iglesia sabe que su ministerio de servicio en la consecución de los derechos humanos en el mundo la obliga permanentemente a un examen de conciencia y a una ininterrumpida purificación de su propia vida, sus leyes, sus instituciones y sus programas. (...) En la Iglesia, como en otras instituciones y grupos, se requiere purificación de las prácticas y procedimientos internos y de las relaciones con estructuras sociales y sistemas cuyas violaciones de los derechos humanos merecen censura”

49.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica Postsinodal. “Ecclesia in America” (22-I-1999); n.20 y n. 55.

49a.- Bruno Forte: “¿Dónde va el Cristianismo?”; Palabra. Madrid. 44-49.

* A.Galindo García publica un artículo titulado: “Conciencia ante la globalización”, que presentamos a continuación en sus afirmaciones centrales y básicas:

- La cuestión social del final de siglo XX:

El pontificado de Juan Pablo II se desarrolla en unas condiciones sociales específicas y bastante diversas a las existentes durante el de León XIII, autor de la “Rerum, Novarum” (...)

La crisis del petróleo, la caída del precio de las materias primas, las guerras, la aparición de la “perestroika” y los cambios producidos en el Este, y el abismo creado entre Norte y Sur, mueven a Juan Pablo II a publicar sus tres encíclicas sociales: sobre el trabajo, la preocupación social y la acción del hombre en toda la historia social del s. XX.

Frente a los países desarrollados, el tercer Mundo reivindica unas estructuras económicas monetarias y comerciales distintas y accesibles. Ha entrado en crisis todo el sistema de división del trabajo y de la estructuración de la economía mundial. En el fondo, sigue el gran problema de la guerra frente a la paz. El capitalismo y el marxismo económico, con cara de los neoimperialismos, son los destinatarios indirectos de estas encíclicas sociales de Juan Pablo II: *Laborem exercens*, (1981), *Sollicitudo rei socialis*” (1987) y “*Centessimus agnus*” (1991).

- Tres encíclicas y un estilo

Leyendo despacio la “*Laborem Exercens*”, se ve que el Papa quiere sintetizar los grandes temas de las encíclicas sociales anteriores: la propiedad, los sistemas económicos, la empresa, el sindicalismo. Para ello, se sirve del trabajo como hilo conductor: “El trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial, de toda cuestión social” (LE, 3). El trabajo es considerado, objetiva y subjetivamente, en su dimensión antropológica.

La “*Sollicitudo Rei Socialis*” puede entenderse como una lectura de la *Populorum Progressio* desde los parámetros sociales de los 80. Su lectura teológica contempla la necesidad del carácter moral del desarrollo para el uso de los recursos (RS,34), dado que la economía no basta para el desarrollo y la voluntad política ha sido un fracaso e ineficaz en los últimos años..

La “*Centessimus Annus*” se publica con motivo del centenario de la *Rerum Novarum*”. Las cosas nuevas que trasluce la fecha de 1989 sirven de punto central del análisis de multitud de temas de la cuestión social o actual, como: la democracia, el consumismo, la ecología, la calidad de vida, la deuda externa.

- La Teología en la Doctrina Social de la Iglesia de Juan Pablo II

Con la enseñanza de Juan Pablo II surge y se desarrolla una actitud misionera, respuesta a la evangelización de los hombres de todo el planeta y de todos los niveles de las conciencias, tanto de los convertidos como de los no-practicantes y alejados: la teología ante la globalización.

+ Nueva evangelización. Según Juan Pablo II, se trata de anunciar el evangelio, la Buena Nueva, en el orden de la experiencia humana y de la transformación de la vida práctica. Hay, pues, una conciencia de la concepción histórica en la que se cree que Dios actúa en la historia del hombre. El problema está en descubrir la voluntad de Dios en esa historia y ser consciente de que el bien existe también fuera de la conciencia humana.

+ Los dogmas fundamentales: Según la enseñanza del Papa, en la ética cristiana quedan comprometidos los dogmas fundamentales y las prácticas más elementales. Según el Papa, cada cristiano debe partir de la situación concreta para transformar la sociedad. Cualquiera de los dos grandes bloques socioeconómicos pueden servir de punto de partida para el desarrollo del compromiso. La Doctrina Social de la Iglesia es conciencia crítica y estilo moral para el mundo frente al imperialismo, al falso desarrollo y a las estructuras de pecado.

+ La revelación divina. En el pensamiento social de Juan Pablo II, la Revelación es considerada Fuente primera y principal de la Doctrina Social de la Iglesia. Asimismo, el pensamiento social de Juan Pablo II responde a una nueva forma de entender la eclesiología. Los diversos modos de ver a la Iglesia en la teología actual han creado diversos modelos de comportamientos sociales.

- Características de la Doctrina Social de la Iglesia en Juan Pablo II

+ Una de las características y peculiaridades de la DSI es la presentación de su dimensión universal en un mundo global (...) La interdependencia mundial es puesta en tela de juicio en la “Sollicitudo Rei Sociales”, donde aparece denunciado el desarrollo desequilibrado, el imperialismo, la deuda externa y la invitación o reconocimiento de una nueva concepción del trabajo, ante la calidad de la vida, el mensaje de solidaridad y la presentación de la nueva evangelización y del plan de liberación.

+ Otra característica está diseñada desde el concepto del pecado estructural que, aunque tenga su origen en la reflexión de Medellín y de Puebla, llega a su clarificación con la enseñanza del último pontificado, de forma especial en la encíclica “Laborem Exercens”.

+ Otra característica es la solidaridad. Se ha de promover la solidaridad humana y evangélica en esta cultura dominante, de manera que la unidad del género humano, la universalidad y la interdependencia del universo queden orientadas por la solidaridad. La cultura de la solidaridad es hoy la gran alternativa a la cultura dominante del tener y del poder, del economicismo materialista, del mercantilismo y del individualismo (SRS). La solidaridad es la condición indispensable para ejercer el servicio y la opción por los pobres. Pero la solidaridad se funda, además, en el principio de que los bienes de la creación están destinados a todos, y lo que la industria humana produce en la elaboración de las materias primas y con la aportación del trabajo debe servir también al bien de todos (SRS 39). Solidaridad significa compartir con los necesitados “no sólo lo superfluo, sino lo necesario” (SRS 31).

- Doctrina social y tercera vía

Juan Pablo II se ha atrevido a desmontar el concepto marxista de lucha de clases. En “*Laborem Exercens*” analiza el proceso de producción y la historia de la humanidad y, desde ahí, llega a conclusiones opuestas a las de Marx: la lucha de clases no debe existir y un sistema es justo sólo si la supera. Y en “*Centessimus Annus*” la equipara al militarismo y al imperialismo, señalando, además, su raíz atea. No se trata de oponerse a los derechos de los trabajadores, ni menos aún de ponerse de lado del capital. No olvidemos el aliento y estímulo que los Papas han dado a los sindicatos como cauce de responsabilidad y de lucha a favor de la justicia.

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) no es una alternativa a los diversos sistemas económicos, sino más bien una materia que pertenece a la teología moral. Ésta es la que debe dirigir la conciencia de los cristianos. La DSI es la “cuidadosa formulación del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial” (SRS).

La persona es la trama de la DSI. La “*Centessimus Annus*” presenta a la persona como el parámetro que permite medir todos los acontecimientos acaecidos en los últimos cien años: porque “el hombre... en la tierra es la sola criatura que Dios ha querido por sí misma” (GS 24).

La Doctrina Social de la Iglesia, como conciencia crítica y estilo moral para el mundo, no es una tercera vía. Es más: es la conciencia del hombre frente al imperialismo, al falso desarrollo y a las estructuras del pecado. No es un manual de moral, sino un estilo ético que nace del magisterio y de la conciencia eclesial en la medida en que el magisterio es voz del espíritu que habita en la Iglesia. Al afirmar Juan Pablo II que la DSI no es una tercera vía o alternativa ni al liberalismo ni al socialismo, ha cerrado el debate abierto hace años por un grupo de autores católicos de economía social y sociología que pretendían crear con la DSI una sistemática en función de una filosofía social precisa y capaz de ofrecer a la acción y compromiso social de los católicos un proyecto coherente y original de sociedad.

La Doctrina Social de la Iglesia redesarrolla según Juan Pablo II con una gran conciencia de solidaridad con el mundo: no se siente extraña a él; más bien desde la valoración de la historia se siente inserta en el mundo. No juzga al mundo con complejo de superioridad, sino que participa de sus esperanzas y deseos. Camina con el mundo y comparte el drama de la

humanidad entera, deseando ayudarla en la realización de sus mejores aspiraciones.

49b.- Juan Pablo II: Discurso a empresarios y sindicatos de trabajadores. 2-V-2000; “Ecclesia”, n.2999; 3 de junio de 2000; 28-29.

49c.- Juan Pablo II: “Discurso con ocasión de la visita de la reina Isabel II de Inglaterra”(17-X-2000; Ecclesia, n.3024; 25-XI-2000; 35-36.

49d.- Juan Pablo II: Discurso en la presentación de Cartas Credenciales del nuevo Embajador de Bolivia ante la Santa Sede, Sr. Valentín Abecia Valdivieso (2-IX-2003); “Ecclesia”, n.3171; 20 de septiembre de 2003; 33-34.

* Conferencia Episcopal de Bolivia: “Por el Re-encuentro entre bolivianos” (2-IX-2003); “Ecclesia”; n. 3171; 20-IX-2003; 36-38.

49e.- Manuel del Campo Guilarte: “El Catecismo de la Iglesia Católica, valioso instrumento para la evangelización” en “Toletana”; año 2003; n. 8. Instituto Teológico San Ildefonso – Toledo; 76.

49f- J.Ratzinger: “Introducción al “Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica”, en AA.VV. “El Catecismo posconciliar”, 1993;47-64.

* Olegario González de Cardenal: “El catecismo de la Iglesia Católica”. Una primera aproximación”, en “AA.VV. “El Catecismo Posconciliar”, San Pablo, Madrid, 1993; 13-46.

* Christoph Schönborn: “Criterios de redacción del Catecismo”, en “AA.VV. “El catecismo Posconciliar”, San Pablo. Madrid. 1993; 84-93.

49g.- Mons. Javier Salinas: “Entrevista sobre el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica” (Ecclesia”, n.3285; 26-XI-2005; 20-22).

* Mons. Javier Salinas manifiesta también en la entrevista ya citada:

“Se ha recuperado este sistema dialógico porque se ha visto que era muy útil para la catequesis y para indicar cómo en la misma transmisión de la fe se lleva a cabo también a través de un diálogo entre un catequista y una Iglesia y el catequizando.

“Este sistema dialógico o de preguntas y respuestas implica en línea de máximos, que el catequizando ha de memorizar. “En el fondo existe una pretensión de llegar a alcanzar un lenguaje común, un lenguaje propio de la

Iglesia a la hora de expresar su fe y tendría esta indicación y este método memorístico”.

“Una Iglesia que no tiene un lenguaje común a la hora de expresar su fe deja de ser una Iglesia capaz de tener una cierta homogeneizada. (...) En la catequesis, estamos en la transmisión de la fe, de un don recibido, de una realidad que no me la invento ni la construyo yo; de una fe que me proclama la Iglesia, y desde este punto de vista la memoria no sólo es útil sino necesaria”.

“El Compendio significa entrar, volver al Catecismo, poner al Catecismo de la Iglesia Católica en su sitio y en su lugar como elemento básico para la formación de todos aquellos que tienen una responsabilidad. El Compendio ha de servir también para todos aquellos que ya están en un camino de iniciación y profundización cristiana. Me refiero a adultos que requieren una sistematización de los contenidos y de la presentación.

* Card. Jean Honoré: “El Compendio del Catecismo al servicio de la Palabra de Dios” (Ecclesia, n.3285; 26-XI-2005; 6).

“El Compendio del catecismo constituye un instrumento de referencia para la catequesis. No se limita ni a una edad determinada ni a una categoría particular de fieles. En unos tiempos donde nuestra catequesis se propone ser expresión de la fe de una comunidad cristiana preocupada por comprometer a sus miembros en la misión de enseñar la palabra de Dios y de testimoniarla, este Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica debe contribuir a ese servicio de la Palabra. A todos los niveles, tanto a los de anuncio como a los de recepción. Lo primero que se pensará será sobre su utilidad para los catecúmenos a los cuales ofrecerá los fundamentos de una verdadera armadura de la fe.

“No lo dudemos. A fuerza de escuchar y de leer que la fe no es un saber, que el Evangelio debe vivirse más que aprenderse, se acaba por pensar que la iniciación cristiana lo es todo, con la excepción de un aprendizaje de conocimientos que habla acerca de la verdad de Dios y de su misterio..

“En un mundo en descomposición como el nuestro, un formulario parece indispensable para significar la unidad de la fe y la comunión en la Iglesia. Un formulario no tiene que explicar solamente el Credo. Tiene también que significarlo en su verdad universal. Un formulario de la fe tiene un valor simbólico, Por su existencia en sí misma, representa, en la mirada de la sociedad y de todos aquellos que forman parte de ella, la señal social de una fe profesada por una comunidad de creyentes”.

* Secretariado Nacional de Catequesis: “Actualidad catequética. Al servicio de la fe”; (n.207). Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica”. (Julio-Septiembre 2005). Consignamos algunos estudios contenidos en esta revista:

- Mons. Angelo Amato: “El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica” (pp.33-41).

- Card. Jean Honoré: “Introducción al Compendio del Catecismo. Edición francesa” (pp.42-44)..

- Mons. José M. Estepa Llaurens: “Historia del Compendio del “Catecismo de la Iglesia Católica” (pp.47-52).

- Juan Ignacio Rodríguez Trillo: “El Compendio del catecismo de la Iglesia Católica y sus repercusiones en la catequesis” (pp.57-66).

- Secretariado Nacional de Catequesis: “Presentación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica a través de sus imágenes” (pp.67-85).

* Ramiro Pellitero: “El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica” y las cuestiones planteadas desde el debate “de Parvo Catechismo”. (Anuario de Historia de la Iglesia” XV. Universidad de Navarra; 2006; 89-110.

49h.- Card. Joseph Ratzinger: “Introducción al Compendio del Catecismo de la Iglesia” (20-III-2005).

49i “Motu proprio” de Benedicto XVI por el que aprueba y publica el “Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica” (28-VI-2005); “Santa Sede”; www.vatican.va.

* Benedicto XVI: “Discurso en la presentación del “Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica” (28-VI-2005) (“Ecclesia”, n. 3265; 9 de Julio de 2005; 32-34).

50.- Juan Pablo II: “Constitución Apostólica: “Sacrae disciplinae leges” (1983).

50a.- Comisión Perm. de la Conf. Episc. Españ.; “Mensaje de los obispos con motivo del XXV Aniversario de la elección del Papa Juan Pablo II (24-IX-

2003: www.conferenciaepiscopal.es/documentos/Conferencia/Papa_25aniversario.

* Juan Pablo II: Alocución al “Ángelus” del domingo 17-VIII-2003: “El cristianismo integra entre sí a pueblos de diferentes culturas”; “Ecclesia”, n.3169; 6-VII-2003; 22.

* Juan Pablo II: Alocución al “Ángelus” del domingo 24 de VIII-2003: “reconocimiento de las raíces cristianas de Europa”; “Ecclesia”, n. 3169; 6-VII-2003; 23.

* Documento de la Comisión de Episcopados de la Comunidad Europea (COMECE), invitando a examinar la integración europea desde la perspectiva cristiana: “La responsabilidad de los católicos y el proyecto de la Unión Europea”; “Ecclesia”; n.3169; 6-VII-2003; 2734, y n. 3170; 13-VII-2003; 28-31.

* Instituto Teológico Compostelano: “Fe cristiana y futuro: Fundamentos y horizontes de la cultura europea” (V Jornadas de Teología. Santiago de Compostela. 2005). Consignamos estos trabajos:

- M. Fraga Iribarne: “Fe cristiana y raíces histórico-políticas de Europa” (pp.23-46).

- M.Oreja Aguirre: “El Camino de Santiago y la construcción de Europa” (pp.67-84).

- A. Amato: “Religión y Cultura: las raíces espirituales de Europa” (pp.107-126).

- Santiago del Cura Elena: “Retos y signos de esperanza para la Iglesia en Europa: la contribución de la Teología” (pp.127-188).

- Bruno Forte: “Europa y la Nueva Evangelización” (pp.245-262).

- José Román Flecha Andrés: “Identidad y evangelización de Europa. El pensamiento de Juan Pablo II” (pp.301-332)

- Eugenio Romero Pose: “El Evangelio de la Esperanza para una nueva Europa” (pp.333-360).

* Angel Cordovilla Pérez: “Europa y el Cristianismo. La visión de Europa en la teología de K. Rahner y H. Urs von Baltasar”, en “Estudios Eclesiásticos”; Abril-junio 2005; vol. 80; núm. 313; 391-412.

50b.- Comisión de los Episcopados de la Unión Europea: “Declaración “La Solidaridad es el alma de la Unión Europea” (Santiago de Compostela, 24 de Abril de 2004; Ecclesia, abril de 2004)

*** Juan Pablo II: discursos, alocuciones, mensajes sobre Europa:**

- + Discurso a la Presidencia del Parlamento Europeo: 5-IV-1979
- + Discurso a los participantes en el coloquio Internacional sobre “las comunes raíces cristianas de los pueblos europeos” (6-XI-1981)
- + Discurso en el Acto europeísta en Santiago de Compostela: 9-XI-1982
- + Discurso a las Comunidades Económicas Europeas: 20-V-1985
- + Discurso al Pleno del Parlamento Europeo: 11-X-1988
- + Carta Apostólica con motivo del cincuenta aniversario del comienzo de la Segunda Guerra Mundial (26-VIII-1989)
- + Alocución a La Curia Romana: 22-XII-1989
- + Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede: 13-I-1990
- + Alocución a la Asamblea preparatoria del Sínodo extraordinario de Obispos para Europa: 5-VI-1990
- + Discurso al Consejo de ministros de la CSCE: 30-XI-1993
- + Discurso al Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede: 15-I-1994
- + Homilía en la Jornada de oración por la paz en los Balcanes: 23-I-1994
- + Discurso a la Asamblea General de la ONU: 5-X-1995
- + Discurso a un grupo de diputados europeos: 6-III-1997
- + Discurso a las autoridades austriacas: 20-VI-1998
- + Discurso al Consejo de Europa: 29-III-1999
- + Discurso con ocasión de la Conferencia de Presidentes de los Parlamentos de la UE: 23-IX-2000
- + Mensaje en el XII Centenario de la coronación imperial de Carlomagno: 14-XII-2000.
- + Mensaje a los participantes en el congreso “¿Hacia una Constitución Europea?”: 20-VI-2002.

* Bienvenido Gazapo Andrade y Elia Cambón Crespo: “Europa, Identidad y Misión. Aportación de Juan Pablo II a la construcción de Europa”; Edibesa. Madrid. 2004.

El Card. Antonio María Rouco escribe el prólogo a esta obra y dice: “La voz de Juan Pablo II, que reúne en su persona la herencia espiritual del oriente y del occidente del viejo continente, “eslavo entre los latinos y latino entre los eslavos”, como se definió en Santiago de Compostela, durante su primer viaje a España, es referencia obligada. Porque Juan pablo II ha sido a lo largo de su vida y por experiencia directa testigo de los rigores de las ideologías nazi y comunista, que despedazaron Polonia, su país natal, entre los años 1939 y 1945, y la privaron de libertad hasta el año 1989; pero también ha

vivido los últimos decenios del siglo XX lleno de esperanza, al ver desmoronarse los muros impuestos por ideologías inhumanas.

Juan Pablo II mira a esta Europa nuestra con esperanza porque a ella “le corresponde desempeñar un papel en las vicisitudes humanas del tercer milenio (...) podrá seguir siendo faro luminoso de civilización para el mundo si sabe beber, en concorde sintonía con el pasado, en sus fuentes originarias: el mejor humanismo clásico, elevado y enriquecido por la revelación Cristiana” (Angelus, 7-IX-1986), pero también la observa con preocupación porque este siglo XX que ha terminado “pasará a la historia como el siglo en que la vida humana ha sido menospreciada de la manera más brutal” (Discurso al Cuerpo Diplomático, 13-I-2001).

* Olegario González de Cardedal: “Dios en la Constitución Española y en las Constituciones de la Unión Europea” (Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas” (Año LVI; Núm. 81; Tomo1; Curso académico 2003-2004. Madrid. 2004).

* Juan Carlos I, Rey de España: “Rendimos homenaje a la memoria del Santísimo Padre el Papa Juan Pablo II por su abnegado servicio a la cristiandad, y su infatigable labor a favor de la paz, la justicia y la dignidad humana” (...) Su especial afecto y dedicación hacia España” (Semanario Católico “Alfa y Omega”, 19-V-2005; 10).

* Gerhard Schroeder ha dicho del Papa: “Juan Pablo II escribió la historia. Con su trabajo y con su increíble personalidad, cambió el mundo” (“Semanario Católico: “Alfa y Omega”; 7-IV-2005, 18).

* Lech Walesa: “sin Juan Pablo II, no habría acabado el comunismo o, sin duda, habría caído mucho más tarde y su final habría sido sangriento” (Semanario católico “Alfa y Omega”; 7-IV-2005; 18.

* Mijail Gorbachov dijo: “Juan Pablo II es el humanista número uno del planeta”, y reconoció que “todo lo ocurrido en Europa oriental no habría sucedido sin la presencia de este Papa”. “Juan Pablo II no ha decepcionado las múltiples esperanzas que los hombres de nuestro tiempo han puesto en él. Cuando estás en su presencia, dices para tus adentros: “He aquí un gran hombre, un verdadero líder” (“Alba” del tercer Milenio; 3-IV-2005; 9).

* Angel Cordovilla: “Europa y el cristianismo. Un diálogo entre la libertad y la gracia” (“Sal Terrae”; febrero 2006; 84-98). Este autor se pregunta en el inicio de su reflexión sobre Europa: “podemos considerar el cristianismo como uno de los suelos nutricios de los que se alimenta el

presente y como uno de sus necesarios impulsos vitales en el futuro? En realidad, la pregunta por las raíces cristianas de Europa es la pregunta por el cristianismo como tal: si éste pertenece a un hecho del pasado que más o menos hay que saber soportar y conservar como reliquia histórica en nuestras actuales sociedades democráticas o si es una realidad con la que hay que contar en el futuro, por su capacidad de alumbrar y fecundar nuevas formas de vida”. El autor nos presenta a continuación los momentos importantes y decisivos entre Europa y el Cristianismo:

- diálogo y confrontación
- religión del Estado
- vehículo de herencia clásica
- El emperador Carlomagno (747-814)
- Ruptura dentro del cristianismo y la nueva relación que se instaura con las “europas” diferentes.
- El cristianismo secularizado y contestado
- Una Europa postcristiana
- Europa y el cristianismo: relación real y cotidiana.

El autor expone en breve síntesis el pensamiento sobre Europa de algunos autores: Hans Urs v. Baltasar, Romano Guardini, Karl Rahner, Joseph Ratzinger, Olegario González de Cardenal.

Y termina poniendo de relieve que “la relación entre cristianismo y Europa puede ser contemplada desde la relación teológica entre gracia y libertad”.

* Luis González de Carvajal: “Las dificultades de la fe cristiana en Europa” (“Sal Terrae”; Febrero. 2006; 99-110). Nos ofrece una reflexión que nos debe ayudar a conocer mejor “la fe cristiana en Europa”. “Intentaré identificar las causas de nuestra enfermedad, porque sin un diagnóstico correcto sería imposible ofrecer soluciones eficaces”-

-
- Dificultades de la fe con la cultura moderna
- Dificultades con la Iglesia
- La cultura de la satisfacción
- El final del monopolio religioso
- Un cristianismo acomplexado

* Martin Maier: “Pistas para un proyecto de las Iglesias cristianas en Europa” (“Sal Terrae”, febrero-2006; 111-124).

* Daniel Izuzquiza: “¿Cómo ser minoría y (no) morir en el intento? La Iglesia europea, entre el diálogo y el contraste” (“Sal Terrae”; febrero.2006; 125-137).

50c.- Juan Pablo II: Mensaje al Arzobispo de Praga, Cardenal Miáoslav Vlk, con ocasión de la Asamblea Plenaria del consejo de las Conferencias Episcopales de Europa; n.3021; 4 de noviembre de 2000; 29-31.

50d.- Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en la Conferencia Ministerial del Consejo de Europa con ocasión del L aniversario de la Convención Europea de los derechos Humanos (3-XI-2000). “Ecclesia”, n.3023; 18-XI-2000; 34-35.

* Card. Daneels: “Evangelizar la Europa secularizada”; Roma; VI Simposio de los Obispos de Europa; “Ecclesia”, 4 y 11 de enero de 1986; n. 2251; 28-43.

* Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en el VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa: “Europa debe recordar siempre sus raíces cristianas” (11-X-1985).

* Consejo permanente de la Conferencia Episcopal Italiana: “Declaración: “Compromiso a favor de la unidad europea”; “Ecclesia”, 10 de junio de 1989; núm.2427; 34-38.

* Conferencia Episcopal Belga: Declaración: “La vocación de Europa”; “Ecclesia”, (1777) 9-14.

* Juan Pablo II: “Discurso a los fieles venidos de Eslovaquia a Roma en el día de la fiesta de los santos Cirilo y Metodio para corresponder al viaje apostólico de septiembre de 2003 (14-II-2004).

“Os invito a conservar esta fe -el más rico y sólido patrimonio de vuestro pueblo- íntegramente, y a alimentarla con la oración, una adecuada catequesis y una formación continua. La fe no se debe ocultar, sino proclamarla y testimoniarla con valor y vigor ecuménico y misionero. Esto es lo que enseñan los hermanos Cirilo y Metodio, arquetipos de la estela de numerosos Santos y Santas nacidos en vuestra patria a lo largo de los siglos” (n.3).

Ser “sal” y “luz” implica para vosotros hacer resplandecer la verdad evangélica en las opciones personales y comunitarias de cada día. Significa mantener inalterada la herencia espiritual de los Santos Cirilo y Metodio (...)

“Vosotros ofrecéis a la deseada construcción de la unidad europea vuestra significativa contribución, haciéndoos intérpretes de los valores humanos y espirituales que han dado sentido a vuestra historia. Es indispensable que estos ideales vividos por vosotros con coherencia continúen orientando a una Europa libre y solidaria, capaz de armonizar sus diversas tradiciones culturales y religiosas” (n.4) (Ecclesia, n.3197; 20-III-2004; 25).

50e.- Juan Pablo II: Exhortación: “Ecclesia in Europa” (2003)..

* Juan Pablo II: “Carta al Presidente de las Conferencias Episcopales Europeas, Mons. Miloslav Vlk: “Europa, el Continente de raíces cristianas más profundas”; 1-IX-1993; Boletín Oficial del Arzobispado de Zaragoza (1993).

* Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (8-VII-1993): “Dimensión socio-económica de la unidad europea. Valoración ética”; Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres (1993); 622-634.

* Conferencia Episcopal Española: “La construcción de Europa, un quehacer de todos” (LVIII Asamblea Plenaria); 19-II-1993;

* Mons. Antonio Dorado Soto: “Actitudes cristianas ante la construcción de Europa”; Boletín Oficial del Obispado de Cádiz y Ceuta” (1993).

* Mons. José Delicado Baeza: Cartas del Arzobispo en el Boletín del Arzobispado de Valladolid; 1993.

- “¿Qué Europa?
- “Raíz cristiana de la cultura europea”
- “El Evangelio en la nueva Europa”
- “Un despojo nocivo para la nueva Europa”.

* José Luis Pérez de Ayala: “Proceso de integración económica europea y ética” (Razón y Fe; Mayo 1993).

* Card. J. Ratzinger: “Ser cristiano en la era neopagana”; Ediciones Encuentro.1995

* Mons. José Sánchez González: “la Iglesia en Europa. Sus posibilidades de cara a la evolución socioeconómica y política” (Burgo de Osma; 8-VIII-1997).

* Mons. Elías Yanes: “El cristianismo ha dado forma a Europa” (20-IV-1998); Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres (1998); 407-428

* Card. Antonio María Rouco: “El Evangelio de la esperanza”; Presentación de la Exhortación “Ecclesia in Europa”; “Ecclesia”, n.3161; 12 de julio de 2003; 10-13.

* Juan Pablo II: Homilía: “La Buena Nueva, fuente de vida para Europa”, en las I^a Vísperas de la solemnidad de San Pedro y San Pablo (28-VI-2003): “Ecclesia”, núm. 3161; 12 de julio de 2003; 45-46.

Recordemos estas palabras de la homilía del Papa:

“La “Buena Nueva” fue y sigue siendo fuente de vida para Europa. Si es verdad que el Cristianismo no es reducible a ninguna cultura particular, sino que dialoga con cada una de ellas para orientarlas a todas con vistas a que expresen lo mejor de sí en todos los campos del saber y del hacer humano, las raíces cristianas son para Europa la principal garantía de su futuro. ¿Acaso podría un árbol sin raíces vivir y crecer? Europa: ¡no olvides tu historia!” (n.3).

“La Careta “Iglesia en Europa” constituye una invitación a renovar esa adhesión incondicional a Cristo y a su Evangelio. ¡Sólo tú, Jesucristo, vivo en tu Iglesia, eres fuente de esperanza! (n.5).

Jesucristo, “te proclamamos presente en el continente europeo, desde el Atlántico hasta los Urales. Juntos nos comprometemos a testimoniarte siguiendo el ejemplo y contando con el auxilio de los apóstoles Pedro y Pablo, de los santos patronos Benito, Cirilo y Metodio, Brígida de Suecia, Catalina de Siena y Edith Stein” (n.5).

* Mons. José Delicado Baeza: “Iglesia en Europa” en “Retiros para Sacerdotes. EDICE. Madrid.2004.

Presentamos los capítulos de este libro:

- Un gozoso anuncio para Europa
- Jesucristo es nuestra esperanza
- El evangelio de la esperanza confiado a la Iglesia del tercer milenio
- Anunciar el Evangelio de la esperanza
- Celebrar el Evangelio de la esperanza
- Servir al Evangelio de la esperanza
- El Evangelio de la esperanza para una nueva Europa
- Consagración a María

* “Corintios XIII: Revista de teología y pastoral de la caridad” dedica el n.111 – Julio-Septiembre-2004 a comentar esta Exhortación Apostólica con el título “La Iglesia en Europa desde la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II”. Presentamos el autor y el título de los artículos de este número:

- Juan J. Garrido Zaragoza: “La Iglesia y la nueva realidad europea. Reflexiones desde la “Ecclesia in Europa”; 11-47.
- José María Beneyto: “Diálogo intercultural y unidad europea”; 49-65.
- José Tomás Raga: “Europa y sus responsabilidad en los procesos de globalización”; 67-114.
- Eloy Bueno de la Fuente: “La aportación de la Iglesia a la unidad de Europa”; 115-145;
- Lucio González Gorrín: “La evangelización de la cultura y de las culturas”; 147-188.
- Juan Pedro Rivero González: “Las Iglesias Particulares y su apertura a Europa”, 189- 217
- Hubert Cornudet, OP: “La contribución de los pobres a la edificación de una Europa más justa y solidaria”; 219-233
- Denis Viénot: “Caritas en Europa al servicio de la esperanza de los pobres”; 235- 267
- Card. Jean-Marie Lustiger: “la Europa de las bienaventuranzas”; 269-284.

* AA.VV. “¿Hay lugar para Dios hoy?”; PPC; Madrid. 2005.

* Olegario González de Cardenal: “Europa y el Cristianismo” en “Historia, Hombres, Dios”; Edic. Cristiandad- Madrid; 2005; 85-116.

El autor aborda en esta obra tres grandes capítulos: “Historia”, “Hombres” y “Dios”. Nos fijamos en el primero de ellos: “Historia” porque en él trata el tema “Europa”. Destacamos los apartados que constituyen el tema: “Historia”:

- Navegar es necesario. Vivir no es necesario. Reflexión sobre el sentido de la ética (25-53)
- Envejecimiento de la población y vejez de la persona (55-83)
- Europa y el Cristianismo. Reciprocidad de su destino en los siglos XX y XXI (85-116).
- Cristianismo, Islam y Turquía. Reflexiones sobre su sentido y el ingreso de Turquía en la Unión Europea (117-161)
- Dios en las Constituciones europeas (163-195).
- La Iglesia en el s. XX (197-207).

51.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Familiaris Consortio”, 1981; n.86.

* Pontificio Consejo para la familia: “Sobre algunos temas de moral conyugal” (12-II-1997).

* Card. Alfonso López Trujillo, presidente del Pontificio Consejo para la familia. “La familia, don y compromiso, esperanza de la humanidad” (II Encuentro Mundial del Santo Padre con las familias. Río de Janeiro, 4-5- X- 1997; Edim. Valencia. 1997.

* Pontificio Consejo para la Familia: “Los hijos, primavera de la familia y de la sociedad” (III Encuentro Mundial del Santo Padre con las familias; Roma, 14-15 de octubre de 2000. Edice. Madrid. 2000.

* Manuel Sánchez Monge: “Antropología y teología del matrimonio y la familia”; Sociedad de educación Atenas. Madrid. 1987.

* Gerardo Pastor Ramos: “La Familia en España. Sociología de un cambio”. Sígueme. Salamanca. 2002.

* Mons. Fernando Sebastián: “Familia”, en “Mons. F. Sebastián. Testigo del Evangelio”. BAC. Madrid. 2004; 125-155.

52.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa para las familias cristianas”. Madrid. 1982.

* Card. Alfonso L.Trujillo: “la “Familiaris consortio”: perspectiva global y retos actuales: www.celam.org/defanj/ponencias_encuentro_continental

53.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, n.47. Y prosigue el Santo Padre: “Las familias mismas deben ser cada vez más conscientes de la atención debida a los hijos y hacerse promotores de una feliz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos” (ibd. n.47).

53a.- Juan Pablo II: Alocución a la Confederación Italiana de Asesores Familiares de inspiración cristiana”; 2-III-1990; Ecclesia, n.2487; 4-VIII-1990; 26-27.

* Juan Pablo II: “Alocución a la plenaria del Pontificio Consejo para la Familia: 17-V-1990: “La pastoral familiar debe ser replanteada”; Ecclesia, n.2487; 4-VIII-1990; 28-29.

“La necesidad de esta preparación sacerdotal para la pastoral de la familia se deja sentir de forma más urgente cuando se considera la finalidad de todo el ministerio y de toda la vida de los sacerdotes: “procurar la gloria de Dios Padre en Cristo. Y esta gloria consiste en que los hombres reciban consciente, libre y agradecidamente la obra de Dios, acabada en Cristo” (PO, n.2).

Cuando los esposos viven generosamente su amor, pueden dar testimonio auténticamente de la Buena Nueva porque hacen de su vida cotidiana un instrumento de apostolado y el marco del primer anuncio de la palabra de Dios a sus hijos.

La tarea de los sacerdotes consiste en ayudar a los hogares cristianos a reflejar durante toda su vida, el misterio de amor sponsal de Cristo y de su Iglesia (cf. GS 41) (n.2).

Es necesario que la formación del sacerdote proceda de una comprensión meditada del misterio de Cristo y progrese en ella. La intervención pastoral sacerdotal en la pastoral familiar hunde sus raíces en un conocimiento asimilado personalmente del plan de Dios revelado en Jesucristo y supone una comprensión auténtica de la naturaleza de la Iglesia. La doctrina sobre el matrimonio y la familia que el sacerdote tiene el encargo de transmitir no está en el seno de la relación conyugal del hombre y de la mujer. Así pues, por ejemplo, conviene conseguir que los esposos descubran claramente que “lo que es enseñado por la Iglesia sobre la procreación responsable no es otra cosa que el proyecto original que el Creador ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer que se casan, y que el Redentor ha venido a restablecer” (Alocución del 1 de mayo de 1990). (n.3).

53b.- Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en un Congreso de pastoral familiar organizado por la Conferencia Episcopal Italiana. Roma, 28-IV-1990; “Ecclesia”, n.2497; 13-X-1990; 30-31.

53c.- Atilano Aláiz: “La Familia cristiana. Iglesia doméstica”. Edibesa. Madrid.2002. “Los principios doctrinales y morales sobre los que se fundamenta la familia cristiana están expuestos con la mayor claridad y exactitud. Pero al autor no se queda en la altura de los principios. Atilano Aláiz desciende a los problemas de la vida familiar, a las situaciones concretas de la convivencia, a las nuevas situaciones en las que se encuentra la familia del s. XXI” (Contraportada del libro).

53d.- Juan Pablo II: Carta a los Jefes de Estado de todo el mundo y al Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas (19-III-1994). “Ecclesia”, n. 2682; 30-IV-1994; 30-31.

* Juan Pablo II: Mensaje a la Sra. Nafis Sadik, secretaria general de la Conferencia Internacional sobre Población y desarrollo (19-III-1994) que tendrá lugar en El Cairo en el mes de septiembre.- “Ecclesia”, n. 2684; 14-V-1994; pp. 28 y 31

53e.- Juan Pablo II: Discurso en el encuentro de testimonio y fiesta con ocasión del Jubileo de las Familias: 14-X-2000; “Ecclesia”, n.3021; 4-XI-2000; 34-35.

53f.- Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del Jubileo de las Familias”; 15-X-2000; “Ecclesia”, n.3020; 28 de octubre de 2000; 27-28

* Congreso teológico-pastoral sobre la familia cristiana celebrado en Manila del 22 al 24 de enero de 2003: “La familia cristiana “buena noticia para el tercer milenio”.

Recordamos aquí las conclusiones de este Congreso:

+ La familia cristiana, buena noticia para la vida. Como santuario de la vida, la familia dice “sí” a la vida. Cada persona y cada familia, a través de la cual pasa la vida, son simplemente administradoras de la vida y tiene la responsabilidad de protegerla y promoverla desde su inicio hasta su final. Pedimos a los legisladores, en particular, que respondan positivamente a la reciente “Nota” de la Congregación para la doctrina de la fe sobre sus responsabilidades de cristianos y ciudadanos. “Las prácticas contrarias a la vida, como el aborto, la experimentación con embriones, la clonación y la eutanasia no pueden tolerarse en ninguna sociedad libre que defienda a la familia”.

+ La familia cristiana, buena noticia para la sociedad. Una sociedad justa depende del bienestar de su comunidad básica, de su célula vital esencial, la familia. Con todo, hoy en día graves problemas éticos y sociales afligen a numerosas familias. Nuestras principales preocupaciones son:

- Las familias divididas y debilitadas, cuando sus miembros se ven obligados a emigrar por motivos de trabajo
- La plaga del divorcio
- La promoción de “matrimonios” entre personas del mismo sexo, que minan a la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer.

- La difusión de las uniones “de hecho”
- La ideología feminista contraria a la familia
- Los efectos negativos de la globalización, especialmente en los países en vías de desarrollo.
- El abuso de la droga y del alcohol
- La difusión del sida y la aparición de otras enfermedades.

La visión de una sociedad favorable a la familia exige a las familias mismas tomar la iniciativa, luchar a favor de políticas sociales y de una legislación que promueva y proteja los derechos de la familia, una justa distribución de los recursos y la ayuda a las personas más vulnerables y necesitadas.

+ La familia cristiana, buena noticia para los pobres. Afirmamos nuestra solidaridad con las familias pobres. Con mucha frecuencia, son precisamente las familias pobres las que manifiestan una increíble determinación y energías para afrontar los desafíos (FC 43).

Educar para la paternidad responsable, con la ayuda de medidas económicas y legislativas adecuadas, contribuye de forma eficaz a la lucha contra la pobreza que, en muchos casos, es humillante. Rechazamos con firmeza la práctica del control demográfico, promovido por agencias internacionales, gubernamentales o particulares. Las familias pobres sufren el influjo de los programas y de las políticas de control demográfico, que absorben grandes cantidades de dinero para promover el aborto, la esterilización y la anticoncepción. “Exhortamos a los gobiernos a que fomenten políticas concretas que favorezcan a las familias pobres en los ámbitos de la salud, la educación, la reforma agraria, el empleo y la vivienda”.

Proponemos como una auténtica alternativa al control demográfico, que no corresponde a la verdad sobre el hombre y la mujer, la regulación natural de la fertilidad, que no sólo ayuda a los esposos a distanciar los nacimientos de una manera moralmente sana y con salud, sino también lleva al marido y a la mujer a la participación mutua y a la igualdad.

+ La familia cristiana, buena noticia para los jóvenes.

Reafirmamos los derechos y la dignidad de todos los niños. Nunca se les debe descuidar o abandonar en la calle. Al contrario, se les debe proteger, especialmente cuando se ven amenazados por la explotación mediante la prostitución, la pornografía, el trabajo infantil, el tráfico de drogas, la adopción homosexual y la “educación sexual” inmoral. Una nueva amenaza contra los niños es el uso incorrecto de Internet, cuando se introduce en la

vida familiar y mina los derechos y deberes de los padres. Los niños representan la “corona del matrimonio”, la verdadera riqueza de la humanidad. El lugar natural para su educación es la familia. En esta comunidad de vida y de amor es donde se forman como miembros de la Iglesia de Cristo. En ella, honrando y amando a sus padres, pueden enriquecer la vida de todos los miembros de la familia más amplia”.

+ La familia cristiana, buena noticia para el mundo. La familia cristiana, al transmitir la buena nueva de Jesucristo, alcanza a todos los pueblos. Es el lugar “donde la verdad del Evangelio es regla de vida y don que los miembros de la familia dan a la comunidad más amplia” (“Ecclesia in Asia”, 46). (...) cada “iglesia doméstica” es una ciudadela de la fe, no sólo en las sociedades secularizadas, sino también en los países donde los cristianos aún sufren a causa de su fe. Expresamos nuestra solidaridad con las familias cristianas perseguidas, donde la libertad religiosa es ignorada o conculcada por la violencia y la discriminación.

La familia está llamada ser una comunidad de paz. Por eso, expresamos nuestra solidaridad con las familias que viven en naciones y regiones amenazadas por la guerra, donde las familias afrontan la perspectiva de ser víctimas inocentes de los diversos conflictos.

+ La familia cristiana, buena nueva para la Iglesia. La “iglesia doméstica”, la familia, constituye la célula viva de toda la Iglesia y ofrece una visión de evangelización y crecimiento espiritual dentro de la Iglesia. Exhortamos a todos los responsables de la planificación pastoral a poner a la familia como una de las prioridades, a trazar la visión y el plan pastoral de cada diócesis y parroquia centrado en la familia.

La familia necesita recobrar el sentido de que es un “misterio”. Una espiritualidad más profunda de la familia deriva de la palabra de Dios y de la sagrada Escritura (...).

La familia católica sale al encuentro de los demás cristianos y miembros de otras religiones. La unión de la familia puede inspirar el camino ecuménico de la unidad de los cristianos y del diálogo interreligioso. Afirmamos la necesidad de una cooperación más efectiva entre los cristianos y las personas de buena voluntad, para afrontar los desafíos que se plantean a todas las familias”(Manila-conclusiones.

* Mons. F. Sebastián: “La buena noticia de la Familia” (30-IV-2003)

En esta “Carta desde la fe”, Mons. F. Sebastián aborda el tema de la sexualidad. Por ser un tema importante, nos ha parecido bien ofrecer un pequeño resumen de sus enseñanzas sobre este tema.

- La pretendida liberación sexual. El necesario discernimiento

Hace ya tiempo que está en marcha una pretendida liberación sexual que pretende cambiar nuestra manera de pensar y están modificando profundamente los usos y hasta la configuración demográfica de nuestra sociedad. En este movimiento, hay, sin duda, muchos elementos positivos que nos ayudan a comprender mejor la sexualidad humana y a vivirla con más autenticidad. Pero, camuflados con el atractivo engañoso de una libertad omnímoda, se difunden criterios morales, usos sociales y disposiciones legales que no son conformes con la verdad del hombre ni con la ley de Dios, y a la larga perturban y deforman gravemente la vida de las personas, de las familias y de los pueblos. En resumidas cuentas se quiere hacer de la sexualidad un instrumento más de diversión y de placer, sin valoración moral alguna, objeto de consumo, bien explotado por intereses mercantilista. La sexualidad humana es presentada como algo cerrado en sí mismo, sin conexión con la transmisión de la vida, ni con el matrimonio y por fin hasta del amor interpersonal. Una concepción privada de la dignidad propia de la sexualidad humana, contraria a la ley de Dios y a la verdadera naturaleza de la sexualidad y de las relaciones humanas.

Esta forma de entender la sexualidad humana, con el trasfondo de una concepción mitificada y falsa de la propia libertad, afecta profundamente a la comprensión de la familia. Por eso para los cristianos está siendo una urgencia de primera importancia clarificar, reforzar y anunciar de manera positiva y convincente la idea cristiana de familia, apoyada en la experiencia de siglos, en las conclusiones de la mejor antropología y en la revelación de nuestro Señor Jesucristo.

En un primer momento los cristianos se pudieron sentir desconcertados por este cambio de mentalidad. Muchos piensan todavía que la Iglesia tiene que callar y rectificar en materia de moral sexual. La verdad es que en estos momentos, la Iglesia se está convirtiendo en la mejor defensora de la verdad de la familia, como lo es también de la vida humana y del derecho a la vida de los niños no nacidos, los embriones humanos y los enfermos terminales. Nos critican como si fuéramos anacrónicos por defender integralmente la humanidad del hombre frente a la invasión desconsiderada del hedonismo y del mercantilismo” (www.iglesianavarra.org/6103familia.htm).

*Mons. Fernando Sebastián: “Valor humano y grandeza de la familia” (30-IV-2003).

- Estima de la familia por parte de la Iglesia

En esta Carta, el autor nos recuerda que “en la Iglesia hemos tenido una gran estima de la familia. Porque la familia es la realidad más profundamente humana que existe, y Dios nos enseña a estar siempre a favor de lo humano y del bien del hombre; porque la familia responde al plan de Dios inscrito en nuestra naturaleza, Dios nos creó hombre y mujer, para el encuentro y la ayuda mutua, para multiplicar la riqueza interpersonal, para la transmisión y cuidado de la vida; porque Jesucristo con su vida y con su muerte nos enseñó a amar con generosidad y fidelidad, abriendo así el camino para un modelo de familia que dignifica y satisface las exigencias del corazón humano”.

- La cultura dominante y la familia

El autor constata también que “la cultura dominante, los modelos de vida que se difunden en muchos medios de comunicación, el espíritu o la teoría que inspiran las leyes y las actuaciones de muchos gobiernos, incomprensiblemente, no apoyan una realidad tan importante para el bienestar de la sociedad y de las personas como es la familia. Ni en España ni en Europa se reconoce y se apoya socialmente a la familia. Estos son los errores más importantes en este asunto:

- . presentar las relaciones sexuales entre hombre y mujer como un juego frívolo y pasajero, sin tener en cuenta el contexto de profunda relación amorosa en el que las personas tienen que vivir su entrega corporal y espiritual;
- . difundir una idea de libertad que la reduce al gusto de cada momento, eludiendo la consideración de la fidelidad como ejercicio supremo de libertad y de amor;
- . fomentar una mentalidad consumista que rechaza a los hijos como una carga incómoda contraria al bienestar de los padres. Casi sin pensarlo, la gente reduce el número de hijos para vivir mejor.
- . negar el matrimonio estable entre hombre y mujer como núcleo y fundamento de la familia.
- . desconectar el sexo, el amor y la familia de las convicciones humanas, morales y religiosas.

Estos criterios se difunden un poco por todas partes y están calando peligrosamente en la mentalidad de nuestros jóvenes. Las consecuencias

humana y sociales de esta irresponsabilidad de muchos adultos no aparecerán hasta dentro de unos años.

Nuestra responsabilidad con los jóvenes requiere ayudarles a comprender y vivir el sentido verdaderamente humano del sexo, a descubrir y valorar el valor del amor personal y fiel en el matrimonio estable, a estimar la dignidad y la riqueza humana de la paternidad y la maternidad vividas como un acto supremo de amor, fortaleza y generosidad” (www.iglesianavarra.org/).

* Mons. Fernando Sebastián: “Familia humana y cristiana”; (30-IV-2003); (www.iglesianavarra.org/)

* Mons. Juan María Uriarte: “La Iglesia ante las transformaciones contemporáneas de la familia”. Obispado de San Sebastián. Boletín Oficial. Vol.LV. Octubre 2004; n. 624, 1271-1366.

* Atilano Aláiz: “La familia cristiana. Iglesia doméstica”. Edibesa. Madrid. 2002.

* Florentino Muñoz Muñoz: “La Familia cristiana”; Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; Mayo 1994; 431-530

* Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en el Simposio europeo de Docentes Universitarios” (25-VI-2004).

* Benedicto XVI: “Alocución en el encuentro con las Familias en la Ciudad de las Artes y de las Ciencias” (Valencia; 8 de julio de 2006).

* Benedicto XVI: “Homilía en la misa Conclusiva del Vº Encuentro mundial de las familias” (Valencia. 9 de julio de 2006).

54.- Juan Pablo II: “Discurso a los Obispos de Campania (Italia)”; 11-I-1987

* Mons. D. Manuel Ureña Pastor, Manuel del Campo Guilarte, Miguel Payá Andrés y Amadeo Rodríguez Magro: “La Catequesis en la Evangelización” en “El sacerdote y la catequesis”; XXV Jornadas Nacionales de Delegados de Catequesis; Secretariado Nacional de Catquesis. Edit. Edice; Madrid. 1992; 93-109.

* Mons. D. Rafael Palmero Ramos, D. Ricardo Lázaro Recalde, D. José Mª León Acha, D. José María Aragonés Rebollar: “La Catequesis en el Ministerio Sacerdotal”; XXV Jornadas Nacionales de delegados de

Catequesis; Secretariado Nacional de Catequesis; Edice. Madrid. 1992; 111-136.

54a.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, n.15.

* Mons. Elías Yanes Álvarez: “La transmisión de la fe en la sociedad actual”. Arzobispado de Zaragoza. Diciembre de 2005.

* Mons. Ricardo Blázquez: “La transmisión de la fe: aspectos teológicos”. Conferencia pronunciada en el Congreso Teológico-pastoral dentro del IV Encuentro Mundial de las Familias, el día 6 de julio de 2006, en Valencia (España): Boletín Oficial del Obispado de Bilbao. Julio-agosto, 2006.; 695-714).

* Mons. Adolfo González Montes: Carta pastoral: “Responsabilidad moral ante la situación social de España”. Obispado de Almería. 11 de julio de 2006.

54b.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, n.39

54c.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, n. 15.

55.- Juan Pablo II: “Discurso a los educadores cristianos en el Polígono de Almanjayasa (Granada), 5-XI-1982

* Juan Pablo II: “Homilía durante la Misa celebrada en la Parroquia de San Policarpo, de Roma el 11-III-1990: “La parroquia, lugar privilegiado para la catequesis permanente”; Ecclesia, n.2488-2489; 11 y 18-VIII-1990; 47-48.

* O.González de Cardedal escribe: “La acción más sagrada de Juan Pablo II en España será proferir en voz alta y clara el nombre santo de Dios en público, como bendición, ofrenda y promesa para todos. Cuando olvidamos las palabras fundadoras, las que consabidas son la fuente de todo saber y dignidad, alguien con amor y verdad tiene que volver a proferirlas limpias y resanadas. Dios es la palabra suprema de la historia, la que más se ha enaltecido y la que más hemos envilecido” (Ratzinger y Juan Pablo II”, Sígueme. Salamanca. 2005, 142.

55a.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, nn.22 y 21

55b.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, 17

55c.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, 7

55d.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, 22.

55e.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, 5

* Juan Pablo II afirma también: “En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (CT 5).

55f.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, n.27.

55g.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, 43

* Congregación para el Clero: “Directorio General para la catequesis”, Librería Editrice Vaticana, 1997; nn.172-176).

* Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: “La catequesis de la comunidad”. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy. Edice. Madrid. 1983.

55h.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”, n. 68

* Congregación para el Clero: “Directorio General para la catequesis”, 1997; n.255.

56.- Juan Pablo II: “Discurso Inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano”, n.9; 12-X-1992

* G.L. Müller escribe: “La síntesis cristológica primitiva es: “el Jesús crucificado es el Señor resucitado por Dios a la vida eterna, el mediador escatológico, confirmado, de la salvación, el Mesías Cristo (cf. ITes.1,10; 4,14; ICort.15,3-5) (AA.VV. “El catecismo Posconciliar”; San Pablo. Madrid. 1993; 119.

56a.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica “Catechesi tradendae”, 27

* Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: “El Catequista y su formación”. Orientaciones pastorales. Edice. Madrid. 1985.

56b.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa. Educadores en la fe”. Granada, 5-XI-1982). J.M^a. Javierre: “El Papa en España”. Juan Pablo II y nuestro tiempo”, Edicep.Valencia. Diciembre. 1982;194-196).

56c.- Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del Jubileo de los Catequistas y Docentes de Religión”: 10-XII-2000; Ecclesia, n.3028; 23-XII-2000;30-31.

57.- Juan Pablo II: “Discurso a los misioneros y misioneras”, en Javier (Navarra); 6-XI-1982.

* Juan Pablo II: Carta Apostólica “Euntes in mundum” con ocasión del Milenio del Bautismo de la RUS´ de KIEV (25-I-1988). Boletín O. del Obispado de Coria-Cáceres. Febrero de 1988.

* Joao Batista Libanio: “Juan Pablo II: Una mirada retrospectiva”, en “Sal Terrae”; núm. Extraordinario dedicado a Juan Pablo II (1978-2005); Tomo 93/6 (n.1090). Escribe este autor:

“La fuerza, la riqueza, el vigor y la vitalidad de su Pontificado se resumen fundamentalmente en el término “Nueva evangelización” o “reevangelización”.

* Conferencia Episcopal Española: “Testigos del Dios vivo”. Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra Sociedad”. Edice. Madrid. 1985.

58.- Encíclica “Redemptoris Missio” (1990). Ofrecemos una breve síntesis de la misma:

* Una mirada realista sobre la realización de la misión de la Iglesia en el mundo de hoy:

“La misión de Cristo redentor, confiada a la iglesia está aún lejos de cumplirse. Una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio” (n.1)

* Consecuencia de esta realidad:

“Desde el comienzo de mi pontificado he tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto mi solicitud misionera” (n.1).

* Una preocupación de Juan Pablo II y una llamada:

“No se puede dejar oculta una tendencia negativa: la misión específica “ad gentes” (a los no cristianos) parece que se va parando. Es un hecho que

debe preocupar a todos los creyentes en Cristo. Invito a la Iglesia a un renovado compromiso misionero. ¡La fe se fortalece dándola!”

* La evangelización misionera, el primer servicio de la Iglesia.

“La evangelización misionera constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual. El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo debe acercarse a Cristo”. “El Concilio Vaticano II ha subrayado la “índole misionera” de la Iglesia” (n. 1).

* Un compromiso de Juan Pablo II

“Queremos confirmar en su entrega a los beneméritos hombres y mujeres dedicados a la actividad misionera y a cuantos les ayudan; promover las vocaciones misioneras; animar a los teólogos a profundizar y exponer sistemáticamente los diversos aspectos de la misión; dar nuevo impulso a la misión propiamente dicha, comprometiendo a las Iglesias particulares, especialmente a las jóvenes, a mandar y recibir misioneros; asegurar a los no cristianos y, de manera especial, a las autoridades de los países a los que se dirige la actividad misionera, que ésta tiene como único fin servir al hombre, revelándole el amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo” (n.2).

* Invitación a los pueblos

“¡Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo! Su evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto de las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión. Al acoger a Cristo, os abris a la Palabra definitiva de Dios, a aquel que es camino para llegar hasta Dios” (n.3).

“Para esta humanidad inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión. Nuestra época ofrece nuevas ocasiones a la Iglesia: la apertura de fronteras y la configuración de un mundo más unido, merced al incremento de los medios de comunicación; el afianzarse en los pueblos los valores evangélicos que Jesús encarnó en su vida (paz, justicia, fraternidad, dedicación a los más necesitados) (n. 3).

“Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos” (n.3).

* Una pregunta que se hacen algunos hoy:

“Algunos se preguntan: ¿Es válida aún la misión entre los no cristianos? ¿No ha sido sustituida quizás por el diálogo interreligioso? ¿No es un objetivo suficiente la promoción humana? El respeto de la conciencia y de la libertad ¿no excluye toda propuesta de conversión? ¿No puede uno salvarse en cualquier religión? ¿Para qué, entonces, la misión?” (n.4).

* Respuesta a la pregunta

“Cristo es el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios. La salvación no puede venir más que de Jesucristo” (n.5).

“En esta Palabra definitiva de su revelación, Dios ha dicho a la humanidad quién es. Esta autorrevelación definitiva de Dios es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo” (n. 5).

* La fe en Cristo es una propuesta a la libertad del hombre

“La urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos. Esta nueva vida es un don de Dios, y al hombre se le pide que la acoja y desarrolle si quiere realizarse, según su vocación integral, en conformidad con Cristo. El Nuevo Testamento es un himno a la vida nueva para quien cree en Cristo y vive en su Iglesia. La salvación en Cristo, atestiguada y anunciada por la Iglesia, es el amor que no sólo crea el bien, sino que hace participar en la misma vida de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En efecto, el que ama desea darse a sí mismo” (n.7).

“El anuncio y el testimonio de Cristo, cuando se llevan a cabo respetando las conciencias, no violan la libertad. La fe exige la libre adhesión del hombre, pero debe ser propuesta, pues “las multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo, dentro del cual creemos que toda la humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad. Por eso, la Iglesia mantiene vivo su empuje misionero e incluso desea intensificarlo en un momento histórico como el nuestro” (n.8).

* Conferencia Episcopal Francesa: “Proponer la fe en la sociedad actual”. Carta a los católicos de su país” (9-XI-1996). Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; Junio 1997. Consulte las páginas pp.548-554 en las que exponen el concepto de evangelización. En síntesis lo ofrecemos aquí:

“Existen diferentes enfoques de la evangelización.

- Enfoque directamente teológico: aparece expuesto en la carta magna de la evangelización propuesta por Pablo VI en 1975 en su Exhortación apostólica: “*Evangelii nuntiandi*” donde se tratan sucesivamente los fundamentos cristológicos del acto de evangelizar, las etapas y los métodos de la obra de evangelización, su contenido y sus destinatarios

- Enfoque pastoral, con arreglo al cual se examinan los sectores humanos y sociales (periferias de las grandes ciudades, bolsas de pobreza, categorías socioprofesionales, etc.) donde el Evangelio exige ser vivido y anunciado de manera totalmente nueva.

- Enfoque histórico y sociológico, pro el que se trata de distinguir los distintos modelos de evangelización que se han ido sucediendo en cada País desde hace decenios

Nosotros reconocemos la importancia y la utilidad de cada uno de estos enfoques, pero queremos aquí mantenernos fieles a la intuición primigenia que ha inspirado nuestro informe inicial sobre la propuesta de la fe.

De la misma manera que hemos tratado de llamar la atención sobre la experiencia de la fe vivida, análogamente intentaremos ahora hablar de la experiencia de la Iglesia que evangeliza, es decir, de los actos y prácticas que se transforman en actos efectivos de propuesta de la fe, y que pueden ser reconocidos como tales por todos los agentes de la pastoral y de la misión cristianas”.

* Mons. Fernando Sebastián: “El Congreso en el contexto de nuestra andadura”, en “Congreso de Pastoral evangelizadora” (Edice; Madrid, 1997) (pp.-45-67).

El autor hace unas afirmaciones sobre la evangelización, de las que insertamos aquí algunas:

- “Evangelización es aquella actividad pastoral que se dirige directa y expresamente a suscitar la fe en los que no creen o a reavivarla y fortalecerla en los que creen débilmente exhortándoles y ayudándoles a convertirse de corazón a la llamada de Dios a la vida eterna” (p.57).

- “La actitud evangelizadora tiene unas exigencias objetivas previas que son indispensables: experiencia personal de fe y de fidelidad, vivida en

comunidad eclesial viva; sentir la necesidad de la salvación; fortaleza, paciencia, perseverancia (pp.58-61).

- “¿Qué es un evangelizador?

- + un evangelizador se hace en la oración viva y sostenida;
- + tiene que hablar de la gracia de Dios y de Cristo
- + desde su propia experiencia vivida de primera mano,
- + penitente, con humildad y misericordia,
- + de manera directa, pacífica y entusiasta,
- + mostrando con la palabra y con la vida,
- + de la manera más sencilla posible,
- + la presencia cercana del amor y de la gracia de Dios
- + que acoge, perdona, salva y recrea el corazón
- + de quien le invoca,
- + recibida en la comunión con Cristo,
- + vivida en la Iglesia de Dios, apostólica y católica,
- + por la acción vigorosa del Espíritu Santo,
- + preparando los caminos del Reino de Dios,
- + la consumación de la salvación final,
- + para gloria de Dios
- + y felicidad de todos los hombres de buena voluntad” (p. 67)

* A. Amato: “Jesucristo, centro de la historia de la salvación”, en “Comentario teológico-pastoral a la “Tertio Millennio Adveniente”; Sígueme. Salamanca. 1995; p.145.

* Avelino de Luis Ferreras y otros: “Jesucristo, revelador de la verdad del hombre. Diez tesis antropológicas para la nueva evangelización” en “Congreso de pastoral Evangelizadora: “Jesucristo, la Buena Noticia”, (pp.121-153).

59.- Juan Pablo II: “Discurso a la Comisión Pontificia de América Latina; 7-XII-1989

* Juan Pablo II: “Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa” (2-Enero-1986).

* A. González Dorado: “La nueva evangelización, promotora de la civilización del amor”, Confer, 108 (1989) 587.

* J.B.Libanio: “Utopía y nueva evangelización”, en “CLAR” 11-12 (1989), 24s.

* J.Sobrino: “¿Qué es evangelizar?”, en “Misión Abierta”, junio (1989), 37.

* CELAM, “La evangelización fundante en América Latina” (DEC. Bogotá, 1990).

* Felicísimo Martínez Díez: “la Nueva Evangelización ¿restauración o alternativa?” Edic. Paulinas. Madrid.1992.

60a.- Juan Pablo II: Exhortación apostólica postsinodal: “Christifideles Laici”; 30-XII-1988; n.34. Edice.

61.- Juan Pablo II: “Discurso a los Obispos de Oviedo, Santiago y Valladolid”; 17-X-1986.

61a.- Juan Pablo II: “Redemptoris missio”, 35.

* Juan Pablo II afirma: “La tarea de anunciar a Jesucristo a todos los pueblos se presenta inmensa y desproporcionada respecto a las fuerzas humanas de la Iglesia” (RMi. 35).

* José Manuel Madruga afirma, en este mismo sentido: “si atendemos a las estadísticas religiosas mundiales, vemos que aproximadamente el 67% de la humanidad sería destinataria de la “misión ad gentes”; el 17% de la atención pastoral; y el 16% de la nueva evangelización. Aun no siendo muy exactas estas proporciones, sí nos podemos preguntar ¿hacia dónde sigue la Iglesia misionera enviando sus recursos humanos?” (“La Misión ad gentes”; Comisión Episcopal de Misiones. EDICE. Madrid. 2000, 18-19.21).

62.- Juan Pablo II: “Discurso Inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano; 12-X-1992

* El Sínodo de los Obispos Europeos (Roma, 1991) afirma: “La nueva evangelización no es el proyecto de una así llamada “restauración” de la Europa del pasado, sino el estímulo a redescubrir las propias raíces cristianas y a instaurar una civilización más profunda, verdaderamente cristiana y por lo mismo también más plenamente humana. Esta “nueva evangelización” vive del inexaurible tesoro de la revelación, realizada una vez por siempre en Cristo Jesús. No es “otro Evangelio”. A propósito se llama nueva evangelización porque el Espíritu Santo hace siempre nueva la palabra de Dios y solicita continuamente a los hombres en su intimidad (cf. IJn.3,2). Es nueva también porque no está ligada inmutablemente a una civilización determinada, en cuanto que el Evangelio de Jesucristo resplandece en todas las culturas” (Declaración final, n.3).

* Card. Pío Laghi, en esta misma línea, afirma que es necesario poner de relieve otro aspecto en la nueva evangelización: “no existe sólo la tarea de

restablecer una presencia cristiana disminuida en el mundo, sino que existe también la de responder eficazmente a esas dinámicas destructivas, que están dispuestas a ataques cada vez más insidiosos” (en “La educación en valores”, AA.VV. PPC. Madrid.1997; 47.

* Juan Pablo II, en su libro “Cruzar el umbral de la esperanza” (1994), a preguntas de Vittorio Messori, ofrece un nuevo elemento que caracteriza la nueva evangelización: “La Iglesia renueva cada día, contra el espíritu de este mundo, una lucha que no es otra cosa que la lucha por el alma de este mundo. Si de hecho, por un lado, en él están presentes el Evangelio y la evangelización, por el otro hay una poderosa antievangeliación, que dispone de medios y de programas, y se opone con gran fuerza al Evangelio y a la evangelización. La lucha por el alma del mundo contemporáneo es enorme allí donde el espíritu de este mundo parece más poderoso. En este sentido, la Redemptoris Missio habla de “modernos areópagos”, es decir, de nuevos púlpitos. Estos areópagos son hoy el mundo de la ciencia, de la cultura, de los medios de comunicación; son los ambientes en los que se crean las élites intelectuales, los ambientes de los escritores y de los artistas” (p.124)..

* Mons. Fernando Sebastián: “Nueva Evangelización” en “Mons. F. Sebastián. Testigo del Evangelio”; BAC. Madrid, 2004; 37-74.

63.- Pablo VI: “Evangelii Nuntiandi”; 22.

* Juan Pablo II: “La nueva evangelización no tiene nada que ver con lo que diversas publicaciones han insinuado, hablando de restauración, o lanzando la palabra proselitismo en tono de acusación, o echando mano de conceptos como pluralismo y tolerancia, entendidos unilateral y tendenciosamente. Una profunda lectura de la Declaración conciliar “Dignitatis humanae” sobre la libertad religiosa ayudaría a esclarecer tales problemas, y también a disipar los temores que se intenta despertar, quizá con el fin de arrancar a la Iglesia el coraje y el empuje para acometer su misión evangelizadora. Y esa misión pertenece a la esencia de la Iglesia” (“Cruzando el umbral de la Esperanza”; Plaza y Janés. Barcelona. 1994; 127

64.- Juan Pablo II: “Discurso Inaugural de la Conferencia de Puebla”; 28-I-1979

65.- Juan Pablo II: “Carta dirigida a la XVª Asamblea Ordinaria de los Religiosos de Brasil”; 11-VII-1989.

* Juan Pablo II: “Nosotros proclamamos claramente y explícitamente ante el mundo entero que la salvación es un don de Dios, de su gracia y

misericordia, ofrecido a todos en Jesucristo, el Hijo de Dios que murió y resucitó de entre los muertos. Nosotros predicamos una salvación trascendente y escatológica iniciada en el tiempo, pero cuyo cumplimiento tiene lugar en la eternidad. Al mismo tiempo esta evangelización comporta un mensaje explícito sobre los derechos y deberes de cada persona. El mensaje del Evangelio está necesariamente unido al progreso humano, bajo los aspectos del desarrollo y de la liberación, ya que no es posible proclamar el nuevo mandamiento del amor de Cristo, sin promover el bienestar del hombre en la justicia y en la paz” (Discurso a los obispos de Sri Lanka; 5-IV-1979).

* Mons. Fernando Sebastián: “Hablar de Dios en la Iglesia del futuro”, en “La Iglesia en España”, 1950-2000. PPC. 1999.

66.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici”; 34.

* Pablo VI afirmó en la “*Populorum progressio*” que “un humanismo cerrado, impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero “al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano” (H.de Lubac: “*Le drame de l’humanisme athée*”, 3ª ed. París Spes, 1945, 10). No hay, pues, más que un humanismo verdadero, que se abre al Absoluto en el reconocimiento de una vocación que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza así mismo si no es superándose. Según la tan acertada expresión de Pascal, “el hombre supera infinitamente al hombre” (n. 42).

67.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Iglesia en Africa”; n.71

* Mons. Elías Yanes escribe a este respecto: “Un aspecto de este mensaje moral, que se fundamenta en Cristo, es la Doctrina social de la Iglesia. El Papa nos ha dicho en la “*Centessimus Annus*” (nn.54-59): la doctrina social tiene por sí el valor de un instrumento de evangelización. En cuanto, tal anuncia a Dios y su misterio de salvación en Cristo a todo hombre. Por la misma razón revela al hombre a sí mismo. Solamente bajo esta perspectiva se ocupa de los demás, de los derechos humanos, de cada uno y, en particular, del proletariado, la familia y la educación, los deberes del estado, del ordenamiento de la sociedad nacional e internacional, la vida económica, la cultura, la guerra, la paz, así como del respeto a la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte” (Discurso de apertura del Congreso de pastoral Evangelizadora”; Edice. Madrid.1997).

67a.- Juan Pablo II: Encíclica “*Veritatis Splendor*”, nn.106-108).

67b.- Juan Pablo II: “Discurso inaugural de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano, n.13; 12-X-1992.

67c.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Familiaris Consortio”, 14

68.- Juan Pablo II: “Homilía en la Santa Misa con la Comunidad diocesana de Huelva (España. 1993).

* Juan Pablo hace un llamamiento a todos los cristianos para que participen en la nueva evangelización: “El mandato de Cristo se dirige a toda la Iglesia: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc.16,15). Toda la Iglesia, por consiguiente, es misionera y evangelizadora, al vivir en un estado continuo de misión. Ser cristianos quiere decir ser misioneros y ser apóstoles. No es suficiente descubrir a Cristo, ¡hay que llevarlo a los demás!” (Mensaje en la “Jornada Mundial de la Juventud”. Santiago de Compostela, 1989).

* Juan Pablo II: “Alocución a los Obispos de rito latino del Estado de Kerala (India) en su visita “ad limina” (21-VIII- 1990): “Ningún individuo puede sustraerse al reto de la evangelización”.

69.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Ecclesia in Africa”, 1995, 42.

* Juan Pablo II afirma: “Se es misionero ante todo por lo que se es, en cuanto Iglesia que vive profundamente la unidad en el amor, antes de serlo por lo que se dice o se hace” (Encíclica “Redemptoris missio”, 1990, 23.

* Juan Pablo II afirma que

- “se trata de dar un impulso nuevo al camino apostólico, de irradiar todo el ardor de la fe en Jesucristo, que hemos recibido como don, y de anunciar a nuestros hermanos y hermanas de las ciudades y del campo el amor de Dios que nos ofrece la salvación en su Hijo” (Discurso a los obispos franceses de la región del Norte, en Visita ad Limina (18-I-1992).

- “otra exigencia de la esta evangelización, que ha de renovarse sin cesar, es la claridad de la palabra que la expresa. Nuestros contemporáneos tienen necesidad de escuchar el anuncio con palabras inteligibles.

* Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de México, en Visita ad Limina”; 11-VI-1994).

Respecto a la manera de realizar la nueva evangelización, el Santo Padre afirma que llevarse a cabo “con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones”.

El nuevo ardor “se refiere principalmente a las personas, es decir, a los agentes de la pastoral, sacerdotes, almas consagradas y laicos, llamados a asumir responsablemente los compromisos de su vocación específica, con un claro testimonio de vida y con una decidida y generosa inserción en el propio ambiente”.

Los nuevos métodos “indican una renovación de los medios y modos de hacer llegar el mensaje al hombre de hoy, inmerso en una sociedad que pide signos inteligibles y medios de comunicación inmediatos y eficaces”.

Las nuevas expresiones se refieren “a la presentación de los contenidos doctrinales que, siendo inmutables, necesitan un lenguaje conceptual y unas motivaciones que lleguen verdaderamente al hombre en sus situaciones concretas. Así la nueva evangelización, anuncio transparente de Jesucristo resucitado, fomentará la verdadera promoción humana y hará que los valores culturales, una vez purificados, lleguen a su plenitud en Cristo”

70.- Juan Pablo II: “Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”, n. 10; 12-X-1992

* Juan Pablo II afirma: “ahora habéis entrado en una nueva etapa, cuyos objetivos son la afirmación de la fe, la conversión y la transformación en profundidad de las personas y de la vida social, de manera que se vivan con mayor plenitud las verdades y los valores del Evangelio” (Discurso a la Conferencia Episcopal de Camerún, en Visita ad Limina”; 22-VI-1992)

* Juan Pablo II clarifica más y mejor lo que es la nueva evangelización con estas palabras que debemos recordar siempre: “La nueva evangelización no consiste en un “nuevo evangelio”, que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestros análisis de las necesidades del hombre. Por ello, no sería “evangelio”, sino mera invención humana, y no habría en él salvación. Tampoco consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable para la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la nueva evangelización no nace del deseo de “agradar a los hombres” o de “buscar su favor” (Gál.1,10), sino de la responsabilidad para con el don que Dios nos ha hecho en Cristo, en el que accedemos a la verdad sobre Dios y sobre el hombre, y a la posibilidad de la vida verdadera” (n.6) (Discurso en la inauguración de la IV Asamblea del CELAM; 12-X-

1992); (en Pontificia Comisión para América latina “Documentos del Santo Padre Juan Pablo II”; Ciudad del Vaticano, 1999).

70a.- Card. Polycarp Pengo: “Juan Pablo II ha sido esperanza contra toda esperanza para África”, en “Misioneros. Tercer Milenio”. n.54. Abril. 2005; 31.

70b.- F.T. “Sínodo Americano. La Iglesia sobre todo con los pobres”. Misioneros. Tercer Milenio. n.54. abril 2005; 32

70c.- Juan Manuel Pérez Charlín: “Los sínodos para África y Asia”; en “Retos a la Iglesia al comienzo de un nuevo milenio”. Univ. Pontificia de Salamanca. Instituto Superior de Pastoral; Verbo Divino, Madrid; 2000; 208-211.

70d.- F.T. “Sínodo de Oceanía. “Evangelización desde el respeto a otras culturas”. Misioneros. Tercer Milenio. n.54. Abril 2005; 36.

70e.- F.T. Sínodo Europeo. “Alientos de esperanza”. Misioneros. Tercer Milenio. n.54. Abril. 2005, 38.

* Card. Philippe Barbarin: “Pidió a Europa que fuese un faro de civilización y un empuje de progreso para el mundo”; Misioneros. Tercer Milenio. Abril 2005; 39.

70f: Jesús de las Heras Muela: “Reflexiones ecuménicas desde la Exhortación Apostólica “Ecclesia in Europa”; Pastoral Ecuménica, n.63; Septiembre-Diciembre, 2004; Vol. XXI; 109-114.

* Juan Pablo II: “Ecclesia in Europa”. En este lugar insertamos el decálogo para la unidad de los cristianos desde esta Exhortación Apostólica de Juan Pablo II:

- Es preciso dar gracias a Dios por el destacado y alentador signo de esperanza que son en Europa y en toda la Iglesia los progresos logrados en el camino ecuménico.

- Las directrices del auténtico camino ecuménico son la verdad, la caridad, la libertad, la dignidad de toda persona y la reconciliación.

- El esfuerzo por la unidad debe apoyarse en fundamentos sólidos como la búsqueda de la verdad y como la confrontación que reconozca los resultados hasta ahora alcanzados (...) Otro fundamento sólido del empeño

ecuménico es el ecumenismo espiritual que sigue siendo un camino válido, fecundo y útil en pos de la unidad.

- El crecimiento de la unidad entre los cristianos enriquece mutuamente a todos y es preciso fijarse con alegría y con conocimiento en los progresos conseguidos hasta ahora en este empeño.

- El evangelio de la esperanza es también fuerza e interpelación a la conversión en el campo ecuménico.

- La unidad de los cristianos se presenta como una necesidad para que sea más creíble la evangelización y la contribución a la unidad de Europa, por ello todas las Iglesias y Comunidades eclesiales han de recorrer el camino ecuménico como un “ir juntos” hacia Cristo.

- Para ello es preciso un paciente y constante empeño por parte de todos, animado por una auténtica esperanza y, al mismo tiempo, por un sobrio realismo, orientado a la valoración de lo que ya nos une, a la sincera estima mutua, a la eliminación de los prejuicios, al conocimiento y al amor mutuo.

- El diálogo es, asimismo, uno de los medios más adecuados para avanzar en el camino ecuménico.

- Es preciso reconocer y valorar, con amor y fraternidad, la contribución que las Iglesias católicas orientales puedan ofrecer para una edificación más real de la unidad, con su presencia misma, la riqueza de su tradición, el testimonio de su unidad en la diversidad...

- ¡No podemos detenernos ni volver a tras en el camino ecuménico”. Hemos de continuar este camino y vivirlo con confianza porque la estima recíproca, la búsqueda de la verdad, la colaboración en la caridad y, sobre todo el ecumenismo de la santidad, con la ayuda de Dios, no dejarán de producir sus frutos.

70g.- Juan Pablo II: “Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de las Misiones, 21-X-1990; Ecclesia, n.2490-2491; 25 agosto y 1 de septiembre; 31-32.

* Juan Pablo II: “Alocución al Consejo superior de las Obras Misionales Pontificias”, 4-V-1990; Ecclesia, n.2490-2491; 25 de agosto y 1 de septiembre, 1990.

70h.- Juan Pablo II: Mensaje para la Jornada Mundial de Misiones, 1999; Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres, Julio-Agosto de 1999; 717-721.

70i.- Juan Pablo II: Mensaje para la Jornada del Domund, 2000”; “Ecclesia”, n.3013; 9 de septiembre de 2000; 27-29.

* Juan Pablo II: “Homilía con ocasión de la Jornada Misionera Mundial (22-X-2000); “Ecclesia”, n.3021; 4 de noviembre de 2000; 32-33.

“El compromiso misionero surge como fuego de amor de la contemplación de Jesús y del encanto que éste desprende. El cristiano que ha contemplado a Jesucristo no puede sino sentirse arrebatado por su resplandor (...) y dar testimonio de su fe en Cristo, único Salvador del hombre”. (n.2).

“La Iglesia quiere anunciar a Jesús, el Cristo, hijo de María, siguiendo el camino que el mismo Cristo emprendió: servicio, pobreza, humildad, cruz. Debe pues resistir con energía a las tentaciones que el Evangelio de hoy nos permite vislumbrar en el comportamiento de los dos hermanos, que querían sentarse uno “a la derecha” y otro “a la izquierda” del Maestro, pero también en el de los demás discípulos, que no se mostraron desde luego insensibles al espíritu de rivalidad y competición. La palabra de Cristo traza una línea neta de división entre el espíritu de dominio y el espíritu de servicio. Para un discípulo de Cristo, ser el primero significa ser “esclavo de todos”. Se trata de un trastocamiento de valores que sólo puede comprenderse poniendo la mirada en el Hijo del Hombre, “despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos” (Is.53,3) (...).

Las palabras de Jesús acerca del servicio son también profecía de un nuevo estilo de relaciones que es menester fomentar no sólo en la comunidad eclesial, sino en la sociedad. Jamás debemos perder la esperanza de dar a luz un mundo más fraterno. La competición sin reglas, el deseo de dominar sobre los demás a cualquier precio, la discriminación que ejercen algunos que se creen superiores a los demás, la carrera desapocada a la riqueza, están en el origen de injusticias, violencias y guerras”. (“Ecclesia”, n.3021; 4 de noviembre de 2000; 32-33).

70j.- Juan Pablo II: Mensaje para el Día del Domund 2003, 19 de octubre. “Ecclesia”, n.3162; 19 de julio de 2003; 22-23.

* Juan Pablo II: “Discurso a la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos” (24-V-2003). “Ecclesia”, n.3162; 19 de julio de 2003; 24-25.

* Juan Pablo II: “Discurso a la Asamblea General del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias (16-V-2003); “Ecclesia”. n.3162; 19 de julio de 2003; 26-27.

70k.- Juan Pablo II: Mensaje para el Día del Domund 2005; “Illuminare”; n.365; Octubre 2005. Servicio Pastoral Misionera. Año LXXXIII.

70l.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos españoles Madrid. 15 de Junio de 1993.

70ll.- Juan Pablo II: Discurso a su llegada al aeropuerto Internacional de Rijeka/Krk en Croacia 85-VI-2002); “Ecclesia”, n.3158; 21 de junio de 2003; 24-25.

70m.- Juan Pablo II: Homilía en la beatificación de Sor María de Jesús Crucificado Petkovic, celebrada en la plaza del Puerto de Dubronik (6-VI-2003); “Ecclesia”, n.3158; 21 de junio de 2003; 26-27.

70n.- Juan Pablo II: Homilía en el aeropuerto deportivo de Osijek/Cepón (7-VI-2003); “Ecclesia”, n.3158; 21 de junio de 2003; 28-29.

70ñ.- Juan Pablo II: Homilía en la misa para las familias celebrada en Rijeka, con ocasión de la solemnidad de Pentecostés (8-VI-2003). “Ecclesia”, n.3158; 21 de junio de 2003; 30-31

70o.- Juan Pablo II: Homilía en la celebración de la Palabra en la Plaza del Fórum de Zadar (9-VI-2003); “Ecclesia” n.3158; 21 de junio de 2003; 32-33.

70p.- Juan Pablo II: “Encuentro con los jóvenes en el estadio Santiago Bernabéu, en Madrid”; BAC popular. Madrid. 1982.

* Juan Pablo II: Año Internacional de la Juventud (1985).

* Juan Pablo II: Encuentro con los Jóvenes. Santiago Bernabéu (Madrid. BAC. 1982).

* Juan Pablo II: Encuentro con los Jóvenes. Santiago de Compostela (1989).

* Juan Pablo II. Encuentro con los Jóvenes. Cuatro vientos (2003).

* Conferencia Episcopal Española: Orientaciones sobre Pastoral de Juventud (Madrid. Edice. 1991)

* Conferencia Episcopal Española: “Jóvenes en la Iglesia, Cristianos en el mundo” (Proyecto marco. Madrid. Edice.1992).

* CNSPJ, “Pastoral de hoy para mañana, nuevas perspectivas de la pastoral con jóvenes”. Madrid. CCS, 1993.

* B.Forte: “Hablar de Cristo a los jóvenes en tiempos de crisis. Madrid. Paulinas. 2005.

* Gambini, P. “Al encuentro con los jóvenes de la calle”. Madrid. CCS, 2005.

* Consejo Pontificio para los Laicos. De Toronto a Colonia. Congreso celebrado en Roma del 10 al 13 de abril de 2003 (http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/laity/Colonia2005/rc)

70q.- Juan Pablo II: Alocución a los capitulares de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco. Roma, 1-V-1990; Ecclesia, n.2485; 21-VII-1990; 30-31.

* Juan Pablo II_ “Queridísimos jóvenes”. Edición española ampliada y dirigida por Joaquín Fluriach Domínguez. Plaza y Janés Editores. Barcelona. 1995.

70r- Juan Pablo II: “Alocución a un grupo de obispos brasileños de la Región Oeste 1 y 2 con motivo de la visita “ad limina”; 24-VI-1990; “Ecclesia”, n.2490-2491; 25 de agosto y 1 de septiembre 1990; 48-50.

71.- Juan Pablo II: Discurso a los Jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid); 3 de Mayo de 2003.

72.- Juan Pablo II: Discurso a los Jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid); 3 de Mayo de 2003.

73.- Juan Pablo II: Discurso a los Jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid); 3 de Mayo de 2003.

74.- Juan Pablo II: Discurso a los Jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid); 3 de Mayo de 2003

75.- Juan Pablo II: Discurso a los Jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid); 3 de Mayo de 2003.

76.- Juan Pablo II: Discurso a los Jóvenes en Cuatro Vientos (Madrid); 3 de Mayo de 2003.

* Juan Pablo II habló también a los jóvenes de Cuba (Enero de 1998), durante su viaje a este País. He aquí algunos párrafos significativos:

- “¡Queridos jóvenes!, les animo a sentir el amor de Cristo, siendo conscientes de lo que él ha hecho por ustedes, por la humanidad entera, por los hombres y mujeres de todo los tiempos. Sintiéndose amados por Él podrán amar de verdad. Experimentando una íntima comunión de vida con Él, que vaya acompañada por la recepción de su Cuerpo, la escucha de su Palabra, la alegría de su perdón y de su misericordia, podrán imitarlo, llevando así, como enseña el salmista “una vida limpia” (Sal.119,9) (n.3).

- “¿Qué es llevar una vida limpia? Es vivir la propia existencia según las normas morales del Evangelio propuestas por la iglesia. Actualmente, por desgracia, para muchos es fácil caer en un relativismo moral y en una falta de identidad que sufren tantos jóvenes, víctimas de esquemas culturales vacíos de sentido o de algún tipo de ideología que no ofrece normas morales altas y precisas. Ese relativismo moral genera egoísmo, división, marginación, discriminación, miedo y desconfianza hacia los otros (n3).

- “Ante esta situación, el joven cristiano que anhela llevar “una vida limpia”, firme en su fe, sabe que está llamado y elegido por Cristo para vivir en la auténtica libertad de los hijos de Dios, que incluye no pocos desafíos. Por eso, acogiendo la gracia que recibe de los Sacramentos, sabe que ha de dar testimonio de Cristo con su esfuerzo constante por llevar una vida recta y fiel a Él” (n.3).

- “El mundo y el hombre se asfixian si no se abren a Jesucristo. Ábranle el corazón y emprendan así una vida nueva, que sea conforme a Dios y responda a las legítimas aspiraciones que Ustedes tienen de verdad, de bondad y de belleza” (n.4).

En su mensaje escrito a los Jóvenes, Juan Pablo II les dice:

“Guiados por el Espíritu, combatan con la fuerza de cristo Resucitado para no caer en la tentación de las diversas formas de fuga del mundo y denla sociedad; para no sucumbir ante la ausencia de ilusión, que conduce a la autodestrucción de la propia personalidad mediante el alcoholismo, la droga, los abusos sexuales y la prostitución, la búsqueda continua de nuevas sensaciones y el refugio en sectas, cultos espiritualistas alienantes y grupos totalmente extraños a la cultura y a la tradición de su Patria” (n.3).

“Les invito a asumir un compromiso concreto, aunque sea humilde y sencillo, pero que, emprendido con perseverancia, se convierta en una gran prueba de amor y en el camino seguro para la propia santificación. Asuman un compromiso responsable en el seno de sus familias, en la vida de sus comunidades, en el entramado de la sociedad civil y también, a su tiempo, en las estructuras de decisión de la Nación”. (...) (n.4).

76a.-http://www.vatican.va/news_services/press/documents/giornate-mon

76b.- Juan Pablo II: “Mensaje con motivo de la IX y X Jornada Mundial de la Juventud”: “Como el Padre me envió, así os envío yo” (Jn.20,21) 21-XI-1993; “Ecclesia”, Núms. 2665-2666: 1-8 de enero de 1994; 34-36

* Juan Pablo II: Carta apostólica a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud (31-III-1985); Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; abril 1985;201-241.

* Juan Pablo II: “Queridísimos jóvenes”, Edición española ampliada y dirigida por Joaquín Fluriach Domínguez. Plaza y Janés. Barcelona, 1995.

76c.- Juan Pablo II: Discurso a los jóvenes reunidos en Buenos Aires (Argentina) para la Jornada Mundial de la Juventud, el día 11 de abril de 1987. Ecclesia, n.2318; 9 de mayo de 1987; 24-27.

76d.- Juan Pablo II: Mensaje a los y a las jóvenes del mundo con motivo de la III Jornada mundial de la Juventud; 13-XII-1987; Ecclesia; n.2359; 20-II-1988; 26-27.

76e.- Juan Pablo II: Mensaje a los jóvenes del mundo con motivo de la V Jornada Mundial de la Juventud, el Domingo de Ramos de 1990; Ecclesia, n.2457-58; 6 y 13 de enero de 1990; 23-24.

76f.- Juan Pablo II: Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la VI Jornada Mundial, que tendrá lugar en el Santuario de Czestochowa (Polonia) los días 14 y 15 de agosto de 1991; Ecclesia; n.2492;; 8-IX-1990; 21-23.

76g.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa del Domingo de Ramos (27-III-1994); “Ecclesia”, n.2679-2680; 9 y 16 de abril de 1994: 29-30.

76h.- Juan Pablo II: “Mensaje a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión de la XII Jornada Mundial de la Juventud” (París, 1997)

76i.- Juan Pablo II: “Misa de la Jornada Mundial. Homilía del Santo Padre; 24 de agosto de 1997, n.6

76j.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa de clausura de la XV Jornada Mundial de la Juventud en el campo de Tor Vergata en Roma (20-VIII-2000); “Ecclesia”, n.3012; 2 de septiembre de 2000; 23-25.

77.- Mensaje de Juan Pablo II para la XX Jornada Mundial de la Juventud. Colonia (Alemania), 16 de agosto de 2005.

78.- A. Frossart: “Diálogos con Juan Pablo II”. Edit. Plaza & Janés; 1982

79.- José María Javierre y otros: “Juan Pablo II y nuestro tiempo, III”. Madrid, pp. 1063ss) (De aquí tomamos los textos de las preguntas de los jóvenes y las respuestas del Papa).

80.- Juan Pablo II: Alocución a los Obispos de los Estados Unidos de América (Chicago; 5-X-1979. El Papa les habla de la “Colegialidad episcopal”.

* Juan Pablo II: Homilía en la ordenación episcopal” (6-I-1980; Osservatore Romano; edic. esp. 13-I-1980.

80a.- Juan Pablo II: Alocución a los Obispos de Estados Unidos de América (Chicago; 5-X-1979. Dice el Papa: “...es hora de comunión eclesial y de amor fraterno” (n.2).

80b.- Juan Pablo II: Discurso a la Conferencia Episcopal Española. Madrid,31-X-1982; BAC popular, 1982.

81.- Juan Pablo II: Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal de Ruanda (9-IX-1990; “Ecclesia”, n.2495; 29 de septiembre de 1990; 33-38.

81a.- Juan Pablo II: Carta del Papa a los Obispos del Continente Europeo sobre las relaciones entre Católicos y Ortodoxos en la nueva situación de la Europa Central y Oriental. (31-V-1991).(www.conferenciaepiscopal.es/documentos/cartas.htm).

* Juan Pablo II. Alocución a los Obispos de las Provincias eclesiásticas de Valladolid y Valencia en su visita “ad limina” (1991); Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Octubre de 1991; 753-759.

* Juan Pablo II: Alocución a los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Tarragona y Oviedo en su visita “ad limina” (11-XI-1991); Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Diciembre 1991; 845- 848

* Juan Pablo II: Alocución a los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Sevilla y Granada en su visita “ad limina” (19-XI-1991); Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Diciembre de 1991; 849-852).

81b.- Juan Pablo II: Discurso a la Conferencia Episcopal de las Antillas (20-I-1994); Ecclesia, n.2673, 26-II-1994; 36-37.

81c.- Juan Pablo II: Discurso a cardenales y obispos de treinta países africanos participantes en un congreso (31-I-1994). “Ecclesia”, n.2678; 2-IV-1994; 37-38

81d.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, con motivo de la visita “ad limina”; 18-II-1994; “Ecclesia”, n.2676; 19-III-1994; 31-34.

81e.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Costa Rica, con motivo de la visita “ad limina”; 19-II-1994; “Ecclesia”, n. 2676, 19-III-1994; 34-36.

81f.- Homilía de Juan Pablo II durante la Misa celebrada en el estadio de Ammán (Jordania): 21-III-2000; “Ecclesia”; n.2991; 1-IV-2000; 22-24.

81g.- Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en el Jubileo de los Obispos” (7-X-2000; “Ecclesia”, n.3019; 21 de octubre de 2000; 32-33.

81h.- Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del Jubileo de los Obispos: 8-X-2000; “Ecclesia”, n.3019; 21 de octubre de 2000; 34-35.

81i.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de rito siro-malabar de la India con ocasión de su visita “ad limina” 813-V-2003); “Ecclesia”, n.3175; 18-X-2003; 33-35.

81j.- Juan Pablo II: “Discurso a los prelatos participantes en el curso de actualización para los obispos de los territorios de misión de lengua inglesa, organizado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (19-VIII-2003); “Ecclesia”, n.3173; 4-X-2003; 26-27.

81k.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de la Iglesia Copta de la Asamblea de la Jerarquía Católica Egipcia, con ocasión de su visita “ad limina” (39-

VIII-2003); Boletín Oficial, 2004. Diócesis de Canarias; Enero-Febrero 2004; Año CL; n.1;7-11.

81l.- Juan Pablo II: Mensaje a la Conferencia Episcopal Eslovaca desde el Seminario Diocesano de Banska Bystrica (12-IX-2003); "Ecclesia", n.3172; 27-IX-2003; 27-28.

81-ll.- Juan Pablo II: "Discurso a los participantes en el curso de formación para nuevos obispos promovido por la Congregación para los Obispos"; 18 de septiembre de 2003" (Ecclesia, n.3173; 4-October de 2003; 31-32).

* Mons. Ricardo Blázquez, Josep M.Soler y O. González de Cardedal: "El Obispo en la Iglesia". Una meditación. (San Pablo. Madrid.2002).

Los artículos son:

- Mons. Eugenio Romero-Pose: "Presentación" (pp.5-7).

- Mons. R. Blázquez: "La Ordenación, fundamento de las relaciones entre Obispos y Presbíteros" (pp.11-43)

- Dom Joseph M. Soler: "El Episcopado, servicio para la vida consagrada" (pp. 47-63).

- O.González de Cardenal. "El Obispo en la Iglesia. Una meditación" (pp.67-221)

81.-m.- Juan Pablo II: Discurso de Juan Pablo II al segundo grupo de obispos de rito latino de la India (3 de junio de 2003); L'Osservatore Romano"; n.24; 13 de junio de 2003; 3.

81n.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de Burkina Faso y Níger (17 de junio de 2003); "L'Osservatore Romano"; n.26; 27 de junio de 2003; 4-5.

81ñ.- Juan Pablo II: "Discurso con ocasión de la firma y promulgación de la Exhortación apostólica postsinodal "Pastores gregis", en el XXV aniversario de su elección (16-X-2003); "Ecclesia"; n.3176; 25 de octubre de 2003; 8-9)

* Mons. Ricardo Blázquez Pérez: "El Obispo, ministro de comunión y de esperanza"; "Ecclesia, n.3177; 1-XI-2003; 6-7

82.- Juan Pablo II: Alocución al duodécimo grupo de Obispos de los Estados Unidos (26-XI-2004); "Ecclesia", n.3241; 22-I-2005; 33-34..

82a.- Juan Pablo II: Mensaje a la Conferencia Episcopal de Tanzania, en visita “ad limina”; 11 de marzo de 2005; L’Osservatore romano; n.11; 18-III-2005; pág. 5.

83.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”; BAC. Madrid. 1996; p.89.

* Juan Pablo II habla también de la naturaleza del sacerdocio en tierras de Nigeria:

“El Sacerdote es enviado por Cristo a su Iglesia para proclamar el Evangelio de la salvación, sobre todo en la celebración de la Eucaristía. El sacerdote es ordenado para ofrecer el sacrificio de la misa y renovar de esta forma el Misterio pascual de nuestro Señor Jesucristo. Como ministro de Cristo, el sacerdote es llamado a santificar el pueblo de Dios con la palabra y con los sacramentos. Comparte la preocupación pastoral del Buen Pastor, que frecuentemente se expresa en la oración por la grey. Como sacerdotes vosotros y yo somos llamados a predicar y a enseñar la Palabra de Dios con claridad, viva fe y compromiso personal, con ortodoxia y amor. Somos todos llamados a reunir al Pueblo de Dios, a construir el Cuerpo de la Iglesia. De acuerdo con la voluntad de Cristo, el sacerdote desarrolla su apostolado bajo la dirección de su obispo y en unión con sus hermanos sacerdotes” (Alocución a los sacerdotes y seminaristas en Enugu. Nigeria; 13-II-1982)

El Santo Padre les da tres consejos importantes que desarrolla en su alocución y son los siguientes: el trabajo de Dios, pero son olvidarlo a Él; nada sin los obispos; identificarse con los pobres.

* Mons.Jesús García Burillo: “El Ministerio Sacerdotal en circunstancias azarosas”; (Boletín Oficial del Obispado de Ávila; Octubre-Diciembre 2005: nn.1-3; pp. 589-619).

84.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”, BAC Madrid. 1996; p. 92

85.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”; BAC. Madrid. p.95

* AA.VV. “Diccionario del sacerdocio”. Facultad de Teología de Burgos. BAC Madrid. 2005.

* AA.VV. “La formación del sacerdote del tercer milenio”. PPC Madrid. 2000. Destacamos de esta obra los siguientes estudios sobre el sacerdocio:

- Mons. Joan Enric Vives: “Maduración humana y vocacional en el desarrollo armónico de la personalidad de los futuros presbíteros” (pp. 57-67).
- Giuseppe Pittau: “Formación Intelectual” (pp. 87-124)
- José María Inmizcoz Barriola: “Experiencia de Dios en la formación sacerdotal” (pp.151-244)
- Raúl Berzosa Martínez: “La formación pastoral” (pp.275-298)
- Agostino Favale: “La dimensión misionera en los diversos sectores de la pastoral” (333-355)

85a.- Juan Pablo II: “Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda. Valencia. BAC-popular; Madrid, 8-XI-1982; 216-217

85b.- Juan Pablo II: “Alocución en el “Angelus” del domingo; 12 de agosto de 1990; Ecclesia, n.2490-2491; 25 de agosto y 1 de septiembre 1990; 39.

85c.- Juan Pablo II: “Alocución al “Angelus” del domingo 16 de septiembre de 1990: “El Sacerdote es el hombre del sacrificio”; “Ecclesia”, n.2497; 13-X-1990; 25.

85d.- Juan Pablo II: “Homilía a los participantes en el Retiro Mundial para Sacerdotes: 18-IX-1990; “Ecclesia”, n.2497; 13-X-1990; 26-27.

85e.- Juan Pablo II: “Homilía en la solemne apertura de la VIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos: 30-IX-1990; “Ecclesia”, n.2496; 6 de octubre de 1990; 17- 19.

85f.- Juan Pablo II: Discurso al final del Sínodo de los Obispos (27-X-1990), “Ecclesia”, n.2500-2501; 3 y 10 de noviembre de 1999, 14-17.

85g.- Juan Pablo II. Catequesis: “El presbítero, participación ministerial en el sacerdocio de Cristo” (Audiencia; 31-III-1993).

85h.- Juan Pablo II: Catequesis La Misión evangelizadora de los presbíteros” (Audiencia; 21-IV-1993).

85i.- Juan Pablo II: Catequesis: “La misión de los presbíteros en el ministerio sacramental de santificación” (Audiencia; 5-V-1993).

85j.- Juan Pablo II: Catequesis: “El culto eucarístico, principal misión de los presbíteros” (Audiencia; 12-V-1993).

85k.- Juan Pablo II. Catequesis: “El Presbítero, pastor de la comunidad” (Audiencia; 19-V-1993).

85l.- Juan Pablo II: Catequesis: “El Presbítero, hombre consagrado a Dios” (Audiencia; 26-V-1993).

85ll.- Juan Pablo II: Catequesis: “El Presbítero, hombre de oración” (Audiencia. 2-VI-1993).

* “Sínodo de los Obispos, 1971” (L’Osservatore Romano; edic. en lengua española; 12-XII-1971).

85m.- Juan Pablo II: Catequesis: “La Eucaristía en la vida espiritual del Presbítero” (9-VI-1993).

85n.- Juan Pablo II: Catequesis: “La devoción a María Santísima en la vida del Presbítero” (Audiencia. 30-VI-1993)

85ñ.- Juan Pablo II: Catequesis: “La Comunión sacerdotal” (Audiencia; 4-VIII-1993)

85o.- Juan Pablo II: Catequesis: “El Presbítero, el hombre de la caridad” (Audiencia. 7-VIII-1993).

85p.- Juan Pablo II: Catequesis: “La lógica de la consagración en el celibato sacerdotal” (Audiencia; 17-VIII-1993).

85q.- Juan Pablo II: Catequesis: “El Presbítero, y los bienes terrenos” (Audiencia, 21-VIII-1993).

85r.- Juan Pablo II: Catequesis: “Las relaciones de los presbíteros con los Obispos” (Audiencia.25-VIII-1993).

85rr.- Juan Pablo II: Catequesis: “El presbítero y la sociedad civil”. (Audiencia. 28-VIII-1993).

85s.- Juan Pablo II: Catequesis: “Las relaciones de los presbíteros con sus hermanos en el Sacerdocio” (Audiencia. 1-IX-1993)

85t.- Juan Pablo II: Catequesis: Las relaciones de los presbíteros con los demás fieles” (Audiencia. 22-IX-1993).

85u.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo; 1994; "Ecclesia", n.2678; 2-IV-1994; 26-28.

85v.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo; 1995. "Ecclesia", 1995.

85w.- Juan Pablo II: Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo; 1996. "Ecclesia", 1996.

85y.- Juan Pablo II: "Don y Misterio", BAC. Madrid, 1996; 104-107.

85z.- Juan Pablo II: "discurso a los sacerdotes de la Diócesis de Roma" (13-II-1997). "Boletín oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; Junio 1997; 578-583.

86.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo; 1997: "Ecclesia", 1997.

86a.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, 1998: (Boletín O.E. del obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; abril-1998; 232-241).

86b.- Juan Pablo II: "Ecclesia in América" (22-I-1999). (Ed. Palabra. Madrid).

86c.- Juan Pablo II: "Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los sacerdotes para el Jueves Santo de 1999". Librería Editrice Vaticana. Ciudad del Vaticano, 1999.

856d.- Juan Pablo II: Discurso con ocasión del Jubileo del Clero de Roma (9-III-2000). "Ecclesia"; n.2990: 25-III-2000; 23-25.

86e.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes desde el Cenáculo de Jerusalén con motivo del Jueves Santo de 2000; 23-III-2000; "Ecclesia", n.2993; 15-IV-2000; 26-30.

86f.- Juan Pablo II: Homilía con motivo del Jubileo de los sacerdotes y su 80 cumpleaños; 18 de mayo de 2000; "Ecclesia"; n.2998; 27 de mayo de 2000; 33-34.

86g.- Juan Pablo II: Mensaje al Card. J. Stafford sobre los Movimientos Eclesiales (21-VI-2001).

86h.- Juan Pablo II: Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, 2001; (Ed. Palabra. Madrid).

86i.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes. Jueves Santo 1994. (Boletín O.E.del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; Junio 1994; 435-446).

86j.- Juan Pablo II: Carta a los sacerdotes. Jueves Santo 1995 (Boletín O.E. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Mayo 1995; 427-439).

86k.- Juan Pablo II: Discurso al cuarto grupo de Obispos de Francia con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2004)

86l.- Juan Pablo II: “Carta a los sacerdotes. Jueves Santo, 2004 (28-III-2004). (Boletín O.E.del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; Junio 1996; 435-446).

86la.- Juan Pablo II: Discurso al décimo grupo de obispos de los Estados Unidos, con ocasión de su visita “ad limina Apostolorum” (11-IX-2004) Ecclesia, n.3228; 23-X-2004; 31-32).

86ll.- Juan Pablo II: Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo de 2005; 17-III-2002; “www.conferenciaepiscopal.es/documentos/cartas.htm”.

* Mons. Fernando Sebastián: “Decálogo para los sacerdotes de su diócesis de León”, citado por O.González de Cardedal en su obra “Historia, Hombres, Dios” (Cristiandad. Madrid. 2005); pp.449-450.

86m.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de Birkinia Faso y Níger (17 de junio de 1003; “L’Osservatore Romano”, n.26; 27 de junio de 2003; 4-5; n.5.

86n.- San Alberto Magno: “Comentario de la Teología Mística”, n.15.

86ñ.- Juan Pablo II: “Discurso con ocasión del jubileo de los Diáconos Permanentes: 19-II-2000; Ecclesia; n.2988; 11-III-2000; 25-26.

86o.- Juan Pablo II: Discurso a los seminaristas: “Identificarse con Cristo y aceptar las exigencias de su evangelio” Maynooth (Irlanda); 1-X-1979

86p.- Juan Pablo II: Dicurso a los seminaristas de Filadelfia (USA); 3-X-1979)

87.- Juan Pablo II: “Mensaje escrito a los seminaristas de España” (8-XI-982

87a.- Juan Pablo II: Mensaje con motivo de la XVª Jornada Mundial de la Juventud, n.3. “Alocución a 5000 seminaristas del mundo” (9-X-1984).

87b.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Pastores dabó vobis” (25-III-1992)

87c.- Juan Pablo II: Alocución a los candidatos al sacerdocio. Madrid. 1993

87d.- Juan Pablo II: Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, 2000.

87e.- Juan Pablo II: Discurso a la Conferencia Episcopal Belga con ocasión de su visita “ad limina” (22-XI-2003).

88.- Juan Pablo II: “Redemptor Hominis”, n.19

89.- Juan Pablo II: “Discurso a los teólogos españoles”. Univ. Pontificia de Salamanca; 1-XI-1982; 2.

*Congregación para la doctrina de la fe: Instrucción: “Sobre la vocación eclesial del teólogo”(24-V-1990). Instrucción y comentario. Card. J. Ratzinger y otros autores. (Palabra.Madrid. 1993).

*Card. Joseph Ratzinger: “Diálogo entre Magisterio y la Teología”; Intervención de J.Ratzinger en el acto de presentación de la instrucción: “La vocación eclesial del teólogo”; “Ecclesia, n.2485; 21-VII-1990; 6-8).

90.- Juan Pablo II: “Discurso a los obispos de Bélgica”, 10-IX-1982).

91.- Juan Pablo II: “Discurso a la universidad Gregoriana”, 15-XII-1979, n.6.

92.- Juan Pablo II: “Discurso a los teólogos españoles”. Univ. Pontificia de Salamanca. 1-XI-1982,3; BAC. Madrid..

92a.- Juan Pablo II: Discurso a los teólogos alemanes en Altötting (ib.).

* Angel Cordovilla escribe sobre la tarea apremiante que Juan Pablo II señalaba para teología. Y dice: situaría sus tres grandes Encíclicas dedicadas a profundizar en el misterio trinitario de Dios(...) En este sentido, la teología actual, cansada de un cierto angostamiento antropológico, ha vuelto a colocar en el centro el misterio trinitario de Dios, no sólo como fundamento trascendente de la historia de la salvación (K. Rahner), sino como realidad y misterio que en su contenido concreto y específico nos ayuda a comprender en su última radicalidad al hombre, al mundo, a la Iglesia, y desde el que se

ilumina el diálogo del cristianismo con el mundo moderno y las otras tradiciones religiosas (G.Greshake).

* A. Cordovilla escribe en nota: “esta expresión “cierto angostamiento antropológico” no quiere poner en contradicción teología y antropología. En la tradición de la Iglesia (Ireneo, Tertuliano, Hilario de Poitiers, Agustín, Tomás de Aquino, Buenaventura, etc.), en la mejor teología contemporánea (Barth, Teilhard, Rahner, von Baltasar, de Lubac, Congar, etc.) y en el propio magisterio de Juan Pablo II, antropocentrismo y teocentrismo no se excluyen, sino que se implican mutuamente” (Sal Terrae”, t.93/6 (n.1090); mayo-2005; 494.

* K. Rahner: El Dios trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación”, en “Mysterium Salutis II”, Cristiandad. Madrid. 1992; segunda edición; 269-338)-

* G. Greshake: “El Dios uno y trino. Una teología trinitaria”. Herder. Barcelona, 2000.

93.- Juan Pablo II: “Discurso a los teólogos españoles”. Universidad Pontificia de Salamanca. 1-XI-1982, 5: ibd.

93a.- Juan Pablo II: “Discurso a los teólogos españoles”. Univ. Pontificia de Salamanca; 1-XII-1982, 5; ibd..

94.- Juan Pablo II: “Discurso a la Comisión Teológica Internacional”, 26- IX-1979.

95.- Juan Pablo II. “Discurso a los teólogos de Alemania”. Altötting, 18-XI-1980, 3.

95a.- Juan Pablo II: “Discurso en la Universidad Gregoriana”, Roma, 15-XII-1979; n.6.

* Juan Pablo II: “Discurso a los miembros de la Comisión Teológica Internacional” (7-X-2004) (Ecclesia. n.3228; 23-X-2004; 25.

96.- Juan Pablo II: “Discurso a los teólogos españoles”. Univ. Pontificia de Salamanca. 1-XII-1982, 6; ibd.

* M. Legido López: “Conformar la vida con el Misterio de la Cruz del Señor”. “El ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad” en “Simposio. Espiritualidad del Presbítero diocesano secular”. EDIC. Madrid. 1987; 159.

96a.- Joseph Ratzinger: “Ser cristiano en la era neopagana” (Ed. Encuentro; Madrid. 1995)

En esta obra el Card. J.Ratzinger contesta, entre otras cosas, a preguntas relativas a lo que ha sido llamado “disenso teológico”: los casos de H.Küng, L.Boff, Ch. Curran (pp.91-106).

97.- Juan Pablo II: Carta Apostólica en forma de “motu proprio”: “Ad tuendam Fidem” (18-V-1998). “Ecclesia”, n. 2902; 18-VII-1998; 16-17.

* Congregación para la doctrina de la Fe: “Nota doctrinal ilustrativa de la fórmula conclusiva de la “Professio fidei”, 29-VI-1998.

* Juan A. Martínez Camino: “Para proteger la fe”, Ecclesia, n. 2902; 18-VII-1998; 6-7.

97a.- Angel Cordovilla: “Trinidad, persona y sociedad. Sobre el magisterio de Juan Pablo II”. “Sal Terrae; t.93/6 (n.1090); 500.

97b.- Juan Pablo II: Mensaje en la Jornada Mundial de oración por las vocaciones (20-IV-1986). Boletín oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; 240-245.

97c- Juan Pablo II: “Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones” 26-XII-1993; “Ecclesia”, n.2675; 12-III-1994; 29-30.

97d.- Juan Pablo II: “Mensaje al I Congreso Latinoamericano de vocaciones”, Ecclesia, n.2690; 25-VI-1994; 25-26.

97e.- Juan Pablo II: Mensaje para la Jornada Mundial de oración por las Vocaciones (7-V-1995), Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Marzo de 1995; 195-200.

97f.- Juan Pablo II: “Mensaje para la LXII Jornada mundial por las Vocaciones” (14-I-2005; CLAUNE. Madrid; n. 168; Enero-Marzo, 2005;8-10.

* Juan Pablo II: Carta al Cardenal Jean-Claude Turcotte, con ocasión del Congreso sobre pastoral de las Vocaciones al Sacerdocio y a la Vida Consagrada (Montreal, 18-21-IV-2002). (Boletín O.E. del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; junio 2002; 716-719).

98.- M.Legido: “Conformar la vida con el Misterio de la cruz del Señor”. “El ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad” en “Simposio. Espiritualidad del Presbítero diocesano secular”; Edice. Madrid. 1987.

“El carisma de la vida consagrada no está marcado por un nuevo sacramento. Constituye una cierta consagración peculiar, que radica íntimamente en la consagración bautismal y la expresa de forma más plena”(LG 44) (p.160).

* Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica: “Jubileo de la vida Consagrada” (2-II-2000). “La Vida consagrada en la Iglesia, testimonio de Cristo ayer, hoy y siempre” (Ciudad de Vaticano 1999).

99.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica”: “Iglesia en Asia” (1999).

* Juan Pablo II: “Carta Apostólica a los Religiosos y Religiosas de Latinoamérica con ocasión del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo”: “Los Caminos del Evangelio”; 20-VI-1990; Ecclesia, n.2490-2491; 25-VIII y 1-IX-1990; 18-29.

* Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica: “Caminar desde Cristo”. Un renovado compromiso de la Vida Consagrada en el tercer milenio. Instrucción. EDIBESA. Madrid. 2002.

* Juan Pablo II: mensaje al P. Giacomo Bini, Ministro general de la Orden de Frailes Menores, con ocasión del Capítulo General ordinario de dicha Orden (4-VI-2003. “Ecclesia”, n.3159; 28 de junio de 2003; 28-30.

* Juan Pablo II: Mensaje a los participantes en el Capítulo General Ordinario de la Orden de Frailes Menores (16-VI-2003); “Ecclesia”, n.3159; 28 de junio de 2003; 30-31

“En los albores del tercer milenio, los discípulos de Cristo sienten más imperiosa que nunca la urgencia de la nueva evangelización. También vuestras fraternidades comparten este apostólico anhelo, y, fieles a su propia vocación, están determinadas a llevar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo el gozoso anuncio de la salvación que Cristo ofrece a la Humanidad. (n.3).

“Queridos Frailes Menores: conservad vuestro típico estilo inspirado en la pobreza y en la vida fraterna, en la docilidad y en la obediencia, manteniendo la mirada puesta en Cristo, tal y como hacía el Pobrecillo de Asís. (...) (n.3).

“Tended hacia la santidad. Se trata de una auténtica urgencia pastoral de nuestro tiempo” (n.4).

* Congreso Internacional de la Vida Consagrada: “Pasión por Cristo - pasión por la humanidad” (Roma 23-27 Noviembre 2004; Publicaciones Claretianas; 2005.

* Revista de Vida Religiosa CONFER. XI Asamblea General de CONFER; Vol. 44; nº 169; Enero- marzo 2005.

100.- Juan Pablo II: “discurso a la IV Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América latina” (23-Junio-1995), nn. 6 y 7.

101.- Juan Pablo II: “Exhortación apostólica postsinodal”: “Vita consecrata”: “la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo” (25 de marzo de 1996).

* AA.VV. “Comentarios a la exhortación apostólica “Vita consecrata”. Publicaciones Claretianas, Madrid. 1997.

Estos autores acogen y responden al deseo del Papa de que “se continúe la reflexión para profundizar en el gran don de la vida consagrada en su triple dimensión de la consagración, la comunión y la misión”, y de que: “los consagrados y consagradas, en plena sintonía con la Iglesia y el Magisterio, encuentren así ulteriores estímulos para afrontar espiritual y apostólicamente los nuevos desafíos” (Vita consecrata”, n.13).

111a.- Juan Pablo II: “Discurso al Simposio Internacional sobre la “Provida Mater Ecclesia”, promovido por la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares (1-II-1997); Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres, Junio-1997; 573-577.

101b.- Juan Pablo II: “Tertio Millennio Adveniente”, n.110. Sígueme. Salamanca

101c.- Juan Pablo II: “Discurso al X grupo de obispos de Brasil en su visita “ad limina” (10-XII-2002), en “Ecclesia” 3141; 22-II-2003, 290.

* Concilio Vaticano II: “Decreto “Perfectae Caritatis” enumera los caminos que conducen a una verdadera renovación de la Vida Consagrada:”La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de

los institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos. Esta renovación, bajo el impulso del Espíritu Santo y con la guía de la Iglesia, ha de promoverse de acuerdo con los siguientes principios” (n.2)

101d.- Juan Pablo II: “Mensaje para la “Jornada de la Vida Consagrada”; (2-II-1999): Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Enero de 1999; pp. 1-4.

101e.- Juan Pablo II: “Mensaje del Santo Padre al Congreso Internacional sobre la vida consagrada”; 3-XII-2004; CLAUNE. n.168; Enero-Marzo, 2005;4-6.

* Manuel Alcalá: “Juan Pablo II y la Compañía de Jesús” en “Razón y fe”. Mayo-2005; 393-410.

102.- Juan Pablo II: “Alocución”: 12-XI-1978

103.- Juan Pablo II: “Encuentro con las Religiosas de clausura en Ávila”, n.2; 1-XI-1982

104.- Sta. Teresa de Jesús: “Libro de la vida”, 11,1 (BAC. Madrid).

105.- Juan Pablo II: “Encuentro con las Religiosas de clausura en Ávila”; n.2; 1-XI-1982

106.- Juan Pablo II: “Encuentro con las Religiosas de clausura en Ávila”, n.5; 1-XI-1982

107.- Concilio Vaticano II: “Perfectae Charitatis”, n.7.

108.- Juan Pablo II: “Encuentro con las Religiosas de clausura en Ávila”; n.3; 1-XI-1982

109.- Juan Pablo II: “Encuentro con las Religiosas de clausura en Ávila”, n.4; 1-XI-1982.

110.- Juan Pablo II: “Encuentro con las Religiosas de clausura en Ávila”, n.6; 1-XI-1982.

111.- Juan Pablo II: Discurso en el 50º Aniversario de la “Provida Mater Ecclesia”: “Seguir a Jesucristo virgen, pobre y obediente, en la condición de vida del propio estado secular”, 12 de julio de 2003. (<http://www.geocities.com/>)

SouthBeach/4230/discurso.htm)

* Juan Pablo II: Discurso en el 50º Aniversario de la Provida Mater Ecclesia a los Participantes en el VII Congreso internacional de los Institutos Seculares. Castelgandolfo, 28 de agosto de 2000: “Llamados a transformar el mundo” (<http://www.geocities.com/Southbeach/4230/disago28.htm>).

* Card. E. Pironio escribe acerca de los Institutos seculares: “la consagración no los quita del mundo; sólo los inserta más profundamente, de un modo nuevo, en el Cristo de la Pascua llevando a mayor madurez y plenitud la consagración esencial del Bautismo. Vivir a fondo el bautismo, para un laico consagrado es comprometerse de un modo nuevo a ser en el mundo una “legible carta de Cristo”, “escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios viviente, no en tablas de piedra, sino de carne, es decir, en los corazones” (ICort. 3,3) (II Congreso Mundial de Institutos Seculares; Agosto-1980).

“La identidad específica de un Instituto Secular dentro de la Iglesia está constituida por estas dos características esenciales: “su secularidad “ y “su consagración”, pero encarnadas simultáneamente en una unidad sustancial, inseparable. Se trata de vivir en el mundo (o en relación esencial con el mundo) y esforzarse en transformar el mundo desde dentro. Pero al mismo tiempo, los miembros de los Institutos Seculares están entregados radicalmente al Señor en la profesión de los Consejos evangélicos. La “secularidad consagrada” es la nota distintiva, “el carisma propio” de estos Institutos. No se trata de una vida religiosa de segundo orden, sino de una nueva, providencial y específica vocación dentro de la Iglesia. Los Institutos Seculares son “don de Dios a la Iglesia” (Introducción a los trabajos de la Comisión”, en “Identidad y misión de los Institutos Seculares hoy”. Asamblea plenaria de la SCRIS, 3-VI-1983; 12-14).

* El Código de Derecho Canónico: Para tener una visión más completa sobre la naturaleza de los Institutos Seculares pueden consultarse los cánones que el Código de Derecho Canónico ofrece: cns. 710 – 730.

111a.- Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en el VII Congreso Internacional de los Institutos Seculares: 28-VIII-2000. “Ecclesia”, n.3015; 23 de septiembre de 2000; 24-25.

111b.- Pablo VI: “Alocución a las Comunidades Neocatecumenales”; Audiencia General, 8-V-1974; en “Notitiae” 96-96. 1974, 230.

111c.- Mons. P.J. CORDES: “Los Nuevos Movimientos Eclesiales” en *Pastoral Misionera*, n.164 1989; 56-64.

* “Cardenal J.Ratzinger: “Los movimientos de Iglesia y su lugar teológico”; *Documentation Catholique* 2196 (17 de enero de 1999), 81-92.

* A. Favale (ed.): “Movimenti ecclesiali contemporanei. Dimensioni strociche, teológico-spirituali ed apostoliche”, LAS, Roma. 1991.

* Actas del “Primer encuentro de los Movimientos eclesiales y las Nuevas Comunidades en América Latina”. Bogotá – Colombia; 9-12 de marzo de 2006. (www.celam.org/dep_cyd/movimientos/primer_encuentro_movimientos/encuentro)

111d.- Juan Pablo II: “Carta a Monseñor Paul Joseph Cordes; 30-VIII-1990; “*Ecclesia*”, n.2508; 29-XII-1990, 34.

* Mons. Ricardo Blázquez: “La Carta del Papa sobre las Comunidades Neocatecumenales”; “*Ecclesia*”, n.2508; 29-XII-1990; 35-38.

* Juan Pablo II: “Discurso a un grupo del Camino Neocatecumenal”; 21-I-1994; “*Ecclesia*”, n.2673; 24-II-1994; 35.

“Vuestro camino quiere recoger el espíritu del Concilio Vaticano II, para ofrecer un ejemplo de nueva evangelización que dé esperanza a la Iglesia en vísperas del tercer milenio. Tenéis el mérito de haber redescubierto una predicación kerigmática, que invita a la fe también a los que están alejados, utilizando un itinerario postbautismal según las directrices del “*Ordo initiationis christianae adultorum*”, que recogió el Catecismo de la Iglesia católica (cf. n.1231) (n.2).

“Un gran fruto de este Camino es, sobre todo, el impulso misionero (n.5). (“*Ecclesia*”, n.2673; 24-II-1994; 35).

111e.- AAS 82 (1990), 1513-1515;

111f.- “Revista “*Ecclesia*”, n. 3047; 2001; p.665.

112.- Pontificio Consejo para los Laicos: “Decreto por el que se aprueban “ad experimentum” los estatutos del Camino Neocatecumenal” (29 de junio de 2002 (*Ecclesia*, n.3109; 13 de Julio de 2002).

* Juan Ignacio Arrieta: “Los Estatutos del Camino Neocatecumenal” (“Ecclesia”; n.3109; 13 de julio de 2003; 6-8).

* “Nota histórica y algunos datos sobre el Camino Neocatecumenal”. Ecclesia, n.3109; 13-VII-2002; 37-38.

112a.- Revista Internacional de Teología “Concilium”: “Movimiento en la Iglesia”; Alberto Melloni (ed.); n.301; Edit. Verbo Divino; Estella. Junio, 2003.

Recordamos los artículos más significativos de este número son:

- Alberto Melloni: “Movimientos: De significatione verborum” (345-366).
- Claudio Gianotto: “El Movimiento de Jesús” (pp.367-379).
- Jean-Paul Durand: Movimientos y comunidades católicas de fieles nacidas en el siglo XX: algunos retos para el derecho canónico (pp.445-458).

112b.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General: 25-IV-1984

* Juan Pablo II: “Mensaje a los participantes en el I Congreso de Laicos Católicos de la Europa del Este, celebrado en Kiev del 8 al 12 de octubre de 2003; “Ecclesia”; n.3180; 22-XI-2003; 32-33.

113.- M. Legido López: “Conformar la vida con el Misterio de la Cruz del Señor”, (El ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad) en “Espiritualidad del presbítero diocesano secular”. Edice. Madrid. 1987; 150-164).

Hablando de **los laicos** dice en la obra citada:

- “El encuentro sacramental del Señor con los laicos los hace ser en Él por el Espíritu. En el Bautismo llegan a ser hijos y hermanos en Él. En la confirmación llegan a ser apóstoles en Él. En la Eucaristía les comparte en el Espíritu la “caridad pastoral” que es el alma de todo apostolado. Pero en el carisma que reciben su “ser en Cristo” se implica esencialmente con su “ser en el mundo”. Son en Cristo siendo en el mundo y son en el mundo siendo en Cristo. Su don para el servicio los enraíza en el mundo. Han de poner la mesa eucarística en el corazón del mundo y por ello están existiendo en medio de él, entretejida su existencia con el tejido mismo del cosmos, de sus estructuras y de sus procesos. Y están en el mundo “desde dentro”, como fermento (LG 31), como sal (LG.33), como alma (LG 38). La Eucaristía, que es el sacramento de Cristo, los siembra en la humanidad y en el mundo, para que los transfiguren” (p. 155).

- “La representación del Señor que se realiza en los laicos parte de la mesa de la Eucaristía, en donde se prefiguran los cielos nuevos y la tierra nueva y donde se le comunica el amor crucificado, que les hará ser en el mundo testigos y pregoneros de las realidades que esperamos. Su servicio se realiza en el paso de la Iglesia al mundo, entre el señorío del Señor acogido en la Iglesia y un mundo autónomo creado como gracia y desfigurado por el pecado, que gime esperando su liberación y reconciliación” (p.155).

- “Los laicos, por su mismo carisma, están llamados a edificar la Iglesia hacia dentro, en su paso hacia la siembra en el mundo para su transfiguración (p. 155).

- “Los laicos, por su mismo carisma, están llamados sobre todo a recapitular el universo bajo el señorío del Señor, que le encabeza, hacia la consumación del reino del Padre (Fil.2,8-9) (p.156).

* Mons. Victorio Oliver: “Sacerdotes para la nueva evangelización”, “Laicos y Sacerdotes”; Edice. Madrid. 1992.

Reproducimos de este folleto lo más significativo e importante:

- Oír desde cuatro ángulos: dos claves: “la corresponsabilidad” y “en el corazón del mundo” (pp.8-13); dos opciones: “la formación” y “el asociacionismo” (pp.13-21).

- Iglesia en el mundo: la Iglesia es comunión (pp.23-26); la Iglesia es misión (pp.26-30).

- Laicos y Sacerdotes: eclesiología de comunión (pp.32-34); el acompañamiento (pp.34-35); la oración y la palabra (pp.35-36).

* Mons. Adolfo González: “La presencia de los Cristianos Laicos en la vida pública”. Exhortación pastoral a dar testimonio de la fe católica en la sociedad”. Boletín Oficial del Obispado de Ávila . 24-III-2002

* Mons. Fernando Sebastián: “Los fieles laicos, Iglesia presente y actuante en el mundo. Vocación apostólica de los fieles laicos”. Congreso de Apostolado Seglar. BAC Madrid; 12 de noviembre de 2004.

Insertamos aquí lo que este autor dice acerca de los requisitos imprescindibles para que pueda crecer y desarrollarse en nuestra Iglesia con entera normalidad el apostolado de los seglares:

- Nuestra Iglesia necesita clarificarse más, diferenciarse más en el conjunto de la sociedad que, aunque conserve muchos elementos cristianos, ya no es cristiana de corazón.(...).

- Fortalecimiento de la unidad interior de nuestras comunidades cristianas. Necesitamos trabajar para superar las desconfianzas entre obispos, sacerdotes, teólogos y pueblo de Dios.

- Alguna modificación en nuestra manera de concebir las relaciones entre la Iglesia y la sociedad. (...) Los contactos y los acuerdos entre la Jerarquía de la Iglesia y los poderes civiles seguirán siendo legítimos, convenientes y hasta necesarios. Pero estos mismos instrumentos jurídicos serán apostólicamente eficientes sólo en la medida en que estén respaldados por un número creciente de cristianos laicos, presentes y operantes en el mundo, que hagan valer estos acuerdos utilizando los recursos y procedimientos de una sociedad organizada democráticamente a favor del evangelio de Jesucristo y del crecimiento de la vida cristiana entre los ciudadanos.

- Tener una conciencia clara de cuál es el momento histórico de nuestra sociedad, cuáles son las disposiciones espirituales y culturales dominantes de nuestros conciudadanos y cuáles tienen que ser en consecuencia los objetivos primordiales de la acción apostólica y misionera de la Iglesia.

- Rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana, o si se prefiere, cristianizar el entramado de la sociedad, pero la condición indispensable es que se recupere el fervor de los cristianos, la confianza en el evangelio y la cohesión interna de las comunidades cristianas. (...) El desarrollo del apostolado seglar requiere que nuestras Iglesias particulares recuperen el vigor espiritual y el entusiasmo misionero de los cristianos verdaderamente convertidos.

- La acción apostólica de los cristianos tiene unos espacios necesariamente personales y espontáneos, difícilmente regidos por ninguna reglamentación. Es el espacio de la vida familiar, de las relaciones humanas espontáneas, de las actuaciones personales en el mundo de las actividades profesionales.

- las asociaciones propiamente eclesiales tendrán que desarrollar un fuerte sentido de comunión y de unidad, en la doctrina, en la vida y en los objetivos y prioridades apostólicas, en estrecha relación con el Obispo y los sacerdotes, en una conciencia fuerte de unidad de vida y de misión.

- En este terreno de las asociaciones seculares desde las que militen y actúen los cristianos en la vida social y pública haría falta insistir en dos características: seleccionar mejor los objetivos y los campos de influencia” (“Testigo del Evangelio”; BAC. Madrid, 2004; 287-316).

* Mons. F. Sebastián: “La Nueva Evangelización” en “Testigo del Evangelio”; BAC. Madrid. 2004; 37-74.

* Mons. F. Sebastián: “Vida Pública”; en “Testigo del Evangelio”, BAC. Madrid. 2004; 75-104.

114.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”, BAC, Madrid, pp.85-86

* La Conferencia Episcopal Española afirma: “Tenemos sobre nosotros la gran tarea de continuar y difundir la vida de fe y la esperanza de la salvación en una etapa nueva de nuestra historia. La gravedad de semejante responsabilidad ha de ser estímulo para grandes empresas, a fin de que Dios sea conocido y amado por todos, para que todos acepten y gocen de los bienes de su salvación en una vida renovada por el Espíritu. **Todos somos necesarios** para este esfuerzo común. Todo debemos revisar y asumir nuestras propias responsabilidades con humilde espíritu de conversión” (“Testigos del Dios vivo”, Madrid., EDICE, 6).

* Mons. A. Ceballos escribe a este respecto: “La Iglesia del Señor os necesita, queridos fieles laicos. Vosotros tenéis un puesto insustituible en la Iglesia; vosotros debéis sentirnos parte viva y responsable de la Iglesia, ya que estáis llamados a conocer el Evangelio y a asumir y vivir el Evangelio en el servicio a los valores y a las exigencias de las personas y de la sociedad de esta tierra y en este momento histórico. Considero que ha llegado la hora de vuestra presencia original e irremplazable en todos y en cada uno de los rincones de nuestra Iglesia diocesana. Vosotros tenéis una misión muy concreta en la iglesia. Esta misión o la hacéis vosotros o quedará sin hacer. Y si la hacen otros, la harán mal.”

Vosotros sois Iglesia. Vosotros sois no sólo destinatarios sino que también sois los protagonistas corresponsables e indispensables de la misión que tiene la iglesia. Los fieles laicos sois la iglesia que se hace presente en modo singular en los más variados sectores de esta tierra como signo y fuente de esperanza y de amor” (“Conocer, asumir e impulsar la vocación y misión de los fieles laicos para una nueva evangelización en nuestra Iglesia civitatense”; Lletra. Ciudad Rodrigo (Salamanca), 1990; 8-9)..

115.- Concilio Vaticano II: “Decreto “Apostolicam Actuositatem”, nn.18-20

* Juan Pablo II: Catequis en las Audiencias Generales de los miércoles (Edic. Palabra. Madrid. PPC. 1994):

- “La identidad eclesial del laico”
- “El carácter secular propio de los laicos”
- “Los Laicos y el misterio de Cristo”.
- “La vocación de los laicos a la santidad”
- “Espiritualidad de los laicos: vida de fe”

115a.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles 15 de diciembre de 1994: “Participación de los laicos en el sacerdocio de Cristo”; “Ecclesia”, n.2667; 15-I-1994; 32.

* Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del miércoles 26-I-1994: “Participación de los Laicos en la función profética”; “Ecclesia”, n.2672; 19-II-1994; 26-27.

* Juan Pablo II. Catequesis en la Audiencia General del miércoles, 9-II-1994: “Participación de los laicos en el Oficio Real de Cristo”; Ecclesia, n.2675; 12-III-1994; 36-37.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles, 2-III-1994: “Diferencia entre ministerios”; “Ecclesia”, n.2678; 2-IV-1994; 30-31.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles, 9-III-1994: “Los carismas de los laicos”; “Ecclesia”, n.2678; 2-IV-1994; 33-34.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del miércoles, 16-III-1994: “La participación de los laicos en la misión de la Iglesia”; “Ecclesia”, n.2678; 2-IV-1994; 35-36.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles 23-III-1994: “El compromiso apostólico en sus formas individual y asociada”; “Ecclesia, n. 2681; 23-IV-1994; 26.

* Juan Pablo II: catequesis en la Audiencia general del miércoles 13-IV-1994: “Comprometeos en el desarrollo social”; “Ecclesia”, n.2684; 14 de mayo de 1994; 34-35.

* Juan Pablo II: catequesis en la Audiencia general del miércoles: 20-IV-1994: “Los trabajadores en la Iglesia”. (Edic.Palabra; PPC Madrid. 1994).

* Juan Pablo II: catequesis en la Audiencia general del miércoles: 27-IV-1994): “Dignidad y apostolado de los que sufren”. (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1945).

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles 15-VI-1994: “La verdad profunda de la enfermedad”; (Edic. Palabra. Madrid. PPC. 1994).

* Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 22-VI-1994. (Ed. Palabra. Madrid. PPC, 1994).

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del miércoles: 6-VII-1994: “las mujeres en el Evangelio” (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1994)

* Juan Pablo II: Catequesis en la audiencia general del miércoles: 13-VII-1994: “Carismas y misión de la mujer en la Iglesia” (Ed. Palabra. Madrid. PPC. 1994).

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 20-VII-1994: “Eminente dignidad por su maternidad” (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1994).

* Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del miércoles: 27-VII-1994: “La maternidad en el ámbito del sacerdocio universal de la Iglesia”. (Edic. Palabra. Madrid. PPC 1994).

115b.- Concilio Vaticano II: “La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres, mientras no exista y trabaje con los Pastores un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los seglares” (Decreto “Ad Gentes”, 21).

* Saturnino López Santidrián: “Algunas claves de interpretación de la “Christifideles Laici”. (Separata del Boletín Oficial del Arzobispado de Burgos; Noviembre de 1989; pp.6-10). Resumimos estas reflexiones:

* Claves precedentes de base:

- **Relaciones Iglesia-mundo:** Urgencia de nueva evangelización (ChFL 34, 44,59,64).

-Visión cosmológica: Trinidad e historia. La Trinidad se implica en el mundo. Por el Bautismo el ser y actuar humanos entran en su dimensión (nn.11-13)

-Visión eclesiológica (c.III): Misi'pn y escatología para la liberación "integral". El campo de la Iglesia es el mundo: la persona, n.5,37-40; la comunidad, n.6,41-42; y la creación económica-cultural, n.43-44. El sujeto absoluto de la historia es Cristo (n.7,34f). La gracia perfecciona y eleva, no destruye. La Iglesia, cuerpo místico, ejerce su presencia en el mundo por un "derecho de naturaleza" (creación, unión hipostática en la Encarnación) y como "derecho redentivo"; está en propio campo para ser sal, luz y fermento (n.3f, 15k). Su punto omega implica la búsqueda en el tiempo de una semejanza. La escatología es una en distintas fases. Ya ahora, en la Iglesia, ha de aparecer el germen e inicio del Reino (n.36).

- **Relaciones intra-eclesiales: "eclesiología de comunión"** (c.II). La comunión, don del Espíritu., es "el primer signo de la presencia de Cristo Salvador en el mundo" (n.64); expresión del "misterio" de la Iglesia (n.19,29, 31-32).

-Superación de rupturas y dicotomías. El adjetivo "nuevo" no sólo se refiere a las circunstancias y medios (nn.44a; cf. EN 19), sino al talante teológico: el Laico no es mitad pagano (índole natural) y mitad cristiano (en su piedad), cf., n.-17, 34d. La evangelización no es sólo de clérigos: en la Iglesia (n.27,33-35) y en el mundo (n.15-17).

-Exige "reforma": rehacer el "entramado" socio-cristiano (n.34c). Y llegar a la comunión "orgánica", como un cuerpo vivo y operante (n.20-21). La parroquia, expresión primordial de comunión (n.26). Que la espléndida teoría se haga "praxis" (n.2). La comunión eclesial, en cuanto deba proyectarse al exterior, como fermento de unidad (no digno uniformidad o monismo) de ideas y comportamientos, puede suscitar problemática notable, en especial para los laicos. A fin de seguir las actitudes básicas (cf. n.35-44; GS 26-32).

* Claves de presente: la ontología o el propio ser laical

- **La condición cristiana**

-Teología del bautizado: llegar a conocer la radical novedad (n.10a); conciencia. No sólo de pertenecer, sino de "ser la Iglesia" (n.9c): partícipes del oficio sacerdotal, profético y real (n.14); "hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo" (n.17f).

-Pastoral de exigencia: el que no da frutos no permanece en la comunión (n.34; cf. AA 2).

- *La condición secular*

-De toda la Iglesia: “hunde su raíz en el verbo Encarnado” (n.15d).

-Del laico: realidad teológica y eclesial, son sólo antropológica y sociológica (n.151) Así se genera una relación entre los diversos estados (sacerdotes, religiosos, laicos) y se resalta la dimensión vocacional (cf. n.15g; LG 31b). Hay algo más que el “elemento general” cristiano. De ahí el avance positivo en la definición de laico (n.9).

- *La condición misionero-.eclesial (c. III-IV)*

Universalismo eclesial: todos “objeto y sujeto de la comunión” (n.55).

Dinamismo difusivo: “La comunión es misión y la misión es para la comunión” (n.32). La Iglesia significando, convoca (y viceversa).

* Claves de futuro: Planteamientos pastorales

- ***La cuestión de la pertenencia:*** Iguales en dignidad (n.,17g, 64f), diversos en funciones (n.20,22) y todos miembros de la Iglesia en sentido pleno (n.16d).

- ***La cuestión de la misión:*** “Id”, llamados al trabajo. Corresponsabilidad y complementariedad. Nadie es autosuficiente: circularidad. Importancia del apostolado asociado (n.29) y de los consejos pastorales (n.63). Aceptación de movimientos bajo criterios de eclesialidad y servicio (n.29-30). Se requiere una “sistemática” labor de catequesis (n.34k).

- ***La cuestión de formación “integral” permanente*** (c.V). Hemos de asumir la necesidad de ser cada uno término y a la vez, principio de la formación espiritual y de valores humanos (n.63, 60). Al obispo corresponde el carisma de discernimiento (n.22, 31, 61d-f). Hay campos a los solamente el laico puede hacer llegar el Evangelio (n.62, 40-44).

- ***Compromiso para la transformación de las realidades temporales,*** aun sabiendo que toda creación humana humana no podrá reflejar plenamente la riqueza cristiana: “Una fe que no se hace cultura, es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida” (n.59; cf. 34e-g, 44). La vida de los laicos en su familia, trabajo, empresa, sindicato, partido,

asociación..., es dato que revela su calidad o quehacer como Iglesia. Mayor colaboración de la mujer (n.52). Creyentes destinatarios y protagonistas de la política (n.43).

- **La cuestión de las generacias intra-eclesiales o ministerios, oficios y funciones:** la capacidad de colaborar le viene al cristiano por su condición sacramental (n.23). El apóstol sirve a la Iglesia “in epousa Christi capitis” y ha de valorar y potenciar la aportación de los fieles para enriquecer a la comunidad con la diversidad de carismas (n.21-31).

- **El trato con el Señor** está unido al envío, el “venid” conlleva el “id”; “separados de mí no podéis hacer nada” (n.32; cf. 35). Llamados a la santidad (n.16-17). Somos el reflejo de la vida trinitaria en el mundo (n.19c, 64d). Intercesión de María (n.64).

116.- La Conferencia Episcopal Española afirma:

- “La Iglesia no vive para sí; está al servicio del Reino de Dios. La Iglesia existe para evangelizar. Esta misión es responsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, “la misión es de todo el pueblo de Dios... es responsabilidad de todos los fieles”. Los laicos incorporados a Cristo por su bautismo participan de la misión de la Iglesia y son ellos mismos misioneros” (“Cristianos Laicos, Iglesia en el mundo”, 22).

- “Es preciso pasar del reconocimiento teórico de la dignidad y responsabilidad de la mujer en la Iglesia al reconocimiento práctico. Las comunidades eclesiales, animadas ya por la participación de numerosas mujeres en tantos servicios, promoverán su participación sin discriminación en los cauces de corresponsabilidad, en las consultas y toma de decisiones” (“Cristianos laicos, Iglesia en el mundo”, n.34).

* Juan Pablo II, por su parte, enseña que “nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito permanecer ocioso” (Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici”, n. 3).

116a.- Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el Encuentro de la Renovación carismática”; 24 de abril de 2000; “Ecclesia”, n.3015; 23 de septiembre de 2000; 30-31.

116b.- Juan Pablo II: Exhortación apostólica “ Chritifideles Laici”, n.30, (1988), PPC. Madrid. 1990.71-74.

116c.- Conferencia Episcopal Española: “Cristianos laicos, Iglesia en el mundo”, 104.

117.- Alocución del 27 de Septiembre de 1980 a los participantes en la IV Asamblea Nacional de la Acción Católica Italiana”. Insegnamenti III,II; 1980; 743).

* Mons. Vitorio Oliver: “Notas definitorias de la Acción Católica” (Ponencia. Escorial. 28-29-I-1989; “Ecclesia”, 11-III-1989).

- Necesidad de releer las notas de la AC

Las cuatro Notas sumadas, como “in crescendo musical dan la fisonomía de la AC y su ser. Nota quiere decir lo que se ve, lo que pertenece a la naturaleza y al ser, lo que define. (...) Volver a leerlas en el contexto de todo el Vaticano II y en el calor de la vida de las misma A.C. las notas nos sitúan en lo esencial, en lo vitalizador, más allá de lo accidental y pasajero, conscientes de que hoy tenemos también que visualizar con rasgos transitorios o con acentos que en el correr de la historia probablemente se perderán. Las Notas hay que leerlas no sólo en las páginas apretadas y densas del n. 20 del Decreto sobre los Seglares (AA) sino en toda la riqueza, que reciben de otras páginas y de otros textos del Concilio. (...) Hay que leerlas en la historia viva de los mismos Movimientos.

- Claves desde las que hay que releer las Notas de la AC

Ninguna nota debe leerse fuera de su contexto ni al margen de las demás notas.

No hemos “inventado” las notas. Hay que releerlas en fidelidad, es decir, hacer memoria. La fidelidad reclama también de nosotros la permanente adaptación de las intuiciones válidas, que hicieron nacer a la Acción Católica, al ritmo y a los acentos de la Iglesia y al paso de la historia.

La eclesialidad. Las notas rezuman, por así decirlo, Iglesia. Es preciso leerlas en esta clave y expresar esta vena enriquecedora de la eclesialidad.

El seguimiento de Jesús, la identidad cristiana y la espiritualidad del seglar, la opción preferencial por los pobres.

* Alfonso Fernández Casamayor: “Espiritualidad y misión del Consiliario. Ser Consiliario hoy. Encuentro Sacerdotes con la A.C.E. (21-23 febrero de 1993. El Escorial.

Estos son los contenidos de esta ponencia:

- Espiritualidad del laico y espiritualidad propia del presbítero.
- Características de la formación del Laicado.

* Comisión Episcopal de Apostolado Seglar: “Encuentro General de Apostolado Seglar: “Sacerdocio actual y Acción Católica” (El Escorial 9-10 de abril de 1996).

Aconsejamos leer el estudio realizado por Alfonso Fernández-Casamayor Palacio titulado: “Bases eclesiológicas de la Acción Católica”. Presenta la Acción Católica de la siguiente forma (pp.20-78).

- Lo que el Concilio Vaticano II explícitamente afirmó
- Necesidad de profundizar en la hondura teológica de lo que afirmó el Concilio.
- La Acción católica en la Iglesia-Misterio, en la iglesia-Comunión y en la iglesia-Misión

* Comisión Episcopal de Apostolado Seglar: “IV Encuentro general de Apostolado Seglar: “Espiritualidad laical de la Acción Católica” (El Escorial, 14-15 de abril de 1998).

Aconsejamos leer el estudio realizado por D. Pedro Escartín: “Espiritualidad de la Acción Católica y servicio del Consiliario” (pp.23-63).

* Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. “V Encuentro de Apostolado Seglar: “La pastoral y la Acción Católica en la Iglesia Diocesana”. (El Escorial 6-7 de abril de 1999).

Aconsejamos leer el estudio realizado por Mons. D. Atilano Rodríguez Martínez: “La pastoral Diocesana y la Nueva Acción Católica”. Dentro de este estudio destacamos el capítulo “¿Qué ofrece la nueva A.C. para la formación del laicado asociado? ((pp.15-41).

- Reconocimiento por parte del magisterio de la Iglesia

- Eclesialidad de la nueva A.C. (Nota 1ª) AA 20ª
- Protagonismo de los laicos (Nota 2ª) AA 20b
- Organización (Nota 3ª) AA 20c
- Sentido jerárquico (Nota 4ª) AA 20d
- Formación y espiritualidad de la nueva Acción Católica.

* Raúl Berzosa Martínez: “Teología y espiritualidad laical”. Editorial CCS. Madrid. 1995.

* Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Christifideles Laici” PPC. Madrid. 1989.

* Conferencia Episcopal Española: “Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo”. EDICE. Madrid 1991. (cf. nn.124-128).

117a.- Juan Pablo II: “Discurso a los consiliarios centrales, regionales y diocesanos de la Acción Católica Italiana. 20-X-1995 (Ecclesia, n.2764, 25-XI-1995; 35).

117b.- Juan Pablo II: Homilía en el “Jubileo del Apostolado de los Laicos. 26-XI-2000.

118.- Juan Pablo II: “Alocución del 26-IV-2002; L’Osservatore Romano; 27-IV-2002, 6 y 7.

118a.- Juan Pablo II: Alocución a la Acción Católica Italiana”; 26-IV-2002;ibd.

119.- Juan Pablo II: Mensaje a la Asamblea Extraordinaria de la Acción Católica Italiana”; (8-IX-2003); “Ecclesia”, n.3174; 11-X-2003; 34-35.

119a.- Juan Pablo II: Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Acción Católica Italiana (Roma-Loreto, 31 de agosto – 5 de septiembre de 2004), 2.

119b.- Concilio Vaticano II: “Lumen Gentium”, n.31.

* Mons. Adolfo González Montes: “La presencia de los cristianos laicos en la vida pública” (Boletín Oficial del Obispado de la Diócesis de Ávila; 24 de marzo de 2002).

119c.- Mons. Antonio Ceballos: Carta pastoral “Conocer, asumir e impulsar la Vocación y Misión de los fieles laicos para una nueva evangelización en nuestra Iglesia civitatense”; Lletra, Ciudad Rodrigo, 1990; 12.

120.- Lourdes Azorín: “Ser y actuar en el Mundo. Juan Pablo II y el apostolado de los laicos” (“Signo”, n.2; Marzo-Abril 2005; p. 14).

* Congregación para la Doctrina de la fe: Nota Doctrinal: “Sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política” Edice. Madrid. 2003.

121.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n.52; BAC. Madrid. 2001

122.- Concilio Vaticano II: “Constitución pastoral de la Iglesia: “Lumen Gentium”, n. 31

* Mons. A. Ceballos escribe: “Los cristianos laicos viven en medio del mundo “igual que la levadura” en la masa (cf. Mt.13,33). Viven en el tejido social y mundano, pero aportando la vida nueva en Cristo, la existencia y la senda de su fe, de su amor y de su esperanza, para iluminar y transfigurar la aventura de la historia, alentando el Espíritu del Señor, avanzando su reinado en el mundo para gloria de Dios Padre. Su pequeño fermento ha hecho fermentar la masa del pan. Ahora pueden venir a la mesa a ofrecerlo, anticipando ya ahora la ofrenda de la humanidad en el cosmos, que se consumará en la gloria. (...) Los cristianos laicos deben ser ante el mundo testigos del camino y la Pascua del Señor. Si los frutos del Espíritu germinan en ellos (cf. Gál.5,22) pueden infundir en el mundo el aliento de las bienaventuranzas (cf. Mt.5,3-9). En una palabra, “lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo”. Fermento y alma del mundo. Desde dentro, no desde fuera (cf. LG 34; Carta a Diogneto). (Carta pastoral: “Conocer, asumir e impulsar la Vocación y Misión de los fieles Laicos para una nueva evangelización en nuestra Iglesia Civitatense”, Lletra. Ciudad Rodrigo, 1990; 12-13).

122a.- Juan Pablo II: Homilía durante la Misa de Beatificación de Pere Tarrés i Claret, Alberto Marvelli y Pina Suriano (5-IX-2004); Boletín del Obispado de Coria- Cáceres; Julio-Octubre, 2004; (782-786).

123.-Juan Pablo II: “Exhortación apostólica: “Christifideles laici”, Edice. Madrid. 1989, n.15

124- Concilio Vaticano II: “Const. Pastoral “Gaudium et Spes”, n. 21

125.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica “Christifideles Laici”, Edice. Madrid. 1989, n.16.

126.- Juan Pablo II: Exhortación apostólica “Christifideles laici”. Edice. Madrid. N.17

126a.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa celebrada en Castelgandolfo para los jóvenes del VII Fórum Internacional, celebrado en Roma del 12 al 15 de agosto (17-VIII-2000); “Ecclesia”, n 3012; 2 de septiembre de 2000; 28-29.

126b.- Juan Pablo II: “Mensaje al cardenal James Stafford, presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, con ocasión del Congreso del laicado Católico”; 21-XI-2000); Ecclesia, n.3026; 9-XII-2000; 29-31.

126c.- Juan Pablo II: Homilía durante la misa con ocasión del Congreso Mundial del Laicado Católico (26-XI-2000); Ecclesia n. 3026; 9-XII-2000; 31-32.

126d.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General. 13-XII-2000; Ecclesia, n.3029; 30-XII-2000; 37-38.

126e.- Juan Pablo II: Mensaje a los participantes en el ICongreso de Laicos Católicos de la Europa del Este, celebrado en Kiev del 8 al 12 de octubre de 2003 (4-10-2003); “Ecclesia”, n.3180; 27-XI-2003; 32-33.

127.- Juan Pablo II: “Discurso a los representantes de las diversas Iglesias Cristianas” (Irlanda); 29-IX-1979

* Juan Pablo II: Catequesis: “Hacia la plena unidad de todos los cristianos”; Audiencia general del 23-I-1980; Osservatore Romano; edic. española, 27-I-80

* Juan Pablo II: Discurso a la Asamblea Plenaria del Secretariado para la Unión de los cristianos (8-II-1980): “El camino del ecumenismo en los primeros meses del pontificado actual”; (Osservatore Romano; edic. esp., 2-III-1980).

* Juan Pablo II escribe: “es importante que los católicos y luteranos aprovechemos las oportunidades de profesar nuestra fe común y de orar juntos por aquella unidad que Cristo quiere para sus seguidores. Nos une el fuerte lazo del bautismo en Cristo. El bautismo es el fundamento de nuestra unidad;

nos corresponde desarrollar su dinamismo interior hacia la plenitud de vida en Cristo” (cf. UR 22) (Discurso a fieles luteranos”, 27-IV-1989).

* Juan Pablo II: “El Tríptico de las Virtudes y el Ecumenismo”; Audiencia General, 22-XI-2000; Ecclesia, n.3028; 23-XII-2000; 34-35.

* Card. Walter Kasper: “La Declaración sobre la Justificación un motivo de esperanza”; “Ecclesia”; n.3008-09; 5 y 12 de agosto de 2000; 8-12.

* Card. Walter Kasper habla sobre la situación del Ecumenismo en estos términos: “tras una fase del movimientos ecuménico, a continuación del Concilio Vaticano II caracterizada por una cierta euforia, durante el último decenio hemos experimentado signos de cansancio, de desilusión y de estancamiento. Algunos hablan incluso de crisis o de un nuevo invierno ecuménico. Esta situación es en cierta manera el indicio y la prueba del triunfo del movimiento ecuménico. Cuanto más se acercan unos a otros los cristianos de diferentes Iglesias y Comunidades eclesiales, más perciben las diferencias que subsisten y las dificultades transitorias que afrontan para superarlas y tanto más sufren por no poder participar aún en la única Mesa del Señor. Por tanto, la frustración puede ser también entendida en sentido positivo” (Texto citado por Mons. R. Blázquez en “Situación actual del Ecumenismo en España” 30-IV-2004; Boletín Oficial del Obispado de Bilbao).

* Mons. Ricardo Blázquez recuerda algo importante: “El trabajo por la unidad de los cristianos supone la fraternidad fundada en el bautismo y tiende a la unidad plena y visible en la fe, los sacramentos, particularmente en la común celebración eucarística, y en el ministerio jerárquico” (“Situación actual del Ecumenismo en España”, Boletín Oficial del Obispado de Bilbao; 30-IV-2004).

* Mons. Adolfo González Montes: “Enchiridion Oecumenicum”. Univers. Pontificia de Salamanca. 1986.

* Mons. Adolfo González manifiesta que “la labor de Iglesia de Juan Pablo II no se queda encerrada en las fronteras de la Iglesia Católica, porque todas las Iglesias cristianas le han amado y están agradecidas a la forma en que él ha ejercido el ministerio petrino; aun cuando el Papa no haya logrado plenamente las metas ecuménicas que se propuso como la plena restauración de la comunión con la gran Iglesia rusa. El impulso ecuménico de su pontificado es una herencia común para todos los cristianos. Como él dejó claro en sus discursos y escritos, pero sobre todo en su Encíclica “Ut unum sint”, de 1995, después del compromiso ecuménico de la Iglesia de nuestros días es imposible retroceder en el camino hacia la unidad visible de la

Iglesia” (Carta a los diocesanos: “Ante la muerte del Papa Juan Pablo II”; 3-IV-2005; Boletín Oficial del Obispado de Almería; año XIII; Abril-Junio 2005; núms. 4-6; 228-230).

* “Ecclesia Una”. Homenaje en honor de Mons. D. Adolfo González Montes. Miscelánea. Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos “Juan XXIII”. Salamanca. 2000.

* Pastoral Ecuménica (Centro ecuménico: “Misioneras de la Unidad”. Madrid. Septiembre-Diciembre 2005; Vol.XXII; n. 66).

Insertamos aquí estos artículos importantes:

- Eduardo de la Hera Buedo: “El arte de dialogar: la “Ecclesiam suma” de Pablo VI, después de cuarenta años de navegación” (pp.11-36).

- Eloy Bueno de la Fuente: “Reflexiones en el XL aniversario de las declaraciones conciliares: “Nostra Aetate” y “Dignitatis humanae”, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas y la libertad religiosa: “Nostra aetate”: un símbolo del concilio Vaticano II” (pp.37-50).

127a.-Card. Roberto Tucci: “Los viajes internacionales de Juan Pablo II”, en “Razón y fe”; Junio-2005;539-552.

128.- Juan Pablo II: “Encíclica: “Redemptor Hominis”, n.6; 1979

* Juan Pablo II escribe: “El gran movimiento ecuménico, ciertamente inspirado por el Espíritu de Jesús, desde hace años, lleva a la Iglesia católica a buscar con otras Iglesias y Confesiones cristianas la recomposición de la perfecta unidad querida por el Señor (...) Este movimiento ha tomado pleno relieve en el Concilio Vaticano II y, a partir del Concilio, ha cobrado en la Iglesia un nuevo desarrollo, que se concreta en una serie impresionante de hechos y de iniciativas, conocidas de todos” (Exhortación apostólica: “Catechesi tradendae”, 16-X-1979, n.32).

129.- Jutta Burggraf escribe respecto a los cristianos anglicanos: “la encíclica de Juan Pablo II sobre el ecumenismo, “Ut unum sint” fue recibida en Inglaterra con especial alegría, y los anglicanos respondieron con la redacción de un documento que llevaba el mismo título, aunque en inglés: “May they all be one (Que todos sean uno). Cuatro años más tarde, publicaron otro documento interesante: “The gift of authority” (“El don de la autoridad”), en el que, sin entrar en detalles, reconocen el papel insustituible que desempeña el Obispo de Roma para la comunión de todas las Iglesias cristianas. Sin

embargo el diálogo entre anglicanos y católicos demuestra que es difícil borrar prejuicios centenarios (como en el caso de los ortodoxos), tanto como para alcanzar acuerdos teológicos. La ordenación de mujeres, con todo lo que implica, no es el único punto conflictivo. Tampoco han faltado distintas sensibilidades y convicciones en lo que se refiere a la admisión a la comunión eucarística de personas divorciadas vueltas a casar, a la legitimidad moral de los métodos anticonceptivos, al aborto y a la homosexualidad” (“Juan Pablo II y el Ecumenismo”; Semanario Católico “Alfa y Omega”; 7-IV-2005; p.63).

* Juan Pablo II: “Discurso a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos”; (17-II-1995) (Boletín O.E. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; 37-41).

130.- Jutta Burggraf escribe respecto a los “cristianos protestantes”: “Con la declaración conjunta acerca de la justificación” (1999), han llegado a un consenso fundamental sobre la doctrina de la gracia en relación con las obras humanas, motivo de controversia entre protestantes y católicos desde los tiempos de la reforma. Puede decirse que se ha avanzado más, en las últimas décadas, que en los 450 años precedentes. Sin embargo, siguen existiendo divergencias, sobre todo respecto a la eclesiología y los sacramentos. En comparación con los luteranos, la relación de la Iglesia católica con los católicos reformados es más difícil y laboriosa. Tras algunos contactos previos, se realizaron con ciclos de diálogos. Pero en 1995 se enfriaron las relaciones, debido a la canonización de Jan Sarkander, un mártir checo del siglo XVII, que murió asesinado por los protestantes. Los calvinistas checos interpretaron esta canonización como una aprobación de las violencias católicas” de aquellos tiempos. La crisis no ha podido superarse, aunque continúan manteniéndose ciertos contactos” (“Juan Pablo II y el Ecumenismo”; Semanario católico “Alfa y omega”; 7-IV-2005; 63).

* Respecto a los cristianos ortodoxos, Jutta Birggrad escribe: “ Por impulsos de Juan Pablo II, la Iglesia católica mantiene, en la actualidad, diálogos oficiales con los representantes de las principales Iglesias cristianas. Con los ortodoxos, no hay desacuerdos doctrinales de especial gravedad; pero las dificultades de naturaleza psicológica pesan mucho. (...) Pocos líderes ortodoxos han respondido con generosidad al gran deseo del Papa de salvar las distancias entre Este y Oeste, en los umbrales del tercer milenio. Sin embargo, no cabe duda de que, al intentar la unidad, el Papa ha sembrado las semillas de una reconciliación futura” (Jutta Burggraf: “Juan Pablo II y el ecumenismo”; Semanario católico. “Alfa y Omega”; 7-IV-2005; 63).

130a.- Discurso de Juan Pablo II en el encuentro ecuménico celebrado en la catedral de Nuestra Señora de Egipto, de el Cairo (25-II-2000); “Ecclesia, n.2987; 4-III-2000; 28-29)..

* Juan Pablo II: “Carta del Papa a los Obispos del Continente Europeo sobre las relaciones entre Católicos y Ortodoxos en la nueva situación de Europa Central y Oriental” (31 de mayo de 1991.

130b.- Juan Pablo II: Discurso en el encuentro ecuménico en el patriarcado Greco-Ortodoxo de Jerusalén; 25-III-2000; “Ecclesia, n.2992; 8-IV-2000; 29-30.

130c.- Juan Pablo II: “Discurso con ocasión de la visita de la reina Isabel II de Inglaterra (17-X-2000); Ecclesia, n.3024; 25-XI-2000; 35-36.

130d.- Juan Pablo II: Homilía con ocasión de la celebración ecuménica en la Basílica Vaticana (10-XI-2000); Ecclesia, n.3024; 25-XI-2000, 23-24.

130e.- Su Santidad Kerkin II, patriarca supremo y “católico” de todos los armenios, con ocasión de la celebración ecuménica en la Basílica Vaticana (10-XI-200). “Ecclesia, n.3024; 25-XI-2000;24-25.

130f.- Juan Pablo II: “Discurso de Juan Pablo II a su Gracia Rowan Douglas Williams, arzobispo de Canterbury y primado de la Comunión Anglicana” (4-X-2003); (Ecclesia. n.3175; 18 de octubre de 2003; 30.

130g.- Revista “**Diálogo Ecuménico**”: “40 años del decreto Conciliar “Unitatis Redintegratio”. Evocación histórica y perspectiva de futuro”; Tomo XXXIX; Año 2004; núm. 124-125. Univ. Pontif. de Salamanca (España).

Ofrecemos a continuación algunos trabajos de carácter ecuménico que contiene este número de la revista:

* Juan Cruz Arnanz Cuesta: “Historia de la Redacción del Decreto” (pp.243-271).

* Santiago Madrigal Terranzas: “No hay “ressourcement” sin diálogo ecuménico”; el Diario conciliar de Ives Congar” (pp.273-314).

* Pedro Langa: “Participación de los teólogos en la elaboración de “Unitatis redintegratio” (pp. 315-356).

* Santiago Madrigal Terrazas: “Capítulo I: Principios católicos sobre ecumenismo” (pp.357-383).

* Fernando Rodríguez Garrapucho: “Capítulo II. Práctica del ecumenismo” (pp.384-415).

* Santiago del Cura Elena: “Capítulo III: Iglesias y Comunidades eclesiales separadas de la sede Apostólica romana: la cuestión de su eclesialidad en perspectiva católica” (pp.416-473).

* Dimitros Salachas: “Las Iglesias Orientales y Ortodoxas en los decretos conciliares Unitatis redeintegratio y “Orientalium Ecclesiarum”. (pp. 507-536)

* Pedro Rodríguez y José R. Villar: “Las “Iglesias y Comunidades eclesiales” separadas de la Sede Apostólica Romana” (pp.537-623).

* Angelo Maffei: “Iglesia en diálogo. Implicaciones eclesiológicas del diálogo en la Iglesia y entre las Iglesias” (pp.625-670).

Revista “Pastoral Ecuménica” (Enero-Agosto 2005; Vol.XXII. Centro ecuménico “Misioneras de la Unidad”. Madrid).

131.- Encuentro de Juan Pablo II y Bartolomé I. Los documentos pueden verse en la Revista “Ecclesia”, n.3213; 10 de junio de 2004; 24-33.

132.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n. 48.

* Juan Pablo II: “Discurso a un grupo ecuménico de teólogos católicos y evangélicos de Alemania” (3-IV-2001). Sus presidentes son: Card. Karl Lehmann y el obispo evangélico Harmut Löwe.

* “Carta Ecuménica”. Directrices de la Conferencia de Iglesias Europeas (KEK) y del consejo de Conferencias Episcopales Europeas (CCEE) con vistas a una colaboración creciente entre las Iglesias en Europa (Estrasburgo, 22-IV-2001).

* Mons. Adolfo González Montes: “Una “Carta Ecuménica” para Europa” (Ecclesia, n.3047; 5 de mayo de 2001).

* Mons. Adolfo González Montes: “En la conmemoración conjunta de las Comunidades Israelitas de España y la Conferencia Episcopal Española del

XL Aniversario de la declaración “Nostra Aetate”; (28-X-2005); www.conferenciaepiscopal.es/interconfesional/nostraaetate.

* Mons. Ricardo Blázquez escribe: “La unidad auténtica de la Iglesia no se alcanza al precio de la verdad ni del amor cristiano. Si la Iglesia es de orden sacramental, también lo es su unidad; consiguientemente, la unidad interior y visible en la fe, los sacramentos y la comunión con los sucesores de los apóstoles presididos por el Obispo de Roma es la meta del ecumenismo. Sin una teología adecuada de la Iglesia y de su unidad queda oscurecida la meta del ecumenismo y lastrado el movimiento ecuménico” (“La situación actual del Ecumenismo en España” (Boletín Oficial del Obispado de Bilbao, 30-IV-2004).

* Card. Walter Kasper: “Cuarenta años de ecumenismo postconciliar”, en la Conferencia sobre el XL aniversario del Decreto Conciliar “Unitatis redintegratio” (11-XI-2004) (“Ecclesia”, n. 3232; 20-XI-2004; 33-38).

* Card. W. Kasper: “La Teología ecuménica: situación actual” en “Diálogo ecuménico”; Tomo XXXIX; año 2004; núm. 123; (pp.87-107).

* Mons. Brian Farrel, secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la unidad de los cristianos, explica cómo está, a día de hoy, el diálogo con las otras Iglesias Cristianas. (Ecclesia; n. 3192; 14-II-2004).

* Card. Walter Kasper: “Ecumenismo de la vida y comunión eucarística”, en “Sacramento de la Unidad. Eucaristía e Iglesia”. Sal Terrae. Santander. 2005

132a.- Juan Pablo II: Palabras finales en la celebración de la Eucaristía en Riga (Letonia); 8-IX-1993).

132b.- Juan Pablo II: “Alocución a los jóvenes musulmanes; Casablanca, 1985).

133.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n. 48.

* Juan Pablo II: “Mensaje a los participantes en la asamblea plenaria del Pontificio Consejo para el diálogo inter-religioso” (24-IV-1990); Ecclesia, n.2485; 21-VII-1990; 25-27.

“Todavía debe llevarse a cabo una cuidadosa y profunda investigación teológica en lo que concierne a la relación entre la Iglesia y otras religiones.

El problema de cómo Dios realiza la salvación de todos aquellos que lo invocan a través de la única mediación de Cristo es un problema que exigen la atención permanente de la Iglesia, así como también la labor del Espíritu de Cristo en los miembros de otras religiones. Existen igualmente cuestiones teológicas y pastorales concernientes a la oración y a la adoración entre los seguidores de diversas religiones. (...) (n.3)

Este Consejo, sin embargo, no está solamente interesado en la investigación teológica. Está llamado a ser el brazo de la Iglesia, como tal, de Cristo, que llega personal y amorosamente a todos los creyentes religiosos. El diálogo no es tanto una idea para ser estudiada sino un camino para vivir en afinidad positiva con otros. Por ello, es importante que lleguéis a conocer y a entender, por medio del contacto y la experiencia personales, las convicciones religiosas de otros (cf. NAe., 2)".

* Juan Pablo II: "Discurso a la Asamblea Plenaria para el Diálogo Interreligioso (24-II-1995); (Boletín O.E. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Febrero 1996; 42-45.

* Comisión Teológica Internacional: "El cristianismo y las Religiones"; Edim Ediciones. Arzobispado de Valencia. 1997.

* Juan Pablo II: "Mensaje al Card. Edward I. Cassidy para los representantes de las Iglesias y Comunidades cristianas y de las grandes Religiones mundiales en el XIII Encuentro Internacional de Lisboa (21 de septiembre de 2000).

Insertamos unas palabras del Santo Padre

- "Sí, queridos hermanos y hermanas cristianos: esa unidad sigue siendo para nosotros compromiso prioritario. Contemplemos con esperanza el siglo que acaba de abrirse, porque "la larga historia de los cristianos, marcada por múltiples divisiones, parece recomponerse, tendiendo a la fuente de su unidad que es Jesucristo" ("Ut unum sint, 22).

- Estoy convencido de que el "espíritu de Asís" constituye un don providencial para nuestro tiempo. En la diversidad de las expresiones religiosas, lealmente reconocidas como tales, el permanecer unos junto a otros manifiesta también de manera visible la aspiración a la unidad de la familia humana. Todos hemos de caminar hacia esa única meta (...)

El diálogo entre las religiones sólo a esto debe tender, sólo por ello ha de afanarse. Hoy, gracias a Dios, este diálogo ya no es tan sólo un deseo, sino

que se ha hecho realidad, por muy largo que sea el camino que aún nos queda por delante.

¿Cómo no dar gracias al Señor por el don de esta apertura recíproca que preludia una comprensión más honda entre la iglesia católica y el Judaísmo, precisamente cuando tan vivos permanecen en mí los recuerdos de la inolvidable peregrinación a Tierra Santa?

Frutos significativos ha producido también el camino de encuentro con el Islam, con las religiones orientales y con las grandes culturas del mundo contemporáneo.

En los albores del nuevo milenio no debemos aminorar nuestro paso, sino más bien acelerar aún más tan prometedor camino”.

Bien sabéis que el diálogo, si no ignora las diferencias reales, tampoco suprime la común condición de peregrinos hacia nuevas tierras y nuevos cielos. Y también invita a todos a reforzar esa amistad que ni separa ni confunde. Todos debemos ser más audaces en este camino para que los hombres y mujeres de este mundo nuestro, cualesquiera que sean su pueblo y su creencia, puedan descubrirse hijos del único Dios y hermanos y hermanas entre sí” (“Ecclesia”, n.3018; 14 de octubre de 2000; 33-34).

* Mons. R. Blázquez afirma: “el diálogo interreligioso, por su parte, su fundamenta en el mutuo respeto de los fieles de las distintas religiones, y tiende a la recíproca y creciente comprensión, a la amistad y a la eventual colaboración en ciertas causas, pero nunca la unidad de las diferentes religiones en una religión superior englobante. Confundir los campos del ecumenismo y del diálogo interreligioso traería funestas consecuencias para el ecumenismo, que quedaría subsumido en una síntesis más abarcadora. Tanto en la base teológica como en la finalidad se distinguen cualitativamente el diálogo ecuménico y el diálogo interreligioso” (Situación actual del Ecumenismo en España”. Boletín oficial del Obispado de Bilbao30-IV-2004).

* Card. W. Kasper, en referencia a “la mezcla, que conduciría a subestimar las diferencias confesionales” (Mons. R. Blázquez), se inscribe “dentro de un pensamiento pluralista y relativista moderno y postmoderno, que se aleja de la cuestión de la verdad, quiere abandonar las diferencias actuales en materia de fe y se impone una tolerancia mal comprendida, que no está basada en el respeto de las opiniones de los otros, sino en una actitud indiferente ante las convicciones de fe propias y ajenas. Una cosa debe quedar clara: el ecumenismo no es la causa, sino la víctima de este relativismo”, (citado por Mons. Blázquez, a.c.) .

* Joseph María Roriva Belloso: “La originalidad del cristianismo en el contexto interreligioso”: “Vida Nueva”, n.2371; 29-III-2003. Pliego. Destacamos este fragmento del artículo:

“La esencia del cristianismo no puede ser un mero enunciado conceptual, sino una verdadera “confesión de fe” de la que brota la acción. (...).

La esencia del cristianismo no puede derivarse de ningún presupuesto cultural, sino de la revelación de Dios. Y la revelación de Dios se realiza en la persona viva de Cristo. Él, pues, no tanto su mensaje o sus valores o su ejemplo, sino simplemente Él mismo, como revelación de Dios, es lo original cristiano.

“Al Concilio Vaticano II me remito para entender un cristianismo sin reducciones: Cristo vivo, Hijo del Padre, donador del Espíritu a través de los sacramentos de la Iglesia y de la caridad de los que han recibido con fruto su Gracia. Pero también un cristianismo en dialogo humilde con todos los seres creyentes y religiosos, además de servicial ante el dolor de los hombres y de las mujeres excluidos de la fiesta de la vida. Un diálogo en el que la Iglesia no teme el último lugar, el de la humildad y el servicio amante y eficaz, porque éste fue el lugar de Jesús clavado en la Cruz, el Primero y el Último. Jesús sabía, en efecto, que -aun con las manos atadas ante Pilato o clavadas en la cruz- llegaba también la hora en que el mundo había de ser bendecido y ungido con la efusión del Espíritu.

* S.Pié: “La Teología Fundamental”; Salamanca. Secretariado Trinitario; 2001; pp.274-296.

* J.Dupuis: “Jesucristo al encuentro de las religiones”; Madrid. San Pablo. 1991.

* J.Dupuis: “Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso”. (Salamanca. Secretariado Trinitario. 2000).

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Notificación a propósito del libro del Rvd. P. Jacques Dupuis, S.J. “Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso” (Cantabria. Sal Terrae. 2000”.

Recordamos el título de los capítulos de la misma por su importancia e invitamos a leerlos:

- + A propósito de la mediación única y universal de Jesucristo.
- + A propósito de la unicidad y plenitud de la revelación en Cristo
- + A propósito de la acción salvífica universal del Espíritu Santo.
- + A propósito de la ordenación de todos los hombres a la Iglesia
- + A propósito del valor y de la función salvífica de las tradiciones religiosas.

134.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, n.56; Madrid. BAC. 2000.

134a.- Juan Pablo II: “Tertio Millennio Adveniente”.(ib.)

* Pedro J. Lasante escribe: “en línea con lo afirmado por el Santo Padre unas palabras esclarecedoras: “la religión cristiana se diferencia de las demás en que es revelada: es Dios quien se ha dado a conocer por propia iniciativa, es Él quien ha salido al encuentro del hombre. Por eso la razón de su verdad: ¡la religión cristiana es divina! Gracias a Cristo, el hombre no busca a tientas a Dios, sino que puede conocerle con verdad, y entregarse a Él por la respuesta de la fe. No así las demás religiones, que son el resultado de la búsqueda que el hombre ha realizado a lo largo de la historia para encontrar a Dios. Búsqueda ardua y laboriosa, que ha granado en frutos, pero que también se ha visto acompañada de errores y pecados que han dificultado el encuentro con el verdadero Dios. Sin embargo, estas religiones conservan elementos de bondad y valores eminentes, al tiempo que son un “don de Dios”, que depositó en el corazón humano el anhelo de su búsqueda, y los medios para alcanzarlo, aunque fuera a tientas (cf. Nostra aetate, 29.

No obstante, la perfección de toda religión es la cristiana, porque es la manifestación del mismo Dios, por lo cual las demás están llamadas a encontrarse en ella. Por eso, Juan Pablo II afirma: “El Verbo encarnado es, pues, el cumplimiento del anhelo presente en todas las religiones de la humanidad: este cumplimiento es obra de Dios y va más allá de toda expectativa humana. Es misterio de gracia” (TMA 6a). Por esto, “Cristo es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y por ello mismo es su única y definitiva culminación” (TMA 6c). En Cristo, Dios ha salido en busca del hombre, para derrotar el mal y hacerlo partícipe de su Vida por medio de la filiación divina” (“Jubileo año 2000.Desafíos a la Iglesia”; Edibesa, Madrid 1999; 144-145).

* Mons. Demetrio Fernández González escribe en su carta pastoral a sus diocesanos en la muerte de Juan Pablo II: “Juan Pablo II pasará a la historia como el Papa del diálogo interreligioso, que no es sincretismo en el que todo vale, sino respecto a cada hombre en esa dimensión más honda de su

fe y de sus creencias para proponerle, nunca para imponerle, la verdad plena de Jesucristo. Esta valoración de todo hombre y de toda experiencia humana religiosa le han acreditado como persona con una autoridad moral inigualable. Algunos sectores de la ortodoxia han pensado que se trataba de una actitud proselitista, y no han aceptado el abrazo fraterno tan deseado de Juan Pablo II” (Boletín del Obispado. Diócesis den Tarazona; mayo de 2005).

* L. F. Ladaria: “La encarnación de Dios y la teología cristiana de las religiones”, en “Dios y el hombre en Cristo”; Homenaje a Olegario González de Cardenal. Edi. Sígueme. Salamanca, 2006; pp.223-243.

* J. Martín Velasco: “Aportaciones desde la fenomenología y la filosofía de la religión a la teología cristiana de las religiones”, en “Dios y el hombre en Cristo”; Homenaje a Olegario González de Cardenal”. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.201-222.

* Santiago del Cura Elena: “Unus de Trinitate”. Repensar el monoteísmo trinitario en diálogo con el Judaísmo y con el Islam”, en “Dios y el hombre en cristo”. Homenaje a Olegario Gónzalez de Cardenal. Edi. Sígueme. Salamanca-. 2006; pp.245-271.

135.- Concilio Vaticano II: Decreto “Nostra aetate”, n.2

* Juan Pablo II afirma: “ El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo, independientemente de los medios ordinarios que Él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al Bautismo que Dios quiere para todos los pueblos” (“Carta a los obispos de Asia”, 1990).

* Juan Pablo II: Discurso a un grupo de Obispos brasileños con motivo de la visita “ad limina”: 31-V-1990: “El sincretismo y las sectas reclaman la evangelización” (Ecclesia. n.2490-2491; 25 de agosto y 1 de septiembre 1990).

* Comisión Teológica Internacional: “El Cristianismo y las Religiones” Ed. Española. EDIM Ediciones. Arzobispado de Valencia. 1997.

* Card. W. Kasper: “Diálogo entre cristianos y entre religiones”. Ecclesia. 26-I-2002; n.3085.

* Card. J. Ratzinger: “Fe, verdad y tolerancia”. El cristianismo y las religiones del mundo”. Sígueme. Salamanca. 2005.

* Pedro Rodríguez Panizo: “Karl Rahner y la presencia de Cristo en las otras religiones”; en “Estudios Eclesiásticos”; abril-junio; vol.80; núm.313; 315-323.

136.- Semanario “Alba” del tercer Milenio: “Especial Juan Pablo II. Gracias, Santo Padre”; 3-IV-2005; p.31).

* Mauro Velati: “Los Otros: Ecumenismo y religiones” (“Concilium”; 312, septiembre 2005; Edit. Verbo Divino 483-497).

136a.- Juan Pablo II: “Discurso a los representantes de otras confesiones y religiones en el centro “Msimbazi” (Tanzania); 2-IX-1990; “Ecclesia”, n.2494; 22 de septiembre 1990; 22-23.

136b.-Mons. José Capmany Casamitjana: Introducción General a “La Iglesia misionera. Textos del Magisterio Pontificio”. BAC Madrid.1994. 54.

136c.- Mons. José Capmany Casamitjana, ib., 54-55.

136d.- Juan Pablo II: Alocución en el Angelus del 13 de marzo de 1994; “Ecclesia”, n.2679-2680; 9-16 de abril de 1994; 35.

136e.- Juan Pablo II: “Discurso en el encuentro interreligioso en el Instituto “Notre Dame” de Jerusalén: 23-.III-2000; “Ecclesia”, n.2991; 1-IV-2000; 35-36.

136f.- Mauro Velati: “Los Otros: Ecumenismo y Religiones”, en “Concilium”, 312; septiembre de 2005; Edit. Verbo Divino; 491.

* Juan Pablo II: Algunos escritos sobre “Iglesia y Judaísmo”.

+ Carta de Juan Pablo II de presentación del documento: “La Iglesia alienta a su hijos a purificar sus corazones a través del arrepentimiento”. Vaticano, 12-III-1998.

+ Discurso ante los Participantes del Simposio sobre “Las raíces del antijudaísmo en los ambientes cristianos” (Roma, del 31-X- al 2-XI de 1997).

+ Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica (11-IV-1997).

+ Discurso a los miembros del Consejo Central de los Judíos (Berlín, 23-VI-1996).

+ Palabras a los representantes del B´Nai B´Rith Internacional (Marzo-1996).

+ El Papa Juan Pablo II recuerda a las Sinagogas de Polonia (Extracto del Libro “Cruzando el umbral de la esperanza”).

- + Primer embajador de Israel ante la Santa Sede. Discurso de Juan Pablo II (Vaticano, 29-IX-1994).
- + Discurso en conmemoración del Holocausto de millones de judíos (7-IV-1994).
- + Encuentro del Papa Juan Pablo II y el Rabino Lau (Octubre 1993).
- + En el Cincuenta aniversario del levantamiento del Ghetto de Varsovia (Vaticano, 6-IV-1993).
- + Encuentro del Papa Juan Pablo II con el Consejo Británico para los cristianos y los Judíos. (Vaticano, 16-XI-1990).
- + Encuentro del Papa Juan Pablo II con el “Comité Judío-Americano” (Vaticano, 16-III-1990).
- + Carta de Juan Pablo II en el cincuenta aniversario de la II Guerra Mundial (27-VIII-1989).
- + Mensaje de Juan Pablo II a la Conferencia episcopal Polaca en el cincuenta aniversario de la II Guerra mundial (Vaticano, 26-VIII-1989)
- + Discurso de Juan Pablo II a la Comunidad Judía de Alsacia (Noviembre de 1988).
- + Discurso del Papa a los representantes de la Comunidad Judía de Viena (24-VI-1988).
- + Discurso del Papa a los representantes de las Organizaciones judías norteamericanas. Miami, 11-IX-1987).
- + Juan Pablo II en el Campo de concentración de Majdanek (Junio-1987).
- + Discurso a la Comunidad judía de Australia. Sydney, 26-XII-1986.
- + Discurso de Juan Pablo II en la Sinagoga de Roma (13-IV-1986).
- + Palabras de Juan Pablo II al Consejo internacional de Judíos y Cristianos (Julio, 1984).
- + Saludo del Papa a la Federación Suiza de las Comunidades israelitas. Friburgo, 13-VI-1984.
- + Saludo de Juan Pablo II a la Comunidad Judía de España (3-XI-1982)
- + Encuentro con los representantes de las Comunidades Judías de Gran Bretaña (6-VI-1982).
- + A la Comunidad judía alemana (Maguncia. 17-XI-1980)
- + Pésame del Papa por las víctimas del atentado a una sinagoga de Viena (29-VIII-1980).
- + Discursos del Papa a los representantes de las Comunidades Judías de Francia y Brasil con ocasión de sus viajes a dichas naciones (1-VI-1980).
- + Palabras de Juan Pablo II en el Campo de concentración de Auschwitz (7-VI-1979).
- + Discurso de Juan Pablo II a los Presidentes y Delegados de las Organizaciones judías mundiales (12-III-1979).

137.- Concilio Vaticano II: Decreto *Nostra Aetate*”, n.4

* Bruno Forte: “¿Dónde va el Cristianismo?”; Palabra. Madrid. 2001; 37-40.

138.- Juan Pablo II: “Alocución a los miembros de otras Confesiones Cristianas y a la Comunidad Judía”, La Habana. 25-I-1989),

* Pedro Langa: “Iglesias y Religiones en la nueva Europa”; “Ecclesia”; n.3120; 28 de septiembre de 2002; 6-8.

138a.- Juan Pablo II: “Saludo a los Rabinos Jefes en el Hechal Shlomo (23-III-2000); “Ecclesia”, n.2991; 1-IV-2000; 33.

138b.- Juan Pablo II: “Discurso en la recepción de Cartas Credenciales del nuevo Embajador del Estado de Israel ante la Santa Sede (18-IX-2000); “Ecclesia”, n.3018; 14 de octubre de 2000; 35-36.

139.- “Ecclesia”; n. 3242; 29-I-2005; 23.

140.- Concilio Vaticano II: Decreto “Nostra Aetate”, n.3

* Bruno Forte: “¿Dónde va el Cristianismo?”; Palabra. Madrid. 2001; 40-43

* Conferencia Episcopal Francesa: “Católicos y Musulmanes: un camino de encuentro y de diálogo”; Asamblea Plenaria. Lourdes, 4 al 10 de Noviembre de 1998. (“Ecclesia”; n.2965; 2-X-1999).

141.- Concilio Vaticano II: Decreto: “Nostra Aetate”; n.3

142.-Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales. Secretariado. “Católicos y musulmanes al encuentro”. EDICE. Madrid. 2000

* Comisión Islámico-Católica: “Dignidad humana y derechos humanos en los conflictos armados” (Roma. 20-I-2004).

Insertamos aquí los puntos del citado comunicado:

“Debido a que nosotros, cristianos y musulmanes, creemos en un único Dios, reconocemos que la paz es un nombre de Dios, y que la dignidad humana es un don de Dios Todopoderoso. Con todo hacemos un llamamiento para una oración por la paz, y afirmamos que la justicia y la paz son la base de las relaciones y de la interacción entre las personas humanas” (n.1).

“Hacemos un llamamiento para un fin inmediato de todos los conflictos, incluyendo todas las formas de conflictos armados, así como cualquier clase de agresión contra la seguridad y estabilidad de los pueblos.

“Afirmamos los derechos de los pueblos a la autodeterminación, de forma que se preserve la vida, especialmente de las personas inocentes, los niños, las mujeres, los mayores y los discapacitados (n.2).

“Hacemos un llamamiento para un total respeto a la ley humanitaria y a los derechos de los civiles, así como a los de los prisioneros durante los conflictos armados y, además, para que nadie esté privado del acceso al agua, la alimentación, las medicinas y la atención médica.

“También hacemos un llamamiento para que se preserven las infraestructuras, la propiedad, los hogares, los árboles, los animales y todo lo que es necesario para la vida. Este llamamiento se basa en los valores religiosos comunes y en la necesidad de apoyar las convenciones internacionales (n.3).

“Hacemos un llamamiento para el respeto del carácter sagrado de los lugares de culto y para su protección en tiempo de guerra y de paz, y para que se defienda el derecho de culto (n.4).

“Afirmamos el derecho a la libertad religiosa y a la práctica de nuestras religiones de acuerdo con sus particularidades (n.5).

“Estamos convencidos de que la violencia genera violencia, y que este círculo vicioso debe terminar.

“Declaramos que el diálogo es el mejor camino para tratar los conflictos y las guerras y para practicar la justicia y ser constructores de la paz entre los seres humanos y las sociedades y, por tanto, alentamos el desarrollo de la cultura y del diálogo” (n.6)

El Santo “Padre “expresó su aprecio por el trabajo de la Comisión y la alentó a continuar sus esfuerzos para promover la paz” (Ecclesia, n.3198; 27-III-2004).

* Documento de estudio del Comité “Islam en Europa” del Consejo de Conferencias Episcopales Europeas (CCEE) y de la Conferencia de Iglesias Europeas (KEK) (Diciembre de 2003) (1-I-2004) (Ecclesia, n.3198; 27-III-2004).

143.- Discurso de Juan Pablo II en Asís, 10-I-1993

144.- Discurso de Juan Pablo II en Dakar (Senegal, 1992).

145.- Discurso de Juan Pablo II en Cotonú (Benín, 1993)

146.- Juan Pablo II: Discurso en Jartum (Sudán. Febrero 1993)

146a.- Juan Pablo II: “Discurso a los representantes de Medios de Comunicación Social”. Madrid. 2-XI-1982; BAC. Minor. Madrid.; 1982.

146b.- Juan Pablo II: “Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (11 de mayo de 1986). Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; abril de 1986; 246-250.

146c.- Juan Pablo II: Comunicación al Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales, 4-III-1994. “Ecclesia, núms. 2679-2680; 9-16 de abril de 1994; 36-37.

147.- Juan Pablo II: Discurso con ocasión del Jubileo de los periodistas”, 4-VI-2000; “Ecclesia”, n.3001; 17 y 24 de junio de 2000; 29-30.

147a.- Juan Pablo II: Mensaje en la XXXIX Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales; 24-II-2005; Boletín Oficial Eclesiástico de la Diócesis de Jaén; Mayo-Junio 2005; 103-104.

147b.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “El rápido desarrollo”, dirigida a los Responsables de las Comunicaciones sociales”, 24-I-2005; “Boletín Oficial Eclesiástico de la Diócesis de Jaén: Mayo-Junio 2005; 105-111.

147c.- Juan Pablo II: Discurso al Cuerpo Diplomático en Madrid (España). 2-XI-1982 (BAC Minor; 1982).

148.- Juan Pablo II: “Discurso de Juan Pablo II en el Jubileo de los Gobernantes, Parlamentarios y Políticos (4-XI-2000); Ecclesia, n.3023; 18-XI-2000; 30-31.

* Mons. Fernando Sebastián: “Los cristianos y la Política”, en “Ecclesia”, n.3158; 21 de junio de 2003; 6-7.

Recordamos sus principales afirmaciones:

- La fe cristiana extiende su influencia a todas las áreas de la vida, también a las actividades políticas. Estas, en la medida en que son acciones humanas, tienen que estar reguladas y justificadas por unos criterios morales. Cuanto se puede hacer en política, tiene una dimensión moral (...)

- Cualquier actividad política, concebida desde una visión cristiana de la vida, ha de entenderse y realizarse como un servicio efectivo a la comunidad, con el fin de proteger y favorecer el bien común de todos los ciudadanos. (...).

- La fidelidad a las exigencias de la moral social cristiana, suscita unas características y obligaciones comunes en la acción política de los católicos, independientemente de las preferencias políticas que tengan o de los partidos políticos en que militen. En el momento presente, las principales exigencias éticas para el voto y la actividad política de los católicos: la defensa de la vida humana desde el momento de su concepción hasta la muerte natural; la defensa y protección de la familia en todas sus implicaciones económicas, sociales, culturales y morales, sin equipararla a otras formas de vida posibles; la defensa de los menores y de los más débiles y necesitados, como pueden ser los inmigrantes, los sin trabajo, las mujeres amenazadas, los enfermos crónicos y terminales; la defensa de la libertad, de la convivencia y de la paz contra todas las agresiones (...).

- A partir de unas convicciones morales comunes, los católicos tienen verdadera libertad para actuar en política según su mejor saber y entender bajo su estricta responsabilidad personal (...).

- Estos criterios no valen sólo para los dirigentes políticos, sino que iluminan también la intervención de los ciudadanos en la vida política y en la gestión de los asuntos comunes mediante el ejercicio del voto y su intervención en la opinión pública. (...).

- La Iglesia tiene la obligación y el derecho de instruir y animar a los cristianos para que ejerzan sus derechos y actúen en los diferentes momentos y niveles de la vida política en conformidad con las exigencias sociales y morales de la fe cristiana, sin perjuicio de la libertad y del legítimo pluralismo de los cristianos en materia política, en colaboración con los demás ciudadanos y sin instrumentalizar en ningún momento las instituciones o realidades eclesiales y cristianas a favor de sus ideas e intereses políticos. (...).

* José M^a. Mardones: “Recuperar la justicia”. Religión y política en una sociedad laica”; Sal Terrae. Santander.2005.

* “Iglesia Viva”. “Laicidad y Cristianismo en España, hoy”; 221, 2005.

149.- Juan Pablo II: “ Homilía de Juan Pablo II en el Jubileo de los Gobernantes, Parlamentarios y Políticos”, (5-XI-2000). www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/homilies.

150.- Juan Pablo II: Homilía en el Jubileo de los Militares y de las Fuerzas de Seguridad (19-XI-2000). “Ecclesia”, n.3025; 2-XII-2000; 24-25.

151.- Juan Pablo II: Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (10-I-2005); L’Osservatore Romano; n.2; 14-I-2005; pp.6-7.

* Discurso de Juan Pablo II al Embajador de Cuba ante la Santa Sede (8-I-2005); “L’Osservatore Romano”; n.2; 14-I-2005; p.5.

152.- Vittorio Mathieu: “Notas al discurso de Juan Pablo II en “Simposio “Hombre, ambiente y desarrollo: hacia un enfoque global” en “Nuntium”, Julio-Noviembre 2005; 319-323).

VI

EL MINISTERIO LITURGICO

A) La Liturgia

* Carta Encíclica “Redemptor hominis” (4-III-1979).

Juan Pablo II habla de la Eucaristía diciendo que es “ el centro y el vértice de toda la vida sacramental, por medio de la cual cada cristiano recibe la fuerza salvífica de la Redención (n.20).

* Carta “Dominicae Coenae” (24-II-1980)

Esta Carta trata del misterio y del culto de la Eucaristía. Se divide en tres partes: el misterio eucarístico en la vida de la Iglesia y del sacerdote; sacralidad de la Eucaristía y sacrificio; las dos mesas del Señor y el bien común de la Iglesia.

Juan Pablo II recuerda a los sacerdotes algo muy importante: “El sacerdote ejerce su misión principal y se manifiesta en toda su plenitud celebrando la eucaristía, y tal manifestación es más completa cuando él mismo deja traslucir la profundidad de este misterio, para que sólo él resplandezca en los corazones y en las conciencias humanas a través de su ministerio” (n.2).

Entendemos, por ello, que el Papa afirme también: “es muy conveniente y necesario que continúe poniéndose en práctica una nueva e intensa educación, para descubrir todas las riquezas encerradas en la nueva liturgia” (n.9).

En la conclusión de esta Carta, el Santo Padre nos ofrece una enseñanza que queremos destacar: “Existe un vínculo estrechísimo y orgánico entre la renovación de la liturgia y la renovación de toda la vida de la Iglesia...Por ello, la renovación litúrgica, realizada de modo justo, conforme al espíritu del Vaticano II, es, en cierto sentido, la medida y la condición para poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que queremos aceptar con fe profunda, convencidos de que, mediante el mismo, el Espíritu Santo “ha dicho a la Iglesia” las verdades y ha dado las indicaciones que son necesarias para el cumplimiento de su misión respecto a los hombres de hoy y de mañana” (n.13).

*** Discurso de Juan Pablo II a los obispos de EE.UU., en Visita ad Limina” (3-XII-1983).**

“La liturgia es el mayor instrumento de alabanza, petición, intercesión y reparación que la Iglesia posee (...) En todas las acciones litúrgicas, la mediación de Cristo Cabeza continúa, y toda la Iglesia se ofrece al Padre: el Cuerpo total de Cristo intercede por la salvación del mundo”. (...) La sagrada Liturgia, y en particular el sacrificio eucarístico, es la fuente de la unidad interna de la Iglesia, esa unidad que es empañada en el rostro humano de la Iglesia por todo tipo de pecado, pero que subsiste de modo indestructible en la Iglesia católica”.

*** Discurso a los Obispos de Australia, en Visita ad Limina” (28-V-1988).**

“La liturgia es la preguatación del cielo, la acción sagrada por excelencia en la que Dios es glorificado y nosotros somos santificados. Contribuye a nuestra formación interior y aumenta un auténtico espíritu cristiano, siendo, por tanto, de grandísima importancia para la vida espiritual”.

*** Carta Apostólica de Juan Pablo II: “Vicesimus Quintus annus” (4-XII-1988).**

Para celebrar el vigésimo quinto aniversario de la “Sacrosanctum Concilium” del Concilio Vaticano II, escribí una Carta Apostólica titulada “Vicesimus quintus annus”, y exhorté “a que se continuase promoviendo la renovación litúrgica a la luz del citado documento conciliar y de los demás documentos fruto del anterior, así como también de los libros que actualmente están en uso en la Iglesia y que son, también éstos, fruto de aquella Constitución” (n.2).

¿Qué le trajo a la Iglesia la renovación preconizada por la “Sacrosanctum Concilium”? Le trajo, en primer lugar, una nueva concepción de la Liturgia. De ésta se tenía anteriormente una idea que habitualmente no iba más allá de los aspectos exteriores: Ceremonial, rúbricas y normas para la celebración correcta de los actos litúrgicos. Aun cuando tales aspectos son también dignos de respeto, la Constitución vino a decirnos que la liturgia es algo más.

En ella se trata de la propia acción de Cristo Sacerdote; acción en la que Él se asocia a Sí mismo a la Iglesia. Esto es, acción de la Cabeza y de los miembros (SC 7). Celebrar la misa, los sacramentos, la liturgia de las Horas, y hacer presente y actual la acción de Jesucristo Sacerdote, realizada en su Misterio pascual. “Por ello, la liturgia se convierte en el lugar privilegiado de encuentro de los cristianos con Dios, y con el que Dios envió, Jesucristo (“Vicesimus quintus annus”, 7).

Colocando la liturgia en el contexto de la historia de la salvación actualizada en la Iglesia, el Concilio no sólo reconoce el papel eminente en la vida de la misma Iglesia, sino que invoca también la responsabilidad de los cristianos; todos ellos son llamados a integrarse en la acción litúrgica. De ahí que, a lo largo de toda la Constitución, la idea-fuerza sea la participación. No es asistir a un acto que otros realizan; es celebrar algo, o mejor, Alguien. Y en dicha celebración todos están y deben sentirse comprometidos; todos y cada uno, a su manera, han de tomar en ella parte activa y consciente (n.4). (...)

Me permito solicitar vuestro cuidado en la formación litúrgica del clero, de los religiosos y de los seminaristas, son o llegarán a ser los formadores inmediatos del sentido litúrgico del pueblo de Dios. (...).

Toda celebración litúrgica por más sencilla e inculturizada que sea, aun cuando se realice en el más desconocido rincón de la tierra, es siempre celebración de la Iglesia universal. Una educación litúrgica documentada y bien orientada ayudará a los fieles a liberarse de la confusión sembrada por sectas y movimientos religiosos y a aprender correctamente el significado de las palabras, como también a conocer cada vez mejor el valioso simbolismo de las señales y de los elementos materiales, utilizados en la celebración (n.6). (...)

Además del trabajo de promoción, nos corresponde, como obispos, velar para que en la vida litúrgica de nuestras diócesis no se introduzcan desviaciones, que falsearían la verdadera naturaleza de la liturgia (n.7).

Vivida conscientemente, la liturgia debe ser la fuente permanente de inspiración y el estímulo operante para vivir fraternalmente en comunidad. Sobre todo, la comunión con Cristo, en la Eucaristía, ha de llevar a los cristianos a una comunión cada vez más transformadora y más perfecta con los hermanos, comunión en los bienes, no solamente en los espirituales, sino también en los materiales. En los países con irritantes desigualdades sociales entre los habitantes, se podrá ver con mayor claridad cómo el vivir la Eucaristía tiene repercusiones también en las relaciones interpersonales y comunitarias.

En la liturgia, especialmente en la Eucaristía, se celebra la realidad fundamental de la Pascua: la Muerte y Resurrección de Cristo, muerte y resurrección del bautizado, con Cristo. En la acción litúrgica deben encontrar espacio todas las realidades de la vida cotidiana del cristiano, dado que, también con todos los aspectos de su persona, tiene que “pasar de este mundo al Padre”. Al participar en la celebración, el cristiano tendrá presente sus aspiraciones, alegrías, sufrimientos, proyectos, como también los de todos sus

hermanos. Y colocará todas estas intenciones en la oración que su comunidad, con toda la Iglesia, dirige al Padre, por Cristo Salvador, en la Unidad del Espíritu Paráclito.

Igualmente, la legítima y necesaria preocupación por las realidades actuales de la vida concreta de las personas no puede hacer que se olvide la verdadera naturaleza de las acciones litúrgicas. Está claro que la misa es algo más que una fiesta de unión fraternal; es mucho más que un convite de amigos o que un regalo para los pobres. Tampoco es el momento de “celebrar” la dignidad humana, reivindicaciones o esperanzas meramente terrenas. Es el sacrificio que hace que Cristo esté realmente en el Sacramento.

Todos los actos litúrgicos celebran el Misterio Pascual; y la Eucaristía es el banquete pascual, al que el propio Señor Jesús nos invita, para dárseos en alimento como Pan que desciende del cielo, prenda de vida eterna (cf. Jn.6,51). En éste radica la función primaria de toda la liturgia: reconducirnos a recorrer, infatigablemente, el camino pascual abierto por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida” (“Vicesimus quintus annus”, n.6) (n.9).

La liturgia es la auténtica expresión de la fe de la Iglesia universal en el momento de tributar culto a Dios, santificando y edificando a los fieles. Es una actividad que se orienta hacia lo sobrenatural; y la fe es el primer elemento de nuestra vida sobrenatural. Esto significa que Cristo debe estar siempre en la base de la liturgia, como profesión de nuestra fe sentida, vivida, cantada y rezada.

Es la fe la que une a los cristianos en la Iglesia. La primera condición para que haya liturgia es que el culto sea verdadero y objetivo, teniendo en la debida cuenta y lugar la naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre, con las relaciones expresadas por el propio Cristo, cuando dijo: “Amarás al Señor tu Dios y a Él sólo darás culto” (Mt.4,10) (1).

Algunos párrafos de esta Carta Apostólica

Ofrecemos unos textos de esta Carta de Juan Pablo II por medio de los cuales llamaba e invitaba a todos a hacer un gran esfuerzo para pasar de la renovación a la profundización de la Liturgia:

- “La liturgia de la Iglesia va más allá de la reforma litúrgica. No estamos en la misma situación de 1963; una generación de sacerdotes y de fieles, que no han conocido los libros litúrgicos anteriores a la reforma, actúa hoy con responsabilidad en la Iglesia y en la sociedad. No se puede, pues,

seguir hablando de cambios como en el tiempo de la publicación del Documento: “Sacrosanctum Concilium”, pero sí de una profundización cada vez más intensa de la liturgia de la Iglesia, celebrada según los libros vigentes y vivida, ante todo, como un hecho de orden espiritual” (n.14).

- “Si la reforma de la liturgia querida por el Concilio Vaticano II puede considerarse ya realizada, en cambio, la pastoral litúrgica constituye un objetivo permanente para sacar cada vez más abundantemente de la liturgia aquella fuerza vital que de Cristo se difunde a los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia” (ib. n.10)

Por eso afirma A.M. Triacca: “una vez realizada la promulgación de los libros litúrgicos postconciliares, subsiste todavía el mismo objetivo de promover en profundidad la vida cristiana para conducir a los fieles hacia una vivencia cada día más profunda de lo que celebran. Esta es la tarea siempre inacabada de la renovación litúrgica” (“Riforma litúrgica e rinnovamento litúrgico”, en “Liturgia” (Italia) 174/175 (1974) 481-484).

- “Existe, en efecto, un vínculo estrechísimo y orgánico entre la renovación de la liturgia y la renovación de toda la vida de la Iglesia. La Iglesia no sólo actúa, sino que se expresa también en la liturgia y saca de la liturgia las fuerzas para la vida” (Carta “Dominicae Cenae” (18-II-1980).

- El Concilio ha querido ver en la liturgia una epifanía de la Iglesia, pues la liturgia es la Iglesia en oración. Celebrando el culto divino, la Iglesia expresa lo que es: una, santa, católica y apostólica:

+ Se manifiesta como “una”, con aquella unidad que le viene de la Trinidad, sobre todo cuando el pueblo santo de Dios participa “en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar, donde preside el obispo rodeado de su presbiterio y ministros”.(...)

+ La Iglesia expresa la santidad que le viene de Cristo (cf. Ef.5,26-27) cuando, congregada en un solo cuerpo por el Espíritu Santo que santifica y da la vida, comunica a los fieles, mediante la Eucaristía y los otros sacramentos, toda gracia y toda bendición del Padre.

+ En la celebración litúrgica la Iglesia expresa su catolicidad, ya que en ella el Espíritu del Señor congrega a los hombres de todas las lenguas en la profesión de la misma fe, desde Oriente a Occidente ella presenta a Dios Padre el sacrificio de Cristo y se ofrece a sí misma junto con Él.

+ Finalmente, en la Liturgia la Iglesia manifiesta que es apostólica, porque la fe que ella profesa está fundada en el testimonio de los Apóstoles; porque en la celebración de los misterios, presidida por el obispo, sucesor de los Apóstoles, o por un ministro ordenado en la sucesión apostólica, transmite fielmente lo que ha recibido de la tradición apostólica; porque el culto que ofrece a Dios la compromete en la misión de irradiar el Evangelio en el mundo.

De esta manera es como el Misterio de la Iglesia es principalmente anunciado, gustado y vivido en la Liturgia”.

- La liturgia “sigue sosteniendo a la Iglesia en el camino de la renovación y de la santidad fomentando su genuina vida litúrgica” (n.14). En efecto, la liturgia es “el lugar privilegiado del encuentro de los cristianos con Dios y con quien Él envió, Jesucristo” y, al mismo tiempo, manifestación del misterio de la Iglesia que “expresa la santidad que le viene de Cristo (cf. Ef.5,26-27) cuando, congregada en un solo cuerpo por el Espíritu Santo que santifica y da la vida, comunica a los fieles, mediante la eucaristía y los otros sacramentos, toda gracia y toda bendición del Padre” (nn.7 y 9).

*** Discurso a los obispos de Chile, en Visita ad Limina (9-III-1989)**

“La sagrada liturgia ha de ser siempre el centro de la vida de la Iglesia; “ninguna otra acción pastoral por urgente e importante que parezca, puede desplazar a la liturgia de su lugar central. Cuidad, pues, de que la liturgia sea digna, atractiva, participada; que en espíritu reverente lleve a la adoración; que se realice en fidelidad a las normas impartidas por la Sede Apostólica”

*** Carta Apostólica de Juan Pablo II con ocasión del XL aniversario de la Constitución “Sacrosanctum Concilium” sobre la sagrada Liturgia (4-XII- 2003)**

Celebrar el 40º aniversario de la Constitución “Sacrosanctum Concilium” constituye una feliz ocasión para redescubrir los temas de fondo de la renovación litúrgica impulsada por los padres del Concilio, comprobar de algún modo su recepción y mirar al futuro.

El Santo Padre divide su Carta en tres apartados:

- a) Una mirada a la constitución conciliar;
- b) De la renovación a la profundización y
- c) Perspectivas.

Algunos contenidos importantes de la “Sacrosanctum Concilium”.

El Santo Padre nos recuerda algunos contenidos de esta Constitución conciliar. Veámoslos:

- Se delinear los principios que fundan la praxis litúrgica de la Iglesia e inspiran su correcta renovación a lo largo del tiempo (n.3).

- El Concilio sitúa la liturgia en el horizonte de la historia de la salvación, cuyo fin es la redención humana y la perfecta glorificación de Dios.

- La Redención tiene su prelude en las maravillas que hizo Dios en el Antiguo Testamento, y fue realizada en plenitud por Cristo nuestro Señor, especialmente por medio del misterio pascual de su bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión (n. 5).

- Con todo, no sólo es necesario anunciar esa redención, sino también actuarla, y es lo que lleva a cabo “mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica” (n.6).

- Cristo se hace presente, de modo especial, en las acciones litúrgicas, asociando a sí a la Iglesia. Toda celebración litúrgica es, por consiguiente, obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo místico, “culto público integro” (n.7), en el que se participa, pregustándola, en la liturgia de la Jerusalén celestial (n.8). Por esto, la liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (n.10).

- La perspectiva litúrgica del Concilio no se limita al ámbito interno de la Iglesia, sino que se abre al horizonte de la humanidad entera. En efecto, Cristo, en su alabanza al Padre, une a sí a toda la comunidad de los hombres, y lo hace de modo singular precisamente a través de la misión orante de la “Iglesia, que no sólo en la celebración de la Eucaristía, sino también de otros modos, sobre todo recitando el Oficio divino, alaba a Dios sin interrupción e intercede por la salvación del mundo entero” (n.83).

La vida litúrgica de la Iglesia asume una dimensión cósmica y universal, marcando de modo profundo el tiempo y el espacio del hombre.

- “La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia” (n.9). En efecto, la liturgia, por una parte, supone el anuncio del Evangelio; y, por otra, exige el testimonio cristiano de la historia. El misterio propuesto en la predicación y en la catequesis, acogido en la fe y celebrado en la liturgia, debe

modelar toda la vida de los creyentes, que están llamados a ser sus heraldos en el mundo (n.10).

- Realidades implicadas en la celebración litúrgica

El Santo Padre enumera las siguientes: la música sagrada (cf. “Tra le sollecitudini”) cuyo fin es “la gloria de Dios y la santificación de los fieles” (n.112) (...), el arte sacro (nn.127; 122).

Más adelante expondremos otros contenidos de esta Carta apostólica..

*** Carta Apostólica de Juan Pablo II: “Orientale Lumen” (2-V-1995)**

Ofrecemos algunos textos de esta Carta en los que el Santo Padre nos pone en contacto con el misterio profundo de la Liturgia.

- “La participación en la vida trinitaria se realiza a través de la liturgia y, de una manera especial, la Eucaristía, misterio de comunión con el cuerpo glorificado de Cristo, semilla de inmortalidad. En la divinización, y sobre todo en los sacramentos, la teología oriental atribuye un papel muy particular al Espíritu Santo: por el poder del Espíritu que habita en el hombre, la deificación empieza ya en la tierra, la criatura es transfigurada, y se inaugura el Reino de Dios” (n.6).

- “Hay que mostrar a los hombres la belleza de la memoria, la fuerza que nos viene del Espíritu y que nos convierte en testigos; hay que hacerles gustar las cosas magníficas que el Espíritu ha esparcido en la historia; mostrar que es precisamente la Tradición la que las conserva, fomentando de esta manera la esperanza a quienes, a pesar de sus esfuerzos a favor del bien, saben que otros llevarán a cabo aquello que ellos no han conseguido; entonces, el hombre se sentirá menos solo, menos encerrado en el estrecho ámbito de su propia actuación individual” (n.8).

- “Si la tradición nos sitúa en la continuidad con el pasado, la espera escatológica nos abre al futuro de Dios” (n.8).

B) El Tiempo Litúrgico del Adviento

Juan Pablo II ha dedicado algunas catequesis a explicar el contenido y significado del Adviento. Queremos ofrecer algunos fragmentos de sus catequesis.

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia del 29-XI-1987.**

- En espera del Señor: “Estamos ya habituados al término “adviento”; sabemos qué significa; pero precisamente por el hecho de estar familiarizados con él, quizá no llegamos a captar toda la riqueza que encierra dicho concepto. Adviento quiere decir “venida”. Por lo tanto debemos preguntarnos: ¿Quién es el que viene? y ¿para quién viene? (...) Es Jesús quien viene (...) para todos los hombres. Viene una noche en Belén, nace en una gruta que se utilizaba como establo para el ganado. Esto lo saben todos (...) Sin embargo, muchos son los interrogantes que se plantean. El hombre tiene el derecho, e incluso el deber, de preguntar para saber. Hay asimismo quienes dudan y parecen ajenos a la verdad que encierra la Navidad, aunque participen de su alegría. Precisamente para esto disponemos del tiempo de Adviento, para que podamos penetrar en esta verdad esencial del Cristianismo cada año nuevo (n.1).

- Dios y el hombre: La verdad del cristianismo corresponde a dos realidades fundamentales que no podemos perder nunca de vista. Las dos están estrechamente relacionadas entre sí. Y justamente este vínculo íntimo, hasta el punto de que una realidad parece explicar la otra, es la nota característica del Cristianismo. La primera realidad se llama “Dios”, y la segunda, “el hombre”.

El cristianismo brota de una relación particular entre Dios y el hombre. En los últimos tiempos -en especial durante el concilio Vaticano II- se discutía mucho sobre si dicha relación es teocéntrica o antropocéntrica. Si seguimos considerando por separado los dos términos de la cuestión, jamás de obtendrá una respuesta satisfactoria a este pregunta. En efecto, el cristianismo es antropocéntrico precisamente porque es plenamente teocéntrico; y al mismo tiempo es teocéntrico gracias a su antropocentrismo singular. Pero es cabalmente el misterio de la Encarnación el que explica por sí mismo esta relación. Y justamente por esto el cristianismo no es sólo una “religión de adviento”, sino el Adviento mismo.

El cristianismo vive el misterio de la venida real de Dios hacia el hombre, y de esta realidad palpita y late constantemente. Esta es sencillamente la vida íntima del cristianismo (n.2). Para comprender hasta el fondo esta

doble realidad de la que cada día late y palpita el cristianismo, hay que remontarse hasta los comienzos mismos de la revelación o, mejor, hasta los comienzos casi del pensamiento humano (...) (nn.3 y 4).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia de 6-XII-1978**

“El significado pleno del Adviento brota de la reflexión sobre la realidad de Dios que crea y, al crear, se revela a Sí mismo (ésta es la revelación primera y fundamental, y también la verdad primera y fundamental de nuestro Credo). Pero al mismo tiempo, el significado pleno del Adviento aflora de la reflexión profunda sobre la realidad del hombre” (n.1).

“¿Por qué hablamos hoy de todo esto? Lo hacemos para comprender mejor el misterio del Adviento, para comprenderlo desde los cimientos, y poder penetrar así con mayor profundidad en nuestro cristianismo. Adviento significa “la Venida”. Si Dios viene al hombre, lo hace porque en su ser humano ha puesto una “dimensión de espera” por cuyo medio el hombre puede “acoger” a Dios, es capaz de hacerlo. Ya el libro del Génesis, y sobre todo el capítulo primero, lo explica cuando al hablar del hombre afirma que Dios lo “creó” a su imagen” (Gn.1,27) (n.5).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia del 13-XII-1978**

“La Iglesia está viviendo el Adviento, y por ello nuestros encuentros del miércoles se centran en este período litúrgico. Adviento significa “venida”. Para penetrar en la realidad del Adviento, hasta ahora hemos procurado mirar en dirección de quién es el que viene y para quién viene. Hemos hablado, por tanto, de un Dios que al crear el mundo se revela a Sí mismo: un Dios Creador. Y el miércoles pasado hemos hablado del hombre. Hoy seguiremos adelante para hallar respuesta más completa a la pregunta: ¿por qué el Adviento?, ¿por qué viene Dios?, ¿por qué quiere venir hasta el hombre? (n.1)

La liturgia del Adviento es de carácter histórico. La expectación de la venida del Ungido (Mesías) fue un proceso histórico. De hecho impregnó toda la historia de Israel, que fue elegido precisamente para preparar la venida del Salvador. Pero en cierto modo nuestras consideraciones van más allá de la liturgia diaria del Adviento. Volvamos, pues, a la pregunta fundamental: ¿Por qué viene Dios? ¿Por qué quiere venir al hombre, a la humanidad? Busquemos respuestas adecuadas a estas preguntas; y busquémolas en los orígenes mismos, es decir, antes de que comenzara la historia del pueblo elegido (...) (n.2).

El Adviento se delineó por vez primera en el horizonte de la historia del hombre cuando Dios se reveló a Sí mismo como Aquel que se complace en el bien, que ama y da. En este don al hombre, Dios no se limitó a “darle” el mundo visible (...), sino que al dar al hombre el mundo visible, Dios quiere darse también a Sí mismo, tal como el hombre es capaz de darse, tal como “se da a sí mismo” a otro hombre: de persona a persona; es decir, darse a Sí mismo a él, admitiéndolo a la participación en sus misterios o, mejor aún, a la participación en su vida. Esto se lleva a efecto de modo palpable en las relaciones entre familiares: marido, mujer, padres, hijos. He aquí por qué los profetas se refieren muy a menudo a tales relaciones para mostrar la imagen verdadera de Dios (n.3).

El orden de la gracia es posible sólo “en el mundo de las personas”. Y se refiere al don que tiende siempre a la formación y comunión de las personas (...) El hombre está llamado a la familiaridad con Dios, a la intimidad y amistad con Él. Dios quiere estar cercano a él. Quiere hacerle partícipe de sus designios. Quiere hacerle partícipe de su vida. Quiere hacerle feliz con su misma felicidad (son su mismo Ser). Para todo ello es necesaria la venida de Dios y la expectación del hombre: la disponibilidad del hombre. Sabemos que el primer hombre, que disfrutaba de la inocencia original y de una particular cercanía de su Creador, no mostró tal disponibilidad.

La primera alianza de Dios con el hombre quedó interrumpida, pero nunca cesó de parte de Dios la voluntad de salvar al hombre. No se quebrantó el orden de la gracia, y por eso el Adviento dura siempre. La realidad del Adviento está expresada, entre otras, en las palabras siguientes de San Pablo: “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (ITim.2,4) (n.3).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia de 20-XII-1978**

“El Señor está cerca, nos lo recuerda cada día la liturgia del Adviento. Esta cercanía del Señor la sentimos todos: tanto nosotros, sacerdotes, rezando cada día las maravillosas “antífonas mayores” del Adviento, como todos los cristianos que tratan de preparar el corazón y la conciencia para su venida (n.1).

“Adviento quiere decir Dios que viene, porque quiere que “todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (ITim.2,4). Viene porque ha creado al mundo y al hombre por amor, y con él ha establecido el orden de la gracia. Pero viene “por causa del pecado”, viene “a pesar del pecado”, viene a quitar el pecado. Por eso no nos extrañamos de

que, en la noche de Navidad, no encuentre sitio en las casas de Belén y deba nacer en un establo (en la cueva que servía de refugio a los animales). Pero lo más importante es el hecho de que Él viene. El Adviento de cada año nos recuerda que la gracia, es decir, la voluntad de Dios para salvar al hombre es más poderosa que el pecado” (n.4).

C) El Tiempo litúrgico de Navidad

* Mensaje “urbi et orbi. 25-XII-Navidad de 2000

- La defensa de toda vida humana

“Desde el pesebre, la mirada se extiende hoy a toda la humanidad, destinataria de la gracia del “segundo Adán”. ¿No es acaso aquel primer “no” a Dios, reiterado en el pecado de cada hombre, lo que continúa desfigurando el rostro de la humanidad? Niños maltratados, humillados y abandonados, mujeres violentadas y explotadas, jóvenes, adultos, ancianos marginados (...) No podemos olvidar hoy que las sombras de la muerte amenazan la vida del hombre en cada una de sus fases e insidian especialmente sus primeros momentos y su ocaso natural. Se hace cada vez más fuerte la tentación de apoderarse de la muerte procurándola anticipadamente, casi como si se fuera árbitro de vida propia y ajena. Estamos ante síntomas alarmantes de la “cultura de la muerte”, que son una seria amenaza para el futuro. (n.4).

- Esperamos el triunfo de la vida. “Es más fuerte la esperanza del triunfo de la Luz surgida en la Noche Santa de Belén. Hay mucho bien hecho en silencio por hombres y mujeres que viven cotidianamente su fe, su trabajo, su dedicación, a la familia y al bien de la sociedad. Además, es alentador el empeño de cuantos, incluso en el ámbito público, se esfuerzan para que se respeten los derechos humanos de cada uno y crezca la solidaridad entre los pueblos de culturas diversas, para que sea condonada la deuda de los Países más pobres, y para que se llegue a dignos acuerdos de paz entre las Naciones implicadas en funestos conflictos. (n.5).

- Paz en la tierra a todos: “A los pueblos que en todas las partes del mundo se orientan con valentía hacia los valores de la democracia, de la libertad, del respeto y de la acogida recíproca, a cada persona de buena voluntad, sea cual sea la cultura a la que pertenezca, se dirige hoy el gozoso anuncio de Navidad: “paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (cf. Lc.2,14) (n.6).

* Mensaje “urbi et orbi”. 25-XII- Navidad de 2001.

- Cristo es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa. “El Divino Niño nacido en Belén lleva en sus pequeñas manos, como un don, el secreto de la paz para la humanidad. ¡Él es el príncipe de la paz! (...) En el día de hoy, la Iglesia se hace eco de los ángeles, y reitera su extraordinario

mensaje, que sorprendió en primer lugar a los pastores en las alturas de Belén. (n.1).

Un Niño indefenso, recién nacido en la humildad de una cueva, devuelve la dignidad a cada vida que nace, da esperanza a quien yace en la duda y en el desaliento. Él ha venido para curar a los heridos de la vida y para dar nuevo sentido incluso a la muerte. En aquel Niño, dócil y desvalido, que llora en una gruta fría y destartalada, Dios ha destruido el pecado y ha puesto el germen de una humanidad nueva, llamada a llevar a término el proyecto original de la creación y a trascenderlo con la gracia de la redención (n.2)..

Hoy con el Verbo encarnado, ha nacido la paz. Paz que se ha de implorar, porque sólo Dios es su autor y garante. Paz que se ha de construir en un mundo en el que pueblos y naciones, afectados por tantas y tan diversas dificultades, esperan en una humanidad no sólo globalizada por intereses económicos, sino por el esfuerzo constante en favor de una convivencia más justa y solidaria. (n.3).

Como los pastores, acudamos a Belén, quedémonos en adoración ante la gruta, fijando la mirada en el Redentor recién nacido. En Él podemos reconocer los rasgos de cada pequeño ser humano que viene a la luz, sea cual fuere su raza o nación...es el niño cualquiera, que es alguien para Cristo.(...) ¡Salvemos a los niños para salvar la esperanza de la humanidad! Nos lo pide hoy con fuerza aquel Niño nacido en Belén, el Dios que se hizo hombre, para devolvernos el derecho a esperar (n.4).

Supliquemos a Cristo el don de la paz para cuantos sufren a causa de conflictos, antiguos y nuevos. (...) ¡Que nadie deje de esperar en el poder del amor de Dios! (...) ¡Que jamás se utilice el nombre santo de Dios para corroborar el odio! ¡Que jamás se haga de Él motivo de intolerancia y violencia! Que el dulce rostro del Niño de Belén recuerde a todos que tenemos un único Padre (n.5).

*** Mensaje “urbi et orbi” (25-XII. Navidad de 2002)**

- “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (Is.9,5). Hoy se renueva el misterio de la navidad: nace también para los hombres de nuestro tiempo este Niño que trae la salvación al mundo; nace trayendo alegría y paz a todos. Nos acercamos al Portal conmovidos para encontrar, junto a María, al Esperado de los pueblos, al Redentor del hombre, al deseado de todas las naciones. Contemplemos con María el rostro de Cristo: en aquel Niño envuelto en pañales y acostado en el pesebre es Dios quien viene a visitarnos

para guiar nuestros pasos por el camino de la paz (cf. Lc.1,79). María lo contempla, lo acaricia y lo arropa, interrogándose sobre el sentido de los prodigios que rodean el misterio de la Navidad (n.1).

- La Navidad es misterio de alegría. (...) Alegría a pesar de estar lejos de casa, a pesar de la pobreza del pesebre, a pesar de la indiferencia del pueblo, a pesar de la hostilidad del poder. Misterio de alegría a pesar de todo, porque “hoy os ha nacido en la ciudad de David, un salvador (Lc.2,11). De este mismo gozo participa la Iglesia, inundada por la luz del Hijo de Dios; las tinieblas jamás podrán apagarla. Es la gloria del verbo eterno, que por amor se ha hecho uno de nosotros (n.2).

- La Navidad es misterio de amor: Amor del Padre, que ha enviado al mundo a su Hijo unigénito para darnos su misma vida (cf. IJn.4,8-9). Amor del “Dios con nosotros”, el Emmanuel, que ha venido a la tierra para morir en la cruz. En el frío Portal, en medio del silencio, la Virgen Madre presiente ya en su corazón el drama del Calvario. Será una lucha angustiosa entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida, entre el odio y el amor.. El Príncipe de la paz que nace hoy en Belén, dará su vida en el Gólgota para que en la tierra reine el amor (n.3).

- La Navidad es misterio de paz. Desde el portal de Belén se eleva hoy un llamamiento apremiante para que el mundo no caiga en la suspicacia, la sospecha y la desconfianza, aunque el trágico fenómeno del terrorismo acreciente incertidumbres y temores. Los creyentes de todas las religiones, junto con los hombres de buena voluntad, abandonando cualquier forma de intolerancia y discriminación, están llamados a construir la paz (n.4).

- Misterio adorable del verbo encarnado. Junto a ti, Virgen Madre, permanecemos en contemplación ante el pesebre donde está acostado el Niño, para participar de tu mismo asombro ante la inmensa condescendencia de dios. Danos tus ojos, María, para descifrar el misterio que se oculta tras la fragilidad de los miembros de tu Hijo, Enséñanos a reconocer su rostro en los niños de toda raza y cultura. Ayúdanos a ser testigos creíbles de su mensaje de paz y de amor, para que también los hombres y mujeres de nuestro tiempo, caracterizado aún por tensos contrastes e inauditas violencias, reconozcan en el Niño que está en tus brazos al único Salvador del mundo, fuente inagotable de la auténtica paz, a la que todos aspiran en lo más íntimo de su corazón (n.5).

*** Mensaje “urbi et orbi”. 25-XII- Navidad de 2003**

- Bajó del cielo el Salvador del mundo. ¡Alegrémonos! Este anuncio lleno de un profundo gozo resonó en la noche de Belén. Hoy la Iglesia lo reitera con alegría inmutable. ¡Ha nacido para nosotros el Salvador! Una ola de ternura y esperanza nos llena el ánimo, junto con una profunda necesidad de intimidad y paz. En el pesebre contemplamos a Aquel que se despojó de la gloria divina para hacerse pobre, movido por el amor al hombre (...) (n.1)..

- Naciendo en Belén, el Hijo eterno de Dios entró en la historia de cada persona que vive sobre la faz de la tierra. Ya está presente en el mundo como único Salvador de la humanidad. Por esto nosotros le pedimos: ¡Salvador del mundo, sálvanos! (n.2).

- Sálvanos de los grandes males que afligen a la humanidad. (...) Sálvanos de las guerras y de los conflictos armados que devastan regiones enteras del globo; sálvanos de la plaga del terrorismo y de las numerosas formas de violencia que torturan a personas débiles e inermes. Sálvanos del desánimo para emprender caminos de la paz, ciertamente difíciles, pero posible y por tanto obligados; caminos apremiantes, siempre y doquier, sobre todo en la tierra donde naciste tú, Príncipe de la Paz (n.3) (Ecclesia, n.3186; 3 y 10-I-2004), 19.

- María, haznos capaces de reconocer en el Niño, que estrechas en tus brazos, al Salvador anunciado, que trae a toda la esperanza y la paz. Contigo lo adoramos y decimos confiados: tenemos necesidad de ti, Redentor del hombre que conoces las expectativas y ansias de nuestro corazón (n.4).

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles 22-XII-2004.**

“En Navidad contemplaremos el gran misterio de Dios que se hace hombre en el vientre de la Virgen María. ¡Él nace en Belén para compartir nuestra frágil condición humana! Viene entre nosotros y trae la salvación al mundo entero. Su misión estribará en reunir a los hombres y a los pueblos en la única familia de los hijos de Dios (n.2).

Podemos decir que en el misterio de la Navidad se nos permite asistir a un “salto de calidad” en la historia de la salvación. Al hombre, que con el pecado se había alejado del Creador, se le ofrece ahora en Cristo el don de una comunión nueva y más completa con Él. Así prende de nuevo en su corazón la esperanza, al tiempo que se le abren nuevamente las puertas del paraíso (n.2).

Que la celebración ya próxima de la Navidad constituya para todos una ocasión propicia para vivir con profundidad el valor y el significado del gran acontecimiento del nacimiento de Jesús (n.3).

*** Mensaje “urbi et orbi”. 25-XII de 2004**

- ¡Cristo ha nacido por nosotros, venid a adorarlo! Vamos hacia Ti, en este día solemne, dulce Niño de Belén, que al nacer has escondido tu divinidad para compartir nuestra frágil naturaleza humana. Iluminados por la fe, Te reconocemos como verdadero Dios encarnado por amor nuestro. ¡Tú eres el único Redentor del hombre! (n.1).

Ante el pesebre donde yace indefenso, que cesen tantas formas de creciente violencia, causa de indecibles sufrimientos; que se apaguen tantos focos de tensión, que corren el riesgo de degenerar en conflictos abiertos; que se consolide la voluntad de buscar soluciones pacíficas, respetuosas de las legítimas aspiraciones de los hombres y de los pueblos (n.2).

Niño de Belén, Profeta de paz, alienta las iniciativas de diálogo y de reconciliación, apoya los esfuerzos de paz que aunque tímidos, pero llenos de esperanza, se están haciendo actualmente por un presente y un futuro más sereno para tantos hermanos y hermanas nuestros en el mundo (...) (n.3).

- ¡Por doquier se ve la necesidad de paz! Tú, que eres el príncipe de la verdadera paz, ayúdanos a comprender que la única vía para construirla es huir horrorizados del mal y buscar siempre y con valentía el bien. ¡Hombres de buena voluntad de todos los pueblos de la tierra, venid con confianza al pesebre del Salvador! (...) Llegad para encontraros con Aquél que “no quita los reinos humanos quien da el Reino de los cielos” (cf. himno litúrgico). Llegad para encontraros con Aquél que viene para enseñarnos el camino de la verdad, de la paz y del amor” (n.4).

*** Mensaje al Ángelus (2-I-2005)**

En este primer domingo del nuevo año resuena nuevamente en la liturgia el evangelio del día de Navidad: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn.1,14). El Verbo de Dios es la Sabiduría eterna, que actúa en el cosmos y en la historia. Sabiduría que en el misterio de la Encarnación se reveló plenamente, para instaurar un reino de vida, de amor y de paz (n.1).

La fe también nos enseña que, incluso en las pruebas más difíciles y dolorosas, como la calamidad que devastó en los días pasados el sudeste

asiático, Dios no nos abandona jamás: en el misterio de la Navidad ha venido a compartir nuestra existencia. El Niño de Belén es el mismo que, en la víspera de su muerte redentora, nos dejará el mandamiento de amarnos unos a otros como Él nos ha amado (cf. Jn.13,34). En el cumplimiento concreto de este mandamiento “suyo” Él nos hace sentir su presencia (n.2)..

Este mensaje evangélico da fundamento a la esperanza de un mundo mejor, a condición de que caminemos en “su” amor. Que, al inicio de un nuevo año, la Madre del Señor nos ayude a hacer nuestro este programa de vida (n.3).

D) El Tiempo Litúrgico de Cuaresma

Juan Pablo II ha publicado en cada Cuaresma un mensaje. Por nuestra parte, vamos a ofrecer a continuación un resumen de algunos mensajes del Santo Padre para la Cuaresma en los últimos años.

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma de 1994**

- El sentido de la Cuaresma

“El tiempo de Cuaresma es un tiempo favorable que el Señor nos da para renovar nuestra decisión de convertirnos y de fortalecer en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, con el fin de introducirnos en la Alianza querida por Dios y gozar de un tiempo de gracia y reconciliación” (n.1)..

- La familia está al servicio de la caridad y la caridad está al servicio de la familia.

“Con este lema, que ha sido elegido para el año 1994, deseo invitar a todos los cristianos a transformar su existencia y a modificar sus comportamientos para llegar a ser fermento y para hacer crecer en el seno de la familia humana la caridad y la solidaridad, valores esenciales de la vida social y de la vida cristiana” (n.1)..

- La misión de la familia en la Iglesia y en el mundo

“Las familias han de tomar conciencia de su misión en la Iglesia y en el mundo. En la oración personal y comunitaria reciben al Espíritu Santo, que obra en ellas y a través de ellas cosas nuevas, y abre el corazón de los fieles a una dimensión universal. Recibiendo de la fuente del amor, cada uno se preparará para transmitir este amor mediante su vida y sus obras. La oración nos une con Cristo y transforma a todos los hombres en hermanos (n.2).

- La familia y la educación y la vida fraterna

“La familia es el lugar privilegiado para la educación y el ejercicio de la vida fraterna, de la caridad y la solidaridad, cuyas expresiones son múltiples. En las relaciones familiares se debe tomar con interés, acoger y respetar a los demás, los cuales han de poder encontrar el lugar que les corresponde en la familia. La vida en común es, además, una invitación a compartir, que permite salir del egoísmo. Aprendiendo a compartir y a darse

se descubre la alegría inmensa que proporciona la comunión de bienes. Los padres, con delicadeza, tendrán buen cuidado de despertar en sus hijos, mediante el ejemplo y las enseñanzas, el sentido de la solidaridad. Desde la infancia cada uno está llamado también a hacer la experiencia de lo que significa la privación y el ayuno, para forjar así su carácter y dominar sus instintos, en particular el de la posesión exclusiva para uno mismo. Lo que se aprende en la vida de familia permanece luego durante toda la existencia” (n.2).

- La familia y los necesitados

“Pedimos que las familias, a ejemplo de María que se apresuró a visitar a su prima Isabel, sepan hacerse cercanas a los hermanos que padecen necesidad y que les encomienden en sus oraciones. Como el Señor, que cuida de los hombres, (...) nosotros no podemos permanecer sordos a sus llamadas, pues la pobreza de un número cada vez creciente de hermanos nuestros destruye su dignidad de hombres y desfigura a la humanidad entera: es una injuria al deber de solidaridad y de justicia” (n.3).

- Los sufrimientos y carencias familiares

“Hoy nuestra atención ha de dirigirse especialmente hacia los sufrimientos y las carencias familiares. En efecto, muchas familias se hallan sumidas en la pobreza y no disponen del mínimo vital para nutrirse y alimentar a los hijos, ni para que estos puedan crecer física y psíquicamente de modo normal, y desarrollar una actividad escolar adecuada y con regularidad. Muchas familias no disponen de medios para una vivienda digna. El desempleo se hace sentir cada vez más y acrecienta en proporciones considerables la depauperización de sectores enteros de población. Muchas mujeres se encuentran solas para hacer frente a las necesidades de sus hijos y para educarlos, lo cual lleva frecuentemente a los jóvenes a vagar por las calles, a refugiarse en la droga, en el abuso del alcohol y en la violencia. Se constata en la actualidad un aumento de parejas y de familias que atraviesan problemas psicológicos y de relación interpersonal. Las dificultades sociales contribuyen a menudo a la disgregación del núcleo familiar. Con demasiada frecuencia no es aceptado el niño que va a nacer. En ciertos países, los menores se ven sometidos a condiciones inhumanas o son explotados vergonzosamente. Las personas ancianas y los minusválidos, al no ser rentables económicamente son relegadas a una soledad extrema, haciéndoles sentirse inútiles. Por ser de otras razas, culturas o religiones, hay familias que son expulsadas de la tierra donde viven” (n.4).

- ¿Qué debemos hacer ante estas necesidades de la familia?

“Ante tales flagelos, que afectan al conjunto del planeta, no podemos callar ni permanecer pasivos, pues desgarran la familia, célula básica de la sociedad y de la Iglesia. Ante todo esto hemos de reaccionar. Los cristianos y los hombres de buena voluntad tienen el deber de sostener a las familias en dificultades, facilitándoles los medios espirituales y materiales para salir de las situaciones, frecuentemente trágicas, que acabamos de mencionar” (n.5).

- Compartir con las familias más pobres

“En este tiempo de Cuaresma invito, pues, ante todo, a compartir con las familias más pobres, de manera que ellas puedan asumir, particularmente en lo que se refiere a los hijos, las responsabilidades que les compete. No se les puede rechazar por ser diferentes, débiles o pobres. Por el contrario, la diversidad representa una riqueza para la edificación común. Cuando damos a los pobres, es a Cristo a quien estamos dando, pues ellos se “revisten con el rostro de nuestro Salvador” y “son los preferidos de Dios” (S. Gregorio de Nisa). La fe exige compartir con nuestros semejantes. La solidaridad en lo material es una expresión esencial y prioritaria de la caridad fraterna; provee a cada uno los medios de subsistencia y cómo vivir su vida. La tierra y sus riquezas pertenece a todos. “La fecundidad de toda la tierra ha de ser la fertilidad para todos” (S. Ambrosio de Milán). En las horas dolorosas del presente no es suficiente, sin duda, tomar de lo superfluo, sino que se han de transformar los comportamientos y los modos de consumo, con objeto de tomar de lo necesario, no conservando sino lo esencial para que todos puedan vivir con dignidad. Hagamos ayunar nuestros deseos de poseer -a veces inmoderados-, con el fin de ofrecer a nuestro prójimo aquello de que carece radicalmente. El ayuno de los ricos ha de convertirse en alimento para los pobres (S. León Magno).

- Llamada a las Diócesis y a las Parroquias

“Hago una llamada particular a las comunidades diocesanas y parroquiales sobre la necesidad de encontrar los medios prácticos para ayudar a las familias necesitadas. Sé que numerosos sínodos dioecsanos se han puesto ya en camino en esta dirección. La pastoral familiar ha de tener también un papel de primer orden. Por otra parte, en los organismos civiles en los que participan, los cristianos han de tener también un papel de primer orden y han de hacer presente esta prioridad, junto con el deber imperioso de ayudar a las familias más débiles.

- Llamada a las autoridades

“Me dirijo también a los dirigentes de las naciones para que, tanto en su país como a nivel mundial, se esfuercen por encontrar los medios para detener la espiral de la pobreza y del endeudamiento de los hogares. (...) (n.6) (Diócesis de Coria-Cáceres. Boletín Oficial. Febrero-1994; 65-69).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma de 1995**

- El problema del analfabetismo

El Papa Pablo VI ya nos recordaba que “el hambre de instrucción no es menos deprimente que el hambre de alimentos: un analfabeto es un espíritu subalimentado” (PP. 35).

“Esta terrible plaga contribuye a mantener inmensas multitudes en condiciones de subdesarrollo, con todo lo que ello comporta de escandalosa miseria (...) Allí donde existe el analfabetismo reinan más que en otras partes del mundo el hambre, las enfermedades, la mortalidad infantil y también la humillación, la explotación y los sufrimientos de todo tipo. Un hombre que no sabe leer ni escribir encuentra grandes dificultades para participar en los modernos métodos de trabajo; está en cierto modo condenado a la ignorancia de sus derechos y deberes; es verdaderamente un pobre.

“Debemos tener conciencia de que centenares de millones de adultos son analfabetos; que decenas de millones de niños no pueden ir a la escuela porque no la tienen cerca o porque la pobreza les impide asistir. Se encuentran entorpecidos en el desarrollo de su vida e impedidos para ejercer sus derechos fundamentales. Son muchedumbres humanas que levantan sus brazos hacia nosotros y nos piden un gesto de fraternidad” (n.1).

- La alfabetización

“Nosotros sabemos que cuando las personas, las familias y las comunidades tienen acceso a la instrucción, a la educación y a los diversos niveles de formación, pueden progresar mejor en todos los aspectos. La alfabetización permite a la persona desarrollar sus posibilidades, multiplicar sus talentos, enriquecer sus relaciones (cf. GS 53,1). La formación intelectual es un elemento decisivo para desarrollar esta cultura humana que ayuda a ser más autónomo y más libre. Permite también formar mejor la conciencia de la persona y aperebirse mejor de sus responsabilidades a nivel moral y espiritual, pues la verdadera educación es a la vez espiritual, intelectual y moral” (n.2).

- La evolución demográfica

“Entre las cuestiones que suscitan inquietud en nuestra época a menudo se pone de relieve la evolución demográfica del mundo. En este terreno, se trata de fomentar la responsabilidad de las familias mismas. Los Cardenales, reunidos en consistorio, en junio de 1994, declararon unánimemente que “la educación y el desarrollo son respuestas mucho más eficaces a las tendencias demográficas que la coacción y las formas artificiales de control demográfico”. A este respecto, la institución misma de la familia está asegurada en la medida en que sus miembros pueden utilizar la comunicación escrita; así no sufrirían pasivamente ante unos programas que les fueran impuestos en detrimento de su libertad y del control responsable de su fecundidad, dado que son los protagonistas de su propio desarrollo” (n.2).

- Nuestro deber

“Ante las graves situaciones de vida de nuestros hermanos y hermanas apartados de la cultura contemporánea, nuestro deber es manifestarles toda nuestra solidaridad. Las acciones encaminadas a favorecer el acceso a la lectura y a la escritura son una primera condición para ayudar al hermano pobre a que haga madurar su inteligencia y a que realice su propia vida de una manera más autónoma. La alfabetización y la escolarización son un deber y una inversión social esenciales para el futuro de la humanidad para “el desarrollo integral de cada hombre y de todos los hombres” (PP.42) (n.3).

- La evangelización y la alfabetización.

“La difusión de la evangelización se verá favorecida por el progreso de la alfabetización, en la medida en que se ayuda a cada uno de nuestros hermanos y hermanas a comprender el mensaje cristiano y a prolongar la escucha de la Palabra de Dios por medio de la lectura. Facilitar al mayor número de personas el acceso directo a la Sagrada Escritura, cuando sea posible en su propia lengua, enriquecerá la reflexión y la meditación de todos los que buscan el sentido y la orientación de su propia vida” (n.5) (Boletín Oficial. Diócesis de Coria-Cáceres; Marzo,1995;191-195).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma de 1996**

El Santo Padre aborda el tema del hambre en el mundo, por lo que titula este mensaje así: “dadles vosotros de comer” (Mt.4,16).

- ¿Qué es la Cuaresma?

“La Cuaresma es un camino de reflexión dinámica y creativa, que mueve a la penitencia para reforzar todo propósito de compromiso evangélico; un camino de amor, que abre el ánimo de los creyentes a los hermanos, proyectándolos hacia Dios. Jesús pide a sus discípulos vivir y difundir la caridad, el mandamiento nuevo, que representa el magistral resumen del Decálogo divino entregado a Moisés en el Monte Sinaí. En la vida de cada día se nos ofrece la posibilidad de encontrar hambrientos, sedientos, enfermos, marginados, emigrantes. Durante el tiempo cuaresmal estamos invitados a mirar con mayor atención a sus rostros sufrientes; rostros que testimonian el desafío de la pobreza de nuestro tiempo” (n.1).

- Cristo se compadece de los que están en dificultad

“El Evangelio muestra que el redentor manifiesta singular compasión por cuantos están en dificultad; les habla del Reino de Dios y sana en el cuerpo y en el espíritu a cuantos tienen necesidad de curas” (n.2).

- Dadles vosotros de comer

“Luego dice a sus discípulos: “dadles vosotros de comer”. Pero ellos se dan cuenta que no tienen más que cinco panes y dos peces. También nosotros hoy, como entonces los Apóstoles de Betsaida, disponemos de medios ciertamente insuficientes para atender con eficacia a los cerca de ochocientos millones de personas hambrientas o desnutridas... ¿Qué hacer entonces? Dejar las cosas como están, resignándonos a la impotencia? Este es el interrogante sobre el cual quiero llamar la atención, en el inicio de la Cuaresma” (n.2).

- Los pobres imploran nuestra ayuda

“La muchedumbre de hambrientos, constituida por niños, mujeres, ancianos, emigrantes, prófugos y desocupados eleva hacia nosotros su grito de dolor. Nos imploran, esperando ser escuchados. ¿Cómo no hacer atentos nuestros oídos y vigilantes nuestros corazones, comenzando a poner disposición aquellos cinco panes y aquellos dos peces que Dios ha depositado en nuestras manos? Todos podemos hacer algo con ellos, llevando a cada uno la propia aportación. Ciertamente esto exige renunciaciones que suponen una interior y profunda conversión. Es necesario, sin duda, revisar los comportamientos consumistas, combatir el hedonismo, oponerse a la indiferencia y a eludir las responsabilidades” (n.2).

- El hambre es un drama enorme

“El hambre es un drama enorme que aflige a la humanidad; se hace aún más urgente tomar conciencia de ello y ofrecer un apoyo convencido y generoso a las diversas Organizaciones y Movimientos, surgidos para aliviar los sufrimientos de quien corre el riesgo de morir por falta de alimento, privilegiando a cuantos no son atendidos por programas gubernativos o internacionales. Es necesario sostener la lucha contra el hambre... La tierra está dotada de los recursos necesarios para dar de comer a toda la humanidad. Hay que saberlos usar con inteligencia, respetando el ambiente y los ritmos de la naturaleza, garantizando la equidad y la justicia en los intercambios comerciales y una distribución de las riquezas que tenga en cuenta el deber de la solidaridad (n.3).

- Denuncia profética

El Santo Padre manifiesta que “mientras por un lado vemos destruir grandes cantidades de productos necesarios para la vida del hombre, por otro lado descubrimos con amargura largas filas de personas que esperan su turno ante mesas para los pobres o en torno a los convoyes de las Organizaciones humanitarias destinadas a distribuir ayudas de todo tipo. También las modernas metrópolis, en el momento de cierre de los mercados de los barrios, no es infrecuente vislumbrar a gente desconocida que se inclina para recoger del suelo los deshechos de las mercancías allí abandonados” (n.4).

- Respuesta al reto de la pobreza y de la miseria

Ante estas escenas, síntomas de profundas contradicciones, ¿cómo no experimentar en el ánimo un sentimiento de íntima rebelión? ¿Cómo no sentirse afectados por un espontáneo impulso de caridad cristiana? Sin embargo, la auténtica solidaridad no se improvisa; sólo mediante un paciente y responsable trabajo de formación llevado a cabo desde la infancia, aquella se transforma en un hábito mental de la persona y abraza a los diversos campos de actividad y responsabilidad. Se necesita un proceso general de sensibilización capaz de implicar a toda la sociedad. A este proceso, la Iglesia católica, en cordial colaboración con las otras Confesiones religiosas, pretende ofrecer su propia aportación cualificante. Se trata de un esfuerzo fundamental de promoción del hombre y de convivencia fraterna, que además tiene que ver comprometidos a los mismos pobres, en base a sus posibilidades” (n.4).

***Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma – 2000**

“Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo” (Mt.28,20).

- Carácter peculiar de esta Cuaresma. La celebración de la Cuaresma, tiempo de conversión y reconciliación, reviste en este año un carácter muy especial, ya que tiene lugar dentro del Gran Jubileo del 2000. En efecto, el tiempo cuaresmal representa el punto culminante del camino de conversión y reconciliación que el Jubileo, año de gracia del Señor, propone a todos los creyentes para renovar la propia adhesión a Cristo, y anunciar, con renovado ardor, su misterio de salvación en el nuevo milenio. (n.1).

- Estábamos muertos al pecado (cf. Ef.2,5); así es como San Pablo describe la situación del hombre sin Cristo. Por eso, el Hijo de Dios quiso unirse a la naturaleza humana y, de este modo, rescatarla de la esclavitud del pecado y de la muerte. Es una esclavitud que el hombre experimenta cotidianamente, descubriendo las raíces profundas en su mismo corazón (cf. Mt.7,11). Se manifiesta en formas dramáticas e inusitadas como ha sucedido en el transcurso de las grandes tragedias del siglo XX, que han incidido profundamente en la vida de tantas comunidades y personas, víctimas de una violencia cruel. Las deportaciones forzadas, la eliminación sistemática de pueblos y el desprecio de los derechos fundamentales de la persona son las tragedias que, desgraciadamente, aún hoy humillan a la humanidad. También en la vida cotidiana se manifiestan diversos modos de engaño, odio, aniquilamiento del otro y mentira, de los que el hombre es víctima y autor. La humanidad está marcada por el pecado (...) (n.2).

- La aparición de la obra salvadora de Jesucristo. “Ante la oscuridad del pecado y ante la imposibilidad de que el hombre se libere por sí solo de él, aparece (...) la obra salvífica de Cristo (cf. Rm.3,25). Cristo es el Cordero que ha tomado consigo el pecado del mundo (cf. Jn.1,29). Ha compartido la existencia humana “hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil.2,8), para rescatar al hombre de la esclavitud del mal y volverlo a integrar en su originaria dignidad de hijo de Dios. Este es el Misterio pascual en el que hemos renacido; en él “lucharon vida y muerte en singular batalla” (Secuencia pascual) (...) Así la redención realizada en la cruz renueva el universo y opera la reconciliación entre Dios y el hombre y entre los hombres entre sí” (n.3).

- La conversión nos lleva a Dios. “El itinerario de la conversión lleva a la reconciliación con Dios y a vivir en plenitud la vida nueva en Cristo: vida de fe, de esperanza y de caridad. Estas tres virtudes, llamadas “teologales” porque se refieren directamente al Misterio de Dios (...) La celebración del Año Santo requiere que todo cristiano testimonie y viva esas virtudes de un modo más consciente y pleno

- Las virtudes teologales

+ La fe consiste en la adhesión al anuncio del Misterio pascual, mediante el cual el creyente reconoce que en Cristo muerto y resucitado le ha sido concedida la salvación, a Él le entrega cotidianamente la propia vida y, con la certeza de que Dios lo ama, acoge lo que el Señor quiere de él. Por tanto, la fe es el “sí” del hombre a Dios, su “Amén”. Modelo ejemplar de creyente para judíos, cristianos y musulmanes, es Abraham, el cual, confiado en la promesa, sigue la voz de Dios que lo llama por senderos desconocidos. La fe ayuda a descubrir los signos de la presencia amorosa de Dios: en la creación, en las personas, en los acontecimientos históricos y, sobre todo, en la obra y mensaje de Cristo, empuja al hombre a mirar más allá de sí mismo, superando las apariencias para llegar a esa trascendencia que abre a toda criatura al Misterio del amor de Dios.

+ Con la gracia del Jubileo el Señor nos invita también a reavivar nuestra esperanza. En efecto, en Cristo el tiempo mismo ha sido redimido y se abre a una perspectiva de felicidad inextinguible y de plena comunión con Dios. El tiempo del cristiano está marcado por la espera de las bodas eternas, anticipadas diariamente en el banquete eucarístico. (...) Esa esperanza que elimina del tiempo un sentido de mera repetitividad y le confiere su auténtico significado. En efecto, con la virtud de la esperanza el cristiano da testimonio de que, más allá de todo mal y límite, la historia contiene en sí misma un germen de bien que el Señor hará germinar en plenitud. Por tanto, el creyente mira al nuevo milenio sin miedo, afronta los desafíos y las esperanzas del futuro con la certeza confiada que nace de la fe en la promesa del Señor.

+ Con el Jubileo el Señor nos pide que revitalicemos nuestra caridad. El reino que Cristo manifestará en su pleno esplendor al fin de los tiempos, ya está presente ahí donde los hombres viven conforme a la voluntad de Dios. La Iglesia está llamada a ser testimonio de esa comunión, paz y caridad que la distinguen. En esta misión, la comunidad cristiana sabe que la fe sin obras es fe muerta (cf. St.2,17). De manera que, por medio de la caridad, el cristiano hace visible el amor de Dios a los hombres revelado en Cristo y manifiesta su presencia real en el mundo “hasta el final de los tiempos”. Así pues, para el cristiano la caridad no es sólo un gesto o un ideal, sino que es, por decirlo así, la prolongación de la presencia de Cristo que se da a sí mismo. Con ocasión de la Cuaresma se invita a todos -ricos y pobres- a hacer presente el amor de Cristo con obras generosas de caridad. En este año jubilar estamos llamados a una caridad que, de un modo especial, manifieste el amor de Cristo a aquellos hermanos que carecen de lo necesario para vivir, a los que con víctimas del hambre, de la violencia y de la injusticia. Este es el modo con el

que se actualizan las instancias de liberación y de fraternidad ya presentes en la Sagrada Escritura y que la celebración del Año Santo vuelve a proponer (n.5).

- Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo. “Jesús nos asegura que no estamos solos cuando anunciamos y vivimos el evangelio de la caridad. Cristo nos invita a volver al Padre, que nos espera con los brazos abiertos para transformarnos en signos vivos y eficaces de su amor misericordioso. A María, Madre de todos los que sufren y Madre de la divina misericordia, confiamos nuestros propósito e intenciones; que Ella sea la estrella que nos ilumine en el camino del nuevo milenio” (n.6).

*** Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma - 2001**

“La caridad no toma en cuenta el mal” (ICort.13,5).

- La llamada a la conversión.

“¿Cómo acoger la llamada a la conversión que Jesús nos dirige también en esta Cuaresma? ¿Cómo llevar a cabo un serio cambio de vida? Es necesario, ante todo, abrir el corazón a los conmovedores mensajes de la liturgia. El período que prepara la Pascua representa un providencial don del Señor y una preciosa posibilidad de acercarse a Él, entrando en uno mismo y poniéndose a la escucha de sus sugerencias interiores (n.1).

- Hay cristianos que no toman en serio la conversión

“ Hay cristianos que creen poder prescindir de dicho constante esfuerzo espiritual, porque no advierten la urgencia de confrontarse con la verdad del Evangelio. Ellos intentan vaciar y convertir en inocuas, para que no turben su manera de vivir, palabras como: “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odien” (Lc.6,27). (...) Son palabras que, si las tomamos en serio, obligan a una radical conversión (...) (n.2).

- Los pecados de los cristianos oscurecen el rostro de la Iglesia.

“Los numerosos y trágicos conflictos que atenazan a la humanidad, tal vez causados también por malentendidas cuestiones religiosas, han hecho que profundos fosos de odio y de violencia surgieran entre pueblos y pueblos. (...) Frente a este inquietante escenario, los cristianos no pueden permanecer indiferentes. Es por ello que en el Año jubilar, apenas concluido, me he hecho eco de la petición de perdón de la Iglesia a Dios por los pecados de sus hijos.

Somos conscientes que, por desgracia, las culpas de los cristianos han ofuscado el rostro inmaculado, pero confiando en el amor misericordioso de Dios que no tiene en cuenta el mal al ver el arrepentimiento, sabemos también que podemos continuamente retomar el camino llenos de esperanza. El amor de Dios encuentra su más alta expresión justo cuando el hombre, pecador e ingrato, es readmitido a la plena comunión con Él. Bajo esta óptica, la “purificación de la memoria” es ante todo una renovada confesión de la misericordia divina, una confesión que la Iglesia, en sus diferentes niveles, está llamada constantemente a hacer propia con renovada convicción. (n.3).

- El perdón como camino hacia la paz.

El único camino de la paz es el perdón. Aceptar y ofrecer el perdón hace posible una nueva cualidad de relaciones entre los hombres, interrumpe la espiral de odio y de venganza, y rompe las cadenas del mal que atenazan el corazón de los contrincantes. Para las naciones en busca de reconciliación y para cuantos esperan una coexistencia pacífica entre los individuos y pueblos, no hay más camino que éste: el perdón recibido y ofrecido (cf. Mt.5,44-45).

Amar a quien nos ha ofendido desarma al adversario y puede incluso transformar un campo de batalla en un lugar de solidaria cooperación. Este es un desafío que concierne a cada individuo, pero también a las comunidades, a los pueblos y a la entera humanidad, a las familias. No es fácil convertirse al perdón y a la reconciliación (...)

El cristiano debe hacer la paz aun cuando se sienta víctima de aquel que le ha ofendido y golpeado injustamente. El Señor mismo ha obrado así. Él espera que el discípulo lo siga, cooperando de tal manera a la redención del hermano. En nuestro tiempo, el perdón aparece primordialmente como dimensión necesaria para una auténtica renovación social y para la consolidación de la paz en el mundo. La Iglesia, anunciando el perdón y el amor a los enemigos, es consciente de introducir en el patrimonio espiritual de la entera humanidad una nueva forma de relacionarse con los demás, una forma ciertamente fatigosa, pero rica en esperanza. En esto, ella sabe que puede contar con la ayuda del Señor, que nunca abandona a quien, frente a las dificultades, recurre a Él” (n.4).

- El compromiso de comunión y solidaridad con los pobres.

“En los días sagrados de la Cuaresma, la “colecta” asume un valor significativo, porque no se trata de dar lo que nos es superfluo para

tranquilizar la propia conciencia, sino de hacerse cargo con solidaria solicitud de la miseria presente en el mundo. Considerar el rostro doliente y las condiciones de sufrimiento de muchos hermanos y hermanas no puede no impulsar a compartir, al menos parte de los propios bienes, con aquellos que se encuentran en dificultad. (...) El mundo espera de los cristianos un testimonio coherente de comunión y de solidaridad (cf. IJn.3,17) (n.5).

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la Cuaresma - 2002**

- Preparación para la Pascua del Señor. “Nos disponemos a recorrer de nuevo el camino cuaresmal, que nos conducirá a las solemnes celebraciones del misterio central de la fe, el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Nos preparamos para vivir el tiempo apropiado que la Iglesia ofrece a los creyentes para meditar sobre la obra de la salvación realizada por el Señor en la cruz. El designio salvífico del Padre celeste se ha cumplido en la entrega libre y total del Hijo unigénito a los hombres (cf. Jn.15,13). La cuaresma, que es una ocasión providencial de conversión, nos ayuda a contemplar este estupendo misterio de amor (n.1)..

- Dios nos ama. “Dios nos ha amado con infinita misericordia, sin detenerse ante la condición de grave ruptura ocasionada por el pecado en la persona humana. Se ha inclinado con benevolencia sobre nuestra enfermedad, haciendo de ella la ocasión para una nueva y más maravillosa efusión de su amor. La Iglesia no deja de proclamar este misterio de infinita bondad, exaltando la libre elección divina y su deseo de no condenar, sino de admitir de nuevo al hombre a la comunión consigo.

“Gratis lo recibisteis; dadlo gratis”. ¿Acaso no está toda nuestra existencia marcada por la benevolencia de Dios? Es un don el florecer de la vida y su prodigioso desarrollo. Precisamente por ser un don, la existencia no puede ser considerada una posesión o una propiedad privada.., por más que las posibilidades que hoy tenemos de mejorar la calidad de vida podrían hacernos pensar que el hombre es su “dueño”. Efectivamente, las conquistas de la medicina y la biotecnología pueden en ocasiones inducir al hombre a creerse creador de sí mismo y a caer en la tentación de manipular “el árbol de la vida” (Gn.3,24).

Conviene recordar también a este propósito que no todo lo que es técnicamente posible es también moralmente lícito. Aunque resulte admirable el esfuerzo de la ciencia para asegurar una calidad de vida más conforme a la dignidad del hombre, eso nunca debe hacer olvidar que la vida humana es un don, y que sigue teniendo valor aun cuando esté sometida a sufrimientos o

limitaciones. Es un don que siempre se ha de acoger: recibido gratis y gratuitamente puesto al servicio de los demás (n.2)..

- La vida ha sido redimida por Cristo. “La Cuaresma nos ayuda de manera especial a entender que la vida ha sido redimida en Él. Por medio del Espíritu Santo, Él renueva nuestra vida y nos hace partícipes de esa misma vida divina que nos introduce en la intimidad de Dios y nos hace experimentar su amor por nosotros. Se trata de un regalo sublime, que el cristiano no puede dejar de proclamar con alegría (cf. Jn.17,3). Esta vida que se nos ha comunicado con el Bautismo, hemos de alimentarla continuamente con una respuesta fiel, individual y comunitaria, mediante la oración, la celebración de los Sacramentos y el testimonio evangélico.

Nuestra relación con los demás. “El mundo valora las relaciones con los otros, en función del interés y el provecho propio, dando lugar a una visión egocéntrica de la existencia, en la que demasiado a menudo no queda lugar para los pobres y los débiles. Por el contrario, toda persona, incluso la menos dotada, ha de ser acogida y amada por sí misma, más allá de sus cualidades y defectos. Más aún, cuanto mayor es la dificultad en que se encuentra, más ha de ser objeto de nuestro amor concreto. Este es el amor del que la Iglesia da testimonio a través de innumerables instituciones, haciéndose cargo de enfermos, marginados, pobres y oprimidos. De este modo, los cristianos se convierten en apóstoles de esperanza y constructores de la civilización del amor” (...).

Cristo quiere que su Reino (...) se propague mediante gestos de amor gratuito por parte de sus discípulos. Así hicieron los apóstoles en el comienzo del cristianismo, y quienes los encontraban, los reconocieron como portadores de un mensaje más grande que ellos mismos. Como entonces, también hoy, el bien realizado por los creyentes se convierte en un signo y, con frecuencia, en una invitación a creer. También cuando el cristiano se hace cargo de las necesidades del prójimo, como en el caso del buen samaritano, nunca se trata de una ayuda meramente material. Es también anuncio del Reino, que comunica el pleno sentido de la vida, de la esperanza, del amor (n.4).

*** Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la Cuaresma - 2003**

“Hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hech.20,35).

- La cuaresma tiempo de gracia y de salvación: “La Cuaresma tiempo fuerte de oración, ayuno y atención a los necesitados, ofrece a todo cristiano la posibilidad de prepararse a la pascua haciendo un serio discernimiento de la

propia vida, confrontándose de manera especial con la Palabra de Dios, que ilumina el itinerario cotidiano de los creyentes. El lema para la reflexión cuaresmal es “hay mayor felicidad en dar que en recibir”. No se trata de un simple llamamiento moral, ni de un mandato que llega al hombre desde fuera. La inclinación a dar está radicada en lo más hondo del corazón humano: toda persona siente el deseo de ponerse en contacto con los otros, y se realiza plenamente cuando se da libremente a los demás” (n.1).

- Superar el egoísmo. “Tanto en el ámbito social como en el de los medios de comunicación, la persona está a menudo acosada por mensajes que insistente, abierta o solapadamente, exaltan la cultura de lo efímero y lo hedonístico. Aun cuando no falta una atención a los otros en las calamidades ambientales, en las guerras u otras emergencias, generalmente no es fácil desarrollar una cultura de la solidaridad. El espíritu del mundo altera la tendencia interior a darse a los demás desinteresadamente, e impulsa a satisfacer los propios intereses particulares. Se incentiva cada vez más el deseo de acumular bienes. Sin duda, es natural y justo que cada uno, a través del empleo de sus cualidades personales y del trabajo, se esfuerce por conseguir aquello que necesita para vivir, pero el afán desmedido de posesión impide a la criatura humana abrirse al Creador y a sus semejantes (cf. ITim.6,10).

La explotación del hombre, la indiferencia por el sufrimiento ajeno, la violación de las normas morales, son sólo algunos de los frutos del ansia de lucro.(...) Apelando a los creyentes y a todos los hombres de buena voluntad, quisiera reafirmar un principio (...) es necesario buscar no el bien de un círculo privilegiado de pocos, sino la mejoría de las condiciones de vida de todos. Sólo sobre este fundamento se podrá construir un orden internacional realmente marcado por la justicia y la solidaridad, como es deseo de todos. (n.2).

- El compromiso del cristiano. “El esfuerzo del cristiano por promover la justicia, su compromiso de defender a los más débiles, su acción humanitaria para procurar el pan a quien carece de él, por curar a los enfermos y prestar ayuda en las diversas emergencias y necesidades, se alimenta del particular e inagotable tesoro de amor que es la entrega total de Jesús al Padre (n.3).

- Medios para combatir nuestro desmedido apego al dinero: “este tiempo de Cuaresma propone la práctica eficaz del ayuno y la limosna. Privarse no sólo de lo superfluo, sino también de algo más, para distribuirlo a quien vive en necesidad, contribuye a la negación de sí mismo, sin la cual no

hay auténtica praxis de vida cristiana. Nutriéndose con una oración incesante, el bautizado demuestra, además, la prioridad efectiva que Dios tiene en la propia vida. Es el amor de Dios infundido en nuestros corazones el que tiene que inspirar y transformar nuestro ser y nuestro obrar. El cristiano no debe hacerse la ilusión de buscar el verdadero bien de los hermanos, si no vive la caridad de Cristo. Aunque lograra mejorar factores sociales o políticos importantes, cualquier resultado sería efímero sin la caridad (n.4).

- Cristo nos propone su propio ejemplo. Al hombre de hoy, a menudo insatisfecho por una existencia vacía y fugaz, y en búsqueda de la alegría y el amor auténticos, Cristo le propone su propio ejemplo, invitándole a seguirlo. Pide a quien le escucha que desgaste su vida por los hermanos. De tal dedicación surge la realización plena de sí mismo y el gozo (n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma - 2004**

“El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe” (Mt.18,5).

- Llamada a la conversión: “Con el sugestivo rito de la imposición de la Ceniza, da comienzo el tiempo de cuaresma, durante el cual la liturgia renueva en los creyentes el llamamiento a una conversión radical, confiando en la misericordia divina.

El lema de esta Cuaresma nos permite reflexionar sobre la condición de los niños, que también hoy en día el Señor llama a estar a su lado y los presenta como ejemplo a todos aquellos que quieren ser sus discípulos. Las palabras de Jesús son una exhortación a examinar cómo son tratados los niños en nuestras familias, en la sociedad civil, en la Iglesia. Asimismo, son un estímulo para descubrir la sencillez y la confianza que el creyente debe desarrollar, imitando al Hijo de Dios, el cual ha compartido la misma suerte de los pequeños y de los pobres. (...) junto a los niños, el Señor sitúa a los “hermanos más pequeños”, esto es, los pobres, los necesitados, los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, los enfermos y los encarcelados.. Acogerlos y amarlos, o bien tratarlos con indiferencia y rechazarlos, es como si se hiciera lo mismo con Él, ya que él se hace presente de manera singular en ellos (n.1).

“Convertirse” en pequeños y “acoger” a los pequeños son dos aspectos de una única enseñanza, que el Señor renueva a sus discípulos en nuestro tiempo. Sólo aquel que se hace “pequeño” es capaz de acoger con amor a los hermanos más “pequeños” (n.2).

Junto a la generosidad de quienes acogen a los niños, el Santo Padre se refiere también al “egoísmo de quienes no “acogen” a los niños. Hay menores profundamente heridos por la violencia de los adultos: abusos sexuales, instigación a la prostitución, al tráfico y uso de drogas, niños obligados a trabajar, enrolados para combatir, inocentes marcados para siempre por la disgregación familiar, niños pequeños víctimas del infame tráfico de órganos y personas. ¿Y qué decir de la tragedia del SIDA, son sus terribles repercusiones en África? (...) La humanidad no puede cerrar los ojos ante un drama tan alarmante (n.3).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Celebración de la Palabra con ocasión del Miércoles de Ceniza (25-II-2004).**

El Santo Padre nos muestra el significado del rito de la imposición de la ceniza, con que se abre la Cuaresma.

- “Acuérdate que eres polvo”: evoca la actual condición humana, puesta bajo el signo de la caducidad y de la limitación (n.1)

- “Convertíos y creed al Evangelio”: constituye una invitación apremiante a cambiar de vida.(n.2)

Ambas fórmulas nos invitan a entrar en la Cuaresma en actitud de escucha y conversión sincera.

- “Ascesis”: la palabra misma evoca ya la imagen de una ascensión hacia metas más elevadas. Ello acarrea necesariamente sacrificios y renunciaciones. Y es que es menester reducir a lo esencial el equipaje para no hacer más gravoso el viaje, estar dispuestos a hacer frente a toda dificultad y a superar todo obstáculo para alcanzar el objetivo predeterminado. Para convertirse en discípulo auténtico de Cristo es preciso renunciar a uno mismo, cargar con la propia cruz cada día e ir con Él (cf. Lc.9,23). Se trata de la ardua senda de la santidad, que todo bautizado está llamado a recorrer (n.2).

- “Los medios para vivir la Cuaresma: desde siempre indica la Iglesia algunos medios útiles para andar este camino. Ante todo la humilde y dócil adhesión a la voluntad de Dios, acompañada por incesante oración; las formas penitenciales típicas de la tradición cristiana, como la abstinencia, el ayuno, la mortificación y la renuncia incluso a bienes en sí mismos legítimos; los gestos concretos de acogida al prójimo, que la página evangélica de este día evoca con la palabra “limosna”. Todo ello vuelve a proponerse con mayor intensidad durante el período cuaresmal, que constituye, a este respecto, un

“tiempo fuerte” de entrenamiento espiritual y de servicio generoso a los hermanos (n.3) (Ecclesia, n.3195; 6-III-2004).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma de 2005**

Cada año, la Cuaresma nos propone un tiempo propicio para intensificar la oración y la penitencia y para abrir el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina. Ella nos invita a recorrer el itinerario espiritual que nos prepara a revivir el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, ante todo mediante la escucha asidua de la Palabra de Dios y la práctica más intensa de la mortificación, gracias a la cual podemos ayudar con mayor generosidad al prójimo necesitado.

- La atención a los ancianos

El lema que propone el Santo Padre es: “En Él está tu vida, así como la prolongación de tus días” (Dt.30,20) (...) Desearía que durante la Cuaresma pudiéramos reflexionar sobre este tema: la longevidad. Ello nos ayudará a alcanzar una mayor comprensión de la función que las personas ancianas están llamadas a ejercer en la sociedad y en la Iglesia, y, de este modo”, disponer también nuestro espíritu a la afectuosa acogida que a éstos se debe. (...) Hemos de ofrecer “una atención más específica a al mundo de la llamada “tercera edad”, con el fin de ayudar a estas personas a vivir sus grandes potencialidades con mayor plenitud, poniéndolas al servicio de toda la comunidad. El cuidado de las personas ancianas, sobre todo cuando atraviesan momentos difíciles, debe estar en el centro de todos los fieles, especialmente de las comunidades eclesiales de las sociedades occidentales, donde dicha realidad se encuentra presente en modo particular. (n.1).

- El respeto a la vida humana

La vida del hombre es un don precioso que hay que amar y defender en cada fase. El mandamiento “No matarás” exige siempre el respeto y la promoción de la vida, desde su principio hasta su ocaso natural. Es un mandamiento que no pierde su vigencia ante la presencia de las enfermedades, y cuando el debilitamiento de las fuerzas reduce la autonomía del ser humano. Si el envejecimiento, con sus inevitables condicionamientos, es acogido serenamente a la luz de la fe, puede convertirse en una ocasión maravillosa para comprender y vivir el misterio de la Cruz, que da un sentido completo a la existencia humana. Es en esta perspectiva que el anciano necesita ser comprendido y ayudado. Deseo expresar mi estima a cuantos trabajan con denuesto por afrontar estas exigencias y os exhorto a todos a aprovechar esta

Cuaresma para ofrecer también vuestra generosa contribución personal. Hay que hacer crecer en la opinión pública la conciencia de que los ancianos constituyen, en todo caso, un gran valor que debe ser debidamente apreciado y acogido. Deben ser incrementadas, por tanto, las ayudas económicas y las iniciativas legislativas que eviten su exclusión de la vida social (...) (n.2).

El mayor tiempo a disposición en esta fase de la existencia, brinda a las personas ancianas la oportunidad de afrontar interrogantes existenciales, que quizás habían sido descuidados anteriormente por la prioridad que se otorgaba a cuestiones consideradas más apremiantes. La conciencia de la cercanía de la meta final induce al anciano a concentrarse en lo esencial, en aquello que el paso de los años no destruye. Es precisamente por esta condición, que el anciano puede desarrollar una gran función en la sociedad.(...) (n.3).

E) El Tiempo Litúrgico de Pascua

*** Mensaje de Juan Pablo II “Urbi et Orbi” en la Pascua de 1994-.**

Cristo resucitado saluda a esta familia particular, a esta reunión apostólica de la Iglesia, a la que ha confiado el misterio pascual, misterio de muerte y resurrección. (n.1).

Presencia de Cristo Resucitado en el Cenáculo

Al cenáculo viene el mismo Cristo, que aquí ha orado al Padre para que todos sean una sola cosa (Jn.17,21). Orando así, Él abría a la inteligencia humana perspectivas inalcanzables; revelaba que hay una cierta semejanza entre la unidad de las Personas Divinas y la unidad de los hijos de Dios, asociados en la verdad y en el amor (...) (n.3).

Cristo Resucitado se acerca a las familias. Acogedlo.

Vocación de la familia es la de revestir esta verdad en la forma viva de la única e irrepetible comunidad humana, formada por los padres y los hijos; comunidad de amor y de vida, comunidad de las generaciones. Piedra angular de esta comunidad es Cristo resucitado. Es necesario que la vida de cada familia esté escondida con Cristo en Dios (cf. Col.3,3). Es preciso que mediante este esconderse, ella madure en la gloria de la resurrección (n.4).

A las familias les es necesaria esta potencia que proviene de Dios, de otra manera no serán capaces de responder a su vocación. A las familias les es necesaria esta potencia divina particularmente en nuestros días, en que múltiples amenazas asedian a la familia en las raíces mismas de su existencia. (...) A la gran familia de los pueblos llegue hoy este anuncio de la resurrección, que es irrupción de luz y de vida, para todos los habitantes de la tierra. (...) Si en Cristo muerto y resucitado Dios triunfa en el mundo, también el hombre puede triunfar sobre el pecado y vencer sus secuelas. La Humanidad tiene necesidad de Cristo: Él es la fuente de la paz, de la vida que nunca muere (n.5).

Cristo resucitado nos pide que respetemos la vida humana

En este día de alegría y de luz, frente a la vida que irrumpe en la historia, que retroceda la cultura de la muerte, que humilla al ser humano, no respetando las criaturas más débiles y frágiles, e intenta incluso desquiciar la dignidad sagrada de la familia, corazón de la sociedad y de la Iglesia. (...)

Que se haga cualquier esfuerzo para que no se disminuya el valor de la persona humana, ni el carácter sagrado de la vida, ni la capacidad del hombre para amar y donarse. La familia permanece como la principal fuente de Humanidad: Todo Estado debe tutelarla como tesoro precioso” (Ecclesia; n.2679-80; 9-16 de abril de 1993; 26-27).

*** Mensaje de Juan Pablo II “Urbi et Orbi” en la Pascua de Resurrección (23-IV-2000).**

Cristo ha resucitado

Hoy la Iglesia se detiene, atónita una vez más, junto al sepulcro vacío. Igual que María y las otras mujeres, llegadas para ungir con aromas el cuerpo del crucificado, igual que los apóstoles Pedro y Juan (...), la Iglesia se inclina sobre la tumba en la que fue depositado el Señor después de la crucifixión.(...) Hoy, Domingo de Resurrección, hago propio el anuncio del mensajero celestial: “Ha resucitado, no está aquí” (Mc.16,6).(…) (n.1).

Cristo resucitado es la Puerta de la Vida

El Hijo eterno, que se despojó de sí mismo para hacerse siervo obediente hasta la muerte en cruz (Fil.2, 7-8), venció el mal en su raíz, abriendo a los corazones arrepentidos la vía del retorno al Padre. Cristo es la Puerta de la Vida, que en Pascua triunfa sobre las puertas del infierno. Es la Puerta de la salvación abierta para todos, la Puerta de la divina misericordia, que proyecta nueva luz sobre la existencia humana (n.2).

Cristo resucitado abre nuevos caminos a la humanidad

Cristo resucitado muestra senderos de esperanza en los que se debe avanzar juntos hacia un mundo más justo y solidario donde el ciego egoísmo de unos pocos no prevalezca sobre el grito de dolor de muchos, reduciendo a pueblos enteros a condiciones de miseria degradante. Que el mensaje de vida transmitido por el ángel junto a la piedra removida del sepulcro, venza la dureza de los corazones, lleve a la superación de barreras injustificadas y favorezca un encuentro fecundo de pueblos y culturas. Que la imagen del hombre nuevo, que resplandece en el rostro de Cristo, mueva a todos a reconocer el valor intangible de la vida humana; que suscite respuestas adecuadas a la exigencia sentida cada vez más de justicia e iguales oportunidades en los diversos ámbitos de la vida social; que mueva a los individuos y a los Estados al pleno respeto de los derechos esenciales y auténticos radicados en la naturaleza misma del ser humano (n.3).

Juan Pablo II reza por la Paz en todos los pueblos de la tierra.

Señor Jesús, nuestra Paz, Verbo encarnado hace dos mil años, que resucitando venciste el mal y el pecado, concede a la humanidad del tercer milenio una paz justa y duradera; guía por buen camino los diálogos emprendidos por hombres de buena voluntad que, aun entre tantas perplejidades y dificultades, tratan de poner fin a preocupantes conflictos en África, a las luchas armadas en algunos países de América Latina, a las continuas tensiones que afligen el Oriente Medio, vastas zonas de Asia y algunas regiones de Europa (...) (n.4) (Ecclesia; n.2995; 6-V-2000;16-17).

*** Mensaje “Urbi et Orbi” de Juan Pablo II el Domingo de Resurrección (11-IV-2004).**

El Santo Padre presenta el misterio de la Resurrección de Cristo ante la violencia, el terrorismo, la guerra...

- “Fuerza para hacer frente al inhumano y por desgracia extendido, fenómeno del terrorismo, que niega la vida y vuelve perturbada e insegura la existencia cotidiana de tanta gente trabajadora y pacífica.

- Lograr una solución satisfactoria de los conflictos que perdura, que ensangrientan algunas regiones de África, Iraq y Tierra Santa

- Que la tentación de la venganza abra paso a la valentía del perdón; que la cultura de la vida y del amor haga vana la lógica de la muerte; que la confianza vuelva a reanimar la vida de los pueblos (Ecclesia, nn. 3001-02; 17 y 24 de abril de 2004; 30-31).

*** Mensaje póstumo de Juan Pablo II para el Regina Coeli del Domingo de la Divina Misericordia. Segundo domingo de Pascua de Resurrección (3-IV-2005).**

“¡Queridos hermanos y hermanas!

“Resuena también hoy el gozoso Aleluya de Pascua. La página del Evangelio de hoy de Juan subraya que el resucitado, la noche de ese día, se apareció a los apóstoles y “les mostró las manos y el costado” (Jn.20,20), es decir, los signos de la dolorosa pasión impresos de manera indeleble en su cuerpo también después de la resurrección. Aquellas llagas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios que “tanto amó al mundo que dio a su Hijo único” (Jn.3,16). Ese

misterio de amor está en el corazón de la liturgia de hoy, domingo “in albis”, dedicado al culto de la Divina Misericordia (n.1)..

“A la humanidad, que en ocasiones parece como perdida y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el espíritu a la esperanza. El amor convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!”.

Señor, que con la muerte y la resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza repetimos hoy: Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero (n.2).

“La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos lleva a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que surge del Corazón de Cristo. Con su ayuda, podemos comprender el auténtico sentido de la alegría pascual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que sufrió y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya! (n.3). (Cristianismo, Universidad y Cultura; año V; n.10; Julio-Diciembre de 2004; CEE. Subcomisión Episc. de Universidades. Edice. Madrid; 17).

F) El Jubileo de la Redención convocado por Juan Pablo II para el 1950 Aniversario de la Redención

*** Bula de convocatoria: “Aperite portas Redemptori” (6-I-1983)**

- Convocatoria del Jubileo

Dado que este año 1983 coincide con el 1950 aniversario de aquel gran acontecimiento de nuestra Redención, ha ido madurando dentro de mí la decisión, que ya manifesté al Colegio Cardenalicio el 26 de noviembre de 1982, de dedicar un año entero a recordar de modo especial la Redención con el fin de que ésta penetre más a fondo en el pensamiento y en la acción de toda la Iglesia (n.2).

- Duración del Jubileo

Tal Jubileo comenzará el día 25 del próximo mes de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, que recuerda el instante providencial en que el Verbo eterno, haciéndose hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, participando de nuestra carne “para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y liberar a aquellos que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre” (cf. Heb.2,14s).

Se concluirá el día 22 de abril de 1984, Domingo de Pascua, día de la plenitud de la alegría procurada por el Sacrificio redentor de Cristo, gracias al cual la Iglesia “renace y se alimenta continuamente de modo maravilloso” (n.2).

- Este año ha de ser verdaderamente un Año santo

Sea pues éste un Año verdaderamente Santo, sea realmente un tiempo de gracia y de salvación, más intensamente santificado por la aceptación de las gracias de la redención por parte de la humanidad de nuestro tiempo, mediante al renovación espiritual de todo el pueblo de Dios, que tiene como cabeza a Cristo “que fue entregado a muerte por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificación” (Rm. 4,25). (n.2).

- ¿Cómo se comunica la Redención?

La Redención se comunica al hombre mediante la proclamación de la Palabra de Dios y los sacramentos, dentro de la economía divina por la cual la Iglesia está constituida, en cuanto cuerpo de Cristo, “como sacramento universal de salvación”.

El Bautismo, sacramento del nuevo nacimiento en Cristo, introduce vitalmente a los fieles en esta corriente que brota del Salvador.

La Confirmación los vincula más estrechamente con la Iglesia, los corrobora en el testimonio de Cristo y en el amor coherente a Dios y a los hermanos.

La Eucaristía en particular hace presente toda la obra de la Redención que se perpetúa a lo largo del año en la celebración de los divinos misterios; en ella el mismo Redentor, realmente presente bajos las especies sagradas, se da a los fieles, acercándolos “siempre al amor que es más fuerte que la muerte”, los une a sí y al mismo tiempo entre sí. De este modo la Eucaristía construye a la Iglesia, ya que es signo y causa de la unidad del Pueblo de Dios, y consiguientemente fuente y culmen de toda la vida cristiana. (LG 11).

La Penitencia los purifica. Dado que todos son pecadores, todos tienen necesidad de ese cambio radical de espíritu, de mente y de vida, que en la Biblia se llama “metanoia”, conversión. Esta actitud es suscitada y alimentada por la Palabra de Dios que es revelación de la misericordia del Señor, se actúa sobre todo por vía sacramental y se manifiesta en múltiples formas de caridad y de servicio a los hermanos.

Para que se pueda restablecer el estado de gracia, en la economía ordinaria no basta reconocer internamente la propia culpa ni hacer una reparación externa. En efecto, Cristo Redentor, instituyendo la Iglesia y constituyéndola sacramento universal de salvación, ha establecido que la salvación de cada uno se verifique dentro de la Iglesia y mediante el ministerio de la Iglesia misma, del cual Dios se sirve también para comunicar el comienzo de la salvación, que es la fe.

Ciertamente los caminos del Señor son inescrutables y el misterio del encuentro con Dios en la conciencia es insondable; pero el “camino” que Cristo nos ha hecho conocer es el que pasa a través de la Iglesia, la cual, mediante el sacramento o al menos el “voto” del mismo, restablece un nuevo contacto personal entre el pecador y el Redentor. Tal contacto vivificante es indicado también por el signo de la absolución sacramental, en la cual Cristo que perdona, a través de su ministro, alcanza en su individualidad la persona

que necesita ser perdonada, y vivifica en ella la convicción de fe, de la que depende cualquier otra: “la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,20) (n.7). Cada nueva experiencia del amor misericordioso de Dios y cada respuesta individual de amor penitente por parte del hombre es siempre un acontecimiento eclesial. A la virtud propia del Sacramento se añaden, como participación en el mérito y valor satisfactorio infinito de la Sangre de Cristo, único Redentor, los méritos y satisfacciones de todos aquellos que, santificados en Jesucristo y fieles a la vocación a ser santos, ofrecen gozos y oraciones, privaciones y sufrimientos a favor de los hermanos en la fe más necesitados de perdón, y más aún en favor de todo el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (n.6).

El Orden Sagrado configura a los elegidos a Cristo, sumo y eterno sacerdote, y les confiere el poder de apacentar en su nombre a la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios, sobre todo en el culto eucarístico..

El Matrimonio: en este sacramento, “el genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia” (GS 48).

La Unción de los Enfermos, uniendo los sufrimientos de los fieles a los del Redentor, los purifica con vistas a la redención completa del hombre incluso en su cuerpo y los prepara al encuentro beatífico con Dios, Uno y Trino”

- ¿En que consiste este Año jubilar de la Redención?

El Jubileo de la Redención no debe ser sino un “año ordinario celebrado de modo extraordinario: la posesión de la gracia de la Redención, vivida ordinariamente dentro y mediante la estructura misma de la Iglesia, se convierte en extraordinaria por la peculiaridad de la celebración anunciada”.

De este modo, la vida y la actividad de la Iglesia se hacen este año “jubilares”: el Año de la Redención debe dejar una huella particular en toda la vida de la Iglesia, para que los cristianos sepan descubrir de nuevo en su experiencia existencial todas las riquezas inherentes a la salvación que les ha sido comunicada desde el bautismo y se sientan impulsados por el amor de Cristo “persuadidos de que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y murió por todos para que los que vivan no vivan ya para sí sino para aquel que por ellos murió y resucitó” (cf. ICort.5,14s).

-Marcado acento pastoral del Año de la Redención

Este tiempo fuerte, durante el cual todo cristiano está llamado a realizar más en profundidad su vocación a la reconciliación con el Padre en el Hijo, conseguirá plenamente su objetivo únicamente cuando desemboque en un nuevo compromiso por parte de cada uno y de todos al servicio de la reconciliación no sólo entre todos los discípulos de Cristo, sino también entre todos los hombres, y al servicio de la paz entre todos los pueblos. Una fe y una vida auténticamente cristianas deben desembocar necesariamente en una caridad que lleva a la verdad y promueve la justicia (n.3)..

- Este Año es una gracia singular de Cristo

La celebración jubilar de la Redención quiere ante todo reavivar en los hijos de la Iglesia católica la conciencia de que “su excelente condición no deben atribuirlos a los méritos propios, sino a una gracia singular de Cristo, a la que, si no responden de pensamiento, palabra y obra, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad” (cf. LG. 14). Consiguientemente, todo fiel debe sentirse llamado en primer lugar a un compromiso singular de penitencia y renovación, porque tal es el estado permanente de la Iglesia misma (cf. LG 8). (n.4).

- La apertura de la Puerta Santa

La Puerta Santa, que yo mismo abriré en la Basílica Vaticana el 25 de marzo próximo, sea signo y símbolo de un nuevo acercamiento a Cristo, Redentor del hombre, que llama a todos, sin excluir a nadie, a una consideración más apropiada del misterio de la Redención y a participar en sus frutos, especialmente mediante el Sacramento de la Penitencia.

- Súplica a María

Pido a María Santísima., Madre del Redentor y Madre de la Iglesia, que interceda por nosotros y nos obtenga la gracia de una fructuosa celebración del Año Jubilar (...) (n.12) (1a).

Algunos temas teológicos básicos de la Bula del Papa

- El pecado: “Conviene descubrir el sentido del pecado, y para llegar a ello conviene descubrir el sentido de Dios justo y misericordioso” (n.8).

El Concilio Vaticano II puso de relieve la dimensión personal del pecado, al presentarlo como un abuso de la libertad: “el pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud” (GS 13). Subraya también la dimensión social del pecado: “los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano” (GS 10). Destaca también la dimensión cósmica del pecado al afirmar que al pecar, el hombre rompe sus relaciones armoniosas con todas las cosas creadas (GS 13).

- La conversión: “todo fiel debe sentirse llamado en primer lugar a un compromiso singular de penitencia y renovación, porque tal es el estado permanente de la Iglesia misma, la cual, “siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación”, siguiendo la invitación hecha por Cristo a las muchedumbres, al comienzo de su ministerio: “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc.1,15) (n.4).

No puede darse renovación espiritual que no pase por la penitencia-conversión, bien sea como actitud interior y permanente del creyente y como ejercicio de la virtud que corresponde a la incitación del Apóstol a “hacerse reconciliar con Dios”, bien sea como acceso al perdón de Dios mediante el sacramento de la penitencia” (n.4).

Esta conversión es necesaria como “actitud interior y permanente”, como “ejercicio de la virtud de la apertura a la iniciativa reconciliadora de Dios”, como “acceso sacramental al perdón de Dios”.

- Porque todos somos pecados, todos debemos convertirnos al Señor: “Dado que todos son pecadores, todos tiene necesidad de ese cambio radical de espíritu, de mente y de vida, que en la Biblia se llama “metanoia”, conversión. Esa actitud es suscitada y alimentada por la Palabra de Dios que es revelación de la misericordia del Señor, se actúa sobre todo por vía sacramental y se manifiesta en múltiples formas de caridad y de servicio a los hermanos” (n.5).

- El hombre signo e instrumento de reconciliación: “Tiene que quedar claro que este tiempo fuerte, durante el cual todo cristiano está llamado a realizar más en profundidad su vocación a la reconciliación con el Padre en el Hijo, conseguirá plenamente su objetivo únicamente cuando desemboque en un nuevo compromiso por parte de cada uno y de todos al servicio de la reconciliación no sólo entre todos los discípulos de Cristo, sino también entre todos los hombres, y al servicio de la paz entre todos los pueblos” (n.3).

- La confesión sacramental: “La práctica de la confesión sacramental, en el contexto de la comunión de los santos que ayuda de diversas maneras a acercar a los hombres a Cristo, es un acto de fe en el misterio de la redención y de su realización en la Iglesia” (n.6).

- El hombre en un mundo redimido: “Toda la vida de la Iglesia está inmersa en la redención, respira la redención. Para redimirnos vino Cristo al mundo desde el seno del Padre; para redimirnos se ofreció a Sí mismo sobre la cruz en acto de amor supremo hacia la humanidad, dejando a su Iglesia su Cuerpo y su Sangre “en memoria suya” y haciéndola ministro de la reconciliación con poder para perdonar los pecados” (n.3).

- Ante la llegada del tercer milenio: “La Iglesia, acercándose al inicio de su tercer milenio, se siente particularmente comprometida en la fidelidad a los dones divinos, que tiene en la redención de Cristo su fuente, y mediante los cuales el Espíritu la guía a su desarrollo y renovación, para que sea su Esposa cada vez más digna de su Señor. Por eso ella confía en el Espíritu Santo y quiere asociarse a su acción misteriosa como la Esposa que invoca la llegada de Cristo” (n.7).

- Responsabilidad de la Iglesia ante un mundo redimido: “La Iglesia entera (...) se siente llamada a vivir la última fase de este siglo XX de la redención con un renovado y profundo “Espíritu de Adviento”, que la prepare para el tercer milenio ya cercano, con los mismos sentimientos con los que la Virgen María esperaba el nacimiento del Señor en la humildad de nuestra naturaleza humana” (n.9).

*** Alocución del Santo Padre al Sacro Colegio y a la Curia Romana sobre el Año Jubilar de la Redención (23-XII-1982).**

- Jesús nace para redimirnos

Jesús viene para reconciliarnos con Dios. (...) La Navidad es el comienzo de ese “admirable intercambio” que no une a Dios. Es el comienzo de la Redención (n.2).

- Jubileo de la Redención

Realmente, si cada Año Santo propone a escala universal la profundización en el misterio de la Redención y la hace vivir en la fe y en la penitencia; más aún, si la Iglesia recuerda siempre la redención, no sólo cada año, sino cada domingo, cada día, cada instante de su vida, porque en la

celebración de los sacramentos está inmersa totalmente en este don sublime y único del amor de Dios que nos ofrece en Cristo Redentor, de aquí se deduce que este próximo Jubileo es un año ordinario celebrado de modo extraordinario: la posesión de la gracia de la redención, vivida ordinariamente en la estructura y por medio de la estructura misma de la Iglesia, se convierte en extraordinaria, gracias a la peculiaridad de la celebración convocada (...).

- El Jubileo es un desafío al hombre y al creyente

Este Jubileo es un desafío lanzado al hombre de hoy, al creyente de hoy, para que comprenda más a fondo el misterio de la Redención, se deje aferrar por este movimiento extraordinario de atracción hacia la Redención, cuyo realismo se efectúa constantemente en la Iglesia como institución, y debe ser apropiado, como carisma, en la hora de gracia que el Señor hace sonar para cada uno en los momentos fuertes de la experiencia cristiana. Se trata de un movimiento espiritual central, que desde ahora debe ser favorecido y preparado a nivel de toda la Iglesia (n.3) (...).

Las dos encíclicas “Redemptor hominis” y “Dives in misericordia” son indicaciones concretas, que pueden señalar ya en cierto modo el camino y dar las orientaciones para la celebración apropiada del acontecimiento (n.3).

- Finalidad del Jubileo

El próximo Jubileo quiere “concienciar” sobre la celebración de la Redención que se conmemora y revive constantemente en toda la Iglesia. Su finalidad específica es la de llamar a una consideración más profunda del acontecimiento de la Redención y a su concreta aplicación en el sacramento de la Penitencia

- Acoger la Redención de Cristo

La realidad objetiva del misterio de la Redención debe convertirse en realidad subjetiva, propia de cada uno de los creyentes, para obtener su eficacia concreta, en la condición histórica del hombre que vive, sufre y trabaja en este tramo del segundo milenio después de Cristo, que ya tiende a su fin. En este jubileo que quiere acercar a la miseria del hombre la misericordia de Dios, debe volver a encenderse la tensión hacia la gracia, se debe intensificar el esfuerzo de las conciencias para apropiarse subjetivamente el don de la Redención, del amor que brota de Cristo crucificado y resucitado. Por esto, el Año Santo es una llamada al arrepentimiento y a la conversión, como disposición necesaria para participar en la gracia de la redención. El

hombre no es capaz de redimirse de los propios pecados, sino de ser redimido, aceptando el perdón que da el Redentor (n.5).

- Descubrir el sentido del pecado. El sacramento de la Penitencia

Hay que descubrir el sentido del pecado, la pérdida de este sentido está vinculada con la más radical y secreta, del sentido de Dios. El sacramento de la penitencia es el sacramento de la reconciliación con Dios, del encuentro de la miseria del hombre con la misericordia de Dios, personificada en Cristo Redentor y en la potestad de la Iglesia. La confesión es una realización práctica de la fe en el acontecimiento de la Redención.

- El Jubileo y el mundo del dolor

Hay un significado ulterior del Jubileo de la Redención. Vivimos en un mundo que sufre (...) Ahora bien, el sufrimiento tiene su raíz teológica y antropológica en el misterio del pecado, y por esto es elemento constitutivo de la Redención de Cristo. Nada hay en el mundo que corresponda al sufrimiento humano más que la cruz de Cristo. Cristo sufrió su pasión, cargando con el pecado del mundo (cf. ICort.5,21; GS 22). La Redención nos abre al magnífico libro de nuestra solidaridad con Cristo paciente, y, en Él, nos introduce en el misterio de nuestra solidaridad con los hermanos que sufren. El Jubileo de la Redención nos permitirá vivir más intensamente en el espíritu de la “communio Sanctorum” (...) (n.6).

- El Jubileo y el Ecumenismo

El Jubileo es un gran servicio a la causa del Ecumenismo. Celebrando la Redención vamos más allá de las incomprensiones históricas y de las controversias contingentes, para encontrarnos en el fondo común de nuestro ser como cristiano, esto es, Redimido. La Redención nos une a todos en el único amor de Cristo, crucificado y resucitado. Este es, ante todo, el significado más válido que, a la luz de la acción ecuménica, hay que atribuir al próximo Jubileo.

Pero hay otra razón que lleva a la esperanza en esta fusión de los corazones: el espíritu de oración y de penitencia que impregna las celebraciones jubilares debe llevar a la conversión del corazón, que los Padres jubilares indicaron como condición esencial para la restauración de la unidad en la Iglesia (cf. UR, 7) (1b).

G) El Gran Jubileo del año 2000. La Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994)

A modo de introducción

Juan Pablo II convocó a la Iglesia a celebrar el Jubileo del año 2000, año de gracia, año de perdón de los pecados y de las penas por los pecados, año de reconciliación entre los adversarios, año de múltiples conversiones y de penitencia sacramental y extrasacramental para todos los que lo celebren y participen en él con fe y devoción.

Con la mirada puesta en el Tercer Milenio de la Era Cristiana, el Santo Padre afirma que “el año 2000 ha de ser para la Iglesia ocasión de “fortalecer su fe”, de “buscar la unidad entre los cristianos”, de “ahondar el diálogo con las grandes religiones”, de “afrontar el desafío de la crisis de valores”, que sufre nuestro tiempo y de “hacerse voz de todos los pobres del mundo” (cf. TMA 42,51-52). Hermoso programa que nos propone Juan Pablo II y que hemos de intentar realizar con la ayuda de la gracia divina.

Para que pudiéramos celebrar debidamente el Jubileo del año 2000, Juan Pablo II publicó la Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (1c), cuya orientación es cristológica: “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre” (Heb.13,8). “La Iglesia cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro...Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre” (GS 10). La Encarnación del Verbo es el acontecimiento nuclear del cristianismo, de nuestra fe cristiana y, por tanto, de este Jubileo.

Esta Carta hace resonar en el corazón de todos los cristianos el misterio fundamental de nuestra fe: la Encarnación del Verbo, acontecimiento que conmueve y renueva al ser humano, transforma la vida y la historia y se convierte en celebración que es gracia salvadora para el creyente: “Cristo, Hijo consustancial al Padre, es, pues, Aquel que revela el plan de Dios sobre toda la creación, y en particular sobre el hombre...En su naturaleza humana, libre de todo pecado y asumida en la persona divina del Verbo, la naturaleza común a todo ser humano viene elevada a una altísima dignidad” (TMA.n.4). El Santo Padre presenta a Jesucristo como Señor de la historia (TMA 10), como Señor del cosmos y de la creación (TMA 6. 13); como Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento. Por eso, “cada año, cada día y cada momento son abrazados por su Encarnación y Resurrección” (TMA 11).

A la luz de estas enseñanzas del Santo Padre, podemos afirmar que en Jesucristo, el Padre ha dicho la última palabra sobre el hombre y su historia, y esta palabra es gracia y misericordia, esperanza y salvación para la entera humanidad; más aún, que a diferencia de las demás religiones, no es fundamentalmente el hombre quien busca a Dios, sino que Dios mismo viene en Persona a buscar al hombre, hablarle, a mostrarle el camino por el que puede encontrarle y alcanzarle.

Desde esta clave cristológica, debemos entender, celebrar y vivir este Gran Jubileo. En verdad, Jesucristo, el Verbo Encarnado, ocupa el centro de la “Tertio Millennio Adveniente” (nn.3-8, 40, 56).

- Aproximación a la naturaleza del Jubileo (TMA)

En la Carta “Tertio Millennio Adveniente”, el Papa desentraña la naturaleza del Jubileo e invita a la Iglesia a prepararse debidamente para la celebración de dicho Jubileo. Exponemos a continuación los contenidos más importantes y significativos de esta Carta Apostólica.

a) ¿En qué consiste el Jubileo?

* El término jubileo expresa alegría; no sólo alegría interior, sino un júbilo que se manifiesta exteriormente, ya que la venida de Dios es también un suceso exterior, visible, audible y tangible, como recuerda san Juan (cf. IJn.1 1). Es justo, pues, que toda la expresión de júbilo por esta venida tenga su manifestación exterior. Ésta indica que la Iglesia se alegra por la salvación, invita a todos a la alegría y se esfuerza por crear las condiciones para que las energías salvíficas puedan ser comunicadas a cada uno” (n.16).

El Jubileo del año 2000 es anuncio de alegría interior y exterior, anuncio importante para los creyentes y los no creyentes, pues no sólo es recuerdo del nacimiento de Jesús en la noche de Belén, sino también llamada a hacer presente de forma más eficaz el acontecimiento de la salvación divina realizada por Cristo” (Discurso en la sala de prensa de la Santa Sede; 24-I-1994).

“Mi invitación al pueblo de Dios que está en África, para que se prepare el Gran Jubileo del Año 2000, quiere ser también una vibrante llamada a la alegría cristiana” (Exhort. Apost. “Ecclesia in África”; 4-IX-1995; n. 142).

* El Jubileo es siempre un tiempo de gracia particular, un “día” bendecido por el Señor; como tal, tiene un carácter de alegría. “El gozo de un

jubileo es siempre, de un modo particular, el gozo por la remisión de las culpas, la alegría de la conversión” (TMA. n.32).

* El Jubileo quiere ser una gran plegaria de alabanza y de acción de gracias sobre todo por el don de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención realizada por Él (ib.n.32).

* El Jubileo para la Iglesia es “verdaderamente este año de gracia, año de perdón de los pecados y de las penas por los pecados, año de reconciliación entre los adversarios, año de múltiples conversiones y de penitencia sacramental y extrasacramental” (ib.n.14).

* El Jubileo no debe ser entendido como meramente antropocéntrico, porque está dedicado a Dios; y tampoco nos basta con mantener una referencia intencional con el Padre para poder decir que tenemos una visión completa del Jubileo, sino que se necesita vivir la verdadera relación con el Padre desde la encarnación de su Hijo (cf. Ef.1,3). El Jubileo en cuanto año de gracia, es don de Dios por medio de Cristo en el Espíritu a los hombres (1d).

* El Jubileo ha de llevar a subrayar más decididamente “la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados. “Se debe decir ante todo que el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del Jubileo” (ib.n.51).

“Una de las consecuencias más significativas del año jubilar era la “emancipación” de todos los habitantes necesitados de liberación. En esta ocasión, cada israelita recobraba la posesión de la tierra de sus padres, si eventualmente la había vendido o perdido al caer en esclavitud (n.12). “El año jubilar debía servir de ese modo al restablecimiento de la justicia social” (ib.n.13).

* El Jubileo podrá además ofrecer la oportunidad de meditar sobre otros desafíos del momento como, por ejemplo, la dificultad de diálogo entre culturas diversas y las problemáticas relacionadas con el respeto de los derechos de la mujer y con la promoción de la familia y del matrimonio” (ib.n. 51).

Juan Pablo II rechaza un nuevo “milénarismo”.

Ciertamente no se quiere inducir a un nuevo milénarismo, como se hizo por parte de algunos al final del primer milenio; sino que se pretende suscitar una particular sensibilidad a todo lo que el Espíritu dice a la Iglesia y a las

Iglesias (cf. Apoc.2, 7ss), así como a los individuos por medio de los carismas al servicio de toda la comunidad (ib.n.23).

Los grandes desafíos de la Iglesia en nuestro tiempo

“Los dos grandes desafíos, que de alguna manera resumen la etapa actual de la vida de la Iglesia, son la nueva evangelización y el ecumenismo. Ambos están relacionados estrechamente” (Discurso en el Sínodo Ucrainiano; 24-XI-1995).

b) ¿Cuáles son los objetivos del Jubileo?

El Santo Padre, al convocar el Jubileo, tenía claros los objetivos del mismo. Por su importancia, reflejamos aquí de forma abreviada los más significativos:

* Revitalizar la fe y suscitar la conversión

“En el período que queda antes del nuevo milenio y de la celebración del gran jubileo que recuerda el misterio de la Encarnación redentora del Hijo, el Espíritu Santo está invitando a la Iglesia a la purificación, al arrepentimiento y a un nuevo fervor espiritual. Toda la Iglesia debe responder con generosidad a esta invitación para que la gracia del milenio no se ofrezca en vano” (“Discurso a los Obispos de Estados Unidos en Visita “ad limina”; 2-X-1993).

* Renovación moral y religiosa

“El inicio del tercer milenio cristiano constituye una etapa sin duda importante no sólo para la comunidad eclesial, sino también para la ciudad de Roma, para Europa y para toda la humanidad. No digo esto para responder a una lógica milenarista, sino más bien porque estoy convencido de que el Año 2000 hará de nuevo presente el “gran misterio de la fe”. En estos seis años de preparación, toda la comunidad eclesial está invitada a mirar a fondo la historia del hombre para captar en ella los signos de la auténtica renovación que brota del encuentro con Cristo. (...) Gracias a la perenne presencia de Cristo en la historia, podemos esperar realmente un renacimiento moral y religioso, y un futuro mejor para todos” (Discurso en la sala de prensa de la Santa Sede, 24-I-1994).

* Realizar un “martirologio ecuménico”

“Como cada siglo en la historia de la Iglesia, también el nuestro ha dado numerosos santos y beatos, y especialmente muchos mártires. En el memorandum sobre el tema de la preparación para el gran jubileo he subrayado la oportunidad de elaborar un martirologio contemporáneo, que tenga en cuenta a todas las Iglesias particulares, también en una dimensión y en una perspectiva ecuménica. Hay muchos mártires en las Iglesias no católicas: ortodoxos, en Oriente, y también protestantes” (Discurso en el consistorio para preparar el Año 2000; 13-VI-1994).

* Impulsar la unidad de los cristianos

“Al acercarse un nuevo milenio, la Iglesia implora del Señor que prospere la unidad de todos los cristianos de las diversas confesiones hasta alcanzar la plena comunión. Deseo que el Jubileo sea la ocasión adecuada para una fructífera colaboración en la puesta en común de tantas cosas que nos unen y que son ciertamente más que las que nos separan. A este propósito ayudaría mucho que, respetando los programas de cada Iglesia y comunidad, se alcanzasen acuerdos ecuménicos para la preparación y celebración del jubileo...”(TMA n.16c).

* Reavivar las virtudes teologales

“El Jubileo deberá confirmar en los cristianos de hoy la fe en el Dios revelado en Cristo, sostener la esperanza prolongada en la espera de la vida eterna, vivificar la caridad comprometida activamente en el servicio a los hermanos” (ib. 31b).

* Fortalecer la fe y el testimonio de los cristianos

Todo deberá mirar al objetivo prioritario del jubileo que es el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos (Exhort. Apost. “Ecclesia in África”; 14-9-1995; n.142)

* Promover la santidad

Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración cada vez más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado (TMA. 42a). “El jubileo será estéril, si no sirviera para despertar en la comunidad cristiana la conciencia de la vocación a la santidad. Todo bautizado está llamado a hacerse santo” (Alocución dominical; 20-XI-1994).

* Reconocer la presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia

Se incluye entre los objetivos primarios de la preparación del jubileo el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la confirmación, como a través de los diversos carismas, tareas y ministerios que Él ha suscitado para su bien (TMA. 45a).

* Intensificar la comunión eclesial

“Se ha considerado la instancia prioritaria con vistas al tercer milenio cristiano: el impulso misionero y la promoción de un dinamismo de comunión eclesial que se prolongue en ecumenismo, guíe el diálogo interreligioso e inspire el servicio a la causa de los derechos humanos y de la paz, como fundamentos de la civilización del amor. Es evidente que quien no se consagra con todo su ser al servicio de la comunión en la Iglesia no puede aspirar a sanar las heridas y divisiones del mundo” (Discurso a los padres capitulares de la Compañía de Jesús”, 5-I-1995).

* Potenciar la vida cristiana

“La finalidad principal de la celebración del jubileo es alegrarse por la salvación (TMA.16). Por esta razón, es necesario que los seguidores de Cristo renueven su mente y su corazón, para que su alegría pueda ser profunda, sincera y completa” (Discurso a la Conferencia Episcopal Japonesa, en visita “ad limina”; 25-II-1995).

* Solicitud por los pobres y necesitados

Como una condición indispensable para la preparación del Gran Jubileo del Año 2000, “¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados?” (TMA, 51).

* Promover y defender los derechos humanos

El próximo jubileo exhorta a reconocer el destino trascendente de todo hombre y a promover, en consecuencia, sus derechos inviolables. Por tanto, la preparación de la ciudad para el Jubileo no puede ignorar las grandes expectativas de justicia y solidaridad presentes en la comunidad ciudadana” (Discurso al Ayuntamiento de Roma; 25-I-1996).

c) Preparación para el Jubileo

Llamada a la Iglesia

“Toda la Iglesia se preparar para entrar en el tercer milenio cristiano, cada vez más configurada con su Señor crucificado y resucitado” (Discurso en Johannesburgo, Sudáfrica; 18.IX-1995).

“Ahora que nos estamos acercando al tercer milenio cristiano, el Espíritu invita a la Iglesia a proclamar, cada vez con mayor urgencia y con una conciencia más viva de lo que está en juego para el bien de la familia humana, la liberación total y auténtica que se realiza por medio de Jesucristo” (Discurso en el Sínodo africano de Nairobi (Kenia), 19-IX-1995).

“Al acercarnos al tercer milenio, es urgente anunciar a todos los hombres que Jesús es el Redentor que hizo posible la transformación del mundo al ofrecernos el perdón de Dios sin límites. De este modo comienza una nueva época en la que las enemistades deben quedar superadas por la fraternidad, las rivalidades, rencores y guerras han de dar paso a la solidaridad cristiana, al perdón personal y a la luz de la paz” (Homilía en Campo de Marte (Guatemala); 6-II-1996).

Era de tal importancia la celebración del Jubileo que Juan Pablo II nos invitó a prepararnos a esta celebración a lo largo de tres años proponiéndonos unas enseñanzas y unos compromisos que presentamos a continuación siguiendo de cerca la citada “Tertio Millennio Adveniente”:

* Primera fase: del 1994 a 1996

Este tiempo tiene un carácter antepreparatoria y está marcado por la memoria del nacimiento de Jesucristo. La celebración está articulada conforme a la fe cristiana en palabra y sacramento: “la estructura de la memoria con la celebración, no limitándonos a recordar el acontecimiento sólo conceptualmente, sino haciendo presente el valor salvífico mediante la actualización sacramental” (n.31).

* Segunda fase: de 1997 a 1999

- Año 1997: Jesucristo. “El primer año, 1997, se dedica a la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo” (TMA 40). Con ello, se destaca “el carácter claramente cristológico del Jubileo”, que celebrará la encarnación y la venida al mundo del Hijo de Dios, misterio de salvación para todo el género humano. El tema general, propuesto para este año es “Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre”.

“Para conocer la verdadera identidad de Cristo, es necesario que los cristianos (...) vuelvan con renovado interés a la sagrada Escritura”.

Juan Pablo II dedica este año al descubrimiento, conocimiento y vivencia del Bautismo como fundamento de la existencia cristiana. El Bautismo nos incorpora al misterio de Jesucristo y a la Iglesia.

El Santo Padre invita a los cristianos a reavivar la fe, reconstruir sus fundamentos, celebrar la fe y dar testimonio de ella. Se trata de fortalecer la fe y el testimonio de los cristianos. Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado.

De igual modo nos exhorta a dar un impulso nuevo a la catequesis y, con ellos alentar, formar y acompañar a los catequistas. “El primer año será el momento adecuado para el redescubrimiento de la catequesis en su significado originario de “enseñanza de los apóstoles” (Hech.2,42) sobre la persona de Jesucristo y su misterio de salvación” (n. 42). La catequesis tiene como finalidad “ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios a fin de que, por la fe, tengan vida en su nombre, y para educarlos e instruirlos en esa vida y construir así el Cuerpo de Cristo” (1e).

En el ámbito ecuménico, este año será muy importante para dirigir juntos la mirada a Cristo, único Señor, con la intención de llegar a ser una sola cosa, según su oración al Padre.

En este año, la Virgen María será contemplada en su maternidad divina. María, dedicada constantemente a su divino Hijo, se propone a todos los cristianos como modelo de fe vivida (n.43).

- Año 1998: El Espíritu Santo. Este segundo año del trienio de preparación para el Gran Jubileo del año 2000 “está dedicado, de modo especial al Espíritu Santo y a su presencia santificadora en el seno de la comunidad de los discípulos de Cristo” (TMA 44). “Se incluye, por tanto, entre los objetivos primarios de la preparación del Jubileo el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu” (TMA 45).

“El gran Jubileo (...) tiene una dimensión pneumatológica, ya que el misterio de la encarnación se realizó por obra del Espíritu Santo (...).

“La Iglesia no puede prepararse al cumplimiento bimilenario de otro modo, si no es por el Espíritu Santo. Lo que en la plenitud de los tiempos se

realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia” (1f).

En este año se prestará una especial atención al Sacramento de la Confirmación. También se insistirá en la necesidad de promover e intensificar la nueva evangelización, de la que el Espíritu Santo es el agente principal, y en la que todos los cristianos han de participar desde el don o carisma recibido y siempre en comunión eclesial.

Se insistirá en la virtud teologal de la esperanza que mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios (TMA 46).

Se pondrá de relieve la solicitud sobre el valor de la unidad dentro de la Iglesia. “La reflexión de los fieles en el segundo año de preparación deberá centrarse con particular solicitud en el valor de la unidad dentro de la Iglesia, a la que tienden los distintos dones y carismas suscitados en ella por el Espíritu” (1g). La unidad del Cuerpo de Cristo se funda en la acción del Espíritu Santo, está garantizada por el ministerio apostólico y sostenida por el amor recíproco (ICor 13,1-8).

María, que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior, será contemplada e imitada a lo largo de este año sobre todo como la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza, que supo acoger como Abraham la voluntad de Dios “esperando contra toda esperanza” (Rm.4,18). Ella ha llevado a su plena expansión el anhelo de los pobres de Yahvé, y resplandece como modelo de quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios” (TMA 48).

- Año 1999: “Dios Padre”. Este último año preparatorio tendrá la función de ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: la visión del “Padre celestial” (cf. Mt.5,45). Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti el único Dios verdadero y al que Tú has enviado, Jesucristo” (Jn.17,3). Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en particular por el “hijo pródigo” (cf. Lc.15,11-32) (1h).

Es éste el contexto adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la penitencia en su significado más profundo. El anuncio de la conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano

es particularmente importante en la sociedad actual, donde con frecuencia parecen desvanecerse los fundamentos mismos de una visión ética de la existencia humana (TMA n.50).

Será, por tanto, oportuno (...) resaltar la virtud teologal de la caridad, recordando las palabras de Juan: “Dios es amor” (I Jn.4,8). La caridad, en su doble faceta de amor a Dios y a los hermanos, es la síntesis de la vida moral del creyente. Ella tiene en Dios su fuente y su meta.

Hemos de subrayar con más decisión la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados. Se debe decir que el compromiso por la justicia y por la paz en nuestro mundo (...) es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del Jubileo (TMA n.51).

Debemos destacar también dos compromisos: la confrontación con el secularismo y el diálogo con las grandes religiones (TMA n.53).

María santísima, hija predilecta del Padre, se presenta ante la mirada de los creyentes como ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo.

¿Qué nos exige esta preparación?

* El examen de conciencia

En este tiempo de preparación del Jubileo, Juan Pablo II nos invitó a hacer “un serio examen de conciencia que debe mirar diversos aspectos”. Los recordamos en síntesis.

+ Nuestros pecados:

“ Es justo que, mientras el segundo milenio del Cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo (cf. LG 8).

Entre los pecados que exigen un mayor compromiso de penitencia y de conversión han de citarse ciertamente aquellos que han dañado la unidad querida por Dios para su Pueblo (n.34).

+ Responsabilidad ante los males del mundo

“A las puertas del nuevo milenio los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación a los males de nuestro tiempo. La época actual junto a muchas luces presenta igualmente no pocas sombras” (n. 36).

+ Aquiescencia con métodos de intolerancia

Otro capítulo doloroso sobre el que los hijos de la Iglesia deben volver con ánimo abierto al arrepentimiento está constituido por la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con “métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad” (n. 35).

De estos trazos dolorosos del pasado emerge una lección para el futuro, que debe llevar a todo cristiano a tener buena cuenta del principio de oro dictado por el Concilio: “La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad u firmeza a la vez, en las almas” (DH 1).

+ La recepción y realización del Concilio Vaticano II

Juan Pablo II ha dicho que “la mejor preparación a ese aniversario bimilenario ha de manifestarse en el renovado compromiso de aplicación, lo más fiel posible, de las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia. Con el Vaticano II se ha inaugurado, en el sentido más amplio de la palabra, la inmediata preparación del Gran Jubileo del año 2000” (n. 20).

Por ello, afirma el Santo Padre: “El examen de conciencia debe mirar también la recepción del concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio” (n. 36). Por ello, recordamos las preguntas que formuló Juan Pablo II en esta Carta Apostólica (n. 36; año 1994) que comentamos para que nos examinemos nosotros mismos en nuestro tiempo, hoy y aquí:

- ¿En qué medida la Palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la “*Dei Verbum*”?

- ¿Se vive la Liturgia como “fuente y culmen” de la vida eclesial, según las enseñanzas de la “*Sacrosanctum Concilium*”?

- ¿Se consolida en la Iglesia Universal y en las Iglesias Particulares, la ecclesiología de comunión de la *Lumen Gentium*, dando espacio a los

carismas, los ministerios, las varias formas de participación del Pueblo de Dios, aunque sin admitir un democraticismo y un sociologismo que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico espíritu del Vaticano II?

En un Discurso que pronunció en la clausura del Congreso internacional sobre la aplicación del Concilio Ecuménico Vaticano II (27-II-2000), el Santo Padre ha vuelto otra vez a invitarnos a volver al Concilio Vaticano II. Queremos poner de relieve algunos fragmentos de este discurso por estar convencidos de que nos harán mucho bien:

“El Concilio Vaticano II ha sido un don del Espíritu a su Iglesia. Por ello permanece como acontecimiento fundamental no sólo para la comprensión de la historia de la Iglesia en estas postrimerías del siglo, sino también -y sobre todo- para la comprobación de la presencia permanente del resucitado junto a su Esposa entre los avatares del mundo” (n.1).

“Con el Concilio, la iglesia ha vivido una experiencia de fe, abandonándose a Dios sin reservas con la actitud de quien confía y tiene la certeza de ser amado (n.2).

“Los Padres conciliares tuvieron ante sí un auténtico reto. El desafío consistía en el empeño de comprender de forma más íntima, en un período de rápidos cambios, la naturaleza de la Iglesia y su relación con el mundo, con vistas a proveer al aggiornamento oportuno. (...) Lo que hicimos en el Concilio fue manifestar que también el hombre contemporáneo, si quiere comprenderse a sí mismo hasta el final, necesita de Jesucristo y de su Iglesia, que permanece en el mundo como signo de unidad y comunión. En realidad, la Iglesia, Pueblo de Dios, en camino por las sendas de la historia, es el testimonio perenne de una profecía que, mientras atestigua la novedad de la promesa, pone en evidencia su realización. El Dios que prometió es el Dios fiel que cumple la palabra dada (n.3).

“El Concilio fue un acto de amor a Dios, a la Iglesia y a la Humanidad. En verdad, la eficacia de este acto no se ha agotado, sino que continúa actuando a través de la rica dinámica de sus enseñanzas (n.5).

“El Concilio, que nos ha dado una rica doctrina eclesiológica, ha relacionado orgánicamente su enseñanza sobre la Iglesia con la enseñanza sobre la vocación del hombre en Cristo” (n.8).

“Esa pequeña semilla que Juan XXIII arrojó con ánimo y mano trepidante (...) anunciando su intención de convocar el vigésimo primer Concilio ecuménico de la historia de la Iglesia, fue creciendo hasta dar origen

a un árbol que extiende ya sus majestuosas y lozanas ramas en la viña del Señor. En sus treinta y cinco años de vida ya ha dado muchos frutos y muchos seguirá dando en los tiempos venideros. Una nueva época se abre ante nuestra mirada: el tiempo de la profundización de las enseñanzas conciliares. El tiempo de la cosecha de lo que los Padres conciliares sembraron y la generación de estos años ha cuidado y esperado” (n.9).

“El Concilio Ecuménico Vaticano II ha sido una profecía auténtica para la vida de la Iglesia y seguirá siéndolo durante muchos años del tercer milenio recién comenzado. La Iglesia, rica de las eternas verdades que le han sido encomendadas, seguirá hablando al mundo, anunciando que Jesucristo es el único auténtico Salvador del mundo ayer, hoy y siempre” (n.9) (1i).

+ Las relaciones entre la Iglesia y el mundo

Un interrogante fundamental debe también plantearse sobre el estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo. Las directrices conciliares - presentes en la *Gaudium et Spes* y en otros documentos- de un diálogo abierto, respetuoso y cordial, acompañado sin embargo por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad, siguen siendo válidas y nos llaman a un compromiso ulterior” (n.36).

* El reconocimiento y arrepentimiento del pecado

Al pecado como tal no le agrada que le señalen con el dedo ni que lo nombren ya que prefiere la oscuridad, la confusión, las tinieblas. Hemos de superar esta tentación y hacer nuestra la confesión de David: “yo reconozco mi pecado”, y la del hijo pródigo: “Padre he pecado contra el cielo y contra ti”.

Juan Pablo II enseña que “la purificación de la memoria, pide a todos un acto de valentía y humildad para reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de Cristianos” (1j).

M. Legido dice: “el pecado de los pecadores sólo se descubre cuando Jesús los acoge, los abraza contra sus entrañas y los sienta a su mesa. El pecado aparece cuando ha sido vencido por la misericordia” (1k).

“La Iglesia no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse en el arrepentimiento, de errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y de valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy” (n.33).

* La petición de perdón

Recordemos unas palabras del Papa: “Como Sucesor de Pedro, pido que en este año de misericordia, la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos. Todos han pecado y nadie puede considerarse justo ante Dios (cf. IReg.8,46). Que se repita sin temor: “Hemos pecado” (Jer.3,25), pero manteniendo firme la certeza de que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm.5,20).

Juan Pablo II es el Papa que ha pedido perdón por las culpas de los hijos de la Iglesia a lo largo de la historia: “reconocer los fracasos de ayer es un acto de lealtad y valentía que nos ayuda a reforzar nuestra fe, haciéndonos capaces y dispuestos para afrontar las tentaciones y las dificultades de hoy” (11). El Santo Padre no ha tenido nunca miedo a la verdad, la ha buscado y la ha propuesto sin rebajas.

* Dios nos escucha, nos acoge y nos perdona

“El abrazo que el Padre dispensa a quien, habiéndose arrepentido, va a su encuentro, será la justa recompensa por el humilde reconocimiento de las culpas propias u ajenas, que se funda en el profundo vínculo que une entre sí a todos los miembros del Cuerpo.

Los cristianos están llamados a hacerse cargo, ante Dios y ante los hombres, que han ofendido con su comportamiento, de las faltas cometidas por ellos. Que lo hagan sin pedir nada a cambio, profundamente convencidos de que “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones” (Rm.5,5) (11).

Que en este año jubilar nadie quiera excluirse del abrazo del Padre. Que nadie se comporte como el hermano mayor de la parábola evangélica que se niega a entrar en casa para hacer fiesta (cf. Lc.15, 25-30). Que la alegría del perdón sea más grande y profunda que cualquier otro sentimiento.

d) Celebración del Jubileo. Año 2000

La celebración del gran Jubileo tendrá lugar contemporáneamente en Tierra Santa, en Roma y en las Iglesias Locales del mundo entero.

¿Cómo hemos de celebrar este Jubileo?

Siguiendo de cerca las orientaciones de Juan Pablo II afirmamos que hemos de celebrar el Jubileo teniendo en cuenta lo siguiente:

* El Jubileo estará centrado en “la glorificación de la Stma. Trinidad, de la que procede todo y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia”. A este misterio miran los tres años de preparación inmediata: desde Cristo y por Cristo, en el Espíritu Santo, al Padre (TMA n.55).

* El Jubileo ha de ser un tiempo favorable para volver nuestros ojos creyentes a Jesucristo, el Hijo de Dios Encarnado y el Redentor de la humanidad ya que no nos ha sido otro nombre bajo el cielo en el cual y por el cual podamos ser salvados.

* El Jubileo será un año intensamente eucarístico: en el sacramento de la Eucaristía, el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida (2).

* El Jubileo tendrá una dimensión ecuménica y universal que se podrá evidenciar oportunamente en un significativo encuentro pancristiano.

* El Jubileo será “un nuevo adviento” para la vida de la Iglesia (nn 20-23), y como tal será celebrado.

* El Jubileo será un instrumento pastoral muy importante para alimentar y potenciar la fe de los cristianos

Juan Pablo II recuerda el Jubileo en su Testamento espiritual:

* “En el momento en que escribo estas palabras, el Año Jubilar del 2000 ya es una realidad. La noche del 24 de diciembre de 1999 se abrió la Puerta del Gran Jubileo en la basílica de San Pedro, después la de San Juan de Letrán, la de Santa María Mayor, el primer día del año y el día 19 de Enero la puerta de la basílica de San Pablo Extramuros. Este último acto, dado su carácter ecuménico, se ha quedado grabado en mi memoria de modo particular”.

* A medida que pasa el Año Jubilar del 2000, un día tras otro, se cierra detrás de nosotros el siglo XX y se abre el siglo XXI. Según los designios de la Providencia se me ha concedido vivir en el difícil siglo que se está acabando, que empieza a pertenecer al pasado y ahora, en el año en que la edad de mi vida alcanza los 80 años, es necesario preguntarse si no es tiempo de repetir con el bíblico Simeón: “Nunc dimittis!” (año 2000).

H) La Iniciación Cristiana

El Santo Padre no olvida la Iniciación Cristiana. Su importancia y la necesidad de promoverla de forma adecuada son razones suficientes para que le dedique un lugar en su magisterio.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana (20-V-2003).**

- La Iniciación cristiana, tema central en la pastoral

El Papa se dirige a los obispos diciéndoles: “Habéis elegido como tema central de esta vuestra LI Asamblea General la iniciación cristiana: opción harto oportuna, ya que la formación del cristiano y la transmisión de la fe a las nuevas generaciones tienen una importancia decisiva, incrementada aún más por el actual contexto social y cultural, en el que muchos factores contribuyen a hacer más difícil -y, por así decirlo, “a contracorriente”-, el compromiso de convertirse en discípulos auténticos del Señor, al tiempo que la velocidad y la profundidad de los cambios acrecientan la distancia y a veces casi la imposibilidad de comunicación entre generaciones. Es justo, pues, tal y como habéis afirmado en las Orientaciones pastorales para el presente decenio, asumir como criterio de renovación “la opción de configurar la pastoral con arreglo al modelo de la iniciación cristiana” (n.2).

- Compromiso de nueva evangelización

En una situación que requiere un compromiso enérgico de nueva evangelización, los mismos itinerarios de iniciación cristiana han de brindar amplio espacio al anuncio de la fe y proponer las motivaciones básicas de éste, con arreglo y proporción a la edad y preparación de las personas.

- Educación cristiana de los niños

También resulta harto importante dar inicio lo antes posible a la educación cristiana de los niños, de forma que la misma se asimile vitalmente desde los primeros años: hay que hacer conscientes a las familias de esta nobilísima misión y ayudarles a realizarla, llegando a integrar, en su caso, sus eventuales carencias. Y es que ningún niño bautizado debe permanecer privado del alimento que permite el desarrollo de la semilla que en él puso el Bautismo.

- Diálogo entre catequistas y catequizandos

Por su parte, sacerdotes, catequistas y formadores están llamados a cultivar el coloquio personal con muchachos, adolescentes y jóvenes, sin ocultar la grandeza de la llamada de Dios y el compromiso exigente de la respuesta, y haciendo que experimenten, al mismo tiempo, la cercanía misericordiosa del Señor Jesús y la materna atención de la Iglesia (n.3).

* Algunas enseñanzas de Juan Pablo II sobre la iniciación Cristiana

Recordemos algunas enseñanzas del Santo Padre

- ¿En qué consiste la Iniciación Cristiana?

+ El Catecismo de la Iglesia Católica afirma

La Iniciación cristiana consiste en “la participación en la naturaleza divina que los hombres reciben como don mediante la gracia de Cristo”, y “se realiza mediante el conjunto de los tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva, la Confirmación que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en Él” (2a).

+ Juan Pablo II enseña:

La Iniciación Cristiana tiende a que la persona se encuentre con Jesucristo que es al mismo tiempo revelador de Dios y del hombre, en el interior de la Iglesia.

La Iniciación Cristiana actúa como alma unificadora, inspiradora y alentadora de todo dinamismo en el encuentro con Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador de los hombres.

El contenido de la Iniciación Cristiana de adultos comprende cuatro realidades fundamentales: el anuncio del Kerigma y la fe, la celebración sacramental de la salvación, una Vida Moral según el Evangelio y dar testimonio de Jesucristo con obras y palabras (2b).

+ Los Obispos Españoles

Los Obispos presentan los elementos fundamentales de la Iniciación cristiana, que son los siguientes:

- “La iniciativa eficaz y gratuita de Dios: el que se inicia lo hace llamado por Dios Padre en Jesucristo y el Espíritu Santo a través del anuncio del evangelio. La fe viene por la predicación.

- “La respuesta de la fe que se realiza en la escucha y en la acogida interior del Evangelio: el iniciado responde libremente y se entrega y se adhiere a Dios.

- La acogida de la Iglesia que recibe en su seno maternal a los que han aceptado el anuncio y los inserta en el misterio de Cristo y en la propia vida eclesial, verdadera participación en la comunión trinitaria.

- Esta acción de la Iglesia integra básicamente la predicación de la Palabra de Dios y su explicación; la catequesis que introduce en el conocimiento de los misterios de la fe e inicia en otros aspectos de la vida de la Iglesia; la celebración de los sacramentos de la iniciación; y el acompañamiento posterior de los bautizados en orden a su perseverancia y profundización en los misterios celebrados” (2c).

- ¿Por qué es necesaria la Iniciación Cristiana:

“La Iniciación cristiana responde directamente al mandato de Cristo: “haced discípulos a todas las gentes (...) enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt.28,19-20).

La necesidad de una iniciación cristiana organizada, adaptada a las condiciones culturales de nuestro tiempo y de cada lugar, dirigida por los pastores y catequistas ejemplares bien capacitados, se convierte en una prioridad, sobre todo allí donde el ambiente social es desfavorable al crecimiento en la fe o fallan los cauces para su transmisión y desarrollo, como son la familia, la escuela o la misma comunidad cristiana.

- La finalidad de la Iniciación Cristiana

Tengamos presente que la iniciación Cristiana tiende a que la persona se encuentre con Jesucristo que es al mismo tiempo revelador de Dios y del hombre, en el interior de la Iglesia. La Iniciación cristiana aspira a introducir en el seguimiento de Jesús, a regenerar la comunidad cristiana en su vida interna y en su dinamismo evangelizador.

- La Catequesis en el proceso de la iniciación Cristiana

La catequesis es elemento básico de la Iniciación cristiana: “La catequesis de iniciación, por ser orgánica y sistemática, no se reduce meramente a lo circunstancial u ocasional; por ser formación para la vida cristiana, desborda a la mera enseñanza; por ser esencial, se centra en lo común, sin entrar en cuestiones disputadas ni convertirse en investigación teológica. Por ser iniciación, incorpora a la comunidad que vive, celebra y testimonia la fe” (2d).

Por otra parte, la catequesis de la Iniciación cristiana está íntimamente vinculada a los sacramentos de esta iniciación. Juan Pablo II afirma en este sentido que “la catequesis está intrínsecamente unida a toda la acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para la transformación de los hombres” (2e).

- Los catequistas:

“En las diversas fases de la iniciación cristiana, quien enseña los misterios de la salvación se ve, además, en la necesidad de profundizar cada día en ellos, sin dar nada por consabido o descontado, descubriendo continuamente su grandeza y manteniendo vivo el estupor ante lo sublime. Eso le será de gran ayuda no sólo para acrecentar su propia fe y consolidar el compromiso bautismal, sino también para tomar conciencia de la gran responsabilidad que asume ante los catecúmenos y neófitos. El futuro de estos como discípulos de Jesús estará condicionado, en buena medida, por el ejemplo de las personas que les han formado, así como por la capacidad de inculcar en sus corazones una fe viva, sólida y completa.

- El Catecumenado:

“Es necesario inspirarse en la disciplina de los primeros siglos, cuando, además de comprobar la buena intención de los candidatos, se les instruía con esmero en el mensaje de Cristo y en la conducta propia del cristiano, examinando después “si han vivido correctamente su catecumenado, si han honrado a las viudas, si han visitado a los enfermos, si han hecho obras buenas” (Traditio Apostólica”, 20) (n.5) (2f).

- Los sacramentos de la Iniciación Cristiana

“La comunión de vida en la Iglesia se obtiene por los sacramentos de la Iniciación Cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

El Bautismo es “la puerta de la vida espiritual: pues por él nos hacemos miembros de Cristo y del cuerpo de la Iglesia” (Conc. Florencia: Bula de unión “Exáltate Deo” (22-XI-1439).

La Confirmación: Los bautizados, al recibir la Confirmación “se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras. (LG 11).

La Eucaristía: el proceso de la Iniciación cristiana se perfecciona y culmina con la recepción de la Eucaristía, por la cual el bautizado se inserta plenamente en el Cuerpo de Cristo” (PO,5).

“Estos sacramentos son una excelente oportunidad para una buena evangelización y catequesis, cuando su preparación se hace por agentes dotados de fe y competencia”. (...) En el caso del bautismo de los niños no debe omitirse un esfuerzo catequizador de cara a los padres y padrinos” (2g).

I) Los sacramentos

Los sacramentos de la Nueva Alianza son siete, y todos han sido instituidos por Jesucristo. “Los sacramentos son los dones más preciosos que Dios nos ha dado en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo” (Discurso al Movimiento Católico de Renovación Carismática: 30-IV-1984). “¡No dejéis nunca de ir a beber a la fuente de agua viva de los sacramentos: son los dones inagotables de Cristo a su Iglesia!” (Homilía en Antananarivo, Madagascar; 30-IV-1989). Por eso debemos agradecer constantemente a Dios este inmenso regalo que ha hecho a su Iglesia en y por su Hijo Jesucristo. Los Pastores han de celebrarlos con dignidad y decoro.

Todos los sacramentos son eximios, pero la Eucaristía es el más importante ya que “no sólo da o confiere la gracia a los que la reciben dignamente, sin poner obstáculo alguno, sino que contiene al mismo Autor de la gracia (2h).

La salvación de Dios nos viene por las mediaciones sacramentales: “los sacramentos significan y confieren la gracia; significan la vida y dan la vida. La Iglesia es la dispensadora visible de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como dispensador invisible de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús” (Enc. *Dominum et Vivificantem*”, n.63c; 18-V-1986).

“La vida en plenitud no proviene, fundamentalmente, de las ideas o razonamientos claros y distintos sobre la salvación que una persona pretende alcanzar, sino de la unión de amor que se establece entre Jesús y sus fieles y, a través de Jesús, con el Padre. Hay que superar la tendencia, bastante generalizada, a rechazar cualquier mediación salvífica, poniendo al pecador en relación directa con Dios, porque la salvación nos ha llegado, ante todo, por la mediación de la humanidad histórica de Jesús y, después de la resurrección, a través de su cuerpo místico, la Iglesia. Por consiguiente, el plan de Dios es sacramental, esto es, él se hace presente en una figura finita como la humanidad de Jesús o los signos sacramentales de la Iglesia” (2i).

“Sabemos que los sacramentos, como acciones de Cristo, realizan lo que significan y son eficaces con el poder de Dios” (Homilía en Botswana (Africa); 13-IX-1988).

“Es en los sacramentos donde el “opus redemptionis” viene sobre todo perpetuado y participado en todos los miembros del Cuerpo Místico para gloria de Dios y salvación del mundo” (Discurso a la Congregación del Culto Divino”, 2-XII-1988).

a) El Bautismo

El Bautismo en el ámbito de la Iniciación Cristiana El Santo Padre invita a todos los cristianos a redescubrir el sacramento del Bautismo, en el contexto del “gran sacramento” de la Iniciación Cristiana.

El Bautismo es fundamento de la existencia cristiana (3): “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gál.3, 27). ¡Cuán grande es el bautismo, el primero de los sacramentos y el más necesario para la salvación. Es el fundamento de la vida cristiana, el umbral de todos los demás sacramentos y de la regeneración para la vida inmortal (Homilía, 7-I-1996)

* El bautismo nos incorpora e injerta al misterio de su muerte y resurrección:

“En el Bautismo fuimos llamados a la unión con Cristo en su muerte y resurrección, y desde entonces hemos sido llamados a morir al pecado y a vivir para Dios” (Homilía en el Pontificio Colegio Irlandés; 13-I-1980).

Bautizarse es como sumergirse, insertarse, ser injertado en Cristo, entrar dentro de Él, vivir con su propia vida. Por el bautismo hemos sido injertados al misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo. El bautizado es sepultado con Cristo, muriendo al hombre viejo, para resucitar a una nueva vida, la vida del Espíritu (cf. Rm.6,6; Ef.4,22-24; Col.3,9-10).

En el bautismo hemos muerto con Cristo al pecado y hemos resucitado con Él a la vida divina. Por ello hemos de vivir y caminar en la novedad de vida del Espíritu Santo (Rm.6,5ss). En este sentido, nos aconseja que no domine ya en nosotros el pecado, sino que vivamos siempre habitados y guiados por el Espíritu Santo. La aspiración más honda del cristiano ha de ser alcanzar la meta a la que llegó Pablo: “Vivo yo, pero no soy yo; es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20).

Fiel a las enseñanzas de San Pablo, Juan Pablo II afirma:

“Por medio del bautismo somos incorporados a Cristo. Aceptamos su promesa y sus mandamientos. El significado del bautismo está reflejado en el simbolismo del rito sacramental. Agua, limpieza sobre nosotros, habla del poder redentor de la pasión de Cristo, muerte y resurrección, borrando la herencia del pecado, trasladándonos del reino de la oscuridad al reino de la luz y del amor. Por medio del bautismo somos sumergidos en la muerte de Cristo a fin de resucitar con Él en su resurrección. La unción de nuestras

cabezas con crisma significa que somos fortalecidos con el poder de Cristo y nos convertimos en templos vivientes del Espíritu Santo” (3a).

“El don divino del bautismo es fuente de toda la dignidad cristiana por ser origen de la incorporación a Cristo” (Discurso a los Obispos de Canadá en visita “ad limina”; 30-IX-1983).

“El bautismo significa que vuestro hombre viejo es crucificado con Cristo. Queda destruido el pecado. Participáis en la resurrección, participáis en la vida nueva de Cristo” (Homilía en Kwangiu (Corea); 4-V-1984).

El Santo Padre afirma también que “el sacramento del bautismo es un renacimiento, es decir, un nuevo nacimiento mediante el agua y el Espíritu Santo (cf. Jn.3,5). Mediante el bautismo -como enseña San Pablo- participamos en la muerte salvífica de Cristo, en su resurrección: morimos con Él para resucitar con Él a la vida nueva en Dios” (Homilía; 31-V-1987).

Juan Pablo II presenta los efectos del sacramento del Bautismo: “El bautismo, instituido por el Salvador es, en efecto, el primero de los sacramentos, que elimina el pecado original, devuelve al alma la gracia santificante, introduciendo a quienes lo reciben en la vida trinitaria de Dios y convirtiéndolos en hijos adoptivos del Padre, hermanos de Jesús miembros del pueblo cristiano, Cuerpo místico de Cristo, con título pleno, y herederos de la felicidad eterna del Paraíso” (Homilía; 2-I-1993).

“El bautismo significa y produce una incorporación mística pero real al cuerpo crucificado y glorioso de Jesús. Mediante este sacramento, Jesús une al bautizado con su muerte para unirlo a su resurrección (cf. Rm.6,3-5); lo despoja del hombre viejo y lo reviste del hombre nuevo, es decir, de Sí mismo” (ChFL,n.12; 30-XII-1988).

“El sacramento del bautismo confiere la gracia santificante que elimina el pecado original y da la participación en la misma vida trinitaria de Dios: además imprime un carácter indeleble que es el primer estadio de la participación en el sacerdocio de Cristo y por ello una radical consagración a Dios y una inserción personal en su cuerpo místico, que es la Iglesia” (Homilía; 8-I-1989).

“Llevadlos (a vuestros hijos) cuanto antes a bautizar, para que también ellos sean regenerados y convertidos en hijos de Dios” (Homilía en Trinidad, Bolivia, 14-V-1988).

* El bautismo nos incorpora a la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

En efecto, por el Bautismo somos integrados a la Iglesia, “integrándonos en su construcción para ser morada de Dios, por el Espíritu” (Ef.2,22). Recordemos estas palabras de Pablo: “todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para no formar más que un cuerpo” (ICort.12,13).

Por medio del bautismo somos incorporados a la Iglesia. El ministro, nuestros padres y padrinos nos marcan con la señal de la cruz, estandarte orgulloso de Cristo. Esto demuestra ser toda la asamblea de los fieles, toda la comunidad de Cristo, la que nos apadrina en esta nueva vida de fe y de obediencia que sigue a nuestro bautismo, a nuestro nuevo nacimiento en Cristo. Por medio del bautismo somos incluidos en la comunidad de fe. Nos convertimos en parte del pueblo peregrino de Dios, el cual en todos los tiempos y en todos los lugares marcha adelante en la esperanza hacia el cumplimiento de la “promesa” (3b).

“El bautismo que se practica en la Iglesia se deriva del sacrificio de Cristo. Es el sacramento con el cual, a quien se hace cristiano y entra en la Iglesia, se le aplica el fruto de este sacrificio: la comunicación de la vida divina con la liberación del estado de pecado” (Catequesis en al Audiencia General; 11-I-1984).

* El Bautismo es fundamento de la comunión entre todos los cristianos e incluso con los que todavía no están en plena comunión con la Iglesia Católica (4).

San Pablo lo afirmó con palabras claras: “Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús” ” (Gál. 3,28).

Por ello las divisiones, los enfrentamientos... en la comunidad cristiana no tienen razón de ser. San Pablo amonestó a los cristianos de Corinto que andaban divididos: “Os conjuro, hermanos, por el nombre de N.S.Jesucristo, a que tengáis todos un mismo sentir, y no haya entre vosotros disensiones; antes bien, viváis bien unidos en un mismo pensar y un mismo sentir (...) ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?” (ICort.1,10.13).

La incorporación de los bautizados a la Iglesia de Cristo y su participación en la misión de ésta se producen a través de la pertenencia a una comunidad local, la Iglesia particular o diócesis y la parroquia.

“El bautismo crea un vínculo sacramental de unidad que une a todos los que han renacido por medio de él. Pero el bautismo, por sí mismo, es solamente un comienzo, un punto de partida, porque está totalmente orientado hacia la plenitud de la vida en Cristo. El bautismo es el fundamento de la unidad que todos los cristianos tienen en Cristo; una unidad que debemos tratar de perfeccionar. Al manifestar claramente el privilegio y el deber del cristiano nos sentimos avergonzados porque no hemos sido capaces de mantener la plena unidad de fe y caridad que Cristo deseaba para su Iglesia” (4a).

* El Bautismo es el inicio en la santidad: pensar, sentir, amar y obrar como Jesucristo.

“El bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu” (5). El compromiso fundamental y básico del que es bautizado consiste en la decisión de hacerse santo por “el camino del Sermón de la Montaña: “sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt.5,48)” (6).

En el caso de los párvulos, el sacramento del bautismo es el principio y la fuente de todo el itinerario posterior de su educación cristiana, para que comprendan y asimilen plenamente el misterio de Jesucristo y puedan finalmente, ellos mismos, asumir y ratificar la fe en la que fueron bautizados.

* El Bautismo, fundamento de la conducta moral y del compromiso del cristiano.

El bautismo, al insertar a los hombres en el ser divino de Cristo, hace “santos” a todos los bautizados (cf. Rm.1,7). Esto lleva consigo la obligación moral de obrar como Cristo en la obediencia filial al Padre (cf. IPedr.1,15-16). El Bautismo exige “imitar” a Jesucristo y avanzar por el camino de la perfección evangélica propuesto por el Señor para todos sus discípulos (cf. Mt.5,48); con todo no olvidemos que la imitación de Jesús es don del Espíritu Santo que hemos recibido los bautizados.

La moral cristiana es moral de seguimiento de Jesús: el discípulo ha de poner sus pies desnudos y sin protección en las huellas que dejó Jesús a su paso por este mundo y que son las bienaventuranzas.

Recordemos las palabras de San León Mango:

” Reconoce, cristiano, tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate

de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del reino de Dios” (7).

Juan Pablo II, por su parte, enseña que “nosotros, los bautizados, debemos trabajar juntos como hermanos y hermanas en Cristo. El mundo está necesitado de Jesucristo y de su Evangelio, la buena nueva de que Dios nos ama, de que el Hijo nació, fue crucificado y murió para salvarnos; de que resucitó de entre los muertos y nosotros resucitaremos con Él y que en el Bautismo nos selló con el Espíritu por vez primera y nos consagró en una comunidad de amor y testimonio de su verdad” (7a).

* El Bautismo nos hace partícipes de la misión de Jesucristo:

“Mediante la efusión bautismal y crismal, el bautizado participa en la misma misión de Jesús, el Cristo, el Mesías Salvador” (ChFL 13).

El Bautismo nos hace evangelizadores y misioneros: “Todo bautizado es y debe ser, aunque en diversa medida y manera, misionero (cf. AG 33)” (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones; 10-VI-1984).

b) La Confirmación

Presentamos a continuación el sacramento de la Confirmación, siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo II, resumiendo su pensamiento.

Enseñanzas de Juan Pablo II sobre este Sacramento

* La Confirmación es uno de los siete sacramentos de la Nueva y Eterna Alianza, instituido por Jesucristo.

Es la primera afirmación dogmática del Magisterio de la iglesia, que el Santo Padre nos ofrece en sus homilías, catequesis, documentos en los que habla de este sacramento.

* La Confirmación, sacramento de la Iniciación Cristiana

La Confirmación ha de entenderse, celebrarse y vivirse en el ámbito de la Iniciación Cristiana, por ser uno de los sacramentos de esta Iniciación, junto con el Bautismo y la Eucaristía. Por ello, ofrecemos una serie de textos de Juan Pablo II que sitúan la confirmación en el seno de la Iniciación cristiana:

Recordemos las enseñanzas del Catecismo de la Iglesia Católica:

“Mediante los sacramentos de la Iniciación Cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, se ponen los fundamentos de toda vida cristiana...En efecto, los fieles renacidos en el bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna, y, así por medio de estos sacramentos de la Iniciación cristiana, reciben cada vez con más abundancia los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad” (8).

Juan Pablo II afirma en línea con la Tradición de la Iglesia y el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Con el bautismo os habéis hecho cristianos, hijos de Dios, hermanos de Jesús y miembros de aquella comunidad de discípulos de Jesús que es la Iglesia. Pero este don debe ser enriquecido y llevado a su término. Y esta nueva gracia es justamente el sacramento de la confirmación. Hoy, el Espíritu Santo perfecciona lo que ha iniciado en vosotros el día del bautismo. Con el sacramento de la Confirmación estaréis todavía más perfectamente unidos a Jesucristo y os convertiréis en miembros adultos y responsables de la Iglesia. Si hasta ahora erais como niños, que sólo recibían, ahora seréis chicos y

adultos que deben, incluso, aprender a dar, a crecer, a realizar algo hermoso y grande por el Señor y por los hermanos” (8a).

“Como la Pascua encuentra su complemento en Pentecostés, del mismo modo el sacramento del Bautismo se completa con la confirmación. Mediante la confirmación en cada bautizado debe confirmarse -por obra del Espíritu Santo- una madurez de la fe semejante a la que se manifestó en los Apóstoles el día de Pentecostés” (Homilía, 31-V-1987).

“El sacramento de la Confirmación es algo así como una realización plena del bautismo, la etapa de la maduración del camino hacia la entrada plena en el misterio de Cristo y hacia la aceptación responsable de la vocación en la Iglesia”

“El efecto esencial del sacramento de la Confirmación es el perfeccionamiento del don del Espíritu Santo recibido en el bautismo, que hace a quien lo recibe capaz de dar testimonio de Cristo con la palabra y con la vida. El Bautismo realiza la purificación, la liberación del pecado y confiere una vida nueva. La confirmación pone el acento en el aspecto positivo de la santificación y es fuerza que da el Espíritu Santo al cristiano con vistas a una vida auténticamente cristiana y a un testimonio eficaz” (Catequesis. Audiencia General, 1-IV-1992).

Por tanto, la Confirmación forma una unidad con el Bautismo y la Eucaristía. Así lo dice el Catecismo: “Con el Bautismo y la Eucaristía, el sacramento de la Confirmación constituye el conjunto de los “sacramentos de la iniciación cristiana”, cuya unidad debe ser salvaguardada. Es preciso, pues, explicar a los fieles que la recepción de este sacramento es necesaria para la plenitud de la gracia bautismal” (9).

* La sacramentalidad de la Confirmación

La Confirmación ni es un mero rito de religiosidad; es un sacramento en sentido verdadero y estricto. Así lo define el Concilio de Trento ante aquellos que niegan su sacramentalidad reduciéndolo a un mero rito.

“Un primer testimonio de este sacramento aparece en los Hechos de los Apóstoles, que nos narran cómo el diácono Felipe, uno de los siete hombres “llenos de Espíritu y de Sabiduría” ordenados por los Apóstoles, había bajado a una ciudad de Samaria para predicar la buena nueva (...). Cuando creyeron... empezaron a bautizarse hombres y mujeres. (...) Al enterarse los Apóstoles (...) les enviaron a Pedro y a Juan. Estos bajaron y oraron por ellos

para que recibieran el Espíritu Santo (...) Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo (Hech.8,6-17)” (9a).

El episodio nos muestra la relación que existía, desde los primeros tiempos de la Iglesia, entre el bautismo y una “imposición de manos”, nuevo acto sacramental para obtener y conferir el don del Espíritu Santo. Este rito es considerado como un complemento del bautismo.

Juan Pablo II enseña con claridad la sacramentalidad de la Confirmación: “ya desde el tiempo de los Apóstoles, la imposición de las manos significa de forma eficaz la plena comunicación del don del Espíritu Santo a los bautizados. Para expresar mejor el don del Espíritu, se le añadió pronto una unción de óleo perfumado, llamado “crisma”. En efecto, mediante la confirmación, los cristianos, consagrados con la unción en el bautismo, participan en la plenitud del Espíritu, del que Jesús estaba lleno, para que toda su vida difunda el “perfume de Cristo” (ICort.2,15) (9b).

* El sacramento de la confirmación en Oriente y en Occidente

- En Oriente, el ministro de la confirmación es el sacerdote que bautiza; en Occidente, el ministro ordinario es el obispo, pero también algunos presbíteros reciben la facultad de administrar el sacramento.

- En Oriente el rito esencial consiste únicamente en la unción; en Occidente la unción se hace con la imposición de la mano.

- En Oriente, este sacramento se llama crismación, unción con el crisma o myron. En Occidente, el término confirmación expresa la corroboración del bautismo en cuanto fortalecimiento de la gracia mediante el sello del Espíritu Santo.

“Las diferencias rituales que, en el decurso de los siglos, ha conocido la confirmación en Oriente y en Occidente, según las diversas sensibilidades espirituales de las dos tradiciones y como respuesta a varias exigencias pastorales, expresan la riqueza del sacramento y su pleno significado en la vida cristiana. La práctica de las Iglesias de Oriente destaca más la unidad de la Iniciación Cristiana. La de la Iglesia latina expresa más claramente la comunión del nuevo cristiano con su Obispo, garante y servidor de la unidad de su Iglesia, de su catolicidad y de su apostolicidad, y por ello, el vínculo con los orígenes apostólicos de la Iglesia de Cristo” (9c).

* El efecto esencial del sacramento de la Confirmación

El Concilio Vaticano II enseña y muestra el contenido de los efectos de este sacramento:

“Por el sacramento de la Confirmación (los fieles bautizados) se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan ligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras” (LG 11).

El efecto esencial del sacramento de la Confirmación es el perfeccionamiento del don del Espíritu Santo recibido en el Bautismo, que hace a quien lo recibe capaz de dar testimonio de Cristo con la palabra y con la vida. El Bautismo realiza la purificación, la liberación del pecado, y confiere una vida nueva. La Confirmación pone el acento en el aspecto positivo de la santificación y en la fuerza que da el Espíritu Santo al cristiano con vistas a una vida auténticamente cristiana y a un testimonio eficaz (9d).

Juan Pablo II enseña también que “el sello del Espíritu Santo significa y realiza la pertenencia total del discípulo a Jesucristo, el estar para siempre a su servicio en la Iglesia; asimismo, implica la promesa de la protección divina en las pruebas que deber “sufrir para dar testimonio de su fe en el mundo” (9e).

Como en el Bautismo, también en el sacramento de la Confirmación se imprime en el alma un “carácter especial”. Es un perfeccionamiento de la consagración bautismal, conferida por medio de dos gestos rituales, la imposición de las manos y la unción.

También la capacidad de ejercitar el culto, ya recibida en el bautismo, es corroborada con la confirmación. El sacerdocio universal queda más arraigado en la persona, y se hace más eficaz en su ejercicio.

La gracia conferida por el sacramento de la confirmación es más específicamente un don de fortaleza: “se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo” (LG 11). Este don responde a la necesidad de una energía superior para afrontar el “combate espiritual” de la fe y de la caridad, para resistir a las tentaciones y para dar testimonio de la palabra y de la vida cristiana en el mundo, con valentía, fervor y perseverancia. En el sacramento, el Espíritu Santo confiere esta energía. (...) Con el sacramento de la confirmación el Espíritu Santo infunde en el hombre el valor necesario para profesar la fe en Cristo. Profesar esta fe significa, según el texto conciliar que tomamos como punto de partida “difundirla y defenderla por la palabra juntamente con las obras”, como testigos coherentes y fieles.

La confirmación es el sacramento adecuado para suscitar y sostener los esfuerzos de los fieles que quieren dedicarse al testimonio cristiano en la sociedad (9f).

Este don específico conferido por el sacramento de la confirmación capacita a los fieles para desempeñar su “función profética” de testimonio de la fe. (...) El bautizado que, con plena y madura conciencia, recibe el sacramento de la confirmación, declara solemnemente ante la Iglesia, sostenido por la gracia de Dios, su disponibilidad a dejarse penetrar, de modo siempre nuevo y cada vez más profundo, por el Espíritu de Dios, a fin de llegar a ser testigo de Cristo Señor” (9g).

* ¿Es necesario ser confirmados?

La recepción de la Confirmación es necesaria para la plenitud de la gracia bautismal, de manera que no puede ser considerada ni como un suplemento facultativo ni como una pura y simple ratificación personal del bautismo y de la fe bautismal (10).

Pablo VI enseñó que “con el sacramento de la Confirmación los renacidos en el bautismo reciben el don inefable, el Espíritu Santo, por el cual son enriquecidos con una fuerza especial y, marcados por el carácter del mismo sacramento, quedan vinculados -más perfectamente a la Iglesia, mientras son más estrictamente obligados a difundir y a defender con la palabra y las obras la propia fe, como auténticos testigos de Cristo” (11).

* La preparación que reciben los que van a ser confirmados

Esta preparación, dice el Catecismo, “debe tener como meta conducir al cristiano a una unión más íntima con Cristo, a una familiaridad más viva con el Espíritu santo, su acción, sus dones y sus llamadas, a fin de poder asumir mejor las responsabilidades apostólicas de la vida cristiana. Por ello, la catequesis de la Confirmación se esforzará por suscitar el sentido de la pertenencia a la Iglesia de Jesucristo, tanto a la Iglesia universal como a la comunidad parroquial. Esta última tiene una responsabilidad particular en la preparación de los confirmandos” (12).

* Dimensión eclesial del sacramento de la confirmación

En el sacramento de la Confirmación, reciben los bautizados el don del Espíritu en su plenitud, con sus múltiples dones al servicio de la comunión y misión de la Iglesia.

“La comunión eclesial es, por tanto, un don; un gran don del Espíritu Santo que los fieles laicos están llamados a acoger con gratitud y, al mismo tiempo, a vivir con profundo sentido de responsabilidad. El modo concreto de actuarlo es a través de la participación en la vida y misión de la Iglesia, a cuyo servicio los fieles laicos contribuyen con sus diversas y complementarias funciones y carismas.

El fiel laico “no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia”.

Juan Pablo II enseña en este sentido que “el Espíritu Santo le confiere, como también a los demás, múltiples carismas; le invita a tomar parte en diferentes ministerios y encargos; le recuerda, como también recuerda a los otros en relación con él, que todo aquello que les distingue no significa una mayor dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio (...) De esta manera los carismas, los ministerios, los encargos y los servicios del fiel laicos existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas que se complementan entre sí a favor de todos, bajo la guía prudente de los pastores” (13).

*** La práctica actual relativa a la Confirmación**

Juan Pablo II afirma: “la práctica actual de la confirmación no debe hacer olvidar jamás el sentido de la tradición primitiva y oriental. Esto requiere, al menos, mantener ciertos matices. Los pastores deben insistir en el lazo profundo que une la confirmación con el bautismo, considerarla como parte integrante de la plena Iniciación cristiana, y no como un suplemento facultativo, considerarla como el don de Dios que perfecciona al cristiano y al apóstol, sin reducirla a una nueva profesión de fe o a un compromiso más grande que podrían encontrar lugar en diversas etapas de la vida; sobre todo hay que evitar el reservarla para una elite” (14).

*** Homilía de Juan Pablo II durante la misa en Songea (Tanzania. África): 3-IX-1990.**

El Santo Padre dirige su palabras a los jóvenes africanos de Songea que van a recibir el sacramento de la confirmación. Recordemos algunos pasajes importantes y significativos de la homilía de Juan Pablo II:

“Siguiendo la tradición apostólica, os confirmaré con el Espíritu Santo. Al hacerlo, deseo reflexionar junto con vosotros y con todos los jóvenes católicos de Tanzania sobre vuestra vocación y misión en la Iglesia y en la sociedad. Ya recibisteis el Espíritu Santo en el sacramento del bautismo. Con la confirmación seréis fortificados por el mismo Espíritu para profesar vuestra fe en Jesucristo de un modo más responsable y público” (n.3).

“El sacramento de la confirmación “confirma” vuestro compromiso con Cristo y os transforma en sus testigos frente al mundo.. Cuando os unjan con el crisma, quedaréis sellados con el Espíritu Santo, para fortalecer y madurar la vida cristiana que ya recibisteis con el bautismo y que vivís gracias a la fe en la Iglesia y mediante ella. Os comprometéis con mayor decisión y responsabilidad a vivir como cristianos y a seguir el mensaje evangélico. Por parte vuestra, este sacramento representa un nivel nuevo de responsabilidad en la fe que recibisteis en el bautismo por parte de Dios, significa una efusión del Espíritu Santo, una infusión de la gracia y una ayuda particular para que podáis vivir en vuestra fe con una mayor madurez.

La “vida nueva” que recibisteis con el Bautismo, ahora es “vuestra” de una forma más vital y personal. A partir de este momento, Cristo cuenta con vosotros para que seáis sus testigos principalmente entre los jóvenes africanos de vuestra propia generación. Os envía como constructores de su reino de justicia, de paz y amor entre vuestros hermanos y hermanas. Os infunde su fuerza con la finalidad de que tengáis un lugar en la misión de la vida de anunciar el Evangelio (n.4).

El Santo Padre pone a los confirmandos ante las situaciones dolorosas de la sociedad africana ante la cual no vale inhibirse o mostrarse indiferente: “El fracaso del desarrollo se hace evidente en el hambre persistente y en la desnutrición, en el drama de los refugiados, el riesgo de enfermedad y en la carencia de estructuras sanitarias elementales. También es posible observar esta realidad en la escasez de medios educativos, de condiciones decentes de vida y de trabajos de producción, en la competencia injusta para escalar posiciones, en el crimen, en la corrupción...(n.5).

Juan Pablo II dice a los jóvenes: “es necesario que améis a Cristo y guardéis sus mandamientos. Entonces viviréis en la verdad, y la verdad pondrá de manifiesto las obras del mal y sus fuentes ocultas. Si trabajáis unidos, lograréis transformar poco a poco el mundo que os rodea, haciéndolo más humano, más fraterno y ¡más de Dios!” (n.7) (14a).

c) La Eucaristía

La Eucaristía es una realidad grandiosa que sólo podemos percibir y descubrir a la luz de la fe en Jesucristo. Hace falta creer en Cristo, aceptarlo sinceramente como Salvador y Redentor de cada uno y de la humanidad. A partir de ahí podemos acoger y valorar con asombro y gratitud el misterio de la Eucaristía en toda su profundidad.

La Eucaristía es el bien supremo y el mayor tesoro de la Iglesia porque contiene al mismo Autor de la Gracia, Jesucristo Señor nuestro.

La Eucaristía es “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad” (15). Es el sacramento más excelso de todos ya que no sólo nos confiere la gracia divina sino que nos da al mismo Autor de la gracia, Jesucristo: “En la sagrada Eucaristía, en efecto, se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo” (16). Su participación nos hace “concorpóreos y consanguíneos con Cristo”, de esta manera “nos volvemos en portadores de Cristo, porque su cuerpo y su sangre se esparcen en nuestros miembros” (17); además “nos impulsa a los cristianos a la propagación del Evangelio y a la animación cristiana de la sociedad” (18).

Juan Pablo II cuidó y amó mucho la Eucaristía, como lo muestran los documentos tan hermosos que sobre la Eucaristía ha escrito y ha proclamado:

Enseñanzas de Juan Pablo II sobre la Eucaristía

*** Encíclica “Redemptor hominis” (1979).**

- La Eucaristía, centro y vértice de la vida sacramental y del cristiano

“La Eucaristía es el centro y el vértice de toda la vida sacramental, por medio de la cual cada cristiano recibe la fuerza salvífica de la redención, empezando por el misterio del Bautismo, en el que somos sumergidos en la muerte de Cristo, para ser partícipes de su resurrección. Como enseña el Apóstol” (...) Por eso, “resulta aún más clara la razón por la que toda la vida sacramental de la Iglesia y de cada cristiano alcanza su vértice y su plenitud precisamente en el sacramento de la Eucaristía”(n.20).

- La Eucaristía, sacramento del sacrificio de Cristo

“En este sacramento se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del sacrificio, que Él hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la Cruz: sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo que se hizo “obediente hasta la muerte” con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección, porque el Padre es el primer origen y el dador de la vida desde el principio” (n.20).

- La Eucaristía construye la Iglesia

Es verdad esencial, no sólo doctrinal sino también existencial, que la Eucaristía construye la Iglesia (LG 11), y la construye como auténtica comunidad del Pueblo de Dios, como asamblea de los fieles, marcada por el mismo carácter de unidad, del cual participaron los Apóstoles y los primeros discípulos del Señor. La Eucaristía la construye y la regenera a base del sacrificio de Cristo mismo, porque conmemora su muerte en la cruz (SC 47), con cuyo precio hemos sido redimidos por Él.

- La Iglesia vive de la Eucaristía

El Santo Padre profundiza en las relaciones entre la Eucaristía y la Iglesia, y afirma ahora que “la Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este Sacramento, cuyo maravilloso contenido y significado han encontrado a menudo su expresión en el Magisterio de la Iglesia (Pablo VI: “Mysterium fidei”, 553-574).

- El misterio de la Eucaristía

Juan Pablo II quiere presentar el contenido esencial y total de la Eucaristía sin recortes ni tergiversaciones: “no es lícito ni en el pensamiento no en la vida ni en la acción quitar a este Sacramento, verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial” (n.20).

En esta misma dirección, enseña que la Eucaristía “es al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio; Sacramento-Comunión; Sacramento-Presencia. Y aunque es verdad que la Eucaristía fue siempre y debe ser ahora la más profunda revelación y celebración de la fraternidad humana de los discípulos y confesores de Cristo, no puede ser tratada sólo como una “ocasión” para manifestar esta fraternidad” (n.20)..

Por todo ello, el Papa pone de relieve que “al celebrar el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, es necesario respetar la plena dimensión del misterio divino, el sentido pleno de este signo sacramental en el cual Cristo,

realmente presente es recibido, el alma es llenada de gracias y es dada la prenda de la futura gloria (SC 47) (n.20).

- En la Eucaristía, Cristo se nos entrega

“En este signo sacramental, Cristo se entrega a nosotros con confianza ilimitada, como si no tomase en consideración nuestra debilidad humana, nuestra indignidad, los hábitos, las rutinas o, incluso, la posibilidad de ultraje.

- La Eucaristía, centro de la vida del Pueblo de Dios

Juan Pablo II invita y exhorta a todos en la Iglesia, pero sobre todo los Obispos y los Sacerdotes, a “vigilar para que este Sacramento de amor sea el centro de la vida del Pueblo de Dios, para que, a través de todas las manifestaciones del culto debido, se procure devolver a Cristo “amor por amor”, para que Él llegue a ser verdaderamente “vida de nuestras almas”.

De igual modo, el Santo Padre nos dice que “no podremos olvidar jamás las siguientes palabras de San Pablo: “Examínesse, pues, el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz” (ICort.11,28) (n.20).

*** Carta Apostólica “Dominicae Coenae” (Jueves Santo, 1980).**

Es una carta que el papa dirige a los obispos sobre el misterio y el culto de la Eucaristía”. En ella encontramos varios temas expuestos:

- La doctrina sobre la Eucaristía y el ministerio que será acentuada progresivamente por el Papa, hasta la encíclica “Ecclesia de Eucaristía”, y “Mane nobiscum, Domine”.

- La preocupación del Papa por la debilitación del sentido sacrificial de la Eucaristía, por la dignidad del culto, por las “originalidades” que desvían la atención de lo fundamental;

- El interés del Papa por la íntima relación que existe entre la Eucaristía y la Penitencia.

- La solicitud por el culto eucarístico fuera de la Misa y por la relación entre la Eucaristía y la vida cotidiana.

Mons. Pere Tena explica una afirmación de Juan Pablo II en el número 7 que dice: “La vida del cristiano tiene un estilo sacramental”. Destaca varios aspectos del estilo sacramental:

+ La corporeidad, o si se quiere más agresivamente, la “materialidad”, que corresponde a este estilo sacramental. Es obvio, ya que se trata precisamente de la presencia de realidades materiales, visibles, que son los signos sacramentales. El organismo sacramental está en plena coherencia con el misterio de la encarnación.

+ La “gracia en visibilidad”: El cristiano, la Iglesia, vive en un régimen de “gracia en visibilidad”. Es éste uno de los aspectos más significativos de la condescendencia de Dios hacia los hombres, propio de la fe cristiana, y a la vez uno de los más consoladores. El estilo sacramental de vida del cristiano comporta una fe simple y abierta a las intervenciones de Dios a través de los sacramentos. En ellos somos “tocados” por Dios con mayor certeza y fuerza”. No estamos en terreno de magia, sino de gracia en visibilidad.

+ La eclesialidad a la cual va unida la ministerialidad. El cristiano no recibe la gracia simplemente con sentimientos interiores, o a través de unas realidades visibles que él mismo haya construido, sino a través de los sacramentos de la Iglesia. Igualmente, el cristiano no se autocomunica la gracia en visibilidad, sino que la recibe “desde fuera”, la recibe de Cristo a través del ministerio. El estilo sacramental implica una actitud de “recepción” de los dones de Dios, un reconocimiento de la gratuidad de la salvación. En la fe católica, la Iglesia no está simplemente como una realidad que acompaña al cristiano, y le atestigua el amor de Dios, para que él tenga más fe. La Iglesia es la verdadera mediación sacramental en la cual, y por la cual, el hombre recibe la palabra viva del Evangelio, y la comunión con Dios por los sacramentos. No hay espiritualidad cristiana que pueda prescindir del sentido de Iglesia, como nadie puede considerarse autosuficiente para recibir la gracia de Dios.

+ La coherencia del decoro y de la belleza. Un aspecto nuevo a subrayar, todavía, es el de la coherencia del decoro y de la belleza con el estilo sacramental de vida. Juan Pablo II ha hablado de este tema en sus últimos documentos: “Ecclesia de Eucaristía”, y “*Mane nobiscum, Domine*”, pero había tratado ya el tema en esta Carta “*Dominicae Coenae*” y de manera magnífica en la Carta Apostólica: “*Oriente Lumen*”. ¿Cómo podemos pensar que la visibilidad de la gracia no exija decoro y belleza? ¿Cómo podríamos pensar que Dios no quiera “tocarnos” a través de cosas que respiren verdad, simplicidad, nobleza? (...) El decoro y la belleza no forman parte de unos añadidos artificiales, y fácilmente abarrocados en el sentido peyorativo de la palabra, sino que son realmente el esplendor de la verdad de lo que tenemos entre manos” (“El estilo sacramental de la vida del cristiano” en “Liturgia y Espiritualidad”, Mayo 2006/5. Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona; 217-222).

*** Discurso a los obispos de los Abruzzos y Molisa (Italia) en visita “ad limina” (4-XII-1981)**

Siempre ha sido una preocupación de todo pastor en las Comunidades Cristianas que los fieles participen de la Eucaristía con dignidad y bien preparados. Recordemos estas palabras de Juan Pablo II:

“Dignidad, pureza e inocencia son las principales cualidades recomendadas por San Pablo para recibir con las debidas disposiciones la Sagrada Comunión”.

*** Homilía de Juan Pablo II en Einsiedeln (Suiza) (15-VI-1985).**

En esta homilía, el Santo Padre enseña, entre otras cosas, que la Eucaristía es fuente de compromiso al servicio de los empobrecidos y sufrientes de la tierra:

“El misterio de la Eucaristía es un misterio de amor, del que nace para nosotros también una obligación. La comunión que supone compartir el pan eucarístico, nos hace más sensibles a las miserias, al hambre y a los sufrimientos de otros hombres. Si comemos el pan, tenemos que estar dispuestos a compartir nuestra vida con los hermanos. Si nos alimentamos de esa fuente de amor, también estamos llamados, no sólo a dar algo, sino a entregarnos nosotros mismos en el servicio del prójimo”.

*** Homilía en el viaje pastoral a Lima (Perú) (15-VII-1988)**

“Cristo se queda en medio de nosotros no sólo durante la Misa, sino también después, bajo las especies reservadas en el Sagrario. Y el culto eucarístico se extiende a todo el día, sin que se limite a la celebración del Sacrificio. Es un Dios cercano, un Dios que nos espera, un Dios que ha querido permanecer con nosotros. Cuando se tiene fe en esa presencia real, ¡qué fácil resulta estar junto a él, adorando al Amor de los amores!, ¡qué fácil es comprender las expresiones de amor con que a lo largo de los siglos los cristianos han rodeado la Eucaristía!”.

*** Homilía en Seúl (Corea): 7-X-1989**

A las naciones de Oriente, Juan Pablo II lleva la Eucaristía en su corazón, en su mente y en sus palabras. Recojamos estas palabras que el Santo Padre dice y con las que nos descubre que para que la Eucaristía despliegue todo su potencial de gracia y transforme al ser humano es preciso;

“Celebrarla con fe, recibirla con reverencia y dejar que transforme la existencia mediante la oración y la adoración”

En esta misma dirección, el Santo Padre afirma en la Audiencia general de 18 de abril de 1984 lo siguiente:

“Discernir el Cuerpo del Señor” (cf. ICort.11,29) significa, para la doctrina de la Iglesia, predisponerse a recibir la Eucaristía con una pureza de espíritu que, en el caso de pecado grave, exige la previa recepción del sacramento de la Penitencia”.

El Santo Padre recuerda la doctrina de la Iglesia sobre un tema importante en el Discurso que dirige a los Obispos del Este-2, Brasil, en Visita “ad limina” (8-III-1986):

“Como bien sabemos no se podría conciliar con la enseñanza de la Iglesia la postura de quien sostenga que la Eucaristía perdona los pecados graves sin el recurso al Sacramento de la Penitencia. Es verdad que el sacrificio de la Misa es fuente de todas las gracias, en cuanto hace presente el sacrificio de la cruz. Pero esto no significa que los que cometieron pecado mortal puedan acercarse a la Mesa eucarística sin haberse reconciliado con Dios, mediante el ministerio sacerdotal en el Sacramento”.

*** Juan Pablo II en Sevilla con motivo del Congreso Eucarístico Internacional (1993).**

+ Discurso en la “Adoración eucarística en la Catedral”, 1993.

Las enseñanzas más importantes de Juan Pablo II sobre la Eucaristía en este discurso son las siguientes:

- La Eucaristía fuente de la evangelización:

Juan Pablo II, partiendo de las enseñanzas del Concilio Vaticano II que dice: “la Eucaristía es verdaderamente “fuente y culmen de toda evangelización” (PO, n.5), afirma que “toda celebración litúrgica de la Eucaristía, vivida según el espíritu y las normas de la Iglesia tiene una gran fuerza evangelizadora.

En efecto, la celebración eucarística desarrolla una esencial y eficaz pedagogía del misterio cristiano: la comunidad creyente es convocada y reunida como familia y Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo; es alimentada en la

doble mesa de la Palabra y del Banquete sacrificial eucarístico; es enviada como instrumento de salvación en medio del mundo”.

- Petición al Señor

“Pedid conmigo a Jesucristo (...) que toda la Iglesia salga fortalecida para la nueva evangelización que el mundo entero necesita: nueva, también por la referencia explícita y profunda a la Eucaristía, como centro y raíz de la vida cristiana, como siembra y exigencia de fraternidad, de justicia, de servicio a todos los hombres, empezando por los más necesitados en su cuerpo y en su espíritu. Evangelización para la Eucaristía, en la Eucaristía y desde la Eucaristía: son tres aspectos inseparables de cómo la Iglesia vive el misterio de Cristo y cumple su misión de comunicarlo a todos los hombres” (19).

+Homilía en la Misa de Clausura de Congreso Eucarístico Internacional (1993).

- La Eucaristía y la evangelización: “ Del altar eucarístico, corazón pulsante de la Iglesia, nace constantemente el flujo evangelizador de la palabra y de la caridad. Por ello, el contacto con la Eucaristía ha de llevar a un mayor compromiso por hacer presente la obra redentora de Cristo en todas las realidades humanas. El amor a la Eucaristía ha de impulsar a poner en práctica las exigencias de justicia, de fraternidad, de servicio, de igualdad entre los hombres” (n. 5).

- La Eucaristía y la Caridad: “El sacramento de la Eucaristía no se puede separar del mandamiento de la caridad. No se puede recibir el cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están encarcelados o se encuentran enfermos (...) De la comunión eucarística ha de surgir en nosotros tal fuerza de fe y de amor que vivamos abiertos a los demás, con entrañas de misericordia hacia todas sus necesidades” (n.6) (20).

*** Carta a los Sacerdotes (13-III-1994)**

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn.13,1). Esta expresión de San Juan encierra, en cierto modo, toda la verdad sobre la Eucaristía; verdad que constituye, a la vez, el centro de la verdad sobre la Iglesia. En efecto, es como si la Iglesia naciera diariamente de la Eucaristía, celebrada en muchos lugares de la tierra”.

*** Discurso al Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales (18-V-1995)**

“Cada día la Eucaristía hace presente y eficaz el sacrificio de Cristo, que se ofrece libremente por nosotros, para que podamos renacer a una vida nueva. “Cristo crucificado revela el significado auténtico de la libertad, lo vive plenamente en el don total de sí y llama a los discípulos a tomar parte en su misma libertad” (VS. n.85). Así, la Eucaristía, en nuestro tiempo como en los primeros siglos de la Iglesia, ha sido el pan de la libertad, el viático de la valentía y del martirio”.

*** Mensaje de Juan Pablo II al Card. Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico Nacional de Santiago de Compostela (13-V-1999).**

El Santo Padre “se une a los Obispos y fieles de España para celebrar este acontecimiento eclesial que tiene como centro la Eucaristía, “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual” (SC 47).

Vamos poner de relieve las enseñanzas más significativas contenidas en el mensaje del Papa.

- La Eucaristía, “cibus viatorum”

La Eucaristía es alimento de peregrinos y viandantes. Así viven y caminan los cristianos por el mundo, con la mirada puesta en la meta final, cuando toda la humanidad será así ofrenda agradable a Dios Padre (cf. GS, 38) (n.2).

-La Eucaristía, “panis filiorum”

La Eucaristía es el pan de los hijos de Dios. Esta expresión de la piedad eucarística de la Iglesia nos recuerda otro aspecto fundamental que tiene una resonancia especial en este año de gracia, en que todo el pueblo santo volvemos los ojos al Padre que está en los cielos (cf. TMA, 49). La Eucaristía es el alimento de los hijos, el pan vivo de Dios bajado del cielo y que da la vida al mundo (cf. Jn.6,32). Por eso, la Iglesia celebra la Eucaristía con la mirada y el corazón puestos en el Padre, santo y misericordioso, fuente de toda santidad y que cada día nos alimenta con el don del cuerpo y de la sangre de su amadísimo Hijo.

La plegaria eucarística rebosa de gratitud al Padre por darnos la víctima de nuestra reconciliación y en ella recordamos que Cristo es el pan de los hijos de Dios, que nos hace partícipes de su vida divina (cf. Jn.6,57). Todo en

la Eucaristía viene del Padre y todo vuelve a Él, por Cristo en la unidad del Espíritu Santo” (n.3).

- ¿Qué se requiere para participar en la Eucaristía?

“Para participar dignamente en la mesa de la Eucaristía, verdadero banquete de los hijos de Dios, es indispensable vestir el “traje de boda” (Mt.22,11). Para ello, la Iglesia nos ofrece el sacramento de la reconciliación. En él se recibe el perdón, a través del abrazo misericordioso con el que Dios nos acoge (cf. Lc.15,20). Esto es fuente de verdadera paz y gozo interior, que nos permite sentarnos como hijos y hermanos, reconciliados en torno a la mesa de la Eucaristía” (n.4).

- La Eucaristía, manantial de comunión y de fraternidad

“El pueblo peregrino con la “fracción del pan” revive la gracia y el compromiso de la vida nueva, como la primera comunidad de Jerusalén (cf. Hech.2,42ss). Se intensifica la comunión entre las personas y los pueblos, más allá de las diferencias culturales, dentro de la catolicidad de la Iglesia. Por eso, la Eucaristía desde siempre ha sido factor de comunión en la diversidad, al compartir el mismo pan de vida que acrecienta también el don de la fraternidad” (n.5)..

- La adoración de la Eucaristía

“La Iglesia que cree en la Eucaristía y la celebra es una comunidad orante, que contempla y adora el misterio de la presencia real y permanente de Cristo en el sacramento y que aprende a orar con las mismas actitudes de la plegaria eucarística” (n.5).

- Llamada a la unidad y comunión de toda la Iglesia en España

“La celebración de este Congreso nacional es una fuerte llamada a la unidad y la comunión de toda la Iglesia en España, a una vuelta a las raíces de la fe cristiana que ha hecho fecundas vuestras comunidades. Lo reconocen tantas otras Iglesias hermanas del mundo entero.

“La Eucaristía es también hoy una fuerte llamada a vivir la fe cristiana a la luz del signo expresivo y sacramental del “Dies Domini”, día del Señor y pascua semanal, cuando la familia de los hijos de Dios se reúne en torno a la mesa del Oán de la palabra y del Pan eucarístico, como un testimonio de fe en la presencia del resucitado en este mundo.

“La Eucaristía, por ser signo de unidad y fuente de caridad, es también una efusión del Espíritu en nuestros corazones y nos empuja a promover la fraternidad en un mundo dividido, dando testimonio de la paternidad amorosa de Dios hacia todos” (n.6).

“Que la fe en la Eucaristía acreciente la esperanza, favorezca la fraternidad y os impulse hacia la caridad, y que os acompañe con su presencia amiga el Señor Santiago...(n.7).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Capilla del Cenáculo (Jerusalén);
23-III-2000**

Dejemos que las palabras del Santo Padre lleguen hasta nosotros sin más. Escuchémoslas con emoción. Expresan su honda experiencia eucarística.

“Esto es mi Cuerpo”. (...) Hemos oído palabras que surgen del abismo del misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Jesús toma el pan, lo bendice y lo parte, lo da a sus discípulos diciendo: “Esto es mi Cuerpo”. La alianza de Dios con su pueblo está a punto de culminar en el sacrificio de su Hijo, Palabra hecha carne. (...) Con honda emoción escuchamos una vez más estas palabras pronunciadas precisamente en esta Sala hace dos mil años. Desde entonces las han repetido, generación tras generación, quienes comparten el sacerdocio de Cristo mediante el sacramento del Orden sagrado. De esta forma es el mismo Cristo quien vuelve a pronunciarlas en la voz de sus sacerdotes diseminados por todos los rincones del mundo” (n.1).

“Este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”.

“Obedeciendo al mandato de Cristo, la Iglesia repite cada día estas palabras al celebrar la Eucaristía.. Son palabras que surgen del abismo del misterio de la Redención. Celebrando la cena pascual en la Sala Superior, Jesús tomó el cáliz lleno de vino, lo bendijo y lo dio a sus discípulos. (...) Cristo, Sacerdote de la Alianza nueva y eterna, empleó estas palabras para proclamar el misterio salvífico de su pasión y muerte.

Así bajo las especies del pan y del vino instituía los signos sacramentales del sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre.

“Por tu cruz y resurrección nos has salvado”. En cada Santa Misa proclamamos este “sacramento de la fe”, sacramento que durante dos milenios ha alimentado y sostenido a la Iglesia en su peregrinación en medio de las

persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva” (n.2).

“La Fracción del pan”. Es la Eucaristía a la vez banquete de comunión de la Alianza nueva eterna y sacrificio que hace presente el poder salvífico de la cruz. Y desde el principio el misterio eucarístico siempre ha estado relacionado con la enseñanza de los Apóstoles, con la vida común y con la proclamación de la Palabra de Dios (...) (n.3).

La Eucaristía, como compartición nuestra del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, es también misterio de comunión espiritual en la Iglesia (...) La presencia de Cristo en la Eucaristía es la mayor riqueza de la Iglesia. Mediante la Eucaristía, Cristo construye la Iglesia (n.4).

“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”. Este es el sacramento de la fe que proclamamos en cada celebración eucarística. (...) En el Espíritu que ha hecho de nosotros hijos predilectos de Dios, en la unidad del Cuerpo de Cristo, esperamos su regreso con gozosa esperanza (n.5) (20a).

*** Catequesis en la Audiencia General: “La Eucaristía, fuente del compromiso misionero de la Iglesia” (21-VI-2000).**

Ante la celebración del XLVII Congreso eucarístico internacional el Santo Padre dedica una catequesis a hablar de la Eucaristía como fuente del compromiso misionero de la Iglesia. De esta catequesis ofrecemos sus contenidos más importantes.

- La Eucaristía, acontecimiento evangelizador y fuente de misión

“El Congreso sitúa la Eucaristía en el centro del gran Jubileo de la Encarnación y manifiesta toda su profundidad espiritual, eclesial y misionera. En efecto, la Iglesia y todos los creyentes encuentran en la Eucaristía la fuerza indispensable para anunciar y testimoniar a todo el Evangelio de la salvación. La celebración de la Eucaristía, sacramento de la Pascua del Señor, es en sí misma un acontecimiento misionero, que introduce en el mundo el germen fecundo de la vida nueva. San Pablo recuerda explícitamente esta característica misionera de la Eucaristía: “Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (ICort.11,26) (n.1)..

- La Eucaristía, sacramento “misionero”

“La Eucaristía es sacramento “misionero”, no sólo porque de ella brota la gracia de la misión, sino también porque encierra en sí misma el principio y la fuente perenne de la salvación para todos los hombres. Por tanto, la celebración del sacrificio eucarístico es el acto misionero más eficaz que la comunidad eclesial puede realizar en la historia del mundo”.

Toda Misa concluye con el mandato misionero “id”, “ite, missa est”, que invita a los fieles a llevar el anuncio del Señor resucitado a las familias, a los ambientes de trabajo y de la sociedad, y al mundo entero. (...) El “pan partido” abre la vida del cristiano y de toda la comunidad a la comunión y a la entrega de sí por la vida del mundo (cf. Jn.6, 51). Es precisamente la Eucaristía la que realiza este vínculo inseparable entre comunión y misión, que hace de la Iglesia el sacramento de la unidad de todo el género humano (cf. LG 1) (n.2).

- Las Comunidades cristianas han de abrirse a las comunidades más pobres y necesitadas de apoyo

Hoy es particularmente necesario que, mediante la celebración de la Eucaristía, todas las comunidades cristianas adquieran la convicción interior y la fuerza espiritual para salir de sí mismas y abrirse a otras comunidades más pobres y necesitadas de apoyo en el campo de la evangelización y de la cooperación misionera, favoreciendo el fecundo intercambio de dones recíprocos que enriquece a toda la Iglesia (n.3).

- Discernir las vocaciones y los ministerios misioneros

También es muy importante discernir, a partir de la Eucaristía, las vocaciones y los ministerios misioneros. Siguiendo el ejemplo de la primitiva comunidad de Antioquia, reunida “en la celebración del culto del Señor”, toda la comunidad cristiana está llamada a escuchar al Espíritu y aceptar sus inspiraciones, reservando para la misión universal las mejores fuerzas de sus hijos, enviados con alegría al mundo y acompañados por la oración y el apoyo espiritual y material que necesitan (cf. Hech.13,1-3) (n.3)..

- La Eucaristía, escuela de caridad, justicia y paz

La Eucaristía es además, una escuela permanente de caridad, de justicia y de paz para renovar en Cristo al mundo que nos rodea. La presencia del resucitado proporciona a los creyentes la valentía para ser promotores de solidaridad y de renovación, contribuyendo a cambiar las estructuras de pecado en las que las personas, las comunidades y, a veces, pueblos enteros, están sumergidos” (n.3).

- La Eucaristía y los mártires

No puede faltar en esta reflexión la referencia a los singulares misioneros y testigos de la fe y del amor de Cristo que son los mártires. Las reliquias de los mártires, que desde la antigüedad se colocan bajo el altar, donde se celebra el memorial de la “víctima inmolada por nuestra reconciliación”, constituyen un claro signo del vigor que brota del sacrificio de Cristo. A cuantos se alimentan del Señor esta energía espiritual los impulsa a dar su propia vida por él y por sus hermanos, mediante la entrega total de sí, si fuera necesario, hasta la efusión de la sangre” (n.4) (20b).

*** Catequesis en la Audiencia General: la Eucaristía como memorial divino y humano (4-X-2000).**

Entre los muchos aspectos de la Eucaristía destaca el de “memorial”, relacionado con un tema bíblico de primera magnitud (cf. Ex.2,24; Deut.8,18;7,18). La Eucaristía como memorial divino y humano.

El significado del “memorial”

En la Biblia, el recuerdo de Dios y el recuerdo del hombre se cruzan hasta constituir una parte fundamental de la vida del Pueblo de Dios. No se trata sin embargo de la mera conmemoración de un pasado ya periclitado, sino de un “zikkarôn”, es decir, de un “memorial”. Este “no es solamente el recuerdo de las maravillas que Dios ha realizado a favor de los hombres. En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales” (Catecismo de la Iglesia Católica, n.1363). El memorial hace referencia a un vínculo de alianza imperecedero: “El Señor se acuerda de nosotros, Él nos bendecirá” (Sal.115,12).

La fe bíblica implica pues el recuerdo eficaz de las maravillosas obras de salvación, obras que se profesan en el “Gran Hallel” (cf. Sal.136,23-25). (...) (n.1).

El memorial en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, el “memorial” por excelencia de las obras de Dios en la historia era la liturgia pascual del Éxodo: cada vez que el pueblo de Israel celebraba la Pascua, Dios le ofrecía de forma eficaz el don de la libertad y de la salvación. En el rito pascual se conjugaban ambos recuerdos, el divino y el humano, es decir, la gracia salvífica y la fe agradecida (cf. Ex.12,14; 13,9) (n.2).

La Eucaristía, el memorial por excelencia

El entrelazamiento entre el recuerdo de Dios y el del hombre también está en el centro de la Eucaristía, que es el “memorial” por excelencia de la Pascua Cristiana. La “anámnesis”, es decir, el acto de recordar, constituye de hecho el corazón de la celebración: el sacrificio de Cristo, acontecimiento único, realizado “*ef hapax*”, es decir, “de una vez por todas” (Heb.7,27; 9,12.26; 10,12), extiende su presencia salvífica en el tiempo y en el espacio de la historia humana. Expresa esta realidad el imperativo final que Lucas y Pablo citan en la narración de la Última cena: “Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía (...) Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, haced esto cada vez que bebáis en memoria mía” (ICort.11,24-25; cf. Lc.22,19).

El pasado del “cuerpo entregado por nosotros” en la cruz se presenta vivo en el hoy y, como declara Pablo, se abre al futuro de la redención final: “Cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamaréis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (ICort.11,26). La Eucaristía es por lo tanto memorial de la muerte de Cristo, pero es también presencia de su sacrificio y anticipación de su venida gloriosa. Es el sacramento de la proximidad salvadora y continuadora del Señor resucitado en la historia. Bien se comprende pues la exhortación de Pablo a Timoteo: “haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David” (IITim.2,8) (n.3).

“Recordar” es por tanto “devolver al corazón” en la memoria y en el afecto, pero es también celebrar una presencia. (...) En la Eucaristía el cristiano alimenta la esperanza del encuentro definitivo con su Señor (n.5) (20c).

*** Catequesis en la Audiencia General: La Eucaristía como Sacrificio de Alabanza: (11 de octubre de 2000).**

El Santo Padre expone en estas Audiencias generales el misterio de la Eucaristía. En esta catequesis presenta la Eucaristía como “sacrificio de alabanza”. Ofrecemos los aspectos más significativos e importantes de esta catequesis centrada en los dos temas: sacrificio y alabanza que se hallan en la Eucaristía, “*sacrificium laudis*”: “La Eucaristía es el perfecto sacrificio de alabanza, la glorificación más alta que de la tierra asciende al cielo, ”fuente y cima de toda la vida cristiana, (en la que los hijos de Dios) ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella” (LG 11) (n.1)..

La Eucaristía como sacrificio de la Nueva Alianza

En la Eucaristía se actualiza en primer lugar el sacrificio de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como Él mismo nos asegura: “Este es mi Cuerpo (...) Esta es mi sangre” (Mt.26,26-28). Pero el Cristo presente en la Eucaristía es el Cristo ya glorificado, que el Viernes Santo se ofreció a sí mismo en la cruz.

Lo subrayan las palabras que pronunciara sobre el cáliz del vino: “Esta es la sangre de la Alianza, que es derramada por muchos” (Mt.26,28; par.). Si miramos al trasluz estas palabras veremos que en su filigrana bíblica afloran dos referencias significativas:

-Constituye la primera la locución “sangre derramada”, que, como atestigua el lenguaje bíblico (cf. Gn.9,6), es sinónimo de muerte violenta.

-La segunda consiste en la especificación “por muchos”, que atañe a los destinatarios de esa sangre derramada. Aquí la alusión nos reenvía a un texto fundamental para la relectura cristiana de las Escrituras, el IV Canto de Isaías: con su sacrificio, entregando su vida “a la muerte”, el Siervo del Señor “llevó el pecado de muchos” (Is.43,12; Heb.9,28; IPed.2,24) (n.2).

La misma dimensión sacrificial y redentora de la Eucaristía queda expresada por las palabras que Jesús pronuncia sobre el pan en la Última Cena, tal y como las refiere la tradición de Lucas y de Pablo: “Este es mi Cuerpo que es entregado por vosotros” (Lc.22,19; cf. ICort.11,24). También en este caso se nos reenvía a la donación sacrificial del Siervo del Señor según el pasaje de Isaías que acabamos de recordar (53,12): “se entregó a la muerte (...), llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes”.

La Eucaristía es, por encima de todo, un sacrificio: sacrificio de la redención y al mismo tiempo sacrificio de la Nueva Alianza, como creemos y claramente profesan las Iglesias Orientales: “El sacrificio actual -afirmó hace siglos la Iglesia griega- es como aquel que un día ofreció el Unigénito Verbo encarnado, es ofrecido (hoy como entonces) por Él, siendo el mismo y único sacrificio” (Carta Apostólica “Dominicae Coenae”, n.9) (n.3)..

La Eucaristía, como sacrificio de la Nueva Alianza, se sitúa como desarrollo y cumplimiento de la alianza celebrada en el Sinaí, cuando Moisés derramó mitad de la sangre de las víctimas del sacrificio sobre el altar, símbolo de Dios, y mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel (cf. Ex.24,5-8). Esta “sangre de la alianza” unía íntimamente a Dios y al hombre en un vínculo de solidaridad. Con la Eucaristía la intimidad llega a ser total, y el

abrazo de Dios y el hombre alcanza su cumbre. Es el cumplimiento de aquella “nueva alianza” que anunció Jeremías (31,31-33): un pacto en el espíritu y en el corazón que la Carta a los Hebreos exalta partiendo precisamente del oráculo del profeta, vinculándolo al sacrificio único y definitivo de Cristo (cf. Heb.10,14-17).

La Eucaristía es sacrificio de alabanza

Esencialmente orientado hacia la comunión plena entre Dios y el hombre, “el sacrificio eucarístico es fuente y culminación de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. Los fieles participan más plenamente de este sacrificio de acción de gracias, de propiciación, de impetración y de alabanza, cuando conscientes de ofrecer al Padre, de todo corazón, juntamente con el sacerdote, la sagrada Víctima y en ella a sí mismos, reciben la misma Víctima en el sacramento”.

Como dice el mismo término en su génesis griega, la Eucaristía es “acción de gracias”; en ella el Hijo de Dios reúne consigo a toda la humanidad redimida en un canto de gratitud y alabanza. Recordemos que la palabra hebrea “todah”, traducida como “alabanza”, significa también “agradecimiento”. El sacrificio de alabanza era un sacrificio de acción de gracias (cf. Sal. 50,14.23). En la Última Cena, para instituir la Eucaristía, Jesús dio gracias a su Padre (cf. Mt.26,26-27 y paralelos): de aquí el origen del nombre de este sacramento (n.5) (20d).

*** Catequesis general: La Eucaristía, como Banquete de Comunión” (18-X-2000).**

Juan Pablo II explica el sentido de la comida del profeta Elías que camina por el desierto hacia el Monte Horeb, al encuentro con Dios, y se siente tan desfallecido que no puede ya caminar. Dios le ofrece un alimento con el que se hace fuerte hasta llegar a la meta de su caminar. Este pan es figura de la Eucaristía (n.1).

Éste es también el significado profundo del maná que Dios preparó en las estepas del Sinaí. También este maná es figura del pan eucarístico (n.2).

La Eucaristía es presencia divina y trascendente, comunión con lo eterno, signo de la “compenetración de la ciudad terrena y celeste” (GS, 40). La Eucaristía, memorial de la Pascua de Cristo, aporta por su propia naturaleza eternidad e infinitud a la historia humana” (n.2).

La Eucaristía al ser comunión con Cristo, es pues participación en la vida de Dios, vida que es eterna y que derrota a la muerte (n.4) (20e).

*** Homilía en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo (19-VI-2003).**

- Vuelta de la Iglesia a la Eucaristía

La Iglesia regresa constantemente al Cenáculo como al lugar de su nacimiento. Y lo hace porque el don eucarístico insta una misteriosa “contemporaneidad” entre la Pascua del Señor y el devenir del mundo y de las generaciones (...). Esta tarde también, profundamente agradecidos a Dios, permanecemos en silencio ante el misterio de la fe, “mysterium fidei”.

- El asombro ante el misterio de la Eucaristía

Lo contemplamos con el mismo sentimiento íntimo que en la Encíclica he llamado “asombro eucarístico” (La Iglesia de la Eucaristía”, n.6), asombro tan grande como agradecido ante el sacramento en el que Cristo quiso “concentrar” para siempre todo su misterio de amor (cf. ibd. n.5).

El Santo padre nos invita una vez más que “contemplemos el rostro eucarístico como lo hicieron los Apóstoles y, tras ellos, los santos de todos los siglos. Lo contemplamos sobre todo siguiendo la enseñanza de María, “mujer eucarística” con toda su vida (ibd. n-53).

- Jesús nos alimenta

No estamos solos en nuestra peregrinación: con nosotros camina Cristo, pan de vida. (...) Jesús, alimento espiritual que nutre la esperanza de los creyentes, nos sostiene en este itinerario hacia el cielo y refuerza nuestra comunión con la Iglesia celestial” (n.4) (20f).

*** Discurso de Juan Pablo II después de la exposición y adoración eucarística con ocasión del comienzo del Año de la Eucaristía (17-X-2004).**

“La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio”. ¡Misterio de luz!. De luz tiene necesidad el corazón del hombre, oprimido por el pecado, a veces desorientado y cansado, probado por sufrimientos de todo tipo. El mundo tiene necesidad de luz, en la búsqueda difícil de una paz que parece lejana al comienzo de un milenio perturbado y humillado por la violencia, el terrorismo y la guerra. (n.3).

¡La Eucaristía es luz! En la palabra de Dios constantemente proclamada, en el pan y en el vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, es precisamente Él, el Señor resucitado, quien abre la mente y el corazón y se deja reconocer (...) En este gesto convivencial revivimos el sacrificio de la Cruz, experimentamos el amor infinito de Dios y sentimos la llamada a difundir la luz de Cristo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo (n.3).

¡Misterio de vida! ¿Qué aspiración puede ser más grande que la vida? Y sin embargo sobre este anhelo humano universal se ciernen sombras amenazadoras: la sombra de una cultura que niega el respeto de la vida en cada una de sus fases; la sombra de una indiferencia que condena a tantas personas a un destino de hambre y subdesarrollo; la sombra de una búsqueda científica que a veces está al servicio del egoísmo del más fuerte (n.4).

Debemos sentirnos interpelados por las necesidades de tantos hermanos. No podemos cerrar el corazón a sus peticiones de ayuda. Y tampoco podemos olvidar que “no sólo de pan vive el hombre” (cf. Mt.4,4). Necesitamos el “pan vivo bajado del cielo” (Jn.6,51). Este pan es Jesús. Alimentarnos de Él significa recibir la vida misma de Dios (cf. Jn.10,10), abriéndonos a la lógica del amor y del compartir (n.4). (Ecclesia, n.3228; 23-X-2004).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las isiones. “Eucaristía y Misión” (24-X-2004)**

“Cuando se participa en el Sacrificio Eucarístico se percibe más a fondo la universalidad de la redención, y consecuentemente, la urgencia de la misión de la Iglesia, cuyo programa “se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (EdE, 60).

Alrededor de Cristo eucarístico la Iglesia crece como pueblo, templo y familia de Dios: una, santa, católica y apostólica. Al mismo tiempo, comprende mejor su carácter de sacramento universal de salvación y de realidad visible jerárquicamente estructurada. “Ciertamente no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía” (PO 6).

Al término de la cada santa misa, cuando el celebrante despide la asamblea con las palabras “Ite, Missa est”, todos deben sentirse enviados como “misioneros de la Eucaristía”, a difundir en todos los ambientes el gran

don recibido. De hecho quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor (n.2), (20g).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Misiones: “Misión: Pan partido para el mundo” (22 de febrero de 2005).**

Jesús “pan partido por la salvación del mundo”: “En la reciente Carta apostólica “Mane nobiscum, Domine”, he invitado a contemplar a Jesús “pan partido” para toda la humanidad. Siguiendo su ejemplo, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos, especialmente por los más necesitados. La Eucaristía conlleva “el signo de la universalidad”, y de manera sacramental prefigura lo que sucederá “cuando todos los que participan de la naturaleza humana, regenerados en Cristo por el Espíritu Santo, contemplando unánimes la gloria de Dios, puedan decir “Padre nuestro”.

- Seamos “pan partido para los demás: “La Eucaristía, mientras hace comprender el plenamente el sentido de la misión, anima a cada creyente, y especialmente a los misioneros, nos invita a ser “pan partido por la vida del mundo” (n.1).

- Todos necesitamos de Cristo “pan partido”: “También hoy Jesús parte el pan para nosotros, y en las Celebraciones eucarísticas se ofrece a sí mismo bajo el signo sacramental de su amor por todos. Por esto he querido recordar que “la Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad (MND,27); es “pan del cielo” que, dando al vida eterna, abre el corazón de los hombres a una gran esperanza. El mismo Redentor (...) presente en la Eucaristía, continúa a lo largo de los siglos manifestando compasión hacia la humanidad que se encuentra en la pobreza y en el sufrimiento. En su nombre, los agentes pastorales y los misioneros recorren caminos no explorados para llevar a todos “el pan” de la salvación. Les anima la conciencia de que unidos a Cristo “no sólo centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad (cf. EF.1,10) es posible satisfacer los anhelos más íntimos del corazón humano. Jesús solo puede apagar el hambre de amor y la sed de justicia de los hombres; sólo Él hace posible a cada persona la participación en la vida eterna” (n.2).

- La Iglesia, junto con Cristo se hace “pan partido”: “La Comunidad eclesial, cuando celebra la Eucaristía, de manera especial el domingo, día del Señor, experimenta a la luz de la fe, el valor del encuentro con Cristo resucitado, y adquiere cada vez más conciencia de que el Sacrificio eucarístico es “para todos” (M6t.26,28). Si uno se alimenta del Cuerpo y de la Sangre del Señor crucificado y resucitado, no puede tener sólo para sí mismo este “don”.

Al contrario, necesita difundirlo. El amor apasionado por Cristo conduce al anuncio valiente de Cristo; anuncio que, con el martirio, se convierte en ofrenda suprema de amor a Dios y a los hermanos. La Eucaristía apremia a una generosa acción evangelizadora y a un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna. De todo corazón, deseo que el Año de la Eucaristía motive a todas las comunidades cristianas a caminar “con generosidad fraterna” al encuentro de “alguna de las múltiples pobreza de nuestro mundo (...) En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas” (n.3).

- Los misioneros, “pan partido” para la vida del mundo: “Los misioneros hacen resonar, con su acción, las palabras del Redentor: “Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que cree en mí, no tendrá nunca sed” (Jn.6,35). Ellos mismos se hacen “pan partido” para los hermanos, llegando a veces hasta el sacrificio de la vida. (...) La Iglesia tiene necesidad de hombres y de mujeres que estén dispuestos a consagrarse totalmente a la gran causa del Evangelio (n.4).

*** Cartas Apostólicas:**

- “Tertio Millennio Adveniente” (11-XI-1994)

En esta Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte” (21), el Papa insiste en que “la participación en la Eucaristía sea, para cada bautizado, el centro del domingo. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente” (n.35).

- “Dies Domini” (31-V-1998)

Exponemos a continuación los temas más importantes que el Santo Padre desarrolla en esta Carta pastoral:

* Teología del Domingo: Juan Pablo II desentraña la teología del Domingo afirmando que es:

- El Día del Señor. Celebración de la obra del Creador (nn.8-18)
- El Día de Cristo. El Día del Señor Resucitado y el Don del Espíritu (nn. 19-30)
- El Día de la Iglesia. La asamblea Eucarística, Centro del domingo (nn. 31-54).
- El Día del Hombre. El Domingo día de alegría, descanso y solidaridad (nn. 55-73).

- El Día de los Días. El Domingo fiesta primordial, reveladora del sentido del tiempo (nn. 74-80).
- Conclusión (nn.81-87).

* La Misa, sacramento del sacrificio de Cristo en el Calvario: “La Misa es la viva actualización del sacrificio de la cruz. Bajo las especies de pan y vino, sobre las que se ha invocado la efusión del Espíritu Santo, que actúa con una eficacia del todo singular en las palabras de la consagración, Cristo se ofrece al Padre con el mismo gesto de inmolación con que se ofreció en la cruz” (n. 43).

* La participación de los fieles en la Eucaristía: “Cristo entregó a la Iglesia este sacrificio para que los fieles participen de él tanto espiritualmente por la fe y la caridad, como sacramentalmente por el banquete de la Sagrada Comunión. Y la participación en la Cena del Señor es siempre comunión con Cristo que se ofrece en sacrificio al Padre por nosotros” (n.44).

En esta misma dirección, “La Iglesia recomienda a los fieles comulgar cuando participan en la Eucaristía, con la condición de que estén en las debidas disposiciones y, si fueran conscientes de pecados graves, que hayan recibido el perdón de Dios mediante el sacramento de la reconciliación” (n.44).

* La Comunión con Cristo y la comunión fraterna: “Es importante también que se tenga conciencia clara de la íntima vinculación entre la comunión con Cristo y la comunión con los hermanos. La asamblea eucarística dominical es un acontecimiento de fraternidad, que la celebración ha de poner bien de relieve” (n.44; cf. n.72).

* La Eucaristía y la misión: “Al recibir el pan de vida, los discípulos de Cristo se disponen a afrontar, con la fuerza del Resucitado y de su Espíritu, los cometidos que les esperan en su vida ordinaria. En efecto, para el fiel que ha comprendido el sentido de lo realizado, la celebración eucarística no termina sólo dentro del Templo. (...) Los cristianos convocados cada domingo para vivir y confesar la presencia del Resucitado están llamados a ser evangelizadores y testigos en su vida cotidiana. (...) Después de despedirse la asamblea, el discípulo de Cristo vuelve a su ambiente habitual con el compromiso de hacer de toda su vida un don, un sacrificio espiritual agradable a Dios (Rm.12,2). Se siente deudor para con los hermanos de lo que ha recibido en la celebración” (n. 45).

* El precepto dominical: “Al ser la eucaristía el verdadero centro del domingo, se comprende por qué, desde los primeros siglos, los Pastores no

han dejado de recordar a sus fieles la necesidad de participar en la asamblea litúrgica. (...).

La Iglesia no ha cesado de afirmar esta obligación de conciencia, basada en una exigencia interior que los cristianos de los primeros siglos sentían con tanta fuerza, aunque al principio no se consideró necesario prescribirla. Sólo más tarde, ante la tibieza o negligencia de algunos, ha debido explicitar el deber de participar en la misa dominical” (nn.46-47).

* La Eucaristía y la solidaridad: “El domingo debe ofrecer también a los fieles la ocasión de dedicarse a las actividades de misericordia, de caridad y de apostolado.(...) La Eucaristía dominical, pues, no sólo no aleja de los deberes de caridad, sino al contrario, compromete más a los fieles “a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, mediante las cuales se manifieste que los cristianos, aunque no son de este mundo, sin embargo son luz del mundo y glorifican al Padre ante los hombres” (SC 9) (n.69).

“De hecho, desde los tiempos apostólicos, la reunión dominical fue para los cristianos un momento para compartir fraternalmente con los más pobres” (n.70).

Los cristianos, siguiendo de cerca las enseñanzas de los Santos Padres, han de recordar “el deber de hacer de la Eucaristía el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta, y los últimos sean los primeros por la consideración y el afecto de los hermanos...” (n.71).

“No sólo la Eucaristía dominical, sino todo el domingo se convierte en una gran escuela de caridad, de justicia y de paz. (...) Lejos de ser evasión, el domingo cristiano es más bien “profecía” inscrita en el tiempo; profecía que obliga a los creyentes a seguir las huellas de Aquel que vino “para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc.4,18-19) (n.73).

- “Mane nobiscum, Domine” (7-X-2004),

El icono de los discípulos de Emaús: El Santo Padre ha escrito esta carta como comentario entrañable del encuentro de Jesucristo resucitado con dos discípulos que habían abandonado la Comunidad y se dirigían a un pueblo llamado Emaús”. “El icono de los discípulos de Emaús se presta bien a orientar un Año que verá a la Iglesia particularmente entregada a vivir el misterio de la Santa Eucaristía. Por el camino de nuestros interrogantes y de nuestras inquietudes -a veces, de nuestras amargas desilusiones-, el divino

Viandante sigue haciéndose compañero nuestro para introducimos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios” (n.2).

Estructura doctrinal

Introducción (nn.1-5). Esta constituida por cinco apartados. El Papa explica el significado del encuentro de Jesús con los discípulos que van a Emaús y de “la cena” que compartió con ellos (nn.1-2). Habla también de la “fracción del pan” que “ocupa siempre el centro de la vida de la Iglesia. Por medio de ella Cristo hace presente, en el paso del tiempo, su misterio de muerte y resurrección” (n.3).

Contenido teológico y pastoral:. “En el curso del Vaticano II y del Jubileo” (cap.I); “La Eucaristía, misterio de luz” (cap.II); “La Eucaristía, fuente y epifanía de comunión” (cap. III); “La Eucaristía, principio y proyecto de misión” (cap.IV).

Conclusión (nn.29-31).

Principales enseñanzas del Papa:

- La Eucaristía, raíz de la espiritualidad de todos

El Santo Padre establece desde el principio una afirmación clara: “El misterio de la Eucaristía es “la raíz y el secreto de la vida espiritual tanto de los fieles como de toda iniciativa cristiana” (n.5).

- La celebración del Domingo

El propósito de Juan Pablo II: “deseo especialmente que durante este año se ponga especial empeño en redescubrir y vivir plenamente el domingo como día del Señor y día de la Iglesia...precisamente en la misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los apóstoles en la tarde de pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (22).

No podemos vivir sin celebrar el Domingo: Los cristianos no podemos vivir sin el domingo. Como día del Señor, día de la Iglesia, día de la fiesta, día del descanso, día de la familia, día de la amistad, día de la fraternidad, de la bienaventuranza futura (cf. n.23).

- La Eucaristía, misterio de luz

Aquellos dos discípulos, a quienes el Señor les había abierto sus corazones al misterio, “reconocieron a Jesucristo resucitado en el sencillo y

humilde gesto de la fracción del pan” (n.14). La Eucaristía es misterio de luz porque es “el misterio de la fe por antonomasia” (n.11).

- Las dimensiones de la Eucaristía

No debe omitirse ninguna de las perspectivas esenciales de la Eucaristía:

+ como presencia real: Cristo se hace sustancialmente presente bajo las especies sacramentales. Esta presencia de Cristo nos mueve a tener unas actitudes fundamentales que presiden la vida de la Iglesia y de los cristianos: “celebrar, adorar, contemplar” la Eucaristía, también fuera de la Misa.

+ como sacrificio: a la vez que actualiza el sacrificio del Calvario, Cristo resucitado nos sitúa entre el final de la historia.

+ como banquete expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

- La Eucaristía fuente y epifanía de comunión.

“Recibir la Eucaristía significa entrar en comunión profunda con Jesús (...) Esta intimidad (...) no puede comprenderse adecuadamente ni vivirse en plenitud fuera de la comunión eclesial (...) El único Pan eucarístico hace de nosotros un solo cuerpo (nn.19-22). Debemos “tomar cada vez mayor conciencia de cuán exigente es la comunión que Jesús nos pide”. La “espiritualidad de comunión” nos mueve a cultivar sentimientos de apertura, de afecto, de compromiso y perdón recíproco (NMI 43).

- La Eucaristía, principio y proyecto de misión.

“El encuentro con Cristo, continuamente ahondado en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la urgencia de testimoniar y de evangelizar (...) Entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa, al mismo tiempo, experimentar el deber de hacerse misionero del acontecimiento que aquel rito actualiza (...) Impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad” (n.24).

El “proyecto” de parecerse y hasta de identificarse con Jesús a partir de la Eucaristía está constituido por tres elementos relacionados entre sí: la acción de gracias, la solidaridad y el servicio de los últimos.

- La Eucaristía fuente y exigencia de solidaridad:

“La Eucaristía es también proyecto de solidaridad para toda la Humanidad. (...) El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a hacerse promotor de comunión, de paz, de solidaridad en todas las circunstancias de la vida.” (n.27). “Hay un impulso en la Eucaristía para un compromiso activo por la edificación de una sociedad más justa y fraterna. (...) (n.28).

- La Eucaristía y el servicio a los últimos

El servicio a los últimos es criterio de verificación del proyecto eucarístico, de la celebración de la Eucaristía. “No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn.13,35; Mt.25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas” (n.28).

- Llamados a ser adoradores en contemplación perenne

“La adoración eucarística fuera de la Misa debe ser durante este Año un objetivo especial para las comunidades religiosas y parroquiales. Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía, reparando con nuestra fe y nuestro amor los descuidos, los olvidos e incluso los ultrajes que nuestro Salvador padece en tantas partes del mundo” (n.18).

- En la Escuela de María

Juan Pablo II llama a María “mujer eucarística”. Ella nos guía y nos lleva de la mano a la Eucaristía y nos dice: “haced lo que Él os diga” (Jn.2,5).

*** Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, (17-IV-2003).**

El día 17 de abril, 2003, Juan Pablo II, durante la misa “In Coena Domini”, firmó la Carta Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, sobre el sacramento de la Eucaristía en su relación con la Iglesia. Todos los años, el Santo Padre, con ocasión del Jueves Santo, dirigía una carta a todos los Sacerdotes, poniendo de relieve la relación existente entre el sacerdocio y la Eucaristía. “Este año, vigésimo quinto del pontificado, deseo involucrar más plenamente a toda la Iglesia en esta reflexión eucarística para dar gracias a Dios también por el don de la eucaristía y el sacerdocio”.

- La finalidad de esta Encíclica es clara, dice el Papa: “deseo suscitar el asombro eucarístico” (23) y contribuir eficazmente a “disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables, para que la Eucaristía siga resplandeciendo con todo el esplendor de su misterio” (24). La intención del Papa es doctrinal y contemplativa-mistagógica.

- Estructura doctrinal de la encíclica:

La Introducción (nn.1-10): el Papa explica el título de la encíclica: “la Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia” (n.1).

Cuerpo doctrinal está constituido por los siguientes bloques:

Núcleo dogmático: “la eucaristía, misterio de la fe” (cap.1) y “la eucaristía edifica la Iglesia” (cap.2).

Núcleo teológico-moral: “apostolicidad de la eucaristía y de la Iglesia” (cap.3); “Eucaristía y comunión eclesial” (cap.-4); “Decoro de la celebración eucarística” (cap.5).

Núcleo ascético-espiritual: “En la escuela de María, mujer eucarística” (cap.6).

La conclusión (nn.59-62): el Papa ofrece su propio testimonio eucarístico y nos estimula a fomentar la piedad eucarística. Nos invita a seguir las enseñanzas y ejemplos de los santos, “grandes intérpretes del misterio y de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos “contagia” y, por así decir, nos enciende” (n.62).

Afirmaciones centrales de la encíclica

+ La Eucaristía es el misterio central de la fe y de la vida cristiana” y “fuente y cima de toda la vida cristiana” (25).

+ La presencia de Cristo en la Eucaristía:

La Eucaristía es la presencia salvífica de Cristo, muerto y resucitado, en medio de su pueblo, el cual quiso quedarse con nosotros, de manera especial, en el sacramento eucarístico. En efecto, “la representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que -citando las palabras de Pablo VI- “se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace

presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro” (Mysterium fidei”). Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento (Ses. XIII: Decr. De ss. Eucaristía”, cap.4) (n.15).

Por eso la Eucaristía ocupa un lugar central en la vida de la iglesia:”La Eucaristía está en el centro de la vida eclesial” (n.3), “la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia” (n.31). Esto significa que “la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la eucaristía” (n.26).

+ La Eucaristía, sacrificio y banquete

El Santo Padre pone de relieve los dos aspectos fundamentales de la Eucaristía: sacrificio y banquete. Los dos inseparables porque pertenecen a la naturaleza misma de la Eucaristía. Por eso decimos que la Eucaristía es “un sacrificio convivencial” o “un banquete sacrificial”. Separar los dos elementos, ignorando o subestimando uno u otro, sería deformar completamente el misterio de la Eucaristía.

La Eucaristía es “sacrificio en sentido propio y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual” (n.13). Sacrificio de Cristo y de la Iglesia, no yuxtapuesto al único y eterno de Cristo, sino unido y asumido en Él. Y prosigue el Santo Padre: “Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo...” “Al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella” (LG 11) (n.13). Al proclamar una vez el carácter sacrificial de la Misa, no olvidamos la resurrección de Cristo ya que “el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio” (n.14).

La Eucaristía es también banquete ya que “en ella Cristo se ofrece como alimento. (...) No se trata de un alimento metafórico: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida” (Jn.6,55) (n.16). Juan Pablo pone de relieve a continuación que “por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu” (n.17).

+ La Eucaristía es “Mysterium fidei”

La Eucaristía es “Mysterium fidei”, misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe” (n.15). La comunidad eclesial está llamada a vivir con renovado empeño en el alba del nuevo milenio, cada vez de forma más consciente el misterio eucarístico, que es el mayor tesoro de la Iglesia, porque en ella lo tiene todo: el sacrificio redentor de Cristo, su

resurrección, el don del Espíritu; porque en ella, bajo la forma de las especies eucarísticas, es el mismo Cristo quien está presente y camina con su Esposa, aún peregrina en la tierra, iluminándola y haciéndola testigo de inquebrantable esperanza para sus hijos y para el mundo, porque es la prenda de la meta que todo hombre, aunque sea de forma inconsciente, anhela (cf. nn. 59 y 62): en efecto, la Eucaristía tiene una dimensión esencialmente escatológica.

+ La Eucaristía, banquete de acción de gracias

La Eucaristía es un banquete de acción de gracias: “Jesús tomo el cáliz, dio gracias y se lo dio” (Mc.14,23). Jesús da gracias al Padre en ese momento por la redención de los que le habían sido confiados, por el don de la salvación mesiánica anunciada en el AT y otorgada a la humanidad ahora. Jesús da gracias al padre porque ya se ha producido lo que se esperaba, se ha realizado lo que había sido prometido, se había consumado lo que había sido prefigurado en el AT. Lo últimos tiempos ya han llegado, aunque aún esperamos la consumación final.

+ La Eucaristía, prenda de vida eterna

La Eucaristía prenda de vida eterna. “la Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn.15,11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y “prenda de la gloria futura” (...) “Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: la posee ya en la tierra como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo” (n.18). Además, el Papa enseña que “la tensión escatológica suscitada por la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial” (n.19).

+ La Eucaristía nos urge a promover la justicia, la paz...

La tensión escatológica propia de la Eucaristía no nos hace desprendernos del compromiso al servicio de la justicia, de la paz... sino que “da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas... Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios” (n.20).

+ La Eucaristía y el servicio a los necesitados

“Y ¿qué decir, además, de tantas contradicciones de un mundo “globalizado”, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convival la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando su sentido profundo, el relato del “lavatorio de los pies”, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. Jn.13,1-20). Pablo, por su parte, califica como “indigno” de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (cf. ICort.11,17.22.27.34) (n. 20).

+ Llevar una vida “eucarística”

Anunciar la muerte del Señor “hasta que venga” (ICort.11,26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida para que toda ella llegue a ser en cierto modo “eucarística”. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: “¡Ven, Señor Jesús!” (Apoc.22,20) (n.20).

+ La obligación de participar en la Misa Dominical.

El Santo Padre nos recuerda que “participar en la Misa es una obligación para los fieles, a menos que no tengan un impedimento grave, lo que impone a los Pastores el correspondiente deber de ofrecer a todos la posibilidad efectiva de cumplir este precepto” (n.41; cf. n.46).

+ La Eucaristía y su relación con el compromiso ecuménico.

Juan Pablo II habla de la Eucaristía también en el ámbito ecuménico, diciendo: “si en ningún caso es legítima la concelebración si falta la plena comunión, no ocurre lo mismo con respecto a la administración de la Eucaristía, en circunstancias especiales, a personas pertenecientes a Iglesias o a Comunidades eclesiales que no están en plena comunión con la Iglesia católica” (n.45; cf. n.30).

+ María, mujer eucarística

“María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él (...) María es mujer “eucarística” con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio” (n.53).

Termina Juan Pablo II esta consideración con estas palabras: “¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magnificat!” (n.58).

+ La Eucaristía y la Iglesia

El Santo Padre desentraña la dimensión eclesiológica de la Eucaristía poniendo de relieve lo siguiente: la Eucaristía edifica la Iglesia: “El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo (cf. ICort.10,17). Hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la iglesia” (n.21). (...) “La Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo” (n.22).

+ Apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia

“Si la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, se deduce que hay una relación sumamente estrecha entre una y otra. Tan verdad es esto, que nos permite aplicar al Misterio eucarístico lo que decimos de la Iglesia, cuando, en el Símbolo niceno-constantinopolitano, la confesamos “una, santa, católica y apostólica” (n.26).

+ La Eucaristía y la comunión eclesial

La Eucaristía es el sacramento de la comunión cristiana, el sacramento de la unidad eclesial. La Eucaristía es fuente de la unidad de los cristianos porque en ella esa unidad no sólo es representada, sino también producida (n.21). La Eucaristía es el principio, la raíz de la unidad.

Recordemos también que Juan Pablo II pone de relieve que “la celebración de la Eucaristía no puede ser el punto de partida de la comunión, que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección. (...) Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión, y concretamente, en la integridad de todos sus vínculos” (n.35).

- A modo de resumen

El Santo Padre ofrece una síntesis de lo que es la Eucaristía, Misterio de la fe: Misterio grande, Misterio de Misericordia, poniendo de relieve los contenidos esenciales de la Eucaristía (26).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa Crismal del Jueves Santo (8-IV-2004).**

“Eucaristía y Sacerdocio son “dos sacramentos nacidos juntos y que están indisolublemente unidos hasta el fin del mundo” (...) Dentro de poco renovaremos las promesas sacerdotales, dando gracias a Dios por el don de nuestro sacerdocio. Reiteraremos, al mismo tiempo, nuestro propósito firme de ser imagen cada vez más fiel de Cristo, Sumo Sacerdote. Él, Buen Pastor, nos llama a seguir su ejemplo y a ofrecer día tras día la vida por la salvación del rebaño que ha encomendado a nuestros desvelos.

¿Cómo no volver, con la mente rebosante de emoción, al entusiasmo del primer “sí”, pronunciado el día de la ordenación presbiteral? “¡Aquí estoy!”, respondimos a aquel que nos llama a trabajar por su Reino. “¡Aquí estoy!”, hemos de repetir cada día, conscientes de haber sido enviados para servir, a título especial, a la comunidad de los salvados “in persona Christi”. Hay que conservar ese “sí” mediante una adhesión indefectible a Cristo, alimentada con oración constante. El pueblo cristiano quiere vernos ante todo como “hombres de oración”. Quien con nosotros se encuentra ha de poder experimentar, mediante nuestras palabras y actitudes, el amor fiel y misericordioso de Dios (n.3) (Ecclesia, nn. 3201-02; 17 y 24-IV-2004).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa “In Coena Domini” del Jueves Santo (8-IV-2004).**

La pasión y la muerte constituyen el servicio de amor fundamental con el que el Hijo de Dios ha libertado a la Humanidad del pecado. Al mismo tiempo, la pasión y la muerte de Cristo revelan el sentido profundo del nuevo mandamiento por él encomendado a los apóstoles: “que os améis mutuamente como yo os he amado” (Jn.13,34) (n.1)..

Los cristianos saben que tienen que “hacer memoria” de su Maestro prestándose mutuamente el servicio de la caridad: “lavarse los pies unos a otros”. En especial, saben que tienen que recordar a Jesús reiterando el “memorial” de la cena con el pan y el vino consagrados por el ministro, que repite sobre ellos las palabras que en aquella ocasión pronunciara Cristo (n.2)..

La Eucaristía es memorial en sentido pleno: el Pan y el Vino, mediante la acción del Espíritu Santo, se convierten realmente en Cuerpo y Sangre de

Cristo, que se entrega para ser alimento del hombre en su camino en la tierra. La misma lógica de amor rige la Encarnación del Verbo en el seno de María y su hacerse presente en la Eucaristía. Es el "ágape", la "caritas", el amor en el sentido más hermoso y puro. (...) Para amar como él amó (cf. Jn.15,9), es necesario alimentarse de su Cuerpo y de su Sangre (n.3)..

Sólo una Iglesia enamorada de la Eucaristía genera, a su vez, vocaciones sacerdotales santas y numerosas. Y lo hace mediante la oración y el testimonio de santidad, brindado de especial manera a las nuevas generaciones" (n.4) (Ecclesia,nn.3201-02; 17 y 24-abril-.2004; 36).

*** Homilía de Juan Pablo II durante la celebración de la Santa Misa, con ocasión del comienzo del Año de la Eucaristía (17-X-2004).**

"He querido que este año estuviera dedicado particularmente a la Eucaristía. En realidad, todos los días, y especialmente el domingo, día de la resurrección de Cristo, la Iglesia vive de este misterio. Pero en este Año de la Eucaristía se invita a la comunidad cristiana a tomar conciencia más viva del mismo con la una celebración más sentida, con una adoración prolongada y fervorosa, con una mayor compromiso de fraternidad y de servicio a los más necesitados.

La Eucaristía es fuente y epifanía de comunión. Es principio y proyecto de misión. Siguiendo el ejemplo de María, "Mujer eucarística", la comunidad cristiana ha de vivir de este misterio. Consolidada por el "pan de vida eterna", ha de ser presencia de luz y de vida, fermento de evangelización y de solidaridad" (n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada mundial de las Misiones (24-X-2004). Eucaristía y misión**

- La misión está aún lejos de cumplirse

"El compromiso misionero de la Iglesia constituye, también en este comienzo del tercer milenio, una urgencia que en varias ocasiones he querido recordar. La misión (...) está aún lejos de cumplirse y por eso debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio (cf. RMi,1). Todo el Pueblo de Dios, en cada momento de su peregrinar en la historia, está llamado a compartir la "sed" del Redentor (cf. Jn.19,28). (...) Los desafíos sociales y religiosos a los que la humanidad hace frente en estos tiempos motiva a los creyentes a renovarse en el fervor misionero. ¡Sí! Es necesario promover con valentía la "missio ad gentes", partiendo del anuncio de Cristo, Redentor de cada criatura humana.(...) (n.1).

- Eucaristía y misión

“Reunida alrededor del altar, la Iglesia comprende mejor su rigen y su mandato misionero. Eucaristía y misión forman un binomio inseparable” (n.1).(…) La misión de la Iglesia se encuentra en continuidad con la de Cristo (cf. Jn.20,21), y obiene fuerza espiritual de la comunión con su Cuerpo y con su Sangre. Fin de la Eucaristía es precisamente “la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo” (Ecclesia de Eucaristía”, 22). Cuando se participa en el Sacrificio Eucarístico se percibe más a fondo la universalidad de la redención y consecuentemente, la urgencia de la misión de la Iglesia cuyo programa “se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (ib. n.60) (n.2).

Alrededor de Cristo eucarístico la Iglesia crece como pueblo, templo y familia de Dios: una, santa, católica y apostólica. Al mismo tiempo, comprende mejor su carácter de sacramento universal de salvación y de realidad visible jerárquicamente estructurada. Ciertamente “no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía” (ibd. 33; cf. PO, 6). Al término de cada santa Misa, cuando el celebrante despide la asamblea con las palabras “ite, missa est”, todos deben sentirse enviados como “misioneros de la Eucaristía, a difundir en todos los ambientes el gran don recibido. De hecho, quien encuentra a Cristo en la Eucaristía no puede no proclamar con la vida el amor misericordioso del Redentor (n.2)..

- La oración ante el Stmo. Sacramento

“Para vivir de la eucaristía es necesario, además, demorarse largo tiempo en oración ante el Stmo. Sacramento (...) Para evangelizar el mundo son necesarios apóstoles “expertos” en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía (n.3).

- En la Eucaristía volvemos a vivir el misterio de la Redención culminante en el sacrificio del Señor como lo señalan las palabras de la consagración: “mi cuerpo que es entregado por vosotros...; mi sangre que es derramada por vosotros (Lc.22,19-20). Cristo ha muerto por todos; el don de la salvación es para todos, don que la Eucaristía hace presente sacramentalmente a lo largo de la historia: “haced esto en recuerdo mío” (Lc.22,19). Este mandato está confiado a los ministros ordenados mediante el sacramento del orden. A este banquete ys acrificio están vniatdos todos los

hombres, para poder, así, participar de la misma vida de Cristo (cf. Jn.6,56-57). Alimentados de Él, los creyentes comprenden que la tarea misionera consiste en el ser “una oblación agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Rm.15.16) para formar cada vez más “un solo corazón y una sola alma” (Hech.4,32) y ser así testigos de su amor hasta los extremos confines de la tierra” (n.4).

- La Iglesia espera la vuelta gloriosa del Señor

“La Iglesia (...) renovando cada día el sacrificio del altar, espera la vuelta gloriosa de Cristo. Es cuanto proclama, después de la consagración, la asamblea eucarística reunida alrededor del altar. Con fe cada vez renovada, confirma el deseo del encuentro final con Aquel que vendrá a llevar a cumplimiento su designio de salvación universal (n.4).

El Espíritu Santo, con su acción invisible, pero eficaz, conduce al pueblo cristiano en este su diario camino espiritual, que conoce inevitables momentos de dificultad y experimenta el misterio de la Cruz. La Eucaristía es el consuelo y la prueba de la victoria definitiva para quien lucha contra el mal y el pecado; es el “pan de vida” que sostiene a todos cuantos, a su vez, se hacen “pan partido” para los hermanos, pagando a veces incluso con el martirio su fidelidad al Evangelio (n.4) (Diócesis de Coria-Cáceres. Boletín Oficial. Julio-Octubre 2004;773-778).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina (21-I-2005).**

Redescubrir la centralidad del Domingo

“Participar en la Misa dominical no es sólo una obligación importante (...), sino, ante todo, una exigencia profunda de cada fiel. No se puede vivir la fe sin participar habitualmente en la Misa dominical, sacrificio de redención, banquete común de la Palabra de Dios y del Pan eucarístico, corazón de la vida cristiana” (n.3).

Llamada del Santo Padre a los pastores de la Iglesia:

El Santo Padre hace un llamamiento a los Pastores de la Iglesia y les pide que hagan “un renovado esfuerzo por hacer descubrir la centralidad del Domingo en la vida eclesial y social de los hombres y mujeres de hoy. Para todos los obispos y sacerdotes es un reto convocar a los fieles a una constante participación en la Eucaristía dominical, encuentro con Cristo vivo.

Por ello es necesario concentrar los esfuerzos en una mejor y más cuidadosa instrucción y catequesis de los fieles sobre la Eucaristía, así como velar para que la celebración sea digna y decorosa, de modo que inspire respeto verdadero y piedad auténtica ante la grandeza del misterio eucarístico” (n.4).

Invitación del Papa a todos: sacerdotes, religiosos y fieles

Os invito a que pongáis el mayor empeño en reflexionar y profundizar en esta dimensión esencial de la vida sacramental de la Iglesia y trabajéis para despertar un amor cada vez más grande por el Misterio eucarístico en las diócesis. (...) ¡Aceptad la colaboración de todos, unid los esfuerzos y trabajad en comunión! (n.5).

*** Carta a los sacerdotes. Jueves Santo (2005)**

“El Año de la Eucaristía nos invita a fijarnos en los Santos que con mayor vigor han manifestado la devoción a la Eucaristía. Muchos sacerdotes beatificados y canonizados han dado un testimonio ejemplar, suscitando fervor en los fieles que participaban en sus misas. Muchos se han distinguido por la prolongada adoración eucarística. (...) Que en este año de gracia, sostenida por María, la Iglesia halle un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida”.

*** Catequesis eucarísticas pronunciadas por Juan Pablo II en las Audiencias Generales de los Miércoles (1989-2000)**

No tenemos espacio suficiente para exponer el contenido de cada una de estas catequesis. Nos limitamos a presentarlas, invitando a todos a leerlas y meditarlas. Nos harán mucho bien, ya que contienen los temas teológicos más importantes sobre la Eucaristía, como podrán ver por el título de cada una de ellas.

- * El Espíritu Santo y la Eucaristía (13-IX-1989)
- * La Eucaristía, en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental (8-IV-1992)
- * La Eucaristía en la vida espiritual del presbítero (9-VI-1993)
- * La Eucaristía suprema celebración terrena de la “gloria” (27-IX-2000).
- * La Eucaristía, memorial de las maravillas de Dios (4-X-2000).
- * La Eucaristía, sacrificio de alabanza (11-X-2000).
- * La Eucaristía, banquete de comunión con Dios (18-X-2000)

- * La Eucaristía abre al futuro de Dios (25-X-2000).
- * La Eucaristía, sacramento de unidad (8-XI-2000).
- * La Palabra, la Eucaristía y los cristianos desunidos” (15-XI-2000)

* Mensaje peculiar del Papa

* A los Obispos: “a vosotros, queridos hermanos en el episcopado, encomiendo este año seguro de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico” (n.5 y 30).

* A los Sacerdotes: “Vosotros, los sacerdotes, que cada día repetís las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que entre vuestras manos se realiza, dejaos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la santa Misa con alegría y el fervor de la primera vez y permaneciendo gustosos en oración ante el sagrario” (n. 23 y 30).

* A los diáconos: “Que sea un Año de gracia para vosotros, los diáconos, que estáis implicados de cerca en el ministerio de la Palabra y en el servicio del altar”(n.30) .

* A los otros ministros: “También vosotros, lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión, tened viva conciencia del don que recibís con las tareas que os encomiendan con vistas a una celebración adecuada de la Eucaristía (n. 30)..

* A los seminaristas: “Me dirijo especialmente a vosotros, los futuros sacerdotes: en la vida del seminario procurad experimentar cuán dulce es no sólo participar cada día en la santa Misa, sino también permanecer largo rato en diálogo con Jesús Eucaristía (n. 30).

* A los consagrados y consagradas: “Vosotros, los consagrados y consagradas, llamados por vuestra misma consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el sagrario os espera siempre junto a Él, para derramar en vuestros corazones esa íntima experiencia de su amistad que es la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida (n.30)..

* A los seglares: “También vosotros, **los** fieles seglares, redescubrid el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida diaria en el mundo, en el ejercicio de vuestras profesiones respectivas y en contacto con las más diversas situaciones. Redescubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza de la familia (n. 30).

* A los jóvenes: “Mucho es, por último, lo que espero de vosotros los jóvenes, al tiempo que os recuerdo la cita para la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia. El lema escogido -Hemos venido a adorarlo- se presta de especial manera a sugeriros la actitud correcta con la que vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo los velos eucarísticos todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar” (n.30).

* Otras enseñanzas de Juan Pablo II sobre la Eucaristía:

- Los pastores de la Iglesia han de promover una participación más asidua de los fieles en la Eucaristía dominical:

“Se debe incrementar una acción pastoral que promueva una participación más asidua de los fieles en la Eucaristía dominical, la cual ha de ser vivida no sólo como un precepto sino más bien como una exigencia inscrita profundamente en la vida de cada cristiano” (27).

“La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente” (28).

- La celebración de la Eucaristía es para el sacerdote “el momento más importante y sagrado de su jornada y el centro de su vida” (29).

- La adoración de Jesús Sacramentado: “Ojala que esta forma de adoración (...) continúe también en el futuro, a fin de que en todas las Parroquias y comunidades cristianas se instaure de modo habitual alguna forma de adoración a la Santísima Eucaristía” (30).

d) La Penitencia

Enseñanzas de Juan Pablo II sobre este sacramento

Juan Pablo II conoce los motivos por los que es necesario hacer una serena y lúcida reflexión sobre el sacramento de la reconciliación. ¿Cuáles son estos motivos? Los vemos a continuación.

“El anuncio del amor del Padre, como fundamento de la vida y de la acción del cristiano, en el contexto de la sociedad actual, donde con frecuencia se ofusca la visión ética de la existencia humana. Muchos han perdido la dimensión del bien y del mal porque han perdido el sentido de Dios, interpretando la culpa únicamente según perspectivas psicológicas o sociológicas”. Por ello, la acción pastoral “debe dar un nuevo impulso a un itinerario de crecimiento en la fe, que subraye el valor del espíritu y de la práctica penitencial en toda la vida cristiana” (Catequesis, 15-IX-1999)

“A través de los cambios que la disciplina y la celebración de este sacramento han experimentado a lo largo de los siglos, se descubre una misma estructura fundamental. Comprende dos elementos igualmente esenciales: por una parte, los actos del hombre que se convierte bajo la acción del Espíritu Santo, a saber: la contrición, la confesión de los pecados y la satisfacción; y por otra parte, la acción de Dios por ministerio de la Iglesia. Por medio del obispo y de sus presbíteros, la Iglesia en nombre de Jesucristo concede el perdón de los pecados, determina la modalidad de la satisfacción, ora también por el pecador y hace penitencia con él. Así el pecador es curado y restablecido en la comunión eclesial” (30a).

A los Sacerdotes les recuerda Juan Pablo II que el sacramento de la Penitencia es la vía ordinaria para alcanzar el perdón y la remisión de los pecados graves cometidos después del Bautismo y que deben celebrar este Sacramento del mejor modo posible, respetando las formas litúrgicamente previstas, para que conserve su plena fisonomía de celebración de la divina Misericordia. Tengamos siempre presente que la confesión es la caricia del perdón de Dios. (Carta a los Sacerdotes. Jueves Santo 2001).

*** Encíclica “Redemptor hominis” (4-III-1979)**

En esta Encíclica, Juan Pablo II hace referencia también al sacramento de la penitencia, poniendo de relieve unos aspectos que necesitaban en esos años ser aclarados y discernidos.

+ El aspecto comunitario de la penitencia

“En los últimos años, escribe el Santo Padre, se ha hecho mucho para poner en evidencia - en conformidad, por otra parte, con la antigua tradición de la Iglesia- el aspecto comunitario de la penitencia y, sobre todo, del sacramento de la Penitencia en la práctica de la Iglesia.

Estas iniciativas son útiles y servirán ciertamente para enriquecer la praxis penitencial de la Iglesia contemporánea (n.20)..

+ Hay que evitar que el hombre sea sustituido por los otros.

No podemos olvidar que la conversión es un acto interior de una especial profundidad, en el que el hombre no puede ser sustituido por los otros, no puede hacerse “reemplazar” por la comunidad.

Aunque la comunidad fraterna de los fieles, ayude mucho al acto de la conversión personal, sin embargo, en definitiva, es necesario que en este acto se pronuncie el individuo mismo, con toda la profundidad de su conciencia, con todo el sentido de su culpabilidad y de su confianza en Dios, poniéndose ante Él, como el salmista, para confesar: “contra ti solo he pecado” (Sal.50 (51), 6).

+ Doctrina de la Iglesia

“La Iglesia, pues, observando fielmente la praxis plurisecular del Sacramento de la Penitencia -la práctica de la confesión individual, unida al acto personal de dolor y al propósito de la enmienda y satisfacción- defiende el derecho particular del alma. Es el derecho a un encuentro del hombre más personal con Cristo crucificado que perdona, con Cristo que dice, por medio del ministro del sacramento de la reconciliación: “tus pecados te son perdonados” (Mc.2,5); “vete y no peques más” (Jn.8,11).

Como es evidente, éste es al mismo tiempo el derecho de Cristo mismo hacia cada hombre redimido por Él. Es el derecho a encontrarse con cada uno de nosotros en aquel momento-clave de la vida del alma, que es el momento de la conversión y del perdón.

+ El sacramento de la Penitencia y la Redención

La Iglesia, custodiando el sacramento de la Penitencia, afirma expresamente su fe en el misterio de la Redención, como realidad viva y vivificante, que corresponde a la verdad interior del hombre, corresponde a la culpabilidad humana y también a los deseos de la conciencia humana (...) El

sacramento de la Penitencia es el medio para saciar al hombre con la justicia que proviene del mismo Redentor.

+ Observar la Constitución Apostólica “Paenitemini” de Pablo VI.

Ante diversas interpretaciones del sacramento de la Penitencia, Juan Pablo II afirma: “Una de las tareas de la Iglesia es poner en práctica la enseñanza allí contenida. Se trata de un tema que deberá ciertamente ser profundizado por nosotros en la reflexión común y hecho objeto de muchas decisiones posteriores, con espíritu de colegialidad pastoral, respetando las diversas tradiciones a este propósito y las diversas circunstancias de la vida de los hombres de nuestro tiempo” (n.20).

*** Discurso a la Sagrada Penitenciaria Apostólica (30-I-1981)**

En este discurso el Santo Padre pone de relieve que “está vigente y lo estará siempre en la Iglesia la norma inculcada por San Pablo y por el mismo Concilio de Trento, en virtud de la cual, para la recepción digna de la Eucaristía debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal”.

La Iglesia recientemente (cf. AAS 64; 1972; pp.510-514), por graves razones pastorales y bajo normas precisas e indispensables, para facilitar el bien supremo de la gracia a muchas almas, ha ampliado el uso de la absolución colectiva. Pero quiero recordar la escrupulosa observancia de las condiciones citadas, reafirmar que, en caso de pecado mortal, también después de la absolución colectiva, persiste la obligación de una acusación específica sacramental del pecado, y confirmar que, en cualquier caso, los fieles tienen derecho a la propia confesión privada”.

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa celebrada en la catedral de Liverpool (Gran Bretaña), 30-Mayo-1982).**

El perdón de los pecados es un don totalmente gratuito e inmerecido, una renovación de vida que no conseguiremos ganarnos de otra forma. Dios nos lo ofrece en su misericordia (cf. ICort.5,18). No existe un pecado que no pueda ser perdonado si nos acercamos al trono de la misericordia con corazón humilde y contrito. Ningún mal es más poderoso que la infinita misericordia de Dios (m. 2).

Haciéndose hombre, Jesús penetró completamente en nuestra experiencia humana, hasta el punto de sufrir el último y más cruel efecto del poder del pecado, la muerte sobre la cruz. (...) Al morir, Cristo destruyó

nuestra muerte; resucitando, nos ha conducido a la vida; sus heridas nos han curado y nuestros pecados han sido perdonados (n.2).

Con la victoria de su cruz, Jesucristo había obtenido para nosotros el perdón de los pecados y la reconciliación con Dios. Y son éstos los dones que Cristo nos ofrece cuando envía el Espíritu Santo a la Iglesia, porque había dicho a los apóstoles: “Recibid el Espíritu Santo. A quien perdonareis los pecados, le serán perdonados” (Jn.20,23). Por medio del Espíritu Santo, la Iglesia continúa la obra de Cristo, la cual consiste en reconciliar al mundo con Él. (...).

Además, la Iglesia, por su naturaleza, es siempre reconciliadora porque transmite a los demás el don que ha recibido, el don de haber sido perdonada y hecha única con Dios. Ella cumple esta misión de diversas formas, pero especialmente por medio de los sacramentos y, de forma particular, por medio de la confesión. Con este sacramento consolador lleva a todo fiel personalmente ante Cristo, y por medio del ministerio de la Iglesia, Cristo mismo concede el perdón, fuerza y misericordia. Por medio de este sacramento eminentemente individual, Cristo continúa viniendo al encuentro de los hombres y de las mujeres de nuestra época. Restablece la unidad donde había discordia, lleva la luz a donde reinaba la oscuridad y da una esperanza y una alegría tales que el mundo jamás podrá dar. Por medio de este sacramento, la Iglesia proclama ante el mundo la infinita riqueza de la misericordia de Dios, la misericordia que ha derribado las barreras que nos separan a nosotros de Dios y de nuestro prójimo” (n.3).

*** Exhortación Apostólica: “Reconciliación y Penitencia” (2-XII-1984)**

- Contenidos de esta exhortación:

La Introducción: la situación en que se halla el mundo y de la nostalgia de la reconciliación, indica:

La primera parte: la conversión y la reconciliación son tarea de la Iglesia.

La segunda parte: el amor es más fuerte que el pecado

La tercera parte: la pastoral de la penitencia y de la reconciliación.

- Nuevas perspectivas abiertas por esta Exhortación

Una de las perspectivas nuevas de esta Exhortación es que afirma no sólo que la Iglesia es reconciliada y necesitada de reconciliación, sino también que una de sus tareas más importantes es la de continuar, promover y realizar

la reconciliación de Cristo con el mundo y entre los hombres. “No puede haber separación entre reconciliación real y reconciliación sacramental, entre la “dimensión vertical” de la reconciliación con Dios y la “dimensión horizontal” de la reconciliación entre los hombres (n.7).

- Algunas enseñanzas contenidas en esta Exhortación:

De esta Exhortación Apostólica postsinodal sobre el Sacramento de la Penitencia, recordemos algunos puntos doctrinales de esta Exhortación:

+ Las causas de la crisis de la Penitencia: “Insidían de hecho el Sacramento de la Confesión, por un lado el oscurecimiento de la conciencia moral y religiosa, la atenuación del sentido del pecado, la desfiguración del concepto de arrepentimiento, la escasa tensión hacia una vida auténticamente cristiana; por otro, la mentalidad, a veces difuminada, de que se puede obtener el perdón directamente de Dios incluso de modo ordinario, sin acercarse al Sacramento de la reconciliación, y la rutina de una práctica sacramental acaso sin fervor ni verdadera espiritualidad, originada quizás por una consideración equivocada y desorientada sobre los efectos del Sacramento” (n. 28c).

+ Penitencia está estrechamente unida a reconciliación, puesto que reconciliarse con Dios, consigo mismo y con los demás presupone superar la ruptura radical que es el pecado, lo cual se realiza solamente a través de la transformación interior o conversión, que fructifica en la vida mediante los actos de penitencia (n.4).

+ La reconciliación de los pecadores con Dios Padre continúa siendo una gracia y una oferta permanente en la Iglesia, que prolonga en la historia la presencia salvadora del Hijo de Dios hecho hombre y que ha sido constituida, por la acción invisible del Espíritu Santo, como un sacramento, signo e instrumento de reconciliación (cf. n.11). Este Sacramento es “un acercamiento a la santidad de Dios, un nuevo encuentro con la propia verdad interior, turbada y trastornada por el pecado, una liberación en lo más profundo de sí mismo y, con ello, una recuperación de la alegría perdida, la alegría de ser salvados, que la mayoría de los hombres de nuestro tiempo ha dejado de gustar”

+ Reconocer el propio pecado, reconocerse pecador, capaz de pecado e inclinado al pecado, es el principio indispensable para volver a Dios (n. 13).

+ Los ministros del sacramento de la Penitencia: La reconciliación obrada por Cristo continúa y se hace presente por la Iglesia entera, los apóstoles y sus sucesores, a los que se les ha encomendado el “ministerio de la

reconciliación” (ICort.5,18). Así lo enseña el Santo Padre: “En las manos y labios de los apóstoles, sus mensajeros, el Padre ha puesto misericordiosamente un ministerio de reconciliación que ellos llevan a cabo de manera singular, en virtud del poder de actuar “in persona Christi” (n.8).

+ El pecado. El Santo Padre aborda el tema del pecado del que dice que “el *mysterium iniquitatis*” no puede comprenderse sin referencia al misterio de la redención”, al “*mysterium paschale*” de Jesucristo” (Catequesis en la Audiencia General; 10-XII-1986).

Juan Pablo II recuerda las enseñanzas de la Iglesia sobre el pecado original: “Aparece claro que el pecado original en ningún descendiente de Adán tiene el carácter de culpa personal. El pecado original es la privación de la gracia santificante en una naturaleza que, por culpa de los progenitores, se ha desviado de su fin sobrenatural. Es un “pecado de la naturaleza”, referible sólo analógicamente al “pecado de la persona” (Catequesis en la Audiencia general de 1-X-1986). “El pecado original se transmite por generación natural. Esta convicción de la Iglesia se indica también en la práctica del bautismo de los recién nacidos, a la cual remite el decreto del concilio de Trento” (Audiencia General, 10-XII-1986).

El Santo Padre dedica ahora sus enseñanzas a hablar sobre el pecado personal. El pecado “es obra de la libertad del hombre; mas dentro de su propio peso humano obran otros factores por razón de los cuales el pecado se sitúa más allá de lo humano, en aquella zona límite donde la conciencia, la voluntad y la sensibilidad del hombre están en contacto con las oscuras fuerzas que, según San Pablo, obran el mundo hasta enseñorearse de él. (...) Exclusión de Dios, ruptura con Dios, desobediencia a Dios; a lo largo de la historia humana esto ha sido y es bajo formas diversas el pecado, que puede llegar hasta la negación de Dios y de su existencia; es el fenómeno llamado ateísmo” (n.14).

Más adelante, el Santo Padre afirma que “en cuanto ruptura con Dios, el pecado es el acto de desobediencia de una criatura que, al menos implícitamente, rechaza a aquél de quien salió y que lo mantiene en vida; es, por consiguiente, un acto suicida. Puesto que con el pecado el hombre se niega a someterse a Dios, también su equilibrio interior se rompe y se desatan dentro de sí contradicciones y conflictos. Desgarrado de esta forma el hombre provoca casi inevitablemente una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado” (n.15).

El Santo Padre continúa desentrañando la naturaleza del pecado recordando varias cosas que debemos mantener:

“El misterio del pecado se compone de esta doble herida, que el pecador abre en su propio costado y en relación con el prójimo. Por consiguiente se puede hablar de pecado personal y social. Todo pecado es personal bajo un aspecto; bajo otro aspecto es social, en cuanto y debido a que tiene también consecuencias sociales (n.15). “Si se puede y se debe hablar de pecado social e incluso de “pecado estructural”, es en sentido analógico, puesto que el pecado es propiamente un acto de la persona” (Alocución en la Clausura del Sínodo; (28-X-1983). En otro documento el Santo Padre escribe: “si la situación actual (de injusticia) hay que atribuirla a dificultades de diversa índole, se debe hablar de “estructuras de pecado”, las cuales -como ya he dicho en la Exhortación Apostólica “Reconciliatio et Paenitentia”- se fundan en el pecado personal y, por consiguiente, están unidas siempre a actos concretos de las personas, que las introducen, y hacen difícil su eliminación. Y así estas estructuras se refuerzan, se difunden y con fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres” (Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis”,30-XII-1987)

“La Iglesia, desde hace siglos, constantemente habla de pecado mortal y de pecado venial. Pero esta distinción y estos términos se esclarecen sobre todo en el Nuevo Testamento, donde se encuentran muchos textos que enumeran y reprueban con expresiones duras los pecados particularmente merecedores de condena” (n.17).

El Papa nos habla en continuidad perfecta con la Tradición que el cristiano puede vencer el pecado: “El cristiano ha recibido la garantía y las fuerzas necesarias para no pecar” (n.20).

No queremos dejar de consignar otra enseñanza del Papa: “el pecado mismo es sinónimo de la muerte espiritual, porque por el pecado el hombre ha perdido la gracia santificante, fuente de la vida sobrenatural” (Catequesis en la Audiencia General, (8-X-1986).

+ El ministro del sacramento. En la celebración penitencial, el ministro de la reconciliación, que actúa “in persona Christi et in nomine Ecclesiae”, debe hacer presente a Cristo de la siguiente manera: “Cristo, a quién él hace presente, y por su medio realiza el misterio de la remisión de los pecados, es el que aparece como hermano del hombre, pontífice misericordioso, fiel y compasivo, pastor decidido a buscar la oveja perdida, médico que cura y conforta, maestro único que enseña la verdad e indica los caminos de Dios, juez de vivos y de muertos, que juzga según la verdad y no según las apariencias” (n.29).

Para un cumplimiento eficaz de tal ministerio, el confesor debe tener necesariamente cualidades humanas de prudencia, discreción, discernimiento, firmeza moderada por la mansedumbre y la bondad...preparación seria y cuidada, no fragmentaria sino integral y armónica, en las diversas ramas de la teología, en la pedagogía y en la psicología, en la metodología del diálogo y, sobre todo, en el conocimiento vivo y comunicativo de la palabra de Dios. Pero todavía más necesario es que él viva una vida espiritual intensa y genuina” (n.29).

+ La Pastoral de este sacramento. El Santo Padre habla también de la pastoral de la reconciliación que no se reduce a la celebración del sacramento de la penitencia, ni compete únicamente a los pastores: “más en concreto, hablar de esta pastoral quiere decir evocar todas las actividades, mediante las cuales la Iglesia, a través de todos los niveles y cada uno de sus componentes -pastores y fieles, a todos los niveles y en todos los ambientes- y con todos los medios a su disposición -palabra y acción, enseñanza y oración- conduce a los hombres, individualmente o en grupo, a la verdadera penitencia y los introduce así en el camino de la plena reconciliación” (n.23).

+ Medios de reconciliación en la Iglesia. Entre los medios que emplea la Iglesia para realizar la obra tan importante y necesaria de la reconciliación, Juan Pablo II recuerda además de “la catequesis y los sacramentos”, el diálogo a todos los niveles (n.25): para la conversión personal, para el encuentro ecuménico, para la relación y comunión entre diversos grupos, para la superación de los conflictos de diverso tipo (n.25).

+ El Sacerdote también ha de confesar sus pecados: El Santo Padre se dirige a los sacerdotes para exhortarlos vivamente a que también ellos han de confesar sus pecados en el sacramento de la reconciliación:

“Nosotros sacerdotes que somos los ministros del sacramento de la penitencia, somos también -y debemos serlo- sus beneficiarios. La vida espiritual y pastoral del sacerdote, como la de sus hermanos laicos y religiosos, depende, para su calidad y fervor, de la asidua y consciente práctica personal del sacramento de la Penitencia (cf. PO 18).

La celebración de la Eucaristía y el ministerio de los otros Sacramentos, el celo pastoral, la relación con los fieles, la comunión con los hermanos, la colaboración con el obispo, la vida de oración, en una palabra toda la existencia sacerdotal sufre un inevitable decaimiento, si le falta, por negligencia o cualquier otro motivo, el recurso periódico e inspirado en una auténtica fe y devoción al sacramento de la penitencia. En un sacerdote que no se confesase o se confesase mal, su ser como sacerdote y su ministerio se

resentirían muy pronto, y se daría cuenta también la comunidad de la que es pastor” (n.31/VI).

“Añado también que el sacerdote -incluso para ser un ministro bueno y eficaz de la penitencia- necesita recurrir a la fuente de gracia y santidad presente en este Sacramento. (...) Podemos decir con toda razón que en la medida en la que recurrimos atentamente al Sacramento de la Penitencia y nos acercamos al mismo con frecuencia y buenas disposiciones, cumplimos mejor nuestro ministerio de confesores y aseguramos el beneficio del mismo a los penitentes. En cambio, este ministerio perdería mucho de su eficacia, su de algún modo dejáramos de ser buenos penitentes. Tal es la lógica interna de este gran Sacramento” (n.31/VI).

+ Al servicio de la reconciliación universal. La Iglesia y la tarea de la reconciliación: “También a toda la comunidad de los creyentes, a todo el conjunto de la Iglesia, le ha sido confiada la palabra de reconciliación, esto es, la tarea de hacer todo lo posible para dar testimonio de la reconciliación y llevarla a cabo en el mundo” (n.8). Además, el Papa enseña que “en conexión íntima con la misión de Cristo, se puede condensar la misión -rica y compleja- de la Iglesia en la tarea -central para ella- de la reconciliación del hombre con Dios, consigo mismo, con los hermanos, con todo lo creado; y esto de modo permanente, porque “la Iglesia es, por su misma naturaleza, siempre reconciliadora” (n.8; cf. EN 13).

Recordemos estas palabras interpelantes del Santo Padre: “consciente de la suma gravedad de la situación creada por las fuerzas de la división y la guerra, que constituye hoy una fuerte amenaza no sólo para el equilibrio y armonía de las naciones, sino para la misma supervivencia de la humanidad, la Iglesia siente la obligación de ofrecer y proponer su colaboración específica para la superación de los conflictos y el restablecimiento de la concordia” (n.25).

*** Alocución General (11-IV-1984).**

Juan Pablo II pone de relieve que “la Iglesia a lo largo de los siglos, interpretando la voluntad de Cristo, ha exhortado siempre a los fieles a acercarse con frecuencia al sacramento de la penitencia, incluso para que sean perdonados sólo los pecados veniales. (...) El uso frecuente y cuidadoso del sacramento de la Penitencia es también muy útil en relación con los pecados veniales”.

*** Alocución dominical, cuarto domingo de Cuaresma de 1986**

Juan Pablo II pone de relieve que “el sacramento de la Penitencia fue instituido por Cristo dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn.20,22-23). Dio este poder a los Apóstoles en el Cenáculo, después de la resurrección, con referencia a su muerte de cruz. El sacramento de la Penitencia contiene en sí la fuerza salvífica de la cruz de Cristo y de la resurrección”.

*** Homilía en la Parroquia de San Benito. Roma. 14-II-1988.**

Las principales condiciones del sacramento de la Penitencia son: el examen de conciencia, el dolor de los pecados con un firme propósito de cambiar de vida, la confesión y la satisfacción”.

*** Discurso a los penitenciarios de Roma (28-III-1993)**

Juan Pablo II dirige su palabra a los Penitenciarios de Roma y les dice:

“El sacerdote confesor jamás debe manifestar asombro, cualquiera que sea la gravedad, o la extrañeza, por decirlo de alguna manera, de los pecados acusados por el penitente. Jamás debe pronunciar palabras que den la impresión de ser una condena de la persona, y no del pecado....Jamás debe indagar acerca de aspectos de la vida del penitente, cuyo conocimiento no sea necesario para la evaluación de sus actos...Jamás debe mostrarse impaciente o celoso de su tiempo, mortificando al penitente con la invitación de darse prisa (con excepción, claro está, de la hipótesis en que la acusación de haga con una palabrería inútil). Por lo que se refiere a la actuación externa, el confesor debe mostrar un rostro sereno, evitando gestos que puedan significar asombro, reproche o ironía. De la misma manera, quiero recordar que no se debe imponer al penitente el propio gusto, sino que es preciso respetar la sensibilidad en lo concerniente a la modalidad de la confesión, es decir, cara a cara o a través de la rejilla del confesionario”.

*** Homilía en la Misa con ordenaciones sacerdotales. Sevilla, 1993.**

El Santo Padre se dirige a los que van a ser ordenados de Presbíteros con estas palabras:

“En vuestras manos sacerdotales, amados hermanos, Cristo va a depositar el inmenso tesoro de la redención, de la remisión de los pecados. Quiero exhortaros a que en el ministerio que hoy vais a comenzar no descuidéis el sacramento de la reconciliación, en el cual todos los cristianos reciben el perdón de sus pecados. Impulsad una acción pastoral que arrastre a

los fieles hacia la conversión personal, para lo cual habréis de dedicar al ministerio del perdón todo el tiempo que sea necesario, con generosidad, con paciencia de auténticos “pescadores de hombres” (n.4).

*** Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente” (10-XI-1994).**

En el tercero y último año de la preparación al Gran Jubileo de la Encarnación y del Nacimiento del Señor, el Santo Padre nos dice

“En este tercer año el sentido del “camino hacia el Padre” deberá llevar a todos a emprender, en la adhesión a Cristo Redentor del hombre, un camino de auténtica conversión, que comprende tanto un aspecto “negativo” de liberación del pecado, como un aspecto “positivo” de elección del bien, manifestado por los valores éticos contenidos en la ley natural, confirmada y profundizada por el Evangelio. Es éste el contexto adecuado para el redescubrimiento y la intensa celebración del sacramento de la Penitencia en su significado más profundo” (n. 49).

Por nuestra parte nos parece que es necesario decir a todos las palabras de pablo: “En el nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (II Cort.5,20).

*** Catequesis (15-IX-1999)**

Toda la comunidad cristiana debe participar en la renovación pastoral del sacramento de la reconciliación.

En la tarea de la renovación pastoral del sacramento de la Penitencia, la comunidad eclesial no debe estar ausente ni mostrarse indiferente, sino que debe participar en ella ya que es exigida por “la eclesialidad” propia del sacramento. Podemos afirmar que la comunidad eclesial es el seno que acoge al pecador arrepentido y perdonado y, antes aún, crea el ambiente adecuado para un camino de vuelta al Padre. En una comunidad reconciliada y reconciliadora los pecadores pueden volver a encontrar la senda perdida y la ayuda de los hermanos. (...) A través de la comunidad cristiana se puede trazar nuevamente un sólido camino de caridad que, mediante las buenas obras, haga visible el perdón recuperado, el mal reparado y la esperanza de poder encontrar de nuevo los brazos misericordiosos del Padre”.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Conferencia episcopal de Portugal (30-XI-1999).**

En este discurso el Santo Padre recuerda a los obispos que “en la escuela de la fe aprendemos que, “para un cristiano, el sacramento de la Penitencia es el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del bautismo. (...) Sería, pues, insensato, además de presuntuoso, querer prescindir arbitrariamente de los instrumentos de gracia y de salvación que el Señor ha dispuesto y, en su caso específico, pretender recibir el perdón prescindiendo del sacramento instituido por Cristo precisamente para el perdón” (“Reconciliación y Penitencia”, 31) (...) Por eso, amados hermanos, no dejéis de recordar a vuestros sacerdotes la disciplina eclesial a este respecto, ayudándoles a llegar a su efectivo cumplimiento (cf. CIC, cn.986) (n. 4).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Cardenal William W.Braum (1-IV-2000).**

Nuestro Señor Jesucristo nos redimió mediante el misterio pascual, cuyo centro es, por decirlo así, el momento del sacrificio cruento. El sacerdote, como ministro del perdón en el sacramento de la penitencia, actúa “in persona Christi”: ¿cómo podría dejar de sentirse comprometido a participar con toda su vida en la actitud sacrificial de Cristo?

Esta perspectiva, sin olvidar el valor de los sacramentos “ex opere operato” -por tanto, independientemente de la santidad o dignidad del ministro-, abre ante él una inmensa riqueza ascética, ofreciéndole los motivos supremos por los cuales, precisamente por el ejercicio y en el ejercicio de sus funciones sacramentales, debe ser santo y encontrar estímulos y ocasiones de ulterior santificación en el ejercicio mismo del ministerio.

Al ser obra divina, el perdón de los pecados debe realizarse con disposiciones espirituales tan elevadas que se pueda afirmar que ese sublime ministerio, en la medida en que lo permita la debilidad humana, se lleva a cabo “digne Deo”. Esto, sin duda, incrementará la confianza de los fieles (n.2).

Si el misterio pascual es realidad de muerte -aspecto sacrificial-, es porque Dios lo dispuso así sólo con vistas a la vida de la resurrección. También el sacramento de la penitencia -asimilación a Jesús muerto y resucitado-, encierra en sí la restitución de la vida sobrenatural de la gracia o el aumento de ella cuando se trata sólo de pecados veniales” (n.3).

El ministro del sacramento de la penitencia es maestro, es testigo y, con el Padre, es padre de la vida divina restituida y destinada a la plenitud. Su

magisterio es el de la Iglesia, porque él, actuando “in persona Christi, no se anuncia a sí mismo, sino a Jesucristo (n.4).(...).

En la reconciliación sacramental el perdón de Dios es fuente de renacimiento espiritual y principio eficaz de santificación, hasta la cima de la perfección cristiana. El sacramento de la reconciliación no sólo confiere objetivamente el perdón de Dios al pecador arrepentido que lo recibe con las debidas condiciones, sino que también le concede, por el amor misericordioso del Padre, gracias especiales, que le ayudan a superar las tentaciones, a evitar recaídas en los pecados de los que se ha arrepentido, y a hacer, en cierta medida, una experiencia personal de ese perdón” (n.5).

El amor misericordioso de Dios, que invita a volver y está dispuesto a perdonar, no tiene límites ni de tiempo ni de lugar. Mediante el ministerio de la Iglesia, siempre está a disposición. (...)

La caridad de Dios, aunque no esté limitada en el tiempo y en el espacio, resplandece de modo muy especial en el Año Jubilar: al don fundamental de la restitución de la gracia, de modo ordinario mediante el sacramento de la penitencia, y al consiguiente perdón de la pena del infierno, el Señor, rico en misericordia, une también mediante el ministerio de la Iglesia, la remisión de la pena temporal con el don de las indulgencias, obviamente si se consiguen con las debidas disposiciones de santidad o, por lo menos, de tendencia a la santidad” (n.6) (30b).

*** Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte” (6-I-2001)**

Juan Pablo II invita a recuperar la práctica frecuente de este sacramento del amor y de la misericordia entrañable de Jesucristo. Es necesario ir superando la crisis del sentido del pecado que se da en la cultura contemporánea y que ha llegado hasta el corazón de no pocos cristianos.

Recordemos y meditemos estos textos de Juan Pablo II:

Juan Pablo II invita a los sacerdotes a facilitar el acceso de los cristianos al sacramento de la Penitencia:

“¡No debemos rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante las crisis contemporáneas! Los dones del Señor -y los Sacramentos son de los más preciosos- vienen de Aquel que conoce bien el corazón del hombre y es el Señor de la historia” (n 37).

“Deseo pedir una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la reconciliación” (n. 37).

+ Recibamos con frecuencia este sacramento:

- “El sacramento de la penitencia es para un cristiano, el camino ordinario para obtener el perdón y la remisión de sus pecados graves cometidos después del Bautismo”

- “El gozo de un jubileo es siempre, de un modo particular, el gozo por la remisión de las culpas, la alegría de la conversión. Parece, por ello, oportuno poner nuevamente en primer plano el tema del Sínodo de los obispos de 1983, es decir, la penitencia y la reconciliación” (n.32b).

“Queridísimos, tened la valentía de alcanzar la gracia de Dios por medio de la Confesión sacramental. ¡Esto os hará libres! Que el Espíritu Santo os conceda la gracia de un sincero arrepentimiento, de un firme propósito de la enmienda y de una sincera confesión de las culpas”.

+ Adentrémonos en el misterio de la “Piedad” de Dios.

El Papa nos llama a descubrir a Cristo como “mysterium pietatis”, en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo mismo” (n.37). Podemos decir que “ante el “mysterium iniquitatis”, el pecado, el Santo Padre ofrece el “mysterium pietatis”, la misericordia y el perdón de Dios, que nos acoge en la inmensidad de nuestros pecados, nos perdona, y nos hace pasar al banquete de los hijos en torno a la mesa del compartir presidida por el Señor y a cuya cabecera están los pobres.

*** Jornada Mundial de la paz, año 2002**

El Santo Padre nos recuerda que “el perdón antes de ser un hecho social, nace en el corazón de cada uno (...) El perdón es ante todo una decisión personal, una opción del corazón que va contra el instinto espontáneo de devolver mal por mal. Dicha opción tiene su punto de referencia en el amor de Dios, que nos acoge a pesar de nuestros pecados y, como modelo supremo, el perdón de Cristo, el cual invocó desde la cruz: “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!” (Lc.23,34).

El perdón del hombre “podría parecer una debilidad; en realidad, tanto para concederlo como para aceptarlo, hace falta una gran fuerza espiritual y una valentía moral a toda prueba. Lejos de ser menoscabo para la persona, el

perdón la lleva hacia una humanidad más plena y más rica, capaz de reflejar en sí misma un rayo del esplendor del Creador” (31).

*** Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo (17-III-2002).**

En esta Carta el Santo Padre aborda el tema del sacramento de la penitencia. De esta Carta ya hemos ofrecido un resumen en el apartado “A los Obispos, Presbíteros...”.

Hacemos mención aquí de esta Carta por tratar el tema del sacramento de la Penitencia.

- El encuentro personal entre el confesor y el penitente

Este encuentro personal entre el confesor y el penitente es la forma ordinaria de la reconciliación sacramental, mientras que la modalidad de la absolución colectiva tiene un carácter excepcional. Como es sabido, la praxis de la Iglesia ha llegado gradualmente a la celebración privada de la Penitencia, después de siglos en que predominio la fórmula de la penitencia pública. Este desarrollo no sólo no ha cambiado la sustancia del Sacramento - y no podía ser de otro modo- sino que ha profundizado en su expresión y en su eficacia. Todo ello no se ha verificado sin la asistencia del Espíritu Santo (...).

- La forma ordinaria de la reconciliación

En efecto, la forma ordinaria de la reconciliación no sólo expresa bien la verdad de la misericordia divina y el consiguiente perdón, sino que ilumina la verdad misma del hombre en uno de sus aspectos fundamentales: la originalidad de cada persona que, aun viviendo en un ambiente relacional y comunitario, jamás se deja reducir a la condición de una masa informe. Esto explica el eco profundo que suscita en el ánimo el sentirse llamar por el nombre. Saberse conocidos y acogidos como somos, con nuestras características más personales, nos hace sentirnos realmente vivos. (...) por lo general, las personas esperan que se las reconozca y se las siga, y precisamente a través de esta cercanía sientan más fuerte el amor de Dios.

En esta perspectiva, el sacramento de la Reconciliación se presenta como uno de los itinerarios privilegiados de esta pedagogía de la persona. En él, el Buen Pastor, mediante el rostro y la voz del sacerdote, se hace cercano a cada uno, para entablar con él un diálogo personal hecho de escucha, de consejo, de consuelo y de perdón. El amor de Dios es tal que, sin descuidar a los otros, sabe concentrarse en cada uno. Quien recibe la absolución sacramental ha de poder sentir el calor de esta solicitud personal (n.9).

- La adecuada preparación del confesor

De aquí se deriva también la necesidad de una adecuada preparación del confesor a la celebración de este Sacramento. Este debe desarrollarse de tal modo que haga brillar, incluso en las formas externas de la celebración, su dignidad de acto litúrgico, según las normas indicadas por el Ritual de la Penitencia. (...) Actuemos también con valentía en proponer la confesión a los jóvenes. Estemos en medio de ellos haciéndonos sus amigos y padres, confidentes y confesores. Necesitan encontrar en nosotros las dos figuras, las dos dimensiones. Sintamos la exigencia rigurosa de estar realmente al día en nuestra formación teológica, sobre todo teniendo en cuenta los nuevos desafíos éticos y siendo siempre fieles al discernimiento del magisterio de la Iglesia. (...)

En realidad quienes ejercen en nombre de Dios y de la iglesia este delicado ministerio tienen el preciso deber de no cultivar, y menos aún manifestar en el momento de la confesión, valoraciones personales no conformes con lo que la Iglesia enseña y proclama. No se puede confundir con el amor el faltar a la verdad por un malentendido sentido de comprensión. No tenemos la facultad de expresar criterios reductivos a nuestro arbitrio, incluso con la mejor intención. Nuestro cometido es el de ser testigos de Dios, haciéndonos intérpretes de una misericordia que salva y se manifiesta también como juicio sobre el pecado de los hombres (cf. Mt.7,21) (31a).

*** Carta Apostólica en forma de “Motu Proprio” “Misericordia Dei”, sobre algunos aspectos de la celebración del sacramento de la Penitencia (7 de abril de 2002).**

¿Qué pretende el Santo Padre con esta Carta apostólica? “En las circunstancias pastorales actuales, atendiendo a las expresas preocupaciones de numerosos hermanos en el Episcopado, considero conveniente volver a recordar algunas leyes canónicas vigentes sobre la celebración de este sacramento, precisando algún aspecto del mismo, para favorecer -en espíritu de comunión con la responsabilidad propia de todo el Episcopado- su mejor administración. Se trata de hacer efectiva y de tutelar una celebración cada vez más fiel, y por tanto fructífera, del don confiado a la Iglesia por el Señor Jesús después de la resurrección (cf. Jn.20,19-23).

Todo esto resulta especialmente necesario, dado que en algunas regiones se observa la tendencia al abandono de la confesión personal, junto con el recurso abusivo a la “absolución general” o “colectiva”, de tal modo que ésta no aparece como medio extraordinario en situaciones completamente

excepcionales. Basándose en una ampliación arbitraria del requisito de la “grave necesidad” (cf. CIC, cn. 961,1,2º), se pierde de vista en la práctica la fidelidad a la configuración divina del Sacramento y, concretamente, la necesidad de la confesión individual, con daños graves para la vida espiritual de los fieles y la santidad de la Iglesia”.

A continuación, Juan Pablo II establece los puntos que esenciales de la doctrina católica de la Iglesia sobre el sacramento de la Penitencia, que hoy necesitan ser reafirmados y aplicados por todos:

- El ministerio de la reconciliación, concedida mediante los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia, es parte esencial del ministerio sacerdotal y del mandato que la Iglesia recibió de Jesucristo. La redención comienza siendo perdón y penitencia.

- La confesión individual e íntegra de los pecados graves es parte constitutiva del sacramento por institución divina. Nadie puede dispensarla. Los Pastores sólo podemos intervenir dando criterios para poder juzgar con objetividad cuando esta confesión necesaria de los pecados graves es verdaderamente imposible.

- El uso de la absolución general sólo puede ser autorizado como algo del todo extraordinario y excepcional. Nunca se puede recurrir a la absolución general o colectiva como una manera de sustituir, y menos de eliminar, la confesión personal de los pecados.

- Los sacerdotes tenemos la obligación grave de facilitar a los fieles la celebración personal del sacramento de la penitencia, evitando cualquier uso que restrinja la confesión de los pecados a una acusación genérica.

- En este contexto, la absolución general, dada a varios penitentes, sin confesión de los pecados, resulta legítima sólo en casos excepcionales, como pueden ser el peligro de muerte, la falta de confesores durante largo tiempo. Sólo el Ordinario, según las normas de cada Conferencia Episcopal, puede juzgar acerca de la legitimidad de esta “grave necesidad”. La validez del sacramento requiere siempre la voluntad de confesar los pecados graves “cuando sea posible”. Los demás son abusos y engaños.

- Las disposiciones personales de los penitentes
- El lugar y la sede para la celebración del Sacramento

*** Carta Encíclica: “Ecclesia de Eucaristía” (17 de abril de 2003)**

En esta Encíclica el Santo Padre aborda, entre otros temas sacramentales, la relación existente entre la Eucaristía y la Penitencia.

- “Deseo reiterar que está vigente y lo estará siempre en la Iglesia, la norma con la cual el Concilio de Trento ha concretado la severa exhortación del apóstol Pablo, al afirmar que, para recibir dignamente la Eucaristía, “debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal” (n.36).

- “Así pues, si el cristiano tiene conciencia de un pecado grave está obligado a seguir el itinerario penitencial, mediante el sacramento de la reconciliación para acercarse a la plena participación en el Sacrificio Eucarístico” (n.37).

- “El juicio sobre el estado de gracia, obviamente, corresponde solamente al interesado, tratándose de una valoración de conciencia. No obstante, en los casos de un comportamiento externo grave, abierta y establemente contrario a la norma moral, la Iglesia, en su cuidado pastoral por el buen orden comunitario y por respeto al Sacramento, no puede mostrarse indiferente. A esta situación de manifiesta indisposición moral se refiere la norma del Código de Derecho Canónico que no permite la admisión a la comunión eucarística a los que “obstinadamente persisten en un manifiesto pecado grave” (cn.915) (n. 37) (32).

- El Santo Padre hace una llamada para que no perdamos de vista que “la Eucaristía, siendo la suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia, exige que se celebre en un contexto de integridad de los vínculos, incluso externos, de comunión” (n.38).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Curso sobre el Fuero Interno, organizado por la Penitenciaria Apostólica (27-III-2004).**

“Por su naturaleza, este sacramento implica una purificación tanto en los actos del penitente, que pone al desnudo su conciencia por la profunda exigencia de ser perdonado y regenerado, como en la efusión de la gracia sacramental, que purifica y renueva. Jamás podremos ser tan santos que no necesitemos de esta purificación sacramental. La humilde confesión, realizada con amor, suscita una pureza cada más delicada en el servicio a Dios y en las motivaciones en los que éste se apoya.

“Es la Penitencia sacramento de iluminación. La Palabra de Dios; la gracia sacramental; las exhortaciones plenas de Espíritu Santo del confesor, auténtico “guía espiritual”; la humilde reflexión del penitente, alumbran la conciencia de éste, le hacen ver el mal cometido y lo disponen para comprometerse de nuevo con el bien.

“Quien se confiesa con frecuencia y lo hace con el deseo de progresar, sabe que en el sacramento recibe, con el perdón de Dios y la gracia del Espíritu, una luz preciosa para su camino de perfección.

e) El Matrimonio

Doctrina del Concilio Vaticano II:

Recordemos algunas enseñanzas básicas del Concilio Vaticano II sobre el matrimonio y la familia:

- “Fundada por el Creador y en posesión de sus propias leyes, la íntima comunidad conyugal de vida y de amor está establecida sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable.

- “Por su índole natural, la misma institución del matrimonio y el amor conyugal están ordenados a la procreación y a la educación de la prole, con las que se ciñen como con su corona propia. Así que el marido y la mujer, que por el pacto conyugal ya no son dos, sino una sola carne (Mt.19,6), se ayudan y se sostienen mutuamente. (...) Esta íntima unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad”.

- “El Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio. Además permanece con ellos, para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como Él mismo ha amado a la Iglesia y se entregó por ella” (33).

Enseñanzas de Juan Pablo II

*** Homilía en la Misa celebrada en el National Mall de Washington (USA) (Octubre de 1979).**

“La indisolubilidad del matrimonio -hoy entregado al egoísmo- rompe la estabilidad de la familia y el derecho de los niños a tener hermanos que podrían ayudarles a desarrollar su humanidad y realizar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad”.

*** Homilía a las familias en la Misa celebrada en Colonia (Alemania, 15-XI-1980).**

Juan Pablo II llega a Alemania, la tierra de Lutero. En la ciudad de Colonia preside la Eucaristía. Dedicó la homilía al tema de la familia. Nos ha parecido bien insertar aquí sus enseñanzas más importantes y significativas:

“Matrimonio y familia están profundísimamente unidos con la dignidad personal del hombre. No derivan sólo del instinto y de la pasión, ni siquiera del sentimiento, sino ante todo de una decisión de la libre voluntad de un amor personal. Por el que los cónyuges llegan a ser no sólo una misma carne, sino también un único corazón y una sola alma.”

“La indisolubilidad de la fidelidad conyugal que hoy a muchos no les parece ya comprensible, es una expresión de la dignidad incondicional del hombre. No se puede vivir sólo de prueba, amar sólo de prueba, aceptar a un hombre o a una mujer sólo de prueba, por una temporada”.

“El amor matrimonial está orientado por su esencia a la fecundidad también (...) La unión corporal y sexual es algo grande y hermoso. Pero solamente es digna del hombre si es integrada en una vinculación personal, reconocida por la sociedad civil y eclesial”. Ya en el año anterior, Juan Pablo II dijo a los Obispos de Estados Unidos: “La unión sexual es un bien humano y moral solamente en el ámbito del matrimonio; fuera del matrimonio es inmoral” (5-X-1979).

“Como esposos estáis llamados a una paternidad responsable. (...) El asesinato de la vida no nacida no es un medio legítimo de planificar la familia”.

Así el matrimonio está orientado a la permanencia, al porvenir. Mira más allá de sus confines. El matrimonio es el único idóneo para la generación y educación de los niños. De aquí que el amor matrimonial está orientado especialmente también a la fecundidad. En esta labor de transmitir la vida, los cónyuges son colaboradores con el amor de Dios Creador. Sé que también aquí, en la sociedad de hoy, las dificultades son grandes. (...) Invoco, primeramente, a vuestra conciencia y a vuestra responsabilidad personal (...) En vuestra conciencia debéis, en presencia de Dios, tomar la decisión acerca del número de vuestros hijos.

El matrimonio, desde el punto de vista de nuestra fe, es un sacramento de Jesucristo. El amor y la fidelidad conyugal se comprenden y transmiten por el amor y por la fidelidad de Dios en Jesucristo. La fuerza de su cruz y de su resurrección conduce y santifica a los cónyuges cristianos”.

*** Homilía en Cebú (Filipinas); 19-II-1981)**

El Santo Padre recuerda la enseñanza tradicional de la Iglesia Católica sobre el matrimonio y la familia:

- “La Iglesia católica ha enseñado de modo consistente (...) que el matrimonio fue establecido por Dios; que el matrimonio es una alianza de amor entre un hombre y una mujer; que el lazo que une a marido y mujer es indisoluble por voluntad divina; que el matrimonio entre cristianos es un sacramento que simboliza la unión de Cristo y su Iglesia; y que el matrimonio ha de estar abierto a la transmisión de la vida humana. (...)”

- La unión matrimonial que hace de los dos uno no puede ser rota por ninguna autoridad humana; se halla permanentemente al servicio de los hijos y de los mismos esposos. (...)”

- La Iglesia nunca podrá diluir o cambiar su enseñanza sobre el matrimonio y la familia”.

*** Exhortación Apostólica “Familiaris consortio”; 22-XI-1981.**

En esta Exhortación el Santo Padre habla también del matrimonio. Destacamos estas enseñanzas:

- “Queridos por Dios con la misma creación, matrimonio y familia están internamente ordenados a realizarse en Cristo y tienen necesidad de su gracia para ser curados de las heridas del pecado y ser devueltos “a su principio”, es decir, al conocimiento pleno y a la realización integral del designio de Dios” (n.3)

- La sacramentalidad del matrimonio entre los bautizados: “La Iglesia, acogiendo y meditando fielmente la Palabra de Dios, ha enseñado solemnemente y enseña que el matrimonio de los bautizados es uno de los siete sacramentos de la Nueva Alianza”. (...) En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia”.

- La fidelidad conyugal: “El hombre y la mujer se comprometen totalmente entre sí hasta la muerte. La donación física total sería un engaño sino fuese signo y fruto de una donación en la que está presente toda la persona, incluso en su dimensión temporal; si la persona se reservase algo o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro, ya no se donaría totalmente” (n.11).

Años más tarde, el Santo Padre afirmará: “no se puede amar sólo como prueba, no se puede aceptar a una persona sólo a título de experimento y por un tiempo” (Discurso en Piacenza (Italia); 5-VI-1988).

- “No se debe olvidar que, incluso cuando la procreación no es posible, no por esto pierde su valor la vida conyugal” (n.14).

*** Catequesis sobre el Matrimonio “Vivir el matrimonio-sacramento según el Espíritu”; (Catequesis en la Audiencia General del 1 de diciembre de 1982).**

El Santo Padre reflexiona de nuevo sobre el sacramento del Matrimonio y nos ofrece unas enseñanzas teológicas muy importantes sobre él, que les invito a profundizar:

- “El matrimonio –como sacramento que nace del misterio de la redención y que renace, en cierto sentido, del amor nupcial de Cristo y de la Iglesia- es una expresión eficaz de la potencia salvífica de Dios, que realiza su designio eterno incluso después del pecado y a pesar de la triple concupiscencia, oculta en el corazón de cada hombre, varón y mujer. Como expresión sacramental de esa potencia salvífica, el matrimonio es también una exhortación a dominar la concupiscencia (tal como de ella habla Cristo en el sermón de la montaña). Fruto de este dominio es la unidad e indisolubilidad del matrimonio, y además el profundo sentido de la dignidad de la mujer en el corazón del hombre (como también de la dignidad del hombre en el corazón de la mujer), tanto en la convivencia conyugal, como en cualquier otro ámbito de las relaciones recíprocas (n.1).

- La verdad, según la cual, el matrimonio, como sacramento de la redención, es concedido “al hombre de la concupiscencia, como gracia y a la vez como ethos, encuentra su particular expresión en la enseñanza de San Pablo, especialmente en el capítulo séptimo de la primera Carta a los Corintios. El Apóstol, comparando el matrimonio con la virginidad (o sea, con la “continencia por el reino de los cielos”) y declarándose por “la superioridad” de la virginidad constata igualmente que “cada uno tiene de Dios su propio don: éste, uno; aquel, otro” (ICort.7,7). En virtud del misterio de la redención, corresponde, pues, al matrimonio un “don” particular, o sea, la gracia. (...) (n.2).

- Los que, como esposos, según el eterno designio divino se unen de manera que, en cierto sentido, se hacen “una sola carne”, están llamados también, a su vez, mediante el sacramento, a una vida “según el Espíritu”, capaz de corresponder al “don” recibido en el sacramento. En virtud de ese “don”, llevando como esposos una vida “según el Espíritu”, son capaces de volver a descubrir la gratificación particular de la que han sido hechos partícipes. (...) La vida según el Espíritu, o sea, la gracia del sacramento del matrimonio, permite al hombre y a la mujer volver a encontrar la verdadera

libertad del don, unida a la conciencia del sentido nupcial del cuerpo en su masculinidad y feminidad (n.5).

- La vida “según el Espíritu se manifiesta también en la unión recíproca, por medio de la cual los esposos, al convertirse en “una sola carne”, someten su feminidad y masculinidad a la bendición de la procreación (cf. Gn.4,1). La “vida según el Espíritu” se manifiesta también en la conciencia de la gratificación, a la que corresponde la dignidad de los mismos esposos en calidad de padres, esto es, se manifiesta en la conciencia profunda de la santidad de la vida, a la que los dos han dado origen, participando -como padres-, en las fuerzas del misterio de la creación (...) (n.6)..

- Cristo afirma que el matrimonio -sacramento del origen del hombre en el mundo visible temporal- no pertenece a la realidad escatológica del “mundo futuro”. Sin embargo, el hombre, llamado a participar de este futuro escatológico mediante la resurrección del cuerpo, es el mismo hombre, varón y mujer, cuyo origen en el mundo visible temporal está unido al matrimonio como sacramento primordial del misterio mismo de la creación (...) Las palabras de Cristo, que excluyen el matrimonio de la realidad del “mundo futuro”, al mismo tiempo desvelan indirectamente el significado de este sacramento para la participación de los hombres, hijos e hijas, en la resurrección futura” (n.9).

*** Discurso a los Obispos de USA, en Visita ad Limina; 24-IX-1983.**

En este discurso el Papa recuerda las notas del matrimonio cristiano: “por expresar el matrimonio cristiano la relación de Cristo y la Iglesia, posee las notas de unión, permanencia o indisolubilidad, fidelidad y fecundidad”.

*** Homilía en Nairobi (Kenia); 17-VIII-1985).**

En tierras de Kenia (África), el Santo Padre recuerda y reafirma la verdad inmutable de la indisolubilidad del matrimonio: “La Iglesia continúa enseñando en todas las épocas la verdad inmutable de que el matrimonio es indisoluble”.

*** Discurso a los jóvenes en Liechtenstein (8-IX-1985).**

El Santo Padre se dirige a los jóvenes para hablarles del matrimonio de los cristianos en los siguientes términos: “El amor entre el hombre y la mujer es un don de Dios grande y hermoso.. Por esto habéis de tener por vuestra parte, una actitud responsable a este respecto. Para vosotros cristianos no se trata de un asunto privado. Según el testimonio de la Biblia, el amor conyugal

es una representación del amor de Dios hacia los hombres (cf. Os.2, 18-25), una imagen del amor de Cristo a la Iglesia (cf. Ef.5, 21-23). Dios es fiel y el amor de Cristo es irrevocable (cf. Heb.9,11). Por esto, el cristiano sólo puede realizar el amor conyugal con el vínculo del matrimonio, es decir, después de la promesa dada al propio cónyuge ante Dios y la Iglesia. También la experiencia enseña que las relaciones sexuales prematrimoniales, más que facilitar la elección del justo compañero de la propia vida, lo hacen más difícil”.

*** Mensaje a los Jóvenes en el Monte del Gozo (Santiago de Compostela); 19-agosto de 1989.**

“¡Jóvenes que me escucháis! La llamada de Cristo no se dirige solamente a religiosas, religiosos y sacerdotes. Él llama a todos; llama también a quien, empujado por el amor, se dirige hacia la meta del matrimonio. Es Dios, en efecto, el que ha creado al ser humano hombre y mujer, introduciendo así en la historia esa singular “duplicidad”, gracias a la cual el hombre y la mujer, aun en la sustancial paridad de derechos, se caracterizan por esa maravillosa complementariedad de sus atributos que refuerza su recíproca atracción.

En el amor, que brota del encuentro de la masculinidad con la feminidad, se encarna la llamada de Dios mismo, que ha creado al hombre “a su imagen y semejanza” precisamente como “hombre y mujer”. Cristo ha hecho suya esta llamada enriqueciéndola con nuevos aspectos en la Alianza definitiva sellada en la cruz.

Pues bien, queridos míos, Él pide que el amor de todo bautizado pueda manifestar su amor por la Iglesia por la que se ha sacrificado a sí mismo, para “presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (Ef.5,27) (...).

¡Jóvenes que me escucháis! Cristo desea enseñaros la riqueza maravillosa del amor esponsal. Dejad que Él hable a vuestro corazón. No huyáis de Él. Tiene algo importante que deciros para el futuro de vuestro amor. Sobre todo, con la gracia del sacramento, tiene algo decisivo que daros para que vuestro amor tenga en sí mismo la fuerza necesaria para superar las pruebas de la existencia” (...)

En la historia de la Salvación, el matrimonio cristiano es un misterio de fe. La familia es un misterio de amor, al colaborar directamente en la obra creadora de Dios.(...) Seguir fielmente a Cristo quiere decir poner en práctica el mensaje evangélico, que implica también la castidad, la defensa de la vida,

así como la indisolubilidad del vínculo matrimonial, que no es un mero contrato que se pueda romper arbitrariamente.

*** Juan Pablo II y su Carta a las Familias (1994; Año de la familia).**

En esta Carta el Santo Padre trata, como no podía ser menos, el sacramento del Matrimonio. Vamos a recoger las enseñanzas más importantes de Juan Pablo sobre este sacramento.

- La alianza conyugal (n.7)

La familia arranca de la comunión conyugal que el Concilio Vaticano II califica como “alianza” por la cual el hombre y la mujer “se entregan y aceptan mutuamente” (n.7). El libro del Génesis nos presenta esta verdad cuando, refiriéndose a la constitución de la familia mediante el matrimonio, afirma que “dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne” (Gn. 2,24). En el Evangelio, Jesucristo, polemizando con los fariseos, cita esas mismas palabras y añade: “de manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien lo que Dios unió no lo separe el hombre” (Mt.19,6). (...) Jesucristo confirma la enseñanza del Génesis y lo hace “para que sea claro e inequívoco el carácter indisoluble del matrimonio, como fundamento del bien común de la familia”.

“Ser padres es el evento mediante el cual la familia, ya constituida por la alianza del matrimonio, se realiza “en sentido pleno y específico”. La maternidad implica necesariamente la paternidad y, recíprocamente, la paternidad implica necesariamente la maternidad: es el fruto de la dualidad, concedida por el Creador al ser humano desde “el principio”.

- Unidad del hombre y de la mujer (n.8).

El libro del Génesis, al decir que el hombre abandonará al padre y a la madre para unirse a su mujer (cf. Gn.2,24), pone de relieve la elección consciente y libre, que es el origen del matrimonio, convirtiendo en marido a un hijo y en mujer a una hija”.

El hombre y la mujer en el Matrimonio se unen entre sí tan estrechamente que vienen a ser -según el Libro del Génesis- “una sola carne”. Los dos sujetos humanos aunque somáticamente diferentes por constitución física como varón y mujer, participan de modo similar de aquella capacidad de vivir “en la verdad y el amor”. (...) Cuando en virtud de la alianza conyugal, ellos se unen de modo que llegan a ser “una sola carne” (Gn.2,24), su unión debe realizarse “en la verdad y el amor”, poniendo así de

relieve la madurez propia de las personas creadas a imagen y semejanza de Dios.

Su unidad, en vez de encerrarlos en sí mismos, los abre a una nueva vida, a una nueva persona. Como padres, serán capaces de dar la vida a un ser semejante a ellos, no solamente “hueso de sus huesos y carne de su carne” (cf. Gn.2,23), sino imagen y semejanza de Dios, esto es, persona.

Los novios están llamados a ser padres, o sea, a cooperar con el Creador dando la vida. Cooperar con Dios, llamando a la vida a nuevos seres humanos, significa contribuir a la transmisión de aquella imagen y semejanza divina de la que es portador todo “nacido de mujer”.

- Genealogía de la persona (n. 9).

Mediante la comunión de personas, que se realiza en el matrimonio, el hombre y la mujer dan origen a la familia. Con ella se relaciona la genealogía de cada hombre: la genealogía de la persona. La paternidad y la maternidad humanas están basadas en la biología y, al mismo tiempo, la superan. (...) Cuando de la unión conyugal de dos nace un nuevo hombre, éste trae consigo al mundo una particular imagen y semejanza de Dios mismo: en la biología de la generación está inscrita la genealogía de la persona.

Al afirmar que los esposos, en cuanto padres, son colaboradores de Dios Creador en la concepción y generación de un nuevo ser humano, no nos referimos sólo al aspecto biológico; queremos subrayar más bien que en la paternidad y maternidad humanas Dios mismo está presente de un modo diverso de cómo lo está en cualquier otra generación “sobre la tierra”. En efecto, solamente de Dios puede provenir aquella “imagen y semejanza”, propia del ser humano, como sucedió en la creación. La generación es, por consiguiente, la continuación de la creación”.

Así pues, tanto en la concepción como en el nacimiento de un nuevo ser, los padres se hallan ante un “gran misterio” (Ef.5,32). También el nuevo ser humano, igual que sus padres, es llamado a la existencia como persona y a la vida “en la verdad y en el amor”. Esta llamada se refiere no sólo a lo temporal, sino también a lo eterno. Tal es la genealogía de la persona, que Cristo nos ha revelado definitivamente, derramando la luz del Evangelio sobre el vivir y el morir humanos y, por tanto, sobre el significado de la familia humana.

- El bien común del matrimonio y de la familia (n. 10).

El consentimiento matrimonial define y hace estable el bien que es común al matrimonio y a la familia. (...) El matrimonio es una singular comunión de personas. Sobre la base de esta comunión, la familia está llamada a ser comunidad de personas. (...)

Las palabras del consentimiento matrimonial definen lo que constituye el bien común de los esposos, que es el amor, la fidelidad, la honra, la duración de su unión hasta la muerte: “todos los días de mi vida”. El bien de ambos, que lo es de cada uno, deberá ser también el bien de los hijos. (...)

Los esposos se dan mutuamente el consentimiento matrimonial, prometiendo, es decir, confirmando ante Dios, la verdad de su consentimiento. En cuanto bautizados, ellos son, en la Iglesia, los ministros del sacramento del matrimonio”.

La pregunta sobre los hijos y su educación está vinculada estrictamente con el consentimiento matrimonial, con la promesa de amor, de respeto conyugal, de fidelidad hasta la muerte.

- La entrega sincera de sí mismo (n.11).

La entrega de la persona exige, por su naturaleza, que sea duradera e irrevocable. La indisolubilidad del matrimonio deriva primariamente de la esencia de esa entrega: entrega de la persona a la persona. En este entregarse recíproco se manifiesta el carácter esponsal del amor.

Cuando el hombre y la mujer, en el matrimonio, se entregan y se reciben recíprocamente en la unidad de “una sola carne”, la lógica de la entrega sincera entra en sus vidas. Sin aquella, el matrimonio sería vacío, mientras que la comunión de las personas, edificada sobre esa lógica, se convierte en comunión de los padres.

Cuando transmiten la vida al hijo, un nuevo “tú” humano se inserta en la órbita del “nosotros” de los esposos, una persona que ellos llamarán con un nombre nuevo: nuestro hijo...; nuestra hija. (...)

El recién nacido se entrega a los padres por el hecho mismo de nacer. Su vida es ya un don, el primer don del Creador a la criatura. (...) El niño hace de sí mismo un don a los hermanos, hermanas, padres, a toda la familia. Su vida se convierte en don para los mismos donantes de la vida, los cuales no dejarán de sentir la presencia del hijo, su participación en la vida de ellos, su aportación a su bien común y al de la comunidad familiar.

- Paternidad y maternidad responsable (n.12)

“La paternidad y maternidad se refieren directamente al momento en que el hombre y la mujer, uniéndose “en una sola carne”, pueden convertirse en padres. Este momento tiene un valor muy significativo, tanto por su relación interpersonal como por su servicio a la vida. Ambos pueden convertirse en procreadores -padre y madre- comunicando la vida a un nuevo ser humano. Las dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa, no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del mismo acto conyugal. Esta es la enseñanza constante de la Iglesia, y los signos de los tiempos, de los que hoy somos testigos, ofrecen nuevos motivos para confirmarlo con particular énfasis”.

- La educación de los hijos (n. 16)

Si en el dar la vida los padres colaboran en la obra creadora de Dios, mediante la educación participan de su pedagogía paterna y materna a la vez.

La paternidad divina, según san Pablo, es el modelo originario de toda paternidad y maternidad en el cosmos (cf. Ef.3,14-15). Especialmente de la maternidad y paternidad humanas. (...) Por medio de Cristo toda educación, en familia y fuera de ella, se inserta en la dimensión salvífica de la pedagogía divina, que está dirigida a los hombres y a las familias, y que culmina en el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor. De este “centro” de nuestra redención arranca todo proceso de educación cristiana, que al mismo tiempo es siempre educación para la plena humanidad.

Los padres son los primeros y principales educadores de sus propios hijos, y en este campo tienen incluso una competencia fundamental: son educadores por ser padres. Ellos comparten su misión educativa con otras personas e instituciones, como la Iglesia y el Estado. Sin embargo, esto debe hacerse siempre aplicando correctamente el principio de subsidiariedad. (...) El principio de subsidiariedad (...) se pone al servicio del amor de los padres, favoreciendo el bien del núcleo familiar.

- El Gran Misterio

La Iglesia profesa que el matrimonio, como sacramento de la alianza de los esposos, es un “gran misterio”, ya que en él se manifiesta el amor esponsal de Cristo por su Iglesia (n.19).

*** Discurso de Juan Pablo II a los miembros del Tribunal de la Rota romana con ocasión de la apertura del nuevo año judicial (21-I-2000).**

El Santo Padre aborda en este discurso el tema de la indisolubilidad del matrimonio rato y consumado. Vale la pena que recordemos estas enseñanzas tan importantes.

- Perennidad del amor conyugal

La Iglesia, en su fidelidad a Cristo, no puede dejar de afirmar con firmeza “el buen anuncio de la perennidad del amor conyugal, que tiene en Cristo su fundamento y su fuerza (cf. Ef.5,25) (FC. 20), a quienes, en nuestros días, consideran difícil o incluso imposible unirse a una persona para toda la vida y a quienes se encuentran, desgraciadamente, arrastrados por una cultura que rechaza la indisolubilidad matrimonial y que se ríe abiertamente de un compromiso de los esposos a la fidelidad (n.3).

En efecto, “enraizada en la donación personal y total de los cónyuges y exigida por el bien de los hijos, la indisolubilidad del matrimonio halla su verdad última en el designio que Dios ha manifestado en la Revelación: Él quiere y da la indisolubilidad del matrimonio como fruto, signo y exigencia del amor absolutamente fiel que Dios tiene al hombre y que el Señor Jesús vive hacia su Iglesia” (“Familiaris consortio”, 20) (n.3).

- La Iglesia puede declarar que un matrimonio no ha existido

“La Iglesia, tras examinar la situación por un tribunal eclesiástico competente, puede declarar “la nulidad del matrimonio”, es decir, que el matrimonio no ha existido... En este caso los contrayentes quedan libres para casarse, aunque deben cumplir las obligaciones naturales nacidas de una unión precedente anterior” (Catecismo de la Iglesia Católica, n.1629).

“El matrimonio rato y consumado (...) “no puede ser disuelto por ningún poder humano, ni por ninguna causa, fuera de la muerte” (CIC cn. 1141). Esta formulación del derecho canónico no es de naturaleza sólo disciplinar o prudencial, sino que corresponde a una verdad doctrinal mantenida siempre en la Iglesia”

- Ante ciertas dudas surgidas en estos tiempos

Frente a ciertas dudas que pudieran surgir hoy en torno a la potestad del Romano Pontífice para disolver el matrimonio rato y consumado, el Papa

manifiesta: “es necesario reafirmar que el matrimonio sacramental rato y consumado no puede jamás ser disuelto, ni siquiera por la potestad del Romano Pontífice. La afirmación opuesta implicaría la tesis de que no existe ningún matrimonio absolutamente indisoluble, lo que sería contrario al sentido en que la Iglesia ha enseñado y enseña la indisolubilidad del vínculo matrimonial” (n.6).

Juan Pablo II recuerda en este discurso la enseñanza propuesta por el Catecismo de la Iglesia Católica que dice:

“El vínculo matrimonial es establecido por Dios mismo, de modo que el matrimonio celebrado y consumado entre bautizados no puede ser disuelto jamás. Este vínculo que resulta del acto humano libre de los esposos y de la consumación del matrimonio es una realidad ya irrevocable y da origen a una alianza garantizada por la fidelidad de Dios. La Iglesia no tiene poder para pronunciarse contra esta disposición de la sabiduría divina” (n.1640) (n.7).(…).

Por consiguiente, queda claro que la no extensión de la potestad del Romano Pontífice a los matrimonios sacramentales ratos y consumados es enseñada por el Magisterio de la Iglesia como doctrina que debe considerarse como definitiva, aunque no haya sido declarada de forma solemne mediante un acto definitorio” (n.8).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el encuentro internacional sobre “Regulación natural de la fertilidad y cultura de la vida” (6-III-2004).**

“Asistimos hoy a la consolidación de una mentalidad que, por un lado, se manifiesta casi atemorizada frente a la responsabilidad de la procreación, y por el otro, quería casi dominar y manipular la vida. Por lo tanto es urgente insistir en una acción cultural que ayude a superar, en este ámbito, mistificaciones y lugares comunes, con mucha frecuencia ampliados por cierta propaganda. Al mismo tiempo, se debe desarrollar un trabajo capilar educativo y formativo con los cónyuges, los novios, los jóvenes en general, así como con los agentes sociales y pastorales para ilustrar adecuadamente todos los aspectos de la regulación natural de la fertilidad en sus fundamentos y en sus motivaciones, además de en sus efectos prácticos.

“Los centros de estudio y de enseñanza de estos métodos serán de válido apoyo a la maternidad y a la paternidad responsables, esforzándose para que toda persona, empezando por el hijo, sea reconocida y respetada por

sí misma, y toda opción resulte animada y guiada por el criterio del don sincero de sí.

“Es evidente que cuando se habla de regulación “natural”, no nos referimos al solo respeto del ritmo biológico. Se trata, mucho más cumplidamente, de responder a la verdad de la persona en su íntima unidad de espíritu, psiquis y cuerpo, unidad nunca reducible únicamente a un conjunto de mecanismos biológicos. Sólo en el contexto del amor recíproco, total y sin reservas, de los cónyuges, puede ser vivido con toda su dignidad el acontecimiento de la generación a la cual está ligado el futuro de la humanidad. Por lo tanto, justamente a ese fundamental acontecimiento son llamados a ofrecer su contribución responsable no sólo los médicos e investigadores, sino también los agentes pastorales y las autoridades políticas en los respectivos ámbito de su competencia” (n.2).

- El papel de los médicos en este delicado campo

“Quisiera renovar aquí la expresión de la estima que la Iglesia desde siempre reserva a cuantos en el mundo sanitario se esfuerzan por ser coherentes con su vocación de servidores de la vida. Pienso, en especial, en las mujeres y hombres de ciencia que, iluminados por la fe, se dedican a la investigación y a la difusión de los métodos naturales de regulación de la fertilidad, promoviendo al mismo tiempo una educación en los valores morales que el recurso a tales métodos supone. La responsabilidad y el papel de las Universidades resultan decisivos para la promoción de programas de investigación en este campo, así como para la formación de futuros profesionales capaces de ayudar a los jóvenes y a las parejas a tomar opciones siempre conscientes y responsables” (n.3) (Ecclesia, n.30195)..

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Encuentro Nacional de Jóvenes de Suiza (Palacio del Hielo de Berna. 5 de Junio de 2004).**

“Y podrás construir una familia, basada en el matrimonio como pacto de amor entre un hombre y una mujer que se comprometen a una comunidad de vida estable y fiel. Podrás afirmar con tu testimonio personal que, aun entre todas las dificultades y los obstáculos, es posible vivir en plenitud el matrimonio cristiano como experiencia llena de sentido y como buena noticia para todas las familias.

*** Otras enseñanzas de Juan Pablo II sobre el matrimonio**

- La Eucaristía y el matrimonio:

“La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia, en cuando sellada con la sangre de la cruz. Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal. En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de la caridad” (34).

- Los esposos han de manifestar las actitudes de Cristo

En el sacramento del matrimonio, “el hombre y la mujer (35), que por el bautismo se convierten en miembros de Cristo y tienen, por tanto, el deber de manifestar en su vida las actitudes de Cristo- reciben la certeza de la ayuda que necesitan para que su amor crezca en una unión fiel e indisoluble y puedan responder generosamente al don de la paternidad”.

Para que el matrimonio cristiano favorezca el bien total y el desarrollo de los cónyuges, debe inspirarse en el Evangelio y abrirse a la nueva vida, una nueva vida dada y aceptada generosamente.

- Vivir en Cristo el matrimonio y la familia exige sacrificios:

Para poder vivir una vida gozosa de familia se requieren sacrificios, tanto por parte de los padres como de los hijos. Cada miembro de la familia debe convertirse, de modo especial, en el siervo de los otros, compartiendo sus cargas” (36).

- Hay que observar los Principios de la moral cristiana matrimonial

El Santo Padre, con motivo del Año Internacional de la Juventud (1985), habla del matrimonio y dice lo siguiente:

“Hoy los principios de la moral cristiana matrimonial son presentados de un modo desfigurado en muchos ambientes. Se intenta imponer a ambientes y hasta a sociedades enteras un modelo que se autoproclama progresista y moderno. No se advierte entonces que este modelo de ser humano, y sobre todo quizá la mujer, es transformado de sujeto en objeto, y todo el gran contenido del amor es reducido a mero placer, el cual, aunque toque a ambas partes, no deja de ser egoísta en su esencia. Finalmente, el niño, que es fruto y encarnación nueva del amor de los dos, se convierte cada vez más en una añadidura fastidiosa. Si es necesario, sed decididos en ir contra la corriente de las opiniones que circulan y de los slogans propagandísticos. No tengáis miedo del amor, que presenta exigencias precisas al hombre. Estas

exigencias (tal como las encontráis en la enseñanza constante de la Iglesia) son capaces de convertir vuestro amor en un amor verdadero” (37).

- Hay que dar a conocer las riquezas del sacramento del matrimonio

El Santo Padre invita a dar a conocer toda la riqueza teológica que se esconde en el “matrimonio-sacramento”:

- el sacramento del matrimonio es el matrimonio natural entre un hombre y una mujer elevado al orden de la gracia por Jesucristo.

- el sacramento del matrimonio es el matrimonio propio de los que han sido bautizados en Cristo Jesús: “Para los bautizados no cabe separación entre matrimonio natural y matrimonio sacramento”.

- el sacramento del matrimonio significa la unión esponsal de Cristo con la Iglesia, unión de amor salvífico (cf. Ef. 5,22-23).

- hay que poner de relieve los valores de la unidad e indisolubilidad conyugal, como características y cualidades propias de todo matrimonio, especialmente reforzadas por el vínculo sacramental. “En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia” (38).

- fruto del matrimonio entre un hombre y una mujer es la vida familiar (“comunidad de vida y amor”). “La familia es el lugar del amor y de la vida, más aún, el lugar donde el amor engendra la vida, porque ninguna de estas dos realidades sería auténtica si no estuviese acompañada también por la otra” (39).

f) El Orden Sacerdotal

En muchos documentos ha abordado Juan Pablo II el tema del Sacramento del Orden y del Sacerdocio ministerial. Ya hemos ofrecido algunas enseñanzas del Santo Padre sobre el Sacerdocio jerárquico y ministerial. Ahora queremos presentar algunas manifestaciones del Papa sobre el sacramento del Orden.

Juan Pablo II enseña que “la comunión sacerdotal está enraizada profundamente en el Sacramento del Orden, en el que la negación de sí mismo se hace una participación espiritual aún más íntima en el sacrificio de la Cruz. El Sacramento del Orden implica la respuesta libre de cada uno a la llamada que se le ha dirigido personalmente. La respuesta es asimismo personal” (40).

*** Carta a los sacerdotes: “Novo Incipiente” (8-IV-1979)**

“El sacerdocio de que participamos por medio del sacramento del Orden, que ha sido “impreso” para siempre en nuestras almas mediante un signo especial de Dios, es decir, el “carácter”, está relacionado explícitamente con el sacerdocio común de los fieles, es decir, de todos los bautizados y, al mismo tiempo, se diferencia de éste “esencialmente y no sólo en grado” (n.3b).

“Nuestro sacerdocio sacramental es sacerdocio “jerárquico” y al mismo tiempo “ministerial”. Constituye un ministerium particular, es decir, un “servicio” respecto a la comunidad de los creyentes. Sin embargo, no tiene su origen de esta comunidad, como si fuera ella la que “llama” o “delega”. Es, en efecto, nuestro sacerdocio, don para la comunidad y procede de Cristo mismo, de la plenitud de su sacerdocio. Tal plenitud encuentra su expresión en el hecho de que Cristo, haciéndonos a todos idóneos para ofrecer el sacrificio espiritual, llama a algunos y los capacita para ser ministros de su mismo sacrificio sacramental, la Eucaristía, a cuya oblación concurren todos los fieles y en la que se insertan los sacrificios espirituales del Pueblo de Dios” (n.4b).

*** Discurso al Clero en Nursia (Italia); 23-III-1980**

Juan Pablo II manifiesta en este discurso una realidad prioritaria en el sacramento del Orden Sacerdotal: “Por medio del sacramento del presbiterado os habéis configurado con Cristo Sacerdote, como ministros de la Cabeza, a fin de hacer crecer y edificar todo su Cuerpo que es la Iglesia, en calidad de cooperadores del orden episcopal”.

*** Discurso a los Sacerdotes en Libreville (Gabón); 17-II-1982.**

En este discurso el Santo Padre recuerda la realidad del carácter sacramental: “En una perspectiva teológica auténtica, por el carácter indeleble del sacramento, se es sacerdote para toda la vida o no se es, del mismo modo que se es bautizado o no se es”.

*** Discurso a los Sacerdotes en Montreal (Canadá), 11-IX-1984**

Juan Pablo II nos ofrece unas palabras importantes respecto a nuestro sacerdocio ministerial: “Ser sacerdote es una gracia para toda la comunidad, pero nuestra función no proviene de la comunidad; no es ella la que nos delega. Ser sacerdote es participar en el acto mismo por el que Cristo resucitado edifica su Iglesia, que es su Cuerpo (...) Los sacerdotes actuáis en nombre de Cristo-Cabeza que construye su Iglesia”.

*** Carta a los Sacerdotes; 16-III-1986**

“El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle un estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo para participar en su función de único Mediador y de Redentor”.

*** Discurso a los Obispos de Nigeria, en Visita ad limina (26-IX-1987).**

El sacerdocio ministerial es indispensable para el culto de Dios y para la misión que la Iglesia tiene de proclamar el Evangelio”.

*** Allocución a los Obispos holandeses, en Visita ad Limina (11-I-1988)**

El Santo Padre recuerda a los Obispos de Holanda los medios a través de los cuales los sacerdotes han de cultivar su específica espiritualidad: “Es necesario que el sacerdote cultive escrupulosamente su vida espiritual, mediante la Liturgia de las Horas, la celebración cotidiana, la penitencia y la dirección espiritual, por medio de la lectura espiritual, del estudio teológico y de los ejercicios espirituales”.

*** “Messaggio del Santo Padre ai partecipanti al III incontro internazionale dei sacerdote” (Mexico; 8-VII-1998).**

“Vosotros, queridos hermanos, que habéis sido marcados por un carácter indeleble que confiere a vuestro ser una identidad sacerdotal específica y os configura de manera particular con Cristo Cabeza, estáis llamados a presentaros ante los hombres y mujeres de nuestro tiempo como imágenes vivientes del Señor y supremo Pastor de todos los fieles. Así os han de ver aquellos con quienes os encontráis en el camino a lo largo de vuestra vida sacerdotal” (n.2).

Sabemos bien que todos los bautizados participan del sacerdocio de Cristo, pero el sacerdocio común y el ministerial, aunque están ordenados el uno al otro, difieren esencialmente y no sólo de grado (cf. LG 10). El mismo Señor, para que todos los fieles formen un solo cuerpo, en el que cada uno de los miembros desarrolla tareas ordenadamente diversas y complementarias, constituyó a unos como ministros, dotándolos del poder sagrado que deriva de la ordenación (cf. PO 2).

En virtud del sello de Cristo que lleváis impreso, os habéis convertido en propiedad de Dios con un título exclusivo, para ocuparos en cuerpo y alma a prolongar la misión de anunciar la presencia del Reino de Dios entre los hombres. Ésta es una realidad que habéis de tener siempre presente, recordando que Cristo llamó a los primeros Apóstoles “para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar” (Mc.3,13). Los envía en su nombre, con el poder de la Palabra salvadora y la fuerza del Espíritu, por lo que puede decirles claramente: “quien a vosotros recibe, a mí me recibe” (Mt.10,40) (n. 2).

El carácter sacramental os capacita para proseguir la misión de Cristo anunciando la Buena Nueva. Por vuestro medio, Él continúa guiando y custodiando el propio rebaño y, con las acciones sagradas que realizáis, ofrece su sacrificio redentor, perdona los pecados y distribuye su gracia. Vosotros actualizáis la misión del divino Maestro y habéis sido elegidos desde la eternidad para ser constituidos a favor de los hombres en aquellas cosas que se refieren a Dios, como prolongación viviente del ministerio de Cristo (cf. Heb.5,1) (...).

Ante las dificultades que tenéis que afrontar, no dudéis nunca que el Espíritu, el Paráclito, será vuestro defensor y abogado y os dará fuerza para superar todos los obstáculos. Por eso, proseguid confiados con seguridad a su poder y experimentad el alivio y el descanso en la oración, frecuente y prolongada. (...) (n.3) (41).

g) La Unción de los Enfermos

El Santo Padre dedica también su atención al sacramento de la unción de los Enfermos. Nosotros vamos a exponer aquí sus enseñanzas principales, como hemos hecho con los demás sacramentos.

*** Allocución a los enfermos en Welington (23-XI-1986).**

El Santo Padre se acerca a los enfermos y les ofrece unas palabras a través de las cuales les dice que “la unción de los enfermos trae consuelo particular y gracia a los que están cerca de la muerte. Os prepara para encarar este momento final de la vida terrena con fe viva en el Salvador resucitado y con esperanza firme en la resurrección. (...) El sacramento está destinado no sólo a los que están a punto de morir, sino a todo aquel que está en peligro de muerte por la enfermedad o la ancianidad”.

*** Homilía en Phoenix (USA); 14-IX-1987.**

Juan Pablo II recuerda en esta homilía los frutos de este sacramento. Y es un gran servicio del Papa. En efecto, es bueno y necesario recordar los frutos de este sacramento en nuestros días en los que la muerte y cuanto con ella se relaciona se ocultan a la mirada y al conocimiento de los demás, como si fuera alguno no humano o antiestético. “La sagrada unción no impide la muerte física, ni mucho menos, promete una curación milagrosa del cuerpo humano. Pero da realmente una gracia y un consuelo especial a los moribundos, preparándolos para el encuentro con nuestro amado Salvador con fe viva y amor, y con la firme esperanza en la vida eterna. Además, a quienes no están muriendo, pero están sufriendo a causa de graves enfermedades o por la avanzada edad, les da fuerza y consuelo. Para estos la Iglesia pide la curación, tanto del cuerpo como del alma, orando para que toda persona pueda ser renovada por el poder del Espíritu Santo”.

*** Catequesis de la Audiencia General: “La Unción de los enfermos, en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental” (29-IV-1992) (42).**

En esta catequesis, Juan Pablo II aborda el sacramento de la Unción de los enfermos de una forma global. Por eso, encontramos en ella una visión en cierto modo completa de este sacramento tan importante y necesario para todos.

- Los fundamentos del sacramento de la unción de los enfermos:

El primer fundamento de este sacramento se puede descubrir en la solicitud y cuidado de Jesús por los enfermos. Los evangelistas nos relatan cómo, desde el inicio de su vida pública, trataba con gran amor y compasión sincera a los enfermos y a todos los demás necesitados y atribulados, que le pedían su intervención (cf. Mt.9,35). Para Jesús esas innumerables curaciones milagrosas eran el signo de la salvación que quería aportar a los hombres. Con frecuencia establece claramente esta relación de significado, como cuando perdona los pecados al paralítico y sólo después realiza el milagro, para demostrar que “el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar los pecados” (Mc.2,10). Su mirada, por consiguiente, no se detenía sólo en la salud del cuerpo; buscaba también la curación del alma, la salvación espiritual (n.2). (...).

- Jesús confía a los apóstoles la misión de curar a los enfermos

Este comportamiento de Jesús pertenecía a la economía de la misión mesiánica (cf. Is.61,1ss; Lc.4,18-19). Es una misión que, ya durante su vida terrena, Jesús quiso confiar a sus discípulos, a fin de que socorriesen a los menesterosos y, en especial, curasen a los enfermos (cf. Mt.10; Mc.6,13). Es significativo que ya en la Iglesia primitiva no sólo se subrayara este aspecto de la misión mesiánica de Jesús, (...), sino también la obra confiada por Él a sus discípulos y apóstoles, en conexión con su misión (n.3).

- La Iglesia hace suya la atención especial de Jesús a los enfermos:

La Iglesia ha hecho suya la atención especial de Jesús para con los enfermos. Por una parte, ha suscitado muchas iniciativas de dedicación generosa a su curación. Por otra, con el sacramento de la unción, les ha proporcionado y les proporciona el contacto benéfico con la misericordia de Cristo mismo. Es conveniente notar a este respecto que la enfermedad nunca es sólo un mal físico, al mismo tiempo se trata de una prueba moral y espiritual.

El enfermo experimenta gran necesidad de fuerza interior para salir victorioso de esa prueba. Por medio de la unción sacramental, Cristo le manifiesta su amor y le comunica la fuerza interior que necesita. (...) En el sacramento, la unción con el aceite resulta signo eficaz de gracia y de salvación también espiritual, mediante el ministerio de los presbíteros (n.4).

- Los efectos del sacramento de la unción de los enfermos:

“En la carta de Santiago leemos que la unción y la oración sacerdotal tienen como efectos la salvación, la confortación y el perdón de los

pecados.(...) Se da, por consiguiente, en el sacramento de la unción una gracia de fuerza que aumenta el valor y la capacidad de resistencia del enfermo. Esa gracia produce la curación espiritual, como perdón de los pecados, obrada por virtud de Cristo por el sacramento mismo, si no se encuentran obstáculos en la disposición del alma, y a veces también la curación corporal. Esta última no es la finalidad esencial del sacramento, pero, cuando se produce, manifiesta la salvación que Cristo proporciona por su gran caridad y misericordia hacia todos los necesitados, que ya revelaba durante su vida terrena. También en la actualidad su corazón palpita con ese amor, que perdura en su nueva vida en el cielo y que el Espíritu Santo derrama en las criaturas humanas (n.5).

El sacramento de la unción es, pues, una intervención eficaz de Cristo en todo caso de enfermedad grave o de debilidad orgánica debida a la edad avanzada, en que los “presbíteros” de la Iglesia son llamados a administrarlo (n.6).

- Intervención de la Iglesia en la enfermedad y la muerte:

El Concilio Vaticano II subraya el empeño de la Iglesia que, con la santa unción, interviene en la hora de la enfermedad, de la vejez y, finalmente, de la muerte. “Toda la Iglesia”, dice el Concilio (LG 11) pide al Señor que alivie los sufrimientos del enfermo, manifestando así el amor de Cristo hacia todos los enfermos. El presbítero, ministro del sacramento, expresa ese empeño de toda la Iglesia, “comunidad sacerdotal”, de la que también el enfermo es aún miembro activo, que participa y aporta. Por ello, la Iglesia exhorta a los que sufren a unirse a la pasión y muerte de Jesucristo para obtener de Él la salvación y una vida más abundante para todo el pueblo de Dios.

- Finalidad del sacramento de la unción:

Así, pues, la finalidad del sacramento no es sólo el bien individual del enfermo, sino también el crecimiento espiritual de toda la Iglesia. Considerada a esta luz, la unción aparece -tal cual es- como una forma suprema de la participación en la ofrenda sacerdotal de Cristo, de la que decía Pablo: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, a favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col. 1,24) (n.7).

- Beneficios que la Comunidad recibe de los enfermos:

Por la fe y por las experiencias sabemos que la ofrenda que hacen los enfermos es muy fecunda para la Iglesia. Los miembros dolientes del Cuerpo

místico son los que más contribuyen a la unión íntima de toda la comunidad con Cristo Salvador. La comunidad debe ayudar a los enfermos de todos los modos que señala el Concilio, también por gratitud a causa de los beneficios que de ellos recibe” (n.8).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los enfermos (11-II-2000).**

En este discurso dirigido a los enfermos y a todos los que los atienden, el Santo Padre hace referencia al sacramento de la “Unción de los enfermos” en estos términos:

“Reviviremos de forma singular la exhortación del Apóstol Santiago (cf. Sant. 5,14-15), cuando dentro de poco, algunos de vosotros, queridos enfermos, reciban el sacramento de la Unción de los Enfermos. Este sacramento, al devolver vigor espiritual y físico, bien pone en evidencia que Cristo es para la persona doliente la Puerta que lleva a la vida” (n.4).

J) Celebración de la Semana Santa

a) Domingo de Ramos:

*** Homilía en la Misa (9-IV-1995)**

Acabamos de escuchar el relato de la Pasión del Señor según San Lucas. Sabemos que hoy Jesús de Nazaret sube a Jerusalén por última vez. También por esto lo saludamos de modo particular como peregrino. ¡Es un peregrino extraordinario, único! Su peregrinar no es mensurable con categorías geográficas. El mismo nos habla de este peregrinar con su misterioso lenguaje: “Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo al mundo y vuelvo al Padre” (cf. Jn.16,28). ¡He aquí la justa dimensión de su peregrinación! Y la Semana Santa que hoy iniciamos revela toda “la anchura, la longitud, la altura y la profundidad” (Ef.3,18) del peregrinar de Cristo.

Sube a Jerusalén, para que se cumplan en Él todas las profecías. Sube para rebajarse y hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y para experimentar, después del expolio total de sí mismo, la exaltación por parte de Dios (cf. Fil.2,8-9).

Sólo esta Semana, en todo el año litúrgico, es llamada “Santa”, con todo derecho: en ella está contenido el cumplimiento del misterio de Cristo, Santísimo Peregrino “unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22), peregrino que camina en nuestra historia” (...) (n.3) (L’Osservatore Romano”, 10-11 – IV- 1995)..

*** Homilía en la Misa (16-IV-2000).**

Los ritos del Domingo de Ramos reflejan la exultación del pueblo que espera al Mesías, pero se caracterizan al mismo tiempo como liturgia “de pasión” en sentido pleno, pues abren ante nosotros la perspectiva del drama ya inminente, que acabamos de revivir en la narración del evangelista San Marcos. (...). Abatamiento y exaltación: ésta es la clave para comprender el misterio pascual; esta es la clave para penetrar en la admirable economía de Dios, que realiza en los acontecimientos de Pascua (n.2)..

Cristo, con su entrada en Jerusalén, emprende el camino de amor y dolor de la cruz. Contempladlo con nuevo impulso de fe. ¡Seguidlo! No promete Él felicidades engañosas; al contrario, para que podáis alcanzar la

madurez humana y espiritual auténtica, os invita, queridos jóvenes, a seguir su ejemplo exigente, haciendo vuestras sus comprometidas opciones (n.4).

Que María, fiel discípula del Señor, os acompañe en este itinerario de conversión e intimidad progresiva con su Hijo divino” (n.4) (Ecclesia, n.2995; 6-V-2000; 18-19).

b) El Triduo Sacro:

*** Catequesis general del miércoles: 12-IV-1995**

- Jueves Santo: La Eucaristía, corazón de la dignidad del sacerdote

El Jueves Santo se inicia con la “Misa Crismal” celebrada normalmente en la catedral de cada Diócesis por el Obispo juntamente con su Presbiterio.(...) Esta Misa, denominada justamente “Crismal”, es la manifestación solemne de la Iglesia local, que celebra el Señor Jesús, Sacerdote de su mismo sacrificio, ofrecido al Padre como supremo acto de adoración y de amor filial.. Y es, por tanto, significativo que en tan singular fiesta del sacerdocio, de Cristo y de sus Ministros, los presbíteros renueven coralmente, ante el pueblo cristiano, los compromisos y las promesas sacerdotales.

El Jueves Santo, además recuerda la institución de la Eucaristía. Por esto se conmemora con sincera veneración y con gran participación espiritual el acontecimiento de la Última Cena; se recuerda el sacrificio de Jesús en el Calvario, se descubre la dignidad del sacerdote que, gracias a la ordenación sacerdotal, actúa “in persona Christi” como ministro de salvación y se medita, finalmente, sobre el mandamiento nuevo del amor evangélico y del servicio a los hermanos.

La realidad misteriosa de la Eucaristía hace que entren los creyentes en el “proyecto” de Dios Creador y Redentor: Dios ha querido que su Hijo unigénito se encarnase y permaneciese para siempre entre nosotros, como nuestro compañero de viaje en el difícil camino hacia la eternidad.

En medio de las tumultuosas vicisitudes de nuestro tiempo es importante mirar hacia la Eucaristía: ésta debe constituir el corazón de la existencia de los sacerdotes y de las personas consagradas; la luz y la fuerza de los cónyuges en la realización de sus compromisos de fidelidad, de castidad y de apostolado; el ideal en la educación y en la formación de los

niños, de los adolescentes y de los jóvenes, el consuelo y el apoyo de los atribulados, de los enfermos y de todos los que lloran en el Getsemaní de la vida. Para todos debe servir de estímulo y gozosa disponibilidad hacia los hermanos, como el Señor ha enseñado con su ejemplo, lavando los pies a los apóstoles (n.2).

- Viernes Santo: la agonía y muerte del crucificado

El Viernes Santo es día de dolor y de tristeza, porque hace que reviva de nuevo la terrible agonía y muerte del Crucificado, después de las humillaciones de la condena y los ultrajes de los soldados y de la multitud, después de la flagelación, la coronación de espinas y las atroces laceraciones de la crucifixión.

Al meditar sobre Cristo en la cruz, el creyente penetra en el momento del "supremo abandono" y de la "infinita resignación". El largo, oscuro y atribulado Viernes Santo del Verbo divino crucificado. Con San Pablo podemos afirmar: "Esta vida que vivo en la carne yo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gál.2,20).

Mirando a Él, ¿cómo no considerar la gravedad de la condición humana rebelde a Dios por el pecado? ¿Cómo no experimentar la misericordia del Altísimo, que perdona y redime mediante el sacrificio expiatorio de la Cruz, dando así significado auténtico al sufrimiento humano? Solamente en Cristo, inmolado por nosotros, podemos encontrar consuelo y paz, sobre todo en la hora de la prueba" (n.3)..

- Sábado Santo: "El día del grande, arcano y trepidante silencio".

El Sábado Santo es el día del gran silencio: Jesús, muerto sobre la cruz, ha sido depositado en el sepulcro. Con su silencio arcano y trepidante esta vigilia orante prepara a la Iglesia para la "Vigilia pascual", madre todas las vigiliass. En la noche, la comunidad cristina, iluminada por la llama del fuego, se reúne en torno al gran cirio, símbolo del Cristo Resucitado, Señor del tiempo y de la historia. En dicho cirio se encienden los cirios de los fieles y la luz brilla sobre la asamblea, mientras resuena el anuncio de la Resurrección, el "Pregón pascual". "Exultet": "¡Alégrese el coro de los Ángeles...!".

La solemne Vigilia prosigue con las lecturas del Antiguo y del Nuevo testamento, que se concluyen con el grande y gozoso cántico del

“¡Aleluya!”. Sigue, pues, la Liturgia bautismal....(...) La Liturgia eucarística completa los ritos sugestivos de la Noche extraordinaria que introduce en la solemnidad de la pascua.

Preparémonos (...) a celebrar bien el “Triduo sacro” que (...) recuerda a los fieles y a toda la Humanidad el gran prodigio de la Muerte y de la Resurrección de Cristo. Él es nuestra pascua, Él es la luz y la vida del mundo.(...) Que la Pascua sea para todos los hombres la fiesta de la alegría y de la esperanza. Que el coraje de la fe en Cristo Resucitado consiga que se superen las dificultades del vivir cotidiano” (L’Osservatore Romano; 13-IV-1995)..

*** Homilías del Triduo Pascual. Año 2000**

- Homilía de Juan Pablo II en el Jueves Santo (20-IV-2000).

Antes de instituir el sacramento de su Cuerpo y su Sangre, Cristo, de rodillas, inclinándose en la actitud del esclavo, lava en el Cenáculo los pies a sus discípulos. Lo contemplamos mientras realiza esa acción, que en la cultura hebrea era propia de los siervos y de los familiares más humildes. (...)

Con la institución de la Eucaristía, Jesús comunica a los Apóstoles la participación ministerial en su sacerdocio, sacerdocio de la Alianza nueva y eterna, en virtud de la cual Él -y sólo Él- es siempre y en todo lugar artífice y ministro de la Eucaristía. A su vez, los Apóstoles se transforman en ministros de tan excelso misterio de la fe, destinado a perpetuarse hasta el fin del mundo. Y contemporáneamente se transforman en servidores de todos aquellos que participan de tan gran don y misterio.

La Eucaristía, sumo Sacramento de la Iglesia, está unida al sacerdocio ministerial -igualmente nacido en el Cenáculo- como don del gran amor de Cristo.

Eucaristía, sacerdocio y nuevo mandamiento del amor: éste es el memorial vivo que contemplamos el Jueves Santo. ¡Haced esto en conmemoración mía”. ¡Esta es la pascua de la Iglesia! ¡Nuestra Pascua!” (Ecclesia; n.2995; 6-V-2000; 22-23).

- Vía Crucis del Viernes Santo (21-IV-2000)

Viernes Santo por la tarde. Desde hace veinte siglos, la Iglesia se reúne esta tarde para recordar y revivir los acontecimientos de la última etapa del camino terreno del Hijo de Dios. Hoy, como cada año, la Iglesia que está en

Roma se congrega en el Coliseo para seguir las huellas de Jesús que, “cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario” (Jn.19,17).

Estamos aquí, conscientes del que el Vía Crucis del Hijo de Dios no fue simplemente el camino hacia el lugar del suplicio. Creemos que cada paso del condenado, cada gesto o palabra suya, así como lo que han visto y hecho todos aquellos que han tomado parte en este drama, nos hablan continuamente. En su pasión y en su muerte, Cristo nos revela también la verdad sobre Dios y sobre el hombre.

En este año jubilar queremos participar en aquellos acontecimientos.

Participar significa tener parte. ¿Qué quiere decir tener parte en la cruz de Cristo?

Quiere decir experimentar en el Espíritu Santo el amor que esconde tras de sí la cruz de Cristo;

Quiere decir reconocer, a la luz de este amor, la propia cruz.

Quiere decir cargarla sobre la propia espalda y, movidos cada vez más por este amor, caminar...

Quiere decir caminar a través de la vida, imitando a Aquel que “soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios” (Heb.12,2) (Ecclesia, n.2995; 6-V-2000; 25-32).

Catequesis: “El valor redentor de la pasión de Cristo” (1988).

- Elevemos nuestros ojos a Cristo clavado en la cruz

“Elevemos los ojos, ante todo, hacia Él que cuelga de la cruz y preguntémonos: ¿quién es éste que sufre? Es el Hijo de Dios: hombre verdadero, pero también Dios verdadero, como sabemos por los símbolos de la fe. Y si Cristo es Dios que sufre en la naturaleza humana, como hombre verdadero nacido de María Virgen y sometido a los acontecimientos y a los dolores de todo hijo de mujer, siendo Él una persona divina, como Verbo, da un valor infinito a su sufrimiento y a su muerte, que así entra en el ámbito misterioso de la realidad humano-divina y toca, sin deteriorarla, la gloria y la felicidad infinita de la Trinidad.

- Dios y el sufrimiento

“Dios en su esencia permanece más allá del horizonte del sufrimiento humano y divino: pero la pasión y muerte de Cristo penetran, rescatan y

ennoblecen todo el sufrimiento humano, ya que Él, al encarnarse, ha querido ser solidario con la humanidad, la cual, poco a poco, se abre a la comunión con Él en la fe y en el amor”.

- Cristo crucificado es modelo divino para los que sufren

“El Hijo de Dios, que asumió el sufrimiento humano es un modelo divino par todos los que sufren, especialmente para los cristianos que conocen y aceptan en la fe el significado y el valor de la Cruz”.

- Homilías de Juan Pablo II en la Vigilia Pascual

+ 1998:

“O vere beata nox!”, repitamos con el himno pascual, contemplando el misterio universal del hombre a la luz de la resurrección de Cristo. En el principio Dios lo creó a su imagen y semejanza. Por obra de Cristo crucificado y resucitado, esta semejanza con Dios, ofuscada por el pecado, ha sido renovada y llevada a su culminación. Podemos repetir con un autor antiguo: ¡Hombre, mírate a ti mismo! ¡Reconoce tu dignidad y tu vocación! Cristo, venciendo la muerte en esta santa noche, abre ante ti las puertas de la vida y de la inmortalidad!”.

+ 22-IV-2000.

Vela la Iglesia, esta noche, en todos los rincones de la tierra, y revive etapas fundamentales de la Historia de la salvación. (...) En su amor providente y fiel, que supera el tiempo y el espacio, Dios vela sobre el mundo (cf. Sal.120,4-5.8) (n.2).

En esta noche, la Iglesia, en su velar, se centra sobre los textos de la Escritura, que trazan el designio divino de salvación desde el Génesis al Evangelio y que, gracias también a los ritos del agua y del fuego, confieren a esta singular celebración una dimensión cósmica. Todo el universo creado está llamado a velar en esta noche junto al sepulcro de Cristo. Pasa ante nuestros ojos la historia de la salvación, desde la creación a la redención, desde el éxodo a la Alianza en el Sinaí, de la antigua a la nueva y eterna Alianza. En esta noche santa se cumple el proyecto eterno de Dios que arrolla la historia del hombre y del cosmos (n.3)..

En la Vigilia Pascual, madre de todas las vigiliass, cada hombre puede reconocer también la propia historia de salvación, que tiene su punto fundamental en el renacer de Cristo mediante el Bautismo. Esta es, de manera

muy especial, vuestra experiencia, queridos hermanos y hermanas que dentro de poco recibiréis los sacramentos de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. (...) Dentro de poco seréis insertos íntimamente en el misterio de amor de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que vuestra existencia se haga un canto de alabanza a la Stma. Trinidad y un testimonio de amor que no conozca fronteras (n.4).

El sepulcro. El lugar donde lo habían puesto. (cf. Mc.16,6). Allí está espiritualmente presente toda la Comunidad eclesial de cada rincón de la tierra. Estamos también nosotros con las tres mujeres que se acercan al sepulcro, antes del alba, para ungir el cuerpo sin vida de Jesús (cf. Mc.16,1).. Su diligencia es nuestra diligencia. Con ellas descubrimos que la piedra sepulcral ha sido retirada y el cuerpo ya no está allí. “No está aquí”, anuncia el ángel, mostrando el sepulcro vacío y las vendas por tierra. La muerte ya no tiene poder sobre Él (cf. Rm.6,9).

¡Cristo ha resucitado! Anuncia el final de esta noche de Pascua la Iglesia, que ayer había proclamado la muerte de Cristo en la Cruz. Es un anuncio de verdad y de vida. (...) Sí, Cristo ha resucitado verdaderamente y nosotros somos testigos de ellos. Lo gritamos al mundo, para que la alegría que nos embarga llegue a tantos otros corazones, encendiendo en ellos la luz de la esperanza que no defrauda” (Ecclesia. n.29995; 6-V-2000; 33).

K) La Espiritualidad litúrgica

*** Catequesis en la Audiencia General del 15-X-2003**

Por numerosos testimonios sabemos que, ya en el siglo IV. Laudes y Vísperas eran una institución estable en todas las grandes Iglesias orientales y occidentales. Nos da fe de ello, por ejemplo, San Ambrosio (...). Tal y como los Laúdes se sitúan al despuntar el día, las Vísperas tienen su lugar hacia el crepúsculo, cuando, en el Templo de Jerusalén, se ofrecía el holocausto con incienso. A esa misma hora Jesús, tras su muerte en la cruz, reposaba ya en el sepulcro luego de ofrecerse al Padre por la salvación del mundo (...) (n.1).

Juan Pablo II explica la estructura de las Vísperas.

La Liturgia de Vísperas tiene su cumbre en la oración de Jesús, el Padrenuestro, síntesis de toda alabanza y de toda súplica de los hijos de Dios regenerados por el agua y por el Espíritu. Como conclusión de la jornada, la tradición cristiana ha puesto en relación el perdón implorado de Dios en el padrenuestro y la reconciliación fraterna de los hombres entre sí: no ha de ponerse el sol sobre la ira de nadie (cf. Ef.4,26). Pone fin a la plegaria vespertina una oración que, en sintonía con Cristo crucificado, expresa la entrega de nuestra existencia en manos del Padre, conscientes de que su bendición jamás nos ha de faltar” (n.5) (42a).

*** Carta Apostólica sobre la Sagrada Liturgia (4-XII-2003).**

Con ocasión del XL aniversario de la Constitución “Sacrosanctum Concilium” sobre la Sagrada Liturgia, Juan Pablo II escribió una “Carta Apostólica” invitando a desarrollar la espiritualidad litúrgica. (4-XII-2003).

La renovación litúrgica

Recogemos aquí las indicaciones del Papa de cara al futuro de la renovación litúrgica.

- A primera vista la liturgia parece haber sido desplazada por una sociedad ampliamente secularizada. Pero es un hecho el que a pesar de la secularización, en nuestro tiempo vuelve a surgir, de muchas formas, una necesidad renovada de espiritualidad. ¿Cómo no ver en ello una prueba de la imposibilidad de eliminar la sed de Dios que anida en lo más íntimo del

hombre? Existen preguntas que sólo hallan respuesta en un contacto personal con Cristo (n.11).

- Ante este deseo del encuentro con Dios, la liturgia proporciona la respuesta más profunda y eficaz. Lo hace especialmente en la Eucaristía, en la que se nos concede unirnos al sacrificio de Cristo y alimentarnos con su Cuerpo y con su Sangre. Es menester, con todo, que los pastores procuren que el sentido del misterio penetre en las conciencias, redescubriendo y practicando el arte “mistagógico” tan querido de los Padres de la Iglesia (n. 12).

- Un aspecto que es preciso cultivar con mayor tesón dentro de nuestras comunidades es la experiencia del silencio, silencio que necesitamos para acoger en los corazones la resonancia plena de la voz del Espíritu Santo, y para unir más estrechamente la oración personal con la Palabra de Dios y con la voz pública de la Iglesia (n. 13).

- La pastoral litúrgica, mediante la introducción a las diversas celebraciones, tiene que inculcar el gusto de la oración. Lo hará desde luego, teniendo en cuenta las capacidades de cada creyente en sus diferentes condiciones de edad y cultura; pero lo hará también procurando no conformarse con lo “mínimo” (n.14).

- Irrenunciable, para la educación en la oración y especialmente para la promoción de la vida litúrgica, es la tarea de los pastores, tarea que implica un saber de discernimiento y de guía. (n.15) (43).

*** Catequesis en la Audiencia General del 17 de diciembre de 2003**

El Santo Padre aborda en esta catequesis el sentido teológico del Adviento así como las exigencias de este tiempo litúrgico para los cristianos.

- El Adviento y la espera del Señor

El Adviento mantiene viva la espera de Cristo, que vendrá a visitarnos con su salvación realizando en plenitud su reino de justicia y paz. La conmemoración anual del nacimiento del Mesías en Belén renueva en el corazón de los creyentes la certeza de que Dios cumple con sus promesas. El Adviento es, por lo tanto, poderoso anuncio de esperanza que afecta en profundidad a nuestra esperanza personal y comunitaria” (n.1).

- El Adviento y nuestras esperanzas

Todo hombre sueña con un mundo más justo y solidario, en el que condiciones dignas de vida y una convivencia pacífica armonicen las relaciones entre los individuos y entre los pueblos. A menudo, sin embargo, esto no sucede. Obstáculos, enfrentamientos y dificultades de distintos géneros abruma nuestra existencia y en ocasiones la oprimen. (...) Especialmente en esos momentos acude en nuestra ayuda la esperanza.

El misterio de la Navidad que dentro de poco reviviremos nos asegura que Dios es el Emmanuel, Dios con nosotros. Por ello jamás debemos sentirnos solos. Él está a nuestro lado, se hizo uno de nosotros al nacer en el seno virginal de María. Compartió nuestra peregrinación en la tierra, garantizándonos la obtención de esa paz y de esa alegría a la que aspiramos desde lo más profundo de nuestro corazón (n.2).

- El Adviento y las grandes preguntas del ser humano

Con frecuencia nos preguntamos: ¿quiénes somos, adónde vamos, qué sentido tiene lo que realizamos en la tierra, qué nos espera después de la muerte?

Sin lugar a dudas, hay objetivos buenos y honrados: la búsqueda de un bienestar material mayor, la persecución de metas sociales, científicas y económicas cada vez más avanzadas, una mejor realización de las expectativas personales y comunitarias. Empero, ¿bastan estas metas para satisfacer las aspiraciones más íntimas de nuestro ánimo?

La liturgia de hoy nos invita a ampliar nuestra visión y a contemplar la Sabiduría de Dios que sale del Altísimo y es capaz de extenderse hasta los confines del mundo, ordenándolo todo “con firmeza y suavidad”. Entonces brota espontánea del pueblo cristiano la invocación: “Ven, Señor, no tardes”.

- Dios toma la iniciativa de salir al encuentro del hombre

El Adviento y sobre todo la Navidad ponen de relieve que fue Dios quien tomó la iniciativa de salir al encuentro de la humanidad. Al hacerse niño, Jesús asumió nuestra naturaleza y estableció de una vez por todas su alianza con toda la Humanidad (n.4).

El sentido de la esperanza cristiana -que el Adviento una vez más nos propone-, es el de la espera confiada, el de la disposición activa y el de la apertura gozosa al encuentro con el Señor, que vino a Belén para quedarse con nosotros para siempre” (n.4) (43a).

L) La celebración del Domingo

*** Carta Apostólica de Juan Pablo II: “Dies Domini”; 31-V-1998.**

Juan Pablo II publicó una Carta Apostólica titulada “Dies Domini” con la que invitó a la sociedad de tradición cristiana a conservar el sentido humanizador de la semana y a mantener los valores que el domingo había introducido en la vida social.

Estructura del documento:

Introducción (nn.1-7)

Cinco capítulos

Una conclusión (nn.81-87)

- El capítulo primero -“Dies Domini”- parte de la contemplación de la creación como obra de Dios y de la obra de Cristo como “nueva creación”. El descanso no es una mera interrupción del trabajo, sino “la celebración de las maravillas obras por Dios”. Además, la santificación de las fiestas es uno de los fundamentos de la vida moral inscrita en la conciencia de cada ser humano. El Pueblo de Israel tuvo y mantiene en el “Sábado” el día del “recuerdo para la santificación”; en cambio la Iglesia tiene todo su “recuerdo”, es decir, su fe, centrada en la resurrección de Cristo, el día después del sábado (“Mons. Pere Tena).

- El capítulo segundo - “Dies Christi”-. Juan Pablo II explica cómo llegan a su plenitud en la celebración del domingo cristiano, los siguientes aspectos: es la pascual semanal, que los cristianos progresivamente separaron del sábado judío; es el día de la nueva creación; el día que anuncia la eternidad; el día de Cristo-luz; el día del don del Espíritu; el día de la fe.

- El capítulo tercero -“Dies Ecclesiae”- es una descripción gozosa de la celebración del Eucaristía dominical, en todos sus aspectos. El Papa recuerda una vez más la obligación grave que tenemos todos los cristianos de participar en la Eucaristía dominical.

- El capítulo cuarto -“Dies hominis”- presenta las consecuencia y efectos que brotan de la celebración del Domingo: una alegría liberadora; un descanso humanizador; una decisión de “elegir entre los medios de cultura y las diversiones que la sociedad ofrece, los que estén más conformes con los preceptos del Evangelio”. El domingo es también una oportunidad grande para realizar la solidaridad, la cercanía, el compartir y el amor fraterno para los necesitados, los enfermos, los refugiados, los inmigrantes.

- El capítulo quinto -“Dies dierum”- es una reflexión sobre el sentido cristiano del tiempo. Teniendo en cuenta que Cristo es el centro del tiempo, el Señor de las horas, hemos de afirmar que la celebración del Día del Señor es también el día que estructura todo el año litúrgico, y su celebración es el paradigma de todas las demás celebraciones de las fiestas.

El Santo Padre concluye este documento afirmando que “es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical. (...) El domingo seguirá marcando el tiempo de la peregrinación de la Iglesia hasta el domingo sin ocaso” en el que entraremos y alabaremos a Dios eternamente (43b).

*** Discurso de Juan Pablo II a la Asamblea plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina (21-I-2005).**

El Santo Padre aborda en este discurso un tema de creciente importancia: “la participación en la misa dominical”.

- Los Pastores han de promover la centralidad del domingo: la importancia del tema exige de nosotros, pastores de la Iglesia, un renovado esfuerzo por hacer descubrir la centralidad del domingo en la vida eclesial y social de los hombres y mujeres de hoy. Para todos los obispos y sacerdotes es un reto convocar a los fieles a una constante participación en la Eucaristía dominical, encuentro con Cristo vivo. Por ello es necesario concentrar los esfuerzos en una mejor y más cuidada instrucción y catequesis de los fieles sobre la Eucaristía, así como velar para que la celebración sea digna y decorosa, de modo que inspire respeto verdadero y piedad auténtica ante la grandeza del misterio eucarístico n.4).

- Amor al misterio eucarístico: Os invito a que, en unión con los sacerdotes, religiosos y fieles, pongáis el mayor empeño en reflexionar y profundizar en esta dimensión esencial de la vida sacramental de la Iglesia y trabajéis para despertar un amor cada vez más grande por el Misterio eucarístico en las diócesis. No es tarea fácil, y por ello se requiere la colaboración de todos: presbíteros y diáconos, consagrados y fieles que están presentes en las parroquias o pertenecen a asociaciones o movimientos eclesiales. ¡Aceptad la colaboración de todos, unid los esfuerzos y trabajad en comunión! (n.5) (43c).

LL) Juan Pablo II nos llama a la santidad

*** Invitación de Juan Pablo II a la santidad**

Juan Pablo II no ha cesado nunca de invitarnos a ser santos ya que “el Padre nos ha destinado en Cristo desde toda la eternidad a ser santos e irreprochables en el amor, en su presencia. Él nos predestinó, conforme a la benevolencia de su voluntad, a fin de que llegáramos a ser hijos adoptivos, por Jesucristo” (Ef.1,4-5); “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (ITes.4,3).

Juan Pablo II nos llamó a la santidad, ya que la santidad es la vocación común de todos los bautizados en Cristo-Jesús. Esta llamada quedó simbolizada en la apertura de la “puerta santa”, que “evoca el paso que cada cristiano está llamado a dar del pecado a la gracia”

Además, Juan Pablo II nos ha invitado a la santidad con motivo de la celebración del Gran Jubileo del año 2000, simbolizando esta llamada en la apertura de la puerta santa, que “evoca el paso que cada cristiano está llamado a dar del pecado a la gracia. (...) La indicación de la puerta recuerda la responsabilidad de cada creyente de cruzar el umbral. Pasar por esa puerta significa confesar que Cristo Jesús es el Señor, fortaleciendo la fe en Él para vivir la vida nueva que nos ha dado. Es una decisión que presupone la libertad de elegir y, al mismo tiempo, el valor de dejar algo, sabiendo que se alcanza la vida divina. (...) A través de la Puerta Santa, simbólicamente más grande por ser final de un milenio (TMA 33), Cristo nos introducirá más profundamente en la Iglesia, su Cuerpo y Esposa (44).

“Al proclamar tantos santos y beatos, muchos de ellos contemporáneos y compatriotas nuestros, y, significativamente, tantos mártires del siglo XX de todas partes del mundo, Juan Pablo II nos ha recordado a obispos, sacerdotes y diáconos, consagrados y laicos que la santidad es posible para todos y que es necesario aspirar a ella con determinación por los distintos caminos de seguimiento del Señor en la fidelidad a las diversas vocaciones y misiones que enriquecen a la Iglesia” (44a).

La santidad es la meta del camino de conversión, pues ésta “no es fin en sí misma, sino proceso hacia Dios, que es santo. Ser santos es imitar a Dios y glorificar su nombre en las obras que realizamos en nuestra vida (cf. Mt.5,16). En el camino de la santidad Jesucristo es el punto de referencia y el modelo a imitar: Él es “el Santo de Dios y fue reconocido como tal (cf. Mc.1,24). Él mismo nos enseña que el corazón de la santidad es el amor, que conduce incluso a dar la vida por los otros (cf. Jn.15, 13). Por ello, imitar la santidad de

Dios, tal y como se ha manifestado en Jesucristo, su Hijo, no es otra cosa que prolongar su amor en la historia, especialmente con respecto a los pobres, enfermos e indigentes” (cf. Lc.10,25ss) (45).

La llamada a la santidad es universal: la llamada a la santidad no afecta sólo a algunos cristianos, sino a todos. Es una llamada universal. Nadie está excluido. En efecto, “todos los cristianos de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (46). Se trata de la llamada universal a la santidad, ya que la santidad no es un lujo de pocos, ni un privilegio de unos pocos, sino una meta que Dios, “tres veces santo” y “fuente de toda santidad”, propone al hombre. Tal propuesta, íntimamente vinculada al propio acto creativo de Dios, se convierte en mandamiento: “Sed santos, porque Yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (Lev.19,2).

Esta llamada e invitación del Señor debe ser para todos y para cada uno un verdadero programa de vida: “procurad la santidad en la existencia cotidiana” (47), en lo cotidiano de la vida. Podemos decir que la santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer de manera extraordinaria las cosas de todos los días (48).

El Santo Padre nos invita a ser santos en todas las etapas de nuestra vida: en la primavera de la juventud, en la plenitud del verano de la edad madura, en el otoño y en el invierno de la ancianidad, y, por último, en la hora de la muerte e, incluso más allá de la muerte, en la purificación última predispuesta por el amor misericordioso de Dios” (48a).

*** La obligación de tender a la santidad**

La obligación de tender hacia la santidad está unida inseparablemente a la vocación bautismal. Tender hacia la santidad es una verdadera y propia exigencia, directa e inmediata, del primer sacramento de la Iniciación cristiana. Las razones de esta vinculación son:

Primero, porque en el Bautismo, el catecúmeno recibe la santidad, haciéndose nueva criatura con la gracia santificante;

Segundo, porque el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios: “si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios, (...) sería un contra-sentido contentarse con una vida mediocre., reglada por una ética minimalista y una religiosidad superficial. Pregunta a un catecúmeno: “¿quiere recibir el bautismo?” significa, al mismo tiempo, preguntarle: “¿quieres hacerte santo?”. Significa colocar en su camino el radicalismo del

Sermón de la Montaña” (49). La vocación bautismal es, por tanto, en sí misma, una verdadera vocación a la santidad.

Tercero, porque incorporados a Cristo nos incorpora también a la Iglesia que es, en sí misma, misterio de santidad. El deber de tender a la santidad nace de “una exigencia del misterio de la Iglesia que no se puede suprimir: ésta es una vida escondida, por medio de la cual los ramos viven y crecen con la misma savia santa y santificadora de la Cabeza que es Cristo; es el cuerpo místico, cuyos miembros participan de la misma vida de santidad de la cabeza, que es Cristo; es la esposa santa del Señor Jesús, que se ofrece a sí mismo para santificarla” (Ef.5,22ss” (50)

- “Hoy son decisivos los signos de la santidad: ésta es un requisito previo esencial para una auténtica evangelización capaz de dar la nueva esperanza. Hacen falta testimonios fuertes, personales y comunitarios, de vida nueva en Cristo. En efecto, no basta ofrecer la verdad y la gracia a través de la proclamación de la Palabra y la celebración de los Sacramentos; es necesario que sean acogidas y vividas en cada circunstancia concreta, en el modo de ser de los cristianos y de las comunidades eclesiales. Éste es uno de los retos más grandes que tiene la Iglesia en Europa al principio del nuevo milenio” (51).

- Los medios de la santidad

La Cuaresma es verdaderamente una llamada urgente del Señor a la renovación interior, personal y comunitaria, en la oración y en la vuelta a los sacramentos, pero también una manifestación de caridad, a través de los sacrificios personales y colectivos de tiempo, dinero y bienes de todo género, para subvenir las necesidades y miserias de nuestros hermanos del mundo entero (51a).

*** La santidad y la cultura humana**

La santidad influye también la cultura humana: “la herencia de los santos no debe perderse, y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación” (52).

*** Los sacerdotes han de promover la santidad en los fieles**

El Papa exhorta vivamente a todos los sacerdotes a que promuevan la santidad en los fieles. Recordemos sus palabras:

+ “No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad....Terminado el Jubileo, empieza de

nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral” (53).

+ Ahora bien, “poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial” (54).

- Los caminos por donde podemos tender a la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno....”Es hora de proponer de nuevo a todos con convicción ese “alto grado de la vida cristiana ordinaria”, sin olvidar que los caminos de la santidad son personales y exigen una “pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona” (55).

- Hablando a los españoles en su último viaje pastoral a España (año 2003) decía: “Surgirán nuevos frutos de santidad en España si la familia sabe permanecer unida, como auténtico santuario del amor y de la vida. La fe cristiana y católica constituye la identidad del pueblo español, dije cuando peregriné a Santiago de Compostela en 1982...¡No rompáis con vuestras raíces cristianas! Sólo así seréis capaces de aportar al mundo y a Europa la riqueza cultural de vuestra historia”.

- El mundo actual necesita santos. Los santos, “los mejores personajes de la historia”, el “patrimonio de la humanidad”, son como lumberras en el camino de la humanidad que iluminan los senderos de la vida, recuerdan el sentido de la existencia humana, nos proyectan hacia la meta final del hombre y de la mujer que es Dios. “La santidad no como ideal teórico, sino como camino que es necesario recorrer en el fiel seguimiento de Cristo, es una exigencia extremadamente urgente en nuestro tiempo” (56).

*** La memoria de los mártires**

Juan Pablo II en la Bula “Incarnationis Mysterium”, por medio de la cual convocó el Gran Jubileo del Año 2000, afirma que “un signo perenne, pero hoy particularmente significativo, de la verdad del amor cristiano es la “memoria de los mártires”. Que no se olvide su testimonio. Ellos son los que han anunciado el Evangelio dando su vida por amor. El mártir, sobre todo en nuestros días, es signo de ese amor más grande que compendia cualquier otro valor. Su existencia refleja la suprema palabra pronunciada por Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc.23,34). (...)

Los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo se caracterizan por el constante testimonio de los mártires. Además, este siglo que llega a su ocaso ha tenido un gran número de mártires, sobre todo a causa del nazismo, del comunismo y de las luchas raciales o tribales. Personas de todas las clases sociales han sufrido por su fe, pagando con la sangre su adhesión a Cristo y a la Iglesia (...)

Inundados por la gracia del próximo año jubilar, podremos elevar con más fuerza el himno de acción de gracias al Padre y cantar: “te martyrum candidatus laudat exercitus”. Ciertamente, éste es el ejército de los “que han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero” (Apoc.7,14).” (n.13).

*** Invitación peculiar del Santo Padre**

Terminamos este apartado con una invitación que hace el Santo Padre a los sacerdotes:

“ La nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y éstos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad” (57).

“Hoy más que nunca la Iglesia necesita sacerdotes santos cuyo ejemplo diario de conversión inspire en los demás el deseo de buscar la santidad a la que está llamado todo el pueblo de Dios” (57a).

“Juan Pablo II ha sido el primer Papa que ha venido a visitarnos y nos ha lanzado a los caminos de la santidad” (58).

*** El don más grande para la Iglesia y el mundo es la santidad**

“Hoy el Señor, a través de la beatificación de estos tres siervos de Dios, os dice: el don más grande que podéis hacer a la Iglesia y al mundo es la santidad. Llevad en vuestro corazón lo que lleva la Iglesia en el suyo: que muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo queden conquistado por el atractivo de Cristo; que su Evangelio vuelva a brillar como luz de esperanza para los pobres, los enfermos, los hambrientos de justicia; que las comunidades cristianas sean cada vez más vivas, abiertas, atractivas; que nuestras ciudades sean hospitalarias y visibles para todos; que la humanidad pueda seguir los caminos de la paz y de la fraternidad” (59).

*** Catequesis de Juan Pablo II el miércoles (24-IX-1993)**

- La Iglesia es santa y todos sus miembros están llamados a la santidad

Comienza el Santo Padre esta catequesis con una afirmación escueta y gozosa: “La Iglesia es santa y todos sus miembros están llamados a la santidad” (n.1).

“Los laicos participan de la santidad de la Iglesia por el hecho de ser miembros de pleno derecho de la comunidad cristiana: y esta participación, que podemos denominar ontológica, en la santidad de la Iglesia, se traduce también para los laicos en un compromiso ético personal de santificación. En esta capacidad y en esta vocación de santidad, todos los miembros de la Iglesia son iguales (cf. Gál.3,28).

El grado de santidad personal no depende de la posición ocupada en la sociedad y tampoco en la Iglesia, sino únicamente del grado de caridad vivida (cf. ICort.13). Un laico que acoge generosamente la caridad divina en su corazón y en su vida es más santo que un sacerdote o un obispo que la acogen de forma mediocre (n1).

- En torno a la santidad

“La santidad cristiana tiene su raíz en la adhesión a Cristo por medio de la fe y del Bautismo. Este sacramento está en el origen de la comunión eclesial en la santidad. Es lo que se deduce del texto paulino: “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef.4,5), citado por el Concilio Vaticano II, que de él saca la afirmación sobre la comunidad que une a los cristianos en Cristo y en la Iglesia (LG 32). En esta participación en la vida de Cristo mediante el Bautismo se enmarca la santidad ontológica, eclesiológica y ética de todo creyente, ya sea clérigo o laico (cf. LG 40)..

“La santidad es pertenencia a Dios; esta pertenencia se materializa en el Bautismo, cuando Cristo toma posesión del ser humano para hacerlo “partícipe de la naturaleza divina” (cf. IPed.1,4) que hay en Él en virtud de la Encarnación (cf. ST,III,q.7,a.13,q.8,a.5). Cristo se convierte así, verdaderamente, como se ha dicho en “vida del alma”. El carácter sacramental impreso en el hombre por el Bautismo es el signo y el vínculo de la consagración a Dios. Esta es la razón por la que Pablo, hablando de los bautizados, los llama “los santos” (cf. Rm.1,7; ICort.1,2; ICort.1,1).

- De la santidad ontológica se deriva el compromiso de la santidad ética

“El Concilio Vaticano II afirma que todos deben “con la ayuda de Dios, mantener y perfeccionar, viviéndola, la santidad que han recibido” (LG 40). Todos deben aspirar a la santidad, porque tienen ya su germen en ellos mismos; deben desarrollar esta santidad que les ha sido concedida. Todos deben vivir “como conviene a los santos” (Ef.5,3) y revestirse, “como elegidos de Dios, santos y amados, de sentimientos de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad” (Col.3,12).

- La santidad y las tentaciones

“La santidad que poseen no los preserva de las tentaciones ni de toda culpa porque permanece en los bautizados la persistente fragilidad de la naturaleza humana en la vida presente. El Concilio de Trento enseña, al respecto, que nadie puede, durante toda la vida, evitar todo pecado, incluso venial, sin un especial privilegio de Dios, como la Iglesia cree haber sucedido en el caso de la Virgen Santísima. Esto invita a la oración para obtener del Señor una gracia siempre nueva, la perseverancia en el bien y el perdón de los pecados: “perdona nuestras deudas” (Mt.6,12).

- Todos los seguidores de Cristo están llamados a la santidad.

“Según el Concilio, todos los seguidores de Cristo, también los laicos, están llamados a la perfección de la caridad (LG 40). La tendencia a la perfección no es un privilegio de algunos, sino un compromiso de todos los miembros de la Iglesia. Y compromiso por la perfección cristiana significa camino perseverante hacia la santidad (cf. LG 40). Y por ello, “todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad” (ib.). Justamente gracias a la santificación de cada uno es introducida una nueva perfección humana en la sociedad terrena. (...) El Concilio enseña que por esta santidad se promueve, también en la sociedad terrena, un modo de vida más humano” (ib.).

- Para todos es válida la llamada divina a la santidad

“En este punto es necesario notar que la riqueza infinita de la gracia de Cristo, participada a los hombres, se traduce en una caridad y variedad de dones, con los cuales cada uno puede servir y beneficiar a los demás en el único cuerpo de la Iglesia. Así dice San Pedro: “El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (IPedr.4,10). También el concilio Vaticano II dice

que “una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios” (LG 41).

- Los obispos, los presbíteros, los diáconos...

De esta forma, recuerda el camino de santidad para los obispos, los sacerdotes, los diáconos y los clérigos que aspiran a convertirse en ministros de Cristo, y “aquellos laicos elegidos por Dios, los cuales son llamados por el obispo para que se entreguen más plenamente a las obras apostólicas” (n.5).

- Los esposos

“Pero más expresamente el Concilio señala el camino de santidad para los cristianos comprometidos en el matrimonio: “Los cónyuges y los padres cristianos, siguiendo su propio camino, se ayuden el uno al otro en la gracia, con la fidelidad en su amor a lo largo de toda la vida, y eduquen en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas a la prole que el Señor les haya dado. De esta manera ofrecen al mundo el ejemplo de un incansable y generoso amor, construyen la fraternidad de la caridad y se presentan como testigos y cooperadores de la fecundidad de la Madre Iglesia, como símbolo y al mismo tiempo participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a sí mismo por ella” (ib.) (n.5).

- Las personas que viven solas

“El discurso puede y debe extenderse a la condición de las personas que viven solas, o por libre elección o por acontecimientos y circunstancias particulares, como los débiles y las casaderas, los viudos y las viudas, los separados y los alejados. Para todos es válida la llamada divina a la santidad, actualizada en forma de caridad”. (n.5).

- Los trabajadores, los pobres, los perseguidos...

El discurso puede y debe extenderse también (...) a los que, en la vida profesional ordinaria y en el trabajo cotidiano, trabajan por el bien de los hermanos y por el progreso de la sociedad, a imitación de Jesús trabajador. Puede y debe extenderse, por último, a todos los que, como dice el Concilio, “se ven oprimidos por la pobreza, la enfermedad, los achaques y otros muchos sufrimientos o padecen persecuciones por la justicia”: ellos están “unidos de forma especial a Cristo en sus dolores por la salvación del mundo” (LG 41).

- Conclusión

“Muchos son, pues, los aspectos y las formas de la santidad cristiana que están abiertas a los laicos, en sus diversas condiciones de vida, en las que están llamados a imitar a Cristo, y pueden recibir de Él la gracia necesaria para cumplir su misión en el mundo. Todos están invitados por Dios a recorrer el camino de la santidad y a atraer hacia este camino a sus compañeros de vida y de trabajo en el mundo de las cosas temporales”. (O.R.; 25-11-93; original italiano, traducción de Ecclesia).

M) CANONIZACIONES Y BEATIFICACIONES

*** Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de once religiosas españolas y un monje libanés (10-V-1998).**

“Ante la comunidad de los creyentes, llamados a anunciar el Evangelio y a testimoniar su fidelidad a Cristo aun en medio de pruebas de diversos tipos, brilla la meta suprema: la Jerusalén celestial. Todos nos encaminamos hacia esa meta, en la que ya nos han precedido los santos y los mártires a lo largo de los siglos. En nuestra peregrinación terrena, estos hermanos y hermanas nuestros, que han pasado victorioso por la “gran tribulación”, nos brindan su ejemplo, su estímulo y su aliento. La Iglesia, “que prosigue su peregrinación en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” (S. Agustín), se siente sostenida y animada por el ejemplo y la comunión de la Iglesia celestial” (n.1).

“ En el glorioso ejército de los santos y los beatos, que gozan de la visión de Dios, contemplamos de modo particular a nuestros ilustres hermanos y hermanas en la fe que hoy tengo la alegría de elevar al honor de los altares. (...) Con experiencias muy diversas y en ambientes muy diferentes, vivieron de modo heroico una perfecta adhesión a Cristo y una ardiente caridad con el prójimo (n.1).

“ Junto con María, Reina de los Santos, y con toda la Iglesia, demos gracias a Dios por las maravillas que realizó en estos hermanos y hermanas nuestros, que resplandecen como faros de esperanza para todos. Constituyen para toda la humanidad, ya en el umbral del tercer milenio cristiano, una fuerte llamada a los valores perennes del espíritu” (n.8)

“Haciendo nuestras las palabras de la liturgia, alabamos al Señor por el precioso don de estos beatos, que enriquecen con renovado esplendor el rostro de la Iglesia “ (n.8). (Boletín Oficial. Diócesis de Coria-Cáceres;Octubre; 1998; 843-846).

*** Homilía de Juan Pablo II en la beatificación de los Siervos de Dios Luigi Talamoni, Matilde del Sdo. Corazón Téllez Robles y María Cándida de la Eucaristía (21-III-2004).**

“Singulares testigos de la amorosa Providencia divina que acompaña el camino de la humanidad son los cuatro nuevos beatos que la Iglesia presenta hoy a nuestra atención. (...) Sostenidos por la indómita confianza en el Padre celestial, afrontaron los trabajos y las tribulaciones de la peregrinación

terrenal. Cristo fue siempre su apoyo y su consuelo en las difíciles vicisitudes de la existencia. Así experimentaron en sí mismos hasta qué punto es verdad que vivir en Él significa convertirse en “criaturas nuevas” (cf. ICort.5,17) (n.2).

El Santo Padre describe a continuación la semblanza de cada uno de los nuevos beatos, y termina diciendo: “La invitación a la alegría que caracteriza a la liturgia de este día se amplía gracias al don de estos beatos (...) quienes nos dan a probar a los peregrinos en la tierra el gozo del Paraíso y son para todos los creyentes testigos de consoladora esperanza” (n.7). (Ecclesia, n.3199; 3-IV-2004).

*** Homilía de Juan Pablo II durante la misa de Beatificación de Pere Tarrés i Claret, Alberto Marvelli y Pina Suriano (5-IX-2004).**

El Santo Padre se pregunta: ¿cuál es el camino para alcanzar la santidad. Es el camino de la cruz (cf. Lc.14,27). “Llevar la cruz detrás de Jesús” significa estar dispuestos a cualquier sacrificio por su amor. Significa no poner a nada ni a nadie antes que a Él, ni siquiera a las personas más queridas, ni siquiera la propia vida” (n.1).

“Adherirse a Cristo es una opción exigente. No por casualidad Jesús habla de “cruz”. Sin embargo, precisa inmediatamente después “detrás de mí”. Este es el gran mensaje: no estamos solos llevando la cruz. Delante de nosotros camina Él, abriéndonos el camino con la luz de su ejemplo y con la fuerza de su amor” (n.2).

“No hay mayor amor que el de la cruz; no hay libertad más verdadera que la del amor; no hay fraternidad más plena que la que nace de la cruz de Jesús” (n.3).

“De la cruz de Jesús se han hecho humildes discípulos y testigos heroicos los tres beatos P. Tarrés, A. Marvelli y P. Soriano.

El Santo Padre invita a todos diciendo: “Hoy el Señor, a través de la beatificación de estos tres siervos de Dios, os dice: el don más grande que podéis hacer a la Iglesia y al mundo es la santidad. Llevad en vuestro corazón lo que la Iglesia lleva en el suyo: que muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo queden conquistados por el atractivo de Cristo; que su Evangelio vuelva a brillar como luz de esperanza para los pobres, los enfermos, los hambrientos de justicia; que las comunidades cristianas sean cada vez más vivas, abiertas,

atractivas; que nuestras ciudades sean hospitalarias y vivibles para todos; que la humanidad pueda seguir los caminos de la paz y de la fraternidad” (n.7)..

- Palabras a los laicos cristianos

“A vosotros, laicos, os corresponde testimoniar la fe a través de las virtudes que os son más específicas: la fidelidad y la ternura en familia, la competencia en el trabajo, la tenacidad en el servicio al bien común, la solidaridad en las relaciones sociales, la creatividad para emprender obras útiles para la evangelización y la promoción humana. A vosotros os corresponde también mostrar -en estrecha comunión con los pastores- que el Evangelio es actual, y que la fe no saca al creyente de la historia, sino que lo sumerge más profundamente en ella. ¡Ánimo Acción Católica! ¡Que el Señor guarde tu camino de reconovación!” (n.8) (Original italiano y español procedente del archivo informático de la Santa Sede; traducción de Ecclesia. Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres;Julio-octubre 2004;782-786).

N) LA ESCATOLOGÍA

No queremos que falte la enseñanzas de Juan Pablo II sobre la escatología, que con anterioridad llamábamos “muerte, juicio, infierno y gloria”. Es un tema de verdadera importancia para todos y cada uno de los seres humanos. Es un tema que debemos anunciar y no silenciar. Es un tema que necesita ser expuesto con la suficiente claridad y siempre en coherencia con la revelación cristiana. Es un tema que forma parte esencial del Cristianismo.

“La conmemoración de los fieles difuntos nos hace entrar en el gran capítulo de los “Novísimos” -muerte, juicio, infierno y gloria-. Es la perspectiva que debemos tener ininterrumpidamente ante los ojos, es el secreto para que la vida tenga siempre plenitud de significado y se desenvuelva cada día con la fuerza de la esperanza” (60).

1.- La Muerte

En diversos discursos, homilías, alocuciones el Santo Padre ha abordado el tema de la muerte. El hombre y la mujer de todos los tiempos se enfrenta con ella desde distintas perspectivas ideológicas y con diversos estados de ánimo, pero siempre como un enigma que está delante de él y ante el cual no tiene respuestas últimas y totales.

*** Homilía de Juan Pablo II en la Parroquia de la Inmaculada Concepción. Roma, 2-X-1986).**

“La muerte física es para los creyentes sólo un paso de una existencia de dolores y de pruebas a la vida plena y duradera en la felicidad de Dios; no es ya un castigo sino una liberación de los múltiples males, introducidos en la vida humana por el pecado” (61).

*** Homilía de Juan Pablo II (8-XI-1987).**

“Mirad, la muerte no es solamente una necesidad biológica, un destino existencial y una predestinación para todos los hombres que viven en esta tierra. La muerte es al mismo tiempo -a la luz de la Revelación y de la fe- un gran encuentro. Es el encuentro con el Esposo. El encuentro en Cristo con Dios, que tanto nos amó a cada uno de nosotros, que nos dio a su Hijo Unigénito para que el hombre no perezca, sino que tenga la vida eterna” (cf. Jn.3,16) (62).

*** Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de la XI Región de los EE.UU de América, en “visita ad limina” a Roma (8-VII-1988).**

“El último enigma para los seres humanos es la muerte. Mirando a Cristo, el hombre aprende que está destinado a la vida. El que come la carne de Cristo y bebe su Sangre tiene ya vida eterna (cf. Jn.6,54). Por último, derrotando la muerte con su resurrección, Cristo revela la resurrección de todos; proclama la vida y revela el hombre al hombre en su destino último, que es vida” (63).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia general de 7-XII-1988).**

“Jesús con su muerte revela que al final de la vida el hombre no está destinado a sumrgirse en la oscuridad, en el vacío existencial, en la vorágine de la nada, sino que está invitado al encuentro con el Padre, hacia el que se ha movido en el camino de la fe y del amor durante la vida, y en cuyos brazos se ha arrojado con santo abandono en la hora de la muerte. Según el concepto cristiano de la vida y de la muerte, los hombres, hasta el momento de la muerte, están llamados a cumplir la voluntad del Padre. La muerte es el último acto, el definitivo y decisivo, del cumplimiento de esta voluntad. Jesús nos lo enseña desde la cruz” (64).

*** Discurso de Juan Pablo II al Congreso de la Pontificia Academia de las Ciencias (14-XII-1989).**

El Santo Padre se plantea las preguntas que todos nos hacemos: ¿Por qué existe la muerte? ¿Cuál es su sentido? Y responde así: “ La fe cristiana afirma la existencia de un lazo misterioso entre la muerte y el desorden moral, el pecado. Pero al mismo tiempo, la fe penetra la muerte con un sentido positivo, porque ésta tiene la perspectiva de la resurrección. La fe nos muestra al Verbo de Dios que asume nuestra condición mortal y que ofrece su vida en la cruz como sacrificio por nosotros, pecadores. La muerte no es ni una simple consecuencia física, ni solamente un castigo. Esta se convierte en el don de sí mismo por amor. En Cristo resucitado la muerte aparece definitivamente vencida” (65).

2.- El Juicio

El Santo Padre aborda también el tema del juicio: “todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios. Todos debemos dar cuentas de nuestra vida ante el Señor.

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia general (20-VII-1983)**

“La fe de la Iglesia, fundada sobre la Revelación divina, nos enseña que cada uno de nosotros será juzgado según sus obras, porque en nuestras obras es la persona la que se expresa, se realiza y se plasma” (66).

*** Homilía de Juan Pablo II (25-X-1987)**

En el texto anterior, Juan Pablo II se refiere al “juicio particular” del hombre y de la mujer. Ahora el Papa habla del “juicio universal”.

“Estas palabras -juicio final- están sacadas de la página evangélica del juicio final, al que todos seremos convocados al final de los tiempos: “Y serán reunidos (ante el hijo del Hombre) todas las naciones, y Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras” (Mt.25,32) (67).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la jornada Mundial de la paz (8-XII-1992).**

“El ejemplo de Cristo, así como su palabra, es norma para los cristianos. Sabemos que todos, sin distinción, en el día del juicio universal, seremos juzgados sobre nuestro amor concreto a los hermanos. Es más, será en el amor manifestado conherentemente cómo muchos, aquel día, descubrirán que encontraron a Cristo, aun no habiéndolo conocido de manera explícita (cf. Mt.25, 35-37) (68).

*** Catequesis en la Audiencia general (7-VII-1999).**

- La figura del Mesías y el juicio

“La figura del Mesías, bosquejada en muchos textos -principalmente de los libros proféticos- asume, desde el punto de vista de la salvación, las funciones de gobierno y del juicio, con vistas a la prosperidad y al crecimiento de la comunidad y de cada uno de sus miembros. La función judicial habrá de ejercerse sobre buenos y malos, que juntos se presentarán a un juicio en el que el triunfo de los justos se transformará en espanto y estupor para los impíos (cf. Sab.4,40-5,23; Dn.12,1-3) (n.2).

- El juicio vinculado a Cristo

“En el Nuevo Testamento el juicio divino está relacionado con la obra salvífica de Cristo. Jesús es el Hijo del hombre al que el Padre ha transmitido

el poder de juzgar. Ejercerá el juicio sobre quienes surjan de los sepulcros, separando los destinados a una resurrección de vida de los que experimentarán una resurrección de condena (cf. Jn.5,26-30). Sin embargo, como subraya Juan: “Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (3,17). Sólo quien rechace la salvación que Dios ofrece con misericordia ilimitada se verá condenado, ya que se habrá “autocondenado” (n.3)..

- Justicia y juicio en San Pablo

“San Pablo profundiza en sentido salvífico el concepto de justicia de Dios”, la cual “por la fe en Jesucristo viene (...) a todos los que creen” (Rm.3,22). La justicia de Dios está íntimamente ligada al don de la reconciliación: si a través de Cristo nos dejamos reconciliar con el Padre, también nosotros podemos hacernos, por medio de Él, justicia de Dios (cf. ICort.5,18-21).

Juicio y misericordia se conciben pues como dos dimensiones del mismo misterio de amor: “Pues Dios nos encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (Rm.11,32). El amor, que está en la base de la actitud divina y debe llegar a ser virtud fundamental del creyente, nos impulsa por tanto a confiar en el día del juicio, desterrando todo temor (cf. IIJn.4,18)... A imagen de este juicio divino, también el juicio humano debe ejercerse conforme a una ley de libertad en la que ha de prevalecer precisamente la misericordia” (cf. St.2,12-13) (n.4).

- Dios es Padre de misericordia y de toda consolación

Dios es Padre de misericordia y de todo consuelo. Por ello, en la quinta súplica de la oración del Padrenuestro, “nuestra petición empieza con una “confesión” en la que afirmamos, al mismo tiempo, nuestra miseria y su misericordia” (CATIC, n.2839). Al revelarnos la plenitud de la misericordia del Padre, Jesús también nos ha enseñado que a ese Padre tan justo y misericordioso sólo puede accederse mediante la experiencia de la misericordia, que debe caracterizar nuestras relaciones con el prójimo.”Este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido (...) Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre” (CATIC, n.2840) (69).

3.- El Infierno

*** Homilía de Juan Pablo II en San Antonio (EE.UU.) (13-IX-1987).**

Con palabras claras e inteligibles, el Santo Padre nos dice a todos: “deseo invitar a todos los que están escuchando mis palabras a no olvidar nuestro destino inmortal: la vida después de la muerte, la eterna felicidad en el cielo, o la terrible posibilidad del castigo eterno, la separación eterna de Dios en lo que la tradición cristiana ha llamado infierno (cf. Mt.25,41; 22,13; 25,30). No puede haber una vida verdaderamente cristiana sin una apertura a esta dimensión trascendente de nuestras vidas. “En la vida y en la muerte somos del Señor” (70).

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia general (28-VII-1999).**

- Aproximación teológica al “infierno”

“Dios es Padre infinitamente bueno y misericordioso. Pero, por desgracia, el hombre, llamado a responderle en la libertad, puede elegir rechazar definitivamente su amor y su perdón, renunciando así para siempre a la comunicación gozosa con Él. Precisamente esta trágica situación es lo que señala la doctrina cristiana cuando habla de condenación o infierno. No se trata de un castigo de Dios infligido desde el exterior, sino del desarrollo de premisas ya puestas en esta vida. La misma dimensión de infelicidad que conlleva esta oscura condición puede intuirse, en cierto modo, a la luz de algunas experiencias nuestras terribles, que convierten la vida, como suele decirse, en “un infierno”. Con todo, en sentido teológico, el infierno es algo muy diferente: es la última consecuencia del pecado mismo, que se vuelve contra quien lo ha cometido. Es la situación en que se sitúa definitivamente quien rechaza la misericordia del Padre incluso en el último instante de su vida” (n.1).

- Las expresiones de la Sagrada Escritura en torno al infierno

“Las imágenes con las que la Sagrada Escritura nos presenta el infierno deben interpretarse correctamente. Expresan la completa frustración y vaciedad de una vida sin Dios. El infierno, más que un lugar, indica la situación en que llega a encontrarse quien libre y definitivamente se aleja de Dios, manantial de vida y de alegría. Así resume los datos de la fe sobre este tema el Catecismo de la Iglesia católica: “Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra infierno” (n.1033) (n.3).

“Por eso la “condenación” no ha de atribuirse a la iniciativa de Dios, dado que en su amor misericordioso Él no puede querer sino la salvación de los seres que ha creado. En realidad es la criatura la que se cierra a su amor. La “condenación” consiste precisamente en que el hombre se aleja definitivamente de Dios, por elección libre y confirmada con la muerte, que sella para siempre esa opción. La sentencia de Dios ratifica ese estado” (n.3).

- Exhortación al hombre y a la mujer

“La fe cristiana enseña que, en el riesgo del “sí” y del “no” que caracteriza la libertad de las criaturas, alguien ha dicho ya “no”. Se trata de las criaturas espirituales que se rebelaron contra el amor de Dios y a las que se llama demonios (Conc. IV de Letrán). Para nosotros, los seres humanos, esa historia resuena como una advertencia: nos exhorta continuamente a evitar la tragedia en la que desemboca el pecado y a vivir nuestra vida según el modelo de Jesús, que siempre dijo “sí” a Dios (n.3).

- La condenación

La condenación sigue siendo una posibilidad real, pero no nos es dado conocer, sin especial revelación divina, si los seres humanos, y cuáles, han quedado implicados efectivamente en ella. El pensamiento del infierno -y mucho menos la utilización impropia de las imágenes bíblicas- no debe crear psicosis o angustia; pero representa una exhortación necesaria y saludable a la libertad, dentro del anuncio de que Jesús resucitado ha vencido a Satanás, dándonos el Espíritu de Dios, que nos hace invocar “Abba,. Padre” (Rm.8,15; Gál.4,6)” (n.4).

Esta perspectiva, llena de esperanza, prevalece en el anuncio cristiano. Se refleja eficazmente en la tradición litúrgica de la Iglesia, como lo atestiguan, por ejemplo, las palabras del Canon Romano: “Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa (...), líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos” (n.4) (71).

4.- La Gloria del cielo

*** Catequesis de Juan Pablo II en la Audiencia general (2-XI-1988)**

“La perspectiva última, la esperanza para el cristiano que vive en gracia de Dios no es la muerte, sino la vida. Y la vida eterna, como dice la Escritura, es una participación plena e indefectible en la vida misma infinita de Dios, más allá de los límites de la vida presente y de la muerte (...). Cristo supo hacer de la muerte un acto de ofrecimiento, un acto de amor, un acto de

rescate y de liberación del pecado y de la misma muerte. Aceptando cristianamente la muerte venceremos para siempre la muerte.

Si morimos en gracia de Dios, sabemos con certeza que entramos en la vida y en la felicidad y que nuestra alma se unirá un día a ese cuerpo que fue deshecho por la muerte, para que también él participe, de alguna forma, de la visión beatífica del Paraíso. La vida de aquí abajo no es un camino hacia la muerte, sino hacia la vida, hacia la luz, hacia el Señor. La muerte, empezando por la del pecado, puede y debe ser vencida .

Deberíamos quizá preguntarnos, también nosotros cristianos, si, cómo y cuánto sabemos pensar en la muerte” (72).

*** Homilía de Juan Pablo II (8-I-1995)**

“¡Qué sugestiva es esa liturgia en la Capilla Sixtina! Desde luego, no es habitual encontrarse aquí para estas ocasiones. Contemplemos la escena del juicio universal, que tenemos aquí delante. Nos presenta la alegría de quienes escogieron a Cristo y lo siguieron, así como la desesperación de los que lo rechazaron: vidas logradas y vidas fracasadas; personas a quienes la docilidad a la gracia divina transformó en instrumentos de bien y signos del amor de Dios a sus hermanos, junto a criaturas a quienes, por haber desobedecido al Señor, se encaminan hacia la condenación eterna” (73).

*** Catequesis en la Audiencia general del 21 de junio de 1999**

En esta catequesis el Santo Padre aborda el tema del cielo. Ofrecemos a continuación lo más importante de esta catequesis.

- Llamada de atención

“Cuando haya pasado la apariencia de este mundo, quienes hayan acogido a Dios en su vida y se hayan abierto sinceramente a su amor por lo menos en el momento de la muerte, podrán gozar de esa plenitud de comunión con Él que constituye la meta de la humana existencia” (n.1).

- Qué es el cielo

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña: “esta vida perfecta con la Stma. Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados, se llama “el cielo”. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha” (n.1024).

El en lenguaje bíblico, el “cielo”, cuando está unido a la “tierra”, designa una parte del universo. A propósito de la creación dice la Escritura: “Al principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn.1,1).

En el plano metafórico, el cielo se concibe como morada de Dios, que en ello se distingue de los hombres (cf. Sal.104,2s; 115,16; Is.66,1), y que desde lo alto de los cielos ve y juzga (cf. Sal.113,4-9) y desciende cuando se le invoca (cf. Sal.18,7.10; 144,5). Sin embargo, la metáfora bíblica deja bien claro que Dios no se identifica con el cielo ni puede caber en el (cf. IReg. 8,27); y ello es así, si bien en algunos pasajes del I Libro de los Macabeos, “el Cielo” es sencillamente un nombre de Dios (IMac.3,18.19.50.60; 4,24.55).

A la representación del cielo como morada trascendente del Dios vivo, aádese la imagen del lugar al que también los creyentes pueden ascender, como se desprende en el AT de los casos de Enoc (cf. Gn.5,24) y de Elías (cf. IIReg.2,11). El cielo se transforma así en imagen de la vida en Dios. En este sentido habla Jesús de “recompensa” (...) en el cielo” (Mt.6,20; cf. 19,21) (n.2).

El Nuevo Testamento ahonda la idea del cielo también en relación con el misterio de Cristo. Para indicar que el sacrificio del Redentor asume valor perfecto y definitivo, la Carta a los hebreos afirma que Jesús “ha atravesado el cielo” (Heb.4,14) y “ha entrado no en un santuario construido por hombres - imagen del auténtico-, sino en el mismo cielo” (Heb.9,24). Los creyentes, por su parte, al ser amados de forma especial por el Padre, son resucitados con Cristo y se transforman en ciudadanos del cielo (cf. Ef.2,4-7). La paternidad de Dios, rico en misericordia, experimentanla las criaturas mediante el amor del Hijo de Dios crucificado y resucitado, quien como Señor está sentado en el cielo a la derecha del Padre” (n.3).

La participación en la plena intimidad con el Padre tras el camino del ino de nuestra vida terrenal, pasa pues por la inserción en el misterio pascual de Cristo. San Pablo subraya con poderosa imagen espacial este caminar nuestro hacia Cristo en el cielo al final de los tiempos (ITes.4,17-18) (n.4).

- Adentrémonos en el misterio del cielo

En el marco de la revelación, sabemos que el “cielo” o la “bienaventuranza” en que habremos de encontrarnos no son una abstracción, no siquiera un lugar físico entre las nubes, sino una relación vova yeprosnal cpon la trinidad santa. Es el encuentro con el Padre que se realiza en Cristo resucitado gracias a la comunión del Espíritu Santo.

- Mantener una sobriedad al hablar de los “novísimos”.

“Es menester guardar siempre cierta sobriedad a la hora de describir estas “postrimerías”, y que la representación de las mismas resulta invariablemente inadecuada. Hoy en día, el lenguaje de corte personalista logra describir con menor impropiedad la situación de felicidad y paz en que habrá de establecerse la comunión definitiva con Dios” (n.4).

El Catecismo de la Iglesia Católica sintetiza la doctrina eclesial acerca de esta verdad cuando afirma que “por su muerte y resurrección Jesucristo nos ha “abierto” el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo, quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él” (n.1026).

- Anticipación del cielo

Esta situación final puede sin embargo adelantarse de alguna manera hoy, tanto en la vida sacramental -en cuyo centro se encuentra la Eucaristía- como en la entrega de sí mismo mediante la caridad fraterna. Si sabemos disfrutar de forma ordenada de los bienes que el Señor nos otorga cada día, experimentaremos ya esa dicha y esa paz de las que un día gozaremos plenamente. Sabemos que en esta fase terrenal todo vive bajo el signo del límite, pero el recuerdo de las “postrimerías” o “realidades últimas” nos ayuda a vivir bien las “realidades penúltimas”. Somos conscientes de que, mientras caminamos en este mundo, estamos llamados a buscar “los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios” (Col.,3,1), para estar con Él en la consumación escatológica, cuando en el Espíritu reconcilie totalmente con el Padre “los (seres) del cielo y los de la tierra” (Col.1,20) (74).

5.- El Purgatorio

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles (4-VIII-1999)**

Como hemos visto en las catequesis anteriores, a partir de la opción definitiva por Dios o contra Dios, el hombre se encuentra ante una alternativa: o vive con el Señor en la bienaventuranza eterna, o permanece alejado de su presencia (n.1).

Para cuantos se encuentran en la condición de apertura a Dios, pero de un modo imperfecto, el camino hacia la bienaventuranza plena requiere una purificación, que la fe de la Iglesia ilustra mediante la doctrina del “purgatorio” (cf. CATIC, nn.1030-1032).

- El Purgatorio en las Escrituras.

“En la sagrada Escritura se pueden captar algunos elementos que ayudan a comprender el sentido de esta doctrina, aunque no esté enunciada de modo explícito. Expresan la convicción de que no se puede acceder a Dios sin pasar a través del algún tipo de purificación. Según la legislación religiosa del AT, lo que está destinado a Dios debe ser perfecto. En consecuencia, también la integridad física es particularmente exigida para las realidades que entran en contacto con Dios en el plano sacrificial, como por ejemplo, los animales para inmolar (cf. Lev.22,22), o en el institucional, como en el caso de los sacerdotes, ministros del culto (cf. Lev. 21,17-23).

A esta integridad física debe corresponder una entrega total, tanto de las personas como de la colectividad (cf. IReg.8,61), al Dios de la alianza de acuerdo con las grandes enseñanzas del Deuteronomio (cf. Deut.6,5). Se trata de amar a Dios con todo el ser, con pureza de corazón y con el testimonio de las obras (cf. Deut.10,12s).

La exigencia de integridad se impone evidentemente después de la muerte, para entrar en comunión perfecta y definitiva con Dios. Quien no tiene esta integridad debe pasar por la purificación. Un texto de San Pablo lo sugiere. El Apóstol habla del valor de la obra de cada uno, que se revelará el día del juicio, y dice: “Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento (Cristo), resista, recibirá la recompensa. Mas aquel, cuya obra quede abrasada, sufrirá el daño. Él, no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego” (ICor.3,14-15) (n.2)..

- La intercesión o mediación de una persona

A) El Antiguo Testamento

“Para alcanzar un estado de integridad perfecta es necesaria, a veces, la intercesión o la mediación de una persona. Por ejemplo, Moisés obtiene el perdón del pueblo con una súplica, en la que evoca la obra salvífica realizada por Dios en el pasado e invoca su fidelidad al juramento hecho a los padres (cf. Ex.32,30 y vv.11-13). La figura del Siervo del Señor, delineada por el libro de Isaías, se caracteriza también por su función de interceder y expiar a

favor de muchos; al término de sus sufrimientos, él “verá la luz” y “justificará a muchos”, cargando con sus culpas (cf. Is.52,13-53,12, especialmente 53,11).

El Salmo 51 puede considerarse, desde la visión del AT, una síntesis del proceso de reintegración: el pecador confiesa y reconoce la propia culpa (v.6), y pide insistentemente ser purificado o “lavado” (vv.4.9.12 y 16), para poder proclamar la alabanza divina (v.17)”. (n.3).

B) El Nuevo Testamento

“El Nuevo Testamento presenta a Cristo como el intercesor, que desempeña las funciones del sumo sacerdote el día de la expiación (cf. heb.5,7: 7,25). Peor en Él el sacerdocio presenta una configuración nueva y definitiva. Él entra una sola vez en el santuario celestial para interceder ante Dios a favor nuestro (cf. Hb.9,23-26, especialmente el v.24). Es Sacerdote y, al mismo tiempo, “víctima de propiciación” por los pecados de todo el mundo (cf. IJn.2,2).

Jesús como el gran intercesor que expía por nosotros se revelará plenamente al final de nuestra vida, cuando se manifieste con el ofrecimiento de misericordia, pero también con el juicio inevitable para quien rechaza el amor y el perdón del Padre.

El ofrecimiento de misericordia no excluye el deber de presentarnos puros e íntegros ante Dios, ricos de esa caridad que Pablo llama “vínculo de la perfección” (Col.3,14) (n.4).

- Llamados a crecer durante nuestra vida en este mundo

“Durante nuestra vida terrena, siguiendo la exhortación evangélica a ser perfectos como el Padre celestial (cf. Mt.5,48), estamos llamados a crecer en el amor, para hallarnos firmes e irrepreensibles en presencia de Dios Padre, en el momento de la “venida de nuestro Señor Jesucristo, con todos sus santos” (Ites.3,12s). Por otra parte, estamos invitados a “purificarnos de toda mancha de la carne y del espíritu” (ICort.7,1; cf. IJn.3,3), porque el encuentro con Dios requiere una pureza absoluta.

- Aproximación teológica al Purgatorio

Hay que eliminar todo vestigio de apego al mal y corregir toda imperfección del alma. La purificación debe ser completa, y precisamente esto es lo que enseña la doctrina de la Iglesia sobre el purgatorio. Este término no indica un lugar, sino una condición de vida. Quienes después de la muerte

viven en un estado de purificación y están en el amor de Cristo que los libera de los residuos de la imperfección (cf. Conc. de Florencia; Conc. de Trento).

Hay que precisar que el estado de purificación no es una prolongación de la situación terrena, como si después de la muerte se diera una ulterior posibilidad de cambiar el propio destino. La enseñanza de la Iglesia a este propósito es inequívoca, y ha sido reafirmada por el Concilio Vaticano II, que enseña: “Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra (cf. Hb.9,27), mereceremos entrar con Él en la boda y ser contados entre los santos y no nos mandará ir, como siervos malos y perezosos al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde “habrá llanto y rechinar de dientes” (Mt.22,13 y 25,30) (LG 48) (n.5).

- La dimensión comunitaria

“Hay que proponer hoy de nuevo un último aspecto importante, que la tradición de la Iglesia siempre ha puesto de relieve; la dimensión comunitaria. En efecto, quienes se encuentran en la condición de purificación están unidos tanto a los bienaventurados, que ya gozan plenamente de la vida eterna, como a nosotros, que caminamos por este mundo hacia la casa del Padre” (cf. CATIC, n.1032).

Así como en la vida terrena los creyentes están unidos entre sí en el único Cuerpo místico, así también después de la muerte los que viven en estado de purificación experimentan la misma solidaridad eclesial que actúa en la oración, en los sufragios y en la caridad de los demás hermanos en la fe. La purificación se realiza en el vínculo esencial que se crea entre quienes viven la vida del tiempo presente y quienes ya gozan de la bienaventuranza eterna” (75).

6.- La resurrección de los muertos

*** Alocución dominical de Juan Pablo II (1-XI-1994)**

“La muerte abre a las almas un nuevo horizonte de vida, en la dirección marcada por el juicio de Dios sobre el bien o el mal que han hecho. Más aún, la fe nos asegura que, de un modo misterioso que sólo conoce la Sabiduría divina, también los cuerpos resucitarán al final de los tiempos., Dios quiere salvar a todo el hombre, tanto en su dimensión espiritual como corporal” (76).

NOTAS - MINISTERIO LITÚRGICO Y ESCATOLOGÍA

1.- Juan Pablo II: Alocución al grupo de Obispos brasileños de la Región de Sao Paulo en su visita “ad limina”: 20-III-1990; Ecclesia, n. 2483; 7-VII-1990; 34-35.

* Mons. Julián López Martín: “La obra litúrgica del Papa Juan Pablo II”, en “Pastoral Litúrgica”, n.287; Julio-Agosto 2005; Comisión Episcopal de Liturgia; Edice. Madrid.; 215-224.

* Isabel de Andía: “Mística y Liturgia. Retorno al misterio en el siglo del Vaticano II”, en “Dios y el Hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardedal. Ed. Sígueme. Salamanca. 2006; pp.473- 508.

1a.- Juan Pablo II: Jubileo de la Redención. Bula de convocación del Jubileo para el 150 Aniversario de la Redención (6-I-1983): Boletín oficial eclesiástico del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; febrero de 1983; 79-94.

1b.- Juan Pablo II: Alocución al Sacro Colegio y a la Curia Romana sobre el Año Jubilar de la redención (23-XII-1982); Boletín Oficial Eclesiástico. Diócesis de Coria-Cáceres; febrero- 1983; 95-106.

* AA.VV. “Reconciliación y perdón” en Concilium 204(1986) 165-298.

* Dionisio Borobio: “El perdón sacramental de los pecados”, Concilium 204(1986) 279-298.

* Dionisio Borobio: “Ministerio y ministerios de reconciliación en la Iglesia actual” en “Salmanticensis” 46 (1999); 349-373) (Revista de la Universidad Pontificia de Salamanca).

1c.- Juan Pablo II: “Tertio Millennio Adveniente”. Sígueme. Salamanca.1995

1d.- Saturnino Gamarra: “Cristo, Jubileo del Padre”; BAC. Madrid. 1997; 25.

1e.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Catechesi tradendae”; (16-X-1979); San Pablo. Madrid. 1995; 1

* Cuadernos Phase: “Itinerario Litúrgico de la preparación al Jubileo”. Comisión Litúrgica del Comité Central del gran Jubileo del Año 2000; CPL. Barcelona; 1998; 5-18.

1f.- Juan Pablo II: Encíclica “Dominum et Vivificantem” (18-V-1986), 51.

* Cuadernos Phase. “Itinerario litúrgico de la preparación al Jubileo”. Comisión Litúrgica del Comité Central del gran Jubileo del Año 2000; CPL. Barcelona; 1998;19-44.

1g.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”; Sígueme. Salamanca. 1995; n.47.

* AA.VV. ofrecen un comentario teológico-pastoral de la Carta Apostólica de Juan Pablo II: “Tercio Millennio Adveniente”; Sígueme. Salamanca. 1995.

1h.- Cuadernos Phase: “Itinerario Litúrgico de la preparación al Jubileo”. Comisión Litúrgica del Comité Central del gran Jubileo del Año 2000; CPL. Barcelona, 1998; 45-61.

1i.- Juan Pablo II: Discurso en la clausura del Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Ecuménico Vaticano II (27-II-2000); “Ecclesia”, n.2989; 18-III-2000; 25-27.

1j.- Juan Pablo II: Bula “Incarnationis Mysterium”, Bula de convocación del Gran Jubileo del 2000; Edic. Palabra, Madrid. 1999, 11.

1k.- Marcelino Legido: “Misericordia entrañable”, Sígueme. Salamanca, 1986; 269.

1l.- Juan Pablo II: Bula “Incarnationis Mysterium”, ibd. (29-XI-1998),11

* Juan Pablo II: “Tertio Millennio Adveniente”, 33.

1 ll.- Juan Pablo II: Bula “Incarnationis Mysterium”, ibd. (29-XI-1998), 11

2.- Juan Pablo II: Bula “Incarnationis Mysterium”. ibd. 29-X-1998.

* Juan Bautista Lobato: “El Jubileo en la Sagrada Escritura”: BAC 2000. Madrid. 1997.

* Saturnino Gamarra: “Cristo, Jubileo del Padre”. BAC. 2000; Madrid. 1997.

* Julián López Martín: “Jubileo 2000, un ejercicio de memoria”. BAC 2000. Madrid. 1998.

* Pedro J. Lasante: “Jubileo Año 2000”. Desafíos a la Iglesia. Edibesa. Madrid. 1999.

2a.- Catecismo de la Iglesia Católica, Asociación de Editores del Catecismo; Grafo, Bilbao; 1999; nn. 1212 y 1275

* Joseph Ratzinger: “Un Canto nuevo para el Señor”. Sígueme. Salamanca. 1999

* D. Borobio: “la Iniciación Cristiana”; Sígueme. Salamanca. 1996.

* Juan Miguel Ferrer Grenesche escribe acerca de la Iniciación Cristiana lo siguiente: “en el campo de la Iniciación Cristiana la aportación para mí más interesante del Catecismo es la de apoyar la “unidad” de este proceso y su correcta presentación integrando los diversos elementos sacramentales y extrasacramentales” (nn1212; 1229-1233). No menos importante, a mi parecer es la constante alusión al orden teológico de estos sacramentos y a la justa consideración de la articulación teológica de la Confirmación con los otros dos, aclarando el sentido de las diversas tradiciones a este respecto (nn. 1285 y 1324; 1290-1292. 1298). Igualmente me parece importante, en la praxis occidental, la insistencia en la relación “confirmación-obispo-Iglesia” (n1313).

2b.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: Catechesi tradendae”, ibd., nn. 21 y 22.

2c.- Conferencia Episcopal Española: “La Iniciación Cristiana. Reflexiones y Orientaciones”; EDICE 1999; n. 31

2d.- Congregación para el clero: “Directorio General para la Catequesis”, 68

2e.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica “Catechesi tradendae”, ibd. n. 23.

* Congregación para el Clero: “Directorio General para la catequesis” (1997); nn. 65, 66, 67 y 68).

2f.- Juan Pablo II: Discurso a los Obispos de Colombia (“Ecclesia”, n.2228; 23 de octubre de 2004).

* Mons. F. Sebastián: “La Iniciación Cristiana. Once Catequesis”. Dossiers CPL 102, Barcelona. 2004.

2g.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Ecclesia in America”, 34. San Pablo. Madrid.

2h.- Juan Pablo II: “Discurso al primer grupo de obispos españoles con ocasión de su visita “ad limina” (24-I-2005.

- * K. Rahner: “La Iglesia y los sacramentos” (Herder. Barcelona.1964)
- * O. Semmelroth: “La Iglesia, como sacramento original”; Dinor. San Sebastián”, 1963.
- * E. Schillebeeckx: “Cristo, sacramento del encuentro con Dios” (Dinor. San Sebastián. 1965).
- * J.L. Larrabe: “El sacramento como encuentro de salvación”; Fax. Madrid. 1971.
- * D.Borobio: “La Celebración en la Iglesia, I-II: “Sígueme. Salamanca. 1987-1988.
- * Philip J. Rosato: “Introducción a la Teología de los Sacramentos”, Edit. Verbo Divino. Estella. 1994
- * D. Borobio: “Pastoral de los sacramentos”. Edic. Secretariado Trinitario. Salamanca.1996.
- * D. Borobio: “Sacramentos y Etapas de la vida”. Sígueme. Salamanca. 2000.
- * Bruno Forte: “La eternidad en el tiempo”. Sígueme. Salamanca. 2000.
- * J.Mª Rovira Belloso: “Los Sacramentos, símbolos del Espíritu”;CPL. Barcelona.2001.
- * Klmens Richter: “El nuevo paradigmna de la liturgia y los sacramentos”; (Selecciones de Teología; 2006; Vol.45; n.178; 83-89).

2i.- Juan Pablo II: “Discurso de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de Portugal (30-XI-1999).

3.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”. Sígueme. Salamanca, 1995; 41.

* Juan Pablo II: “Discurso a los obispos de Canadá, en visita “ad limina”; 30-IX-1983. Ofrecemos unos textos del discurso:

- “El don divino del bautismo es fuente de toda la dignidad cristiana por ser origen de la incorporación a Cristo”.

- “La estima que la Iglesia tiene al sacramento del bautismo y sus enseñanzas sobre la necesidad del mismo para salvarse, explican por qué el nuevo Código de Derecho Canónico habla de la obligación de los padres de procurar que sus hijos se bauticen en las primeras semanas después del nacimiento”.

- “El sacramento del bautismo es fundamento de toda comunidad en la Iglesia. Es causa de cohesión en la construcción fraterna de la Iglesia”.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia del 11-I-1984,

“El Bautismo es el sacramento con el cual, a quien se hace cristiano y entra en la Iglesia, se le aplica el fruto del sacrificio de Cristo: la comunicación de la vida divina con la liberación del estado de pecado”.

* Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del 19-XII-1984

“La costumbre de conferir el bautismo a los niños poco después de su nacimiento, se desarrolla como expresión de fe viva de las comunidades y, en primer lugar, de las familias y de los padres; éstos, habiendo crecido también ellos en la fe, desean dar este don a sus hijos, lo antes posible después del nacimiento”.

* Juan Pablo II: Exhortación apostólica “Ecclesia in Africa”:14-IX-1995.

El Santo Padre recuerda el contexto en el que debe administrarse y ser recibido el sacramento del Bautismo: “Como en Pentecostés, la predicación del kerigma tiene como finalidad natural llevar a quien escucha a la metanoia y a recibir el bautismo. El anuncio de la Palabra de Dios tiende a la conversión cristiana, es decir, a la adhesión plena y sincera a Cristo y a su Evangelio mediante la fe. La conversión a Cristo, además, está relacionada con el bautismo no solo por la praxis de la Iglesia, sino por voluntad del mismo Cristo, que envió a hacer discípulos a todas las gentes y a bautizarlas (cf. Mt.28,19), está relacionada también con la exigencia intrínseca de recibir la plenitud de la nueva vida en Él (cf. Jn.3,5).

* Juan Pablo II: Homilía en San Francisco (USA); 18-IX-1987)

Juan Pablo II recuerda que el Bautismo no sólo comunica la gracia santificante a quien lo recibe dignamente, sin poner obstáculo, sino también imprime carácter en el alma del bautizado: “Cristianos son, por tanto, quienes han sido bautizados. Somos aquellos a quienes Cristo ha venido con el poder salvífico de su misterio pascual; aquellos cuyas vidas han sido totalmente configuradas por ese poder salvífico. A decir verdad, el bautismo nos confiere un signo indeleble -llamado carácter- con el que quedamos marcados durante toda nuestra vida terrena y en el más allá. Este signo está con nosotros cuando morimos y cuando nos encontramos en el juicio ante Dios. Aunque en la práctica nuestras vidas no sean cristianas, este signo sacramental indeleble del bautismo permanece con nosotros por toda la eternidad”.

* AA.VV. “Le baptême. Entrée dans l’existence chrétienne”; Faculté universitaire Saint-Louis Bruxelles. 1983.

* Valter M. Goedert: “Teología del bautismo”. Edic. Paulinas. Caracas (Venezuela). 1991

* Piero Coda: “Uno en Cristo Jesús”. El Bautismo como acontecimiento trinitario”. Edit. Ciudad Nueva. Madrid. 1997

* Florentino Muñoz: “El Bautismo. Aproximación al misterio del Bautismo”; Imprenta Cerro. Coria (Cáceres); 2001.

3a.- Juan Pablo II: “Homilía en la Catedral de Westminster”, Londres (Gran Bretaña), n.4; 28-V-1982.

* Juan Pablo II: “Homilía en Brisbane (Australia); 25-XI-1986. “Nosotros empezamos a participar en la muerte y resurrección de Cristo cuando recibimos el sacramento del bautismo. Es así como empezamos a participar en la victoria del amor. Y este sacramento inicial de la fe es el fundamento de toda la vida de la persona bautizado: el fundamento del ser cristiano”.

* Juan Pablo II: (Homilía; 31-V-1987): “El sacramento del bautismo es un renacimiento, es decir, un nuevo nacimiento mediante el agua y el Espíritu Santo (cf. Jn.3,3-5). Mediante el bautismo -como enseña San Pablo- participamos en la muerte salvífica de Cristo, en su resurrección: morimos con Él para resucitar con Él a la vida nueva en Dios”.

3b.- Juan Pablo II: “Homilía en la Catedral de Westminster”, Londres (Gran Bretaña), n.5; 28-V-1982.

* Juan Pablo II: “Mensaje en el V Centenario de los primeros bautismos en América; 4-IX-1996). “Formando parte del Pueblo de Dios, los cristianos incorporados a Cristo por el bautismo, participan también en las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey, realizando cada cual según su condición la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. Por ello “están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia” (LG 11), siendo así sal de la tierra y luz del mundo. Además, en virtud del nuevo nacimiento de Cristo, todos tienen la misma dignidad, la misma gracia de hijos y la misma vocación a la perfección según los diferentes estados (LG 31).

4.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”, Sígueme. Salamanca; 1995, 41.

4a.- Juan Pablo II: “Homilía en la Catedral de Westminster”, Londres (Gran Bretaña); n.6; 28-Mayo-1982.

5.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, BAC-documentos, Madrid 2001, 31

6.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 31

7.- San León Magno: “Sermón, 21”.

7a.- Juan Pablo II: “Homilía en la Catedral de Westminster”; Londres (Gran Bretaña”; n.6, 28-V-1982.

8.- Catecismo de la Iglesia Católica, ibd., n. 1212

“La iniciación cristiana se realiza mediante el conjunto de tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación, que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en Él” (Catecismo de la Iglesia Católica”, n.1275).

* Juan Pablo II: “El catequista, educador en la fe (5-XI-1982).

* Ignacio Oñatibia: “Bautismo y Confirmación”. BAC. Madrid. 2000.

8a.- Juan Pablo II: “Homilía durante la misa en la que el Papa administró el sacramento de la Confirmación a un grupo de minusválidos” (“Cologno Monzese”, Roma, 11-Abril-1981).

9.- Catecismo de la Iglesia Católica, ibd., n. 1285

* Juan Pablo II enseña: “La confirmación, al llevar a plenitud la gracia bautismal, nos une más fuertemente a Jesucristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia. Ese sacramento también aumenta en nosotros los dones del Espíritu Santo con el fin de concedernos “una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe mediante la palabra y las obras como verdaderos testigos de Cristo, para confesar valientemente el nombre de Cristo y para no sentir jamás vergüenza de la cruz” (Catecismo de la Iglesia Católica, n.1303) (Catequesis sobre el sacramento de la confirmación en la Audiencia General del 14 de octubre de 1998”; (ibd.)

9a.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del 1 de abril de 1992: “la Confirmación, en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental” (http://www.vatican.v/holy_father/john-paul-ii).

9b.- Juan Pablo II: “Catequesis sobre el sacramento de la Confirmación en la Audiencia General del 30 de septiembre de 1998 (ibd.).

* Juan Pablo II enseña también que “el sacramento de la confirmación “perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia la gracia de Pentecostés” (Catecismo de la Iglesia Católica, n.1288). El Bautismo, que la tradición cristiana llama “el pórtico de la vida en el espíritu” (Catecismo...n.1213), nos hace renacer “del agua y del Espíritu” (cf. Jn.3,5); gracias a él participamos sacramentalmente de la muerte y la resurrección de Cristo (cf. Rm.6,1-11). La confirmación, a su vez, nos hace partícipes plenamente de la efusión del Espíritu Santo que lleva a cabo el Señor resucitado” (Catequesis sobre el sacramento de la confirmación en la Audiencia General del 30 de septiembre de 1998 (ibd.).

* Juan Pablo II manifiesta que “por medio de la unción, el confirmado recibe plenamente el don del Espíritu Santo que, de forma inicial y fundamental, ya recibió en el bautismo. Como explica el Catecismo de la Iglesia católica, “el sello es el símbolo de la persona” (cf. Gn.38,18), signo de su autoridad (cf. Gn.41,42), de su propiedad sobre un objeto (cf. Det.32,34) (n.1295). Jesús mismo declara que a él “el Padre lo ha marcado con su sello” (cf. Jn.6,27). Y, de la misma manera, nosotros, los cristianos, injertados en virtud de la fe y del bautismo en el Cuerpo de Cristo Señor, al recibir la unción somos marcados con el sello del Espíritu. (...) El sello del Espíritu Santo, por consiguiente, significa y realiza la pertenencia total del discípulo a Jesucristo, el estar para siempre a su servicio en la Iglesia, asimismo implica la promesa de la protección divina en las pruebas que deberá sufrir para dar testimonio de su fe en el mundo” (cf. Mc.13,9-11). (Catequesis sobre la confirmación en la Audiencia General del 14 de octubre de 1998; ibd.).

9c.- Catecismo de la Iglesia Católica”, ibd., n.1292.

* Juan Pablo II: “Catequesis sobre la Confirmación en la Audiencia General del 30 de septiembre de 1998”; (ibd.).

9d.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General de 1 de abril de 1992: “la confirmación, en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental”; (ibd.)

9e.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del 14 de octubre de 1989: “el sacramento de la confirmación” (Ibd.).

9f.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General: “la Confirmación, en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental” (1 de abril de 1992).

* Juan Pablo II: Catequesis sobre la Confirmación en la Audiencia General del 30 de septiembre de 1998.

9g.- Juan Pablo II: Catequesis sobre la Confirmación en la Audiencia General del 14 de octubre de 1998 (ibd.).

10.- Catecismo de la Iglesia Católica, ibd., n. 1285

11.- Pablo VI: “Divinae Consortium Naturae” (15-VIII-1971);

* Juan Pablo II afirma:

+ “El sacramento de la Confirmación da a todos los bautizados de modo nuevo el Espíritu Santo, para que puedan ser testigos de Cristo toda la vida” (Homilía en Flandes (Bélgica), 17-V-1985).

+ “La confirmación es para vosotros, queridísimos jóvenes, vuestro Pentecostés personal. Vosotros recibís hoy la efusión del Espíritu Santo que el Señor resucitado mandó a los Apóstoles el día de Pentecostés. Cada uno de los bautizados debe coger, en su historia de creyente, el momento y el misterio de Pentecostés. Éste realiza y perfecciona el don del bautismo” (Homilía en Turín (Italia); 2-IX-1988).

* Catecismo de la Iglesia Católica:

“La Confirmación perfecciona la gracia bautismal; es el sacramento que da el Espíritu Santo para enraizarnos más profundamente en la filiación divina, incorporarnos más firmemente a Cristo, hacer más sólido nuestro vínculo con la Iglesia, asociarnos todavía más a su misión y ayudarnos a dar testimonio de la fe cristiana por la palabra acompañada de las obras” (n.1316).

12.- Catecismo de la Iglesia Católica, ibd., n. 1309

* Juan Pablo II afirma además: “ Hemos de destacar no sólo el significado de la confirmación en el conjunto orgánico de los sacramentos de la Iniciación Cristiana, sino también la eficacia insustituible que tiene con miras a la plena maduración de la vida cristiana. Un compromiso decisivo de la pastoral, que conviene intensificar en el camino de preparación al jubileo, consiste en formar con gran esmero a los bautizados que se están preparando para recibir la confirmación, introduciéndolos en las fascinadoras

profundidades del misterio que significa y actúa. Al mismo tiempo es necesario ayudar a los confirmados a redescubrir con gozoso estupor la eficacia salvífica de este don del Espíritu Santo” (Catequesis sobre la confirmación en la Audiencia General del 30 de septiembre de 1998).

* Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General; 1-IV-1992”.

En esta catequesis afirma entre otras cosas: “Es desear que se realice una preparación profunda a este sacramento, que permita a los que lo reciben renovar las promesas del bautismo con plena conciencia de los dones que reciben y de las obligaciones que asumen. Sin una larga y seria preparación, correrían el peligro de reducir el sacramento a pura formalidad, o a un rito meramente externo; o, incluso, correrían el peligro de perder de vista el aspecto sacramental esencial, insistiendo unilateralmente en el compromiso moral”.

13.- Juan Pablo II: “Christifideles laici”, PPC. Madrid, 1989, n.20

14.- Juan Pablo II: “Alocución a Obispos de Francia”, 27 de Marzo de 1987, n.5; en *l’Osservatore Romano*, 40 (1987) 705.

14a.- Juan Pablo II: “Homilía durante la Misa en Songea (Tanzania); 3-IX-1990; “Ecclesia”, n.2494; 22-IX-1990; 24-25.

15.- San Agustín: “In Johannis Evangelium”, 26,13.

Algunos artículos y libros sobre la Eucaristía

* K. Rahner: “La presencia de Cristo en el sacramento de la Cena del Señor”, en *Escritos de Teología IV* (Taurus, Madrid. 1963), 367-397).

* E. Schillebeeckx: “La presencia de Cristo en la Eucaristía” (Fax. Madrid, 1967).

* M. Gesteira Garza: “La Eucaristía, misterio de comunión”. Cristiandad. Madrid.1983.

* AA.VV. “Eucaristía y Trinidad”. Edic. Secretariado Trinitario. Salamanca, 1990.

* A. Gerken: “Teología de la eucaristía”; Edic. Paulinas. Madrid, 1991

* Xavier Basurko: “Para comprender la Eucaristía”. Edit. Verbo Divino”. Estella (Navarra), 1997.

* J. L.Espinel: “La Eucaristía del Nuevo Testamento”. Edibesa. Salamanca. 1997.

* José Aldazabal: “La Eucaristía”,1999

* D. Borobio: “Eucaristía”. BAC. Madrid. 2000.

* José M. Sánchez Caro: “Sugerencias para una teología de la Eucaristía desde la Plegaria Eucarística” en “Dios y el hombre en Cristo”. Homenaje a Olegario González de Cardenal. Ed. Sígueme. Salamanca, 2006; pp.509-538.

* José María del Castillo: “Eucaristía y primera Comunión. Entre catequesis y teología” (Selecciones de Teología; abril-junio 2006; n.178; vol.45; 90-98).

* Marlis Gielen: “Hacia una celebración ecuménica de la Cena del Señor”; (“Selecciones de Teología”; Abril-junio 2006; n.178; 99-106).

*Christoph Böttigheimer: “La Eucaristía como sacrificio, ¿una cuestión teológicamente controvertida?” (Selecciones de Teología; Abril-Junio 2006; n.178; 107-116).

* Michel Amaladoss: “Eucaristía y comunidad cristiana”, (Selecciones de Teología; abril-junio 2006; n.178; 149-160).

16.- Concilio Vaticano II: Decreto “Presbyterorum Ordinis”, 5. BAC. Madrid.

17.- San Cirilo de Jerusalén: “Catequesis mistagógicas, IV,3.

18.- Juan Pablo II: “Carta al Arzobispo de Santiago de Compostela”; 8-XII-2004.

* Juan Pablo II: “El Misterio y el Culto de la Eucaristía”. Carta del Papa a todos los Obispos de la Iglesia (24-II-1980).

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del día 27 de septiembre de 2000: “La Eucaristía celebración de la Gloria Divina”; “Ecclesia”; n.3017; 7 de octubre de 2000; 31-32.

* G.Ludwig Müller: “La celebración eucarística”. Un camino con Cristo. Herder. Barcelona. 1991.

* AA.VV. “Eucaristía y Evangelización hoy”. Publicaciones Univ. Pontificia de Salamanca. 1994. Imprenta Kadmos.

Partes de esta obra: La Eucaristía celebrada; la Eucaristía adorada; la Eucaristía confesada y vivida.

Destacamos estos artículos:

- Julio A. Ramos Guerreira: “Evangelización y Eucaristía para la misión de la iglesia” (pp.41- 62).

- Manuel Gesteira Garza: “Corrientes teológicas y ecuménicas actuales en la Teología eucarística” (pp.63-90).

- Mons. Julián López Martín: “La celebración actual de la Eucaristía: tradición y renovación”; (pp.91-108).

- Luis González-Carvajal Santabárbara: “Eucaristía y solidaridad” (pp.205- 224).

* J. Ratzinger: “Un Canto nuevo para el Señor”. La fe en Jesucristo y la Liturgia hoy. Sígueme. Salamanca. 1999.

* AA.VV. “La Eucaristía, alimento del pueblo peregrino”. IX Congreso Eucarístico nacional. Comité para el Jubileo del Año 2000. EDICE. Madrid. 2000.

Las ponencias de este IX Congreso fueron:

- Mons. Pere Tena: “Este es el sacramento de nuestra fe” (pp.93-108)

- AA.VV. “Esto es mi Cuerpo...Este es el cáliz de mi Sangre” (pp.109-123).

- AA.VV. “Entregado por nosotros para el perdón de los pecados” (pp.125-147)

- AA.VV. “Daos fraternalmente la paz”. (pp.149-168)

- AA.VV. “”Ite Missa est”. “Id y anunciad” (pp.169-198).

* W. Kasper: “Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia”. Sal Terrae. Santander.2005.

Ponemos de relieve estos capítulos:

- La celebración de la Eucaristía y la vida litúrgica de la Comunidad (pp.13-32).

- Reconocer a Jesucristo al partir el pan (pp.33-38)

- La presencia de Jesucristo en la Eucaristía (pp.39-47)

- Sacramento de la unidad: pluralidad de aspectos (pp.69-100)

* Klemens Richter: “El nuevo paradigma de la liturgia y los sacramentos”. Selecciones de Teología. Vol.48; abril-junio 2006; n.178; 83-89.

* Christoph Böttigheimer: “La eucaristía como sacrificio ¿una cuestión teológicamente controvertida? Selecciones de Teología. Vol.45; abril-junio 2006; n.178; 107-116.

* Frei Betto: “Hambre Cero: un proyecto ético-político”. Concilium; Verbo Divino; Estella; 2005; 11-14.

* Louis Panier: “El pan y la copa: palabra dada para un tiempo de ausencia”. Concilium; Verbo Divino. Estella. 2005; 61-72.

* Érico João Hammes: “Piedras en pan: ¿por qué no?. Eucaristía – koinonía – diaconía”. Concilium. Verbo Divino. Estella. 27-37.

19.- Juan Pablo II: “Discurso en la “Adoración Eucarística en la Catedral. Sevilla (1993). “Ecclesia”, n.2637-2638; 19-26-VI-1993; 21-23.

20.- Juan Pablo II enseña que “la Eucaristía es la gran escuela del amor fraterno. Quienes comparten frecuentemente el pan eucarístico no pueden ser insensibles ante las necesidades de los hermanos, sino que deben comprometerse en construir todos juntos, a través de las obras, la civilización del amor. La Eucaristía nos conduce a vivir como hermanos; sí, la Eucaristía nos reconcilia y nos une; no cesa de enseñar a los hombres el secreto de las relaciones comunitarias y la importancia de una moral fundada sobre el amor, la generosidad, el perdón, la confianza en el prójimo, la gratitud” (Discurso en “la Inauguración de las obras sociales del Congreso Eucarístico Internacional”. Sevilla. 1993).

* San Ambrosio de Milán manifiesta: “La Iglesia no posee oro para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados. ¿Acaso se nos ha olvidado ya cuánto oro y plata se llevaron los asirios del templo de Jerusalén (IIReg.24,13)? ¿No sería mejor que los sacerdotes fundieran el oro para el sustento de los pobres, si no hay otros recursos, que exponernos a que se apoderen de él sacrílegamente los enemigos? ¿Temes, acaso, que falte el ornato del templo de Dios? El Señor te respondería: los sacramentos no requieren oro: el verdadero ornato de los sacramentos es la redención de los cautivos” (“Sobre los deberes de los ministros”, lib.II, cap.28; nn. 137-138 (PL 16, 148).

* Juan Pablo II afirma, por su parte,

- “El auténtico sentido de la Eucaristía se convierte de por sí en escuela de amor activo al prójimo” (“El misterio y el culto de la Eucaristía, n.6; Ecclesia n. 1976 (29-III-1980), 379.

- “El sacramento de la Eucaristía no se puede separar del mandamiento de la caridad. No se puede recibir el Cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed, son explotados o extranjeros, están encarcelados o se

encuentran enfermos (cf. Mt.25,41-44) (“Homilía en la Eucaristía de clausura del XLV Congreso Eucarístico internacional”, n.6; “Ecclesia núms. 2637-2638; 19-26 de junio de 1993; 934.

- “Podría ser obligatorio enajenar los adornos superfluos de los templos y los objetos preciosos del culto divino para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ellos” (Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis” 31,g; “El Magisterio pontificio contemporáneo”, t.2; BAC. Madrid. 1992; 922).

* Mons. Ricardo Blázquez escribe; “La Eucaristía posee una dimensión social, enraizada en su misma naturaleza. Con razón ha unido la Iglesia la fiesta del Corpus Christi y Caritas, urgiendo a que de la misma celebración eucarística brote la exigencia del amor fraterno y, viceversa, radicando, sin ceder a ninguna clase de “secularización”, el servicio caritativo y social de la Iglesia en la misma Eucaristía (...) Participar en la Eucaristía es un acicate para ser servidores del Reino de Dios en el amor, la justicia y la paz; y es también animación de la esperanza en un cielo nuevo y una tierra nueva, pregustados ya en el pan y en el vino de la Eucaristía” (“La esperanza en Dios no defrauda”; BAC. Madrid, 2004; 124).

* San Justino nos ha transmitido la primera narración de la Eucaristía, y nos recuerda la dimensión social de la misma con estas palabras:

“El día llamado del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio con todos los que habitan en la ciudad o en los campos (Ritos iniciales). Se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para iniciar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. (...) Cuando termina esta oración, nos besamos unos a otros (Liturgia de la palabra). Luego se lleva a que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados. El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones. Cuando terminan las oraciones y las acciones de gracias, todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: Amén (Liturgia eucarística). Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo le ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua “eucaristizados” y los llevan a los ausentes” (Rito de la comunión).

“Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece, y lo recogido se entrega al presidente y él socorre con ello a los huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y, en una

palabra, él se constituye provisor de cuantos se hallan en necesidad” (Apol. I,67; Padres Apologistas Griegos, BAC. Madrid. 1954, 258-259).

* San Jerónimo escribió: “¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: “Esto es mi cuerpo”, y con su palabra llevó a realidad lo que decía; afirmó también: “Tuve hambre, y no me disteis de comer”, y más adelante: “Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mi en persona lo dejasteis de hacer”. El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos” (“Homilía sobre el Evangelio de San Mateo”; 50, 3 PG 58, 508).

* J.A. Pagola: “La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia”. Sal Terrae, Aquí y Ahora; Santander. 1990.

* M. Legido: “Eucaristía y justicia”, en “Eucaristía y Justicia”; Iglesia en Castilla. XII Encuentro de Arciprestes. Villagarcía de Campos (Valladolid); 9-12 de marzo de 1992; 45-75.

Mons. Adolfo González Montes escribe: “Tradicionalmente en la fiesta del Corpus viene celebrándose el “Día nacional de Caridad” y la Iglesia reclama la aportación generosa de los fieles para socorro, atención inmediata y la promoción mejor posible de los más desfavorecidos, los pobres y marginados, a los que si no se ayuda, por aguardar la llegada de los cambios sociales que se esperan de las decisiones de los gobiernos, se verían abandonados a su suerte y expuestos a la más dura marginación”.

Este Obispo advierte: “El discurso social de este día parece haber desplazado en ocasiones el misterio divino celebrado en la liturgia: la presencia eucarística de Cristo en la Iglesia. Se me ha de permitir apelar a la voluntad de Cristo, para decir que esta presencia eucarística es inseparable de su presencia en los pobres y abandonados. Quienes silencian la verdad de fe de la eucaristía, para convertir el sacramento de la comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor en un mero “pretexto de simbolismo religioso” para hablar de los necesarios cambios sociales, atentan gravemente contra la verdad última de la urgencia del amor a los más necesitados: que Cristo se ha identificado con ellos, no como treta o subterfugio para que le amemos a Él y no al prójimo, sino para que sigamos su ejemplo y amemos al prójimo por sí mismo, ya que antes que nosotros es Dios quien ha amado primero dando su vida por nosotros”. (“Eucaristía y el amor por el pobre”, Carta a los

diocesanos; Boletín oficial del obispado de Almería. Año XIII; Abril-Junio 2005; núms.. 4-6; 233-234).

20a.- Juan Pablo II: “Homilía en el Capilla del cenáculo de Jerusalén (23-III-2000; “Ecclesia”; n.2991; 1-IV-2000; 32-33.

20b.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general 21 de junio de 2000: “La Eucaristía, fuente del compromiso misionero de la Iglesia”; (www.archivalencia.org/document/pontificio/Juan_PabloII/Catequesis/2000/

20b.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del 4 de octubre de 2000; “Ecclesia”, n.3020; 28 de octubre de 2000; 34-35.

20c.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del 11 de octubre de 2000: “La Eucaristía como sacrificio de alabanza”; “Ecclesia”, n.3020; 28 de octubre de 2000; 35-36.

20d.- Juan Pablo II: “Catequesis General: La Eucaristía como Banquete de comunión” (18-X-2000) (L’Osservatore Romano).

* Juan Pablo II: “La Eucaristía, prenda de la gloria Futura”; Audiencia General, 25-X-2000; Ecclesia, n.3024; 25-XI-2000; 33-34.

* Juan Pablo II: “La Eucaristía, reto y provocación para la unidad”. Audiencia General. 15-XI-2000; Ecclesia, n.3028; 23-XI-2000; 32-33.

20e.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del 18 de mayo de 2000.

20f.- Juan Pablo II: Homilía en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo” (19-VI-2003). “Ecclesia”, n.3159; 28 de junio de 2003; 26-27.

20g.- Juan Pablo II: “ Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de las Misiones (24-X-2004); (Boletín del Obispado de Coria-Cáceres; Julio-Octubre de 2004; 773-778).

21.- Juan Pablo II: Carta apostólica: “Tertio Millennio Adveniente”. Podemos conocer con mayor profundidad el misterio de la Eucaristía en la “Tertio Millennio Adveniente”, leyendo la obra del Comité para el Jubileo del año 2000: “La Eucaristía, sacramento de vida nueva”; BAC. Madrid. 1998.

22.- Mons. Jean-Louis Brugès: “El Día de los cristianos” (“La Documentation Catholique” ; núm.1332; 20 de marzo de 2005).

Se trata de una Carta pastoral que este obispo envía a los católicos de su Diócesis. En la primera parte, pone de relieve el sentido del domingo para los cristianos, y en la segunda ofrece una serie de recomendaciones y de directrices pastorales.

* Mons. R. Blázquez escribe respecto a la Eucaristía Dominical: “ser cristiano y acudir a la asamblea dominical se reclaman mutuamente; por lo uno puede inferirse lo otro. Es impensable que un cristiano no se reúna con los hermanos; entre ellos existen unos vínculos más fuertes que los de la carne y la sangre; consiguientemente, un hermano no puede cerrar la puerta a otro hermano. (...) De la Eucaristía no puedo prescindir, como si fuera un ofrecimiento opcional, cuyo rechazo me dejara indiferente. En la existencia cristiana es vital la participación en la celebración dominical. Es una desfiguración sustancial que ser cristiano y el Dominicum (la celebración eucarística dominical) hayan perdido la recíproca connotación” (“La esperanza en Dios no defrauda”; BAC. Madrid. 2004; 60).

23.- Juan Pablo II: Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, Edibesa. Madrid. 2003; 6.

Esta Encíclica tiene mucho de autobiografía del Papa ya que nos ha regalado muchos recuerdos y experiencias eucarísticas suyas. Les invito a leer los números 1 al 11 de esta Encíclica.

24.- Juan Pablo II: Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, ibd. 10.

25.- Concilio Vaticano II: Constitución dogmática Lumen Gentium”, n.11.

26.- Juan Pablo II: Encíclica “Ecclesia de Eucharistia” (nn.11-20).

* Mons. Jean-Louis Brugès: “El Día de los cristianos”; “Ecclesia”, n.3261; 11-VI-2005; 6-10.

27.- Juan Pablo II: “Discurso a los Obispos Españoles”; 24-I-2005

28.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., n.36

29.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”; BAC. Madrid 1996; pp.91-92

30.- Juan Pablo II: “Discurso. Adoración Eucarística en la Catedral de Sevilla”. 1993.

* Conferencia Episcopal Española: “la Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino”. Edice. Madrid. 1999.

30a.- El Catecismo de la Iglesia Católica, ibd., n. 1448.

* AA.VV. “Dimensión Trinitaria de la Penitencia”. Edic. Secretariado Trinitario”, Salamanca. 1994.

30b.- Juan Pablo II: “Mensaje de Juan Pablo II al Card. William W. Baum, penitenciario mayor, y a los confesores”; 1-IV-2000; “Ecclesia”, n.2994; 22 y 29-IV-2000; 35-36 .

31.- Juan Pablo II: Alocución a los Obispos de los Estados Unidos de América: “Orientaciones doctrinales y pastorales para el gobierno del Pueblo de Dios” (5-X-1979): “el sacramento de la reconciliación y la conversión a Dios”, n.9).

31a.- Juan Pablo II: Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo, 2002; (17-III-2002); “www.conferenciaepiscopal.es/documentos/cartas.htm”.

32.- Mons. Julián López: “El Ministerio de la reconciliación”. Carta a los presbíteros”. Ciudad Rodrigo (Salamanca), 1999; 17-18).

“Ambos sacramentos (Eucaristía y Penitencia) guardan una íntima relación entre sí, y no sólo porque todos los sacramentos conducen hacia la Eucaristía, sino también porque en la Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo en persona con su misterio pascual que ha efectuado la reconciliación de la humanidad (cf. PO 5). El olvido de esta relación es una de las causas de la desafección que padece hoy el sacramento de la Penitencia, y que se puede comprobar en el hecho de que muchos fieles se acercan frecuentemente a la mesa eucarística y, sin embargo, no suelen reconciliarse en el sacramento de la Penitencia”.

Conviene, pues, recordar a los fieles la necesidad de recibir este sacramento si tienen conciencia de pecado grave, ya que para acceder a la Eucaristía con las debidas disposiciones es preciso remover todo obstáculo que se anteponga a esa comunión en el amor del Padre (cf. ICort.11, 28). Pero hemos de señalar también la conveniencia de recibir el sacramento de la reconciliación de manera periódica para participar con mayor fruto en la Eucaristía y evitar el pecado.

Así mismo debemos explicar a los fieles la posibilidad de hacer un acto de contrición perfecta, que incluye el propósito de confesar los pecados

graves en la próxima confesión, si tienen urgencia de comulgar y no tienen oportunidad de recibir el sacramento de la Penitencia previamente. Más aún, la misma participación en la Eucaristía contiene también una invitación a volver a la Penitencia: “En efecto, cuando nos damos cuenta de quién es el que recibimos en la comunión eucarística, nace en nosotros casi espontáneamente un sentido de indignidad, junto con el dolor de nuestros pecados y con la necesidad interior de purificación” (Juan Pablo II: “Carta Apostólica: “Dominicae Coenae” (24-II-1980, 7)”. De este modo el sacramento de la penitencia se sitúa en el marco de la orientación a Dios de toda la vida de los cristianos, ya que la conversión es una actitud permanente”.

* Dionisio Borobio: “El Sacramento de la reconciliación” I-II en “Vida Nueva; 16-X-1999; n.2205; 22-29).

“No debemos entender el sacramento de la Penitencia como una realidad de precepto o ley, que se nos impone por la Iglesia desde fuera de la vida o al margen de nuestra propia existencia, al contrario, la penitencia tiene un hondo enraizamiento antropológico, existencial y social, en cuanto que viene a responder a la necesidad que toda persona siente, sentimos, de recuperar el ideal perdido, de reafirmar todo aquellos valores que dan sentido a su vida, de reconstruir su propia historia personal en una nueva relación con la historia de los demás” (n.1).

“La reconciliación penitencial, un encuentro a tres”. Se trata de un encuentro en el que interviene, Dios con su misericordia agraciante y salvadora; la Iglesia con su acción mediadora y ministerial; y el sujeto penitente, desde su situación de pecado y con sus disposiciones de conversión. Cada uno de estos “personajes” interviene según lo que es y lo que significa” (n.1).

“El peligro de separar el sacramento de la vida, o de permanecer indiferentes ante año que el sacramento significa y exige, es algo que siempre nos acecha. (...) Desde el tejido del propio vivir personal y colectivo, surge el deseo de vivir en paz con Dios y la propia conciencia, el ansia de reconciliación con Dios y con los demás” (n.2).

“Reconciliarse consigo mismo es reconocer lo que se es y lo que se está llamado a ser, aceptando con esperanza la tarea y la aventura de una lucha por el ideal, que siempre está por realizar en plenitud” (n.2).

“Ciertamente, el pecado no es el centro del sacramento, es más bien su trágico punto de partida. Quien pone el centro en el pecado, corre el peligro de

deformar el sacramento de la reconciliación, al centrar el proceso bien sea en el remordimiento o en la culpabilidad. Y, sin embargo, solamente desde la conciencia de pecado se desencadena el movimiento y el proceso de y hacia la reconciliación” (n.3).

“Todo el dinamismo sacramental está marcado por la esperanza del perdón, por la confianza en Dios misericordioso que nos acoge en su amor, por la mediación de la acogida eclesial” (n.3).

“La reconciliación penitencial expresa la iniciativa misericordiosa de Dios y la mediación pascual de Cristo. La mediadora de esta reconciliación es la Iglesia. La conversión acontece en el corazón, pero no puede quedar en el fuero interno, sino que debe plasmarse en obras”.

33.- Concilio Vaticano II: Constitución Pastoral de la Iglesia: “Gaudium et Spes”, n.48.

* Juan Pablo II: “Alocución de Juan Pablo II a los participantes en el congreso sobre la familia (Roma. 3-V-1981; (Ecclesia”; n.2031; 23-Mayo-1981; 12-15).

* Mons. Fernando Sebastián: “El Matrimonio, profecía del amor de Dios en nuestro mundo” (3-X-2002). Arzobispado de Pamplona-Tudela.

34.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Familiaris Consortio”, Texto de la Tipografía Políglota Vaticana; (1981) n.57.

* Juan Pablo: Catequesis dedicadas a poner de relieve algunos aspectos de la persona y del matrimonio:

+ “El misterio de la creación del hombre: varón y mujer” (Audiencia General, 2-I-1980). “L’Osservatore Romano; Edic. Española; 6-I-1980.

+ “El hombre en el Jardín del Edén” (Audiencia General, 9-I-1980; L’Osservatore Romano; edic. española; 13-I-1980).

+ “El significado “esponsalicio” del cuerpo humano”; (Audiencia General del 16-I-1980; L’Osservatore Romano; edic.esp. 20-I-1980

* Juan Pablo II: Discurso al Tribunal de la Rota Romana (4-II-1980): “La búsqueda de la verdad, suprema norma de la justicia”; L’Osservatore Romano”, edic. esp. 24-II-1980

35.- Juan Pablo II: “Alocución con ocasión del rezo del Ángelus”, 20 de febrero de 1994 y 19 de junio de 1994.

* Juan Pablo II: “Discurso a los participantes en la asamblea Plenaria del pontificio Consejo para la Familia”, 24 de Marzo de 1999

* Catecismo de la Iglesia Católica”, ibd., nn.2357-2359, 2396

* Congregación para la Doctrina de la Fe ha publicado diversos documentos sobre las Uniones entre homosexuales:

- “Persona humana”, 29 de diciembre de 1975, n.8.
- “Carta sobre la atención pastoral a las personas homosexuales”, 1 de octubre de 1986.
- “Algunas consideraciones concernientes a la respuesta a propuestas de ley sobre la no discriminación de las personas homosexuales”, 24 de julio de 1992.
- “Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las Uniones entre personas homosexuales”; 3 de junio de 2003

* Conferencia Episcopal de Obispos suizos: “Imposibilidad de bendecir las Uniones homosexuales” (3 de octubre de 2002).

* Pontificio Consejo para la Familia:

- “Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa sobre la resolución del Parlamento Europeo en relación a las parejas de homosexuales”, 25 de marzo de 1994.

- “Familia, matrimonio y “uniones de hecho”, 26 de julio de 2000, n.23.

* Mons. Ciriaco Benavente Mateos escribe acerca del “derecho de las personas homosexuales a contraer matrimonio y a adoptar hijos”. Insertamos aquí sus palabras:

- “El Congreso de los Diputados ha aprobado, en la semana pasada, el derecho de las personas homosexuales a contraer matrimonio y a adoptar hijos. Se trata de una decisión que altera radicalmente lo que, a lo largo de toda la historia, en todos los pueblos y culturas, se ha entendido por matrimonio: la unión estable del hombre y la mujer para hacer una comunidad de vida y de amor y para la procreación.

- “La Iglesia en España se ha pronunciado reiteradamente sobre esta pretensión. Y lo ha hecho advirtiéndolo “que las personas homosexuales, como todos, están dotados de la dignidad inalienable que corresponde a cada ser humano. No es en modo alguno aceptable que se las menosprecie, maltrate o

discrimine. Es evidente que, en cuanto personas, tienen en la sociedad los mismos derechos que cualquier ciudadano y, en cuanto cristianos, están llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Condenamos una vez más las expresiones o los comportamientos que lesionan la dignidad de estas personas y sus derechos; y llamamos de nuevo a los católicos a respetarlas y a acogerlas como corresponde a una caridad verdadera y coherente”.

- “Es éste un mensaje que los obispos venimos repitiendo desde hace años. Incluso comprendemos que los legisladores busquen vías de regulación para aquellas uniones que, aunque no compartimos, pueden engendrar derechos o deberes entre las personas, derechos y deberes que reclamen la tutela de las situaciones jurídicas de interés recíproco.

- “Otra cosa es que tales uniones se consideren verdaderos matrimonios. Nos duele como cristianos que se tergiverse la verdad inscrita en la realidad natural de las cosas. (...) La realidad antropológica de la diferenciación sexual y de la vocación al encuentro y al amor que nace de la misma, abierta a la fecundidad, es lo que da lugar a la verdadera comunión de vida y de amor que llamamos matrimonio. El matrimonio de un hombre y una mujer es, por otra parte, el ámbito efectivo donde únicamente “las palabras padre y madre pueden decirse con gozo y engaño”.

- “Los cristianos entendemos, además, que esto es lo que corresponde al plan creador y redentor de Dios. Así parece que entiende también nuestra Constitución la realidad del matrimonio, cuando al mismo se refiere. Así lo dice el sentido común, aunque la propaganda reiterada pueda convertir tal sentido en el menos común de todos”.

- “Cuando decimos esto, desde la Iglesia, lo hacemos sin pretensión de imponer nada a nadie. Sólo proponemos nuestra forma de ver y entender, con la esperanza de que la verdad se imponga por la fuerza de la misma verdad. También nosotros creemos que así prestamos un servicio a la sociedad y a aquellos que quieran aceptar nuestros argumentos, que son compartidos, por otra parte, por otros muchos hombres y mujeres, creyentes y no creyentes”.

- “Sabemos que hoy vuelve a imperar el positivismo jurídico, según el cual los derechos los crearían las leyes o los votos. Pero la verdad es que los derechos fundamentales son anteriores a las leyes, brotan de la verdad misma del hombre, de su naturaleza. Las leyes los reconocen, los amparan y los defienden. Tomar otros derroteros, tergiversando la verdad de las cosas, en este caso del matrimonio, puede ser un camino peligrosos y de consecuencias incalculables” (Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Cáceres; Marzo-abril 2005; 320-321).

36.- Juan Pablo II: “La celebración de la vida”; 7-X-1979: Washington, USA.

* Juan Pablo II habla del matrimonio en estos términos: “ En la visión cristiana del matrimonio, la relación entre un hombre y una mujer -relación recíproca y total, única e indisoluble- responde al proyecto primitivo de Dios, ofuscado en la historia por la “dureza de corazón”, pero que Cristo ha venido a restaurar en su esplendor originario, revelando lo que Dios ha querido “desde el principio” (cf. Mt. 19,8). En el matrimonio, elevado a la dignidad de Sacramento, se expresa además el “gran misterio” del amor esponsal de Cristo a su Iglesia (cf. Ef. 5,32).

* Nota elaborada y publicada por el Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española a propósito de la proyectada ley de matrimonios homosexuales por parte del Gobierno.

“El Gobierno anunció hace un año su intención de regular civilmente el matrimonio de una manera hasta ahora desconocida para la Humanidad. Para casarse no importaría hacerlo con una persona del mismo sexo. En la legislación española, el matrimonio dejaría de ser la indisoluble unión de vida y de amor de un hombre y una mujer, abierta a la procreación, para convertirse en un contrato sin referencia alguna a la diferencia de sexos e incapaz, por tanto, de prestar a la sociedad el incomparable servicio de dar cauce a la complementariedad conyugal y de procrear y educar a los hijos”.

La postura de la Iglesia es clara:

- El 15 de julio de 2004 publicamos una nota titulada: “A favor del verdadero matrimonio”. Allí explicábamos las razones que nos obligan a pronunciarnos en contra de este proyecto global, dado que nos corresponde anunciar el evangelio de la familia y de la vida, es decir, la buena noticia de que el hombre y la mujer, uniéndose en matrimonio, responden a su vocación de colaborar con el Creador llamando a la existencia a los hijos y realizando de este modo su vocación al amor y a la felicidad temporal y eterna”.

- Hoy, 6 de Mayo de 2005, ante la eventual aprobación inminente de una ley tan injusta, hemos de volver a hablar sobre las consecuencias que comportaría este nuevo paso:

+ No es verdad que esta normativa amplíe ningún derecho, porque la unión de personas del mismo sexo no puede ser matrimonio. Lo que se hace es corromper la institución del matrimonio. Esa unión es una falsificación

legal del matrimonio, tan dañina para el bien común, como lo es la moneda falsa para la economía de un país.

+ Pensamos con dolor en el perjuicio que se causará a los niños entregados en adopción a esos falsos matrimonios y en los jóvenes a quienes se dificultará o impedirá una educación adecuada para el verdadero matrimonio.

+ Pensamos también en las escuelas y en los educadores a quienes, de un modo u otro, se les exigiría explicar a sus alumnos que, en España, el matrimonio no será ya la unión de un hombre y una mujer.

+ Ante esta triste situación, recordamos dos cosas:

Primero, que la ley que se pretende aprobar carecería propiamente del carácter de una verdadera ley puesto que se hallaría en contradicción con la recta razón y con la norma moral.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, recordamos que los católicos, como todas las personas de recta formación moral, no pueden mostrarse indecisos no complacientes con esta normativa, sino que han de oponerse a ella de forma clara e incisiva. En concreto, no podrán votar a favor de esta norma y, en la aplicación de una ley que no tiene fuerza de obligar moralmente a nadie, cada cual podrá reivindicar el derecho a la objeción de conciencia...

Es nuestro deber hablar con claridad cuando en España se pretende liderar un retroceso en el camino de la civilización con una disposición legal sin precedentes y gravemente lesiva de derechos fundamentales del matrimonio y de la familia, de los jóvenes y de los educadores. Oponerse a disposiciones inmorales, contrarias a la razón, no es ir en contra de nadie, sino a favor del amor a la verdad y del bien de cada persona”.

37.- Juan Pablo II: “Carta a los jóvenes; 21 de marzo de 1985, con motivo del Año Internacional de la Juventud”.

* Juan Pablo II: “Discurso al Tribunal de la Rota Romana con ocasión de la inauguración del año judicial” (29-I-2004).

38.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Familiaris consortio”, ibd., 13.

39.- Juan Pablo II: “Homilía en Velletri, Italia, 7-9-1980.

* Juan Pablo II afirma: “La familia constituye la célula fundamental de la sociedad. Pero hay necesidad de Cristo -vid de la que reciben savia los sarmientos- para que esta célula no esté expuesta a la amenaza de una especie de desarraigo cultural, que puede venir tanto de dentro como de fuera” (Carta a las Familias, 1994).

* Juan Pablo II afirma que “la familia es una institución social que no se puede ni se debe sustituir: es el santuario de la vida” (“Carta a las Familias, 1994).

* Juan Pablo II enseña que “la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia, su esposa” (Exhortación Apostólica: “Familiaris Consortio”, ibd., n.17)

40.- Juan Pablo II: “la Comunión sacerdotal”: Catequesis en la audiencia general del 4 de agosto de 1993.

* Ramón Arnau. “Orden y Ministerios”. BAC. Madrid. 1995

* AA.VV. “Ministerio Sacerdotal y Trinidad”. Edic. Secretariado Trinitario”. Salamanca. 1998

* Gisbert Greshake: “Ser sacerdote hoy”. Sígueme. Salamanca. 2003

41.- Juan Pablo II: “Messaggio del Santo Padre ai partecipanti al III Incontro Internazionali dei Sacerdoti” (México, 8-Julio de 1998).

42.- Juan Pablo II: Catequesis en la audiencia General (29de abril de 1992). “la unción de los enfermos, en la Iglesia, comunidad sacerdotal y sacramental”
(http://www.vatican.va/holy/_father_john_paul_ii/audiences/1992/documents/hf_jp-ii_a...).

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Nota de la Congregación para la Doctrina de la fe acerca del Ministro del sacramento de la unción de los enfermos” (11-II-2005), Boletín Oficial del Obispado de Cádiz y Ceuta; Año CLI; Marzo-Abril 2005; n. 2551; 371.

* Declaración de los Obispos de Bélgica: “Acompañamiento a los enfermos en la proximidad de la muerte” (Febrero de 1994); “Ecclesia, n.2682; 30-IV-1994; 35-38).

* Gonzalo Flórez: “Penitencia y Unción de enfermos”. BAC. Madrid. 1993.

* Comisión Episcopal de Pastoral de la Conferencia Episcopal Española para el Día del Enfermo: “Los Sacramentos de la enfermedad” (8-V-1994); “Ecclesia”, núm.2683; 30 de abril de 1994; 12-13.

* O. González de Cardenal: “Raíz de la esperanza”. Sígueme. Salamanca.1995

* AA.VV. “El Dios cristiano y el misterio de la enfermedad”. Edic. Secretariado Trinitario”. Salamanca. 1996.

* O.González de Cardenal: “Sobre la muerte”; Sígueme. Salamanca. 2003.

42a.- Juan Pablo II: “Catequesis en la Audiencia General del 15-X-2003: “La Estructura de las Vísperas”; Ecclesia”, n.3178; 8-XI-2003, 31.

43.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Por el desarrollo de una espiritualidad litúrgica” (Ecclesia; n.3184; 20-XII-2003; 27-31).

* Mons. Julián López Martín: “Espiritualidad litúrgica y sacramental” en AA.VV. “La formación del sacerdote del tercer milenio”. Arzobispado de Sevilla. PPC Madrid. 2000. 245-262.

43a.- Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia General del 17-XII-2003: “El Adviento, poderoso anuncio de esperanza”. “Ecclesia”, n.3185; 27-XII-2003; 31.

43b.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Dies Domini”, (31-V- 1998) San Pablo. Madrid.1998

* Conferencia Episcopal Española: “Sentido evangelizador del Domingo y de las fiestas”; Edice. Madrid. 1992.

* Secretariado Nacional de Liturgia: “El Domingo, fiesta primordial de los cristianos”; Edice. Madrid. 1992.

* Secretariado nacional de Liturgia: “Antología de textos, guiones y homilías”. Edice. Madrid. 1992.

43c.- Juan Pablo II: Discurso a la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América latina”; 21-I-2005. (Comisión Episcopal de Liturgia; n.287; Julio-Agosto, 2005. Edice. Madrid.

* Card. J.Ratzinger: “Dignidad para recibir la Sagrada Comunión. Principios generales”; Comisión Episc., de Liturgia; n.287; Julio-Agosto 2005; Edice. Madrid.

* Benedicto XVI: “Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi; 29-V-2005; Comisión Episcopal de Liturgia; n.287; Julio-Agosto, 2005; Edice. Madrid.

44.- Juan Pablo II: Bula “Incarnationis Mysterium”, ibd., n.8

44a.- Comisión Perm.de la Conferencia Episc.Española: “Mensaje de los obispos con motivo del XXV Aniversario de la elección del Papa Juan Pablo II: “www.conferenciaepiscopal.es/documentos/Conferencia.Papa_25aniversario.

* El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española recoge el texto anterior añadiendo: “El mundo necesita santos, Podemos decir que lo hemos visto estos días de manera especial. Recogemos el desafío y la invitación que para todos supone la palabra y la vida de Juan Pablo II. Descanse en paz” (“Mensaje tras la muerte del Papa Juan Pablo II”; www.conferenciaepiscopal.es/documentos/conferencia/fallecimientoJuanPabloII

45.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Ecclesia in America”; San Pablo. Madrid (1999), 30

* Juan Pablo II: “Alocución a la Federación Italiana de los Ejercicios Espirituales”; 17-XII-1990: “Revivir la experiencia del Cenáculo”; Ecclesia, nn.2488-2489; 11 y 18-VIII-1990; 49-50

46.- Concilio Vaticano II: Constitución dogmática sobre la Iglesia “Lumen Gentium”, n.40

47.- Juan Pablo II: “Homilía en Maribor, 19 de mayo de 1996; en “Insegnamenti, XIX/1, 1996, pp. 1288-2293.

48.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 31.

* Olegario González de Cardenal escribe: “Evidentemente, si Dios no existiera no serían posibles los santos, porque éstos ante todo son una epifanía de Dios, un reflejo de su amor y misericordia. (...) Los santos son las vidrieras por las que pasa la luz del sol a esta casa oscura de los hombres. También la iglesia sería un templo a oscuras si en ella no alumbraran el Santo y los santos., Pero siempre ha habido en ella lámparas encendidas y nunca se han apagado todas al mismo tiempo. (...) Los santos son espejos porque son reflejos de la luz de Cristo. Fueron buenos samaritanos como Él, exponentes de esa plenitud que en la pobreza y en el silencio puede el hombre recibir de Dios y así hacerse mediador del perdón y amor divinos para sus hermanos.

Los hombres y mujeres redimidos de la angustia ante la propia vida y propia muerte pueden acoger, amar y servir incondicionalmente a los demás. Eso son los santos” (“Ratzinger y Juan Pablo II”). Sígueme. Salamanca. 2005, 144-145).

48a.- Juan Pablo II: Homilía en el Viaje apostólico a Croacia (7-VI-2003).

49.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 31.

50.- Juan Pablo II: “Christifideles laici”, ibd., 16

51.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica: “Ecclesia in Europa”, San Pablo. Madrid. 49.

* Juan Pablo II afirma además: “Fruto de la conversión realizada por el Evangelio es la santidad de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. No sólo de los que así han sido proclamados oficialmente por la Iglesia, sino también de los que, con sencillez y en la existencia cotidiana, han dado testimonio de su fidelidad a cristo” (“Ecclesia in Europa”, 14).

* Pueden verse también las llamadas que Juan Pablo II hace a los cristianos de América: “Ecclesia in América” 30-31; a los cristianos de África: “Ecclesia in Africa”, 136; a los cristianos de Oceanía: “Ecclesia in Oceanía”,30

51a.- Juan Pablo II: “Mensaje para la Cuaresma del año 1983”. Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; febrero de 1983; 107-108.

52.- Juan Pablo II: “Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 7.

53.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”; ibd., 30.

54.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 31

55.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo millennio Ineunte”, ibd., 31.

56.- Juan Pablo II: “Alocución del 5 de Febrero de 1992, en Insegnamenti, XIV/1, 1992; pp.304-305

57.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Pastores dabo vobis”; Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades. Comisión episcopal del Clero. Madrid. 1992; n.82

* Mons. Bruno Forte: “Santidad Trinitaria del Sacerdote” en “Forjadores de Santos”; Ponencias del Encuentro Internacional de sacerdotes”. Malta 8-23 de Octubre de 2004 (EDICE- 2005).

* Mons. Juan Ezquerda Bifet: “Santidad cristocéntrica del Sacerdote” en “Forjadores de Santos”; ibd. EDICE. 2005.

* P. Raniero Cantalamessa: “Santidad Penumático-Paulina del Sacerdote” en “Forjadores de Santos”; ibd. EDICE, 2005.

* Card. José Saraiva Martins: “Santidad mariana del Sacerdote”, en “Forjadores de santos”, ibd. EDICE, Madrid. 2005.

* Card. Angelo Scola: “Santidad Eucarística del Sacerdote” en “Forjadores de Santos”; ibd. EDICE. Madrid. 2005.

57a.- Juan Pablo II. Discurso al séptimo grupo de obispos de Brasil en visita “ad limina” (26-X-2002).

58.- Carta del Presidente y del Secretario de la Conferencia Episcopal Española al Card. Camarleno al conocer la triste noticia de la muerte de Juan Pablo II (2-IV-2005) “www.conferenciaepiscopal.es/vaticano/muerte/cart

59.- Homilía de Juan Pablo II durante la Misa de Beatificación de Pere Tarrés i Claret. Alberto Marvelli y Pina Suriano (5-IX-2004); Boletín del Obispado de Coria-Cáceres; Julio-Octubre 2004; 782-786

60.- Pedro Jesús Lasanta: “Diccionario de Teología y espiritualidad de Juan Pablo II”; Edibesa. Madrid.1996; n.2369; p.638

61.- Ib. n.2371; p.638

62.- Ib. n.2376; p.639

63.- Ib. n. 2377; pp.639-640

64.- Ib. n. 2379; p.640

65.- Ibid.2380; pp.640-641

66.- Ib. n.2368; p.639

67.- Ib. n.2374; p.639

68.- Ib. n.2382; p.641

69.- Ecclesia; n. 2956; 31 de junio de 1999; 22.

70.- Ib. 2372; pp. 638-639

71.- Boletín oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres; Diciembre de 1999; pp.1161-1166

72.- Pedro Jesús Lasanta: "Diccionario de Teología y Espiritualidad de Juan Pablo II". Edibesa. Madrid. 1996; n.2378; p.640

73.- Ib. n.2384; pp. 641- 642

74.- Ecclesia, nn.2957-2958; 7 y 14 de septiembre de 1999; 26-27

75.- Ecclesia", n. 2691; 4-IX-1999; 15-16.

76.- Ibid. n. 2383; p.641

Algunos libros y documentos sobre Escatología

* Pïerre Grelot: "Le monde à venir"; Le Centurion. Paris.1974

* K. Rahner: "Muerte" en "Sacramentum Mundi" IV (Herder. Barcelona 1977; 818-825.

* K. Rahner: "Curso fundamental sobre la fe". Herder. Barcelona. 1979

* J.L.Ruiz de la Peña: "El último sentido. Una introducción a la Escatología". Marova. Madrid. 1980

* Leonardo Boff: "Hablemos de la otra vida" Sal Terrae Santander. 1981.

* AA.VV. "Le Retour du Christ". Facultés universitaires Saunt-Louis. Bruxelles. 1983.

* J.L.Ruiz de la Peña: "La otra dimensión". Sal Terrae. Santander. 1986

* André Gounelle y François Vouga: "Après la mort qu'y-a-t il?" (Cerf. Paris.1990)

* Eliseo Tournon: "Escatología Cristiana. Aproximación catequética" (Ed. San Pío X. Madrid. 1990

* Comisión Teológica Internacional: "Algunas cuestiones actuales de Escatología". CETE. Toledo. 1992.

* Joseph Ratzinger: "Escatología". Herder. Barcelona. 1992

* Medard Kehl: "Escatología". Sígueme. Salamanca. 1992.

* Cándido Pozo: "La venida del Señor en la Gloria"; Eduicep. Valencia. 1993

* Comisión Episcopal para la Doctrina de la fe de la CEE: “Esperamos la Resurrección y la Vida eterna” (26-XI-1995).

* Juan L. Ruiz de la Peña: “La Pascua de la Creación. Escatología”. BAC. Madrid. 2000. Tercera edición (Revisada).

* Misión Abierta: Dossier abierto: “¿Cómo cambian las verdades eternas?” (Abril- 2000)

- José M^a Hernández: “Cielo, Infierno, Purgatorio: ¿Ha cambiado la doctrina? (14-19)

- Bonifacio Fernández: “Espero la resurrección de los muertos” (20-23)

- Teresa Ruiz: “Purgatorio, crisol del amor” (24-30)

- Pedro Belderrain: “¿Qué podemos decir del Infierno, hoy” (31-35).

* Adolphe Gesché: “El Destino. Dios para pensar–III”. Sígueme Salamanca. 2001.

* Congregación para la Doctrina de la fe: “Temas actuales de escatología”. Documentos, comentarios y estudios. Introducción del Card. J. Ratzinger” (Edic. Palabra. Madrid. 2001)

* Juan A. Ruiz de Gopegui: “Infierno: ¿Revelación o fruto del imaginario colectivo?” (Selecciones de Teología (2001). 207-222).

* Josep Vives: “Vida después de la muerte”. Sal Terrae. Santander.

* Andrés Tornos: “El Más allá. Mitos y creencias”. PPC. Madrid. 2002.

* Olegario González de Cardedal: “Sobre la muerte”. Sígueme. Salamanca, 2003.

VII

EL MINISTERIO DE LA CARIDAD DE JUAN PABLO II

A modo de introducción

- En el rostro del necesitado descubrimos a Cristo

“Conservo impreso en el corazón el rostro de la humanidad que he podido contemplar en el curso de mis peregrinaciones, es el rostro de Cristo reflejado en el de los pobres y en el de los que sufren” (1). Por eso, “No puede haber espacio para la intimidación, para la opresión de los pobres y de los débiles, para la exclusión arbitraria de individuos y de grupos de la vida política, para el uso equivocado de la autoridad y para el abuso del poder” (2).

- Enseñanza tradicional de la Iglesia

Juan Pablo II recuerda la enseñanza tradicional de la Iglesia: “La caridad, en su doble faceta de amor a Dios y a los hermanos, es la síntesis de la vida moral del creyente. Ella tiene en Dios su fuente y su meta” (2a).

- Todos estamos llamados al servicio de la caridad

“Cuando es la enseñanza del Señor lo que ilumina la vida, uno se siente comprometido a que todas sus actividades, incluida la turística, sean realizaciones de esa “nueva imaginación de la caridad” que nos hace solidarios “con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno” (2b). “Toda la Iglesia como tal está directamente llamada al servicio de la caridad” (2c). “La Iglesia, dejándose guiar por el ejemplo de Jesús Buen Samaritano (cf. Lc.10, 29-37), y sostenida por su fuerza, siempre ha estado en la primera línea de la caridad (2d)

En esta misma dirección, el Santo Padre enseña: “Cuando somos conscientes de esta verdad -dar la vida por los demás- nos damos cuenta de que la invitación de Cristo a amar a los demás, como Él nos ha amado a nosotros, nos propone a todos esta misma medida. En cierto modo nos sentimos impulsados a ofrecer día a día nuestra vida, teniendo misericordia con nuestros hermanos, sirviéndonos del don del amor misericordioso de

Dios. Nos damos cuenta de que Dios, concediéndonos misericordia, espera que seamos testigos de la misericordia en el mundo de hoy.(...)

- Desde siempre la Iglesia anuncia la misericordia

Juan Pablo II habla de la Iglesia en este contexto afirmando: “desde el comienzo de su existencia, la Iglesia, inspirándose en el misterio de la Cruz y de la Resurrección, predica la misericordia de Dios, prenda de esperanza y fuente de salvación para el hombre. Sin embargo, parece que hoy en particular es llamada a anunciar al mundo este mensaje. No puede descuidar esta misión, si Dios mismo la llama con el testimonio de santa Faustina (...).

- Denuncia de la presencia del “misterio de la iniquidad en el mundo”.

Juan Pablo II se abre al futuro de la humanidad: “ante la humanidad se abren nuevas perspectivas de desarrollo y, al mismo tiempo, peligros hasta ahora inéditos. A menudo el hombre vive como si Dios no existiera, e incluso se pone en el lugar de Dios. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana. Quiere decidir, mediante manipulaciones genéticas la vida del hombre y determinar el límite de la muerte. Rechazando las leyes divinas y los principios morales, atenta abiertamente contra la familia. De varios modos intenta silenciar la voz de Dios en el corazón de los hombres; quiere hacer de Dios el gran ausente en la cultura y en la conciencia de los pueblos. El misterio de la iniquidad sigue caracterizando la realidad del mundo.

- Necesidad de anunciar hoy la misericordia

“Experimentando este misterio, el hombre vive el miedo del futuro, del vacío, el sufrimiento y del aniquilamiento. Quizá, precisamente por eso, es como si Cristo, mediante el testimonio de una humilde religiosa, hubiera entrado en nuestro tiempo para indicar claramente la fuente de alivio y esperanza que se encuentra en la misericordia eterna de Dios. Es preciso hacer que el mensaje del amor misericordioso resuene con nuevo vigor. El mundo necesita este amor. Ha llegado la hora de difundir el mensaje de Cristo a todos: especialmente a aquellos cuya humanidad y dignidad parecen perderse en el “mysterium iniquitatis”. Ha llegado la hora en la que el mensaje de la misericordia divina derrame en los corazones la esperanza y se transforme en chispa de una nueva civilización: la civilización del amor. La Iglesia desea anunciar incansablemente este mensaje, no sólo con palabras fervientes, sino también con una práctica solícita de la misericordia” (2e).

- ¿De dónde brota y surge el amor al prójimo?

Juan Pablo II responde a este interrogante diciendo que “el amor al prójimo brota de un corazón que ama y que, precisamente porque ama, está dispuesto a vivir las mayores exigencias” (2f). Pero yendo más lejos aún, el Papa afirma: “ el amor y la vida según el Evangelio (...) sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia”(2g)

- Destinatarios de nuestro amor: todos.

Podemos sentir la tentación de excluir a alguien de nuestro amor. Si así fuera, escuchemos estas palabras del Santo Padre que nos dice: “nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento en que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo, a cada hombre” (GS 22).

- La opción preferencial por los más pobres

Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos” (2h). “El prójimo (...) debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuesto al sacrificio, incluso extremo: “Dar la vida por los hermanos” (cf. Jn.3,16) (2i).

Ante las formas modernas de pobreza que, me consta, no faltan en nuestro país, se necesita hoy (...) una creatividad de la caridad según el espíritu de solidaridad con el prójimo, de modo que la ayuda sea testimonio del compartir fraterno (cf. NMI 50). Que no falte esta creatividad a los habitantes de Cracovia y de toda nuestra patria. Que con ella se trace el programa pastoral de la Iglesia en Polonia. Ojalá que el mensaje de la misericordia de Dios se refleje siempre en las obras de misericordia del hombre.

Hace falta esa mirada de amor para darnos cuenta de que al hermano que está a nuestro lado, con la pérdida de su trabajo, de su casa, de la posibilidad de mantener dignamente a su familia y de dar instrucción a sus hijos, experimenta un sentimiento de abandono, extravío y desconfianza. Hace falta la creatividad de la caridad para ayudar a un niño no atendido material y espiritualmente; para no volver la espalda al muchacho o a la muchacha arrastrados por el mundo de las diversas dependencias o del crimen; para dar consejo, consuelo y ayuda espiritual y moral a quien emprende una lucha interior contra el mal.(...) Hoy pido con toda mi fuerza a los hijos e hijas de la Iglesia y a los hombres de buena voluntad que no separen jamás la causa del hombre del amor de Dios. Ayudad al hombre moderno a experimentar el amor misericordioso de Dios. Que en su resplandor y valor salve su humanidad (2j).

Recordemos estas enseñanzas de Juan Pablo II: “La solidaridad nos ayuda a ver al otro -persona, pueblo o nación-, no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un semejante nuestro, una ayuda (cf. Gn.2,18.20), para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios” (2k).

- La Eucaristía nos envía a servir a los pobres

Con palabras claras y lúcidas, Juan Pablo II nos dice que

+ “La Eucaristía dominical no sólo no aleja de los deberes de caridad, sino, al contrario, compromete más a los fieles “a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, mediante las cuales se manifieste que los cristianos, aunque no son de este mundo, sin embargo son luz del mundo y glorifican al Padre ante los hombres” (2l). Pasemos, por tanto, de la Mesa eucarística a la Mesa del pobre.

+ “La Comunidad cristiana tiene el deber de hacer de la Eucaristía el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta, y los últimos sean los primeros por la consideración y el afecto de los hermanos, donde Cristo mismo, por medio del don generoso hecho por los ricos a los pobres, pueda de alguna manera continuar en el tiempo el milagro de la multiplicación de los panes” (2ll).

A) Los pobres, marginados, excluidos, abandonados...

* Juan Pablo II promovió “la Iglesia de los pobres”

Queremos empezar este apartado con unas palabras emblemáticas de Juan Pablo II que pronunció en un lugar no menos emblemático, en una favela de Brasil: “La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres”. Ahora bien, continúa el Papa: “La Iglesia de los pobres no es la Iglesia de una sola clase o de una sola casta” (Discurso a los habitantes de la favela de Vidigal de Río de Janeiro (Brasil); 2-VII-1980).

Años más tarde el Santo Padre dijo: “La Iglesia quiere ser en el mundo entero la Iglesia de los pobres, pero permaneciendo a la vez la Iglesia de todos, para dispensar a todos el misterio de la redención” (Discurso a los obispos de Brasil, 24-VI-1985).

* Juan Pablo denunció la miseria, la exclusión, la deuda externa

Pablo II amó a los pobres y, en consecuencia, estuvo cerca de ellos: asumiendo su causa, denunciando las injusticias, alumbrando y proponiendo un orden social nuevo internacional. En este sentido, afirma el Papa: “La Iglesia no sería fiel al Evangelio si no estuviese cercana a los pobres y si no defendiese sus derechos” (Discurso a la Curia Romana, 22-XII-1980):.

El Santo Padre hace una denuncia sincera de la injusticia reinante: “Una de las mayores injusticias del mundo contemporáneo consiste precisamente en esto: en que son relativamente pocos los que poseen mucho, y muchos los que no poseen casi nada. Es la injusticia de la mala distribución de los bienes y servicios destinados originariamente a todos” (3). En este sentido, insertamos aquí estas palabras impresionantes del Papa: “Conservo impreso en el corazón el rostro de la humanidad que he podido contemplar en el curso de mis peregrinaciones, es el rostro de Cristo reflejado en el de los pobres y los que sufren” (4).

En la Sede de la Organización de las Naciones Unidas, Juan Pablo II pidió a todos los gobernantes del mundo un esfuerzo solidario para superar las diferencias injustas entre ricos y pobres, pueblos ricos y pueblos pobres, afirmando sin vacilar:

“Subsisten a veces como factores de perturbación las terribles diferencias entre los hombres y los grupos excesivamente ricos, por una parte, y, por otra, la mayoría numérica de los pobres e incluso miserables, privados

de alimento, de posibilidades de trabajo, y de instrucción, condenados en gran numero al hambre y a las enfermedades” (5).

“La cuestión de la deuda de las naciones pobres frente a las ricas es objeto de gran preocupación para la Iglesia (...) Siento ante todo el deber de exhortar a los Jefes de Estado y de Gobierno en África a no esquilmar al pueblo con deudas internas y externas. Dirijo después una acuciante llamada al FMI, al Banco Mundial, así como a todos los acreedores para que alivien las deudas que ahogan a las naciones africanas (...) La situación de numerosos países africanos es tan dramática que no permite actitudes de indiferencia y descuido” (6).

Ante el problema de la deuda externa, Juan Pablo II pide que “los cristianos tendrán que elevar su voz en nombre de los pobres del mundo, proponiendo el Jubileo como ocasión apropiada para pensar (...) en reducir considerablemente la deuda, o incluso cancelar por completo la deuda externa que amenaza gravemente el futuro de las naciones (”Tertio Millennio Adveniente”, 51).

* Dios ama con preferencia a los pobres

Juan Pablo II en su comentario al cántico del “Magnificat” de la Virgen María, afirma con claridad:

“No se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el Magnificat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús” (7).

* ¿Dónde está inscrito el amor preferencial por los pobres?

“El amor preferencial de la Iglesia por los pobres está inscrito admirablemente en el Magnificat de María. El Dios de la Alianza, cantado por la Virgen de Nazaret en la elevación de su espíritu, es a la vez el que “derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos..., dispersa a los soberbios...y conserva su misericordia para los que le temen” (8).

“En la búsqueda de la promoción de la dignidad humana, la Iglesia demuestra su amor preferencial por los pobres y los que carecen de voz, porque el Señor se identifica con ellos de modo especial (cf. Mt.25,40). Este amor no excluye a nadie: simplemente encarna una prioridad de servicio atestiguada por toda la tradición cristiana” (9).

- ¿En qué consiste la opción preferencial por los pobres?

El Santo Padre nos ofrece nuevamente su palabra por la que discierne la verdad de la expresión “la opción preferencial por los pobres”. Se trata de “una opción no exclusiva ni excluyente, pues el mensaje de la salvación está destinado a todos. Además el Papa afirma: “no es superfluo insistir nuevamente en que la opción por los pobres es una opción preferencial, no exclusiva ni excluyente, ya que la Iglesia, consciente de que Dios “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (ITim.2,4), no puede excluir de su solicitud a ninguno de sus hijos ni a ninguno de los hombres” (Discurso a los Obispos de Costa Rica, en Visita ad Limina”, 26-I-1984). Finalmente, el Papa enseña que es “una opción, además, basada esencialmente en la Palabra de Dios y no en criterios aportados por ciencias humanas o ideologías contrapuestas, que con frecuencia reducen a los pobres a categorías sociopolíticas económicas abstractas. Pero una opción firme e irrevocable” (10).

La genuina praxis de liberación ha de estar siempre inspirada por la doctrina de la Iglesia según se expone en las dos Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe que han de ser tenidas en cuenta cuando se aborda el tema de las teologías de la liberación” (11).

* Lectura interpelante de Mt. 25,35-36

“Esta página del Evangelio de San Mateo (25,35-36) no es una simple invitación a la caridad; es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia” (12).

* Sensibilidad evangélica hacia los pobres y desventurados

La tarea es inmensa. Es tarea absorbente. (...) El pensamiento y la praxis social que se inspiran en el Evangelio deben tener especial sensibilidad hacia los más desventurados, los que son extremadamente pobres, los que padecen males físicos, mentales y morales que afligen a la humanidad, incluidos el hambre, abandono, desempleo y desesperación. Hay muchas personas que padecen esta clase de pobreza en todo el mundo. (...) Los pobres de Estados Unidos y del mundo son vuestros hermanos y hermanas en Cristo. No podéis contentaros nunca con dejarles las migajas de la fiesta. Tenéis que tomar de vuestras posesiones -y no de lo que os sobra- para ayudarles. Y debéis tratarlos como invitados de vuestra mesa familiar” (12a).

* La ayuda que hay que dar a los países empobrecidos:

Teniendo en cuenta toda esta situación tan inhumana y tan dolorosa, el Santo Padre dice que “dos tipos de ayuda son necesarios: la asistencia que se da frente a las necesidades inmediatas de pan y alojamiento, y la asistencia que haga posible que los pueblos que ahora sufren asuman la responsabilidad de su vida, reclamen su tierra y la hagan nuevamente apta para procurar una vida sana y segura. Estos programas a la largo plazo consiguen así que la gente adquiera la esperanza en el futuro y recuperen un sentimiento de dignidad” (13).

Juan Pablo II afirma con claridad: “esta solidaridad se manifiesta en primer lugar en el respeto a la dignidad personal de la población local, a su cultura y costumbres, en una actitud de confrontación dialógica encaminada a promover el desarrollo integral de cada uno” (13a).

El Santo Padre, en esta misma línea de actuación, hace una seria advertencia a los políticos: “No puede haber espacio para la intimidación, para la opresión de los pobres y de los débiles, para la exclusión arbitraria de individuos y de grupos de la vida política, para el uso equivocado de la autoridad y para el abuso de poder” (14).

- ¿Cómo debemos entender la economía?

Juan Pablo II también ha dicho una palabra sobre la economía. Nos recuerda que la economía es también uno de esos lugares de la sociedad actual en el que la Iglesia tiene que hacer oír su voz, y los cristianos han de hacerse presentes en ella para transformarla, darle rostro humano.

Juan Pablo II afirma que es necesario “crear una nueva cultura de solidaridad y cooperación internacionales, en la que todos, especialmente los Países ricos y el sector privado, asuman su responsabilidad en un modelo de economía al servicio de cada persona. No se ha de retardar el tiempo en el que el pobre Lázaro pueda sentarse junto al rico para compartir el mismo banquete, sin verse obligado a alimentarse de lo que cae de la mesa. La extrema pobreza es fuente de violencias, rencores y escándalos. Poner remedio a la misma es una obra de justicia y, por tanto, de paz” (15).

*** Allocución en la Catedral de San Patricio (New York. Octubre, 1979).**

Juan Pablo II clama a favor de los pobres: “Mi corazón está con los pobres. No podemos olvidarnos del peligro de vivir en la sociedad opulenta del consumismo frenético exhaustivo y sin alegría (...) No podemos

permanecer ociosos disfrutando de nuestras riquezas y libertad, si en algún lugar el pobre Lázaro del siglo XX está a nuestra puerta”.

*** Llamamiento a favor del Sahel (Ougadougou, Alto Volta), 10-Mayo-1980.**

Ante la pobreza y el hambre, las enfermedades y sufrimientos de muchos países de África, el Santo Padre habla en tonos solemnes y graves. Acojamos estas palabras y dejémonos interpelar por ellas:

“Desde la capital de Alto Volta, lanzo al mundo entero este solemne llamamiento. Yo, Juan Pablo II, obispo de Roma y Sucesor de Pedro, elevo mi voz suplicante, porque no puedo callarme cuando mis hermanos y hermanas están amenazados. Me hago voz de los que no tienen voz, voz de los inocentes que murieron porque les faltó el agua y el pan”.

¡Escuchad mi llamamiento!

A vosotros, los organismos internacionales, os pido continuéis el trabajo notable ya realizado, y que aceleréis la puesta en marcha perseverante de los programas de acción ya elaborados.

A vosotros, los responsables de los Estados, os pido que prestéis una ayuda generosa a los países del Sahel, a fin de que un nuevo esfuerzo, importante y continuado, pueda poner remedio todavía más eficazmente al drama de la sequía.

A vosotros, organismos no gubernamentales, os pido que redobléis vuestros esfuerzos: sabed suscitar una corriente de generosidad personal, de los hombres, de las mujeres, de los niños, a fin de que todos sepan que el fruto de sus privaciones sirven verdaderamente para garantizar la vida y las posibilidades de futuro de sus hermanos y hermanas.

Quiero dirigirme también particularmente a vuestros hermanos católicos del mundo, a los de los países más favorecidos. ¡Ahora los que tienen hambre y sed en el mundo están a vuestro alcance! (...) No debéis, pues, descansar solamente sobre las responsabilidades políticas, nacionales e internacionales. Por encima del deber universal de solidaridad, es vuestra fe la que os debe impulsar a examinar vuestras posibilidades reales, a examinar, personalmente y en familia, si no se considera con excesiva frecuencia necesario lo que en realidad es superfluo. Es el Señor el que nos invita a hacer más” (n.8).

*** Alocución a los Pobres de la “Favela Vidigal” (Río de Janeiro” (Brasil), 2-Julio-1980.**

“Habitantes de esta “Favela del Vidigal”, entre vosotros hay muchos pobres. Y la Iglesia en tierra brasileña quiere ser la Iglesia de los pobres. Ella desea que en este gran país se realice la primera bienaventuranza del sermón de la Montaña (n.2).

- Los pobres de espíritu son los que están más abiertos a Dios y a las “grandes obras de Dios” (Hech.2,11). Pobres, porque están dispuestos a aceptar siempre todo don de lo alto que procede del mismo Dios. Pobres en espíritu son los que viven con la conciencia de haber recibido todo de las manos de Dios como un don gratuito y dan valor a todo bien recibido (...) Los pobres, los pobres de espíritu, son los más misericordiosos. Los corazones abiertos a Dios son, por ello mismo, los más abiertos a los hombres. Están dispuestos a ayudar y prestar. Prontos a compartir lo que tienen. Dispuestos para recibir en casa a una viuda o a un huérfano abandonado. Encuentran siempre un lugar sobrante de más en medio de las estrecheces en que viven. Y con este espíritu saben encontrar un trozo de pan y un poco de alimento en su pobre mesa. Pobres, pero generosos; pobres, pero magnánimos. Sé que aquí hay muchos de éstos, aquí entre vosotros, a los que estoy hablando; pero también en otros distintos lugares del Brasil (n.2).

- La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres. La Iglesia también en tierra brasileña quiere ser la Iglesia de los pobres, es decir, quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo, y sobre todo en esta primera bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres de espíritu...”. Quiere enseñar esta verdad y quiere ponerla en práctica así como Jesús vino a hacer y enseñar.

La Iglesia desea, pues, extraer de la enseñanza de las ocho bienaventuranzas todo lo que en ellas se refiere a cada hombre:

+ A los pobres, a los que viven en la miseria les dice que están particularmente cercanos a Dios y a su reino. Pero al mismo tiempo, les dice que no les está permitido -como a nadie le está permitido- reducir a la miseria a sí mismos y a las propias familias; es necesario hacer todo lo lícito para asegurarse, a sí mismos y a los propios familiares, lo necesario para la vida y para el sustento. En la pobreza es necesario conservar, sobre todo, la dignidad humana y también la magnanimidad, la apertura de corazón respecto a los otros, disponibilidad por la que se distinguen esencialmente los pobres, los pobres de espíritu.

+ A quienes viven en la abundancia o al menos en un relativo bienestar, para los que tienen lo necesario (¡aun cuando acaso lo superfluo escaseen!), la Iglesia, queriendo ser la Iglesia de los pobres, les dice: aprovechaos de los frutos de vuestro trabajo y de una lícita habilidad, pero en nombre de las palabras de Cristo, en nombre de la fraternidad humana y de la solidaridad social, no os encerréis en vosotros mismos. ¡Pensad en los más pobres!. Pensad en los que no tienen lo suficiente, que viven en la miseria crónica, que sufren hambre. ¡Y distribuid algo con ellos! Dadles parte de forma programada y sistemática.

+ Y la Iglesia de los pobres dice lo mismo, con mayor fuerza, a los que tienen en exceso, que viven en la abundancia, que viven en el lujo. Ella les dice: ¡Mirad un poco alrededor! ¿El corazón no os duele? ¿No sentís remordimiento de conciencia a causa de vuestra riqueza y abundancia? En caso contrario, si queréis solamente “tener” cada vez más, si vuestros ídolos son el lucro y el placer, acordaos que el valor del hombre no es medido según lo que “tiene”, sino según lo que él “es”. (...) Si tienes mucho, si posees mucho, acuérdate de que debes dar mucho, que hay mucho que dar.

La Iglesia de los pobres habla, en primer lugar y sobre todo, al “hombre”, a cada hombre y, por ello mismo, a todos los hombres. Es la Iglesia universal. La Iglesia del misterio de la Encarnación. No es la Iglesia de una clase o de una única casta. Y habla en nombre de la misma verdad. Esta verdad es realista.(...) La única lucha, la única batalla a la que la Iglesia quiere servir es la noble lucha por la verdad y por la justicia, y la batalla por el verdadero bien, la batalla en la cual la Iglesia es solidaria con todo hombre. En este camino, la Iglesia lucha con “la espada de la palabra”.

La Iglesia de los pobres habla, por tanto, al “hombre”; a cada hombre y a todos. Al mismo tiempo les habla a las ciudades en su totalidad y a los diversos estratos sociales, a los grupos y a las profesiones diversas. (...) Habla a todos en nombre de Cristo y habla también en nombre del hombre.

La Iglesia de los pobres habla así: hacedlo todo, vosotros particularmente que tenéis poder de decisión; vosotros, de quienes depende la situación del mundo, haced todo para que la vida de todo hombre, en vuestro país, se torne “más humana, más digna del hombre”. Hacedlo todo para que desaparezca, al menos gradualmente, el abismo que separa a los “excesivamente ricos”, poco numerosos, de las grandes muchedumbres de los pobres, de los que viven en la miseria. Hacedlo todo para que este abismo no aumente, sino disminuya, a fin de tender a la igualdad social, para que la distribución injusta de los bienes ceda el puesto a una distribución más justa. Hacedlo todo por la consideración hacia el hombre que es vuestro prójimo y

vuestro conciudadano. Y hacedlo también por consideración hacia vosotros mismos. (...). La sociedad que no es socialmente justa y no tiende a hacerse tal, pone en peligro su futuro. (...)

Todo esto está contenido en lo que Cristo dijo en el Sermón de la Montaña; en el contenido de esta única frase: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Un gesto significativo del Papa

Juan Pablo II regaló su anillo al sacerdote español D. Benjamín Ramiro Díaz, párroco de la favela Vidigal. Este sacerdote ha dicho: “al tocar el anillo, siento la presencia del Santo Padre. Su gesto de desprendimiento debería ser repetido por nosotros”.

*** Alocución en Tondo (Periferia de Manila. Filipinas; 1981)**

En este barrio donde tantos seres humanos viven en condiciones de inmensa pobreza y miseria, Juan Pablo II les transmite un mensaje de esperanza: “Aquí en Tondo ante tanta escasez, veo los pobres de espíritu que Cristo llama bienaventurados (...) Mis queridos amigos, no os dejéis tratar por ideologías que sólo predicán valores materiales o simplemente ideales temporales (...) El camino de vuestra liberación total no es el camino de la violencia, de la lucha de clases, del odio; sino el camino del amor, de la hermandad y de la solidaridad pacífica. Sé que me comprendéis los pobres de Tondo, porque sois bienaventurados y poseéis el Reino de los cielos”.

*** Catequesis de Juan Pablo II en la audiencia general del miércoles 13 de mayo de 1981.**

Hacemos referencia a este discurso de Juan Pablo II, que no leyó ya que sufrió el atentado en la plaza de San Pedro. De esta alocución referimos lo siguiente:

“La Iglesia está por vocación llamada a ser siempre defensora fiel de la dignidad humana, la madre de los oprimidos y de los marginados, la Iglesia de los débiles y de los pobres. Quiere vivir toda la verdad contenida en las bienaventuranzas evangélicas, sobre todo en la primera: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Quiere enseñar y practicar, así como lo hizo su divino fundador, “a ser y a enseñar”.

“La Iglesia quiere ser solidaria con sus hijos y con toda la humanidad, compartiendo dificultades y angustias y haciendo propias las legítimas

aspiraciones y peticiones de quienes sufren o son víctimas de la injusticia. Con la fuerza de las palabras eternas del Evangelio denuncia todo lo que ofende al hombre en su dignidad de “imagen de Dios” y en sus derechos fundamentales universales, inviolables, inalienables, todo lo que obstaculiza el crecimiento del hombre, según el plan de Dios. Todo ello forma parte de su servicio profético”.

*** Encíclica “Laborem exercens” (14-IX-1981)**

Hemos presentado ya esta Encíclica. Ahora sólo ofrecemos un texto de la misma que es una denuncia profética de la miseria y el hambre en las que se encuentra muchísimos seres humanos y de las desigualdades sociales existentes: “No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia y de subdesarrollo. Este hecho es universalmente conocido. El estado de desigualdad entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en abundancia, existen otros que viven el indigencia, sufren la miseria (...) su número alcanza decenas y centenares de millones...”.

*** Mensaje para la Cuaresma de 1989**

Ante el problema el hambre en el mundo, Juan Pablo II exhorta vivamente a todos a colaborar en la erradicación del hambre en el mundo: “se tome conciencia del flagelo del hambre en el mundo, para que se emprendan nuevas acciones y se consoliden las ya existentes a favor de los que sufren el hambre, para que se compartan los bienes con los que no tienen, para que se fortalezcan los programas encaminados a la autosuficiencia alimenticia de los pueblos”. No podemos quedarnos tan tranquilos mientras cada día mueren de hambre miles de niños.

*** Discurso en Uagadougou, (Sahel), 21-I-1990).**

En una de las zonas de la tierra más pobres, el Santo Padre clama ante el mundo entero:

“En nombre de la justicia, el Obispo de Roma, el Sucesor de Pedro, suplica encarecidamente a sus hermanos y hermanas en humanidad que no desprecien a los hambrientos de este continente (África) que no les nieguen el derecho universal a la dignidad humana y a la seguridad de la existencia”.

El Papa se hace una pregunta interpelante que comparte con todos:

“¿Cómo juzgará la historia a una generación que cuenta con todos los medios necesarios para alimentar a la población del planeta y que rechaza el hacerlo por una ceguera fratricida? ¿Qué paz pueden esperar unos pueblos que no ponen en práctica el deber de la solidaridad? ¿Qué desierto sería un mundo en el que la miseria no encontrara la respuesta de un amor que da la vida!”.

*** Audiencia General (7-II-1990)**

En esta catequesis, el Santo Padre vuelve a pedir a los países desarrollados que ayuden a los pueblos pobres y necesitados. Meditemos estas palabras: “Los cambios que han acontecido y están aconteciendo en Europa, especialmente en la Europa central y en la oriental, deberían disuadir a las respectivas sociedades, más aún, a todas las naciones del mundo, de los costosos enfrentamientos que derivan de la carrera de armamentos, y los deberían llevar a dirigir a porfía sus esfuerzos hacia las poblaciones más pobres, y en especial hacia las áreas más amenazadas del así llamado Tercero y Cuarto Mundo”.

*** Mensaje para la Cuaresma de 1991**

El Santo Padre vuelve otra vez a referirse al problema del hambre en el mundo. Recordemos sus palabras: “Debemos tener presente ante nuestros ojos la pobreza estremecedora que aflige a tantas partes del mundo; y por eso, con esta intención, repito el llamado que -en nombre de Jesucristo y en nombre de la humanidad- he dirigido a todos los hombres durante mi última visita al Sahel (Discurso en Uagadugu; 29-I-1990): “¿Cómo juzgará la historia a una generación que cuenta con todos los medios necesarios para alimentar a la población del planeta y que rechaza el hacerlo por una ceguera fratricida?

No podemos quedarnos insensibles ni indiferentes, no podemos dar la espalda a tantos seres humanos que no tienen qué comer ni qué beber, mientras nosotros tenemos más que suficiente y nos sobra para llevar a una vida digna.

*** Discurso a la XXVI Conferencia general de la FAO (14-XI-1991).**

Juan Pablo II aprovecha este Foro Internacional para salir en defensa de los derechos de los pobres y para promover la atención a los necesitados. Insertamos aquí un párrafo importante de su discurso, destacando tres afirmaciones importantes e interpelantes:

- “Es importante tener presente que los proyectos encaminados a eliminar el hambre deben estar en armonía con el derecho fundamental de las parejas a fundar y mantener una familia (cf. FC.42).

- “Cualquier iniciativa que busque incrementar las reservas mundiales de alimento atacando a la santidad de la familia o interfiriendo en el derecho de los padres de decidir el número de sus hijos, acabaría por oprimir a la raza humana en vez de estar a su servicio” (cf. GS,47; FC, 42).

- “En lugar de prohibir a los pobres a nacer, es preciso elaborar programas que sean de verdad eficaces para promover el aumento de los recursos alimenticios, de forma que los pobres puedan participar también ahora en los bienes materiales que necesitan para mantener a sus familias, y se les ofrezca el adiestramiento y la asistencia necesarios para producir ellos mismos esos bienes mediante su propio trabajo”.

*** Allocución a los participantes en la Conferencia Internacional sobre Nutrición (Roma, 5-XII-1992).**

- El Santo Padre hace suyas las palabras con que inicia el proyecto de Declaración Mundial sobre la nutrición de esta Conferencia: “El hambre y la desnutrición son inaceptables en un mundo que dispone de los conocimientos y de los recursos necesarios para acabar con esta catástrofe humana” (n.1).

- Denuncia del hambre y de la miseria. “Con todo, la paradoja sigue teniendo todos los días consecuencias dramáticas: por un lado, nos impresionan las imágenes de una parte de la Humanidad condenada a morir de hambre a causa de calamidades naturales cada vez peores, de desastres provocados por el hombre, de los obstáculos a la distribución de los recursos alimentarios y de las restricciones impuestas al comercio de los productos locales que privan a los países más pobres de los beneficios del mercado.

- Negación de la solidaridad. “Asistimos a la negación de la solidaridad: la destrucción de cosechas enteras, las exigencias exgoístas que implican los modelos económicos vigentes, la negativa a la transferencia de tecnología y las condiciones impuestas a la concesión de ayudas alimentarias, incluso en los casos donde la urgencia es evidente” (...).

- El derecho a una alimentación digna. “La Declaración Universal de los Derechos Humanos afirmaba ya el derecho a una alimentación suficiente. Ahora se debe asegurar a todos, en aplicación de este derecho, la posibilidad de alimentarse, la seguridad alimentaria, una alimentación sana y una formación en las técnicas de nutrición” (...).

- ¿Cómo se podrá resolver el problema del hambre? “Hoy la Humanidad está cayendo en la cuenta de que el problema del hambre no se podrá resolver en el plano local, sino solo gracias a un desarrollo global. Debe garantizarse en acceso a los recursos disponibles, así como la formación de los menos afortunados y su participación en las responsabilidades.(...)”

- El apoyo necesario a las mujeres. “A propósito de la nutrición ha de apoyarse más a las mujeres, por lo fundamentales que son las tareas que realizan en las zonas rurales de mayor riesgo desde el punto de vista alimentario. La mujer es madre y educadora, agente económico y principal responsable de la gestión doméstica”.

- La atención a los niños. “Se deberá también prestar una atención especial a los niños, a fin de proteger su derecho fundamental a la vida y a la alimentación, derecho que ha sido proclamado recientemente por la “Convención sobre los derechos del niño”. Y tampoco se puede obviar el derecho de la pareja a decidir acerca de su procreación y de los tiempos de los nacimientos”.

- Tarea de la Iglesia. “La Iglesia, cuando realiza su misión de anunciar la “Buena Nueva a todas las naciones”, desea estar especialmente cercana a la Humanidad doliente, pobre y hambrienta. No le compete proponer soluciones técnicas, pero siempre está dispuesta a apoyar con todas sus fuerzas a los que trabajan para fortalecer la solidaridad internacional y promover la justicia entre los pueblos. Por su parte, la Iglesia lo hace proclamando que la ley del amor a Dios y al prójimo es el fundamento de la vida social. Es consciente también de que “su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras” (CA,n.57). (...) No podemos olvidar que, al final de la Historia, deberemos responder ante el Señor de nuestras acciones por el bien de nuestros hermanos (cf. Mt.25,31-46).

- Invitación del Papa. Por ello, el Papa os pide a los que participáis en esta Conferencia que trabajéis para que a nadie se le niegue el pan de cada día y los cuidados necesarios para su salud” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XV/2 (1999/92), 816-822).

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 10-VIII-1994: “La Iglesia y las personas solas” (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1994).**

El Santo Padre tan sensible a las situaciones desgraciadas y dolorosas de tantos seres humanos, no podía silenciar a tantos seres humanos, hermanos y hermanas nuestros, que están solos, abandonados, dejados a su suerte...

El Papa se fija en distintas personas que están solas en la vida:

- “Las viudas (nn.1-2)

- “Los separados, los divorciados, las madres solteras (n.3)
- “Las personas solas” (nn.4-5).

Termina el Santo Padre con estas palabras: “Sea cual sea el origen de su estado de vida, muchas de estas personas pueden reconocer el designio superior de la sabiduría divina que dirige su existencia y la lleva a la santidad por el camino de la cruz, una cruz que en su situación se manifiesta particularmente fecunda” (n.5).

Les invito a leer esta catequesis tan interpelante para todos. Dediquemos nuestro tiempo -al menos algo de él-, que Dios nos regala para compartirlo en gratuidad, cercanía y cariño con tantas personas que están solas en la vida. “En el día del Juicio seremos examinados por el amor...”.

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma de 1996: “dadles vosotros de comer” (8-IX-1995)**

- Jesucristo estuvo cercano a los necesitados

El Evangelio evidencia que el Redentor manifiesta singular compasión por cuantos están en dificultad... Luego dice a sus discípulos: “dadles vosotros de comer”.pro ellos se dan cuenta que no tienen más que cinco panes y dos peces. También hoy, como entonces los Apóstoles en Betsaida, disponemos de medios ciertamente insuficientes para atender con eficacia a los cerca de ochocientos millones de personas hambrientas o desnutridas, que en los umbrales del año dos mil luchan todavía por su supervivencia.

- Ante la pobreza tan extendida

¿Qué hacer entonces? ¿Dejar las cosas como están, resignándose a la impotencia? Este es el interrogante sobre el cual quiero llamar la atención, en el inicio de la Cuaresma, de todo fiel y de la entera comunidad eclesial.

La muchedumbre de hambrientos (...) eleva hacia nosotros su grito de dolor. Nos imploran, esperando ser escuchados. ¿Cómo no hacer atentos nuestros oídos y vigilantes nuestros corazones, comenzando a poner a disposición aquellos cinco panes y aquellos dos peces que Dios ha depositado en nuestras manos? Todos podemos hacer algo por ellos, llevando a cada uno la propia aportación. Ciertamente esto exige renunciaciones que suponen una interior y profunda conversión.. Es necesario (...) revisar los comportamientos consumistas, combatir el hedonismo, oponerse a la indiferencia y a eludir las responsabilidades (n.2).

- El drama del hambre

El hambre es un drama enorme que aflige a la humanidad: se hace aún más urgente tomar conciencia de ello y ofrecer un apoyo convencido y generoso a las diversas Organizaciones y Movimientos, surgidos para aliviar los sufrimientos de quien corre el riesgo de morir por falta de alimento, privilegiando a cuantos no son atendidos por programas gubernativos o internacionales. Es necesario sostener la lucha contra el hambre tanto en los países menos avanzados como en las Naciones altamente industrializadas, donde va aumentando desgraciadamente la diferencia que separa a los ricos de los pobres.

La tierra está dotada de los recursos necesarios para dar de comer a toda la humanidad. Hay que saber usar con inteligencia, respetando el ambiente y los ritmos de la naturaleza, garantizando la equidad y la justicia en los intercambios comerciales y una distribución de las riquezas que tenga en cuenta el deber de la solidaridad.(...) Allí donde los hombres se convierten al Evangelio, tal proyecto de participación y solidaridad se hace una extraordinaria realidad (n.3)..

- La auténtica solidaridad

La auténtica solidaridad se alcanza sólo mediante un paciente y responsable trabajo de formación llevado a cabo desde la infancia, se convierte en un hábito mental de la persona y abraza a los diversos campos de actividad y responsabilidad. Se necesita un proceso general de sensibilización capaz de implicar a toda la sociedad.

- La colaboración de la Iglesia

A este proceso, la Iglesia, en cordial colaboración con las otras Confesiones religiosas, pretende ofrecer su propia aportación cualificante. Se trata de un esfuerzo fundamental de promoción del hombre y de convivencia fraterna, que además tiene que ver comprometidos a los mismos pobres, en base a sus posibilidades (n.4) (Boletín O.E. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Febrero 1996; 27-30).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Sr. Jacques Diouf, director general de la FAO, con ocasión de la Jornada Mundial de la Alimentación (4 de octubre de 2000).**

El tema propuesto este año (“Un milenio libre del hambre”) resulta especialmente sugerente. (...) Liberar del hambre a los centenares de

millones de seres humanos que siguen siendo víctimas de esta calamidad no resulta fácil empresa, pues supone en primer lugar el compromiso de extirpar de raíz las malas hierbas que producen hambre y desnutrición. (...) Libre del hambre significa también libre de la guerra. (...)

Debe reconocerse también que la superación del hambre y de la inseguridad alimentaria no depende tan sólo de una mayor producción de alimento. En el mundo habría ya alimento suficiente para todos, con tal de que se distribuyera de manera equitativa. Pero por desgracia es muy otra la realidad.

En verdad no sería modesto el resultado de esta jornada de la Alimentación si quienes abundan en bienes materiales supieran profesar un estilo de razonable austeridad para poder así ayudar a quienes carecen de alimento. (...) El Maestro divino ha enseñado al cristiano a hacerse cargo también de las necesidades de los demás. Su oración será pues auténtica si se traduce en un compromiso sincero de solidaridad concreta (15a).

*** Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte” (6-I-2001)**

Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse(...).

No debe olvidarse, ciertamente, que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre” (cf. GS 22). Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales” (n.49).

*** Exhortación apostólica: “La Iglesia en Europa” (28-VI-2003)**

“Se pide a toda la Iglesia que dé nueva esperanza a los pobres. Para ella, acogerlos y servirlos significa acoger y servir a Cristo (cf. Mt.25,40). El amor preferencial a los pobres es una dimensión necesaria del ser cristiano y del servicio al Evangelio. Amarlos y mostrarles que son los predilectos de Dios, significa reconocer que las personas valen por sí mismas, cualesquiera que

sean sus condiciones económicas, culturales o sociales en que se encuentren, ayudándolas a valorar sus propias capacidades” (n.86).

*** Discurso al embajador Sr. Carlos R. C.Marion-Landais Castillo de la República Dominicana en la presentación de Cartas Credenciales (15-XII-2003).**

Destacamos de este discurso estos párrafos:

“En su servicio a la sociedad no le incumbe a la Iglesia proponer soluciones de orden político y técnico, sin embargo debe y quiere señalar las motivaciones y orientaciones que provienen del Evangelio para iluminar la búsqueda de respuestas y soluciones.

En la raíz de los males sociales, económicos y políticos de los pueblos suele estar el repudio u olvido de los genuinos valores éticos, espirituales y trascendentales.

Es misión de la Iglesia recordarlos, defenderlos y consolidarlos, particularmente en el momento actual, en el que causas internas y externas han producido en su país un grave deterioro y un cierto descenso de la calidad de vida de los dominicanos.

En la solución de esos problema son debe olvidarse que el bien común es el objetivo a conseguir, para lo cual, la Iglesia, sin pretender competencias ajenas a su misión, presta su colaboración al gobierno y a la sociedad.

En el mundo de hoy no basta limitarse a la ley del mercado y su globalización; hay que fomentar la solidaridad, evitando los males que se derivan de un capitalismo que pone el lucro por encima de la persona y la hace víctima de tantas injusticias. Un modelo de desarrollo que no tuviera presente y no afrontara con decisión esas desigualdades no podría prosperar de ningún modo (n.4).

Los que sufren más en las crisis son siempre los pobres. Por eso, deben ser el objetivo especial de los desvelos y atención del Estado. La lucha contra la pobreza no debe reducirse a mejorar simplemente sus condiciones de vida, sino a sacarlos de esa situación creando fuentes de empleo y asumiendo su causa como propia.

Es importante incidir en la importancia de la educación y la formación como elementos en la lucha contra la pobreza, así como en el respeto de los derechos fundamentales, que no pueden ser sacrificados en aras de otros

objetivos, pues eso atentaría contra la verdadera dignidad del ser humano (n.43).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XII Jornada Mundial del Enfermo (Lourdes, 11-II-2004).**

- Cristo sufre por nosotros y con nosotros: “En la muerte y resurrección del Redentor el sufrimiento humano encuentra su sentido más profundo y su valor salvífico. Todo el peso de las tribulaciones y los dolores de la humanidad se condensa en el misterio de un Dios que, asumiendo nuestra naturaleza humana, se anonadó hasta hacerse “pecado por nosotros” (ICort.5,21). En el Gólgota cargó con las culpas de toda criatura humana y, en la soledad del abandono, gritó al Padre: “¿Por qué me has abandonado?” (Mt.27,46). En la paradoja de la cruz brota la respuesta a nuestros interrogantes más inquietantes. Cristo sufre por nosotros, dándonos la posibilidad de compartir con él nuestros dolores. El sufrimiento humano, unido al de Cristo, se convierte en medio de salvación. (cf. Col.1,24). El dolor aceptado con fe, se transforma en la puerta para entrar en el misterio del sufrimiento redentor del Señor. Un sufrimiento que ya no quita la paz y la felicidad, porque está iluminado por el resplandor de la resurrección (n.4).

- María, al pie de la cruz

Al pie de la cruz sufre en silencio María, participando de modo especialísimo en los dolores del Hijo, constituida Madre de la humanidad, dispuesta a interceder para que toda persona obtenga la salvación (cf. SD, 25) (n. 5).

- El respeto a toda vida humana

Es preciso acoger, respetar y defender la vida desde su inicio hasta su ocaso natural. Junto con ella, hay que proteger a la familia, cuna de toda vida naciente. (...) Nadie puede arrogarse la facultad de destruir o manipular indiscriminadamente la vida del ser humano (n.6) (Ecclesia, n.3188; 17-I-2004), 28-29.

*** Mensaje de Juan Pablo II al Sr. Jacques Diouf, director general de la FAO, con ocasión de Jornada Mundial de la Alimentación 2004; (15-10-2004)**

El Santo Padre está atento a los encuentros internacionales y esfuerzos que se hacen en el mundo al servicio de los seres humanos que se encuentran

en situaciones infrahumanas, sufren a causa de la miseria y no pocos mueren a causa del hambre injusta. Su palabra profética se hace sentir en el mundo.

- La biodiversidad al servicio de la seguridad alimentaria

El tema de esta Jornada: “La biodiversidad al servicio de la seguridad alimentaria” señala un medio concreto para la lucha contra el hambre y la desnutrición de tantos hermanos y hermanas nuestros. En efecto, para alcanzar el objetivo de una adecuada seguridad alimentaria es necesaria una correcta gestión de la diversidad biológica para poder garantizar las distintas especies animales y vegetales. Se trata de un esfuerzo que requiere una consideración de carácter ético y no solamente técnico y científico, aunque estos últimos sean indispensables, de modo que se pueda asegurar la pervivencia de tales recursos y su uso de acuerdo con las exigencias concretas de la población mundial (1).

- Obstáculos a la biodiversidad

Hay todavía muchos obstáculos que se oponen a la acción internacional encaminada a tutelar la biodiversidad. A pesar de la existencia de reglas cada vez más adecuadas, otros intereses parecen obstaculizar el justo equilibrio entre la soberanía de los Estados sobre los recursos presentes en su territorio y la capacidad de las personas y de las comunidades para preservar o gestionar tales recursos en función de las necesidades reales. Es preciso, pues, que entre las bases de la cooperación internacional se reafirme el principio de que la soberanía sobre los recursos genéticos presentes en los diversos ecosistemas no puede ser exclusiva ni convertirse en causa de conflictos, sino que se ha de ejercer según las reglas naturales de humanidad que rigen la convivencia entre los diversos pueblos que forman la familia humana (n.2).

- Recordar a las comunidades y pueblos indígenas

Juan Pablo II llama la atención sobre “las comunidades y los pueblos indígenas, cuyo vasto patrimonio de cultura y de conocimientos ligados a la biodiversidad corre el riesgo de desaparecer por la ausencia de una tutela adecuada. En efecto, se percibe el peligro real de una explotación abusiva de sus tierras y la destrucción de su habitat tradicional, como también la no protección de su propiedad intelectual, cuya importancia se reconoce para la salvaguardia de la biodiversidad” (n.2).

- Medidas propuestas por el Santo Padre

El Santo Padre propone dos medidas importantes y urgentes: superar las actitudes egoístas y compartir los frutos de la tierra.

+ “Desde muchas partes se subraya la urgencia de replantear el esquema seguido hasta ahora para tutelar los inmensos e insustituibles recursos del planeta, procurando un desarrollo no sólo sostenible, sino también y sobre todo solidario. La solidaridad, entendida correctamente como modelo de unidad capaz de inspirar la acción de los individuos, de los gobiernos, de los organismos e instituciones internacionales y de todos los miembros de la sociedad civil, trabaja por un justo crecimiento de los pueblos y de las naciones, y tiene como objetivo el bien de todos y de cada uno.

Esta solidaridad, pues, superando también actitudes egoístas en relación con el orden de la creación y sus frutos, tutela los diferentes ecosistemas y sus recursos, a las personas que viven en ellos y sus derechos fundamentales a nivel individual y comunitario.(...) (n.3).

+ Es de esperar que la celebración de hoy ayude a favorecer, a nivel global y local, el progreso de un renovado “compartir” los frutos de la tierra (n. 4).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Asamblea Plenaria y en el primer Congreso Mundial de los Organismos eclesiales operantes por la justicia y la paz, organizado por el Consejo Pontificio de justicia y paz (29-X-2004).**

El Santo Padre hace una llamada a conocer y difundir la doctrina social de la Iglesia y a descubrir el “hoy” que vivimos como la hora de la caridad.

“Acaba de publicarse el Compendio de la doctrina social de la Iglesia, un instrumento en condiciones de ayudar a los cristianos en su compromiso diario de hacer más justo el mundo, con la perspectiva evangélica de un verdadero humanismo solidario. La doctrina social “forma parte esencial del mensaje cristiano” (CA 5) y debe conocerse cada vez mejor, difundirse integralmente y testimoniarse con una constante y coherente acción pastoral (n. 2).

En un tiempo como el nuestro caracterizado por la globalización de la cuestión social, la Iglesia invita a todos a reconocer y a afirmar la centralidad de la persona humana en todo ámbito y manifestación de la sociabilidad (n.2).

La doctrina social de la Iglesia os interpela sobre todo a vosotros, cristianos laicos, a vivir en la sociedad como un “testimonio a Cristo

Salvador” (CA 5) y os abre a los horizontes de la caridad. En efecto, esta es la hora de la caridad, también de la caridad social y política, capaz de animar, con la gracia del Evangelio, las realidades humanas del trabajo, de la política, de la economía, de la política, diseñando los caminos de la paz, de la justicia y de la amistad entre los pueblos (n.3)..

Esta es la hora de un renovado período de santidad social, de santos que manifiesten al mundo y en el mundo la perenne e inagotable fecundidad del Evangelio” (n.3).

B) Los ancianos

Alberto Marxuach escribe sobre este ministerio de Juan Pablo II unas palabras que insertamos aquí: “Juan Pablo II abordó la problemática del envejecimiento en todas sus dimensiones; de la fe y de la vivencia individual, de las estrategias asistenciales, hasta los discursos a las Naciones Unidas, a los medios de comunicación social, a los profesionales de la salud, etc. La abordó también en todas sus fases, desde la vivencia del prejubilado, hasta la fase terminal de la existencia. Su enseñanza empieza ya al principio de su papado con la alocución dominical del periodo de la Navidad (31-XII-1978) y se extiende hasta pocos días de su muerte en el mensaje de Cuaresma del año 2005” (“El Papa a los mayores”; Caritas española. Madrid.2006; 10). Podemos decir que Juan Pablo II proyectó una pastoral de los ancianos teniendo como referencia la doctrina del Concilio Vaticano II.

*** Alocución dominical (31 de diciembre de 1978).**

El Santo Padre levanta su voz para reclamar que todos debemos “respetar a los más ancianos; las familias les deben su propia existencia, el sustento, que frecuentemente se han costado con duro trabajo y con mucho sacrificio. No se les puede tratar como si ya fuesen inútiles. Aunque a veces les falten las fuerzas para realizar aun las acciones más pequeñas, gozan, sin embargo, de la experiencia de la vida y de la sabiduría de la que carecen frecuentemente los jóvenes”.

*** Alocución a los participantes en un Foro Internacional sobre la Tercera Edad (Castelgandolfo, 5-IX-1980).**

Juan Pablo II manifiesta que “dirigir nuestra atención a las personas mayores es percibirnos de la gran importancia que tienen como parte integrante del plan de Dios sobre el mundo, con su misión que cumplir, su peculiar contribución que aportar, sus problemas que resolver, sus cargas que llevar. El concretar la atención sobre las nobles dimensiones de las vidas de los mayores nos ayuda a descubrir las áreas en las que puede llevarse a cabo un auténtico progreso humano; nos hace ver lo que es necesario resaltar en orden a crear una atmósfera de progreso en el actual estado de vida de la gente de edad”.

El Papa destaca también la misión que pueden realizar los mayores en la sociedad: “la Iglesia católica ofrece con agrado su apoyo a todos los esfuerzos por animar a la gente mayor misma a que estimen con realismo y serenidad el papel que Dios les ha asignado: con la sabiduría y experiencia de sus vidas han penetrado en un periodo de gracia extraordinaria, con nuevas oportunidades para la oración y unión con Dios, dotados como han sido con

nuevos recursos espirituales con los que servir a los demás y con los que ofrecer con fervor sus vidas al Señor y Dador de vida. Los esfuerzos desplegados por fomentar y patrocinar programas dedicados a nuestros mayores son dignos del más alto honor”. Por otra parte, insiste el Santo Padre: “Ayudar a que se movilicen fuerzas a favor de los mayores es otra de las meritorias metas que debemos perseguir: apoyar las iniciativas dirigidas a que la ciencia alivie los sufrimientos de los ancianos; defender su derecho a la vida y a la plenitud que de él se desprende; servir a sus necesidades. Todo esto forma parte del horizonte que se abre ante los hombres y mujeres de nuestros días”.

El Papa pone asimismo de relieve que la misión de los mayores es también evangelizadora: “La vejez es capaz de enriquecer el mundo mediante la plegaria y el consejo; su presencia enriquece el hogar; su inmensa capacidad de evangelización por la palabra y el ejemplo, y por actividades eminentemente adaptadas a los talentos de la vejez construye para la Iglesia de Dios una fuerza todavía no del todo comprendida o adecuadamente utilizada” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II; III/2 (1980), 537-540)

*** Discurso a los Ancianos (Catedral de Munich, 19-XI-1980)**

Recordemos algunos fragmentos de su discurso: “El Papa se inclina con profundo respeto ante la ancianidad, e invita a todos que lo hagan con él. La vejez es la coronación de los escalones de la vida. En ella se cosechan frutos; los frutos de lo aprendido y experimentado, los frutos de lo realizado y lo conseguido, los frutos de lo sufrido y lo soportado. Como en la parte final de una gran sinfornía, se recogen los grandes temas de la vida en un poderoso acorde. (...) Vosotros, venerables hermanos y hermanas, sabéis mejor que nadie que esta valiosa cosecha de la vida, que os ha reservado el Creador, no es una cómoda posesión. De hecho, exige vigilancia, cuidado, autocontrol y a veces una dura lucha. De lo contrario se corroe y descompone, con demasiada facilidad, por la negligencia, las veleidades, la superficialidad, el afán de dominio o incluso la amargura. No perdáis el coraje, comenzad de nuevo con la gracia de Nuestro Señor, y acudid a las fuentes que os pueden procurar fortaleza y que él os ofrece: los sacramentos de la Eucaristía y del perdón, la palabra de la homilía y de las lecturas y los coloquios espirituales”.

El Papa dirige unas palabras llenas de afecto a los sacerdotes ancianos: “Mis queridos hermanos: la Iglesia os da las gracias por vuestra vital labor en la viña del Señor. (...) Continúa ejerciendo la demanda de la Iglesia en el servicio sacerdotal de la plegaria ante Dios”.

Juan Pablo II exhorta a la confianza en Dios: “Si no hay confianza en Dios, no hay en definitiva consuelo en la hora de la muerte. Pues precisamente lo que Dios quiere es esto: que, al menos, en esta definitiva hora de nuestra

vida, nos confiemos a su amor, sin ninguna otra seguridad más que este amor suyo”.

*** Allocución dominical (3-I-1982).**

Juan Pablo II recuerda la misión de los mayores: “los ancianos son muy valiosos, y diría que indispensables, en la familia y en la sociedad. ¡Cuánta ayuda dan a los padres jóvenes y a los pequeños con su ciencia y experiencia! Su consejo y su acción son una ventaja para muchos grupos, donde también ellos están insertos, y para muchas iniciativas en el ámbito de la vida eclesial y civil. ¡Todos les debemos estar agradecidos!

El Papa da las gracias a quienes atienden a los ancianos: “manifiesto sincera estima a todas las personas que saben hallar tiempo y modo de acercarse y asistir a los ancianos más necesitados, porque están abandonados u olvidados en los asilos, a veces privados de calor humanos”; también da las gracias “a los jóvenes que se dedican a la asistencia espiritual y social de los ancianos; os renuevo hoy mi aprecio, mi afecto y juntamente con mi bendición el deseo de que continúen en esta obra tan meritoria y tan noble”.

*** Discurso a la Federación Italiana de ancianos del Comercio y del Turismo (29-IV-1982),**

Uno de los problemas de los ancianos es la plena inserción en la familia: “Este problema tiene creciente actualidad y gravedad, tanto porque en los modelos más industrializados y urbanizados de la sociedad moderna no faltan signos de preocupante degradación de los valores fundamentales de la familia, como porque el número de los ancianos está en aumento.

Cuando una sociedad, dejándose guiar únicamente por los criterios del consumismo y de la eficiencia, divide a los hombres en activos e inactivos, y considera a los segundos como ciudadanos de segunda categoría, abandonándolos a su soledad, no se puede llamar realmente civilizada.

Cuando una familia no quiere en su casa a las personas de la propia sangre, de la primera y de la tercera edad -niños y ancianos- y olvida a unos y otros en cualquier forma, no merece ciertamente el título de comunidad de amor.

Es necesario reconstruir la imagen de la familia como comunidad de personas, donde, a la luz del mensaje evangélico, los integrantes, de todas las edades, conviven juntos, en el respeto del derecho de cada uno: de la mujer, del niño, del anciano.

Es necesario construir la familia como la escuela de humanidad más rica en la comunión de las personas, en la participación de las alegrías y dolores”.

*** Mensaje a la Asamblea Mundial sobre los problemas del envejecimiento de la población. (Organizada por las Naciones Unidas y celebrada en Viena, junio de 1982).**

El Santo Padre inicia su mensaje recordando que la vejez es “una fase natural de la vida (...), una etapa natural de la existencia y que, generalmente debe ser la coronación de la misma”. Esto significa que “la vejez sea comprendida como un elemento que tiene su valor particular en el seno de toda la vida humana, y requiere igualmente una concepción exacta de la persona que es a la vez cuerpo y alma” (...) “Una fase de la vida”: la vejez debe ser considerada “no sólo como un proceso inexorable de degradación biológica o como un periodo desgajado de las demás estaciones de la existencia, sino como una fase posible del desarrollo natural de la vida de todo ser humano, del que la vejez representa el último toque”.

Dignidad de la persona. Respeto a la vida. “La vida es, en verdad, un don de Dios a los hombres, cerados a su imagen y semejanza. Esta comprensión de la dignidad sagrada de la persona humana conduce a dar un valor a todas las etapas de la vida. Es una cuestión de coherencia y de justicia. Es, en efecto, imposible apreciar, en verdad, la vida de un anciano sin apreciar, en verdad, la vida de un niño desde el comienzo de su concepción. Nadie sabe hasta dónde se podría llegar si la vida no fuese respetada como un bien inalienable y sagrado”.

Eutanasia. Muerte digna. El Santo Padre incluye aquí un párrafo de la Declaración de la Cong. Para la doctrina de la Fe: “Nada ni nadie puede autorizar la supresión de la vida de un ser inocente, feto o embrión, niño a adulto, anciano, enfermo incurable o agonizante... Hay en ello la violación de la ley divina, ofensa a la dignidad de la persona humana, crimen contra la vida, atentado contra la humanidad. Hoy día es muy importante proteger, en el momento de la muerte, la dignidad de la persona humana y la concepción cristiana de la vida contra un tecnicismo que corre el riesgo de tornarse abusivo” (Cong. para la Doctrina de la Fe, 5-V-1980).

Promoción de la persona desde el inicio hasta el final de la vida. “Toda cultura (...) no puede obtener su valor y su irradiación, sino de la primacía siempre otorgada al desarrollo integral de la persona humana, desde la primera a la última etapa de su carrera terrena, y esto en contra de la tentación de una sociedad dominada por el vértigo de la producción de las cosas y de su consumismo”.

*** Discurso a los hombres y mujeres de la tercera edad. (Valencia. España); 8-XI-1982.**

- “La ancianidad es algo venerable para la Iglesia y para la sociedad, y por eso merecen el máximo respeto y estima (cf. Lev.19,32; Job 12,12). Por ello, me inclino ante vosotros e invito a todos a manifestar siempre la reverencia afectuosa que merecen quienes nos han dado la vida y nos han precedido en la organización de la sociedad y en la edificación del presente. El severo mandamiento del Sinaí, “honra a tu padre y a tu madre”, sigue en plena vigencia” (n.1).

- Los ancianos se encuentran a veces solos

“Sé que un mundo materialista y hedonista como el nuestro trata muchas veces de aislarlos, queridos ancianos, y os encontraréis con problemas de soledad, de falta de cariño y comprensión. Un sufrimiento tanto mayor cuanto son los propios hijos o familiares los que se comportan de esta manera. Muchos no comprenden que no se pueden valorar la vida y las cosas con un solo criterio económico o de eficiencia. Por este camino se deshumaniza la convivencia y se empobrece la familia y la sociedad.

- Responsabilidad de la sociedad ante los ancianos

“Ante una perspectiva demográfica de fuerte crecimiento de los ancianos respecto de los jóvenes, la sociedad ha de plantearse con criterios humanitarios y morales este problema, evitando una dolorosa e injusta marginación.

- La Iglesia ha de atender a los ancianos

“La Iglesia, por su parte, ha de estimular a todos a descubrir y estimar la colaboración que el anciano puede ofrecer a la sociedad, a la familia y a la misma Iglesia. Empezando por alentar a las personas mayores a no automarginarse, cediendo a la falsa convicción de que su vida no tiene ya objetivos dignos.

“Es necesario que se desarrolle en la Iglesia una pastoral para la tercera edad, en la que se insista en el papel creativo de la misma, de la enfermedad y limitación parcial, en la reconciliación de las generaciones, en el valor de cada vida, que no termina aquí, sino que está abierta a la resurrección y a la vida permanente. Con ello se hará una labor eclesial y se prestará un gran servicio a la sociedad, clarificando la escala de tantos valores humanos” (n.3).

Juan Pablo II cita unas palabras hermosas de Pablo VI: “Los ancianos tienen además el carisma de romper las barreras entre las generaciones antes de que se consoliden. ¡Cuántos niños han hallado comprensión y amor en los

ojos, palabras y caricias de los ancianos! ¡cuánta gente mayor no ha suscrito con agrado las palabras inspiradas: “la corona de los ancianos son los hijos de sus hijos” (Prov.17,6).

- Ruego a los que trabajan en la pastoral de la tercera edad

A todos los miembros de la comunidad y especialmente a las religiosas y seglares que trabajan en la pastoral de la tercera edad les expreso mi profundo aprecio y agradecimiento en nombre de la Iglesia. Les pido que sigan prestando con abnegación y talante de fe su meritoria obra para inspirar en las personas, familias y comunidades el espíritu de amor del Evangelio hacia los ancianos.

*** Allocución a los Ancianos de la Diócesis de Roma (20-XII-1982)**

Marginación social de los mayores: “la sociedad contemporánea al preferir a los individuos capaces de prestar una contribución valiosa al bienestar común, niega a los ancianos un espacio apropiado tanto en el seno de las familias, que se han transformado de patriarcales en nucleares o esenciales, como en medio de las estructuras públicas, las cuales los relegan a un estado de marginación en nombre de una eficacia productiva. Brota así en el ánimo del anciano la triste impresión de ser un hombre inútil para sí mismo y para los demás.

Valor del anciano en la familia y en la sociedad por lo que “es”. “El anciano debe constituir para los adultos y para los jóvenes un polo seguro de orientación en tiempos de incertidumbre, un estímulo a vivir los valores superiores del espíritu, que jamás envejecen e, incluso, una preciosa unión entre las generaciones pasadas y las presentes. Esto exige, por tanto, que se considere no sólo por lo que ahora da, sino también por lo que ha dado; no tanto por lo que hace, sino, sobre todo, por lo que es; es necesario, en una palabra, le sea reconocido y valorado el rico tesoro de sabiduría y de experiencia del que es portador. No debe pasar desapercibido cuán útil es a la familia y a la sociedad con su consejo equilibrado y con su sabio testimonio.

Valor absoluto de la persona a cualquier edad. “Ante esta sociedad, que margina sin piedad a sus hijos ya consumidos por el trabajo, la Iglesia no deja de corroborar el valor absoluto de la persona humana en cualquier etapa que se encuentre. La Iglesia, siguiendo el ejemplo del Maestro divino, quien tanto se prodigó a favor de los débiles y de los enfermos, no cesa de proclamar la dignidad de los ancianos y el honor a ellos debido. La Iglesia exige respecto a ellos máximo respeto y consideración obligada”.

Derecho del anciano a una vida digna. Reparación a la muerte. “La Iglesia, la cual mira también y sobre todo más allá del tiempo, reivindica para los ancianos el derecho a una existencia honrada y serena que les permita

meditar, orar y prepararse para el encuentro supremo con el Padre, porque esta tierra nuestra no es nuestra patria para siempre. El pensamiento de la muerte debe entrar en la vida, no para deprimirla o desconsolarla, sino para estimularla a pensar y obrar bien, a fin de no perder nunca de vista la gozosa frontera final que es Dios mismo, único y sumo bien”.

*** Allocución a los ancianos (Viena. Austria); 11-IX-1983)**

Juan Pablo II dirige una llamada intensa a la sociedad para que atienda a los ancianos, y afirma: “Una sociedad que se desentiende de los ancianos no sólo renegaría de su propio origen, sino que se sustraería a su futuro”.

*** Discurso a los ancianos (Vancouver; Canadá); 18-IX-1984)**

Con palabras entrañables Juan Pablo II se dirige a estos ancianos y les dice unas palabras llenas de respeto y de sabiduría que todos debemos tener siempre vivas en el corazón: “Queridos ancianos: os saludo a vosotros que testimoniáis el hecho de que el valor de la vida consiste en lo que sois y no en lo que poseéis o en lo que sois capaces de hacer”. “Sí tenemos necesidad de vosotros y que nadie pretenda decir lo contrario.(...) Tenemos necesidad de ver vuestro amor maduro, fruto de una vida trascendida a la vez entre alegrías y sufrimientos. Tenemos necesidad de vuestra experiencia, que nos tranquilice en nuestros períodos de incertidumbre”.

*** Allocución a un grupo de 1500 personas mayores (Australia, noviembre, 1986).**

“Muchos de vosotros constitutís un ejemplo por la paciencia en la espera del Señor que viene y por vuestra fe confiada en que Él os llevará consigo. Recordáis su promesa, y estáis convencidos de que se cumplirá también en vosotros: “En la casa de mi Padre hay muchas mioradas (...) Voy a prepararos el lugar...” (Jn.14,2-3). Todos nosotros que tenemos fe en nuestro Señor Jesucristo, sabemos que nuestra muerte no será completamente distinta del resto de nuestro peregrinar terreno. También ella será la venida del amor de Dios sobre nosotros, pero amor de Dios en toda su plenitud transformadora.

Aprender a envejecer. “Aprender a envejecer requiere sabiduría y valor. La experiencia de la vejez es uno de los capítulos más difíciles del gran arte de vivir. Aun así es una experiencia que en nuestro tiempo afecta cada vez a más personas.

Espiritualidad de la ancianidad. “La llamada a la reconciliación que han de afrontar los ancianos en el ocaso de su vida. Recordando nuestra vida pasada podéis daros cuenta de pasados sufrimientos y fracasos personales (...) Como cristianos que somos, debemos ofrecer nuestros recuerdos al Señor.

Pensar en el pasado no modificará la realidad de vuestros sufrimientos o desengaños, pero puede cambiar el modo de valorarlos.

El Santo Padre recuerda a los ancianos algunas realidades importantes:

“Hablo de la importante renovación espiritual que fortalece la libertad interior. Este tipo de renovación se obtiene a través de la conciencia y la justa apreciación de los caminos por los que Dios actúa, ya sea en la debilidad humana, como en la virtud.

“En el proceso de reparación que debe acompañar a la vejez, juega un importante papel el sacramento de la penitencia, en el que la reconciliación con Dios, con la Iglesia y con los demás se convierte en una profunda experiencia espiritual. (...) En este sacramento se llega a un contacto directo con la misericordia de Cristo y con su perdón amoroso..

“Está también el sacramento de los enfermos, que beneficia tanto al alma como al cuerpo. La Iglesia pide que mediante la unción con el óleo y la oración de la fe sean perdonados nuestros pecados, se borren los residuos del pecado y el incremento de gracias se vea acompañado por un mejoramiento de la salud, si Dios lo quiere para nuestro bien. Espero que os acerquéis a este sacramento con confianza”.

Fe en la dignidad de la persona. Solidaridad humana y amor evangélico. “Sirviendo a los ancianos dais un claro testimonio de lo que creéis: fe en la dignidad de la persona humana; fe en que la vida en Cristo es más importante que cualquier otra realidad; fe en la vida que se extiende más allá del tiempo hasta la eterna felicidad en unión con nuestro Dios que nos ama”.

*** Discurso de Juan Pablo II (28-III-1987)**

No podían faltar unas palabras de Juan Pablo II dirigidas a las familias para que atiendan a los ancianos: “Solamente la familia puede hacer que el anciano no se sienta afligido por ese vacío afectivo que produce en él sentimiento amargo de la propia inutilidad y de la ausencia de significado de la propia vida”.

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 7-IX-1994: “La valiosa misión de los ancianos en la Iglesia” (Edic. Palabra. Madrid. PPC 1994).**

El Santo Padre se dirige a los ancianos con ternura y profundo amor ya que “en una sociedad como la nuestra, en la que se rinde culto a la productividad, las personas ancianas corren el riesgo de ser consideradas inútiles, o, más aún, de ser juzgadas un peso para los demás. (...) La Iglesia conoce este problema y trata de contribuir a su solución, incluso en el campo de la asistencia, a pesar de la dificultad que constituye para ella, hoy más que en el pasado, la escasez de personal y de medios” (n.1).

Estas son las afirmaciones de Juan Pablo II:

- Los ancianos tenéis un puesto en la comunidad cristiana (n.2).
- Debéis mirar al futuro con confianza (n.4)
- En vuestra vida no haya nada inútil (n.6)
- Invocad al Dios que alegra vuestra juventud (n.7)

*** Allocución en Pannonhalma (6-IX-1996)**

El Santo Padre vuelve a hablar a favor de los ancianos, cuya dignidad debe ser siempre respetada y cuya experiencia debe ser respetada y acogida:

“El anciano constituye una presencia muy valiosa para la familia y para la sociedad. Vosotros, los ancianos, sois los custodios de un matrimonio riquísimo de valores y experiencias. No lo mantengáis guardado dentro de vosotros mismos; al contrario, comunicadlo a los más jóvenes, con sabiduría y discreción; sin duda os lo agradecerán”.

*** Carta a los Ancianos con motivo del Año Internaiconal de los Mayores” (Vaticano, 1-X-1999).**

Juan Pablo II muestra un gran afecto paternal a los ancianos a quienes regaló un precioso documento que brotó de su experiencia de dolor titulada: “Carta a los ancianos”. Les ofrezco estos textos que hablan de nuestros ancianos desde una triple perspectiva:

- “Los ancianos son depositarios de la memoria colectiva y, por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social. Excluirlos es como rechazar el pasado, en el cual hunde sus raíces el presente, en nombre de una modernidad sin memoria. Los ancianos, gracias a su madura experiencia, están en condiciones de ofrecer a los jóvenes consejos y enseñanzas preciosas” (n.10).

- “Honrar a los ancianos supone un triple deber para ellos: acogerlos, asistirlos y valorar sus cualidades...Es preciso convencerse de que es propio de una civilización plenamente humana respetar y amar a los ancianos, porque ellos se sienten, a pesar del debilitamiento de la fuerza, parte viva de la sociedad” (n.12).

- “La Iglesia aún os necesita. Ella aprecia los servicios que podéis seguir prestando en múltiples campos de apostolado, cuanta con vuestra

ración constante, espera vuestros consejos fruto de la experiencia, y se enriquece del testimonio evangélico que dais día tras día” (n.13).

*** Homilía con ocasión del Jubileo de la tercera edad: 17-IX-2000**

No podían faltar los Ancianos en la celebración del Jubileo del año 2000. Y no menos aún podían faltar las palabras de Juan Pablo II para animarlos, acompañarlos, alentarlos en la etapa última de sus vidas...

Para muchas personas, la Tercera edad es tiempo de replanteamiento de su vida, tiempo de aprovechamiento de la experiencia y de las capacidades adquiridas” (n.3) (...)

La Tercera Edad, tiempo de gracia y de esperanza

La Edad avanzada es un tiempo de gracia que invita a una unión más intensa con el misterio de Cristo y a una participación más profunda en su proyecto de salvación. La Iglesia os contempla con amor y confianza, implicándose para fomentar la realización de un contexto humano, social y espiritual en cuyo seno toda persona pueda vivir de manera plena y digna tan importante etapa de la vida.

Mucho queda por hacer al servicio de los Ancianos

Mucho queda en efecto por hacer para tomar mayor conciencia de las exigencias de los ancianos, para ayudarles a expresar lo mejor posible sus capacidades, para facilitar su inserción activa en la vida de la Iglesia, y sobre todo para que su dignidad de personas se vea siempre y en todo lugar respetada y valorizada (n.3).

La misión de los Ancianos

“En un mundo como el actual, en el que con frecuencia se elevan a mito la fuerza y el poder, vuestra misión es testimoniar los valores que de verdad importan más allá de las apariencias, y que permanecen siempre porque están grabados en el corazón de todo ser humano y quedan garantizados por la Palabra de Dios.

“Precisamente como personas de la tercera edad tenéis una contribución específica que aportar al desarrollo de una auténtica “cultura de la vida (...), atestiguando que todo momento de la existencia es un don de Dios, y que cada etapa de la vida tiene sus riquezas específicas que deben ponerse a disposición de todos.

“Vuestra madurez os impulsa a compartir con los más jóvenes la sabiduría acumulada con la experiencia, apoyando a éstos en la fatiga de crecer y dedicándoles tiempo y atención en el momento en el que se abren al porvenir y buscan su propio camino en la vida. Vuestra misión a su lado puede ser auténticamente valiosa.

La Iglesia y la Sociedad os necesitan

¡La Iglesia os necesita! ¡ Pero también la sociedad civil os necesita! (...) Sabed emplear generosamente el tiempo del que disponéis, y los talentos que Dios os ha concedido, abriéndolos a la ayuda y al apoyo de los demás. Contribuid a anunciar el Evangelio como catequistas, animadores litúrgicos, testigos de vida cristiana. Dedicad tiempo y energías a la oración, a la lectura de la Palabra de Dios y a la reflexión sobre ésta” (n.5).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Cuaresma 2005**

Juan Pablo II dirige a todos el tradicional mensaje para Cuaresma, en este año 2005. El tema que aborda es “la ancianidad”, “la “tercera edad”. De este mensaje ofrecemos estos textos:

- La vida del hombre es un don precioso que hay que amar y defender en cada fase.

“ El mandamiento “No matarás” exige siempre el respeto y la promoción de la vida, desde su principio hasta su ocaso natural.. Es un mandamiento que no pierde su vigencia ante la presencia de las enfermedades, y cuando el debilitamiento de las fuerzas reduce la autonomía del ser humano. Si el envejecimiento, con sus inevitables condicionamientos, es acogido serenamente a la luz de la fe, puede convertirse en una ocasión maravillosa para comprender y vivir el misterio de la cruz, que da un sentido completo a la existencia humana” (n.2).

- Hemos de ayudar y comprender al anciano:

“En esta perspectiva el anciano necesita ser comprendido y ayudado. Deseo expresar mi estima a cuantos trabajan con denuedo por afrontar estas exigencias y os exhorto a todos, amadísimos hermanos y hermanas, a aprovechar esta cuaresma para ofrecer también vuestra generosa contribución personal. Vuestra ayuda permitirá a muchos ancianos que no se sientan un peso para la comunidad o, incluso, para sus propias familias, y evitará que

vivan en una situación de soledad, que los expone fácilmente a la tentación de encerrarse en sí mismos y al desánimo” (n.2).

- Influir en la opinión pública

“Hay que crear en la opinión pública la conciencia de que los ancianos constituyen, en todo caso, un gran valor que debe ser debidamente apreciado y acogido. Deben ser incrementadas, por tanto, las ayudas económicas y las iniciativas legislativas que eviten su exclusión de la vida social (n.2).

- Los grandes interrogantes del ser humano

“El mayor tiempo a disposición en esta fase de la existencia, brinda a las personas ancianas la oportunidad de afrontar interrogantes existenciales, que quizás habían sido descuidados anteriormente por la prioridad que se otorgaba a cuestiones consideradas más apremiantes. La conciencia de la cercanía a la meta final, induce al anciano a concentrarse en lo esencial, en aquello que el paso de los años no destruye” (n.3).

C) Los enfermos y los discapacitados

a) La propia experiencia de Juan Pablo II como sufriente

Desde su más tierna infancia, el Santo Padre experimentó el dolor y el sufrimiento en sí mismo. Recordamos emocionados sus palabras:

* En una cantera de piedra: “Para evitar la deportación a trabajos forzados en Alemania, en el otoño de 1940 empecé a trabajar como obrero en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química Solvay. (...) Estaba presente cuando, durante el estallido de una carga de dinamita, las piedras golpearon a un obrero y lo mataron. Quedé profundamente desconcertado: “levantaron el cuerpo, en silencio avanzaban. Abatidos, sentían en todos los agravio...” (“Don y misterio”, BAC. Madrid 1996, 22-23).

* En su sacerdocio: “...mi sacerdocio, ya desde su nacimiento, ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y mujeres de mi generación. La Providencia me ha ahorrado las experiencias más penosas; por eso, es aún más grande mi sentimiento de deuda hacia las personas conocidas, así como también hacia aquellas más numerosas que desconozco (...), que con su sacrificio sobre el gran altar de la historia han contribuido a la realización de mi vocación sacerdotal. De algún modo, me han introducido en este camino, mostrándome en la dimensión del sacrificio la verdad más profunda y esencial del sacerdocio de Cristo”

* Marcado por el atentado del que fue objeto. El 13 de mayo de 1981, en torno a las 17,00 Juan Pablo II fue herido gravemente por una bala disparada por Ali Agca.

* Estancias de Juan Pablo II en la Clínica Gemelli (Roma):

- 13-V al 3-VI 1981: el atentado en la Plaza de San Pedro.
- 20-VI al 14-VIII de 1981: infección de citomegalovirus
- 12 al 26 – VII – 1992: extirpación de la vesícula biliar por la formación de cálculos
- 11-12 – XI- 1993: luxación del hombro derecho
- 26-IV al 27-V-1994: rotura de la cabeza del fémur por una caída accidental.
- 6 al 15 – X – 1996: operación de apendicitis
- 1 al 10 – II- 2005: crisis respiratoria
- 24- II al 13 –III- 2005: una nueva crisis respiratoria obliga a practicarle una traqueotomía, (16).

¿Cómo vivió Juan Pablo II estos acontecimientos dolorosos?

Leamos y meditemos unas palabras del Papa:

+ Primeras palabras que pudo pronunciar después del atentado: “os agradezco, conmovido, vuestras oraciones y a todos os bendigo. Me siento cercano, de manera particular, a las dos personas que fueron heridas en la misma circunstancia que yo. Pido por el hermano que me golpeó, a quien perdono con sinceridad. En unión con Cristo, sacerdote y víctima, ofrezco mis sufrimientos por la Iglesia y por el mundo. Y a Ti, Virgen María, te repito: “Totus tuus ego sum” (Te pertenezco por entero)” (Alocución en el “Angelus”, 18 de mayo de 1981).

+ Palabras que recuerdan el atentado: “Dios me ha permitido hacer experiencia, a lo largo de los meses pasados, del sufrimiento. Me ha permitido hacer la experiencia del peligro de perder la vida. me ha permitido, al mismo tiempo, comprender con claridad y a fondo que esta es una gracia especial para mí mismo como hombre y es, al propio tiempo –en consideración del servicio que me corresponde desarrollar en mi condición de Obispo de Roma y Sucesor de Pedro- una gracia para la Iglesia” (Alocución en la Audiencia General, 14 de diciembre de 1981).

+ Palabras pronunciadas al volver al Vaticano después de haber estado internado varias semanas en el hospital Gemelli (Roma), el Papa hizo esta declaración: “Por emdio de maría quisiera expresar hoy mi gratitud por este don del sufrimiento, asociado nuevamente al mes mariano de mayo. Quieor agradecer este don. He comprendido que e sun don necesario. El Opaca debíua estar en el hospital policlinico Gemelli; debía estar ausente de esta ventana durante cuiatros emanas, cuatro domingos; del mismo modo que sufrió jace trece años, debía sufrir también este año. He emditado, he vuelto a pensar en todo esto duramte mi hospitalziaicón. Y he reencontrado a mi lado la gran fuigura del cardenal Wyszynski (...) Alk comienzo d ekmi pontificado, me dijo: “Si el Señor ta ha llamado, debes llevar a la iglesia ahstael tercer milenio”. (...) Y he comprendido que debo llevar a la Igledsia de cristo hasta este tercer milenio con la oración, con diversas iniciativas, epro he visto que eso no basta: necesitaba llevarla con el sufrimiento, con el atentado de hace trece años y cone ste nuevo sacrificio. ¿Por qué ahora? ¿Por qué en este año? ¿Por qué en este Año de la familia? Precisamente porqye se amenaza a la familia, porque se la ataca. El Papa debe ser atacado, el papa debe sufrir, para que todas las familias y el mundo entero vean que hay un evangelio -podría decir- superior: el evangelio del sufrimiento, con el que hay que preparar el futuro, el tercer milenio de las familias, de todas las familias, de cada familia.

+ Alocución leída por Mons. Sandra: “En estos días de hospitalización, aquí en el “Gemelli”, siento de manera particular la presencia y la atención de muchos de los que trabajan en los medios de comunicación. Hoy deseo

dirigirles una palabra de gratitud, pues sé que con su sacrificio desempeñan un apreciado servicio gracias al cual, los fieles en todas las partes del mundo pueden sentirme más cerca y acompañarme con el afecto y la oración” (“Angelus” del domingo, 13-III-2005) (16a).

Benedicto XVI escribe a este respecto: “Su enfermedad, afrontada con valentía, nos ha hecho a todos más atentos al dolor humano, a todo dolor físico y espiritual; ha dado al sufrimiento dignidad y valor, testimoniando que el hombre no vale por su eficiencia, por su apariencia, sino por sí mismo, por estar creado y ser amado por Dios” (Discurso en la vigilia mariana, en el 1º aniversario de la muerte de Juan Pablo II (2-IV-2006); Ecclesia, nn.3305-3306; 15 y 22 de abril de 2006; p.40).

Juan Pablo II es un hombre que viene del mundo del dolor y del sufrimiento, de la persecución y de la violencia. En efecto, conoció y experimentó en sí mismo la invasión nazi y el dominio soviético en su Polonia natal; experimentó el dolor ante la muerte de su madre, cuando tenía sólo nueve años; cuatro años más tarde, murió su hermano mayor, Edmund. Un día al volver a casa, un camión alemán le produjo fuertes heridas en la cabeza. Sufrió mucho a causa de la persecución de la Iglesia en su tierra. No olvidemos el dolor tan intenso que experimentó al ser víctima de un atentado.

El Cardenal Saraiva Martins escribe unas palabras iluminadoras sobre “el evangelio del sufrimiento”: “El evangelio del sufrimiento en el magisterio de Juan Pablo II no ha sido simplemente un capítulo de una carta apostólica; no sólo ha sido un párrafo de un documento oficial. Ha sido mucho más: se ha convertido en carne y sangre, en la persona misma del Sumo Pontífice; se ha transformado en magisterio vivo. Él lo ha anunciado en su preocupación por el mundo, atormentado por guerras y por la sordera ante sus incansables llamamientos a la paz; en él se ha convertido en labor misionera al contacto con los dramas del pueblo de Dios, al que ha sabido hablar de esperanza. Pero ha proclamado, de una forma clara y fuerte, el evangelio “superior” del sufrimiento con sus mismos sufrimientos físicos, con la cruz de la enfermedad vivida valientemente y sin descuentos a su mandato de Pastor de la Iglesia universal, “usque ad sanguinis effusionem” (Discurso del Santo Padre durante el consistorio ordinario público” (21-X-2003,n.3). Tal vez sólo hoy comprendemos el lenguaje arcano que usa Dios, dotando el anuncio del Papa con el nuevo “argumento del sufrimiento”. Así ha hecho a su servidor aún más elocuente, más semejante a su Hijo unigénito, como hace siempre con aquellos que lo aman totalmente” (“El Evangelio del sufrimiento en el magisterio de Juan Pablo II”; Archivo informático de la Santa Sede; 13-XII-2003)..

b) Juan Pablo II y el sufrimiento de los hombres y mujeres

Juan Pablo II estuvo cerca de los enfermos: “Bien sabéis que el Papa en su esfuerzo de imitar a aquel Jesús de quien es Vicario en la tierra, siente predilección por los enfermos y los que sufren”. El Papa considera esta atención particular hacia los enfermos uno de los deberes más altos de su ministerio pastoral” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, II/2 (1997) (Librería Editrice Vaticana. Ciudad del Vaticano 1980, 820). Como muestra y signo de su solicitud por los enfermos, Juan Pablo II creó el Dicasterio para la Pastoral Sanitaria (“Motu Proprio “Dolentium hominum”, 11-II-1985), e instituyó la Jornada Mundial del Enfermo (13-V-1992).

*** Discurso de Juan Pablo II a los enfermos: Knock (Irlanda); 30 de septiembre de 1979.**

Juan Pablo II se acerca a los enfermos y les dirige unas palabras llenas de amor y de misericordia ayudándoles a descubrir el sentido profundo del dolor:

“Con sus sufrimientos y su muerte, Jesús tomó sobre sí todo el sufrimiento humano, confiriéndole un valor nuevo. De hecho, Él llama a todo enfermo, a toda persona que sufre, para colaborar con Él en la salvación del mundo. Aunque resulte difícil comprender el sufrimiento, Jesús ha aclarado que este valor está vinculado a su mismo sufrimiento y muerte, a su mismo sacrificio. En otras palabras, con vuestros sufrimientos, vosotros ayudáis a Jesús en su obra de salvación. Es difícil expresar con precisión esta gran verdad, pero San Pablo la explica así: “Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col.1,24).

“Vuestra llamada al sufrimiento requiere una fe fuerte y paciente. Sí, esto quiere decir que estáis llamados al amor con una intensidad particular. Pero recordad que nuestra bendita Madre María está junto a vosotros, como estaba junto a Jesús al pie de la cruz, y que nunca os dejará solos”.

***Discurso a los enfermos en el Seminario de Quigley South (Chicago. USA: 5 de octubre de 1979).**

Juan Pablo II se acerca a los enfermos y les dice unas palabras nacidas de un hombre creyente:

“Dios os ama como a hijos privilegiados. Por dos razones sois mis hermanos y hermanas de un modo especial: por el amor de Cristo que nos une, y particularmente porque vosotros compartís tan profundamente el misterio de la cruz y de la redención de Jesús.

“Gracias por el sufrimiento que soportáis en vuestros cuerpos y en vuestros corazones. Gracias por vuestro ejemplo de aceptación, de paciencia y de unión con el sufrimiento de Cristo. Gracias por completar “lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col. 1,24).

*** Allocución a los leprosos (Salvador de Bahía. Brasil 1980).**

Juan Pablo II pidió expresamente encontrarse con los leprosos. A ellos les habló con especial ternura y cariño:

“Vuestra presencia despierta en mi alma un sentimiento particular, algo de aquella emoción y de aquel afecto que Nuestro Señor Jesucristo experimentó, durante el ministerio de la vida pública, para con los enfermos que de todas las partes acudían a oír su palabra de salvación y ser curados de sus enfermedades.(...) El humilde Vicario de Cristo está hoy en medio de vosotros con la misma intensidad de afecto con que el Maestro divino acogía y bendecía a las multitudes y, de modo especial, a las personas afectadas por la enfermedad que aflige también a vosotros”

*** Discurso en el hospital “Regina Margherita”, 20-XII-1981)**

¿Quién nos descubrirá el sentido del sufrimiento? El Santo Padre que sabe mucho de sufrimientos desde su más tierna edad, nos dice: “únicamente la cruz de Cristo puede iluminar nuestra débil inteligencia y hacerle entrever el significado profundo de la humana y cristiana fecundidad del dolor”.

*** Liturgia de la unción de los enfermos (Southwark (Gran Bretaña), 28-V-1982).**

“No olvidéis a los enfermos y ancianos. No abandonéis a los impedidos y enfermos graves. No los posterguéis hacia los márgenes de la sociedad. Si lo hicierais, estaríais olvidando que ellos representan una verdad muy importante: los enfermos, los ancianos, los inválidos y los maltrechos nos enseñan que la debilidad es una parte creativa de la vida humana y que el sufrimiento puede aceptarse sin pérdida de la dignidad (...) La sabiduría y el poder de Cristo resultan visibles en la debilidad de aquellos que participan de sus sufrimientos” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II; V/2 (1982); 1911).

*** Encuentro con los enfermos y minusválidos (Zaragoza 6-XI-1982)**

El Santo Padre dijo unas palabras emotivas y profundamente cercanas que conmovieron a todos: “quisiera tener en este momento miles de manos que se alargaran a estrechar cada una de las vuestras, preguntaros cómo estáis,

compartir al menos por un momento vuestras ansias y sufrimientos, y dejaros una palabra de aliento y un abrazo de hermano. Cada uno de los que me veis a través de la televisión o me oís por la radio, sentidme intencionalmente a vuestro lado” (n.1).

A todos los enfermos y a los que sufren por cualquier causa, Juan Pablo II les ha dicho unas palabras de esperanza y de ánimo que ofrecemos a continuación:

“Vosotros que vivís bajo la prueba, que os enfrentáis con el problema de la limitación, del dolor y de la soledad interior frente a él, no dejéis de dar un sentido a esa situación” (n.2).

¿De dónde viene este sentido?

El Santo Padre nos dice a todos unas palabras lúcidas y esperanzadoras que debemos guardar y meditar en nuestro corazón porque tarde o temprano - Dios lo sabe-, nos encontraremos un día cara a cara con el dolor, el sufrimiento y, finalmente, con la muerte:

- “En la Cruz de Cristo, en la unión redentora con Él, en el aparente fracaso del Hombre justo que sufre y que con su sacrificio salva a la humanidad, en el valor de eternidad de ese sufrimiento está la respuesta. Mirad hacia Él, hacia la Iglesia y el mundo, y elevad vuestro dolor, completando con él, hoy, el misterio salvador de su cruz” (n.2).

- “Tiene un gran valor sobrenatural vuestro sufrimiento. Y sois además para nosotros una constante lección, que nos invita a relativizar tantos valores y formas de vida. Para vivir mejor los valores del Evangelio y desarrollar la solidaridad, la bondad, la ayuda, el amor. Por eso no consideréis inútil vuestro estado, que tiene para la Iglesia y para el mundo de hoy un gran sentido humanizante, evangelizador, expiatorio e impetratorio. Sobre todo si vosotros mismos adoptáis una actitud abierta, creadora dentro de lo posible y positiva, ante la acción de la gracia que actúa en vuestro espíritu” (n.2).

- Un recuerdo para las familias, sanitarios, sacerdotes, religiosas...que atienden a los enfermos: “Al pensar en vuestra condición, pienso espontáneamente en vuestras familias, en los profesionales y trabajadores sanitarios, en las religiosas, religiosos y sacerdotes del mundo de la sanidad. En todos los que, en el complejo ámbito de la sociedad actual, se dedican a la atención del enfermo. Es una misión de extraordinario valor, que hay que vivir como verdadera opción vocacional, con gran sentido ético de solidaridad y

respeto al hombre enfermo, sin olvidar la dimensión trascendente y religiosa del ser humano”.

*** Carta Apostólica: “Salvifici Doloris”. El sufrimiento humano”. (San Pablo. Madrid. 11-II-1984).**

Juan Pablo II publica esta Carta Apostólica en la memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes. Este documento brotó de lo más profundo de su corazón y por imperativo profundo de su fe.

He aquí algunas enseñanzas básicas de esta encíclica:

- El enfermo, camino de la Iglesia.

Juan Pablo II afirmó en su primera Encíclica “Redemptor hominis” que el hombre era el camino de la Iglesia (RH 14), ahora en esta Carta Apostólica el Papa afirma: “se puede decir que el hombre se convierte de modo particular en camino de la Iglesia cuando en su vida entra el sufrimiento” (n.3).

- El sentido del sufrimiento:

El Santo Padre nos introduce en uno de los grandes misterios de la vida humana: el dolor, y nos ayuda a descubrir el sentido cristiano que tiene.

+ “El sufrimiento no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior, sino interior. Cristo, mediante su propio sufrimiento salvífico, se encuentra muy dentro de todo sufrimiento humano, y puede actuar desde el interior del mismo con el poder de su Espíritu de verdad, de su Espíritu consolador.... Pero este proceso interior no se desarrolla siempre de igual manera...Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. El sufrimiento, vivido con Jesucristo muerto y resucitado, “adquiere un inmenso valor espiritual, se convierte en un bien espiritual para la Iglesia y para el mundo, abre delante del hombre los tesoros de la Redención y de la Gracia” (St.Dziwisz y C. Drazek: “El sufrimiento en la vida y en el magisterio de Juan Pablo II” en “Dejadme ir a la Casa del Padre” (San Pablo. Madrid.2006; 72-73).

+ La respuesta que llega mediante esta participación, a lo largo del camino del encuentro interior con el Maestro, es a su vez algo más que una mera respuesta abstracta a la pregunta acerca del significado del sufrimiento. Esta es, en efecto, ante todo una llamada. Es una vocación. Cristo no explica abstractamente las razones del sufrimiento, sino que ante todo dice: “Sígueme”, “Ven”, toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz. A

medida que el hombre toma su cruz, uniéndose espiritualmente a la cruz de Cristo, se revela ante él el sentido salvífico del sufrimiento” (n.26).

+ El Santo Padre nos invita a seguir profundizando en el sentido del sufrimiento:

“Para poder percibir la verdadera respuesta al “porqué” del sufrimiento, tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el “porqué” del sufrimiento, en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad del amor divino” (n.13). En efecto, “la cruz de Cristo arroja de modo muy penetrante luz salvífica sobre la vida del hombre y, concretamente, sobre su sufrimiento, porque mediante la fe lo alcanza junto con la Resurrección: el misterio de la pasión está incluido en el misterio pascual” (n. 21).

“El hombre que sufre “sirve, como Cristo, para la salvación de sus hermanos y hermanas. Por lo tanto, no sólo es útil a los demás, sino que realiza incluso un servicio insustituible. En el cuerpo de Cristo, que crece incesantemente desde la cruz del Redentor, precisamente el sufrimiento, penetrado por el espíritu del sacrificio de Cristo, es el mediador insustituible y autor de los bienes indispensables para la salvación del mundo. El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención” (...) El descubrimiento del sentido salvífico del sufrimiento en unión con Cristo transforma la sensación deprimente” (n.27).

+ La muerte no es el final del camino del ser humano

La fe cristiana nos dice que la muerte no es el muro contra el que se estrellan las esperanzas del hombre y de la mujer, ni es el abismo de la nada en el que el hombre se precipita para siempre. La muerte es una puerta que se abre a la eternidad de Dios. En la muerte nadie estará solo ya que “en la vida y en la muerte somos del Señor” (San Pablo). Meditemos despacio estas palabras de Juan Pablo II. “Con su muerte, Jesús ilumina el sentido de la vida y de la muerte de todo ser humano. Antes de morir, Jesús ora al Padre implorando el perdón para sus perseguidores. La salvación realizada por Jesús es don de vida y de resurrección (EV 50). “La muerte es algo más que una aventura sin esperanza: es la puerta de la existencia que se proyecta hacia la eternidad y, para quienes la viven en Cristo, es experiencia de participación en su misterio de muerte y resurrección” (EV 97).

+ El buen Samaritano

“No nos está permitido pasar de largo, con indiferencia, sino que debemos “pararnos” junto a él. Buen Samaritano es todo hombre que se para

junto al sufrimiento de otro hombre, de cualquier género que ése sea. Esta parábola no significa curiosidad, sino más bien disponibilidad. (...) Buen samaritano es todo hombre sensible al sufrimiento ajeno, el hombre que “se conmueve” ante la desgracia del prójimo. Buen samaritano es el que ofrece ayuda en el sufrimiento, de cualquier clase que sea. (...) Se puede decir que se da a sí mismo, su propio “yo”, abriendo este “yo” al otro” (n. 28) (17).

*** Allocución a los enfermos en la Catedral de Oristano (18-X-1985)**

El Papa hace una petición a los enfermos que queremos insertar aquí: “os exhorto vivamente a vosotros, los enfermos (...) a rezar cada día el santo rosario a la Virgen. Puesto que la salud es un bien, que forma parte del proyecto primitivo de la creación, rezar el rosario por los enfermos y con los enfermos, a fin de que puedan curarse o al menos lograr alivio a sus males, es una obra exquisitamente humana y cristiana. (...) Y cuando la enfermedad dura y el sufrimiento permanece, el rosario nos recuerda también que la redención de la humanidad se realiza por medio de la cruz (...) Vale más el sufrimiento silencioso y escondido de un enfermo, que el ruido de muchas discusiones y protestas. (...) Y este es también el mensaje confiado por la Virgen de Fátima a los tres jovencitos: el sufrimiento y el rosario por la Iglesia y por los pecados”

*** Discurso a los enfermos en Turín (4-IX-1988)**

El Papa nos habla ahora de la relación entre el amor y el sufrimiento. “El amor es más importante que el sufrimiento: el amor da sentido y hace aceptable el sufrimiento. Puede haber amor sin sufrimiento. Pero el sufrimiento sin el amor no tiene significado; con el amor -aceptado como lo aceptó Cristo, como lo aceptan los santos-, el sufrimiento adquiere un valor inestimable”.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de Burundi (Bujumbura, 5-IX-1990).**

Entre las diversas enseñanzas que el Santo Padre confía a los Obispos de Burundi, se encuentra la llamada ante la enfermedad del SIDA.

La pandemia del SIDA

“La sociedad de Burundi, como en muchas partes del mundo, está expuesta a un grave peligro. Pienso en la pandemia del SIDA, que azota a un número creciente de vuestros compatriotas, sobre todo de jóvenes, adultos y también, es doloroso constatarlo, de niños. Esto compromete vuestra solicitud

pastoral respecto a todos y os invita a profundizar vuestra reflexión sobre los orígenes y las consecuencias de este mal. (...)

La gravedad de esta enfermedad se refiere no solamente a los sufrimientos y a la muerte que la misma provoca inexorablemente, sino también a sus implicaciones de orden antropológico y moral. La epidemia difiere de muchas otras que la humanidad ha conocido, por el hecho de que deliberados comportamientos humanos desarrollan un papel en su difusión. (...)

Es necesario, por tanto, hacer que se comprenda lo que revela esta enfermedad: junto al problema bio-médico, aparece el que he llamado “una especie de inmunodeficiencia en el plano de los valores esenciales”. Informar sobre los riesgos de infección y organizar una prevención desde un punto de vista estrictamente médico, no sería digno del hombre si no se le exhortara a reencontrar las exigencias de una madurez afectiva y de una sexualidad ordenada. (...) La Iglesia, segura intérprete de la Ley de Dios y experta en humanidad, lleva en el corazón no solamente el pronunciar una serie de “no” a determinados comportamientos, sino sobre todo, proponer un estilo de vida plenamente significativo para la persona. La Iglesia señala con fuerza y con alegría un ideal positivo” (...)

Frente al SIDA, la pastoral de la Iglesia se encuentra ante un conjunto de desafíos. Informar, educar, no aceptando que el problema sea tratado en detrimento de la ética, porque entonces el origen del mal no es comprendido ni combatido.

Y existe el deber de asistencia a las personas azotadas por el SIDA. (...) Pienso, al mismo tiempo, en la asistencia psicológica que no debe faltar a los enfermos en la fase aguda ni a los portadores del virus. (...) Y nosotros debemos firmemente alejar todas las tentaciones de discriminación que puedan manifestarse respecto a ellos.

Y el difícil problema del sufrimiento, del valor de toda vida, incluso herida o debilitada. Que los discípulos de Cristo se mantengan con amor a los pies de la cruz que llevan estos pobrecitos, con los cuales ha querido identificarse el Salvador. Esperamos que se acerque el día en que el azote sea vencido. Pero, frente a la prueba actual, pretendemos ser los testigos vivientes del amor misericordioso de Dios. Debemos ser los portadores de la esperanza, en la fe en Cristo que ha dado su vida por la salvación de muchos” (n.5) (17a).

*** Carta del Santo Padre al Card. Fiorenzo Angelini, con ocasión de la Institución de la Jornada Mundial del enfermo (13 de mayo de 1992).**

La celebración anual de la Jornada mundial del enfermo tiene como objetivos manifiestos los siguientes:

- sensibilizar al pueblo de Dios y, por consiguiente, a las varias instituciones sanitarias católicas y a la misma sociedad civil, ante la necesidad de asegurar la mejor asistencia posible a los enfermos;
- ayudar al enfermo a valorar, en el plano humano y sobre todo en el sobrenatural, el sufrimiento;
- hacer que se comprometan en la pastoral sanitaria de manera especial las diócesis, las comunidades cristianas y las familias religiosas;
- favorecer el compromiso cada vez más valioso del voluntariado;
- recordar la importancia de la formación espiritual y moral de los agentes sanitarios; y, por último,
- hacer que los sacerdotes diocesanos y regulares, así como cuantos viven y trabajan junto a los que sufren, comprendan mejor la importancia de la asistencia religiosa a los enfermos (n.2).

Escojo la fecha del 11 de febrero como Jornada Mundial del enfermo: “Con María, Madre de Cristo, que estaba junto a la cruz, nos detenemos ante todas las cruces del hombre de hoy” (“Salvífici doloris”, 31). Lourdes, uno de los santuarios marianos más queridos para el pueblo cristiano, es lugar y, a la vez, símbolo de esperanza y de gracia en el sentido de la aceptación y el ofrecimiento del sufrimiento salvífico (n.3).

Que la jornada Mundial del enfermo sea un momento fuerte de oración, participación y ofrecimiento del sufrimiento para el bien de la Iglesia, así como de invitación a todos para que reconozcan en el rostro del hermano enfermo el santo rostro de Cristo que, sufriendo, muriendo y resucitando, realizó la salvación de la humanidad” (n.3).

*** Mensaje para la II Jornada mundial del enfermo; 8-XII-1993.**

El Santo Padre se pregunta: “cómo se puede hablar de dolor salvífico? ¿No es acaso el sufrimiento un obstáculo a la felicidad, un motivo para alejarse de Dios? Existen ciertamente tribulaciones que, desde el punto de vista humano, parecen sin sentido. En realidad, si el Señor Jesús, Verbo encarnado, ha proclamado “bienaventurados los que lloran” (Mt.5,5), es porque existe un punto de vista más alto, el de Dios, que llama a todos a la vida y -aunque a través del dolor y de la muerte- a su reino eterno de amor y de paz. ¡Dichosa la persona que logra hacer resplandecer la luz de Dios en la pobreza de una vida de sufrimiento o disminuida!”.

Esta pregunta (por qué el sufrimiento) -prosigue el Papa- ha encontrado en el libro de Job su expresión más dramática y, al mismo tiempo, una primera respuesta parcial. El episodio de aquel hombre justo, probado de todas las maneras a pesar de su inocencia, muestra que “no es cierto que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga un carácter de castigo” (SD. n.11). La respuesta plena y definitiva a Job es Cristo. “Solamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra el misterio del hombre su verdadera luz” (GS 22). En Cristo, también el dolor es injertado en el misterio de la caridad infinita, que se irradia desde Dios trino y se transforma en expresión de amor e instrumento de redención, es decir, en dolor salvífico”.

¿Dios es culpable del sufrimiento humano? El Santo Padre contesta a este interrogante con estas palabras: “A veces sucede que bajo el peso de un dolor agudo e insoportable alguien se dirija a Dios con una queja, acusándolo de injusticia; pero la queja muere en los labios de quien contempla al Crucificado que sufre “voluntaria e inocentemente” (SD. 18). ¡No se puede acusar a un Dios solidario con los sufrimientos humanos!”.

*** Discurso de Juan Pablo II al personal hospitalario y a los enfermos en su visita pastoral al Policlínico “Humberto I” (19-XII-1993.**

- Palabras de aliento a los enfermos

“A vosotros, queridos enfermos, dirijo mi pensamiento particularmente afectuoso. Me uno a vuestra esperanza de curación y comparto espiritualmente vuestra prueba y espero que finalice pronto, así como que todos puedan volver cuando antes a la propia casa y a la propia familia” (n.1).

- Jesús y el dolor

Jesús va al encuentro de cuantos sufren y están marcados por las tribulaciones de la vida, se pone a su lado, los apoya y los conforta, ofreciendo a todos misericordia, compasión y auténtica consolación. “El sufrimiento humano ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo, Y a la vez ésta ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo: ha sido unida al amor” (Salvífici doloris”, n.18). Cargándolo sobre sí, el Crucificado ha abierto para todo el dolor del mundo la perspectiva de la verdadera esperanza. La cruz queda así transformada: se convierte en instrumento de salvación. Aquí se revela la auténtica omnipotencia de Dios: no una omnipotencia “milagrosa” y fulgurante, sino la de la cruz, una omnipotencia crucificada, que por la muerte hace brotar la vida” (n.2).

Sobre el fondo de la cruz y en la atmósfera espiritual del Santo Nacimiento, estamos invitados a tomar conciencia de que también la dura experiencia del sufrimiento contiene valores de enorme significado para nuestra existencia.

La experiencia del dolor puede ayudarnos, en efecto, a reforzar y a vivificar la esperanza. Ante el misterio de la humana fragilidad, la fe suscita el deseo de un bienestar más completo y más elevado, que englobe la salud del cuerpo y del alma, el deseo de una salvación más grande y definitiva, preparada por Dios para los hombres de todas las épocas.

La prueba del dolor puede aumentar y dilatar la atención caritativa hacia los demás. El sufrimiento evidencia, en efecto, la precariedad de la vida y sus debilidades: el descubrir nuestras propias limitaciones, nos ayuda a comprender las del prójimo y pone de relieve la necesidad de ir a su encuentro con pronta y solidaria disponibilidad.

Todo eso, indudablemente, no desvirtúa el drama del dolor humano, pero puede alimentar la confianza de que se convierta en epifanía de resurrección y aparición de la dimensión divina en la frágil condición humana” (17b).

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la Segunda Jornada Mundial del Enfermo que se celebrará en Czestochowa (Polonia), el 11-II-1994.**

- Unas preguntas importantes en torno al sufrimiento

El Santo Padre, en esta Jornada cuya celebración será en el Santuario mariano de Czestochowa (Polonia), el 11-II-1994, llama la atención a los enfermos, a los agentes sanitarios, a los cristianos y a todas las personas de buena voluntad sobre el tema del “dolor salvífico”, es decir, sobre el significado cristiano del sufrimiento, tema sobre el que me he detenido en la Carta Apostólica “Salvifici doloris” (11-II-1984). ¿Cómo se puede hablar de dolor salvífico? ¿El sufrimiento no es acaso un estorbo para la felicidad y motivo de alejamiento de Dios?

- Bienaventurados los que sufren

En realidad, si el Señor Jesús, Verbo encarnado, ha proclamado “bienaventurados los que sufren” (Mt.5,4), es porque existe un punto de vista mas alto, el de Dios, que a todos llama a la vida y, aunque a través del dolor y de la muerte, a su reino eterno de amor y de paz. ¡Feliz la persona que

consigue que resplandezca la luz de Dios en la pobreza de una vida marcada por el sufrimiento o la minusvalía! (n.2).

- Escuchemos la Palabra de Dios en la Escritura Santa

Para alcanzar esta luz sobre el dolor, debemos, en primer lugar, escuchar la palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, que puede definirse como “un gran libro sobre el sufrimiento” (Salvifici doloris”, n.6). En ella, en efecto, encontramos “una amplia relación de situaciones diversamente dolorosas para el hombre” (ibid. 7), la multiforme experiencia del mal, que suscita inevitablemente el interrogante: “¿Por qué?”(ibid.7). Esta pregunta ha encontrado en el Libro de Job su expresión más dramática y, al mismo tiempo, una primera respuesta parcial: “no es verdad que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo” (ibid.11).

En Cristo también el dolor es asumido en el misterio de la caridad infinita, que se irradia de Dios Trinidad y se convierte en expresión de amor e instrumento de redención, es decir, se convierte en dolor salvífico. En efecto, es el Padre quien elige la entrega total del Hijo como camino para restaurar la alianza con los hombres convertida en ineficaz por el pecado (cf. Jn.3,16). Es el Hijo quien “se encamina hacia el propio sufrimiento, consciente de su fuerza salvífica, marcha obediente al Padre, pero, en primer lugar, está unido al Padre en este amor, con el que Él ha amado al mundo y al hombre en el mundo” (“Salvifici doloris”,16). Es el Espíritu Santo quien, por boca de los profetas anuncia los sufrimientos que el Mesías voluntariamente abraza por los hombres y, en cierto modo, en lugar de los hombres, “pero fue Él ciertamente quien soportó nuestros sufrimientos, y cargó con nuestros dolores...El Señor hizo cargar sobre Él la iniquidad de todos nosotros” (Is.53,4-6).(...)

- ¿Apremiar a Dios ante el sufrimiento?

Sucede, a veces que bajo el peso de un dolor agudo e insoportable alguien lanza un reproche a Dios acusándolo de injusticia: pero el lamento se queda en los labios de quien contempla al crucificado que sufre “voluntariamente” e “inocentemente” (“Salvifici doloris”,18). ¡No se puede censurar a un Dios solidario con los sufrimientos humanos! (n.4).

- Jesucristo y el sufrimiento del hombre

Perfecta revelación del valor salvífico del dolor es la pasión del Señor: “En la cruz de Cristo no solamente se ha efectuado la redención mediante el sufrimiento, sino que también el mismo sufrimiento ha sido redimido”

(ibid.19). “Cristo ha abierto su sufrimiento al hombre” y el hombre encuentra en él los propios sufrimientos “enriquecidos con un nuevo contenido y con un nuevo significado” (Ibid. 20).

La razón, que ya descubre la distinción existente entre el dolor y el mal, iluminada por la fe comprende que todo sufrimiento puede convertirse, por gracia, en prolongación del misterio de la Redención, la cual, a pesar de haber sido completada en Cristo, “permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano” (ibid. 24). Todas las tribulaciones de la vida pueden convertirse en señales y premisas de la gloria futura: “en la medida en que participáis de los padecimientos de Cristo, alegraos para que también en la revelación de su gloria exultéis de gozo” (IPedr. 4,13).

- María y el dolor de los hombres

La Madre de Jesús fue preservada del pecado pero no del sufrimiento. Por ello el pueblo cristiano se identifica con la figura de la Virgen Dolorosa, descubriendo en el dolor los propios dolores. Al contemplarla, todo fiel es introducido más íntimamente en el misterio de Cristo y de su dolor salvífico.

- Los agentes sanitarios

El Santo Padre se dirige ahora a los agentes sanitarios y les dice: “como el Buen Samaritano permanecéis junto y al servicio de los enfermos y de los pacientes, respetando en ellos, ante todo y siempre, la dignidad de personas y, con los ojos de la fe, reconociendo la presencia de Jesús paciente. Estad prevenidos contra la indiferencia que puede derivarse de la costumbre; renovad diariamente el compromiso de ser hermanos y hermanas para todos, sin discriminación alguna; a la contribución insustituible de vuestra profesionalidad, unida a la idoneidad de las estructuras, añadís el “corazón”, el único que puede humanizarlas (ib. 209).

- Llamada a los responsables de las Naciones

Por último formulo un llamamiento a vosotros, responsables de las Naciones, para que consideréis la sanidad como problema preferente a nivel mundial (17c)

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial del Enfermo: el sufrimiento ofrecido por la salvación del mundo es la mayor contribución a la paz (11-II-1995).**

- En el santuario mariano de Yamusukro (Costa de Marfil)

“La cita más importante de la próxima Jornada mundial del enfermo, que celebraremos el día 11 de febrero de 1995, tendrá lugar en tierras africanas, en el santuario de María, reina de la paz, de Yamusukro, en Costa de Marfil. Será un encuentro eclesial espiritualmente vinculado a la Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos; y será, al mismo tiempo, una ocasión para participar en el gozo de la Iglesia de Costa de Marfil, que recuerda el centenario de la llegada de los primeros misioneros.

- El tema de la Jornada: relación entre el dolor y la paz.

“Este encuentro invita a una reflexión sobre la relación entre el dolor y la paz. “Cuando no hay paz, el sufrimiento se extiende y la muerte dilata su poder entre los hombres. Tanto en la comunidad social como en la familia, cuando el entendimiento pacífico se debilita, se produce una proliferación de atentados contra la vida, mientras que el servicio a la vida, su promoción y defensa, aun a costa del sacrificio personal, constituyen la premisa indispensable para una auténtica construcción de la paz individual y social” (n.2).

- La paz está amenazada

“La paz, por desgracia, está aún lejana, y no son pocos los síntomas de un posible alejamiento ulterior. A menudo resultan difíciles la identificación de las causas y la búsqueda de los remedios. Incluso entre los cristianos a veces se libran sangrientas luchas fratricidas. Pero quienes se ponen, con ánimo abierto, a la escucha del Evangelio no pueden cesar de exigirse a sí mismos y a los demás el compromiso del perdón y de la reconciliación.

- La cruz de Cristo, fuente de la paz

La cruz de Cristo, en la que todos hemos sido salvados, es la fuente de la paz. El cristiano, llamado a la unión con Cristo (cf. Col.1,24) y a sufrir como Cristo (cf. Lc.9,23; 21,12-12-19; Jn.15,18-21), con la aceptación y el ofrecimiento del sufrimiento, anuncia la fuerza constructiva de la cruz. En efecto, si la guerra y la división son fruto de la violencia y del pecado, la paz es fruto de la justicia y del amor, que tienen su vértice en el ofrecimiento generoso del sufrimiento personal llevado, si es necesario, hasta la entrega de la propia vida en unión con Cristo (cf. Salvifici doloris, 27).

- El ofrecimiento del sufrimiento por la salvación del mundo

“La valorización del sufrimiento y su ofrecimiento por la salvación del mundo son ya en sí acción y misión de paz, porque por el testimonio valeroso de los débiles, de los enfermos y de los que sufren, puede surgir la mayor contribución para la paz. El sufrimiento, en efecto, estimula una comunión espiritual más profunda, favoreciendo, por una parte, la recuperación de una mayor calidad de la vida y promoviendo, por otra, el compromiso convencido a favor de la paz entre los hombres.

“El creyente sabe que, asociándose a los sufrimientos de Cristo, se convierte en un auténtico artífice de la paz. Es un misterio insondable, cuyos frutos aparecen con evidencia en la historia de la Iglesia y, especialmente, en la vida de los santos. Si existe un sufrimiento que provoca la muerte, existe también, según el plan de Dios, un sufrimiento que lleva a la conversión y a la transformación del corazón del hombre (cf. ICort.7,10). Es el sufrimiento el que, en cuanto complemento en la propia carne de “lo que falta” a la pasión de Cristo (cf. Col.1,24), se transforma en razón y fuente de gozo, porque genera vida y paz.

-Un ruego a los que sufren

“Queridos hermanos y hermanas que sufrís en el cuerpo y en el espíritu, os deseo a todos que sepáis reconocer y acoger la llamada de Dios para ser artífices de paz a través del ofrecimiento de vuestro dolor. No es fácil responder a una llamada tan exigente. Mirad siempre con confianza a Jesús “siervo sufriente”, pidiéndole la fuerza necesaria para transformar en donación la prueba que os aflige. Escuchad con fe su voz, que repite a cada uno: “venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os aliviaré” (Mt.11,28) (n.5).

Que la Virgen María, Madre de los dolores y reina de la paz, obtenga para cada creyente el don de una fe sólida, de la que el mundo tiene suma necesidad (n.5).

- Palabras dirigidas a los sanitarios, al voluntariado, a los sacerdotes y religiosos/as que os dedicáis a la pastoral de la salud.

“Me dirijo ahora a vosotros médicos, enfermeros, miembros de asociaciones y grupos de voluntariado, que estáis al servicio de los enfermos. Vuestra obra será auténtico testimonio y acción concreta de paz, si estáis dispuestos a ofrecer amor verdadero a aquellos con quienes estáis en contacto y si, como creyentes, sabéis descubrir en ellos la presencia de Cristo. Esta invitación se dirige de manera muy especial a los sacerdotes, a los religiosos y

a las religiosas, que, por carisma de su Instituto o por su forma particular de apostolado, se dedican directamente a la pastoral sanitaria” (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial del Enfermo (11-II-1996).**

- Saludo del Papa a todos

Con el signo de la esperanza, iluminada por la presencia de María, Salud de los enfermos, y en preparación de la IV Jornada del Enfermo, me dirijo a todos aquellos que llevan en su cuerpo y en su espíritu los signos del sufrimiento humano, así como a cuantos, con el servicio fraterno que les es prestado, quieren vivir perfectamente siguiendo al Redentor (...) (n.1).

Queridos hermanos enfermos: “estáis llamados a una misión peculiar en el ámbito de la nueva evangelización, inspirándoos en María, Madre del amor y del dolor humano”(...) (n.2).

- Nuevo impulso a la pastoral sanitaria

La pastoral sanitaria continúa ocupando un puesto relevante en la acción apostólica de la Iglesia: tiene la responsabilidad de numerosos lugares de asistencia y de cura y actúa entre los pobres con apreciada premura en el campo sanitario, gracias a la generosa dedicación de tantos hermanos en el episcopado, de sacerdotes, religiosos, religiosas y de muchos fieles laicos que han desarrollado una notable sensibilidad hacia los que sufren (...) También hoy, tal vez sobre todo hoy, emerge de la humanidad, el lamento de multitudes de seres humanos probados por el sufrimiento” (n.4).

- Petición de vocaciones a atender a los que sufren

“Le pido al Señor que suscite un número aún mayor de personas generosas, que sepan dar a quien sufre no solamente el remedio de la asistencia física, sino también el apoyo espiritual, abriéndole a las consoladoras perspectivas de la fe” (n.4).

- Petición del Papa a los enfermos

“Queridísimos hermanos y hermanas que estáis en la prueba, ofreced generosamente vuestro dolor en comunión con Cristo sufriente y con María, su dulcísima Madre. Y vosotros que continuamente estáis al lado de los que sufren, haced de vuestro servicio una preciosa contribución a la evangelización. Sentíos parte activa de la Iglesia, porque en vosotros la

comunidad cristiana está llamada a confrontarse con la cruz de Cristo, para dar razón al mundo de la esperanza evangélica (cf. IPedr. 3,15). Que vuestro sufrimiento, unido a la Cruz de Cristo, resulte vencedor en el terrible combate ante las fuerzas del bien y del mal, cuyo espectáculo nos ofrece nuestro mundo contemporáneo (“Salvifici doloris”, 31) (Boletín O.E. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Febrero 1996; 31-36).

*** Discurso a los enfermos y a los que sufren”. Tours, 21-IX-1996**

Juan Pablo II estuvo siempre cerca de los enfermos a quienes dijo estas hermosas palabras: “amados enfermos, sabed encontrar en el amor el sentido salvífico de vuestro dolor y las respuestas válidas a todos vuestros interrogantes” (Salvifici doloris”, 31). Vuestra misión es de altísimo valor tanto para la Iglesia como para la sociedad. Vosotros que lleváis el peso del sufrimiento estáis en los primeros puestos que corresponden a los que aman al Señor. Del mismo modo como hizo a todos los que Él encontró en los caminos de Palestina, Jesús os ha dirigido una mirada llena de ternura; su amor nunca disminuirá”. Sed testigos generosos de este amor privilegiado a través del don de vuestro sufrimiento, de grande alcance para la salvación del género humano”.

*** Encuentro con los leprosos y enfermos de SIDA (La Habana 24-I-1998).**

El Santo Padre se acercó a este Santuario de San Lázaro “como peregrino de la verdad y la esperanza, como testigo, en la propia carne, del significado y el valor que tiene el sufrimiento cuando se acoge acercándose confiadamente a Dios, “rico en misericordia” (n. 2)..

Juan Pablo II se acerca a los que sufren y lloran para ofrecerles una palabra de esperanza, de cercanía, de de cariño y de oración. Además quiere ayudarles al dolor para descubrir su significado que no acabamos de conocer del todo. Escuchemos una vez más el mensaje del Papa:

“El dolor es un misterio, muchas veces inescrutable para la razón. Forma parte del misterio de la persona humana, que sólo se esclarece en Jesucristo, quien revela al hombre su propia identidad. Sólo desde Él podremos encontrar el sentido a todo lo humano” (n.3).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial del Enfermo (Loreto, 11-II-1998).**

- Un compromiso

“Con ocasión de esta Jornada Mundial del Enfermo, deseo exhortar a la comunidad eclesial a renovar el compromiso de transformar la humana sociedad en una “casa de esperanza”, en colaboración con todos los creyentes y los hombres de buena voluntad.(n.5).

Semejante compromiso exige que la comunidad eclesial viva la comunión: sólo donde hombres y mujeres, mediante la escucha de la Palabra, la oración y la celebración de los sacramentos, no tienen “sino un solo corazón y una sola alma”, se desarrollan la solidaridad fraterna y la compartición de los bienes, y se realiza lo que San Pablo recuerda a los cristianos de Corinto: “cuando un miembro sufre, todos sufren con él” (Icor.12,26).

El Santo Padre habla de “comunidades que saben vivir la auténtica diaconía evangélica, viendo en el pobre y en el enfermo “a su Amo y Señor”, constituyen un valiente anuncio de la resurrección y contribuyen a renovar de manera eficaz la esperanza de la “venida definitiva del Reino de Dios” (n.6).

- El dolor, un camino de salvación

“¡Queridos enfermos! En la comunidad eclesial tenéis reservado un lugar especial. La condición de sufrimiento en la que vivís y el deseo de recuperar la salud os hacen especialmente sensibles al valor de la esperanza. Encomiendo a la intercesión de María vuestra aspiración al bienestar del cuerpo y del espíritu, y os exhorto a iluminarla y elevarla mediante la virtud teologal de la esperanza, don de Cristo. Ésta os ayudará a dar un nuevo significado al sufrir, transformándolo en camino de salvación, en ocasión de evangelización y de redención. En efecto, “el sufrir puede tener también un significado positivo para el hombre y para la misma sociedad, llamado como está a convertirse en una forma de participación en el sufrimiento salvador de Cristo y en su alegría de resucitado,y, por tanto, una fuerza de santificación y edificación de la Iglesia” (ChFL, 54).

- El enfermo y la familia

“La contemplación de la Santa Casa nos lleva naturalmente a detenernos en la familia de Nazaret, que no anduvo exenta de pruebas. (...) Mi deseo es que de ese hogar llegue a cada familia humana herida por el sufrimiento el don de la serenidad y de la confianza. Mientras invito a la comunidad eclesial y civil a hacerse cargo de las difíciles situaciones en las que se encuentran muchas familias, bajo el peso impuesto por la enfermedad de un allegado, recuerdo que el mandato del Señor de visitar a los enfermos se dirige en primer lugar a los familiares de éstos. Si se lleva a cabo en

espíritu de amorosa donación de sí y esta sostenida por la fe, la oración y los sacramentos, la asistencia a los parientes enfermos puede transformarse en instrumento terapéutico insustituible para el enfermo, llegando a ser para todos ocasión de descubrir preciosos valores humanos y espirituales (n.8).

- Palabras al personal sanitario

“ Deseo exhortarlos a mantener siempre un elevado concepto de la tarea que les está encomendada, sin dejarse vencer jamás por dificultades e incomprensiones. Comprometerse en el mundo sanitario no significa tan sólo combatir el mal, sino -por encima de todo- promover la calidad de la vida humana. El cristiano, además, consciente de que “el hombre que vive es la gloria de Dios”, honra a Dios en el cuerpo humano tanto en los aspectos arrebatadores de la fuerza, de la vitalidad y de la belleza como en los de la fragilidad y la extinción. En todo caso él proclama el trascendental valor de la persona, cuya dignidad permanece intacta aun en la experiencia del dolor, de la enfermedad y del envejecimiento. Gracias a la victoria de Cristo sobre la muerte, él espera con confianza el momento en que el Señor “transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérsele todo” (Fil.3,21) (n.9).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Congreso sobre “la familia y la integración del minusválido en la infancia y adolescencia”, organizado por el Consejo Pontificio para la Familia” (4-XII-1999).**

“La llegada de un hijo aquejado por una enfermedad o minusvalía constituye sin duda un acontecimiento desconcertante para la familia, que se ve por ello hondamente sacudida. También bajo este punto de vista parece importante animar a los padres a reservar “una atención especialísima al niño, desarrollando una profunda estima por su dignidad personal, así como un gran respeto y un generoso servicio a sus derechos. Esto vale respecto a todo niño, pero adquiere una urgencia singular cuando el niño es pequeño y necesitado de todo, está enfermo, delicado o minusválido “ (“Familiaris consortio”, 26).

Cuando los niños están más necesitados y expuestos al peligro de verse rechazados por lo demás, la familia puede tutelar con mayor eficacia su igualdad de dignidad respecto a los niños sanos. (...) De aquí la importancia de personas que sepan estar a su lado, ya sean amigos, médicos o asistentes sociales. (...) Resulta importante que no sólo los familiares más allegados, sino también personas competentes y amigas, compartan el problema. Estos son los “buenos samaritanos” de nuestra época que, con su presencia generosa y amiga, repiten el gesto de Cristo” (n.2).

Corresponde a pastores y sacerdotes apoyar a los padres para que comprendan y acepten que la vida siempre es don de Dios, incluso cuando se ve marcada por el dolor y la enfermedad. Toda persona es sujeto de derechos fundamentales inalienables, inviolables, indivisibles. Toda persona: por consiguiente, también el minusválido” (n.4).

***Mensaje de Juan Pablo II para la VIII Jornada Mundial del Enfermo (Roma, 11 de febrero de 2000).**

De este mensaje largo y denso, ponemos de relieve los puntos siguientes:

- “En víspera del nuevo milenio, es de desear que también en el mundo del sufrimiento y de la salud se promueva “una purificación de la memoria”, que lleve a “reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de Cristianos” (...) La comunidad eclesial está llamada a aceptar, también en este campo, la invitación a la conversión vinculada a la celebración del Año Santo.

El proceso de conversión y renovación se facilitará dirigiendo continuamente la mirada a aquel que, “encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad en el sacramento de la Eucaristía como fuente de vida divina” (TMA, 55).

El misterio de la Encarnación implica que la vida se entienda como don de Dios que hay que conservar con responsabilidad y gastar haciendo el bien; por consiguiente, la salud es un atributo positivo de la vida, que debe buscarse por el bien de la persona y del prójimo. La salud, sin embargo, es un bien “penúltimo” en la jerarquía de los valores, que es preciso cultivar y considerar desde la perspectiva del bien total, y por tanto también espiritual, de la persona (n.6).

- “En esta circunstancia, nuestra mirada se dirige en particular a Cristo sufriente y resucitado. Al asumir la condición humana, el Hijo de Dios aceptó vivirla en todos sus aspectos, incluidos el dolor y la muerte, cumpliendo en su persona las palabras pronunciadas durante la última Cena: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn.15,13).

“La Imitación de Jesús, Siervo sufriente, ha llevado a grandes santos y a creyente sencillos a convertir la enfermedad y el dolor en fuente de purificación y salvación para sí y para los demás. (...) Se trata de un itinerario difícil, porque el hombre no encuentra por sí mismo el sentido del sufrimiento

y de la muerte, pero es un itinerario que siempre se puede recorrer con la ayuda de Jesús, maestro y guía interior.

De la misma forma que la resurrección ha transformado las llagas de Cristo en manantial de curación y salvación, así también para todo enfermo la luz de Cristo resucitado confirma que el camino de la fidelidad a Dios en la entrega total de sí hasta la cruz lleva a la victoria y es capaz de transformar incluso la enfermedad en fuente de alegría y de resurrección.

Los enfermos, enviados también como obreros a la viña del Señor (ChFL,53), con su ejemplo pueden dar una valiosa contribución a la evangelización de una cultura que tiende a suprimir la experiencia del sufrimiento, incapacitándose para captar su sentido profundo con los estímulos intrínsecos para un crecimiento humano y cristiano” (n.7).

El ejemplo de Cristo, buen Samaritano, debe inspirar la actitud del creyente, introduciéndolo a hacerse “prójimo” de sus hermanos y hermanas que sufren, mediante el respeto, la comprensión, la aceptación, la ternura, la compasión y la gratuidad. Se trata de luchar contra la indiferencia que lleva a la personas y a los grupos a aislarse de forma egoísta en sí mismos. (...).

El ejemplo de Jesús, buen samaritano, no sólo impulsa a asistir al enfermo, sino también a hacer lo posible por reinsertarlo en la sociedad. En efecto, para Cristo curar es, a la vez, reintegrar (...)” (n.9).

Jesús no sólo curó a los enfermos, sino que también fue un incansable promotor de la salud a través de su presencia salvífica, su enseñanza y su acción. (...) La Iglesia, llamada a continuar la misión de Jesús, debe hacerse promotora de vida ordenada y plena para todos (n.10).

En el ámbito de la promoción de la salud y de una calidad de vida entendida rectamente, dos deberes merecen una atención particular por parte del cristiano: ante todo la defensa de la vida (...) (n.11); el segundo deber, al que los cristianos no pueden sustraerse, concierne a la promoción de una salud digna del hombre (...) (n.13). Este modelo de salud compromete a la Iglesia y a la sociedad a crear una “ecología del hombre” (n.14).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los enfermos (11-II-2000).**

Los enfermos ocupan siempre un lugar privilegiado en la mente y en el corazón del Santo Padre. Para ellos hubo un “jubileo especial y propio”, en el

que estuvo presente el Santo Padre que le dirigido una emotiva homilía, de la que ofrecemos estos párrafos:

“El dolor y la enfermedad forman parte del misterio del hombre sobre la tierra. Es ciertamente justo luchar contra la enfermedad, pues la salud es don de Dios. Pero también resulta importante saber leer el designio de Dios cuando el dolor llama a nuestra puerta. La clave de esta lectura la constituye la cruz de Cristo. El Verbo encarnado ha salido al encuentro de nuestra debilidad cargando con ella en el misterio de la cruz. Desde entonces, todo sufrimiento ha adquirido una posibilidad de sentido que hace de él algo realmente valioso. Desde hace dos mil años, desde el mismo día de la Pasión, la cruz resplandece como manifestación suprema del amor de Dios para con nosotros. Quien sabe acogerla en su vida, experimenta cómo el dolor, alumbrado por la fe, se transforma en fuente de esperanza y salvación (n.3).

“No nos está permitido “pasar de largo” ante quien se ve sometido a prueba por la enfermedad- Al contrario, es menester detenerse, inclinarse sobre su enfermedad y compartirla generosamente, aliviando su peso y dificultades (n.3).

*** Saludo de Juan Pablo II a los enfermos en Fátima (Portugal): 11-V - 2000**

El Papa os saluda con gran afecto, queridos enfermos, y os aseguro un recuerdo especial en la oración, que hace extensiva a quienes se ocupan de vosotros. (...)

“Vengo hoy aquí como testigo de Cristo resucitado. Él sabe qué es sufrir, y vivió las angustias de la muerte, pero con su muerte mató a la muerte y fue el primer hombre en absoluto que se liberó definitivamente de sus cadenas. Él recorrió todo el itinerario del hombre hasta la patria celestial, donde nos tiene preparado a cada uno un trono de gloria.

Querido hermano enfermo: si alguien o algo de impulsara a pensar que ya has llegado al final del camino, no le hagas caso. Si tienes conocimiento del amor eterno que te ha creado, sabes también que dentro de ti existe un alma inmortal. (...) La última estación de tu vida será la primavera, la primavera de la resurrección. La totalidad de tu vida se extiende infinitamente más allá de sus fronteras terrenales, con vistas al cielo” (17d).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de la Comunidad con los Discapacitados (3-XII-2000).**

En vuestro cuerpo y en vuestra vida, hermanos y hermanas muy queridos, sois portadores de una aguda esperanza de liberación. ¿No se encierra tal vez en ello una expectativa implícita de la “liberación” que Cristo nos ha adquirido con su muerte y resurrección? De hecho, toda persona marcada por una dificultad física o psíquica vive una especie de “adviento” existencial la espera de una “liberación” que se manifestará plenamente, para ella igual que para todos, sólo al final de los tiempos. Sin la fe, esta espera puede teñirse de desilusión y desconsuelo; sostenida en cambio por la palabra de Cristo, se transforma en esperanza viva y activa (n.2).

En nombre de Cristo, la Iglesia se compromete a volverse para vosotros una “casa” cada vez más “acogedora”. Sabemos que el discapacitado - persona única e irrepetible en su dignidad igual e inviolable- requiere no sólo terapia, sino en primer lugar amor que se haga reconocimiento, respeto e integración: desde el nacimiento a la adolescencia, hasta la edad adulta y el momento delicado -vivido con temor por tantos padres- de la separación de sus hijos, el momento del “después de nosotros”. Amadísimos hermanos: queremos sentirnos partícipes de vuestras fatigas y de los inevitables momentos de desconsuelo, para iluminarlos con la luz de la fe y con la esperanza de la solidaridad y del amor (n.4).

Con vuestra presencia, queridísimos hermanos y hermanas, vosotros refirmáis que la discapacidad no es tan sólo necesidad, sino también y sobre todo estímulo e incitación. Claro está que es demanda de ayuda, pero antes es provocación lanzada a los egoísmos individuales y colectivos, e invitación a formas siempre nuevas de fraternidad. Con vuestra realidad ponéis en tela de juicio las concepciones de la vida vinculadas tan sólo a la satisfacción de los deseos, a la apariencia, a las prisas, a la eficiencia (n.5).

La comunidad eclesial se pone en estado de respetuosa escucha, pues siente la necesidad de dejarse interrogar por la fatiga de tantas existencias vuestras misteriosamente marcadas por el dolor y por el malestar consiguiente a lesiones, ya sean congénitas o adquiridas. Quiere acercarse más a vosotros y a vuestras familias, consciente de que la falta de atención agudiza el dolor y la soledad. Mientras que la fe atestiguada con amor y gratuidad da fuerza y sentido a la vida (n.5).

En una sociedad rica en conocimientos científicos y técnicos es posible y obligado hacer más en los diferentes campos que la convivencia civil requiere: desde la investigación biomédica para prevenir la discapacidad hasta la cura, la asistencia, la rehabilitación, la nueva integración social.

Si es verdad que vuestros derechos civiles, sociales y espirituales deben ser objeto de tutela, resulta aún más importante salvaguardar las relaciones humanas, relaciones de ayuda, amistad y compartición. Por ello han de fomentarse modalidades terapéuticas y rehabilitativas que tengan en cuenta la visión integral de la persona (n.5) (17e).

*** Discurso de Juan Pablo II al término de la manifestación jubilar de la Comunidad con los Discapacitados (3-XII-2000).**

El Santo Padre, urgido por su solicitud a favor de los discapacitados, manifiesta: “Existen algunas urgencias importantes sobre las que está bien que nos paremos a reflexionar. Ante todo, el derecho que tiene toda mujer y todo hombre discapacitado, en cualquier país del mundo, a una vida digna. No se trata sólo de satisfacer determinadas necesidades, sino de ver reconocido aún más el propio deseo de acogida y autonomía. Es necesario que la integración se convierta en mentalidad y cultura y, al mismo tiempo, que los legisladores y los gobernantes no dejen de aportar a esta causa su apoyo coherente (n.1).

Por otra parte, el Papa dice que “la investigación científica, por su parte, está llamada a garantizar toda forma posible de prevención, tutelando la vida y la salud. Cuando la discapacidad no se puede eliminar, siempre es posible liberar las potencialidades que la discapacidad no anula. (...) La rehabilitación, además de restituir funciones comprometidas, activa otras y frena el decaimiento. Entre los derechos que se han de garantizar no se deben olvidar los referentes al estudio, al trabajo, a la casa y al abatimiento de barreras. ¡Y no sólo arquitectónicas! Además, para los padres es importante saber que la sociedad se hace cargo del llamado “después de nosotros”, que les permite ver a sus hijas e hijos discapacitados confiados a la atención solícita de una comunidad dispuesta a cuidarlos con respeto y amor” (n.2).

El Santo Padre se dirige a las familias “que tienen hijos con discapacidad y las que comparten su experiencia. A vosotras os repito hoy que estoy a vuestro lado. Gracias por el testimonio que dais con la fidelidad, la fortaleza y la paciencia de vuestro amor. (...) Y también a “ las comunidades y asociaciones donde las personas afectadas por las más diversas dificultades encuentran un ambiente adaptado para desarrollar sus potencialidades. ¡Qué don tan precioso de la Providencia son, por ejemplo, las “casas-familias”, en las que encuentran cálida y generosa acogida personas un tiempo abandonadas a sí mismas!”. El Papa se acuerda también “de las diferentes realidades asociativas donde, con espíritu de generoso compartir, las limitaciones no son obstáculo, sino incentivo para crecer juntos”. Y finaliza diciendo: “¿Y qué decir de los voluntarios que ayudan a las hermanas y hermanos necesitados?

Vosotros, queridísimos, sois un pueblo de testigos de la esperanza, que silenciosamente, pero eficazmente, contribuís a construir un mundo más libre y fraterno” (n.3).

Finalmente el Santo Padre afirma: “Lo que parece humanamente una ruina, en el plano divino es siempre un proyecto de salvación (...) Cristo, nuestro compañero de viaje, es nuestra alegría” (n.4).

*** Mensaje de Juan Pablo II a los participantes en el Simposio Internacional sobre “Dignidad y derechos de la persona con discapacidad mental” (5-I-2004).**

- Una afirmación básica: la dignidad del discapacitado

“La persona discapacitada, incluso cuando resulta afectada en la mente o en sus capacidades sensoriales e intelectivas, es un sujeto plenamente humano, con los derechos sagrados e inalienables propios de toda criatura humana. En efecto, el ser humano, independientemente de las condiciones en las que se desarrolle su vida y de las capacidades que pueda expresar, posee una dignidad única y un valor singular desde el inicio de su existencia hasta el momento de su muerte natural. (...) La persona del discapacitado nos obliga a interrogarnos con respeto y sabiduría acerca del misterio del hombre” (n.2).

El mundo de los derechos no puede ser patrimonio de los sanos. También la persona portadora de discapacidad deberá ver facilitada su participación, en la medida de sus posibilidades, en la vida de la sociedad, y verse ayudada a realizar todas sus potencialidades de carácter físico, psíquico y espiritual. Sólo si se reconocen los derechos de los más débiles puede una sociedad afirmar que se base en el derecho y en la justicia. (...) Una sociedad que solo hiciera sitio a sus miembros plenamente funcionales, totalmente autónomos e independientes, no sería una sociedad digna del hombre (n.3).

- El compromiso por crear condiciones de vida para los discapacitados

Al reconocimiento de los derechos ha de seguirle un compromiso sincero por parte de todos con vistas a crear condiciones concretas de vida, estructuras de apoyo, mecanismos de tutela jurídica capaces de responder a las necesidades y a las dinámicas de crecimiento de la persona discapacitada y de quienes comparten su situación, empezando por sus familiares (n.4).

- ¿Quién es la persona discapacitada?

Las personas discapacitadas son iconos vivos del Hijo crucificado. Revelan la misteriosa belleza de Aquél que por nosotros se despojó y se hizo obediente hasta la muerte. Nos muestran que la consistencia última del ser humano, más allá de toda apariencia, descansa en Jesucristo. Por ello se ha dicho, con toda razón, que las personas discapacitadas son testigos privilegiados de humanidad.

- Los discapacitados, maestros de todos

Estas personas pueden enseñar a todos en qué consiste el amor que salva, y pueden convertirse en heraldos de un mundo nuevo, no dominado por la fuerza, la violencia o la agresividad, sino por el amor, la solidaridad, la hospitalidad: heraldos de un mundo nuevo transfigurado por la luz de Cristo, el Hijo de Dios que por nosotros los hombres se encarnó, fue crucificado y resucitó” (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XII Jornada Mundial del Enfermo (Lourdes, 11 de febrero de 2004).**

En la Carta Apostólica “Salvifici Doloris” recordé que el sufrimiento forma parte de la historia del hombre, que debe aprender a aceptarlo y superarlo. Pero ¿cómo podrá hacerlo, si no es gracias a la cruz de Cristo?

En la muerte y resurrección del Redentor el sufrimiento humano encuentra su sentido más profundo y su valor salvífico. Todo el peso de las tribulaciones y los dolores de la humanidad se condensa en el misterio de un Dios que, asumiendo nuestra naturaleza humana, se anonadó hasta hacerse “pecado por nosotros” (ICort.5,21). En el Gólgota cargó con las culpas de toda criatura humana y, en la soledad del abandono, gritó al Padre: “¿por qué me has abandonado?” (Mt.27,46).

De la paradoja de la cruz brota la respuesta a nuestros interrogantes más inquietantes.

Cristo sufre por nosotros: toma sobre sí el sufrimiento de todos y lo redime.

Cristo sufre con nosotros, dándonos la posibilidad de compartir con Él nuestros dolores.

El sufrimiento humano, unido al de Cristo, se convierte en medio de salvación. (...) El dolor, aceptado con fe, se transforma en la puerta para entrar en el misterio del sufrimiento redentor del Señor. Un sufrimiento que ya

no quita la paz y la felicidad, porque está iluminado por el resplandor de la resurrección (n.4).

Al pie de la cruz sufre en silencio María, participando de modo especialísimo en los dolores del Hijo, constituida Madre de la humanidad, dispuesta a interceder para que toda persona obtenga la salvación. En Lourdes no es difícil comprender esta singular participación de la Virgen en la misión salvadora de Cristo. El prodigio de la Inmaculada Concepción recuerda a los creyentes una verdad fundamental. Sólo es posible conseguir la salvación participando dócilmente en el proyecto del Padre, que quiso redimir al mundo a través de la muerte y resurrección de su Hijo unigénito. Con el bautismo, el creyente es injertado en este designio salvador y es liberado de la culpa original. La enfermedad y la muerte, aunque estén presentes en la existencia terrena, pierden su sentido negativo. A la luz de la fe, la muerte del cuerpo, vencida por la de Cristo (cf. Rm.56,4), se convierte en el paso obligado a la plenitud de la vida inmortal (n.5).

Nuestra época ha dado grandes pasos en el conocimiento científico de la vida, don fundamental de Dios, cuyos administradores somos nosotros. Es preciso acoger, respetar y defender la vida desde su inicio hasta su ocaso natural. Junto con ella, hay que proteger a la familia, cuna de toda vida naciente. (...) Todo auténtico progreso en este campo no puede menos de ser impulsado, con tal de que respete siempre los derechos y la dignidad de la persona desde su concepción. En efecto, nadie puede arrogarse la facultad de destruir o manipular indiscriminadamente la vida del ser humano (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Presidente de la Asociación de los Médicos Católicos Italianos (9-XI-2004).**

Nos ha parecido muy necesario ofrecer en este momento lo más central y significativo de este discurso del Santo Padre.

- La dignidad inviolable de todo ser humano

“No hay ser humano que no haya conocido no pueda conocer la enfermedad. La enfermedad puede golpear a todos e implicar a la persona en todos los niveles, desde el físico al psicológico. Por lo tanto, la medicina debe esforzarse en ser interlocutora de todo ser humano enfermo, sin ceder a discriminaciones, sino yendo al encuentro de las necesidades de toda la persona. Para realizar esto, la medicina no puede prescindir de una auténtica reflexión sobre la naturaleza misma del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza. La dignidad del hombre encuentra su fundamento no sólo en el misterio de la Creación sino también en el de la Redención, realizada por

Jesucristo. Y si el origen del hombre es por sí mismo fundamento de su dignidad, igualmente lo es su destino: el hombre está llamado a ser “hijos en el Hijo” y templo vivo del Espíritu Santo, en la perspectiva de la vida eterna de comunión beatificante con Dios (n.2).

El hombre es centro y cumbre de todo lo que existe en la tierra: ningún otro ser visible posee su misma dignidad. En cuanto sujeto “consciente y libre”, no puede nunca ser reducido a un simple instrumento. ¡La inviolable dignidad de la persona debe afirmarse con fuerza y coherencia hoy más que nunca! (n.2).

No se puede hablar de seres humanos que ya no son personas o que aún tienen que llegar a serlo: ¡La dignidad personal pertenece radicalmente a cada ser humano y ninguna desigualdad es aceptable ni justificable! (n.2).

- No hay vidas indignas de ser vividas

El Santo Padre se dirige ahora a los profesionales de la medicina para decirles: “reafirmo los principios éticos que tienen su raíz en el mismo Juramento de Hipócrates: no hay vidas indignas de ser vividas; no hay sufrimientos, por muy penosos que sean, que puedan justificar la supresión de una vida, no hay razones, por muy grandes que sean, que hagan plausible la “creación” de seres humanos destinados a ser utilizados y destruidos.

Que os inspire siempre en vuestras opciones la convicción de que la vida debe promoverse y defenderse desde su concepción hasta su ocaso natural. Lo que hará que se os reconozca como médicos católicos será precisamente la defensa de la dignidad inviolable de toda persona humana” (n.3).

- La intangibilidad de cada ser humano

En nuestra sociedad prevalece a veces una mentalidad arrogante, que pretende discriminar entre vida y vida, olvidando que la única respuesta verdaderamente humana frente al sufrimiento del prójimo es el amor que se prodiga en el acompañamiento y en el compartir (n.4).

La investigación científica, por su propia naturaleza orientada al bien del hombre, tiene entonces el riesgo de perder su vocación originaria. Ningún tipo de investigación puede ignorar la intangibilidad de cada ser humano: violar esta barrera significa abrir las puertas a una nueva forma de barbarie” (n. 4).

*** Discurso de Juan Pablo II a los miembros de la “Oficina Cristiana de los Discapacitados” de París**

El Santo Padre acoge a estas personas con palabras fraternas y agradecidas: “a través de la atención a las personas que sufren de una discapacidad, recordáis a nuestros contemporáneos que la persona no se reduce a sus aptitudes y a su puesto en la vida económica, sino que es una criatura de Dios, amada por Él por sí misma y no por lo que hace (n.1).

“Vuestra acción es a la vez un servicio y una verdadera misión para la promoción de las personas humanas y para la defensa de su dignidad. (...) Vosotros realizáis en el corazón de la Iglesia el servicio insigne de la caridad, de la ternura y de la compasión con los discapacitados y sus familias que “se han revestido del rostro de Cristo” (n.2).

“Vosotros sois uno de los signos de la solidaridad de toda la comunidad cristiana con los que están heridos en el cuerpo y en el espíritu, recordando que Cristo vino para dar la vida en abundancia a todo hombre y para revelarnos que la salvación se dirige a todos, como anunció en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc.4,14-21) (n.2).

“Vuestra presencia me invita a hacer de nuevo un llamamiento apremiante a todos los hombres de buena voluntad, especialmente a los que tienen una función gubernamental y legislativa, a una sacudida de conciencia y de humanidad, para que se proteja a toda vida humana, sobre todo la de los más débiles, de los más pequeños y de los más pobres, y para que cesen todas las acciones tendentes a eliminar a los niños concebidos y todavía no nacidos, que son indefensos, haciéndose así el hombre el dueño de la vida. Menospreciar a los pequeños es de alguna manera menospreciar a nuestra propia humanidad, pues existe entre todos nosotros una misma fraternidad y una misma solidaridad (n.3).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Conferencia Internacional organizada por el Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud (12-XI-2004).**

De este discurso del Papa, ponemos de relieve los siguientes fragmentos por su importancia.

- La medicina al servicio de toda vida humana: “La medicina se pone siempre al servicio de la vida. Incluso cuando sabe que no puede erradicar una grave patología, dedica sus capacidades a paliar sus sufrimientos. Trabajar con pasión para ayudar al paciente en cada situación significa tener conciencia de

la inalienable dignidad de todo ser humano, incluso en las condiciones extremas del estado terminal. En esta entrega al servicio de quien sufre, el cristiano reconoce una dimensión fundamental de la propia vocación: en el cumplimiento de este deber, en efecto, sabe que está cuidando al mismo Cristo (cf. Mt.25,35-40).

- Jesucristo ilumina el enigma del dolor y de la muerte: “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera de su Evangelio nos abruma” (GS 22). Quien en la fe se abre a esta luz, encuentra consuelo en su sufrimiento y adquiere la capacidad de aliviar el sufrimiento de los demás. De hecho, existe una relación directamente proporcional entre la capacidad de sufrir y la capacidad de ayudar a quien sufre” (n.2).

- Respetar siempre la dignidad del ser humano: “El amor al prójimo (...) capacita para reconocer la dignidad de toda persona, incluido cuando la enfermedad viene a oprimir sobre la existencia. El sufrimiento, la ancianidad, la inminencia de la muerte no disminuyen la intrínseca dignidad de la persona, creada a imagen de Dios. Entre los dramas causados por una ética que pretende establecer quien puede vivir y quien debe morir, se encuentra el de la eutanasia. Aunque esté motivada por sentimientos de una mal entendida compasión o de una mal comprendida dignidad para perseverar, la eutanasia, en lugar de rescatar a la persona del sufrimiento, realiza su supresión. La compasión, cuando está privada de la voluntad de afrontar el sufrimiento y de acompañar al que sufre, lleva a la supresión de la vida para eliminar el dolor, distorsionando así el estatuto ético de la ciencia médica (n.3).

- Rechazo del encarnizamiento terapéutico: “La verdadera compasión promueve todo esfuerzo razonable para favorecer la curación del paciente. Al mismo tiempo ayuda a detenerse cuando ninguna otra acción resulta ya útil a tal fin. El rechazo del encarnizamiento terapéutico no es un rechazo del paciente y de su vida. En efecto, el objeto de la deliberación sobre la oportunidad de iniciar o continuar una práctica terapéutica no es el valor de la vida del paciente, sino el valor de la intervención médica sobre él. La eventual decisión de no emprender o de interrumpir una terapia será considerada éticamente correcta cuando ésta resulte ineficaz o claramente desproporcionada para los fines del apoyo a la vida o de la recuperación de la salud. Por lo tanto el rechazo del encarnizamiento terapéutico es expresión del respeto que en todo instante se debe al paciente (...) (n.4)..

- Los cuidados paliativos: “sobre todo en la fase de la enfermedad, en la que ya no es posible practicar terapias proporcionadas y eficaces, mientras tanto, se impone la obligación de evitar toda forma de obstinación o encarnizamiento terapéutico, se establece la necesidad de “los cuidados

paliativos” que, como afirma la encíclica “*Evangelium Vitae*”, están “destinados a hacer más soportable el sufrimiento en la fase final de la enfermedad y, al mismo tiempo, asegurar al paciente un acompañamiento humano adecuado” (n.65).

En efecto, los cuidados paliativos tienden a aliviar, especialmente en el paciente Terminal, una vasta gama de síntomas de sufrimiento de orden físico-psíquico y mental, y requieren por eso la intervención de un equipo de especialistas con competencia médica, psicológica y religiosa, convenidos entre ellos para apoyar al paciente en la fase crítica (cf. *Evangelium vitae*”, n.65) (n.5).

- Respuesta a los interrogantes profundos del ser humano: “La ciencia y la técnica no podrán dar nunca una respuesta satisfactoria a los interrogantes esenciales del corazón humano. A estas preguntas sólo puede responder la fe” (n.6).

- Contribución de la Iglesia: “La Iglesia quiere continuar ofreciendo su contribución específica a través del acompañamiento humano y espiritual de los enfermos, que desean abrirse al mensaje del amor de Dios, siempre atento a las lágrimas de quien se dirige a Él (cf.- Sal.39,13). Se evidencia aquí la importancia de la pastoral sanitaria. (n.6).

*** Discurso de Juan Pablo II a los miembros del Instituto Secular de los Siervos del Sufrimiento (2-XII-2004).**

El Santo Padre los llama a redescubrir su misión: “estáis llamados a proclamar el Evangelio del sufrimiento iluminado por la fe. Escribí en la carta apostólica “*Salvifici doloris*” que para los cristianos “el Evangelio del sufrimiento significa no sólo la presencia del sufrimiento en el Evangelio, como uno de los temas de la Buena Nueva, sino además la revelación de la fuerza salvadora y del significado salvífico del sufrimiento en la misión mesiánica de Cristo y luego en la vocación de la Iglesia” (n.25) (n.2).

El Papa los invita a seguir “las huellas del Padre Pío, cuyas enseñanzas son siempre de gran actualidad; inspiraos en ellas constantemente. ¡Sed como él, apóstoles de la oración y del sufrimiento! La oración ilumina el corazón y lo hace más disponible para aceptar el sufrimiento; el sufrimiento, recibido con un dócil abandono en Dios, abre el ánimo a la comprensión del dolor de los demás.

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la pastoral de la Salud (21-I-2005).**

El Santo Padre dirige unas palabras llenas de aliento y de esperanza al Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios.

- La Iglesia da respuesta a los interrogantes del hombre

“La Iglesia, en su acción pastoral, está llamada a afrontar las más delicadas e ineludibles cuestiones que surgen en el ánimo humano frente al sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Es de la fe en Cristo muerto y resucitado de donde esos interrogantes pueden obtener el consuelo de la esperanza que no defrauda. El mundo actual, que con frecuencia no posee la luz de esta esperanza, sugiere soluciones de muerte. De aquí la urgencia por promover una nueva evangelización y un fuerte testimonio de fe activa en estas amplias zonas secularizadas (n.2).

- La tarea del Consejo Pontificio

El Consejo Pontificio hace bien en centrar sus reflexiones y sus programas en la santificación del momento de la enfermedad y en el papel especial que desempeña el enfermo en la Iglesia y en la familia en virtud de la presencia viva de Cristo en toda persona que sufre

- Alentar al enfermo y ofrecerle los sacramentos

El Año dedicado a la Eucaristía se presenta como una ocasión oportuna para un compromiso pastoral más intenso en la administración tanto del viático como de la unción de los enfermos. Al configurar plenamente al enfermo con Cristo muerto y resucitado, estos sacramentos permiten al enfermo mismo y a la comunidad de los creyentes experimentar el consuelo que viene de la esperanza sobrenatural.

Oportunamente iluminado por el sacerdote y de quienes lo ayudan, el enfermo puede descubrir con alegría la misión especial que le es confiada en el Cuerpo místico de la Iglesia: en unión con Cristo sufriente, él puede cooperar en la salvación de la humanidad fortaleciendo su oración con el ofrecimiento de su sufrimiento (n.3).

Con todo, esto no debe dispensar a los responsables de la Iglesia de una atención estimulante y activa en las estructuras donde el enfermo sufre a veces formas de marginación y de carencia de apoyo social. (...) Además, la Iglesia debe reservar una solicitud especial a aquellas zonas del mundo donde los enfermos de Sida están privados de asistencia (n.4).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la XIII Jornada Mundial del Enfermo (Yaoundé, Camerún; 11-II-2005).**

En este año 2005 las celebraciones principales de la Jornada Mundial del Enfermo tendrán lugar en el Santuario de María Reina de los Apóstoles, en Yaoundé, Camerún.

“Esta elección dará la oportunidad de manifestar una solidaridad concreta a las poblaciones de ese continente, probadas por graves carencias sanitarias. De este modo dará un paso más en la actuación del compromiso que los cristianos de África asumieron hace diez años. En el curso de la tercera Jornada Mundial del Enfermo, de hacerse “buenos samaritanos” de los hermanos y hermanas en dificultad” (n.1).

“El África de hoy se puede comparar con aquel hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó; cayó en manos de salteadores que lo despojaron, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto” (cf. Lc.10,30-37). (...) África es un continente en el que innumerables seres humanos -hombres y mujeres, niños y jóvenes- están tendidos, de algún modo, al borde del camino, enfermos, heridos, indefensos, marginados y abandonados. Ellos tienen necesidad extrema de buenos samaritanos que vengan en su ayuda” (n.1).

“Asimismo, la Jornada Mundial del Enfermo tiene como finalidad estimular la reflexión sobre la noción de la salud, que en su acepción más completa alude también a una situación de armonía del ser humano consigo mismo y con el mundo que lo rodea.(...)

Es lamentable que esta armonía esté fuertemente turbada en la actualidad. Muchas enfermedades destruyen el continente, y entre todas ellas, de modo especial el flagelo del sida “que siembra dolor y muerte en numerosas zonas de África”. Los conflictos y las guerras, que atormentan a no pocas regiones africanas, hacen que sean más difíciles las intervenciones destinadas a prevenir y curar estas enfermedades”.

Exhorto a quienes tienen la posibilidad, a que no dejen de comprometerse a fondo para poner fin a semejantes tragedias. Así mismo, recuerdo a los responsables del comercio de armas (...) : “los que alimentan las guerras en África mediante el tráfico de armas son cómplices de odiosos crímenes contra la humanidad” (n. 2).

“En cuanto al drama del sida, ya he tenido ocasión de subrayar en otras circunstancias, que este se presenta también como una “patología del espíritu”. Para combatir esta patología de manera responsable, es necesario aumentar la prevención mediante la educación que respete el valor sagrado de la vida y la formación para la práctica correcta de la sexualidad (n.3).

Llamada del Santo Padre a la colaboración de todos en la lucha contra las enfermedades y, en especial, contra el sida: “Todos deben sentirse implicados en la lucha contra el sida: los gobernantes, las autoridades civiles, los organismos internacionales, las industrias farmacéuticas (...) A los agentes pastorales pido que ofrezcan a los hermanos y hermanas afectados por el sida todo el alivio moral y espiritual. A los hombres de ciencia y a los responsables políticos de todo el mundo suplico con viva insistencia que, movidos por el amor y el respeto que se deben a toda persona humana, no escatimen medios capaces de poner fin a este flagelo. En particular quiero recordar aquí con admiración a los numerosos agentes sanitarios, a los asistentes religiosos y a los voluntarios que, como buenos samaritanos, consumen su vida al lado de las víctimas del sida y se ocupan de sus familiares (...) (n.4)..

A los Obispos el Santo Padre les dice que se unan “generosamente a los pastores de África para enfrentarlos de modo eficaz a ésta y a otras emergencias. (...) La atención de la Iglesia a los problemas de África no está motivada sólo por arzones de compasión filantrópica hacia el hombre necesitado, sino que está también estimulada por la adhesión a Cristo Redentor, cuyo rostro ella reconoce en el semblante de la persona que sufre. Por tanto, es la fe la que la impulsa a comprometerse a fondo para curar a los enfermos como lo ha hecho siempre a lo largo de la historia. Es la esperanza la que hace capaz de perseverar en esta misión, a pesar de los innumerables obstáculos de todo tipo que encuentra. Y, finalmente, es la caridad la que le sugiere acercarse debidamente a las diferentes situaciones y le permite percibir las peculiaridades de cada una y ofrecer una respuesta adecuada (n. 5).

El Santo Padre termina mostrando a Jesucristo en quien “está la esperanza de la verdadera y plena salud, la salvación que Él trae es la verdadera respuesta a los interrogantes últimos del hombre. No hay contradicción entre salud terrena y salud eterna, desde el momento en que el Señor ha muerto por la salud integral del hombre y de todos los hombres (cf. IPedr.1, 2-5) (n.6).

*** Mensaje de Juan Pablo II al Presidente de la Academia Pontificia para la Vida con ocasión del Congreso sobre el tema: “Calidad de vida y ética de la salud” (19-II-2005).**

Por su interés queremos ofrecer un amplio resumen de este mensaje que tomamos del Boletín de la Diócesis de Canarias; Mayo-junio 2005; n.3.

- Atento discernimiento y profunda clarificación

El tema tomado a examen en el presente Congreso es de máxima relevancia ética y cultural tanto para las sociedades desarrolladas como para las que están en vías de desarrollo. Los términos “calidad de vida” y “promoción de la salud” identifican uno de los principales objetivos de las sociedades contemporáneas, planteando interrogantes no carentes de ambigüedad y, a veces, de trágicas contradicciones, para lo que se requiere un atento discernimiento y una profunda aclaración.

La llamada “calidad de vida” se interpreta principal o exclusivamente como eficiencia económica, consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas -relacionales, espirituales y religiosas- de la existencia” (EV 23). Sobre estas dimensiones más profundas se centra la atención a la búsqueda de una adecuada clarificación (n.2).

- Reconocer y respetar la dignidad humana

Ante todo se debe reconocer la cualidad esencial que distingue a cada criatura humana por el hecho de ser creado a imagen y semejanza del Creador mismo. El hombre, constituido de cuerpo y espíritu en la unidad de la persona -corpore et anima unus (GS 14)- está llamado a un diálogo personal con el Creador. Por eso, posee una dignidad superior por esencia a las demás criaturas visibles, vivientes y no vivientes. Como tal es llamado a colaborar con Dios en la misión de someter la tierra (cf. Gn.1,28) y está destinado, en el plan redentor, a revestir la dignidad de hijo de Dios.

- Niveles de la calidad de vida humana

+ Este nivel de dignidad y de calidad pertenece al orden ontológico y es constitutivo del ser humano, permanece en todo momento de la vida, desde el primer instante de la concepción hasta la muerte natural, y se realiza en plenitud en la dimensión de la vida eterna. Por lo tanto, el hombre se debe

reconocer y respetar en cualquier condición de salud, enfermedad o discapacidad” (n.3)

+ A partir del reconocimiento del derecho a la vida y de la dignidad peculiar de toda persona, la sociedad debe promover, en colaboración con la familia y los demás organismos intermedios, las condiciones concretas para desarrollar armoniosamente la personalidad de cada uno, según sus capacidades naturales. Todas las dimensiones de la persona -corpórea, psicológica, espiritual y moral- deben promoverse con armonía. Esto supone la presencia de condiciones sociales y ambientales aptas para favorecer este desarrollo armonioso (n.4).

- Visión incorrecta de la “calidad de vida”

En nuestros días el significado que la expresión “calidad de vida” está asumiendo progresivamente se aleja con frecuencia de esta básica interpretación, fundada en una recta antropología filosófica y teológica. En efecto, bajo el impulso de la sociedad del bienestar, se está favoreciendo una noción de calidad de vida que es, al mismo tiempo reductiva y selectiva: ella consistiría en la capacidad de gozar y experimentar placer, o también en la capacidad de autoconciencia y participación en la vida social. En consecuencia, se niega toda calidad de vida a los seres humanos “todavía no” o “ya no” capaces de entender y querer, o bien a los que ya no están en condiciones de gozar la vida como sensación y relación (n.5).

- El concepto de salud

No es fácil definir en términos lógicos y precisos un concepto complejo y antropológicamente rico como el de salud. Pero es verdad que con este término aquí se nos quieren exponer todas las dimensiones de la persona, en su armónica y recíproca unidad: la dimensión corpórea, la psicológica y la espiritual y moral. Esta última dimensión, la moral, no puede descuidarse. Toda persona tiene una responsabilidad sobre la propia salud y sobre la de quien no ha alcanzado la madurez o no tiene ya la capacidad de conducirse por sí mismo.

- Cuidar el medio ambiente con responsabilidad

La persona está llamada también a tratar con responsabilidad el medio ambiente, de tal manera que el mismo sea “saludable”.

- Responsabilidad ante la salud

¡De cuántas enfermedades los individuos son con frecuencia responsables para sí y para los demás! Pensemos en la difusión del alcoholismo, de la tóxicodependencia y del SIDA ¡Cuánta energía de vida y cuantas vidas de jóvenes podrían salvarse y mantenerse saludables si la responsabilidad moral de cada uno supiera promover más la prevención y la conservación del precioso bien que es la salud! (n.6).(...)

La salud se debe cuidar y atender como equilibrio físico-psíquico y espiritual del ser humano. Es una grave responsabilidad ética y social la dilapidación de la salud como consecuencia de desórdenes de diferente género, generalmente relacionados con la degradación moral de la persona (n.7).

D) Los encarcelados

Juan Pablo II no olvidó a los prisioneros y encarcelados. También los llevaba en su corazón. Claro signo de ello fue la visita que hizo a Alí Agca que se encontraba detenido en una Institución penitenciaria de Roma por la agresión violenta que cometió contra él mismo y el perdón que le dio. De igual modo las visitas que hizo a los detenidos son claro testimonio de su amor pastoral a estos hermanos.

*** Allocución a los prisioneros de la cárcel de Papuda (Brasilia), 1-VII-1980**

El Santo Padre se acerca a los presos y detenidos. Les habla con el corazón de padre creyente para ayudarles a recuperar su autoestima como seres humanos y como hijos de Dios, y los invita a rehacer sus vidas. Con el Señor todo es posible. Recordemos sus palabras:

“En vosotros encuentro personas humanas, y sé que toda persona humana corresponde a un “pensamiento” de Dios. En tal sentido, todo ser humano es fundamentalmente bueno y hecho para la felicidad. Hubo en la vida de casi todos vosotros un momento en que os distanciasteis del designio de Dios. Lo mal hecho debe pesaros, pero no ser considerado como algo fatal. Podéis volver a reflexionar sobre el pensamiento de Dios. Podéis ser felices nuevamente”.

*** Mensaje de Juan Pablo II para el Jubileo en las cárceles (24 de junio de 2000.**

El Santo Padre ha querido estar cerca de los encarcelados para ofrecerles también a ellos y a ellas, en este Año Jubilar, un mensaje de alivio y de esperanza, una palabra de aliento y de ánimo, una llamada a volver al Señor que los quiere y los acoge siempre. De este mensaje denso y cercano, destacamos lo siguiente:

Situación existencial del encarcelado

“Quien se encuentra en prisión piensa con nostalgia o con remordimiento en los tiempos en que era libre, y sufre con amargura el momento presente, que parece no pasar nunca. La exigencia de alcanzar un equilibrio interior también en esta difícil situación puede encontrar una ayuda decisiva en una fuerte experiencia de fe.(...) (n.2).

Quien se encuentra encarcelado no debe vivir como si el tiempo de la cárcel le hubiera sido substraído de forma irremediable; incluso el tiempo transcurrido en la cárcel es tiempo de Dios y como tal ha de ser vivido; es un tiempo que debe ser ofrecido a Dios como ocasión de verdad, de humildad, de expiación y también de fe. (n.3).

Momento de reflexión para el encarcelado y para la sociedad civil

Si la celebración del Gran Jubileo es para los encarcelados una oportunidad para reflexionar sobre su condición, lo mismo se puede decir para toda sociedad civil que se enfrenta cada día con la delincuencia, para las autoridades encargadas de mantener el orden público y favorecer el bien común, y las para los juristas llamados a reflexionar sobre el sentido de la pena y abrir nuevos horizontes para la colectividad. (...)

Estamos lejos aún del momento en que nuestra conciencia pueda permanecer tranquila de haber hecho todo lo posible para prevenir la delincuencia y reprimirla eficazmente, de modo que no siga perjudicando y, al mismo tiempo, ofrecer a quien delinque un camino de rehabilitación y de reinserción positiva en la sociedad. (...)

Situación en que se encuentran las cárceles

En muchos países las cárceles están superpobladas. Hay algunas que disponen de ciertas comodidades, pero en otras las condiciones de vida son muy precarias, por no decir indignas del ser humano. (...)

Escuchemos el llamamiento que nos llega desde las cárceles

Llega un llamamiento enérgico desde innumerables cárceles diseminadas por todo el mundo, donde están segregados millones de hermanos y hermanas nuestros. Ellos reclaman sobre todo adecuación de las estructuras carcelarias y a veces también una revisión de la legislación penal. Deberían abolirse finalmente de las legislaciones de los Estados aquellas normas contrarias a la dignidad y a los derechos fundamentales del hombre, como también las leyes que obstaculizan el ejercicio de la libertad religiosa para los detenidos. Deben revisarse también los reglamentos penitenciarios que no prestan suficiente atención a los enfermos graves o terminales; igualmente, se deben potenciar las instituciones destinadas a la tutela legal de los más pobres.

Pero, incluso en los casos en los que la legislación es satisfactoria, muchos sufrimientos de los detenidos provienen de otros factores concretos.

Pienso, en particular, en las condiciones precarias de los lugares de reclusión en los que los encarcelados se ven obligados a vivir, así como a las vejaciones infligidas a veces a los presos por discriminaciones motivadas por razones étnicas, sociales, económicas, sexuales, políticas y religiosas. En ocasiones las cárceles se convierten en un lugar de violencia parangonable a los ambientes de los que frecuentemente provienen los encarcelados. Esto hace inútil, como es evidente, todo intento educativo de las medidas de reclusión (n.6).

Los encarcelados se enfrentan también con otras dificultades, como los obstáculos para poder mantener contactos regulares con su familia y los seres queridos, y carencias graves se encuentran a menudo en las estructuras que debería ayudar a quien sale de la prisión, acompañándolo en su nueva inserción social. (...)

Mirando al futuro

Estos acontecimientos se han convertido así para la comunidad en un estímulo para revisar la justicia humana según la justicia de Dios. Sólo una valoración serena del funcionamiento de las instituciones penales, una sincera reflexión sobre los fines que la sociedad se propone para afrontar la criminalidad, una valoración seria de los medios usados para estos objetivos, han llevado, y podrán aún llevar, a concretar las enmiendas que sean necesarias. No se trata de aplicar casi automáticamente o de modo puramente decorativo medidas de clemencia meramente formales, de manera que acabado el jubileo, todo vuelva a ser como antes. Se trata, por el contrario, de poner en marcha iniciativas que sean un punto de partida válido para una renovación auténtica tanto de la mentalidad como de las instituciones (n.7). (...) (17f).

*** Mensaje de Juan Pablo II para el Jubileo en las Cárceles (9-VI-2000)**

En este Año Santo de 2000 no podía faltar la Jornada del Jubileo en las cárceles. (...) Las puertas de los Institutos de reclusión no pueden excluir de los beneficios de este acontecimiento a quienes deben transcurrir en ellos parte de su vida.

Celebramos en el Jubileo el misterio de la Encarnación del Verbo

En el presente Jubileo la Iglesia celebra de modo especial el misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. (...) La salvación traída por Cristo se nos ofrece nuevamente para que produzca abundantes frutos de bien

según el designio de Dios, que quiere salvar a todos sus hijos, especialmente a aquellos que, habiéndose alejado de Él, buscan el camino del retorno. (...) ¡Cristo busca el encuentro con cada ser humano, en cualquier situación en que se halle! (n.1).

El objetivo del encuentro de Jesús con el hombre es su salvación. Una salvación que, por otra parte, es propuesta, no impuesta. Cristo espera del hombre una aceptación confiada, que abra la mente a decisiones generosas, orientadas a remediar el mal causado y a promover el bien. Se trata de un camino a veces largo, pero ciertamente estimulante, porque no se recorre en solitario, sino en compañía y con el apoyo del mismo Cristo. Jesús es compañero de viaje paciente, que sabe respetar los tiempos y los ritmos del corazón humano, aunque no se cansa de animar a cada uno en el camino hacia la meta de la salvación (n.2). (...).

Llamada a los que están en las cárceles

Quien se encuentra en prisión piensa con nostalgia o con remordimiento en los tiempos en que era libre, y sufre con amargura el momento presente, que parece no pasar nunca. La exigencia humana de alcanzar un equilibrio interior también en esta difícil situación puede encontrar una ayuda decisiva en una fuerte experiencia de fe. Este es uno de los motivos del valor del Jubileo en las cárceles: la experiencia jubilar vivida entre rejas puede conducir a inesperados horizontes humanos y espirituales (n.2).

Sincronizar nuestro tiempo con el tiempo de Dios

(...) Durante el Jubileo cada uno está llamado a sincronizar el tiempo del propio corazón, único e irrepetible, con el tiempo del corazón misericordioso de Dios, siempre dispuesto a acompañar a cada uno a su ritmo hacia la salvación. Aunque la condición carcelaria tiene a veces el riesgo de despersonalizar al individuo, privándolo de tantas posibilidades de expresarse a sí mismo públicamente, todos han de recordar que delante de Dios no es así: el Jubileo es el tiempo de la persona, el tiempo en el cual cada uno es el mismo delante de Dios, a su imagen y semejanza. Y cada uno está llamado a acelerar su paso hacia la salvación y progresar en el descubrimiento gradual de la verdad sobre sí mismo (n.3)..

Remediar eventuales injusticias y daños cometidos

(...) Es preciso aprovechar el Año Santo para remediar eventuales injusticias, para subsanar cualquier exceso, para recuperar lo que de otro modo se perdería. Y si esto vale para cualquier experiencia humana, que se

puede mejorar, con mayor razón se aplica a la experiencia de la cárcel, donde las situaciones que se crean son particularmente delicadas.

Recuperar la persona

Pero el Jubileo no nos impulsa solamente a disponernos para medidas que reparen las situaciones de injusticia. Su significado es también positivo. Al igual que la misericordia de Dios, siempre nueva en sus formas, abre nuevas posibilidades de crecimiento en el bien, celebrar el Jubileo significa también esforzarse en crear nuevas ocasiones de recuperación para cada situación personal y social, aunque aparentemente parezca irremediabilmente comprometida. Todo esto es aún más evidente para la realidad carcelaria: abstenerse de acciones promocionales a favor del recluso significa reducir la prisión a mera retorsión social, haciéndola solamente odiosa (n.4).

Interpelación de las cárceles a la sociedad

Si la celebración del Gran Jubileo es para los encarcelados una oportunidad para reflexionar sobre su condición, lo mismo se puede decir para toda sociedad civil que se enfrenta cada día a la delincuencia, para las autoridades encargadas de mantener el orden público y favorecer el bien común, y para los juristas llamados a reflexionar sobre el sentido de la pena y abrir nuevos horizontes para colectividad (...)

Situación las prisiones.

La prisión como castigo es tan antigua como la historia del hombre. En muchos Países las cárceles están superpobladas. Hay algunas que disponen de ciertas comodidades, pero en otras las condiciones de vida son muy precarias, por no decir indignas del ser humano. (...) Esto exige un replanteamiento de cara a una cierta revisión: también desde este punto de vista el Jubileo es una ocasión que no se ha desperdiciar. Según el designio de Dios todos deben asumir su propio papel para colaborar a la construcción de una sociedad mejor. Evidentemente esto conlleva un gran esfuerzo incluso en lo que se refiere a la prevención del delito (n.5).

Hacer más humana la cárcel

En esta línea, por tanto, es de desear un cambio de mentalidad que ayude a favorecer una conveniente adaptación de las instituciones jurídicas. Ello supone, como es obvio, un amplio consenso social y especiales competencias técnicas. En este sentido, llega un llamamiento enérgico desde innumerables cárceles (...) donde están segregados millones de hermanos y

hermanas nuestros. Ellos reclamen sobre todo una adecuación de las estructuras carcelarias y a veces una revisión de la legislación penal. (...)

Pero, incluso en los casos en los que la legislación es satisfactoria, muchos sufrimientos de los detenidos provienen de otros factores concretos. Pienso, en particular, en las condiciones precarias de los lugares de reclusión en los que los encarcelados se ven obligados a vivir, así como a las vejaciones infligidas a veces a los presos por discriminaciones motivadas por razones étnicas, sociales, económicas, sexuales, políticas y religiosas. En ocasiones, la cárcel se convierte en un lugar de violencia parangonable a los ambientes de los que frecuentemente provienen los encarcelados. Esto hace inútil, como es evidente, todo intento educativo de las medidas de reclusión (n.6).

(...) Para hacer más humana la vida en la cárcel, es muy importante prever iniciativas concretas que permitan a los detenidos desarrollar, en cuanto sea posible, actividades laborales concretas que permitan a los detenidos desarrollar, en cuanto sea posible, actividades laborales capaces de sacarlos del empobrecimiento del ocio. Así se les podrá introducir en procesos formativos que faciliten su reinserción en el mundo del trabajo al final de la pena. No hay que descuidar además el acompañamiento psicológico que puede servir para resolver aspectos problemáticos de la personalidad. La cárcel no debe ser un lugar de des-educación, de ocio y tal vez de vicio, sino de redención.

Para alcanzar este objetivo será seguramente útil ofrecer a los reclusos la posibilidad de profundizar su relación con Dios, como también involucrarlos en proyectos de solidaridad y de caridad. Esto contribuirá a acelerar su recuperación social, llevando al mismo tiempo el ambiente carcelario a condiciones más vivibles.

Petición de clemencia para todos los detenidos

En el marco de estas propuestas abiertas al futuro, y continuando una tradición instaurada por mis Predecesores con ocasión de los Años Santos, me dirijo con confianza a los Responsables de los Estados para implorar una señal de clemencia a favor de todos los encarcelados (n.7) (17g).

*** Homilía de Juan Pablo II. Jubileo en las Cárces. (9-VII-2000).**

Me presento a vosotros como testigo del amor de Dios. Vengo a deciros que Dios os ama y desea que recorráis un itinerario de rehabilitación y de perdón, de verdad y de justicia. Quisiera poder escuchar el relato de la historia personal de cada uno. Yo no puedo hacerlo, pero sí lo pueden hacer

vuestros capellanes que os acompañan en nombre de Cristo. También con la ayuda de los voluntarios, la cárcel puede adquirir un rasgo de humanidad y enriquecerse con una dimensión espiritual, que es importantísima para vuestra vida. Esta dimensión, propuesta a la libre aceptación de cada uno, se ha de considerar un elemento determinante para un proyecto de reclusión más conforme a la dignidad humana (n.2). (...)

Es necesario que el Espíritu Santo penetre totalmente en esta cárcel en la que nos encontramos y en todas las presiones del mundo. Cristo, el Hijo de Dios, quiso ser detenido, dejó que le ataran las manos y luego las clavarán en la cruz, precisamente para que el Espíritu pudiera llegar al corazón de todo hombre. También donde los hombres están encerrados con los cerrojos de las cárceles, según la lógica de una justicia humana, por lo demás necesaria, es preciso que sople el Espíritu de Cristo Redentor del mundo. En efecto, la pena no puede reducirse a una simple dinámica retributiva, mucho menos puede transformarse en una retorsión social o en una especie de venganza institucional. La pena y la prisión tienen sentido si, a la vez que afirman las exigencias de la justicia y desalientan el crimen, contribuyen a la renovación del hombre, ofreciendo a quien se ha equivocado una posibilidad de reflexionar y cambiar de vida, para reinsertarse plenamente en la sociedad.

Por consiguiente, permitidme que os pida que tendáis con todas vuestras fuerzas a una vida nueva, en el encuentro con Cristo. De este vuestro camino no podrá por menos de alegrarse la sociedad entera. Las mismas personas a quienes habéis causado dolor sentirán, quizá, que han obtenido justicia más mirando vuestro cambio interior que simplemente por haber cumplido la pena. A cada uno de vosotros deseo que haga la experiencia del amor liberador de Dios.

En el mensaje que envié al mundo entero para esta jornada jubilar, siguiendo las huellas de mis predecesores y con el espíritu del Año santo, he pedido para vosotros un signo de clemencia, mediante una “reducción de la pena”. Lo he pedido con la profunda convicción de que esa opción constituye un signo de sensibilidad hacia vuestra condición, que puede impulsar el compromiso de arrepentimiento y estimular la conversión personal. Que os acompañe la mirada de María, “Regina coeli”, la Reina del cielo, a cuya ternura materna os encomiendo a vosotros y a vuestras familias” (17h).

*** Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional de Administraciones Penitenciarias (Roma; 26-XI-2004.**

Veamos cómo el Santo Padre aborda temas muy importantes.

- El respeto a la dignidad de todo ser humano “constituye un valor de la cultura europea arraigado en el cristianismo: un valor humano universal y a fuer de tal, susceptible del más amplio consenso. Cada estado debe velar por que en todas las cárceles se garantice la plena atención a los derechos humanos fundamentales” (n.2).

- La auténtica recuperación de los presos exige reflexionar sobre la actual situación y poner en marcha nuevas normas y formas de la situación penitenciaria:

“Las medidas meramente represivas o punitivas a las que normalmente se recurre en la actualidad, resultan inadecuadas para alcanzar objetivos de auténtica recuperación de los presos. Es menester, pues, como están haciendo ustedes, replantear la situación penitenciaria en sus mismos fundamentos y finalidades” (n.3).

“Si el objetivo de las estructuras penitenciarias no se limita tan sólo a la custodia, sino que se extiende también a la recuperación de los internos, es preciso abolir los tratamientos físicos y morales que resulten lesivos para la dignidad humana y comprometerse con vistas a una mejor cualificación profesional de la función de quienes operan en el seno de las instituciones penitenciarias” (n.3).

- La reinserción de los presos: “Bajo esta luz es de alentar la búsqueda de penas alternativas a la cárcel, apoyando las iniciativas de auténtica reinserción social de los presos mediante programas de formación humana, profesional, espiritual”.

En este contexto, es de probada utilidad la función de los ministros de culto, quienes están llamados a desempeñar una tarea delicada y en ciertos aspectos insustituible, que no se reduce a los meros actos de culto, sino que se extiende frecuentemente a aquellas exigencias sociales de los internos que la estructura penitenciaria no siempre está capacitada para satisfacer” (n.4)..

- No menoscabar la tutela de la sociedad: “Constituye una preocupación legítima, reiterada por algunos, el hecho de que el respeto a la dignidad humana de los detenidos no menoscabe la tutela de la sociedad. Por ellos e insiste en la necesidad de defender a los ciudadanos, incluso con esa forma de disuasión que constituye la ejemplaridad de las penas. Pero la obligada aplicación de la justicia para defender a los ciudadanos y el orden público no se oponen a la debida atención a los derechos de los presos y a la recuperación de sus personas; al contrario, se trata de dos aspectos que se integran.

Prevención y represión, internamiento y reinserción social son acciones complementarias”.

- Ruego a las autoridades: “que Dios sostenga sus esfuerzos para hacer de la cárcel un lugar de humanidad, de redención y de esperanza.” (n.5) (18).

E) Los trabajadores, los obreros.

*** Discurso a los trabajadores (Monterrey, Méjico, 31-I-1979)**

En tierras de Méjico, el Santo Padre afirma con fuerza: “La Iglesia no teme en denunciar con fuerza los ataques a la dignidad humana. Pero reserva lo esencial de sus energías para ayudar a los hombres y grupos humanos, a los empresarios y trabajadores para que tomen conciencia de las inmensas reservas de bondad que llevan dentro, que ellos han hecho ya fructificar en su historia y que hoy deben dar frutos nuevos”

*** Discurso a los trabajadores. Nowa Huta, Polonia (9 de junio de 1979).**

En su tierra, Juan Pablo II recuerda algo de suma importancia que recordamos aquí: “Cristo no aprobará jamás que el hombre sea considerado - o que se considere a sí mismo- únicamente como instrumento de producción, que seapreciado, estimado y valorado según este principio. ¡Cristo no lo aprobará jamás! Por eso se dejó clavar en la cruz”.

*** Allocución a los obreros (Sao Paulo. Brasil. 3-VII-1980).**

“Sao Paulo no son ante todo esas realizaciones materiales, no siempre orientadas por un sentido justo y peno del hombre y de la sociedad, no siempre capaces de organizar un ambiente en el que se pueda llevar una vida digna del hombre.

Sao Paulo son también los numerosísimos marginados, los desocupados, los subempleados, los mal empleados, que no encuentran dónde ocupar sus brazos y dónde emplear los generosos recursos de sus inteligencias y de sus corazones.

Sao Paulo sois vosotros, aquí reunidos para celebrar vuestra dignidad de trabajadores y manifestar la disposición de construir juntos una ciudad a medida de vuestras esperanzas de hombres.

Sao Paulo sois vosotros aquí reunidos para buscar en el Evangelio de Jesucristo las luces y las energías necesarias para realizar la tarea que os espera: transformar Sao Paulo en una ciudad plenamente humana” (n.1).

La opción a favor de los más pobres (...) es esencialmente ésta: que los pobres son evangelizados, que la Iglesia redoble de nuevo todas sus energías a

fin de que Jesucristo sea anunciado a todos, principalmente a los pobres, y que todos tengan acceso a la fuente viva, a la mesa de la palabra y del pan. Está precisamente aquí todo el sentido de nuestra comunión de hoy, de nuestra fiesta cristiana. Saldremos de aquí para nuestra misión de ciudadanos y de trabajadores con un nuevo entusiasmo, con una conciencia más clara de nuestra dignidad, de nuestros derechos, de nuestras responsabilidades: con una fe renovada en las prodigiosas energías con las que, al crearnos a su imagen y semejanza, nos ha enriquecido para poder enfrentarnos con los retos de nuestro tiempo” (n.2) (18a).

“La Iglesia, cuando proclama el Evangelio, sin abandonar, por otra parte, su cometido específico de evangelización, trata de conseguir que todos los aspectos de la vida social, en los que se manifiesta la injusticia, sufran una transformación hacia la justicia. ¡El bien común de la sociedad requiere como exigencia fundamental que la sociedad sea justa! (n.3).

El bien común de la sociedad, que será siempre el nuevo nombre de la justicia, no puede conseguirse por medio de la violencia, porque ésta destruye lo que pretende crear, tanto cuando trata de mantener los privilegios de algunos como cuando intenta imponer las transformaciones necesarias. Los cambios exigidos por un orden social justo deben efectuarse por medio de una acción constante -muchas veces gradual y progresiva, pero siempre eficaz-, siguiendo el camino de las reformas pacíficas” (n.4).

La lucha de clases, por su parte, no puede ser el camino que conduce al orden social, porque lleva consigo el riesgo de invertir las condiciones de los contendientes, creando nuevas situaciones de injusticia. Nada se construye sobre una base falta de amor y, menos todavía, sobre una base de odio que aspire a la destrucción de los demás. Rechazar la lucha de clases es también optar decididamente por una noble lucha a favor de la justicia social. Los diversos centros de poder y los diversos representantes de la sociedad deben ser capaces de unirse, de coordinar los propios esfuerzos y de llegar a un acuerdo sobre programas claros y eficaces. ¡En esto consiste la fórmula cristiana para crear una sociedad justa! (n.4).

Los cristianos tienen el derecho y el deber de contribuir en la medida de su capacidad a la edificación de la sociedad. Y lo hacen por medio de cuadros asociativos e institucionales, los cuales la sociedad libre elabora con la participación de todos (n.8).

*** Mensaje a la XI sesión especial de la Asamblea de las Naciones Unidas (28-agosto de 1980).**

“Si creemos honradamente en lo que decimos cuando afirmamos que el hombre no puede quedar reducido al “homo economicus”, entonces cada uno de nosotros ha de empeñarse en limitar las transformaciones perniciosas en las que los valores positivos quedan sacrificados y, por otra parte, en dar prioridad a los valores ético-morales, culturales y religiosos por encima de los índices de crecimiento meramente económicos”.

*** Allocución a los trabajadores de Terni (Italia) 19-III-1981**

De nuevo el Santo Padre dirige su palabra a los trabajadores en esta allocución. De ella referimos lo siguiente:

“La Iglesia no puede ser ajena o permanecer alejada de estos difíciles problemas (vinculados al mundo del trabajo); no puede separarse del “mundo del trabajo”, porque justamente “el evangelio del trabajo” está inscrito orgánicamente en el conjunto de la misión. Y la Iglesia no puede dejar de proclamar el Evangelio. Por ello no puede dejar de salir al encuentro de cada hombre y especialmente al encuentro del hombre del trabajo” (n.6).

“El hambre de justicia, el ansia de luchar por la verdad y por el orden moral del mundo no son y no pueden ser el odio ni la una fuente de odio en el mundo. No pueden transformarse en un programa de lucha contra el hombre únicamente porque se encuentra él, si así se puede decir, “en el otro campo”. Esta lucha no puede convertirse en un programa de destrucción del adversario, ni puede crear mecanismos sociales y políticos en los cuales se manifiestan egoísmos colectivos cada vez mas grandes, egoísmos poderosos y destructores” (n.6).

*** Discurso a los Obispos de las Provincias eclesiásticas de Sevilla y de Granada (30-I-1982).**

El Santo Padre aborda en este discurso varios problemas, entre los cuales está el paro obrero. ¿Qué dice el Papa a los Obispos sobre este problema?

- “No puedo dejar de referirme al momento difícil de la situación económico-laboral en vuestra zona. El doloroso fenómeno del extenso paro que sufre vuestra región, en el campo y en las ciudades, os exige un testimonio de iluminación y compromiso, una predicación adecuada y in empeño exigente a favor de la implantación de una mayor justicia social” (n.7).

- Y también, según las circunstancias, una llamada urgente a la comunicación cristiana de bienes, eficazmente canalizada a través de vuestras organizaciones de caridad” (cf. “Laborea exercens”, 18) (n.7).

- “No dejéis de inculcar en vuestros seglares mejor dispuestos el sentido de responsabilidad que les compete en este campo, para que sean artífices de promoción en la sociedad y requieran las oportunas intervenciones de los poderes públicos, sin cuyo eficaz empeño no podrá lograrse el saneamiento de una llaga social de tal entidad y extensión” (n.7) (19).

*** Discurso a los trabajadores en el estadio de Montjuich (Barcelona.7-XI-1982).**

Desde su experiencia de trabajador en una cantera y en una fábrica, Juan Pablo II ha entregado y confiado un mensaje – “el Evangelio del trabajo”- a los trabajadores y a los empresarios. De este discurso ofrecemos lo siguiente:

- El hombre y la mujer, centro del mundo:

“La centralidad del hombre, su primado sobre las cosas y la importancia de la dimensión subjetiva del trabajo, fundada sobre la dignidad de la persona humana. En efecto, el hombre es, en cuanto persona, el centro de la creación; porque sólo él ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Llamado a “dominar” la tierra: con la perspicacia de la inteligencia y con la actividad de sus manos, él se convierte en artífice del trabajo -tanto manual como intelectual- comunicando a su quehacer la misma dignidad que él tiene” (n.3).

- La dignidad del trabajo:

“El trabajo responde al designio y a la voluntad de Dios. (...) Dios llama al hombre a trabajar para que se asemeje a Él. El trabajo no constituye un hecho accesorio ni menos una maldición del cielo. Es, por el contrario, una bendición primordial del Creador, una actividad que permite al individuo realizarse y ofrecer su servicio a la sociedad. Y que además tendrá un premio superior, porque “no es vano en el Señor” (ICort.15,58)” (n.2).

El concepto cristiano del trabajo ve en éste una llamada a colaborar con el poder y amor de Dios para mantener la vida del hombre y hacerla más correspondiente a su designio. Así entendido, el trabajo no es una necesidad biológica de subsistencia, sino un deber moral; es un acto de amor y se convierte en alegría: la alegría profunda de darse, por medio del trabajo, a la propia familia y a los demás, la alegría íntima de entregarse a Dios y de

servirlo en los demás, aunque tal donación conlleva sacrificios. Y por eso el trabajo cristiano tiene un sentido pascual. La consecuencia lógica es que todos tenemos el deber de hacer bien nuestro trabajo.

El trabajo es ciertamente un bien del hombre y para el hombre (...) El meollo de la doctrina social cristiana sobre el trabajo se centra aquí: no se llega al recto concepto del trabajo si no está en estrecha dependencia con el recto concepto del hombre.

El trabajo y la laboriosidad constituyen un deber y un servicio a la célula familiar, a su vida, unidad, desarrollo y perfeccionamiento. Por esto, “la razón de ser de la familia es uno de los factores fundamentales que determinan la economía y la política del trabajo”.

La naturaleza rectamente entendida del trabajo no sólo respeta las exigencias del bien común, sino que dirige y transforma toda actividad laboral en cooperación eficaz al bien de todos, enriqueciendo así el patrimonio de la familia humana.

- El problema social del paro

“La falta de trabajo va contra el “derecho al trabajo”, entendido -en el contexto global de los demás derechos fundamentales- como una necesidad primaria, y no un privilegio, de satisfacer las necesidades vitales de la existencia humana a través de la actividad laboral” (n.5).

El paro es un problema urgente y debe empujar a cada cristiano a asumir sus responsabilidades en nombre del Evangelio y de su mensaje de justicia, de solidaridad y de amor.

El paro tiene consecuencias graves: “de un paro prolongado nace la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en sí mismo; se atrofian así las capacidades de desarrollo personal; se pierde el entusiasmo, el amor al bien; surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas, y se cae entonces fácilmente -sobre todo los jóvenes- así en la droga, el alcoholismo y la criminalidad” (n.5).

En resumen, el Santo Padre nos habla del paro con estas palabras: “El paro constituye un problema ético, espiritual, porque es síntoma de la presencia de un desorden moral existente en la sociedad, cuando se infringe la jerarquía de valores” (n.5).

- Soluciones del problema del paro:

Las vías de solución justa de este grave problema exigen hoy una revisión del orden económico en su conjunto.

Es necesaria una planificación global y no simplemente sectorial de la producción económica; es necesaria una correcta y racional organización del trabajo, no sólo a nivel nacional, sino también internacional; es necesaria la solidaridad de todos los hombres del trabajo” (n.5).

El Estado no puede resignarse a tener que soportar crónicamente un fuerte desempleo: la creación de nuevos puestos de trabajo debe constituir para él una prioridad tanto económica como política.

Los empresarios y los trabajadores deben favorecer la superación de la falta de puestos de trabajo: manteniendo unos el ritmo de producción de sus empresas, y rindiendo otros con la debida eficiencia en su trabajo, dispuestos a renunciar, por solidaridad, al “doble” empleo y al recurso sistemático al trabajo “extraordinario” que reducen de hecho las posibilidades de admisión de los desocupados.

Hay que crear con todos los medios posibles una economía que esté al servicio del hombre. Para superar los contrastes de intereses privados y colectivos; para vencer los egoísmos en la lucha por la subsistencia, se impone en todos un verdadero cambio de actitudes, de estilo de vida, de valores; se impone una auténtica conversión de corazones, de mentes y de voluntades: la conversión al hombre, a la verdad por el hombre (n.5).

- Mensaje dirigido a los empresarios

El Papa se dirige ahora a los empresarios a quienes agradece sus esfuerzo por la alta función que desempeñan al servicio del hombre y de la sociedad. “También a vosotros anuncio el “Evangelio del trabajo”.

+ Dimensión moral de la empresa. “Economía y técnica no tienen sentido si no son referidas al hombre, al que deben servir. De hecho, el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo; también la empresa es para el hombre y no el hombre para la empresa (n.7).

+ Superar la innatural e ilógica antinomia entre capital y trabajo.

Para una sociedad que quiere ser justa, una exigencia indispensable, fundada en la primacía del hombre sobre las cosas, es superar esta autonomía.

Solamente el hombre -empresario u obrero- es sujeto del trabajo y es persona; el capital no es más que “un conjunto de cosas” (LE,12).

+ Dar a la empresa un rostro cada vez más humano:

Ante las dificultades, no vaciléis; no dudéis de vosotros mismos; no caigáis en la tentación de abandonar la empresa, para dedicaros a actividades profesionales egoísticamente más tranquilas y menos comprometedoras. Superad estas tentaciones de evasión y seguid valientemente en vuestro puesto; esforzándoos en dar cada vez un rostro más humano a la empresa, pensando en la gran aportación que ofrecéis al bien común cuando abríis nuevas posibilidades de trabajo” (n. 8).

+ Función social de la empresa.

Por su misma dinámica intrínseca, la empresa está llamada a realizar, bajo vuestro impulso, una función social -que es profundamente ética: la de contribuir al perfeccionamiento del hombre, de cada hombre, sin ninguna discriminación. (...) La empresa no solamente es un organismo, una estructura de producción, sino que debe transformarse en comunidad de vida, en un lugar donde el hombre convive y se relaciona con sus semejantes; y donde el desarrollo personal no sólo es permitido, sino fomentado (n.9).

El Santo Padre hace a todos un llamamiento a la solidaridad

“La Iglesia no ignora la presencia de tensiones e incluso conflictos en el mundo del trabajo. ¡Pero no es con los antagonismos o con la violencia como se resuelven las dificultades! ¿Por qué no buscar vías de solución entre las partes? ¿Por qué rechazar el diálogo paciente y sincero? ¿Por qué no recurrir a la buena voluntad de escucha, al mutuo respeto, al esfuerzo de búsqueda leal y perseverante, aceptando acuerdos incluso parciales, pero portadores siempre de nuevas esperanzas?

El trabajo tiene en sí una fuerza que puede dar vida a una comunidad: la solidaridad: solidaridad del trabajo, solidaridad con el trabajo solidaridad en el trabajo (n.10).

Esta solidaridad abierta, dinámica, universal por naturaleza, nunca será negativa: una “solidaridad contra”, sino positiva y constructiva: una “solidaridad para”, para el trabajo, para la justicia, para la paz, para el bienestar y para la verdad en la vida social (n.10).

*** Allocución a los trabajadores en San Salvo y Termoli. Italia. 19 de marzo de 1983**

“En el trabajo el hombre es lo primero (...) Se ha acabado la primacía del trabajo sobre el trabajador y la prioridad de las exigencias técnicas y económicas sobre las necesidades humanas. Nunca jamás el trabajo por encima del trabajador, sino siempre el trabajo para el trabajador, el trabajo al servicio del hombre”.

*** Discurso al mundo de la empresa. Milán. Italia. 22 de mayo de 1983**

Una economía orientada exclusivamente al beneficio, no crearía comunidad de personas, ni engendraría una auténtica cultura social de participación responsable de todos los sujetos de la empresa”.

*** Discurso a los trabajadores de las minas de Monteponi (Cerdeña-Italia. 18 de octubre de 1985).**

El Santo Padre resalta la dignidad del hombre y manifiesta: “la dignidad del hombre no se mide por lo que hace, por su capacidad de transformación y de elaboración de los productos de la tierra, y por la cantidad de ganancias materiales, sino por lo que es. Debo decir más todavía: mediante el trabajo, el hombre puede realizarse a sí mismo como cristiano y, en cierto sentido, ser más cristiano. Esto es posible cuando el hombre, dando al trabajo el significado que tiene a los ojos de Dios, se deja guiar por la fe, la esperanza y la caridad”.

*** Catequesis en la Audiencia a un grupo de trabajadores en la festividad de San José (19-III-1994).**

- El trabajo y sus frutos

Hablamos del trabajo mirando a sus frutos. El fruto más importante del trabajo es el hombre mismo. Mediante la propia actividad el hombre se forma a sí mismo, dado que descubre sus posibilidades y las pone en marcha. Al mismo tiempo las entrega a los demás y a toda la sociedad. De esta forma confirma, mediante el propio trabajo, la propia humanidad y se convierte, en cierto sentido, en un don para los demás, realizándose plenamente a sí mismo. (...)

- El trabajo no debe subordinarse al capital

Jamás se puede subordinar el trabajo al capital, porque ello es contrario al orden establecido por el Creador. El trabajo es realizado por el hombre para el hombre. Solamente entonces está de acuerdo con el orden recto. En caso contrario el designio del Creador es alterado y destruido. (n.2).

- El trabajo y la familia

En particular queremos considerar hoy el trabajo en relación con la familia. El artesano José de Nazaret se fatigaba para mantener a la Sagrada Familia. Trabajar para el sustento familiar es el primer derecho de todo trabajador y de toda trabajadora. Si el orden social del trabajo se refiere a la persona que trabaja, si a ella debe servir, esto significa que el trabajo debe servir al bien de las familias, creando para ellas las condiciones para la existencia y para la educación de los hijos. (...).

- Las mujeres, las madres de familia y el trabajo

Debemos prestar particular atención al importantísimo trabajo desarrollado por las mujeres, por las madres en el seno de la familia. Ellas son insustituibles en la misión que les ha asignado el Creador mismo. Nadie sabe dar la vida, nadie sabe educar al recién nacido como una madre. (...) las autoridades deberán ocuparse con leyes oportunas de la promoción profesional de la mujer y, al mismo tiempo, de la defensa de su vocación de madre y de educadora” (n.3) (19a).

*** Catequesis en la Audiencia General del miércoles: “El Trabajo, un camino hacia la santidad” (20-IV-1994).**

Entre los fieles laicos merecen una especial mención los trabajadores. La Iglesia es consciente de la importancia que el trabajo tiene en la vida humana y reconoce su carácter de componente esencial de la sociedad, tanto a nivel socioeconómico y político como a nivel religioso. Bajo este último aspecto, la Iglesia lo considera como expresión primaria del “carácter secular” (LG 31) de los laicos que, en su mayor parte son trabajadores y pueden encontrar en el trabajo el camino de la santidad” (n. 1).

El Santo Padre ofrece una visión del trabajo en la que destaca dos perspectivas, que sólo enunciamos: el trabajo desarrolla la personalidad de hombre (nn.3-5), y el trabajo, compromiso de colaboración con Cristo en la obra redentora (nn.6-8) 19b).

*** Discurso de Juan Pablo II a los representantes sindicales con motivo del encuentro sindical internacional (Vaticano, 2 y 3 de diciembre, 1996).**

- Ante la reestructuración de la economía mundial

Hoy en día estamos presenciando, con una mezcla de esperanza y de preocupación, una extensa reestructuración de la economía mundial. Esta se produce en un contexto de profunda transformación de los sistemas productivos, debido a la introducción de nuevas y sofisticadas tecnologías, por una parte, y a la globalización de las relaciones financieras y comerciales, por otra (n.2).

La demanda de mayor eficacia es inevitable y legítima, pero siempre que ésta no sea motivada solamente por el afán de lucro, sino desde el trabajo en sí como un bien que hay que promocionar y compartir. La trágica, y a menudo injusta situación de aquellos que no encuentran trabajo o lo han perdido, debe ser una preocupación primordial a la hora de buscar una mayor eficiencia de los sistemas económicos y productivos.

Al mismo tiempo, ¿cómo podemos no recordar las maneras en que los trabajadores en algunas partes del mundo son objeto de explotación vergonzosa, que resulta, muchas veces, de conceptos de economía que ignoran todo valor moral. ¿Cómo podemos no condenar el comportamiento inadmisible de los que, incluso en algunas regiones con una sólida base industrial, explotan a las mujeres y, especialmente, a los niños?

- El derecho al trabajo

En el contexto dinámico y cambiante de la economía actual, el derecho al trabajo ha de reafirmarse como derecho fundamental que corresponda a la responsabilidad fundamental de la gente, a mantenerse a sí mismo y a sus familias. Estamos hablando no sólo del derecho a subsistir, sino de hacer posible que los trabajadores se realicen a sí mismos y tomen parte activa en las comunidades a las que pertenecen (cf. Laborem exercens, nn.9-10; 16-18).

- Renovación de los sindicatos

Sus organizaciones se establecieron con el propósito de reafirmar el valor del trabajo y la dignidad de los trabajadores. Ahora, el mismo propósito les lleva a emprender iniciativas innovadoras para ayudar a construir una sociedad cuya meta será el bien total de sus miembros. Los nuevos temas surgidos a raíz de la globalización de la economía y la introducción de nuevas

tecnologías requieren un nuevo planteamiento del papel del Sindicato y una renovación de la forma en que éste representa a la fuerza laboral en distintas situaciones (...) (n.3).

- El camino de la solidaridad

“El camino a seguir es indudablemente el camino de la solidaridad, una solidaridad que va contra las tendencias peligrosas hacia la fragmentación social. Un compromiso compartido encaminado a la solidaridad, es la condición previa necesaria para determinar políticas que, en su análisis final, señalarán una nueva clase de economía, una economía que no deje nunca de recordar que “el principio del recurso del hombre es el hombre mismo” (CA, n.32) (n.4).

Los sindicatos deberían ser los instrumentos eficaces de tal solidaridad que no se puede alcanzar más que por medio del diálogo, de la cooperación y de una convergencia correcta y de gran alcance entre los diferentes sectores de la sociedad. Junto con otros organismos sociales, los sindicatos tienen un papel directo que jugar en la construcción de un mundo verdaderamente justo y democrático, un mundo enriquecido por la participación responsable y activa de cada uno en la economía, así como en otras importantes áreas de la vida (cf. LE. nn.8 y 14). Cada uno tiene el deber de trabajar para el bien de toda la comunidad ya sea nacional o internacional” (n.4).

- Palabras de aliento

“Por lo tanto, les animo a continuar representando a sus compañeros con toda su destreza profesional y dentro de un espíritu de ayuda a todos los congéneres. Dios bendiga a todos los trabajadores del mundo, a todos ustedes, a sus organizaciones y a sus países” (n.4) (Diócesis de Coria-Cáceres. Boletín Oficial. Enero 1997).

*** Homilía de Juan Pablo II en la celebración de jubileo de los artesanos: 19-III-2000.**

Contemplad a San José

“Vosotros miráis a San José como ejemplo de laboriosidad y honradez en el trabajo diario. En él buscáis sobre todo el modelo de una fe sin reservas y de una constante obediencia a la voluntad del Padre celestial. Junto a San José encontráis al mismo Hijo de Dios que, bajo su guía, aprende el arte de carpintero y lo ejerce hasta los treinta años, proponiendo en sí mismo “el Evangelio del trabajo. Durante el curso de su existencia terrena, José se

convierte así en el humilde y laborioso reflejo de la paternidad divina, que a los Apóstoles se le revelará en el monte de la Transfiguración (n.2).

Cultivad los valores del trabajador cristiano

“Queridos artesanos, podéis volver a dar fuerza y concreción a los valores que desde siempre caracterizan vuestras actividades: el perfil cualitativo, el espíritu de iniciativa, la promoción de las capacidades artísticas, la libertad y la cooperación, la relación correcta entre la tecnología y el medio ambiente, el amor a la familia y las relaciones de buena vecindad” n.5) (19c).

*** Homilía de Juan Pablo II con motivo del Jubileo de los trabajadores: 1-V-2000**

Jesús asumió la condición de trabajador

El Hijo de Dios no desdeñó calificarse carpintero, ni quiso dispensarse de la condición normal de todo hombre. “La elocuencia de la vida de Cristo es inequívoca: pertenece al mundo del trabajo, tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano, se puede decir incluso más: él mira con amor al trabajo, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y Padre” (cf. *Laborem exercens*”,n.26). Del Evangelio de Cristo se deriva la enseñanza de los Apóstoles y de la Iglesia; se deriva asimismo una auténtica espiritualidad cristiana del trabajo (cf. GS nn.33-39 y 63-72) (n.2).

El “Evangelio del trabajo”

Tras siglos de vivas tensiones sociales e ideológicas, el mundo contemporáneo, cada vez más interdependiente, necesita este “Evangelio del trabajo” para que la actividad humana pueda fomentar el desarrollo auténtico de las personas y de la humanidad entera (n.2). (...)

¿Qué dice el Año Jubilar al mundo del trabajo?

El Año Jubilar alienta pues a redescubrir el sentido y el valor del trabajo. Invita a además a afrontar los desequilibrios económicos y sociales que existen en el mundo del trabajo, restableciendo la justa jerarquía de valores encabezada por la dignidad del hombre y de la mujer que trabajan, por su libertad, responsabilidad y participación. Impulsa además a sanear las situaciones injustas, salvaguardando las culturas propias de cada pueblo y los diferentes modelos de desarrollo.

Solidaridad del Papa con los desempleados....

En este momento, no puedo dejar de expresar mi solidaridad con todos aquellos que sufren debido al desempleo, a un sueldo insuficiente, a la falta de medios materiales. Tengo bien presentes en mi espíritu a los pueblos forzados a una pobreza que ofende a su dignidad, impidiéndoles compartir los bienes de la tierra y obligándoles a alimentarse de las migajas que caen de la mesa de los ricos (...) Trabajar para que estas situaciones queden resueltas es obra de la justicia y de la paz” (n.3) (19c).

*** Encuentro con los políticos, intelectuales y empresarios de Ucrania. 23 de junio de 2001**

“Empresarios y economistas (...), vuestra valiente aportación, inspirada siempre en los valores de la competencia y la honradez, ayudará a impulsar la economía nacional, a fin de que recuperen la confianza todos aquellos que sienten la tentación de abandonar el país para buscar en otras partes un puesto de trabajo. En vuestra actividad tened siempre presente el bien común y los justos derechos de todos. Mirad a las personas y no al lucro, como fin de toda economía que respete la dignidad humana. Actuad siempre en la legalidad, que es garantía de justicia”.

*** Discurso a los participantes en la peregrinación del sindicato polaco “Solidarnosc” (11-XI-2003)**

“Al defender los derechos de los trabajadores actuáis por una causa justa, por lo que podéis contar con la ayuda de la Iglesia. Creo que dicha acción será eficaz y mejorará la suerte de los trabajadores en nuestro país”.

*** Discurso a Empresarios y Sindicatos de trabajadores (2 de mayo de 2005).**

- Sobre el trabajo: Habla del trabajo en estos términos: “quisiera poner de relieve un aspecto característico del trabajo, que de ordinario se indica con el término “calidad total” (...) Se trata de la condición del hombre en el proceso productivo: sólo su participación efectiva en ese proceso puede hacer que la empresa sea una auténtica “comunidad de personas” (cf. CA 35) (n.2).

- Sobre el desempleo: “el grave fenómeno del desempleo, que afecta a hombres, mujeres y jóvenes, y al que de muchas maneras se trata de encontrar solución, tendría éxito si la economía, las finanzas y la misma organización nacional y mundial del trabajo no perdieran nunca de vista el bien del hombre como su meta última” (n.2).

- Sobre la globalización: la globalización contribuye hoy a hacer aún más complejo el mundo del trabajo. Se trata de un fenómeno nuevo, que es preciso conocer y valorar con un análisis atento y puntual, pues se presenta con una marcada nota de “ambivalencia”, puede ser un bien para el hombre y para la sociedad, pero podría constituir también un daño de notables consecuencias. Todo depende de algunas opciones de fondo, es decir: si la “globalización” se pone al servicio del hombre, y de todo hombre, o si exclusivamente contribuye a un desarrollo desvinculado de los principios de solidaridad y participación, y fuera de una subsidiariedad responsable. (...) Es importante tener presente que cuanto más global sea el mercado, tanto más debe ser equilibrado por una cultura global de la solidaridad, atenta a las necesidades de los más débiles. Además es preciso salvaguardar la democracia, incluso económica, y a la vez una recta concepción de la persona y de la sociedad (n. 3).

F) Los niños

*** Juan Pablo pide respeto profundo a los niños en Nigeria (1998):**

“Los niños y los jóvenes de África deben ser protegidos de las atrocidades padecidas por los miles de víctimas inocentes obligadas a convertirse en refugiados, abandonados al hambre, raptadas violentamente, maltratadas, reducidas a esclavitud o asesinadas” (20).

*** Discurso a favor de la humanidad en la Sede de Naciones Unidas 1979 (21).**

Dentro de esta alocución habló a favor de los niños “primavera de la vida, anticipo de la historia futura de cada una de las patrias terrestres actuales”. Recordemos sus palabras:

La solicitud por el niño, incluso antes de su nacimiento, desde el primer momento de su concepción y, a continuación, en los años de la infancia y de la juventud es la verificación primera y fundamental de la relación del hombre con el hombre”.

*** Discurso a los Cardenales (22-XII-1979).**

“Pero, ¿cómo no reafirmar solemnemente que la vida del ser humano es sagrada, ya desde su desarrollo bajo el corazón materno, desde el momento de su concepción? ¿Cómo olvidar que, justamente en este año consagrado al niño, el número de vidas suprimidas en el seno materno ha alcanzado cumbres pavorosas? Es una silenciosa hecatombe que no puede dejar indiferente no digo a los hombres de la Iglesia, a nosotros cristianos y cristianas del mundo entero, sino también a los responsables de la cosa pública, las personas que piensan en el porvenir de las naciones. (...) En nombre de Jesucristo, Dios y hombre, yo conjuro a los hombres conscientes de la dignidad insuprimible de los hombres aún no nacidos, a adoptar una posición digna del hombre, para que este período oscuro que amenaza con cubrir de tinieblas la conciencia humana, pueda finalmente superarse” (n.9).

* Años más tarde volverá a insistir en la importancia y necesidad de atender y cuidar a los niños:

“La niñez nos recuerda que la fecundidad misionera de la Iglesia tiene su raíz vivificante, no en los medios y méritos humanos, sino en el don absolutamente gratuito de Dios” (21a).

* Juan Pablo II amó mucho a los niños. A todos los niños del mundo llevaba en su corazón y a no pocos acogió en su regazo de Padre. Sabía muy bien que Jesús amó a los niños: “los niños son, desde luego, el término del amor delicado y generoso de Nuestro Señor Jesucristo: a ellos reserva su bendición y, más aún les asegura el Reino de los cielos (cf. Mt.19,13-15)

* Defendió y reivindicó con verdadero ahínco el respeto sagrado a la vida de los niños concebidos y no nacidos; de los niños ya nacidos, de manera especial a los niños enfermos y desvalidos, abandonados y maltratados, marginados y utilizados inmoralmemente, niños trabajadores, niños soldados, niños afectados por el SIDA...

Se ha de reconocer que también en la edad de la infancia y de la niñez se abren valiosas posibilidades de acción tanto para la edificación de la Iglesia como para la humanización de la sociedad”.

*** Mensaje de Juan Pablo II con ocasión de la cumbre de las Naciones Unidas, 22 de septiembre de 1990,**

- La Santa Sede apoya la Cumbre Mundial para los niños

La Santa Sede apoya la Cumbre Mundial para los Niños como una importante expresión y consolidación del creciente interés que la opinión pública y los Estados han mostrado sobre la necesidad de hacer mucho más aún para salvaguardar el bienestar de los niños en el mundo, proclamar los derechos del niño y proteger estos mismos derechos mediante acciones culturales y legislativas que respeten la vida humana como un valor en sí, independientemente del sexo, origen étnico, nivel social, cultural, de la convicción política o religiosa. (...)

- Contemplemos al Niño de Belén

En el Niño de Belén los cristianos contemplan la unicidad, la dignidad y el anhelo de amor de cada niño. En el ejemplo y la enseñanza de su Fundador, la Iglesia percibe el mandato de dedicar un cuidado especial a las necesidades de los niños (cf. Mc.10,14); además, en la visión cristiana, nuestro modo de tratar a los niños viene a ser como una medida de nuestra fidelidad a Dios mismo (cf. Mt.18,5).

- La Iglesia preocupada por los niños que sufren

La Iglesia tiene una viva percepción de la enorme carga de sufrimiento e injusticia que pesa sobre los niños del mundo. (...) Los niños son los más vulnerables porque son los que menos pueden hacer oír su voz. (...) Los niños del mundo piden amor. En este caso, el amor representa la verdadera preocupación de un ser humano por el otro, por el bien que cada uno le debe al otro en el vínculo de nuestra común humanidad. Un niño no puede sobrevivir física, psicológica y espiritualmente sin la solidaridad que nos hace responsables de todos, una responsabilidad que asume una intensidad articular en el amor abnegado de los padres para con sus hijos

La Santa Sede atribuye un significado particular al hecho de que la Convención reconoce el papel insustituible de la familia en fomentar el desarrollo y el bienestar de sus miembros. (...) El bienestar de los niños del mundo, por lo tanto, depende mucho de las medidas que tomen los Estados para apoyar y ayudar a las familias a cumplir sus funciones de transmitir la vida y dar información.

- Los niños del mundo piden una mayor atención

Los niños del mundo piden un mayor respeto hacia su inalienable dignidad individual y su derecho a la vida desde el primer momento de su concepción, incluso ante circunstancias difíciles o taras personales. Cada individuo -prescindiendo de que sea pequeño o aparentemente insignificante en términos utilitarios- lleva la huella de la imagen y semejanza del Creador (cf. Gn.1,26). Las políticas y las acciones que no reconocen esa condición única de dignidad innata no pueden conducir a un mundo más justo y humano ya que se oponen a los verdaderos valores que determinan las categorías morales objetivas y que firman la base de razonables juicios morales y de acciones correctas.

- La Santa Sede se adhiere a la Convención Internacional sobre los derechos del Niño siempre que respeten la dignidad de los niños y los derechos de los padres.

La Santa Sede se adhirió a la Convención Internacional sobre los derechos del Niño y la apoya en el supuesto de que los fines, los programas y las acciones que resulten de ella respetarán las convicciones morales y religiosas de aquellos a quienes están dirigidas, en particular las convicciones morales de los padres respecto a la transmisión de la vida, sin forzarles a recurrir a medios moralmente inaceptables, así como su libertad en lo referente a la vida religiosa y a la formación de sus hijos.

- Los niños aprenderán la solidaridad en el ámbito de su familia

Los niños, que deberán aprender a ayudar al prójimo, deben aprender la realidad de las relaciones de ayuda mutua en la familia misma, en donde ha de haber un respeto profundo por toda vida humana, tanto no nacida como nacida, y donde ambos, la madre y el padre, tomen conjuntamente decisiones responsables en el ejercicio de su paternidad” (21b).

*** Discurso para la Conferencia Internacional sobre la infancia (Ciudad del Vaticano, 20-XI-1993).**

“El niño es el futuro de la sociedad. Yo siempre digo: los jóvenes sois el futuro del mundo y de la Iglesia, pero los niños preceden a los jóvenes, que llegan después, primero son niños. La Convención internacional sobre los derechos de la Infancia, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 20 de noviembre de 1989, y la Cumbre Mundial para los niños que, con una Declaración firmada por los máximos representantes de 135 países, ha puesto en marcha un plan de acción que se propone, antes del año dos mil, lograr reducir en un tercio la actual tasa de mortalidad de los niños menores de cinco años de edad y a la mitad la tasa de mortalidad materna; asegurar la necesaria alimentación, reducir el analfabetismo; dar asistencia prioritaria a los niños víctimas de conflictos locales y de dolorosas emigraciones”.

“La Iglesia ha aceptado sin tardanza la invitación a implicar en este amplio programa a sus instituciones, y desea que la mencionada Convención Internacional pueda convertirse pronto en el primer “tratado universal” sobre derechos humanos. Con este objetivo, renuevo una invitación apremiante a los responsables de los Estados, para que se acelere la ratificación de la citada Convención, cuya realización constituye una importante respuesta al problema del equilibrio entre norte y sur del mundo, causa de muchos sufrimientos y de continua inestabilidad internacional.

“Los adultos de mañana son los niños de hoy. Omitir esta verdad elemental, no solamente compromete el futuro del niño, sino el de la sociedad como tal. Es necesario, por consiguiente, un compromiso eficaz para la defensa y la promoción de la infancia. Esto exige la aportación de la investigación y de la ciencia, la utilización de recursos adecuados y, sobre todo, en el plano individual y social, la recuperación de los valores fundamentales que están en la base del recto y ordenado vivir social, empezando por el valor de la familia, célula originaria de la sociedad, para llegar luego al resto de las múltiples garantías de maduración integral del niño”.

Son muchas las necesidades que plantea la atención a los niños a las que no pueden responder de forma completa los organismos nacionales e internacionales comprometidos en la asistencia a la infancia más débil y abandonada. Por eso, el Papa pide ayuda para atender a los niños. “La

solidaridad es la respuesta realmente adecuada a tal petición de ayuda. Todos los hombres están llamados a prestar esta ayuda, pero en especial los que tienen una visión de la vida que los lleva a reconocer en toda persona la imagen de Dios e incluso el reflejo del Rostro de Cristo, reflejo que es particularmente vivo y visible precisamente en los rasgos inocentes de los niños (cf. Mt.18,3-5).

Por eso, la Iglesia, particularmente sensible a los derechos de los más débiles, desde sus orígenes hasta hoy, ha estado siempre cerca de los niños a través de instituciones benéficas promovidas por personas que el Espíritu suscitaba con el carisma específico de la protección, la educación, el desarrollo y la formación del niño. La primera de todas, la Pontificia Obra de la Santa Infancia, que este año celebra su 150 aniversario.

Hay un elemento en el que convergen las propuestas de la Conferencia Internacional y que las reúne: “el reconocimiento de que, como la vida es un don de amor, de la misma manera, particularmente en el niño, la promoción, la defensa y la maduración armónica de la vida no pueden alimentarse más que con amor. Los derechos de los niños se resumen en el derecho a ser amado, y la comunidad no puede decir que defiende, protege y acompaña en su desarrollo al niño, si en la base de sus iniciativas no pone una renovada conciencia del deber de amar al niño. La propia ciencia que es amor del conocimiento, tiene la obligación de transformarse en servicio de amor hacia los más pequeños; y junto a la ciencia, todas las instituciones, públicas y privadas, deben moverse con criterios de auténtico amor, para saber programar y coordinar una acción que asegure a la infancia protección y desarrollo”.

Termina el Santo Padre haciendo memoria agradecida de todas las asociaciones que, promovidas y apoyadas por los pastores, por institutos religiosos femeninos y masculinos, por instituciones y grupos laicos, por organizaciones de voluntariado, se ocupan, en las formas más nobles y, muchas veces, menos divulgadas, de los niños” (Insegnamenti di Giovanni Paolo II, XVI/2; 1307-1311).

*** Catequesis en la Audiencia general del miércoles: 17-VIII-1994: “Los niños en el corazón de la Iglesia” (Ed. Palabra. Madrid. PPC 1994).**

El Papa inicia esta catequesis con estas palabras entrañables: “No podemos descuidar el papel de los niños en la Iglesia. No podemos hablar de ellos con gran afecto. Son la sonrisa del cielo confiada a la tierra. Son las verdaderas joyas de la familia y de la sociedad. Son la delicia de la Iglesia (...) Son los predilectos de Jesús y la Iglesia y el Papa no pueden menos de

sentir vibrar en su corazón, por ellos, los sentimientos de amor del corazón de Cristo” (n.1).

El Santo Padre ofrece estas reflexiones sobre los niños:

- Los niños en el Antiguo Testamento (n.1)
- El amor de Jesús a los niños (n.2)
- La importancia del Bautismo de los niños (n.3)
- El dolor físico y moral de algunos niños (n.4).
- Corresponde a los padres la formación cristiana de los niños (n.5).

*** Carta del Papa Juan Pablo II a los niños en el Año de la Familia (13-XII-1994).**

Juan Pablo II ha dedicado páginas hermosas a los niños del mundo entero en las que ha clamado a favor de ellos pidiendo insistentemente que se respeten la dignidad y los derechos de los niños.

- Nace Jesús en Belén

La Navidad es la fiesta de un Niño, de un recién nacido. ¡Por esto es vuestra fiesta!

- Denuncia de las situaciones injustas en las que viven muchos niños

El Santo Padre no puede guardar en su interior el dolor que le producen muchísimos niños del mundo. Sabe por estadísticas y conoce directamente que muchos niños sufren, lloran, mueren. Recordemos sus palabras:

“En lo sucedido al Niño de Belén podéis reconocer la suerte de los niños de todo el mundo. Si es cierto que un niño es la alegría no sólo de sus padres, sino también de la Iglesia y de toda la sociedad, es cierto igualmente que en nuestros días muchos niños, por desgracia, sufren o son amenazados en varias partes del mundo: padecen hambre y miseria, mueren a causa de las enfermedades y de la desnutrición, perecen víctimas de la guerra, son abandonados por sus padres y condenados a vivir sin hogar, privados del calor de una familia propia, soportan muchas formas de violencia y de abuso por parte de los adultos. ¿Cómo es posible permanecer indiferente ante el sufrimiento de tantos niños, sobre todo cuando es causado de algún modo por los adultos?”

- Jesús da la verdad

El Niño Jesús, a los doce años, sube al Templo con Maria, su madre, y con José, su padre adoptivo. Sucedió que se quedó en Jerusalén: “escuchaba a los doctores de la Ley, les hacía preguntas y daba respuestas de tal manera que los que lo escuchaban se quedaban asombrados”.

Queridos chicos y chicas, coetáneos del Jesús de doce años, ¿no vienen a vuestra mente, en este momento, las clases de religión que se dan en la parroquia y en la escuela, clases a las que estáis invitados a participar? Quisiera, pues, haceros algunas preguntas: ¿cuál es vuestra actitud ante las clases de religión? ¿Os sentís comprometidos como Jesús en el templo cuando tenía doce años? ¿Asistís a ellas con frecuencia en la escuela o en la parroquia? ¿Os ayudan en esto vuestros padres?

¡Qué importante es el niño para Jesús! Se podría afirmar desde luego que el Evangelio está profundamente impregnado de la verdad sobre el niño. Incluso podría ser leído en su conjunto como el “Evangelio del niño”. En efecto, ¿qué quiere decir: “Si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos”? ¿Acaso no pone Jesús al niño como modelo incluso para los adultos? En el niño hay algo que nunca puede faltar a quien quiere entrar en el Reino de los cielos. Al cielo van los sencillos como los niños, los que como ellos están llenos de entrega confiada y son ricos de bondad y puros. Sólo estos pueden encontrar en Dios un Padre y llegar a ser, a su vez, gracias a Jesús, hijos de Dios.

- Jesús se da a sí mismo

La Primera Comunión es sin duda alguna un encuentro inolvidable con Jesús, un día que se recuerda como uno de los más hermosos de la vida. La Eucaristía, instituida por Cristo la víspera de su pasión durante la Última Cena, es un sacramento de la Nueva Alianza, más aún, el más importante de los sacramentos. En ella el Señor se hace alimento de las almas bajo las especies del pan y del vino.

Para acercarse a la Sagrada Comunión (...) se debe haber recibido el Bautismo: este es el primer sacramento y el más necesario para la salvación. ¡Es un gran acontecimiento el Bautismo!

¡Cuántos niños en la historia de la Iglesia han encontrado en la Eucaristía una fuente de fuerza espiritual, a veces incluso heroica! ¿Cómo no recordar, por ejemplo, los niños y niñas santos, que vivieron en los primeros siglos y que aún hoy son conocidos y venerados en toda la Iglesia? Santa Inés (Roma), Santa Águeda (Sicilia), San Tarsicio. Y así, a lo largo de los siglos hasta nuestros días, no han faltado niños y muchachos entre los santos y

beatos de la Iglesia. Pensad en santa Bernardita de Lourdes, en los niños de La Salette, en Lucía, Francisco y Jacinta...

- Queridos niños, orad por la familia

El Santo Padre encomienda a la oración de los niños los problemas de vuestra familia y de todas las familias del mundo. Y no sólo esto, tengo también otras intenciones que confiaros. El Papa espera mucho de vuestras oraciones. Debemos rezar juntos y mucho para que la humanidad, formada por varios miles de millones de seres humanos, sea cada vez más la familia de Dios, y pueda vivir en paz". Teniendo en cuenta la violencia y las guerras, "he decidido pedirlos a vosotros, queridos niños y muchachos, que os encarguéis de la oración por la paz. Lo sabéis bien: el amor y la concordia construyen la paz, el odio y la violencia la destruyen. Vosotros detestáis instintivamente el odio y tendéis hacia el amor: por esto el Papa está seguro de que no rechazaréis su petición, sino que os uniréis a su oración por la paz en el mundo con la misma fuerza con que rezáis por la paz y la concordia en vuestras familias".

¡Alabad y bendecid el nombre del Señor!

Puesto que el hombre debe alabar a Dios ante todo con su vida, no olvidéis lo que Jesús muchacho dijo a su Madre y a José en el Templo de Jerusalén: "¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" (Lc.2,49). El hombre alaba al Señor siguiendo la llamada de su propia vocación. Dios llama a cada hombre, y su voz se deja sentir ya en el alma del niño: llama a vivir en el matrimonio o a ser sacerdote; llama a la vida consagrada o tal vez al trabajo en las misiones...¿Quién sabe? Rezad, queridos muchachos y muchachas, para descubrir cuál es vuestra vocación, para después seguirla generosamente" (21c).

*** Discurso de Juan Pablo II con ocasión del CLX aniversario de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera (14-VI-2003).**

Queridos niños de la Infancia Misionera: sois los primeros en responder a este llamamiento: "niños que ayudan a niños". Pero, ¿cómo?

- En primer lugar con la oración: "cada pequeño misionero debe comprometerse a rezar un Avemaría diaria por sus coetáneos lejanos.

- El segundo compromiso consiste en tratar de ayudarlos concretamente con vuestros propios ahorros. De pequeña semilla que era, la Obra Pontificia de la Santa Infancia se ha convertido ya en árbol majestuoso.

- Es verdad que ha habido grandes y profundos cambios de la Humanidad desde mediados del siglo XIX hasta hoy. En el denominado “norte” del mundo, las condiciones de vida de la infancia han mejorado, pero el desarrollo económico y social no siempre se ha visto acompañado por un desarrollo humano en sentido pleno. Se ha registrado una pérdida de valores, y el precio más elevado lo han pagado precisamente con mayor frecuencia los más pequeños; todo ello sin considerar que incluso en las naciones desarrolladas quedan zonas de gran pobreza.

- En el “sur” del planeta, el grito de millones de niños, condenados a morir de hambre y de enfermedades relacionadas con la pobreza, se ha hecho más desgarrador aún, y a todos nos afecta” (n.3).

Queridos niños de la Infancia Misionera. Formáis una cadena de solidaridad a través de los cinco continentes y dais la posibilidad incluso a los más pobres de “dar” y a los ricos de “recibir” al dar. Seguid siendo los protagonistas de este “intercambio de dones” que contribuye a construir un futuro mejor para todos. Sed testigos y profetas de Cristo (n.4) (21d).

*** Mensaje para la Cuaresma (2004),**

Juan Pablo II se pregunta:

“¿Cómo es posible permanecer indiferente ante el sufrimiento de tantos niños, sobre todo cuando es causado, de algún modo, por la violación de sus derechos por parte de los adultos?” (22).

El Santo Padre nos responde en este mismo mensaje:

“Convertirse” en pequeños y “acoger” a los pequeños son dos aspectos de una única enseñanza, que el Señor renueva a sus discípulos en nuestro tiempo” (23).

*** “Querido niño africano” (Nigeria)**

Con profundo dolor y con palabras llenas de amor y solicitud, Juan Pablo II habla al niño africano en Nigeria:

“Y ahora deseo dirigir una palabra a una persona muy especial que está entre vosotros doquiera que yo mire. Es el niño nigeriano: cada niño y cada niña creados a imagen y semejanza de Dios. Al niño de este gran país, al niño dotado de dignidad humana y de derechos inalienables, al niño que refleja el

amor de Dios en sus ojos y lo expresa a través de su sonrisa, le dejó mi mensaje de fraternidad, de amistad y de amor. Yo te pido, querido niño, que transmitas este mensaje a tus hermanos y a tus hermanas que vendrán después de ti...Obrando de esa manera, tienes más poder que toda las centrales nucleares del mundo, porque tienes el poder de llevar paz y felicidad al mundo” (24).

*** Declaración de Juan Pablo II en Gorea (Senegal)**

Me parece que es un deber sagrado traer a este lugar las palabras que Juan Pablo II pronunció en la Isla de Gorea (Senegal) (25). Hacemos nuestra la petición de perdón que hizo Juan Pablo II por esta afrenta vergonzosa e inhumana:

“Durante un largo período de la historia del Continente africano, hombres, mujeres, niños negros han sido traídos a este pequeño lugar, arrancados de su tierra, separados de sus allegados, para ser vendidos como mercancía. Venían de todos los países y, encadenados, partían hacia otros cielos, conservando como última imagen del África natal la masa basáltica de la roca de Gorea. Se puede decir que esta isla permanece en la memoria y en el corazón de toda la diáspora negra.

Aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos niños fueron víctimas de un vergonzoso comercio en el que tomaron parte personas bautizadas, pero que no vivían su fe.

¿Cómo olvidar los sufrimientos enormes que, despreciando los derechos humanos más elementales, se infligieron a las poblaciones deportadas del continente africano?

¿Cómo olvidar las vidas humanas aniquiladas por la esclavitud?

Es necesario que se confiese con toda verdad y humildad este pecado del hombre contra el hombre, este pecado del hombre contra Dios”.

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en la Conferencia Mundial de las Mujeres Parlamentarias para la Tutela de la Infancia y de la Adolescencia (18-X-2004).**

“Los niños y adolescentes constituyen el futuro y la esperanza de la humanidad. Ellos son el tesoro más valioso de la familia humana, pero al mismo tiempo, más frágil y vulnerable. Por lo tanto, es necesario prestar constante escucha y atención a cada una de sus exigencias y aspiraciones

legítimas. De manera especial, nadie puede callar o permanecer indiferente cuando niños inocentes sufren, son marginados y heridos en su dignidad de personas humanas” (n.2)..

El inmenso grito de dolor de la infancia abandonado y violada en no pocas regiones de la tierra, debe impulsar a las instituciones públicas, a las asociaciones privadas y a todos los hombres de buena voluntad a tomar renovada conciencia del deber, que todos tenemos, de proteger, defender y educar con respeto y amor a estas frágiles criaturas” (n.3).

Para ser eficaz, toda acción de tutela con la infancia y la adolescencia, no puede dejar de inspirarse en la necesaria consideración de sus derechos fundamentales (...) Además, en el Evangelio Jesús presenta a los niños como nuestros “modelos” de vida y condena con firmeza a los que no los respetan” (n.3).

G) Los Inmigrantes y los Refugiados

Unos de los ámbitos donde aparecen la pobreza y la marginación es, sin duda, el mundo de la inmigración y de los refugiados. La palabra y el aliento de Juan Pablo II han estado también aquí.

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático (Nairobi. Kenia; 6-Mayo-1980).**

“Dirijo un llamamiento a todas las autoridades para asegurar que en sus naciones se ofrezca siempre libertad justa a todos los ciudadanos, de modo que ninguno esté obligado a marchar para buscarla en otro sitio.

Dirijo un llamamiento a las autoridades de las naciones cuyos límites los refugiados se ven obligados a cruzar, a fin de que los reciban con hospitalidad cordial.

Dirijo un llamamiento a la comunidad internacional para que la carga no sea llevada solamente por aquellas naciones en las que los refugiados se estacionan temporalmente, sino que se pongan las ayudas necesarias a disposición de los Gobiernos interesados y de las correspondientes organizaciones internacionales” (n.8).

*** Encíclica “Laborem exercens” (14-IX-1981).**

Juan Pablo II vuelve su mirada compasiva e interpelante a los inmigrantes y afirma que el inmigrante debe ser tratado de forma respetuosa y justa en todo igual que otro trabajador de aquella sociedad, evitando todo signo, actitud, gesto o palabra de explotación o marginación económica o social:

“Lo más importante es que el hombre que trabaja fuera de su país natal, como emigrante o trabajador temporal, no se encuentre en desventaja, en el ámbito de los derechos concernientes al trabajo, respecto de los demás trabajadores de aquella determinada sociedad. La emigración por motivos de trabajo no puede convertirse de ninguna manera en ocasión de explotación económica o social. En lo referente a la relación del trabajo con el trabajador inmigrado, deben valer los mismos criterios que sirven para cualquier otro trabajador de aquella sociedad. El valor del trabajo debe medirse con el mismo metro y no en relación con las diversas nacionalidades, religiones o razas. Con mayor razón, no puede ser explotada una situación de coacción en la que se encuentra el emigrado” (25a).

*** Mensaje a los obispos de Galicia en su visita “ad limina”; 14-XII-1981.**

- Ante la situación dramática que viven con frecuencia las familias de emigrantes, Juan Pablo II invita a los gobernantes a que traten de “evitar graves sacrificios a tantas familias, obligadas a una separación forzosa que pone a veces en peligro la estabilidad y cohesión de la familia, y con frecuencia las coloca frente a situaciones de injusticia y los deja indefensos” (n.7).

- Invitación a los pastores: “poned todo el empeño en promover la dignidad de todo trabajo, y en particular del trabajo agrícola y del mar. Estad cercanos a las familias emigrantes, formadlas bien en sus comunidades de origen, para que puedan afrontar convenientemente las nuevas circunstancias de vida. Estableced contactos con los Pastores de las comunidades que las acogen, para que no se sientan desarraigadas” (n.7).

*** Mensaje de Juan Pablo II en la “Jornada del Emigrante” al Card. Sebastián Baggio (14-IX-1982)**

Presentando el Mensaje, el Sr. Agostino Casaroli escribe: El Santo Padre trata de hacer luz sobre algunos aspectos concernientes a la finalidad específica de la presencia eclesial de las estructuras y de los organismos para la pastoral de la emigración, subrayando la pródida función, a la cual están éstos destinados en el contexto actual del movimiento migratorio, ya probados, como en realidad están, por una valiosa experiencia.

El Santo Padre desea sobre todo reafirmar lo que manifiesta en la Encíclica “Laborem exercens”: hay que realizar todo esfuerzo a fin de que el fenómeno, triste pero bajo ciertos aspectos necesario, de la emigración en razón del trabajo “no comporte daños mayores en sentido moral, sino incluso, en cuanto sea posible, lleva incluso un bien a la vida personal, familiar y social, del emigrado, tanto en lo que respecta al país al que él llega, cuanto a la patria que deja” (n.23).

Hay, por tanto que reafirmar una vez más el principio básico: “la jerarquía de valores, el sentido profundo del trabajo mismo exigen que sea el capital el que esté en función del trabajo y no el trabajo en función del capital” (LE,23).(...)

No es lícito separar a Cristo del mundo del trabajo, ni separarlo del mundo de la emigración. La conciencia de este imperativo es como la estrella

polar de aquéllos que operan, con genuina y consciente vocación, en la pastoral migratoria”.

La acción pastoral entre los trabajadores emigrados tiende a hacer que éstos inspiren su vida en la luz, en el ejemplo, en el amor de Cristo; que vean en el trabajo no un impedimento o una excusa que los exima de la práctica de la religión y de la profesión de fe, sino un medio para robustecer e iluminar la vida cristiana, lo cual contribuirá a mantener el legítimo orgullo de la identidad cultural que, cuando está adecuadamente tutelada en sus aspectos de vehículo apropiado de expresión de la fe, pasa a ser también un estímulo a comprender, valorar y respetar, en una visión auténticamente católica, la identidad de los demás” (25b).

*** Homilía durante la misa celebrada en el santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe (Cáceres); 4-Noviembre de 1982).**

Veamos lo que el Santo Padre dijo sobre la emigración en una región de emigrantes, como era Extremadura:

- El derecho de todo ser humano a emigrar: “El trabajador tiene derecho a abandonar el propio país en búsqueda de mejores condiciones de vida, como también a volver a él.

- “La emigración comporta aspectos dolorosos. Por eso la he llamado “un mal necesario” (cf. LE, n.23), pues constituye una pérdida para el país que ve marchar hombres y mujeres en la plenitud de su vida. Ellos abandonan su comunidad cultural y se ven trasplantados a un ambiente nuevo, con tradiciones diferentes y a veces lengua distinta. Y a sus espaldas dejan quizá lugares condenados a un envejecimiento rápido de la población, como sucede en algunas de las provincias españolas.” (n.2).

- Ante esta situación, el Papa recuerda las palabras de Juan XXIII que decía que el capital buscara al trabajador y no viceversa, “para ofrecer a muchas personas la posibilidad concreta de crearse un porvenir mejor, sin verse obligadas a pasar de un ambiente propio a otro distinto, mediante un trasplante que es casi imposible se realice sin rupturas dolorosas y sin períodos difíciles de acoplamiento humano y de integración social” (“Pacem in terris”, n.46).

- El emigrante favorece con su trabajo el desarrollo del país que lo acoge: “El sacrificio de los emigrantes representa también una contribución positiva para los lugares receptores y aun para la pacífica convivencia internacional, pues abre posibilidades económicas a grupos sociales

deprimidos y descarga la presión social que el paro produce cuando alcanza cotas elevadas” (n.3).

- Llamadas de atención que hace Juan Pablo II a los que están implicados en el mundo de la emigración:

+ A las autoridades de los países receptores de inmigrantes:

“Las regiones o países receptores olvidan con demasiada frecuencia que los trabajadores inmigrantes son seres que vienen arrancados, por las necesidades, de su tierra natal. No les ha movido el mero derecho a emigrar, sino el juego de unos factores económicos ajenos al propio emigrante. En muchas ocasiones se trata de personas culturalmente desvalidas, que han de pasar por graves dificultades antes de acomodarse al nuevo ambiente, donde quizá ignoran hasta el idioma. Si se les somete a discriminaciones o vejaciones, serán víctimas de peligrosas situaciones morales” (n.3).

Las autoridades y los empresarios: “tienen la obligación de no colocar a los emigrantes en un nivel humano y laboral inferior a los trabajadores del país o país receptor” (n.3).

“Los responsables del país receptor han de volcar generosamente sus iniciativas a favor de los emigrantes, con auxilios laborales, económicos y culturales; evitando que se conviertan en simples ruedas del engranaje industrial, sin referencia a valores humanos” (n.4).

“A las autoridades incumbe no forzar el ritmo de inserción de estas familias, ofrecer la posibilidad de una entrada gradual y serena en la nueva atmósfera, mostrar voluntad pública de no discriminar por motivos de idioma, respetar las facilidades escolares precisas para que los niños no se sientan desamparados o humillados en la escuela, ofreciéndoles enseñanza bilingüe, sin imposiciones; y respaldar iniciativas que permitan a los emigrados conservar la savia cultural de su región de origen” (n.5).

“Apenas hay una señal más eficaz para medir la verdadera estatura democrática de una nación moderna que el comportamiento que muestre para con los inmigrados” (n.4).

+ A la población en general:

“Ha de evitar nuestras de hostilidad o rechazo, respetando las peculiaridades culturales y religiosas del emigrante. A veces el emigrante es forzado a ocupar viviendas indignas, a recibir retribuciones salariales

discriminatorias o a soportar una segregación social y afectiva penosa, que le hace sentirse ciudadano de segunda categoría. (...)

Esta crisis existencial incide fuertemente sobre la religiosidad de los emigrantes, cuya fe cristiana disponía quizá de apoyos sólo sentimentales, que fácilmente se desmoronan en un clima adverso” (n.3).

“Las naciones poderosas deben un trato justo a estos trabajadores, que con gran sacrificio han contribuido al desarrollo común. Han sido especialmente útiles, más allá de lo que pueda pagarse con un simple salario. Ellos, que son los más débiles, merecen una atención particular que evite cerrar un capítulo de su vida en un fracaso.”

+ A los emigrantes les corresponde:

“Al emigrante le toca poner por su parte un esfuerzo leal para la convivencia en el nuevo ambiente, en el que se le ofrezca la posibilidad de trabajo estable y justamente retribuido. Muchas veces. De su comportamiento depende disipar recelos y tender puentes de diálogo y simpatía”.

“Al emigrante corresponde aceptar con lealtad su situación real, exponer su voluntad de permanencia y procurar insertarse en los modos culturales del lugar o región que le acoge (n.5).

+ La Iglesia, por su parte, tiene también una tarea que cumplir con respecto a los emigrantes:

“Ante estos peligros y amenazas, la Iglesia debe tratar de ofrecer su colaboración para que se halle una respuesta eficaz. Las soluciones no dependen principalmente de ella. Pero puede y debe ayudar mediante el trabajo coordinado de la comunidad eclesial del lugar de destino. (...)

“Considero por ello fundamental que los emigrantes se vean acompañados por capellanes, a ser posible de su propio lugar o país, sobre todo en los sitios donde existe la barrera lingüística. El sacerdote constituye para los emigrantes, sobre todo los recién llegados, una referencia confortante y además puede prestarles orientaciones valiosas en los inevitables conflictos iniciales”. (n.4) (26).

*** Mensaje de Juan Pablo II para el “Día del Emigrante” (15-VIII-1986).**

Después de presentar el Santo Padre la situación difícil y compleja, dolorosa y angustiosa con cierta frecuencia, hace una serie de recomendaciones importantes que consignamos a continuación.

- Llamada a las responsabilidades

Hemos de considerar los valores fundamentales, comunes a todos los hombres de buena voluntad; valores que se buscan para llevarlos a su plena realización y expansión. Entre estos valores el Papa hace alusión explícita a los siguientes: la unión de la pareja como del núcleo familiar; la armonía en la mutua integración de los esposos, desde el punto de vista moral, afectivo y de su fecundidad en el amor; armonía que exige un crecimiento ordenado de todos los miembros de la familia para que se formen personalidades que estén seguras individualmente y comprometidas socialmente; tal crecimiento requiere, al mismo tiempo, una amplia solidaridad y disponibilidad al sacrificio.

La fe aporta a este respecto una luz y una fuerza que exalta profundamente y desarrolla, perfeccionándolos, los valores inherentes a la institución familiar, definida por el Vaticano II “Iglesia doméstica”.

Juan Pablo II recuerda al Estado las obligaciones que tiene ante los inmigrados: “el empeño de llevar a cabo una verdadera igualdad, y el deseo de proteger a los sectores sociales más débiles, a menudo blanco de discriminaciones y de racismo, conducen hacia una sociedad más justa y, por lo tanto, más humana.

A los países de origen, el Papa les pide que “deben, por su parte, proyectar medidas adecuadas con el fin de que el regreso de las familias emigradas implique una reintegración fructuosa y que, tanto los padres como los hijos, no vayan a sentirse doblemente discriminados y no se vean obligados a emprender nuevamente el camino del éxodo.

- Para una pastoral familiar

La iglesia, “sacramento de salvación” para todos los hombres y para todo el hombre, defiende los valores fundamentales de la familia, más allá del modelo cultural en que esta se halla estructurada, y denuncia los obstáculos que se le oponen, reivindicando la libertad de movimiento y de decisión, lo mismo que el derecho primario a la educación que pertenece a la familia misma. Se puede afirmar, al respecto, que, en caso de conflicto entre la sociedad y la familia, esta última, en principio, debe prevalecer.

La pastoral deberá, pues, tener bien presente los valores fundamentales mencionados y promoverlos interviniendo de manera especial (...).

La pastoral ha de atender también al caso de los “matrimonios mixtos” (26a).

*** Discurso a la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo para la pastoral de los Emigrantes e Itinerantes; 26-X-1989.**

El Santo Padre pide a las Iglesia Particulares que ofrezcan una atención pastoral adecuada a los inmigrantes: “Los emigrantes católicos, que confluyen de diversos lugares hacia una determinada Iglesia particular, no deben sentirse abandonados a sus propias fuerzas. Ellos entran a formar parte de la Iglesia “implantada” en el territorio al que han llegado. Por eso deben ser asistidos mediante una pastoral específica y apta para ellos. (...) En efecto, “los emigrantes tienen derecho a una asistencia religiosa que sea proporcionada a sus necesidades y que no sea menos eficaz que aquella de que gozan los fieles de la diócesis”.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Comisión Católica Internacional para la Migraciones (5-VII-1990).**

El Santo Padre se dirige a esta Comisión para exhortarles y pedirles que promuevan la creación de un tejido social que sea favorable al emigrante. De igual modo les pide que ayuden “a hombres y mujeres, a familias, a vivir decentemente y en paz sobre su tierra. (...) Los países más favorecidos no pueden desinteresarse de ello; además “tienen su parte de responsabilidad en los desequilibrios que sufren los más pobres; deben contribuir a la atenuación de las disparidades irritantes que son otras tantas incitaciones a una inmigración incluso clandestina, por tanto no deseada (n.3).

“Vuestra vocación os lleva a preocuparos de los migrantes y de los refugiados en los países en que son acogidos, o, alguna vez, apenas tolerados. Para muchos de nuestros hermanos, la migración, que era un camino de esperanza, se transforma en recorrido plagado de dificultades y de amargas desilusiones. (...) “Es digno concederles no solamente medio de subsistencia, sino también iniciar con ellos una amistad constructiva” (n.4) (26b).

*** Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial del Emigrante (25-VII-1990).**

El Santo Padre es puntual con la cita: la jornada mundial del Emigrante. Por propia experiencia sabe lo duro y doloroso que resulta con frecuencia la

emigración. En esta ocasión pide que estemos dispuestos y prestos a “ayudar al emigrante a defenderse de las sectas”. Les invito a leer este documento en su totalidad.

Juan Pablo II manifiesta que “el esfuerzo de promoción es sólo uno de los aspectos de la acción pastoral. No menos importante es la formación cristiana mediante la proclamación de las verdades de la fe y el anuncio de aquellas realidades últimas a las que mira la esperanza cristiana. El emigrante tiene derecho a ello, y la Iglesia tiene el deber de ayudarlo también en eso. No se trata de una pastoral ordinaria, común a la mayoría de los fieles, sino de una pastoral específica, adaptada a la situación de desarraigo, típica del emigrante que se halla forzado a vivir lejos de su comunidad de origen; una pastoral que “debe ser adecuada a sus necesidades (de los emigrantes) y tan eficaz como aquella de la que gozan los fieles de la diócesis” (n.4) (26c).

*** Discurso de Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático en el “State House” de Dar es Salaam (1-IX-1990).**

El Santo Padre inicia su discurso recordando sus anteriores visitas pastorales a África: “Al inicio de mi séptima visita pastoral a África, me alegra encontrarme con vosotros, ilustres jefes de misión y personal diplomático de Tanzania. (...) Deseo afrontar brevemente dos problemas que tienen enormes repercusiones en los pueblos de África” (n.1).

El primero de estos problemas brota de una estadística dramática. Se suele dar por cierto el hecho de que en África existen cerca de cinco millones de refugiados y unos trece millones de prófugos. Eso significa que millones de hermanos y hermanas nuestros no tienen casa o se hallan en el exilio, privados de dignidad y de esperanza. Algunos son víctimas de calamidades naturales, pero la mayoría son víctimas inocentes de conflictos étnicos, de luchas de poder o del fracaso de políticas de desarrollo. (...) No puedo menos de aprovechar esta oportunidad para recordaros a vosotros y a los Gobiernos que representáis, que esa situación exige que la comunidad internacional tome unas medidas urgentes para ayudar a esta gente no sólo a sobrevivir, a alimentarse y a recibir asistencia sanitaria y cuidados médicos, sino también a vivir una existencia útil y respetable, y a conservar esperanzas de un futuro mejor para sí mismos y para sus hijos. (...)

Juan Pablo II a la vista de estos problemas tan graves y urgentes manifiesta que “la interdependencia de los pueblos y de las naciones sea reconocida como una categoría moral, cuya respuesta correlativa es una solidaridad que no se reduzca sólo a una bien intencionada bondad o compasión -que tienen ciertamente su justo lugar en las relaciones humanas-

sino que llegue a ser una firme y perseverante determinación de trabajar por el bien común de toda la familia humana (cf. “Sollicitudo rei socialis”, 38). En la raíz de esta actitud de solidaridad se halla la convicción de que todos somos responsables de todos, es decir, que cada uno está ligado por un imperativo moral universal a reconocer a los demás como beneficiarios de iguales derechos humanos y dignos de un trato igual. Lo que se aplica a los individuos vale también para las naciones (cf. SRS 39) (n.4).

El otro problema del que quiero hablaros brevemente también subraya la realidad de la interdependencia del globo. El drama del SIDA amenaza no sólo a algunas naciones o sociedades, sino también a toda la humanidad. (...) Sólo una respuesta que tenga en cuenta a la vez el aspecto médico de la enfermedad y las dimensiones humanas, culturales, éticas y religiosas de la vida, puede ofrecer a sus víctimas una completa solidaridad y acrecentar la esperanza de que la epidemia pueda ser controlada y reducida. (...) La Iglesia está convencida de que, sin un renacimiento de la responsabilidad moral y una reafirmación de los valores morales fundamentales, todo programa de prevención basado sólo en la información será ineficaz o incluso contraproducente. Aún más perjudiciales - por su falta de contenido moral y la falsa seguridad que ofrecen- son las campañas que implícitamente promueven unos modelos de comportamiento que han contribuido en gran medida a la expansión de esa enfermedad” (n.5) (26d).

*** Mensaje de Juan Pablo II en la Jornada Mundial del Emigrante” (31-VII-1992).**

Uno de los grandes problemas de los inmigrantes es la acogida por parte de las naciones a donde se encaminan. Juan Pablo II ha afirmado respecto a este asunto:

“Antes se emigraba para buscar mejores perspectivas de vida; hoy en cambio, de muchos países se emigra sencillamente para sobrevivir. (...) Aunque los países desarrollados no siempre están en condiciones de acoger a todos los que quieren emigrar, hay que notar que el criterio para establecer la cantidad de emigrantes que puedan entrar en un país no debe basarse sólo en la simple defensa del propio bienestar, sin tener en cuenta las necesidades de quien se ve obligado dramáticamente a pedir hospitalidad” (n.3) (26e).

*** Mensaje de Juan Pablo II en la Jornada Mundial del emigrante y del refugiado: “Un testimonio más eficaz del Evangelio de la Caridad”; 21-VIII-1996.**

- La realidad viva y dolorosa del emigrante y del refugiado:

“Las vicisitudes de los emigrantes y los dolorosos desplazamientos de los refugiados, que a veces la opinión pública no considera suficientemente, no puede menos de suscitar en los creyentes profunda participación e interés. Con este mensaje para la Jornada Mundial del emigrante y del refugiado, además de manifestar mi constante atención a la situación a menudo dramática de quienes abandonan su patria, deseo invitar a los obispos, a los párrocos, a las personas consagradas, a los grupos parroquiales y a las asociaciones eclesiales y de voluntariado a tomar cada vez mayor conciencia de este fenómeno (n. 1).

El fenómeno de las migraciones se presenta hoy como un movimiento de masas, que implica en gran parte a personas pobres y necesitadas, alejadas de su país por conflictos armados, por condiciones económicas precarias, por enfrentamientos políticos, étnicos y sociales, y por catástrofes naturales. Pero son muchos también los que se alejan de su país de origen por otros motivos.

- La pluralidad de religiones en Occidente

En algunos de los países que reciben a los inmigrantes, “la pluralidad de las religiones no sólo está difundida, sino también arraigada, porque el flujo migratorio está presente desde hace mucho tiempo. A los grupos religiosos más consistentes algunos Gobiernos ya les han concedido la situación de religión reconocida, con los beneficios que ello conlleva desde el punto de vista de la protección, las competencias, la libertad de acción y la ayuda económica para iniciativas culturales y sociales” (n.1).

- Iglesia y las nuevas legislaciones sobre las religiones

“La Iglesia, reconociendo la libertad de culto para todo ser humano, es favorable a esas legislaciones. Más aún, mostrando estima y respeto hacia los seguidores de las diferentes religiones, desea mantener con ellos relaciones efectivas de colaboración y, en un clima de confianza y diálogo, quiere cooperar para la solución de los problemas que van surgiendo en la sociedad actual” (n.1).

- La presencia de los no cristianos en países de tradición cristiana.

“Hoy son los no cristianos quienes, cada vez en mayor número, acuden a países de tradición cristiana en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida, y a menudo lo hacen en calidad de clandestinos y refugiados. Eso plantea problemas complejos y de difícil solución. La Iglesia, por su parte, como el buen samaritano siente el deber de estar al lado del clandestino y del

refugiado, imagen contemporánea del viajero asaltado, golpeado y abandonado al borde del camino de Jericó (cf. Lc.10,30). Le sale al encuentro, derramando “sobre sus heridas el aceite del coneulo y el vino de la esperanza”, sintiéndose llamado a ser signo vivo de Cristo, que vino para que todos tengan la vida en abundancia (cf. Jn.10,10) (n.2)..

- El compromiso de la Iglesia a favor de los emigrantes y los refugiados

“Este compromiso de la Iglesia no puede reducirse a organizar simplemente las estructuras de acogida y solidaridad. Esta actitud menoscabaría las riquezas de la vocación eclesial, llamada en primer lugar a transmitir la fe, que se fortalece dándola (RMi 2). Al final de la vida seremos juzgados sobre el amor, sobre las obras de caridad realizadas en favor de nuestros hermanos “más pequeños” (cf. Mt.25, 31-45), pero también sobre la valentía y la fidelidad con que hayamos dado testimonio de Cristo (cf. Mt.10,32-33). Para el cristiano toda actividad tiene su inicio y su término en Cristo: el bautizado actúa impulsado por el amor a Él y sabe que de la pertenencia a Él brota incluso la eficacia de sus acciones (cf. Jn.15,5) (...) Del mismo modo que no hay evangelización sin la consiguiente acción caritativa, así tampoco hay auténtica caridad sin el espíritu del Evangelio: son dos aspectos que están íntimamente unidos entre sí” (n.3).

“La Iglesia, consciente de ser el lugar en que la gente debe poder “ver a Jesús” y experimentar el amor, cumple su misión esforzándose por dar, con la lógica de la cruz, un testimonio cada vez más convincente del amor gratuito y sin reservas del Redentor, “hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef.4,13) (n.5)..

*** Mensaje de Juan Pablo II con motivo de la Jornada mundial del Emigrante (21-XI-1999).**

En el año del Jubileo, el Santo Padre se acerca una vez más al mundo de los emigrantes y de los refugiados, de los desplazados y no aceptados, para ofrecerles su cercanía y su palabra.

“En muchas regiones del mundo se viven hoy situaciones de dramática inestabilidad e inseguridad. No es de extrañar que, en esos contextos, a los pobres y abandonados se les ocurra la idea de huir en busca de una nueva tierra que les pueda ofrecer pan, dignidad y paz. Es la emigración de los desesperados: hombres y mujeres, a menudo jóvenes, a los que no queda más remedio que dejar su país, aventurándose hacia lo desconocido. (...) Por

desgracia, frecuentemente, la realidad que encuentran en las naciones a donde llegan es fuente de ulteriores desilusiones.

Al mismo tiempo, los Estados que disponen de una relativa abundancia tienden a proteger más rígidamente sus fronteras, bajo la presión de una opinión pública molesta por los inconvenientes que conlleva el fenómeno de la inmigración” (n.4).

“La Iglesia escucha el grito de sufrimiento de los desarraigados de su propia tierra, de las familias forzosamente divididas, de los que en los rápidos cambios actuales no encuentran una morada estable en ningún lugar. Percibe la angustia de quienes carecen de derechos y de toda seguridad, quedando a merced de cualquier tipo de explotación, y se hace cargo de su infelicidad”.

El hecho de que, en todas las sociedades del mundo, existan desterrados, refugiados, deportados, clandestinos, emigrantes, que forman “el pueblo de la calle”, confiere a la celebración del Jubileo un significado muy concreto, que para los creyentes se transforma en una invitación al cambio de mentalidad y de vida, según la invitación de Cristo: “convertíos y creed en el Evangelio” (Mc.1,15).

Ciertamente, en esta conversión se incluye, en su más alta y exigente motivación, el reconocimiento efectivo de los derechos de los emigrantes. (...) Trabajar por la unidad de la familia humana quiere decir esforzarse por rechazar toda discriminación basada en la raza, la cultura o la religión como contraria al plan de Dios. Significa testimoniar una vida fraterna fundada en el Evangelio, respetuosa de las diversidades culturales y abierta al diálogo sincero y confiado. Conlleva la promoción del derecho de cada uno a poder vivir en su propio país en paz, así como la atenta vigilancia para que en cada Estado la legislación relativa a la inmigración se base en el reconocimiento de los derechos fundamentales de la persona humana” (n.6).

*** Discurso de Juan Pablo II en el campo de refugiados de Deheisheh, en las cercanías de Belén (22-III-2000).**

Resulta especialmente significativo que aquí, cerca de Belén, me encuentre con vosotros, refugiados y desplazados, así como los representantes de las organizaciones y agencias implicadas en una auténtica misión de misericordia. (...) Por encima de todo cargáis con el triste recuerdo de lo que habéis tenido que abandonar: no sólo bienes materiales, sino vuestra libertad, la cercanía de vuestros parientes, el entorno acostumbrado y las tradiciones culturales que han alimentado vuestra vida personal y familiar (...) (n.1).

Las condiciones degradantes en que los refugiados frecuentemente viven; la prolongación durante largos períodos de situaciones difícilmente tolerables incluso en casos de emergencias o durante un corto plazo; el hecho de que los desplazados se vean obligados a permanecer durante años estos asentamientos: todos estos factores ilustran la urgencia de una solución justa a las causas que subyacen en el problema. Sólo un esfuerzo decidido por parte de los líderes del Oriente Próximo y de la comunidad internacional en su conjunto (...) podrá eliminar las causas de vuestra presente situación. Hago un llamamiento a una mayor solidaridad internacional y a la voluntad política de aceptar ese reto” (n.2).

Queridos jóvenes: seguid luchando mediante la educación para ocupar el lugar que os corresponde en la sociedad, pese a las dificultades e impedimentos que habéis de afrontar debido a vuestra situación de refugiados. La Iglesia católica se complace especialmente en servir a la noble causa de la educación a través de la muy cualificada labor de la Universidad de Belén. (...)

Queridos refugiados: ¡No penséis que vuestra actual condición disminuya vuestra importancia a los ojos de Dios! No olvidéis jamás vuestra dignidad de hijos suyos.

Queridos agentes sociales y voluntarios: ¡Creed en la tarea que realizáis! La solidaridad auténtica y concreta con los necesitados no es favor que concedemos, sino exigencia de esa humanidad que compartimos y reconocimiento de la dignidad de todo ser humano” (n.3) (27).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo de los Emigrantes e Itinerantes: 4-VI-2000.**

Diversas situaciones en que se encuentran los emigrantes...

“Hay entre vosotros inmigrantes de diferentes países y continentes; refugiados huidos de situaciones de violencia que piden ver reconocidos sus derechos básicos; estudiantes extranjeros deseosos de cualificar la propia formación científica y tecnológica; entes del mar y del aire que trabajan al servicio de quienes viajan en barco o en avión...(n.1).

Jesucristo se hizo emigrante

Vuestra presencia recuerda que el mismo Hijo de Dios, al venir a vivir entre nosotros (cf. Jn.1,14), se hizo emigrante, se hizo peregrino en el mundo y en la historia (n.1).

Vuestro Jubileo, amadísimos emigrantes e itinerantes, expresa (...) el lugar central que ha de ocupar en la Iglesia la caridad de la acogida. Al asumir la condición humana e histórica, Cristo se ha unido de alguna manera a todo hombre. Nos ha acogido a cada uno de nosotros y en el mandamiento del amor nos ha pedido que imitemos su ejemplo, es decir, que nos acojamos mutuamente como Él nos acogió” (cf. Rm.15,7). (...) desde el momento en que el Hijo de Dios “puso su morada entre nosotros”, todo hombre se ha vuelto de alguna manera “lugar” del encuentro con Él. Acoger a Cristo en el hermano y en la hermana menesterosos es la condición para poder verle “cara a cara” y de manera perfecta al final del camino terrenal. Por eso resulta siempre actual la exhortación del autor de la Carta a los Hebreos: “No olvidéis la hospitalidad: por ella algunos recibieron sin saberlo la visita de unos ángeles” (Heb.13,2) (n.2).

Para la Iglesia nadie es extraño

Quiero hacer mías en este día las palabras de mi venerado antecesor el Siervo de Dios Pablo VI, quien, en la homilía de clausura del Concilio Vaticano II, afirmaba: “para la Iglesia católica, nadie es extraño, nadie está excluido, nadie se encuentra lejos”. En la Iglesia, como escribe San Pablo, no hay extranjero ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios” (cf. Ef.2,19).

Ante la cerrazón y el rechazo del emigrante, la acogida fraterna

Por desgracia no deja de haber en el mundo actitudes de cerrazón y hasta de rechazo debidas a miedos injustificados y a repliegues sobre los intereses propios. Se trata de discriminaciones incompatibles con la pertenencia a Dios y a la Iglesia. Más aún, la comunidad cristiana está llamada a extender por el mundo el fermento de la hermandad, de esa convivencia de diferencias que hoy también, nos es dado experimentar.

Necesidad de leyes y normas prudentes y generosas

Cierto es que en una sociedad como la nuestra, compleja y marcada por numerosas tensiones, la cultura de la acogida pide conjugarse con leyes y normas a la vez prudentes y amplias de miras que permitan valorizar lo positivo de la movilidad humana, previniendo al mismo tiempo sus posibles manifestaciones negativas. Y ello para que toda persona se vea efectivamente respetada y acogida (n.4) (28).

*** Mensaje de Juan Pablo II en las Jornadas Mundiales del Emigrante y del Refugiado**

- Año 1995:

“En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre y en ningún lugar. (...) la Iglesia es el lugar donde también los emigrantes ilegales son reconocidos y acogidos como hermanos”.

“La miseria y la desdicha que les afectan son un motivo más para salir generosamente al encuentro de los inmigrantes”.

- Año 2002:

“La Parroquia representa el espacio en el que puede llevarse a cabo una verdadera pedagogía del encuentro con personas de convicciones religiosas y culturas diferentes. (...) La comunidad parroquial puede convertirse en lugar de acogida (...) y esto no podrá por menos de favorecer una convivencia serena, previniendo el peligro de tensiones con los inmigrantes que profesan otras creencias religiosas”.

- Año 2003: Migraciones desde una óptica de paz

“Por desgracia, nos estamos acostumbrando a ver la peregrinación desconsolada de los desplazados, la huida desesperada de los refugiados, el desembarque con todos los medios de los emigrantes en los países más ricos, en busca de soluciones para sus muchas exigencias personales y familiares. Surge entonces la pregunta: ¿Cómo hablar de paz cuando se registran constantemente situaciones de tensión en muchas regiones de la Tierra? ¿Cómo puede contribuir el fenómeno de las migraciones a construir la paz entre los hombres? (n.1).

“Se ha de reafirmar con vigor que no puede haber auténtica paz sin justicia y sin respeto de los derechos humanos. De hecho existe un íntimo lazo entre justicia y paz” (n.2).

“Crear condiciones de paz en lo que concierne a los emigrantes y refugiados, significa comprometerse seriamente a salvaguardar ante todo el derecho a no emigrar, es decir, a vivir en paz y dignidad en la propia patria. (...) Existe también el derecho a no emigrar. El fundamento de este derecho es el destino universal de los bienes de este mundo. Corresponde obviamente a los gobiernos reglamentar los flujos migratorios en el pleno respeto a la

dignidad de las personas y de las necesidades de sus familias, teniendo en cuenta las exigencias de las sociedades que acogen a los inmigrantes” (n.3).

“Nadie puede quedar indiferente ante las condiciones que experimentan columnas enteras de emigrantes. Se trata de gente a la merced de los acontecimientos, que cargan a sus espaldas situaciones con frecuencia dramáticas.(...) Se trata de niños, jóvenes, adultos y ancianos con rostros demacrados y con los ojos henchidos de tristeza y soledad”. (...) Tampoco se puede dejar de denunciar el tráfico de explotadores sin escrúpulos que abandonan en el mar, en embarcaciones precarias, a personas que buscan desesperadamente un futuro menos incierto (n.4).

Si el “sueño” de un mundo en paz es compartido por muchos, si se valoriza la aportación de los emigrantes y de los refugiados, la humanidad puede convertirse cada vez más en familia de todos y nuestra Tierra en una auténtica “casa común” (n.6).

- Año 2005: La integración intercultural (16-I-2005)-

El Santo Padre enmarca su mensaje en este contexto: “Me complace trazar el marco referencial de la “integración” recordando la reciente Instrucción “Erga migrantes caritas Christi” (cf. nn. 2, 42, 43, 62, 80 y 89).

- La integración

La integración no se presenta como una asimilación, que induce a suprimir o a olvidar la propia identidad cultural. El contacto con el otro lleva, más bien, a descubrir su “secreto”, a abrirse a él para aceptar sus aspectos válidos y contribuir así a un conocimiento mayor de cada uno. (...) En ese proceso el emigrante se esfuerza en dar los pasos necesarios para la integración social, como el aprendizaje de la lengua nacional y la adecuación a las leyes y a las exigencias de trabajo, a fin de evitar la creación de una diferenciación exasperante (n.1).

- Respetar el necesario equilibrio

“En nuestras sociedades, marcadas por el fenómeno global de la migración, es preciso buscar un justo equilibrio entre el respeto de la propia identidad y el reconocimiento de la ajena. En efecto, es necesario reconocer la legítima pluralidad de las culturas presentes en un país, en compatibilidad con la tutela del orden, del que dependen la paz social y la libertad de los ciudadanos. En efecto, se deben excluir tanto los medios asimilacionistas, que tienden a hacer que el otro sea una copia de sí, como los

modelos de marginación de los inmigrantes, con actitudes que pueden llevar incluso a la práctica del apartheid. Es preciso seguir el camino de la auténtica integración, con una perspectiva abierta, que evite considerar sólo las diferencias entre inmigrantes y autóctonos” (n.2).

- La necesidad del diálogo entre hombres de diversas culturas

“Así surge la necesidad del diálogo entre los hombres de culturas diversas en un marco de pluralismo que vaya más allá de la simple tolerancia y llegue a la simpatía. Una simple yuxtaposición de grupos de emigrantes y autóctonos tiende a la recíproca cerrazón de las culturas, o la instauración entre ellas de simples relaciones de exterioridad o de tolerancia. En cambio se debería promover una fecundación recíproca de las culturas. Esto supone el conocimiento y la apertura de las culturas entre sí, en un marco de auténtico entendimiento y benevolencia.

- La acción del Espíritu Santo

Además los cristianos, por su parte, conscientes de la trascendente acción del Espíritu, saben reconocer la presencia en las diversas culturas de “valiosos elementos religiosos y humanos” (cf. GS 92), que pueden ofrecer sólidas perspectivas de entendimiento mutuo. Obviamente, es preciso conjugar el principio de respeto de las diferencias culturales con el de una tutela de los valores comunes irrenunciables, porque están fundados en los derechos humanos universales. De aquí brota el clima de “racionalidad cívica” que permite una convivencia amistosa y serena”.

- El anuncio del Evangelio a todos los hombres y mujeres

Los cristianos, si son coherentes consigo mismos, no pueden pues renunciar a predicar el Evangelio de Cristo a todas las gentes (cf. Mc.16,15). Obviamente, lo deben hacer respetando la conciencia de los demás y practicando siempre el método de la caridad, como recomendaba Pablo a los primeros cristianos” (cf. Ef.4,15) (n. 3).

- Escuchar el clamor de los pobres

Los cristianos deben ante todo escuchar el grito de ayuda que lanzan tantos inmigrantes y refugiados, y luego deben promover, con un compromiso activo, perspectivas de esperanza, que anticipen el alma de una sociedad más abierta y solidaria. A ellos, en primer lugar, corresponde descubrir la presencia de Dios en la historia, incluso cuando todo parece estar aún envuelto en las tinieblas” (n.4) (Ecclesia, n.3240; 15-I-2004).

H) Los Campesinos

*** Discurso de Juan Pablo II a los campesinos (Oaxaca. México. 29-I-1979).**

El Santo Padre tiene también palabras para los campesinos:

“El Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas”.

El Papa actual “quiere ser solidario con vuestra causa, que es la causa del pueblo humilde, la de la gente pobre”.

“La Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre todo propiedad privada grava siempre una hipoteca social”.

“Por vuestra parte, responsables de los pueblos, clases poderosas que tenéis a veces improductivas las tierras que esconden el pan que a tantas familias falta: la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito del desvalido y, sobre todo la voz de Dios, la voz de la Iglesia os repite conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas. Hay que poner en práctica medidas reales, eficaces, a nivel local, nacional e internacional, con la amplia línea marcada por la encíclica “Mater et Magistra” (parte tercera). Y es claro que quien más debe colaborar en ello es quien más puede” (29).

*** Discurso a los campesinos (Brasil, 1980).**

¿Y por qué este encuentro con los campesinos del nordeste? Primero, porque ellos desempeñan un papel muy importante en la sociedad brasileña de nuestros días y merecen una palabra de estímulo y de apoyo de quien recibió la misión de Pastor universal de la Iglesia. Después, porque se enfrentan a situaciones particularmente dolorosas de marginación, penuria, subalimentación, insalubridad, analfabetismo, falta de seguridad, y necesitan esta palabra de consuelo, de esperanza y de orientación, que un padre debe de un modo más particular a unos hijos abandonados y más probados por la vida. Yo no podría pasar por Brasil sin dirigirles estas palabras”.

*** Discurso a los trabajadores de la tierra en Villa Vizosa (Portugal, 14-V-1982)**

En tierras de Portugal, Juan Pablo II dirige su palabra a los campesinos, a los trabajadores de la tierra, que también necesitan una palabra de aliento, de esperanza.

“El estado de pobreza absoluta de algunos grupos humanos de muchos países, con economía atrasada, ofende la dignidad de millones de personas obligadas a vivir en condiciones de miseria degradante. Es por ello urgente ofrecer a los trabajadores de los campos la posibilidad de realizar concretamente los derechos humanos fundamentales” (n.4).

“Sería óptimo que los campesinos pudiesen trabajar en tierra propia, creando empresas agrarias verdaderamente funcionales” (n. 6).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Misa de Beatificación de Sor Ángela de la Cruz (Sevilla. 5-XI-1982)**

“Hoy el mundo rural de Sor Ángela de la Cruz ha presenciado la transformación de las sociedades agrarias en sociedades industriales, a veces con un éxito impresionante. Pero este atractivo del horizonte industrial ha provocado de rechazo un cierto desprecio hacia el campo, “hasta el punto de crear entre los hombres de la agricultura el sentimiento de ser socialmente unos marginados, y acelerar en ellos el fenómeno de la fuga masiva del campo a la ciudad, desgraciadamente hacia condiciones de vida todavía más deshumanizadoras” (Laborem exercens”, 21).

Tal menosprecio parte de presupuestos falsos, ya que tantos engranajes de la economía mundial continúan pendientes del sector agrario, “que ofrece a la sociedad los bienes necesarios para el sustento diario” (ibd.).

En esa línea de defensa del hombre del campo, la Iglesia contemporánea anuncia a los hombres de hoy las exigencias de la doctrina sobre la justicia social, tanto en lo referente a los problemas del campo como al trabajo de la tierra; el mensaje de justicia del Evangelio que arranca de los profetas del Antiguo Testamento. (...)

La evolución social y laboral ha mejorado sin duda este panorama tristísimo (viviendas míseras, niños sin escuela, extensiones poco o mal explotadas, salarios bajísimos...) en el mundo entero y en España. Pero el campo continúa siendo la cenicienta del desarrollo económico. Por eso los poderes públicos deben afrontar los urgentes problemas del sector agrario:

- reajustando debidamente costos y precios que lo hagan rentable;
- dotándolo de industrias subsidiarias y de transformación que lo libere de la angustiosa plaga del paro y de la forzosa emigración que afecta a tantos queridos hijos de esta y de otras tierras de España;

- racionalizando la comercialización de los productos agrarios y
- procurando a las familias campesinas, sobre todo a los jóvenes, condiciones de vida que los estimulen a considerarse trabajadores tan dignos como los integrados en la industria” (n.5) (29a).

*** Discurso de Juan Pablo II a los participantes en el Jubileo del mundo agrícola” (11-XI-2000).**

Consideración especial de la Iglesia al sector agrícola

La Iglesia ha tenido siempre una consideración especial para este ámbito de trabajo, que se ha expresado también en importantes documentos magisteriales, como la “Encíclica “Mater et Magistra” del beato Juan XXIII (n.3).

Contribución de la Iglesia para resolver los problemas del campo

La Iglesia no tiene soluciones “técnicas” que proponer. Su contribución consiste en el testimonio evangélico, y se expresa a través de la propuesta de valores espirituales que dan sentido a la vida y orientan las opciones concretas también en el plano de la economía y del trabajo.

La tierra es de Dios

El primer valor en juego, cuando se considera la tierra y las personas que la trabajan es, sin duda alguna, el principio que reconduce la tierra a su Creador. ¡La tierra es de Dios! Por consiguiente se la ha de tratar según su ley. (...) El hombre no es el árbitro absoluto del gobierno de la tierra, sino el “colaborador” del Creador; misión estupenda pero también marcada por límites precisos, que no pueden traspasarse impunemente. (n.4).

El destino universal de los bienes de la tierra

La pertenencia constitutiva de la tierra a Dios fundamenta también el principio, tan destacado en la doctrina de la Iglesia, del destino universal de los bienes de la tierra (cf. CA,6). (...) Todo hombre y todo pueblo tienen derecho a vivir de los frutos de la tierra. Es un hecho intolerable, al comienzo

del nuevo milenio, que muchísimas personas pasen todavía hambre y vivan en condiciones indignas del hombre. Ya no podemos limitarnos a reflexiones académicas: es necesario eliminar esta vergüenza de la humanidad con adecuadas opciones políticas y económicas de alcance planetario (n.5).

Urgencia de la “ecología humana”

En la Encíclica “Centessimus annus”, además de los temas relativos a la problemática ecológica, señalé la urgencia de una “ecología humana”. Con este concepto se quiere recordar que “no sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado” (CA, 38). Si el hombre pierde el sentido de la vida y la seguridad de las orientaciones morales, extraviándose en la niebla del indiferentismo, ninguna política será capaz de salvaguardar conjuntamente las razones de la naturaleza y las de la sociedad. En efecto, es el hombre quien puede construir y destruir, respetar y despreciar, compartir o rechazar. También los grandes problemas planteados por el sector agrícola, que os incumbe directamente, deben afrontarse no sólo como problemas “técnicos” o “políticos”, sino antes aún como “problemas morales”(n.7).

Responsabilidad de los cristianos

Es responsabilidad ineludible de cuantos actúan con el nombre de cristianos, dar también en este ámbito un testimonio creíble. En los países del mundo llamado “desarrollado” se va expandiendo un consumismo irracional, una especie de “cultura del derroche”, que ha convertido en un estilo generalizado de vida. Hay que contrarrestar esta tendencia. Educar para un uso de los bienes que no olviden nunca ni los límites de los recursos disponibles ni las condiciones de penuria de tantos seres humanos, y que, consiguientemente, forje el estilo de vida según el deber de comunión fraterna, es un verdadero reto pedagógico y una opción de gran clarividencia” (n.8) (29b).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del Jubileo del Mundo Agrícola (12-XI-2000).**

¡La fidelidad de Dios!

Para vosotros hombres del mundo agrario, se trata de una experiencia diaria, constantemente repetida en la observación de la naturaleza. (...) Vosotros, expertos en ese lenguaje de fidelidad, “lenguaje antiguo y siempre

nuevo”, sois por naturaleza los hombres del “gracias”. Vuestro contacto prolongado con la maravilla de los productos de la tierra os permite concebir éstos como inagotable don de la Providencia divina. (n.2) (...)

La cultura del mundo agrario

La cultura agraria está desde siempre marcada por el sentido del riesgo que incumbe sobre las cosechas por las imprevisibles adversidades atmosféricas. Peor hoy, a las cargas tradicionales, se les añaden a menudo otras achacables a la desidia humana. (...) El cristiano sin dejar de confiar en todo momento en la Providencia, no puede dejar de tomar iniciativas responsables para que el valor de la tierra se vea siempre respetado y fomentado (n.3).

El cultivo del espíritu

Estad (...) agradecidos al Señor, pero orgullosos al mismo tiempo de la tarea que vuestra labor os asigna. Tratad de resistir a las tentaciones de una productividad y de una ganancia que vayan en detrimento del respeto a la naturaleza. (...) Con vistas a este “cultivo del espíritu” habéis venido hoy aquí a celebrar vuestro Jubileo. Vosotros presentáis al Señor, antes aún que vuestro compromiso profesional, la labor diaria de la purificación del corazón: labor exigente donde las haya, que jamás lograremos realizar solos. Nuestra fuerza es Cristo (...) (n.4)

La cultura de la solidaridad

Hay que contribuir a una cultura de la solidaridad que, también en el plano político y económico, tanto nacional como internacional, impulse a iniciativas generosas y eficaces en beneficio de los pueblos menos favorecidos. De todos estos hermanos queremos hoy acordarnos en nuestra oración, comprometiéndonos una vez más a traducir nuestro amor para con ellos en activa solidaridad, para que todos, sin excepción, puedan gozar de los frutos de la “madre tierra” y vivir una vida digna de los hijos de Dios (n.7) (30).

I) Los Hombres del mar

*** Discurso a los hombres del mar (plaza del Obradoiro; Santiago de Compostela (Coruña), 9 –XI-1982**

El Santo Padre ha querido acercarse y hablar a los hombres del mar.

- Preocupación de la Iglesia por los problemas de la gente del mar

“Mi presencia aquí quiere ser además un signo vivo y fehaciente de la preocupación de la Iglesia por los hombres del mar” (n.5). “No ignoro las dificultades que encontráis para el desarrollo de vuestras personas en lo humano y para la vivencia de vuestra fe cristiana: la prolongada permanencia en el mar, el aislamiento, los obstáculos para la defensa de vuestros derechos en el campo profesional y laboral, la peligrosidad de las faenas que realizáis, el choque con ambientes de otras culturas” (n. 5).

- El Papa pide para estos hombres consideración y respeto:

“...que haya siempre una mayor valoración de la persona humana. Ello implica más amplias facilidades para vuestra elevación cultural y profesional; mejores condiciones de trabajo y de vida a bordo, mejores garantías de seguridad e higiene en los barcos, más equitativa distribución de las ganancias; adecuadas vacaciones que faciliten el contacto con la familia, la sociedad y la comunidad eclesial; mayores posibilidades para el ejercicio de vuestros derechos laborales y cívicos” (n.5).

- Les exhorta a mantener la fe en Dios y la confianza en providencia

“No se me oculta que, en medio de vuestras afanosas tareas, pueda a veces insinuarse el desaliento o adensarse la neblina que cubre la fe. Es entonces cuando habéis de saber recurrir a la oración y recordar que el Señor no os abandona, que habéis sido llamados por Jesús para estar con Él en su barca, donde Él vela por vosotros; aunque a los ojos humanos pudiera dar la impresión de haberse rendido al sueño: “¡Hombres de poca fe! ¿Por qué teméis?” (Mt.8,26). “La fe incondicionada y sin temores en la presencia cercana del Señor ha de ser la brújula que oriente vuestra vida de trabajo y de familia hacia Dios, de donde vienen la luz y la felicidad. El mundo en que vivimos necesita -como vosotros- esta fe, este faro de luz. Olvidarse de Dios, como pretenden las tendencias materialistas, significaría hundirse en la soledad y en la tiniebla, quedarse sin rumbo y sin guía. Por eso, queridos hermanos, os animo encarecidamente a que cultivéis la fe recibida. Conocéis ya cómo acercaros a Cristo, cómo estar con Él, siendo discípulos de su

persona y de su mensaje; y de esta experiencia propia han de beneficiarse vuestras familias y cuantos, en vuestros viajes por el mar, se acerquen a vosotros; aun los que quizá no han oído el mensaje evangélico” (n.4).

- Recuerdo para las esposas e hijos de los hombres del mar

“Quiero dirigir ahora mi pensamiento a aquellos componentes del núcleo familiar que ven cómo una parte suya -el maridos, los hijos mayores- se apartan del hogar, quizá por largas temporadas.

“Si la madre es siempre una figura insustituible, aquí se manifiesta de una manera particular su incomparable dignidad, su inmenso valor social. El corazón de la madre es siempre el corazón del hogar. En situaciones como las que ahora comento es, por así decir, casi el hogar entero. Gracias a la madre, que hace entonces de madre y de padre, se mantiene la continuidad del hogar, se garantiza la educación de los hijos, se hace más llevadera para toda la familia la espera hasta que el padre vuelva.

Mujeres que ahora me escucháis y que os encontráis en una situación como la que describo: sentid el orgullo de vuestra maternidad, sed leales a vuestra misión. Buscad en Dios la fuerza para la gran entrega que se exige a vosotras. Y cuando el marido regrese, o cuando os reunáis de nuevo con él, volcad el cariño de vuestro corazón. Superad las dificultades, que nunca faltan, y tened como única meta el servicio a Dios y a los demás

Y vosotros hijos, hijos mayores sobre todo, ayudad a vuestras madres en esa tarea, con amor filial, con sentido de familia, con espíritu cristiano” (n.6) (31).

J.- Los Indígenas

*** Allocución de Juan Pablo II a los Indígenas, Manaus (Brasil), 10 de Julio de 1980**

En su viaje pastoral a tierras de Brasil, quiso Juan Pablo II hacerse presente también entre los “indios de la Amazonía”. No quiso marcharse sin encontrarse con ellos y dirigirles una palabra de esperanza y de apoyo. Nos ha parecido oportuno recordar algunas de sus palabras:

“Mi saludo sobre todo es para vosotros todos, para aquellos a los que vosotros representáis. La vuestra es una presencia muy agradable para el Papa en este viaje que está haciendo por el Brasil, y ahora en la predilecta Amazonía. Está haciendo este viaje especialmente para encontrarse con vosotros. (...)”

Las primeras palabras del Santo Padre son claras: “la Iglesia y el Papa os quieren, os quieren mucho por todo lo que sois y representáis. Vosotros sois personas humanas y “llamados a pertenecer a Cristo” (cf. Rm.1,6); vosotros sois también hijos de Dios.

Confío a los poderes públicos y a los demás responsables los votos que formulo en este encuentro con vosotros de todo corazón en el nombre del Señor: que a vosotros, cuyos antepasados fueron los primeros habitantes de esta tierra, habiendo tenido y teniendo sobre ella un particular derecho a lo largo de las generaciones, os sea reconocido el derecho de habitarla en paz y serenidad, sin el temor -verdadera pesadilla- de ser echados en beneficio de otros, sino seguros de tener un espacio vital, que será la base no sólo para vuestra supervivencia, sino también para la preservación de vuestra identidad como grupo humano, como verdadero pueblo y nación.

A esta compleja y espinosa cuestión deseo que se dé una respuesta ponderada, oportuna, inteligente, para el bien de todos. Así se respetará y favorecerá la libertad de cada uno de vosotros como personas humanas y de todos vosotros como un pueblo y una nación”.

*** Discurso de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de Guatemala (4-III-1994).**

Cumpliendo con su tarea de “confirmar a los hermanos en la fe” y de “mostrar su solicitud por todas las Iglesias”, Juan Pablo II acoge a los obispos de Guatemala y les ofrece su palabra de aliento, de orientación y de luz:

- La nueva evangelización promoverá la conversión

La nueva evangelización deberá preservar las riquezas espirituales de vuestro pueblo y favorecer en todos una conversión cada vez más coherente con el Evangelio; ella ha de llevar a todos los fieles a penetrar cada vez mas en el misterio de Cristo. (n.2).

Las grandes verdades de la fe, que la liturgia nos recuerda cíclicamente, deben ser propuestas al pueblo cristiano de forma viva, actual y atractiva para suscitar una mayor participación personal y comunitaria, y corroborar así la adhesión firme a los misterios que se celebran.

Vosotros (...) habéis sido puestos por Dios para enseñar con autoridad la verdad revelada, lo cual conlleva la función de vigilancia para prevenir los errores (n.3).

- La defensa de los indígenas

Mirando la realidad de vuestro país con los ojos de la fe, habéis reiterado incansablemente la necesidad de reconciliación y perdón, en un esfuerzo por lograr, mediante el diálogo y los medios pacíficos, la superación del enfrentamiento armado y los persistentes antagonismos, desequilibrios e intereses contrapuestos, que obstaculizan el proceso de paz. La causa de la justicia y de la paz es plenamente asumida por la Iglesia en su servicio al hombre, particularmente al más necesitado (cf. SRS 41). (...)

En este marco adquiere especial relieve vuestra Carta colectiva “Quinientos años sembrando el Evangelio” con la que habéis hecho un apremiante llamado a favor de un sector de vuestro pueblo, particularmente afligido por la pobreza y el abandono: los indígenas. (...) La Iglesia no puede quedarse en silencio ni pasiva ante la marginación de muchos de estos hermanos nuestros; por eso, los acompaña, siguiendo en todo momentos los criterios de paz y amor del Evangelio, en especial cuando se trata de defender los legítimos derechos a sus propiedades, al trabajo, a la educación y a la participación en la vida pública del país (n.4) (32).

*** Discurso de Juan Pablo II en la presentación de Cartas Credenciales del embajador de México ante la Santa Sede, Sr. Javier Moctezuma Barragán (24-Febrero-2004).**

Entre las numerosas cosas que afirma el Santo en este Discurso, nos fijamos en llamada de atención que hace sobre los pueblos indígenas:

Especial atención requieren los pueblos indígenas, tan numerosos en México y, relegados a veces al olvido. En la basílica de Guadalupe, al canonizar al indio Juan Diego, tuve oportunidad de señalar que “la noble tarea de edificar un México mejor, más justo y solidario, requiere la colaboración de todos. En particular, es necesario apoyar hoy a la los indígenas en sus legítimas aspiraciones, respetando y defendiendo los auténticos valores de cada grupo étnico. ¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan a México!” (n.4).

NOTAS - MINISTERIO DE LA CARIDAD

1.- Juan Pablo II: “Mensaje en la 75 Jornada misionera”.

* Juan Pablo II: “El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada y en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social” (Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 50).

* Juan Pablo II: “Mensaje al Obispo Geraldo Majella Agnello, presidente de la Conferencia Episcopal Brasileña, con ocasión de la Campaña de Fraternidad de 2004.

En este mensaje el Santo Padre pone de relieve:

- el agua es un bien necesario para la tierra y para la vida de todos y de cada uno de los seres humanos,
- el agua adquiere en el Bautismo plenitud de significado espiritual como fuente de vida sobrenatural,

Como don de Dios que es, el agua es instrumento vital, imprescindible para la supervivencia y, por consiguiente, derecho de todos. Hay que prestar atención a los problemas causados por su patente escasez en muchas zonas del mundo, y no sólo en Brasil. No es el agua un recurso ilimitado. Su uso racional y solidario exige la colaboración de todos los hombres de buena voluntad con las autoridades gubernamentales para conseguir una tutela eficaz del medio ambiente, considerado como don de Dios” (Ecclesia, n.3197; 30-III-2004; 26).

2.- Juan Pablo II: Alocución en Nigeria

* Juan Pablo II: “En el empeño por los pobres, no ha de olvidarse aquella forma especial de pobreza que es la privación de los derechos fundamentales de la persona, en concreto el derecho a la libertad religiosa y el derecho, también, a la iniciativa económica” (Encíclica: “Sollicitudo Rei Socialis”, 42).

2a.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Tertio Millennio Adveniente” (1994),50

2b.- Juan Pablo II: “Mensaje de Juan Pablo II para el XXIV Día Mundial del Turismo, 27 de septiembre de 2003; n.3.

2c.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica “Christifideles Laici” (1988), 41.

2d.- Juan Pablo II: Encíclica “Evangelium vitae” (1995), 27

2e.- Juan Pablo II: Homilía en la Misa de Beatificación de cuatro Siervos de Dios de Polonia (18-VIII-2002).

2f.- Juan Pablo II: Encíclica “Veritatis Splendor” (1993), 15

2g.- Juan Pablo II: Encíclica “Veritatis Splendor” (1993), 22

2h.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio ineunte” (2001); 49

2i.- Juan Pablo II: Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis” ((1987), 40

2j.- Juan Pablo II: Homilía en la Misa de Beatificación de cuatro Siervos de Dios de Polonia (18-VIII-2002).

2k.- Juan Pablo II: Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis” (1987), 39

2l.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Dies Domini” (1998), 69

2ll.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Dies Domini” (1998), 71

3.- Juan Pablo II: “Encíclica: “Sollicitudo Rei Socialis”; PPC, Madrid, 1987; 28.

* Juan Pablo II: “Homilía en la beatificación de la Sierva de Dios Madre Teresa de Calcuta (19-X-2003). “Ecclesia”, n.3177; 1-XI-2003; 26-27.

* Juan Pablo II: “Discurso a los peregrinos reunidos en Roma para la beatificación de la Madre Teresa de Calcuta (20-X-2003); “Ecclesia”, n.3177; 1-XI-2003; 28-29.

* Comisión Episcopal de la Conferencia Episcopal Española: “la Iglesia y los pobres” (21-II-1994); “Ecclesia”, n.2687, 2688 y 2689; 4, 11 y 18-VI-1994; 26-38; 24-38; 32-38.

* Conferencia Episcopal Española: “La Caridad de Cristo nos apremia”. Reflexión en torno a la “eclesialidad” de la acción caritativa y social de la Iglesia”. Edice. Madrid. 2005.

* Fernando Fuente Alcántara: “Una visión de la pobreza desde la ética cristiana”; “Ecclesia”, n.2687; 4-VI-1994; 6-9.

* Luis González-Carvajal Santabábara: “En defensa de los humillados y ofendidos”. Los derechos humanos ante la fe cristiana”. Sal Terrae. Santander. 2005.

* José María Mardones: “Recuperar la justicia”. Religión y política en una sociedad laica-“. Sal Terrae. Santander. 2005.

4.- Juan Pablo II: “Mensaje para la 75ª Jornada Misionera Mundial”.

5.- Juan Pablo II: “Discurso en la XXXIV Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas”; 2-X-1979.

6.- Juan Pablo II: “Exhortación apostólica: “Ecclesia in Africa”, San Pablo. Madrid, (1995).

* Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica Postsinodal: “Ecclesia in America”; San Pablo. Madrid, (1999):

“Los Padres sinodales han manifestado su preocupación por la deuda externa que afecta a muchas naciones americanas, expresando de este modo su solidaridad con las mismas. Ellos llaman la atención de la opinión pública sobre la complejidad del tema, reconociendo “que la deuda externa es frecuentemente fruto de la corrupción y de la mala administración” (Propositio, 75). (...) La gravedad de la situación es aún más comprensible, si se tiene en cuenta que “ya el mero pago de los intereses es un peso sobre la economía de las naciones pobres, que quita a las autoridades la disponibilidad del dinero necesario para el desarrollo social, la educación, la sanidad y la institución de un depósito para crear trabajo” (Pontificia Comisión “Iustitia et pax”. “Al servicio de la comunidad humana: una consideración ética de la deuda internacional” (27-XII-1986).

7.- Juan Pablo II: “Encíclica “Redemptoris Mater”; Grafikás Ediciones. Almería; 1987; n.37

8.- Juan Pablo II: “Encíclica “Redemptoris Mater”, ibd., n.37

* Juan Pablo II acogió a la Madre Teresa de Calcuta, hoy Beata teresa de Calcuta: “Esta monja reconocida universalmente como Madre de los pobres, deja un ejemplo elocuente para todos, creyente y no creyentes. Nos deja el testimonio de la contemplación que se transforma en amor, y del amor que se convierte en contemplación. Las obras que llevó a cabo hablando por sí

mismas y manifiestan a los hombres de nuestro tiempo el alto significado de la vida que desgraciadamente parece que a menudo se pierde.

Le gustaba repetir “servir a los pobres para servir a la vida”. La Madre Teresa no perdía ocasión de subrayar en todo momento el amor por la vida. Sabía por experiencia que la vida consigue todo su valor, aún en medio de las dificultades y contradicciones, cuando encuentra el amor. Y siguiendo el Evangelio se ha hecho “buen Samaritano” de toda persona que ha encontrado, de cada existencia en crisis sufriente y despreciada” (Del Ángelus; 7-IX-1997).

9.- Juan Pablo II: “Exhortación Apostólica: “Iglesia en Asia”; San Pablo. Madrid, n.34.

10.- Juan Pablo II: “Discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana”, n.4; 21-XII-1984; cf. Puebla, 1145.

* Juan Pablo II: “La opción o amor preferencial por los pobres es una opción o forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes. Pero hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor; no se puede olvidar la existencia de esta realidad. Ignorarlo significaría parecernos al “rico Epulón” que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta” (“Encíclica “Sollicitudo Rei Socialis”, n.42).

“Estas preocupaciones acuciantes por los pobres -que, según la significativa fórmula, son “los pobres del Señor”- debe traducirse, a todos los niveles, en acciones concretas hasta alcanzar decididamente algunas reformas necesarias. Depende de cada situación local determinar las más urgentes y los modos para realizarlas; pero no conviene olvidar las exigidas por la situación de desequilibrio internacional que hemos descrito” (Ibd. n. 43).

* Juan Pablo II: “Homilía en su Viaje Pastoral a Santo Domingo; 11-X-1984.

En esta Homilía, el Santo Padre hace un discernimiento sobre la opción preferencial por los pobres. Lo presentamos resumiendo los criterios de este discernimiento.

Comienza el Papa afirmando que “esa importante y urgente tarea (de promoción de la justicia, de opción preferencial por los pobres, ha de realizarla la Iglesia en una línea de fidelidad al Evangelio que prohíbe el recurso al método del odio y violencia.

- ha de realizarla manteniendo una opción preferencial por el pobre que no sea (...) exclusiva ni excluyente, sino que se abra a cuantos quieran salir de su pecado y convertirse de corazón;

- ha de realizarla sin que esa opción signifique ver al pobre como clase, como clase en lucha, o como Iglesia separada de la comunión y obediencia a los pastores puestos por Cristo,

- ha de ser realizada sin que el imprescindible esfuerzo de transformación social exponga al hombre a caer tanto bajo sistemas que le priven de su libertad y le sometan a programas de ateísmo, como de materialismo práctico que lo expolien de su riqueza interior y trascendente.

- ha de realizarla sabiendo que la primera liberación que ha de procurarse al hombre es la liberación del pecado, del mal moral que anida en su corazón, y que es causa del “pecado social” y de las estructuras opresoras”.

* Comisión Episcopal de Pastoral Social de la Conf. Episcopal Española: “La Iglesia y los pobres”; EDICE. Madrid. (21 de Febrero de 1994)

* Conferencia Episcopal Española: “La Caridad en la vida de la Iglesia” EDICE. Madrid; 15-20 de Noviembre de 1994.

* José María Guerrero: “Espaldarazo a Puebla desde Brasil. Juan Pablo II y la opción preferencial para los pobres” (Ecclesia; n.1994: 16-23 agosto 1980; 40-43).

El autor afirma que “Juan Pablo II no frena la opción preferencial por los pobres ni la suaviza. Al contrario, la confirma y alienta con fuerza. Quiero concretizar las líneas de fuerza de su pensamiento sobre la opción por los pobres en los siguientes puntos”:

- La realidad: una versión gigantesca de la parábola del rico Epulón
- “No digáis que es voluntad de Dios...”

- La Iglesia no puede callar la injusticia
- Optar desde una perspectiva evangélica
- El objetivo: Jesucristo
- No por los caminos del odio
- Sí a un progreso que mejore la calidad de la vida.
- Conclusión

11.- Juan Pablo II: “Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”, n. 16; 12-X-1992.

12.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”; ibd., n.49

* Juan Pablo II afirma: “El cristiano, que se asoma a este panorama (de la pobreza), debe aprender a hacer un acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza” (Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”, 50).

12a.- Juan Pablo II: Homilía durante la misa celebrada en el Yankee Stadium (Nueva York), 2 de octubre de 1979

* Juan Pablo II: “Abrid a la potestad salvífica de Cristo los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y el desarrollo. ¡No tengáis miedo! (...) Cristo es nuestra justicia y nuestra paz, y todas nuestras acciones de justicia y paz brotan de esta fuente de energía insustituible que es luz para la gran tarea que tenemos ante nosotros. (...) A lo largo de este camino que lleva la Iglesia hacia el hombre, ésta no sólo ofrece, al tratarse de justicia y paz, los frutos terrenos del Evangelio; trae al hombre, a cada persona humana, la fuente auténtica de aquellas: Jesucristo mismo, nuestra justicia y nuestra paz” (n.7).

13.- Juan Pablo II: “Discurso en la sede de la ONU en Nairobi (Kenia, 1985).

* Juan Pablo II: “Un desarrollo solidario puede ofrecer también respuesta a los objetivos de la sostenibilidad, teniendo presente no sólo una simple defensa del ambiente o una referencia abstracta a las necesidades de las generaciones futuras, sino más bien las exigencias de la justicia, de la equitativa distribución de los recursos y de la obligación de cooperar. Son exigencias esencialmente humanas hacia las cuales la Iglesia católica está siempre atenta para apoyarlas y favorecer su puesta en práctica de modo correcto y completo”. (Mensaje del Santo Padre para la XXIV Jornada Mundial de la Alimentación 2004).

13a.- Juan Pablo II: “Mensaje para el XXIV Día Mundial del Turismo, 27 de septiembre de 2003, n.3).

14.- Juan Pablo II: Discurso en Nigeria, 1982,

* Blas Pascal afirmó: “El conocimiento de Dios sin el de la miseria humana engendra orgullo. El conocimiento de esta miseria sin el de Dios engendra desesperación. El conocimiento de Jesucristo es el medio: en Él conocemos a Dios y a nuestra miseria” (“Pensamientos”, n.75. Ed. Chevalier. París).

15.- Juan Pablo II: “Bula Incarnationis Mysterium”, ibd., 29-XI-1998; n.12.

* Juan Pablo II afirma: “Se debe reestructurar el entero sistema económico del mundo. Un sistema económico internacional que conceda prioridad ética al desarrollo de los países y de toda persona humana” (“Mensaje para la III Jornada Mundial de la alimentación”, 12-October de 1983).

* Juan Pablo II afirma: “ Las zonas de miseria o de hambre que existen en nuestro globo hubieran podido ser fertilizadas en breve tiempo si las gigantescas inversiones de armamentos que sirven a la guerra y a la destrucción, hubieran sido cambiadas en inversiones para el alimento que sirvan a la vida” (Encíclica: “Redemptor hominis”, n. 16; EDIBESA. Madrid.

15a.- Juan Pablo II: Mensaje al Sr. Jacques Diouf, director general de la FAO, con ocasión de la Jornada Mundial de la Alimentación”; 4-X-2000; “Ecclesia”, n.3021; 4-IX-2000.

*Juan Pablo II: “Mensaje a los participantes en la conferencia sobre el tema: “El empresario: responsabilidad social y globalización (Ecclesia, n.3197; 20-III-2004).

16.- “Palabra”; abril-2005; número extra 495. (“...Cuando un amigo se va”).

* Card. José Saraiva Martins: “El “Evangelio del sufrimiento en el Magisterio de Juan Pablo II” (Vatican.va/roman_curia-congregations/csaints/documents/rc_con_csaints-...). 23/06/2005.

“Desde niño, el Santo Padre experimentó el sufrimiento. Tal vez lo sintió por primera vez de modo intenso con la muerte prematura de su madre. La segunda guerra mundial y la pobreza, así como la dura situación creada por el comunismo que dominaba en Polonia, formaron al joven Karol en la dura

“escuela del sacrificio y del dolor”. Él mismo, con ocasión de su 50º aniversario de ordenación sacerdotal escribió: “Para evitar la deportación a trabajos forzados en Alemania, en el otoño de 1940 empecé a trabajar como obrero en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química de Solvay. (...) Estaba presente cuando, durante el estallido de una carga de dinamita, las piedras golpearon a un obrero y lo mataron. Quedé profundamente desconcertado: “Levantaron el cuerpo, en silencio avanzaban- Abatidos, sentían en todo el agravio” (“Don y Misterio”. BAC Madrid 1996; 22-23

“En esa misma línea, su pontificado quedó pronto marcado por una impronta muy particular. El 13 de mayo de 1981, alrededor de las cinco de la tarde, mientras recorría la plaza de San Pedro para saludar a los fieles, lo hirió gravemente un tiro disparado por la pistola del terrorista turco Alí Agca.

Tan pronto como se restableció, emprendió el proyecto de una carta apostólica dedicada al sentido cristiano del sufrimiento humano. Así vio la luz la “Salvifici doloris” (11-II-1984).

16a.- “Ecclesia”, n.3249; 19 de marzo de 2005; 31.

17.- Los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral de la Conferencia Episcopal Española escriben un mensaje con motivo del “Día de los enfermos en el que se dirigen de manera peculiar a los “profesionales de la salud”.

-“La Campaña del enfermo 2005 nos brinda la oportunidad de acercarnos a un grupo significativo del mundo de la salud: sus Profesionales (n.1).

- “Hombres y mujeres que realizan su trabajo en torno a la salud y la enfermedad, y que hacen de su profesión un servicio a la vida, bien primario y fundamental de la persona humana. (...) Para la Iglesia -y también para la sociedad- es una ocasión magnífica de reconocer y agradecer su labor, de prestarles atención, acompañarles en su tarea y enriquecernos con sus aportaciones” (n.1).

- “Ellos son el capital humano con que cuenta nuestra sociedad para realizar sus fines de educar y promover la salud, prevenir la enfermedad y asistir y cuidar a los enfermos” (n.2).

- “Los profesionales de la salud viven también la experiencia de la enfermedad y de la vulnerabilidad en su vida. Muchos son “sanadores heridos” que necesitan, como todos, cercanía, respaldo, apoyo y ayuda para vivir sus experiencias de forma sana y saludable” (n.9).

- “Los profesionales cristianos han de redescubrir igualmente la dimensión pública en su vida cristiana, asumiendo la responsabilidad de lo que significa ser cristianos, y viviendo como tales. Animamos a los profesionales de la salud cristianos a dar testimonio evangélico en el ejercicio de su profesión, a fomentar su participación activa en los organismos eclesiales y comunidades cristianas y a formar grupos, especialmente la Asociación PROSAC, como medio de promover un laicado cristiano en el mundo de la salud” (n.10).

- “Que María, Madre de la Salud y modelo de servicio y atención a los hermanos, nos ayude a ser presencia que acoge, escucha y acompaña” (n.10) (“Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral”).

* Juan Pablo García Maestro: “La gratuidad de Dios y el sufrimiento del inocente” en “Staurós. Teología de la cruz. núm. 42 y 43; segundo semestre 2004 y primer semestre 2005; 97-128.

* Julio Lois Fernández: “El silencio de Dios y el sufrimiento del hombre”, en “Staurós”, Teología de la cruz. Núm 42 y 43; Segundo semestre 2004 y primer semestre 2005; 161-184.

17a.- Juan Pablo II: Discurso a la Conferencia Episcopal de Burundi” (Bujumbura, 5-IX-1990); “Ecclesia”, n.2495; 29-IX-1990; 29-31.

* Juan Pablo II: Discurso a la Conferencia Internacional sobre la mente humana” (17-XI-1990; “Ecclesia”, n.2507; 22-XII-1990; 22-25

17b.- Juan Pablo II: Discurso al personal sanitario y a los enfermos en su visita pastoral al Policlínico “Humberto I” (19-12-1993; “Ecclesia, n.2670; 5-II-1994; 27-28.

* Juan Pablo II: “Encuentro con los religiosos, las religiosas y los voluntarios en su visita pastoral al Policlínico “Humberto I” (19-XII-1993); “Ecclesia”, n.2670; 5-II-1954; 29-30.

17c.- Juan Pablo II: “Mensaje con motivo de la Segunda Jornada Mundial del Enfermo, 11-II-1994; “Ecclesia”, núms.. 2665-2666; 1-8-I-1994; 37-40.

* Juan Pablo II: Catequesis en la Audiencia general del miércoles: “Dignidad y apostolado de los que sufren”, 27-IV-1994; “Ecclesia”, n. 2686; 28-V-1994; 20-21.

17d.- Juan Pablo II: Saludo a los enfermos en Fátima (Portugal): 13-Mayo-2000. "Ecclesia", n.2998; 27 de mayo de 2000; 25.

17e.- Juan Pablo II: Homilía con ocasión del Jubileo de la Comunidad con los Discapacitados (3-XII-2000); Ecclesia, n.3027; 16-XII-2000; 24-25.

* Juan Pablo II: Discurso de Juan Pablo II al término de la manifestación jubilar de la Comunidad con los Discapacitados (3-XII-2000); Ecclesia, n.3027; 16-XII-2000; 26.

* Congregación para la Doctrina de la Fe: "Las oraciones para obtener de Dios la curación"; 14-IX-2000; Diócesis de Coria-Cáceres; Boletín Oficial, enero 2001; 87-98.

17f.- Juan Pablo II: "Mensaje de Juan Pablo II para el Jubileo en las cárceles"; 24 de junio de 2000; "Ecclesia", n.3005; 15 de julio de 2000; 18-20.

17g.- Juan Pablo II: "Mensaje de Juan Pablo II para el Jubileo de las Cárceles" (9-VII-2000); www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages.

17h.- Juan Pablo II: "Homilía en la cárcel romana de "Regina coeli", con ocasión del Jubileo en las cárceles.9-VII-2000; www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii.

18.- Card. Renato Raffaele Martino: "la Cárcel, "lugar teológico" donde se encuentra a Dios" (Archivo informático de la Santa Sede. Traducción de Ecclesia; Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres. Marzo-Abril. 2005; 433-439).

18a.- Juan Pablo II: "Homilía a los trabajadores en Saint-Denis". París; 31 de mayo de 1980.

19.- Juan Pablo II enseña que "hace falta esta mirada de amor para darnos cuenta de que el hermano que está a nuestro lado, con la pérdida de su trabajo, de su casa, de la posibilidad de mantener dignamente a su familia y de dar instrucción a sus hijos experimenta un sentimiento de abandono, extravío y desconfianza. Hace falta la creatividad de la caridad" (Mensaje en Polonia, 2002).

* Juan Pablo II afirma: "A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. Este es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la

programación pastoral” (“Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 49).

* Juan Pablo II enseña que “se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva “imaginación de la caridad”, que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante sino como un compartir fraterno. Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como “en su casa”. (...) Sin esta forma de evangelización llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras” (Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 50).

* Juan Pablo II: “Discurso a los trabajadores de Terni (Italia); 19-III-1981.

19a.- Juan Pablo II: Alocución a un grupo de trabajadores en la festividad de San José (19-III-1994); “Ecclesia”, n.2684; 14-V-1994; 37-38.

19b.- Catequesis en la Audiencia general del miércoles: “El trabajo, un camino hacia la santidad”, 20-IV-1994; “Ecclesia”, n.2684; 14-V-1994.

19c.- Juan Pablo II: Discurso en la celebración del Jubileo de los artesanos: 19-III-2000. “Ecclesia”, n.2993; 15-IV-2000; 33-34.

19d.- Juan Pablo II: “Homilía en el Jubileo de los trabajadores” (1-V-2000); “Ecclesia”, n.2996; 13-V-2000; 30-31.

20.- Juan Pablo II: Discurso. Nigeria. 1998

21.- Juan Pablo II: “Discurso en la XXXIV Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas”; 2-X- 1979

21a.- Juan Pablo II: “Christifideles Laici”, ibd., 47

21b.- Juan Pablo II: “Mensaje con ocasión de la cumbre de las Naciones Unidas”; 22-IX-1990; “Ecclesia”, n.2507; 22-XII-1990; 27 y 29.

21c.- Juan Pablo II: “Carta del papa a los niños en el Año de la Familia” (13-XII-1994). “www.conferenciaepiscopal.es/documentos/cartas.htm

21d.- Juan Pablo II: Discurso con ocasión del CLX aniversario de la Obra Pontificia de la Infancia Misionera (14-VI-2003). “Ecclesia”, n.3159; 28 de junio de 2003; 32.

22.- Juan Pablo II: “Mensaje para la cuaresma”, 2004.

23.- Juan Pablo II: “Mensaje para la cuaresma”, 2004.

24.- Juan Pablo II: Discurso. Nigeria 1982

25- Juan Pablo II: Discurso en la Isla Gorea (Senegal. 1992).

25a.- Juan Pablo II: Encíclica “Laborem exercens”, (14-IX-1981); 23c. “Encíclicas de Juan Pablo II”; Edibesa. Madrid. 1993.189-295.

25b.- Juan Pablo II: Mensaje en la “Jornada del Emigrante”. A su Eminencia Rvdma. El Señor Card. Sebastián Baggio (14-IX-1982). (Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado. Diócesis de Coria-Cáceres; 453-459).

26.- Juan Pablo II: Homilía en su visita a Guadalupe (Cáceres). Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; Noviembre de 1982; 528-533.

* Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes: “Erga migrantes caritas Christi”. Instrucción. Edice. Madrid. 2004.

26a.- Juan Pablo II: Mensaje para el “Día del Emigrante” (15 de agosto de 1986); Boletín Oficial de la Diócesis de Coria-Cáceres, Octubre de 1986; 733-741.

26b.- Juan Pablo II: “Alocución a la Comisión Católica Internacional para las Migraciones” (5-VII-1990); “Ecclesia”, n.2492; 8 de septiembre de 1990; 27-28.

26c.- Juan Pablo II: “Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante”, 25-VII-1990; “Ecclesia”, n.2493; 15 de septiembre de 1990; 18-20.

26d.- Juan Pablo II: “Discurso al Cuerpo Diplomático en el “State House” de Dar es Salaam (1-IX-1990); “Ecclesia”, n.2494; 22 de septiembre 1990; 19-21

26e.- Juan Pablo II: “Mensaje con motivo de la Jornada Mundial del Emigrante” (31-VII-1992); n.3; “Ecclesia” 2597 (12-IX-1992; 1368.

* Pontificio Consejo “Cor unum” y pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes: “Los refugiados, un desafío a la solidaridad” (17-XI-1992); Boletín O. del Obispado de la Diócesis de Coria-Cáceres; 692-717.

27.- Juan Pablo II: Discurso en el campo de refugiados de Deheisheh, en las cercanías de Belén (22-III-2000); “Ecclesia”, n.2991; 1-IV-2000; 31.

28.- Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del Jubileo de los Emigrantes e Itinerantes”; 4-VI-2000; “Ecclesia, n.3001-02; 17 y 24 de junio de 2000; 30-31.

29.- Juan Pablo II: Discurso a los campesinos. Oaxaca. Méjico, 29-I-1979.

29a.- Juan Pablo II: “Homilía en la Misa de beatificación de Sor Ángela de la Cruz. Sevilla; 5-XI-1982. BAC popular. Madrid; 143-149.

29b.- Juan Pablo II: Discurso a los participantes en el Jubileo del Mundo agrícola: 11-XI-2000; Ecclesia, n.3026; 36-37.

* Card. A. Sodano: “El verdadero progreso de la agricultura debe estar al servicio del hombre”. Carta del card. Sodano al presidente de la Junta Nacional de las Semanas Sociales de España, José T.Raga, 21-V-1994; “Ecclesia, n.2688; 11-VI-1994; 10-11.

30.- Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del Jubileo del Mundo Agrícola (12-XI-2000); “Ecclesia”. n.3024; 25-XI-2000; 26-27.

31.- Juan Pablo II: Discurso a los hombres del mar en la plaza del Obradoiro (Santiago de Compostela. España): 9-XI-1982); BAC popular, Madrid. 1982; 251-255.

32.- Juan Pablo II: Discurso a la Conferencia Episcopal de Guatemala, 4-III-1994; “Ecclesia”, n.2690; 25-VI-1994; 30-32.

VIII

MIRANDO AL FUTURO

Juan Pablo II ha sido un Papa que ha mirado y preparado el futuro de la Iglesia. Su Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte” (2001) así lo pone de relieve. En ella, el Santo Padre nos invita a todos a “remar mar adentro, “Duc in altum!” (n.1).

“Yo quisiera transmitir a todos, ese mensaje que el Papa tantas veces nos ha repetido en estos últimos años: “Duc in altum”, “rema mar adentro”, frente a todas las dificultades. Es un mensaje que quedará para toda la comunidad cristiana” (1)

1.- “¡Caminemos con esperanza!”

- Exhortación a la esperanza

Juan Pablo II exhorta a todos a vivir en esperanza, a transmitir esperanza a los que la han perdido, ya que “no podemos vivir sin esperanza. Hay que tener una finalidad en la vida, un sentido para nuestra existencia. Tenemos que aspirar a algo. Sin esperanza comenzamos a morir” (1a)

- Manantial de la esperanza

“La esperanza viene de Dios, de nuestra fe en Dios. Sin fe en Dios no puede haber una esperanza duradera, auténtica. Dejar de creer en Dios es empezar a deslizarse por un sendero que sólo puede llevar al vacío y a la desesperación” (1b)

- Contenido de la esperanza cristiana

El Santo Padre concreta el contenido de la esperanza cristiana de la siguiente manera:

+ “La actitud fundamental de la esperanza, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad, para hacerla conforme al proyecto de Dios” (1c).

+ “La fe cristiana y la esperanza cristiana miran más allá de la muerte. Pero ni la fe ni la esperanza son mero consuelo en el más allá. Transforma ya ahora nuestra vida terrena” (1d). Por eso, Juan Pablo II afirma: “la espiritualidad del cristiano no es una espiritualidad de huida o rechazo del mundo; tampoco se reduce a una simple actividad de orden temporal. Impregnada por el Espíritu de vida, derramado por el Resucitado, es una espiritualidad de transfiguración del mundo y de esperanza en la venida del reino de Dios” (1e).

- ¡Caminemos con esperanza!

“Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo” (2).

“El Cristo contemplado y amado ahora nos invita una vez más a ponernos en camino: “Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt.28,19).

El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda” (Rm.5,5) (3).

“Ha sido y se le reconocerá como un Papa abierto al futuro, lleno de esperanza que alienta al mundo al comenzar este nuevo milenio, y que se encuentra, como él mismo definió, temeroso de sí, temeroso del futuro” (4).

Juan Pablo II invita a toda la iglesia a realizar la tarea que le ha encomendado el Señor.

“Es el momento de que cada Iglesia, reflexionando sobre lo que el Espíritu ha dicho al Pueblo de Dios en este especial año de gracia, más aún, en el período más amplio de tiempo que va desde el Concilio Vaticano II al Gran Jubileo, analice con fervor y recupere un nuevo impulso para su compromiso espiritual y pastoral” (5).

2.- Seguid trabajando en la viña del Señor

El Santo Padre nos invita a trabajar abriéndonos al futuro con fuerza e ilusión. En este trabajo que nos espera y al que no debemos dar la espalda hemos de dar la prioridad a la oración, personal y comunitaria. Esto significa

que hemos de respetar un principio teológico de validez universal: la primacía de la gracia de Dios (6).

No estemos ociosos ni nos quedemos indiferentes ante la llamada e invitación del Señor a ir a trabajar en su viña. Siempre tienes un sitio en la viña del Señor. Tú también. Nuestro mundo tiene necesidad de nuevos y santos evangelizadores que con nuevo ardor, con las ascuas encendidas del Espíritu y con nuevas expresiones anuncien a Jesucristo, Redentor y Salvador del hombre, en los nuevos areópagos, en las nuevas plazas del mundo, a todos los hombres haciéndolos discípulos de Jesucristo.

3.- La primacía de la gracia de Dios

Rechacemos todo signo de pelagianismo, es decir, de autosuficiencia y orgullo ya que “sin Cristo nada podemos hacer”, y, por el contrario, “con su gracia todo lo podemos alcanzar”. “Toda nuestra suficiencia viene de Dios”. Al final de nuestra vida hemos de decir: “siervos inútiles somos; hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

Recordemos las palabras de San Pablo: “¿qué tienes que no hayas recibido, y si lo has recibido por qué te glorías como si fuera tuyo?” .

Tengamos siempre presentes las palabras de Jesús: “ He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20).

El Espíritu santo se nos ha dado también como aliento para el camino del servicio apostólico. No estamos solos.

En esta misma línea, Juan Pablo II manifiesta:

“Hay una tentación, que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, “no podemos hacer nada” (Jn.15,5).

Cuando no se respeta este Principio - la primacía de Cristo y, en relación con Él, la primacía de la vida interior y de la santidad-, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada” (Lc.5,5).

Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que hable por nosotros con toda su fuerza: duc in altum! En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: “en tu palabra, echaré las redes” (7).

4.- Los retos actuales

- * Desequilibrio ecológico que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta.

- * Los problemas de la paz amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas.

- * El vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños.

Juan Pablo II hace, una vez más, una vigorosa llamada al respeto de la vida de cada ser humano desde la concepción hasta su ocaso natural, y llama la atención a cuantos se valen de las nuevas potencialidades de la ciencia, especialmente en el terreno de las biotecnologías, para que nunca ignoren las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano” (8).

5.- Hacia una programación pastoral

Juan Pablo II hace una afirmación básica que debemos recordar y retener: “No se trata de de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar. Para vivir en él la vida trinitaria y transformar con Él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (9).

Después de ofrecer este principio fundamental, el Santo Padre nos dice que “es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuada a las condiciones de cada comunidad” (10).

Para concretar este programa y adecuarlo a los pueblos, naciones, parroquias..., el Papa dice que las Iglesias locales son el lugar y ámbito en los que Los Pastores, ayudados por la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, pueden establecer los objetivos y métodos de trabajo y de formación de los agentes pastorales, así como la búsqueda de los medios necesarios que hagan posible que el anuncio de Jesucristo llegue a las

personas, modele las comunidades e influya real y profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura” (11).

6.- Algunas prioridades pastorales

El Santo Padre, siempre solícito por las Iglesias y atento a sus necesidades, ofrece a todos una serie de prioridades pastorales con el deseo de que sean tenidas en cuenta por todos los Pastores a la hora de establecer nuestras prioridades pastorales.

A) La santidad:

“La perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad”. Hacer hincapié en la santidad es hoy más que nunca una urgencia pastoral (12). Tengamos presentes que “los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno”. Nos invita el Papa a que propongamos una “pedagogía de la santidad verdadera que sea capaz de adaptarse a cada persona (13).

B) La oración:

“Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas “escuelas de oración”, donde el encuentro con Cristo no se exprese sólo en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato del corazón”. Una oración intensa que sin embargo no aparta del compromiso en la historia” (14).

C) La Eucaristía dominical:

“El mayor empeño se ha de poner en la liturgia, “cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y fuente de donde mana toda su fuerza. Es preciso dar un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo. (...). La participación en la Eucaristía sea, para cada bautizado, el centro del domingo. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente” (15).

D) El sacramento de la reconciliación:

“Deseo pedir una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la reconciliación. (...) ¡No debemos

rendirnos, queridos hermanos sacerdotes, ante las crisis contemporáneas!” (16).

E) La escucha de la Palabra:

“Esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la palabra de Dios. (...) Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la “lectio divina”, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia” (17).

F) El anuncio de la Palabra:

“Alimentarnos de la Palabra para ser “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio”. He repetido muchas veces en estos años la “llamada” a la nueva evangelización. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés (18).

En este sentido, el Santo Padre nos pide :

- un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos
- el cristianismo del tercer milenio debe responder mejor a esta exigencia de inculturación.
- la pastoral juvenil (19).

No es fácil la tarea, pero tengamos confianza nos acompaña la Stma. Virgen María en el camino de la misión: “Nos acompaña en este camino -de la misión- la Stma. Virgen...Ella es “Estrella de la nueva evangelización”. “La indico como aurora luminosa y guía segura de nuestro camino” (20).

G) Apostar por la caridad

A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. Este es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral. (...) Nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre (21).

(...) Hemos de actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como “en su casa” (22).

Podrá parecernos o resultarnos difícil llevar a cabo estas prioridades pastorales que nos propone Juan Pablo II. No nos desanimemos. Pongámonos en marcha. No estamos solos. Contamos con la presencia y la ayuda del Señor, con el aliento del Espíritu Santo, con el acompañamiento de los hermanos de la Comunidad cristiana, con la presencia de Santa María.

H) Hacia una Sociedad Nueva

*** Allocución a los constructores de la sociedad pluralista (Salvador de Bahía. Brasil; 6 de Julio de 1980).**

Todo hombre es constructor de la sociedad en que vive. El Santo Padre cita un texto del Concilio Vaticano II que dice:

“A los laicos corresponde asumir la instauración del orden temporal, como misión propia, y, en ella, guiados por la luz del Evangelio y por el pensamiento de la Iglesia y movidos por la caridad cristiana, actuar directamente y de forma concreta; como ciudadanos cooperar con los demás conciudadanos según la competencia específica y bajo la propia responsabilidad; buscar en todas artes y en todas las cosas la justicia del Reino de Dios” (AA, 7).

En todos vosotros veo a los constructores del Brasil de hoy y de mañana. (...) Vosotros estáis llamados a construir el futuro de vuestro país; un futuro de paz, de prosperidad, de concordia, que quedará asegurado solamente cuando todos los ciudadanos -cada uno según las propias responsabilidades, pero alentados por una y única preocupación común- sepan realizar y mantener vigentes relaciones sociales fundadas en el respeto del bien común, que sitúa en el centro de todas las cosas al hombre, criatura de Dios” (n.2).

Si el cuadro fascinante de fuerza y capacidad creadora y constructiva del hombre que la sociedad actual presenta suscita en nosotros una gran impresión y maravilla, no menos impresionante es el marco de la alienación a la que con frecuencia se ve reducida la sociedad (n.3) (...).

Tengo el deber de proclamar en alto la Palabra de Dios: “Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los constructores” (Sal.126,1).

Es la respuesta que la Iglesia debe dar, sobre todo hoy: no se edifica la sociedad sin Dios, sin la ayuda de Dios. Sería una contradicción. Es Dios la garantía de una sociedad a medida del hombre: en primer lugar, porque Él ha impreso la suprema nobleza de su imagen y semejanza en la intimidad del hombre, y además, porque Cristo ha venido a reconstruir esta imagen, deformada por el pecado, y como “Redentor del hombre”, lo ha conducido de nuevo a la dignidad insuprimible de su origen primitivo. Las estructuras externas –comunidades y organismos internacionales, Estados, ciudades, actividades de cada uno- deben subrayar esta realidad, concederle el espacio necesario; en caso contrario, dichas estructuras se hunden o se reducen a una fachada sin alma” (n.4).

La Iglesia, fundada por Cristo, nuestra al hombre de hoy el camino que debe seguir para construir la ciudad terrena, que es preludio -aunque no exento de contradicciones- de la ciudad celeste (n. 4).

El Santo Padre invita a todos a comprometerse a favor de Brasil:

“Depende de todos vosotros y de cada uno que el futuro de Brasil sea un futuro de paz, que la sociedad brasileña sea una convivencia en la justicia. Creo que ha llegado el momento en el que todo hombre y toda mujer de este inmenso país debe tomar una resolución y comprometer decididamente las riquezas de su talento y de su conciencia para dar a la vida de la nación una base que debe garantizar un desarrollo de las realidades y de las estructuras sociales de la justicia.

Hermanos y hermanas. ¡No tengáis miedo de mirar hacia delante, de caminar hacia delante (...) Un mundo nuevo debe surgir, en nombre de Dios y del hombre. ¡No miréis hacia atrás! (n.9).

NOTAS - MIRANDO AL FUTURO

1.- Mons. Elías Yanes: “Juan Pablo II ha impulsado a toda la comunidad cristiana al compromiso” (Signo, n.2; Año 2005; Marzo-Abril; p. 11).

1a.- Juan Pablo II: “Discurso en los Ángeles. USA, 1987,

* Juan Pablo II afirma: a la esperanza “hay que prestarle una atención particular, sobre todo en nuestro tiempo, en el que muchos hombres, y no pocos cristianos, se debaten entre la ilusión y el mito de una capacidad infinita de autorredención y de realización de sí mismo, y la tentación del pesimismo al sufrir frecuentes decepciones y derrotas” (Catequesis en la Audiencia General; Roma 3-VII-1991).

* Juan Pablo II afirma: “Los diversos mesianismos secularizados, que han intentado sustituir la esperanza cristiana, se han revelado después como verdaderos y propios infiernos” (Jornada Mundial de la Juventud; Roma – 2000).

* Juan Pablo II: “Hoy no basta despertar la esperanza en la interioridad de las conciencias; es preciso cruzar juntos el umbral de la esperanza” (Catequesis. Audiencia General. Roma, 11-XI-1998).

1b.- Juan Pablo II: “Discurso en los Ángeles. USA, 1987.

1c.- Juan Pablo II: Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente”, n.46, 1994).

1d.- Juan Pablo II: Discurso en Salzburgo, Austria, 1988.

1e.- Catequesis en la Audiencia General; Roma, 2-XII-1998).

2.- Juan Pablo II: Carta Apostólica: “Novo Millennio Ineunte”; BAC-documentos. Madrid. 2001; 58.

3.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 58

4.- Mons. A. Cañizares: “Declaraciones”

5.- Juan Pablo II: “Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”, ibd., n.3.

6.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd. 38

- 7.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd. 38
- 8.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd. 51
- 9.- Juan Pablo II: “Novo Millennio ineunte”, ibd. 29
- 10.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 29
- 11.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 29
- 12.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 31
- 13.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd. 31
- 14.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 33
- 15.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 35
- 16.- Juan Pablo II: “Novo millennio Ineunte”, ibd., 37
- 17.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 39
- 18.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 40
- 19.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 40
- 20.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 58
- 21.- Concilio Vaticano II: Constitución pastoral de la Iglesia: “Gaudium et Spes”, 22
- 22.- Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, ibd., 50.

IX

¿DE DÓNDE NACÍA LA FUERZA INTERIOR DE JUAN PABLO II?

“¿En qué suelo vital arraigan las raíces de un hombre que ha cambiado la historia de Europa, que ha determinado el rumbo de la Iglesia católica durante más de veinticinco años y se ha convertido en una referencia moral para millones de hombres de toda cultura, religión y geografía?”

“¿De qué fuentes originales ha bebido y en qué manantiales se ha seguido abrevando hasta estos últimos días en que el dolor y el resuello le agotan hasta el borde del abismo?” (1). La fe y la obediencia a Dios eran el manantial de donde sacaba las fuerzas necesarias para realizar el ministerio que el Señor le concedió por puro amor y gracia.

La vitalidad de Juan Pablo no era sólo física, sino también espiritual nacida de su fe sincera en Dios, de su intensa oración que le movían a entregar toda su vida, aun en los momentos de suma debilidad a causa de la enfermedad, por el Evangelio. Permanece en nuestras retinas y corazones la imagen impresionante, sobrecogedora y estremecedora de Juan Pablo II cuando aparece por última de forma pública sin poder articular ya una sola palabra y con gestos de inmenso dolor. Apuró las últimas gotas del cáliz de su ministerio. Hasta el final. Lo dio todo; se dio a sí mismo total y gratuitamente por la humanidad. No sintió pudor alguno para manifestarse ante la sociedad en una situación de debilidad y fragilidad, de dolor y sufrimiento, de “kenosis”.

“También desde el sufrimiento ha ejercido el ministerio de confirmar en la fe y en el seguimiento de Jesucristo a los cristianos.

También la cruz se ha convertido en “cátedra” de proclamación del Evangelio, del amor y de la esperanza” (Mons. Ricardo Blázquez).

A continuación ofrecemos esos manantiales de los que bebió.

1.-Jesucristo, manantial inagotable del dinamismo del Papa

Les ofrezco testimonios de algunas personas que nos hablan de su amor entrañable a Jesucristo.

“El amor de Cristo fue la fuerza dominante de nuestro amado Santo Padre; quien lo ha visto rezar, quien le ha visto predicar, lo sabe. Y así, gracias a este profundo enraizamiento en Cristo, ha podido llevar un peso que va más allá de las fuerzas puramente humanas: ser pastor de la grey de Cristo, de su Iglesia universal” (2).

Juan Pablo II profesó un profundo y entrañable amor a Jesucristo. Impresionaba la actitud de recogimiento del Papa en su oración personal y en la celebración de la Eucaristía. Era un verdadero contemplativo, forjado en la escuela de los grandes místicos españoles, san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Jesús. No dudó en invitar a los cristianos, al comenzar el tercer Milenio, a que contemplásemos, sin reparos y en profundidad, el rostro de Jesucristo, “camino, verdad y vida” (NMI 16).

El mismo Juan Pablo II nos indicaba el sendero que debíamos tomar y recorrer para llegar a ser contemplativos. Nos decía que a la contemplación se llega a través del silencio y de la oración y que esa contemplación nos llevaría a confesar con gozo y valentía a Jesús de Nazaret como verdadero Hijo de Dios, y a decir como el apóstol Tomás: “¡Señor mío y Dios mío! (Jn.20,28) (2a).

“Su historia ha sido la de un amor apasionado a Cristo, a quien ha seguido sin reservas, con una disponibilidad y obediencia heroicas en la entrega diaria y crucificada de su vida hasta los últimos momentos de su crudelísima enfermedad” (3).

2.- La oración, fuerza que sostuvo al Juan Pablo II

Otro de los manantiales donde Juan Pablo II bebió el agua viva que le daba su fuerza interior fue la oración. “Quisiera subrayar el resorte de toda su vida: la oración. (...) Ha sido en su capilla privada donde maduraba sus decisiones importantes. Y esta intimidad con Dios le proporcionaba una serenidad por encima de toda prueba” (Card. Roger Etchegaray).

No hay duda; la fuerza del ministerio de Juan Pablo II nacía de la oración intensa y frecuente con Dios. Juan Pablo II era un hombre orante que ponía toda su confianza y su fuerza en el Señor. Alguien que lo ha visto rezar

en la intimidad y soledad con el Señor decía que le hablaba como si estuviera allí con Él. Fue un hombre de fe profunda, de esperanza inquebrantable y de amor universal. Fue un hombre de Dios. Fue un santo. Estuvo rezando hasta que perdió la conciencia. “La oración, decía, no significa sólo que podemos decir a Dios todo lo que nos agobia. Orar significa también callar y escuchar lo que Dios nos quiere decir”.

Podemos afirmar que el secreto de su dinamismo misionero, de sus firmes convicciones, de su capacidad para acoger las críticas, de ser signo de contradicción, de su apertura y acogida a todos, de su fortaleza para convivir con el sufrimiento y la cruz, viviéndolos siempre en humildad ante Dios, ha sido su profundísima experiencia de Dios en quien siempre se ha apoyado.

¡Cuántas veces rezaría con el Salmista este salmo!: “Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque Tú vas conmigo”. Ha sido, sobre todo, un hombre de oración”.

¡Cuántas veces repetiría aquellos versos de San Juan de la Cruz: “Yo sé la fonte que mana y corre, aunque es de noche”.

Intentemos imitarlo con la ayuda de la gracia divina. Necesitamos ser testigos de Dios para poder anunciarlo y comunicarlo a los demás. La Iglesia se rejuvenece cuando aparecen en ella evangelizadores nuevos, evangelizadores santos, evangelizadores que hayan hecho la experiencia hodna de Dios. En efecto, “los hombres de hoy escuchan mejor a los testigos que a los maestros, y si escuchan a estos es porque son testigos” (Pablo VI).

No hay nada peor que la rutina, la inercia, el desencanto, el cansancio, la pérdida de la esperanza como si ya nada pudiera hacerse en el ámbito de la transmisión de la fe cristiana, en el ámbito de la catequesis...Recordemos cómo el Señor animaba a Pablo a proseguir evangelizando porque “de aquel pueblo, donde estaba Pablo, muchos habían sido elegidos para formar parte del Pueblo de Dios”. El Señor no abandona a su pueblo, a su Iglesia sino que la fortalece con su presencia y la alienta con el Espíritu Santo.

3.- La devoción filial y entrañable a la Virgen María

Juan Pablo II tenía una gran devoción filial a la Santísima Virgen María. Se consagró totalmente a María. Así lo expresó con las palabras: “Totus tuus” (=todo tuyo), que expresaban su amor y devoción a la Madre de Dios.

Juan Pablo II nos ha dejado su propio testimonio en un libro que recoge el diálogo que mantuvo con André Frossard. De este diálogo ofrecemos lo siguiente: “Supuso un viraje en mi vida. (...) Fue entonces cuando cayò en

mis manos este libro (“Tratado sobre la excelentísima devoción a la Virgen María de San Luis María Grignón de Monfort). (...) Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de sosa (en Solvay). (...) Releí una y otra vez algunos de sus pasajes. Pronto advertí que, independientemente de la forma barroca del libro, allí se trataba de algo fundamental. Entonces ocurrió que la devoción de mi niñez e, incluso de mi adolescencia hacia la Madre de Cristo cedió paso a una actitud nueva, una devoción que procedía de lo más profundo de mi fe, como del mismo corazón de la realidad trinitaria y cristológica. Si antes me contenía por temor a que la devoción mariana tomara la delantera a la de Cristo, en lugar de cederle el paso, al leer el tratado de Grignón de Monsfort comprendí que, en realidad, ocurría algo muy distinto. Nuestra relación interior con la Madre de Dios dimana orgánicamente de nuestra vinculación al misterio de Cristo. Por tanto, es imposible que se estorben entre sí. (...)

“La verdadera devoción a la Virgen Santísima se reafirma con mayor fuerza en aquel que avanza en el misterio de Cristo, Verbo encarnado y en el misterio trinitario de la salvación que se centra en Él. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza en conocerlo y amarlo, el propio Cristo le señala a su Madre, como hizo en el Calvario con su discípulo Juan. (...) Cuanto más se ha centrado en la realidad de la redención mi vida interior, más claro he visto que la entrega a María (...) es el mejor medio de participar con provecho y eficacia de esta realidad para extraer de ella y compartir con los demás unas riquezas inefables (...) Mi devoción mariana así modelada (...) vive en mí desde entonces. Es parte integrante de mi vida interior y de mi teología espiritual” (citado por María Pilar Vila Griera: “Juan Pablo II, un Papa consagrado a María”, en “Ephemerides Mariologicae”; Enero-Junio 2006; 21-40).

El Card. J.Ratzinger manifiesta, por su parte: “Divina misericordia: el Santo Padre ha encontrado el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. Él, que había perdido a su madre en tierna edad, tanto más amaba a la Madre divina. (...) Y gracias a la Madre ha aprendido a adaptarse a Cristo” (4).

Mons. Juan-José Omella Omella escribe que Juan Pablo II tenía “un amor filial y entrañable a la Virgen María. Su vida y su ministerio estaban confiados a la protección de María (...) A Ella, Madre de la Iglesia, le confiaba todas sus preocupaciones de pastor universal. De ella aprendió a ser discípulo dócil de Jesucristo” (4a).

3.1.- Los orígenes de la “devoción mariana” de Juan Pablo II

El propio Juan Pablo nos explica cómo surgió en él la devoción a la Stma. Virgen María:

“Al referirme a los orígenes de mi vocación sacerdotal, no puedo olvidar la trayectoria mariana. La veneración a la Madre de Dios en su forma tradicional me viene de la familia y de la parroquia de Wadowice. (...). Cuando me encontraba en Cracovia, en el barrio Debniki, entre en el grupo del “Rosario Vivo”, en la parroquia salesiana.. Allí se veneraba de modo especial a María Auxiliadora.(...) Estaba yo convencido de que María nos lleva a Cristo, pero en aquel período empecé a entender que también Cristo nos lleva a su Madre.

El origen del “Totus tuus” deriva de San Luis María Grignion de Montfort. Es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: “Totus tuus ego sum et omnia mea Tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor Tuum, María”. Elegir el “Totus tuus”, como lema de su Ministerio Petriño, muestra con claridad cuán sincera fue su consagración a la Virgen María ya desde su adolescencia y su gran deseo de poner su Pontificado bajo el amparo y la protección de la Stma. Virgen María. .

De ese modo, gracias a San Luis, empecé a descubrir todas las riquezas de la devoción mariana desde una perspectiva en cierto sentido nueva. (...) Sobre la base de estas experiencias espirituales fue perfilándose el itinerario de oración y contemplación que orientó mis pasos en el camino hacia el sacerdocio, y después en todas las vicisitudes sucesivas hasta el día de hoy” (5).

El Card. Antonio María Rouco dijo: “En su testamento espiritual Juan Pablo II pone su vida entera en manos de la Virgen, a quien se consagró totalmente con su lema “Totus tuus”. Como hizo Cristo en la cruz, también él ha querido, al salir de este mundo, dejarnos en manos de María” (5a).

3.2.- El Papa invoca a la Stma. Virgen María

¡Yo te saludo María, Mujer pobre y humilde, bendecida por el Altísimo! Virgen de la esperanza, profecía de los tiempos nuevos, nos asociamos a tu himno de alabanza para celebrar las misericordias del Señor, para anunciar la venida del Reino y la liberación total del hombre.

¡Yo te saludo María, Humilde sierva del Señor, gloriosa Madre de Cristo! Virgen fiel, santa morada del verbo, enséñanos a perseverar en la escucha de la Palabra, a ser dóciles a la voz del Espíritu, atentos a sus llamadas en la intimidad de nuestra conciencia y a sus manifestaciones en los acontecimientos de la historia.

¡Yo te saludo María, Mujer de dolor, Madre de los vivientes! Virgen esposa fiel junto a la cruz, nueva Eva, sed nuestra guía en las rutas del mundo, enséñanos a permanecer contigo junto a las innumerables cruces sobre las cuales tu Hijo todavía es crucificado.

¡Yo te saludo María, Mujer de fe, primera entre los discípulos! Virgen, Madre de la Iglesia, ayúdanos a dar cuenta siempre de la esperanza que hay en nosotros, teniendo confianza en la bondad del hombre y en el amor del Padre. Enséñanos a construir el mundo, desde lo interior: en la profundidad del silencio y de la oración, en la alegría del amor fraterno, en la fecundidad irremplazable de la cruz” (6).

Oración de Juan Pablo II

“En la fiesta de tu Inmaculada Concepción,
vuelvo a venerarte oh María,
a los pies de esta imagen, que desde la Plaza de España entrega
a tu mirada materna esta antigua,
y para mí tan querida, ciudad de Roma.

He venido aquí, esta tarde, a rendirte el homenaje
de mi devoción sincera. Es un gesto en el cual
se unen a mí, en esta Plaza, innumerables romanos,
cuyo afecto me ha acompañado siempre
en todos los años de mi servicio en la Sede de Pedro.

Reina de la Paz, ¡Ruega por nosotros!
A Ti se dirige nuestra mirada con más fuerte intensidad,
a Ti recurrimos con más insistente confianza

en estos tiempos marcados por no pocas incertidumbres y temores
por la suerte presente y futura de nuestro planeta.

A Ti, primicia de la humanidad redimida por Cristo,
finalmente liberada de la esclavitud del mal y del pecado,
elevamos juntos una súplica emocionada y confiada:
Escucha el grito de dolor de las víctimas
de las guerras y de tantas formas de violencia,
que ensangrientan la tierra.

Disipa las tinieblas de la tristeza y de la soledad,
del odio y de la venganza.

¡Abre la mente y el corazón de todos a la confianza y al perdón!
Reina de la Paz, ¡Ruega por nosotros!
Madre de misericordia y de esperanza,
obtén para los hombres y mujeres del tercer milenio
el don precioso de la paz:
paz en los corazones y en las familias, en las comunidades y entre
los pueblos;
paz sobre todo para aquellas naciones
donde se sigue combatiendo y muriendo diariamente.

María, Reina de la Paz,
¡Danos a Cristo, verdadera paz del mundo! (6a).

3.3.- Juan Pablo II suplica la protección de María.

He aquí cómo el Santo Padre expresaba su convicción cierta de estar amparado y protegido por la Virgen María:

“He experimentado constantemente en mi vida la presencia amorosa y eficaz de la Madre del Señor. María me acompaña cada día en el cumplimiento de la misión de ser el Sucesor de Pedro”.

El Card. J. Ratzinger afirmó: “El Santo Padre ha encontrado el reflejo más puro de la misericordia divina en la Madre de Dios. Él, que había perdido a su madre en tierna edad, tanto más amaba a la Madre Divina. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si se las dijera a él personalmente: “He ahí a tu madre”. Y ha hecho como el discípulo predilecto: la ha acogido en lo más íntimo de su ser (Jn.19,27).”Totus tuus”. Y “gracias a la Madre ha aprendido a adaptarse a Cristo” (7).

- Oración de Juan Pablo II para crecer en santidad

Auxilio de pecadores, siempre dispuesta al perdón y a la intercesión.
Obténme las gracias que me sean necesarias
para encaminar rectamente mi vida, rechazar enérgicamente el pecado,
huir de sus ocasiones y poner los mejores medios para purificarme
según el divino designio
y así encaminarme hacia quien es la Vida misma. Amén (7a).

- Oración de Juan Pablo II para vivir la reconciliación

¡Oh Madre de la Reconciliación!
Tú, que por tu humildad, como primicia, recibiste el don,
obténme del Señor su bondad y que viva de la gracia su moción.
Amén.(7b).

- Oración de Juan Pablo II por la Paz

Dios de infinita misericordia y bondad,
Con corazón agradecido te invocamos hoy en esta Tierra que en otros
tiempos recorrió San Pablo.
Proclamó a las naciones la verdad de que en Cristo
Dios reconcilió al mundo consigo.
Que tu voz resuene en el corazón de todos los hombres y mujeres
cuando los llames a seguir el camino de la reconciliación y paz,
y a ser misericordiosos como Tú (7c).

3.4.-Acto de Consagración de todos los pueblos a María

“¡Oh Madre de los hombres y de los pueblos! Tú que conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, que azotan el mundo moderno, escucha nuestro grito que, impulsados por el Espíritu Santo, dirigimos directamente a tu Corazón: abraza con amor de madre y de esclava del Señor este nuestro mundo humano, que te confiamos y te consagramos, llenos de inquietud por el destino terreno y eterno de los hombres y de los pueblos.

De modo especial te confiamos y consagramos a aquellos hombres y aquellas naciones que tienen una necesidad particular de esta confianza y de esta consagración (...)

¡Escucha, oh Madre de Cristo, este grito cargado con el sufrimiento de todos los hombres! ¡Cargado con el sufrimiento de sociedades enteras! Ayúdanos con la fuerza del Espíritu Santo a vencer todo pecado: “el pecado del mundo”, el pecado en todas sus manifestaciones. Que se revele una vez más en la historia del mundo el infinito poder salvífico de la redención. ¡Poder del Amor misericordioso! ¡Que éste detenga el mal! ¡Transforme las conciencias! ¡Que en tu Corazón Inmaculado se descubra para todos la luz de la esperanza!” (Ecclesia, 2164 (3-III-1984) 264-265).

4.- Escritos de Juan Pablo II sobre María

4.1.- Carta Encíclica “Redemptoris Mater” (1987).

El Santo Padre regaló a la Iglesia y a todas las personas del mundo esta hermosa encíclica dedicada a María. En ella presenta a María en el misterio de Cristo y de la Iglesia, superando así tendencias mariológicas distintas.

Destacamos estas enseñanzas:

* La primacía de la gracia de Dios en María

+ El Concilio Vaticano enseña con claridad meridiana:

“Redimida de un modo eminente, en atención a los futuros méritos de su Hijo y a Él unida con estrecho e indisoluble vínculo está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas” (LG 53).

María es “llena de gracia”, porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y cumple precisamente en ella” (n.9). Como afirma el Concilio, María es “Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas” (LG 53). Por eso, “no es extraño que entre los Santos Padres fuera común llamar a la Madre de Dios toda santa e inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura” (LG 56).

+ Juan Pablo II en la misma dirección que el Concilio afirma de María:

- María es la Madre de Dios (Theotokos), ya que por obra del Espíritu Santo concibió en su seno virginal y dio al mundo a Jesucristo, el Hijo de Dios consubstancial al Padre (...) A su vez, el dogma de la maternidad divina de María fue para el Concilio de Éfeso y es para la Iglesia como un sello del dogma de la encarnación, en la que el Verbo asume realmente en la unidad de su persona la naturaleza humana sin anularla” (n.4).

- “En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la

herencia del pecado original. De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir, de su existencia, es de Dios, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el “Amado”, el Hijo del eterno Padre, que mediante la encarnación se ha convertido en su propio Hijo. Por eso, por obra del Espíritu Santo, en el orden de la gracia, o sea de la participación en la naturaleza divina, María recibe la vida de aquel al que ella misma da la vida como madre en el orden de la generación terrena” (n.10).

- “Conviene reconocer que, antes que nadie, Dios mismo, el eterno Padre, se entregó a la Virgen de Nazaret, dándole su propio Hijo en el misterio de la encarnación. Esta elección suya al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios, a nivel ontológico, se refiere a la realidad misma de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo (unión hipostática)” (n.39).

Todo lo que es, tiene y hace María es obra amorosa y gratuita de Dios en ella: en María hemos de descubrir siempre la presencia y la obra de Dios en ella y por ella. María no se puede entender sin Dios, sin Jesucristo, sin la gracia divina. María misma lo confiesa llena de gozo y humildad: “se alegra mi espíritu en el Señor porque ha hecho grandes cosas en mí”. María, sostenida y ayudada por la gracia divina, responde a Dios con su entrega total: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

María ha aceptado el protagonismo de Dios en su vida. Dios tenía la iniciativa en su vida. Ella estaba siempre en actitud de escucha de Dios en lo cotidiano de su historia. María es la celebrante silenciosa y humilde de un misterio que la habitaba, la constituía y la explicaba, y que sólo Ella conocía. María era la celebrante de Dios en el corazón de la vida y de la historia sencilla de Nazaret. Si imitamos a María podremos mirar el pasado con gratitud y no con miedo, vivir el presente con pasión y no con pasividad y abrirnos al futuro con esperanza y no con indiferencia. El cristiano sabe que aunque camine por cañadas oscuras, nada teme porque el Señor va con él (cf. Sal.22). Ser cristiano nos exige tomar conciencia de que Dios nos ama y de que nosotros debemos vivir en humildad ante Dios y amar a los demás como hermanos.

* El anuncio del Ángel a María

“Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando donde ella estaba, dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”.

La joven se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quién pondrás por nombre Jesús”.

“¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?”

El ángel le contestó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios”.

* María responde al Ángel

Quiso Dios que precediera a la Encarnación del Verbo la aceptación por parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así contribuyera a la vida (cf. LG 56). María al consagrarse con su Sí a la persona y a la obra de Jesús cooperó, siempre según los designios divinos y con la gracia de Dios, a la salvación de los hombres.

María da el consentimiento, después de haber escuchado todas las palabras del mensajero. Dice: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38). “María se conforma a los insondables designios de Dios en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino” (n.14).

“Las palabras “he aquí la esclava del Señor” expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como donación total de sí, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo. Y toda su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo, la vivió hasta el final de acuerdo con su vocación a la virginidad” (8).

Este “fiat” de María ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del misterio divino. “Las palabras “he aquí la esclava del Señor” expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como donación total de sí, de su persona, al servicio de los designios salvíficos del Altísimo” (n.39).

De esta manera María entra en el misterio de Jesucristo por designio gratuito y amoroso de Dios, que ella, con la gracia divina, acoge en la obediencia de la fe y sin el impedimento de pecado alguno. María se entrega a Dios en una disponibilidad perfecta que le lleva a realizar la voluntad del Señor.

* El “Magnificat” de María

Cuando Isabel saludó a su pariente que llegaba de Nazaret, María respondió con el Magnificat que brotó y salió de su fe profunda (n.35) y que constituye una inspirada profesión de su fe, en la que la respuesta a la palabra de la revelación se expresa con la elevación espiritual poética de todo su ser hacia Dios (n.36).

En las palabras del Magnificat se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón. Resplandece en ellas un rayo del misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad, el eterno amor que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre” (n. 36). Solo un alma contemplativa como María puede proclamar y cantar el “Magnificat” (8a).

María es “la primera en participar de la nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva “autodonación” de Dios. Por esto proclama: “Ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo” (n.36). María hace la experiencia de Dios como “misericordia que se extiende de generación en generación”. Dios se acuerda siempre del hombre y de la mujer con misericordia. No nos dejará tirados y abandonados para siempre en las cunetas de la historia. Él nos acogerá y como Buen Pastor nos llevará con Él. No defraudemos a Dios.

En el Magnificat de María, la Iglesia encuentra vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la poca fe en Dios” (n.37).

Las palabras de María “reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar: “se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador. Porque “la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre...resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2) (n.36).

El Santo Padre manifiesta que “en su arrobamiento, María confiesa que se ha encontrado en el centro mismo de esta plenitud de Cristo. Es consciente de que en ella se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, “a favor de Abraham y su descendencia para siempre, que en ella, como madre de Cristo, converge toda la economía salvífica en la que, “de generación en generación”, se manifiesta aquel que, como Dios de la Alianza, se acuerda “de la misericordia”.

“El Dios de la Alianza, cantado por la Virgen de Nazaret en la elevación de su espíritu, es a la vez el que “derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos, los colma de bienes y a los ricos

los despiden vacíos..., dispersa a los soberbios...y conserva su misericordia para los que le temen” (n.37). Sólo un alma contemplativa, como María, es capaz de proclamar el cántico del Magnificat.

Juan Pablo II, prosiguiendo su meditación sobre el Magnificat, afirma: “María está profundamente impregnada del espíritu de los “pobres de Yahvé”, que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en Él toda su confianza (cf. Sal.25; 31,35). En cambio, ella proclama la venida del misterio de la salvación, la venida del “Mesías de los pobres” (cf. Is.11,4; 61,1).

“Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia Él por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión” (n.37).

* María, mujer creyente

La historia entera de María está puesta bajo el amor y la gracia de Dios y bajo el signo de su fe y obediencia.

María es el fruto esplendoroso de la gracia divina y ha sido esculpida por el Espíritu Santo. El protagonista de la persona y de la vida de María es el Espíritu Santo. María es mujer habitada y guiada por el Espíritu Santo. María es mujer obediente al Espíritu Santo.

María es mujer creyente: “La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG 58). “Creer quiere decir “abandonarse” en la verdad misma de la palabra del Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente “¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!” (Rm.11,33). María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado en el centro mismo de aquellos “inescrutables caminos” y de los “insondables designios” de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino” (n.15) (9).

Veamos a continuación cómo María fue mujer creyente en su vida:

En la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando “la obediencia de la fe” a Aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando “el homenaje del entendimiento y de la voluntad”. Ha respondido con todo su “yo” humano, femenino, y en esta respuesta de fe

estaban contenidas una cooperación perfecta con “la gracia de Dios que previene y socorre” y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones” (LG.56) (...) María ha pronunciado este “fiat” por medio de la fe. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y “se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su hijo” (n.13). K. Rahner escribe a este respecto: “quede claro que María es también nuestra madre en sentido verdadero, porque con el libre “Sí” que pronunció, concibió a su Hijo para la salvación del mundo, y tiene, por tanto, un papel decisivo en la historia salvífica y no sólo en la historia de la vida privada de Jesús. Y así, por ejemplo, se dice que María es madre de Jesús y madre nuestra, madre del Cristo total, de la cabeza y de los miembros” (María, Madre del Señor”, p.41).

En la Presentación del Niño al Señor en el Templo de Jerusalén. El anuncio de Simeón parece como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incompreensión y en el dolor. (...) Este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación y le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa” (n.16).

En lo cotidiano de Nazaret, María vivió un misterio que sólo conocía ella. En humildad y silencio, en fe y confianza, vivió su consagración a Dios y a su Hijo que concibió primero en su mente por la fe y después en sus entrañas por obra del Espíritu Santo (San Agustín).

Juan Pablo II presenta a María en el hogar de Nazaret:

+ “Después de la muerte de Herodes, cuando la sagrada familia regresa a Nazaret, comienza el largo período de la vida oculta. La que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc.1,45) vive cada día el contenido de estas palabras, vive cada día el contenido de estas palabras” (n.17) (n.10).

+ “A lo largo de la vida oculta de Jesús en la casa de Nazaret, también la vida de María está “oculta con Cristo en Dios” por medio de la fe. Pues la fe es un contacto con el misterio de Dios. María constante y diariamente está en contacto con el misterio inefable de Dios que se ha hecho hombre, misterio que supera todo lo que ha sido revelado en la Antigua Alianza. Desde el momento de la anunciación, la mente de la Virgen-Madre ha sido introducida en la radical “novedad” de la autorrevelación de Dios y ha tomado conciencia del misterio” (n.17) (11).

+ María, durante muchos años, permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo, y avanzaba en su itinerario de fe, a medida que Jesús “progresaba en sabiduría, en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc.2,52) (...) Hallándose al lado del hijo, bajo un mismo techo y “manteniendo fielmente la unión con su Hijo”, “avanzaba en la peregrinación de la fe” (cf. LG,58). (n.17).

En las bodas de Caná: María está presente en una boda en Caná, a la que fue invitado también Jesús con sus discípulos. “María está presente como Madre de Jesús y de modo significativo contribuye a aquel “comienzo de las señales”, que revelan el poder mesiánico de su Hijo. “Aunque la respuesta de Jesús a su madre ante la falta de vino parezca un rechazo, a pesar de esto, María se dirige a los criados y les dice: “Haced lo que Él os diga” (Jn.2,5). (...) En el texto joánico se delinea ya la “nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea, la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades” (n.22).

El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone “en medio”, o sea, hace de mediadora no como persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede -más bien “tiene el derecho de”- hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los hombres (n.22) (12).

El Santo Padre explica la naturaleza la mediación de María con estas palabras del Concilio Vaticano II: “la misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia”, porque “hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también” (ITim.2,5). Esta función materna brota, según el beneplácito de Dios, “de la superabundancia de los méritos de Cristo...de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud” (LG 60) (13). Todos los motivos que encontramos en María para tributarle culto son don de Cristo, privilegios dados a ella por Dios, para que fuera la Madre del Verbo Encarnado.

María al pie de la cruz de su Hijo Jesús. María vivió en la oscuridad de la fe siempre. También al pie de la cruz de su Hijo María “no sin designio divino se condolió vehementemente con su Hijo y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima

engendrada por Ella misma y por fin fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo moribundo en la Cruz...” (14).

Recordemos las palabras de Juan Pablo II:

“María “mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz (LG 58); la unión por medio de la fe, la misma fe con la que había acogido la revelación del ángel en el momento de la anunciación” (...).

En la anunciación, María había escuchado unas palabras sobre su Hijo: “Él será grande...el Señor Dios le dará el trono de David, su padre..., reinará sobre la casa de Jacob...” (Lc.1,32-33). Y he aquí que, estando junto a la cruz, María es testigo, humanamente hablando, de un completo desmentido de estas palabras. Su Hijo agoniza sobre aquel madero como un condenado.

“Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores...despreciable y no le tuvimos en cuenta”, casi anonado (cf. Is.53,35). ¡Cuán grande, cuán heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María ante los “insondables designios de Dios! ¡Cómo se “abandona en Dios” sin reservas, “prestando el homenaje del entendimiento y de la voluntad” DV,5), a aquel cuyos caminos son inescrutables. Y a la vez ¡cuán poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuán penetrante es la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza!

“Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento (cf. Fil.2,5-8). A los pies de la cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda kénosis de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora; pero a diferencia de la de los discípulos que huían, era una fe mucho más iluminada” (n.18) (15).

Recordamos estas palabras del Papa: “Aquella que estaba unida al Hijo de Dios por vínculos de sangre y de amor materno, allí, al pie de la cruz, vive esa unión en el sufrimiento. Ella sola, a pesar del dolor del corazón de madre, sabía que ese sufrimiento tenía un sentido. Tenía confianza -confianza a pesar de todo- en que se estaba cumpliendo la antigua promesa: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras tú acechas su calcañal” (Gn.3,15). Y su confianza fue confirmada cuando el Hijo agonizante se dirigió a ella: “¡Mujer!”. En aquel momento, al pie de la cruz, ¿podía esperar que tres días después la promesa de Dios se cumpliría? Esto será siempre un secreto de su corazón. Sin embargo, sabemos una cosa: ella, la primera entre todos los seres humanos, participó en

la gloria del Hijo resucitado. Ella -como creemos y profesamos- fue elevada al cielo en cuerpo y alma para experimentar la unión en la gloria, para alegrarse junto al Hijo por los frutos de la misericordia divina y obtenerlos para los que buscan refugio en ella” (15a).

* María, “discípula perfecta de Jesucristo

Juan Pablo II afirma que “entre los creyentes, María es como un “espejo”, donde se reflejan del modo más profundo y claro las “maravillas de Dios” (Hech.2,11) (n.25). Pablo VI, por su parte, llamó a María “la primera y más perfecta discípula de Cristo” (MC 35). Juan Pablo II, por su parte, dirá: “A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre se abría cada vez más a aquella “novedad” de la maternidad, que debía constituir su “papel” junto al Hijo...María madre se convertía así, en cierto sentido, en la primera “discípula” de su Hijo, la primera a la cual parecía decir “sígueme”, antes incluso de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona” (n.20) (15b).

Los dos rasgos que definen al discípulo de Jesús son: “la respuesta obediente a la llamada del Señor” (Jn.15,16) y “el seguimiento de Jesús”(Mc.1,17; 3,14). María cumple en sí estos rasgos de forma excelente. Su “hágase en mí” es la respuesta a la llamada de Dios y su estar siempre al lado de su Hijo Jesús es signo claro del seguimiento pleno y total.

* María participa en la única mediación de Cristo, por gracia de Dios.

Teniendo en cuenta lo que escrito, el Santo Padre afirma: “se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone “en medio”, o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede -más bien “tiene el derecho de”- hace presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los hombres.

“La mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno, que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada.

En efecto, si “jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor”, al mismo tiempo “la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación,

participada de la única fuente; y así “la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas” (LG 62).

La enseñanza del Concilio Vaticano II presenta la verdad sobre la mediación de María como una “participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo (LG 62)” (n.38). “María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya “asunta a los cielos” (n.41).

* María glorificada por Dios para siempre,

Esta es la enseñanza del Concilio Vaticano II:

“La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el curso de la vida terrena, en alma y en cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan (Apoc.19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte” (LG 59) (16).

Juan Pablo II, por su parte, afirma: “con el misterio de la Asunción a los cielos se han realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación de Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado: “todos vivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego, los de Cristo en su Venida” (ICort.15,22-23).

* María intercede por nosotros

María sigue intercediendo por nosotros: “Asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. (...) “Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada” (LG. 62) (17).

* María en el misterio de Jesucristo:

“Si es verdad que el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22), es necesario aplicar este principio de modo particular a aquella excepcional “hija de las generaciones humanas”, a aquella “mujer” extraordinaria que llegó a ser Madre de Cristo. Sólo “en el misterio de Cristo se esclarece” plenamente “su misterio”. El misterio de la

Encarnación le ha permitido penetrar y esclarecer cada vez mejor el misterio de la Madre del Verbo Encarnado” (n.4).

María es introducida definitivamente en el misterio de Cristo a través de este acontecimiento: la anunciación del ángel. Acontece en Nazaret, en circunstancias concretas de la historia de Israel, el primer pueblo destinatario de las promesas de Dios. Por eso decía Hans Urs von Balthasar: “si se separa artificialmente a Cristo de su Madre o de la Iglesia, deja de ser ante la piedad cristiana históricamente concebible, se vuelve algo abstracto, un ser que como un aerolito cae del cielo y después de nuevo sube al cielo, sin enraizarse concretamente en la tradición pasada y futura de los hombres” (“María, primera Iglesia”. Madrid. 1982, p.84).

Juan Pablo II afirma además que “si es verdad que el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado -como proclama el Concilio Vaticano II (GS 22), es necesario aplicar este principio de modo particular a aquella excepcional “hija de las generaciones humanas”, a aquella “mujer” extraordinaria que llegó a ser Madre de Cristo. Sólo “en el misterio de Cristo se esclarece” plenamente “su misterio”. El misterio de la encarnación le ha permitido penetrar y esclarecer cada vez mejor el misterio de la Madre del Verbo encarnado” (n.4).

Por su fe, María “se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo” (n.15).

María está presente en el Misterio de Cristo ya “antes de la creación del mundo” como aquella que el Padre “ha elegido” como Madre de su Hijo en la Encarnación, confiándola eternamente al Espíritu de santidad (n.8).

María está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional, e igualmente es amada en este “Amado” eternamente, en este Hijo consubstancial al Padre, en el que se concentra toda “la gloria de la gracia” (n.8)

María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo, únicamente en y por la fe y en el amor. Es, por tanto, bienaventurada, porque “ha creído” y cree cada día en medio de todas las pruebas y contrariedades del período de la infancia de Jesús, y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret (n.17).

María es “la perfecta discípula que se abre a la palabra y se deja penetrar por su dinamismo: cuando no la comprende y queda sorprendida, no la rechaza o relega; la medita y la guarda. Y cuando suena dura a sus oídos,

persiste confiadamente en el diálogo de fe con el Dios que le habla; así en la escena del hallazgo de Jesús en el Templo y en Caná, cuando su Hijo rechaza inicialmente su súplica. Esta fe la impulsa a subir al Calvario y a asociarse a la Cruz, como al único árbol de vida” (Puebla, n.2869).

Pablo VI decía, en este sentido: “María nos ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones” (MC 37).

La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo -“haced lo que Él os diga”- indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías (n.21).

María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la Humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia Ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión” (n.37).

El cristiano está llamado a “contemplar el rostro de Cristo en compañía de María” (Juan Pablo II: “Rosario de la Virgen María”, 3).

El Santo Padre desentraña esta mirada de Cristo con las siguientes palabras: “Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida descubre en Él la verdad sobre el hombre...

+ Siguiendo el camino de Cristo, el creyente se sitúa ante la imagen del hombre verdadero.

+ Contemplando su nacimiento, aprende el carácter sagrado de la vida,

+ Mirando la casa de Nazaret, se percata de la verdad originaria de la familia según el designio de Dios,

+ Escuchando al Maestro en los misterios de su vida pública, encuentra la luz para entrar en el Reino de Dios,

+ Siguiendo sus pasos hacia el Calvario, comprende el sentido del dolor salvador,

+ Contemplando a Cristo y a su Madre en la Gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja sanar y transfigurar por el Espíritu Santo.

De este modo se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre” (“Rosario de la Virgen María”, n.25).

* María en el misterio de la Iglesia

“En la economía de la gracia (...) se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: María de Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén” (n. 38).

“María, presente en el misterio de Cristo, está también constantemente presente en el misterio de la Iglesia” (n.42).

- María, miembro sobreeminente y tipo de la Iglesia.

“María, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está unida también íntimamente a la Iglesia” (LG 63), que el Señor constituyó como su Cuerpo (n.5).

Como enseñó el Concilio Vaticano II:

María es “miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia, prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en la caridad” (LG 53).

“La Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precede, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre” (LG 63) (n.42).

María es modelo de la Iglesia ya que ésta “encuentra en María la forma auténtica de la más perfecta imitación de Cristo” (Pablo VI) (n.47). Ella es modelo para todos por su fe personalizada y puesta a prueba en los momentos difíciles de su existencia, por su ardiente caridad y por su perfecta unión con Jesucristo

- María, Madre de la Iglesia:

“María es Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores (Pablo VI: Discurso del 21-XI-1964). Años más tarde, el mismo Pablo II afirma: “Creemos que la Santísima

Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia continúa en el cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos” (Solemne profesión de fe, 30-VI-1968) (n.47).

“Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a su madre” (Jn.19.25-27) significan que la maternidad de su madre encuentra una “nueva continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan” (18).

- María, madre nuestra por voluntad de Jesucristo

“Esta maternidad en el orden de la gracia ha surgido de su misma maternidad divina, porque siendo, por disposición de la divina providencia, madre-nodriz del divino Redentor se ha convertido de forma singular en la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor y que “cooperó”...por la obediencia, la fe, la esperanza, la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia...hasta la consumación de todos los elegidos” (n.22).

San Juan dice: “Jesús viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: “¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!”. Luego dice al discípulo: “ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa” (Jn.19, 25-27).

Enseñanzas de Juan Pablo II

+ “María es Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles (LG 53). Esta nueva maternidad de María, engendrada por la fe, es fruto del “nuevo” amor, que maduró en ella definitivamente junto a la cruz, por medio de su participación en el acto redentor del Hijo” (n.23).

+ “Si por medio de la fe María se ha convertido en la Madre del Hijo, que le ha sido dado por el Padre con el poder del Espíritu Santo, conservando íntegra su virginidad, en la misma fe ha descubierto y acogido la otra dimensión de la maternidad, revelada por Jesús durante su misión mesiánica” (...) A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre se abría cada vez más a aquella “novedad” de la maternidad, que debía constituir su “papel” junto al Hijo (n.20).

¿En qué consiste la nueva dimensión de la maternidad de María?

Juan Pablo II responde diciendo: “en el texto joánico de las bodas de Caná de Galilea se delinea lo que concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea, la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades. (...) El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo (n.-21).

+ “La Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre -a cada uno y a todos-, es entregada al hombre -a cada uno y a todos- como madre. Este hombre junto a la cruz es Juan, “el discípulo que Él amaba”. Pero Juan no está solo. Siguiendo la tradición, el Concilio no duda en llamar a María, “Madre de Cristo, madre de los hombres” (n.23). Jesús nos ha regalado a su propia Madre para que sea Madre nuestra también. Es el regalo que Jesús crucificado nos da. Acojamos a María como Madre con el mismo amor y solicitud como la acogió Juan.

“La Iglesia sabe y enseña que todo el influjo salvífico de la Stma. Virgen sobre los hombres...dimana del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de Éste...Este saludable influjo está mantenido por el Espíritu Santo, quien, igual que cubrió con su sombra a la Virgen María comenzando en ella la maternidad divina, mantiene así continuamente su solicitud hacia los hermanos de su Hijo” (n. 38).

La dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo

“No sólo de Juan, que en aquel momento se encontraba a los pies de la cruz en compañía de la Madre de su Maestro, sino de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano” (n.45) se pueden decir aquellas palabras que Jesús dijo en la cruz: “Ahí tienes a tu hijo”. El Redentor confía su madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como madre. Este es el motivo por el que Juan Pablo II exhorta a todos los cristianos a recuperar “la dimensión mariana en su vida”.

+ ¿En qué consiste esta “dimensión mariana” del cristiano?

“Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre. (...)

“Se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, “acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano: “la acogió en su casa”. Así el cristiano trata de entrar en el radio de acción de aquella “caridad materna”, con la que la Madre del Redentor “cuida de los hermanos de su Hijo” (LG 62), “a cuya generación y educación coopera” (LG 63) según la medida del don, propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo” (n.45).

+ La “dimensión mariana” tiene su inicio en Cristo y se orienta hacia Él.

El Santo Padre advierte que esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene su comienzo en Cristo, sino que se puede decir que definitivamente se orienta hacia Él. Se puede afirmar que María sigue repitiendo a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: “Haced lo que Él os diga” (n.46).

+ La “dimensión mariana” y la mujer.

Esta dimensión mariana en la vida cristiana adquiere un acento peculiar respecto a la mujer y a su condición. En efecto, la feminidad tiene una relación singular con la Madre del Redentor. (...) Se puede afirmar que la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción (...) (n.46).

En este sentido, Juan Pablo II pone de relieve que “a la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de aliento” (n.46).

María en el centro de la Iglesia peregrina.

El Concilio Vaticano enseña que “la Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” (San Agustín), anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que Él venga” (cf. ICort.11,26)

Juan Pablo II escribe respecto a esta peregrinación lo siguiente: “En este camino, peregrinación eclesial a través del espacio y del tiempo, y más aún, a través de la historia de las almas, María está presente, como la que es “feliz

porque ha creído”, como la que avanzaba “en la peregrinación de la fe”, participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo” (19).

María “está constantemente presente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz” (n.35). Más aún, afirma el Papa en otro lugar: “el eterno amor del Padre, manifestado en la historia de la humanidad mediante el Hijo que el Padre dio “para que quien cree en Él no muera, sino que tenga la vida eterna” (Jn.3,16), este amor se acerca a cada uno de nosotros por medio de esta Madre y adquiere de tal modo signos más comprensibles y accesibles a cada hombre.

Consiguientemente, María debe encontrarse en todas las vías de la vida cotidiana de la Iglesia. Mediante su presencia materna la Iglesia se cerciora de que vive verdaderamente la vida de su Maestro y Señor; que vive el misterio de la Redención en toda su profundidad y plenitud vivificante (...) y que adquiere también la certeza y, se puede decir, la experiencia de estar cercana al hombre, a todo hombre, de ser “su” Iglesia: Iglesia del Pueblo de Dios” (RH, 22) (n.22).

Entre estos caminos, el Santo Padre enumera los siguientes:

- + la peregrinación en la fe (n.25).
- + la Eucaristía (n.44)
- + la oración (n.35)
- + la cercanía liberadora y salvadora a los pobres y necesitados
- + la salvación (n.44)
- + la evangelización pues María es “la estrella de la evangelización (Pablo VI).

El Magnificat de la Iglesia en camino

La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del Magnificat. Desde la profundidad de la fe de la Virgen en la anunciación y en la visitación, la Iglesia llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre Dios que es todopoderoso y hace “obras grandes” al hombre: “su nombre es santo” (n. 37).

En el Magnificat la Iglesia encuentra vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la “poca fe” en Dios.

Contra la sospecha que el “padre de la mentira” ha hecho surgir en el corazón de Eva, la primera mujer, María, a la que la tradición suele llamar “nueva Eva” y verdadera madre de los vivientes”, proclama con fuerza la verdad no ofuscada sobre Dios: el Dios santo y todopoderoso, que desde el comienzo es la fuente de todo don, aquel que ha hecho “obras grandes”.

La Iglesia, que aun “en medio de tentaciones y tribulaciones” no cesa de repetir con María las palabras del Magnificat, “se ve confortada” con la fuerza de la verdad sobre Dios, proclamada entonces con tan extraordinaria sencillez y, al mismo tiempo, con esta verdad sobre Dios desea iluminar las difíciles y a veces intrincadas vías de la existencia terrena de los hombres.

La Iglesia, siguiendo a aquel que dijo de sí mismo: “(Dios) me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva (cf. Lc.4,18), a través de las generaciones, ha tratado y trata hoy de cumplir la misma misión.

Su amor preferencial por los pobres está inscrito admirablemente en el Magnificat de María. El Dios de la Alianza, cantado por la Virgen de Nazaret en la elevación de su espíritu, es a la vez el que “derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos..., dispersa a los soberbios...y conserva su misericordia para los que le temen”.

La Iglesia acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del Magnificat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el Magnificat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús.

La Iglesia, por tanto, es consciente (...) de que no sólo no se pueden separar estos elementos del mensaje contenido en el Magnificat, sino que también se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que “los pobres” y “la opción a favor de los pobres” tienen en la Palabra del Dios vivo.

Se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el sentido cristiano de la libertad y de la liberación. “Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia Él por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos.

La Iglesia debe mirar hacia María, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión” (n.37). Se puede decir que en las

palabras “Mujer, ahí tienes a tu hijo” está indicado plenamente el motivo de la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo; no sólo de Juan (...), sino también de todo discípulo de Cristo, de todo cristiano. El Redentor confía su madre al discípulo y, al mismo tiempo, se la da como madre” (20). Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, “acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano: “la acogió en su casa” (21).

* Confesamos la fe de la Iglesia

Con la Iglesia confesamos gozosos que María, inmune de todo pecado original, es la Madre de Dios; que ha mantenido su virginidad de tal modo que coexisten en ella la virginidad y la maternidad, sin excluirse recíprocamente ni ponerse límites y que ha sido asunta a los cielos en cuerpo y alma por la gracia de Dios.

4.2.- Carta Apostólica “Rosarium Virginis Mariae” (16-X-2002).

Teniendo en cuenta que la mariología que enseña Juan Pablo es una mariología trinitaria, pneumatológica, cristológica, bíblica, litúrgica, ecuménica, antropológica y escatológica”, esta Carta debe ser considerada desde esta perspectiva tan amplia y rica.

* El contenido de esta Carta es el siguiente:

- Introducción: el Papa manifiesta que el Rosario es “una oración apreciada por numerosos santos y fomentada por el Magisterio de la Iglesia”.

- Capítulo I (nn.9-17): Contemplar a Cristo con María

El rosario es una oración marcadamente contemplativa (n. 12) ya que a través de su rezo contemplamos los misterios de Jesucristo siempre con María.

Pablo VI enseñó que “sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: “cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad” (Mt. 6,7). Por su naturaleza el rezo del rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelan su insondable riqueza” (22).

Por su parte, Juan Pablo II, en esta misma línea, nos invita a “contemplar el rostro de Cristo en compañía de María” (n.3), con los ojos contemplativos y amorosos de María, su benditísima Madre. La Virgen María nos propone a los creyentes “los misterios” de su Hijo, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora sobre nosotros. “Cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario (...) deseo elevar mi agradecimiento al Señor con las palabras de su Madre santísima, bajo cuya protección he puesto mi ministerio petrino: “¡Totus tuus!” (n. 2).

Por ello, es bueno que recordemos y meditemos “su mirada, siempre llena de adoración y asombro, que no apartará jamás de Él” (n.10). Esta mirada de María se desentraña y se despliega en las “miradas” que la Virgen María dirige a su hijo Jesús:

+ mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el Templo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?” (Lc.2,48).

+ mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (Jn.2,5).

+ mirada dolorida, sobre todo bajo la Cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la “parturienta”, ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a ella (Jn.19,26-27);

+ mirada radiante en la mañana de Pascua por la alegría de la resurrección de su Hijo Jesús;

+ mirada ardorosa por la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés (Hech. 1,14) (n.10).

Por último, Juan Pablo II manifiesta que “cuando recita el Rosario, la Comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María” (n.11). De esta manera los cristianos vamos comprendiendo no sólo las cosas que nos dijo Jesús, sino ante todo a Él mismo”. No olvidemos que “recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la “escuela” de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje” (n. 14).

- Capítulo II (nn 18-25): “Misterios de Cristo, Misterios de la Madre”

+ El Rosario, “compendio del Evangelio” (23).

Pablo VI decía que el Rosario es “oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora (...) Oración de orientación profundamente cristológica” (24).

Juan Pablo II habla de los misterios del Rosario en este capítulo y dice: “para que pueda decirse que el Rosario es más plenamente “compendio del Evangelio” es conveniente pues que, tras haber recordado la encarnación y la vida oculta de Cristo (misterios de gozo, n.20), y antes de considerar los sufrimientos de la pasión (misterios de dolor, n.22) y el triunfo de la resurrección (misterios de gloria, n. 23), la meditación se centre también en algunos momentos particularmente significativos de la vida pública (misterios de luz, n.21).

Los Misterios gozosos “se caracterizan efectivamente por el gozo que produce el acontecimiento de la Encarnación. Meditar los Misterios gozosos significa adentrarse en los motivos últimos de la alegría cristiana y en su sentido más profundo (...) María nos ayuda a aprender el secreto de la alegría cristiana recordándonos que el Cristianismo es, ante todo, “Evangelio”, buena noticia, que tiene su centro o, mejor dicho, su contenido mismo, en la Persona de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, único salvador del mundo” (n. 20).

Los Misterios luminosos: El Santo Padre incorpora cinco nuevos misterios al Rosario, y los llama “luminosos”. Estos misterios son: El Bautismo de Jesús en el Jordán; la autorrevelación de Jesús en las bodas de Caná; el Anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; La Transfiguración de Jesús; la Institución de la Eucaristía, expresión sacramental del Misterio Pascual (n. 21). Estos misterios luminosos se rezan los jueves de cada semana.

“Todo el misterio de Cristo es luz. Él es la luz del mundo. Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo en los años de su vida pública, cuando anuncia el Evangelio del Reino (...). Excepto en el de Caná, en estos misterios la presencia de María queda en el trasfondo. (...). Haced lo que Él os diga” es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los Misterios de Luz” (n.21).

Los Misterios dolorosos: “Los Evangelios dan gran relieve a los Misterios del Dolor de Cristo. La piedad cristiana, especialmente en Cuaresma, con la práctica del Vía Crucis, se ha detenido siempre sobre cada uno de los momentos de la Pasión intuyendo que ellos son el culmen de la revelación del amor y la fuente de nuestra salvación. (...) Los Misterios de Dolor llevan al creyente a revivir la muerte de Jesús poniéndose al pie de la

cruz junto a María, para penetrar con ella en la inmensidad del amor de Dios al hombre y sentir toda su fuerza regeneradora” (n. 22).

Los Misterios de Gloria: “La contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de Crucificado. ¡Él es el Resucitado! El rosario ha expresado siempre esta convicción de fe, invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la Gloria de Cristo en su Resurrección. (...) A esta gloria sería elevada María con la Asunción, anticipando así, por especialísimo privilegio, el destino reservado a todos los justos con la resurrección de la carne” (n.23).

Terminamos este apartado con la invitación que nos hace Juan Pablo II:

“ Seguir el camino de María pasando con la ayuda de la divina gracia de la contemplación de los “misterios” del Rosario a la contemplación del “Misterio” por excelencia que es Jesucristo (n. 24).

+ La dimensión antropológica del Rosario:

“Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en Él la verdad sobre el hombre. El misterio del hombre “sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado y el rosario ayuda a abrirse a esta luz. Se puede afirmar que cada misterio del Rosario bien meditado, ilumina el misterio del hombre” (n. 25).

El Santo Padre explica esta última afirmación diciendo:

- “Siguiendo el camino de Cristo, el cual “recapitula” el camino del hombre (GS 22), desvelado y redimido, el creyente se sitúa ante la imagen del verdadero hombre”.

- Contemplando su nacimiento aprende el carácter sagrado de la vida,

- Mirando la casa de Nazaret se percata de la verdad originaria de la familia según el designio de Dios,

- Escuchando al Maestro en los misterios de su vida pública encuentra la luz para entrar en el Reino de Dios y,

- Siguiendo sus pasos hacia el calvario, comprende el sentido del dolor salvador.

- Contemplando a Cristo y a su Madre en la gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja saciar y transfigurar por el Espíritu Santo”,

De este modo, se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre”.

Al mismo tiempo, resalta natural presentar en este encuentro con la santa humanidad del redentor tantos problemas, afanes, fatigas y proyectos que marcan nuestra vida”. (...) Meditar con el rosario significa poner nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre”.

Termina este capítulo Juan Pablo II diciendo: “sí, verdaderamente el Rosario “marca el ritmo de la vida humana”, para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la Santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia” (n.25).

- Capítulo III (nn.26-38): “Para mí la vida es Cristo”.

El Rosario propone la meditación de los misterios de Cristo con un método característico, adecuado para favorecer su asimilación. Se trata de método basado en la repetición (n. 26).

El Papa explica los elementos que forman el Rosario:

- + El enunciado del misterio (n.29)
- + La escucha de la palabra de Dios (n.30)
- + El silencio (n. 31).
- + El “Padrenuestro” (n.32),
- + Las diez “Avemarías” (n. 33),
- + El “Gloria” (n.34)
- + La jaculatoria final (n. 35)

- Conclusión (nn. 39-43): “Rosario bendito de María, cadena dulce que nos une con Dios”

Resume sus enseñanzas expuestas anteriormente, y exhorta vivamente a todos los fieles: familias, padres, hijos, personas de especial consagración:

+ “Una oración tan fácil, y al mismo tiempo tan rica merece de veras ser recuperada por la comunidad cristiana” (n.43).

+ “Tomad con confianza entre las manos el rosario, descubriéndolo de nuevo a la luz de la Escritura, en armonía con la liturgia y en el contexto de la vida cotidiana. ¡Que este llamamiento mío no sea en balde!” (n. 43).

5.- Alocuciones Marianas de Juan Pablo II

5.1.- Catequesis

*** Catequesis en la Audiencia General del 10-I-1979**

El Santo Padre explica la naturaleza del culto que tributamos a la Stma. Virgen María: “Esta Madre lleva el nombre de María. La Iglesia la venera de modo particular: le rinde un culto que supera el de los otros santos (culto de hiperdulía). La venera así, precisamente porque ha sido la Madre; porque ha sido elegida para ser la Madre del Hijo de Dios; porque a ese Hijo, que es el Verbo Eterno, le ha dado en tiempo “el cuerpo”, le ha dado en un momento histórico “la humanidad”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 28-I-1987.**

La Iglesia profesa y proclama que Jesucristo fue concebido y nació de una hija de Adán, descendiente de Abraham y de David, la Virgen María. El Evangelio según Lucas precisa que María concibió al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, “sin conocer varón” (cf. Lc.1,34 y Mt.1,18.24-25). María era, pues, virgen antes del nacimiento de Jesús, y permaneció virgen en el momento del parto y después del parto”.

*** Catequesis en la Audiencia General del 18-IV-1990**

“María se ha entregado completamente a Dios en la virginidad. Para convertirse en la Madre del Hijo de Dios, no ha de hacer más que lo que se le pide: dar su consentimiento a lo que el Espíritu Santo obrará en ella con su poder divino. Por eso la Encarnación, obra del Espíritu Santo, incluye un acto de libre voluntad de parte de María, ser humano. Un ser humano (María) responde consciente y libremente a la acción de Dios: acoge el poder del Espíritu Santo”.

*** Catequesis en la Audiencia general del 12 de enero de 2000**

“María no quiere atraer la atención hacia su persona. Vivió en la tierra con la mirada fija en Jesús y en el Padre celestial. Su deseo más intenso consiste en hacer que las miradas de todos converjan en esa misma dirección. Quiere promover una mirada de fe y de esperanza en el Salvador. Fue modelo de una mirada de fe y de esperanza sobre todo cuando, en la tempestad de la pasión de su hijo, conservó en su corazón una fe total en Él y en el Padre. Mientras los discípulos, desconcertados por los acontecimientos, quedaron profundamente afectados en su fe, María, a pesar de la prueba del dolor,

permaneció íntegra en la certeza de que se realizaría la predicción de Jesús: “El Hijo del hombre (...) al tercer día resucitará” (Mt.17,22-23) (n.3).

Con esta mirada de fe y de esperanza, María impulsa a la Iglesia y a los creyentes a cumplir siempre la voluntad del Padre, que nos ha manifestado Cristo. Las palabras que dirigió a los sirvientes, para el milagro de Caná, las repite a todas las generaciones de cristianos: “Haced lo que Él os diga” (Jn.2, 5). (...) Es una exhortación a entrar en el nuevo período de la historia con la decisión de realizar todo lo que Cristo dijo en el Evangelio en el nombre del Padre y actualmente nos sugiere mediante el Espíritu Santo, que habita en nosotros. Si hacemos lo que nos dice Cristo, el milenio que comienza podrá asumir un nuevo rostro, más evangélico y más auténticamente cristiano, y responder así a la aspiración más profunda de María” (n.4).

*** Catequesis en la Audiencia general del 24 de marzo de 2004**

De esta Catequesis de Juan Pablo II pronunciada en la víspera de la celebración del misterio de la Anunciación, destacamos lo siguiente:

- “El “sí” de María abrió las puertas a la realización del designio salvífico del Padre celestial, designio de redención para todos los hombres.(...) Asociada al misterio de la Encarnación, la Virgen es copartícipe del misterio de la Redención. En su “fiat”, que mañana conmemoramos, resuena el del Verbo encarnado. En íntima sintonía con el “fiat” de Cristo y de la Virgen, cada uno de nosotros está llamado a unir su “sí” a los misteriosos designios de la Providencia. Y es que sólo de una plena adhesión a la divina voluntad dimana esa alegría y esa paz auténtica que todos deseamos ardientemente también para estos tiempos nuestros” (n.1).

5.2.- Homilias

*** Homilía durante la Misa celebrada en el Santuario de Ntra. Sra. de Knock (Irlanda; 30-IX-1979).**

El Santo Padre expresa sus mejores deseos diciendo:

- “Que nuestros oídos oigan siempre con la claridad debida tu voz maternal: “Haced lo que os diga mi Hijo”.

- “Haznos capaces de perseverar con Cristo. Haznos capaces, Madre de la Iglesia, de edificar su Cuerpo místico, viviendo la única vida que puede garantizarnos su plenitud, que es a la vez divina y humana”.

*** Homilía en la Catedral de San Mateo de Washington (Estados Unidos); 6-X-1979.**

“Esta mujer de fe, María de Nazaret, la Madre de Dios, nos ha sido dada como modelo en nuestro peregrinar de fe. De María aprendemos a amar a Cristo, su Hijo e Hijo de Dios. Porque María no es solamente Madre de Dios, también es Madre de la Iglesia, (...) Os exhorto por tanto en Jesús, a continuar mirando a María como modelo de la Iglesia., como el ejemplar mejor del discípulo de Cristo. Aprended de ella a ser siempre fieles, a creer en el cumplimiento de la palabra de Dios en vosotros, y que nada es imposible para Dios. Dirigíos con frecuencia a María en vuestras oraciones, porque “jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a su protección, implorando su socorro y pedido su intercesión haya sido desamparado de Ella”.

*** Homilía en la clausura del Sínodo de los Obispos de Holanda (31-I-1980)**

“La bienaventurada Virgen posee un papel único en el misterio del Verbo encarnado y en el Cuerpo místico, porque acogió al Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo a la vez”.

*** Homilía en el Santuario de Ntra. Sra. Aparecida de Brasil (4-VII-1980).**

“María, por los méritos de su Hijo, es Inmaculada en su Concepción., concebida sin mancha original, preservada del pecado y llena de gracia”.

*** Homilía de Juan Pablo II en el acto Mariano Nacional (Zaragoza, 6-XI-1982)**

El ejemplo de María, mujer creyente y fecunda

“María se abre a la palabra eterna y personal de Dios, que en sus entrañas tomará carne humana. Precisamente esta acogida la hace fecunda: Madre de Dios y Madre nuestra, porque es entonces cuando comienza su cooperación a la obra salvadora. Esta fecundidad de María es signo de la fecundidad de la Iglesia (cf. LG 63ss). Abriéndonos a la palabra de Cristo, acogiéndonos a Él y a su Evangelio, cada miembro de la Iglesia será también fecundo en su vida cristiana

El culto mariano conduce a Cristo

“Todos los motivos que encontramos en María para tributarle culto son de Cristo, privilegios depositados en ella por Dios, para que fuera la Madre del Verbo. Y todo el culto que le ofrecemos redunda en gloria de Cristo, a la vez que el culto mismo a María nos conduce a Cristo”

Revitalizar la fe

“Que la fe de los españoles, a imagen de la fe de María, sea fecunda y operante. Que se haga solicitud hacia todos, especialmente hacia los más necesitados, marginados, minusválidos, enfermos y los que sufren en el cuerpo y en el alma.

Misión del Papa entre nosotros

“Como Sucesor de Pedro he querido visitaros, amados hijos de España, para alentaros en vuestra fe e infundiros esperanza. Mi deber pastoral me obliga a exhortaros a una coherencia entre vuestra fe y vuestras vidas. María, que en vísperas de Pentecostés intercedió para que el Espíritu Santo descendiera sobre la Iglesia naciente (cf. Hech.1,14), interceda también ahora para que ese mismo Espíritu produzca un profundo rejuvenecimiento cristiano en España. Para que ésta sepa recoger los grandes valores de su herencia católica y afrontar valientemente los retos del futuro. Doy fervientes gracias a Dios por la presencia singular de María en esta tierra española, donde tantos frutos ha producido.

*** Homilía de Juan Pablo II en la Eucaristía celebrada ante la Basílica de Covadonga (Asturias): 21 de agosto de 1989.**

Ante la Basílica de Covadonga (Asturias), el Santo Padre pronunció una Homilía, cuyo tema central es el misterio de la fe de María y el significado de Covadonga.

“María es “la que ha creído”. Es la creyente por excelencia, que ha dado su consentimiento a las palabras del ángel y a la elección del Señor”. “María no es solo la mujer que ha creído”, sino la madre de los creyentes, la estrella de la evangelización, que se ha irradiado en estas tierras y desde aquí, con sus hijos, misioneros y misioneras, ha llegado al mundo entero”.

Juan Pablo II desentraña el significado de Covadonga afirmando que es:

- “Corazón de la Iglesia de Asturias”. “La presencia de María sigue siendo garantía de una auténtica fe católica y de una genuina esperanza nunca perdida” y “es garantía de la autenticidad de una Iglesia en la que no puede

estar ausente la madre de Jesús”, “cada asturiano siente muy dentro de sí el amor a la Virgen de Covadonga, a la “madre y reina de nuestra montaña”. “La Virgen de Covadonga es como un imán que atrae misteriosamente las miradas y los corazones de tantos emigrantes salidos de esta tierra y esparcidos hoy por lugares lejanos”. (...)

- “Lugar de encuentro con Dios”. Me complace saber que Covadonga es hoy lugar de peregrinación para tantos buscadores de Dios, que se manifiestan especialmente en la soledad y el silencio y se revela en los santuarios de la madre. Aquí, María, orante y maestra de oración, enseña a escuchar y a mirar al Maestro, entrar en intimidad con Él para aprender a ser discípulos, y ser después testigos del Dios vivo en una sociedad que hay que impregnar de auténtico testimonio de vida”.

*** Homilía del Papa en Benevento (Italia), 2-VII-1990).**

La devoción mariana cuando es auténtica conduce siempre a Cristo e impulsa al cristiano a encarnar el Evangelio, sin demoras ni temores, en las cuestiones cotidianas de la propia vida. No es fácil reconocer hoy, entre tanto clamor, la voz del divino Maestro y hacer de Él la norma de la propia existencia. No siquiera es fácil superar los obstáculos y resistir a las tentaciones de hacer vana la misma vida cristiana. Como en Caná, María nos recuerda que en Cristo se halla el manantial de la alegría auténtica. Ella señala a su Hijo Jesús a cada uno y repite; “Haced lo que Él os diga”,

*** Homilía de Juan Pablo II en Capua (Italia), 24-V-1992)**

El Santo Padre nos invita a dirigir nuestros ojos a María: “seguid mirando hacia María. Imitad su abandono total a la voluntad divina. Vivir una espiritualidad mariana (...) significa orientar la propia existencia, según el ejemplo de la Virgen, hacia Dios Padre, siguiendo a Cristo, humilde y obediente, con la ayuda del Espíritu Santo”.

*** 70 Homilías Marianas (1955-1997)**

No hay que olvidar que Juan Pablo publicó en el espacio de tres años (1995-1997) setenta hermosísimas homilías dedicadas a la Stma. Virgen María, en las que desentraña el misterio de esta mujer de Nazaret “hija del Eterno Padre, Madre del Verbo Encarnado y Templo del Espíritu Santo” (LG 53).

*** Homilía de Juan Pablo II en la clausura del XX Congreso Internacional Mariológico-Mariano: 24-IX-2000**

- Las grandes obras realizadas en María

La primacía de María radica en su humildad. Precisamente en esta humildad Dios la ha alcanzado y la ha colmado de sus mercedes haciendo de ella la “kejaritomene, la llena de gracia (Lc.1,28). Ella misma lo confiesa en el Magnificat: “Ha mirado la humillación de su esclava (...) El Poderoso ha hecho obras grandes por mí” (Lc.1,48-49)

En el Congreso mariológico (...) habéis puesto la mirada en las “grandes obras” realizadas en María, considerando su dimensión más íntima y profunda: “la de su relación especialísima con la Trinidad. Si María es la Theotokos, la Madre del Unigénito de Dios, ¿cómo maravillarse de que goce de una relación totalmente única también con el Padre y el Espíritu Santo?

Esa relación no la sustrajo desde luego, durante su vida terrenal, a la fatiga propia de la condición humana: María vivió en plenitud la realidad diaria de tantas familias humildes de su época; conoció la pobreza, el dolor, la fuga, el exilio, la incompreensión. Su grandeza espiritual no la “aleja” de nosotros: ella recorrió nuestro mismo camino y fue solidaria con nosotros en la “peregrinación de la fe” (LG 58). Pero en ese camino interior María cultivó una fidelidad absoluta al designio de Dios (n.3).

María se perfila ante nuestra mirada en primer lugar como “hija predilecta” (LG 53), del Padre. Si es verdad que todos hemos sido llamados por Dios “en la persona de Cristo -por pura iniciativa suya- a ser sus hijos” (cf. Ef.1,5), “hijos en el Hijo”, ello vale de singular manera en María, a quien le corresponde el privilegio de poder repetir con plena verdad la palabra que Dios Padre pronunció sobre Jesús: “Tú eres mi Hijo” (cf. Lc.3,22). Por esta su tarea materna se le ha dotado de excepcional santidad, en la que se posa la mirada del Padre.

Con la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo humanado, María mantiene una relación única, pues se encuentra directamente implicada en el misterio de la Encarnación. Ella es la Madre, y como tal Cristo la honra y la ama. Al mismo tiempo, ella lo reconoce como su Dios y Señor, haciéndose discípula de corazón atento y fiel (cf. Lc.2, 19.51) y compañera generosa suya (LG 61) en la obra de la Redención. En el Verbo Encarnado y en María, la infinita distancia entre Creador y criatura se ha transformado en suma cercanía; ellos son el espacio santo de las misteriosas nupcias de la naturaleza divina y de la humana, lugar en que la Trinidad se manifiesta por vez primera y en el que María representa a la Humanidad nueva, dispuesta a reemprender, con amor obediente, el diálogo de la Alianza (n.4)..

¿Y qué decir de su relación con el Espíritu Santo. María es el “sagrario” purísimo en el que Él habita. La tradición cristiana vislumbra en María el prototipo de la respuesta dócil a la moción interior del Espíritu, el modelo de la acogida plena de sus dones. El Espíritu sustenta su fe, refuerza su esperanza, reaviva la llama de su amor. El Espíritu hace fecunda su virginidad e inspira su cántico de alegría. El Espíritu ilumina su meditación sobre la Palabra, abriendo progresivamente su inteligencia a la comprensión de la misión del Hijo. Y es el Espíritu, una vez más, el que sostiene su ánimo transido de dolor en el Calvario y la prepara, en la espera orante del Cenáculo, a recibir la plena efusión de los dones pentecostales (n.5)

- Una correcta devoción mariana

“María ha de ser muy amada y honrada, pero con una devoción que, para ser auténtica:

+ debe estar correctamente basada en la Escritura y en la Tradición, valorizando en primer lugar la Liturgia y hallando en ésta una orientación segura para las manifestaciones más espontáneas de la religiosidad popular.

+ ha de expresarse en el esfuerzo por imitar a la “Todasanta” en un camino de perfección personal;

+ debe permanecer alejada de cualquier forma de superstición y vana credulidad, y acoger en el recto sentido, en sintonía con el discernimiento eclesial, las manifestaciones extraordinarias con que la Bienaventuranza Virgen se complace en ofrecerse en no pocas ocasiones por el bien del Pueblo de Dios,

+ debe ser capaz de remontarse siempre a la fuente de la grandeza de María, transformándose en incesante Magnificat de alabanza al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo” (n.6) (25).

*** Homilía de Juan Pablo II con ocasión del I aniversario de la definición dogmática de la Asunción de la Virgen María (1-XI-2000).**

El Santo Padre comienza su hermosa homilía con palabras sobrecogedoras: “en actitud de profunda adoración de la Stma. Trinidad, nos unimos a todos los santos que perennemente celebran la liturgia celestial para repetir con ellos la acción de gracias a nuestro Dios por las maravillas que ha realizado en la historia de la salvación”.

Alabanza y acción de gracias a Dios por haber suscitado en la Iglesia una muchedumbre inmensa de santos que nadie podría contar (cf. Apoc.7,9) (n.1) (...).

Alabanza y acción de gracias a Dios de especial manera por la más santa de las criaturas, María, amada por el Padre, bendita por causa de Jesús, fruto de su vientre, santificada y hecha nueva criatura por el Espíritu Santo, Modelo de santidad por poner su vida a disposición del Altísimo, ella “brilla ante el Pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo” (LG 68).

Precisamente hoy se conmemora el quincuagésimo aniversario del solemne acto por el que mi venerado predecesor el Papa Pío XII, en esta misma Plaza, definió el dogma de la Asunción de María al cielo en cuerpo y alma. Alabemos al Señor por haber glorificado a su Madre, asociándola a su victoria sobre el pecado y la muerte (n.2).

La liturgia de hoy nos habla toda ella de santidad. Empero, para saber cuál es el camino a la santidad, debemos subir con los Apóstoles al Monte de las Bienaventuranzas, acercarnos a Jesús y ponernos a la escucha de las palabras de vida que de sus labios salen. Hoy también sigue Él repitiéndonos:

* ¡Dichosos los pobres en el espíritu....!” El Divino Maestro proclama dichosos y -podríamos decir- “canoniza” en primer lugar a los pobres en el espíritu, es decir, a quienes tienen el corazón completamente libre de prejuicios y condicionamientos, por lo que están totalmente dispuestos ante la divina voluntad. La adhesión total y confiada a Dios supone el desnudamiento y el desprendimiento coherente de sí mismo.

* ¡Dichosos los sufridos! Es la bienaventuranza no sólo de quienes sufren por las tantas miserias propias de la condición humana mortal, sino también de cuantos aceptan con valentía los sufrimientos que se derivan de la profesión sincera de la moral evangélica.

* ¡Dichosos los limpios de corazón! Se proclaman dichosos quienes no se conforman con una pureza exterior o ritual, sino que persiguen esa rectitud interior absoluta que excluye toda mentira y doblez.

* ¡Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia! Si es verdad que la justicia humana ya es una meta altísima, que ennoblece el ánimo de quien la procura, el pensamiento de Jesús vuela a esa mayor justicia que consiste en la búsqueda de la voluntad salvífica de Dios: bienaventurado es sobre todo quien tiene hambre y sed de esa justicia (cf. Mt.7,21).

* ¡Dichosos los misericordiosos! Felices cuantos vencen la dureza del corazón y la indiferencia para reconocer concretamente la primacía del amor compasivo, siguiendo el ejemplo del buen samaritano y, por encima de todo, el del Padre, “rico en misericordia” (Ef.2,4).

* ¡Dichosos los que trabajan por la paz! La paz, síntesis de los bienes mesiánicos, es tarea exigente. En un mundo que presenta tremendos antagonismos y exclusiones, es preciso fomentar una convivencia fraterna inspirada en el amor y la compartición, superando enemistades y enfrentamientos. ¡Dichosos quienes se comprometen en tamaña nobilísima empresa! (n.3).

Los santos han tomado en serio estas palabras de Jesús. Han creído que la “felicidad” les llegaría al traducirlas a su existencia concreta. Y han experimentado su verdad en la confrontación diaria con la experiencia: a pesar de pruebas, oscuridades, fracasos han gustado ya aquí abajo la dicha profunda de la comunión con Cristo. (...) (n.3).

Es lo que descubrió de especial manera María Santísima, que con el Verbo encarnado vivió una comunión única, encomendándose sin reservas a su designio salvífico. Por ello le fue otorgado escuchar, anticipándose al “discurso del monte”, la bienaventuranza que sintetiza a todas las demás: “¡Feliz la que ha creído...” (Lc.1,45) (n.4) (n.4).

Con el canto del Magnificat maría muestra lo que ha constituido el fundamento de su santidad: la honda humildad. (...). Ante el misterio de la gracia, al experimentar una especial presencia de Dios que ha puesto en ella su mirada, María siente un impulso natural de humildad (literalmente “abajamiento”). Es la reacción de la persona plenamente consciente de su pequeñez ante la grandeza de Dios. María contempla en la verdad a sí misma, a los demás, al mundo. (...)

A la profundidad de la humildad le corresponde la grandeza del don. El Todopoderoso realizó por ella “obras” grandes, obras que ella supo aceptar con gratitud y transmitir a todas las generaciones de creyentes. Este es el camino del cielo que siguió María, Madre del Salvador, precediendo por él a todos los santos y beatos de la Iglesia (n.5).

Bienaventurada eres tú, María, asunta al cielo en cuerpo y alma. (...) Nosotros exultamos, oh María asunta al cielo, al contemplarte glorificada y, en Cristo resucitado, colaboradora del Espíritu en la comunicación de la vida divina a los hombres. En ti vemos la meta de la santidad a la que Dios llama a

todos los miembros de la Iglesia. En tu vida de fe divisamos la clara indicación del camino a la madurez espiritual y a la santidad cristiana” (n.6) (26).

*** Homilía de Juan Pablo II en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María (Santuario de Lourdes); 15-VIII-2004).**

En María nos impresiona, ante todo, la atención, llena de ternura, hacia su prima anciana. Se trata de un amor concreto, que no se limita a palabras de comprensión, sino que se compromete personalmente en una asistencia auténtica. La Virgen no da a su prima simplemente algo de lo que le pertenece; se da a sí misma, sin pedir nada a cambio. Ha comprendido perfectamente que el don recibido de Dios, más que un privilegio, es un deber que la compromete a favor de los demás con la gratuidad propia del amor (n.3).

Después del Magnificat viene el silencio: de los tres meses de permanencia de María al lado de su prima Isabel no se nos dice nada. O, tal vez, se nos dice lo más importante: el bien no hace ruido, la fuerza del amor se manifiesta en la discreción serena del servicio cotidiano.

Con sus palabras y su silencio, la Virgen María se nos presenta como modelo en nuestro camino. No es un camino fácil: por el pecado de nuestros primeros padres, la humanidad lleva en sí la herida del pecado, cuyas consecuencias pesan también sobre los redimidos. Pero el mal y la muerte no tendrán la última palabra. María lo confirma con toda su existencia, como testigo viva de la victoria de Cristo, nuestra Pascua (n.5).

Los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción están íntimamente unidos entre sí. Ambos proclaman la gloria de Cristo Redentor y la santidad de María, cuyo destino humano ya desde ahora está perfecta y definitivamente realizado en Dios.

- Llamadas del Santo Padre desde la gruta de Massabielle

Los jóvenes: Escuchad ante todo vosotros, jóvenes, que buscáis una respuesta capaz de dar sentido a vuestra vida. Aquí la podéis encontrar. Es una respuesta exigente, pero es la única respuesta que vale. En ella reside el secreto de la alegría verdadera y de la paz.

Las mujeres: Al aparecerse en la gruta, María encomendó su mensaje a una muchacha, como para subrayar la misión peculiar que corresponde a la mujer en nuestro tiempo, tentado por el materialismo y la secularización: ser

en la sociedad de hoy testigo de los valores esenciales que sólo se perciben con los ojos del corazón. A vosotras, las mujeres, corresponde ser centinelas del Invisible.

A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, os dirijo un apremiante llamamiento para hagáis todo cuanto esté a vuestro alcance a fin de que la vida, toda vida, sea respetada desde la concepción hasta su término natural. La vida es un don sagrado, del que nadie puede hacerse dueño (n.7).

La Virgen de Lourdes tiene un mensaje para todos. Es este: sed mujeres y hombres libres. Pero recordad: la libertad humana es una libertad marcada por el pecado. Ella misma necesita también ser liberada. Cristo es su liberador, pues “para ser libres nos ha liberado” (Gál.5,1). Defended vuestra libertad (n.7).

*** Homilía de Juan Pablo II en el CL aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María (8-XII-2004).**

¡Cuán grande es el misterio de la Inmaculada Concepción que la liturgia nos presenta hoy! Misterio que no cesa de atraer la contemplación de los creyentes y que inspira la reflexión de los teólogos.

En previsión de la muerte salvífica de Cristo, María, su Madre, quedó preservada del pecado original y de todo otro pecado. En la victoria del nuevo Adán está también la de la nueva Eva, madre de los redimidos. De esta manera, la Inmaculada es signo de esperanza para todos los vivientes, que han vencido a Satán en virtud de la sangre del Cordero” (cf. Apoc.12,11) (n.4).

Contemplamos hoy a la humilde muchacha de Nazaret santa e inmaculada ante Dios en la caridad (cf. Ef.1,4), en esa caridad que, en su fuente original, es el propio Dios, uno y trino. ¡Obra sublime de la Santísima Trinidad es la Inmaculada Concepción de la Madre del Redentor! (n.5).

La Inmaculada, que marca el comienzo “de la Iglesia, esposa de Cristo, llena de juventud y de limpia hermosura”, precede siempre al Pueblo de Dios en la peregrinación de la fe hacia el Reino de los cielos” (...) En la concepción inmaculada de María, la Iglesia ve la proyección, anticipada en su miembro más noble, de la gracia salvadora de Pascua” (n.6) (27).

d) Discurso del Papa en el Santuario de la Virgen del Rocío, Huelva (España); 14-VI-1993).

El Papa invita a los devotos de la Virgen del Rocío a que “ ahondando en los fundamentos de esta devoción, seáis capaces de dar a estas raíces de fe su plenitud evangélica; esto es, que descubráis las razones profundas de la presencia de María en vuestras vidas como modelo en el peregrinar de la fe y hagáis así que afloren, a nivel personal y comunitario, los genuinos motivos devocionales que tienen su apoyo en las enseñanzas evangélicas” (...) “Os invito a hacer de este lugar del Rocío una verdadera escuela de vida cristiana, en el que, bajo la protección maternal de María (...) la fe crezca y se fortalezca con la escucha de la Palabra de Dios, con la oración perseverante, con la recepción frecuente de los sacramentos, especialmente de la Penitencia y de la Eucaristía.(...) Además, la verdadera devoción a la Virgen María os llevará a imitar sus virtudes. A través de ella y por su mediación, descubriréis a Jesucristo, su Hijo, Dios y hombre verdadero, que es el “único mediador entre Dios y los hombres” (27a).

San José, “Redemptoris custos” (1989).

Nos parece que es éste el lugar más apropiado para incluir en esta sencilla y breve “Memoria de Juan Pablo II” esta Exhortación Apostólica dedicada a San José, Esposo de María y Padre legal de Jesús.

Juan Pablo II ha publicado también la entrañable Exhortación Apostólica titulada “Redemptoris custos”, dedicada a San José. Fue el hombre del silencio y de la fe, de la obediencia y de la disponibilidad, de la oración y del trabajo...

“Desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, inspirándose en el evangelio, han subrayado que san José, al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen santa es figura y modelo” (n. 1).

6.- Oración de Juan Pablo II a María, invocando su protección por los sacerdotes

“Oh María, Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes: acepta este título con el que hoy te honramos para exaltar tu maternidad y contemplar contigo el sacerdocio de tu Hijo Unigénito y de tus hijos, oh Santa Madre de Dios.

Madre de Cristo, que al Mesías sacerdote diste un cuerpo de carne por la unción del Espíritu Santo para salvar a los pobres y contritos de corazón: custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes, oh Madre del salvador.

Madre de la fe, que acompañaste al templo al Hijo del hombre, en cumplimiento de las promesas hechas a nuestros Padres. Presenta a Dios Padre, para su gloria, a los sacerdotes de tu Hijo, oh Arca de la alianza.

Madre de la Iglesia, que con los discípulos en el cenáculo implorabas el Espíritu para el nuevo Pueblo y sus pastores: alcanza para el orden de los presbíteros la plenitud de los dones, oh Reina de los Apóstoles.

Madre de Jesucristo, que estuviste con Él al comienzo de su vida y de su misión, lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre, lo acompañaste en la cruz, exhausto por el sacrificio único y eterno y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo. Acoge desde el principio a los llamados al sacerdocio, protégelos en su formación y acompaña a tus hijos en su vida y en su ministerio, oh Madre de los sacerdotes. Amén” (28).

I.- “Testamento espiritual” de Juan Pablo II.

Juan Pablo II redacta su Testamento en varuas ocasiones y siempre durante los Ejercicios Espirituales que realizaba:

* El día 6 de marzo de 1979, Juan Pablo II redacta por primera vez su testamento en Roma.

Totus Tuus ego sum

En el nombre de la Santísima trinidad. Amén

“Velad porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor” (cf, Mt.24,42). Estas palabras me recuerdan la última llamada, que vendrá en el momento que quiera el Señor. Quiero seguirle y deseo que todo lo que forma parte de mi vida terrenal, me prepare para este momento. No sé cuando llegará, pero como todo, también deposito este momento en las manos de la Madre de mi Maestro: Totus Tuus. En sus manos maternas lo dejo todo y a todos aquellos con quienes he ligado mi vida y mi vocación. En esas manos dejo sobre todo a la Iglesia y también a mi nación y a toda la humanidad. A todos doy las gracias. A todos pido perdón. Pido también oraciones para que la misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad y mi indignidad.

Durante los ejercicios espirituales he releído el testamento del Santo Padre Pablo VI. Su lectura me ha llevado a escribir el presente testamento.

No dejo tras de mí propiedad alguna de la que sea necesario disponer. En cuanto a las cosas de uso cotidiano que me sirvían, pido que se distribuyan como se considere oportuno. Que se quemen mis apuntes personales. Pido que se encargue de todo esto don Estanislao a quien doy las gracias por la colaboración y la ayuda tan prolongadas en estos años y tan grande. Todos los demás agradecimientos, en cambio, los dejo en el corazón ante Dios mismo, porque es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones que dio el Santo Padre Pablo VI (nota al margen: la sepultura en la tierra, no un sarcófago, 13.3.1992).

“Apud Dominum misericordia et copiosa apud Eum redemptio”.

Juan Pablo II

* El 24 de febrero - 1 de marzo de 1980 escribe: “no quiero añadir nada a lo que escribí hace un año, solamente manifestar esta prontitud y al mismo tiempo esta confianza a las que de nuevo me han dispuesto los ejercicios espirituales”.

* El 5 de marzo de 1982 manifiesta: “a pesar de que todavía lo considero provisional (no definitivo) lo dejo en la forma en que existe. No cambio (por ahora) nada, y tampoco lo agrego, por cuanto se refiere a las

disposiciones que contiene”. Por cuanto se refiere a la última frase de mi testamento del 6-III-1979 (“Sobre el lugar”, es decir, el lugar del funeral, decida el colegio cardenalicio y los compatriotas”) aclaro que pienso en el metropolitano de Cracovia o el consejo general del episcopado de Polonia. Pido por tanto al Colegio cardenalicio que satisfaga en la medida de lo posible las eventuales peticiones de los más arriba citados.

* El 1 de marzo de 1985 escribe: “De nuevo -por cuanto respecta a la expresión “Colegio cardenalicio y los Compatriotas”-: el “Colegio cardenalicio” no tiene ninguna obligación de interpelar sobre este argumento a “los Compatriotas”: sin embargo, puede hacerlo, si por alguna razón lo considerase justo”.

* El 12-18 de marzo de 2000 escribe: “como todos los años, durante los ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6 de marzo de 1979. Sigo manteniendo las disposiciones contenidas en él. Lo que entonces y durante los sucesivos ejercicios espirituales se ha añadido es reflejo de la difícil y tensa situación general, que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989 esta situación ha cambiado”.

Termina el Santo Padre con estas palabras:

“Quiero decir a todos sólo una cosa: “Que Dios os recompense”
 “In manus tuas, domine, conum”.

NOTAS - ¿ DE DÓNDE NACÍA LA FUERZA INTERIOR DE JUAN PABLO II?

1.- Olegario González de Cardenal: “Ratzinger y Juan Pablo II”. Sígueme. Salamanca, 2005.

“En su vida se distinguen tres etapas claramente diferenciadas, con contenidos diversos pero entrelazados entre sí (pp.123-126):

+ 1920-1946: como tiempo de infancia, guerra, clandestinidad, trabajo en fábrica y ordenación sacerdotal.

“El legado de su infancia y juventud: ante todo unos padres profundamente religiosos, donde la oración fiel y la piedad serena pero intensa sostenían dificultades, enfermedades y penurias económicas (...) Luego el Instituto (...), la universidad...

De esos años le queda para siempre la convicción de que el arraigo es esencial a la vida humana y el desarraigo es el origen de la inseguridad y desamor, desaliento y desesperanza. Aquel fundamento y agradecimiento de madre y familia le han quedado como raíces de gratitud y de responsabilidad, de fidelidad y de respuesta.

¿Cómo ser sin fundamento y crecer libre sin amor personal? ¿Cómo existir sin esa referencia de la criatura al Creador? Ese es el cimiento de su confianza, esperanza y atrevimiento frente a tantos miedos.

+ 1946-1978: como tiempo de responsabilidad de la fe y de la Iglesia ante unos poderes que le niegan dignidad y sobre todo la libertad personal para creer, celebrar y existir públicamente como creyentes delante Dios.

De su origen y ejercicio ministerial primeros le ha quedado lo que podríamos llamar su “polonidad”. Voluntad de ser sí mismo y afirmarse frente a las potencias ideológicas y políticas que imponen una identidad. Voluntad de patria y de Iglesia, de fe y esperanza. Todo eso en un cruce sorprendente entre el racionalismo y la metafísica alemana por un lado, y por otro un mesianismo y misticismo eslavos, reconociendo a ambos, y sin querer ceder a la presión de ninguno de ellos. (...) Se acercó a los grandes autores: “San Juan de la Cruz, Max Scheler, H.de Lubac y H. Urs von Balthasar” .

+ 1978-2005: como tiempo de máxima responsabilidad más allá de orígenes y patria, para toda la Iglesia católica y desde ella para la humanidad.

Es la cabeza de una comunidad de más de mil millones de fieles, y a la vez símbolo de un ideal moral y de una responsabilidad histórica.

2.- Card. J. Ratzinger: “Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II” (Roma, 8-Abril- 2005).

2a.- Mons. Juan José Omella Omella: “Homilía en el funeral por Juan Pablo II”; Boletín Oficial del obispado. Diócesis de Calahorra y la Calzada-Logroño; 10-OV-2005.

3.- Card. A. M^a. Rouco Varela: Homilía en la Misa funeral por Juan Pablo II (Madrid. 13-Abril-2005).

* Card. A. María Rouco escribe: “Si ha vivido con Cristo, abrazado a su Cruz, muriendo constantemente con Él para servir mejor a su Iglesia y a los hombres, también habrá resucitado ya con Él. Sí, es lícito afirmar a la luz de la biografía del Santo Padre, sobre todo desde el momento de su elección como Sucesor de Pedro hasta estos últimos días de su cruel enfermedad, que no vivió para sí mismo, que vivió siempre para el Señor y que muere para Él. ¡Verdaderamente en la vida y en la muerte ha sido y es del Señor! (...) Sabemos que Jesucristo, el Señor y Esposo de la Iglesia, no lo abandona nunca! (Carta pastoral “Amigo del hombre”, dirigida a los diocesanos con motivo de la muerte de Juan Pablo II”. (Alfa y Omega; 7-IV-2005).

4.- Card. J. Ratzinger: “Homilía en la Misa Funeral de Juan Pablo II” (Roma. 8-IV-2005).

4a.- Mons. Juan José Omella Omella: “Homilía en el funeral por Juan Pablo II”. Boletín Oficial de la Diócesis de Calahorra – la Calzada Logroño; 10-IV-2005

* Miguel Ponce Cuéllar: “La concepción virginal en la teología actual”, en “Cristo y María”, ibd.; 307-341.

* Juan Luis Bastero: “La maternidad divina en las Cristologías recientes”, en “Cristo y María”, Sociedad Mariológica. Granada 1998; 343-385.

5.- Juan Pablo II: “Don y Misterio”. BAC. Madrid 1996; 42-43

5a.- Cardenal Antonio María Rouco Varela: “Homilía en el Funeral por Juan Pablo II”; (Madrid. 11-IV-2005).

6.- Juan Pablo II: “Oración a la Virgen al concluir el rezo del Rosario en el Santuario de Lourdes (Francia); 14-VIII-2004.

6a.- Belacqua de Ediciones y Publicaciones S.L. “Testamento Espiritual. Juan Pablo II”; Barcelona. 2005.

7.- Card. J. Ratzinger: Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II (Roma 8-IV-2005)

7a.- Belacqua de Ediciones y Publicaciones: “Testamento Espiritual. Juan Pablo II”. Barcelona. 2005; p.189.

7b.- Belacqua de Ediciones y Publicaciones: “Testamento Espiritual. Juan Pablo II”. Barcelona. 2005; 189-190.

7c.- Belacqua de Ediciones y Publicaciones: “Testamento Espiritual. Juan Pablo II”. Barcelona. 2005; 191-192.

8.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, Grafikás Ediciones. Almería; 1987; 39

* Juan Pablo II enseña que “puede decirse que este consentimiento suyo (de María) para la maternidad es sobre todo fruto de la donación total a Dios en la virginidad. María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios, guiada por el amor esponsal, que “consagra” totalmente a una persona humana a Dios. En virtud de este amor, María deseaba estar siempre y en todo “entregada a Dios”, viviendo en virginidad” (“Redemptoris Mater”, n.39).

8a.- Dolores Aleixandre, RSCJ: “María: el “Magnificat” realizado en Ella”, en “María, evangelio vivo”. Congreso Mariano - Congreso Mariológico.Comité para el Jubileo del Año 2000; Edice. Madrid. 1999; pp.133-145.

* C.R. Tannenhill: “The Magnificat as poem”, JBL 93 (1974), 263-275.

* J. Dupont: “Le Magnificat comme discours sur Dieu” NRT 112 (1980) 321-343).

* C. García Llata: “La doctrina mariana de la Lumen Gentium en la teología católica postconciliar”, en Ephemerides Mariologicae”; Vol.LVI; fasc. III; Julio- Septiembre 2006.

* Juan Miguel Ferrer: “La recepción de la mariologia conciliar en los nuevos libros litúrgicos tras el Concilio Vaticano II”. Ephemerides Mariologicae; Vol. LVI- Fasc. III; Julio-Septiembre 200;237-254

* Luis Resines: “La presentación de María en los catecismos postconciliares” en “Ephemerides mariologicae”; Vol. LVI; fasc. III; Julio-Septiembre, 2006; 314-334.

9.- Juan Pablo II: “Carta Encíclica: “Redemptoris Mater”, n.14.

* Juan Pablo II: “En la Anunciación, María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando “la obediencia de la fe” a aquel que le hablaba a través de su mensajero y prestando “el homenaje del entendimiento y de la voluntad”. Ha respondido con todo su “yo” humano y femenino, y en esta respuesta de fe estaban contenidas una cooperación perfecta con “la gracia de Dios que previene y socorre” y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones” (“Redemptoris Mater”, ibd., n.13).

* Bruno Forte escribe: “¿Cuál es el mensaje que se nos da en el relato de la anunciación? En primer lugar, la relación entre lo humano y lo divino se nos presenta en María desde la óptica de la primacía absoluta e incondicional de Dios.

Y frente a esta primacía de Dios lo que al hombre se le pide es la fe: María nos enseña que tener fe es hacer sitio al amor de Dios como gracia y como don. En María es evidente que creer es dejarse hacer, dejarse modelar por Dios. La fe es lo contrario de vivir por propia cuenta, de hacer proyectos y querer realizarlos. Fe es dejarse proyectar por Dios. Fe es aceptar que nuestra vida no está en nuestras manos, sino en las manos de Dios. El verdadero consistir es el existir, el recibir el ser de ese otro que es Dios.

En este sentido, María ha concebido en su corazón antes que en su seno. Su grandeza está en la fe con la que ha aceptado fiarse de este Dios misterioso, oscuro, improgramable e impensable. María es realmente al “Virgen fiel”, la virgen de la escucha, el terreno puro para recibir la palabra de Dios, el silencio en el que esta palabra resuena. María nos enseña así la prioridad de la dimensión contemplativa de la vida, la experiencia de la tiniebla luminosa, del silencio lleno de la palabra de Dios. Es el mensaje de la absoluta primacía de Dios, ante el cual es preciso adoptar la actitud virginal de creer, de dejarse modelar, plasmar, conducir por Dios a donde Él quiera, como Él quiera, sin condiciones ni premisas mundanas” (“En memoria del Salvador”)

10.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 17

* Juan Pablo II: Catequesis sobre la Virgen María.

- La Inmaculada Concepción de la Virgen María. Cinco Catequesis: 24-I; 8-V; 15-V; 29-V; 5-VI de 1996
- María en la Anunciación del Señor. Tres Catequesis: 3-VII; 4-IX; 18-IX de 1996
- María, Madre de la Iglesia y mediadora de la Gracia. Cuatro catequesis: 6-IX de 1995; 17-IX; 24-IX; 1-X de 1996

11.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 17

* Juan Pablo II. Catequesis sobre la Virgen María

- Visitación de la Virgen a Santa Isabel. Dos catequesis: 2-X; 6-XI de 1996.
- La Virgen María, Madre de Jesús. Cuatro catequesis: 13-IX; 20-XI; 27-XI; 4-XII de 1996
- María en la vida pública de Jesús. Tres Catequesis: 26-II; 5-III; 12-III de 1997.
- María en los Misterios Gloriosos de Cristo. Seis Catequesis: 21-V; 28-V; 25-VI; 2-VII; 9-VII; 22-VII de 1997.

12.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 21

* Juan Pablo II: Catequesis sobre la Virgen María

- Culto y devoción a la Virgen María. Cinco catequesis: 15-X; 22-X; 29-X; 5-XI de 1997.
- María en el Calvario. Cuatro catequesis: 2-IV; 9-IV; 23-IV; 7-V de 1997.
- María, miembro eminente y modelo de la Iglesia. Seis catequesis: 30-VII; 6-VIII; 13-VIII; 20-VIII; 3-IX; 10-IX de 1997.

Estas catequesis sobre la Virgen se encuentran en www.elvaticano

13.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 22

14.- Concilio Vaticano II. Declaración dogmática de la Iglesia: “Lumen Gentium”, 58.

* Juan Pablo II: “Homilía en la Catedral de San Mateo de Washington (USA) (6-X-1979). Ofrecemos estas palabras del Santo Padre:

“María nos dice hoy: “He aquí la esclava del señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc.1,38). Y con estas palabras expresa lo que fue la actitud fundamental de su vida: su fe. María creyó. Confió en las promesas de Dios y fue fiel a su voluntad. (...) Toda su vida terrena fue una “peregrinación de fe” (LG 58). Porque caminó como nosotros entre sombras y espero en lo invisible. Conoció las mismas contradicciones de nuestra vida terrena. Se le prometió que a su Hijo se le daría el trono de David, pero cuando nació no hubo lugar para Él ni en el mesón. Y María siguió creyendo. El ángel le dijo que su Hijo sería llamado Hijo de Dios; pero lo vio calumniado, traicionado, condenado y abandonado a morir como un ladrón en la cruz.

A pesar de todo ello, creyó María “que se cumplirían las palabras de Dios” (Lc.1,45) y que “nada hay imposible para Dios” (Lc.1,37).

Esta mujer de fe, María de Nazaret, Madre de Dios, se nos ha dado por modelo en nuestra peregrinación de fe. De María aprendemos a rendirnos a la voluntad de Dios en todas las cosas. De María aprendemos a confiar también cuando parece haberse eclipsado toda esperanza. De María aprendemos a amar a Cristo, Hijo suyo e Hijo de Dios. Pues María no es sólo Madre de Dios, es Madre asimismo de la Iglesia. (...) Os exhorto a seguir mirando a María como modelo de la Iglesia, el ejemplo mejor de cómo ser discípulos de Cristo”.

* Juan Pablo II: “La mariología monfortiana, doctrina profunda y vivida” (Ecclesia, n.3190; 31-I-2004).

Destacamos este fragmento de la Carta: “La devoción a Santa Virgen constituye un medio privilegiado “para hallar perfectamente a Jesucristo, amarlo con ternura y servirlo con fidelidad” (Tratado,n.62).

* Gerhard L. Müller: “¿Qué significa María para nosotros los cristianos? Reflexiones sobre el capítulo mariológico de la “Lumen Gentium”; Edic. Palabra Madrid. 2000.

Recordemos tres textos de esta obra:

- “El Concilio enlaza una doctrina mariana que parte de Cristo con otra que parte de la Iglesia mediante una observación de gran importancia: el origen de la mariología reside en la unión de maría con la persona y la obra salvífica de Jesucristo. Y a Cristo se le debe ver siempre y solo como la cabeza a la que necesariamente pertenece la iglesia en calidad de cuerpo. En los aspectos concretos, el Concilio desea presentar una mariología bien concatenada, peor no absolutamente completa. Respecto de cuestiones que

siguen siendo discutidas por la teología católica, el Concilio no quiere decidir nada. Y, desde el punto de vista ecuménico, se buscan formulaciones que eviten malentendidos de los cristianos separados” (p.12).

- “En María encontramos reunidos en un mismo punto, por así decir, al hombre que está abierto a Dios y a Dios que da su gracia, redime y envía al hombre” (p.123). “Aquí reside la actualidad de la Madre de Dios” (K. Lehmann).

- “En María se hace reconocible la fuerza de la gracia que une al hombre en admirable comunión con Dios y puede liberarle. La Iglesia peregrina, por ello, ve en María no sólo a sí misma y el tipo de su misión, sino también el gran signo de consuelo y de ánimo que Dios ha hecho patente a ojos de la Iglesia misma y de toda la humanidad en su camino a través del tiempo” (p. 124).

* Card. K. Lehmann escribe a este respecto en el Prólogo a esta obra: “El Capítulo VIII de la constitución sobre la Iglesia (LG 52-69) es el lugar que el Concilio Vaticano II dedica a María. De esta manera, una cosa queda clara desde el principio: María no es una pieza ornamental y superflua añadida a lo verdaderamente importante, sino que en ella se condensa de modo intuitivo, personal y cercano al hombre algo que tiene validez para toda la Iglesia, para todos los bautizados y, en último término, para cada persona humana” (pp.8-9).

* Ignace de la Potterie: “Marie dans le Mystère de l’Alíance” (Desclée. “Jésus et Jésus-Christ”; París, 1985). Es la obra de un biblista eminente. Con una impresionante competencia y una vigorosa originalidad, el autor hace hablar a la Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento, ante todo en su textualidad misma” (Contraportada del libro).

Los contenidos de esta obra son los siguientes:

- Capítulo preliminar
- Primera parte: Vierge et Mère
- Segunda parte: Épouse des nocces messianiques
- Tercera parte: Mère du peuple de Dieu messianique.
- Cuarta parte: Archétype de l’Eglise Mère et Épouse.
- Épilogue.

* José C. R. García Paredes: “Mariología”. BAC. Madrid. 1995. Esta obra pertenece a la colección “Sapientia fidei”. Serie de Manuales de Teología.

15.- Juan Pablo II. “Redemptoris Mater”, ibd., n.18.

* Mons. Elías Yanes: Carta Pastoral: “María es nuestra Madre”.
Arzobispado. Zaragoza. 2004.

15a.- Juan Pablo II: “Homilía en el IV Centenario del Santuario de la Virgen de Kalvaria. Kalvaria Zebrzydowska (19-VIII-2002).

15b.- K. Rahner nos ofrece una descripción de lo que es el cristianismo con estas palabras:

“¿Qué es el cristianismo?...El cristianismo no es algo que el hombre inventa o descubre. Tampoco es la elevación del hombre a Dios por sus propias fuerzas. Y tampoco es, principalmente un cumplimiento de mandamientos dados por Dios para que los realicemos por nosotros mismos.

El cristianismo es la obra del Dios vivo en nosotros: es lo que nos da él, el Dios vivo de la gracia, en el perdón y la redención, en la justificación y en la comunicación de su propia gloria. Pero como lo que Dios nos da no es en definitiva su don creado, sino él mismo, el cristianismo, finalmente, es el mismo Dios eterno que viene al hombre y que actúa en el hombre por su gracia, de manera que éste abre libremente su corazón para que penetre en el pobre corazón de esa pequeña criatura la total, espléndida, infinita vida de Dios trinitario. (...)

¿Qué es el cristianismo perfecto? Ahora es fácil responder. El cristianismo debe consistir en que el hombre reciba este don del Dios eterno, que es Dios mismo, con una libertad imbuida de gracia; que lo acoja con cuerpo y alma y con todas las fuerzas de su ser, con todo lo que es y lo que tiene, lo que hace y padece a fin de que esa recepción englobe la totalidad del ser del hombre y toda su historia, para introducirla en la vida eterna de Dios.

Cristianismo perfecto debe significar que se adecuan perfectamente profesión y vida personal; lo que sucede a plena luz y en la historia y lo que acontece ocultamente en la profundidad de la conciencia; que se haga patente lo que se realiza en lo más íntimo de la vida cristiana y que, a la vez, lo que se manifiesta en el exterior sea la aparición externa de lo sucedido en lo íntimo del corazón ante Dios.

El Cristianismo en su forma perfecta debe significar además que ese perfecto cristianismo del cristiano se dedica sin reservas a la salvación de los demás...

Si tal es el cristianismo perfecto, podemos y debemos decir: María es la realización concreta del cristianismo perfecto, (...) es realmente la perfecta cristiana; es, en cierta manera, la realización concreta y representativa de la redención en su forma más perfecta... En ella se manifiesta, en cierto modo, el significado de Iglesia, gracia, redención y salvación de Dios” (“María, Madre del Señor”, Barcelona, Herder, 1967, pp.42-46).

16.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 41

* Juan Pablo II: “¡Cuán grande es el misterio de la Inmaculada Concepción, que nos presenta la liturgia de hoy! Un misterio que no cesa de atraer la contemplación de los creyentes e inspira la reflexión de los teólogos (n.2). (...) Preservada inmune de toda mancha de pecado original, la “nueva Eva” se benefició de modo singular de la obra de Cristo como perfectísimo Mediador y redentor. Ella, la primera redimida por su Hijo, partícipe en plenitud de su santidad, ya es lo que toda la Iglesia desea y espera ser. Es el icono escatológico de la Iglesia (n.5) En la concepción inmaculada de María la Iglesia ve proyectarse, anticipada en su miembro más noble, la gracia salvadora de la Pascua” (n.6).

17.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 40

18.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 24

19.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 25

20.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 45

21.- Juan Pablo II: “Redemptoris Mater”, ibd., 46

22.- Pablo VI: “Exhortación Apostólica: “Marialis Cultus” (2-II-1974), 47.

23.- Juan Pablo II: “El Rosario de la Virgen María”, Edibesa. Madrid. 2002; 18.

24.- Pablo VI: “Exhortación apostólica: “Marialis Cultus”, 46

25.- Juan Pablo II: “Homilía en la clausura del XX Congreso Internacional Mariológico-Mariano; 24-IX-2000; “Ecclesia”, n. 3017; 7 de octubre de 2000; 28-29.

26.- Juan Pablo II: “Homilía con ocasión del 1º aniversario de la definición dogmática de la Asunción de la Virgen María (1-XI-2000). Ecclesia, n.3022; 11-XI-2000; 34-36.

27.- “Ecclesia”, n. 3236; 11-XII-2004; 27-28.

27a.- Pedro. J.Lasanta: “María” en “Diccionario de Teología y Espiritualidad de Juan Pablo II”.Edibesa. Madrid. 1996; 587-602).

28.- Juan Pablo II: Exhortación Apostólica “Pastores dabo vobis”, Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades. Comisión Episcopal del Clero. Conferencia Episcopal Española. Madrid. (25-III-1992), n.82.

X

LA IDA DE JUAN PABLO II A LA CASA DEL PADRE

Juan Pablo II no pudo asistir ni, por tanto, participar en la celebración del Triduo Pascual de este año del Señor 2005, a pesar de desearlo vivamente. Sus fuerzas le iban abandonando lenta y progresivamente. No obstante, quiso estar presente entre los fieles no sólo en espíritu sino también por medio de un escrito que les envió y que fue leído durante el Via-Crucis celebrado en el Coliseum, como todos los años. Lo incluimos aquí:

“Estoy espiritualmente con vosotros en el Coliseo. La adoración de la cruz nos remite a un compromiso al que no podemos sustraernos. Lo que san Pablo expresaba con las siguientes palabras: “Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo a favor de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col.1, 24). También yo ofrezco mis sufrimientos para que el designio de Dios se cumpla y su palabra se abra paso entre los hombres. En este día, memorial de Cristo crucificado, miro y adoro con vosotros la cruz y repito las palabras de la liturgia sagrada: “Oh Crux, ave spes única!” (Ave, oh Cruz, única esperanza, danos paciencia y coraje y obtén la paz para el mundo” (OR; 27-III-2005; 5).

En la última estación, el Santo Padre tomó en sus manos el crucifijo y apretó contra su rostro marcado por el dolor y el sufrimiento, como si quisiera decir a Jesucristo lo que le dijera Juan: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que amor” (21,17).

El Domingo de Pascua de Resurrección, Juan Pablo II se asomó a la ventana de su biblioteca para impartir la bendición apostólica “Urbi et Orbi” a muchísimas personas que llenaban la Plaza de San Pedro y a los que habían participado en la liturgia retransmitida por televisión en todo el mundo. Pero no pudo articular palabra alguna. Se limitó a trazar la señal de la cruz con la mano y a saludar a todos. Alejándose de la ventana, dijo: “Si no puedo cumplir con la misión que se me ha confiado, acaso sería mejor que me muriese”. Pero a continuación dijo: “Hágase tu voluntad... Totus tuus!” (Mons. St. Dziwisz y C.Drazek).

Juan Pablo se dio cuenta de que su salud se desmoronaba paulatinamente y de que sus fuerzas eran cada vez más escasas. El día y la hora de su tránsito de este mundo a la Casa del Padre se iban acercando. De acuerdo con los médicos que lo atendían, no volvió al hospital, sino que se quedó en el Vaticano.

Llegó el último día de su vida -sábado, 2 de abril de 2007-. Por la tarde hubo un momento en que dijo: “¡Dejadme ir a la casa del Padre!”. Mons. St.Dziwisz y C. Drazek refieren los últimos momentos de su vida: “Hacia las 17 horas se rezaron las Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia; al final se recitó el “Magnificat” y la “Salve Regina”. Los ojos del Papa que se iban apagando se posaban también sobre la

imagen de Ntra. Sra. de Czestochowa. Hacia las 20 horas, Mons. St. Dziwisz presidió la celebración de la santa Misa del Domingo de la Divina Misericordia, que fue concelebrada por el Card. Marian Jaworski, Mons. Stanislaw Rylko, Mons. Mieczyslaw Mokrzycki y el P. Tadeusz Styczen. Asistieron a la Eucaristía el doctor Renato Buzzonetti, sus colaboradores y las hermanas Esclavas del Sdo. Corazón de la Casa Pontificia.

Antes del Ofertorio, el card. Marian Jaworski administró una vez más la Unción de los Enfermos, y durante la Comunión Mons. Dziwisz le dio la Santísima Sangre como Viático. Se le puso en la mano una vela encendida, previamente bendecida”.

A las 21,37 horas del 2 de abril de 2005, Juan Pablo II entregaba su espíritu a Dios, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en la octava de Pascua y en el domingo de la Misericordia divina.

El fallecimiento, constatado por el Dr. Renato Buzzonetti, fue verificado también por medio de la ejecución del electrocardiogramograma prolongado durante 20 minutos, a tenor de las normas vaticanas. Los presentes entonaron el “Te Deum”. Desde aquella noche hasta el 8 de abril, día en que se celebraron las exequias del Santo Padre, más de tres millones de peregrinos rindieron homenaje a Juan Pablo II y oraron por él. “Cantamos el “Te Deum laudamus”, dando gracias a Dios por su vida, por sus logros y por haber podido estar a su lado hasta el final” (Sr. Dziwisz).

Juan Pablo II mostró en los últimos días de su vida una profunda unión con Dios y una cercanía a la humanidad. “Sabía que no estaba solo. Se iba a reunir con Dios con el respaldo de esa multitud”, escribe el Card. Stanislaw Dziwisz. La Abadesa Tekla Famiglietti manifiesta: “me arrodillé; él estaba a mi derecha, con la cabeza reclinada en la almohada, y estaba rezando”. Precisamente su último deseo fue: “Leedme la Biblia”. Un sacerdote leyó nueve capítulos del evangelio de Juan”. Durante la última hora de su vida en este mundo, el Papa pidió que se rezara. Así se hizo.

XI

CELEBRACIÓN CRISTIANA DE LA MUERTE DE JUAN PABLO II

1.- Misa en sufragio de su Santidad Juan Pablo II (3-IV-2005)

El día 3 de abril presidió la Misa en sufragio del Santo Padre el cardenal Ángel Sodano en la Plaza de San Pedro.

Al final de la misma, mons. Leonardo Sandri leyó un texto que Juan Pablo II había preparado para el “Regina coeli” del II domingo de Pascua, o domingo de la Misericordia Divina. Lo ofrecemos a continuación:

“Amadísimos hermanos y hermanas:

Resuena también hoy el gozoso aleluya de la Pascua. La página del evangelio de san Juan que leemos hoy destaca que el Resucitado, al atardecer de aquel día, se apareció a los Apóstoles y “les mostró las manos y el costado” (Jn.20,20), es decir, los signos de la dolorosa pasión grabados de modo indeleble en su cuerpo también después de la resurrección. Aquellas heridas gloriosas, que ocho días después hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios, que tanto amó al mundo que le dio a su Hijo único”(Jn.3,16). Este misterio de amor está en el centro de la actual liturgia del domingo “in Albis”, dedicada al culto de la Misericordia divina.

A la humanidad, que a veces parece extraviada y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y suscita de nuevo la esperanza. Es un amor que convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Misericordia divina!

Señor, que con tu muerte y resurrección revelas el amor del Padre, creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: ¡Jesús, confío en ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero!

La solemnidad litúrgica de la Anunciación, que celebraremos mañana, nos impulsa a contemplar con los ojos de María el inmenso misterio de este amor misericordioso que brota del Corazón de Cristo. Ayudados por ella, podemos comprender el verdadero sentido de la alegría apscual, que se funda en esta certeza: Aquel a quien la Virgen llevó en su seno, que padeció y murió por nosotros, ha resucitado verdaderamente. ¡Aleluya!” (Archivo Informático.Santa Sede).

2.- Misa de Exequias del Difunto Juan Pablo II



MISA DE EXEQUIAS DEL DIFUNTO PONTÍFICE ROMANO

JUAN PABLO II

HOMILÍA DEL CARD. JOSEPH RATZINGER

*Plaza de San Pedro
Viernes 8 de abril de 2005*

«Sígueme», dice el Señor resucitado a Pedro, como su última palabra a este discípulo elegido para apacentar a sus ovejas. «Sígueme», esta palabra lapidaria de Cristo puede considerarse la llave para comprender el mensaje que viene de la vida de nuestro llorado y amado Papa Juan Pablo II, cuyos restos mortales depositamos hoy en la tierra como semilla de inmortalidad, con el corazón lleno de tristeza pero también de gozosa esperanza y de profunda gratitud.

Estos son nuestros sentimientos y nuestro ánimo. Hermanos y hermanas en Cristo, presentes en la Plaza de San Pedro, en las calles adyacentes y en otros lugares diversos de la ciudad de Roma, poblada en estos días de una inmensa multitud silenciosa y orante. Saludo a todos cordialmente.

También en nombre del colegio de cardenales saludo con deferencia a los jefes de Estado, de gobierno y a las delegaciones de los diversos países. Saludo a las autoridades y a los representantes de las Iglesias y comunidades cristianas, al igual que a los de las diversas religiones. Saludo a los arzobispos, a los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, llegados de todos los continentes; de forma especial a los jóvenes que Juan Pablo II amaba definir el futuro y la esperanza de la Iglesia. Mi saludo llega también a todos los que en cualquier lugar del mundo están unidos a nosotros a través de la radio y la televisión, en esta participación coral al rito solemne de despedida del amado pontífice".

«Sígueme». Cuando era un joven estudiante, Karol Wojtyła era un entusiasta de la literatura, del teatro, de la poesía. Trabajando en una fábrica química, circundado y amenazado por el terror nazi, escuchó la voz del Señor: ¡Sígueme! En este contexto tan particular comenzó a leer libros de filosofía y de teología, entró después en el seminario clandestino creado por el cardenal Sapieha y después de la guerra pudo completar sus estudios en la facultad teológica de la Universidad Jagellónica de Cracovia. Tantas veces en sus cartas a los sacerdotes y en sus libros autobiográficos nos habló de su sacerdocio, al que fue ordenado el 1 de noviembre de

1946. En esos textos interpreta su sacerdocio, en particular a partir de tres palabras del Señor. En primer lugar esta: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro permanezca». La segunda palabra es: «El buen pastor da la vida por sus ovejas». Y finalmente: «Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor». En estas palabras vemos el alma entera de nuestro Santo Padre. Realmente ha ido a todos los lugares, incansablemente, para llevar fruto, un fruto que permanece. «Levantaos, vamos», es el título de su penúltimo libro. «Levantaos, vamos». Con esas palabras nos ha despertado de una fe cansada, del sueño de los discípulos de ayer y hoy. «Levantaos, vamos», nos dice hoy también a nosotros. El Santo Padre fue además sacerdote hasta el final porque ofreció su vida a Dios por sus ovejas y por la entera familia humana, en una entrega cotidiana al servicio de la Iglesia y sobre todo en las duras pruebas de los últimos meses. Así se ha convertido en una sola cosa con Cristo, el buen pastor que ama sus ovejas. Y, en fin, «permaneced en mi amor»: el Papa, que buscó el encuentro con todos, que tuvo una capacidad de perdón y de apertura de corazón para todos, nos dice hoy también con estas palabras del Señor: «Habitando en el amor de Cristo, aprendemos, en la escuela de Cristo, el arte del amor verdadero».

«Sígueme». En julio de 1958 comienza para el joven sacerdote Karol Wojtyla una nueva etapa en el camino con el Señor y tras el Señor. Karol fue, como era habitual, con un grupo de jóvenes apasionados de canoa a los lagos Masuri para pasar unas vacaciones juntos. Pero llevaba consigo una carta que lo invitaba a presentarse al primado de Polonia, el cardenal Wyszyński y podía adivinar solamente el motivo del encuentro: su nombramiento como obispo auxiliar de Cracovia. Dejar la enseñanza universitaria, dejar esta comunión estimulante con los jóvenes, dejar la gran liza intelectual para conocer e interpretar el misterio de la criatura humana, para hacer presente en el mundo de hoy la interpretación cristiana de nuestro ser, todo aquello debía parecerle como un perderse a sí mismo, perder aquello que constituía la identidad humana de ese joven sacerdote. Sígueme, Karol Wojtyla aceptó, escuchando en la llamada de la Iglesia la voz de Cristo. Y así se dio cuenta de cuanto es verdadera la palabra del Señor: «Quien pretenda guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará viva». Nuestro Papa —todos lo sabemos— no quiso nunca salvar su propia vida, tenerla para sí; quiso entregarse sin reservas, hasta el último momento, por Cristo y por nosotros. De esa forma pudo experimentar cómo todo lo que había puesto en manos del Señor retornaba en un nuevo modo: el amor a la palabra, a la poesía, a las letras fue una parte esencial de su misión pastoral y dio frescura nueva, actualidad nueva, atracción nueva al anuncio del Evangelio, también precisamente cuando éste es signo de contradicción.

«Sígueme». En octubre de 1978 el cardenal Wojtyla escucha de nuevo la voz del Señor. Se renueva el diálogo con Pedro narrado en el Evangelio de esta ceremonia: «Simón de Juan, ¿me amas? Apacienta mis ovejas». A la pregunta del Señor: Karol, ¿me amas?, el arzobispo de Cracovia respondió desde lo profundo de su corazón: «Señor, tú lo sabes todo: Tú sabes que te amo». El amor de Cristo fue la fuerza dominante en nuestro amado Santo Padre; quien lo ha visto rezar, quien lo ha oído predicar, lo sabe. Y así, gracias a su profundo enraizamiento en Cristo pudo llevar un peso, que supera las fuerzas puramente humanas: Ser pastor del rebaño de Cristo, de su Iglesia universal. Este no es el momento de hablar de los diferentes aspectos de un pontificado tan rico. Quisiera leer solamente dos pasajes de la liturgia de hoy, en los que aparecen elementos centrales de su anuncio. En la primera lectura dice San Pedro —y dice el Papa con San Pedro—: «En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier pueblo le es agradable todo el que le teme y obra la justicia. Ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciando el Evangelio de la paz por medio de Jesucristo, que es Señor de todos». Y en la segunda lectura, San Pablo —y con San Pablo nuestro Papa

difunto— nos exhorta con fuerza: «Por tanto, hermanos muy queridos y añorados, mi gozo y mi corona, permaneced así, queridísimos míos, firmes en el Señor».

«Sígueme». Junto al mandato de apacentar su rebaño, Cristo anunció a Pedro su martirio. Con esta palabra conclusiva y que resume el diálogo sobre el amor y sobre el mandato de pastor universal, el Señor recuerda otro diálogo, que tuvo lugar en la Última Cena. En esta ocasión, Jesús dijo: «Donde yo voy, vosotros no podéis venir». Pedro dijo: «Señor, ¿dónde vas?». Le respondió Jesús: «Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde». Jesús va de la Cena a la Cruz y a la Resurrección y entra en el misterio pascual; Pedro, sin embargo, todavía no le puede seguir. Ahora —tras la Resurrección— llegó este momento, este "más tarde". Apacentando el rebaño de Cristo, Pedro entra en el misterio pascual, se dirige hacia la Cruz y la Resurrección. El Señor lo dice con estas palabras, «...cuando eras más joven ... ibas adonde querías; pero cuando envejecas extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras». En el primer período de su pontificado el Santo Padre, todavía joven y repleto de fuerzas, bajo la guía de Cristo fue hasta los confines del mundo. Pero después compartió cada vez más los sufrimientos de Cristo, comprendió cada vez mejor la verdad de las palabras: «Otro te ceñirá...». Y precisamente en esta comunión con el Señor que sufre anunció el Evangelio infatigablemente y con renovada intensidad el misterio del amor hasta el fin.

Ha interpretado para nosotros el misterio pascual como misterio de la divina misericordia. Escribe en su último libro: El límite impuesto al mal «es en definitiva la divina misericordia». Y reflexionando sobre el atentado dice: «Cristo, sufriendo por todos nosotros, ha conferido un nuevo sentido al sufrimiento; lo ha introducido en una nueva dimensión, en un nuevo orden: el del amor... Es el sufrimiento que quema y consume el mal con la llama del amor y obtiene también del pecado un multiforme florecimiento de bien». Animado por esta visión, el Papa ha sufrido y amado en comunión con Cristo, y por eso, el mensaje de su sufrimiento y de su silencio ha sido tan elocuente y fecundo.

Divina Misericordia: El Santo Padre encontró el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. El, que había perdido a su madre cuando era muy joven, amó todavía más a la Madre de Dios. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si estuvieran dirigidas a él personalmente: «¡Aquí tienes a tu madre!». E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo de su ser (eis ta idia: *Jn 19,27*)-*Totus tuus*. Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo.

Ninguno de nosotros podrá olvidar como en el último domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico Vaticano y dio la bendición *Urbi et Orbi* por última vez. Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendíganos, Santo Padre. Confiamos tu querida alma a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro. Amén.



3.- Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española: “Mensaje tras la muerte del Papa Juan Pablo II” (Madrid, 11-IV-2005)

COMITÉ EJECUTIVO



Mensaje tras la muerte del Papa Juan Pablo II

Madrid, 11 de abril de 2005

Todos los miembros del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española, junto con otros muchos hermanos en el episcopado de nuestra Conferencia y del mundo entero, hemos asistido en Roma a los funerales por Su Santidad el Papa Pablo II. Nos hemos unido así al dolor y a la esperanza de la Iglesia y de la Humanidad, que se hicieron presentes en la Plaza de San Pedro de un modo nunca visto hasta ahora a través de numerosísimas representaciones oficiales y de millones de peregrinos, sobre todo jóvenes. Hemos vuelto humanamente impresionados y espiritualmente confortados; con el alma llena de gratitud a Dios por el inmenso regalo que han sido la persona y el servicio de Juan Pablo II.

El Papa ha muerto con fama de santo. En los últimos meses de su vida hemos visto cómo el hombre que había comenzado su pontificado con una vitalidad extraordinaria había ido perdiendo las fuerzas físicas y cómo el pregonero universal del Evangelio se había quedado incluso sin aquella voz fuerte y bella con la que durante años había hecho resonar por todo el mundo las palabras mismas de Jesucristo: “¡No tengáis miedo!”. Juan Pablo II murió anunciando el Evangelio de la Vida con la elocuencia suprema de la propia vida entregada hasta su último aliento al Señor y a su Iglesia. Fue su último gran servicio a la Humanidad. Fue la última verificación de su fama de hombre de Dios.

A lo largo de sus veintiséis años de ministerio, Juan Pablo II desplegó una actividad apostólica inmensa. Su testamento espiritual nos confirma que centró su misión en lo que constituye el corazón de la obra evangelizadora de la Iglesia: el anuncio de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para la salvación de todos. El Gran Jubileo de la Encarnación, en el año 2000, constituyó la ocasión providencial que orientó el ministerio del Papa en este sentido. Al mismo tiempo, Juan Pablo II llevó adelante con múltiples iniciativas y hondo discernimiento la aplicación del Concilio Vaticano II, acontecimiento eclesial que él entendía como “un nuevo adviento” que propiciaría una renovada presencia viva de Cristo, para todos los pueblos. Sus cinco visitas apostólicas a España han supuesto para nuestras Iglesias un impulso decisivo en la verdad de la renovación conciliar. España evangelizada podrá ser así también evangelizadora, como el Papa deseaba.

Al proclamar tantos santos y beatos, muchos de ellos contemporáneos y compatriotas nuestros, entre ellos, significativamente, tantos mártires del siglo XX de todas partes del mundo, Juan Pablo II nos ha recordado a obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos que la santidad es posible para todos y que es necesario aspirar a ella con determinación por los diversos caminos de seguimiento del Señor en fidelidad a las diversas vocaciones y misiones que enriquecen a la Iglesia. El mundo necesita santos. Podemos decir que lo hemos visto estos días de manera especial. Recogemos el desafío y la invitación que para todos supone la palabra y la vida de Juan Pablo II. Descanse en paz.

A la intercesión de María, la Madre del Redentor, que permanecía en oración con los apóstoles tras la resurrección del Señor, encomendamos a la Iglesia en estos momentos y, en particular, la elección del nuevo Papa. Bajo su protección materna, miramos con confianza al futuro.

JUAN PABLO II HACIA LOS ALTARES

1.- Palabras de Juan Pablo II

“No sé cuándo llegará (la última llamada), pero como en todo, también pongo este momento en las manos de la Madre de Mi Maestro: Totus Tuus. En las mismas manos maternas dejo todo sobre todo a la Iglesia y también a mi Nación y a toda la humanidad” (1).

“Deseo confiarme una vez más totalmente a la gracia del Señor. Él mismo decidirá cuándo y cómo debo terminar mi vida terrena y ministerio pastoral. En la vida y en la muerte ¡Totus tus” mediante la Inmaculada. Aceptando ya ahora esta muerte, espero que el Cristo me dé la gracia para el último paso, es decir, (mi) pascua.” (2).

“Cada vez me doy más cuenta de que se acerca el momento en que tendré que presentarme ante Dios con toda mi vida, desde mi juventud en Wadowice, después en Cracovia y, por último, en Roma. Confío en la misericordia divina y en la protección de la Virgen Santa. Agradecido por el don de la vida, vuelvo a entregar hoy a la Virgen mi existencia y el ministerio que la Providencia me ha llamado a realizar” (3).

2.- Testimonios de otros sobre la santidad de Juan Pablo II:

* Card. Camilo Ruini decía en su homilía de la Misa por la salud de Juan Pablo II: “ En estas horas de sufrimiento, como siempre durante su incansable ministerio, ya ve y toca a Dios, ya está unido a nuestro único Salvador” (4)

* Mons. Leonardo Sandri comunicó al mundo el óbito del Papa: “a las 21,37 (2-IV-2005) nuestro Santo Padre ha regresado a la Casa del Padre”.

* “Rogito (5): “Juan Pablo II ha dejado a todos un testimonio admirable de piedad, de vida santa y de paternidad espiritual”

* Card. Angelo Sodano manifestó poco después del óbito del Papa: “en la vigilia del Domingo de la Divina Misericordia pasó el Ángel del Señor por el Palacio Apostólico Vaticano y le dijo a su siervo bueno y fiel: Entra en el gozo de tu Señor. Que desde el cielo vele siempre por nosotros y nos ayude a cruzar el umbral de la esperanza del que tanto nos había hablado. (...) Juan Pablo II difundió en el mundo este Evangelio de salvación, invitando a toda la

iglesia a agacharse ante el hombre de hoy para abrazarlo y levantarlo con amor redentor” (6).

* Card. J. Ratzinger: “El amor de Cristo fue la fuerza dominante de nuestro amado Santo Padre; quien lo ha visto rezar, quien le ha oído predicar, lo sabe. Y así gracias a este profundo enraizamiento en Cristo, ha podido llevar un peso que va más allá de las fuerzas puramente humanas: ser pastor de la grey de Cristo, de su Iglesia universal. (...) Nuestro Papa, lo sabemos todos, nunca ha querido salvar la propia vida, tenerla para sí mismo. Ha querido darse a sí mismo sin reservas hasta el último momento. (...). Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora asomado a la ventana de la casa del Padre y nos ve y nos bendice. Sí, bendícenos, Santo Padre (...) El Santo Padre ha encontrado el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios (7).

* Mons. R. Blázquez y D. Juan A. Martínez Camino, presidente y secretario de la Conferencia Episcopal Española, respectivamente, manifestaron: “Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado, se ha hecho casi palpable a asistencia providente que el Espíritu Santo presta al pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad. Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del señor de confirmar en la fe a sus hermanos. La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y su enfermedad” (8).

* El Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española: “El Papa ha muerto con fama de santo. En los últimos meses de su vida hemos visto cómo el hombre que había comenzado su pontificado con una vitalidad extraordinaria había ido perdiendo las fuerzas físicas y cómo el pregonero universal del Evangelio se había quedado incluso sin aquella voz fuerte y bella con la que durante años había hecho resonar por todo el mundo las palabras mismas de Jesucristo: ¡No tengáis miedo!”. Juan Pablo II murió anunciando el Evangelio de la Vida con la elocuencia suprema de la propia vida entregada hasta su último aliento al Señor y a su Iglesia. Fue su último gran servicio a la Humanidad. Fue la última verificación de su fama de hombre de Dios” (9).

* Card. A. María Rouco Varela: “esta certeza del poder de Cristo, de su cruz gloriosa y de su resurrección, ha animado la vida entera del Santo Padre, hasta llegar el momento mismo de su muerte en el que, abandonado a la Divina Misericordia, ha consumado su carrera con las palabras de Cristo en la cruz, con que acaba su testamento: “In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum” (10).

* Mons. A. Cañizares: “el Papa Juan Pablo II ha rendido su vida en las manos de Dios, y acaba de llegar a la meta con la mirada puesta en el Rostro Divino, que en todo momento buscó y rastreó. Había peleado el buen combate de la fe, había gastado y desgastado su vida en los duros trabajos del Evangelio hasta la extenuación, había guardado y difundido solícita y fielmente la fe, todo lo había cumplido hasta permanecer unido y clavado a la cruz en los últimos días, sólo le quedaba recibir la corona merecida, que el Señor, Justo Juez, da a todos los que esperan con amor su Venida, aquella corona de gloria que no se marchita ni perece, que Dios reserva a los justos y servidores leales que le han seguido con la cruz, negándose a sí mismos y cumpliendo la voluntad y misión que Él mismo les había encomendado. (...) Este ha sido el Papa Juan Pablo II: un enamorado de Jesucristo” (11)

* Mons. Ricardo Blázquez ha escrito: “También desde el sufrimiento confirmó en la fe a los cristianos y dignificó a los ancianos y enfermos. Su cruz fue “cátedra” para proclamar el Evangelio del dolor salvífico, de la esperanza y del amor de Dios a los hombres” (12).

* Rógito: “En la luz de Cristo resucitado de entre los muertos, el 2 de abril del año del Señor 2005, a las 21,37, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en el día del Señor, octava de Pascua y domingo de la Misericordia divina, el amado Pastor de la Iglesia, Juan Pablo II, pasó de este mundo al Padre. Toda la Iglesia acompañó en oración su tránsito, especialmente los jóvenes...”

* Benedicto XVI manifestó: “en el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre, hemos contemplado el misterio de la Pasión de Cristo” (13). Y posteriormente, en su primera entrevista realizada por el padre Andrezej Majewski para la Televisión pública de Polonia (16-X-2005) declaró: “viéndole rezar (a Juan Pablo II), comprendí, no sólo vi, que era un hombre de Dios. Ésta era la impresión fundamental: un hombre que vive con Dios, más aún, en Dios”.

3.- Testimonio de la multitud pidiendo la canonización de Juan Pablo II “¡Santo subito!” (¡Santo ya”) (8 de Abril de 2005)

* Durante el sepelio de Juan Pablo II, la multitud exclama: “¡Santo subito!” (Santo ya). Es la petición pública de la multitud a favor de la pronta canonización de Juan Pablo II. Ahora bien, el proceso de su beatificación podría no ser muy rápido. “Se necesita mucho tiempo para poder mostrar toda

la riqueza de la vida del candidato a los altares”, recuerda el cardenal Josef Glemp, el Primado de Polonia.

4.- Cardenales piden que se abra el proceso de beatificación y canonización de Juan Pablo II

Un significativo número de cardenales de los reunidos estos días en Roma firmó una carta que será presentada al nuevo Pontífice, con la petición de que Juan Pablo II sea canonizado prontamente, según informó el diario “Corriere della Sera”.

5.- Líneas maestras de la santidad de Juan Pablo II

Renato Buzzionetti propone las siguientes líneas de la santidad del papa Juan Pablo II:

* Ha sido un hombre lleno de coraje en la época de los grandes miedos. Ha sido un hombre decidido y coherente...en la época de los compromisos y de la indecisión programática y de los camaleonismos difusos...

* Ha sido un hombre lleno de coraje en la defensa de la paz, mientras soplaban vientos de guerra. “Yo sé bien lo que es la guerra. Yo tengo el deber de decir a aquellos (¡a aquellos que creen en la guerra!) que la guerra multiplica el odio y no resuelve los problemas” (16 de marzo de 2003).

* Ha dado muestras de un gran coraje en la defensa de la familia en una época en la que se ha extraviado la conciencia de la instituíble dualidad esposo-esposa.

*Ha dado muestras de un gran coraje en la defensa de la dignidad de la vida humana, de toda vida humana, blanca o amarilla o de color; sana o enferma; rica o pobre; desde la concepción hasta la muerte.

* Fue un hombre lleno de coraje al ir en busca de los jóvenes y hablarles. Animaba a los jóvenes a levantarse para revestir de mayor dignidad y significado sus propias vidas.

* Fue un hombre lleno de coraje en la difícil estación de la enfermedad y en el momento de la muerte. Optó por no bajarse de la Cruz y consumirse hasta el extremo de sus fuerzas.

* Fue un hombre muy devoto de la Stma. Virgen María” (AA.VV.”Dejadme ir a la casa del Padre”; San Pablo. Madrid.167-184).

6.- Proceso de Canonización de Juan Pablo II

6.1.- Decreto de la Congregación para las Causas de los Santos

“A petición del muy Eminente y Reverendo Cardenal Camilo Ruini, Vicario General de su Santidad para la diócesis de Roma, el Sumo Pontífice Benedicto XVI, vistas las circunstancias particulares que les han sido expuestas durante la audiencia concedida al Cardenal-Vicario general el 28 de Abril de este año 2005, ha concedido dispensa del período de cinco años de espera después de la muerte del Servidor de Dios Juan Pablo II (Karol Wojtyla), Sumo Pontífice, de forma que la causa de beatificación y de canonización del Siervo de Dios pueda comenzar inmediatamente, no obstante toda disposición contraria.

Dado en Roma, sede de la Congregación para las Causas de los santos, el 9 de mayo del Año del Señor 2005.

José Card. Saraiva Martins, Prefecto Cardenal;
Msr.Edgard Nowak, arzobispo titular de Luni, Secretario

De esta manera, en el mes de mayo, mes dedicado a la Virgen María, comienza el viaje hacia los altares de Juan Pablo II que se declaró y proclamó siempre: “Totus tuus”, todo de María.

6.2.- Declaración del Papa Benedicto XVI

El día 13 de mayo de 2005, en el encuentro con los sacerdotes de Roma anunció su decisión de dispensar del período de cinco años de espera, establecido por el Código de Derecho Canónico, para el inicio del proceso que podría llevar a Karol Wojtyla a la gloria de los altares.

El Cardenal José Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, explicó ese mismo día que el actor de la Causa de la beatificación es el Vicariato de Roma, la diócesis de Juan Pablo II.

*** Benedicto XVI abre el inicio del proceso de beatificación de Juan Pablo II (28-Junio-2005).**

El día 28 de junio -víspera de la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo-, en la basílica de San Juan de Letrán, en presencia del cardenal Camilo Ruini, obispo vicario para la diócesis de Roma, tuvo lugar la solemne sesión de apertura de la investigación diocesana sobre la vida, virtudes y fama de santidad de Juan Pablo II, el primer acto de la causa de beatificación y canonización de Karol Wojtyla. Este proceso, iniciado en la diócesis de Roma, de la que era Obispo Juan Pablo II, implica y conlleva la recogida de toda la documentación sobre el difunto pontífice, reuniendo testimonios de quienes lo conocieron. Después de analizarán posibles milagros atribuidos a su intercesión (14).

El Cardenal Camilo Ruini, obispo Vicario para la diócesis de Roma, ha promulgado un edicto en el que “ha invitado a todos los fieles a comunicarnos directamente o hacer llegar al tribunal Diocesano del vicariato de Roma (Plaza San Giovanni in Luterano, 6 – 00184 Roma) todas las noticias de las que se puedan deducir elementos favorables o contrarios a la fama de santidad” de Juan Pablo II”.

A partir de este momento, el Postulador de la Causa, Mons. Slawomir Oder, tendrá la tarea de recoger los documentos y preparar una lista de testigos que testimoniarán las virtudes heroicas de Juan Pablo II. Si el proceso pasa la fase diocesana, después es transmitido a la Santa Sede, a la Congregación para la Causa de los Santos. El Derecho Canónico prescribe dos fases: la diocesana y la romana.

*** Constitución del tribunal rogatorio en Cracovia encargado de recoger testimonios sobre la causa de beatificación y canonización provenientes de Polonia (4-XI-2005).**

El acto de esta constitución tuvo lugar con una liturgia vespertina en la catedral de Wawel, presidido por el arzobispo de Cracovia, Mons. Stanislaw Ddziewicz. Tras el juramento de los miembros del tribunal, se leyó el protocolo y la carta rogatoria del cardenal Camilo Ruini, en la que el obispo vicario de Roma pide al arzobispo de Cracovia que instituya el tribunal para escuchar los testimonios provenientes de Polonia. “Se trata de gente que tiene cosas para decir en relación con la vida y actividad de Karol Wojtyla en las épocas en que fue obispo y cardenal”, explicó el P.Slawomir Oder, postulador de la causa.

*** Oración para pedir la intercesión de Juan Pablo II**

“¡Oh Trinidad Santa! Te damos gracias por haber concedido a la Iglesia el papa Juan Pablo II y porque, en él has reflejado la ternura de tu paternidad, la gloria de la cruz de Cristo y el esplendor del Espíritu del amor. Él, confiando totalmente en tu infinita misericordia y en la maternal intercesión de María, nos ha mostrado una imagen viva de Jesús Buen Pastor, indicándonos la santidad, alto grado de la vida cristiana ordinaria, como camino para alcanzar la comunión eterna contigo.

Concédenos por su intercesión, y si es tu voluntad, el favor que imploramos, con la esperanza de que sea incluido pronto en el número de tus santos”.

Te lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.
(Aprobada por el Vicariato de Roma)

7.- Oración de Benedicto XVI por la pronta canonización de Juan Pablo II en tierras de Polonia.

SALUTO DEL SANTO PADRE

Kalwaria Zebrzydowska, 27 maggio 2006

Cari Padri (francescani), Carissimi fratelli e sorelle,

durante il primo viaggio in Polonia Giovanni Paolo II visitò questo Santuario e dedicò il suo discorso alla preghiera. Alla fine disse: "E anche questo chiedo: chiedo che preghiate qui per me, durante la mia vita e dopo la mia morte". Oggi ho voluto fermarmi un momento nella cappella della Madonna e con gratitudine pregare per lui, secondo quella sua richiesta. Seguendo l'esempio di Giovanni Paolo II, anch'io mi rivolgo a voi con la cordiale domanda di pregare per me e per tutta la Chiesa. Vorrei dire che anch'io, come il caro Cardinale Stanislaw, spero che la Provvidenza conceda presto la Beatificazione e la Canonizzazione del nostro amato Papa Giovanni Paolo II.

Benedizione in latino

© Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana

NOTAS - JUAN PABLO II HACIA LOS ALTARES

1.- Juan Pablo II: “Testamento espiritual, 6.III. 1979

2.- Juan Pablo II: “Testamento espiritual”, 24-II - 1.III.1980

3.- Juan Pablo II: “Discurso en el encuentro de Juan Pablo II con 20.000 peregrinos polacos, el 18 de mayo de 2003.

4.- Card. Camilo Ruini: “Homilía en la Misa por la salud de Juan Pablo II”. Basílica de San Juan de Letrán. 2 de Abril de 2005.

* Card. Camilo Ruini: “Juan Pablo II, Testigo del amor y del perdón”. Reflexión final del Cardenal Vicario Camilo Ruini en la sesión de apertura de la investigación diocesana sobre la vida, virtudes y fama de santidad del Siervo de Dios Juan Pablo II (Karol Wojtyla) (28-VI-2005).

Insertamos aquí sólo unas afirmaciones básicas:

- “Los rasgos peculiares de la piedad en la que el muchacho se forma son el amor a la Virgen María y la devoción al Espíritu Santo, características que permanecerán hondamente grabadas en su ánimo y a las que siempre se mantendrá fiel. Su vida religiosa se alimenta de oración personal asidua, de la frecuentación de los sacramentos, de prácticas devotas -especialmente las peregrinaciones a santuarios marianos-, pero también del compromiso en asociaciones católicas”.

- “Si se me permite aventurar una síntesis de los veinte años durante los cuales Karol Wojtyla fue obispo de Cracovia, diría que, sobre la base de una confianza total en esa Divina misericordia con la que estaba cada vez más compenetrado, y especialmente gracias al encuentro con la experiencia mística de Sor Faustina Kowalska, por él proclamada beata el 18 de abril de 1993 y Santa el 30 de abril de 2000, supo sintetizar su energía intelectual y su genio artístico con ese amor apasionado a Cristo, a la Iglesia y a los hombres que el Espíritu Santo había infundido en él. Así logró ser un pastor capaz de comprender, guiar y hacer crecer a su clero y a su pueblo, incluso en situaciones de gravísima dificultad”.

- “Tan incansable acción apostólica estaba claramente enraizada en la intensidad y profundidad de la oración de Juan Pablo II, de la que tantos de nosotros han sido testigos directos: esa íntima unión con Dios que lo acompañó desde la niñez hasta el final de su existencia terrena. “La oración (...) es (...) la primera tarea y casi el primer anuncio del Papa, al igual que es la primera condición de su servicio en la Iglesia y en el mundo” (Santuario de Mentorella, 29-octubre-1978).

- “El Cardenal J.Ratzinger dijo en su homilía de la misa de exequias (8 de abril de 2005): “podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está

ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice”. Sí: ésta es también nuestra certeza, por lo que rogamos al Señor, con todo el corazón, que la causa de beatificación y canonización que esta tarde (28-VI-2005) se inicia pueda llegar muy pronto a su conclusión. Los numerosos testimonios que continuamente nos llegan acerca de la santidad de vida del difunto pontífice y de las gracias impetradas por mediación suya confirman esta nuestra súplica”.

- “Termino dando gracias desde lo más íntimo de mi ánimo a la Iglesia hermana de Cracovia y a toda la querida nación polaca, en las que Karol Wojtyla recibió la vida, la fe y su admirable riqueza cristiana y humana, para verse con ellas entregado a Roma y al mundo entero” (“Ecclesia”; 9 de junio de 2005; n.3265).

5.-”Rogito”: pergamino sobre la vida del Papa, introducido en su ataúd

6.- Card. Angelo Sodano: “Homilía en la Misa funeral por Juan Pablo II” (2-IV-2005) (Semanario Católico “Alfa y Omega”; 7-IV-2005).

7.- Card. J. Ratzinger: “Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II. Roma 8-IV-2005. (Semanario Católico “Alfa y Omega”, (“La Razón”. Último Adiós

8.- Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Presidente, y D. Juan Antonio Martínez Camino, Secretario, en nombre de los obispos españoles: “Un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo” (“Semanario católico “Alfa y Omega”, 7-IV-2005, 13).

9.- Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española: “Mensaje tras la muerte del Papa Juan Pablo II”. “www.conferenciaepiscopal.es/documentos

10.- Card. Antonio María Rouco Varela: “Homilía en la Misa Funeral por Juan Pablo II. Madrid., 11-IV-2005).

11.- Mons. Antonio Cañizares: “Ante todo testigo de Jesucristo”; Semanario católico “Alfa y Omega”; 14-IV-2005; 18.

* Mons. A.Cañizares: “En el Papa Juan Pablo II hemos podido reconocer al testigo del Dios vivo, enseña de esperanza para todos los hombres, amigo fuerte de Dios y defensor del hombre, de todo hombre y de su dignidad, peregrino de la paz por todos los caminos de la tierra, paladín de la vida y de la libertad, trabajador incansable en los duros trabajos del Evangelio, evangelizador hasta en los confines del mundo, infatigable luchador por una nueva cultura de la vida y de la solidaridad y por una nueva civilización del amor, buen samaritano que se ha inclinado y se ha acercado con ternura y

amor al hombre maltrecho y malherido y así amigo cercano y aliento también de los jóvenes (Declaración ante el fallecimiento del Santo Padre Juan Pablo II; Sábado, 2-IV-2005; Arzobispado de Toledo).

* Mons. A.Cañizares: “Siempre con Cristo. Este es su real secreto, esta es la razón de su vida: Cristo. Su vida ha sido una vida en Cristo, como le corresponde sencillamente al cristiano, a todo fiel cristiano. (...) Unido a Cristo, identificado con Él, lo que ha hecho, lo que ha dicho, lo que mostrado Juan Pablo II, es un testimonio de Jesucristo. No nos ha ofrecido una interpretación más de Jesucristo, no ha sido un ideólogo ni un maestro de moral, ni un líder social, político o religioso. Ha sido, ante todo, un testigo. Se ha encontrado con Jesucristo, Hijo de Dios vivo, el Mesías que tenía que venir y al que los hombres esperan, Dios con el hombre y para el hombre; le ha seguido como únicamente se le puede seguir -cargando con la cruz desde su infancia hasta el final, varón de dolores- y ha mostrado con su vida, gestos y palabras, con su persona y sus mensajes, qué es lo que sucede cuando uno se abre y acepta a Jesucristo, que está a la puerta de cada uno y llama. (...) No son las ideologías, no son las teorías, no son las interpretaciones, o las elucubraciones en el vacío, sino la persona concreta de Jesucristo, que vive y sale al encuentro en los caminos de la vida, donde deambulamos perdidos, desconcertados o sin esperanza, el que nos salva” (Homilía en el funeral por Juan Pablo II; Toledo, 5-IV-2005).

12.- Mons. Ricardo Blázquez: “Una evocación de Juan Pablo II”, en Boletín Oficial del Obispado de Bilbao (26-V-2005).

13.- Benedicto XVI: “Homilía en la Celebración de la Eucaristía por el inicio de su ministerio petrino”.

* Benedicto XVI en entrevista a la Televisión pública de Polonia: “En el encuentro que tuve con Juan Pablo II en el Policlínico Gemelli, en torno al 5 ó 6 de febrero: el Papa sufría visiblemente, pero estaba totalmente lúcido y muy presente. Yo había ido sólo para un encuentro de trabajo, porque necesitaba alguna decisión suya. El Santo Padre, aunque sufriendo, seguía con gran atención cuanto le decía. Me comunicó en pocas palabras sus decisiones, me dio su bendición, me saludó en alemán, concediéndome toda su confianza y amistad. Para mí fue muy conmovedor ver, por una parte, cómo su sufrimiento estaba unido al Señor sufriente, cómo llevaba su sufrimiento con el Señor y por el Señor; y, por otra parte, ver cómo resplandecía su serenidad interior y su completa lucidez.

El segundo encuentro fue el día antes de que muriera: estaba obviamente, más dolorido, se notaba, rodeado de médicos y amigos. Estaba

todavía muy lúcido y me dio su bendición. Ya no podía hablar mucho. Para mí su paciencia en el sufrimiento ha sido una gran enseñanza, sobre todo el llegar a ver y sentir cómo estaba en las manos de Dios y cómo se abandonaba a su voluntad. A pesar de los dolores visibles, estaba sereno, porque estaba en las manos del Amor divino” (www.alfayomega.es/desdelafe/reportaje0.htm)

14.- Semanario Católico: “Alfa y Omega”; 23-VI-2005; 21.

*Soporte electrónico de la Revista Ecclesia: www.revistaecclesia.info/index. JP II ¡Santo ya!

15.- Benedicto XVI: “El vía crucis” de Juan Pablo II. “Ángelus” del domingo, día 2 de abril de 2006 (Ecclesia, nn.3305-3306; 15 y 22 de abril de 2006).

16.- Benedicto XVI: “Discurso en la vigilia mariana organizada por la diócesis de Roma en el primer aniversario de la muerte de Juan Pablo II; 2-IV-2006. (Ecclesia, nn.3305-3306; 15 y 22 de abril de 2006).

17.- Benedicto XVI: Homilía en la Misa, en el primer aniversario de la muerte de Juan Pablo II (3-IV-2006); Ecclesia, nn.3305-3306; 15 y 22 de abril de 2006).

9.- Aniversarios de la Muerte de Juan Pablo II

9.1.- Primer Aniversario

*** Benedicto XVI: Alocución al Ángelus: Plaza de San Pedro; (2-IV-2006)**

En el primer aniversario de la muerte de Juan Pablo II, Benedicto XVI le dedica un recuerdo entrañable, del que insertamos aquí los siguientes párrafos:

- Peregrinación terrena de fe, esperanza y amor

“El 2 de abril del año pasado, un día como hoy, el querido Papa Juan Pablo II vivía en estas horas la última fase de su peregrinación terrena, una peregrinación de fe, de amor y de esperanza que ha dejado una huella profunda en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Su agonía y su muerte constituyen como una prolongación del Triduo pascual.

Todos recordamos las imágenes de su último Vía Crucis, el Viernes Santo: al no poder ir al Coliseo, lo siguió desde su capilla privada, teniendo entre sus manos una cruz. Después, en el día de Pascua, impartió la bendición “urbi et orbi” sin poder pronunciar palabras, sólo con el gesto de la mano. Fue la bendición más dolorosa y conmovedora que nos dejó como máximo testimonio de su voluntad de cumplir con su ministerio hasta el final. Juan Pablo II murió como había vivido, animado por la indomable valentía de la fe, abandonándose en Dios y encomendándose a María santísima (...).”

- La herencia que nos ha dejado

“Un año después de su paso de la tierra a la casa del Padre podemos preguntarnos: ¿qué nos ha dejado este gran Papa que introdujo a la Iglesia en el tercer milenio? Su herencia es inmensa, pero el mensaje de su larguísimo pontificado se puede resumir en las palabras con las que lo quiso iniciar, aquí, en la Plaza de San Pedro, el 22 de octubre de 1978: “¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!”. Juan Pablo II encarnó este llamamiento inolvidable con toda su persona y toda su misión de sucesor de Pedro, especialmente con su extraordinario programa de viajes apostólicos. Visitando los países de todo el mundo, encontrándose con las multitudes, las comunidades eclesiales, los gobernantes, los líderes religiosos y las diversas realidades sociales, realizó un único gran gesto, como confirmación de aquellas palabras iniciales. Siempre anunció a Cristo, proponiéndolo a todos, como había hecho el concilio Vaticano II, como respuesta a las expectativas del hombre, expectativas de libertad, de justicia, de paz. Cristo es el Redentor del hombre, el único Salvador de toda persona y de todo el género humano”.

- El despojo final

“En los últimos años, el Señor le despojó paulatinamente de todo para asimilarlo plenamente a Él. Y cuando ya no podía viajar, y después ni siquiera caminar, y por último, ni siquiera hablar, su gesto, su anuncio, se redujo a lo esencial: al don de sí mismo hasta el final. Su muerte ha sido el cumplimiento de un testimonio coherente de fe, que ha tocado el corazón de muchos hombres de buena voluntad”.

- Bajo la mirada y protección maternal de María

Juan Pablo nos dejó un sábado, día dedicado en particular a María, por la que siempre sintió una devoción filial. Le pedimos ahora a la celestial Madre de Dios que nos ayude a conservar como un tesoro todo lo que nos dio y enseñó este gran pontífice” (15).

*** Benedicto XVI: Discurso en la vigilia mariana en el primer aniversario de la muerte de Juan Pablo II (2-IV-2006).**

- Recuerdo vivo y permanente de Juan Pablo II

“Se ha cumplido ya un año de la muerte del siervo de Dios Juan Pablo II, acontecida casi a esta misma hora -eran las 21,37- pero su recuerdo sigue estando más vivo que nunca, como atestiguan los numerosos actos programados para estos días en el mundo entero.

- Presencia de Juan Pablo II en nosotros

“Él sigue estando presente en nuestra mente y en nuestro corazón; sigue comunicándonos su amor a Dios y su amor al hombre; sigue suscitando en todos, especialmente en los jóvenes, el entusiasmo por el bien y la valentía de seguir a Jesús y sus enseñanzas.

- El misterio de su vida y de su testimonio evangélico

El Santo Padre se pregunta: ¿Cómo sintetizar la vida y el testimonio evangélico de tan gran pontífice? Podríamos intentarlo empleando dos palabras: “fidelidad” y “dedicación”, fidelidad total a Dios y entrega sin reservas a su propia misión de pastor de la Iglesia universal. Fidelidad y dedicación que se revelaron, si cabe, aún más convincentes y conmovedoras durante los últimos meses, cuando encarnó en sí mismo lo que escribiera en 1984 en su carta apostólica “Salvifici doloris”: “el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo,

para transformar toda la civilización humana en la “civilización del amor” (n.30) (16).

*** Benedicto XVI: Homilía en la Misa del primer aniversario de la muerte de Juan Pablo II (3-IV-2006)**

“Nos congregamos hoy en la Plaza de San Pedro para ofrecer el sacrificio eucarístico en sufragio de su alma escogida. (...) Roguemos, pues, por tan querido Pontífice, dejando que nos ilumine la Palabra de Dios que acabamos de escuchar.

- El destino de los justos

A la luz de la primera lectura (Sab. 3,5-6), el Santo Padre dice que “el destino de los justos es un destino de felicidad superabundante, que recompensa con creces los sufrimientos y las tribulaciones que se han afrontado en el curso de la vida. “Dios los puso a prueba -afirma el autor sagrado- y los halló dignos de sí; los probó como oro en crisol, los recibió como sacrificio de holocausto” (Sab.3,5-6).

La palabra “holocausto” hace referencia al sacrificio en el que la víctima era completamente quemada, consumada por el fuego; por tanto, era signo de ofrenda total a Dios. Esta expresión bíblica nos hace pensar en la misión de Juan Pablo II, que hizo de su existencia un don a Dios y a la iglesia, y vivió la dimensión sacrificial de su sacerdocio especialmente en la celebración de la Eucaristía. (...)

Nunca disimuló él su deseo de ser cada vez más una cosa sola con Cristo Sacerdote mediante el sacrificio eucarístico, fuente de incansable dedicación apostólica”.

- Juan Pablo II, hombre de fe

A la luz de la segunda lectura (IPedr.1,7), Benedicto XVI afirma que “en las dificultades de la vida, es sobre todo la calidad de la fe de cada uno lo que se aquilata y comprueba: su solidez, su pureza, su coherencia con la vida. Pues bien, el llorado Pontífice, a quien Dios había dotado con numerosas prendas humanas y espirituales, al pasar por el crisol de las fatigas apostólicas y de la enfermedad, aparecía cada vez mas como una “roca” en la fe. Quienes tuvimos ocasión de tratarlo de cerca pudieron casi tocar con la mano su fe sencilla y firme, fe que, si impresionaba al círculo de sus colaboradores, no dejaba de ejercer, durante su pontificado, una influencia benéfica en toda la Iglesia, en un crescendo que llegaría a su apogeo durante los últimos meses y

días de su vida. Una fe convencida, fuerte y auténtica, libre de temores y componendas, que contagió el corazón de tantas personas, gracias también a sus numerosas peregrinaciones apostólicas a todas las regiones del mundo y gracias especialmente a ese último “viaje” que fue su agonía y muerte”.

- Juan Pablo II fue un hombre espiritual y místico

A la luz del texto evangélico proclamado, Benedicto XVI pone de relieve otro aspecto de su personalidad humana y religiosa de Juan Pablo II. Sucesor de Pedro, imitó de singular manera a Juan, el discípulo amado que permaneció al pie de la cruz junto a María en la hora del abandono y de la muerte del Redentor. Al verlos juntos, Jesús los encomendó el uno al otro (cf. Jn.19,26-27).. Estas palabras del Señor moribundo le eran particularmente queridas a Juan Pablo II. Al igual que el Apóstol evangelista, él también quiso recibir a María en su casa. (...) El lema del escudo del pontificado del Papa Juan Pablo II, “Totus tuus”, sintetiza adecuadamente esa experiencia espiritual y mística, en una vida orientada completamente hacia Cristo por medio de María; “Ad Jesum per Mariam”.

Esta tarde nuestro pensamiento vuelve con emoción al momento de la muerte del amado pontífice, pero nuestro corazón se ve impulsado al mismo tiempo a mirar hacia delante.

Sentimos resonar en nuestro ánimo sus reiteradas invitaciones a avanzar sin temor en el camino de la fidelidad al Evangelio para ser pregoneros y testigos de Cristo en el tercer milenio.

Vuelven a nuestra memoria sus incesantes exhortaciones a cooperar con generosidad en la realización de una humanidad más justa y solidaria, a ser operadores de paz y constructores de esperanza.

Que permanezca siempre nuestra mirada puesta en Cristo, “el mismo ayer, hoy y siempre”, que guía con firmeza a su Iglesia” (17).

Agradecimiento al Santo Padre, Juan Pablo II

Damos gracias al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo por el Papa Juan Pablo II.

Y damos gracias:

- por el aliento y ánimo que nos dio
- por su entrega y generosidad a todos

- por su solicitud y defensa de la humanidad
- por su amor y cercanía a los pobres y desvalidos
- por su testimonio y santidad de vida,
- por su ministerio y servicio

Descanse en la paz del Señor, Santo Padre, Juan Pablo II.

9.2.- Segundo Aniversario

*** Homilía de Benedicto XVI en la concelebración en sufragio por el Papa Juan Pablo II (2-IV-2007).**

“Con esta celebración queremos ante todo renovar a Dios nuestra acción de gracias por habérselo dado durante veintisiete años como padre y guía seguro en la fe, pastor celoso, profeta valiente de esperanza, testigo incansable y servidor apasionado del amor de Dios. Al mismo tiempo ofrecemos el sacrificio eucarístico en sufragio de su alma elegida, con el recuerdo imborrable de la gran devoción con que celebraba los sagrados misterios y adoraba el Sacramento del altar, centro de su vida y de su incansable misión apostólica”.

Comentando las lecturas de la Misa, Benedicto XVI afirma: “Resultamos beneficiosos nosotros, que estuvimos cerca de él, y por esto damos gracias a Dios, pero también pudieron gozar de él todos los que lo conocieron de lejos, porque el amor del Papa Wojtyla a Cristo era tan fuerte e intenso que rebosó, podríamos decir, a todas las regiones del mundo. La estima, el respeto y el afecto que creyentes y no creyentes le expresaron a su muerte, ¿no son acaso un testimonio elocuente? (...) Es verdad: el intenso y fecundo ministerio pastral, y más aún el calvario de la agonía y la serena muerte de nuestro amado Papa, dieron a conocer a los hombres de nuestro tiempo que Jesucristo era de verdad su “todo”.

El Papa pone de relieve en su homilía la presencia del dolor en la existencia de Juan Pablo II: “en la vida de Karol Wojtyla la palabra “cruz” no fue sólo una palabra. Desde su infancia y su juventud experimentó el dolor y la muerte. Como sacerdote y como obispo, y sobre todo como Sumo Pontífice, se tomó muy en serio la última llamada de Cristo resucitado a Simón Pedro, en la ribera del lago de Galilea: “Sígueme...Tú sígueme” (Jn.21,19.22). Especialmente en el lento pero implacable avance de la enfermedad, que poco a poco lo despojó de todo, su existencia se transformó en una ofrenda completa a Cristo, anuncio vivo de su pasión, con la esperanza llena de fe en la resurrección”.

El Pontificado de Juan Pablo II se desarrolló bajo el signo de la “prodigalidad”, es decir, de una entrega generosa y sin reservas. “Lo movía

únicamente el amor místico a Cristo, a Aquel que, el 16 de octubre de 1978, lo había llamado con las palabras del ceremonial: “Magister adest et vocat te”, “el Maestro está aquí y te llama”. El 2 de abril de 2005, el Maestro volvió a llamarlo, esta vez sin intermediarios, para llevarlo a casa, a la casa del Padre. Y él, una vez más, respondió prontamente con su corazón intrépido, y susurró: “Dejadme ir al Señor” (cf. S. Dziwisz: “Una vita con Karol”, p. 223).

Larga preparación para el encuentro definitivo con el Señor. “Desde mucho tiempo antes se preparaba para este último encuentro con Jesús, como lo atestiguan las diversas redacciones de su Testamento. Durante largos ratos de oración en su capilla privada hablaba con Él, abandonandose totalmente a su voluntad, y se encomendaba a María, repitiendo el “Totus Tuus”. Como su divino Maestro, vivió su agonía en oración. Durante el último día de su vida, víspera del domingo de la Misericordia divina, pidió que se le leyera precisamente el evangelio de san Juan. Con la ayuda de las personas que lo acompañaban, quiso participar en todas las oraciones diarias y en la liturgia de las Horas, hacer la oración y la meditación, Murió orando. Verdaderamente, se durmió en el Señor.

En la hora de su tránsito de este mundo a la casa del Padre. Benedicto XVI manifiesta ahora que la persona y la vida de Juan Pablo II fue buen olor de Cristo en la Iglesia y en el mundo: “El perfume de la fe, de la esperanza y de la caridad del Papa llenó su casa, llenó la plaza de san Pedro, llenó la Iglesia y se difundió por el mundo entero. Lo que aconteció después de su muerte fue, para quien cree, efecto de aquel “perfume” que llegó a todos, cercanos y lejanos, y los atrajo hacia un hombre que Dios había configurado progresivamente con su Cristo.

Juan Pablo II, servidor de Dios a favor de los hombres. “Por eso, podemos aplicarle a él las palabras del primer canto del Siervo de Yahvé, que hemos escuchado en la primera lectura: “Mirad a mi siervo, a quien sostengo: mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones” (Is. 42,1). “Siervo de Dios”: es lo que fue, y así lo llamamos ahora en la Iglesia, mientras se desarrolla con rapidez su proceso de beatificación: precisamente esta mañana se ha clausurado la investigación diocesana sobre su vida, sus virtudes y su fama de santidad. “Siervo de Dios” es un título particularmente apropiado para él. El Señor lo llamó a su servicio por el camino del sacerdocio y le abrió poco a poco horizontes cada vez más amplios. Desde su diócesis hasta la Iglesia universal.. Esta dimensión de universalidad alcanzó su máxima extensión en el momento de su muerte, acontecimiento que el mundo entero vivió con una participación nunca vista en la historia.

Termina su homilía afirmando: “Que el “Totus Tuus” del amado Pontífice nos estimule a seguirlo por la senda de la entrega de nosotros mismos a Cristo por intercesión de María, y nos lo obtenga precisamente por ella, la

Virgen santísima, mientras encomendamos a sus manos maternas a este padre, hermano y amigo nuestro, para que en Dios descanse y goce en paz. Amén”.

*** Discurso del Card. Camilo Ruini en la clausura de de la investigación diocesana sobre la vida, las virtudes y la fama de santidad del Siervo de Dios, Juan Pablo II (2-IV-2007).**

Recogemos de “Ecclesia digital” estos fragmentos del discurso del Cardenal:

La relación personal de K. Wjtyla con Dios: “ Al principio, en el centro y en la cúspide de este retrato está la relación personal de Karol Wojtyla con Dios: una relación que se presentaba ya fuerte, íntima y profunda en los años de su juventud y que no dejó de crecer, robustecerse y dar frutos en todas las dimensiones de su vida”.

Ante el misterio del amor de Dios y de la cruz: “Nos encontramos en presencia del misterio, en primer lugar del misterio del amor de predilección con el que Dios Padre amó a este muchacho polaco, lo unió a sí y lo mantuvo en esta unión, sin ahorrarle las pruebas de la vida; al contrario, asociándolo siempre de nuevo a la cruz de su propio Hijo, pero dándole también el valor de amar esa cruz y la inteligencia espiritual para evr a través de ella, el rostro del Padre”.

El sentido de su vida y la santidad: “Con la certeza de ser amado por Dios y con la alegría de corresponder a ese amor, Karol Wojtyla encontró el sentido, la unidad y el propósito de su vida. Todos los que lo conocieron, de cerca o sólo de lejos, se sintieron impresionados por la riqueza de su humanidad, de su plena realización como ser humano, pero es todavía más significativo el hecho de que esa plenitud de humanidad coincidiera, al final, con su relación con Dios, en otras palabras, con su santidad”.

*** Olegario González de Cardenal: “A dos años de Juan Pablo II” (Ecclesia Digital).**

Ofrecemos de este artículo lo más significativo del mismo.

La figura de Juan Pablo II en la distancia objetiva que dan estos dos años

- Una característica permanente de su Pontificado fue: “¡No tengáis miedo!”. Él, procedente de una nación sucesivamente arrasada por el nazismo y el marxismo, transmitía como primer mensaje a la Iglesia y a la Humanidad la confianza en sí mismas, la capacidad para ser soberanas de su destino, la invitación a salir del sentimiento de impotencia o resignación fácil.

En un segundo momento, la esperanza: por la abertura a la capacidad iluminadora, transformadora y santificadora de la fe en Cristo. “¡Abríos a

Jesucristo, otorgadle confianza, dejaos llevar de su mano, remad mar adentro”. Tras años de discusiones en torno a las líneas conciliares, complejidad de teologías o legitimidad de ideologías (...), él proponía a todos la posibilidad y sencillez, la belleza y la grandeza de ser cristiano. Las dificultades existen pero ellas como tales no crean una duda de fondo sobre la verdad de fe, ni los problemas pueden llevarnos a una actitud de tristeza, miedo o perplejidad. La figura de Juan Pablo II apareció en el mundo como la de “un hombre creyente y orante, sencillo y profundo, con una religiosidad clásica pero atrevida, modernísima en actitudes y relaciones”.

- Esa primera característica se redoblaba con la confianza en el hombre. La encíclica “Redemptor hominis” formulaba su lema como Papa y marcaba el programa para todos: “El hombre es el camino de la Iglesia”.(...) De ahí nació su pasión por entrar en contacto con todos: naciones, regímenes, religiones, minorías cercanas o lejanas. El sentido de sus viajes era llegar a los recodos más extraños para ver el rostro de cada grupo humano diferenciado. Para todos es el Evangelio y el Evangelio tiene que aprender a su vez de todos, porque en cada humano se revela algo de Cristo.

¿Cómo aparece ahora su acción hacia dentro de la Iglesia? ¿Cuál fue el equilibrio que él vivió entre las tres funciones del ministerio episcopal?

* Sus celebraciones eucarísticas se convirtieron en grandes expresiones públicas de la fe, de la unidad de la Iglesia, de la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia universal a través de la unión con el Papa.

* Su magisterio fue tan abundante que a algunos les ha aprecido excesivo, con el peligro de traspasar los límites entre la autoridad de obispo y la pretensión de teólogo y también de dejar en la sombra las iniciativas e ideas del resto del episcopado ante esa incesante proliferación de textos suyos.

* En las cuestiones de gobierno, ¿otorgó demasiada confianza a las instituciones establecidas, para que realizasen decisiones y nombramientos en la Curia y en las distintas naciones, reservándose las sedes episcopales especialmente decisivas? Su lugar de gozo estaba en la abertura al mundo, en el diálogo con las masas, en la proclamación directa de Dios, de la aportación de lo que son los ideales cristianos como el amor y la vida frente a la cultura de la muerte y del sexo, de la solidaridad y fraternidad frente a la discriminación y el odio, de la faz reconciliadora y conjuntiva que proyecta el Crucificado sobre todos los hombres. ¿Significó esto que dejara el gobierno de la Iglesia en otras manos, que no otorgaran tanta confianza a las grandes órdenes religiosas clásicas como a los nuevos movimientos y fuera más crítico con aquellas que con estos? ¿Están envejecidas aquellas y florecientes éstos, como piensa alguno? ¿Cómo valorar la crisis o crecimiento vocacional en unos y otros?

Desde el punto de vista doctrinal, dada su amistad, confianza, confianza y colaboración durante tantos años con quien le ha sucedido, se hace difícil una valoración. Parece que él no quiso zanjar demasiadas cuestiones y prefirió ejercitar una palabra que animara y confortara (...).

¿Qué legado viviente nos queda de él?

Su fe profunda, su humanidad cercana, su amor a todo lo que nace y crece fuere donde fuere, su identificación con el Cristo doliente. Frente a los maestros de la sospècha él fue un admirable maestro de la confianza, ejemplo de fidelidad y testigo de heroísmo hasta el final. La confianza nos hace críticos a la vez que amorosos, crea cercanía en lugar de lejanía o resentimiento. Por eso tuvo eco mundial su persona y sus funerales fueron la despedida de una humanidad entristecida por la pérdida de un hermano a la vez que de un padre.

Se entiende, por tanto, el clamor de quienes proclamaban “el santo” y piden su rápida canonización. Su sucesor hizo con él la excepción (abrir el proceso sin esperar los cinco años) como él había hecho con la Madre Teresa. Por su honor y por el de todos es bueno que se sigan los mismos pasos con el tiempo y medida que se reclaman para cualquier fiel cristiano canonizable”.

V

A MODO DE EPÍLOGO

Los testimonios que estamos viendo y oyendo con emoción y sobrecogimiento, con lágrimas en el corazón y en los ojos, avalan y confirman todo lo que he escrito.

“Agradecemos a Dios el inmenso regalo que el largo y fecundo pontificado de Juan Pablo II ha sido para la Iglesia y para el mundo. Él nos ha dejado el testimonio de la densidad de su fe; de su amor a Jesucristo y a la Iglesia; de su pasión por el hombre, por su libertad y dignidad; de su valiente proclamación del Evangelio de la vida y de la familia; de su incansable dinamismo para llevar el evangelio hasta los últimos confines de la tierra, de su vigoroso empeño pro confirmar a los hermanos en la fe. Jadeando ha llegado a la cima y ha consumado en su vida la pascua de Cristo, muerto y resucitado. ¡Descanse en la paz de Cristo tan buen Pastor! (1).

Riadas de personas -niños, adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos..., de toda clase y condición, de distintas lenguas y culturas, de diversos credos y religiones; gobernantes y gente sencilla; Obispos, presbíteros, diáconos; Religiosos y Religiosas...- oran y rezan por el Papa Juan Pablo II, le muestran su agradecimiento y lo proclaman santo.

Podemos decir que las numerosísimas personas que acompañaron a Juan Pablo II en su dolor, en su muerte y en su funeral son expresión de una deuda de gratitud que habían contraído con Él. Esas personas han sentido la paternidad del Santo Padre, Juan Pablo II.

Los Gobernantes de los pueblos han mostrado con su presencia no sólo el respeto y la estima que tenían al Santo Padre, sino también se han dado cuenta que los pueblos, que ellos representan, se han sentido conmovidos ante la muerte de Juan Pablo II por tanto bien que les ha hecho.

El Cardenal Antonio María Rouco Varela recordó a Juan Pablo II en la homilía de su funeral con estas hermosas palabras:

- “Hasta el último momento de su vida, Juan Pablo II ha querido dar solemne testimonio de la fe en Cristo muerto y resucitado, invitando a la Iglesia a vivir con la mirada puesta en la patria definitiva del cielo, de donde aguardamos un Salvador”

- “El Papa que forjó la lucha contra el humanismo ateo contemporáneo. Que padeció en su propia carne los terribles años del nacionalsocialismo y el comunismo, en su patria y en toda la Europa arrasada por la guerra, el que conoció en directo la inconcebible tragedia de la Shoah, ha sido entre nosotros

un testigo veraz de Dios, un defensor del hombre y de sus derechos nacidos de su condición de hijo de Dios. Este Papa, místico adorador de Dios y maestro de profunda oración, ha sido al mismo tiempo el abanderado del hombre, en su condición histórica, concreta, que es para la Iglesia el camino por el que debe llevar adelante su misión...”.

- “Por eso, hoy le lloran los hombres agradecidos que han encontrado en él una voz de indiscutible autoridad moral, siempre valiente, que ha sabido fundamentar los derechos inalienables de la persona en su nivel más radical: el de la trascendencia de Dios; y que ha propagado sin desfallecer la cultura de la vida, basada en el respeto incondicional al plan de Dios sobre el matrimonio y la familia, y en el amor solidario a los más débiles y pobres de nuestra sociedad”.

- “Por eso le lloran y le aclaman los jóvenes a quienes ha invitado siempre a la santidad y a una vida de virtudes, en la escuela de María, para ser los constructores de una nueva civilización del amor, la única que puede seducir y comprometer a las nuevas generaciones (2).

Y en las ciudades, pueblos, aldeas, alquerías... del mundo entero, hay una emoción y un clamor unánime de respeto y oración, de emoción y gratitud a Juan Pablo II. Todos lo considerábamos como alguien que nos pertenecía. En lo más hondo del corazón lo amábamos. Él se desvivió por nosotros y se entregó a Dios.

Mons. D. Ciriaco Benavente afirma: “Juan Pablo II ha vivido para el Señor, para la Iglesia, para sus hermanos los hombres, con un amor profesado y confesado con intensidad interior y exterior crecientes. Estamos seguros que en la muerte también ha sido del Señor” (3).

Os invito a dar gracias a Dios por el Don que ha sido Juan Pablo II para la Iglesia, para el Mundo y para cada uno. Juan Pablo II tuvo la capacidad recibida de Dios para unir creyentes y no creyentes. Dios se hace presente en la historia en y por medio de personas elegidas, como Juan Pablo II.

Los que participaban en la Plaza de San Pedro de Roma gritaban “santo, ya”. Cristo se ha hecho presente en el mundo en y por medio de Juan Pablo II.

Sus palabras, hechas oración y súplica, gratitud y alabanza, que ha dirigido al Padre por Cristo en el Espíritu Santo en la espera de la llamada del Padre...quedan en el ámbito del misterio de Dios como expresión de su fe, de su esperanza y de su amor...

Unidos a la Iglesia universal pedimos a Dios Padre que la gloria de su Hijo Jesucristo resucitado brille sobre el rostro de Juan Pablo II por toda la eternidad.

Podemos decir que el mundo es hoy un poco mejor porque por él ha pasado un hombre de Dios y cercano al corazón humano. Se llamaba Karol Wojtyla, Juan Pablo II, y pasó por la vida haciendo el bien, siguiendo las huellas de Jesús.

Juan Pablo II “toca y ve a Dios”; está en el regazo del Padre para siempre... “Estamos seguros de que su voz sigue cantando las misericordias del Señor, unida ahora al coro de los santos” (4).

Juan Pablo II el Grande

El Card. Agostino Casaroli, ya fallecido, dio a Juan Pablo II el título de “Magno”. El día 3 de abril de 2005 el Card. Angelo Sodano lo llamó “Juan Pablo II “el Grande”. Ambos títulos significan lo mismo y, de alguna manera, describen lo que ha sido y significado la persona y el ministerio de Juan Pablo II.

Estamos convencidos de que todo cuanto hemos escrito sobre su persona y su servicio a la Iglesia y a la humanidad avala, garantiza y justifica la atribución del título de “Grande” a Juan Pablo II.

Realmente Juan Pablo II ha sido un regalo de Dios para la Iglesia y para la humanidad: “Juan Pablo II ha sido un extraordinario regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo. En su largo y fecundo pontificado se ha hecho casi palpable la asistencia providente que el Espíritu Santo presta al Pueblo de la Nueva Alianza en beneficio de toda la Humanidad.

Todos le debemos honda gratitud por su entrega fiel y sin reservas a la causa del Evangelio y a la misión recibida del Señor de confirmar en la fe a sus hermanos.

La abnegación de su servicio apostólico ha quedado aún más patente, si cabe, en su sufrimiento y enfermedad. Hoy los católicos de todo el mundo, gracias a su ministerio, nos sentimos más firmes en la fe en Jesucristo, más animados por la esperanza de la Gloria y más resueltos a la caridad que nos hace hijos de Dios y hermanos de todos los hombres” (5).

NOTAS - EPÍLOGO

1.- Mons. Ciriaco Benavente Mateos: “Comunicado con motivo del fallecimiento de S.S. Juan Pablo II”; Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Marzo-Abril 2005; 3-IV-2005;

2.- Card. Antonio María Rouco Varela: “Homilía en el funeral por Juan Pablo II. Madrid; Semanario católico: “Alfa y Omega”; 14-IV-2005).

3.- Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos: “Homilía en la misa Funeral por Juan Pablo II; 5-IV-2005 (Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres; Marzo-Abril, 2005; 330-335).

4.- Mons. Ciriaco Benavente Mateos: “Ante la elección de un nuevo Papa”; Boletín Oficial del Obispado de Coria-Cáceres. Marzo-Abril, 2005; 299-301.

5.- Carta del Presidente de la Conferencia Episc. Española al Camarlengo en la muerte del Papa; 2-IV-2005).

* Mons. Juan del Río: “Juan Pablo II, el Magno”; Ecclesia, nn.3251-3252; 2 y 9 de abril de 2005.

Insertamos aquí unas palabras suyas: “Juan Pablo II es magno por su fidelidad a Jesucristo, magno por su entrega pastoral y su capacidad de soportar el sufrimiento, magno por su doctrina y por su alma profundamente lírica y religiosa, magno por la honda huella que ha dejado en todos los países que ha visitado, magno por su pensamiento filosófico y social, magno por su fidelidad y respeto al hombre y al derecho de los pueblos, magno por su defensa valiente y profética de los obreros, de la mujer y de los más pobres entre los pobres, magno, en fin, por su ardiente deseo de la paz y la justicia. El mundo le debe mucho y con certeza el futuro nos revelará aún más de lo que nuestra limitada mirada hoy nos permite apreciar. Estamos seguros de que Juan Pablo II pasará a la historia como “El Grande”. (ibd.).

* Revista “Ecclesia”: Editorial: “Juan Pablo II el Grande”. nn.3551-3552; 2 y 9 de abril de 2005.

Florentino Muñoz Muñoz